Sensacional: Los Siete Misterios de San Ormes

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Enero de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III. PUBLICACION QUINCENAL No. 79.

Esta escena pertenece a la novela completa titulada:

BUSCADORES DE ORO

que se publica en este número y en la que figura el gran

BUFFALO BILL

805
PU
v. 7: 79-91
1125 Ja
Je

¡Un! "ESSENTIAL

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

805
RV
v.7:79-91
1925-a
Je

Sumario

Buscadores de Oro

Interesantísima y extensa aventura completa en el Lejano Oeste, en la que interviene Búffalo Bill.

Un idilio en Carintia

Un relato tierno y conmovedor por una notable autora checoeslovaca.

Con el otro fin

Comedia breve y encantadora de Edouard Pailleron.

La Nota Cómica

Chistes y chascarrillos de todas clases y procedencias.

Una novela en veintiocho días

Tierno relato de amor y de abnegación que atrae y subyuga.

Los Siete Misterios de San Ormes

Continuación de la gran novela que se publica a pedido del público.

Interesantes, informativos y curiosos

Párrafos que probablemente serán leídos con satisfacción.

Recetas de Utilidad Práctica

Guárdelas que algún día podrán serle útiles si hoy no le hacen falta.

Señora:

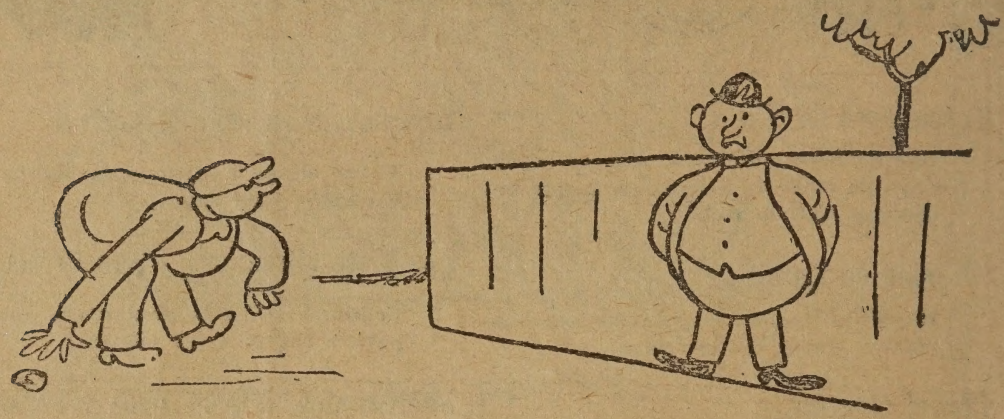
Para estar al tanto de los acontecimientos sociales, compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

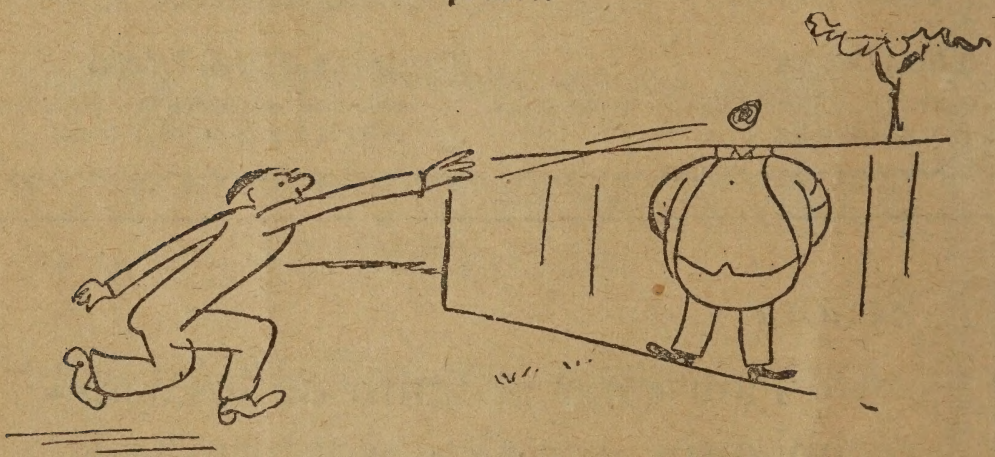
1ª EDICION

en la que se publica la información más completa de la Moda y todas las noticias del día.

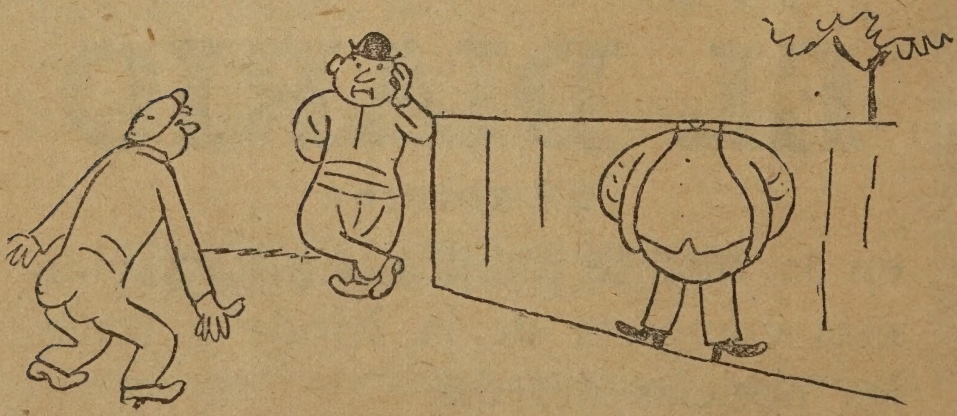
DURO Y A LA CABEZA



¡Oh!...



¡Ah!...



¿Eh?...

BUSCADORES DE ORO

Interesantísima y extensa aventura completa en el Lejano Oeste, en la que interviene el rey de los scouts

BUFFALO BILL

CAPITULO I

La aparición de Lucky Lem

ENTRE la atmósfera llena de polvo y humo del salón de baile se agitaban los hombres en mangas de camisa, danzando con las mujeres vestidas con trajes llamativos y de rojos labios, que constituían allí el principal atractivo.

Desde su asiento situado detrás del largo mostrador, Red Jake, el propietario observaba todos los movimientos del repleto salón. Este Red Jake era un tipo siniestro de aspecto repulsivo. Había llegado a la pacífica ciudad de Deadwood, detrás de la primera oleada de buscadores de oro que convirtió a la tranquila población de la frontera en un centro bullicioso de salones de baile y casas de venta de licores.

Como por arte de magia se habían construído cabañas y casas más importantes para comercios, con lo cual se duplicó el tamaño de la ciudad en pocos meses. La ley y el orden casi habían desaparecido bajo la presión de la nueva gente, temeraria, atrevida y pendenciera que había llegado con los mineros, quienes por su modo de vivir, estaban habituados a una vida de peligros y aventuras.

Junto al salón de baile, había otro compartimiento donde se jugaba. Era este lugar un verdadero infierno y los que se amontonaban en él, tanto para jugar, como para mirar como jugaban los demás, eran del mismo aspecto poco tranquilizador que los otros.

Red Jake, sabía bien que no era muy querido por los habitantes de la ciudad, pero no se preocupaba mayormente por ello. Había seguido a la ola de buscadores de oro y estaba reuniendo una fortuna, — una gran fortuna, — a costa de los buscadores de minas y de los mineros.

Detrás del mostrador se veían grandes estantes en los que se amontonaban las botellas de alcohol, base de aquella fortuna. Ninguna bebida costaba menos de dólares y muchas de ellas costaban tanto como el oro con que eran pagadas por los consumidores. Una balanza que Red Jake tenía colgada al brazo indicaba que estaba pronto a convertir las pepitas del precioso metal en billetes de banco. De vez en cuando se acercaba un minero al mostrador y depositaba sobre él una bolsita de cuero, y Jake sacaba de él polvo o pepitas de oro, que después de pesar guardaba en un cajón y entregaba al minero un número de billetes de banco, muchos de los cuales volvían otra vez a su poder, bien desde el salón de baile o del juego, donde actuaban hábiles satélites suyos.

Es un mal vicio el juego, pues el jugados. Vestidos con largos sacos negros, había muchos, mal encarados a quienes Jake conocía como jugadores de malos métodos. Vestidos con largos sacos negros, camisas blancas, de hábiles manos, se movían entre los rudos tipos tentándolos a probar suerte.

De pronto se abrió la puerta del salón y Rek Jake a través de la densa nube de humo distinguió un hombre alto, casi un gigante, de simpático aspecto, y de anchos hombros que fácilmente se abría paso hasta el mostrador. El recién llegado era un ad-

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES
Continuará su publicación en el número 80 de "Pucky", del viernes 30 de Enero de 1925

mirable tipo de hombre. Seis pies de altura, piernas y brazos fuertes y bien conformados y aspecto de sano atleta. Su rostro era franco y sonriente y al llegar al mostrador saludó a Jake.

—Diga, camarada, — exclamó el joven minero con alegre entonación. ¡La próxima vuelta va por mi cuenta!

Jake se movió en su asiento y dirigiéndose a los dos que lo secundaban en sus tareas, gritó:

—¡Vamos, muévanse de una vez, haraganes! Aquí hay un verdadero personaje que quiere tirar su dinero.

Y levantando una mano al mismo tiempo que la voz agregó:

—¡Muchachos! ¡Licor! ¡Bebida gratis por cuenta del hombre del país del oro!

La música se calló y en todo el salón se notó un movimiento de curiosidad. En un abrir y cerrar de ojos el gigante de rubios cabellos se vió rodeado por una multitud que reía y que lo vivaba. Su rostro manifestó más alegría y Jake y sus hombres se multiplicaron para servir a todos.

Ahora bien; la llegada de un ciudadano en aquellas condiciones, invitando a beber a todos, no tenía más que una explicación. Que aquel hombre celebraba, a usanza de aquellas regiones algún giro favorable de la caprichosa fortuna.

Entre la gente que rodeaba al invitante se destacó un hombre de mirada dura y de aspecto poc agradable, que vestía el negro saco y la blanca camisa de la fraternidad de los jugadores. Se llamaba Colorado Charley, o, por lo menos ese era el nombre con que se había presentado en aquella ciudad. Todos lo conocían como un empedernido jugador y hombre listo para manejar el revólver. Avanzó hacia el joven minero y lo saludó con estas palabras:

—¿Qué le ha ocurrido, camarada? ¿Ha encontrado alguna otra Bonanza?

Eso mismo era lo que habían pensado otros muchos, pero ninguno había tenido el valor o la desfachatez de dirigir abiertamente la pregunta. El desconocido le miró riendo.

—En efecto, me ha ocurrido algo que se parece a eso, — respondió. — He venido a ver qué tal es el color y la calidad de esto.

Y uniendo la acción a la palabra, sacó del pecho, donde lo llevaba debajo de la camisa, una larga bols de cuero, atada en la boca con una cinta. Alguien hizo seña a Rek Jake, quien se aproximó con la balanza.

—No va a necesitar pesar mucho, compañero, — comentó riendo el gigante. — Unicamente una pequeña pepita va a alcanzar para el gasto hecho.

Había desatado la bolsa y sacó de él un trozo de color amarillo, como de dos pulgadas de tamaño que parecía oro puro. Luego de colocar la pepita sobre el mostrador, el gigante dió un paso atrás.

—Fíjese bien, compañero, — dijo a Jake. — ¿Cuánto vale una cosa tan pequeña como esa?

Los ojos de Jake brillaron de codicia y cambió una mirada de inteligencia con Colorado Charley. La pepita que estaba sobre el mostrador frente al propietario del salón era la más admirable que había visto... y eso que había visto muchas.

—Supongo que no intentará hacerme creer que en el fondo de su mina quedan muchas pepitas como ésta, — dijo Red Jake.

—No lo sé. Vea lo que le parecen éstas.

Y en su ancha mano el colosal minero mostraba otras cuantos pepitas del más puro oro. Y aún cuando en su mano había bastantes, la bolsa de cuero contenía aún una gran cantidad.

Colorado Charley alargó el cuello para ver mejor: luego con una sonrisa mal fingida tocó con su mano el brazo del desconocido.

—Esconda todas esas hermosuras, amigo, — dijo. — Al verlas se me hace la boca agua.

La frase fué acogida con un coro de carcajadas y el minero guardó las pepitas en la bolsa de cuero. Jake había ya hecho desaparecer la primera pepita y en su lugar había un puñado de billetes de banco, que el desconocido dobló cuidadosamente y guardó después.

—Ya nos veremos nuevamente compañeros. Esta es mi noche de alegría. Yo me llamo Lucky Lem y he venido de lejos para conocer esta ciudad.

Las botellas comenzaron a circular nuevamente y el gigante rubio fué abundantemente provisto de alcohol. El efecto de esos excesos pronto comenzó a notarse en su rostro. Cuando un hombre ha pasado muchos días y noches al aire libre durmiendo al raso y comiendo alimentos simples y en limitada cantidad, no resiste mucho alcohol. Y el hombre que se hacía llamar Lacky Lem, no era una excepción a la regla.

—¡Eche más!... ¡Llene hasta arriba!

Su voz había adquirido una entonación ronca y se oía de vez en cuando sobre el rumor general, al mismo tiempo que tendía el brazo hacia el mostrador.

—Me toca a mí esta vez, compañero. ¡Yo pago este condenado licor!....

Y el licor corría en abundancia con gran satisfacción de los presentes que no lo escatimaban cuando lo pagaba otro.

Red Jake, notaba que el rollo de billetes de banco volvía a su cajón, y, sin embargo, no estaba satisfecho. Hizo una seña a Colorado Charley y los dos hombres conversaron en voz baja un momento. Luego cambiaron algunas señas y se separaron. Jake se aproximó al generoso cliente y le tocó en un brazo.

—Creo que sería conveniente que le preparase algo que comer. ¿No le parece? — preguntó. Venga conmigo y lo arreglaremos todo.

Hubo un conato de protesta entre los bebedores, al ver que se llevaban al gigante, pero todos se callaron ante una severa mirada que les dirigió Jake.

—Ustedes no se cansan nunca, bandidos, — les dijo. — Ya no hay más alcohol. El bar se ha cerrado... ¿Me oyen?...

En aquellas regiones, los hombres como Jake hacían la ley y la ponían en ejecución. Todos quedaron callados y el dueño del salón, sonriendo, se llevó al joven minero, que, casi sin voluntad propia lo siguió dócilmente. Tras ellos marchaba Colorado Charlie y cuando el terceto desapareció por la puerta de una habitación inmediata, los que presenciaron la maniobra, se sonrieron mientras llevaban el vaso a los labios.

—No daría ni diez cents por toda la fortuna de Lucky Lem, ahora que ha caído entre las manos de esos dos bandidos, — dijo uno. Hasta su vida corre peligro, pues son capaces de comérselo vivo.

La carcajada con que fueron recibidas estas declaraciones demostró cuál era la opinión de los concurrentes, respecto al incidente. Red Jake era conocido como un hombre que jamás desperdiciaba una oportunidad y la bolsa con pepitas de oro que el gigantesco minero había enseñado era suficiente para despertar la codicia de los dos individuos que se habían confabulado contra él.

La habitación a la que fué conducido por Red Jake, estaba bien arreglada y se hallaba situada a espaldas del salón. Había en ella una mesa con comida y varias botellas de whisky. Jake dió una orden y uno de los mozos del bar entró, en la habitación y comenzó a servir al terceto.

—¡A su buena suerte, Lem! — exclamó Jake levantando su vaso. — Creo que esta vez le ha sonreído la fortuna y lo felicito por ello.

Lem Harkness hizo un torpe movimiento de gratitud. Estaba medio borracho y sus ojos tenían una expresión de vaguedad cuando se volvieron hacia su huésped.

—Puede afirmarlo, — balbuceó. — Pero yo no voy a decir nada a ese respecto. Voy a ir primer oa denunciar mi hallazgo a las autoridades... Es una buen mina y me parece que soy el primero que la he descubierto, compañeros.

A través de la mesa Colorado Charley y Red Jake, cambiaron una rápida y significativa mirada. La declaración del joven minero les indicaba la conducta que debían seguir.

Era indiscutible que el minero había encontrado un nuevo campo aurífero. Las leyes no reconocían su propiedad hasta que hubiera sido registrado, siempre que no existiese un anterior denunciante.

Por supuesto que Lem Harkness, debía haber colocado ya, el acostumbrado montón de piedras, pero luego tenía que obtener los certificados de posesión con la firma del representante del gobierno de Estados Unidos.

—¿Supongo que será cerca de las montañas Negras?... ¿No es así, Lem?

Aún cuando estaba medio borracho, el joven se daba aún cuenta de la situación y movió negativamente la cabeza.

—Sí. Debe ser por ahí, pero no tengo ganas de que nadie me quite la mina. Tan pronto como esté registrada a mi nombre yo les diré a todos dónde está. Si yo se lo dijese ahora todos marcharían a la carrera a ver cual llegaba antes, pero yo he estado trabajando casi un año hasta encontrarla y no quiero que me saquen el bocado de los dientes.

Luego, dirigiéndose a Jake, continuó:

—Pasé tres meses trabajando en otra veta, pero sin resultados de importancia, ya pensaba en abandonarlo todo cuando di con el verdadero filón.

Se oyó un golpe dado en la puerta y Jake volvió la cabeza y dijo:

—¡Adelante!

La puerta se abrí y penetró por ella una curiosa criatura envuelta en una blusa negra. El recién llegado era chino, o por lo menos todos los rasgos de su rostro denotaban las características de esa raza. Llevaba un gran paquete con ropa limpia, bajo el brazo, y se detuvo junto a la mesa para hablar con Jake.

—Le traigo su ropa limpia, — dijo.

—¡Hola, Li! ¡Pícaro amarillo! ¿Con que me trae la ropa, eh?

Jake manifestaba halarse de muy buen humor. Se puso en pie y tomando al chino por un brazo, le dijo:

—Voy a presentarle, Li... Este es Lucky Lem... el hombre afortunado. Ha encontrado una nueva Bonanza y todos vamos a acompañarle cuando salga de Deadwood.

Luego indicando al chino, prosiguió:

—Este es Li Chang, campeón de resistencia en el lavado de ropa de la gente del Oeste. Lo único que le enoja es cuando alguien juega con su coleta... Con este rabito de chancho.

Y el dueño del salón tomó entre sus dedos la coleta del amrillo y dió un tirón tal que el pobre Li hizo un gesto de dolor y torció violentamente la cabeza hacia atrás. Pero tod fué rápido como un relámpago y su rostro adquirió la acostumbrada impasibilidad.

—Será prefrible que se cuide de su ropa, — exclamó. — Mucho mejor.

Metió las manos en sus amplias mangas y retrocedió. Jake soltó una carcajada, lanzó una mirada al lío de ropa limpia y sacó un puñado de billetes de banco de su bolsillo.

—Voy a obedecerte, chino. ¿Cuánto le debo por los perjuicios?

Li, manifestó el precio de su trabajo, y se quedó contemplando el rostro del joven minero. De pronto alargó la mano y lo tocó en un brazo.

—Me parece que lo conozco a usted, — dijo. — Mi amigo Búffalo Bill, me lo presentó en el Forked Tree Trail, hace un año.

Lem, se puso de pie, lanzando un grito de alegría y tendió su ancha mano.

—Venga esa mano, chino. Lo había olvidado, — exclamó. — Sin embargo, no del todo. Había algo que me era familiar en su cara... mejor dicho, para hablarle con

franqueza, no veo bien, porque he bebido mucho alcohol y no estoy muy sereno.

Se apartó de la mesa y Li, notó la expresión de ira que se reflejó en el rostro de Colorado Charlie y Red Jake.

—¿No irá a dejarnos así, Lem? — dijo Jake. — Nosotros estamos prontos a acompañarlo...

Pero por una causa u otra, Lucky Lem, notó que su cerebro se había despejado bastante y tomó afectuosamente del brazo al chino.

—Es cierto compañero, — exclamó, — Voy a conversar tranquilamente con este chino .Ahora lo recuerbo muy bien y quiero pedirle noticias de nuestro buen amigo, Búffalo Bill.

El amarillo sonrió.

—Es un hombre admirable ese Bill Cody, — continuó el minero. — Yo estaba rendido y desanimado cuando llegé a su campamento en Forked Tree. El hizo mucho por mí en aquella ocasión y jamás he tenido oportunidad de agradecérselo. Pero bueno es que se sepa que Lem Harkness no se olvida de sus amigos y se lo voy a demostrar en cuanto pueda.

Jake se adelantó.

—Búffalo Bill no está en Deadwood, — dijo. — No tratará de ir a buscarlo ahora.

Li contempló el rostro del propietario del salón, durante un momento y una sonrisa extraña yenigmática apareció un instante en su rostro.

—Búffalo Bil, llegará a Deadwood mañana por la mañana, — lijo. — He recibido hoy un mensaje de él. Vendrá a mi casa.

—Entonces, yo voy a su casa también, — dijo Lucky Lem. — ¿Supongo que en su choza habrá un rincón para un pobre huérfano?

Los ojos de Jake relucieron como áscuas cuando miraron al chino, pero Li pareció no darle mayor importancia al hecho.

—Ya lo creo que hay, camarada, — respondió.

Por un momento pudo creerse que los dos compinches iban a oponerse a que el minero saliese de la habitación; luego, repentinamente el rostro del dueño del salón, se serenó y lanzó una carcajada.

—Tiene razón, Lem, — dijo. — Es preferible que se vaya con el chino, y mañana por la mañana nos veremos.

Cinco minutos después, Li Chang y el minero cruzaban, tomados del brazo, el pequeño espacio situado delante del salón y llegaban a la ancha calle.

Red Jake y Colorado Charley estaban parados en la galería del salón y gritaron:

—No vayas a llevar muy lejos al chino, Lem.

Había una cantidad de hombres en la galería, y Jake había levantado intencionalmente la voz para tener un buen número de testigos de que Lem había salido del salón en compañía del chino.

Colorado Charley, situado después de Jake, sonreía bajo su grueso bigote negro.

—No me explico el interés de ese muchacho por irse con el condenado chino, — continuó Jake, dirigiéndose a los que estaban cerca de él. — Li parece que lo conoce también... y me parece que los dedos del amarillos andan buscando las amarillas pepitas que tiene la bolsa de cuero.

Todo aquello era dicho persiguiendo un propósito siniestro, y Li Chang estaba, por cierto, muy lejos de suponer el peligro que corría. Li Chang se había informado de la llegada del minero y de que había traído la bolsa lleno del más puro oro.

Entonces recordó el incidente de Forkerd Tree, y conociendo que el joven era una fácil presa para Jake, concibió la idea de meterse e nel salón co nel pretexto de la ropa limpia, para sacar de allí al minero.

—Búffao Bill me dijo que Halkness es un buen hombre, — pensó el chino, — y debo tratar de ayudarle.

Y ciertamente lo había ayudado, y por eso satisfecho, llegó a su vivienda y condujo a Lem hasta la pieza interior, ayudándole a acostarse.

Por entonces, el cerebro del minero se habían disipado todas las nubes del alcohol, y pocos minutos después roncaba tranquilamente.

El chino colocó una luz en la mesa situada cerca de la cama y permaneció algunos instantes contemplando el rostro congestinado por la bebida, y luego sacudió la cabeza.

—No me explico por qué beben de esa manera, — murmuró. — Eso los enloquece y los mata. Los hombres blancos son distintos de los amorillos.

Convencido de que había realizado una buena obra, marchó a otra habitación y comenzó a lavar una ropa que se hallaba allí. De pronto el hombre comenzó a hablar entre sueños, y Li oyó algunas frases sueltas.

—Voy a ser rico... No tendré que trabajar ya más... Lem el afortunado... No trabajo.

Los ojos en forma de almendra del chino expresaron curiosidad, y se aproximó a la cama de su huésped. Lem se había dado vuelta hacia arriba, y la bolsa con las pepitas de oro había caído al suelo.

El chino la levantó y con ella algunos papeles que también se habían deslizado de entre la camisa de Lem. Muy pocas personas sabían en Deadwood que Li era una de las personas más instruídas de aquella población. Podía leer y escribir en inglés con tanta facilidad como en su propio y difícil idioma, y después de una rápida mirada a los documentos, comprendió de qué se trataba.

—Yo cuidaré todo esto por usted, — murmuró, bien ajeno a suponer lo que aquella decisión le acarrearía.

Cruzó la habitación y ocultó los papeles en un escondite de la chimenea, luego volvió a su lavado. Una nueva mirada hacia el lugar en que se hallaba el minero le demostró que éste dormía profundamente.

El chino salió al patio situado en la parte posterior de la casa para tender la ropa y

cuando regresó, media hora después, oyó un ruido que le hizo detenerse.

Alguien se movía en torno de la vivienda, y el chino notó en seguida que no había en el interior luz alguna, aún cuando él había dejado las dos luces encendidas.

Con toda clase de precauciones se acercó a la casa. Había a un lado una especie de cobertizo, y con la agilidad de un gato, Li trepó a la parte alta y de allí al techo de la cabaña, sobre el que se tendió; por una abertura podía ver lo que ocurría en el interior de su vivienda, y no tardó en llegar hasta sus oídos una voz ronca que exclamaba:

—Yo le digo que no está aquí.

Li reconoció la voz de Red Jake, el dueño del salón, y un instante después, de otra parte de la habitación, otra voz respondía a la primera.

—Deben estar los documentos. Busque bien.

Era Colorado Charley el que hablaba, y Li pudo ver la escena que se desarrollaba en el interior de su vivienda.

El jugador Charley estaba de guardia en la puerta de la habitación, vigilando, sin duda, el regreso de Li, mientras que Red Jake estaba junto a la cama en que dormía Lucky Lem a Harkness. Estaba buscando algo... algo muy importante, yel chino se dió pronto cuenta de lo que era.

Se trataba de los documentos que Lem quería hacer registrar y sellar por el representante del gobierno. Los documentos que habían de hacer de él, el indiscutible y legal propietario de la mina que había encontrado.

—Apúrese, Jake, — exclamó Colorado Charley. — Ese condenado chino puede volver de un mometno a otro, y yo no quiero quitarlo de enmedio, pues nos va a servir de ayuda.

Se oyó un juramento.

—Incendie la choza si lo considera necesario, — rugió Red Jake. — Culpa suya será en primer lugar. Pero vamos a retener en poder nuestro a este condenado gigante hasta que se resuelva a indicarnos el camino de la mina.

Reinó el silencio en la habitación y Li, inclinándose un poco, consiguió ver a Red Jake inclinado sobre la cama en que dormía el minero. Revolvía entre las mantas y el colchón hasta que al fin, decepcionado, levantó la cabeza y lanzó un juramento.

—¿Dónde pueden haber ido aparar esos condenados papeles? No los puedo encontrar.

El semblante de Li se animó con una tranquila sonrisa. Poco tiempo después aparecieron los dos hombres, llevando el cuerpo inanimado de Lem.

Como les había fracasado el golpe de los documentos, habían pensado en secuestrar al minero hasta obtener de él la declaración de dónde había ocultado la documentación.

El chino se escurrió a lo largo del techo y de allí se dejó caer al patio, envuelto en sombras. Luego dió la vuelta y avanzó hasta el lado de frente a la casa. Había llegado a tiempo.

Frente a la viviendo estaba parado un carricoche y en él habían tomado asiento Colorado Charley y Red Jake, en la parte posterior se distinguía un bulto envuelto en lona, y al chino no le costó gran trabajo adivinar de qué se trataba.

El dueño del salón tomó las riendas de los dos ponies que arrastraban el vehículo y exclamó:

—¡En marcha!

Al mismo tiempo sacudió el látigo, y el carricoche se puso en movimiento. Entonces Li saltó y se instaló en la parte posterior para pasar luego al techo.

Las ruedas del ligero vehículo crugían al saltar sobre el accidentado piso de la plaza, pero al llegar al camino, la gruesa capa de polvo amortiguó las acudidas.

Unicamente un chino era capaz de sostenerse en el sitio en que se había instalado Li, quien parecía aferrado allí con todos los músculos de su cuerpo. Estaba tendido a lo largo y cada sacudida lo llevaba de un lado a otro. Pero nada era capaz de hacerle desistir del propósito que le había llevado hasta encaramarse allí.

Lucky Lem era amigo de Búffalo Bill, y Li no paraba en sacrificios con tal de servirlo.

Pero al fin tenía que ser descubierto. Cuando el vehículo comenzó a descender la inclinada pendiente que llevaba al río, el chino no pudo evitar que su cuerpo se fuese escurriendo, y al hacer esfuerzos para conseguirlo fué a caer en la parte posterior del asiento en que se hallaban instalados Colorado Chraley y Red Jake.

El primero, a pesar de la oscuridad que reinaba, alcanzó a distinguir el amarillo rostro del chino.- Red Jake oyó un juramento y vió que Charley se ponía de pie y comenzaba una lucha. El coche continuaba su carrera en dirección al río y saltaba sobre las pierdas amontonadas a la orilla.

—Pero ¿será posible?

Red Jake, que no se había dado cuenta exacta de lo que ocurría, tuvo la explicación al oir casi en seguida una frase.

—¡Pero mire a ese maldito chino!

Colorado Charley partió en persecución de Li, quecorría hacia el río; el jugador llevaba el revólver en la mano. Jake vió la negra silueta del perseguido, a Charley que levantaba el brazo, y momentos después, ¡crac! se oía una detonación.

E disparo hecho con el pesado Colt despertó un centenar de ecos, y del lado del río se oyó una especie de gemido.

Cuando se disipó el humo, la silueta del chino había desaparecido.

—Creo que le he alcanzado y bien, — exclamó Colorado Charley, quien avanzó para reconocer el terreno. El revólver lo llevaba pronto y el dedo en el disparador. Pero todo estaba tranquilo, y la superficie de las aguas serena indicando que si alguien había caído en ellas no había hecho tentativa alguna para abandonar el fondo.

—Sin duda nos ha venido siguiendo, Jake, — exclamó el canalla cuando volvió a

ocupar su asiento. — Y no ha sido poca suerte el que lo hayamos encontrado ahora. De otra manera hubiese descubierto a donde íbamos.

—¿Está usted seguro de que era el chino?

Por toda respuesta, Colorado Charley se inclinó hacia el pescante y levantó un gorro redondo.

—Creo que esto es inconfundible, — exclamó. — Todos lo hemos visto en su cabeza millares de veces.

Red Jake miró el gorro, y su rostro adquirió instantáneamente una expresión de picaresca alegría.

—Es el gorro de Li, ¿eh? Ha sido una gran suerte que lo hayamos encontrado, compañero. Yo estaba preparando una coartada, pero esto nos va a ser de una decisiva utilidad. Ya verá.

—¿Qué piensa hacer?

Red Jake soltó una carcajada, y echándose hacia atrás, castigó a los ponies; el vehículo se puso nuevamente en marcha.

—Espere hasta que lleguemos a las montañas, Charley, — dijo. — Allí le contaré todo. Por de pronto sepa que vamos a llevarnos a este borracho gigante a un punto donde nadie podrá dar con él, — agregó lanzando una corta carcajada. — Y si ese condenado amarillo ha logrado escapar con vida del disparo uge le ha hecho usted, cosa que dudo mucho, se va a encontrar con que le hemos preparado tan bien las cosas, que danzará al extremo de una cuerda, gracias a este gorro suyo, que constituirá una prueba indiscutible de lo que ha hecho contra nuestro querido amigo, — que va ahí detrás, — Lucky Lem.

CAPITULO II

Buffalo Bill investiga

POR el estrecho camino que se extendía como una cinta blanca por el terreno situado en la parte de los bosques que bordeaban el pie de las montañas, marchaba lentamente un jinete.

El sol abrasaba y se notaban los efectos del sudor y del polvo del camino en las delgadas patas y los flancos del animal, mientras el jinete, un hombre de aspecto atlético, que llevaba el sombrero en su tostada mano. De vez en cuando se inclinaba hacia adelante y sacudía la nube de moscas que revoloteaban en torno a la cabeza del animal.

—Kitty, pobrecita. ¿Cómo te molestan, verdd? Estas condenadas moscas son capaces de comerte viva.

Era una voz melodiosa la que había pronunciado estas palabras, y el animal paró las orejas. No cabía duda alguana de que había una corriente de simpatía entre la fina yegua y su patrón. Muchas personas que se ven obligadas a vivir en regiones solitarias, adquieren la costumbre de conversar con los animales que utilizan como si fueran personas

El camino penetraba en el bosque, y luego comenzaba a ir en ascenso. Después de una hora de buena marcha llegaron a encontrarse a la altura de la copa de los árboles y poco después se hallaron en el sitio en que comenzab aun largo cañón cuyas paredes eran de piedra rojiza con parches de negro basalto. En la parte superior de las peñas se distinguían uno o dos pinos solitarios, y luego el cielo azul.

El fondo del cañón, así como el camino que a él conducía, era accidentado y cubierto por una espesa capa de polvo. El jinete detuvo su montura y miró en redor

—¡Hola! ¡Rastros frescos! ¿Quién puede haber andado por aquí?

Bill Cody, concido también por Búffalo Bill, venía a caballo del otro lado del ría y se dirigía a Black Gap. Pero el camino general se encontraba a varias millas hacia el Oeste, y aquel por el cual marchaba era un camino indio, usado únicamente por animales salvajes y alguno que otro buscador de oro.

Según calculaba Búffalo Bill, por aquel camino no debía haber pasado nadie desde hacía tiempo, y el hecho de que en él se notasen pisadas de caballos y la huella de las ruedas de un vehículo, era muy significativo.

—No estará de más que dirija una mirada a todo esto, — murmuró el explorador, bajándose de la silla. — Realmente hacía mucho, pero mucho tiempo, que no circulaba ningún vehículo por este camino de los siux.

Soltó las riendas, y mientras Kitty permanecía quieta junto a su patrón, comenzó a reconocer las señales que le habían llamado la atención. Encontró así el punto en que habían tomado aquel camino, y luego volvió hacia atrás, para seguir hasta el sitio en que el carruaje se había parado.

Era un pequeño oasis situado entre el terreno árido y lleno de peñas. Los restos de una hoguera indicaban que los viajeros habían pasado allí la noche anterior.

Aquello daba la explicación a Cody de por qué no había notado antes las huellas. Recordaba ue había llovido algo la noche anterior, y sin duda aquella había contribuído a borrar los rastros.

—Pero lo que a mí me preocupa es qué clase de individuos son los que han pasado por aquí en un carricoche. De todos modos, creo que no habráan podido salir de este cañón, y en consecuencia, los encontraré más adelante.

Siguió observando el lugar del campamento, y sus acostumbrados ojos descubrieron en seguida varios rastros. En primer lugar, el vehículo era arrastrado por dos ponies, pues se notaban dos huellas separadas y diferentes, una más pequeña que la otra, lo que denotaba que los dos animales no eran del mismo tamaño.

También descubrió dos clases de pisadas humanas, las de unos pies calzados con las anchas botas del tipo que usaban los buscadores de oro y las de otro que llevaba los tacos más altos y finos. Hubiera podido creer-

Echado de bruces, el explorador preparó su revólver y luego habló. ("Buscadores de Oro").

se que era la huella de una mujer, de no observarse el tamaño del pie.

Los labios de Búffalo Bill se desplegaron con una sonrisa cuando observó ese detalle. Conocía perfectamente la clase de hombres que usaban aquel calzado, casi de lujo.

—Debe ser algún jugador, — murmuró. — Son los únicos que usan esa clase de botas.

El descubrimiento le interesó más aún. El camino de los siux no era un lugar muy apropiado para que marchase por él ningún tahur. Esa clase de individuos prefieren, por lo general, las inmediaciones de los establecimientos de bebidas y los garitos donde se juega. Allí obtenían los medios para vivir, y aquel solitario y árido cañón no era sitio muy propicio para que un jugador desarrollase sus actividades.

—Me parece que han equivocado el camino, — pensó Búffalo Bill, encogiéndose de hombros y volviendo a examinar las huellas. — Por aquí no hay pichones que desplumar, por lo menos yo supongo que no los encontrarán en el campamento del Pino Solitario.

Continuó investigando, no porque esperase descubrir mucho más, sino porque se se había convertido ya en costumbre en él, descifrar todos los signos extraños que hallase en su camino.

Unos cinco o seis meses antes, Búffalo Bill había sido destinado a auxiliar al fiscal del distrito para realizar una vigilancia por valles y montañas.

El solitario cazador de búfalos había aceptado el cargo a condición de que semejante nombramiento no había ser conocido por los habitantes de las praderas, y el resultado fué que Búffalo Bill llevaba, oculta bajo su camisa de cazador la estrella símbolo de la autoridad, que le daba poder para arrestar en aquellas agrestes regiones a todo delincuente.

Había algo de extraño en aquel campamento que había descubierto, y continuó su examen. Notó que en el sitio donde había sido dejado le vehículo durante la noche, había una marca en el césped. Era una señal que Búffalo Bill reconoció como causada por la permanencia de un cuerpo humano, atado y dejado allí.

Había examinado el terreno en torno a la hoguera extinguida, y notó que dos hombres habían estado allí. Eso le demostró que eran tres los viajeros, y le llamó la atención que mientras dos de ellos se habían instalado cómodamente junto al fuego, el otro, sujeto por las ligaduras, permaneció cerca del carruaje.

En las montañas, durante la noche, hace frío, y ningún hombre puede dormir lejos de la protectora hoguera. Era un nuevo problema el que se presntaba a Bill Cody, quien se cruzó de brazos y quedó pensativo. Luego una sonrisa desplegó sus labios.

—No creo que me equivoco mucho. — murmuró. — Pero creo que ya lo he aclarado todo. En el vehículo iban dos hombres que conducían a un tercero en forma tal que no podía afirmarse fuese un pasajero. Tenían desconfianza de él, y a fin de que no se les escapase aprovechando las sombras de la noche, lo sujetaron a las ruedas del vehículo que los condujo hasta aquí. Por eso está la marca de su cuerpo en ese sitio.

Frunció las cejas, un instante y prosiguió su monólogo.

—Acaso todo eso no sea más que fruto de mi imaginación y esté a mucha distancia de la verdad... Pero me sorprendería que no fuese así.

El asunto le interesaba cada vez más, y el explorador volvió sobre sus pasos hasta el camino donde Kitty lo aguardaba pacientemente. Montó y sin decir una palabra a su fiel compañera reanudó la marcha siguiendo las visibles huellas de los caballos y de las ruedas del misterioso vehículo.

El cañón se iba estrechando cada vez más y Búffalo Bill, al notarlo sonrió. Había calculado desde el principio que llegaría un punto por donde no pudiera pasar el vehículo, y sus cálculos se confirmaban.

El resultado fué que al llegar a un punto en que no se notaba la continuación de las huellas, detuvo su montura y echó pié a tierra.

—Pienso que de haber estado yo en el pellejo de esos hombres y tener que abandonar el vehículo lo haría aquí.

Era una región abrupta, como de trescientas a cuatrocientas yardas en circulo, cubierta en su mayor parte por grandes peñas. Búffalo Bill inició una sistemática busca, examinando primeramente el terreno a la derecha del camino y luego a la izquierda.

Marchó hacia una de las paredes examinando piedra por piedra. Pero no halló rastro del vehículo y casi estaba a punto de abandonar su trabajo cuando notó un par de tablas tendidas en el suelo bajo una piedra plana. Tomó una de ellas y la examinó. Era sin duda parte de lo que iba buscando.

—¿Pero dónde han metido el resto? — exclamó. — No lo han llevado más adelante, de seguro... ¡Ah! Me parece que ya está.

Había vuelto la cabeza y al mirar hacia lo alto distinguió una peña plana en su parte superior. En un momento el atlético cazador de búfalos trepó hasta lo alto y descubrió el secreto.

Los viajeros habían desarmado el carricoche, quitándole las ruedas y techo y lo ocultaron en lo alto de la peña. Allí estaban las cuatro ruedas, los costados, el techo; todo, en fin, cuidadosamente amontonado.

Cody sonrió al ver todo aquello.

—Bueno. Reconozco que lo han hecho ustedes todo muy bien, — murmuró. — Ha sido una verdadera casualidad el que se me ocuriese a mí mirar hacia aquí arriba, y si no hubiese sido por esas tablas jamás lo hubiera hecho. Esa desaparición del vehículo es, realmente, una jugada maestra.

Examinó las piezas amontonadas y encontró, finalmente, la parte del pescante, donde notó que alguien había raspado la

madera en determinado lugar. Era costumbre en aquellos parajes que todo poseedor de un vehículo colocase su nombre a un costado del pescante, pero el poseedor de aquel había tenido la precaución de borrar el suyo.

El acto demostraba al explorador que había algo de siniestro en todo aquellos detalles. Ningún hombre honrado se hubiera tomado el trabajo de realizar aquella obra, y Búffalo Bill, se alejó de allí, en dirección del lugar en que se hallaba esperándo Kitty, realmente preocupado.

Empleó veinte minutos en encontrar otra vez el camino y en él las huelas de dos ponies. Así siguió hasta un desfiladero, bajó una pendiente, cruzó un bosque y salió a una meseta.

A la distancia se distinguían las altas montañas y la serie de cañones, que como en correcta formacin bian a desembocar al río Colorado.

Más allá estaba la tierra libre, sin dueños, el dominio de los bandidos y los sanguinarios pieles rojas. Era un camino aquel que tan sólo un aventurero buscador de oro podía seguir y aún cuando Búffalo Bill, lo conocía tan bien como pudieran conocerlo otros hombres, vaciló un momento antes de requerir los servicios de Kitty.

—No me explico dónde puedan haber ido, — pensó. Creo que ellos lo sabrán bien, pero tú y yo vamos a tratar de averiguarlo.

Durante el resto de aquel día el paciente explorador siguió la huella de los ponies y la noche le sorprendió guiando a su fiel Kitty por una pendiente donde un fresco y claro manantial derramaba desde lo alto sus cristalinas aguas que caían formando caprichosas cascadas.

Se detuvo junto al arroyo, quitó la silla a su fatigada montura y luego saltando el arroyo siguió las huellas de los pies durante un cuarto de milla más. No halló rastro de hombres ni animales y comprendiendo que nada podría adelantar regresó al sitio donde había pensado pasar la noche.

Cuando un hombre se acostumbra a dormir en lugares donde hay peligro se despierta facilmente y Bill Cody, envuelto en sus mantas se encontró de repente sentado y atento, bajo las estrellas que brillaban en el cielo azul y el rumor del arroyo. Comprendió que no era en realidad eso lo que le había despertado y prestó atención. Kitty estaba tumbada junto a él y el animal también levantó la cabeza. Era un singular despertador y Búffalo Bill se guiaba por ella cuando su instinto propio fallaba.

—¿Qué ocurre, Kitty?

Había preparado instintivamente su revólver. Transcurrió un tiempo, pasado el cual llegó hasta los oídos del cazador de búfalos el ruido de una piedra desprendida de la altura. Oyó su caída por la pendiente y luego cuando se hundió en las límpias aguas del río.

El sonido partía de un lugar situado más alto que donde el estaba y la piedra fué a dar donde el agua caía desde una elevación de varios pies hasta una especie de estanque.

Sabía que por aquellos lugares abundaban los gamos y las cabras y pensó, al principio, que pudiera ser algún animal que hubiese derribado la piedra al acercarse a beber. Pero, echando a un lado la manta, dijo algunas palabras a Kitty y luego comenzó a marchar, adoptando toda clase de precauciones, hacia el punto donde corría el arroyo.

No había luna, pero en aquella tranquila parte del mundo, las estrellas esparcían una claridad grande, y los ojos de Búffalo Bill acostumbrados a la oscuridad, distinguieron en seguida una silueta que se mantenía inmóvil junto al curso de agua.

El cazador de búfalos se escurrió como una serpiente en dirección a aquel sitio Llegó al borde y se detuvo para estudiar la figura de nuevo. Así pudo observar facilmente la alta y gallarda figura de un indio, un navajo cuya cabeza estaba adornada con el gorro de plumas.

Tenía armas. Búffalo Bill pudo ver una carabina que estaba en el suelo cerca de él Su cabeza estaba vuelta hacia el otro lado y sus altos pómulos se destacaban claramente.

Para un combatidor de indios todos los de esa raza son adversarios, pero Búffalo Bill sabía muy bien que por allí existían varias razas menos sanguinarias que los terribles siux y apaches de las praderas.

Los navajos, tribu muy orgullosa de sus antepasados, tenían razón de estarlo, pues descendían — según han demostrado los historiadores — de la primera gran tribu de pieles rojas que llegaron de la América del Sur a través del itsmo de Panamá.

El hombre que se hallaba allí era bien proporcionado; sus hombros anchos, su pecho levantado, y su silueta, destacándose en el fondo oscuro del cielo, no carecía de arrogancia y dignidad. Su gorro de plumas indicaba que se trataba de un jefe.

Echado de bruces sobre el suelo, el explorador preparó su revólver y luego habló:

—¡Hermano! — dijo en el idioma de los navajos, y en seguida vió que la cabeza se volvía hacia el punto en queél se hallaba. — Mi hermano rojo hará mejor quedándose quieto. Lo tengo al alcance de mi arma. arma.

Los manos del piel roja se habían tendido hacia su fusil y su cuerpo estaba en tensión, pero no se movió. Al fin Búffalo Bill se levantó y avanzó hacia el otro, con el revlver en la mano.

—¿Qué desea el cara pálida? — preguntó el indio con vibrante entonación.

—Vengo en paz, — respondió el explorador. — Hay paz entre su pueblo y el mío ahora; pero depende de usted que haya paz en este momento entre los dos.

Estaba al lado del otro, a la orilla del

agua y vió que la cabeza del indio se inclinaba hacia adelante y sus ojos lo contemplaron un momento.

—¿Qué busca el cara pálida en las montañas? — preguntó tranquilo el navajo. — Está muy lejos de las aldeas de su pueblo.

—Vengo siguiendo a otros hombres, — añadió Búffalo Bill. Han venido por este camino y deseo encontrarlos.

El indio lanzó una especie de gruñido.

—¿Son esos hombres amigos suyos? — preguntó después.

—No. Ignoro quienes son. Pero necesito encontrarlos.

—¡Ah! ¿Y para qué quiere encontrarlos?

—Los he seguido durante todo el día, — continuó el explorador. — Hay algo en su conducta que ha despertado mi curiosidad y por esos quiero dar con ellos.

Hubo una pausa y el navajo se encogió de hombros. Luego dijo.

—Esos otros caras pálidas son gente mala. Han venido a mi país a cometer una mala acción. Los navajos queremos vivir en paz con los caras pálidas pues hemos enterrado el hacha hace muchas lunas.

Se volvió y observó de nuevo el rostro, cubierto de polvo, del explorador. Luego como tranquilizado por la expresión de honestidad que revelan aquellas enérgicas facciones, el guerrero puso su mano sobre el brazo de Búffalo Bill.

—Venga mi hermano, — dijo. — Voy a mostrarle. Algunos de mis guerreros están vigilando a los otros rostros pálidos y nos guiarán hacia donde han acampado.

Echó hacia atrás la cabeza y lanzó un suave sonido semejante al de una flauta. Era un llamado al que respondieron desde el otro lado del estanque. Pocos momentos después, Búffalo Bill y el piel roja ascendían por la pendiente y desaparecían entre las sombras.

CAPITULO III

El sheriff Hayes es molestado

El sheriff Hayes, en encontraba sentado en su oficina de Deadwood, con un cigarro entre los dientes. Estaba leyendo un informe oficial que había recibido aquella mañana, cuando oyó el resonar de espuelas, seguido por el ruido de pisadas y luego un golpe dado con fuera en la puerta.

Hayes se quitó el cigarro de la boca, dejó el informe sobre la mesa y exclamó:

—¡Adelante!

En forma atropellada entraron cuatro o cinco hombres, en la oficina y el sheriff se quedó mirándolos extrañado. Casi todos eran desconocidos en Deawood, y si la misión del sheriff era averiguar la clase de elementos con quienes tenía que tratar, calculó inmediatamente que aquella era una gente, no deseable.

Todos eran concurrentes al salón de Red Jake y entre el grupo se encontrada este último, y trás el se divisaba el poco atrayente rostro de Colorado Charley.

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Fué Rek Jakek el qué actuó como orador del grupo y vanzó hasta colocarse delante del escritorio llevando en la mano como un troz de género negro.

—¡Oigame, sheriff! — comenzó. — Nosotros tenemos que hacer una acusación contra un hombre que es ciudadano de esta localidad... un chino.

—¿Y qué acusación es esa?

—Esta, — continuó Red Jake. — Hace cinco o seis días un muchacho alto y bien parecido entró en mi salón y allí se alegró un poco. Había descubierto una mina y venía a dar a conocer la calidad de sus pepitas. Los muchachos se reunieron con él y estuvieron bebiendo. Creo que se llamaba Lem Harkness, pero el mismo se hacía llamar Lucky Lem.

Hayes hizo un gesto de asentimiento.

—Creo haber oído hablar algo de eso, — dijo. — Lem llegó a la ciudad una noche, pero se marchó al día siguiente.

Los pequeños ojos de Rey Jake, relampaguearon.

—Ahí está el asunto, sheriff, — exclamó, — Ni yo, ni los muchachos estamos muy conformes respecto a esa desaparición de Lem. Después de que hubo bebido unos cuantos vasos de licor yo le invité a que pasara a una habitación interior para tomar algún alimento. Le dijé que había bebido demasiado y que eso no estaba bien en un joven como él.

La idea de que Red Jake se preocupase de aquella manera por un desconocido, poseedor de una bolsa llena de pepitas de oro, hizo sonreir al sheriff, pero no hizo comentario alguno.

—Estábamos sentados frente a una mesa con comida cuando llegó el chino con un paquete de ropa limpia y se puso a conversar con Lem. El resultado fué, que éste se marchó con el chino para pasar la noche en su cabaña... Y bien, yo no voy a decirle que no confío mucho en la amistad de un chino con un hombre borracho que tiene una bolsa lena de pepitas de oro.. pero tampoco le diré que confío mucho.

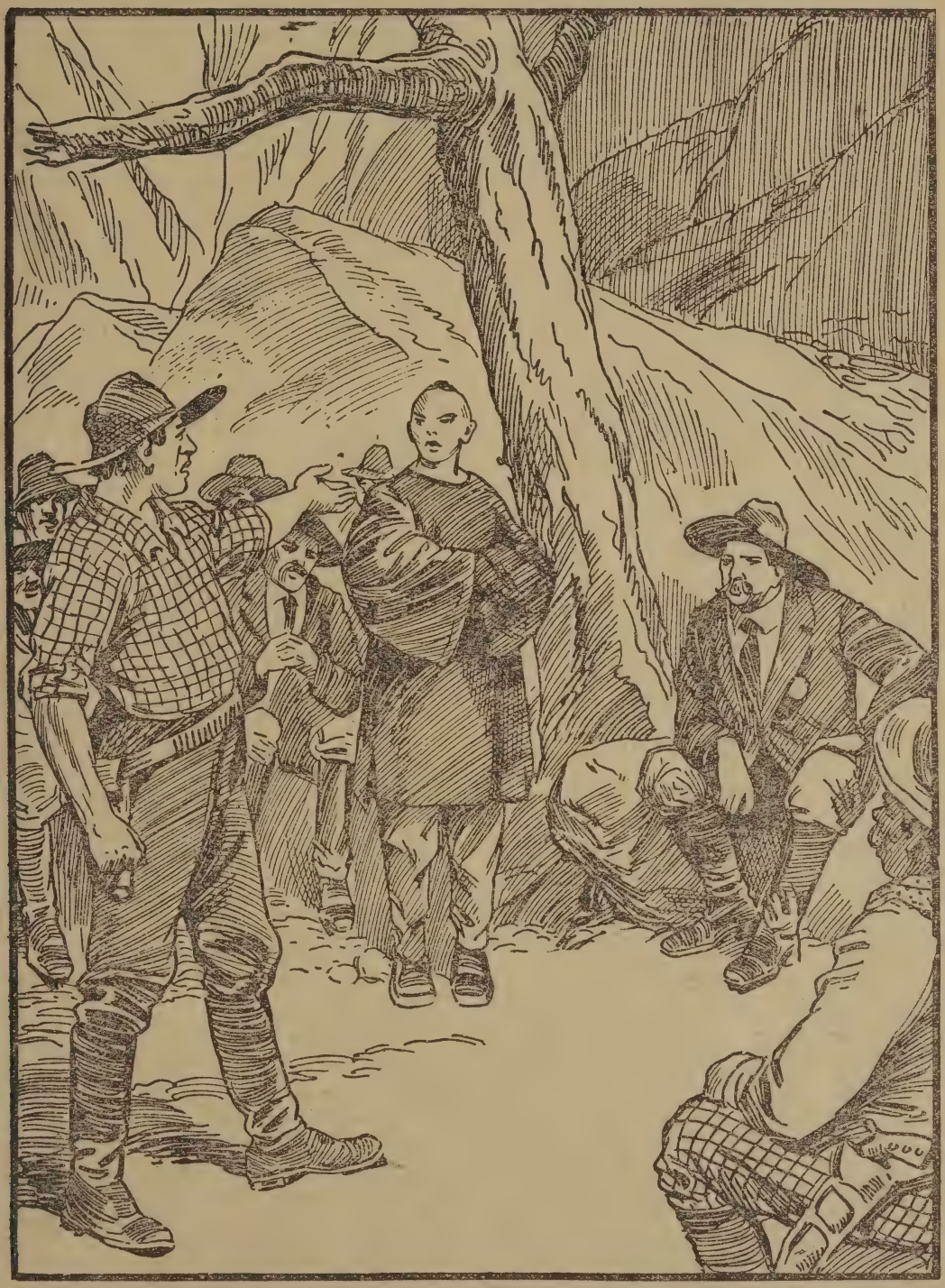
"Cuando más tarde yo y mi camarada fuimos hasta la casa del chino para ver como seguía Lem encontramos que no se hallaban allí ninguno de los dos hombres.

"Los dos se habían marchado. Eso me ha dado mucho que pensar y por eso he marchado con los muchachos para ver si los buscamos.

Se volvió e hizo un gesto a Colorado Charley.

—Colorado Charney es uno de los que componían la partida y él mismo puede decirle a usted lo que hemos encontrado.

A una indicación de Rey Jake, Colorado Charley avanzó hasta el escritorio.



—Oiga, chino, — exclamó el canalla. — Queremos saber lo que ha hecho de Lem Harkness. Se le vió por última vez en su casa y llevaba un saco lleno de buenas pepitas de oro. ¿Qué ha hecho usted con él, infame. ("Buscadores de Oro").

—Yo había conversado con Lucky Lem, sheriff, — dijo el tahur. — Me había dado una idea del lugar en que se hallaba la mina, por eso Red Jake vino a buscarme para decirme que estaba preocupado por la suerte que hubiera podido correr el joven. Yo les guié por las montañas en dirección al sitio donde Lem, me había indicado. Llegamos, siguiendo sus huellas hasta el cañón del Coyote y a la entrada descubrí algo que me dió la clave de lo que puede haber ocurrido.

Entonces enseñó un trozo de género cubierto de polvo.

—Este es un trozo de la camisa que llevaba Lucky Lem cuando estuvo en Deadwood, — agregó el jugador. — Y como puede usted ver tiene manchas de sangre. Al mismo tiempo encontré esto.

Una a una fueron presentadas las pruebas de culpabilidad. La bolsita de cuero en que el joven llevaba las pepitas de oro, pero ahora estaba completamente vacía. Y al mismo tiempo presentó Red Jake el casquete del chino.

—Cerca del camino hemos encontrado también esto, — agregó Colorado Charley. — que también está manchado de sangre. Hemos buscado por aquellos alrededores pero no hemos hallado rastro alguno de Lem... Mas no creo que esto influya mucho en el desarrollo de los hechos. El cañón está lleno de hendiduras y cuevas donde cualquiera puede ocultar a su víctima, sin que se la encuentre aunque se busque durante años enteros.

Ed sheriff Hayes, se había inclinado hacia adelante, tomó el casquete de tela negra y lo examinó.

—Sí. Esto pertenece a Li Chang, — dijo. — Yo le he visto llevándolo puesto infinidad de veces.

Una siniestra sonrisa desplegó los labios de Red Jake, y el dueño del salón asintió con un movimiento de cabeza.

—Me alegro que lo reconozca, sheriff, — dijo. — Y me parece que en vista de ello no vacilará en decretar el arresto del chino. Lucky Lem ha desaparecido y Li Chang es el único que deb saber lo que ha sido de él.

U nmurmullo de aprobación acogió estas palabras y uno de los que estaban detrás de Red Jake, exclamó:

—Vamos en seguida en su busca y donde lo encontremos, lo colgamos.

El sheriff Hayes, se puso de pie y miró resueltamente a sus visitantes.

—¡Cuidado con lo que se dice! — exclamó con energía. — En la ciudad en que yo mando no se aplica la ley de Lynch. Soy el representante de la ley y del orden aquí no consiento que nadie se meta en mis asuntos.

Tomó su cinturón que se colocó luego descolgó su sombrero que pendía de uno de los clavos que había en la pared.

—Usted ha hecho una acusación, Red Jake, y mi deber es atenderla. Voy primeramente a cas de Li Chang. Pueden ustedes venir conmigo si lo desean.

Pocos minutos después habían salido a la calle y entonces el sheriff Hayes notó que frente al salón de Red Jake había reunidos muchos mineros y cowboys. Al parecer el, esos hombres avanzaron a su encuentro y se unieron al pequeño grupo que se detuvo frente a la residencia del Li Chang.

Hayes llamó a la puerta pero no respondió nadie y entonces empujó la puerta y pasó al interior. Permaneció allí sólo un momento y volvió a salir en seguida.

—Li, no está aquí, — dijo.

—No. Ya lo suponíamos nosotros, — exclamó uno de los del grupo. — Nadie lo ha visto desde hace dos días.

Había una pequeña tienda junto a la casa del chino y Hayes hizo algunas preguntas al propietario. De acuerdo con la declaración de ese hombre Li Chang no había sido visto por allí desde hacía tres o cuatro días.

—Vamos a buscarlo, sheriff, — exclamó Red Jake. — No es posible permitir que un amarillo como ese asesine de esa manera a un hombre blanco que lucha para conseguir su oro.

Se volvió y agitó una mano dirigiéndose a la gente que se había reunido.

—Vamos, muchachos, — dijo. — Vamos a reunirnos unos cuantos y me parece que el sheriff, aquí presente, permitirá que le secundemos en su tarea.

Por un momento Hayes, vaciló. La clase de hombres que le rodeaban, no era precisamente de los que él hubiera elegido de buena gana para prestarle ayuda, pero comprendió que si los rechazaba adelantaría muy poco, pues no eran de los que se amoldaban fácilmente a la voluntad ajena, si no coincidía con la suya. Por eso fingió acceder de buen grado y eligió entre los mineros y cowboys a una media docena entre los que estaban Red Jake y Colorado Charley.

Una hora después, el sheriff Hayes, montado en su caballo blanco marchaba por el camino de Deadwood seguido por un grupo de poco atrayente aspecto. Llegaron al vado del río y Colorado Charley colocándose junto al sheriff señaló hacia la izquierda.

—Será mejor que dejemos el camino, — dijo. — Si vamos a encontrar a ese maldito amarillo más fácil es que demos con él en ese lado de las montañas.

Hayes miró el repulsivo rostro adornado con un pequeño bigote negro.

—¿Y por qué ha de estar Li Chang por ese lado? — preguntó.

Era una pregunta tan sencilla como natural, pero a Colorado Charley debió ponerle en apuros la respuesta, pues sus ojos relampaguearon un momento y luego, echó a reir y se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé, — dijo. — Es sólo una ocurrencia mía...

Los ojos color acero del sheriff Hayes se quedaron un momento fijos contemplando al yencido, al parecer:

otro, pero sacudió la cabeza y exclamó, con-

—¡Perfectamente! Vamos a hacer lo que usted indica.

Tomaron entonces un estrecho sendero y durante un par de horas marcharon por un camino accidentado que iba en ascenso hasta que al fin se encontraron en el camino que conducía a la entrada del cañón.

Habían recorrido la mitad de la extensión de éste, cuando el sheriff, distinguió algo que se movía delante de ellos y una voz gritó:

—¡El chino!

Una pequeña nube de polvo se levantaba detrás del largo traje negro y cuando todos se acercaban un poco más, el sheriff Hayes vió que en efecto se trataba del amarillo. El chino marchaba por el camino con su habitual trotecito, con el cuerpo inclinado hacia adelante y sus ojos de forma de almendra entornados.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría el grupo de hombres puso sus caballos al galope, y el sheriff Hayes se vió obligado a hacer lo propio para alcanzarlos.

Todos avanzaban por el camino y uno de los hombres montado en un soberbio caballo negro se adelantó cinco o seis yardas del grupo. El sheriff Hayes notó que ese hombre llevaba un lazo colgado a un lado de la montura, y vió que comenzaba a hacerlo jirar por encima de su cabeza. Lanzó un grito y la tira de cuero cruzó silbando el aire.

Cayó sobre la cabeza y hombros de Li, quien ya se había detenido y entonces el hombre hizo dar vuelta a su caballo y partió arrastrando brutalmente al infeilz amarillo por el camino.

—¡Quédese quieto!

La voz de Hayes se oyó en forma enérgica y al mismo tiempo el sheriff hizo un desesperado esfuerzo para romper la línea de jinetes que se hallaba entre él y el que manejaba el lazo. Pero los otros maniobraron para impedirlo haciéndole perder de vista al chino.

—¿No me han oído? ¡Quédense quietos!

Con una expresión de ira en su rostro Hayes se levantó sobre los estribos y llevó la mano a la cintura. La aparición del revólver en la mano del sheriff, hizo más juiciosos a los otros hombres, quienes se apartaron a derecha e izquierda.

Hayes tuvo la visión de un caballo negro puesto al galope y tras él, algo que saltaba entre el polvo del camino. Li Chang había sido enlazado y luego arrastrado... ¡Crac! El sheriff Hayes envió una bala que pasó rozando la cabeza del jinete del caballo negro y de nuevo volvió a oirse su voz.

—¿No quiere oirme? ¡Quieto o lo hago parar yo!

La bala que pasó silbando a sus oídos, fué un buen aviso de lo que podía ocurrirle, pues el jinete detuvo inmediatamente su caballo.

Hayes rojo de ira, se acercó a él.

—¿Qué manera de conducirse es esa?

Todos los jinetes estaban a las órdenes de Red Jake, de quien eran hechura, pero al ver la resuelta actitud del sheriff, el otro tó el lazo.

Hayes echó pie a tierra, cruzó el camino, se acercó al chino y después de librarlo de sus ligaduras, lo ayudó a ponerse de pie.

Li Chang había sufrido bastante los efectos de aquel arrastre. Su rostro estaba lleno de heridas, de sangre y tierra y rengueaba cuando pretendió andar. Más a pesar de todo sus ojos tenían una tranquila mirada y en su aspecto y ademanes no se adivinaba sombra de temor alguno.

El grupo de hombres allí reunido lanzó un murmullo. Entonces Rad Jake, Colorado Charley y otros dos se desmontaron de sus caballos y se acercaron a donde estaban Hayes y el chino.

—Oiga, sheriff, — dijo Red Jake. — Ya que hemos cazado a este amarillo en el lugar de su delito, vamos a formar tribunal y a dirigirle algunas preguntas.

En aquellas regiones salvajes era común el caso de que un delincuente sorprendido infraganti o en el lugar donde se suponía cometido el delito, se le sometía a un interogatorio ante un tribunal formado por los que iban en su busca, y en muchos casos hasta se le aplicaba la sentencia de muerte. Dura ley, pero necesaria entre aquellos elementos.

El sheriff Hayes llevaba sus revólvers a la cintura y era capaz de tener a raya a aquellos desalmados, aun estando él solo. Pero semejante actitud podía ocasionar disturbios y además él estaba allí para vigilar la ejecución de la justicia.

—No tengo por qué discutir mis actos con usted, Red Jake, — respondió el sheriff. — Y conviene que no olvide que yo soy quien representa aquí la ley, no obstante si quiere hacerle al chino algunas preguntas, no me opongo.

—¡Muy bien! Vamos a formar tribunal.

Cerca de allí había un grupo de pinos y detrás un corpulento árbol, que debió haber sufrido en tiempos atrás los efectos del fuego y por eso sus ramas estaban despojadas de tallos y hojas. Aparecía, pues, en esqueleto y ennegrecido. Una fuerte y larga rama se pendía hacia adelante formando ángulo con el tronco.

Aquello tenía un aspecto bastante significativo y hacia allí se dirigieron todos.

—Esto tiene un admirable aspecto de tribunal — exclamó Red Jake mirando a los otros. — Así cuando hayamos pronunciado nuestra sentencia, si es condenatoria no tenemos necesidad de buscar más...

Una carcajada respondió a la siniestra indicación y el sheriff Hayes frunció el ceño. Continuaba llevando a su lado a Li Chang. Una vez que los otros se hubieron instalado sobre las peñas, Red Jake se adelantó hasta el centro del círculo.

—Los muchachos me han designado acusador, — dijo, — y con su permiso, sheriff, voy a comenzar mi misión.

Los ojos del chino no se apartaban del rostro del propietario del salón.

—Vamos a ver, chino, — exclamó el canalla.—Necesitamos saber que ha hecho de

Lem Harkness. La última vez que se le vió fué en su casa y todos sabemos que llevaba un saquito lleno de pepitas de oro. ¿Qué ha hecho usted del minero, canalla?

Li Chang se encogió de hombros. Era imposible adivinar lo que pensaba el asiático cuando miró a su acusador.

—Ignoro lo que ha sido de Lem Harkness, — dijo. — Yo no he ido a mi casa desde hace varios días. Cuando yo salí de ella, Harkness quedaba durmiendo en mi cama.

—Sí. Eso es lo que usted dice — exclamó Red Jake. — Pero nosotros no estamos muy decididos a creerlo. ¿Reconoce usted esto?

Sacó del bolsillo el gorro de género negro y por un momento el rostro del oriental se animó.

—Sí, — dijo. — Eso es mío. Lo perdí hace unos días.

—¿Y qué me dice de esto?

Era el saquito de cuero que contenía las pepitas de oro. Li Chang la miró y luego se encogió de hombros.

—También recuerdo lo que es — dijo. — Lem Harkness guardaba dentro su oro.

—Bueno. Pues las dos cosas han sido encontradas juntas en este cañón — exclamó Red Jake. — Y aquí hay otra cosa que está manchada de sangre... De la sangre de Lem Harkness, maldito amarillo... Y ahora, ¿negará que ha asesinado a nuestro compañero por robarle su oro?

Y al hablar así avanzó con los puños cerrados que acercó al rostro del chino.

—¡Hable! — rugió. — ¡Diga la verdad! ¿Ha asesinado a Lem Harkness?

Acaso Red Jake confiaba en que su modo de proceder infundiría horror al chino. En varias ocasiones el propietario del salón había experimentado que su forma tiránica de tratar a la gente influía en ella. Pero aquel extraordinario chino, no demostró el más mínimo terror.

—No sé nada de lo que le ha ocurrido a Lem Harkness, — repitió. — ¿Ustedes me preguntan que si lo he asesinado y donde está su cuerpo?... ¿Acaso no saben ustedes donde encontrarlo?

El sheriff Hayes, observaba atentamente el rostro de Colorado Charley quien se hallaba detrás de Red Jake, y el representante de la ley, advirtió una sombra de temor en él. Luego Colorado Charley dió un paso hacia adelante y tocó al propietario del salón en un brazo.

—Nos está burlando, Jake — exclamó. — No merece la pena de perder tiempo con él. Tenemos ya bastante pruebas en su contra para colgarlo y eso será lo mejor que podemos hacer... Vamos a la votación.

Y lanzó una mirada de desafío al sheriff Hayes.

—Ya es suficiente — dijo. — Me parece que el jurado puede resolver.

Los mineros y cowboys se habían puesto de pie y Red Jake se volvió hacia ellos.

—Ya han oido como ha hablado este chino; muchachos — comenzó. — El niega todo cuanto se refiere a nuestro pobre compañero Lucky Lem. Pero admite que este gorro es suyo y también reconoce la bolsa. Le hemos encontrado en el Cañón del Coyote, en el mismo lugar en que nuestro compañero Colorado Charley descubrió estas cosas. Todos sabemos que hay por aquí centenares de huecos y cavernas donde puede ocultarse bien un cuerpo, y sería necesario que buscásemos durante años enteros hasta encontrarlo... ¿Qué les parece? ¿Es el chino culpable del crimen o no?

Hubo un momento de pausa luego, en coro llegó la respuesta.

—¡Culpable!

Red Jake, se volvió y se quedó mirando a Hayes.

—Ahora, sheriff — dijo — Mis muchachos son buenos ciudadanos de los Estados Unidos y todos han dictado su veredicto de culpabilidad. Autorízenos para ello y llevaremos a buen término la ceremonia.

Fué un momento ramático. Hayes comprendía que si luego se realizaba una investigación había pruebas más que suficientes para demostrar que él había cumplido con su deber. Semejante forma de hacer justicia era frecuente en aquellas regiones y nadie le acusaría.

En esas circunstancias otro hombre hubiera dado su consentimiento, pero el sheriff Hayes era de otra especie. Tomó a Li Chang por una manga, se colocó él delante y antes de que ninguno de los del grupo, se diese cuenta de lo que hacía, había sacado sus dos revólvers y apuntaba con ellos a Red Jake y a sus hombres.

—Me parece que está usted fuera de sí, Jake — exclamó el sheriff con tono mesurado y tranquilo. — Yo no me he opuesto a que se constituyan en jurado, pero este asunto no van a resolverlo en una forma así tan a la ligera. Li Chang afirma que dejó a Lem Harkness en su casa allá en Dedwood. Yo sé que el chino no ha estado en la ciudad desde el día en que el minero entró en su salón, y antes de colgar a Li Chang tenemos que darle oportunidad para que demuestre dónde ha estado.

Las venas del cuello de Red Jake parecieron saltar cuando oyó estas palabras, y era notorio que el propietario del salón había perdido todo dominio de sí mismo.

—¿Es eso lo que piensa, sheriff? — exclamó en tono irónico. — ¡Bah! Ahora ya sabemos a que atenernos. Presta más crédito a un perro amarillo que a sus propios compatriotas... ¡Vaya un tipo curioso de sheriff que es usted?

—Yo considero a todos los hombres iguales — respondió el representante de le ley— Li Chang, es un buen ciudadano de Deadwood y estoy en el deber de protegerlo como a cualquiera otro.

Allí colocado delante del chino con sus dos revólvers amartillados y apoyados en las caderas, con su poderoso cuerpo en ten-

sión y alerta, el sheriff demostraba una resolución tan firme, que ninguno de los canallas que se hallaban frente a él se resolvió a atacarle.

La fría y siniestra voz de Colorado Charley rompió el silencio.

—Dejen al sheriff que haga lo que quiera muchachos — exclamó. — Vamos a llevar a este chino con nosotros y allí se le someterá a un juicio más serio. El trata de salvarse y vamos a ver si lo consigue.

Dió un paso atrás y saludó al sheriff.

—¿Supongo que no tomará a mal que vigilemos al chino durante el camino de retorno, señor sheriff Hayes? — dijo Colorado Charley con un dejo de ironía en su voz. — ¿O prefiere ser usted sólo el que lo conduzca?

La mirada del sheriff Hayes adquirió una expresión singular, luego encogiéndose de hombros, guardó los dos revólvers y exclamó:

—Yo voy a emprender el regreso a Deadwood. Y allí procuraré que este asunto se lleve con toda seriedad por una verdadera corte de justicia.

La tensión del momento había desaparecido y los hombres se dirigían hacia donde estaban sus caballos.

El sheriff Hayes saltó a la silla y ordenó a Li Chang que se colocara detrás de él. Luego todo el grupo de jinetes emprendieron el viaje de regreso por el Cañón del Coyote con el sheriff Hayes y el prisionero marchando en el centro del grupo.

Li Chang había escapado a la ley de Lynch muy a tiempo, pero mientras Red Jake y Colorado Charley caminaban detrás del sheriff y su prisionero, sus cabezas iban muy cerca una de la otra y los dos hombres cuchicheaban algo para ellos muy interesante.

—Ya es nuestro, Charley — decía el dueño del salón. — Solamente necesito saber ahora qué es lo que ha hecho el chino estos días... Si lo lograse conocer sería el hombre más feliz.

CAPITULO IV

Los ladrones de yacimientos

EN la parte saliente de un peñasco de rojiza piedra estaba tendido un hombre con la cara entre la palma de las manos. Desde el lugar en que se encontraba distinguía por completo el pequeño y fértil valle cercado por altas paredes de piedra.

Por el centro de ese valle corría un plateado curso de agua y la parte del suelo cubierta de alta hierba color esmeralda se hallaba salpicada por ponies indios y algunas cabezas de ganado vacuno.

Detrás del hombre se distinguía una abertura en forma de arco en la pared de piedra esa abertura formaba una ventana cuya parte superior estaba manchada de humo. Era una cueva y a lo largo del peñasco y en la pared se notaban otras similares, lo mismo que a un nivel más bajo.

Aquel hombre era Búffalo Bill, quien se hallaba en la aldea de los navajos. Esas cuevas, que aun existen y son la admiración de los turistas modernos, tienen infinidad de años de existencia. Ni aun los mismos navajos que las habitaban conocían a la perfección las galerías y ramificaciones subterráneas hechas por sus primitivos ocupantes. Otros pueblos más primitivos y cuyos orígenes se pierden en las nieblas del pasado fueron los hábiles arquitectos.

El pequeño cañón era un lugar seguro y Búffalo Bill comprendió cuando el alto navajo lo llevó hasta allí que había puesto en sus manos el secreto de la salvación de su pueblo. Pero el indio supo leer en sus azules ojos la confianza y por eso durante cinco largos días Búffalo Bill había vivido entre los guerreros, las mujeres y los niños de la valerosa tribu, sin que recibiese de ellos más que pruebas de su confianza.

Cuando el jefe de los navajos condujo a Búffalo Bill a lo alto de la pendiente, aquella noche, el cazador se encontró en el centro de un círculo de hombres adornados con plumas, que se movían silenciosamente. Poco después notó que conducían una rústica litera y a pesar de la oscuridad vió Cody que en ella llevaban a un hómbre blanco.

Durante aquella noche los guerreros caminaron y al romper el día llegaron al valle que ahora contemplaba Búffalo Bill. A la mañana siguiente Búffalo Bill pudo reconocer al hombre que había sido instalado en un lecho. Era Lem Harkness el minero de anchas espaldas y dorados cabellos a quien Búffalo Bill había conocido algunos meses antes.

Harkness estaba desvanecido, sus mejillas no tenían color y un redondel negro que se notaba en una de sus sienes demostraba que había recibido allí un fuerte golpe.

El jefe de los navajos y sus hombres habían conducido a Harkness hasta la pequeña cueva frente a la cual se hallaba Búffalo Bill y que también le habían designado a él como su habitación.

Una mujer anciana, cuyo rostro parecía tallado en caoba se había hecho cargo del herido y Cody se sintió muy satisfecho al dejar al enfermo en sus expertas manos.

Durante los dos primeros días Harkness permaneció inconsciente y sólo el continuo ronquido que hacía su pecho al respirar indicaba que aquel cuerpo, con todas las apariencias de la muerte, conservaba vida. Pero después de aquel tiempo los solícitos e inteligentes cuidados de la india comenzaron a dar su fruto y Harkness pudo abrir los ojos y hacer un esfuerzo para beber una poción preparada para él.

Fueron necesarios otros tres días para que recobrase la memoria y cuando Búffalo Bill se hallaba echado de bruces con la cara en las palmas de las manos y contemplando el risueño valle, estaba esperando que la india llegase a darle el informe matinal.

Oyó ruido de pasos, se puso de pie y se

volvió cuando la vieja india se acercó a él sonriente.

—El rostro pálido ya está bien y desea hablar a su amigo, — le dijo. Hizo un saludo y se alejó aquella original y pintoresca enfermera.

—Creo que siempre conservaré en mi corazón una gran simpatía hacia los navajos, —murmuró Búffalo Bill, mientras se dirigía al pequeño arco que formaba la entrada de la cueva.

Encontró a Harkness sentado en la cama que le habían hecho en un rincón de la cueva y cuando Búffalo Bill se acercó a él vió que su rostro se iluminaba con una sonrisa, luego el enfermo tendió una de sus manos.

—¡Hola, Cody! No puede figurarse lo contento que estoy al poder estrechar su mano, —exclamó el minero. — Sabía que había hablado con alguien anoche pero... me parece que mi cerebro no ha andado muy bien durante los últimos tiempos y no tenía la seguridad de que fuese usted.

Búffalo Bill tomó la mano que le tendían la retuvo un momento entre las suyas y luego se instaló junto al minero.

—Ha escapado de una buena, Lem, — dijo. — Y a decir verdad, no creí que pudiera llegar a salvarse.

Los labios de Lem Harknes se desplegaron en una sonrisa.

—¿De veras, Bill? — preguntó. — ¡Y todo gracias a esa vieja india que me ha cuidado como un ángel... Pero al fin estoy bien y mi pecho conservará siempre una intensa gratitud hacia esa buena mujer.

Conversaron durante algunos momentos de los navajos y de la vieja enfermera y luego cambiaron de asunto.

—Dígame ahora por qué estoy aquí y cómo es que usted me ha encontrado, Bill? — preguntó el minero.

Búffalo Bill le hizo un breve relato de lo que había ocurrido y Lem Harkness se recostó contra la pared y permaneció silencioso un momento.

—Usted sabe que no estoy aún en situación de recordar muy bien todas las cosas, — dijo. — Me parece que bebí demasiado licor en casa de Red Jake en Deadwood y también recuerdo que salí de allí con el chino Li Chang quien me condujo hasta su casa.... Pero a partir de ese momento en mi memoria hay un gran vacío.

Se rió y luego levantando la mano se tocó las vendas que le cubrían la cabeza.

—Pero tengo aquí algo, — dijo. — Y el que me lo hizo no era seguramente amigo mío. Pienso que tenía intención de quitarme de enmedio.

Bill asintió.

—No hay duda de ello, — respondió. — Alguien ha intentado asesinarlo a usted y ahí está el misterio.

—¿Cree usted que haya sido el chino, Bill? — preguntó Lem. — El u otro ha sido.

Búffalo Bill, sacudió negativamente la cabeza.

—Yo tengo una descripción del hombre que lo ha traído a usted del Cañón del Coyote. El jefe de los navajos me ha facilitado las señas.

Búffalo Bill repitió los datos proporcionados por el piel roja y cuando terminó Lem Harkness se levantó.

—¡Pero, claro está! ¡Tonto de mí! Han sido Red Jake y ese otro canalla de Colorado Charley! — exclamó. — ¿Pero, qué es lo que han hecho conmigo?

—Eso es lo que vamos a averiguar, Lem, — continuó Búffalo Bill. — Yo puedo decirle algo. Lo han sacado de Deadwood en un carricoche y lo condujeron al Cañón del Coyote. Allí desarmaron el vehículo y continuaron el viaje a caballo. Usted estaba herido y abndonado entre unos matorrales y ellos in duda pensaron que no se salvaría. Fué, en efecto, una gran suerte para usted que el jef de los navajos estuviese cazando aquella tarde y viese a Red Jake y a Colorado Charley huir apresuradamente. El jefe encontró sospechosa aquella fuga y envió a sus guerreros a reconocer el terreno y ellos lo encontraron a usted.

Hubo un largo silencio, y luego Lem Harkness se volvió hacia Búffalo Bill, con los puños cerrados.

—Ya está aclarado todo. Oigame Bill. Voy a decirle a usted ahora por qué ya no estoy de suerte. Yo había encontrado un yacimento y entonces fuí a Deadwood. Llevaba conmigo bastantes pepitas de oro, las suficientes para considerarme un hombre rico. Tenía intención de ver a las autoridades y poner en regla mis papeles... Los papeles estaban en mi bolsillo y ahora.... han desaparecido.

Miró a Búffalo Bil un momento y luego continuó:

—Recuerdo que Red Jake trató de sonsacarme y acaso yo, por efecto del alcohol le haya dado alguna información... Me parece que lo que han buscado es apoderarse de mi mina, Bill. Lo primero que han intentado hacer ha sido quitarme de enmedio para que no les estorbara sus planes.

Se acercó a Búffalo Bill y lo tomó por un brazo.

—Tenemos que apresurarnos, Bill, — exclamó. — No puedo permanecer más tiempo sin hacer nada. Es necesario que nos pongamos en marcha inmediatamente. ¿Me comprende?

No consiguió, por más esfuerzos que hizo Búffalo Bill, hacerle cambiar de idea a Lem Harkness. El joven minero era poseedor de inagotables fuerzas, y con no poco asombro de los navajos de la tribu, Búffalo Bill y Harkness descendieron al valle donde estaban preparando la comida del mediodía. Cierto era que Lem Harkness tenía que apoyarse en el hombro de Búffalo Bill, para caminar, y que sus pasos vacilantes indicaban que no tenía aun muchas fuerzas, pero después que hubo tomado algún alimento esa debilidad desapareció y su resolución fué más decisiva.

Ya avanzada la tarde, Búffalo Bill montado en su Kitty, que había ido a buscar uno de los navajos, y Lem, en un caballo overo alazán, marchaban por el tortuoso camino

que conducía al cañón. La noche los sorprendió junto a un curso de agua y establecieron campamento en una de las orillas.

Búffalo Bill se levantó a la mañana siguiente antes que su compañero y cuando Lem abrió los ojos vió que el explorador había ensillado ya las dos monturas y preparado el almuerzo.

—He reconocido las cercanías y he notado humo hacia la izquierda, — dijo Búffalo Bill. — Me parece que hay alguien en el sitio hacia donde nos dirigimos, pero ahora nos cercioraremos.

Se pusieron nuevamente en marcha y una hora después Lem se detuvo entre un grupo de árboles y señaló hacia un valle que se veía a la distancia.

—¡Aquel es el camino, Bill! — exclamó. — Y usted tiene razón, el humo nace del sitio donde yo encontré el yacimiento.

En efecto, a la distancia se distinguía una pequeña columna de humo gris plateado que ascendía destacándose en el cielo azul.

Siguiendo la dirección que señalaba el dedo de Lem, se veía un estrecho sendero que trepaba por el lado opuesto del valle. Era una región típica para yacimientos y buscadores de oro; accidentada, llena de peñas y malezas y algunos árboles raquíticos.

En la parte alta de la pendiente, el sendero torcía hacia la derecha y de aquel punto, detrás de un promontorio era de donde salía el humo.

El rostro de Lucky Lem, manifestó su excitación, cuando se volvió hacia el combatidor de indios para exclamar.

—Oigame Bill Cody. He debido decir algo que ha orientado a esos bandidos respecto al sitio donde estaba mi yacimiento... Mucho me temo que la razón esté ahora de su parte. amos a ver lo que hay.

Clavó las espuelas en los flancos del caballo y partió al galope por el áspero camino, seguido de Búffalo Bill en Kitty.

El sol iba penetrando en aquella hondonada y cuando llegaron al valle los dos poníes estaban cubiertos de sudor. Para Búffalo Bill era una cosa sorprendente que el minero conservase energías después de todo lo que había sufrido, pero era la excitación y la ira lo que daba ánimos al joven para mantenerse en la silla.

Había una distancia como de diez millas. Las distancias en aquella parte del mundo son mucho mayores que lo que parecen al principio, y el sol se hallaba ya en descenso cuando los dos jinetes se detuvieron detrás del peñasco.

Lem saltó de la silla y Búffalo Bill notó que sus rodillas temblaban. El explorador echó pie a tierra a su vez y alcanzó al minero su cantimplora.

—Se ha agitado usted mucho — le dijo — No está aún lo suficiente fuerte para tareas tan rudas como ésta.

En el frasco había rom y agua y un buen trago de aquello pareció reanimar al minero. Búffalo Bill se había alejado unos cuantos pasos para reconocer el terreno y volvió pocos minutos después.

—Tiene razón Lem, —dijo. — Hay un par de hombres trabajando en la tierra. Cerca de ellos está el montón de piedras que usted levantó para afirmar la posesión.

Volvió su rostro hacia el joven minero y agregó:

—Y, si no estoy muy equivocado Lem, o esos dos hombres son Red Jake y Colorado Charley.

El joven cerró los puños con ira.

—Ya lo suponía — exclamó. — Los canallas me consacaron y ahora se han aprovechado de mi descubrimiento.

Con un rápido gesto, antes de que Búffalo Bill pudiera adivinar sus intenciones, Lem se había apoderado de uno de los revólvers del cazador de búfalos y afirmándolo entre sus fuertes dedos echó a correr por el camino. Búffalo Bill lo alcanzó y lo tomó por un brazo.

—No sea loco, Lem — exclamó. — Podemos apoderarnos de esos canallas sin hacer uso del revólver, por ahora. Eso vendrá luego. Oigame.

Lem, lo oyó y precisamente poco después llegaba hasta sus oídos el ruido de los cascos de un caballo que se aproximaba por el sendero, viniendo de la parte alta.

—Yo esperaba eso — dijo el cazador de búfalos. — Mientras observaba, ví que el hombre del saco negro, que me parece ser Colorado Charley, penetraba en una choza.

Lem, se volvió hacia su camarada.

—Esa es la mía — dijo. — La construí hace tres meses. Hasta entonces viví a la intemperie como un despreciable coyote.

—Cerca de la choza había un par de caballos — continuó Búffalo Bill, — y Colorado Charley montó en uno de ellos. Me parece que viene hacia aquí, por eso lo mejor que podemos hacer es estar preparados para salirle al encuentro.

El ruido de los cascos del caballo, iba en aumento y Búffalo Bill y su compañero se apartaron a un costado y tomaron posición tras un grupo de peñas situadas cerca del camino.

Lucky Lem, ocultó su alta figura entre dos grandes piedras y Cody se instaló en forma parecida.

Hubo un instante de silencio, luego la voz de Lem, llegó hasta los oídos de Búffalo Bill.

—Ya se lo que significa esto — dijo. — Red Jake se va a quedar cerca del yacimiento mientras Colorado Charley va a Deadwood o Black Gap a degistrarlo a su nombre.

Bill Cody miró al joven. Sus ojos brillaban denotando la existencia de la fiebre, pero había reflejado, más que nada, una indomable resolución.

—Voy a tumbar de un balazo a ese canalla traidor — rugió enfurecido. —El no ha tenido consideración conmigo, tampoco la voy a tener yo con él.

Búffalo Bill hizo un gesto de negación.

—No se precipite si se aflija Lem, Yo tengo algo que vencerá a Colorado Charley más fcilmente que un revólver.

Fué entonces, cuando Lem Hackness se

dió cuenta de que Búffalo Bill había traído el lazo y estaba en el suelo junto al explorador.

En aquel momento apareció, doblando el peñasco, la figura de Colorado Charley. Su caballo marchaba con cierta soltura al trote corto.

El jugador estaba convencido de que no había alma viviente alguna en un radio de muchas millas y en consecuencia iba desprevenido sin pensar en ejercer vigilancia niguna. El caballo pasó al trote por delante del grupo de peñas.

Al hacerlo Búffalo Bill salió tranquilamente de su escondite y Lem Haskness, que observaba sus movimientos vió una escena divertida. Lem había sido cowboy antes de dedicarse a las actividades del minero y conocía la forma de manejar el lazo, pero nunca había presenciado una habilidad tan extraordinaria como la que demostró Búffalo Bill.

La tira de cuero cruzó rápidamente los aires y el nudo corredizo que formaba uno de sus extremos se estrechó al caer sobre la cabeza y los hombros de Colorado Charley.

Se oyó un juramento y el jinete intentó echarse hacia adelante y llevar la mano al revólver que colgaba de su cintura, pero antes de que lo consiguiese, Búffalo Bill tiró del lazo y Colorado Charley cayó hacia atrás sobre el anca de su caballo.

Se oyó una exclamación de deleite y una figura salió de entre las piedras cuando Colorado Charley, que había rodado por el suelo intentaba incorporarse. Una rodilla se apoyó en su pecho obligándole a caer nuevamente de espaldas, e inmediatamente vió ante su rostro el cañón de un revólver.

—¡Oiga, maldito ladrón de yacimientos! — gritó Lem Harkness. — ¡Ya le tengo en mi poder, y le prevengo que como intente mover un solo dedo queda aquí tendido para siempre!

La nube de polvo que los envolvió al principio se había disipado ya, y Colorado Charley miró con asombro el rostro barbudo del minero. Por un momento vaciló no reconociéndolo entonces Lem, se echó hacia atrás el sombrero y dejó al descubierto su cabeza vendada.

—¿No me reconoce ahora? — exclamó. — La última vez que me vió estaba yo en muy mala situación tendido entre unos matorrales y seguramente usted no esperaba volverme a ver, ¡maldito canalla!

Los ojos del jugador expresaron entonces el horror que le causaba semejante aparición

—¡Lem Harkness! — murmuró!

Se oyeron unos pasos y Búffalo Bill se acercó llevando en las manos el otro extremo del lazo.

—Perfectamente, Lem — dijo. — Creo que puede dejar ya que se levante.

La figura cubierta de polvo se puso de pie. Luego de sujetarle bien, Búffalo Bill le registró encontrando además de los revólvers una pistola oculta en la amplia manga del saco y un fuerte cuchillo, metido en la caña de la bota.

El jugador había recobrado ya su sangre fría y comenzó a protestar.

—¿Qué intentan hacer? — preguntó. — Ustedes se hacen responsables de un asalto en esta forma a un pacífico ciudadano. Déjenme libre.

Los músculos de la cara de Lem, se contrajeron y sus dedos se crisparon.

—No se si realmente vale su vida la bala que gaste en quitársela, — exclamó. — Conocemos ya todo su juego. ¿A dónde iba usyacimiento?

Colorado Charley, miró entonces al otro y sin duda lo reconoció pues la expresión de angustia que, se notaba en su cara aumentó.

—Ahora, lo reconozco, Bill Cody — exclamó. — ¿Anda vigilando ahora por estas montañas?

La observación era acertada y Búffalo Bill asintió.

Colorado Charley se encogió de hombros.

—En ese caso creo que puedo ponerme bajo su protección — exclamó. — Usted es un representante de la ley y me amparará. — Yo me dirigía a Black Gap y le diré para qué. Yo y mi amigo Red Jake, hemos encontrado un yacimiento de oro que parece ha de dar buenos resultados y vamos a registrarlo. Hemos arreglado todo ya aquí y pido ponga en juego s uautoridad y me aynde a marchar a Black Gap, para poner en prctica mis propósitos.

Las veras de la frente de Lucky Lem, se hincharon y se notaba a simple vista que el minero se contenía a duras penas.

—¡Serpiente asquerosa! — rugió. — Pero si ese yacimiento es mío... ¡Mío! ¿Lo oye?

Colorado Charley no había apartado la vista del rostro de Búffalo Bill, y exclamó.

—Si este tipo dice que el yacimiento es suyo puede demostrarlo prontamente. Vamos todos a Black Gap y allí probará lo que dice...

—¿Probarlo? — interrumpió salvajamente Lem. — Pero si no necsito ir a Black Gap para eso. Podemos hacerlo aquí mismo.

Era patente que Colorado Charley había preparado una extratagema. Búffalo Bill, en su calidad de representante de la ley en aquella salvaje región, reconocía que la petición del jugador estaba en parte justificada.

Una sonrisa desplegó sus labios y luego exclamó dirigiéndose a Harkness.

—¡Perfectamente! Lem, no puede negarle protección. Vamos a Black Gap y allí aclararemos el asunto. ¿Quiere traer los caballos?

Por un momento Lem Harkness vaciló pero vió una clara orden en el rostro de su compañero y se alejó para volver a poco con los caballos que habían quedado ocultos entre un grupo de árboles.

Diez minutos después, Lem Harkness y Búffalo Bill continuaban la marcha llevando entre ellos a Colorado Charley, en dirección a la zona más baja por donde se hallaba el camino a Black Gap.

CAPITULO V

Red Jake tiene una sorpresa. — El hallazgo

EN la parte exterior de la rústica cabaña, que se hallaba en lo alto de la pendiente, se encontraba Red Jake sobre un cajón dado vuelta. Tenía sobre las rodillas su rifle, y los ojos del propietario del salón no cesaban de mirar el camino que permanecía solitario hasta donde alcanzaba la vista.

En el terreno que estaba delante de la casa había dos montones de piedras. Habían sido formados trabajosamente por Lem Harteness y marcaban las fronteras del espacio que el joven minero pretendía hacer suyo.

Pero ahora, cada uno de esos dos montones de piedras estaba coronado por una estaca en la que se hallaba clavado un papel en el que estaban escritos los nombres de Red Jake y su compañero Colorado Charley.

En el centro del terreno, entre las dos pilas de piedras se notaban indicios de recientes trabajos. La tierra había sido abierta hasta formar el comienzo de una mina, y era de allí de donde Lem Harkness había sacado las pepitas de oro y donde Red Jake había trabajado también para comprobar el valor del hallazgo.

Ya tenía en su cinturón algunas pepitas de oro de cierto valor, y por ello consideraba el propietario del salón que Lem Harkess no había exajerado al calificar como un verdadero ElDorado aquellas tierras.

Pero el ceño de Red Jake se fruncía cada vez que miraba hacia el camino. Hacía ya dos días que Colorado Charkey había marchado con el encargo de registrar el yacimiento a nombre de ellos dos.

Ahora bien, Black Gap, la ciudad minera más cercana, se hallaba únicamente a veintiuna millas y era cuestión vital para sus planes realizar las cosas con toda premura, a causa de lo cual Red Jake había confiado en que el regreso de Colorado Charkey fuese más rápido.

El dueño del salón se puso de pie, estiró los brazos y lanzó un juramento.

—¿Pero qué diablos estará haciendo? — murmuró a tiempo que se echaba el ala del sombrero sobre los ojos, obedeciendo a un gesto nervioso. — Ya decía estar de regreso hace varias horas. ¿Qué puede haberle ocurrido?

La idea lo alarmó y volvió a pensar detenidamente en los distintos detalles del plan que él y su compinche habían combinado. Pero él no hallaba falla ninguna.

Después que el sheriff Hayes y el grupo de mineros y cowboys habían emprendido la marcha para salir del Cañón del Coyote y tomar el camino que había de conducirles a Deadwowod, Red Jake y Colorado Charley se quedaron algo atrás, comenzaron a charlar en voz baja y Red Jake hizo su proposición.

Li Chang estaba ya bajo custodia y Lem Harkness, el verdadero dueño del yacimiento... ¡había muerto!

Cuando ellos dejaron el cuerpo inerte de Lem tendido entre el matorral, le habían quitado todos los documentos que llevaba encima. No les fué posible encontrar la cartera del joven minero, pero sí descubrieron un tosco mapa por el que adivinaron en seguida el emplazamiento de la mina.

Cuando un hombre encontraba allí una mina tenía que apresurarse a registrarla para evitar que lo hiciese otro, y por eso, mientras el sheriff Hayes y los otros continuaban la marcha, ellos volvieron grupas y se dirigieron hacia el sitio donde calculaban que se halaba el yacimiento descubierot por Lem Harkness.

Habían tardado día y medio en descubrirlo, pero al fin lo encontraron, y el hecho de que Lem hubiese levantado los montones de piedras, hubiese construído la choza y hubiese colocado un papel con su nombre en lo más alto, denotaba que era el lugar indicado por el joven minero.

Pero había sido una cosa fácil para Red Jake y Colorado Charley, quitar la estaca con el papel y colocar otra con sus nombres en el montón de piedras. Y ahora, mientras Colorado Charley se dirigía hacia Black Gap, él permanecía montando la guadria en el yacimiento.

—¿Qué puede haberle ocurrido? Creo que ese bandido no se habrá quedado emborrachándose en el salón de Mike.

Red Jake tenía confianza en su compinche pero sabía bien que el punto débil del jugador era la bebida y esa idea lo tenía intranquilo y cada vez lo mortificaba más.

Fué hasta la pequeña choza y comió algo: luego volvió a salir y cruzando la pendiente hacia el punto donde se hallaba el más cercano montón de piedras se puso a examinarlo. La vista de aquel papel clavado en la estaca en lo más alto, con su nombre y el de su asociado, era un gran alivio para Red Jake. Aquello indicaba a todos que el yacimiento le pertenecía.

Pero al levantar la vista tuvo una sorpresa. La estaca y el papel con su nombre no estaban allí. El papel estaba en el suelo bajo una piedra y había algo que le llamó la atención. Lo acercó y lo levantó. En un lado del papel se veía la tosca firma de Lem Harkness y en el otro una cantidad de extraños caracteres pintados, que Red Jake contempló por un momento, pero que no pudo comprender en forma alguna.

De repente tuvo una idea. Había visto antes en alguna otra parte aquellos signos, en una larga tira de papel que cierto individuo con coleta acostumbraba a entregarle todas los fines de mes en un recibo por el lavado de ropa.

Red Jake se quedó contemplando aquello con asombro, y nuevamente se oscureció la expresión de su rostro.

—¿Qué diablos significa esto?—murmuró. — ¿Cómo se encuentra la firma de Li Chang en este trozo de papel?

No había visto aquellos signos antes y no notó que eran mucho más recientes que la otra firma. Era evidente que habían sido hechos después... y no hacía mucho tiempo.

Con las cejas fruncidas, Red Jake se volvió para mirar nuevamente el camino. Algo que se movía le llamó la atención; algo que le hizo sobresaltarse pues no quería rendirse a a evidencia.

Avanzando hacia él, entre una nube de polvo, había una silueta vestida de negro y a su espalda colgaba una larga trenza, Red Jake no tardó en distinguir el tranquilo y amarillo rostro del chino.

Ocurría que Red Jake había dejado su rifle en la cabaña y tan intrigado estaba con el hallazgo del papel que no notó la presencia de Li Chang hasta que este estuvo a cuarenta o cincuenta yardas de él. En otras palabras, que el chino se encontraba entre Red Jake y la cabaña.

El ladrón de yacimientos llevó la mano al cinturón y un terrible juramento brotó de sus labios. Realmente había estado muy descuidado pues el revólver estaba donde el rifle.

Li Chang avanzaba rápidamente y mientras Red Jake se quedó sin saber qué resolución tomar, el chino se había acercado veinte yardas más y se detuvo. Luego metiendo las manos en las anchas mangas del traje que llevaba de acuerdo con la costumbre de su raza, hizo un hápido saludo.

—¿Cómo le va Red Jake? ¿Me alegro mucho volverle a ver.

Había en aquella voz, una calma, una impasividad que por sí solas bastaban para alterar nervios mejor templados que los de Red Jake.

—¿Pero, como está usted aquí, condenado chino? — rugió el dueño del salón. — ¿Por qué no está usted en la prisión?

Li Chang, movió la cabeza.

—No. No me han metido en la prisión, Red Jake. Y he venido aquí para que hablemos de un pequeño negocio.

Durante esta conversación Red Jake había conservado entre sus dedos el papel y el chino con un movimiento rápido se lo arrancó de la mano. Al ver avanzar la silueta del amarillo, Red Jake había dado, instintivamente un paso hacia atrás y cuando recobró el equilibrio, el chino continuaba imperturbable contemplando el papel.

—Me alegro mucho de haber encontrado esto, Red Jake — exclamó el asiático. — Por que esto atestigua que es mi yacimiento.

—¡Suyo! ¡Condenado amarillo! ¿Qué quiere decir?

La mirada de Li Chang se clavó en el rostro del propietario del valon.

—Esta es mi firma — continuó Li. — Yo la puse aquí hace cuatro días. ¿Usted la ha encontrado entre las piedras, eh? ¿Por qué la sacó de ahí?

—¿Qué usted la puso ahí hace cuatro días?... ¿Usted?

—S, Red Jake. Mi amigo Lem Harkness estaba en situación apurada y yo lo ayudé. Por eso vine aquí, puse mi nombre donde usted lo ha encontrado y luego me fuí a Black Gap a registrar a la mina.

—¿Qué usted ha registrado?... ¿Usted?

Las palabras salían a duras penas de los labios del canalla. Li Chang tranquilamente sacó de entre sus ropas un documento oficial. Una mirada fué suficiente para Red Jake. Era el acostumbrado documento que se daba a los mineros que denunciaban ante la autoridad el hallazgo de un yacimiento, siempre que no hubiese sido denunciada su existencia con anterioridad, y pagase los correspondientes derechos.

—Ya lo ve usted, Red Jake, — prosiguió el chino. — Este yacimiento es mío.

Entonces se dió cuenta el propietario del salón de lo que había ocurrido, pero no era hombre capaz de amilanarse y en cuanto miró el documento se reflejaron en su mirada sus traicioneras intenciones. En forma inesperada se arrojó sobre el chino y lo tomó por la garganta.

El amarillo había permanecido tranquilo y al notar el ataque del bandido hizo un rápido movimiento y las manos de Red Jake no realizaron por completo su propósito.

Antes de que se diese cabal cuenta de lo que había ocurrido Red Jake notó que un par de musculosos brazos lo tomaban por los muslos y luego le pareció que el mundo giraba por completo. Tuvo la visión del cielo, de las piedras y luego fué a tropezar con la tierra en forma tan violenta que su pesado cuerpo quedó como aplastado.

En seguida unas manos huesosas y fuertes como acero lo tomaron por la garganta y sintió sobre el pecho un gran peso. Red Jake se dió cuenta entonces del peligro real en que se hallaba.

Difícilmente pierde la serenidad un amarillo, pero cuando eso ocurre su cambio de aspecto tiene algo de diabólico.

Red Jake al ver aquel rostro transformado horriblemente, tuvo miedo y abrió los brazos y quedó inmóvil. Luego con una voz de súplica exclamó:

—Está bien, Li. Déjeme ir.

Una clara y burlona carcajada acogió estas palabras y solo entonces el chino le permitió moverse.

Aunque a disgusto el chino aflojó los dedos y se levantó.

Red Jake se puso también de pie y se encontró rodeado por un grupo de hombres que lo miraban siniestramente y entre esos hombres estaba el sheriff Hayes, el fiscal Paul Tighe, de Black Gap. Del otro lado se hallaba Búffalo Bill y un cierto individuo, fuerte, de aspecto de gigante y cuya sola vista hizo temblar a Red Jake.

—Creo que se le ha descubierto el juego, Red Jake, — exclamó el sheriff Hayes muy cerio. — Venga ahora conmigo. Era un plan en el que se combinaban astutamente el robo y el asesinato. Pero su amigo Colorado Charley está ahora en la prisión y usted no tardará en reunirse con él.

Haciendo un poderoso esfuerzo, el propietario del salón se dominó; luego intentó justificar sus delitos, pero el fiscal de Black Gap, le interrumpió.

—Oigame, Red Jake. Este juego suyo no es bueno. Colorado Charley ha terminado por manifestar por completo la verdad. Cuando ustedes arrojaron al chino al río creye-

ron que se había ahogado. Desgraciadamente para ustedes no ocurrió así y eso los ha perdido. Li Chang regresó aquella misma noche a Deadwood y tomó los documentos que pertenecían a Harkness. Marchó a Black Gap y registró con ese nombre el yacimiento. Me refirió la historia entera y yo le dí un consejo. Le indiqué que pusiese su nombre en el mismo papel en que estaba el de Harkness. Así lo hizo y mientras volvía de realizar esto lo encontraron ustedes con el sheriff Hayes y los hombres.

Los ojos del fiscal hicieron un guiño.

—Pienso que si ustedes hubieran sabido que Li tenía ya en su poder todos los documentos oficiales no lo hubiesen dejado escapar con vida.

El fiscal se volvió hacia Búffalo Bill y continuó:

—Pero a pesar de todo ello Li no hubiese triunfado de no haber sido por Búffalo Bill y por Lem. Ellos encontraron a Colorado Charley cuando iba a Black Gap a hacer la denuncia del yacimiento y ellos me lo trajeron. Llegaron en un momento realmente dramático porque yo estaba haciendo mi informe para el tribunal, respecto a la denuncia presentada contra Li Chang. Era necesario demostrar que Li no se hallaba en el Cañón del Coyote, cuando la desaparición de Lem y Colorado Charley, traído hasta mi despacho, por el supuesto desaparecido y por Búffalo Bill, pudo declarar lo ocurrido.

Hubo una largo silencio, luego el sheriff Hayes tocó a Red Jake en el hombro.

—Creo que debemos marchar, Jake, —dijo secamente.

Y sin responder palabra el pillo echó a andar al lado del sheriff. Cuando iban a dar vueltaal peñasco Red miró hacia atrás y se detuvo un momento. Había una nubecilla de polvo en lo alto del camino y vió a Lem Harkness. Había rodeado con un brazo la negra silueta del chino y bailaba con él, a pesar de sus protestas, un furioso vals.

La clara y fuerte voz del gigantesco minero llegó nítidamente a los oídos del propietario del salón.

—¡Bendita imagen amarilla! ¡Tienes el verdadero color, el color del oro y a fe mía que usted y su corazón son también de lo mismo... oro puro!

Fin de "BUSCADORES DE ORO"

Sí usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de cl. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

EL PROXIMO NUMERO DE

PUCKY

SERA EXTRAORDINARIO

Además de muchas cosas interesantes y dos páginas en colores con modelos para armar, aparecerá en ese número:

El ladrón y el pucho de cigarrillo

Una atrayente narración originalísima y de gran atractivo que siendo de género policial no se parece a nada de lo de ese género que se ha escrito hasta ahora.

No deje de leer el No. 80 de Pucky

Será puesto en venta el

Viernes 30 de Enero de 1925

UN RELATO TIERNO Y CONMOVEDOR

Un idilio en Carintia

Por Gabriela Preissova

La autora de este relato encantador, todo ternura y emoción, es una joven novelista checoeslovaca cuyas obras, popularísimas en su país, comienzan a ser difundidas por las revistas literarias europeas donde su mérito indiscutible ;s ha conquistado en poco tiempo gran notoriedad.

EL maestro de escuela de Gonijov volvió los ojos soñadores hacia la ventana, que una brusca ráfaga acababa de azotar, y, aunque la habitación era confortable, le pareció que un frío mortal le penetraba hasta el alma.

Esperando la problemática llegada de alguno de sus montañeses alumnos, había acabado de leer una novela italiana comenzada la víspera, narración rutilante de colorido, de luz y de flores, y estaba por completo bajo la impresión encantadora de la campiña soleada que él había recorrido en otros tiempos, en la época de sus estudios. Abismado en su ensueño, despertó casi con angustia a la realidad.

Por primera vez se preguntó por qué el destino lo había elegido para confinarlo en un rincón tan lejano del mundo.

No obstante, siempre había sentido vibrar en él un alma ardiente, ávida de impresiones múltiples, de empresas soberbias. También él había tenido su ambición de juventud.

Pensaba con alegría en el tiempo en que deseaba un empleo de maestro de escuela, como si con este empleo se encerrara toda la divina bondad; y he aquí que la suerte lo enviaba a un lejano valle de Carintia, lleno de las sombras de los bosques, rodeado de rocas y arroyuelos, en el cual, fuera de la aldea de Gonijov, compuesta de siete casas, no existían sino algunas granjas dispersas en lo alto de la montaña silenciosa, donde sólo los zorros y las aves de rapiña pueden augurarse bienestar.

Recordaba, con sentimiento de pesar creciente, la primera mirada curiosa que le fué dado lanzar al mundo allá, en la ciudad, después de haber terminado sus estudios y haber cumplido felizmente sus exámenes había sentido el delicioso encanto de la independencia.

Ante sus ojos melio cerrados pasaban las calles animadas por el ruido de las voces, las sonrisas y las mirada atrevidas; los escaparates, iluminados, de las tiendas; las bellas cabezas de las jóvenes, asomadas a las ventanas; las salas de espectáculos; los conciertos; los cafés, con innumerables periódicos y revistas ilustradas; las divertidas reuniones con los compañeros y amigos...

¡Qué lejano le parecía todo esto!

Aquí no veía en sus paseos solitarios más que las colinas áridas, los caminos nevados y fangosos, las pinturas bárbaras de las ermitas, donde San Cristóbal o San Florencio se mostraban ordinariamente afligidos por insectos tan grandes como sus dedos; y en las habitaciones de aquellos lugares no encontraba más que miseria, desorden, incomodidad. A menudo había oído hablar de la belleza de las canciones de Carintia, pero hasta ahora no las había sentido en ninguna parte. ¿Habrían huído del país con su llegada, como las golondrinas en otoño?

¡Y qué fatigosa la enseñanza en la escuela, con una sola clase! En la nueva sala de estudio, instalada desde el verano, estaban inscriptos veinticinco niños de cinco a catorce años y medio. En vano el joven pedagogo había hecho notar que algunos eran demasiado mayores; había terminado por aceptarlos a todos, a cualquiera que se pre-

sentaba, tan grande era su deseo de ver crecer el número.

Algunos niños que ya habían asistido a la escuela de Ladoves, distante de allí dos horas, sabían, mal que bien, leer, escribir y contar. En cuanto a los principiantes, representaban un ímprobo trabajo, pues, además de su ignorancia, había que luchar con sus travesuras y caracteres díscolos. El joven maestro había hecho tres divisiones, con un plan de enseñanza adaptado a cada una. A veces se encontraba cansado de su triple labor, porque la mayoría de los niños quedaban todo el día en la escuela, de manera que aun durante las horas de reposo su algazara y sus gritos penetraban hasta su casa; pero su ideal de estudiante le había creado una conciencia firme, que le daba el consuelo de considerarse como un verdadero monarca de la infancia. ¡Y aquel día se encontraba sin súbditos!...

Miró otra vez su reloj: las nueve. La clase debía haber comenzado por lo menos veinte minutos antes. Ordinariamente, los colegiales, sobre todo las niñas, llegaban un momento antes de la hora reglamentaria; hoy, seguramente ni uno solo se había aventurado a arrostrar la terrible tormenta de nieve.

El maestro dió algunos pasos hacia la ventana, abrió el postigo interior y, después de haber limpiado con la mano los vidrios, fijó, su mirada en los blancos y vertiginosos torbellinos de nieve, a través de los cuales no podía distinguirse lo que estuviese a diez pasos, y se dijo con tranquila resignación:

—¡Tiempo perro!

Para distraerse hizo sonar algunas monedas dentro de su bolsillo, y silbando lo que le vino a la memoria comenzó a pasear por la sala. Reflexionaba sobre el empleo que podía dar a la mañana.

Si hubiese tenido alguna novedad para leer o si hubiera podido, al menos, visitar al cura, cuya casa estaba a una hora de camino... Pero ¿quién se atrevía a salir con un tiempo semejante?.. Pensando en esto, se sumía aún más en reflexiones desagradables...

En el vestíbulo, la puerta acababa de golpearse fuertemente; sin duda alguna mano pequeña al abrirla, no había podido retenerla, por la gran fuerza del viento. Se oyó en seguida ruido de pasos menudos, alguien movió el picaporte y un instante después hacía su entrada en la sala una joven, vestida con falda de color vivo y chaqueta de paño negro; llevaba la cabeza protegida con una bufanda verde, sobre la cual reposaba un sombrero redondo y chato de fieltro negro, pero tan enteramente cubierto que se asemejaba a un pequeño plato blanco.

Antes de que ella hubiera pronunciado el saludo habitual — "Alabado sea el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Buenos días, señor maestro" — y dado un largo suspiro de satisfacción por encontrarse a cubierto de la penosa caminata, el instructor reconoció a la mayor de sus alumnas, Fruda Pogaenikova, de la montaña. Un poco reconfortado por esta llegada, olvidó al momento que la muchacha le molestaba a menudo con su desobediencia y su atrevimiento, y le dijo con simpática y amistosa sonrisa:

—Hoy el camino de la escuela impone un gran sacrificio. No me extraña, pues, que, a excepción de usted, nadie más haya venido hasta ahora.

Fruda dejó su cartera escolar sobre el primer banco, al cual ella no pertenecía, ni por su talla ni por decisión del maestro; y sacudiendo fuertemente sus brazos, ateridos por el frío, como si deseara hacerlos reaccionar con el movimiento, respondió, sin embarazo:

—Mis padres no querían dejarme salir y he tenido que escaparme contra su voluntad; pero, mi querido maestro, este camino no lo olvidaré nunca.

El suspiro que siguió y el íntimo calor con que la muchacha dijo "mi querido maestro" produjeron gran confusión en el joven profesor; sin embargo, olvidó todo malestar al contemplar el sombrero cubierto de nieve y la bufanda húmeda de la joven montañesa. El viento había avivado en sus mejillas los colores del fuego, sus ojos estaban llenos de un destello húmedo, y sus oscuros cabellos, alborotados lucían gotas de rocío, caprichosamente mezcladas con copos de nieve aun no fundidos. Los ojos del maestro erraron hasta el calzado mojado de la niña y se sintió presa de verdadera inquietud:

—Pogaenikova, está usted expuesta a enfriarse; es preciso, al menos, que cambie usted de calzado. Puesto que ahora no hay nadie, puedo prestarle mis zapatillas para dar tiempo a que sus botas se sequen cerca de la estufa.

—Me parece bien, — decidió Fruda, sacudiendo la nieve de su sombrero y de su bufanda. — ¿Son bonitas sus zapatillas? — preguntó con ese sentimiento innato de la coquetería femenina.

—¿Cómo? ¿Bonitas? Eso importa poco, con tal que tenga usted alguna cosa para cambiarse, — replicó el maestro, dirigiéndose a su pequeña habitación, donde la vieja ama de gobierno colocaba en orden el escritorio.

—¡Vaya usted a la clase a arreglar la estufa, — le ordenó, — y lleve mis zapatillas bordadas para que la alumna Pogaenikova se las ponga hasta que su calzado esté seco!

Y deseando dejar sola a la muchacha mientras se mudaba, se puso a pensar lo que debía enseñar aquel día. Lo mejor sería repasar con Fruda la geografía y la historia, que parecían ser sus asignaturas favoritas. Fruda las aprendía de memoria con suma facilidad.

Cuando volvió al aula, Fruda estaba ya instalada al borde del primer banco. Con los cabellos húmedos bien alisados, cosa rara en ella, la montañesa tenía cierto aire grácil y refinado. El joven maestro se dijo por primera vez que su alumna, cuando creciera, podría transformarse en una bella mujer.

Un poco sorprendido por este pensamiento inesperado, miró de nuevo su reloj, aun cuando sabía bien que eran las diez menos cuarto, y exclamó, lo más secamente posible:

—Ya es muy tarde. Podemos hoy, por excepción, repasar un poco de geografía; después le daré a usted un tema de construcción gramatical.

—¿Y qué haremos después de mediodía si tampoco viniera nadie más? — preguntó Fruda, levantando hacia el maestro sus ojos de corneja curiosa.

—Ya veremos. Quizá después de mediodía la tormenta haya cesado, y algunos alumnos puedan venir, — respondió tranquilamente mientras acariciaba un cuaderno entre sus manos.

—Noto ahora que, en mi precipitación para que mis padres no me retuvieran, no he traído nada para comer, — dijo Fruda, cada vez más comunicativa. — Pero no es nada, — agregó, sacudiendo la cabeza con despreocupación; — soportaré bien el ayuno de un día.

—Puedo darle alguna cosa de mi almuerzo, — ofreció el maestro, por cumplir.

—Créame que le concedo poca importancia a la alimentación, — repuso Fruda, inclinando la mejilla derecha sobre su hombro y mirando al instructor con el rabo del ojo. — ¡Cuántas veces he distribuido aquí, entre los otros, todo lo que traía de mi casa! Y en las comidas de fiestas, mientras los demás se deleitan, yo ni siquiera sé lo que como.

—A pesar de lo que usted dice, será necesario que como alguna cosa, — decidió el maestro, con sequedad, mirando fijamente sobre su cuaderno, como si esperase terminar con estas palabras toda conversación familiar.

—Bien, sí, — asintió Fruda, adoptando aires de persona razonable; — pero en seguida será necesario que suba usted hasta nuestra casa para que se lo retribuyamos.

Y diciendo esto endulzaba la voz, de manera de hacerla más seductora. Sonrió, dando vueltas al mismo tiempo con complacencia a un pequeño anillo de plata que le ajustaba el dedo. Después lanzó una mirada de camarada al maestro, quien de nuevo se desconcertó ante aquella locuacidad inagotable.

—Sin embargo, después de la prohibición de sus padres, usted no debía haber salido hoy a ninguna parte, — dijo él, con tono severo, para cambiar de conversación.

—¿Y en qué parte está escrito que deba descuidarse la escuela? — exclamó Fruda, refutando resueltamente el reproche.

—Usted tiene ya demasiada edad para venir a esta escuela, — respondió el joven maestro, afectando una frialdad inacostumbrada. — Podría usted frecuentar un colegio primario superior. Para la escuela comunal es usted demasiado mujer.

El tono extraño con que le hablaba intimidó a Fruda. Por intuición femenina comprendió que no desarmaría al maestro sino con una expresión lisonjera, y después de un corto silencio, replicó, tan dulcemente como pudo:

—Pero si yo deseo con delirio asistir a la escuela de usted, ¿qué debo hacer?

La muchacha había calculado hábilmente. El maestro enrojeció hasta la raíz de sus cabellos rubios, y no sabiendo aparentemente qué actitud tomar, se puso a morder el lápiz que tenía en la mano.

Estaba sentado sobre la tarima, como podría haberlo estado un camarada de Fruda, tan borrada parecía la distancia entre ellos dos. No en vano la joven el domingo anterior, en el casamiento de su prima, donde le cupo cumplir la función de damiseli de honor, había pensado, suspirando, mientras escuchaba la música, que hubiera preferido ver al maestro de Gonijov en el lugar de todos aquellos mozos que bailaban.

Había ya cumplido diez y seis años. Hija única de padres acomodados, propietarios de doscientas hectáreas de tierra bien cultivada, de una casa nueva y de un establo, ¿no le estaba permitido, acaso, rendir culto de vez en cuando a la fantasía?...

Mientras tanto, el maestro se preparó para hacerle una pregunta, completamente extraña a la que Fruda hilvanaba en su pensamiento, deseosa de saber si el maestro de los cabellos rubios iría de visita a su casa, allá sobre la montaña.

—Y bien, Pogaenikoya, nómbreme las principales ciudades de Austria, — comenzó él, con semblante serio y la mirada fija sobre la carta geográfica.

Ella no hizo más que sonreir, como si no le escuchara, y después, con un atrevimiento jovial, objetó:

—¡Pero si todavía no hemos rezado la plegaria!...

De nuevo enrojeció el rostro del maestro. ¡Oh! ¡Cómo los ojos curiosos de Fruda se posaban en su cara cuando, como en este momento, su semblante dejaba de ser el de un instructor serio! Alisando nerviosamente sus cabellos alborotados, respondió, con una paciencia pedagógica:

—Yo había pensado que, estando sola aquí, le molestaría la plegaria en voz alta. Pero, puesto que usted lo desea, recemos.

Se levantó y suavemente, con voz clara, recitó el Padrenuestro; Fruda le acompañaba en voz baja, con una sonrisa de contento. Después el maestro, una vez sentados, repitió su pregunta:

—¿Cuáles son las principales ciudades de Austria?

—Viena, Belovec... Belovec...

Y Fruda comenzó a recitar como en un sueño; después agregó rápida y muy distintamente, mientras inclinaba la cabeza hacia las zapatillas, negligentemente puestas:

—Querría saber quién le ha bordado estas zapatillas. Yo sé bordar también a punto de cruz y podría bordar unas semejantes, más bonitas quizá, con rosas... ¿No lo cree usted?

—¡Deje ahora las zapatillas!... Me las regaló una de mis hermanas.

El maestro trató de tomar un tono más severo aún.

—Responda lo mejor posible a mis preguntas; una vez más — dijo él, acentuando cada sílaba y separando cada palabra para darles más realce: — ¿cuáles son las principales ciudades de Austria?

—Hace tiempo que aprendí esto, cuando estaba en la escuela de Ladoves — dijo Fruda, guiñando los ojos y sonriendo tan abiertamente que sucumbió de golpe toda la paciencia del maestro, dando paso a la cólera.

—¿Piensa usted, — gritó, levantándose con el ceño fruncido, — que yo estoy aquí para su diversión?

Y los nudillos de sus dedos golpearon rudamente sobre el pupitre como nunca hubiera podido esperarlo Fruda de una mano tan blanca y de apariencia tan dulce.

—Puesto que usted dice que le agrada tanto venir a la escuela, debía también saber que es un lugar serio; tiene usted bastante edad para comprenderlo.

Fruda le interrumpió, con voz contrita y temblorosa:

—¡Por Dios!... ¡No se disguste!... Si me he reído ha sido involuntariamente, y puede creer que no ha sido de usted. Mi rida le había bordado las zapatillas?...

—Quisiera saber qué alegría puede usted tener cuando no sabe contestar a una pregunta tan sencilla, — refunfuñó el maestro en tono un poco más suave.

—¡Ah!... Sin embargo, es una gran alegría... que me ha hecho reir sin pensar... ¡Era tan feliz después de sus palabras, cuando usted me dijo que ninguna amiga querida le había bordado las zapatillas...!

Apenas acabó Fruda de explicarse tan francamente, como movida por un hilo que tirara desde su conciencia, ocultó la cara entre los brazos, que tenía cruzados sobre la mesa.

¡Hasta entonces no se daba cuenta de que debía haber callado, de que hubiera sido preferible inventar cualquier otra excusa!

El maestro descendió de la tarima, atravesó precipitadamente la sala por entre las dos hileras de bancos y fué hasta la ventana; se sacó del bolsillo el cuaderno de notas, lo abrió, lo cerró, contempló a través de los vidrios los torbellinos de nieve que continuaban cayendo con igual ímpetu que antes, consultó de nuevo su reloj, característica en él de un estado de nerviosidad, y sólo entonces, tras un momento de silencio, recobró la calma necesaria para articular claramente su decisión:

Pogaenikova, voy a darle un tema de construcción gramatical y tendrá usted toda una hora para distraerse y poder concentrar su pensamiento en el estudio. Voy a escribirlo en el pizarrón.

Y sin dirigir siquiera una mirada a la bella montañesa, que permanecía con la cabeza inclinada y el semblante confuso, el maestro se dirigió al pizarrón, tomó la tiza y con letra clara escribió:

"Describa el aspecto del campo en la primavera, visto desde su casa."

Después de esto dió vuelta y salió rápidamente de la sala. Un minuto más tarde la sirvienta entró de nuevo a la clase para atizar el fuego.

Fruda quedó un momento inmóvil; no levantó la cabeza a la entrada de la vieja ama de gobierno, siempre grave y taciturna. Comenzó a revolver en su cartera y preparó sobre la mesa un cuaderno y una pluma; después, cuando la vieja salió, se dirigió, andando sobre la punta de los pies, hacia el pizarrn, (a pesar de que su vista era lo suficientemente buena para leerlo sin moverse de su sitio), y releyó por tercera vez el tema de la composición ordenada, pasando tiernamente su índice sobre la enérgica y correcta caligrafía.

—¡Describa el aspecto del campo en la primavera, visto desde su casa! Si, sabe escribir muy bien, — suspiró, con el espíritu recogido y lleno de la calma seria que exigía el maestro de los rubios cabellos.

Después volvió a su sitio y examinó maquinalmente por todas partes el cuaderno preparado.

En su interior, una voz colmada de reproches repetía:

—Se ha marchado, se ha marchado; está disgustado, sin duda...

Como una culpable, dejó errar sus ojos, tímidos y tristes, por la escuela silenciosa. ¡Si al menos pudiera expresar alguna cosa bonita y agradable en el tema señalado!

Toda conmovida, con el pensamiento concentrado en el estudio, que hacía nacer en ella una esperanza nueva, inició su trabajo en un trozo de papel cualquiera a guisa de borrador.

Necesitaba disipar las dudas del maestro sobre su saber, y, dando tiempo a que desapareciera la congoja de su pecho, tachó y corrigió desde el principio hasta el fin. Por último, con su caligrafía más cuidada, copió en limpio en el cuaderno la composición siguiente:

"La primavera aparece, allá en nuestra casa, un poco antes que aquí, en el valle. Desde la ventana la vemos llegar lentamente, cuando viene del lado de Italia, con la fiesta de San José.

"Los primeros en reconocerla son los gorriones y las palomas. Desde el alba se aventuran fuera de sus nidos y se instalan sobre el alero del tejado para mirar a lo lejos. ¡Es que los pobrecitos se alegran ya, pensando en el regocijo que les traerá la nueva estación!

"Yo misma no tardo en reconocerla tras las tenues nubes de tul que el sol atraviesa por la mañana y en la lozanía de los capullos del rosal que tengo junto a mi ventana. Nuestras laboriosas abejas también presienten el delicioso momento. Y en los retoños nuevos, en las tiernas ramas llenas de savia, en las flores de nieve, en las anémonas y en los racimos que coloran de ro-

jo el cerezo, se aprecia sobradamente la llegada de la primavera, que, vista desde nuestra casa, hace pensar a cualquiera que no hay para eso un lugar más bonito en el mundo.

"Allí se evoca el recuerdo de todo lo que ha podido admirarse y, entre ellas, nuestra hermosa montaña, con reflejos de escamas, sobre cuya cumbre la nieve es perenne, aun durante los más grandes calores del estío; y por si no bastara, hay una cascada grandiosa, de la que fluyen siete arroyuelos que se reunen de trecho en trecho y murmuran juntos su canción uniforme, sin abandonar nunca su camino, para consuelo de los hombres y de los rebaños; y también, si se desea, pueden contemplarse las cabañas de los pastores, las cuales, a tan gran altura, tienen el aspecto de juguetes diseminados sobre el suelo.

"¡Oh, qué hermosa es nuestra montaña cuando llega la primavera!.. En aquel paraje se pueden elegir las flores más diversas y los pájaros que se prefieran; yo, siempre que los busco, los encuentro todos. Para mí prefiero las alondras y los jilgueros; profeso también grande amor al mirlo, cuando silba; pero cuando lo veo volar, me asusta en los caminos, tanto como los buhos, las urracas y los cuervos. Por nuestra casa las ardillas llenan el avellanar, y el cuco se hace oir por todos lados. ¡Venga a verlo a nuestra casa! Las mariposas más raras vuelan por nuestros planteles; hay muchas, blancas, sobre toda la colina, parecidas a flores tiradas a capricho, y tenemos tantos pequeños gusanos de luz, que una persona que no tuviera tiempo de reflexionar podría creer que es un gran cordón de oro trenzado

"¡Venga usted con nosotros en la primavera!... Bien sea en el momento en que el cielo es claro y como tejido de flores de lino y de luciérnagas, bien cuando se hacen las sombras; entonces encenderíamos fuegos en su honor, que brillarían lejos, sobre su camino, y cantaríamos las más bonitas canciones. Vería usted que no en vano le invito a conocer el más bello lugar del mundo. — Fruda Pogaenikova."

Y escribió una vez más, con su letra más bonita:

"Venga usted a nuestra casa durante la primavera."

Después se levantó y llevó el cuaderno hasta la ventana. Le pareció que la sala de estudio quedaba a oscuras súbitamente. Y con la satisfacción del deber cumplido, su corazón comenzó a latir con ansiedad ¿Y si su trabajo no estuviera bien? ¡Le parecía tan confuso! ¡Ah! ¿Por qué tenía ella siempre interés en contar todas estas cosas al maestro de los cabellos rubios, quien, a su cordial invitación de subiera a su casa, no había ni siquiera contestado?... Y ahora, cuando volviera a entrar para examinar la composición, probablemente fruciría todavía más las cejas, repitiéndole, al mismo tiempo, que ya no debía acudir a la escuela.

¡En qué forma tan distinta se había ella representado aquel día, cuando, en el camino penoso, durante la tormenta, se dirigía hacia la escuela que le era tan querida! ¡Oh, de otra manera distinta! Había esperado que el maestro le sonriera y le alabara: — ¡Cómo demuestra su venida que es usted buena y valerosa! — Y con su blanco mano habría acariciado una vez su frente, como solía hacer muchas veces con los niños pequeños...

Este pueril pensamiento le causó tanto dolor en el pecho, que apoyó la cabeza contra el alféizar de la ventana, y mirando afuera la nieve blanca, sus ojos se velaron, mientras que involuntariamente dos lágrimas silenciosas rodaban a lo largo de sus ovaladas mejillas...

No se dió cuenta de que el maestro entraba y que con paso firme y mirada fría se aproximaba a ella. Una vez allí, el maestro no se sintió con valor de perseverar en la resolución que llevaba tomada de despedir sin ambages a la alumna atrevida, y su voz adquirió un tono de compasión amistosa al preguntarle:

—¿Por qué llora usted?... ¿Qué le ha causado dolor?

—¡Oh! ¡No es nada! — sollozó débilmente Fruda. — Es sólo el pensamiento de que no le causo a usted más que disgustos, yo, que tanto querría serle agradable.

—¡Cálmese, cálmese! — dijo el maestro, dulcificando la voz.

Y sucedió involuntariamente lo que Fruda había soñado...: la bella mano blanca inició tímidamente una caricia sobre la frente de la muchacha.

Le tomó de las manos el cuaderno y comenzó a leer la composición... Cuando llegó a las palabras "allí se evoca el recuerdo de todo lo que ha podido admirarse en otros tiempos" acarició con una mirada emocionada la cabeza inclinada de la joven y le pareció que las curvas sobriamente dibujadas de sus cejas de seda, sus largas pestañas y los botones púrpura de sus labios inquietos eran también una escritura suave que a él le agradaría descifrar. Y cuando terminó de leer, hasta el final, fijó su mirada en la ventana, como una hora y media antes, después de haber terminado la novela italiana; pero ahora sus ojos no estaban cargados de tristeza. Le pareció también que la tormenta de Febrero cesaba, que el tiempo se tornaba claro, que los rayos, los perfumes, las canciones penetraban en su sér, como si toda la primavera triunfante batiera sus alas en algún lugar muy próximo...

No salió de su reflexión sino cuando la joven levantó hacia él sus ojos de corneja curiosa, sus ojos ya enjugados y llenos de esperanza.

—¿De verdad es tan bonita la primavera en aquel paraje, vista desde la casa de ustedes? — murmuró él, con voz indecisa —

¡Yo aun no la he contemplado así!...

Fruda repitió dulcemente, como la única estrofa de una canción:

—¡Venga hasta nuestra casa!... ¡Usted lo verá!

—Es muy posible que vaya, — contestó con voz suave el maestro, con la amabilidad tranquila que a él le había sorprendido en las entrevistas del cura montañés con sus discípulos.

Y agregó, elevando la voz:

—Pero, Fruda, es preciso que me conteste a una pregunta... Yo soy el maestro y usted la alumna... ¿Me obedecerá usted, o bien quiere usted que sea yo quien la obedezca?...

Fruda no respondió en seguida. Sus ojos, que resplandecían deliciosamente, se fijaban ahora con angustia en los cuadros pendientes de la pared, como si ellos pudieran darle consejo en el momento más serio de su vida. Después contestó con voz segura, pero humilde:

—Claro, desde luego, se comprende que soy yo la que debo obedecer.

—¡No!... ¡Que usted deba, no!..., sino que usted obedecerá de buena voluntad. — replicó el maestro, con franqueza amistosa.

La muchacha, contenta al oir el sonido de aquella voz dulce, de aquella voz que ella oía en los últimos tiempos cada vez que en la soledad pensaba en alguna cosa bella, contestó casi amorosamente:

—¡Ah, sí, ciertamente! ¿Cómo iba a ser de otra forma? ¡De buena voluntad!...

—Yo creo que usted no es de las que prometen en vano, — articuló pausadamente el maestro, después de un silencio prolongado, cuando pudo sacudir con un movimiento de hombros su temor de tener que despedir inmediatamente, por la tormenta y el frío, a la mayor y la más humilde de sus alumnas.

Fruda levantó un poco la cabeza; sin pensar en ello, alisó sus cabellos, y dando a su mirada una gravedad impropia de su edad, preguntó modestamente:

—¿En qué banco debo sentarme?

—Hoy en ninguno, — dijo el maestro con la cortesía de un sacerdote conversando con sus feligreses. — Hoy dejaremos esto a un lado, puesto que, con excepción de usted, nadie más ha venido a la escuela... Pero, ¿sabe usted, Fruda, lo que yo pienso, como su mejor amigo? Que este ya no es el sitio de usted, en medio de los demás niños pequeños... Si usted quisiera, podría instruirse usted misma con los libros que yo elegiría y le prestaría de muy buen grado.

Fruda inclinó profundamente la cabeza, y automáticamente comenzó a colocar los útiles dentro de su cartera. Sus manos temblaban, pero de su cara no desaparecía el aire de dulzura y de paz, como si le continuara dando valor el murmullo de las palabras "buena voluntad".

Al mismo tiempo, la voz del maestro se elevó de nuevo para afirmarla y fortificarla:

—Yo desearía guardar, en recuerdo de usted, el cuaderno del trabajo de hoy, en espera de que vaya a su casa, allá a la montaña, a asegurarme por mí mismo de lo que es en realidad esa primavera que su alma comprende tan deliciosamente.

Fruda sólo hizo un signo con la cabeza, y dejando el cuaderno azul sobre la mesa fué resueltamente a la percha, tomó su bufanda, su sombrero, su chaqueta...

El maestro marchó hasta la tarima también un poco pálido; tocó los papeles con mano insegura, preguntándose si con esta despedida extraordinaria no había causado algún dolor a su alumna. Y cuando Fruda, pronta para partir, puso la mano en el picaporte, ambos se miraron y sobre las mejillas de ella apareció una sonrisa de fe viva, firme y feliz. Y el profesor, pensativo y emocionado, sonrió a aquella separación sin palabras y sin adiós, como si la puerta de la escuela, al resonar tras de Fruda, hubiese aún guardado un suspiro exquisito de su estribillo sin rima:

—¡Hasta la primavera!... ¡Hasta la primavera!...

Gabriela Preissova.

Los estandartes de la orden de la Jarretiére de los nuevos soberanos ingleses, que deben colgarse en la capilal de San Jorge, en Windsor, en lugar de los del rey Eduardo VII y de la reina Alejandra, que ahora están allí, se han bordado en la real escuadra de bordados artísticos instalada en South Kensington. Han sido necesarios dos meses de trabajo para dejar terminados esos estandartes.

En las tumbas egipcias se han descubierto algunas arpas, cuyas cuerdas, en muchos casos, se conservaban intactas, y que después de un silencio de tres mil años, han dado sonidos perfectamente distintos.

Se vendió en Londres, en remate, un velo de encaje blanco quep ertenecía a la emperatriz María Teresa de Austria. Las ofertas del remate alcanzaron la cifra de 30.000 pesos oro, en cuyo precio la adquirió el mejor postor. Este precioso velo de encaje mide tres metros de largo por 28 centímetros de ancho.

No se debe ntrar en el cuarto de un enfermo cuando uno está sudando, pues en cuanto se enfría la piel, empieza la absorción, y el cuerpo recibe los gérmenes que puede haber en el aire.

Recientemente se ha dado el caso de haberse cursado un telegrama desde la China a Londres y haberse recibido la respuesta a los once minutos. La distancia recorrida por ambos despachos se calcula en 27.000 kilómetros aproximadamente.

UNA COMEDIA BREVE Y ENCANTADORA

CON EL OTRO FIN

Por Edouard Pailleron

(Traducción del francés)

PERSONAJES

JORGE DE PIENNE || EMMA d'HEILLY
CLARA, hermana de Jorge

El teatro representa un saloncito. Puerta al fondo, cerrada con una cortina, que en este momento está levantada, puertas laterales, sofá, sillones, mesa escritorio. En el fondo, a la derecha, un biombo desplegado que oculta la entrada de un cuarto-tocador.

ESCENA I

JORGE y CLARA, entrando por la izquierda

CLARA

(Hablando con un criado que cierra la puerta al pasar ellos, y sale). — Está bien: esperaré a la señora de Heilly.

JORGE

(Lo mismo). — Sí, sí; esperaremos.

CLARA

(A Jorge). — Tú vas a hacer el favor de marcharte.

JORGE

Pero, Clara, hermana mía...

CLARA

Pero, Jorge, hermano mío... ¡Anda! ¡Vete!

JORGE

Pero... ¿es que quieres?...

CLARA

Sí que quiero... ¿Llevas tarjetas?

JORGE

Claro que llevo. (Saca una.)

CLARA

(Quitándosela de las manos y leyendo). —"Jorge de Pienne". Muy bien. Siéntate ahí. (Le lleva a la mesa y le hace sentar.) Muy bien. Ahora escribe debajo: "Volverá a las cuatro". (Jorge escribe lo que su hermana le dicta.) Está muy bien. (Le hace levantar.)

JORGE

Pero, por lo menos, me gustaría saber...

CLARA

Cuando lo haya sabido yo, si te parece. El paso no es fácil. Los hombres tienen la mano muy pesada. Déjame hacer a mí. Tu presencia no sería ni conveniente ni oportuna.

JORGE

¿Por qué?... ¿Cómo te figuras que la va a tomar? ¡Me haces estremecer!

CLARA

Después de todo..., es un marido...

JORGE

Muy poco marido y muy mal marido. Casada ocho días, separada cinco años... ¡Y qué hombre!... ¡Un borracho!..., Ha debido de olvidarlo... Lo ha olvidado.

CLARA

¡Pse!... ¿Quién sabe? ¡El corazón es tan raro!... En realidad, son dos las noticias que hay que darle. Porque ¿sabe ella que tú la quieres? Y el modo como acoja ésta depende en absoluto del modo que tenga de acoger la otra... Y además, ¿te quiere ella? Y luego..., y luego.... si hay que decirlo todo, el papel que me obligas a representar no es muy delicado, que digamos, y por eso resulta... muy delicado... Me estorbarías... En fin: te vas tú, o me voy yo.

JORGE

Pero díselo bien...

CLARA

Le diré todo lo que pueda decirle... decentemente, pues habrás de convenir que la embajada es, por lo menos, singular.

JORGE

¡Hermanita mía!

CLARA

¡Hermanito mío..., váyase usted!

JORGE

¿Me prometes?...

CLARA

¡Ya la oigo!... ¡Anda, vete!... Y vuelve a las cuatro.

JORGE

¿Y qué voy a hacer de aquí a las cuatro. Dios mío?

CLARA

¡Haz versos, Dios mío! **(Jorge sale por la izquierda.)**

ESCENA II

CLARA, sola

¡Oh, amor!... ¡Con lo bien que arde tu llama, qué lástima que se acabe tan pronto!... Sin embargo, yo no puedo decirle eso a quemarropa... Sí, pero ¿cómo la preparo?... Jorges se hubiera echado a sus pies para empezar... ¡Quizás habría sido eso lo más sencillo!... ¿Cómo lo tomará?... ¡Las mujeres son tan raras, y Emma es tan desconfiada, a pesar de su aire despreocupado!... No es la cosa tan fácil... ¡Aquí está!

ESCENA III

CLARA y EMMA, que entra riendo

EMMA

¡Já, já, já!... ¡Y de dos!... ¡Es cosa decidida! ¡Hola, Clara! Buenos días. Creí encontrar a tu hermano contigo. Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?

CLARA

¡Qué contenta estás, querida Emma!

EMMA

Y tú, qué bella y triste, mi Clara melancólica... **(Toma de encima de la mesa la tarjeta de Jorge.)** ¡Ah! ¡Volverá a las cuatro!... ¡Muy bien!

CLARA

Es una exigencia de las circunstancias. Tengo cosas graves que decirte.

EMMA

Y yo otras alegres que contarte. Tú no sabes: hoy es mi día de liquidación.

CLARA

¿Cómo?

EMMA

Hoy, treinta de Abril... liquido mis enamorados de invierno.

CLARA

¿Tus enamorados?

EMMA

De invierno, sí. Tú, casada y dichosa, no careces de pretendientes que te hagan la corte, ¿no es cierto ?Pues figúrate yo, separada de mi marido y desgraciada... **(Se echa a reír.)**

CLARA

De modo que...

EMMA

De modo que, cuando llega el fin de estación, tengo grandes existencias de pretendientes para liquidar. Empiezo con el mes, y los que resisten hasta el día treinta, último plazo, los liquido implacablemente. Y eso me divierte... Acabo de liquidar al coronel.

CLARA

(Aparte). — Pues la cosa no es para alentarme.

EMMA

¿Qué cómo?... No lo acertarías. ¡Pobre coronel! Lo había hecho pasar al saloncito azul... ya sabes, allí, donde no hay más que sillas muy ligeras..., y al menor movimiento apasionado... ¡Crac!... ¡Las que ha roto el obeso señor! ¡Y qué ardor el suyo! A cada frase amorosa que salía de sus labios, añadía yo leña al fuego. Al cabo de un cuarto de hora, la temperatura era insostenible. ¡Entre dos fuegos! Se ha batido en retirada. Nadaba en sudor, estaba furioso. Al marcharse le he oído murmurar, con su voz de trombón: — A este demonio de mujer debe habérsele helado el padre en Rusia, seguramente. **(Ríe.)**

CLARA

¡Loca!

EMMA

¡Cuerda y no loca, mi quejumbrosa amiga! Me gusta distraerme, pero comprometerme, no, eso no. Ahora que tengo libre la mano derecha, cometería una torpeza atándome la mano izquierda; convén en ello.

CLARA

Vamos, Emma, siéntate ahí, que he de hablarte seriamente, te lo repito.

EMMA

¡Ah, no, no! Además, adivino lo que vas a decirme.

CLARA

¿Lo adivinas?

EMMA

Vas a hablarme de tu hermano. y ciertamente, es un buen mozo no lo niego; enamorado, conformes... ¡Pero no y no!...

CLARA

¿Quién te habla de eso?

EMMA

¡Inflexible, inexorable!... Esta noche, fin de mes, es preciso que el balance quede hecho.

CLARA

Deja que te explique...

EMMA

¡Ya lo sé, ya lo sé! (Ríe.) Es muy desgraciado, ¿no es eso?

CLARA

Pero si no se trata...

EMMA

¡Liquidado! Conozco el asunto. Tercer período. Emplearé mi gran medio.

CLARA

¿Pero qué estás diciendo?

EMMA

Querida mía, ignoro cómo se nos hace la corte con buen fin; he sido casada... tú sabes cómo... Pero la manera de hacérnosla con el fin..., con el otro fin, no hay persona en el mundo que lo sepa mejor que yo... Escucha.

CLARA

Pero, mira...

EMMA

¡Primer período, primera visita! Traje elegante, esencias exquisitas, formas discretas: — Me he apresurado a aprovechar su permiso, señora condesa... — Sonrisa graciosa, modales de la antigua corte, miradas furtivas a la dama para indagar si es tan bonita de día como a la luz artificial, y a la habitación, para ver si está bien alhajada; mucho ingenio, el sombrero en la mano, los guantes irreprochables. Despedida después de una frase brillante.

CLARA

Emma...

EMMA

Segundo período. Actitud desenvuelta, de buen muchacho. Deja el sombrero en un mueble al entrar: — Buenos días, querida señora. — Mucha charla. El siempre ha soñado con la amistad de una mujer; si ella quisiera, se pasearían, se escribirían, se lo dirían todo... ¡Sería una cosa encantadora! Se quita un guante. Despedida con un apretón de manos acentuado... ¡Primer jalón!

CLARA

(Riendo). — ¡Eres imposible!

EMMA

¡Já, já!... Conoces ese período, por lo visto. Tercer período. Aire pensativo, traje oscuro, continente melancólico, largos silencios, ojos en blanco. La amistad no es bastante. Se quita los dos guantes. — ¡Ah señora! — Hablan de su madre, los hay que tosen, intentan tomar la mano... Despedida con una lágrima furtiva... Este es el caso de tu señor hermano.

CLARA

¡Vamos!...

EMMA

En fin, período cuarto y último. Entrada brusca, andar nervioso... Frente pálida o roja, según el temperamento de la persona. Fruncimiento y desfruncimiento de cejas, escena agresiva y apasionada... ¡Nada de sombrero, nada de guantes, nada de nada!... ¡Imprecaciones, grandes zancadas! ¡Fatalidad! ¡Una mano que mesa los cabellos! — ¡Emma! ¡Conque hay otro hombre! ¡Casada! ¡Oh, ese hombre, ese hombre, ese hombre! — Y lo demás que sigue

CLARA

¿Y la despedida?

EMMA

¡Oh! ¡En ese período los echo!

CLARA

¿Lo has dicho ya todo? ¿Quieres oirme al fin?

EMMA

No, no y no. Tu hermano es, ciertamente..., tu hermano. Pero lo liquidaré como a los otros.

CLARA

No se trata de él.

EMMA

¿No se trata de él? ¿Por qué? Quiere decir ¿de quién se trata, entonces?

CLARA

De tu marido.

EMMA

De mi... ¡Oh! ¡En ese caso!... (Hace ademán de taparse los oídos.)

CLARA

(Entregándole una carta). — Al menos lee esto.

EMMA

(Rechazándola). — Mucho menos.

CLARA

Pero tú no sabes...

EMMA

No lo sé. Pero estoy segura de que el señor d'Heilly está en alguna parte donde se emborracha desde hace cinco años, lo mismo que se emborrachó aquí el día de nuestra boda, y eso me basta. Lo remito a mi agente de negocios. No hablemos más de él. ¡Puf! ¡No hablemos más!

CLARA

¡Qué obstinación!...

EMMA

Clara, mi querida Clara! **(La abraza.)** ¡Basta! ¡Punto concluído!... **(Un sirviente entra con una tarjeta en una bandeja.)** ¿Qué es esto? **(Mira la tarjeta.)** ¡Lord Wilde!... ¡Qué suerte tienes!... Llega oportunamente. **(Al sirviente.)** ¡Hágalo pasar al salón! **(El sirviente sale. A Clara.)** Vas a asistir a la ejecución de éste. Será cosa curiosa. **(Llama. Entra por la derecha una mucama.)** ¡El batón! **(La mucama sale.)**

CLARA

¿Qué estás haciendo?

EMMA

(Deshaciendo las abrazaderas de la cortina del fondo). — Mi querida amiga, este es inglés y es tenaz. Es un caso de cuarto período muy avanzado... De ahí que necesite emplear mi gran recurso. **(La mucama trae un batón.)**

CLARA

¿Y este batón?...

EMMA

(El mismo juego). — ¿Negro?... Es mi gran recurso. **(Se oculta tras el biombo.)**

CLARA

Todo esto me parece muy singular.

EMMA

(Que aparece de vez en cuando, de manera que está siempre en escena). — Sí, querida: se trata de un antiguo recurso de comedia, tan eficaz como antiguo, pues siempre me ha dado buen resultado. Cuando tengo que habérmelas con tozudos como lord Wilde o tu hermano... ¡Ay, me he pinchado!... Aguardo la escena número cuatro..., ya asbes...: — ¡Emma! ¡Conque otro hombre! — Entonces me levanto, y en una actitud a la vez dolorosa y provocativa, dejo caer sobre el candidato estas sencillas palabras: **(Sale de detrás del biombo, vestida de negro.)** ¡Soy viuda, señor!

CLARA

(Sofocada). — ¿Viuda?... ¿Cómo viuda?

EMMA

(Riendo). — Y salen escapados... ¡Já, já!... Ponte allí, vas a verlo... No te rías muy fuerte.

CLARA

¡Qué atrocidad!

EMMA

Vuelvo dentro de cinco minutos. **(Colocándola junto a la puerta del fondo.)** Aparta esa cortina; dejaré la puerta abierta. — ¡Soy viuda, señor!... — Ya verás... No será muy larga la escena. **(Sale riendo.)**

ESCENA IV

CLARA, sola

He aquí al casualidad más extravagante... Decididamente, habría podido leer la carta sin riesgo para ella ni para nosotros. ¿Pero para nosotros no habrá sido mejor?... ¿No sería posible aprovecharnos?... ¡Veamos, veamos!... ¡Eh! **(Mira por la cortina entreabierta.)** ¡Ah, míralos! Lo está haciendo como lo ha dicho. Bueno, lord Wilde se pone en marcha... ¡Oh, oh, qué zancadas!... ¡Qué encarnado está!... Parece que es ese su temperamento... ¡Muy bien, eso es, eso es!... Punto por punto. Se pasa la mano por los cabellos, ¡qué gracioso!... Pero, pero... ¡Esta Emma!... **(Se separa de la cortina.)** En realidad no sé si debo... **(Vuelve a mirar.)** ¡Ah!... Ahora le toca a ella. ¡Já, já!... — ¡Soy viuda, señor! — Vamos, estaba escrito que el programa se desarrollaría exactamente... ¡Ah! Pero el lord ya no está encarnado; ahora está pálido... ¡Dios mío, qué cara! ¡Ah desgraciado! Es una verdadera derrota. **(Se oye llamar fuerte. Vuelve al proscenio.)** ¡Esto es graciosísimo! **(Después de un momento de reflexión.)** Sí, sí: ese será mi recurso.

ESCENA V

CLARA y EMMA

EMMA

¡Y van tres!... ¿Lo has visto correr? En cinco minutos justos. ¡Es infalible!...

CLARA

(Aparte). — Suceda lo que quiera, yo me guardo la carta.

EMMA

No te atreves a reír, piensas en tu hermano. ¡Já, já! Tienes miedo; confiesa que tienes miedo.

CLARA

¿Miedo de qué?

EMMA

¿De qué? ¿Cómo de qué? Pues bien, mi querida amiga, tan cierto como que tengo la desgracia de llamarme Emma d'Heilly, Jorge de Pienne va a tomar el mismo camino que lord Wilde, y en cinco minutos,

como él... Pongamos diez y no hablemos más.

CLARA

¡Escéptica!... Eso es venir a decir que nadie nos quiere.

EMMA

¡Nadie!... Con buen fin, se entiende... Con el otro..., ¡ah, con el otro!... Te digo que todos son iguales, todos; y tu hermano también... ¡No hablemos más del caso!

CLARA

¿Quién te habla?

EMMA

Querernos a nosotras, mujeres casadas, separadas?... ¿Es lícito eso? ¿Es que somos libres?... ¡Amarnos!... Por el hecho de decírnoslo nos prueban que no nos estiman lo suficiente para ello. ¡Amarnos!... ¡Vamos!... Nos coleccionan; ¿y me quieres ver tú en el estante de Jorge, entre una fecha y un mechón de cabellos?... Mira, cuando pienso en eso... ¡Bonito cuarto de hora va a pasar tu hermana Jorge!

CLARA

Que yo sepa, él nunca se ha permitido...

EMMA

¡Oh! Nada de eso. ¡El caballero es muy listo! Va probando el agua, me envía un embajador..., y aquí, entre las dos, ¿sabes que?... Porque en fin, yo tengo un marido, aunque no lo parezca; si no se tratara de tu hermano... una insistencia tal... Pero se trata de tu hermano y yo te perdono

CLARA

¡Pero si no he insistido ni he hablado una palabra!

EMMA

Ya te digo que te perdono.

CLARA

No hay de qué. Y si no te he dicho nada, ni él te lo ha dicho tampoco...

EMMA

¿Defiendes a un inocente? Porque no le falta más que hablar... Pero hablará, tranquilízate; hablará porque es preciso que hable... ¡Treinta de Abril!... ¡Liquidación forzosa!...

CLARA

¿Y representarás con él la misma comedia?

EMMA

Idéntica. La imaginación no tiene nada que hacer aquí. Es tan tonto todo esto como la pesca con caña.

CLARA

¿Y si no se fuera?

EMMA

¿Si no se fuera?... Bueno... Se marchará; ya te he dicho que es infalible. No ha habido más que uno que se quedara..., ¡uno solo!, y era un viejo, un noble anciano; pero añadí que la herencia estaba embrollada, y... no lo he vuelto a ver más. En amor, regla general...

CLARA

¿Regla general en amor..., donde no hay más que excepciones?... ¡Bah, bah!... Todavía se encuentran corazones sinceros...

EMMA

¿Los días de liquidación? Nunca. **(Dan las cuatro en el reloj.)** Ha sonado su hora.

CLARA

(Aparte). — No hay más que dejarlos hacer. Adiós. **(Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)**

EMMA

¡Cómo!... ¿Te vas ya?

CLARA

No creo que pretendas que asista al sacrificio...

EMMA

(Deteniéndola). — Un instante... No vayas a traicionarme, contándole... Júrame por... Veamos. ¿Por qué podrías jurármelo? Para una hermana no hay nada sagrado.

CLARA

¡Ah desconfiada!

EMMA

(Conduciéndola a la puerta del foro). — Ven, pasa por aquí; eso será mejor que un juramento... ¡Es él!... **(Ambas se detienen.)**

ESCENA VI

EMMA, CLARA y JORGE

JORGE

(Entrando tímidamente. Mira a Emma con ojos interrogadores y la saluda). — Señora... **(Emma saluda ceremoniosa y gravemente. Jorge aparte, mirándola constantemente.)** Por lo que veo, mi hermana le ha dicho lo del marido; pero respecto a mí... **(Durante este tiempo. Clara se dirige hacia la puerta del foro. Al llegar allí vuelve, y dice en voz baja a Emma):**

CLARA

Pero en fin... ¿y si no se fuera?

EMMA

(Lo mismo). — Se irá. **(Clara va a marcharse.)**

JORGE

(Dirigiéndose a ella). — Clara...

(Clara le saluda ceremoniosa y gravemente, y se va.)

ESCENA VII

EMMA y JORGE

EMMA

(Mirando a Jorge y aparte). — Y lo cierto es que me dolería... (Rehaciéndose.) ¿Cómo? ¿Es cierto que me dolería?... Sí: por él... Bien: siendo por él, enhorabuena.

JORGE

(Mirándola y aparte). — Parece muy triste; no me gusta esto.

EMMA

(Aparte). — Aire pensativo, traje oscuro, actitud melancólica; ese es el tercer período, o yo no sé lo que me digo.

JORGE

(Aparte). — No me habla, y Clara se va sin decirme nada; esto es comprometido.

EMMA

(Aparte). — Largos silencios, ojos en blanco; no falta detalle.

JORGE

(Aparte). — Y sin embargo, es preciso que yo sepa... (Dirigiéndose a ella con la mano extendida y con gravedad.) Gracias, señora.

EMMA

(Imitándole, aparte). — "Señora", y trata de tomarme la mano. ¡Cómo es eso! (Alto.) ¿Y por qué me da usted las gracias?

JORGE

(Sorprendido, retirando la mano). — Pues, señora... (Aparte.) Voy a tientas... (Alto.) Aunque sólo sea por recibirme en las circunstancias... delicadas en que... mi hermana..., en fin..., en que usted se encuentra.

EMMA

(Aparte). — ¿Su hermana?... ¿Las circunstancias?... ¿Qué está diciendo este hombre?...

JORGE

¿No me permitirá usted que vea en esto el principio de nuestra intimidad?... ¿Una prueba de... indulgencia para los sentimientos... que yo..., que mi hermana... (Aparte.) ¡Qué calor tengo! (Se quita un guante y saca el pañuelo.)

EMMA

(Aparte.) — Se quita un guante... (Alto.) Lo que creo descubrir, a través de sus palabras, es que usted me hace una declaración de amistad, ¿no es así?

JORGE

¿De amistad? (Aparte.) ¡Vamos, Clara no le ha dicho nada de mí!... (Alto.) ¿De amistad? Francamente, señora, no quiero hacerme mejor de lo que soy... o peor, pero usted me concederá que si es difícil la expresión de un sentimiento de cierta naturaleza, es más difícil aún tratándose de una persona de los méritos de usted. (Aparte.) ¡Uf!... (Se quita el otro guante y se limpia el sudor de la frente.)

EMMA

(Aparte). — ¡Y van dos! La amistad ya no le basta. Esto va de prisa. (Alto.) A pesar mío, señor de Pienne, no comprendo nada en absoluto, y si no se explica usted...

JORGE

Señora, en las delicadas circunstancias...

EMMA

¡Otra vez!...

JORGE

Pues bien, tiene usted razón, no insistiré sobre ese punto, puesto que me lo prohibe... (Aparte.) Esto va mejor de lo que yo suponía. (Alto.) No le hablaré más que de mí.

EMMA

Eso es... De usted. Hablemos de usted. (Aparte.) ¡Vamos a ver!

JORGE

Señora, yo creía que mi hermana...

EMMA

¡Ah! Entonces... ¿es de usted o de su señora hermana de quien tenemos el honor de hablar?

JORGE

De mí, señora, puesto que usted me lo permite, pero me dispensará estos titubeos que revelan una ansiedad muy justificada. Hay palabras, de las cuales el eco ha de resonar tan profundamente en la vida, que no se las puede provocar sin terror. Se tarda apenas un minuto en pronunciarlas, pero ese minuto puede contener en su brevedad todo un porvenir de alegría o de dolor.

EMMA

Adelante, amigo mío, adelante... (Aparte.) Parece que su salud es excelente para toser; seguramente me va a hablar de su madre...

JORGE

Si viviera todavía mi madre, señora...

EMMA

(Aparte). — ¡Ya está ahí!

JORGE

Ella hubiera sido mi confidente y también se hubiera encargado de ser la intérprete de mis sueños...

EMMA

(Aparte). — Que es una linda comisión.

JORGE

Porque se trata de un sueño largo tiempo acariciado, de una esperanza largo tiempo mantenida, y a la vez tan vivaz y tan débil, que se la puede matar con una mirada o animar con una sonrisa.

EMMA

(Aparte). — ¡Qué bien redactado! **(Alto.)** En una palabra, todo eso quiere decir que usted me ama, si yo no estoy equivocada.

JORGE

(Levantándose). — Sí, señora.

EMMA

Siéntese... **(Jorge vuelve a sentarse.)** ¿Con verdadero amor?

JORGE

Sí, señora.

EMMA

(Lastimeramente). — ¡Oh caballero!... **(Aparte.)** ¿Será como los otros?... No... Verdaderamente me causa pena.

JORGE

¿Por qué desvía usted la mirada?... ¡Ah Dios mío!... ¡Usted quiere a alguien!

EMMA

(Con altivez). — ¡Caballero!

JORGE

¡Perdón!... ¡Perdón!... ¿Entonces usted no me cree? ¿Es posible que no me crea usted, y que sea el corazón sordo y ciego hasta ese punto? Desde hace tres meses, desde que mi hermana me presentó a usted, mi asiduidad, mi turbación, no le han dicho nada? ¿Es que el amor se disfraza con formulismos? ¿Es que no dice nada cuando se cala y no se le descubre cuando se oculta? ¿Es que la mujer no sabe mejos que nosotros ver en las sombras de nuestra alma y hablar el lenguaje de su silencio?

EMMA

(Aparte, mirándolo). — ¡Vaya con... el músico!

JORGE

Sé perfectamente que usted ha pagado muy caro el loco empeño de ser incrédula; pero, en fin, ¿por qué había yo de mentir y qué interés me supone usted?

EMMA

(Aparte). — ¿Qué interés? ¡Vaya un desahogo!...

JORGE

No, usted no me cree... Lo comprendo... La culpa es mía. ¡Y yo que decía que el corazón es ciego y sordo!... Y mudo también, porque el mío, tan lleno de amor a usted, no encuentra un acento para conmoverla ni una palabra para persuadirla.

EMMA

(Mirándolo aparte, y suspirando). — ¡Y es una verdadera lástima!

JORGE

Y aquí estoy, anhelando oír esa palabra que espero, que temo y que usted me hace aguardar tanto tiempo.

EMMA

(Aparte). — ¡Manos a la obra!... ¡Mi gran recurso! ¿Qué es lo que va a decir?... El corazón me palpita.

JORGE

¡Señora, por favor, al menos contéstemé usted! Aunque sólo sea con una mirada, contésteme, ¡se lo suplico!

EMMA

(Levantándose). — ¡¡Soy viuda, señor!

JORGE

(Con extrañeza levantándose también) — ¡Lo sé perfectamente, señora!

EMMA

¡Cómo!... ¿Usted lo?... **(Aparte).** ¡Esta sí que es buenao! **(Alto.)** ¡Ah!... ¿Lo sabía usted?...

JORGE

Desde luego, señora.

EMMA

(Aparte.) — En fin, por lo menos este es más correcto... Más correcto... **(Reflexionando)** o más hábil. **(Alto.)** ¡De modo que usted lo sabía! **(Aparte).** Claro, yo no estaba preparada...

JORGE

Y por eso he venido, precisamente.

EMMA

Por eso, precisamente... **(Aparte.)** No hay duda, es muy hábil... Vamos a ver... **(Alto.)** ¿Así, pues, usted sabe que soy viuda y me quiere... a pesar de eso?

JORGE

(Asombrado). — ¿A pesar de eso, señora?... **(Aparte.)** ¡Dios mío! ¿Sentirá a su marido hasta ese punto?

EMMA

(Animándose). — ¡A pesar de eso! ¿Ha pesado usted bien sus palabras?... ¿Usted es un hombre serio?... ¿No es usted como los otros? **(Aparte.)** ¡Espera, espera, amigo mío!

JORGE

¡Señora!

EMMA

Conteste. Yo soy viuda, ¿usted me quiere así?...

JORGE

(Con extrañeza). — Pero...

EMMA

¿Sí o no?

JORGE

(Cada vez más sorprendido). — Sí, señora.

EMMA

(Amenazadora, tendiéndole la mano). — Pues bien, caballero, yo le doy a usted mi mano.

JORGE

(Loco de alegría, se precipita sobre aquella mano y la cubre de besos). — ¡Emma!... ¡Es posible!... ¡Su mano!... ¡Dios mío, Dios mío!

EMMA

(Mirando estupefacta, lo que él hace). — ¡Caballero..., caballero!... ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa?

JORGE

¡Su marido yo!... ¡Es para volverse loco, Emma!

EMMA

(Con asombro). — ¡Emma!...

JORGE

¡Sí, sí, usted me quiere! Usted se ha convencido de mi amor desde hace mucho tiempo, ¿no es cierto? Y me dejaba, hace un momento, sufrir y balbucear, sin ayudarme ni siquiera con una mirada... ¡Oh las mujeres! ¡El amor no es para ellas más que un eterno juguete! ¡Y son tan crueles con él como eran con los juguetes de su infancia! No, esto no es verdad, no me haga caso, no sé lo que me digo... ¡Sólo sé que la adoro!

EMMA

(Que se ha ido alejando insensiblemente de él, con una especie de terror, se refugia detrás de un sofá, tendiendo los brazos hacia él y con tono acusador). — ¡Señor de Pienne!

JORGE

(Con extrañeza, adelantando un paso hacia ella). — ¿Qué es eso?... ¿Qué tiene usted?

EMMA

(Retrocediendo). — ¡No se acerque!... ¡Señor de Pienne..., su hermana le ha hablado a usted!...

JORGE

¿Mi hermana?... Pero...

EMMA

Sí, hace un momento... Aunque no haya sido más que una palabra, un gesto, un signo... Ignoro cómo, pero ella se lo ha dado a usted a entender, y usted lo sabe todo.

JORGE

(Cada vez más sorprendido y avanzando hacia ella). — ¡Pero, señora!...

EMMA

(Sigue retrocediendo). — ¡No se aproxime!... ¡Atrévase a negar que Clara, su hermana, le ha contado la historia de mi viudez!

JORGE

¿Mi hermana?... Claro que ha sido ella.

EMMA

(Aparte). — ¡Vamos!... ¡Por lo menos es franco! **(Alto.)** ¡Lo confiesa usted! E instruído por ella, preparado de antemano, viene usted a dar el golpe con toda seguridad... y se atreve usted... ¿Sabe usted, caballero, que el juego me resulta inpertinente, y que hace ya una hora que me está usted insultando?

JORGE

Y yo digo que el juego de usted es cruel, y que hace una hora que usted se está burlando de mí. ¡Cómo!... Yo le ofrezco pasar la vida con usted... ¿Hay en esto insulto alguno?

EMMA

(Estupefacto). — ¿Si hay? **(Aparte.)** Este es un cínico.

JORGE

Y perdóneme que se lo diga. Al rechazarme usted de este modo, comete una acción que no es digna de usted ni de mí.

EMMA

(A sí misma). — No, de ningún modo, no; éste no es como los otros... En realidaod, es de creer que... **(A Jorge).** ¡Veamos, veamos!... Usted confiesa que ha visto a su hermana.

JORGE

(Con despecho). — Naturalmente: la he visto y usted también la ha visto.

EMMA

¿Y ella le ha dicho?...

JORGE

Me lo ha dicho, y a usted también.

EMMA

¿Pero qué es lo que me ha dicho?...

JORGE

Que es usted viuda.

EMMA

(Sorprendida). — ¡Que yo soy viuda!... Lo que le habrá dicho es que no lo soy.

JORGE

(Sorprendido, a su vez). — ¿Que no es

usted viuda?... Ella acaba de decirle a usted que lo es.

EMMA

(Animándose). — No me ha dicho semejante cosa.

JORGE

(Animándose también). — Pues a mí no me ha dicho que no lo fuera usted.

EMMA

(En el paroxismo de la excitación). — ¡Cómo, caballero!... ¿Por qué afirma que me ha dicho que soy viuda, cuando hace un momento que me ha confesado que le ha dicho que no lo soy?

JORGE

(El mismo juego). — Y usted, señora, ¿cómo afirma que mi hermana me ha dicho que no es usted viuda y me niega que le haya dicho que lo es?

ESCENA VIII

EMMA, JORGE y CLARA

CLARA

(Aparece a la puerta de la derecha y se detiene, riendo a carcajadas.) — ¡Já, já, já!... **(Emma y Jorge la contemplan estupefactos.)**

EMMA

(Avanzando hacia Clara). — Vamos a ver: ¿soy viuda o no lo soy?

CLARA

¡Lo eres!... **(Le entrega la carta de la escena V. Ema la lee y deja caer los brazos en una actitud que significa: "Ahora comprendo". Clara le señala a su hermano.)** ¡Y no lo eres!...

JORGE

(Suplicante). — ¡Señora!

EMMA

¡Caballero!

CLARA

Ya ves como hay corazones sinceros...

EMMA

(Impidiendo que hable). — ¡Silencio!... ¡No digas nada delante de él!

CLARA

Y que pueden querernos.

EMMA

(El mismo juego). — No hablemos más de eso.

JORGE

(A Emma). — En fin, señora... Emma, ¿de qué sospechaba usted? ¿Qué es lo que se creía?

CLARA

Creía..., creía... que tú no venías...

EMMA

(El mismo juego). — ¡No, no!

CLARA

que tú... En fin, que venías...

EMMA

(El mismo juego). — ¿Pero quieres callarte?

CLARA

(Rápidamente al oído de Jorge). — Con el otro fin.

JORGE

(Besando la mano de Emma). — ¡Oh! ¡Mi querida esposa!...

Edouard Pailleron.

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

Un nene está enfermo, pero no quiere tomar la medicina que le ha ordenado el médico.

—¡Hijo mío, se va a morir! — exclama la madre sollozando.

Pero la interrumpe una voz que procede de la cama.

—No llores, mamita. Ahora va a venir papá y me va a hacer tomar el remedio a la fuerza.

Una de las cosas más irritantes en este mundo es esperar media hora a que su adversario de ajedrez juegue, y por último, conteste a una mirada que usted le dirija:

—¿Quién juega?

Ella. — Le he hablado a ese camarero en francés y no ha parecido comprenderme.

El. — Tal vez no te haya entendido. Es francés.

—Pedro: ¿no piensas prestarme veinte pesos?

—No. Pero toma uno por lo bien que me has adivinado el pensamiento.

—¡Qué lentos son los hombres en esta época! Arturo tardó anoche dos horas en declarame su amor, — dice Rosalía.

—¿Y cuánto tardaste tu en contestarle que sí? — preguntó Rosita.

—Lo más dos segundos.

—Señora, — dice el esposo. — Tu manera de gastar, mejor dicho de tirar el dinero, tiene que terminar tarde o temprano.

—Pues entonces que sea tarde lo más tarde posible.

En presidio un condenado por tiempo indeterminado vo que la señora de un empleado está castigando a un niño hijo suyo.

—Sea indulgente con el chico, — le dice.

—Es que es muy malo.

—No haga caso, señora; yo a su edad era lo mismo que él.

El nene está con un caramelo atado al extremo de un hilo.

—¿Qué haces? — le pregunta su mamá.

—Mamá, mi hermanito el chico se ha caído en el aljibe; hace media hora que quiero pescarlo y no pica. ¿Qué hago?

En una venta de caballos en remate, el rematador decía:

—Aún cuando éste es uno de los caballos más flacos del mundo, yo garantizo que es un excelente trabajador.

Un hombre compró el caballo y el rematador le dijo:

—Si el caballo no le gusta puede devolvérmelo después de haberlo ensayado.

—¿Y si cuando lo traigo usted no está aquí?

—¡Oh! ¡No importa! ¡Páselo por la rendija de debajo de la puerta!

La mamá de Juancito le ha comprado una máquina de vapor. El nene ha querido ver cómo era por dentro y la ha roto. La mamá ha castigado al niño y cuando el papá regresa de su trabajo se encuentra a Juancito llorando a lágrima viva.

—¿Qué te pasa? — le pregunta.

—Nada, — contesta el nene.

—¡No! ¡Algo debe haber! — insiste el padre. — ¡Dímelo!

—Bueno, si me lo mandan lo diré. — dijo el muchacho. — Acabo de tener una agarrada jefe con su señora.

Petulante Purocorte fué a ver a un médico para consultarle sobre el estado de su salud.

—Venía, — dijo Purocorte, — por que es mi deseo... saber con exactitud el estado de mis vísceras y si el funcionamiento de las mismas es normal y fructífero.

—Veo que tiene usted el corazón afectado, — dijo médico.

—Y... ¿nada?... ¿nada más?, — inquirió el cliente examinando las mangas de la camisa.

—Sí; los pulmones afectados también.

—...¿nada más?

—¡Sí! Sus maneras ¡muy afectadas también!

AMOR Y ABNEGACION

Una novela en veintiocho días

Por Charles Foley

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Tiene un encanto singular este relato de lo que le pasa a un militar, destacado por veintiocho días, — el tiempo de maniobras de los reservistas en Francia, — que sufre las más encontradas impresiones y experimenta las más inesperadas emociones viviendo toda una novela en esos veintiocho días.

TODAS las tardes, después de las extenuantes maniobras militares, Mauricio Tournier, el teniente de la reserva, regresaba con dulce alegría al caserón gris donde había sido alojado.

Por el pórtico de la iglesia, abierto aún a esas horas, parecían salir los efluvios de su frescura interior y esparcirse por la plaza de aquella pequeña ciudad provinciana. La brisa tibia simulaba un leve tintineo en los dorados cascabeles de los tilos. Un olor sano y vivificante de heno removido llegaba de la lejanía, perfumando el ambiente con sus suaves efluvios. En los prados, detrás de las cortinas de álamos cuyas trémulas hojas parecían agitadas por la noche, las murmurantes fuentes filtraban sin cesar sus aguas bajo las altas hierbas, evaporando su blancura de bruma en el gris ceniciento del crepúsculo.

Después de la visión de rojo hormiguero de uniformes, bajo el incendio del mediodía en el campo de maniobras, el joven oficial saboreaba la sombra, el reposo, la armonía de aquellos verdores de tonos apagados. Pero ante todas estas cosas encontraba dulce su regreso por ver acodada en el alféizar de la entreabierta ventana la figura pálida e interesante de la señorita Luisa, que algunas veces se alejaba de la cabecera de la enferma y, mareada por las emanaciones de los medicamentos y las claridades opalinas de la agonizante lamparita, salía a respirar, como él, el aliento puro y perfumado de la noche.

Alto, rubio, no muy hermoso, pero con ojos azules y fino bigote, Mauricio Tournier se dió a conocer desde el primer día de su alojamiento como hombre bien educado y discreto. Se esforzaba en no causar molestias; cuando la joven cruzaba el vestíbulo, se apartaba prestamente con el mayor respeto; sonreía cuando la joven sonreía, y nunca rehusaba comer con las dos damas cuando le invitaban.

Los días de descanso no los pasaba en el café como los otros oficiales. Aunque el jardín de la casa era muy pequeño, le agradaba estar en él, observando desde lejos, por encima de los arriates de claveles y de geranios, los movimientos monótonos y regulares de las dos mujeres, sentada, una de ellas, en un taburete bajo y leyendo alguna novela a la otra, que estaba tendida sobre una "chaise-longue". En los gestos exigentes y en los gritos caprichosos de la anciana señora, en los humildes silencios y en las actitudes llenas de docilidad de la joven, creía adivinar la adhesión abnegada

y la valerosa resignación de una sobrina pobre, protegida por una tía rica. Conmovido por la gracia llena de sencillez y nobleza de la lectora, se había acercado a ellas, venciendo su timidez, y poco a poco se había mezclado en su lánguida conversación. Y más bien por las indiscreciones de la mucama y la fantástica charla de la anciana dama, que por las lacónicas respuestas de la joven, supo que no se había equivocado en sus conjeturas. La historia de la joven era ésta:

A los veinte años, huérfana y sin dote, Luisa de Léry había sido recogida por la señora Primeau, tía suya muy lejana, pero que era el único pariente que le quedaba.

La señora Primeau, sin ser mala en el fondo, había abusado, con terrible egoísmo de enferma, de la gratitud de su protegida.

Su ternura llegó a ser imperiosa; no podía soportar otro contacto que no fuese el de la joven; no podía escuchar en su habitación otros pasos menos ligeros que los de su protegida, y se estremecía, nerviosa, al oír otra voz de timbre más fuerte que la de Luisa. Hacía cinco años que la anciana enferma roía, migaja a migaja, la hermosa juventud de su sobrina .La señorita de Léry ya no tenía sonrosadas las mejillas ni rojos los labios, pero el teniente la encontraba muy linda a pesar de todo. Y realmente lo estaba, con sus ojos de un azul inalterable, con el dibujo de su nariz delicada, con la boca finamente arqueada, y los grandes bucles de sus cabellos castaños, donde se espejaba el oro, ese oro encendido y cambiante de los follajes otoñales. Al saber que era de noble cuna, la supuso orgullosa y se turbaba cerca de ella; pero no tardó en recobrar su serenidad al observar su pobre vestimenta y su distinción velada de melancolía. La anciana señora, halagada por el buen humor y el respeto del oficial, permitió desde luego que el joven intimase con ellas.

Al lado de Luisa, el espíritu del oficial íbase impregnando lentamente, profundamente, del perfume de aquella alma medio cerrada, del encanto irresistible de aquella flor abierta en la sombra. Y le parecía romántico y encantador haber hallado así, por azar y en aquella vieja morada de una pequeña ciudad rodeada de verdores, la princesa cautiva y pálida de sus sueños. Su inclinación a los idelrios y quimeras, su afición a todo lo poético, y un poco de ideal, habían contribuído a conservarle tímido y desconfiado con otras mujeres. Mas en seguida sintió que amaba a ésta plenamente, sin remedio, y que únicamente ella sería capaz de comprender los matices de ternura y las finas delicadezas con que él alimentaría la felicidad cotidiana de ambos. Aunque tenía el corazón cada vez más conmovido, procuraba no hacerse traición, temiendo el terrible rencor de la anciana señora y embarazado también por la tristeza silenciosa de Luisa. Una mujer tan seria y reflexiva, ¿qué pensaría de un hombre que se enamora en menos de tres semanas?

Mientras él titubeaba, la señora Primeau, olfateando el peligro, volvió sobre su acuerdo, y cambió bruscamente su conducta de los primeros días. Fría o sarcástica, buscaba el modo de alejarle y no le invitaba ya a comer. Y el tiempo huía sin que él osara decir nada.

Contó los pocos días que le quedaban. Al pensar que no volvería a ver jamás a la señorita de Léry, y que perdería tontamente, por negligencia, la única mujer que realmente habría amado, se indignó contra sí mismo, y por la tarde, en el jardín, a pesar de las miradas agresivas de la señora Primeau, plantó decidido su silla entre las sillas de las dos mujeres. Después, atrevido, embriagado con sus propias palabras, habló de París, de su carrera de ingeniero, muy bien retribuída; de su fortuna personal, modesta, pero suficiente, y confesó, en fin, sin transición, su odio a la soledad, su ardiente deseo de otra vida de una vida compartida entre dos.

Luisa, inclinada sobre un bordado, inconscientemente arrullada por la conversate todo aquello, como si leyese las historias ción, escuchaba apaciblemente todo aquello, como si leyese las historias de amor que tanto gustaban a su tía; pues no creía que aquellas cosas tan risueñas pudiesen jamás llegar para las jóvenes pobres como ella.

Acostumbrada al desdén, al olvido en que la dejaba el mundo, no se imaginaba que una sola de aquellas palabras vibrantes, una sola de aquellas promesas, fuesen pronunciadas para ella. Y aquella deliciosa confidencia, aquella primera confesión del hombre que la amaba, no despertó ni un solo eco en su corazón adormecido. La señora Primeau, alarmada al oir todo aquello, interrumpía febrilmente al joven, trayendo la conversación al terreno árido de las preocupaciones materiales. Y después, ante el temor de que él se explicase con más precisión, le vituperaba a gritos:

—Pero la carrera y las rentas de usted no son suficientes para sostener un gasto de doscmil francos al año. Para usted solo, le vendrá muy justo. Tratándose de dos, sería vivir con apuros. Y si llegan hijos, no podría salir adelante.

Y sin darle tiempo para exponer sus esperanzas de mejoramiento, su confianza en el porvenir, la anciana pretextó la frescura del jardín y tomándose del brazo de la joven se la llevó apresuradamente a la casa.

El oficial no volvió a ver a la señorita Luisa; ni aquella noche, ni en todo el día siguiente: no salió más al jardín.

—La señora Primeau, — pensó el joven, — habrá recaído con un ataque más agudo de su enfermedad del corazón.

Y era verdad: el temor de volver a caer en su negra soledad le producía tal angustia, que el martilleo de sus latidos era cada vez más fuerte.

Permaneció en la cama, y Luisa, preocupada únicamente de aquel sufrimiento, plegada a todos los caprichos, hacía sus comidas al lado del lecho de la enferma, sin imaginarse ni por un momento que pudiese

haber un ser sobre la tierra que padeciese por su ausencia.

Mauricio Tournier estaba desolado. El momento de su partida se acercaba y ella permanecía invisible. Costase lo que costase, aun a trueque de sufrir su cólera o su desdén, estaba dispuesto a que ella conociese la ternura de su afecto.

El último día tuvo toda clase de atrevimientos. La esperó, la espió en el jardín, en el vestíbulo, la buscó por todas partes, hasta en el umbral de su misma habitación. La sirvienta le sorprendió con la mano puesta en la cerradura, dispuesto a entrar, y le dijo que la habitación estaba vacía.

—La señorita duerme en un catre de tijera en el cuarto de la señora.

Al oscurecer pidió permiso para despedirse, pero la señora Primeau se excusó con una frase de cortesía vulgar, corta, seca, definitiva, sin una sola palabra referente a su sobrina. A pesar de todo, no se resignó.

El destacamento debía abandonar la ciudad al amanecer, a fin de evitar a los soldados una marcha a las horas de calor. Tournier anunció que abandonaría su habitación aquella misma tarde y que pasaría aquella última noche en el hotel para no despertar a sus huéspedas tan temprano con el ruido de su partida. Seguidamente atronó la casa con el estruendo de su marcha: empezó a dar portazos, sacudió las cerraduras, arrastró su maleta, hizo que se la llevasen muy ostensiblemente, y finalmente, al pasar bajo la ventana de la tía, arrastró ruidosamente el sable sobre el pavimento.

Al cabo de dos horas, caída la noche, enfiló una callejuela, escaló la tapia de jardín y saltó dentro sin el menor percance. Se ocultó allí, esperando que la enferma, habiendo él partido, permitiría salir de su habitación a la pálida señorita y le daría permiso para ir a respirar los frescos perfumes de la noche.

El joven esperaba oculto entre el ramaje, con la vista fija en la puerta abierta del vestíbulo. Pasaba el tiempo. De repente sintió miedo al pensar que la sirvienta podría cerrar aquella puerta y que la aventura terminase con un portazo. Resuelto a todo, incluso a entrar en la casa, avanzaba ya, cuando apareció la señorita de Léry. Al verla retrocedió vivamente y se ocultó detrás de un macizo, dejándola pasar, pues pensó que, aterrorizada ante la brusca aparición de un hombre, tal vez huyese hacia la casa sin reconocerle siquiera. Cuando la vió al final de la calle de árboles, salió de su escondite y a siguió suavemente, lentamente, con el kepí en la mano. Ella marchaba como un vago fantasma, desvanecida en la sombra, flotando entre los tallos como una creación de la bruma. Después se volvió para regresar por el mismo camino, y al verlo delante de ella, lanzó un débil grito de sorpresa, mas no de espanto.

Entonces él, febrilmente, alocadamente, con el atropellamiento de un hombre hostigado por la hora implacable, lo dijo todo de un tirón, barajando las cosas, mezclando los tormentos con las alegrías, la esperanza con el recuerdo, evocando al propio tiempo la última y la primer entrevista que tuvieron, pero salvando la desordenada confesión con el brillo de sus miradas y el entusiasmo de la voz, en la que vibraba toda su alma.

La señorita de Léry le escuchaba, más pálida aún que de ordinario, rígida de admiración, con los labios balbucientes, pero sin fuerzas, sin idea para murmurar la menor frase. Sus manos, que se habían unido en un ademán de súplica y de miedo, se desplomaron a lo largo de los pliegues sombreados de su falda, y empezó a temblar imperceptiblemente, como si la hubiesen rozado unas grandes alas invisibles en aquella noche azul.

Y de repente, la voz de la sirvienta que la llamaba desde lejos, los sobresaltó, despertándolos de su delirio. La joven retiró de entre las manos ardorosas del oficial la suya, apenas tibia, que acababa éste de tomar. Entonces exclamó él:

—¡Oh! No me conteste usted ahora, pues está emocionada y tal vez la he asustado. Pero después, cuando esté sola con sus pensamientos, acuérdese de mis palabras y repítaselas. No encontrará en ellas nada que no sea propio de un corazón honrado. Yo parto al amanecer, pero puedo volver... Puedo volver muy pronto... ¿Quiere usted que vuelva?

Y como ella se alejaba en la misma forma que había venido, vaga, fugitiva, inaccesible, sin haberle dicho nada, sin que él supiese nada de lo que pasaba en su corazón, tendió hacia ella los brazos suplicantes, aquellos brazos varoniles y fuertes, y que sin embargo, no se atrevían a iniciar el más tímido abrazo. Como una visión de ensueño, la joven retrocedió siempre, desvanecida, esfumada en la oscuridad de la noche, aumentada por el follaje del jardín.

El prosiguió:

—¡Comprendo que esto ha sido tan brusco!... Usted no puede decirme nada. ¡Pues bien, no hable! Pero al amanecer, cuando atraviese la plaza nuestro destacamento, asómese un momento, haga una seña, sonría... ni aún eso: muéstrese solamente, abra la ventana, nada más, ¡sólo esto!, y así comprenderé que no la he ofendido... que desea volver a verme.

La sirvienta se acercaba... Con un ademán instintivo de su indómito pudor alarmado, Luisa le indicó bruscamente una espesura. El joven desapareció tras del macizo, y ella, blanca como el mármol, con la vista perdida y el aire de una sonámbula, escaló el vestíbulo y cerró la puerta.

Una vez en la habitación de la enferma, tan cansada como si hubiese hecho una larga caminata, se sentó en su sitio habitual, a la cabecera de la cama. Como la anciana respiraba con gran regularidad, la creyó dormida. Entonces, según se le había pedido él, se acordó y repitió mentalmente las ardientes palabras, aquellas palabras que parecían seguir cantando en sus oídos.

Una vez pasado el sobresalto, su alma se sintió arrullada, después enternecida, después orgullosa, y al fin, todo el orgullo se fundió en lágrimas tibias y dulces, que ro-

daban lentamente por sus pálidas mejillas. Pero en su corazón la voz del oficial seguía cantando, siempre cantando. Estaba como fuera de la realidad; no se daba cuenta de las cosas ni de las personas; no sabía dónde estaba, ni el tiempo transcurrido. En medio de su desvarío, se sentía otra vez acariciada, embriagada, exaltada, por el mismo roce de las grandes alas invisibles...

De repente llegó la aurora, y con ella un toque de corneta, claro, victorioso, atrevido, que desgarró el sueño de los campos inmensos. Luisa se puso en pie. Una claridad rosada se filtraba por entre las tablitas de las persianas. La joven prestó oído a un gran rumor de hombres que se percibía confuso, lejano aún. Instantáneamente, un invencible anhelo de vivir, de respirar, de emplear sus energías, de responder a aquella gran llamada del amor, que la había trastornado, lanzó a la joven hacia la ventana, haciéndola correr, febril, las dos manos hacia adelante.

Un grito de angustia la detuvo. La enferma, lívida y tiritando, se incorporó en la cama, y adivinando en la actitud lo que su sobrina quería hacer, gimió, con voz ronca y desesperada:

—¿Abrir?... ¿En qué estás pensando?... Tengo frío... ¡Oh! ¡Tengo mucho frío!... Ven a mi lado... ¡No me abandones, sufro, tengo miedo!... ¡Me siento morir!

Y aunque estaba oyendo el paso cadencioso de una multitud de hombres, Luisa volvió al lado de su tía, que al verla junto a su almohada la estrechó entre sus brazos y la cubrió de besos apasionados y fuertes. Pero, por vez primera, la anciana sintió a Luisa rehacia, deseosa de salir de entre sus brazos, atraída hacia la ventana por una fuerza desconocida, poderosa, extraordinaria. La anciana señora tomó la mano de la señorita de Léry y bruscamente la posó sobre su corazón palpitante, sobre su pobre y viejo corazón, sacudido por espantosos sobresaltos.

Y aquello fué suficiente. La joven se dejó dominar por una profunda piedad, por una lástima infinita. Ya no opuso resistencia alguna y, adormecida y sumisa, se volvió a sentar en el borde de la cama y devolvió las caricias que su tía le prodigaba. Y poco a poco, meciéndola entre sus brazos, apaciguó aquella respiración anhelante, aquellos sollozos de angustia; le prometió vivir a su lado siempre, siempre así, muy cerca de ella.

Ambas permanecieron abrazadas ante los postigos cerrados. Y mientras oía el acompasado pataleo sobre el adoquinado de la calle, y el repiqueteo de los cascos, cubriendo el ruido de los accesos de sofocación de la enferma, los soldados pasaban, pasaban, pasaban...

Al poco rato, la señorita de Léry no oía ya más que los latidos de su corazón.

Terminada la crisis con la llegada del día, la anciana pareció adormecerse; entonces la joven avanzó y sin hacer ruido abrió las persianas: la plazuela estaba desierta y el destacamento había partido hacía largo rato a un sitio muy lejano que ella ignoraba.

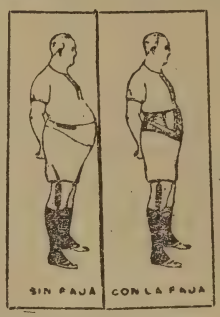
Ante la casona gris, con el sable vacilante, Tournier había sentido como si le estrujaran el corazón, como si se lo agarraran y se lo aplastaran entre aquellos dos postigos herméticamente cerrados. Apenas dejó atrás la casa, se volvió, andando hacia atrás, con el pretexto de vigilar sus hombres, y de este modo, mientras pudo divisarla: no apartó la vista de la cerrada ventana. Cuando la calle de álamos le ocultó la vivienda, después de la plaza, más tarde la iglesia, apretó los dientes y sintió en su garganta extrangulada por los sollozos. Pero en seguida, avergonzado de su debilidad, se irguió contra el dolor, se esforzó en convertirlo en despecho, y pensó, obstinadamente:

—Es un alma orgullosa.

Y no volvió nunca más.

Charles Foley.

¡¡CABALLERO!!



Presentando este boletín bordamos 10 % de descuento.

Use Vd. la faja Poupée contra la obesidad y evitará muchas enfermedades, no hay que dejar que se acumulen grasas en el vientre; la faja Poupée, con buenos materiales, le costará $ 10.—

Atendemos recetas, y tenemos en stok fajas para toda clase de enfermedades y operaciones.

Cerrito 122 - LA POUPEE

Unión Telef. 3938 - Rivadavia

BUENOS AIRES

Pidan folletos del reductor SOBERANO para hernias.

Un caballo puede subsistir sin comer, pero bebiendo agua, unos veinticinco días. Sin agua ni comida subsbiste siete días, pero sin comida y sin agua, sólo vive cinco días.

LA NOVELA QUE EL PUBLICO PIDIO

Narración novedosa de trágicos sucesos y extrañas, y asombrosas, aventuras relatadas por

HARRISON AINSLEY

(Traducción del inglés)

(Véase el número 76 de "Pucky")

E pronto tendió el brazo de nuevo, y el ave voló rápidamente, perdiéndose en la oscuridad.

La mujer parecía no haberse dado cuenta de la presencia de los dos hombres. Miró de nuevo hacia el agua, y los dos siguieron observándola.

De improviso dirigió una mirada hacia ellos y una carcajada musical brotó de sus labios. Fué una risa cruel y armoniosa a la vez, maligna pero sin embargo agradable.

Al instante se volvió, recogió su capa, envolviéndose en ella, y se alejó rápidamente con andar ondulante y felino como el de un leopardo. Por fin perdióse en la oscuridad.

Geoffrey, mirando hacia el sitio por donde ella había desaparecido, se quedó observando un momento. Después pareció despertar de un sueño y percatarse de lo que le rodeaba. La noche era fría y húmeda, y Geoffrey sintió escalofríos.

—¡Dios mío, Girt! — dijo. — ¿Qué significado tenía todo eso?

Girt movió la cabeza, medio aturdido aún, y ambos se encaminaron hacia sus habitaciones.

—¡Era muy hermosa! — dijo Geoffrey, después de un rato.

—¿Cómo lo sabe usted? ¡En la oscuridad no se le pudo ver la cara!

—No. Pero me pareció... — Calló, como si dudara de si había visto la cara o no.

—¡Pero es muy hermosa! Estoy seguro de que lo es. ¿Quién será?

—No lo sé, — dijo Girt. — Sin embargo, algo me dice... Mejor dicho me siento seguro de que yo sé quién es.

—¿La ha visto usted alguna vez antes de esta noche? — preguntó Geoffrey.

—¡Jamás! — exclamó Girt.

—Entonces, ¿cómo es posible que usted la conozca? ¿Quién supone usted que puede ser?

—No puedo decírselo, — manifestó Girt, hablando con lentitud. — Puede ser que esté equivocado. Pero usted pondrá en claro ese punto. Temo que los dos, usted y yo, sabremos muy pronto de quién se trata.

La hechicera

Pasado un período de gran tensión nerviosa, por más acostumbrada que se halle una persona a despreciar el peligro, sobreviene generalmente, un decaimiento momentáneo de todo el sistema nervioso durante el cual las cosas más insignificantes infunden miedo y las coincidencias más vulgares son transformadas, por la mente atemorizada, en misterios horrendos y tenebrosos.

A eso atribuía Geoffrey el efecto que le había causado, la profunda impresión que le había hecho lo que había visto estando a orilla del Támesis.

Era la actitud de Girt lo que más le molestaba. Girt, el hombre práctico, prosaico, completamente lo contrario de un soñador, parecía hallarse enredado en las mallas de

un hechizo del que en vano trataba de librarse. Por alguna razón inexplicable había puesto la miniatura boca abajo en la chimenea... Era cosa de creer que le daba miedo mirarla.

Geoffrey tomó una buena dosis de alcohol y para notificarse e hizo que Girt le imitara. Después se vistieron de frac y salieron con el propósito de cenar en algún buen restaurant, gozando de la exquisita música de una buena orquesta.

Una vez en el restaurant, en aquel ambiente de luz, de alegría y de animación pareció desvanecerse poco a poco su abatimiento. Geoffrey miró a Girt sonriendo.

—Todo es cuestión de nervios, amigo mío, — dijo. — Nervios y nada más que nervios. Después de todo es muy natural. Unos cuantos días de descanso y...

Calló, dándose cuenta de que Girt no le escuchaba. Estaba mirando a un sitio distante y como fascinado. Geoffrey se volvió con rapidez y de nuevo volvió a dominarle s anterior sensación de abatimiento.

Una mujer había entrado y se dirigía, con airoso andar, hacia ellos mientras los demás clientes del restaurant la observaban con atención. Su figura era elgantísima favoreciendo la distinción de sus movimientos la amplitud de la capa de seda violeta con que cubría su toilette.

Geoffrey comprendió, al notar aquella manera de andar, de quién se trataba. Era la misma mujer a quien habían visto aquella noche mirando hacia la niebla del río.

Su descollante personalidad la hizo la cinosura, el punto de atracción de todas las miradas. Pero, para hacerla aún más conspícua un animal largo y sinuoso de rabo peludo, de piel amarilla con manchones negros, la seguía sumiso. No le llevaba por cuerda ni cadena. Geoffrey se dió cuenta en seguida de que se trataba de un leopardo, de un cachorro de leopardo.

Pero no tuvo tempo para comentar la presencia de semejante animal favorito en tal sitio. Sus ojos, como los de Girt, estaban fijos en la mujer. Abundante cabello con reflejos cobrizos, caía en ondas artísticamente dispuestas, sobre su frente; el rostro era ovalado y su asombrosa blancura parecía destacar aún más el rojo carmín de sus labios. ¡Pero los ojos! Eran de color violeta.

Era aquella mujer el original de la miniatura.

Cuando se halló más cerca de ellos miró a Geoffrey fijamente y éste sintió durante un momento un efecto de fascinación contra el cual luchó en vano. La recién llegada se detuvo.
hacia elos y se sentó en una silla que había desocupada, junto a la mesa.

Después, sin vacilación ninguna, dirigióse

—¡Acuéstese, Leo! — ordenó al leopardo. Y su voz era armoniosa y musical. El cachorro de leopardo se acostó debajo de su silla La mujer miró de nuevo a Geoffrey.

—Usted perdone, — dijo, — pero ¿no es verdad que nosotros nos hemos visto en alguna ocasión antes de ahora?

—Creo que no,— dijo. — Es decir...

—¡Oh! — y su rostro expresó de modo exquisito su desengaño. — Hubiera jurado que yo sí le he visto antes. ¡Oh! Pero usted me ha visto, no lo niegue.

—Sí... por lo menos...

—Por lo menos ha visto usted mi retrato, — añadió ella. — La miniatura que he perdido.

—Hay una miniatura en mi habitación. La encontré allí al regresar después de bastante larga ausencia.

—Está en la repisa de la chmienea, ¿no es verdad?

—Así es, — dijo Geoffrey con asombro. — ¿Pero ¿por qué la puso usted allí? Es decir, ¿por qué está?...

—¿Que yo la puse allí? — dijo ella sonriendo. — ¡Si estoy segura de que ignora hasta la calle en que está la casa de usted!

—¿Pero cómo es posible que su retrato apareciera en la repisa de mi chimenea? No me lo explico desde qu no he tenido jamás el placer...

—Yo no sabía que mi retrato estaba allí. No lo he sabido hasta ahora mismo.

Geofrey se hallaba cada vez más aturdido.

—Pero fué usted quien me dijo que el retrato estaba allí, — insistió Geoffrey.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! — exclamó riendo por lo bajo.

Sacó entonces una pequeña tarjeta, con cantos dorados, de una carterita que tenía en la mano, y se la dió a Geoffrey.

—Me he olvidado de decirle, — agregó ella, — que poseo alguna habilidad en la lectura del pensamiento.

Girt no había dicho ni una sola palabra. No se había movido. En aquel momento se inclinó hacia adelante y miró el nombre que tenía la tarjeta: Ruth de Lys.

Geoffrey se inclinó cortésmente.

—Tengo sumo placer en conocer a usted, señorita Ruth de Lys, — dijo.

Llevó la mano al bolsillo y casi sacó la cartera. Después, pensando que era imprudente dar su verdadero nombre, dejó la cartera en el bolsillo.

—Lo siento mucho, pero no he traído tarjetas, — dijo. — ¿Tiene usted tarjetas, Rogers? — preguntó volviéndose hacia su compañero. Girt movió negativamente la cabeza. — ¿No? Es una lástima, — añadió Geoffrey. — Pero permítame que me presente: me llamo Jeffrey... Geoffrey Jeffrey... y mi amigo se llama Rogers, Gurth Rogers.

Geofrey se puso colorado al mirar cara a càra a la mujer que sonreía. Indudablemente tenía poca habilidad para mentir.

—Me parece que se ha olvidado usted lo que yo le dije hace un instante, — manifestó ella en voz baja. — Estoy dotada de la facultad de leer, en algunos casos, el pensamiento ajeno. Usted no se llama Jeffrey y su amigo no se llama Gurth.

Miró fijamente a Girt unos segundos y luego volvió a sonreir.

—¡Ah! ¡Muchas gracias! Le agradezco que lo haya pensado usted para ayudarme. Su nombre, — dijo volviéndose hacia Geof-

frey, — es Duncan, Geoffrey Duncan, ¿no es verdad? Y el de su amigo es Girt. ¡Pero no se alarmen por ello!

Volvió a reirse e inclinándose acarició al leopardo tendido bajo su silla.

—Usted pasa por momentos de angustia, señor Duncan, — dijo ella. — En primer lugar teme, actualmente, a la policía. Está usted acusado de un crimen que no ha cometido, ¿no es eso?

Geoffrey inclinó la cabeza asintiendo. Le parecía inútil ocultar ya nada a aquella mujer. En cuanto a Girt, parecía hallarse en una situación de completa enajenación mental.

Ruth de Lys fijó la mirada de sus extraños ojos violeta en Geoffrey, una vez más y, pasados unos momentos, prosiguió:

—Pero no es eso lo que le angustia, sin embargo, señor Duncan, — siguió diciendo la mujer. — Si no me equivoco tiene usted razón para una mayor ansiedad. Usted ama, — agregó.

—No lo sabía, — dijo Geoffrey.

—Es usted un atardido. Como todos los hombres, se anamora usted en cuanto ve una cara bonita. Pero también hay un secreto... un secreto de vital importancia para usted que, de cierto modo, se halla cinculado con la personalidad e la joven a quien ama y que se llama Sonia.

Calló un instante y miró a su alrededor hacia los clientes del restaurant, pero como si no hiciera caso alguno de su presencia. Después miró fijamente a Geoffrey y se levantó.

—Venga usted conmigo, — dijo en voz baja. — Creo que tengo la clave de su secreto. Puedo decirle yo en un minuto más de de cuanto lograría usted averiguar en todo un año de lucha desesperada. ¡Venga usted conmigo!

Se acentúa el misterio

Geoffrey y Girt moviéronse como autómatas y se encaminaron hacia la salida por el alfombrado pasillo del lujoso restaurant. No se percataron de la curiosa atención con que los miraban. No veían más que la esbelta, majestuosa silueta que se deslizaba ante ellos llevando a su lado la sinuosa figura del cachorro de leopardo.

Salió la mujer a la calle y una vez en la acera llamó a un automóvil de alquiler. Inclinándose dió algunas órdenes al chauffeur, en voz baja, y luego subió en el vehículo, seguida silenciosamente, por los dos hombres y el leopardo.

El coche corrió velozmente hacia el Este, pero pasó mucho tiempo sin que hablara nadie.

Fué ella la que rompió el silencio, dirigiéndose a Geoffrey.

—Su vida ha sido una curiosa vida de aventuras, — díjole Ruth de Lys. — He tenido verdadera satisfacción en conocerle.

Geoffrey murmuró unas vulgares frases de cortesía y sonrió mostrando su admirable dentadura blanca e igual.

—Usted se preguntará dónde le llevo, — dijo ella. — No puede comprender cómo yo una desdichada, una extraña, puedo arrojar luz sobre el secreto que le intriga. Dentro de poco lo comprenderá todo.

Miró por la ventana. El automóvil corrió velozmente por la City camino de la costa Sud del Támesis. Por fin disminuyó la velocidad de su marcha y se detuvo.

Un instante después Ruth de Lys había descendido del vehículo y miraba en redor.

—Sí. Este es el sitio. Por lo menos, así lo creo, — dijo como hablando consigo misma. — Espere aquí, chauffeur.

Geoffrey y Girt habían descendido también y se hallaron en una callejuela sombría y sucia, como las que corren paralelas al río en aquella parte de Londres. La casa ante la cual se había detenido el vehículo tenía todo el aspecto de un depósito desocupado, una de esas construcciones de junto al río que han sido poco a poco carcomidas por el tiempo.

La mujer, llamó ruidosamente a la puerta y mientras esperaba respuesta veíase en su rostro una expresión mezcla de resolución y perplejidad.

Durante varios minutos reinó absoluto silencio, pero al fin se oyó dentro de la casa ruido de pasos lentos de alguien que descendía por una vieja y crugiente escalera de madera.

Lentamente, como manejadas por manos temblorosas y débiles se descorrió el cerrojo y la maciza puerta se abrió con lentitud.

Una vieja de cara arrugadísima, con el cuerpo muy encorvado les miró de mala gana.

—¿Quién es? — preguntó con voz chillona. — ¿Qué quieren ustedes aquí?

La belleza de Ruth de Lys hacía extraordinario contraste con la cara arrugada, la boca sin dientes, la fealdad repulsiva de la vieja.

—¿Se alquila esta casa? — preguntó Ruth de Lys con su voz melodioso y baja.

—¡Ya está alquilada! ¡Ya está alquilada! — dijo la vieja. — Esta es la casa de las ratas; las ratas son los inquilinos... ¡Las ratas y yo! — agregó con risa desagradable.

—Permítanos entrar unos momentos, — dijo Ruth con energía que hizo estremecer a la vieja, la cual, mirándola fijamente, retrocedió asustada como perro amenazado con el látigo.

—Vengan, — dijo Ruth volviéndose hacia Geoffrey y Girt y penetrando luego en el pasillo.

Subieron luego una interminable escalera de madera cuyos peldaños crujían al pisarlos. Oyeron que la puerta de calle se cerraba y que la vieja subía tras ellos.

Ascendieron así hasta un tercer piso. El ambiente era húmedo y mal oliente. Las pisadas resonaban a hueco en el vasto edificio vacío.

La oscuridad era intensa, pero la esbelta figura de la mujer que les guiaba parecía

avanzar gracias a algún extraño instinto.

Por fin entró en una habitación grande y vacía. Las tablas del piso estaban carcomidas y crugían peligrosamente como si no fueran bastantes fuertes para resistir el peso de las personas.

Ruth de Lys cruzó la habitación dirigiéndose a un sitio donde un rayo de luna que petraba por una alta ventana daba en el suelo.

Cuando llegó al rayo de luna se detuvo e iluminada por él, se volvió hacia sus compañeros.

—Ahora, — dijo con voz suave y misteriosamente. — Voy a ir a buscar lo que espero encontrar. — Miró hacia una puerta que había en el muro. — Pero algo me dice que puedo corer peligro. Si en todo caso, pido socorro...

—Acudiremos nosotros, — dijo Geoffrey. Y Girt movió la cabeza afirmando enérgicamente.

—Bien, dijo ella sonriendo de manera encantadora. — Si yo necesito de ustedes llamaré. Acudan, pero lo más rápidamente que puedan.

Volvióse y se deslizó hacia la puerta abriéndola rápidamente. Ella y el leopardo desaparecieron y, con los nervios en tensión, Geoffrey y Girt esperaron.

En vano aguzaron el oído procurando oir algo que les diera aproximada clave de todo aquel misterio. Pero reinaba el silencio más completo. Sólo se oía, de vez en cuando el rascar de alguna rata que...

Un grito llegó de pronto, del otro lado de la puerta. Un grito de terror y de súplica.

El primer grito hazía dejado helados a los dos hombres, pero el segundo les espoleó decidiéndoles a entrar en acción. Simultáneamente Girt y Geofrey se lanzaron hacia la puerta y después de empujarla violentamente salieron.

Pisaron en falso, como si el suelo hubiera desaparecido. Geoffrey sintió que azotaba su rostro el aire fresco del río. Oyó una risotada femenina e irónica y los dos cayeron, sin saber cómo hacia la superficie del río que la luna iluminaba en aquel instante.

Desde el cuarto piso del ruinoso edificio, desde una estrecha plataforma, una mujer alta y elegante miraba hacia el río. La luz de la luna rielaba en una sucesión de círculos que ondeaban cortando la línea de la corriente, círculos causados por algo que acababa de caer en el agua.

Durante algunos momentos, la mujer esperó, mirando hasta que los círculos se desvanecieron. La doblada figura de la vieja acudió a su lado y miró también hacia abajo.

Después ambas se volvieron y desaparecieron en el interior del edificio.

Antes de que Geoffrey se diese verdadera cuenta de lo que le pasaba dió en la superficie del agua y le pareció que dos manos heladas le agarraban. Casi instintivamente había conseguido guiar su caída y dar en el agua de pie con las manos y los brazos pegados al cuerpo.

Descendió por el agua como un plomo, pero en cuanto sintió que la corriente se cerraba sobre su cabeza extendió los brazos deteniendo así la velocidad del descenso.

Al proceder así, — segun se dió cuenta más tarde, — Geoffrey se salvó de una terrible muerte. El río, cerca del lado del muelle, no era muy profundo aun cuando la marea era alta, pero, a pesar de esta circunstancia, tuvo que luchar con todas las energías de su mente y de su cuerpo para lograr desprenderse del traicionero fondo de cieno donde penetró. Si hubiera descendido con toda la velocidad de la caída, sin abrir tan a tiempo los brazos, hubiera quedado enclavado en el cieno y nada le hubiese podido salvar.

El aire salió con fuerza de sus pulmones en cuanto sacó la cabeza fuera de la superficie del agua. Braceó mecánicamente mientras sentía turbada la mente como por una extraña embriaguez.

Pero el frío intenso del agua tardó poco en despejarle y mirando a su derredor, vió que estaba en el agua, a la sombra del casco de una barca amarrada al muelle.

Adelantó la mano y alcanzó a agarrarse de una cadena que colgaba de un costado de la barca y sosteniéndose así fué recobrando la facultad de acordarse de todo lo sucedio. Una irónica sonrisa apareció en sus labios cuando se percató de que cerca había estado de aplastarse sobre el puente de la barca. Miró hacia el ruinoso edificio que se alzaba junto a la orilla y pudo distinguir la puerta por la cual habíanse arrojado al espacio.

¿Habría sido una trampa? En tal caso ¿quién era esa mujer, esa misteriosa, fascinadora criatura que había leído sus pensamientos como si su mente hubiera sido un libro abierto? ¿Quién era ella que así había combinado su muerte?

¿Y dónde estaba Girt?

La pregunta de otras veces se presentó a su mente, la misma pregunta que en tantas otras ocasiones habíase hecho durante el curso de sus terribles aventuras de las últimas semanas, la pregunta que siempre habíale hecho vibrar, que le había infundido el vigor de una desesperada actividad.

Miró rápidamente a su alrededor tratando de penetrar la densa sombra que la ingegnte barca proyectaba sobre las aguas del río. Pero fuera el rizar de la superficie del Támesis por el impulso de la corriente, no distinguió absolutamente nada. No se distinguía rastro ninguno de su compañero.

Un súbito y angustioso temor pareció ahogarle.

¿Habría tenido Girt la misma suerte que él, que había caído al agua pasando a poca distancia de la flotante embarcación o había dado contra el puente de una de las barcas? Tembló pensando que así pudiera haber sido y procuró abandonar semejante pensamiento, que le helaba más aun que el agua tan fría en que estaba metido.

Fué ascendiendo, a pulso, agarrado a la cádena y, lentamente, llegó hasta saltar al puente de la barca. Durante pocos momentos casi no pudo tenerse de pie; el frío del agua le había entumecido las piernas de modo que casi no se podía mover. Pero mediante rápidas y vigorosas frotaciones pudo, pocos minutos después estimular la tardía circulación. Caminó lentamente por junto al borde la embarcación, mirando ansiosamente hacia el agua.

—¡Girt! — llamó con voz baja, pero de penetrante tonalidad.

Solo le respondió el rumor del agua que lamía los flancos de la barca.

Se quedó de pie, en la proa de la embarcación, mirando hacia el río, latiéndole el corazón con tanta fuerza que le parecía oir sus latidos.

—¡Girt! — volvió a llamar. — ¡Girt! ¿Está usted ahí?

—¡Aquí estoy, aquí! — respondió la gruesa voz de Girt que resonó en aquel instante, en los oidos de Geoffrey como no hubiera sonado la musica más armoniosa del mundo.

Inclinándose hacia un lado, al que acudió veloz, Geoffrey pudo ver la peluda cabeza de su amigo a flor de agua.

—Deme una mano, Geoff! ¡Estoy deshecho! — dijo Girt.

La voz tenía cierto tono de debilidad, que segun Geoffrey lo comprendió, debía ser la consecuencia de algun esfuerzo terrible. Para que Girt mostrara de algun modo que su poder de fuerza y resistencia había sufrido hasta agotarse, era necesario que hubiera luchado con algo capaz de arrebatar la vida a varios hombres y hubiera vencido al fin.

Geoffrey se arrodilló junto a la borda y tendiéndose luego, bajó un brazo y tomó la mano que levantaba Girt y que se agarró a la suya tan débilmente que su presión parecía la de la mano de un niño. Poniendo a contribución todas sus fuerzas, Geoffrey levantó a su compañero hasta el puente, y Girt se dejó caer inmediatamente boca arriba, exhausto, respirando de modo que su ancho y poderoso pecho se alzaba y bajaba como un fuelle de fragua.

La luz de la luna alumbró en aquel momento a Girt y Geoffrey comprendió la causa de su estado.

Las piernas, casi hasta la cintura estaban cubiertas por el negro cieno del lecho del Támesis. Había caído del mismo modo que Geoffrey, pero con tal impulso que se había enterado a medias en el fondo del río. Para un hombre cualquiera eso hubiera significado muerte inevitable, pero Girt, con su fuerza colosal y su voluntad de hierro, había luchado y vencido cuando ya estaban casi agotados por completo los elementos de defensa.

Debió estar quizás momentos debajo del agua, luchando. Sin embargo eran tales sus pulmones que había podido pelear hasta el fin y no perder la serenidad, pues cuando llegó a la superficie tardó muy poco en contestar al llamado de Geoffrey.

Durante un poco de tiempo, Girt permaneció echado boca arriba, con los ojos cerrados sin más movimiento que el del pecho. Solo una vez se movió y fué para protestar porque Geoffrey se disponía a someterle a los manejos necesarios para la respiración artificial, mediante un movimiento acompasado de los brazos.

De pronto, sin advertirlo, abrió los ojos y se puso de pie de un salto haciendo que Geoffrey retrocediera realmente alarmado.

—¡Todo va bien, Geoff! — exclamó Girt bromeando. — Pensé que me convenía quedarme quieto hasta que pasara todo. ¡Tuve que pelear para conseguir el privilegio de seguir vivo! ¡Me había clávado en el barro!

A Girt no le gustaba hablar de esas cosas, así que sin dar mayores detalles cruzó la barca y saltó a otra que estaba amarrada a su lado.

Geoffrey le siguió y un instante después saltaron ambos al muelle, que estaba a menos de una yarda del edificio del que habían caído, verticalmente, al río.

Girt se detuvo y levantando la cabeza miró hacia el desierto y leteriorado edificio al cual les había llevado la mujer del leopardo en una forma que jamás se explicaron.

Geoffrey hubiera querido decir lo que pasaba en aquel momento por la mente de su compañero. Estaba tratando de hallar solución al extraño problema.

Desde donde estaban no podían distinguir ya la puerta por la cual habían salido casi a morir.

¿Quién era esa mujer que tan de improviso y de modo tan raro habíase inmiscuido en su existencia? ¿Por qué les había conducido deliberadamente hacia una trampa destinada a causarles la muerte?

En vano procuraban hallar respuesta: no la encontraban.

Una visita

Geoffrey, perplejo, se preguntaba en alta voz:

—¿Quién era ella? ¿Por qué nos ha traído a semejante trampa? ¿Por qué deseaba nuestra muerte?

Hizo una pausa, como esperando que su compañero dijera algo, pero Girt no habló.

—Yo no recuerdo haberla visto antes ni usted tampoco, ¿no es verdad, Girt? La vimos por primera vez a la orilla del río, y puede decirse que si la vimos fué por pura casualidad. Una coincidencia...

—¿Le parece? — interrumpió Girt, mirando con intención a Geoffrey. — ¿Y qué me dice usted de la miniatura encontrada en nuestras habitaciones? ¿Eso fué también coincidencia? En todo esto hay algo más interesante y más grave que una coincidencia, Geoff. Yo quisiera....

Tembló, sacudido por un escalofrío, de pies a cabeza, pero no únicamente porque sentía frío. Habían seguido por el muelle y se hallaban a la entrada de un estrecho callejón que conducía de la orilla del muelle a la calle paralela al río.

—Es necesario que vayamos primero a casa y nos cambiemos de ropa, — dijo. — Estamos en Londres, y no nos conviene llamar la atención.. Si es posible, debemos evitar que la policía se fije en nosotros.

Miraron hacia la calle paralela al río. Como era de esperar, el automóvil de alquiler había desaparecido.

Detuviéronse un momento en las sombras del callejón para escurrir el agua de sus empapadas ropas y arreglar un tanto su aspecto, a fin de que lo desordenado de su presencia no llamara la atención, protegidos como irían por la oscuridad de la noche.

Después dirigióronse apresuradamnete hacia el extremo de la calle. Un policeman les vió pasar, sin sombrero, a la luz de un farol del aumbrado de la calle, y se puso a seguirles. Geoffrey lo notó y apresuraron el paso. El policeman avanzó también más de prisa.

La suerte, sin embargo, les favoreció de nuevo. Un automóvil de alquiler pasaba de regreso al barrio del Oeste, después de haber llevado a algún pasajero al Este. Girt lo vió, y en un instante cruzó la calle y se metió en el vehículo, arrastrando casi a Geoffrey.

—¡Calle de la Zebra número 34! ¡Rápidamente! — gritó por el tubo acústico al chauffeur.

El vehículo se puso en marcha. Mirando por la ventanilla de la parte de atrás, Geoffrey vió que el policeman había vuelto a su paso acompasado.

—¡Nos seguía! — dijo Geoffrey, con un suspiro de satisfacción. — En Londres uno no puede ni caerse al río sin que la policía realice inmediatamente una meticulosa investigación, procurando averiguar las causas del suceso.

—Así es, — dijo Girt. — En lo que a nuestras conciencias se refiere somos tan inocentes como unos angelitos, — agregó, — pero a esos de la policía les importa muy poco la conciencia ajena. Lo único que tienen en cuenta son "las pruebas"... ¡Y no debemos olvidar que todavía está pendiente el asuntito relativo al señor Tilson, el "administrador de propiedades" de Playa Negra!

Muy pronto el automóvil cruzó la calle y se detuvo ante el número 34 de la calle de a Zebra. Geoffrey y Girt descendieron inmediatamente, pagando al chauffeur en el menor tiempo posible, a fin de no darle lugar a que el hombre se fijara en el estado deplorable del aspecto de sus dos pasajeros y tampoco a que les viera la cara lo suficiente para reconocerlos, llegado el caso.

Era ya muy tarde. Geoffrey, como si tuviera en cuenta la hora que era y le inspirara deferencia la tranquilidad de los vecinos, abrió la puerta con todo cuidado, sin hacer ruido. Los dos amigos penetraron en el largo zaguán y subieron silenciosamente la larga escalera que conducía a sus habitaciones.

Cuando llegaron al alfombrado rellano de su piso, Geoffrey anzó una sofócada exclamación de asombro, pues había visto que la puerta de sus habitaciones estaba entornada.

Recordaba perfectamente que la había dejado cerrada al salir con Girt, pocas horas antes.

Silenciosamente, con algo de ansiedad, abrió del todo la puerta, con mucho cuidado, y miró hacia el interior.

Un estremecimiento nervioso sacudió su cuerpo en aquel instante. Una figura alta, envuelta en un largo manto negro, hallábase inclinada, mirando algo qeu estaba sobre la mesa del rincón.

Durante un momento los dos hombres permanecieron quietos, como hipnotizados. Luego, de improviso, en la oscuridad del interior de las piezas aparecieron dos puntos de luz verdosa y se oyó un gruñido amenazador que resonó terrorífico en el silencio reinante.

Simultáneamente la sombra negra se irguió y miró en redor suyo. Después, en el momento en que Geoffrey y Girt avanzaron, la sombra huyó, moviéndose con rapidez y sin ruido, como un espectro, hacia la puerta que daba acceso a la habitación interior.

De improviso se oyó un grito, y la sombra se tambaleó y cayó, dando un golpe que sonó sordamente, en el alfombrado piso.

Extraña confesión

En un instante, Geoffrey avanzó con rapidez hacia aquella puerta y se arrodilló junto a la extraña pero gentil figura que estaba tendida en el suelo, boca arriba.

Girt se hallaba de pie a su lado cuando él retiró cn sumo cuidado la parte del manto negro què cubría el rostro de la intrusa. Cuando procedió así, un pálido rayo de luna iluminó un rostro blanco como el alabastro, cerrados los ojos de largas pestañas que proyectaban su sombra sobre las pálidas mejillas.

Geoffrey retrocedió lanzando una exclamación de sorpresa; pero Girt se quedó inmóvil, mirando como fascinado.

¡Era Ruth de Lys!

Cuando hubo pasado el primer instante de sorpresa, Geoffrey no se detuvo a pensar. No tuvo en cuenta que era muy posible que todo hubiese sido una traición de aquella mujer que les llamó para que traspusieran la puerta fatal en el depósito de junto al Támesi, hacía poco rato. No se preocupó de lo raro que era el hecho de que la hallara en aquel momento en sus habitaciones.

Lo único que pensó era que la mujer había caído y tal vez se hallaba herida.

Pasó al otro cuarto y regresó con una esponja mojada con la cual humedeció las sienes de la mujer mientras Girt, no sin esfuerzo de su voluntad, le golpeaba las manos para favorecer la circulación de la sangre.

EL PROXIMO NUMERO DE

PUCKY

SERA EXTRAORDINARIO

Además de muchas cosas interesantes y dos páginas en colores con modelos para armar, aparecerá en ese número:

El ladrón y el pucho de cigarrillo

Una atrayente narración originalísima y de gran atractivo que siendo de género policial no se parece a nada de lo de ese género que se ha escrito hasta ahora.

No deje de leer el No. 80 de Pucky

Será puesto en venta el

Viernes 30 de Enero de 1925

Al cabo de unos momnetos, ella abrió los ojos y fijó su mirada en el rostro de Geoffrey, quien sintió como nunca la extraña y conturbadora fascinación que emanaba de aquellos ojos. La belleza de aquella mujer, — como Girt lo había dicho, — era la de una hechicera.

De pronto, una expresión de asombro y de temor apareció en su mirada, transformándose muy luego en una de contento, casi de alegría. Logró incorporarse y después, apoyándose en el brazo que Geoffrey le tendía, ponerse de pie.

Permaneció unos segundos insegura, casi tambaleándose, pasándose por la frente, con exquisita gracia, las manos cargadas de anillos, como si procurara alejar de su mente un horrible visión.

Después se encaró con Geoffrey, poniendo ambas manos sobre los hombres del joven y mirándole con extraña expresión en los ojos.

—¿Así que no murió usted, señor Duncan? — dijo con su voz suave y musical, temblorosa de emoción.

Geoffrey trató de mirar a Girt, pero no logró separar su mirada del rostro de aquella mujer.

—Me parece que no entiendo su pregunta, — dijo.

—Cuando usted cayó esta noche, — dijo ella rápidamente, — yo me quedé observando y usted no reapareció en la superficie del agua. Me figuré entonces...

Retiró las manos rápidamente y se tapó la cara con ellas. Así se quedó un instante. Cuando bajó las manos, tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

—¡Oh, señor Duncan! — dijo. — ¡No he sabido lo que hacía! Creí que usted... que ustedes habían muerto, y ahora me encuentro con que no. ¡Gracias, Dios mío! ¡Cuán grande es mi alegría! ¡Gracias, gracias, Dios mío!

Geoffrey quiso hablar, pero no halló nada coherente qué decir. Sus pensamientos estaban transformados en un verdadero caos y su facultad de razonar parecía paralizada momentáneamente por el hechizo con que la belleza fascinadora de aquella mujer le envolvía. Cuando logró hablar, lo hizo mecánicamente. Casi no se dió, verdadera cuenta de lo que decía.

—Pero si usted estaba interesada en que muriéramos, ¿cómo es posible que le alegre vernos todavía con vida?

Ella le miró fijamente, frunciendo el ceño, durante unos segundos.

—¿Interesada en su muerte? — dijo con tono de admiración y en voz baja. — ¡Oh! ¿Pero qué está usted diciendo?

Había vuelto a ponerle las manos en los hombros y se notó en sus labios una sonrisa de reproche.

—¿Ha sabido usted alguna vez, señor Duncan, — dijo con suave acento, — ha sabido usted alguna vez lo que significa el hecho de que exista alguien que sienta grandísima alegría, pero grande, grandísima alegría, al saber que está usted con vida? ¿Alguien, — añadió ella bajando la voz de modo que Girt no pudiera distinguir lo que decía, — alguien que, si usted muriera, querría morir también?

La mujer avanzó súbitamente, y antes de que Geoffrey se hubiera dado cuenta de lo que pasaba, le besó en la frente. Después se volvió, y embozándose en su manto negro, salió corriendo de la habitación, con la rapidez silenciosa de una sombra.

No pasó ni un segundo y Geoffrey corrió tras ella. Pero había desaparecido ya.

Geoffrey salió al descanso de la escalera y allí se detuvo a escuchar.

Oyó un suave "frou-frou" de enaguas y las pisadas suaves de las patas del leopardo.

Después, todo quedó en silencio.

El archicriminal

En un lujoso departamento, con mullida alfombra, con ricos y confortables muebles, hallábase sentado, o mejor dicho reclinado, — en una mullida butaca tapizada de marroquín granate, — un hombre cuyos pies, calzados con acolchadas pantuflas, se apoyaban en la barra del hogar, un hombre que contemplaba pensativo el abundante fuego que ardía en la chimenea.

Aquel hombre vestía con la elegancia de un adinerado clubman, cliente de los mejores sastres de la ciudad y preocupado de su buena apariencia. Pero ningún sastre, por bueno que fuera y por cara que cobrara la ropa salida de sus talleres, podría haber alterado en lo más mínimo el aspecto de aquel hombre, la mirada repelente de sus ojos astutos, la palidez hepática de sus mejillas hundidas, la mandíbula sobresaliente y los pómulos altos, aún cuando un buen dentista hubiera podido mejorar el aspecto de los dientes irregulares y sucios que aparecían entre sus labios.

Al cabo de un momento se abrió una puerta que estaba a su espalda, y una mujer, envuelta en un manto negro, entraba con rapidez en la habitación y se acercaba, con cadencioso y elegante andar, hacia él.

El hombre se sonrió y se movió hacia un lado en el moemnto en que la recién llegada se detuvo ante la chimenea y contestó a la sonrisa con una imperceptible inclinación de cabeza.

—¿Qué tal, Ruth, querida amiga mía? — dijo él en tono amabilísimo, pero indudablemente como el que espera que le comuniquen algo que le interesa mucho saber.

—¡Buenas noches, señor Darkin! — dijo ella.

El otro se encogió de hombros al notar la diferencia de tono que había entre la pregunta y la respuesta, y volvió a sonreirse.

—¿Qué resultado ha tenido "eso", querida amiga mía? — preguntó.

—Mucho mejor de lo que yo esperaba, — dijo ella con tranquilidad y aplomo.

—¿De veras? — preguntó él con no disimulado interés. — ¿Los encontró en el restaurant?

—Sí. Les seguí hasta el restaurant y les ví entrar allí.

—¿Y trató de entrar en conversación con ellos?

—Sí. Lo conseguí sin la menor dificultad.

—¡Ah! — Los dientes sucios aparecieron entre los delgados labios, movidos por una nueva y más intensa sonrisa. — ¡No me cabe duda de que su incomparable belleza de usted, querida Ruth, les fascinó desde el primer momento. ¿Eh? ¿De qué les habló usted?

—Les hablé de los asuntos que le interesan. Díjeles que poseía la facultad de leer el pensamiento de las personas, — manifestó ella con una leve sonrisa, — y en consecuencia pude decires una porción de cosas, ¿comprende usted?

Darkin se rió, restregándose las manos. Sus ojos negros y pequeños brillaron con admiración hacia la mujer que estaba ante el majestuosa, con su figura magnífica y su rostro encantador.

—¡Soberbio! — exclamó él. — ¡Soberbio! Se quedarían, como es lógico, enteramente asombrados y dominados. ¿Y lo del depósito de junto al río? ¿Les llevó usted allí, querida Ruth?

—Me acompañaron en un automóvil de alquiler, — dijo ella, — entramos y subimos al cuarto piso del edificio. Les dije que esperaran y yo salí, cerrando la puerta en seguida. Entonces me puse en la plataforma lateral y por medio del mecanismo que usted me indicó, bajé silenciosamente la parte de la plataforma que quedaba delante de la puerta. Esperé un momento. Después grité pidiendo socorro. Los dos hombres corrieron a la puerta, la abrieron y al creer que pasaban por ella al otro cuarto, cayeron por el vacío.

—¿Cayeron? — dijo Darkin, que se había inclinado hacia adelante y vibraba de excitación, reluciéndole malignamente los ojos.

—¡Cayeron! — repuso Ruth de Lys.

—¿Y después, Ruth? — preguntó Darkin jadeante de emoción.

—Después la vieja y yo miramos desde arriba. Pero no los vimos reaparecer.

El hombre que estaba sentado en la butaca lanzó un hondo suspiro de satisfacción. Se echó hacia atrás, con ambas manos en la nuca, con una actitud de diabólica satisfacción. Después de unos momentos volvió a mirar a la mujer. Ruth de Lys no se había movido. Le estaba observando con atención, notándose un raro fulgor en lo profundo de sus ojos violeta; un gesto enigmático fruncía sus labios rojos.

—Después fué usted a las habitaciones de esos señores, ¿no es así? — dijo él.

—Así es. Entré, abriendo la puerta con la llave que usted me había dado, y recobré la miniatura.

Sacó de entre los pliegues de su manto el retrato y lo colocó en la repisa de la chimenea.

—¡Bien! — dijo Darkin. — Si acaso encuentran los cuerpos y la policía llega a visitar las habitaciones la presencia de eso retrato pudiera traer malas consecuencias para usted, querida Ruth. Es un retrato tan notable, tan viviente, que no puede confundirse con el de nadie. ¡Es usted una joven maravillosa, Ruth! — agregó mirando con casi burlona admiración su belleza y su habilidad. — ¡Es usted una maravilla, Ruth! ¡Cuando el talento y la habilidad, cuando una inteligencia superior como la de usted se presentan unidas a una belleza como la suya, la mujer que posee tan asombrosas dotes tiene que vencer a todos en este mundo, sea como sea.

—¡No se apresure a felicitarme por el éxito de mi misión! — dijo ella acentuando el gesto irónico de sus labios, al decir esto. — ¡Aun no se lo he contado todo!

Darkin levantó rápidamente la cabeza.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó.

—Ya se lo he dicho que el plan se había llevado a efecto en una forma que sobrepasaba todas las esperanzas y había tenido mejor éxito que el esperado por mí.

—Entonces los dos hombres han muerto...

—¡No! Cuando estaba yo en sus habitaciones, apoderándome de la miniatura, se presentaron los dos de pronto... ¡En su misma casa!

—¡Cómo!

Darkin se levantó de un salto de su mullida butaca.

Pero la mujer no pareció conmoverse ante la agitación del pillo.

—¡Qué pocas veces le he visto a usted emocionado! ¡Y como ésta ninguna! — dijo ella con sarcástica tranquilidad. — Pero no dude de mis palabras. Le he dicho la pura verdad.

—¿Escaparon? ¿Falló el plan?

—¡Claro que sí! Pero no por culpa mía. Por eso dije que el éxito había sido mejor que el esperado por mí!

Darkin miró a la mujer con los ojos entornados y sus labios se movieron al murmurar entre dientes una maldición.

—¿Pero qué diablos quiere usted decir con eso? — exclamó.

Ruth de Lys se irguió arrogante con toda la magnificencia de su hermosa figura y avanzó hacia él, fijando en los suyos sus bellos ojos.

—He hecho todo cuanto le prometí a usted que haría, — dijo. — Lo hice contra mi voluntad, pero cumplí al pie de la letra. Ahora que el plan ha fracasado me alegro mucho... ¡muchísimo! No intentaré fingir ante usted a ese respecto. Me siento interesada por el señor Duncan. Quizás diga usted que se trata de algo más que interés liso y llano y se burlará usted como pretende burlarse de todo. Pero de aquí en adelante no tomaré parte alguna en los planes que usted combine contra él. ¿Me comprende ahora?

Una expresión de nerviosidad, de completo asombro, apareció en el rostro de Darkin. Después, comprendiendo por la mirada que ella le dirigía, que había oído bien, se volvió a sentar en la silla, riendo a carcajadas, burlonamente.

—¿Pero que es esto? — exclamó. — ¿Ruth de Lys enamorada? ¡Ruth, la hechicera, la encantadora, la sirena, la que dice

que todos los hombres son para ella como muñecos que maneja a su antojo! Ruth enamorada a su vez a merced de un hombre, de un pobre iluso que cree todavía en cosas tan viejas y olvidadas como el honor, la honradez y el amor romántico!

Ruth, muy pálida, se retorció las manos, pero no contestó. Volvió la espalda a Darkin y salió rápidamente de la habitación.

Pero había en sus ojos, en el momento en que se volvió, un destello que hizo estremecer a Darkin y que este recordó durante toda la noche.

¡Y Darkin no pudo descansar ni un instante, intranquilo y desvelado!

Esta vez no se escapará

Las aventuras por las que Girt y Geoffrey habían pasado en los húmedos pasadizos y las mohosas habitaciones de San Ormes, les había beneficiado mucho, pues habíanles acostumbrado a esperar con filosofía los acontecimientos diciéndose tan solo: "Suceda lo que ha de suceder, lo que deba suceder".

No se dejaron, en consecuencia, impresionar mucho ni por lo que acababa de pasarles ni por el extraordinario misterio que lo envolvía todo, aún cuando los dos no dejaban de pensar ni un solo momento en Ruth de Lys, la encantadora mujer que de modo tan insperado había llegado a inmiscuirse en su existencia.

Después de encontrar a Ruth en su departamento y de su subsiguiente desaparición no había acontecido nada de importancia y, mientras llegaba el momento de pensar en el regreso a San Ormes, Geoffrey y Girt se habían dedicado a disfrutar de la alegría de la vida metropolitana.

Fué entonces cuando Geoffrey echó de menos con más intensidad la pérdida de su automóvil pero por fin, siendo como era un entusiasta automovilista, alquiló un poderoso coche marca Geer y Bones y paseó en él yendo cada día a un distinto e interesante lugar de las inmediaciones de la capital.

Había ido un día a la oficina de su apoderado; acababa de descender del vehículo cuando una rápida exclamación de Girt le hizo volverse súbitamente. Al proceer así un automóvil pasó lentamente y, le bastó una sola mirada para reconocer que era el suyo, él automóvil que habíale sido robado, el coche en que había ido por primera vez a San Ormes.

Pero no fué eso lo único que vió. Tras el volante, subido el cuello del sobretodo de pieles y metida la gorra hasta las cejas, iba un hombre cuyo rostro vió un solo instante. Aquel hombre era Darkin.

Cuando el coche pasó juntó a él vió, en el interior, un rostro pálido y hermoso, que hubiera reconocido como el de Sonia entre un millón y le pareció que sus bellos ojos se fijaban en él suplicantes.

Dióse cuenta, aún cuando sólo vagamente, de que en el coche iba otra mujer, pero no se fijó en ella ni se le ocurrió pensar quién podía ser. Lo que hizo fué volver a subir en su nuevo coche, cerrando de un golpe la portezuela.

Pero Darkin le había visto. Su automóvil había pasado lentamente porque el policeman había tendido el brazo, deteniendo el tráfico, pero en seguida avanzó rápidamente alejándose y pasando por delante de un carro que cruzaba la esquina no chocando por pura casualidad.

El policeman se puso furioso y su enojo se acentuó aún más al ver que otro automóvil, desobedeciendo su orden, avanba también y emprendía la persecución del primero.

Geoffrey era un habilísimo chauffeur. Varias veces estuvo a punto de chocar pero siempre logró evitar la catástrofe con algún movimiento hábil.

Darkin conocía también a maravilla el manejo de coche, así que su vehículo avanzaba con loca rapidez y en una ocasión, al volver una esquina, se le vió con dos ruedas en el aire.

Geoffrey amenguó la marcha al describir la misma curva. El automóvil que manejaba era más liviano que el otro y se hubiera volcado. Pero esa disminución de velocidad hizo gruñir a Girt, que sentado junto a Geoffrey no perdía de vista al fugitivo.

—¡Adelante, Geoffrey! — dijo. — Dentro de media milla estaremos en pleno campo. ¡Adelante!

Gradualmente, el polvo levantado por el coche fugitivo se vió con más claridad. Se iban acercando más y más.

—¡Lo que es esta vez no se escapa! — dijo Geoffrey.

Mientras manejaba el volante, con la vista fija en la nubecita de polvo que se veía en el camino, la parecía distinguir, con los ojos del alma, el rostro pálido de Sonia y su mirada de súplica y de miedo.

Pero había llegado la oportunidad de que Sonia fuera arrebatada a las garras de aquel hombre, del archicriminal que iba en el coche de adelante. Si era la vida lo que había que exponer en la aventura, Geoffrey estaba resuelto a que Darkin no escapara

Iba acortando la distancia que le separaba del otro coche, lentamente, pero sin cesar.

Unos minutos más y...

Lanzó una mirada rápida a su compañero.

—¡Prepárese! — dijo apretando los dientes.

Y Girt llevó la mano al bolsillo del pantalón.

Persecución

Girt llevó la mano al bolsillo del pantalón en busca de su revólver. No olvidaba que se hallaba en un camino público pero se acercaba de que el hombre tras el cual corrían era un bandido de la peor especie.

Una súbita exclamación de Girt hizo que Geoffrey le mirara de pronto.

—¿Qué pasa?

—Que no tengo el revólver, — dijo Girt. — Debo haberlo dejado en el dormitorio.

—Nos arreglaremos sin él, — dijo Geoffrey. — Será arriesgado pero...

Se inclinó y apretó los frenos mientras el coche volvía una esquina. A cincuenta yardas de distancia un hombre cerraba la barrera de un paso a nivel. Darkin acababa de pasar y se alejaba del otro lado.

y en cuanto lo hubo hecho, el coche de Geoffrey se detuvo junto a la barrera. Girt, pálido de furor, se puso de pie.

—¡Eh! ¡Déjenos pasar! — gritó. ¡Tenemos mucha prisa!

—No puede ser señores. ¡Mi obligación! Me costaría el puesto. Y yo...

Calló, mirando algo que relucía en la mano de Geoffrey.

—Tenga la bondad de dejaros pasar, — dijo tranquilamente Geoffrey.

El hombre abrió rápidamente la barrera y en cuanto lo hubo echo, el coche de Geoffrey pasó.

Geoffrey no se detuvo a observar cómo el guardabarera recogía la moneda que le había arrojado. Era necesario recuperar el tiempo perdido.

A lo lejos se veía la nubecita de polvo levantada por el automóvil de Darkin. No era mucho lo atrasado.

Pasaron cinco... diez minutos. Estaban legando a la zona rural. La distancia que les separaba de Darkin se había reducido a la mitad.

Diez minutos más. El coche de Geoffrey marchaba bien, pero Darkin no lograba hacer que el que él manejaba corriera como hubiera corrido en manos de su legítimo dueño. Ya estaban a cincuenta yardas uno del otro.

Geoffrey frunció el ceño pesaroso. Si Girt no hubiera dejado el revólver la presa hubiera estado segura. A aquella distancia, Geoffrey, que tenía tan excelente puntería, le hubiera metido una bala en cada uno de los neumáticos posteriores o quizás en el motor.

Girt se puso de pronto, de pie, sacando a Geoffrey de meditaciones. Geoffrey le miró fijamente.

—¿Qué va usted a hacer? — le preguntó.

—A saltar si es posible, — dijo lacónicamente Girt.

A Girt le gustaba secoger siempre la alternativa más peligrosa. Pero en aquel caso, nada tenía que decir su amigo.

Geoffrey se inclinó hacia adelante, echando un poco de aceite al motor y dándole toda su fuerza. La marcha se aceleró. Yarda tras yarda se fué acercando el coche que manejaba Geoffrey al del fugitivo Darkin. Un minuto después Girt, de un salto, se puso de pie sobre el techo del automóvil.

Se quedó de pie unos instantes con los brazos abiertos para mantener el equilibrio mirando el techo del otro coche, que sólo estaba a unas pocas yardas de distancia.

De pronto, Darkin torció la dirección como para cruzar el camino por delante de Geoffrey, pero Geoffrey torció también evitando así un choque y volviendo a la recta rápidamente. La rápida maniobra hizo que Girt casi se cayera del techo. Necesitó gran habilidad para no salir despedido como una flecha de un arco.

Consiguió permanecer de pie y esperó así su oportunidad.

Gradualmente, pulgada tras pulgada, la parte delantera del vehículo manejado por Geoffrey fué avanzando por el costado del otro. Casi simltáneamente se oyó una detonación y el estallido de un neumático.

El coche que manejaba Geofrey comenzó a perder la velocidad.

Un instante después lanzaba una exclamación de impaciencia al ver que su coche se retrasaba y andaba a saltos en las piedras del camino.

Cuando llegó a nivel del coche fugitivo, Darkin se había vuelto rápidamente y con una mano en el volante, había empuñado con la otra el revólver y con admirable puntería había metido una bala en uno de los neumáticos delanteros del coche que manejaba Geoffrey.

Otra vez burlados

Pero el temerario propósito de Girt se había realizado, y mientras su coche marchaba a saltos, Geoffrey tenía la mirada fija en la figura de su compañero, de pie en el techo del automóvil, que en aquel momento corría veloz hacia la cuesta que daba acceso a un puente que cruzaba el canal.

Geoffrey adivinaba cuál podía ser el propósito final de Girt. Darkin había logrado no perder el dominio de su coche cuando, mediante un tiro de revólver, provocó la explosión de uno de los neumáticos delanteros del coche que le perseguía. Si había logrado apuntar con tanta exactitud al neumático, no le sería difícil evitar que Girt le molestara.

Pero Geoffrey no tuvo tiempo para pensar más. El coche que iba delante volvió rápidamente hacia un lado, como si pretendiera saltar el parapeto del puente. Después se desvió de nuevo, y entonces presenció Geoffrey la hazaña más atrevida que había presenciado en su vida.

Porque Darkin soltó repentinamente el volante, dejando que el vehículo continuara su marcha como quisiera y, con maravillosa agilidad, saltó por encima del bajo parapeto hacia las aguas del canal.

Durante un momenta, el corazón de Geoffrey pareció cesar de latir. Vió que el automóvil, — sin que nadie le manejara, — se separaba del costado del puente, cruzando la calzada; vió a Girt, que se tambaleaba, manoteando para no perder el equilibrio, en el techo del vehículo.

El automóvil corría a su completa destrucción. No podía ser más horrible la suerte

que esperaba a Girt, y no sólo a Girt, sino también a Sonia, que iba dentro del coche, y a la mujer que la acompañaba.

Por un milagro de la casualidad, una de las ruedas delanteras tropezó con una piedra y movió algo el tren de dirección, evitando que el coche diera contra el parapeto, abriese un boquete en él y cayera al agua. El vehículo, enderezado providencialmente, corría veloz cuesta abajo por la pendiente del otro lado.

Pero el choque, inevitable, sólo había sido retardado unos breves instantes.

Un grupo de transeuntes gritó alarmado, mientras corría hacia el automóvil que avanzaba sin dirección. De pronto el vehículo torció a un lado, tropezo contra la columna de hierro de un farol del alumbrado y produciendo un ruido ensordecedor, fué a dar con terrible violencia en una resistente tapia que limitaba un parque.

Todo fué tan rápido, que Geoffrey no pudo apreciar con la debida claridad lo sucedido. Vió la figura de su compañero, proyectada por los aires, pasar por encima de la tapia y desaparecer del otro lado; oyó el ruido del golpe y vió cómo el soberbio automóvil se retorcía y desbarataba, destrozado.

Instintivamente aplicó los frenos a su coche y el automóvil fué a detenerse junto al cordón de la acera.

Geoffrey saltó de su asiento y cruzó el camino. Miró, con intensa angustia, los restos del automóvil, amontonados junto a la agrietada tapia.

Los transeuntes que se habían detenido a curiosear cambiaron miradas de asombro al verle saltar por encima de la tapia con una fuerza y una agilidad de las que no hubiera podido dar muestra en circunstancias normales.

La tapia cercaba el parque y jardín de una residencia particular. Geoffrey se paró un momento, mirando en torno suyo, esperando, temiendo ver a su valiente camarada tendido sin vida al pie de algún árbol. Era la que debía temerse, después de lo sucedido.

Pero Girt no estaba en el suelo. Geoffrey avanzó resueltamente, y en el mismo instante un gruñido de descontento llegó a sus oídos.

Volvióse rápidamente y miró hacia un montón de arbustos, grupo alto y grande, constituído por un entrevero de acebos y zarzas, en mitad del cual notábase un hueco recientemente abierto.

Geoffrey miró hacia el centro de aquel matorral y vió el recio cuerpo de Girt hundido en lo profundo, moviéndose desesperado, tratando de salir.

Una rápida esperanza reanimó a Geoffrey y una oleada de cálida sangre pareció confortarle el corazón.

—¡Girt!—gritó en seguida—¡Girt! ¿Está usted herido?

La contestación fué otro movimiento desesperado que sacudió todo el matorral, y Girt logró levantar la cabeza lo suficiente para mirar.

—¿Es usted, Geoff? — preguntó con voz ronca.

—Sí. ¿Está usted herido, amigo mío?

—¿Herido? ¡Lo que estoy es transformado en acerico! ¡No ha quedado una sola espina de estas malditas plantas que no se me haya hundido un palmo en la carne!

Gruñó de nuevo y procuró volver.

Geoffrey se inclinó y haciendo un gran esfuerzo, consiguió sacar a su compañero del matorral en el que había caído.

La buena suerte había hecho que el matorral fuese un amontonamiento tan intrincado de zarzas y de acebos que había amortiguado por completo el golpe, aún cuando había pinchado y arañado todo el cuerpo de Girt, dejándole múltiples rasguños en la cara y en las manos.

Pero en cuanto se vió fuera de aquel lecho de ramas espinosas, Girt cesó de pensar en sí mismo. Miró con ansiedad a Geoffrey.

—¿Y los demás? — preguntó.

Geoffrey se puso muy pálido y movió tristemente la cabeza.

—Temo que no haya esperanza alguna, — dijo. Y Girt notó que hablaba como quien acaba de despertar de una pesadilla. — ¡El automóvil... el automóvil se ha hecho trizas!

Un grupo de gente del pueblo se había congregado en el escenario de la catástrofe, y los que habían presenciado el accidente miraron con asombro a Girt cuando, seguido de Geoffrey, apareció por encima del muro.

Geoffrey miró hacia el montón formado por los restos del coche, y al hacerlo, se tambaleó y estuvo a punto de caer.

Girt le sostuvo y, mirándole, se dió cuenta de la terrible emoción que tenía que haber experimentado. Notó en los ojos de Geoffrey una mirada de intensísimo temor y comprendió la razón de la angustia de su compañero y amigo.

—¡Calma, Geoff! — dijo, acompañándole hacia su automóvil. — ¡Quédese usted aquí! Yo iré a buscarla.

Geoffrey asintió con un triste movimiento de cabeza y miró a Girt que, con paso enérgico todavía, dirigíase hacia los restos del destruído coche. Cuando vió que su amigo se inclinaba a mirar entre los trozos del vehículo, se estremeció y se tapó la cara con las manos, como si quisiera evitarse la horrible visión de lo que temía ver.

Sin embargo, a pesar suyo, aparecía ante él la figura de Sonia, tendida sin vida, en medio de los restos del coche. No era posible que ningún ser humano que hubiera estado dentro del automóvil se hubiese salvado de un choque tan horrendo como el que él había presenciado.

Hasta aquel instante no se dió Geoffrey perfecta cuenta de lo que Sonia significaba para él, de cómo la vida y la felicidad de la joven estaban vinculadas a su propia vida y a su propia felicidad, de modo inevitable e indestructible.

Miró durante unos instantes. ¿Por qué tardaba tanto Girt? ¿Por qué seguía revolviendo los restos del coche como si todavía estuviese buscando algo ue no podía dejar de encontrar!

Se puso de pie rápidamente y un extraño fulgor apareció en sus ojos. Vió que Girt se había levantado y le llamaba con agitación.

Geoffrey cruzó, casi a saltos, el camino. Vió en el rostro de Girt una expresión que no podía ser interpretada más que como asombro y perplejidad.

—¿Qué pasa? — exclamó.

—¡Que ella no está aquí! — dijo Girt, con nerviosidad.

—¿Que no está? ¡Pero si debe estar! — dijo Geoffrey, mirando incrédulo a su amigo. — ¡Debe estar! ¡Yo la ví en el coche!

Avanzó, emocionado, hacia el aplastado cuerpo del automóvil y retirando con su maravillosa fuerza, unos trozos de rota "carrosserie", miró hacia el maltratado interior.

Allí no había nadie. Girt estaba en lo cierto.

—¡Se han escapado! — dijo Girt. — No es posible que hayan estado aquí, en el automóvil. ¡Sabe Dios qué es lo que ha pasado!

Durante la persecución no habían perdido de vista el automóvil de Darkin. Los dos habían visto a Sonia, en el interior del coche, junto a otra mujer cuya cara no lograron ver. Sin embargo, el automóvil estaba hecho astillas, a sus pies, y Sonia había volado, desaparecido como si algún go, previendo el desastre que iba a acaecer, la hubiese hecho detenerse el aire con la anticipación necesaria.

¿Dónde había ido? ¿Dónde estaba?

El grupo de curiosos se estaba transformando en una verdadera muchedumbre, y mientras algunos miraban, pálidos, los restos del coche, la mayoría miraba a Girt y a Geoffrey.

Algunos habían visto que un hombre había saltado del asiento del chauffeur del automóvil en marcha, por encima del parapeto del puente. Habían corrido cuando el vehículo descendió la cuesta del puente y habían visto al hombre recio y bajo de pie encima del coche. Después se había producido el golpe y el hombre, arrojado violentamente por encima de la tapia, parecía haber ido a hallar una muerte segura.

Pero de modo que todos consideraron maravilloso, había escapado con vida y se hallaba ante los restos del automóvil, conversando, muy agitado, con el hombre que había llegado en el otro vehículo.

Mientras comentaban el suceso, Geoffrey y Girt volvieron a su coche, aplicaron el cric para levantar el chassis, quitaron la rueda que tenía el neumático roto y colocaron la que el coche tenía de repuesto.

En aquel momento apareció un policeman del otro lado del puente. La gente reunida le miró esperanzada en que el de policía pudiera informarles sobre lo sucedido.

Pero Geoffrey consideró que no le convenía entrar en conversación con el policeman. habló pocas palabras con Girt, en voz baja.

—Sí, — dijo Girt, — lo mismo pienso yo.

Subieron en su automóvil, y antes de que la gente reunida se pudiera dar cuenta de sus intenciones, se alejaron rápidamente en su potente coche.

De nuevo en San Ormes

Por una estrecha ventana enrejada y cubierta de hiedra se filtraba la luz de la luna que iluminaba el interior de una espaciosa habitación de la vieja y destartalada casa llamada San Ormes.

La habitación tenía gruesa alfombra en el piso; las puertas estaban cubiertas por amplias y pesadas cortinas, pero todo tenía en aquel cuarto, un aspecto de desolación.

Un hombre estaba inmóvil, sentado en una silla de alto respaldo; la luz de la luna iluminaba su rostro demacrado. En sus labios veíase una leve sonrisa, como si el hombre estuviera pensando en algo agradable.

De pronto se inclinó hacia adelante y afirmó el botón de un timbre eléctrico. Casi en seguida se movió una de las cortinas de la puerta situada a su espalda y una mujer, alta, escultural y de extraordinaria belleza entró y se quedó de pie ante él.

El hombre levantó a cabeza y miró luego en torno suyo. En su rostro se acentuó la sonrisa de antes.

—¡Mis saludos, Ruth! — dijo con voz suave y algo burlona. — Hace un instante me preguntaba si estaría usted aquí.

—Llevo ya algunas horas en esta casa, — dijo ella.

—¿Y Sonia? Está con usted, naturalmente, ¿no es así?

—Así es. Tuvimos la suerte de poder tomar un tren para Londres que pasó pocos minutos después. Luego vinimos aquí directamente.

Darkin sonrió.

—Fué el tren, creo, por el cual cerraban la barrera del paso a nivel. La barrera detuvo a nuestro querido amigo el señor Duncan el tiempo necesario para que yo hiciera que ustedes bajaran del automóvil. Fué aquella una oportunidad de lo más afortunado y una idea de lo más fe

—¿Por qué? — preguntó Ruth de Lys, fijando en él la mirada de sus extraños ojos. — Si usted escapó con el automóvil, lo mismo hubiéramos podido escapar nosotros. No considero tan feliz la idea.

—Yo no escapé con el automóvil, — dijo Darkin, mirando a su interlocutora y sin dejar de sonreir. — Ellos consiguieron ganarme la delantera.

—¡Pero usted escapó!

—Mediante un expediente al que ustedes no hubieran podido recurrir. Girt saltó al techo de mi coche antes de que mi revólver hubiera podido dirigirle la palabra. Tuve en consecuencia, que arriesgarme.

—¿Y qué hizo usted?

Darkin se encogió de hombros.

—Ya lo había hecho en otra ocasión, — dijo. — Salté por sobre el parapeto del puente del canal dejando que el automóvil fuera a estrellarse donde le llevara el destino. Al fin y al cabo el coche no era mío, era de Duncan.

—¡Entonces, Girt se mató?

—Tengo sobradas razones para creerlo así, — dijo Darkin.

—¿Y el señor Duncan?

Había tal tono de interés en la pregunta que Darkin lo echó de ver inmediatamente.

—Está aquí, en San Ormes, — dijo. — ¿Está ahí Sonia?

Ruth inclinó la cabeza afirmativamente, y Darkin le dijo algunas palabras en voz baja. Después es arrellanó de nuevo en la silla, y sacando un trozo de pergamino del bolsillo, lo miró con interés.

—¿Quiere usted decirle que venga, Ruth? — dijo luego.

La mujer se inclinó y salió, desapareciendo tras las cortinas. Pasaron unos pocos minutos. De pronto Darkin se volvió al oír roce de faldas, y un instante después se hallaba contemplando el pálido rostro de su cautiva, se encontraba ante él.

—Bien, Sonia, ¿qué le aprece hallarse de regreso en su casa? — dijo Darkin, mirándola de arriba a abajo con desfachatez, como apreciando brutalmente su encantadora y delicda belleza.

—¡No deseba regresar aquí con usted! — replicó ella.

—Tal vez no. Y sin embargo, yo la he tratado bien, Sonia. Pero aún hay algo más: he decidido darle a usted su libertad.

Sonia lo miró fijamente. Un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—¿Mi libertad? — dijo, sin atreverse a creer lo que oía.

—Sí, pero con una condición, una sola y sencilla condición.

—¿Cuál es? — preguntó ella.

Darkin puso donde lo iluminara la luz de la luna el amarillento trozo de pergamino que, mediante su disfraz de profesor Gale, había logrado quitar de manos de Geoffrey.

—Esto me lo entregó su padre, — dijo lentamente, — me lo entregó durante la conferencia que terminó de modo tan desastroso para él y para los demás, habiendo tenido yo la buena suerte de poder escapar con vida.

Sonia se inclinó y después de ver el pergamino, miró a Darkin.

—Eso no se lo dió a usted mi padre, — dijo con energía.

Darkin frunció el ceño.

—No se salga usted de la cuestión, — dijo. — Ya le he dicho que me fué entregado. Ahora bien: usted sabe que este documento representa el primer indicio para llegar a encontrar cierto invento de su padre y tengo mis razones para creer que el otro pedazo de este documento sólo puede tenerlo una persona y que esa persona es usted.

—Aún cuando mi padre haya muerto, sus secretos deben ser sagrados para la gente como usted, — dijo Sonia con tranquilo aplomo.

Darkin se encogió de hombros despreciativamente.

—¡Bah! Usted parece olvidar que se halla en mi poder, — dijo. — Recuérdelo y piense también que el recurso final para resolver toda cuestión, aún entre gente muy civilizada, es la fuerza bruta.

Sonia estaba muy pálida, pero su voz era clara y tranquila.

—¡Puede amenazar usted! ¡Puede llevar a la práctica sus amenazas! — dijo ella con lentitud. — ¡Poco me importa! Usted se ha derrotado a sí mismo enseñándome a no dar valor ninguno a mi propia vida!

Darkin sonrió con malignidad.

—¡Noble Sonia! — dijo sarcástico, — se expresa usted heroicamente! Pero usted reconsiderará sus palabras cuando le diga que hay una vida a la que da usted grandísimo valor... una vida que se halla en este momento en peligro.... ¡en gravísimo peligro!

Ella le miró con temor.

—No le entiendo, — dijo.

—Entonces me explicaré. Su amigo y defensor, su campeón el señor Duncan, ha regresado a San Ormes y ha cometido al indiscreción de caer en una trampa que yo me había tomado la molestia de prepararle. Actualmente se encuentra muy cerca de la muerte y un sólo gesto mío puede enviarlo a rodar al otro mundo. ¿Me va comprendiendo ahora?

Las últimas palabras hicieron el efecto que Darkin se proponía pues vió que Sonia se mordía los labios nerviosamente, acrecentándose su palidez. Durante unos segundos la joven le miró sin saber qué decir.

—¿Cómo puedo yo saber que usted no miente? — dijo luego Sonia con voz que apenas se le oyó.

Darkin sonrió de nuevo.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana, corriendo las cortinas de modo que interceptaran el paso de los rayos de luz de luna. La habitación quedó sumida en la mayor oscuridad y Sonia se estremeció temiendo de antemano lo que le iba a tocar conocer.

No veía donde estaba Darkin. Parecía flotar en la oscuridad del cuarto como una sombra de mal augurio.

Una exclamación brotó de labios de la joven cuando sintió que alguien la tomaba del brazo. A su exclamación siguió una risotada burlona.

—¿Tan nerviosa está usted ya? — dijo Darkin con la cara tan cerca de la de Sonia que ella retiró la cabeza, asqueada. — No esperaba verla tan emocionada.

Hubo un momento de pausa.

—¿Está usted dispuesta a ver lo que debe ver? — preguntó él en voz baja.

—Sí, — dijo ella.

—¡Pues entonces, calle y mire!

Pareció levantar la mano e inmediatamente en la oscuridad de la pared más lejana de la habitación se vió un cuadrilátero luminoso como si por arte de magia se hubiera abiertouna ventana en aquella pared de la habitación.

Era una ventana grande, de cuatro vidrios, pero no fué ésta lo que dejó a Sonia fría, como petrificada. Más allá, por la ventana, dstinguíase una parte del parapeto del alto techo de San Ormes, del que se proyectaba en el espacio de una gruesa viga de madera. Suspendida de la punta al extremo de la viga (que parecía el brazo puesto

para una polea con la cual levantar objetos) y colgando de una cuerda delgada, se veía la figura de un hombre, inmóvil, casi sin vida. Se balanceaba de un lado a otro, lentamente, a impulsos del viento.

La luz de la luna iluminaba con toda claridad el rostro del hombre. Un grito surgió, de pronto, de los labios de la joven que avanzó desesperada.

Pero Darkin la sujetó, tomándola de un brazo.

—¡Le he dicho que silencio, Sonia, no lo olvide! — dijo en voz baja.

—¡Pero esto es un asesinato! — exclamó la joven tratando de desprenderse de la mano de Darkin y sin sentir el dolor que le producía en el brazo la férrea presión de los dedos de aquel hombre.

—¡Todavía no, pero puede que llegue a serlo! — dijo Darkin con voz muy suave y melosa. — Usted me dijo que quería prueba de si era verdad que la vida del señor Duncan estaba en peligro: ahí tiene parte de la prueba que ahora completaré.

Volvióse y tanteando en la oscuridad llegó a la chimenea y tomó de la repisa un auricular de teléfono que aplicó al oído de la joven.

—Oiga, — dijo, — y mire.

Sonia escuchó, mirando con ojos dilatados por el miedo por aquella ventana aparecida al mágico conjuro de Darkin.

Y, mientras escuchaba era como si estuviese de pie junto al parapeto pues podía oir el crugiar de la cuerda que sostenía su balanceante carga humana sobre el abismo y podía oir, — lo que le heló la sangre en las venas, — los gemidos ahogados de un hombre martirizado.

Se pasó la mano por la frente, restañando las gotas de frío sudor que la cubrían. Darkin, a su lado, sonreía con diabólico gesto.

—¿Me cree usted ahora, Sonia? — preguntó con su suave e insinuante voz.

—¡No es usted un hombre! ¡Es usted una fiera diabólica! — dijo Sonia sin dejar de mirar, como fascinada, la escena que se desarrollaba ante ella.

Darkin se volvió. Había sacado del bolsillo una linterna eléctrica cuya luz dirigió a una clavija que se veía sobresalir de la pared.

Sonia le miró, suponiendo todo lo que podía representar aquella clavija en una casa como aquella en que las más extraordinarias trampas se movían mediante, botones, resortes y clavijas.

—Mire hacia la ventana, — dijo Darkin tocando la clavija con la mano.

Sonia se volvió y él afirmó la clavija. Al proceder así, la cuerda corrió unos cinco pies, deteniéndose de pronto violentamente. Sonia sofocó un grito al oir por teléfono el ruido que hizo la cuerda al correr por la polea que chirriaba.

—¿Comprende usted la importancia que tiene esta mainaj? — dijo a su espalda la suave voz de Darkin. Ella se volvió mirándole aterrada. — Afirmándola del todo, — prosiguió, — suelto la cuerda y el señor Duncan se estrella contra el empedrado del patio.

—¡No! ¡No! — exclamó Sonia tomando el brazo de Darkin. — ¡Por Dios, no! — repitió.

Darkin separó la mano y sonrió burlón, como antes.

—¡Usted puede salvarle, Sonia! — dijo.

La joven le miró nerviosa. Aun cuando, en la oscuridad, no podía verle la cara, leía con toda exactitud lo que el hombre quería decir. Era aquel el modo que había escogido para decidirla a darle el secreto que ella había jurado guardar. Sonia hubiera dado de buena gana su propia vida en vez de dar el pergamino quebrantando la promesa hecha a su padre. Pero no era su propia vida la que estaba en juego. Era la vida de uno a quien amaba de tal modo como jamás se hubiera imaginado que se pudiera amar. Sonia miró el cuadro que tenía ante sí. El hombre colgaba, casi sin sentido... el hombre que era para ella más que todos los tesoros del mundo... ¡Y estaba a un paso de la muerte!...

—¡Mucho tarda usted en decidirse, Sonia! — dijo Darkin suavemente.

Volvióse ella y vió que Darkin llevaba de nuevo la mano hacia la clavija de la pared.

—¡No! — gritó desesperada. — ¡No lo mate! ¡Tendrá usted el pergamino!

Levantó ambos brazos y se quitó del peinado una peineta de carey. Desenvolvió luego sus hermosas trenzas oscuras. De entre el peinado retiró una pequeña cajita de nacar. La abrió y con temblorosos dedos, sacó de ella un pedazo de doblado pergamino.

—¡Tómelo! ¡Tómelo! — exclamó. — ¡Pero quítelo de allí!

Se vió una chispa de triunfo en los ojos de Darkin cuando tomó el pergamino que completaba los datos como había de hallarse el oculto tesoro de San Ormes.

Después hizo un ademán y se corrió una cortina que tapó la mágica ventana rápidamente.

Dirigióse luego hacia la ventana por donde la luna enviaba sus rayos y descorriendo la cortina dejó entrada a la pálida luz del satélite.

Sonia, de pie, le miraba, apretando los labios, con los puños cerrados hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—¡Déjeme salir! ¡Quiero salir de aquí ahora mismo! — dijo.

Darkin, sonriente, dirigióse hacia la aldea, sacó una llave del bolsillo y abrió con ella la sólida puerta.

—¡Salga! — dijo. — Usted conoce la parte del techo en la cual está colocada la viga de la polea. La primera escalera a la derecha la conducirá a usted allí.

Sin replicar una sola palabra, Sonia salió corriendo recorrió los húmedos pasillos y salió por la mohosa escalera que conducía al techo.

La puerta estaba cerrada, pero ella descorrió el cerrojo sin fijarse en que se lastimaba las manos, y la abrió.

En pocos momentos llegó al sitio que ha-

bía visto desde la ventana y se precipitó hacia el parapeto.

Una exclamación salió de labios de Sonia, que se quedó de pie, inmóvil, mirando atónita.

La viga staba allí. La polea también, pero la cuerda estaba rota. La figura suspendida había desaparecido. ¡Geoffrey no estaba!

Una mano de hielo pareció estrujar el corazón de la joven, cuanod inclinándose, distinguió en el distante piso la figura de un hombre, inmóvil, tendido en el suelo.

¡Así que había sido tarde! La mirada de la joven había perdido su fulgor como si se hubiera apagado la luz de sus ojos. La desesperación la dominó por completo y era tal la intensidad de su pena que ni las lágrimas acudieron a sus ojos en alivio de su angustia.

Volvióse al cabo de unos momentos y dirigióse, por el techo, hacia la puerta de la escalera.

De pronto se detuvo y volvieron a relucir sus ojos cuando miró en su redor. Una esbelta, atlética figura había aparecido, surgiendo de las sombras proyectadas por la torre del Oeste y se dirigía hacia ella.

Sonia se encontraba en la parte en que se proyectaba la sombra de la casa, así que él no la había visto. Pero cuando él llegó al sitio iluminado por la luna, la joven sintió que el corazón le latía con inusitada rapidez.

Un grito rasgó el silencio de la noche y el hombre retrocedió un paso, alarmado, al ver la blanca y hermosa figura que corría hacia él.

Sonia se tambaleó cuando llegó a su lado y no cayó al suelo porque él se adelantó a sostenerla cuando se desplomaba desmayada.

—¡Sonia! — dijo cariñosamente.

Su voz pareció revivir a la joven, pues volió la cabeza y la miró encantada, cubierto su rostro por el rubor de la alegría.

—¡Geoffrey! — dijo ella en voz baja. — Había creído... había creído que... — Pero las palabras murieron en sus labios y mientras sus ojos se cerraban. Sonia apoyó la cabeza en el hombro de Geoffrey y perdió la noción de cuanto le rodeaba.

El complot

Se notó en los ojos de Darkin un destello de burla cruel, y en sus labios una sonrisa irónica cuando, de pie en la oscura habitación de San Ormes, miraba a la desesperada Sonia, correr a salvar al hombre a quien amaba.

Pudo ver Darkin, cuando la joven pasó por su lado, la terrible palidez de su rostro, lo extraviado de su mirada, todo el terror que la atenaceaba con crueldad inconcebible, y al contemplar lo que para cualquier hombre de corazón hubiera sido un cuadro desconsolador, lanzó una medio sofocada, socarrona carcajada, saturada de maldad.

Volvióse y cerró la puerta, pasando los dos cerrojos de que estaba provista, para mayor seguridad. Después cruzó la habitación y fué a oprimir una vez más, el botón del timbre eléctrico.

Casi inmediatamente, las cortinas se descorrieron y apareció una esbelta, elegantísima silueta femenina, envuelta en amplio ropaje de raso negro que relucía a la luz de la luna que entraba por la ventana iluminando a medias la habitación con sus pálidos y temblorosos rayos.

—¿Qué me dice, Ruth? — preguntó Darkin, sonriendo mientras la mujer notaba en sus ojos un raro fulgor denunciador de que su maléfico plan había dado el resultado apetecido.

—¿Ha salido todo a medida de su deseo? — preguntó ella con afectada altanería y aire de marcada indiferencia. — ¿Era Sonia la joven que estuvo aquí? ¿Se dejó engañar?

Darkin sonrió, mirándola picarescamente.

—¡Por completo! — dijo. — Aunque, naturalmente, la ilusión estaba preparada como para engañar al más vivo. ¡Ah, Ruth! — exclamó con repentino entusiasmo, cambiando de tono. — ¡Si hubiera estado usted aquí! ¡Si hubiera visto usted la cara que puso cuando la mágica ventana apareció detrás de aquellas cortinas!

—No era difícil engañarla, — dijo Ruth con pausada frialdad. — Probablemente la joven, recluída tantos años en San Ormes, no sabe cómo es el cinematógrafo, y con seguridad no ha visto ninguna sesión de vistas cinematográficas.

—Es cierto, — manifestó Darkin. — Pero aún para ojos experimentados, la ilusión era perfecta. Contribuía a ello el hecho de que no se viera el haz de luz, puesto que usted proyectaba la película desde el lado de allá de la pantalla, provista de esa combinación que evita que se note el foco de la luz que se notaba en los primeros cinematógrafos en los que se proyectaba también por transparencia. Mi idea de tomar la vista de una decoración imitando una ventana, dió al cuadro un aspecto de realidad superior a cuanto podía imaginarse.

Ruth sintió relativo interés. Sabedora de que Sonia amaba a Geoffrey, le interesaba todo lo que resultara en contra de la joven.

—Tampoco sospechó ni un solo momento que era yo el que representaba, en la vista, el papel de Geoffrey Duncan. Concédame, Ruth, que eso constituye para mí un éxito de imitación, — dijo Darkin.

—Indudablemnte. El hecho de que Sonia creyera que usted era Duncan demuestra que usted sabe disfrazarse y caracterizarse muy bien, — dijo Ruth, no sin cierta ironía que le valió una mirada de desconfianza de Darkin.

—Así es, así es, — dijo, perplejo. — Pero, ¿por qué le da usted esa importancia al hecho de que yo?...

—¿Le parece poca habilidad, en usted, haber logrado pasar, aunque sea en película, por un hombre tan hermoso como Duncan y por lo tanto tan diferente a usted? — dijo Ruth con mordacidad.

Darkin se rió, pero no de muy buena gana.

—Fuera como fuera, la ilusión resultó perfecta. La joven estaba demasiado impresionada para meterse a averiguar cómo había aparecido de pronto la ventana y si era verdad lo del teléfono. Su idea, Ruth, de impresionar un cilindro de fonógrafo con los ruidos correspondientes y transmitr luego esos ruidos por un teléfono, fué magistral. Sonia oyó con toda claridad el crugido de la soga mientras su amado colgaba sobre el espantoso abismo, — dijo Darkin con una carcajada. — Y cuando cayó unas yardas y la cuerda rozó en la polea de la garrucha, no puede usted imaginarse lo engañadoramente natural que parecía, Ruth. Estaba a punto de engañarme yo mismo y tomarlo todo por real, especialmente cuando me incliné y empuñé "¡la palanca fatal!"

Se inclinó y movió rápidamente, con juguetón ademán terrible, el brazo de madera medio metido en un agujero hecho en la pared y la mujer se rió, porque la visión del terror de Sonia atizaba el fuego de los celos que ardía en su corazón.

—Supongo, — dijo ella, — que usted exigió algo, que puso algo por condición en pago de no mover "la palanca fatal".

—Sí. Establecí una condición, — dijo, sonriendo, Darkin.

—¿Y ella la aceptó?

—¡Sí! — respondió Darkin, sofocando la risa. — ¡Sí! La película con la terrible escena comenzó la obra de persuasión, el teléfono coadyuvó a ella, y la palanca resultó el argumento decisivo.

Ruth de Lys le miró fijamente.

—¿Entonces le dió a usted el secreto que necesitaba? — preguntó.

Darkin, con los ojos relucientes de alegría, movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; aquí lo tengo. — Avanzó, y cuando la luz de la luna dió en su rostro demacrado y cadavérico, lo dejó ver pálido de emoción. — ¡Aquí lo tengo, Ruth! ¡Por fin está en mi poder! ¡Por fin es mío... y suyo! ¡De los dos!

Puso ambas manos en los hombros de Ruth de Lys y ella resistió con energía la mirada fija de aquel archicriminal.

—¡Jamás hubiera conseguido este éxito, no habiendo contado con usted para ayudarme! — dijo. — ¡Debo mi éxito a su colaboración, Ruth! Permítame, pues, que le dé su parte del tesoro conquistado!

—No me negaré a admitir mi parte, — dijo ella enigmáticamente. — Pero usted me estaba contando lo que pasó con la joven. ¿Qué hizo después? ¿Salió corriendo desesperada en busca de su adorado para rescatarle?

—¡Sí! — dijo Darkin con menos alegría que antes. — La actitud de Ruth no le había sido muy agradable. — ¡Y lo mismo le indiqué por dónde debía ir al sitio en que debía de encontrarlo¡

—¡Espléndido! ¡Espléndido! — exclamó Ruth de Lys, palmoteando, en un súbito acceso de alegría. Para ella, la tortura de la pobre Sonia era más importante que cualquiera de los ocultos secretos de San Ormes. — ¡Pero entonces habrá encontrado la soga pero no al que buscaba!

Darkin volvió a sonreir al notar el entusiasmo de la mujer, y Ruth siguió hablando.

—¿Cree usted que Sonia volverá a este sitio en cuanto se dé cuenta de que Duncan no está allí? — preguntó.

—Espero que no, — dijo Darkin. — Pero ahora que tenemos el secreto, poco me importaría. De todos modos no se ha de ir de San Ormes, y no será difícil encontrarla.

—Pero... ¿y el señor Duncan? Puede ser que haya regresado. Sería peligroso que él se encontrara con ella.

Darkin se encogió de hombros.

—No creo que piense en volver a San Ormes, dijo. — La muerte de su amigo Girt no debe haberle animado a seguir buscando. Cuando se decida a venir nosotros habremos volado ya, querida Ruth, llevándonos lo que él vendría a buscar. Pero encendamos la luz para examinar tranquilamente el trofeo conquistado.

Encendió un fósforo y con él dos velas en forma de columnas salomónicas que estaban puestas en palmatorias, sobre la repisa de la chimenea, y Ruth vió luego en manos de Darkin el extraño pedazo del desgarrado pergamino que Sonia había sacado de entre las vueltas de su peinada cabellera.

Ruth frunció el ceño cuando miró aquello, e hizo un gesto de desprecio.

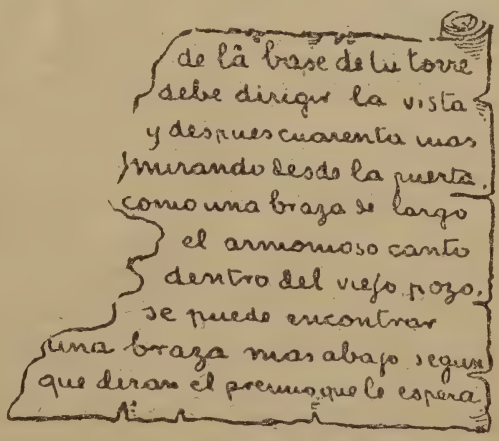
—¿Pretende usted decir que ese cuero viejo constituye un indicio sobre la situación del lugar donde se halla el secreto del viejo profesor? — preguntó.

Darkin afirmó con un movimiento de cabeza, sin dejar de mirar con atención el desgarrado pergamino.

—¡Pero si no dice más que cosas incoherentes! — agregó Ruth. — ¡Cosas sin sentido! ¡No es posible tomar en serio eso que, sin duda, fué obra de un viejo maniático!

En verdad, el documento resultaba ininteligible.

Era su texto el siguiente:



Como puede verse, consistía en diez líneas de palabras sin cohesión entre sí, sin que formaran ni una sola frase, sin sentido, razón o aplicación.

Darkin sacó entonces del bolsillo el pergamino, arrugado, amarillento, descolorido,

que el profesor había entregado a Geoffrey Duncan poco antes de morir y que él había sacado del poder de Geoffrey mediante una estratagema tan hábil como arriesgada.

—Ahora, Ruth, — dijo, — vamos a examinar un pergamino puesto junto al otro, y a ver si el profesor Gale era un loco que andaba suelto y si James Darkin es un tonto de pies a cabeza.

Puso el primer pergamino sobre el mármol de la repisa de la chimenea, a la luz temblorosa de las bujías, y después colocó el segundo pergamino a su lado.

En lo amarillenot de su apariencia eran idénticos. Los dos estaban arrugados y manoseados. La escritura de ambos era de la misma mano y estaba descolorida en algunos sitios, mientras en otros relucía sobre las letras la arenilla de la salvadera, la ya olvidada arenilla que era lo que se usaba años atrás, — antes de que se inventara el papel secante, — para secar los escritos.

Ruth de Lys contemplaba con interés lo que hacía Darkin. Este fué acercando uno a otro los dos pedazos de pergamino. Coincidían tan exactamente los bordes irregulares como hubieran coincidido los de una tabla rota, astillándola.

—¡Aquí está, Ruth! — exclamó Darkin, mirando con aire de triunfo a la mujer.

—Parece que forman los dos trozos un conjunto solo, — dijo ella.

—Vamos a ver lo que dice, — agregó él.

Y leyó las diez líneas, con voz pausada, teniendo juntos los dos trozos de pergamino, en la forma siguiente:

Cuando hubo terminado la lectura, Darkin levantó la vista y miró a Ruth, reluciéndole los ojos entr esus párpados entornados.

—¡Ahora ya dicen algo los pergaminos! ¿No es cierto, Ruth? — dijo con voz que la excitación enronquecía. — ¡Ahora sí que esto tiene sentido, razón y explicación! ¿No le parece?

Y golpeando los pergaminos con la mano abierta, miró cara a cara a la mujer.

—En conjunto parece más coherente ahora, — concedió Ruth de Lys. — Pero aún me parece vago; su redacción es pueril, como si fuera obra de un niño. Me parece que...

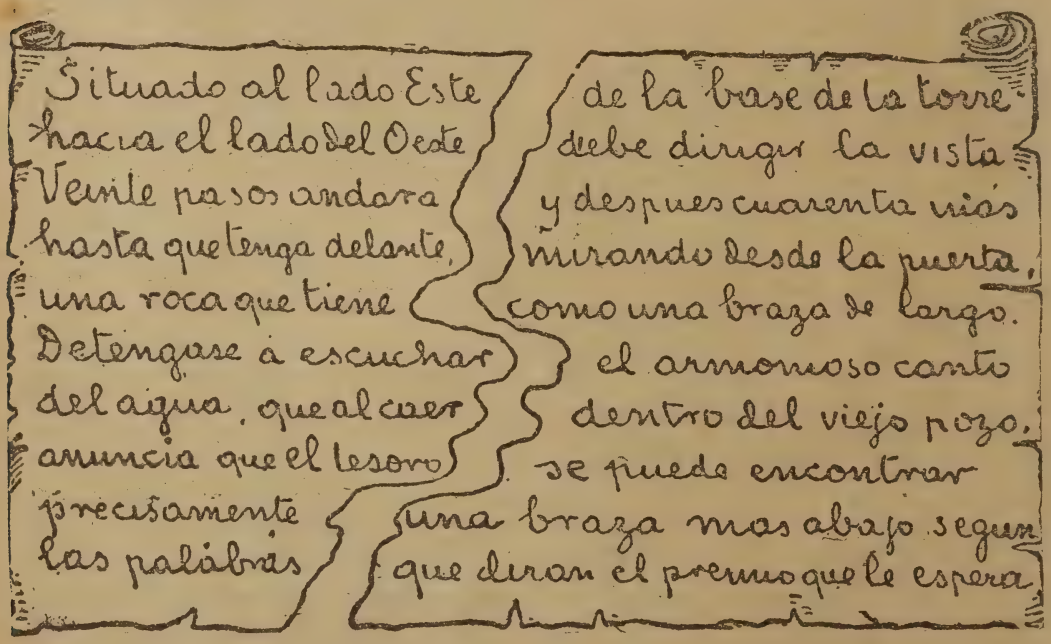
—¡Pero claro está que esa ha sido hecho de intento! — interrumpió Darkin, impaciente. — La redacción de un documento así no debe dar idea de que se trata de nada serio, porque precisamente de algo muy serio se trata. Además, es bien sabido que el profesor era un excéntrico, y que le daba por ser original en todo cuanto hacía. ¡Si hasta creo, no que estaba loco, pero sí que pisaba los umbrales de la locura! Pero era un genio... ¡Un verdadero genio, Ruth, y las indicaciones son tan exactas que no es posible confusión alguna!

—¿De veras? — inquirió ella con incredulidad.

—Ahora se lo demostraré,—repuso Darkin volviendo a mirar el pergamino.

Lo releyó unos instantes.

—Todo lo que tenemos que hacer es descender a la base, es decir, a los sótanos de la torre del Este, cosa muy fácil, por cierto.



El próximo número de "Pucky" aparecerá el viernes 30 de Enero, será extraordinario y en él continuarán:

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES

INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

El uso del rapé es de origen francés.

✣ ✣ ✣

La primera escuela para ciegos se estableció en Liverpool en 1791.

✣ ✣ ✣

El chocolate empezó a popularizarse en Europa en 1650.

✣ ✣ ✣

El football profesional se instaló en Inglaterra en 1885.

✣ ✣ ✣

Las guías para los viajeros son de invención inglesa.

✣ ✣ ✣

En Filipinas se sigue usando, pero poco, el llevar la falda de la camisa por fuera de los pantalones

✣ ✣ ✣

Con la sola renta de lo que se juega anualmente en Buenos Aires, en las carreras, habría para edificar 10 asilos por año y sostenerlos debidamente.

✣ ✣ ✣

El Jardín Zoológico de Londres, tiene como pensionista un animal que se asemeja a la cabra y al antílope. Este es el único ejemplar que hay en Europa.

✣ ✣ ✣

En los pájaros, la temperatura normal alcanba a 112 grados Fahrenheit, temperatura que sería fatal para los seres humanos.

✣ ✣ ✣

Los incendios de bosques en Estados Unidos destruyen madera por valor de doscientos millones de dólares por año.

✣ ✣ ✣

En Nueva Gales del Sur se conserva la carne de ballena salada y oreada como el charque y es muy apreciada por la población.

✣ ✣ ✣

Las horas más frías del día son las que preceden a la salida del sol

El pan de avena es más nutritivo que el de trigo

✣ ✣ ✣

Los pelirrojos son los que tienen menos probabilidades de quedarse calvos.

✣ ✣ ✣

La desinfección de la ropa de los enfermos es obligatoria en Australia.

✣ ✣ ✣

Los faisanes viven a veces hasta quince años.

✣ ✣ ✣

Las redes de los goals de football se usaron por primera vez en 1890.

✣ ✣ ✣

De Constantinopla a Londres, por ferrocarril, hay 3.765 kilómetros.

✣ ✣ ✣

Cien kilos de carne pierden 33 por ciento de su peso al ser asados y 28 al ser cocidos.

✣ ✣ ✣

Para la calefacción 12 kilos de carbón de leña calientan lo que 10 kilos de carbón de piedra y 13 de coke.

✣ ✣ ✣

Un perro se quedó bajo las ruinas de Messina, cuando el gran terremoto y vivió 39 días sin alimento.

✣ ✣ ✣

En los sepulcros del antiguo Egipto se han encontrado flores muy bien conservadas, que por lo menos tenían de cinco a seis mil años.

✣ ✣ ✣

Irlanda es el doble de grande que Dinamarca y Suiza reunidas, y casi una tercera parte más que Holanda y Bélgica juntas.

✣ ✣ ✣

Para hacer el mapa de la costa norteamericana del Pacífico, desde Méjico al Canadá, se van a emplear pequeños aviones navales, desde los cuales se obtendrán fotografías.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

El olor que deja la pintura fresca en las habitaciones por bien airaadas que estén, se atenúa mucho poniendo en el centro de la habitación recién pintada un canasto con trozos de miga de pan. La acción desinfectante es debida al gran poder absorbente ejercido por la miga de pan sobre los vapores olorosos.

✣ ✣ ✣

Para sacar las manchas de tinta que han caído en telas blancas se usa lo siguiente:

Acido tartárico en disolución saturada.	200 gramos
Agua.	200 "

Lávese y frótese enérgicamente la parte manchada con la disolución del ácido tartárico, que se concentrar tanto más cuanto la mancha sea ms antigua. Después aclárese con agua templada.

Esta receta limpia muy bien las manchas de tinta de anilina.

✣ ✣ ✣

Puede prepararse una buena clase de cintas para perfumar tomando cantidades iguales en peso de benjuí, incienso y bálsamo de Tolú. Tómese papel sin cola (papel de filtro o secante blanco delgado y poroso), báñese en una disolución saturada de alumbre y déjese secar. Después se sumerge en la preparación antes citada, disuelta en poco alcohol.

Después de seco el papel puede cortarse en forma de cintas, las cuales arden lentamente esparciendo un humo de perfume muy agradable.

✣ ✣ ✣

Se emplea para limpiar marcas de sellos cuya tinta sea grasienta: — Permanganato de potasa, 50 gramos; ácido sulfuroso (solución saturada), igual cantidad; esencia de trementina, ídem; agua destilada, 1 litro.

Disuélvase el permanganato de potasa en el agua destilada y empápese en ella lo que se quiera hacer desaparecer, y después de un par de minutos, lávese con cuidado con la disolución de ácido sulfuroso. Aclárese luego en agua, y séquese por completo. Hecho esto empápese de nuevo la marca con la esencia de trementina durante el tiempo que sea necesario para que desaparezca la materia grasa de la tinta. Por último, se lava con alcohol y se deja secar.

La limonada gaseosa se hace mezclando dos gramos de ácido cítrico, dos de bicarbonato de soda y 50 de azúcar en polvo, que se guardan en un frasco de boca ancha. En otro frasco se mezclan 125 gramos de azucar, cuatro de ácido cítrico y siete u ocho gotas de esencia de limón. Para hacer la limonada se mezcla una cucharada de cada una de estas preparaciones por cada vaso de agua de tamaño corriente.

✣ ✣ ✣

La ropa blanca suele picarse, sobre todo durante los inviernos húmedos. Las picaduras consisten en una especie de manchas que resisten a los mejores lavados, pero que desaparecen inmediatamente humedeciéndolas por ambos lados de la tela con una composición hecha con una parte de jabón, una parte de polvo de almidón y media parte de sal, disueltas en zumo de limón. La ropa blanca se tiende después en el suelo y cuando esté seca habrán desaparecido las manchas.

✣ ✣ ✣

Para la limpieza de la plata, un profesor de química, recomienda el empleo de hiposulfito de soda. Se realiza la limpieza de los objetos de plata frotando el objeto con un pincel impregnado en una solución concentrada de esa sal.

✣ ✣ ✣

Para que las correas de transmisión duren mucho, puede emplearse una grasa que da excelentes resultados tanto en las correas viejas, como en las nuevas.

En el primer caso, hay que barnizar la correa por sus dos caras con una o varias manos, de la preparación siguiente:

En un recipiente de hierro bien tapado, se calienta hasta los 50 grados, un kilograma próximamente de caucho cortado en pedacitos y otro tanto puesto en esencia de trementina rectificada. Hecha la disolución, se añaden 800 gramos de pez o sea resina o colofonia, se calienta hasta que la disolución sea completa, y se agregan 100 gramos de cera amarilla.

Por otra parte, se ponen al fuego tres kilos de aceite de pescado y un kilo de sebo, y cuando estén ambos bien derretidos, se echan en el primer recipiente, moviéndolo sin cesar hasta que se mezcle bien, enfriándose al mismo tiempo.

EL ARGUMENTO LO SALVABA

El Director de la película cuyas escenas están fotografiando: — Ahora usted se sube a lo alto de las rocas se resbala, cae en la catarata, que tiene doscientos pies de altura... Pero no se apure, según el argumento sale sano y salvo.

El Actor (sin entusiasmo): — ¡Cuánto me alegro de que sea así!

En el rigor de los grandes calores cometemos el error de ingerir considerables cantidades de líquidos con el deseo de apagar la sed insaciable que nos causa la sofocación atmosférica. Mediante tales abusos nos acarreamos grandes perjuicios a la salud. Tomando el

Granulado Efervescente "Brera"

se suprimen todos aquellos inconvenientes. Disuelto en agua constituye la bebida más higiénica y apropiada para apagar la sed y a la vez tiene cualidades digestivas.

EN VENTA:

Drogueria de la Estrella Ltda. Defensa 215, sus Secciones y toda farmacia.

Lea LOS SIETE MISTERIOS de SAN ORMES

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Extraordinario
Enero de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III. PUBLICACION QUINCENAL No. 80.

Esta escena pertenece a la sensacional novela que se publica en este número y se titula:

El ladrón y el pucho de cigarrillo

¡Un! "ESSENTIAL"

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

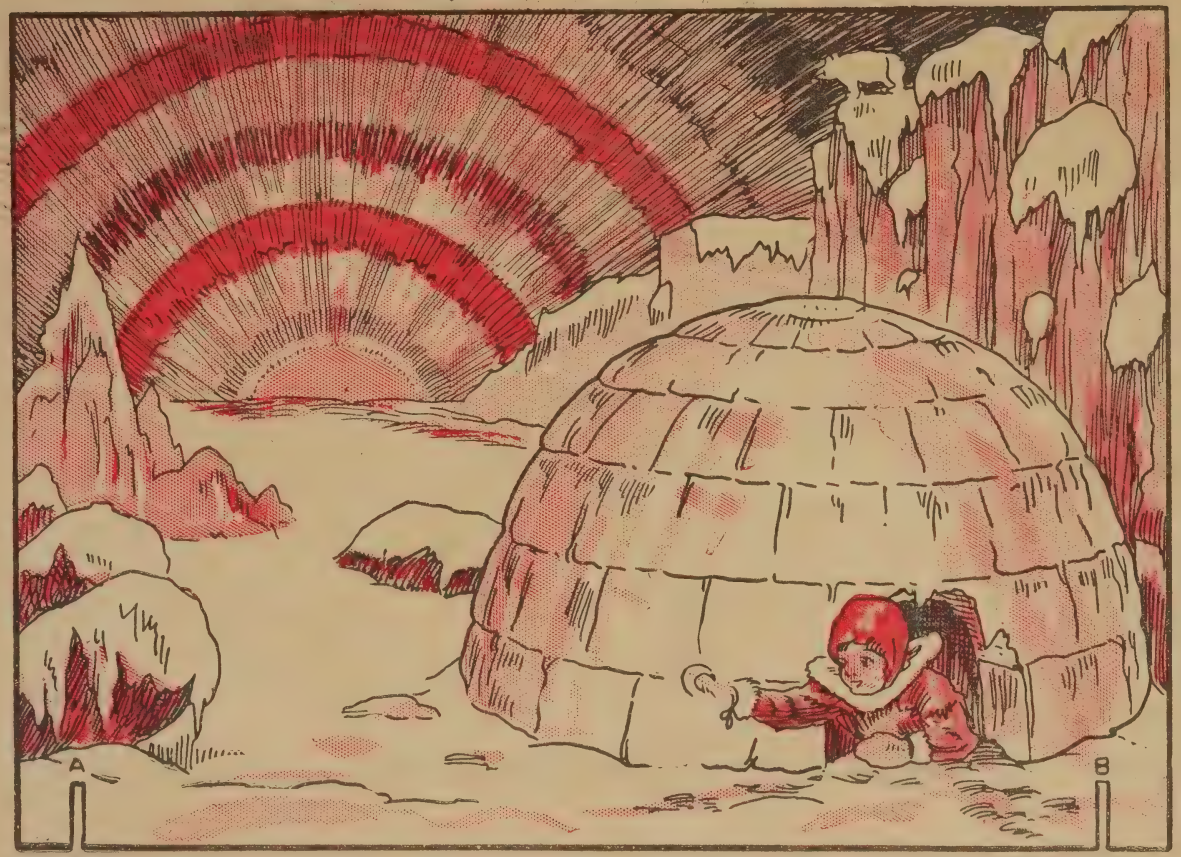
ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

LA CHOZA del ESQUIMAL

SE pega toda la hoja en un papel grueso o una cartulina delgada y una vez bien seco, se recortan las piezas que forman este atrayente cuadro. Se cortan las dos ranuras indicadas en el cuadro grande, donde se ven las letras A y B. Después se toman las figuras chicas, y una vez dobladas por donde está la línea de puntos se pasan por las ranuras y el modelo queda completo, formando un cuadrito muy lindo.



MODELO TERMINADO

Por mano agena

La nena: — ¿Puedo tocarlos, tía?
La tía: — No, queridita, por que te picarían.
La nena: — Entonces, a ver, tócalos tú.

Un cazador pregunta a un peón en el campo.

—¿Ha visto por aquí alguna liebre?
—Sí, señor.
—¿Hacia dónde?
—Hacia aquellos montecitos.
—¿Hace mucho?
—Tres meses.

Hasta los médicos tienen celos profesionales. Dos doctores discutían sobre el número de sus clientes.

—La noche pasado me tuvo que levantar seis veces, — decía un médico.

—Seis ¿eh? — le dijo un colega que le oía. — ¿Pero entonces por que no compra un poco de polvo insecticida?

El ladrón y el pucho de cigarrillo

Un relato muy original traducido del inglés especialmente para los lectores de "Pucky".

La Nota Cómica

Chascarrillos y chistes de todas procedencias pero graciosos e interesantes.

Los Siete Misterios de San Ormes

Continuación de la gran novela que se publica a pedido del público.

Recetas de utilidad práctica

Son dignas de que usted las guarde porque algún día pueden hacerle falta

Interesantes, informativos y curiosos

Parrafitos que vale la pena leer porque enteran de cosas raras y olvidadas.

SENSACIONAL

En el próximo número de PUCKY:

El Artificioso se convierte en detective

Originalísima nueva aventura de Martín Dale por el autor de "El ladrón y el pucho de cigarrillo."

No dejen de leerla porque es muy atrayente y amena

Vió entonces a dos policemen que se abrían paso bruscamente por entre la multitud. ("El ladrón y el pucho de cigarrillo").

Un relato muy original

El ladrón y el pucho de cigarrillo

Escrito en inglés por HERMAN LANDON
(Traducción especial para "PUCKY")

CAPITULO I

El excéntrico ladrón aristocrático se convierte en detective

UE con aire de regocijo anticipado que Martín Dale, alias "El Ladrón Artificioso", se arrellanó en el sillón más cómodo de su biblioteca, encendió su cigarro matutino y tomó uno de los periódicos que su sirviente Bilkins había dejado en la mesa de lectura. Antes de leer los epígrafes, dejó el diario sobre sus rodillas aspirando el humo de su excelente habano. Un imperceptible temblor en los extremos de sus labios denunciaba cierto orgullo que animaba a cada una de las fibras de su cuerpo bien formado de un metro ochenta de estatura. Sabía, sin mirar al periódico, que por lo menos uno de sus títulos le causaría mucha gracia.

Trataba de imaginarse mentalmente las palabras que anunciarían la desaparición de las joyas de sir Winbrook Ellison y la perpetración de otra de las inimitables hazañas del ladrón. Muchas veces habíase Dale sonreído burlonamente en la forma tranquila que le era característica, al leer títulos idénticos, aumentando gradualmente su alegría hasta llegar a un párrafo de artículo que decía que la policía era incapaz de explicar cómo se había podido cometer el robo, y que no se habían encontrado otros rastros, aparte de una tarjeta impresa con cuidado que el ladrón siempre dejaba tras de sí como una burla para la policía. Llegando a este pasaje inevitable en el artículo, Dale se arrellanaba en su sillón, se envolva entre los pliegues de su "robe de chambre" de seda, y meditaba satisfecho en las pocas emociones que aun le era dable disfrutar en esta vida.

El diario que en ese momento descansaba sobre sus rodillas contaría probablemente una historia semejante. La caja de hierro de la señorial mansión de sir Winbrook Ellison había suministrado una sosecha satisfactoria en forma de joyas escogidas que ahora descansaban en un seguro escondite. El valor del botín nada implicaba para el ladrón, que percibía amplias entradas de sus inversiones, pero experimentaba un placer inefable en confundir a la policía y turbar la vida monótona de un hombre como sir Winbrook.

La aventura de la noche anterior había sido llevada a cabo sin tropiezos, sin que se produjera el menor estorbo y con las suficientes dificultades y peligros como para causar al ladrón una intensa sensación de placer. En el piso, al lado de la caja, había dejado su tarjeta de costumbre, en la que decía que "los efectos serían devueltos a su dueño una vez que éste hubiera entregado el diez por ciento de su valor intrínseco a alguna sociedad filantrópica". Aparte de esa tarjeta no había otra cosa que pudiera indicar el paradero de las joyas sustraídas. La policía y sir Winbrook echarían maldiciones. La prensa criticaría a las autoridades por su fracaso en poner coto a las descaradas fechorías del ladrón. ¿Quién era el ladrón y cuáles eran los medios de que se valía para llevar a cabo sus trabajos?, volverían a ser los temas de la curiosidad general. Esta situación tenía aspectos irresistibles para el buen humor de Dale.

Mentalmente, con el diario descansando aun sobre su rodilla, se anotaba otro tanto a su favor en la campaña de represalía contra la policía. Una vez, hacía muchos años, la ley había cometido con él una injusticia, causándole tanta pena que por poco no malogra su vida, y ese inolvidable incidente había dejado huellas profundas e imborra-

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES
Continuará su publicación en el número 81 de "Pucky", del viernes 6 de Febrero de 1925

bles en su alma. Ninguno de sus asociados hubiera adivinado su secreto, pues Martín Dale se vengaba con la sonrisa en los labios.

Y en ese momento, al tomar el periódico entre sus manos, sonreía y buscaba los títulos que ya había leído mentalmente. No tardó en encontrarlos pero en el mismo instante sus mandíbulas se cerraron fuertemente. Había algo erróneo, algo burlescamente erróneo, pero durante varios minutos no pudo darse cuenta de lo que era. Como en una pesadilla, releía las palabras que parecían como bailar confunsamente delante de sus ojos:

"GRAN ROBO DE JOYAS EN EL WEST END"

"DESAPARICION DE LA GOBERNANTA"

"Una mujer joven, que estuvo empleada en casa del millonario, es buscada por la policía"

Dale se restregó los ojos, lleno de estupor y con dificultad comenzó a leer la crónica siguiente. Mientras leía, el cigarro se le apagó, y una vez que hubo terminado, volvió a leer por segunda vez los detalles del hecho.

—¡Qué diablos!... — murmuró para sí, echando a un lado el periódico y tomando otro, pero sin poder aclarar el asunto; los hechos relatados en el otro diario eran virtualmente idénticos a los mencionados en el anterior, y la crónica del tercero parecía simplemente una repetición de las palabras de los dos anteriores. El punto principal era que habían desaparecido de la caja de hierro joyas por valor de quince mil libras esterlinas, y que la señorita Florencia Norton, que estuviera empleada como gobernanta para el hijo inválido de Ellison, había desaparecido en circunstancias que convencieron a la policía de que ella sabía algo acerca del robo. No se mencionaba una palabra con respecto al ladrón artificioso.

—¡Asnos! — exclamó Dale, al enterarse de que la policía mencionaba el nombre de la señorita Norton como complicada en el robo. Por un instante su perplejidad y sorpresa eclipsaron toda otra emoción. Había dejado su tarjeta frente a la caja, donde pudiera ser vista por cualquiera, por lo que era difícil de explicar por qué razón la policía culpaba a la gobernanta de la desaparición de las joyas. ¿Sería posible, — se preguntaba, — que su tarjeta no hubiese sido vista? Podría haber sido retirada por alguna sirvienta poco observadora que hubiera limpiado la habitación antes que el robo fuera descubierto, pero esto no le parecía muy probable. Tampoco le parecía probable que por una distracción hubiera olvidado su formalidad acostumbrada, omitiendo dejar su tarjeta. Fuera como fuera, ninguna de estas teorías explicaba el motivo por el cual la señorita Norton había sido complicada en el asunto.

Nuevamente Dale tomó uno de los diarios tratando de leer la crónica en un estado de ánimo desapasionado, pero los hechos, según eran relatados, resultaban difíciles de digerir. Se le atribuía un valor inexplicable a la súbita desaparición de la señorita Norton, que debía haber tenido lugar durante la noche. Pero aún más significativa era la circunstancia, — para Dale incomprensible, — que una de las joyas desaparecidas, un prendedor de zafiros perteneciente a lady Ellison, fuera encontrado sobre el piso en la habitación de la señorita Norton. Se presumía que la señorita Norton se había dirigido a su habitación para empaquetar los objetos después del robo, y que en su prisa y nerviosidad había dejado caer el prendedor. Cómo se las había agenciado ella para abrir la caja, que era de las más modernas y complicadas, quedaba sólo explicado por la lejana presunción de que su confianza con la familia le había proporcionado la oportunidad de descubrir la combinación.

Molesto y mistificado, Dale echó el diario a un lado. Sentíase inclinado a considerar a la señorita Norton como a una intrusa que se interponía para privarlo de una satisfacción bien ganada y merecida. En cuanto al prendedor de zafiros, no hacía más que aumentar su mistificación, pues no había visto tal joya cuando revisó la caja.

Volvió a encender su cigarro que se le había apagado, y gradualmente la situación se le fué presentando bajo un aspecto diferente. Por alguna de esas coincidencias que suelen suceder, la señorita Norton habíase visto envuelta en un asunto delicado, colocándose en una situación embarazosa. Dale no podía comprender el motivo de su desaparición, o cómo había sido que el prendedor de zafiros fuera encontrado en su habitación, o cómo era que la tarjeta que había dejado frente a la caja no había sido notada; pero pensaba que todos estos misterios serían aclarados en su debida oportunidad. Por el momento, lo único que le interesaba era la señorita Norton. Se la estaba acusando erróneamente, de la misma manera que Dale lo fuera en otra oportunidad. Indudablemente, ella se había de ver envuelta en una red de cirunstancias idéntica a la que le atrapara a él también una vez, y sintió una profunda indignación al pensar en ello.

Pero iba a poner pronto un remedio al mal. Mordiendo el cigarro un poco más fuerte entre sus dientes, se dirigió a su escritorio, tocó un resorte escondido y de un cajón que se abrió mágicamente, extrajo materiales para escribir de una clase especial, que usaba sólo en las raras ocasiones que su Alter Ego, el Ladrón Artificioso, creía necesario enviar una carta que no pudiera ser atribuida a Martín Dale.

Escribió con lentitud y meticulosidad, con una letra sumamente hermosa que era peculiar en el ladrón y que había decepcionado a más de un perito calígrafo. En sus facciones se dibujaba una mueca irónica, y el cigarro que tenía entre sus dientes adquiría cada vez un ángulo más ascendente en el nivel de su boca. Cuando hubo terminado se recostó en la silla, y con gran satisfacción inspeccionó el resultado de su

trabajo. Era una carta abierta dirigida a sir Winbrook Ellison, que decía lo siguiente:

"Muy señor mío: Los imbéciles de la policía están cometiendo uno de sus errores característicos. No pretendo explicar la conducta de la señorita Norton; no dudo de que en oportunidad ella pueda dar cuenta de sus actos. Sé, sin embargo, que ella no es responsable de la desaparición de sus joyas. Si los tontos que efectúan la investigación hubieran mirado más detenidamente, habrían encontrado el rastro jue yo me haya propuesto descubrieran, — es decir, mi tarjeta de visita, — explicando que los artículos desaparecidos serían devueltos previo pago del diez por ciento de su valor a la Sociedad Protectora de Animales. Si usted desea que las joyas vuelvan nuevamente a su poder, le aconsejo que cumpla de inmediato con esta condición. Saluda a usted atentamente. — El Ladrón Artificioso."

Dale había vuelto nuevamente a su buen humor de costumbre cuando le dió a la carta un último vistazo. La escritura, aunque bastante caracterizada, no se parecía en nada a la suya propia. Hasta la redacción, formal e incómoda, reflejaba una personalidad completamente distinta a la bastante atrevida de Martín Dale... Dobló la carta y dirigió el sobre a una de las sociedades informativas. Desde que todo lo que perteneciera al Ladrón Artificioso tenía un enorme valor periodístico, sería de inmediato enviada por esa sociedad a todos los diarios importantes.

Dale se puso a silbar mientras cerraba el sobre. Miró fuera de la ventana. El sol brillaba alegremente en el ambiente helado. La vida había vuelto a adquirir sus colores usuales y la mañana se presentaba hermosa, invitando a dar un paseo por el parque.

Se guardó la carta en el bolsillo, con la intención de ponerla en el correo a una distancia discreta de su residencia, pero en ese momento se abrió la puerta, entrando Bilkins. Era éste un hombre de suaves modales, baja estatura, facciones astutas y nariz roja, combinación que agradaba al sentimiento humorístico de Dale.

—¿Qué pasa, villano? — le preguntó de buen humor.

—Un caballero quiere verlo, señor.

—¿Quién es, granuja?

—Un tal Summers, inspector. ¿Quiere que le diga que usted no está, señor?

Dale detuvo la respiración. Un reflejo de sorpresa, casi de alarma, brilló en sus profundos ojos grises, pero no se mantuvo en ellos más que un breve instante. Poco después volvía a ser la persona despreocupada de siempre.

—Naturalmente que no, bribón, — le dijo a Bilkins. — Haz pasar al inspector Summers.

CAPITULO II

El enemigo entra

Para su interior Dale se encontraba inexplicablemnte abatido, pero sus facciones se demostraron serenas al saludar al hombre que penetró en su biblioteca. El inspector Summers, de la policía secreta, era un hombre hercúleo con una enorme cabeza, mejillas rosadas mandíbulas prominentes, y ojos azules de expresión dura que miraban todo y a todos con desconfianza instintiva.

Martín Dale y el inspector eran amigos hasta cierto punto, pero Summers era el enemigo declarado del Ladrón Artificioso. Había jurado en diversas ocasiones y con gran apasionamiento, que algún día pondría las esposas de acero al astuto malhechor que tan malas pasadas le estaba jugando a la policía. Tenía más de una sopecha acerca de la verdadera identidad del Ladrón Artificioso, pero nunca le había sido posible obtener la menor prueba. Siempre hablaba esperanzado del día en que echaría mano del bandido agarrándole infraganti.

Entre tanto, Dale y el inspector pasaban agradables momentos en mutua compañía, aunque existiera en la atmósfera un hálito de antagonismo, como sucedía frecuentemente cuando almorzaban juntos, y tanto el Ladrón Artificioso como sus fechorías eran sacados al tapete, iniciándose discusiones al respecto. En estas ocasiones las facciones de

SEÑORAS

Conserven la belleza e higiene de sus manos, usando guantes de goma para los quehaceres domésticos.

LA POUPEE le venderá el par a

$ 2.50 - 3.- y 5.-

LA POUPEE

CERRITO, 122.-U. T. 3958, Rivadavia
Artículos y elásticos para corsés y fajas, medias elásticas, rodilleras, tobilleras, etc. ..
Remitimos al interior.

ambos harían recordar a un observador a dos jugadores de póker que trataran de adivinarse mutuamente las cartas. Dale suponía que algún su carrera llegaría a la meta y que la n de la vida del inspector se vería realizada. Cuando ese día llegara, no recibiría ni pediría tregua a Summers; además este último no era de esas personas que anteponen la amistad al cumplimiento del deber. Sin embargo, rechazaba invariablemente tales pensamientos encogiéndose de hombros y sonriendo.

Esta era la primera visita del inspector Summers a su casa, lo que hacía que tuviera un carácter más imponente. En el intervalo empleado en ofrecer a su huésped una silla y un cigarro, los pensamientos de Dale saltaron varios obstáculos rápidamente. El inspector era persona inteligente, y, a veces, muy sutil. Dale siempre lo había considerado como poseedor de cierta astucia que lo elevaba muy por encima de sus colegas. Era posible que Summers, no engañado por las apariencias superficiales que habían confundido a sus colegas, hubiera llegado a la verdadera conclusión con respecto a las joyas de Sir Winbrook Ellison. Sin embargo, nada había particularmente alarmante en esta conjetura; Summers podría sospechar que las joyas hubieran sido robadas por el Ladrón Artificioso, pero no tenía pruebas de que Martín Dale fuera el "Artificoso".

—¿Muy ocupado? — le preguntó el inspector con su brusqueda característica.

—Nada absolutamente. Parece usted turbado, Summers. ¿Está pensando en algo importante?

—Muchas cosas.

—¡Eso es malo! En una mañana como ésta uno debería vivir al unísono con las armonías cósmicas. ¿Qué le parece? No me diga que el Ladrón Artificioso ha andado suelto nuevamente.

El inspector lo contempló con una mirada fija y llena de intención.

—Armonías cósmicas, ¿eh? Esos son términos, Dale. ¿Ha dormido bien anoche?

—Nunca he dormido mejor.

—¡Hum! Se acostó temprano, supongo.

—A la hora de costumbre, — repuso Dale ambiguamente. —. Fuí a ver una comedia teatral, pero me retiré a la mitad de la función. No vale nada, Summers. No vale la pena de verla. No hay ninguna cara hermosa en todo el coro, y la música es abominable.

Summers hizo un movimiento de cabeza, pensativo.

—Se fué a casa a mitad de la función, ¿eh? ¿Justamente a mitad de la función? ¿Y se vino directamente a su casa?

Dale se sonrió.

—¿A qué viene todo este interrogatorio, Summers? No, no vine directamente a casa Todavía no era tarde, así es que entré en lo de Komroff. Le recomiendo el caviar recientemente importado de Rusia que tiene allí.

—Gracias por el aviso. ¿Dónde fué después d lo de Komroff?

—Caminé un poco. ¿Ha visto alguna vez la luna surgir por detrás del terraplén, Summers? Es un paisaje que templaría su alma helada con la música de las esferas.

—Lo dudo. ¿Permaneció mucho tiempo en el terrapién?

Dale frunció el ceño.

—En realidad, me deja usted intrigado. Si usted quiere que yo le haga un diagrama de mis movimientos anoche, no tendré inconveniente en hacerlo, pero deseo que antes me diga adónde piensa llegar usted.

El inspector dejó escapar un ruido de la garganta que podría significar cualquier cosa. Inclinó a cabeza hacia un lado y miró a Dale fijamente. El tamaño de su cráneo parecía algo tantalizante al considerar cuantos pensamientos podría contener.

—¿Con todos sus paseos de anoche, me parece que no se sentirá esta mañana dispuesto a salir? — le preguntó súbitamente.

—¿A salir? — repitió Dale, sospechando vagamente que el destino al que se había propuesto llevarlo era la residencia de Ellison.

—¿A dónde?

—Solo unas cuadras. — Los ojos azules y fríos del inspector estudiaban a Dale oblicuamente. — A la casa de Jimmy Stratton. Usted conoce el lugar, ¿no?

Dale no pudo ocultar su sorpresa. Había vagamente anticipado una invitación para acompañarlo a Summers a lo de Ellison.

—¿Jimmy Stratton? — exclamó incapaz, por el momento, de ocultar su sorpresa.

Summers lo miraba fijamente.

—Le di una sorpreca, ¿no? Parece que las armonías cósmicas están fuera de tono esta mañana. ¿Tiene inconveniente en acompañarme a lo de Jimmy Stratton?

—Naturalmente que no, — dijo Dale enojado consigo mismo por haberse dejado tomar de sorpresa, e intrigado por la forma en que Summers había interpretado su momentánea emoción.

—Como usted sabe, no soy admirador de los boxeadores, especialmente del tipo de Jimmy Stratton, por eso he titubeado. Estaré con usted en un segundo.

Se apresuró a penetrar en la habitación contigua, pensando en el significado del extraño fulgor que sus palabras habían provocado en los ojos del inspector.

—¿Qué diablos andará buscando ahora? — se preguntaba mientras echaba a un lado su robe de chambre. Pero cuando unos minutos después volvió a reunirse con el inspector, parecía fresco y despejado y charlaba animadamente mientras ambos se dirigían a la casa en que el ex campeón había vivido solo, — salvo la encargada de la casa, — desde la muerte de su esposa acaecida algunos años antes.

Stratton, persona rústica, de gustos llimotivos y aficionado a los placeres más vulgares de la vida, habíase retirado del ring hacía una década, con una fortuna adquirida en forma poco limpia. Por alguna razón inexplicable había sido admitido en uno de los clubs de Dale, donde en varias ocasiones habíase tornado sumamente ofensivo. Dale, que era persona meticulosa tan-

to en sus gustos como en sus disgustos, siempre le había detestado.

No hizo preguntas, pero tenía mucha curiosidad al llegar a su destino. Su perplejidad aumentó cuando Summers, en lugar de tocar el timbre sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

—Por aquí, — le dijo, subiendo por la escalera.

Dale, sofrenando aun su curiosidad, lo siguió. La escasa luz y la pesadez de la atmósfera indicaban que habían entrado en la morada de una persona que llevaba una vida de encierro; pero esta impresión quedó pronto sometasada por el lujo chillón que se evidenciaba por doquier.

Summers abrió la puerta y luego hizo señas a Dale para que pasara. Se encontraban en una habitación pequeña, fantásticamente amueblada, que con atrevidos cuadros en las paredes y sus puntos típicamente masculinos, podría ser la morada de un libertino de edad madura que tratara aun de vivir con la ilusión de la juventud.

—Bueno — dijo Dale mirando a su redor en la penumbra — ahora que estamos aquí, ¿qué vamos a hacer? Espero que no me habrá traído aquí para darme una oportunidad de admirar estos miserables cuadros de las paredes?

El inspector nada dijo. Permanecía de pie en medio del piso, con su enorme cabeza un poco inclinada hacia un costado. Sus agudos ojos azules contemplaban furtivamente las facciones de Dale.

—Si esta es una sesión de espiritismo — prosiguió Dale — traiga al medium. No me gusta ésta atmósfera. Nunca he podido tolerar el incienso barato del Asia. ¿Porqué no está aquí Stratton para recibirnos?

Summers, todavía en silencio, lo contemplaba con una mirada larga y escrutadora. Una extraña risa inónica casi imperceptible, sonó en su garganta y luego giró sobre sus talones dirigiéndose a la cómoda, contemplando a Dale todavía con un ojo y pasando sus dedos sobre la superficie del mueble. De inmediato oyóse un suave ruido, abriéndose un cajón.

—Este es un escondite seguro para unos cuantos diamantes — observó el inspector.

Dale avanzó entornando los ojos. Sabía que la afición de Jimmy Stratton por las piedras preciosas le había valido el mote de "Jim de los Diamantes". Miró el interior del cajón y luego levantó rápidamente sus ojos, encontrándose con la mirada penetrante del inspector.

—¡Está vacío! — exclamó.

Summers, mirándolo fijamente, frunció los labios en una sonrisa.

—Tiene usted razón, — murmuró. — Parece que alguien ha descubierto el escondite de Jimmy Stratton. El bribón hizo un trabajito fino; no dejó el menor rasguño en la cómoda. Usted es muy bueno para partir nueces duras Dale. ¿Cómo le parece que se hizo el truc?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¡Jum! Creí que lo podría saber. Este es el segundo suceso acaecido anoche. El otro ocurrió en la residencia de sir Winbrook Ellison. Sin embargo, aquel es un asunto más fácil, pues todo lo que tenemos que hacer es encontrar a la mujer.

Dale, con las manos en los bolsillos, estaba tocando la carta que había escrito poco antes de la llegada de Summers a su casa.

—He leído la crónica del robo en la casa de Ellison — observó casualmente. — Entonces ¿no le cabe duda de que la gobernanta... la señorita Norton, creo que ese es su nombre, se escapó con las joyas?

—No tengo la menor duda al respecto. No, el asunto de Ellison ya está esclarecido, pero lo que me extraña es que haya habido dos en la misma noche.

—¿Seguramente que usted no sospecha que la señorita Norton haya tenido que ver en este también?

—¡Oh, no! ¡Pero me imagino más o menos quién ha sido, sin embargo!

—¿No será el Ladrón Artificioso? — dijo Dale haciendo una mueca, a pesar de su sorpresa que aumentaba por momentos. — ¡Tenga cuidado, Summers! Su ansiedad por atrapar al Artificioso puede conducirlo por una pista falsa.

—Eso lo veremos. — Una sonrisa como de pugilista al estrechar la mano de su adversario antes de la pelea, se dibujó en las facciones del inspector Summers. — El Artificioso ha estado dando bromas a la policía hace ya bastante tiempo. Uno de estos días se atreverá a ir un poco más lejos, y entonces yo le echaré el guante.

—Le deseo buena suerte, Summers. Espero que yo estaré presente cuando suceda ese acontecimiento. Estoy seguro de que será interesante.

Dale había dicho la misma cosa muchas veces con anterioridad.

Summers hizo una mueca acompañada de un movimiento de cabeza.

—¡Oh! Usted no dejará de estar presente, y el gran acontecimiento puede tener lugar mucho antes de lo que se imagina. A propósito ,Dale, cuando estábamos en su casa hace un momento, usted dió muestras de sorpresa cuando le pedí que me acompañara a lo de Stratton.

—Naturalmente. Ese nombre tiene para mí recuerdos desagradables. No me agrada Stratton y yo tampoco le soy simpático. Cuando lo veo tengo que hacer esfuerzos para no dar un puntapié con el pie derecho en cierta dirección parabólica. Si alguna hermosa mañana encontrara a Stratton sin vida y hubiera rastros de arsénico en su taza de café, usted podrá sindicarme como autor de su muerte.

Un gruñido y una mirada fueron la única respuesta de Summers. Durante varios segundos permaneció inmóvil, con las piernas separadas, mirando astutamente a Dale, y luego con rapidez, cruzó la habitación abriendo la puerta que estaba a uno de los costados.

—¡Mire! — le dijo señalando con el dedo.

Dale, acercándose por detrás de él, miró en la dirección indicada, y luego quedó como petrificado contemplando con atención una figura inmóvil tendida sobre la otomana.

—Jimmy Stratton, — exclamó. — ¡Está muerto!

CAPITULO III

El rastro transplantado

—Muerto, — dijo Dale nuevamente, hablando en un tono de voz suave mientras continuaba contemplando la cara pálida del hombre que tanto había detestado. Las formas orgullosas y en un tiempo fuertes, habían sido desfiguradas por la muerte.

—Sí, muerto, — repitió Summers, sin apartar por un momento su vista de la cara de Dale. — Pero no a causa del arsénico, sin embargo. El asesino empleó un cuchillo, hundiéndoselo directamente en el corazón de Stratton. Vea.

—No, no es por eso. Todo el mundo tiene derecho de hacer un chiste de cuando en cuando, y además, me imagino que no se derramarán muchas lágrimas por la muerte de Jimmy Stratton.

Dale lo contempló con calma. Aunque había varias cosas que no podía comprender, su mente funcionaba otra vez con claridad.

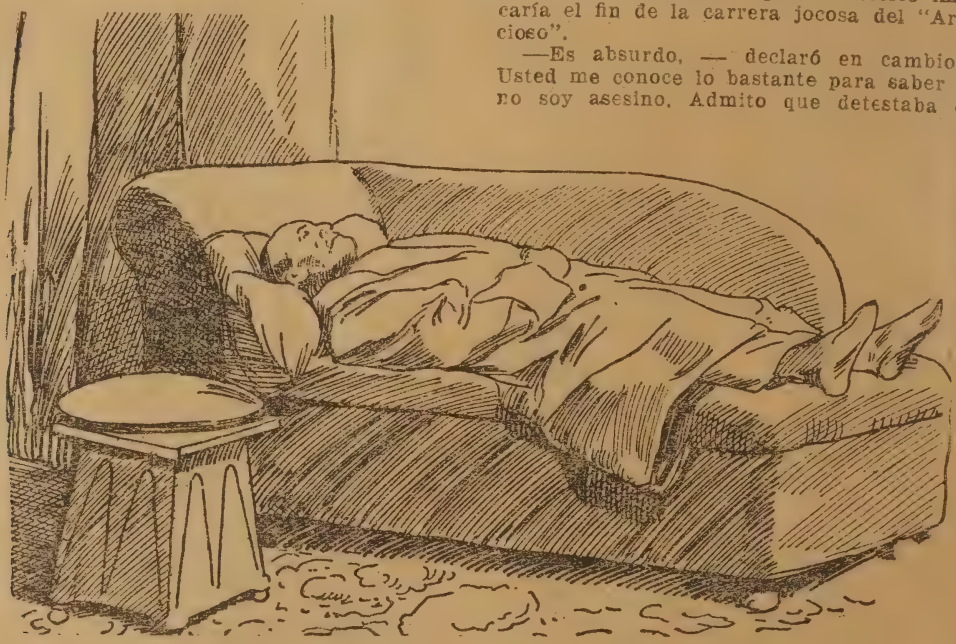
—Explíquese, Summers, — le dijo con buen humor. — ¿Qué es lo que piensa? ¿Tiene alguna razón para suponer que yo pueda estar complicado en este asesinato?

Summers lo contempló atentamente con sus ojos azules.

—Voy a decirle lo que pienso. O es usted inocente, o de lo contrario está representando una pantomima maravillosa esta mañana. — Hizo una pausa. — Me gustaría saber qué es lo que usted estuvo en realidad haciendo anoche, más o menos a la hora en que según me dijo, estaba usted bromeando con las armonías cósmicas.

Por un momento Dale sintió vivos deseos de confesar la verdad, pero se retuvo a tiempo, dándose cuenta de que el hacerlo implicaría el fin de la carrera jocosa del "Artificioso".

—Es absurdo, — declaró en cambio. — Usted me conoce lo bastante para saber que no soy asesino. Admito que detestaba cordialmente a Stratton, pero la idea de matarlo nunca pasó por mi mente.



Se dirigió a la pequeña mesita que estaba al lado del sofá, retiró un envoltorio de papel, y extrajo un cuchillo con un curioso mango de bronce, que mostró a Dale. En su larga hoja, levemente cóncava, había una mancha.

Dale se sacudió como si quisiera desvanecer una ráfaga de descorazonamiento.

—Por la forma como me mira, Summers, cualquiera creería que usted sospecha que yo haya matado a Stratton. ¿Supongo que usted no llegará a una conclusión tan ridícula simplemente por causa de que yo haya cometido la tontería de hacer una broma inoportuna diciendo que pondréa arsénico en su café?

—Todo eso está muy bien, — dijo Summers evasivamente. — Yo sé que usted es de los que no asesinan. Sin embargo, no se puede decir lo que un hombre es capaz de hacer cuando se halla acorralado. El asesino no pensaba cometer un crimen cuando vino aquí anoche, según parece. Todo lo que buscaba eran los diamantes que estaban en la cómoda. Ya los tenía en su poder y se retiraba por esta habitación. Tal vez se habrá resbalado o golpeado contra algo. Como quiera que sea, Stratton debió haber oído oalgún ruido y vino aquí vestido con su "robe de chambre" para averiguar lo que era. Probablemente

habrá encendido las luces, pues estaban prendidas cuando el encargado encontró el cuerpo esta mañana a las ocho. El ladrón, sabiendo que le corresponderían varios años de prisión si era aprehendido, debe haberse asustado. El cuchillo estaba allí, sobre la mesa, y antes de que se diera cuenta de lo que hacía, lo tomó hundiéndole en el corazón de Stratton. Esa es la forma en que se cometen muchos crímenes, dadas las circunstancias del momento, como dicen los repórters. Esta teoría parece bien fundada, ¿no es verdad?

—Es intachable según todas apariencias. ¿Ha encontrado usted algunas impresiones digitales en el cuchillo?

—Ninguna. A pesar de estar asustado, indudablemente el ladrón tuvo el suficiente sentido común para limpiar el mango, o de lo contrario, usa guantes.

—¿Había marcas en la cómoda?

—No, y tampoco las había en ningún otro lugar.

Dale, entrando tras él, miró en la dirección indicada y luego se quedó como petrificado, mirando al cuerpo inmóvil tendido en el sofá.

—¿No obstante lo cual usted parece tener sospechas definitivas de alguna persona?

—Las tengo. No necesito las impresiones digitales para indicarme quién ha hecho este trabajo. Yo le dije a usted que el Artificioso se extralimitaría algún día, ¿no es cierto? Bueno, ¡anoche fué demasiado lejos!

—¡Ah! — una nueva mirada de sorpresa mezclada de intensa precaución se reflejó en las facciones de Dale. — Estoy comenzando a comprender. En varias ocasiones me ha insinuado, — naturalmente, como una ma, que yo soy el Artificioso.

—Así es, pero yo no estaba bromeando. Desde hace tiempo sé quien es el Artificioso, sólo que no me ha sido posible probarlo. El bribón se ha escurrido de mis manos cada vez que yo iba a sorprenderlo infraganti. Es un pájaro muy astuto, pero hasta los más inteligentes cometen errores más tarde o más temprano.

—Es una feliz idea, Summers, y sin embargo, no puedo comprender por qué está usted tan seguro de que el Artificioso esté complicado en este asunto.

—No comprende, ¿eh? — Los ojos de Summers brillaron con un extraño fulgor. — Bueno, permítame que le muestre lo que encontré sobre la cómoda, en la otra habitación. ¿Ha visto usted esto antes?

Sí, Dale lo había visto. Parpadeó mientras miraba el trozo cuadrado de cartulina que le inspector le entregaba para que lo inspeccionara. Sintió una terrible confusión en su cabeza mientras leía los renglones impresos. Los sabía de memoria, pero en una forma automática pronunció las palabras en voz alta.

"Confío en que usted excusará mi pequeña broma y me perdonará las libertades que me he tomado, al apoderarme de los artículos de su propiedad. Le serán devueltos tan pronto como haya entregado el diez por ciento de su valor a la Sociedad Protectora de Animales. El Ladrón Artificioso."

—Bueno, ¿la reconoce usted? — le preguntó Summers.

Martín Dale la había reconocido. La tarjeta era precisamente igual a las que el Artificioso dejaba tras de sí en la escena de sus fechorías, como la que había dejado la noche anterior en el piso frente a la caja de Ellison. El Artificioso siempre llevaba una consigo cuando salía en busca de aventuras. Cómo esta tarjeta había aparecido en a cómoda de Jimmy Stratton era inexplicable, pero no tenía la menor duda de que era verdadera. En sus facciones no se reflejó ninguna señal de reconocimiento.

—Es muy interesante, — admitió. — El Artificioso parece que se está tornado descuidado con los años. Sería mejor que fuera precavido, pues uno de estos días la ambición de su vida, Summers, se verá realizada.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir?

—Bueno. Podría hacer el comentario de que hubiera creído a este granuja con suficiente criterio para no dejar su tarjeta en la escena de un crimen.

—Eso se explica fácilmente. El Artificioso deja su tarjeta en cualquier parte donde hace un trabajito; le parece que es una astucia dar bromas de esa naturaleza a la policía. Cuando dejó su tarjeta en la cómoda de Stratton anoche, no sabía que se iba a cometer un crimen, o de lo contrario la hubiera omitido por esta vez. No se encontró con Stratton hasta que se retiraba. Luego con un cadáver a sus pies, estaba demasiado excitado para acordarse de la tarjeta que dejara en la otra habitación. Está muy claro, ¿verdad?

—Soberbio, Summers, — repuso Dale, sonriendo amablemente. — Pero no veo que su hermosa teoría conduzca a parte alguna mientras usted no tenga pruebas de la identidad del Artificioso.

El inspector no contestó de inmediato. Por el momento, su mirada parecía estar fija en un punto directament debajo de la barbilla de Dale. Este no podía darse cuenta de qué era o que le llamaba la atención, pues estaba preocupado por la solución de un problema. Era muy extraño que no se hubiera encontrado la tarjeta del Artificioso donde la había dejado, al lado de la caja de hierro de Ellison; y era aún más extraño que hubiera aparecido en la habitación de Jimmy Stratton. Pero las reflexiones de Dale terminaron allí.

—A propósito, — dijo el inspector en tono evidentemente sospechoso. — ¿Me permite ver su alfiler de corbata?

El pedido era sorprendente, pero Dale, de buena voluntad, retiró el adorno de su corbata. Consistía éste en un diamante rodeado de pequeños topacios. El inspector lo contempló con ojo crítico, y por un instante sus miradas brillaron con un reflejo de triunfo; luego, sus facciones parecieron recobrar su expresión normal.

—Veo que uno de los topacios ha desaparecido, — observó como por casualidad.

—¿Sí? — Las facciones de Dale eran inexpresivas. — No lo había notado, pero es que las piedras son tan chicas que la falta de una no se nota fácilmente. Se me cayó una cierta vez, y yo nunca lo supe hasta que un amigo me llamó la atención. Bueno, supongo que la piedra aparecerá en alguna parte. Voy a preguntarle a mi sirviente Bilkins si la ha visto.

—No hace falta. — La voz del inspector tembló imperceptiblemente, y en un momento Dale sintió como un hormigueo que no sabía a qué atribuir. — La piedra ya ha aparecido. ¡Aquí está!

Summers sacó una cartera de su bolsillo, extrajo un pequeño paquete de papel, lo desenvolvió, y en seguida una piedra fosforeció sobre su palma.

—Es del mismo tamaño que las otras, y debe ser la que usted perdió, —observó. — ¿A que no adivina dónde la encontré? Fué

No deje de leer
LOS SIETE MISTERIOS
DE SAN ORMES

aquí, Dale, a menos de un pie del cadáver. ¡Debe habérsele caído cuando usted mató a Stratton, anoche!

CAPITULO IV

La Ermita de "El Artificioso"

Por un momento Dale contempló, sin respírar, la pequeña piedra preciosa que brillaba en la mano de inspector, y luego, en medio del caos edideas de su mente, tuvo un impulso... impulso rápido, enceguecedor, que embotó toda otra reflexión, convirtiéndose en una fuerza avasalladora.

Durante un instante permaneció en esta forma, como si estuviera petrificado, y después se hizo a un lado, agachándose al propio tiempo con tanta rapidez, que resultó sorprendente a causa de su estupor aparente de sólo un momento atrás. Tomó con su mano el tobillo del inspector, le dió una fuerte sacudida, y a figura de Summers quedó tendida en el suelo. Rápido como el pensamiento, Dale salió de la habitación acompañado de un grito estridente y golpeando la puerta tras de sí. En un momento se encontró corriendo escaleras abajo, pero una exclamación le hizo comprender que Summers corría en su persecución.

En el vestíbulo dió vuelta, sin saber qué dirección tomaba, dando de frente contra una pared en el mismo instante en que una orden de alto resonaba tras de sí. El vestíbulo estaba escasamente iluminado, pero a su izquierda descubrió las escaleras. Descendió los escalones a saltos, dió una vuelta a la ventura, encontró una puerta y penetró en un espacio limitado en su parte posterior por un tabique de madera. Desde el interior de la casa, mientras saltaba el obstáculo, oyó el fuerte golpe de una puerta al cerrarse.

Hizo alto por un instante al otro lado, dejando escapar una corta risa, mientras tres pitadas de vigilante cortaban los aires. Delante de él se veía la parte trasera de un block de edificios; hacia un costado había una puerta entreabierta. Una rápida mirada a lo largo de las hileras de ventanas le hizo comprender que hasta ese momento su fuga no había sido notada. Mientras se escurría por la oscura entrada, de pronto se dió cuenta de que había perdido su sombrero y un hombre sin sombrero llamaría posiblemente la atención, si no levantaba sospechas. Además, en el transcurso de unos cuantos segundos, todo el vecindario estaría en persecución del fugitivo.

Atravesó el piso bajo a todo correr, saliendo por la calle frente al edificio, y se puso a caminar con un paso tan majestuoso como podría esperarse de un hombre que hubiera perdido su sombrero. Poco más adelante, un bullicio le hizo doblar en esa dirección. Densas nubes de humo salían de un edificio, y en la vereda opuesta estaba estacionada una compacta muchedumbre.

—¡Allá va! ¡Atájenlo!

Dale apresuró el paso al oir los gritos detrás de sí, sabiendo que si podía perderse por un momento entre la muchedumbre tendría oportunidad de escapr. De todas direcciones llegaban personas corriendo hacia el incendio, algunos de ellos sin sombrero, como él mismo, y esta circunstancia parecía favorecero.

—¡Párese!

El grito había resonado peligrosamente cercano, pero ya Dale estaba acercándose a la primera fila de curiosos. Miró rápidamente hacia el lado opuesto donde los bomberos con escaleras bajaban a mujeres y niños que gritaban, desde el piso superior de una casa de vecindad. Evidentemente era de construcción endeble, y el fuego parecía tomar incremento a pesar de los esfuerzos de los que luchaban por combatirlo.

Dale abrióse camino por entre la multitud que contemplaba admirada el espectáculo que le proporcionaba las espesas columnas de humo y las lenguas de fuego. Echando una mirada por encima de su hombro, vió a dos agentes que trataban de abrirse paso a empujones por entre la gente. Otros seguían detrás gritando a los curiosos que detuvieran al fugitivo. Con un estremecimiento interno, Dale apresuró su paso. Ya la multitud estaba comenzando a enterarse de que algo anormal sucedía, y en cualquier momento alguien podría interponerse a su fuga. Era demasiado tarde para volver atrás, y si proseguía más adelante pronto se encontraría al descubierto, lejos de la masa de espectadores que le servía de refugio.

De pronto hizo alto, pues había visto un pequeño automóvil que estaba parado contra la vereda. Era el coche del jefe de los bomberos, brillante con una capa de pintura roja lustrosa, y con una campana reluciente en la parte de adelante. El motor estaba en marcha.

—¡Allí está! — exclamó una voz detrás de él. — ¡Atájenlo!

Dale se sonrió, con una sonrisa inflexible y temeraria. Una vez más el grito resonó detrás de él a corta distancia, y luego, un impulso nacido en el peligro desesperado del momento lo indujo a tomar un rápida determinación. En un instante saltó dentro del coche; movió la palanca, se inclinó sobre el volante, y el pequeño vehículo partió calle abajo.

Se levantó un clamoreo, mezclado de estupor ante la asombrosa maniobra del fugitivo. Con una sonrisa nerviosa, Dale pisó al acelerador. Una confusión de gritos resonó en sus oidos al dar vuelta a una esquina, corriendo a toda velocidad; dió vuelta otra vez, echó una mirada sobre su hombro a un grupo de sus perseguidores, hizo unos cuantos virajes más, y luego redujo algo la velocidad al llegar a una calle de mucho tráfico.

En ese momento un vago recelo se apoderó de él, pero no podía volver atrás; su espíritu temerario era más poderoso que el instinto de conservación. Adelante, en medio de la calle, estaba de facción un vi-

gilante de alta estatura. Dale se agachó sobre el volante y tocó la campana con clamorosa insistencia. El agente dióse vuelta, miró fijamente al coche que avanzaba, y reconociendo la reluciente campana y los costados rojizos, levantó la mano para detener la marea del tráfico. En un momento el camino quedó expedito.

Nuevamente Dale pisó el acelerador. Con el rabillo del ojo le pareció ver que una expresión de duda e incertidumbre cruzaba los ojos del agente mientras el coche pasaba vertiginosamente a su lado, pero prosiguió su marcha serenamente, confiándose para sí cuando otro agente volvió a darle pase libre. Continuó su camino y poco después hacía alto frente a un garage. El encargado estaba ocupado con un cliente, lo que aprovechó Dale para descender del automóvil sin ser notado. Siguió la marcha a pie. En un pequeño negocio de compraventa al otro lado de la calle adquirió un sombrero. Un poco más adelante hizo alto para comprar diarios. Veinte minutos más tarde, después de seguir una ruta desciada, se paró frente a un restaurant chino. Miró con precaución a todos lados, descendió las escaleras que conducían al subsuelo, y entró en el local.

—¡Hola Sam! — le dije alegremente al chino impasible que estaba detrás del mostrador. — ¿Cómo van los negocios?

—Muy bien — repuso con apatía, pero Dale distinguió una astuta guiñada en los ojos forma almendra que le hicieron comprender que la costa estaba libre. Tenía un perfecto entendimiento con Sam Ling, que databa de la época en que le había hecho al chino un favor que a Dale le parecie a completamente trivial, pero que había inducido a Sam a jurar por todos sus antepasados que nunca lo olvidaría.

Dale se dirigió a la parte trasera del establecimiento y pasó por lo que a primera vista parecía ser un tabique sólido de madera, pero que en realidad no era más que una puerta ingeniosamente disimulada.

—¡Uf! — exclamó. — ¡Esta sí que fué una escapada!

Después de encender la luz, se sentó para fumar un cigarrillo. Su emocionante huida lo había dejado de un humor excelente, a pesar de lo precaria que era su situación. Se imaginó la cara larga que pondría Summers cuando supiera los detalles de su fuga, especialmente la desenfrenada carrera en el automóvil, y los policías que habían parado el tráfico en beneficio suyo. Pensaba que si una persona acusada de un serio crimen habría alguna vez huido en forma tan espectaculosa, y se reía de corazón al contemplar la chocarronería de todo ello.

Su situación tenía una faz muy grave, pero por el momento no pensaba en ella. En ese instante estaba a cubierto de la búsqueda que sabía ya se había iniciado. La habitación en la que estaba sentado, amueblada con sencillez y rodeada de cuatro paredes, le había servido de refugio seguro en varias emergencias. El Artificioso la llamaba su Ermita. Una de las razones que explicaban su éxito para eludir a la policía era la de que conservaba sus dos identidades estrictamente separadas. Martín Dale, una persona vulgar, patronizador de las bellas artes, vivía en un confortable departamento, entre lujos y refinamientos que concordaban con su posición; pero la habitación sencilla y nada hermosa de Sam Ling, era de propiedad exclusiva del Ladrón Artificioso.

Con su sencilla mesa escritorio, la biblioteca atestada de sombríos volumenes, y su ambiente general de reclusión y estudio, podría decirse que era la habitación de un estudioso que buscara allí un refugio lejos del bullicio del mundo exterior. Era aquí donde el Artificioso maduraba sus planes, practicaba las artes y modales que debían acompañar a los diversos papeles que asumía según las circunstancias, almacenaba los despojos de sus expediciones, y cuando los casos lo exigían, se escondía de la policía hasta que podía volver a salir con seguridad.

Su sonrisa, evocada por los recuerdos de su emocionante fuga, duró poco tiempo. La emoción y la satisfacción de ese incidente quedaron pronto eclipsadas por reflexiones más sombrías. La maraña de la tela en que se había visto envuelto era suficiente para emsombrecerlo. Habíase sentido arrastrado por un impulso irresistible cuando se apartó de Summers, y por el momento no podía explicarse la razón por qué escapó de esa manera.

Pero ahora la comprendía mientras estaba sentado en lugar seguro entre las cuatro paredes de su Ermita. Desde los comienzos de su carrera, el Ladrón Artificioso había tenido el presentimiento de que algún día sería atrapado. Sus triunfos siempre habían sido ensombrecidos por el convencimiento de que la estrella de su suerte debía dejar de fulgurar por las paredes tétricas y sombrías de la prisión. Este temor, por lo general intangible y mantenido en lo más profundo de sus pensamiento, había brillado convirtiéndose en una llama enceguecedora desde el momento en que vió el pequeño topacio en la palma de la mano de Summers.

¿Cómo había llegado hasta la casa de Jimmy Stratton? No se lo podía imaginar, y la razón de su presencia allí era relativamente de poca importancia. Era suficiente que Summers hubiera llegado a apoderarse de un rastro que según él probaba que Martín Dale era el Ladrón Artificioso. Desde el punto de vista del inspector, la conclusión era muy acertada. La tarjeta encontrada en el mueble indicaba que el Artificioso era culpable del crimen, mientras la pequeña piedra daba pruebas de que Martin Dale era el "Artificioso". Por la primera vez habíase establecido un lazo de unión entre Dale y su otro ser.

Aunque el lazo de unión era espurio, se encontraría en dificultades para demostrarlo.

Le sería imposible explicar su presencia en la casa de Stratton, como le era explicar porqué la tarjeta que había dejado al lado de la caja de hierro de Sir Winbrook Ellison no fuera notada. Tenía todo el aspecto de una maquinación siniestra, y en el mismo instante en que vió al topacio en la mano del inspector Summers, tuvo la noción clara de su significado. Parecía como si alguien, con malas intenciones hacia él, hubiera retirado la tarjeta de la escena de un pecado venial, para llevarla a la de un crimen, aumentando las pruebas al dejar el topacio en el último de los lugares mencionados. Era sólo una conjetura sin fundamento, y el inspector Summers habríase reído a carcajadas ante una idea semejante, pero Dale no podía encontrar otra explicación.

Cualquiera que fuera la verdadera solución del misterio, Dale estaba seguro de haber tomado el camino más correcto a su alcance. Summers, si se le hubiera permitido seguir su plan, lo hubiera hecho arrestar. Sospechando desde largo tiempo de que Dale era el Artificioso, no escucharía ningún argumento.

Ese era el motivo por el cual Dale habíase decidido a fugar, y esa la razón por la que habíase retirado a ese cómodo escondite donde podía pensar con tranquilidad y planear la conducta a seguir. Una vez arrestado bajo la inculpación de un delito que le impediría quedar libre bajo fianza, las oportunidades de comprobar su inocencia hubieran sido muy precarias y así había tomado el camino que le dejaba libertad para obrar según su criterio le indicase. Pero al principio descubrió que le era difícil coordinar sus pensamientos. La idea de que Martín Dale era ahora un fugitivo de la justicia le hizo sentir una emoción de duda. El Artifiioso había vivido desde hacía mucho tiempo al margen de la ley, pero sólo era un nombre que servía para sazonar las charlas y las noticias de los periódicos, y su identidad habíase tornado en un asunto que despertaba la curiosidad general. Ahora era Martín Dale a quien se buscaba. Su nombre figuraría en las páginas de los diarios como prófugo de un crimen.

Era una sensación nueva, y decididamente bastante desagradable. Dale, buscando en su bolsillo un nuevo cigarrillo, tocó la carta que había escrito poco antes de que llegara Summers, y la que, en su fuga precipitada, había olvidado de poner en el correo. La situación había variado mucho desde que escribió la carta, pero ningún daño causaría siguiendo al pie de la letra su primitivo plan. Decidió pedirle a Sam Ling que saliera y la enviara por mensajero especial. El chino nunca hacía preguntas, y Dale sabía que podía tener la más absoluta confianza en él.

Volviendo a su escondite después de confiar a carta a Sam, recogió los diarios que había comprado. La primera cosa en que se fijó fué en una fotografía de la señorita Florencia Norton, la gobernanta cuyo paradero después de la desaparición de las joyas, la policía trataba de averiguar. Era una persona de facciones jóvenes y vivaces, con nariz suavemente respingada y labios sonrientes. A Dale le agradaba el reflejo de alegría que brillaba en sus grandes ojos, situados bastante lejos uno del otro, y el aire de impetuosidad que le imprimía la pose espritua de su cabeza adornada con una abundante cabellera, probablemente de color castaño o rojiza. Hubiera deseado que el retrato fuese más específico en ese sentido, así como también con respecto al color de los ojos.

—¡Y esa es la muchacha que la policía acusa de haber robado las joyas! — murmuró con disgusto. — ¡Testarudos!

Dió vuelta a la página donde los títulos hablaban del asesinato de Stratton, que fuera descubierto demasiado tarde para ser publicado en los diarios de la mañana. Por razones propias, Summers parecía haberse reservado la noticia del hallazgo de la tarjeta de El Artificioso en el mueble y el descubrimiento del topacio al lado del cuerpo, posiblemente a causa de que deseaba entrevistarse con Dale antes de comunicar esos datos a la prensa. Naturalmente, ninguna mención se hacía a la espectaculosa fuga de Dale, que debía haber ocurrido más o menos a la hora en que los diarios salían de máquina.

Dale volvió a la crónica del robo de Ellison. Mientras el diario consideraba los dos hechos como acontecimientos separados, pensaba si no existiría en algún lado un lazo de unión entre ambos. El hecho de que su tarjeta no hubiera sido notada en un lugar, apareciendo, en cambio, en otro, parecía sugerir algo de esa índole. Dale leyó la crónica con cuidado, pero al principio no pudo descubrir nada que echara la menor luz sobre el misterio.

La culpabilidad de la joven gobernanta se basaba en su misteriosa desaparición, junto con el hallazgo del broche de zafiros en su habitación. La policía la buscaba en varias direcciones y esperaba poder arrestarla antes de mucho. Entre tanto, tolos los negocios de compra venta y casa de empeño eran revisadas para descubrir si se habían hecho tentativas para deshacerse de las joyas robadas. Tal era, en suma, la esencia de la crónica que Dale leyó.

Estaba ya por dejar los diarios a un lado, cuando un párrafo al final de la crónica pareció reclamarle una atención más detenida. No podía explicarse por qué le parecía que tenía un doble significado, pero volvió a leerlo:

"El señor Loring Beale, secretario privado de Sir Elison, que ha tenido relaciones con la gobernanta desaparecida, ha suministrado informes que en un principio se negara a dar, los que han servido para confirmar las sospechas contra la señorita Norton."

El diario resbaló de las manos de Dale, cayendo al suelo.

—¡Novela! — murmuró, pensativo. — Supongo que Beale está enamorado de ella. A menos que la fotografía le dé encantos que no posee, admiro su gusto. ¿Pero por qué se le obligó a hablar? Si yo [illegible]ra

enamorado de una joven como la señorita Norton, lo que es imposible, naturalmente, pero no deja de ser una hipótesis interesante, se necesitaría el empleo de un ariete hidráulico para abrirme la boca. Sí, por eso quisiera saber por qué habló Beale.

CAPITULO V

Entra el Artificioso

—¡Sale Martín Dale! — dijo Dale en su tono natural; luego agregó en una voz extrañamente alterada:

—¡Entra el Ladrón Artificioso!

Durante algunas horas había permanecido sentado pensando en la crónica del diario relativa al robo, pero sus reflexiones seguían un camino sinuoso que lo llevaba lejos de las líneas impresas; y ahora estaba de pie frente a un gran espejo en su ermita, contemplando el reflejod e Martín Dale enteramente cambiado.

—No está mal, — declaró, hablando con la voz leta, algo quejumbrosa, que era una de las características peculiares del "Artificioso", y que contrastaba tan profundamente con el acento sonoro de la voz de Martín Dale.

—Creo que ni aún mi amigo Summers podría reconocerme con esta figura.

El reflejo en el espejo apoyaba su declaración. Presentaba al Artificioso con un aspecto que era el resultado de infinita práctica en el arte de la personificación, arte que había cultivado durante años. Su aspecto cambiado no era tanto el resultado de un disfraz como la asimilación de una personalidad diferente. El sabía que los gestos y modales junto con el modo de hablar y las peculiaridades de la expresión fisonómica servían mucho mejor para identificar a una persona que el color de los ojos o del cabello. Y parado frente al espejo, mirando a través de sus anteojos de carey, en una forma que le daba la apariencia de un corto de vista de cabello algo gris, tenía el aspecto de una persona que no disfrutaba de muy buena salud, y que, a juzgar por el corte de su saco y sus amplios pantalones, se hallaba posiblemente en circunstancias económicas apretadas.

Después de quedar satisfecho respecto al cambio efectivo de su aspecto, el Artificioso prosiguió con los otros preparativos. En un rincón de la habitación sacó dos tablas del piso; y de una pequeña caja de metal escondida en su interior extrajo una de las joyas que había tomdao de la caja fuerte de sir Winbrook Ellison la noche anterior. Era un anillo de sello, de platino, de gran tamaño, con las iniciales de sir Winbrook grabadas y que en los costados tenía, en alto relieve, una reproducción en minatura de la Venus sobre las Olas. Era uno de los objetos más típicos en la colección el que el Artificioso había sacado de la caja, y como sir Ellison le atribuía mucho valor, había sido mencionado especialmente en todos los diarios.

El Artificioso se puso el anillo en el bolsillo, y del cómodo receptáculo de debajo del piso sacó una cartera de cuero que contenía un juego de instrumentos de acero que le habían resultado muy útiles en diversas ocasiones. Estos, junto con dos o tres instrumentos de otra clase, que podrían ser de utilidad en ciertas emergencias, desaparecieron dentro de su saco. Luego se armó de una pequeña pistola automática, que rara vez usaba, pero que tenía la ventaja de hacerlo sentirse más seguro, y finalmnete se puso un sombrero blando, algo ajado y descolorido, en la cabeza.

—¡Pronto! — murmuró, mirando el reloj barato que llevaba. — Son las diez y cuarto. En cuanto ahya comido algo, será hora de comenzar a maniobrar.

Mientras esperaba la comida, fijó su vista en el periódico que había enviado al mozo a comprar. El asesinato de Stratton y el robo de Ellison estaban aún compitiendo por la supremacía en las noticias del día; este último adquiría la mayor parte de su interés porque la figura de la joven gobernanta llamaba la atención. La comunicación del Artificioso había llegado a las oficinas de los periódicos a tiempo para ser publicada en la edición de la tarde, pero como lo anticipara, había sido tomada como una broma, pensándose que el Artificioso estaba tratando de establecer una coartada, asegurando que había estado en la casa de Ellison más o menos a al hora en que fuera asesinado Stratton. Se decía que el hallazgo del pequeño topacio en el lugar del crimen no podía ser explicado tan fácilmente; tampoco podía el Artificioso asumir la responsabilidad por la desaparición de las joyas hasta que no hubiera explicado por qué uno de los artículos desaparecidos fuera encontrado en la habitación de la gobernanta.

El Artificioso se sintió algo descorazonado, pero había descontado de antemano la recepción que tendría su carta. Era sólo un nuevo caso en que la verdad era más extraña que la ficción. En vista de las circunstancias, no le era posible culpar a los redactores de los diarios por haber tratado su carta en la forma en que lo hicieron. Sin embrago no podía mantener la esperanza de llevar a cabo muchas cosas hasta tanto no hubiera convencido a la policía y a los periódicos de que ahbían cometido un error. El caso de la señorita Norton estaba ahora tan inextricablemente ligado con el suyo propio que no podía hacer adelanto alguno por su parte hasta tanto no hubiera probado que era él y no la gobernanta quien se había apoderado de las joyas. El anillo de sello que se encontraba en su bolsillo le serviría para eso, si el plan que tenía en su mente tenía éxito. Entre tanto, mientras comía lo que el mozo dejara delante de sí, se reía tranquilamente de la crónica hecha por el repórter, acerca de su fuga en el automóvil del jefe del cuerpo de bomberos.

Después de fumar un cigarro de una marca diferente a la que acostumbraba a consumir, pagó la adición y salió, caminando lentamente, del restaurant. La lectura de los detalles de la fuga del Artificioso le había

devuelto su excelente buen humor acostumbrado. Si todo marchaba bien, los diarios tendrían otra asombrosa historia que contar del Artificioso al día siguiente. Era un pensamiento agradable, y sus efectos estimulantes prolongáronse hasta que Dale, en su manera típica e inimitable, penetró en la casa de Ellison. Antes de esa noche, sólo había estado en al casa una vez, pero tenía una idea general bastante acabada de la disposición de las habitaciones, sabía que el dormitorio de sir Winbrook Ellson estaba situado en un ángulo del segundo piso, con la ventana mirando al jardín de los fondos.

Era ya cerca de media noche, — pues había tardado un tiempo considerable en llegar a su destino, caminando despreocupado por una ruta desviada, — y un silencio sepulcral reinaba en toda la mansión magníficamente amueblada. Silencioso como una sombra, guiado sólo por los destellos que de cuando en cuando despedía su linterna de bolsillo, el Artificioso ascendió las escaleras ricamente alfombradas, luego dobló por el corredor e hizo alto por delante de la última puerta de la izquierda. Por unos instantes permaneció escuchando; luego llamó discretamente a la puerta.

Esperó, pero no obtuvo respuesta, y volvió a insistir, golpeando con los nudillos de los dedos de manera que no llamara la atención de los otros ocupantes de la casa. Evidentemente, Ellison tenía el sueño pesado, pues tuvo que llamar cuatro veces antes de que un suave ruido dentro de la habitación le hiciera comprender que el ocupante se movía. Transcurrieron unos minutos y luego llegó hasta los agudos oídos del Artificioso un suave clic, como el producido por la llave de la luz eéctrica al dar vuelta. Pisadas apagadas resonaron en el interior, y luego la puerta se abrió, apareciendo la figura de Ellison, redonda como un barril, vestido con una robe de chambre.

Sus ojos, aún embotados por el sueño, se abrieron de súbito al distinguir la figura extraña que estaba en la puerta. Indudablemente había supuesto que la persona que llhmaba era de la casa.

—¿Qué diablos quiere usted? — rugió en tono colérico.

—No hable tan fuerte, — dijo el Artificioso con calma, poniendo al mismo tiempo el caño de su pistola automática delante de los ojos de Ellison, — quiero conversar un momento con usted, si lo permite.

CAPITULO VI

El anillo de sello

Sir Winbrook Ellison tenía unas facciones regordetas y que denotaban poca salud, dominadas por lo general por una expresión de piadosa dignidad, pero su fisonomía reflejaba la consternación que lo dominaba mientras el Artificioso, tranquilamente, hacía su entrada en la habitación, cerrando con llave la puerta tras de sí.

—Cálmese, sir Winbrook, — le dijo con amabilidad, hablando con el acento inimitable del Artificioso. — A menos que presente usted resistencia, ningún daño se le hará. Vamos solamente a tener una conversación agradable.

—¿Entonces, qué quiere usted? — preguntó Ellison, haciendo alarde de sangre fría.

—Le comunicaré el asunto que me trae dentro de un momento. Supongo que tomará asiento, sir Winbrook. Usted parece no estar muy seguro sobre sus piernas. ¡No! ¡Allí no! Prefiero que usted se siente aquí, donde no esté tan cerca de la campanilla. ¡Ah! ¡Gracias! — prosiguió, mientras Ellison de mala gana, cumplía con lo que se le pedía. — Ahora permítame que le sugiera que fume un cigarrillo. Le calmará los nervios.

Ellison lo contempló, tomó una cigarrera de plata, y, trémulo, encendió un fósforo.

—Y bien, ¿qué asunto tiene que contarme? — dijo con voz firme.

El Artificioso se sentó frente a él, jugando con la pistola automática entre sus rodillas.

—He venido a corregir un error, — le anunció. — Su caja de hierro fué violada y robada ayer, tengo entendido.

—No hay ningún error en cuanto a eso, — dijo Ellison de mal humor.

—Me permito ser de una opinión contraria a la suya. He visto por los periódicos que su gobernanta, la señorita Florencia Norton, ha sido acusada de haber robado sus joyas.

—Es cierto. Sólo deseo que los tontos de la policía se apresuren a atraparla.

—¡Jum! Acompaño a usted en su ansiedad por que el ladrón sea atrapado y recobre los objetos de su propiedad. Yo deseo que me diga una cosa, si gusta. ¿Tiene alguna prueba, aparte del broche de zafiros y la repentina desaparición de la señorita Norton, que le haga pensar en que ella sea culpable?

—Eso es bastante, ¿no le parece?

—Lo sería, tal vez, en circunstancias normales.

—Es bastante, — balbuceó Ellison. — ¿Cómo habría estado el broche de zafiros en su habitación si no fuera culpable? ¿Por qué habría ella escapado en esa forma si no hubiera cometido un delito? Hay algo más, sin embargo. No creo que se le importe a usted, pero bien se lo puedo decir. Loring Beale, mi secretario y una de las personas de servicio, han prestado atención a la señorita Noron últimamente. El no quiso decir nada en contra de ella, pero los detectives y yo finalmente, le hicimos comprender que era su deber decir todo lo que sabía. Beale tiene el sueño muy liviano, y anoche creyó haber oído un ruido extraño que provenía de la biblioteca. Allí es donde está la caja, y Beale sospechó que algo sucedía. Bajó para averiguar lo que pasaba, y en el moemnto de llegar a la puerta de la biblioteca vió a la señorita Norton que se retiraba apresuradamente. Ella no lo notó, pero él la vió perfectamente. Beale pensó que sus movimientos eran algo extraños, pero no podía pensar nada malo de la señorita Norton. Un hombre que está enamorado es un tonto. Se volvió a la cama y se durmió.

—El sueño de los justos, sin duda. — di-

jo el Artificioso con un sarcasmo que el otro no pareció comprender. — ¿Cómo se descubrió el robo?

—Beale estaba tan intrigado por el comportamiento de la señorita Norton que no pensó en apagar la luz de la biblioteca. Supuso que no se sentía bien, o, de lo contrario, que habría recibido malas noticias de su casa. Esa noche le correspondía salir a la mucama y cuando regresó poco antes de medianoche vió la luz encendida. Se lo contó al mucamo, y así es como se descubrió el robo. Para esa hora ya había desaparecido la señorita Norton.

—Ya veo, — murmuró el Artificioso. — Después, naturalmente, Beale comenzó a poner las cosas en orden y contempló la extraña conducta de la señorita Norton bajo otro aspecto. Los informes no fueron suministradas por él por su propia voluntad, según tengo entendido.

—¡No! Se veía claramente que tenía alguna idea en su cabeza, y nosotros le convencimos que era su deber decir lo que supiera. El se dió cuenta de que si se quedaba callado la cosa siempre pesaría en su conciencia.

El Artificioso hizo un movimiento on la cabeza, como comprendiend.

—Sin duda. Se debe obedecer los dictados de la propia conciencia, aun cuando se esté enamorado. Su secretario debe ser una persona de elevado criterio.

Ellison lo contempló con resentimiento, como si hubiera descubierto una leve ironía en sus palabras. Se estaba reponiendo rápidamente de su consternación, pero aun miraba con terror el arma que estaba en las manos del Artificioso.

—Todavía no me ha explicado usted el motivo de su entrada a esta casa, — observó.

El Artificioso pareció no haberle oído.

—Es raro que Beale no haya descubierto el robo por sí mismo, — dijo pensativamente. — ¿Por qué no habrá entrado en la biblioteca para ver lo que la señorita Norton había estado haciendo?

Ellison frunció el ceño con severidad.

—¿Pretende darme a comprender que mi secretario fué quien robó las joyas?

—¡Oh, no! — El Artificoso se sonrió ante la pregunta—¿Por qué habría yo de insinuar semejante cosa? Yo sé quién las ha robado.

—También yo lo sé. Naturalmente, fué la señorita Norton.

Ellison bostezó ostensiblemente, pero su indirecta no surtió efecto.

—Yo tengo sueño, y usted no me ha dicho todavía el asunto que lo ha traído aquí. Los sirvientes están muy cerca Pediré socorro a menos que usted termine esta.... entrevista lo antes posible.

Los labios del Artificioso se movieron en sus extremos, y comenzó a jugar significativamente con el arma.

—Usted no hará eso, sir Winbrook. Como le he dicho, he venido aquí para corregir un error. Beale no ha robado las joyas, como tampoco la señorita Norton. Fuí yo quien las robó.

—¿Usted? — Ellison se rió con nerviosidad, mirando al hombre que estaba sentado frente a él como si tuviera la sospecha de que tenía que habérselas con un loco. — ¡Esas son tonterías!

El Artificioso se sonrió con serenidad; y luego, en voz baja, comenzó a recitar: —Siete a la izquierda; catorce a la derecha; nueve a la izquierda; tres y medio a la derecha...

Ellison le interrumpió con una exclamación de asombro.

—Paree que usted reconoce la fórmula, — observó el Artificioso con placidez. — Es la combinación de de su caja de hierro, según creo.

Ellison fijó sus miradas asombradas en él.

—Lo era hasta... esta mañana en que la cambié, — balbuceó. — No sé cómo usted la ha podido descubrir.

—Ese es un pequeño secreto. Permítame que le sugiera una idea. Muchas veces la precaución se lleva demasiado lejos. Usted ha tenido el hábito de cambiar la combinación una vez al mes. Eso es demasiado. Su memoria no es muy bueno, ¿sabe? Sería mucho mejor cambiar la combinación sólo dos veces por año y llevarla dentro de la cabeza en lugar de anotarla en la pequeña tira de papel.

Elison se estremeció.

—¡Eso es admirable! — exclamó tartamudeando. — No sé cómo... Pero eso en realidad nada me prueba, y no explica el hecho de que la señorita Norton se haya ido, y dejado olvidado un prendedor de zafiros en su habitación. Usted parece conocer la combinación para abrir mi caja, pero eso no me prueba que usted sea el ladrón.

—Tal vez no; ¿pero cuál podría ser el motivo que me indujera a decirle que fuí yo quien robó las joyas si no hubiera sido?

—No lo sé... a menos...

—A menos que esté fuera de mi juicio. Bueno, no debemos siquiera pararnos a considerar esa posibilidad. Anoche, después de saquear su caja fuerte, he dejado un recuerdo en el piso, que no ha sido observado por alguna razón inexplicable. Permítame que le presnte un duplicado.

Mientras la mano derecha del Artificioso se apoyaba pesadamente sobre la culata de su pistoa, la izquierda se introdujo en el bolsillo interior de su saco. Con una pequeña reverencia le entregó la tarjeta.

Ellison la contempló, luego sus ojos se agrandaron con una mirada rígida y en seguida tragó en seco.

—¡Usted... usted es el Ladrón Artificioso! — exclamó tembloroso, paseando sus miradas llenas de asombro de la tarjeta a las facciones del visitante.

El artificioso inclinó su cabeza.

—Yo sé que mi venida aquí esta noche está rodeada de considerables peligros, pero las circunstancias han sido extraordinarias, por lo que decidí correr el riesgo. Sírvase sentarse tranquilo, sir Winbrook. Aun no he terminado.

El otro, que se había puesto de pie momentáneamente, volvió a dejarse caer en la silla.

—El peligro no es tan grande como parece, — prosiguió el Artificioso. — ¿Querrá usted creer ahora, sir Winbrook, que fuí yo quien se apoderó de sus joyas anoche?

Como si estuviera mareado, Ellison se pasó una de las manos por la frente; una sonrisa forzada se dibujó en sus labios.

—Así que usted es Martin Dale — murmuró. — Yo no lo hubiera conocido.

—Yo soy el Ladrón Artificioso. Esto es bastante por ahora. Todo lo demás es cuestión especulativa. Yo sé que la policía y los diarios están diciendo, pero no cometí el robo. ¿Está usted convencido?

La sonrisa de Ellison se hizo algo colérica.

—Yo ví su carta en los diarios de la noche, naturalmente. Estaba redactada en forma inteligente pero no va a dar resultado. Usted está solo tratando de despistar acerca del asesinato de Stratton asumiendo la responsabilidad de un delito de menor cuantía.

El Artificioso hizo un movimiento de cabeza con aburrimiento.

—Sí, ya sé que es eso lo que se supone. Pero no deja de ser una idiotez. El hecho de que yo haya saqueado su caja fuerte anoche no me disculpa por el asesinato de Stratton, Los dos hechos tuvieron lugar con varias horas de diferencia. Yo pude haber ido desde su casa a lo de Stratton, así es que ¿cual podría ser mi objeto al mentirle a usted?

Ellison no parecía estar impresionado. Su mirada se dirigía con persistencia al botón de la campanila que estaba colocado encima de la mesita, al lado de su cama.

—Aun si fuera cierto lo que usted dice, — observó en un tono de completa incredulidad, — no veo lo que usted gana al venir aquí a decirme que usted ha robado mis joyas. No es humano que un ladrón haga una confesión voluntaria.

—El objeto que me guía es aclarar la situación de una mujer inocente. La policía puede cometer errores. Eso lo sé, pues yo mismo he sido víctima una vez de sus equivocaciones. Yo deseo salvar a la señorita Norton de una grave injusticia e incidentalmente deseo probar a la policía que toda su teoría está equivocada. Veo que es usted muy dura de convencer sir Winbrook. ¿Ha visto usted esto antes?

Su mano izquierda volvió a introducirse en el bolsillo, y poco después mantenía el anillo de sello delante de los ojos de Ellison. Durante varios minutos ninguno de los dos hombres habló. El Artificioso continuó dando vueltas al anillo, presentando el monograma y las figuras de los costados ante las miradas asombradas de Ellison.

—¿Está usted convencido? — le preguntó con tranquilidad.

Ellison volvió a tragar en seco con trabajo. Sus cejas se levantaron con una verdadera expresión de asombro al ver algo que apenas si podía dar crédito a sus ojos.

—¡Es mio! — exclamó con voz ahogada.

—¿Está usted convencido, entonces?

—Yo no comprendo, pero debo creer una cosa cuando la veo con mis propios ojos.

—Esa es una actitud muy correcta de su parte. ¡No, todavía no! — prosiguió mientras el otro extendía la mano hacia su anillo.—Le será devuelto a usted junto con las demás joyas, tan pronto como haya usted cumplido con los términos mencionados en la tarjeta que le he mostrado hace un momento, y que le dejaré cuando me vaya.— Se levantó y miró a su interlocutor con el ceño fruncido. — Lamento molestarlo, Ellison, pero debo tomar ciertas precauciones. Temo que se sienta usted tentado de pedir socorro en el mismo instante en que yo dé vuelta la espalda. La captura del Artificioso sería una pluma para adornar su sombrero. Ahora quédese quieto.

Con un movimiento rápido y diestro aflojó el cordón con borlas que colgaba de la robe de chambre de Ellison y le ató fuertemente las manos y los pies. Ellison se retorció y se encolerizó, pero no podía moverse, y la mano del Artificioso estaba cerca de su garganta, lista para sofocar cualquier grito. Finalmente la funda de una almohada fué aplicada eficazmente a manera de mordaza, y el Artificioso se hizo a un lado para contemplar su obra.

—Dentro de un momento he de telefonear a mi amigo el inspector Summers, — le prometió. — Indudablemente se ha de apresurar a acudir para dejarlo en libertad... Usted tendrá una historia sumamente interesante que contarle, ¿eh, Sir Winbrook? No omita ninguno de los detalles.

Se sonrió amablemente, se dirigió a la puerta con el paso elegante habitual en el Artificioso, la abrió, y luego se echó hacia atrás dejando escapar una exclamación involuntaria. Afuera, con una sonrisa de triunfo en su ancha cara y el caño de una pistola fulgurando en su mano, estaba el inspector Summers.

CAPITULO VII

El gran momento

Era un momento sublime en la vida de Summers, y sumamente critico para el Ladrón Artificioso. La tensión nerviosa y las precauciones mezcladas con la gratitud del inspector demostraban que apreciaba en su justo valor lo dramático de semejante situación.

Al dirigirse con rapidez dentro de la habitación, con el revólver apuntado directamente hacia el Artificioso, fué seguido de un hombre delgado y moreno, de figura delicada y elegante que se adivinaba y se hallaba dominado por una gran excitación nerviosa.

—Cierre la puerta, señor Beale — dijo Summers con voz tremula. — Ya lo hemos capturado. Si trata de escapar por la ven-

tana, no hará más que saltar directamente en los brazos del oficial que he dejado estacionado abajo. Summers dirigió su mirada fulgurante hacia el Artificioso. ¡Una buena máscara, Dale! — exclamó, fijándose en los detalles de su disfraz.

—Disculpeme — murmuró el Artificioso pareciendo estar agudamente sorprendido. — ¿No está usted obrando bajo una mala interpretación en cuanto a mi identidad se refiere?

El inspector se rió fuertemente.

—No hay mala interpretación alguna. Esa voz de usted no me engaña. Usted es un pordiosero con esa indumentaria, pero yo lo conozco. Usted es Martin Dale.

El Artificioso retrocedió un poco más en la habitación, mirando al inspector como si se encontrara completamente en la ignorancia y no lo entendiera.

—No conozco a Martín Dale, — declaró, — y no tengo el placer de conocerle a usted tampoco. Debe haber algun error.

—¡Error! El error es todo suyo esta vez, Dale. Usted ha ido demasiado lejos. Usted ha estado arreglando las cosas según su conveniencia, ya lo veo, — agregó mientras su mirada se posaba en la silla en la que sir Winbrook Ellison estaba sentado y maniatado. Usted hace las cosas en debida forma, cuando se pone en movimiento, Dale.

—¿Dale? — murmuró el Artificioso, evasivamente para ganar tiempo mientras coordinaba sus pensamientos. No sé por qué usted insiste en llamarme Dale. En cuanto a sir Winbrook, usted lo ve ahora en su manera favorita de descansar. Antes de retirarse de noche siempre se ata a si mismo para no echar la ropa afuera de la cama. La mordaza sirve para no comprometerlo con sus palabras mientras duerme.

—Guarde sus bromas para el juez, — exclamó Summers. — Ellos las sabran apreciar. Le doy crédito sólo por una cosa, Dale. Tiene usted más nervio que cualquier hombre que conozco. El juego ha terminado ahora, sin embargo. Usted ha disparado su último cartucho. Beale, que está aquí, oyó algunos extraños ruidos que provenían de esta habitación justamente cuando se disponía a acostarse, y me telefoneó que sucedía algo anormal en el dormitoriode sir Winbrook.

—Felicito al señor Beale por la agudeza de su oído, — murmuró el Artificioso mirando al secretario, que estaba sacando al dueño de casa de la situación en que se encontraba, aflojando las ligaduras que le tenían sujeto de las muñecas y los tobillos.

—Tengo muy buen oído yo también, — declaró Summers. — El señor Beale y yo hemos estado parados frente a la puerta durante veinte minutos, tomando nota de todo lo que ocurría.

—Ha sido una gran fortuna, — dijo el Artificioso con calma. — Yo pensaba telefonearle para que usted viniera aquí y oyera las explicaciones de sir Winbrook, pero esto nos economiza tiempo a ambos. Desde el momento que usted oyó todo lo que yo he dicho, supongo que usted estará convencido que la policía se ha equivocado cuando acusó a la señorita Norton de haber robado las alhajas.

Summers contrajo las facciones.

—Es usted muy listo, Dale. Yo no lo comprendo. Si usted robó los diamantes...

—El fué... — exclamó Ellison, con las facciones rojas y respirando fatigosamente, mientras miraba al Artificiosa con un fulgor de cólera en sus ojos. — El tiene mi anillo de sello en el bolsillo. Si usted es un empleado de la policía, arréstelo de inmediato. Aquí está la tarjeta que me dejó... la tarjeta de "El Artificioso". Ha tenido la osadía de decirme que los objetos de mi propiedad me serán devueltos tan pronto como haya entregado el diez por ciento de su valor intrínseco a alguna sociedad. ¿No es eso una prueba suficiente?

Sin contestar, Summers se agachó y recogió la tarjeta, que había caído al lado de la silla de Ellison. Contempló los regiones escritos en ella, y con una mueca se la guardó en el bolsillo.

—Usted ha dado su última broma, Dale, — declaró. — Ya no va a repartir más tarjetas de estas por algún tiempo. Todavía no he aclarado este robo, pero tenemos el asunto de Sratton. También tenemos el cuerpo del delito encima, así que tranquilícese, Dale.

El Artificioso retrocedió algunos pasos, luego hizo alto y se cruzó de brazos con resignación. La situación era desesperada. Tenía la pistola en el bolsillo de atrás del pantalón y sabía que Summers, aprovechando las lecciones que aprendiera con su pasada experiencia, no le daría tiempo de apoderarse de él. Era uno contra tres; además había oído las observaciones del inspector a los efectos de que un oficial estaba estacionado debajo de la ventana, cortándole la retirada en esa dirección. Era la situación más apretada en que jamás se encontrara, y su mente trabajaba con rapidez mientras presentaba una cara serena y sonriente hacia el inspector. Había previsto una emergencia, como en la que se encontraba, y hasta cierto punto estaba preparado para ella. El problema estribaba en la forma de aprovechar eficazmente la única ventaja que tenía.

Summers se acercó, y la expresión en su fisonomía indicaba que estaba alerta contra alguno de los asombrosos golpes con que Dale lo había vencido en el pasado. Mientras mantenía el revólver con la mano derecha a una altura conveniente, con la izquierda retiró de su bolsillo un par de esposas. El Artificioso habíales visto con anterioridad. Eran de tamaño chico, pero sumamente resistentes y el detective las empleaba con preferencia a cualquier otra clase de las reglamentarias. El acero bien templado resonaba con sonidos claros mientras el inspector se acercaba al lugar donde Dale permanecía de pie.

—¿Puedo servirle en algo? — preguntó Beale con voz delgada suavemente temblorosa. — Tal vez lo pueda sostener mientras...

—Usted hágase a un lado, — murmuró Summers. — Tengo una larga cuenta que

ajustar con este hombre, y voy a encargarme de él yo mismo. Ahora, Dale, de nada le servirá hacer bochinche porque ya lo tengo en mi poder. Esta vez no tiene a mano ningún automóvil del cuerpo de bomberos. Extienda las manos.

El Artificioso lo contempló durante un largo instante, inclinó la cabeza como si se hubiera dado cuenta de lo inútil que sería la resistencia y obedeciendo a la orden, extendió las manos.

El inspector parecía lleno de gozo y su mirada era triunfal en el momento de prepararse a ajustar las esposas en las muñecas del prisionero, pero en ese instante el Artificioso ejecutó una asombrosa maniobra. Su puño se extendió, golpeando al inspector en el brazo con un golpe seco y terrible como si hubiera sido descargado por una maza, y con tanta fuerza que los músculos quedaron por un momento insensibles. Las esposas cayeron al suelo, y en el mismo instante el Artificioso dió un salto. Podría haber llegado con toda facilidad a la puerta, pues ese movimiento fué tan rápido que había tomado a Summers completamente de sorpresa; pero en el momento culminante tambaleó y se cayó. En un segundo Summers se encontraba sobre sus espaldas, sujetándolo con sus fuertes brazos mientras doblaba hacia atrás los del caído. El Artificioso se retorció e hizo esfuerzos por libertarse, pero todo parecía inútil, y en un momento sus muñecas quedaron aseguradas a su espalda.

—¡Ya está! — exclamó Summers con aire de triunfo, respirando con violencia mientras se incorporaba. — Y aquí termina el Ladrón Artificioso.

—Usted merece felicitaciones, agente, — observó Ellison, deleitándose con el desconcierto del hombre que lo había humillado.

Con gran dificultad el Artificioso pudo ponerse de pie y se recostó desalentado contra uno de los barrotes de la lujosa cama de Ellison.

—Usted se ha preciptado un poco, sir Winbrook, — observó con sequedad. — Le sugiero que guarde sus felicitaciones para un momento más oportuno. Tendrá tiempo suficiente para felicitarlo cuando me encuentre en el calabozo.

—Usted se encontrará allí dentro de poco, — le prometió Summers, guardando el revólver, que ahora le resultaba innecesario, en el bolsillo trasero de su pantalón. —. Debo advertirle que cualquier cosa que usted diga será utilizada como prueba contra usted.

—Gracias por la advertencia, pero no es necesaria, ¡pues no tengo la menor intención de permitirle a usted que me encierre en un calabozo!

Summers lo contempló durante un instante. Le parecía una declaración atrevida formulada por un hombre cuyas manos estaban atadas a su espalda.

—¡Le cuesta trabajo rendirse, Dale! — declaró.

El Artificioso frunció el entrecejo.

—¿Persiste usted en llamarme Dale? Pues bien, ¡no me importa! Sólo deseo hacerle una pregunta, señor... ¿Cómo se llama usted?

Summers se rió de buena gana, ahora que el peligro había pasado.

—¡Como si usted no me conociera! Hemos almorzado juntos muchas veces, aunque nunca lo he visto antes con esa indumentaria o con esa cara. Yo le advertí que algún día me apoderaría del Artificioso, y usted siempre me repuso que esperaba estar presente cuando llegara la ocasión. Pues bien, sus deseos se han cumplido. ¿Quiere saber mi nombre, eh? ¡Eso sí que está bueno! Pero no importa, yo me llamo Summers... el inspector Summers. ¿Qué es lo que desea preguntarme?

—Deseo saber si usted está perfectamente convencido de que la señorita Norton nada ha tenido que ver con la desaparición de las joyas.

Las facciones del inspector Summers cambiaron de expresión; parte del aire de triunfo que hasta ese momento se dibujara en ellas, desapareció.

—Dejeme ver ese anillo de sello — le dijo con aspereza.

—Lo tiene en el bolsillo — se apresuró a observar Ellison.

Summers introdujo la mano en el bolsillo del saco del Artificioso y sacó el anillo. Durante un momento contempló las figuras en relieve y el monograma.

—¿Está seguro que es de usted, sir Winbrook?

—¡Positivo! Un anillo como ese no se falsifica tan fácilmente.

El inspector se acarició la barbilla pensativo.

—Bueno, — admitió. — No comprendo nada de lo que pasa, pero parece como si existiera algun error.

—Parece que la policía tiene un talento especial para cometer errores, — observó el Artificioso.

—¿Le parece? Es usted muy caballero al interesarse por la señorita Norton y querer ocupar su lugar. Eso está bien, pero de nada le ha de servir cuando se le sentencie por el asesinato de Stratton. Entonces tendrá algo más en que pensar que en la jazz band de las esferas. Esa fué una frase muy poética que usted me dijo ayer por la mañana.

El Artificoso se sonrió. No podía culpar a Summers por su deseo de venganza. El Artificoso había estado jugando con la policía durante tanto tiempo que no podía esperar otra cosa. Además, le pareció que había una leve nota de pesar escondida tras la chocarrería del inspector, como si su triunfo estuviera mezclado con escrúpulos de los que se avergonzara.

—Usted es incorregible, — le dijo con suavidad. — Acabo de salvarlo de cometer un grave error, y ahora usted va y comete otro ¿No estaba usted convencido, hasta hace un momento, de que la señorita Norton era la culpable?

—Parecía que el caso fuera bien claro.

—¿Usted creyó eso por que ella desapa-

reció de una manera que usted desaprobaba, y además porque alguien encontró el prendeor de zafiros en su habitación?

Summers, que parecía algo cohibido, hizo un breve movimiento con a cabeza en sentido afirmativo.

—Y no obstante usted está ahora convencido de que la señorita Norton no robó las joyas, — y el Artificioso recalcó estas palabras. —Usted ha visto que no se pued confiar en las apariencias, y sin embargo se rehusa a aprovechar esa enseñanza. Por causa de que usted encontró mi tarjeta en el cuarto de Stratton, usted llega a la conclusión de que yo lo maté. ¿o tiene usted tanta probabilidad de equivocarse en este caso como en el otro? Si las apariencias le han engañado a usted en el caso de la señorita Norton, ¿por qué no podría suceder lo mismo en el mío?

—Bueno, basta ya — dijo Summers con tono colérico. — Ya ha dicho lo que tenía que decir, y ahora vamos a dar un pequeño paseo. Estoy ansioso por hacer que se tome nota de sus palabras delante de testigos en la comisaría. Me parece que eso ha de convencer a todo el mundo de que Martin Dale, es el Ladrón Artificioso. ¿Está pronto?

—Un momento, inspector. Hay un punto que desearía aclarar. Sabiendo que la señorita Norton es inocente, ¿no le parece a usted que es extraño que no se haya dejado ver?

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—El caso es este, inspector. Al no presentarse a refutar los cargos que se le hacen en los periódicos, ella obra de la misma manera que lo haría una persona que fuera culpable en realidad. Sin embargo, sabemos que ella es inocente. ¿No le sugiere eso alguna idea?

Los ojos de Summers se achicaron y contempló fijamente al Artificioso.

—En la forma que usted se explica, me sugiere algo, — admitió. — ¿Tiene alguna idea del lugar donde se encuentra la señorita Norton?

—No, no la tengo, pero podría preguntarle al señor Beale; tengo sospechas de que él lo sabe.

Una mirada interrogadora se reflejó en los ojos del Artificioso mientras hablaba. Las palabras parecían como haber salido de su boca sin su voluntad. No podía comprender que era lo que le había inducido a hablar en la forma que lo hiciera, pero nó obstante había notado que al hacer referencia a la señorita Norton, el secretario habíase sentido afectado en una forma extraña. Una expresión de sorpresa se había dibujado en sus facciones, y en la mirada que fijó en el Artificioso se reflejaba el temor. No había durado más que un momento, pero fué lo suficiente para que el Artificioso notara su emoción momentánea.

—¿Sabe usted lo que él quiere decir?— le preguntó Summers al secretario.

—No tengo ni la menor idea, — declaró Beale con una naturalidad que parecía maravillosa en vista de la agitación de que estuviera poseído sólo hacia un momento.

—Nadie está más contento que yo de saber que la señorita Norton es inocente. Yo me resistía a creer que ella fuera culpable, ni aun en los momentos en que todas las circunstancias parecían estar en su contra y condenarla. Ignoro por completo donde pueda estar, y daría cualquier cosa por saber donde se encuentra.

Hablaba con una seguridad tal en su voz que el Artificioso no podía explicarse la instintiva sospecha que continuaba creciendo dentro de sí.

—¿Usted y la señorita Norton están comprometidos para casarse? — le preguntó Summers sin rodeos.

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! — Los labios

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

de Beale se fruncieron en una sonrisa de amargura que dejó al descubierto sus dientes diminutos y blancos. — Somos sólo amigos, y yo he tenido por ella el mayor de los respetos desde que trabé su conocimiento.

Summers se encogió de hombros, como dando a entender que estaba tratando de apartar ese asunto de su mente.

—Bueno, hay algunas cosas raras en este caso, pero tengo algo más importante en que pensar esta noche. No todos los días tengo oportunida de atrapar al Ladrón Artificioso. Vamos, Dale.

—Yo no he admitido que Dale sea mi nombre, — le recordó el Artificioso. —¿Por qué está tan apurado, inspector? De todas maneras su triunfo ha de perdurar. ¿Me permite que le haga una pregunta a Beale?

—¡Hágala! — dijo el inspector en un rapto de bondad.

El Artificioso miró a Beale con su mirada fija mientras lanzaba un tiro que creía a la ventura. Sus manos, atadas en la espalda, se retorciéron levemente, como si quisieran hacer aun más notoria su impotencia.

—Dígame, señor Beale, — le dijo en tono peculiar que asumía en su papel afectado, — ¿cuándo estuvo usted por última vez en la casa de Jimmy Stratton?

Los labios del secretario, que habían dejado entrever una leve sonrisa, se cerraron súbitamente, y de nuevo un centelleo de intranquilidad pasó y desapareció de sus ojos oscuros. El Artificioso, intrigado por el efecto que sus palabras le causaran, lo miró fijamente. Le agradaba que Summers hubiera también notado el efecto embarazoso que sus palabras le causaban.

—No lo recuerdo con exactitud, — dijo el secretario, recobrando rápidamente su serenidad. — ¿Por qué me lo pregunta?

—Por curiosidad... nada más. — En los labios del Artificioso habíase dibujado una mueca sarcástica y atrevida. — Sólo una pregunta más, si usted no tiene inconveniente, señor Beale. Usted fuma cigarrillos Verona de Virginia, ¿verdad?

Por un momento, el secretario contempló a su interlocutor con indecisión, evidentemente incapaz de atribuir a razón alguna esa pregunta tan trivial en apariencia, y posiblemente temiendo que su contestación, ya fuera en la negativa o la afirmativa, pudiera comprometerlo. Por breves instantes sus facciones denotaron toda la preocupación de una persona que sospecha que existe una trampa escondida en algún lado, debajo de sus pies.

—Sí... a veces, — admitió finalmente, después de haber, aparentemente, reflexionado que la verdad sreía el camino más seguro.

—Entonces, permítame que le ofrezca uno, — dijo el Artificioso, sonrienod genialmente. Pero la sonrisa se borró súbitamente. — ¡Oh, había olvidado que mis manos están atadas! Inspector, ¿tendría la bondad de buscar en el bolsillo interior de la izquierda en mi saco y ofrecerle un cigarrillo de mi cigarrera? Tal vez sea esta la última oportunidad que se me presente de practicar las amenidades frívolas de la vida social.

Summers frunció el seño, ptro cuuplió con lo que se le pedía. Las facciones de Beale podrían servir para un estudio de emociones contrapuestas mientras tomaba el cigarrillo y lo encendía. Aún intrigado, el inspector volvió a colocar la cigarrera en el bolsillo de su prisionero.

—Gracias, inspector, — murmuró el Artificioso. — Los cigarrillos Verona son una de mis debilidades. Son suaves y baratos, y, sin embargo, tienen una fragancia deliciosa. Estoy listo para ir con usted ahora.

El inspector titubeó, intrigado a ojos vistos por la escena que había presenciado, luego tomó el brazo del Artificioso y lo condujo hacia la puerta. Al llegar, dióse vuelta, se golpeó la barbilla pensativo y miró al secretario.

—¿A propósito, señor Beale, usted estará a mano si lo llegamos a necesitar mañana?

—Ciertamente, inspector, — dijo Beale, fumando con dudosa fruición y contemplando con intranquilidad al Artificioso. — Puede usted hablarme por teléfono en cualquier momento.

Durante un instante más, Summers fijó sus ojos intrigados en él, luego dióse vuelta de pronto y condujo a su prisionero fuera de la habitación.

—¿Por qué mencionó usted los cigarrillos Verona? — le preguntó mientras descendían las escaleras.

El Artificioso se sonrió suavemente.

—Fué solo un tiro disparado a la ventura.

—¿Así fué, no? Sin embargo, me pareció que había dado en el blanco.

—Yo también tuve la misma impresión.

Summers echó sobre él una extraña mirada mientras ambos salían a la calle por la puerta principal.

—El cigarrillo que Beale sacó de la cigarrera no estaba preparado con drogas, ¿verdad? — murmuró.

—¡Oh, no! ¿Por qué ha pensado usted en una cosa tan ridícula? Simplemente deseaba observar la cara de Beale mientras lo encendía. El mejor momento para estudiar la expresión fisonómica de un hombre es cuando tiene un cigarro o cigarrillo en la boca. ¿Quiere usted que caminemos un poco? Es una noche muy hermosa y deseo estirar las piernas.

—¡Muy bien! — repuso Summers con el aire de una persona que desea complacer a otra que se halla indefensa. — Con esas esposas en las manos, no tengo miedo de que trate de hacerme alguna jugada. Tal vez desee usted colocarse al unísono con las armonías cósmicas, ¿verdad?

Marcharon por la calle, después que el inspector ordenara al agente que había estado de facción debajo de la ventana, que volviera nuevamente a su puesto. Las estrelas titilaban por encima de las casas. Ansiosamente, el Artificioso aspiraba el puro aire de la noche. Detrás de su espalda, sus manos atadas se retorcían un poco de cuando en cuando, mientras miraba furtivamente a

tro y otro lado de la calle. Poco después doblaron para cruzar la calzada, pero volvieron repentinamente atrás, pues un poderoso automóvil, ocupado sólo por el conductor, se acercaba a gran velocidad. Summers profirió una exclamación de protesta contra los conductores descuidados.

El Artificioso, mirando fijamente al coche que se acercaba, contrajo sus músculos.

—¡Eh, cuidado! — gritó el inspector, levantando su mano para llamar la atención del chauffeur, pero éste no prestó atención y apenas habían salido las palabras de la boca del inspector, cuando sucedió una cosa asombrosa. Justamente en el momento en que el automóvil pasaba de largo por el lugar donde él estaba con su prisionero, se sintió de pronto abrazado por un par de hercúleos brazos, levantado en el aire, voleado y lanzado al interior del vehículo con una fuerza que le quitó la respiración por breves instantes.

El coche siguió velozmente su carrera, dando vuelta a la esquina y desapareciendo de la vista. Durante un momento el Artificioso permaneció parado en la vereda, con un par de esposas que colgaban, resonando, de una de sus muñecas. Miró hacia arriba y abajo por la calle tranquila.

—Mi amigo Summers tenía razón, — murmuró. — Es justamente una de esas noches en que se siente predisposición a escuchar las armonías cósmicas.

CAPITULO VIII

La casa de la muerte

Media hora más tarde, el Ladrón Artificioso estaba parado en la pequeña y tranquila habitación que fuera albergue de Jimmy Stratton, y, a la pálida luz de su linterna eléctrica, miraba fijamente un montón de puchos de cigarros y cigarrillos que se encontraban en el cenicero encima de al mesa del muerto.

La calma de las horas más tranquilas de la noche flotaba en la casa. La sirvienta de Stratton, única persona que habitaba el departamento junto con Stratton, estaba evidentemente dormida, si ya no había arreglado sus maletas y partido. El Artificioso no encontró obstáculos al meterse en la casa, y le parecía que se hallaba tan seguro allí como un hombre perseguido puede estarlo en cualquier parte, excepto, posiblemente, en su ermita. A pesar de la creencia, más bien imaginaria, de que los criminales se siente inducidos por impulsos mórbidos a regresar a la escena de su crimen, era probable que la policía no lo buscara allí, en el mismo lugar de crimen de que se le acusaba. La indecible audacia de su aventura llevaba consigo un sentimiento de seguridad. Además, la libertad perdería su fascinación para el Artificioso a menos que pudiera limpiar su nombre de la mancha que lo mancillaba.

Una caprichosa sonrisa se dibujaba en sus labios mientras estaba allí parado, mirando pensativmente el contenido del cenicero. Su situción, seria como era aún, tenía su lado jocoso. Podía imaginarse el desconcierto del inspector Summers cuando, a punto de realizar su más cara ambición, se vió defraudado en sus esperanzas de una manera tan inexplicable. ¡Qué susto se debió haber recibido cuando se vió levantado por los aires y lanzado al interior del automóvil. ¡Qué cara larga pondría cuando supiera la forma sencilla pero eficaz en que el Artificioso había podido zafar sus manos de las esposas!

Era extraño como Beale, el apuesto y digno secretario, había reaccionado de su tiro a la ventura. Aun en ese momento e lArtificioso no estaba seguro de la causa que lo había inducido a atacarlo, a menos que fuera una sospecha instintiva que se apoderó de él, desde el momento que vió la cara del secretario. De cualquier modo, las preguntas del Artificioso habían turbado su serenidad en forma sorprendente.

El Artificioso cambió de foco a la linterna eléctrica y miró por la habitación. Nada había sido tocado desde su visita en compañía de Summers unas diez y ocho horas antes. Tal vez la policía no estuviera aun satisfecha de que se habría tomado nota de todos los rastros posibles en la escena del crimen. El cuerpo de Stratton, que fuera encontrado en la habitación contigua , había sido sacado, todas las demás cosas permanecían intactas, hasta las cenizas y los puchos del cenicero.

Suavemente el Artificioso las removió con la punta de su dedo índice. Poseía la facultad de observar y catalogar en su mente, para referencia e nel futuro, hasta los detalles más triviales, y siempre se había preocupado de ejercitar esas facultades. Aunque el detalle pudiera haber escapado a otros, los restos que estaban en el cenicero le probaban al Artificioso que Stratton fuera un hombre acostumbrado a los cigarros fuertes y cigarrilos de aroma pesada. Los cigarros, cuyos puchos estaban en el cenicero, eran todos habanos. Los cigarrillos eran más difíciles de identificar, porque muy poco quedaba de ellos; pero los restos, con sólo una excepción, sugerían las marcas de tabaco fuerte egipcio o turco. La única excepción era un cigarrillo de Verona de Virginia a medio terminar. Diferente a las marcas más fuertes, no se había consumido sólo después de haber sido dejado a un lado, lo que explicaba que hubiera quedado un pucho de aquel tamaño.

El Artificioso lo tomó con suavidad entre sus dedos antes de dejarlo caer de nuevo en el cenicero. Era extraño que un hombre acostumbrado a fumar cigarros de los más fuertes fumara cigarrillos tan suaves. Era una incongruencia que parecía requerir explicación si uno poseyera ese espíritu que le agrada ocuparse de detalles ínfimos. La misma reflexión se había apoderado de la mente del Artificioso la mañana anterior, cuando, parado al lado de Summers, había dejado que su mirada paseara indolentemente

por la habitación, pero en ese momento no le causaba impresión alguna. La observación había permanecido dormida en un remoto nicho de su cerebro hasta hacía una hora; luego, súbitamente se le había vuelto a presentar, y le había servido de cartucho para hacer el disparo a la ventura sobre Beale.

—Beale es un bribón diestro, y hay algo que pesa en su conciencia, — murmuró a media voz, manteniendo todavía el foco de la linterna eléctrica sobre el cenicero. — No me atrevería a decir que él fué quien mató a Stratton, sin embargo, o al menos por el momento. No obstante, es extraño como...

Se interrumpió; levantó la cabeza y se puso a escuchar. Sus cejas se levantaron; una suave sonrisa se dibujó en sus labios. Durante un instante más permaneció escuchando el ruido de las pisadas que se acercaban, y luego extinguió rápidament ela luz de la linterna eléctrica y se escurrhió hacia el extremo más alejado de la habitación, escondiéndose acurrucado en un angosto nicho formado por una biblioteca y la pared.

—¡Claro que es Beale! — se dijo. — Yo lo molesté y ahora no puede dormir hasta que no haya hecho acallar su conciencia. Ahora veremos.

Se apretó bien contra la pared y se agachó, de manera que el alto respaldo de un sillón lo ocultara de la vista en caso de que la persona que se acercaba encendiera la luz. Las pisadas hicieron alto frente a la puerta, y por unos segundos no pudo oir ruido alguno. Luego oyó el leve chillido de un picaporte sin aceitar que alguien movía, seguido poco después por el ruido de la puerta al cerrarse y el eco de pisadas que avanzaban. Luego el silencio volvió a reinar.

El Artificioso, en una postura poco cómoda en su rincón, apenas respiraba. Sabía que el intruso tenía todos sus sentidos alerta para evitar una sorpresa. Con la sospecha mórbida que se apodera de las mentes intranquilas, estaba indudablemnte, en ese momento, buscando en la oscuridad alguna señal de peligro escondido.

Varios segundos transcurrieron, y luego las pisadas volvieron a oirse, pero esta vez acercándose a la mesa que estaba en el centro de la habitación. El Artificioso se agachó tanto como pudo en su posición incómoda, preparándose para dar un salto repentino en caso de que el intruso lo viera. Un suave clic se oyó en la oscuridad, y una luz mortecina brotó de la lampara con pantalla verde que estaba sobre la mesa.

Luego se produjo un intervalo de silencio durante el cual el Artificioso no movió un sólo músculo. Desde el lugar donde se hallaba no podía ver al intruso, y pensaba que esa desventaja sería probablemente mutua, pues el respaldo de la silla le servía de un perfecto escondite. Esperó, pensando por qué el intruso no se habría movido durante ese largo rato, y poco después una exclamación ahogada rompió el silencio:

—¡Maldición!

Aunque el riesgo era grande, pues no deseaba todavía denunciar su presencia al intruso, el Artificioso se irguió un poco y miró por encima del respaldo del sillón. Apenas a una distancia de seis pies había una figura vestida con un sobretodo liviano, con el cuello subido hasta la barbilla, y con un sombrero negro blando caído sobre la frente. Como lo había sospechado, era Beale, y vió de inmediato qué era lo que había atraído la atención del hombre, induciéndolo a lanzar la exclamación ahogada que había escuchado.

Con una mirada de ontenso terror en sus ojos, el secretario estaba contemplando el cenicero, con las facciones en tensión, y los labios moviéndose como si hablara, pero sin emitir sonido alguno. Parecía si el contenido del cenicero se hubiera de pronto convertido en un objeto de indecible terror para su imaginación alucinada. Por un momento permaneció inmóvil como una piedra, luego extendió una mano temblorsa, tomando el pucho de Verona de Virginia entre los dedos índice y pulgar. Lo miró con detenimiento, gradualmente y un cambio se produjo en su fisonomía. Una expresión astuta y calculadora reemplazó al terror que el Artificioso había visto reflejado un momento antes en sus facciones.

Manteniendo el cigarrillo entre sus dedos, Beale se dió vuelta, y en ese momento el Artificioso se puso de pie.

—¡Beale! — exclamó.

El secretario se sorprendió violentamente. El pucho de cigarrillo cayó al suelo. El Artificioso avanzó lentamente y con el porte majestuoso que correspondía al papel que representaba.

—Usted es un descuidado, Beale, — le dijo. — No conviene dejar puchos de cigarrillo cuando uno está ocupado en la clase de asunto que usted vino a hacer aquí la noche pasada.

Beale giró sobre sus talones, con las mejillas hundidas y los ojos apagados, cuando vió al Artificioso.

—¿Usted? — balbuceó.

—Sí, Beale. Usted vió que Summers me llevaba consigo, sacándome de la casa de Ellison con la evidente intención de encerrarme. Esa fué indudablemente la razón por la que usted creyó que sería seguro venir aquí y dar un vistazo a la escena de su reciente fechoría. Había algo que andaba mal en las esposas que Summers me colocó, y por ese motivo me encuentro aquí.

—¡Oh! — Esta sílaba salió con dificultad. Una nube de terror se esparció por las facciones del secretario.

—Parece que le he dado un susto, Beale, — continuó el Artificioso con placidez. — Le dí motivos para inquietarse con mi referencia a los cigarrillos Verona, ¿verdad? Evidentemente debe haberlo hecho recordar que estuvo fumando mientras revisaba la cómoda de Stratton la otra noche. Supongo que lo habrá tirado a medio fumar cuando oyó que Stratton se acercaba. Ha sido un trabajo nocturno bastante mal hecho, amigo Beale. Si usted hubiera llevado a cabo el asunto con un poco de finura, no ten-

dría que haber apelado al asesinato. Usted es un descrédito para la profesión.

—¿Le parece a usted? — Beale se había ya repuesto del susto que le ocasionara la repentina presencia del Artificioso. — Dejó ver sus dientes blancos en una mueca. — Pues lo que usted piensa, para nada influye aquí. Voy a telefonear inmediatamente al inspector Summers. Tendrá mucho placer en saber donde usted se encuentra.

—¡Oh, yo no haría eso, Beale! Conozco a Summers muy bien, y le apuesto a que ha tomado su derrota con filosofía, sabiendo que sería completamente inútil buscarme, y que ahora está descansando pacíficamente. Sería una vergüenza molestarlo. Además, si viniera aquí, usted tendría que explicar por qué estaba usted tan ansioso de sacar los restos de ese cigarrilol de Verona. Yo he visto que ya tiene sospechas con respecto a usted.

Los labios de Beale se cerraron. Miró sombríamente el pucho de cigarrillo que estaba en el suelo.

—Yo no soy el único que fuma cigarrillos Verona, — dijo evasivamente.

—Ciertamente que no. Yo los fumo, y supongo que muchos otros también los fumarán.

—Por lo tanto, no veo por qué este pucho de cigarrillo sea de tanta importancia.

—No lo es, — admitió el Artificioso. — La policía evidentemente ha omitido este detalle. No obstante, la cosa es que usted ha considerado importante venir aquí y sacar el pucho. Sería interesante escuchar las explicaciones que daría usted por haber venido aquí a altas horas de la noche para retirar un pucho de cigarrillo.

Beale lo miró con una mirada fría y calculadora.

—¿Cree usted que yo he matado a Stratton?

—Hace una hora lo sospechaba. Ahora lo sé.

—¿Y qué me dice de la tarjeta del Artificioso que fué encontrada en la otra habitación?

—Le paso la pregunta nuevamente a usted, Beale. Yo creo que usted lo sabe.

—¿Y la piedra de su alfiler de corbata que fué encontrada al lado del cuerpo?

—Ese es otro misterio que dejo para que usted lo aclare. Yo tengo más que sospechas de que usted dejó tanto la tarjeta como el topacio en el lugar donde más daño pudiera hacerme a mí.

—Sospechas sí, ¿pero dónde están las pruebas?

El Artificioso titubeó un momento antes de responder. Levantó un poco la cabeza, y una mirada intensa brotó de sus ojos, como si hubiera percibido algún ruido lejano.

—La prueba, Beale, es su presencia aquí a esta hora desusual. Yo mismo puedo atestiguar que usted sacó el pucho del cigarrillo del cenicero. Hubiera deseado poder tomar la fotografía mientras usted estaba en el acto de sacarlo. Serviría para hacer un estudio.

—Usted es observador, señor Artificioso. —Beale fió una mirada altanera y malévola en él. — Desde el momento que parece que usted sabe tanto, me gustaría saber si usted también sabe que las paredes de esta habitación son sordas y no dejar pasar ruidos.

Mientras hablaba, sus manos describieron un movimiento rápido, y en un segundo el caño de ua pistola automática fulguró a la luz mortecina que alumbraba la estancia. El Artificioso dió un salto hacia un lado y buscó también su revólver, pero de pronto recordó que Summers lo había desarmado después de colocarle las esposas. Una vez más, a pesar del peligro del momento, echó su cabeza hacia atrás, como si hiciera un esfuerzo para discernir algún ruido lejano.

—Naturalmente que esa es una lógica manera de proceder, — observó con tranquilidad, mirando el arma que estaba en manos de Beale. — Matarme sería el camino más expedito para salir de esta dificultad, aunque dudo de que pueda ser eficaz. Sea como sea, no creo que un asesinato más o menos vaya a pesar más en su conciencia.

—Tiene usted razón, no pesará más. — Una mueca burlona descompuso sus facciones. El caño de la pistola seguía los movimientos del Artificioso para escapar de su puntería.

—¿Qué ha hecho usted de la señorita Norton? — Mientras hacía la pregunta, el Artificioso echó una mirada interrogadora hacia la puerta que estaba frente a la entrada del vestíbulo, y que conducía a la habitación en que se encontrara el cadáver.

—¡Ja! Le gustaría saberlo, ¿no? Pero usted ya sabe demasiado. — Los ojos de Beale se achicaron mientras hablaba; la pistola que tenía en su mano se levantó un poco.

—No importa, Beale. Ya he adivinado la verdad. — El Artificioso cesó en sus movimientos de zig-zag a través de la habitación y contempló pensativamente la pistola. Los dedos finos de su adversario empuñaban el gatillo. Si pudiera alterar por un momento la fijeza de la puntería de Beale, podría llegar hasta la puerta con toda seguridad. Miró fijamente a los ojos inflamados de Beale y agregó con tono suave y gentil:

—Se encontraría usted en una situación señorita Norton, ¿verdad? — Levantó la señorita Norton, ¿verdad? — Levantó su cabeza, achicando los ojos, con la atención fija intensamente para descubrir un movimiento furtivo en el vestíbulo. — Ella tendría una historia interesante que contar.

Al pronunciar estas últimas palabras, saltó con rapidez hacia un costado con una agilidad que parecía sorprendente al compararla con sus movimientos lentos y pausados de un rato antes. Oyó lo risa maligna de Beale, seguida instantáneamente por la detonación de la pistola; sintió un roce contra su mejilla; luego dió otro salto y abrió la puerta. La entornó, dejándola abierta unas pulgadas, y vió a Beale, parado en el medio de la habitación envuelto en una nube de humo, mirando con incertidumbre en dirección al Artificioso.

Contemplando a través de la humareda, el Artificioso vió la otra puerta abierta. Una figura corpulenta penetró resueltamente en

la estancia, se paró por un momento y miró en redor, luego se abalanzó con un salto repetino sobre las espaldas de Beale.

De inmediato, el Artificioso cerró la puerta.

CAPITULO IX

Explicaciones

—¿Podría usted imaginárselo? — exclamó el inspector Summers, mirando con el ceño fruncido a través de la mesa del lunch — Yo había puesto mis propias esposas al individuo, de una marca especial que le mostré un día la semana pasada y había hecho un trabajo acabado. Igualmente se zafó de ellas con tanta facilidad como si hubieran sido un par de guantes. Sin embargo, esas esposas eran especiales; un toro salvaje no hubiera podido hacerles la menor mella, y la cerradura había sido probada por peritos. La llave estaba en mi bolsillo, en el llavero. — Summers se recostó en su sillón con una expresión de tristeza. — Ahora, ¿quiere expicarme cómo fué que el Artificioso se arregló para escapar?

—Es verdaderamente asombroso, ¿verdad? — admitió Martín Dale. De acuerdo con su vieja costumbre, arraigada tras largos años, estaba almorzando con el inspector Summers en el resturant de Komroff. Exteriormente, a pesar de la evidente tristeza del inspector, parecían estar ocupados en una discusión amigable, pero un observador hubiera podido notar un hálito de antagonismo en el ambiente.

—Asombroso es la palabra, — murmuró Summers amargamente, pero se dedicó a su comida con frugal interés. — ¡Oh, bueno! El juego no ha terminado todavía. Algún día lo atraparé.

Dale, que parecía tan fresco como si acabara de salir de una ducha fría, se sonrió afectuosamente.

—Como lo he dicho antes, espero estar presente cuando llegue esa emocionante ocasión. En realidad, sin embargo, no sé porqué usted, Summers, le tiene a ese hombre tanta ojeriza. Usted no puede culparlo por tener la debilidad de querer endulzar su vida con bromas a costa de la policía, teniendo en cuenta la injusticia que ellos cometieron con él en cierta oportunidad, si se deben creer los rumores que circulan. Además, el bribón parece tener su lado bueno.

El inspector hizo una mueca astuta.

—Eso está todo perfectamente. — Yo no le culpo a usted por defenderlo. Yo haría otro tanto si fuera usted.

—¡Ya está usted otra vez con la suya! Siempre insinuando cosas. Usted debe admitir, Summers, que el Artificioso ha prestado a la policía valiosos servicios aveces. ¿No es cierto que Loring Beale se hubiera escapado y salido con su brillante idea si el Artificioso no hubiera tomado cartas en el asunto?

—Sí, es cierto; en cuanto a eso, tiene razón.

—¿Y no hubiera existido un grave error judicial si el Artificioso no hubiera establecido la inocencia de la señorita Norton?

—Bueno, eso tambiné es cierto.

—Entonces, no veo por qué tiene usted que mostrarse tan enfadado. Pero alégrese, viejo topo. Todos cometemos errres. ¿Qué sucedió después que el Artificiso lo lanzó dentro del automóvil?

Summers frunció el ceño.

—Hice parar el coche, y entregué al chauffeur a un agente por manejar descuidadamente y excederse en la velocidad. Luego toqué auxilio; sabía que de nada me serviría, pero tenía que hacerlo por fórmula. Después de eso estaba listo para meterme en la cama, pero por alguna razón no podía dormir. Algunas de las indirectas que el Artificioso le había lanzado a Beale cuando estábamos en el dormitorio de Ellison me tenían inquieto, especialmente la que se refería a los cigarrillos. No podía salir ni para atrás ni para delante con ellas, pero pude ver que Beale parecía excitado, y como no tenía nada que hacer, me dí un paseo a la casa de Stratton. Desde que se cometió el asesinato ho estado llevando conmigo una llave de la casa. Subí con la intención de hacer una inspección en la escena del crimen. Mientras ascendía por las escaleras, pude oir que había ruidos extraños. Me paré delante de la puerta y escuché.

Summers masticó en silencio los alimentos por un momento.

—Ese Artificioso es una persona muy extraña. Siempre hace las cosas que menos se imagina usted que hará. Después de escapárseme en la forma que lo hizo, usted creería que se llamaría a silencio por un tiempo, pero no hizo nada de eso; en cambio se fué a la casa donde se cometiera el crimen del que estaba acusado. ¡Tiene nervios el hombre! — El inspector miró fijamente a su compañero al otro lado de la mesa.

—Es una verdadera ardilla, — admitió Dale. — ¿Qué oyó usted cuando estaba escuchando en la puerta?

—¡Oí bastante! Cuando entré, el Artificioso se había retirado, y por una vez en mi vida necesité a otra persona más que a él mismo. Beale estaba allí parado con un revólver en la mano, y una expresión que denotaba su incertidumbre sobre si había o no dado en el blanco. La habitación estaba llena de humo, y por un momento no me fué posible ver bien. Sobre el piso, cerca de los pies de Beale, había un cigarrillo a medio terminar, y lo primero que hizo cuando yo salté sobre él fué agacharse para recogerlo.

—¡Conciencia intranquila! — murmuró Dale sentenciosamente, pero sus ojos parpadearon. — ¿Por casualidad ese cigarrillo no era un Verona?

—Sí, Dale, era un Verona.

—Bueno, cuénteme el resto de la historia. ¿Le arrancó usted la confesión a Beale?

—No a Beale sino a su tía, lo que para el caso es igual. El nombre de su tía es la señorita Fernald, y siempre ha encontrado el tiempo necesario para ocuparse de algunos trabajos confidenciales. Hace algunos años, parece, Beale era el secretario priva-

do de Jimmy Stratton. Todo marchó bien por un tiempo, pero un día Stratton lo encontró haciendo un trabajito sucio y lo expulsó del empleo. Beale lo odiaba por esa razón, aunque nunca lo demostraba. Descubrió una buena oportunidad para saldar su cuenta con Stratton y forrarse los bolsillos al mismo tiempo. En alguna forma se enteró de que Stratton guardaba su colección de joyas en un cajón secreto de la cómoda de su departamento. Beale formó el plan para robar las joyas, pero él no es de esa clase de hombres a los que le gusta correr riesgos. Esperó oportunidad propicia en que pudiera echar mano sobre las joyas sin mucho compromiso. Poco tiempo después de haber sido despedido por Stratton, Beale consnguió un puesto igual en la casa de Ellison. Ellison lo apreciaba, y marcharon muy de acuerdo, pero durante todo el tiempo, Beale estaba pensando en la forma como podría apoderarse de las joyas de Jimmy Stratton.

"La oportunidad se presentó la otra noche. Beale tiene el sueño muy liviano, y hacia la media noche le pareció oir un ruido que partía de la biblioteca. Al principio nada pensó, pero finalmente decidió bajar para averiguar lo que ocurría. Su declaración de que había visto a la señorita Norton salir de la biblioteca era una falsedad. No había nadie en la biblioteca cuando Beale llegó abajo, pero en el piso al lado de la caja encontró... ¿Qué cree usted que encontró?

—En vista de lo que usted me ha dicho, — dijo Dale evasivamente, — me aventuraría a creer que lo que él encontró fué la tarjeta del Ladrón Artificioso.

—Usted ha adivinado. Beale vió la tarjeta y recordó el ruido que había oído y tomó una determinación. Mientras titubeaba acerca de lo que debía hacer, vió algo más en el piso, no lejos de la caja, fulgurando con un extraño reflejo. ¿Puede usted adivinar lo que era, Dale?

Los ojos de Dale parpadearon con astucia.

—Bueno; basándome nuevamente en lo que usted ya me ha dicho, me parece que debía ser un pequeño topacio.

—Nuevamente ha dado usted en el blanco. Eso es lo que era... un pequeño topacio. Beale lo recogió y lo estudió. La tarjeta que estaba al lado de la caja ya le había hecho saber que el Artificioso hiciera una visita. Como todo el mundo, él también sabía que el Artificioso siempre dejaba una tarjeta detrás de sí, y no era muy difícil adivinar que la caja había sido saqueada, y que el topacio debía haberse desprendido del alfiler de corbata del ladrón. Beale tuvo una inspiración. Vió la forma en que podía emplear ventajosamente tanto la tarjeta como el topacio. Decidió hacer una visita al departamento de Stratton esa misma noche y despistar por el simple medio de sacar los dos rastros, la tarjeta y el topacio, de la biblioteca de Ellison, para llevarlos al departamento de Stratton.

—¡Brillante idea! — murmuró Dale.

—Pero Beale no estaba satisfecho. El quería matar dos pájaros de un solo tiro. Por una parte, era arriesgado sacar la tarjeta del Artificioso del costado de la caja. No estando la tarjeta, no habría pruebas de que el Artificioso había cometido el robo, y podrían recaer sospechas sobre cualquiera de los de la casa, incluyendo a mismo Beale. "No era tan tonto como para no prever semejante cosa, y mientras estudiaba la forma de salir del paso, se le ocurrió otra brillante idea.

"Algún tiempo antes había entablado relaciones con la señorita Norton, la gobernanta. El amor se presenta en forma extraña en algunas personas. La señorita Norton no quiso hacerle caso, y eso hizo que Beale se sintiera más determinado a conquistarla ya fuera por métodos correctos o incorrectos, y en ese momento pensó que si podía arreglar las cosas de manera que la señorita Norton fuera acusada del robo, tendría una buena oportunidad de persuadirla de que se escapara con él, especialmente desde el momento que tendría el dinero, producto de la venta de las joyas de Stratton, para hacer frente a los gastos de viaje.

"Beale se guardó el topacio y la tarjeta del Artificioso en el bolsillo y se dirigió a su habitación. Allí había instalado una extensión del aparato telefónico, que era el único en la casa que estaba conectado con el principal durante la noche. Al dirigirse arriba, pasó por la sala, y allí tuvo un poco de suerte. Sobre la mesa vió el prendedor de zafiro que lady Ellison había llevado al teatro esa noche. Por lo general era guardado en la caja de hierro de noche, pero lady Ellison lo había dejado olvidado sobre la mesa de la sala. Beale estaba seguro de que ella no recordaría haberlo dejado allí, y que pensaría que lo había colocado en lo caja como de costumbre.

"Beale fué a su habitación y llamó por teléfono a la señorita Fernald, su tía. Tan clarametne como le fué posible le contó la trama que se preparaba, y la señorita Fernald aceptó tomar parte en ella. Ella posee un automóvil poderoso y convinieron en que lo enviaría a lo de Ellison dentro de quince minutos.

"Ahora la señorita Norton tiene una hermana inválida a quien sostiene. La hermana habí astado en un hospital durante varios meses, y últimamente había recibido malas noticias respecto de ella. Beale lo sabía, y se apresuró a aprovechar las circunstancias. Después de hablar con su tía por teléfono, se dirigió a la puerta de la habitación de la señorita Norton llamó, y le dijo que acababan de telefonear del hospital para que fuera inmediatamente porque su hermana había empeorado repentinamente.

—¡Qué desalmado! — exclamó Dale en voz baja.

—Bueno. La señorita Norton nada sospechaba. Sabía que en la habitación de Beale había una extensión del aparato telefónico principal, y le pareció simplemente natural que Beale le comunicara la noticia. El le dijo que tenía un automóvil que estaba esperando a la puerta; ella le agradeció la molestia y se vistió apresuradamente. Cuando salió de su habitación, Beale la estaba esperando con un vaso de vino, diciéndole que

debía encontrarse disgustada y con el ánimo decaído. En el vino, naturalmente, había vertido alguna droga. La señorita Norton bebió el vino y perdió el conocimiento poco después de haber subido al coche. Se había convenido de antemano, entre Beale y su tía, que ella iba a ser encerrada en su casa hasta tanto pudiera persuadirle de que se escapara con él.

—¡Ya veo! — exclamó Dale en un tono de profundo disgusto. — Esperaban que la señorita Norton quedara con ellos por su propia voluntad cuando supiera que se la bascaba por estar acusada de robo. ¡Qué serpiente es ese Beale!

—Es cierto, Dale, pero no se aflija. Los jueces lo castigarán como se merece junto con su tía. Después de dejar el prendedor de zafiros en la habitación de la señorita Norton, Beale se fué a la casa de Jimmy Stratton donde entró con una llave ganzúa. Usted sabe lo que sucedió. Cuando se retiraba, con los diamantes de Stratton, se encontró con él en persona. No había pensado en cometer un crimen, y con la ofuscación del momento no pensó en las consecuencias.

—Peor para él, — exclamó Dale.

—Bueno. El plan había sido admirablemente concebido, — observó el inspector.— No se me puede culpar de negligencia, ¿verdad?

—Absolutamente. Esta mañana me siento predispuesto al perdón. Mi alma vibra al unísono con las armonías cósmicas, y todo eso. A propósito, infiero que usted está todavía inseguro acerca de la verdadera identidad de "El Artificioso".

Summers cerró su mandíbula de golpe.

—Beale encontró un topacio en la biblioteca de Ellison que es exactamente igual a los que usted tiene en su alfiler de corbata, — observó.

Dale se sonrió.

—Eso se lo dijo Beale, pero Beale es un embustero y un asesino. ¿Cómo sabe usted que encontró el topacio en la biblioteca? Tal vez lo habrá recogido en el banco de la iglesia cuando tanto él como yo asistimos a los oficios religiosos.

Summers adquirió una expresión de gravedad por un instante, luego una mueca furtiva hizo arrugar su ancha cara.

—¡Oh! Bueno, supongamos que sea como usted dice. El Artificioso es un bribón y algún día le echaré el guante encima, aunque admito que esta vez me ha hecho un gran servicio.

—¡Y aunque su atrevimiento parece colosal! — murmuró Dale con gratitud.

—Yo todavía no puedo explicarme cómo el Artificioso pudo zafarse de las esposas,— murmuró Summers. — Usted tiene a veces pálpitos muy acertados. ¿Qué le parece a usted que hizo?

—Bueno. Voy a decirle lo que pienso.

Las cejas fruncidas de Dale indicaban que había concentrado su pensamiento con intensidad en alguna cosa.

—¿No me ha dicho usted que tan pronto como usted comenzó a colocarle las esposas, el Artificioso aprovechó la oportunidad de su caída para sacárselas a usted de la mano?

—Así es.

—Usted tuvo una especie de lucha con él, supongo. El Artificioso se tambaleó y cayó, según creo, y usted naturalmente, aprovechó esa circunstancia para tomar nuevamente las esposas y colocárselas en las muñecas.

—Efectivamente.

—¡Hum! — Dale parecía pensar profundamente.

—Bueno. Yo no conozco este asunto en absoluto, pero puedo aventurar una teoría. Me parece que si yo fuera el Artificioso... — se sonrió ante la idea que pareciera sólo una hipótesis. — Si yo fuera el Artificioso y estuviera amenazado con las esposas tantas veecs como usted lo amenazó, habría tomado ciertas precauciones. Hubiera hecho hacer un par que parecieran exactamente iguales a las suyas, pero que en realidad fueran muy diferentes. Las haría hacer de manera que con un fuerte tirón o un movimiento brusco pudiera partirlas. Luego, cuando saliera para correr alguna aventura, las colocaría en algún bolsillo donde no se notaran pero que sin embargo estuvieran al alcance de la mano. Si me encontrara en una situación apurada, con el inspector Summers amenazándome con colocarme las esposas, yo trataría de hacérselas saltar de la mano. Luego simularía una caída, de la misma manera que lo hizo el Artificioso, y mientras estuviera en el suelo, efectuaría rápidamente el cambio. Sí, Summers, mi idea es que las esposas que usted le colocó al Artificioso no eran las que usted trajo consigo. Naturalmente, estas son simples teorías.

Un reflejo de comprensión brilló en los ojos del inspector.

—Es una buena teoría, — murmuró sombríamente. — Gracias por el aviso, Dale. La próxima vez tendré más cuidado.

—Y la próxima vez, — repuso Dale sonriendo maliciosamente. — ¡El Artificioso ensayará probablemente una prueba diferente!

Fin de "El ladrón y el pucho de cigarrillo"

Después de los "rasca-cielos" o casas gigantes hasta de cuarenta pisos, los neoyorkinos van a construír un "rasca-tierra" en forma de casa con seis pisos subterráneos, que gracias al alumbrado eléctrico y a la ventilación, serán todos habitables.

Existe en el Museo de Historia [illegible] de Nueva York, una reproducción [illegible] y cristal de una sección del fondo [illegible] de cinco centímetros de cuadro, con sus plantas y animales, con un aumento de 15.000 veces.

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

Un carpintero entra en la ferretería a comprar un "metro". Ve algunos de diferentes clases, pregunta los precios y, pareciéndole caros, dice:

—Estoy seguro de que en la casa de enfrente los encuentro más baratos.

—Es posible, — reponde el vendedor, — pero es que los nuestros son más largos que los suyos.

✣ ✣ ✣

—Dígame, — pregunta a un compañero de redacción el encargado de contestar las cartas de los lectores que piden recetas, — ¿cómo se debe tratar a una chancha enferma?

—Con mucho cariño, — fué la respuesta.

✣ ✣ ✣

—Cuando yo era niño, me dijo un médico que si no dejaba de fumar me volvería completamente idiota.

—¿Y por qué no dejó entonces?

✣ ✣ ✣

—¿Cómo ha hecho su fortuna el señor Cacerola?

—Especulando. Se casó cuatro veces.

✣ ✣ ✣

Se confesaba un individuo muy murmurador, y al verlo, dijo un amigo:

—Se confiesa para poder hablar mal de sí mismo alguna vez.

✣ ✣ ✣

En visita:

—¡Pero hija, qué vecinas tienes!

—¿Por qué?

—Porque cuando subía yo la escalera bajaban unas señoras que iban hablando pestes de tí.

—Pues entonces no eran vecinas. Eran unas íntimas amigas que acaban de salir de aquí.

✣ ✣ ✣

—¿Te gustó volver a la escuela acabadas las vacaciones y te alegraste de volver a ver al amestro?

—¡Sí! Por lo menos me alegré yo tanto de volverle a ver a él como él volverme a ver a mí.

Espectador enfurecido. — ¡Esto es un calote vivo! Usted anuncia en sus carteles "El enano más notable del mundo" y me encuentro con un hombre de un metro sesenta de estatura.

El empresario. — ¿Y qué? Precisamente eso es lo notable de mi enano, que es el pigmeo más grande del universo.

✣ ✣ ✣

—¿Su amigo de usted, el señor Ladrillo, es hombre que piensa lo que hace?

—No. Ayer se casó.

✣ ✣ ✣

—Mi esposo es tan bueno que no se atreve a sacudir el polvo a los chicos.

—¡Oh! el mío, de bueno que es, no se atiene ni a sacudir el polvo de una alfombra

✣ ✣ ✣

Un hombre muy calvo entró en la peluquería y sentándose en un sillón, dijo:

—Que me corten el pelo.

El peluquero le miró un momento y le dijo:

—Lo que usted necesita no es un corte de pelo.

—¿Qué entonces?

—Una lustrada.

✣ ✣ ✣

—¡Dios, piadoso! ¿Oyes Isaac? ¿No oyos? Un hombre está roncando debajo de nuestra cama. Debe ser un ladrón.

—No te apures, Rebeca. No hagas ruido. Déjalo dormir. Mañana por la mañana le haremos pagar el alojamiento.

✣ ✣ ✣

Se habla de un sabio tan poco habilidoso que no puede hacer trabajo alguno manual.

—Es tan torpe de manos, — dice uno, — que carece de mano derecha: las dos son izquierdas.

✣ ✣ ✣

Un individuo va a preguntar por un señor que ha muerto el día anterior:

—Portero, ¿vive aquí el señor Pirulín?

—No, señor; se ha mudado a otro barrio.

—¿A qué barrio?

—Al cementerio.

LA NOVELA QUE EL PUBLICO PIDIO

Narración novedosa de trágicos sucesos y extrañas, y asombrosas, aventuras relatadas por

HARRISON AINSLEY

(Traducción del inglés)

(Véase el número 76 de "Pucky")

UNA vez allí, con ayuda de mi brújula, volveremos hacia el Oeste y andaremos... ¿A ver? ¡Ah! Sesenta pasos, o sea veinte más cuarenta. Fíjese en la habilidad con que está separada la suma de los pasos: veinte en un trozo de pergamino, cuarenta del otro. Después de caminar esos sesenta pasos llegaremos, sin duda, a una puerta desde la cual distinguiremos una roca que tiene como una braza de largo. Una vez junto a la roca, lo único que queda por hacer es continuar hasta un sitio desde el cual se oiga el rumor del agua que cae en un vecino pozo. En tal sitio, ahondando también una braza, llegaremos al lugar en que está, por lo visto, encerrado el tesoro.

—Es cierto. Ahora parece todo lo más claro del mundo, — dijo Ruth de Lys, mirando por encima del hombro de Darkin.

—¡Lo más claro! — exclamó él, levantando de nuevo la cabeza. — ¡Tenemos en nuestras manos un descubrimiento que nos dará más dinero que cuanto pudimos soñar alguna vez! ¡Un descubrimiento, una invención, querida Ruth, que ha de maravillar a la humanidad!

Contra Darkin

Geoffrey sintió asombro y miedo cuando vió la blanca silueta de Sonia que se acercaba rápidamente hacia él, corriendo por el techo de la azotea, — liso y llano como el pavimento de un patio, — del viejo caserón llamado San Ormes... asombro ante la belleza peregrina de la joven; temor ante el gesto de desesperación r su rostro y la despavorida mirada de sus bellos ojos.

Avanzó Geoffrey a su encuentro, tendiendo los brazos cuando la vió tambalearse, y llegó precisamente a tiempo para sostenerla en el instante en que daba un traspié y caía.

Al cabo de unos instantes ella recobró fherzas suficientes para levantar la cabeza y mirarle a la cara. Sonia estaba muy pálida; su bello rostro delicado parecía aún más blanco, rodeado como estaba por el marco ondulante de su cabello negro.

—¡Geoffrey! — bisbisó ella. — ¡Oh, Geoffrey!... ¡Creí que!...

Pero no tuvo fuerzas para decir nada más. Cerró los ojos y cayó hacia adelante, apoyando el rostro en el hombro del que la sostenía.

Había en la mirada que ella le dirigiera, en las palabras que murmuró y que él no logró interpretar, algo que le hizo hervir la sangre en las venas, que le hizo olvidar todo cuanto les rodeaba, todo cuanto existía en el mundo, menos aquella inerme, grácil mujer que se hallaba desmayada en sus brazos.

Como si se encontrara aislado de todo, viviendo el instante de un sueño, la llevó, corriendo por el techo, hasta la trampa que daba acceso a "su" habitación, la habitación elegida por él y Girt para su alojamiento en San Ormes. Golpeó con el taco en la

tapa de la trampa y esperó. Sólo vagamente recordó más tarde que Girt había acudido a abrir y que, con ojos dilatados por el asombro, había tomado a Sonia de sus brazos y la había tendido, con tierno cuidado, en la mullida "chaise-longue" en la que había estado acostada poco antes... cuando Darkin se la llevó ante sus propios ojos.

Constituía un vago recuerdo en la memoria de Geoffrey el cuadro de cómo él se había sentado, mirando a Girt que palmeaba, para caldearlas, las heladas manitas de la joven, que vertía, entre sus labios exangües, unas gotas de reconfortante licor...

Pero el sentimiento de la realidad habíase presentado de nuevo a su consciencia lentamente, y Geoffrey se encontró sentado junto a la "chaise-longue" en la que ella estaba cómodamente reclinada, sostenida por los almohadones que Girt había puesto, relatándole, lo mejor que le era posible, con frase entrecortada por el terror, las angustias que había sufrido mientras había estado en poder del infame Darkin.

Sonia tenía la vista baja mientras hablaba. Sus ojos negros y sensitivos evitaban cruzar sus miradas con las de Geoffrey. Sonia sabía que en el acceso de alegría que experimentó al encontrare vivo había descubierto el secreto que tan bien guardó, en lo profundo de su corazón, durante las anteriores semanas.

Describió Sonia lo que Darkin habíale presentado en la oscura habitación y el terror intensísimo que, al verlo, estrujó su corazón.

—Ahora me doy cuenta, — dijo luego con tono concentrado, — de que todo era un "truc", señor Duncan, una estratagema combinada por él y por aquella mujer... ¡aquella mujer!...

—¿Aquella mujer? — repitió Geoffrey con asombro. — ¿Qué mujer ¿De qué mujer se trata? No sé...

—Es lógico que no sepa usted. No es de suponer que se haya encontrado con ella, — dijo Sonia mirando hacia el rostro interrogador de Geoffrey. — Es muy hermosa... más hermosa que cuantas mujeres haya usted visto. Pero es terrible. Es una mujer que no tiene corazón.

Geoffrey miró rápidamente a Girt como interogándole con la mirada.

—¿Sabe usted el nombre de esa mujer, Sonia? — preguntó pausadamente.

—Darkin le daba el nombre de Ruth, — dijo la joven.

Volvieron a mirarse los dos compañeros. Ante ellos veían en aquel momento la solución del misterio que habíales rodeado durante sus andanzas en Londres. La bellísima Ruth de Lys, como retrato en miniatura, había aparecido de modo tan extraño como inesperado e inexplicable en la repisa de la chimenea del departamento de Geoffrey, en Londres, la hechicera que habíase inmiscuido de modo tan misterioso en su existencia, era una cómplice de Darkin que operaba bajo la insidiosa dirección del astuto criminal.

Fué como si ante ellos se hubiera abierto un libro explicando todo cuanto había sucedido aquella memorable noche.

Comprendieron Geoffrey y Girt en aquel momento con qué habilidad, — y al mismo tiempo con que facilidad, — podía haber pretendido aquella mujer que leía sus pensamientos porque estaba dotada de facultades sobrenathurales. Sin embargo todo lo que les había dicho le había sido comunicado, sin duda, por Darkin, y era éste también el que había combinado lo referente a la trampa en que cayeron, en el viejo y desocupado depósito situado junto a la orilla del río.

Así que asociada a la astucia extraordinaria y vivaz de Darkin hallábase el poder fascinador y la belleza de Ruth de Lys, que acompañaba a Darkin en San Ormes en aquellos momentos.

Sonia había observado el rostro de Geoffrey durante la silenciosa pausa que siguió a sus palabras y en aquel rostro leyó la verdad de los pensamientos del joven.

—¡Así que contra lo que yo creía, usted había tenido ocasión de verla! — dijo Sonia.

—Sí, — dijo tranquilamente Geoffrey. — ¡Hemos tenido ocasión de verla! ¿Y dice usted que esa infame combinación, ese engaño cruel fué preparado por ella?

—Por ella y por él, — dijo Sonia. — ¡Oh! ¡Si yo hubiera sabido que era una estratagema! ¡Pero ahora ya es tarde! ¡Ya le he entregado el secreto que necesitaba para saber dónde está el invento de mi padre!

Geoffrey la miró fijamente y Girt adelantó su silla.

—¿Se lo ha dado usted a Darkin? — preguntó.

Abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la pobre joven y volvió a notarse en sus ojos la expresión de desesperada angustia

—¡Oh! ¡No pude proceder de otro modo, señor Duncan! — dijo ella. — Me fué arrebatado e lsecreto. Yo pensé... ¡Usted sabe lo que creí!...

Cubrióse el rostro con las manos y Geoffrey sintióse intensamente conmovido.

Inclinóse hacia Sonia y apoyó la mano en el brazo de la joven.

—No suponga que pienso reprocharle lo que ha hecho, Sonia, — dijo con emoción. — ¡Cómo podría hacerlo! ¡Cómo podría pensarlo un solo momento comprendiendo que su acción fué hija de su bondad, de la... de la lástima, la conmiseración que yo le merecía?

—¡Pero el mandato de mi padre! — exclamó ella entre sollozos. — Yo le prometí que obedecería, costara lo que costara, que no enteraría del secreto a nadie, absolutamente a nadie... más que a usted! — ¡Mi padre quería que el secreto fuese para usted!

Geoffrey se encogió de hombros.

—Poco importan las pérdidas materiales, Sonia; la única pérdida que hay que lamentar es la de la felicidad, — dijo. — El señor Girt puede decirle que no fué en busca de fortuna o de tesoros a lo que vinimos a San Ormes. Vine para procurar enterarme, si era posible, de mi propia identidad, averiguar quienes eran mis padres.

Sonia volvió a mirarle, más tranquila, pero deslumbrada todavía.

—Así será desde que usted así lo dice, señor Duncan, — manifestó Sonia. — Pero usted tiene derecho a lo que es suyo. Usted sa-

be que el descubrimiento fué solamente perfeccionado por mi padre; la idea primitva, original, generadora, fué de su padre de usted. Además he oído decir a mi padre que la invención tiene tanta eficacia o mayor aun para el mal que pueda tenerla para el bien y que preferiría verla perdida para el mundo a que cayera en manos de un bandido como Darkin.

Geoffrey no contestó por el momento. Permaneció sentado, sumido en sus pensamientos.

Al cabo de un rato se pasó la mano por la frente como para despejarse la imaginación.

—Siendo así, Sonia, — dijo, — tenemos la obligación ante el mundo y en defensa de la humanidad, de lmpedir que Darkin llegue a apoderarse de lo que su padre el profesor guardó tan oculto.

Pero Sonia movió la cabeza con escepticismo.

—No es posible ya cruzársele en el camino, — dijo ella. — Es demasiado astuto, demasiado hábil. Le he dado la clave y ahora no tiene más que seguir sus indicaciones. Si llega a apoderarse de la invención tendrá ganados nueve puntos de un total de diez.

—Nueve puntos, sí, — dijo Geoffrey y mirando el gesto de resolución de su compañero, se puso de pie. — Pero como queda uno, ¿no es cierto, Girt? Aun podemos luchar y marcar nosotros los diez puntos sin que él haya tenido ocasión de apuntarse el último.

—Necesitamos jugar y ganar esos diez puntos, — dijo Girt. — ¡Desde este momento el diez va a ser el número fatal para Darkin el pillastre!

El secreto

Por uno de los angostos pasadizos subterráneos de San Ormes, avanzando lenta y cautelosamente, buscando a tientas el camino por entre la oscuridad, iban dos figuras.

Avanzaban rozando con la rugosa pared lateral de piedra, mirando hacia adelante con suma atención como dispuestas a retroceder rápidamente en cuanto vieran a alguien.

Al cabo de unos momentos la oscuridad pareció hacerse menos intensa, atenuada por una débil luz que llegaba de lo alto por algún hueco vertical que desembocaba en el techo del pasadizo.

Geoffrey, — pues era él, — se detuvo, metiéndose en un hueco que había en la pared y la recia figura de su compañero se acercó a él, guareciéndose a su vez en el mismo hueco oscuro.

—Podemos esperar aquí, — dijo Geoffrey en voz baja. — Tienen que pasar necesariamente por este túnel para dirigirse hacia el lado de la torre del Este.

Permanecieron durante unos minutos en silencio... Estaban acurrucados en la oscuridad del sombrío hueco. Nadie que hubiera pasado les hubiese visto como no fuera proyectando una luz hacia el sitio donde se encontraban.

—¿Está usted seguro de que se trataba de la torre del Este? — preguntó Girt al cabo de un rato.

—Sí. Recuerdo perfectamente la primera línea del documento que me dió el profesor Decía: "Situado al lado Este" y Sonia dice que la clave que dió a Darkin comenzaba diciendo: "de la base de la torre". De todos modos, es conveniente que nosotros...

Calló porque en aquel momento Girt le apretó el brazo con la mano, en señal de alarma.

Una figura habíase presentado, vagamente definida, en la parte de semioscuridad situada debajo del hueco del techo. Era una figura que avanzaba con suma rapidez por el pasaje, — que debía conocer muy bien, — con la inconfundible leve cojera de Darkin.

Llevaba en la mano una linterna eléctrica de bolsillo con la que se alumbraba a veces a medida que avanzaba, pero llevándola apagada más tiempo que encendida.

Geoffrey sintió un escalofrío de emoción cuando oyó la respiración profunda y lenta de Girt que se preparaba para el ataque que nada bueno anunciaba para el recién llegado.

Siguieron los dos acurrucados en el fondo del hueco abierto de la piedra, esprando.

Poco a poco la luz de la linterna eléctrica se vió con mayor claridad.

Después de unos momentos oyeron los pasos acompasados del hombre, con su irregularidad característica, cada vez más sonoros.

Darkin se aproximaba más y más al sitio donde los dos estaban esperando.

Pasó por delante del sombrío hueco de la pared sin percatarse de la presencia de los dos amigos.

En cuanto hubo pasado, Girt, lanzando un gruñido de furor saltó hacia él y le sujetó los dos brazos contra el cuerpo, con tal fuerza que el hombre chilló de dolor.

—¡Firme, Girt! — dijo Geoffrey saliendo del escondite. — ¡Pero no le pegue todavía! ¡Un moento!

Girt siguió sosteniendo a Darkin aun cuando con menos violencia que en el primer momento. Geoffrey levantó del suelo la linterna eléctrica que había caído sobre un montón de tierra y no se había estropeado y dirigió el haz de luz hacia el rostro del pillo, en el que se veía una expresión de odio, tal como Geoffrey no había visto nunca ni había supuesto jamás posible en la cara de un hombre que no fuera un salvaje.

—Buenas noches, señor Darkin, — dijo Geoffrey. — ¿Quiere tener usted la bondad de darme los dos documentos, los que nos robó a mí y a la señorita Sonia Gale?

—¡No tengo documento ninguno! — respondió Darkin de mala gnaa. Y como Girt Girt apretara un tanto la presión de sus manos en los brazos del preso, éste exclamó con rabia: — Pero, ¿por qué no se moriría este hombre cuando lo del automóvil?

Era terrible la presión con que Girt opri-

mía los brazos de Darkin. Resultaba asombroso que éste pudiera resistir sin gritar de dolor aquella verdadera tortura.

—¿Quiere usted entregar los papeles en seguida o mi amigo se verá en la necesidad de acentuar enérgicamente sus recursos persuasivos? — dijo Geoffrey.

El horrible gesto de furor pareció disiparse en el rostro de Darkin para dar lugar a una expresión de resignada amargura.

—Siempre he sido un leal enemigo de usted, Duncan, — dijo mientras miraba furtivamente racia el extremo del pasadizo donde había distinguido dos puntos verdes, luminosos, cada vez más relucientes en la oscuridad. — Por eso me declaro vencido en esta emergencia.

—¿Va usted a darme los documentos? — insistió Geoffrey dudando de la sinceridad de la capitulación del preso.

—Sí, — dijo Darkin con voz jadeante. — Se los daré si este hombre deja de aplastarme el cuerpo. Supongo que no hay traición escondida en esto, — agregó sonriendo. — Las circunstancias están de tal modo en contra mía que ustedes no pueden temer traición de mi parte. Suélteme, pues, un momento... Me portaré bien. ¡Palabra... de honor!

A una señal de Geoffrey, Girt separó sus largos brazos pero siguió sujentando al preso por una muñeca.

Darkin respiró con fuerza y se retiró a un lado del pasadizo apoyándose de espaldas a la pared, para descansar, mientras miraba com se agrandaban los dos círculos de la luz verdosa que había distinguido antes.

Pasaron unos mometos durate los cuales Darkin respiraba ruidosamente y se tambaleaba como si estuviera próximo a perder los sentidos.

Girt y Geoffrey le observaban con suma atención, sin perderle de vista ni un segundo.

Por fin, levantó la cabeza, casi en su estado normal.

—¿Quiere usted los documentos, señor Duncan? — preguntó Darkin con voz clara.

—Sí. ¡Pronto! — exclamó el joven, impaciente.

De pronto, a sus espaldas, un gruñido feroz y terrorífico retumbó en los ámbitos de la subterránea oscura galería y fué repetido a lo lejos por mútipes ecos. Se oyó el "frufrú" de unas faldas femeninas y un golpe sordo. Lanzando un grito ahogado, Girt se desplomó quedando tendido en el suelo.

La fatiga y la extenuación de Darkin, que parecían tan intensas, habían desaparecido como por encanto, y el pillo se transformó en una fiera.

En un segundo avanzó y poniendo en él toda su fuerza y todo su furor, dió a Geoffrey un violentísimo golpe, con el puño cerrado, en el plexo solar. El golpe, — conocido por todos los que entienden de boxeo como uno de los más decisivos, — fué de efecto inmediato. Sin tiempo más que para lanzar un leve gemido, Geoffrey cayó hacia adelante, de rodillas y luego de bruces en el suelo. El golpe, — dado en el centro del pecho, — le había cortado primero la respiración e inmediatamente le había privado de los sentidos.

Darkin le miró caer con cruel y maligna satisfacción. Como obedeciendo a un mágico influjo, su rostro había perdido el gesto repelente y salvaje que lo afeaba momentos antes para presentar la expresión risueña de sarcástico contento que era habitual en aquel infame capaz de todos los crímenes.

Volvióse hacia la elegante figura de mujer que había acudido a ayudarle en el preciso momento en que se encontraba perdido y que se encontraba de pie, a poca distancia, empuñando en una mano blanca cargada de anillos con brillantes, una gruesa cachiporra, mientras que con la otra mano sostenía la cadena a que estaba atado el leopardo, que pugnaba por alejarse de aquella mujer.

Los verdes y hermosos ojos del leopardo habían sido los que habían anunciado a Darkin la proximidad de la mujer.

—¡Muchas gracias, Ruth! — dijo Darkin con una suavidad y una distinción que no hubieran disonado en el ambiente del más aristocrático salón. — ¡Hubo un momento en que me figuré que éste cualquier cosa me había vencido!

Volvióse y con la malignidad que era la nota dominante de su carácter y olvidando por un segundo toda habilidad y todo disimulo, aplicó un terrible puntapie a la caída figura de Geoffrey.

—¡Aquí, Leo! — llamó Ruth rápidamente y, chispeantes sus ojos, indicó a Darkin. — ¡A ese!

Con un gruñido feroz el leopardo saltó al cuello de Darkin que retrocedió asustado, blanco de miedo. La garra de afiladas uñas avanzó y si no hirió el rostro, le rasgó la parte delantera del saco y del chaleco. Se encogió para volver a saltar y Darkin se alejó aterrorizado, pero en el nuevo ataque, Ruth de Lys pronunció dos o tres rápidas y enérgicas palabras y el leopardo volvió, arrastrándose humildemente, a su lado.

Gruesas gotas de sudor brillaban en la frente de Darkin. Sus ojos expresaban miedo y furor a la vez.

—¡Maldito animal! — exclamó. — Y usted ¿qué se proponía? ¿Se puede saber, bruja del infierno? ¿Qué?...

—Leo es como yo misma, — dijo Ruth de Lys con toda calma, pero con los ojos brillantes de enojo todavía. — A Leo no le gustan los puntapiés. Cuando ve que alguien da de puntapiés, en un arranque de valor, a un hombre que está tirado en el suelo, privado de los sentidos, se enoja de verdad. ¡Además ya le advertí a usted a su debido tiempo que no quiero que ponga las manos, y mucho meos los pies, ¿lo recuerda? en el señor Duncan.

Avanzó, se inclinó hacia el caído Geoffrey y tomándole una mano, levantó el brazo para observar, durante unos momentos, el pulso.

—No corre peligro alguno. El corazón funciona con toda regularidad. — dijo ella

incorporándose. — No tengo por qué quejarme del golpe. Era necesario y le fué aplicado dentro de las leyes del sport del boexo. ¡Pero el puntapie, señor Darkin! ¡Tanto a Leo como a mí nos pareció muy mal esa intervención de los pies en la discusión!

—¡Bah! "¡Todas las mujeres son tontas", dicen por ahí! — exclamó Darkin. — ¡Y es usted más tonta que muchas!

Ruth de Lys miró a Darkin con desprecio con grandísimo desprecio y hasta con lástima. Se inclinó para tomar la linterna eléctrica que había caído de la mano de Geoffrey. Después se alejó por el pasadizo.

—¡Venga!—dijo ella. — ¡Estoy dispuesta a llevar a cabo nuestra exploración!

Murmurando entre dientes y con enfado, Darkin la siguió sin cesar de hablar en voz baja, pero contando los pasos a medida que avanzaba.

De pronto se detuvo y luego miró en su redor con toda atención.

—¡Ah! — dijo luego en un tono de alegría que demostraba haberse desvanecido por completo el mal humor que tenía momentos antes.—¡Aquí está la puerta, Ruth! ¡Esa es la puerta a que se refiere el documento partido! ¡No puede ser otra!

Metida en la pared de piedra, — a ras de su superficie, ni hundida ni sobresaliente, — se encontraba una vieja puerta que nadie hubiera visto sino buscándola, — como acababa de hacerlo Darkin, — con toda atención y vehemente ansia de hallarla.

No costó mucho trabajo abrir aquella puerta ni hicieron falta más herramientas que el martillo y el cortafrío de que Darkin estaba provisto.

En cuanto la vieja hoja giró sobre sus goznes dejando libre un hueco de una yarda de ancho por dos de alto, Darkin pasó por aquel hueco, seguido de Ruth de Lys.

Se hallaron, — una vez traspuesta la puerta, — en un pasadizo tan estrecho que era únicamente bastante ancho para que pasara una sola persona.

Darkin se detuvo y consultó una pequeña copia del texto de los dos pergaminos, que había hecho en una hoja de la libreta de apuntes.

—Ahora debemos mirar hacia donde esté una roca que tenga como una braza de largo.

—¡Allí está! — exclamó Ruth de Lys. — ¡Ya la veo!

Indicó un sitio delante de ella. A pocas yardas de distancia el pasaje se ensanchaba, formando una habitación en la cual había una piedra que ocupaba todo su largo. Era una piedra chata, baja y lisa.

Avanzaron por aquella habitación.

—"Deténgase a escuchar el armonioso canto del agua que al caer dentro del viejo pozo...", — dijo Darkin repitiendo las palabras del pergamino.

Se detuvieron y escucharon, pero no llegaba a sus oídos ruido alguno.

Siguieron hacia el otro lado de la habitación, hacia el sitio donde quedaba el extremo de la piedra chata y lisa.

Darkin estaba pálido de ansiedad.

El pasillo continuaba, otra vez estrecho, del otro lado de la habitación. Darkin siguió avanzando por él.

De pronto se volvió y llamó, nerviosamente, a su compañera.

—¡Oiga! — dijo con vehemente agitación cuando Ruth de Lys estuvo a su lado. — ¿Oye usted ahora?

Ruth escuchó, conteniendo la respiración y a sus oídos llegó la suave y musical voz del agua que caía en algún recipiente de poca profundidad.

—Parece que debe ser por el lado de ahí, — dijo Darkin indicando la sólida roca de una de las paredes laterales del pasadizo.

Alumbró con la linterna eléctrica aquella parte de la pared de roca y al cabo de unos minutos lanzó una vibrante exclamación de alegría.

Había notado la presencia de otra puerta. Bastó un instante para abrirla y dejar descubierta la entrada de un conducto tan bajo de techo que no era posible avanzar por el como no fuera a gatas.

Pero Darkin no vaciló un segundo. Adoptando tan incómoda posición se metió por el hueco. Ruth de Lys le siguió después de ordenar al leopardo que se quedara fuera.

El nuevo y estrecho pasaje era muy corto. Poco fué, pues, lo que tuvieron que andar a gatas.

A las cinco yardas de la entrada se llegaba a la salida que daba a una espaciosa caverna en la que vibraba el eco cristalino del agua que caía.

Darkin dirigió el haz de luz de su linterna eléctrica hacia el interior de aquella caverna, obra de la naturaleza. En el centro del piso, — muy irregular por cierto, — habían cavado un pozo y en este pozo caía sin cesar, constantemente, un chorro pequeño de agua, caudal poco importante, pero inagotable de un eliminatorio subterráneo.

—"Precisamente una braza más abajo", Ruth, — dijo Darkin repitiendo otra vez algunas palabras del contenido de los pergaminos cuyo texto ya se sabía de memoria. — ¡Debe ser en el fondo del pozo!

Se quitó el saco y, de la cintura, desenrolló una larga y resistente soga, uno de cuyos extremos ató a una piedra saliente y sólida, encargando a Ruth que no se separara de junto a la cuerda, para más seguridad.

Un instante después había tomado la linterna eléctrica y descendía por la soga hacia el interior del pozo.

En la oscuridad, Ruth de Lys esperó, nerviosa, en la ansiedad de la enervante expectativa.

Si nembargo no participaba de la febril ansiedad, de la excitación intensísima que dominaba a Darkin a pesar de su aparente indiferencia.

A Ruth de Lys le interesaba sin duda todo aquello, pero mucho menos que a Darkin y, sobre todo, no estaba, como él, aturdida por la excitación de la expectativa de lo que consideraba una victoria segura.

Darkin pensaba que aquel día, aquella hora, marcarían en su existencia el momento del triunfo, la realización de lo que había sido el objeto a cuya conquista había dedicado años de astucias, de villanías y de crímenes.

Durante años, efectivamente, Darkin había trabajado con astucia y con habilidad suma, sin que hubiera obstáculo que le arredrara, tratando de lograr apoderarse del secreto del invento que tan bien había ocultado el profesor Gale.

Llegar a poseer aquel secreto constituía, para Darkin, la realización de todos sus más disparatados y fantásticos sueños de ambición, de riquezas, de buena vida, gozando de la vida, olvidados e impunes todos los delitos por él cometidos.

Rutn de Lys se acercó al borde de la boca del pozo y miró hacia lo profundo. En lo hondo distinguió a Darkin que con la linterna eléctrica entre los dientes y metido en el agua hasta el pecho, buscaba algo en el fondo del pozo.

Un rápido grito inarticulado llegó entonces hasta ela y no sin emoción, vió que Darkin sacaba del agua algo que parecía un cofrecito de hierro.

Casi en seguida, Darkin comenzó a ascender por la soga, apoyando los pies en la pared interna del pozo y estremeciéndose de entusiasmo.

Ruth de Lys tomó la cajita de hierro de mano de Darkin en el momento en que éste llegó al borde del brocal.

Un segundo después el hombre salía de un salto del hueco del pozo y se acercaba a Ruth.

Darkin tenía la ropa empapada hasta el cuello, del agua helada del pozo, pero se nubiera dicho que no solo no le molestaba sino que no lo ntaba.o

Tomó la cajita de hierro de manos de la mujer.

—¡Ahora, Ruth, — dijo, — vamos a enterarnos de ese invento extraordinario destinado a maravillar al mundo.

Con el cortafrío y el martillo de que estaba provisto necesitó pocos golpes para abrir la tapa de la caja cuyos goznes estaban carcomidos por la herrumbre.

Entusiasmado, metió la mano en la caja. Brillaba de contento sus ojos, cuando, con triunfante ademán, sacó de la cajita, y se lo mostró a Ruth como ostentación, un sobre voluminoso, que había sido de papel blanco pero que estaba amarillo a causa del tiempo transcurrido y a pesar de que la cajita de hierro tenía las junturas tapadas con cera y no había penetrado el agua en su interior.

El sobre estaba pegado y atado además con una ancha cinta roja cuyo lazo desaparecía casi debajo de un enorme sello de lacre en el que estaba impreso un complicado monograma.

Darkin rompió febrilmente el sello de lacre, mientras Ruth de Lys alumbraba con la linterna eléctrica.

Con temblorosos dedos, Darkin desdobló rápidamente el pergamino obligándole la tenacidad de los dobleces a volverlos varias veces en sentido contrario para que el pergamino no volviera a doblarse de nuevo inmediatamente.

Por fin pudo tenerlo extendido ante su vista y contemplar lo que en él estaba escrito.

La tinta estaba descolorida por la obra del tiempo; pero, sin embargo, pudieron leer sin mayor dificultad el texto del extraño documento hallado en tan extrañas condiciones.

Parecía algo que tuviera un significado oculto, pues decía así:

"Quién esto encuentre, criminal o loco que se contente con naber gozado de la alegría del haber buscado, pues hallar, no hallará nucho ni poco'".

—¡Burlado! ¡Ignominiosamente, ridículamente, brutalmente engañado!

Cuando Ruth de Lys, — después de leer dos veces el pergamino, — se dió perfecta cuenta de que aquello había constituído una sangrienta burla, tramada, quién sabe con qué intención, por el viejo profesor, no pudo reprimir una carcajada burlona.

Lentamente, con las manos crispadas, Darkin estrujó el viejo pergamino entre sus dedos y lo retorció después, furibundo.

Luego volvióse hacia Ruth de Lys y en su rostro se vió de nuevo la expresión salvaje, indescriptible de su desesperada, insensata furia, desencadenada por el vergonzoso fracaso que acababan de sufrir todas sus ilusiones.

—¿Usted se rió? ¿Se ha reído usted? — preguntó con tono amenazador y cerrando los puños.

Cuando los cómplices riñen...

Ruth de Lys se irguió orgullosa, altanera, con toda la majestad de su soberbia figura, sonriendo despectivamente. Había en sus extraños ojos violeta una expresión de ironía y de lástima a la vez.

Ante la brutal y amenazadora actitud de Darkin, la hermosa no se emocionó ni lo más mínimo.

—¿Y si me nubiera reído? ¿Qué? — preguntó Ruth de Lys con suavidad, sin dejar de mirar a su cómplice.

Darkin avanzó hacia ella con los puños cerrados y los ojos echando chispas.

—¡Si usted se atreve a burlarse de mí! ¡Si se atreve usted a burlarse!...—exclamó — Entonces... yo.

Ruth de Lys avanzó un paso. En el mismo instante cambió por completo de gesto y de actitud.

La sonrisa se borró de sus labios que apretados y rectos adquirieron una expresión de energía y sus ojos relucieron de enojo.

—¿Me amenaza usted? — dijo rápidamente. — ¿Se atreve usted a amenazarme?

Había algo terriblemente significativo en su frase. Su modo de preguntar tenía un

tono tan expresivo, tan enérgico que Darkin, al oirla, se comprendió dominado a pesar del furor que sentía.

Pareció apagarse el brillo de sus ojos y abrió las manos antes cerradas, como dispuestas a golpear.

Volvióse rápidamente y luego, con un grito de alarma, metióse en el túnel por el cual habían entrado en la caverna y andando a gatas lo recorrió en el menor tiempo posible. Pero, cuando llegó al pasillo principal, se detuvo y lanzó una ahogada maldición al ver que una gracil figura blanca se alejaba.... Sus blancas vestiduras viéronse unos instantes hasta que se perdieron en la oscuridad.

Darkin se quedó inmóvil, mirando hacia el sitio por donde había desaparecido aquella figura, hasta que oyó tras sí el ruido de los pasos de Ruth de Lys.

—¿Qué pasaba? — preguntó ella con tranquilo acento.

—¡La joven, — dijo, — Sonia! Estaba en el túnel mirándonos y escuchando.

La fina indiferencia de Rutn de Lys transformóse en una vehemencia tan sincera y tan intensa como la de Darkin. Un extraño y vengativo fulgor brilló en sus ojos violeta.

—¿Por qué no la siguió usted? — preguntó rápidamente. — ¿Cómo puede usted tener esperanzas de éxito mientras consienta que esa joven ande suelta y pueda ejercer la influencia de su coquetería con el señor Duncan y Girt? Probablemente fué ella la que le engañó a usted y no el anciano profesor, su padre, que no me parece que fuera hombre para esa clase de bromas. Lo que hizo ella fué darle a usted una clave falsa, quedándose con la verdadera.

—Hubiera sido inútil seguirla, — dijo Darkin inmediatamente. — Podría haberse escondido en cualquier pasaje lateral y burlar así mi persecución. Ella conoce mejor que yo el laberinto de los pasadizos subterráneos de San Ormes y conociéndolos, es muy fácil escabullirse. Si usted hubiese dicho antes lo que dice ahora quizás hubiera sido otro el resultado. Pero es el caso que usted ha hablado demasiado tarde.

Ruth de Lys frunció el ceño al oir el cargo que la hacía Darkin, pero desdeñó replicar, limitándose a encogerse de hombros.

Darkin le volvió la espalda y se encaminó por el pasillo.

—Vamos a ver cómo siguen nuestros amigos. Quizás se nayan despertado ya, — dijo.

Darkin alumbró con la lámpara eléctrica cuando llegaron al sitio donde Geoffrey y Girt le habían detenido y donde Ruth de Lys le había librado de una lección decisiva llegando en el momento oportuno.

Pensaba Darkin en aquel instante que más le habría convenido devolver los dos pergaminos, el que se hizo entregar por Geoffrey y el que arrebató a Sonia. De haber sido así hubieran sido ellos los que hubiesen sufrido el amargo y ridículo fracaso que le tenía tan apesadumbrado.

No era, pues, muy agradables los pensamientos de Darkin en el momento en que llegó al teatro de su reciente lucha y en su mente iban tomando forma nuevos planes distintos y nuevos proyectos de venganza.

—Este es el sitio, ¿no es así? — preguntó Ruth de Lys.

—Sí. Este es, — dijo Darkin.

Paseó la luz de la linterna eléctrica de un lado a otro del pasillo.

Se notaban señales de que allí se había verificado la pelea.

Pero Geoffrey y Girt se habían ido.

Una prudente precaución

Con el rostro pálido y algo demacrado, Geoffrey hallábase sentado en "su" habitación de San Ormes, con la vista fija en Girt, quién, por su parte, miraba fijamente hacia el fuego que ardía en el hogar de la chimenea.

Girt tenía la cabeza vendada con un pañuelo y el entrecejo fruncido, señal inequívoca, en él, de que sufría algún fuerte dolor.

Geoffrey había sido el primero que había recobrado los sentidos. Vió a Girt tendido boca abajo en mitad del oscuro pasillo. Con gran esfuerzo logró, al cabo de unos instantes, ponerse de pie. Girt se hallaba todavía desmayado a consecuencia del golpe que le había dado Ruth de Lys con la cachiporra, pero dando pruebas de que no flaqueaba su proverbial energía, Geoffrey había logrado llevar a su compañero a sitio más seguro y de allí, algo después, al cuarto que consideraba su habitación.

Geoffrey no intentó hablar. No se sentía con ganas de hablar y su reducido posible auditorio, no estaba tampoco en condiciones de querer escuchar.

Pero de pronto se volvió al oir el suave roce de unas faldas; Sonia, pálida y jadeante, hallábase ante él. Sus ojos parecían echar chispas.

Geoffrey se puso de pie rápidamente y Girt volvió la cara hacia la recién llegada.

Se notó una expresión de inquietud en el rostro de Sonia cuando la joven vió el vendaje manchado y se percató de la palidez de Geoffrey.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? — preguntó sofocada por la emoción.

Girt gruñó y volvió la cabeza. En aquel momento sentía menos simpatía por las mujeres que de costumbre.

—Un pequeño contratiempo y nada más, Sonia, — dijo. — Nada de importancia. ¿Pero qué le ha sucedido a usted?

—Les seguí, — manifestó Sonia con vacilante voz. — Ví el leopardo, el leopardo de ella, esperando en el pasadizo y supuse, con razón que los dos debían estar buscando en algún sitio cercano. Me acerqué al animal, le traté cariñosamente, y cuando me convencí de que no me molestaría, me metí, como ellos se habían metido, en una habitación abierta en la roca y cuya existencia yo ignoraba. Allí dentro los ví a los dos.

Calló Sonia un momento. Respiraba con tanta agitación que casi no le era posible

hablar seguido. Después de una paúsa, prosiguió:

—El, Darkin, acababa de salir de un pozo que había en el centro de la habitación y le ví que abría a golpes de cortafrío una pqueña caja de hierro, que seguramente había sacado del pozo, pues estaba mojada. Creía que mi corazón, al ver yo aquello, cesaba de latir, tal fué la emoción que experimenté. Después... ¿qué creen ustedes? ¡Resultó que dentro de la caja no había nada! ¡Nada!

Girt se había vuelto de nuevo hacia ella, olvidando sus dolores. Geoffrey miró a Sonia maravillado e incrédulo.

—Pero, ¿está usted segura de que no encontró nada, Sonia? — prguntó — ¿No pudo ser, de parte de Darkin, una farsa para no participar lo descubierto a su cómplice?

—No. eH aprendido a conocer cuándo está Darkin enojado de verdad y cuándo lo finje. Además le ví estrujar furioso el pergamino que había sacado de la caja, retorcerlo y arrojarlo al suelo lanzando un juramento. Fué entonces cuando se volvió rápidamente y me vió.

—¿La vió a usted?

—Sí. Yo huí, comprendiendo que mi vida estaba en peligro. Corrí tan ligero como jamás había corrido en mi vida. De no haber corrido así él me hubiera alcanzado, y entonces...

Se estremeció de miedo, sentándose en la silla que Geoffrey había acercado para ella y echando hacia atrás la cabeza, extenuada, sin aliento y cerrando los ojos.

Durante algunos instantes Geoffrey la contempló sin decir nada.

Después, en el momento en que ella cerraba los ojos, dijo él:

—Pero si es así, la clave o, mejor dicho, la parte de clave que usted le dió, Sonia, era falsa... A menos que lo fuera la que yo tenía.

Sonia movió la cabeza con aire de extrañeza, encogiéndose de nombros al mismo tiempo.

—Puede ser que la clave que yo le dí fuera falsa... Lo que puede decir es que era la única que yo poseía, — dijo Sonia pausadamente.

Fué Geoffrey el que se extrañó, a su vez, al oir esas palabras.

—¡Cómo! ¿No tiene usted otra clave? ¿No tiene usted la clave exacta?

Sonia movió negativamente la cabeza.

—Que yo sepa, no, — dijo ella. — No recuerdo que mi padre me hiciera entrega más que de esa.

Hubo un momento de silencio durante el cual Geoffrey miró atentamente la lumbre de la chimenea como si pretendiera hallar la clave del misterio entre los encendidos trozos de leña.

—Supongo, — dijo después, — que Darkin cree, en estos momentos, que usted le engañó, que le burló a propósito dándole una clave falsa y guardándose la verdadera, que aún debe hallarse, según él debe suponerlo, en su poder.

Sonia se estremeció, sacudida por un escalofrío de terror.

—Sí, — dijo en voz muy baja. — Es de suponer que Darkin lo crea así. No se me había ocurrido semejante cosa.

Hubo una nueva pausa más larga que la anterior. Pasó más de un minuto antes de que Geoffrey volviese a mirarla.

—Sonia — dijo. — ¿La conocen a usted en Playa Negra?

—No, — dijo ella. — Solo estuve allí dos veces, de noche, acompañando a mi padre. Como ya se lo he dicho a usted, me estaba terminantemente prohibido salir de los límites de las tierras de San Ormes.

—¿Entonces no la conoce a usted nadie en la aldea?

—Nadie, — dijo ella. — Pero... por qué me lo pregunta usted?

—Porque estaba pensando, Sonia — manifestó entonces Geoffrey, — que tal vez sería mejor, más seguro y más tranquilo, que estuviera usted fuera de San Ormes, por lo menos durante algún tiempo.

La joven miró a Geoffrey con el miedo pintado en su hermosísimo rostro.

—Pero... ¿por qué? — preguntó.

—Porque Darkin tratará indudablemente de secuestrarla a usted de nuevo y sus oportunidades son tales, en este viejo y complicado caserón, que no podemos estar seguros de poder evitarlo. En cambio en la aldea, en medio de la población, no le será tan fácil o mejor dicho tendrá que serle muy difícil conseguir su objeto si toma usted algunas precauciones y vive alerta.

—Pero... ¿y usted y el señor Girt? — dijo Sonia. — Si se quedan ustedes aquí estarán también en peligro grandísimo.

—Nosotros dos podemos protegernos mejor que usted contra las acechanzas de Darkin, — dijo Geoffrey. — Además tanto el uno como el otro nos hemos jurado librar a este sitio de la infame presencia de ese hombre antes de retirarnos y, como usted sabe, no podemos ir a Playa Negra.

—¿Pero no irán ustedes a verme?

—Sí, espero que podremos ir con frecuencia. Pero tendremos que vernos, no en la aldea, sino en el camino, entre San Ormes y la población. Combinaremos oportunamente cuando y donde.

—Pero... ¿y si se diera el caso de que me pasara algo? ¿Si yo necesitara, por ejemplo, de la ayuda de ustedes, en un momento determinado?

Geoffrey bajó la cabeza y reflexionó unos instantes. Después, alzando la vista, miró de nuevo a Sonia.

—Podrá usted hacer una señal — dijo. — Desde el techo de San Ormes se distingue casi todo el camino hasta Playa Negra. Como en caso de llamado urgente éste tendría que ser, dadas las aficiones a actuar en la oscuridad que tiene nuestro enemigo, durante la noche, la señal podría hacerse mediante una luz...

—Tengo una excelente antorcha eléctrica con lámpara de nitrógeno muy luminosa. —

interrumpió Sonia — cuya luz se puede ver de muy lejos.

—Pues con esa antorcha, — agregó Geoffrey, — puede usted avisar. Primero un destello largo y luego tres breves y seguidos. Esta será la señal de que debemos ir inmediatamente, acudiendo en su ayuda.

Sonia suspiró como si se le hubiese quitado de encima un peso enorme. Había aprendido a valorar de mucho que significaba la ayuda y el consejo de aquel nombre a quién había conocido en tan dramáticas circunstancias y al que había entregado su corazón; sabía también qué auxiliar poderoso era Girt, su fiel compañero.

De pronto Girt se levantó de su butaca y se precipitó hacia la puerta secreta, disimulada en el revestimiento de roble de la pared. La abrió rápidamente y miró hacia la oscuridad que presentaba el estrecho hueco. Después se volvió, cerrando de nuevo la puerta y se sentó otra vez en la butaca.

—Me había parecido haber oído a alguien, — dijo. — Pero ha sido una alucinación seguramente.

Sonia se puso aún más pálida, pero Geoffrey la tranquilizó con una sonrisa.

—¿Cuándo quieren ustedes que me ausente de aquí? — preguntó entonces Sonia, en voz baja.

—Cuanto antes, mejor, — dijo Geoffrey. — Hay en Playa Negra sobradas personas deseosas de alquilar habitación a una joven procedente de la ciudad. Mientras esté usted allí nos ahorrará a nosotros, su permanencia en la aldea, mucha ansiedad y muchas zozobras, Sonia.

Sonia miró dulcemente a Geoffrey y después bajó la vista, ruborosa, fijándola en la lumbre de la chimenea.

—¿Así que usted se sentirá más contento y satisfecho si yo voy a vivir a Playa Negro en vez le quedarme en San Ormes? — preguntó en voz baja.

—Sin duda alguna, Sonia, — dijo Geoffrey. — Se que en la aldea estará usted fuera de la zona peligrosa, en plena seguridad casi; y no diría "casi" sino supiera todo lo maligno que es el enemigo con el cual tenemos que luchar.

—¿Y usted, señor Girt, qué dice a este respecto? — preguntó Sonia volviéndose hacia el fiel compañero de Geoffrey, que había aprobado el proyecto con significativo gruñidos. — ¿Cree used que es conveniene que vaya a residir a Playa Negra?

—Sí, señorita, me parece que es lo mejor que puede usted hacer, — dijo.

Sonia sonrió de nuevo, mirando á Geoffrey.

Geoffrey, que había aprobado el proyecto con significativos gruñidos. — ¿Cree usted que es conveniente que vaya á residir en Playa Negra?

—Siendo así, haré lo que usted desea, señor Duncan. Partiré inmediatamente. ¡No sé qué hubiera sido de mí en el mundo si en los momentos graves y de peligro porque he pasado, no hubiera contado con su aprecio y con su amistad!

El plan de Darkin... y el de Ruth de Ly

En la habitación donde Darkin se había instalado, e nel laberinto de cuartos que constituían el viejo caseron llamado San Ormes, el hombre hallábase de pié, inclinado ante una mesa baja an la que había frascos con ácidos y productos químicos, un pico de acetileno con su generador portátil tubos de ensayos, crisoles, retortas y embudos, así como varias armazones de metal para sostener los utensilios de vidrio.

De un crisol que tenía sujeto en unas largas tenazas y que había retirado un momento antes de sobre la llama del pico de acetileno, vertía un polvo blanquecino en un tubo de ensayo.

Levantó la vista e nel momento en que una voz musical le saludaba.

¿Es un explosivo o un veneno?

—Ni lo uno ni lo otro, si he de hablar con exactitud, — dijo Darkin.

—Pero sin duda es un elemento a propósito para quitarle la vida a algún ser humano, — dijo la mujer.

—Eso sí, — manifestó Darkin dejando el pequeño crisol sobre la mesa. — Aquí hay dos clases de polvo, querida Ruth. Cada uno por sí es de lo más inocente que puede haber. Mezclados los dos no representan peligro alguno... Pero si alguna persona de mala intención llegara a agregar un poco de agua a la mezcla, se formaría con rapidez asombrosa un volumen enorme de gas con un poder explosivo lo menos cincuenta veces más fuerte que el hidrógeno carburado. Llamado vulgarmente grisú, que además de ser intoxicante, causa tan horrendas explosiones en las minas de hulla.

Ruth de Lys inclinó la cabeza en señal de haber comprendido la explicación.

—¿Y quién va a ser el afortunado destinatario de tan agradable compuesto químico? — preguntó la mujer después de una breve pausa.

Darkin no hizo caso de la pregunta y continuó su labor mezclando el polvo blanquecino que había sacado del crisol con otro azulado, que sacó de un frasco de vidrio oscuro con la boca ancha.

—Preparada la mezcla se pone en un tubo de forma y tamaño conveniente, con un compartimiento separado que se llena de agua, — dijo. — Si se lleva con precaución no pasará nada; Pero llegado el momento de utilzar esta combinación se deja caer o se arroja el tubo al sitio que se ha escogido de antemano. Entonces el vidrio, que es muy delgado, se quiebra y el agua se une a la mezcla de los polvos, produciéndose el gas apetecido que ahoga a cualquiera que lo respire en muy pocos segundos.

—¿A quién destina usted eso? — preguntó Ruth de Lys.

Darkin se encogió de hombros.

—A nadie en particular, — dijo. — Se trata de un arma de precaución, querida Ruth... puramente defensiva.

Ruth de Lys no insitió en preguntar a

quién estaba destinada tan mortífera preparación aun cuando sabía que Darkin no la había hecho sin su preconcebido propósito de usarla contra determinada persona. Pero conociendo los insidiosos procederes de aquél hombre, no se dió pr satisfecha.

Si hubiera sido Girt aquel a quién Darkin se propnía hacer respirar el mortífero gas, Ruth ni hubiese pensado siquiera en protestar. Si la presunta víctima hubiera sido Sonia, aquella mujer hubiese ayudado, con gusto, a llevar a cabo el plan de Darkin...

Pero Ruth de Lys temía que pudiera estar destinado a Geoffrey el terrible gas que mataba en pocos segundos. Por un capricho misterioso el rostro, la manera de ser, la personalidad de Geoffrey, habíanle resultado simpáticos a aquella mujer. Rutn de Lys proponíase desplegar todo su poder de encanto y fascinación, toda la fuerza dominadora de su belleza extraordinaria y de su hábil coquetería para conquistarse la atención de Geoffrey.

Aun cuando ostensiblemente asociados. Ruth de Lys y Darkin sabían, en su fuero interno, que trabajaban con fines distintos y antogonistas, pues mientras él habíase jurado que Geoffrey pagaría con la vida el haberse metido en los asuntos de San Ormes, ella habíase jurado una y otra vez que no sería así.!

Se quedó Ruth de Lys algún tiempo en la habitación mirando a Darkin y sus tubos de ensayo, pero con la mente muy lejos de todos aquellos experimentos químicos.

De pronto miró a Darkin cara a cara.

—¿Es cierto que nuestros queridos amigos los señores Duncan y Girt son buscados por la policía?

Darkin inclinó la cabeza afirmativamente.

—¿De qué les acusan?

El hombre se sonrió pícarescamente haciendo un gesto de despreocupación.

—Los acusan de haber causado voluntaria y violentamente la muerte de mi antiguo patrón, el "administrador de propiedades" señor Tilson.

—Así que usted se arregló para que las circunstancias los presentaran a ellos como culpables del hecho cometido por usted. ¿Y cómo fué que lograron escaparse?

mismo, — dijo Ruth de Lys pausadamente.

—Huyeron en un bote, que se hundió en el mar. Ellos se metieron en la boya de campana y por el túnel de la vieja mina de estaña, llegaron a San Ormes, — exclamó Darkin. — Los de la policía los consideraron irremisiblemente perdidos en el mar, a tal punto que desistieron de seguir buscándolos, convencidos de que se habían ahogado. No me convenía desengañar a la policía haciendo conocer la existencia de la misteriosa entrada a San Ormes por medio de la boya y el túnel.

—¡Sí! Ahora recuerdo que usted me lo explicó en otra ocasión, — dijo ella. — ¿No figuró el dueño de la hostería de Playa Negra entre los que salieron en persecución de los fugitivos?

—¿Pimm? ¡Sí! — dijo Darkin. — ¿Por qué lo pregunta usted?

—Por curiosidad, o, mejor dicho, por hablar algo, — dijo con gran indiferencia Ruth de Lys.

Pero aquella curiosidad la hizo salir de la habitación pocos minutos después, y, cuando empezaba a anochecer, una esbelta figura femenina, elegantemente vestida, con un espeso velo cubriéndole el rostro, llegaba a Playa Negra, entraba en el Hotel de la Playa, causando el mayor asombro y la mayor sorpresa al dueño del establecimiento.

Ruth de Lys saludó sonriendo como ella sabía hacerlo, al hostelero de cara de huron y el hostelero se inclinó contoneándose encantado.

—¿Es usted el señor Pimm? — preguntó con su voz musical e insinuante la recién llegada.

—Sí, señora... A sus órdenes.

—¿Está usted muy ocupado? Quisiera conversar con usted particularmente, si es que puede dedicarme unos breves instantes.

—Volvió a sonreir de manera que agitó el tardío pulso del anciano hostelero.

—Con mucho gusto, señora, — dijo rápidamente, restregándose los manos. — Tenga la bondad de pasar por aquí.

Levantó la tabla del mostrador y Ruth de Lys pasó a una habitación interior que él le indicó. Pimm dirigió una mirada de soslayo a su esposa, que se quedó tras el mostrador lavando vasos, y siguió a la hermosa desconocida, humildemente, mientras la señora de Pimm vió cómo se cerraba la puerta con gesto de asombro y de resentimiento. El aspecto de Pimm le pareció, en aquel momento. la mejor garantía de su fidelidad.

Rutn de Lys se sentó perezosamente en un diván y con gesto de gran señora indicó a Pimm que acercara una silla y se sentara. El hombrecito de ojos de huron obedeció no sin cierta nerviosidad.

—¡Qué sitio encantador es este! ¡Qué aspecto tranquilo y antiguo tiene, señor Pimm! — dijo ella con su voz armoniosa, fijando en él sus ojos grandes y maravillosamente expresivos. — ¿Tiene usted muchos huéspedes? Es decir, ¿reside aquí mucha gente de fuera, por temporadas?

—Unas vecs sí y otras no, señora, — dijo Pimm, mirando en su redor, atribulado, tratando de evitar que su mirada tropezara con la de la visitante que no le quitaba ojo de encima. — Unas veces sí y otras no.

—Pues es este un sitio que debía gozar de gran popularidad. ¿Estuvo aquí, en alguna época un visitante llamado señor Duncan?

Pimm se puso muy pálido.

—Sí, señora, — dijo balbuceante, — Es decir...

Ruth de Lys suspiró com si acabara de recibir una noticia tranquilizadora y después sonrió.

—No recuerdo bien si estuvo o no, — agregó Pimm. — Unos vienen... otros van... ¿Le quería ver tal vez la señora?

—Es mi esposo, — dijo Ruth de Lys con

todo aplomo. En seguida miró con grandísimo asombro a Pimm por que el hostelero se había levantado de la silla dando un respingo como si se acabara de sentar en una tachuela puesta de punta.

—¿Su esposo, señora? — dijo Pimm en voz baja y muy emocionado.

Ruth le miró como si comenzara a emocionarse también.

—¿Por qué se pone tan nervioso? — preguntó atemorizada. — ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo?

Un conflicto de emociones producíase en la estrecha mente de Pimm: temor, sorpresa, asombro, simpatía. Cada sentimiento buscaba supremacía sobre los demás. El hostelero balbuceó algunas palabras incoherentes, miró al suelo, al techo, a la ventana, a los cuadros de las paredes... a todas partes menos a la cara de su bellísima visitante.

Ruth se levantó rápidamente y se acercó a él. Volvió a oirse su voz musical, armónicamente modulada, pero con un leve temblor de emoción.

—Algo tiene que haber sucedido, señor Pimm, — dijo con energía. — ¿Qué ha sido? ¡Dígamelo! ¡Insisto en que debo saberlo!

—Lo siento mucho, señora, — balbuceó Pimm. — Es algo muy difícil de decir. Algo que...

Ruth pegó con el pie en el suelo, impaciente.

—¡Se ahogó, señora! — pudo decir Pimm con mucho esfuerzo y secándose la frente cubierta de sudor. — ¡Se ahogó junto con su amigo el señor Girt!

No pudo nacer valor para relatar las trágicas circunstancias que tuvieron por consecuencia su desaparición. La pobre mujer tenía bastante con aquella mala noticia.

Ruth le miró con extraña expresión en su rostro.

—¡Ahogado! — murmuró. — ¡Mi Geoffrey ahogado! Pero... ¿cuándose se ahogó?

—Hace varias semanas, señora Duncan, — dijo suavemente Pimm. — Para ser más exacto creo que fué el...

—¡Hace varias semanas! — exclamó Ruth interrumpiéndole. — ¡Pero no puede ser! ¡Si ayer mismo recibí carta de él!

Fué Pimm el que se sorprendió esta vez.

—¿Qué usted recibió carta del señor Duncan ayer?

—Sí, ayer. Yo estaba en Londres. La carta tenía el sello de la oficina de correos de Porthaven...

—Es la aldea próxima, en esta misma costa, — dijo rápidamente Pimm.

—Sí, — dijo Ruth alzando la vista. — La carta estaba fechada antes de ayer. Además, en esa carta mi esposo me pedía que viniera yo a Playa Negra. Homos quedado en encontrarnos.

Una extraña expresión movilizó el rostro de Pimm y sus ojos de huron relucieron de modo extraño.

—Debo haber estado equivocado entonces, señora, — dijo. — Por que nosotros nos figuramos, todos nosotros... que los... los pobres señores se habían ahogado. Me alegro mucho de saber que no ha sido así, señora Duncan... Me alegro muchísimo. ¿Así que usted va a entrevistarse con él, señora?

—Sí.

—Y... ¿donde se van ustedes a ver? — preguntó con todo atrevimiento.

Ruth de Lys pareció pensarlo un momento sin percatarse de lo impertinente de la curiosidad del hostelero.

—¡Ah! ¡Ya lo recuerdo! — dijo al cabo de unos instantes de reflexión y con un aire de ingenuidad admirable. — Vamos a encontrarnos junto al hito que marca la primera milla del camino de Playa Negra a Porthaven. ¡Ah! ¡A ver! — y miró el reloj de oro que llevaba en la pulsera. — ¡No me queda más que media hora! ¡Tengo que apresurarme!

Se dispuso a salir. Antes de ausentarse de la hostería, la visitante quiso ver algunas habitaciones y eligió una para alojarse en ella cuando volviera con su esposo.

—Me ha sido muy agradable saber que no le ha pasado nada de malo al señor Duncan, — dijo sonriendo Pimm al despedir a Ruth. — Tendré sumo placer en volver a verla.

Había en las palabras del hostelero una escondida expresión que la hermosa visitante no pareció alcanzar.

Por lo menos así lo creía el hostelero Pimm cuando se puso el sombrero y salió de su establecimiento para ir a comunicar las importantes noticias de que acababa de enterarse a sus amigos el inspector de policía y el juez, burlados, como él por Geoffrey y Girt el día en que pretendieron detenerlos, como autores de la muerte de Tilson el "administrador de propiedades" patrón de Darkin.

En la trampa

El sol se había hundido hacía ya rato en el horizonte y las negras sombras de la noche habían sustituído a las brillantes claridades del día cuando Geoffrey y Girt se hallaban, silenciosos, de pie en el techo de San Ormes mirando por sobre el parapeto la parte en qu la zona pantanosa de la costa quedaba limitada del lado de tierra por el camino carretero a Playa Negra.

Sonia había ido, a su pedido, a alojarse en la aldea y, sabiendo el riesgo que corría, amenazada por las combinaciones de Darkin y de Ruth de Lys, ellos vigilaban desde el techo, temiendo ver los tres destellos de luz que serían señal de que la joven necesitaba de su ayuda.

—Sea como sea estamos más tranquilos sabiendo que Sonia se halla alojada en la aldea, — dijo Geoffrey en voz baja. — Allí, las probabilidades de...

Calló de pronto y se irguió. Lo mismo hizo Girt.

De la oscuridad, a lo lejos, en el camino había surgido una luz que duró un instante.

Después, en rápida sucesión, brillaron uno, dos, tres, destellos.

Durante un momento, los dos hombres esperaron, pero no se volvió a ver la luz.

Aquella había sido la señal.

Sonia se hallaba en peligro.

En pocos minutos estuvieron fuera de la casa y corrieron lo más ligero que podían hacia el portón. Pasaron por él con menos rapidez y luego continuaron la carrera.

En cinco minutos habían recorrido la mitad de la distancia que separaba San Ormes de Playa Negra.

Debían encontrarse cerca del sitio donde había aparecido la luz.

Apresuraron el paso mirando con ansiedad hacia un amontonamiento de arbustos que había a un lado del camino.

Cuando pasaron más allá de aquel grupo de plantas, una mujer que estaba acurrucada detrás de los arbustos lanzó una musical carcajada.

—¡Geoffrey Duncan está en grave peligro! — murmuró aquella mujer. — Pero su peligro no es ahora tan grande como podía haberlo sido. Por lo menos no es peligro de muerte. ¡Qué cara la que va a poner Darkin cuando se dé cuenta de que una combinación tramado por él es la que ha tenido por resultado arrebatarle la víctima que ya consideraba segura! ¡Oh! ¡Geoffrey Duncan no morirá a manos de Darkin mientras Ruth de Lys pueda evitarlo!

Geoffrey y Girt dirigiéronse, camino adelante, hacia las luces de unas vecinas casas de pescadores.

—La señal apareció aquí y no más lejos, — dijo Geoffrey parándose. — Aquí está el hito que marca la primera milla del camino de Playa Negra a Porthaven.

Miró en su redor, fijándose en otros grupos de arbustos que habí aa ambos lados del camino.

—¡Eh! ¿Qué es esto? — exclamó muy luego.

Los montones de arbustos parecían estar llenos de gente.

Los dos hombres saltaron de costado al medio del camino, dispuestos a defenderse, pero instantáneamente se vieron rodeados por numerosos grupos de hombres que les atacaron simultáneamente.

A derecha e izquierda, Geoffrey y Girt dieron golpes de boxeo que sonaron fuerte, indicando que habían dado de firme en el blanco. Cayeron varios de los atacantes desmayados instantáneamente.

Pero eran demasiados para solo dos. Al cabo de unos instantes, mientras uno de los asaltados, que había caído al suelo víctima de una zancadilla, enviaba a rodar a uno de los atacantes, doblado en dos por el dolor que le producía un golpe de talón dado en el vientre, al otro, dominado por el número, le ponían las esposas.

Lo mismo hacían poco después con el que había caído al suelo.

La frase terrible

Girt dió a los que habían acudido a prenderles mucho mayor trabajo que Geoffrey, porque se defendió con mayor vehemencia.

Cuatro hombres cayeron desmayados al contacto de sus terribles puños, manejados con habilidad de maestro de boxeo. Los cuatro estaban tendidos, inmóviles, a un lado, sobre el polvo del camino.

Gritando como un endemoniado, — en medio del entrevero, — había visto Girt a Pimm, cuya voz y cuya figura reconoció inmediatamente. No era muy bueno el recuerdo que Girt tenía del entrometido hostelero, cuya declaración, tontamente insidiosa, había contribuido a cimentar mejor las mentiras de Darkin.

Consideró Girt que se había presentado el momento de darle una pequeña lección al hostelero y tomándole, — como ya lo hiciera otra vez, — por el cuello del saco y el fondo de los pantalones, lo arrojó por lo alto, enviándolo a caer sobre un montón de arbustos y de piedras.

El hostelro se quedó inmóvil en donde había caído. Con seguridad miraba con el rabo del ojo, mientras se hacía el muerto o el desmayado, para no dar señales de existencia hasta que Girt hubiera sido dominado por los demás y maniatado.

Pero, aún para el mismo Girt, eran aquellos demasiados asaltantes para un hombre solo.

No era posible dejar de suponer que la policía contó desde el primer momento con que se produciría una pelea, pues aquellos a quienes iban a detener, se resistirían lo más posible y tenían merecido renombre de fuertes y de hábiles en el boxeo.

Pimm y los de la policía habían reunido, pues, el mayor número posible de elementos vigorosos. Puede decirse que casi no quedó en la aldea un solo hombre de buenos puños que no figurara en el grupo que esperó a Girt y Geoffrey escondido detrás de los árboles de un costado del camino.

Pero entre todos los que formaban el numeroso contingente enviado para realizar la captura de dos hombres solamente, no quedaba después de la pelea, ni uno solo que no hubiera tenido violento contacto con los puños de alguno de los dos perseguidos.

Todos habían recibido algo en premio de su temeridad, en medio del vertiginoso encuentro que terminó con la captura de los dos hombres.

Aquellos que habían tenido contacto con Girt estaban en tan lamentable estado que iba a ser necesario conducirlos en la ambulancia del hospital de la localidad, para atenderlos. Había una nariz rota, una mandíbula fracturada, una clavícula descoyuntada... Los golpes de boxeo de Girt habían sido como martillazos dados con un "marron" de herrero.

Pero, por último, Girt se vió sujetas las muñecas en las esposas, y, comprendiendo que toda resistencia iba a ser, desde aquel momento, desventajosa para ellos, él y Geof-

frey se levantaron del suelo y permanecieron en pie y sin moverse ya.

Entonces uno de los policemen, — que debía ser de mayor categoría que los otros, — se adelantó y miró a los dos prisioneros, — sonriendo maliciosamente, — con el ojo derecho; el izquierdo lo tenía tapado por la inflamación producida por un certero golpe de puño de Girt.

—Señor Duncan y señor Girt, — dijo, pretendiendo aparentar tranquilidad y aplomo, pero casi sin aliento, pues la lucha le había dejado jadeante y molestado por las punzadas dolorosas que sentía en el ojo golpeado. — Quedan ustedes detenidos por haber dado voluntariamente la muerte al señor Edward Tilson, "administrador de propiedades", instalado con oficina de su ramo en esta localidad. Debo advertirles que todo cuanto digan desde este momento podrá ser utilizado, llegado el caso, como preuba en contra de ustedes mismos.

Las fatales palabras habían sido nuevamente pronunciadas.

Darkin se entera de lo pasado

Un hombre entró en el salón de despacho del Hotel de la Playa, título que ostentaba pomposamente la modesta hostería de la aldea Playa Negra.

—¡Buenos días, señor Darkin! ¡Ya está usted resultando casi un forastero para nosotros, los habitantes de Playa Negra!

Pimm, el dueño de la hostería, miró con uno solo de sus ojos de hurón al recién llegado. El otro órgano óptico del hostelero desaparecía bajo un vendaje que cubría también gran parte de la maltrecha y esférica cabeza del dueño de casa.

Pero en la parte del rostro de Pimm que el vendaje dejaba visible se notaba una expresión inconfundible de sorpresa y de contento al volver a ver, — después de varias semanas de ausencia de Playa Negra, — al ex empleado del señor Edward Tilson, el "administrador de propiedades", fallecido en las dramáticas circunstancias que son conocidas.

Darkin miró a Pimm con gesto de quien no tiene muchos deseos de entrar en conversación.

—¿Ha estado usted todo este tiempo en Londres? — preguntó Pimm, obedeciendo a su innato espíritu de curiosidad.

—Sí. Acabo de regresar. Tenía que arreglar unos asuntos... — dijo Darkin.

La parte visible de la cara de Pimm expresó aún más animación que un momento antes.

—Entonces... ¿no está usted enterado de la gran noticia? — preguntó.

—¿Qué gran noticia?

—La relacionada con esos dos pillastres... Duncan y Girt. Nos hemos enterado de que, contra lo que todos creíamos, no se habían ahogado, y los hemos puesto... ¡a los dos a buen recaudo!

—¿Qué dice usted? — exclamó Darkin, con repentina vehemencia, mirando con gesto de enojo al pequeño hostelero, que retrocedió atemorizado.

—Lo que ha oído. Que nos enteramos de que no se habían ahogado, de que andaban por el mundo vivos y en libertad... Entonces... hace dos noches... los prendimos. Yo combiné una trampa admirable, modestia aparte, y cayeron en ella como dos confiados pajaritos.

—¿Usted? ¿Usted los hizo prender? — dijo Darkin, mirando a Pimm con expresión de desprecio e incredulidad. — ¿Usted combinó la trampa "admirable"? — agregó con asombro y con enojo a la vez.

—¡Sí! ¡Yo mismo! — dijo Pimm, orgulloso. — Yo me enteré de lo que pasaba y, sin perder un solo momento, avisé a la policía. Todo se realizó sin tropiezo. La combinación salió a pedir de boca. Los dos pícaros fueron detenidos y están metidos en una celda. Mañana comparecerán ante el magistrado. ¡Ah! ¡Ahora que me acuerdo! A usted lo han estado buscando con gran interés. ¡Es usted uno de los testigos más importantes, que no se le olvide!

El gesto de enfado de Darkin se acentuó y notóse entonces un extraño fulgor en sus negros ojos entornados.

—¿Cómo llegó usted a enterarse de que esos dos personajes no se habían ahogado y andaban vivos por el mundo? — preguntó Darkin con admirablemente bien figido aire de indiferencia.

Pimm se aproximó más al ex dependiente del fallecido "administrador de propiedades", y bajando la voz le habló al oído confidencialmente, como si estuviera comunicándole algún secreto de suma importancia y cuya divulgación a personas extrañas pudiese causar gravísimos males.

—Lo supe todo por una persona que estuvo en esta casa, — dijo misteriosamente Pimm.

—¿Una persona? ¿Quién? — interrogó Darkin.

—Su esposa, — agregó Pimm con el mismo tono misterioso. — Se presentó aquí y lo dijo todo... ¡Todo!

—¡Su esposa! ¿Esposa de quién? — preguntó Darkin con mayor agitación y extrañeza de las que hubiese querido demostrar.

—¡Esposa de quién! — repitió Pimm. — ¡La esposa de Duncan! ¡De quién iba a ser! La pobre señora no sólo no estaba enterada de que a su marido lo andaban buscando como autor de un homicidio; ni siquiera sabía que los habitantes de Playa Negra creíamos que se había ahogado junto con su compañero, el llamado Girt. Conversé un largo rato con la señora. Me dijo, en el curso de la conversación, que había recibido una carta de su esposo y tenía que entrevistarse con él aquella noche. Yo, con habilidad, logré que la señora, sin sospechar cuál era mi objeto al quererlo saber todo, me dijera la hora de la entrevista y el sitio: la primera piedra miliar del camino de Playa Negra a Porthaven. Cuando me hube informado debidamente sin que hubiera probabilidad de errores, salí rápidamente de mi establecimiento y llevé la noticia a...

Darkin había hecho un gesto de perplejidad y miraba fijamente a Pimm.

De pronto, una idea, una sospecha, cruzó por su mente.

—¿Qué clase de mujer es la esposa del señor Duncan? — preguntó repentinamente y con tal ímpetu que el hostelero se estremeció, a pesar de lo acostumbrado que estaba a las nerviosidades de Darkin, de pies a cabeza.

—No pude verle la cara con toda claridad, — dijo el hostelero con sentimiento, — porque llevaba puesto un velo muy tupido. Pero era alta, de porte elegantísimo. ¡Una figura majestuosa, señor Darkin! ¡Con una cabellera castaño claro, con reflejos rojizos, que era un asombro! ¡Con unos ojos que!... Unos ojos tales que no es posible olvidarlos en mucho tiempo cuando se han visto aún cuando sólo sea una vez.

Darkin movió pensativo la cabeza, mordiéndose los labios enojado, brillándole los ojos de furor reconcentrado. Pero en seguida cambió de expresión y sonrió.

—¡Así que la mujer lo contó todo, sin reserva de ningún género! — dijo entonces Darkin, volviendo a mirar a Pimm.

—¡No! ¡No fué así! — replicó el hostelero. — La esposa del señor Duncan, como persona bien educada, es discreta, y no me hubiera dicho nada si yo no la hubiera ido sonsacando mediante sucesivas y hábiles preguntas. Poco a poco... primero un dato, luego otro, fuí conociendo todo lo que quería saber, lo fuí juntando mentalmente, ligándolo, comentándolo.... Así llegué a saber todo cuanto necesitaba saber por el momento y en cuanto lo supe...

—En cuanto lo supo, procedió usted con suma rapidez y obtuvo el éxito apetecido, — se adelantó a decir Darkin. — ¡Una importante captura realizada de una manera muy diligente a la vez que ingeniosa, amigo Pimm. Merece los elogios de todos. El éxito ha sido conquistado, sin duda alguna, por su habilidad. Gracias a que usted tiene el arte, que pocos hombres poseen, de saber hablar con las mujeres, ha podido prestar un señalado servicio a la sociedad. Su habilidad para el trato con las representantes del bello sexo venció sin duda el propósito de no decir nada de lo que haría la esposa de Duncan... ¡Ay, amigo Pimm! ¡En sus mocedades debió ser usted un conquistador terrible!...

—¡Oh! ¡No crea, señor Darkin! — dijo modestamente Pimm, creyendo sinceros los elogios de Darkin.

—No vale la pena de hablar de cosas viejas. Hoy, de lo que me felicito, es de que estén entre rejas esos dos pillastres que merecen colgar, cuanto antes, de una cuerda de cáñamo con un elegante lazo hecho por el verdugo.

Darkin se ausentó en seguida de la hostería.

Su permanencia en Playa Negra fué breve aquel día. Ruth de Lys había oído, — mientras atisbaba junto a la puerta del cuarto de Geoffrey, — lo que éste y Girt opinaron sobre la ida de Sonia a residir en una tranquila casa de la aldea en lugar de quedarse en San Ormes, y comunicó la noticia a Darkin, quien, en consecuencia, había ido a Playa Negra en excursión de reconocimiento, para averiguar dónde se alojaba Sonia.

Pero la noticia de que Geoffrey y Girt habían sido reducidos a prisión, había caído como una bomba en mitad de sus planes.

Todo lo que él había combinado con cuidadosa paciencia durante los últimos tiempos quedaba momentáneamente subvertido, desbaratado, desorganizado.

Darkin sentíase furioso contra Ruth de Lys, quien, — lo comprendía él perfectamente, — había procedido con astucia y habilidad haciendo encarcelar a sus enemigos para que él no pudiera llevar a cabo la venganza que premeditaba.

Recorrió lo más rápidamente que pudo, a largos y claudicantes pasos, la distancia que separaba Playa Negra del viejo caserón de San Ormes, en el que entró por la puerta secreta de la columna del peristilo. Era tal, en aquel momento, la expresión de enojo en el rostro de Darkin y tan maligno el brillo de sus ojos, que hubiera sido imposible imaginarse una cara más antipática y repelente.

Fué a hallar a Ruth en su cuarto donde se encontraba reclinada en un diván, con un delgado cigarrillo encendido entre los dedos cargados de anillos con valiosas pedrerías, vagando la mirada de sus maravillosos ojos en persecución de los delgados anillos de humo que partían de sus rojos labios y subían lentamente hacia el artesonado techo.

—¡Ruth!

Este nombre fué pronunciado casi como un ronco y desentonado grito de furor. La aludida se estremeció ligeramente.

Después, la mujer volvió lentamente la cabeza y miró a Darkin sonriendo con provocadora indiferencia.

—¡A la disposición de usted! — dijo ella con sorna. — ¿Está usted tomando lecciones de algun maestro de declamación? Su voz se hace cada día más dulce y melodiosa! ¡Con qué suavidad ha pronunciado usted mi nombre hace un instante!

—¿Me quiere usted decir en qué estúpidas combinaciones ha estado usted metida últimamente? — preguntó Darkin sin hacer caso de la irónica manifestación de su asociada.

—¿A qué se refiere usted? — preguntó Ruth de Lys fingiendo no entender pero con una expresión sarcástica en sus ojos que comentaba a las claras el aspecto del rostro lívido de furor del hombre.

—¡Usted bien sabe a qué me refiero!— dijo Darkin con los dientes apretados, cerrando los puños y con expresión de reconcentrado furor. — ¡Me refiero a esa estupidez que ha tenido como consecuencia la prisión de Girt y de Duncan!

—Lamento en el alma que ese hecho no haya sido de su agrado, — dijo ella. —No pienso, por lo visto, en este caso, lo mismo que usted.

—Pero es que... — quiso interrumpir Darkin.

Ruth, con un ademán, le hizo callar y prosiguió:

—He considerado que esos dos señores estarán más cómodamente instalados y ali-

mentados, a la vez que se hallarán en mayor seguridad en la prisión que en donde estaban antes.

—¿Por qué?

—Porque usted fabricó un polvo blanquecino que mezclado con otro azulado y con agua proporciona cierto gas mortífero... que me pareció constituir una amenaza constante para ellos. Ahora, en la prisión, tanto el uno como el otro estarán fuera del alcance de sus maquinaciones excesivas.

La voz musical y armoniosa de la mujer, la absoluta indiferencia con que contemplaba su furor, levantaron todos los latentes apasionamientos de aquel hombre que avanzó hacia Ruth de Lys con los puños cerrados, febrilmente amenazadores.

—¿Cree usted que soy yo un hombre a quien se pueda tomar en calidad de juguete? — dijo con sibilante tono. — ¡Por el Cielo, que si usted vuelve a interceptarse en mi camino, el gas mortífero no será para Girt ni para Duncan!... Servirá para que cualquier noche duerma, usted, Ruth más tiempo de lo que pudo pensar al acostarse!

La sonrisa burlona se borró de los labios de la mujer. Ruth de Lys se levantó, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo con absurda meticulosidad. Después volvióse hacia Darkin que retrocedió ante la mirada relampagueante de sus extraños ojos.

—¿Quiere usted que yo me enoje? — preguntó ella con toda tranquilidad y muy pausadamente.

El hombre la miró cara a cara un instante pero después bajó la vista ceñudo, dominado, convencido de que era ella la que había vencido en aquel rápido duelo.

—No, — dijo Darkin. — ¡No quiero que usted llegue a enojarse, Ruth! Pero usted es capaz de llevar a un hombre a la desesperación. ¿No sabe usted que esos dos hombres pueden, si así lo desean, echar sobre nosotros como lobos hambrientos, a todos los policemen y todos los detectives del Reino Unido?

—¡Bah! Usted es hombre capaz de cuidarse a sí mismo.

—De cuidarme a mi mismo, sí... Pero... ¿y San Ormes? Si ellos dicen algo... una palabra de lo que han visto, de lo que ha pasado en esta casa, entre estas paredes, el edificio será registrado por la policía, pieza por pieza, ladrillo por ladrillo y hallaría sobradas pruebas de lo que ellos dijeran... Además la pérdida de San Ormes, tanto para usted como para mí significaría la pérdida del invento maravilloso del profesor Gale... la pérdida de una fortuna colosal.

Ruth de Lys hizo un gesto de desdén y se encogió de hombros.

—No estoy segura de que ese invento del que tanto habla usted exista en verdad y casi estoy por creer que no existió jamás, — dijo. — Por otra parte, sus temores, Darkin, son completamente infundados.

—¿Infundados? — preguntó asombrado Darkin.

—¡Sí, infundados!

—¿Por qué?

—Se ha olvidado usted de la joven. ¿Dónde está?

—¿Sonia? Está alojada en la aldea.

—¿Sería muy difícil para nosotros volver a apoderarnos de ella? — preguntó Ruth de Lys.

—Tal vez no — dijo él. — ¿Pero de qué modo puede tener Sonia algo que ver con eso?

—De un modo muy sencillo.

—¿Por dónde puede influenciar?...

—¿No lo comprende usted?

—No.

—¿De veras? — insistió Ruth de Lys con impaciencia.

—De veras.

—Pues confieso que le creía a usted más perspicaz. Lo que nos toca hacer ahora es lo siguiente: enterar a los dos presos de que Sonia se halla de nuevo enteramente a nuestra merced.

—¿Y luego?

—Luego, amenazar. Sonia será la garantía del silencio del señor Duncan y del señor Girt.

Darkin miró, muy contento, a Ruth de Lys. Su rostro había cambiado por completo de expresión.

—Es decir que con la muerte de Sonia será con lo que nos cobraríamos, llegado el caso, la denuncia que Girt y Duncan hicieran contra nosotros.

—¡Llegado el caso; eso es, precisamente! — dijo Ruth de Lys. — Pero creo que si establecemos bien la condición, el caso no llegará.

Darkin movió repetidas veces la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Es un excelente plan! ¡Un plan de resultado seguro, infalible! ¡Tiene usted mucho talento Ruth! — exclamó Darkin. — Conviene que tratemos de hacer cuanto antes nuestra primera comunicación a los presos.

El mensaje en la pared

¡Las doce de la noche!

El lejano reloj de una torre dió las doce campanadas, lúgubres, monótonas... y su eco pareció repercutir tenebroso en la celda de desnudas paredes de piedra donde se hallaban sentaos conversando, dos hombres.

La luz de la luna se filtraba suavemente por entre los gruesos barrotes de una ventanita, pintando pálidas manchas de tenue luz en el pavimento de piedra, iluminando los rostros desencajados y tristes, imagen de la desesperanza, de Geoffrey Duncan y de su fiel compañero Girt, los prisioneros que espreaban proceso y sentencia, acusados como estaban de haber causado la muerte de un tal Edward Tilson, "administrador de propiedades", establecido en el pueblo llamao Playa Negra.

—No tienen verdaderas pruebas contra

nosotros, — decía Geoffrey en voz baja.— Sin embargo, las circunstancias, combinados sus detalles en la forma en que lo han sido, resultan significativamente acusadoras. Creo que lo mejor que podemos hacer, en estos momentos, es esperar con la mayor tranquilidad posible a ver qué aspecto toman los acontecimientos. Si vemos que la situación se hace muy desfavorable para nosotros entonces hablaremos... diremos lo mucho que podemos decir.

—¿Se refiere usted a lo que sabemos y podemos decir sobre los misterios de San Ormes y las combinaciones criminales de Darkin? — preguntó Girt.

—Sí. Sonia no puede ser comprometida ahora en esos asuntos y, sobre todo, ya no halla en San Ormes ni en poder de aquellos pillastres, así que no tiene por qué tenerle miedo a la acción de la justicia. Por otra parte, no sería sensato, de nuestra parte, someternos a sufrir una sentencia de muerte o de trabajos forzados solo por no comprometer a una persona que, en definitiva, no sufriría absolutamente nada puesto que podría probar su proscindencia en todos los manejos de "La Liga de los Siete" y de la gavilla de Darkin. Además...

Calló de pronto y un gruñido salió de labios de Girt en el momento en que un brillante círculo de luz apareció en la oscura pared de piedra de la celda, un haz cónico de luz como el que forma una poderosa linterna de proyecciones pasaba misteriosamente por entre los gruesos barrote de la enrejada ventana.

Girt se levantó rápidamente y, retrocediendo, trató de mirar por la ventana. Pero la ventana se hallaba situada demasiado alta y no pudo ver nada por ella.

—¡Mire usted! ¡Pronto! ¡Mire usted ahora!

Volvióse en el instante en que Geoffrey pronunciaba esas palabras indicando el círculo de luz, en el centro del cual una misteriosa mano delgada, grácil y muy blanca, iba escribiendo algo que parecía ser trazado en la pared.

Con ojos de asombro, pasmado por lo que veía, Geoffrey observó, deletreando, a medida que aparecía, cada una de las palabras que escribía aquella misteriosa mano en el redondel luminoso de la pared.

Al cabo de unos instantes la mano desapareció dejando el mensaje trazado en grandes y bien legibles letras negras que se destacaban sobre un fondo blanco extraño e impresionante.

El mensaje que la elegante mano había trazado, decía así:

"Sonia se encuentra con nosotros. La te-
" nemos en rehen para asegurarnos el si-
" lencio de ustedes. Muerte rápida, inespe-
" rada e inmediata será la de ella en cuan-
" to ustedes digan una sola palabra o ha-
" gan una sola alusión a los Misterios de
" San Ormes. — D."

Presentándose tan oportunamente, a raíz de la conversación que ellos habían tenido el mensaje impresionó hasta al mismo Girt por el inexplicable modo de presentarse y el desvergonzado chantage que encerraba.

Geoffrey se quedó parado, mirando, — con extraña expresión en sus ojos, — aquel mensaje aparecido en la pared, mensaje que parecía impresionarle tan intensamente como el que apareciera misteriosamente en el muro del salón, — segun cuentan, — durante el festin que daba el rey Baltasar en su palacio.

El mensaje bíblico no pudo, por cierto, impresionar más a aquel a quien iba dirigido, que lo que ese otro había impresionado a Geoffrey Duncan.

Entre su inocencia y el recurso con que podían contar para que fuera reconocido, levantábase aquella amenaza contra la vida de Sonia.

¿Qué hacer?

Cuando Geoffrey, tras de reflexionar unos instantes, volvió a mirar a la pared, el mensaje luminoso había desaparecido.

. . . . . .

En la salita, pequeña y baja de techo, del chalet de un pescador estaba sentada Sonia, con el rostro más pálido que de costumbre, con sus ojos negros y luminosos mirando con ansioso interés hacia el rostro curtido del viejo pescador de Playa Negra, en cuyo domicilio había encontrado alojamiento.

—¿Cuál ha sido el veredicto del jurado, señor Peters? — preguntó ella.

El viejo pescador la miró como si le extrañara el gran interés con que se expresaba la joven.

—El jurado dispuso que se proceda a juzgarlos en definitiva en la próxima reunión plena del tribunal, — dijo el anciano. — Y me parece que en esa reunión les van a sentar la mano! ¡Vaya si se la van a sentar!

—¿Usted lo cree, señor Peters? — preguntó Sonia con ansiedad que en vano hubiera querido disimular.

—¡Sí! ¡Vaya si lo creo! Lo creo y lo espero!

—¡Oh!

—¡Pero no se ponga triste, señorita, que se lo tienen merecido esos criminales! Usted, con su corazón bondadoso y lleno de ternura, no querría que hicieran mal a nadie, pero la justicia es la justicia y el que la hace, debe pagarla. No se aflija por ellos señorita. Y hasta después, que tengo mucho que hacer.

Sonia sonrió despidiéndose del anciano, en cuya pintoresca casita había hallado cómodo y económico alojamiento. Cuando Peters hubo salido de la habitación Sonia apoyó la cara en las manos y así permaneció largo rato pensando... pensando...

Aquel día en la audiencia del tribunal local, Geoffrey y Girt habían sido considerados merecedores de ser llevados ante el tribunal pleno para responder a la acusación de asesinos, de que eran objeto.

Los testigos que habían comparecido ha-

bían descripto como fué hallado el cadáver de Edward Tilson el "administrador de propieades" y cómo los acusados habían procurado escapar.

El hostelero Pimm había estado muy locuaz. Brillándole de malicia el único ojo visible, pues seguía con la cabeza y la cara vendadas, había mirado con intención, mientras hablaban, a los dos hombres que se sentaban en el banco de los acusados.

Darkin, por su parte, con un aire de gran dignidad, emocionándose, — o mejor dicho fingiendo emocionarse a ratos, — ante el recuerdo de "su excelente patrón" había mentido con asombrosa habilidad y fría desvergüenza.

Sonia reconstruía, con la imaginación, toda la escena del tribunal, tal como si la hubiese presenciado sin perder un detalle.

Las circunstancias se presentaban abrumadoras contra ellos. La joven temía — con suficiente fundamento por cierto — que el jurado dictara un veredicto de culpabilidad plena y el juez los condenara a la pena de muerte.

Y pensando Sonía que, de no haber sido por ella, ni Geoffrey ni Girt hubieran llegado a caer en manos de la justicia, pues nadie los buscaba desde que se les creía desaparecidos, ahogados, al zozobrar su lanchita cerca de la boya de campana.

Decíase Sonia que era ella la causante directa de aquella situación y, sin embargo, nada podía hacer por aliviar su situación. Ni se atrevía a salir del chalet del anciano pescador, temerosa de que alguien pudiera llevar a Darkin la noticia de que la había visto...

Si Darkin se enteraba de dónde se encontraba no tardaría en buscar algún medio astuto para apoderarse de ella...

De pronto, Sonia se estremeció al oir ruido de pasos Miró hacia la puerta y vió que el anciano pescador había regresado.

Extrañada, pues, el viejo Peters se ocupaba todos los días, a aquella hora, en preparar sus trabajos de pescar en sitio bastante alejado y no regresaba nunca sino al cabo de una o dos horas y no hacía ni, los minutos que había salido, le preguntó con curiosidad.

—¿Qué pasa, señor Peters que ha regresado usted tan pronto?

El anciano se rió socarronamente.

—Algo de lo más raro que se puede uno imaginar, señorita, — dijo con su voz desdentada. — Ahí fuera... Iba yo camino de la playa como todas las tardes, cuando ¿qué es lo que me encuentro?... Pero... ¡bien!

—¿Qué es? — preguntó Sonia intrigada, pues el anciano se reía de un modo que parecía que había dado con algo muy gracioso en verdad.

—¡Venga! ¡Venga usted a verlo! — dijo Peters. — ¡Pero qué cosas más raras suceden a veces en este pícaro mundo. ¡Venga!

Pero, en Sonia, la curiosidad luchaba con su temor de aventurarse fuera del chalet del pescador y ser vista por sus enemigos.

—¡Salga usted, señorita! ¡Qué diablos! ¡No sale usted nunca! ¿Cómo es posible que una joven tan bella como usted tenga un poco de color en las mejillas si se pasa toda la vida metida entre cuatro paredes?

Sonia sonrió y se levantó. Después de todo la orilla del mar estaba a cincuenta yardar y además estaba anocheciendo.

Se puso un chal sobre los hombros y salió con paso menudo y rápido tras el anciano pescador que reía como quien recuerda algo muy gracioso.

Se separaron del chalet y siguieron por el camino hasta un sitio en que éste describía una curva en la que había una piedra de grandes dimensiones junto a la cual comenzaba el sendero que conducía hacia la playa.

El anciano Peters se detuvo e indicó, con su callosa mano, la línea de lanchas pescadoras amarradas a la orilla del mar.

—¡Mire usted allí señorita! ¡Mire con toda atención un momento! — dijo con su cascada voz el anciano pescador.

Sonia miró sin notar nada que tuvira de particular. En el mismo momento, el que la acompañaba la agarró una muñeca sujetándosela con tanta fuerza como si hubiera estado ceñida por la presión de un torniquete.

Sintió inmediatamente Sonia que, de un tirón, la hacían volverse de espaldas al mar. Quiso gritar, pero en el mismo instante una mano la tapó la boca, con brutalidad.

En seguida se dió cuenta la joven de que la levantaban en vilo y la llevaban con rápido paso durante una corta distancia.

Entre las sombras, — pues a todo esto la noche había llegado, noche nublada y sin luna, — distinguió la silueta indefinida de un automóvil de gran tamaño que esperaba en el camino.

Sin perder un instante, el hombre que la llevaba en brazos la echó, con brutal impulso, dentro del automóvil.

Sonia demuestra su valor

Confundidos en tropel, mil encontrados distintos pensamientos cruzaban la mente de Sonia en el momento en que se sintió levantada en alto y conducida hacia el automóvil que esperaba.

Cuando la mano que le había tapado la boca se separó de ella, Sonia respiró como tomando aliento para gritar pero antes de que pudiera hacerlo una mano más suave y más fría le tapó de nuevo la boca y un instante después un pañuelo la amordazaba mientras le sujetaban las manos a la espalda.

Forcejeó un momento y, volviendo la cabeza vió los extraños ojos violeta de Ruth de Lys que la miraban fijamente, con mirada sobrecargada de odio.

Cuando Sonia estuvo bien sujeta el motor rugió y el automóvil se puso en marcha. La joven miraba, con los ojos llenos de terror, a los que la habían capturado.

Las manos blancas, recargadas de anillos, de la mujer, se apoyaban en el volante de dirección y una sonrisa de burla notábase en sus labios cuando dirigió la mirada, en la semioscuridad, al trozo de camino que conducía a San Ormes.

Del otro lado de ella, encogido, cargado de espaldas y silencioso, iba Peters, el anciano pescador.

¡Es decir que aquel viejo, que parecía tan bondadoso también era falso y traidor! ¡Sus maneras sencillas, su actitud paternal, que habíanse conquistado las simpatías de la joven en muy pocos días, todo era fingido!... Bajo su aspecto sonriente y bonachón el viejo pescador ocultaba un corazón tan cruel como el de cualquiera de los bandidos con que Sonia había tenido que tratar en su accidentada vida... El buen viejo habíase dejado comprar y por dinero, seguramente, había vendido la libertad de la joven y desbaratado todas sus esperanzas de libertad.

El anciano parecía haberse percatado, al cabo de unos instantes, de que Sonia le estaba mirando.

Contestó a la mirada de la joven con una enigmática sonrisa.

—Lo siento muchísimo, muchísimo, señorita; mi viejo corazón se siente desgarrado en este momento al darme cuenta de la pena que la embarga, señorita, pero...

De pronto su encorvada espalda se enderezó y casi de un tirón se arrancó la hirsuta barba blanca y la crespa peluca gris. Después se pasó un pañuelo por el rostro haciendo desaparecer las que parecían profundas arrugas y el tinte cobrizo del cutis costado por los vientos del mar.

Sin retirar más que a medias el pañuelo, volvió a mirar a Sonia, sonriendo.

—Lo siento muchísimo, muchísimo, señorita, — dijo con distinto tono de voz y con la cara todavía cubierta, — pero el viejo Peters no tenía las condiciones necesarias para poder defenderla a usted llegado el momento. La prueba es que a estas horas se halla desmayado, tendido tras una roca de la costa.

Retiró entonces el pañuelo rápidamente y los ojos de Sonia expresaron acrecentado terror.

¡Aquella cara era la de Darkin! El buen viejo, el pescador Peters, no la había traicionado, pero había sido víctima de las maquinaciones del criminal.

—¡Así que se creyó usted suficientemente viva para poder engañarnos a nosotros! ¿Creyó usted de verdad que nos íbamos a dejar engañar, sin tomar luego algunas medidas de carácter decisivo? ¿Lo creyó usted, Sonia? ¿Creyó usted que íbamos a dejarnos engañar sin protestar, Sonia?

La joven hija del profesor hallábase todavía muy pálida, pero el miedo había huído de sus ojos. Miraba con altivez desafiadora y sus labios se fruncían en una mueca de desprecio y de altanería a la vez que de firmeza.

—Si yo hubiera engañado o burlado a ustedes me felicitaría de haberlo conseguido, — dijo con tranquila indiferencia, — pero la verdad es que ni se me ocurrió siquiera semejante cosa.

—¡Miente usted! — dijo Darkin con ferocidad, pero sin alzar el tono de la voz.— ¡Usted sabía perfectamente, no puede ser de otro modo, usted sabía perfectamente que la clave que me entregaba era falsa.

—¡No es verdad! ¡Yo no sabía que lo era! — replicó Sonia con el mismo tono de indiferencia con que había hablado antes.

—¡Usted nos entregó a sabiendas, una clave que usted sabía perfectamente que era falsa! — insistió Darkin con enojo. — ¡Nos dió usted la clave falsa y se guardó la verdadera!

—No es cierto, — dijo Sonia, contrastando su calma con el furor de Darkin, — le dí la clave que tenía y nada más.

—Se quedó usted con la clave verdadera, — insistió Darkin, — quizás con la esperanza de poder recobrar la otra mitad y hallar usted el escondrijo de la herencia del profesor. ¡Ya comprendo su intención cuál era, pero ha fracasado! ¡Esa clave verdadera, la quee usted no entregó antes, va usted a entregármela ahora mismo!

—No la tengo.

—¡Basta de mentiras! ¡Venga esa clave! ¡Pronto! ¡Tómese la molestia, señorita, de obedecer esta orden! — agregó Darkin con ironía feroz.

—Todas las molestias del mundo no lograrían conseguir que yo entregara la supuesta clave que usted dice. No puedo entregársela porque no la tengo y no la tengo por la sencilla razón de que, que yo sepa, no existe, — manifestó Sonia con la misma indiferencia de antes y mirando a Darkin fijamente

El hombre cerró los puños enojadísimo. Su furor iba en rápido aumento. Comenzaba a agotársele la paciencia...

Ruth de Lys comprendiendo que Darkin podía dejarse llevar por su furor y cometer alguna lamentable y villana brutalidad, intervino en aquel momento.

Interponiéndose entre Darkin y Sonia, separó al hombre con un decisivo ademán de su brazo y mirando a la joven con sus expresivos ojos violeta.

—Le aconsejo, Sonia, por su bien, ya que no por otra razón ninguna, — dijo Ruth de Lys, — que entregue usted la clave.

—¡No haga usted que me vea obligado a arrancársela por la fuerza! — intervino Darkin en aquel momento.

Ruth de Lys le dirigió una mirada de reconvención.

Sonia Gale se encogió de hombros y su rostro hizo una mueca de desprecio.

—Es tonto el refrán lo dice, al pedir al olmo peras... Nadie puede dar lo que no tiene, — dijo. — Pero aun en el caso de que yo tuviera esa supuesta clave verdadera, ¿creen ustedes que lograrían arrancármela por la fuerza?

Ruth de Lys avanzó hacia Sonia Gale con los ojos relucientes de furor.

—¡No malgastemos palabras con esta incolente! — gritó. — ¡Lo que hay que hacer es enseñarla lo caro que cuesta el querer darse el lujo de desafiarnos!

Tomó rápidamente las muñecas de Sonia, — que había desatado al bajar del automóvil en San Ormes, — y las ató, a la espalda, con doble nudo, mediante un pañuelo de seda.

Darkin tomó entonces otro pañuelo de seda, grande y negro y lo ató a la cabeza de Sonia Gale de modo que le tapaba por completo la parte superior del rostro y, en consecuencia, no la dejaba ver absolutamente nada.

Hecho esto, Darkin tomó a la joven de la mano.

—¡Sígame! — dijo.

Sonia no intentó siquiera resistirse a aquella orden. No sólo sabía que sería inútil toda resistencia sino que su propósito era demostrar a aquel pícaro y a su bella cómplice, que no se aterrorizaría por nada a que la sometieran.

Salieron así de la habitación y caminaron unos momentos por un estrecho pasillo horizontal.

Después subieron unos cuantos escalones entrando en algo que debía ser un ascencor, pues su piso parecía inseguro. Efectivamente, ascendieron así durante unos instantes.

Por último, Sonia sintió que el aire exterior le enfriaba las manos y el cuello. Debían encontrarse, según calculó con acierto, en el techo del viejo y tétrico caserón de San Ormes.

Durante unos cuantos minutos Sonia Gale permaneció sola, de pie, preguntándose en vano qué se propondrían hacer con ella.

Darkin y Ruth de Lys se habían separado a alguna distancia de la joven y conversaban en voz baja consultándose mutuamente cuáles eran sus planes.

Al cabo de un rato sintió Sonia que la tomaban de un brazo. La hicieron caminar algunos pasos más y subir, después, unos pocos escalones.

Sonia Gale se estremeció a pesar suyo, comprendiendo instintivamente que estaba o iba a estar dentro de muy poco, en peligro de muerte.

—¡Quédese de pie muy quieta! ¡Sin moverse absolutamente nada! ¡Muy quieta! ¡De su inmovibilidad depende su existencia! — dijo la voz de Darkin a su espalda.

El nudo que sujetaba el pañuelo negro que le tapaba la cara fué desatado, de modo que casi se cayó.

Al mismo tiempo, Sonia sintió que largo, — le pareció una cuerda, — la rozaba la espalda, con tendencia a empujarla hacia adelante.

Pero, aun cuando la cuerda parecía querer hacerla avanzar, Sonia no se movió.

—¡Ahora!

Lo rápido e inesperado de la orden hizo que Sonia se estremeciera, sacudida de pies a cabeza por un escalofrío.

El negro pañuelo que le había tapado la cara cayó entonces al suelo y la joven sintió de improviso, que un intensísimo terror le atenaceaba el corazón.

Pero luchó contra aquel miedo con todas las energías de su alma permaneciendo de pie, erguida como una estatua, con el rostro pálido pero con la mirada inflexible.

Porque, en cuanto cayó el pañuelo que le tapaba los ojos se dió cuenta de cuál había sido el diabólico plan combinado por los dos cómplices.

Sonia se encontraba de pie muy cerca de la orilla del techo de San Ormes, en un sitio en que parte del parapeto estaba derruído.

Cien pies más abajo extendíase la terrible superficie de piedra de uno de los patios interiores.

Sintió Sonia como si la cabeza le girara, presa del vértigo, pero cerró los ojos y mediante un esfuerzo de la voluntad logró serenarse.

Cuando volvió a abrir los ojos miró a Darkin sonriendo y con gesto de altanero desafío.

Hallábase de pie en una parte del frente que quedaba entre dos pequeñas alas sobresalientes. Darkin y Ruth de Lys se hallaban junto al parapeto, uno a cada lado.

Cada uno de los dos tenía un extremo de una cuerda que pasaba por la espalda de Sonia

Bastaría un tirón, aun cuando leve, de aquella cuerda, para que Sonia se viera obligada a inclinarse hacia adelante y, faltándole algo a que agarrarse, cayera desde lo alto, al piso de piedra del patio, es decir... ¡a la muerte!

Pero aun cuando se percató de la verdad de la situación en que se encontraba, Sonia Gale, — la joven que tan valerosa se había mostrado en tantas ocasiones, — no flaqueó.

—Ahora, Sonia, — dijo Darkin después de unos momentos de angustiosa pausa, — supongo que contestará que los argumentos que tengo en mi favor son bastante convincentes. No hay testarudez que no sea imprudente ante una argumentación de esta clase. ¿Quiere usted darme la clave verdadera?

—No tengo ninguna clave que poner entregar, pues le entregué, obligada por su infame comedia, la única que tenía, — respondió Sonia Gale con aplomo. — ¡Pero es el caso que, aun cuando la tuviera, no la entregaría tampoco, a pesar de todos sus argumentos! — agregó.

Darkin frunció el ceño, cada vez más fuera de sí.

—¿Se da usted perfecta cuenta de lo que tiene que suceder si entre nosotros dos damos rigidez a esta cuerda? — preguntó.

—Me doy perfecta cuenta de todo. Pueden ustedes proceder en cuanto quieran a estirar la cuerda, — dijo con altanería — ¡Estoy pronta!

—Entonces, por última vez, ¿me entrega usted la clave? — insistió Darkin.

—¡No la tengo! — replicó Sonia no sin acento de fastidio en su voz.. — ¡Ya he dicho que no la tengo!

—¡Eso es mentira!... Pero es necesario terminar de una vez, — agregó Darkin.— Voy a concederle diez segundos para decidir en última instancia. Voy a empezar a contar.

Fué contando en voz alta, de uno hasta diez. Sonia no se movió. Seguía de pie, erguida, con su hermosa cabeza levantada orgullosamente, con la mirada fija en el estrellado cielo de la noche.

—Ya he contado, — dijo Darkin bruscamente. — ¿Qué decide usted por fin?

—Nada tengo que dar.

Sintió que la cuerda se tendía empujándola, y pidió a Dios fortaleza para no ceder ante el peligro en el momento supremo.

Avanzó unas pocas pulgadas, de modo que sus pies quedaron sólo en parte apoyados en el borde de mampostería. Las puntas del calzado proyectábanse sobre el abismo de muerte...

Se encontraba Sonia, en aquel momento, como jamás se había encontrado: entre vida y muerte. Pero no sentía miedo... La vida no tenía ya nada bueno que ofrecerle, pues su porvenir tenía que ser de amarguras y desdichas, mientras que la muerte... ¿No dicen que es sólo el paso de un mundo a otro?... la muerte sería el comienzo de una nueva vida, y si es verdad que en esa nueva vida los malos son castigados y los buenos recompensados, ¿qué recelo podía tener ella de presentarse ante el trono del Altísimo? ¿No tenía su conciencia limpia de todo mal pensamiento?

—¿Se niega usted todavía? — preguntó la voz brutal de Darkin, arrebatando a la joven a sus dolorosas pero consoladoras reflexiones.

—¡No puedo dar lo que no tengo! — dijo Sonia, sin variar ni de tono ni de actitud.

El hombre calló como si se sintiera en aquel momento dominado, aplastado, por el sereno heroísmo de la joven.

En realidad, Darkin no había pensado ni un solo momento en hacerla caer, enviándola a morir.

Pero la serenidad, el indomable, el extraordinario valor, la tranquila valentía demostrados por Sonia Gale habían excitado de modo superlativo el odio que contra ella sentía Ruth de Lys, a la que, además, enardecía el furor de los celos.

Con un movimiento nervioso, obedeciendo a un impulso criminal que en vano hubise querido dominar porque era el ímpetu avasallador de todo su apasionamiento, Ruth de Lys tiró violentamente del extremo de la cuerda que tenía en sus manos.

Soni Gale recibió en mitad de la espalda el golpe recio de la cuerda, un momento tirante, y se inclinó hacia el mortífero abismo.

Pero casi en el mismo momento, Darkin soltó el extremo de la cuerda que tenía en la mano y de un salto se puso junto a Sonia, tomándola de un brazo en el mismo instante en que perdía definitivamente el equilibrio, e iba a caer hacia la muerte.

Después, de un solo tirón, alejó a Sonia de la orilla del techo, poniéndola en sitio seguro.

Hecho esto dirigióse Darkin hacia Ruth de Lys, que le miraba con furor reconcentrado. Darkin se aproximó a ella lentamente, cabizbajo, y la tomó bruscamente una mano.

—¿Cuándo logrará usted dominar la violencia de sus pasiones, Ruth? — dijo en voz baja. — ¡Esa joven no debe morir aún! — agregó, soltando violentamente la mano de Ruth.

—¡Esa... joven se ha hecho la ilusión de que ha nacido para hacer el papel de heroína! — dijo Ruth de Lys despreciativamente. — Si no tiene miedo a la muerte, ¿cómo va usted a arrancarle por fuerza el secreto?

—¡Yo sé como! ¡Ya lo verá!

—¡También iba a verlo ahora! Fracasará todo lo que usted intente. ¡Más valía haber terminado de una vez!

—¡No! ¡Aún queda un medio! — exclamó Darkin.

—¿Un medio? ¿Cuál?

—Existe un medio más eficaz que todo lo que sea ponerla a ella en peligro... Un medio que era muy sencillo de poner en acción antes de que a usted se le ocurriera desbaratar todos mis planes con su intervención oportuna, — dijo Darkin en voz baja.

—¡Ahora soy yo la culpable de la tenacidad de esa muchacha! — exclamó Ruth de Lys, riendo sarcásticamente.

—El medio que tenemos para obligar a Sonia Gale a que nos diga dónde está el invento del profesor su padre es utilizar para ello a ese hombre... a Duncan. Amenazaremos a Sonia con que Geoffrey Duncan morirá si ella no confiesa dónde está el secreto.

—¡Pero por suerte para él, Geoffrey Duncan no está en su poder, Darkin! — dijo Ruth.

—Lo estaría a no haberse inmiscuido usted tan inoportunamente.

—¡De lo que me felicito, pues lo he puesto fuesra del alcance de sus combinaciones!

—¡Gravísimo error, querida Ruth! — agregó Darkin, acercándose aún más a la mujer y bajando más la voz. — Desde este momento me voy a ocupar de que Geoffrey Duncan salga en libertad...

—¿En libertad? — interrogó Ruth de Lys, asombrada.

—Geoffrey Duncan saldrá en libertad... para caer en mi poder. ¡Entonces veremos si esta muchacha habla o no!

Diez años de presidio

En la sala del tribunal reinó un solemne silencio en el momento en que, después de oído el veredicto de culpabilidad del jurado ydespués de haberse retirado los jueces a deliberar, habían vuelto los magistrados

a ocupar sus sitiales y el juez habíase puesto de pie para dictar su sentencia.

"Las pruebas no han sido suficientes para poder demostrar que se ha tratado de un crimen premeditado, así que no corresponde condenar a los acusados a la pena capital. Pero los acusados han sido declarados por el jurado culpables de haber dado muerte a Edward Tilson, y por ese delito dictó sentencia condenando a cada uno de los acusados a diez años de presidio", — había dicho el juez.

¡Diez años de presidio!

Las palabras del juez resonaron como algo irreal en los oídos de Geoffrey. Todo aquello le parecía parte de una horrenda comedia. Le parecía imposible cuanto pasaba. No se convenció de que todo era verdad hasta que él y Girt fueron conducidos, con escolta, a un famoso establecimiento penal, el presidio de Gorsemoor.

Cuando se vió ante el edificio enorme y aislado, erigido en medio de la blanquecina y extensa llanura pantanosa, se estremeció de pies a cabeza. Durante diez largos años aquella sería su casa, y la de Girt. Allí tendrían que vivir, rechazados y despreciados por la sociedad, escoria de la raza humana, marcados por el crimen, vestidos con el infamante uniforme del penado...

—¡A ver! ¡Despiérsete! ¡Despiértese!

Sintió el golpe de puño de un guardián en la espalda, y despertado a la realidad, se encontró de pie en la oficina del gobernador de la prisión, observado cara a cara por unos ojos negros de penetrante mirada.

El gobernador tenía un documento en la mano y a él se refirió al hablar.

—¡A ver! — dijo como si hablara a sí mismo en tono de mando militar. — Geoffrey Duncan, James Girt, por homicidio; diez años. — Volvióse hacia su secretario, mientras se dirigía a tomar el sombrero. — Señor Heep, — dijo, — anote estas dos entradas y hágalos conducir a las celdas. Tengo que irme en seguida. Me esperan el general Cooks y el coronel Smith en los links de golf. Ocúpese usted de eso.

Se retiró, andando erguido, con paso militar.

Poco después Geoffrey y Girt pasaron a ser prisioneros del rey, cambiando sus nombres por los números que les correspondieron, dejando sus ropas en el depósito y vistiendo el uniforme de los penados.

—¡Adios, Girt! — dijo Geoffrey, separándose del guardián y tendiendo la mano a Girt, que se la estrechó con fuerza.

—¡Adios, Geoff!

Una mirada llena de amistad y de silencio significado cruzóse entre ambos, que fueron separados bruscamente por los guardianes.

—¡Por aquí, número 33!

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Geoffrey se volvió y siguió al delgado guardián. En aquel instante, toda esperanza pareció abandonarle, y por primera vez la desesperación se apoderó de su corazón.

Una cuadrilla de penados estaba haciendo gimnasia en el patio del presidio. Al pasar había visto a algunos trabajando como máquinas sin alma en una pequeña cantera, vigilados por los guardianes.

¡Diez años en aquella vida!

Se estremeció y procuró alejar de su mente tales pensamientos, abstrayéndose por completo a cuanto le rodeba.

El guardián le habló una vez, pero él casi no le oyó y no le contestó.

Le indicaron cuál era su celda. Entró en ella y la puerta se cerró tras él.

El guardián se quedó un momento pensativo, fruncido el ceño, mirando hacia la puerta de la celda de Geoffrey.

—¡Ese hombre condenado por homicidio! — murmuró. — ¡Alguien se ha equivocado al condenarle! ¡Estoy segurísimo! Un hombre con esa cara y esa mirada... Veinte años llevo de guardián y puedo pretender que conozco a los criminales en cuanto los veo, y ese... ¡ese no es un criminal!

En aquel momento alguien llamó al guardián. Este se cuadró militarmente al ver llegar al gobernador del presidio.

—Ese Duncan, al que trajeron hace poco... ¿Le han asignado ya celda?

—Sí, señor gobernador, — contestó el guardián.

—¡Bien! Se me había olvidado, pero creo que se ha recibido esta mañana una comunicación del ministerio de Justicia a su respecto. ¿Se acuerda usted si dijo algo el señor Heep?

—Me parece que no, señor.

—¡Bien!

Paseó de un lado a otro, tironeándose el bigote, preocupado.

—Sin embargo, creo que leí una comunicación a su respecto. No sé cómo lo he olvidado. Llévele a mi oficina inmediatamente, tenga la bondad.

El guardián fué a abrir la celda y el gobernador dirigióse a su oficina.

El secretario Heep le miró con asombro al verle entrar.

—¿Se ha olvidado de algo, señor? — preguntó.

—Sí. Ese hombre... ese Duncan... diez años por homicidio... ¿Se acuerda usted de si llegó esta mañana una nota del ministerio de Justicia a su respecto?

—Vinieron varias notas del ministerio de justicia, — dijo Heep. — No recuerdo si alguna se refería a ese hombre.

—Yo estoy seguro de que sí.

El coronel Pinchurst, — el gobernador del presidio, — revolvió los papeles que había sobre la mesa.

—¡Ah! — exclamó en el momento en que halló una carta que leyó con gesto de asombro.

—¿La ha encontrado, señor? — preguntó el secretario Heep.

—Sí! ¡Esto es raro!r — dijo. — Señor Heep: disponga que el guardián le coloque unas esposas a ese hombre y se prepare a venir conmigo. Estaremos ausentes unas horas. Es mejor que venga usted también. Tenemos que llevar a ese penado a Exeter.

Heep, muy asombrado, asintió con un movimiento de cabeza y salió.

Pocos minutos después, Geoffrey, con las esposas puestas, era llevado a presencia del gobernador y luego acompañado hasta el automóvil del coronel Pinchurst, que esperaba ante el presidio.

El automóvil era un coche cerrado. El guardián y el gobernador se sentaron uno a cada lado de Geoffrey, mientras el secretario Heep ocupaba el asiento del chauffeur y tomaba el volante.

Unos instantes después, el automóvil corría a toda velocidad por el camino de la llanura pantanosa, alejándose del presidio.

El coronel Pinchurst, echado hacia atrás en su asiento, se retorcía, meditabundo, el bigote. En su rostro se notaba todavía una expresión de perplejidad y de asombro.

Al cabo de un rato sacó un cigarro de su petaca, y después de cortarle la punta, se lo llevó a los labios. Sosteniendo el cigarro entre los dientes, comenzó a revisarse los bolsillos.

—¡Qué fastidio! — murmuró, enfadado.

Miró, por delante del penado 33, al guardián, que estaba sentado silencioso y alerta.

—¿Tiene usted un fósforo, guardián? — preguntó.

El guardián sacó una caja de fósforos y se la ofreció a su superior.

Casi en el mismo momento, su rostro hizo un gesto convulso, su cuerpo se estremeció un brevísimo instante y luego el hombre quedó como muerto, caído en el asiento, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Geoffrey se volvió con asombro hacia el gobernador, en cuyo rostro se notaba una curiosa expresión.

—¡Ni una palabra! ¡Le va en ello la vida! — dijo el coronel en voz baja.

Se incorporó un poco y se asomó por la ventana que separaba el interior del asiento del chauffeur.

—Haga el favor de parar un momento, señor Heep, tenga la bondad, — dijo en voz alta para que le oyera claramente el que manejaba.

El automóvil disminuyó la velocidad de su marcha. Cuando el coche estaba casi parado, el coronel se inclinó hacia la ventana y tocó el hombro del secretario Heep con un objeto que parecía un pequeño tubo negro y corto, — del grueso y largo de una lapicera con depósito, — y el hombre que manejaba se quedó inmóvil, con el mismo aspecto que el guardián.

El gobernador abrió inmediatamente la portezuela y saltó al camino. Tomó en brazos al guardián y así lo llevó hasta un lado de la carretera, donde lo ocultó tras un grupo de plantas de retama. Después, sin perder un instante entre uno y otro, hizo idéntica cosa con el secretario Heep.

Hecho eso, el coronel Pinchurst se volvió hacia donde estaba Geoffrey, que seguía sentado en el interior del automóvil.

—Recobrarán los sentidos dentro de tres o cuatro horas, — dijo el gobernador rápidamente. — Han sido "electrocutados" tem-

porariamente. Una batería pequeña y poderosa. que le permite a uno llevar en el bolsillo una reserva grande de electricidad, es cosa muy útil en ocasiones como esta.

El coronel cerró en seguida la portezuela del automóvil.

—En cuanto a usted, si quiere seguir viviendo, — dijo con energía violenta y gesto amenazador y feroz, — ni se mueva ni haga el menor ruido, y acurrúquese en el fondo del coche, porque cuantas menos probabilidades haya de que le vean, será mejor.

—Pero, ¿qué quiere decir todo esto? ¿Dónde me lleva usted? — preguntó Geoffrey, esperando tal vez despertar de pronto y hallarse en la soledad de su celda.

—Eso es cosa mía y de nadie más, — replicó rápidamente el coronel. — Pero no se figure que ha sido por servirle a usted por lo que he hecho esto. Tengo ciertos planes que realizar, y me conviene asegurarme la posesión de su persona para llevar a cabo mis combinaciones. Después de realizados mis planes, me importará muy poco que esté usted preso o que le condenen a muerte, pero, por el momento, no me conviene que lo tengan en un presidio.

Dijo todo eso con la expresión brutal de uno a quien le importa muy poco la vida ajena, y sus ojos brillaron picarescamente.

Después, con suma rapidez, fué a mover la manija del motor. En cuanto éste estuvo en movimiento, el hombre ocupó el asiento del chauffeur y movió la palanca para soltar los frenos.

Detúvose un momento antes de mover la palanca que pusiera en marcha el coche y Geoffrey le miró en aquel instante maravillado e incrédulo.

Pero repentinamente, la incredulidad se trocó en asombro, y Geoffrey miró al hombre con los ojos dilatados por la sorpresa.

Porque el hombre que ocupaba el asiento del chauffeur habíase vuelto y le había mirado a través del cristal que separba el interior del coche de los asientos delanteros... ¡Y en aquel momento, Geoffrey había creído ver la inconfundible cara de Darkin!

La situación cambia

¡Libertad! La palabra parecía vibrar como una metálica nota de clarín en la mente de Geoffrey mientras el pulso latíale con extraordinario apresuramiento; en el instante en que volvió a sentarse en los mullidos almohadones del fugitivo automóvil.

El rápido zumbido del poderoso motor de ocho cilindros parecía repetir con infatigable aliento, con una insistencia loca, la palabra simpática: ¡Libertad!

La brisa entraba por las dos abiertas ventanillas acariciándole con su frescura las mejillas, antes pálidas, en las que la excitación y la alegría habían pintado una mancha de rubor y parecía susurrar también la mágica palabra.

Geoffrey miraba la espalda del hombre sentado en el asinto del chauffeur, con las manos puestas en el volante....

No podía menos que confesarse admirado ante la facultad de imitación de aquel hombre. Nadie pudo suponer ni un instante que no se trataba del jefe del presidio.

Además su audacia, su aplomo, su desenvoltura, habían sido soberbios.

¡Lástima de inteligencia y de facultades tan brillantes empleadas tan sólo en el mal cuando de tanta hubiérarle servido dedicadas al bien.

En el presidio, "en las mismas barbas", como se dice, de los altos empleados, de los jefes y guardianes, había recogido a Geoffrey, sacándole del presidio de Gorsemoor en un automóvil de primer orden, — probablemente arrebatado a su propietario mediante quién sabe qué hábil y temeraria estratagema.

Pero por qué, — se preguntaba Geoffrey sin dar con la respuesta aceptable, — ¿por qué habíase decidido aquel hombre a llevar a cabo un plan tan extraordinario, tan arriesgado, que encerraba peligro tan grande? No era posible creer que hubiera sido únicamente para arrancarle de las garras de la ley pues precisamente había sido Darkin el que lo había combinado todo para que Geoffrey apareciera como autor de la muerte de Edward Tilson el "administrador de propieñades". No se explicaba que hubiera hecho lo uno siendo el autor de lo otro. La combinación del crimen de Playa Negra no podía estar de acuerdo con la liberación del condenado del presidio de Gorsemoor y sin embargo...

¡Pero no! Algo nuevo tenía que haber sucedido, algo que había hecho cambiar de orientación a Darkin, obligándole a preparar y realizar la liberación de Geoffrey. Se comprendía que el deseo de Darkin era tener a Geoffrey en su poder; ser él su carcelero en lugar de dejar que lo fueran los guardianes de Gorsemoor. Quizás creyera Darkin que Geofrey tenía en su poder la verdadera clave que permitiera ir hasta donde estaba escondido el valioso secreto del viejo profesor Gale.

Al pensar así, Geoffrey frunció el ceño. Durante unos segundos habíase hecho la ilusión de que iba a gozar de libertad, pero de inmediato cambió el aspecto del cuadro... Había salido del presidio pero era muy fácil que le llevara Darkin, en aquel instante, a sufrir un cautiverio más cruel todavía, a sufrir encierro pero agravado por las indignidades del trato de aquel grandísimo criminal, cuya crueldad fría y razonadora había aprendido a temer.

Pero, — díjose Geoffrey ante semejante perspectiva, — si el plan audaz de Darkin había tenido éxito hasta aquel momento, no continuaría, de allí en adelante, favorecido por la misma suerte. Era necesario que no siguiera triunfando el pillo, y no seguiría.

Al pensar esto, Geoffrey apretó los dientes y cerró los puños. Estaba decidido a todo. Las circunstancias exigían resoluciones extremas; no había razón para no optar.

Se inclinó hacia adelante y miró por la ventanilla que le quedaba dealnte.

El automóvil seguía corriendo a toda la velocidad que le permitía desarrollar su poderoso motor.

Ante el coche extendíase la serpenteante ancha cinta blanquecina que atravesaba la zona pantanosa, en el centro de la cual se alzaba el edificio del presidio.

Quizás, — pensaba Geoffrey en aquel momento, — podía intentar algo... abrir la portezuela lentamente, arrastrarse con cautela por el estribo y saltar sobre el hombre que manejaba el automóvil. Una vez hecho eso, Geoffrey estaba seguro, no le faltarían fuerzas para dominarle.

Pero semejante proyecto tenía muchas circunstancias en contra, y Geoffrey se percató de ellas inmediatamente.

En primer lugar, si saltaba hacia Darkin y lo sujetaba mientras el automóvil seguía marchando, — como marchaba en aquel instante, a toda la mayor velocidad que podía desarrollar su excepcionalmente poderoso motor, — lo más fácil, — mejor dicho, lo seguro, — era que el coche, abandonado el volante sin dirección o movido sin querer en algún sentido, se saliera del centro del camino... El resultado sería un terrible choque, con todas las consecuencias correspondientes.

Podía esperar, para la realización de aquel propósito, a que el vehículo disminuyera su velocidad, pero no era probable que Darkin menguara la rapidez del coche mientras siguiera por el camino de la región pantanosa.

Hacerlo después, cuando fueran por camino, si no muy frecuentado, no enteramente desierto, iba a ser doblemente arriesgado... A Geoffrey no le convenía que le viera nadie. Su uniforme de presidiario llamaría inmediatamente la atención y entonces... Entonces todo se habría perdido, especialmente para Geoffrey.

Atraído, en cuanto se diera la alarma y fuera detenido el vehículo, un grupo de curiosos, toda idea de libertad tendría que ser abandonada por Geoffrey. En cuanto a lo que a Darkin le podía pasar en semejante emergencia, Geoffrey no se detuvo a pensarlo.

Lo que sí pensó fué que, si había de procurar invertir la situación presente entre él y Darkin, debía buscarlo por medios estratégicos y astutos, por medio de habilidad y engaño y no de fuerza.

Echóse hacia atrás en el asiento del lujoso automóvil y así estuvo durante breves instantes, con los ojos cerrados, reflexionando.

Después se incorporó y miró hacia el solitario y serpenteante camino que se extendía en lontananza.

En aquel mismo instante se oyó un gemido ahogado en el interior del coche, un gritar oprimido, algo así como el gorgoteo de quien tose tan sofocado que parece estar a punt de asfixiarse.

Darkin volvió rápidamente la cabeza antes de volver a dar velocidad al automóvil y miró, enternando los ojos.

Vió entonces que su cautivo estaba muy pálido, que se balanceaba de un lado a otro en su asiento agitando una mano en el aire, mientras con la otra trataba, con febril movimiento desesperado, de desabotonarse el cuello de su uniforme de presidiario.

Tenía las facciones desencajadas y convulsas y los ojos en blanco, como los de quien sufre la angustia de los más agudísimos y lacerantes dolores.

Y, sin cesar, gemía sofocado con un setertoroso gorgoteo que conmovía sus labios exangües y resecos.

Darkin detuvo el vehículoi nmediatamente, maldiciendo su suerte. ¿Era posible que, después de todo, su hazaña no le resultara de provecho? ¿Era posible que la muerte se presentara para hacerle fracasar en el momento en que tenía tan cercano el éxito?

Deteniendo el coche saltó al suelo y miró en su redor para ver si alguien se acercaba. Satisfecho desde ese punto de vista, abrió la portezuela y se metió en el coche.

Geoffrey seguía gesticulando, pero con menos nerviosidad que un momento antes. Tenía los ojos fijos, como los de una persona aterrorizada, y sucesivos escalofríos sacudían su cuerpo de pies a cabeza.

Darkin se inclinó, estrechándole suavemente la muñeca para tomarle el pulso.

—¡Ahora le tengo!

El cuerpo del enfermo pareció adquirir repentinamente una terrorífica energía. Su rostro adquirió una expresión de intensas y terribles energías, los ojos perdieron su inmovilidad y brillaron con siniestro fulgor.

Darkin, tomado desprevenido, fué arrojado hacia atrás bruscamente, y se le oyó un gemido en el momento en que sintió que las manos de Geoffrey se asían a su cuello.

Con sorpresa para Geoffrey, Darkin hizo poca, casi ninguna resistencia. No intentó siquiera quitarse del cuello las manos cuyos dedos le oprimían con tanta fuerza.

Su cuerpo se doblegó ante la fuerza del ataque como si no tuviera energías para resistirlo.

Pero simultáneamente, Geoffrey vió que brillaba algo en su mano, y al punto agarró la muñeca de Darkin, sujetándola como con una tenaza.

Lo que tenía Darkin en la mano en aquel instante, era aquello con lo cual había "electrocutado" al empleado Heep y al guardián del presidio de Gorsemoor. Con que lograra tocar, sólo un brevísimo instante, a Geoffrey, con aquel objeto, bastaría para dejarle inmediatamente reducido a la más completa insensibilidad.

Un gruñido salió de labios de Darkin en aquel momento. Había desaparecido la debilidad, la sumisión a una fuerza superior. Peleó como una fiera, golpeando furibundo y sin tino a Geoffrey, con la mano que le quedaba libre, pataleando y hasta mordiendo, como un endemoniado.

Pero Geoffrey no hizo caso alguno de todos esos ataques, prefiriendo dedicar por completo su atención a la formidable batería que, en su reducido volumen, encerraba miles de volts de potencia eléctrica.

Poniendo en ello todas sus energías, Geoffrey hizo dar vuelta a su contrario, y al mismo tiempo, agarró su propia muñeca

con su mano izquierda, formando doble sujeción.

Después, rápido como el pensamiento, retorció la mano de Darkin, violentamente, hacia dentro.

—¡Oh!

Un grito de dolor brotó de los labios del hombre. Se notó en su cara una mueca de angustia, a la vez que de odio. Pero seguía estrechando entre sus dedos la mortífera batería.

—¡Deje caer eso! — ordenó Geoffrey, volviendo a mover la mano de Darkin. Pero éste no cedió.

Más y más fué Geoffrey retorciéndole el brazo, y Darkin estuvo a punto de chillar de dolor cuando abrió la mano y la batería, libre de la presión de los dedos, cayó sobre el felpudo que había en el piso del automóvil.

En un instante, Geoffrey arrojó al hombre de su lado y recogió el pequeño aparato que, — como muy bien lo supuso Geoffrey en aquel instante, — era uno de los muchos maravillosos inventos del profesor Gale, el padre de Sonia, robado por Darkin del laboratorio del anciano.

Volvióse entonces Geoffrey, y empuñando el aparato como hubiera podido empuñar una antorcha eléctrica, avanzó hacia Darkin, que fué retrocediendo ante él, dominado, sabedor del poder singular de arma tan original.

—Ahora, señor Darkin, — dijo Geoffrey, tratando de hablar tranquilamente, aún cuando se hallaba jadeante, sin aliento, — tendrá la amabilidad de explicarme por qué me ha arrebatado usted a la bondadosa hospitalidad de Gorsemoor.

Cuando se hallaba realmente en situación difícil, — como la de aquel momento, — no lograba Darkin dar con el tono socarrón y sarcástico que tanto le gustaba emplear en otras ocasiones.

Con el ceño fruncido y gesto de mal humor, respondió con voz sombría:

—No le explicaré nada.

—Perfectamente, — dijo Geoffrey con indiferencia, — poco me importa ya, en verdad. ¿Quiere tener a bien proceder, cobijado en el interior del coche, a quitarse la ropa que lleva puesta?

Darkin levantó la vista. Miró a Geoffrey furioso. Pero ni habló ni se movió. Había comprendido el propósito ulterior que encerraba aquella orden y rabiaba, convencido de su pleno fracaso.

—Supongo que no ha tenido usted la desgracia de quedarse repentinamente sordo, — dijo Geoffrey con intención. — Crea que es mejor que haga usted lo que le he dicho y no que lo haga yo en condiciones distintas.

Y miró con significativo gesto la batería que tenía en la mano.

Darkin echó de ver la mirada y procedió inmediatamente a obedecer, desatándose el nudo de la corbata y quitándose después el traje negro, de saco, que, como siempre, vestía.

Geoffrey, mientras tanto, se quitó el uniforme de presidiario, adornado con las odiosas anchas puntas de flecha y se vistió después con el traje que se había quitado Darkin.

En pocos momentos estuvo Geoffrey vestido con el traje de su enemigo, con el cuello y la corbata en una mano y la amenazadora batería en la otra.

Darkin, con el rostro sombrío y sudoroso, rojo de furor, se había quedado de pie, inmóvil, mirando unas veces a Geoffrey y otras al uniforme de presidiario que el joven le había arrojado a los pies.

—Le conviene vestirse con ese traje lo antes posible, señor Darkin, — dijo. — ¿Es necesario que le infunda ánimos acercándole este aparatito?

Avanzó un paso, con la batería en la mano y Darkin, acorralado, se inclinó, y a toda prisa se vistió con el traje que se había quitado Geoffrey. Este, mientras Darkin se vestía, aprobada su acción moviendo la cabeza, como si el uniforme de penado le sentara muy bien a aquel pillo que, en justicia, debía vestirlo hacía ya mucho tiempo.

—Le felicito por lo bien que le queda el traje, Darkin, — dijo. — No he visto jamás a nadie a quien le quedara ese uniforme tan bien como a usted. Ahora, tenga la bondad de salir del coche, ¿quiere usted?

Geoffrey descendió retrocediendo, y Darkin, con un gesto de fastidio y de furor tal como Geoffrey no lo había visto nunca, descendió después.

Geoffrey se inclinó sonriendo ante el derrotado pillastre en aquel mismo momento.

—¡Y ahora, sólo me resta desearle a usted que tenga muy buenos días!

Dicho lo cual, Geoffrey corrió a la parte delantera del coche, puso en marcha el motor con un par de seguros golpes de manija y luego ocupó el asiento del chauffeur, tomó el volante, movió una palanca y partió con tal ímpetu que el automóvil pareció saltar al comenzar su rápida marcha.

En el blando camino se quedó Darkin de pie, aturdido, vestido de presidiario, maldiciendo su suerte y sin saber qué hacer.

"Salvarse en una tabla"

Durante una mlila o cosa así, Geoffrey manejó el automóvil, dejándole correr a toda velocidad. Después disminuyó mucho la rapidez del coche y procedió a ponerse el cuello y la corbata de Darkin, pues no hubiera sido prudente colocarse ambas prendas teniendo delante a su enmigo.

Buscó en los bolsillos del sobretodo, que Darkin había dejado en el asiento delantero, los guantes para manejar y los acó rápidamente; el viento era fresco y se le estaban helando las manos.

Al sacar los guantes salió del bolsillo del sobretodo en el tirón del apuro, una barba postiza, corta y gris, obra admirable de algún habilísimo peluquero de teatros, hecha de cabello natural y combinada de tal modo que una vez puesta era difícil distinguir que era postiza.

Del mismo bosillo sacó también una peluca y un bigote, — grises ambos, — que hacían juego con la barba,

Geoffrey consideró muy oportuno el hallazgo de aquellos elementos de disfraz, así que minutos después, en lugar del joven, erguido y vivaz, se veía manejando el automóvil a un hombre de edad madura, de cutis limpio, sonrosado y juvenil, pero algo cargado de espaldas.

Pensó entonces Geoffrey que la posesión de la ropa de Darkin debía indicar, necesariamente, la posesión de algunos objetos útiles de propiedad del piliastre, así que procedió a una revisación sistemática de todos los bolsillos del sobretodo, el saco, el pantalón y el chaleco.

En un bosillo del pantalón encontró una pequeña cartera de marroquín en la que había billetes y monedas por un valor total de unas diez libras esterlinas. Si le hacía falta dinero para algo lo tomaría prestado de aquel, de propiedad de Darkin, sin que tal proceder pudiera, por cierto, despertar en Geoffrey grandes escrúpulos de conciencia.

Pero el dinero no era lo más importante que había en la carterita de marroquín.

Cuidadosamente doblado y metido en un pequeño campartimiento se hallaba un pedazo de descolorido pergamino.

Un grito de satisfacción brotó de labios de Geoffrey en el instante en que el joven se dió cuenta de qué se trataba.

Era el primer indicio, — mejor dicho la primera mitad del indicio, — relacionado con la situación del secreto del profesor. Era el trozo que el mismo profesor Gale había dado a Geoffrey pocos momentos antes de su muerte. Era la clave, — o la media clave, pues la otra mitad era la que fué confiada a Sonia, — que Darkin le había quitado de modo tan ingenioso como audaz.

Pero el pergamino había vuelto de modo inesperado a posesión de su verdadero dueño, lo que constituía una derrota más para Darkin, o por lo menos agravaba la ya sufrida.

Contento por tan feliz hallazgo, Geoffrey aceleró de nuevo la marcha del automóvil, dirigiéndose hasta una encrucijada, en la que, después de consultar las tablillas del poste indicador, tomó el camino que conducía a la población más cercana.

Cuando llegara a la población no le costaría trabajo ninguno averiguar cuál era el camino mejor para ir a Playa Negra y, — como el automóvil era rápido y tenía provisión abundante de nafta y aceite, — podría llegar a aquella localidad en pocas horas.

El viento le azotaba el rostro al avanzar rápidamente, pues el vehículo no tenía vidrio delantero protector. Suponía, sin duda, su dueño, que quien le manejara usaría anteojos especiales, por lo que había suprimido el vidrio protector que cuando se va muy rápidamente puede turbar, — con grave peligro de quien vaya en el vehículo, — la claridad de la visión.

Aún cuando le resultaba molesto ir ligero en esas condiciones, Geoffrey no disminuyó la velocidad de la marcha.

Al cabo de un rato, en el momento en que volvía una curva del camino y comenzaba a descender por una empinada cuesta, vió a alguna distancia los techos de una población.

Dos peones de los encargados del cuidado de los caminos estaban trabajando al pie de la cuesta y cuando vieron que el automóvil se acercaba, uno de ellos se adelantó hasta el medio de la carretera levantando su escoba de ramas y haciendo señas para que se detuvera.

Un estremecimiento de temor sacudió el cuerpo de Geoffrey que pensó que lo mejor de todo sería atropellar sin hacer caso, para que se detuviera.

Pero desistió inmediatamente de tan inhumano propósito y decidió que para salir con bien de aquel paso lo mejor era imitar el aplomo y el desparpajo de Darkin.

Detuvo, pues, el motor, aplicó los frenos y paró el coche a pocas yardas de distancia del stio donde estaban los dos peones camineros.

Ambos parecían muy viejos y tenían todo el aspecto típico y risueño de los labradores del condado de Devon.

Uno de ellos se acercó y elevó cortesmente la mano, a la ancha ala de su sombrero de fieltro gris.

—Perdónenos usted por haberle hecho parar, señor, pero quisiéramos preguntarle una cosa: ¿Vive usted del lado de Gorsemoor? — dijo el viejo peón con el típico acento de los aldeanos de la región.

Geoffrey meneó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, — contestó. — ¿Por qué?

—¿Ha visto usted algo así como un penado, un hombre de traje gris con puntas de flechas negras y anchas, andando por ahí? Uno de los que estaban en el presidio de Gorsemoor, se ha escapado.

—¡No! — dijo con todo aplomo Geoffrey. — ¿Cuando se escapó?

—¡Oh! ¡Hace como una hora nada más, señor! — agregó el peón acercándose. — Nos han avisado por teléfono por medio de... ¡Eh! ¡Hola!

Antes de que Geoffrey se hubiera dado cuenta de lo que pasaba su barba gris le había sido arrebatada de un tirón y el viejo cachazudo peón caminera parecía haberse galvanizado de improviso rejuveneciéndose, sino en su aspecto, en su actitud.

—¡Le pesqué, amigo mío! ¡Entre dos siempre da resultado este disfraz! — dijo rápidamente. Su acento campesino había desaparecido tan pronto como el disfraz de Geoffrey.

El otro peón caminero había tirado la escoba a un lado, había enderezado su antes encorvada espalda y apuntaba a Geoffrey con un amenazador y reluciente revólver niquelado.

Geoffrey sintió estrujado el corazón al darse cuenta de lo que había pasado. En el preciso momento en que se creía libre y seguro, había caído en una emboscada hábil y astutamente preparada y miraba hacia el caño del brillante revólver con que le amenazaba el servidor de la justicia.

Le pareció ver las gruesas rejas de los portones del presidio de Gorsemoor cerrándose de nuevo tras él creyó ver la oscura celda que sería su habitación durante mucho más de diez años porque la tentativa de fuga, segun las leyes inglesas, alarga el tiempo de la condena.

Estos pensamientos, horrendos y desesperantes fueron los que le acicateaoon en tal ocasión, permitiéndole pensar con rapidez asombrosa, estudiando con clarovidencia la situación.

Escapar en el coche era ya imposible. El revólver amenazador cerraba el paso a bien de la situación era necesario echar mano de un ardid...

Miró Geoffrey a sus captores y se encogió de hombros, metiéndose las manos en los bolsillos del saco.

—Bien, — dijo. — Me parece que me han pescado ustedes. No supongan que voy a llorar por lo que me sucede... Pero pueden creer que acabo de llevarme una desconsoladora decepción.

—Así debe ser, — dijo uno de los fingidos peones camineros riéndose. — Pero, por su bien, le aconsejamos que tenga calma y tranquilidad. No trate de resistirse porque le saldría muy mal la cuenta. ¿Quiere tener la bondad de descender del vehículo?

Geoffrey hizo como le dijo el falso peón caminero, mientras éste sacaba del bolsillo de su chaqueta de aldeano unas esposas modelo Scotland Yard.

—Preséntame usted sus manos, — dijo.

Geoffrey tendió las dos manos juntas.

El de policía no se percató de la presencia de un pequeño objeto que su cautivo tenía en la mano derecha.

Cuando fué a levantar los puños para hacer sitio para las esposas, sus dedos tocaron el extremo de aquel pequeño instrumento y, con un rápido estremecimiento, como un escalofrío, el detective disfrazado de peón caminero, cayó a los pies de Geoffrey.

Al mismo tiempo, Geoffrey se inclinó y avanzó. Oyóse el estampido de un tiro de revólver, pero el proyectil pasó, sin herirle, por encima de su cabeza.

Antes de que el otro, disfrazado detective tuviera tiempo para bajar el revólver, Geoffrey le había tocado en una pierna con el aparatito y él, a su vez, con un gemido que casi no se oyó, desplomóse, dejando caer el revólver sobre el piso macadamizado.

Un hondo suspiro de alivio brotó del pecho de Geoffrey cuando contempló tendidas en el suelo, a las dos nuevas víctimas del poder asombroso de la batería portátil inventada por el maravilloso profesor Gale.

—¡Esto sí que ha sido "salvarse en una tabla"! — murmuró.

En verdad, Geoffrey lamentó haber tenido que emplear aquel recurso para con dos honrados servidores de la ley y del orden: pero después de todo, no sufrieron nada desde que la descarga de la batería no tenía más efecto que dejar a las personas aletargadas durante un breve espacio de tiempo.

Tomó primero a uno y luego al otro y ocultó a los dos detectives disfrazados de peones camineros detrás de un matorral situado a un lado del camino.

Después puso el motor en marcha y ocupó su asiento.

El incidente pasado habíale hecho saber que si continuaba en aquella dirección corría peligro de ser capturado o peor aun, tenía la seguridad de caer en alguna emboscada.

Con seguridad todos los caminos estaban vigilados como aquél y los que vigilaban debían tener datos sobre la forma y color del automóvil. Era, indudablemente, el automóvil lo que había denunciado a los dos detectives disfrazados de peones camineros.

Sin perder ni un solo minuto hizo retroceder al vehículo hacia la orilla del camino y luego giró, dirigiéndose hacia Gorsemoor.

En aquella dirección anduvo como media milla a toda velocidad. Paró luego el vehículo y dejándolo a un lado del camino, descendió del coche.

Hecho eso alejóse, caminando por la extensión poco accidentada de la zona pantanosa, en el centro de la cual se levantara, adusto y sombrío, el presidio de Gorsemoor.

¿Qué fin tendría una aventura que había comenzado de modo tan extraño?

La casita solitaria

El anciano, agobiado por los años y por las vicisitudes de la vida, se había asomado a la puerta de su casita y miraba al desconocido entornando los ojos escrutadoramente.

—¿Qué es eso? ¿Se ha extraviado, señor? — preguntó después de unos instantes dedicados a observar de pis a cabeza al recién llegado.

El forastero inclinó, afirmativamente, la cabeza. Su aspecto no podía ser más deplorable. Tenía la ropa y el calzado mojados y llenos de parches de barro. Su actitud de cansancio y de agotaminto era consecuencia de toda una noche pasada a la intemperie, en la zona pantanosa.

—Sí, señor, — dijo después de una leve pausa. — Estuve pescando en la ribera del arroyo de Widley y al querer regresar...

—¡El arroyo de Widley! — interrumpióle el anciano. — ¡Pero ese arroyo está muy lejos de aquí!

—No me extraña que lo esté, — dijo el forastero. — He caminado sin rumbo, por la zona pantanosa durante cerca de cuarenta horas. Se me ocurrió cortar camino para evitar una curva, de cerca de dos millas, que describe el arroyo, y, de pronto, me ví rodeado, por una de esas malditas tinieblas de esta región, tan espesa que creo que se podía cortar con cuchillo. Envuelto en la niebla, me desorienté por completo.

El anciano le miró fijamente durante unos momentos. De pronto exclamó bastante alarmado:

—¡Supongo que no será usted el presidiario que se escapó! ¿Eh? Si lo es, más vale que se retire inmediatamente. No quiero cuestiones ni compromisos.

Geoffrey se rió, — pues el forastero perdido, según decía, en la región de los pantanos, era Geoffrey Duncan, — al notar lo ingenuo de la manifestación del anciano y el miedo que repentinamente le había acometido. La situación, por lo demás, no dejaba de tener su aspecto irónico, a pesar de su gravedad.

—¿Presidiario? — dijo Geoffrey riendo. — ¿Qué presidiario?

La actitud y el tono de Geoffrey parecieron tranquilizar por completo al anciano que, desde aquel instante, dejó de sospechar y consideró temerario e infundado su repentino y reciente temor.

—Hay que andar con prudencia cuando se recibe aquí la visita de algún desconocido, — dijo en tono de disculpa. — Algunos evadidos han hecho víctimas de sus fechorías a los pacíficos habitantes de estos sitios. Cuando alguno se escapa...

—¿Pero se ha escapado alguno? — preguntó Geoffrey con admirable fingida curiosidad.

—¡Sí! Uno de los penados del presidio de Gorsemoor se ha evadido.

Sin insistir en hablar de aquel presidiario escapado y accediendo a un pedido de Geoffrey, el anciano le hizo entrar en su pequeña casita solitaria y un cuarto de hora después Geoffrey hacía los debidos honores a un apetitoso plata de tocino con huevos que le pareció doblemente exquisto después de casi dos días d eno probar bocado y de andar, com loco, de un lado a otro por la zona de los pantanos.

Gorsemoor y sus habitantes, y especialmente los presidiarios que solían tener la ocurrencia de escaparse alguna vez, constituían la preocupación del anciano que vivía solo, en aquella casita, aislado de toda población. No fu éextraño, pues, que su conversación, después del almuerzo, versara por completo sobre ese tema.

—Mi hija estuvo ayer a visitarme, — dijo fumando una corta pipa de yeso cargada de tabaco de Virginia. — Ella fué la que me contó todo lo relacionado con la evasión de uno de los "huéspedes" del presidio de Gorsemoor.

—¿Cómo hizo para escaparse? — preguntó Geoffrey. — Aprovecharía la niebla, sin duda ninguna.

—¡No! No aprovechó la niebla ni mucho menos. Según me dijo mi hija, se trata de un hombre muy astuto y muy hábil. — No aprovechó la niebla. ¡Si lo más curioso del caso es que no hacía un cuarto de hora que había ingresado en el presidio!

—Pero entonces... ¿Cómo hizo para escaparse? — preguntó interesadísimo Geoffrey.

El anciano se rió por lo bajo con esa extraña simpatía que la gente siente por el presidiario que se escapa, sea quien sea.

—¡Envolvió a las autoridades mediante una combinación novelesca y engañó a todos como a unos tontos! — dijo.

—¿De veras? — interrogó Geoffrey, deseoso de conocer cómo se había interpretado lo sucedido.

—¡Sí! Se vistió, mejor dicho, se disfrazó de modo que parecía el gobernador del presidio y salió en un automóvil con dos guardianes, los cuales fueron hallados desmayados al lado del camino, media hora después. Luégo, la misma tarde, los que buscaban al evadido, encontraron a un hombre que andaba por los caminos vestido de presidiario y creyeron que habían prendido al evadido.

—¿Y era él? — preguntó Geoffrey.

—¡No, señor! ¡No era él! — exclamó el anciano. — El evadido no es tipo como para incurrir en semejante error. El hombre a quien encontraron vestido de presidiario, y al que leivaron al presidio, era otro, un cualquiera a quien el evadido había desmayado de un golpe quitándole luego su ropa y vistiéndole con su uniforme.

—Supongo que el audaz evadido se vestiría con la ropa del otro, — dijo Geoffrey a manera de comentario.

—Así fué, — manifestó el anciano.

—Pero... ¿no estaba vestido con el traje de gobernador? ¿De dónde salió el uniforme de presidiario? — preguntó Geoffrey.

El punto era curioso y así lo comprendió el anciano, quien se dió cuenta de que su relato presentaba, en punto tal, una falta de ilación que no acertaba a solucionar.

—Sí... estaba vestido de gobernador... — dijo, — y sin embargo... Yo lo único que puedo decir es que así fué porque así me lo contó mi hija que no es tonta y sabe enterarse de lo que oye decir. Si ella estuviera ahora aquí, nos explicaría el punto a entera satisfacción.

Geoffrey sonrió y se levantó.

—¿Y quién era ese hombre... el que encontraron vestido con el uniforme de presidiario? — preguntó tomando su sombrero de la percha, donde lo había puesto al entrar.

—No sé. — dijo el anciano. — Sólo sé que lo tienen preso y lo tendrán todo el tiempo que duren las averiguaciones que están haciendo para saber si es cómplice, o no, del evadido. Por lo menos, eso es lo que mi hija me ha dicho.

—¡Ah! ¡Así que lo tienen entre rejas a falta del otro! — dijo Geoffrey.

—Y lo tendrán un poco de tiempo, porque las averguaciones no serán cosa de un día... ni de dos! — agregó el anciano.

—Bien, debo marcharme, — dijo Geoffrey. — Ese sendero, — e indicó uno que se veía por la ventana, — ¿me llevará hacia el lado de Princely?

—Sí, — dijo el anciano de la casita solitaria, abriendo la puerta. — Para ir a Princely debe seguir por esa senda hasta el camino y luego a la izquierda, por la carretera, en línea recta.

—Muchísimas gracias, — dijo Geoffrey poniendo una moneda de oro en la tendida

mano del anciano. — Espero que no tenga usted oportunidad de ver al presidiario evadido. Esa gente suele resultar peligrosa y, de todos modos, nunca puede constituir una visita agradable.

—¡Tengo la esperanza de que no se presentará por aquí, señor! — manifestó el anciano, mirando con satisfacción la moneda que tenía en la mano y que constituía, a sus ojos, una dádiva principesca. — ¡Oh! ¡Si todos los hombres fueran tan buenos como usted, señor, no habría necesidad de construir en este mundo presidios como el de Gorsemoor! ¡Adiós y buena suerte, señor!

Y con alegre sonrisa, con los ojos entornados y brillando de contento, el anciano vió, desde la puerta de su casa, cómo se alejaba con rumbo a Princely, aquel hombre que tan simpático le había sido, aquel hombre que era.. ¡el presidiario evadido del presidio de Gorsemoor!

Otra vez en San Ormes

Por el ancho camino carretero que conducía hacia la altura donde se encontraba el tétrico caserón llamado San Ormes, avanzaba rápidamente un hombre de atlético porte. La luz de la luna proyectaba, a su espalda, una sombra de grotesca longitud.

Caminaba de prisa, silenciosamente, notándose en su actitud, que estaba ansioso por llegar al edificio de alto techo y múltiples mansardas, que se levanta ante él, destacándose como una mole tenebrosa de trágico misterio.

Llegó a la ancha gradería que daba acceso al vasto pórtico de columnas, subió los escalones de piedra casi a saltos y, de pronto, en cuanto llegó a lo alto de la escalinata, desapareció rápidamente y por completo como si hubiera sido súbitamente arrebatado por una mano misteriosa.

Cualquiera de los pocos que conocían los secretos de San Ormes hubiera comprendido inmediatamente que el recién llegado ascendía, en aquel momento, en un ascensor, instalado en el hueco de una de las gruesas columnas del pórtico, — la situada a la derecha, — llegaba pocos instantes después a lo más alto, siguiendo luego por una largo, oscuro y tortuoso pasadizo.

Durante unos minutos anduvo por los misteriosos pasillos secretos del viejo caserón y al cabo de un rato la luz de la luna le iluminó el rostro en el momento en que salía por una puerta y pisaba el techo extenso y llano del viejo edificio.

Detúvose unos instantes, mirando por sobre el bajo parapeto hacia el sitio donde el mar brilaba, iluminado por la luna, como bruñido espejo de plata.

Después caminó durante unos segundos más, buscando algo, en el techo, con el pie. Por fin dió con ello. Era una argolla de hierro. Se inclinó, tomó la argolla con una mano, tiró y levantó una tapa circular que dejó libre el acceso a una habitación confortable y bien amueblada.

Pasó por el hueco que había abierto, — cerrándolo de nuevo tras sí, — y descendió por una escala de gruesa cuerda blanca hasta el alfombrado piso de la habitación.

Sobre la repisa de la chimenea ardían, en sus candeleros, dos bujías, un momento después, y poco tardó en brillar, en el hogar de la misma, un fuego reconfortador.

En una mullida butaca, con la barba apoyada en las palmas de las manos, contemplando fijamente como ardían los troncos que había puesto en el fuego de la chimenea. Geoffrey Duncan reflexionaba.

Ya se hallaba en sitio seguro. Después de infinitas vicisitudes había, finalmente, logrado encerrarse en San Ormes. Había conseguido, por el momento, libertad y seguridad, hacindo fracasar los planes del archipillo de Darkin, a quien había dejado en el camino de la región pantanosa, estremeciéndose de furor y vestido con el repelente uniforme de los presidiarios.

No era, pues, de extrañar que se notara una expresión de contento y de triunfo en el rostro de Geoffrey Duncan.

Pero no hay que imaginarse que en su lucha por su propia libertad se hubiera podido olvidar de los sagrados vínculos de la amistd, se hubiera podido olvidar de Girt que aun queaba entre los gruesos muros de la tenebrosa prisión de Gorsemoor. Se necesitaba algo más que gruesas paredes de piedra, fuertes barrotes de hierro y todo el peso de las leyes humanas para desatar el nudo que unían a los dos hacía tantos años.

Pero Geoffrey se había dado cuenta, — con toda razón, — de que nada había que perder y sí mucho que ganar, conquistando su libertad. Una vez libre él se hallaría en condiciones de poder combinar lo necesario para libertar a Girt y no dudaba ni un sólo instante de que sería posible tramar algún complot para burlar a la ley que, desorientada por falsos testimonios, había arrojado todo su rigor sobre quien, siendo inocente, no lo merecía, y lo había sumido en un presidio como si se tratara de un empedernido criminal.

Además, hallábase en aquel momento en libertad para rescatar y protejer a Sonia, la gentil joven cuya belleza habíale cautivado y cuyo hechizo habíale hecho concebir la esperanza de una existencia de felicidad a su lado.

Pero ¿dónde se encontraba Sonia en aquellos momentos y después de lo hecho por Darkin y su cómplice?

Darkin, — según lo había sabido Geoffrey, — habíala secuestrado nuevamente. ¿No lo comunicó así a Geoffrey y a Girt, cuando se hallaban en la prisión, esperando sentencia. mediante la hábil estratagema de la proyección cinematográfica?

Geoffrey Duncan permaneció largo rato, pensativo, con la mirada fija en el fuego de la chimenea.

De pronto se puso de pie como movido por un súbito impulso.

—Puede ser que considerando que Girt y yo estábamos bien seguros en nuestras celdas de Gorsemoor, no se haya tomado la molestia de encerrarla en una habitación, — díjose. — Es posible que se haya limitado a traer a San Ormes encargando a Ruth de Lys de su constante vigilancia.

Dirigióse a uno de los lados de la habitación y tocó suavemente un detalle del adorno tallado del revestimiento de roble que cubría la parte inferior del muro hasta la altura de una persona.

En seguida se abrió silenciosamente la puerta secreta. Geoffrey salió rápidamente por aquel hueco encaminándose por el pasillo que conducía al laberinto de corredores subterráneos cuya disposición conocía prácticamente, después de todos los percances que en aquellos tenebrosos conductos le habían acontecido.

Avanzó rápida y sienciosamente, mirando con atención hacia la oscuridad por si lograba distinguir algo que le indicara dónde podía encontrarse su amada Sonia.

Nada turbaba el intenso silencio reinante en todo el viejo caserón. El sitio parecía desolado y desierto.

Detúvose a la entrada de un estrecho pasadizo que se dirigía hacia el ala Oeste y al detenerse distinguió una silueta alta y vaporosa. Sin atreverse casi a respirar, temeroso de que su presencia fuera conocida, deslizóse por aquel pasadizo y poco a poco fué distinguiendo la silueta con mayor claridad.

A medida que iba apreciando mejor el aspecto de aquella aparición, notaba también mejor su peregrina belleza. Vió Geoffrey que se trataba de una silueta de mujer, alta y de formas esculturales, que al avanzar lo hacía con elegantísima actitud y con un paso tan grácil que tenía algo de felino en su ondulante suavidad.

Sin separarse de la pared, avanzando sin hacer ni siquiera el menor ruido, Geoffrey la siguió.

De pronto ella, se detuvo y Geoffrey se acercó más a la pared en el momento en que, — en la mano de la mujer, — brilló la luz de una lámpara eléctrica de bolsillo.

Geoffrey se acurrucó en un hueco sombrío del costado del pasillo, temeroso de que ella dirigiera hacia él la luz de su lámpara eléctrica.

Pero no lo hizo. La mujer se inclinó y dirigió la luz hacia la parte baja de la pared como si estuviera mirando por algún respiradero situado a ras del suelo.

Durante unos momentos estuvo inclinada, mirando.

Después se irguió y riendo, con risa cristalina y burlona, se alejó rápidamente por el corredor.

Al mirarla, Geoffrey se estremeció. Su instinto le decía que la casualidad habíale hecho descubrir lo que tanto deseo tenía de encontrar.

Avanzó rápidamente hacia el sitio donde Ruth de Lys se había detenido y tanteando con ambas manos la superficie de la pared no tardó en hallar en ella el hueco de una pequeña ventana situado muy baja y cruzada por dos gruesas barras de hierro.

Se inclinó y miró por aquella abertura.

Lo que vió impresionó a Geoffrey de tal modo que el corazón pareció detener sus latidos al mismo tiempo que sentía un frío intenso en todo el cuerpo, como si la sangre se le hubiera helado en las venas.

El furor de una mujer

Un gemido brotó de labios de Geoffrey Duncan y un escalofrío de intensa conmiseración sacudió su cuerpo cuando se inclinó y miró por el hueco de la ventanita que daga al pasillo.

Nunca, — antes de aquel momento, — habíase dado cuenta de la existencia de aquela ventanita. En realidad era San Ormes nu caserón misterioso lleno de vericuetos extraños; sus habitaciones y pasadizos subterráneos, dispuestos en varios pisos, contituían un laberinto complicadísimo y asombroso cuya verdadera extensión no conocía, tal vez, persona alguna. No era raro, pues, que aun cuando Geofrey creyera conocer bien aquella casa ésta le deparara nuevas sorpresas.

Porque en aquel momento, por la estrecha ventanita distinguía, en un nivel inferior al del pasadizo, un cuadro subterráneo, con húmedo piso de piedra, con toda la desolada oscuridad de una mazmorra.

No tenía ni siquiera la tarima que hace las veces de cama en la celda del presidiario, y su moblaje consistía en algunas cadenas con pulseras, tiradas en el piso cubierto de moho, unidas a argollas de hierro sujetas a ganchos empotrados en la pared.

Pero no era la desolación del calabozo lo que había producido tan intensa impresión al hombre que miró por la enrejada ventanita. Un rayo de luz amarillenta llegaba de lo alto y permitía distinguir una blanca, juvenil figura tendida en el suelo, en la dura piedra y Geoffrey había reconocido inmediatamente a Sonia.

No podía verle el rostro pero si llegaba a ver su cabellera negra que caía en profusión sobre su blanca vestidura Tenía un brazo tendido y Geoffrey vió que la muñeca estaba sujeta por una pulsera unida a una cadena cuyo otro extremo estaba asegurado a una argolla mantenida por un gancho de hierro empotrado en la piedra del pavimento.

Sobre la cabeza de Sonia colgaba una gruesa cuerda y de su extremo, — al alcance de la joven, si se sentaba, — pendía una canastita que contenía la ración de un preso de los tiempos antiguos... agua y pan. Las provisiones estaban intactas.

Si la vista de aquel cuadro heló, en el primer momento, la sangre, en las venas de Geoffrey, tuvo, en cambio, por inmediato efecto, el de precipitar los latidos de su corazón y el de hacerle experimentar la sensación de que su sangre se hubiera transformado.

Pero la inmovilidad de la figura de la joven prisionera llenaba de temores el alma de Geoffrey.

En un súbito acceso de furor, agarróse a la reja de la ventanita y tiró de ella con toda su formidable fuerza muscular, multiplicada por su excitación nerviosa. La barra de hierro se dobló y como no estaba cimentada en la piedra sino sujeta dentro de un alvéolo, salió de su sitio, dejando el hueco libre.

Admirado de su propio poder, Geoffrey miró de nuevo hacia la ventana, percatándose de lo fútil de su desesperado esfuerzo.

¿De qué servía haber quitado la reja de hierro si la ventana era tan estrecha que apenas podía pasar por ella la cabeza?

Se inclinó más, se asomó por el hueco y haciendo tornvoz con una mano, gritó:

—¡Sonia!

Pero ella no se movió ni dió señal de haber oído.

—¡Sonia! ¡Sonia!

La voz retumbó de modo extraño en el interior de la celda. Pareció que la figura blanca tendida sobre el piso de piedra había hecho un leve movimiento.

Geoffrey volvió a llamar, alzando la voz todo lo más que le fué posible.

Esta vez, Sonia se incorporó un poco, apoyándose en un brazo y con ostensible gran esfuerzo. Miró en su redor aturdida, con una expresión de perpjejidad en sus bellísimos ojos.

—¡Sonia! ¡Estoy aquí! ¿Cómo puedo llegar hasta usted?

Ella alzó la vista hacia el sitio de donde provenía la voz, tratando de distinguir en la oscuridad las facciones de la persona que había hablado.

De pronto se notó un fulgor de alegría en sus ojos. Geofrey comprendió que lo había reconocido.

—¡Soy yo, Geoffrey, Sonia! — dijo él rápidamente. — ¿Cómo puedo llegar hasta usted?

La sombra de una sonrisa vagó un instante por sus pálidos labios, tan pálidos como su rostro. Sonia miró hacia arriba, hacia la cuerda que colgaba.

Después trató de indicar algo más, pero el esfuerzo resultó excesivo y no llegó a realizarlo... Con un suspiro de amargura, la joven volvió a caer en el duro suelo y allí quedó, inmóvil...

¡Entonces, a aquella celda se entraba por la parte de arriba! Lo que conocía sobre la disposición de las habitaciones de San Ormes permitía a Geoffrey recordar que, en todas las partes del edificio, por más que la distribución de cuartos y pasadizos hubiera desafiado al más hábil de los arquitectos, los corredores principales estaban, invariablemente, unos sobre otros, en toda la sucesión de pisos debajo y arriba del nivel de la tierra.

Retrocedió, pues, por el oscuro corredor contando los pasos que daba, hasta llegar a una escalera de caracol, — de peldaños de piedra, — que, al parecer, conducía al piso superior.

Subió por aquella escalera y llegó a una puerta de roble con grandes clavos de hierro. La puerta era muy antigua y estaba carcomida por los gusanos y, al parecer, cerraba la entrada a un estrecho pasillo lateral.

Empujó con el hombro aquella puerta, que no tardó en ceder a su impulso, pero Geoffrey no entró por ella en cuanto la abrió.

Había oído un gruñido feroz procedente del pasillo lateral y, en la oscuridad, había visto brillar dos círculos luminosos que parecían mirarle.

Se detuvo, dispuesto a hacer frente al ataque, fuera quien fuera o lo que fuera el atacante, pero aun cuando los dos círculos de luz siguieron brillando en la oscuridad, no se acercaron más hacia donde él estaba.

Sacó Geoffrey del bolsillo un trozo de papel, — un prospecto que le habían entregado no sabía dónde, — lo retorció formando como una antorcha y lo encendió con un fósforo.

Los gruñidos cesaron en el momento en que el papel se encendió y un gemido de miedo se oyó en el instante en que Geoffrey avanzó cautelosamente y, por fin, arrojó el papel encendido hacia el ser viviente que se hallaba ante él.

En un instante, a la luz proyectada por el papel que ardía, se dió cuenta de la verdad.

Ante él, sujeto por una cadena atada a una argolla pendiente de otra unida fuertemente a la piedra de la pared del costado del pasillo, estaba el cachorro de leopardo de Ruth de Lys, con sus grandes ojos verdes, reluciendo amenazadoramente.

El natural temor de toda esa clase de animales a cuanto es fuego, habíale hecho retroceder ante la llama del papel encendido por Geoffrey.

Sin embargo, — a pesar de que se notaba algo de temor en su mirada, — el animal fijábase amenazador, en Geoffrey, descubiertas sus terribles uñas, fruncidos los belfos, descubriendo sus filosos dientes...

El leopardo custodiaba en aquel lugar el único sitio por donde se podía pasar para ir al calabozo donde la desdichada Sonia, extenuada por el dolor, la angustia y los malos tratamientos sufridos, hallábase prisionera de la cómplice de Darkin.

Burlando a Ruth de Lys

Junto a la fiera veíase en el suelo, un hueco redondo, grande y cerrado por una reja de gruesos barrotes; al verlo, Geoffrey sintió que el corazón le saltaba en el pecho. Aquel hueco debía ser el que servía de acceso a la mazmorra donde Sonia se encontraba cruelmente recluída por los enemigos.

Ruth de Lys, aconsejada por los celos, había adoptado precauciones contra posibles intrusos, poniendo de guardia, en el pasillo de acceso al calabozo, al cachorro de leopardo de cuya ferocidad estaba bien segura. Porque el animal manso y sumiso cuando se hallaba dominado por el fulgor de los ojos violeta de Ruth de Lys, que ejercían sobre él un influjo mágico, era tan peligroso co-

mo podía serlo el más feroz de sus congéneres, los que vivían en las selvas, para las personas extrañas.

Si se hubiera roto la cuerda o la cadena con que estaba sujeto, mal lo hubiese pasado Geoffrey. Aún en la forma en que estaba, fuertemente ligado a la pared, constituía un peligro muy grande aproximarse al alcance de sus agudas garras y de sus afilados dientes.

Geoffrey permaneció un momento inmóvil, indeciso. De pronto se acordó de algo que tenía en el bolsillo, el pequeño aparato que ya le había sido útil en más de una ocasión apurada.

Sacó del bolsillo el extremo del aparato, — unido por un cordón conductor a la batería, — en el momento en que el papel se estaba apagando, y oprimió el correspondiente botón, dando paso a la corriente eléctrica potentísima, — almacenada, por arte del gran inventor, el profesor Gale, en una batería de tan reducidas dimensiones, — de modo que acudiera al extremo, que constituía un arma terrible.

Se arrodilló entonces, adelantándose cuanto se pudo atrever, hacia el animal que en aquel momento gruñía, estiraba furioso las garras y descubría amenazador sus blanquísimos dientes. Tomó el extremo eficaz del aparato y lo empujó, por el suelo de piedra, hacia el manchado centinela.

Casi inmediatamente el animal se arrojó sobre aquella presa ofrecida a su furor, poniéndole encima ambas patas delanteras. En el mismo momento dejó de gruñir y de moverse, quedando tendido en el suelo, de costado, inmóvil.

Geoffrey no se movió hasta después de haber encendido un fósforo. A la luz de aquella débil llama, vió que el leopardo había sufrido por entero los efectos de la poderosa batería.

La fiera estaba tendida, tiesa, como petrificada, rígida bajo el espasmo producido por la descarga eléctrica. No era posible dudar de que el efecto experimentado por el animal era igual al sufrido por las personas que, con anterioridad, fueron tocadas por el maravilloso instrumento científico.

Geoffrey bendijo con todo entusiasmo aquelal terible invención del gran profesor, mientras recogía el aparato, interrumpía el paso de la corriente y volvía a guardarlo en el bolsillo.

Después se inclinó, y en unos segundos, levantó la tapa de reja que cubría el hueco circular que había visto antes.

Por aquel hueco distinguió el comienzo de una escalera de caracol, de peldaños toscamente tallados en piedra berroqueña.

Descendió apresuradamente por aquella escalera, pero no sin cautela por cierto, pues conocedor de los peligros que acechaban en todas partes a los que andaban por los recovecos del laberinto de San Ormes, temía que hubiera alguna trampa en la que pudiese caer, perdiéndose él y perdiendo toda esperanza de rescatar a Sonia del poder de sus enemigos.

Le llamó la atención, al descender, que cuanto más descendía, menos intensa parecíale la oscuridad.

Pocos minutos después tuvo la explicación de este fenómeno; en uno de los costados de las paredes que encerraban las escaleras había una ventana por la cual penetraba la amarillenta luz que iluminaba a Sonia, — según él lo había visto antes, — dentro del calabozo donde se encontraba.a

Geoffrey no lograba darse cuenta de la verdadera ubicación de aquella escalera y de aquel calabozo, pues no era cosa fácil orientarse dentro del laberinto subterráneo de San Ormes, pero poco le preocupó eso por el momento. Fué, pues, descendiendo sin pisar definitivamente un peldaño antes de haber probado si estaba seguro o no.

Fué esta una preocupación conveniente y oportuna, pues los escalones cesaban de improviso, inmediatamente después de una rápida curva, constituyendo una trampa terrible para todo el que desconociendo tal detalle, avanzara sin la debida precaución.

Debajo de él, a menos de media yarda de distancia, abríase un hueco abierto en el suelo, y en el fondo del cual se distinguía la figura de Sonia, tendida sobre el duro piso de piedra, inmóvil aún y en la misma postura en que había quedado, vencida por el desmayo, después de haberla llamado él.

A una anilla de hierro colgante de un gancho empotrado en la piedra del último escalón, hallábase atada una gruesa cuerda de nudos que, a falta de escala de cuerda, — o de otra clase, — facilitaba el único modo de acceso al calabozo inferior. Esa cuerda podía servir también llegado el caso, para descender hasta la cautiva el alimento que le proporcionaban, y que era únicamente lo preciso para evitar que la infeliz joven falleciera de inanición, apagándose el último destello de vida que aún quedaba en su asendereado cuerpo.

Sin duda ninguna, durante los primeros días de encierro de Sonia en aquel calabozo, la cuerda había sido tenida lejos de su alcance... Pero entonces, debilitada ya la prisionera a tal punto que no era posible que pudiera ascender por la maroma, poco importaba que la cuerda colgara hasta tocar casi en el suelo.

Durante unos momentos, Geoffrey se quedó parado, mirando aquel cuadro. Pero ya había resuelto lo que había de hacer.

Se inclinó y pudo percatarse en un instante de la cuerda era resistente y estaba bien atada. Después se agarró a ella y tardó muy poco en descender a la húmeda oscuridad del profundo calabozo.

Un estremericiento de terror inundó su espíritu en el momento en que pisó el mohoso suelo de piedra del calabozo y miró con ansiedad hacia la alta y estrecha ventana por la cual había atisbado unos momentos antes.

Si Ruth de Lys le veía en aquel instante, todo se perdería definitivamente. En realidad, él vendría a quedar cazado como una rata en la trampa.

Febrilmente se acercó a Sonia y la levantó un poco, sentándola en el suelo. La joven abrió los ojos en aquel instante y sonrió como si le hubiera estado esperando y como si estuviera persuadida de que ha-

llándose él a su lado, todas las idficultades se habían desvanecido por completo.

Del bolsillo sacó Geoffrey el frasco de coñac que había tomado de la repisa de la chimenea de "su" cuarto de San Ormes, y destapándolo, lo aplicó a los labios de Sonia, haciéndole tomar unas gotas del vivificante líquido. En seguida se notó el efecto causado por el licor. Los ojos de Sonia brillaron con vivacidad y pareció desvanecerse momentáneamente la debilidad que la abatía.

—¡Pronto, Sonia! — dijo él en voz baja y al oído de la prisionera. — Voy a atarla a usted a la cuerda.

La ayudó a ponerse de pie y no sin dificultad, consiguió sujetarla con la cuerda pasada por el pecho y por debajo de los brazos.

Hecho esto dió a beber a Sonia un buen trago de su frasco de coñac, a fin de completar el efecto benéfico causado por la primera dosis.

—¡Ahora, Sonia! — agregó, — trate de que, por unos pocos minutos, no le falten energías.

Tomándose de la gruesa cuerda de nudos con ambas manos comenzó a ascender. El peso de Sonia, atada a la parte inferior de la maroma, — tenía a ésta suficientemente rígidap ara que Geoffrey pudiera ascender sin mayor dificultad, así que mano tras mano, fué ascendiendo con una rapidez que demostraba cuánta era la fuerza con que podía contar, llegado un momento de apuro.

En un tiempo increíblemente breve, logró llegar hasta el escalón de piedra. Una vez de pie en él, respiró con energía y se dispuso a realizar un nuevo y último grande esfuerzo.

Dirigió a la joven unas breves palabras para animarla, a las que Sonia contestó con una mirada cuyo significado comprendió Geoffrey con toda claridad.

Después comenzó el joven a levantar la soga elevando a Sonia del fondo de la mazmorra, palmo a palmo, lentamente epro sin interrupción.

La tarea fué larga y penosa. Gruesas gotas de sudor brotaban de las sienes de Geoffrey, que respiraba acompasadamente mientras iba levantando, poco a poco, al pulso, a la víctima de las intrigas de la cómplice de Darkin. Más de una vez pensó Geoffrey, durante aquella difícil tarea, lo bien que le hubieran venido, para tan grave emergencia, las fuerzas incomparables de Girt. Sin embargo, no tuvo ni un solo instante de flaqueza, y aún cuando le dolían los brazos, de tal modo que casi hubiera gritado de dolor, tuvo, al fin, la alegría de poder tomar en brazos a Sonia y colocarla, en seguridad, sentada en la escalera de piedra.

Si para Geoffrey el esfuerzo había sido supremo, para Sonia, aquellos momentos de angustia habían constituído una nueva prueba cruel, así que cuando su salvador la tomó en su brzos, volvió a perder el conocimiento. Geoffrey, jadeante, la puso en el escalón de piedra y luego, tambaleándose como un ebrio, vencido por el esfuerzo, se secó la frente con ademán febril, apoyándose luego en la pared lateral mientras se desvanecía el autrdimiento que experimentaba.

Pero tanto Geoffrey como Sonia tardaron poco en dominar su abatimiento nervioso. Sin pronunciar una sola palabra, Geoffrey tomó a Sonia en sus brazos. Rápidamente, sin perder un segundo, pues los instantes eran preciosos, subió por la escalera y no tardó en salir por el hueco circular situado en el pasillo donde estaba de guardia el leopardo.

El centinela, — oportunamente vencido por la descarga eléctrica, — seguía tendido en el suelo, pero un leve movimiento de la cola indicaba que el efecto de la electrocución se iba desvaneciendo ya.

Geoffrey detúvose un momento para volver a colocar en su sitio la reja que cubría el hueco redondo y después corrió, — siempre llevando a Sonia en brazos, — hasta la puerta de roble, que cerró después de haber salido por ella.

—¡Ruth de Lys pensará que hay en San Ormes más misterios que los manejados por ella y su socio Darkin! — díjose Geoffrey mientras continuaba a buen paso, con su preciosa carga, por el oscuro pasillo. — ¡Bueno va a ser el susto que se llevará cuando se dé cuenta de que el pájaro ha volado a pesar de haberlo puesto en jaula tan segura y tan!...

Interrumpió sus reflexiones y retrocedió unos pasos, entrando, para guarecerse, en un pasillo lateral que, describiendo una curva, dirigíase hacia el lado Este.

Allí se quedó inmóvil, en la oscuridad, junto a la pared, puesto delante de Sonia par que, en todo caso, la blancura del vestido ed la joven no fuera distinguida en la misma sombra...

Todo estuvo en silencio durante unos minutos. Después se oyó llegar, por el corredor, el ruido de pisadas y leves pisadas, acompañado por el eco de un canto entonado por una melodiosa voz de contralto.

La voz se fué acercando cada vez más. Después una alta, majestuosa figura de mujer, pasó por delante de la entrada del pasillo donde Geoffrey se había guarecido con su compañera, y el joven pudo ver el brillo de una luz y su reflejo en una ondulante cabellera de color caoba.

Deslizóse Geoffrey hasta la entrada del pasillo, y se sonrió al ver que la ondulante y felina figura se perdía en la oscuridad, dirigiéndose hacia la puerta de roble que daba acceso al pasadizo por el cual se llegaba al calabozo del piso inferior.

Le hubiera gustado seguir a aquella mujer para ser testigo de su asombro y de su furor al encontrarse con que su centinela de confianza, el leopardo, estaba tendido en el suelo, desuojado de toda su feroz acometividad; cuando descubriera que la débil y hermosa víctima de sus celos y de su odio había sido misteriosamente arrebatada a su crueldad, evaporándose, como por arte de magia, del sitio donde ella la había encerrado.

Pero aún tenía en sus brazos a Sonia, medio desmayada, así que volvió al pasillo de donde se había retirado por precaución pru-

dente y corrió lo más rápidamente que pudo hacia aquella habitación de San Ormes a la que llamaba "suya" porque era la que había elegido para su alojamiento.

Un canto de la niñez.—La verdadera clave

Algunos días han transcurrido desde el regreso de Geoffrey a San Ormes y el dramático rescate de Sonia del calabozo, día durantel os cuales se entregó a un bien ganado descanso, y durante los cuales se preocupó de procurar que Sonia recobrara, en la medida de lo posible, sus perdidas energías.

No había visto, — durante esos días, — a Ruth de Lys, ni le interesaba tampoco encontrarse con ella, pues era tal la fuerza magnética de su personalidad, que Geoffrey temía que, viéndola, lograra ella dominarle de algún modo, envolviéndole de manera que cayese en alguna trampa bien combinada con el resultado de que tanto él como Sonia quedaran nueva y definitivamente a merced de la misma Ruth de Lys y de su socio Darkin.

No sin tener que vencer grandes dificultades y que proceder con muchísima circunspección pudo procurarse un ejemplar de un diario de aquellos días, y por él se enteró de que Darkin, después de hacer un relato que fué considerado, había sido provisto de ropas y puesto en libertad. Era de esperar, en consecuencia, que el hombre volviera a San Ormes o que estuviera tal vez ya en el tenebroso caserón de la costa de Cornualla.

En el mismo diario encontró Geoffrey una detallada descripción de sí mismo, acompañada de apreciaciones diciendo que se trataba de un peligroso criminal que había sido rescatado del presidio de Gorsemoor por un cómplice tan peligroso, temerario y hábil como él mismo.

No pudo menos que reir al leer tales apreciaciones, y pensó de nuevo en Girt y en cómo convendría proceder para sacarlo del presidio donde se hallaba sufriendo las consecuencias de una sentencia fundamentalmente injusta que le aplicaba un castigo inmerecido.

De pronto interrumpió Geoffrey sus reflexiones para escuchar la dulce voz de soprano de Sonia que, mientras preparaba algo de comer, en el otro extremo de la habitación, cantaba distraídamente.

Era su canto una melodía tierna y sencilla que recordó a Geoffrey a la misteriosa voz que había oído cuando estuvo por primera vez en San Ormes, en compañía de Girt, después de haber ido a Playa Negra a pedir las llaves de la casa. Había en aquel canto una ingenua dulzura que encantó a Geoffrey.

Miró hacia donde estaba Sonia, contemplando sus bellas facciones, tan suaves y puras como sencillo y tierno era su canto.

De pronto, Geoffrey movió la cabeza con el gesto del que escucha con mucho interés Después frunció el ceño preocupado y siguió escuchando con redoblada atención.

—¡Sonia! — dijo después.

Ella se volvió hacia él, sonriente.

—¿Qué era eso que estaba usted cantando? — preguntó él.

Ella se encogió de hombros, volviendo a sonreir.

—Casi no lo sé, — dijo Sonia. — Es una canción infantil que aprendí cuando niña. Si la letra carece casi de sentido y es muy imperfecta, en cambio la música es muy agradable. La recordé esta mañana al despertarme y desde entonces, obsesionada con ella, la he tarareado casi sin cesar.

—Cántela usted de nuevo, ¿quiere tener la bondad? — dijo Geoffrey. — Me ha gustado mucho.

Sonia volvió a tararear el motivo musical de la canción.

—Sí, — dijo él, — es muy bonita la música. Pero ¿y la letra?

—¡La letra es una tontería sin pies ni cabeza! — dijo Sonia. — Recuerdo que yo la cantaba cuando niña. No estoy segura, además, de recordarla con exactitud.

—Me gustan mucho todos los recuerdos de la niñez, — dijo Geoffrey sacando del bolsillo un pedazo de papel varias veces doblado. — ¡Tengo yo tan pocos recuerdos de cuando niño! — agregó on pena. — ¿Quiere usted tener la bondad de repetir la canción, con su letra, lentamente, para que yo me ntere bien de lo que dice?

Sonia lo hizo así, lenta y dulcemente, y el encanto de aquella música pareció acrecentarse al ser entonada la canción con una lentitud que la hacía aún más suave. La letra, defectuosa en grado extremo, era también incoherente, al parecer. Sin embargo, Geoffrey escuchó las palabras con gradnísima atención, mirando de vez en cuando el papel que tenía en la mano.

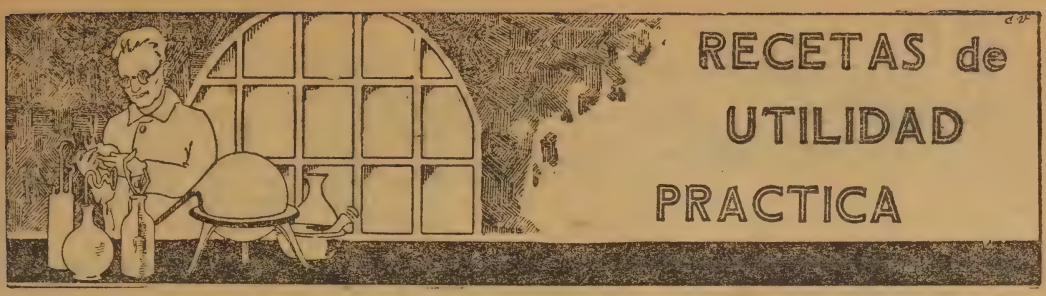
A la mitad de la canción, Sonia pareció percatarse, a su vez, de la importancia de la letra que cantaba, pues calló de pronto y miró a Geoffrey con ojos dilatados por el asombro.

—¡No se me había ocurrido jamás semejante cosa! — dijo con nerviosidad. — ¿Cree usted que se trate de eso?

—¿Si creo? ¡Estoy seguro de que es así! — exclamó Geoffrey con vehemencia. — Las palabras coinciden con toda exactitud. Esa canción que usted había olvidado a medias es la clave que tanto hemos buscado.

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES

PROSEGUIRAN EN EL NUMERO 81 de "PUCKY" QUE APARECERA EL **VIERNES 6 de FEBRERO de 1925.**



Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Para quitar las pulgas a los perros se les espolvorea la piel, levantando el pelo, con polvos de pelitre, o de "piretro". No se debe usar cualquier "polvo insecticida" porque puede contener sustancias venenosas. Doce horas después se le da al animal un baño de agua tibia y buen jabón.

Es indispensable, además, destruir los nidos de las larvas de las pulgas echando agua hirviendo en el sitio donde duermen los perros, porque las larvas se desarrollan en las grietas de la madera y en los intersticios del suelo.

✣ ✣ ✣

Las plumas blancas de avestruz son muy bonitas cuando están nuevas, pero por desgracia, no tardan en ensuciarse y en ponerse lacias.

Para volverlas a su primitvo estado, disuélvanse ciento veinte gramos de jabón de España, de buena calidad en un recipiente con agua, que sea grande y bátase para que se forme mucha espuma.

En ella hay que meter las plumas una a una.

Una vez secas, con el lomo del cuchillo y mejor todavía con una ballena, se van rizando los "pelos" de las plumas, tomando pocos de una vez y empezando por la parte más cercana del cañón, tomándolos entre la ballena y la yema de los dedos.

Otro sistema bueno para rizar las plumas es ponerlas sobre un plato de hierro donde haya unas brasas sobre las cuales se echa el azúcar en polvo; el humo del azúcar las riza muy bien.

✣ ✣ ✣

El marfil se blanquea exponiéndolo a la luz del sol durante un espacio de tiempo que oscila entre uno y seis meses; pero si se le unta previamente con esencia de trementina, el blanqueo se efectúa en tres días. También se blanquea sumergiéndolo en agua oxigenada repetidas veces, sacándolo y dejándolo secar sin enjugar, repitiendo la operación todas las veces necesarias.

✣ ✣ ✣

La pintura a la caseína es muy resistente, muy duradera y además, puede lavarse. Se prepar con 106 gramos de creta, otros tantos de cal pagada, 20 de caseína, 30 de cola fuerte, 30 de alumbre y 40 de silicato de soda. La caseína, la cola fuerte, y el alumbre se disuelven en poca agua caliente, y se añaden después la cal y el silicato.

✣ ✣ ✣

Para teñir de rojo el marfil, cosa necesaria frecuentemente en las bolas de billar, se las debe meter en una disolución de sulfato de hierro y luego en una de ácido tánico.

✣ ✣ ✣

Se restaura el color a la tinta de los pergaminos y papeles antiguos para poder leerlos, humedeciéndolos con agua y pasando después sobre los renglones escritos un pincel mojado en una disolución de sulfato de amonio. La escritura aparece inmediatamente muy oscura, y si se trata de pergamino, este color permanece; en papel, sin embargo, vuelve a desvanecerse otra vez gradualmente, pero vuelve a aparecer repitiendo la aplicación de sulfato de amonio.

La escritura hecha con tinta ordinaria que se ha puesto ilegible por la acción del tiempo, se restituye a su color humedeciéndola cuidadosamente con una infusión de nuez agalla o con una disolución de ferrocianuro de potasio ligeramente acidulada con ácido clorhídrico; hay que tener cuidado de aplicar el líquido de modo que la tinta no se corra.

El cálculo de Trekpolack

Trekpolak, el judío ruso, tiene piojos.

Trekpolak, naturalmente, está muy fastidiado. Va a ver al farmacéutico y le expone su caso.

—¡Hombre!... Puede usted probar a extirparlos con una pomada de azufre. ¿Quiere usted que le sirva diez céntimos?

—¿Cuántos se pueden matar con diez céntimos de pomada de azufre?

—¡Lo menos veinte mil! — dice el farmacéutico.

Trekpolak saca un lápiz y una hoja de papel de su bolsillo. Trekpolack hace muchas cuentas, y después de un rato dice:

—Déme usted cuatro francos cincuenta de pomada de azufre

INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

La primera exposición de automóviles se celebró en Londres en el año 1895.

✣ ✣ ✣

Un soldado del Ejército de Salvación puede fumar y jugar al football, pero un oficial no.

✣ ✣ ✣

Los oficiales de marina ingleses no pueden escribir para ninguna publicación sin permiso especial del almirantazgo.

✣ ✣ ✣

Los cangrejos de las costas de las Antillas emigran todos los años seis meses in que e sepa a dónde.

✣ ✣ ✣

El cerebro de un niño crece más en el primer año de su vida que en todo el resto de su existencia.

✣ ✣ ✣

Una pipa que tenía el cha de Persia vale una fortuna. Está toda cubierta de piedras preciosas.

✣ ✣ ✣

Se considera que la invención más importante del mundo fué el alfabeto, que inventaron los fenicios.

* * *

En Hlanda casi todos los empleados de banco son mujeres, lo mismo que las personas que atienden las boleterías de las estaciones de ferrocarril.

✣ ✣ ✣

Beira, en el Africa Oriental portuguesa, es una ciudad de zinc. Todas las construcciones que llevan ese metal desde los edificios, ferrocarriles hasta los ataúdes, son de zinc.

✣ ✣ ✣

Hay en Londres, en la calle Pilgrim, cerca de la catedral de San Pablo, un restaurant para hombres solos. En él, todos los viernes del año hay que comer de vigilia y no se sirven sino huevos y pescados.

En China hay tantos dialectos como idiomas hay en Europa.

✣ ✣ ✣

Los diarios matutinos de Londres son actualmente levados en aeroplano todos los días a las costas del Sur y del Este.

✣ ✣ ✣

En Francia y en el Japón se puede demandar por calumnia al que habla mal de una persona ya fallecida; en otros países, no.

✣ ✣ ✣

La isla de Bornholm, situada en el mar Báltico, es un imán que atrae la brújula a nueve kilómetros de distancia.

✣ ✣ ✣

Un niño de ocho años de edad jugó en París veinte partidas simultáneas al ajedrez, ganándolas todas.

✣ ✣ ✣

Se ha logrado capturar a ejemplares de albatros que medían tres metros y medio de ancho, con las alas desplegadas.

✣ ✣ ✣

Según todas las probabilidades, Babilonia fué la primera ciudad del mundo que llegó a reunir un millón de habitantes.

✣ ✣ ✣

En Londres hay un mercado, — el de Billingsgate, — que fué fundado 400 años antes del comienzo de la Era Cristiana.

✣ ✣ ✣

Bangkok, la capital de Siam, está constituída sobre balsas de bambú dispuestas como si fueran cales, y una una sostiene muchas casas. Toda la ciudad flota con las veas.

✣ ✣ ✣

Estados Unidos es el país que más honra a los escritores, empleando sus nombres para dstinguir las calles. Hay allí 30 calles Milton, 30 Scott, 20 Byrón, 4 Dickens, 3 Golsmith, 2 Tennyson y 2 Dante.

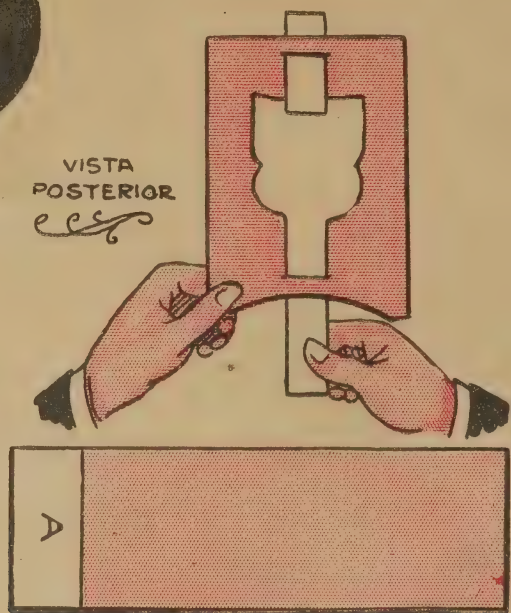
El orgullo de la familia

La anciana bondadosa y caritativa: — Espero, Benjamín, que usted habrá recibido últimamente mejores noticias de su hijo.

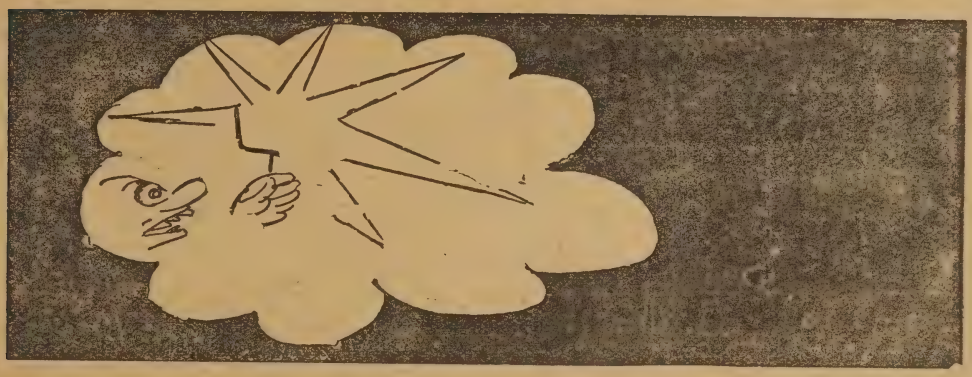
Benjamín: — Sí, señora, gracias. Todos dicen que resulta el mejor oficial del taller de calzado de la cárcel.

El buen Micifuz

PRIMERO de todo se pegará toda la página en un papel grueso o en una cartulina delgada y después, una vez bien seco, se cortarán las tres piezas que constituyen el juguete. Se cortan los agujeros de los ojos y las ranuras indicadas arriba y abajo. Tómese el trozo corto de la tira y péguese el sitio marcado A en la parte ancha del otro trozo que también tiene una A. Pásese la tira por las dos ranuras y verán cómo, moviendo la tira, Micifuz mira del modo más picaresco del mundo.



EN LA FOTOGRAFIA



UN RETRATO AL MAGNESIO

(De "Buen Humor") (Dib. de Bergstrom)

Señora:

Para estar al tanto de los acontecimientos sociales, compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

en la que se publica la información más completa de Vida Social y todas las noticias del día.

En el número próximo: BUFFALO BILL

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de Febrero de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 81.

Esta escena corresponde a

El Artificioso se convierte en detective

La narración policial más original e interesante que se ha escrito hasta el presente.

¡Un! "ESSENTIAL

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

El Artificioso se convierte en detective

Relato originalísimo y de gran interés por el mismo autor de "El ladrón y el pucho de cigarrillo", pero aun más atrayente y novedoso.

Una promesa imprudente

Gracioso caso contado por Max y Alex Fischer.

Cuando los hijos son ya hombres

Pieza teatral tierna y conmovedora de un gran autor francés.

Interesantes, informativos y curiosos

Parrafitos que vale la pena leer.

El collar de perlas

Un relato muy interesante que presenta un caso muy curioso.

Los Siete Misterios de San Ormes

Continuación de la sensacional novel cuya publicación fué pedida por el público lector.

Una novelita sentimental y emocionante

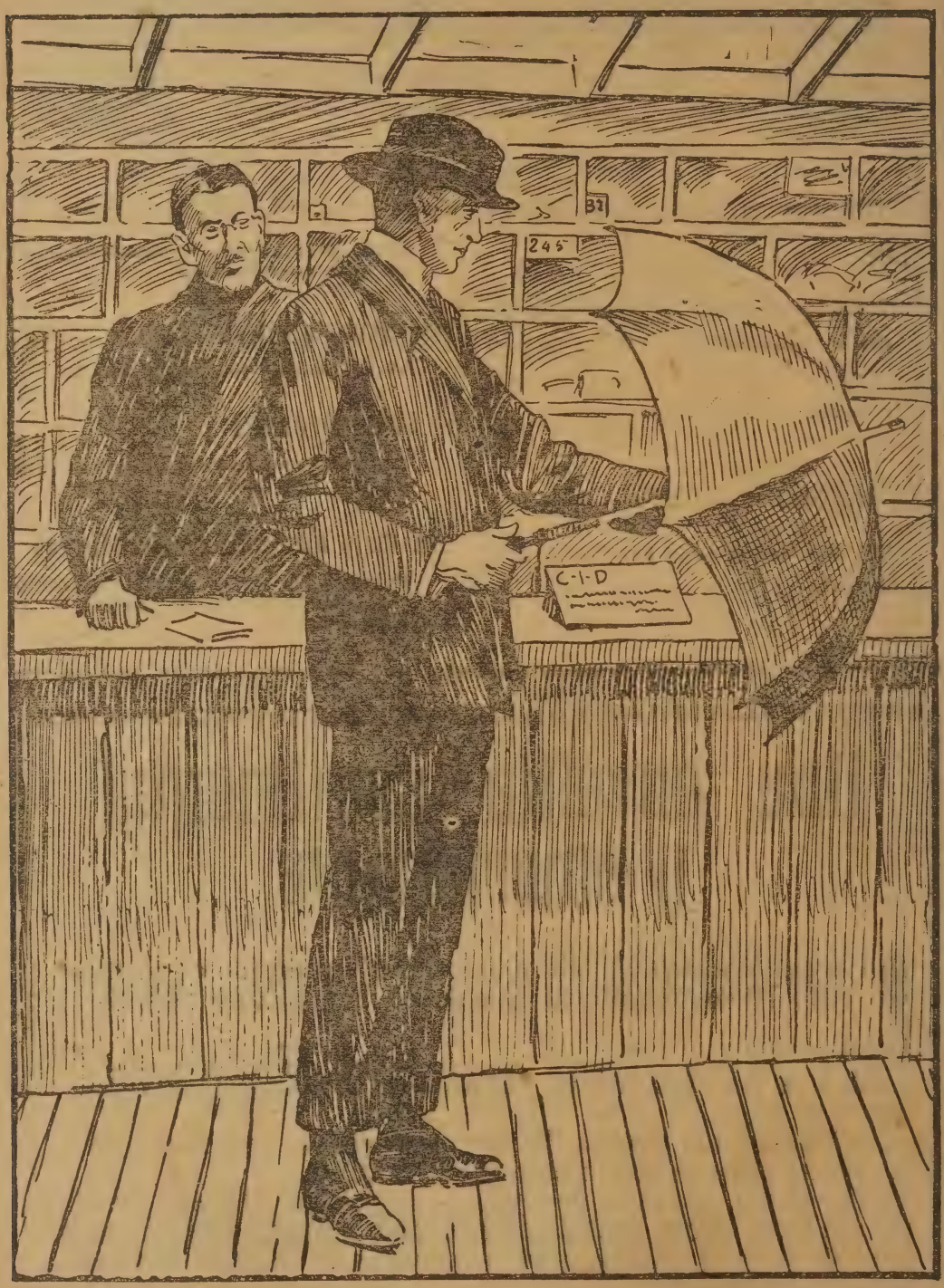
Si le gustó la novelita "Fiel a su palabra", publicada en el número 78 de "Pucky", no deje de leer la que con el título de

"El Hombre que la Engañó"

se publicará en el número del mismo magazine correspondiente a la primera quincena del mes de Marzo próximo.

Esa novela, lo mismo que "Fiel a su palabra", ha sido escrita por una joven autora, BETTY TREVOR, cuyo exquisito estilo y cuya sensibilidad suma prestan a sus producciones un encanto que emociona y conmueve.

Todas las jóvenes de buen corazón deben leer "El hombre que la engañó" que es la historia de lo que le sucedió a un hombre que se comprometió con una joven a la que no amaba.



"Un paraguas como cualquier otro", — observó Martín Dale. — "¿Y qué esperaba usted encontrar?" — preguntó el guardián del depósito. ("El Artificioso se convierte en detective".)

Un relato muy original y de gran interés

El Artificioso se transforma en detective

Escrito en inglés por HERMAN LANDON
(Traducción especial para "PUCKY")

I

EN un pequeño restaurant francés, situado en uno de los rincones poco frecuentados del barrio de Soho, Martín Dale hallábase sentado, de sobremesa, saboreando el café y un buen cigarro. El día había sido caluroso; uno de esos días que arrugan los cuellos y las ambiciones, haciendo que los habitantes de la ciudad sientan deseos de tomar bebidas refrescantes o de buscar aire fresco en los bancos del parque. El cigarro de Dale estaba apagado, pues parecía hacer demasiado calor para fumar, y por la misma causa el café no fuera probado. Su esbelta figura, vestida por un sastre con ojo de artista, resaltaba con aspecto imponente entre la multitud heterogénea que frecuentaba el pequeño establecimiento de Pierre Bonheur; no obstante, parecía hastiado y lleno de desaliento, como un hombre para quien la existencia no tuviera ya atractivos.

Había elegido ese restaurant a fin de escapar a la charla y las broms insípidas a las que sus amigos eran tan afectos, especialmente en noches como esa; y fué, por lo tanto, con un sentimiento de disgusto que vió entrar a un hombre bajo, rechoncho, con una cabeza bastante grande y facciones rojas y sudorosas, que se dirigió con lentitud hacia la mesa en que se encontraba Dale. El recién llegado miró en su redor con la mirada penetrante que le era habitual, pareciendo registrar todos los rincones de una ojeada con sus vivaces ojos que se movían debajo de sus espesas cejas. Al ver a Dale se sonrió con un gesto de satisfacción.

—¡Hola! — exclamó con acento amistoso, mientras, sin esperar a que se le invitara, se dejaba caer en la silla desocupada. Dale pareció como salir de su letargo al verse interrumpido en su soledad. El inspector Sumemrs difería en varios conceptos, de los amigos de quienes había tratado de escapar al dirigirse al restaurant de Pierre Bonheur para cenar solo. Su conversación era siempre estimulante, especialmente cuando se trataba de comentar las fechorías de cierto caballero conocido por el nombre de "El ladrón Artificioso", y además, poseía innumerables datos informativos sobre temas en los que Dale estaba profundamente interesado. El tosco agente de la policía secreta y el distinguido hombre de mundo habían encontrado una asombrosa variedad de asuntos en los que ambos estaban mutuamente interesados; pero durante algún tiempo habían dejado de verse a menudo, y este era su primer encuentro después de varios meses.

—No puedo recomendarle el pato al horno, — le dijo Dale mientras Summers inspeccionaba el menú, — pero en cambio debe probar la ensalada especial de Pierre. Ha ideado una manera de condimentarla que bien merece que se le haga propaganda.

El inspector pidió se le trajera lo que Dale le recomendara, y luego se recostó en su silla, fijando la mirada penetrante de sus ojos azules, en los que parecía brillar un dejo de buen humor, en la elegante figura de Martín Dale.

—No puedo explicarme cómo hace, — dijo refunfuñando. — ¡Que me cuelguen si sé cómo se las arregla para parecer tan fresco como si acabara de salir de una heladera!

—Ojalá fuera así, — repuso Dale. — Y si parezco tan fresco como usted dice, entonces mi aspecto es engañador.

—Hace tiempo que no lo veo, Dale, — prosiguió Summers, elevando sus cejas frun-

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES
Continuará su publicación en el núm. 82 de "Pucky", del viernes 20 de Febrero de 1925

cidas como con expresión de reproche burlón. — ¿Qué le pasa? ¿No está enamorado?

Dale se encogió de hombros.

—Es una noche horriblemente calurosa, mi amigo, y no la empeore trayendo al tapete tópicos inflamables. Parece que está un poco cansado. Summers. ¿Ha estado trabajando fuerte?

—¿Trabajando? — repitió el inspector, sonriento amargamente. — No, no se trata de eso. Estoy aburrido... eso es todo. Todos los malhechores parece que se toman un descanso durante la época del calor, y desde que el "Ladrón Artificioso" se retiró a la vida privada, tengo muy poco que hacer. El sabía arreglarse de manera que mi profesión resultara interesante.

Dale movió negativamente la cabeza, y el inspector Summers se sonrió. Sus miradas se encontraron con una expresión que sugería a dos jugadores de poker que trataran de adivinar mentalmente los pensamientos de su contrario. Había en la atmósfera un ambiente de amistoso antagonismo y de mutuo recelo.

—Nos dió algo en qué pensar, sin duda, — prosiguió. — El Artificioso era un granuja inteligente, que hacía un trabajo después de otro delante mismo de las narices de la policía, y luego entregaba el producto de sus fechorías para obras de caridad. Cómo lo hacía no me lo he podido explicar hasta hoy día, pero lo cierto es que lo hacía. Muchas veces se rió de la policía, y, en fin, — terminó cerrando la mandíbula con aire de beligerancia, — espero que se habrá divertido.

—Era un tipo de empresa, — dijo Dale lánguidamnete. — Veamos. ¿No se susurra que la policía una vez le jugó una mala pasada... que tuvo que pasar varios años encerrado en la cárcel, acusado de un crimen que no había cometido? ¿Y que luego se lanzó a una campaña de venganza contra la autoridad? Me parece que he oído decir algo de eso.

—Y no se equivoca, — Summers levantó la vista de la comida pestañeando astutamente. — Han corrido esos rumores, aunque no puedo decir lo que hay de cierto en ellos. Sea como sea, si el Artificioso cometía sus fechorías para vengarse de la policía, puedo asegurarle que lo ha conseguido con pleno éxito. Ha hecho varias jugadas al departamento de las que aún habla la gente.

—Creo que usted juró que algún día le pondría la garra encima, Summers, ¿no es cierto? — preguntó Dale como por casualidad.

El inspector dejó escapar un gruñido.

—Es efectivamente cierto, pero nunca tuve la oportunidad. El Artificioso ha podido escapárseme siempre. Cuando yo creía que lo tenía bien arrinconado, me jugaba una de sus tantas pasadas y me dejaba con un palmo de narices. —El semblante de Summers adquirió una expresión de supremo disgusto y resentimiento. — Espero que algún día ha de pagarlas todas juntas.

Dale se sonrió serenamente.

—Por el contrario, Summers, usted no espera nada de eso. Usted lo habría mandado a la cárcel, con toda seguridad, si hubiera tenido la oportunidad; pero algo me dice que usted siempre ha sentido cierto afecto por el malvado. Usted habría cumplido con su deber, naturalmente, y se hubiera jactado de haber capturado a un delincuente de la categoría del "Ladrón Artificoiso", pero no lo hubiera hecho de corazón. Usted simplemente . .

—Está usted diciendo disparates, — le interrumpió Summers.

—Usted no podía evitar cierto respeto por el individuo, — prosiguió Dale, sin prestar atención a las observaciones del inspector. —Y, al fin y al cabo, no hacía más que divertirse. Ha ocasionado muchas molestias, es cierto, pero lo hacía caballerescamente, y el producto de sus expoliaciones siempre iba a parar a manos de asociaciones filantrópicas en forma de donaciones anónimas; además, el hombre tenía un justo resentimiento hacia la policía, aunque lo satisfaciera en una forma que no puede considerarse legal. Le aseguro que si yo estuviera en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo.

—Ya lo creo que lo haría, — repuso Summers con aire socarrón, echando a su interlocutor una mirada de soslayo, — ya lo creo que lo haría.

Como si el calor se hubiera hecho de pronto menos sofocante, Dale encendió su cigarro.

—Dígame, — exclamó entre bocanadas de humo, — ¿no está usted contento de que el Artificioso se haya reformado, evitándole el trabajo de tener que conducirlo a una horrible prisión?

El inspector masticó con apresuramiento, tomó un trago y contempló a su interlocutor con ojos inexpresivos.

—Me gustaría que tratara de hacer otra broma, — dijo, — sólo una pequeña broma... y vería qué rápidamente le echaba el lazo.

Dale se rió.

—Habla usted con tanta seguridad, mi amigo, que me hace sospechar que usted lo dice para convencerse a sí mismo. Sea como sea, temo que no se le presente otra oportunidad. Hay indicios de que el Artificioso tratará de ajustarse estrictamente a marchar por la senda del bien.

—Usted ha de saberlo, — repuso el inspector secamente.

—¿Yo? — Dale lo contempló sorprendido y algo divertido. — Supongo que no quiere usted decir que...

—Yo sé lo que sé, — declaró Summers evasivamente. — Si alguien me preguntara cuál es el verdadero nombre del "Artificioso", habría de mencionar a cierto caballero despreocupado que conozco perfectamente; y debería conocerlo puesto que me ha pagado muchas cenas y almuerzos durante los últimos tres o cuatro años. Tiene un buen sastre; de cuando en cuando sale a dar un paseo a caballo; elije con cuidado todo lo que ha de comer y de beber, y camina delicadamente por el mundo, como si tuviera temor de dañar la capa terrestre. ¿Le parece que la descripción de ese caballero no es completa?

—Summers, — dijo Dale con aire de reproche burlón. — No me agradaría ser tan desconfiado como usted.

—¿No? — repuso sarcásticamente.—¡Oh! Bueno, yo y usted nos entendemos perfectamente. Sólo hay una cosa que me agradaría saber, y usted es la persona indicada para decírmela. — Levantó la cabeza y miró fijamente en los profundos ojos grises de Dale. — ¿El Artificioso se ha convertido en hombre de bien para siempre, o está simplemente tomándose un descanso? Eso es lo que quiero saber.

Dale alzó las cejas y sus ojos adquirieron una expresión de alegría.

—¿No le parece que es esa una pregunta extraña? ¿Cómo podré yo saberlo? Sin embargo, desde el momento que usted me lo pregunta, puedo aventurarme a predecir que el Ladrón Artificioso no retornará más a sus hábitos descarriados. Ya ha terminado con ellos.

Summers guardó un momento de silencio mientras mantenía fija su mirada en los ojos de Dale.

—Gracias, — dijo por último. — Usted me ha dicho lo que yo quería saber.

—Por una parte es malo, — observó Dale como por casualidad. — El retiro del Artificioso ha de ser un rudo golpe para ciertas instituciones que se han beneficiado con sus fechorías del pasado. Naturalmente que nunca supieron de dónde provenían las donaciones, pero de ahora en adelante han de notar su falta.

El inspector Summers meneó la cabeza, y se siguió un momento de silencio. De todas partes llegaba el ruido de los ventiladores y el eco de las conversaciones de los comensales.

—Corre el rumor, — dijo Summers después de un instante, — de que el "Artificioso" se ha convertido en hombre de bien por causa de una joven.

—¿De veras? — murmuró Dale. — ¡Qué original!

—Se dice, — prosiguió el inspector, — que se enamoró de la hija del hombre que tiene la culpa de la injusticia que se cometió con él hace unos años.

—¡Jum! — fué todo lo que Dale tuvo que decir.

—Claro que no se puede dar crédito a todo lo qu ese oye. Yo creí que usted podría tener alguna noticia al respecto.

—¿Yo? — exclamó Dale inocentemente. — ¡Ya está otra vez! Como le dije hace un rato, la noche es demasiado calurosa para hablar de tópicos tan ardientes como el amor. En cuanto al Artificioso...

Se interumpió, dejando que el resto de la frase quedase pendiente en el aire, y su mente voló hacia una escena que tuviera lugar esa misma tarde en una coqueta y fresca salita. Cora Stillman había contestado a su pregunta con el adorable candor que era una de sus encantadoras cualidades.

—¡Oh! Sí, Martín. ¡yo te amo! — le había dicho, — pero me sería imposible, completamente imposible, casarme con una persona que no hace nada.

La joven había pronunciado estas últimas palabras con tristeza y Dale habíase retirado con la mente llena de pensamientos. Sus palabras volvían nuevamente, firmes aunque tiernas, como un reproche de una verdadera mujer que insiste en que el objeto de su devoción se ajuste al ideal que se ha forjado en su pecho.

—¿Por qué se ha entristecido tan de pronto? — le preguntó el inspector.

—Este es un mundo miserable, Summers.

El otro lo contempló perplejo, se limpió el sudor que cubría su frente, y luego se sonrió.

—Usted es un enigma para mí, Dale. Usted tiene todo lo que un hombre puede apetecer: una respetable cuenta en el Banco, un buen montón de títulos en la caja de hierro, buena salud; es miembro de algunos de los clubs más aristocráticos de la ciudad, posee una hermosa casa y una despensa bien provista. ¿Qué más necesita?

Dale suspiró.

—Hay una cosa que me hace falta, Summers, y que es una razón para existir. Yo no soy más que... una persona que no hace nada.

—¡Y recién ahora lo ha descubierto! Bueno, ¡que me cuelguen! ¿Y qué es lo que se propone hacer, entonces?

—Eso es lo que desearía saber. ¿No hay nada que pueda yo hacer?

—Hay algo que usted puede hacer, — le corrigió Summers. — Y eso lo puede hacer mejor que nadie. Usted es un verdadero perito en tales asuntos, pero tengo entendido que usted ya ha renunciado a ello.

Dale no se dió por aludido.

—¿No podría usted indicarme algo, alguna ocupación que me redima de este adyecto estado de hombre que nada tiene que hacer? ¡Me agradaría algo que tuviera un poco de novedad!

El inspector reflexionó mientras absorbía el café helado que había pedido; su cigarro se resbaló de los labios oprimidos, señal de que estaba profundamente embebido en sus pensamientos. De cuando en cuando echaba una mirada de soslayo a su compañero.

—Hoy hace exactamente dos años y medio que Jimmy Austin fué asesinado, — observó por último. — ¿Recuerda usted el caso?

—Naturalemnte. Todo el mundo se ocupó del asunto en su tiempo. ¿Pero qué tiene que ver conmigo el caso de Austin?

Summers no respondió de inmediato.

—Austin era un hombre de mala vida, era bebedor, jugador y mujeriego, y hay hasta quien dice que de cuando en cuando hacía a la sordina algún chantage. Puede ser que no haya recibido más que su justo castigo cuando fué asesinado en sus habitaciones de la calle Russell hace hoy dos años. Esto, sin embargo, a nada conduce. Probablemente, el asesino no era mejor que su víctima. Cualquiera que cometa un asesinato debería ser colgado, ¿no le parece?

—Creo que tiene usted razón, pero no alcanzo a comprender...

—Espere un momento. Austin fué matado de un balazo, en su departamento, al regresar de una fiesta, a eso de las tres de la

mañana. La bala le perforó el corazón, matándolo instantáneamente. Aparentemente, nunca vió al hombre que le hizo el disparo. La teoría de la policía es que el asesino entró en la casa de Austin poco antes del regreso de éste, y que estuvo en acecho escondido detrás de las cortinas que separaban el comedor de la sala. A Austin le mataron en el momento de entrar en la habitación y dar vuelta a la llave de la luz eléctrica.

—Es muy interesante, — dijo Dale, bostezando, — pero no puedo ver qué relación tiene el asunto con lo que yo le he preguntado.

—Pronto lo sabrá. En la época en que se produjo el crimen, hubo una gran conmoción general. Austin era bien conocido en la ciudad, y el asesinato causó sensación. Nosotros tomamos declaración a varios testigos, hicimos muchos arrestos, buscamos rastros por todas partes, pero jamás sacamos nada en limpio. Nunca nos fué posible identificar al culpable.

—Mala suerte, — dijo Dale sin apasionamiento. — ¿Quiere otro cigarro?

—Gracias. — Summers miró el anillo del cigarro con ojos de conocedor. — Hay muchos casos como el de Austin. Todos los años tenemos una media docena. El caso de Austin no es más que un ejemplo. Todavía proseguimos las investigaciones, pero cada semana que transcurre hay menos esperanzas de poder echarle el guante al asesino. En lugar de ser sometido a la justicia, con toda probabilidad morirá de muerte natural.

—Está usted sediento de justicia, Summers.

—Bueno, esa es mi ocupación. Como le dije, el caso de Austin no es más que un ejemplo. Ahora, para decir la pura verdad al respecto, la policía no tiene suficiente cerebro para descubrir al criminal. Hay mucho más verdad que poesía en aquel refrán que dice que "para atrapar a un ladrón se requiere otro ladrón".

—¿Lo que quiere decir, — dijo Dale con toda frescura, — que la policía se encuentra trabada por exceso de honradez?

—Tómelo como le parezca. El caso es que hay muchos criminales que caminan libremente por las calles esta noche porque la policía no tiene suficientes pruebas para arrestarlos. De cuando en cuando veo uno, por lo general una vez por semana. Un día de la semana pasada me encontré con el asesino de Austin. Marchaba tan orondo como...

—¿Quiere usted decir que lo conoce? — exclamó Dale, saliendo de pronto de su actitud de aburrimiento.

Summers arrugó el entrecejo.

—No he querido dejar escapar eso. No obstante, otras veces le he confiado secretos, y usted ha sabido guardarlos para usted mismo. Estamos moralmente seguros de la persona que asesinó a Jimmy Austin, pero no nos es posible obtener la menor prueba en contra de él. Lo hemos vigilado desde hace dos años, pero sin resultado. Yo lo he llevado a la comisaría, pero en el momento de ser sometido a juicio, los jueces lo han dejado en libertad por no existir méritos para su detención.

—¿Cómo se llama? — preguntó Dale con ansiedad.

Summers hizo un gesto.

—Eso sería demasiado. Si usted toma la colección de los diarios de dos años a esta parte, usted encontrará su nombre entre los que fueron interrogados después del asesinato. Eran como unos veinte, así es que tendrá en que ocuparse para descubrir al verdadero. Usted tendrá éxito, si es buén adivinador.

Dale, con la mirada brillante por el interés que había despertado en él el caso, se golpeó la barbilla.

—Si usted está tan seguro de que este hombre cometió el asesinato, — observó pensativamente, — parece extraño que no pueda conseguir las pruebas en contra.

—Tal vez le agrade a Vd. probar. Algunos de los mejores empleados de la policía de investigaciones lo intentaron, pero han fracasado. Lo que pasa con este caso y con todos los demás que han quedado sin esclarecer, es que la única prueba existente del asesinato está encerrada en la mente del asesino. Si usted puede conseguir abrirle la mente, encontrará muchas cosas interesantes, pero aun así no sería la clase de prueba que se requiere en los tribunales.

Nuevamente, con aire de profundo disgusto, Summers se limpió la frente con el pañuelo. Pensativamente, Dale estudiaba las generosas proporciones de su cabeza cubierta de cabellos grises y enmarañados que parecían eternamente en conflicto con el peine y el cepillo. Era una cabeza excesivamente grande para un hombre de tan baja estatura, y asombraba cuando uno se detenía a calcular cuantos pensamientos podría contener.

—¿Pero en qué me concierne a mí todo esto? — preguntó Dale.

— No estoy seguro de que tenga usted nada que ver, — dijo Summers lánguidamente, con un brillo fosforeceente en sus ojos.— Yo estaba pensando en el Ladrón Artificioso. Si se ha resuelto a seguir el camino derecho y está buscando un trabajo honesto, podría ocuparse de ésto. Tiene un talento especial para esta clase de trabajos. Puede ir a lugares donde la policía no puede penetrar. Puede emplear métodos que nos están vedaos; además, tiene su entrenamiento. Usted sabe que no existe mucha diferencia entre violar el domicilio de cualquier pacífico ciudadano, o violar los pensamientos encerrados en su mente.

Dale contempló al inspector con ojos pensativos, y sus labios se contrajeron imperceptiblemente.

—¡Violar los pensamientos encerrados en la mente! — murmuró, moviendo pensativo la cabeza. — ¡Buena idea! Si alguna vez me encuentro con el Artificioso, le propondré que lo haga.

No deje de leer
LOS SIETE MISTERIOS
DE SAN ORMES

II

POCO después de la apertura de las bibliotecas públicas al día siguiente, Martín Dale se hallaba sentado delante de una voluminosa pila de diarios de dos años atrás, recorriendo los pormenores del sensacional crimen de Austin, que figuraban con grandes letras negras en las primeras páginas de los diarios, por espacio de dos semanas, para disminuir gradualmente de tamaño, hasta perderse entre el sinnúmero de noticias de actualidad.

Dale se sentía vagamente emocionado mientras repasaba las páginas. Aunque sólo hacía dos años que se cometiera el crimen de Austin, estaba ya olvidado en las mentes del público; no obstante, en esas páginas resurgía nuevamente con todo el interés que despertara en su época.

Escena por escena, con ayuda de las crónicas, la imaginación de Dale reconstruyó la tragedia. La sensación era muy extraña, como si hubiera reabierto una tumba cerrada por muchos años, y resurgiera de nuevo el cuerpo; pero los diarios agregaban poco a los detalles principales que Summers había mencionado. Estudió los nombres y direcciones de los que fueron interrogados por la autoridad, sabiendo que entre ellos figuraba el hombre de quien la policía tenía sospechas fuera el asesino, pero los nombres no parecían indicarle gran cosa. Sólo un detalle de menor cuantía, escondido entre el cúmulo de opiniones y deducciones, le pareció de importacia. Leyó el párrafo varias veces:

"Uno de los curiosos incidentes relacio-
" nados con el crimen y que podrá servir
" de rastro para descubrir al criminal, se
" encuentra en la circunstancia de que el
" asesino llevaba un paraguas que inadver-
" tidamente dejó en el vestíbulo al retirar-
" se del lugar del hecho. Se ha podido es-
" tablecer positivamente que el paraguas no
" pertenecía a la casa, no pudiendo haber
" sido dejado por ninguna otra persona.
" Por qué el criminal llevaba paraguas en
" una noche clara, es uno de los puntos que
" la policía está tratando de esclarecer."

El incidente del paraguas seguía danzando en la mente de Dale. Buscó las noticias relativas al estado del tiempo del día anterior. Se pronosticaba "tiempo bueno con temperatura en ascenso". En la misma página aparecía un suelto en el que se hablaba del intenso calor que había azotado a la población durante varios días, y para el que no parecía haber probabilidades de mejora. El resumen detallado del estado del tiempo, en el número correspondiente al día siguiente al del crimen, demostraba que ni una gota de lluvia había caído en las cercanías de Londres dentro de las últimas veinticuatro horas. En la mente de Dale, el trivial incidente del paraguas comenzó a adquirir proporciones de un prodigioso misterio. Revisó las crónicas subsiguientes del suceso, pero no volvía a hacerse mención del paraguas. O la policía lo había abandonado como rastro, o de lo contrario se había decidido no volver a decir una palabra al respecto.

Distraídamente, Dale comenzó a dar vuelta a las páginas, preguntándose por qué razón un hombre llevaría un paraguas en una noche en que no había la menor indicación de lluvia, y súbitamente sus ojos se fijaron en un párrafo que, aunque lo había leído hacía sólo un momento, no le había ocasionado impresión alguna. Se relacionaba con una de las innumerables personas que habían sido citadas en indagación por la policía poco después de cometerse el crimen, y decía lo siguiente:

"El señor Hugo Bentham, domiciliado en
" Wimbledon, fué citado en su residencia de
" campo en Bournemouth para comparecer
" a prestar declaración, y fué sometido a un
" largo interrogatorio. El señor Bentham se
" rehusó a declarar, y la policía se ha li-
" mitado a informar que de la indagatoria
" del señor Bentham no se ha obtenido da-
" to alguno de importancia."

Dale tomó algunas notas apresuradamente, salió de la biblioteca y esperó a que pasara un automóvil de alquiler. De pronto oyó que pronunciaban su nombre con voz clara. Dióse vuelta y vió a Cora Stillman que le sonríe desde la ventanilla abierta de su automóvil.

—¿A dónde vas, Martín? — le preguntó. — ¿Quieres que te lleve?

Dale, haciendo señas a un automóvil de alquiler, contempló aquella visión encantadora, y con dificultad pudo vencer a la tentación de quedarse.

—Estoy trabajando, — le dijo. Entre tanto, la joven tenía abierta la portezuela, invitándolo a subir.

—¿De qué te ocupas? — le preguntó.

—Soy ratero; no me ocupo de robar las cosas sino de violar las mentes. Estoy muy apurado; ¿me disculpas que no me detenga?

—¡Quién lo hubiera dicho! — exclamó Cora contemplando su figura que se retiraba, desapareciendo dentro del automóvil.

Quince minutos más tarde Dale despachaba el automóvil y se apresuraba a subir a la oficina del inspector Summers.

—¿Qué le pasa? — le preguntó el inspector, notando la animación que se dibujaba en el semblante de Dale.

Martín tomó asiento, le ofreció un cigarro y asumió un aire lánguido.

—¿Ha descubierto usted alguna vez, — le preguntó por casualidad, — si llovió en Bournemouth la noche en que fué asesinado Austin?

Summers lo contempló por un momento completamente sorprendido y luego dejó escapar una de sus pequeñas risotadas.

—No está mal para un principiante, — admitió. — ¿Pero no está usted usurpando el trabajo del Artificioso? — agregó con sarcasmo. — Yo creí...

—No importa lo que haya usted pensa

do, — le interrumpió Dale con blandura.— Yo me estoy refiriendo al paraguas que figuró en el asesinato de Jimmy Austin. Me he ocupado del asunto y he notado que todos, con excepción de uno de los testigos que ustedes citaron, vivían en la ciudad. Esa excepción provenía de Bournemouth. Ahora bien, es perfectamente posible que haya llovido en Bournemouth mientras en Londres se calcinaban las piedras.

—Es bastante posible, — asintió Summers con un tono de voz algo burlón.

—Y un hombre que corriera para tomar el tren bajo un aguacero llevaría, naturalmente, un paraguas.

—Es una cosa muy razonable; economiza cuentas del médico.

—Luego, con la excitación producida por el asesinato cometido, es muy probable que lo haya dejado olvidado, especialmente si las estrellas brillaban en el cielo y no había señales de lluvia.

—Estas cosas han sucedido en el mundo, anteriormente.

—Pues bien, — resumió Dale, después de aspirar una bocanada de humo de su cigarro, — ¿no le parece a usted que es un hecho comprobado que el paraguas que se encontró en el departamento de Austin después del crimen pertenecía a Hugo Bentham?

—No es cierto, — desaprobó Summers llanamente. — Usted está procediendo bien para un aficionado, Dale, pero no hace más que presumir. En primer lugar nunca hemos podido descubrir al propietario de ese paraguas. Los paraguas son las cosas más difíciles de individualizar. Cambian de manos a menudo, y en este caso se trataba de un paraguas ordinario, sin ninguna característica que lo distinguiera. En segundo lugar, no cayó ni una sola gota de agua en Bournemouth esa noche.

El semblante de Dale se oscureció de pronto.

—¿Está usted seguro de eso?

—Completamente. Hubo aguaceros locales en diferentes puntos del Sur de la costa, pero en Bournemouth el tiempo se mantuvo claro ese día.

—Sin embargo, al día siguiente, usted citó a Bentham — observó Dale.

—Ciertamente, pero sólo por el hecho de que queríamos descubrir si tenía algo que ver con el crimen. No pudimos comprobar nada. Varias eran las personas que tenían quejas contra Austin. Como es natural, hicimos muchas tentativas para descubrir si el paraguas pertenecía a Bentham; él nos aseguró que nunca lo había visto antes, y los sirvientes en su casa de Bournemouth confirmaron sus palabras.

—Podría haber recogido un paraguas en cualquier parte, — se atrevió a observar Dale.

—Es cierto, pero ¿por qué habría alguien de recoger un paraguas en una noche estrellada?

Dale se encontraba confundido, y la expresión de su semblante lo delataba. Sin embargo había algo en las miradas del inspector que le hizo aferrarse a su teoría.

—Aun así, — dijo, mirando a Summers con fijeza, — Bentham es el hombre que usted cree ha asesinado a Austin.

—Puede ser, — repuso el inspector, haciendo una mueca misteriosa. — Es mejor que abandone la empresa, Dale; usted marcha por un camino equivocado. Como quiera que sea, anoche hacía mucho calor y yo no hice más que bromear.

Dale se puso de pie, sonriendo.

—Yo sé lo que me digo, mi amigo. Y usted bien sabe que no bromea. Además, me ha gustado esa idea de violar las mentes de nuestros semejantes.

—Pero yo he querido referirme al Artificioso, — protestó Summers con seriedad. — Usted se hubiera enojado como el diablo si yo hubiera hecho siquiera la más mínima insinuación de que existe la menor relación entre usted y ese caballero. ¿No es cierto?

—¡No! Yo siempre he considerado de mi deber mantenerme fresco cuando el termómetro pasa de los cuarenta grados. Hasta luego.

Dale salió, blandiendo su bastón con elegancia, pero con la mente llena de pensamientos confusos.

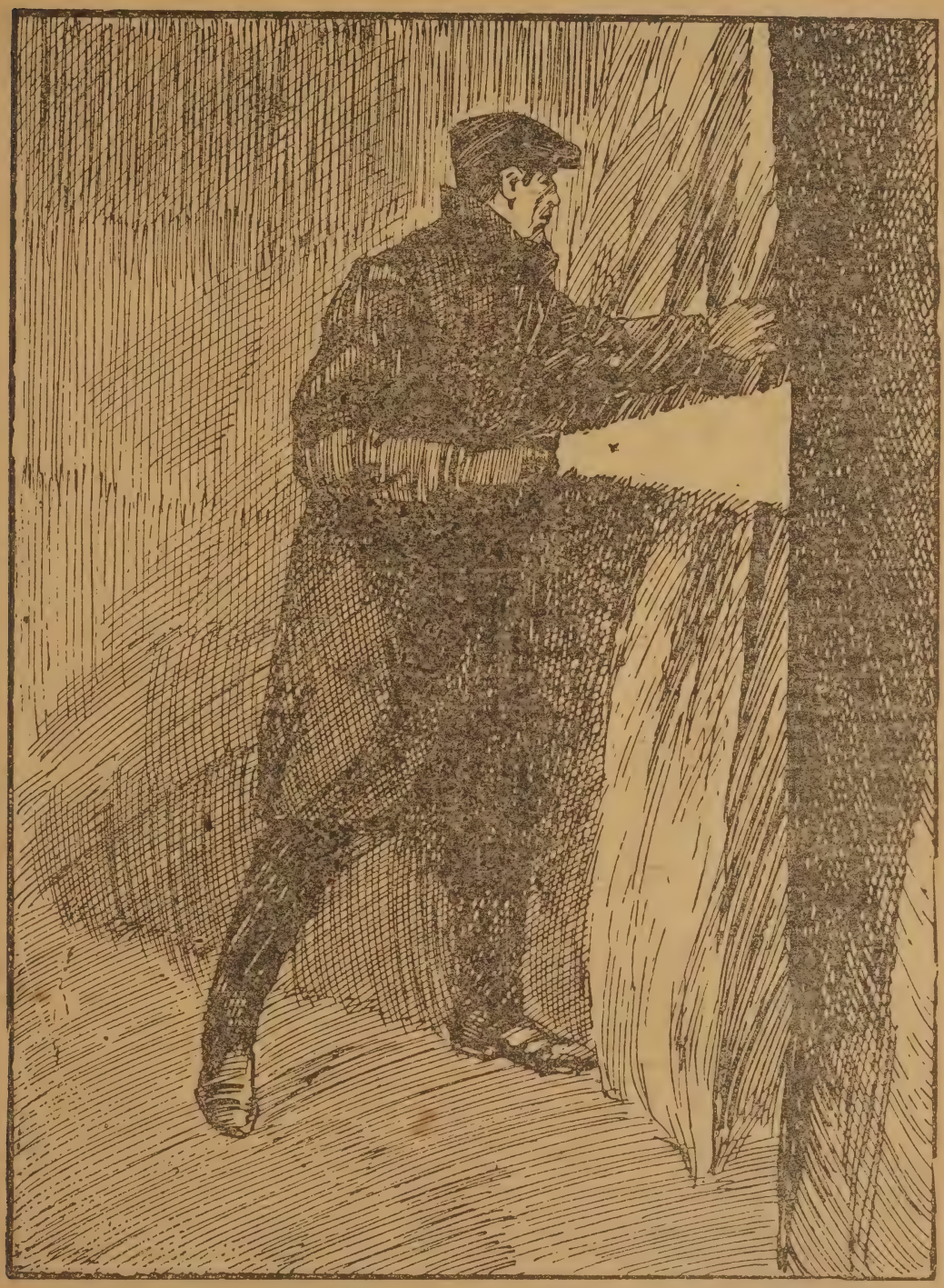
Una hora y media más tarde, después de un ligero lunch y una profunda meditación, penetró en una oficina de correos y consultó la guía de teléfono. Anotó el resultado de su búsqueda en una libreta de anotaciones: H. P. Bentham, Corredor de Bolsa; 171, Venable House, E. C., teléfono: Court 9346.

Salió nuevamente, abstraído todavía en una profunda meditación. De cuando en cuando su semblante parecía como iluminarse cuando una feliz idea llegaba a su mente, pero pronto volvía a adquirir su expresión de preocupación. Era evidente que los pensamientos de Martín Dale viajaban por extraños caminos, pero igualmente aparente, que le agradaba la novedad de su ocupación.

Haciendo alto frente a otra oficina de correos, titubeó por un momento, luego entró y se dirigió al teléfono. Su primer paso, por lógica, era ver a Bentham y obtener sus impresiones acerca del hombre. Esto le sería fácil, desde el momento que cualquier corredor de bolsa recibiría gustoso a un cliente en perspectiva. Llamó a la oficina del corredor y arregló una entrevista con Bentham para las tres de la tarde.

Eran sólo las dos y cuarto cuando salió del correo, tratando de ensayar mentalmente la próxima escena que se desarrollaría en la oficina privada de Bentham. Ante todo, debía asegurarse de la culpabilidad o inocencia de ese hombre. Tenía la impresión de que Bentham era el hombre de quien la policía sospechaba, aunque Summers habíase mostrado evasivo al respecto.

Mientras caminaba por el lado de la sombra en la calle, se preguntaba cómo podría hacer un hombre culpable par reaccionar ante ciertos detalles que se refirieran al rimen; ¿por ejemplo, una alusión al paraguas? Con



El rayo de luz de la antorcha eléctrica le permitió ver que, en el suelo, estaba echado un hombre, todo encogido y muerto. ("El Artificioso se convierte en detective".)

seguridad que la policía habría interrogado a Bentham en ese sentido, pero eso ocurriera dos años atrás, y una nueva referencia al asunto podría estimular una reacción favorable. Pero cómo...

Dale hizo alto, se sonrió para sí mismo, y luego dióse vuelta en busca de otro teléfono. Era una tontería lo que estaba por hacer, pero a veces era una ventaja poder obrar tontamente. La policía trabada por toda clase de restricciones, había tratado de aclarar el misterio por métodos ordenados y dignos, que habían fracasado por completo.

Desde un teléfono cercano llamó a los Stilman y le pidió a la sirvienta que llamara al aparato a la joven Cora, que no dejó de sorprenderse al reconocer su voz a través del aparato.

—¿Qué era esa ridiculez que me has dicho acerca de violar la mente de la gente? — le preguntó ella.

—Ya te contaré todo en oportunidad, — repuso, — pero ahora necesito que me hagas un favor.

—¿Querrás que yo sea tu cómplice, supongo?

—Algo por el estilo. ¿Me prometes no hacerme preguntas, y concretarte a llevar a cabo lo que te diga?

—Aunque eso me parece algo teatral, te lo prometo.

—Entonces, escucha con atención; es muy importante. Debes salir de tu casa a las tres y cinco y dirigirte al correo. Yo sé que allí hay un teléfono, y tengo razones especiales para no desear que hables desde el aparato de tu casa. Llegarás allí a eso de las tres y diez, y pedirás el número 9346 Court, preguntando por el señor Bentham. Es mejor que tomes nota del número y del nombre.

Esperó a que ella le dijera con voz llena de estupor que había tomado nota del número y del nombre.

—Asegúrate de que hablas con Bentham personalmente, — prosiguió Dale. — No hables con ninguna otra persona. Bentham es un corredor de Bolsa. Cuando conteste, no le digas quién eres, sino simplemente si se ocupa de corretear paraguas. ¡Sí, paraguas! Si después que le has dicho eso no ha cortado la comunicación, puedes preguntarle si no lleva consigo un baño de lluvia. ¿Has oído bien eso?

La respuesta de la joven llegó después de una pequeña pausa.

—Martín, ¿has perdido por completo el juicio?

—No. Por la primer vez en mi vida me encuentro perfectamente cuerdo. ¿Harás lo que te pido?

Se produjo un nuevo silencio y luego oyó la voz temblorosa de Cora que decía:

—¡Lo haré, mi querido loco!

Colgó el tubo con la seguridad de que Cora seguiría sus instrucciones a pesar de lo intrigada que quedaba. Luego se dirigió hacia Venable House, siendo introducido en la oficina privada de Bentham, a las tres en punto.

El corredor de Bolsa, alto, de anchos hombros y con un semblante que denotaba un hombre de fuerza, estaba sentado en su escritorio, frente a un montón de papeles. Sus ojos, claros y cándidos, indicaban una persona acostumbrada a hacer estudios rápidos y acertados de sus interlocutores. Miró a Dale con mirada escrutadora. Su apretón de manos, vigoroso, parecía emitir una corriente de magnetismo, sugiriendo al mismo tiempo que Hugo Bentham era un hombre de carácter íntegro al propio tiempo que poseía fuerza muscular.

Dale, sintiéndose en una situación delicada, mencionó algo acerca de un prospecto en el que estaba interesado. Su primera mirada a Bentham le había hecho comprender que su experimento no tendría resultado alguno. Era imposible de concebir que ese hombre encerrara un secreto culpable.

Bentham se expresaba con claridad y precisión, sin hacer exageraciones o declaraciones extravagantes, indicando con palabra sencilla las ventajas de una emisión que estaba efectuando cierta compañía importante. En medio de su conversación sonó el teléfono, y Dale súbitamente comprendió que era el iniciador de su pesada broma. Sabía que Cora era la que llamaba.

El corredor atrajo el aparato hacia sí.

—¡Hola! ¡Sí, Bentham!

Dale, sintiéndose cada vez más confundido, encendió un cigarrillo para esconder su estado de ánimo. Se fijó en las facciones de Bentham, sabiendo de antemano que la única reacción sería la sorpresa y el enojo ante semejante pregunta disparatada, y tal vez un golpe al receptor con enfado. Luego un sentimiento de sorpresa se apoderó de él. Bentham movió la cabeza con espanto. Su semblante quedó súbitamente en tensión y poco a poco fué dibujándose en él una expresión indefinida de estupor.

—¿Qué... qué es eso? — preguntó excitado. — ¿Qué... para...?

La voz pareció faltarle; era como si del completo entendimiento se hubiera apoderado una gran fuerza devastadora. Poco a poco sus ojos se fueron agrandando, y Dale se dió cuenta de que Cora le estaba haciendo la segunda de las preguntas que le indicara. Y el resultado fué sorprendente. Era evidente que las dos preguntas, veladas, entre frases halagadoras, poseían un temible significado para el corredor.

Durante varios segundos después que éste hubo cortado la comunicación, Bentham continuó contemplando la bocina del teléfono, como si fuera una cosa que le produjera un encanto siniestro y luego, con una mano que parecía no tener vida, colocó el receptor en el gancho. Se encogió de hombros, como para echar lejos de sí una obsesión, y súbitamente pareció darse cuenta una vez más de la presencia de Dale. Con un sorprendente dominio personal sobre las emociones, apartóse del

aparato, se tocó la región del corazón y sonrió con amabilidad.

—Un pequeño desarreglo del corazón, — le explicó. — Me ataca de cuando en cuando durante la época del calor. Vamos a ver... ¿Dónde estábamos? ¡Ah sí! Se trataba de los debentures de la Compañía Broadman.

Dale se sorprendió. El hombre se había repuesto en una forma tan maravillosa como lo fuera el efecto que le produjeron las palabras escuchadas por teléfono poco antes. Habló por espacio de unos minutos, y su voz volvió a adquirir el timbre de seguridad con que iniciara la conversación, y luego Dale le agradeció diciéndole que le agradaría pensar el asunto unos días. Salió de la oficina con la mente llena de pensamientos confusos. Había violado la mente del corredor, como habría dicho Summers, descubriendo uno de los secretos escondidos en ella. Si alguna vez alguien se había delatado a sí mismo, no hay duda de que Bentham lo hiciera cuando estaba sentado hablando por teléfono. Sin embargo Dale se sentía descorazonado.

Caminó lentamente, tratando de coordinar sus pensamientos. Ya no existía en su mente la duda de si Bentham era la persona de quien la policía sospechara, aunque no tuviera pruebas en su contra. Era posible que Dale, aprovechando su experiencia y haciendo uso de métodos a los que Summers se refiriera vagamente, alcanzara a obtener la prueba tangible y positiva que pudiera servir ante los jueces. Pero, por alguna razón inexplicable ese procedimiento no parecía ser de su agrado.

Obedeciendo a un impulso repentino, saltó dentro de su coche y se hizo llevar al despacho de Summers, decidido a comunicarle que podría emplear su tiempo más ventajosamente en otras cosas que en enviar a personas como Hugo Bentham a la prisión.

El inspector, con las facciones un poco más rojas que de costumbre, y sin molestarse a ocultar que sufría horriblemente del calor, estaba sentado frente a su escritorio, con los pies encima del pupitre.

—¿Qué pasa? — le preguntó con languidez.

—Ya he tenido bastante, — repuso Dale, sentándose.

—Lo abandona por ser trabajo muy pesado ¿eh? Oh, bueno, sólo quería ponerlo a prueba.

—Pero no es ese el caso. He tenido oportunidad de encontrarme en mi vida con hombres que merecían mucho más ser colgados que Hugo Bentham. No me importa si ha matado o no a Jimmy Austin; puede ser que éste lo haya tenido bien merecido. De todos modos, me propongo no...

—Espérese un momento. ¿Quién habló de Bentham?

Dale se encogió de hombros con impaciencia.

—¿De que sirve escrurirse por la tangente? — dijo. — Bentham es el hombre.

Summers hizo un gesto de indiferencia.

—Puede que lo sea; pero ¿qué me dice del paraguas? Ha quedado perfectamente establecido que fué llevado a la casa de Jimy Austin por el asesino. Ahora bien, si Bentham cometió el delito, el paraguas le pertenece, y usted tendrá que explicarme por qué llevaba un paraguas estando la noche estrellada. Eso no es más que lógico.

—La lógica es una pavada. Mire, Summers, Bentham es el hombre que usted ha sindicado como autor del crimen, ¿verdad?

El inspector titubeó, mirando con sus ojos azules que denotaban cansancio, al espacio.

—Bueno... sí, supongo que nada de malo hay en que lo admita. Yo estoy tan seguro de que Bentham asesinó a Austin, como de que está usted sentado ahí, pero no baso mi convicción en el paraguas. Hay muchas otras cosas, sin importancia y que cuando se trata de verdaderas pruebas no valen ni un comino. Así que ya ve usted. Olvídese de lo que acabo de decirle. Y usted mismo está bastante seguro de que Bentham es el hombre, ¿eh, Dale?

Dale asintió con la cabeza.

El inspector lo contempló con mirada interrogadora.

—¿En qué se basa usted para estar tan seguro?

Dale titubeó, en la duda de si comunicar o no a Summers su experimento y el resultado obtenido, mientras veía mentalmente la mirada atemorizada que brilló en los ojos de Bentham cuando por teléfono se le comunicaba lo que él había ideado decirle para descubrir sus sentimientos. Lo vió muy claramente... el semblante lívido de Bentham, las mandíbulas temblorosas, los ojos con su expresión de temor, y su poderosa figura convertida súbitamente en una estatua. Y de pronto Dale sintió como el golpe de una revelación que rebotara en su cerebro. Le pareció como si se cristalizara, y sin embargo, fué con ese súbito reflejo de duda que saliera de la oficina del corredor. ¿Era la culpabilidad lo que había descubierto en el semblante de Bentham, o era simplemente temor?

Las ideas se sucedían en su cerebro una tras otra en séquito inacabable, dejando un agradable estímulo tras de sí. ¿Culpable o atemorizado? A menudo ambos sentimientos se asociaban, pero en este caso tal vez no fuera así. El sabía que todo el tiempo había estado vagamente disgustado de la interpretación que diera a la expresión del corredor. Había presentido algo erróneo en alguna parte, una discrepancia en sus deducciones. Y aun en ese momento sus pensamientos estaban lejos de ser claros. Pero la impresión de que había existido más temor que culpabilidad en el semblante lívido de Bentham, continuaba martillando en su mente.

—¿Y bien? — exclamó Summers. — Usted no ha contestado a mi pregunta. ¿Qué es lo que hace a usted estar tan seguro de que Bentham asesinó a Jimmy Austin?

Dale lo miró y se sonrió levemente.

—Después de considerarlo detenidamen-

te, — dijo con cautela, — no estoy seguro, y para decirle la verdad, tengo mis dudas; hablando con sinceridad, no creo que lo haya asesinado.

El inspector, encogiéndose un poco en su asiento, lo contempló como si sospechara que hubiera perdido de pronto el juicio.

Dale, lleno de ansiedad, se levantó de su asiento.

—¿Dónde está ese paraguas? — le preguntó. — Me agradaría verlo.

—Muy bien, — asintió Summers, como si deseara continuar la broma. — Se encuentra en el depósito; voy a extenderle un permiso para que lo inspeccione.

Escribió algo sobre un trozo de papel, se lo entregó a Dale con una mueca indulgente y meneó la cabeza mientras el más joven se retiraba de la oficina. Sólo un pensamiento ocupaba la mente de Dale mientras se dirigía al depósito. Si el temor que había visto reflejado en el semblante de Bentham no era debido a su culpabilidad, ¿cómo podría explicarse la agitación del corredor? Le parecía que podía entrever una leve distinción, al tratar de analizar emociones que nacían y se sucedían unas a otras, y sin embargo podía notar que la diferencia era real.

Se encaminó hacia la habitación que indicaba la nota de Summers y presentó el papel. El paraguas, cuando le fué mostrado, parecía bastante ordinario. Era de los más baratos, con un mango negro que terminaba en forma de gancho, cubierto de género negro de algodón, y con un cordón y borla sujetos al mango. No había duda de que se trataba de un paraguas de hombre, y en apariencia había sido usado sólo unas pocas veces. Lo abrió, notando que funcionaba perfectamente, y se lo devolvió al empleado que parecía bastante intrigado.

—Es un paraguas ordinario, — observó.

—¿Y qué esperaba usted que fuera? — le preguntó el empleado.

Dale se retiró pensativo.

III

ERAN poco más de las diez esa noche cuando Martín Dale, con sombrero de paja, saco de sarga azul, y pantalones blancos de franela, salió de la calle Russell y despreocupadamente pasó frente a la casa en que Jimmy Austin fuera asesinado. La noche era pesada y no había viento, pero el eco lejano de los truenos daba señales de que pronto se producirían aguaceros refrescantes.

Al pasar por la casa de Austin, Dale notó que las ventanas estaban tapadas con madera, y recordó haber leído en alguna parte que la propiedad había quedado en poder de un pariente lejano de la víctima, que, no habiendo podido alquilarla para residencia privada y no queriendo incurrir en el gasto de refaccionarla arreglándola y dividiéndola en varios departamentos, la mantenía clausurada a la espera de una oferta razonable. Eventualmente la casa y sus vecinas serían demolidas ante la marea de casas de departamentos que avanzaba, pero hasta ese momento había permanecido como una reliquia de un tipo arquitectónico que tendía a desaparecer con rapidez.

Dale notó con satisfacción que la calle estaba silenciosa y casi desierta, y que las pocas personas que se encontraban sentadas en las ventanas para aspirar el aire fresco, estaban demasiado preocupadas por su falta de confort personal para ocuparse de él. Por eso mismo nadie sospecharía que un hombre con pantalones de franela blanca pudiera estar planeando algún hecho delictuoso. Los pantalones blancos eran muy visibles, y las personas dispuestas a cometer hechos dudosos los descartaban, salvo posiblemente esos individuos poseídos de una mente más sutil, entre los que figuraba Dale, que preferían un aspecto inocente, a los colores oscuros, protectores en la noche.

Al llegar a la esquina dióse vuelta y volvió a desandar lo andado, hasta que una vez más se encontró frente a la casa de Austin. Allí con un rápido movimiento, se escurrió hacia la entrada de la planta baja y buscó refugio entre las sombras, a lo largo de la pared. De una caja que llevaba en el bolsillo sacó una pequeña herramienta y comenzó a manipular la cerradura del portón de hierro que cerraba el paso hacia la puerta de entrada. Trabajó con destreza, y pronto el portón cedió. La puerta le ofreció aún menos resistencia. Pocos minutos después, con el portón y la puerta cerrados nuevamente tras de sí, penetró en un corredor oscuro.

Dejó escapar una leve risa, la risa de alguien que experimenta una emoción que le es familiar. Como el inspector Summers había dicho con sarcasmo velado, el Ladrón Artificioso poseía ventajas que les faltaban a otros. Podría haber conseguido su objeto de una manera más correcta, dirigiéndose al encargado de la propiedad y obteniendo su permiso legal para entrar, pero este procedimiento no era de su agrado. Las puertas cerradas ejercían una irresistible fascinación sobre Martín Dale, alias el Ladrón Artificioso. Pero no era en su rol abandonado de Ladrón Artificioso, como entraba ahora en la casa en que la carrera en busca de placer de Jimmy Austin había llegado a su término hacía dos años. No hacía más que adoptar algunos de los métodos del Artificioso, empleándolos en la forma que Summers había sugerido con espíritu de jocosidad. La idea le fuera grata de inmediato, y ahora que se había convencido de que la policía estaba equivocada en su creencia de que Bentham era el asesino, se le hacía aún más agradable.

Esa convicción no estaba fundada en argumentos lógicos, sino en instintos que Dale había aprendido a respetar. Además, sería una gran satisfacción poder descifrar un misterio que había mantenido a la policía en suspenso, sin llegar a aclararlo.

Guiándose por los reflejos de su linterna eléctrica, subió por las escaleras de la parte de atrás de la casa, yendo a parar a la cocina. El aire era pesado, como se podía esperar en una casa cuyas puertas y ventanas permanecían cerradas hacía dos años. El

actual propietario residía en una ciudad del Norte; había venido a Londres para arreglar los asuntos concernientes a la propiedad, pero se había quedado sólo unos pocos días, y no molestándose en hacer sacar los muebles u ofrecerlos en venta. En consecuencia, el interior de la casa se hallaba casi en la misma forma que cuando Austin la ocupaba, teniendo por toda compañía a una mujer de edad que hacía de ama de llaves. Dale había contado con esta circunstancia al decidirse a visitar la residencia en busca de rastros que hubieran podido haber pasado inadvertidos para la policía.

Se había embarcado en esa empresa sin mantener esperanzas efímeras y sin calcular sus recursos, comparados con los de la policía. Sabía que la casa había sido detenidamente inspeciconada por los hábiles empleados policiales. Sin embargo, el punto de vista de Dale era diferente, pues tenía una comprensión más íntima de la mente de los criminales que el inspector Summers, cuyo conocimiento de los malhechores y su manera de proceder fuera adquirido en la práctica más bien que innato. Por esa razón, consideraba posible que, aún después de haber transcurrido dos años, la casa pudiera suministrarle rastros que hubiesen escapado a la observación de sus predecesores.

En ese momento se encontraba en el comedor. Al lado de éste estaba el dormitorio, cuyas decoraciones decían que el dueño de casa, aunque ya no era joven, trataba de rodearse de todos los atractivos de la juventud. Dale lo inspeccionó brevemente, pensando regresar otro día para hacer una investigación más detenida, luego dirigió el haz de luz de su linterna a las colgaduras con borlas que separaban al comedor del dormitorio. Era detrás de esos cortinados, de acuerdo con la teoría de la policía, donde el criminal se había escondido mientras esperaba el regreso de Austin de la fiesta a que asistiera.

De pronto, el aire ya pesado pareció tornarse más oprimente. Se acercó más, hasta que pudo tocar los cortinados. En su imaginación se representaba la siniestra espera de ese otro hombre, con el revólver pronto para cumplir su fatal misión, esperando a que el ruido de la llave al dar vuelta en la cerradura le indicara la proximidad de su víctima; y pensaba qué clase de sentimiento habrían dominado a ese hombre mientras estaba detrás de los cortinados. ¿Odio, celos o venganza?

Desistió, sabiendo que las especulaciones de esa índole no le conducirían a parte alguna. Entreabrió los cortinados, de la misma manera como el asesino debía haberlos entreabierto antes de hacer el disparo, y guió su luz lentamente por el suelo de la habitación siguiente. Como si un instinto mórbido estuviera presente, dirigió el haz luminoso directamente hacia el lugar donde el cuerpo de Jimmy Austin fuera encontrado. Conocía el punto exacto, pues los periódicos lo habían ilustrado con diagramas. Estaba a unos siete pies de la puerta, en dirección diagonal, y muy cerca de un pedestal que sostenía un busto en mármol del mismo Austin, trabajo hecho por un escultor amigo. El busto permanecía aún allí, como un recuerdo de la vanidad del hombre, y por un instante, la luz de la linterna de Dale iluminó la cabeza.

Luego bajó la linterna, la movió un poco hacia arriba, de manera que sus rayos cayeran directamente en el lugar donde, de acuerdo con los diagramas que había visto, se encontrara el cuerpo de Jimmy Austin a la mañana siguiente después del crimen. Estaba ya por iniciar una exploración en la habitación, cuando súbitamente descubrió algo que le hizo quedar atónito. En el punto que iluminaba el haz de luz vió un bulto oscuro, retorcido en forma curiosa, casi informe a primera vista, pero que gradualmente fué tomando forma y carácter mientras lo contemplaba al reflejo blanco de la linterna. Vió primero un brazo extendido, luego una cara con un mechón de cabello caído sobre la sien. Una serie de marcas de tiza en el suelo, que formaban una especie de marco para la figura caída, le llamaron poderosamente la atención, dando a la escena un carácter extraordinario.

Se agachó tembloroso, paseó la luz sobre el cuerpo que yacía a sus pies, y que parecía ser de un hombre de poco más de cuarenta años, de constitución algo delicada, con cabello negro rizado, semblante bien modelado y algo sensual, y la complexión bron-

Para la toilette de las señoras y de los niños, el

TALCO PARISIEN

NO TIENE RIVAL

Suaviza y da blancura al cutis. Su exquisito perfume y la suavidad de su grano, lo ha hecho el preferido por toda persona de buen gusto.
No debe faltar en ningun hogar.

En venta:
Drogueria de la Estrella Ltda.
DEFENSA 215,
sus Secciones y en toda buena farmacia y perfumeria.

ceada que por lo general se asocia a las razas latinas. Sin embargo, el traje gris que tenía puesto era típicamente inglés, y su fisonomía, a pesar de la expresión de horror en ella dibujada, tendía a identificarlo como un inglés. El saco estaba desabotonado, y encima del corazón había una mancha oscura.

Dale vió todo esto con una sensación mezcla de horror y estupefacción, y luego notó nuevamente las marcas de tiza en el piso, formadas por una serie de líneas cortas que en general seguían los contornos del cuerpo, aunque se extendían más allá de las rodillas recogidas y quedaban ocultas aquí y allá por parte de la ropa. Estudió la fisonomía rígida y cadavérica, que tenía el labio superior algo hinchado, y le pareció que ese hombre debía haber muerto hacía ya varias horas... tal vez y ocho, veinte o tal vez más. Si no se equivocaba en esto, el hombre debía haber sido asesinado el día del segundo aniversario de la muerte de Jimmy Austin, y muy cerca de la hora en que Austin fué matado.

Apartóse, con los pensamiento en confusión. No sólo existía la coincidencia de la hora, sino que el cuerpo a sus pies ocupaba casi la misma posición en que se encontraba el cuerpo de Austin. Con su mente en un caos, salió de la casa, por el mismo camino por el que había pasado al entrar. Quedó de pie en la calzada, mirando hacia uno y otro lado de la calle, tratando de pensar en qué parte podría tal vez encontrar un teléfono, pues creyó lo más conveniente avisar a Summers de inmediato acerca del descubrimiento. La mayor parte de las ventanas de las casas vecinas se encontraban a oscuras, pero en la casa que estaba precisamente enfrente brillaba una luz. Cruzó hacia ella y tocó la campanilla.

La puerta se abrió con cautela, y vió un homber delgado y de baja estatura, vestido con un robe de chambre color gris, y con el labio superior adornado con un bigote recortado. Usaba anteojos de carey y llevaba un periódico en la mano, como si la llamada de la campanilla lo hubiera interrumpido en medio de la lectura. Miró al visitante con mirada de reproche mezclada de desconfianza.

—Lamento molestarlo, — le dijo Dale por vía de disculpa. — Ví una luz en su ventana y presumí que aún no se habría retirado a descansar. ¿Tendría usted un teléfono que yo pudiera usar? Se trata de un asunto importante.

El hombre lo miró de pies a cabeza, y luego le hizo señas para que pasara, indicándole el aparato telefónico que se hallaba sobre una repisa, en una de las paredes del vestíbulo, después de lo cual se retiró por una de las puertas corredizas de los costados. Mientras llamaba a la casa de Summers, Dale tuvo una intuición de que el otro se hallaba sólo a pocos pasos de distancia de la puerta, posiblemente con la intención de escuchar, lo que atribuyó a una natural curiosidad. Era poco común llamar a la puerta de una casa después de la media noche para pedir permiso para hablar por teléfono. Poco después oía la voz de Summers.

—¡Hola, Summers! — le dijo, sabiendo que el inspector reconocería su voz, pues no deseaba ser demasiado explícito por teléfono. — Haga el favor de encontrarse conmigo dentro de media hora en la calle Russell esquina Bernard; — y cortó la comunicación antes de que el inspector pudiera dar excusas o pedir explicaciones. Salió de la casa después de dar las gracias por la atención, caminó a la ventura durante media hora, y se encontraba en la esquina que había indicado en el preciso momento en que un hombre grueso, con una cabeza sumamente grande, descendía de un automóvil de alquiler.

—¿Qué le pasa? — le preguntó Summers una vez que hubo pagado al conductor.

—Ya lo verá, — repuso Dale, guiándolo a la casa de Austin. Mientras descendían las escaleras que conducían al subsuelo, notó que la luz en la casa de enfrente había desaparecido.

—Esta es la casa de Jimmy Austin, — observó Summers, bastante intrigado. — ¿A qué se debe la visita?

—Aquí hay algo que tendrá valor suficiente como para compensar a usted por la pérdida de un par de horas de sueño, — murmuró Dale, abriendo el portón de hierro. Al entrar en el subsuelo, sacó su linterna de bolsillo y se adelantó al inspector para subir las escaleras.

—Por la forma como camina y entra usted en las casas durante la noche, — murmuró Summers, — uno podría pensar que usted es el Artificioso.

Ya se encontraban en el comedor, y Dale dirigió el haz de luz hacia los cortinados que colgaban en la puerta divisoria. Los apartó, y el inspector pasó adelante. Todavía continuaba refunfuñando de mal talante, pero era evidente que su curiosidad aumentaba por momentos.

—¡Me estoy asfixiando! — protestó. — ¡Qué atmósfera! ¡Sea lo que sea, apúrese!

Avanzaron unos pasos, mientras la luz de la linterna de Dale rasgaba las tinieblas. De pronto la enfocó en otra dirección, y el inspector hizo alto repentinamente cuando el haz de luz fué a dar de lleno sabre el bulto que yacía en el suelo. Durante un momento permaneció inmóvil, contemplando, luego apresuróse a acercarse, y poco después estaba arrodillado al lado del cadáver.

—¡Es Harry Fayle! — exclamó.

—¡Ah! ¿Usted lo conoce?

—¡Acérquese más! — dijo Summers, y Dale avanzó con la linterna, enfocándola dierctamente sobre el cuerpo inanimado. El inspector se agachó de nuevo, e hizo un breve exámen.

—Tiene atravesado el corazón, — comentó. — Debe haber muerto de inmediato. Parece que hubiera fallecido hace ya algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo le parece?

—Puede ser veinticuatro horas, aunque eso es sólo un cálculo aproximado. El médico podrá decirlo con exactitud.

Dale sintióse algo enorgullecido, pues la

opinión de Summers concerniente a la fecha del deceso corroboraba sus propias ideas al respecto. Vió los vivaces ojos de Summers seguir minuciosamente el curso de las marcas de tiza en el suelo. Luego el inspector se irguió, reflejándose el estupor en su mirada.

—He visto muchas cosas extrañas, — declaró, — pero ésta bate el record.

—Esas marcas de tiza, — preguntó Dale, — ¿qué quieren decir?

Nuevamente los ojos de Summers siguieron las lineas blancas en el piso, las arrugas de su frente se hicieron más visibles. Su sombrero, el poco elegante orión que usaba invierno y verano, algo echado hacia atrás en su enorme cabeza, hacía aún más expresivo su gesto de asombro.

—Es demasiado para mí, — confesó. — Esas marcas las pusimos hace dos años para indicar la posición exacta en que fuera encontrado el cuerpo. De cuando en cuando hacemos esto en casos como el de Austin. La casa ha estado cerrada casi siempre desde entonces, lo que explica que estén aún visibles.

Todavía estaba mirando las marcas de tiza, y Dale sabía que sus pensamientos seguían el mismo curso que los suyos propios. Como si quisiera apartar de su mente ese fardo de pensamiento, prosiguió:

—Eso quiere decir, — dijo con lentitud, — que este hombre, Harry Fayle, está casi en la misma posición en que fué encontrado el cuerpo de Austin.—Por un momento estudió el contorno de la figura que yacía en el piso, notando especialmente la posición de las rodillas. — Fayle posiblemente encogió las piernas después de haber caído, en el espasmo final, ¿sabe? De otra manera las marcas de tiza hubieran seguido el contorno aún con mayor exactitud.

Summers hizo un movimiento de cabeza en sentido afirmativo.

—¡Poro no! eso no tiene sentido común, — refunfuñó, como si quisiera discutir el testimonio de sus ojos. — No hay razón alguna para que dos hombres sean encontrados muertos en la misma posición. ¡Es... es una locura!

—Y eso no es todo, — observó Dale. — Si Fayle hace veinticuatro horas o algo así que está muerto, entonces fué asesinado el día del segundo aniversario de la muerte de Jimmy Austin y casi a la misma hora.

—Lo sé, — repuso Summers. — ¡Es una locura! Bueno, voy a hacer que el doctor se tome un poco de molestia en este caso Présteme la luz, Dale.

Se dirigió con rapidez hacia el vestíbulo, y luego pareció recordar que el teléfono que en un tiempo hubiera estado allí había sido retirado hacía ya muchos meses. Se quedó de pié irresoluto a la puerta, mirando arriba y abajo del vestíbulo, mientras Dale movía hacia adelante y atrás, y de pronto sus ojos se detuvieron fijamente en un punto cerca de la puerta que conducía a la sala.

—¡Mire! — exclamó señalando un rincón del vestíbulo. — ¿Es que yo estoy completamente loco, o lo ve usted también?

Dale miró en la dirección que indicaba su dedo y vió un soporte alto y cilíndrico en un rincón, tal como se usan para apoyar los bastones y paraguas, y de pronto le pareció como si los sucesos de la noche hubieran culminado con algo inexplicablemente extravagante.

Al inspector Summers le pareció como si una bruma pasara delante de sus ojos, y saltando hacia adelante, retiró del soporte el único artículo que contenía, un paraguas grande con mango negro y curvo, y de género barato, exactamente igual al que Dale había examinado unas horas antes. Miró a Summers, mientras el inspector lo mantenía a la distancia con el brazo extendido, contemplándolo con ojos apagados.

—Es igual que el otro, — observó, y encogiendo los hombros volvió a colocar el paraguas en el soporte.

—Necesito tomar aire, — agregó. — Voy a salir a hablar por teléfono. Usted quédese aquí.

A Dale le hubiera agradado seguirlo, pues tenía la misma necesidad que el inspector de respirar aire fresco, pero se quedó, mientras el otro salía. Permaneció entre las dos grandes puertas corredizas, con la mirada fija en el paraguas que estaba en el soporte. La voz del inspector, llamándolo desde le comedor, lo interrumpió en sus meditaciones.

—No puedo encontrar el camino para salir, — exclamó en tono de queja. — Présteme su linterna. Yo no traje la mía.

Dale se acercó y le entregó la linterna.

—Un momento, Summers, — le dijo. — Respecto a ese paraguas, ¿no pudo haber estado aquí durante todo este tiempo?

—Es posible, pero no probable. Yo sé que no estaba cuando la casa fué cerrada hace dos años. No me parece que gente alguna haya puesto aquí los pies, fuera del pariente de Austin y que es el úuico que tendría algo que hacer aquí. Además, el paraguas es exactamente igual al otro.

Como si con eso dejara resuelto el asunto, salió con la linterna, dejando a Dale en la oscuridad. Aún para un hombre robusto y lleno de salud era una sensación poco agradable el ser dejado solo en una habitación oscura, donde el mismo aire parecía cargado de horrores. Oíanse suaves ruidos de maderas que rechinaban y que hacían poner los nervios en tensión.

De cuando en cuando el eco de los truenos atestiguaba que la tormenta se acercaba.

Dale, recordando que había visto dos velas en la habitación contigua al comedor, cuando entró por primera vez en la casa, se dirigió hacia ese lugar, encontrándolas donde las había visto y, después de encenderlas, regresó a la habitación del frente y las colocó sobre la repisa de la chimenea Hasta con la luz encendida la escena era bastante desagradable, y la atmósfera sumamente cargada. Los pensamientos de Da-

le se hallaban aún ocupados con el paraguas. A pesar de la duda que había expresado a Summers, se sentía seguro de que fuera traído a la casa por el asesino. No había llovido desde hacía varios días ni en la ciudad ni en sus cercanías, según había podido averiguar, por lo que allí se reproducía el mismo misterio que rodeaba al asesinato de Jimmy Austin, siendo tal vez aún más extraordinario, dado que el fenómeno se había repetido en el crimen de que había sido víctima Harry Fayle.

Dióse vuelta hacia el muerto. Parecía como si la lejana luz de las velas le hubiera dado una expresión al semblante que la linterna no pudo revelar. A pesar del cambio operado por la muerte, era una fisonomía inteligente, que denotaba un hombre de imaginación y tal vez una persona que hubiera sido muy amante de los placeres. Sin embargo, no teniendo en cuenta lo que el hombre pudiera haber sido en vida. Dale notó que había poseído ciertas buenas cualidades, entre las que podía contarse el candor y cierta temeridad impetuosa. ¿Qué es lo que había traído al hombre, — pensaba, — a una casa con las puertas y ventanas clausuradas?

El eco familiar de las pisadas de Summers lo sacó de su meditación.

—Pronto llegará un par de empleados, — le dijo el inspector. Su semblante rojo tenía un aspecto severo, como si estuviera desafiando a la mano oculta de las circunstancias a jugarse el todo por el todo.

—También he telefoneado al médico, — agregó.

Dale movió la cabeza con aire distraído.

—¿Por qué ha venido usted aquí esta noche? — interrogó Summers.

—¿No está usted contento de que lo haya hecho? — le preguntó Dale a su vez.

—Sí. ¿Supongo que usted se habrá introducido de acuerdo con los métodos del "Artificioso".

—No señor, — repuso Dale con suavidad. — Fueron los vientos del destino los que me impelieron hacia adentro.

El inspector fijó en él una especie de mirada sonriente, y luego se encogió de hombros como para desechar el tema.

—¿Quién era Harry Fayle? — fué la pregunta siguiente de Dale.

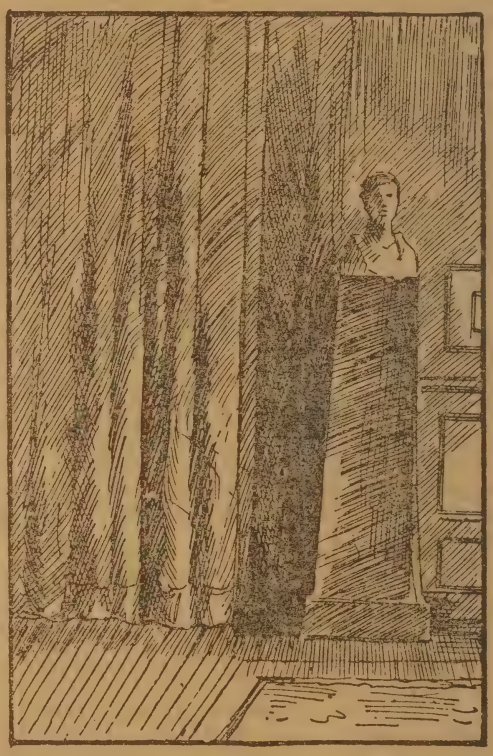
—Era amigo de Jimmy Austin. Formaban un extraño par de amigos, Dale. No tenían mucho de común, según he podido descubrir. Austin era... bueno, cuanto menos digamos acerca de él será mejor. Fayle no era ningún santo, pero sin embargo era un excelente caballero. Viajaba mucho y en ocasiones sus amigos no lo veían durante muchos meses. — El inspector hizo una pausa y contempló el cadáver. — Yo siempre tuve la idea de que Fayle sabía algo que nunca dijo, acerca de la muerte de Austin.

Dale fijó una mirada interrogativa en el inspector.

—Es solo una fantasía, — prosiguió Summers. — Puedo haberme equivocado. Naturalmente; nosotros lo interrogamos, lo mismo que a los demás, pero no pudimos sacarle mucho. No fueron las cosas que me dijo lo que me hizo sospechar, si no lo que no dijo. Había grandes claros en su relato.

—¿Cree usted que Fayle ha tenido algo que ver en el asesinato de Austin?

—No, no es eso precisamente, pero tenía el presentimiento de que el asunto de Austin podría haber sido aclarado antes, si Harry Fayle hubiera sido un poco explícito en sus conversaciones. Puedo equivocarme, pero una cosa es muy cierta y es que el que



pueda dejar esclarecido este crimen tendrá que desvanarse los sesos.

Contempló el cadáver, las marcas de tiza en el suelo, y el soporte de los paraguas en el rincón del vestíbulo con el ceño fruncido. Después de un intervalo corto de silencio se puso a escuchar con atención.

—Son mis hombres, creo, — observó, y volvió nuevamente a escuchar. Un fuerte ruido resonó por toda la casa. — Los idiotas están haciendo sonar la campanilla. ¿Quiere ir a enseñarles cómo deben hacer para entrar, Dale? Usted es práctico en lo de entrar subrepticamente.

Dale se rió de la indirecta mientras bajaba al subsuelo y guiaba a los recién llegados al lugar del crimen. Eran cuatro, dos con uniforme y dos vestidos de particular.

Dale se echó hacia atrás, parándose cerca de los cortinajes en la parte trasera de la habitación, mirando con los brazos cruzados los pasos iniciales en la investigación.

El procedimiento se llevaba a cabo sin apuro, con eficacia y precisión. Dale quedó maravillado de Summers. Parecía como si el inspector hubiera súbitamente hecho a un lado la mistificación de que se encontrara poseído, y dirigía la operación en una forma que demostraba su capacidad, especialmente en los detalles más mínimos. Sólo de tanto en tanto, en un momento de abstracción, se le podía sorprender echando una mirada de soslayo a las marcas de tiza del piso y al paraguas del vestíbulo.

A Dale le pareció que los detalles eran

Se volvió hacia el otro lado de la habitación y levantó la voz: "Debe usted estar cansado de esperar, Summers", — dijo Dale.

muy cansadores, pero allí y allá encontraba un toque dramático. El busto de Jimmy Austín, elevándose por encima de la escena en su pedestal, parecía dominar la situación, mirando lo que ocurría con ojos sardónicos y fríos.

Uno de los hombres uniformados, a quien Summers enviara fuera de la habitación, regresó para informar que las fallebas de todas las puertas estaban aseguradas y parecían intactas, dando lugar a la suposición de que el criminal había entrado a la casa manipulando la cerradura de la puerta del piso bajo, única entrada que no fuera clausurada. Si esto era correcto, — reflexionaba Dale, — la forma como el criminal había entrado era igual a la empleada por él. No veía que ese punto fuera de gran importancia, y pronto se dió cuenta de que las investigaciones se dirigían hacia el pedestal que sostenía al hermoso busto de Jimmy Austin.

Avanzó y vió a uno de los hombres vestidos de particular ocupado con varios instrumentos que había sacado de una caja negra, y se dirigió hacia el lugar desde donde Summers miraba la operación con interés y expectativa.

—¿Qué pasa? — le preguntó.

—Impresiones digitales, — repuso Summers sin mover la cabeza.

Dale elevó las cejas; por fin parecía que Summers había hecho algún descubrimiento. En el caso de Jimmy Austin no se habían descubierto impresiones digitales ni rastro alguno tangible. Contempló al hombre que trabajaba en un pequeño aparato fotográfico que parecía enfocado hacia el borde del pedestal en la parte superior, y luego dirigiéndose nuevamente a Summers:

—¿Quién cree usted que ha dejado las impresiones digitales en el pedestal? — preguntó.

—¿Cómo podría decírselo hasta que no hayan sido identificadas? — repuso el inspector, y luego agregó en tono más bajo:

—Estoy dispuesto a apostarle mi sueldo del mes que viene a que haré arrestar a Bentham mañana.

Dale hizo un movimiento de cabeza.

—¿Tiene usted el registro de las impresiones digitales de Bentham?

—Las tenemos, aunque Bentham no lo sabe. Hay más de una forma de conseguir las impresiones digitales de una persona.

Dale se imaginaba lo que habría de ocurrir. Dentro de poco las impresiones encontradas en el pedestal serían comparadas con las que figuraban en los archivos. Si ambas coincidían, Hugo Bentham sería arrestado bajo la acusación de homicidio. Con una extraña sonrisa en los labios salió de la habitación lentamente

IV

ERAN las tres y cuarto por el reloj de Dale, pero todavía brillaba luz en la casa de Hugo Bentham, una pequeña residencia de Wimbledon Common. Pagó al conductor del coche y fué con rapidez por la corta vereda, pues al fin la tormenta se había desencadenado, y la lluvia caía en forma torrencial. Por un momento quedó parado debajo del alero de la puerta, hasta que encontró el disco blanco de la campanilla eléctrica, pero cuando se disponía a apretar el botón, el eco de una voz le detuvo.

Miró hacia un costado, donde una luz se reflejaba contra una curva y notó que la

persiana había sido levantada cerca de medio pie para permitir el paso del aire fresco. Era a través de esta abertura que la voz llegaba; una voz inconfundiblemente masculina, muy parecida a la de Hugo Bentham. Dale escuchó con atenenón exponiéndose a la lluvia e inclinándose hacia adelante, pero no pudo comprender ninguna palabra; poco después habló una voz femenina. Posiblemente la persona que hablaba era la hija de Bentham, pues el corredor era viudo desde hacía unos años.

Dale titubeó, y luego volvió a considerar su plan primitivo. ¿De qué estarían hablando Bentham y su hija a esa hora de la madrugada? El eco de sus voces, que llegaba amortiguado por la lluvia y el viento, indicaba que ambos estaban excitados. Una persona que escuchara al lado mismo de la puerta podría llegar a saber algunas cosas interecantes; pero era imposible sacar nada en limpio desde el lugar donde se encontraba. Dale dióse vuelta hacia la puerta y se palpó los bolsillos, recordando nuevamente las declaraciones de Summers al efecto de que el Artificioso poseía ciertas ventajas de que carecía la policía.

Donde él se hallaba parado estaba oscuro, y el agente de servicio se encontraría posiblemente resguardado en algún portal, por lo que podría trabajar con entera libertad. La cerradura no tardó mucho en ceder a su experto manipuleo, penetrando en un pequeño vestíbulo en uno de cuyos costados había una escalera. De pronto oyó la voz de Bentham que resonaba clara y cercana.

—Pero debes hacerlo, querida. La situación es mucho más seria de lo que tú te imaginas. Mañana puede ser demasiado tarde. A menos que no digas esta noche...

—Pero no puedo, padre! — interrumpió la segunda de las voces, que era de una persona joven y vibraba con acento de temor. — Esta noche no, a lo menos. ¡Oh, papá, si solo supieras!...

Dale miró rápidamente a la puerta que estaba frente a las escaleras y que se hallaba entornada, permitiendo que los voces se filtraran por ella. Oyó un suspiro y luego una voz que decía: "Buenas noches, papito", y se escurrió hacia un rincón en el preciso momento en que la puerta se abría y una joven pasaba sólo a unos cuantos pies de distancia de donde él se encontraba, apresurándose a ascender por la escalera. La miró hasta que hubo desaparecido saliendo de su escondite y encaminándose con paso seguro hacia la habitación de donde la joven saliera en ese instante.

Benthan estaba sentado en un sillón cerca de la ventana, con los codos apoyados en sus rodillas en una actitud que denotaba su abatimiento. Dale hizo alto dentro de la habitación frente a la puerta, contemplando el movimiento nervioso de los músculos del semblante del otro hombre y el que le imprimía a sus cabellos grises el viento que se colaba por la rendija de la ventana. Durante un instante, sin ser observado por el hombre que estaba en el sillón, quedó absorto haciendo un estudio de la fisonomía de Benthan. Cuando una persona está inconsciente de ser observada como Benthan en ese momento a veces hace más revelaciones por la expresión de su fisonomía que por las palabras que pueda pronunciar.

—¡Hola, Bentham! — exclamó Dale con voz suave y adelantándose. — ¡Es una noche horrible!

El interpelado levantó la cabeza con un movimiento brusco. Sus facciones se tornaron lívidas de repente.

—Está usted mal de los nervios, Bentham, — observó Dale con aire solícito; — usted debería buscar algun remedio. Un pequeño descanso en el campo es exactamente lo que usted necesita.

—¿Usted? — exclamó el corredor con voz ronca, reconociendo a su cliente en perspectiva. — ¿Cómo?...

—¡Oh! Dejemos a un lado estas cosas — le dijo Dale con soltura, sentándose en un lugar donde pudiera contemplar el semblante de Bentham con claridad — Los detalles por lo general son molestos. He venido a decirle que he decidido adquirir algunas de esas acciones.

El corredor se tranquilizó.

—Las tres y media de la mañana, — observó, — es una hora bastante extraña para discutir asuntos financieros.

—Por casualidad pasaba por aquí, ví luz en su ventana, y decidí entrar a visitarlo. ¿Puede haber algo más sencillo?

—La puerta estaba cerrada con llave, — dijo Bentham.

Dale se recostó confortablemente, moviendo sus pestañas con aire de astucia.

—Las cerraduras son cosas muy interesantes, — murmuró. — Pero vamos a arreglar esa cuestión de las acciones antes de que cambie de idea. ¿Qué importe me dijo que era cuando fuí a verlo en su oficina?

Dale extrajo de su bolsillo un talonario de cheques y una lapicera con depósito, comenzando a llenar el cheque, y luego levantó la vista interrogativamente.

—¿Cuanto tiempo estuvo usted en el vestíbulo? — le preguntó Bentham de pronto.

Dale frunció el entrecejo.

—No fué más de un minuto. Sus nervios están realmente en mal estado, Bentham. Siga mi consejo y no trabaje tanto. Ahora, respecto a este pequeño negocio, estábamos discutiendo una pequeña inversión para comenzar como usted recordará. Yo creo que usted me dijo quinientas libras.

Inclinó su cabeza sobre el libro de cheques, comenzó a escribir de nuevo, luego levantó la vista rápidamente

—A propósito, Bentham, — le dijo como por casualidad, — ¿asesinó usted a Jimmy Austin?

El hombre corpulento se echó hacia atrás como si quisiera esquivar un golpe. Sus enormes manos asieron los brazos del sillón, como para aplastarlos.

—¡No! ¡Yo no fuí! — gritó. — Yo nunca...

—No tan fuerte, — le dijo Dale en tono de consuelo. — No es como para desesperarse por eso. ¿Mató usted a Harry Fayle?

—¡No! — rugió como un trueno el gigante. — ¡Yo no maté a Fayle!

La sonrisa de Dale se tornó un poco más amable.

—¡Es extraño! — dijo. — Usted no pareció sorprenderse en lo más mínimo al saber que Fayle ha sido asesinado. Yo estoy bien seguro que sólo media docena de personas lo saben hasta ahora. Sólo una pregunta más, Bentham, y tenga a bien no gritar cuando me conteste. No es necesario molestar a su hija. ¿Por casualidad, no visitó usted anoche la casa de Austin?

Hablaba con voz tranquila, pero su mirada penetrante no se apartaba ni por un instante de las facciones de su interlocutor. Por último Bentham, incapaz de sostener por más tiempo esa mirada escrutadora, bajó la vista.

—No, — declaró. — No fuí a la casa anoche, y no veo por qué usted me hace semejante pregunta.

Dale suspiró.

—Usted no sabe mentir, Bentham. Usted me dijo la verdad cuando negó haber matado a Austin y a Fayle, pero mintió cuando dijo que no había ido a esa casa anoche. ¡Y es una mentira tan tonta! Un mentiroso debe aprender primero a mantener su cara impasible. Cualquiera podría descubrir en usted a un principiante en el gentil arte de la prevaricación.

Bentham, respirando fuerte, y con las líneas azules que cruzaban sus sienes hinchadose por momentos, lo miró completamente atónito.

—¿Quién es usted? — murmuró. — ¿Y qué?...

Dale se rió.

—Usted conoce mi nombre. Eso es bastante. Usted está pensando cómo es que yo sé que usted dijo la verdad acerca de los homicidios, pero que mintió al referirse a su visita a la casa de Austin anoche... o la noche anterior a la de ayer para ser más claro. Yo no sé como podré decírselo, pero lo que pasa con las personas honradas es que no pueden mentir con éxito. Yo he venido aquí, Bentham, para aconsejarlo. Usted dejó sus impresiones digitales en el pedestal que está en la habitación del frente en aquella casa.

El hombre grande se sacudió violentamente.

—Mañana recibirá usted órden de arresto, — prosiguió Dale, — acusado de un delito que no permite la libertad bajo fianza. Usted será interrogado por personas que tienen el deber de condenarlo, y que van a proceder teniendo presente de antemano que usted dirá la verdad. Usted será encerrado en la prisión...

Un murmullo de terror se escapó de la garganta del otro hombre.

—Y usted quedará allí hasta que se le condene, o hasta que la policía descubra el error. Podrá transcurrir mucho tiempo. Por lo tanto, es mejor que usted haga como se lo aconsejé en un principio y se vaya a tomar un descanso.

—Yo no voy a escaparme, — declaró con tristeza el hombre, abriendo sus mandíbulas en actitud de desafío. — No soy cobarde. Yo no...

—No hay nada de heroico en dejarse arrestar. Y, en realidad, usted no escapa. Nadie supone que usted sabe que se le sospecha de ser el asesino de Fayle. Usted simplemente va a tomarse un descanso. Si se le encierra en una prisión tendrá muy pocas probabilidades de poder probar su inocencia. Si permanece en libertad, usted tendrá oportunidad de hacer su defensa ayudando a sus amigos a encontrar al verdadero criminal.

—¿Mis.. mis amigos?

—Yo, por ejemplo. Yo seré su amigo si me lo permite. ¿Qué dice usted?

—No comprendo, — murmuró Bentham. — No veo por qué habrá entrado sigilosamente aquí esta noche como lo hizo. Yo nunca lo ví a usted hasta que fué a visitarme en mi oficina. Usted dice que es mi amigo, y se está ofreciendo a ayudarme. — Sus miradas se suavizaron un poco. — ¿Por qué lo hace usted? ¿Quién es usted?

—¿Se le importa eso? Voy a decirle una cosa. Una vez hace años, la policía cometió uno de sus deliciosos errores, y por poco arruina mi vida.. Yo me he vengado de ella, por lo que no me quejo. Pero desde entonces he tenido un concepto distinto de la vida. Supongo que lo que yo estoy haciendo esta noche no es nada honesto que se diga. Cierto inspector de la policía recibiría un alegrón si lo supiera. Pero yo soy lo que soy. Yo sé diferenciar a un malhechor de un hombre honesto en cualquier momento, y tengo un poco de compasión para cualquiera que esté por ser injustamente condenado por la ley, como yo lo sufrí.

Dale se arrellenó más cómodamente en su asiento.

—Yo creo, Bentham, — murmuró, — que usted debería quedar fuera de la prisión... ya que no por otra cosa, al menos por su hija. Usted está seguro hasta mañana por la mañana. La policía cree que sabe donde puede encontrarlo. No tardará usted mucho en empaquetar algunas de las cosas que le son más necesarias. Yo tengo un lugar en las montañas de Gales, bastante triste y desolado, pero que es muy bueno para los nervios. Hay peces en el lago, caza en los bosques, y muchas conservas en la despensa y en la granja advacente. La gente rústica que habita esos lugares no se molesta mucho por leer los diarios. Esto, — agregó escribiendo sobre un trozo de papel, — le indicará cómo hacer para llegar allí. Piénselo, Bentham, pero no se tome mucho tiempo.

Le entregó al corredor lo que había escrito, tomó su sombrero, se dirigió con soltura hacia la puerta, y luego volvió sobre sus pasos.

—¡Oh! A propósito, — exclamó. — ¿Tiene

usted idea de quién ha sido que mató a Austin y a Fayle?

El corredor lo miró con algo de sorpresa y luego meneó negativamente la cabeza.

—¡Oh! Bueno, — dijo Dale con frialdad. — Tendrá al malhechor antes de una semana. Esto es, naturalmente, si usted hace lo que le dije y le da un descanso para sus nervios. ¡Ah! Me olvidaba...

Sacó un llavero de su bolsillo, retiró una de las llaves, y se la entregó al corredor.

—Siempre me estoy olvidando,—murmuró como disculpa,—de que la generalidad de las personas no puede entrar en una casa cerrada si no tiene la llave. Con ésta podrá entrar usted. Buenas noches, Bentham.

V

"QUERIDA, — dijo Martín Dale hablando con Cora Stillman por teléfono, — ¿quieres desayunarte conmigo en lo de Deigthon dentro de media hora?"

—¿Desayuno? — repitió Cora con tono de sorpresa. — ¿Quién ha oído hablar de tomar el desayuno con un hombre?

—Una razón más para que la innovación sea puesta en práctica inmediatamente.

—Pero yo me he desayunado ya.

—Llamémosle almuerzo, entonces.

—Martín, ¿te has vuelto loco por completo? Son las diez y media, demasiado tarde para el desayuno y demasiado temprano para el amuerzo.

—Entonces, nos comprometermos lo mismo y lo llamareos un "dejeuner a la fourchette". En lo de Deighton, pues, dentro de media hora.

Dale oyó un suspiro, y luego colgó el tubo. Diez minutos después se cambiaba la robe de chambre, vistiéndose con un traje adecuado. Pronto estuvo en un automóvil de alquiler camino del hotel pero en el camino hizo alto para comprar un paraguas. La elección pareció requerir mucho cuidado y meditación de su parte.

Cuando llegó al hotel encontró a Cora que lo estaba esperando. Llevaba un vestido color azul marino y un sombrerito cloche que estaba muy de moda. Lo miró detenidamente con aire de escandalizada y expresión de reproche, pero nada dijo hasta que el mozo hubo anotado lo que se le pidió.

—Tal vez usted tendrá la condescendencia de explicarse, — dijo con aire altanero y burlón.

—Como te dije ayer, estoy trabajando, — le dijo Dale con gravedad. — Ya no soy de los que nada hacen. Me he vuelto detective... un detective extraordinario.

—Sea lo que sea, estoy segura de que ha de ser extraordinario, — asintió ella con tono de resignación. — ¿Qué significa esa tontería de ayer acerca de los paraguas y de los baños de lluvia privados?

—¡Oh! Eso no era más que un experimento. Tu recordarás el asesinato de Jimmy Austin. A la policía se le ha metido en la cabeza que un tal Hugo Bentham es el culpable, pero no tiene pruebas. La noche anterior ocurrió otro asesinato en el mismo lugar, y esta vez los inteligentes muchachos del Departamento encontraron una leve prueba... impresiones digitales. Bentham habría sido arrestado esta mañana si no hubiera tomado la resolución de hacer un repentino viaje para restablecer su salud.

Los ojos oscuros de Cora reflejaban admiración, mezclada de un poco de desconfianza. Martín, — comenzó a decir en tono acusador, mientras sus ojos se agrandaban con la intuición femenina, — tú no...

—Bentham es inocente, — se apresuró a replicar Dale. — No puedo decirte por qué lo sé, pero estoy seguro. Obró con toda lógica al salir de la ciudad. Siendo inocente y faltándole la práctica para decir una buena mentira, pronto lo hubieran enredado en un sinnúmero de contradicciones.

—¿Pero por qué habría de mentir si es inocente?

—Puede haber razones, — dijo Dale vagamente. — Sea como sea, me he propuesto salvarlo.

Cora contempló sin interés los alimentos que le mozo había dejado delante de ella, y se sonrió.

—¿Y en qué forma has de recibir la gratificación? ¿En el cielo?

Dale levantó su vista de los hor's d'oeuvre, y fijó su mirada en las hermosas facciones de su interlocutora.

—A veces, — le dijo con lentitud, — creo que se encuentra el cielo en los ojos de alguna mujer.

Ella se ruborizó un poco y apartó la vista.

—Lo que tú estás haciendo y diciendo parece cosa de locos, — le dijo, — pero si tú crees que Bentham es inocente, supongo que tendrás razón. Muy raras veces te equivocas en cuanto a las personas. Tienes un sentido casi sobrenatural para descubrir los caracteres.

—Gracias, — dijo Dale, algo confundido, y luego comenzó a contarle sus impresiones acerca de Bentham y las razones que tenía para creer que la policía se aquivocaba. Las mejillas de la joven se enrojecieron mientras él hablaba, y cuando hubo terminado hizo un movimiento de cabeza para significar que lo había comprendido.

—Creo que te he comprendido, Martín, — murmuró. — Sé por qué simpatizas con Bentham. El motivo estriba en algo que ha sucedido hace muchos años, ¿no es cierto, querido? Es una cosa muy buena la que estás haciendo. ¡Ojalá pudiera ayudarte!

—Puedes ayudarme. Por eso yo te pedido que te encontraras conmigo aquí. Bentham tiene una hija, que es una chica muy joven. Yo quiero que tú te hagas amiga de ella. Probablemente ella necesitará una amiga. Cuando te hayas captado su confianza, convenciéndola de que tus intenciones son amistosas, trata de sonsacarla. Ella no tiene madre y su corazón posiblemente está deseoso de encontrar alguien a quien contar sus cuitas. Tú sabes como hacer para llegar al corazón de las personas, querida

Ella se sonrió pensativa.

—¿Crees tú que ella lo sabe?

Dale reflexionó un momento.

—Yo creo que ella sabe algo. Creo que tiene algo en su mente y que no le quiere decir ni aun a su padre. Con una mujer, especialmente una mujer como tú, puede que sea diferente. — Miró su reloj. — Voy a tener mucho que hacer hoy. Ahora, si has terminado...

—Ni siquiera he comenzado, — replicó ella mirando los platos que no habían sido probados. Tú eres una persona tan extravagante, querido... has pedido cosas para una persona que no puede comerlas por falta de apetito. Pero tu idea es espléndida. — Sus ojos oscuros brillaron mientras extendía el brazo para recoger su cartera. — Voy a ver a la señorita Bentham esta tarde.

Dale al salir reclamó su sombrero y paraguas, y tuvo especial cuidado en que este último fuera el mismo que había dejado. Los errores pueden cometerse hasta en los guardarropas mejor atendidos. Puso a Cora dentro de un automóvil de alquiler. Después buscó un teléfono y tras de hacer averiguaciones en varias partes, supo que el encargado de la casa de Austin era un tal Edwin Filed, un agente de propiedades muy importante, que tenía su oficina en Columbus Road.

Decidió ir a pie pues era cerca. Balanceó el paraguas con aire de ostentación. Aunque era un artículo ordinario, se tornaba en una cosa conspicua por razón de su baratura, que contrastaba con el porte elegante del hombre que lo llevaba. Además, las nubes estaban disolviéndose, lo que prometía la próxima vuelta del sol, haciendo que el paraguas se convirtiese en un artículo más o menos superfluo.

Filed ocupaba oficinas grandes y lujosas. En el momento en que Dale entraba, llevando el paraguas debajo del brazo, reconoció, con la consiguiente sorpresa, al hombre quién había molestado la noche anterior para pedirle que le permitiera hablar por teléfono.

Evidentemente ambos se reconocieron, pues los ojos de Filed se agrandaron por un instante detrás de sus anteojos de carey. Contempló la tarjeta que había precedido a Dale en la oficina, se atusó el pequeño bigote, y luego levantó la vista con una sonrisa.

—Bueno, esta es una coincidencia, señor Dale, — observó con tono placentero. — Yo he tenido el placer de serle útil anoche. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted hoy?

Brevemente Dale le explicó que estaba ayudando al inspector Summers en la investigación de ciertos detalles menores relacionados con el asesinato de Austin y Fayle.

—Es un verdadero misterio, — dijo Filed en tono de reproche. — No me gusta que sucedan esas cosas en las casas que tengo bajo mi cuidado. Y esto ha sucedido dos veces en la misma casa. Es muy malo para los negocios... muy malo. ¿Por qué no habrá la policía detenido antes al asesino? Bueno, señor Dale, siéntese y dígame en qué puedo serle útil.

Dale tomó asiento, arrimó el paraguas contra el escritorio, y le ofreció a Field un cigarro.

—Tengo entendido que es usted agente de la casa en cuestión, — comenzó a decir.

—Sí. Mala suerte. Al principio no tenía interés en hacerme cargo, pero después de la muerte de Austin, su pariente me convenció de que me encargara de ella. Me dijo que quería que la propiedad fuese administrada por un hombre que pudiera vigilarla de cerca, y yo vivo enfrente. Parece que suponía que yo iba a hacer como de sereno.

Field se rió.

—¿Conocía usted a Jimmy Austin? — preguntó Dall.

El agente hizo un gesto.

—Lo veía de cuando en cuando, como es natural, puesto que vivía en frente de su casa, pero en realidad, no lo conocía. No era de la clase de hombres cuya amistad uno desea cultivar.

—Comprendo, señor Field. Entonces, por lo que usted sabe ¿no puede decirme si tenía algún enemigo personal?

—Creo que tenía muchos, pero yo no frecuentaba la compañía de hombres como Austin y sus relaciones. — Un sentimmiento de desdén irradiaba de la expresión culta y caballeresca del que hablaba. Hizo un ademán con sus manos finas y blancas, como si quisiera alejar de sí todos los objetos sórdidos. — Lamento no poderle dar ningún informe, señor Dale.

Dale recogió el paraguas y se puso a hacerlo dar vueltas con aire de preocupación.

—¿Nunca vió usted signo alguno misterioso en la casa desde que fué clausurada?

—Nunca. — Field contemplaba el paraguas. [illegible]aba vueltas en la mano de Dale, con o[illegible]ue se achicaban. — Temo no haber cumplido con mi deber de sereno, — agregó sonriendo. — A propósito, ¿no es esa la misma clase de paraguas que ha figurado en estos dos crímenes?

—¿Sí? — preguntó Dale inocentemente. — Lo compré esta mañana. Parecía que iba a llover.

Field inspeccionó el paraguas con curiosidad.

—Uno de los detectives me mostró el paraguas que fué encontrado en el vestíbulo después de la muerte de Austin. Los diarios de hoy dicen que que se encontró uno igual anoche exactamente en el mismo lugar. Este parece idéntico al que el detective me mostró, excepto... Pero, no, no hay diferencia alguna, según veo.

Miró a Dale con una leve expresión de intriga.

—Es un paraguas muy común, — repuso Dale con languidez. — Bueno, señor Field, no quiero molestarlo por más tiempo.

Le dió las gracias y salió del edificio, encaminándose a la biblioteca pública, donde nuevamente consultó los diarios de hacía dos años, anotando con cuidado los nombres de las personas que fueron interrogadas con respecto al crimen de Austin. Luego inició una recorrida sistemática, haciendo preguntas cuidadosamente concebidas a cada una de las personas anotadas y tratando invariablemente, en una u otra forma, de llamarles la atención hacia el paraguas.

La tarea era ardua, pero había momentos emocionantes. La lista que tenía Dale en su bolsillo era un verdadero índice de los enemi-

gos de Jimmy Austin. Cada una de las personas con quién hablaba tenía alguna queja contra el hombre que fuera asesinado dos años antes. Todos ellos habían sido interrogados anteriormente por la policía, y Dale se imaginaba que también se les habría preguntado si podían identificar un paraguas igual al que Dale les había mostrado. Uno de ellos podría resultar el asesino de Austin y de Fayle, pues sospechaba que los dos homicidios habían sido cometidos por una misma persona. En consecuencia, cualquier observación referente al asesinato de Austin era cuestión de sensibilidad en la persona entrevistada, y el paraguas, actuando a manera de un símbolo del crimen, atrajo más de una mirada nerviosa por parte de los entrevistados.

Y así transcurrió el día, haciéndose cada vez más pesado y caluroso, mientras Dale, de cuando en cuando, abonaba el importe de los coches y estudiaba el espíritu de las personas.

—¿Austin? — dijo Roberto Aiken, un caballero de edad. — No, no tengo idea de quién pueda haberlo matado, ¡pero le garanto que yo mismo lo hubiera hecho! ¿Dónde consiguió usted ese paraguas? Parece exactamente igual al que... ¡Jum!

Mona Lane, cuyo nombre figuraba en un cartel eléctrico cerca de Leicester Square, miró a Dale con expresión de lástima.

—No. Yo nada sé, y lo que es más, no me interesa. — declaró lánguidamente. — Me gustaría que en los días calurosos no me hicieran preguntas molestas. No me importa nada de lo que le haya ocurrido a Jimmy Austin. Yo no sé nada, y mi sirvienta me tiene listo el baño, por lo que debo pedirle que me disculpe. Sí, veo el paraguas que usted ha estado haciendo dar vueltas delante de mis ojos, como si tuviera miedo de que no me diera cuenta de que lo tiene. Tengo entendido que es exactamente igual al otro, pero me rehuso a ruborizarme, o a palidecer, o a sufrir un ataque de nervios, o cualquier otra cosa que usted pretenda que yo haga. ¡Adiós!

—Un momento, — le rogó Dale sonriente, mientras extendía el paraguas. — ¿Es este exactamente igual al otro?

—Así es. — repuso y lo miró inexpresivamente. — Lo es, en lo que yo puedo identificarlo, y ahora le diré que esto es más de lo que puedo soportar.

Dale se retiró pensativo. El hombre que seguía en su lista era el de J. Howard Blake, que vivía con lujo en un hotel del West End. Blake tenía la expresión de una persona entendida en carreras y bruscamente le preguntó a su visitante el motivo de su visita.

—Sólo deseo que me conceda unos minutos de su tiempo. — le dijo Dale amablemente, moviendo el paraguas con aire preocupado. — Estoy interesado en el caso de Jimmy Austin.

—¿Para que se refiere usted a hechos que han pasado a la historia?

—Porque la historia se repite. Se volvió a repetir la otra noche. ¿Sabe usted por casualidad si alguna de las amistades de Austin tenía la costumbre de llevar paraguas aun en tiempo bueno?

—Ya me han hecho esa pregunta con anterioridad, — repuso Blake secamente, y luego tomó el paraguas de Dale y lo miró con una expresión inescrutable.

—¿Qué dice usted? — insistió Dale.

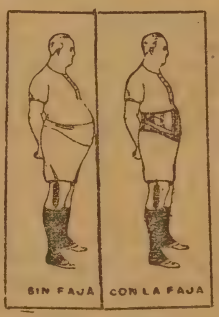
Después de contemplar el paraguas en silencio por un momento, Blake se lo devolvió encogiéndose de hombros.

—El único hombre conozco que haya llevado un paraguas en buen tiempo es usted mismo. Buenos días, señor.

Dale se retiró sonriente. Su última visita era para Roger Pickworth, el escultor que había hecho el busto que estaba en la biblioteca de la casa de Austin. Aunque se le consideraba como uno de los pocos amigos del difunto, su nombre había figurado repetidamente durante las investigacines. El escultor había salido, pero como su secretario le anunció que debía llegar de un momento a otro. Dale tomó asiento frente a la ventana del estudio, mirando la gente que pasaba por la calle.

Había visto fotografías de Pickworth por lo que le reconoció fácilmente cuando el escultor se acercó caminando por la calzada en dirección a la casa. Era un hombre alto, de anchos hombros, que caminaba imprimendo a su cuerpo un balanceo juvenil; pero lo que más le interesó a Dale fué el paraguas que llevaba. Era muy peculiar, pues el tiempo había aclarado poco después de las diez, y el secretario le diera a entender que el escultor había estado afuera sólo una media hora. Sin embargo, como Dale sabía, había personas

¡¡CABALLERO!!



Presentando este boleto acordamos 10 % de descuento.

Use Vd. la faja Poupée contra la obesidad y evitará muchas enfermedades, no hay que dejar que se acumulen grasas en el vientre; la faja Poupée, con buenos materiales, le costará $ 10.—

Atendemos recetas, y tenemos en stok fajas para toda clase de enfermedades y operaciones.

Cerrito 122 - LA POUPEE

Unión Telef. 3938 - Rivadavia

BUENOS AIRES

Pidan folletos del reductor SOBERANO para hernias.

que por razones de salud u otras causas, tenían la costumbre de llevar paraguas cuando existía la menor probabilidad de lluvia, y los pronósticos de esa mañana habían indicado ligeros aguaceros.

Dale se presentó a sí mismo y abordó el tema, pero parecía que el escultor carecía de informes.

—A propósito, — dija Dale distraídamente, en el momento en que se disponía a partir. — Yo ví que usted llevaba un paraguas cuando entró. ¿Espera usted que llueva?

El escultor pareció resentirse por la pregunta indiscreta, pero poco después apareció en su semblante una expresión mucho más fuerte que el resentimiento. Palideció un poco, bajó la vista confundido, y se sonrió forzadamente.

—Veo que usted también lleva uno, — observó, y durante un momento su vista quedó fija en el paraguas que tenía Dale en la mano.

—Con la edad uno se vuelve precavido, — fué la respuesta de Dale. — Adiós, señor Pickworth.

Se retiró silbando por lo bajo.

—Ahora vamos a tener una pequeña conversación con Summers, — se dijo a sí mismo, y luego se sonrió con alegría. — Apuesto a que el viejo Summers va a sentirse tan disgustado como un oso a quien le duela la cabeza.

VI

SUMMERS no estaba en su despacho, y las averiguaciones hechas en varias partes no dieron resultado para descubrir su paradero. Por lo tanto, Dale pasó el resto de la tarde en la mejor forma que le fué posible, matando el tiempo en el salón de fumar de su club, mientras trataba de poner en claro algunos detalles relacionados con los asesinatos de Austin y Fayle.

A eso de las cinco de la tarde comenzó a llover de nuevo, primero una lluvia menuda y fina, luego un verdadero aguacero. Dale cenó tarde y solo; pasó una hora leyendo los diarios de la noche, y con la mente aun llena de enigmas, fué a ver una representación teatral. Finalmente, obedeciendo una atracción magnética, se dirigió a la casa de la calle Russell. Mientras atravesaba tranquilamente el comedor vió una débil claridad que se colaba por entre los cortinados levemente descorridos. Mirando por la angosta abertura vió las velas que estaban ardiendo sobre la repisa, y a Summers que se hallaba parado frente al busto de Austin en actitud pensativa.

—¡Hola, Summers! — exclamó, entrando en la habitación.

El cadáver había sido retirado, pero las marcas de tiza en el piso todavía estaban claramente visibles. Summers giró sobre sus talones con una breve exclamación gutural, como si el sonido de esa voz lo hubiera sacado súbitamente de una profunda meditación.

—¡Ah! ¡Es usted! — dijo con sequedad. — ¿Qué manera es esa de penetrar subrepticiamente, para darle a uno un susto?

—No quería turbar a los espíritus. — Dale se apoyó contra su paraguas que chorreaba agua. — ¿Hay alguna novedad?

—Muchas, — el inspector fijó en él su mirada brillante. — Tal vez usted sepa que Bentham ha desaparecido. He estado pensando que posiblemente usted supiera decirme adónde ha ido.

—¿Yo? ¡Es ridículo!

Summers continuó mirándolo con expresión dura y desconfiada.

—Usted, estimado señor, se fué apresuradamente anoche, mientras nosotros estábamos fotografiando esas impresiones digitales, que, entre paréntesis, resultaron ser de Bentham como lo había presumido. La última cosa que le dije antes de que usted se retirara era que pensaba hacer arrestar a Bentham por la mañana temprano. Pero por la mañana, Bentham había desaparecido.

Dale se rió de buena gana.

—¿Y usted me culpa a mí por esa desaparición?

Summers se limitó a mirarlo fijamente.

Dale se sacó el sombrero y se dejó caer en el sillón más confortable de la habitación.

—¿Así que los rastros de que estaban en el pedestal resultaron ser las impresiones digitales de Bentham?—observó.—Bueno, no me sorprende mayormente. Eso parece indicar que sabía algo acerca del asesinato de Fayle, ¿no es cierto? ¡Jum! Pero dígame ¿Por qué está usted tan seguro de que sea él quien asesinó a Jimmy Austin?

—Voy a decírselo, — replicó Summers. — Yo sé muchas cosas contra Bentham, pero le voy a comunicar sólo una. Bentham tiene una hija. Es una chica muy buena en todo sentido, pero le agrada jugar con el fuego, y jugó con Jimmy Austin. Ahora bien, Jimmy se vanagloriaba de ser un gran conquistador, y lo único que no podía soportar es que se le tomara por tonto. Juró que habría de vengarse tomándole el pelo a Marjorie Bentham en su oportunidad. Bentham tuvo conocimiento de lo que ocurría. Está loco por su hija. Le dijo a Jimmy Austin que se apartara de su camino, y cuando Austin continuó persiguiendo a su hija juró que lo mataría. Varias son las personas que lo han oído, y aseguran que lo dijo en tono resuelto.

—¿Es eso todo? — preguntó Dale lánguidamente.

—¿Qué más quiere usted? Bentham sabía la reputación que tenía Austin. Tal vez se ofuscó y exageró el peligro que corría su hija. Ese no es el punto, sin embargo. El caso es que él mató a Austin para proteger a su hija.

Dale reflexionó.

—Ese es un motivo bastante ambiguo, mi amigo.

—El móvil de los crímenes en noventa y ocho casos entre cien, es idéntico.

—Pero Bentham no fué el único que amenazó a Jimmy Austin. Yo no estoy tan interesado en el cumplimiento de la ley como lo está usted. Pero Fayle parece haber sido distinto....., un individuo de igual calaña, cinco era peor. Es a causa de él que yo estoy interesado en el caso. El hombre que lo mató debería ser castigado. Y lo tenemos a Bentham. A mí no me gusta ver sufrir a un ino-

gente. Por esa razón me he mantenido en la huella tanto tiempo.

—Me alegro de que estemos de acuerdo, — murmuró Summers. — Yo soy de la misma opinión. El asesino de Harry Fayle debería ser castigado. Según parece, sin embargo, Austin y Fayle han sido asesinados por la misma persona, y esa persona se llama Hugo Bentham. Fayle fué asesinado porque sabía quién dió muerte a Austin.

—Probablemente, — dijo Dale. — Yo también llegué a esa conclusión en mi manera poco científica de apreciar las cosas. ¿Pero está usted seguro o está simplemente presumiendo?

—Voy a decirle lo que sé, — Summers continuaba aun hablando con cierta condescendencia hostil. — Austin y Fayle eran amigos. Parece que Fayle tenía un gusto raro para elegir sus amigos. Sea como sea, era de los que no se fijan en cualidades. Además, se creía algo detective, — Summers hizo una mueca burlona. — Se puso a buscar al asesino de Jimmy Austin. No tenía mucha suerte, pero es tenaz. Sus amigos comenzaron a tomarle el pelo por esa causa, pidiéndole que los invitara el día en que se ejecutara al criminal. Así siguieron las cosas hasta hace un año. Fayle no había adelantado mucho, pero le decía a sus amigos que estaba ya cerca de la solución. Los amigos se reían de él, y Fayle les aseguró que haría que el criminal fuera juzgado antes del segundo aniversario de la muerte de Austin. Podía haber tenido algún otro rastro, o creído que lo tenía; tal vez no estuviera sino haciendo alardes; eso nadie lo sabe. Pero el otro día... el día anterior al asesinato, — fué a ver a Edwin Field, el agente de la casa, y le dijo que le agradaría inspeccionar la propiedad, con la idea de comprarla. Field le dió la llave, según me dijo esta tarde, y eso fué lo último que supo de él.

Dale, cuyo oído había sido considerado por un famoso especialista como de los más agudos y finos que hubiera observado, pareció súbitamente prestar atención a algún ruido furtivo.

—Así que su teoría es, supongo, que el asesino llegó a tener conocimiento de la investigación que practicaba Fayle, y temiendo que fuera a descubrir más de lo conveniente, lo siguió hasta aquí la otra noche.

—Usted lo ha dicho exactamente.

—¡Jum! — Dale miró como por casualidad a los cortinados que estaban en la parte trasera de la habitación. — Era la última oportunidad que se le presentaba a Fayle de cumplir su promesa de que haría juzgar al criminal antes de que se cumpliera el segundo aniversario. Lo que esperaba encontrar en esta casa, probablemente nunca lo sabremos pero explica por qué ocurrió la muerte de Fayle en el segundo aniversario del asesinato de Austin. Fayle estaba haciendo su último esfuerzo para esclarecer el misterio El asesino lo siguió hasta aquí y le dió muerte. Sí, yo creo que estoy de acuerdo con usted en sustancia... en fin, en todo, con excepción del nombre del delincuente.

—¡Jum! Las impresiones digitales de Bentham en este pedestal, junto con las otras pruebas circunstanciales, ¿no comprueban que él fué quien mató a Fayle?

Dale esperó un momento antes de contestar. Nuevamente pareció prestar atención para descubrir ruidos sospechosos.

—No estoy de acuerdo con usted sobre eso, — dijo como dudando. — Creo que es una suposición muy lejana de la verdad.

—¿Lejana de la verdad? — repitió Summers con ironía. Su semblante, mientras estaba parado cerca de las velas en la repisa, pareció tornarse n poco más rojo. — ¡No querrá usted negar que Bentham se encontró en esta habitación la noched el crimen!

—De ninguna manera.

—Entonces, si no vino aquí para matar a Fayle, ¿a qué había venido?

—No tengo la menor idea.

—Y si Bentham no lo asesinó, ¿quién fué?

Nuevamente Dale titubeó antes de responder. Encendió un fósforo para prender su cigarrillo, y su mirada se desvió de la pequeña llama danzante para posarse en los cortinados que tenía detrás en la habitación.

—No sé, — declaró. — Pero estoy seguro de que Bentham no fué.

Se levantó del sillón. Se encogió de hombros, y se encaminó con lentitud hacia la repisa, donde se apoyó, contemplando las velas verdes y rojas, — creo, — agregó pausadamente, — que el asesino de Austin y Fayle no está muy lejos de aquí. Yo creo que está escondido detrás de esos cortinados.

Mientras hablaba, tiró lejos de sí el cigarrillo, luego de pronto se puso en puntas de pie y apagó las velas. Summers dejó escapar una exclamación al quedar la habitación a oscuras. Un movimiento rápido y de espanto, como el de un animal que se asustara, llegó de atrás de las cortinas, y luego se oyó a Dale que saltaba suavemente.

Se sintió el golpe de una puerta al cerrarse con fuerza. El eco de los pasos que huían y de su perseguidor se hicieron más y más lejanos. La escena había tenido lugar tan repentinamente que Summers se quedó un momento como petrificado e indeciso antes de que atinara a hacer uso de la lámpara de bolsillo que llevaba consigo. Dió luz a la linterna y comenzó a correr, pensando en lo que podría haber sucedido para que Dale se mostrara tan activo súbitamente. De pronto sintió la voz de Dale, que resonaba clara y sin la menor excitación.

—Está bien, Summers. Ya podemos encender nuevamente las velas.

Summers lo miraba estupefacto mientras Dale encendía las velas, se limpiaba algunas manchas de polvo en su traje, y volvía a tomar su paraguas, que se había caído al suelo al levantarse de la silla.

—¿Qué... quién... era? — preguntó Summers.

—El asesino, por supuesto, — repuso Dale con suavidad.

—El ases... — repitió Summers. — ¿Por qué apagó las velas?

—Porque teniendo la luz encendida tanto yo como usted ofrecíamos excelente blanco.

—¿Y qué ha sido de él?

—El cielo lo sabe. Probablemente se encontrará bien lejos de aquí en estos momentos. No he querido atraparlo, sin embargo Sólo me propuse darle un susto. Si lo hubiera arrestado, lo habría echado a perder todo. Tengo menos pruebas en contra de él de las

que puede usted tener en contra de Bentham.

Durante un momento Summers no pudo hacer otra cosa que mirar. Luego, levantando el paraguas, lo inspeccionó con detención.

—Es exactamente igual a los otros dos, — observó atónito.

Dale, encendiendo otro cigarrillo, se limitó a sonreir.

—Casi igual que los otros dos, — corrigió Summers dando vuelta al paraguas. — Los otros tenían un cordón negro atado al mango; éste no tiene cordón.

—Es usted muy observador, — exclamó Dale.

De pronto Summers pareció reponerse de la sorpresa que se había apoderado de él desde que su conversación fuera interrumpida.

—No debíamos permitir que ese hombre se escapara, — murmuró. — Yo no cuento con seguridad alguna en lo que usted me dice, pero cualquiera que se introduce en esta casa de noche debería ser interrogado.

—No se ha cometido nada malo. Yo sé dónde encontrarlo cuando lo necesite.

El inspector lo miró sorprendido.

—¿Pudo usted verlo? — le preguntó..

—No, la casa estaba a oscuras, y el delincuente se puso fuera de mi alcance antes de que pudiera sacar mi linterna eléctrica. Pero no tenía necesidad de ver quién es. Yo lo conozco.

Los labios de Summers se entreabrieron en un gesto burlón.

—¿Y usted cree que él es el asesino?

—Lo sé.

—¿Cuando lo descubrió?

—Esta tarde.

Summers lo miró inexpresivamente y luego se encogió de hombros.

—Bueno. Es demasiado misterioso para mí. Hace unos minutos, poco antes de que usted se escurriera detrás del cortinado, usted me dijo que no sabía quién era el criminal.

—Fué solo una mentira estratégica, mi amigo. Yo sabía que el granuja estaba escuchando detrás de los cortinados, y no quería que se enterara de lo que sabíamos. He preferido dejar que saliera de esta casa en la creencia de que no sé quién es.

—¿Y por qué cree usted que él es el asesino?

—Porqué me lo dijo.

—¿Se lo dijo?

—No empleó tantas palabras, pero me lo dijo tan claramente como si me lo hubiera confesado plenamente.

Summers pareció quedar intrigado; luego se rió sarcásticamente para esconder su confusión.

—Yo creo que usted está demente, — murmuró, — o de lo contrario, usted me está dando una de sus bromas. Usted nos dió una de ellas anoche. Tengo la convicción de que fué usted quien hizo que Bentham se escapara.

—Tiene usted una manera muy poco amable de expresar su gratitud. Usted me mira como si estuviera listo para morderme.

—¿Gratitud? Habla usted de grati... — Summers se interrumpió disgustado, no encontrando palabras para expresarse.

—Eso es lo que quiero decir, — repuso Dale con calma, — a quién quiera que haya avisado a Bentham, concediendo que alguien lo haya hecho, debe usted quedarle agradecido por haber evitado que cometiera un error.

—Muy bien, siga divagando.

—Mire, mi amigo. Yo soy sólo un aficionado en estos asuntos, pero he oído decir que una teoría de nada sirve, a menos que todos los factores que conduzcan a su formación sean claros y basados en hechos concretos. ¿Su teoría de la culpabilidad de Bentham explica, por ejemplo, por qué el cuerpo de Fayle fué encontrado dentro de las mismas marcas de tiza que usted hizo para señalar el lugar donde Austin fué encontrado muerto hace dos años?

—¿Y la suya se lo explica? — le preguntó Summers con sequedad.

—¿Y esos paraguas? — prosiguió Dale. — ¿Qué parte juegan en su teoría? ¿Puede explicar usted por qué el asesino llevaba paraguas una noche estrellada, y por qué habría de hacerlo dos veces consecutivas? vas?

—¿Y usted puede explicarlo? — preguntó el inspector con enojo.

—Tal vez, — repuso Dale en tono de duda. — Parece haber quedado perfectamente establecido que el primer paraguas, el que se encontró en el lugar del asesinato de Austín, fué llevado por el asesino. El segundo paraguas, no obstante, el que usted encontró en el vestíbulo anoche podría haber sido traído ya sea por la víctima o por el victimario. ¿Está usted de acuerdo conmigo en cuanto a estos puntos?

—Bueno, siga, — contestó Summers con sequedad.

—¿Por qué habría, cualquiera de ellos, de llevar un paraguas en una noche en que no se esperaba que lloviera?

—Puedo imaginarme varias razones, pero temo que no las crea justas. Ahora, por ejemplo, yo conozco un literato, que si tiene que dejar su escrito en medio de una descripción de lluvia o de tormenta, siempre se lleva el paraguas. Lo que escribe es tan real que se olvida de que la lluvia solo existe en su imaginación. ¿Qué me dice usted de eso?

—Es una tontería, — repuso Summers decidido.

—Muy bien. Le daré otro ejemplo. Hay personas en este mundo que son tan utópicas que creen que un paraguas prestado debe ser devuetlo a su dueño. Estos idealistas no esperan un día de lluvia para efectuar la devolución del artículo. Lo llevan en el momento que se acuerdan, o cuando les es conveniente, sin tener en cuenta si brilla el sol o si llueve a torrentes. ¿Le agrada eso mejor?

Summers lo miraba con una especie de enfado.

—¡Usted está loco! ¡Creer que alguien se va a molestar en devolvre un paraguas

a un individuo a quien se piensa asesinar? Dale aparentó quedar resentido.

—Parece muy desatinado, cuando lo plantea en esa forma, pero, por lo menos, le he dado dos razones por las que una persona pueda llevar un paraguas en noches claras.

—Sí, pero ninguna de sus razones es aplicable a este caso. Usted no ha explicado por qué el cuerpo de Fayle ha sido encontrado dentro de las marcas de tiza.

—No, ni tampoco lo ha hecho usted, pero me parece que puedo hacer una presunción muy aproximada. Creo que la respuesta, cuando la encontremos, resultará sumamente sencilla. Lo que pasa, Summers, es que usted quiere figurar las cosas en álgebra cuando la simple aritmética le dará la solución con más facilidad. En cuanto a esas marcas de tiza...

Hizo una pausa y contempló pensativamente las señales que se veían en el suelo. Súbitamente una sonrisa hizo desaparecer las arrugas de su frente. Se sacó el saco, lo colgó del respaldo de la silla, y con detrimento de la limpieza de su camisa inmaculada y de los pantalones cuidadosamente planchados, se acostó en el piso, ajustando su posición a las viejas marcas de tiza.

—¿Está usted completamente loco? — le preguntó Summers.

Dale movió su brazo izquierdo para hacer que su posición correspondiera más exactamente a las marcas de tiza, miró hacia el busto de Austin sobre el pedestal, que estaba apenas a tres pies de distancia. y luego echó una mirada calculadora a los cortinados.

—¿No fué esta la posición exacta en que se encontró el cuerpo de Austin? — preguntó Dale.

—Esa es, — repuso Summers.

—Y el cuerpo de Fayle fué hallado en exactamente la misma posición, — observó Dale pensativamente, — salvo que parece que este último contrajo las piernas en el espasmo final. ¿No es verdad, Summers?

—¿No veo que?

Dale se incorporó, se sacudió parte del polvo que se adhiriera a sus pantalones, tomó nuevamente el saco, y miró a Summers con un gesto astuto.

—Tenía usted razón el otro día, — observó. — La policía se encuentra trabada por toda clase de convencionalismos y reglamentos. Vamos a estirarnos las piernas, amigo; el aire aquí dentro es sofocante.

Con una mezcla de resentimiento y estupor, Summers lo contempló.

—¿Qué quería usted probar con esa ridícula prueba acrobática? — le preguntó.

—Era solo una pequeña demostración, — dijo Dale, sacando la linterna del bolsillo y apagando las velas. — Simplemente he tratado de mostrar a usted la solución posible para el misterio.

Dióse vuelta, hizo reflejar la luz en el busto de mármol de Jimmy Austin, lo contempló por un instante, y luego salió de la habitación, seguido de Summers.

—Qué lástima que el mármol no pueda hablar, — fué el comentario jocoso que hizo.

—Sea como sea, por lo menos no dice disparates, — se limitó a reponder Summers.

A la luz de la linterna se abrieron camino por la casa, llegando al subsuelo. La lluvia continuaba cayendo con regularidad.

—¡Caramba! — dijo Dale. — Me olvidé del paraguas.

—El mío est aquí, — exclamó Summers buscándolo detrás de la puerta. — y es suficientemente grande para dos.

—Gracias, pero prefiero el mío.

—Muy bien, buenas noches.

Dale lo miró alejarse, con su manera peculiar de caminar, luego cerró el portón con un fuerte golpe y silenciosamente volvío a penetrar en la casa.

VII

ENTRE la escuridad y la atmósfera cargada, con el paraguas colgado del brazo, Dale volvió al subsuelo, subió hacia la cocina, quedó un momento parado escuchando, luego extrajo la linterna de su bolsillo y dirigió el haz de luz hacia una puerta. La abrió, miró por un corto cerredor en el que había una puerta de cada lado, probablemente correspondientes a otras tantas despensas y dirigió la luz de su linterna a la de la izquierda.

Dejó el paraguas apoyado contra la pared, dió con rapidez vuelta a la llave de la cerradura, luego sacó un revólver automático de su bolsillo, y lo mantuvo apuntando contra la puerta. Desde el interior llegó un ruido suave. El fruncimiento de los labios de Dale demostraba que había llegado el momento. No le había sido necesario contarle a Summers todo. Era cierto que no había visto la cara del hombre que estuviera escondido detrás de los cortinados, pero había podido ver la sombra de una figura que huía despavorida por la casa, corriendo a ciegas por una serie de pasajes y puertas hasta encontrar por último un refugio precario en esa despensa. Dale se había limitado a dar vuelta a la llave en la cerradura, para volver a encontrarse con Summers en la habitación del frente de la casa.

Y hora, a menos que todos los cálculos estuvieran equivocados, iba a vérselas con el asesino de Austin y de Fayle. Como le había dicho a Summers, no tenía la menor duda respecto a la identidad del delincuente. Lo único que restaba por hacer era comprobar su culpabilidad, y había preferido conseguir su objeto a su manera, sin la intervención de Summers. Se apoyó contra la otra puerta de la despensa que estaba detrás de sí, con la linterna en una mano y la pistola en la otra.

—¡Sírvase salir! — ordenó con voz suave. — ¡Y le aconsejo que mantenga sus manos en alto!

Sucedióse un momento de silencio y luego la puerta rechinó en sus goznes, abriéndose con lentitud, y en el pequeño corredor apareció una figura fornida, vestida con un impermeable y con un sombrero de fieltro todo empapado y con las alas caídas. El hombre avanzó con las manos levantadas, y miraddo con atención el caño del revólver de Dale.

En los ojos de Dale se reflejó la sorpresa. La mano en que tenía la pistola tembló imperceptiblemente y luego cayó a un lado, y dejando escapar una sonrisa como de persona que estuviera atónita.

—Usted me ha dejado confundido, Bentham ,— declaró. — ¿De dónde diablo ha salido usted?

El hombre de más edad lo contempló con mirada incierta, como si no estuviera seguro de encontrarse frente a un amigo o enemigo, y luego miró con nerviosidad a uno y otro lado del corredor.

—¿Dónde está... el otro? — le preguntó.

—¿Summers? Se ha ido a dormir. No se aflija por él. — Dale volvió a guardar el revólver en su bolsillo y contempló al hombre con mirada de reproche. — ¿Qué ha pasado, Bentham? Yo creí que usted se entraría recuperando su salud privada al norte de Gales.

—Me había ido, — comenzó a decir Bentham algo más calmado, — pero después cambié de idea. Es una cosa horrible huir de una acusación criminal, Dale. Va en contra de la conciencia. Volví a la ciudad; no me era posible permanecer alejado por más tiempo. Estaba medio decidido a entregarme a las autoridades y defenderme.

—Esa es una tontería, Bentham. Usted se hubiera visto envuelto en un sinnúmero de contradicciones.

—Yo supuse que la policía estaría vigilando mi casa, — prosiguió Bentham, golpeándose su ancha frente con aire desesperado. — Y vine aquí creyendo que..., bueno, ni yo mismo se lo que estaba pensando. Tenía que ir a algún lado y pensé que tal vez pudiera encontrar algo que explicara lo que ocurrió aquí la otra noche. Oí que usted hablaba con el otro en la habitación del frente, pero no pude comprender gran cosa de lo que decían. Luego, repentinamente, las luces se apagaron. Alguien llegó corriendo hacia mí. Yo no sabía si era usted o el otro hombre, y por lo tanto yo...

Dale lo interrumpió con su risa.

—Por mi parte, nunca sufrí chasco tan grande en mi vida. Yo creí que corría detrás del criminal, ¡y en cambio era usted! Es una suerte para usted que Summers no nos moleste más esta noche. ¿Ha visto a su hija?

Bentham meneó la cabeza.

—Pensé telefonear, pero temí que la policía hubiera hecho arreglos para interceptar la comunicación.

—Bueno, no se aflija por ella. Le he pedido a cierta joven que se encargue de ella. Vamos a la otra habitación a sentarnos. Tengo algo que decirle.

Recogió su paraguas y alumbró el camino hacia la habitación del frente con su linterna. Mientras Bentham se dejaba caer pesadamente en una silla, Dale prendió las dos velas que estaban en la repisa de la chimenea, sabiendo que la luz no atravesaría las ventanas tapadas. Luego dióse vuelta hacia el hombre de más edad, que permanecía sentado en la silla con aire de abatimiento.

—¡Cálmese, hombre! — le dijo gentilmente. — Usted va a salir de este atolladero en buena forma. Usted podrá apresurar el fin explicándome lo que sucedió aquí la otra noche cuando usted dejó sus impresiones digitales en este pedestal.

Bentham movió la cabeza.

—Ni usted ni nadie, — dijo, — me creerá: Apenas si puedo creerlo yo mismo. Una de las razones por la que he venido aquí ésta noche, era para ver si efectivamente existía una habitación como ésta, y si todo no sería un sueño. — Contempló la habitación con detenimiento. Algunas partículas de polvo brillaban a la luz de las velas.

—Tay vez yo pueda ayudarlo, — dijo Dale. — Vamos a ver: Harry Fayle fué a verlo a usted la otra noche y le dijo que tenía una teoría respecto al asesinato de Austin.

—¿Cómo lo sabe usted? — inquirió Bentham, sorprendido.

—Es muy sencillo. Fayle se vanagloriaba de ser un genio detectivesco. Se había propuesto aclarar el misterio de la muerte de Austin. Hace unos días fué a ver al agente de ésta casa para pedirle las llaves. Desde que las impresiones digitales dejadas en el pedestal prueban que usted ha estado aquí la otra noche, él debió haberlo invitado a usted para que lo acompañara. Ya ve usted que yo no hago más que decir lo que ha sucedido.

Bentham movió la cabeza con un débil signo de asentimiento, pareciendo recobrar el ánimo.

—Fayle fué a verlo, — continuó Dale — porque sabía que usted estaba personalmente interesado, puesto que se había sospechado de usted en un principio. No sé en que se fundaría su teoría, y ésta podría ser o no justificada, pero eso no importa. Lo principal es que él lo trajo aquí la otra noche con objeto de demostrarle su teoría. Aunque llovía, se llevó el paraguas consigo... un paraguas igual a éste.

Dale le mostró a Bentham el paraguas que había comprado esa mañana.

—Es exactamente igual, — repuso el hombre de edad, — salvo que este no tiene el cordón negro.

—¿No le dijo Fayle a usted que deseaba reconstruír la escena del crimen? — preguntó Dale después.

—Sí, — declaró Bentham atónito.

—Naturalmente. La reconstrucción de la escena del crimen es uno de los pasatiempos favoritos de los detectives aficionados. Ahora bien, a fin de poder llevar a cabo semejante empresa con éxito, es necesario arreglar las cosas tal cual estaban cuando

se cometió el delito. Ningún detalle debe quedar olvidado, ¡ni aún los más emocionantes! El paraguas era uno de los detalles inexplicables del crimen de Austin, así es que cuando vino aquél con usted para reconstruir el crimen, Fayle trajo consigo un paraguas de la misma clase. Este detalle era necesario para obtener un bosquejo completo de todo lo sucedido.

Dale hizo una pausa, encendió un cigarrillo, y pareció como si hubiera encontrado algo dudoso en el desarrollo de su teoría.

—Quisiera saber, — prosiguió, — si Fayle tenía alguna idea definida del significado del paraguas en el asesinato de Austin. Yo mismo me he estado devanando los sesos para resolver ese enigma. Yo se por qué motivos Fayle trajo un paraguas consigo la otra noche, pero no puedo comprender su verdadero significado en el caso de Austín. ¿Le ha dicho algo Fayle a usted a ese respecto?

—Yo no creo que había llegado hasta ese punto cuando... cuando...

—Ya veo. Bueno, como quiera que sea, Fayle se puso a reconstruir el crimen en la mejor forma que le fué posible después de haber transcurrido dos años. Usted lo estaba mirando, parado al lado del pedestal, y entretanto, dejando unas espléndidas impresiones digitales. La luz... ¿Cómo estaba iluminada la habitación, Bentham?

—Fayle había traido consigo una poderosa linterna de bolsillo, que dejó sobre una silla mientras procedía a la reconstrucción de la escena.

—¿Una linterna de bolsillo, eh? ¿Qué ha sido de ella después?

—Yo me la llevé para alumbrarme el camino para salir.

—Es natural. Bueno, prosigamos.

Dale frunció el ceño, como si hubiera encontrado otro punto oscuro en su razonamiento.

—Supongamos que Fayle hacía las cosas metódicamente, y no quiso echar todo a perder diciéndole demasiado anticipadamente. Lástima que no sepamos lo que había en su mente. Es evidente, no obstante, que él basaba algunas de sus conclusiones en la posición en que fuera encontrado el cuerpo de Austin.

—¿Cómo puede usted saber eso? — preguntó Bentham con voz suave y sorprendido.

—Ajustando simplemente una solución de sentido común a lo que a primera vista parecería una cosa sorprendente. Lo que más ha intrigado a mi estimado amigo Summers es que el cuerpo de Fayle haya quedado precisamente encuadrado dentro de las marcas de tiza que sedibujaron en redor del cuerpo de Austin hace dos años. Ahora bien, la única razón que yo he podido encontrar para explicarlo es que Fayle debe haberse acostado dentro de las marcas, y que el asesino lo mató mientras se hallaba en esa posición.

—Sí, pero...

—¡Muy bien! Estamos haciendo progresos, Bentham. Pero Fayle no se hubiera acostado en esa posición a menos que deseara probar algo. ¿Tiene usted alguna idea de lo que él trataba de demostrar?

Bentham se enderezó algo en su silla. Miró las velas, el pedestal, las marcas de tiza en el suelo, luego se estremeció un poco, y la emoción de un recuerdo siniestro pareció como despejar la bruma que nublaba sus ojos.

—Creo que estaba tratando de demostrar que la policía se había equivocado en lo que se refiere a la forma en que fuera asesinado Austin — comenzó a decir. — La policía, como usted sabe, creía que el criminal había disparado el tiro desde la puerta de atrás. Fayle aseguraba que seo no era posible, que el cuerpo habría caído en una posición diferente si así hubiera sido. Yo no podía comprender claramente este argumento. Me parecía...

—¡Caramba! — exclamó Dale. — Creo que Fayle tenía también la debilidad de los demás detectives por los detalles sin importancia. ¿Pero dijo algo más mientras estaba en el suelo, Bentham?

Nuevamente el otro trató de hacer memoria.

—Bueno, yo me impacienté algo, y le pregunté abiertamente si sabía o no quién era el que había matado a Austin. Había comenzado a contestar, pero en ese momento... sucedió la cosa. — Su voz calló.

—¡Jum! — Dale reflexionó por breves instante. — Evidentemente, el asesino tenía motivos para temer que Fayle supiera demasiado. No se sentía seguro. Ahora, Bentham, muéstreme la posición exacta en que estaba la linterna mientras Fayle se encontraba en el suelo.

Bentham se levantó, miró en redor, tomó la luz que Dale le entregaba, y la colocó en una silla de manera que el haz de luz cayera directamente sobre las marcas de tiza.

—Bueno, — dijo Dale, y apagó las dos velas. — Ahora párese en la misma forma en que estaba mientras Fayle se encontraba en el suelo, y usted le preguntaba si sabía o no quién había asesinado a Austin.

Como si el entusiasmo de Dale fuera contagioso, Bentham se apresuró a dirigirse hacia el pedestal, parándose fuera del reflejo del haz de luz de la linterna. Esperó, y luego pareció recordar algo más, y descansó su mano derecha en la parte de arriba del pedestal. Dale retrocedió unos pasos, desapareciendo en las sombras de la parte de atrás de la habitación, y antes de llegar a los cortinados, dió vuelta, sacó su pistola, y se colocó detrás de la espalda de Bentham. Sin ser visto por éste apuntó el revólver hacia el centro del espacio marcado con la tiza.

—¡Pum! — gritó, y Bentham dió un salto violento. — Yo creo que así fué como ocurrió la cosa, — agregó. — Usted no vió al asesino acercarse. Toda su atención

estaba concentrada en lo que Fayle estaba haciendo o diciendo. Usted oyó un tiro, vió una nube de humo y por un momento se quedó estupefacto. Eso le dió oportunidad al criminal para escapar. Luego cuando usted salió de su sorpresa usted vió a Fayle que yacía en el suelo. Comprendo lo que debió usted haber sentido. Usted cometió una tontería, pero que muchos otros hombres en su lugar hubieran también hecho. Usted había sido objeto de sospechas por la muerte de Austin, y ahora Fayle estaba muerto en el mismo lugar en que el cuerpo de Austin fuera encontrado hacía dos años. ¿No fué eso lo que sucedió, Bentham?

—¡Yo he sido un tonto! — repuso el otro en tono de reproche.

—No, usted fué simplemente humano. Se fué a casa, trató de olvidar lo que había ocurrido, y consiguió mostrarse sereno en su oficina al día siguiente. Pero usted se sobresaltó cuando alguien le habló por teléfono mencionándole algo acerca de los paraguas y de las duchas privadas. Sí, yo fuí el autor de esa treta, Bentham, y por un momento interpretó erróneamente sus efectos. Pero no importa, ahora ya veo más claro, pero usted tenía razón. Yo temo que Summers nunca hubiera creído una historia de esa clase, o al menos no sin tener alguna prueba, y usted no tiene pruebas que ofrecer.

Bentham se estremeció algo.

—No puedo comprender cómo usted pudo descubrir los hechos tal cual sucedieron, — murmuró.

—Me ha resultado muy sencillo. Vea, ante todo, he procedido partiendo de la base de que usted era inocente. Summers, por el contrario, inició sus pesquisas por el lado equivocado, y por lo tanto, todo lo que llegó a descubrir estaba basado sobre hechos falsos. Eso es todo.

Dale encendió las velas y apagó la linterna.

—Ha terminado la representación. ¡Ah! Una cosa más. ¿Cómo entró aquí usted esta noche?

—La otra noche, — dijo Bentham distraídamente, — cuando me fuí de aquí como un tonto, recordé que el portón de hierro estaba cerrado con llave, y que la llave se encontraba en el bolsillo de Fayle. La tomé, y desde entonces la he guardado en mi poder. Dígame, Dale, — agregó con voz ronca. — ¿sabe usted quién mató a Fayle?

—Ciertamente. Y la misma persona mató a Austin. Sí, yo lo sé, pero no puedo probarlo por el momento. A propósito, no me agrada hacer preguntas indiscretas, ¿pero no se sintió usted fuertemente tentado de matar a Austin en cierto oportunidad?

Bentham hizo rechinar los dientes.

—¡El Cielo sabe que yo lo hubiera hecho! Estaba fuera de mi quicio durante un tiempo. Fué a causa de...

—Su hija. — Dale llenó el claro que dejara Bentham al interrumpirse. — Sí, lo sé. Yo creo que ha habido una pequeña mala interpretación entre usted y la señorita Bentham. Usted posiblemente creía que ella sabía más, acerca de ciertas cosas, de lo que decía. Me parece que estaba usted equivocado, pero eso no importa. Las chicas modernas tienen formas raras de encarar las cosas, pero su corazón es muy bueno. Sintiéndose como se sentía, indispuesta contra Austin, puedo comprender su sensibilidad cuando la policía comenzó a hacerle preguntas.

—Y sucedió que yo no pude comprobar lo que había estado haciendo la noche en que Austin fué asesinado. Además, había otras cosas...

—Olvídese de ellas, — dijo Dale con calma, luego miró su reloj.

—¡Ya son las tres de la mañana! Todas esas pequeñas complicaciones no harán diferencia alguna dentro de unas cuantas horas, Bentham. Voy a hacer una visita a cierto caballero, y después... — Se interrumpió, dióse vuelta hacia la parte de atrás de la habitación, y elevó algo la voz.

—Debe usted estar cansado de esperar, Summers. ¡Tal vez quiera salir de detrás de esos cortinados!

Los cortinados se entreabrieron. Summers se adelantó con aire de triunfo, manteniendo un revólver automático en su mano y con un aspecto determinado en sus rojas facciones. Contempló a Dale en una forma humorística.

—Esa excusa de volver a recoger el paraguas no me convenció, — declaró. — He escuchado toda la conversación. Es usted bastante listo, ¡pero tendrá que explicar muchas otras cosas antes de que pueda convencer a los jueces! Venga, Bentham. ¡Vamos a ver cómo le quedan estas esposas!

Dale miró con ojos disgustados.

—¡Oh! Bueno, si usted insiste en cometer tonterías... — Se hizo atrás apresuradamente, y poco después, un automóvil la conducía a su casa. En una esquina dió orden al conductor de hacer alto para comprar un periódico, y media hora más tarde, sentado en un sillón de su sala, Dale leyó la crónica de la fuga de un loco peligroso del manicomio, que tenía la manía de cortar pescuezos. El loco se llamaba Wilfred Smedley, y la fotografía que figuraba en la primera página del diario pareció interesarle a Dale.

Pero después de un rato comenzó a bostezar y se fué a dormir.

VIII

EDWIN FIELD se despertó sobresaltado, vagamente consciente de que había dormido sólo un corto rato. Sentíase intrigado porque su lámpara de velador estaba encendida. Recordaba perfectamente haberla apagado antes de recogerse a descansar. Se sentó en la cama, y una sensación poco tranquilizdora terminó de despertarlo, mirando en su redor por la habitación sumida en una semi oscuridad, buscó el revólver que siempre colocaba debajo de la almohada.

Por último vió al extraño individuo que estaba sentado sólo a unos cuantos pies de

distancia de la cama, pero más allá del rayo de luz que despedía el velador. Field dejó escapar una exclamción de sorpresa, apretanto más fuerte su arma, y se inclinó hacia adelante para ver mejor al intruso, y habló en un tono de voz que parecía firme y segura a causa del reconfortante contacto del revólver.

—¿Quién diablos es usted? — preguntó.

El intruso se limitó a sonreir. Estaba sentado en una actitud indolente. En su cara aparecía una barba enmarañada, y sus ojos brillaban con una expresión indefinida detrás de los pesados anteojos de carey que usaba. Un sombrero blando de género estaba echado sobre su frente, y usaba un impermeable oscuro, mojado y arrugado por la lluvia que había estado cayendo casi continuamente durante las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué está haciendo aquí? — preguntó Field.

—Hemos creído conveniente venir a hacerle una visita, — explicó el intruso, manteniendo su florida sonrisa. — Nosotros nos hemos cansado de caminar bajo la lluvia.

—¿Nosotros? — repitió Field inexpresivamente, mirando por la habitación. — Yo no veo más que una persona.

—Es raro, — dijo el visitante con un gesto irónico, que hacía juego con la expresión de sus miradas. — ¿No lo ve usted a Jim?

—¿Jim? ¿Quién es Jim?

—Mi amigo. Está sentado aquí, — e indicó una silla vacía al lado de la que él ocupaba.

—¡Mentira! — dijo Field con impaciencia. — Usted es... — y se interrumpió, fijó su vista en el semblante del desconocido, y en sus ojos pareció brillar una mirada de reconocimiento. Tal vez hubiera visto a este asombroso personaje con anterioridad. Podría haberlo visto de pasada por la calle, o podría haber visto su fotografía en un diario.

—Es extraño, — exclamó, indicando con el tono de su voz, que deseaba ser agradable a un visitante tan peculiar. — Yo no lo veo a Jim. No veo más que a usted, y según todas las trazas, parece que esa silla está vacía.

—Es sólo cuestión de vista, — repuso el intruso, y dirigió la mirada hacia la silla vacía. — ¿Qué sabes tú de eso, Jim? El dice que no te puede ver. ¡Ja!

Field escurrió sus piernas vestidas dentro del pyjama por una costado de la cama, y estudió la cara de su visitante con minuciosidad. La inspección pareció confirmar una idea que se había estado formando lentamente en su mente. Evidentemente era de una naturaleza poco tranquilizadora, pues apretó el revólver más fuerte.

—¿Quién es Jim? — preguntó, todavía en tono humorístico.

—Mi amigo, como ya se lo he dicho. Me encontré con él en la calle hace un momento. Ambos hemos estado caminando bajo la lluvia. Jim nunca habla mucho cuando está mojado. El se mojó más que yo porque no llevaba paraguas. A Jim no le gustan los paraguas ¿Verdad Jim?

Field se inclinó hacia adelante, como si quisiera descubrir las intenciones de su visitante, pero evidentemente no consiguió su objeto.

—Mis ojos son muy buenos, — observó con algo de sarcasmo, — y, sin embargo, no puedo ver a su amigo. Naturalmente, yo no dudo de su palabra. Si usted dice que está sentado en esa silla, así ha de ser. ¿Es, por casualidad, un espectro?

—Sí. Jim es un espectro, — dijo el visitante en tono confidencial. A él no le gusta, pero no puede hacer nada por evitarlo. Hace ya dos años que es un espectro. Es raro que usted no lo pueda ver. Son muchas las personas que pueden ver espectros.

Field se sonrió y mostró el revólver un poco más. Miró a las ventanas, luego olfateó como si desaprobara la calidad del aire.

—¿Puedo preguntarle por qué ha cerrado usted mis ventanas? Yo siempre duermo con ellas abiertas, invierno y verano.

—Lo hice por causa de Jim. — El visitante inclinó su cabeza hacia la silla vacía. — Jim no puede resistir las corrientes de aire, especialmente después de haber estado bajo la lluvia. Son maas para el reumtismo.

—Es la primera vez que oigo hablar de un espectro con reumatismo. Ahora, mi amigo, ya es tiempo de terminar esta pequeña comedia. Usted está loco.

—¿Y no lo somos todos? — preguntó el otro encogiéndose de hombros con indiferencia. — En el único lugar donde hallará usted personas que obren con cordura es en el manicomio. El hacerse el loco está allí contra los reglamentos, aunque es permitido en cualquier otra parte.

—Lo comprendo. ¡Es usted muy inteligente! Bien, pronto estará usted de vuelta entre los cuerdos. Al principio no lo había reconocido, pero ahora sí. He visto su fotografía en los diarios de ayer. Usted se llama... espérese.... Wilfred Smeddling, o algo por el estilo.

—Smedley, — corrijió el otro con gravedad.

—Muy bien, Smedley. Su especialidad es, creo, cortar el pescuezo de la gente. Usted está bajo la alucinación de que algún espíritu lo rodea. En este momento parece que es alguien que se llama Jim. Por qué usted y Jim me honran con esta visita, es más de lo que puedo comprender, pero voy a mandarlo de vuelta.

El visitante hizo un movimiento afirmativo de cabeza, mientras con la mano que le quedaba libre, Field buscaba el aparato telefónico que estaba sobre la pequeña mesa al lado de la cama.

—¡Ah! ¡Cortó el alambre! — exclamó.

El otro, todavía riéndose con ironía, meneó la cabeza. Field se rió.

—¿Qué se figura usted que va a ganar con esas bromas? Tengo un hombre en la casa que es bastante forzudo para dar cuenta de usted, — y tiró con fuerza de una campanilla al lado de la cama.

El visitante se sonrió e hizo la pantomima de acariciar el codo de su invisible compañero. Field, esperó, mientras su semblante enjuto se ponía cada vez más oscuro. Nuevamente apretó el botón de la campanilla. Y

permaneció contemplando a su visitante. Transcurrió un minuto.

—Usted es un canalla completo, — observó Field. Luego expandió el pecho respirando profundamente, y las primeras notas de un grito desesperado salieron de su pecho, sólo para morir en un murmullo. Un cuchillo largo y fino fulguró súbitamente en la mano del otro.

—No haga ruido, ¿quiere? — dijo el visitante. — Jim no lo puede soportar. Tiene los nervios muy delicados.

Field se escurrió con precaución hacia el medio de la cama, con los ojos fijos en el brillo azulado y frío de la hoja del cuchillo.

—¡Deje ese cuchillo! — le ordenó. — ¡Déjele en seguida! — y levantó el revólver, apuntándolo al intruso. — Dejelo, o sino...

El visitante dejó escapar una risa cevernosa y repitió el movimiento acariciador.

—¡Míralo, Jim! ¡Está tratando de asustarme con un revólver! ¡Ja!

Se levantó lentamente, blandiendo el cuchillo con un gesto siniestro y avanzó un paso hacia la cama.

—¡Párese! — girtó Field. — Párese, o yo....

El intruso avanzó otro paso. Field, con el semblante momentáneamente convulso, volvió a tomar puntería. Oyóse un ruido seco, pero eso fué todo. Field contempló con estupor el arma, ensayó el gatillo otra vez más, pero sin resultado. El otro hombre había, durante todo ese tiempo, ido acercándose y blandiendo el cuchillo con un aire siniestro. De pronto, con un movimiento sorprendentemente ágil, el intruso se abalanzó hacia adelante, tomó a Field del cuello con su mano, y dejó que la hoja del cuchillo resbalara suavemente por sobre la epidermis, apenas casi rozándola.

Field, con el semblante congestionado por el terror, se retorcía inútilmente, luchando para poder respirar. Súbitamente el visitante lo levantó de las cama con toda facilidad, y lo dejó caer en la silla que había estado ocupando hasta ese momento.

—Siéntese allí, — le dijo con tono tranquilo, — donde esté cerca de Jim. Vamos a tener una conversación agradable, entre usted, Jim y yo. Usted debería haber sabido que yo habría de ser lo suficientemente prevenido para mirar debajo de su almohada y retirar el revólver para descargarlo. Yo hice todo eso antes de que usted se despertara.

Field estaba sentado inclinado hacia adelante en la silla, con un reflejo de horror en sus miradas.

—¡Míralo, Jim! — dijo el intruso. — ¿No lo conoces? ¿No lo has visto antes? Mírelo con atención, Field. Usted se llama Field, ¿no es cierto?

Aunque todo era materialmente imposible, Field continuó mirando la silla vacía, como si esperara de un momento a otro que las palabras del visitante hicieran surgir de ella una figura viviente.

—Sus amigos lo llamaban Jimmy cuando vivía, — prosiguió el intruso, — pero cuando se convirtió en espectro acortó su nombre, llamándose Jim. Los espectros se encuentran mejor cuando tienen nombres de él, ahora?

Con un estremecimiento, Field dióse vuelta y contempló al intruso, qu een ese momento estaba experimentando un cambio. Sus ojos, detrás de los anteojos de carey, habían aparecido apagados y sin vida hasta ese momento, pero ahora fulguraban con una especie de brillo afiebrado como el que se ve a veces en las miradas de los locos. Los labios se habían contraído, eliminando la sonrisa irónica que Field había visto dibujada en ellos hasta entonces. Y, aparte del cuchillo, había un aire amneazador en toda su persona, que lo llenaba de terror.

—¿Cuál era su apellido? — preguntó máquinalmente.

—Austin, — repuso el que hablaba, — Jimmy Austin, pero ahora es Jim a secas.

Un grito ahogado salió de lo slabios de Field, que dió un salto en su silla, como si hubiera sido herido por un arma cortante.

—¡Mírelo, Field! ¿Se acuerda usted de él, ahroa?

Nuevamente, aunque su razón se resistiera, Field volvió a mirar la silla vacía. Las frases que el intruso pronunciara con tanta tranquilidad parecían como cubrir la escena de un hálito de horror, de un algo que borraba la realidad y adormecía los sentidos.

—¡La silla está vacía! — gritó, y su voz resonó como si quisiera despertarse de un sueño hipnótico.

El hombre que tenía el cuchillo se rió con suavidad.

—Jim es muy raro, — observó. — Está cansado de ser un espectro. No sabe cuando está bien. Desea regresar a la vida, y tiene la idea de que la única manera de volver a ella es la misma por la que se fué. No parece que hubiera más que un solo camino para ir y venir, y Jim se ha olvidado las direcciones. Tal vez usted pueda ayudarlo.

Field se estremeció convulsivamente. Se echó hacia atrás en su silla, con los hombros levantados hasta tocar los lóbulos de las orejas, y contemplando aterrorizado al que hablaba. La sonrisa irónica había retornado a los labios del intruso, pero sus ojos aún fulguraban con un extraño éxtasis.

—¿Yo? — preguntó débilmente. — ¿Cómo podré ayudarlo?

—Jim cree que usted puede ayudarlo. El dice que fué usted quien lo hizo salir de esta vida, y parece pensar que usted también podrá hacerlo volver. Todo lo que pide es que le dé las instrucciones. Desea que las escriba en un papel, porque es muy flojo de memoria.

Field volvió a estremecerse, y luego pareció reunir nuevamente todos sus sentidos en un grito de protesta.

—¿Qué es eso? ¡Yo no sé de qué habla usted! ¡Usted está divagando! ¡Usted está loco! Usted... — su voz calló abatida por el temblor de la angustia, mientras el intruso hacía un pequeño gesto con el cuchillo.

—Manténgase tranquilo, — le aconsejó el hombre que estaba sentado frente a él. — No hay motivos para ponerse excitado. Jim y yo hemos conversado de estas cosas antes de venir, y yo estoy de acuerdo con él en que usted probablemente puede ayudarlo. Usted no ha olvidado como fué que lo con-

virtió en un espectro, ¿verdad, Field? Ahora él desea que usted le diga cómo fué que lo hizo, y luego él podrá encontrar el camino para regresar a la vida. Sólo que debe escribirlo en un trozo de papel. No tardará mucho tiempo en hacerlo.

Field volvió a reaccionar, como si las palabras del intruso hubieran proyectado un pensamiento de tranquilidad en su mente afiebrada. Miró el corto espacio que los separaba, pero todo lo que alcanzó a distinguir fué un par de ojos fulgurantes que parecían hacer arder su imaginación en un frenesí de terror, una sonrisa burlona, el brillo del acero.

La reacción de Field desapareció entre un caos de emociones.

—Trate de recordar, — prosiguió el intruso con gentileza. — Sucedió una noche hace como dos años, en la casa de enfrente. Jim está apurado. Está mojado, tiene frío y mal humor. Escriba los detalles como usted los recuerde. Aquí tiene.

De uno de los bolsillos extrajo una lapicera con depósito, de otro un anotador, y los colocó sobre las rodillas de Field. Con un grito que no alcanzó a brotar de su garganta, Field los miró y luego los echó lejos de sí, con un juramento.

El intruso lo contempló sonriente, con un reproche burlón en sus ojos. Era una sonrisa que, aunque gentil y serena, parecía como transmitir una nueva corriente de horror en la mente, enloquecida por el terror, de Field. Se encogió en la silla, como si tratara de alejar de sí una obsesión que de pronto se hubiera convertido con una ocsá real y horrorizante. Luego se incorporó, sacó a Field de la silla con tanta facilidad como si hubiera sido un fardo de pasto, y lo lanzó sobre la cama. Por un instante permaneció inclinado sobre el hombre tembloroso. El cuchillo lanzaba destellos azulados a la suave luz del velador. Por último, el intruso se hizo atrás.

Field, con una indescriptible expresión de horror y de angustia en su semblante, aspiró aire en sus pulmones congestionados.

—¡Cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! Pero no... no vuelva a hacerlo otra vez.

El intruso levantó la lapicera y el anotador y los colocó sobre la mesa.

—Empiece usted, — le aconsejó, — y no deje nada afuera. Si usted omite algo, Jim no podrá encontrar el camino para regresar.

Field tomó la pluma entre sus dedos temblorosos y se secó la frente llena de sudor, como si quisiera apciguar el bullicio de su mente.

—¿Por dónde comienzo? — preguntó con voz débil.

—Por su visita a la casa de Austin hace dos años y los incidentes que se sucedieron.

Field contempló el papel como atontado, y comenzó a escribir. Por un momento el intruso permaneció de pie a su lado en silencio, leyendo las líneas que trazaza Field, por encima de su hombro.

—¡Espérese, Field! — le dijo de pronto.

Field levantó su vista encontrándose con la del intruso.

—Usted está mintiendo, — dijo el visitante con tranquilidad, jugando con la hoja del cuchillo que tenía apoyada contra la palma de su mano. — Comience otra vez y recuerde que la repetición de esto le costará... Yo creo que usted me comprende, Field.

Con un estremecimiento y un suspiro, Field lo miró en la cara, luego destruyó la hoja de papel sobre la que estuviera escribiendo, y comenzó de nuevo. Durante media hora escribió sin cesar.

—Espérese, — dijo el intruso de nuevo. — Usted está omitiendo algo. Sé lo bastante para darme cuenta cuando miente usted o deja de mencionar alguna cosa. Usted ha llegado ahora a lo que sucedió en la casa de Austin hace cuatro noches. Lo uno tiene conexión directa con lo que aconteció antes. Prosiga.

Field lo miró atemorizado, luego apretó los labios y se permitió hacer un gesto como de sonrisa.

—Usted no va a poder probar nada con esto, — murmuró tembloroso. — Antes de mucho tiempo estará usted de vuelta en su celda de paredes acolchadas. Nadie cree a los locos.

—Perfectamente cierto, — admitió el intruso.—Y Jim olvidará que alguna vez fué un espectro. Prosiga, Field.

Field continuó escribiendo, aparentemente guiado por ningun otro deseo que el de evitar un nuevo encuentro con los estrangulantes dedos del intruso y su cuchillo infernalmente amenazador. Cuando por último dejó la pluma a un lado, parecía estar exhausto por completo. Su semblante era cadavérico, y se recostó debilitado contra las almohadas, mientras el intruso, indicándole un agregado de cuando en cuando, leía lo que había escrito. El hombre con el cuchillo dió su aprobación, y luego hizo una cosa extraña. Fué hacia la ventana, subió y bajó las celosías por dos veces con movimientos rápidos. Después de dió vuelta y quedó frente a Field, manteniendo fijos en él sus ojos llenos de un fulgor maligno.

—Siéntese aquí, — le ordenó, colocando una silla al lado de la mesa. — Todavía no hemos terminado. Hay algo más, y a menos que usted lo lleve a cabo, recibirá... ¡esto!

Toeó el cuello del otro lado con la hoja del cuchillo, y Filed dejó escapar un murmullo de terror. Un suave golpe oyóse en la puerta.

—¡Recuerde! — dijo el intruso, con una voz curiosamente incisiva. Luego se dirigió a la puerta y la abrió, dando paso a un hombre y dos mujeres.

Un brillo de desesperada esperanza se reflejó en los ojos de Filed, pero se desvaneció al avanzar el recién llegado. Era un hombre encorvado y debilitado, caminaba con dificultad y tanto su vista como su oído parecían defectuosos.

—¡Ah! — dijo el intruso al hombre. — Mi amigo no se siente bien. Desea sacarse este asunto de la cabeza antes de.... ¡ejem!

antes de ponerse peor. ¿Quiere indicarle dónde debe firmar y qué debe hacer?

—Yo... ¡yo no le indicaré! — exclamó Field, pero el escribano no pareció oirlo, y en el mismo instante Field sintió el frío acero que recorría su cuello. Dió un salto hacia adelante, tomó la pluma y puso su firma.

—Ahora los testigos, — dijo el viejo. — Usted primero, señorita Stillman. Gracias. Ahora la señorita Bentham. Eso es todo. Tres chelines seis peniques.

El intruso le pagó, y el viejo volvió a salir con las dos jóvenes. Field quedó sentado mirando un sello circular en la esquina de abajo de la última página de su manuscrito. De pronto la presión del cuchillo cesó, y fué como si un sentimiento de agonía hubiera desaparecido. Con una exclamación se puso de pie y trató de apoderarse de las páginas escritas con letra menuda.

—Cuidado, Field, — le dijo el intruso con voz alterada, doblando las hojas y poniéndolas en su bolsillo. — Míreme. ¿No me ha visto usted nunca?

Field dióse vuelta, luego dejó escapar una exclamación de asombro. El aspecto del visitante había cambiado súbitamente. Se había sacado el sombrero blanco empapado y los anteojos de carey, y hasta la barba enmarañada había desaparecido de su cara.

—¿Usted? — exclamó Field con voz ronca, — usted...

—¡Silencio! — dijo Martín Dale. — Usted lo está poniendo nervioso a Jim.

IX

RENOVANDO una agradable costumbre, Martín Dale y el inspector Summers estaban cenando en el pequeño restaurant de Pierre Bonheur.

—Edwin Field es un miserable, — dijo Summers después que hubo servido el café. — Nunca he visto a un hombre derrumbarse como él.

—¿Tuvo dificultad en inducirlo a firmar una declaración ratificada?

—No mucha. Usted tuvo pleno éxito con su artimaña, Dale. Field no sospecha que firmó la primera confesión delante de un escribano apócrifo, y así no se dió cuenta de ue podría empeorar las cosas firmando otra en forma legal. Tal vez le haya parecido que así favorecía su caso. Sea como sea, la firmó. Naturalmente que va a tratar de librarse, tan pronto como haya visto a su abogado, y respirado un poco, ¡pero déjelo no más! — Summers tomó uno de los cigarros que le ofrecía Dale. — Bueno, Dale, yo tenía las cosas bastante embarulladas y usted me salvó de un papelón.

—Olvídese de eso, mi amigo. La declaración de Field era completa, ¿verdad?

—Incluía todo, hasta el asunto del paraguas. Como lo habíamos sospechado, Austin estaba haciendo el chantage a la sordina. Lo había acorralado a Field, y le había estado sacando dinero durante un tiempo. Había ciertos papeles en la caja de hierro de Austin, que Field necesitaba. Creyó que podría violar la caja. Esperó la oportunidad y decidió llevar a cabo la empresa una noche que vió salir a Austin de la casa vestido de etiqueta. Lo único que lo tenía inquieto era cómo hacer para habérselas con el ama de llaves de Austin. La había visto salir temprano, por la noche, pero no sabía si había vuelto. Decidió esperar hasta eso de las diez y media, llegar hasta la puerta, tocar el timbre y si nadie contestaba, entonces sabría que no había persona alguna en la casa. Pero Field era de esas personas precavidas que siempre se preparan para cualquier emergencia que les pueda suceder. El ama de llaves podría estar en casa y acudir al llamado. Si así fuera, necesitaría dar una excusa por haber llamado. No podría decir que venía como amigo, pues nunca había estado en la casa con anterioridad, y no deseaba despertar las sospechas del ama de llaves. Cualquiera podría sospechar de un desconocido que llamara a las diez y media de la noche. Entonces Field tuvo una inspiración, una de esas ideas simples que parecen tan comunes que nadie puede encontrar en ellas cosa alguna de extraordinario.

—El paraguas, — dijo Dale sin mayor interés. — Había leído la declaración de Field con apresuramiento la noche anterior, sólo para asegurarse de que todos los misteriosos detalles quedaron esclarecidos, y los principales incidentes estaban bien grabados en su mente.

—Sí, el paraguas, — dijo Summers. — Usted no necesita tener una gran amistad con cualquiera para prestarle un paraguas. Field recordó que había comprado un paraguas hacía pocos días, y decidió, en el caso de que el ama de llaves de Austin viniera a abrir la puerta, decirle que Austin se lo había prestado poco tiempo atrás, y que acababa de pensar en devolvérselo. Lamentaba haberlo tenido tanto tiempo en su poder y cosas por el estilo. Este era un subterfugio sencillo y eficaz.

"Pero sucedió que el ama de llaves no estaba en casa. Field hizo sonar el timbre, y al ver que nadie contesaba, se dió cuenta de que durante un buen rato estaría solo en la casa. Había traído un manojo de llaves de la oficina, y pronto pudo entrar. Sin pensar, hizo una cosa natural, es decir, colocó el paraguas en el soporte del vestíbulo. Luego subió. Al principio pareció que la suerte no le acompañaba. La caja fuerte estaba abierta y vacía. Evidentemente algo le había pasado a la combinación, y Austin no la había usado durante algún tiempo. Field comenzó a mirar en su redor, sospechando que Austin hubiera llevado el contenido de la caja a algún otro lugar. Buscó por todas partes. Tardó mucho tiempo. Por suerte, el ama de llyaves había ido a pasar la noche con su hermana. Finalmente encontró los papeles en un cajón del escritorio. O la cerradura no andaba bien o de lo contrario Field supo hacer un buen trabajo, porque no dejó la menor señal en la madera. Puso las cosas en orden, teniendo cuidado de no dejar rastros tras de sí. Bajaba ya las escaleras para

salir cuando súbitamente oyó que se abría la puerta de calle.

—Era Austin que regresaba, — dijo Dale con languidez.

El inspector hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Usted sabe perfectamente todo lo que ha pasado. Field le pegó un tiro, y con la excitación del momento no volvió a acordarse del paraguas. No era que importara, pues el paraguas aunque nuevo era ordinario, y nadie podría identificarlo. Field al principio se había atemorizado, pero se calmó cuando vió que la investigación tomaba otro rumbo. Nunca habría sido descubierto si a Harry Fayle no se le hubiera ocurrido hacer de detective.

—Me gustaría saber cuanto es lo que sabía Fayle en realidad, — murmuró Dale. — Tengo una idea que... Pero ahora no importa. Estoy contento por lo que se refiere a Bentham, de que usted haya atrapado al asesino.

—Gracias a usted, — dijo Summers con tono de aprecio. — Pero, dígame, ¿cómo supo usted que Field era el asesino?

Dale se sonrió.

—Como le dije con anterioridad, Field casi me lo confesó. Yo les mostró ayer el paraguas que había comprado, a cerca de una docena de personas y me fijé en el efecto que les producía. Como usted sabe, era sumamente parecido a los otros dos paraguas, salvo que le faltaba el gordón negro. Ese pequeño detalle en realidad no hacía mucha diferencia, pero Field lo notó y comenzó a observar, pero luego cambió de idea. Si él hubiera llamado la atención al cordón que faltaba, no habría alterado las cosas en lo más mínimo. Pero no lo hizo. No quiso demostrar demasiada familiaridad con tal artículo. Esa es la forma en que obran las conciencias intranquilas y culpables, y eso fué lo que me dijo que Field era el asesino. A propósito ¿conoce usted a Roger Pickworth?

—¿El escultor? Sí. Por un momento creí que él podría saber algo. El y Austin habían llegado a enfriar bastante sus relaciones últimamente. — Luego Summers hizo un gesto irónico. — Pickworth tenía la costumbre de llevar un paraguas cuando existe la menor probabilidad de lluvia. Tiene miedo al reumatismo y lumbago.

—Justamente como lo había pensado, — dijo Dale mirando alegremente fuera de la ventana. Un furgón se acercaba por la calle, y el conductor tiraba ferozmente de las riendas, mientras le gritaba palabras obscenas y juramentos a los caballos.

—Ese hombre debería ser colgado, — dijo Dale resentido.

Summers, mirando la punta encendida de su cigarro, pareció no oirlo.

—Tengo que darle a usted el crédito por este éxito, Dale. Yo tenía las cosas embarulladas, luego vino usted y las puso en orden. Nunca hubiéramos podido conseguir pruebas contra Field. Cómo hizo usted para obtenerlas, no lo sé, y tampoco deseo saberlo. — Hizo un gesto de satisfacción y contempló amistosamente a su compañero. — Yo hubiera jurado que nadie más que el Ladrón Artificioso hubiera sido capaz de llevar a cabo una prueba como esa.

—Dígame, Summers, supongo que usted no estará insinuando...

—¡Oh, no! ¡Qué esperanza! Eso me recuerda algo. — Sacó de su bolsillo un trozo de papel. — Bentham me dió esto hoy. Está tan contento de verse libre de este asunto que desea gratificar al hombre que lo sacó del apuro. Yo le dije que nadie lo merecía más que usted. Tómelo.

Dale miró el cheque, vió que era pagadero a su orden por quinientas libras, sonrió levemente, luego tomó la lapicera con depósito y su talonario de cheques y escribió con rapidez: "Sociedad Protectora de Animales. Quinientas libras. — Martín Dale".

Luego, recordando que tenía una cita con Cora Stillman, le estrechó la mano a Summers y se retiró.

Fin de 'EL ARTIFICIOSO SE CONVIERTE EN DETECTIVE".

Un hombre entra en una zapatería con su hijo.

—Zapatero, a ver si tiene usted un par de botines para este muchacho.

—¿Qué número tiene?

—¡Este no tiene número todavía!

—¿Cómo que no?

—¡No! ¡Siempre ha andado descalzo!

✤ ✤ ✤

—¿Sabes que don Lucas tiene treinta mil pesos de renta mensual?

—¡Qué lástima!

—¿Por qué? El dinero no perjudica a un hombre.

—No; pero hay hombre que perjudica al dinero.

—Estoy seguro, — dice el señor que está dando una conferencia, — de que de cada diez matrimonios en nueve casos fué la mujer la que decidió al hombre a pedir su mano. Como prueba pido a los casados que se hallen en el público y se encuentren en este caso, tengan la bondad de levantar la mano.

Se produjo entre el auditorio un fuerte murmullo y de pronto se pudo distinguir una voz que decía: "Te digo que no lo levantes".

✤ ✤ ✤

—Este vestido necesita arreglo, — dice la esposa al marido. — Hay que ponerle dos tablas adelante, otras tablas a los costados y un tablón abajo. Voy a llamar a la modista.

—Con tanta tabla, llama al carpintero.

Una promesa imprudente

por Max y Alex Fischer

I

Los Moutier decidieron aprovechar el haberse mudado de casa para señalar un día de recibo a sus amistades. Fijaron el primer domingo de cada mes.

La primera vez, el mes último, el 3 de Noviembre, el domingo 3 de Noviembre, Gisela y Gustavo Moutier debían "quedarse en casa" de cuatro a siete.

A las tres y media, de vuelta los dos de hacer sus compras, se encontraron en la puerta de la calle, ambos cargados de paquetes.

—¿Y bien? ¿Has encontrado pasteles?— preguntó Gustavo.

—Sí... Unos bizcochos borrachos y unos babás excelentes en una modesta pastelería de poca apariencia, pero muy acreditada... Y a diez céntimos nada más

—Muy bien.

—¿Y tú? ¿Los vinos? ¿Tienes lo necesario?

—¡Todo lo necesario!... Un económico oporto en unas botellas de suciedad tan repugnante, que apenas si se atreve uno a tocarlas con las manos y que tienen el aspecto de ser anteriores a la invención del vidrio... Y no adivinarías a cómo lo he pagado... ¡Treinta y ocho sueldos, solamente, trein-ta y o-cho sueldos la botella!

Iban a empezar la ascensión, escalera arriba. Moutier retuvo a su esposa por un brazo.

—¿Y la portera?

—¿La portera?... ¿Para qué?

—Ya lo sabes... Para hacerle aquel encargo que dijimos...

Se dirigieron a la portería. Con aire de humildad rogaron a la señora Ludovico, la portera, que cuando sus amigos le preguntaran en qué piso vivían, no respondiera "en el quinto", sino "en el cuarto"... "con entresuelo".

Para estar más seguros de que les concedería esta pequeña satisfacción de amor propio, añadieron:

—A propósito, amable señora Ludovico: tenemos unos pasteles. Cuando se hayan ido nuestros amigos, tendremos mucho gusto en bajarle algunos.

II

Los Moutier habían comprado, en obsequio a sus amigos, veinte bizcoches borrachos y veinte babás.

A las ocho menos cuarto de aquel domingo, 3 de Noviembre, después de que sucesivamente una docena de personas, entre las cuatro y las siete, hubieron apoyado sus pulgares en el botón eléctrico colocado en la puerta del piso, después de que habían hundido sus riñones durante cincuenta minutos en uno de los cuatro sillones colocados a lo largo de las paredes del salón, y de haber comprobado que alguno de los amigos no sabía estar de visita, los Moutier hicieron el inventario de los pasteles que se habían ahorrado.

—Catorce, — afirmó Moutier: — quedan catorce.

—¡Qué suerte! —exclamó la mujer. — Por una vez vamos a poder regalarnos.

Acababan los dos de calcular mentalmente que, aun dando dos pasteles a la criada, les sería permitido, al final de la comida, tomar seis cada uno, de postre.

Moutier, bruscamente, exclamó:

—¡Caramba!... ¿Y la portera?...

—¡Es verdad! — asintió la señora Moutier. — ¡La habíamos olvidado!... ¡Es divertido haberse de imponer una privación por esa vieja!

—En fin, cosa prometida, cosa debida... — afirmó Moutier. — Es, sin duda, enojoso, ya que sólo nos van a quedar tres para cada uno, pero... ¡bah, tanto peor!... No se puede hacer otra cosa: hay que bajarles seis.

Resumiendo su sentimiento y el de su mujer, había dicho "cosa prometida, cosa debida". En su consecuencia, pocos minutos después llevaba seis pasteles para ofrecérselo a la señora Ludovico.

En el momento de ir a cerrar tras sí la puerta, cambió de opinión:

—Oye, Gisela.

—¿Qué quieres?

—Seis... ¿Crees necesario que se lleven seis a esa vieja sucia?... ¿No crees que cuatro serán suficientes para esa boca desdentada?... Pues bien, escucha... Sí. Vuelve al comedor este bizcocho y este babá. La cosa es sencilla: le diré que hemos tenido más visitas de las que esperábamos, que nosotros creíamos que quedaría más para ella, y que la próxima vez, el domingo próximo, haremos por llevarle algunos más.

III

Por segunda vez, ayer, domingo 5 de Diciembre, el señor y la señora Moutier "se quedaron en casa".

A las cuatro menos cuarto, sobre un velador de la sala, estaban los cuarenta pasteles en orden de combate, y el regimiento de vasos desplegado en línea a las órdenes de las botellas.

Desde las cuatro, Gisela y Gustavo, ataviados con sus mejores galas, esperaban impacientes la llegada de sus amigos.

Dieron las cuatro y media. Dieron las cinco menos cuarto. Dieron las cinco. Ningún visitante se había dignado aún llamar a la puerta.

—¿Qué pasa?... — dijo, extrañado, Gustavo.

—¡No se comprende!... — dijo, extrañada, Gisela.

Dieron las cinco y cuarto Dieron las cinco y media Dieron las seis menos cuarto. Ningún visitante, sin excepción, se había dignado llamar a la puerta.

A las seis, Moutier no pudo contener su mal humor.

—¡Ea, basta! ¡Yo ya he esperado bastante a estas gentes que se burlan de mí! ¿No has sido tú la que has querido tener días de recibo? Pues tú recibirás sola a tus amigos... ¡si vienen! Yo me voy a la calle a fumar un cigarrillo.

Pocos instantes después estaba ya al pie de la escalera y acababa de abrir la puerta de cristales que da acceso al vestíbulo del inmueble, disponiéndose a salir a la calle. Entonces, cuando nadie podía sospechar que él estaba en aquel sitio, fué cuando descubrió la causa por la cual ninguna visita había llamado aquel día a su puerta.

Dos personas, — que, aunque las vió sólo de espaldas, conoció que eran sus amigos, el señor y la señora Salignac, — acababan de abrir la puerta de la garita de la señora Ludovico y de preguntarle en qué piso vivía él.

La portera, con voz lo bastante fuerte para que se le pudiera oir palabra por palabra, respondió, cínica e imperturbable:

—En el quinto; pero es inútil que se cansen ustedes en subir... No están. Han salido todos inmediatamente después de almorzar.

Luego, mientras los Salignac, visiblemente contrariados, se alejaban, la señora Ludovico, en voz tan alta que Moutier la oyó perfectamente, y volviéndose hacia el fondo de la portería y dirigiéndose a su marido, que tumbado en un sillón leía el diario, dijo jovialmente y palmoteando:

—¡Es gracioso, Ludovico!... ¡Hoy esto marcha! Dos pasteles más que no se comerán los tragones de la banda de los Moutier. ¡Lo que nos vamos a regalar esta noche los dos con lo que nos bajen de lo que les haya quedado a esos amarretes!

Max y Alex Fischer.

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

UNA INTERESANTE PIEZA TEATRAL

Cuando los hijos son ya hombres

Comedia en un acto, escrita por **Paul Geraldy**

(TRADUCCION DEL FRANCES)

PERSONAJES

EL SEÑOR PELISSIER. || JAIME (25 años). || DUREUX (25 años).

La habitación de un joven en casa de sus padres. Hay en el cuarto una cama, una mesa de trabajo, un armario, sillas de diversas clases. Todo está a la buena de Dios. Se ven libros por todas partes.

ESCENA I

JAIME y DUREUX

(Jaime está solo, trabajando. Hundido en un sillón, con los pies encima de la mesa, a la altura de su cabeza, lee un enorme libro y fuma una pequeña pipa. Llaman a la puerta.)

JAIME

¿Quién va?

UNA CRIADA

(Abriendo la puerta). — Señor Jaime, ahí está el señor Dureux.

JAIME

Que pase.

DUREUX

(Entrando). — ¿Estabas estudiando, Jaime?

JAIME

¿Por qué has venido tan tarde?

DUREUX

Estaba con Enriqueta.

JAIME

Naturalmente...

DUREUX

Ha ido a varias casas de este mismo barrio, y a las cinco he de ir a buscarla a lejos de aquí. (Consulta el reloj.)

JAIME

Tú vas a conseguir que te sorprendan con tu amiga mi papá o mis hermanas.

DUREUX

¿Todos bien en tu casa?

JAIME

¿Has oído lo que te he dicho?

DUREUX

¿Todos buenos, todos buenos?

JAIME

¿Me oíste, digo?

DUREUX

(Elevando la voz). — ¡Sí...; sí!... (Más suavemente.) ¿Cómo siguen en tu casa?...

JAIME

(Elevando a su vez la voz). — ¡Bien... bien! (Más suavemente.) Papá se halla muy cansado.

DUREUX

¿De veras?

JAIME

Sí; acaba de terminar el proyecto para el hotel de la calle de Jorge II. ¿Sabías que se lo habían encargado?

DUREUX

Me lo has dicho, por lo menos, veinticinco veces. ¿Has visto el proyecto tú?

JAIME

No. Pero lo ha visto Jacquemin. Dice que el frente es hermosísimo, que los tejados están muy bien terminados y que el conjunto resulta armonioso, majestuoso, moderno y elegante...

DUREUX

Parece que tu padre trabaja enormemente...

JAIME

Poco te figuras lo que trabaja... Trabaja excesivamente, sí... En un año ha envejecido mucho... Se va encorvando... ¿No te fijaste?

DUREUX

No...

JAIME

Tiene el semblante triste... Debe de sufrir una gran contrariedad.

DUREUX

¿Y qué contrariedades puede tener?

JAIME

Sus intereses... La quiebra esa del banco Bader le ha perjudicado más de lo que se cree.

DUREUX

¿Lo sabes bien?

JAIME

Está vendiendo casi todos sus cuadros. ¿No te fijaste que el Prud'hon ya no está en el comedor?... Por otra parte, ya sería hora de que no trabajara más... Hace un año ya hablaba de retirarse. Hasta llegó a proyectar un viaje en el que sueña desde hace muchos años. Pero ahora ya no habla de él, y sé que acepta todos los encargos que se le hacen.

DUREUX

Si se hallara mal de fondos te lo diría.

JAIME

¿Papá?... Tú no conoces a mi papá.

DUREUX

¿Está en casa ahora?

JAIME

Sí está en el taller.

DUREUX

¿Y si fuera a estrecharle la mano?

JAIME

¿Para qué?

DUREUX

Una visita de cumplido.

JAIME

Puedes ir, si quieres.

DUREUX

Acompáñame.

JAIME

No.

DUREUX

¿Y por qué?

JAIME

¿Es que viniste a ver a mi padre o a verme a mí?

DUREUX

¿No quieres que le saludes?

JAIME

A él lo mismo le da. Puedes estar seguro de ello.

DUREUX

Me lo figuro... Pero creo que no le disgusta que le saluden tus amigos... Además, vengo a comer a tu casa algunas veces... Tú me arrastras a tu habitación después del café, porque las conversaciones de familia te aburren. Y, al fin, parezco yo un mochuelo... ¿No te importa nada que parezca un mochuelo?

JAIME

No te impido que vayas a saludar a papá, no... Ve, si quieres.

DUREUX

(Sentándose). — No he visto otro tirano como tú.

JAIME

¿Por qué no viniste ayer?

DUREUX

Estuve con Enriqueta.

JAIME

¿También?

DUREUX

No sale más que los martes. Ya sabes que se los dedico a ella.

JAIME

Pero hoy no es martes.

DUREUX

No... Pero hoy es un día excepcional. Yo...

JAIME

Convinimso en que, después de Pascua, vendrías a trabajar conmigo todos los días. La mayoría de las veces no vienes a causa de Enriqueta; cuando vienes llegas tarde a causa de Enriqueta, y te vas siempre muy temprano, también a causa de Enriqueta.

DUREUX

¡No me fastidies!... Amo a esa muchacha...

JAIME

Lo comprendo. Pero es necesario que pienses en tu porvenir, amigo. Los exámenes se acercan: Mayo, Junio...

DUREUX

Estudio por la noche.

JAIME

Se te conoce... ¡Si vieras qué cara tienes!... Este año es para ti decisivo... Es preciso que hagas la reválida.

DUREUX

Ya lo sé.

JAIME

¿Y qué vas a hacer mañana?

DUREUX

Mañana...

JAIME

¿Vas a ir de paseo con Enriqueta?

DUREUX

No lo sé... Ella me ha dicho...

JAIME

A partir del próximo lunes es necesario que estudiemos juntos la codificación de las leyes del trabajo.

DUREUX

Está bien.

JAIME

(Abriendo un cajón). — ¿Qué te parecen estas corbatas?

DUREUX

¿Qué veo? ¿Has comprado todavía más corbatas?

JAIME

¿Te gusta ésta?

DUREUX

¡Te pasas la vida comprando corbatas!

JAIME

Dime, ¿te gusta ésta?

DUREUX

No.

JAIME

(Impresionado). — ¡Ah!... ¡Oh!... Está bien; veo que no tienes gusto ninguno. El color azul es casi siempre vulgar. Pero éste es encantador... Es raro y precioso.

DUREUX

A mí no me parece así. Este otro, sí, es un color que me guesta...

JAIME

¡Claro!... Marrón.. Este color no es difícil de escoger... Tú no te comprometes.

DUREUX

(Con aire distraído). — A mí también me hacen falta corbatas...

JAIME

(Escandalizado). — ¿Más todavía? ¿Quieres que te ceda algunas?...

DUREUX

Te convences de que te sobran, ¿eh?

JAIME

Permite que no te ofrezca esta azul.

DUREUX

¿Por qué?

JAIME

Porque dices que es fea.

DUREUX

(Deseando obtenerla) — A todo se acostumbra uno.

JAIME

Muy bien. La guardaré para mí.

DUREUX

¡Qué sinvergüenza eres!

JAIME

Toma esta marrón, puesto que te gusta.

DUREUX

(Con mohín). — Esta marrón...

JAIME

Sí. **(Cierra el cajón).**

DUREUX

¿Qué hora es?

JAIME

(Enojándose) — ¡Caramba! ¡Si sólo hace diez minutos que llegaste! ¡Estate tranquilo!

DUREUX

(Acercándose a mirar una fotografía puesta en un marco que habrá colgado de la pared). — ¿Es nuevo esto?

JAIME

Sí; lo he comprado esta mañana.

DUREUX

¿Qué es?

JAIME

Es un fragmento del confesionario de Nuestra Señora de Cortona.

DUREUX

¡Ah!...

JAIME

Te participo que es muy hermoso.

DUREUX

¡Fanfarrón!

JAIME

Y muy famoso..., amigo mío.

DUREUX

¿De qué pintor es?

JAIME

De Fra Angélico.

DUREUX

¿Y qué es lo que representa?

JAIME

Representa el entierro de la Virgen. El sentimiento que lo anima es exquisito... Cristo ha descendido de los cielos y se le ve

junto con los que entierran a su Santa Madre. ¿Lo ves?

DUREUX

¿Ese es Cristo? ¿Y por qué tiene un niño en los brazos?

JAIME

Esta es la idea delicada. Eso que Cristo sostiene en sus brazos, esa pobre criaturita en pañales, es el alma de su madre, reducida, empequeñecida. Jesús sostiene a esa pobre alma que sufrió por El, como su madre le sostuvo a El cuando era niño... El que antes era el indefenso es ahora el defensor. Es adorable..., un tanto rebuscado..., En fin, es italiano.

DUREUX

¡Ah!... (Consulta el reloj.) Ahora sí que...

JAIME

Espera un momento.

DUREUX

¡No puedo esperar! (Tomando su abrigo.)

JAIME

Espera un segundo... He recibido carta de Ivona.

DUREUX

(Dejando su abrigo). — ¿No me lo podías haber dicho antes?

JAIME

Como estás hablando siempre...

DUREUX

¡Qué hombre! No piensa más que en esa carta y me deja charlar como un imbécil... (Sentándose.) ¡A ver!...

JAIME

(Sacando una carta del cajón de la mesa). — Es una carta deliciosa.

DUREUX

¿Cuándo se casan ustedes?

JAIME

No sé... Cuando yo tenga una posición.

DUREUX

Vamos... Con lo que tu padre te dará, me parece que...

JAIME

No digas tonterías. Por de pronto, mi padre me va a dar muy poca cosa. Tiene el propósito de mejorar en lo que pueda a mis hermanas, lo que me parece muy natural. Y, además, como ya te he dicho, ahora los negocios no le sonríen. ¿Te figuras que aceptaría la idea de instalarme en París sin ganar nada, mientras mi padre continuaba trabajando para sostener su casa y la mía? No, querido amigo. Ivona tiene veinte años. Yo tengo veinticinco. Todavía podemos esperar. Me casaré cuando pueda ofrecer yo mismo a mi mujer una situación que no sea indigna de ella. Por otra parte, creo que pronto podré...

DUREUX

Entonces, deberías pedirle relaciones.

JAIME

Ya lo he hecho.

DUREUX

Quiero decir oficialmente.

JAIME

¿Y para qué?

DUREUX

Sería mejor para Ivona y para ti

JAIME

Por ahora, no.

DUREUX

Tu padre, ¿sigue ignorando la cosa?

JAIME

Sí. A mi padre le hablaré cuando me pueda casar. No estoy para representar durante un año ese triste y tonto papel del joven que se quiere casar y no puede.

DUREUX

Esos amores ocultos son muy desagradables.

JAIME

No hay nada oculto. Pero son cosas de las que uno no gusta hablar en familia. Esto es muy delicado. Bastaría que no me comprendieran bien para que...

DUREUX

¡Oh! Tu papá te comprendería.

JAIME

Naturalmente que me comprendería. Mi padre no es ningún imbécil.

DUREUX

¿Entonces?

JAIME

Escucha lo que me escribe Ivona.

DUREUX

¿No podrías decirle, sencillamente, me has dicho a mí?

JAIME

Escucha lo que me escribe Ivona... Salto las primeras frases. No tienes necesidad de saber cómo ella me llama... Pero escucha esto: "Usted me dijo..." (La puerta se abre. Entra el señor Pelissier. Jaime esconde la carta en uno de los bolsillos y su rostro se sonroja.) ¡Aquí tienes a papá!...

ESCENA II

Dichos y el señor Pelissier

PELISSIER

¡Jaime! ¿Quieres darme los diarios? ¡Ah! ¿Usted por aquí, Dureux?

DUREUX

Buenos días, señor Pelissier.

PELISSIER

¿Estaban trabajando?

DUREUX

No..., charlábamos.

JAIME

Ahora íbamos a ponernos a trabajar... Aquí están los diarios... "El Tiempo" y "Los Debates". (Le da los diarios).

PELISSIER

(Metiéndose los diarios en el bolsillo). — Gracias. ¿Le estorbo?...

UREUX

No, señor. Precisamente le preguntaba a Jaime si podía pasar a saludar a usted.

PELISSIER

Ya sabe usted que siempre me agradan sus visitas. (Sentándose). Con que, ¿qué hay de nuevo?

JAIME

¿No vas a salir, papá?

PELISSIER

No, ahora no.

JAIME

¿Y por qué? Sal ahora, que hace buen tiempo. Todavía hay sol...

PELISSIER

Vea usted mi hijo. Cada vez que entro en su cuarto me manda a paseo.

JAIME

Y con mucha razón. Te ha ordenado el médico que pasees, y no sales nunca. Eres como un niño. (A Dureux.) ¡Mira qué semblante tiene!

DUREUX

Es verdad. Se ve que está usted cansado.

PELISSIER

(Contemplando la fotografía que hay en la pared.) — ¡Caramba! La Virgen de Cortona... Es la obra de que te hablaba ayer... ¡Y por qué no me dijiste que la tenías?... ¡La ha visto usted, Dureux?...

DUREUX

No. Es muy linda.

DUREUX

¡Mucho!

JAIME

(Un tanto tierno y un tanto enojado). — Papá... Desearía que te fueras un rato...

PELISSIER

¡Pero, hombre, déjame tranquilo!... (A Dureux.) ¿Comprende usted el símbolo? Mientras entierran a su Madre, Cristo sostiene un niño en brazos. Este niño es el alma de la muerta, en miniatura. Y él la sostiene en sus brazos, como antes Ella le había sostenido a El. Es un sentimiento delicado, ¿no es verdad? Quizás sea un poco rebuscado... ¡Pero, en fin, es italiano! ¿Qué hay de nuevo en su casa?

DUREUX

La primavera...

PELISSIER

Para ustedes, los jóvenes, siempre es primavera. ¿Y qué más?

JAIME

¿Y qué quieres tú que traiga de nuevo? El muchacho trabaja.

DUREUX

Usted sí que trabaja, señor Pelissier.

PELISSIER

Sí... Acabo de trazar los planos de un importante edificio.

DUREUX

Jaime me lo decía ahora. ¿Un hotel moderno?

PELISSIER

¡Ah! ¿Ya estaba usted enterado?... Sí, un hotel. Es algo fuera de lo corriente.

DUREUX

(Sin querer ver las señas que Jaime le hace, desde hace un momento, a espaldas de su padre, para que se calle). — Y, naturalmente, se tratará de un hotel muy moderno...

PELISSIER

Eso es: muy moderno. Lo que hace gracia en estos edificios a la moderna es que nos vemos obligados a apartarnos de las viejas formas. Una tienda de novedades, un banco, una estación de ferrocarril, no pueden ser Luis XV o Luis XVI. Esto es evidente. Es preciso emplear nuevos estilos y satisfacer múltiples exigencias que nos obligan a apartarnos de las antiguas... (Molesto por esta conversación, que lleva trazas de durar mucho, Jaime ha encerrado en el cajón la carta que había sacado de él, y se va del cuarto, nerviosamente. El señor Pelissier vuelve la cabeza hacia la puerta, que Jaime ha cerrado con cierta violencia, y acaba su frase distraídamente.) ... proporciones.

ESCENA III

El SEÑOR PELISSIER y DUREUX

DUREUX

¡Claro! Hoy se vive de otra manera y es necesario que los edificios se construyan de otro modo también... por lo que...

PELISSIER

Espérese... (Le señala la puerta.) Pero ¿qué le pasa a éste? (Una pausa.) Parece que está furioso... ¿Es porque no he salido?... ¿Les he estorbado? Sí... les he interrumpido...

DUREUX

De ninguna manera. Nosotros no tenemos secretos...

PELISSIER

¡Mentiroso!... ¡Es claro!... Les he estorbado.

DUREUX

No, no... Le aseguro que no...

PELISSIER

¡Es un majadero!... ¿No podía haberlo dicho? (Abre la puerta.) Se fué. (Cierra la puerta, algo molesto.) ¡Nada, es un tonto!

DUREUX

¡Ah! Tiene un carácter muy descontentadizo... Usted sabe que nos pasamos el tiempo discutiendo.

PELISSIER

Sí; es usted bastante sufrido.

DUREUX

Voy a buscarle.

PELISSIER

Le prohibo a usted que se mueva. (Una pausa.) Y en fin de cuentas, ¿qué piensa hacer?... ¿Casarse?...

DUREUX

(Sorprendido). — ¿Quién?

PELISSIER

¡Ah, pícaro!... Está bien. Sea usted discreto. No haga usted traición a nadie. A él le gusta el misterio. Callémonos. (Una pausa.) ¿Qué piensa? ¿Qué imagina?... Yo hallo encantadora a esa niña... Digo encantadora... Es más que esto. Es... es... encantadora... inteligente... hermosa... ¿Usted la conoce?

DUREUX

Sí.

PELISSIER

¿Verdad que es hermosa?

DUREUX

¡Ya lo creo!

PELISSIER

Es un lindo tipo de mujer moderna... ¿Y qué espera él? Yo me sentiría orgulloso de una nuera así... ¿Quiere usted decirme lo que espera?

DUREUX

El no tiene posición...

PELISSIER

¡Vaya un escrúpulo! ¿No estoy yo aquí? El sabe perfectamente que no tiene más que decir esta boca es mía... Que hable, que se explique... (Pausa. Bruscamente.) ¿A qué edad perdió usted a su padre, Dureux?

DUREUX

A los quince años.

PELISSIER

¿Quince años? Todavía llevaba usted pañales... En fin, su padre no le conoció a usted... ¿Le gustan a usted los libros de su padre?

DUREUX

¿A mí? Mucho... es decir... Se trata de libros técnicos.

PELISSIER

Y usted, hijo de un médico, ¿no ha pensado en estudiar medicina?

DUREUX

Mi padre decía siempre que no quería que yo fuese médico.

PELISSIER

Es raro...

DUREUX

(Tímidamente). — Y a usted, ¿le hubiera gustado que su hijo fuera arquitecto?

PELISSIER

No sé... Siempre he dicho que no... Lo que hubiese querido es tener un hijo que hablara. El mío es mudo, y esto es una cosa enojosa.

DUREUX

No decirse nada... quizás sea aún la mejor manera de comprenderse cuando se sabe que se puede decir algo...

PELISSIER

¿Lo cree usted así?

DUREUX

Usted le intimida.

PELISSIER

¡Vamos hombre!... Cuando era chico, pase... Durante los primeros quince años, las relaciones de padre a hijo son como las del gendarme y el malhechor... Pero ya no estamos en ese caso...

DUREUX

Todavía toma usted algunas veces un aire serio ante él... Usted no se dá cuenta de ello, pero es usted severo...

PELISSIER

Como todos los padres tiernos. **(Pausa.)** Uno regaña, pero dice para sus adentros: "Mañana voy a darle una satisfacción." Fíjese usted: un hijo, formado de nuestra carne y de nuestra alma, ¡diablo! ¿Qué mejor compañero puede hacer?... Primero, el muñequito aquel sobre el cual uno se inclinaba para hacerle gestos cariñosos, se convirtió en un muchacho desmandado, travieso y turbulento, ante quien fué preciso enfadarse seriamente; después en un muchachote, ya bachiller, perezoso, orgulloso y sectario; más tarde, en un soldado querelloso y soñoliento, a quien uno ve solamente de vez en cuando... Pero de la última crisálida salió la mariposa... Helo ya un hombre hecho y derecho. Tiene veinticinco años. Es un hombre. Esto señala una época en una casa. Se alcanzó ya lo que se deseaba. Ahí le tiene uno ante sí. Ya puede uno entenderse perfectamente con él. Ambos somos de la misma raiz, de la misma carne. Al fín podremos hablar... ¡Ah!... ¡Pero no!... Este es el momento en que se empieza a callar... es el momento del silencio... ¡El silencio! El hijo está aquí en la casa. Su cuarto está al final del corredor. Pero ¿qué cosas suceden en ese cuarto? ¿Qué piensa su dueño? ¿Qué medita? Sus amigos y sus amiguitas lo saben. Mas para la familia, para el padre, ¿no es un desconocido? ¿Qué hay tras de esta puerta? ¿El amigo que uno esperaba o un extraño, quizás?...

DUREUX

El amigo, señor Pelissier, el amigo. Yo lo sé y lo puedo decir. Pero un amigo tímido y un poco vergonzoso que no se atreve a mostrarse y se esconde...

PELISSIER

Eso es porque no vive su madre. Ya lo comprenderá usted, Dureux. Cuando hay una mujer en casa, ya es otra cosa... Me dirá usted que tengo hijas... Sí, es verdad: tengo dos hijas. Pero las hijas, para eso, son lo contrario de la madre. Las muchachas hablan demasiado... María y Juana son buenas hijas... Amables, inteligentes... Pero es un hombre lo que uno desea, Dureux... Sí, eso es: un hombre.

DUREUX

Jaime es el hombre que usted desea. Esté usted tranquilo. **(El señor Pelissier se encoge de hombros con escepticismo.)** ¡Si le oyera hablar de usted!... Es usted su modelo. ¡Si supiera usted cómo admira todo lo que usted hace!...

PELISSIER

¿Jaime?... ¡Ah, no!... ¡No diga usted eso, amigo!... Veo las cosas más claras de lo que usted se figura. No solamente no me admira, por otra parte, no quiero que me admire en nada, sino que a veces tengo la impresión de que... **(Duda un momento y luego dice):** Un día, amigo Dureux, fué el año pasado, durante las vacaciones, en Marlotte, nos entreteníamos Jaime y yo, con unos guantes de boxeo, en darnos puñetazos. No sé si usted sabe que fuí yo quien le enseñó a Jaime a boxear. Fué uno de mis ejercicios favoritos, y no lo hacía del todo mal. Empezamos... Comienza el asalto... ¡Pam! Recibo un golpe. Sí, recibo un golpe. ¡Diablo! Atención... Vuelta a empezar. Otro golpe... ¡Pam, pam! Quiero tomar la ofensiva y sobreponerme... Pero ya es tarde; recibo otro golpe... ¡Ah! ¿Es que un chico?... Intento entrar a fondo... El me para el golpe y recibo un nuevo puñetazo... ¡Ah Dureux! Fué preciso que al fin pidiera clemencia... Ya no era yo el más fuerte... ¿Comprende usted? Sí, sí: el chico había vencido... Es una impresión curiosa, se lo aseguro, esta de sentirse vencido por su propio hijo... El discípulo, el muchacho, se había convertido en el maestro... Produce un efecto extraño... Pero uno se siente orgulloso y contento... En el fondo, era lo que uno deseaba: poner al hijo por encima de uno mismo... Yo había hecho cuanto me había sido posible para que un día me aventajara... Pero uno se siente confuso cuando, de golpe y porrazo, se da cuenta de que llegó lo que deseaba... En este momento, el vencedor está más seguro que uno mismo. Sentirse vencido una vez está bien; pero lo que no agrada tanto es que el hijo se dé demasiada cuenta de su superioridad... Después de la aventura del boxeo empecé a desconfiar. Y ahora, a menudo, cuando estamos todos en la mesa y estoy hablando y yo me digo hablar, suelo sorprender su mirada fija sobre mí y no puedo reprimir un sentimiento de inquietud. Sí; yo creo que me mira sin intención... Sí: es una mirada sin severidad, pero también sin indulgencia, una mirada que juzga..., y entonces yo me callo. Me digo que quizás él conoce, mejor que yo, el asunto de que estoy hablando y que en aquello quizá sea más fuerte que yo, como en el boxeo. Y yo, que me lanzo a hablar como un niño, dudo, no estoy seguro de lo que digo y no me atrevo a continuar... No estoy tranquilo... ¿Comprende usted, Dureux?...

DUREUX

(Con vehemencia): — Es lamentable que exista entre ustedes tamaña incomprensión. Yo, que conozco bien a Jaime; yo que sé...

PELISSIER

¡Alto!... ¿Qué es lo que sabe usted?

DUREUX

Sé que le adora a usted y que se desvive por su padre... Pero ¿no ve usted cómo se le parece?

PELISSIER

No.

DUREUX

¡Pero si es igual a usted!... Tiene su misma voz, su misma sonrisa... Vea: ese gesto que usted hace... **(El señor Pelissier se ha frotado la nariz con el dedo índice.)** Sí; ese mismo gesto...

PELISSIER

¿Este gesto?

DUREUX

Sí; es idéntico al suyo. Y en cuanto a su sonrisa... ¡qué cosa extraordinaria!... No puede ser más igual...

PELISSIER

(Contento). — ¡Ah!... ¿Usted cree?... ¿Hasta ese punto?... Pero, en fin, eso sólo son signos exteriores... Resultados de la vida en común. Pero esto no tiene importancia. Jaime ríe lo mismo que yo... ¿Pero sabe usted cómo piensa?...

DUREUX

Igual que usted, señor. Exactamente como usted.

PELISSIER

¡Vamos, no bromee usted!... Cuando llegó el tiempo de elegir un diputado por nuestro distrito, fuimos a votar juntos. Yo voté por Luciano Bernard; él votó por Mercereau.

DUREUX

Mi padre decía que el joven que a los veinte años no es un poco anarquista, es porque no tiene sensibilidad. Y que un hombre que a los cuarenta años no es un poco reaccionario, carece de inteligencia.

PELISSIER

¿Eso decía su padre de usted? **(Reflexionando.)** Un joven que a los veinte años... Es verdad. Un hombre que a los cuarenta... ¡Diantre!... A la edad de Jaime... espere usted... Sí, sí, yo era de los rojos... En aquella época de la cervecería de la calle Cadet, de Charvet y del "Amigo del Pueblo"...

DUREUX

Entonces también usted habría votado por Mercereau.

PELISSIER

He cambiado mucho.

DUREUX

Sí; se ha convertido usted en un despreciable capitalista.

PELISSIER

(Con ironía). — Un despreciable capitalista sin capital... La quiebra del banco Bader me ha cortado algunas plumas...

DUREUX

¿Las más gruesas?

PELISSIER

Sí, las más gruesas. **(Con vivacidad.)** Sobre todo, no le diga usted de esto ni media palabra a Jaime.

DUREUX

(Sonriente). — Esté usted tranquilo.

PELISSIER

Se lo digo de veras, Dureux. Guárdeme usted el secreto... Hablo a un amigo, ¿verdad? Pues silencio.

DUREUX

¿Y es usted quien se queja de que él se calle?

PELISSIER

¿Qué quiere usted? **(Se encoge de hombros.)** ¿Para qué le voy a contar eso?

DUREUX

Una confidencia provoca siempre otra. El le hablaría a usted de su novia.

PELISSIER

Y después, ¿qué?... No se trata de una confidencia o de una reserva más o menos... ¡El me dirá, al fin, que quiere casarse!

DUREUX

De todos modos, a usted le duele que no haya dicho todavía nada.

PELISSIER

Lo que me apena, Dureux, es ese estado de indiferencia y de alejamiento en que vivimos. Horas hay, usted lo sabe bien, en que uno no se siente dispuesto a trabajar, en que a uno se le caen las alas del corazón y en que se tienen deseos de lamentarse, confesando a alguien que le ame que uno no es más fuerte que los demás...; porque cuando se ha confesado eso, si uno ha sido escuchado, y comprendido, y compadecido, y amado... entonces uno se siente más fuerte que los demás...

DUREUX

¡Y pensar que él, por su parte, piensa probablemente lo mismo que usted, y que está seguramente deseoso de apoyar la cabeza en los hombros de usted!... **(Tímidamente.)** ¿Usted no quería hablarle?

PELISSIER

¿Para decirle... qué?

DUREUX

Pues lo mismo que me está usted diciendo... en el fondo, en este momento, no me habla usted a mí, sino a él... Usted le habla valiéndose de mí...

PELISSIER

¡Qué inteligente es usted!... En efecto, ¡he probado ya tantas veces!

DUREUX

¿Usted?...

PELISSIER

Sí, yo... Lo intento todos los días. Llego aquí con un pretexto u otro como ese de buscar los periódicos... Me siento aquí... Espero un poco... Y después me voy... Me vuelvo a mi gabinete.

DUREUX

Jaime trabaja mucho ahora... Eso le pone un poco nervioso. Probablemente habrá usted venido en momentos...

PELISSIER

Probablemente. **(Pausa.)**

DUREUX

¿No desearía usted aprovecharse de que... la conversación... haya empezado de algún modo... para hablarle aquí dentro de un instante? Usted le pediría los diarios...

PELISSIER

Ya se los he pedido. **(Le enseña los diarios que salen por los bolsillos. Un silencio. De súbito se queda escuchando. Ha percibido los pasos de Jaime en el corredor. Hace señas a Dureux y se acerca rápidamente a la fotografía que hay en la pared.)** ¡Qué cuadro más lindo! **(Entra Jaime. El señor Pelissier no se mueve ni le mira.)** Hoy se hacen fotografías excelentes. Los colores están muy bien... Sólo los amarillos son un poco oscuros... El amarillo no es fotogénico. Es el color más difícil de fijar... ¡Ah! Los voy a dejar... ¿Cuándo vendrá usted a almorzar con nosotros, Dureux? **(Ha sacado suavemente los diarios del bolsillo.)**

ESCENA IV

EL SEÑOR PELISSIER, DUREUX Y JAIME

DUREUX

El día que usted quiera.

PELISSIER

Jaime, ¿qué día te parece?

JAIME

Me es igual.

PELISSIER

(Huraño). — ¿No puedes fijar un día?

JAIME

Te digo que me es igual.

PELISSIER

(Encogiéndose de hombros, con mal humor.) — ¿Le parece bien el martes?

DUREUX

(Confuso.) — ¿El martes?...

PELISSIER

Sí...

JAIME

El martes no está él libre.

PELISSIER

¿Pues qué hace ese día?

JAIME

Todos los martes los dedica a la familia.

PELISSIER

(Ingenuamente). — ¡Qué fastidio!... ¿Es verdad eso?...

JAIME

No, no es verdad.

PELISSIER

Entonces, ¿por qué lo dices?

JAIME

¿Y por qué le preguntas tú eso?

PELISSIER

(Visiblemente molesto y violentado). — Arréglenlo los dos... Adios, Dureux...

DUREUX

Hasta luego, señor Pelissier. **(Mientras Jaime está de espaldas, el señor Pelissier pone los diarios encima de una silla y se va.)**

ESCENA V

JAIME Y DUREUX

DUREUX

(Sacando el reloj). — ¡Las cinco menos cuarto!... ¿Y la carta?...

JAIME

¿Qué carta?

DUREUX

¡Tu carta, hombre!...

JAIME

No tienes tiempo. Enriqueta debe de estar espernádote.

DUREUX

No pongas esa cara... Léeme la carta... ¡Vamos!... **(Jaime ha abierto un libro, lee y no le responde.)** ¿No?... ¡Qué genio más terrible tienes!... Si yo fuera como tú, haría ya mucho tiempo que no nos veríamos. **(Una pausa.)** Deberías intentar cambiar un poco. **(Silencio por parte de Jaime. Otra pausa.)** ¿Te figuras que tu papá no comprendió lo que significaba tu salida hace poco?

JAIME

Son las cinco menos cuarto, amigo mío.

DUREUX

Bien. Adios. **(En la puerta.)** Oye, tú...

JAIME

¿Qué?

DUREUX

Adivinaste bien. El asunto Bader...

JAIME

¿Qué hay de eso?

DUREUX

Ha perdido mucho dinero.

JAIME

De eso le hablaste tú?

DUREUX

No; pero él me lo ha dicho.

JAIME

¡Ah!...

DUREUX

Me ha rogado que le guarde el secreto, como te puedes figurar.

JAIME

¿Eres ahora su confidente?

DUREUX

Ya lo ves.

JAIME

(Con la cara metida en el libro.) — Muy bien.

DUREUX

(Impacientado.) — Hasta luego.

JAIME

(Sin moverse). — Adiós

DUREUX

(Después de dudar, decidido). — Si tú no te portaras como te portas con tu padre, éste no le diría ciertas cosas a quien, como yo, es un extraño para él... **(Silencio de Jaime.)** Oyelo bien, amigo...: vendrá un día en que lamentarás tu conducta de hoy. Y créeme, es muy doloroso lamentar lo irreparable. **(Jaime ni se mueve ni contesta. Dureux, no sabiendo qué hacer, hojea un libro que halla en la mesa.)** En el fondo, tú adoras a tu padre.

JAIME

No me embrolles el Derecho Constitucional, te lo ruego.

DUREUX

Le profesas una especie de culto y de veneración. Sólo que procuras que él no lo note... ¡Oh! Lo sé... Sé lo que es eso... Yo haría lo mismo con mi padre. Mi padre no sabía quién era yo, no sabía nada de mí... A veces, como el tuyo, venía a mi habitación y charlaba con mis amigos. Les contaba historias y anécdotas de su vida, después de haber recomendado a la cocinera que nos preparase una buena comida. Mis amigos estaban encantados y enorgullecidos. Pero yo les tiraba de la manga y les apartaba de él. Les hacía señas para que callasen y para que no alimentaran la conversación. Yo pensaba: "Tiempo me queda de escucharle a él"... **(Pausa. Jaime, que se había hundido en el sillón, rectifica insensiblemnte su posición.)** Hace cerca de diez años que murió. Pues bien: desde hace diez años que murió que me ha sucedido algo, en bien o en mal, he pensado en él. Y he deseado tenerle a mi lado para explicarle lo que soy, lo que hago, lo que me pasa. "Papá, he pensado esto... Papá, he hecho aquello... Papá, he visto lo de más allá"... Le hago asistir a mi evolución. Cuando conocí a Enriqueta, me he sorprendido más de una vez hablándole de ella "in mente": "Comprende, papá, que esta amiguita"... Y le explicaba y se la presentaba respetuosamente. Me parece que mi vida le pertenece en parte y que mis cosas le habrían interesado... **(Se sienta.)** Cuando viven no pensamos mucho en los padres. Pero si mueren no se les olvida jamás. **(Una pausa.)** A mí me asalta frecuentemente cierto ensueño. La trama, el cuadro, los detalles, que son siempre incoherentes, varían, por de contado. Pero el sentido de ese sueño es siempre el mismo. Sueño que mi padre está cerca de mí; que después de una larga separación voy a abrazarle... voy a volver a ver sus ojos, que ahora ya no me intidimarían más... No tengo más que dar un paso. Mi padre está allí... Pero en el momento de ir a abrazarle, algo se interpone entre nosotros... Un rumor de gente, una ube... y todo se acabó... ¡Lo he perdido! O bien tengo cita con él en alguna parte, a una hora determinada, y me doy prisa para llegar. Pero mi cuerpo es de algodón... El tiempo apremia. Quiero correr... Se diría que camino dentro del agua y que el agua me empuja el pecho... Hago esfuerzos insensatos... **(Se levanta. Un silencio.)** Naturalmente, no llego nunca allí.

JAIME

No he esperado a que tú me advirtieras para probar a hablar con mí padre. Créeme.

DUREUX

¿Tú?

JAIME

Algunas veces, cuando estoy solo... cuando no tengo ganas de trabajar, hay días en que uno, sin saber opr qué, se encuentra sin ánimo y sin fuerzas, me voy a sentar en su taller... Pero veo que él está distraído, ocupado en sus asuntos. Entonces renuncio a su propósito. Me vuelvo a mi cuarto. Vuelvo a abrir mis libros... e intento trabajar de nuevo.

DUREUX

Si escoges los momentos en que él está ocupado...

JAIME

¡Tonto! ¿Crees tú que uno escoge esos momentos?

DUREUX

Pero, por lo menos, cuando él viene aquí, a tu cuarto, bien pudieras acogerle mejor, retenerle, hablarle...

JAIME

(Huraño). — Hablarle... ¿de qué.

DUREUX

Demuéstrale que te interesa lo que él hace. Háblale del hotel que ha de construir, por ejemplo.

JAIME

—¡Vaya un ardid!... ¿Y qué más?

DUREUX

¿Qué más? Después le hablas de ti... Háblale de Ivona, ¡caramba!... Nada le interesará tanto como eso. ¿Y sabes lo que

deberías hacer?... Esa carta de Ivona qu dejaste en el cajón, esa carta que tú querías leerme a mí... Pues bien: léesela a él. Sí hombre sí ¡Léesela!

JAIME

No digas tonterías.

DUREUX

Claro que no de golpe y porrazo... creería que la cosa está premeditada... Pero empieza hablándole del hotel y luego... ¿Me comprendes?...

JAIME

¡Me estás fastidiando!... Ya sé yo lo que tengo que hacer.

DUREUX

Ahora sí que me voy de veras. Adós. Telefonéame.

JAIME

(Llamándole). — ¡Oye!...

DUREUX

¿Qué?

JAIME

Salúdale antes de marcharte

DUREUX

No, amigo. Son las cinco ya.

JAIME

Bien, bien. ¡Lárgate

ESCENA VI

JAIME y luego el SEÑOR PELISSIER

(Jaime se queda solo y permanece un instante inmóvil y pensativo. Se frota la nariz con el dedo índice. Después, decidiéndose de súbito, abre el cajón, toma la carta de Ivona, se la pone en el bolsillo y se va deliberadamente hacia la puerta. Quiere abrirla, pero la puerta se resiste. Tira más fuerte. El señor Pelissier está al otro lado.)

JAIME

¡Ah!... ¿Eres tú?

PELISSIER

Venía... a pedirte... los... los diarios... ¿Salías otra vez?

JAIME

No... no... No me muevo

PELISSIER

¿Comes... en casa?

JAIME

Sí... ¿No... entras?

PELISSIER

Sí... si tú quieres. (Pequeño silencio. Ambos temen hablar.)

JAIME

¿Tienes mucho trabajo en estos momentos?

PELISSIER

(Con negligencia). — Sí, bastante... (Con gravedad.) Es muy amable, tu amigo Dureux.

JAIME

Sí... Ese hotel te debe abrumar

PELISSIER

No. (Siguiendo su idea.) Es muy inteligente.

JAIME

¿No terminaste aún?

PELISSIER

¿Qué?

JAIME

Los planos del hotel.

PELISSIER

¡Sí, hombre, sí!... ¡Qué corazón tan noble! ¡Qué sensibilidad! ¡Qué simpatía!... ¡Ah! Me ha gustado mucho...

JAIME

¿Los terminaste?... ¿Y cuándo van a empezar las obras?

PELISSIER

No sé... Hemos hablado como dos viejos amigos... Hemos hablado mucho de tí.

JAIME

Yo creía que teníais prisa...

PELISSIER

¿Prisa, Dureux y yo?

JAIME

No, hombre... Tú no me escuchas...

PELISSIER

¡Cómo! ¿No te escucho?

JAIME

Te estoy hablando del hotel.

PELISSIER

Pero ¡deja al hotel tranquilo!

JAIME

¿Pero no debe inaugurarse en Octubre?

PELISSIER

Es muy posible.

JAIME

¿Te molesta que te hable del hotel?

PELISSIER

¡Dios mío, qué terco eres!... Yo te estoy ablando de Dureux...

JAIME

(Renunciando). — ¡Ah, ya!... Muy bien.

PELISSIER

¡Son tan raros los buenos amigos! Uno tiene la necesidad de teer a su lado alguien a quien hablar, alguien que le conozca a uno bien... ¿Eh?

JAIME

Sí.

PELISSIER

Dureux parece que te tiene mucho afecto. (Una pequeña pausa.) ¿Me oyes?

JAIME

Sí, te oigo.

PELISSIER

¿Te molesta que te hable de Dureux?

JAIME

No, no.

PELISSIER

¡Como no dices nada!...

JAIME

¿Y qué quieres que diga? Me haces saber que Dureux me quiere mucho...

PELISSIER

(Desconcertado). — ¿Y qué?

JAIME

¡Que te estoy escuchando!

PELISSIER

¡Tienes una manera de escuchar!...

JAIME

¿Por qué me cortas la palabra cuando te hablo de tu trabajo o de tus negocios?

PELISSIER

¿Yo te corto la palabra?

JAIME

Te pido noticias del hotel de la calle Jorge II. Este es un proyecto que te apasiona ¿Y por qué no me idces nada?

PELISSIER

Tú te interesas por las cosas cuando ya no es necesario.

JAIME

Yo te podría decir lo mismo...

PELISSIER

¿Y qué quieres saber del hotel de la calle Jorge II?

JAIME

Nada; no vale la pena.

PELISSIER

¡Ah, pobre amigo!... ¡Qué carácter tienes!...

JAIME

¿Yo?...

PELISSIER

(Enfureciéndose). — ¡Demonio! No hay manera de conversar contigo sin que te enfades o sin que lo tomes a mal.

JAIME

Me parece que en este momento quien se enfada eres tú... Yo no digo nada..

PELISSIER

¡Pero la cara que pones!...

JAIME

¿A quién tiene la culpa?

PELISSIER

¿La tengo yo, por ventura?

JAIME

¡Claro que sí! Cada vez que voy a tí y te hablo de lo que me interesa, parece que no me escuchas.

PELISSIER

Yo soy quien ha venido hacia tí.

JAIME

Porque yo te pedí que entrases.

PELISSIER

(Acalorándose). — Yo vine aquí expresamente para hablarte.

JAIME

Viniste a buscar los diarios.

PELISSIER

Entonces, ¿estoy mintiendo?

JAIME

Yo iba a tu taller. Precisamente hoy. quería...

PELISSIER

Respóndeme: ¿estoy mintiendo?

JAIME

Te digo que quería...

PELISSIER

No te pregunto lo que tú querías... Te pregunto lo que ha sucedido. ¿He venido aquí o no?

JAIME

No digo que no hayas venido: digo que no viniste para verme.

PELISSIER

¿Y qué sabes tú de eso?

JAIME

¿Viniste a verme?

PELISSIER

(Completamente enfadado). — ¡Hace una hora que te lo estoy repitiendo! ¡Yo no tomo ese aire de incrédulo! ¡No permito, ¿lo

oyes bien?, no permito que dudes de lo que te digo!... ¡Vaya unas maneras! ¿A dónde vas?...

JAIME

(Con aire lúgubre). — No sé... Me voy.

PELISSIER

Haces bien... ¡Vete! ¡Vete a paseo! ¡Anda, anda!

JAIME

¡Dios mío!... Estaba seguro de que así sucedería! ¡Siempre lo mismo!... ¡Buenas tardes!... (Se va.)

(La puerta se cierra con estrépito. El señor Pelissier se queda solo. Entonces cesa su cólera. Su rostro se descongestiona y se distiende. Se le encoge el cuerpo. La espalda se le encorva. Es un pobre hombre, desconcertado, viejo, triste. Los ojos se le humedecen. Una pausa. La puerta vuelve a abrirse bruscamente. El señor Pelissier se sobresalta y con un gesto breve y furtivo se seca las lágrimas de los ojos. Jaime ha entrado y parece buscar alguna cosa. El señor Pelissier se vuelve de espaldas para esconder la cara.)

PELISSIER

¿Qué hay? ¿No te has ido?

JAIME

¡Me voy!... ¡Me voy!... (Sin embargo, Jaime observa a su padre, que permaneciendo de espaldas se ha ido hasta la ventana. Jaime lo contempla y duda. Al fin, con gran esfuerzo, dice:) Te puedo probar que iba a verte para hablarte, pues te tenía que decir una cosa... Iba a decirte... Iba a decirte... que quiero a una muchacha... y que... (Balbucea, apurado.) Una muchacha que... una muchacha que... en fin, que...

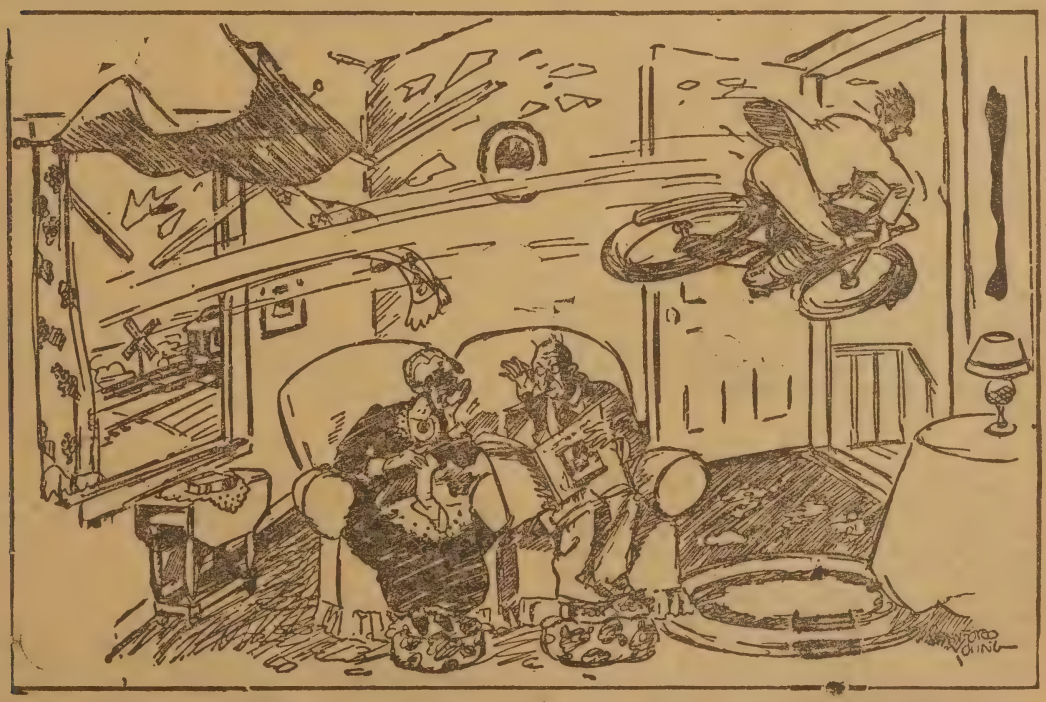
PELISSIER

(Ayudándole). — Lo sé... ¡Calla!... Soy yo quien te va a decir una cosa: acércate... (El señor Pelissier se vuelve y se abre los brazos. Jaime se lanza en ellos. Los dos se abrazan, llorando.) ¡Demonio de muchacho!

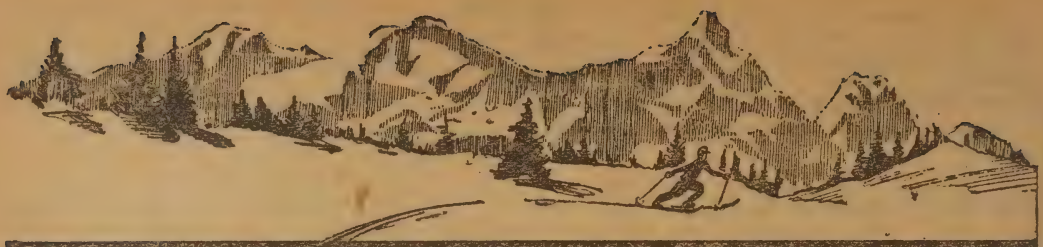
TELON

Paúl Géraldy.

CORRIENTE DE AIRE



El abuelito: — ¿Qué me decías, vieja?
La abuelita: — Que me parece que hay corriente de aire.



INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

El salmón no duerme nunca.

✣ ✣ ✣

La industria del algodón ocupa, en Inglaterra, a 500.000 obreros.

✣ ✣ ✣

Los pavos sin originarios de América; fueron llevados a Europa por los españoles en el siglo diez y seis.

✣ ✣ ✣

Ath Cliath fué el primitivo nombre de la ciudad de Dublin; el nombre actual significa Charco Negro.

✣ ✣ ✣

El mejor medio conductor de las ondas hertzianas es el agua.

✣ ✣ ✣

Hay 324 locos en toda la ciudad de Milán.

✣ ✣ ✣

El arbusto del cacao es la planta de mayor rendimiento que se conoce.

✣ ✣ ✣

Uno de los más comunes sistemas de robar arroz, de los "coolies" (se pronuncia "culís") de China, consiste en apoyarse contra una pila de bolsas de arroz y meter un tubo de hojalata en una bolsa; el arroz, que está seco, entra en el tubo que está oculto en las ropas del culí.

✣ ✣ ✣

La industria de las perlas ha encontrado en los rayos X un modo de ahorrar dinero. Las ostras son radiografiadas sin sacarlas de sus conchas y las que no tienen perlas son arrojadas sin abrir. Las que presentan señales de tener pequeñas perlas son puestas a un lado y las que tienen perlas grandes, a otro.

✣ ✣ ✣

Cada vez es mayor la producción de papel en Alemania.

✣ ✣ ✣

Los chinos condimentana muchos manjares con tomillo.

En Alemania, no se produce casi ningún caso de viruela.

✣ ✣ ✣

En las islas del Amazonas hay más de trescientas mil cabezas de ganado vacuno.

✣ ✣ ✣

En algunos de los grandes trasatlánticos modernos hay hasta 150 fogoneros.

✣ ✣ ✣

El águila puede vivir veinte días sin tomar alimento y el cóndor cuarenta.

✣ ✣ ✣

En proporción al tamaño las arañas tienen siete veces más fuerza que los leones.

✣ ✣ ✣

Todos los ferrocarriles del mundo usan petardos para señales en tiempo de niebla.

✣ ✣ ✣

Quinientos gramos de oro son suficientes para dorar un alambre que puede dar la vuelta a nuestro planeta.

✣ ✣ ✣

En algunas partes de China si un hombre no paga sus deudas, los acreedores le quitan las puertas de la casa para que entren los malos espíritus.

✣ ✣ ✣

Para que una mujer de Africa sea considerada como una belleza, ha de tener los ojos pequeños, labios gruesos, nariz ancha y aplastada y cutis muy negro.

✣ ✣ ✣

Dice un doctor inglés que lo que más importa en el mundo es el aire bueno, el agua buena, el buen alimento, la buena salud y la tranquilidad de conciencia, cosas todas que cuestan bien baratas.

✣ ✣ ✣

Es cada vez mayor la sequía que se nota en la zona central de Asia.

El collar de perlas

por Germaine Acremant

Eliana Blancart paseaba con sus dos amigas, Juana y Francisca.

Era en pleno invierno.

Medio sofocados en sus pieles, caminaban de prisa, complaciéndose en golpear con sus tacones el suelo endurecido por el hielo.

Bajaban por los Campos Elíseos. El frío intenso, al enrojecer sus mejillas, hacía más brillantes sus ojos.

Eran las tres, amigas de la infancia, y poseían un lote común de recuerdos, y por esto la conversación no cesaba nunca entre ellas.

Eliana se había casado el verano anterior con un médico del barrio de la Estrella; Juana era, desde hacía dos años, la esposa modesta de un empleado de la Prefectura, y Francisca tenía por marido a un antiguo alumno de la escuela de archiveros, subbibliotecario de la Biblioteca Nacional.

Las tres tenían motivo para ser completamente dichosas; no tenían razón alguna para envidiarse; por eso se reían con toda el alma, contándose historias diveritdas.

Como en la plaza de la Concordia las violentas ráfagas de aire se llevaban los sombreros y alzaban las faldas, continuaron el paseo por los pórticos del Automóvil Club y del Ministerio de Marina.

Llegaron frenté a la calle de Rívoli, y sin dudar avanzaron por ella. Después siguieron por la de Castiglione, que estaba a la izquierda, pues no llevaban un itinerario fijo en aquel paseo. Se paseaban, y como todas las mujeres que no tienen punto fijo a donde ir, se encontraron en la calle de la Paz.

Las tiendas estaban resplandecientes. La proximidad de Navidad y Año Nuevo inspira a los comerciantes para instalar prodigiosos escaparates; pero, como hacía frío, Eliana y sus amigas no se paraban ni ante las vitrinas de los anticuarios ni delante de las exposiciones de cuadros.

Cuando llegaron a las tiendas de joyería, les pareció, de pronto, que la temperatura era más clemente, y decidieron detenerse unos momentos para contemplarlas.

—Es curioso, — exclamó Francisca; — estas alhajas no me tientan.

—Ni a mí tampoco, — repuso Juana. — A mí no me causaría ningún placer que me las ofrecieran.

Eliana guardó silencio.

—Y tú, Eliana, ¿qué dices? — le preguntó Francisca.

—Francamente, después de vuestras manifestaciones, me causa violencia decir lo que siento.

—Pues dilo sin violentarte.

—En ese caso, os confesaré con sinceridad que adoro las perlas y los brillantes. Miren... Vengan...

Y las llevó ante el escaparate más rico.

—¿Veis ese collar?...

—Sí.

—¿Verdad que es precioso?

—¡Admirable!

—Pues el otro día, pasando por aquí con mi marido, le obligué a prometerme que me lo regalaría.

—¡Cómo!

—¡No ahora!... Cuando haya ganado mucho dinero... Hasta llegamos a entrar en la tienda... y sabemos el precio exacto, el número y grosor de las perlas...

—Pero de aquí a entonces ya lo habrán vendido.

—Es probable... pero me harán otro casi igual...

—Perdona la indiscreción: ¿cuál es su precio?

—¡Caro... muy caro!...

Eliana no quiso decir más.

Por otra parte, tal vez por indiferencia, quizás por envidia, Francisca y Juana empezaron a hablar de otras cosas; y con el mismo paso rápido a que habían venido se volvieron a sus casas.

Francisca y Juana acompañaron a Eliana hasta la suya, y cuando se vieron solas se echaron a reir.

—Oye, ¿la has oído que quiere comprar un collar de perlas?

—Sí, y que su marido se lo ha ofrecido.

—¡Qué presumida!

—Hay que añadir que no lo tendrá sino cuando él haya hecho fortuna.

—Pues para rato tiene.

—¡Un insignificante cirujano... sin un franco!...

—Yo o me dejaría ni aún cortar las uñas por él.

—Según parece, tiene una clínica; será sin duda una cochera vieja.

—Pues si yo tuviera algunos amigos enfermos no me atrevería a recomendarles el doctor Blancart... por temor de que se me

echaron á reir en la cara: "¿El doctor Blancart?... ¡No conozco ese nombre!... ¿Quién es?" Un modesto cirujano...

—La pobre Eliana apenas si puede comprarse dos trajes y tres sombreros al año, ¡y sueña en comprar un collar de perlas!...

—Es que padece la manía de las grandezas.

—No ha querido decirnos el precio del collar. Pero es igual: iré yo misma a preguntarlo...

✤ ✤ ✤

Pasaron los años.

Es de suponer que las previsiones de las los amiguitas eran fundadas.

El doctor Blancart no hacía fortuna. Era un cirujano serio, trabajador, inteligente, pero carecía de renombre, de "réclame" profesional, y sin eso nadie triunfa en nuestros días.

Eliana no se sentía decepcionada, pues jamás había concedido al tal collar una importancia excesiva. Amaba a su esposo, tenía unos niños muy bonitos y se consideraba muy dichosa.

Un día, tan sólo con la intención de bromear y sin idea preconcebida, le dijo a su marido:

—Figúrate que esta tarde, en una tienda de los bulevares, he visto un collar de perlas falsas, absolutamente igual que aquel otro que vimos hace tiempo en la calle de la Paz...

—¿De veras?

—¿Quieres ser un marido amable?... Pues regálamelo.

—Desde luego... con mucho gusto...

—Es muy barato... y vendrá a ser como un recuerdo de mis antiguas ilusiones, cuando yo me figuraba que bastaba querer para ganar una fortuna...

Al día siguiente, el collar de perlas falsas lucía en el cuello de Eliana. ¡Estas perlas falsas estaban tan tdmirablemente imitadas, que únicamente los iniciados podían reconocerlas!

—¿Qué les dirás a tus amigas? — le preguntó el doctor.

—Pues... la verdad. No soy de esas que gustan de aparentar lo que no pueden...

Precisamente estaba citada quella tarde con Francisca y con Juana en un salón de te, y se prometía una gran diversión con la sorpresa de sus amigas, pues había decidido no decirles nada hasta que ellas lo advirtieran.

Apenas la vieron, Juana y Francisca, sin casi dirigrle el saludo, exclamaron:

—¡Por fin has coseguido tu collar!...

En su voz se notaba un poco de despecho.

—Así pues, — continuaron, — tu marido ha triunfado. Eres una solapada... No nos habías querido decir nada... ¡Ah! ¡No se gana ese dinero ni en la Biblioteca Nacional tan fácilmente!... Pues nosotras sabemos lo que te ha costado esa alhaja... Al día siguiente de habérnosla enseñado tú en el escaparate, fuimos a preguntar su precio al dueño de la joyería. Cuando nos dijo con la mayor naturalidad: "Este collar vale ciento veinte mil francos", nos quedamos mirándonos la una a la otra... ¡Figúrate!... Era la suma que representaba el valor de nuestras dotes juntas, y apenas si llenaba aquelol el hueco de a mano... ¡Ah!... ¡Tú eres una mujer feliz!...

Hablaron largo rato. Cuando una acababa empezaba la otra, de modo que Eliana no podía meter baza; pero se divertía oyéndolas, sobre tod cuando Francisca le aseguraba que las perlas le parecían mucho más hermosas ahora, en el cuelol de su amiga, que en el escaparate.

Llegó la oportunidad de declarar la verdad, y ya iba a hacerlo Eliana, tranquilamente, aunque con una pizca de ironía, cuando Juana le dijo:

—Oye, querida: ¿conoces a la condesa de la Rochetampon?

—No.

—Es una de mis mejores amigas... Ahora se encuentra bastante enferma y su médico le aconseja una operación... Pero la condesa quiere que se la haga un cirujano de los más expertos... y yo le he recomendado a tu marido... ¿Crees tú que podrá recibirla en su clínica?

—Sí... desde luego, — respondió Eliana, que tuvo el suficiente dominio para no demostrar que había comprendido la mentirilla de su amiga.

En efecto, jamás había hablado ésta a la condesa de Rochetampon del doctor Blancart, pero le hablaría, pues para ella ahora el doctor Blancart se había convertido en un hombre célebre.

Eliana le dió las gracias como debía hacerlo, esto es, con desenvoltura. Desde el momento en que Juana creía que su esposo tenía una clientela numerosa, no era prudente manifestar una gratitud extrema por un cliente más.

Pero se veía obligada a dejar que sus amigas creyeran que el collar era de perlas finas, so pena de comprometerlo todo.

Y fué recompensada de un modo mucho mayor de lo que hubiera podido esperar.

Al día siguiente, Francisca recomendaba en su salón al doctor Blancart. Un mes más tarde, la condesa de la Rochetampon explicaba por todo París que el doctor Blancart le había salvado la vida.

En una palabra, de allí en adelante no se habló más que del doctor Blancart por aquí y el doctor Blancart por allá, y esto le permitió aumentar sus honorarios y hacer fortuna en algunos años.

Llegó el día en que él pudo ofrecerle a su esposa el collar tan deseado antes por ella; pero Eliana se negó a aceptarlo, diciéndole:

—No, querido esposo: mi collar de perlas falsas es el que nos ha traído la felicidad, y no quiero otro. El es nuestro fetiche... Además, como perlas finas y raras poseemos las más hermosas: nuestros besos, tan puros como el primer día.

Germaine Acremant.

LA NOVELA QUE EL PUBLICO PIDIO

Narración novedosa de trágicos sucesos y extrañas, y asombrosas, aventuras relatadas por

HARRISON AINSLEY

(Traducción del inglés)

(Véase el número 76 y siguientes de "Pucky")

EL rostro de Sonia expresaba el mayor de los asombros, a la vez que una intensa alegría. La memoria, un tiempo infiel, permitíale en aquel momento recordar la letra que temía haber olvidado cuando más quería recordarla. La letra, que cuando la aprendió no parecía tener sentido ninguno, presentábase con mucho y muy importante sentido...

—Recuerdo que fué mi madre quien me enseñó, con mucho empeño, esta canción, — dijo Sonia. — Aún me acuerdo de lo mucho que insistió para que yo la aprendiese de modo que no se me olvidara nunca. ¡Y pensar que casi llegué a olvidarla!

Geoffrey, con gran nerviosidad también, tomó una hoja de su libreta de apuntes y copió en ella rápidamente el texto del primer trozo del pergamino, el que Darkin le había quitado y que él, a su vez, había quitado después a Darkin.

Cuando hubo termniado la copia levantó la vista y miró a Sonia.

—¿Quiere usted repetir las palabras de la canción, lentamente, para que yo pueda escribirlas al dictado? — dijo.

Sonia se acercó a él y le estuvo observando mientras él escribía lo que ella dictaba y que iba completando las fragmentarias frases escritas en la primera mitad del pergamino.

Cuando hubo terminado, Geoffrey miró triunfalmente el papel.

—Ahora voy a leerlo todo, Sonia, — dijo Geoffrey. — Como usted verá, la letra de su canción incluye lo escrito en el pergamino que me entregó el profesor, pero completa las frases. Para más claridad he subrayado lo que pertenece al pergamino.

Lo escrito por Geoffrey en el papel era lo siguiente:

Situado al lado del Este
de la base de la torre
hacia el lado del Oeste
debe súbito mirar
Veinte pasos andará — hacia allí
Hasta que tenga delante
puntiaguda y altanera
Una roca que tiene dos yardas enteras
Deténgase a escuchar
el armonioso canto
del agua que al caer
dentro del viejo pozo
anuncia que el tesoro
se encuentra más abajo.
Precisamente a una yarda, según
las palabras que dicen verdad.

Cuando Geoffrey terminó la lectura se dieron cuenta, tanto él como Sonia, de que las frases sin sentido del pergamnio, completadas de ese modo, resultaban una explicación que, por lo menos, parecía verosimil.

Sonia palmoteó alegremente, muy entusiasmada, felicitando a Geoffrey por la perspicacia que había demostrado, acusándose de olvidadiza por no haber cantado antes la canción que había de descubrir el tan buscado misterio.

—¿Vamos a tratar de buscar ahora? — preguntó ella con gran interés.

No había razón alguna para posponer tal cosa. En realidad no era fácil que se presentara una ocasión mejor. Así que, ascendiendo por la escala de cuerda, Geoffrey y Sonia salieron por la abertura del techo y por el techo mismo fueron hasta la torre del Este.

Como Geoffrey y Girt la habían hallado cuando su huída por la boya de campana, la escalera de la torre estaba toda estropeada, faltando en ella pedazos que habían sido sustituidos por medio de escalas de cuerda o de cuerdas de nudos.

Pero Sonia había recobrado ya sus envidiables fuerzas, las que unidas al entusiasmo que la animaba, la daban energías para todo, así que descendieron hasta la base de la torre sin tropiezo alguno.

Una vez en la base de la torre midieron veinte pasos y llegaron a una piedra puntiaguda, de dos yardas de largo.

Al ver aquella piedra, — primera comprobación de la exactitud de las indicaciones de la canción, — Geoffrey sintió un estremecimiento de entusiasmo.

Allí, según esas indicaciones, debían detenerse a escuchar "el armonioso canto del agua al caer dentro del viejo pozo"...

Escucharon con atención y casi en seguida llegó a sus oídos el rumor suave de agua que caía.

Geoffrey se encaminó primero en una dirección, luego en otra, pero al alejarse el ruido del agua se oía menos.

El rumor musical del agua que caía parecía proceder de la misma roca.

Había un pequeño hueco en la pared de piedra del pasaje donde se encontraban; en un sitio en que la pared formaba una concavidad.

Geoffrey se aproximó a aquel sitio.

En cuanto Geoffrey se metió en la concavidad que formaba el muro una parte de la pared de roca se balanceó hacia dentro dejando descubierto un hueco que daba acceso a un pequeño cuarto donde un chorro de agua que brotaba de la roca, caía, con musical sonido, en un viejo pozo cuyo brocal de piedra estaba carcomido por el constante rozar del agua.

Tan hábilmente unida estaba la puerta secreta a la roca del costado del pasaje que nadie hubiera adivinado su existencia. Geoffrey se dió cuenta de que, al avanzar para examinar el agujero había pisado el bitoque del resorte secreto que abría la puerta.

Pero estaba demasiado nervioso para pensar en tales detalles. Ante él y junto al pozo, casi bajo sus pies, su avizora mirada distinguió una piedra redonda en la que estaba enclavada una anilla de hierro.

Se inclinó rápidamente y, ejercitando todas sus fuerzas, consiguió sacar la piedra del hueco donde estaba metida, dejando abierto un agujero oscuro.

—¡Un fósforo, Sonia, pronto! — exclamó muy nervioso.

Sonia encendió un fósforo y un instante después la débil llama iluminaba el hueco.

Geoffrey tomó el fósforo y se inclinó a mirar por el agujero.

No era muy profundo, — lo más una yarda, — y en su piso, medio enterrado, veíase un cofrecito de acero español, de la fábrica de Toledo, lo que se conocía por sus adornos con incrustaciones de oro. La parte superior del cofrecito era toda una superficie de adornos con una agarradera. La cerradura debía quedar a un costado.

En aquel extraño cofrecito el profesor y su padre habían enterrado un secreto que debía asombrar al mundo. ¿En qué podía consistir ese secreto?

Con febril rapidez, Geoffrey se inclinó y tomó la agarradera de la tapa con una mano, tirando hacia arriba.

Pero el cofrecito no se movía. Parecía formar parte de la roca en que estaba colocado.

Entonces, no sin algo de decepción, Geoffrey se dió cuenta del por qué. Levantó la cabeza y miró a Sonia.

—Me parece que nos va a costar algún tiempo sacar esto de aquí, — dijo. — El cofrecito está hundido a medias en un bloque de hormigón.

Sonia hizo un gesto de decepción pero después sonrió, brillando sus blanquísimos dientes entre el carmín juvenil de sus labios.

—¡Qué lástima! — dijo. — Aunque por otra parte, me alegro.

—¿Por qué? — preguntó Geoffrey.

—Porque me hubiera gustado que el señor Girt estuviera aquí al abrirse el cofrecito. ¡Ha sido tan valiente y tan leal con nosotros dos! Casi parece una ingratitud abrir el secreto sin que él esté presente para verlo.

Poniéndose de pie, Geoffrey volvió a tapar el hueco con la piedra redonda.

—Tiene usted razón, Sonia, — dijo. — Esperaremos a que Girt esté aquí.

Dirigióse hacia la extraña puerta de piedra que se abría en el pasaje del Oeste a menos de veinte pasos de la base de la torre del Este.

—¡Nuestra obligación más urgente es ocuparnos de Girt! — dijo. — De un modo o de otro, sea como sea, cueste lo que cueste, ese hombre, injustamente condenado a una pena infamante, debe ser arrebatado cuanto antes a la miserable vida del penado en el presidio de Gorsemoor.

El hidroplano robado

Sobre las plácidas aguas de una pequeña ensenada de la costa Suroeste de Inglaterra, el sol, que se ponía, arrojaba generosamente el carmín de sus rayos rojos. Los primeros hálitos templados de una brisa de tierra levantaban la espuma de las pequeñas olas que rizaban el mar, envuelto en la suave luz de un crepusculo primaveral.

Un zumbido musical, como el de una abeja distante, resonó en el espacio silencioso y fué aumentando más y más, por momentos. En la extensión del cielo rojo y oro se presentó una mancha negra que descendía poco a poco, agrandándose a medida que

bajaba y haciéndose, en consecuencia, más visible.

Había pocos botes en las inmediaciones. Los que allí estaban se balanceaban perezosamente sin prestar atención sus tripulantes a un fenómeno tan curioso, aún cuando ahora nada tiene de extraordinario el descenso de un aeroplano en el agua.

Un bote vacío hallábase amarrado a una boya, a alguna distancia de la cost.

Pero había también otra embarcación: un buque de forma rara, con un lomo configurado como el de una ballena, y que estaba sumergido a pocas pulgadas de la superficie cual extraño pez de rapiña. Sólo surgía de la superficie del agua el borde del hueco de la escotilla, y en él aparecían las cebezas de un hombre y de una mujer.

Estaban mirando hacia arriba y conversaban en voz baja, con la mirada fija en el hidroplano que se aproximaba y que ya se encontraba realizando un elegante vuelo planeado en dirección del mar.

El zumbido había cesado ya, porque el piloto había detenido el girar de la hélice, manejando el aparato con el impulso adquirido. Lo único que oían los dos observadores que estaban en la escotilla del sumergible era el silbar del viento al cortarse en los tirantes alambres de armazón del aeroplano.

El piloto conocía su máquina como un buen jinete conoce su caballo favorito, así que pasó rozando las crestas de las olas con toda facilidad hasta que, por último, los flotadores se posaron en el agua, y el hidroplano, pues era un hidroplano, comenzó a balancearse suavemente a merced del oleaje

Antes de volver a poner en marcha el motor para dirigir su hidroavión hacia la playa, el piloto sacó su cigarrera y encendió un cigarrillo, no por cierto sin dificultad.

Cuando arrojó el fósforo, el piloto se puso pálido bajo su máscara de grandes gafas y se quedó mirando fijamente hacia un punto, como si se resistiera a creer lo que veían sus ojos.

Hasta junto el hidroplano habíase deslizado silenciosamente un submarino tal como no había visto nunca ninguno, configurado como un pez de enormes dimensiones y adornado, en su parte superior, con una tira de aletas que figuraban con bastante exactitud las aletas dorsales de un pez.

Un hombre hallábase de pie en la escotilla de tan extraño aparato, — viéndosele hasta la cintura, — y su diestra empuñaba un reluciente revólver. El hombre sonreía, y el piloto consideró que su sonrisa no era ni antipática ni desagradable.

—Lo siento mucho, señor, — dijo Geoffrey, pues de Geoffrey se trataba en verdad, — lamento mucho haberle causado ingrata sorpresa. ¡Usted disculpará!

El piloto aviador, un instante atónito, recobró todo su aplomo al oir aquella palabras, cortésmente pronunciads. Fumó su cigarrillo con calma, enviando al aire bocanadas de blanquecino y oloroso humo de tabaco turco.

—¡De ninguna manera, señor! No tengo nada que disculpar, — dijo. — ¿Pero qué anda usted haciendo por aquí en semejante aparato?

—He venido porque necesito que usted me preste su hidroplano por unos pocos días.

—¿Que yo le preste mi aeroplano? — preguntó el piloto con grandísimo asombro. — Pero... ¿por qué?

—Eso no puedo decírselo hoy. Pronto lo sabrá, — dijo Geoffrey.

—¡Pero eso es un absurdo! ¡Es imposible que usted pretenda!...

—Necesito su hidroplano inmediatamente. Ahí cerca hay un pequeño bote, al que trasbordará usted.

El piloto se dió perfecta cuenta de que Geoffrey hablaba en serio y estaba resuelto a tomar el aeroplano, fuera como fuera. El revólver le apuntaba, implacable.

—Si quiere tener la bondad de acceder tranquilamente, lo trasbordaré en seguida, — dijo Geoffrey. — El aeroplano estará seguro en mis manos: soy piloto aviador.

El hombre del hidroplano frunció el ceño, pensativo. Geoffrey le miró, pensando que aquel hombre, cuya fisonomía indicaba entereza y energía, iba a contestarle que hiciera lo que le diese la gana, pero que no le entregaba por las buenas el aparato.

Geoffrey, pensando así, resolvió dar otro curso a la cuestión.

—Quizás he pensado con exactitud una cosa, — dijo Geoffrey, antes de que el hombre hubiérale contestado. — He supuesto que usted es inglés. ¿Acerté?

El piloto contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Entonces permítame que le manifieste que yo también soy inglés y que amo a todo lo británico. Como tal, le aseguro que le pido prestado el aeroplano por razones puramente personales y a fin de corregir una injusticia que ha sido cometida conmigo y alguien más. Le prometo, bajo juramento, que el aparato no será empleado contra sus intereses ni contra los del país, y me comprometo solemnemente a devolverlo. Si quiere usted tener la bondad de darme su tarjeta, yo le escribiré dándole luego todos los detalles del caso.

Geoffrey se expresó con una energía y con una convicción tales, que logró impresionar al piloto, convenciéndole de que decía la verdad.

El hombre miró a Geoffrey con gran curiosidad.

—El pedido que me hace usted es original y extraordinario, — dijo, — pero tiene usted en su mano el revólver, y me parece que sería tontería de mi parte resistirme. No veo ni escapatoria ni alternativa.

Se levantó de su asiento, soltando las correos de sostén, y saltó del aeroplano a la cubierta del original submarino, que inmediatamente viró, dirigiéndose hacia el bote que estaba, con sus remos, amarrado a la boya.

El hombre pasó al bote y Geoffrey se despidió de él estrechándole la mano significativamente.

El piloto se quedó de pie en el pequeño bote y vió cómo el submarino regresaba y Geoffrey subía en el aeroplano.

Una vez sentado en el asiento del piloto, Geoffrey hizo una señal con el pañuelo, por la escotilla del submarino se vió aparecer una mano que agitaba otro pañuelo como despidiéndose. Después la escotilla se cerró y el submarino en forma de pez se hundió silenciosamente en las aguas.

El del aeroplano se quedó mirando hacia el sitio donde había desaparecido el sumergible, asombrado por lo rápido y silencioso de su desaparición.

Después levantó la cabeza en el momento en que el motor de su aeroplano volvía a funcionar. La hélice giraba y el aparato avanzaba ya, rozando la superficie del mar.

De pronto se levantó un poco, acrecentóse la intensidad del zumbido y el aparato fué subiendo, graciosamente, alejándose del agua y cada vez más alto, en el cielo rojo iluminado por el sol del ocaso.

El piloto siguió mirando hasta que lo perdió de vista.

Después, como el que despierta de un sueño, se pasó la mano por los ojos, se sentó, tomó los remos y comenzó a remar hacia la costa.

—¡Qué bien ha ascendido! — dijo entre dientes. — ¡Sin duda alguna, ese joven cabe manejar muy bien!

Un paso arriesgado

Reinaba la oscuridad en torno de San Ormes. El silencio era completo; sólo se oía lejano, hacia lo alto, un suave rumor, como un zumbido...

De pronto, el zumbido se cortó, cesando repentinamente, y poco después, un aparato enorme, en forma de pájaro, apareció, surgiendo de la oscuridad, rozó la superficie del lago defendido por un lado por el bosque de pinos que le ocultaban a miradas indiscretas y quedó luego inmóvil, en el suelo, bastante cerca de la casa.

Un hombre salió del aparato aquel y se le vió sacudir violentamente los brazos para hacerlos entrar en calor. Después corrió rápidamente hacia el vetusto y semidestruído caserón.

Cuando estuvo cerca de la casa, una joven surgió de las sombras, corriendo a su encuentro. Vestía de blanco, y sobre sus hombros caía ondulante su sedosa cabellera negra. Reía alegremente al acercarse a él.

—¿Qué es eso, Geoffrey? ¿Es posible que le haya ganado yo la carrera? — preguntó ella.

Tomó la mano que se le tendía y la estrechó cariñosamente.

Después, los dos juntos, dirigiéronse hacia la casa.

—La carrera ha sido de aeroplano contra submarino, — exclamó alegremente Geoffrey, — ¡y el submarino ganó!

—¡Pero si yo he tardado más de media hora! — dijo ella. — No es posible que usted haya necesitado todo ese tiempo para venir. Desde que dejó al piloto en el bote hasta ahora...

Geoffrey sonrió.

—¡Claro que no he necesitado todo ese tiempo, pero he tenido que emplearlo, Sonia! Podía haber estado en San Ormes antes del anochecer, pero no me convenía correr el riesgo de que me vieran... Por eso resolví no acercarme hasta que reinara la más completa oscuridad. ¡No hay que aventurarse!... Los momentos son graves y decisivos, y cualquier error puede traer la temida catástrofe.

Pasaron por el pórtico, penetraron en el ascensor de la columna, ascendieron en él hasta el techo y luego bajaron a la habitación que Geoffrey había escogido para su alojamiento. Encendieron un buen fuego y se sentaron a conversar tranquilamente, contemplando las ondulantes llamas que enviaban reflejos a sus caras.

—He venido pensando durante el camino, Sonia, — dijo Geoffrey, — que si hemos de arrebatar a Girt en las propias barbas de sus guardianes, será necesario ponerle al tanto de nuestras inetnciones. No es posible dejar nada confiado a la casualidad; es necesario evitar que la combinación fracase.

Sonia asintió con un movimieto de cabeza.

—Pero ¿cómo podríamos avisarle? — dijo después de una breve pausa.

—No veo más que un modo realmente práctico, — manifestó Geoffrey. — Es arriesgado, pero lo considero menos peligroso que cualquier otro.

Se inclinó hacia delante, expresándose con emoción mientras explicaba su plan, cuyos detalles hacían que Sonia diera muestras de asombro y de grandísimo temor.

—¡Pero eso es imposible! — exclamó la joven cuando Geoffrey hubo explicado su propósito. — ¡Figúrese las consecuencias que puede tener en caso de un fracaso!

—En caso de un fracaso, sí, — dijo Geoffrey, — pero yo estoy decidido a que no haya un fracso, a que el éxito sea completo. ¡Y tendrá que serlo si llevamos a cabo el plan sin aturdirnos y de acuerdo con lo que combinemos!

Sonia parecía impresionada y amedrentada por lo audaz y extraordinario del propósito de Geoffrey, pero cuando éste fué explicándole con minuciosidad todos los detalles de cómo esperaba ponerlo en ejecución, su recelo se fué disipando poco a poco, desapareció de su rostro a expresión de temor, y la joven comprendió que, aún cuando audaz, el plan era factible, y se sintió entusiasmada ante la idea de la aventura temeraria que constituía su ejecución.

Después, Geoffrey se levantó, se puso el sobretodo y se anudó el pañuelo de seda al cuello.

—¿Se va usted ya? — le preguntó Sonia con voz temblorosa de emoción.

El movió la cabeza ne señal de asentimiento, sonriendo y mirando cara a cara a la joven.

—No tenemos tiempo que perder, Sonia, — dijo. — Mañana es domingo, día en que los penados concurren a la capilla, — agregó riendo, — y pasado mañana lunes. ¿La esperaremos a usted por la tarde?

—Sí, — dijo ella.

Geoffrey se acercó a Sonia y estrechó la mano que la joven le tenía. Después, separándose rápidamente, se alejó.

Sonia permaneció un instante inmóvil, latiéndole con fuerza el corazón.

Después brilló en sus labios una sonrisa; se sentó, mirando de nuevo hacia el fuego como si en las alegres llamaradas que brotaban de los encendidos troncos leyera el anuncio de su próxima felicidad y de la pronta llegada del momento en que, terminadas del todo sus aventuras, pudiera, por fin, contemplar sin recelo, el porvenir.

De regreso

Un hombre de aspecto atlético, de andar desenvuelto y ágil, llegó a la sombría verja de entradad el presidio de Gorsemoor y tiró enérgicamente de la cadena de la campana.

El portero no tardó en presentarse a su llamado.

—¿Qué quiere usted? — preguntó el portero con brusquedad, mientras abría el portón. — ¿No puede esperar y?...

Calló de pronto, mirando al recién llegado y, en el rostro del portero, se vió una expresión de asombro y preplejidad.

El visitante sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Buenos días, — dijo. — ¿Cómo está usted?

La expresión de perplejidad del rostro del portero se transformó en un gesto de estupefacción.

—¿Quién es usted? — preguntó, sin atreverse a creer lo que sus propios ojos estaban viendo.

—¿No me reconoce usted? — dijo el recién llegado. — Espero que el gobernador del presidio me reconozca, sin embargo. ¿Quiere tener la bondad de entregarle esta tarjeta y de decirle que me será grato merecer su hospitalidad?

El portero tomó la tarjeta y la miró con ojos dilatados por el asombro.

—¡Duncan! — dijo con voz ronca. — ¿Es usted el número 33?

—Creo que sí, ya que usted lo ha dicho — manifestó Geoffrey, pues era él.

—¿Dónde ha estado usted? — preguntó el portero extrañado, como si despertara de un sueño.

—¡Secuestrado! — dijo Geoffrey. — ¡Me han tenido detenido contra mi voluntad! Pero haga el favor de acompañarme a presencia del coronel Pinchurst.

Geoffrey entró por el portón y el portero le tomó de un brazo. Pocos minutos después, se encontraba en la oficina del gobernador, cuyo rostro, habitualmente impasible, no lograba disimular el asombro que experimentaba al ver allí al tan buscado evadido, que se presentaba voluntariamente, después de su comentadísima evasión, como si viniera de dar un paseo.

Geoffrey había preparado cuidadosamente su relato, así que todo lo que el gobernador del presidio pudo sacar en claro de la detallada relación que le hizo, fué que Geoffrey había sido misteriosamente raptado y secuestrado y que, cuando ya en libertad, se dió cuenta de lo sucedido, consideró que su obligación era presentarse de nuevo en el sitio de donde le habían sacado los desconocidos autores de su secuestro.

El coronel Pinchurst se sentía enteramente confundido y asombrado. Pero, viendo que el penado se había presentado por su propia voluntad sin que obedeciera a ninguna razón más que a la de que procediendo así cumplía con su deber, y convencido de que un hombre que procedía de tal manera no podía haber combinado su evasión y tenía que haber sido, — como decía, — objeto de una maquinación tan incomprensible como misteriosa, el coronel Pinchurst decidió admitirle lisa y llanamente en el presidio, sin castigarle por su huída, en reconocimiento de la lealtad de su presentación. Si merecía algún castigo, lo resolverían los magistrados que revisaran el presidio en la próxima visita de cárceles.

Así pues, con asombro de los guardianes y de algunos penados, a los que había llegado noticia de la escapatoria, el penado número 33 fué incorporado a la fila de los trabajadores, en el patio del presidio, aquella misma mañana, nuevamente vestido con el infamante uniforme de presidiario.

Su figura alta y esbelta parecía aún más hermosa porque tenía como compañero, a su lado, a un hombre bajo, recio, con aspecto de gorila.

Geoffrey se cuadró militarmente al oír la voz de mando del guardián y dió un codazo al preso que estaba a su lado.

—¡Hola, Girt! — dijo en voz baja y sin mover los labios.

—¿Dónde ha estado usted? — preguntó Girt del mismo modo.

Pero su voz, por más baja que quiso emitirla, fué oída por el guardián, que le miró inmediatamente.

—¡No hable, número 29! — ordenó con energía.

Girt frunció el ceño, y si las miradas fuesen golpes de boxeo, el guardián se hubiera derrumbado en aquel momento como un palo de juego de bolos que recibe un bochazo certero. Pero Geoffrey, más hábil en el arte de disimular sus emociones, no hizo gesto ninguno, siguió impasible y no intentó volver a decir nada hasta que terminó el ejercicio y desfile en el patio.

Entonces, cuando formaron la fila para marchar desfilando, logró decir en voz baja a su fiel compañero y amigo:

—Se lo diré en la capilla esta mañana.

Con una inclinación de su cabeza, — que antes ostentaba tan abudante cabellera y estaba etonces completamente rapada, Girt demostró haber oído y prometió estar alerta.

¿Qué tendría que decirle Geoffrey después de s udesaparición misteriosa y su regreso no menos misterioso?

La joven del aeroplano

Los penados estaban reunidos en la capilla del presidio para los oficios del domin-

go. De acuerdo con la arraigada costumbre inglesa, formaba parte de esa ceremonia dominical el canto de algunos himnos religiosos, en el que tomaban aprte todos los presentes. A cada penado se le entregaba, antes de entrar en la capilla, un librito en el que estaba impresa la letra de unos cuantos himnos religiosos, distinguiéndose unos de otros por su numeración. Con la letra a la vista, y como la melodía con que se cantaba era alguna antigua y muy popular, todos los penados podían tomar parte en el coro.

La ceremonia había comenzado ya cuando se oyó decir en voz alta:

—¡Vamos a cantar el himno número 340!

La clara voz del capellán resonó en la pequeña capilla del presidio y, de las hileras de los bancos donde estaban sentados los presos, surgió el rumor de un apresurado volver de hojas.

Cuando cesó el ruido de volver de las hojas de los libritos que tenían la letra de los himnos, volvió a escucharse la voz de capellán, que leía los versos de un himno muy hermoso y conocido, y luego resonó en los ámbitos de la nave la música ejecutada en un armonium, uniéndose a ella, después, las voces de los penados.

El penado número 33 estaba junto al número 29 y cantó con la misma unción que los demás, pero aún cuando parezca extraño, sus palabras no eran las que figuraban en el libro. Eran completamente distintas y parecían ser escuchadas con grandísima atención por Girt, que se hallaba a su lado.

El penado número 33 cantaba:

—Mañana lunes sin falta
a las cuatro de la tarde
hállese alerta entretanto
que las cuadrillas trabajen.

De pronto, notando que uno de los guardianes le miraba con atención, siguió cantando los versos del librito.

Pero como comprediera que el guardián no desconfiaba de él, y que sólo le había mirado por curiosidad, siguió dando a Girt, — por el mismo sistema, — los demás detalles del plan de evasión. Girt, al oirlos, sintió que la sangre le hervía en las manos.

Geoffrey agregó, como si fuera letra del himno religioso que todos estaban entonando:

Sonia vendrá en aeroplano
y en él iremos de viaje.
En cuanto que oiga zumbar
el motor, que se prepare
es preciso, para al punto.
salir los tres por los aires

Después de cantado el himno, el capellán dirigió a los penados una breve alocución y se cantó otro himno más, pero Geoffrey no utilizó lan ueva oportunidad para conversar otra vez con Girt, pues no deseaba correr

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

ni el menor riesgo de que su estratagema fuera descubierta.

El resto del día lo pasó haciendo votos fervientes porque al siguiente día, cuando estuvieran, por la tarde, trabajando en la zona pantanosa, él y Girt o se hallaran situados muy lejos el uno del otro, a fin de que no se dificultase la ejecucinó de su plan.

Sus esperanzas se realizaron, porque al siguiente día fué Geoffrey destinado a una partida de doce hombres, entrel os que figuraba Girt, para remover unos montones de piedra, en la zona pantanosa, a alguna distancia de los muros de circunvalación del presidio.

Estaban bajo la custodia de dos guardianes armados. Uno de éstos era un tipo de poca estatura, rollizo, de carácter bondadoso aún cuando muy enérgico, y que gozaba de muchas simpatas entre los penados por la rectitud con que procedía siempre, aplicando los castigos con severidad pero sin injusticia, y, sobre todo, sin que se le viera nunca propósito de mortificar por capricho.

En cambio el otro guardián, — alto y forzudo, — era un tipo dominador, desagradable, amigo de provocar cuestiones, y al que más de un penado debía, por puro capricho suyo, más de un aumento de pena.

Los hombres trabajaban manejando los picos para desmoronar un montón de piedra, mientras los guardianes vigilaban, conversando en voz baja.

—¿Qué le pasó al 33? — preguntó el más bajo de los dos, mirando hacia donde se distinguía la atlética figura de Geoffrey. — ¿Lo sabe usted?

El otro movió negativamente la cabeza.

—Creo que ni el mismo gobernador lo sabe, — dijo. — Lo que me preocupa es por qué demonios ese hombre se ha entregado. ¡Mire usted cómo trabaja ahora! ¡Si parece que le gustara!

La mirada del más bajo de los guardianes se fijó de nuevo en Geoffrey.

—No tiene tipo de criminal, — dijo pensativo, el guardián. — Desde el primer momento en que le ví, me pareció que ese hombre, con esa cara...

Calló de improviso porque había llegado a sus oídos el zumbar de un poderoso motor a explosión, y vió que su compañero levantaba la cabeza y miraba hacia arriba, poniéndose la mano en la frente a manera de pntalla.

—Un aeroplano, — dijo. — Pocas veces pasan por aquí aparatos de esos.

Miró hacia alguno de los de la cuadrilla que había dejado de trabajar y miraba hacia el punto oscuro que iba agrandándose rápidamente en la claridad del cielo.

—¡Sigan trabajando ustedes! — gritó bruscamente el más alto de los guardianes. — ¿Qué están mirando?

Los hombres continuaron su labor de mala gana, excepción hecha de los penados números 33 y 29 (es decir, de Geoffrey y Girt) que siguieron manejando los picos con redobladas energías.

Los guardianes, a los que resultaba agradable aquel paréntesis en la monotonía de su vida aburrida, contemplaron con creciente interés el aeroplano que se aproximaba. Parecía acercarse a grandísima velocidad.

—Vuela a muy poca elevación, — dijo el más bajo de los guardianes.

—Y no parece manejado con mucha seguridad que digamos, — manifestó el otro. — ¡Mire como se inclina a un lado y a otro como si le faltara estabilidad! ¡Oh! ¡Dios mío!...

Se estremeció violentamente al ver como el aeroplano, al que podíase ver ya con toda claridad, pues volaba a menos de cien pies de altura, se balanceaba peligrosamente, cabeceaba con violencia y comenza a caer con precipitación.

—¡Dios mío! ¡Ese aeroplano viene cayéndose sin gobierno! — exclamó el más bajo de los guardianes, levantándose agitadísimo.

—¡Atención, ustedes! — gritó a los penados de la cuadrilla.

Los presidiarios levantaron rápidamente la cabeza y se esparcieron luego en distintas direcciones porque el aeroplano, balanceándose peligrosamente, dirigíase hacia el sitio donde estaban ellos trabajando.

Los dos guardianes se quedaron mirando como petrificados sin atinar a moverse, con la cabeza levantada, hacia el aeroplano que parecía destinado a estrellarse contra el suelo.

Pero de pronot, como realizando un supremo esfuerzo, el aparato pareció recobrar la perdida estabilidad, levantó la parte delantera y fué a aterrizar en un sitio llano, produciendo mucho ruido, pero sin causarse ni el menor daño.

Inmediatamente los guardianes corrieron hacia el aparato y, con grandísimo asombro vieron que ocupaba el asiento del piloto no un hombre, como lo habían presumido sino una joven, pálida y hermosa que en aquel momento detenía la marcha del poderoso motor.

Sonia libertadora

La joven que manejaba el aeroplano estaba muy pálida y sus ojos brillaban de emoción, a consecuencia del choque sufrido. Cuando los dos guardianes se levantaron y con los rifles en la mano, acudieron hacia ella, notaron que las delgadas manos de la bella aviadora temblaban, apoyadas en el volante de dirección del aparato.

—¡Se ha salvado usted milagrosamente, señorita! — dijo el más alto de los dos guardianes mientras el otro contemplaba a la joven embobado con su hermosura.

La joven sonrió como si el hacerlo le costara grandísimo esfuerzo de voluntad.

—Sí, — dijo después de un momento, — llegó un instante en que creí seguro un desastre... yo...

Parecía que le costara gran trabajo articular las palabras y calló sin terminar la frase, mirando con asombro, hacia el grupo de penados esparcido en su reodr. Los presidiarios habían suspendido el trabajo y

miraban atónitos hacia el aeroplano y su bella ocupante.

El más alto de los guardianes, que era más galante que el otro, se acercó más al aparato y tendió la mano.

—¿Quiere la señorita que la ayude a descender de su máquina? — preguntó.

—¡Oh! ¡No! ¡Mil gracias! — dijo la joven moviendo negativamente la cabeza. — No debo detenerme aquí. ¿Tendrían ustedes cómo proporcionarme un poco de nafta? — inquirió en seguida.

Y al expresarse así la joven indicó, con un movimiento de cabeza, la mole gris del edificio del establecimiento penal de Gorsemoor.

—Creo que el gobernador podría facilitarle la que necesite, — dijo el guardián. — Pero... ¿no quiere descansar un momento, señorita? Me parece que se halla usted fatigada...

—¡No es nada! — dijo ella sonriendo. — Ya pasó el momento de la emoción. Fué un susto... pero breve. Estoy poco acostumbrada a efectuar vuelos largos y llevo más de dos horas de viaje. Pero ¿podrán proporcionarme nafta? Tengo mucha prisa; necesito seguir viaje lo más pronto posible. ¡Si me atraso puedo llegar de noche y encontrarme con serio peligro cuando quiera aterrizar!

Sacó un pequeño portamonedas del bolsillo y de él una moneda que ofreció, con hechicera sonrisa, al guardián. El hombre tomó el obsequio y volvióse hacia su compañero.

—William, — dijo, — ¿quiere usted ir a ver si el coronel puede darle un bidón de nafta de los que hay en el garage? Llévese uno de los hombres para que lo traiga.

El guardián de menor estatura se dispuso a cumplir la orden. Llamó a uno de los penados y, echándose el rice a la espalda se dirigió, seguido del presidiario, hacia el sombrío edificio del presidio de Gorsemoor.

La joven, sentada en el sitio del piloto en el aeroplano, les miró mientras se alejaban y después dirigió una mirada de amarga conmiseración al grupo de penados.

—Es terrible para mí vea a esos hombres en un establecimiento como este, — dijo. — ¡Me emociona mucho pensar en su destino!

—No les tendría lástima, señorita, si tuviera que tratar con ellos, — dijo el guardián, lamentando en seguida haber hecho tal manifestación, pues vió que la joven había fruncido el ceño pesarosa.

—Creo que a pesar de todo, yo les tendría siempre lástima, — insistió la aviadora con frialdad. — El hacerles vestir ese uniforme que es señal de oprobio y de vergüenza constante, tiene que despojar al hombre de todo aquello que pudiera tener hacia sí mismo... tiene que hacerle odiar siempre más a esa misma sociedad... De ese modo no se logrará corregirle por más años que se le tenga encerrado... ¿Quién es aquel hombre, guardián?

—¿Cuál, señorita? ¿El bajo o el alto? — preguntó el guardián celebrando que la joven hubiera cambiado de conversación.

—El bajo, — dijo la bella aviadora, aun cuando había estado mirando al alto.

—Es, para mí, nada más que "el número 29", — dijo el guardián.

El hombre aludido volvió la cabeza y miró frunciendo el ceño.

—¡Acérquese, número 29! — ordenóle entonces el guardián.

El penado frunciendo aun más el entrecejo y con aire de malhumorado, avanzó.

De improviso se produjo la más intensa e inesperada confusión.

Algo cayó de la mano de la joven aviadora, — algo como una voluminosa bomba esférica, — se oyó un silbido como el del vapor al escapar con gran presión y tanto el aeroplano como todos los que lo rodeaban quedaron completamente sumergidos en una espesa nube de blanco humo.

El guardián, distinguiendo vagamente ante sí la silueta del penado número 29 y extendió la mano como para sujetarlo. Pero casi en el mismo instante le fué arrancado el rifle de la mano en que lo tenía y la culata del arma dióle tal golpe en el plexo solar, que el guardián perdió instantáneamente toda noción de cuanto le rodeaba, desplomándose privado de sentido.

—¡Pronto, Geoff! ¡Pronto!

La vibrante voz del penado numero 29 resonó entonces y al punto la atlética figura del que le acompañaba en el trabajo se movió entre la masa de humo, dirigiéndose hacia el aparato.

Se oyó el rugir del motor y el zumbar de la hélice puesta, nuevamente en acción, y el aeroplano comenzó a deslizarse por la suave pendiente del terreno en que había aterrizado.

Un instante después habíase desprendido del suelo y comenzaba a elevarse rápidamente con musical zumbido...

En las mejillas de la joven piloto se vió el carmín de la excitación y del contento que ostentaba toda su encantadora belleza mientras su negra y sedosa cabellera ondeaba, agitada por el viento.

Lejos, tras los que iban en el aparato, distinguíase el tenebroco edificio del presidio de Gorsemoor, sombrío, aun a la plena luz del sol.

Junto al portón que daba al campo donde trabajaban los penados, veíase al guardián que había ido en busca de la nafta y al penado que le había acompañado.

Los que iban en el aeroplano pudieron distinguir el gesto de asombro de ambos. El guardián había empuñado el rifle como si se dispusiera a tirar...

En la parte pantanosa, mas abajo, veíase un montón de humo que la brisa iba esparciendo lentamente y un grupo de presidiarios que gritaban desaforados de tal modo que se les oía a pesar del rugido del motor y el zumbido del propulsor.

Ante el aeroplano brillaba esplendorosa la superficie del mar que parecía ofrecer

generosamente la amplitud inconmensurable de la libertad.

Los penados "número 33 y "número 29" que habían vuelto a ser Geoffrey Duncan y James Girt, se quitaron las gorras y, con ellas en la mano, tendieron el brazo fuera del cuerpo del aeroplano.

Y los de la cuadrilla del presidio, reunidos en tierra, rodeando al guadlán alto, — que continuaba esmayado a consecuencia del culatazo recibido en el pecho, — miraron hacia arriba y vieron dos pequeños puntos blancos que se agitaban en señal de despedida.

La huída

Sonia Gale ocupaba el asiento del piloto en el poderoso y moderno hidroplano; tenía en las mejillas el rojo de la alegría y brillaban sus ojos de contento mientras miraba hacia adelante, al aire su negra cabellera y las puntas del blanco chal que llevaba al cuello.

Sentada allí, destacándose en la inmensidad de la atmósfera, parecía una extraña y bellísima diosa, — la diosa de la aviación, — y su figura hacía singular y acentuadísimo contraste con las de los hombres que vestían el repelente uniforme de los presidiarios y estaban sentados en los asientos posteriores del cuerpo del aparato.

Geoffrey Duncan miró hacia atrás, por encima del hombro. El grupo de los penados había desaparecido ya a lo lejos... el edificio lúgubre del presidio era solo una mancha de distinto color en la superficie monótona de la extensión pantanosa.

Hacia adelante, el mar brillaba a la luz del sol y el aeroplano volaba ya sobre las aguas. El viento había acrecentado su rapidez, pero Sonia, con la habilidad de un consumado piloto, hizo que el aparato descendiera un poco, buscando zona más tranquila y llegando casi, muy inclinado hacia adelante, a rozar las crestas de las olas, volando sobre el mar como gigantesca ave fantástica que ondulara en busca de acuática presa.

Luego volvió el aparato a su posición horizontal y minutos después, mediante un nuevo y breve descenso, comenzó a hendir el agua con sus ruedas huecas, — que servían a la vez de flotadores, — levantando dos líneas de blanquísima espuma.

—¡Ya hemos llegado! — exclamó Sonia con grande alegría, en aquel momento.

Mirando hacia abajo, los dos hombres rescatados del presidio por la heroica joven vieron la indecisa silueta de un pez grande y verdoso, que flotaba a poquísima profundidad, amarrado a una pequeña boya.

Era el submarino, — invención del profesor Gale, el padre de Sonia, — por medio del cual Geoffrey había acudido a Gorsemoor cuando fué a entregarse como si tuviera interés en cumplir su condena.

Describiendo una amplia curva, el aeroplano voló hasta que se detuvo del todo el propulsor y el aparato quedó posado en la superficie del agua. La tarea de acercar el submarino y pasar a su bordo no era, por cierto, nada fácil; pero Girt, con su habitual agilidad y desenvoltura logró lo primero y después de pasar él mismo al submarino ayudó a Sonia y a Geoffrey a imitarle.

Ya no corrían peligro de que les persiguieran. Sin duda ninguna el hidroplano sería hallado muy pronto y una vez más la policía y el público se darían por satisfechos con la versión de que los fugitivos habían muerto en el mar.

Pero antes de hundirse bajo la superficie del mar y de dirigir la proa, — en forma de cabeza de pez, — del submarino, hacia Playa Negra, Geoffrey se acordó de que tenía que cumplir la palabra dada.

En la pequeña cámara del submarino escribió una hoja de papel y la ató luego a uno de los montantes del armazón del aeroplano, el cual había sido ya amarrado a la boya donde antes estuviera el submarino.

Lo que Geoffrey escribió en aquel papel fué lo siguiente:

"Al caballeresco propietario de este apa-
" rato, que ha de reclamarlo dentro de po-
" co, enviamos la expresión de nuestro
" sincero agradecimiento, rogándole disul-
" pe lo forzado del empréstito. Confiamos
" en que hallará el aeroplano en perfectas
" condiciones y sin haber sufrido absoluta-
" mente nada. — G. D."

Mientras Geoffrey ataba el papel al montante del aeroplano pudo distinguir a lo lejos una lancha automóvil que parecía dirigirse hacia ellos. Sonrió al pensar la alarma que produciría el hallazgo de la máquina abandonada y descendió la escalerita del submarino, cerrando luego por dentro la escotilla con su tapa que figuraba, en la parte exterior, las escamas de un monstruo acuático.

Un momento después el submarino no había zambullido y todo el rastro que aun quedaba de la bella salvadora y de los dos fugitivos era un pequeño punto negro que cortaba la superficie del mar. Era el extremo del periscopio, el ojo del submarino.

Malas noticias

Ruth de Lys, la hermosísima cómplice de Darkin, fijó su mirada en el rostro del pillastre, que estaba sentado en una butaca, en su habitación de San Ormes.

—¿Qué es eso? — preguntó ella en son de burla. — ¿A qué viene ese gesto de contrariedad?

Darkin estaba sentado junto a la ventana y se notaba una expresión de disgusto

en su rostro pálido como la cera. Tenía el entrecejo contraído y la fisonomía del pillo resultaba así más repelente aún que de costumbre.

—¿No contesta usted, señor Darkin? — insistió Ruth de Lys — ¿A qué obedece ese gesto?

Darkin tomó un número de un diario, que tenía sobre las rodillas, lo dobló y señalando con el dedo un determinado párrafo, lo acercó a ella

—Vea usted, — dijo.

Ruth de Lys tomó el diario de la mano de Darkin y un destello de furor apareció en sus ojos en cuanto leyó el título del suelto, que decía así:

"Audaz evasión de dos famosos criminales del presidio de Gorsemoor. — Ayer por la tarde dos criminales, Geoffrey Duncan y James Girt, consiguieron, según se nos informa, evadirse del presidio de Gorsemoor. Un aeroplano por una hermosa joven aterrizó de improviso en el sitio donde los dos hombres estaban trabajando con una cuadrilla y la joven pidió que le facilitaran un poco de nafta. Mientras un guardián iba en busca de la nafa, la joven arrojó de prono una bomba productora de humo y durante la confusión que se produjo los dos penados subieron en el aeroplano y desaparecieron ante los asombrados ojos de los guardianes. El aeroplano se dirigió mar afuera.

"Se asegura que un hidroplano ha sido hallado abandonado no lejos de la costa y se cree que la aviadora y los dos evadidos han perecido ahogados."

Ruth de Lys leyó la información del diario con toda atención y después volvió a mirar a la cara a Darkin.

—¡Qué bien combinado y qué bien ejecutado el plan de evasión! —dijo Ruth. — Lo que siento es que se hayan ahogado. No nos convenía perderlos tan pronto; los necesitábamos todavía.

—¿Ahogado? — dijo Darkin arrebatando de un tirón el diario de las manos, recargadas de anillos, de su cómplice. — ¡Qué han de haberse ahogado! ¿No ve usted que eso no es más que una suposición de algún periodista tonto? En cuanto no se encuentra solución para un asunto esos periodistas la inventan y se quedan tan frescos. ¡Si lo que ha sucedido está clarísimo!

—¿Si?

—¡Naturalmente! Con seguridad tenían dispuesto el submarino y, en un sitio oportuno, pasaron del aeroplano al sumergible. En estos momentos deben hallarse camino de Playa Negra o mejor dicho de la boya de la campana por donde se propondrán entrar en esta casa.

—¿No habrán llegado aún? ¿Cuánto tardarán en llegar? — preguntó entonces Ruth de Lys.

Darkin permaneció un momento callado y pensativo.

—No es posible que lleguen a la boya antes de las doce del día de hoy, — dijo después.

—¿Tan lenta es la marcha del submarino?

—El sumergible del viejo Jonás no puede marchar a gran velocidad, la distancia es grande, el camino peligroso porque tienen que venir sin alejarse mucho de la costa y saliendo de vez en cuando a la superficie para orientarse. Además, por la hora a que han partido veo que tendrán en contra, durante casi todo el trayecto, el movimiento de la marea, que, en esta parte de la costa, es muy poderoso.

—Así que, según su cálculo no desembarcarán en la boya de campana hasta dentro de varias horas? — preguntó Ruth de Lys.

—Eso es. Estoy plenamente seguro de que así ha de ser, — contestó Darkin.

—Y... ¿no tendría usted muchísimo gusto en verles? — inquirió la hermosa cómplice.

—¡Tengo que cobrarles una buena cuenta y no me disgustaría efectuar el cobro! — manifestó Darkin cerrando los puños amenazador.

Ruth de Lys se sonrió con aire de conmiseración.

—Amigo Darkin, — dijo, — veo que su imaginación está en plena decadencia y que su espíritu se mueve en un espacio muy reducido.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó asombrado, Darkin.

—Vamos a ver... ¿no le es a usted simpática la idea de prepararles una... ¿cómo diré?... una calurosa acogida a su llegada a la boya de campana? — preguntó la mujer.

—¡Si no se explica usted más claro!... — manifestó Darkin. — Estoy por creer que es cierto que se me va herrumbrando el cerebro... ¡Explíquese usted!

—La superficie del submarino imitando un cetaceo es muy débil, más de una vez me lo ha dicho usted, y puede hacerse en ella una brecha sin más elementos que un hacha y la fuerza de un hombre ¿no es así?

—Es así.

—Pues entonces ¿que cuesta dar ese golpe con un hacha bien afilada y abrirle el aparato un rumbo por el que entre agua suficiente para enviarlo sin remedio, al fondo del mar?

—Eso no está mal, — dijo Darkin —¿pero no tiene usted en cuenta que la muerte de Sonia Gale y de Geoffrey Duncan no nos dará los datos sobre el sitio donde está la valiosa invención del extinto profesor? No nos conviene que desaparezcan los que saben el secreto...

—Antes de habernos dado el secreto, — agregó Ruth.

—Eso es.

—Sin embargo, el abrir una brecha en el casco del sumergible no ha de ser seguido el naufragio definitivo del buque, necesa-

riamente... Se puede colocar algo que evite que el aparato se hunda.

—¡Es verdad, Ruth, es verdad! — exclamó Darkin.

—Dicen que una red de pescador es bastante fuerte para sostener un submarino dentro del agua, — dijo la mujer. — Se podrá poner una red...

Darkin miró fijamente el rostro expresivo de su bella cómplice y sus ojos relucieron con diabólico fulgor al darse cuenta del terrible plan que ella acababa de bosquejar. No presentaba dificultad alguna y disponía de los elementos necesarios para realizarlo.

Un golpe firme y recio en la superficie del sumergible sería más que suficiente para poner el frágil bajel en condiciones de hundirse. Una red de pescador, hábilmente tendida para sostener al buque impediría que éste se fuera al fondo. Después, los que estuvieran a bordo se hallarían a merced del que así los hubiese atrapado: o decían todo lo que sabían o se retiraba la red y el sumergible se hundía para siempre en una tumba de profundidad inaccesible, de la que en vano querrían huir.

Coloreóse un momento con el carmín del entusiasmo el pálido rostro de Darkin. El pillo se puso de pie rápidamente arrojando a un lado el diario que había estado leyendo.

—¡Ruth! — exclamó con entusiasmo. — ¡Es usted una mujer de muchísimo talento! ¡Qué ideas se le ocurren! ¡Su imaginación es inagotable! Creo que si procedemos sin demora conseguiremos atraparles. Todo depende ahora de que no perdamos tiempo y aprovechemos al punto su brillante idea.

La mujer se encogió de hombros y se sonrió con afectada indiferencia.

—Yo me he limitado a trazar un imaginario plan de campaña, — dijo después Ruth de Lys. — No me permito aconsejarle que lo adopte ni pretendo que usted me asocie a la realización de sus combinaciones. Mi ayuda es tan solo la de una buena amiga y consejera, que acude en su auxilio en el momento en que su imaginación, amigo Darkin, presenta síntomas de oscurecimiento.

—¿Así que usted no me acompañará a la boya a preparar la trampa y a dar a esos señores nuestra "calurosa" bienvenida? — preguntó Darkin frunciendo nuevamente el ceño.

—Prefiero quedarme tranquila y cómodamente en San Ormer, dejando la hazaña en manos de quien es más audaz que yo para la realización de tales combinaciones. — dije. — Puede encargarse usted, por lo tanto, de la "calurosa" bienvenida que se ha de ofrecer a nuestros amigos.

Darkin la miró fijamente, perplejo ante la actitud de indiferencia de su cómplice, que así esquivaba el ayudarle materialmente en aquella ocasión, a pesar de tratarse de un paso de tanta importancia dentro de sus planes.

—Perfectamente, — dijo mirando el reloj. — Iré solo, pero puede estar usted segura, estimada Ruth, de que les espera a la joven aviadora y a los dos evadidos del presidio de Gorsemoor, la más estupenda de cuantas sorpresa hayan podido tener en su accidentada existencia de aventuras.

En la boya de campana

Cuando el sol meridiano brillaba en las aguas de la ensenada de Playa Negra, los rayos del astro del día reflejábanse en un diminuto espejo, colocado en lo más alto de un tubo que surgía del mar y se dirigía, rasgando el agua hacia una boya de gran tamaño sobre la cual una campana, tocada por el fluctuar de las olas, tañía su constante toque de advertencia para los marinos, indicándoles la situación de un paraje peligroso.

Un ave marina voló, impulsada por la curiosidad, hacia aquel extraño pequeño y reluciente espejuelo, pero no tardó en aletear despavorida, alejándose con rapidez, porque había visto, debajo del agua, muy cerca de la superficie, la figura de un pez de dimensiones colosales que avanzaba rápida y serenamente por entre el agua cristalina y verdosa.

El extraordinario pez fué acercándose más y más a la boya de la campana, cuyo tañido oía cada vez con mayor claridad. De pronto, el tubo coronado por el espejito, es decir, el extremo del periscopio, del ojo del sumergible, fué surgiendo más y más sobre la superficie del agua.

Apareció luego la cubierta del submarino y se abrió en ella el hueco de una escotilla cuya tapa cerraba herméticamente mediante superficies de caucho y por el hueco apareció la cabeza y luego el cuello y los hombros de Girt. Miró éste hacia proa, hacia donde estaba la boya con su campana que tocaba sin cesar, a poca distancia del submarino.

—¡Nornoroeste, unas cincuenta yardas, Geoff! — gritó Girt con su sonora voz a su compañero que se hallaba en el reducido compartimento de maquinaria del buque-pez.

El submarino avanzó la distancia indicada en la dirección que había dicho Girt, tardando en ello menos de un minuto. Después se detuvo al lado de la boya.

—¡Bien! ¡Pare la máquina! — ordenó Girt e inmediatamente cesó de oirse el run-run de los motores. — Voy a amarrar el buque a la boya antes de que ustedes se muevan de ahí dentro. Esperen un instante y...

Calló de improviso por que se había abierto la escotilla que estaba en la parte superior de la boya y por el hueco se había

presentado la cabeza y luego los hombros de Darkin.

El pillo sonreía con malignidad diabólica y Girt, si hubiera obedecido a su natural impulso en aquel momento, hubiese golpeado con su terrible puño aquella cara repelente y burlona, si la cara se hubiera hallado a su alcance.

Darkin leyó la amenaza en el rostro de Girt y sonrió más provocador todavía, saludando con una inclinación de cabeza a Geoffrey que en aquel momento se asomó por el hueco de la escotilla del buque-pez.

—¡Bienvenidos sean ustedes a San Ormes, amigos míos! — dijo Darkin en son de burla. — ¡Espero que su estancia en la vieja casa les sea más agradable que la vida en el presidio de Gorssemoor, donde les llevara su terrible delito!

Mientras se expresaba así, Darkin hizo un rápido movimiento y Geoffrey se deslizó hacia abajo, en busca del revólver que había dejado en el camarote.

Pero antes de que Geoffrey pudiera volver con el arma, mientras Girt estaba de pie, con medio cuerpo fuera de la escotilla, mirándolo todo pero sin poder hacer nada, furioso e impotente, la acerada y reluciente hoja de un hacha brilló a la luz del sol y cayó con rapidez hiriendo fuertemente el casco endeble del sumergible y astillándolo como si se hubiera tratado de una delgadísima tabla de madera reseca.

La pérdida del submarino

Mediante un golpe fuerte y certero dado con el hacha, Darkin había abierto un agujero en el costado del submarino un poco más abajo de la superficie del mar, y el agua había comenzado a entrar rápidamente en el reducido compartimiento de máquinas.

Geoffrey dirigióse ya a la escotilla, empuñando el revólver que había ido a buscar al camarote; llegó a ella e hizo fuego, pero en el mismo instante, la cabeza de Darkin desapareció por la abertura de la boya y la tapa se cerró mientras resonaba una carcajada burlona.

—¡Pronto, Geoffrey, pronto! ¡Nos hundimos! — gritó la voz de Sonia desde el interior del sumergible.

Geoffrey descendió rápidamente la escalera y vió a la joven tratando en vano de detener la impetuosa entrada del agua.

En un instante tomó uno de los trajes de dril azul que había en la salita de máquinas para que se los pusiera quien manejara y no se ensuciara su ropa, y con aquella tela hecha un rollo, logró tapar el boquete.

—¡Girt! — dijo después. — Vigile usted esto y sujete el tapón de modo que no entre agua. Voy a dirigir el buque hacia la costa.

De un salto fué hacia la escotilla y la cerró. Un instante después estaba ante las manijas y palancas de la maquinaria, y el submarino se sumergía hasta unos veinte pies bajo la superficie del mar.

En el piso de la salita de máquinas había cerca de un palmo de agua, pero estaban funcionando las bombas, y no sólo no era de temer que subiera el nivel del líquido, sino que aún había esperanza de que disminuyera.

Durante un momento, en el primer impulso de la alarma y de la excitación, sintióse con deseos de correr hacia la escotilla y huir, camino de la superficie. Pero, meditando inmediatamente, comprendió que tal decisión le llevaría a una muerte segura.

Concentró toda su voluntad y todo su valor, recurrió a la serenidad que tantas veces le había servido para salvar la situación ante peligros gravísimos, desde su llegada a San Ormes.

Volvió, pues, Geoffrey, tranquilamente, al compartimiento de máquinas, y allí le recibió Girt con una mirada que constituía toda una serie de preguntas.

El motor marchaba perfectamente, y un instante después ,la hélice giraba con gran rapidez.

Bastó el movimiento de una palanca para que el submarino avanzara con ímpetu, pero, de improviso, se detuvo, y aún cuando la hélice seguía funcionando, el buque no adelantaba.

Pálido, Geoffrey miró a Girt, que estaba cuidando de que no penetrara agua por la brecha abierta por Darkin.

—Algo ha pasado, Girt, — dijo con tranquila serenidad, — Darkin ha puesto alguna trampa y hemos caído en ella.

Detuvo la marcha del motor casi por completo y fué a mirar por una de las ventanas que, del exterior, parecían los ojos del monstruoso pez emcánico. En cuanto miró sintió como si una mano helada le estrujara el corazón. Por delante, por ambos lados, arriba y abajo, se extendían las mallas de una red de pescar.

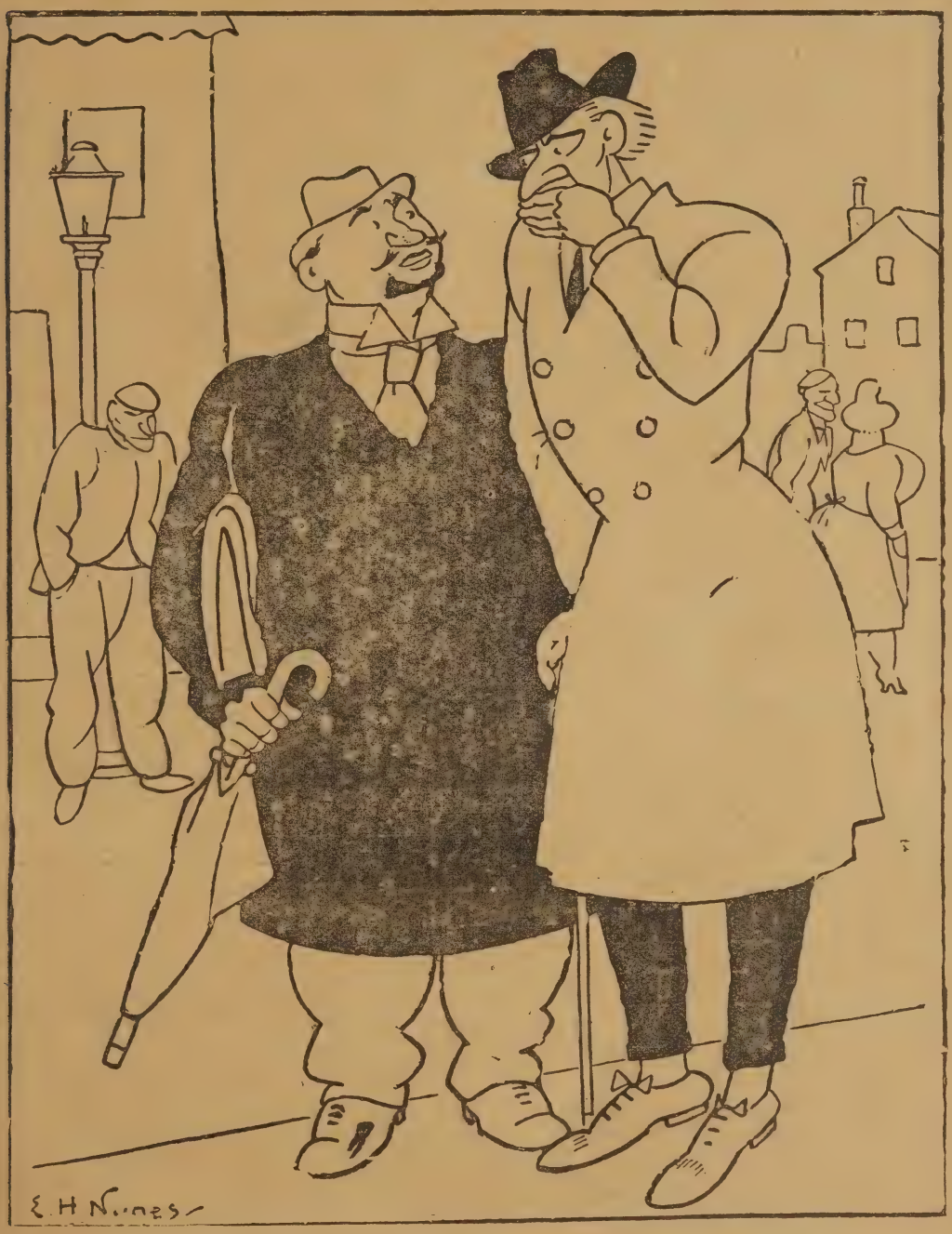
—Como yo lo había supuesto, — dijo Geoffrey, — Darkin nos ha atrapado. Hemos caído entre las mallas de una red de pescador.

—¿Qué vamos a hacer entonces? — preguntó Girt.

—Retroceder y luego atropellar con fuerza, tratando de romper la red. No veo otro recurso, — dijo Geoffrey. — Es nuestra única probabilidad.

LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES
PROSEGUIRAN EN EL NUMERO 82 de "PUCKY" QUE APARECERA EL
VIERNES 20 de FEBRERO de 1925

Buena precaución



—¿Y por qué se pone usted las manos en la boca cuando habla?
—Pues porque tengo un diente de oro, y estos sitios son muy poco seguros.

SENTIMIENTO, EMOCION, TERNURA... LEA EN EL NUMERO 82 DE "PUCKY":

"El hombre que la engañó"

Señora:

Para estar al tanto de los acontecimientos sociales, compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

en la que se publica la información más completa de la Moda y todas las noticias del dia.

UN CONJUNTO DE LECTURA ATRAYENTE

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Febrero de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 82.

Lea en este número la estremecedora novela:

Un número "extra" del programa

Magnífica aventura del famoso Circo del Far West dirigido por

Buffalo Bill

Respetando el sueño

El maquinista: — Yo ya hacía un ratito que estaba viendo a ese hombre en medio de la vía.

El juez: — Entonces, ¿por qué no avisó con el pito de la máquina.

El maquinista: — ¡Pues... por no despertarle!...

(De "Buen Humor").

LEA USTED EN EL NUMERO 82 DE "PUCKY"

"El hombre que la engañó"

Un "número" extra del programa

Muy interesante narración de lo que le pasó a Búffalo Bill mientras dirigía su "Circo del Far West".

El frasquito dorado

Un emocionante relato, sencillo y tierno, de un gran autor inglés.

La mentira

Nota breve y de emoción.

El bolchevique-sandwich

Un breve cuento del gran humorista Cami.

Buby quiere ser detective

Cuento apropiado para grandes y chicos.

Probidad

Ironía y comicidad en un caso original.

El secreto de Georgina

Un cuento de un gran autor y muy notable.

Los Siete Misterios de San Ormes

Terminación de la gran novela que fué pedida por el público lector.

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4.ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

Su Dirección, ha prohijado siempre todo lo propicio en Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre su alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

"¿Usted... usted es el señor Cody?" — preguntó nerviosamente la joven, avanzando hacia la mesa ante la cual estaba sentado el explorador. ("Un número extra del programa".)

Muy interesante narración de lo que le sucedió al famoso perseguidor de indios en la época en que dirigía su famoso Circo del Far West y recorria las ciudades de Estados Unidos.

(TRADUCCION DEL INGLES ESPECIAL PARA "PUCKY")

CAPITULO I

El otro circo. — Generosidad de Búffalo Bill. — Una joven en peligro.

L "Circo del Far West", de Búffalo Bill realizaba una jira y durante ella llegó a la población de Wyoville, situada en la región del Oeste.

Bill Cody, se encontraba en el vehículo en que establecía su oficina duranteel día y descansaba por la noche, y su aspecto no era de hallarse muy satisfecho, a pesar de que los hechos no parecían justificar esa actitud, en una forma decisiva.

Wyoville era una ciudad formada por unas quinientas o seiscientas construcciones de madera, centro de abastecimientos en varias millas a la redonda y muy poblada.

Pero, a pesar de ello, no era de suponer que pudieran funcionar dos circos, así que Búffalo Bill y su compañía vieron, no sin sorpresa, que ya estaba allí establecido otro circo. Y eso después de haber recorrido un buen número de millas por la pradera.

La preesncia de unos cuarenta cowpunchers de los ranchs cercanos, que habían llegado allí atraídos por el aliciente de la diversión, no bastaba para hacer suponer que hubiese público para dos espectáculos y menos de la misma naturaleza.

En consecuencia, Búffalo Bill había dado órdenes para que la gran carpa en que realizaban sus espectáculos, no fuese armada. Su compañía, pues, permanecía en los vagones, ociosa.

El amigo de Cody, al mismo tiempo que su segundo, Johnny Baker funmaba un cigarrillo y miraba a lo lejos. No se sentía satisfecho más que cuando el trabajo requería sus atenciones y para distraer su aburrimiento estaba disponiéndose a limpiar la diligencia de Deadwood que tenía en la zaga las señales de las balas disparadas durante el último espectáculo.

A poca distancia de allí, la banda de siux de Cody se hallaba reunida formando un círculo. Su semblante parecía tallado en duro granito,porque nada los afectaba. Eran fatalistas y tomaban la vida como se presentaba.

Toro Solitario, el anciano jefe, en otra época enemigo de Búffalo Bill y ahora uno de sus mejores amigos, fumaba su pipa de piedra y contemplaba a dos de sus jóvenes guerreros que se disponían a encender una hoguera para preparar algún alimento.

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"

Comenzará su publicación en el núm. 83 de "Pucky", del viernes 6 de Marzo de 1925

La tropilla de caballos pacía alegremente y los cowboys y caballerizos que formaban parte del personal del circo, fumaban sus pipas y esperaban las órdenes del jefe.

Como Bill Cody, el propietario del otro, circo, no parecía hallarse muy satisfecho. Se llamaba en realidad Samuel Stiggs, pero él se hacía llamar "El gran Orlando" y su circo era más o menos conocido como "Estupendo circo y menagerie de Orlando."

A despecho de tan pomposos calificativos, el circo y Orlando, — lo denominaremos así, — estaban en muy precaria situación.

Stiggs era un hombre de edad, que para parecer joven se teñía de negro el cabello y el bigote. Su rostro estaba cruzado por muchas arrugas, y cuando, rodeado del personal de su circo, se hallaba a la puerta de su carpa, la mirada de sus cansados ojos denotaba tristeza.

La primera representación debía haber comenzado aquella tarde a las siete, pero dudaba de poder reunir u nregular número de espectadores.

Había llegado a sus oídos la noticia de que el espectáculo rival era el que dirigía Búffalo Bill y consideraba lo que suponía aquel nombre para los cowboys que llenaban los salones del despachos de bebida de la ciudad.

La trágica expresión de su rostro o lo llamativo de su traje y el renegrido color de su bigote y cabello, tenía mucho de cómico. Era un hombre olvidado por la fortuna y a pesar de su tesón y esfuerzos siempre le había acompañado la mala suerte en cuanto había intentado.

Los componentes de su compañía también contemplaban con desallento al circo de Búffalo Bill.

Estaba entre ellos Jimmy Wraggs, y el clown Pedro Lomas, tirador mejicano y experto manejador de cuchillos, Luke Strong, domador de leones y, por último, aún cuando no era la última, una linda muchacha a quien se suponía hija de Orlando.

En los programas se la nombraba Carlota, y a pesar de la poca suerte del circo en que trabajaba, podía ser considerada como una de las más hábiles amazonas y equilibristas que trabajaban en caballos en pelo.

Realmente no tenía parentesco alguno con el propietario del circo. Años atrás, cuando era una chicuela, la había adoptado en circunstancias novelescas y extrañas. Pero ya habrá ocasión de hablar más de éste.

—¡Mira!

Orlando Stigges había tendido el brazo y señalaba en dirección de la ciudad.

—No hay ni que pensar en comenzar la función ahora, — murmuró con acento hosco. — No conseguiremos que acuda ni una sola persona.

Los otros asintieron y clavaron la mirada en el grupo de jinetes que venían galopando de la ciudad en dirección de los vehículos que formaban el conjunto del circo de Búffalo Bill.

Eran los cowboys que habían invadido pocos días antes la ciudad y se habían enterado de la llegada del combatidor de indios. Aquellos rudos hombres de las llanuras consideraban a Búffalo Bill como a un héroe. — cosa que indiscutiblemente lo era, — y resolvieron ir a darle la bienvenida.

Algunos de ellos se habían encontrado con Cody en más de una ocasión y más de uno le debía el haber salvado el pellejo. La noticia de su arribo a Wyoville produjo tanto revuelo como si el presidente de la República hubiera aparecido de repente en la puerta del salón con el objeto de beber unos tragos de alcohol junto con ellos.

Avanzaron al galope y al llegar frente al vagón en que se encontraba Cody, detuvieron de golpe sus caballos haciéndolos apoyarse sobre las patas traseras.

—¡Cody! ¿Dónde está Cody? — gritó un gigante de camiseta roja, dirigiéndose a Baker y a los otros, justamente en el mismo momento en que, atraído por los gritos, aparecía Búffalo Bill.

Un grito de alegría brotó de todos los labios al mismo tiempo que cada cual descargaba sus revólvers tirando al aire.

—¡Viva Búffalo Bill! — gritó uno de los cowboys.

El grito fué contestado con otra descarga. Luego uno tras otro echaron pie a tierra y se adelantaron para estrecharle la mano.

El rostro del explorador expresó la enoemr satisfacción que sentía en aquellos momentos, pero por lo demás estaba en pleno dominio de sí mismo, cosa que le ocurría en circunstancias como aquéllas, como cuando afrontaba algún peligro.

Los visitantes se lo hubiesen llevado en andas hasta el salón a no ser porque él se negó pretextando hallarse fatigado por el viaej y ansioso de descansar. Lo dejaron, manifestando que volverían para asistir a la inauguración de sus espectáculos.

Búffalo Bill se retiró pero no había de permanecer en paz mucho tiempo. Se hallaba escribiendo cuando lo proyección de una sombra le indicó que había alguien cerca de él. Levantó la cabeza y se quedó admirado al ver a una bella joven que se había detenido tímidamente en la puerta.

Cody se levantó, se quitó el sombrero y sonrió hacia la recién llegada cuyo aspecto era casi infantil.

Carlota, — porque era ella, — era de atrayente aspecto y los rastros de las privaciones no se notaban en su rostro, y, en cambio, hacía que sus ojos grises tuviesen una mirada viva.

Con su falda corta, sus polainas y gran sombrero, estaba encantadora.

—¿Es usted el señor Cody? — preguntó temblorosa, mientras avanzaba vacilante hacia la mesa en que él estaba.

Búffalo Bill, asintió.

—Para servirla. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita? — preguntó.

La muchacha volvió a dar muestras de timidez, y luego, como el que adopta de repente una decisión, hizo un gesto para vencer sus escrúpulos y comenzó:

—Yo soy del Circo Orlando. Usted está triunfando, pues es popular en todas partes. He venido aquí para suplicarle en bien de otros que tenemos menos suerte.

Bill Cody, la miró sorprendido.

—Decía usted que... — comenzó.

—Que si usted inaugura sus espectáculos

esta noche, mi padre, Orlando, no podrá inaugurar los suyos. Y nosotros estamos muy apurados... casi sin saber qué hacer por falta de fondos.

Por un momento, Búffalo Bill permaneció silencioso, con el ceño fruncido. Pero aquello desapareció en cuanto vió que los ojos de Carlota se llenaban de lágrimas.

—Yo sé que es demasiado lo que he venido a pedirle, — dijo, — y si papá hubiese sabido que venía aquí, seguramente no me hubiese dejado. Pero yo me decidí porque he oído hablar mucho de su generosidad... y... como los dos íbamos a comenzar hoy, nosotros no tendremos un alma y necesitábamos dinero desesperadamente.

Cody pensó durante un rato; si no trabajaba aquella noche, los que esperaban su presencia se quedarían decepcionados, y... se adelantó y dió un golpecito amistoso en el hombro de la muchacha...

—Puede decirle a su padre que yo no abriré mi circo esta noche... No comenzaremos a trabajar hasta que ustedes se hayan retirado.

Al pronto ella no quería creer lo que oía y sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas, pero esta vez de gratitud.

—No sé cómo agradecerle... — balbuceó. — Pero...

—No se preocupe, muchacha, — la interrumpió Cody con esa sonrisa que tantos amigos le había conquistado. — Corra a ver a su padre y dígale lo que le he dicho.

Antes de que el explorador pudiese adivinar cuáles eran sus intenciones, ella le tomó la mano y la llevó a sus labios. Luego se marchó corriendo dejándole un poco desconcertado y mirándose sonriendo la mano en que había recibido el beso de la muchacha.

Cody resolvió pasar el resto de aquel día descansando y acostarse temprano. Pero no pudo ser. Cuando comenzó a circular la noticia de que no iba a armar la carpa y que sus espectáculos no comenzarían aquella noche, cundió el en pueblo el descontento.

Orlando Stiggs, subió a la plataforma que estaba delante de su circo y a la luz de varias lámparas a nafta comenzó a anunciar su espectáculo. Pero los cuarenta jinetes, llegaron corriendo y comenzaron a disparar sus armas, obligando a retirarse a los pocos que se habían reunido allí.

No era que aquellos hombres, hechos a la vida ruda y llena de peligros de las praderas, tuviesen mal corazón, sino que deseaban ver el espectáculo de Cody y aquel otro no les gustaba.

Gritaron con todas sus fuerzas para impedir que se oyese el discurso de Stiggs, y cuando algunos, después de pagar la localidad, se disponían a entrar a presenciar el espectáculo, comenzaron a dispararles tiros a los pies y los hicieron huir.

—¡Salgan de ahí! ¡No queremos ver este condenado circo! ¿Dónde está Búffalo Bill?

Así le gritaban a Stiggs y algunos de ellos fueron en busca del explorador.

En vano Stiggs trataba de hacerse oír y de explicarles que generosmatnee Cody había retardado su presentación para no perjudicarlos a ellos y que al día siguiente se presentaría.

No querían oír ni saber nada y uno de ellos sacó de un tiro el sombrero de payaso que lucía Jimmy Magg.

Alguien corrió hasta la ciudad para referir al sheriff lo que ocurría y éste acudió con varios de sus hmbres para tratar de restablecer el orden, pero temió que toda medida en ese sentido resultara contraproducente.

Por segunda vez Carlota acudió en auxilio de su padre. Salió de su circo y corrió en busca de Cody a quien manifestó el giro que iban tomando las cosas.

El explorador era un hombre de recursos y de repente los alborotados cowboys vieron que subía a la platafrma y ocupaba el sitio de Stiggs, quien retrocedió retorciéndose nerviosamente el teñido bigote.

Los gritos aumentaron, pero cesaron muy por arte de magia, cuando Cody levantó la mano para hacerlos callar.

—Muchachos, — comenzó. — Siento mucho que haya ocurrido esto. Como mis amigos estabas aquí primero con su circo, yo retardé mis espectáculos para darles la oportunidad de que ustedes asistieran a ellos. Pero ustedes desean verme a mí y a mi compañía y no se verán decepcionados. Con el permiso del señor Orlando les propongo combinar los espectáculos. Ustedes presenciarán así lo más selecto de mi programa y del suyo, y no se arrepentirán de gastar sus dólares.

—Esa es un espléndida idea y un exceso de bondad por parte de usted, — exclamó Stiggs con voz ronca y que apenas se oía, tal era el tumulto. —Por supuesto que la mitad de lo que se recaude será para usted y la otra...

—Cállese, amigo, — le interrumpió Cody, estrechando calurosamente la mano que le tendía Stiggs. — El dinero será para usted. Creo que todos debemos hacer una buena acción cuando nos es posible y yo me he enterado de que su situación no es muy satisfactoria actualmente.

—El cielo sabe cómo me encuentro,— admitió Stiggs. — Los últimos tiempos han sido malos y después de pagar gastos y algo a la gente, no nos ha quedado un sólo dólar a la muchacha y a mí. El sheriff de la ciudad donde estuvimos antes se apoderó del mejor de nuestros caballos para pagar con él el gasto que habíamos hecho... Pero creo que esta noche no ocurrirá nada de eso gracias a la bondad de usted.

Su mirada no se apartaba de la entrada de la carpa donde se amontonaba la gente satisfecha de que Cody hubiera prometido trabajar. Stiggs, se volvió rápidamente para ocultar sus emociones, pero al explorador no se le escapó el estado de ánimo del viejo y se alejó para adoptar las medidas para disponer el espectáculo combinado.

Un viejo órgano accionado por Strong, el domador de leones comenzó a tocar un aire popular, Maggs, trajo un bombo y y cascabeles y comenzó a tocar desaforadamente, dominado por una nerviosa alegría al ver entrar en el circo hombres, mujeres y niños en una cantidad desconocida para él.

Galvanizado por el satisfactorio giro que habían tomado los acontecimientos, Stiggs,

hacía chasquear su látigo y animado a todos. Cuando las localidades estuvieron ocupadas en su totalidad, lo orquesta comenzó su sinfonía.

El programa se iniciaba con un número a cargo del manejador de cuchillos, Lomaz, el mejicano, quien estaba contrariado porque Stiggs le había ordenado que suprimiese su acostumbrado número de tiro al blanco, ya que resultaría una pobre exhibición comparada con lo que Búffalo Bill era capaz de hacer en ese sentido.

La concurrencia se manifestaba impaciente esperando la aparición del popular Búffalo Bill. Pero cuando Carlota se presentó en la pista, resplandeciente de belleza y se colocó ante un tablero con los brazos abiertos para que el mejicano rodease su silueta con los cuchillos, reinó un profundo silencio.

Eran armas muy puntiagudas y afiladas y el más pequeño error de cálculo podía fácilmente significar la muerte para la bella muchacha.

Es curioso observar el interés que demuestra una gran parte del público que asiste a los espectáculos en que un semejante expone la vida. Los espectadores seguían emocionados la dirección de los cuchillos lanzados por Lomas, algunos tan cerca del cuerpo que parecía un verdadero milagro que no se clavasen en las blancas carnes de Carlota, quien con la sonrisa en los labios, permanecía perfectamente tranquila, hasta que al fin quedó completamente rodeada por las armas.

Inútil es decir que todos los presentes no habían apartado sus miradas de las dos figuras que se hallaban en la pista, durante todi el número y por eso, acaso ninguno de se fijó en un hombre que llegó más tarde y que permaneció en la oscuridad junto a la puerta de entrada.

Era alto y delgado y un grueso y renegrido bigote hacía más extraño el tinte de su piel. Tendría treinta años, acaso algo más y su ropa era elegante al extremo de denunciar que había sido hecha en alguna importante capital.

Mientras observaba cómo los cuchillos cruzaban el aire para clavarse en torno del cuerpo de la muchacha, sus dedos apretaban nerviosamente el cigarro que fumaba. Sus ojos parecían esperar el momento en que Lomaz errara en sus cálculos y lanzara equivocadamente uno de los cuchillos.

Cuando terminó el número, la banda de músicos lanzó sus más alegres acirdes y Carlota se adelantó para saludar y arrojar besos a la concurrencia. Su ausencia de la pista fué la señal para que apareciese Cody con la diligencia de Deadwood y en el mismo instante estalló una tempestad de aplausos.

Lo siguieron Toro Solitario y unos treinta guerreros suyos, pintados y gritando enormemente mientras blandían sus tomahawks, lanzas, arcos y flechas.

Los indios y Búffalo Bill iniciaron su acostumbrado espectáculo. Los rojos atacaron la diligencia fingiendo asesinar a los pasajeros, cuando aparecieron los cowboys, montados en briosos poneis. Se inició entonces una lucha entre hombres rojos y blancos, con alternativas que parecían reales hasta que por fin los indios fueron vencidos.

Los elementos adultos de la concurrencia no ocultaban su satisfacción, mientras que los niños gritaban y aplaudían muy entusiasmados.

No ocurrió nada de particular hasta que Cody se presentó e hizo una admirable exhibición de su asombrosa maestría para manejar el rifle y el revólver. Había entre los espectadores algunos que en ese terreno se consideraban verdaderos maestros, pero todos tuvieron que reconocer que Bill Cody no tenía igual.

Era una maravilla. Sin errar un solo tiro rompió una docena de globos de vidrio que Jonny Baker lanzaba al aire y después de otras asombrosas muestras, marchó al galope de un caballo por la pista y sin detenerse encendió con un tiro de su revólver un fósforo que Baker tenía en la mano.

Cuando se detuvo y saludó para indicar que el espectáculo había terminado, los aplausos fueron estruendosos y únicamente la nueva aparición de Carlota los hizo callar.

La muchacha iba sentada en un soberbio caballo castaño, de mirada viva, único que había sido dejado a la compañía.

Iba sentada como si formase un solo cuerpo con él cuando galopaba en torno de la pista. Luego de un salto se puso de pie y le sacó la montura, para comenzar una serie de piruetas que tuvieron en suspenso a los espectadores.

Todos contemplaban emocionados a la linda muchacha y posiblemente nadie observó que la jaula de los leones había sido arrastrada hasta el interior de la carpa, a fin de preparar el próximo número.

Era el alto desconocido quien demostró más interés. Notó que los caballos que la conducían se habían detenido y que el que los guiaba saltó al suelo. La puerta de la jaula estaba del lado opuesto de la estrada en la baja barrera que formaba la pista y contempló con interés a las dos fieras que iban de un lado a otro de su encierro, excitadas por el ruido y las luces.

El hombre y la jaula se hallaban en la oscuridad más intensa a pesar del resplandor de las lámparas a nafta que había en el centro del circo. Después de lanzar en torno suyo una mirada y seguro de que nadie lo observaba, el desconocido se dirigió hacia el lado en que quedaba la puerta de la jaula.

Su frente se hallaba cubierta de sudor. Después de una serie de ejercicios Carlota había saltado del caballo para saludar a derecha e izquierda y Cody contemplaba las demostraciones de cariño de los espectadores.

Nadie lo miraba y el desconocido tomó el cerrojo que aseguraba la puerta de la jaula de los leones. Luego con un rápido movimiento lo descorrió, en seguida, abrió la puerta y se escurrió por detrás de la jaula.

El león y la leona continuaron sus paseos. De repente el macho se detuvo, miró hacia la puerta como si no pudiese creer lo que veía. Pero su vacilación fué solo momentánea.

"¡Viva Búffalo Bill!" — gritó uno de los cowboys, y el grito fué seguido de otra descarga de los revólvers. Luego, uno tras otro, fueron echando pie a tierra para estrechar la mano de Cody. ("Un número extra del programa".)

Lanzando un terrible rugido saltó de la jaula en el preciso momento en que Carlota volvía a montar a caballo.

Una mujer del público, que se dió cuenta del peligro que corrían todos, lanzó un grito y se desmayó. Hubo un momento de mortal silencio y luego vino la reacción y con ella las manifestaciones de horror.

Strong, el domador, corrió por un costado de la pista con el látigo en la mano, pero antes de que recorriese la mitad de la distancia que lo separaba de la jaula la leona había saltado detrás del macho.

El caballo, que montaba Carlota, comenzó a relinchar y a temblar de miedo. Parecía como hipnotizado por los amarillentos ojos del león. Una broma que empezaba a dar Maygs, el clown, se paralizó en sus labios, y la muchacha, aterrorizada permanecía sentada en la grupa del caballo. Unicamente Cody y el domador intentaron hacer algo para salvar o aminorar el peligro.

El explorador había traído un largo lazo con el que trataba de hacer unas pruebas y con febril rapidez comenzó a agitarlo sobre su cabeza para lanzarlo.

El lazo cruzó, serpenteando, el aire hacia el león, que se había encogido para dar el salto y antes de que el movimiento de Búfalo Bill pudiera evitarlo, la fiera se lanzó contra la débil muchacha que permanecía sobre el caballo.

CAPITULO II

¿Quién es Carlota? — Búffalo Bill se crea un enemigo. — Otra vez el desconocido

NO había en la concurrencia un rostro que no estuviese blanco de terror. Los que se hallaban en las primeras filas de asientos retrocedieron horrorizados y luchaban con desesperación por alejarse, a pesar de los gritos que recomendaban serenidad.

Los que manifestando más valor permanecieron en sus asientos esperando una oportunidad para intervenir, vieron que cuando el león saltó, Carlota había tirado de las riendas de su atemorizado caballo y lo hizo dar media vuelta. Las garras de la fiera no lograron hacer presa y solo rasgaron la piel del bruto y se llevaron trozos de los adornos del arreo. Su presencia de ánimo había salvado a la joven y nuevamente Cody agitaba ya el lazo sobre su cabeza.

Strong se lanzaba también hacia el animal, gritándole y agitando el látigo. Maggs y Stiggs recobraron su serenidad y corrieron hacia el brasero en que se calentaban los hierros. Era costumbre tenerlos preparados para un caso de aquellos.

Mientras Cody lanzaba el lazo con todas sus fuerzas alcanzando al león, y conteniendo sus movimientos por un instante, el clown y el propietario del circo, en unión del domador se acercaban amenazándolo.

Durante algunos segundos la leona permaneció a la distancia detrás de su compañero, mostrando salvajemente los dientes y gruñendo. Al ver los hierros candentes, se asustó, metió el rabo entre las piernas y corrió hacia la jaula.

Un tembloroso espectador logró recuperar el valor suficiente para cerrar en seguida la puerta. De ese modo los que estaban en la pista tenían que habérselas con un solo enemigo, aún cuando este era formidable.

—¡Gracias al cielo! — exclamó roncamente Orlando Stiggs, cuando el caballo que montaba Carlota, dándose cabal cuenta del peligro reaccionó y echó a correr a través de la pista.

Aún cuando realmente no era su hija, hubiese dado gustoso su vida por la de ella.

—¡Atrás, Brutus! ¡Atrás! — gritaba Strong, sin manifestar temor alguno y prodigando al león golpe tras golpe con su látigo.

Muchos de esos leones que se exhiben en un circo demuestran, generalmente más temor al látigo del domador que a los hierros enrojecidos con que los acsan. Brutus, sin embargo no era como esas fieras que han nacido en la prisión. No hacía aún un par de años que gozaba de libertad en sus bosques nativos y aunque vencido, en parte, por su largo cautiverio, era un animal salvaje.

—¡Abran la puerta! — gritó Strong en cuando notó un signo de temor en el león. — ¡Más cerca! agregó, dirigiéndose a Stiggs y Maggs, quienes acercaron los hierros candentes al hocico del león. Este retiró la cabeza y lanzó un enorme rugido. Pero instantáneamente sintió en la cara un fuerte golpe del látigo del domador, y eso terminó con sus propósitos de rebeldía. Entonces Cody tiró del lazo.

Brutus dió un salto y corrió hacia la jaula. Un ayudante, obedeciendo las órdenes recibidas abrió la puerta. El león entró de un salto y se tendió en un rincón acobardado. Strong corrió el cerrojo y aseguró la puerta, luego Cody se acercó y con un golpe de cuchillo cortó el lazo.

—¡Siéntense todos! — gritó, dirigiéndose al público. — Ya no hay peligro de ninguna clase.

Stiggs, Maggs y el resto de los de la compañía trataban también de tranquilizar a la concurrencia y poco a poco fueron desapareciendo las muestras de temor. Los que se habían precipitado buscando la forma de huir ante el peligro volvieron a sus asientos y se comprobó que, afortunadamente nadie había recibido heridas de importancia.

Carlota, que ya había dominado el pánico de su caballo, comenzó a marchar en torno a la pista a los alegres acordes de la música. Búffalo Bill corrió para felicitarla por su arrojo, los cowboys agitaban los hierros rojecidos y daban vivas a la muchacha, a Cody y al domador Strong.

—¡Respetable público! — exclamó este en cuanto logró hacerse oir. — Aunque no es conveniente hostilizar a las fieras después de un acontecimiento como el que acabamos de presenciar, yo con su permiso, voy a rea-

lizar como de costumbre mis trabajos con el león y la leona, para que no supongan que han logrado atemorizarme.

—¡Bravo! — exclamó Cody, aplaudiendo, al mismo tiempo que los concurrentes, aún cuando algunas mujeres miraban nerviosamente hacia la jaula que había sido colocada en el centro de la pista, y a la que se acercaba Strong.

El león, comenzó a rugir al ver que el domador abría la puerta y entraba en la jaula. Pero Stron glo hizo retroceder amenazándole con el látigo. Luego acercándose a él, le sacó tranquilamente la parte del lazo de Cody que le había quedado arrollada al cuerpo.

Las dos fieras se negaban a trabajar. Pero Luke Strong, con su decisión y valor se impuso, conquistando la admiración de todos, e hizo que los leones realizasen todas sus habilidades dócilmente.

Cuando terminó el número, salió de la jaula y saludó sonriente los aplausos que se oyeron en todos lados fueron estruendosos.

Búffalo Bill, obedeciendo a un pedido de los cowboys hizo una maravillosa exhibición del manejo del lazo y con ello terminó el espectáculo de aquella noche. Stiggs se aproximó a Cody y le tendió la mano.

jo con voz que denotaba emoción, — Todas

—No se cómo agradecerle a usted. — dilas localidades estaban vendidas... y más también... Ahora deseo darle su parte.

—¡No! ¡No! — protestó Búffalo Bill, — ¡No quiero ni oir hablar de eso! Si de esta manera usted logra salir en parte de sus apuros eso me basta y satisface. Yo he recibido ya el pago que deseaba...

Durante un momento los ojos de Stiggs se fijaron en la gente que iba retirándose de la tienda.

—Hemos hecho una entrada de trescientos dólares, — dijo. — Pero si usted no quiere recibir su parte, yo me limitaré a conservar mi gratitud durante toda mi vida, — lo mismo que la muchacha. Ella quiere también darle las gracias por lo que ha hecho usted esta noche cuando el león se escapó. Si usted no le lanza el lazo tan a tiempo y el león vacila, quién sabe lo que hubiera sido de ella. Pero aquí está Carlota...

La muchacha llegó en unión del domador y Bill Cody notó una grave expresión en el curtido rostro de este último.

—Es un gran misterio, — dijo luego que Carlota hubo tendido una de sus pequeñas manos a Cody y le hubo agradecido su intervención. — No me explico cómo se abrió esa puerta.

—¿Misterio? ¿Qué es lo que quiere usted decir, Luke? — preguntó Stiggs.

—Esto, — respondió el domador, y en su mirada se notaba una fría resolución. — Un minuto antes de que la jaula fuese conducida a la carpa yo miré el cerrojo, cosa que hago siempre. Estaba corrido. Corrido con toda seguridad. Y él solo no puede haberse descorrido.

Orlando Stiggs lo miró y se puso pálido.

—¿No significará eso un nuevo atentado contra la vida de Carlota? — continuó Strong, apretando los puños. — Recuerde que alguién puso perdigones en las orejas del caballo cuando estábamos en la otra ciudad y ella escapó con vida por verdadero milagro.

Los últimos espectadores estaban abandonando la carpa, Bill Cody quedó intrigado cuando miró el rostro de uno y de otro.

—¿Quiere usted decir, Strong, que supone que alguién ha abierto deliberadamente la puerta de la jaula cuando Carlota se acercaba al caballo? — preguntó.

—Eso es, — respondió el domador gravemente.

—¿Y que fué lo que ocurrió en la otra población? ¿Dice usted que metieron perdigones en las orejas del caballo? — preguntó Búffalo Bill.

Fué Carlota la que respondió.

—Alguién hizo eso, en efecto y logró que mi pobre Santo, mi caballo enloqueciese casi. Yo noté, cuando monté para realizar mi número, que el pobre animal sacudía la cabeza como si tuviese un dolor grande. Después de trabajar algunos minutos, dió de pronto una sacudida. Fué tan inesperado aquello que estuve a punto de sufrir una caída mortal. Quise apaciguarlo y trató de saltar sobre el público. Cómo logré sacarlo de la pista es cosa que aún no me explico. Lo cierto es que lo conseguí. Pero fué un serio accidente, créalo, señor.

—El pobre animal estaba enloquecido, — prosiguió Stiggs. — No pudo trabajar, y cuando momentos después el animal partía al galope pude montar en el para evitar que se estrellase contra algún obstáculo. Atropelló a un muchacho y lo hirió de gravedad, por eso nos fué tan mal allí. Cuando Santo llegó al campo libre y finalmente cayó rendido por la fatiga descubrimos que le habían metido unos perdigones en el oído. Consideramos aquello como una tentativa criminal para matar o herír a Carlota y creo que no nos equivocamos.

Bill Cody, hizo un gesto de asentimiento.

—¿Pero, cuál puede ser el motivo? — exclamó. — Seguramente no es odio por parte de nadie, — agregó sonriendo a la joven quién enrojeció.

Orlando Stiggs, movió negativamente la cabeza y se puso más serio aún.

—No veo más que una explicación, Cody, — dijo. — Carlota no es en realidad hija mía. Acaso haya en toda esto una cuestión de dinero, algo que tenga que heredar. Alguién sabe quién es y tiene interés en que no viva.

—Eso me interesa mucho, — manifestó Cody. — Tendremos que hablar de ese asunto los dos, si no tiene inconveniente.

—Entonces háganos el honor de venir a comer con nosotros, camarada, — sugirió Stiggs. — Lo iba a proponerselo antes. Allí le contaremos todo lo que sabemos .

Bill Cody, se apresuró a dar las gracias. Estaba encantado de aceptar la invitación. Además de haber simpatizado con el director del circo y con la linda joven se sentía atraído por aquel misterio. Diez minutos después se hallaba sentado frente a Orlan-

do Stiggs en compañía de su hija adoptiva.

Un poco de carne fiambre, pan fresco, algunos picles y una buena jarra de café, era lo que había en la mesa. Aquel menú, no era lujoso, pero era como para despertar el apetito a los tres amigos.

—El caso ocurrió hace unos diez y nueve años, Cody, — comenzó Stiggs cuando estuvo servido el café. — Incidentalmente creo necesario referirle que toda mi vida he sido uno de los seres que más han fracasado en su vida y si no hubiera sido por ello en mi época hubiera encontrado una buena mina de oro.

"Unido a varios muchachos realizábamos trabajos en busca de oro, pero fuimos tan poco afortunados ellos y yo que resolvimos marchar a través de la pradera y nos disponíamos a acampar durante la noche cuando oímos gritos tras de unos árboles que se hallaban a poca distancia de nosotros y eso nos demostró que estaban cerca algunos pieles rojas.

"Ocurría esto en el país de los apaches y aún cuando los indios no estaban propiamente en pie de guerra, mataban y torturaban a los mineros blancos y hacían incursiones durante las cuales causaban no pocos daños.

"Eramos todos jóvenes y fuertes. Ibamos bien armados con rifles y revólvers y como muchas de las historias que habíamos oído acerca de los pieles rojas nos demostraban el peligro que suponía un encuentro con ellos procedimos con precaución. Marchamos por entre los árboles reunimos nuestros caballos y marchamos a efectuar un reconocimiento. Era entre la tarde y la noche cuando salimos de nuestro escondite. Vimos así que había como un centenar de apaches a menos de cien yardas de distancia de nosotros.

"Habían incendiado la casa de aquel pequeño ranch, y al resplandor de las llamas se les veía danzar como demonios.

"Atacarlos en aquellas circunstancias equivalía a un suicidio. Nos hubieran despedazado pues eran muy superiores a nosotros en número.

"Para suerte nuestra, dejaron repentinamente de danzar montaron a caballo y partieron al galope.

"Consideraron que su diabólica obra estaba terminada ya, pero, ¡gracias al cielo! no era así.

"Tan pronto como se perdieron de vista, avanzamos nosotros para ver qué era lo que había quedado. Suponíamos que entre las ruinas habíamos de encontrar vivos a algunos blancos. Y así fué, como pudimos verla cuando nos acercamos a la casa. En la parte exterior yacían un hombre y una mujer. Pero los dos estaban muertos. Habían recibido una gran cantidad de heridas, sin duda mientras se defendían.

"La casa ardía por dentro y por la puerta y ventanas salían aún llamas y humo, lo que hacía suponer que si existía alguién dentro, también estaría muerto. De pronto oímos algo que nos dejó paralizados y dudando si era o no ilusión nuestra

"Uno de mis camaradas corrió hacia la puerta de entrada. El ruido se hacía allí más perceptible y no cabía duda de que era el llanto de una criatura. Estaba todo ennegrecido por el humo y las llamas me hicieron retroceder cuando pretendí entrar. Me até entonces el pañuelo mojado tapándome la boca y nariz y avancé corriendo.

"Encontré a la criatura tendida en el suelo, envuelta en una manta y la agarré, echando nuevamente a correr hacia afuera. Se encontraba casi sofocada, pero se había salvado de la asfixia por el humo a causa de haber tenido sobre el rostro una punta de la manta. La madre debía haberla dejado allí cuando, en unión de su esposo intentó una última defensa contra los pieles rojas, y si nosotros no hubiésemos llegado tan a tiempo, seguramente hubiera muerto la pobre criatura.

—¿Y era Carlota? — preguntó Bill Cody, mirando a la muchacha.

—Precisamente, — respondió Orlando Stiggs. — Es sorprendente de qué modo resisten las criaturas. Cuando el aire puro la serenó comenzó un llanto terrible. No hay ya mucho más que decir. En la pradera encontramos como una docena de cowboys, mutilados y supusimos que pertenecían al personal del ranch y habían muerto defendiendo a sus patrones.

"Carlota, la llamé en memoria de mi difunta esposa. Tenía entonces como un año de edad. Marchamos de noche hasta que llegamos a la población más cercana y allí una buena anciana accedió a hacerse cargo de la niña. Yo tenía entonces algún dinero y adquirí allí un pequeño establecimiento. Adopté a Carlota y desde entonces la he considerado como a una verdadera hija.

—¿Pero quiénes eran los propietarios del ranch? — preguntó Búffalo Bill. — ¿Supongo que lo averiguaría usted?

—¡Claro está! — respondió Stiggs. — Eran conocidos como el señor y la señora Jameson; habían llegado de Nueva York y compraron el ranch pocas semanas antes de que los apaches la asesinaran. Pero no pude averiguar nada más.

—¿No puso un aviso en los diarios para qué fuese leído en las grandes ciudades, Nueva York entre ellas?

—Lo hice en dos ocasiones. Cuando tuve dinero para ello, — respondió el propietario del circo. — Pero nadie reclamó a Carlota, ni me dió informes respecto a sus padres.

Miró a la muchacha con emoción.

—Entonces decidí quedarme con ella, en la creencia de que no tenía pariente alguno. Pero existe el hecho curioso de que yo siempre he tenido la creencia de que esta muchacha es de familia distinguida. Y ahora lo creo más que nunca.

"Acaso tenga derecho a alguna herencia. Quien sabe si la buscan algunos aún cuando otros piensen en hacerla desaparecer. Pero de todos modos no quiero ni pensar en dos modos no quiero ni pensar en que pudiera alejarse de mi lado.

Carlota, que se había puesto de pie, lo besó en las mejillas.

—No hable de eso, papá, le dijo con en tono de reproche. — Siempre lo consideraré a usted como a mi padre y deseo seguir siendo pobre, si para ser rica tengo que abandonarlos a usted y a Luke.

Tendió una mano a Cody porque se disponía ir al vehículo donde dormía en unión de otra mujer perteneciente también a la compañía del circo. Búffalo Bill permaneció solo algunos segundos después de marchar ella. Estaba rendido de cansancio y pensaba levantarse temprano al siguiente día.

Cuando Cody salió del carro en que dormía Stiggs, oyó una voz que le pareció la de Carlota, entre las sombras de un par de vehículos y le pareció que la joven protestaba por algo.

Apresuró su marcha y no tardó en distinguir a la joven ante otra figura, que permanecía en la oscuridad, pero reconoció instantáneamente a Pedro Lomas, el lanzador de cuchillos.

Permaneció oculto pues por el momento no quería intervenir en el asunto, más como el tipo le era antipático se dispuso a tomar participación si los hechos lo exigían.

—Señorita. Usted siempre me rechaza, — manifestaba como resentido Lomas. — Y esa conducta se ha acentuado desde que el señor Strong se unión a la compañía.

SEÑORAS

Conserven la belleza e higiene de sus manos, usando guantes de goma para los quehaceres domésticos.

LA POUPEE le venderá el par a

$ 2.50 - 3.- y 5.-

LA POUPEE

CERRITO, 122.-U. T. 3958, Rivadavia
Artículos y elásticos para corsés y fajas, medias elásticas, rodilleras, tobilleras, etc. ..
Remitimos al interior.

—Ya le he dicho en otras ocasiones que lo que usted pretende es imposible, — replicó la muchacha, retrocediendo a medida que él avanzaba hacia ella.

—Usted ama a Strong y quiere burlarse de mi cariño, — insistió él apasionadamente.

—Yo no le he demostrado a usted jamás otra cosa que un buen compañerismo, pero hasta eso lo ha hecho usted ya imposible, — manifestó Carlota friamente. — Haga el favor de soltarme la muñeca.

—Ese mistificador que domá leones viejos no puede interponerse ahora entre los dos, señorita, — exclamó en tono de ira reconcentrada, Pedro Lomas. — Yo la amo y he de hacer que usted me corresponda. Y ahora antes de que se vaya he de besar sus labios...

—¡Insista usted! — exclamó Búffalo Bill adelantándose al ver que la joven forcejeaba con el mejicano.

Lomas no se dió cuenta exacta de lo que ocurrió. Todo lo que recordaba luego fué que algo como un gancho lo tomó por la garganta, que algo le cayó con fuerza sobre el rostro y que él se desplomó de espaldas sobre el césped.

Durante un largo rato permaneció a los pies del explorador quién se inclinó hacia él mirándolo con ojos de ira y las manos preparadas para un nuevo golpe. Luego se incorporó y sacó de la cintura un cuchillo.

Carlota gritó cuando el mejicano, lanzando un grito de rabia avanzó hacia Cody, preparado para pelear. El arma brilló cuando fué dirigida al pecho de Búffalo Bill, pero el golpe estaba destinado al fracaso. Mientras el explorador se apartaba a un lado, su mano izquierda golpeó y, por segunda vez, Pedro Lomas cayó de espaldas, sin explicarse cómo había sido aquello.

El golpe que le dió Búffalo Bill fué debajo de la barba y le pareció como dado con un cuerpo muy duro.

—Usted parece estar destinado a protegerme, señor Cody, — exclamó con agradecimiento Carlota, cuando Búffalo Bill se volvió hacia ella.

—Déjeme que la acompañe hasta su vivienda, muchacha, — dijo él, omándola del brazo. — A parte del peligro que representa este pícaro, no es conveniente que vaya sola por lugares tan oscuros.

—Me asusta usted, — manifestó ella deteniéndose frente a la escalerita de la carreta. — ¿Cree usted realmente que esta noche han atentado deliberadamente contra mi vida?

—Si Strong no se equivocaba al afirmar que el cerrojo de la jaula estaba bien corrido cuando él lo revisó, ¿qué otra cosa puede suponerse? — respondió Bill Cody con gravedad. — Yo comprendo que mis palabras le alarmarán a usted Carlota, pero muchas veces vale más un aviso a tiempo que el temor de asustarla, y usted debe vivir prevenida.

—Yo también debo prevenirle a usted, — manifestó a su vez Carlota. — Usted se ha creado un temible enemigo en Pedro Lomas.

Es vengativo. Jamás olvida una ofensa, real o supuesta, y tratará de vengarse de usted en cuanto encuentre una oportunidad para ello.

Cody se sonrió mientras tendía la mano a la muchacha para despedirse.

—No tema por mí, Carlota, — dijo. — Yo estoy acostumbrado a vivir entre el peligro y estoy siempre alerta. Buenas noches.

—Buenas noche, — dijo la joven.

Una vez que se hubo convencido de que Carlota había asegurado la puerta, Cody echó a andar. Se detuvo a pocos pasos, durante un momento y sondeó con la mirada las sombras, alcanzando a distinguir que Lomas continuaba tendido en el suelo. Después marchó al coche de ferrocarril que era su habitación.

Estaba preocupado por el misterio que envolvía la vida de Carlota. ¿Quién sería la joven? ¿Quiénes eran realmente sus padres? Estaba convencido, después de todo lo que había oído, de que la jaula de los leones fué abierta para atentar contra la vida de la muchacha.

Búffalo Bill se durmió pensando en ese problema. Seguramente no se hubiese quedado tan tranquilo de haber tenido conocimiento de lo ocurrido momentos después de retirarse él a descansar.

Tan pronto como Cody y la muchacha desaparecieron entre las sombras, un hombre se aproximó a Lomas, quien permanecía medio atontado aun por el golpe que le había dado Cody.

—¿Supongo que usted deseará vengarse de los dos? Si yo fuese usted lo haría así, amigo mío, — dijo el recién llegado mientras el mejicano se ponía de pie. — ¿Está usted dispuesto a hacerlo?

—¿Quién es usted? — murmuró Lomas, mirándolo sorprendido y llevándose la mano a la dolorida mandíbula. — ¿Qué le interesan a usted mis asuntos?

—Más de lo que usted supone, — replicó el otro.

Lomas notó entonces que era un hombre alto, delgado, que vestía bien y tenía bigote negro.

—Yo andaba por aquí y lo he oído todo. Supongo que no le disgustaría a usted llevar una buena cantidad de dinero en el bolsillo, ¿eh? ¡Unos mil dólares!

Lomas era ambicioso, y al oír aquellas palabras sus ojos brillaron de codicia.

—¿Decía usted? — preguntó rápidamente.

—No puedo explicar más ahora. Alguien viene hacia este lado y no es conveniente que nos vean juntos, —dijo el desconocido. — Mañana por la tarde podemos encontrarnos a las seis en la vieja y abandonada choza que hay en la pradera. ¿Sabe cuál es?

—Sí, señor, — respondió Lomas. — Hemos pasado junto a ella cuando venimos hacia aquí.

—¿Irá allí a esa hora?

—Sí, — respondió el mejicano. Y sin pronunciar una palabra, más el otro se alejó entre las sombras, llevando reflejada en su rostro la satisfacción que experimentaba.

Se había alejado muy a tiempo, pues el que se aproximaba era Maggs, el clown, que había estado charlando y fumando con Strong, en la vivienda de éste.

Dió las buenas noches a Lomas, y se alejó, mientras el otro le respondía entre dientes:

—¿Qué puede querer de mí ese otro? — murmuró mientras se retiraba a descansar.— ¡Mil dólares! ¡Caramba! ¡Será necesario hacer algo para ganar tanto dinero!

CAPITULO III

Los conspiradores. — Búffalo Bill se aflige. — Carlota amenazada

LLAMESE, coincidencia, casualidad, destino, lo que se quiera, pero el caso es que Búffalo Bill pareció estar indicado para conocer aquella joven perseguida y protegerla en dos ocasiones contra el peligro que la amenazaba.

Así fué cómo, cuando al siguiente día a las seis de la tarde el hombre moreno que había abierto la jaula de los leones para que estos atacasen a Carlota y que luego se encontró con Pedro Lomas para citarse con él a esa hora, marchó al punto convenido, Bill Cody no se hallaba muy lejos.

A decir verdad, el explorador no hallaba en su vida actual de director de circo todos los atractivos que en la anterior.

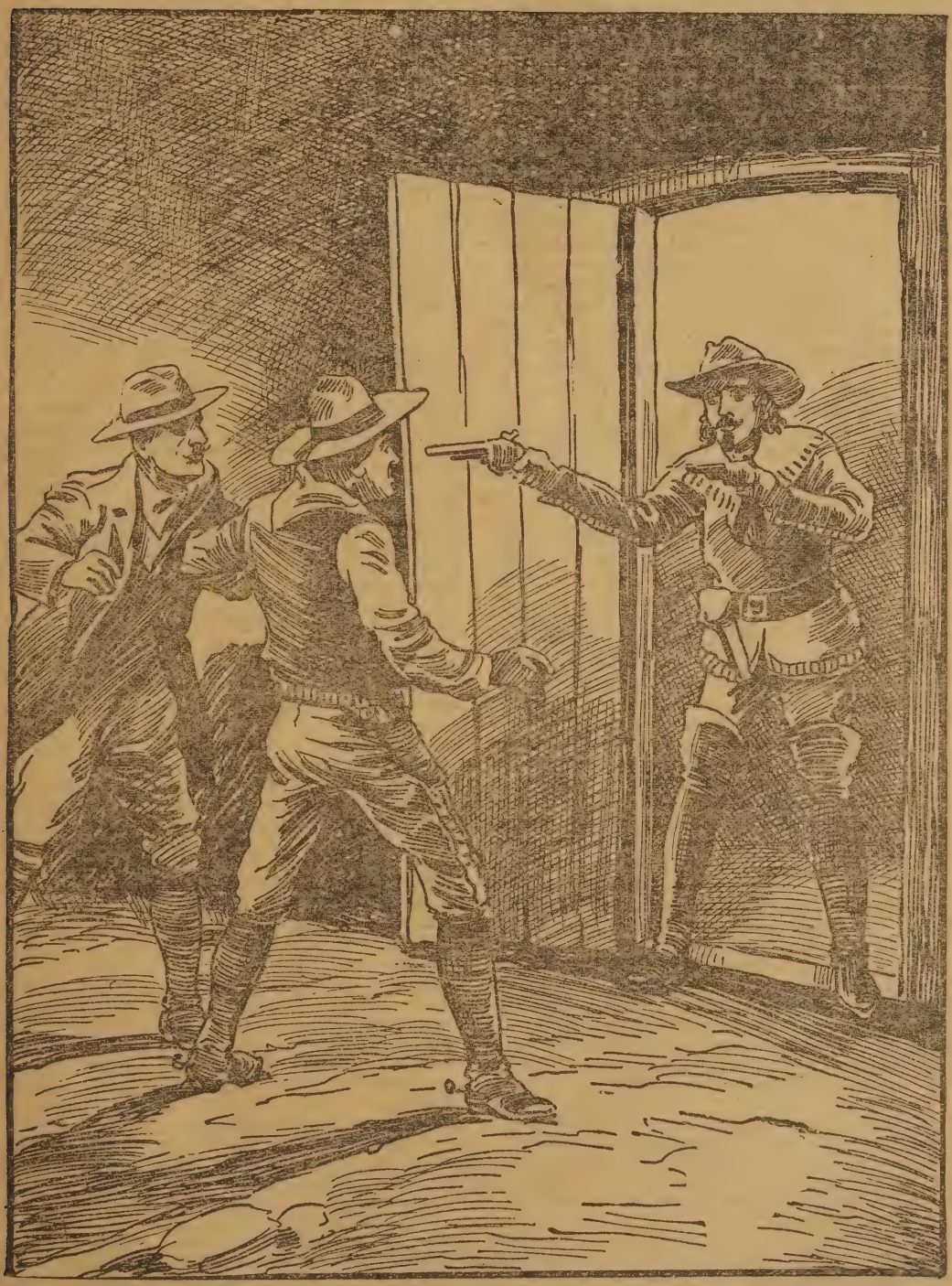
Llevaba en la sangre el deseo del peligro y sentía nostalgia de la vida agitada de la época en que combatía contra los indios y cazaba búfalos. Por esto a veces tenía que hacer un esfuerzo para dominarse y continuar con su apacible existencia al frente del circo.

Había resuelto, siguiendo su plan de favorecer a Stiggs, que en dos ocasiones más se realizasen espectáculos combinados, y como no tenía que preocuparse del cuidado de armar la carpa y organizar su programa aprovechaba el tiempo para pasear a caballo por la pradera.

Al regresar aquel día se apeó antes de llegar a la ciudad y se tendió sobre la aromática y alta hierba. Un golpe de látigo dado en las patas delanteras de su montura bastó para que el animal se tendiese a su lado, colocando la cabeza sobre el brazo de su patrón. Era un buen amigo de Cody, pues había sido su compañero durante los últimos años de su carrera de explorador; y poseía una inteligentecia poco inferior a la de muchos seres humanos.

Búffalo Bill lo palmoteó en el cuello, luego sacó del bolsillo un diario y se puso a leer. La hierba estaba tan crecida que el jinete y caballo quedaban ocultos.

Transcurrió bastante tiempo y Bill Cody se disponía ya a emprender el regreso, cuando oyó ruido de pasos que se aproximaban. Miró, sin dejarse ver, y notó que el que se acercaba era un hombre bien vestido, jinete en un soberbio caballo zaino que marchaba en dirección de la cabaña abandonada, que se hallaba a poca distancia de



Con gran asombro y terror, vieron a Búffalo Bill parado en la puerta de la cabaña, con un revólver en cada mano y apuntándoles. ("Un número extra del programa".)

allí, y que, probablemente, había sido construída por un leñador.

Bill Cody, no se interesó mayormente por el jinete que se aproximaba hasta que lo vió echar pie a tierra frente a la cabaña. Entonces sí se despertó su curiosidad y se instaló mejor para poder distinguir lo que pudiera ocurrir.

Vió así, que el otro ató su caballo y entró en la cabaña sin que volviese a salir a pesar de que pasaba el tiempo.

Poco después, Búffalo Bill fruncía el ceño al ver un segundo jinete que marchaba también hacia la cabaña, y pronto reconoció en él al mejicano Lomas.

—¿Qué indicará esto? — murmuró Cody, mientras el otro aseguraba el caballo y entraba también en la cabaña. Parece que se hubiesen citado aquí esos dos y si es así el asunto puede resultar de interés, con mayor razón cuanto son dos personas de coidición social muy distinta.

Eso era cierto. El desconocido vestía bien y era, al parecer, una persona de fortuna y ningún asunto limpio podía tener que tratar ocultamente con un artista de un circo de tercer orden.

Búffalo Bill era rápido para juzgar a una persona y dedujo por el aspecto del mejicano Lomas, que era capaz de cualquier traición.

—Realmente no me interesan en forma directa los asuntos buenos o malos que puedan tener esos dos, — murmuró Cody. Pero a pesar de esto, una fuerza invencible lo empujaba hacia la cabaña.

Casi máquinalmente, ordenó a su caballo que permaneciese donde estaba y comenzó a deslizarse por entre la hierba hacia la cabaña

Tenía la intención de que aquellos dos hombres tramaban algo contra el circo de Orlando Stiggs. Este no había hecho un secreto del mal estado financiero de su negocio, y Cody pensó que el desconocido tal vez era un acreedor que buscaba la forma de apoderarse del dinero que le tocara al otro en las funciones combinadas.

Pedro Lomas era la clase de tipo indicado para secundarle en tales propósitos y traicionar a aquellos con quienes se ganaba el pan. Pensaba Cody que si la cantidad no era mucha y el otro no tenía demasiadas exigencias podría él facilitar a su nuevo amigo la suma necesaria para resolver el asunto. Pero quería cerciorarse.

Bill Cody no había olvidado sus habilidades y sabido es que ningún indio era capaz de avanzar más sigilosamente que él. Llegó a la cabaña y buscó una hendija entre los troncos que formaban la pared. La encontró y acercó a ella la oreja.

—Hablemos claramente, señor, — decía Lomas. — Le confiese que toda la pasión que sentía por ella se ha cambiado en odio, desde anoche. Usted dice que está dispuesto a pagarme mil dólares si...

—Si quiere trabajar en mi favor, — agregó el otro. — Eso es lo que digo. Mi oferta es clara, pero necesito que usted me asegure que está dispuesto a proceder contra esa muchacha que lo tiene enamorado, antes de aventurarme más.

—Le repito que no tiene dada que temer, en ese sentido. Ahora, la odio, — afirmó Pedro Lomas con voz ronca. — Los hombres de mi raza, señor, pueden amar, pero tienen su orgullo y no aceptan un desprecio semejante sin pensar en vengarse... ¿Odia usted también, por algún motivo, a esa joven?

El rostro de Cody se contrajo, e instintivamente las manos del explorador fueron hasta la culata de los revólvers que llevaba en la cintura. Tan interesante era la conversación que mantenían aquellos dos hombres, que Búffalo Bill, no notó que el caballo del desconocido se había acercado a él y que sus ojos brillaban en una forma especial.

Era un animal brioso y arisco.

—Yo odiaré a esa muchacha mientras viva pues mi porvenir depende de ella, — respondió el forastero.

Cody oyó claramente asas palabras.

—Acaso sea para usted una sorpresa saber que yo me encontraba anoche en el circo esperando una oportunidad para hacer lo que ahora deseo que haga usted por mí. Yo no he andado muy lejos del circo, durante los últimos meses. ¿Por qué, preguntará usted. Porque, — y bajó la voz. — Yo necesito apartar a esa joven de mi camino... ¡que muera!

Búffalo Bill estaba ya enardecido y una de las armas brillaba en su mano.

Pensó que si algún hombre merecía un tiro era el que hablaba. Debía ser el responsable de la fuga de los dos leones la noche anterior. Y también debía ser el que intentó matar a Carlota enloqueciendo a su caballo. Pero logró contenerse y conseguir así saber lo que pensaban hacer aquellos dos infames. ¿Qué nuevo complot tramarían?

—Yo presencié la escena que se desarrolló anoche entre la muchacha, usted y Búffalo Bill, — continuó el forastero. — Sangre ardiente y el poder odiar son la herencia natural del mejicano y por eso he pensado que usted no vacilaría en vengarse de la muchacha que ha despreciado su amor y dar un golpe al cazador de búfalos, que la ampara.

—¡Gracias, amigo mío! — murmuró Búffalo Bill. — ¡Ya nos veremos las caras antes de mucho!

—No necesita recordarme la forma en que me trató ese canalla, — rugió Pedro Lomas. — Si se me presenta la ocasión también ha de pagármelas, lo mismo que ella.

—¡Exactamente!... Y al mismo tiempo que toma su justa venganza, ganaría mil dólares que yo le entregaré por mi parte, — agregó el otro, tentándole.

Hubo una pausa durante la cual Lomas estudió el rostro del desconocido tratando de adivinar su pensamiento.

—Usted tiene en el circo un número con ella, — dijo el otro. — Es el de los cuchillos, ¿no es así? Bien. Un accidente puede producirse con suma facilidad, Lomas. Un movimiento falso por parte de usted... Una puntería mal tomada y el arma se clava en el corazón en lugar de hacerlo en la tabla colocada detrás de la joven.

Un sordo grito de comprensión brotó de de los labios del mejicano.

—¿Y si ese accidente se produjese, —

preguntó el mejicano, — me pagaría usted los mil dólares.

—S.

—¡Pero, eso es un asesinato! — agregó Lomas, con voz ronca.

—No, a los ojos del mundo, — fué la respuesta. — Todo lo más será un sensible accidente. Eso es todo. Y yo creo que usted no corre gran riesgo.

—Pero, ¿por qué desea usted que suceda eso? — oyó Bill Cody, preguntar al mejicano. — ¿Qué es esa mujer para usted?

—No le interesa a usted. Si yo le pago para que haga eso no tiene por qué averiguar más.

Lomas lanzó una carcajada.

—Si ese es el precio de mi acción, — respondió. — Pero tengo interés en saber la verdad de las cosas. Esa muchacha, que no es en realidad hija de mi patrón, ¿ha de recibir alguna gran herencia? ¿Se interpone ella entre usted y una gran fortuna?

—Es usted muy curioso. Y, suponiendo que fuese así, ¿qué puede interesarle a usted?

—Simplemente esto, — dijo con frialdad Pedro Lomas: — Que debe costarle a usted algo más de mil dólares el conseguir una cosa tan fundamental, sin correr riesgo alguno. Por esa suma yo no hago el trabajo. Acaso por tres mil dólares me resolviese...

—¡Tres mil dólares! De acuerdo, — agregó el otro, después de una pausa. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que tiene usted que realizar su equivocación esta misma noche. Si está conforme, le daré la mitad de la suma ahora y el resto...

¡Arriba las manos los dos!

Lanzando un grito de sorpresa los dos hombres se movieron al oír que la puerta se abría, y al sonar en sus oídos como un látigo, las alarmantes palabras. Su horror fué aun más grande al ver a Búffalo Bill parado en la puerta de la choza con un revólver en cada mano y apuntándoles.

—¡Cody! — exclamó roncamente el desconocido.

—¡Precisamente! — dijo Búffalo Bill. — lo he oído todo. Los dos son mis prisioneros, y los voy a llevar al circo de Stiggs y a denunciarla al sheriff.

Lentamente levantaron los dos las manos a la altura de la cabeza. Sorprendidos y descubiertos se hallaban a merced del hábil tirador que los apuntaba con sus armas.

Lomaz denotaba en su mirada el odio que sentía por Cody, mientras que en el pálido semblante del otro estaba retratada la desesperación y el miedo. Había hablado lo suficiente para sufrir un ejemplar castigo, y aun a riesgo de recibir un balazo procuró salir de aquella situación.

Rápido como un rayo, dió un salto hacia un lado y se colocó detrás del mejicano. Una bala de Cody rozó su hombro. Pero aprovechó el momento para sacar del bolsillo una pistola automática y hacer fuego con ella.

La bala no dió en el blanco pero había de tener desastrosos resultados para Búffalo Bill, que continuaba en la puerta de la cabaña. Pasó silbando cerca de su oído y fué a herir en el cuello al caballo del desconocido que se encontraba detrás del explorador.

Ya hemos dicho que era un animal arisco y brioso, y el dolor de la herida lo enfureció. Fuese o no Cody el responsable del acto, lanzando un relincho de dolor y furia clavó sus dientes en el hombro del explorador.

Tan inesperado fué el ataque y tan fuerte el dolor del mordisco, que Búffalo Bill retrocedió y bajó las armas. Como lo atropellase el caballo, cayó sobre las rodillas y las manos y perdió uno de los revólvers. Rápidamente se incorporó, pero por muy ligeros que hubiesen sido sus movimientos, no pudieron evitar que sus dos adversarios saltasen sobre él.

Pedro Lomas arrancó el arma de su mano y el otro hombre le atenazó la garganta. El hombro le dolía horriblemente. A pesar de todo ello luchó con energía, castigando con fuerza a sus antagonistas.

De un furioso golpe envió al desconocido a un lado, con la impresión de que le había estropeado una mandíbula. Luego cuando el mejicano lo atacó de nuevo, le dió otro puñetazo y lo mandó rodando por el suelo.

La fuerza de Bill Cody era mucha y Pedro Lomas quedó tendido, con los ojos dilatados y sin alientos. Los golpes que habían dado a Búffalo Bill parecían no producirle efecto y comenzaba a sentir los efectos de la extrangulación cuando su compañero, ya repuesto, acudió en su auxilio.

El hombre que planeaba la muerte de Carlota se había escurrido hasta la cabaña y recogió la pistola automática, que había dejado cer cuando su caballo atacó a Cody. Con el arma en la mano corrió hacia el grpo formado por Lomaz y el explorador.

El primer golpe que dió a éste no tuvo buen resultado, pues él supo evitarlo. En el mismo momento, aprovechando un descuido, Lomaz le dió al común enemigo un golpe entre los ojos y lo atontó por unos segundos.

Fué lo suficiente para que el adversario de Carlota diese al explorador un terrible golpe con la culata de la pistola en la sien, haciéndole desmayar. No permaneció sin sentido más de un minuto, pero la lucha había ya cambiado completamente de aspecto.

Cuando volvió en sí tenía las manos atadas a la espalda y el mejicano le sujetaba por los tobillos con una cuerda. De un vigoroso rodillazo Cody despidió a distancia a Lomaz, pero aquello fué momentáneo y los dos hombres se arrojaron en seguida sobre él, y como tenía las manos atadas, no pudo defenderse mejor.

Terminaron de asegurarle las piernas, lo levantaron entre los dos, lo llevaron hasta la choza y lo colocaron en el centro. Lomas le dió un furioso puntapié en un costado.

—Señor Cody. Esta vez hemos podido más que usted, — rugió. — Ha sido buena suerte para mí. Esta noche habré satisfecho mi venganza en la señorita y en usted. Porque ahora verá lo que hacemos. ¿Me oye, maldito?

—Si oigo. No estoy sordo, — respondió Bill Cody.

Lomas volvió a golpearlo.

—¡Pegue! No me extraña. Un cobarde recobra energías cuando ve que su enemigo está imposibilitado para defenderse.

El mejicano se disponía a golpear con el tacón de la bota en la cara de Cody, pero su compañero se lo impidió.

—No es necesario nada de eso. La función no tardará en comenzar y es necesario que regrese al circo en seguida para ganarse los dólares que le he prometido. Déjeme este asunto a mí... ¡Rápido!

Mientras hablaba el desconocido había arrollado un pañuelo grande de seda y colocándose junto a Búffalo Bill se lo introdujo en la boca para que hiciese las veces de mordaza.

Seguido de Lomas, quien lanzó una brutal carcajada, salió de la choza. Cerraron la puerta y Cody quedó solo.

Le habían amenazado con la muerte y esperó que le disparasen un tiro... ¿Por qué lo habían dejado solo allí, con vida? No se lo explicaba. ¿Regresaría el desconocido después de ver que el mejicano marchaba para el circo a cumplir su criminal misión? ¿Le dejarían morir de hambre?

No tuvo que esperar mucho para adivinar cuál era su suerte. Acostumbrado a verse en trances tan apurados como aquel, no temía morir pero, ¿y Carlota? Pensaba que nada podría salvarla. Ya no había duda de que Orlando Stiggs estaba en lo cierto al suponerla una rica heredera.

El dolor que sentía en la cabeza y en el brazo Búffalo Bill comenzaba a ser menos intenso y él trató de libertarse de sus ligaduras. Los dos infames habían realizado a conciencia su obra y no consiguió nada... ¡Pero cómo iba a quedarse allí sin tratar de impedir la tragedia que iba a desarrollarse en el circo!

Búffalo Bill se quedó un momento escuchando. En la parte exterior se oía el galopar de un caballo y pensó que debía ser Lomas que marchaba a obedecer las órdenes del desconocido.

A cada momento esperaba ver llegar al otro para dispararle el tiro que le causara la muerte. Pero los minutos pasaban y no se le vió aparecer. En cambio oyó algo que lo horrorizó.

Era un continuo chisporrotear del lado exterior de la cabaña y aquello no podía significar más que una cosa... ¡incendio! Y por si dudaba al dirigir la vista a su alrededor vió en uno de los ángulos una columna de humo que se filtraba por entre los troncos que formaban la pared.

Sus adversarios habían prendido fuego a la choza y las maderas resecas no tardarían en envolverlo entre sus llamas, atado y amordazado.

CAPITULO IV

La única esperanza. — Libertad. — ¿Será demasiado tarde?

PESE a toda la serenidad y energía que poseía Bill Cody, gruesas gotas de cn sudor frío cubrían su frente. Morir de un balazo era una cosa, pero hallar se fin entre las llamas sin poder defenderse, era una perspectiva más terrible.

Por eso luchó resueltamente contra sus ligaduras y el pañuelo que tenía en la boca a modo de mordaza. Pero a la larga tuvo que detenerse a fin de fuerzas, y solo la idea de libertarse le dió en seguida nuevos ánimos para luchar desesperadamente.

Entre tanto las llamas iban en aumento y avanzaban por las paredes y techo de la choza. El interior de esta se hallaba lleno de humo y la pared donde el fuego había comenzado, crujía.

Búffalo Bill se arrastraba de un lado a otro buscando una escapatoria y así se detuvo ante la puerta. Colocó la espalda contra ella y sus manos atadas buscaron el picaporte. Más todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues la puerta resistió. Evidentemente había sido asegurada en alguna forma por la parte exterior.

Nuevamente pensó Cody en Carlota. Unicamente de haber ocurrido algo que retrasase el comienzo de la función, esta no estaría ya iniciada y si era así pronto la pobre muchacha caería al suelo sin vida, víctima del infame complot.

Búffalo Bill se imaginaba la escena. Carlota apoyada contra la tabla, llena de vida, confiada, sonriente, mientras los cuchillos lanzados por el mejicano iban dibujándose en su cuerpo. Luego llegaría el instante de lo que se supondría u nerror de Lomas y la joven caería al suelo inerte, con el arma asesina clavada en el corazón.

Rechinaba los dientes salvajemente y mordía su mordza, al mismo tiempo que se retorcía con ira.

Un violento dolor le hizo detenerse. El humo era tan denso que lo sofocaba, y las lenguas de fuego lamían ya el interior de la cabaña. Respirando con dificultad permaneció algunos instantes quieto y como vencido.

Las llamas brotaron cerca del punto en que se hallaba. Se quedó mirándolas fijamente. A no ser por la mordaza hubiese lanzado un grito. Una esperanza renació en él. Al ver aquella lengua de fuego pensó en sacar partido de las circunstancias. El humo y la mordaza, combinados lo asfixiaban y su cerebro comenzaba a embotarse. Pero luchó contra ello. Luchó contra la niebla que comenzaba a oscurecer sus ojos y algo lo impulsó a hacer un desesperado esfuerzo por salvar su vida y la de la muchacha, condenados los dos por el desconocido a un horrible fin.

Cody se volvió y pegó la cara contra el suelo, avanzando luego hacia la parte donde ardían las llamas, que cada vez eran mayores.

Cuando recorrió los treinta pies de distancia que lo separaban del fuego se colocó de espaldas a este y colocó las manos entre las llamas. Inmediatamente sintió el efecto del calor, pero permaneció quieto tratando de que ardiese la cuerda que paralizaba sus actos.

La angustia que sufrió no hubiera sido

resistida por otro hombre que no tuviese nervios de acero, a pesar de suponer aquello una horrible salvación de la vida. Pero Búffalo Bill se dominó y permaneció en la misma posición.

Su saco se incendió y pronto las llamas mordieron su carne. Un momento más y todo hubiese resultado inútil... Pero después de tanto sacrificio notó con la consiguiente satisfacción que sus manos que daban libres.

Su primer movimiento fué para sacarse la mordaza.

Le habían dejado en el cinturón el cuchillo de caza y con él cortó la cuerda que paralizaba los movimientos de sus piernas. Su saco, que aún ardía le causaba mucha molestia. Se tendió en el suelo y se arrastró, de espaldas por el piso. El dolor fué menos violento y pronto comprendió que las llamas había quedado extinguidas.

Pero tantos esfuerzos y el humo que llenaba la cabaña iban venciendo su resistencia y su asombrosa voluntad. ¿Lograría salir de la cabaña antes de perder el conocimiento?

Como un ebrio, avanzó tambaleándose hacia una pequeña ventana que había en una de las paredes. Antes de llegar tropezó y cayó de rodillas. Algo, que no pudo explicarse, le hizo ponerse en pie y dar un puñetazo a los vidrios.

Cayó contra la ventana y respiró un poco de aire puro, que tuvo la virtud de un poderoso tónico y le dió nuevas fuerzas. Quiso arrancar el armazón de madera, pero resistió. Como ya su cerebro razonaba normalmente, recordó un trozo de hierro que habrá visto en un ángulo de la cabaña. Fué en su busca, más al agarrarlo notó que estaba caliente. No por ello se detuvo y comenzó a golpear furiosamente la ventana hasta que la redujo a pedazos.

Cody pasó medio cuerpo por el hueco y el aire puro y fresco causó una sensación agradable en su rostro y sus manos. Con un nuevo impulso hacó el cuerpo y fué a caer sobre la fresca hierba.

La reacción no tardó en llegar. Pero en el primer momento sintió deseos de permanecer allí sin preocuparse de nada.

Pensó de nuevo en Carlota y se dispuso a la acción. Se levantó y sus labios lanzaron un silbido.

Inmediatamente su caballo se levantó de donde, obediente había estado esperando, y se acercó a él. Cody se apoyó en el cuello del noble animal y permaneció así un momento. Luego, ya repuesto, puso el pie en el estribo y montó. En seguida el caballo se alejó de la cabaña.

En cuanto notó que las fuerzas volvían a sí, Bill Cody fué aumentando la marcha de su montura hasta que la puso al galope.

—¡Bravo! ¡Mi noble amigo! — dijo cariñosamente al bruto.

Aquellas palabras causaron un sorprendente efecto al caballo que marchaba velozmente.

En cinco o seis minutos llegaría al circo de seguir la marcha en la misma forma... ¿Pero no sería ya tarde?

¿Habría sido puesto ya en práctica el infame plan de los dos canallas? ¿Habría ocurrido ya el accidente y la joven estaría en el suelo sin vida, como su imaginación la había visto durante los terribles momentos pasados en la cabaña?

CAPITULO V

Lo que ocurrió en el circo

ORLANDO STIGGS hizo chasquear su látigo cuando avanzó y se detuvo ante las localidades de preferencia.

—¡Señoras y señores! — exclamó. — Lamento mucho tener que anunciar que mi amigo Búffalo Bill, quien, como en los días anteriores, iba a realizar un espectáculo combinado con sus artistas y los míos, se encuentra ausente. Pienso que se haya visto obligado a detenerse en algún sitio, y confío en que no tarde mucho en llegar. Entre tanto y con su permiso, el señor Lomas va a realizar su arriesgado número de lanzamiento de cuchillos...

El circo se encontraba lleno de público, como en los espectáculos precedentes, y al aparecer Carlota y Pedro se oyeron muchos aplausos. Mientras los artistas saludaban, Maggs, el clown, colocó el tablero en que la joven se apoyaba para que dibujase sus contornos con los cuchillos.

El clown quedó haciendo bromas por allí cerca, para alejarse luego fingiendo terror, cuando el mejicano envió el primer cuchillo por los aires. ¡Qué lejos estaba el pobre clown de suponer los siniestros pensamientos del mejicano!

La joven se puso de espaldas junto a la tabla, y sonriendo extendió los brazos.

Generalmente no había en aquel ejercicio un gran peligro, porque el mejicano lanzaba los cuchillos con suma maestría, y nunca en la enorme cantidad de veces que lo habían realizado, ocurrió el menor accidente. La joven on pensó ni por un mometo que el hecho de no haber aceptado el amor que la ofreció su compañero, hubiera despertado en éste el odio y los deseos de venganza. Por eso esperó tranquilamente a que comenzasen a rodear su cuerpo los afilados cuchillos.

Lomas retrocedió como una docena de pasos, y acercó una mesa sobre la que se encontraban los cuchillos. Tomó uno, dobló su hoja, y nadie notó la siniestra expresión que se reflejó en su rostro.

El arma cruzó el aire y fué a clavarse en un par de pulgadas de una de las manos de Carlota. A ese cuchillo siguieron otros y otros, hasta que el cuerpo de la joven estaba rodeado por aquel cerco de acero. Unicamente quedaban ya tres cuchillos en la mesita.

En uno de los asientos situados en la primera fila estaba el hombre que había tra-

mado la muerte de Carlota. Se había inclinado un poco hacia adelante, y su rostro y labios estaban pálidos.

Lomas tomó uno de los tres cuchillos que quedaban. Por un momento su mano se detuvo temblorosa, pero luego el arma cruzó el aire.

En aquel momento apareció corriendo a todo galope de su montura, un jinete que avanzó por la entrada hacia la pista. Era Bill Cody, quien de una mirada se dió cuenta de lo que ocurría; lanzó un grito, que era un aviso para la joven.

Hizo avanzar a su caballo hacia el centro de la pista, cuando Lomas, sin haberse dado aún cuenta de su presencia, había arrojado el cuchillo que debía clavarse en el corazón de Carlota. Cody se interpuso a tiempo, y el arma penetró en su costado, la sangre brotó y Búffalo Bill cayó desde lo alto del caballo a los pies de Carlota.

¡Aún con riesgo de su propia vida, había salvado una vez más la de l ajoven!

CAPITULO VI

Las noticias de Toro Solitario. — Siguiendo apresuradamente la pista. — ¡Alcanzados!

ENCABEZADOS por los cowboys de Cody, varios de los espectadores dejaron sus asientos para correr al centro de la pista.

Nadie se explicaba la razón de que Bill Cody hubiese cometido lo que consideraban un acto de locura. Ni aún la misma Carlota había adivinado el enorme peligro que corrió. Ella había visto, como otros muchos. el momento de vacilación de Lomas, pero no creía que aquello hubiera podido significar la muerte para ella, y que el cuchillo que el explorador había interceptado con su cuerpo, iba directo a su corazón.

Fué una de las primeras personas que se arrodilló junto a Cody, y su sorpresa fué enorme al ver su ropa, manos y brazos, quemados y ennegrecidos por el humo. Al ver que tenía el cuchillo clavado en el costado, comprendió que la herida era grave, y gritó con desesperaciós pidiendo un médico.

—¿Pero, por qué ha hecho esto? ¿Dónde ha estado para quemarse de este modo? — preguntó la joven cuando su padre adoptivo y Maggs se acercaron a ellos. — ¿Acaso ha querido morir?... ¿Si yo pudiera saber por qué ha hecho esto?...

—¡Dios sabe cuál ha sido su idea, hija mía! — dijo Stiggs, mirando alarmado a Cody, que permanecía en el suelo, sin moverse. — ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué se ha equivocado Lomas? ¿Ha supuesto Cody que corría peligro Carlota y se ha sacrificado?

—¿Dónde está ese pillo mejicano? — preguntó uno de los cowboys, sospechando algo.

—¡Ha desaparecido! — respondió Maggs, mirando al otro fijamente. — ¿Qué supone usted, Jimmy?

Bill Cody suspiró débilmente, y sus ojos se entreabrieron. Murmuró algo que no se comprendió y sus miradas se posaron en los qeu le rodeaban, sin reconocer a nadie.

—Va a morir, — exclamó Carlota, llorando. — ¡Un hombre tan bueno, tan noble!

—No hay que desesperar, amada mía, — respondió Strong, el domador de leones. — Aquí está el doctor. ¡Gracias a Dios!

Wyoville era una ciudad demasiado saludable para tener un médico dedicado exclusivamente a su profesión, pero si también se ocupaba de veterenaria, podía vivir decentemente. Era el doctor un hombre de rostro simpático, afeitado completamente, y tendría unos cincuenta años. Su semblante adquirió una expresión de gravedad cuando se arrodilló junto a Cody, sacó el cuchillo de la herida y la examinó.

—¡Jum! — exclamó. — El asunto parece algo serio. Pero, afortunadamente, la hoja del cuchillo ha resbalado en una costilla, y la herida no ha sido mortal. Con grandes cuidados puede aún salvarse.

Los amigos del explorador lanzaron un suspiro de alivio.

—Traigan algo donde podamos colocarlo más cómodamente y yo en seguida voy a efectuarle la primera cura. ¡Pronto!

Dos de los cowboys, se acercaron, y siguiendo las indicaciones del doctor, levantaron al herido. De haber sido mujeres, no hubiesen tratado con mayor delicadeza aquellos mocetones a Búffalo Bill. Así lo llevaron a la vivienda de Stiggs y lo colocaron en la cama.

—¡El mejicano y el otro hombre!... — murmuró Cody con voz muy débil. ¿Dónde están?

—No hable ahora, que se fatiga, — exclamó el doctor, pero Cody insistió.

—Debo hablar, doctor, —y la excitación parecía darle nuevos alientos. — Es un complot. Un complot deliberado para asesinar a Carlota. ¿Dónde está? ¿Se halla aquí?

La joven, que había ido con el grupo, se aproximó al herido.

—Trataban de matarla, muchacha, — exclamó penosamente Cody, mientras ella le pasaba la mano por la frente. — Yo les oí cuando se ponían de acuerdo en la vieja cabaña de la pradera. Por desgracia pudieron más que yo y me dejaron allí atado para que me abrasara.

—Oiga, Cody: ¿Eso que está usted diciendo es cierto? — preguntó uno de los cowboys, temiendo que tan grave acusación fuese sólo el fruto del delirio causado por la fiebre.

—Sí; es cierto, muchacho. ¿No han visto que mi ropa está toda quemada? — exclamó, impaciente, Búffalo Bill.

Luego, haciendo frecuentes pausas para recobrar fuerzas, refirió todo lo ocurrido y el complot tramado entre el mejicano Lomas y el desconocido, quien trató por aquel supuesto accidente de librarse de la joven que se interponía entre él y la fortuna.

La muchacha palideció al oir el relato.

—Y usted, mi buen amigo, — murmuró, tomando una de las abrasadas manos de Cody, — arriesgó su vida por salvar la mía.

Toro Solitario se apartó a tiempo y la bala pasó silbando junto a su cabeza. Inmediatamente se colocó al lado del fugitivo y le golpeó con la parte plana del tomahawk. ("Un número extra del programa".)

—Ese es el privilegio del fuerte. Poder salvar al débil, — respondió simplemente Búffalo Bill, cayendo sobre la almohada, falto de fuerzas. — Yo creí que el cuchillo se me iba a clavar en el brazo. Pero era la única manera de desenmascarar a ese canalla.

—¿Y qué ha sido de ese infame? — preguntó uno de los cowboys, durante un momento de silencio. — Vamos, Hank, — agregó, dirigiéndose a un compañero. — Vamos a manifestar a los muchachos la verdad de los hechos y revisaremos la región en varias millas a la redonda. Acaso demos con los dos.

La noticia del complot circuló de boca en boca con toda rapidez, y pocos minutos después no había hombre ni mujer en la ciudad que ignorase que Lomas el mejicano y el desconocido alto y moreno habían intentado dar muerte a Carlota, y que Búffalo Bill, arriesgando su vida, lo había impedido.

Montados en vigorosos ponies, los cowboys se pusieron inmediatamente en acción, encabezados por Johnny Baker y por el sheriff. Una simbólica figura de venganza, Toro Solitario, el jefe siux de Cody, se unió á ellos con un grupo de sus más excelentes guerreros.

—Yo he oído lo que se dice, — exclamó, blandiendo su tomahawk para llamar la atención. — He oído que han querido asesinar a mi amigo Cody, y yo sé por dónde han escapado.

—¿Oye esto, Hank? — exclamó con excitación Tom. — ¿Por qué camino han huido, viejo rojo?

Durante un momento, el siux lo miró disgustado. Luego, considerando sin duda, que estaban todos empeñados en la misma causa y que el término "viejo rojo" no era realmente una falta de respeto, respondió, indicando con su tomahawk.

—Por allí. Toro Solitario estaba a la puerta de su tienda cuando pasaron. Marcharon primero hacia la ciudad, volvieron en seguida a caballo y se alejaron, rápidos como el viento.

—¿El mejicano y otro hombre bien vestido? ¿Está seguro, compañero? — preguntó Hank.

—Sí; el cara pálida puede equivocarse, Toro Solitario no perdían un detalle del temente. — Yo no me equivoco.

Los hombres que los rodeaban se rieron a costa de Hank, pero éste era un excelente muchacho, y tomó en buena forma las palabras del indio.

—Perfectamente, piel de lacre, — exclamó. — Póngase delante y vaga indicando el camino.

Recordando sus tiempos anteriores, Toro Solitario lanz óel grito de guerra de su raza, que fué contestado por sus hombres, y todos partieron al galope. Tras ellos marcharon el sheriff y sus hombres, envueltos en una nube de polvo, y entre el ruido de las patas de los caballos, que sonaba, sobre el piso reseco, como el redoble de un tambor.

Había salido la luna y la pradera estaba iluminada como si fuese de día. Los ojos de Toro Solitaroi no perdían un detalle del terreno mientras marchaban, y a pesar de la rapidez con que lo hacían, no dejó de notar las huellas de los fugitivos. Acaso el mismo Búffalo Bill no hubiese observado algunos detalles, pero el viejo jefe siux era considerado como uno de los más hábiles rastreadores.

Después de una hora de marcha, apareció ante los perseguidores una fila de piedras que señalaban el comienzo de una elevación, y pronto llegaron a un estrecho paso

Entraron en él, y a poco, un grito lanzado por Toro Solitario les indicó que había visto a los fugitivos. Temiendo que los indios pudieran haecrse justicia por su mano, el sheriff impartió algunas órdenes a sus hombres, y todos aceleraron la marcha para pasar a primer término.

Entonces vieron al mejicano y a su compañero, que se hallaban a más de cien yardas ante ellos, clavando las espuelas en los flancos de sus caballos, y apresurándose para huir como si fuesen perseguidos por una legión de demonios.

Johnny Baker apuró la marcha de su caballo para marchar a la par de Toro Solitario.

—Tenga cuidado, — dijo al jefe siux. — El sheriff quiere que la justicia se haga debidamente.

—Como los alcance, los voy a matar a los dos, — manifestó Toro Solitario, blandiendo en forma amenazadora su tomahawk. — ¡Han querido matar a Bill Cody! ¡Infames!

—¡No sea loco! — exclamó Johnny Baker. — Si usted los mata, todo quedará terminado para ellos. Es mejor que los tomemos y los encierren en la prisión durante años y años. Además, si usted los hiere con ese juguete que lleva en la mano, acaso se origine molestias.

Toro Solitario vaciló un rato.

—Habla usted sabiamente, Johnny, — respondió luego gravemente. Al oirlo, Baker lanzó un suspiro de alivio.

Pero si el sheriff y Baker trataban de impedir todo lo que pudiera parecerse a un linchamiento, los cowboys tenían otras ideas. Para ellos, Cody era un héroe, y la idea de que hubiesen atentado contra su vida, los enloquecía.

El paso se hacía cada vez más ancho y varios de los muchachos apresuraron la marcha para colocarse en primer término. De pronto dispararon una verdadera descarga contra los dos fugitivos, y fué para estos una suerte el que, por la rapidez con que huían y lo escaso de la luz, no ofreciesen un blanco medio pasable.

Sonaron en seguida nuevos disparos y se vió a Lomas vacilar en la silla, mantenerse así un momento y luego caer de cabeza, Su pie quedó enganchado en el estribo y durante un buen trecho fué arrastrado golpeando la cabeza y el cuerpo con todos los obstáculos del camino.

—¡Condenados! ¿Qué hacen? — gritó el

sheriff. — ¡Van a matar a los los! ¡Pero si no pueden escapar! ¡Locos!

Comprendieron lo justo de las palabras y desistieron de hacer fuego contra el que quedaba a caballo.

El sheriff lanzó un grito de aviso y los cincuenta hombres que lo seguían se dividieron dejando libre el centro del camino. Al acercarse, el pie que Lomas tenía enredado en el estribo se soltó y el caballo partió libre dejando a su jinete tendido en el suelo.

Los jinetes que iban delante detuvieron su montura se dieron cuenta de lo que había ocurrido y siguieron en persecución del fugitivo mientras que algunos de los que iban detrás quedaron junto a Lomas. Entre tanto los otros ganaron terreno y Toro Solitario, que iba con ellos se adelantó con toda la rapidez de que era capaz su fuerte caballo. Partió como una flecha y se colocó a la par del caballo que montaba el desconocido.

Una mirada hacia atrás de éste le indicó el peligro que corría y sacando su revólver apuntó y disparó contra el jefe suno.

Toro Solitario, se apartó a tiempo y la bala pasó silbando junto a su cabeza. Inmediatamente se golpeó con la parte plana de su tomahawk. El golpe fué bien medido, bien dirigido y rápido y privó al desconocido de sus sentidos, haciéndole caer, primeramente sobre el cuello de su caballo y luego a rodar por la hierba como un conejo alcanzado por un tiro de escopeta.

Con una sonrisa de triunfo Toro Solitario saltó de la silla, lo tomó y lo colocó a travésado en su caballo, luego volvió a montar y regresó hacia donde estaban los otros, que se habían detenido para presenciar el encuentro.

Johuny Daker y el sheriff, estaban arrodillados junto al cuerpo de Lomaz, cuya cabeza tenía señales de haber sido alcanzada por las patas de los caballos.

—¡Está muerto! — exclamó tranquilamente el sheriff, levantándose y sacándose el sombrero. — ¡Bah! Ha tenido el fin que merecía y creo que nadie lo reclamará.

Johny Dáker colocó la mano sobre el corazón de Lomaz y se convenció de que el sheriff no se había equivocado.

Con los cuchillos hicieron una fosa lo suficiente grande para colocar en ella el cuerpo del mejicano. La Justicia se había apoderado de Lomaz haciendo trágica su persecución.

. . . . . .

Una hora después cuando el grupo se acercaba a Wyoville con su prisionero, un hombre ya de edad cuyas ropas denotaban que había realizado un largo viaje se encaminaba también hacia el lado en que se hallaba el circo.

Este estaba cerrado. La función, como es lógico suponer había terminado en forma brusca al ver herido Búffalo Bill. Maggs, el clown se encontraba sentado en la escalera de carro donde vivía, fumando.

—Yo creo habar con una joven llamada Carlota Stiggs, — dijo el recién llegado, deteniendo su caballo frente al clown.

—¿Para qué? — preguntó éste, temiendo un nuevo peligro para la joven, y poniéndose en pie.

—Tengo las mejores noticias para ella, buen hombre, — respondió el otro mirando admirado la actitud asumida por el clown. — Yo pertenezco a la casa Debenham y Wills, notarios de Nueva York. Si esa joven es la que suponemos, vamos a ponerla en posesión de una fortuna que hará de ella una de las mujeres más ricas de Estados Unidos.

CAPITULO VII

Explicación. — Un canalla desenmascarado. — Conclusión

ORLANDO STIGGS y Carlota se encontraban en la habitación a donde había sido llevado Búffalo Bill. El famoso explorador estaba muy pálido, pero después de haberle sido practicada la primera cura, se durmó profundamente y Carlota y su padre quedaron más tranquilos después de la declaración del médico afirmando que podía confiarse en que la naturaleza del herido saldría triunfante en aquel trance.

Carlota se había puesto un traje gris. Tenía las mangas levantadas hasta el codo y llevaba también un blanquísimo delantal. De esta forma tenía el aspecto de una linda enfermera, y había resuelto dedicar todo su tiempo a cuidar a Cody.

Luke Strong, se acercó en puntas de pie, miró al enfermo, se sentó en un rincón y encendió la pipa. La mirada de reproche que le dirigió Carlota, hizo que dejase inmediatamente de fumar y después de guardar la pipa se sentó al lado de los otros junto a la cabecera del lecho.

No transcurrió mucho tiempo sin que aquella tranquila escena fuese alterada.

—Creo que la señorita Carlota, se encuentra aquí, señor, — dijo desde la parte exterior el clown Maggs, a tiempo que se detenía con el viajero llegado de Nueva York, en la puerta de entrada.

El recién llegado observó un momento la escena, se sacó el sombrero y exclamó saludando a la joven.

—Creo, señorita, — dijo, — que usted es la persona a quién vengo buscando.

En seguida manifestó quién era: Wilfred Debenham, de la firma Debenham y Wills, notarios de Nueva York.

—Usted me dirá si no estoy equivocado en mis informes, y usted no es en realidad la hija del propietario de este circo, — agregó colocándose los lentes.

—Es cierto, señor Debenham, — respondió Orlando Stiggs. — Yo soy el propieta-

rio de este circo, y adopté a Carlota hace varios años en originales circunstancias.

—Deme los detalles, ¿quiere, señor Stiggs? — dijo Debenham al mismo tiempo que hojeaba unos documentos.

Orlando Stiggs repitió la historia que había contado ya a Búffalo Bill: Como había rescatado a Carlota de entre las llamas del incendio originado por los pieles rojas que habían asesinado a sus padres.

—¿Cómo se llamaban? — preguntó nerviosamente Debenham.

—Eran conocidos por el señor y la Jameson, — respondió Stiggs, y sus ojos brillaban intensamente. La idea de que la joven era una rica heredera había sido ya confirmada por Búffalo Bill y ahora iban a conocer todos los detalles del asunto; quién era en realidad Carlota y la importancia de la fortuna que iba a heredar. En su deseo de verla rica y feliz, el pobre Stiggs se olvidarla de que se alejaría de su lado.

—¿Usted publicó un aviso en los diarios hace diez y nueve años, señor Stiggs?

—En efecto. Pero no me contestó nadie, — respondió el dueño del circo.

—Estoy satisfecho, — dijo Debenham y adelantándose, sonrió al mismo tiempo que tendía la mano a Carlota. — Permítame felicitarla señorita. Creo que está usted cerca de la mayoría de edad y al cumplir sus veintiún años entrará usted en posesión de la suma de tres millos de dólares. Esta cantidad es ahora administrada por nosotros, y mientras recibe usted toda la cantidad total, pued decir cuánto dinedo desea y se le entregará.

Carlota tomó la mano que le tendían, como si estuviese soñando. Por un instante la sorpresa no le permitió hablar.

—¡Tres millones de dólares! — murmuró. —— ¿Peró es verdad?

—Enteramente verdad. señorita Jameson Larew, porque éste es en realidad su verdadero nombre, —agregó, riendo, Debenham. — Es usted una señorita con mucha suerte y la felicito nuevamente.

"ace veintidos años, — dijo — cuando notó que la joven ya estaba algo repuesta de su sorpresa, — su padre, Harold Jameson-Carew, se casó con una joven pobre, y su padre, hombre que ya era rico y luego llegó a ser multimillonario, lo desheredó.

"En unión de su joven esposa vino hacia el Oeste y nada se supo de él hasta que apareció el largo y explicativo aviso, que el señor Stiggs publicó en los diarios de Nueva York, referente al hallazgo de la niña, usted, señorita, entre los restos de la casa del ranch que los pieles rojas habían incendiado.

"El señor Theodore Jameson-Carew, su abuolo, hizo averiguaciones hasta establecer que las personas mencionadas en el aviso eran realmente su hijo, su nuera y la hija de éstos, su nieta.

"Ni aun entonces quiso volverse atrás de la decisión adoptada contra su hijo y únicamente poco antes de morir resolvió modificar su testamento. Anteriormente lo había hecho en favor de su sobrino-nieto Rupert Thorndyke. El nuevo testamento deja toda la fortuna a usted, con excepción de una, relativamente pequeña cantidad que será abonada al señor Rupert Thorndyke en diversas cuotas.

"Su abuelo murió hace algunos meses y aun cuando me ha costado no poco trabajo encontrar a ustedes, al fin estoy aquí y la fortuna está a su disposición.

—Y que habría pasado a manos de Rupert Thorndyke si Carlota llega a morir... ¿No es así?

Asombrados todos se volvieron hacia el hecho donde se hallaba Búffalo Bill, despierto y habiéndolo oído todo, al parecer.

—En efecto, señor — respondió Debenham. — ¿Cómo lo sabe usted?

—¡Lo se porque Rupert Thorndyke ha estado por aquí antes que usted, señor Debenham, y ha realizado tres desesperadas

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

tentativas para quitar la vida a su prima! — respondió Bill Cody.

—¡Imposible! — protestó el señor Debenham. — ¡Si Rupert Thorndyke está en Europa! El me dijo a mí que iba por negocios.

—¡Mintió!

En la parte exterior se oyó en ese momento el ruido de jinetes que se acercaban.

—Me parece que ese ruido tiene algo que ver con lo que hablamos. Sin duda lo han alcanzado los muchachos y ahí lo traen.

El notario se acercó a la puerta y lanzó un grito de sorpresa.

Con el rostro desencajado, Rupert Thorndyke, el misterioso desconocido del bigote negro, venía a caballo. Sus manos estaban aseguradas a la espalda, y a los costados llevaba un par de hombres de los del sheriff, revólver en mano.

Detrás iban los triunfantes cowboys y Toro Solitario y sus guerreros. Al frente de todos marchaba el sheriff de Wyoville en dirección a la cárcel de la ciudad.

—¡Canalla! ¡ Pensar que quería cometer semejante villanía! — murmuró Debenham, volviéndose hacia los otros.

Carlota estaba entre Orlando Stiggs y Luke Strong, quienes tenían cada una de sus manos. Los dos tenían expresión de tristeza, pero ella sonreía satisfecha.

—Pero, ¿cómo pueden suponer que yo voy a abandonarlos? ¡No! Todos mis amigos, mis buenos y queridos amigos que han estado a mi lado mientras nadie sabía quién era yo, continuarán a mi lado, y gozarán de mi fortuna.

. . . . . .

Carlota cumplió su palabra. Hubiera perdonado también a su primo Rupert, pero la justicia y Búffalo Bill tenían intervención en el asunto, y fué condenado a largos años de presidio.

Búffalo Bill fué atendido cariñosamente por Carlota y sus amigos, y aunque un poco pálido, se encontraba ya fuerte, cuando sirvió de padrino en la boda de la joven con Strong, boda que se realizó en Nueva York.

Cody había traído su circo a la capital y todos sus amigos y los de carlota se hallaban presentes para despedir a la joven pareja cuando emprendieron su viaje de bodas.

Se hallaban Maggsc el clown y Orlando Stiggs, resplandecientes con sus trajes nuevos, Johnny Baker y el señor Debenham.

Hasta el viejo Toro Solitario aceptó un trozo del pastel de bodas que le ofreció la encantadora novia. Y a nadie sorprendió que ocupase un sitio de preferencia durante la recepción, y encendiese su antigua pipa de piedra.

Fin de "UN NUMERO EXTRA DEL PROGRAMA"

UNA CURIOSA PREGUNTA

El campesino: — ¿Sabe que me parece que ahora va a tener que darle una nueva mano de pintura a su coche?

En el número próximo de "Pucky" comenzará a publicarse la gran novela, que ha pedido el público mediante sus votos y se titula:

Detrás de la puerta cerrada

o

El Castillo de las Sombras

por Hal Sidney

En el próximo número de "Pucky"

UNA NARRACION EMOCIONANTE Y SENCILLA

El frasquito dorado

por Francis Burnett

(TRADUCCION DEL INGLES)

Reminiscencias de cosas antiguas influyen con la ternura de los recuerdos emocionantes en el espíritu de la anciana tía setentona e intransigente y como el perfume de la esencia contenida en el frasquito dorado se esparce por doquier, envuelven a la anciana en un ambiente de bondadosa indulgencia y de dulce melancolía.

—No añadiré una sola palabra. Podéis hacer lo que os dé la gana. En lo sucesivo no me ocuparé de vuestros cosas. Si sois dichosos o desdichados, allá vosotros; así, pues, adiós.

Dicho esto, la tía Paulett se fué renqueando, apoyándose en el bastón de ébano, como una vieja hada irritada.

Así que hubo cerrado con estrépito la puerta tras ella, los miembros de la familia se miraron con aire consternado.

La tía Paulett era mujer de palabra. Había dicho que se iría a vivir con los parientes de su esposo, y seguramente así lo haría. En ese caso, ¿qué sería de ellos?

Hacía veinte años, tal día como aquel, viuda y sin hijos como era, había ido a instalarse en el hogar de su hermana, en el que se vivía en lucha con la pobreza; y gracias a su voluntad decidida y a lo repleto de su bolsa, había gobernado a toda aquella gente con mano dura.

El complaciente señor Hilton y su esposa, criatura insignificante, pero de dulce carácter, que se pasaba los días sentada en un sofá bordando en cañamazo, ocupándose tan sólo, al parecer, de cuidar al último de sus bebés anuales, no eran en realidad más que dos ceros en su propia casa bajo aquella autoridad severa, pero bien entendida.

Si después de una o dos observaciones de milady, hechas con sequedad, el señor Hilton había renunciado con thisteza a su antigua y cómoda costumbre de pasar las veladas con su robe de chambre grasiento y en chancleta; si los criados temblaban al oír el sonido de la campanilla de lady Paulett; si a la menor señal de la "tía Arabella" cesaban en el acto las más violentas querellas en la "nursery", era ella, en cambio, la que había aportado la suma con la que el inteligente Jack pudo lanzarse por el camino de la gloria como ingeniero; ella la que había pagado la pensión gracias a la cual el estudioso Pedro pudo entrar en el colegio, librándose así de ser un empleadito en las oficinas de su padre. Si Dora tenía lindos trajes y otras cositas, si Emilia estudió música y poseía un piano nuevo, también era debido a la "tía Arabella"; lo mismo que las excursiones a las playas de verano, y las pantomimas y las reuniones de Navidad en invierno.

En suma, todas las comodidades y el lujo de la familia, desde el "poney chaise" hasta la ropa de cristiana del último vástago, todo venía de las manos generosas de la bienhechora déspota.

Y ahora..., ahora todo se desvanecía ante sus ojos asombrados, y "tía Arabella" se iba a pasar el resto de sus días con la familia de Jorge Paulett... ¿Y por qué? Porque la linda Dora, en vez de atenerse a las disposiciones de su tía y esperar el tiempo preciso para que Spencer Paulett regresara de sus viajes marítimos, se enamorara de ella y se casara, se había prometido y estaba en relaciones con el suplente del médico del pueblo, un irlandés de piernas

largas, que sólo le podía ofrecer, a más de su corazón ardiente de irlandés, una buena dosis de cerebro bajo una copiosa cabellera roja, y una renta que, según confesaba él mismo con modestia, no alcanzaba a cubrir sus gastos.

Un silencio de muerte, interrumpido únicamente por el ruido del bastón de la anciana señora, reinaba en el salón.

Míster Hilton permanecía oculto detrás del diario, que no leía, y su aspecto era el del que tiene mucho que decir luego.

Mistrees Hilton, sentada en su canapé, dejaba oír una respiración oprimida. El penúltimo de los pequeños Hilton había ido a ocultarse debajo de la mesa, chupándose el pulgar, a punto de romper en llanto, como ante la proximidad de una desgracia que vagamente presentía. Un poco más allá, en el hueco de una ventana, Dora lloraba todo lo que le era posible, a pesar de los consuelos que su Demetrio le prodigaba en voz baja.

Al comenzar la tempestad, Pedro se había marchado por la puerta que daba al jardín, y se le podía ver paseándose de aquí para allá con aspecto abatido; y Jack le había seguido, no sin haber mostrado antes, disimuladamente, el puño a la espalda inconsciente de su futuro cuñado.

Entretanto, la tía Arabella había subido la escalera y atravesado bastante de prisa el corredor, a pesar de su cojera y de sus setenta años. En un ángulo retirado de la casa ocupaba dos habitaciones pequeñas, y así se hallaba al abrigo de las incursiones de los Hilton más audaces.

Entró en la primera salita, en donde una muchacha pálida y tímida estaba sentada, cosiendo.

—¡Parker!

—Sí, señora.

—Necesito las maletas: búcquelas en seguida y meta en ellas todas sus cosas.

—Sí, señora.

La costumbre adquirida en muchos años de servicio al lado de su imperiosa señora había suprimido en la dulce Parker toda especie de opinión y de voluntad.

—Nos marchamos mañana en el primer tren. Así, pues, ande y dése prisa.

—Sí, señora.

—Busque a alguien que vaya a echar dos cartas al correo.

—Sí, señora.

Lady Paulett pasó después a la otra habitación, que era dormitorio, amueblado con una cama monumental de caoba, adornada con cortinas de damasco, capaz de contener a diez viejecitas como ella.

Un fuego de leña ardía en la chimenea. Su resplandor impreciso permitía distinguir vagamente una mesa de patas torneadas, una rinconera cargadade objetos de China antiguos y esmaltes preciosos, varios almohadones y un cubrepiés, hechos de "patchwork" complicadísimo. En la pared, cuadros en cañamazo fino, representando a Eliazar al encontrar a Rebeca, el regreso del Hijo pródigo y Ruth espigando; las caras y las manos de todos aquellos personajes, hechos con piel de guante pintada, habían tomado con el tiempo un color pálido.

Lady Paulett se sentó junto al fuego, en un sillón viejo de ancho respaldo. Encendió Parker un hermoso candelero de brazos de plata y colocó una mesa cerca de su señora.

—Parker, lo necesario para escribir. Venga usted por las cartas dentro de media hora.

—Sí, señora.

Mientras Parker se alejaba precipitadamente para sacar de los armarios las maletas por tanto tiempo olvidadas, lady Paulett se ocupó en escribir, con su letra clara de otros tiempos, dos cartas muy breves: una dirigida a "Mistress Jorge Paulett, Eastholm Hall, Wilmington, Yorkshire", y la otra a "R. J. Blackett, Esquire, Lincoln's Inn, London".

Ambas quedaron terminadas antes de que Parker volviera. Después de haber estado durante algunos minutos sumida en sus reflexiones, lady Paulett sacó del pupitre dos sobres que llevaban escrito: "Memoranda para mi testamento, 1869", y contenían diferentes papeles, en la lectura de los cuales se absorbió.

—Aquí están las cartas, Parker. Envíelas en seguida. Pero antes tráigame mi neceser y la caja de las joyas... Recibirán lo que les dejo antes de que me vaya, — se fijo lady Paulett; — no haré ningún cambio, y después todo habrá acabado entre nosotros... ¡Los ingratos!

Parker colocó ante su señora un soberbio neceser de tocador y un cofre macizo adornado con cantoneras de cobre, y luego salió de la habitación.

Lady Paulett puso el cofre al alcance de la mano, no sin alguna dificultad.

—Ya es hora de que una vieja como yo se desembarace de algunos de estos objetos, — se decía, sonriendo amargamente, mientras hacía girar la llave en la cerradura y sacaba algunos estuches de marroquín y de terciopelo, amontonados unos sobre otros, que fué colocando delante de ella. ¡Una hermosa exposición a la luz brillante del fuego y de las bujías!

Durante este tiempo, Parker iba y venía sin hacer ruido, vaciando los grandes armarios y llevando de una a otra habitación lo que aquéllos contenían.

—¡Veamos!... ¿Dora? Es la mayor: mis esmeraldas las tenía destinadas para ella. Tendrá que aceptarlas como un cumplido delicado de mi parte, dirigido al hombre de su elección. ¡Bah! ¡Seguramente ese hombre las empeñará! ¡Todo hay que suponerlo! ¡En fin..., poco importa!... Después de todo, siempre he sentido aversión por estas esmeraldas, aunque sean de las joyas más bonitas que poseo. Aun creo estar viendo a sir Josiah, el día que me las regaló, víspera de mi presentación en la corte... ¡Se me había figurado que su intención era regalarme perlas, y por esa razón me había mandado hacer un vestido color amarillo pálido!... ¡Las lágrimas que me costó la decepción! Pero no me atreví a pedirle que las cambiase ni dejé de ponerme las esmeraldas, no obstante lo a disgusto que las llevaba. Para colmo de tristezas,

oí que una lady vieja murmuraba al oído de tora: "Parece un plato de huevos con espinacas". Y de lo que la otra contestó puede entender las palabras "la City"...; y que las dos se echaron a reír. Cuando una es joven se sienten muchas cosas. Espero que la señora de O'Shane sea más afortunada cuando se las ponga. ¡O'Shane! Probablemente Dora estará tan orgullosa de llevar ese nombre como yo lo estaba en aquel tiempo de llamarme "lady Paulett"... ¡Ay!... A ver, ¿qué es lo que viene ahora? Mi broche de diamantes. Sí: aquí está.

Era una joya original, montada delicadamente en plata, como se hacía en otra época: un ramo de flores con sus hojas.

—¡Linda y graciosa Emilita! Ahora todavía es demasiado magnífica para ella. Pero no tardará en ser una mujer muy hermosa. Dicen que recuerda algo lo que yo era, pero sin la viveza mía... ¡Qué alegre era yo cuando tenía su edad! ¡Cuántas cosas buenas esperaba de la vida entonces, y cuántas y qué tristes me han ocurrido después! Aunque esté alejada de ella, será preciso que vigile a Emilita. La descuidan mucho. Sí, mis diamantes serán para ella. Me los regaló míster Paulett el día de mi boda y los llevé en el gran baile que su corporación ofreció al duque cuando vino a la Cité para ser recibido entre las "cheesemongers". Parece que me estoy viendo todacía con mi traje de crépe de China blanco guarnecido de franjas, la falda bordada con ramas de mirto y con plumas "Príncipe de Gales" en los cabellos. Josiah me encontró muy elegante, sólo que demasiado joven. Se daba demasiada cuenta de la diferenca de edad que había entre nosotros, el pobre. Me acuerod de haber oído a lord Enrique Murray, ayudante de campo del duque, preguntar: "¿Quién es esa linda casadita?" Y un momento después me fué presentado. Me condujo al extremo del salón, al grupo formado en torno del duque y de la lady mayoress. ¡Me figuraba yo ue Josiah estaría tan contento! Le veía a lo lejos, tratando de divisarnos a través de la multitud, meneando la cabeza y haciéndome signos, hasta el punto de que por poco enredo las figuras del rigodón. ¡Cómo admiraban todos entonces mi manera de bailar!

Este recuerdo pareció alegrar a lady Paulett, que alzó el cuello e hizo un pequeño movimiento con los dedos nerviosos, como si diera una graciosa cachetadita a un bailador imaginario.

—¡Era tan desagradable, y lord Enrique tan amable y tan espiritual! Pero cuando me reuní con míster Paulett, tenía éste tan fruncido el entrecejo al conducirme al comedor, que apenas si me enteraba de lo que me decía ni de lo que yo le contestaba. ¡Pobre y querido Josiah... Pensar que en suma lo que él temía era que si reía muy fuerte y muy a gusto me tomase lord Enrique por una colegiala tonta, o que las señoras de la Cité se figurasen que nos estábamos burlando de ellas! ¡Lo que yo lloré mientras volvíamos a casa! Y así terminó mi primera presentación en sociedad.

Volvió a poner lady Paulett el broche en su estuche, después de haberlo frotado con un pañuelito de seda.

—Para Arabella, mi ahijada, serán los aritos de brillantes. Los ercibí en un momento en que me sentía tan dichosa que apenas si tomé en cuenta este hermoso regalo: ¡fué al nacer nuestro hijo! ¡Qué atento se mostraba sir Josiah! Nada le dolía, siendo para mí o para el nene. Me ofreció estos aritos en la comida del bautizo, y el pequeño Jos se echó a reír al verlos brillar, cuando a los postres lo trajeron para que bebiéramos a su salud. ¡Qué niño tan bonito! Cabellos oscuros rizados, ojos azules como los de mi querido padre, y tan inteligente que, a las seis semanas, ya se fijaba en todo... ¡Y el mismo día que cumplía las seis semanas lo acostamos en su pequeño ataúd! ¡Mi pobre hijito!

La anciana cerró con presteza el estuche y con mano temblorosa lo apartó a un lado

—Empezaba a creer que podría existir alguna dicha para mí en el mundo, cuando se me murió mi pobre hijito. Desde aquel momento sir Josiah pareció ocuparse únicamente de los negocios...

Lady Paulett se quedó un momento pensativa.

—Cuando a llegar aquí vi a Jack en su cuna, se parecía tanto a mi niño, que por un momento me creí que me lo habían devuelto. ¡Bondadoso y querido Jack! ¡Qué afectuoso! No podré nunca separarme de él por completo... Hablaré de eso con míster Blackett... Ahora, veamos. ¿Para quién será mi neceser de tocador? Para mistress Jorge Paulett, cuyas iniciales son las mismas que las mías. El collar de zafiros, el adorno de camafeos, la cruz de perlas con los zarcillos que hacen juego, para sus tres hijas. Son bastante ricas para tener cuantas alhajas deseen, y los rubíes serán para la esposa de Francisco Paulett, cuando se case...

"Casi estoy acabando la lista, — continuó, — en la que no está más que Cecilia y me quedan todavía por proveer Olivia, María, Gracia, los pequeños y el baby, venidos todos ellos después de haber tomado estas disposiciones. Ya encontraré la manera de dejarles algún recuerdo de su anciana tía... ¿Se acordarán de ella alguna vez?... Para Cecilia será mi costurero. Esa es como yo, muy hábil en todas las labores.

Al llegar aquí, lady Paulett dirigió una mirada de complacencia a las cortinas de la cama monumental y al cubrepiés, en los que aun se veían brillar aquí y acullá las hebras de oro de las espigas de Ruth y los zarcillos de Rebeca.

—Los tapices modernos no son muy feos, y de haberme quedado aquí, hubiera podido enseñar todavía a Cecilia algunas otras labores de aguja. ¡Parker!

Parker, que bajo un motnón de telas de seda y pieles semejaba una montaña movediza, pudo tan sólo contestar a este llamamiento con voz ahogada.

—Déme mi caja de labores, — le ordenó lady Paulett.

Parker salió tambaleándose y volvió trayendo una rara cajita de China imitada, cu-

ya marquetería representaba un paisaje. Era una pagoda con dos habitantes del Celeste Imperio que se paseaban por entre las nubes.

—¡Está usted soñando, Parker! ¿Cuándo ha encontrado esto? ¡Hace más de diez años que no lo había visto!

Parker escapa como un conejo perseguido y vuelve, trayendo esta vez un cofre magnífico con incrustaciones de oro y de ébano, forrado de raso moteado. En el interior todavía más oro y muchas perlas. Un dedal adornado con una hilera de turquesas; un frasco de cristal para la que se imagine que puede sucumbir bajo el peso de su trabajo; un espejito con el marco ornado de perlas, para proporcionarse el placer de contemplarse en él. Y toda clase de objetos menudos más o menos útiles, punzones, pasalazos cuyas puntas no pinchan, navajitas cuyas hojas no han cortado jamás, colocados allí, sin duda, en la caja, como otros tantos adornos. Luego, en el fondo, una caja forrada de raso acolchado y perfumado conteniendo un gorrito de niño a medio hacer, en el que todavía había prendida una aguja completamente oxidada.

—Ya no tuve nunca más a nadie para quien trabajar, — se dijo la pobre señora, contemplando aquel trozo de batista amarillento. — ¿Por quién podía yo interesarme, después de muerto mi hijito? ¿Y a quién tengo ya en este mundo?

Casi máquinalmente empezó a abrir y cerrar algunos estuches.

—Todo esto me hubiera tenido sin cuidado, — añadió, refiriéndose a las alhajas, — y me habría dedicado únicamente a cuidar a mi marido durante los años largos y penosos que precedieron a su muerte, si me hubiese él permitido hacerlo; pero nunca me quiso lo bastante para desear tenerme a su lado. Prefería con mucho a su vieja criada, a la cual oí que le decía una vez: — La señora es joven y hay que dejar que se divierta. — Se había casado conmigo porque era bonita y quería sacar partido de esa belleza. Por eso me vi siempre obligada a vestir con elegancia y con lujo para hacer visitas y recibirlas en casa; en aquella casa tan grande, tan magnífica y tan triste. ¡Ah, cómo me desagradaba aquel género de vida! Mi esposo estaba envanecido de mí a su manera, y siempre me dió lo que me prometiera cuando pidió mi mano. ¿Qué satisfacción me dió con ello? ¡Mi padre y mi madre murieron, mi hermana Sofía, se casó y se fué; ninguno de los míos se hallaba a mi lado para admirar mis esplendores o para aprovecharse de mi fortuna!..

Lady Paulett había llegado a este punto en sus reflexiones, cuando Parker entró en el dormitorio. Tras de haber traído la bata y las zapatillas de milady, para recordarle que era la hora de acostarse, empezó a arreglar el fuego de la chimenea, sin meter ruido.

—¿Tan tarde es ya, Parker? Vamos, ya he acabado. No: vaya a arreglar el equipaje y vuelva luego.

—¿Qué hago de esto?

Esto era la cajita China de labores, un objeto usado y deslustrado. La seda rosa con que estaba forrada en el interior se hallaba a trechos arrancada, dejando ver el almohadillado de algodón. En las varias divisiones había una multitud de objetos heteróclitos; bajo la tapa había una bolsa repleta de papeles amarillentos por la acción del tiempo, en la que se encontraban, en confusa mezcla, cartas plegadas a la moda antigua, atadas con una cinta vieja, y fragmentos de diarios. Había también naipes recortados en formad e estrella, y ovillados en ellos sedas de unos matices como ya hoy no se ven, formando dibujos de fantasía; una cadena de pelo, no terminada, y un collar de perlas de ámbar, todo impregnado de un vago perfume de rosa.

—¡Mi amada y vieja cajita! Me gustaría que la enterraran conmigo. Para nadie tendrá todo esto valor alguno, y no quiero pensar que lo tiren o se lo entreguen a los niños para que les sirva de juguete. Más valdría que examinase lo que esta caja contiene y que quemara estos pobres e insignificantes tesoros.

Los papeles amarillentos fueron cayendo tranquilamente en el fuego uno a uno... Eran antiguos "valentine", escritos en hojas grandes de papel, cuadradas, con sellos de lacre, que llevaban cifras de diferentes colores; cartas de amigas de colegio, de líneas espesas y cruzadas. Se fijó en una, al fin, que firma Cordelia Clarke.

—¡Qué criatura más dulce y buena era!... ¡Y cuántos años ya que murió, pobre de mí!... Eramos vecinas e íbamos juntas a las reuniones de muchachas para aprender los bailes nuevos. ¡Mira, aquí están, precisamente, los brazaletes de granate que le presté una noche que vino muy temprano a peinarme "a la jirafa", que era la moda por entonces. Aquella noche deseábamos las dos parecer muy bonitas... ¡Cómo nos embromábanos una a lao tra, a propósito del famoso primo de Londres, de mistress Lowter, que debía ir a su baile; y yo quería absolutamente ponerme el vestido viejo color violeta, únicamente para demostrar lo poco que me interesaba que se fijaran en mí... Pero es que constaba, además, que me estaba muy bien... Y mister Paulett, el rico comerciante de Londres, no vino; únicamente el primo Hugo Lowter, oficial de marina, fué el que hizo allí su aparición. Había viajado por Levante y en aquella época nos hallábamos todos muy excitados a propósito del Oriente y del nuevo poema de lord Byron. Esperábamos ver un héroe de novela, con una hermosa barba negra, que nos contara todo género de historias de corsarios, de bellezas veladas en los harenes y de bajás asesinados... ¡Qué decepción cuando nos encontramos con un compatriota del Norte, de elevada estatura y con ojos azules! Era tan tímido, tan corto, que las muchachas no querían bailar con él hasta que yo no le hubiese enseñado las figuras, que aprendió él en menos de cinco minutos, y le llegó el turno entonces de des-

deñar a las otras y no querer bailar más que conmigo...

"Al día siguiente se presentó en casa con una bolsita turca para mamá, y para Sofía un collar de perlas de ámbar del cual perdió la mitad y tuve yo que salvar el resto. También traía un regalo para mí, pero su timidez le impedía ofrecérmelo. "Es muy ,poca cosa", decía. Y sin embargo valía más que todo lo otro. ¡El amado frasco de cristal dorado, lleno de esencia de rosas, cómo lo ha perfumado todo!

Lady Paulett se inclinó entonces hacia la caja y tomó con ternura los modestos recuerdos. El perfume que se esparció inundó todo el dormitorio.

—Josiah echó al fuego el frasquito, diciendo que detestaba ese olor; y seguramente habría querido quemar la caja también. Se puso furioso porque me encontró llorando sobre los manguitos de mi pobre padre, los mismos manguitos que estaba yo haciendo el día en que le atacó la fiebre que lo llevó al sepulcro. No estuvo bien ese acto de Josiah y tengo la certeza de que se avergonzó por aquel arrebato de cólera, porque al día siguiente me regaló mi hermosa caja de labores. ¡Si hubiese visto él todas las lágrimas que he derramado ante esta cajita, no tan sólo ¡ay! por mi pobre padre, sino también pensando en Hugo Lowter!... ¡Qué bello era, qué bueno, y qué triste estaba cuando vino a despedirse para embarcarse de nuevo! Me tomó la mano... Tenía en ella todavía mi labor y me había dado un pinchazo tan fuerte en el dedo al verle entrar, que durante muchos años he conservado la señal... "¡Ah Bella! — me dijo tiernamente. — ¿Tendría usted valor para casarse con un hombre pobre, o prefiere usted esperarme a ue vuelva más rico?" ¡Y no acepté ni lo uno ni lo otro! ¡Que Dios me lo perdone!... ¡Bastante me ha castigado ya!

Estrechaba con fuerza la cajita entre las dos manos y todo el cuerpo le temblaba de emoción.

Dieron en la puerta un golpecito tímido. La anciana no lo oyó. Otro golpecito. Entonces se levantó, agitada, a tiempo que por la puerta abierta se veía a Dora, que entró suavemente.

Su pobre carita estaba tan enrojecida y demudada por las lágrimas que casi no parecía la misma; tenía los cabellos en un desorden lamentable.

—¡Tiita... vengo a decirle... que me perdone, si he estado esta noche impertinente con usted... ¡No se marche; se lo ruego! ¡De... De... metrio y yo no nos... no nos... casaremos!

Y dicho esto, rompió en sollozos, que por un momento le impidieron continuar.

—Todos dicen... — prosiguió, haciendo un esfuerzo, — que... que yo... sacrifico a toda la familia... con mi egoismo...; por eso... he renunciado... ¡Ay, sí, sí!... ¡He renunciado para siempre!...

Lady Paulett, inmóvil, miraba a su sobrina con aire asustado, y sus labios se agitaron con un movimiento convulsivo.

—Pero tampoco... me casaré con otro... ¡No!... ¡Jamás! — exclamó Dora con una energía repentina. — Haré todo lo que usted quiera, tiita... Puedo esperar, esperar... El dice que quizás, si volviese algún día... bastante rico para que a usted le pudiera convenir... entonces...

—¡Tonta, más que tonta! — dijo la tía Arabella, interrumpiéndola con su brusquedad ordinaria.

Luego, de pronto, cambiando de tono, con voz cascada, pero dulce, continuó:

—¿Y por qué tomáis en seguida tan a pecho una extravagancia de una anciana? Yo no creo haber sido nunca mala, hasta hoy, para ninguno de vosotros. ¡No dejes que se vaya, Dora! ¿No queréis tener confianza en vuestra tía?... ¿Bastante rico para convenirme, has dicho? ¡Niña!... ¡Cuando pienso que acaso algún día habría tenido que dar cuenta de otras dos vidas maltrechas!...

Dora la miraba con profunda sorpresa.

—¡Vaya, vaya! Ve a acostarte, y si los otros te dicen que te sacrifiques por ellos, envíalos a paseo. Ya les diré yo mañana lo que pienso de ese egoísmo imperdonable.

Dicho esto, empujó suavemente fuera del dormitorio a su sobrinita, que no salía de su asombro, y una vez cerrada la puerta tras ella se volvió hacia su doméstico.

—Parker, — le dijo, — ¿ha enviado las cartas?

—Sí, señora.

—Entonces, avise que vengan por la mañana a buscar dos telegramas.

—Sí, señora.

—¡Ah! ¿Ha acabado ya de arreglar todas las maletas, Parker?

—Sí, señora.

—Pues saque todo lo que ha puesto en ellas y vuélvalo a colocar en los armarios. Ya no me voy.

—Sí, señora.

Francis Burnett.

En los barcos de guerra, la tarea diaria empieza a las cuatro de la mañana.

✣ ✣ ✣

El cobre se calienta mucho más rápidamente que la plata.

✣ ✣ ✣

Inglaterra es el país del mundo donde se consume más manteca.

Un huevo de avestruz pesa lo que una docena de huevos de gallina.

✣ ✣ ✣

En los tribunales ingleses hay cantinas donde se vende whisky.

✣ ✣ ✣

Una hectárea de chacra bien cultivada da todo el año para alimentar a seis personas

LA MENTIRA

por A. Geiger

¿Adónde podría ir, aquel tórrido mediodía, a través de las calles desiertas de Ciboure, aquel marinero, vestido de azul, con su cuello claro y el pompón rojo en la gorra?

—Es Martín Izaguirre, que ha llegado de China, — decían las comadres.

Un buen muchacho, Martín, y al que se invitaba en todas partes por su facilidad para improvisar canciones sobre cualquier tema.

Bruscamente, al salir del pleno sol, el marinero se encontró en un sitio sombrío. Estaba frente a la casa de la vieja Joaquina, la madre de su difunto camarada.

Entre los laureles y cipreses del jardín apareció una mujer vestida de luto.

—¿Eres tú, Martín?

El marinero, un poco turbado, recordó las palabras del moribundo:

—A mi madre le dirás solamente que he ido a reunirme con mi padre... nada más.

—Sí, Joaquina, — balbuceó; — vengo a traerle noticias de su hijo.

—Entra... entra...

Le hizo entrar en la habitación y corrió a preparar un vaso, vino y bizcochos.

—¡Que se haga la voluntad de Dios! — dijo. — ¡Ha muerto!... Pero tú vas a contarme cómo ha ocurrido... Te estaba esperando... El gobierno no da ningún detalle... Dímelo todo.

¡Decirlo!... Mientras paladeaba el vino fresco, Martín veía la sórdida taberna, en la que se hallaban marineros de todas las razas, ebrios y pendencieros. Oía los gritos, los juramentos... Después de la riña, con alcohol y sangre por el suelo, la llegada de la policía y el hijo de Joaquina, muerto...

La madre se asombraba del silencio de Martín.

—¿Te has vuelto mudo? — preguntó.

El marinero estaba furioso al verse tan tímido. ¡Qué vergüenza!... ¡El, a quien jamás faltaba una respuesta, no sabía cómo contar aquello!...

Empezó tartamudeando:

—Era... en... en Shangai... Una gran ciudad... de... de China. Habíamos bajado a tierra...

—Para pelear, ¿eh? — interrumpió la madre. — ¿Y eran muchos los chinos que venían a atacaros?... ¡Ah!... Te aseguro que lo único que me consuela, lo que me da el valor de vivir, es saber que mi hijo ha muerto en el campo del honor, en el campo de batalla, dando la vida por su patria.

Martín se estremeció. Aquella mañana había contado ya a mucha gente del pueblo la muerte del hijo de Joaquina, la riña en la taberna... ¡Decir la verdad a aquella madre era matarla!...

Prosiguió máquinalmente:

—Los chinos vinieron... a... atacarnos... en... en una casa... es decir... en una pagoda... una iglesia china... con un campanario dorado, con dragones verdes que tienen la lengua roja... Está junto a un río y hay un puente de porcelana azul.

A medida que hablaba se iba animando y ponía más verdad en la leyenda.

—Habíamos entrado allí para ver a los dioses... Y de pronto oímos cantos, gritos... ¡Era el enemigo que llegaba! Había muchos, pero no teníamos miedo... Desgraciadamente se apagaron las luces... Entonces yo dije: "'Mejor será que salgamos, para pelearlos al aire libre"... Bajamos la escalera, pero su hijo dió un paso en falso, resbaló... y el enemigo se arrojó encima con sus cuchillos... El se defendió como un león y murió gritando: "¡Viva la patria!"

Hubo un largo silencio, interrumpido por los sollozos de Joaquina.

—¿Así que se defendió bien? — balbuceó la madre.

—¡Como un héroe! Y eso que eran treinta contra uno.

—¿Nada más?

—Eran treinta... treinta mil... Sí, Joaquina... Un ejército de treinta mil hombres, que al fin tuvo que huir cuando llegaron nuestras tropas.

Y Martín dijo aquella mentira colosal con el más puro acento de la verdad, y tan entusiasmado estaba en su relato, que ya no sabía dónde empezaba la ficción y acababa la realidad.

Pero de lo que estaba seguro era de que Joaquina guardaría de su hijo la imagen heroica del soldado muerto por la patria.

Y Martín salió de la casa pensando que ninguno de los éxitos que había tenido en su vida de improvisador valía tanto como el triunfo que obtuviera con aquella pobre madre.

A. Geiger.

UN CASO EXTRAÑO

El bolchevique - Sandwich o Conciencia y publicidad

por Cami

Esta nueva producción del famoso humorista, del cual ya ha publicado "Pucky" algunas divertidísimas producciones, es digna de ser leída por su extraña y dislocada originalidad y su humorismo incomp

ACTO PRIMERO

UN RECLAMO SENSACIONAL

La escena representa un almacén de cuchillería

EL CUCHILLERO INGENIOSO

"El que no llora no mama, y para la venta, inventa"; este es mi lema. Gracias a mi espíritu renovador, a mi inventiva prodigiosa, he de conseguir que el público fije su atención sobre mi cuchillería. Mi última creación, el cuchillo **grand soir, de hoja sabrosa**, supera a todas las invenciones conocidas.

EL VIAJANTE MARAVILLADO

¿El cuchillo **grand soir, de hoja sabrosa?**

EL CUCHILLERO INGENIOSO

Sí; yo me he dado perfecta cuenta de que todos los revolucionarios modernos llevan entre los dientes un gran cuchillo, ¿no es eso? Bueno; pues yo, con mi cuchillo **grand soir, de hoja sabrosa**, añado a esta necesidad revolucionaria la delicia de impregnar el cuchillo en esencias variadas: una composición especial que permite saborear bien el mentol, bien el limón, bien la grosella. Es decir, **que el hombre del cuchillo entre los dientes**, podrá a voluntad paladear a su placer las esencias de su predilección, sin dejar ni un solo minuto de inspirar el terror entre los circunstantes. Como detalle, le diré que mi **cuchillo grand soir de hoja sabrosa** perfuma el aliento y puede curar la tos por rebelde que sea.

EL VIAJANTE MARAVILLADO

¡Rusia va a quitaros de las manos vuestra última creación!

EL CUCHILLERO INGENIOSO

Cierto; se trata de un excelente artículo de exportación! Pero es que además cuento, para nuestro país, con una idea también original y de resultados seguramente sorprendentes. Se trata del **bolchevique-sandwich**, que ha de hacer un anuncio estupendo de mi cuchillería.

EL VIAJANTE MARAVILLADO

¿Bolchevique-sandwich?

EL CUCHILLERO INGENIOSO

Sí; un hombre-sandwich, a quien he contratado, recorrerá las calles, vestido de bolchevique, el cuchillo entre los dientes y emparedado en dos carteles, con el reclamo de mis artículos. Pero, calle usted; aquí llega mi hombre bolcevique... que viene a buscar el cuchillo y a comenzar su trabajo. (**El bolchevique-sandwich entra en la cuchillería. El cuchillero ingenioso le pone en la mano el cuchillo.**) Tomad, amigo, éste es el cuchillo que debéis llevar siempre, siempre, ¿lo entendéis?, siempre entre los dientes. El éxito de esta publicidad está en esto precisamente.

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH

Estad tranqilo. Hace veinte años que no hago otra cosa que ser hombre-sandwich. ¡Además, señor, yo tengo mi conciencia!...

(Se pone el cuchillo entre los dientes y sale.)

ACTO SEGUNDO

LA CONCIENCIA DEL SANDWICH

La escena representa una calle

EL CUCHILLERO INGENIOSO

Voy al encuentro de mi "bolchevique-sandwich"; quiero juzgar por mí mismo de la eficacia del anuncio... ¡Allí se forma un grupo de gente en redor de un "hombre-sandwich"! ¡Es él! ¡Es mi hombre! **(Apara empujones la gente que rodea al hombre-sandwich, y ve con cólera, con desesperación, que no lleve el cuchillo entre los dientes, y que, en cambio fuma tranquilamente su pipa.)** — ¡Oh! ¿qué es esto? ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Yo no os he contratado para tener una pipa entre los dientes!

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH

¡Oh! Permitidme, señor; yo os explicaré... Yo tengo derecho a fumar, siempre y cuando no falte a lo convenido...

EL CUCHILLERO INGENIOSO

Lo convenido, señor mío, es que usted debe pasearse sin quitarse el cuchillo de entre los dientes.

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH

Perfectamente. ¿Pero es que usted puede aseguarar que yo no tengo entres los dientes vuestro cuchillo? Yo no he dejado de tenerlo ni un sólo minuto!

EL CUCHILLERO INGENIOSO

¿Habrá cinismo? **(Estallando de cólera.)** ¿Qué usted lo tiene entre los dientes? ¿Que usted lo tiene?...

EL BOLCHEVIQUE-SANDWICH

Sí; sí, señor; ¡lo tengo! **(Saca del bolsillo su dentadura con el cuchillo entre los dientes y la alza triunfante sobre su cabeza.)** Yo soy desdentado de nacimiento, pero tengo mi conciencia, señor mío **(con indignación)**. ¡¡Sería capaz, caballero, de repetir que yo no tengo vuestro cuchillo entre los dientes!! **(Y volviéndose a meter la dentadura, con el cuchillo entre los dientes, en el bolsillo, continuó magnífico y triunfador su paseo, echando al aire el humo de su pipa.)**

TELON

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

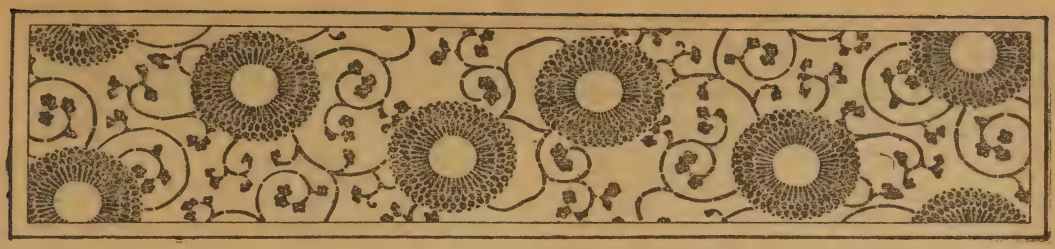
.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....



ORIGINALIDAD Y GRACIA

Buby quiere ser detective

por Magda Donato

La distinguida autora española de cuentos para niños, ha escrito un relato lleno de interés y de gracia, que es el que "Pucky" ofrece hoy a sus lectores para recreo de chicos y grandes.

BUBY había leído, y hasta se sabía de memoria, las hazañas de Sherlock Holmes, Sexton Blake, Nelson Lee y otros detectives de fama mundial.

Y cuando, aquel día de su cumpleaños, el tío Luis, después de regalarle un estupendo triciclo, le preguntó "qué pensaba ser cuando fuees mayor", Buby respondió sin vacilar: "Detective".

Después de esta declaración rotunda y sensacional, se montó sobre su triciclo y se marchó a "probarlo" por la carretera.

(Había olvidado decir que Buby se hallaba veraneando con su familia en Mirahojas de la Sierra).

Mientras agitaba sus piernecitas "tragando kilómetros", según pensaba él, Buby meditaba acerca del porvenir, como conviene a un caballero en el día que cumple diez años.

Sí: él el sería detective; pero ¿por qué esperar a ser mayor? ¿Por qué no había de encontrar en seguida algún asunto extraordinario que le permitiese dar a conocer al mundo sus maravillosas dotes detectivescas? ¡Qué sorpresa para todos y qué humillación para el tío Luis, que no había logrado reprimir, al oir su contestación, cierta sonrisa que muy bien podía ser de incredulidad!

¡Ahora verían!

A todo esto, nuestro "triciclista" llegó a un bosquecillo alegre y apacible, pero que, dada la disposición de espíritu de Buby, se le antojó tener cierto carácter misterioso de selva virgen. Se apeó y se recostó contra un árbol para descansar de aquella carrera que acababa de efectuar.

Cerca de allí, al otro lado del bosquecillo, vislumbró una casita destartalada; y con ese olfacto especial de los detectives, le notó en el acto no sé qué aspecto singular y hasta sospechoso.

—Na me sorprendería. — pensó, fruciendo el ceño, — que esa casa sirviese de lugar de cita a alguna partida de bandidos.

No bien acababa de hacer esta reflexión, oyó el ruido de una bocina y vió que un automóvil gris se acercaba a toda velocidad por la carretera. ¡Cuál no fué su sorpresa al observar que el auto se detenía ante la casita destartalada!

—¡Cosa más rara! — murmuró nuestro Buby.

Y aguzó sus cinco sentidos.

Como medida de precaución se ocultó detrás del árbol y asomó la cabeza para ver qué pasaba.

Del auto bajaron tres hombres; dos iban de gorra y tenían un aspecto muy poco tranquilizador, aunque Buby sólo los viese de espaldas. El tercero estaba elegantemente vestido, demasiado elegantemente, pues, siendo las once de la mañana, llevaba una levita estupenda y una chistera deslumbrante.

Penetraron en la casita; pero al ir a entrar el tercero, se volvió, sin duda para dar una orden al chófer, y Buby hubo de ahogar un grito de asombro: aquel hombre llevaba la cara cubierta por un antifaz de terciopelo negro.

Ni siquiera intentaré describir los sentimientos de nuestro aprendiz de detective: asombro, alegría, terror, ¡qué sé yo! Las ideas más disparatadas se agolpaban en su cerebro.

Lo primero que hizo fué pellizcarse fuertemente para asegurar de que no dormía; no: estaba despierto; tan despierto como yo al relatar esta historia espeluznante y vosotros al leerla.

¿Qué hacer? Un momento cruzó por su mente la idea de echar a correr y contárselo a papá; pero la rechazó con indignación. ¿Ir a avisar a la guardia civil? Tampoco. Era necesario aprovechar la ocasión para aclarar aquel asunto extraordinario y sorprender luego al mundo entero en general y al tío

Luis en particular. ¿Entrar a su vez en la casita, apuntar a los bandidos con un revólver y, mientras tuviesen las manos en alto, registrarles los bolsillos y hacerles hablar? Eso hubiera estado muy bien, pero... Buby no tenía revólver.

Decididamente, lo más cuerdo era esperar los acontecimientos y desplegar, si no un heroísmo inútil, perjudicial... e imposible, por lo menos un ingenio y una sagacidad dignos de un perfecto detective.

No tuvo mucho que esperar. A los cinco minutos el enmascarado reaparecía; detrás de él venían los dos hombres, y éstos ¡horror! arrastraban a una mujer desmelenada, que se retorcía desesperadamente, con la boca amordazada por un pañuelo. La metieron en el auto, subieron todos, y el carruaje trágico desapareció a toda marcha, no sin que Buby, siempre previsor y lleno de una sangre fría que a él mismo le maravilló, apuntase en su memoria el número del auto: 24287

Luego saltó sobre su triciclo y echó a correr detrás; pero el auto debía de ser de una marca privilegiada, pues Buby no logró darle alcance: sólo puedo ver que emprendía el camino hacia Madrid.

Cuando volvió a su casa, pensativo, ya tenía descubierta, por deducción, toda la trama de aquel misterioso suceso. Sin duda alguna, aquella desdichada pertenecía a una aristocrática familia mirahojense, yel hombre del antifaz negro la secuestraba para sacar dinero a la susodicha familia. En cuanto a su plan, estaba hecho también: lo primero, aprovechar uno de los viajes, de sábado a lunes, de papá, para ir a Madrid; ya en la capital, averiguar quiénes eran los dueños del auto número 24287; lo demás corría de su cuenta, concluyó con gran seguridad.

Los días que pasó en Mirahojas los dedicó a indagar quién había desaparecido en el pueblo; pero sólo se había notado la falta de un cerdo y tres gallinas. Sin duda, por razones especiales, la aristocrática familia mirahojense ocultaba la desaparición de su hija.

El domingo, Buby, reuniendo heroicamente todo su valor, volvió al bosque trágico; una sorpresa le esperaba, mayor que todas las otras: la casita destartalada había desaparecido.

El lunes, papá, encantado con su compañía, consintió en llevárselo a Madrid por una semana.

Ya en la capital, Buby se dedicó a recorrer las calles de la mañana a la noche, con gran desesperación de la criada, que no esperaba su visita y pensaba aprovechar el veraneo de la señora para dormir todo el día; pero en Madrid Buby no tenía licencia para salir solo — papá ignoraba su nuevo cargo de detective, — y era menester dar con el auto gris número 24287.

Y una mañana en que Buby pasaba por la calle del Barquillo estuvo a punto de lanzar un grito de triunfo; un auto gris se hallaba ante una confitería; tenía el número 24287.

Con su sangre fría acostumbrada, Buby se detuvo ante una tienda de áuguetes y se puso en observación.

De la confitería salió un señor de aspecto distinguido e insignificante que llevaba en la mano un paquetito atado con una cinta rosa. El caballero subió en el auto, y éste desapareció.

La imaginación de Buby volaba y brincaba; seguramente aquellos dulces estaban destinados a envenenar sutilmente al a mujer secuestrada. ¿Cómo impedir aquel nuevo crimen?

Volvió a su casa sin haber resuelto nada todavía; ni aun el anuncio, hecho por papá, de llevarle al cine por la tarde logró impresionarle... ¡y eso que se trataba del cine!

Buby asistió imperturbable al desfile de películas: el bigote minúsculo del ídolo Charlot le dejó indiferente, la mismo que la panza del amigo Fatty. Solamente se estremeció ante el título del "film" policíaco: "El hombre del antifaz".

Esto trajo a su memoria el drama presenciado en el bosquecillo-selva virgen de Mirahojas, y le pareció ver de nuevo la casita destartalada, el caballero misterioso, el automóvil gris, la mujer desmelenada. Pero ¿qué era aquello? No es que le pareciese verlo, sino que lo veía en realidad, y lo veía allí en la pantalla.

Buby se restregó los ojos, se pellizcó, como aquella vez; pero no, tampoco ahora dormía; y, además, veía una cosa que no conocía: en un árbol, su propia cabeza, la cabeza de Buby detective, de un Buby espantado, aterrorizado, desencajado.

Ya papá se había vuelto hacia su hijo:

—¡Mira, Buby! ¡Si ése parece que eres tú! ¿Cómo es eso?

Ahora Buby lo comprendía todo: el drama era la impresión de una película; la mujer secuestrada, una actriz, y actores también el caballero del antifaz y los dos hombres de aspecto patibulario; y la casa destartalada, tan pronto desaparecida, er sin duda, una casita desmontable de cartón.

¡Qué horror! ¡Teenr que confesarlo todo! Pero a papá le hizo aquello tan gracia, que Buby, al principio rojo de vergüenza, acabó por rerise también. Y lego, el sábado, en Mirahojas, resultó hasta glorioso referir a toda la familia reunida la maravillosa aventura.

Además, el honor de haber salido en una película bien valía la pérdida de sus ilusiones detectivescas.

Y en su fuero interno, Buby pensaba ya:

—¿Y si en lugar de detective me hiciera peliculista?

Magda Donato.

El doctor sueco Ekeberg, descubridor del tántalo, dió este nombre al metal porque pasó un verdadero suplicio de Tántalo al hacer los estudios de investigación. Tardó mucho en obtener este cuerpo en estado perfectamente puro. Con cada libra de tántalo hay para hacer 23.000 lámparas eléctricas de 25 bujías.

✣ ✣ ✣

Aunque dista más de sesenta kilómetros del puerto próximo, la ciudad de Sheffield, en Inglaterra, ha solicitado de los poderes públicos un canal navegable que la ponga en comunicación directa con el mar, a fin de recibir directamente y con menos gasto el hierro extranjero.

CROQUIS MILITAR

Probidad

por Georges Courteline

(Traducción del francés)

Son notables los cuentos cómicos militares del gran humorista francés Georges Coutelline; lean el que a continuación se publica y pasarán un rato agradable y divertido ante un cuadro realmente único de habilidad e ingenuidad humanas.

I

El espiritu... Alfonso Allais ha presentado, en uno de sus ingeniosos cuentos, a un pobre hombre, engreído y necio, que si tomaba dos o tres taazs de café seguidas, decía con énfasis:

—Soy un Balzac.

Si corregía una palabra en una carta, declaraba:

—Soy un Gustavo Flaubert.

Si recordaba que su esposa se llamaba Josefina, exclamaba con aplomo:

—Soy un Napoleón.

Labreme, soldado de caballería del 51o. de cazadores, era un Cambronne. Lo había demostrado más de cien veces; pero en la noche en que yo le presento a los lectores lo probó de modo radical, evidente y definitivo.

En la paz silenciosa del cafetín, donde en vano se esforzaba por ganar al "piquet" a un invencible carnicero amigo suyo, estallaron de pronto las seis letras de la fea palabrota cambroniana, como una bomba de dinamita.

Una mujercita tuberculosa, que confeccionaba en el mostrador un chal para su busto esquelético, disimuló en un acceso de tos su explicable azoramiento; al mismo tiempo que los jugadores de malilla dejaban, consternados, los naipes sobre la mesa, y que un viejito, cliente habitual, interrumpía la lectura de los "Débats" y exteriorizaba su sorpresa con un expresivo y mudo movimiento de cabeza.

El buen Labreme, corazón puro y alma de ángel, juzgaba el mundo hecho a su imagen, y todo lo veía y lo apreciaba con la medida de su ingénito candor. Consciente y seguro de la bondad de sus intenciones, creía, con sencillez primitiva, en la buena fe del prójimo, y no admitía la hipótesis de que se burlaran de la suya.

Había Labreme consultado cuatro veces el reloj del cafetín, viendo con cierta sorpresa que las manecillas marcaban, con terquedad algo extraña, las ocho menos cuarto de la noche.

De momento le sorprendió un poco la tenacidad del reloj, que parecía haber olvidado su único oficio de medidor del tiempo.

La vaga inquietud se fué agrandando hasta trocarse en ansiedad, que luego se convirtió en una molesta angustia, que le hacía pensar a un mismo tiempo en un hecho sobrenatural y en el temor de llegar tarde al cuartel.

Para aquietar su malestar y para salir de dudas preguntó a su amigo el carnicero:

—¿Qué hora es?

Eran las nueve menos veinte minutos.

Ya hemos dicho de qué modo, elocuente y sucinto, había replicado Labreme a esta revelación.

Por respeto a las conveniencias y a los lectores no insistiremos sobre este punto, bien aclarado; pero no podemos excusarns de presentar la verdad en su desnudez simpática. ¡Lo diremos todo!...

Desde el instante en que los ojos del soldado se abrieron a la evidencia hasta aquel en que desapareció por la puerta del café, violentamente abierta, se mostró terriblemente colérico.

Puesto de pie, como movido por un resorte, se encaró con el reloj, traidor y pérfi-

do, y le rugió, descompuesto e iracundo:

—¡Cochino!

Su voz estaba preñada de vengativo rencor, del mismo justo rencor que un enamorado hubiera sentido descubriendo de improviso la traición de su adorada.

Ocho o diez veces, mientras se abrochaba, con las manos temblorosas, el cinturón, evocó la sombra grandiosa del héroe de Waterlóo...

Después ganó la puerta, pregonando su fiero enojo con torpes vocablos que no hay forma de copiar, ni aun paliados con perí frasis decentes.

En el glacial silencio que siguió a la desaparición del soldado se oyó un ligero comento, expresao a media voz por el cliente a quien el incidente había obligado a interrumpir la lectura del "Journal des Débats":

—¡Va hecho una fiera!

II

El aire fresco de la calle calmó instantáneamente el furor de Labreme; a su cólera verbosa siguió la postración callada que suelen determinar todas las grandes catástrofes. El último destello de su rabia fué la mirada feroz con que quiso anonadar al carnicero cuando éste, bromista e irónico, le reprendió su torpeza.

Avanzaba la noche, una noche gris y tristona de fin de otoño, en la que la obscuridad húmeda y fría solo era rota, de trecho en trecho, por un oscilante mechero de gas.

El soldado permaneció largo rato silencioso, con ambas manos en las caderas, dando la espalda al cafetín.

—Y ahora ¿qué demontres hago?

El carnicero se encogió de hombros.

—¡Bah! — dijo. — No hay por qué apurarse tanto... Ya sabes lo que te espera: dos días de calabozo.

El soldado replicó:

—¡Dos días de calabozo!... ¡Valiente cosa me importa a mí el calabozo!...

—¿Entonces?...

—¡Majadero! — rugió Labreme. — ¿Y el permiso que tengo pedido?

—¿Habías pedido un permiso?

—Cuatro días de licencia para asistir a la boda de mi hermana.

—Eso es más grave... ¿Cuándo se casa?

—Pasado mañana.

—¡Pues sí que la has hecho buena!...

La situación era verdaderamente crítica; el carnicero dejó de bromear, y metiéndose los enormes dedos de una mano debajo de la gorra, comenzó a rascarse con fuerza. De este modo esperaba arrancar a su cerebro una idea salvadora.

Los carniceros, gente medio pícara, criada en la cale, suelen ser travieso y astutos; el amigo de Labreme tenía la astucia natural agudizada por las duras lecciones de la vida.

Se oyó el reloj de la catedral lejana; dió tres campanadas, que el pobre Labreme escuchó aterrado, como una melancólica advertencia de que el tiempo seguía su carrera constante y vertiginosa.

—¡Ya está!... ¡Ya está! — exclamó el carnicero.

—¿Qué te ocurre? — preguntó el soldado, sorprendido.

Manoteando en el vacío y con la mirada perdida en la oscuridad, como afanándose por distinguir claramente una visión difumada, respondió el interpelado:

—¡Ya tengo la solución!...

Labreme, intrigado, preguntó:

—¿La solución?

—¡Sí!

—¿La solución de qué?

—Irás a la boda.

—¡Quiá!...

—Te digo que vas a la boda o me dejo cortar esta.

Y se señalaban, con énfasis, la cabeza.

—¿Pero cómo?... ¡Explícate!

—No tengas prisa... ¿Dónde está la comisaría?

—A cuatro pasos de aquí.

—Vamos corriendo.

—¿Y la solución?

—Te la explicaré por el camino... ¡vamos!

III

En la pieza interior, que le servía de gabinete de trabajo, estaba muy atareado el comisario de policía en poner su firma bajo unos escritos imponentes, redactados en un estilo pedestre y enrevesado.

Por miedo a las corrientes de aire, que le hacían mucho daño, trabajaba con el sombrero hongo enhiesto sobre la gorda cabeza, en la que llamaba la atención un rostro inexpresivo y bonachón de funcionario vulgarote y triste. Era un hombre cincuentón, con espesas barbas grises que le llegaban hasta los ojos.

Un ordenanza entró a decirle que "un militar quería hablarle".

—Qué pase — dijo el comisario, sin levantar la cabeza.

Entró Labreme.

—¿El señor comisario de policía?

—Yo soy.

El soldado avanzó tres pasos, se cuadró militarmente, se llevó respetuosamente la mano a la visera y dijo:

—Cuando me dirigía al cuartel he encontrado un portamonedas.

El comisario de policía, señor Desiderio Trompette, era un hombre virtuoso, que tenía en mucho a las personas honradas. Se sintió hondamente emocionado al considerar que aquel muchacho se apresuraba a restituir al César lo que era del César cuando tan fácilmente y sin riesgo podía haberse quedao con el hallazgo. Casi con lágrimas en los ojos preguntó:

—¿Un portamonedas?...

—Sí, señor comisario — dijo Labreme, — un portamonedas. Lo he encontrado a dos pasos de la puerta del cuartel.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de un cuarto de hora.

—¿Iba usted solo?

—Sí, señor.

—Bien. Haga el favor de darme el objeto hallado.

El soldado obedeció. De uno de los bolsillos, en el que hundió toda la mano y buena parte de la muñeca, sacó una bolsita vieja y grasienta. Contenía once francos y treinta y cinco céntimos.

Siguió una escena patética.

El señor Trompette, echado majestuosamente hacia atrás y con ambas manos puestas sobre la mesa-escritorio, hacía, con voz reposada y grave, el elogio de la probidad.

Labreme, acentuando su torpeza habitual, protestaba, quitando importancia a su buena acción. Modestamente decía que en su familia todos eran honrados y que cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo que él. Había cumplido un deber y no valía la pena de hablar de ello.

Y mientras el comisario y Labreme rivalizaban en elocuencia, el carnicero pensaba, dando paseos frente a la comisaría:

—¡He sido un bruto! No tengo ni para tomar una copa. Debiera haberme guardado, por lo menos, un par de francos.

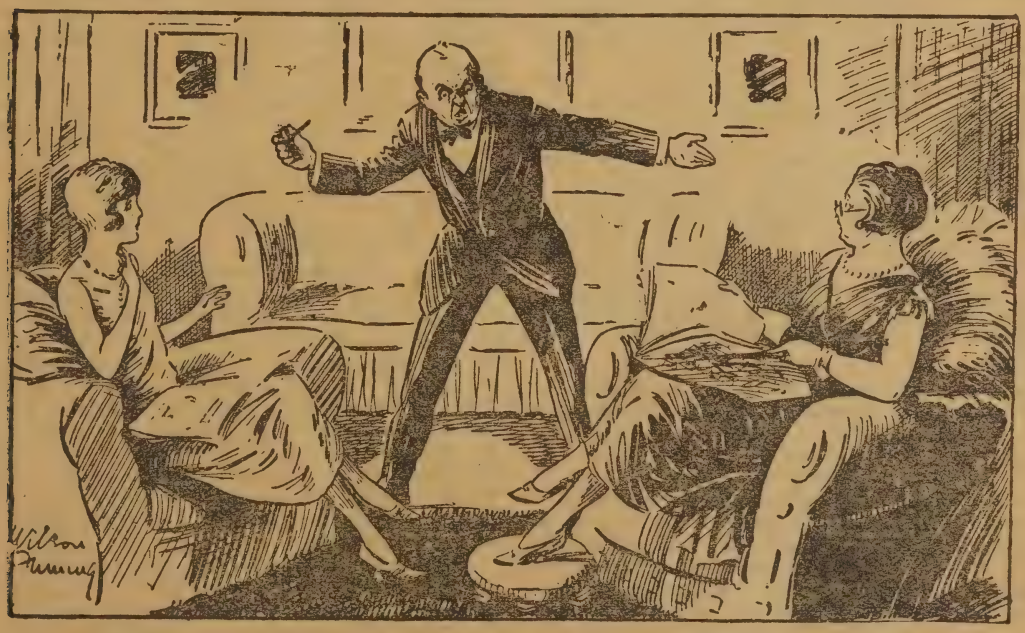
Labreme durmió en el calabozo por haber llegado tarde al cuartel; pero al día siguiente tuvo una sorpresa.

A la misma hora en que el carnicero se presentaba al comisario Trompette preguntándole si había encontrado alguien una bolsita con once francos treinta y cinco céntimos que él había perdido en la calle, cerca del cuartel de cazadores de caballería, un oficial del escuadrón de Labreme leía a los soldados, reunidos en el patio para pasar revista:

"A petición del señor comisario de policía se le ha concedido una licencia de quince días al soldado Labreme por haber entregado en la comisaría un bolsillo que había encontrado en la calle. El coronel se limita a dar cuenta de la noble acción, dejando que cada cual juzgue y celebre este hermoso acto de probidad".

Jorge Courteline

Inconvenientes de una moda



El esposo, muy enojado: — Esa moda de la melena corta es una desgracia para el país. ¡Por más que busco no encuentro en ninguna parte una horquilla para limpiar la pipa!

UN CUENTO SENTIMENTAL

El secreto de Georgina

por Edmundo de Amicis

Son notables y muy interesantes todas las producciones del autor de "Cuore", alguna de las cuales ha publicado "Pucky" con anterioridad, pero esta que aparece hoy es una deliciosa excepción aun dentro de obra tan notable, como podrá apreciarlo el lector.

ES una aventura juvenil de un pintor paisajista, hoy esclarecido, del cual en su ciudad natal conocen todos la cabellera negra, rizada, en la que apenas si asoma algún hilillo de plata, en la parte de las sienes, y los ojos grandes, azules, llenos de bondad y de tristeza, que pocos han visto reir.

Era entonces una de esas figuras con que soñaban las muchachas leyendo las baladas amorosas de Prati.

Su cabellera evocaba la imagen de los bosques y en su pupilas había un reflejo de los cielos, que eran el asunto preferente de su pincel airoso. Y le hacía aún más simpático la despreocupación de la propia belleza, que demostraba en el vestir descuidado y en su andar frailuno, con la cabeza inclinada y a pasos largos, como hombre que no tuviese en cuenta los juicios de la mirada humana.

Dió ocasión a la aventura la esquela inesperada de un amigo, antiguo compañero de colegio, el cual le decía:

"Mi buen amigo:

Desde hace tres meses soy vecino tuyo y desde hace uno me encuentro clavado en la cama a consecuencia de un inoble reumatismo articular. ¿oN vendrás a fumarte un cigarrillo al lado del que en otro tiempo sacaba punta a tus lápices?"

El autor de la carta, en efecto, de profesión "ocioso acomodado", como él se llamaba, y hombre de buen humor, había sido en el colegio uno de los más devotos admiradores del talento naciente del artista, y de esa admiración le solía dar pruebas a diario sacando punta admirablemente a los lápices; arte en el que, según decía, era el único en que esperaba "hacerse un nombre".

Desde hacía un año se habían perdido de vista, un poco por casualidad y un poco más porque el pintor era un trabajador asiduo, refractario por naturaleza a las compañías alegres, con las que chocaba su rostro pálido y triste, y se encontraba descentrado su espíritu grave de puritano, que no gustaba de las conversaciones licenciosas de la juventud. Pero el "sacador de puntas", no obstante su índole ligera y su vida pecaminosa, le había sido siempre simpático por su franca cordialidad de buen muchacho.

Por eso, apenas leyó la carta, salió de su casa para ir a verle.

Vivía en la calle de Alberto Nota, cerca de él, en una casita elegante, habitada únicamente por algunas familias distinguidas.

Así que entró en el portal, al mirar hacia la portería, que se hallaba a la izquierda de la escalera, con la puerta abierta, se detuvo maravillado. Sentada delante de una mesita de costura, con la cara vuelta hacia él, estaba una muchacha que al principio le pareció una señorita del piso principal que hubiese bajado por alguna circunstancia extraordinaria. Pero estaba cosiendo: no podía ser más que la hija del portero.

Tenía la carita pálida, de carne nívea, encuadrada por ricitos castaños e iluminado por dos ojos celestes limpidísimos; cara admirable por la finura y armonía de las líneas, aunque algo pequeña en relación con la amplitud matronal de los hombros, la cual hacía parecer más fino el talle esbelto y gracioso, sobre el que se erguía como una amazona.

Todos, en nuestra juventud, hemos visto

uno de esos rostros de mujer que nos producen un sentimiento de estupor como si respondiesen a un ideal secreto, y los cuales parece que oímos que nos dicen, al encontrarnos con ellos:—Soy la que tú buscas, y tú ers el que yo espero.

El pintor se detuvo a mirar a la muchacha, como si se hubiese oído llamar por su nombre.

Los ojos de ella se clavaron en los de él, se dilataron y brillaron como expresando su mismo sentimiento; luego volvieron a fijarse en la costura.

El pintor encontró a su amigo en cama, ya más aliviado, y su cara alegre y bonachona, su charla explosiva de colegial, y más que nada el aspecto extraño de su cuarto, con las paredes cubiertas de retratos de mujeres, y sobre una mesa periódicos festivos, novelas eróticas, y cigarrillos por todos lados, le distrajo durante un cuarto de hora; pero luego la carita que había visto en la portería apareciósele delante de los ojos como reflejada por un espejo.

Y habría querido hablar a su amigo de ella para averiguar algo, pero el temor de una broma intempestiva o de alguna noticia que pudiera empañar su simpatía triunfó de la curiosidad.

Volvió a la misma hora al día siguiente; volvió, con alegre asombro del enfermo, todos los días. Y al entrar y al salir veía siempre a la porterita, sentada ante la mesita de costura, sola las más de las veces, y algunas en compañía de una mujer cuarentona, ya canosa, que tenía con ella un parecido delator — su madre, sin duda — y por la cual supo un día el nombre de la muchacha, a la que llamaba desde el patio: Georgina.

Y cada vez que pasaba encontraba la mirada de aquellos hermosos ojos azules que, clavándose en los suyos, se dilataban, brillaban y luego volvían a inclinarse sobre el trabajo.

¡Cosa singular! En aquel rostro bellísimo, en que debían haber centelleado la alegría y la soberbia juvenil, había una expresión de melancolía que se adivinaba que no era pasajera, sino habitual y de origen no reciente; y no sólo de melancolía, sino como de quien se resigna, sin esperanza, a una desventura, de una soledad desconsolada del alma y casi de una humildad dolorosa.

Y no podía ser aquella la tristeza de la culpa, porque de la frente blanca, de los ojos dulces, de la boca amable manaba una pureza virginal, que no sombreaba ni siquiera el asomo de la coquetería más discreta.

Luego, poco a poco, observó en aquel rostro otro gesto. Deteniéndose a contemplarla más despacio, los ojos de ella, después de haber relampagueado al mirarle con una simpatía viva y dulcísima, perdían su fulgor de pronto, como por efecto de un sentimiento opuesto, y su frente, inclinándose, se arrugaba, como expresando un acto de renunciación de la voluntad, el abandono de una ilusión querida, una indiferencia conseguida con un esfuerzo juicioso, mientras en los labios contraídos temblaba una sonrisa ligerísima, casi irónica, más amarga y más triste que cualquier palabra.

El misterio alimentó la llamita, que al cabo de pocos días fué llama devoradora.

Para tener un pretexto para hablarle escribió a su amigo cuatro líneas, diciéndole que, con mucho sentimiento, no podía hacerle aquel día la acostumbrada visita, pero que volvería al día siguiente. Con la carta en la mano llegó al portal, se asomó a la portería y dijo a la muchacha:

—Señorita, hoy no tengo tiempo de subir a casa de mi amigo... ¿Querría usted hacerme el favor de hacerle entregar esta carta?

Y entró para dejarla sobre el costurero.

La joven, que estaba sentada trabajando, como siempre, hizo, al aproximarse él, un movimiento de repulsión con la cabeza y con el busto, y le miró con zozobra, como si temiera que viese en la habitación algo que tratase de ocultar.

—¡Un novio escondido! — pensó el pintor.

Y miró en torno. Pero no había nadie, ni mueble alguno tras el cual pudiese ocultarse alguien. Y entonces, retrocediendo hasta la puerta, murmuró con voz tímida y acariciadora:

—He cometido una indiscreción entrando sin pedir permiso... Perdóneme, señorita.

La muchacha se ruborizó, pero no contestó.

El joven repitió con mayor dulzura:

—Perdóneme.

Hizo ella un ligero signo de asentimiento y sonrió levemente, mirándole con ojos suavísimos, que casi en seguida se desviaron; respiraba con ansiedad, como si estuviera agitada por el deseo impaciente de verle salir y al mismo tiempo se hallase satisfecha de que hubiera entrado sin des-

Esperó el joven que volviera a mirarle y entonces le dijo:

—¡Qué bonita es usted!...

Pero casi sin pronunciar las palabras, haciéndose comprender por el movimiento de los labios.

Oyólo ella, no obstante; su semblante resplandeció, y luego inclinó la frente ensombrecida, como presa de una tristeza imprevista.

Tres días después volvió a recurrir al pretexto de la carta; pero esta vez fué más atrevido. Al entrar en el portal oyó un hilo de voz armoniosa, una vocecita de pajarito solitario, que parecía venir de lejos y que cantaba una canción melancólica, de la cual no consiguió recordar la letra porque cesó de pronto y al acercarse a ella.

Entrególe la carta, y después de un breve silencio le preguntó:

—¿Era la de usted la linda voz que he oído?...

La muchacha bajó la cabeza sin contestar.

Siguió otro momento de silencio, que él rompió para decir con ternura:

—Trabaja usted demasiado, señorita... y siempre aquí, sentada junto a esa mesa... Aun no la he visto una vez descansando.

Luego añadió, con un acento que la estremeció:

—Me da pena.

Ella respondió al fin, pero sin mirarle.

—Trabajo por necesidad... — dijo con voz de niña cansada... — y por gusto.

—También descansar es una necesidad, — replicó el joven. — Me gustaría verla paseando alguna vez. Mire qué sol tan hermoso Levántese y dése una vuelta por el patio... ¡Nunca la he visto de pie!

Al oír estas palabrasí la muchacha tuvo un temblor visible y su rostro se turbó, como si hubiera sentido un pinchazo en el corazón.

—¿Le he dicho algo molesto?... — preguntó el pintor, estupefacto.

—¡Oh, no! — respondió ella prontamente, con acento dulce. — ¿Por qué?... Nada de eso...

Y quedó como afligida y avergonzada; pero, hasta en aquella turbación, las rápidas miradas que de vez en cuando le dirigía expresaban una simpatía tan cálida y una gratitud tan profunda, que al marcharse él iba con el corazón conmovido como por una explícita declaración de amor.

Y su pasión creció más todavía, estimulada por la curiosidad de un misterio qu(él vislumbraba vagamente, como en el aire, y tanta fuerza adquirió, que se sintió obligado a hacerla salir de una vez de su corazón, cualesquiera que fuesen las consecuencias que pudiesen sobrevenir de su acto. Era la suya una de esas naturalezas ardientes y sencillas, muy frecuentes entre los artistas y los estudiosos solitarios, sin experiencia del mundo ni aun en la edad madura, las cuales, cuando el amor las hiere profundamente por vez primera, pasan por encima de todas las razones de interés o conveniencia, y contraen esos matrimonios precipitados e increíbles que comentan las gentes de su sociedad y se clasifican de locuras escandalosas; de esos hombres para los cuales no hay ni alturas ni bajezas sociales; que no ven en la criatura amada ni aun la más evidente indignidad moral; que se casan de golpe y porrazo, reeblándose a los consejos o impedimento de los parientes y amigos, con la hija coqueta de la patrona de su casa de huéspedes, con la costurera analfabeta, con la modelo del deseo sensual, sino por amor verdadero e indomable, porque su imaginación ingenua ve todas las virtudes del alma, todas las seguridades de una felicidad completa en la persona de que se han enamorado.

El pintor quizás habría tardado aún algo en declararse, pero le obligó a hacerlo antes el hecho de que, habiéndose restablecido su amigo y teniendo el propósito de pasar el verano en el campo con su familia, ya no tenía pretexto, una vez ausente aquél, para volver a la casa, y quería, antes de entrar en ella sin excusa, tener la certidumbre de que no lo hacía inútilmente.

El día antes de la marcha fué a visitarle por última vez, resuelto a declararse francamente a la muchacha, para obligarla de ese modo, si guardaba algún secreto que la separase de él, a que lo descubriera.

Se hallaba Georgina en el sitio de costumbre, atenta, como siempre, a su trabajo; pero con un vestido nuevo de color violeta con puntitos blancos, sencillo y modesto, que realzaba aún más la gracia estupenda de su persona y que parecía que hubiese sido estrenado adrede, adivinando su propósito, para festejar su declaración amorosa.

Conmovido como estaba, porque comprendía en su conciencia de hombre honrado a lo que podía conducirle aquel paso, la vió casi a través de una niebla, más bonita y más graciosa que le había parecido nunca, con los ojos más grandes y más claros, y como puestos en lontananza.

Se dirigió a la puerta resueltamente, y después de haber titubeado un poco, empezó con la frase más vulgar de este mundo:

—¿Cómo está usted?

No fué menos vulgar la contestación:

—Bien gracias, ¿y usted?

Pero lo mismo en el semblante de él que en el de ella relampageuaba el preludio del drama.

El pintor se decidió a saltar el foso.

—Permítame que le diga una cosa, — balbució con voz temblorosa, — y no lo tome a mal. No se lo digo obedeciendo a un capricho, sino con toda seriedad y con todo el corazón.

Georgina se puso pálida, y fijó en él una mirada que revelaba el presentimiento de un dolor; pero el joven no veía ya nada, y prosiguió:

—Permítame que le diga, señorita, que es usted muy bella; que es la gracia y la belleza en persona...; que he venido siempre, con la excusa de visitar a mi amigo, tan sólo por verla..., y que me palpita el corazón cuando paso por delante de esta puerta..., y que ahora, mientras le estoy hablando, tiemblo como un chiquillo... — déjeme acabar..., — y que si no temiese ofenderla, llenaría de besos esas pobres manitas blancas que tanto trabajan y esos ojos tan buenos y tan tristes, que me tienen hechizado...

El rostro de la muchacha se iluminó de placer y luego se contrajo en una expresión de dolor. Y respondió en voz baja:

—¡No me diga eso!

—¿Es que se figura que no hablo seriamente? — le preguntó el joven con ansiedad. — ¿No me considera un caballero y un hombre honesto?

Esta última pregunta pareció que le oprimía a ella más fuertemente el corazón, y se apresuró a decir, con afán infantil:

—¡Oh, sí, sí!... Pero no me diga eso... No me diga nada, se lo ruego; no me haga sufrir... ¡por favor!

Y como aniquilada por la emoción, apoyó un codo sobre la mesita y dejó caer la cabeza sobre la palma de la mano; y así permaneció, anhelante y temblando, con el

rostro demudado y con la mirada fija en el suelo, como aterrada.

El joven la miró por espacio de unos momentos, atónito, perplejo. Y luego murmuró:

—Perdóneme, señorita... He sido demasiado... La dejo por algunos minutos... Repóngase... Volveré.

Al irse, se volvió para mirarla; pero ella no se movió.

Sorprendido y confuso más que nunca, y vibrante todavía por la emoción amorosa, subió casi corriendo la escalera, decidido esta vez a interrogar francamente a su amigo, al que encontró atareado en los preparativos de viaje, en medio de un gran desorden de trajes y ropa blanca y envuelto en una nube de humo de cigarrillos. Pero al verle tan alegre, con aquella cara resplandeciente de hombre feliz, en la que se revelaba el placer intenso por volver, después de dos meses de clausura, a su antigua vida de goces, de nuevo le contuvo el pudor altivo de su pasión, y también el temor, sentido ya antes, de enterarse de algo que, descubriendo el misterio, humillase su amor propio y le arrancase brutalmente su ilusión querida.

Después de haber cerrado una maleta, sin cesar en su charla jovial, su amigo se sentó a una mesita donde había un montoncito de billetes de banco preparados para saldar las cuentas antes de emprender el viaje; y se puso a repartirlos, indicando con palabras de buen humor a quién estaba destinada cada cantidad.

—Esto para el caritativo comendador que me da albergue... Esto para el sastre que me viste... y que me desnuda... Esto para el médico que me ha conservado a la admiración de mis contemporáneos...

Y así sucesivamente.

Por último, tomó el postrer billete de veinticinco liras que quedaba, y agitándolo ante uno de sus ojos, que guiñó misteriosamente, añadió en voz baja:

—Y esto para la belle Georgina, por un motivo secreto... que la discreción me prohibe decir.

El pintor sintió que la sangre se agolpaba en su cerebro, como si hubiese recibido un insulto.

—¡Georgina! ¿La hija de la portera?

—Ella misma, — respondió el amigo, que continuó sonriendo malicioso. — ¡Ah! ¿Tú también la conoces? Es extraño que no me hayas hablado de ella nunca. ¿Y qué es lo que te asombra? ¿Acaso que la cantidad te parece modesta para una muchacha tan bonita? Los otros no le dan más. Es la cifra convenida ¿Y por qué no has de ser tú del número? Palabra de honor que nunca habrás empleado mejor tu dinero.

El pintor palideció; en poco estuvo que no se le escapara un grito. Con voz sofocada, preguntó:

—¿Pero es posible?

El amigo se le quedó mirando, atónito.

—¡Ah! — exclamó luego, riéndose. —No no es lo que te figuras... ¡Diablo!... Veo que no estás enterado... Se trata de una suscripción que hacemos los inquilinos de la casa para que el ortopédico Rota le construya una pierna artificial a la pobre muchacha, que hace tiempo la desea: doscientas liras, último modelo perfeccionado, con sus buenas articulaciones de acero y su piececito calzado; una maravilla que le servirá como una pierna viva... ¡Pero qué cara me pones!... Seguramente no has advertido que no tiene más que una pierna, la pobre niña... ¿No?... ¡Claro!... ¡Como si lo has venido a las horas en que está sentada trabajando!... ¡Pobre Georgina!... Hace diez años, cuando tenía ocho nada más, se cayó de una ventana del primer piso... Hay quien dice que la caída fué de una escalera en la que su padre le dió una patada estando borracho; el padre era un bruto que reventó. Pero yo soy optimista y quiero creer en lo de la ventana del primer piso... Total, una fractura horrible del fémur... Fué preciso amputarle la pierna por el muslo, a cuatro dedos de la articulación..., y por milagro se salvó.

Calló un instante. Luego, dando siempre vueltas por la habitación en busca de ropas que meter en las maletas, prosiguió:

—Hace diez años que se vale de las muletas. ¡Qué lástima! ¡Si vieras, aun con las muletas, qué hermosa figura! Hasta que fué mayorcita, según dicen, soportó su desgracia valerosamente, hasta con alegría... Bajaba las escaleras corriendo, apoyando una muleta en los peldaños y haciendo correr la otra por el pasamanos, con una rapidez que aturdía, y se pasaba el día cantando como un pajarito. ¿Has oído alguna vez su vocecita?... Pero, luego, con la pubertad le entró una tristeza que causa lástima. Entonces fué, por lo visto, cuando se dió cuenta de toda su desgracia. ¿Se puede imaginar una burla más cruel de la suerte? ¡Mutilar a una criatura tan hermosa y perfecta como esa! Y es buena como el pan, y trabajadora... Gracias a ella, que se pasa diez horas al día cosiendo con una habilidad poco común, se mantiene su madre. Hay que agregar que ha leído mucho, que ha estudiado ella sola y que sabe muchas cosas. Debido a la desgracia, se ha dado a sí misma una educación de señorita. ¡Pero qué desdicha la suya!...

Cerró otra maleta, encendió un cigarrillo y reanudó la tarea y la charla.

—Mucho más infeliz por ser tan bonita..., porque precisamente la belleza le hace sentir con mayor intensidad la mutilación. Gustar a todos y no ser querida por nadie es una gran tristeza. No llora delante de la gente, pero la hace llorar una palabra, una mirada que le dirijan en la calle, cualquier nimiedad, a veces noches enteras, según dice su madre. Su único consuelo es engañar, cuando está sentada en la portería, a los desconocidos que pasan, y recibir de cuando en cuando una mirada de amor de los que ignoran... lo que le falta. Camina lo menos posible. Tiene escondidas las muletas en un rincón de la habitación, a la

zquierda de la puerta, para que no las vean los que suben y bajan... ¡Una mártir!... Tendrá una juventud breve. ¡Pero es muy bonita, destino infame, muy bonita! Ya me tarda verla con la pierna de Rota, derecha como un huso, con su talle de reina. ¡Será una cosa espléndida! Y al menos tendrá el consuelo de engañar a la gente por las calles, de hacer admirar de todos, sin mezcla de compasión, su belleza de ángel fulminado... Con seguridad que cada vez que salga del brazo de su madre la seguirá una procesión de pretendientes.

Al oir las primeras palabras de su amigo, el pintor había sentido un estremecimiento de horror y de angustia, como si en aquel mismo momento hubiera visto caer la carne de la pobre muchacha bajo el hierro ensangrentado del cirujano. Luego quedó inmóvil y mudo, impasible en apariencia, como si aquel hierro imaginario hubiese cortado de un golpe su pasión también, y nada ya lo pudiera conmover de cuanto se le dijese respecto a aquella desventurada. Y no profirió ya más palabras que las precisas para despedirse del amigo estupefacto.

Pero al hallarse ya en el descanso de la escalera, asaltado por una multitud violenta de pensamientos y de sentimientos opuestos, se detuvo asustado; y hubo de bajar lentamente, deteniéndose de vez en cuando, haciendo esfuerzos para esclarecer con conciencia, apaciguar el ánimo y componer el semblante antes de pasar por delante de la puerta. Su amor se había extinguido... ¿Y por qué? ¿Qué había sido entonces aquel amor? ¿Qué es lo que había amado? La causa que mataba su amor ¿no habría debido aumentarlo, si hubiera tenido un alma verdaderamente noble y buena?

Cruzó por su mente una idea sublime, que debiera haber agitado su corazón; pero ni siquiera se atrevió a medir con el pensamiento aquella altura. Buscó, se representó con la imaginación la realidad secreta y material de la desventura, y se alejó de ella estremecido.

—¡No! — exclamó en su corazón. — ¡Es imposible!

Y con esta palabra impuso silencio a su conciencia, que se calló sumisa, pero más confusa que convencida. Luego sintió un consuelo al notar que su pasión se disolvía en un sentimiento tranquilo de ternura y piedad infinitas.

Una tentación vil, sin embargo, le asaltó en los últimos peldaños de la escalera: la de salir sin que le viera, furtivamente. Pero un impulso imperioso del corazón le condujo hacia la puerta, en la que se encontró casi a pesar suyo, inconscientemente, con el sombrero en la mano, antes de haber pensado ni una sola palabra de lo que iba a decir.

Apenas le vió, pareció como si Georgina leyese en su semblante que "lo sabía".

El joven la miró, leyó en sus ojos ese pensamiento, y comprendió que toda disimulo era ya inútil.

—Señorita, — le dijo con voz angustiada y co nuna mirada vaga, errante, en torno de su persona, — mi amigo se va mañana. Tal vez... por algún tiempo... no tendrá ocasión de verla. Acuérdese de mí alguna vez... Yo me acordaré de usted toda mi vida.

Si el significado de las palabras le hubiera podido dejar una sombra de duda, se la habrían disipado el acento y el temblor de los labios con que fueron pronunciadas. Eran una despedida.

Georgina palideció, dejó rodar dos gruesas lágrimas, que fueron a caer sobre la costura que tenía en sus manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para aferrarle la cabeza y besarla en la frente; pero un ruido de pasos en el zaguán le contuvo. Entonces se volvió hacia el rincón de la izquierda de la puerta, se apoderó con ambas manos de las muletas, las besó dos veces, y las volvió a dejar.

La muchacha se cubrió el rostro con las dos manos y echó a llorar.

Y él huyó, perseguido por el eco del desesperado sollozo.

Edmundo de Amicis

El proceso de Klingelkopf

Klingelkopf tiene un proceso.

Klingelkopf sale de viaje y entrega el asunto a su abogado.

En su ausencia se falla el pleito y Klingelkopf gana la causa. Entonces su abogado le telegrafía:

"El verdadero derecho ha triunfado."

Klingelkopf telegrafía en seguida:

"Apele en seguida".

—¿A qué atribuye usted su longevidad? — preguntó el repórter al centenario del pueblo.

—¿Mi qué? — interrogó el viejo.

—Su longevidad, — repitió el otro.

—¡Ah! Yo nunca he tenido eso.

Un niño lee en un diario y le pregunta a su padre:

—Papá, ¿qué quiere decir crónica?

—Lo que pasa.

—¿Entonces el tren cuando pasa es un crónico.

—Yo no soy argentina, — dice la nena, — nací en Francia.

—¿Qué parte?

—¿Eh? ¡Toda!

LA NOVELA QUE EL PUBLICO PIDIO

Narración novedosa de trágicos sucesos y extrañas, y asombrosas, aventuras relatadas por

HARRISON AINSLEY

(Traducción del inglés)

(Véase el número 76 y siguientes de "Pucky")

GIRT movió la cabeza en sentido afirmativo y Geoffrey, moviendo las palancas de la maquinaria, hizo que la hélice, girando en sentido inverso, hiciera retroceder lentamente al sumergible. Geoffrey hizo que Sonia se pusiera de uardia, mirando por la ventanilla, para advertirle lo que iba sucediendo, y guiar así sus movimientos.

Con sumo cuidado y habilidad fué virando el buque sin enredarse en las fatales mallas.

La tarea era bastante difícil, pero, después de unos minutos, estuvo terminada sin ningún tropiezo. El nivel del agua, a pesar de todo cuanto se había hecho, había subido en la sala de máquinas.

Geoffrey movió de nuevo la palanca de marcha hacia adelante. Rugió la máquina y el submarino avanzó a toda velocidad, pasando al otro lado de la red.

—¡Hurra! — exclamó Sonia. — ¡La red se ha roto! ¡Hemos pasado del otro lado!

Un estremecimiento de contento sacudió el cuerpo de Geoffrey, que se secó el sudor que cubría su frente, consecuencia de la ansiedad de los momentos pasados. Se inclinó luego hacia la máquina para disminuir la velocidad, y en el mismo instante en que así procedía se oyó un ruido horrendo, y todo el buque se estremeció violentamente, balanceándose como sacudido por agitadísimo oleaje, y un grito de terror y de desesperación brotó de labios de Sonia.

Girt vivió la cabeza, con gesto de ansiedad y el ceño fruncido. El buque comenzaba a inclinarse y se hundía.

Sonia acudió corriendo, agitadísima, a la sala de máquinas.

—¡Hemos chocado con el tubo vertical que comunica a la boya con el túnel subterráneo! — dijo con entrecortado acento. — ¡Lo distinguí delante de la proa, pero no tuve tiempo para avisar! La parte delantera del submarino se ha aplastado. El agua debe estar entrando a torrentes en el doble casco interior. ¡Nos hundiremos en pocos minutos!

No era posible equivocarse sobre la veracidad de aquellas palabras dichas con frase entrecortada por la emoción. El débil buque construído por el profesor Gale, estaba hundiéndose.

Geoffrey tomó a Sonia de brazo y medio la acompañó, medio la llevó en andas, hasta la escotilla.

—¡Levante los brazos sobre la cabeza como para zambullir! — dijo. — ¡Respire llenando bien los pulmones! ¡Por suerte, no estamos a mucha profundidad!

Sonia hizo lo que Geoffrey le ordenó con voz tranquila, en la que no se notaba, — gracias al esfuerzo de voluntad del joven, — ni emoción ni alarma.

Geoffrey se dirigió a abrir la escotilla. El agua entró como impetuoso torrente.

Un instante después, Sonia salió por la escotilla y Geoffrey la vió alejarse hacia la superficie.

Poco era el aire que quedaba en el hueco interior del submarino, que se hundía con creciente rapidez. Otro minuto más, y se

precipitaría hacia el fondo como una piedra.

Indicó Geoffrey a Girt que pasara primero, pero su amigo hizo un gesto y no se movió, ordenando a Geoffrey que saliera él antes.

Después de Geoffrey, el valiente Girt, el último en salir de aquella trampa de muerte, pasó por la escotilla, flotando lentamente hacia la superficie del mar.

No se hallaban a gran profundidad, pero el aire parecía querer hacer estallar sus pulmones mientras ascendían hacia la superficie.

Cuando Geoffrey logró sacar la cabeza fuera del agua miró en su redor, y experimentó grandísima satisfacción al ver a Sonia asida a la cadena del ancla de la boya de campana. Sonia estaba muy pálida, pero sonrió cuando su mirada se cruzó con la de Geoffrey, y sus ojos relucieron de contento cuando vió aparecer la cabeza de Girt sobre las aguas, cerca de donde se hallaba Geoffrey.

Girt, cuya resistencia pulmonar rayaba en lo inverosímil, — y le había servido para salvarse, en el Támesis, del apuro más grande de su vida, — no estaba tan exhausto como los otros dos, así que pudo nadar inmediatamente hacia la boya, ayudando a Geoffrey y recogiendo a Sonia al pasar por donde ella estaba.

Con la agilidad acostumbrada, Girt subió a la boya y ayudó a Sonia y a Geoffrey a subir. Darkin no había tomado la precaución de cerrar la escotilla por dentro, así que fué muy fácil y rápido el pasar, descendiendo por la escalera de hierro, al extraño cuarto constituído por el interior de la enorme boya.

Un rugir de agua en violento movimiento llegó a sus oídos cuando descendieron los tres por la escalera de caracol que constituía el tramo de unión con el tubo que comunicaba con el túnel, y poco después se dieron cuenta de la razón de aquel ruido.

En el revestimiento de acero del tubo vertical, el golpe del submarino había abierto un boquete y el agua entraba por él, cayendo, como extraña catarata, al fondo del conducto.

Geoffrey observó aquello y luego miró con ansiedad a sus compañeros.

—Si no se tapa esta brecha, el resultado será que San Ormes se inunde por completo, — dijo. — ¿Descenderemos?

—Yo lo prefiero a ir nadando hasta la costa desde la boya, — dijo Girt, comenzando el descenso. — El agua que entra por el boquete tardará horas en llenar el túnel, así que antes de que haya interrumpido el paso, podremos pasar sin inconveniente.

El agua que entraba en el tubo vertical caía, en forma de cascada, sobre los que descendían, pero agarrándose firmemente al sólido pasamanos pudieron bajar lentamente hasta que por fin se vieron en el piso del túnel horizontal, — en otro tiempo galería de una mina de estaño, — por donde el agua seguía, formando un arroyo.

Había, sin embargo, mayor caudal de lo que ellos creían encontrar, pues en algunos sitios el piso del túnel estaba cubierto por el agua de lado a lado y el líquido elemento corría con rapidez hacia San Ormes.

—¡Vamos! — ¡No hay tiempo que perder! — dijo Geoffrey, avanzando en la oscuridad, pues no tenían linternas eléctricas y los fósforos que llevaban estaban mojados y, por lo tanto, inservibles. — Es necesario tapar el paso del agua del lado de San Ormes en cuanto hayamos pasado. Si no hacemos eso...

Oyóse un terrible estampido a poca distancia delante de ellos, como contestando a las palabras de Geoffrey, y un olor a humo de pólvora se extendió por el túnel.

Geoffrey avanzó rápidamente, pero casi en seguida se detuvo, ahogando un grito de horror.

Porque el túnel se interrumpía bruscamente. Ante ellos se encontraba un montón de escombros de tierra y piedras, de entre el cual brotaba el humo de la pólvora.

Entonces comprendieron ellos, en un segundo, qué era lo que había pasado.

Darkin, viendo que al avance del agua amenazaba inundar todos los pasajes subterráneos de San Ormes, había tomado inmediatas, pero fútiles medidas para evitarlo. Había volado el pasadizo que conducía a San Ormes con el objeto de detener el paso del agua que entraba en forma de catarata por el agujero del tubo vertical de la escalera de la boya.

Todo esto lo comprendieron Geoffrey, Girt y Sonia inmediatamente. Pero también comprendieron después una verdad más importante y más terrible, por cierto. El camino de San Ormes estaba obstruído. Escapar por el sitio por donde habían llegado parecía imposible, pues la catarata seguía cayendo.

Estaban atrapados, perdidos como ratas en la bodega de un buque que se está hundiendo.

Luchando para salvar la vida

Durante algunos momentos, Geoffrey y Girt se quedaron parados, atónitos, mirando el montón de escombros que había ante ellos y formados por el derrumbado techo y los costados del túnel que Darkin había volado mediante un petardo, con el propósito de evitar el avance del agua que se metía, cada vez más abundante, por el hueco hecho por el submarino en el tubo de hierro que comunicaba al túnel con la boya.

Aquella hazaña había sido indigna de la habilidad y de la astucia de Darkin, pues la barrera que de tal modo había interpuesto al impulso del agua, sólo podía detenerla muy corto tiempo, y no tardaría en verse vencida por el líquido elemento en cuanto el agua aglomerada en el túnel y en el tubo vertical ejerciera su presión enérgica.

—¿Qué podemos hacer?

Sonia miró a Geoffrey en la oscuridad y su voz, suave y tímida, pero no atemorizada, formuló esa pregunta con una tranquilidad que demostraba el temple del carácter de la hija del profesor Gale.

—¿Cree usted que podremos abrirnos paso por aquí? ¿Le parece? — preguntó Sonia.

indicando el montón de escombros.

Geoffrey sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—Me parece que no, — dijo. — No disponemos de herramientas, y Darkin debe haber usado una carga muy fuerte. Así es que el montón de escombros debe ser bastante profundo. ¿Qué dicé usted a esto, Girt?

—Digo que es imposible pasar, — manifestó Girt fastidiado. — Necesitamos un par de zapapicos... ¡Y aún así! El aire se está poniendo muy pesado.

Era esto verdad, aun cuando ninguno de los otros dos lo había echado de ver. Respiraban con exceso de fatiga y con apresuramiento anormal.

La caída de las rocas había interrumpido la ventilación constante del túnel, que conservaba, en tiempos normales, la pureza de la atmósfera en aquellos subterráneos. Por el tubo de la escalera no entraba, en verdad, ni la menor partícula de aire fresco.

El resulado de esto tenía que ser, — y de ello se percataron los tres en aquel instante, — la muerte por asfixia. ¡Otro peligro más que les amenazaba en aquel sitio!

Geoffrey había tenido ante sí a la muerte con excesiva frecuencia, para sentir demasiado miedo o para aturdirse y perder la cabeza. Los grandes peligros, lo que hacían era fortalecer aun más la energía de sus nervios, dándole el poder de contemplar con toda calma el cuadro de las circunstancias sin desesperación y sin aturdimiento.

Después de una breve pausa, Geoffrey miró a Girt que tenía el mismo gesto de enfado que presentaba en todas las situaciones difíciles, como si estuviese enojado contra la casualidad o las circunstancias.

—¿Se le ocurre a usted alguna idea, Girt? — preguntóle entonces Geoffrey.

—¡Idea! ¡Aquí no hay más que aprovechar el recurso que se presenta y que por más que se mira, es uno solo! — exclamó Girt casi gruñendo más que hablando. — ¡Para salir como sólo se puede salir por un lado, por ese lado hay que ir!

—¿Por dónde?

—¡Por donde vinimos! — dijo Girt. — ¡Por donde vinimos! ¡Eso es!

—Pero... — dijo entonces Geoffrey mirando a Sonia. — No nos será posible volver por la escalera haciendo frente a...

—Aquí la cuestión no es preguntarse si va a sernos posible o no, — dijo Girt. — Por ahí hay que salir, si se ha de salir. Si podemos o no pasar lo veremos cuando lo hayamos intentado. Mientras estemos aquí, esperando, no nos enteraremos de nada.

Girt hablaba medio gimiendo y antes de terminar su frase se dirigió hacia el pie de la escalera de caracol, donde el agua caía como lluvia copiosísima y violenta.

Sonia tomó la mano de Geoffrey en la oscuridad y la estrechó fuertemente mientras se encaminaba tras de la figura baja pero fornida de su compañero.

A pesar del gesto de enfado de Girt y de la brusquedad de sus palabras, sabían que el abnegado amigo de Geoffrey procuraría ser él quien primero probara si era posible resistir al peso del agua y que, además, procuraría servirles de pantalla y de resguardo durante la subida, mientras le quedara en el cuerpo un átomo de energía.

El boquete del tubo de acero debía haberse agrandado mucho porque era más que antes el agua que por él entraba.

Girt, de pie junto al extremo de la escalera de caracol, extendió el brazo debajo del chorro que caía. El agua dióle con tanta fuerza que le ocasionó agudo dolor físico y el hombre retiró el brazo murmurando:

—Esto se ha puesto peor, — gruñó. — Pero no hay otro camino. ¡Probaremos!

Del pecho desenrolló el larzo lazo, que en sus manos, constituía un arma tan útil y tan poderosa y ató a Sonia, con toda seguridad, por la cinura.

Después pasó el lazo en torno del cuerpo de Geoffrey asegurándolo también, y, por último, se ató él, a su vez.

—Ahora, — dijo, — levanten las manos sobre la cabeza, encójanse, y que el golpe fuerte del agua les dé en la espalda! ¡Tenemos que avanzar muy junto el uno al otro! ¡Usted, Geoff, detrás de mí; la señorita Gale tan cerca de Geoff como le sea posible! ¡Adelante, pues! ¿Prontos?

Geoffrey dirigió una rápida mirada al rostro expresivo y enérgico de su amigo Girt hacía los preparativos y lo organizaba todo disponiéndose a subir él primero, siendo él quien recibiera toda la acometida fuertísima del agua que caía, sobre sus sólidos hombros.

La escalera era de caracol y muy empinada la situación de sus peldaños, así que resultaría que Girt resguardaría a Geoffrey y éste, a su vez, serviría de pantalla protectora a Sonia.

Geoffrey hubiera preferido dividir más equitativamente la fatiga, pero no se atrevió ni a indicarlo, pues hubiese sido inútil, tratándose de Girt, cuya testarudez en cuestiones de abnegación conocía prácticamente hacía mucho tiempo.

—Estamos prontos, — dijo Geoffrey un instante después.

—¡Adelante!

Girt se encogió y se metió bajo el torrente que caía, seguido muy de cerca por Geoffrey y por Sonia.

Era tal la fuerza del agua que casi perdieron el equilibrio; pero pasaron, mediante un soberbio esfuerzo, y un minuto después subían lentamente por la escalera de hierro que conducía a la boya de campana.

Una vez en la boya se encontrarían, relativamente, en seguridad, aun cuando tuvieran ante ellos el problema de llegar a la costa y a San Ormes, a donde debían necesariamente llegar si sus planes habían de ser puestos en ejecución.

Subieron lentamente, peldaño tras peldaño, encogidos, con las manos cruzadas sobre la cabeza.

Cada vuelta de la escalera pareció tener más de longitud, tan fatigosa era aquella subida bajo el constante azote del agua que caía de gran altura.

La subida parecióles reaumente algo interminable.

Pero sin cesar, gruñendo a veces, mientras respiraba jadeante. Girt batalló sin un solo momento de flaqueza, sosteniendo tirante la

cuerda de su lazo y casi levantando materialmente a Geoffrey, quien, en ocasiones, sintióse dominado por la fatiga.

A mitad de camino llegaron a un pequeño hueco, en el que pudieron acurrucarse fuera del alcance del torrente que caía

Allí les fué posible descansar un poco, reponiendo sus fuerzas y preparándose para librar la batalla final que les había de dar la victoria sobre aquel conjunto de circunstancias contrarias, confabuladas contra ellos en forma que hubiera vencido rápidamente a personas dotadas de menos tenacidad y menos energías.

Siguieron, pues, subiendo y a medida que subían la fuerza del agua, — disminuía la altura de su caída, — iba haciéndose cada vez menor.

La fatiga volvió, muy pronto, a apoderarse de ellos. Subían, escalón tras escalón, casi sin darse cuenta de lo que les rodeaba, en un estado de extraña turbación...

Sonia había tenido ya, en varias ocasiones, que agarrarse al pasamanos para no caer. La valerosa joven hacía el mayor esfuerzo para no dejarse vencer por la terrible fatiga y la intensa tensión nerviosa, pero hubo un momento en que fué vencida su voluntad.

Tomándose del brazo de Geoffrey, Sonia cerró los ojos y se quedó desmayada. Geoffrey quiso tomarla en brazos y continuar subiendo, pero no le fué posible... ¡Le faltaban las fuerzas!

Fué Girt el que, incansable, indomable, pudo, aun después de todo lo que había hecho, salvar la situación.

Tomó a Sonia en sus brazos y apresurando la subida, casi alzando tras sí a Geoffrey, agobiado por el cansancio, pasó por delante del chorro de agua del boquete y libre ya del obstáculo del torrente, ascendió hasta el cuarto circular constituido con el interior de la boya.

En cuanto llegó a aquel sitio relativamente seguro, en cuanto hubo desatado el lazo y puesto a Sonia tendida en el suelo, mientras Geoffrey se sentaba allí mismo, vacilante y mareado, Girt sintió que también sus energías habían llegado al agotamiento y no pudiendo tenerse en pie, se recostó, y en el mismo momento le dominó un sopor como un desmayo.

Nunca hubiera podido decir Geoffrey el tiempo que permanecieron los tres adormecidos, vencidos por el terrible trance, si las circunstancias no le hubiesen permitido más tarde calcular el tiempo pasado.

Fueron necesarias algunas horas para devolverles relativamente, las energías perdidas, contribuyendo a reponer sus fuerzas unos tragos de cognac, de una de las botellas que había en un pequeño armario colgante de la pared interior de la boya y puestas allí sin duda, por los ya desaparecidos habitantes de San Ormes, para reconfortar a los que entraban por la fatigosa, — aún en tiempos normales, — vía del túnel, la escalera de caracol y la boya.

Repuestas así las fuerzas presentábase aun ante Sonia, Geoffrey y Girt el problema de llegar desde la boya a la costa y de allí a San Ormes.

Después de esperar el tiempo que le pareció necesario, Girt subió por la escalerita de hierro, levantó la tapa de la boya y miró hacia el mar.

—Ha llegado el momento oportuno, — dijo contemplando la serena superficie del agua. — La marea sube con bastante fuerza. Casi no necesitaremos nadar. La corriente nos llevará hacia la costa.

Sonia se estremeció al pensar en la nueva aventura que se le presentaba.

—Si lo prefiere, Sonia, podría usted quedarse aquí hasta que los dos viniéramos a buscarla en un bote. En la costa encontraremos pronto un esquife en que venir por usted, — dijo Geoffrey.

—No, — respondió Sonia con su valentía de siempre; — sería mayor la pena que me causaría la ansiedad por la suerte de ustedes que la molestia que puede causarme el nadar hasta la costa. Además, en esta circunstancia me dará valor el pensar que, por fin, vamos a donde podremos descansar de todas las emociones de hoy.

—Pero ¿qué peligro podemos correr?—insistió Geoffrey.

—Ustedes dos, vestidos de penados, ¿cómo van a aventurarse solos? Es necesario que yo, que podré adelantarme, vaya primero y una vez en tierra, vea si el camino no presnta peligros.

—Su valor, Sonia, tiene contestación para todo, — dijo Geoffrey con una leve sonrisa.

—Además, me siento muy bien en este momento y estoy dispuesta a ir con ustedes.

—¡Vamos, pues! — dijo Girt desde el hueco de la escotilla de la boya desde donde había oído la conversación entre Geoffrey y Sonia con la misma impaciencia con que se oía todo cuanto se conversaba y le parecía inútil, en momentos decisivos. — Aprovecha-

La lucha por la existencia

El mar en la costa de frente a San Ormes estaba picado y hallábase solitario cuando dos hombres, que vestían el odioso uniforme de los penados, llegaron a la playa, sosteniendo entre ambos a una hermosa joven cuyas blancas vestiduras chorreaban agua.

—¡Hay que andar con mucha cautela, Geoff! ¡No se olvide usted de los trajecitos que tenemos puestos! — gruñó Girt con tono de advertencia al ver que su compañero pretendía apurar el paso.

Geoffrey inclinó la cabeza en señal de asentimiento guareciéndose detrás de un enorme peñasco.

Allí podrían descansar lo necesario hasta que les fuera posible continuar su viaje hacia el viejo caserón de San Ormes cuyas mansardas se distinguían a lo lejos, y en el que les esperaba una seguridad si no absoluta, por lo menos relativa.

Geoffrey y Girt se quedaron ocultos detrás del peñasco y, un poco después, Sonia, — la única de las tres personas cuya presencia no podía producir inmediata alarma, — se adelantó, por el camino, a alguna distancia.

Al cabo de pocos minutos la joven hizo

señas a los dos hombres de que no se veía a nadie y podían, por lo tanto, avanzar.

Salieron pues, de detrás del peñasco protector y, con buen paso, rápido y elástico, encamináronse hacia San Ormes.

Pero poco antes de que llegaran al camino carretero que se cruzaba con el de San Ormes, en el sitio en que éste describía una curva, Sonia lanzó un grito de alarma, pues los dos hombres habíanse encontrado de manos a boca con dos paseantes, vestidos de turistas que habían surgido, sin que se supiera cómo, de un espacio poblado de retamas, situado al margen de la carretera.

Los dos viajeros permanecieron un momento inmóviles, como perpelejos, mirando alarmados a los dos hombres, — vestidos de presidiarios, — que se habían parado también a poca distancia.

Uno de los viajeros se volvió a su compañero, díjoles algo en voz baja y después, ambos avanzaron apresuradamente.

—¡Quieto! ¡No corra!

Estas palabras díjolas Girt en voz baja, sin separar los diente.

Los dos turistas avanzaban, pero no con mucho aplomo, realmente. Se notaba que estaban impresionados.

El más alto de los dos viajeros detúvose ante Girt, apoyándole la palma de la mano en el hombro.

—Usted perdone, — dijo cortésmente. — Tenemos razones para suponer que ustedes son penados evadidos. Hace rato que observamos lo que ustedes hacen.

El hombre tomó entonces a Girt del brazo. Pero su mano no llegó a apretar mucho. Con un movimiento rápido como el rayo, Girt le tomó de la muñeca y le separó el brazo. En seguida, mediante un golpe de boxeo, certero y formidable que le dió en el hombro, envió al turista, girando sobre sí mismo como un trompo, a caer sobre un macizo de retamas, al lado de la carretera.

Al otro turista, que se había quedado atónito y que era más pequeño y delgado que el primero, lo tomó Girt por el cuello y la entrepierna y lo envió por los aires a caer junto a su compañero.

—¡Lamento mucho haber tenido que recurrir a medios tan convincentes, pero nos quedaba otro recurso! — gruñó Girt mientras movía los brazos como de entumecíndolos. — Además, — agregó, — no me ha venido mal un poco de ejercicio.

Tomó a Sonia de la mano y cruzando la carretera se dirigió, cortando camino hacia el sitio donde, pasado el terreno pantanoso, veíase la blanca tapia que cercaba las tierras de San Ormes.

Cuando llegó a la pared de circunvalación, Girt, tomando impulso, saltó a lo alto de la tapia y luego, acostándose en ella transversalmente, tendió los brazos, omó a Sonia de las manos y la elevó hasta el borde de la pared.

Un instante después estaba la joven sentada en lo alto de la tapia y Girt ayudaba a Geoffrey a subir, a su vez.

Cuando los tres estaban en la altura miró Girt hacia el sitio de donde venían y no pudo reprimir una sonrisa al ver a los dos turistas que corrían, a buen paso hacia ellos.

Eran hombres tenaces, lo que les había pasado habíales caldeado la sangre y parecían resueltos a no cejar en su propósito de detener a los fugitivos.

Durante unos momentos Geoffrey se quedó en lo alto de la tapia, moviendo la mano, enviando una sarcástica despedida a los turistas.

Después saltó a tierra, reuniéndose a Sonia y Girt, que habían saltado un momento antes.

—¡Geoff! — gritó en aquel momento a su amigo al ver el rumbo que tomaba. — No se dirija a la casa! ¡Puede ser que se les ocurra avisar después a la policía y si vienen los de la ley a visitar San Ormes todo se habrá perdido!

Girt, sin soltar de la mano a Sonia para darle más confianza en sí mismo, pero no se encontraba falta de fuerzas, pues había bastado el corto descanso que habían tenido para disipar su fatiga en lugar de dirigirse al viejo caserón, — medio derruído ya por obra del explosivo del profesor Gale, — encamináhase al saltos más que corriendo, hacia el bosquecillo de pinos que tendía su sombra sobre las aguas del lago, donde, pocos meses antes, Sonia había desaparecido, del modo más milagroso e inexplicable, bajo la capa de hielo.

Cuando Geoffrey llegó junto a ellos menguaron la rapidez de su paso, pues estaban seguros de poder escapar.

Al notar que corrían menos de prisa, sus perseguidores lanzaron gritos de alegría y se apresuraron, corriendo desesperados hacia ellos.

Al llegar a la orilla del bosquecillo de pinos, Geoffrey se detuvo y les hizo señas de que se apresuraran.

Corrió por entre el bosque de pinos y se detuvo a la orilla del lago junto a Girt y Sonia, que se disponían a zambullir en las tranquilas aguas.

Geoffrey apoyó una mano en el brazo de Girt para detenerle

—¡Un instante! — dijo. — Ya que estamos en ello, que la sorpresa sea completa para esos señores turistas. Esperen a que yo dé la voz de mando para zambullir.

Sonia sonrió y Girt se rió por lo bajo volviendo la cabeza y mirando a los dos hombres que ya habían entrado en el bosquecillo de pinos. El más bajo de los viajeros corría máe ligero y llegó a ellos levantando a amenazador, el bastón.

—¡Un momento! — dijo tranquilamente Geoffrey, en el instante en que el turista iba a salvar las pocas yardas que le faltaban. — ¡Al agua! ¡Ahora!

Con extraña precisión mecánica los dos hombres vestidos de presidiarios y la joven entre los dos, saltaron de la orilla del lago y se hundieron en las oscuras aguas de éste simultáneamente y produciendo gran movimiento del líquido que saltó en todas direcciones.

El turista se detuvo con dificultad en la orilla, sin caer en el agua, pues casi le lleva a caer en el lago el impulso de su carrera. Se quedó parado, mirando hacia el agua, con una expresión de extraordinario

asombro en el rostro rojo y sudoroso a causa del esfuerzo realizado.

Esperó, completamente aturdido y confuso la llegada de su amigo que se detuvo junto a él, jadeante y le miró a la cara intrigado.

—¿Qué ha sucedido? — tartamudeó el recién llegado secándose la sudorosa frente. — ¿Dónde están ellos?

El interpelado no contestó. Se quedó mirando hacia allí como si estuviera soñando, fija la vista en la superficie del agua, en la cual las ondas concéntricas se iban extendiendo ondulantes... Parecía que esperaba ver resurgir a los tres fugitivos.

—¿Pero qué mira usted? ¿Dónde están ellos? — preguntó, insistiendo, el más alto de los dos turistas.

—¡Están ahí dentro! — respondió el interrogado, indicando con el bastón la superficie del lago. — ¡Espere un minuto! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Esperaron un minuto... dos minutos, tres, cuatro... sin que hablara ninguno de los dos.

Al cabo de ese término, elmás alto de los viajeros, impaciente ya, tomó del brazo a su compañero, sacudiéndole como si estuviera dormido y se propusiera despertarle.

—¿Qué ha querido usted decir con eso de "están ahí dentro?"...

—Pues que están ahí dentro... ¡Dentro del lago!

—¿Dentro del lago?

—Sí. Zambullieron los tres. Se hundieron los tres en el agua, los dos hombres y la mujer.

—¿Y no han vuelto a salir?

—No.

—¿Los vió usted zambullir?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

¡No lo sé! ¡Creo haberlo visto, pero ahora, dudo de que lo haya visto, porque es algo imposible! — exclamó el del bastón, separándose de la orilla y moviendo la cabeza dubitativamente con la expresión de quien sospechara de la verdad que sus propios ojos habían visto.

—¡Pero explíquese usted! — insistió el más alto. — ¿Qué vió usted?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! — dijo.

Calló de pronto y tendiendo la mano hacia su compañero, agregó:

—Deme su cantimplora, Wilson; necesitot omar un trago de coñac. ¡Siento que la to tomar un trago de coñac. ¡Esto es lo más extraordinario que he visto en mi vida! ¡Venga el coñac! ¡Pronto!

Su compañero destapó el frasco y le dió a beber unos sorbos del reconfortante licor.

Una sorpresa

El testigo del asombroso suceso consiguió así, por el momento, reanimar su maltratado sistema nervioso.

Desde una de las muchas ventanas del piso más alto de San Ormes — ventanas que parecían atisbar como ojos toda la comarca circundante. — Sonia Gale, Geoffrey Duncan y James Girt contemplaban a los dos turistas, los cuales, discutiendo nerviosamente, — se comprendía que era así por lo mucho que ambos manoteaban y las repetidas veces que uno u otro se detenía para no decir andando alguna frase de importancia, — se alejaban lentamente, cruzando las tierras de San Ormes, hacia el camino carretero.

Sonia, Geoffrey y Girt habían utilizado, — como se habrá comprendido, — el pasaje que ponía al lago en comunicación con uno de los tantos pasadizos subterráneos que hacían del subsuelo de San Ormes un verdadero hormiguero. El paso del lago al subterráneo era breve y fácil y estaba siempre expedito, de modo que la hazaña había resultado sencilla para quienes hallábanse casi podría decirse habituados a los momentos graves y a mirar cara a cara los peligros de la muerte.

Desde la ventana por donde miraban no podía distinguirse la expresión del rostro de los decepcionados turistas, pero adivinábase cual debía ser su gesto, así que los dos hombres rieron, pensando en la perplejidad de sus poco antes ardientes perseguidores... rieron Geoffrey y Girt, quizás por primera vez en San Ormes. Y su ria, franca y alegre reonó como algo extraño, exótico, asombrosamente inadecuado, en la atmósfera pesada de tragedia y de misterio que reinaba en la tenebrosa y lúgubre vieja mansión.

Pero su momentánea alegría desvaneció-se tan pronto como los viajeros se perdieron completamente de vista.

Había otras cosas urgentes y de vital importancia, y nada risueños por cierto, en que pensar.

Por la misma razón que Darkin tenían ellos interés en detener el avance de la inudación que casi les había costado la vida

La inundación amenazaba llenar de agua de mar todos los pasajes subterráneos de San Ormes. Si esos paajes eran inudados por el mar el invento del profesor Gale, enterrado en su secreto alvéolo quedaría perdido para ellos y quizás definitivamente para la humanidad.

—¡No tenemos tiempo que perder! —dijo Geoffrey separándose de la ventana después de haber visto como los dos turistas saltaban la tapia de circunvalación y pasaban a la carretera.

La cara de Geoffrey, al decir esto había vuelto a adquirir la expresión de preocupada pesadumbre que presentaba siempre, desde que los asaltos relacionados con San Ormes tenían a su espíritu en constante intranquilidad y angustia.

—¿Se refiere usted al invento? ¿Cree usted que debemos ir inmediatamente en su busca? — dijo Sonia.

—Sí. Cuando el agua tenga suficiente fuerza se abrirá paso por todas partes sin que nada pueda detenerla. Dentro de pocas horas, según creo, todo se habrá perdido. Es

necesario proceder sin demora pues según pude juzgar cuando examiné la caja que encierra el invento, serán necesarias algunas horas para desprenderla de su lecho de cemento.

Girt estiró los brazos y movió la cabeza como el que se dispone a hacer algo.

—Vamos, ahora mismo, — dijo — Pero tal vez la señorita Gale desee descansar un rato. Geoffrey y yo podríamos...

—Yo les acompañaré, — dijo Sonia sonriendo y mirando a Geoffrey.

Girt no insistió y los tres salieron de la habitación en que habían entrado para mirar por la ventana la retirada de sus burlados perseguidores.

Por los solitarios pasillos encamináronse luego, hablando lo poco que hablaron, en voz muy baja. En San Ormes todas las mayores precauciones tenían justificativo. Tanto Darkin como su cómplice lt hechicera Ruth de Lys podían hallarse cerca, en cualquiera de las habitaciones, tras las sombrías paredes mohosas...

—¿Hay modo de descender al subterráneo sin utilizar el hueco de la torre? —preguntó Geoffrey a Sonia.

—No, no hay otro sitio por donde pasar, — contestó la joven.

—¿Es imprescindible entrar en la torre por la puerta del techo? — interrogó entonces Geoffrey.

—Sí. Toda la pared de la torre es unida y no tiene más huecos que las estrechas ventanas. Para entrar en ella tendremos que entrar por la puerta que está a nivel del techo de la casa.

Pocos minutos después habían subido por una estrecha escalera de varios tramos y se encontraban en la parte Oeste del biejo caserón.

El sol, que comenzaba a ponerse, parecía una enorme esfera de fuego que flotase en el extremo remoto del mar. Geoffrey apresuró el paso al notar aquello, pensando que el astro del día se encontraba casi en el cenit cuando el submarino dió contra el tubo vertical que comunicaba a la boya con el túnel de la mina de estaño y a juzgar por su posición en aquel instante, debían haber transcurrido más horas de las que, mentalmente, había calculado. ¡Y durante todas esas horas el agua había seguido entrando por el boquete. cada vez mayor, del tubo de acero! ¿Llegarían a tiempo? ¿No terminaría el cúmulo de tropiezos que les había interrumpido el camino por hacerles fracasar definitivamente?

Sugieron por la escalerita de hierro que conducía a la pequeña puerta-ventana, y, una bez dentro de la misma torre, comenzaron a bajar por la escalera de caracol, vieja y medio deshecha, que descendía en línea vertical una distancia de más distancia de más de cien pies, llegando hasta el subsuelo de la bieja mansión.

Como se recordará, la escalera de caracol, de hierro, que había en la torre, estaba tan carcomida que, en algunos sitios habíanse caído los peldaños. Donde faltaba escalera colgaban cuerdas, unas con nudos y otras sin ellos, que permitían suplir hasta cierto punto, la falta de otro elemento más cómodo para pasar ya fuera bajando, ya subiendo.

Para Girt, sin embargo, una cuerda colgante era un medio de subir o bajar tan bueno como la más suave y cómoda escalera digna de un palacio y fué él quien descendió por los peldaños de hierro hasta llegar al primer hueco donde éstos faltaban. Gruñó, con satisfacción, como si el hecho de que el descenso presentara alguna dificultad le fuera especialmente agradable y tomándose de la cuerda, moviendo acompasadamente una mano tras de la otra, descendió con su asombrosa agilidad de siempre.

Geoffrey y Sonia quedáronse en lo alto mirándole. Después, Geoffrey se inclinó para descender a su vez.

Pero Sonia le tomó del brazo.

—Uno por uno, Geoffrey, tenga la bondad, — dijo ella. — Espere que Girt haya pisado en la escalera. No conviene recargar la cuerda con el peso de dos personas.

En el mismo instante Sonia lanzó un grito de alarma. La soga se había movido violentamente de modo inexplicable y se hubiera creído que Girt había sido arrojado al fondo de la torre.

Pero, mediante un soberbio esfuerzo, Girt consiguió dominar la dirección de su caída y saltó, evitándose tropezar, en la plataforma que indicaba, quince pies mas abajo el sitio donde volvía a comenzar la interrumpida escalera. El golpe que dió con los pies hizo que la carcomida estructura se sacudiera peligrosamente.

—¡Todo va bien, Geoff! — gritó Girt desde abajo para tranquilizar a sus compañeros. — La cuerda estaba podrida. Sería mejor que ustedes...

Cortóse la frase repentinamente y Sonia vió que Geoffrey se ponía muy pálido mientras miraba hacia abajo con ojos dilatados por el espanto.

De un rincón sombrío de la plataforma inferior había surgido la figura de un hombre. Ese hombre había saltado sobre Girt tomándole del cuello con ímpetu de terrorífica ferocidad.

Estaban los dos, Girt y el que traidoramente le había asaltado, peleando como dementes, balanceándose junto al borde de la plataforma que, insegura, movíase de un lado a otro, al impulso de aquella desesperada pelea.

El último ataque de Darkin

Era muy débil la luz que se filtraba, por las altas ventanas de la torre así que Geoffrey y Sonia que miraban desde lo alto a las dos figuras que se movían de un lado a otro, forcejeando, no lograban casi discernir entre Girt y el que le había asaltado.

Pero había algo en los movimientos de otro hombre, algo en la respiración pesada y ruidosa que llegaba hasta ellos que les decía, quizás mejor que podían decírselo sus ojos, quién era el que estaba peleando con Girt.

Era Darkin.

El hombre, en su inesperado y rapidísimo asalto había logrado tomar a Girt desprevenido y en situación desventajosa y con la fuerza y la furia del odio había ceñido el recio cuerpo por la mitad, sujetándole ambos brazos contra el tronco.

Varia veces fueron de un lado a otro balanceándose a la orilla de la plataforma pero recobrando el equilibrio a tiempo para no caer en el abismo.

Fascinado durante un momento, Geoffrey hallábase de pie, en lo alto, mirando hacia abajo, contemplando aquella escena, aquella lucha desesperada, furiosa, decisiva y mortal.

Pero solo duró un brevísimo instante el aturdimiento de Geoffrey.

Sacando del bolsillo el revólver e que había tenido la previsión de proveerse en el cuarto de San Ormes que consideraban como suyo, amartilló el arma y apuntó.

Pero no se atrevió a oprimir el disparador. Tan abrazados estaban los dos adversarios que era difícil o mejor dicho imposible poder apuntar a uno de los dos sin poner en inminente peligro la vida del otro.

Geoffrey se volvió rápidamente entregando el revólver a Sonia que estaba a su lado.

—Voy a descender, — dijo. — Si usted encuentra probabilidad propicia, haga fuego.

Sonia contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, tomando maquinalmente el revólver, en la oscuridad, sin separar la mirada de sus negros ojos que relucían como ascuas de los dos figuras estrechamente abrazadas que se movían más abajo.

Geoffrey se colgó de la cuerda que pendía sobre el abismo. Se había partido la soga al peso de Girt sin duda ninguna en un sitio donde Darkin la había adrede, debilitado con criminal propósito.

Geoffrey no sabía en verdad qué era lo que iba a hacer. Solo sabía que descendiendo hasta el extremo de la cuerda se hallaría a menos de quince pies de los que peleaban.

Quizás le fuera entonces posible dejarse caer hasta la plataforma prestando ayuda a Girt...

Pero el rellano — que constituía la plataforma, — crugía ya de un modo alarmante bajo el peso de los dos hombres.

¿Resistirá el peso de un tercero y además el impacto de su caída?

El problema era de dudosa solución y prudente era temer que, derrumbándose la plataforma al peso de los tres hombres fueran los tres a caer al fondo del hueco de la tore hallando la muerte en la caída.

La solución vino a preentarse, sin embargo, antes de que Geoffrey hubiera llegado al extremo de la soga.

Mirando hacia abajo vió el recio cuerpo de Girt que se encogía como si le faltaran de pronto sus fuerzas gigantescas y, al suceder esto oyó un grito de triunfo brotado de los febricitantes labios de Darkin.

Pero al grito de triunfo siguió un rugido de rabia y de miedo, pues súbitamente, Girt había henchido su poderoso pecho lo más posible y tendido de tal modo los músculos de sus brazos que se notaba su línea por sobre las mangas del saco. Con un potente esfuerzo se libró del abrazo de Darkin y libertó una de las manos Un segundo después había libertado la otra mano.

Vióse a Darkin de pie, jadeante, con el más intenso terror pintado en las facciones de su rostro de criminal.

Girt, ante él, le miraba tranquilamente, con los labios apretados, con los ojos echando chispas bajo sus cejas pobladas y gruesas.

Pero solo fué una fracción de segundo el tiempo que etuvieron así, frente a frente y sin embargo, el cuadro quedó impreso para siempre, indeleble, en la mente de Geoffrey Duncan.

Con un rápido y hábil movimiento Girt saltó hacia adelante y, agachándose, tomó a Darkin, no con los brazos, sino con las manos, zarandeándole como si fuese un muñeco. Un grito salvaje brotó de labios del hombre en el instante en que se vió elevado por los aires por encima de la cabeza de su adversario.

Después fué arrojado fuera de la plataforma a la muerte que él había deseado y preparado para Girt y sus compañeros.

Pero aun no había llegado el fin de Darkin.

Geoffrey, balanceándose, colgado de la soga, le vió agarrarse, al caer, a una cuerda que servía para sustituir otro hueco falto de peldaños de la escalera. Con eso logró desviar la línea de su caída lo suficiente para caer, con ruido sordo en una plataforma similar a la situada más arriba, a aquella que había sido escenario de la horrorosa pelea.

—¡Se acabó Darkin, Geoff!

La gruesa voz de Girt pronunció esas palabras con una tranquilidad admirable, con la mayor naturalidad del mundo.

Pero Geoffrey movió negativamente la cabeza al mirar hacia abajo.

—No estoy seguro de que sea así, — replicó. — El pillo no ha caído hasta el fondo.

La figura de Darkin estaba tendida, inmóvil, en la plataforma inferior. Pero Geoffrey notó, casi inmediatamente, que se movía un poco. El hombre trataba de incorporarse, de sentarse. Encontrábase tendido junto a la orilla del rellano y el esfuerzo que intentó le hizo deslizarse lentamente hacia fuera de la plataforma. Parecía que su caída definitiva solo había sido retarda-

da, pero que caería al fondo sin haber conseguido más que prolongar su agonía.

Pero Darki se asía tenazmente a la vida. Consiguió aun deslizándose, inclinarse hacia fuera y agarrarse de nuevo a la cuerda. La enrolló a las piernas y se quedó colgando tal como colgaba Geoffrey alguna distancia sobre él.

Girt se percató del interés con que miraba Geoffrey y entonces fué cuando él también miró hacia abajo. Para esto se tendió boca abajo en la plataforma sacando la cabez y los hombros fuera del borde de la misma.

El fornido y recio amigo de Geoffrey lanzó una exclamación de asombro cuando vió que Darkin había logrado evitar el ir a estrellarse en el fondo del hueco de la torre.

—¡Duro de pelar el pajarraco! — dijo Girt irónicamente. — ¡Pero no es posible que se quede mucho tiempo colgando ahí como un jamón al humo! Además voy a...

Calló en aquel instante porque tanto sus ojos como los de Geoffrey habíanse dilatado de asombro ante la extraordinaria escena que habíase presentado más abajo de donde ellos se encontraban.

El rescate de Darkin

Durante algunos pocos momentos Geoffrey y Girt no se atrevieron a creer lo que sus mismos ojos estaban viendo Pero un instante de detenida observación les permitió darse cuenta de que no eran víctimas de alucinación ninguna.

En la sombra de la pared interior de la torre, casi precisamente deante de sitio donde Darkin cogaba en situación tan peigrosa, habíase abierto una pequeña puerta y por ella se había asomado una mujer de la que veían la cabeza y los hombros. La débil luz que llegaba procedente de lo alto de la torre reverberó en la brillante y hermosa cabellera cobriza. Girt se estremeció en aquel instante al darse cuenta de que aquella mujer era la hechicera o, como él llamaba, "la bruja", la que había intentado dares muerte a él y a Geoffrey en Londres... ¡Era Ruth de Lys!

Su figura resultaba extraña, inadecuada, estrafalaria, asomada a aqueil puertecita abierta en la pared de piedra de la torre, tendiendo las manos con elegante ademán para alcanzar al cuerpo de su cómplice en infames maquinciones que pendía de la cuerda a la que se había agarrado por verdadero milagro y atraerlo hacia ella, poniéndole luego en inesperada seguridad.

Se vió aparecer la mitad del cuerpo de Ruth de Lys, inclinándose en la semioscuridad del hueco de la torre, hacia adelante a objeto de alcanzar a Darkin. En cuanto consiguió sujetarle con una mano, tiró de él con todas sus fuerzas, aproximándolo a la abertura de la pared. Pasaron algunos momentos antes de que desapareciera Darkin. Cuando, por último, dejó de vérsele, se oyó una alegre y musical carcajada; un brazo blanco y torneado apareció por el hueco de la pared y saludó como enviando una burlona despedida.

Los dos hombres se quedaron inmóviles, mirando hacia la oscuridad, con la vista fija en el sitio por donde había desaparecido Darkin.

Fué Geoffrey el primero que habló, volviéndose hacia donde estaba Girt:

—Yo no sabía que hubiera hueco ninguno en la pared de la torre ¿lo sabía usted? — preguntó.

Girt movió negativamente la cabeza.

—Muchas son las cosas que hay en San Ormes y que uno no conoce. — dijo. — Hay más cosas por conocer que cuantas conocemos y muchas que no conoceremos jamás.

Calló de pronto y después, lanzando una exclamación, agregó:

—¡Hay que andar de prisa! ¡No hay tiempo que perder! ¿Oye?

Hizo un ademán ordenando silencio y Geoffrey escuchó.

De lo más profundo de la torre llegaba el continuo rumor del agua en movimento... el agua que invadía los subterráneos.

Si querían descubrir el oculto secreto del profesor Gale tenían que acudir inmediatamente.

Geoffrey se volvió y miró hacia donde estaba Sonia, en la plataorma de arriba. La joven le miraba con los ojos llenos de lágrimas y la mayor ansiedad pintada en su bellísimo rostro angelical.

—Darkin ha logrado salvarse de nuevo, — dijo. — ¿Sabía usted que existía una puerta en la pared de la orre, Sonia?

La joven movió negativamente la cabeza mientras jugaba nerviosamente con el revólver que le había dado Geoffrey.

—¿Entonces no se mató? — preguntó Sonia con grande asombro.

—No, pero ha recibido una conmoción muy importante, en mi opinión, — dijo Geoffrey.

Sonia respiró con ansiedad, como tranquilizándose. Su corazón de mujer la permitía desear que se salvara, aún en medio de un combate librado a consecuencia de sus propias maquinaciones criminales, un hombre tan execreable como el mismo Darkin.

—Tenemos que apresurarnos a descender — agregó entonces Geoffrey, — ya se oye el rumor de la inundación que se aproxima. ¿Siente usted deseos de seguir más adelante con nosotros, Sonia? Se trata de una excursión bastante peligrosa... el peligro, ante las aguas...

—¡Oiga, Geoff! — gritó Girt interrumpiendo a su amigo. — No es este momento oportuno para perder tiempo en argumentaciones. Permítame la señorita Gale que le manifieste que ella no debe seguir adelante con nosotros. ¿No comprende que necesitaremos una soga nueva para volver a subir a la vuelta? No tenemos más recurso que subir por aquí. Si no ha yotra soga, ¿cómo subimos? Usted, desde el sitio donde está, Geoff, puede saltar a mi lado sin peligro,

tal como salté yo... Pero subir es distinto... Saltar de aquí hasta donde usted se halla, no hay quién lo salte.

Así era, evidentemente. No era posible dejar de tener en cuenta tan importantísimo detalle.

Sonia se sonrió y miró hacia donde estaba Girt al que casi no lograba distinguir en la oscuridad.

—¡Muy bien! — dijo. — Me quedaré y mientras ustedes se hallen ausentes subiré en busca de una nueva soga.

El lejano rumor del agua en el pasaje se había hecho más y más fuerte.

Geoffrey, después de dirigir a Sonia una mirada y una sonrisa de despedida, se balanceó en la cuerda de la que colgaba y cuando le pareció hallarse en el sitio oportuno, se soltó, dejándose caer hacia la plataforma inferior.

Puso pie en ella sin accidente, aun cuando la plataforma crugió de modo alarmante.

Después continuaron los dos, — Geoffrey y Girt, — el peligroso descenso.

Geoffrey se detuvo antes de colgarse de la cuerda que había servido para que Darkin se salvara, sometiéndola a un meticuloso escrutinio.

Pero ni él ni Girt pudieron hallar en toda la extensión de la soga signo alguno de que presentara peligro.

Lo que les llamó mucho la atención en aquellos momentos fué que ambos, al mirar hacia el muro, buscando el sitio donde se había abierto la puerta por la que el pillo se había escabullido gracias a la protección de Ruth de Lys, no consiguieron hallar ni rastro de ella. Tan bien disimulada estaba aquella puerta en el muro de piedra y tanto contribuía a ocultarla la semioscuridad reinante, que la pared no parecía presenciar solución de continuidad.

La parte inferior de la escalera de la torre estaba en mejores condiciones de conservación que la parte superior, así que los dos hombres necesitaron poco tiempo para llegar al fondo.

Pocos minutos despu-s de la desaparición de Darkin se encontraban de pie en el túnel, mirando en la oscuridad hacia el sitio de donde procedía el rumor de las aguas de la inundación.

Sacó Geoffrey del bolsillo el pedazo de desgarrado pergamino que le había sido entregado por el profesor Gale y que constitía la mitad de las instrucciones para hallar el invento que valía lo que un tesoro.

Junto al pergamino puso las líneas, — escritas en un papel, — de la incoherente canción de la niñez tan oportunamente cantada por Sonia y que constituían el complemento de los datos necesarios.

Estudió las instrucciones cuidadosamente algunos instantes, poniendo más precaución que las veces anteriores. En realidad el hallazgo lo habían hecho Sonia y él, la otra vez, no por estudio de los datos, sino por casualidad, sin consultar por punto por punto los detalles de las instrucciones.

Sacando del bolsillo del chaleco una pequeña brújula, miró, — guiándose por ella, — hacia el Oeste, y seguido de Girt que había recogido las herramientas tiradas por ellos desde lo alto antes de comenzar el descenso, contó veinte pasos.

Detúvose entonces a escuchar si se oía el rumor del agua que caía, produciendo un sonido musical.

Dirigióse después hacia una pequeña concavidad en forma de hornacina, y mientras Girt lanzaba un grito de grandísimo asombro, — un trozo de la pared de piedra se movió hacia dentro ,dejando descubierto un hueco más que suficiente para que pasara un hombre.

Geoffrey se sonrió recordando lo mucho que se había asombrado él mismo cuando halló por casualidad aquella puerta de resorte y penetró en el pequeño cuarto por la letra de la curiosa canción infantil y donde la caída del agua en el viejo pozo producía un continuo cantar sumamente melodioso.

—¡Ya estamos aquí! — dijo Geoffrey inclinándose ante el sitio donde se veía, en el suelo, una gruesa anilla de hierro que indicaba el lugar donde se hallaba la losa redonda que cubría el hueco de entrada al sitio en que estaba lo que buscaban.

Un momento después había levantado la tapadera circular de piedra, dejando expedito el agujero abierto por ella.

Dirigió una luz hacia el dondo del hueco recién abierto y Girt miró hacia dentro, — al parecer tan nervioso como jamás le había visto su compañero y amigo, — hacia el sitio donde la caja de seguridad del profesor hecha del mejor acero de Toledo estaba descansando en su lecho de cemento.

Girt se arodilló y tomó con ambas manos la manija de acero de la capa, dando de ella un tremendo tirón, con todas sus fuerzas. Pero el desprender de un tirón aquella caja, relativamente pequeña, de su lecho de mampostería, era hazaña superior a las fuerzas de un hombre.

—Será necesario emplear el hacha, el cortafrío y el martillo grande, Girt, — dijo Geoffrey.

Girt asintió con un movimiento de cabeza y tomó el hacha, — que con otras herramientas había arrojado desde lo alto, como se recordará, antes de descender, — y aun cuand ono había mucho espacio disponible para manejar la herramienta comenzó a atacar con la potente hacha, — poniendo en ello todas sus fuerzas, — a la mesa de concreto que tenía sujeta a la caja.

Pero el trabajo fué lento, fatigoso, fastidioso... Parecía que se hubiera necesitado una carga de dinamita para conmover en debida forma aquel conglomerado pétreo y liberar rápidamente la caja de acero de Toledo del profesor Gale. Con los años, el hormigón había tomado la consistencia del acero que amenazaba mellar el filo del hacha.

Pero a pesar de todos esos inconvenientes iba progresando el trabajo. La caja parecía ir quedando desprendida poco a poco. Primero Girt y luego Geoffrey atacaron la yarte de cemento que quedaba en contacto con la caja.

Por último, mediante un golpe dado con grandísima energía, Girt consiguió agrietar

el concreto, — que saltó en trozos en su rededor, desmenuzando el último trozo del hormigón que ofrecía resistencia.

La caja estaba suelta ya.

Girt arrojó el hacha y, encogiéndose, tomó con ambas manos la manija de la caja, respirando profundamente como siempre que se proponía realizar un gran esfuerzo.

Vino después el tremendo tirón. Los músculos de los brazos de Girt se pusieron tirantes, duros como manojos de alambres...

Un instante más y Girt retrocedió tambaleándose, hacia la pared, teniendo en las manos la caja arrancada de su alvéolo y cayó sentado al pie del muro.

El invento maravilloso

Pero la caja de acero estaba cerrada y parecía ser suficientemente fuerte para resistir todos los aatques qeu pudiera dirigirle el hacha. El aspecto de la caja, a pesar del tiempo transcurrido y de los golpes, no había sufrido nada. Estaba admirablemente trabajada, cincelada y repujada, presentando en la tapa siete botones de forma grotesca que, por alguna razón, estaban numerados del 1 al 7 con pequeñas cifras de oro puro incrustado en el acero.

Durante un rato los dos hombres permanecieron en la pequeña cámara sutberránea examinando la caja de acero de Toledo, mirándola de un lado y de otro y tratando de averiguar cómo iba a ser posible abrirla.

No se veía en ninguno de los costados señal alguna de bocallave y se comprendía quedebaí abrirse ejerciendo presión en algún resorte hábilmente oculto. Pensar en abrirla con el hacha era un verdadero disparate.

Después de algún tiempo de inútil investigación, Geoffrey se sentó, con la caja sobre las rodillas, estudiándola detenidamente.

La que más se notaba en su aspecto era la serie de siete botones de la tapa y la numeración de los mismos. ¡Siete! El número en torno del cual parecían girar todos los misterios relacionados con San Ormes. En aquella caja, cuyo secreto faltaba descubrir, encerrábase el séptimo misterio de la vieja mansión y el secreto que debía ser suyo... suyo y de Sonia.

Acudió a su mente un repentino pensamiento y oprimió el séptimo botón de la tapa... pero no sucedió nada. Probó de nuevo, oprimiendo con más fuerza el botón, mientras Girt empuñaba el hacha preparándose para asestarle a la caja un golpe que la abrier por la mitad.

Quizás, pensó Geoffrey, algo de lo que decía el primtivo documento, el que él recibió el día de su cumpleaños, podía referirse a la manera de abrir aquella caja. Sacó del bolsillo el descolorido documento y lo yeyó con grandísima atención. De pronto, una frase pareció haberla causado mucha impresión.

"Pero hasta que el primero y el sexto no " se encuentren juntos ni la Verdad ni la " Felicidad estarán en su sitio. ¡Recuerde " el número 7!"

Geoffrey se inclinó y con dos dedos de una mano oprimió los dos botones que tenían los números 1 y 6 mientras que con un dedo de la otra mano oprimía el que tenía el número 7.

Un grito se escapó inmediatamente de sus labios, seguido de un gruñido de parte de Girt, porque la tapa de la caja se había levantado, dejando ver el interior de la misma, forrado de peluche rojo.

Dentro, cuidadosamente envuelto en un paño acolchado, hallábase un instrumento tal como Geoffrey no había visto jamán ninguno.

Puso la caja en el suelo, ante él, y tomó el instrumento, poniéndolo en las rodillas y desenvolviendo la manta protectora.

Consistía el aparato en un tubo igual al auricular de un teléfono, unido a un alambre que pasaba por un agujero hecho en el fondo de la caja, se hundía en el suelo e iba quién sabe a dónde. Además, había una caja cúbica, que en su parte superior tenía un redondel de cristal. De esta caja partía otro hilo que pasaba por el fondo de la caja y seguía el mismo rumbo que el otro.

Durante un momento, tanto Geoffrey como Girt miraron con atención aquel extraño aparato.

Después Geoffrey, en voz baja, como si temiera romper el silencio, dijo asombrado:

—¿Qué será esto?

Girt indicó una chapa de reducidas dimensiones que tenía la caja del vidrio circular en la parte delantera.

Geoffrey se inclinó hacia adelante para mirarla. La chapa decía:

EL GALOSCOPIO

Inventado en Abril de 1904 por el profesor Frank Gale y Montague Duncan

Miró Geoffrey la extraña maquinaria tratando de comprobar cuál podía ser su utilidad.

Tomó el auricular, se lo llevó al oído y escuchó, pero no oyó nada.

Estaba por dejar el aparato dentro de la caja de acero, cuando Girt se inclinó y movió con el dedo una palanca de metal dorado situada a un lado de la caja pequeña.

Inmediatamente se oyó ruido de un mecanismo en movimiento, dentro de la caja que tenía el vidrio circular en la parte alta y éste se iluminó como alumbrado por una lámpara interior y presentó algo tan asombroso como inesperado.

Pero la atención de Geoffrey era distrraída en aquel momento por lo que oía mediante el auricular del aparato y en su rostro se había pintado el mayor asombro.

"¡Vamos! Aquí podrá usted descansar cómodamente y pensar en todo lo malo que ha hecho en el mundo!"

Estas habían sido las palabras que llegaron con toda claridad a su oído, pronuncia-

das por la voz suabe y musical de Ruth de Lys. Un instante después oyó que la mujer canturreaba por lo bajo.

Siguió una pausa silenciosa y Geoffrey miró a Girt con asombro. Pero Girt no le miraba. Tenía la vista fija en el círculo de la caja, el círculo que se habíailuminado al mover la palanca.

Geoffrey se inclinó para mirar y un estremecimiento de asombro sacudió todo su cuerpo, al verse ante algo que rayaba en lo misterioso.

Porque en el círculo de vidrio de la caja se veía un cuadro tal como si se estuviera mirando a determinado punto con un anteojo de larga vista. Era como una vista de cinematógrafo, pero con sus colores naturales.

El cuadro presentaba el interior de una habitación de San Ormes que Geoffrey recordaba haber visto ya. En un rincón se veía un sofá y en él estaba tendido un hombre, cuyas facciones eran las de Darkin... Darkin desencajado y tan pálido como un muerto.

Por alguna misteriosa combinación de aquel invento, la imagen no era fija sino animada, reproduciendo los movimientos de las personas.

Darkin se movía, — podían echarlo de ver los dos que miraban, — se movía poco, como el que sufre un grandísimo dolor. De pronto apareció en el cuadro una elegante silueta que se dirigió hacia Darkin. Era Ruth de Lys. La manera suave, felina, de caminar de aquella mujer, veíase admirablemente reproducida por el pequeño y maravilloso invento.

Ruth de Lys detúvose junto a la cabecera y vieron que sus labios se movían como si hablara.

Geoffrey tomó el auricular.

"Tome usted un poco de agua" — oyó que decía Ruth de Lys, correspondiendo las palabras que oía a los movimientos de los labios que veía con asombrosa claridad en el círculo portentoso del galoscopio. "Tome usted un poco de agua", — agregó la mujer con cierto tono de ironía en la voz. "Es mejor que el conac después de un choque como el que ha sufrido", — dijo después. "Por lo menos me ha evitado usted el disgusto de encontrarle hecho trias en el fonde del hueco de la torre".

"Aun no estoy muerto, Ruth, ni pienso morime por ahora, — replicó Darkin. — ¡Yo me vengaré de ellos! ¡Me vengaré aplastándolos a todos!... ¡A todos!"

Ruth de Lys se rió con incredulidad y se alejó de Darkin, saliendo del perímetro del cuadro.

Darkin, lanzando un gruñido, dejó caer la cabeza en la almohada y permaneció inmóvil.

El cuadro del círculo continuó como inmóvil, reproduciendo la quietud del cuarto y probablemente las pequeñas variantes de luz y de sombras imperceptibles para el ojo humano.

Geoffrey levantó la cabeza y miró a Girt que a su vez le miró asombrado y entusiasmado.

—¡Este es un instrumento maravilloso, Girt! — dijo en voz gaja. — Como lo decía el anciano y lo aseguraba mi padre, es capaz de asombrar al mundo.

—Pero en qué consiste? ¿Cómo se forma ese cuadro? — dijo Girt indicando el círculo luminoso. — ¿Qué significa? — preguntó pues él no había oído las palabras como las había oído Geoffrey.

—Este instrumento, — dijo entonces Geoffrey, — está conectado, sin duda; mediantes estos alambres, con el cuarto de Darkin. En este círculo luminoso, vimos con toda exactitud, lo que sucedió hace unos momentos. El cuarto, los que están en él, sus movimientos y su voz se han visto admirablemente reproducidos. Por es te tugo yo oí con exactitud todo cuanto dijeron. Mi padre y el profesor Gale han resuelto un problema que había sido considerado siempre sin solución.

—¿Entonces, ese "galoscopio"? — preguntó Girt.

—El "galoscopio" es un instrumento o aparato que no sólo conduce el sonido por un alambre, como el teléfono, sino que mediante alguna combinación, que es precisamente la base del invento, conduce también las imágenes. Constituye un descubrimiento mucho más importante que el teléfono y que el telégrafo sin hilos. ¡Y esto, Girt, es nuestro... nuestro y de Sonia!

La inundación

Engolfados en la contemplación de las maravillas que presentaba el extraño invento que, durante tantos años hagía estado escondido en aquel sitio, Geoffrey y Girt se olvidaron del peligro que les amenazaba... del peligro proveniente de la inundación de los pasajes subterráneos por el agua del mar que penetraba a torrentes por el agujero del tubo de comunicación de la boya.

Sin embargo, el rumor del agua en torbellino iba acrecentándose minuto tras minuto advirtiendo su más inmediata proximidad, a cada momento.

Pero Geoffrey y Girt se habían acostumbrado de tal modo a no hacer caso del peligro que se quedaron en el cuartito, examinando el "galoscopio" sin dedicar atención a la inundación en progreso.

Tanto les había interesado el mecanismo del aparato, que casi no se habían percatado de lapresencia dentro de la caja de acero, — de un sogre amarillento y voluminoso, sellado con gruesos sellos de lacre y con la escritura de su frente casi desvanecida por la acción de los años.

Por fin Geoffrey notó que estaba allí el sobre, lo tomó, cortó una de sus extremos con la navaja y sacó de él varios trozos de pergamino cubierto con la inconfundible, temblona pero legible caligrafía del extinto profesor Gale.

No disponía de tiempo para leer todo el

En el número próximo de "Pucky" comenzará a publicarse la gran novela, que ha pedido el público mediante sus votos y se titula:

Detrás de la puerta cerrada

o

El Castillo de las Sombras

por Hal Sidney

En el próximo número de "Pucky"

documento. Era nutrido y voluminoso y constituía una extensa disertación de las razones por las cuales el profesor Gale y su hija Sonia habían permanecido aislados en el encierro de San Ormes, lejos de todo contacto con la sociedad.

El documento reflejaba el estado mental de un hombre de genio que, — como suele suceder en muchas y lamentables ocasiones, — no tenía la mente muy segura cuando trataba asuntos ajenos a su ciencia y al que, sin embargo, no hubiérasele podido dar, en justicia, el calificativo de desequilibrado.

Pero cuando el documento, abandonando consideraciones de orden moral y social, entraba de lleno en la descripción del aparato y en el terreno científico, por lo tantol .a claridad de su estilo era simplemente admirable.

Explicaba con una sencillez maravillosa las teorías y los princiipos en que se basaba el invento, e indicaba cómo había brotado la idea del "galoscopio", como consecuencia de los estudios de su amigo Montague Duncan, que él había perfeccionado y aplicado.

Después describía el aparato, parte por parte, y explicaba el modo de funcionar, con una claridad tal que, — a pesar de tratarse de algo complicadísimo y enteramente nuevo,— se comprendía en seguida.

Aún cuando la idea del aparato era superior a cuanto Geoffrey conocía y aún cuando su complicación necesitaba grandes conocimientos de mecánica para aplicarla, no escapaba al lector la veracidad y la exactitud de todo aquello, y le convencía inmediatamente de que no había en todo ello ni una sola afirmación aventurada.

¡Qué taelnot, qué poderosa intelectualidad tenía que haber sido la del hombre que había logrado concebir, planear y ejecutar obra tan extraordinaria!

"Conecté mi aparato con la habitación de "Darkin, — decía el documento, — por dos " razones. Primero porque con alguna par" te había de conectarlo a fin de hacer el " experimento decisivo; segundo porque, " mediante él, estaba en condiciones de ob" servar sin ser visto ni oído, las activida" des de un hombre que siempre está com" binando planes misteriosos y criminales " contra todos, incluso contra mí mismo.

"En la habitación de Darkin, sobre la chi" menea, se hallará un espejo de tres hojas, " muy artísticamente colocado y sujeto por " la base de unos brazos de bronce que sos" tienen los dos candelabros que iluminan " esa parte de la habitación. Nadie, ni aún " el desconfiado Darkin, — supuso jamás la " verdadera razón de la presencia de esos " espejos, y sin embargo, gracias a lo que " en esos espejos se refleja y al instrumento " que está oculto en la pared, detrás de los " mismos, he podido ver desde aquí todo lo " que ha pasado en aquel cuarto. Nada de " particular tiene, por lo demás, la combi" nación para oir. La voz y los ruidos lle" gan mediante un detectófono, — de mo" delo algo perfeccionado, eso sí, — que " está colocado cerca del mismo sitio y se " halla provisto de micrófonos ultra sensi" bles y amplificadores del sonido.

"El detectófono será encontrado algo más " arriba, detrás de una placa de hierro per" forada, que tiene toda la apariencia exte" rior de un ventilador, de los varios que " hay en la habitación para la renovación " del aire.

"Para sacar mi invento de aquí, hay que " cortar los alambres. Pero, si en interss de " la justicia se consiedaro conveniente vol" ver a conectar el galoscopio con el cuar" to en cuestión, es podrá unir esta parte " receptora del aparato con dos hilos que se " hallarán debajo de una piedra del piso " de mi laboratorio, que tiene marcada la " letra G. Los hilos tienen revestimientos " de distinto color, uno rojo y el otro azul; " al volver a conectarlo hay que unir el hilo " rojo al rojo y el azul al azul."

A su manera, siguiendo sus habilidosas combinaciones científicas, el profesor Gale había preparado una admirable trampa para hacer caer en ella a Darkin, trmpa que, en las circunstancias actuales, podía ser de grandísima y decisiva utilidad para Girt y para Geoffrey.

—No creo que Darkin se sentiría muy feliz si supiera lo que encierra y oculta el triple espejo de su habitación, — dijo Geoffrey, doblando cuidadosamente el pergamino y volviéndolo al sobre. — Pero... ¿qué pasa, Girt?

Girt acababa de ponerse de pie como movido por un re sorte, y escuchaba.

Deespués corrió hacia la entrada del cuarto y miró hacia la oscuridad del pasaje, del lado que conducía hacia el túnel que se uní al cabo de la boya de campana.

En seguida, Girt volvióse hacia Geoffrey.

—¡Es necesario salir de aquí inmediatamente, Geoff! — gritó. — ¡Vamos!

Mientras así hablaba ,se oyó un rugido sordo y una masa de agua, que les babó hasta los tobillos, salpicándoles hasta las rodillas, penetró por el pasadizo y se metió en el cuarto de piedra donde estaban los dos.

Geoffrey toma posesión del galoscopio

Con un penetrante grito de alarma, Geoffrey, se inclinó y tomó el aparato, levantándolo fuera del alcance del agua que podía causarle desperfectos.

—¡Vámonos ahora mismo o no podremos salir de aquí nunca más! — gritó Girt. — La corriente del mar está avanzando por el pasadizo.

Geoffrey tomó el hacha del suelo y, mediante un golpe firme y fuerte, cortó los dos alambres que conectaban el instrumento a los hilos que se hundían en el piso de cocreto. Sujetó debajo del brazo el galoscopio y su teléfono y tiró de los alambres, sacándolos de los agujeros que el cofre de acero tenía en el fondo.

Era sensibzle tener que dejar abandonada la caja de acero de Toledo, tan admira-

blemente adornada y que debía tener mucho valor, pero en aquellos momentos no era posible pensar más que en salvar la vida.

Girt salió al corredor y Geoffrey le siguió lo más ligero que pudo y lo más rápidamente que le permitía avanzar el agua que le llegaba hasta la rodilla y progresaba formando violentos remolinos.

Tras los dos hombres, en el oscuro túnel, la inundación rugía furiosa.

Geoffrey llegó a la base de la torre y detúvose un instante, mirando hacia atrás. Una oscura pared de agua se adelantaba por el túnel llevando por delante un amontonamiento de rotas maderas, barriendo escombros y piedras a su pasofi proyectando de un lado a otro gruesos trozos de granito como si se hubiera tratado de un puñado de tapones de corcho arrojados al oleaje.

—¡Arriba, Geoff, arriba! — gritó Girt mirando, angustiado, desde la escalera, hacia la boca del túnel.

Geoffrey avanzó a saltos acercándose a la escalera de hierro con la mayor rapidez que le fué posible.

No había subido aun ni veinte escalones, cuando la líquida avalancha, con un rugido formidable, penetró en la base de la torre y levantó como un enorme y arrasador penacho de agua hacia la escalera, sacudiéndole con semejante fuerza que Geoffrey casi fué arrebatado del escalón en que estaba por el vértice formidable.

Pero Girt se inclinó y le agarró de un brazo, sosteniéndole primero y luego alzándole hasta sitio donde se pudo considerar en seguridad.

La intervención de Girt se produjo en el momento oportuno. Dos segundos más tarde hubiera sido inútil, pues Geoffrey ya hubiese estado girando locamente a merced del acuático tifón.

Habían escapado con oportunidad asombrosa a la invasión avasaladora. Cinco minutos más que hubieran permanecido en el cuarto subterráneo habrían bastado para enterrarles, juntos con los muchos secretos de San Ormes, bajo una ingente masa de escombros. Un instante más y el mundo de la ciencia no hubiera conocido jamás las maravillas del galoscopio.

Continuaron la larga y cansadora ascensión por la estropeada escalera de hierro. Pero el convencimento de que habían triunfado, el hecho de haber hallado lo que buscaban, les había dado las fuerzas necesarias, que, sin esas circunstancias, no habrían tenido.

Poco fué lo que tardaron debido a esas circunstancias, en hallarse junto a Sonia, en el techo de San Ormes, explicando a la bella joven las maravillas del aparto que Geoffrey llevaba, intacto, debajo del brazo.

Un suave arrebol coloreó las mejillas de Sonia como una pincelada de rosa en el pétalo de raso de una rosa te.

¡Por fin el secreto que durante tanto tiempo habían buscado, por el que habían sufrido tantos y tantos terrores y angustias en aquel viejo caserón de San Ormes, habíales sido revelado!

Se encontraban ya en plena libertad de ir donde se les diese la gana, dejando para siempre aquella casa de misterios.

Los hermosos ojos de Sonia parecían más hermosos aún cuando miraban, brillantes de contento, la maravillosa invención de su difunto padre el profesor Gale, el hijo del talento, de la ciencia o, mejor dicho, del genio de su padre.

Sonia no había comprendido aun del todo como funcionaba aquello, pero Geoffrey había afirmad que se tratab de algo grandioso y la afirmación de Geoffrey era suficiente para ella.

. . . . . .

Entre los montones de piedras y de escombros de lo que había sido en un tiempo el laboratorio del profesor Gale, Geoffrey Duncan, James Girt y Sonia Gale, hallábanse de pie, mirando con grandísimo interés un pequeño agujero circular que habíase abierto en el suelo después de levantar un trozo de piedra circular.

Geoffrey se inclinó y encendió un fósforo. En seguida un grito de alegría brotó de sus labios.

—¡Ahí! — dijo luego señalando con el dedo el agujero del suelo, — ¡Ahí están! ¡Esto se halla enteramente de acuerdo con las instrucciones escritas por el gran profesor, su padre, Sonia!

Sonia y Girt se inclinaron a mirar por el hueco y a la débil luz del fósforo vieron los extremos enrollados de dos alambres que brotaban de la tierra del fondo del hoyo.

Geoffrey cruzó rápidamente al otro lado de la habitación y tomó con gran cuidado y delicadeza el galoscopio, del que pendían los dos alambres que habían cortado con el hacha al desprenderlo en el cuarto secreto subterráneo.

Conectar los alambres de acuerdo con las instrucciones del pergamino hallado en la casa, es decir, el de cada color con el del color correspondiente, fué para Geoffrey cuestión de pocos minutos.

Una vez hecho eso y puesto el aparato sobre un montón de escombros encima del cual Girt colocó el postigo de una ventana formando una improvisada mesa, Geoffrey tocó la palanca que ponía el aparato en acción y los tres observaron, conteniendo el aliento, el disco misterioso situado encima de la caja del instrumento, mientras Sonia, obedeciendo al oído el tubo del aparato telefónico.

En cuanto el movimiento de la palanca puso en acción el maravilloso invento, el disco de vidrio se iluminó apareciendo en él un cuadro tal como se ve en el cristal despulido de la cámara oscura.

Pocos instantes después, los tres veían con asombrosa claridad, — distinguiendo nítidamente hasta los menores detalles, — el interior del cuarto ocupado por Darkin en San Ormes.

Darkin hallábase todavía echado en la chaise-longue. Tenía el rostro más pálido aun y más demacrado que la vez anterior que le habían visto por el mismo aparato.

Tenía la cabeza algo levantada por varias almohadas y sus ojos miraban un diario terrible pelea con Girt, en la escalera de la torre. Darkin había recibido golpes más numerosos y más fuertes que los que hubiera que tenía en la mano, pero se comprendía que hasta el leer le causaba fatiga. En la deseado y se encontraba bastante seriamente resentido.

Estaba tendido casi inmóvil; sólo se movía muy poco, de tarde en tarde, para volber la hoja del diario.

Geoffrey miró a Sonia en aquel momento.

—Esta es la invención de su señor padre, — dijo sonriendo. — Esta invención hará famoso el apellido del profesor que no ha podido vivir para ver su obra puesta en explotación... Además, esto significará mucho dinero, una fortuna para usted.

Sonia volvióse hacia Geoffrey fijando en él, con expresión de reproche, sus bellos ojos negros.

—¿Por qué dice que significará una fortuna "para mí"? — preguntó. — ¿Por qué sólo para mí?

—Entonces diré "para nosotros", si le parece, — manifestó Geoffrey. — Pero... ¿oye usted algo, querida Sonia? — preguntó en seguida.

Sonia movió negativamente la cageza.

—No hay nada que oir, — dijo, — fuera del ruido que hace el rozar del papel cada vez que vuelve la hoja.

Permanecieron durante largo rato contemplando el asomroso disco, pero se cimpsendía que Darkin estaba enteramente fuera de combate y no habría, — por el momento, — nada que temer de su parte.

Después, Geoffrey se inclinó y desconectó los alambres, volviendo a ponerlos tal como los había encontrado. Girt iolocó de nuevo la tapadera de piedra en el hueco del suelo.

Hecho eso se encaminaron por el corredor hacia su habitación.

Girt estaba silencioso y pensativo, como solía estarlo cuando algo le preocupaba. Durante un largo espacio de tiempo, no dijo nada. Pero, después, parándose de pronto, se volvió y miró a Geoffrey casi con aire de de desafío.

—¡Bien! — dijo. — ¿Qué se propone hacer ahora? Ya no tenemos razón ninguna para quedarnos en este caserón si menos que usted se haya enamorado de este sitio, cosa que no mepasa a mí. Pero quiás a la señorita Gale... — dijo mirando a Sonia, — quizás a la señorita Gale no le sea agradable la idea de abandonar San Ormes donde ha vibido tantos años en compañía de su adorado padre.

Sonia le miró con extrañeza. No lograba comprender hasta dónde podía llegar la intención irónica del amigo de Geoffrey, cuyas palabras solían tener, a veces, escondidos significados. Siin embargo, ante aquella frase, la joven se estremeció, sacudida por un escalofrío.

—¡Naturalmente, señor Girt! — dijo en voz baja. — ¡He tenido ocasión de ver cosas tan horrorozas y de pasar tantos momentos de terror en esta casa! ¡Usted cree, seguramente, señor Girt, que si he permanecido viviendo en San Ormes ha sido por mi propia voluntad y resitiéndome a ir a otra parte!

Girt se percató de la punzante, aun cuando encubierta ironía de las palabras de la joven y varió de gesto, desarrugando un poco el entrecejo.

Después se volvió hacia Geoffrey, mirándole cara a cara.

—¡Pues entonces opino que debemos retirarnos lo antes que sea posible. — dijo. — ¡Vamos! ¡Vámosnos a toda velocidad!

—¡Cómo! ¿Vamos a dejar aquí a Darkin dueño de la situación? — inquirió Geoffrey.

—¡Bah! ¡No creo que Darkin esté en condiciones de volver a molestarnos ni siquiera en lo más mínimo! — dijo Girt.

—No sé qué pensar a ese respecto, — manifestó Geoffrey. — Estoy seguro de que, mientras pueda, tratará de molestarnos. Por otra parte, ¿cree usted que es justo y humanitario que dejemos que un hombre como ese ande suelto en medio de la soicedad, pasando por persona decente? ¿Se ha olvidado usted, además, de que a nosotros debe estarnos buscando la policía y de que pesa sobre nosotros una acusación que no podremos demostrar infundada mientras no demostremos que fué Darkin el que dió muerte a Edw Tilson, el "administrador de propiedades"?

Estos argumentos eran de grandísima, importancia, pero Girt no desistió, sin embargo.

—Lo comprendo todo, — dijo, — lo comprendo todo. ¡Así que el único obstáculo que se interpone entre nosotros y una vida tranquila, hecha de paz y de contento, es Darkin!

—Así es, — manifestó Geoffrey inclinando afirmativamente la cabeza.

—Y ese hombre está a pocos pasos de nosotros, en esta misma casa, — prosiguió Girt, — y tan deteriorado a consecuencia del último vapuleo que no lo creo capaz de moverse.

—Eso es verdad, — asintió Geoffrey.

—¡Bien pues! — dijo Girt. — Lo que hay que hacer es una sola cosa. En mi opinión, es que hemos perdido lastimosamente el tiempo, paseándonos por las ramas. ¡Hay que ir al tronco! Nuestro deber, ahora, es tomar a ese personaje y sin más discusión, sacarlo de aquí y depositarlo en la oficina policial que quede más cercana, agregando a la entrega una lista de todas las fechorías cometidas por él.

Geoffrey sonrió. El procedimiento aconsejado por Girt le parecía excesivamente brusco.

—Pero, — manifestó, — los de la policía no están buscando a Darkin. ¡Nos están buscando a nosotros! A nosotros nos han juzgado ya y nos han encontrado culpables de haber dado muerte a Edward Tilson, el "administrador de propiedades" que no matamos por cierto. ¿Cree usted que nos van a hacer caso si afirmamos que fué Darkin el que cometió el crimen?

—¡No sé, no sé! — dijo Girt rascándose, perplejo, la coronilla y como si reflexionara

en voz alta. — Podríamos presentar muchos detalles dignos de ser tenidos en cuenta. Están todos los informes que podemos dar sobre lo que se hacía en San Ormes bajo la dirección de ese personaje. Podemos presentar los documentos... Podemos hacer que los de la policía visitan la hoya...

Calló de improviso, y, saltando hacia atrás lanzó un grito de alarma.

—¡Levanten las manos! ¡Pronto! ¡Todos ustedes! ¡Arriba las manos!

Una voz enérgica y vibrante había pronunciado esas palabras. El rostro de Geoffrey se puso tan pálido como el de Sonia.

Detrás de ellos, muy cerca, tres hombres que habían surgido de las sombras se hallaban de pie.

¡Cada uno de ellos empuñaba un revólver con el que le apuntaba a la cabeza!

Hay que contárselo todo

Durante un momento, Geoffrey se quedó inmóvil, mirando a las tres figuras que habíanse presentado tan de improviso. Tanta era la sorpresa experimentada que no acertaba a darse exacta cuenta de la situación.

Parecía tan extraño, tan inverosímil, que allí, en el techo de San Ormes, se vieran frente a personas procedentes de fuera. La lúgubre casa vieja le había parecido siempre un sitio separado del mundo, apartado de la humanidad...

Miró a Girt, — atónito e inmóvil a su lado, — a Sonia, pálida y emocionada, con la ansiedad pintada en su rostro encantador.

Dióse cuenta de que dos de los hombres que estaban ante él, empuñando revólvers con que le apuntaban, eran los dos turistas que les habían perseguido el día anterior; los dos hombres que habían sido testigos de su misteriosa desaparición por medio de la secreta entrada del lago.

El tercero de aquellos hombres no le era conocido. Pero tenía facciones expresivas y enérgicas y la inconfundible estampa del detective. El fué que avanzó sacando ,al mismo tiempo del bolsillo, dos pares de esposas.

—Es usted Geoffrey Duncan, según creo, — dijo con sereno aplomo — condenado junto con este otro hombre, aquí presente, a pena de presidio por el asesinato de Edward Tilson. Ustedes dos se han evadido hace poco del presidio de Gorsemoor, y mi deber es detenerles. Tengan a bien tender los brazos.

Era inútil resistirse. Geoffrey tendió los brazos maquinalmente. Los resortes de las esposas sonaron al cerrarse. Girt fué igualmente maniatado.

El detective miró entonces fijamente a Sonia y tardó unos instantes en decidir a su respecto.

Después dijo:

—Considero que mi deber es detenerla también a usted, señorita, por el hecho de haber ayudado a ellos a evadirse, después de haber combinado con ellos el plan de la evasión.

—Es verdad, — dijo Sonia y su voz fué aun más suave y encantadora que de costumbre, debido a la emoción que la dominaba. — Ayudé a mis amigos a salir de una tumba donde estaban enterrados en vida a consecuencia de una sentencia tanto más horrible cuanto que fué completamente injusta. Aquí están mis manos: puede usted atarlas también y llevarme presa con ellos.

El detective se sintió impresionado por la dulzura del tono de la voz de Sonia. Miró luego, bajando la vista, las manos blancas, delgadas, tendidas ante él y movió negativamente la cabeza.

—No lo creo necesario, — dijo. — Pero usted me comprende, señorita... Tengo que cumplir con mi deber, y...

—Y esos señores ¿también tienen un deber que cumplir? — dijo Sonia clavando una mirada de sus ojos negros como un flechazo en el rostro de los otros dos hombres y expresándose con grandísimo desprecio.

Los dos hombres comprendieron; bajaron los amenazadores revólvers y parecieron acoquinarse ante el fuego de la mirada de la joven.

—¿También ustedes tenían el deber de... hacer lo que han hecho? — insistió Sonia dirigiéndose a ellos.

—Tenemos un deber para con la sociedad, señorita, — dijo con petulancia el más alto de los dos.

—¡Ya comprendo! — dijo Sonia sin cesar de mirarles con tal expresión que parecía que brotaba fuego de sus ojos negros. — A ustedes les parece no sólo un deber sino una diversión esto de perseguir a dos hombres inocentes y luego delatarlos para que los lleven a un presidio a cumplir una condena injusta.

—¡Nosotros no sabemos nada de eso de que son inocentes! — dijo el turista. — Han sido condenados por la justicia, y la justicia...

—¡De lo que no saben ustedes nada es de su culpabilidad! — exclamó Sonia cuya voz argentina vibró con claridad melodiosa y suave como el sonido de una campana de plata. — ¡Habla usted de justicia! Al juzgarlos a ellos no hubo más que la parodia exterior de la justicia...

—Perdone usted, señorita, — dijo el detective. — pero no es nuestra misión la de discutir las decisiones y las sentencias de los tribunales. Pueden los detenidos pedir permiso para apelar y acaso...

Sonia adelantó una mano, cortando, con ese ademán, la frase que pronunciaba el detective. En su imaginación había brotado en aquel momento una idea y con ella un destello de esperanza.

—Puede estar usted seguro de que iremos todospresos sin hacer la menorresistencia, — dijo Sonia, — sin causarle la menor molestia. Pero en cambio usted tendrá la bondad de escuchar, tendrá la bondad, ¿noes cierto? de esperar, si acaso puedo yo ofrecerle modo de comprobar la inocencia de mis amigos.

El detective era hombre de corazón, — pero estaba. — cómo le pasa a la generali-

dad de los detectives oficiales, — imbuído por las ideas de que no debe salir en ningún caso de lo que dicen los reglamentos que deben ser cumplidos al pie de la letra. Hizo un gesto como si se dispusiera a decir que no, pero Sonia, antes de que el detectivo tuviera tiempo de replicar, se movió hacia los hombres, tendiendo las manos, suplicante.

—Ustedes son hombres de corazón, — dijo. —Quieren prometerme que se quedarán un rato si yo puedo... si me encuentro en situación... de poder ofrecerles demostrar la inocencia de mis amigos?

El más bajo de los dos hombres estaba encantado con la gentil belleza de la joven que se hallaba ante él. Si ella le hubiera pedido la inmediata libertad de los cautivos y no hubiese podido decir que no. Su compañero, el alto, también bastante emocionado, aún cuando no tanto.

—Somos abogados, señorita, — dijo, — y si la justicia, en algún punto, se ha desviado de la senda que las leyes escritas y no escritas, le indican...

—¿Se quedarán ustedes? ¡Sí! ¡Se quedarán! — exclamó Sonia radiante de contento.

Volvióse luego hacia donde estaba Geoffrey, que en vano trataba de acertar cuál era el propósito que guiaba a Sonia en todo aquello. ¿Cómo iba a probar su inocencia? ¿Qué pruebas iba a ofrecer? ¿No se trataba de ilusiones desprovistas de todo fundamento serio?

—¿De que modo quiere usted demostrar nuestra inculpabilidad, Sonia? — preguntó Geoffrey con indulgente y escéptica sonrisa.

¡Podemos demostrarla, y la demostraremos! — replicó Sonia con energía. — ¡Pero es necesario que lo diga usted todo, Geoffrey! ¡Cuando se hallaban ustedes antes la justicia yo me encontraba presa en un calabozo, medio muerta de hambre, a merced de nuestros enemigos. Entonces, si ustedes hablaban, y así se lo hicieron saber, serían absueltos, pero moriría yo... Por salvarme, no hablaron ustedes y se dejaron condenar. Pero ahora no hay para que temer de parte de aquel de quien antes lo temíamos todo... Ahora puede usted hablar, Geoffrey, y hay que decirlo todo, todo, sin ocultar absolutamente nada y que nos perdone la memoria de nuestros padres.

—¡Muy largo es, Sonia, todo lo que tendría que decir! — manifestó Geoffrey. — ¿No sería mejor que fuéramos a nuestra habitación?

Sonia sonrió y volvióse hacia los tres hombres que les habían capturado.

—Si nosotros hemos de probar nuestra inocencia, — dijo ella, — tenemos que narrar muchos sucesos, lo que ha de emplear un buen rato. Oirán ustedes la más maravillosa y extraña de las narraciones que pueda concebirse. Pero aquíñ en el techo, y de pié, no es cómodo ni relatar ni oír. Tenemos cerca de aquí una habitación donde podrá ser oída la verdad más cómolamente.

Miró hacia otro punto del techo y se encaminó hacia él. El detective hizo una mueca como temiendo una encerrona o una estratagema. Pero Sonia le miró sonriendo y el hombre pareció avergonzarse de sus sospechas.

—Tiene usted mi palabra de honor de que ni habrá resistencia ni tentativa de escapatoria por parte nuestra, — dijo ella. — Mis amigos nada pueden hacer, manatiados como están. Si quiere, póngame esposas a mí también.

—Ya he dicho que no lo consideraba necesario, señorita, y no he variado de opinión, — dijo el detective. — Si usted quiere indicar el camino, iremos a la habitación que usted ha dicho y veremos lo que tengan que decir.

Sonia sonrió agradecida y les guió por el techo hasta la trampa redonda que indicaba la original entrada al "departmento" que Geoffrey y Girt escogieron como suyo en Sn Ormes.

Inclinóse la joven y levantó la tapa del hueco de entrada.

—Por aquí, — dijo. — Iré yo primero si les parece.

Una expresión de sorpresa estaba escrita en el rostro de los tres hombres y esa sorpresa se acentuó cuando descendieron por la escala de cuerda gruesa y blanca y se hallaron en una habitación espaciosa y amueblada con lujo y con el más esquisito confort.

Girt y Geoffrey les siguieron silenciosos.

Sonia se rió al ver el asombro de los dos turistas que había resultado ser abogados.

—Este caserón, dijo la joven. — está lleno de peculiaridades aún más extrañas que esta. Pero el señor Duncan tiene la palabra y es él quien les explicará todo lo relacionado con esta casa y con lo que en ella ha pasado hace mucho tiempo y hace poco tiempo.

El detective, aún cuando sintiéndose algo molesto, se sentó con sus dos compañeros en un mulido sofá.

Geoffrey tomó una silla y se sentó delante de ellos, para que le oyeran bien. En otras sillas, uno a cada lado de Geoffrey, se sentaron Girt y Sonia.

Notábase, en el rostro de Geoffrey, un gesto de concentración y de seriedad que no escapó a la mirada sagaz del detective y de los dos abogados.

Geoffrey tosió como para aclararse la voz y su reducido auditorio se dispuso a oírle.

—Tengo una larga historia que contarles, señores, — comenzó diciendo Geoffrey, — tan asombrosa, tan increíble que no puedo exigirles que la crean. Y sin embargo no diré nada que no sea la verda más pura. Suplico a ustedes que escuchen con atención y paciencia. Muchas cosas de las que he de decir no podrán ser comprobadas jamás. Pero hay otros puntos, de vital importancia, que pienso poder presentar de manera que no sea posible ponerlos en duda.

Hizo una pausa, como si buscara por dónde conmenzar su narración.

Girt estaba sentado inmóvil, con el rostro inexpresivo y dormido, tal como si se dispu-

siera al suplicio de oír contar algo muy largo y muy aburridor.

Sonia, — con los ojos negros y relucientes brillando de animación, — miraba a Geoffrey esperando con ansiedad su palabra.

El más viejo de los dos turistas movió la cabeza indicando a Geoffrey que comenzara.

—Nuestra costumbre entre abogados es creer que una cosa es verdad hasta que se prueba que no lo es, — dijo. — Comience usted su relato; estamos escuchando.

Cómo fué utilizado el galoscopio

Sería fútil e inecesario repetir la extraña nuarración que Geoffrey Duncan hizo al detective y a los dos turistas — mejor dicho a los dos aboados que le acompañaban, pues para ello había que volver a escribir de nuevo la historia de San Ormes y de sus siete misterios.

Contó Geofrey Duncan cómo el día de su vigésimo primer cumpleaños recibió, sin saber de dónde, el curioso documento — y sacando del bolsillo el deteriorado pergamino se lo enseñó a los presente — y después explicó como habían ido él y Girt a San Ormes.

Los rostros de los tres que escuchaban expresaron incredulidad cuando oyeron describir los horrores de aquellas primeras noches en San Ormes y cómo había llegado a su conocimiento la existencia de los siete terribles secretos.

El cuadro que cambiaba de aspecto podían verle aún — destrozado en parte por los hachazos de Girt, — en el hall de entrada y podían apreciar cómo era verdad que era una puerta que daba acceso a un pasaje secreto. En lo alto de los balcones del hall podía verse todavía, —escondida en su sitio, — la plataforma sobre la cual, estaba sostenida por la balaustrada de uno y otro lado, los dos miembros de la "Liga de los Siete" habían verificado su aterrador duelo a muerte.

Cerca de allí se encontraba el dormitorio en el cual se les había helado la sangre al oír la risa infernal de gorila con el cual Girt había tenido la horrible pelea junto al parapeto del techo, logrando arrojarlo desde lo alto al patio adoquinado.

El relato de Geoffrey Duncan parecíales algo como la descripción de una horrible pesadilla hija de la desenfrenada fantasía de una mente desequilibrada. Sin embargo, cada uno de los puntos señalados por Greoffrey podía ser corroborado por una prueba indiscutible.

El detective escuchó con grandísimo asombro la historia de la astusia, la perfidia y la traición de Darkin. Era él quien había dado muerte al "administrador de propiedades" Edward Tilson, combinando las cosas de modo tan hábil que las ospechas recayeran sobre Geoffrey y Girt.

Estos, viendo la situación en que se hallaban y temiendo por la seguridad de Sonia, habían venido escabulléndose mediante el tubo de comunicación d ela boya de campana. El tubo existía aún y por él precisamente estaba inundándose el subsuelo de San Ormes, amenazando la inundación hundir el viejo caserón al aflojar sus cimientos.

Desde el principio hasta el fin narró Geoffrey todo lo sucedido, sin omitir nada, diciendo toda la verdad, tal como la conocía.

Se levantó y enseñó la puerta secreta que había en la pared, hiz que se descorriera el oculto tablero y les acompañó por el pasadizo hasta la boca del oculto pozo provista de la combinación a propósito para hacer caer, de modo diabólico, en lo profundo del pozo, a los que pasaran ignorantes de la existencia de aquella trampa infernal.

Cuando hubo terminado su relato el detective tenía muchas hojas de su liberta de anotaciones llena de apuntes que constituían una síntesis taquígrafa de cuanto le había dicho Geoffrey. Había escrito maquinalmente, pues su cerebro era en aquel momento un torbellino.

El más anciano de los dos abogados miró a su compañero y al detective con la expresión de una persona que acaba de presenciar algo considerado imposible.

—¡Pero todo eso es increíble! — profirió. — Seguramente...

—El señor Duncan ha dicho a usted la pura verdad, — interrumpió serenamente Sonia, — toda la verdad. He vivido en esta horrible casa toda mi vida. Puedo atestiguar todo cuanto ha dicho.

Miró al detective que se rescaba la coronilla con el lápiz como procurando coordinar sus onfusas iedas dándoles forma coherentes.

—Entonces esta casa ha sido, durante años, usada fuera de la ley, — dijo. — De monederos falsos, falsificadores y criminales asesinos.

—Así es, efectivamente, — manifestó Geoffrey.

—¿Y su padre y el padre de esta señorita eran miembros de la gavilla?

—Eran ambos falsificadores de moneda, — dijo Geoffrey con amargura. — Pero no eran criminales en el verdadero sentido de la palabra; se consideraban víctimas del rémen dominante en el país y enemigos acérrimos del sistema financiero en vigencia al querían, en su desequilibrada mente de sabios ilusos, destruír por completo mediante el descrédito. Prueba de la mala organización del sistema que condenaban es el hecho de que sus falsificaciones no fueran jamás natadas por nadies.

—¿Pero no eran asesinos? — preguntó el detective.

—¡No, por Dios! ¡Mi padre y el profesor mente ni a una mosca!

Hubo un momento de pausa y de silencio.

—Y ese hombre, ese Darkin, — dijo después el detective, — ¿dónde está ahora?

—Aún está en su casa. También está aquí la mujer, Ruth de Lys, su ayudante. Darkin está enfermo a consecuencia de la caída que antes describí, — dijo Geoffrey.

El detective volvió a levantarse. Sonia se levantó también, se acercó a él y apoyó una mano en su brazo.

—No es posibles detenerles, — dijo. — no hay sino sospechas vagas sobre su culpabilidad. Ni usted ni nadie podría probar nada en conthra suya. Es demasiado astuto para dejar rastros que lo compromentan. Pero creo que podremos probar plenamente su culpabilidad si usted nos dejar hacer.

Sonia volvióse hacia Geoffrey.

—Se olvidaba usted del galoscopio, — dijo ela. — Está en su habitación o por lo menos en ela está el espejo y detectófono. Si usted y el señor Girt van a su habitación y entablan conversación con él, nada desconfiará. El fácil que ustedes puedan hacer que diga lo que hace falta que diga. Piense que todo lo que él hable puede servirle desde el laboratorio y que al mismo tiempo se podrá ver lo que pase entre ustedes, — arejgó co nemoción. — ¡Mi padre descansará sin duda más tranquilo en la región eterna si lea hasta él el convencimiento de que su invención ha servido para hacer caer sobre tan terrible criminal el peso de la espada de la ley!

—No había pensado en eso, Sonia — dijo Geoffrey. — Si los señores quieren ir al laboratorio visitaremos inmediatamente a Darkin. — Volvióse hacia el detective. — ¿Quiere usted ir, señor?

—Nada conocemos aún de las virtudes del galoscopio, — dijo. Pero si puede servirnos para dejar establecida la culpabilidad de un criminal que ha logrado evadir la acción de la justicia, iré con sumo placer a donde usted indique.

Con una exclamación de alegría, Sonia volvióse rápidamente y comenzó a subir por la escala de cuerda, indicando así por dónde debía ir. Una vez en el techo les guió hasta donde estaba el ascensor y en él descendieron todos hasta el laborotorio donde aún podían verse as señales de la explosión jrovocada por el profesor, que corroboraban lo que al respecto había dicho Geoffrey.

Pocos minutos después Geoffrey. — a pesar de tener puestas las esposas, — para levantar la piedra del piso y conectar los hidos y el detective presenciaron con grandísimo interés el funcionamiento del aparato, fija la vista en el disco situado en la parte superior de la caja que encerraba el mecanismo receptor del galosopio.

Poco a pooc el círculo de cidrio se fué iluminando y por último se vió en él con toda claridad el cuadro del itnerior de la pequeña habitación de Darkin. A éste le vieron con toda claridad medio echado en el diván con el rostro delgado y maligno vuelto con expresión de ansiedad, hacia la mujer cuya esbelta y eleante figura erguíase a su cabecera.

—Esa mujer es Ruth de Lys, — exclamó Geoffrey en voz baja.

Mientras hablaba, la mujer volvióse y el el medio círculo máico de galoscopio vieron lost res hombres el rostro encantador, la beleza de su figura, lo hechicero de todo su aspecto.

Greoffrey tomó uno de los auriculares del teléfono acoplado al galoscopio y lo acercó al oído del detevtive, escuchando él por el otro.

—¡Escúchele! — dijo.

Darkin dirigíase a Ruth de Lys en tono cariñoso y suplicante, haciéndole notar la situación difícil en que momentáneamente se hallaba.

—Es necesario que nos vayamos de San Ormes, — decía Darkin. — Si esos hombres vienen a este cuarto ahora yo me hallaré por completo a su merced. Yo...

Dejó de hablar después de lanzar una maldición, al darse cuenta de que la mujer, sin hacerle caso, y volviéndole la espalda, había salido de la habitación.

El detective levantó la cabeza.

—¡Este aparato es maravilloso! — exclamó. — ¡Realmente maravilloso!

Geoffrey asintió rápidamente con un movimiento de cabeza. No era aquel momento oportuno para comentar las bondades del galoscopio, pues de lo que se trataba era de aprovechar cuanto antès esas mismas condiciones.

Tendió ambas manos ante el detective.

—¿Quiere usted tener la bondad de quitarme esto por un momento? — dijo. — No podemos ir maniatados a ver a ese hombre. Y necesitamos un revólver. Darkin es un bandido de lo más violento y debe estar armado.

El detective vaciló un instante, pero en seguida, tras de cruzar una rápida morada con Sonia, abrió las esposas y entregó un revólver a Geoffrey. Volvióse luego hacia Girt y le quitó las esposas.

—Pueden ustedes ir, — dijo. — Nosotros veremos y oiremos desde aquí.

Despedido con una sonrisa de estímulo de la hermosa Sonia, Geoffrey salió, con Girt, de la habitación, dirigiéndose pausadamente, por el corredor, hacia el cuarto de Darkin. Pocos minutos después habían llegado y, sin detenerse, movió la manija de la maciza puerta y penetraron los dos: Geoffrey con el revólver en la mano y levantado amenazador.

Darkin les miró entrar con un gesto de furor y de miedo en su adelgazado rostro. Pero un instante después logró reponerse del miedo que había sentido, reconcentrando con esfuerzo supremo la poca entereza que aún le quedaba.

—Buenos días, — dijo. ¡Qué inesperado placer!

—Siempre es un placer para los sanos el visitar a los enfermos, — dijo Geoffrey, — y Girt se rió por o bajo en forma que casi loró desconcertar a Darkin haciéndole perder su afectada calma.

—Me alegro de que hayan ustedes venido, — dijo Darkin con melosa y sarcástica afabilidad. — Necesitaba verles antes de que volvieran al presidio.

—No pensamos volver al presidio, — dijo Geoffrey. — Resulta que por fin hemos hallado modo de probar que somos inocentes.

—¿De veras?

—¡Sí! De un modo muy sencillo: proban-

do la culpabilidad de otra persona, — dijo Geoffrey avanzando y sin dejar de apuntar con el revólver. — Vamos a tomarnos la libertad de entregar a alguien a las autoridades, como autor del crimen de que se nos acusaba, señor Darkin. ¡Y ese "alguien" va a ser precisamente usted!

Una mueca de terror apareció por un breve instante en el rostro de Darkin, cuyos ojos miraron asustados. Pero el que estaba tendido en el diván reaccionó inmediatamente y lanzó una carcajada de burla.

—¡No tienen ustedes pruebas! — dijo.

Girt notó un leve movimiento de parte de Darkin, como si estuviera por agarrar algo que estaba debajo de la almohada. Avanzó y levantó al hombre con muy poca consideración por cierto. Gruñó en el momento en que sacó una pistola automática Remington de debajo de la almohada. Después dejó caer a Darkin sobre el diván como lo hubiera hecho con una bolsa.

Tal proceder pareció sobrepasar los límites de la paciencia de aquel hombre. Con la cara lívida de rabia fué tal su furor que, durante unos instantes no pudo articular ni una sola palabra.

—¡Ustedes! — vociferó después, tartamudeando nervioso. — ¿Se atreven ustedes a amenazarme con la justicia? ¡Bah! A los dos los voy a hacer ahorcar si es que no decido despacharles personalmente como hice con Tilson. ¡Sí! — gritó dominado por un furor insano. — ¡Yo maté a Tilson! ¡Yo le utilicé para comprometer a ustedes y después le maté! ¡Le maté porque como se había pelcado poco antes con ustedes, ustedes serían los primeros sospechados! ¡Le maté yo! ¡Pero si yo maté a Tilson, ustedes serán los que cuelguen de una soga como autores de su muerte! ¡Yo les hice conducir a presidio! ¡Ahora los voy a hacer condenar a muerte!

Dejóse caer en el diván, agotadas sus fuerzas físicas y vencido por el dolor que sentía en el cuerpo maltrecho por los golpes de la caída. Pero acostado siguió maldiciendo como un endemoniado, escupiendo toda su maldad, su malicia y su traición, regocijándose en arrojar al rostro de sus víctimas la declaración de todos sus crímenes impunes.

Geoffrey ni habló ni le interrumpió. El hombre estaba sirviendo admirablemente a cuarto se abrió con rapidez dejando paso a Sonia, seguida de los tres hombres que penetraron rápidamente en el cuarto.

Antes de que pudiera darse perfecta cuenta de lo que le pasaba, Darkin s vió con las esposas puestas

El detective se hallaba de pie junto a la cabecera del diván, mirando con acusadora tranquilidad.

—¡James Darkin! — dijo con voz sonora y grave que retumbó en la pequeña habitación. — Por su propia confesión queda usted detenido por haber dado muerte, voluntariamente a Edward Tilson!

Conclusión

EN toda la larga historia de los procesos célebres no hubo ejemplo de ningún caso que apasionara tanto al público de Inglaterra como el de James Darkin, acusado de homicidio.

Los que asistieron a las sesiones del tribunal oyeron con horror y con asombro el renido como guarida el viejo y lúgubre caserón de San Ormes. La narración que hicieron Geoffrey Duncan y James Girt fué tal que pareció invención de una mente desequilibrada y calenturienta.

Durante toda la vista de su proceso Darkin estuvo en el banquillo de los acusados con cara sonriente como desafiando a todos. Pero su aplomo pareció irse desvaneciendo a medida que las pruebas contra él se iban aglomerando una tras otra, con implacable e incesante insistencia.

Junto a él, acusada de haber sido su cómplice accesoria "después del crimen", sentábase Ruth de Lys, orgullosa y altiva miláceos a todos los presentes y frunciendo los labios con expresión de desprecio.

Después de varias largas sesiones interesantes y nerviosos los abogados, tanto de la defensa como de la acusación, habían agotado ya sus recursos. El proceso había terminado su primera parte, faltaba la segunda, breve pero esencial: el fallo.

El jurado, — después de formuladas por el presidente del tribunal las preguntas a que debía contestar, — retiróse a la sala de deliberaciones a considerar cuál era, en justicia, la suerte que correspondía a los acusados.

Cuando los miembros del tribunal volvieron a ocupar sus asientos el público, impaciente y emocionado, calló de tal modo que se hizo en la sala de audiencia un silencio profundo. Los miembros del jurado salieron de la sala de deliberaciones y ocuparon sus puestos. El presidente del jurado de pie, leyó las conclusiones:

—Hallamos, — dijo, — que el acusado James Darkin es culpable de haber causado la muerte de un hombre voluntaria y deliberadamente. En cuanto a la mujer somos de opinión de que las pruebas son insuficientes para considerarla culpable.

Cuando el presidente del jurado hubo hablado, Ruth de Lys movió la cabeza con altanería y miró el rostro pálido y desencajado de Darkin, riendo por lo bajo, burlona y sarcástica, del mismo modo que Geoffrey y Girt habíanla oído reir en otras ocasiones. No le daba lástima aquel hombre del que había sido cómplice. Lo detestaba y lo despreciaba.

Ruth de Lys se sentó perezosamente mientras el juez hablaba.

—Hemos oído durante el curso de este proceso, — dijo el presidente del tribunal, — una historia de crimen, de infamia y de violencia tal como jamás hubiéramos creído posible en Inglaterra. Las pruebas han de-

mostrado que el punto de apoyo, el eje de esa rueda de maldad y de horror, era el hombre que se halla ante nosotros, en el banquillo del acusado. Con un sentimiento de verdadero alivio e hondo el recto veredicto del jurado que traerá como consecuencia la extirpación — tal como el cirujano amputa el miembro gangrenado en defensa de la salud del cuerpo, — de un miembro dañado de la sociedad, en defensa de la salud social.

El juez — como establece la costumbre en Inglaterra que lo haga al ir a dictar una sentencia de muerte, — se puso el birrete negro y dijo:

—Condenado a sufrir la pena capital.

Darkin lanzó un grito de angustia. Tenía el rostro pálido y la frente cubierta de sudor frío. Sus ojos estaban dilatados por el terror. La altanera actitud de otro tiempo cuando el criminal desaparecido por completo revelando toda la innata cobardía de su espíritu.

Ruth de Lys dirigió una mirada de desprecio hacia el hombre mientras lo sacaban de sala, tembloroso, entre dos guardianes. Después ella se volvió hacia el juez para oir su sentencia absolutoria. Tras la expresión serena del rostro de aquella mujer era imposible acertar cuáles eran sus verdaderos sentimientos en aquel instante.

Pero si Ruth de Lys hubiera confesado en aquel momento la verdad de lo que sentía, hubiera dicho que se alegraba de la condena de Darkin. Desaparecida la influencia que sobre ella ejercía en ocasiones aquel hombre, ella estaba resuelta a no volver a verse mtida en nada qu significara crimen o violencia. Sería siempre una aventurera, — otras situaciones sociales estaban cerradas para ella, — pero en lo futuro la mágica influencia de su belleza y la malignidad de su temperamento se limitarían a ejercer su acción dentro de los términos de la ley.

. . . . . .

En un paraje de la región pantanosa, cerca de la aldea de Playa Negra, hallábase una joven de pie, tiesamente apoyada en el brazo de un hombre alto de gentil apostura.

El sol iluminaba su rostro haciendo resaltar la belleza de sus facciones y la brisa ondulaba la sedosa cabellera negra como el azabache. En sus ojos oscuros y expresivos brillaba la más intensa alegría, aun cuando todavía notábase en su frente una reminiscencia de tristeza y de temor.

Miró la joven hacia el otro lado de la zona pantanosa hacia el sitio donde las siete mansardas de una casa grande y solitaria recortábanse sobre la inmensidad del cielo. Aquella construcción parecía tétrica y sombría aun iluminada por los rayos del sol de una mañana de verano.

La joven se estremeció y miró a su compañero.

—Espero no tener que ir de nuevo allí, Geoffrey — dijo. — ¿Es cierto que van a demoler el edificio?

—Sí, — respondió Geoffrey. — A menos que no se derrumbe solo. El agua ha destruído por completo sus cimientos.

Sonia dirigió una última mirada hacia el viejo caserón y luego volvióse rápidamente, dirigiéndose con Geoffrey hacia la aldea.

—Odio este sitio, — dijo ella. — Su recuerdo es para mí como una pesadilla.

Geoffrey, sonriendo, inclinó la cabeza.

—Sin embargo no hubiera llegado yo a lo que he llegado si no hubiese pasado por allí, Sonia, — dijo. — Todos aquellos terrores han tenido su premio... — Calló un instante, parándose y mirando a Sonia cara a cara. — ¿Recuerda usted las palabras del documento? — dijo. — "Hasta que el primero y el sexto no se encuentren juntos, ni la Verdad ni la Felicidad estarán en su sitio". ¿Se acuerda?

Ella sonrió y él, inclinándose, la besó en la frente.

—La adversidad hace más dulce aún a la felicidad, — agregó él. — Pero aun nos queda una dificultad que pasar.

—¿Qué es ello, Geoffrey?

—Tenemos que enseñarle a Girt las obligaciones de un padrino de boda y los privilegios de un huésped permanente de nuestra casa. Pero debemos regresar pronto, antes de que el sol se haga demasiado fuerte.

Sonia se rió y tomó de nuevo el brazo de su amado.

Entonces, una vez más, miraron cara a cara hacia la inmensa libertad del sol y del mar, volviendo la espalda para siempre a la lúgubre mansión de San Ormes y a sus siete temidos secretos con los cuales habían logrado forjar, a través de inauditas penurias y vicisitudes, la áurea cadena de su felicidad que nada, en el mundo, podría romper jamás.

Fin de "LOS SIETE MISTERIOS DE SAN ORMES"

En Estados Unidos rige una ley que obliga a todos los automóviles a usar salvavidas.

✤ ✤ ✤

Cuando un tigre cae herido de un balazo, no deja de lanzar rugidos hasta que se le acaba la vida. Las hembras en cambio, mueren en silencio.

Las tres cuartas partes del total de los diarios que aparecen en el mundo, aparecen en inglés.

✤ ✤ ✤

En Estados Unidos se empiezan a usar lápidas mortuorias de cristal con los retratos de los difuntos, insertados en el mismo vidrio al fundirlo.

¡Un! "ESSENTIAL"

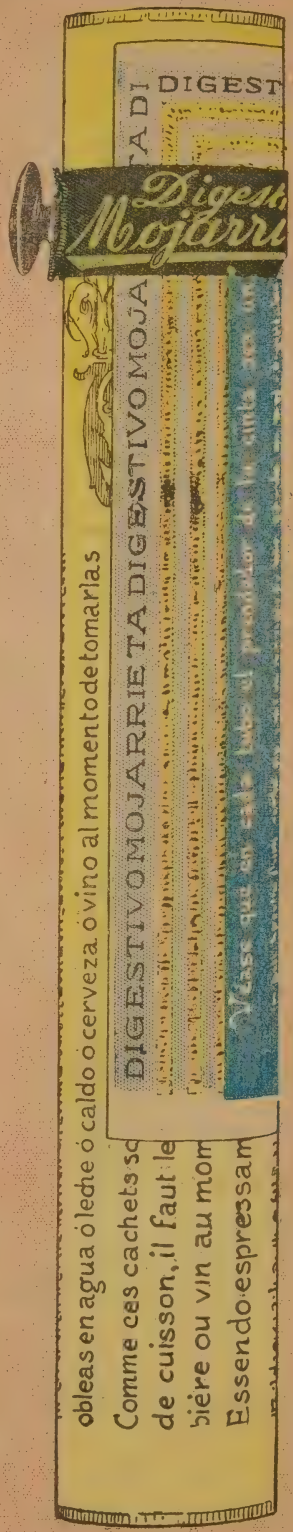
Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201



DESPUES de la comida, muchas personas sienten en la boca del estómago una impresión penosísima de pesadez e hinchazón durante todo el tiempo en que se efectúa la digestión; este padecimiento proviene casi siempre de dilatación crónica, producida por debilidad y desgaste del órgano. Se precisa, pues, aliviar su tarea agregando artificialmente los elementos necesarios a toda buena digestión. Para tal objeto, ningún remedio presenta las virtudes del

= DIGESTIVO = MOJARRIETA

que puede llamarse con justicia el verdadero medicamento completo de las vías digestivas, pues contiene los elementos mismos que pueden hacer falta a la composición normal del jugo gástrico, Así solamente puede el estómago descansar y, con el tiempo, fortificarse, recobrando poco a poco su robustez y motricidad primitivas perdidas.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA

DEFENSA, 215, sus secciones y en toda buena farmacia

En este número DETRAS de la PUERTA CERRADA

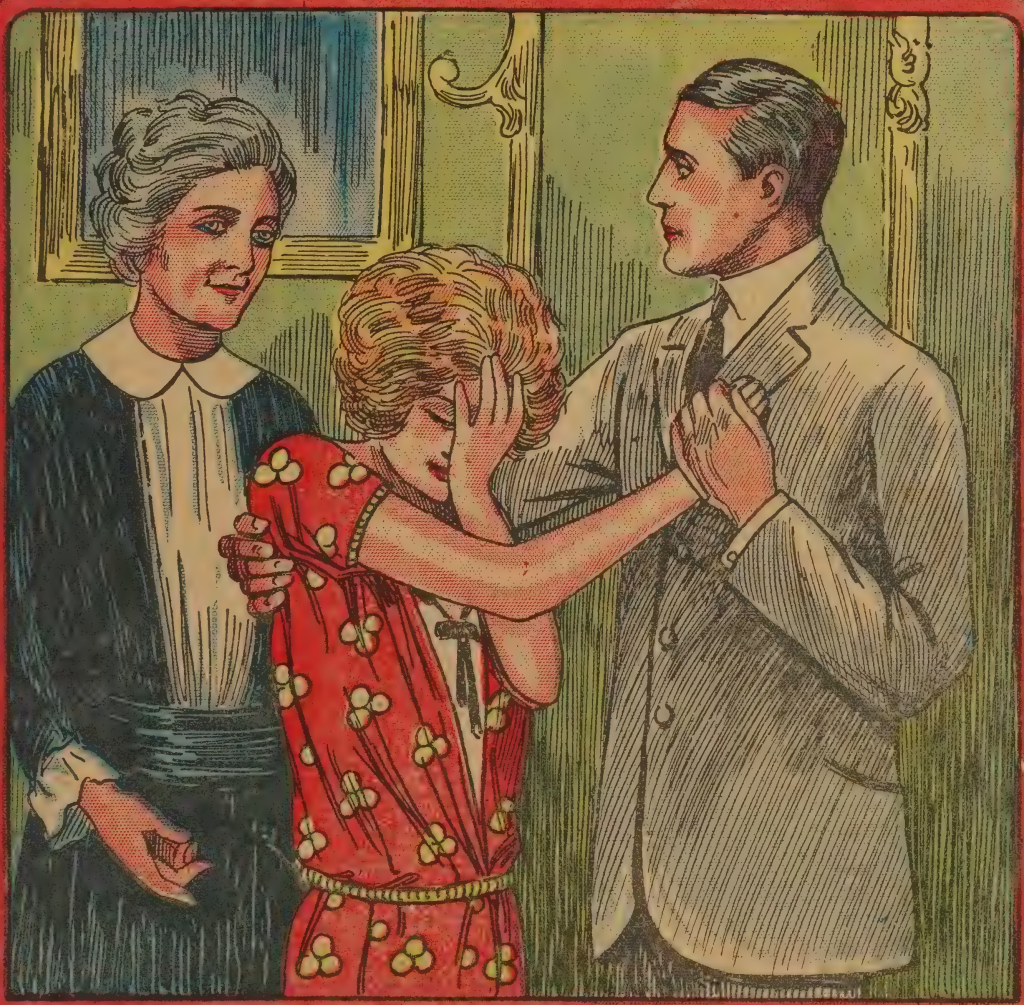
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
Marzo de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 83.



La señora Beckett no adivinó que él no amaba a su hija.

Este es un incidente de la novela sentimental que se publica integra en este número y se titula:

El hombre que la engañó

Esta obra deben leerla todos a quienes les gustó "Fiel a su palabra."

Dinero enteramente perdido

El hombre: — Ayer le pagué diez pesos a una adivina y ella me hizo exactamente la descripción de usted y dijo que íbamos a casarnos dentro de un mes.

La joven: — ¡Qué hombre extravagante es usted! ¡Yo le hubiera podido decir exactamente lo mismo sin cobrarle nada!

Por cada millón de toneladas de carbón que se extrae de las entrañkas de la tierra, mueren cinco hombres por accidentes de trabajo y se hieren unos 550.

✣ ✣ ✣

En el siglo XI había ya en Sevilla cerca de 60.000 telares de seda, desconocidos en Francia hasta principio del siglo XIV y en Inglaterra hasta el año 1338

Las luciérnagas emiten su luz fosforescente tanto de día como de noche; pero la luz natural, más fuerte, hace que no se veo la del gusano.

✣ ✣ ✣

En Alaska rige una disposicion recomendando el exterminio de las águilas por la enorme cantidad de caza y pesca que destruyen.

El hombre que la engañó

Muy atractiva narración de lo que le pasó a una joven que amaba a un hombre que fingió quererla.

Interesantes, informativos y curiosos

Párrafos de todos los orígenes, pero atrayentes.

El calcetín roto

Relato interesante, en forma dialogada que interesa del principio al fin.

Para querer a su mujer

Una idea curiosa expuesta en forma original por un notable autor francés.

La séptima víctima

Atrayente narración misteriosa del gran escritor Maurice Leblanc.

La nota cómica

Chistes y chascarrillos de todas partes, algunos, al menos, graciosos.

La persecución

Un buen relato humorístico para pasar el rato.

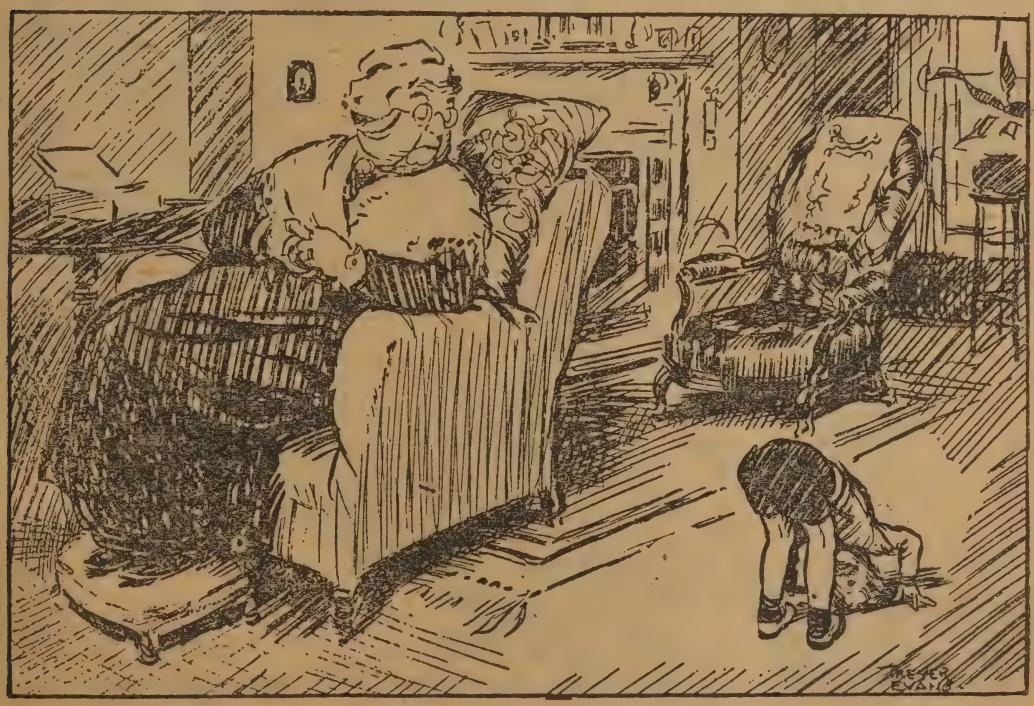
Recetas de utilidad práctica

Vale la pena guardarlas para algún día

Detrás de la puerta cerrada

Comienzo de la gran novela que fué publicada por "Tit-Bits" y "Pucky" reproduce a pedido de sus lectores.

ORGULLO ACROBATICO



La abuelita: — Yo no haría eso, Alejandrito, si yo fuera tú.
Alejanrito: — Lo que hay es que usted no podría hacerlo, aunque fuese yo.

Morna Pentony, la celebrada actriz era muy hermosa. Estaba en su camarín del teatro dando los últimos toques a su maquillage. ("El hombre que la engañó").

El hombre que la engañó

Escrita en inglés por

Betty Trevor

(Traducido para "Pucky")

La interesantísima narración de lo que le pasó a un hombre que se comprometió y se casó con una mujer a la que no amaba.

DRUSILA BECKET entró en la oficina sonriente, porque amaba su trabajo. Tranquilamente se acomodó ante su escritorio, preparándose para la tarea cotidiana y pronto estuvo tan absorta en ella, que, al parecer, nada la hubiera podido arrancar de la abstracción en que se encantraba. Sin embargo, cuando sinó con estridente repiqueteo la campanilla del escrito-interior, la joven se puso en pie apresuradamente, reunió unos cuantos papeles que había dispersos sobre la mesa y se dirigió al despacho de Christopher Sinclair, único propietario de los grandes talleres de imprenta y grabados, en cuyas oficinas trabajaba ella.

Al entrar levantó él la vista que tenía fija en la mesa, y le dijo:

—Voy a dictarle.

Drusila se sentó con el lápiz en una mano y en la otra el block de notas.

Y en cuanto él comenzó a hablar, el lápiz de la joven empezó a deslizarse rápido sobre el papel.

Sinclair apenas la veía. Y, sin embargo, tenía delante de sí a una mujer encantadora, de rostro deliciosamente ovalado, magníficas pestañas negras y espléndida cabellera de un rubio de oro.

La joven esperó mientras él tomaba otra carta para contestar. Ya ella había abierto antes todas las cartes para que su lectura le fuera más cómoda. Nada omitía la empleada que pudiera redundar en la más pequeña comodidad de su patrón. Este levantó un diario cuya faja también había sido quitada y dirigió una mirada a la primera página.

Drusila vió que fruncía el ceño y se preguntó qué podía haberle producido la impresión desagradable cuya existencia daba a entender aquel movimiento. La joven notó que en el diario había un párrafo señalado con lápiz azul. Un sentimiento de odio que no fué dueña de refrenar se levantó en el corazón de Drusila. Si alguien le había hecho algún mal, ella sentía, que el daño también la alcanzaba.

Nadie podría, sin embargo haber adivinado lo que pasaba en aquel momento en el alma de la joven, pues sus ojos estaban fijos en la ventana, y en ellos el más perspicaz sólo habría podido leer la más absoluta indiferencia. El tampoco debió darse cuenta de que la joven conocía su repentina turbación, aunque todas las líneas de su rostro lleno de decisión, con aquella arruga que la vista del diario ahondara en mitad de su entrecejo, estaban

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"
Comienza su publicación en la página 39 de este número de "Pucky".

indeleblemente impresas en la mente de Drusila.

Con un movimiento brusco él se puso de pie.

—Hemos terminado por ahora, — dijo.

Y cuando Drusila hubo desaparecido y se quedó solo en el gran escritorio, Christopher Sinclair leyó de nuevo el párrafo del diario señalado con lápiz azul.

"Fué realmente lamentable que el Royal " Theatre tuviera que pasarse anoche sin " Morna Penthony. Es cierto que la actriz " fué subtituída; pero no lo es menos que " Morna no hay más que una sola y ésta se " ncontraba a bastantes kilómetros de la " capital. La ruptura de un neumático fué " lo que nos privó anoche de la presencia " de la gran artista, que no pudo llegar al " teatro hasta el momento en que se levan- " taba el telón para el último acto."

Morna Penthony era la mujer a quien él amaba. ¿Con quién viajaba cuando le ocurrió el accidente que la impidió asistir al teatro? Mientras se hacía esta pregunta, el joven recorría con la vista la página del diario. Una fotografía llamó su atención: era la de Morna, sentada en un automóvil y sonriendo de esa manera medio ingenua, medio provocativa con que saben sonreir las mujeres de teatro. Aquel automóvil era de George Hemmings. ¡Y ayer mismo acababa ella de prometerle solemnemente que no volvería a salir en automóvil con aquel hombre! Todavía resonaba en sus oídos la voz de la joven que le decía suavemente:

—Te prometo no salir más con George. ¡Pero es tan gracioso y divertido!...

—¡Divertido! — le había contestado él con acento sombrío. — Es el hombre más osado y al mismo tiempo el más sinvergüenza que existe en Inglaterra.

Morna hizo un mohín encantador y después se marchó sonriente. Aquel mismo día ya había quebrantado su promesa.

Sinclair se estremeció al mirar aquella carita picante, exquisita. El nuevo automóvil de carrera de Hemmings era inconfundible, y el rostro del joven se puso lívido al pensar que otros conocían aquel vehículo lo mismo que él.

Estrujó el papel con una mano y lo arrojó con furia al suelo; luego dió un fuerte puñetazo en la mesa.

Grave y severo en su aspectó, Christopher Sinclair poseía una sensibilidad profunda. Morna constituía la gran pasión de su vida. Algunas veces llegaba hasta a despreciarse a sí mismo por la facilidad con que le perdonaba sus desvíos. A cada momento lo burlaba para volver a cada momento también a pedirle perdón.

—"Soy débil", — se dijo a sí mismo. — "Esta debilidad mía es una verdadera vergüenza. Tengo que romper con ella. Esa mujer está arruinándome el cuerpo, el espíritu y el bolsillo".

Y sonrió tristemente al pensar en las cuentas que por ella había tenido que pagar.

Morna parecía amarle, pero ¿lo amaba en realidad? Sinclair se torturaba inúltimente haciéndose esta pregunta. ¿Cómo podía creer que lo amaba si continuamente lo estaba torturando de aquella manera?

¿Qué sería capaz de hacer aquella mujer en la primera ocasión? ¿Cómo podía esperar de ella la felicidad, cuando al parecer, nada le importaba engañarlo con tal de que él no se diera cuenta del engaño? ¿Podía realmente amarlo?

La puerta del escritorio se abrió con un ruido que ninguno de los de la casa se hubiera atrevido a hacer, y algo entró que pareció una mariposa de muchos colores. Unos brazos suaves como el terciopelo rodearon el cuello del joven y un beso estalló en su mejilla.

—Christopher ¿no te alegras de verme aquí a tu lado?

Era Morna, la culpable y en su cara no aparecía para nada el rubor por la falta cometida. Estaba tan linda, envuelta en pieles blancas, con su gorrita de terciopelo negro en la gentil cabecita, que nadie hubiera extrañado al verla, que Sinclair le perdonase una infedelidad más. Pero el joven la miró con expresión firme.

—Vamos, no te hagas el serio y no vengas, como otras veces, con que en horas de trabajo no te agradan las visitas, — dijo ella con ligereza. — Te he traído una porción de cuentas a pagar y no tienes más remedio que ponerte de buen humor. ¿Qué te parecen estas pieles blancas que acabo de comprar?

Christopehr no contestó, y esto, a ella pareció sorprenderle bastante.

—Chris, querido, no te enojes, — prosiguió la joven haciendo una graciosa mueca. — Dirige primero una mirada a las cuentas que te traigo. Son terribles; si yo no tuviera un amigo tan amable y tan bueno como tú, no sabría cómo verme libre de mis acreedores.

El siguió sin hablar, pero ririgió a la joven una mirada que a ésta le pareció muy extraña. Luego los ojos de ésta se fijaron el en diario arrugado que aún estaba en el suelo y en él vió su retrato en el automóvil. Lo levantó, dirigióle una rápida mirada, lo volvió a tirar y le puso encima su diminuto pie.

—¿Cuál de mis buenas amigas te habrá enviado eso? — dijo con acento rencoroso. — Alguna celosa, me imagino.

El joven la miró con ojos en los que se leía el dolor.

—No te habrás enojado conmigo, — dijo ella mimosamente. — ¿Verdad, Chris?

—¿Recuerdas lo que te dije?—contestó él tranquilamente, sin expresión. — ¿Recuerdas lo que me contestaste?

Morna se acercó a él, segura del poder de fascinación que ejercía sobre aquel hombre. El prosiguió:

—Te dije que no te toleraría que tú y ese hombre salieran juntos y tú me prometiste que no volverías a hacerlo.

—¿Te lo prometí? — preguntó ella arqueando las cejas como si se tratara de recordar. — De veras, ahora me acuerdo. ¡Qué vergüenza! Tú no sabes la poca memoria que tengo, Christopher.

El no respondió. El amor que tenía a aque-

lla mujer estaba muerto en él en aquel momento.

Morna retrocedió un paso; en su rostro bellísimo leíase la contrariedad que le producía la actitud de su amigo. Sus ojos se fijaron entonces en la faja en que llegó envuelto el diario y al reconocer en ella la letra de George Hemmings, se sonrió. De manera que había sido George... A Morna le gustaba mucho el tal George; ¡pero Sinclair era tan rico!

—Estás hoy tan desagradable como un oso sin domesticar, — dijo inclinándose y depositando un beso en el cuello de su amigo. — En castigo, te dejo a solas con tu mal humor. ¡Cómo si no supieras que eres tú el único a quien amo!

Y girando rápidamente sobre sus talones, Morna salió del escritorio dejando en pos de sí su perfume violetas de Parma y... un puñado de cuentas sin pagar.

Christopher comprende que sólo Drusila puede librarlo de la ruina en manos de Morna

TAN pronto como se retiró Morna, Sinclair hizo sonar la campanilla y Drusila entró en el escritorio.

Durante dos largos años la había visto todos los días; pero en todo este largo tiempo no se había fijado en la joven. Entonces lo hizo y se dió cuenta de lo favorecida que salía al compararla con Morna.

¡Drusila era tan seria, tan serena! Llevaba en aquel momento una blusa blanca con cuello de encaje que le sentaba a las mil maravillas. El óvalo de su rostro estaba exquisitamente moldeado, y sus ojos dulcísimos eran los de la mujer destinada a hacer la felicidad de los demás sin pensar en su suya propia. Sus cabellos rubios como el oro parecían difundir una luz radiante por toda la estancia. Eran éstos, detalles en los que jamás había reparado Sinclair hasta el presente.

La estenógrafa se había convertido para él en una persona de carne y hueso; ya no formaba parte del moblaje del escritorio. ¡Con cuánto desinterés había trabajado para él! ¡Cuán paciente había sido! Sinclair se reprochó entonces las veces que se había mostrado disgustado con ella y hasta había llegado a reprenderla por leves deficiencias en su trabajo.

Estos momentos de mal humor se habían hechos frecuentes en él últimamente y durante parte de ellos Drusila había sufrido con paciencia las consecuencias de su nerviosidad. Sin embargo, la dulce criatura había vuelto siempre a él como la mariposa a la luz para quemarse más las alas.

Drusila Beckett se había convertido de repente e nalgo que tenía personalidad para él. Ahora reconocía, aunque de una manera vaga, la influencia que sobre su mal humor habitual había ejercido la dulce presencia de la joven.

Se volvió él hacia la pila de cuentas sin pagar que había dejado Morna en la mesa y las tomó con un gesto de irritación. Leyó la primera:

"Robe de boudoir. Satin rosa, con flores bordadas en relieve, veladas con chiffón gris: Veinte libras;

"Robe de nuit, limón pálido, crépe de China con guarniciones de satin: Cinco guineas:

"Smock malva con rizado gris: Ocho guineas."

Seguían varias partidas de la misma especie.

Con un ligero temblor en los labios, miró a Drusila.

—¿Cuánto le ha costado eso? — preguntó, señalando la blusa blanca de la joven.

—La hice de un vestido viejo de mamá. El encaje del cuello lo bordó Becky, mi hermana menor, — contestó ella.

—Gracias, — dijo Sinclair. Luego poniendo en un sobre el montón de cuentas, escribió un cheque que puso también en él, lo mismo que una breve carta, entregándoselo todo a Drusila.

—Envíe esto a miss Morna Penthony, Royal Theatre, — dijo rápidamente.

Observó los rápidos y hábiles movimientos de la joven. Durante dos largos años había estado trabajando para él en aquella forma. ¡Cuántas veces lo había hecho fuera de hora por culpa de él, tan poco metódico, sobre todo en los últimos tiempos!

Una vez selláda la carta, la joven se volvió y sus ojos se encontraron con los de él. Un vivo rubor tiñó sus mejillas y bajando la mirada permaneció delante de él confusa, como avergonzada.

Dejándose llevar por un impulso que no fué dueño de contener, el joven se levantó y asió las manos de Drusila, dándose cuenta de que allí estamba el áncora de salvación que lo había de defender contra los ataques de la otra.

—Drusila, — le dijo. — ¿Quiere usted casarse conmigo?

La joven se quedó pálida como una muerta al oir estas palabras, mirándole con ojos en los que se leía la sorpresa, el temor, mil emociones distintas; en su mirada había sin embargo, algo que produjo en Sinclair una sensación molesta.

¿Qué derecho tenía él a hacer aquella proposición a la joven, cuando su móvil único era el deseo de emplearla como un arma para librarse de la otra?

Drusila calló. Una sensación de maravilla y de gozo infinito se había apoderado de todo un ser. ¡El hombre a quien había puesto sobre un pedestal, y a quien secretamente había adorado durante casi dos años, quería casarse con ella! Debía estar soñando. Aquello no podía ser verdad.

Levantó los ojos húmedos y le miró como si saliera de un sueño; Sinclair se dió cuenta de la gran turbación que se había apoderado de ella, y pasándole un brazo por la cintura, la miró cara a cara.

—¿Quiere usted casarse conmigo, Drusila? — dijo quedamente. — Yo he aprendido a confiar en usted. Usted ha sido para mí durante dos años una espléndida secretaria y estoy convencido de que puede ser también una esposa ideal. ¿Qué me contesta, Drusila?

—¡Jamás he podido pensar que usted me amaba! — suspiró la joven. — Sus palabras me han llenado de sorpresa. ¡Pensar que

he entrado aquí tantas veces sin sospechar, sin soñar siquiera que usted pudiera amarme, que se preocupara lo más mínimo de mí!

La dulce voz de aquella mujer produjo una sensación de vergüenza en Sinclair. Lo que estaba haciendo con ella era una ignominia. Un sentimiento de lástima infinita por aquella víctima que había elegido para librarse de la vampiresa que lo tenía aprisionado, despertóse en él.

—¿Quiere decir con eso que usted me ama?—preguntó vacilante.

—Más que a mi vida, — contestó ella llena de rubor. — Me parece que siempre lo he amado, aun antes de conocerlo. Cuando llegué aquí y le vi por vez primera, pensé que era usted el único hombre a quien podía amar; pero jamás llegué a pensar que algún día podría conquistar su amor.

El sintió que la joven se estremecía y la estrechó con más fuerza. Luego se inclinó y puso sus labios en los labios de ella, rojos, llenos de vida, por los quet se sentía correr sangre generosa. No eran así los de Morna Penthony, en los que el artificio y el carmín desempeñaban un papel tan importante.

—Yo seré bueno para usted, Drusila, — le dijo con voz en la que se leía la sinceridad.

Era aquel el primer beso que la joven recibía de un hombre y por consiguiente no conoció que de haberla amado realmente, Cristopher la habría besado de otra manera.

Oyóse un golpecito dado a la puerta, y ella se apartó del joven, sentándose en una silla, en actitud de tomar notas; todas las fibras de su ser vibraban de felicidad.

Un cliente de la casa entró en aquel momento y ella volvió al escritorio donde trabajaba, sentándose en su silla con las manos entrelazadas y el rostro iluminado por la dicha. Acababa de ocurrir la cosa más maravillosa de su vida, que hasta entonces había sido tan monótona y tan falta de emociones, y que de repente se transformaba en un paraíso de dichas inenarrables.

Durante el resto del día, ella se maravilló de que pudiera seguir desepemñando las tareras a que estaba acostumbrada. Encontró no pequeñas dificultades en sumar las grandes columnas de cifras y una vez se sorprendió a sí misma escribiendo en un pedazo de papel secante el nombre de Sinclair. Se extrañaba de que las demás empleadas del escritorio no se dieran cuenta de que algo extraordinario había ocurrido en ella.

Pero nadie pudo sospechar por qué el rostro de Drusila estaba tan radiante. Por fin llegó la hora de la salida.

Al encaminarse hacia la salida, dirigió una mirada hacia la puerta de la habitación donde estaba Sinclair, esperando ver aparecer en ella la figura del poven. Pero se equivocó.

¿Iría, a donde estaba él y le dirigiría alguna palabra de afecto?

Vaciló durante unos segundos a la puerta de la oficina, cuando oyó el timbre del teléfono; entonces huyó apresuradamente, alarmada al pensar en que pudiera haberla interrumpido.

El hombre a quien ella amaba estaba escuchando la suave y tentadora vez de Morna la que le preguntaba alegremente si ya se había visto libre de su mal humor de por la mañana. Le pedía también perdón asegurándole no volver a reincidir en la misma falta, y prometiéndole ser buena en lo sucesivo, si él lo era también con ella. Luego cortó la comunicación después de enviarle un ruidoso beso. El colgó el auricular y acultó la cabeza entre las manos. Con todas las fibrasde su corazón echaba de menos la presenciade Morna.

Por fin se levantó dirigiéndose a la puerta. Su rostro estaba contraído por el combate interior que sostenía sus espíritu. Conocía que iba a verse en la necesidad de sostener una ruda lucha para verse libre de aquella mujer que arruinaría su cuerpo y su alma y su bolsillo, si él le daba tiempo para ello. Recordó las historias de varios que se habían suicidado por ella. El se encontraba también en el camino de la locura.

¡Drusila! ¿Dónde estaba? Esta era su única aslvaguardia.

—¿Dónde está miss Beckett? — preguntó a su gerente.

—Se ha ido, señor.

Sinclair tomó su sombrero y se lanzó al ascensor en persecución de la joven.

Morna se sorprende al saber que Sinclair rompe su compromiso

"DRUSILA querida, — exclamó la madre de la joven al entrar ésta en su casa. — Pareces muy muy cambiada ¿qué te ha ocurrido?

—¡Mamá, — contestó la joven arrojando los brazos al cuello de la buena mujer y ocultando el rostro lleno de rubor en su pecho. — Estoy comprometida, comprometida para casarme.

El corazón de la señora Beckett pareció detener sus latidos; luego se puso a golpear apresuradamente.

—¿Qué quieres decir? — preguntó ansiosa.

—Es la pura verdad, — prosiguió Drusila con voz temblorosa. — Yo jamás lo hubiera soñado. Christopher Sinclair me ama. Me ama desde hace mucho tiempo sin que yo me diera cuenta de ello.

—¿Qué el señor Sinclair te ama? ¡Mira que estar enamorada y sin yo saber nada!

Antes de que la joven pudiera hablar una palabra más, sonó un golpe en la puerta.

¡Christopher! — exclamó Drusila con voz temblorosa de felicidad.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía el joven abrió los brazos, y ella se arrojó a ellos trémula de dicha.

—¿Por qué se retiró usted tan pronto?— preguntó él.

—Tenía vergüenza, — contestó la joven ocultando el hermoso rostro en el pecho de su novio.

—¿De qué? — interrogó Sinclair, e inconcientemente una nota de ternura vibró en sus palabras. — ¿Vergüenza de mí?

El corazón de Drusila latía apresuradamente. Parecíale como todas las gotas de su sangre estuvieran poseídasd el vértigo de la carrera. Jamás llegaría él a sospechar la in-

"Drusila, — le dijo Sinclair, — ¿quiere usted casarse conmigo?" La joven se quedó pálida como una muerta... ("El hombre que la engañó").

tensidad de la emoción que agitaba en aquel momento a la joven.

—Señor Sinclair, Drusila me lo acaba de decir, — dijo a su lado una dulce voz maternal.

El volvió el rostro para examinar el de la señora Beckett e instantaneámente experimentó un sentimiento de simpatía hacia aquella mujer tai digna y tan sencilla.

Durante breves instantes conversaron los dos; luego, dirigiéndose a Drusila, le preguntó:

—¿Le agradaría venir conmigo al teatro?

—Muchísimo, — contestó sencillamente la joven.

—Pero antes tenemos que ir a comprar un anillo de compromiso, — dijo él. — Insisto en este punto.

Ella se ocultó el rostro entre las manos para no dejar ver el rubor que la felicidad ponía en su semblante.

—¿A dónde le gustaría ir? — preguntó él. Usted debe elegir esta noche.

Drusila meditó. La señora Beckett salió para ir a preparar el vestido de su hija. Era muy sencillo, pero ella sabía lo bien que le estaba a la joven con su cabellera de oro y su rostro sin tacha.

—Me gustaría ver a Morna Penthony en 'La Mujer Ajena", — contestó Drusila a la pregunta que acababa de hacerle Sinclair. — Siempre que veo a esa artista entrar en el escritorio para esos asuntos de sus "affiches", me quedo mirándola y con deseos de verla trabajar. Es tan hermosa, tan fascinadora...

Sinclair cerrón los puños. Felizmente un instante después Drusila salió para ir a cambiarse de vestido. Cuando volvió, parecía una hermosa flor con su cuello blanquísimo y sus brazos delicadamente torneados saliendo de entre los pliegues negros del vestido.

El la miró asombrado; jamás se hubiera imaginado que aquella Drusila del escritorio pudiera convertirse en la joven radiantes de belleza que tenía delante.

—Es usted muy hermosa, Drusila, — le dijo.

—Eso lo dice usted porque me ama, — contestó ella; y Christopher Sinclair sintió que en el fondo de su ser algo se rebelaba contra él porque la estaba engañando, y sabía que Drusila jamás se había prestado a aquella comedia si hubiera sabido que él no la amaba, y que si le había pedido que se casara con él había sido únicamente porque en ella veía la manera de librarse de la fascinación de Morna Penthony.

✣ ✣ ✣

La artista se encontraba en su camarín del teatro, examinando su rostro bajo la brillante luz. El lugar era de lujo extraordinario, porque Morna era una artista muy aplaudida, y el rostro que en aquellos momentos sometía a un hábil maquillage, era sumamente hermoso.

Colgados de un gancho en la pared estaban los numerosos telegramas que recibió la noche en que estrenó "La mujer ajena", obra que fué para ella un verdadero triunfo. En el momento en que daba los últimos retoques a sus pestañas, llegó un mensajero trayéndole un paquete. La artista se volvió reconociendo en la cubierta el sello de Sinclair.

—Espero que se le habrá pasado el mal humor, — murmuró; y en su rostro se dibujó una sonrisa que dejó ver aquellos admirables dientes, que en más de una ocasión habían ilustrado el anuncio de ua pasta dentífrica.

Tomó con sus manos exquisitamente torneadas la carta y la abrió y después de dirigir una mirada al cheque que venía incluído en ella, leyó:

"Querida Morna:

"Usted creyó, sin duda que yo no hablaba seriamente cuando le dije que si volvía a salir con George Hemmings, todo terminaría entre nosotros. También ha debido creer que no le hablaba en serio esta tarde cuando le manifesté mi disgusto por el poco valor que usted da a su palabra. Si así lo ha pensado, le asegura que se equivoca.

"He llegado al convencimiento, Morna de que nosotros, dos no podremos ser felices juntos y por consiguiente le ruego quiera dar por roto nuestro compromiso, que más que alegrías sólo me ha proporcionado dolores de cabeza. Estoy convencido de que el hombre de negocios que espere encontrar la felicidad junto a una artista, se equivoca. Una actriz no es lo mismo que las otras mujeres.

"La saluda atentamente
Curistopher Sinclair.

"P. S. Espero que el adjunto cheque será suficiente para pagar las cuentas que usted me trajo esta mañana."

Después de leída esta carta los diminutos y blanquísimos dientes de Morna Penthony mordieron durante unos segundos su labio inferior.

La actriz se promete conquistar de nuevo el cariño del hombre que tanta falta le hace

EN aquel momento llamaron a la puerta y George Hemmings se presentó en el umbral de la misma, trayendo un puñado de hermosas flores.

—Morna, — le dijo con apasionamiento, — desde que nos separamos anoche no he cesado un solo momento de pensar en usted. Tire todo lo que hay en esos floreros y ponga en ellos las flores que le traigo.

—Esas flores, — mi querido amigo, me las regaló ayer noche mismo un conde extranjero y permítame que le diga que las prefiero a sus rosas.

George Hemmings, famoso en todo Londres por su vida desordenada y noctámbula, estaba perdidamente enamorado de la actriz. Morna Penthony era una endiablada vampiresa capaz de enloquecer a cualquier hombre y nada tenía de extraño que en sus redes hubiera caído él como otros muchos. Rióse al ver retratada la rabia en el hermoso semblante del joven y tomándole el ramo de flores hundió en ellas el rostro absorbiendo su perfume; luego miróle provocativamente haciendo una mueca picaresca con los labios.

—Creía que usted estaba celoso de Chris únicamente, — dijo como para tentar su paciencia.

—Lo estoy, — contestó él, — pero sé que usted me ama a mí más que a él. Sin embargo, aquí no consentiré ni sus flores. Usted es completamente libre para jugar con los hombres pero recuerde que me ha jurado que no ama a nadie sino a mi.

—Christopher acaba de romper su compromiso conmigo. Así me lo dice por escrito, — dijo Morna.

—Me alegro de la noticia, — manifestó Hemmings. — De esta manera acaso usted quiera concederme algo más de su tiempo.

—No sea ridículo, George, — dijo ella con dulzura. — Usted bien sabe que Sinclair es rico y que usted no tiene ni la cuarta parte del dinero que posee él para gastar conmigo. Las actrices debemos casarnos con hombres de dinero. A pesar de todo, usted bien sabe que mi amor le pertenece.

—¡Qué me pertenece su amor! — exclamó él devorándola con los ojos. — Permítame que le diga que no estoy seguro de ello. Entienda bien lo que voy a decirle: sé que otros hombres se han matado por usted; yo no soy de esa clase. Yo no pienso moir y deparla a usted para otro. Si yo muero, usted me acompañará.

Al decir esto le dirigió una mirada salvaje que hizo estremecer a la artista. Luego la asió entre sus brazos y la besó con furia, apretándola contra su pecho, sin ver nada más que la brujería de sus ojos, aquellos ojos seductores, que tenían tan misterioso y profundo encanto para quienes una vez se dejaban prender por su ardiente llama.

George Hemmings era más peligroso de lo que ella se figuraba. Morna no dió importancia a sus palabras; sin embargo, éstas eran más significativas de lo que ella podía imaginar.

—Yo siento un pequeño afecto por Christopher, — continuó ella tentándolo. — Es un tipo varonil y dominador, pero amarlo de verdad, no lo amo. Lo único que me atrae en él es su taloniario de cheques. Algunas veces pienso qué sería capaz de hacer si se pusiera celoso.

Y al decir esto se sonrió.

—Pues la estrangularía lo mismo que haría yo, — dijo George, — y a fe que lo merece.

—Usted se va haciendo de tan mal carácter como él, — exclamó alegremente la actriz. — Ahora escuche: Christopher me ha escrito rompiendo nuestro compromiso, pero preciso hacerle volver al buen camino; él tiene mucho dinero y usted no lo tiene.

El la miró fijamente. En aquella mirada se leía un amor loco y al mismo tiempo el odio que le inspiraba en aquel momento por lo que ella acababa de decir.

—Usted es capaz de vender por dinero su alma, — dijo con voz reconcentrada. — ¿Cuánto vale su amor? ¿Duraría un día para el que lo compre?

Morna se encogió de hombros. En aquel momento entró la modista para ponerle la magnífica creación oro y negro que lucía en el primer acto y que producía siempre una verdadera tormenta de aplausos. Al entrar la mujer, puso él los ardientes labios en uno de los hombros de la joven y se retiró.

Fuera ya, permaneció durante unos segundos a la puerta del camarín. Sabía ya de antes que la actriz carecía de corazón, pero ahora su convencimiento era absoluto.

Si se presentaba otro hombre que tuviera más dinero que Sinclair, ella lo arrojaría también a este como se arroja un guante viejo.

—Sin embargo no será de él — dijo con entonación salvaje. — Antes de que esto ocurra la sacaré en mi automóvil y nos estrellaremos los dos contra un árbol.

Con los ojos brillándole de furia reconcentrada, el joven se dirigió a la sala yendo a tomar asiento en la butaca que siempre ocupaba.

El telón se levantó para el primer acto de "La mujer ajena", apareciendo Morna Penthony magnífica en su espléndida belleza realzada por su brillante vestido que le daba todo el aspecto de un ave del paraíso de exótico plumaje. La artista paseó una arrogante mirada por la sala. El vasto espacio aparecía ante sus ojos como una borrosa mancha blancuzca. Un segundo más tarde sus ojos se detenían en uno de los palcos principales de la izquierda; en él estaba el hombre que momentos antes le escribiera rompiendo su compromiso. Un extremecimiento de triunfo agitó a la actriz; otra vez volví a ser el imán de aquel hombre, que hasta aquel instante permaneciera subyugado por su belleza y tuviera poco ha un impulso de pasajera rebeldía.

Entonces se dió cuenta de que no estaba solo en el palco. ¿Dónde había visto ella antes a la joven que estaba sentada a su lado? Deslumbradoramente, sus brazos exquisitamente moldeados y su bien torneada garganta emergían de los pliegues negros del vestido. El rostro juvenil que resplandecía al lado del de Sinclair, era de una belleza luminosa y una mujer experta como era Morna no podía por menos de conocer que lo que prestaba a aquel rostro el encanto sobrehumano que de él irradiaba era el amor.

¿Quién era?

¿Cómo se atrevía Sinclair a desafiarla exhibiendo delante de ella un nuevo amor?

Morna Penthony se mordió los labios y cuando abrió la boca para pronunciar las primera spalabras de su papel, ya había tomado una resolución decisiva. Christopher le pertenecía y ella no había de permitir que se lo llevara otra cualquiera que fuese. Estaba dispuesta a luchar por todos los medios para que no le arrebatasen aquella presa ya considerada suya por derecho de conquista.

Sinclair se da cuenta de la falsía de la mujer que le tiene fascinado

DRUSILA fué aquella noche la mujer más feliz del mundo. Camino del teatro habían entrado en un joyería para comprar un anillo de compromiso y él quedó asombrado al notar que la joven no se preocupaba en la más mínimo por el precio de la alhaja. Era un anillo lo que ella quería y le importaba bien poco que fuera de oro o de latón.

Acostumbrado Sinclair a las extravagantes exigencias de Morna y a sus imposiciones locas en materia de joyas y de vestidos, esto fué una verdadera sorpresa para él.

—No quiero un anillo de precio,—le había dicho la joven fijando en él la mirada de aquellos ojos dulces y soñadores. — No me gustaría llevar un anillo de valor, sino uno que pueda tenerlo siempre puesto. Una vez que usted me lo haya colocado no se apartará jamás de mí.

—Las perlas significan lágrimas, — dijo Sinclair pensativo.—¿Por qué elige ese anillo? Yo creía que todas las jóvenes eran supersticiosas con los anillos de compromiso, pequeñeces que no tienen importancia alguna.

—De manera que usted desafía al destino —prosiguió él dirigiéndole una extrana mirada.

—No creo en el destino,—murmuró ella;— creo en el amor.

Sinclair volvió el rostro. Su conducta le inspiraba vergüenza. Sentíase despreciable bajo la mirada de los claros ojos de Drusila.

Cuando llegaron al teatro, Sinclair pidió dos plateas, pero le dijeron que estaban todas vendidas.

—Lo siento, señor Sinclair,—dijo el boletero—pero si le sirve un palco, todavía quedan algunos.

—Esta es la primera vez que entro en el palco de un teatro,—Dijo Drusila al oído de su acompañante cuando se sentaron.

Sinclair apenas prestó atención a las palabras de la joven. Estaba pensando en lo impremeditadomente que había obrado al traerla al teatro donde trabajaba la otra. Bien mirado hasta hera un insulto para la misma Drusila.

Se puso de pie como para salir y la joven le dirigió una mirada llena de ansiedad. Bajo esta mirada volvió a caer de nuevo sobre su silla. No podía irse y dejarla aunque comprendiese que era una locura permanecer allí. Terminado el primer acto, un empleado del teatro entró en el palco llevando un sobre para Sinclair. Este lo abrió y leyó las breves palabras siguientes:

"Querido Chris:
Ven en seguida.
Morna"

El se levantó y dijo a Drusila:

—Volveré en seguida; tengo que ver a un amigo.

La actriz lo recibió de la manera fascinadora que sólo ella era capaz; pera el despliegue de todos sus encantos, con ser tan grandes, no consiguió arrancar una palabra al joven. El la miró y vió que aquellas demostraciones de cariño no le salían del corazón. La actriz mentía. En la mesita del camarín estaba la tarjeta de George Hemmings, en la que había estas palabras escritas: "A mi amadísima Morna".

—He querido decir todo lo que escribí en mi carta,—manifestó por fin al retirarse.— Yo no acostumbro a jugar con estas cosas.

Entonces Morna vió rojo. La furia que concibió contra la mujer que acompañaba a su examigo creció hasta un grado difícilmente imaginable.

Al terminar el segundo acto escribió unas líneas en un papel y después de ponerlo en un sobre, se lo entregó a Hemmings.

—¿Ha visto a esa chica que está con Christopher Sinclair?—le preguntó.—Quiero que le entregue esta carta a la salida.

—¿Cuál es mi recompensa?—preguntó él.

—Esta,—contestó la actriz besándolo.

Cuando George Hemmings salió del camarín sacó el papel del sobre y leyó:

"Christopher Sinclair se va a casar con Morna Penthony. Están comprometidos. Sálgase de su camino o se arrepentirá de ello".

Hemmings sonrió al leer la misiva, y la guardó en un bolsillo con la firme decisión de hacerla llegar a manos de la joven.

Durante el resto de la obra, Sinclair se dió perfecta cuenta del error que había cometido al llevar allí a Drusila, porque desde el momento en que él salió del camarín de la artista, los ojos de Morna no se apartaron de él un instante, mirándolo con salvaje intensidad.

Cuando terminó la función, Drusila, apoyada en el brazo de su novio salió al foyer. Un gran "affiche" de Morna hecho en la casa de Sinclair ocupaba buena parte de una de las paredes de la gran sala. La joven se detuvo delante de él por un momento mirándolo con fijeza.

—¡Qué bien trabaja esta mujer!—exclamó—Pero no es posible que en la vida real ocurran las cosas como nos las pintan en el teatro.

—¿Quiere usted decir que el argumento de la obra que acabamos de ver es inverosímil?—preguntó él.

—Sí; creo que estas cosas sólo ocurren en las tablas. Los hombres no pueden ser tan fementidos ¿verdad, Christopher?

Y al decir esto, la joven oprimió con fuerza el brazo de su compañero y éste comprendió que la fe que en él tenía Drusila era illimitada y ciega. Al despedirse de ella a la puerta de su casa, la joven lo miró con una expresión tal de adoración en su semblante, que él sin poder contnerse la estrechó entre sus brazos y apretó su rostro contra el suyo. Luego la soltó repentinamente y desapareció.

En el momento en que la dejó, su pensamiento voló hacia la otra y entonces hizo el firme propósito de caserse inmediatamente, pues comprendió que sólo al lado de ella, sería capaz de olvidar a Morna.

El corazón de Drusila sufre un rudo golpe al leer la carta de Morna

DOS o tres noches más tarrde, cuando entró Sinclair en su casa de vuelta de la de Drusila se quedó sorprendido al ver que Morna lo estaba esperando. La joven se levantó del sofá donde estaba sentada y se dirigió a él.

—Amigo mío, — exclamó la joven echándole al cuello los blancos brazos y besándolo antes de que él pudiera rechazar aque-

Se habían casado aquella misma mañana pero Drusila iba a abandonar al hombre a quien amaba. ("El hombre que la engañó").

lla caricia—estás partiéndome el corazón con tu manera de proceder. No has contestado a las cartas que te he escrito y ni siquiera te has dignado hablar conmigo por teléfono. ¿Crees tú que George ni hombre alguno que no seas tó significa algo para mí? Tú eres el único a quien yo pueda amar, Christopher. ¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? Aquí tienes el cheque que me enviaste últimamente para el pago de unas cuentas. No puedo permitir que abones mis gastos, si estás decidido a que todo termine entre nosotros.

El miró primero al cheque y después a Morna. Conocía Sinclair lo suficiente a la joven para pensar fundadamente que la devolución de aquel dinero no le salía de adentro y que aquel desprendimiento no pasaba de ser un comedia. Ella le sonrió con una sonrisa embriagadora que hizo estremecer hasta las fibras más hondas de su ser y sintiéndose desfallecer ante aquella sonrisa, Sinclair dirigió una mirada de desesperación en torno suyo, como si buscara algo a que asirse en aquel derrumbamiento de sus más firmes propósitos. No; él no quería caer de nuevo en las redes de aquella mujer fatal, que terminaría por hacer de él un harapo en cuerpo y espíritu.

De nuevo Morna puso sus labios en los de él y aquel beso produjo el derrumbamiento siquiera momentáneo de su voluntad. Sin embargo aquel desfallecimiento sólo duró un instante. La reacción se hizo sentir en seguida.

—Morna,—dijo con voz firme,—todo esto es ya inútil. Me has hecho sufrir demasiado para que pueda volver sobre mis pasos. La intervención de George Hemmings en nuestros asuntos ha derrumbado todas mis ilusiones.

—Christhopers, — protestó la actriz con aquella voz deliciosa que constituía uno de sus mayores encantos,—no volveré a ver más a ese hombre. En realidad no me preocupa ni lo más mínima. Yo necesitaba una persona que me acompañara, supuesto que dadas tus ocupaciones no te es posible hacerlo. No hablemos más de eso; es asunto concluído. Siéntate y déjame explicarte lo que ha ocurrido esta noche. Un gran empresario norteamericano vino a verme proponiéndome firmar un contrato para ir a Nueva York y dar en uno de sus principales teatros "La mujer ajena". Las condiciones que me hace ni pueden ser más ventajosas pero antes de aceptar he querido saber que me aconseja mi adorado Chris.

—Nada me importa si usted se va o se queda,—contestó él.—Todo ha terminado entre nosotros.

La joven se estremeció al oir aquellas palabras que por cierto no esperaba; acercóse más a él y mirólo con aquella mirada fascinadora que pocos hombres habrían podido resistir.

—¡Que todo ha terminado entre nosotros! —dijo con voz apasionada. — Yo te amo, Christopher. Me casaré contigo antes de partir para América y una vez que haya cumplido allí mi contrato, volveré y seremos felices; dejaré el teatro y me consagraré por completo a amarte. En cuanto a George, ya le he dicho que no lo volveré a ver más.

El la miró fijamente; un extraño fuego corría por sus venas... Aquella vampiresa lo tenía fascinado de nuevo.

—¿Estás dispuesta a cumplir lo que dices? —preguntóle lleno de ansiedad. — Morna, ¿esás jugando conmigo o sientes en realidad lo que has dicho? ¿Dejarás el teatro por mí?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí; estoy dispuesta a dejarlo todo por tu amor.

Sinclair la tomó en sus brazos y puso un largo y apasionado beso en sus labios.

—Por supuesto, — dijo Morna distraidamente,—mantendremos secreto nuestro matrimonio. Nadie precisa enterarse de nuestras cosas. ¿Me lo prometes?

Sinclair asintió mientras la estrechaba de nuevo sobre su corazón, bebiendo embriagado la fascinación que fluía de sus ojos, completamente olvidado de la mujer a quien acababa de dar palabra de matrimonio.

Cuando Morna se retiró, él no se dió cuenta de que la joven tomaba de la mesa el cheque y se lo guardaba en la cartera, dejando en lugar de él un nuevo puñado de facturas. Christopher estaba completamente rendido por la emoción, agotadas sus fuerzas por los encontrados sentimientos que acababan de reñir batalla en él. Pero en cuanto la actriz resapareció, su pensamiento volvió hacia Drusila. ¿Qué iba a ser de ella, si él se casaba con Morna?

El amaba a la actriz, la deseaba locamente. Ella lo iba a dejar todo incluyendo el teatro, por él. Cuantas veces le sugiriera el abandono de la escena, ella le había contestado con una rotundo negativa; ahora era ella la que se lo ofrecía sin pedírselo... La único que turbaba en aquellos momentos su felicidad era el pensamiento de Drusila. Tenía qu decirle la verdad cuanto antes y harto se daba cuenta de lo terrible que tenía que ser este golpe para el corazón de la joven. Sinclair comprendía lo despreciable que había sido su conducta para con aquella víctima inocente de su egoísmo.

Hervíale el cerebro, preso de los más encontrados pensamientos, y maldecía la hora en que había obrado tan precipitadamente. Un golpe de timbre vino a secarle de aquel ensimismamiento. Aquella era la manera de anunciar el cartero que había depositado correspondencia en el cajón que a tal efecto había en la puerta. Sinclair se levantó dirigiéndose máquinalmente al vestíbulo y abrió el pequeño buzón en el que encontró una carta. Rompió precipidadamente el sobre, y leyó lo siguiente:

"Morna Penthony lo está engañando miserablemente. Todas las noches recibe a George Hemmings en su departamento.

Uno que lo aprecia"

La letra de aquel anónimo era la misma con que estaba escrita la faja del diario en que figuraba la fotografía de la joven en el automóvil de su rival; pero Sinclair se encontraba demasiado preocupado para darse cuenta de este detalle. Púsose apresura-

damente el sobretodo, y salió, empezando a caminar sin rumbo fijo; pero insensiblemente y como si una mano invisible la empujara, media hora después se encontraba delante de la casa donde habitaba Morna.

El departamentoocupado por ésta se encontraba brillantemente iluminado y abiertas las ventanas, a través de las cuales pudo Sinclair ver la bellísima silueta de la actriz muellemente tendida sobre un sofá A su lado estaba Hummings con quien conversaba animadamente. Christopher se acercó protegido por la obscuridad de la noche y alcanzó a oir el diálogo siguiente:

—¿Con que me prometes que te acompañaré en tu viaje a Estados Unidos?—pregunta Hummings.

—¡Silencio! — dijo Morna poniéndole la mano en la boca.—No hables tan alto. No quiero que mañana aparezcan los diarios con la naticia.

—Pero yo iré contigo ¿no? Me lo has prometido y sólo bajo esta condición me prestaré a desaparecer de la escena hasta el día en que nos embarquemos para Nueva York. ¿Me juras que tus relaciones con Sinclair ha terminalo?

—En absoluto,—mintió Morna con tan cara inocencia como la de un niño.

Y levantándosedel sofá se dirigió a la ventana en cuyo alféizar se apoyó aspirando el aire fresco de la noche, mientras murmuraba en voz baja, pero perfectamente inteligible para Sinclair, quien para que no le vieran se había pagado a la pared:

—¡Qué inbéciles son todos los hombres!

Y la joven rió con aquella risa musical que eratan suya, mientras cerraba la ventana.

✤ ✤

Al día siguiente, cuando Drusila entró en la oficina, Christapher la mandó llamar como de costumbre y en el momento en que la vió la estrechó entre sus brazos, besándola en la frente.

La poven le miró sin decir palabra.

—Algún día sabrá usted la verdad de todo —empezó Sinclair—pero al prisente sólo puedo decerle una cosa. Mi matrimonio con usted me salvará de un grave mal que me amenaza. En el momento en que ambos estemos casados. este peligro desaparecerá. No me pregunte de qué se trata; yo se lo diré, pero no ahora. ¿Tiene usted la suficiente confianza en mi para hacer lo que le pido Drusila?

—Tengo tanta confianza en usted como en mi propia madre,—contestó sencillamente la joven.

—¿Me promete entonces casarse conmigo en cuanto sea posible?—preguntó Sinclair.

—Se lo prometo,—dijo Drusila con decisión; y el cambio repentino del color de sus mejillas demostró la emoción que la embargaba al pronunciar estas palabras.

—Entonces trataré de arreglar las cosas inmediatamente,—terminó Sinclair lleno de júbilo.

Fué aquél el último día que estuvo Drusila en la oficina. Nadie sino ella y Sinclair sabían que al siguiente día iba a contraer enlace con su jefe.

La campanilla sonó y ella se levantó para entrar en el escritorio

Drusila la miró encendiéndosele el restro que parecía iba a brotar sangre.

—Supongo,—prosiguió irónicamente,—que no tratará usted de hacer creer que no sabía el compromiso de Christopher conmigo. Usted lo conocía porque yo le he escrito diciéndoselo; no puede, pues, alegar ignorancia. Ahora le advierto a usted que no consentiré que ni usted ni nadie atente contra mi propiedad. Christopher es mío, y en el caso improbable de que él se negara a cumplir su palabra, lo perseguiré ante los tribunales. Tengo pruebas suficientes para ello. si usted duda, lea esto. Y Morna presentó a su rival una carta dirigida a ella por Christopher y escrita con la vehemencia de un amor sin límite ni medida.

"Mi querida, mi adorada Morna:

"¿Cuándo podré verla de nuevo? Hasta que llegue ese momento no podré ni comer, ni beber, ni dormir ni descansar... Estoy loco. Permítame verla, y que sea muy pronto... Su rendido adorador.

Christopher".

Drusila leyó la carta en silencio; luego

—¿De manera que Christopher la ama? —dijo con débil voz. Sus labios estaban resecos y pálidos.

Morna se rió y puso otras cartas delante de los angustiados ojos de la joven.

—Se las voy a dejar para que usted las lea. No acierto a comprender cómo ha podido creer que Christopher iba a casarse con usted. Ahora ya lo sabe: dentro de tres semanas se casará conmigo. Es cosa decidida.

—¿Y después?..., —preguntó Drusila con voz temblorosa y sin pensar realmente lo que decía.

—Después yo me marcharé a Estados Unidos para hacer una jira artística. A la vuelta abandonaré el teatro y seré simplemtnte la esposa de Christopher Sinclair. ¿Entiende uste?

Drusila hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Lo entiendo,—murmuró.

Y sin deeir más, la actriz se retiró dejando encima de la mesa de su rival un puñado de cartas, que Drusila ni miró siquiera; permaneciendo durante largo rato mirando fijamentecon los ojos perdidos en el vacío.

Ella debía renunciar al hombre a quien amaba; éste amaba a otra.

La carta que acababa de leer se lo decía bien claramente.

Sin embargo, él le había pedido que fuera su esposa. He aquí un problema, cuya solución no acertaba a encontrar.

Al cabo de un rato se acordó de las cartas que tenía delante y empezó a leerlas. Cuando terminó de hacerlo, comprendió la verdad. Sinclair había vivido en un continuo

tormento a causa de aquella mujer y ella era su válvula de escape.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Sinclair. Drusila le miró con ojos en los que se leía la tragedia que pasaba en su alma.

De no haber estado tan agitado a consecuencia de su entrevista con Morna, el joven se habría dado cuenta del sufrimiento de Drusila; pero ahora sólo podía en que por fin había conseguido romper de una manera definitiva los lazos que lo ataban a aquella mujer fatal. Morna había terminado para siempre con respecto a él.

Drusila no le dijo nada, pero lo miró largamente. El le tomó las manos y se las apretó con un movimiento convulsivo.

—Drusila—le dijo—¡Si usted supiera lo que significa para mí!

—¿Lo que yo significo para usted?—preguntó la joven con voz temblorosa.—Dígamelo, Christopher.

—Usted es mi áncora de salvación, mi esperanza de mi vida y de felicidad,—exclamó Sinclair con voz que la emoción hacía temblorosa,—algo que me salvará de caer en la desesperación más negra; la felicidad de mi vida entera. Esto es lo que usted representa para mí.

Christopher Sinclair hablaba con vaz apasionada y vibrante, que produjo un escalofrío en la joven que lo escuchaba fascinada.

—¿No me engaña, Christopher? Dígame la verdad por lo que más quiera en este mundo,—dijo ella con voz que parecía un suspiro.

—Todo lo que le he dicho es cierto,—contestó él. E inclinándose hacia la joven la besó; pero notó ella que fué su mejilla, no sus labios lo que acariciaron los de su prometido.

Drusila llegó a su casa completamente desorientada y durante largo rato permaneció en su domitorio sentada sobre el blanco lecho, pensando en los acontecimientos que habían derribado a su alma del paraíso donde se encontraba sumergiéndola en un océano de amargura.

Se daba cuenta de que Sinclair se casaba con ella para librarse de caer en las redes de la otra. De una manera vaga presentía lo que habría de ser para el casarse con el hombre a quien amaba y que sin embargo no le correspondía. Comprendía la necesidad de ocultarle lo inmenso que era su amor para con él. Tendría que darse por satisfecha con amarlo en silencio, devorando su amargura, dispuesta a servirlo siempre que él necesitara de su presencia.

—¡No podré hacer eso! ¡No podré!—se decía retorciéndose las manos en el paroxismo de la angustia que la dominaba. Sin embargo, mi deber es salvarlo de ella.

Y presa de una crisis nerviosa se desplomó en la cama al lado del vestido de desposada que debería ponerse al día siguiente. Sí; por amor a él, cumpliría su promesa y se casaría.

Cuando salió de la oficina de Sinclair, Morna Penthony se decidió a quemar su último cartucho y dirigiéndose a la redacción de uno de los principales diarios de la madana, dió a un repórter la noticia de su próximo matrimonio con Christopher Sinclair. Sabía que al día siguiente la noticia estaría en conocimiento de todo Londres, y esperaba que la fortaleza no tendría más remedio que capitular al impulso de aquella acometida.

* * *

El anuncio llegó, sin embargo demasiado tarde; pues aunque todos los diarios de Londres daban al día siguiente la noticia del compromiso matrimonial de la actriz, ni Christopher ni Drusila se dieron cuenta de ello, preocupados como estaban por la ceremonia nupcial que se efectuó aquella misma noche.

El rostro de la joven estaba intensamente pálido, Christapher se dió cuenta de ello, pero ni remotamente pudo imaginarse que en aquellos instantes solemnes Drusila estaba animada más que por el amor, por un noble espíritu de sacrificio.

La novia tuvo que ahogar un hondo suspiro, cuando terminada la ceremonia, se despidió de su madre y sus hermanas, para dirigirse con su esposo a una pequeña casa de campo que éste poseía cerca del mar, en el condado de Sussex.

El mismo Christopher condujo el automóvil y por consiguiente las oportunidades para conversar no fueron muchas. El se sentía extrañamente libre, como si un gran peso hubiera caído de sus espaldas. No se dió cuenta de lo silenciosa que estaba Drusila y lo único en que se fijó fué en su dulce belleza parecida a la de un lirio o a la de un capullo de rosa blanca recién abierto.

Llegaron antes de la hora de la comida, y Sinclair salió a respirar el aire puro del mar a la terraza, mientras su esposa se cambiaba de vestido. Una vez allí, pensó en lo bien que le había salido aquel asunto. En la noche donde se había sumergido su vida, había brillado por fin una estrella: el amor de Drusila.

De su meditación lo sacaron los gritos de un vendedor de diarios. Hízole seña con la mano y le compró uno, al azar. Un título en grandes letras llamó su atención y leyó lo que estaba escrito debajo de él:

"La señorita Morna Panthony la célebre actriz, cuyo compromiso matrimonial con el señor Christopher Sinclair fué anunciado esta mañana, acaba de ser víctima de un terrible accidente que le ha costado la vida, mientras acompañaba al conocido sportsman George Hemmings, quien conducía un automóvil de carrera comprado recientemente y con el que hacía ensayos de velocidad en una pista. Mientras corría a un velocidad vertiginosa, una falsa maniobra lo hizo volcar. La señorita Penthony murió instantáneamente y momentos después fallecía también su acompañante".

El diario se le cayó de las manos. ¡Cuántas veces había pedido él a Morna que se abstuviera de aquellas carreras insensatas! Ahora todo había terminado y esta vez irremisiblemente. Un estremecimiento recorrió

todo su cuerpo; un terror enfermizo invadió su espíritu.

Drusila se asomó a la ventana del dormitorio; su rostro dulcísimo iluminado por los rayos de la luna se destacaba en el fondo oscuro del marco. Sinclair notó con extrañeza que la joven vestía un traje de viaje, y que las líneas de su semblante aparecían desfiguradas por una expresión de angustia indecible.

¿Qué podía significar aquello?

Y mientras él la observaba con creciente atención, vió que la joven se llevaba una mano a los labios y enviaba un beso en la dirección de donde creía que debía encontrarse su esposo en aquel momento, sin poderse imaginar que estaba tan cerca de ella.

—Adias, Christapher, mi adorado, adios, —murmuró dulcemente.

El joven corrió hacia la puerta del frente del edificio; pero inutilmente por que Drusila había salido por una de las puertas de servicio que se abrían al piso alto y cuando llegó al pequeño budoir encontró una carta dirigida a él. Abrióla febrilmente y leyó:

"Mi querido Christopher:

Se por qué se ha casado usted conmigo y sé que no ha sido por amor. Quería librarse de la desgracia que habí sobrevenido sobre usted de haberse casado con Morna Penthony. Ella me lo contó todo ayer, después de haber estado con usted en la oficina y entonces yo comprendí por qué quería usted casarse conmigo.

"Ahora usted se encuentra a salvo, pues una vez efectuado nuestro matrimonio, Morna se verá en la precisión de renunciar a sus pretensiones. No se preocupe por ella, porque no lo ama; estoy convencida de ello. Nunca lo ha amado. Esa mujer no sabe lo que es amar. Una vez que he cumplido mi tarea, lo dejo. Y no vaya a creer qué no lo amo; precisamente porque mi amor para usted es muy grande, me he prestado a hacer lo que he hecho, alegre por saber que lo ayudaba.

"No necesita preocuparse más por mí; yo he cumplido con lo que mi corazón me imponía como un deber y nada más. Adios.

Drusila".

Sinclair permaneció perplejo durante unos segundos.

¡De qué extrañas maravillas era capaz el amor! Amándole con toda su alma, se había casado con él para salvarlo del abismo y ahora que había terminado su misión de abnegación y sacrificio, se retiraba, apartándose voluntariamente de su camino con el corazón destrozado. En el espíritu de Sinclair se hizo una gran luz.

Morna Penthony lo tenía ciego con su deslumbradora belleza. Aquella fascinación había terminado. Ahora amaba a Drusila.

Dando un grito de desesperación se lanzó en seguimiento de la joven. Algo le decía en su interior que la encontraría. ¿Qué otro camino podría haber tomado sino el de la estación?

Hacia allí se dirigió corriendo como un loco y alcanzó a distinguir la silueta amada en el momento en que atravesaba el paso a nivel, inmediato a ella. La joven caminaba con paso vacilante y tropezando sontra unas piedras, cayó en la misma vía. Cuando trató de levantarse y vió a su lado a Christopher, un grito se escapó de su labios.

Un momento después, su esposo la tenía entre su brazos.

—Amada mía,—le decía Sinclair con vez que la emoción hacía temblorosa,—he leído tu carta y sé los motivos que tienes para hacer esto. Pero estás equivocada, te lo juro. Yo no amo a nadie sino a tí. Llegó el momento de decírtelo todo; te lo prometí. Tú has tenido fe en mí y me has demostrado que amo a la mujer más digna de ser amada que hay en el mundo entero. Hoy es mi esposa a quien yo amo y esa esposa eres tú.

Ella le miró en los ojos y la mirada que vió en ellos era tan elocuente que todas sus dudas se disiparon. Y los ojos de la joven se iluminaron con una luz de éxtasis.

Drusila ofreció sus labios a su esposo y comprendó que sus sufrimientos habían terminado y que al fin había llegado a ella el reinado del amor.

Fin de "EL HOMBRE QUE LA ENGANO"

El petrel, aunque es muy pequeño, tiene en las alas un inmenso poder. Afronta las tempestades y se le ha visto alejarse a 2000 millas de tierra.

✣ ✣ ✣

Los zapatos que usan los alpinistas tienen la suela de acero con ocho puntas salientes, que al andar se clavan en la nieve.

✣ ✣ ✣

El caribú o venado de América, que tanto abundaba en Alaska hace treinta años, está ahora, como el búfalo, casi extinguido

La Sociedad Agrícola de West Hert, paga actualmente 4 peniques por un gorrión y 3 por los huevos, a fin de exterminar esa ave que se dice perjudicial para la agricultura

✣ ✣ ✣

Según dice un oculista, el noventa por ciento de las neuralgias de la cabeza son debidas a defctos en los ojos.

✣ ✣ ✣

En los ferrocarriles japoneses se han establecido salones de lectura donde los viajeros encuentran todos los diarios.

INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

Hay quien asegura que en Córdoba (República Argentina), existen minas de oro más ricas que las de Alaska.

✣ ✣ ✣

Inglaterra es el país del mundo que consume mayor cantidad de productos españoles.

✣ ✣ ✣

Cuando se va a producir un eclipse, los animales lo anuncian mostrándose sumamente intranquilos.

✣ ✣ ✣

Las uñas de la mano derecha crecen mucho más rápidamente que las de la mano izquierda.

✣ ✣ ✣

En el Japón la edad de una persona se cuenta desde el primer día del año que sigue al de su nacimiento.

✣ ✣ ✣

Los cálculos más recientes de los sabios dicen que el cerebro se compone de 200 millones de células.

✣ ✣ ✣

Hace muchos años que, en Europa, no muere ni una persona por año herida por el rayo.

✣ ✣ ✣

Un biólogo ha constatado que en ningún caso los dos lados de la cara humana son iguales.

✣ ✣ ✣

Se dice que el día tiene 24 horas, pero en realidad sólo tiene 23 horas, 56 minutos y 5 segundos.

✣ ✣ ✣

El caballo es el animal que tiene el estómago más pequeño en relación con su tamaño.

✣ ✣ ✣

Se dice que las cartas de baraja, impresas con grabados en madera, existían en 1440; pero la más reciente impresión de que se tiene prueba evidente data de 1446.

Unicamente la ballena y el elfante tienen el cerebro más pesado que el hombre.

✣ ✣ ✣

En el Japón existe aún una espada perteneciente a un emperador que reinó 800 años antes de Cristo.

✣ ✣ ✣

Dicen los naturalistas que dentro de un siglo no quedarán leones en el mundo.

✣ ✣ ✣

Las olas del Atlántico alcanzan a veces a una altura de 400 metros.

✣ ✣ ✣

El ferrocarril transiberiano tiene 3710 millas de largo.

✣ ✣ ✣

Se asegura que la luz del sol cura las enfermedades epidérmicas.

✣ ✣ ✣

Cerca del 90 por ciento del platino que se consume en el mundo proviene de las minas de Rusia.

✣ ✣ ✣

En el mundo hay 600 millones de blancos, 700 millones de amarillos, 215 de negros, 35 de morenos oscuros y 1 5de pieles rojas.

✣ ✣ ✣

En Carlton, ciudad situada cerca de Manchester, se ha dado a una serie de calles los nombres d los meess del año.

✣ ✣ ✣

La estadística ha demostrado que a medida que el pueblo de una nación se hace menos violento, se va haciendo menos honrado.

✣ ✣ ✣

En varios condados de Inglaterra, (que son como nuethras municipalidades) se han formado "cooperativas de huevos" que recojen los huevos de las granjas de los pequeños productores y los venden para el consumo de las ciudades.

UNA NOTA DE CARIÑOSA TERNURA

El calcetín roto

por Gino Rocca

EL espera de pie. Pasa revista a los muebles viejos, las estampas antiguas y las figurillas del salón. Es joven, alto, un poco enjuto de cara, un poco triste. Va afeitado. Las puertas vidrieras del fondo se abren sobre el valle inmenso, completamente verde.

ELLA se ha hecho esperar, tal vez para ponerse un traje gris, muy elegante y muy sencillo. No es ya muy joven. Bonita y rubia. Entra sonriendo y tendiendo la mano.

EL besa aquella mano exangüe, sin sortijas. Se miran ambos, se observan sin hablar.

ELLA sonríe todavía, encendida, sorprendida, con una vaga ironía en sus ojos negros, profundos, expresivos.

ELLA

¿Usted aquí? ¿Cómo ha sabido...?

EL

Una excursión en automóvil a los montes, con algunos amigos de Milán... Como hay allí alguien que la conoce..., por eso, de paso... Y le doy las gracias, condesa.

ELLA

(Sentándose.) ¿De qué?

EL

Temía que no me quisiera recibir.

ELLA

¿Se cree merecedor de un rencor tan duradero? ¡Después de tantos años!... ¡Por Dios!

EL

(Se sienta. Sin sonreír.) ¡Ya lo sé!... Temía el olvido. No se recibe a un desconocido

ELLA

Leo los periódicos, que también llegan hasta aquí; y conozco los nombres de nuestros mejores artistas. He querido recibir... a uno de los más notables. Y el más merecedor, ciertamente, de todas las victorias. (El se inclina levemente.) ¡No vea en mis palabras una lisonja! Además..., si quiere usted hacer memoria, yo se lo había pronosticado. Jamás lo dudé. Y le he seguido, forzosamente, por mi afición, a la lectura en su encumbramiento. Ahí, entre esos libros, seguramente están todas sus obras. Le he seguido de ese modo, en la forma que me era posible; porque al teatro hace ya mucho tiempo que no voy. Estoy enterada de que este otoño se espera una obra maestra de usted. Le deseo el mejor éxito y le felicito por su bella actividad, por su tenacidad y por sus triunfos. ¿Es usted, por lo menos, feliz ahora?

EL

No mucho.

ELLA

Ya sabe usted que la felicidad absoluta nunca se consigue. Pero no debe quejarse. Ha visto realizado su sueño: casi ha llegado a la meta. Sé que sus aspiraciones son muy grandes. Aun irá usted muy lejos, ciertamente, y alcanzará nuevos laureles; el camino, de ahora en adelante, es fácil y llano, y lleno de flores. Yo...

EL

(Inclinándose hacia ella, con mucho interés.) ¿Usted?...

ELLA

Yo... (Le mira, un poco irónica, sonriendo.) Mucho menos. Pero, en fin, casi he logrado la felicidad. Aquí vivo durante seis meses del año. Es un lugar encantador. He viajado. Viajaré todavía. Este invierno iré a Constantinopla. (Pausa.) ¿Así, pues?... (El calla, mirándola con cierta ansiedad, nervioso, perplejo. Ella ríe con su risa sutil, irónica, provocativa.) Así, pues, al cabo de cinco años aun se ha acordado usted de mí... No le encuentro cambiado. Conserva

usted todavía aquel aire terrible de niño inocente, que tan admirablemente sabía ostentar. Usted, en cambio, me encontrará cambiada...

EL

(Con sencillez, sincero.) ¡Es usted tan bonita! Me parece como si ayer nos hubiéramos separado.

ELLA

Si nos hubiéramos separado ayer, hoy no se habría atrevido a volver..., ¡diga la verdad!... ¡No, ciertamente, no es usted un héroe! Le conozco bien. Es igual a todos los hombres. Y además, pone toda su bellaquería de hombre al servicio de una inteligencia superior: eso es lo que le hace nefasto. No crea usted que le hablo con el rencor antiguo. Aquel día le odié; hoy me parece estarle contando a otro mi aventura.

EL

(Meneando la cabeza con amargura.) ¡Qué cruel es usted siempre!

ELLA

Debía usted suponerlo.

EL

No es que me sorprenda; no hago más que comprobar el hecho.

ELLA

Y entonces, ¿por qué ha venido?

EL

Porque la quiero.

ELLA

(Levantando la cabeza, severa, altiva.) ¡Por favor! **(Hace un imperceptible movimiento de rabia, de disgusto.)** Suponía que se hubiera hecho la ilusión de poder venir aquí a buscar, en un recuerdo, la imagen más viva de aquella victoria lejana alcanzada por usted. Y me complazco también en hacerle comprobar cuán mezquina aparece aquella gran victoria cantada ahora de ese modo, sin lágrimas y con cierta desenvoltura, por su víctima. Pero no me figuraba que pudiera hacerse la ilusión de recoger una satisfacción más sabrosa mintiendo en este momento todavía con el mismo tono, con iguales medios... Es usted un artista, y hasta recita algunas veces muy bien; mas esa poesía del pasado ahora no tendrá rimas para su cancionero. Me ha vuelto usted a encontrar, es cierto. Pasando, en una excursión por los montes, por casualidad. Pero no debe contar con esa casualidad para recuperarme, aunque sólo fuera por un momento. Y además... **(Con rencor.)** ¿Podría yo no odiarle... ¿Podría no odiarle después de lo que hizo?

EL

(Con mucha tristeza.) ¡No me ha querido usted comprender!

ELLA

Vamos a suponerlo. Sin embargo, una cosa se podía comprender fácilmente: que se marchó, del modo que lo hizo, sin una razón manifiesta, al cabo de unos breves días de locura, después de haberme pedido amor, después de haber devastado, envenenado todo..., sin dejarme nada de usted más que la repugnancia que dejan tras sí las aventuras sin objeto, las comedias huecas que se recitan llorando mientras goza un falso orgullo. ¡Qué bien supo usted lograr que se le juzgara diferente de los otros hombres! ¡Y cómo lo sigue logrando, por lo que se dice! Un día, una amiga mía, joven, preguntó antecedentes de usted sin conocerlo personalmente. Lo pinté a usted tal como lo había desenmascarado. Y creí que el retrato era exacto. Pero me he enterado de que esa amiguita mía ha acabado por ser la amante de usted, a pesar de todo. ¡Pse!... ¡Una cosa sin importancia! Creo que no pasó de seis meses. Conmigo fueron diez días. ¿Sigue usted queriéndola a ella también?

EL

(Suplicante.) ¡Por favor, condesa!... No agrave hasta ese punto su ironía, insistiendo, sin querer darse cuenta del daño que me hace.

ELLA

(Sonriendo.) ¿Sufre?

EL

¡Y me lo pregunta!...

ELLA

Lo que sufre es su orgullo.

EL

(Dolorido.) ¡El pesar, mi amor..., todo lo que he perdido para siempre, todo el espasmo que su odio me causa!... Oh, no me figuraba, desde luego, no esperaba hallar extinguido en usted todo rencor!... ¡Cómo me odia!

ELLA

¿Y no creía merecer ese odio?

EL

De pensarlo, no habría venido.

ELLA

De modo que ha venido usted...

EL

Para demostrarle lo contrario.

ELLA

¿Para justificarse?

EL

Precisamente.

ELLA

¿Al cabo de cinco años?

EL

No he podido hasta hoy.

ELLA

Y aun consiguiéndolo, ¿no ha pensado que quizás es un poco tarde?

EL

Eso es lo que temía.

ELLA

Era de temer, en realidad.

EL

Pero, si aun me odia...

ELLA

Es un sentimiento, ¿no es cierto? Pero no es el mejor.

EL

Puede cambiar...

ELLA

(Con firmeza.) No, no se cambia eso nunca: se borra. Al eliminar un sentimiento no es preciso darle su puesto a otro. Y luego, el mío no es un sentimiento: es una sensación. Si el odio ha renacido en mí es por el hecho de haberle vuelto a ver. **(Cambiando de tono y abriendo la caja de los cigarrillos.)** Pero, vamos a ver: ¿para qué hemos de hablar de esto? **(Ofreciéndole un cigarrillo.)** ¿Fuma usted todavía?... Recuerdo que antes fumaba usted mucho..., demasiado.

EL

(Aceptando.) Gracias.

ELLA

(Haciendo rodar el cigarrillo entre los dedos.) La gloria no ha operado ningún cambio en sus hábitos... **(Enciende en el fósforo que él le presenta.)**

EL

No me masco ya las uñas.

ELLA

¡Ah!... ¡Es un progreso!... Pero seguramente usted ha de tener muchas cosas que contarme, interesantísimas...

EL

(Mirándola fijamente.) Una nada más.

ELLA

(Echando atrás la cabeza, entre una nube de humo.) ¿De veras?

EL

(Abre la cartera y enseña una flor aplastada, seca.) ¿Ve usted? Una flor. ¿Recuerda?... Me la quiso usted destrozar. La conservo desde aquel último día y la llevo siempre conmigo.

ELLA

¡Qué tontería! **(Mira la flor, haciendo una mueca.)** ¿Tal vez con la idea de que hoy la reconociera? Está muerta, querido. Ya no dice nada.

EL

(Con energía.) Dice que la quiero; que la he querido siempre locamente, sufriendo, llorando, a través de todas las vicisitudes de mi vida, a través de todas las alegrías y de todas las amarguras, inmutablemente. ¡Oh! Es una tontería sentimental conservar una flor seca, ¿verdad? Se dice sentimental con desprecio; como se dice romántico. Pero los románticos no son menos sinceros que los escépticos. Todas las escuelas del sentimiento no tienen más que un modo de expresarlo mejor. Por mi parte, yo he conservado este sentimiento mío y se lo expreso de este modo, sinceramente. **(Cierra y se guarda la cartera. Se levanta, y tras una pausa, dice:)** ¿Ha pensado usted alguna vez por qué me fuí, por qué me quise ir aquel día?

ELLA

¿Qué puede pensar una mujer del hombre que la "planta"?

EL

Muchas cosas.

ELLA

Una en el fondo: que el hombre se cansado de ella. Si la "planta" antes de lo que lógicamente debe durar el curso regular de una pasión, aunque ésta sea breve, que no la ha querido nunca. Si ha mentido impúdicamente fingiendo un amor inmenso y al marcharse le ha ocasionado un pequeño dolor y una desilusión amarguísima, pensará que el tal hombre es un bandido.

EL

Lógica femenina.

ELLA

Primitiva; pero por eso mismo la mejor, la más exacta.

EL

Sin embargo, debe de haberle atormentado una duda.

ELLA

Nunca.

EL

Imposible.

ELLA

Nunca. Tuve en seguida la visión clara de todo lo que quería expresar su balbuceo confuso de hombre que trata de desaparecer sin hacer ruido. Amigo mío, aquel día nos entendimos perfectamente.

EL

(Decidido.) No tan perfectamente como usted cree, pero hoy nos entenderemos.

ELLA

No le he pedido explicaciones mayores.

EL

(Cruzando los brazos.) Yo se las ofrezco espontáneamente.

ELLA

¡Dios mío, con qué actitud tan agresiva! Seguramente no se podrá decir que yo las haya acogido espontáneamente.

EL

Me figuro que no le molestará oírme.

ELLA

¿De veras?

EL

Estoy seguro. Usted es una mujer inteligente y culta; sabe muchas cosas de la vida y puede adivinar otras muchas; pero tan sólo con mi ayuda podrá ascender a la modesta verdad de lo que pasó aquel día. Forzosamente han de ser muchas las cosas que usted ignore, y otras tantas ni siquiera las habrá supuesto en la vida. Son cosas pequeñas, innobles, ferozmente ciertas, pero lejanas, demasiado alejadas de usted. **(Con desenvoltura, observándola).** Usted seguramente no ha pensado nunca que pueda haber hombres con los calcetines rotos. **(Apresurándose, al notar un movimiento de ella).** Por lo menos no ha demostrado haber pensad antes de ahora en semejante cosa, o, si ha pensado en ella, no le ha dado importancia. En cambio, habrá oído decir o habrá leído que se falte a una cita de amor por una "pana" de automóvil, de la que sobreviene, como consecuencia, el enojo, la riña, un idilio que se trunca, una fiesta de los sentidos fallida, y hasta tal vez un drama o una farsa complicadísima De este género de incidentes, hace diez años, cuando el automóvil era aún una cosa excepcional y por lo tanto muy "chic", como se suele decir, se valía también del teatro: nuestro buen teatro de la carcajada artificial. Un hombre que va a pie no tiene en su vida lances por retrasos debidos a "panas", ya sean ocasionadas por los nemáticos o los motores. Va a pie y puede ser igualmente interesante; pero el que va siempre en automóvil ignora de él muchas cosas. Existen verdaderos dramas, que el teatro no aprovecha, que se escapan que se ocultan por necesidad, por pudor, hasta por convencionalismos, que ni siquiera se refieren, pero que, no obstante, existen con abundancia en la vida, y tienen sus lágrimas, sus fracasos trágicos y sus víctimas. Los otros tienen el aspecto de dramas y son farsas; éstos, más pequeños, más feroces, más modestos, se oyen como farsas y son dramas. **(Tira el cigarrillo).** Piense usted en joven ardiente, entusiasta, inteligente y pobre. Todos los días ve, al pasar, detrás de la verja de un florido jardín, a una gran señora: una señora rubia, bellísima, vestida toda de blanco. **(Al notar una sonrisa irónica de ella).** Nada de romántico, condesa: es una historia de todos los días. Se enamora. Sueña con los ojos abiertos. No abriga ninguna esperanza. Se siente pequeño, lejano, insignificante. Quizás la dama lo ha notado. El pasa por delante del jardín al ir a su trabajo. Pongamos que es un artista. Siempre resulta interesante que un joven pobre sea por lo menos artista: y no tonto ni feo. Combinaciones del azar: una noche, cuando menos lo espera, el joven encuentra a la dama. Se conocen; se hablan. El sabe ser elocuente: habla de sí, de su porvenir, de sus sueños. El hombre el siempre exageradamente, , en ocasiones eficazmente, elocuente cuando habla de sí. No de su amor. No se atreve y, por otra parte, no lo neecsita: la dama puede no haberlo comprendido. Noche de Mayo. Concédame que sea en Mayo. Arboles en flor, estrellas: una alameda umbrosa y un estremecimiento de deseo en cada hoja nueva, carnosa, aterciopelada, a impulsos del viento. No hay necesidad de averiguar del modo cómo el joven conquista a la ama. Además, nunca se sabe por qué recónditos y extraviados caminos se puede llegar o alejarse del corazón de una mujer. Y se dirige a la verja... La dama la abre, sonríe... La quinta está silenciosa y desierta... — ¿Quiere usted entrar? — Un torbellino de alegría. El corazón le da un salto en el pecho, la dicha le ahoga, las palabras no pueden salir de su garganta, la sangre se le sube a la cabeza, hirviente. El aire se puebla de trinos, silba a su alrededor un himno de victoria. Luego calma. El joven, ya en el umbral, reflexiona, se rehace, recuerda. Lleva un calcetín roto, un agujero grande que ahora le muerde rabiosamente su talón, su talón de Aquiles: un agujero que, desde el talón, sube hasta aparecer por encima del filo del zapato. Recuerda que por la mañana su mamá no le había zurcido el otro par de calcetines, el otro par que componía su ajuar, y por esa razón se vió obligado a ponerse los agujereados. El agujero ese, estonces, le había hecho sonreir... Caminaba desvergonzadamente, pisando fuerte con el talón sobre el empedrado, hacia el trabajo. Permaneció incierto, vacilante, con un pie tan sólo en el umbral de la felicidad, sin atreverse siquiera a rozar la tierra con aquel talón que ahora quema... "¿Qué dirá la gran dama, vestida de seda, si por casualidad, al levantar el pie, hubiese de enseñar...?" ¡No se sabe nunca lo que puede decir una dama frente a un hecho nuevo e insospechado! Tal vez dijera: — Voy a enviarle mi camarera, que tiene mucha habilidad para remendar calcetines. — Y dicho esto, marcharse. O lamentarse. O enfadarse. O desmayarse. ¿Quién sabe? ¿Qué podía saber aquel joven artista, cazador de costureras y de cocineras, de cómo proceden las damas vestidas de seda cuando el amor se escapa precitaamente por el agujero de un calcetín roto?... Confuso, balbucea, retrocede, ríe: ríe forzadamente. — Una cita...

No puedo..., mañana... Dispénseme... — Y aquella mujer, una mujer vestida de seda, que seguramente no supone que en el mundo pueda haber hombres que lleven calcetines rotos, comprende una cosa únicamente: que aquel jovencito, invitado, en vez de precipitarse, vacila, balbucea, se confunde, se marcha, la rechaza... Una mujer jamás perdona al hombre que la rechaza. No se detiene a razonar. Odia. Ofendida entra, suelta una carcajada estridente, rabiosa, llena de rencor. Tira la puerta de la verja contra las narices del muchacho. El muchacho, con la frente apoyada en las barras, la ve alejarse, blanca, adorable, maravillosamente rubia y bella la ve desaparecer entre los árboles como la imagen de la felicidad, para siempre; se retuerce las muñecas, se muerde los labios, los ojos se le llenan de lágrimas... Vuelve a su casa. La mamá duerme. En la pobre cocina, desnuda, oscura, duerme el gato, y cuelgan en la cuerdecilla del balcón los otros calcetines remendados por su vieja aprovechando la postrera claridad del día. ¡Nunca ya!... El muchacho comprende que la felicidad y el amor se han desvanecido para siempre. La alcoba es gris. La vida está vacía. La gloria no ilumina ya ninguna esperanza lejana... Por la noche aquel muchacho, con una pistola vieja, herrumbrosa, que ha encontrado cargada en el fondo de un cajón, se dispara un tiro en la sien. **(Pausa. Ella le observa, un poco dudosa.)**

ELLA

Es muy interesante lo que cuenta. Y lo cuenta muy bien. Eso ya lo sabía...

EL

Pero, quizás, no encuentra ningún nexo lógico...

ELLA

(Riendo.) ¡Dios mío! Como no quiera usted hacerme suponer...

EL

No estaba, o no lo parecía, tan mal de indumentaria.

ELLA

Era usted bastante elegante.

EL

Era joven.

ELLA

Por eso me gustaba usted.

EL

Y era pobre.

ELLA

También lo sabía. La cosa no tenía ninguna gravedad. Hasta... ¡Ya ve usted: hoy que ya no lo es, con qué orgullo lo manifiesta!

EL

Con orgullo: como el que se da cuenta del enemigo con que ha tenido que luchar y lo ha vencido. Pero usted de la palabra "pobre" sólo conoce el significado externo: el que aparece. El que se oculta, el que yo especialmente necesitaba ocultar, le escapaba. Usted no se ha preguntado nunca "de qué modo" era yo pobre.

ELLA

¿De tantos modos puede serse?

EL

(Con una sonrisa.) Verá usted. Se puede ser miserable hasta el extremo de no tener un céntimo para comprar un pedazo de pan con qué cenar. Y puede uno verse obligado a no cenar para enviar un ramo de flores a la dama que no lo pide, que acaso no lo espera, pero qeu nos fuerza a vivir en un mundo en el que, después de invitarnos a un te, es preciso enviar el ramo. Se puede decir: "Venga esta noche al teatro, que allí me verá." Y el invitado se mesará los cabellos, llorando, al pensar cómo se las compondrá para ir al teatro. Se puede decir: "Entre usted". Y el que lleva un calcetín roto, vacilará. Y no entrará.

ELLA

Pero si se atreviera a hablar...

EL

No puede. Huye. El desnivel ha creado forzosamente el abismo. Seraí preciso que uno bajase y que el otro subiera. Para usted, tal vez, habría sido penoso bajar. Para mí resultado imposible subir de un salto. Mi ascensión era lenta y fatigosa. Eso no lo ha comprendido usted, porque era rica. Yo no lo podía decir, porqut si por un instante nada más hubiese corrido el peligro de hacerle suponer qué pretendía las larguezas de usted, me habría matado. ¡Huir! Aquel día regresé a pie; no podía subir al tranvía. Y no volví más. **(Ella le mira con otra expresión diferente en los ojos, menos viva y más dulce.)**

ELLA

Pero esto no se podía pensar antes.

EL

Quizá. Aquel joven lo pensó en el umbral de la verja. Yo la traspasé... Lo pensé luego, al alba. Pero me ha odiodo usted lo mismo, infinitamente.

ELLA

Pero ni en línea nunca...

EL

¿Cómo?... ¿Con el aire de quien pide... ¡Hoy, al fin, he podido hacer mi confesión francamente! **(Cambiando de tono.)** ¡Y con ella poner todo mi dolor, toda mi pena, a sus pies por lo mucho que la he querido, por la felicidad que he perdido! **(Se halla junto al sillón de ella, un poco inclinado. Pausa.)**

ELLA

Quizás... seguramente también yo lo hubiese querido infinitamente. (Estremeciéndose.) Quizás ha sido mejor así. (Sonríe.) Está usted perdonado.

EL

(Un poco desilusionado.) ¿Nada más?...

ELLA

No sea exigente.

EL

(Con dolor.) Llego tarde.

ELLA

¡Sí, amigo mío!... ¡Oh! No es que sienta amor por nadie! No. Ya ve cómo vivo y de qué vivo; ¿pero se figura que si aquel joven, arrepentido, hubiera vuelto a llamar a la verja, la dama le hubiese abierto? No. Usted mismo ha encontrado únicamente la manera de revivir el antiguo idilio, buscando la satisfacción de confesar con franqueza lo que con tan digna tenacidad ha conservado oculto durante cinco años... Pero ¿y luego?... ¡Aquello ya pasó!... Sería una resurrección pasajera la de aquel recuerdo. ¡Cuántas mujeres más jóvenes, más bellas!... (A un movimiento de protesta de él.) ¡Déjeme decir!... Además, que creo saberlo. ¿Y los amigos que le esperan, y el camino victorioso que se siente con ánimos de recorrer?... Le he perdonado. Por último he acabado por comprenderle. Pero era necesario haberle comprendido en seguida. No tiene usted la culpa. Tampoco lo es mía. Es el destino. Es la felicidad que, muchas veces, huye, como usted ha dicho, por el agujero de un calcetín roto. (Toca el timbre.) Ahora tomará una taza de te. Y mañana me enviará unas flores. Esta vez las espero y las pretendo. Muchas flores, por nuestra reconciliación. Ya que ha sido capaz de ascender hasta su vieja amiga enfadada, que no se acordó de descender aquel día. (A la camarera, que aparece en el umbral.) El te. Y hablemos de otra cosa, si no le molesta.

EL

(Volviendo a su sitio.) Por ejemplo...

ELLA

De sus trabajos.

EL

(Con tristeza.) ¿Qué vale eso? ¿No quiere usted que le diga cómo y por qué he trabajado tanto?

ELLA

Ha trabajado usted para conseguir un hermoso desquite contra la suerte. Ha triunfado. Pero entretanto, el tiempo ha ido pasando.

EL

Pero no me fué posible hacer que aquel sentimiento mío variase.

ELLA

Aquel sentimiento era de orgullo. El amor sólo servía para hacer menos árida el ansia de llegar. Llegar para decirme lo que me ha dicho sin avergonzarse. ¿Y luego? Piense que aunque no queramos nos volvemos a encontrar muy cambiados, y que la ficción de un instante nos haría arrepentir después amargamente. Para usted ya no soy aquella que aparecía de lejos. Usted no es tampoco, para mí, el amiguito que se mordía las uñas y me hablaba de mil quimeras y de lejanas victorias. La felicidad es preciso agarrarla cuando pasa al alcance de nosotros. Si escapa, es inútil perseguirla... Aquel día se nos escapó. Hoy, acaso, vuelva con un nuevo semblante, más sereno, más bueno: con el semblante de la amistad. (Entra la camarera. Deja sobre la mesa el servicio de te. Ella, levantándose.) ¿No le parece? Me escribirá después de haber pensado en todo esto... y me dará la razón. ¿Sus amigos le esperan?

EL

Sí.

ELLA

Entonces tome un sorbo de te de prisa... Luego le acompañaré.

EL

Es usted muy amable.

ELLA

Salgo todas las tardes; es un paseo diario al correo... ¿Mucho azúcar?

EL

Dos terrones.

ELLA

Sí, ya recuerdo: dos. (Le mira sonriendo Luego echa el te.)

TELON

Gino Rocca.

En casa de unos ladrones, en los suburbios de Londres, se halló, hace poco un montón de 1.000 dentaduras postizas robadas

La embriaguez no es considerada circunstancia atenuante para el crimen, en Inglaterra.

HUMORISMO FILOSOFICO

Para querer a su mujer

por Jean Rameau

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Un hom!

Una mujer.

El hombre (Abelardo Pierroton), siguiendo a la mujer (una María cualquiera). ¿Por qué? Veámoslo.

Abelardo Pierroton se va a ahogar. Esta es su resolución cuando se aburre. Sale de su casa con dirección al río; pero juzga conveniente esperar que una desconocida alegre y bonita lleve la misma dirección.

El camino, de este modo, será más agradable.

II

Todo el mundo puede tener distracciones, y por eso Abelardo sufre varias seguidas.

Primeramente, se olvida de arrojarse al río cuando está a la orilla. Después, sigue a la mujer hasta su casa.

Y más tarde la sigue hasta un departamento municipal, donde un funcionario, no menos municipal, les hace decir: "Sí, sí" a los dos, como se hace en las ferias con las focas sabias.

¡Casados!

III

Pronombre obligado.

Abelardo jura no engañar jamás a su mujer.

Es hombre de palabra, y ama apasionadamente a su María cualquiera durante ocho días.

Después de esta eternidad de pasión, queda tres semanas pensativo.

—¡Diantre, diantre! — gruñe Pierroton. — Ella sigue morena, encantadora, linda como el primer día. ¿Es qeu va a dhrar mucho esto? — se pregunta con inquietud. — ¡Ah! — exclama, dándose un golpe en la frente, de donde ha brotado una idea, y corre a comprarle una peluca rubia.

Resultado inesperado: ocho nuevos días de enorme pasión.

IV

Entonces Abelardo, que es hombre de recursos, ensaya otra cosa. No pudiendo cambiar completamente de mujer, resuelve modificar algunos detalles. La enseña a bizcar y a hablar por la nariz.

Una luna de miel de quince días es el resultado de este ingenioso mejoramiento. Las mujeres que bizcan y hablan por la nariz, acaban por ser tan insoportables como las otras al poco tiempo.

Abelardo, asustado, se toma la cabeza con las manos, y busca nuevas fórmulas.

V

Por fin, resuelve hacerse amar en inglés. Su esposa sabe algunas frases de este idioma, y durante tres semanas, en las horas de pasión, no dice a su Pierroton más que "mi pequeñito adorado", o "el gran cariño de su mujercita".

Este admirable medio resulta sorprendente. Después de la inglesa, vienen: la española, seis días de pasión; la turca, cinco días de pasión; la alemana, tres días y medio de pasión; la china, tres días de pasión; la abisinia, dos horas de pasión; nacionalidades diversas, tres horas y tres cuartos de curiosidad.

VI

¿Y después?

Abelardo, que no quiere matarse aún, busca un nuevo procedimiento para hacer deseable a su mujer, y lo encuentra.

Conduce a María a casa de un profesor de ventriloquía.

Madame Pierroton, que poseía excepcionales aptitudes, aprende a hablar de catorce modos. Su esposo está entusiasmado durante toda la semana, y se venda los ojos, imaginándose que corteja a catorce mujeres a la vez.

¡Prodigio del arte!

La voz de su mujer tartamuda le hacía rimar sonetos.

La voz de su mujer desdentada le inspiraba un volumen de elegías.

Pero fué la voz de mujer hidrópica la que le produjo más fuerte pasión de su vida. ¡Diez y siete días del más puro amor!

VII

Pero todo tiene fin en este mundo, incluso el amor que tienen las mujeres hidrópicas.

¡Desolación! ¡Marasmo!

¿Qué hacer?

Aplica seis kilos de algodón sobre las espaldas de su mujer, para figurársela gruesa.

¡Pasión fría!

La impide hablar, para creerse en presencia de una mujer muda.

¡Amor minúsculo!

¿Qué hacer?

VIII

Desesperado, consulta un calendario.

Había amado a su mujer, durante tres meses y trece días, de cincuent y tres formas distintas.

Levanta la frente con orgullo, y dice:

—Ya puedo morir.

Y, siguiendo su costumbre, se dirige al río, convencido de que éste es el único medio de permaneecr fiel: estar muerto. El se conoce bien.

IX

Para hacer el camino más ameno, cree oportuno permitirse esta suprema y simbólica consolación: esperar a que pase una mujer bonita que lleve la misma dirección.

Pasa una mujer, morena, distinguida, del brazo de uno.

Es la caída de la tarde. Los objetos se perciben a medias. Abelardo sigue a diez pasos la adorable silueta, y murmura convencido:

—¡Ah, si yo hubiese dado con una felicidad como ésta!

Llegan sobre el puente. La linda joven se vuelve.

¡Condenación!

Abelardo se asió a la barandilla, y, dando un salto, cayó al agua, lanzando un grito de rabia.

¡Aquella mujer era la suya!

X

Abelardo llega al Cielo.

—¿Cómo va, mi amigo? — le dice el buen Dios. — Tu mujer te engañaba; te doy el Paraíso para toda la Eternidad.

—¡El Paraíso!... ¡Para toda la Eternidad!... — balbució con los cabellos erizados. — ¡Nunca... ¡Cedo mi puesto...! — Después, con más calma, añade: — Al menos que el buen Dios me dé una contraseña para salir y entrar y hacer algunas escapatorias al...

Un boticario anunciaba lo siguiente: "No más resfríos, no más catarros. Cura segura, $ 1.50."

Entró un hombre en la botica, pidió lo anunciado y se fué. A los tres días volvió y le dijo al boticario que se había bebido todo el frasco pero no se había curado.

—¡Se lo bebió! — exclamó el boticario. — Pero si eso no es para beber. ¡Si es una solución de goma elástica para hacer impermeable el calzado y evitar así los enfriamientos!

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

ATRAYENTE NARRACION MISTERIOSA

LA SEPTIMA VICTIMA

por Maurice Leblanc

(Traducción del francés)

UNO de los accidentes más incomprensibles que ocurrieron en París, hace algunos años, fué el que todo el mundo conoció el episodio de la Dama del Hacha.

En el espacio de diez y ocho meses, cinco mujeres desaparecieron, — cinco mujeres de clases sociales distintas, — entre los veinte y treinta años de edad, domiciliadas en París o en el interior de su distrito.

He aquí sus nombres:

Madame Ladone, esposa de un médico; mademoiselle Ardent, hija de un banquero; mademoiselle Covoreau, lavandera de la Opera; mademoiselle Honorine Vernisset, modista, y madame Grollinger, pintora.

Las cinco desaparecieron sin dejar la más leve huella que permitiera explicar por qué habían abandonado sus hogares, por qué no volvieron a ellos, quién las había inducido a esta huída y dónde y cómo estuvieron secuestradas.

Cada una de estas mujeres, a la semana de su desaparición, fué encontrada en algún terreno abandonado, en la parte occidental de los alrededores de París; y cada vez que ocurrían estos hallazgos, se registraban las mismas fatales circunstancias: un cuerpo de mujer muerto de un sólido hachazo en mitad de la frente.

Asimismo, en cada uno de estos casos, a corta distancia del cadáver, que uniformemente presentaba las mismas marcas de extenuación por la falta de alimento, descubríanse rastros de ruedas de vehículo, muestra evidente de que la muerta había sido llevada allí por un carruaje.

Las cinco mujeres habían sido completamente despojadas de sus joyas, bolsos y cualquier otro objeto de valor. Los robos, sin embargo, no fueron completamente atribuídos a los asesinos, pues muy bien pudieron ser autores de ellos los vagabundos o cualquier transeunte, tentado por lo excepcional de la ocasión, dado que los cadáveres yacían en lugares absolutamente desiertos.

LA SEXTA VICTIMA

Inesperadamente, se produjo tremenda sensación. Una mujer, encargada del barrido de los caminos, encontró sobre el pavimento un menudo cuaderno de apuntes que entregó en la comisaría del barrio.

Las hojas del cuaderno estaban todas en blanco, excepto una, en la cual había escrita una lista de las mujeres sacrificadas, con sus nombres puestos por orden de fechas y acompañados de tres cifras: Ladoue, 128; Vernisset, 118, y así sucesivamente.

Seguramente no se habría dado importancia alguna a estas anotaciones, que cualquiera podría haber escrito, pues nadie ignoraba lo de la lista siniestra. Una lista con cinco nombres no tenía significación alguna. Pero lo graves es que en vez de cinco nombres había seis. En efecto, debajo de las palabras "Grolliger, 128", aparecían estas otras: "Williamson, 114".

¿Indicaba esto una sexta muerte?

El origen inequívocamente británico del apellido limitó el campo de las investigaciones a muy poco tiempo. Se averiguó entonces que hacía quince días cierta miss, Hermione Williamson, institutriz de una familia de Auteuil, había dejado ese cargo para volver a Inglaterra, y desde entonces sus hermanas no volvieron a tener noticias de ella.

Se emprendieron otras pesquisas activísimas. Un cartero encontró el cadáver en el bosque de Meudon. El cráneo de miss Williamson estaba partido de un hachazo en medio de la frente.

Es innecesario describir la sensación de horror e inquietud que experimentó la mul-

titud cuando leyó esta lista, escrita evidentemente por la propia mano del criminal.

Los peritos calígrafos declararon unánimemente que la escritura "era de mujer, de mujer educada, que poseía gustos artísticos, mucha imaginación y una naturaleza extremadamente sensible".

La atención del público se concentró en un joven periodista, autor de un descubrimiento casual. Haciendo deducciones sobre el significado de las cifras que seguían a los seis nombres, se preguntó si las cifras no representarían el número de días que separaba una muerte de la que le seguía. No tenía más que computar las fechas. Así lo hizo, y su hipótesis resultó confirmada. No había el menor error en las anotaciones.

Evidentemente eran de la Dama del Hacha.

Pero lo que al principio fué únicamente interés folletinesco, se convirtió pronto en consternación. Miss Wiliamson, la última víctima, había desaparecido el 28 de Junio, y su nombre estaba seguido de la cantidad 114. ¿No era de prever que ciento catorce días después, es decir, el 18 de Octubre, iba a cometerse otro crimen?

Atmósfera de excitación se respiraba en todas partes.

En esto se hallaban las conjeturas del público y de los periódicos, cuando la lógica exigía que se perpetrara otro atco de la abominable tragedia.

ATMOSFERA DE TERROR

¡Imagínese el estado de ánimo en multitud de hogares, tiendas, talleres, centros de diversión y todo otro lugar frecuentado por la mujer, que es igual que decir todo París!

Las gentes se miraban con terror. Todos creían tener a su lado al criminal. Ninguna mujer de veinte a treinta años estaba segura de que ella no iba a ser la nueva víctima.

Los padres, maridos o hermanos no perdían de vista a sus hijas, esposas o hermanas. Las pocas mujeres que transitaban solas llevaban pintado el recelo en el semblante y caminaban alerta, con suma precipitación.

—¡Señora, esté prevenida! — decían en los comercios las vendedoras a las clientes. — No se deje abordar por nadie en la calle.

—¡Socorro! — salió gritando una joyera de la calle Richelieu, por las sospechas que le inspiró una señora que quería comprar un pendantif, y la miraba con fuerza extraña.

La broma había sido desterrada como de un gusto siniestro. Quizá la única que en todo París no participara de los terrores comunes era una preciosa huérfana, de veintidós años, llamada Hortense Daireaux, que, en unión de su novio, Romberto Duval, había ido a comprar un par de espléndidos vasos de Sevres, expuestos en la vitrina de un anticuario de la calle Druot. En uno de los vasos aparecía grabada una gran figura de mujer.

Al hacerse el paquete se rompió uno de los dos vasos, y ¡casualidad!, la cabeza de la mujer grabada quedó partida en dos pedazos.

—¡Mira! ¡Partido el cráneo, como las seis mujeres! Esta es la séptima víctima; ya no hay nada que temer.

—¡Hortense! — exclamó el joven que idolatraba a su futura. — La ocurrencia podrá parecerte ingeniosa, pero no la creo de muy buen gusto.

A propósito de la rotura se entabló una pequeña discusión sobre si el accidente había sido ocasionado por el anticuario o por el comprador.

—En fin; veremos de reparar el daño, — dijo el comerciante. — En mi depósito de Kleber tengo otros vasos de Sévres, muy parecidos, que creo podrán hacer juego con éste.

Roberto Duval deploró vivamente la destrucción.

Por el camino, fuertemente prendida del brazo de su novio, Hortense preguntaba a Roberto:

—¿Te has enojado por lo que dije de la séptima víctima?

—Enojado, no: contrariado. ¡Quién sabe si a estas horas la desgraciada mujer que está predestinada a figurar en la lista misteriosa habrá caído ya en poder del criminal, y está pacando agonías atroces! ¿Te parece bien que en redor de esta horrible posibilidad se hagan observaciones burlescas?

—No lo dije en son de burla. Se me ocurrió así nada más. Pero tú estás enojado por la rotura del Sévres y te desahogas contra mí. Si me quisieras un poco más, no me criticarías tanto.

—Vaya, ya volvemos a lo de siempre: "¡si me quisieras más!..." Si te quisiera menos no estaría intranquilo como estoy. La sola idea de que tú pudieras caer en poder de ese enemigo del género humano me llena de terror.

—Pues yo no tengo miedo alguno. Al lado tuyo estoy tranquila...; es más, segura de que si los asesinos me secuestran, tú lograrás rescubrime y evitar que me maten. ¿No?

—¡Calla, calla! — exclamó Duval, consternado. — Lo que has de hacer es evitar salir sola, y desconfiar de todo. Uno nunca sabe...

LA SEPTIMA VICTIMA

A la tarde siguiente, Roberto Duval llamó por teléfono a Hortense para ver si quería ir al teatro por la noche.

—La señorita no está en casa, — le contestó la sirvienta de Hortense. — Salió esta mañana a las diez y todavía no ha vuelto.

Roberto se sintió presa de una inquietud vivísima.

—¿No dejó dicho a dónde fué, cuándo volvería?...

—Nada, señor, nada. Estoy algo intranquila y le agradecería que viniese. No sé qué extraños presentimientos...

—Yo también estoy inquieto...., y mucho.

Tomó un auto y llegó allí en seguido. Estaban a 18 de Octubre, es decir, a los 114 días de la muerte de miss Williamson.

¿No era como para alarmar la ausencia de Hortense?

Roberto se hizo conducir al Parque Monceau, donde su novia tenía alquilado un coquetón pisito. Matilde era su sirvienta.

Roberto llegó allí, perdido el aliento.

—Señor Duval, — gritó la sirvienta, hecha un mar de lágrimas, apenas le vió: — Hay que avisar a la policía. ¡Pronto!...

—No..., nada de policía. Eso sólo sirve para poner en guardia a los criminales. Lo que no descubramos nosotros no lo descubrirá nadie.

Esperaron hasta la noche, hasta la media noche... ¡En vano! Hortense no compareció.

Roberto, nervioso, azorado, recorría la habitación de un lado a otro, como delirante; profería gritos aquí, derramaba lágrimas allá, y en una angustia abrumadora se arrojaba en el lecho de la novia adorada, cuyo perfume delicioso había quedado impregnado en todas partes.

A la salida del sol, el domingo, no era ya posible la duda. La desaparición de Hortense estaba explicada por la fecha: el 18 de Octubre. Era la séptima víctima de la Dama del Hacha.

Esforzándose por dominr su agitación, Roberto Duval comenzó a conjeturar:

—El rapto precede en siete días al golpe mortal. Dispongo, por lo tanto, de seis días completos para salvar a Hortense. Hoy es domingo; Hortense tiene que ser puesta en libertad el viernes, y, para que esto sea posible, es preciso que descubra el sitio en que la tienen secuestrada, a las nueve de la noche del jueves, a más tardar.

Duval escribió: "Jueves, nueve de la noche", en grandes caracteres, en un cartón que colocó sobre la mesa de trabajo. Al mediodía del domingo se encerró en su estudio.

Allí permaneció cuatro días casi sin moverse. Como primera providencia hizo que le enviaran las colecciones de los principales periódicos que habían informado sobre los seis crímenes. Una vez leído y releído todo el asunto, cerró las persianas, bajó las cortines, y tendido en el sofá, a oscuras, se puso a cavilar.

El martes por la tarde se hallaba tan adelantado en la investigación como lo estaba el domingo por la mañana. No había descubierto el menor vestigio de luz que permitiera esclarecer aquella pista tenebrosa.

Muchas veces, en su angustia, sintió impulsos de abandonar el encierro y pedir auxilio a voces para salvar a la amada.

Eran raptos de terror loco que refrenaba en seguida.

En la mañan del miércoles llegó su desconsuelo al paroxismo. Desistiendo de aquella clausura, que en nada le hacía adelantar, abrió puerts y ventanas, y se lanzó a la calle. A poco volvió a entrar, casi en seguida a salir, acusando al misterio, perseverando en la indagación, sin darse punto de reposo.

—Ella sucumbe al hambre, muere de terror..., me llama..., me llama...' ¡y yo, impotente, no puedo acudir en su auxilio!

A las cinco de la tarde ese miércoles al examinar la lista con los seis nombres...

¡Sí!... Una idea venturosa cruzó su mente como una llamarada. ¡Bien podía ser aquello! ¿Por qué no intentarlo? Era sólo una hipótesis, un rastro imperceptible que, poco a poco, mostraba un surco más hondo, pero... ¡cuán inverosímil aquella conjetura!

En el actro trazó el plan de campaña.

Llamó a un mensajero y le envió a los principales periódicos con un aviso, en tipo grande, que debía aparecer en las ediciones de la mañana.

Al mismo tiempo envió otro mensajero a la Opera, donde mademoiselle Coverau, la segunda de las seis víctimas, había estado empleada.

El jueves, Duval no abandonó su estudio. Por la tarde recibió varias cartas que contestaban a su aviso. Finalmente, a las tres de la tarde, le trajo un botones una carta que pareció ser la que estaba esperando.

Consultó una guía de la capital, anotó una dirección, "M. de Lourtier-Vaneau, 47 bis Avenida Kleber", y bajó percipitadamente a su automóvil.

—¡Chauffeur! ¡47 bis, Avenida Kleber!

LA DEFINICION

Roberto fué introducido en un salón, elegantemente amueblado y decorado.

El señor Lourtier-Vaneau era una distinguida persona que frisaría en los cuarenta años. Sus maneras afables y su perfecta distinción predisponían en seguida en favor suyo.

—Señor Lourtier, — dijo Duval, — me he permitido venir a ver a usted, porque el año pasado leí en los diarios que usted conocía a Honorine Vernisset, una de las víctimas de la Dama.

—Así es, — exclamó el señor Lourtier. — Mi mujer la ocupaba aquí, a menudo, para trabajos por días. ¡Pobre mujer!

—Señor Lourtier, la mujer con quien yo iba a casarme pronto, ha desaparecido, como han desaparecido las otras seis víctimas.

—¡Eh! ¿Otra más? — exclamó sobresaltado el dueño de la casa. — Yo he leído bien los diarios en estos días, y no he visto nada.

—La joven secuestrada es mi novia y desapareció el 18 de Octubre.

—¡Y estamos a 22!

—Sí, y la muerte deberá de ocurrir el 24.

—¡Horrible!. Hay que impedirlo a toda costa...

—Confío que con su ayuda lograremos impedirlo.

—Pero... ¿dió parte ya a la policía?

—No. Estamos en presencia de hechos que, por decirlo así, son absolutamente indescifrables, y en los cuales es imposible penetrar sirviéndose de los medios ordinarios. Un enemigo que despliega tan refinada previsión no deja tras de sí ninguno de esos rastros comunes sobre los cuales el detective profesional se abalanza afanosamente.

—¿Qué ha hecho usted, entonces?

—Antes de tomar ningún partido, he meditado. He pasado cuatro días meditando en las tinieblas.

Con leve ironía, el señor Lourtier preguntó:

¿Y el resultado de esas meditaciones?...

Desoyendo esta ironía, Roberto Duval prosiguió:

—Ante todo, he sometido estos casos a un género de investigación en que hasta ahora nadie había pensado. Esto me ha permitido descubrir su sentido general, desechar las teorías embarazosas, y, puesto que nadie ha logrado desentrañar los motivos de tan gran número de muertes, atribuirlos a la única clase de personas capaces de cometerlas.

—¿Que serían?...

—Alucinados, señor Lourtier.

—¿Alucinados? ¡Rara ocurrencia!

—¡Señor Lourtier! La mujer conocida por la Dama del Hacha es una loca.

—Una loca estaría encerrada.

—¿Quién dice que no lo esté?... — dijo Duval. — Ignoramos también si será uno de esos casos de personas aparentemente inofensivas, vigiladas con tan poco cuidado, que hallan plena oportunidad de satisfacer sus pequeñas manías y sus feroces instintos. Nada tan temible y traicionero como esos seres. La obsesión de una idea y la continua repetición de un acto son las características de los locos. No conozco aún las ideas que obsesionan a la Dama del Hacha, pero conozco los actos que se derivan de ellas, y que son los mismos en todos los casos.

"La víctima es atada siempre con cuerdas semejantes. Es muerta después del mismo número de días. Es herida siempre con la misma clase de golpe, con análogo instrumento, en el mismo lugar, en medio de la frente, para producir siempre una misma herida, absolutamente vertical. Un asesino ordinario demuestra alguna variedad. Sus manos temblorosas han perdido la precisión, y sus golpes son indecisos. La Dama del Hacha no tiembla. Usted sabe, lo mismo que yo, que sólo un lunático puede conducirse en esa forma estúpida, salvaje, mecánica, como el péndulo de un reloj, como la cuchilla de la guillotina.

EL OCHO Y LA LETRA H

El señor Lourtier movió negativamente la cabeza.

—Sí, así es, en efecto. No es desacertado encarar la cuestión desde este punto de vista. Pero la cuestión de las víctimas me deja a obscuras. ¿Por qué tal mujer mejor que la otra?

—¡Ah! — dijo Duval. — Me pregunta usted una cosa que me ha costado un gran trabajo resolver. Entre dos millones de mujeres donde elegir, ¿por qué elegir mi novia, o la modista Vernisset, o mis Willitmson? Si el conjunto de la cuestión está basado en la lógica aciega y fantástica de una visionaria, inevitablemente debe de haberla precedido alguna elección. Ahora bien: ¿en qué puede haber consistido esta lógica? ¿Cuál es la cualidad, el defecto, la señal requerida para que la Dama del Hacha se decida a matar.

—¿He encontrado la respuesta?

Duval hizo una pausa y repuso:

—Sí, señor; la he encontrado. Y habría podido encontrarla desde el comienzo de la investigación si hubiese hecho un examen cuidadoso de la lista de las víctimas. Pero estos rayos de luz pocas veces esclarecen un cerebro recargado por el esfuerzo y la reflexión. Veinte veces leí la lista, y nada; de pronto asomó la verdad, y el detalle y el detalle diminuto tomó una forma colosal.

—No le comprendo bien, — dijo el señor Lourtier.

—Señor Lourtier, los diarios mencionaron únicamente los apellidos cuando hablaban de madame Ladoux, de mademoiselle Ardent o de mademoiselle Covereau. En cambio, mademoiselle Vernisset y miss Williamson eran siempre descriptas por los apellidos y por los nombres: Honorine y Hermoine. Si la misma cosa se hubiese hecho en el caso de las seis víctimas, hace tiempo que el misterio estaría aclarado.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque en seguida habríamos comprendido la relación que existía entre las seis infortunadas mujeres, como yo mismo lo comprendí al comparar estos dos nombres cristianos con el de Hortense Daireaux. ¿Comprende ahora? ¿No le dicen nada esos tres nombres que tiene ante los ojos?

El señor Lourtier pareció algo intranquilo.

Un poco pálido, dijo:

—¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, — prosiguió Duval con voz clara y pronunciando las sílabas separadamente, — que tiene usted ante los ojos tres nombres cristianos, que comienzan con la misma inicial, y los tres, por una extraordinaria coincidencia, constan del mismo número de letras.

"Si se informa usted en el lavadero donde mademoiselle Covereau iba a trabajar, le dirán que se llamaba Hilairie. Es innecesario seguir buscando más. Es evidente, pues, que los nombres cristianos de todas las víctimas ofrecían las mismas peculiaridades, lo cual suministra, con absoluta certeza, la clave del problema que estamos buscando. ¡Qué comprobación de locura! ¿Por qué matar a unas mujeres mejor que a determinadas otras? ¡Porque sus nombres comienzan con H y constan de ocho letras! ¿Me comprende, señor Lourtier? El número de letras es ocho. La letra inical es la octava letra del alfabeto; y la palabra francesa "huit", ocho, comienza con H. Y el instrumento para cometer el crimen es un hacha. ¿Dispone usted de algún argumento para demostrarme que la Dama del Hacha no es una loca?

Nuevamente, Lourtief pareció sentirse mal.

—¡Bueno! Admitamos su suposición. Así y todo, es menester que reporte resultados palpables. ¿Qué ha hecho usted?

LA TRAMPA

—Esta mañana he publicado en todos los diarios un aviso concebido así:

"Excelente occinera busca casa. Escribir antes de las 5 p. m. a Herminie, Boulevard Haussman, etc."

"¿Siga comprendiendo, señor Lourtier Los nombres cristianos inicados con H y compuestos de ocho letras, son extremadamente raros. Bien: por razones que ignoro todavía, estos nombres cristianos son indispensables a la loca. No puede basarse sin ellos. Para encontrar mujeres con estos nombres cristianos, la loca concentra los últimos vestigios de razón, discernimiento, lógica e inteligencia que le quedan. Investiga aquí y allá. Lee diarios que difícilmente logra comprender, pero en los cuales sus ojos descubren ciertos detalles, ciertas letras mayúsculas. Consiguientemente, no dudé un solo momento que ese nombre de Herminie, impreso en tipo grande, había de llamar su atención, y que hoy mismo caería en la trampa del aviso.

—¿Le escribió a usted? — preguntó ansiosamente el señor Lourtier.

—Varias señoras, — continuó Duval, — mandaron las cartas usuales en estos casos, ofreciendo un puesto a la supuesta Herminie. Pero luego, esta misma tarde, recibí esta carta urgente. ¡Véala! Es muy interesante.

El señor Lourtier arrancó la hoja de las manos de Duval y buscó afanosamente la firma. Su primer movimento fué de sorpresa, como si esperara algo muy diferente. Acto seguido, tuvo un acceso de risa, risa feliz, como de tranquilizado.

—¿De qué se ríe, señor Lourtier? Parece usted muy complacido.

—Complacido, no. Es que esta carta es de mi mujer.

—¿Y temió usted encontrar algo distinto?

—¡Oh, no! Pero, puesto que es de mi mujer... ¡Venga conmigo!

A lo largo del corredor, le condujo a un saloncito donde había una señora rubia, de figura fina y delicada, a la cual rodeaban tres niños que le daban sus lecciones.

La dama se incorporó.

Lourtier presentó brevemente al visitante y preguntó a su mujer:

—Susan, ¿es tuya esta carta?

—"¿A mademoiselle Herminie, Boulevard Haussmann?" — preguntó. — Sí, yo la mandí. Como ya sabes, la sirvienta se ha despedido, y es preciso buscar otra.

Duval le interrumpió:

—Disculpe, señora. ¿Dónde encontró usted la dirección de esa mujer?

La señora se turbó. Insistió su marido:

—Dinos, Susana: ¿quién te dió la dirección?

—Me la dieron por teléfono.

—¿Quién?

Vaciló de nuevo.

—Tu nodriza. — dijo.

—¿Feliciana?

—Sí.

Lourtier cortó la conversación, y sin permitir a Duval que hiciera más preguntas, le hizo volver a su estudio.

—Ya ha visto, pues, que esa carta misteriosa tiene una procedencia natural. Feliciana, mi vieja nodriza, que vive en la casa de al lado, leyó el aviso y se lo dijo a im mujer. Después de todo, — agregó riendo — no creo que vaya a sospechar que mi mujer sea la Dama del Hach.a

—No.

—Por lo tanto, el incidente está agotado... al menos por parte mía. He hecho cuanto he podido, y siento mucho que mis medios no alcance a más.

Era muy visible su inquietud.

Duval le miró como se mira al adversario caído que sólo necesita otro golpe para sucumbir. Bruscamente, le agarró por un brazo, gritando:

—¿No ha comprendido? Si usted no habla, Hortense Daireaux será la séptima víctima.

—No se que decirle. ¿Cree, acaso, que yo se algo?

—Sí. Mis explicaciones le han revelado la verdad. Su confusión, su pánico, son pruebas irrecusables.

—¡Pero..., señor! Si yo lo supiera, ¿por qué lo iba a callar?...

—Por miedo al escándalo. Hay en su vida algo tormentoso que se ve usted obligado a ocultar. Lo presiento claramente. La verdad acerca de esta monstruosa tragedia que repentinamente iluminó su cerebro; esta verdad, si fuera conocida, ocasionaría su deshonra y su desgracia. Por eso calla usted.

Lourtier no contestó. Duval, aproximándose a él y mirándole fijamente en lo blanco de los ojos, susurró:

—No habrá escándalo. Yo será la única persona que lo sepa en el mundo. ¡Se lo juro!

LA REVELACI(

Largo rato permanecieron frente a frente. Lourtier, abatido, explicó:

—Tiene razón. Es horrenda la desgracia que me abruma. La mujer que usted ha visto no es mi esposa. Mi esposa vive ahí, al lado. Cuando nos casamos era una excéntrica, una mente trastornada; ahora está loca. Teníamos dos hijos, gemelos, que adorábamos, en cuya compañía había recobrado, sin duda, su equilibrio mental, cuando un día, por un estúpido accidente, ante sus propios ojos, las dos criaturas fueron aplastadas por un carro. La infeliz enloqueció, en la locura horripilante y brusca que podrá usted imaginar. En seguida, la hube de poner al cuidado de una vieja sirvienta, Feliciana, que fué mi nodriza en la niñez. Dos años después, trabé relación con la mujer que ha sido el consuelo de mi vida: la que usted acaba de ver. Es la madre de mis hijos, y, a los ojos de todos, pasa por mi mujer legítima

Después de breve reflexión, Duval preguntó:

—¿Cual es el nombre de la otra?

—Hermance.

—¡Hermance! ¡Siempre esa inicial... y las ocho letras!

—Eso es lo que me lo ha hecho comprender todo.

—Pero, ¿cómo se explican todas esas muertes?... ¿Cuáles son los síntomas de su locura?... ¿Sabe usted si sufre mucho ahora?...

—Por el momento, no mucho. Pero antes, pasó torturas difíciles de imaginar. Desde que sus hijos fueron aplastados, día y noche, tuvo ante sus ojos el horrible espectáculo de su muerte... ¡No durmió ni un solo segundo!

—Sin embargo, — observó Duval, — no recurrirá a matar para apartar esta visión de los ojos.

—¡Quién sabe! Quizá para alejarla por el sueño...

—No comprendo.

—No comprende porque se trata de una loca... y porque todo lo que ocurre en su desordenado cerebro es incoherente y anormal.

—Evidentemente. Pero ¿se basa en algún hecho su suposición,

—Sí. El primero de estos se remonta a una mañana en que Feliciana la encontró dormida por primera vez. Las manos de mi mujer oprimían un perrito que había estrangulado. La misma cosa se repitió en tres ocasiones distintas.

—¿Y se durmió?

—Sí; cada vez durmió por espacio de varias noches.

—¿Y qué conclusión deduce de eso?

—Esta: La excitación nerviosa provocada al suprimir una vida, la agota y la predispone al sueño.

—La deducción es lógica, — dijo Duval. — Arrebatar vidas: el esfuerzo de matar le causa sueño. Y lo que empezó por animales ha seguido después por mujeres. Toda su locura ha quedado concentrada en este punto: matar, matar mujeres para robarles el sueño. Necesita dormir y roba el sueño a los demás. ¿No es esto? ¿Ha dormido en los dos años últimos?

Conmovido, Lurtier repuso:

—En los dos años últimos ha dormido perfectamente.

—¡Pero, esto es espantoso!...

—No hay duda: las mata para substraerles el sueño. Es una obsesión complicada por una serie de prácticas y supersticiones incomprensible. Ella se imagina evidentemente que la semejanza de nombres como el suyo es indispensable, y que no conseguirá dormir, a menos que la víctima sea una Hilairie o una Honorine. Es un argumento de loca, pero ¿qué le hemos de hacer? Además, ¿por qué fija el intervalo entre cada muerte en un número determinado de días? ¿Por qué una víctima le procura 120 días de sueño y otra 125? ¡Insania, insania evidente!

—Pero ¿cómo hace para transportar a sus víctimas tan lejos?

—Se servirá, sin duda, de los carros del depósito de mi hermano. Mi hermano es anticuario y ocupa una gran parte del edificio contiguo para sus objetos de arte.

—Parece que todo está explicado y... ¡no tenemos tiempo que perder! — exclamó Duval, impaciente.

—¡Venga!

LA LOCA

Atravesaron varios corredores, cruzaron algunos aposentos, y, al fin, franquearon una puerta que, aparentemente, daba acceso a la casa inmediata.

—Mi mujer ocupa un departamento de cuatro piezas en los altos de la casa. En la primera pieza duerme Feliciana; la segunda la ocupa mi mujer, y las otras dos son el comedor y un saloncito.

Próximos al departamento de la loca, avanzaron con gran cautela. El corazón le daba brincos a Roberto.

—¡Es ahí! — dijo Lourtier.

El amante aplicó el rostro a una ventana y miró al interior. Estaba a obscuras.

Sigilosamente, empujó la ventana y saltó dentro. Lourtier le siguió. El piso, alfombrado, amortiguaba el ruido de las pisadas.

En la habitación contigua presenciaron la escena que habían pronosticado. Por la rendija de la puerta vieron a una mujer sentada junto a otra que yacía en un jergón. La mujer sentada sosteníase la frente con ambas manos y contemplaba a la mujer acostada.

—Es ella, — dijo Lourtier. — La otra está atada.

Roberto, sintiendo que a su garganta subían sollozos roncos, no pudo contenerse y se precipitó contra la puerta, confiando poder forzarla.

La puerta resistió unos segundos, y, al abrirse con estrépito y penetrar los dos hombres, la loca no esperó a que la prendieran, sino que, dando un grito, corrió a la habitación de al lado y cerró tras de sí la puerta.

Lourtier trató de darle alcance.

—¿Para qué? — gritó Roberto, arrodillándose junto a la cama. — Salvemos antes a la víctima.

Inmediatamente se sintió tranquilizado: Hortense vivía.

Lo primero que hizo fué cortar las ligaduras y desprender la mordaza que la oprimía fuertemente. Atraída por el estruendo, la vieja nodriza acudió precipitadamente a la pieza, con un farol en la mano, que Roberto le arrebató, proyectando la luz sobre Hortense.

Estaba aturdida. Aunque lívida y exhausta, con las facciones enflaquecidas y los ojos febriles, Hortense se esforzaba por sonreir. Débilmente murmuró:

—Te estaba esperando... No dudé un momento de que vendrías...

Quedó desvanecida.

Después de una hora de infructuosas pesquisas, encontraron a la loca en un gran armario del desván, donde se había estrangulado.

Dos días después, ya convaleciente, Hortense explicaba a su prometido la forma en que había sido secuestrada.

—La culpa fué de aquellos objetos, — dijo la joven. — ¿Recuerdas que uno de los dos vasos se hizo añicos en la tienda del anticuario, y que este nos dijo que tenía otros de repuesto en su depósito de Kleber? Pues bien: a la mañana siguiente de la rotura me encaminé a la misma tienda para ver si la reposición de los vasos podría ser hecha en seguida. ¡Te vi tan desconsolado por aquel percance, que me hice la ilusión de procurarte aquellos dos vasos antes de que volviéramos a encontrarnos! Llegué a la tienda, vi al anticuario, y este me dijo que no había tenido tiempo todavía de ocuparse del asunto. Me impacienté y exigí que lo hiciera sin pérdida de tiempo. Logré decidirle con mi intransigencia. Tomamos un auto y nos dirigimos a ese edificio donde me encontraste. Allí estaba el depósito de las antigüedades.

"Buscamos los Sévres por todas partes, y al fin los encontramos en uno de los aposentos del desván. Quiso la fatalidad que, al colocar mi tarjeta en el jarrón, pasara por allí una viejecita triste, suave y mansa, que inspiraba compasión. Era ella, la Dama del Hacha. ¿Quien había de imaginarlo? Ni aun ahora puedo creerlo. La viejecita me miraba con ojos enternecidos. Me habló, admiró el Sévres y... ¡cosa extraña!, al ver mi tarjeta mostró un visible temblor. Terminada mi diligencia, iba a retirarme. La viejecita me siguió afablemente, y allí mismo me invitó a tomar té. Tan insinuante era su invitación, que no vacilé en aceptarla. Entramos en una de las habitaciones contiguas, hablándonos con viva simpatía. Inopinadamente vi convertirse en fiera pavorosa a aquella mujer tan suave y fina. Cogida de sorpresa, no supe defenderme. ¡Ah! Si hubiera adivinado quien era la persona aquella, no me habría dejado dominar tan fácilmente.

"Una vez que me tuvo maniatada, tendióme sobre la cama con jergón, y día y noche la viejecita se pasaba las horas mirándome amorosamente, inclinada sobre mi con gran solicitud, a veces como si hasta deseara besarme en la frente.

"Más tiempo se pasó mi carcelera gimiendo y orando que en usar de la amenaza o de la brutalidad. En fin ya sabes lo demás; tú lo sabes mejor que yo, pues realizaste la obra milagrosa de salvarme.

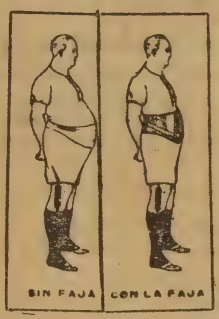
—¡Ah desgraciada! — dijo Roberto, estremeciéndose. — ¿Sabes el peligro a que estuviste expuesta si llegas a contraer el sueño?...

—Peligro... ¿cual?

Roberto no se atrevió a revelar el secreto. Prefirió que Hortense lo ignorara, omitiendo decir que en cuanto hubiese pegado los ojs, la viejecita le habría destrozado la frente, para arrebatarle el bálsamo del sueño que aliviaba su existencia.

Maurice Leblanc

¡¡CABALLERO!!



Presentando este boleto acordamos 10 % de descuento.

Use Vd. la faja Poupée contra la obesidad y evitará muchas enfermedades, no hay que dejar que se acumulen grasas en el vientre; la faja Poupée, con buenos materiales, le costará $ 10.—

Atendemos recetas, y tenemos en stok fajas para toda clase de enfermedades y operaciones.

Cerrito 122 - LA POUPEE

Unión Telef. 3938 - Rivadavia

BUENOS AIRES

Pidan folletos del reductor SOBERANO para hernias.

Entre los moros, las mujeres no festejan el día de su cumpeaños. Las mujeres moras consideran cuestión de honor el ignorar la edad que tiene.

✣ ✣ ✣

Los zorros olfatean la presencia de un hombre desde medio kilómetro de distancia siempre que el aire sople en dirección favorable.

La extraordinaria conservación de las telas que envuelven las antiguas momias egipcias, se debe a que estaban teñidas con un azul vegetal sacado de un árbol africano.

✣ ✣ ✣

Ningún médico, según dispone una ley francesa, puede heredar, en aquel país, nada que le sea dejado por persona a la que haya atendido en su última dolencia.

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación un os cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómi cas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

—¿Usted no se ha batido nunca?

—No, señor; y eso que una vez me dieron dos trompis.

✣ ✣ ✣

En el juzgado:

—Ha insultado usted gravemente al querellante.

—No es cierto, señor juez. Le he llamado pedazo de... pero no le he dicho de qué.

✣ ✣ ✣

Un joven se acerca, en una reunión, a una señorita, y empieza a galantearla acaloradamente, sin lograr que ella le conteste. Ya cansado, le dice:

—Señorita, es usted muy hermosa, pero no tiene usted corazón.

Se le acerca un caballero y le dice al oído:

—Le advierto a usted que esa señorita es sordomuda.

—¡Caracoles! ¿Para qué me deja hablar entonces? Podía ella habérmelo dicho.

✣ ✣ ✣

Stefanuccio (en un restaurant) — Deme un plato de buseca, dos de ravioles, uno de corbina, otro de arroz a la milanesa, un codeguín, dos costillas de chancho, un flan y un litro de Barbera.

El mozo — ¿Quiere tener la bondad de darme todo eso por escrito, señor?

Stefanuccio: — ¿Para qué?

El mozo: — Para evitarnos la responsabilidad en caso de malas consecuenicas.

✣ ✣ ✣

Un tenorio, viajante de comercio, va a dormir a un hotel.

—Este es el cuarto de usted, — le dice una camarera muy agraciada. — Que usted descanse.

—Oiga usted: deseo que mañana se me despierte, a las ocho, con un beso.

—Bueno; se lo diré al negro portero.

✣ ✣ ✣

En la escuela:

—Vamos a ver, Juanito. Si yo le doy a usted treinta centavos y su padre veinte, ¿cuánto tendrá usted?

—Setenta.

—Es usted un bruto; treinta y veinte son cincuenta.

—Ya lo sé... Es que yo tengo veinte en el bolsillo.

—Deme veinte centavos de píldoras de esas que venden ustedes.

—¿Para la bilis?

—No, para mi tío.

✣ ✣ ✣

—¡Cómo es eso! — le dice la patrona a la cocinera. — ¡Probando la salsa con el dedo!

—Es para no ensuciar una cuchara, señora.

✣ ✣ ✣

El profesor: — Suponiendo que usted anda en bicicleta 15 kilómetros por hora y estando la Luna a 384.000 kilómetros, ¿cuánto tardará usted en llegar a ella?

—Me falta un dato para poder averiguarlo.

—¿Cuál?

—Conocer el estado de los caminos.

✣ ✣ ✣

—Esta niña es una maravilla; ahí donde usted la ve tan pequeña, pues ya sabe contar.

—Imposible.

—Va usted a verlo. Dí, ricurita, cuántos pies tengo yo?

—Tienes cuatro.

✣ ✣ ✣

—¿Cómo se retira usted tan temprano, don Juan?

—Le diré a usted: porque en mi barrio hay muy mala gente y temo que me roben un revólver que compré hace días.

✣ ✣ ✣

En la celda de un asesino:

—En el locutorio le espera un periodista que quiere celebrar una conferenica con usted.

—¿Otro, aún?... ¡Qué fastidio!... Dígale que no estoy en casa.

✣ ✣ ✣

—¿Qué ha sido de sus hijas, señora?

—La mayor se casó con un periodista; la segunda con un pintor, y la tercera con un banquero riquísimo.

—¡Caramba!... Pues la última será la más feliz, ¿verdad?

—No, señora; se pasa la vida peleando con su marido. Las otras sí que son felices.

—Pues ya ve usted cómo el dinero no lo hace todo.

—Es que las dos viven a expensas de su hermana.

PARA PASAR UN RATO

La persecución

por Max y Alex Fischer

(Traducción del inglés)

EL funicular que debía subirnos a la cima del Grosshorn, cerca de Berna, ascendía desde hacía diez minutos. Nuestras miradas fueron a detenerse casualmente en el conductor.

—¿Dónde diablos — murmurábamos, — donde diablos hemos visto ya esa cara?

No tardamos nada en exclamar:

—¡Eureka! Este hombre se parece de un modo chocante a Pablo de Tal, al gran Pablo de Tal, que fué nuestro condiscípulo en retórica en el colegio de Condorcet.

Sin duda debimos pronunciar el nombre de Pablo de Tal casi en voz alta, pues el conductor del funicular se volvió hacia nosotros.

—El mismo, amigos míos — dijo. — No me he atrevido a ser el primero en saludaros, a pesar de haberos reconocido en seguida...

El encuentro nos causó la más viva sorpresa, pero bien pronto otra sorpresa no menos viva nos sobrecogió. En un vagón que venía con dirección opuesta a la nuestra advertimos la presencia de un conductor del cual igualmente nos pareció que habíamos visto la cara en alguna parte.

—¡Palabra — exclamamos, — palabra que si el hecho no fuera inverosímil, diríamos que ese conductor era Eduardo de Cual el pequeño Eduardo de Cual, condiscípulo nuestro también en Condorcet!

Pablo de Tal se volvió hacia nosotros.

—Exactamente, mis queridos amigos; no os equivocáis: es el propio Eduardo de Cual... Es un mentecato, ese ganapán, ese estúpido de Eduardo de Cual.

De una magnífica cigarrera, Pablo de Tal extrajo un soberbio habano y lo encendió.

Y mientras el vagón en que íbamos continuaba ascendiendo, nuestro antiguo amigo nos contó la historia siguiente:

—Al salir del Liceo Condorcet, cuando dejamos de vernos casi todos los compañeros, Eduardo de Cual y yo, por el contrario, nos unimos en estrecha amistad y fuimos inseparables... ¡Y aun lo seríamos si al muy animal no se le hubiera ocurrido la necia idea de casarse!... Y sobre todo si no la agrava con la idiotez de casarse con Emilia... ¡Emilia! ¡La más exquisita criatura que se pueda imaginar! Los cabellos rubios... ¡y de un rubio! Los ojos azules... ¡y de un azul! Los labios rojos... ¡y de un rojo! Los dientes blancos... ¡y de un blanco!... ¡Como bonita, era una preciosidad!

Y lo que suele suceder...

Se casó... su mujer era una preciosidad, yo su mejor amigo... No sé qué cosas se le metieron en la cabeza al muy ridículo de Eduardo, no sé qué celos inverosímiles le acometieron, que un día, hará de estos unos dos años y medio, ese ganapán, ese cretino, ese bruto, ese Eduardo de Cual, en una palabra... se me presentó con un puñal en la habitación donde yo le estaba haciendo compañía a su mujer, y

—¡Malvado, malvado! — empezó a gritar — ¡Malvado, malvado, te voy a cortar el pescuezo!

Yo no me hubiera opuesta a que me llamase malvado un número de veces mucho más considerable todavía. Pero lo de cortarme el pescuezo no me pareció bien... Sin titubear, me precipité en la escalera, la bajé de cuatro en cuatro peldaños, y llegado a la calle, de un salto me metí en un coche de punto que pasaba.

Hacía tres minutos que rodaba mi coche

a buen paso. Se me ocurrió volverme ¿Qué es lo que vi? ¡A mi Eduardo, a mi Eduardo y a su puñal! El uno acompañado del otro, se habían apoderado también de otro coche de punto y me perseguían... Pasábamos por delante de la estación de San Lázaro Tuve una inspiración Atravesé el patio de Roma como un loco, y llegué hasta el andén de donde salen los trenes... Uno de ellos partía en aquel momento... Algunas horas más tarde me hallaba en el Havre.

—¡Uf! — me dije. — ¡Uf, pobre amigo! Por fin vas a poder respirar...

¿Respirar? Sí, sí. ¡Buena respiración no. ¡é Dios!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando al volverme, por casualidad, ¿qué es lo que vi?...

—A tu Eduardo y a su puñal, uno acompañado del otro.

—¡Eso mismo, amigos míos!... Era preciso tomar una resolución inmediatamente. Un transatlántico estaba a punto de levar anclas en el puerto. De un salto me colé sobre cubierta... y heme a poco en camino de América... Haría un cuarto de hora que había desembarcado en Nueva York y no había acabado de exclamar:

—¡Uf, uf!... Ahora sí que creo, amigo Pablo, que estás fuera de peligro...

Cuando, hallándome en la quinta avenida, ¿qué es lo que vi?

—A tu Eduardo y a su puñal, uno acompañado del otro.

—El mismo, los mismos. Durante veinte meses, ¡veinte meses! vi por todos lados a mi Eduardo, a mi Eduardo y a su puñal, uno acompañado del otro, lo mismo al desembarcar en San Francisco, que en Tokio, que en Saygón, que en Bombay, que en Australia, que en Cabo Verde, en la isla de Ceilán, en la Groenlandia y en veinte puntos más de este diminuto globo en el cual los amantes presuntos y los maridos celosos se ven precisados a cohabitar.

Empezaba a encontrar realmente odiosa la existencia vagabunda a que me veía condenado. Empezaba a encontrar horripilante el pensamiento que rodaba sin descanso por mi mente.

—Con tal que el tren o el vapor en que yo vaya no sufra el menor retraso. Eduardo y su puñal tomarán pasaje en el tren o en el vapor siguientes. ¡Dios mío! ¡Si alcanzasen éste en que yo voy y me atraparan aquí!...

Una mañana salí de Berna y llegué al pie del Grosshorn. No le llevaba a Eduardo más que un poco de ventaja, y me zambullí en el vagón del funicular.

Mientras el vehículo empezaba su ascensión, se me ocurrió pensar, por costumbre:

—¡Con tal que este convoy no se deje alcanzar por el otro!

Súbitamente me dí cuenta de que mis temores, por una vez, resultaban estúpidos. Si no existe, con efecto, ninguna ley de mecánica que impide a un tren alcanzar a otro tren, a un vapor alcanzar a otro vapor, a un auto alcanzar a otro auto, a un tranvía alcanzar a otro tranvía, a un ciclista alcanzar a otro ciclista, a un peatón alcanzar a otro peatón, es matrealmente imposible, en cambio, que un vagón de funicular alcance a otro vagón de funicular... Echad, os lo suplico, echad una ojeada a la estructura de este funicular... ¿De cuántos vagones se compone? De dos, de dos únicamente, de dos en todo y por todo... Mientras uno repsa en lo alto. el otro reposa en lo bajo. Se ponen en movimiento en sentido inverso en el mismo instante. Se hacen contrapeso uno al otro. El vagón que desciende es el encargado de izar al que sube, esperando que el otro le preste, a su vez, un servicio análogo... No tan sólo Eduardo no podría alcanzarme con su puñal, ni llegar arriba en el mismo tiempo que yo, sino que ni siquiera podría comenzar su ascensión hasta que el vagón en que yo me encontraba no empezara a descender.

¡Ah! ¡Qué hora tan dulce la que viví allá arriba! ¡Qué satisfacción experimenté al poder comer, beber, fumar, sin temor ni inquietud algunos!

—¡No tengas miedo! — me repetía yo alegremente. — ¡Ni él ni su puñal pueden sobrevenir de improviso! ¡Están allá abajo, en lo más bajo! Y nada podr impedir que permanezcan allí durante cuarenta, treinta, veinte minutos...

Al cabo de una hora, un silbido anunció que el vagón que me había subido iba a bajar.

—Un silbido igual — me dije yo — anuncia allá abajo que el otro vagón va a subir. Seguramente Eduardo toma pasaje ahora con su puñal. Es inútil que lo esperes aquí... Baja.

Bajé... A mitad del camino nos cruzamos con el otro vagón. Mis previsiones se realizaban. Descubrí a Eduardo, que subía con el puñal en la mano. Pude darme el gustazo de gritarle:

—¡Sube, buen amigo, sube! ¡Lo probable es que no me encuentres arriba cuando llegues! ¡En ese momento estaré yo abajo!...

De nuevo, al pie del Grosshorn, iba a reanudar mi melancólica existencia de pieza de caza perseguida siempre. De pronto exclamé:

—¡Sería estúpido, sería estúpido! ¡No tienes más que permanecer aquí tranquilamente! Es evidente que, con el puñal en la mano, Eduardo espera febrilmente allá arriba que su vagón baje, para bajar. ¿Por qué no has de esperar tú aquí tranquilamente que tu vagón suba, para subir?

Una hora más tarde repetía yo mi ascensión del Grosshorn... A mitad del camino me crucé con mi Eduardo, que bajaba con su puñal en la mano. Y no dejé de gritarle:

—¡Baja, baja, amigo mío, baja! Lo probable es que no me encuentres abajo, can-

Para la toilette de las señoras y de los niños, el

TALCO PARISIEN

NO TIENE RIVAL

Suaviza y da blancura al cutis. Su exquisito perfume y la suavidad de su grano, lo ha hecho el preferido por toda persona de buen gusto.
No debe faltar en ningun hogar.

En venta:

Droguería de la Estrella Ltda.
DEFENSA 215,
sus Secciones y en toda buena farmacia y perfumería.

do llegues. ¡En ese momento estaré yo arriba!...

Después de haber hecho dos viajes en esta adorable y tranquilizadora línea del funicular, hice el tercero, hice el cuarto, hice veinte, hice ciento, hice mil... Y desde hace diez meses, cada vez que Eduardo sube, yo bajo, y cada vez que él baja, yo subo...

Este modo de conseguir una vida exenta de angustias ofrecía, sin embargo, un inconveniente. Cada trayecto de la línea Berna-Grosshorn cuesta veinte francos. Diariamente se hacen veinte viajes. Importante es vivir sin recelos, ¡pero veinte veces veinte francos es mucho dinero!... Afortunadamente, tres semanas después de mi primer viaje quedó vacante una de las dos plazas de conductor.

La solicité y me la dieron. Durante algún tiempo continué cruzándome con mi Eduardo de Cual, que llevaba sombrero de copa. Sin duda la otra plaza de conductor quedó también vacante, pues una mañana, en el primer compartimiento el otro vagón descubrí a mi Eduardo de Cual que, como yo, llevaba gorra de empleado...

Habíamos llegado a las alturas de Grosshorn. Antes de separarnos de Pablo de Tal, para demostrarle que nos había interesado su relato, le preguntamos qué había sido de la esposa de Eduardo.

—¿Emilia?... Nos había ido siguiendo paso a paso durante nuestra carrera a través del univero, para darse el gustazo de asistir a un drama... Pero ahora ya no le interesamos gran cosa ni uno ni otro... De ahí que la veamos muy de tarde en tarde. Eduardo de Cual se ha visto obligado, por exigencias del servicio, a pasar las noches en la cima; yo, por el contrario, he de dormir abajo... En vista de ello, Emilia se ha hecho construír un lindo chalet exactamente en mitad del camino. De ese modo, ya comprenderéis que tiene la absoluta seguridad de verse libre todas las noches.

Max y Alex Fischer.

El macho de la abeja mielera es más pequeño que la reina y más grande que las obreras y no tiene aguijón.

✣ ✣ ✣

El cisne que produce el flojel hace su nido con su propia pluma y se necesitan quince nidos para juntar un kilo de ese famoso plumón o flojel.

✣ ✣ ✣

Las noticias son comunicadas de tribu a tribu, entre los nativos del Africa Central, por medio de toques de tambor.

✣ ✣ ✣

La anguila eléctrica o gimnoto, que se encuentra e nel Brasil y en las Guayanas, puede lanzar uua fuerte descarga eléctrica capaz, a veces, de inutilizar a un caballo.

✣ ✣ ✣

En vitsa de la escasez de maestros se ha propuesto en Inglaterra, que sigan trabajando hasta la edad de setenta años en vez de estar obligados a retirarse a los sesenta y cinco.

✣ ✣ ✣

"Mitomanía" es el nombre que ahora se da al amanía que tienen algunos enfermos de mentir a los médicos.

✣ ✣ ✣

No es conveniente plntar olmos cerca de las casas porque las ramas de ese árbol se carcomen por dentro y se desprenden inesperadamente, a veces al soplo de un viento suave.

✣ ✣ ✣

En el siglo X los árabes introdujeron en España el papel de trapos de algodón; lo fabricaban en Játiva.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

En vez de perfurmarse el pelo es mejor perfumar las almohadas de la cama o meter dentro de ellas un "sachets" del aroma preferido. De este modo el cabello conserva un aroma suave y delicioso.

✣ ✣ ✣

Cuando hay que administrar a un niño un medicamento pegajoso conviene calentar la cuchara sumergiéndola unos momentos en agua hirviendo y secarla bien antes de usarla. De esta manera no queda nada adherido al metal.

✣ ✣ ✣

Las manchas de tinta en el cuero, se quitan aplicando varias veces sucesivas una solución débil de ácido oxálico. Este líquido no debe ponerse más que sobre las manchas y después de dejarlo reposar unos minutos, cuando se ve que está seco, se repite el procedimiento, hasta que las manchas desaparezcan por completo.

✣ ✣ ✣

La mejor crema para limpiar los botines de charol se hace mezclando una parte de aceite de linaza con dos partes de crema de leche, calentando una y otra antes de mezclarlas. Se limpian bien los botines, se aplica esta crema con un pedazo de franela y después se frota bien con un paño fino o con un pedazo de seda. Déjese secar la crema antes de frotar.

✣ ✣ ✣

Para que los loros no se coman las plumas: — En los loros, cotorras y cacatúas es muy frecuente, la costumbre de comerse sus propias plumas. Generalmente, se supone, que lo hacen para divertirse, y los tratantes de aves aseguran que si se les pone en una pajarera con ramas y barrotes, en los cuales puedan distraerse trepando, olvidan pronto aquel vicio.

Realmente, es muy necesario, que estas aves, tengan un barrote de madera en su jaula, pues en estado salvaje les agrada comer muchas fibras de madera; pero el mejor remedio contra la costumbre de comerse las plumas es no darle más que verduras, arvejas y frutas, suprimiendo para ellos todo alimento animal.

Las bolsas de papel de los comestibles son muy útiles en la cocina para manejar el carbón y las cacerolas. Puestas a modo de guante en una mano evitan tener que lavarse a cada momento.

✣ ✣ ✣

Las manchas de aceite en las alfombras se quitan poniendo encima un papel secante y pasando sobre éste una plancha caliente.

Repítase varias veces la operación, empleando cada vez un papel limpio.

✣ ✣ ✣

Masilla para los pisos de madera. — Se funden juntamente: Cera amarilla 53 gramos, resina finamente pulverizada 20; sebo 5; y una vez fundida la mezcla se añaden 40 gramos de tiza pulverizada.

Se aplica vertiéndolo en caliente sobre las ranuras de la madera y se deja secar durante unas horas, igualando la superficie con una espátula y luego con un cristal.

Para dar color al mastic se reemplaza la tiza en todo o en parte con unos polvos de color, como ocre amarillo, rojo, y otro cualquiera.

✣ ✣ ✣

Barniz a la goma arábiga. — La goma puede dar un barniz que tiene la ventaja de prepararse con gran facilidad y rapidez, pero es muy quebradiza; la película gomosa no tiene elasticidad y tiende por lo mismo a ponerse blancuzca.

Este inconveniente puede obviarse en cierto modo mezclando la goma y el barniz improvisado con glicerina o dextrina. Las cantidades que hay que tomar de ambas sustancias, se determinan haciendo varias pruebas.

✣ ✣ ✣

Una buena agua de quina se prepara con 30 gramos de quina amarilla, 2 de cochinilla, 2 de carbonato de potasa, 80 de alcohol a 90 grados, 500 de agua y esencia a gusto, en cantidad suficiente. La quina se cuece en el agua, y, cuando está fría, se añade la cochinilla y el carbonato de potasa y se filtra y se agrega al líquido el alcohol en el que se habrán disuelto previamente las esencias. La cochinilla sirve para dar color, y por lo tanto se puede suprimir.

LA OBRA QUE EL PUBLICO SOLICITO

Una casa sombría

CUANDO el automóvil volvió la curva del camino y se halló frente a la antigua construcción que apenas diseñaba su oscura mole entre las sombras del crepúsculo, se oyó una voz que, con puro acento de los barrios más populares de Londres, exclamó:

—¡Qué triste me pone el comtemplar este paisaje, señor!

El joven que manejaba el automóvil se rió al oír la observación de su compañero.

Era, el que guiaba el coche, Dick Audley, propietario de la ancestral mansión que se elevaba en la misma orilla de las altas rocas que dominaban el mar en aquel punto y donde estaba hacia unos días.

—¿Por qué le pone triste, Marsh? — preguntó Dick.

Marsh era el chauffeur del joven y persona que, sin duda, gozaba de su amistad. Era de poca estatura, recio, musculoso, cuya cara de facciones groseras, la mandíbula ancha y fuerte que hubiera envidiado un bull-dog no era por cierto, un portento de belleza. Sin embargo, por feroz que fuera el aspecto de Marsh, su rostro adquiría siempre una expresión de cariño y de bondad cuando miraba a Dick Audley, el joven de franca y simpática fisonomía.

—¡Ahí dentro estamos como enterrados vivos, patrón!—dijo Marsh.—¡Qué sombrío es todo eso! ¡No me extraña que la gente delaaldea diga que está embrujado! ¡Y el ruido del mar se está oyendo nochey día sin cesar! ¡No voy a poder dormir! ¡Qué miedo!

Marsh se estremeció como sacudido por un escalofrío. A pesar de que era fuerte, de que había ganado más de un premio en partidos de boxeo y tenía miedo de nada "en este mundo", Marsh no se sentía seguro cuando se trataba de cosas "del otro lado", como decía.

—¡No me gusta la quietud! ¡Cómo me divierto cuando voy a una feria y veo mucha gente que va de un lado a otro y oigo las músicas y los gritos! ¡Esa es vida!—agregó Marsh.—Pero esto de aquí, tan triste, tan solo y con la probabilidad de encontrarse en cualquier momento con un alma del otro mundo... ¡esto es como para enfermar de tristeza al mismo Carlitos Chaplin!

—¡Así que está usted triste!—dijo Dick riendo.—Supongo que entonces no sentirá que volvamos a Londres dentro de poco.

—¿Sentirlo yo? ¡No señor!—fué la respuesta.

En verdad la Abadía de Merlin, situada a varias millas de toda estación de ferrocarril era uno de los sitios más solitarios y desolados de Inglaterra y no tenía nada de alegre. Dick mismo, a pesar de que era suyo aquel castillo no le encontraba ningún atractivo.

Nunca había sido el castillo el verdadero hogar de Dick. Hasta diez y ocho años había pasado el tiempo en el extranjero. Hacía cinco años que la muerte de su abuelo le había hecho regresar, con su padres, a Inglaterra, pero al llegar, no habían ido a vivir al castillo de Merlin y lo había visitado

pocos, pues los edificios y las tierras de la vieja abadía no tenían grandes encantos.

Dick había perdido a su padre hacia seis meses y era en la actualidad sir Richard Audley. Asuntos de intereses habían obligado al joven "baronet" a visitar la abadía donde esperaba permanecer pocos días. Como a Marsh, la atmósfera que se respiraba en la vieja casa le causaba pena y tristeza. Muchas veces se preguntaba cómo era posible que Bonholme Audley, el único pariente suyo que aun vivía podía habitar casi todo el año en un sitio tan triste, tan lúgubre y tan antipático.

—¡Si me obligaran a vivir aquí, — exclamó Dick, — creería que me habían condenado a destierro!

Pero Bonholme parecía vivir feliz y contento. Era un hombre de más de cincuenta años — primo hermano del padre de Dick—, y residía en el castillo desde la muerte del abuelo, habiendo quedado resuelto hacía tiempo que podría seguir viviendo allí, como en su casa, mientras quisiera.

Cuando el automóvil se detuvo ante la puerta de entrada, Bonholme acudió presuroso y sonriente. Su cara, mofletuda como la de un angelito, fresca y rosada, hacía contraste con sus cabellos casi blancos.

—¡Mi querido Dick! ¡Cuanto placer! ¡Llega a tiempo para sentarse a la mesa! —exclamó.

Cuando Dick bajó del automóvil, el anciano apoyó una mano en el hombro del joven y le miró cariñosamente y con tal sonrisa de adoración que Marsh, al mirarle mientras llevaba el automóvil al garage, hizo un gesto de extraña desconfianza.

Todos los que les hubieran visto juntos hubieran dicho que Bonholme adoraba a su sobrino. Su cara, rolliza e inexpresiva solo se animaba cuando él hablaba con Dick.

—¡La persona a quien más quiero en el mundo! ¡Un verdadero hijo para mí!—dijo tomando a Dick del brazo y mirándolo con maternal sonrisa.

Sólo un observador muy perspicaz hubiera notado que su sonrica constante no llegaba nunca a los ojos. Ojos extraños de color celeste muy claro y constantemente intranquilos. Jim Marsh desconfió de aquellos ojos desde la primera vez que los vió.

Entraron en la casa. Para Dick a quien le gustaa hallarse en sitios agradables y bien iluminados, siempre le había parecido que, a pesar de la profusión de lámparas y de bugías, nunca había bastante luz en el castillo. Los rincones de la vasta habitación donde él y su priente se sentaron a comer hallábnnse en la oscuridad: hasta ellos no alcanzaba la luz potente de la lámpara suspendida sobre la mesa.

—¡No me extraña que Marsh diga que este castillo le pone triste!—dijo de prono Dick, sonriendo. — ¡Dice, y tiene razón, que este es un castillo misterioso y tétrico!

—¿Misterioso? — exclamó Bonholme. — ¿Y qué significa con eso? ¡Aquí no hay misterio ninguno!

La perpetua sonrica desapareció de su rostro, pero se notó mayor inquietud en su mirada.

—Misterio hay uno,—dijo Dick,—uno por lo menos, el de la puerta de la torre. Es ese un asunto que no tiene nada de extraño que parezca misterioso. Por mi parte, confieso que yo no lo entiendo, — agregó Dick pensativo.

—¡Pero, muchacho! No me gusta decirlo, ¿eh? ¡Creo que usted no debía permitir que su chauffeur se tomara esas libertades! —dijo algo impaciente el anciano.—Yo no pretendo indicarle, — ¡lejos de mi tal propósito! — lo que usted debe hacer, pero creo que debía procurar que el chauffeur se mostrara más sumiso y menos charlatan.

Dick se echó a reir.

—¡No me gusta darme importancia! Creo que a los hombres hay que tratarlos como hombres y que no hay en el mundo nadie que no merezca atención y cariño. Yo no creo en la existencia de seres humanos inferiores a mí. Además Marsh no es un chauffeur como otro cualquiera. No olvidaré nunca que me salvó la vida, y que estuvo a punto de perecer, el día en que me dió un calambre mientras nadaba... Jim no es un gran nadador, pero no pensó más que en que yo me hallaba en peligro y se arrojó al agua valerosamente.

—¡Sí! ¡Sí! Recuerdo aun, horrorizado, el miedo que tuve al verle a usted en peligro. ¡Aún ahora tiemblo al recordar lo cerca que se vió usted de la muerte!—exclamó Bonholme con emoción.

—¡Qué aliento de esperanza fué para mí ver que Jim se arrojaba en mi auxilio en aquella ocasión!—dijo Dick riendo—Aun cuando poco se hubiera perdido con mi muerte, pues quedaba vivo quien podía heredarme y llevar, con mayor dignidad que yo el título de la familia y manejar mejor que yo, puesto que tiene más años y más práctica, la fortuna de mis antepasados.

Bonholme adelantó una mano en ademan de oponerse a lo dicho por Dick.

—¡Eso no, querido mío! ¡Eso no! ¡No la diga ni en broma! ¿Qué hubieran sido para mí el título y la fortuna si lo hubiera perdido a usted ¡No! ¡No, querido, ni pensarlo!

—Yo sé lo que usted piensa y se lo agradezco,—dijo Dick.—En cuanto a Marsh es un tipo original y extraño ¡pero muy leal! ¡Estoy seguro de que por mí se dejaría cortar la mano derecha!

En esto tenía razón. Marsh quería mucho a su patrón y Marsh no era hombre que quisiera a muchos. Por ejemplo, al señor Bonholme Audley no le quería nada. Y el señor Bonholme se había dado cuenta de que así era.

—¡Casa misteriosa! ¡Casa en la que hay un secreto!—dijo Dick pensativo y sin fijarse en la mirada de inquietud de los ojos celestes del viejo. — ¡Marsh tiene razón! Bonholme, usted conoce el castillo por dentro mejor que nadie, mientras yo soy aquí casi un extraño. ¿Por qué cree usted que mi padre hizo condenar la puerta de la torre dictando extrañas disposiciones a ese respecto.

Por alguna razón el anciano consideró la pregunto como desconcertante y difícil de contestar.

—¿Yo?... Pues... Pero ¿por qué me lo pregunta a mí, Dick? Yo no sé nada. En todo caso se trata de una disposición de su padre y yo...

—Claró está que voy a cumplirla al pie de la letra y que tal vez no debiera tratar de averiguar el motivo... Pero es tan extraña... No es posible dejar de preguntarse qué misterio había en las palabras de mi padre,—dijo pensativo.

Dick pensaba en una puerta de roble del viejo castillo, que estaba condenada mediante pesadas barras de hierro.

Poco antes de su muerte, el padre de Dick había hecho condenar aquella puerta de tal modo. No dijo a nadie por qué lo hacía, pero la razón que para ello había tenido tuvo que ser de importancia. Llamó a los obreros para que condenaran la puerta, que se encontraran cerrada con la llave, de modo que no fuera posible volver a abrirla.

Cuando se hallaba en su lecho de muerte, fué cuando recién habló de la extraña puerta.

—¡Dick! — dijo a su heredero. — ¡Esa puerta no debe abrirse jamás! Te pido, en los últimos momentos de mi vida que me prometas cumplir mi ruego. ¡Esa puerta debe permanecer cerrada hasta que el viejo castillo caiga, por obra del tiempo, deshecho en escombros!

Palabras extrañas e inexplicables, dichas con vehemencia y que fueron las últimas que pronunció el padre de Dick. Murió en cuando dejó de hablar, agotado por el esfuerzo que acababa de hacer.

Para Dick, el pedido de su padre era sagrado. Sin embargo era natural que el hecho despertara su curisodad. ¡Se trataba de una orden tan extraña y misteriosa! ¿Qué secreto, qué misterio podía encontrarse detrás de la puerta cerrada? ¿Qué era lo que el moribundo había ocultado allí, temeroso de que alguien lo viera aún despues de su muerte?

La puerta condenada era la que daba acceso al pie de una torre redonda, de piedra, que se levantaba en una de las esquinas del castillo. La luz entraba en la torre por estrechas ventanas y las del primero y segundo piso estaban tapiadas con ladrillos y mezcla. El difunto había resuelto guardar lo mejor posible su secreto.

Fuera el que fuera el secreto oculto tras aquella puerta Dick se preguntaba si había de llegar algún día en que lo conociera.

Después de comer los dos parientes jugaron un par le partidos de billar y luego Dick se retiró dejando a su primo sentado en una butaca, fumando un cigarrillo de hoja y con un vaso de whisky y soda al alcance de la mana. Bonholme acompañó a Dick con su más amable sonrisa hasta que el joven salió de la habitación.

En cuanto la puerta se cerrón tras él, la cara del anciano varió por completo de expresión. El cambio fué asombroso. Desapareció la benevolente sonrisa como desaparece el aliento que empaña un espejo y el rostro de aquel hombre expresó tanto odio como furor. Dick no había visto nunca, por cierto, a su pariente, con semejante gesto.

—¡Así que este jovenzuelo,—dijo con vez llena de maldad y de odio —debe tenerlo todo: título, tierras, dinero!... ¡Mientras yo!...

Dijo algunas palabras más en voz tan baja como si estuviera hablando en secreto con alguien que le escuchara muy cercano.

La cara, un instante antes tan risueña expresaba odio y ambición. Era como si fuese la cara de otro hombre o como si el hombre de antes se hubiese quitado una careta.

¡¡Y decir que solo su vida se interpone entre mí y todo eso!... ¡Solo la vida de ese jovenzuelo!...

Pasos en la oscuridad

Dick se dirigió a las caballerizas. Encontro a Marsh en el cuarto de los arreos, fumando tristemente. La cara de bull-dog del chaufeur se iluminó al ver a Dick.

—¿Qué es eso? ¿Todavía triste, Jim — preguntó Dick sonriente. —Aquí le he traído un buen cigarro para que disipe todos esos pensamientos tristes!

La ventana de la habitación daba al mar. Dick descorrió la cortina y se puso a mirar durante un momento las blancas crestas de las olas que se rompían contra las rocas de la orilla. La luz de la luna tendía, como un espectro, la sombra de la Roca Triste, en la superficie del mar. La Roca Triste era un islote, un peñasco grande, y de figura imponente en torno del cual hervían las aguas revueltas por el oleaje.

Una sonrisa de intensa satisfacción se notó en el rostro de Marsh cuado éste olió el cigarro con deleite y luego mordió la punta disponiéndose a fumarlo.

—¡Excelente, patrón!—dijo después echando una enorme bocanada de humo.—¡Qué cosa extraña es verme a mí fumando cigarros de a chelin!

Con sus brazos largos y musculosos, exponentes de sus hercúleas fuerzas, con su mandíbula poderosa y ancha, con su aspecto cazurro y su cara sonriente, Harsh, "El Zurdo", como le llamaban sus compañeros, tenía más aspecto de boxeador de oficio que de chauffeur.

Ninguno de los amigos de Dick sabía cuál había sido la ocupación de Marsh antes de que entrara de chauffeur al servicio del joven Audley y no era por cierto Dick quien había de enterarlos de semejante cosa.

Si lo hubieran sabido se habrían asombrado mucho. Marsh había sido un pillastre varias veces condenado por robo antes de aquella noche en que Dick, oyendo ruido sospechoso en su casa, a altas horas de la noche, se levantó y se encontró con un visitante de peligroso aspecto que estaba en la pieza contigua guardando en una bolsa todos los objetos de valor que hallaba a mano.

El hombre, al verse sorprendido intentó

atacar pero antes de que pudiera prepararse, Dick le apuntaba con un revólver.

¡Levante las mano!

Y Marsh, convencido de que "le habían pescado' 'aceptó filosoficamente la situación y la perspectiva de ir por unos cinco años lo menos a vestir el traje del presidiario.

Pero casi en seguida, exclamó Dick:

—¡Demonio! ¿No es usted el mismo de la revuelta de la calle Peter?—y agregó después de mirale mejor.—¡Si efectivamente!

A la memoria de Dick había acudido el recuerdo de una escena que había presenciado. Un hombre pegaba con furor a un chico. El chico gritaba. De pronto un joven se acercó al que martirizaba al niño, arrebató la víctima de sus manos y aplicó al verlugo un golpe le boxeo,—con la mano izquierla,—que le envió a rodar y le lejo desmayalo.

Dick recordaba que el joven se había alejado, pero que muy pronto un grupo le amigos del caído se dirigieron—como es costumbre en esos barrios de Londres,—a castigar al que había pegalo a su compañero. Antes de que Dick pudiera acercarse, el joven había puesto a media docena fuera de combate, pero el número de asaltantes aumentó y el libertador del niño se vió en apuros. Acudió Dick en su auxilio y entre los dos, uno junto a otro, pelearon con éxito contra toda una avalancha de pícaros hasta que llegó la policía y terminó la revuelta.

¡Y el joven que así se había arriesgado por salvar a un niño, era el que se encontraba ahora junto a él! ¡Era ladrón!

—¡Sí! ¡Soy el mismo de la calle Peter! ¡Gracias a usted que me ayudó aquellas diablos no me cortaron entonces el hilo de la existencia! ¡Perdone, señor, pero no sabía que usted vivía aquí! ¡Si lo hubiera sabido no vengo! ¡Crea que siento haber venido! ¡Discúlpeme! ¡No me resistiré! Puede llamar a la policía.

Por toda contestación. Dick arrojó el revólver sobre la mesa.

—No. Usted es demasiado buen muchacho, por ladrón que sea, para enviarle a prisidio,—dijo tranquilamente.—No me he olvidado de cómo intervino usted en defensa de aquel niño en la calle Peter. No voy a entregarlo, pero voy en cambio a hablarle en serio. ¡Siéntese en esa silla!

Marsh asombrado se sentó como si estuviera soñando, y después que hubo oido a Dick y sobre todo después que Dick le hubo estrechado la mano—lo que le admiró más que todo lo demás.—Marsh "El Zurdo" abandonó su vida de antes y a pesar de todas las tentaciones que se le presentaron, siguió desde aquel momento, por el camino de la rectitud.

El instinto de Dick había tenido razón—ese instante que había visto la posibilidad de una regeneración en aquel criminal—cuando dijo a Marsh que iba a darle una oportunidad tal como no se le había presentado nunca a ningún hombre que había infringido a ley por primera vez. Enseñó a Marsh a manejar automóviles y le demostró lespués su confianza dándole el puesto de chauffeur en su casa.

Dick no había tenido jamás que lamentar el haber confiado en aquel hombre; Dick sabía que nunca tendría razón para sentir el paso que había dado.

—Le agradezco mucho, patrón, que haya venido a conversar un poco conmigo—dijo Marsh.—No me gusta hablar con los criados de esta casa.

—Poca gente goza de sus simpatías, Jim. —dijo Dick.

—Tal vez sea verdad, señor, ya que usted lo dice. Pero a quien considero digno de mi simpatía, crea que lo es. ¡Ah! Dicen que el señor Bonholme se va mañana.

—Sí, Bonholme tiene que hacer algo de negocios en la ciudad. Dos días después nos iremos nosotros.

—Me parece que pasarán unos días antes de que se disipen las preocupaciones—dijo Marsh.—En esta casa suceden cosas muy raras.

—¿Qué sucede, Jim?—preguntó sonriendo Dick.

El otro no parecía decidido a hablar.

—Usted se va a reir de mí, patrón pero es cierto.

—Vamos, dígame lo que sea, Jim. No calle nada. ¿De qué se trata?

—La puerta de la torre, señor, la que su señor padre hizo condenar..

—Sí.

—Pues yo la ví abierta anoche.

—¿Abierta la puerta condenada? ¡No pue de ser!

Y Dick se rió a carcajadas.

—Puede creerme lo que digo, señor.—dijo Marsh fruciendo el ceño.—Yo estaba en el corredor que conduce a la puerta. Iba ya a acostarme. Había dejado los botines en la cocina para n ohacer ruido y me dirigía hacia mi cuarto cuando al final del corredor, a la luz de la luna, ví que la puerta comenzaba a abrirse muy despacito. ¡Me causó gran emoción ver aquello! Dí un salto y grité y eso asustó a alguien. La puerta se volvió a cerrar rápidamente. ¡Oí el ¡clic! de la cerradura! ¡Cosa extraña! No quise esperar más y me metí en mi cuarto.

Dick le miró con extrañeza.

—¡Estaría usted soñando!

—¡Ve! ¡Ya decía yo que iba usted a reirse de mí!

—Pero si la puerta está condenada con barras de hierro, Jim ¿cómo es posible lo que usted dice?— preguntó Dick.

Después, vienlo que el otro le miraba insistiendo en que era exacto lo que había dicho, agregó:

—Vamos a ver ahora mismo cómo está la puerta.

Juntos fueron a la casa y recorrieron el sombrío corredor al final del cual estaba, elevada sobre dos escalones, la maciza puerta de roble a la que las palabras del moribundo hacían misteriosa.

La luz de la luna penetraba en el corredor a través de los cristales de una ventana de colores que la eñían de rojo. Las pesadas

barras de hierro clavadas fuertemente sobresalían sobre el recio moderamen.

"Esa puerta debe permanecer cerrada has-
" ta que el viejo castillo caiga, por obra
" del tiempo, deshecho en escombros."

Estas eran las palabras de Dick, recordó cuando tomó la manija y trató de mover la puerta. ¡¡Imposible! ¡Otra cosa hubiera sido asombrosa y extraordinaria!

—¿Lo vé usted, Jim? — dijo con impaciencia.—¿Cómo es posible que viera usted abierta esta puerta?

La cara de bull-dog del chauffeur insistía con su gesto obstinado.

—¡Alguien estaba en la habitación del otro lado anoche! Yo ví que la puerta se abría. Se abrió una distancia como un pie. Así lo dije y así fué. ¡Le aseguro que si y nada más!

Marsh se volvió rápidamente y vió que el señor Bonholme estaba en el corredor, de pie detrás de ellos. Dick no le había oido acercarse, pero el oido de Jim era muy penetrante. Jim podía andar sin que nadie le oyera, cuando llegaba el caso, pero no simpatizaba con los que, como el señor Bonholme, andaban siempre suavemente, como si fueran gatos.

—¡Hola, Bonholme! — exclamó Dick. — ¡Marsh asegura que vió que esta puerta estaba abierta anoche!

Bonholme se rió suavemente y se acercó a tocar las fuertes barras de hierro que condenaban la puerta.

—¿No sería que se le fué la mano en el whisky anoche, Marsh?—dijo.—Eso explicaría que viera usted semejante milagro.

Marsh no contestó. No se consideraba con suficiente habilidad para discutir con nadie, pero no por eso varió de gesto.

Se alejó después de saludar a su patrón sin abandonar su actitud.

—¡Cómo si un vaso de cerveza pudiera hacer ver a uno lo que no existe!—decía Marsh.—¡Puede burlarse todo lo que quiera! Lo que veo es que ese señor Bonholme anda en algo... que no acierto qué es... ¿En qué andará? Si mi patrón le tiene completa fe y no desconfía, el sabrá lo que hace. ¡Yo, por mi parte, no perderé de vista a ese viejo!

La tarde siguiente Dick llevó en su automóvil a Bonholme hasta la estación del ferrocarril, distante seis millas del castillo y situada en un ramal.

En el empalme, Bonholme tomaría el rápido para Londres.

Después de ver partir a su primo, Dick fu- a la casa del notario de la familia donde tenía que despachar varios asuntos.

Pensó varias veces durante el día en la rotunda afirmación de Marsh sobre la puerta condenada. Le parecía imposible que Marsh hubiera visto la puerta abierta. Bonholme se había reido de la ofirmación del chauffeur.

Si lo hubiera dicho otro, pero Marsh.. Marsh no tenía nada de tonto y no podía mentir. Dick se sentía preocupado. La herencia de misterio que su padre le había dejado se había hecho más misteriosa todavía, y Dick se alegraba de que solo le faltaran dos días para ausentarse del castillo.

La idea de alejarse de allí le era agradable, demás por otra razón. Volvería a ver a la joven a quien amaba, la joven que, una semana antes habíale prometido ser su esposa.

El compromiso había sido mantenido secreto hasta aquel día, por la mañana, en que Dick había enterado a su primo de sus proyectos.

—Bonholme es un buen amigo y me quiere mucho y sería ofenderle no enterarle antes que a ninguna otra persona, de mi buena suerte,—habíase dicho Dick.

Lo curioso fué que Bonholme pareció sentirse desconcertado y casi anodado por la noticia. Durante un momento permaneció mudo. Después se apresuró a felicitar a su primo con su acostumbrada efusión.

La manera cómo recibió la noticia en el primer momento dejó pensativo a Dick. Si el pensarlo no hubiera sido absurdo, Dick hubiera creido que a Bonholme no le había sido agradable le perspectiva de su casomiento.

—¡Qué suerte la mía!—pensaba Dick.— Haber conseguido que acceda a ser mi esposa la más hermosa de las jóvenes que he conocido, Aileen Gray cuyo rostro tiene la frescura de las rosas cuya cabellera tiene los reflejos del oro.

En el mismo momento otra idea le hizo fruncir el ceño. Se acordó de otra mujer con quien había estado de novio y a quien creyó amar antes de haber conocido a Aileen.

Se llamaba Judith Holt. Durante varios meses la belleza de sus ojos negros le había fascinado. Si hubiera llegado a casarse con Judith hubiese cometido el más grave error de su vida. Por suerte se dió cuenta a tiempo del error en que estaba.

Nada tenía que reprocharseen lo que se refería a sus relaciones con Judth, y el único recuerdo que de ella tenía Dick era que hacía dos años se había librado de realizar un casamientoque no le convenía.

A su regreso al castillo de Merlin, aquella tarde. Dick buscó a Marsh y le invitó a jugar un partido de billar.

Si Bonholme llega a ver al chauffeur jugando con Dick de fijo le da un desmayo, pero Dick no era hombre de fijarse en esas cosas.

La sala del billar estaba en el piso bajo. Como en muchos de esos edificios antiguos las ventanas tenían rejas, las que hacían aun más triste el aspecto del salón.

—He conocido prisiones más alegres y confortables que esta casa,—dijo Marsh con conocimiento de causa.

Cuando se hallaban a la mitad del segundo partido de billor, el reloj dió las nueve.

—Mi primo debe hallarse ya en Londres. ¿No le tiene usted envidia, Jim?—dijo Dick inclinándose para tirar.

Las tres bolas habían quedado en situación magnífica. Se le presentaba ocasión de hacer una buena serie de carambolas.

—¡Ahora si que hago los menos diez, Jim! —agregó.

Dick tiró y erró. Una súbita exclamación de Marsh le había hecho hacer pifia.

—¡Demonio! ¿Qué pasa Jim!

Marsh gritó:

—¡Mire, patrón, mire!

Jim indicaba la ventana. En la oscuridad apareció de pronto una cara muy blanca que se aproximó a los barrotes de la reja y miró hacia el iluminado salón de billar, una cara con ojos extraviados y de mirada siniestra que se fijaban amenazadores bajo los mechones de cabellos negros que caían sobre la frente. Casi en el mismo momento en que Jim gritó, la cara desapareció.

Durante un instante los dos hombres se miraron con asombro. Después, Dick corrió a la puerta seguido de Marsh.

Pasaron rápidamente por el hall y de ahí a la parte de afuera.

Pero fuera no pudieron hallar el rastro del extraño intruso. La luna no había salido aun y la obscuridad que reinaba en el terreno lleno de árboles que quedaba a aquel lado de la casa, favorecía al fugitivo.

Por último tuvieron qu abandonar su infructuosa investigación.

Sólo habían visto al hombre un momento, pero éste había sido lustante para que pudieran apreciar la mirada de amanazadora malicia de la cara pálida y horrible.

—¿Quién será ese hombre y que andará haciendo en torno de la casa? — murmuró Dick.—Me alegro de que no esté aquí el señor Bonholme y vonviene no decirle nada. Podría ponerse muy nervioso.

Marsh hizo un mueca. No creía tan sensibles los nervios del señor Bonholme.

—¿Ponerse nervioso él?—pensó. — ¡Nunca! ¡Es un tipo que no se emociona tan fácilmente! ¡Ya se convencerá mi patrón algún día.

Dick llamó a los criados. Describió la extraña, amenazadora cara que había mirado por la ventana pero ninguno de los sirvientes pudo dar dato alguno sobre la identidad del intruso.

Marsh se sentía muy preocupado aquella noche al ir a acostarse.

—¡En esta casa vieja se está combinando algo terrible!—murmuraba.—¡Algo malo y contra mi patrón! ¡No sé aun lo que es pero tengo el presentimiento!

Apagó la luz y se acostó. No pudo darmir, Intranquilo como estaba, pensando en todas las cosas sospechosas que le parecía haber visto. Sentía una extraña sensación de que algo amenazador se aproximaba en aquel castillo lleno de sombras, donde todo era misterio.

Marsh permaneció un tiempo despierto hasta que, nervioso y preocupado, se levantó de la cama.

—Lo que necesitas para tranquilizarte amigo mío—se dijo—es un buen trago. Tienes el cerebro hecho un remolino y te hace falta un buen calmante. Quizás con él dentro, puedas dormir lo que queda de la noche.

Se puso los pantalones y bajó sigilosamente la escalera. Todos dormían en la casa. Se dirigió hacia el comedor. No necesitó llevar luz. La luna enviaba sus rayos por las anchas ventanas e iluminaba el interior de la casa como de día.

En el aparadir brillaba una riquísima vajilla de plata y oro. Durante un momento, Marsh la contempló pensativo, mientras se servía un poco de whisky y soda.

—El ver esta vajilla tan valicsa me recuerda mis tiempos pasados.—pensó.— Pero el patrón sabe que podría confiarme con toda seguridad todo el tesoro del Banco de Inglaterra como sabía que podía confiar en mí el día en que, de haber sabido que confiaba as en "El Zurdo" le hubieran llamado imbécil la mitad de los de Scotland Yard.

Marsh acabó de beber, se sintió reconfortado y se dispuso a volver a la cama.

—¡Ahora creo que hasta voy a roncar! Me parece que ya estoy medio dormido, — díjose.

Dormido o no, la verdad es que un instante después estaba más despierto que ninca lo había estado en su vida. Una expresión de curiosidad se pintó en su rostro, al detenerse de repente en la puerta.

Un débil ruido había llegado a sus oidos: era el ruido de una puerta, no lejana, que se abría. La puerta de que provenía el ruido era la situada al fondo de la casa, la que daba al jardín.

Sigilosamente Marsh retrocedió con todos sus nervios alerta, permaneció quieto mirando por una pequeña abertura de la puerta del comedor. Desde allí oyó el crujido de la puerta que se abría y el ruido de suaves pasos de alguien que cruzaba el hall.

Sin dejar de observar, conteniendo la respiración, Marsh esperó.

Por una ancha ventana penetraba la luz de la luna que marcaba un extenso cuadrilongo en el piso del hall.

Un momento después, la figura de un hombre con chanclos de caucho puestos sobre su calzado, se acercó silenciosamente y atravesó el cuadrado de luz hasta llegar al pie de la escalera donde se detuvo mirando asu alrededor furtivamentey escuchando con cautela. Marsh tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una exclamación cuando vió la cara del hombre, que así entraba sigilosamente en el castillo por la puerta del jardín.

Aquel hombre era el que había establecido una coartadacon la debida anticipación, el que, para todos los del castillo debía hallarse en aquel mismo momento a más de doscientas millas de la abadía de Merlin nada menos que en Londres: ¡Aquel hombre era Bonholme Audley!

Un drama en las sombras

Marsh sintió que los nervios se le crispaban y que un escalofrío extremecía todo su cuerpo.

Comprendió que algo tenebroso y siniestro se urdía en la vieja casa. Todas sus suspechas de antes acudieron a su mente mientras observaba al hombre que escucha-

ba inmóvil. La cara de los ojos inquietos no tenía su gesto de benevolencia. La luz de la luna dejaba ver en aquel rostro una expresión sonriente, llena de maldad.

Marsh dominó su primer impulso que fué de avanzar y presentarse ante aquel hombre. Comprendió que no debía dejarse ver. Era mejor esperar a que el hombre descubrieraa que había ido allí.

—Primero me tendrás que explicar qué andas haciendo,—murmuró Marsh como dirigiéndose al viejo, y díjose después:—Jim: amigo mío, si alguna vez has necesitado tener todos los sentidos bien despejados, es ahora.

Para Marsh que desconfiaba de Bonholme, todo era sospechoso. El hombre se había marchado en tren, para Londres aquella tarde y, sin embargo, estaba en el castillo al que había entrado sigilosamente, poco después de media noche y cuando nadie lo esperaba. ¿Por qué había vuelto furtivamente?

La casualidad había hecho que Marsh bajara al comedor y a no haber sido por esa circunstancia, nadie hubiera ni sospechado siquiera el regreso de Bonholme. En consecuencia, Bonholme hubiera podido marcharse nuevamente sin que nadie supiera que había venido.

¡Y los chanclos de goma que tenía puestos sobre el calzado! Marsh los había usado en otro tiempo y sabía para qué servían, así que su empleo aumentaba enormemente sus sospechas.

Si todo era correcto y no tenía nada de grave y Bonholme había decidido volver de pronto ¿por qué no habrá enviado un telegrama para que el automóvil fuera a buscarlea la estación? La estación estaba a seis millas distancia más que regular para andarla un hombre en plena noche. Además, Bonholme tenía en su poder la llave de la puerta del jardín. Marsh había oido el ruido que hizo la llave al entrar en la cerradura y luego al girar dentro de ella.

Si Bonholme se había llevado al partir, la llave de aquella puerta era porque pensaba volver secretamente.

—¡Bien! ¡Sea su juego el que sea! ¡Sean sus intenciones buenas o málas, aquí está un perro de guardia que se enterará de todo y que en caso de que trame algo malo, le hará fracasar!—díjose Jim Marsh.

¿En qué andaba metido aque hombre? Marsh sabía leer en las caras los sentimientos de las personas. Había sospechado hacía tiempo que todas las efusivas demostraciones de cariño de Bonholme a Dick no eran más que la careta que ocultaba sus verdaderos sentimientos. Había comprendido que el viejo no solo no estimaba, como decía, al joven Audley sino que le tenía odio a su posición así como el título nobiliario que ostentaba.

Era Bonholme el único pariente de Dick y si Dick llegaba a morir, el señor Bonholme sería su heredero universal es decir mejoraría enormemente de posición. Y suponiendo que este secreto regreso no había sido sorprendido y que hubiese podido volverse tan secretamente como había venido creyéndole todos en Londres desde las nueve de la noche pasada ¡qué coartada más excelente para él si, entre media noche y el amanecer, le pasaba algo trágico o Dick Audley!

El hombre que había escuchado al pie de la escalera movió la cabeza como satisfecho y convencido de que, en la casa, todos dormían. No se oía el menor ruido. Con paso cauteloso el hombre comenzó a subir la escalera.

Pero Marsh no se movió aún. Bonholme no debía verle todavía. Esperó a que la cautelosa figura pasara más allá del primer descanso de la escalera. Después, Marsh se deslizó a su vez tras Bonholme tan silenciosamente como si hubiera sido su sombre.

Mirando con precaución y sin dejarse ver, Marsh vió que la figura de Bonholme seguía por el corredor. De todas las habitaciones que daban a aquel pasadizo la única ocupada era la que servía de dormitorio a Dick.

Subió Marsh lo restante de la escalera y se acurrucó en la parte de la esquina del descanso, que quedaba en la sombra. Desde su escondrijo podía ver toda la extensión del pasadizo.

La figura de Bonholme se destacaba iluminada por la luz de la luna que penetraba por una alta ventana.

Mientras observaba, Marsh sintió que sus sospechas se acentuaban. ¿Qué infame plan estaba en ejecución? La persona se había detenido ante la puerta del cuarto de Dick, perfectamente ignorante de que le observaban dos ojos avizores y había sacado del bolsillo un objeto pequeño que brillo a laluz de la luna: era un frasquito de vidrio. Como por instintiva precaución, la persona miró a su alrededor. Después, con toda precaución, movió la manija de la puerta.

Marsh vibraba de emoción. Un pensamiento extraño agitó su mente. Aquella cara que vieron por la ventana, ¿había sido parte del plan combinado para llevar a cabo el más cruel de los crímenes a sangre fría? ¿No había constituído acaso una falsa pista destinada a extraviar a la policía cuando, por la mañana, se descubriera que el dueño de casa había muerto trágicamente y misteriosamente?

Además aquella cara ¿no habría sido la del mismo Bonholme Audley hábilmente disfrazado para hacer que la policía buscara en vano al hombre pálido de cabellera segra mientras el señor Bonholme, el del cabello blanso, regresaba a toda prisa de Londres afligidísimo por la muerte de su adorado primo?

La puerta no estaba cerrada con llave. Con precaución, el hombre, que tenía el frasquito en la mano, abrió la puerta. Marsh consideró que había llegado el momento de intervenir.

—¡Hola, señor Bonholme!—dijo en voz muy alta.—¡Ha regresado usted de Londres antes de lo que esperábamos!

Cuando la vez de Marsh interrumpió el silencio que reinaba en la casa, Bonholme se extremeció como si hubiera oído una detonación.

Lanzando una exclamación de terror miró a Marsh con cara en que se veía la palidez del terror culpable. Durante un instante se tambaleó vacilante y tuvo que apoyarse en el marco de la puerta porque las piernas parecían negarse a sostenerle. El frasquito se le cayó de la mano.

De dentro del cuarto de Dick se oyó la voz de éste que prepuntaba alarmado.

—¿Quién anda ahí?

Marsh avanzó. No dejaba de mirar al frasquito. ¿Qué contenía?

Pero llegó tarde. Como adivinando su propósito, Bonholme Audley, pálido como un muertohizo un esfuerzo y pisó el frasquito reduciéndolo a polvo bajo el taco antes de que Marsh llegara a agarrarlo. El líquido incoloro que contenía el frasquito fué embebido por la espesa alfombra.

Dick apareció en ese instante en la puerta. Miró a su primo con gran asombro.

—¿Qué es esto? ¿Qué hace usted de regreso en el castillo?—preguntó.—¿Qué contenía ese frasquito que dejó caer?—preguntó Marsh a su vez.

Bonholme pareció haber cambiado de voz. Sus ojos intranquilos siempre miraron a Marsh y leyeron en los de Jnm la sospecha que éste abrigaba.

—Era una medicina, unas gotas que el médico me había recetado. ¡Me ha asustado usted, Marsh!—dijo.

El viejo respiraba jadeante.

—¡Pero yo creía que usted estaba en Londres!—exclamó Dick.

—A no ser por mi todos creerían que usted estaba en Londres—agregó Marsh.

—¡Regresé sin molestar a nadie! ¿Para qué despertar a los que dormían?—balbuceó Bonholme. — Daba la casualidad de que yo tenía la llave del jardín...

—¿Pero a qué se a debido su regreso tan rápido?

Bonholme vaciló, humedeciéndose los labios secos. A Marsh le pareció que se devanaba los sesos buscando una excusa que fuera admisible y que le permitiera no descubrir sus planes.

—¡Nada más fácil de explicar! No había realizado más que la mitad del viaje cuando me dí cuenta de que me había dejado olvidados unos papeles muy importantes. Yo iba a Landres a ver a mi apoderado Fox Dacre y esos papeles me eran muy necesarios. Ya comprende usted, Dick, que en tal apuro, descendí del tren en la primera estación en que se detuvo y regresé al castillo dande habían quedado los papeles. No pude encontrar vehículo ninguna. Me vi obligado a caminar nada menos que seis millas. ¡Qué fatiga!

—Pero usted no esperaría encontrar los popeles olvidados en el cuarto de mi patrón...—dijo Marsh.

Bonholme se volvió hacia él como enojado, pero Marsh conoció que su enojo no era sino el del culpable que intenta defenderse.

—¿Me encuentro acaso ante un tribunal? ¿Qué significa su insolencia, Marsh?—Dijo.

—¿Insolencia, señor? — exclamó Marsh sorprendido.—No sólo me parece sospechoso el que usted entrara con tanto cuidado de no molestar a nadie, sino que creo sospechoso también que se acercara con tanto sigilo a este cuarto, que es el cuarto de mi patrón, trayendo en la mano el frasquito con esas "gotas" que le había recetado el médico. ¡Le ví el frasquito en la mano cuando abrió la puerta!

Bonholme estaba pálido como un muerto. Se volvió hacia Dick.

—Temía que Vd. me hubiera oído y hubiese temido que andaba por aquí alguien extraño y por eso me acerqué a su cuarto... ¡Para ver si usted había oído o no!

—¡No era fácil que despertase a nadie el ruido de sus pasos cuando tuvo usted la precaución de ponerse hanclos de goma sobre el calzado!—dijo Marsh guiñando un ojo.

—Me voy a retirar, Dick. Lamento haberle melstado. — dijo Bonholme.—Si este hombre no hubiera levantado toda esta alarma.—agregó—a estas horas dormiría usted tranquilamente.

¡Sí, muy "tranquilamente"! ¡El sueño de la muerte!—murmuró Marsh.

—Buenas noches, querido Dick.

Y con paso inseguro, el anciano se alejó por el corredor.

—Patrón ¿me permite que entre un instante en su cuarto?—dijo Marsh.

Y siguió a Dick, que volvió a entrar en su dormitorio.

—¿No le parece, patrón, que ese regreso del señor Bonholme es un poco extraño — agregó Marsh encendiendo una luz.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó Dick mirándole fijamente.

—Esto: ¿por qué vino a su cuarto, patrón? ¿por qué se puso los zapatos de goma sobre el calzado? por qué caminó seis millas cuando pudo pedir el automóvil por telégrafo?—dijo Marsh. — Además hace más de nueve horas que salió para Londres y según ha dicho, bajó en la primera estación ¿por qué llegó al castillo después de las doce de la noche? ¡Bien podía haber llegado antes!

—¿Qué supone usted, Marsh?—preguntó Dick.

—Hoy mismo oí que usted, patrón, le decía al señor Bonholme que estaba comprometido para casarse con la señorita Aileen. ¿Usted creyó que la noticia le hizo gracia al viejo?

Dick frunció el ceño, pensativo. En realidad, la noticia no pareció complacer a su primo. Pero ¿a dónde quería ir a parar Marsh con su pregunta?

—Lo que le digo es que la noticia le sentó como un palo en la nuca, patrón.—dijo Marsh en voz baja.—El sabe que si usted se casa le puede decir adios a sus probabilidades de heredar el título y la fortuna, mientras que si usted muere soltero...

—Marsh: no sé qué idea disparatada ha brotado en su cerebro, pero sea lo que sea, no quiero que me hable de eso y...—empezó diciendo Dick.

—Por lo mucho que usted ha hecho por mí, patrón, es por lo que tengo que hablar,

créame o nó. Cuando me haya oído puede echarme si quiere, pero yo habré cumplido con mi deber! — dijo Marsh con los ojos brillantes de enojo. — Tengo que decirle que he observado y vigilado a ese señor Bonholme desde el día en que llegamos al castillo. Al verle cualquiera creerá que le adora, señor, y sin embargo, la verdad es que lo odia, ¿por qué? porque él tiene celos y envidia. ¿Por qué vino a su dormitorio esta noche cuando todos le creíamos en Londres, cuando a no haber sido por mí, que le seguí se hubiera ido tan secretamente como había venido... con el frasquito de las "gotas" en la mano?

—¡Silencio, Jim! No abuse de mi paciencia. Porqué sé lo mucho que usted me estima y el interés que se toma por mi siempre, le he permitido decir lo que ha dicho, pero lo que usted supone es monstruoso e imposibre. Además ¿qué prueba tiene usted?

¡No! Prueba no tenía ninguna en verdad. Marsh lo sabía. La expresión del rostro de Dick le decidió a no decir nada más. Estaba seguro de que su patrón no le había escuchado.

—¡Fué una lástima que usted no cerrado la puerta con llave, patrón! — dijo tímidamente.

—Siempre la cierro. Pero esta noche... La cerradura estaba descompuesta.

Un extraño gesto se pintó en el rostro de Marsh. Se acercó Jim a la puerta y examinó la cerradura.

—Alguien estuvo andando en ella hace poco, — dijo mirando intensionadamente a Dick. — ¡Qué casualidad! ¿No es cierto?

La cerradura presentaba señales de que alguien había andado en ella, efectivamente. ¡Si Marsh necesitaba algo más para convencersede que estaba en lo cierto, bastaba eso!

Cuando Jim se retiró del cuarto de Dick pocos momentos después, no sabía en verdda lo que pensaría de todo lo sucedido su joven patrón, pero si estaba seguro de que los acontecimientos que había presenciado no podían ser más sospechosos.

No era raro, por la demás, que Dick se resistiera a creer que aquel hombre a quien había conocido desde que tenía uso de razón, fuera su enemigo secreto.

Pero Marsh se lo había avisado y estaba persuadido de haber cumplido su deber.

Si Dick no hacía caso Marsh en cambio seguiría vigilando por si volvía a verse amenazada la vida de su patrón como necesariamente tendra que volver a verse amenazada.

Hasta que comenzó a amanecer, Marsh no pudo conciliar el sueño. Cuando se durmió soñó con Bonholme, a quien veía deslizarse por el corredor sigilosamente, con el frasquito en la mano, dirigiéndose hacia la puerta del cuarto donde dormía Dick Audley.

La joven a quien amaba

El jardín que rodeaba al chalet de paredes cubiertas de rosales trepadores, era tncantador y la joven que estaba sentada en un sillón de hamaca, de mimbre, en aquel jardín era hermosísima. Dick Audley únicamente ,hubiera podido hacer el elogio que su belleza mereca. Era aquella joven una rosa en un jardín de rosas.

Estaba leyendo una vez más la carta de Dick que había recibido aquella mañana a pesar de haberla leído ya media docena de veces.

Aquella carta la había hecho sonreir de contento, dibujando en sus mejillas dos hoyitos picarescos.

Aileen Gray saltaba de alegría. El cielo de su felicidad no tenía nubes. Dick regresaba aquel mismo día. Su única preocupación, en realidad, era Tom. Tom era el único hermano de Aileen Gray y se había mostra, en los últimos tiemjos, irritable y triste. Algo tenía que sucederle.

Pero por mucho que Aileen quisiera a Tom, las peocupaciones de éste ocupaban un segundo término en sus sentimientos de aquel día. Toda la mañana Aileen había mirado el reloj con impaciencia acada momento. Ahora, la tarde transcurría lentamente, esperando a Dick.

Al oir ruido de pasos en el enarenado camino del jardín, la joven se extremeció de alegría. Después su gesto cambió y su rostro expresó la mayor decepción. No era Dick el que se acercaba.

—¡Fox Dacre! ¿Por qué ha venido?—dijo ella impaciente.

No quería ver a nadie más que a Dick y menos a Fox Dacre,—decía de él que era "un excelente compañero",—ella no sentía por él ni la menor simpatía. Lo natural era que Tom—tan joven que casi era un muchacho,—se sintiera orgulloso de su amistad, porque Dacre era hombre que frecuentaba la sociedad.

Fox Dacre era uno de esos hombres que dicen ser "financistas" y viven en los círculos sociales y bursátiles. De unos treinta y cinco años, de pelo negro, siempre acabado de afeitar y muy bien vestido, era el tipo de hombre que algunas mujres consideran hermoso.

No atraía, sin embargo a Aileen que encontraba cruel el gesto de Dicre, y la joven que no deseaba ver a nadie más que a Dick, lamentaba su llegada aun cuando si había conocido a Dacre había sido por intermedio de Dick, pues el financista era grande amigo de Bonholme Audley,

Lo peor del caso era que Dacre no se contentaría con una visita corta; pretendería quedarse toda la tarde. Aileen tenía que inventar algo para alejarse.

—¿Cómo está usted, señor Dacre? ¿Busca usted a mi hermano, no es cierto? Mal puedo yo sustituirle,—dijo ella.—¡Oh! Eso lidice usted por pura cortesía,—añadió riendo en contestación de la frase de elogio que él le dirigió. — ¡Ah! Ya supongo donde está mi hermano. Permítame que le acompañe.

—Aun no, señorita Aileen. Es a usted a quien deseaba ver. Tengo algo que decirle.

Sus ojos negros se fijaron en la rubia joven vestida de blanco, admirando su gentil hermosura.

—Lamento no disponer de mucho tiempo esta tarde,—contestó ella. — Espero visita casi en seguida.

—¡Que mala suerte tengo entonces!—dijo él sentándose en un banco como si no el importara la advertencia. — Siendo así voy a decir inmediatamente lo que tengo que decir. Después de todo para algo soy hombre de negocios. Pero ¿no lo adivina usted, Aileen? — agregó inclinándose hacia la joven y devorándola con la mirada. — Si he venido esta tarde a verla ha sido para pedir a usted que sea mi esposa.

Aileen se echó hacia atrás. Habíase dado cuenta de las atenciones que Dacre la hacia objeto, pero su manifestación, hecha en esa forma, la impresionó intensamente. ¡De qué distinto modo habíale pedido su amor Dick Audley! Claro está que no era posible que Dacre tuviera la menor noticia de su compromiso con Dick, pues tal compromiso había sida mantenido secreto.

—Aileen, usted no responde aun, pero contestará sin duda que está dispuesta a hacerme el hombre más feliz de la tierra, no es verdad?—agregó Dacre mientras Aileen, anonadada, no acertaba a responder.

La sonriente cara del pretendiente se aceraba a la de lajoven. Fox Dacre era tal vez uno de esos hombres que se creen irresistibles. ¡Lo natural era que cualquier mujer saltara de gozo al oir su propuesto! ¡Un hombre de su hermosura, de su dinero, de su posición social! Cualquier mujer sí, pero no Aileen Gray, que se retiró de su lado con un movimiento de repulsión.

—Ne me pida usted que conteste a semejantt pregunta, — dijo la joven. — Yo no he creido ver en usted más que a un amigo.

—Eso no es inconveniente para que el amigo aspire a la mano de su amiga, — exclamó él. — ¡Vamos, Aileen!... ¡Si usted supiera que me ha robado el corazón! ¡Si supiera usted cuanto la amo! No pretendo que usted me corresponda inmediatamente, pero estoy seguro de conquistarme su afecto en poco titmpo. ¡Quiero que mi amor la envuelva, maree y domine como un torbellino!

Aquel hombre suponía que era posible que una joven como Aileen contestara de inmediato a una propuesta semejante y deseoso de completar su obra, tomó una mano de la joven.

Aileen, airada, retiró la mano y levantándose, miró con enojo al atrevido.

—¡Ni una palabra más, señor Dacre! No puedo escucharle—dijo.—Y si usted necesita saber la razón de mi actitud, voy a decírsela: estoy ya comprometida para casarme.

El retrocedió frunciendo el ceño con enojo.

—¿Y quién es el afortunado? — preguntó luego con ironía.

—¿Por qué se lo he de decir? — preguntó ella.

—¿Y si yo lo adivino? ¡A que es Dick Audley! ¡Sí! ¡¡Es Dick Audley! ¡Lo leo en sus ojos! — exclamó ella.

—Sí. Es Dick Audley. Supongo que con esto terminará nuestra conversación.

—No—dijo Dacre.—Usted creerá amar a ese joven, pero no llegará a casarse con él. No quiero amenazar, pero la amo y tarde o temprano lograré convencerla. Voy a casarme con usted aunque usted me odie y usted terminará por amarme.

—¿Amenazar?—repitió ella.—¿Se atreve usted a hablar de amenazas?

—He dicho que no quiero amenazar—dijo él lentamente. — Pero si quisiera podía amenazar y no en vano. No se la hubiera dicho si usted no hubiera contestado como lo ha hecho. Su hermano Tom... ¿le gustaría a usted que a su hermano Tom le llevaran a presidio?

Aileen se puso muy pálida. Miró a Dacre con incrédulo temor. ¿Qué quería decir?

—¡Su amenaza es una cobardía! — dijo luego Ailten. — ¡Amenaza que no podrá cumplir!

Un automóvil se acercaba por el camino, del otro lado de la verja del jardín, pero ni la joven ni el hombre le oyeron acercarse.

—Está usted en un trror, estimada Aileen. No amenazo en vano. Puedo enviar a su hermano a presidio. Sentiría que usted me obligara a proceder así, pero cada uno luchacon las armas de que dispone. En mi caja de hierro, en mi casa, hay un papel que tiene la firma supuesta, de un rico negociante. Esa firma, falsificada, garantiza un documento que me dió su hermano Tom en cambio de dintro que le presté. ó tengo más que mostrar ese papel al hombre cuya firma pretende tener para que... ¡Pero no quiero amenazar, Aileen! Olvide sus infantiles amores con Dick Audley y prométame que se casará conmigo y hoy mismo destruiré el documento que puede enviar a su hermano a presidio.

El más intenso horror se pintaba en el semblante de Aileen.

—¿Es usted capaz de pretender obligarme con amenazas a casarme con usted cuando sabe que yo amo a otro hombre y que a usttd le odio?

—¡No! ¡Usted no me odia! — exclamó con risa petulante. — Usted terminará por quererme, pues estoy seguro de que nunca amó a ese muchacho. Vamos, sea usted buena, Aileen.

Al decir esto Dacre se acercó a abrazarla.

—¡Si, si, le odio!—dijo ella pretendiendo en vano separarse.

—¡No la soltaré hasta que mt haya dicho que sí!—dijo Dacre.

En el mismo momento en que pronunciaba estas palabras y antes de que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, Fox Dacre retroceda tambaleándose una docena de pasos, impulsado por la fuerza de un golpe de boxeo que le aplicó un hombre que había llegado sin que él le viera. Este hombre era Dick, que ceñudo y vibrante de emoción iba a seguir castigando al atrevido cuando Aileen intervino y lo impidió.

—¡Lo mejor que puede usted hacer es retirarse inmediatamentt si no quiere recibir a paliza más terrible de su vida!—gritó Dick Audley a Fox Dacre.

Dacre, furioso, mortificado y pálido de rabia, dió un paso adelante pero una mirada de Dick le cortó de improviso toda valentía.

Comprendiendo que no le quedaba más recurso que retirarse, dijo, dirigiéndose a la joven y antes de irse:

—¡No olvide mi advertencia! ¡Piense en su hermano y en el papelito que está en mi caja de hierro!

Judith

Aileen Gray no hubiera querido hablar más de aquel desagradable incidente, pero un rato después, las circunstancias la obligaron a contarlo todo.

—¡Demonio! Me hubiera gustado darle una buena sacudida a ese cobarde, — dijo Dick.

—No hablemos más de él.

—¡Sí: no vale la pena! Pero, sin embargo, logró entristecer a usted Aileen y eso no se lo perdono. ¡Si vuelve a molestarla, le aseguro que... — y al decir esto, Dick cerró los puños con rabia.—¡Bah!—agregó luego.—Hablemos de algo más agradable, de la alegría que siento al volver a verme a su lado... Todo el tiempo que he pasado lejos de su lado, he pensado en used, Aileen.

"¡Cuánta felicidad constituía el verse de nuevo junto a Aileen, lejos del Castillo de las Sombras, de aquella mansión que había llegado a ser un sitio misterioso y no solamente por lo de la extraña puerta cerrada! ¡Jim Marsh tenía razón! En el castillo de Merlin pasaban cosas muy raras.

—Está usted seguro de que siente lo que dice, Dick,—dijo ella en voz baja y con una sonrisa que demostraba lo convencida que estaba del amor de su novio.—¿no le ha dicho usted lo mismo a otras mujeres?

El la miró sonriendo y ella sonrió de nuevo.

—¿Está usted celosa?—dijo él. — Sólo una vez me creí enamorado antes de conocer a usted. Fuí cortejante de Judith Holt, pero luego rompí mis relaciones con ella. Ahora me parece que estuve loco entonces. Entonces ¿eh? aun no la había conocido a ustt.

—¡Judith Holt! — dijo Aileen pensativa. —¿Ella le quería, Dick? ¡Ah!... ¡Ahora comprendo por qué me pareció varias veces que me miraba con odio! ¡Seguramente cree que yo le quité el pretendiente! Pero Dick, supongo que usted estaraá enterado de lo que le pasa.

—¿Lo que le pasa a quien? He pasado un tiempo soterrado en el castillo y no me he enterado de nada. ¿Qué sucede?

—Que Judith Holt ha sido detenida por la policía.

—¡Presa! — exclamó él.

—Sí. La acusan de haber robado valiosas joyas en algunas casas de campo donde estuvo como invitada.

Dick se quedó pensativo, pero no sorprendido. Precisamente por algo no muy distinto—un escándala que había sido silenciado pero que, asimismo llegó a sus oídos,—había roto él sus relaciones con Judith hacía cerca de dos años.

—¡Será horrible si le prueban que es culpable!—exclamó Aileen.—Me cuesta trabajo creer que sea verdad. ¡Quien había de figurarse que una joven tan bella, tan simpática y tan bien recibida en sociedad como ella, podía llegar a ser detenida como una vulgar ladrona!

Una sombra de tristeza pasó por el rostro de Aileen. En su pensamiento asociábase la idea de que había hablado con la amenaza que Fox Dacre había proferido contra su hermano. Había resuelto no creerla, pero ¿y si era verdad? Tal vez Dick pudiera ayudar a Tom. Debía decírselo todo. Así fué como, temblando de emoción, enteró a Dick de lo que pasaba y de la amenaza de Fox Dacre.

Algunas horas después Dick se despedía de Aileen.

—¡Si siquiera ese tonto de Tom hubiera acudido a mí cuando se vió en apuros! Pero no se aflija, Aileen—dijo Dick cuando ya se despedía de su novia en el portón.—Voy a sacar a Tom del apuro en que está. ¡No tema nada! Todo se arreglará.

Dick había hablado con el hermano de Aileen y sabía ya que la amenaza de Dacre no era infundada. Tom había procedido con ligereza juvenil y aconsejado por malos compañeros, había contraído deudas. Luego, en un momento de desesperación, había falsificado la firma de un endosante esperando poder retirar el documento antes de que venciera. ¡La misma triste historia de tantos infelices!

Era necesario salvar a Tom de cualquier modi. Pero ¿cómo? Las intenciones de Dacre no podan ser peores. No era posible pagar el documento, vencido hacía tiempo. Dacre estaba convencido de que la firma era falsificada. No tenía más que mostrar el ducumento del hombre cuya firma pretendía tener para que nadie pudiera ya salvar al hermano de Aileen.

Una nueva preocupación venía a agregarse a las que tenía Dick desde su permanencia en el castillo de Marlin, donde su primo Bonholme casi había entrado en su dormitorio sigilosamente, lespués de media noche.

Mientras Dick regresaba a Londres en su automóvil, Jim Marsh le notó triste y pensativo y no pudo menos de preguntarle si le pasaba algo.

—¿Está usted triste, patrón? ¿Puedo serle útil en algo dijo.

Dick le miró fijamente y de pronto su cara cambió de aspecto.

—¡Demonio! ¡Sí!—exclamó sonriendo.—¡Creo que es usted el único hombre que, en esta ocasión, puede serme verdaderamente útil!

. . . . . .

Fox Dacre salió al jardín de su casa situada en el barrio de Surrey. Empezaba a onochecer. El día había sido pesado, agobiante. Se notaba que había tormenta en perspectiva.

Acababa de comer después de regresar del centro de Londres en su automóvil, a la hermosa casa de campo de la que con gran sentimiento para Dacre, Aileen no quería ser dueña.

Fox Dacre acababa de enterarse de que un desastre ferroviario acababa de ocurrir poco antes a unas tres millas de su casa. Se le ocurrió al financista lo bueno que, para él hubiera sido que Dick Audley hubiese muerto en el choque.

—¡Maldito sea! Con seguridad es su título nobiliario y su dinero lo que le hace mi rival afortunado. ¡Ah! ¡Pero antes tengo que jugar una carta que vale mucho y ya veremos si logra casarse con Aileen! —murmuró Dacre.

Sentía que odiaba al joven que así se interponía entre él y la mujer a quien ambicionaba por esposa; sentía que le odiaba tanto como le odiaba Bonholme Audley, porque se interponía entre él y la fortuna.

—Antes estaba de novio con esa Judith Holt a quien han detenido. Pues bien, alguien más va a ser detenido y condenado a eso será Tom Grey si su hermana Aileen no cambia de opinión. Tengo el látigo en la mano: ¿cederá la fiera?

Entre la oscuridad de la noche que comenzaba, Dacre vió que un hambre entraba por el portón del jardín. Pensó un instante si sería Bonholme que había ofrecido visitarle.

Pero cuando el hombre se acercó, notó Dacre que no era aquel a quien esperaba. El que había entrado era el mismo a quien él y Bonholme odiaban.

—¿Qué podía buscar Dick Audley en casa de Fox Dacre?

¿Los ojos de quién?

Fox Dacre, sorprendido, saludó a Dick Audley diciéndole con ironía:

—¿A qué circunstancia debo este inesperado placer?

Dick estaba serio y cejijunto. No se encontraba dispuesto a perder tiempo en palabras vanas.

—Creo que el placer será menos que el que usted se promete — dijo. — Ayer usted amenazó a una señorita que está comprometida a casarse conmigo. ¡Supongo que su amenaza fué, además, de una cobardía, una mentira!

—¡Ande con cuidado! — exclamó furioso Dacre.—¡No crea que puede ser muy útil a esa señorita si viene a insultarme!

—¡Procederé como me plazca! La que he dicho es la verdad. Solo un cobarde amenaza en la forma en que usted lo hizo ayer, a la mujer cuyo amor pretende. Pero una amenaza no vale nada cuando no se puede cumplir. Estoy convencido de que su afirmación contra el hermano de Aileen era mentira. ¿Qué pruebas tiene usted? ¿Dónde están?

Dacre se sonrió, pero no del todo tranquilo.

—No sé lo que tiene usted que ver en este asunto. Esto es cosa entre la señorita Gray, su hermano y yo. Pregúntele al hermano si existe la prueba,—dijo sarcásticamente.

—Prefiera preguntárselo a usted—manifestó Dick.—Y si usted puede presentar la prueb, entonces yo sabré que partido tomar.

Dacre le miró preocupado.

—¡Oh! ¡Tengo pruebae! ¡Pruebas que emplearé si la hermosa Aileen no cambia de modo de pensar!

Dick avanzó hacia él con los puños cerrados.

—¡No vuelva a expresarse en esa forma o lo tendrá que sentir! Si no hubiera intervenido la señorita Gray se hubiera usted llevado ayer un soberano vapuleo. ¡No se olvide! ¡Si no lo desea ahora no me provoque!

Algo había en la mirado de Dick que indicó a Dacre a la conveniencia de ser prudente. Retracedió con gesto de furor.

—La verdad es que usted no tiene pruebas. Tanto la señorita Gray como yo sabemos que usted mentía—agregó Dick.—En vista de esto le advierto que le prohibo volver a presentarse en casa de la señorita Gray ¿entiende? ¡Si se atreve usted!...

—¡Que no tengo pruebas! ¡Tengo pruebas suficientes para enviar a Tom Gray a presidio! — dijo Dacre, — ¡Y le enviaré! ¡Tengo pruebas que usted mismo puede ver!

Dacre se volvió y echando a un lado la cortina que cubría la puerta que daba a una habitación en que había luz encendida, penetró en ella. Dick le siguió.

Cuando Dacre sacó una llave y procedió a abrir la pesada caja de hierro, Dick se sonrió.

Dacre metió la mano en la caja. Se extremeció. Miró de más cerca y permaneció atónito como si no se atreviera a creer lo que veían sus ojos. ¡el documento con al firma falsificada no estaba allí! Había estado sobre un montón de documentos en determinado estante y el estante estaba vacío. Una exclamación brió de labios de Dacre.

—¡Alguien ha andado en mi caja de hierro!

¿Qué misterio era ese?

—¿Y las pruebas que iba a mostrarme? ¿Dónde están?—djio Dick.

Fox Dacre se volvió rápidamente.

—¡Usted!... ¡Ah! ¡Pero usted debe saber algo de esto!—exclamó furioso. Una terrible sospecha había cruzado por su mente.

Dick se encogió de hombros. No le corresponde a nadie acusarse a sí mismo, o, en este caso, acusar a Jim Marsh, pues el ex ladrón había vuelto, "por una sola noche" y en bien de su patrón, a meterse en casa ajena nocturnamente. Habia abierto la caja de hierro de Fox Dacre y había sacado de ella el terrible acusador documento. Si lo había hecho fué para salvar a otro hom-

bre de un destino como aquel del cual Dick habíale salvado a él. ¡Tan hábilmente había procedido que Dacre no sospechó nada de la sustracción hasta aquel momento!

En contestación, Dick lanzó una carcajada. Su risa pareció desencadenar toda la furia de Dacre. Sobre el escritorio estaba una pesada regla redonda, de madera negra. Casi instintivamente, en el paroxismo de su enojo, se apoderó de ella. Antes de que Dick pudiera prevenir el ataque repentino, Dacre le acometió levantando la regla en la mano. La dejó caer con furia y, cuando el aturdimiento de furor se hubo desvanecido, Fox Dacre retrocedió horrorizado al ver que a sus pies estaba Dick Audley, tendido en el suelo, inmóvil.

¡Qué quieto estaba! Con esfuerzo, Dacre se inclinó y puso la mano sobre el corazón del joven. No sintió ni el más leve latido. El hombre estaba muerto. No podía dudarlo. ¡Muerto! ¡La ley le acusaría de asesino!

Un escalofrío extremeció su cuerpo; no de remordimiento, pues en cualquier otra circunstancia hubiera sido agradable la muerte de su rival, sino de miedo, de miedo por lo que podía pasarle.

Permaneció un instante escuchando con atención. No oyó nada. El hombre había caído sin tiempo para gritar. Por el momento, pues, Dacre no tenía nada que temer. Pero ¿cómo lograría hacer desaparecer la prueba de su crímen.

Durante un rato miró jifamente al inmóvil cuerpo y de pronto se dió cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso. Era necesario tomar alguna determinación. Alguno de los criados podía presentarse en la habitación en cualquier momento. Dacre tembló solo de pensarlo.

La casa era de construcción antigua y tenía varias alacenas grandes huecos abiertos en el espesor de la pared y cerrados por puertas disimuladas, pintadas igual que la habitación. La mirada de Dacre se fijó en una de esas alacenas que estaba cerca de la mesa y que le ofrecía el escondrijo necesario por el momento.

Como loco, agitado por el miedo, Dacre corrió hacia la puerta, la abrió y quitó de la alacena algunos objetos que podían estirbar. Después fué arrastrando la forma inerte hasta el hueco y por fin la ocultó hasta donde nadie podía verla.

Terminada su tarea, permaneció un momento jadeante mirando hacia lapu erta. Luego, sin cesar de extremecerse, cerró la puerta, volvió la llave y la quitó de la cerradura sin que la puerta quedara sujeta. En cuanto Dacre volvió la espalda a la pared, la puerta comenzó a abrirse lentamente sin que él lo echara de ver.

Durante unos instantes permaneció respirando jadeante como quien acaba de correr una larga distancia. Una ráfaga de viento movió las cortinas que tapaban la puerta. Al rumor del viento creyó Dacre que se unía otro ruido... algo así como un grito sofocado que aumentó su terror. A lo lejos se oyó el retumbar de un trueno. Temblroso, se acercó Dacre a una mesita en la que había una bandeja con botellas y vasos, se sirvió una generosa dósis de cognac y la bebió rápidamente.

El alcohol pareció darle nuevo valor. Después de todo, el peligro había pasado ya. Pero algo que en aquel momento vieron los ojos del atribulado financista le emocionó más todavía. Por entre las cortinas, que alguna persona haba separado desde fuera, le miraban dos ojos queparecieron detener las latidos de su corazón.

¿De quien eran aquellos ojos?... ¿Cuánto tiempo hacia que estaban mirando? Durante un segundo permaneció inmóvil, sin poderse mover como si aquellos ojos que así le miraban, tuviera nsobre él un poder hipnótico. Después, Dacre atravesó la habitación rápidamentey desorrió la cortina.

En la puerta hallábase de pie una mujer que no intentó retroceder.

Siguió inmóvil, morándole fijamente con sus ojos negros y sonriendo al mismotiempo. ¡Era Judith Holt! Aun cuando se hallaba muy cambiada, él la reconoció en seguida. ¡Judith Holt! ¿Cómo se encontraba allí, en libertad, la mujer que había sido detenida por la justicia? ¿Cómo estaba allí aquella mujer, que en un tiempo fué novia de Dick Audley? Y, sobre todo ¿qué había visto? ¿De qué se había enterado?

—¡Usted! ¿Cómo es que ha venido?—dijo Dacre en cuanto la emoción le permitió hablar.

Un trueno retumbó en aquel mismo momento.

Como contestando, Judith Holt adelantó sus dos manos hacia Dacre.

A la luz del relámpago que iluminó en aquel instante la habitación, Fox Dacre vió que en las muñecas de la mujer brillaban unos extraños brazaletes.

¡Judith Holt tenía puesto un par de esposas!

Durante la noche

La joven que ostentaba en las muñecas los vergonzosos brazaletes oyó, sin decir nada, el grito de asombro de Fox Dacre.

¿Qué había visto la inesperada intrusa? ¿De qué se había enterado? Estas preguntas martirizaban la mente del culpable. La expresión de la fisonomía de la mujer era impenetrable y no le contestaba.

Después de un momento, como si se diera cuenta de pronto del peligro que corría Judith Holt, dominada por intenso temor, penetró decidida y rápidamente en la habitación.

—¡Pronto! ¡Cierre la puerta!—dijo ella en vaz baja e imperiosa.—¡Cómo yo miré otros pueden mirar!... ¡Pueden mirar los de la policía!... Los de la policía, de los que me he escapado esta noche, pero que, tarde o temprano, llegarán aquí en mi busca.

Su tono no era el de una persona que implora, sino el de quien ordyna y espera ser obedecido.

Luego, como él siguiera mirándola, inmóvil y sorprendido, ella agregó:

—¡Vamos! ¿No le digo que cierre? ¡Pronto!

Fox Dacre obedeció.

No se hallaba todavía sereno. La vista de los ojos que le miraban le había emocionado mucho. ¿Cuánto tiempo habían estado mirándole? ¿Durante qué iempo las manos con las esposas habían separado las cortinas antes de que él notara su presencia? La incertidumbre a este respecto le tenía intranquilo. Pera el rostro de Judith Holt no tenía expresión que permitiera a Fox Dacre hacer conjetura ninguna.

Cerró la puerta que daba al jardín y corrió la cortina. En el mismo momento Judith avanzó y al moverse, las esposas sonaron con desagradable tintineo.

Luego, como si se sintiera súbitamente agitada, la mujer se dejó caer sentada en una silla.

—¡Cierre la puerta de la habitación! ¡Puede venir de improviso alguno de los criados!—dijo.

Dacre obedeció nuevamente la perentoria orden. Dirigióse hacia la puerta, la cerró y volvió la llave.

—¡Así que se ha escapado usted!—dijo—¿Cómo le ha sida posible?

Pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron a fin de ganar tiempo y serenarse. Le interesaba muy poco el modo cómo ella había escapado a sus guardianes. Lo que le interesaba era otro punto que no se atrevía a mencionar: si ella había presenciado o no el drama que momentos antes se había destarrolado entre aquellas cuatro paredes. ¿Sabía ella bastante para que Dacre la considerara peligrosa?

Casi instintivamente dirigió la mirada hacia la alacena que ocultaba la prueb de su crimen, y lo que vieron sus ojos pareció helarle la sangre en las venas. La puerta estaba abierta varias pulgadas. ¡En su apresuramiento se había olvidado de empujar bien la hoja antes de volver la llave!

Con movimiento rápido el emocionado Dacre miró a la intrusa mientras se dirigía hacia la alacena. Vió que sus ojos habían seguido la dirección de su mirada. El hombre cerró la puerta, asegurándose, esta vez de que la cerraba bien. Luego se guardó la llave en el bolsillo.

Judith Holt, afectando indiferencia, contestó entonces a su pregunta.

—Sí, me escapé esta misma noche, después de estar presa dos días. ¡Ah! ¡No volverán a prenderme!—dijo,—y en su voz se notó el tono de la más decidida resolución.

Aun hallándose como ahora se hallaba, pálida y desencajada a consecuencia de las terribles emociones por que había pasado, su belleza era asombrosa. Sus ojos negros brillaban con extraño fulgor; su cabellera, negra como ala de cuervo, era de una brillantez de seda... Tenía la pollera desgarrada y sucia, consecuencia de haberse escondido varias veces en las zanjas del costado del camino y de haber saltado los setos de plantas, en su desesperada huída.

A la mirada escrutadora que le dirigió Fox Dacre, contestó con el gesto altanero de que él guardaba memoria. Fox Dacre se acordaba de la última vez que la había visto como invitada en una mansión del mundo aristocrático y adinerado. Allí era, entre todas, la más admirada y cortejada, la misma joven que ahora estaba ante él, con esposas en las muñecas otro tiempo adornadas por valiosos brazaletes rutilantes de piedras preciosas.

Una vez, en aquellos días de otra época, antes de que la sombra del delito hubiera caído sabre ella, Dacre, siempre confiado en su irresistible atractivo, había sido su cortejante. Dacre era de los hombres que cortejan siempre a las mujeres hermosas. Judith le había desechado enérgicamente y delante de testigos. La escena había mortificado mucho al rechazo admirador y Fox Dacre no lo había olvidado.

Ella siguió hablando.

—Me encontraba en el tren que descarriló esta noche en el empalme Norttwood. Me llevaban para Londres. Porque grité y me resistí ¡qué tonta! ¡perdí la serenidad por completo! me pusieron las esposas.

Calló un instante mirando con sus negros ojos sombríos las pulseras de acero que tenía en las muñecas.

—En el desastre, las dos guardianas que me custodiaban resultaron gravemente heridas. No sé cómo escapé ilesa. En la confusión que se produjo logré escapar. ¡Oh! Me propongo no dejarme capturar de nuevo. Oculté las manos atadas bajo los pliegues dte este abrigo que me dejaron puestop para que no se vieran las esposas durante el viaje. Por fin, dtspués de correr mucho me vi cerca de su casa y vine hacia ella convencida de que podía confiar en usted como un verdadero amigo.

Ella le miró sonriente y medio burlona como si recordada lo sucedido entre los dos y a pesar de ello, no temiera lo que él podía contestale.

—Usted es amigo mío, ¿no es verdad? ¿Me ayudará usted?

—¿Cuánto tiempo ha estado ahí delante de la puerta?—preguntó el de pronto dejando su pregunta sin contestar.

—¡Oh! Estuve unos diez minutos oculta en el jordín, entre las plantas. Por último, hace un minuto o dos a lo más, me atreví a aproximarme a esta puerta porque vi luz en ella. Miré por entre las cortinas y, con la satisfacción correspondiente, ví que estaba usted solo.

El la miró con atención. Si ella no había visto nada, él nada tenía que temer de su parte.

—¿Pensó usted entonces que yo prestaría auxilio a usted, a una mujer detenida bajo grave acusacióny fugitiva de la justicia?

Ella se rió.

—Ya sé que pertenece usted a la magistratura local,—dijo,—y a pesar de eso me he atrevido a venir a solicitar su ayuda. Usted no puede negármela ¿verdad? Un caballero no puede negarse a auxiliar a una

mujer que acude a ponerse bajo su protección.

Al oír estas palabras, Fox Dacre respiró con más tranquilidad.

En el primer momento pensó que su risa había encubierto una velada amenaza y que ella conocía el secreto que ocultaba la alacena, en cuyo caso Dacre se hubiera hallado a su merced. Si Judith tenía mucho que temer, más tenía que temer él, en realidad.

Pero ahora el temor había pasado. Dacre decíase que aquella mujer que se había aventurado a entrar en su casa lo había hecho jugándose su última carta y poniéndose bajo su protección sin más defensa que la que día darle la influencia de su peregrina belleza. Decíase también que su sonriente confianza se fundaba en la creencia de que el poder fascinador de su hermosura, que había rendido a tantos hombres a sus pies, lograría, aun ahora, hallándose como se hallaba, envuelta en la sombra de la infamia, obtener el debido homenaje.

Ella no podía saber nada de su secreto. Cada vez se sentía más tranquilo. Sin embargo deseaba hacer una nueva prueba para convencerse por completo.

—¿Y suponiendo que yo me negara a ayudarla?—dijo Dacre.—¡Usted no puede suponer seriamente que yo voy a transgredir la ley ayudando a que se escape quien se halla bajo la acusacionde un delito!

Esperaba Dacre que, ante semejante frase, ella hiciera uso de su amenaza si acaso podía formularla.

Pero Judith no amenazó. Se echó a reir con risa encantadora y musical.

—Sin embargo, creo que usted me ayudará.—dijo ella,—porque un hombre como usted siempre se muestra caballeresco con una mujer en desgracia.

Su última duda se disipó. Judith confiaba en que su solicitud, la solicitud de una mujer hermosa, no podía ser desoída por un hombre. No tenía a su disposición más arma que su belleza y su coquetería.

Convencido de esto, Fox Dacre se sonrió a su vez, con sonrisa diabólica.

Aquella mujer que en una ocasión había ofendido su vanidad, debía hallarse con que de nada le serviría toda su belleza y toda su coquetería para obtener la salvación de parte del hombre a quien había humillado. Dacre no era de los que olvidan las injurias.

Sentía él, grandes deseos de pronunciar las crueles palabras que sus sentimientos le inspiraban y que debían arrojar a aquella mujer de su casa, pero de pronto se le ocurrió un proceder más hábil y dijo con suma amabilidad:

—¡Claro está, estimada Judith! ¡Cómo no he de ayudarla! ¡Puede usted contar conmigo!

Durante un instante ella le miró fijamente. Después dijo:

—Pruébelo quitándome esto—y tendió ambas manos sujetas por las esposas.—¡No hay tiempo que perder!

Con la hoja de una navaja no fué difícil levantar el resorte de los cierres. Con ruido metálico, las esposas cayeron al suelo.

Dacre las tomó y las guardó en un cajón de su mesa escritorio. Como se volvió de espaldas a Judith, éste no pudo ver la maligna sonrisa que se pintó entonces en su rostro. "¡No tardará mucho,—decíase el hombre,—en necesitarlas de nuevo! ¡La que huyó de la cárcel a la cárcel tendrá que ir!".

En la delicada piel de las muñecas de Judith, las esposas habían dejado señales rojizas. La joven estiró los brazos con satisfacción. Dacre notó que, bajo aspecto de indiferente calma, Judith se había hallado dominada por la más intensa excitación.—Si la policía hubiera llegado mientras tenía las esposas puestas, toda tentativa de disimulo hubiera sido inútil.

—¡Vamos! Supongo que usted sabrá ser agradecida—dijo él.

—¡Oh! Necesito más todavía — contestó ella francamente. — Cuando vengan los de la policía usted me presentará diciendo que soy su hermana.

La calca co nque ella dijo eso hizo estremecer a Dacre.

—¿Qué dice usted? ¿Que pasa usted por mi hermana?—dijo.—¡Eso no es posible!

Judith no hizo caso de su negativa.

—Durante esta noche, para cualquiera que venga a esta casa, así como para sus criados, debo ser yo una hermana de usted que ha venido sin que se la esperara y que ha perdido el equipaje en el desastre ferroviario. Nadie pensará que la señorita Dacre puede ser la fugitiva del tren—dijo Judith con todo aplomo.—La policía debe tener la descripción de cómo estoy vestida... Debe haberla recibido por telégrafo. Por lo tanto cuando venga, no debo encontrarme cubierta por estos harapos.

—Pero ¿por qué supone usted que la policía va a venir a esta casa?—inquirió él.

—Es casi seguro que seguirá mi pista hasta aquí. Un chico me vió saltando el cerco... ¡Quizás vió las esposas! Cuando ví que observaba ya no podía retroceder. La policía irá de un lado a otro preguntando a todo el que encuentre.

—Esperemos que su profecía no sea acertada,—dijo él deseando por el contrario que sí lo fuera y sonriéndose.—En cuanto a su ropa, nada más fácil de arreglar. Una de mis hermanas vive aquí conmigo y por suerte se hala ausente, pasando unos días en casa de unas amigas.Es más o menos de su cuerpo y de su estatura, así que en su guardarropa encontrará usted todo lo que necesite.

—¡Qué bueno es usted! Ya sabía yo que podía confiar en un buen y viejo amigo como usted. De no ser así, no me hubiera atrevido a venir.

—Tengo verdadero placer en poder serle útil, Judith, pues como usted recordará, fuí su admirador en un tiempo en el que, por cierto, no se condujo usted muy amablemente conmigo, — dijo con sonrisa de fingida amabilidad. — Pero espere un instante, voy a ver, primero si está la costa libre. Cuando le avise, venga.

Dacre se ausentó dejándola a ella sola en la habitación.

Pocos momentos después la llamó desde el pie de la escalera que conducía al piso alto. La acompañó hasta el cuarto de su hermana y luego descendió, solo, sin dejar de sonreirse.

Una vez en el dormitorio, la cara de Judith Holt cambió por completo de expresión. Su máscara de fría indiferencia desapareció, sustituída por una expresión de miedo y de alarma. Su gesto era entonces el de una mujer perseguida, cuya huida no ha terminado aun.

Le sentó muy bien poder lavarse la cara con abundante agua fresca en el adjunto cuarto de baño. Pasó luego al cuarto de vestir y se quitó apresuradamente el vestido roto y el calzado sucio, con la prisa de una persona para quien hasta las segundos tienen subido precio.

Se puso un vestido muy elegante y que le quedaba muy bien. Había allí calzado de diversas clase y por suerte, desumismamedida. Permaneció unos instantes delante del espejo, mientras se peinó su negra caballera, recogiéndosela con suprema elegancia.

Judith Holt estaba transformada cuando se separó del espejo.

Durante todo el tiempo que duró su toilette, la fugitiva de la justicia pensaba:

—¡Dacre quiere hacerme traición y entregarme en cuanto pueda avisar a la policía! Lo que no sabe es de lo que es capaz la mujer con quien tiene que luchar. Ignora también todo lo que puede hacer una mujer cuando se halla en peligro. ¡Vamos! Ya estoy pronta... ¡A luchar!

La jugada decisiva

Solo en la habitación, Fox Dacre se sonreía malignamente.

Podía considerarse vengado de los antiguos desdenes de la hermosa cuando llegaran los de la policía y él les dijera: "Aquí tienen a su prisionera. La entretuve sin alarmarla, esperandola llegada de ustedes." ¿Se acordaría la orgullosa beldad de cómo le rechazó a él en otro tiempo?

Sim embargo, si ella hubiera mirado por entre las cortinas solo un momento antes, ¡cómo hubiera variado la situación!

El plan que tenía Dacre no debía darle, en su opinión, el desquite deseado únicamente. También debía asegurarle su tranquilidad.

La presencia de Judith Holt en su casa aquella noche, comprobaría, llegado el caso, la coartada, demostrando, si se hacían averiguaciones sobre el hombre desaparecido, que Dacre no bahía podido tener nada que ver en su desaparición:

Dacre había estado hablando con Roberts, su criado, pocos minutos antes de la llegada de Dick Audley. Cualquiera podía creer que la fugitiva había llegado en seguida de decirle el criado lo de la catástrofe del tren. No era posible la menor sospecha desde que podía demostrar como había empleado cada momento de su tiempo, despues de comer.

Pero tampoco ero posible que nadie sospechara. Dick Audley había llegado después de anochecido y nadie le había visto entrar.

Pese a todos sus argumentos en favor de su seguridad, Fox Dacre no pudo reprimir un estremecimiento cuando dirigió la mirada hacía la puerta del a alacena.

Era necesario quitar de allí aquella prueba cuanto antes y de cualquier modo. Pondría al hombre muerto en el automóvil y a favor de la oscuridad de la noche, iría a dejarlo abandonado en cualquier camino a muchas millas de distancia. La terrible señal que tenía en la sien no sería atribuída a una mano criminal. Se creería que Dick Audley había sido atropellado por un tutomóvil. Nadie sospecharía...

¡Marsh! ¿Por qué se acordaba, de pronto, del chauffeur de su víctima? No había razón ninguna y sin embargo...

Bonholme Audley habíale hablado de lo mucho que Marsh quería a Dick Audley. Dacre comprendía que Marsh tenía que ser, para él, un mal enemigo. Pero, al fin y al cabo y por capricho de la buena suerte. Dick no había venido en su automóvil. Quizás había venido a pie desde la casa de Aileen y pensaba regresar en ferrocarril.

Aun cuando se demostrara que el hombre desaparecido había entrado en casa de Docre, ¿quién podría decir que no había vuelto a salir?

La puerta se abrió y Judith Holt volvió a entrar en la habitación.

Dacre quedó asombrado al ver la completa transformación que había experimentado el aspecto de la joven. Ante él se hallaba una mujer muy bien vestida y peinada que no tenía nada de la figura vista un momento antes, de la fugitiva, emocionada y azorada.

La policía, a menos que quien la representara viniera provisto de una fotografía de Judith, además de la descripción de la persona buscada, no podría nunca suponer que era aquella la mujer a quien estaba buscando.

Judith atravesó la habitación como si no se hubiera dado cuenta de la admiración que había despertado. De un florero en el que había un ramo de rosas timó una flor rojay parándose anteel espejo, la colocó en su peinado, dando así a su tocado un último detalle de coquetería.

—¡Es usted maravillosa, Judith!—exclamó Dacre.—Si la policía viniera en busca de una mujer con el vestido desgarrado y los zapatos cubiertos de lodo, encontrarían en cambio una reina de la belleza y de la distinción.

—Encontrarán, cuando vengan, a la hermana del señor Dacre, Antes o después, vendrán, estoy segura. Pero no tengo miedo. Se que puedo confiar en usted. Es usted un hombre de honor y por lo tanto, incapaz de traicionarme.

Los luminosos ojos negros se fijaron en él durante un momento.

—¡Jamás he pensado en traicionarla, Judith!

Dacre se hallaba satisfecho, malignamente contento. ¡Con tal de que viniera la policía! El aparato telefónico estaba descompuesto. De no ser así ya habría hablado con la policía dando aviso.

Mientras Dacre pensaba eso se oyó llamar a la puerta de la casa.

El dirigió a ella una rápida mirada. Judith, a pesar de todo su dominio sobre sí misma se había extremecido. Estaba intensamente pálida. Su ansiedad era mucha, pero se notaba en la expresión de su rostro quo no le faltaba valor para afrontar la situación fuera cual fuera.

Dacre se dirigió a la puerta de la habitación y permaneció allí escuchando mientras el criado acudía a atender el llamado.

Podía ser Bonholme Audley, quien había llamado, pues, contra su costumbre, no había comparecido despues de anunciar su visita para aquella tarde.

Escuchó Dacre lo que decía el que hablaba. No era Bonholme, ¡Era la policía!

Con dificultad reprimió una sonrisa cuando se volvió hacia la mujer.

Oyó que el criado se acercaba a la puerta de la habitación. Se le oyó llamar. Se abrió la puerta. El sirviente se sorprendió al ver a Judith.

—Está el inspector Denman, de la policía de Northwood, que desea ver al señor—dijo.—Ha manifestado que viene por un asunto urgente.

—Bien. Hágalo pasar a la biblioteca. Roberts. Ahora iré yo—dijo Dacre.

—¡No! ¡Dígale al inspetcor que venga a esta habitación! —agregó Judith, imperiosamente.

No quería confiar en Fox Dacre al punto de dejar que se viera a solas con la policía.

El criado vaciló. Miró, interragativo, a su patrón.

—¿Me ha oido, Roberts?—repitió Judith con tranquila insistencia.—Haga pasar aquí al inspector Denman.

Dacre se encogió de hombros. Hubiera preferido que la mujer a quien se proponía traicionar no se hallara presente cuando él descubriera su identidad a la policía, pero, después de todo, ¿qué le importaba

—Bien, Roberts, que pase aquí el inspector,—dijo.

Un instante después el inspector Denman, acompañado por uno de sus subordinados, se presentó en la puerta.

—Siento molestarlo señor—dijo Denman, respectuosamente.

Conocía a Dacre, quien había sido nombrado hacía poco miembro del tribunal de la localidad.

Saludó con una inclinación de cabeza a la señorita que se hallaba detrás de Dacre, en lahabitación.

—El hecho es, señor—agregó,—que venimos en busca de una puersona que se ha escapado.

—¿Una persona que se ha escapado?—repitió Judith con bien fingido asombro.

—Sí, señorita. La fugitiva huyó hacia este lado y parece que la han visto saltando el cerco de esta casa. Por eso hemos creído que pudiera halarse oculta aquí.

—¡Se trata, por lo visto de una mujer!—dijo Judith fingiendo admirablemente la mayor sorpresa.

—Sí. Iba en el tren que sufrió el accidente cerca del empalme y aprovechó de la confusión para escapar—dijo el inspector.—Un muchacho vió a una mujer, vestida como dicen qeu lo está la fugitiva y hasta creyó ver que llevaba las esposas puestas. Cuando el muchacho la vió la mujer estaba pasando el cerco del jardín de esta casa. Usted no la habrá visto, sin duda, señor. No necesito preguntárselo, pero solicito su permiso para revisar el jardín.

—¡Y la casa también, si así lo desea, inspector! ¡Tal vez se haya metido dentro!

Dacrese echó a reir, pera advirtió en la mirada de la mujer a quien sus palabras iban a traicionar, algo que le hizo callar por el momento.

La mujer se rió. Su voz, su actitud, eran un milagro de arte, y sus palabras parecieron de lo más natural del mundo.

—¡Claro está, Fox! ¿Quién sabe si tu, a pesar de tu condición de magistrado, no has dado albergue a esa pobre mujer? ¿En qué hombre se puede confiar, tratándose de una mujer? Por lo tanto propongo que el inspector revise la casa empezando por esta habitación. Que se abra todo sitio que pueda servir de escondrijo. Allí veo una alacena sospechosa. . . ¡Abrala, señor inspector, y verá como no hay nadie escondido ahí dentro!

Y, con una llave en la mano, se dirigió sonriendo hacia la puerta de la alacena.

Fox Dacre sintió, en aquel momento, como si las cuatro paredes de la habitación se desplomaran sobre él. Casi no se explicó cómomo logró dominarse y no lanzar un grito de alarma. ¡Judith sabía su secreto! ¡Cómo le había engañado!

¡Y tenía en la mano la llave con lo que podía en un instante cumplir su amenaza! Dacre suponía tener la llave en el bolsillo. Vió a Judith avanzar hacia la puerta y creyó llegada su perdición en cuanto la puerta se abriera.

Durante un instante, el error más intenso le hizo permanecer inmóvil. Después avanzó a interponerse entre Judith y la puerta, tratando, con gran esfuerzo, de fingirse tranquilo y procurando sonreir mientras miraba a la joven.

—¡La broma de mi hermana ha durado bastante! — dijo dominando difícilmente el temblor de su voz.—Las mujeres no comprenden que hay cosas que no se pueden tratar en broma, ¿no es cierto, inspector?

El inspector se sonrió tolerante.

—¡Claro está que yo no he visto a lamujer a quien usted busca!—agregó Dacre.—Si la hubiera visto le hubiera avisado a usted por teléfono. Lo que usted ha manifestado es lo primero que he oído a su respecto. Pueden recorrer el jardín como quieran. Espero que lograrán encontrarla a esa mujer.

La voz de su "hermana" se dejó oir entonces en tono de reproche.

—Creo, Fox, que eres bastante "caballeresco",—dijo acentuandoel significado de la palabra,—para no desear eso. Yo, por mi parte, espero y deseo que no la encuentre usted, señor inspector.

Dirigió una mirada sonriente al inspector, que también se sonrió pensando que la señorita Dacre era una mujer bellísima.

—Simpatía mal empleada, señorita, créalo usted,—dijo el inspector de policía.—Pero ya se sabe que ustedes las mujeres de su clase social tienen todas buen corazón.

Judith se volvió hacia Fox.

—Fox, ¿por qué no acompañas al inspector durante su investigación? Digo esto por más que no pueda desearle buena suerte en su misión, señor inspector,—agregó dirigiéndose de nuevo, sonriente, al de policía.

Fox Dacre salió con los dos hombres, dejando a la mujer, victoriosa, en el campo de batalla.

Corazón de mujer

Cuando los tres hombres salieron de la habitación, Judith Holt dejó de sonreir.

—¡Por fin he logrado alejar a Dacre! ¡No volverá hasta dentro de un rato!—dijo entonces aquella mujer.

Después de haber desempeñado su papel con consumada habilidad, sentíase dominada de nuevo por la gravedad de su situación.

Cautelosamente escuchó como el rumar de los pasos se iba alejando. Luego cerró la puerta de la habitación y se dirigió hacia la alacena. La más intensa palidez se notaba en su rostro.

Cuando Judith había mirado por primera vez por entre las cortinas había visto a Dick Audley privado de su sentidos, tendido en el suela. Pensando en los momentos pasados, Judith se maravillaba de haber podido fingir con suficiente perfección para haber logrado engañar a Fox Dacre y hacerle creer que no sabía nada de su crimen.

Judith Holt había amado apasionadamente a Dick Audley. Al verse rechazado por él, había creido odiarle y sin embargo, Judith aun en medio de sus angustias de fugitiva había pensado casi más que en sí misma en lo que pudiera haberle acontecido a él. Con impaciencia grandísima había esperado el momento de poder enterarse de si era o no verdad lo que tanto temía. ¿Dick estaba muerto o no?

En su prolongada y ansiosa espera, Judith sólo había pensado una cosa; que amaba aun a Dick Audley. Por eso se dirigió tan rápidamente como pudo hacía la puerta de la alacena, resuelta a abrirla aun cuando solo fuera para ver confirmados sus más trágicos temores.

La llave que Dacre había visto en su mano no era la de aquella alacena. La había sacado Judith de la cerradura de una alacena igual que vió en el cuarto de la hermana del dueño de casa. No era difícil que sirviera. Casi siempre se colocan en todas las alacenas de una misma casa, cerraduras iguales. Metió la llave en la cerradura. La volvió y la puerta se abrió.

Judith se inclinó rápidamente a observar al hombre que estaba medio sentado en el hueco de la alacena. En seguida una exclamación de contento brotó de labios de la joven.

—¡Está vivo! Gracias, Dios mío! ¡Está vivo!—exclamó Judith.

Dick Audley seguía desmayado, pero ella sitió, al ponerle la mano en el pecho, que su corazón latía. Judith desabotonó el cuello de la camisa de Dick. En los ojos de aquella mujer brillaban las lágrimas, cuando se inclinó a mirar aquella cara pálida... Pero sus lágrimas eran de alegría. ¡Dick estaba vivo!

—Pero... ¿cómo salvarle? — díjose Judith.—¿Cómo salvar al hombre a quien amo?

. . . . . .

Cuando Fox Dacre regresó solo del jardín después de la infructuosa revisación de todo el terreno en compañía del inspector y de su subordinado, encontró a Judith Holt de pie en la puerta, que había abierto de par en par, como si hallara sofocante la habitación.

En cuanto miró hacia la pieza vió que la alacena seguía cerrada. Después de darse cuenta de que Judith sabía su secreto. Dacre había temido... En realidad no sabía él mismo lo que había temido.

La tempestad iba cediendo, pero aun se oía de vez en cuando algún trueno lejano. Un relámpago iluminó el rostro de la mujer, mientras Dacre se acercaba a ella lentamente. A la rápida luz de la descarga eléctrica pudo ver que aquellos ojos oscuros se fijaban en él con mirada llena de intensidad y de furor.

—¡Judas! — díjole ella con voz que le hizo extremecer como si hubiera recibido un latigazo.

El hombre se inclinó y penetró en la habitación, sumiso como un perro que acaba de ser castigado.

—¡Judas!—repitió ella volviéndose y mirándole cara a cara con intenso enojo.—Aun cuando no esperaba de usted otra actitud aun cuando no le creía capaz de ningún gesto caballeresco, no le suponía tan mentiroso y traidor. Cuando me prometió ayudarme, ya sabía yo que usted mentía. ¡Sí, soy una ladrona! ¡Lo confieso! Me apasionan las ricas joyas y tengo por ellas una afición que es locura. Por eso no pude resistir a la tentación de apoderarme de las que halló a mi alcance. Pero usted es peor que yo porque no solo hubiera traicionado a una mujer a quien prometió proteger sino que además es un asesino Yo, la ladrona, siento asco y repulsión al verle! ¡Judas!

El hombre escuchó en silencio las violentaspalabras de Judith.

—Antes de que habláramos una sola palabra esta noche ya conocía yo su culpable secreto que me llenó de horror. Ni aún sé cómo logré fingir. Si se salvó usted fué porque mi propia situación era deseperada. De

no haber sido así, Fox Dacre, yo hubiera gritado que es usted un criminal y hubiera hecho que le detuvieran aquí mismo, junto a su víctima, sin defensa ni negativa posible.

—¡Calle usted! ¿Se ha vuelto loca? ¿Quiere perdenrnos a los dos?—dijo Dacre desesperado al notar que Judith iba levantando lavoz. De su frente caían gruesas gotas de sudor.

Judith Holt se rió burlonamente.

—Poco le importaba a usted que yo me perdiera o no cuando tejía su red de traición para envolverme en ella,—exclamó la joven. — Pero usted tiene mucho más que perder que yo y usted lo sabe ¿no es verdad?

Un súbito pensamiento pasó por la imaginación de Judith Holt, que agregó:

—Lo que le ha favorecido a usted ha sido la circunstancia de que el hombre a quien ha dado muerte y con quien estuve apunto de casarme, transformara, con su actitud, mi amor en odio. De no haber sido así, yo le hubiera denunciado a usted, ¡asesino!, por caro que me hubiera costado.

Judith había pronunciado estas palabras con deliberado propósito. ¿Odiaba ella a Dick Audley? En el fondo de su corazón de mujer sentía que le había amado una vez más y que seguiría amándole siempre.

Pero en el duelo de hábilidad y de ingenio trabado con Fox Darec era conveniente que éste no lo supiera. Si Dacre llegaba a suponer el plan que preparaba Judith, como se hallaba en situación desesperada, sería capaz de recurrir a todo lo inmaginable, fuera lo que fuera, para lograr hacerlo fracasar.

El único pensamiento de Judith era salvar a Dick. Pero no era posible sarvarle sin ariesgarse ella misma. Había logrado hacer fracasar la traición meditada por Dacre. Sin embargo comprendía que aun se halaba su propia seguridad pendiente de un cabello.

—Si Dacre llega a percartarse de que Dick no está muerto y si solamente desmayado, ¡a qué desesperados recursos no acudirá con tal de lograr que su víctima no se escape y puede acusarle! — pensaba Judith Holt.

Mientras el crimen de Dacre permaneciera sin descubrir, Judith podía dominarle por el temor. Una vez conocida su tentativa de homicidio,—él creía que se trataba de un verdadero homicidio, — nada impediría que Dacre denunciara a Judith. La joven se hallaba sometida al férreo dominio de las circunstancias. Si procedía resueltamente en favor de Dick, la consecuencias sería que la volvieran a prender.

Pero su sagacidad de mujer estaba estudiando el modo de burlar a Dacre en cuanto se presentara la oportunidad, siempre que la oportunidad se presentara a tiempo.

Si sucedía lo peor y si no podía salverle de otro modo, como debía salverle, — aun cuando ella le amaba y él amaba a otra mujer, — le salvaría a costa de su propio sacrificio.

—Su hermana se retira a su habitación, —dijo ella de pronto con sonrisa maliciosa. — ¡Su hermana! ¡No se le olvide! Usted ha aceptado el parentesco ante la policía! Voy a descansar tranquilamente porque usted ni se atreverá a traicionarme, Fov Dacre! No creo que pueda usted dormir tan tranquilo como yo. ¡Todo la noche pensará usted en lo que hay y se sentirá envuelto en la terrible sombra de su crimen!

Judith Holt indicó la alacena y vió que Dacre temblaba al oir sus últimas palabras. El sistema nervioso de Dacre se hallaba desequilibrado desde el momento de horrible angustia en que Judith se había dirigido, en presencia de la policía, hacia la puerta de la alacena, con intención de abrirla.

Demostró lo excitado que estaba en aquel mismo momento, pues se extremeció de nuevo al oir un aldabonazo dado en la puerta de entrada.

Roverts, el criado, entró luego en la habitación.

—Está el señor Bonholme Audley, señor. ¿Le hago pasar aquí?

—¡No! — exclamó Dacre con vehemencia. Aquel cuarto le horrorizaba. Además Bonholme no debía ver a Judith. — Hágale pasar a la biblioteca. Voy en seguida.

Cuando Roberts iba a retirarse, Judith dijo sonriendo:

—Fox: aun no le has dicho a Roberts quien soy yo.

—Esta señorita es una hermanastra mía que ha llegado inesperadamente, Roberts.— dijo Fov Dacre no sin admirar la habilidad de Judith para fingir. — Esta noche dormirá en la habitación de la señorita Clara.

Roberts se inclinó y salió para ir a hacer pasar a Bonholme Audley a la biblioteca. Cuando oyeron que la puerta de la biblioteca se cerraba. Judith selió de la habitación sin decir una solo palabra.

Dacre apagó la luz eléctrica y salió detrás de Judith, cerrando la puerta.

Permaneció inmóvil un momento mirando con furia a su no invitada huésped mientras Judith Holt subía lentamente la escalera que conducía al piso alto, donde se halaban los drmitorios. Aunque mujer le había vencido a él, que se creía suficientemente astuto para que nadie lograra burlarle. Pero, al fin y al cabo, nada tenía que temer de ella ahora. El secreto de su crimen estaba seguro desde que ella también,—la únnica que lo conocía,—tenía tanto que perder.

Dacre esperó que la elegante y juvenil figura desapareciera escalera arriba antes de abrir la puerta de la biblioteca, donde le esperaba Bonholme Audley.

Judith no se había dirigido al dormitorio. Habíase quedado en la escalera, después de pasar del primer rellano, mirando por entre las maderas del pasamanos, esperando que Fox Dacre entrara en la biblioteca y cerrara la puerta tras si.

¡Por fin quedó expedito el camino! Silenciosa como un fantasma, Judith Holt descendió de nuevo por la escalera.

Un visitante nocturno

Para los maltratados nervios de Dacre, fué un motivo de alivio el poder salir de la habitación donde se había producido la tragedia.

Si no necesitaba volver a aquel cuarto hasta el día siguiente, cuando ya se encontrara más tranquilo y su nervios se hubieran calmado durante el reposo de la noche, podría trazar sus planes sin angustia y en pleno dominio de sus facultades.

Pero temía, por infinidad de razones, que no le fuera posible dejar para el siguiente día la terrible tarea que debía llevar a cabo para encoontrarse por fin, en seguridad. Un escalofría sacudió su cuerpo al pensarlo.

Antes de que amaneciera el siguiente día, era necesario que el muerto estuviera fuera de la casa. Dacre había dejado abierta la puerta del garage donde estaba el uatomóvil pronto para salir, de modo que en cuanto Bonholme se retirara y todos, en la casa, estuvieran durmiendo, secaría a Dick, le llevaría al automóvil y luego le dejaría caer en el camino lo más lejos posible. El plan estaba, pues, enteramente combinado.

Fox Dacre no dudó ni un solo instante de que había dado muerte a Dick Audley al aplicarle el feroz golpe que le dió con la regla de ébano.

Bonholme saludó a Dacre con gran efusión cuando le vió entrar en la biblioteca.

—Siento haber venido tan tarde, amigo mío, pero el desastre ferroviario acaecido en Northwood ha desorganizado todo el servicio de trenes. De no haber sido así hubiera llegado dos horas antes.

En aquel momento y como si notara la expresión del rostro de su amigo, exclamó Bonholme:

—¿Pero qué le pasa, Fox? Le encuentro pálido y como emocionado. ¿Le ha sucedido algo?

Dacre inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Pensaba que lo sucedido emocionaría también a Bonholme si llegaba a saberlo, pero que la emoción del anciano sería agradable, pues Dacre no ignoraba los verdaderos sentimientos de Bonholme para con su sobrino.

—¡Ya me lo figuré! ¿No va usted a confiarme lo que le pasa?

Ss que hay cosas que uno no confía ni aun a sus más íntimos amigos.

—Su sobrino vino a visitarme esta noche, —dijo Dacre e inmediatamente sintió haberlo dicho, pues nadie sinó él había visto a Dick al llegar a la casa. Pero lo dicho, dicho estaba.—Vino a hablarme,—agregó— del asunto del hermano de Aileen Gray.

—¡Vamos! ¡Ya empezó usted a apretar el torniquete!—exclamó Bonholme muy contento.

El viejo estaba al tanto de los deseos que tenía Dacre de casarse con Aileen y de la amenaza que la había dirigido. Aquel mismo día, almorzando juntos en Londres, habían hablado de eso y habían combinado sus planes—cada uno de los dos con diferente objetivo — contra la felicidad de Disk y de la joven a quien amaba.

—¡Pero no me haga penar! ¡Hable!— añadió irritado.

—El quería ver las pruebas de la falsificación hecha por Tom Gray. Por último, accedí y abrí mi caja de hierro para secar el documento, pero...

—¿Por qué?

—¡El documento había desaparecido!

—¿Desaparecido? ¿Cómo es posible?

—¡Me lo han robado! Alguien forzó la caja, probablemente durante la noche pasada. Lo peor de todo es que en ello debe haber andado la mano de Dick Audley. El sabía, al venir a verme esta noche, que el documento no estaba en la caja. Pero no es eso todo. Aun hay algo más grave,—añadióFox Dacre,—algo que le interesa tambien a usted. De la caja no robaron solamente el documento con la firma falsificada por Tom Gray, robaron tambien un paquete de cartas de usted, amigo Bonholme.

El viejo se extremeció y se puso pálido. Se acercó más a Dacre.

—¿Las cartas con las revelaciones sobre el misterio de la puerta cerrada del castillo de Merlin?—preguntó.—¿Esas?

—Sí. Han desaparecido de mi caja de hierro—dijo Dacre.

—¡Y si caen en manos de Dick! ¡Si caen en manos de alguien que!... ¡Dios mío!— exclamó Bonholme desesperado.

Un fuerte aldabonazo sonó en aquel momento en la puerta de entrada. Dacre tenía aquella noche más visitantes que de costumbre. ¿Quién podía ser?

Roberts entró un instante después en la biblioteca.

—Señor: el chauffeur del señor Richard Audley desea ver al señor.

¡Marsh! ¿Por qué se presentaba Marsh? Una mirada medrosa se notó en los ojos de Fox Dacre cuando oyó nombrar a aquel hombre. No era posible que sospechara. ¿Qué querría Marsh?

Su primer impulso fué mandarle decir con Roberts que no podía recibirle. Después pensó que su negativa podía ser interpretada contra él mismo. Se levantó y salió de la biblioteca cerrando la puerta tras sí.

Pero en cuanto Dacre cambió las primeras palabras con Marsh, en la puerta del hall, Bonholme, muy cautelosamente abrió la puerta de la biblioteca una media pulgada y se puso a escuchar.

La sorpresa final

Cuando el sirviente anunció la presencia de Marsh, que deseaba verle, Fox Dacre se sintió nuevamente alarmado.

¿Por qué había venido Marsh? No era posible que la desaparición de Dick Audley hubiera despertado sospechas tan pronto. Pero Dacre, intranquilo y receloso, no se sentía muy seguro cuando salió a hablar con el chauffeur de su víctima.

Trató, sin embargo, de disimular lo mejor posible su turbación.

—¿Qué desea usted?—preguntó.

—He venido a ver si está aquí mi patrón —dijo Marsh.

Durante un brevísimo momento Dacre vaciló antes de contestar. Lo mejor era mentir y sostener con toda energía su mentira. Nadie podía haber visto a Dick llegar a aquella casa y confesar que había llegado era dar rienda suelta a las averiguaciones y tal vez dar lugar a que la fatalidad llegara a hacer descubrir su delito.

—No,—respondió Dacre;—no he visto a su patrón esta noche.

—¿Que no lo ha visto?—preguntó Marsh con apresuramiento.

Solo un instante sospechó Fox Dacre que Marsh le miraba con desconfianza. Pero ¿por qué? Era una tontería dejarse arrastrar por semejantes ideas.

—Pero si mi patrón salió de casa de la señorita Aileen para venir a pie a esta casa, —prosiguió Marsh. — Me dió orden de que fuera a buscarle allí con el automóvil, pero cuando legué aún no había regresado de la visita que debía haberle hecho a usted. Como tardaba tanto y la señorita Aileen estaba intranquila, vine a ver si estaba aquí.

—Pues aquí no está. Mejor dicho aquí no ha estado ni yo le he visto. Tal vez los criados sepan algo.

Dacre consideró muy oportuna la idea que se le había ocurrido y le permitía dar un sesgo a la conversación. Al pensar en el hombre inerte, oculto en la alacena, Fox Dacre no podía resistir la mirada escrutadora de Marsh. No podía evitar la idea de que su intranquilidad acabaría por hacerle sospechoso al chauffeur. Llamó, pues, a su criado.

—Roberts, ¿ha vitso usted a sir Richard Audley—preguntó. — ¿Ha estado aquí esta noche?

Roberts pareció muy sorprendido.

—No, señor,—dijo.

—Ya lo oye usted,—dijo Dacre impaciente a Jim Marsh.

—Sí, ya lo oigo. Pero al oirlo estoy pensando que lo que pasa puede parecer algo turbio,—manifestó Marsh.

Algo más le parecía "turbio" a Jim Marsh. Notó que la puerta de la biblioteca se había abierto cautelosamente una media pulgada. Desde aquella puerta alguien estaba escuchando.

Marsh, sospechando quién era el que estaba—un sombrero de fieltro que había sobr la mesa se lo indicó—dijo irónicamente:

—¡Puede usted estudiar lo que hablamos, señor Bonholme! Si no quiere moverse de ahí, alzaremos la voz.

El señor Bonholme le oyó sin duda, pues la puerta de la biblioteca se movió como si el que escuchaba, con la mano en el picaporte, se hubiera extremecido al darse cuenta de que habían notado su presencia.

—El señor Bonholme está muy tímido esta noche,—contestó Marsh con ingenuidad y sin preocuparse de lo que Dacre pudiera pensar de semejante súbita timidez.

Marsh se acordaba de que en otra ocasión había sorprendido a Bonholme Audley atisbando también. Fué la noche en que regresó a la Aabadía de Merlin con las precauciones propias de un ladrón y se había dirigido cautelosamente, en la oscuridad, hacia el cuarto donde dormía su sobrino. ¿Qué se proponía aquella noche Bonholme Audely? Marsh no lo sabía. Sin embargo, debía ser algo malo. ¿Combinábase algo malo ahora? La presencia de Bonholme Audely en aquella casa era motivo de que Marsh sospechara.

—Bien: no puedo darle información de ninguna clase sobre lo que usted desea—dijo Dacre en tono que indicaba a Marsh que debía retirarse.

Marsh no hizo caso.

—Es que hay algo que no logro comprender,—dijo.—Mi patrón salió para venir a pie a esta casa, que está a menos de dos millas de donde salió y sin embargo usted me dice que no le ha visto.

La excitación nerviosa que dominaba a Dacre le hizo cometer un error. Exclamó con vehemencia, con demasiada vehemencia:

—¡Supongo que usted no pretenderá que yo sé algo sobre su patrón y trato de ocultárselo!

Marsh le miró fijamente. No se había atrevido a expresar sus sospechas, pero las tenía. La vehemencia de Dacre le pareció aún más sospechosa. Además, ¿por qué mostraba aquel hombre tanta prisa porque él se fuera?

—No se enoje, señor. En verdad, el caso de mi joven patrón...

—¡Le he dicho que no puedo informarle a su respecto! Tal vez su patrón encontraría algun amigo... Quizás se haya ido con él de paseo.

—Ir él de paseo con un amigo cuando sabe que la señorita Aileen le está esperando! ¡No puede ser!—dijo Marsh.

—¡Buenas noche!

Y Dacre cerró la puerta.

Durante unos momentos Marsh permaneció ante la puerta sin saber que hacer. Después pensó que nada sacaría con esperar allí.

—¡Estoy creyendo que eres un tonto y que en seguida ves malas intenciones en todos y en todo!—se dijo.—Voy a casa de la señorita Aileen con seguridad encontraré allí a mi patrón.

Pero no se sentía tranquilo mientras se encaminaba hacia el portón. En la actitud de Dacre le había parecido notar algo sospechoso.

Dacre volvió a la biblioteca. Su palidez llamó la atención de Bonholme en cuanto entró. Se comprendía que estaba muy nervioso. Como antes, Fox Dacre pensaba que Marsh podía ser un enemigo peligroso capaz de darse cuenta de lo que veía y de hallar la verdad de lo hecho por él aquella noche.

—He oido que usted dijo a Marsh que Dick no había venido esta noche,—dijo de improviso Bonholme. — y hace un momento usted me aseguró que había estado a visi-

tarle. ¡Me parece muy raro que Dick haya desaparecido!

Al decir esto miraba fijamente a Dacre.

—¡Desaparecido! ¿Quién dice que ha desaparecido? — exclamó Dacre con innecesaria vehemencia.

Al oirle, Bonholme, cuyo instinto para estas cosas era muy penetrante, se convenció de que algo grave ocultaban esas afirmaciones contradictorias.

—Vamos, Dacre, — dijo en tono meloso, —no tenga miedo de confiar en mí. ¡Somos amigos de verdad! ¡Qué demonio! — agregó palmeándole el hombro.

Permanecieron un momento en silencio. Durante ese breve instante, Dacre resolvió lo que había de hacer.

Se dió cuenta de que cuando se descubriera la muerte de Dick la ayuda de Bonholme le sería valiosísima, pues podría servir de testigo para justificar como había empleado el tiempo, Conocía perfectamente a aquel hombre, — su cómplice en tantos asuntos, —y sabía que podía contar con él. Los dos vencerían o serían vencidos juntos.

—Sí, voy a confiar en usted,—dijo.—Usted odia a su sobrino. Además, Dick se interpone entre yo y la mujer a quien amo y aunque le prefiera por su título y su fortuna. Usted aspira a ese título y su fortuna y por lo tanto me ayudará a que yo haga que lleguen a ser suyos.

Bonholme escuchaba atónito. ¿Qué quería decir su cómplice?

—Necesitaré su ayuda,—agregó Dacre en voz baja. — Dick vino esta noche a esta casa. Reñimos. Ya le he dicho que abrieron mi caja de hierro y que de ella han desaparecido las cartas de usted. Esas cartas pueden constituir un peligro muy grave si Dick viviera para hacer uso de ellas. Pues bien, durante la riña se produjo un accidente... ¡Fué un accidente, lo juro!

—¡Sí. Sí! — dijo rápidamente Bonholme con una odiosa expresión de alegría infernal. — Siga usted, mi amigo. Confíe en mí. Para los secretos soy una tumba.

Esta última palabra hizo tiritar a Dacre.

—¡Ese accidente le proporciona a usted un título nobiliario y una gran fortuna! — dijo en voz baja.

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

—Venga usted conmigo, — dijo Dacre.

Abrió la puerta de la biblioteca. La joven fugitiva de la policía estaba en el dormitorio del piso alto. El la había visto subir. Nadie podía molestarles. Se dirigió de nuevo a la biblioteca, de donde había salido veinte minutos antes.

Bonholme le siguió diciéndose a sí mismo con infame alegría:

—¡Seré "Sir" Bonholme Audley y la Abadía de Merlin así como la fortuna de los Audley será mía por fin!

Unicamente el casamiento de Dick y el nacimiento de un heredero podían haber evitado que él heredara todo a la muerte de Dick. ¡Y Dick había muerto!

La habitación estaba tal como había quedado. Dacre encendió la luz y cerró la puerta.

Tuvo que dominar su sistema nervioso al cruzar hacia la alacena y los dedos le temblaban cuando metió la llave en la cerradura de la puerta que ocultaba la prueba de su crimen.

Abrió la puerta mientras Bonholme miraba con toda atención. En el mismo momento brotó de labios de Dacre una exclamación de asombro.

¡Dentro del hueco no había ni rastro de Dick Audley ni muetro ni vivo! ¡La alacena estaba vacía!

El todo por el todo

Judith Holt en cuanto Dacre cerrón la puerta de la biblioteca después de la llegada de Bonholme, descendió nuevamente la escalera, con todo precaución.

Pero al llegar al último peldaño se detuvo y, como si se le ocurriera una nueva idea, volvió a subir rápidamente, fué al dormitorio, sacó del guardarropa un abrigo de automovilista y un velo y se los puso. Judith se disponía a hallarse muy lejos antes de que Dacre pudiera suponer que no se encontraba en el dormitorio.

Al pensar en el plan que se disponía a ejecutar, la joven sentía que le palpitaba rápidamente el corazón. Lo principal, para asegurar el éxito era que Dacre no sospechara siquiera.

Miró por entre los barrotes de la barandilla. La puerta de la biblioteca seguía cerrada. Sin hacer el menor ruido volvió a descender y se metió en la habitación de donde había salido con Dacre pocos minutos antes.

Judith cerró la puerta con precaución antes de encender la luz y corrió la llave. ¡Con tal de que el visitante que había venido a ver a Dacre se quedará el tiempo necesario para que ella pudiera llevar a cabo su plan!

Con el rostro contraído por una mueca de preocupación, se acercó a la alacena. Antes había podido darse cuenta, al mirar a Dick, sin que Dacre se enterara, de que el joven se hallaba vivo. Pero también se había percatado de que debía haber recibido un golpe brutal y temía que su estado fuera muy grave. En consecuencia, había sufrido mucho, temerosa por la vida de su amado, durante los minutos que había tenido que esperar.

¡Por fin había llegado el momento de poder enterarse de toda la verdad!

¡Pero Dick vivía! Casi en cuanto entró en la habitación Judith oyó un quejido; al oirlo sitió que en su pecho renacía la esperanza.

Con la misma llave que había empleado antes, Judith volvió a abrir la puerta de la alacena. La madera presentaba varias grietas y por ellas había entrado aire suficiente para que respirara el prisionero. Aun cuando Dick se quejaba, pudo ella notar que el joven seguía sin conocimiento.

Judith se inclinó y sacó de la alacena al desmayado Dick.

Cuando la joven vió la terrible señal que el golpe había dejado en una sien de Dick, sintió conmiseración por la víctima de Dacre y comprendió que no tenía nada de raro que permaneciera insensible tanto tiempo.

Con infinita ternura limpió la herida con una esponja mojada que había traído del dormitorio y luego dió a beber al desmayado unas gotas de cognac. El alcohol pareció hacer rapidísimo efecto.

El desmayado estiró los brazos y abrió los ojos mirando, durante un momento a la joven que estaba de rodillas, a su lado, sosteniéndole la cabeza, pero no la reconoció. Casi en seguida volvió a cerrar los ojos y a quedar sin conocimiento.

Cuando Judith contempló aquella cara tan pálida, exclamó:

—¡Oh Dick! ¡Si usted no me hubiera desdeñado yo sería hoy otra clase de mujer! ¡Su desdén fué lo que hizo de mí lo que soy! ¡En mí desesperación no pensé en lo que hacía!

Quizás odiara aun a Aileen Gray, la joven que, en su opinión, le había robado el amor de Dick, pero los sucesos recientes habíanle dicho a Judith — en cuyo corazón uníase una extraña mezcla de bien y de mal —que su amor por Dick había arraigada tan hondo que nada ni nadie podía arrancárselo.

Judith había pensado su plan. Todo su éxito dependía de un detalle. Si lograba apoderarse del automóvil de Dacre y salir al camino, lo demás poco importaba. Judith sabía manejar un automóvil con habilidad que muchos hombres hubieran envidiado.

El garage estaba cerca de la casa, separado por un espacio de césped. La puerta estaría cerrada, pero Judith, ladrona de joyas, sabía cómo se abrían las cerraduras con un pequeño pedazo de alambre torcido.

¿Pero cómo llevar a Dick hasta el garage, desmayado como estaba?

La oscuridad la favorecía. No había luna y, salvo raras y espaciados relámpagos, el jardín estaba envuelto en la más densa sombra.

Poco tardó Judith en hacer sus preparativos. Llenó de cognac un frasquito pequeño cerró de nuevo con llave la alacena ya vacía y abrió la puerta que daba a la galería. A cada instante se detenía a escuchar, pero no oyó ruido inquietante ninguno. Solo se escuchaba el rumor del viento entre las hojas.

Con toda precaución, tomando a Dick por debajo de los brazos, lo deslizó hasta la galería y luego hasta el césped del jardín.

Volvió para apagar la luz y cerrar la puerta y luego haciendo un esfuerzo supremo medio arrastró, medio llevó a cuesta al hombre desmayado hasta que pasó el espacio de césped y llegó a hallarse frente al garage.

Miró hacia la puerta y con asombro notó que estaba abierta.

Casi agotadas por completo sus fuerzas, consiguió no obstante, llevar a Dick hasta dentro del garage. En el mismo momento y para llenarla de miedo, oyó el ruido de un automóvil que se detenía delante del portón.

El automóvil no entró. Quedó frente al portón. Se oyeron los pasos de una persona que descendió del vehículo y fué hacia la casa. Era Marsh, el chauffeur de Dick.

Oculta entre los árboles vió Judith que el hombre llamaba a la puerta y luego que hablaba con Dacre. Por último le vió retirarse y oyó el ruido del automóvil que seguía su marcha.

Judith casi no se dió cuenta de cómo logró colocar al hombre desmayado dentro del automóvil de Dacre. Miró luego hacia el portón y vió que estaba abierto. Un farol alumbraba junto a él.

¡Si la suerte le favorecía un poco de tiempo más todo iría bien! En el semblante de Judith se leía la resolución y el valor. Volvió hacia el garage completamente dueña de sus energías, resuelta a jugarse el todo por el todo en su desesperada aventura.

Ante ella estaba la libertad—la libertad para la que había huído de la justicia. ¡Libertad! Solo el pensar en ella le entusiasmaba. Con su libertad obtendría a la vez la salvación de Dick de aquella casa de donde, sin ella, no hubiera salido nunca con vida.

¡Y Dick sabría, al recobrar el conocimiento, que era a ella a quien debía su vida!...

No había un instante que perder. Judith encendió los faros, puso en movimiento el motor y ocupó el asiento del chauffeur. El vehículo salió del garage y describió la curva del camino que conducía al portón que daba al camino. Una vez en el camino se encontraría ya rumbo a la libertad.

A pesar de su impaciencia y de su emoción, Judith pudo manejar hábilmente y con precaución hasta cerca del portón. ¡Una vez en el camino nada podría detenerla!

Se encontraba a poca distancia antes del portón cuando algo que vió pareció suspender los latidos de su corazón. Al oir el ruido del automóvil se habían presentado dos hombres vestidos de uniforme. Los vió a la luz de los faros delanteros: ¡eran de la policía!

La policía vigilaba aun aquellos sitios en espera de la fugitiva. ¿Qué significaba eso para ella? ¿Lo había perdido todo?

Durante un momento la desesperada mujer tuvo idea de dar toda la velocidad al automóvil y pasar de largo sin hacer caso de los de la policía. Pero, ¿y si no lograba pasar?

De pronto una idea brilló en su cerebro. Su astucia de mujer tenía que salvarla una vez más. El coche siguió lentamente hacia el portón.

Uno de los hombres dirigió hacia el automóvil la luz de su linterna. Eran el inspector y su subordinado los que hacían la guardia.

—¡Qué susto me han dado!—exclamó Judith sonriendo. Su serenidad era extraordinaria. — ¿Están todavía buscando a la fugitiva? Yo creí, inspector Denman, que ya estaba usted convencido de que no se hallaba por aquí.

Los dos de policía no podían sospechar que aquella joven tan serena y tan bien ves-

tida fuera la que buscaban. Su misma audacia hubiera dasarmado a los más suspicaces. Pero los hombres miraban con extrañeza la pálida faz de Dick, echado hacia atrás en el asiento, sin conocimiento, medio cubierto por una manta.

—El inspector pensó que era mejor que vigiláramos el lugar hasta tarde. Pero ¿qué tiene ese señor? ¿Esta malo?—dijo uno de los policías.

—Ei. Se encuentra mal — respondió Judith.—Ha sufrido un accidente. Por eso lo llevo tan tarde en el automóvil. Voy a confiarle a los cuidados de un médico. No puedo perder tiempo.

Pareció que la suerte se ponía en contra de la joven. Mientras hablaba ella, Dick abrió los ojos y miró asombrado a su alrededor.

Su mirada se detuvo en el rostro de Judith, medio vuelto hacia él. ¿Dónde estaba? Su mente seguía confusa. Sin embargo, reconoció a la mujer. Al mirarla, atónito, pronunció instintivamente su nombre.

—¡Judith! ¡Judith Holt!

Judith se volvió del todo, con el rostro pálido y con una expresión que fué lo suficiente para denunciarla a los dos de policía.

—¡Judith Holt! ¡Esa es la mujer a quien estamos buscando!—exclamó excitadísimo el inspector. — ¡Ah! Por fin la hemos encontrado!

Un recurso desesperado

Judith Holt no pudo conformarse con ver fracasado su plan en el mismo momento en que tenía ante sí la libertad. ¡No! ¡No era posible! ¡Nada debía detenerle!

—¡Fuera del camino!—gritó con enérgica voz, apretados los dientes y frunciendo el ceño.

El automóvil, obediente a su maniobra dió un salto hacia adelante con imprevista rapidez.

Uno de los policías se echó atrás lanzando un grito de terror. El otro intentó agarrase al automóvil en el momento en que le vió moverse.

Nno logró su intento. Sus manos se cerraron en el aire y el hombre cayó de bruces en el polvo del camino.

El automóvil, a barquinazos, pasó el portón, saltó la cuneta y siguió luego por el camino. La luz roja la oscuridad y luego se fué poco a poco perdiendo de vista.

En el asiento del interior, Dick había vuelto a desmayarse.

Judith Holt no pensaba más que en una cosa cuando el automóvil corría por el camino a través del campo desierto, espantando las sombras con la luz poderosa de sus faros.

Era necesario correr mucho si se quería la libertar. Judith pensó que su partida sería o habría sido ya comunicada telegráficamente para que la detuvieran.

No disponía, pues, más que del tiempo que durara la trasmision y entrega del telegrama para ponerse en seguridad. ¿Le bastaría ese tiempo?

Judith hacia marchar al automóvil a toda velocidad. Cuando pensó su plan de escapatoria, pensó también a donde se dirigiría. Era a un lugar solitario situado entre las colinas del condado de Surrey, a menos de veinte millas de distancia del punto de partida. Allí vivía un amigo, un verdadero amigo en quien la mujer perseguida podía confiar.

La urgente necesidad de asistencia médica para Dick le había hecho recordar aquel sitio y aquella persona. El había sido médico en una época. Un médico que tenía ante sí una brillante carrera, que subió muy pronto y luego cayó de improviso. La bebida le había causado su desgracia. Se le prohibió ejercer su profesión y se le olvidó.

¡Si Judith lograba llegar a la casa de George Milson antes de que se extendiera la orden de detener en cualquier camino a un automóvil de determinado número y prenderla a ella, todo se habría salvado!

El doctor George Milson vivía con su esposa, que no le había abandonado y le cuidaba como una madre, en una casita situada entre las colinas y rodeada de sembrados. Judith conocía perfectamente aquellos caminos, así que, a pesar de la oscuridad reinante, podía recorrerlos con toda seguridad.

El viento le daba de cara acrecentado por el correr del automóvil. La noche, tormentosa, no podía ser menos agradable.

El automóvil seguía corriendo veloz por los caminos, cruzando aldeas donde todo el mundo dormía, encontrando a uno que otro retardado transeunte que se acercaba rápidamente a uno de los cercos que flanqueaban la carretera, enceguecido por el brillar de los focos que le encandilaban un instante y pasaban veloces.

Una y otra vez la joven que iba manejando el automóvil con todo el sistema nervioso en tensión, miró hacia atrás temiendo notar a cada momento que alguien estaba ya persiguiéndola.

No quedaba ya tan lejano el fin de la jornada. El camino iba cuesta arriba y pasaba la parte alta, que a la luz de los relámpagos se distinguía como una valla oscura, quedaría interceptada la visión de los perseguidores. Más allá estaba el comienzo del largo y blanco camino calizo que ondulaba por entre las colinas.

Hasta ese momento el automóvil había funcionado admirablemente. Pero en el instante en que comenzó a ascender la primera cuesta, Judith notó que la máquina no marchaba tan bien como antes. Aun cuando los instantes eran valiosísimos, tuvo que detener el vehículo para investigar qué le pasaba.

Dich estaba hundido en los asientos traseros, con los ojos cerrados. ¡Qué pálido estaba! Llena de ansiedad, Judith le hizo tomar un poco más de cognac. El viaje estaba casi terminado. El desdichado joven no tar-

daría en halarse en poder de quien podría atenderle.

Levantó la tapa del capot del motor. Además de saber manejar muy bien el automóvil, Judith conocía a la perfección el mecanismo del motor. Necesitó, no obstante, unos diez minutos para arreglar el desperfecto qu, por suerte, no era importante. Puso luego nuevamente en marcha el vehículo.

Una empinada cuesta se hallaba ante el poderoso coche, pero era tan potente su motor que pareció saltar más que subir la cuesta.

De pronto Judith oyó a su espalda, muy distante, el inconfundible ruido de otro automóvil en marcha. Miró hacia atrás y vió dos luces que se acercaban veloces por el mismo camino por donde ella acababa de pasar antes de llegar a la cuesta. Aquellas dos luces eran las de un automóvil y como iban creciendo en tamaño a cada momento desmostraban que el coche avanzaba a toda velocidad.

—¡La policía! ¡Me viene persiguiendo!—exclamó Judith.

Tal vez no fuera así, pera para Judith no cabía duda de que aquel automóvil que avanzaba tan rápido, corría en su persecución.

La joven apretó los dientes. Sus perseguidores no podrían avanzar con igual velocidad cuando llegaran a la cuesta y comenzaran a subir la colina. ¡Pero qué cerca estaba ya! Aquel automóvil podría ascender más rápidamente que el que ella manejaba. Desde que se había desarreglado el motor no había vuelto a marchar como antes, pero no era ya tiempo de detenerse para arreglarlo.

Al final de la cuesta el automóvil no corría ya, parecía arrastrase. El ruido del coche que le seguía resonaba cada vez mas fuertemente en los oídos de la mujer.

Del otro lado de la altura, el primer automóvil descendió la cuesta con una velocidad que le llevó hasta la mitad de la cuesta ascendente que seguía. A pesar de la emoción que sentía y del convencimiento de que la suerte estaba contra ella, Judith seguía manejando admirablemente el automóvil.

Volvió a mirar hacia atrás y vió que el otro automóvil —más poderoso que el suyo— había llegado ya a la cumbre y luego que bajaba la cuesta con rapidez de flecha.

Judith estaba pálida, pero no había perdido su serenidad. Estaba pugándose el todo por el todo y jugaría hasta el final de la terrible partida.

El automóvil perseguidor, después de bajar la cuesta estaba ascendiendo tras el otro, ganando terreno minuto tras minuto. Judith se dió cuenta de lo que pasaba. El final no estaba lejos, fuera el que fuera.

En aquel momento, como si hubiese perdido su fuerza, el primer automóvil pareció llegar con dificultad a la segunda altura y desapareció de la vista del automóvil perseguidor, en el que iban tres empleados de policía.

—¡Le alcanzaremos antes de la cumbre de la otra colina!—exclamó contento uno de ellos, mientras su automóvil, lentamente, pero más rápido que el otro, iba subiendo hacia la cúspide.

Cuando llegó el coche de la policía a la parte más alta del camino, el empleado que iba manejando exclamó:

—¡Miren! ¡Qué emocionada debe estar! ¡Cómo va manejando! ¡Se va a estrellar!

El camino que quedaba ante ellos era, en su primera parte, una cuesta en suave declive. A mitad de esa cuesta, entre la ascuridad de la noche, podían distinguir la luz roja de la zaga del otro automóvil moviéndose de un lado a otro. El coche no iba ya manejado por una mano segura. Judith Holt había perdido, por fin, su serenidad.

Al pie de la cuesta, el camino describía un peligrosa curva.

—¡Pero esa mujer se ha vuelto loca!—gritó una voz en el segundo automóvil.

Razón tenía para decirlo. El primer vehículo avanzaba tal y como si su conductor hubiera perdido todo dominio sobre él.

Un instante después se produjo el final.

En lugar de seguir la curva del camino, el automóvil se salió de la carretera, rompiendo el cerco de la curva. El golpe produjo un formidable estruendo y los de policía lanzaron gritos de horror al comprender la horrible tragedia que se desarrollaba en aquel instante y porque sabíen lo que había detrás de aquel cerco de palos y de arbustos.

Cuando llegaron al pie de la cuesta se detuvo su coche y los tres hombres descendieron del vehículo y corrieron hacía el otro lado del camino.

Más allá de los palos y de las plantas aplastadas, que indicaban el sitio por donde había pasado el automóvil de Judith, se hallaba el abismo de una cantera de piedra de cal, cuyo fondo, reuniendo en él las aguas pluviales, habíase transformado en un lago de bastante extensión.

A la luz de uno de los faros que sacaron de su automóvil, los de policía vieron que el automóvil, al que habían estado persiguiendo se había dado vuelta, ruedas ariba, al caer y se encontraba sobre el lago de la cantera sostenido en los aires por el tronco de un pino medio desarraigado por la fuerza del choque.

Claro está que dentro del volcado vehículo na había nadie.

En vano buscaron al hombre y a la mujer que ivan antes en el automóvil.

—Se han caído del coche desde más de cien pies de altura, al fondo del lago de la cantera. ¡Qué trágico fin ha tenido la persecusión!—dijo uno de los policía.

Los perseguidores miraron atónitos y emocionados el árbol medio desarraigado, cuando, de pronto, cediendo al peso del automóvil, se movió hacia abajo. El árbol y el vehículo, en medio del ruido de un extraño crujir de madera, se fueron inclinando hasta caer ambos en el agua, situada cien pies más abajo.

Dominados por una intensa impresión de terror, los tres hombres miraron desde arriba, tratándo en vano de penetrar con su vis-

ta la densa oscuridad que les ocultaba el agua profunda que se había tragado árbol y vehículo y se había cerrado luego como una trampa.

Advertida por un sueño

El lago de la cantera de cal era profundo y no resultaba fácil arrancarle sus secretos.

Al siguiente día se comenzó a buscar a las dos víctimas de la catástrofe automovilística, pero el resultado de la primera pornada fué negativo. No se halló ni rastro ni del hombre ni de la mujer.

La policía se sorprendió mucho al tener conocimiento de este resultado negativo.

—¡Tienen que pasar varios días antes de que demos con ellos! ¡Hay tantos pozos, muy hondos en el fondo de la cantera!—dijo uno de los encargados de aquel trabajo.

Para Dacre fué importante la noticia de que así había terminado la desesperada fuga de Judith. Le dió la noticia a la mañana siguiente el mismo inspector de policía que había estado en su casa la noche anterior.

—¡La mujer era muy serena—dijo—pero se conoce que en el último momento perdió por completo le serenidad! ¡A menos qeu nofuera en busca de la muerte con tal de no caer presa de nuevo!

Dacre había perdido su hermoso automóvil, pero esto le importaba poco puesto que tenía la satisfacción de enterarse de que la situación se había solucionado de manera que le dejaba fuera de toda responsabilidad.

Estaba convencido Dacre de que Dick no había muerto a sus manos desde que había ido al automóvil y en él estaba con Judith. A no haber mediado toda aquella serie de circunstancias, con su desenlace trágico, Dacre hubiese tenido que dar cuenta de su proceder nocturno contra Dick.

Pocos momentos después de hallar que la alacena estaba vacía, Dacre había oido el ruido del automóvil que salía del garage. Sospechando instantáneamente lo que pasaba, salió hacia el camino a tiempo para ver qeu el automóvil se alejaba y para oir, de labios del inspector la rápida narración de lo ocurrido. Inmediatamente los de la policía se pusieron en persecución de la fugitiva.

A la mañana siguiente recibió la noticia de la catástrofe, cuando ya había preparado su plan de defensa, por suerte para Dacre el inspector no había logrado ver la cara de la mujer que iba en el automóvil y no podía compararla con la de la supuesta "señorita Dacre" de la noche anterior.

—La mujer debió obtener ropa con que disfrazarse en alguna casa de las cercanías y luego vino a robarme el automóvil,—dijo Dacre.—¡Qué caso de extraordinaria sangre fría!

—¿Y el hombre que iba con ella?—preguntó el inspector.

Ya podía Dacre hablar con toda libertad. Dick no podía ser testigo contra él.

—Era Sir Richard Audley, según creo, —dijo.

—¡Sí! ¡Debe haber sido mi pobre y desorientado sobrino!—exclamo Bonholme aparentemente dominado por la más intensa pena. — Lo que hizo anoche fué todo misteso. Su chauffeur había estado poco antes a preguntar si estaba aquí. Lo que debe haber sucedido es que se encontró con esa mujer, a la que, tal vez, amaba aun. Fué él, sin duda, el que le hizo facilitar los vestidos para cambiarse.

Pero el hombre que iba en el automóvil parecía muy enfermo, según me dijeron mis subordinados. Parecía haber sufrido grave daño.

—Eso sí que es raro,—dijo Dacre.—¡Y pensar que no heos de tener la solución de ese misterio nunca!

Dos días después, Fox Dacre fué de visita a la casa de la familia Gray.

Encontró a Aileen en el jardín. Estaba pálida y parecía enferma. En sus bellos ojos se notaba todavía la intensidad de la angustia que había sufrido durante esos dos días en los cuales no había tenido noticias del hombre a quien amaba.

Aileen miró friamente a Dacre al verle acercarse. Su mirada fría y su actitud hubieran hecho retroceder a cuaquier hombre educado. Dacre no retrocedió.

—Perdone usted mi visita, señorita, — dijo,—pero no he querido dejar de venir a presentar a usted el homenaje de mi afecto en estos tristes momentos.

Su propósito era desempeñar el papel de desconsolado amigo. El hombre estaba decidido a borrar cuanto antes de la imaginación de Aileen el recuerdo de su violenta acitutd de cuando, convencido de que dominaba la situación, se permitió amenazar a la joven con brutalidad poco caballeresca.

Ahora no poseía ya el arma que podía obligar a la joven a ceder ante la volutad, pero por lo menos, su rival ya no existía. Dacre se sonreía malignamente para sí. Judith Holt le había hecho un gran servicio llevando a Dick a la muerte.

—También quiero manifestarle,—dijo en tono muy grave,—que lamento profundamente las palabras que le dirigí en un momento de ira. La emoción que me causó el desengaño de saberla a usted comprometida, es lo que tiene que excusar mi arrebato. Quiero que usted olvide aquella escena y que me permita ser su amigo ya que no puedo ser otra cosa para usted. — El pícaro se había estudiado antes su papel.—Claro está,—añadió, — que, aun cuando amenacé no pensé nunca en cumplir mi amneza. Quiero que usted se convenza de esto y de que me siento avergonzado de haberme conducido como me conduje.

Aileen le miró a la cara, cuya expresión de bondod no podía ser sino finjida y no contestó. No podía creer en lo que aquel hombre opinaba. Sabía que amenazó con el firme propósito de cumplir su amenaza. No la había cumplido porque Dick le había desarmado. Dick, — no sabía ella cómo—había

logrado apoderarse del documento que tenía la firma falsificada por el hermano de Aileen y lo había destruído en presencia de la joven.

Pero se encontraba ahora demasiado obsirbida por su dolor para sentir algo que no fuera indiferencia hacia lo que aquel hombre pudo hacer. Lo que deseaba Aileen era que Dacre se ausentara lo antes posible y la dejara a solas para llorar la pérdida del hombre que había sido todo para ella en el mundo.

Fué un alivio para Aileen ver a su padre cruzar el césped, dirigiéndose hacia ellos. Sin dirigir una sola mirada a Dacre, la joven se dirigió hacia la casa y entró en ella.

Dacre interpretó mal la calma y la indiferencia de la joven. Consideró una buena señal que no le hubiera rechazado. Ahora que Dick Audley había desaparecido de su paso, sentía mayor confianza. Si sabía conducirse con habilidad, suyo será el éxito. En cuanto a la amenaza que había proferido, Aileen se convencería de que no la profería con intención de cumplirla desde que no la cumpliría. Además le había dicho por qué había procedido así y toda mujer perdona lo que se hace por amor hacia ella.

Fox Dacre se sonrió malignamente mientras se retiraba de la casa aquella tarde.

A pesar de todas las pruebas, Aileen había luchado contra la creencia de que Dicb pudiera haberse muerto. Le parecía imposible que hubiérale sido arrebatado así, en un instante, de modo tan trágico.

Pero pasaron los días transcurrió una semana y el silencio que rodeaba el destino de Dick, permaneció igual. Las esperanzas que Aileen abrigó un momento empezaron a desvanecerse.

Era verdad que todos los sondeos y dragajes del lago de la cantera no dieron por resultado prueba ninguna de la muerte de Dick. Pero precisamente esa ansiedad, esa inseguridad misma, era lo que la desesperaba. Si Dick no había muerto, ¿cómo permanecía en silencia tan largo tiempo?

Pero una mañana, una semana después, Aileen bajó de su dormitorio muy emocionada. Antes de que hablara una sola palabra su padre se dió cuenta de que algo había cambiado en ella. Durante varios días había andado por la casa silenciosa como un fantasma y de pronto se presentaba con una excitación extraordinaria.

—¡Papá! — exclamó. — Quiero que usted me lleve a la abadía de Merlin.

—¿A la abadía de Merlin? — exclamó atónito el señor Gray. — ¿Por qué?

—No se ría de mí, papá,—agregó Aileen. —Pero yo... ¡Una nueva esperanza ha iluminado mi corazón! ¡Algo me dice que Dick no ha muerto y que en la abadía de Merlin he de conocer la verdad de este odioso misterio!

Lo que no quería decir Aileen a su padre era la verdadera razón de su rápido cambio, lo que la había sacado de la mayor desesperación para darle nueva esperanza.

Tal vez era una locura, así lo temía ella, pero había sido influenciada por un sueño y este sueño, que había herido su mente durante la tranquilidad de la noche, había sido tan vívido, tan claro, que cuando se despertó no pudo librarse del pensamiento de que aquello no había sido un sueño como otro culaquiera sino un extraño mensaje.

Aileen no había estado nunca en la abadía de Merlin, sin embargo la había visto en su sueño con toda claridad; había visto el viejo castillo sombrío a orillas del mar... Había penetrado en sus habitaciones y había visto a Dick, a Dick vivo y llamándola.

En su sueño, Aileen haba visto detrás de la figura de su amado una extraña puerta de forma ojival, sujetada con fuertes barrotes de hierro. Y en medio de la alegría de ver a Dick vivo había experimentado el presentimiento de que detrás de aquella puerta cerrada algun mal oculto amenazaba al hombre a quien ella amaba. En el preciso momento en que Aileen se aproximaba a advertírselo se había edspertado sobresaltada, pronunciando desesperadamente el nombre de Dick.

—¿Pero de veras quieres ir a la abadía de Merlín, muchacha?—le preguntó el padre.

—Sí. ¡Siento que debo ir!

Locura o no. Aileen no podía borrar de su imaginación la imagen que en ella había dejado su sueño, llamándola hacía la Abadía de Merlin.

—Bien. Iremos en el automóvil y partiremos inmediatamente, — dijo el señor Gray contento al ver que algo lograba sacar a su hija de la tristeza en que se había hallado y aun cuando no tenía esperanzas de que viviera Dick.—¡YJim Marsh, que tanto quiere al pobre Dick, irá con nosotros! ¡Marsh será el chauffeur que nos conduzca a la Abadía de Merlin!

Luz en una ventana

Diez días después de acaecida de tragedia de la cantera, Bonholme Audley se decidió a regresar a la Abadía de Merlin.

Todos sus amigos se mostraron muy emocionados de ver lo afligidísimo que estaba por al muerte de su sobrino.

—¡Estoy aturdido todavía! ¡Ha sido para mí un golpe terible!—decía como agobiado por el dolor.—¡Aun no me atrevo a creerlo! ¡Dick, a quien yo quería como si fuera hijo mío! ¡Desaparecer así!... ¡Tan joven! No me decido todavía a dar por peridida toda esperanza, por más que no tengo fazón alguna, casi, para esperar aún.

Bonholme tenía gran taletno para fingir, era necesario reconocerlo así.

Dacre iba a acompañarle a la Abadía de Merlin. Dacre no había vuelto a ver a Aileen. Había comprendido que le convenía proceder con cautela, esperando ocasión propicia para llevar adelante sus planes. El y Bonholme habían decidido ir juntos, en el automóvil del segundo.

Bonholme sentía impaciencia por poder recrear la vista en la contemplación de todo lo que, con la muerte de Dick, pasaba a ser de su exclusiva propiedad.

No podía tomar posesión del título hasta que se tuviera prueba absoluta de la muerte de Dick o hasta que el tribunal declarará que debía darse por acaecido su fallecimiento; pero Bonholme tenía el placer de presumir que nadie podía ya disputarle la posesión de las tierras de Audley, situadas en aquel remoto rincón e Inglaterra donde la Abadía de Merlin se levantaba dominando las cimas de los oscuros acantilados.

Fué aquel un viaje que, a buena velocidad, les ocupó casi todo el día. Estaba anocheciendo cuando Bonholme y su compañero se encontraban todavía a cuarenta millas de distancia de su punto de destino.

Pasaban por la calle principal de una aldea, cuando delante de una hostería algo llamó la atención de Dacre y pareció agitarle mucho.

—¡Bonholme! — exclamó. — ¿Vé usted lo que hay allí?

Un automóvil estaba parado. Se trataba de un coche que debía haber sufrido algún accidente. El motor estaba destapado y un hombre se hallaba inclinado allí trabajando, sin duda, en arreglarlo. La luz que salía de la abierta puerta de la hostería permitió a Bonholme ver la cara inconfundible de Jim Marsh.

—¿Qué andará haciendo Marsh por estos sitios?—exclamó Dacre.—No creo que se dirija a la Abadía de Merlin.

Bonholme se rió.

—Si se dirige a la abadía puede estar seguro de que allí se le recibirá muy friamente,—dijo. — Lo aseguro yo.

Marsh, ocupado en arreglar el motor no había mirado hacia ellos. Pero en cambio ellos no sabían que mirando por una de las ventanas du la hostería estaba Aileen Gray y que ésta había reconocido a los viajeros que iban en el automóvil que acababa de pasar.

Pudieron contemplar la silueta de la Abada de Merlin mucho antes de que llegaran a la vieja mansión edificada en las alturas de las rocas de la costa.

Bonholme sintió que el corazón le saltaba de gozo al contemplarla. ¡Ahora era suya! ¡El era allí el patrón! La casualidad le había dado, por fin, lo que su ambición había codiciado durante tanto tiempo!

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras
proseguirá en el número 84 de "Pucky" que se pondrá en venta el tercer viernes del de Marzo de 1925.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

¡Un.. "ESSENTIAL

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

ha prohijado desde su fundación todo lo propicio en Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información

Lea DETRAS de la PUERTA CERRADA

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Marzo de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 84.

Esta escena corresponde a la novela completa de BUFFALO BILL que se publica en este número y se titula:

EL CIRCO DESTERRADO

¡Un!

"ESSENTIAL

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Rec'ame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZA Av. ALDAVA 2201

El circo desterrado

Interesante aventura de Búffalo Bill y su circo del Far West.

Los tres finales de un cuento

Varias escenas escritas por un gran autor italiano.

La danzarina griega

Atrayente narración novelesca de admirable estudio psicológico.

La bombonera de marfil

Una curiosa narración.

La obsesión

Un curioso caso cómico dramático.

Detrás de la puerta cerrada

Nuevos episodios de la gran novela cuya publicación pidió el público lector.

Recetas de utilidad práctica

Conviene guardarlas porque algún día pueden resultar necesarias.

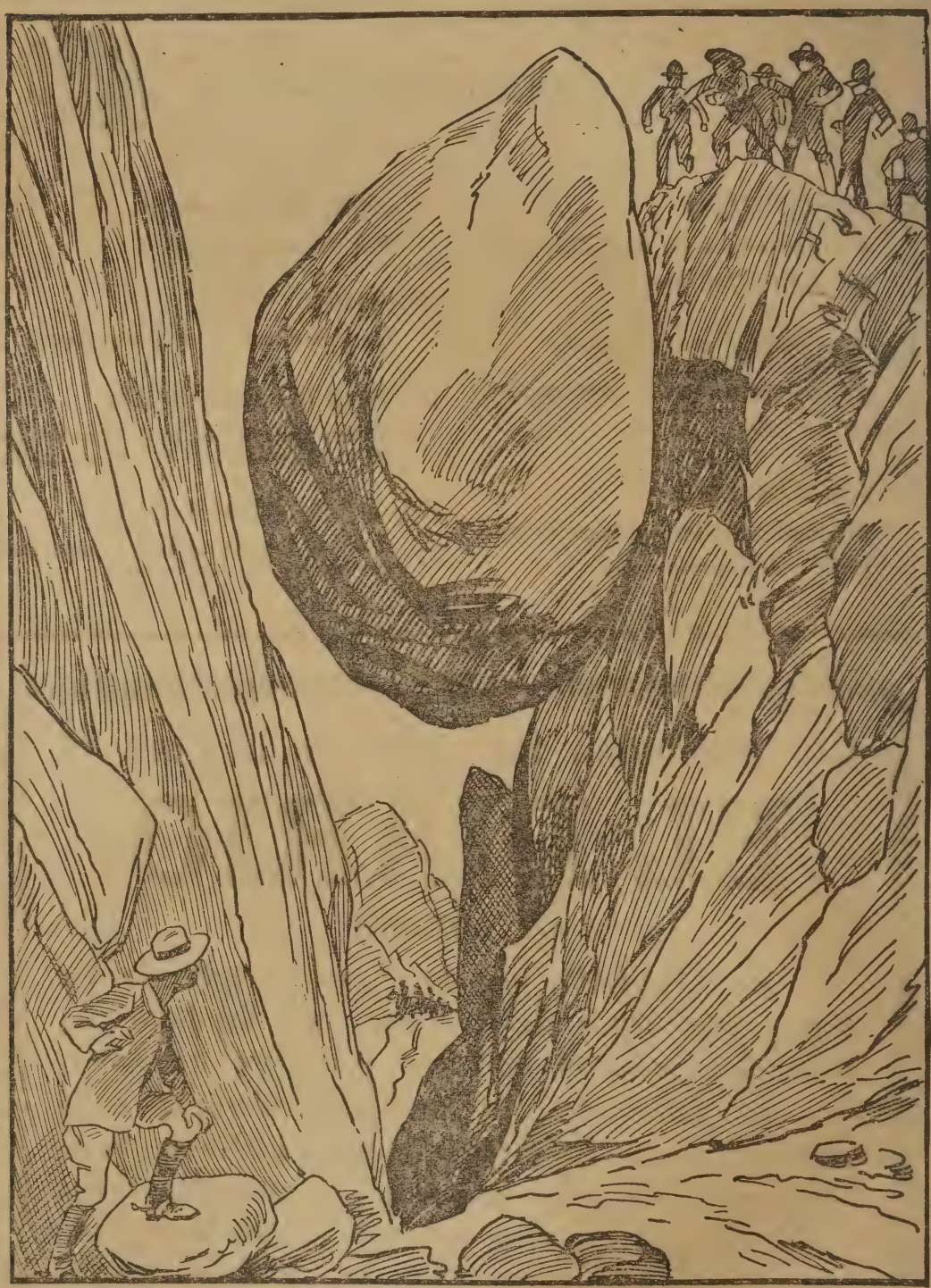
Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4.ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

Su Dirección, ha prohijado siempre todo lo propicio en Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre su alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.



La gran roca comenzó a correrse hacia el borde, y un ruido semejante a un trueno, que repercutió por los barrancos y quebradas en una extensión de varias millas, demostró que la roca había caído. ("El Circo Desterrado".)

CAPITULO I

El bando en el circo. — ¿Qué significa esto? —El disgusto de Búffalo Bill.

> **A W. F. Cody:**
> **Tome nota de que no queremos la presencia de su circo en Cottonlands y que su funcionamiento aquí está prohibido por mí.**
> **Firmado: John Venn.**
> **Mayor de Cottonlands.**

"¿QUE significa esto?"

Johnny Baker, que regresaba de dar su paseo matinal y de darse un baño en las frescas aguas del arroyo que corría por allí cerca, lanzó esa exclamación de sorpresa, cuando hubo leído, por segunda vez el aviso, sin querer comprender la realidad de lo que aquello significaba.

—¡Qué cosa extraña! — murmuró. — ¿Qué es lo que va a decir Búffalo Bill cuando se entere... Me parece que no va a hacerle mucho caso...

El aviso que estaba escrito con grandes caracteres, y que aun no estaba seco del todo, había sido clavado en el tronco de un solitario cedro, que crecía cerca del lugar en que el circo de Búffalo Bill se había detenido la noche anterior. Como podía verse estaba redactado en términos rudos y enérgicos.

El circo se dirigía hacia Utah y aquel era el primer alto que hacía en territorio mormon. Johnny tenía la costumbre de levantarse muy temprano, era uno de los que madrugaban más entre el personal del circo.

La desagradable noticia, le preocupaba y se detuvo de nuevo para leerla bien. Acostumbrado a vivir en pleno campo no le llamaban mayormente la atención los admirables paisajes, pero aquel cartel si atrajo sus miradas desde el principio.

La gran carpa del circo se hallaba instalada a unas doscientas yardas de la ciudad de Cottonlands. Un largo declive de roja salvia se extendía en dirección opuesta. A derecha e izquierda grandes extensiones de pradera llegaban hasta el horizonte, formando un valle.

En aquellos momentos el sol naciente iluminaba con sus rayos aquella vegetación cuyos tonos rojos adquirían los tintes del fuego. De trecho en trecho, se destacaban como manchas oscuras copudos cedros, y a la distancia se advertían ruinas de rojas rocas.

Más lejos aún, a varias millas de distancia, se levantaban altas montañas de azulados tonos, cuyas cimas se confundían con el cielo, cuando no estaban ocultas por las nubes.

—Yo creo que esto es un abuso, pues no creo que el mayor Venn, pueda hacer tal cosa, — murmuró Johnny. — Me parece que este asunto va a ser causa de disgustos.

Un hombre de esbelta silueta, había aparecido por entre las carretas reunidas en torno a la gran capa. Llevaba una camisa roja, saco de piel y sombrero de anchas alas. En la cintura se le veía un cuchillo de caza y la funda de dos gruesos revólvers.

Búffalo Bill, porque él era aquel hombre,

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"
Prosigue su publicación en la página 43 de este número de "Pucky".

hizo un saludo con la mano, y apresuró el paso al ver a Johnny. Pocos instantes después sonaba ya cerca el ruido de sus espuelas.

—¡Buenos días, Johnny! — exclamó afectuosamente. — ¿Ha ido a tomar un baño? — agregó al ver la sábana que llevaba al cuello su amigo.

—Sí, — respondió éste. — Dígame Bill ¿qué opina usted de esto?

Búffalo Bill dirigió la vista hacia el punto que le indicaba su amigo.

Leyó detenidamente el aviso y Johnny notó que su bronceado rostro adquiría una expresión de disgusto.

—¿Este mayor es una especie de sheriff, según calcúlo, — preguntó Johnny al ver que Cody permanecía callado.

Búffalo Bill hizo un gesto de asentimiento.

—En una pequeña ciudad mormona como ésta, su palabra es ley, — agregó con calma.

—¿Pero nosotros no lo obedeceremos? — preguntó rápidamente Baker.

—No sin luchar antes, aún cuando supongo que ha de ser un hombre poderoso, — dijo. — Estoy pensando en ir a celebrar una entrevista con él antes de almorzar.

—No me parece mal, — respondió el otro.

Los dos amigos regresaron al circo, cuyos componentes comenzaban ya a dar muestras de una vida activa.

Fuera ya de sus tiendas, los indios siux habían encendido hogueras y preparaban su almuerzo.El viejo Toro Solitario, su jefe, en otra época el más encarnizado adversario de Búffalo Bill y ahora su más fiel amigo, se encontraba un poco alejado, fumando en su pipa de piedra roja y observándolo todo con gravedad. Su rostro inmóvil como si fuera de granito, parecía más grave que nunca.

Los cowboys que viajaban con Cody y que formaban también parte de la compañía, preparaban también su almuerzo y fumaban su pipa, bromeando entre ellos.

Cody contempló la escena mientras se acercaba con su amigo a la carreta donde acostumbraban a tomar sus comidas.

—No sé cómo tomarán los muchachos esa imprudente actitud del mayor Venn, — exclamó. — Será necesario vigilarlos, pues son capaces de ir a la ciudad y empezar a tiros, untarlo de alquitrán y emplumarlo.

—No les faltaría razón para ello, — dijo prontamente Baker. — Pero yo voy a hablarlos, y si les digo que no lo hagan, se quedarán quietos.

Los dos camaradas almorzaron. Un rudo pero alimenticio almuerzo, consistente en carne de búfalo asada, pan casero y te. En seguida de terminar, Búffalo Bill se puso en pie.

—¿Va a ver al mayor? — preguntó Baker. — ¿No quiere que vaya con usted?

—No, — respondió Cody, — sacudiendo la cabeza. — Le temo mucho a usted por su temperamento nervioso. Estas cosas es necesario llevarlas con un poco de diplomacia. Déjeme a mí...

Cottonlands estaba situada en una región en la que principalmente había ranchos, y la ciudad no era muy grande. Consistía en unas quinientas casas de madera, una iglesia, una escuela hecha con chapas de zinc y los edificios de los ranchos y granjas.

Había una calle principal en la que se encontraba el banco, unos almacenes generales, un correo y una cárcel, — o por lo menos Búffalo Bill lo supuso así al notar el tamaño del edificio y sus ventanas resguardadas con rejas.

La mayor parte de los habitantes trabajaban en los ranchos y granjas cercanos, y recorrían las calles calzados con sus botas altas y espuelas.

Cuando Búfalo Bill apareció en la calle principal con las manos en los bolsillos de su saco de piel, no pocas miradas llenas de curiosidad se dirigieron hacia él.

Era manifiesto que la casi generalidad de las mujeres y los hombres que lo veían, sabían quién era, y a su vez notó preocupación en más de un rostro. Sus firmes mandíbulas temblaban un poco, cuando detuvo a un muchacho para preguntarle dónde vivía Venn.

Era, según le dijeron, el propietario del correo y almacenes generales, y una vez que llegó al edificio indicado, Cody penetró.

Una muchacha, como de quince años, dejó de tejer y acudió para atenderlo.

—¿Está su padre, señorita? — preguntó Búffalo Bill sonriendo en aquella forma que tantos amigos le había conquistado.

—Si usted pregunta por el mayor Venn, sí está, — respondió la muchacha. — Pero no es mi padre. Yo sólo soy una empleada suya.

Búffalo Bill había aprendido de las grandes ciudades, a usar tarjetas. Sacó una de su cartera y se la entregó a la joven.

—¿Quiere entregársela con mis respetos, y decirle que me encuentro aquí? — exclamó tranquilamente.

Cuando la joven leyó el popular nombre que estaba en la tarjeta, el color huyó de sus labios y mejillas, y sacudió negativamente la cabeza.

—El no quiere verle a usted, — respondió. — Y se enojará conmigo si yo le llevo la tarjeta.

—¿Qué ocurre, Juana? — preguntó una voz gruesa, desde el interior de la tienda.

Antes de que la muchacha pudiera responder, Búffalo Bill había levantado la trampa de la puerta y se encontraba del otro lado del mostrador. Un par de pasos lo llevó ante la puerta por donde había llegado hasta ellos la voz.

Un hombre corpulento, como de cuarenta años, de rostro grande con pequeños y vivaces ojos, se dió vuelta en la silla que ocupaba y miró hacia él. Aún cuando permaneció sentado, Cody calculó que tendría unos seis pies de estatura y una fuerza hercúlea.

—¿Qué significa esto? — preguntó con tono agrio.

—¿El mayor Venn? — interrogó tranquilamente a su vez, Bill Cody. — Me he adelantado porque su empleada parece temerle mucho y no ha querido pasarle mi tarjeta.

Por un instante, los dos hombres se contemplaron en silencio, como si se estuvieran

estudiando y calculando las fuerzas y energías de cada uno.

—Bueno. Ya que ha forzado el paso hasta aquí, señor Cody, ¿qué es lo que desea? — exclamó Venn.

Búffalo Bill se encogió de hombros y sus ojos de acero se clavaron en el rostro del hombre.

—Me parece inocente la pregunta, — respondió con calma. — Quiero saber por qué ha colocado usted, o ha hecho colocar, ese bando cerca de mi exposición.

—¿No lo encuentra usted satisfactorio y viene contra mí? — exclamó. — ¿Acaso ignora usted que mis palabras son aquí una ley?

—Es que yo sé cuándo la misma ley se excede, — afirmó Cody. — Yo no soy mormón, mayor Venn, y no acostumbro a obedecer a la voluntad de ningún hombre. ¿Por qué ha colocado usted ese aviso cerca de mi circo?

El mayor Venn se puso de pie y dió un paso hacia adelante, las venas de su cuello y frente se hincharon en forma alarmante y sus enormes manos se contrajeron.

Bill Cody era también alto y fuerte, pero comparado con el mormón parecía un muchacho. Más, si Venn había calculado impresionarlo, se equivocó de medio a medio.

—No queremos diversiones frívolas en Cottonlands y no las toleraremos, — exclamó. — ¿No es eso ya suficiente?

—¡No! — respondió Cody con energía. — El terreno en que yo me he instalado es libre y me acompañan todos los derechos para establecer mi circo allí. ¿Acaso sus órdenes gobiernan la voluntad de los habitantes de Cottanlands?

—Mi conducta está encaminada hacia su bien, — respondió el otro después de alguna vacilación. — No hace aún mucho tiempo se escapó un león de su circo, y causó el hecho gran pánico. No quiero que se repita el caso y origine algunos muertos o heridos.

—Parece ser que usted altera los hechos a su sabor y conveniencia, — respondió Cody mirándolo curiosamente. — No era en mi circo donde se escapó el león, sino en otro circo donde yo trabajaba por casualidad. No tenemos nosotros leones, ni fieras de ninguna especie.

—También están sus ejercicios de tiro al blanco, — prosiguió Venn. — Puede usted errar y matar o herir a alguien.

—Me parece, — interrumpió Búffalo Bill, — que está usted hablando a tontas y a locas. Nosotros nos hemos instalado aquí y permaneceremos sin movernos hasta que queramos. Es más, inauguraremos nuestro espectáculo para los que deseen concurrir.

John Venn, se había enfurecido. Acercó sus puños al rostro de Cody, indicando lo cerca que estaba de llegar a las vías de hecho.

—No quiero que trabaje aquí, — rugió. — Váyase. Levante sus tiendas y váyase o...

—¿O qué? — preguntó sonriendo Cody.

—Aquí existe una ley. La ley de los mormones, — rugió John Venn. Tenga buen cuidado de no faltar a ella.

—Vaya a pasear con su ley, — manifestó amoscado Cody. Y su voz era seca, fría, agresiva. — Yo iniciaré mis espectáculos hoy a las seis si es que acude el público.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación, cruzó el establecimiento y se encontró en la calle. Pensó que Venn ordenase su arresto, pero algo le hizo confiar en que no llegaría tan lejos y el hecho fué que llegó a su circo sin notar signos de persecución.

Había una expresión extraña en el tostado rostro de Búffalo Bill. Tenía la convicción de que Venn, no había hablado por su pueblo, sino por él. ¿Pero, por qué tendría tanto interés en hacer que él y su compañía se fuesen? Bill Cody no podía creer que Venn, tuviese algún motivo especial, más las pruebas autorizaban a suponerlo así. Las objeciones que había opuesto eran pueriles y Búffalo Bill estaba convencido de que conocía bien los hechos y no ignoraba en consecuencia que los leones a que aludía no pertenecían a él sino a Orlando Stiggs, en unión de cuya compañía trabajaba cuando se produjo el incidente.

Todo aquello intrigaba bastante a Cody. Tenía la seguridad de que no había visto a aquel hombre en toda su vida y por eso no tenía explicación la conducta de Venn para con él. La actitud del mormón le parecía harto misteriosa y resolvió en consecuencia aclarar por completo el enigma antes de abandonar aquellos sitios.

Búffalo Bill, encontró a algunos de sus cowboys reunidos junto al árbol donde había sido colocado el cartel de Venn, y también se hallaban con ellos algunos desocupados de la ciudad.

Tráiganme un poco de pintura negra, — exclamó, cuando se reunió con ellos y en cuanto obedecieron sus órdenes escribió a través del cartel:

"Inauguración, esta tarde a las 6, firmado: W. F. Cody. — Propietario."

—¡Ah! ¿Le ha convencido entonces? — preguntó Johnny Baker, aproximándose al grupo y leyendo lo que había escrito en el cartel.

—¡En absoluto! — respondió Búffalo Bill. — Pero nosotros vamos a trabajar lo mismo. Ahora, muchachos, vayan en busca de sus caballos... Hay algo que hacer.

Los cowboys partieron corriendo y regresaron a poco con sus caballos, cuyos cascos levantaban nubes de un polvo amarillo.

Cuando llegaron frente a Cody y a Baker, pararon de golpe sus monturas, haciéndolas sentarse sobre las patas traseras, con una rapidez y maestría poco comunes. Así esperaron órdenes.

—Vayan recorriendo los ranchos de las inmediaciones que pueden alcanzar hasta las cuatro de la tarde, — ordenó Búffallo Bill. — Hay una gran cantidad de personas que no son mormones, trabajando en ellos. Cuénteles lo que ha ocurrido y digan que necesito que acuda gente a la función de hoy.

—¡Sí, patrón! — respondieron los otros a coro, y de nuevo partieron al galope entre nubes de amarillo polvo.

—Temo que todo esto nos va a acarrear algún disgusto, — exclamó Baker moviendo la cabeza y leyendo el cartel.

—No se preocupe por ello. — respondió

Bill Cody. — El mayor Venn, me ha arrojado el guante y yo no voy a ceder. De usted para mí, Jonny, le diré que en este asunto hay algo de misterioso, un extraño interés porque nos vayamos. Yo estoy convencido de que nos teme por alguna razón.

—¿De veras? — preguntó Baker mirándole sorprendido. — ¿Qué quiere decir, Bill? ¿Por qué puede temernos?

—No lo sé, pero lo conoceré bien antes de que partamos de Cottonlands, — respondió Búffalo Bill en forma resuelta.

CAPITULO II

Los conspiradores. — Miedo de Búffalo Bill. — El complot para traicionar a Red Stanton.

HASTA mucho tiempo después de que Búffalo Bill se hubiese alejado del mayor Venn, permaneció este sentado y sumido en profundos pensamientos.

De vez en cuando su rostro adquiría una grave expresión y se mordía las uñas como si le asaltaran feroces ideas.

No lo quiero aquí, — murmuró en una ocasión. — Es una clase de hombre capaz de averiguar y averiguar hasta descubrir toda la verdad y eso puede resultar de sumo peligro para Ezra Geffson y para mí. ¡Ojalá llevara la peste al loco ese y a los suyos!... ¿Pero qué fatalidad puede haberlo traído hasta Cottolands?

Se oyó en la tienda un ligero ruido de pisadas, la puerta se abrió y una esbelta y rubia joven, como de diez y ocho años penetró en la habitación.

Era la hija de John Venn, María, y en la ciudad eran muchos los que decían que no se explicaba como semejante padre tenía una hija con tantos encantos.

—¡Ah, María! — exclamó. — Esperaba que llegase, pues tengo necesidad de que hablemos. Siéntese.

La muchacha le dirigió una nerviosa mirada, se quitó el sombrero y tomó una silla para sentarse al lado opuesto de la mesa.

—En los últimas días, — comenzó mirándola severamente — usted ha estado fuera de casa y la han visto en los alrededores del Double Rock Ranch.

La muchacha se sobresaltó y el color huyó de sus mejillas y de sus labios.

En cambio los de su padre se desplegaron con una sonrisa amarga.

—Y veo así nuevamente — continuó — que contrariando mis órdenes de que no la volviese nadie a ver en comunicación con ese joven que no es de los nuestros y que se llama Red Stanton, usted ha ido al ranch para encontrarse con él. ¡No lo niegue! En sus ojos leo que es culpable.

Mary Venn, levantó de pronto la cabeza y en sus ojos brilló una mirada de desafío que sorprendió a su propio padre.

—No pienso negar lo que usted está diciendo, padre mío, — exclamó con toda franqueza, — por que todo eso es cierto. Amo a Red Stanton y él me ama y hemos comprendido que no es posible que vivamos separados. Me ha pedido que fuese su esposa... y yo he accedido a ello.

—¡Su esposa! ¿Está loca, muchacha? — exclamó horrorizado John Venn. — ¿Una mujer mormona pensar en unirse con un hombre que no pertenece a su secta? ¿No tiene acaso un sentido exacto de lo que está bien y mal hecho?

—¿Acaso es una cosa mal hecha aceptar, el amor de un hombre bueno y honorable? — preguntó Mary con amargura. — No es culpa mía el que yo haya nacido mormona, pero mi desgracia...

Un grito de horror brotó de los labios de John Venn, quien no podía dar crédito a lo que oía, sus manos se crisparon y avanzaron, al extremo de que hubiera podido creerse que iba a estrangular a su hija.

—Váyase a su habitación, — exclamó enfurecido. — Usted debiera haber vivido hace algunos años, cuando las mujeres cumplían más con sus deberes que ahora. Entonces se la hubiera puesto en una jaula y se la hubiese condenado a pan y agua. Salga de mi presencia, antes de que la ponga las manos encima y no olvide que la he prohibido entrevistarse con ese hereje y pronunciar su nombre en mi presencia.

—¡Pero, padre...!

—Váyase, — rugió. — Yo soy su padre y encontraré la forma de que se cumplan mis deseos si persiste en desobedecerme, en lo que se refiere a ese hombre.

Mary Venn, se levantó de su silla, en silencio y se encaminó hacia la puerta que conducía a las habitaciones superiores.

El mayor Venn, permaneció en su silla, pensativo. Pero no iba a transcurrir mucho tiempo sin que lo turbasen en sus pensamientos.

Oyó que en la tienda una fuerte voz de hombre preguntaba por él y se puso en pie.

—¡Adelante, Jeffson! — exclamó, aproximándose a la puerta.

Un momento después, entraba por ella su visitante.

Era un hombre de elevada estatura, como de treinta años, con bigote negro y piel de un color aceitunado. Llevaba camisa de seda roja, pantalón de montar y un ancho sombrero. No era mormón, pero a pesar de ello la acogida que le dispensó Venn fué cordial.

El mayor cerró cuidadosamente la puerta que comunicaba con el establecimiento, luego se aproximó al recién llegado y se dispuso a escucharle. Le instaló en el sillón, indicó un asiento al otro, quien se acomodó y cruzó las piernas.

—Bueno, — dijo Venn — ¿Han cumplido bien mis hombres su misión?

—Sí, y Logan, el capataz ha visto a dos de ellos frente a frente antes de que le pri-

vasen del conocimiento, — respondió el otro. — Le ha producido el efecto deseado, Venn. En cuanto mi socio regrese de la ciudad del Lago Sagrado vendrá a reclamarle a usted.

Una siniestra sonrisa desplegó los finos labios del mayor Venn, quien luego adquirió una expresión de gravedad.

—En efecto. Nuestros planes parecen haber salido bien, — admitió. — Pero hay algo que me preocupa. ¿No se ha enterado de la instalación de un circo en la pradera?

—No. Yo no he venido por ese lado. ¿Qué hay con ello?

—Que pertenece a Búffalo Bill.

—¿Al famoso explorador y combatidor de indios? — exclamó el otro. — ¿De modo que está aquí?... ¿Pero por qué me mira de ese modo? ¿Seguramente que Búffalo Bill no nos va a impedir realizar nuestro plan?

El mayor Venn permaneció en silencio durante algunos momentos. Sus ojos tenían una expresión de vaguedad, y su rostro expresaba temor.

—No estoy muy seguro de ello, — exclamó al fin. — Yo estimo a Cody como estimo a todos los hombres fuertes. He oído contar y he leído muchas de sus aventuras y le manifestaré que estoy convencido de que pondrá en claro nuestros asuntos si sospecha lo que tramamos. Piense que simpatizará con su socio de usted, por el solo hecho de no ser mormón... y cuando sepa que ha sido muerto...

—¡Silencio! ¡Hable con cuidado¡ — interrumpió Jeffson mirando aterrorizado hacia la puerta.

—¡Bah! La muchacha no puede oir. Yo la he probado en ese sentido, en otras ocasiones, — manifestó el mayor Venn. — Además, no creo que se resolviese a hablar contra mí aun cuando oyese algo.

—No me explico por qué teme a Cody, — continuó su camarada después de una pausa. — Dará sus representaciones aquí y en seguida se marchará seguramente sin haber oído hablar del asunto.

—No estoy seguro de que eso ocurra así, — objetó el mayor Venn. — Todos nuestros adversarios en religión armarán un gran barullo cuando se enteren de que lo he arrestado y de que ha sido muerto al intentar escaparse de la cárcel. Yo he dado a Búffalo Bill, la orden de que no inaugure su circo... Pero me temo que no la obedezca. Hasta aseguraría que se encuentra dispuesto a desafiarme y como meta la nariz en el asunto descubrirá, seguramente, todo el juego.

—¿Supongo que por esos temores no desistirá de nuestro compromiso, mayor Venn? — preguntó Jeffson ansiosamente.

—¡No! — respondió el otro golpeando con uno de sus enormes puños sobre la mesa. — Aparte de la cantidad que usted me ha prometido si realizamos el asunto, odio furiosamente a su socio y deseo sacarlo de mi camino. ¿Qué se figura usted que ha ocurrido? Mi hija se ha entrevistado secretamente con él y la ha pedido que sea su esposa.

—¡Qué osadía¡ Si no hubiéramos planeado lo otro, eso sólo sería suficiente para hacer cualquier cosa que evitase ese matrimonio.

—¡Claro está! — agregó Venn. — ¿Cuándo cree que su socio regresará de la Ciudad del Lago Salado?

—Dentro de un par de horas.

—Perfectamente. Voy a realizar los preparativos para esperarle, — exclamó el mormón, mirándolo significativamente.

Jeffson sonrió triunfante mientras se levantaba.

—Los diez mil dólares están tan seguros como si los tuviera en el bolsillo, mayor Venn, — dijo. — Yo voy al ranch para exteriorizar mi enojo por su amenaza de arrestarme.

—Es usted un hombre hábil, amigo mío, — manifestó Venn, mientras le acompañaba y cerró la puerta. — Peró tenga cuidado no vaya a resultar demasiado listo.

—¿Qué quiere decir con eso? — interrogó el otro.

Los ojos de Venn se fijaron en los de Jeffson con una expresión de amenaza.

—Digo, — exclamó lentamente, — que no se olvide que tengo su promesa de pagarme diez mil dólares por lo que yo tengo que hacer. No vaya a intentar engañarme.

—¿Me cree capaz de hacerlo? — protestó el otro, con un dejo de indignación.

Ezra Jeffeson, — que así se llamaba, — salió a la tienda y luego a la calle donde había dejado su caballo, atado a una de las anillas que había para ese fin en la pared. Desató al animal, un fino y brioso ejemplar de color castaño y montó en él.

—No pienso dejar de pagarle, mayor Venn, — murmuró mientras se ponía en marcha. — Pero no creo que vaya a disfrutar mucho de ese dinero, pues se ha creado un mal enemigo.

Salió de la ciudad y llegó al campo abierto. Entonces Ezra Jeffson, puso su caballo al paso y soltó las riendas sobre su cuello, seguro de que el animal conocía bien el camino.

Se notaba en su rostro una franca expresión de triunfo y sus negros ojos reflejaban la alegría que experimentaba.

Hacía dos años, cuando conoció al mayor Venn comprendió la codicia que lo dominaba y que su única ambición era adquirir dinero, fuese como fuese. Comprendía ahora qué no se había equivocado en sus cálculos y pensaba que con su complicidad pronto se podría marchar de Cottonlands inmensamente rico.

Ezra Jeffson había nacido en Wáshington y durante muchos años había constituído la amenaza y la deshonra de su familia, cuando podía vivir como un caballero. Ahora era propietario de la mitad de un ranch, situado a una milla de la ciudad.

Su padre le entregó cinco mil dólares, manifestándole enérgicamente que no quería verlo ni saber más de él. Esto ocurrió después de falsificar la firma del viejo señor y exponerse a caer en poder de la justicia.

Ezra Jeffson anduvo vagando e incidentalmente se encontró con un inglés llamado Red Stanton, quien disponía también de cierta cantidad y acordaron asociarse para dedicarse a la ganadería.

Stanton, era un hombre tan honesto en su modo de proceder, como el que más, pero

Jeffson no le manifestó nada de su vida anterior.

Uniendo el capital compraron el Double Rock Ranch, cerca de Cottonlands, y trabajando con fe y habilidad llegaron a reunir uno de los mejores criaderos de ganado fino, en muchos cientos de millas a la redonda.

Pero el entusiasmo de Jeffson desapareció pronto. Volvió a la vida de ociosidad a que estaba acostumbrado por lo que los dos socios tuvieron una seria desavenencia. No puede decirse que fuera una violenta pelea, pero los dos comprendieron que no era ya posible que continuasen juntos y resolvieron liquidar el establecimiento y trabajar por separado.

Pusieron un aviso en varios diarios de gran circulación y no tardaron en recibir varias ofertas, la mejor de las cuales era de un sindicato cuyas oficinas estaban en la ciudad del Lago Salado.

Red Stanton marchó allí para conversar con el interesado y acompañarlo para que viese la propiedad. Quedó concertada la venta por la suma de cincuenta mil dólares, que serían pagados dentro de un plazo de quince días.

Red Stanton había ido para recibir el dinero y tenía que regresar aquella mañana, bien ajeno a la traición que le preparaban.

Cuando los dos socios comenzaron sus trabajos en el ranch encontraron una gran oposición y hasta agresividad, en los hombres que trabajaban en el ranch inmediato, que pertenecía al mayor Venn.

La opresión de los mormones a los que no pertenecían a su secta persistió en general, pero Red Stanton y Ezra Jeffson, pronto descubrieron la razón de todo ello. Les refirieron historias por las que se enteraron que el mayor Venn y otros compañeros habían realizado esas persecuciones para hacer que los nuevos propietarios se cansasen y vendiesen sus establecimientos a los mormones por muy poco dinero. Venn era uno de los que habían hecho una enorme fortuna por esos métodos deshonestos.

Los animales de los dos amigos eran robados frecuentemente en circunstancias que demostraban que Venn no era ajeno a los hechos y últimamente hubo un altercado entre Red Stanton y el mayor de Cottolands cuando sorprendió a este conversando con su hija, Mary.

Red Stanton era un hombre capaz de llevar a cualquier extremo una lucha y no aprobó que su socio, Jeffson tratase de llegar a un acuerdo con Venn, no dejando piedra sobre piedra para ganar su favor. Posiblemente, el mayor Venn consideró que sería más ventajoso para él, no continuar hostilizando a sus vecinos y tolerar su presencia pues las desapariciones de ganado y otra clase de persecuciones cesaron durante un año, para recomenzar cuando Red Stanton inició la negociación de la propiedad. Red se desesperaba sin sospechar que aquello era una parte del plan tramado contra él. La idea de los cincuenta mil dólares despertó en Ezra Jeffson cuanto de malo había en él.

Estaba obsesionado por la idea de ganar plata. La mitad que le correspondía no le bastaba, y decidió quedarse con todo o con casi todo y sabedor de que el mayor Venn sentía odio por Red a causa de los amores de este con su hija, Jeffson fué a verlo y concertaron el plan que habían comenzado ya a poner en juego.

Era un plan diabólico. Iniciaron el robo de ganado, dando a Red Stanton las pruebas suficientes como para que no dudase de que el que dirigía las substracciones era el mayor Venn. Luego había que sacar de en medio al inglés, para que no molestase a Jeffson. Por un arreglo especial hecho entre los dos socios al iniciar su negocio, firmaron un documento por el cual, si uno de los dos moría dejaba sin más trámites heredero al otro de todos sus bienes.

Unicamente ocurriendo un milagro se salvaría Red Stanton, del complot, y los cincuenta mil pesos que traía de la ciudad del Lago Salado irían a parar a manos de Ezra Jeffson. Ese se hallaba dando vueltas por el corral, cuando el otro apareción, más pronto de lo que él esperaba. A la distancia lo distinguió Jeffson y salió a su encuentro. Red, montaba un soberbio animal y tenía buena presencia con su traje de montar, altas botas y un blanco panamá. Su rostro era de agradable expresión y sus ojos de franca mirada y un bello color azul. Su boca bien dibujada y su mandíbula denotaba firmeza.

—¿Y bien Red, cómo ha ido? — preguntó en cuanto se acercó a él, ofreciéndole con un ademán de franqueza su mano.

—Muy bien, gracias, Ezra — respondió el joven inglés. — Traigo la plata. Está en un cinturón que llevo pegado al cuerpo. El sindicato enviará a un hombre para que se haga cargo de la posesión dentro de tres días.

—¡Perfectamente! Temía que hubiese podido encontrar algunos malos hombres que lo hubiesen despojado del dinero — exclamó el otro sonriendo. — Pero, por fortuna ha llegado sin ningún incidente.

Red Stanton había llevado instintivamente la mano a uno de sus revólvers.

—El que hubiese intentado hacerlo hubiera llevado su merecido, — exclamó. — Pero vamos a casa. Le enseñaré la plata. Hemos hecho un buen negocio Ezra, aún cuando hemos trabajado mucho durante estos últimos dos años.

—Ha trabajado usted, puede decir para hablar con mayor propiedad.

—¡Bah! No hace tanto que dejó usted de hacerlo — protestó el otro. — Pero ahora ya ha pasado todo y los dos somos, relativamente ricos.

Entraron en el corral y marcharon por un bien cuidado camino hasta la pintoresca mansión en que habían vivido tanto tiempo.

Una vez que echaron pie a tierra y Red dió algunas instrucciones para que cuidasen su caballo se retiraron a una habitación. Estaba toscamente amueblada como una oficina y había en ella una antigua caja de seguridad. Red la abrió y luego se quitó el cinturón que llevaba bajo la ropa.

Tenía tres grandes bolsillos y de ellos sacó billetes de banco hasta la suma de cincuenta mil dólares que colocó sobre la mesa.

—Me da pena dejar estos sitios, Ezra, — exclamó viendo. — Pero cuando uno mira tanta plata se consuela.

Sonreía y miraba el dinero, sin observar la mirada de codicia que animaba los ojos de su camarada.

Pensaba en el instante en que después de entregar los diez mil dólares al mayor Venn dejaría Utah con el resto de la fortuna. Tenía intención de ir a Wáshington, aunque su padre se enterase de su presencia allí, e imaginaba ya la vida que iba a llevar entre el elemento alegre y rico.

—Me parece, en efecto, que no hemos cometido un error aceptando la oferta del sindicato, Red. ¿Será mejor poner el dinero en la caja?

—Seguramente — exclamó Red Stanton tomando los billetes y colocándolos en el lugar indicado. — ¿No ha ocurrido nada de particular durante mi ausencia? — preguntó mientras colocabo el dinero.

—Sí, ya lo había olvidado con la alegría de ver tanta plata, — respondió erza Gefson. — Anoche robaron media docena de animales y esta vez Logan tomó a los ladrones con las manos en la masa. Ellos lo atacaron y uno de los bandidos le dió un golpe en la cabeza con la culata del fusil y lo desmayó, pero no antes de que él los reconociera.

—¿Y quienes eran...?

—Los sabuesos del mayor Venn. Cuatro hombres que trabajan en su ranch, — respondió Ezra Geffson, con fingida ira. — He tenido mucho que hacer para contenerme esta mañana..

—¿Ha ido usted a verlo entonces? ¿Le acuso de haber organizado el robo?

—Sí. Pero me amenazó con arrestarme, después de negarlo todo... Yo entonces le dejé... ¿Qué otra cosa podía hacer? El es aquí el más poderoso y... ¿Adónde va Red?

Red Stanton que se había quitado el saco para sacarse con más facilidad el cinturón, se lo estaba colocando de nuevo.

—Poderoso o no, — exclamaba mientras tomó su sombrero. —Voy a pedirle una indemnización por el daño causado.

—No lo conseguirá, — exclamó su camarada. — Además, ¿qué importa todo ya si vamos a marcharnos pronto de aquí? Acaso tengamos que indemnizar al sindicato por los animales robados pero...

—No. No quiero dejar pasar esta ocasión, — exclamó Red, con el rostro pálido por la ira. — No Ezra, no somos criaturas que nos dejemos aplastar bajo el talón de ese canalla déspota... Yo conozco algunos negocios sucios de ese infame y, o me devuelve los animales robados o yo sabré como desenmascararlo.

—¡No haga locuras, Red! — exclamó Jeffson, conteniendo apenas su satisfacción por el triunfo alcanzado. Si usted recurre a la violencia, seguramente, lo meterá en un calabozo.

—¿A mí ¡Lo veremos! — manifestó Red Stanton avanzando resueltamente hacia la puerta. — Yo le demostraré si no es una locura jugar así con un ciudadano inglés.

Salió de la habitación y Ezra Jeffson, al mirar por la ventana lo vió partir al galope de su caballo al que castigaba con la fusta.

—¡Loco! ¡Qué facilmente camina en dirección de la trampa! Va en busca de su muerte el pobre Red Stanton y a excepción de los diez mil dólares que debo dar a Venn todo el dinero que hay ahí, me pertenece.

CAPITULO III

La detención de Red. — Intervención de Mary Venn. — Lo que ella alcanzó a oír.

RED STANTON estaba completamente enfurecido cuando llegó a la ciudad. Al ver el nombre de Venn en un cartel que un hombre acababa de clavar en la pared de madera de un edificio se detuvo para leer lo que decía. Era esto:

"Es mi deseo que ningún mormón asista
" a las funciones del circo ambulante ins-
" talado en Cottolands". — Firmado: John Venn, mayor de Cottolands".

Al leer eso, Red sonrió amargamente.

—¡Hola! — murmuró. — ¿Qué circo será ese y que habrá hecho para despertar sus iras? Si yo fuese mormón no haría...

Se interrumpió al ver aparecer en una esquina de la calle un grupo de jinetes, cuyos caballos parecían marchar a los acordes de una banda de música que lanzaba sus sones.

A la cabeza de aquella procesión, marchaba Búffalo Bill en su caballo, luego seguía un par de cowboys llevando un letrero en el que con pintura negro estaban escritas estas palabras:

"¡Gran circo ambulante de Búffalo Bill!
¡El espectáculo más sensacional de los Estados Unidos!
Esta tarde a las 6.
¡Que nadie falte! ¡Vayan todos!"

Seguía la banda dirigida por un gigantesco cowboy que golpeaba furiosamente un bombo.

Toro Solitario y sus bravos guerreros, con su inescrutable rostro rojo, marchaban después, y cerraban el desfile los cowboys de Cody, que no habían ido a recorrer las cercanías de la ciudad. Johnny Baker marchaba con ellos y sus labios se desplegaban de vez en cuando para sonreir.

—¡Bueno! ¡Esto es un desafío y una venganza! — pensó Red Stanton, mientras apartaba su caballo a un lado del camino para dejar paso a los otros. — Me gustaría saludar a Búffalo Bill, que debe ser aquel que marcha al frente, para felicitarlo por su actitud ante el jefe ladrón.

Cuando hablaba así, no pensaba, ni remotamente que él y Cody se habían de unir

para ir contra el jefe mormón, y a decir verdad, en seguida olvidó al circo y a su propietario. En su mente no había lugar más que para una cosa, — que John Venn le había robado y tenía que pedirle una satisfacción.

Red Stanton, distinguió la casa del mayor y no vió nada que le llamase la atención en las personas que se hallaban cerca.

El desfile había atraído gran número de hombres, mujeres y niños. Estos últimos protestaban porque de acuerdo con las disposiciones del jefe mormón sólo estaba reservado el espectáculo a los que no eran de su secta.

John Venn había presenciado el desfile desde su tienda. Al principio tuvo intención de enviar a algunos de sus satélites a molestar a los que pasaban, pero luego cambió de idea.

Los pieles rojas, que llevaban sus tomahawks, arcos y flechas parecían esperar sólo un pretexto para hacer una de sus temibles matanzas, al mismo tiempo los cowboys denotaban cara de pocos amigos.

Venn hubiera podido reunir elementos suficientes para oponer a los de Cody con una superioridad numérica de 10 a 1. Pero temió las consecuencias. Además sabía que partía de una base falsa, y a que nada justificaba su actitud para con el circo. Comprendió también que había errado el método y que en lugar de alejar a Cody había llamado su atención hacia él.

De pronto distinguió a Red Stanton, y apresuradamente se retiró a la trastienda. Algo semejante a un juramento brotó de los labios del hipócrita. Stanton no podía haber llegado en peor momento. Cody, el hombre a quien temía, pasaba por la calle en el preciso momento en que se iniciaba la primera parte de la estratagema convenida con Ezra Jeffson.

Por un momento sintió que le abandonaba el valor. El presidente que gobernaba entonces era enemigo de las persecuciones a los que no eran de su secta. Trabajaba por mantener la cordialidad entre unos y otros en Utáh, y John Venn comprendía que la traición tramada contra Stanton, no sería aprobada más que por los mormones de Cottonlands y algunos otros pueblecillos cercanos.

Luego pensó en los diez mil dólares que le pagaría Ezra Jeffson si cumplía lo prometido, y resolvió seguir adelante el plan.

Acudió al oír que su empleada discutía con Stanton, y vió a éste avanzar, llevando el látigo en la mano.

—¿Qué quiere usted? — preguntó. — Ya he sido molestado esta mañana por su socio y ahora...

—Ahora va a ser molestado de nuevo... y castigado, mayor Venn, — exclamó Red Stanton. — A menos que nos devuelva los animales que nos ha robado.

—¡Eso es falso! — rugió Venn, con bien fingida indignación. — ¿Cómo ha sido capaz de llegar hasta aquí para afirmar tal cosa? Su socio Jeffson, puede considerarse feliz por haber marchado de aquí sin ningún contratiempo... Váyase inmediatamente, antes de que tenga por qué arrepentirse. Ya estoy harto de sus acusaciones.

—Lo acuso a usted, porque me consta que usted no es ajeno al robo de que hemos sido víctimas anoche, — insistió Red Stanton. — En otras ocasiones dudé, ahora estoy seguro. Mi capataz Logan, ha reconocido en los ladrones a personas empleadas en su ranch. ¿Será capaz de negar su responsabilidad?

—Sí. Si mis hombres han robado algunos de sus animales, lo que no estoy muy inclinado a creer, no lo han hecho obedeciendo órdenes mías.

—¡Imposible! ¿Qué pueden hacer ellos con esos animales, si no los señalan con una marca suya y los mezclan con los de usted?

—¿Quiere decir... usted sugiere que yo estoy mintiendo deliberadamente? — exclamó Venn, adelantándose con los puños cerrados, en forma amenazadora.

—Así es, — respondió con energía Red Stanton. — Yo no padezco de sordera, Venn, y en consecuencia, he oído en muchas ocasiones el persistente rumor de que ha hecho usted su fortuna con robos sistemáticos a los que no pertenecen a la secta, y que además, amparado en su impunidad, los persigue sin descanso. Pero, por el Cielo, que va usted a ver que no es tan fácil aplastar bajo el talón a un hombre, cuando éste es un súbdito inglés.

—¿De manera que insiste en llamarme ladrón?

—Sí. ¡Ladrón y canalla! Y únicamente si me da su palabra de que me devolverá los animales que me ha robado o su equivalencia en dinero, me marcharé de aquí.

—¡Esto ya es demasiado! — exclamó Venn. — Ha ido usted demasiado lejos, Stanton.

Al ver que iba a ser atacado por el otro, Red utilizó su látigo y dió a Venn un golpe tal entre los ojos, que a pesar de su fuerza y corpulencia, le hizo vacilar.

Lanzando un rugido, saltó sobre el inglés. Este era rápido, y esquivando el golpe, logró colocar uno violento sobre el corazón del mormón. John Venn comprendió que no era cosa tan fácil dominar a su adversario, y cambiando de táctica, se abalanzó ciegamente y lo tomó por la cintura.

Los dos hombres fueron a dar contra la mesa, Red de espaldas a ella, circunstancia que aprovechó Venn para sujetarlo con todo el peso de su cuerpo. Entonces, tomando uno de los revólvers de Stanton, disparó un tiro y comenzó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Aquella conducta intrigó a Stanton, pero pronto comprendió las traicioneras intenciones del mormón.

La lucha se entabló de nuevo, a tiempo que se oía ruido precipitado de pasos, y casi instantáneamente entraban en la habitación diez o doce hombres.

Venn se apartó de su enemigo, quien retrocedió hasta la pared y se preparó a hacer frente a sus nuevos adversarios. Entre los que llegaban reconoció a muchos mormones, quienes no dudó se pondrían del lado del mayor.

—Detengan a ese hombre! — ordenó Venn

indicando al inglés. — Ha tratado de asesinarme.

Una exclamación de asombro brotó de los labios de Stanton.

—¡Eso no es cierto! — exclamó con indignación. — Ha sido él el que tomó uno de mis revólvers y lo disparó...

—¡Linda excusa! — manifestó uno de los mormones. — Sujeten al canalla, muchachos. El arma está en el suelo... Vean... Una de las cápsulas está vacía...

—Es cierto, Dilrew, —exclamó tranquilamente el mayor Venn. — Yo tengo varias armas, pero jamás llevo ninguna.

Antes de que Stanton pudiera abrir los labios para refutar el cargo que le hacía el mayor, los recién llegados avanzaron hacia él.

Entonces comenzó a sospechar que la rapidez con que habían acudido tantos hombres era sospechosa, y que todo el asunto era una traicionera conspiración por parte de Venn. Todo aquello le hizo enfurecerse más, y el mormón que estaba más cerca de él pudo comprobarlo.

Golpe tras golpe, Red Stanton fué tumbando hombre tras hombre en los brazos de sus compañeros. Cuatro quedaron atontados y uno cayó al suelo. Pero el resto efectuaron un ataque simultáneo y fueron muchos los golpes que recibió el inglés. Este alcanzó a derribar a otro de sus atacantes, de un golpe en la mandíbula. Mas uno de los que habían caído tomó a Red por las piernas y lo derribó.

Rápidamente lo sujetaron y cuando fué puesto de pie sus brazos estaban fuertemente sujetos a la espalda.

—¡Perro asesino! ¡Me las va a pagar todas juntas! — exclamó el mayor Venn amenazándole con el puño cerrado.

—No conseguirá nada con eso, — respondió Stanton.

—¿Qué no? Ya lo verá, — agregó el otro sombríamente. — Le azotaré y le haré salir de Utah, Usted ha intentado asesinarme y la ley de los mormones me autoriza a tomar una determinación en ese sentido.

Red Stanton estaba horriblemente pálido. Sabía que una condena de azotes entre los mormones significaba una tortura semejante a la del gato de las nueve colas. No era cobarde pero la amenaza de su adversario lo atemorizaba.

—Soy súbdito británico, mayor Venn, — exclamó tranquilo. — Téngalo muy presente. Usted gozará de todas las ventajas mientras nos encontremos entre esta canalla que lo secunda en sus infamias, pero tan cierto como el castigo que va a infligirme que lo pagará con creces.

Venn agitó las manos en un gesto evasivo.

—Ahora va a ir a un calabozo y mañana por la mañana invitaré a la población para que lo vea azotar.

En aquel momento se oyó un grito lanzado junto a la puerta de la habitación. Todos se volvieron para ver a Mary Venn, que se hallaba allí con los ojos dilatados por el espanto, y pálida de terror.

—¡Padre! ¡Red! ¿Qué significa esto? — preguntó con voz temblorosa. — He oído lo que acaba usted de decir padre...

—¿Que voy a hacer azotar a este perro? ¡Sí! Eso he dicho, hija mía, — terminó el mormón con una espantosa sonrisa de crueldad. — Ha intentado asesinarme y no tendré piedad con él.

—¡Oh, padre! Usted no hará semejante cosa, — exclamó la joven llena de angustia.

—¡Si lo haré! Ha querido matarme, — insistió John Venn.

—No es cierto, Mary, — exclamó Red Stanton, hablando con asombrosa calma. — Venn, le comunico ésto. Si usted aprecia su vida, no cumpla su amenaza. Ahora estoy en su poder y puede usted hacerme azotar si es ese su triste deseo. Pero será el azotamiento más infame que ha ordenado y el de peores consecuencias para usted, porque por ese cielo que está sobre nosotros, le prometo que volveré aquí para darle muerte.

—Padre, no haga eso... ¡Yo se lo suplico! Le ruego de rodillas que evite esa infamia y tortura.

—No pierda el tiempo en súplicas inútiles, muchacha, — intervino Red Stanton. — Si él ha tomado su determinación, usted no puede salvarme. ¡Pero seré vengado!

Habitualmente Red Stanton era un buen muchacho de mirada franca y carácter simpático, pero en aquellas circunstancias sus ojos reflejaban el odio. Aparte de lo que directamente había tramado y hecho contra él, se convenció de que los rumores que afirmaban que el viejo mormón trataba a su hija como a una esclava eran ciertos, y aquello aumentaba el encono del inglés.

Amaba a Mary Venn y la había pedido que accediese a ser su esposa, como ella le había confesado a su padre Red había resuelto que saliesen del territorio de Utah y que los casase el primer sacerdote que encontraran fuera de los dominios mormones.

Mary, al tratar de llevarse los otros a Red cayó de rodillas ante su padre en una desesperada tentativa para vencerlo.

—¡Padre! ¡Yo le ruego que lo perdone! — exclamaba sollozando. — Por mi felicidad, sea compasivo.

Le tomó una mano, pero él la rechazó con violencia.

Un grito de ira brotó de los labios de Stanton, quien luchó desesperadamente por libertarse de los que le sujetaban para alcanzar a John Venn. Pero la muchacha había caído al suelo con fureza y golpeó en una pata de la mesa con la sien.

Permaneció inmóvil con los ojos cerrados, pálida y sin manifestar señales de vida.

—Llévenlo y enciérrenlo en un calabozo, — ordenó el mayor Venn con voz ronca, al mismo tiempo que levantaba a la muchacha, como si fuera un niño y la colocaba sobre el sofá. — Usted Dilrew y usted, Hales, tomen dos rifles y pónganse de guardia en la parte exterior. Y mañana temprano lo azotaremos hasta faltarle una pulgada para perder la vida.

Apesar de sus esfuerzos, Red Stanton fué sacado de la habitación y acompañado por los mormones.

Unicamente uno quedó con Venn y cuando la puerta se cerró tras los que salían, las miradas de los dos hombres se encontraron significativamente.

—Bueno. Todo ha salido como habíamos calculado, Henderson, — exclamó Venn, riendo.

Ninguno de los dos hombres notó que Mary Venn, había vuelto de su desvanecimiento y se había incorporado, mientras se pasaba una mano por la frente.

El hombre llamado Henderson reía cínicamente.

Era uno de los empleados en el ranch de Venn y siempre llevaba una parte en las ganancias del mayor. Tendría cuarenta y dos o cuarenta y tres años y el color de su piel parecía curtido por el sol. Sus ojos eran negros y de penetrante mirada, como los de Venn. Era de los que tienen la mala costumbre de lanzar las palabras filtradas por entre los dientes.

—Seguramente, mayor Venn, — respondió. — No había podido salir mejor. Creo que mi misión ahora está clara y definida.

—Le enviaré a usted y a otro hombre a relevar a los que están de guardia ahora. Elegiré a Aymoss. Es sordo y no oirá nada.

Usted buscará una excusa para acercarse al prisionero y fingirá aceptar una suma por dejarlo escapar. Con la amenaza de los azotes que pesa sobre él, aprovechará la oportunidad para escapar. Dígale entonces que a media noche volverá usted y le dejará la puerta abierta.

Cuando escape le da la voz de alto, como es lógico no obedecerá. Entonces le dispara un tiro. Eso es todo. Y cuide de ser seguro muy seguro, Henderson, — terminó amenazador el mayor Venn.

—¡Oh! No tema. Yo lo haré todo a la perfección, — respondió el otro canalla. — Jamás me habrá visto fallar en ninguno de los asuntos realizados hasta ahora. ¿Por qué voy a fallar en éste?

—Pórtese bien, o no ganará los mil dólares que le he prometido del dinero que me tiene que dar a mí Ezra Jeffson. Y espero que nos dará el dinero... ¿Pero qué le ocurre?...

Henderson miraba hacia otra parte con un desaliento tal que su rostro era digno de estudio.

—¡La muchacha! — exclamó. — ¡Está oyendo!

Con una ronca exclamación, Venn giró sobre sus talones y quedó frente a su hija, quien estaba sentada sobre el sofá y su rostro demostraba su espanto.

—¡Asesinos! — exclamó poniéndose de pie y oprimiéndose el corazón con las manos.

—¿Qué es lo que ha oído? — preguntó Venn, avanzando hacia ella, en ademán amenazador.

—¡Todo! — respondió. — Y veo que se trata de un complot para dar muerte a Red Stanton, tramado entre su socio y usted para quedarse con el producto de la venta de su ranch. ¿Pero padre, cómo ha podido usted hacer semejante cosa? ¡Esto es horrible!... ¡Horrible!... Pero no ocurrirá. Yo diré la verdad a todos y...

—¡Silencio, locuela! — Interrumpió Venn, tomando a la joven con violencia por los hombros. — Recuerde que soy su padre y que no debe comentar ninguno de mis actos... tiene el deber de respetarme y obedecerme.

—¿Obedecerlo? — exclamó la muchacha con sincera ira. — Usted será mi padre, pero trata de cometer un asesinato. Si quiere obligarme a que guarde silencio tendrá que matarme también a mí.

—¡Pronto! Ayúdeme a atarla, — rugió Venn. Y como Mary quisiese gritar le puso una mano sobre la boca y le pasó el brazo en torno al cuello.

Henderson corrió, provisto de un lazo que se quitó de la cintura. La muchacha luchó por salvar la vida de su prometido. Pero sujeta por los fuertes brazos de su padre, no tenía probabilidad de libertarse y pronto la sujetaron los brazos a la espalda y la pusieron mordaza. El mayor Venn, la tumbó sobre el sofá y pasando el lazo por sus tobillos la dejó completamente inmóvil. Luego, sin pronunciar ni una palabra, la tomó en brazos y subió la escalera que conducía a los dormitorios.

A poco volvió y Henderson que lo esperaba impaciente, le dijo:

—Ahora ya no podemos realizar nuestro plan. Ella lo sabe todo...

—¡Bah! ¿Qué importa eso? — respondió el jefe mormón. — Está segura donde se encuentra y cuando pueda hablar ya todo habrá pasado y entonces se callará por respeto a mí.

—Mucho temo que ocurra así, — manifestó dudando, Henderson.

—Pues si no lo hace por respeto, que el cielo la ampare, — terminó John Venn.

Y su mirada fué hasta un látigo que estaba colgado en la pared.

CAPITULO IV

El circo desterrado.—Fuga.—Toro Solitario

MIENTRAS Mary Venn estaba tendida e indefensa en su dormitorio y Red Stanton se hallaba en una forma similar en la celda de la cárcel, las escenas de excitación y entusiasmo se sucedían en el circo de Búffalo Bill.

Al llegar la noche, fueron colocadas grandes lámparas a nafta en la parte exterior de la gran carpa y los componentes del circo de Cody se instalaron en la plataforma, ante una cantidad de cowboys que habían llegado a caballo para presenciar el espectáculo.

El nombre, famoso de Búffalo Bill, tenía un efecto mágico en todos los habitantes de aquellas cercanías, que no eran mormones. En cualquier otra circunstancia se hubiesen limitado a tratar de ver a Cody, pero el aviso colocado por el mayor Venn, bastó para que su entusiasmo aumentase por el sólo placer de desobedecer la orden.

Cuando Búffalo Bill apareció en la plataforma, la banda dejó de tocar y los habitantes de los ranchs levantaron sus manos armadas de los revólvers y lanzaron viva tras viva. No había uno solo de los pre-

Golpe tras golpe, Red Stanton fué derribando a algunos de los hombres. Cuatro cayeron y uno quedó tendido sin conocimiento. Pero los demás llevaron a cabo un ataque combinado y furiosos golpes cayeron sobre la cabeza y el rostro del inglés. ("El Circo Desterrado.")

sentes que no hubiese oído hablar de Bill Cody y de sus hazañas al combatir a los indios o cazar a los búfalos.

—¡Muchachos! — exclamó Cody en cuanto pudo hablar. — Yo instalé mi circo aquí con la intención de proporcionar una interesante y sana diversión a los habitantes de Cottolands, tanto si son mormones como si no lo son. Pero el mayor de la ciudad parece temeroso de que la lucha entre los indios y mis cowboys corrompan la moral de su pueblo, y por eso ha colocado el aviso prohibiendo las representaciones.

Gritos de burla y risas, acogieron estas palabras, a la par que algunos mormones, que habían ido de la ciudad para presenciar el desarrollo de los acontecimientos, iniciaban tímidas protestas.

—¡Abajo todos los mormones! — gritó un corpulento cowboy en actitud agresiva; y el grito fué secundado por algunos de sus compañeros.

Búffalo Bill levantó una mano en señal de protesta.

—No, muchachos. No hay que hacer demostraciones de esa especie. No pueden conducir a nada bueno y menos aun al fin que nos proponemos. Yo deseo hacer notar que nadie puede decirme lo que debo y no debo hacer, con imposiciones. Por eso cuando el mayor Venn ordenó que no inaugurase mis espectáculos, resolví no hacer caso y trabajar para los espectadores que se considerasen libres.

—¡Muy bien! ¡Bravo por Cody!

—¡Viva!

Por eso es por lo que confío en ustedes, muchachos, — continuó Cody en cuanto pudo hacerse oir. — Ahora, adelante!

La banda comenzó a tocar y los cowboys riendo y bromeando penetraron en la carpa. Cody notó que algunos de los concurrentes habían acudido de la ciudad sin preocuparse de la prohibición del jefe mormón, y aquel pequeño triunfo era ya algo.

En la carpa había escasamente una cuarta parte de entrada, pero en cambio todos los espectadores estaban animados del mejor espíritu.

El número hecho por Cody como tirador fué objeto de los más calurosos aplausos y la alegría y el interés llegaron a su colmo cuando se inició el simulacro de lucha entre los indios y los cowboys.

Nada ocurrió respecto a una intervención de la autoridad. Búfalo Bill creyó en dos ocasiones que el mayor Venn iba a suspender el espectáculo por la fuerza; pero si tuvo tales ideas, las abandonó. Sin duda había llegado hasta sus oídos la disposición de ánimo de los concurrentes a la función y resolvió mantenerse quieto.

Ahora dejemos a Búffalo Bill y a su circo y volvamos a Mary Venn.

La joven calculaba que la hora establecida para asesinar a su amado debía estar cercana por ello estaba dominada por una mortal angustia, aunque en realidad no eran más que las nueve de la noche.

Desde que su padre la condujo allí y cerró la puerta tras ella, Mary realizó grandes esfuerzos para libertarse las manos. Había forzado las ataduras que tenía en torno a las muñecas hasta que el dolor la hizo detenerse. Las lágrimas llenaron sus ojos y la desesperación se apoderó de ella. Amaba a Red Stanton con toda la fuerza que una joven puede amar sólo una vez en la vida y la idea de que iba a ser cruelmente asesinado la martirizaba.

¿Qué hora sería? ¿Estaría ya muerto Red después de haber caído en la red tendida por Henderson?

Pasó una hora, pasaron dos y la joven continuaba mirando fijamente a la ventana, que estaba a poca distancia del lecho y sollozaba en silencio. Toda esperanza la había abandonado. Estaba convencida de que aun cuando no fuesen las doce de la noche, nada podría hacer por salvar a su amado.

De repente se quedó mirando con más atención a la ventana. Había cruzado una idea por su imaginación. Era un plan desesperado.

En aquellas circunstancias era cuando Toro Solitario, el jefe siux de Cody, regresaba de un solitario paseo por la pradera.

El anciano guerrero no estaba del todo satisfecho con la pacible vida que estaba obligado a llevar al lado de Búffalo Bill.

La antigua vida de lucha y caza lo llamaba veces, y sólo su fidelidad a Cody había impedido que marchase con un grupo de sus fieles guerreros hacia el Oeste donde pudieran vivir en sus chozas lejos de la moderna civilización.

Toro Solitario acostumbraba a dar aquellos paseos por la pradera entre las sombras de la noche y aquel día, en cuanto terminó la función de la tarde marchó como siempre.

Toro Solitario marchaba por entre los edificios de madera que se alineaban a los costados de la calle principal de Cottonlands. La gran carpa del circo había sido ya desarmada, pues una vez que había dado el espectáculo contra la voluntad del mayor Venn, Cody no tenía gran interés en permanecer allí, aunque deseaba averiguar las razones del mormón para hacerlo marchar.

El viejo indio estaba a punto de dirigir su caballo hacia el lado del circo, que se alcanzaba a distinguir a cierta distancia, a la luz de la luna, cuando vió algo que le hizo detenerse.

Mary Venn había tomado una resolución extrema. Se deslizó de la cama en que estaba tendida y se acercó a la ventana que pudo abrir de un empujón. Había resuelto, atada como estaba, arrojarse desde la ventana a la calle, esto es desde una altura de doce a trece pies. Pocas mujeres hubieran tenido el valor suficiente para correr ese riesgo. La caída podía producirla muy bien heridas de consideración y aun la muerte.

Pero Mary pensaba tan sólo en el hombre

amado y la probabilidad de salvarlo la alentaba. No sin dificultad se colocó en el marco de la ventana... y se deslizó.

Era en el momento preciso en que se aproximaba Toro Solitario, quien, al ver aquello abandonando su calma habitual lanzó un grito.

La joven estaba vestida con un traje blanco, y la luz de la luna su aspecto tenía algo de fantástico. El piel roja tenía el convencimiento de que todos los caras pálidas, a excepción de Búffalo Bill, tenían algo de dementes, y aquellio afirmó aun más su idea.

Al principio creyó que la joven intentaba suicidarse. Clavando las espuelas apresuró el paso de su caballo y corrió al lado de la joven.

Al verla lanzó un nuevo grito de sorpresa al ver que estaba atada y amordazada. Entonces empezó a creer que, probablemente, había en aquel asunto algo que no era demencia.

La examinó detenidamente y vió que estaba desvanecida por el golpe y que debía haberse producido heridas internas, acaso de gravedad.

Pensó en que hubiese alguien que la hubiera hecho su prisionera, y que era lo que debía hacer él. Lo natural era no llamar la atención de los de la casa ya que eso equivalía a volver a la joven a poder de aquellos por huir de los cuales había arriesgado la vida.

¿Qué debe hacer Toro Solitario? — murmuró. — Lo mejor será llevar a la joven a Bill Cody. El sabrá lo que tiene que hacer. ¡Bill Cody, lo sabe todo!

Con una ternura que no podía sospecharse en él, quitó el viejo guerrero la mordaza que cubría la boca de Mary, desató las cuerdas que sujetaban sus muñecas y de un golpe de cuchillo, cortó las que inmovilizaban sus piernas, luego la levantó del suelo.

Colocó a la desvanecida joven sobre su caballo, montó él y marchó lo más rápidamente posible hacia el circo.

CAPITULO V

La historia de Mary. — Una carrera por la vida. — Frente a frente. El cálculo.

MARY VENN se hallaba tendida sobre la hierba en el lugar en que se hallaba el circo, y el famoso explorador, arrodillado junto a ella, bañaba su sienes y trataba de hacerla volver en sí.

Johnny Baker, Toro Solitario y la mayor parte de los componentes de la compañía de Búffalo Bill, estaban reunidos allí también. Nadie se había ido a acostar. La tarea de desarmar la carpa, desmontar las graderías y los bancos y sillas y acomodarlo todo en los grandes carromatos, era larga y pesada, y la gente del circo acababa de darla por terminada cuando llegó Toro Solitario con la joven desconocida.

—Me extraña mucho lo que dice el jefe siux, — exclamó Johnny Baker. — Pero no dejo de suponer que hay una villanía grande en este asunto, Bill. Eso es seguro.

—Tiene razón, compañero, y hay una cantidad muy grande de brutalidad también, — agregó Bill Cody, mirando las muñecas de la muchacha mientras continuaba mojándole las sienes. — Pero lo primero es tratar de que recobre los sentidos.

Mientras hablaba, la muchacha lanzó un suspiro. Un instante más tarde, abría los ojos.

—¡Red! — exclamó con voz débil. — ¡Red! A media noche... Van a matarlo... Yo...

Búffalo Bill experimentó una sacudida. ¿Qué oscuro misterio había penetrado Toro Solitario? ¿Quién era Red? ¿Quién iba a darle muerte a media noche? ¿Quién era la muchacha, y porqué se había dejado caer desde la ventana atada y amordazada, con gran riesgo de su vida?

La incorporó entre sus fuertes brazos y nuevamente mojó sus sienes.

—¡Perfectamente, señorita! ¡Está usted entre amigos! — le dijo cuando ella parecía mirar en torno suyo, atemorizada.

Su mirada se posó entonces en Búffalo Bill, y pareció cobrar nuevos ánimos al comprender.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? Yo me arrojé desde la ventana y...

—Sí. Un amigo mío la encontró a usted y la trajo aquí. Yo soy el dueño del circo, Cody. Me conoce usted? — dijo Búffalo Bill.

—¡Oh! ¡Gracias al Cielo! No he caído, por suerte, en manos de los de mi secta, — exclamó ella supirando. — Me hubiesen entregado a mi padre y Red...

—Sí, Red. ¿Quién es Red? ¿Por qué quieren matarlo? — preguntó rápidamente Cody.

La joven lanzó un grito de angustia, miedo e incertidumbre.

—¿Qué hora es? — preguntó, buscando con la mirada el rostro de Cody. — ¿Quiere decírmelo?

—Faltan cinco minutos para las doce, — respondió el explorador, consultando su reloj.

—Entonces, aún puede usted salvarlo, — respondió Mary Venn. — ¡Oh, no lleguen tarde!... A las doce. Pero debo explicarlo todo antes y no hay momento que perder.

Su intranquilidad por la suerte de su prometido la dió nuevas fuerzas y pudo referir su historia a Búffalo Bill y a los que estaban con él. Mientras la oía, Búffalo Bill empezó a comprender por qué temía el mayor Venn su presencia en la ciudad y quería alejarlo.

Temía que la muerte de Red Stanton produjese un revuelo entre los que no eran mormones y tenía razón al temer qu Búffalo Bill procuraría descubrir la verdad de los hechos.

Sin duda había visto en el explorador, a juzgar por su fama, un mal adversario amante de la buena justicia, y temía que no sólo sus hombres sino los que por allí no sim-

patizaban con los mormones, se uniesen a él.

—Por las palabras de mi padre, comprendo que se trata de un complot para quitar a Red Stanton del camino de su socio Ezra Jeffson, y que éste pueda apoderarse de todo el dinero producto de la venta del ranch, — terminó Mary Venn. — Al mismo tiempo, mi padre ha de recibir una buena suma por hacer su terrible acto.

—Sollozó en forma que a Búffalo Bill le recordó la de un chico dominado por el terror, y en aquel momento su mayor deseo hubiera sido tener a sus pies al mayor Venn, implorándole compasión.

—¡Yo quiero irme de Utáh junto con... con Red! ¡No volveré a lado de mi padre!... Pero prométame que no le hará nada por lo que le acabo de decir.

—Se lo prometo, si ese es su deseo, señorita, — dijo Cody, bastante a su pesar. — Pero hay que aprovechar el tiempo si queremos salvar a Red.

Sin agregar más, tomó su rifle de la mano de uno de los cowboys y se cercioró de que estaba bien cargado.

—¿Cuál es el camino para llegar más pronto a la frontera de Utáh? — preguntó volviéndose hacia Mary.

—Por las montañas... por el Swingin Rock Pass (Paso de la Roca Movediza), — respondió ella.

—Venga conmigo, Johnny, y traiga su rifle, — ordenó Cody. — ¡Pronto! No hay tiempo que perder. Ustedes marchan hacia el paso y espérennos en la frontera.

—¿Y la señorita, patrón? — preguntó Hauk, uno de los cowboys.

—Que vaya con ustedes. Y maten sin piedad a quien intente arrebatársela, — ordenó Cody sin vacilación. — Vamos, Johnny y prontos todos para hacer fuego; las explicaciones vendrán después.

—De acuerdo, Cody, — respondió, encantado, Baker.

Cody había ya partido, y Baker tomó el rifle que le alargó un cowboy y partió tras él.

Búffalo Bill, no sabía realmente que iba a hacer. Posiblemente tendrían que resistir el ataque de muchos secuaces de Venn y exponer la vida, pero eso no le alarmaba pues se había visto en grave situación otras veces.

Llegó corriendo a la calle principal seguido de cerca por Johnny Baker. Cuando distinguieron la cárcel, visible a distancia a causa de la luz de la luna, Bill Cody se detuvo a unas cincuenta yardas, echó pie a tierra, se arrodilló y se echó el rifle a la cara.

Red Stanton estaba disponiéndose a salir del edificio y uno de los dos hombres que estaban de guardia a la puerta le ordenaba detenerse.

Era Henderson y obraba de acuerdo con las órdenes impartidas por el canalla de su jefe. A primera hora de la tarde se había acercado a Red que estaba solo en su celda y le manifestó que estaba decidido a proporcionarle los medios de escapar, siempre que le diese una buena suma.

Como cualquier otro hombre al hallarse en la misma situación que Red Stanton, éste cayó fácilmente en la trampa. Red combino con su carcelero Henderson la suma que había de darle — cien dólares por cortar sus ligaduras y abrirle las puertas de la prisión a media noche cuando las calles de la población estuviesen oscuras y solitarias.

Como Red Stanton no llevaba esa cantidad encima escribió una orden a favor de Henderson para que su socio Jeffson le pagase la cantidad convenida. El no tenía la menor sospecha de la traición y esperaba arreglar todas las cuentas una vez que hubiese llegado a la frontera de Utah.

Red, no olvidaba a Mary, pero comprendía que en la situación en que se hallaba, nada podía hacer por ella para salvarla de la tiranía del hombre a quien daba el nombre de padre. En cuanto pudieron arreglar sus asuntos regresaría a Cottonlands y por los medios legales se la llevaría. Era la única forma.

Cuando Red salió de su celda, Henderson estaba hablando con su compañero, como habían convenido. El otro estaba vuelto de espaldas hacia la puerta de salida y como era sordo la fuga se realizaría sin que se diese cuenta de ello. Un vez en la calle se dirigiría hacia el paso de las montañas y al amanecer cuando se diesen cuenta de su fuga ya estaría a salvo en la frontera.

Era lo que el fugitivo pensaba cuando, al salir, Henderson le dió la voz de, ¡alto! amenazándole con su rifle, y cuando Búffalo Bill, poniendo una rodilla en tierra se echaba el rifle a la cara. Un par de segundos más y el mormón hubiese hecho fuego. Por un instante la vida de Stanton estuvo en la balanza, luego brilló un fogonazo, se oyó una detonación y Henderson cayó hacia adelante, soltando el arma que tenía en sus manos.

El otro carcelero Aymoss, no era tan sordo como para no oir la detonación, y giró sobre sus talones quedándose sorprendido al ver la escena.

No sabía de donde había partido la bala, pero vió a su camarada tendido en el suelo y a Red Stanton mirándolo, no menos admirando que él. Aymoss intentó servirse del arma que llevaba, pero Stanton dándose cuenta del peligro en que se hallaba, tomó el fusil por el caño y forcejeó para arrebatárselo.

Los dos hombres comenzaron a luchar sobre el cuerpo de Henderson, quien había sido alcanzado en un hombro y se quejaba tristemente, por la posesión del arma.

Ya por entonces Cody y Baker habían llegado allí e inmediatamente sujetaron a Aymoss, mientras Red recogía el rifle.

Búffalo Bill ató las manos del hombre a su espalda y Johnny hizo uso de un pañuelo que llevaba al cuello para sujetarle los tobillos. Como el mormón intentase gritar pidiendo auxilio, Baker lo amordazó.

—¡Pronto! ¡Al calabozo con él! — ordenó Búffalo Bill. — Traiga usted al otro, Stanton.

—De fijo es usted Búffalo Bill, — exclamó Red mirando el rostro de Cody. — Yo no se lo que pueda haber ocurrido, pero por las señales usted acaba de salvarme la vida, y yo le estoy sumamente agradecido por ello.

—No tenemos tiempo para conversar ahora, — dijo Cody. — Traiga a ese canalla y pronto porque su libertad depende de la ligereza con que arreglemos aquí las cosas.

Red comprendió lo justo de la observación de Cody y tomó entre sus brazos al guardían herido. Johnny y Cody conducían ya a Aymoss y entraron con él en la celda.

Estaba abierta, como la había dejado Henderson, y los dos hombres arrojaron sin ceremonia ninguna la carga que llevaban al suelo, mientras que Red colocaba al herido en el rincón opuesto.

—No podemos detenernos en prestarle auxilio alguno, — dijo Cody. — Que su suerte lo proteja. Ahora marchemos rápidamente a su ranch Stanton. Allí tenemos que impedir que su camarada le robe a usted...

—¿Qué mi camarada me robe?... ¿Pero señor Cody qué quiere darme a entender con eso?

—Ya se lo contaré mientras caminamos, — respondió Búffalo Bill, saliendo del edificio de la cárcel.

La calle estaba silenciosa y desierta y ningun vecino se había despertado al ruido de la detonación y de la lucha, por lo menos no se había sentido lo bastante interesado para averiguar lo que ocurría.

Cody calculaba que el mayor Venn, habría permanecido alerta esperando oir el tiro que debía dar muerte a Red Stanton. La cuestión era saber el tiempo que permanecería tranquilo esperando a que alguno de los dos guardianes fuese a darle cuenta de lo ocurrido.

Si se impacientaba pronto y marchaba a la cárcel para investigar, lanzaría una horda de perseguidores tras ellos.

. . . . . .

Casi sin aliento después de la carrera que habían hecho, Búffalo Bill, Johnny y Baker y Red Stanton se acercaron a la vivienda del ranch.

El rostro del inglés estaba alterado y reflejaba una justa ira pues mientras marchaban por la pradera el explorador le había referido toda la historia y el criminal complot que Ezra Jeffson y el mayor Venn habían tramado contra él.

Búffalo Bill fué el primero que llegó al pie de la escalinata que conducía a la galería de la casa y llamó a la puerta. Se encendió una luz en el interior y apareció en una de las ventanas Jeffson quien había dormido junto a la caja de hierro para guardar su contenido. Oyeron sus pasos cuando cruzó la habitación.

—¿Quién es? — preguntó.

Bill Cody, puso rápidamente la mano sobre la boca de Red Stanton que se disponía a contestar.

—Soy yo Venn, — respondió el explorador imitando la voz del mormón en una forma tan perfecta que el mismo Stanton quedó sorprendido.

Evidentemente Jeffson también se engañó puesto que se retiró de la ventana y un momento después corría los cerrojos y abría la puerta. Saltaron todos sobre él y lo obligaron a volver hasta el escritorio. Cuando Jeffson vió a su socio y Johnny lo dejó en libertad, retrocedió tambaleando como si hubiera recibido un puñetazo entre los ojos.

—¿Usted, Red?

—¡Sí, canalla!

Red Stanton avanzó un paso y se oyó un ruido semejante al chasquido de un latigazo. Ezra Jeffson cayó al suelo cuan largo era. En su rostro se notaban las señales dejadas por los dedos de Stanton al golpearlo con la mano abierta.

—¡Canalla! — repitió el inglés. — ¿Con que había planeado mi asesinato para apoderarse de todo el dinero? Tiene suerte, pues si no me hubiesen quitado sus cómplices los revólvers a estas horas estaría ya tendido con una bala en el corazón.

—Si quiere hacerlo no se prive de ese gusto. Yo le facilitaré el revólver que necesita, — intervino Johnny Stanton.

—No. El cielo me libre de manchar mis manos con la sangre de un infame como este — respondión Red. — Mírelo, ni aun se atreve a hacerme frente. ¿Qué sería de usted, Jeffson si yo siguiese las ideas infames de justicia, ojo por ojo y diente por diente, y tomase para mi todo el dinero la mismo que pretendía usted hacer? Pero no quiero nada suyo y le dejaré la mitad de la plata. Deme la llave de la caja.

Con mano temblorosa, Ezra Jeffson sacó las llaves de su bolsillo, después de ponerse de rodillas. Red Stanton abrió la caja sacó los billetes y contó veinticinco mil dólares, que guardó en sus bolsillos.

—¡Atelo! — ordenó Búffalo Bill señalando a Jeffson y tendiendo a Baker un trozo de cuerda que tomó de un rincón. — No tardaremos en ser perseguidos y lo antes que podamos montar a caballo para marchar hacia el Swinging Rock Pass, será mejor.

CAPITULO VI

La caída de la roca. — El final

EN dirección a la base de las altas montañas que se divisaban desde Cottonlands, el terreno iba, gradualmente, en ascenso y por aquel camino y en dirección al estrecho paso que se hallaba entre las altas paredes de roca, marchaban los vagones y carretas del circo de Búffalo Bill.

Era aquella una región donde la naturaleza reinaba por completo.

En la parte superior de una de las paredes de roca se destacaba una gigantesca peña. Había sido ya vista allí por los primeros mormones que poblaron aquellas regiones, y cuando el viento soplaba con mucha violen-

cia la roca ascilaba, pareciendo que de un momento a otro iba a caer y a obstruir el paso.

Pero a pesar de ello había permanecido allí por años y años sin llegar a caer.

Cuando los últimos componentes del circo de Búffalo Bill desaparecieron por el otro lado del paso, Cody, Red Stanton y Johnny Baker, corrían por la pendiente en dirección a él montados en excelentes caballos que habían tomado en el ranch del inglés.

Los animales estaban cubiertos de espuma, porque habían tenido que galopar desesperadamente a causa de que la persecución que había pronosticado Búffalo Bill era un hecho.

El mayor Venn, descubrió la forma en que había fracasado su proyecto y reunió doscientos hombres quienes ignoraban por completo la verdad de los hechos y creían en la historia de la tentativa de asesinato.

Búffalo Bill, se volvió en su caballo, miró hacia atrás y pudo ver, a la luz de la luna, que los perseguidores ganaban terreno y calculó que él y sus amigos se hallaban en circunstancias verdaderamente comprometidas, ya que así toda la población masculina de Cottonlands marchaba contra ellos.

Los cowboys que habían terminado de franquear el paso oyeron el ruido de los cascos de los caballos, cuando Cody y sus dos compañeros se aproximaron. Lanzaron un grito y acudieron Toro Solitario y algunos otros hombres de la compañía.

Búffalo Bill señaló hacia el grupo formado por los que iban tras ellos. Pero mientras hablaba para dar órdenes, sus ojos distinguieron la roca que estaba en lo alto.

Conocía la existencia de aquella mole que daba nombre al paso y sabía que un esfuerzo combinado de fuerzas humanas posiblemente originaría su caída y con ella la obstrucción del paso.

—Hank, — exclamó. — Tome veinte de los muchachos, los más fuertes. Deseo ver si es posible empujar la roca para que caiga y corte el paso a los que nos persiguen.

—Inmediatamente, patrón, — respondió Hank, mirando la tremenda mole. — Pero acaso no sea posible, ni un elefante lograría...

—Haga lo que le digo, — interrumpió Cody. — No podemos hacer otra cosa. Si no los detenemos así nos destrozarán. Son lo menos tres contra cada uno de nosotros. La lucha será brava y la muchacha volverá a su poder.

Nadie objetó ya la posibilidad de que el plan de Cody tuviera éxito y Hank echó a correr. Reunió el número requerido de hombres, quienes apresuradamente treparon hasta la altura.

Los carros pesados y carretas con toldo fueron puestos fuera de peligro. Johnny Baker había seguido a Cody, pero Red quedó en la parte inferior cuidando los caballos.

Fué aquel un curioso y admirable espectáculo digno de ser observado, aquel de tantos hombres hábilmente distribuídos que apoyaron sus manos en la enorme peña y comenzaron a balancearla.

El ruido de los cascos de los caballos de los mormones se oía ya a poca distancia, y Red Stanton contuvo el aliento. ¿Lograrían Cody y sus hombre el fin que se proponían? ¿Podrían lanzar la roca hacia abajo antes de que los jinetes que galopaban por el valle se acercaran al paso?

Comenzó a oirse como un crujido. La gran roca se movía y comenzaba a desplazarse en dirección del borde.

Un ruido semejante a un trueno y que repercutió por las barrancas hasta una distancia de muchas millas demostró que la roca había caído, y que hecha varios pedazos se encontraba en el paso dificultando la entrada a él.

Todo temor de ser alcanzados antes de que llegasen a la frontera de Utah, había desaparecido. El próximo paso para cruzar aquella alta barrera de piedras se encontraba a unas cuarenta millas y la muchacha que amaba a Red Stanton, así como éste y los que habían participado en su salvación estaban en salvo.

Red Stanton marchó hasta la carreta en que había sido colocada la joven, dolorida y magullada por la caída desde la ventana, pero por fortuna sin que tuviese ningún hueso roto.

El joven la refirió todo cuanto había acontecido y los dos enamorados agradecieron a Búffalo Bill su generosa y eficaz intervención.

FIN DE "EL CIRCO DESTERRADO"

Hay un medio eficacísimo de evitar el que los gatos hagan incursiones en los jardines, y es colocar botellitas de amoniaco entre las plantas delicadas

Una señora de Budapest ha querido divorciarse del marido porque éste, cada vez que comía algo cocinado por ella, iba a ver al médico.

Había en San Luis (Estados Unidos) un hombre de cien años de edad llamado Simón Bildstein, que bebía cinco litros de whisky por semana, fumaba y mascaba tabaco.

El carmesí era el color de que se vestían las parejas de novios en la Edad Media.

La Tierra es un cuerpo que se está enfriando, así que va disminuyendo poco a poco de volumen.

DE UN GRAN AUTOR ITALIANO

Los tres finales de un cuento

por Sabatino López

(Traducción del italiano)

El notable autor dramático italiano Sabatino López, se muestra a la mayor altura de su estilo elegante y pulido en la breve escena que se publica a continuación, cuyo diálogo es un encanto y cuyo argumento es muy novedoso.

Fines de Setiembre, en Brianza. Un despacho amplio y claro en una casa de campo señorial. A la derecha, en el fondo, una puerta, que es la única de la habitación. Muebles de estilo Imperio. En medio del despacho una mesa ancha. Sillas a los lados de la mesa. Luz y espacio.

ALCESTES, JULIA, BEATRIZ, LAURA

ALCESTES BRANDANI (novelista y poeta medio aficionado, medio profesional; rubio, pálido, elegantísimo, de unos treinta y tres años: fuma y escribe. En el instante en que nos hallamos más fuma que escribe. De cuando en cuando, inseguro respecto a la oportunidad de una coma, queda con la pluma suspendida mientras decide si la marcará o no. A juzgar por la cara, no parece de buen humor, pero es que tal vez se encuentra ante alguna dificultad. Lee en voz alta las últimas palabras). — "Erasmo Landi se recogió en si mismo, miró hacia adelante, miró en su redor..." (Interrumpe la lectura, y la recomienza en tono menor.) "Erasmo Landi, miró..." (Borra y corrige.) "El enfermo se recogió en si mismo, miró en su redor, miró hacia delante... (Se decide a escribir la palabra definitiva.) ...y disparó." (Puede decirse que aun no ha acabado de disparar, cuando llaman discretamente a la puerta con los nudillos. Alcestes no lo oye, y vuelven a llamar más fuerte.) ¡Adelante!

JULIA

(Una graciosa camarera, desde la puerta, que no hace más que entornar, sacando medio cuerpo.) Perdone, señorito... ¿No ha visto a la Bubi, por casualidad?

ALCESTES

No se nada de la Bubi.

JULIA

He revuelto toda la casa y no la encuentro. En el jardín tampoco está. Y no puede haber salido, porque la puerta de la calle está cerrada.

ALCESTES

No sé...

JULIA

A no ser que se haya escondido detrás de la librería...

ALCESTES

(No lo cree, pero, sin embargo...). — Mírelo, mírelo...

JULIA

Con su permiso. Es una bribona. (Cierra la puerta así que entra, y mira.) ¡Después que le han traído el novio de Calsano!...

ALCESTES

¡Vaya!

JULIA

(Que quiere decir lo que ha pensado). — ¿Si es bonito? (Medio despectiva, medio indulgente.) ¡Psé! Un perrito cualquiera, que no parece muy cariñoso. A no ser que en los primeros momentos..., como no conoce

ce... La Bubi es más viva, más lista... Dispénseme. **(Vase.)**

ALCESTES

(Volviendo a leer). — "El enfermo se reconcentró, miró en su redor, miró de frente, miró hacia arriba, — sí, hagámosle mirar también hacia arriba, — y disparó." **(Se queda un momento pensativo.)** ¿Por qué dispara? Dirán con seguridad que, probablemente, para acabar el cuento. Y no es eso: hay otras maneras de terminar. Dispara porque su estado de ánimo lo exige... **(Vuelven a llamar a la puerta.)** ¡Adelante!

BEATRIZ

(Morena, treinta años. Belleza de virgen, florida y compuesta). — ¿Estorbo?

ALCESTES

(Antes de que siga la otra hablando). — No está Bubi por aquí. La camarera la ha buscado hasta por detrás de la librería. No hay modo de dar con ella: tal vez ha encontrado un escondrijo secreto. ¡Dichosa ella!

BEATRIZ

(Sonríe.) — ¿Estamos de mal humor?... No busco la Bubi, que ya ha sido hallada dentro de la sombrerera. Venía a avisarle que está aquí el reverendo Fanelli, por si quiere saludarle.

ALCESTES

Gracias, no puedo ahora. **(Fija la vista en las cuartillas, como si le preocupase el cuento.)**

ALCESTES

¿Quiere tomar te?

ALCESTES

No, gracias.

BEATRIZ

¿Se lo hago traer?

ALCESTES

No, gracias.

BEATRIZ

¿Ni aquí, ni allí, ni solo, ni en compañía? ¿Prefiere café con hielo, un mazagrán?...

ALCESTES

No, prefiero trabajar...

BEATRIZ

Eso significa: Váyase.

ALCESTES

No; ya he concluído.

BEATRIZ

¡Entonces no trabaja! ¿Prosa o verso?

ALCESTES

Prosa..., mala prosa... Un cuento.

BEATRIZ

Muy bien. **(Se sienta.)** ¿No puedo oírlo?

ALCESTES

Ya lo leerá cuando llegue el momento.

BEATRIZ

¿Ni siquiera el final? **(Alcestes la mira con enojo.)** No me censure ni lo cuente a nadie, pero con frecuencia antes que nada veo el final. Si me gusta, empiezo, y si no, renuncio a la lectura.

ALCESTES

Es usted una lectora **(La palabra "lectora" la dice rápidamente.)** detestable. **(Y la palabra "detestable" la recalca.)**

BEATRIZ

Ya ve usted cómo le he ayudado. Llamarme "detestable" únicamente, hubiera sido una insolencia; añadiendo "lectora" me lo ha podido decir. Conque ¿ni el final siquiera?... ¿Ni el último párrafo?

ALCESTES

(La mira como diciendo: — Son caprichos femeninos, hay que resignarse. — Y lee:). — "Entonces el enfermo..."

BEATRIZ

¿Quién es el enfermo?

ALCESTES

El protagonista... Erasmo Landi...

BEATRIZ

¿Qué enfermedad sufre?

ALCESTES

Está enfermo... No todos tienen la dicha de gozar la salud física de usted, ni su impasibilidad moral. "Entonces el enfermo miró en su redor, miró hacia delante, miró lo alto... y disparó."

BEATRIZ

¡Oh, Dios mío!... ¿Y por qué dispara?

ALCESTES

Cuando dispara, sus razones tendrá.

BEATRIZ

(Amablemente, en un tono que contrasta con sus palabras). — ¿Sabe que es muy raro su carácter? Me desvivo en complacerlo, con todo género de atenciones, y usted me corresponde con una gratitud de erizo, las espinas siempre en ristre. ¿Es que se aburre en Puziano? ¿El paisaje no favorece su inspiración? ¿La cocina no es de su gusto? No quiero retenerlo a la fuerza. Siento mucho perderlo como huésped, pero por lo menos conservaré al amigo.

ALCESTES

Me gusta la cocina, el paisaje, la quin-

ta, todo me gusta... Usted es la que no me gusta...

BEATRIZ

(Tranquila). — ¡Oh!...

ALCESTES

No me gusta... en sus relaciones conmigo. En todo lo demás, perfecta. Pero para mí, con toda su bondad, con toda su gracia, con todas sus mieles, es...

BEATRIZ

(Sonriente). — "Detestable"... No sólo como lectora...

ALCESTES

Precisamente. Porque es usted para mí un enigma. Como ahora mismo, por ejemplo: ni se altera, ni se turba; sonríe y lo toma a broma. **(Como Beatriz permanece tranquila, él es el que se altera y enoja.)** Hablo en serio

BEATRIZ

Lo siento... y no comprendo... Si se explica...

ALCESTES

¡Ya lo creo que me explico! Me he levantado de la cama esta mañana decidido a explicarme; pero no se ha presentado ocasión; no ha habido modo.

BEATRIZ

¡Ah! ¡Es una furia premeditada la de usted! Una furia, ¿cómo diré, rumiada y mal digerida.

ALCESTES

Hace hoy diez y seis días que estoy aquí, y no veo nada, no llego a ningún resultado.

BEATRIZ

(Sin perder su calma). — La primera cualidad del estilo debe ser la claridad. De lo poco que me enseñaron en el colegio, recuerdo esta lección: "Lo primero es la claridad, lo demás viene después".

ALCESTES

Pues yo soy clarísimo. Resumo y no so. exacto, puede corregirme. **(Aproxima su silla a ella.)**

BEATRIZ

¡Muy bien! Hable. Así la nube se disolverá en lluvia. Ya empieza a poner otra cara más serena... Diga, diga...

ALCESTES

Nos conocimos el día 3...

BEATRIZ

Sí, en Villa d'Este.

ALCESTES

La ví, y, naturalmente, la admiré, y pregunté; el amigo Beltrami me presentó, después de haberme dicho su nombre, que era viuda y hacerme el elogio de su perfección moral. **(Beatriz, que escucha con gran atención, da las gracias con una inclinación de cabeza, no se sabe si a Alcestes, presente, o a Beltrami, lejano.)** Usted llevaba un vestido color violeta; yo iba de blanco. Luego Beltrami se va y la orquesta suena...

BEATRIZ

No porque se va Beltrami.

ALCESTES

No, sino porque las orquestas tocan algunas veces. "Me parece un vals de Cremieux", digo yo. "Sí, — contesta usted: — es un vals de Cremieux." Y luego añade esta observación: "El día es muy hermoso, pero hace calor". Contesto yo: "Sí, hace calor, pero es un día muy hermoso". Nada más nos dijimos aquel primer día.

BEATRIZ

(Seria). Importante, grave, no nos dijimos nada más.

ALCESTES

Era martes. El miércoles, su vestido era de color tórtola; mi traje, gris.

BEATRIZ

¿Por qué dice el día y el color?

ALCESTES

Para demostrarle que usted me impresionó desde el primer instante y sin interrupción. El miércoles charlaremos, nos sentamos, caminamos, nos apartamos del bullicio hasta llegar al extremo de la calle de árboles, salimos del hotel... Le pregunté dónde pensaba ir después de aquella temporada en Villa d'Este. "Iré a Puziano". "¡Ah, Puziano, junto al lago de Puziano!" "Junto al lago de Puziano". "Cerca de Borisio". "Cerca de Borisio". "Donde nació Parini". "Sí: en Borisio nació Parini. ¿Por qué no viene a ver la casa donde nació Parini?" Esa fué la invitación por su parte...

BEATRIZ

Perdone...

ALCESTES

¿Me equivoco?

BEATRIZ

En lo que se refiere al día. No fué el miércoles. Tanto es así, que el jueves me preguntó usted: "¿Hay hoteles en Puziano?" Y yo le contesté: "No hay hoteles, pero sí un automóvil que hace el servicio entre Puziano y Erba tres veces al día." Si hubiera querido invitarle le habría contestado: "No hay hoteles, pero puedo ofrecerle hospitalidad en mi casa." Y no se lo dije. Así, pues, anticipa usted las fechas. La invitación vino más tarde.

ALCESTES

El sábado. Estoy conforme con la corrección... Porque el viernes la evité.

BEATRIZ

¡Ex profeso! ¿Por qué?

ALCESTES

Porque era viernes y soy supersticioso. Antes me preguntaban: "¿Es usted supersticioso?" Respondía: "No". "Entonces no es usted artista". Para ser artista, me he tenido que hacer supersticioso. Pero el sábado nos vimos, hablamos y me dijo usted: "En Puziano, el lago es tranquilísimo, la islita de los cipreses tiene tanta poesía, y la sombra de ella es tan agradable, el palacio del príncipe de Beauharnais tan evocador, que seguramente encontrará usted algún motivo lírico o narrativo. Venga. Le ofrezco hospitalidad. En mi quinta hay un ala del edificio..." Así me dijo, y quedó como suspendida del ala. "...hay un ala libre. El ala esa está a su disposición." Acepté el ala con entusiasmo, pero hace dos semanas que estoy aquí, y desde hace quince días me pregunto para qué me ha querido usted aquí y por qué yo permanezco.

BEATRIZ

Porque me agrada su compañía, y no me figuro que a usted le desagrade la mía.

ALCESTES

(Con presteza). — No, nooo... ¡La compañía! ¡Si casi todos los días se aleja de aquí! El domingo, a Como...

BEATRIZ

A las regatas.

ALCESTES

El lunes, a Erba...

BEATRIZ

A ver a Fausta Besana.

ALCESTES

Ayer, a Carlano...

BEATRIZ

Por la Bubi.

ALCESTES

Por las regatas, por la amiga, por la perrita... por todos. ¡Y por mí, nada!

BEATRIZ

¿Cómo, nada?

ALCESTES

Nada. O rodeada, embutida, acolchada, por el reverendo señor Fanelli, el doctor Gucci, su hermana... como si tuviese miedo de estar a solas conmigo, sin dejarme decir una palabra que valga la pena, interrumpiéndome o variando la conversación tan pronto como sospecha que voy a decir algo serio, decisivo. No puedo adivinar a qué se debe su actitud. Al presente ya hubiera podido dejar las tocas de la viudez. ¡Han pasado tres años! Usted me demostraba mucha simpatía; jamás ha podido surgir en su mente la sospecha de un pensamiento mío que no sea respectuoso y lleno de afecto; usted ha adivinado cuál es mi sueño, pues si bien no me ha dado ocasión de decírselo con palabras, lo ha comprendido de todos modos. ¿Qué significa, pues, todo eso? De vez en cuando, para poder hablar con más libertad, le propongo una excursión, y usted me envía a ver la casa donde ha nacido Parini. (Beatriz sonríe.) En quince días he ido ya tres veces por iniciativa de usted: una, solo; otra, con el reverendo señor Fanelli, y otra, con la señorita Laura y el reverendo Fanelli. ¡Ya me la sé de memoria! ¡Basta ya de la casa de Parini! ¡Quiero ver otra cosa o no ver nada! Ahí tiene usted por qué estoy de mal humor, y por qué el protagonista de mi cuento está enfermo y el cuento acaba con estas palabras: "Y disparó". No puede resignarse a su suerte. Es como yo. Se siente mal, y necesita desfogarse con alguien. Y dispara.

BEATRIZ

(Tranquila). — ¿Ha disparado? ¿Puedo hablar yo ahora? Usted quiere saber, por mí, por qué le he invitado a venir a Puziano. Se lo he dicho: porque me agrada su compañía...

ALCESTES

Es poco.

BEATRIZ

Porque me figuraba que le ofrecía un refugio tranquilo donde poder trabajar.

ALCESTES

Es poco.

BEATRIZ

Y porque... (Titubea.)

ALCESTES

A ver... Adelante... Y porque...

BEATRIZ

(Lentamente). — ...porque quería que conociese usted a mi hermanita.

ALCESTES

(Muy sorprendido). — ¡Diablo!

BEATRIZ

Y que mi hermanita le conociese a usted. (Pausa.) Eso no se le había ocurrido a usted.

ALCESTES

(Con sinceridad). — A mí no.

BEATRIZ

Y sin embargo, ¡una cosa tan sencilla, tan fácil! Usted es soltero. Y no por deliberado propósito. ¡Como tuvo que ingresar en las filas el 15! Ha combatido durante la guerra y se ha portado bien. Los horrores que ha presenciado no le han producido ese disgusto de todo que es en otros grave mal, sino que le han despertado un deseo de serenidad, de familia. Es usted, ordina-

riamente, alegre, pero no ligero; es noble, y no hace grabar la corona en las tarjetas de visita; es artista y no inflige la lectura en alta voz de sus cuentos y poesías.... Si no resulta usted un buen marido, hay que convenir que el molde de los buenos maridos ha desaparecido. Laura es joven, es bonita, es rica, — esto último no estropea lo otro, — y yo he pensado que el enlace con Laura estaba indicado y que una tentativa para conesguirlo se imponía. Laura es la esposa a propósito para usted.

ALCESTES

— Pero yo he pensado siempre en Beatriz y no en Laura. Soy Dante... y tendría que transformarme en Petrarca.

BEATRIZ

(Sonríe). — ¡Deje en paz a los ilustres espíritus! ¡No! La verdad es esta: usted ha venido, por decirlo así, prejuzgado; comprometido, con un programa trazado; tenía en la retina mis ojos, mi voz en los oídos. Sí, desde luego, lo admito: le gusto yo bastante, y por eso era sordo a cualquier otra voz y ciego a toda luz. Se había dicho de buena fe, precisamente porque es usted un caballero: "Aquí me he detenido, aquí me estoy; no hay otro programa." Y había otro, y hay otro, el mío: el de la frescura, la gentileza, la gracia, la novedad de la niña que mira en derredor con adorable estupor, porque no tiene más que un año de vida. Laurita, a la cual usted no había visto en Villa d'Este, porque había ido a pasar un mes con papá, ha estado hasta hace poco en el colegio; antes ¡era tan pequeña! Yo he procurado alejarme de su campo visible, quedar en segundo término; ponerla a ella en el primero. Es una criatura delicada, dulce, sin caprichos, y de alma transparente.... Quien se case con ella será feliz.

ALCESTES

Sí, sí; lo comprendo, no lo dudo. El que se case... No digo que no. Porque es bonita, elegante, buena. Sí, sí; el que se case con ella será feliz. Pero es muy posible que a estas horas la señorita haya elegido ya al hombre con quien se haya de casar, sin que usted ni yo lo sepamos.

ALCESTES

No, no; estoy segura.

Puede suceder muy bien que, aunque ella no haya tratado de gustar a nadie, le guste, a alguien, y alguien le guste a ella, y estén ya de acuerdo.

BEATRIZ

No, le digo que no. Laurita es la muchacha de la tradición, que se figura esclava de lo convencional, y con frecuencia lo es de la realidad. Es la doncella que espera. Que ni siquiera espera: florece naturalmente, inconscientemente, y el que pasa por su lado quizás no lo note. Carece de iniciativa y hay, por lo tanto, que tenerla por ella. No sabe lisonjear, porque es demasiado sencilla; ni aún sabe hacerse notar, y tan verdad es, que usted no la había notado. Existen bellezas púdicas, perfumes discretos que es preciso descubrir y que luego, cuando los elige uno y los lleva, le llenan toda la casa.

ALCESTES

Sí, comprendo: el jazmín. Pero óigame, razone. Usted es libre e independiente, me gusta.... no le desagrado; me tiene en tanta estimación, que me elegiría para confiarme la persona que le es más querida; no creo que tenga la palabra ni el corazón empeñados; y, sin embargo, cuando le digo: "A quien quiero es a usted, no a la otra", me envía a la puerta de al lado.

BEATRIZ

Es que yo no me volveré a casar, lo he jurado, si mi hermanita no se casa antes. Yo vengo a ser como su madre. Tiene casi diez años menos que yo. Papá me la ha confiado. Usted lo sabe: es coronel de caballería, y tiene otras cosas en qué pensar y no en buscar maridos. Y como ella es modesta y retraída, si no se lo busco yo, si no se lo encuentro yo... Es un deber, un compromiso... Si no fuera por mi hermana, sí; creo que le diría que sí. Usted me hace el honor...

ALCESTES

No diga eso.

BEATRIZ

Diré, pues: usted halaga mi amor propio. No es usted un hombre vulgar. Ya no soy una jovencita, y sin embargo, me prefiere creyendo que soy la mujer para usted, la soñada dueña de su casa, la reina de su corazón. Si no fuera por mi hermana, le diría que esperase...; pero ahora ya ha nacido en mí un escrúpulo. Como he pensado en usted, ya no puedo... Sí, hay muchos hombres en el mundo ;pero luego resulta que el mundo se reduce a una región, a una ciudad, a una calle; así que no son millones ni millares... Se reducen a decenas; tal vez a unidades. Y apenas le ví a usted, de quien su amigo Beltrami me había ya hablado mucho, me dije: Este es para Laura. ¿Comprende usted ahora? Si estuviese segura de que Laura quisiera a otro, o por lo menos de que no ha pensado nunca en usted, de que no lo quería..., ¡entonces!... Usted es un hombre inteligente, un escritor; comprende estas sinuosidades, estos repliegues del alma, estos escrúpulos míos, acaso excesivo, pero que no se pueden desechar cuando se han adentrado en nosotros, y que, por lo tanto, destruirían nuestra felicidad, aun cuando existiesen todas las razones para ser felices el uno con el otro. **(Conmovida, le toma una mano.)** Usted me comprende... ¿Verdad que me comprende y me cree?

ALCESTES

(Pensativo y también emocionado). — ¿Qué es lo que debemos hacer?... ¿Qué debo hacer? ¿Le parece que me vaya en seguida?

BEATRIZ

No. No me parece que lo que yo le he dicho y lo que usted me ha dicho le obliguen a marcharse con tanta premura... ¿Por qué? ¿Cómo lo justificaría? El acostumbrado llamamiento imprevisto..., el acostumbrado telegrama... Se duda de todo eso cuando es verdad; cuando no lo es, huele a pretexto a una legua de distancia.

ALCESTES

¿Y luego?... ¿Al cabo de unos días?...

BEATRIZ

Eso sí. Tengo la esperanza de que mi plan que de momento le ha sorprendido, a estas horas ya ha empezado a sonreírle, y así que lo vaya acariciando, nada tendría de particular que se realizase en un día no lejano. Si no es así, tan sólo cuando mi hermanita se haya casado, podrá pensar en mí; y si entonces usted sigue pensando y sintiendo lo mismo... ¡Pero, cuidado, eh! Usted no le ha de decir a mi hermana que aspiraba a ser mi esposo... No quiero ser obstáculo...; y aunque no fuera un verdadero obstáculo, no quiero ni sospechar que soy una sombra... ¿No se lo ha dicho nunca?

ALCESTES

¿Yo?

BEATRIZ

Ni se lo dirá. Ni aun la más ligera alusión cuando hable con el padre Fanelli.

ALCESTES

¡Desde luego!... ¡Nunca!

BEATRIZ

Perdone..., lo sé... Casi es una ofensa insistir, pero...

ALCESTES

¿Quiere que lo jure? Si es para su tranquilidad, juro que no lo he dicho ni se lo diré a nadie. ¿Está ya tranquila?

BEATRIZ

Gracias. Y entonces, cuando Laurita se haya casado, si no ha sido con usted **(Sonriendo.)**, y no le parece que ya es demasiado tarde... La juventud en la mujer es un sol que se pone temprano... y la mía... Si fuera pronto... Y en caso de que tarde... **(Súbitamente.)** ¡Dios mío! ¡El te para el padre Fanelli, que está aguardando!...

ALCESTES

Ya lo habrán hecho... La señorita Laurita...

BEATRIZ

¿Y usted no viene?... **(Se levanta.)**

ALCESTES

(Poniéndose en pie también). — No; me quedo trabajando.

BEATRIZ

¡Si ya ha acabado!...

ALCESTES

Quiero repasar el trabajo... Quizás varíe... Y después, ir allí... Estoy un poco turbado. Prefiero quedarme.

BEATRIZ

¿No me guarda rencor?

ALCESTES

¿De qué? **(Amable y respetuoso.)** No, querida amiga.

BEATRIZ

Volveremos a hablar. **(Alcestes le besa la mano, y la acompaña hasta la puerta. Vase Beatriz.)**

ALCESTES

(Que ha abierto la puerta a Beatriz, la vuelve a cerrar, se deja caer sobre la silla, detrás de la mesa, enciende un cigarrillo y ocha la caja de fósforos sobre la mesa. Ahora se levanta, pasea por la habitación, se apoya de espaldas contra la mesa, y vuelve a sentarse en su sitio. Más que turbado, ha quedado sorprendido y perplejo). — ¡Vaya, vaya!... ¡Qué cosas! ¡Casarme con la otra!... ¡Ni por pienso!... Bonita, sí, es bonita... Otro tipo diferente, otro género...: jazmín y camelia, flor de azahar y rosa purpúrea... Y luego, y luego... ¡Al diablo se le ocurre que la muchacha piense en mí!... ¡Imposible!... Imposible no, pero no es probable. Y aunque hubiese pensado... Pero no piensa. Si pensara me disgustaría, porecita; me sabría mal por ella, porque yo... ¡Qué diablo!... Yo, ahora... Nada, que no esperaba semejante salida. Sí, está bien: la misma familia, ésta más joven, casi diez años; soltera, y la otra viuda... Todo lo que se quiera; pero desde el momento que es la otra la que me gusta, que en la otra pensaba, que amo a la otra...; Y para ésta, para Laurita, habrá seguramente un primo, un amigo de la infancia, un compañero de juegos... Es rica, es buena, es muy bonita..., más pronto o más tarde se casará. Y entonces yo... Porque si ella no se casa... **(Le cae la ceniza del cigarrillo sobre la cuartilla del cuento, precisamente sobre las últimas líneas; quita la ceniza con la mano y vuelve a leer.)** "Entonces el enfermo miró en su redor, miró hacia delante, miró a lo alto... Y disparó." ¿Por qué dispara? **(Le parece un necio su protagonista.)** No hay razón para que dispare. No debe disparar. ¿Y por qué mira a lo alto, si después quiere disparar? Si mira hacia arriba, si mira al cielo, es señal de que aun cree en algo... Y si cree... "Miró hacia arriba... **(Toma la pluma y corrige.)** "Y esperó." **(Llaman a la puerta.)** Adelante.

LAURA

(No es menos linda que Beatriz, pero es menos llamativa, más delicada, casi frágil. Abre y vuelve a cerrar así que entra.) — Señor Brandani, está de Dios que hoy todos

vengan a estorbarle. Pero no he podido menos... Usted que lo sabe todo...

ALCESTES

¿Yo?

LAURA

Que lo debiera saber todo...

ALCESTES

Tampoco; protesto...

LAURA

Que sabe más que nosotros..., ¿existe o no existe un libro sobre Brianza, titulado "Brianza bella?" Yo digo que sí, el padre Fanelli dice que no. **(Alcestes, ahora que Beatriz le ha hablado de Laurita, la mira con otros ojos.)** ¿Existe o no existe?... ¿Qué le pasa?... Me mira de un modo... **(Instintivamente se toca, se arregla, se ajusta.)**

ALCESTES

(Que se ha respuesto.) — No digo que sí ni que no... No recuerdo "Brianzas bellas", pero no aseguro que no existan.

LAURA

Entonces déjeme que mire. El tío Claudio lo iba poniendo aquí todo junto en el segundo y en el tercer estante **(Indica la librería a la derecha)**, libros de viajes, monografías de ciudades... Perdone, acabo en seguida. Escriba, escriba y no se preocupe de mí. **(Alcestes la sigue con la vista. Laurita, de vez en cuando, se pone de puntillas para leer las letras más pequeñas en los lomos de los libros.)** Me remuerde la conciencia. Le estoy distrayendo y no lo dejo escribir. **(Da una postrera ojeada.)** No está. He perdido; pagaré.

ALCESTES

Siempre hay tiempo para pagar. **(Se levanta.)** No puede tener la seguridad de haberlo buscado bien.

LAURA

¿Siempre hay tiempo de pagar? Ya se ve que no es usted cabeza de familia.

ALCESTES

No, no; por fortuna para mí.

LAURA

Y para el público también.

ALCESTES

¡Laurita, por Dios!... **(Pero se siente halagado.)**

LAURA

Dicen que sus cuentos son muy interesantes... Y hasta sus novelas... Pero no se pueden leer; ¡no son para señoritas!

ALCESTES

Según. Las hay que sí y las hay que no.

LAURA

Sí, pero están a veces en un mismo volumen, y...

ALCESTES

(Riendo). — ¡Como el pescado malo, que perjudica al bueno!

LAURA

Sería muy conveniente que los escritores tuviesen todos hermanitas. Así escribirían para todos los ojos y para todos los oídos. No hace mucho se lo decía al padre Fanelli.

ALCESTES

¿Ha hablado de mí con el padre Fanelli? ¡Cuánto honor!

LAURA

Ha de saber usted que le quiere bien. Le es usted muy simpático al padre Fanelli. Le gustaría que fuese usted más afecto a la Iglesia, y se comprende, pero le aprecia mucho. Es un santo varón, créalo. ¡Y su mamá! ¡Tan buena!... Es una viejecita linda, toda blanca, lista, muy viva. Mañana he de ir a verla. ¿Quiere usted venir también? ¡Lo contento que se pondría el padre Fanelli!

ALCESTES

Veremos.

LAURA

Pero no diga que se lo he sugerido yo, porque así disminuye el valor de la visita. No: como si fuera cosa suya. Y así usted se captará las simpatías del padre Fanelli y de la gente del pueblo... ¿Usted sabe que todos le quieren? Y están muy contentos de que haya venido aquí. No tienen idea cabal de quién sea usted; pero así, en conjunto, saben que ha cumplido con sus deberes de soldado, que es un hombre que observa aquí y allá, que escribe, escribe, y que su nombre anda por los periódicos, y que un número viejo de la "Doménica del Corriere" publicaba su retrato, — todos lo han visto, — y piensan que usted debe ser de un barro algo más noble que el de ellos.

ALCESTES

¡Por el amor de Dios!... ¡Por cuatro garabatos!...

LAURA

No se rebaje tanto, que no lo creo. Usted es célebre.

ALCESTES

¿Yo?

LAURA

O poco menos.

ALCESTES

Mucho menos. Y aunque fuese famoso. ¿Sabe usted lo que dice un escritor célebre... ese sí que es célebre de verdad Dice: "El humo de la gloria no vale lo que el de la pipa".

LAURA

Lo habrá dicho en un momento malo, porque dijo una mala cosa. ¡Ahí es nada! La gloria del escritor, que no se limita a él, sino que irradia en los otros, ¿no vale lo que el humo de la pipa? ¡Fíjese! Ahí está Parini, que hace sonar el nombre de su pueblecillo por el mundo, que esparce tanta luz

y difunde tanto bien... ¡Eso humo de pipa! Fíjese: si todos esos pobrecitos que han muerto en la guerra por nosotros, por nuestra patria, además de la conciencia del deber cumplido que los alentó, que los envolvió en medio de tanto impulso de tristes pasiones, de tanto desconocimiento del mundo, no hubiesen de tener quien les cantase luego, quien los glorificase, quien haga bendecir su nombre en los siglos... ¡qué gran tristeza sería! **(Se detiene y mira a Alcestes, que también la mira, sorprendido.)** ¡Cuánto he hablado! ¿Lo creerá usted, señor Brandani? No recuerdo el tiempo que hacía que no "echaba" un discurso tan largo. Desde que salí del colegio, seguramente.

ALCESTES

Pero me ha convencido usted.

LAURA

¿De veras?

ALCESTES

Le aseguro que me ha convencido. La convicción, más que de la bondad de los argumentos, resulta de la persuasión y de la voz del que trata de convencer. ¿Sabe usted, señorita, que tiene una bonita voz?

LAURA

¿Usted cree?... ¿Y cómo se ha dado cuenta tan de repente? Hoy le encuentro a usted algo extraño.

ALCESTES

¿A mí? No; es que observo, me doy cuenta y digo lo que veo y lo que siento. Lo que es que... no se enoje: con usted es preciso un poco más de tiempo para descubrir ciertas particularidades, porque parece que haga todo lo posible para pasar inadvertida. ¿Por qué no se hace notar?

LAURA

¿Qué dice usted?

ALCESTES

Digo, quiero decir, que las muchachas "deben" cuidar de mostrarse... o mejor, rectifico, "no deben mostrarse", pero sí procurar que se las vea. De otro modo, no se casan. Y si usted no se casa... **(Se detiene.)** ¿Me ha comprendido?

LAURA

No.

ALCESTES

El no casarse no puede depender más que de mala voluntad. Porque es usted graciosa, es usted joven, es usted... **(Se interrumpe.)** Puede usted decirme: "Para eso está ahí papá. Ese es asunto suyo." Sí, pero papá tiene otras cosas en qué pensar. El papá es coronel de caballería y por lo tanto... ¿Me explico?

LAURA

No; no se explica.

ALCESTES

Entonces **(Lentamente.)**, seré más claro.

LAURA

Muy bien.

ALCESTES

En las dos semanas que llevo aquí, he tenido ocasión de observarla, de oirla hablar, de verla en casa y fuera de ella, de apreciar su inteligencia, su rectitud... Pero ¿por qué? Porque ha querido mi suerte que la tuviese cerca, que pudiese pasar muchas horas a su lado durante el día. Y así es como, naturalmente, he llegado a pensar: "Parece mentira que esta interesante criatura"... ¿No se molesta usted, verdad?, porque le hable con cierta familiaridad?... ¡Tengo tantos años más que usted!...

LAURA

¡No tantos!...

ALCESTES

... parece mentira que esta interesante criatura, esta dulce mujercita, pueda pasar inadvertida... ¡Sería una lástima! Las flores se ajan muy pronto... Los años se van volando..." Usted es joven, muy joven, pero "nunca es pronto para alcanzar la felicidad". No sé dónde he leído o a quién le he oído decir eso de la felicidad, pero es exacto.

LAURA

En una palabra, usted querría que yo me casara; me aconseja que me case.

ALCESTES

Eso mismo.

LAURA

Y pronto.

ALCESTES

Cuánto antes.

LAURA

Y usted, ¿se casaría conmigo? **(Alcestes queda un tanto desconcertado, pero antes de que pueda responder, Laura añade con presteza.)** Yo, con usted, no.

ALCESTES

(Confuso). — Usted, no. Tiene razón. Pero...

LAURA

¡Aguarde! ¿Sabe por qué no? Mire: nos conocemos de hace poco, pero, como antes decía usted, en estos días hemos tenido ocasión de ser amigos, de apreciarnos. Puedo hablar así porque usted hace un instante me decía cosas que me han causado gran placer, porque eran dichas por usted, porque le estimo mucho. Es usted un corazón de oro, un espíritu superior, hasta el punto que... No, eso lo diré luego. Pero quiero explicarle en seguida ese "no" que se me ha escapado y que, ignorando lo demás, puede parecerle ofensivo. Déme la mano... ¡Vamos!... ¿De qué tiene miedo?... Déme la mano... Así,

muy bien. Ahora prométame... júreme... con nuestras manos juntas, que no le dirá nada a mi hermana.

ALCESTES

(Titubea un poco). — ¡Lo juro!

LAURA

He hecho votos de no casarme si antes no se vuelve a casar mi hermana

ALCESTES

(Impetuoso). — ¡Nooo!...

LAURA

¿Y por qué no? ¿Es que a usted le parece difícil que mi hermana vuelva a casarse?

ALCESTES

No creo semejante cosa, pero...

LAURA

Es joven, está en plena sazón de la belleza... Es muy buena. El que se casa con ella será feliz.

ALCESTES

Eso mismo pienso yo.

LAURA

¡Y la pobrecita ha sido feliz tan poco tiempo! Dos años duró su matrimonio, ¡ya ve! Apenas dos años... ¿Cómo podría yo abandonarla para casarme? Sería una egoísta, una ingrata. Si yo me casara sería como pensar que Beatriz ya estaba pasada, que era casi una vieja, y como ella se siente un poco mi mamá, y viene a ser como mi mamita joven, eso la confirmaría melancólicamente en su idea. Ya ve usted, ahora piensa en acompañarme para que la gente me vea, con el fin de encontrarme un compañero. Ella cree que así me encontrará un marido. Y yo creo que antes lo ha de encontrar ella. Y aún añado que yo seré quien se lo busque; que se lo tengo ya buscado.

ALCESTES

(Con ansiedad). — ¿Quién es?

LAURA

Usted, señor Brandani. Apenas le ví, apenas le hablé, pensé en seguida: "He aquí el marido que yo desearía para Beatriz."

ALCESTES

¡Cómo!... ¿Usted?

LAURA

(Sin darle tiempo de decir nada más). — Por eso, si le he dicho antes que no me casaría con usted, no es por que no le aprecie. Hasta creo muy afortunada a la mujer a quien usted dé su nombre. Pero, no obstante apreciarle, no obstante tenerle mucho afecto, el afecto de una amiguita adicta, que se halla muy contenta por haber llamado su atención, no podría casarme con usted porque, si me casara, sentiría un pesar constante: el de pensar que si no hubiera sido mi marido, tal vez Beatriz habría podido volver a hallar la intimidad del hogar con usted... Será, quizás, un escrúpulo excesivo...

ALCESTES

(Repitiendo casi las palabras de Beatriz). — Pero yo soy un artista, y comprendo estas sinuosidades, estos repliegues del alma.

LAURA

(Le estrecha la mano, un poco conmovida). — Gracias, señor Brandani... Ahora me voy... el padre Fanelli me aguarda. — (Y se desliza fuera.)

ALCESTES

(Se encuentra solo, casi sin darse cuenta. Está furioso). — ¡Magnífico!... ¡Magnífico!... Y no puedo hablar, porque he jurado, y además, porque no me serviría de nada. ¡Beatriz no se casa conmigo porque hubiera podido ser el marido de Laura, y por lo tanto, mientras Laura no se case con otro... Si Laura se casara, quizás... En cuanto a casarme yo con Laura, imposible, porque hubiera podido ser el marido de Beatriz... Ahora, si Beatriz se casara antes con otro, en ese caso, tal vez... En una palabra: para casarme con Beatriz, antes he de hallar marido a Laura, y si quiero casarme con Laura, me es preciso dar con un marido para Beatriz... Pero así que las dos están casadas, ya no habrá dificultad ninguna para que me case con cualquiera de las dos! ¡Ah! ¡Magnífico, magnífico!... **(Su mirada va a posarse en la última cuartilla del cuento, y vuelve a leer.)** "Miró en derredor, miró hacia adelante, miró a lo alto." Mañana me voy. **(Furioso, toma la pluma y corrige.)** "Y espiró."

TELON

Sabatino López.

En el continente de Nueva Holanda, se ven bosques enteros cubiertos de una sustancia parecida a la de las conchas de los mariscos. Estas incrustaciones se deben, según se supone, al polvo de mariscos putrefactos que es llevado por el viento y se queda espolvoreado en los troncos y las ramas de los árboles.

Las modas femeninas no han cambiado en el Japón desde hace 2.500 años.

✣ ✣ ✣

Si todo el oro del mundo se fundiera en lingotes llenaríaun cuarto de ocho metros por cada lado y 6 metros de alto.

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

En casa de un avaro.

Un individuo ve sobre una mesa un cepillo de dientes completamente negro.

—¡Qué horror! — exclama asqueado.

—No tiene nada de particular, lo utilizo también para limpiarme el calzado.

✣ ✣ ✣

Una esposa enojada, a su marido.

—¡No sé cómo te atreves a mirarme a la cara!

—No tiene nada de particular, esposa mía, uno se acostumbra a todo.

✣ ✣ ✣

A un aviador le enseñan un cuadro copia del de la Concepción de Murillo.

—¿Qué le parece? ¿Son lindos los angelitos? — le preguntan.

—Me parecen muy mal.

—¡Qué defecto tienen!

—Esos angelitos no podían elevarse ni un par de metros sin romperse las narices contra el suelo; tienen la alas muy chicas.

✣ ✣ ✣

En la escuela:

Juancito, nombre un elemento.

—El fuego.

—Otro.

—La caña.

—¡Cómo! ¿La caña es un elemento?

—Sí, señor. Mi tata cuando bebe caña, dice que está en su elemento.

✣ ✣ ✣

Un prestamista visita a un deudor suyo y le reclama cierta cantidad.

—No me es posible pagar a usted, — dice el deudor. — No tengo un centavo.

—Pues acudiré a los tribunales. Los muebles que usted tiene aquí responden de la deuda.

—Sin embargo...

—No, señor; con embargo.

✣ ✣ ✣

Entre marido y mujer.

Ella. — Dentro de dos meses justos es el santo de mi madre; jurame que no te olvidarás de hacerle un regalo.

El. — Para que veas mis buenos propósitos, voy a apuntarlo en el puño de la camisa.

Ella. — Muy bien; ahora júrame que no te mudarás de camisa.

Entre conscriptos:

—¿Por qué has declarado que no sabes leer?

—Para ir contra el gobierno; para que vea el país lo descuidada que está la instrucción pública.

✣ ✣ ✣

Rufilanchas ha escrito una novela en cuyo primer capítulo se lee lo siguiente:

"El marqués se paseaba por la galería con el cigarro en la boca y silbando la Marianina".

✣ ✣ ✣

—Peor creía yo que iba usted a salir de este asunto. Me escribe el juez diciendo que opte usted entre quince días de arresto o 30 pesos.

—Pues... que me mande los 30 pesos.

✣ ✣ ✣

Entre empleados de una casa de comercio:

—¿Has visto, Ramírez? El cajero se ha fugado, llevándose cuarenta mil pesos.

—Tiene gracia.

—También creo que se ha llevado tu paraguas.

—¿De verás? ¡Ah, canalla!...

✣ ✣ ✣

Durante un banquete.

—¿Quien es ese caballero de la izquierda?

—El doctor Pitorro, hombre muy alegre y decidor. ¡Si viera usted qué poco caso hace de la vida!

—¡Sí, de la vida de los demás!

✣ ✣ ✣

Un porteño petulante fué a Rosario, donde admiró la belleza del Paraná.

—¿Qué le parece este río? — le preguntaron.

—Hombre, para ser de provincia, no está mal.

✣ ✣ ✣

Después del entierro, uno de los que van en el duelo dice a la concurrencia:

—La familia agradece a ustedes esta prueba de afecto y se considera muy dichosa si se le presenta ocasión de ofrecer a cualquiera de ustedes análogas manifestaciones de simpatía.

ATRAYENTE NARRACION NOVELESCA

La danzarina griega

por Arturo Schnitzler

El famoso novelista austriaco autor de esta narración, presenta un caso de amor y de abnegación admirablemente estudiado y tan magistralmente presentado, que resulta atrayente e interesante del principio al fin.

La gente puede decir lo que quiera, pero yo no creo eso de que la señora Matilde Samodeski ha muerto de un ataque de apoplejía. Yo estoy mejor enterado, y no iré a la casa desde donde hoy la llevarán hacia el descanso anhelado. No quiero ver al hombre que sabe, tan bien como yo, por qué ha muerto; no quiero estrechar su mano y callar.

Iré a la casa por otro camino. Verdad es que resulta algo largo, pero el día otoñal es hermoso y tranquilo, y me place mucho quedarme solo. Pronto llegaré ante la verja del jardín, detrás de la cual vi a Matilde por última vez. Era en la primavera pasada. Las maderas de las ventanas del hotelito estarán todas cerradas; los senderos estarán llenos de hojas amarillentas, y en alguna parte veré probablemente brillar entre los árboles el blanco mármol en que está cincelada la danzarina griega.

Hoy tengo que pensar mucho en aquella noche. Me parece casi providencial que aceptara yo entonces la invitación de Wartenheimer, a pesar de que en el transcurso de los años habían perdido para mí todo atractivo las reuniones de sociedad; quizá fué debido al viento templado que llegaba por la noche a la ciudad desde las colinas, atrayéndome hacia el campo. Además sería con un "garden party" con lo que los señores Wartenheimer inaugurarán su hotel, y no era de muchos cumplidos. Pero es extraño que al ir a aquella fiesta no llegué a pensar siquiera en la posibilidad de que pudiera encontrarme allí con Matilde. Y sin embargo, sabía que el señor Wartenheimer había comprado la danzarina griega a Samodeski para su hotel; y también sabía que estaba enamorada del escultor la señora de Wartenheimer, como todas las demás mujeres.

Pero aun a pesar de esto hubiera podido pensar en Matilde, porque cuando era aún una muchacha soltera pasé muchas y bellas horas con ella. Sobre todo, no me es tan fácil olvidar un verano en el lago de Ginebra hace siete años, precisamente un año antes de que su marido pidiera su mano. Hasta parece que, a pesar de mis canas, me había hecho algunas ilusiones; porque cuando un año después fué la esposa de Samodeski, experimenté un gran desengaño, y estaba completamente convencido de que no llegaría a ser feliz con él.

Sólo volví a ver a Matilde, poco después del regreso de su viaje de novios, en la fiesta que dió Gregorio Samodeski en su taller de la calle Gunhans, donde todos los convidados, por un capricho cursi del escultor, tenían que ir con trajes japoneses y chinos. Ella me saludó de una manera muy desenvuelta; todo su ser daba la impresión de serenidad y contento. Y más tarde, cuando en medio de su conversación con los demás, encontré algunas veces una mirada suya muy singular, y tras algún esfuerzo, llegué a comprender claramente lo que significaba. Decía: "Querido amigo: Usted cree que se ha casado conmigo por el dinero; usted cree que no me quiere; usted cree que no soy feliz; pero se equivoca... Se equivoca por completo. No tiene más que ver de qué buen humor estoy y cómo brillan mis ojos."

Me encontré también con ella en algunas otras ocasiones, pero siempre nos veíamos un momento nada más. Una vez, en un viaje, se cruzaron nuestros trenes; comí con ella y con su esposo en un restaurante de la es

SEÑORAS

Conserven la belleza e higiene de sus manos, usando guantes de goma para los quehaceres domésticos.

LA POUPEE le venderá el par a

$ 2.50 - 3.- y 5.-

LA POUPEE

CERRITO, 122.-U. T. 3958, Rivadavia
Artículos y elásticos para corsés y fajas, medias elásticas, rodilleras, tobilleras, etc. ..

Remitimos al interior.

tación; él contaba toda clase de chistes, que no llegaban a hacerme una gracia extraordinaria. También hablé una vez con ella en el teatro; estaba allí con su madre, que por cierto sigue todavía más hermosa que la hija... El diablo que sepa dónde estaba entonces el señor Samodeski. Y durante el invierno pasado la vi por el Prater, en un día frío y claro. Caminaba con su hijita bajo los castaños desnudos, entre la nieve. El coche les seguía a poca distancia. Yo estaba en la otra acera, y no fuí a saludarla. Seguramente estaba preocupado pensando en otras cosas; además, Matilde ya no me interesaba mucho. Así es que seguramente no me habría preocupado tanto de ella y de su muerte repentina si no hubiera tenido lugar aquel encuentro en casa de Wartenheimer.

Hoy recuerdo aquella noche con una claridad extraordinaria y más bien penosa, algo así como alguno que otro día junto al lago de Ginebra. Ya había caído la tarde cuando llegué allí. Los convidados se paseaban por las alamedas. Fuí a saludar al señor de la casa y a algunos conocidos. Sin que se viera de dónde partía, se oía la música de una pequeña orquesta de salón, que estaba escondida en un bosquecillo. Pronto llegué hasta el pequeño estanque situado en medio de un semicírculo de altos árboles; en el centro, sobre un oscuro pedestal, de una manera que parecía revolotear encima del agua, resplandecía la danzarina griega; con las luces eléctricas que llegaban desde la casa; estaba, además, iluminada algo teatralmente. Recuerdo la sensación que causó un año antes en la exposición; tengo que confesar que también a mí me produjo una impresión bastante grande, a pesar de que Samodeski me es muy antipático y aunque tengo la sospecha singular de que en realidad no es él quien hace las bellas cosas, que a veces le resultan muy bien, sino que es otra cosa en él, algo incomprensible, ardiente, diabólico acaso, que seguramente desaparecerá tan pronto como llegue un día en que deje de ser joven y amado. Creo que hay muchos artistas de esta naturaleza, y esto no ha dejado de llenarme siempre de cierta satisfacción.

Cerca del estanque encontré a Matilde. Se paseaba del brazo de un joven que tenía aspecto de estudiante y que me fué presentado como pariente de la casa. Charlando muy alegremente paseábamos los tres de un lado a otro del jardín, que acababa de ser iluminado con luces por todas partes. La señora de la casa, acompañada de Samodeski, vino a nuestro encuentro. Nos paramos un rato, y mi propia extrañeza hizo que le dijera al escultor unas palabras de elogio para la danzarina griega. En realidad lo hacía a pesar mío; probablemente flotaba en la atmósfera una disposición pacífica y animada, como suele ocurrir a veces en las noches primaverales; gente que de ordinario se son indiferente, se saludan afectuosamente, se sienten impulsados a toda clase de comunicaciones efusivas.

Cuando, por ejemplo, estaba sentado un rato más tarde en un banco fumando un cigarrillo, se acercó a mí un hombre que sólo conocía muy superficialmente, y que empezó de pronto a alabar a la gente que utiliza su riqueza de una manera tan noble como nuestro anfitrión; me mostré conforme en absoluto con su opinión, aunque siempre tuve al señor de Wartenheimer por un snob muy necio. Después, sin que viniera a cuento, manifesté a aquel hombre mis puntos de vista sobre la escultura moderna, de la que no entiendo gran cosa; unas apreciaciones que en otra ocasión hubieran carecido seguramente de todo interés para él, pero bajo la influencia de aquella noche seductora de primavera aprobaba con entusiasmo todo cuando yo decía. Más tarde hablé con las sobrinas del señor de la casa, que encontraban la fiesta muy romántica, sobre todo porque las luces brillaban por entre el follaje y porque la música resonaba en la lejanía. Estábamos precisamente junto al templete de la orquesta; pero a pesar de ello no me pareció nada disparatada esa observación. Hasta tal punto me encontraba yo también bajo el encanto del estado de ánimo general.

La cena fué servida en pequeñas mesas que se habían colocado, tanto como lo permitía el sitio, en la terraza, y además en el salón contiguo. Las tres grandes puertas de cristales estaban abiertas. Yo estaba sentado en una mesa al aire libre en compañía de una de las sobrinas; a mi otro lado se sentó Matilde con el joven de aspecto de estudiante, pero que en realidad era empleado del banco

y oficial de la reserva. En frente de nosotros, pero ya en el salón, estaba sentado Samosdeski, entre la señora de la casa y cualquier otra mujer hermosa, que yo no conocía. Mandó a su mujer un beso con ademán humorístico; ella le contestó amablemente por un movimiento de cabeza y sonrió. Lo miraba con una mirada tranquila. Era verdaderamente hermoso, con sus ojos de un azul acerado y con la barba puntiaguda, larga y negra, que se alisaba con dos dedos de la mano izquierda. Pero también creo no haber visto en mi vida un hombre que fuera rodeado de una manera tan ardiente por tantas palabras, miradas y gestos como él aquella noche. Al principio parecía como si él solamente se resignara a ello en cierto modo. Pero pronto vi, por su manera de cuchichear al oído de las mujeres, por sus miradas insoportables de triunfador y especialmente por la alegría excitada de sus vecinas, que las conversaciones, en apariencia inofensivas, estaban llenas de un fuego oculto. Desde luego, Matilde tenía que notarlo tan bien como yo; pero charlaba, aparentemente, sin la menor alteración, ya con su vecina, ya conmigo. Poco a poco iba dirigiéndose sólo a mí; me preguntó por distintas circunstancias externas de mi vida y me hizo que le contara de mi viaje del año anterior a Atenas. Después me habló de su hija, que ya cantaba maravillosamente canciones de Schumann de memoria; me habló de sus padres, que ahora, ya en su vejez, se habían comprado una casita en Hietzisy; me contó que había adquirido viejas telas de iglesia, el año pasado, en Stalzburg, y me habló de otras mil cosas. Pero por debajo de la superficie de nuestra conversación pasaba en nosotros una cosa completamente distinta. Una desesperada lucha muda: intentaba persuadirme, por su serenidad, de lo tranquila que era su felicidad, y yo me resistía a creérselo. Tenía que pensar otra vez en aquella velada japonesa — chinesca — en el taller de Samodeski, donde se había esforzado de la misma manera. Esta vez percibía muy bien que lograba muy poco contra mis dudas y que tenía que inventar algo muy extraordinario para deshacerlas. Y así se le ocurría la idea de llamar ella misma mi atención sobre la conducta amorosa de las dos hermosas mujeres para con su marido, y empezó a hablarme de la suerte de su marido con las mujeres, como si debiera alegrarse de ello a la manera de una buena camarada, sin ninguna inquietud ni desconfianza, y de igual modo que de su belleza y de su genio. Pero cuando más se esforzaba en parecer serena y alegre, tanto más profundas sombras revoloteaban sobre su frente. Al levantar una vez su vaso para brindar por Samodeski, temblaba su mano. Quiso ocultar, reprimir este temblor; para ello permaneció durante algunos segundos, no sólo con la mano, sino con el brazo y con todo el cuerpo, en tal rigidez, que casi llegué a temer por ella. Volvió a reanimarse, me miró rápidamente de reojo; se dió, probablemente, cuenta de que estaba a punto de perder el juego, y dijo de pronto, como con un último intento: "Podría jurar que me tiene usted por celosa." Y sin dejarme tiempo para contestar, añadió: "¡Oh, lo creen muchos! Al principio lo creía el mismo Gregorio."

Habló a propósito en voz muy alta; pudieron oír al otro lado cada palabra. "Pues sí — dijo, dirigiendo la mirada hacia el otro lado; — si se tiene un marido semejante: guapo y famoso..., y yo misma, con la fama de no ser muy hermosa... ¡Oh, no me diga usted nada!... Ya lo sé que he embellecido algo desde que tengo mi chiquilla".

Indudablemente, tenía razón; pero para su marido — de ello estaba yo convencido por completo — la nobleza de sus facciones no significaron nunca mucho, y por lo que se refería a su estatura, al perder su esbeltez juvenil, perdió, sin duda, el único encanto que para él tenía.

Asentí, naturalmente, con palabras exageradas; pareció alegrarse y siguió con ánimo creciente:

—Pero no soy nada celosa, ni yo misma lo sabía; solo me he dado cuenta de ello poco a poco, y especialmente, hace algunos años, en París... ¿Usted ya sabe que estuvimos allí?

—Sí, lo recuerdo.

—Gregorio estaba haciendo allí los bustos de la princesa de La Hire y del ministro Choquet, y muchas otras cosas. Vivíamos en París de una manera tan agradable como es de suponer en unos jóvenes que éramos...; es decir, seguimos siendo jóvenes ahora también... Quería decir como dos amantes, aunque frecuentábamos el gran mundo... Ibamos algunas veces a casa del embajador austriaco, visitábamos a La Hire y a otros. Pero en resumidas cuentas, nos tenía sin cuidado la vida elegante. Hasta vivíamos apartados en Montmartre en una casa bastante vieja, donde Gregorio tenía su taller. Le aseguro que muchos de los jóvenes artistas que tratábamos no llegaron a sospechar siquiera que estábamos casados. He ido a todas partes con él. A menudo íbamos al Café Athenés, donde se reunía con Leandre Carabin y otros muchos. También había en nuestra compañía toda clase de mujeres, con las que probablemente no me trataría en Viena..., aunque, después de todo...

Dirigió una mirada presurosa hacia la señora de Wartenheimer y siguió rápidamente:

—Y había alguna que otra muy hermosa: Algunas veces vino también la última amante de Henri Chabran, que desde su muerte vestía siempre de negro, y que tenía cada semana un amante diferente, pero que durante ese tiempo tenían que llevar también todos luto; se lo exigió así a ellos... ¡Se encuentra uno en la vida con gente muy extraña! Ya puede usted figurarse que las mujeres de allí no iban detrás de mi marido menos que en cualquiera otra parte; era para reirse. Pero como estaba yo siempre con él, o casi siempre, no se atrevían tan libremente a acercarse, tanto menos cuanto que pasaba por su amante... Bueno, ¡si hubieran sabido que soy su mujer!... Y así se

me ocurrió una idea singular, de la que usted seguramente no me hubiera creído capaz, y aun yo misma ,al confesarlo hoy con esta franqueza, me extraño de mi valor.

Miraba ante sí, hablando en voz más baja que antes:

Además, también puede ser que ya influía en mí una circunstancia; vamos, ya puede usted figurárselo. Desde hacía unas semanas sabía que llevaba un hijo en mis entrañas. Esto me hacía extraordinariamente feliz. Al principio, no sólo estaba más alegre, sino también mucho más animada que antes... Pues, figúrese usted; una noche me vestí de hombre y me fuí de este modo con Gregorio de aventura. Desde luego tuvo que prometerme antes que no se violentaría en nada... Claro está; si no, todo aquello no habría tenido ningún sentido. Yo hacía una figura soberbia; no me habría usted conocido..., nadie me hubiera conocido. Un amigo de Gregorio, un tal Leonce Albert, un joven pintor, jorobado, nos acompañaba aquella noche. Hacía un tiempo precioso... Mayo..., noche tibia... Y yo era tan arrogante, que no puede usted formarse una idea de ello. Figúrese: mi saco, un saco amarillo, muy elegante, me lo quité sencillamente y lo llevé en el brazo..., como suelen hacer los hombres... Verdad es que ya estaba bastante obscuro... Cenamos en un pequeño restaurante del boulevar; después nos fuimos a la Roulotte, donde cantaban entonces Legay y Montaya... "Tu t'en vas les pieds devant..." Ya lo oiría usted el otro día en el teatro Wiedener, ¿verdad?

Y Matilde dirigió una mirada rápida hacia su marido, que no hacía caso de ello. Era como si se despidiera para mucho tiempo; y después volvía a su relato, cada vez con más violencia, y diríase que se arrojaba hacia adelante:

—En la Roulotte — dijo — había una señora muy elegante, que estaba sentada muy cerca de nosotros; coqueteaba con Gregorio, pero de un modo... vamos, se lo aseguro, no puede uno imaginarse cosa más indecente. Nunca llegaré a comprender que su esposo no la estrangulara en el acto. Yo lo hubiera hecho. Creo que era una princesa... Bueno, no se ría usted, era seguramente una dama del gran mundo, a pesar de su conducta...; esto ya puede juzgarse... Y en realidad, yo hubiera querido que Gregorio correspondiera a sus insinuaciones... ¡Naturalmente! Me hubiera gustado ver la manera de desarrollarse una cosa así...; deseaba que él le diera una carta, o que hiciera alguna otra cosa por el estilo; lo que había hecho en semejantes casos antes de que yo fuera su mujer... Sí; eso es lo que quería. A pesar de que no dejaba de tener algún riesgo para él. Parece que en nosotras las mujeres se da esta curiosidad cruel... Pero Gregorio, gracias a Dios, no tenía ganas de nada de esto. Nos marchamos muy pronto y volvimos a gozar de la hermosa noche de Mayo. Leonce seguía con nosotros. Por lo demás, se enamoró de mí aquella noche, y se sentía más galante de lo que acostumbraba. En otras ocasiones era un hombre muy tímido, a causa de su tipo... Le dije entonces: "Parece ser que para que usted haga la corte a alguien es preciso que lleve un saco amarillo." Seguimos paseando tan alegremente como si fuéramos tres estudiantes. Y ahora viene lo interesante. Nos fuimos al Moulin Rouge. Esto estaba en nuestro programa. Era preciso que ocurriera algo. Porque hasta entonces no habíamos tenido aún ninguna aventura...; sólo a mí, figúrese usted, a mí misma, se me acercó una mujer en la calle. Pero no era esto lo que buscábamos... A la una llegamos al Moulin Rouge. Lo que pasa allí ya lo sabe usted, probablemente; en realidad, me lo había figurado peor... Al principio no ocurrió allí tampoco nada de particular y, según parecía, por el aspecto de aquello tampoco ocurriría nada. Ya me puse algo incomodada. "Eres una niña, — me dijo Gregorio. — ¿Cómo te lo has figurado tú? ¿Creías que en cuanto llegáramos iban a caer rendidas a nuestros pies?" Dijo "nuestros" por cortesía para con Leonce; no podía hablarse siquiera de que podían caer rendidas a los pies de Leonce. Pero cuando ya pensábamos decididamente en marcharnos, se operó un cambio. Y fué que me llamó la atención una persona... a mí, verdaderamente a mí... que por casualidad había pasado ya algunas veces a nuestro lado...

Estaba muy seria y se distinguía bastante de la mayoría de las otras damas presentes. Estaba vestida de una manera nada llamativa, de blanco, completamente de blanco... Observé que a dos o tres hombres que se acercaron a ella no les contestó siquiera, siguiendo su camino, sin dignarse dirigirles una mirada. Sólo miraba el baile, muy tranquilamente y con interés... Leonce preguntó, — le había rogado yo que lo hiciera — a algunos amigos, si habían visto ya en algún sitio a aquella hermosa criatura, y uno recordó haberla visto el invierno pasado en uno de los bailes de los jueves en el Barrio Latino. En esto se acercó a ella Leonce, y a él sí que dió respuesta. Después vino con ella hasta donde estábamos nosotros; nos sentamos todos en una mea y bebieron champán. Gregorio no le hacía caso ninguno, como si no estuviera allí... Ella charlaba conmigo sin cesar, sólo conmigo... La indiferencia de Gregorio parecía excitarla mucho. Se notaba cada vez más animada, más comunicativa, más libre, y como suele suceder en estos casos, poco á poco nos fué contando toda la historia de su vida. ¡Por qué circunstancias tiene que pasar una pobre criatura como aquella o se encuentra forzada a vivirlas!

Leemos muchas cosas así; pero si nos encontramos con una persona de esas y lo escuchamos de sus labios como algo real, entonces nos parece, nos suena como algo nuevo. Todavía recuerdo alguna que otra cosa. Cuando tenía quince años fué modelo. También había sido comparsa en un pequeño teatro. ¡Qué cosas nos contó del director!... Me hubiera ido a escape si no hu-

biese estado ya algo embriagada por el champán... Luego se enamoró de un estudiante de medicina, que se dedicaba a la anatomía. Algunas veces iba a buscarlo al depósito de cadáveres... o permanecía allí con él... ¡No; es imposible decir lo que nos contó! El médico, desde luego, también la abandonó. Y a esto precisamente no quiso ya sobrevivir. Y se suicidó, es decir, intentó suicidarse. Ella misma se burlaba de ello. ¡Y con unos términos que ya, ya! Todavía oigo su voz...; no daba impresión tan vil como en realidad era todo aquello. Se levantó un poco el corpiño y nos enseñó en el seno izquierdo una pequeña cicatriz rojiza. Cuando contemplábamos todos aquella cicatriz, de una manera muy seria, dijo, no, gritó de repente a mi marido: "¡Bese usted!" Ya lo he dicho antes. Gregorio no le hacía ningún caso. También, mientras contaba su historia, Gregorio apenas si escuchaba; miraba a la sala, fumaba cigarrillos y, en el momento que se dirigió a él de ese modo, apenas si sonreía. Pero yo le daba con el codo, le pellizcaba... estaba verdaderamente embriagada... Aquel fué el estado de ánimo más extraño de mi vida. Y quieras que no, besó...; es decir, tuvo que hacer como si tocara la cicatriz con los labios. Sí, y después aquello se puso cada vez más alegre y desenfrenado. Nunca he reído tanto como aquella noche, y una risa sin saber por qué. Nunca hubiese creído posible que una mujer, y más una mujer como aquella, pudiera en un momento enamorarse tan locamente de un hombre como se enamoró aquella criatura. Se llamaba Magdalena."

No sé si Matilde pronunció ese nombre intencionadamente en voz más alta. De todos modos, me parecía como si lo hubiera oído su esposo, porque estaba mirando hacia nosotros; no miraba a su mujer, pero nuestras miradas se encontraron y reposaron durante un rato en los ojos de uno y otro, no muy cariñosamente que digamos. Luego sonrió de pronto mirando a su mujer; ella le contestó con la cabeza. El siguió hablando con sus vecinas, y ella volvió a dirigirse a mí.

—Desde luego, no puedo recordar todo lo que Magdalena habló después — dijo; — tan confuso era todo. Pero quiero ser sincera: hubo un instante en que me puse algo malhumorada. Fué cuando Magdalena tomó la mano a mi marido y se la besó. Sin embargo, eso pasó en seguida. Porque, ya ve usted, en aquel momento se me ocurrió pensar en nuestro hijo. Y sentí cuán indisolublemente estábamos ligados Gregorio y yo, y que todo lo que no fuera eso no podía ser más que sombra, necedad o comedia, como aquella noche. Y todo volvió a estar bien. Después nos fuimos a un café del boulevar, donde permaneecimos todos hasta el amanecer. Oí cómo Magdalena rogaba a mi marido que la acompañara a su casa. Se rió de ella. Y entonces, para llevar a cabo la broma de una manera ventajosa y buena para él (ya sabe lo egoísta que son todos los artistas... en lo que se refiere a su arte...), le dijo que era escultor, y la invitó a que fuera cuanto antes a su taller, porque la quería modelar.

Ella contestó: "¡Sí, tan escultor eres tú como yo princesa! A pesar de todo, iré".

Matilde se calló. Pero nunca he visto ojos de una mujer expresar, esconder tanto dolor. Después de una pausa, en que se preparó para lo último que tenía que decir, siguió: "Gregorio quiso que fuera al día siguiente sin falta al taller. Sí, hasta me hizo la proposición de quedarme escondida tras de la cortina, cuando viniera ella. Bien sé que muchas mujeres habrían aceptado. Pero mi opinión es que o se tiene confianza o no se tiene; y... yo opté por tener confianza. ¿No tengo razón?" Y me miró con sus grandes ojos interrogativos. Yo sólo

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

asentí con la cabeza, y ella siguió hablando: "Magdalena acudió, naturalmente, al día siguiente, y siguió viniendo después con mucha frecuencia..., lo mismo que habían venido y vinieron después otras muchas..., y puede usted creerme que ella era una de las más hermosas. Usted mismo ha estado hoy ante ella, allí, junto al estanque, lleno de admiración".

—¿Es la danzarina?

—Sí; Magdalena le sirvió de modelo para hacerla. Y después de esto, ¿cree usted que yo he sido desconfiada alguna vez? ¿No hubiera sido, si no, la existencia un martirio tanto para él como para mí? Estoy satisfecha de que en mí no prendan los celos.

Alguien que estaba sentado junto a la puerta central se levantó y empezó a brindar por el señor de la casa de una manera muy humorística al parecer. Pero yo miré a Matilde, que ponía tan poca atención como yo. Vi que dirigía a su marido una mirada que no solamente transparentaba un amor infinito, sino que también simulaba una confianza inquebrantable, como si verdaderamente fuera su mayor deber no estorbarle de ninguna manera en el goce de la existencia. El, por su parte, acogió esta mirada sonriendo, sin la menor turbación, aunque, naturalmente, sabía tan bien como ella que sufría y había sufrido durante toda su vida de un modo bestial.

Y por eso no creo en la leyenda de su ataque de apoplejía. Aquella noche llegué a conocer a Matilde demasiado bien, y estoy convencido de que de igual modo que fingía ante su marido desde el primer momento hasta el último que era una mujer feliz, mientras él la engañaba empujándola hacia la locura, le había fingido también, por último, una muerte natural cuando arrojó de sí la vida que ya no podía soportar. Y él aceptó también este último sacrificio como si fuera acreedor a él.

Y heme aquí ante la verja... Las maderas están cerradas. El hotelito está allí, blanco y encantado, envuelto en la luz crepuscular, y entre las ramas enrojecidas brilla el mármol...

Además, acaso sea injusto con Samodeski. Quizá sea tan necio que no sospeche la verdad. Pero es triste pensar que Matilde no tuviera en su muerte más satisfacción que la de haber triunfado en su último y divino engaño.

Y también puede ser que me equivoque y que haya sido una muerte natural... No, no puedo quitarme el derecho de odiar al hombre que Matilde amó tanto. Esté será únicamente mi único placer durante mucho tiempo.

Arturo Schnitzler

LA ATRACCION DEL BARRIL

La Esposa: — Han llamado a la puerta, Harry. Algún nuevo visitante, de fijo.
El Esposo: — ¡Jum! Y. dije antes que había sido un error traer a casa un barril de cerveza de veinte litros.

UNA CURIOSA NARRACION

La bombonera de marfil

por Pierre Mille

(Traducción del francés)

El notable autor francés de cuya pluma ha brotado el interesantísimo relato que a continuación se publica, es uno de los escritores más galanos de Francia y en este breve cuento se muestra con todas las galas de su selecto espíritu.

Si yo hubiera inventado el relato que va a leerse, habría empleado en él más arte y, sobre todo, mayor claridad. Pero como justamente no quiero alterar en nada la verdad de los hechos, me veo obligado a exponerlos con la apariencia de confusión y misterio que han dejado en mi recuerdo.

Yo he visto, juro que he visto; pero me es imposible explicarme completamente y explicar a los demás cómo he podido ver.

Hace catorce años llegó de Francia a Londres, y me alojé en el hotel Midland. El Midland no se diferencia gran cosa del Continental, del Charing Cross o del Metropole. En estos inmensos hoteles modernos flota algo así como un inmenso aburrimiento. Todo es en ellos neutro, correcto, sin originalidad, desde la librea de los criados hasta la comida y hasta los colores de las colgaduras y de las alfombras. Un gran hotel contemporáneo es el sitio menos propicio del mundo para hacer nacer una alucinación.

Evidentemente, una alucinación pura y simple, y de la clase más vulgar. Me había retirado bastante tarde, después de haber estado en el teatro, que era, si la memoria no me es infiel, el Criterion. Tomé mi llave de manos del sereno, subí tres pisos, porque a esa hora avanzada no funcionaba el ascensor, y recorrí con paso lento el corredor sobre el que se abría mi puerta, porque no conocía todavía bastante la topografía de aquel sitio. Digo todo esto para demostrar que en aquel momento tenía todavía mis nervios perfectamente tranquilos. No había nada anormal en mi habiación, cuyo moblaje consistía en una cama de bronce, un armario de espejo estilo moderno, algunos asientos confortables y una mesa-escritorio, cubierta con un cristal grueso. Me desnudé rápidamente y me metí en la cama después de haber apagado la luz eléctrica.

Me había vuelto de cara a la pared, y trataba de dormirme, cuando empecé a sentir una insoportable palpitación en el corazón.

La causa de esta angustia se precisó primero en mi espíritu, solamente en mi espíritu: "Algo hay insólito aquí, cerca de mí". Después, este sentimiento tomó la forma de una convicción. No es algo: es "alguien". Y si me vuelvo, lo veré. Y por último: "lo veré, pero mejor es terminar".

Me volví, pues, y vi una silueta larga y delgada, sentada a medias sobre la mesa-escritorio, con un pie sobre la alfombra y el otro colgando en el aire. Se me preguntará cómo podía distinguirla en la obscuridad profunda: es que la misma forma irradiaba una luz violeta muy pálida que subrayaba sus principales contornos: los ojos hundidos, bajo el arco negro de las cejas; la boca de labios delgados, en la que faltaba uno de los incisivos superiores; el conjunto de la cara, de un óvalo alargado. El torso estaba cubierto con un pijama de tela flexible; los botones de hueso hacían en él pequeñas manchas obscuras.

Después de aquel suceso he leído muchas

historias de apariciones: la mayoría atribuye a los fantasmas una fisonomía particularmente inquieta y desolada. Los rasgos de la imagen débilmente luminosa que yo tenía ante mí me pareció que eran, por el contrario, fríos e impersonales, como los de una fotografía. Tampoco sentía yo esa imposibilidad de servirme de mis miembros que describen algunos observadores que debo suponer sinceros.

Y yo tenía menos miedo viéndolo que cuando todavía no había mirado. Los latidos de mi corazón se colmaban, y pensé:

—Es necesario que me levante y que camine en línea recta hacia esa cosa. Si se disipa cuando yo me dirija a ella, es una simple alucinación de la vista, causada por la fatiga del viaje, cosa que explican todos los libros sobre enfermedades nerviosas. Si no se disipa, entonces es más grave: es que me estoy volviendo loco.

Me levanté, dí un paso, y el fantasma desapareció. ¡Me acordaré siempre de aquel minuto victorioso!

—Era una alucinación, nada más que una alucinación. Me alegro de haberla pasado — pensé.

Y me volví a acostar cara a la pared. Pasados algunos minutos, una voz interior me dijo:

—La cosa ha vuelto.

Y, en efecto, había vuelto. Encendí la luz eléctrica, y traté de leer. Pero, a pesar de mis esfuerzos por absorberme en la lectura, tuve la impresión intensa de que el fantasma sólo era invisible, porque estaba como ahogado en la luz, y esta convicción era algo tan horrible y abrumador, que apagué otra vez: allí estaba, en la misma postura, con su aspecto de retrato. Noté entonces que en algunos momentos se me aparecía con mayor claridad, mientras que en otros se debilitaba su silueta.

Hacia las dos y media de la mañana la visión se desvaneció completamente y pude dormirme.

Como había pasado la noche anterior en tren y en vapor, al día siguiente me levanté muy tarde. Fuí a mis ocupaciones y a mis negocios, comí en casa de antiguos amigos, felices de volver a verme. Volví al teatro con ellos, por la noche. Yo ponía en tensión todas las fuerzas de mi voluntad no para olvidar los sucesos de la noche anterior, sino para fijar mi atención sobre los objetos que se presentaban ante mí: lo conseguí con una facilidad que me sorprendió. Hasta que, por fin, traté de recordar la visión que había tenido. Mucho me costó conseguirlo, como si hubiese tratado de recordar un sueño. Pero hacia las once de la noche oía el tercer acto de la "Gaiety Girl", sentí la misma angustia y las mismas palpitaciones y tuve la misma convicción que la víspera:

—Hay alguien en mi cuarto.

Y al propio tiempo, de tal manera me devoraba la horrible curiosidad de saber si la sombra estaba allí y si volvería yo a verla, que pretextando un gran cansancio subí a un coche y regresé al Midland Hotel.

Era menos tarde que la víspera y el ascensor funcionaba todavía. Mientras se deslizaba por sus carriles, yo sentía crecer mi certidumbre:

—Está allí.

Y en efecto, la sombra, la alucinación, la aparición, désele el nombre que se quiera, estaba a allí.

No me había engañado. Esta vez el fantasma estaba sentado en un sillón, en traje de noche. Se desvaneció cuando me dirigí hacia él, volvió a formarse cuando me hube metido en cama, y como la víspera, desapareció algunas horas después.

Había decidido cambiar de hotel, y bajé por la mañana al comedor para pedir mi cuenta. Pero, mientras concluía de tomar una taza de te, dirigí instintivamente los ojos hacia una persona que en aquel momento acababa de acercar una silla a una mesa próxima a la mía.

Estuve a punto de gritar. ¡La sombra, la sombra que durante dos noches me había perseguido, estaba delante de mí, pero bajo la forma evidente de una persona viva!

Reconocí su traje, su alta estatura, sus ojos negros y hundidos, sus labios delgados, el pequeño hueco oscura que dejaba en su mandíbula superior la falta de un incisivo. En un principio sentí una tranquilidad rayana en alegría.

—Es la primera vez, — pensé, — que se ha visto almorzar a un fantasma.

En efecto, el fantasma se hizo servir dos huevos pasados por agua y café con leche. Pregunté su nombre: se llamaba Karl Ebstein, de Viena; era un conocido comerciante en cuadros y objetos de arte. Ocupaba una habitación en el mismo piso que yo.

Y no vi más que lo extravagante de la aventura, y poco me costó ridiculizar mis terrores.

—Sólo las sombras de los muertos, — me decía, — tienen derecho a fastidiar a los vivos.

De pronto, otra idea formidable, aplastante, cayó sobre mi espíritu, que se doblegó como se desploma un hombre bajo el salto inesparado de un tigre.

¡—No te rías: ese hombre se te ha aparecido porque va a morir!

Todo el día me persiguió la idea de que aquel hombre iba a morir, y que, puesto que yo lo sabía, debía darle el alerta contra su destino. Pero me hubiera tomado por loco.

Las horas se deslizaron con desesperante lentitud. Ahora yo casi deseaba ver de nuevo a ese "doble" extraño que ya por dos veces había venido a visitarme.

Y vino. Y hasta podría decir que nunca había distinguido sus rasgos tan claramente. Me pareció que el resplandor violeta que lo alumbraba era más fuerte. Estaba sentado ante mi mesa, pero sobre aquella mesa que era mía había un objeto tan ilu-

sorio como él, del cual sabía yo muy bien que no había ninguna realidad palpable y que, sin embargo, era de oro pálido y cincelado, probablemente una bombonera antigua.

Sobre la tapa tenía pintada toda una escena: más de cincuenta personajes minúsculos escuchaban el discurso de un charlatán, encaramado en un carricoche; los colores eran tan vivos y brillantes que me puse a pensar, con una singular libertad de espíritu, en el talento del artista que había empleado en un trabajo de miniatura los procedimientos de división de tonos de nuestros impresionistas. Y, sin embargo, yo comprendía que seguía siendo juguete de una alucinación, puesto que si realmente habuiera visto la bombonera, hubiera necesitado acercar a ella mis ojos, y aun probablemente servirme de un lente para reconocer los detalles que tan imposiblemente veía a distancia.

De pronto sucedió una cosa que me hizo enderezarme de golpe en la cama, con una sensación de espanto más aguda, más directa mil veces, que todas las que me habían trastornado desde hacía tres días.

He dicho que las facciones del hombre habían tenido hasta entonces la movilidad de un retrato. Las vi súbitamente atormentadas por una expresión de sufrimiento y de terror indecibles. La boca se abrió, los brazos y las piernas se movieron desatinadamente, y cayó.

—Ya está, — pensé. — Bien lo sabía: muere en este momento... Lo matan.

Abrí mi puerta, corrí en camisa por el corredor. Nada. Todas las otras puertas estaban cerradas. El silencio era profundo. La sbombas eléctricas daban de trecho en trecho su luz tranquila. Un rayo de luna atravesaba la ventana que se abría sobre el corredor. No se oía nada, ni un grito Pero yo sabía que habría sido inútil gritar en aquel hotel confortable, con su sistema de pesados cortinones, de pequeños vestíbulos interiores y de dobles puertas, porque nada se hubiera oído. Yo no podía ir a despertar al criado de guardia para decirle:

—En el cuarto del señor Ebstein pasa algo.

Me habría preguntado cómo lo sabía y me habría creído loco, loco seguramente.

Por otra parte, desde aquel momento desapareció de mi cuarto la alucinación. Pero ¡yo sentía la punzante sospecha de haber comprendido la causa!

A la mañana siguiente no salí del hotel: estaba seguro, con el ardiente deseo de equivocarme, sin embargo, de que se iba a descubrir el drama que durante la noche se había desarrollado en la habitación de Ebstein. No me engañaba. A eso de las doce, después de haber llamado inútilmente, una criada penetró en el cuarto. La cerradura había sido hábilmente forzada, y Karl Ebstein estaba tendido sobre la alfombra con el cráneo destrozado. ¿Quién era el autor del asesinato? No se supo jamás. ¿Por qué lo habían asesinado? Tampoco pudo averiguarse, porque fué imposible saber si de entre los objetos preciosos que guardaban en su equipaje habrían desaparecido algunos.

Se habló algún tiempo del crimen. Después todo el mundo olvidó.

Todo el mundo olvidó, menos yo. Y ahora es preciso que diga el epílogo. Hace algunos días, un amigo me llevó a casa de... Pero ¿a qué nombrar a este coleccionista, y qué fuerza podría tener mi testimonio, basado sobre tan extrañas visiones! Sin embargo, lo juro, entre bronces de Caffieri, retratos delicados de Boilly y algunas obritas maestras de Isaby, vi una bombonera, y ¡la reconocí! Reconocí su oro pálido, verde en los cincelados, y el charlatán y los personajes tan brillantes y finos en su milagrosa pequeñez.

—¡Ah, sí! — dijo mi amigo. — Es la bombonera pintada por Van Blarenberghe, la joya de la colección de M...

—La reconozco, — dije yo, casi sin querer; — la he visto en Londres.

El coleccionista palideció horriblemente. Estoy seguro de haberlo visto palidecer; estoy seguro de que fué él quien mató a Ebstein hace catorce años. Pero acusarlo solemnemente ante un tribunal, ¿para qué? Ustedes no lo harían: yo no lo haré.

Y, sin embargo, nuestros dos cerebros, el de ese y el mío, habían sido hace catorce años semejantes a esos conectores del telégrafo sin hilos, que vibran idénticamente al paso de las mismas ondas.

Durante las espantosas noches que pasé en Londres me perseguía, no el alma, o el doble, o el fantasma, como quiera llamarlo, de la víctima, sino, estoy seguro la voluntad rapaz, exasperada, criminalmente creciente del asesino.

A medida que se abandonaba al deseo furioso de procurarse el tesoro que deseaba con ardor enfermizo, a medida que se afirmaba en él la voluntad de apropiárselo por un asesinato, yo ví, como él, la figura de aquel a quien quería matar, la forma y el color del objeto que quería robar y, en fin, presencié, tan fuerte y real como la realidad, es espectáculo horrible que él mismo guarda en su memoria, las facciones del agonizante, sus rasgos convulsionados por el espanto y el dolor.

Sólo he sido el conector de un telégrafo sin hilos, cuyo otro conector era el cerebro del asesino. ¡Pero vaya usted a explicar eso a los jueces!...

PIERRE MILLE

El Club de Cazadores de Montreal (Canadá) celebró un banquete en el que figuraron platos hechos con carne de ballena, mono, boa y puerco espín.

UN CASO CURIOSO COMICO DRAMATICO

OBSESION

por J. de Lucas Acevedo

A veces las mas pequenas cosas logran producir grandes consecuencias y en el caso presente, si no se llega a tanto, al menos una idea tonta tiene por consecuencia un rato de apuro y aun de angustia.

I

En la venturosa inconsciencia del miserable al que de pronto hubiesen legado una cuantiosa e inesperada fortuna, o del recluso perpetuo que por repentino milagro viese francas las murallas de su prisión, en esa misma dicha inenarrable, se desenvolvía desde tres esemanas antes el espíritu exaltado y abúlico de Cándido Peralta.

Fácil de costumbres, natural de carácter, tan jovial como espontáneo, y menos hombre de cuerpo que niño de alma, había profesado en el esotérico sacramento, señuelo de mancebos calaveras y desvelo de prudentes doncellas, como redentora Meca de su orfandad. Huérfano, sí, de padres, desde niño; huérfano de afectos más tarde, navegó en el caos de su abandono sin otro puerto seguro que la mano áspera y la palabra gruñona de un tío suyo, más pródigo en regaños y pescozones injustificados que en advertencias y consejos provechosos. Pero su voluntad, fuerte y templada por el impulso propio en defensa de su soledad, supo triunfar del naufragio, si triunfar es saber conseguir a fuerza de trabajo, fé y constancia, la carrera brillante, el porvenir halagüeño y la profesión cómoda y holgada. En fin, Peralta, aun siendo algo imaginativo y romántico, trazóse como un plano de su vida, que siguió paso a paso y en senda recta hasta llegar a la meta, donde era el premio la libertadora figurita de su prometida, de su Consuelito.

Puede decirse que casi las primeras palabras afables, los escasos razonamientos útiles, los únicos alientos de fé, los únicos halagos maternales, los había recibido de aquellos labios rojos, habían brotado de la blanca frentecita, habíanse escapado del blando corazón de la adorada virgen morena en la que hasta su nombre podía ser símbolo amado en los afanes del bondoso Peralta.

Compréndase, pues, cuán grande era el amor del recién casado a su dulce y encantadora mujercita. Para ella todo el indómito arrebato de su pasión, todas las ternuras vírgenes de su alma, todo el impulsivo afecto de sus sentimientos, todo entero, en fin, ofrendado a ella, sugestionado. Justamente era correspondido el enamorado; y fiel, cabal, por no decir en demasía, era la hipnótica reciprocidad con que se pagaban aquellas dos almas. Difícil sería dar con cuál de los dos quería más al otro, y fácil asegurar que ambos se superaban en cariño y en idealidad. Así, que, cumplido el plazo de asueto y llegado el momento de reanudar sus tareas oficiales, sintió el novel matrimonio el doloroso desconsuelo de la primera separación inevitable, siquiera fuese por unas breves horas. Horas que parecerían meses o años, pues es sabido que tiempo y amor son incontables.

Fué acordado que ella, para no aburrirse sola en casa, pasara la tarde en la de su amiga Socorrito. Ya en la escalera menudearon los encargos, las advertencias.

—¡Mucha prudencia, Consuelito! Ve despacio y por sitios poco concurridos, no sea que un coche, o un auto... Mucho ojo... Ya sabes: todos los días, atropellos, desgracias. Cúidate el bolsillo, las alhajas.

Y ahora, a la doncella que los seguía:

—¡Tenga mucho cuidado con la señorita, no la ocurra algo!

Y en la puerta, antes de separarse, el apretón furtivo de manos y las mimosas frases entrecortadas:

—¡No te encargo nada más!

—¡Ve tranquilo, hombre!

—¡Vuelve prontito!

—¡Descuida!

—¡No subas en el ascensor, aunque te sea molesto!

—¡No, no subiré!

—¡Y no te pares con nadie!

—¡Cándido, por Dios!

—¡Quiero decir que no te distraigas: los roches, los autos!...

—¡Nada, ve descuidado!

—¡Hasta luego, pues, vidita

—¡Adiós, maldito!

II

Aquel maldito timbre del teléfono, cada vez que interrumpía el encalmado silencio de la oficina, con su chillón y estridente repiqueteo, colmaba el pueril sobresalto que embargaba al pobre Peralta. Irresoluto, inquieto, cual si sus nervios fuesen muelles de acero, revolvía papeles, libros, legajos, intentando en vano fijar la atención en cosa concreto, sin resolverse a poner manos en labor alguna. ¡Sí, sí, para trabajar estaba aquella tarde!

La idea pesimista, el hórrido pensamiento, aquella quimera vana, que ni su voluntad, ni el acopio de sangre fría, ni el razonamiento consolador, ni la falta absoluta de fundamento podían ser garfios para arrancarla, se le aferró al espíritu con todo su filo fatal. Nada, nada; inevitablemente, las ruedas de un auto habrían de destrozar el tibio cuerpo rosado de la amada. La catástrofe se le agrandaba ante su imaginación alucinada, la veía íntegra y cruel frente a sus ojos, le atenazaba los oídos, se le ensangrentaban las manos. Aquel presentimiento era horrible, horrible. ¡Con las desgracias que causaban esas máquinas infernales! En los sucesos de los periódicos, entre el crimen pasional y el tinto de moda, no faltaba casi nunca un anciano, o una mujer, o un niño aplastados, triturados, muertos, bajo las ruedas macizas de esos coches macabros. Del pecho le subía un ansia humana de venganza y una sensación angustiosa de miedo. ¡Oh, los endemoniados carros de la muerte, los de las velocidades! Pero pensó que todo aquello eran vanos temores y vacuas imaginaciones suyas. Y se tranquilizó un poco. ¿Por qué habría de pasarle nada? Se lo tenía bien encargado y repetido, la última vez como siempre:

—¡Nenita, ten cuidado!

Y ella, además, no era todavía una chiquilla alocada, que pudiera saltar de una imprevisión a una desventura, en la comba constante de la vida. Poco a poco, en su monólogo interior, iba serenándose ante las buenas razones sugeridas.

Pero pronto el rodar desacostumbrado de un coche, la alarmante y sonora máquina de incendios, hasta los nudillos del ordenanza servicial y tímido sobre la puerta y el ruido leve de una persiana, cualquier cosa, en fin, le tensionaba. No debió permitirle salir sola, mujercita delicada, indefensa, sin su compañía arrulladora, amical, plena de protección y de enamoramiento. Otras vez la acompañaría. Se consideraba culpable de su vacío sentimental y de su pena inquieta, de tenerla distante y creerla expuesta al acaso, que si unas veces es alegría, otras, muchas, es dolor lejos del ser amado.

Consultó el reloj. Su hora cumplía. El timbre del teléfono volvió a sonar en la estancia contigua; le requerían al aparato. Y súbito, nervioso, afligido y precipitado se llegó al auricular. Más que un ser humano era una avalancha de impaciencia y de presentimientos injustificados. Y un tropel confuso de palabras y de emociones se perdió en un laberinto momentáneo de dudas. En sus oídos, agudizados por las sensaciones del instante, sonaron vocablos cortados, rotos, incoherentes como vibraciones eléctricas de catástrofe y desesperación...

—¡Consuelito!... ¡Socorro!... El... No se oye... ¿Eres tú?... ¿Qué pasa?...

Hubo unos minutos indefinibles en que se quedó atónito, atontado, sin saber qué decir ni qué hacer. Y sin esperar a más, sin reflexionar, sin despedirse de nadie, sin saber cómo, salió despantentado hasta la calle. Subió a un coche. Chilló al cochero. Debía llevarle en seguida a la casa de socorro del distrito... Víctima de sí mismo, eran sus verdugos sus pensamientos, y, como una mujer fatal o una idea dominadora, le anegaba una inexplicable obsesión. No veía a nadie. Nada comprendía. Y, sin embargo, las personas se le encaraban, y le parecía a él que todo se le salía de madre como acusándole, increpándole.

Ambigua fué la actitud del médico de guardia ante el aspecto de aquel hombre que semejaba un esclavo de Baco o un siervo de Orates. Pero aun más perplejo quedó Peralta al saber las explicaciones del funcionario benemérito. Por allí no había desfilado la huella del suceso con manchas de sangre. Fué una jornada de excepción, sin casos. Por una ironía de la casualidad, que se complace sádicamente en los sarcasmos, creyeron que él iba a ser el único. Y tampoco...

Y otra vez en la calle ordenó al cochero la dirección de la amiga de su mujer donde fuera a pasar la tarde.

—¡Oh, angustia asoladora del cuitado que hacías correr la vida un poco más que de ordinario, al compás de un coche!

Por fin Cándido llegó, y entró en el ascensor, lento, aplomado, incalificable.

Y ya ante el piso se le apaciguaron sus temblores, avergonzado y confuso, porque sorprendiera tranquilas, ecuánimes, a su mujer y a Socorrito.

Peralta al verla se vió reintegrado a la vida y a la felicidad, como un condenado, redento y liberado, ocultando como un deleite íntimo la tortura que le llevara tan de prisa hasta allí. Y quiso fingir y autosugestionarse y reir, pero fracasaba.

Ella, zalamera y mimosa, le halagó:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Estás disgustado? ¿Cómo vienes así?...

—¡Nada, vida, hijita! Estoy mejor que nunca. ¿Qué me ha de pasar? ¿No me esperabas, verdad, así tan pronto? ¡Temo por ti tanto! ¡Te quiero tanto también!...

Consuelo le interrumpió, como aludiendo, cortés, a la compañía no muy advertida de Socorrito:

—¡Cálmate, hombre, que te va a dar algo!

Oye: ¿te pusiste tú al aparato? Ya ves, Socorrro quiere que comamos todos juntos.

Y él, que hasta entonces no se había dado cuenta de la presencia de Socorrito, le tendió la mano, cordial, que sangraba en estrías rojas.

A las dos mujeres se les escapó un lamento de desagradable sorpresa y lúgubre curiosidad... ¡Sangre!... ¡Sangre!...

Peralta fué el más estupefacto. Era inexplicable. Se deshizo en protestas de extrañeza y de sinceridad. Le creyeron. Tan inocente y tan trémulo estaba, que parecía un cordero herido. Presintió el dolor, y como si le hubiera invocado subjetivamente, en un conjuro misterioso y secreto, el dolor se le había rengado directamente. ¡Una herida leve al dejar atropelladamente el ascensor!...

Luego, en la casa, cuando su mujer le vendaba con ternura y con caridad, con gracia y con amor la diestra varonil, la vió tan linda, tan amante, tan esposa, tan maternal, tan extrahumana y tn buena, que la escena familiar le pareció como arrancada de un lienzo místico, y él se creyó un bienaventurado, y bendijo el accidente...

Y es que el bautismo del puro amor del alma, cuando es tan exaltado como el de la indomable pasión sensual, siempre es bautismo de lágrimas, siempre es bautismo de sangre...

JOSE LUCAS DE ACEVEDO.

En Montevideo.

—El marido. — Cada día me traen cuenta de vestidos, sombreros... Me estás arruinando. Dí, ¿qué será de nosotros cuando ya no tengamos ni un vinten?

La señora. — Por mí no te apures; cuando llegue ese día pediré el divorcio.

* * *

Leído en un diario:

"El reo dió prueba de un valor extraordinario, no dando la menor muestra de terror, ni antes ni después de la ejecución capital".

El director de la cárcel pregunta a un condenado a muerte, momentos antes de ir a ejecutarse la sentencia:

—¿Tiene usted algún deseo? ¿Quiere usted hacer petición de algo? Se cumplirá en seguida su capricho.

—Sí, señor, quisiera aprender el ruso.

* * *

Un borracho vuelve de Lourdes.

—¿Has presenciado algún milagro?

—Sí, uno muy elegante: he bebido un vaso de agua.

Sí usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

LA OBRA QUE EL PÚBLICO SOLICITÓ

EL automóvil entró por el camino oscuro que conducía a la puerta de la abadía y casi en el mismo momento la sonrisa de deleite desapareció de los labios de Bonholme. El anciano prorrumpió en un ronco grito de alarma.

El automóvil entró por el camino oscuro que conducía a la puerta de la abadía y casi en el mismo momento la sonrisa de deleite desapareció de los labios de Bonholme. El anciano prorrumpió en un ronco grito de alarma.

—¡Mire! ¡Vive el cielo! ¡Mire!—dijo en voz baja y en un tono de extraordinario temor.

Y al hablar así indicaba una ventana por la que veía luz.

Por detrás de aquella ventana acababa de pasar una mujer. Había sido la mujer a quien la policía creía ahogada, hundida en las profundidades del lago de la cantera abandonada.

¡Aquella mujer era Judith Holt! ¿Vivía también Dick, vivo, en la Abadía de Merlin?

Una noche de extrañas sorpresas

Solamente un instante pudo Bonholme Audley ver la figura de la mujer pasar por detrás de la abierta e iluminada ventana del piso alto. La ventana estaba desierta cuando Fox Dacre se volvió para mirar, obedeciendo a la indicación de su amigo.

—¡Dacre! Esa mujer, Judith Holth a la que se suponía muerta, acaba de pasar por esa ventana hace un instante,—dijo Bonholme con voz enronquecida por la emoción.

Dacre le miró fijamente, asombrado y luego se rió en son de burla.

—¿Judith Holt aquí, en la Abadía de Merlin? — exclamó. — ¡Qué tontería! ¡Eso no es posible!

Por la ventana se veía poca luz. Sin duda esto había contribuído a engañar y confundir a Bonholme, que había sufrido una equivocación gravísima. A quien había visto en ella era a alguna de las criadas.

—¡No es posible que fuera Judith Holt! —agregó Dacre. — Sabemos perfectamente que perdió el dominio del automóvil en que iba con su sobrino, Bonholme. ¡Sabemos también que el coche rompió el cerco en la cantera abandonada desde una altura de más de cien pies! No es posible dudarlo. Yo estoy segurísimo. ¡Cómo que el automóvil era mío!

—¡Le digo a usted que la he visto! ¡No me puedo equivocar! Si no era Judith era su espectro, — insistió Bonholme muy excitado. — Si era la mujer en persona ¡es que Dick también ha escapado a la muerte!

El pensamiento de que Dick,—después de todo, — se hubiera salvado, varió el ánimo del viejo cuya expresión de contento de un momento antes, se desvaneció como por encanto, de su rostro. Si de algún modo milagroso Dick había escapado a la muerte, todas sus esperanzas se habín hecho humo. ¡Ya no sería "Sir" Bonholme Audley como la había ambiciosamente soñado! ¡Seguría siendo el pariente pobre del

jefe de una casa riquísima y en resumen... ¡nadie!

En cuanto el coche se detuvo ante la puerta, Bonholme saltó del vehículo y fué a tirar furiosamente de la campana.

Había anunciado su llegada, por telégrafo, al criado Trask, que estaba en la Abadía desde el tiempo del abuelo de Dick. Trask era un hombre taciturno que con seguridad no había pronunciado una palabra de más en toda su vida. La esposa de Trask era la que ejercía el cargo de ama de llaves y era una mujer de cara seca, de facciones duras y tan silenciosa como su marido.

En cuanto Trask abrió la puerta, Bonholme, impaciente, le preguntó con brusquedad:

—¿Está Judith Holt en la Abadía de Merlin?

Si el taciturno criado experimentó alguna sorpresa al oir la pregunta, no lo demostró.

—No, señor,—contestó con toda su correcta tranquilidad de siempre.

Bonholme le miró con extrañeza. ¿Qué debía pensar? Trask, el hombre a quien él había favorecido tanto esperando tenerle siempre de su parte, al que había ligado en diversas formas a sus intereses, no podía engañarle voluntariamente. Sin embargo la figura de mujer que había visto un momento antes en la ventana, era la de Judith Holt de esto estaba completamente seguro.

Pocas veces aventuraba Trask una observación pero en aquella ocasión habló sin que se le volviera a interrogar.

—¡Judith Holt señor! ¿Cómo puede hallarse en la Abadía?—dijo con evidente sorpresa. — ¡No es posible que el señor no sepa la noticia!

—¿Noticia? ¿Qué noticia? ¿Se refiere usted a la de que se supone que ha perdido la vida? Eso es solo una presunción, la policía no tiene pruebas todavía.

—Entonces el señor no ha tenido oportunidad de leer los diarios de esta tarde, seguramente.

Trask tomó de sobre una mesa un ejemplar de un diario. Lo desdobló y se lo presentó a Bonholme indicándole un párrafo con el dedo.

Un título hizo extremecer a Bonholme en cuanto miró la página del diario. Eran extraordinarias las noticias que le esperaban a la entrada de aquella casa después de haber visto pasar por la débilmente alumbrada ventana la figura que, él lo hubiera jurado, era la de Judith Holt.

" Lo noche pasada — decía el diario,—la
" policía que llevaba dos semanas dragan-
" do el lago de la cantera abandonada, situa-
" da en Heathersett, logró recobarar el cuer
" po de una de las víctimas del trágico acci-
" dente de automóvil. Se halló un cuerpo
" de mujer que ha sido identificado como el
" de Judith Holt".

¡El cuerpo de Judith Holt había sido extraído de la cantera abandonada! Pero entonces ¿quien era la mujer a quien Bonholme había visto momentos antes?

El diario se cayó de sus manos temblorosas antes de que pudiera leer más. Pero Dacre lo tomó y siguió leyendo hasta el final de la información.

Entonces, como un hombre que acaba de recibir un imprevisto golpe se agarró al brazo de Bonholme.

—¡Mire! ¿Vé usted? ¡Su sobrino!...

Bonholme se volvió hacia Dacre. Algo de la frase no terminada le había herido hasta lo más hondo. Arrebató el diario de manos de Dacre. El resto de la información decía así:

" Existe aun alguna incertidumbre res-
" pecto a quien era la otra persona que iba
" en el automóvil. En el primer momento se
" supuso que era el joven baronet, Sir Ri-
" chard Audley. Ahora se ha sabido que tal
" suposición era completamente infundada,
" pues Sir Richard llevaba ya muchos días
" enfermo, en asistencia en casa de unos
" amigos suyos."

Cuando leyó las palabras que alejaban de sus labios la risa del triunfo, Bonholme no pudo reprimir un gesto de furor intenso que desfiguró por completo su rostro poco antes sonriente y confiado.

—¡Dick vivo!

Ya se habían desvanecido todas sus esperanzas de riquezas y de títulos.

Trask le miró muy sorprendido.

—¿Pero no lo sabía, señor? Yo suponía que precisamente por eso era por lo que el señor regresaba a la Abadía de Merlin. Habiendo regresado Sir Richard, esperaba que el señor...

—¿Regresado? ¿Qué dice usted?—preguntó Bonholme mirando fijamente al criado.

—Sir Richard regresó hoy a la Abadía, señor. Telegrafió esta mañana anunciando su venida, — dijo Trask con su tranquilidad de siempre. — Como es lógico, yo suponía que el señor sabría...

—¿Dónde está Dick?

—En su habitación, señor. Pero quizás el señor no sepa que...

Pero Bonholme no se detuvo a oir lo restante, impacientado por la lentitud con que hablaba el criado. Le volvió la espalda y se dirigió rápidamente hacia la escalera que conducía al piso donde se hallaban los dormitorios. Dacre permaneció un momento atónito, lleno de consternación. ¡Dick Audley, el hombre a quien él había intentado matar, estaba allí, bajo aquel mismo techo! ¡Y él, Dacre, podía ser acusado y verse obligado a responder por su crimen!

Corrió escaleras arriba detrás de Bonholme. Este se hallaba al extremo del primer tramo cuando Dacre le alcanzó y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué hacemos ahora? — díjole Dacre en voz baja.—Antes de que usted lo vea es necesario que nos pongamos de acuerdo. Usted comprende...

Sus palabras fueron interrumpidas por algo que fué, sin duda lo que, de todo lo acaecido, les impresionó más intensamente.

El diario acababa de informarles de que el cuerpo de Judith Holt había sido recogido la noche pasada de als aguas del lago de la

cantera abandonada y si nembargo, la mujer que ante ellos se presentó en aquel momento en el corredor que conducía a la habitación de Dick, era Judith Holt en persona.

Detóvose en lo alto de la escalera mirando hacia abajo con extraña o inescrutable sonrisa a los dos hombres que permanecieron inmóviles mirándola fijamente, sin poder hablar.

—¡Me parece que mi presencia les ha sorprendido! ¡Me miran ustedes como si yo fuera un espectro!—dijo ella con toda calma.—No lo crean: no soy espectro. Les aseguro que soy de carne y hueso.

—¡Usted! ¡Judith Holt!—exclamó Dacre con voz ronca y casi sin sonido.

—¡No! ¡Judith Holth, no!—dijo ella ¡Soy la esposa de Sir Richard Audley y por lo tanto, lady Audley, señora de la Abadía de Merlin!

La mujer asombrosa

Aquella mujer había dicho que era esposa de Dick. No hubiera podido pronunciar palabras que impresionaran más intimamente a aquellos dos hombres, asombrados ya de verla sonriente y tranquila cuando poco antes habían leído en los diarios la confirmación de la noticia de su muerte.

¿Era, en verdad, esposa de Dick Audley aquella mujer, escapada de la prisión?

Bonholme tardó un momento en recobrar su tranquilidad y en poder hacer uso de la palabra.

—Ha dicho usted que es esposa de Dick. ¿Supone acaso que nosotros vamos a creer esa temeraria afirmación?

Judith se encogió de hombros y se rió con aire de desprecio.

Su aspecto era asombrosamente bello cuando, erguida y altiva, miraba sonriente a aquellos dos hombres pálidos aun y temblorosos. Judith avanzó la mano. En uno de los afilados dedos se veía brillar el oro de un ancho anillo de esponsales.

Pero un anillo de compromiso no quiere decir que se haya realizado un matrimonio.

—No puedo evitar que sean ustedes escépticos, — dijo Judith, — aun cuando poco me puede importar si creen o no. Lo que en este caso tiene un valor y una fuerza inconmovibles es la realidad de los hechos. ¡Además Dick mismo dirá a ustedes que soy su legítima esposa!

—¿Dónde está Dick? — preguntó Bonholme.—¡Voy a poner en claro este asunto hablando con él!

—Ya le verá usted cuando sea ocasión, pero no ahora,—dijo Judith.—Está descansando en su habitación. En este momento duerme. Trask se lo hubiera dicho a usted si usted se hubiera esperado a oirle. También le hubiera dicho Trask que su patrón llegó muy fatigado por el viaje en ferrocarril y que había llegado en compañía de su esposa.

Y una vez más, volvió a reirse, confiada irónica

—Dick está durmiendo. Puede verle ahora si así lo desea, pero con la condición de que no le despertara. Se encuentra todavía muy débil. El señor Dacre puede decir a usted la verdadera razón de su grave dolencia,—agregó mirando a Dacre cuyo rostro veíase pálido y nervioso a la luz de la lámpara de la escalera.—El señor Dacre, su amigo, que intentó matar a ese sobrino a quien usted dice amar tan entrañablemente—añadió con intensa ironía.

Dacre movió los labios, pero no se le oyó decir nada.

—¡Esposa de Dick! — repitió Bonholme una vez más. — ¡Oh! ¡Eso no es posible! ¡Eso es mentira! ¡Una mentira tan pobre que no concibo que pueda usted creer que yo soy capaz de admitirla! ¿Por qué me dijo Trask que usted no estaba aquí?

—Lo que dijo Trask fué que Judith Holt no estaba en la Abadía, corrigió ella.

Siguió hablando en voz baja y después de haber dirigido una mirada hacia abajo para convencerse de que no había nadie en el hall. Trask y los demás criados estaban lejos, en el otro extremo de la casa, en el hall de los sirvientes.

—¿Se olvida usted,—agregó Judith burlonamente — de que la policía ha constatado la muerte de Judith Holt? Trask me conoce como esposa de su señor. Soy Lady Audley. El no necesita saber más.

Su aplomo asombró a Bonholme. ¿Decía la verdad o mentía aquella extraordinaria mujer?

Bonholme se daba cuenta de que había llegado a la Abadía de Merlin para verse envuelto en una maraña de misterios. Solo dos semanas habían transcurrido desde la desaparición de Dick ¿era posible que durante ese tiempo Dick se hubiera casado con ella? ¡Dick, que estaba comprometido para casarse con Aileen Gray !

El anciano dirigió a la joven una mirada escrutadora. El rostro bello y sonriente de la mujer no le confió su secreto, si lo tenía.

El hecho parecía, en realidad, increíble. Sin embargo, ¿se atrevería ella a afirmar como lo afirmaba si Dick, en cuanto fuera interrogado, podía desmentirla?

Sin poderse contener, Bonholme exclamó:

—¡Bien! Lady Audley o no, usted no tardará en ser sacada de la Abadía de Merlín por la policía para llevarla a la cárcel que es donde debe de estar.

No pareció emocionarle la amenaza.

—¿Lo cree usted así?—dijo ella con calma.—¿Supone usted que yo hubiera venido a la Aabadía de Merlin si hubiese existido la menor probabilidad de que sucediera lo que usted ha dicho?

Judith se volvió hacia Fox Dacre.

—Aquella noche, hace dos semanas, cuando una mujer con las muñecas sujetas por esposas, se presentó en su casa, tuvo usted la misma intención, ¿no es cierta? La mujer que había buscado refugio en su casa, la mujer a quien había prometido ayudar, volvería a la cárcel, premeditó usted. Pero su plan de traición fracasó como fracasará el suyo, señor Bonholme Audley. Usted no

pronunciará una sola palabra para hacerme volver a ninguna parte.

Bonholme se rió maliciosamente.

—Supongo que usted se hace la ilusión de que esa pretendida boda con mi sobrino, su supuesta calidad de lady Audley, puede salvarla. Pues bien, aun cuando sea usted de veras la esposa de mi sobrino, la denunciaré —exclamó vengativo.

—Estoy segura de que usted, si pudiera, me haría todo el mayor daño posible,—dijo Judith en tono de mofa,—pues le conozco a usted mucho mejor de cuanto le ha conocido Dick en toda su vida. Sé que es usted el peor enemigo de Dick y que encontrarse con que aún está vivo ha sido para usted un golpe terrible. No cuento, por lo tanto, con generosidad. Sin embargo...,—y al decir esto miró a Fox Dacre un instante. — ¿no se da usted cuenta de que si mi esposo desiste de perseguir a su amigo por haber intentado darle muerte será únicamente si yo se lo pido?

Dacre, que había permanecido silencioso, se humedeció los labios nerviosamente.

No dejaba de comprender toda la fuerza que tenía esa amanaza velada. Su criminal ataque contra Dick y todo lo que había seguido: ocultamiento de la supuesta víctima, negativa ante la policía de la identidad de Judit; todo ello, mencionado ante un tribunal sería más que suficiente para que creyera sobre Dacre el peso de una severísima y merecida sentencia.

Las palabras que pronunció en seguida Judith Holt fueron de lo más inesperado.

—Diga usted, señor Bonholme Audley, ¿le ha preguntado usted a su amigo si ha desaparecido de su caja de hierro algo más que cierto documento falsificado?

Judith pudo observar que los dos hombres se miraban alarmados.

—¿Algunas cartas de usted, según creo? —agregó ella tranquilamente.

Esta vez el gesto de alarma de Bonholme se acentuó de modo inconfundible.

—¿Tiene usted esas cartas—preguntó repentinamente.

Eran las cartas confidenciales que había dirigido a Dacre y en las que se hablaba de todos sus planes nefandos. Easas cartas huhabían sido robadas de la caja de hierro y se encontraban en poder de aquella mujer, a juzgar por lo que había dicho. Bonholme sintió que la frente se le cubría de sudor frío.

—Ahora pensará usted mejor si le conviene o no sostener su amenaza,—dijo Judith siempre burlona. — No le conviene a usted que yo sea su enemiga. Puedo devolver el golpe y golpear fuerte. Judith Holt ha muerto. Por lo que a ustedes le conviene no intenten ni murmurar una sola palabra que pueda ser una tentativa de hacerla volver a la vida.

Calló Judith. Durante un instante permanecieron los tres en silencio. De pronto prorrumpió Bonholme.

—Pero ese casamiento de que ha hablado usted...

—Se realizó aver. Dick estuvo muy enfermo, pero ayer se sintió ya suficientemente bien para acompañarme a la oficina del registro civil de Langford, en Hampshire, donde nos casamos de acuerdo con la licencia que para ello obtuvimos.

Sacó del bolsillo un papel doblado y se lo entregó a Bonholme.

—Aquí está el certificado del casamiento. Como puede usted ver, no me casé con el nombre de Judith Holt. Hubiera sido una imprudencia. Usé mi segundo nombre, que como usted sabe, es Vida y escribí el apellido con una letra más: Holte. Un error de una letra no puede anular un matrimonio. Tan pronto como Dick pueda viajar nos ausentaremos por mucho tiempo. Cuando estemos de regreso yo se habrá olvidado la tragedia de Judith Holt. Si alguien, por casualidad, llegara a notar el parecido de la esposa de Dick con la mujer muerta... pues en ese caso diré yo que soy prima de la difunta Judith Holt.

Y al decir esto se rió, encogiéndose de hombros.

Su fría desenvoltura y la extraordinaria audacia de su plan despertaron en Bonholme involuntaria admiración.

Aquella mujer era capaz de llevar hasta el fin la realización de su plan. Aquella mujer tenía que ser una terrible enemiga. Bonholme se daba perfecta cuenta de esto.

Recorrió con la mirada el documento que atestiguaba haberse verifcado el casamiento de Richard Audley, baronet, con Vida Holte. El documento era auténtico, no podía dudarlo. ¡Judith Holt era la legítima esposa de Dick!

Pero el misterio que envolvía todo aquello seguía siendo empenetrabie para él. ¿Cómo era posible que la policía hubiera sacado del lago de la cantera abandonada el supuesto cuerpo de Judith Holt? ¿Cómo se habían escapado, ella y Dick, del automóvil desenfrenado? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que Dick se hubiera casado con aquella mujer cuando acababa de comprometerse con Aileen Gray?

No podía, en verdad, hallar respuesta para ninguna de esas preguntas.

—Puede usted ver a Dick, si quiere, pero no le despierte.

Judith se alejó de puntillas por el corredor y abrió, sin ruido, la puerta del cuarto. Bonholme miró hacia el interior de la habitación, Dacre no le imitó. No se sentía con valor para volver a ver a la víctima de su criminal atentado, por más que se diera cuenta de que las conveniencias propias de Judith le evitarían ser conducido ante la justicia.

Tendido en una chaise-longue, en la habitación, y cubierto con una manta de viaje, Bonholme vió a su sobrino, enflaquecido y pálido con señales, en la sien, del terrible golpe que recibiera.

Se retiró Bonholme y la mujer cerró la puerta, volviendo ambos al corredor.

—Llegamos a la Abadía, procedentes de Langford, esta misma tarde y he estado visitando la casa,—dijo Judith.—¡Puede estar

seguro de que ni Dick ni yo le molestaremos respecto a su residencia aquí! ¡Qué triste es esto! ¡Con razón le llaman el Castillo de las Sombras! Yo no podría vivir aquí. El aspecto de todo esto me pone nerviosa,—y agregó después de estremecerse:—Y esa puerta cerrada con barrotes de hierro y todo el misterio que está oculto tras ella!

Bonholme cambió de color al oir estas palabras. ¿Fué debido a su culpable imaginación o la mención a lo que había detrás de la puerta cerrada? ¿Sabía aquella mujer algo sobre la razón que había tenido el padre de Dick para hacer condenar a tal suerte aquella puerta?

—Bien. Yo lady Audley, en mi condición de esposa de Dick y dueña y señora de esta casa en este momento, le autorizo a usted, señor Bonholme, a residir en la Abadía de Merlin en la misma forma en que ha residido hasta ahora y a pasar todo el tiempo que pueda envuelto en la lobreguez de sus sombras, mientras dure la tregua que tácitamente hemos convenido.

Judith se retiró y entró en la habitación donde dormía Dick, cerrando la puerta detrás de sí. Había ganado las primeras partidas del juego.

En el corredor, Bonholme se decía a sí mismo:

—¡Esposa de Dick! ¿Mediante qué encantamiento ha podido esa mujer inducirle al matrimonio? ¡Es una mujer de talento, de demasiado talento para que yo me atreva a declararle abiertamente la guerra! Pero mi turno llegará algún día y seré yo quien gane por fin el partido decisivo.

Su imaginación estaba tramando nuevos planes en lugar de aquellos que las circunstancias habían desconcertado y que aquella mujer había contribuído a desconcertar. Lo mejor era dejarla con la creencia de que había dado jaque mate. El por su parte, no se consideraba vencido. En sus labios se notaba una maligna sonrisa cuando se acercó de nuevo a Fox Dacre.

En la habitación, Judith se inclinó un instante hacia el hombre acostado.

El hermoso rostro de la joven adquirió una expresión de intensa ternura al mirarle. Fuera lo que fuera aquella mujer sin escrúpulos, ladrona de algo más que de joyas, amaba a Dick Audley.

—Luché por él y le salvé. A no haber sido por mí, no hubiera salido vivo de aquella casa,—dijo en voz baja.—Entonces fué cuando le conquisté para mí. ¡Tengo derecho a quitárselo a otra mujer! ¿Hizo ella por él algo semejante a lo que yo hice Además ¿puede ella ni nadie amarle como le amo yo? —agregó con orgullo.

Se inclinó aun más y besó la pálida frente, pero con tanta suavidad que el roce de sus labios no turbó ni lo más mínimo al dormido

Judith se sentó en una butaca junto a la chaise-longue y comenzó a recordar su reciente entrevista con Bonholme Audley.

¡Había salido victoriosa! Y, en lo que a Bonholme se refería, había ganado por pura audacia.

Las cartas robadas, las que había mencionado empleándolas como amenaza, no estaan en su poder. En verdad, ni las había visto siqpiera.

La noche en que se hallaba en casa de Fox Dacre, cuando descendió la escalera cautelosamente, Judith, al pasar por delante de la puerta de la biblioteca oyó que Dacre hablaba de esas cartas robadas y que al oirle, Bonholme lanzaba un grito de consternación. Lo que dijo Judith fué solo una afirmación caprichosa, pera eficaz.

En cuanto a cómo había salido con vida la noche que la persiguieron los de la policía, el caso era curioso. Judith debió su salvación a su astucia y a su audacia.

Convencida de que sus perseguidores iban, inevitablemente, a alcanzarla, se jugó su última carta. El segundo automóvil se hallaba todavía a mitad de la cuesta ascendente cuando el coche en que iba Judith llegaba, a paso de tortuga, a la cima de la loma. Entonces, en cuanto la curva de la inclinación del camino ocultó el primer coche a la vista de los que se aproximaban en el segundo, Judith detuvo su automóvil.

El viento rugía entre los árboles y cubría cualquier rumor sospechoso. Judith,loca de desesperación, sacó a Dick inconsciente del automóvil y lo condujo hasta un lado del camino, volvió a poner en marcha el automóvil y lo lanzó, vacío, cuesta abajo.

El tiempo de que pudo disponer fué únicamente el estrictamente nacesario. Cuando acababa de ocultarse—después de ocultar a Dick—entre un cerco de arbustos, apareció en la cima de la loma el automóvil con los de la policía y luego pasó rápidamente por delante de donde estaba Judith, sin que la vieran.

No se encontraba la aventurera lejos de la casa de sus amigos Milson. Allí encontró al doctor George Milson y a su esposa muy decididos a ayudarla.

Durante una semana permaneció en la casita aislada en el campo solitario, mientras el ex médico ponía toda su ciencia al servicio del hombre herido. Después, Judith y Dick se fueron a Longford. Y en Langford, aquella mañana, había recibido Judith una carta en la que George Milson le comunicaba el hallazgo que la policía había hecho en el lago de la cantera abandonada.

La mujer encontrada allí había sido a casa de Milson por ser la única de toda aquella región. Debía tratarse de una suicida, según opinión de George Milson. El rostro estaba tan desfigurado que no era posible identificarlo. En las ropas no había ni marcas ni nombre y el cabello era oscuro, como el de Judith. Milson, cazando al vuelo la ocasión que le presentaba la casualidad, manifestó que un pañuelo que tenía el monograma de Judith Holt había sido hallado en un bolsillo y dió así base a la hipótesis de la policía que ya había supuesto que se trataba de su fugitiva prisionera.

La mujer hallada muerta en el lago de la cantera aandonada fué pues, identificada como Judith Holt y con su nombre se le dió sepultura.

Cuando Judith y Dick reresaran de un largo viaje por el exterior, si su parecido con la heroina del entonces viaje trágico caso, llamara la atención, declararía Lady Audley que era prima de Judith Holt. Quien podía entonces sospechar la verdad?

Judith permaneció allí, sentada, recordando lo sucedido y trazando planes. Dick se movió un instante y suspiró entre sueños. Ella se acercó rápidamente a él, creyendo que iba a despertarse.

Cuando Dick abrió los ojos y la miró se escuchó el ruido de un automóvil que se aproximaba.

Judith se aproximó a la ventana y miró por entre las cortinas. A la luz de la luna vió que en el automóvil que se aproximaba con marcha cada vez más lenta, venían tres personas.

Un instante después la mujer se estremeció y su puso repentinamente pálida.

—¡Aileen Gray!—díjose.

Y miró luego, nerviosamente, hacia donde estaba Dick.

La joven a quien ella había defraudado, aquella con quien Dick se hallaba comprometido, acababa de llegar a la Abadía de Merlin.

La joven a quien amaba

Trask abrió la puerta al oir un vigoroso campanilleo.

De las tres personas que llegaban en el automóvil solo conocía a una: al chauffeur de su patrón, a Jim Marsh. Las otras dos personas eran un anciano y una joven hermosísima y rubia. Los tres parecían muy emocionados.

—Su patrón, ser Richard Audely... ¿Puede usted decirnos dónde está?—preguntó Aileen muy agitada en cuanto vió que aparecía el criado.

—Acabamos de enterarnos de las maravillosas novedades, Trask,—agregó Jim Marsh iluminando su cara de bull-dog con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. — ¡Ya sabemos que mi joven patrón está vivo! ¡Hemos venido a saber dónde está!

Habían viajado desde Surrey durante el día. El sueño que Aileen había tenido la había hecho desear con ansiedad encontrarse lo antes posible en la Aaba de Merlin, convencida como estaba de que allí encontraría la clave de la desaparición de su novio.

Llegaron de tarde a Brambley—pequeña población situada a seis millas de la Abadía —donde pensaron detenerse y pasar la noche en el hotel, siguiendo para Merlín por la mañana.

Pero en Bramley, Marsh había visto el diario con la noticia de que Dick estaba vivo.

Al enterarse, en la calle, Marsh se puso a saltar de contento y arrojó la gorra al aire haciendo que dos viejas que pasaban salieran corriendo desesperadas con la impresión de que se trataba de un loco furioso. Inmediatamente entró en el hotel a comunicar a Aileen la maravillosa noticia.

En vista de eso se resolvió no esperar al día siguiente y continuar sin perder un instante, hacia la Abadía de Marlin.

Como en la Abadía tenían que saber donde estaa Dick irían a verle, en el automóvil, al da siguiente.

Aileen sentía a la vez ganas de reir y de llorar. Se había apoderado de ella una alegría extraordinaria después de haber estado quince días dominada por el dolor.

¡Dick vivía! ¡Que noticia más maravillosa! Parecía que fuera la consecuencia lógica del sueño profético que la había inducido a acudir a la Abadía de Merlin.

Aileen, sin embargo, no esperaba la respuesta que le dió el criado.

—El patrón está en casa, señorita—dijo.— Vino esta tarde.

—¡Cómo! ¿Está aquí?

Los tres que acababan de llegar se miraron con alegría.

—Deseamos ver a su patrón,—dijo el sebor Gray.

—Ahora está durmiendo, sebor, — repuso el criado.—Pero avisaré al señor Bonholme.

Entraron en el hall precedidos de Trask que se adelantó para ir en procura de Bonholme.

—El patrón nos explicará todo lo sucedido—dijo Marsh mientras esperaban impacientes en el hall. — Lo principal es que esté vivo mi buen patrón. ¡Yo que le creía desaparecido para siempre!

Lo que le extrañaba, — y no podía ser de otro modo, — era que su patrón no hubiese enviado aviso a la joven a quien tanto amaba. "Aquí hay algo extraño", díjose Marsh.

Miró entonces a Aileen y notó en su rostro una expresión de tristeza.

—No hay que temer nada malo, señorita, — dijo.—Todo se explicará en cuanto el señor Dick diga cuatro palabras. ¿Quien sabe si ha escrito o ha telegrafiado a su casa y su mensaje ha llegado después de salir nosotros? ¡Estoy alegre como un chicuelo, señorita!

Bonholme llegó caminando apresuradamente y con su acostumbrada amable untuosidad saludó a Aileen y a su padre.

—He llegado aun no hace una hora y me he encontrado aquí con todas esas buenas noticias. Para mí es suficiente saber que mi querido sobrino está vivo y no corre peligro. Fuera de esto estoy tan poco enterado como ustedes,—respondió a las preguntas que le hicieron.

—¿Pero no le ha dicho Dick—preguntó Aileen con extrañeza.

—Estaba durmiendo cuando yo llegué. Ha estado muy enfermo y considero prudente no despertarle,—dijo sin mencionar para nada ni a Judith ni a su casamiento.—Comprendo lo impaciente que estará usted por hablar a mi querido sobrino, así que voy inmediatamente a ver si pueden ustedes entrar en su cuarto.

Subió rápidamente la escalera y volvió pocos minutos después para indicarles que su-

bieran. A Marsh no le hizo indicación ninguna, pero Jim subió detrás de los otros.

A Bonholme le había parecido, durante los breves instantes que había hablado con su sobrino que éste tenía un aspecto extraño pero lo atribuyó a las consecuencias de la enfermedad.

—No puedo detenerme ahora, Dick,—le dijo.—Voy a buscar a unas personas conocidas de usted que desean verlo.

Bonholme no sabía que Judith había visto a Aileen por la ventana y se regocijaba pensando la sorpresa que la iba a proporcionar.

Dick estaba sentado en un sillón cuando los visitantes entraron. Al verle, Aileen sintióse muy emocionada porque le encontró extraordinariamente demacrado.

¡Dick! — exclamó reprimiendo un sollozo.

Casi al mismo tiempo vió que una mujer estaba detrás de la butaca donde se hallaba Dick, mirándola con sus hostiles ojos negros.

Fué causa de gran emoción tanto para Aileen como para su padre ver allí a la mujer cuya muerte se daba por comprobada en la noticia que habían leído poco antes en el diario.

¿Por qué se hallaba aquella mujer en el cuarto de Dick?

No era momento de pensarlo. Su adorado debía preocupar por completo su pensamiento en aquellos instantes.

—¡Dick! — exclamó Aileen de nuevo, dirigiéndose hacia su amado.

En aquel arranque de alegría al volver a ver al hombre que debía ser su esposo, Aileen le hubiera echado los brazos al cuello, pero...

¿Qué significaba aquello?

Dick la miraba impasible, sin sonreirse, sin hacer ningún ademán de bienvenida. Si ella hubiera sido una extraña para él no la hubiese recibido de manera más fría.

Aileen sintió en aquel momento como si se le hubiera helado el corazón.

—Lo siento mucho pero pese a todo lo sucedido, no tengo más remedio que seguir con vida,—dijo Dick como si hablara a una persona completamente desconocida.

Mientras Aileen retrocedía anonadada, Dick se fijó en el joven chauffeur.

—¡Hola Marsh! — dijo. — Me alegro de verle.

Volvió luego a mirar a Aileen y dirigiéndose en seguida a Bonholme, dijo con voz cansada:

—Usted me había anunciado a "personas conocidas" pero no las ha hecho pasar. Supongo que este señor y esta joven son de amistad y han venido a verme por eso.

Jim Marsh miró, atónito a su patrón. No era posible que hablara en serio. Si se trataba de una broma, no le veía la gracia.

—¿No conoce usted a la señorita Aileen, patrón?—dijo Jim Marsh casi con brusquedad.

—Esta señorita me es completamente desconocida,—contestó terminantemente Dick.

Antes de que Marsh pudiera hablar, el señor Gray se adelantó.

—La broma, si usted considera esto una broma, ha ido ya demasiado lejos,—dijo.—¿Trata usted quizás de insultar a mi hija, a la joven con quien está comprometido para casarse?

Judith Holt le interrumpió.

—Según parece el señor Bonholme Audley no ha informado a ustedes, antes de entrar, de que el señor Dick Audley es mi esposo.

El señor Gray retrocedió. La calma con que había hablado aquella mujer llamó la atención de Marsh.

—¿Estoy soñando? — díjose el chauffeur.

Dick miró a Gray como con extrañeza.

—Usted debe partir de un lamentable error,—dijo.

Marsh no pudo contenerse.

—Diga usted, patrón — exclamó — esta señora es su esposa?

—Sí. Así lo creo,—respondió Dick.—¡He estado tan enfermo que aun tengo algo confusas las ideas!

Se llevó la mano a la frente y se echó hacia atrás en la silla.

—Nos casamos ayer en Langford—explicó Judith Holt. — El señor Bonholme Audley ha visto el certificado. Pero ahora ruego a ustedes que se retiren. Mi esposo está muy delicado y no le conviene emocionarse.

Aileen se había dirigido ya hacia la puerta y había salido de la habitación. Al hallarse en el corredor, se tapó la cara con las manos. ¡Dick había dicho que no la conocía!

Jim Marsh se acercó a Aileen y trató de consolarla.

En aquel momento Judith salió del cuarto.

El señor Gray se dirigió a ello con gesto de severidad.

—Usted dice que se ha casado con él. ¿Es posible que Dick abandone el compromiso contraído con mi hija para casarse con una ladrona fugitiva? ¡No! Sería demasiado baldón. Daré aviso a la policía y deteniéndola a usted pondrá en claro la infamia que aquí se trama.

—¡No!—exclamó Aileen.—¡Vámonos! No quiero que se pueda suponer que ejerzo ningún acto de venganza. Por lo que a nosotros respecta, el secreto de esta mujer no será divulgado.

Judith miró a Aileen mientras se alejaba. Iba ya a entrar de nuevo en la habitación cuando Marsh le dirigió la palabra.

—Confieso, señora, — dijo, — que me he sorprendido un poco por lo rápido del matrimonio de mi patrón, pero esas son cosas suyas y no mías. Soy, pues, su humilde servidor, señora, desde que usted es mi patrona. ¿Puedo permanecer en la abadía Supongo que el patrón me necesitará pronto.

Judith le dirigió una sonrisa de amabilidad.

—Su patrón me ha hablado mucho de usted Marsh, — dijo. — Claro está que debe usted quedarse en la abadía. No habrá cambio ninguno en lo que a su situación personal se refiere.

Dicho esto, Judith entró de nuevo en la habitación.

Aileen miró a Marsh con resentimiento y la cara del señor Gray expresaba también

sus sentimientos poco favorables para el chauffeur que así se declaraba amigo de la mujer aquella.

Jim Marsh leyó con claridad aquellos pensamientos, pero se encogió de hombros.

—¡Qué emoción me ha causado todo esto! — decía Bolholme con suavidad. — ¡Mi sobrino está desorientado! ¿Pero se van ustedes ya?

—Regresaremos a Bramley inmediatamnete, — dijo con frialdad el señor Gray. — No podemos permanecer un solo momento aquí después del proceder de su sobrino para con mi hija. Vamos, Aileen, hija mia.

Aileen estaba temblando. Hacía esfuerzos enormes para no romper a llorar.

El señor Gray se volvió hacia Marsh que les seguía.

—No necesitamos de usted, — dijo. — Manejaré yo.

—Si no manejo yo no llegarán ustedes a Bramley, — contestó Marsh. — La noche está nublada y la luna no alumbra; los caminos son malos y traidores. Usted perdone, señor, pero voy a manejar yo.

El señor Gray consintió aun cuando no de buen grado.

Poco después el vehículo se alejaba de la Abadía de Merlin.

Cuando ya estaban bastante lejos, Marsh detuvo de pronto el automóvil y se volvió hacia el padre y la hija.

—¿Ustedes están pensando que soy un traidor, no es verdad? ¡Pues no es verdad! — dijo con su acostumbrada franqueza. — Lo que hay es que no quiero dejar a aquella mujer dueña absoluta de aquella casa. ¡Dice que se ha casado con el patrón!... ¡Hum! ¿Será verdad? Hasta ahora no ha descubierto su juego, ¿por qué vamos nosotros a descubrir el nuestro? En cuanto al señor Dick en el primer momento pensé que... ¡poco importa lo que pensé! Me parece que voy empezando a ver claro a través de tanta neblina.

—¿Qué quiere usted decir?

—Esto: No fingía cuando declaró que no le conocía a usted ni a la señorita. Lo que hay es que con la enfermedad se le ha desconcertado la memoria y ha perdido el recuerdo de una parte de su vida, sólo de una parte, porque a mí me recordó. No deben ustedes condenarle, deben compadecerle. Porque está así, esa mujer se ha apoderado de él, — dijo Marsh. — ¡Tiene que ser así porque nadie sabe mejor que yo lo que el señor Dick adoraba a la señorita Aileen! ¡No era adoración, era locura!

Jim Marsh oyó un sollozo que Aileen no pudo reprimir.

—Cuando hablé como lo hice, a esa ladrona de joyas y de hombres, lo hice a propósito. Hay que combatir a la astucia con la astucia y lo que me conviene es fingirme su amigo. Yo necesito estar allí, en el centro de la acción, porque soy hace tiempo el perro de guardia de mi querido patrón y me gusta ver las cosas de cerca. ¿Será realmente esposa del señor Dick? No estoy convencido todavía de que así sea. En cuanto a ese tipo de Fox Dacre, que también está en la Abadía, no le voy a perder de vista. ¿Por qué está allí? ¡Oh! Les digo a ustedes que allí voy a estar y allí voy a vigilar. ¡En la Abadía de Merlin están por suceder cosas muy extraordinarias!

Algo faltaba en los diarios

Jim Marsh había dicho que en la Abadía de Merlin iban a pesar cosas muy extraordinarias y no le faltaba razón al afirmarlo.

Había en la Abadía un conjunto extraordinario de intrigantes, establecidos entre los muros del "Castillo de las Sombras": Una mujer jugaba allí por cuenta propia contra dos hombres en culpable asociación y tanto la una como los otros dos conspiraban, entre las tinieblas contra la felicidad de Dick.

Por el momento, Judith Holt que sabía bastantes cosas para resultar peligrosa, hallábase triunfante. Pero tanto Bonholme como Dacre, sólo esperaban una oportunidad favorable y seguían combinando sus planes infames.

En apariencia los tres vivían en buenos términos, si no de amistad, por lo menos de avizora neutralidad. Pero tanto los dos hombres como la mujer no dejaban de vigilarse recíprocamente, esperando ocasión propicia para obtener un éxito sobre sus contrarios.

Mientras tanto, Jim Marsh, impasible y silencioso, hacía como que se ocupaba de sus quehaceres sin darse por entendido de la lucha que se desarrollaba entre las ocultas sutiles fuerzas que se hallaban en lucha. Jim Marsh vigilaba.

Para Marsh, aquella mujer que se decía esposa de Dick y que se hacía llamar Lady Audley, era tan sospechosa como Bonholme y Dacre.

Sentía contra ella una feroz indignación que lograba disimular sólo a costa de grandes esfuerzos. Aquella mujer no sólo había arrebatado a Dick a la bella joven con quien estaba comprometido, sino que, además, era una ladrona fugitiva y Jim Marsh consideraba que una mujer de tal condición no debía llevar el nombre de Lady Audley.

Al principio Marsh se preguntaba si la mujer aquella estaba en connivencia con Bonholme, pero no tardó en abandonar tal idea. Se vigilaban de tal modo entre sí, que se comprendía que se tenían mucho miedo. No eran asociados: eran secretos antagonistas. Cada uno trataba de conseguir algo que no convenía al otro. Jim Marsh se dió perfecta cuenta de esta rivalidad.

¿Estaba Dick Audley realmente casado con Judith Holt? — se preguntaba Marsh.

El chauffeur no se sentía muy convencido de que así fuera. Si le fuese posible demostrar que aquella mujer que había atrapado a su joven patrón no tenía derecho a llamarse Lady Audley, él podía intentar que Dick volviera de nuevo sus ojos hacia Aileen.

Pero la ensombrecida inteligencia de Dick no recordaba cómo y cuándo se había casado con Judith como tampoco se acordaba de Aileen Gray. ¡Qué extraña situación!

Sin duda alguna se había celebrado alguna

clase de ceremonia nupcial. No sólo existía el certificado que Judith tenía en su poder. El señor Gray había ido a la oficina del registro civil de Langford y había podido ver el acta del casamiento de Sir Richard Audley con Vida Holt.

Pero, a pesar de todo eso, Jim Marsh seguía empeñado en dudar.

—¡Es muy hermosa pero muy mala! — exclamaba el chauffeur. — Tiene toda la malicia del mismo demonio. No me extrañaría descubrir alguna maniobra, todavía oculta, mediante la cual ha conseguido el derecho a llamarse Lady Audley.

Un médico que residía en el pueblo de Bramley atendía a Dick. El enfermo iba recobrando fuerzas poco a poco, pero su cerebro no lograba librarse de la densa sombra que lo envolvía.

El golpe que había recibido en la sien le había conturbado la memoria del modo más extraño. Era como si todos los acontecimientos de los últimos dos años hubieran sido borrados de su recuerdo como puede borrarse con una esponja lo trazado en una pizarra. De lo que le había acontecido antes de esos dos años se acordaba, pero de modo muy vago. El hecho de que Judith había sido la primera persona a quien había visto al recobrar el conocimiento debió herrir de algún modo su sensibilidad y fué, quizáz, lo que impidió que perdiera la memoria por completo.

Respecto a Judith recordó sólo el amor que les había unido. Olvidó la desilusión que motivó su rompimiento: olvidó el vergonzoso suceso de la detención de aquella mujer hacía un mes... Judith temía muchísimo que Dick llegara a enterarse de esto.

Fox Dacre no podía acostumbrarse a lo extraño de la situación. Era curioso que pudiera ver y conversar con el que había sido víctima de su criminal atentado sin que Dick demostrara tener ni aún el menor recuerdo su acción..

A medida que fueron pasando los días, algo acudió una y otra vez a la mente de Dick, preocupándole. Fué el pensar en aquella joven que había entrado en su habitación el día de su regreso a la Abadía de Merlin y que se acercó a él llamándole por su nombre. Recordaba su gran hermosura y la tristeza intensa que se pintó en su cara cuando él dijo que no la conocía.

¡De fijo no la conocía de antes, pues no era posible que la hubiera olvidado tan completamente! En vano trataba de rebuscar en sus recuerdos. Su imaginación parecía envuelta en la más intensa niebla.

Marsh evitaba contestar las preguntas de Dick a ese respecto. Estaba convencido de que su patrón no se hallaba todavía bastante repuesto para enterarse de toda la verdad.

Judith Holt, mientras tanto, deseaba impacientemente irse de la Abadía de Merlin, llevándose a Dick. A pesar de su altanería ante Bonholme y el señor Gray y su hija, su intranquilidad era terrible. Mientras no lograra alejarse de Inglaterra con Dick su vida se hallaría siempre en peligro, como si estuviera a la orilla de un precipicio.

Pero el médico que atendía a Dick no permitía aún que el joven saliera de la quietud de la casa, así que Judith tendría que esperar para partir, a que su esposo se hallase más repuesto.

Un día Marsh llamó aparte al doctor para hacerle algunas preguntas.

—¿Logrará recobrar la memoria algún día, doctor — preguntó Marsh a quien preocupaba mucho ver lo cambiado que estaba Dick y cómo la nube que envolvía su imaginación le había hecho perder su alegría y su vivacidad de otro tiempo. — ¡Me da una pena ver a mi patrón de ese modo! — agregó. — ¡A veces me dan ganas de llorar como un chico!

El doctor movió la cabeza pensantivo.

—Temo que haya muy poca esperanza a ese respecto,—dijo.—Sufrió un terrible golpe en la cabeza, cayendo de una altura, probablemente. En el primer momento pensé que una esquirla de hueso podía estar presionando el cerebro. En este caso, mediante una operación querúrgica se le hubiera devuelto la memoria. Pero el caso es más serio. Debe tener el cerebro dañado y en el cerebro no es posible la intervención quirúrgica.

Jim Marsh al oir esto sintió intensísima pena.

—No digo que no exista alguna probabilidad favorable... muy remota por cierto,— agregó el médico.—Se han producido casos semejantes en los cuales una impresión rápida, que por su carácter recordara al enfermo algún hecho sobresaliente de su pasado ha galvanizado, por decir así, el cerebro adormecido y le ha devuelto de improviso la perdida actividad. Los casos de esta clase han sido poco numerosos, pero se conocen varios de ellos.

La manera de expresarse del médico no era para dejar concebir grandes esperanzas, sin embargo, al oirle, Jim pareció alegrarse mucho. Una idea había brotado en su imaginación, una idea salvadora, en su concepto.

—¡Demonio! ¡Si consigo que me ayude la señorita Aileen, quizás!...

Pero de que se trataba no lo dijo ni lo reveló el gesto de su cara de bull-dog.

Aileen había permanecido en los inmediaciones especialmente por consejo de Marsh.

—El patrón no solo está enfermo; está envuelto en las redes de algún complot cuyo misterio no he descubierto todavía. Por el bien de mi patrón conviene que ustedes no se alejen mucho así estarán a mano en el momento oportuno. No sé qué es lo que puede suceder, pero me encargo de descubrirlo yo solo.

Como el señor Gray se había convencido de que su enojo con Dick ni tenía razón de ser, accedió a lo que Marsh indicaba y a lo que, a la vez era voluntad de Aileen.

Alquilaron amueblado un pequeño chalet, situado en la costa, a pocas millas de la Abadía. El aire del mar tenía que ser favorable para la salud de Aileen. La joven estaba muy pálida y nerviosa desde el día en que recibió le intensa emoción que parecía aguardarla traidoramente a su llegada a la Abadía de Merlin.

Por su parte, Aileen se daba cuenta de que Dick no podía ser nada más que un extraño para ella. ¿No se había casado con aquella aventurera? Sin embargo, y por a

bien de Dick, deseaba hacer todo lo posible o contribuir a que se hiciera todo lo posible por auxiliarle si llegaba el caso.

Una o dos veces, desde aquella triste noche, había visto a Dick paseando en automóvil, pero había evitado encontrarse cara a cara con él. No quería verle porque le martirizaba el corazón suponer que pudieran mirarla con indiferencia aquellos ojos que la mirarían en otro tiempo con tanto cariño. ¿Era posible que Dick la contemplara como quien mira a una persona extraña?

Una mañana, en el momento en que el médico se retiraba después de ver a su paciente, Dick notó que, al tomar los guantes de sobre la mesa, tomaba también un diario que había traído.

—¿Quiere usted tener la bondad de facilitarme ese diario, doctor?—dijo Dick de improviso. — ¿Es el "Daily Mail"?

El "Daily Mail" era el diario que llegaba todos los días a la Abadía de Merlin y el doctor Grove lo había así que no dejó de sorprenderle el pedido.

—Con mucho gusto, Sir Richard,—dijo. —Le recomiendo, no obstante, que no lea mucho mientras no se halle con más fuerzas.

Judith no había oído el pedido de Dick, pero vió que el médico la daba el diario y se notó en su rostro un rápido gesto de temor.

—Pero ¿no ha visto ya el "Daily Mail", Dick? — exclamó. — ¿Por qué ha de dejar el suyo el doctor Grove? Además, no le conviene leer. Ha dicho el médico que por el momento es necesario que fatigue lo menos posible la imaginación.

Intentó quitarle el diario, pero Dick se mostró extraordinariamente empecinado.

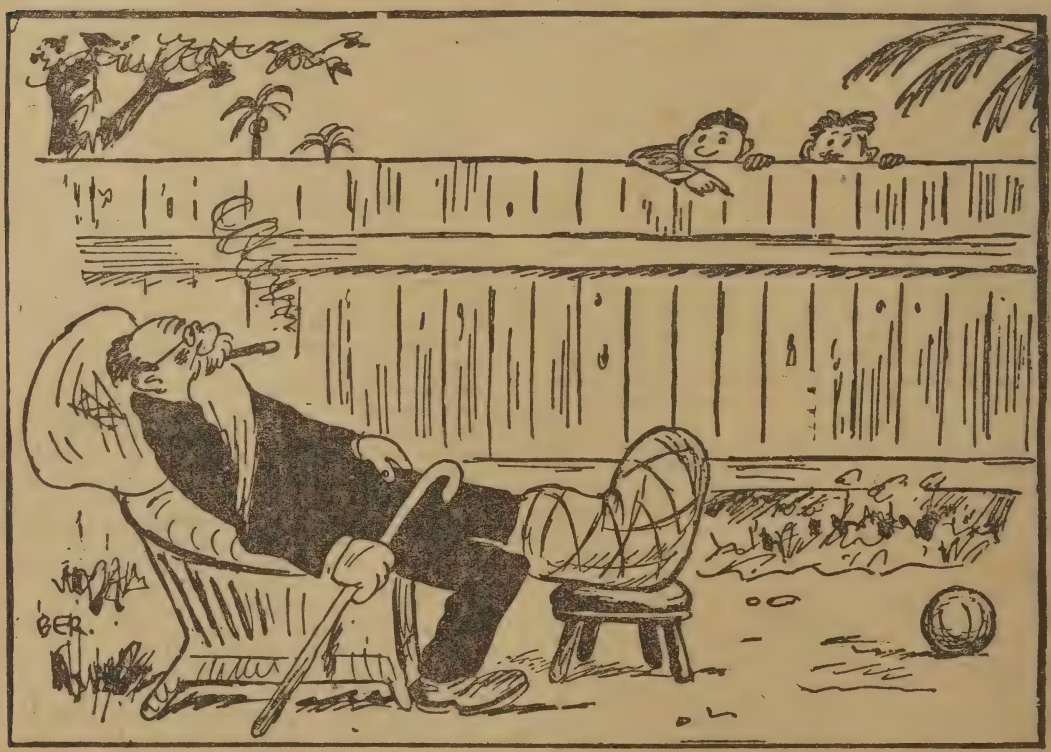
—No me fatigaré. No voy a hacer más que recorrerle. ¡Tenga la bondad de no contrariarme! — insistió con energía.

Se sentó en una butaca y desplegó el diario.

Detrás de él, en la habitación, Judith le contemplaba con la mayor consternación pintada en el semblante.

Todas las mañanas, cuando le daba ella el diario, había notado Dick que a la hoja impresa le faltaba algo. Unas veces era un

Pedido difícil de atender



—¡Eh! ¡Señor! Haga el servicio de darle una patada a esa pelota y mándela hacia este lado.

(Men Humor").

párrafo cortado con tijeras; otras un pedazo arancado como por descuido. Dick había hablado de eso a Judith, y ella había esquivado la respuesta.

Pero el cerebro del joven, aun enturbiado por la dolencia, podía formar opiniones y concebir sospechas.

Algo faltaba todos los días en el diario. ¿Qué era? ¿Por qué lo quitaban? Con irritabilidad de enfermo, Dick comenzó a preocuparse. Algo le ocultaban y se lo ocultaban con deliberado propósito. No le cabía duda.

El diario que había traído el doctor Grove no estaba mutilado. La mirada de Dick ses dirigió a una columna de la cual, en el ejemplar que le habían dado antes, faltaba un trozo. De pronto un nombre muy conocido le llamó la atención como si saltara de entre las líneas impresas. Ese nombre era el de su esposa, el de Judith Holt.

El párrafo donde se hallaba aquel nombre, decía así:

" **El misterio del lago de la cantera.** — " Como lo anunciamos, ayer se han obte- " nido nuevas informaciones sobre el cuerpo " de una mujer hallado recientemente en el " lago de la cantera abandonada, situada " cerca de Heathersett y que fué teatro de " un grave accidente de automóvil hace tres " semanas. Se dudaba de que el cuerpo fue- " ra, como se pensó primero, el de la mu- " jer Judith Holt, que había logrado esca- " par a sus guardianes después de arrestada " bajo la acusación de haber robado varias " valiosas joyas. El cuerpo ha sido, por fin, " positivamente identificado como el de una " mujer que desapareció hace varias sema- " nas y se llamaba Emma Brooke. La poli- " cía sigue activamente sus investigaciones."

Dick Audley siguió mirando el denunciador párrafo con el asombro y el horror pintados en su rostro demacrado por la enfermedad.

Detrás de él la mujer, muy pálida, contenía el aliento observando el gesto de Dick. Se había propuesto, en su desesperación, evitar que Dick leyera toda referencia a esos sucesos en los diarios, de modo que ignorara que ella se había escapado de manos de la policía. ¡Pero todo había sido en vano! ¡Dick había descubierto lo que ella había querido ocultar!

En el primer momento el cerebro cansado y conturbado pareció no darse cuenta de la extraña noticia. ¡Judith, su esposa detenida por ladrona!

Vagos, vaporosos recuerdos, demasiado fugitivos para poder retenerlos un instante, pasaron rápidos por la imaginación del desventurado Dick.

Después, de improviso, se volvió hacia la aterrorizada mujer.

¡Esto! ¿Qué quiere decir esto? — exclamó violentamente indicando con el dedo, en el diario, el párrafo que acababa de leer.

✦ ✦ ✦

Jim el misterioso

Judith se había puesto pálida como una muerta.

Aquella poco escrupulosa mujer era capaz de hacer frente a todas las dificultades imaginables, pero en cuanto se trataba de Dick había descubierto la verdadera condición, la desconcertaba por completo.

Su primer impulso fué mentir, pretender que no se trataba de ella sino de otra mujer del mismo nombre, el párrafo del diario. Pero pronto se dió cuenta de que semejante mentira sería completamente inútil. Una vez despertadas las sospechas de Dick, vendrían centenares de hechos a corroborar la versión de que era ella y no otra la mujer buscada por la policía.

—¡Conteste usted! — exclamó Dick.

—¡Dick, no es posible que usted crea eso de mí, de la mujer a quien usted ama, de su esposa! — replicó ella.

—¿Qué quiere decir esto? — insistió Dick. —Este diario habla de Judith Holt y dice que se escapó hallándose detenida por ladrona. ¿Qué ha sucedido durante las semanas que he permanecido sin conocimiento? ¿Qué es lo que me oculta usted? ¿Es cierto que mi esposa es una ladrona?

En el tono de la voz de Dick se notaba que el joven se halaba horrorizado.

Ella, por fin, se decidió a hablar.

—¡Oh! ¡Mi esperanza era que usted no llegara a saberlo nunca! Sí, me acusaron, pero injustamente. Se me presentó una ocasión de escapar y la aproveché porue temía no poder obtener una sentencia favorable, tan endemoniada era la calumnia echada sobre mí. ¿No es cierto que usted me cree, Dick?

Continuó en el mismo tono protestando una y otra vez y diciendo que era inocente.

¿La creería Dick? Debilitado por la enfermedad no tenía en aquel momento la rapidez de imaginación y la claridad de razonamiento de antes. Sin embargo, la mujer comprendió que no le había dejado convencido.

El castigo de su baja traición contra Aileen Gray comenzaba. Judith se dió cuenta de que ni aun en los pasados días en que ella había logrado atraerle con su coquetería. Dick la había amado. No le fué posible conquistar su corazón entonces: no le era posible conquistarlo ahora.

Y si no conseguía persuadirle de que le habían arestado bajo una falsa acusación, Dick la rechazaría con repugnancia.

El desprecio que había en su acento, el modo como había pronunciado la palabra "ladrona" le habían herido en pleno rostro como un latigazo.

Judith, desesperada, salió de la habitación. Todo se derrumbaba a su alrededor en el mismo momento en que había considerado llegada la realización de su triunfo.

De pronto, en su rostro se pintó de nuevo el gesto de resolución de los momentos de prueba. Un pensamiento desesperado pasó por su mente.

—¡Aun no estoy vencida! — díjose. — ¡Queda todavía un medio! ¡Venceré!

. . . . . .

Estaba anocheciendo y el corredor donde se hallaba la misteriosa puerta cerrada de la Abadía de Merlin estaba en tinieblas. Solo se veía un poco de luz de la que se filtraba por la ventana situada al extremo del corredor. Los últimos destellos del sol penetrando por aquella ventana parecían pintar con pinceladas de rojo de sangre los herrajes de la puerta condenada.

En la sombra de los escalones que conducían a la puerta, se encontraba Jim Marsh al parecer ocupado en algo que debía ser ejecutado al amparo de la oscuridad.

Se trataba en realidad de algún trabajo secreto, pues una y otra vez miró Jim a uno y otro lado del corredor como si temiera que alguien pudiera interrumpirle antes de que hubiera terminado.

Según todas las apariencias aquella extraña puerta estaba sujeta, de modo que era imposible moverla, mediante gruesas barras de hierro. Sin embargo Marsh no podía quitarse de la imaginación el convencimiento de que la otra vez que había visitado la Abadía de Merlin había visto aquella puerta entreabierta y que la había visto cerrarse rápidamente oyendo a la vez un grito de alarma.

Este misterioso suceso le pareció a Jim como prueba concluyente de que algo oculto se movía detrás de aquella puerta, algo de que no estaba enterado su patrón, el dueño de la casa.

Sobre el secreto del difunto padre de Dick y sobre las razones que pudiera haber tenido para pedirle a su hijo que no la hiciera abrir nunca aquella puerta, Jim no quería averiguar nada.

Pero ¿y si había visto la puerta abierta? Si la había visto abierta era que en todo aquello había un misterio que convenía aclarar, no por pura curiosidad sino por el bien de Dick, pues todo aquello indicaba que en la Abadía de Merlin se tramaba algo oculto que no podía ser sino perjudicial, quien sabe hasta qué punto, para su joven patrón.

La misteriosa tarea de Marsh, fuera lo que fuera, terminó. Estaba por levantarse cuando oyó detrás de sí ruido de suaves pisadas.

Marsh es volvió rápidamente. Avanzó sin ruido. Bonholme Audley se aproximaba por el corredor.

Sin duda Bonholme no vió, en el primer momento al hombre que se había vuelto a acurrucar en la densa oscuridad, debajo del sitio donde aun llegaban los últimos rayos luminosos del sol a través de la ventana de cristales de colores. Parecía aproximarse con furtiva precaución mirando de vez en cuando hacia atrás como para asegurarse de que nadie le observaba mientras se encaminaba a la cerrada puerta de la torre.

Marsh se dió cuenta de que la habían sorprendido y se puso le pie. Al ver aquella figura que surgía de improviso de la oscuridad un grito sofocado surgió de la garganta de Bonholme Audley.

Luego, al reconocer a Jim Marsh, pareció tranquilizarse.

Avanzó muy enojado. Pero Marsh pudo ver que estaba muy pálido y que respiraba jadeante como si hubiera sufrido una intensa emoción.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó Bonholme de mal modo y mirando fijamente a Marsh.

—¿Y usted a que se dirije a una puerta que se supone que no se abre?—estaba pensando Marsh.

Luego dijo en alta voz.

—¡Lamento haberle sobresaltado señor! La verdad es que...

—Bien, ¿qué hace usted aquí?—repitió.

Pues verá se me cayó al suelo un botón de la camisa y se vino rodando por el corredor... Yo acudí a buscarle y llegué hasta cerca de aquí, donde al fin lo encontré. Como me encontraba cerca de la puerta me aproximé a ella... ¡No creo que haya nada malo en esto! Me interesa esta puerta desde aquella noche ¿recuerda, señor?

—¿Qué noche?

—Aquella noche en que me pareció que la vi abierta ¿no se acuerda?

—¡Me acuerdo de que le dije a usted que era imposible que la viese abierta! — prorrumpió Bonholme.

—Así lo creo yo ahora, señor. Cuando veo esas barras le hierro tan gruesas, me digo: "Jim, tienes que haber estado con más de una copa en el cuerpo para imaginarte semejantes cosas. Esa puerta no se abre sino a cañonazos."

—¿De modo que está usted convencido de que se trató de una alucinación?

—¿Alucina... qué? Declaro que es la primera vez que oigo esa palabra, pero cuando usted lo dice, así será. Quedo completamente satisfecho, señor. Estoy convencidísimo ahora, señor.

Convencidísimo estaba Jim, en verdad, pero quizas no fuera en el mismo sentido en que lo suponía Bonholme Audley.

—Me alegro de que así sea. Y oiga, Marsh: de aquí en adelante será bueno que no se le vea rondando esta puerta. Usted no tiene nada que hacer por aquí — agregó. — Hace poco su patrón estaba preguntando por usted.

Mientras Marsh se alejaba, Bonholme permaneció quieto, mirándole marchar, con el ceño fruncido.

—No puede sospechar nada. Si yo llegase a suponer que tiene la menor idea... ¡No! ¿Por qué va a sospechar?

Solo al pensar que el culpable secreto de que se acordaba pudiera ser descubierto, Bonholme sintió que le caían de la frente gruesos gotas de sudor. ¡Si se descubría su secreto! ¡Un secreto que causaría sensación en toda la extensión de Inglaterra!

—¡Bah! ¡No hay que asustarse de cosas sin fundamento! — díjose. — La única persona que sospecha es esa mujer, Judith y estoy seguro de que no le conviene hablar. Sabe que si hablara se labraría su propia perdición.

Permaneció de pie, en la sombra, mirando hacia la puerta. ¡Qué extraño efecto hacía la luz del sol pasando por los vidrios de colores de la ventana! La puerta parecía cubierta de sangre. Bonholme se extremeció a su pesar. ¡Si aquella puerta dejara algún día ver el extraordinario secreto que guardaba! ¡Pero no era posible!

Bonholme miró a su derredor furtivamente. Después sacó algo del bolsillo, algo que debía ser muy delgado — delgado como una hoja de papel. Luego, con apresuramiento, pero con sumo cuidado, lo hizo pasar por debajo de la puerta cerrada.

El pasado que vuelve

Marsh, mientras tanto subido a la habitación de Dick.

—Voy a dar una vuelta en automóvil, Jim —dijo Dick. — ¡Hace tanto calor en casa! Tenga el coche pronto para dentro de media hora.

—Sí, señor. ¿La señora vendrá también?

Judith casi siempre acompañaba a Dick en sus paseos en automóvil.

—No. Esta noche no.

Al oír mencionar a Judith recordó de nuevo Dick la terrible duda que había llevado a su alma el descubrimiento que ella, en vano, había tratado de ocultar.

En la cara de Jim se notaba una expresión de gran alegría, mientras el chauffeur subía a su habitación.

El cuarto de Jim estaba en el piso más alto de la casa y tenía una ventana por la que se distinguía todo el campo de un lado de la Abadía hasta muchas millas de distancia.

Lo primero que hizo Marsh al entrar en su habitación fué bastante curioso.

Acercó a la ventana la pequeña mesa que había en el cuarto. Sobre la mesa puso la lámpara que acababa de encender y sobre la lámpara colocó con todo cuidado una pantalla roja. Luego Marsh salió de la habitación dejando la luz roja brillando delante de la ventana como si fuera una señal.

Media hora después, Marsh, manejando el automóvil, salía de la Abadía de Merlin y tomaba la dirección del oscuro y solitario camino.

Dick iba sentado en el asiento de atrás del vehículo. En otro tiempo manejaba él siempre, pero ahora se encontraba sin ánimo para ello. Parecía haber perdido toda su vivacidad.

Marsh iba pensando en las palabras del médico. ¡Si fuera posible que una violenta emoción devolviera a su patrón la memoria perdida! ¡Si por ese medio se pudiese lograr que se disipase la bruma que envolvía su imaginación y había borrado de su recuerdo lo sucedido en los dos últimos años!

Marsh miró hacia atrás, mientras pensaba en ello. A lo lejos se veía la ventana de su cuarto con luz roja que parecía un punto de fuego en la oscuridad de la noche.

Quizás el fiel servidor de Dick veía en aquella luz la estrella precursora de una esperanza.

Mientras iba manejando, los pensamientos de Marsh volaron hacia aquella puerta cerrada. Al contar a Bonholme lo que le había pasado con el botón perdido, Jim no había dicho la verdad. Tenía que confesar el chauffeur que tal narración había sido veraz.

Si Marsh había ido hasta la puerta cerrada había sido para poner una trampa. Gracias a ella sabría de modo definitivo si la puerta misteriosa se abría o no.

—¿Quiere el señor ir en alguna dirección determinada? — preguntó Marsh a Dick.

—No: hacia donde usted quiera, — respondió el joven con indiferencia.

Marsh sabía perfectamente donde quería ir, así que dirigió el vehículo por el camino que conducía hacia una casa, aislada, situada no lejos de la orilla del mar, y a unas cinco millas de la Abadía de Merlin.

—Perdone que descienda aquí un momento, señor, — dijo Marsh deteniendo la marcha del vehículo,—tengo que dar un recado.

Dejando a su patrón en el automóvil, Marsh se dirigió hacia el portoncito del jardín. Mientras se dirigía hacia la puerta de la casa miró a lo lejos y pudo ver que todavía brillaba la luz roja de la lámpara en la lejana ventana de su cuarto.

—¿Por qué tarda tanto? — se preguntó Dick al cabo de un rato. Marsh estaba haciéndose esperar más de lo prudente. Dick agregó sin gran interés: — ¿Quién vivirá ahí?

¡Si hubiera sabido que era aquella la casa donde residían el señor Gray y su hija Aileen! Pero Dick no tenía ni siquiera la menor idea de que la joven que había estado a visitarle el día de su regreso a la Abadía de Merlin y que tanto le sorprendió al llamarle familiarmente por su nombre, estaba en la vecindad.

De pronto, Dick se volvió alarmado.

Se había oído un súbito ruido de vidrios rotos. Después se dirigió un haz de llamas que sirgía de un costado de la casita.

—¡Dios mío! ¡Se está quemando el chalet!

Dick se puso de pie y saltó del automóvil. Del sitio donde se veían las llamas oíase llegar la voz de una mujer pidiendo socorro. ¡Aquella voz que clamaba desesperada, pronunciaba su nombre!

—¡Dick! ¡Socorro! ¡Socórrame, Dick, por favor!

Con aquellos gritos retumbándole en los oídos, Dick cruzó rápidamente el jardín y pasó al costado de la casa donde se oían los pedidos de auxilio.

Lo que vió entonces fué un cuadro que le llenó de horror.

Por la ventana del piso alto de la casa, a traves de los restos de vidrios saltados por el fuego, salían grandes llamaradas. Las cortinas ardían; una enceguecedora hoguera parecía llenar la habitación y allí, en la ventana, tendiendo los brazos desesperada, hallábase una joven.

El resplandor del fuego iluminó la cara de Dick cuando éste se acercó a la casa.

—¡Dick! ¡Dick! ¡Socorro! No puedo ba-

jar por la escalera que está ardiendo. ¡Socorro, Dick! — gritó la joven.

¿Dónde había oído él aquella voz en otra ocasión? Aquellos gritos parecían llamar implorando a las cerradas puertas de su memoria.

Entonces, de improviso, casi antes de que se diera cuenta de lo que decía, corrió hacia la casa horrorizado y comenzó a subir por las enredaderas hacia la ventana, en ayuda de la joven, asombrado de oirse a sí mismo gritar con todas sus fuerzas.

—¡Aileen! ¡No tema nada! ¡Yo la salvaré! ¡Aileen!

Las palabras parecían brotar de sus labios sin esfuerzo de su voluntad. Le parecía a Dick que eran el eco de palabras pronunciadas ya en otra ocasión, en un tiempo lejano.

De pronto, como si se descorriera un velo de oscuridad que cubriera su mente y mientras subía desesperado como un loco, con prisa infernal, por la enredadera, Dick había recordado.

¡Aileen! ¡La adorada de su corazón! Y como si nunca hubiera estado despojado de la facultad de recordar, la reconoció de nuevo.

—¡No tenga miedo, Aileen! ¡Aquí estoy yo para salvarla.

Precisamente en otra ocasión semejante la había salvado de un peligro igual. Todo lo recordaba Dick mientras ascendía mano tras mano, con los dientes apretados y los nervios en tensión, hacia donde estaba la joven implorando, rodeada de llamas que llenaban toda la habitación donde ella se hallaba.

La emoción producida por el terror había realizalo el milagro sacudiendo poderosamente las fibras de su imaginación al recordarle la otra vez es que Aileen se vió así encerrada en una casa que ardía y él, subiendo por las enredaderas, la salvó del peligro.

En aquel momento de emoción intensa, Dick no se dió cuenta de que la había olvidado. No pensó sino que la joven a quien amaba estaba allí en peligro de muerte, esperando que fuera él a arrebatarla a las llamas que la circundaban. Su misión era salvarla o morir por ella. En su cerebro no había sitio para otros pensamientos.

Un carcomido trozo del armazón de madera que sostenía la enredadera cedió bajo la presión de sus manos. Durante un segundo pensó que iba a caerse. ¡No! ¡No debía caer! La muerte acechaba allá arriba a la mujer amada y si él no llegaba a tiempo... ¡No! ¡No caería! En aquella hora suprema sus fuerzas parecían sobrehumanas.

Descendió un punto, pero volvió a hallar asidero y siguió subiendo. Un instante después ponía la mano en el borde de la ventana. Un esfuerzo más y Dick se encontró dentro de la habitación.

—¡Aileen! ¡Gracias a Dios! — exclamó jadeante. — ¡No he llegado tarde!

Le lloraban los ojos, enceguecido por el humo y por el resplandor de las llamas.

Luego, nerviosamente, tomó a la joven en sus brazos resuelto a sacarla de allí.

El misterio se hace más denso

Pero cortada la retirado del lado de la escalera ¿cómo iba a descender a Aileen al jardín? Por la ventana era peligroso. Entonces, y con asombro, se dió cuenta de que el incendio era mucho menos importante de lo que le había parecido. El fuego no había hecho presa de la habitación. Algunas cortinas ardían, pero eran solo las que estaban a los lados de la ventana y de ellas salían largas lenguas de fuego. La puerta no había sufrido nada y por ella podía salvar a Aileen.

En el momento en que se dirigía a la puerta, ésta se abrió y Jim Marsh apareció por ella. Tenía en su poder un aparato para extinguir incendios y con el líquido ingnicida roció rápidamente las cortinas que ardían. El señor Gray había entrado tras él con otro aparato semejante. En pocos momentos el fuego quedó completamente dominado. El peligro había pasado.

—Pero ¿cómo es esto, Aileen? — exclamó Dick asombrado. — ¿No me dijo usted que la retirada por la escalera era imposible?

—Sí. Lo dije porque... porque quería que usted me salvara, Dick, — dijo ella en voz baja.

No le dijo a Dick que entre ella y el hombre que era su único criado y su mejor mejor amigo en el mundo habían combinado aquello como tentativa desesperada, — pero la única posible, — a fin de procurar que recobrara la memoria. La luz roja de la ventana de Jim había avisado a Aileen que se llevaría a efecto lo combinado aquella noche.

El doctor Grove había dicho que solo una gran emoción podía revivir el pasado en la memoria de Dick, pues las emociones de esa clase habían obrado, a veces, verdaderos milagros.

El milagro se había realizado en el caso de Dick. Los cortinas llameantes, los vidrios rotos, las paredes ahumadas, todo aquello no había constado ni diez libras esterlinas. En cambio aquella noche la nube que cubría la inteligencia de Dick se había desvanecido por completo.

Mientras miraba a su alrededor, extrañado de hallarse en sitio desconocido, Dick dijo con raro acento de asombro:

—Tengo el convencimiento de que algo me ha pasado, de que he estado enfermo... ¿He estado enfermo en realidad Siento como si la hubiera perdido a usted, Aileen y hubiera vuelto a encontrarla esta noche.

Y después de mirar con cariño a la hermosa joven la abrazó.

Aun cuando había recobrado la memoria, para su mente todo lo que había sucedido durante la enfermedad eran como recuerdos

vagos de un sueño, mejor dicho de una pesadilla abrumadora.

—Debo haber estado enfermo porque no me doy cuenta de cómo he venido aquí en lugar de ir a su casa de Surrey, — dijo. — En realidad no me acuerdo nada desde que fuí a casa de Dacre y allí... ¿Qué sucedió allí Aileen? De improviso perdí el conocimiento y me parece no haberlo recobrado hasta hace un instante, en esta casa.

—No se preocupe ahora de eso, Dick, — dijo ella. — Ha estado usted enfermo, pero la enfermedad ha pasado ya.

—¿De veras? Así lo creo. Dispondremos nuestra boda para lo más pronto posible.

Aileen volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas y un sollozo sacudió su pecho.

—Pero Dick,—dijo ella en voz baja. — ¿Se olvida usted de Judith?

—¿Judith? ¿Qué quiere usted decir con eso?

Dick la miró sorprendido. Luego cuando ya estaba la pregunta por salir de sus labios, se dió cuenta de toda la terrible verdad.

¡Judith! ¡Su esposa!

. . . . . .

Marsh se sentía muy contentó de volver a la Abadía de Merlin con Dick.

La emoción que había despertado la memoria de Dick le había hecho darse cuenta de la situación en que se hallaba. Adoraba a una mujer con todo su corazón, y al volver a la salud, se enteraba de que, durante su tiempo de enfermedad,—del que no tendría jamás recuerdo,—le habían atrapado haciéndole casar con otra mujer. Este casamiento había sido autorizado por el registro civil, según constaba en el certificado y sin embargo él no se acordaba haberlo contraído.

Miró con los ojos muy abiertos, pálido y atónito, como si estuviese de nuevo por volver a su dolencia de antes.

¡Era él el esposo de una mujer a la que buscaba la policía como autora de un repugnante delito!

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer?

Marsh subió a su cuarto después de haber acompañado a Dick a su habitación, con el corazón dolorido por lo que le pasaba a su patrón. Se sentía con ganas de insultar a la mujer que así había podido infamar la vida de Dick mediante un casamiento realizado por medio del engaño.

—¿Habrá sido un casamiento de verdad o alguna diabólica combinación de ese demonio de mujer? — preguntábase Jim. — Pero... ¿cómo averiguarlo?

No había acertado Jim con la solución de este punto cuando las campanas del reloj de la Abadía de Merlin dieron las doce de la noche.

Aun no se había acostado. Estaba esperando vestido con el propósito de enterarse de algo importante.

Abrió la puerta de su habitación y se dirigió hacia la escalera. P[illegible] miró hacia abajo.

Las luces del hall [illegible] apagadas, así que Bonholme se había acostado ya. Y Marsh, por alguna razón, no quería que Bonholme pudiera molestarle.

Sin embargo, esperó un cuarto de hora más antes de decidir arriesgarse.

Se quitó los botines y descendió la escalera sin hacer el menor ruido, aun cuando no sin emoción. A Jim Marsh le impresionaban mucho todas las "manifestaciones de ultratumba" según decía y a aquellas horas de la noche, la Abadía de Merlin parecía un refugio de sombras y de espectros.

Siguió por el largo corredor que conducía a la puerta cerrada, la misteriosa puerta condenada que parecía encerrar algún terrible secreto.

Marsh se había provisto de una lámpara eléctrica de bolsillo, pero recien cuando llegó a los escalones que conducían a la misteriosa puerta, la encendió.

Detúvose un instante examinando algo más detenidamente. Luego Jim Marsh movió la cabeza afirmativamente.

Aquella puerta había sido abierta durante las seis horas transcurridas desde la última vez que él había estado allí.

Jim había pegado varios pedazos de papel engomado, pintados del color de la puerta y por lo tanto invisibles, entre la hoja y el marco, de modo que al abrir la puerta se rompieran.

¡Y los papeles estaban rotos !La puerta había sido abierta entre las seis de la tarde y las doce de la noche. La prueba era terminante.

Marsh dirigió la luz hacia la superficie de la puerta examinándola cuidadosamente.

Pero las barras de hierro que la condenaban estaban bien sujetas, tanto a la puerta como a ambos costados, por poderosos clavos remachados.

—¡Esto sí que me deja atónito!—murmuró Marsh. — ¡Es algo de prestidigitación! ¡Cualquiera diría que se necesita un herrero para abrir la puerta y, sin embargo, la puerta se abre! ¡Se ha abierto despues de estar yo aquí esta tarde!

Una nueva revisación no proporcionó a Jim la explicación del misterio. Por último, confundido, se volvió para ir a acostarse. Recorrió el largo pasillo y luego subió la escalera.

Pero no había llegado al final del primer tramo cuando Jim se detuvo estremeciéndose y se puso a escuchar.

En el silencio completo que reinaba en la casa se oyó el suave, casi inapreciable ruido del ¡clik! de una puerta que se cierra. Aquel ruido procedía del mismo corredor donde el había estado un instante antes. Y procediendo de aquel corredor oía el ruido acompasado y sordo de los pasos de alguien que avanzaba rápidamente.

Alguien acababa de pasar por aquella puerta y había entrado en la casa.

Cautelosamente, Jim Marsh descendió de nuevo la escalera a fin de enterarse si se trataba de un hombre o de una mujer.

✦ ✦ ✦

El hombre de la armadura

El rumor de aquellos pasos en el oscuro corredor de donde acababa de salir, inspiraron a Jim Marsh los más extraños pensamientos y el chauffeur sintió que un escalofrío le sacudía todo el cuerpo.

Aquel corredor conducía únicamente a la puerta cerrada. Por aquella puerta tenía que haber entrado alguien, en la casa, en los últimos segundos transcurridos

Sin hacer ruido, Marsh descendió de nuevo la escalera a fin de hallarse cara a cara con el intruso que había penetrado en el corredor.

Al descender, Jim pasó por delante de una antigua armadura colocada al pie en uno de los ángulos de un descanso. La sombra envolvía la guerrera figura: solo un rayo de luz que pasaba por una ventana, iluminaba débilmente la brillante visera del casco.

En un instante, cuando miró al pasar, Jim tuvo el sentimiento de que dos ojos, — ojos de una persona viviente — le miraban por los huecos de la visera.

Pero se hallaba muy preocupado con el propósito que llevaba para detenerse por eso. ¡Debía haber sido una fantasía! En el mismo instante en que pasó algo más allá de la armadura, Jim, instintivamente más que por reflexión, volvió, de repente, la cabeza.

La armadura se había movido. La mano que empuñaba la vieja hacha de combate, se había levantado amenazadora. El guerrero se había aproximado a Jim, saliendo de su rincón. Jim, como dominado por una pesadilla tuvo tiempo únicamente para levantar el brazo y tratar de evitar así el golpe amenazador del hacha que caía sobre él.

El movimiento defensivo de Jim fué lo que le salvó. Su brazo desvió el golpe a su cabeza, pero, al retroceder luego llegó a la escalera y perdió el equilibrio. Lanzando un grito cayó de espaldas, rodó media docena de escalones y quedó en el suelo sin sentido.

Lo único que oyó Jim Marsh antes de perder el conocimiento fué una risa siniestra que retumbó en sus oídos con timbre diabólico. Después todo se oscureció en su mente.

Cuánto tiempo estuvo allí no pudo decirlo Jim, cuando por último abrió los ojos y recobró el conocimiento.

Poco a poco, muy lentamente, pudieron había pasado. Se sentía dolorido y mareado con el cuerpo maltrecho y la cabeza turbia.

Logró por fin sentarse en el último escalón. Tenía Jim en la cabeza un chichón del tamaño de un huevo. Era el resultado del golpe que había dado contra el pasamanos.

Pero Jim a pesar de sentirse muy dolorido, tuvo serenidad para comprender que había salido con suerte del mal paso en que se había visto. De no haber dado con el pasamanos se habría caído hasta el hall y se hubiera desnucado, con el correspondiente placer para los que habían preparado el asalto que le fué llevado por el misterioso personaje de la armadura.

Jim se puso de pie y movió lentamente piernas y brazos.

—¡Vamos! No me he roto ningún hueso —dijo. — Por suerte tengo la cabeza bastante dura. ¡Qué promontorio! Puede decir que tengo un adorno de lo más elegante — añadió, tocándose el chichón y sonriéndose.

En verdad no tenía sobrada razón para sonreir. Se sentía mareado y tuvo que agarrarse a la barandilla para conservar el equilibrio.

—¡Me han ganado el primer golpe! — murmuró pesaroso recordando cuán cerca había estado de realizar un importante descubrimiento. — ¡Oh! ¡Pero el partido no ha terminado y ya sabrá ganarlo "su seguro servidor". — agregó con gesto de rabia.

El ruido de su caída no había alarmado a nadie en la casa. Mientras permaneció Jim luchando con el mareo que se disipaba poco a poco, no oyó ni el menor ruido.

Luego, tomándose del pasamanos comenzó a subir la escalera.

Cuando pasó frente a la armadura, que habíavuelto a su rincon Jim Marsh la golpeó con los nudillos y sonó a hueco.

—¡Me gustaría saber quién estaba metido en esta lata de sardinas y quién estaba dispuesto a enviarme al otro mundo para que no averiguara nada sobre el secreto que oculta esa puerta cerrada! ¡Algo bueno le reservo al que sea para el día en que yo logre descubrirlo todo! ¡Y vaya si lo descubriré! — añadió entre dientes mientras siguió caminando hasta su cuarto.

Una sorpresa para Dacre

Cuando Jim se despertó a la mañana siguiente le dolía mucho la cabeza y la venda mojada que se había puesto, había disminuído muy poco el volumen del chichón.

—¡Me parece que con este bulto no voy a poder ponerme la gorra! — reflexionó pasándose suavemente los dedos por el chichón. — Ahora que si se han creído que con esto me han asustado, se han equivocado por completo. ¡Lo que es yo no me doy por vencido y seguiré averiguando hasta dar con la clave del misterio, pese a quien pese!

Recordó la risa que había oído. No era la de Bonholme ni era la de Fox Dacre, aun cuando no dudaba de que en aquello había andado metido Bonholme. Si volvía a oir aquella risa la recordaría con toda seguridad.

Marsh no quiso enterar a Dick de lo que le había sucedido.

—Mi patrón tiene ya bastante de que preocuparse — díjose. — Además me conviene no decir nada hasta conocer mejor el terreno que piso.

Sintió verdadera satisfacción al ver que su patrón estaba mucho mejor después de una noche de tranquilo descanso.

Aun cuando Dick se daba cuenta de lo que había perdido: los sueños de felicidad

junto a la joven a quien amaba; el choque nervioso que le había devuelto la memoria había transformado a Dick en otro hombre. Se sentía animado, con la inteligencia clara, vigoroso y contento. La niebla que cubrió su imaginación se había disipado por completo y Dick volvía a ser el mismo de antes.

La noche anterior se había dirigido a su habitación sin ver a Judith. Pero por la mañana su primer pensamiento fué verse frente a frente de la mujer que, según lo comprendía ahora, se había aprovechado hábilmente de su enfermedad mental para casarse con él.

Judith estaba pálida y triste. Había comprendido que sus negativas de culpabilidad al hablar de la acusación por la cual había sido detenida no podían convencer y no habían convencido a Dick. El descubrimiento de que la mujer hallada muerta en el lago de la cantera abandonada no era la prisionera fugitiva así como el convencimiento de que la policía no iba a ahorrar diligencia para tratar de dar con su paradero, llenaba a Judith de ansiedad. Esta ansiedad fué acrecentada por los primeras palabras que le dirigió Dick y por la frialdad y seriedad con que éste le habló.

—Deseo saber con todo claridad cómo llegué a casarme con usted — empezó a decir bruscamente. — Antes de mi enfermedad yo estaba comprometido con Aileen Gray como lo sé ahora que mi memoria ha recobrado su lucidez, como lo sabe usted. La noche que fuí a casa de Dacre recibí sin duda un golpe terrible en la cabeza y desde ese momento, todo lo que me rodea se borró de mi mente. Ahora, cuando trato de recordar lo sucedido durante todo el tiempo que he estado enfermo no logro que aquellos acontecimientos acudan a mi memoria. Durante todo ese tiempo también, estuve tan malo y débil de imaginación que no me hallaba en posibilidad de ser responsable de mis actos. Sin embargo usted dice que me casé con usted. ¿Qué añagaza empleó para arrebatarme así a la mujer a quien amo, para unirme a usted por ese vínculo odioso?

Durante un momento Judith permaneció silenciosa. No había concebido posible que Dick recobrara la memoria de modo que se diera cuenta de toda la vileza de sus planes.

Después, desesperada resolvió jugarse la última carta.

—¿No sabe usted qué fué lo que le pasó en casa de Dacre? ¡Yo se lo diré — exclamó. — Fox Dacre intentó matarle aquela noche y si usted se halla con vida me lo debe a mí. ¡Puedo jurar que fuí yo quien le salve la vida! — agregó.

Judith quería inspirar de este modo a Dick una gratitud que consideraba podía ser su salvación.

—¡Sí! Yo le salvé, Dick, y al salvarle casi perdí mi propia libertad. Por agradable que me fuera la idea de estar libre sacrifiqué mis esperanzas con tal de poder salvarle a usted. ¡No pretendo con esto tener derecho a su gratitud, pero sí a su bondad! —exclamó implorando.—Sea yo lo que sea, usted me debe la vida. Día y noche, mientras usted estuvo enfermo le atendí con todo cuidado y entonces se mostró usted muy agradecido, por más que ahora lo haya olvidado. Su amor de otro tiempo volvió a renacer. Usted olvidó a otra mujer para volver a quererme...

Dick la interrumpió bruscamente:

—¡No! Olvidé porque la enfermedad me había conturbado le memoria y había borrado por completo mis recuerdos. Aprovechándose de mi enfermedad, usted utilizó las circunstancias en provecho propio y explotó mi debilidad de enfermo. ¡Y a eso le llama usted amor! — Calló un instante. Su rostro expresaba toda la amargura que sentía en aquel momento al pensar en al mujer a quien había perdido para siempre. Luego agregó: — Supongo que estoy casado. Pero no fué con un hombre consciente de sus actos con quien se casó usted, un hombre que, en uso de sus facultades mentales no se hubiera nunca casado con usted. ¡Mi matrimonio fué el resultado de su vil intriga y nada más!

—¡Dick! — exclamó ella suplicante.

—Dice usted que me salvó la vida, — continuó Dick sin hacer caso de su exclamación. —¡Bien supo poner precio a su servicio! Toda obligación mía para con usted ha quedado cancelada, más que cancelada. Como usted es mi esposa, por lo menos de nombre, no le faltará lo que necesite para vivir de acuerdo con mi situación social, pero de aquí en adelante nuestros senderos en la vida van por distintos rumbos.

Judith corrió a detenerle cuando Dick, dicho lo que antecede, se dirigió hacia la puerta de la habitación, pero él la separó de su lado con gesto enérgico y salió. Tenía que arreglar cuentas con Dacre.

¡Así que Dacre había intentado matarle! Debía ser cierto, Cuando Judith lo afirmó se expresaba con vehemencia sincera. Al recobrar la memoria, Dick se había acordado de que Dacre había intentado ejercer presión sobre Aileen mediante amenazas de hacer detener a su hermano Tom.

Y ahora ese "chantagista", sintiéndose seguro de que el hombre a quien había intentado matar no se acordaría jamás de lo sucedido, ¡estaba alojado en la Abadía de Merlin en calidad de amigo de la casa!

Dick encontró a Drake sentado cómodamente en una mullida butaca, en la sala de billar, fumando un cigarro de hoja y, sin duda, al parecer, muy contento de su suerte.

Levantó la vista cuando entró Dick y le dirigió la palabra con aire casi protector. No se figuraba que el hombre que estaba ante él en aquel momento era muy distinto del pobre enfermo que había perdido la memoria.

—¡Hola! ¿Cómo sigue usted esta mañana, Audley?

Dacre estaba pensando en ir a visitar a Aileen, pues se había enterado poco antes de que residía en las cercanías. Estaba diciéndose que el disgusto de Aileen al enterarse del matrimonio secreto de Dick favorecería sus pretensiones y Aileen accedería a casarse con él.

—¡Mucho mejor! — dijo Dick con ironía. — ¡Sobre todo mucho mejor de lo que

a usted le podía convenir! ¿Puedo saber qué hace usted aquí en la Abadía de Merlin?

Dacre se estremeció. Su rostro expresó repentina alarma. Aquel no era el mismo hombre que durante la pasada semana había admitido con tanta tranquilidad su presencia en quella casa.

—¡Veo que habla usted en broma! — dijo Dacre. — Estoy aquí como invitado.

—¿Invitado? ¡No por mí! He estado enfermo y durante mi enfermedad se ha plantado usted aquí sin que yo lo pidiera ni indicara. Pero ahora va usted a marcharse. ¡Inmediatamente! ¿Me oye?

—¿Marcharme? — exclamó Dacre.

Bonholme acababa de entrar en la habitación. Se detuvo, atónito, junto a la puerta. Como a Dacre, el cambio experimentado por Dick le alarmó mucho.

—¡Sí! No quiero "chantagistas" en la Abadía de Merlin! Debo mi enfermedad a usted, a la tentativa que hizo para matarme. ¿Comprende usted ahora, señor Fox Dacre, que tengo razón sobrada para no querer que esté de invitado en mi casa?

Dacre estaba blanco como el papel.

Bonholme exclamó:

—Pero, ¿qué es esto, Dick? ¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? ¿Quién habla de "chantage" ¡De tentativa de muerte! ¿Qué tonterias son esas? ¿Cómo es posible que semejante cosa pueda habérsele ocurrido? Se conoce que su enfermedad...

Dick se rió con ironía.

—La palidez del rostro de ese hombre dirá a usted si estoy equivocado o no. Ya no me falta la memoria. Tal vez lo ignore usted, pero este canalla intentó obligar a una joven, por medio de amenazas, a que se casara con él y cuando respondí a su proceder con las armas que su infamia merecía, intentó darme muerte.

—¡Qué locura! — trató de mentir Fox Dacre. — ¡Usted no puede acusarme de nada mientras que yo puedo acusarle de haber forzado mi caja de hierro y de haber robado de ella no solo el documento falsificado por Tom Gray, sino varias cartas particulares! ¡La ley castiga a los ladrones, sir Richard Audley!

Bonholme se había puesto pálido. Aquellas cartas escritas por él contenían las fatáles revelaciones con que Judith le había amenazado. Casi sin aliento, esperó la contestación de Dick.

—¿Cartas de usted? Sí. Varias cartas escritas por Bonholme — dijo con indiferencia. — Fueron tomadas de la caja por casualidad, lo confieso sin escrúpulo, cuando se le quitó a usted el documento de que esperaba servirse para su cobarde "chantage". Pero yo no leo las cartas particulares de nadie. Esas cartas, que no he desplegado siquiera, están en mi habitación, en Londres.

Bonholme respiró. Las palabras de Dick le sirvieron re rápido alivio. ¡Así que no había leído las cartas, así que Judith había mentido, que aquella mujer! ¡Pues entonces no tenía nada que temer de parte de ella! ¡Su amenaza carecía de fundamento!

—¿Por qué no me denuncia a la policía liciendo que yo abrí su caja, si la denuncia puede serle agradable o útil? — dijo Dick a Dacre. — En realidad yo debía entregarle a la autoridad por haber tratado de matarme y siento tentaciones de hacerlo. ¡Sí usted no se ha marchado de la Abadía de Merlín dentro de una hora le haré echar por los criados y avisaré a la policía para que le arreste como lo merece, canalla!

Brillaba en los ojos de Dacre un destello de furor cuando salió de la sala de billar, dominado por la actitud de Dick.

—¡Es esa mujer, esa Judith Holt, la que me ha denunciado, — murmuró Dacre. — ¡Bien! La policía me agradecerá el informe que voy a darle y ya veremos la cara que pone cuando, por haberme traicionado, vuelva a la prisión. En cuanto a Dick Audley... a ese le haré sufrir haciendo sufrir a la mujer a quien ama.

Mientras decía esto se dirigió a la habitación donde s había alojado aquellos días y una vez en ella procedió a preparar su equipaje.

El hombre de los ojos de miedo

Aquella mañana, Jim Marsh había dicho a su patrón:

—No sé lo que tengo, señor, pero no me encuentro bien. Si no me necesita voy a tomar un poco de aire.

—Lamento que no se encuentre bien, Jim, — dijo Dick. — Está usted pálido. No, no le necesito. Puede disponer de todo el día para ir de paseo.

En vista de esto, Jim se fué a la playa a respirar el aire fresco del mar, templado por el límpido sol de la mañana, esperando que así se le pasaría el dolor de cabeza.

Descendió por el sendero que conducía de los altos acantilados a la orilla del mar, donde las grandes rocas se hundían en la blanca arena, y, por último, se sentó en un hueco situado entre dos peñas y que ofrecía un cómodo asiento natural.

Encendió su pipa y comenzó a fumar tranquilamente mirando hacia el mar y pensando en lo que le había acontecido la noche anterior con el hombre de la armadura en el Castillo de las Sombras.

Delante de él, más allá de las rocas de la costa, estaba la Peña Negra, un desolado islote que surgía de entre las aguas y cuyos costados eran tan lisos y empinados, que las aves marinas no podían posarse en ellos. Las muchas rocas semisumergidas que la rodeaban hacían imposible su acceso a toda embarcación.

La forma que teníaa la Peña Negra era tal que parecía un gigantesco ataud flotando en las aguaas.

Se decía que en tiempos remotos había sido guaarida de contrabandistas y naaufragadores de buques, en la época en que la Peña Negra estaaba unida a la costa por una serie de rocas que formanbaan camino y por las cuaales podía pgaarse a las horas de la mrea baja.

Pero la acción contante del mar y de la tempestad, habían mordido aquelas rocas.

entre las que ahora se veían grandes huecos que, desde hacía tiempo impedían el paaso.

Esto importabaa poco a los hbitaantes de ls inmediaciones, que por nada del mundo hubieran visitado la Peña Negra, pues tenía entre ellos laa más lamentable y terrorífica reputación.

Decían las gentes que la roca estaba embrujada y que habitaban en ella los espíritus de los contrabandistas y de los naufragadores que en otro tiempo habían engañdo a muchos buques, haciéndoles señales y atrayéndolos aa deshacerse en los aarrecifes para luego robar el cargmento.

En la Peña Negra se veían aún, a veces, extrañas luce. Decían los de la vecindad que eran las almas de los bandidos. En realidad no podía tratarse de luces encendidas por alma viviente porque a la Peña Negra no se podía ir ya ni caminando ni embarcado.

A Marsh se le apagó la pipa. La volvió a encender y volvió a apagarse.

—El tabaco está hoy de tan mal humor como yo, — dijo limpiando la pipa y guardándosela en el bolsillo. — Lo que es al tipo ese que se reía lo reconoceré si lo vuelvo a oir reir, no me cabe duda. ¡Y si lo encuentro a mano no va a reirse con muchas ganas, como me llamo Jim Marsh!

Se echó hacia atrás en su cómodo asiento de arena, cerró los ojos, acariciando el rostro por el tibio sol de la mañana y no tardó en quedarse dormido.

Marsh se despertó sobresaltado por un sueño que la parecía realidad. Había soñado que en la Peña Negra estaban cavando una tumba enorme y fué el ruido de una pala lo que le despertó.

Abrió los ojos y miró en derredor. Oyó que alguien estaba moviendo arena a poca distancia de él, poro como se había echado entre dos peñas, no podía ver nada de lo que le rodeaba.

Marsh se puso de pie y miró por un intersticio de las rocas.

Efectivamente, el hombre que estaba trabajando con la pala se hallaba a unas doce yardas de Jim y se consideraba completamente solo en la playa.

Marsh le miró con súbito interés. El hombre parecía trabajar con febril apresuramiento sacando palada tras palada de arena y piedras del agujero que estaba abriendo. En la playa, cerca de él se hallaba una caja pequeña y de aspecto raro, que debía ser de bronce, pues lanzaba a la luz del sol, reflejos amarillos.

Sin moverse, sin revelar su presencia, Jim observó con toda atención lo que hacía el otro.

¿Proponíase aquel hombre- enterrar la caja? ¿Por qué estaba tan asustado? Esto, especialmente, había llamado la atención de Dick.

Se comprendía que algo aterrorizaba a aquel hombre, mientras trabajaba. Era el hombre delgado y anciano; estaba pobremente vestido y tenía en la mirada una expresión de intensísimo terror. Mientras trabajaba con desesperado apresuramiento miraba a uno y otro lado como si temiera que alguien pudiera interrumpirle antes de que hubiera terminalo. Parecía que lo que estaba haciendo fuese, par él, cuestión de vida o muerte, tan desesperadamente trabajaba.

Por último dejó la pala. Completamente ajeno a qu alguíen le estaba mirando, el anciano tomó en sus manos la caja amarilla. Durante un instante la miró con sus extraños ojos inquietos.

Nadie podrá encontrarla aquí, — murmuró, — y yo me sentiré tranquilo. ¡No he conocido un solo momento de paz desde que esta caja fué confiada a mi custodia! ¡Si él llegara a saber que yo tengo la caja, entonces!...

La frase del anciano terminó interrumpida por un escalofrío.

El hombre volvió a mirar en derredor furtiva y cautelosamente. No vió a nadie. Con un suspiro de satisfacción el anciano colocó la caja en el aguejero que había hecho. Después, volviendo a tomar la pala, fué arrojando en el hoyo la arena y las piedras que había sacado hasta que el suelo quedó nuevamente nivelado.

Cuidadosamente igualó la superficie para que no se notara dónde había hecho el agujero.

Entonces Jim vió que el hombre se dirigía hacia una peña de superficie lis aque había a poca distancia, contando los pasos que daba. Luego, con un navaja de hoja corta y fuerte, procedió a grabar algo en la piedra.

Trabajó pacientemente durante algunos minutos y cuando hubo terminado tomó puñados de arena y frotó con ellos la piedra, a fin de borrar los rastros de cosa reciente hecha que podía tener lo que acaba de esculpir.

Entonces, con gesto de satisfacción al considerar terminada su tarea, se dirigió hacia la costa caminando por sobre las resbaladizs rocs cubiertas de agua.

—¿Por qué habrá ocultado eso y de qué tiene tanto miedo? — preguntóse Jim Marsh que no había visto en la cara de nadie, hasta aquel momento, unos ojos tan asustados. — No pienso descubrir su secreto ni denunciar lo que ha hecho, pero creo que no habrá inconveniente en que yo vea lo que ha esculpido en la piedra.

Cuando el hombre, llevando la pala en la mano, se hubo alejado lo suficiente, Marsh salió de su escondite y pasando por detrás de las rocas, para no ser visto por el hombre, si acaso volvía la cabeza, se dirigió hacia la piedra.

En la piedra estaban grabadas dos flechas con las puntas juntas y formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Entre las dos flechas había grabado algo que parecía tener la forma de un ataúd y las cifras: "19."

Para Jim que había puresenciado los manejos del hombre, no fué difícil adivinar lo que la inscripción significaba.

—Ha enterrado la caja a diez y nueve pasos de distancia, pero ha tenido la picardía de no poner la flecha indicando directamente hacia el sitio. Trazando una línea recta desde las dos puntas de las flechas y pasando a igual distancia de cada uno de los extremos, se llega al sitio donde está en-

terrada la caja amarilla. ¿Qué secreto contendrá esa caja para enterrarla en tan extraño sitio? — díjose Marsh, pensativo.

El sonido de una voz de alguien que hablaba muy alto, le sacó de sus pensamientos. Marsh se volvió y mirando por el costado de una roca vió que, a alguna distancia, había aparecido en la playa otra persona: un hombre que tenía en la mano un látigo de andar a caballo y que había gritado con fuerte y malhumorado acento:

—¿Qué es eso, Brood? ¡Venga usted aquí!

¿Era Brood el anciano de la mirada de terror? Porque Marsh había visto al viejo de la pala esconderse detrás de una roca y acurrucarse como aterrorizado ante la presencia del recién llegado.

Pero si esperaba pasar pasar inadvertido se había equivocado.

De nuevo la enérgica, brutal e incisiva voz gritó:

—¡No le servirá de nada ocultarse! Ya le he visto. ¡Venga aquí en seguida!

Y Jim vió que la temblorosa figura del hombre que había escondido la caja amarilla salía lentamente de su descubierto escondite y se acercaba temerosamente hacia el hombre que le había hablado como si se dirigiera a un perro desobediente. Jim notó que el viejo había dejado la denunciadora pala escondida entre las rocas.

—¿Por qué no vino en cuanto le llamé? — preguntó el otro hombre con la misma brutalidad con que había hablado antes.

Y cuando el anciano se acercó más a él, el hombre levantó el látigo y descargó un golpe brutal sobre la débil y agachada figura del anciano.

Quien era el hombre

Jim Marsh no se pudo contentar ya con ser un pacífico espectador. Al ver que así se castigaba con crueldad inicua al pobre y temblroso débil anciano, sintió que le ardía la sngre en las venas. Corrió rápidamente hacia donde se hallaban los dos hombres.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no contesta viejo imbécil? ¿Por qué se escondió? ¿Qué estaba haciendo con la pala? Se figuró usted que yo no iba a enterarme! ¡Pero ya vé, lo sospechaba todo y le seguí!

El que hablaba era un hombre bien vestido, de cara afeitada y de semblante pálido. La rigidez de sus labios y la mirada dura de sus ojos grises le denunciaban como de condición cruel e implacable.

Algo, en aquella cara enjuta de ave de rapiña le pareció conocido a Jim cuando le vió de más cerca. Oyó la voz temblorosa del hombre que había escondido la caja amarilla en la arena, que contestaba balbuceante y aterrorizado.

—Vine a dar un paseo únicamente, señor, y ya vuelvo a casa.

—¿De veras? ¿Y por qué no contestó cuando le llamé? ¿Qué estaba haciendo con la pala? ¿Por qué tenía mido de que yo le viera? Si no habla le arrancaré la verdad aun cuando sea a golpes.

Y una vez más levantó el látigo para hacerlo caer sobre la encorvada figura del anciano.

Ruido de pasos cercanos le hizo volver la caboza y entonces el hombre vió a Jim que se aproximaba con un gesto de enojo que se notaba en seguida.

Jim no perdió el tiempo en vanas palabras. Echó atrás el brazo y su primer golpe de boxeo fué a dar con tanta fuerza en la mejilla del hombre asombrado que le hizo tambalear. El látigo, con su puño de oro y marfil, le fué arrebatado de la mano y con indignación indominable, Jim castigó varias veces la espalda del propietario con su propio látigo, arrancando al hombre gritos de dolor.

—¿Ha probado su propia medicina, eh? ¿Le gusta? — exclamó Jim.

Luego, apoyando el látigo en la rodilla, lo rompió y tiró los pedazos a los pies del propietario.

El hombre se puso lívido de furor. Cerró los puños con rabia. Un juramento brotó de sus labios. Durante un momento Jim creyó que él se disponía a saltarle al cuello.

A Jim le hubiera gustado tener oportunidad de favorecer a aquel hombre con una buena serie de sus mejores golpes para castigarle, por muy bien vestido que estuviera, por su crueldad para con el anciano. Casi ya había escogido el sitio de cada golpe y los dedos le hacían cosquillas de impaciencia.

Pero la resuelta mirada que se notó en la cara de bulldog de Jim atenuó de inmediato el impulso del otro hombre, por fuerte que hubiera sido en el primer instante. Jim parecía peligroso, tan peligroso que el otro pensó mejor y desistió de su actitud de amenaza.

—¡Venga! — díjole Jim. — Veamos si se atreve usted a golpear a los que pueden contestarle.

Pero el hombre retrocedió.

—¡Usted sufrirá las consecuencias de esto, — dijo — Yo no peleo con gente como usted. ¿Cómo ha podido atreverse a conducirse con semejante insolencia con un caballero? ¿Sabe usted quién soy yo?

—Sé lo que "no" es usted y esto me basta, — replicó Jim. — A pesar de estar bien vestido usted no es un caballero, porque un caballero no pega, como usted lo ha hecho, a un hombre indefenso. ¡Caballero! — y al decir esto el tono de Jim no podía ser de más intenso desprecio. — Estoy convencido de una cosa y se la diría como se la digo aun cuando fuera usted el hombre más grande de Inglaterra. Hace un momento ha demostrado usted ser un cobarde de lo más bajo y rastrero. A usted no le parece muy seguro meterse conmigo y, en cambio, se sentía capaz de pegarle a un anciano indefenso. ¡Cobarde! Lo que tiene usted es miedo de mis puños.

El hombre de la mirada de terror había aprovechado la ocasión para escabullirse.

Durante un momento, después de lo que Marsh le había dicho, el otro no habló. Se sentía dominado por la mortificación y el furor. En su mejilla una marca lívida demostraba que el puño de "El Zurdo" había pegado fuerte.

Mientras tanto, mirada al hombre que se

había atrevido a decirle la verdad. De pronto pareció acudir a su mente una idea salvadora. En voz grave y amenazadora, dijo:

—Me parece conocerle a usted. No me olvido tan fácilmente de las caras que veo y yo le ví a usted en la prisión de Bleakmoor. ¡Usted es un licenciado de presidio!

Entonces fué cuando Jim Marsh reconoció a aquel hombre. Con razón le había parecido cara conocida, pero la falta de bigote había hecho que no se diera cuenta, en el primer momento, de que se trataba de Langrish Gryce, el odiado y tiránico gobernador del presidio de Bleakmoor.

Marsh había oído decir que un hombre que se llamaba Gryce vivía en una casa grande situada a pocas millas de la abadía de Merlin, pero no habían pensado nunca que pudiera ser el mismo que fué, en una época gobernador del presidio.

—¡Usted tendrá que arrepentirse de lo que ha hecho, presidiario! — exclamó Gryce. — Ya...

Una carcajada de Jim le demostró la poca importancia que éste daba a su amenaza.

—No tengo nada que temer de ningún hombre en la actualidad, — dijo. — Si, soy un licenciado de presidio, tiene razón. Pero hiciera lo que hiciera, hace años pagué mi deuda a la sociedad y hace tiempo que trabajo honradamente.

—¿Se figura usted que le voy a creer? — dijo irónicamente Gryce.

—Lo creerá por que es la pura verdad, — replicó Jim. — En cuanto a amenazas, no temo a las suyas ni a las de nadie como usted. Durante algunos días llevará usted en la cara la señal de mi puño y lo tiene bien merecido por haber sido cruel con un pobre viejo, débil e indefenso. Me ha gustado poderle hacer pagar alguna de las muchas infamias y crueldades cometidas por usted cuando tiranizaba a los pobres infelices recluídos en la prisión de Bleakmoor. ¡No hay deuda que no se pague, señor Gryce! Su cuenta es larga, pero hoy puede anotarse una buena "entrada"... a cuenta.

Hubo un gesto de amenaza en el rostro de Gryce cuando éste miró al látigo roto y luego a Jim.

—No hemos saldado nuestra cuenta, usted y yo, — dijo con malignidad. — Lo que hoy ha hecho le costará caro. Es peligroso interponerse en el camino de un hombre como yo. Ya se convencerá con el tiempo.

Se alejó lentamente y pudo oir a sus espaldas la risa burlona de Jim que no tomaba en serio su nueva amenaza.

Una mano en la sombra

No fué aquella la única vez que Jim vió a Langrish Gryce aquel día.

A eso de las tres de la tarde en el momento en que salía del garage, Jim se encontró de improviso frente a frente con Gryce, que se dirigía hacia la puerta de la Abadía de Merlin. Había en sus ojos un destello de venganza cuando el hombre pasó silenciosamente.

Gryce llamó a la puerta y pidió hablar con sir Richard Audley.

Pocos minutos después avisaban a Jim que su patrón deseaba verle. En el cuarto de Dick se encontró con que Gryce estaba allí. El pícaro se sentía satisfecho: en su rostro se notaba una expresión de triunfo.

—¿Me llamaba, señor? — dijo Jim.

—Sí, Marsh. El señor Gryce ha venido a quejarse de que usted le asaltó brutalmente y sin ser provocado, esta mañana, — dijo Dick.

—¿Así lo dice, señor? El tiene derecho a interpretar las cosas a su gusto. No niego que le hice una caricia. ¡Todavía se le nota la señal en la mejilla! Ahora que no me parece que le vuelva a ser posible usar su látigo para castigar a un anciano débil e indefenso. ¡Si lo volviera a ver hacer lo mismo que le vi hacer esta mañana, señor, volvería a pegarle! — dijo Jim indignado. — ¡Le ví que maltrataba a un pobre viejo como si castigara a un perro! ¡Sentí que me hervía la sangre en las venas y le dí una muestra de cómo castigo y o a los cobardes! — agregó Jim con entereza.

Gryce hizo un gesto de furor.

—¿Permitirá usted, señor, que este hombre insolente y?... — empezó a decir furioso.

Dick detuvo su palabra con un gesto enérgico.

—Espero, señor Gryce, que me concederá el derecho de manejar a las personas de mi servicio como me da la gana, — dijo.

—El señor Gryce ha venido también para informarme, por considerar que yo debía estar enterado de ello, de que usted estuvo cumpliendo una condena en la prisión de Blackmoor.

La cara de Gryce volvió a iluminarse con una sonrisa de triunfo. Sir Richard Audley no era hombre como para tener a su servicio un licenciado de presidio.

—Sí señor. El señor Gryce y yo nos encontramos hace tiempo en la misma prisión, — dijo Jim con tranquilidad.

Dick volvióse hacia su visitante.

—Ha sido usted muy bondadoso al tomarse la molestia de venir a darme esa información sobre los antecedentes de mi chauffeur. Supongo que su desinteresado y noble propósito, al hacerlo, era que yo despidiera a este hombre inmediatamente, — dijo Dick.

Gryce se sonrió.

—Exactamente, sir Richard, supongo que usted procederá así al conocer el verdadero carácter de su chauffeur. Con seguridad logró entrar a su servicio presentando testimonios falsificados. Por suerte he podido descubrir su personalidad verdadera y venir a enterarle a usted. Un ex presidiario...

—Un ex presidiario, sin duda, señor Gryce, — exclamó Dick — pero, ahora, un hombre honrado a carta cabal.

Gryce se estremeció. La entrevista iba tomando un giro que no se lo había esperado.

—Ya ve usted que no ignoraba sus antecedentes antes de que usted viniera a denunciármelos. En cambio usted ignoraba que Marsh es un hombre de toda mi confianza a

quien confiaría mi vida si llegara el caso, — dijo Dick. — Pero llegada la ocasión de recordar cosas pasadas, señor Gryce, acude ahora a mi memoria el recuerdo de que usted fué destituído del cargo de gobernador del presidio de Blackmoor porque se comprobó que maltrataba y tiranizaba con crueldad a los penados. ¿No fué así?

Gryce se puso muy pálido. No contestó a aquella pregunta porque su contestación no podía ser sino afirmativa y no le convenía admitir la verdad.

—Parece que he perdido el tiempo al venir a querer hacerle un servicio, — exclamó de mal modo.

—¡Si es que era un servicio lo que quería hacerme y no vino usted por puro acto de despecho y con la esperanza de lograr que yo despidiera a este hombre! — contestó Dick imperturbable. — ¡Buenas tardes, señor Gryce!

Gryce trató de disimular su humillación sonriéndose indulgentemente y riéndose luego, en son de burla, al salir de su habitación.

Su risa llegó como una revelación a los oídos de Marsh.

Era el eco exacto de la inconfundible risa que había oído la noche pasada antes de perder el conocimiento, cuando el hombre de la armadura le había atacado.

Así que Gryce sabía que se hallaba en la Abadía de Merlin. Gryce había sido o el hombre oculto en la armadura o aquel cuyos pasos había oído y que tenía que haber entrado por la misteriosa puerta cerrada. ¡Gryce! El misterio se iba haciendo cada vez más denso.

—¡Ah! ¡Por fin voy dando con la pista! — díjose Jim. — ¡Quien hubiera supuesto que me estaba vengando por cuenta propia, de lo de anoche, cuando esta mañana desfiguré la belleza del rostro del señor Langrish Gryce!

Pero no habló de su descubrimiento á Dick. Su patrón podía mostrarse incrédulo hasta tanto no pudiese él presentarle una prueba.

EN UN FUTURO PROXIMO

—Su aeroplano se ocultó detrás de aquella nube hace un momento. Guillermito, corre al teléfono sin hilos y dile a tu padre que descienda, que está un señor que desea verle.

—¡Marsh! — dijo Dick en aquel momento. — El señor Dacre se ha ido de la Abadía esta mañana, despedido con bastante urgencia. Ya no está aquí, pues, pero no por eso es menos de temer. Quiero que usted vigile y se entere de si anda por las inmediaciones, no se le ocrura molestar de algún modo a la señorita Aileen.

—¡Crea que más le convendrá no molestarla, señor! — dijo Jim con intención.

. . . . . .

Durante aquella misma tarde Jim se enteró de algo más respecto a Gryce.

Estuvo en la aldea y ahí le informaron sobre aquel hombre cuya risa había traicionado el secreto de su presencia en la Abadía de Merlin la noche anterior.

Gryce era, a la vez, odiado y temido en la aldea por su tiránica brutalidad. Era, sin duda, hombre de dinero. Vivía con lujo en una casa grande y era amigo de Bonholme Andley.

Jim se enteró también de algo relativo a Brood, el hombre a quien había visto enterrando la caja amarila en la arena de la playa.

Brood vivía en casa de Gryce. En la aldea se le consideraba como algo débil de la cabeza. Había tenido negocio en la vecina ciudad y se había arruinado. Se suponía que su quiebra había obedecido a la debilidad de sus facultades mentales.

Años antes de eso, según se enteró Jim, Brood había estado sirviendo en la Abadía de Merlin.

Ahora, en calidad de que no lo sabía nadie, estaba al servicio de Gryce en cuya casa era tratado de la peor manera imaginable y donde era víctima de la brutalidad de los demás sirvientes.

Jim lamentó la situación de Brood. Ya sabía él como trataba Gryce a aquel pobre anciano que no se atrevía ni a mirar a nadie, siempre aterrorizado.

Por la noche, Jim se retiró a su habitación, se desvistió sin encender luz y se acercó a la ventana para levantar la cortina antes de acostarse.

La noche era de luna, pero el jardín que quedaba al pie de la ventana estaba lleno de sombras proyectadas por los altos árboles. Jim permaneció un instante mirando fijamente. ¿Qué sombra humana era aquella que se movía entre las sombras del jardín?

Durante unos segundos no pudo estar seguro de si sus ojos le habían engañado. Luego dióse cuenta de que su primera impresión había sido exacta.

Vió una flura que se deslizaba cautelosamente y saliendo del amparo de las sombras de los árboles, se dirigía hacia la casa. En el momento en que aquella figura pasó por un sitio iluminado por la luz de la luna, el hombre que miraba desde la ventana se dió cuenta de quien era: ¡Fox Dacre!

¿Qué estaba haciendo Fox Dacre allí, a esa hora de la noche, en los jardines de la Abadía de Merlin de donde había sido ignominiosamente arrojado aquella mañana?

A toda prisa, Jim Marsh volvió a vestirse y, sin hacer ruido, comenzó a descender por la escalera.

Detúvose en el primer descanso y se asomó por la ventana para mirar hacia fuera de nuevo. ¿Iría Dacre a subir?

—Lo que es en la Abadía de Merlin no puede uno aburrirse por falta de emociones, — reflexionó Jim mientras miraba tratando de volver a ver al nocturno visitante.

En el mismo momento, Jim se volvió casi de un salto.

De algún sitio situado a sus espaldas, en la oscuridad, había oído un débil ¡click! Parecía proceder de la pared revestida de madera.

Jim se puso alerta inmediatamente. Demasiadas cosas raras habían acontecido en la Abadía de Merlin, lo sabía por experiencia, para que pudiera asombrarse de nada de cuanto pudiera suceder en la misteriosa vieja mansión.

¿Sería cosa de las ratas, de las ratas humanas a quienes había burlado la noche anterior mientrs jugaban su misterioso juego entre los muros de la Abadía?

Jim se separó de la ventana donde la luz de la luna revelaba su presencia. Sin hacer ruido se colocó en un oscuro rincón y desde ahí esperó, con todos sus sentidos alerta, algo, que no tenía idea de qué podía ser.

Después Jim casi se traicionó lanzando un grito, pues lo que sucedió fué tan extraordinario como inesperado.

Fué como si la pared que estaba delante de él se abriera repentinamente. A la pálida y tenue luz que penetraba por la ventana vió que uno de los tableros del revestimiento de madera retrocedía sin ruido dejando una abertura de intensa oscuridad. De en medio de aquella oscuridad vió aparecer los cinco dedos de una mano que surgía por el hueco.

Durante un segundo Jim, asombrado y aterrorizado, sintió que se le erizaba el cabello. ¡Aquella aparición tenía algo de sobrenatural! Pero inmediatamente reaccionó y dominando su primera impresión avanzó resueltamente, tomó con sus manos aquella mano misteriosa y tiró de ella con fuerza.

Hizo así que el dueño de la mano avanzara, saliendo del hueco de la pared y le hizo adelantar hasta que la luz de la ventana dió en el rostro de su prisionero.

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras

proseguirá en el número 85 de "Pucky" que se pondrá en venta el primer viérnes de Abril de 1925.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Para alimentar a los pollos, está de moda en Estados Unidos el siguiente método, recomendado por muchos que lo han experimentado:

Se deja que las aves de corral dispongan a su antojo de los alimentos que les están destinados, con lo cual comen cuando sienten necesidad y absorben la cantidad que les conviene.

La alimentación se compone de granos pequeños y de cereales molidos.

La primera semana los pollitos la reciben en pequeñas fuentes planas, pero un poco después se pone a su disposición vasijas más grandes, conteniendo la ración de una semana. Frecuentemente se emplean embudos de madera que dejan caer automáticamente la comida en una fuente pequeña, y a veces, esos embudos tienen tres compartimentos: uno para una mezcla compuesta principalmente de harinas; el segundo para la carne picada, y el tercero para el afrecho.

Según parece, las gallinas sometidas a este régimen seco ponen huevos más gruesos y se desarrollan más rápidamente, lo que, naturalmente, va en provecho del productor.

✣ ✣ ✣

Nuevo procedimiento para impermeabilizar los tejidos, basado en la acción de un gas, como el bióxido de carbono, cuando se precipita un jabón insoluble en las fibras de un tejido. Este se impregna, en primer lugar, mediante un baño que se prepara añadiendo a 100 partes de agua, 10 partes de ácido esteárico, 1 1|2 partes de hidrato de sodio y 2 partes de bicarbonato de sosa.

Se hace hervir la mezcla hasta la completa disolución de los ingredientes y se añaden 500 partes más de agua.

El segundo baño consiste en una solución de cloruro de aluminio, teniendo una densidad de 7 a 10° al hidrómetro Baumé, y conteniendo además de 3 a 5 partes de ácido acético a 10 grados B.

Se pasa el tejido por el primer baño, mantenido a una temperatura alrededor de 80°, de modo que se sature, pero exprimiendo el sobrante del líquido por medio del paso entre dos rodillos. Después se sumerge en el segundo a la temperatura ordinaria, y mantenido ácido.

Se lava con agua pura después de pasarlo entre calandras, se seca y se le vuelve a dar calandra.

Las esponjas de midiana dureza pueden emplearse en lugar del cepillo para limpiar la ropa, el terciopelo, etc. La esponja destinada a este uso debe estar bien lavada y ligeramente humedecida. La esponja tiene sobre el cepillo la ventaja de poderse lavar con gran facilidad y de limpiar mejor.

✣ ✣ ✣

Limpieza de cristales. — Cuando haya que limpiar las vidrieras de puertas y ventanas, téngase cuidado de hacerlo en un día nublado o mientras el sol no dé en los huecos oscuros de los cristales se van a limpiar; de otra manera se empañarán en seguida y será imposible quitar las manchas. Ante todo conviene limpiar el polvo de dentro y fuera de la ventana, valiéndose para ello, de una brocha de pintor. Después se limpia toda la parte de madera, y por último, el cristal, con agua templada y un poco de amoníaco. El polvo que se acumula, en las esquinas, se quita por medio de una ballena de corsé envuelta en un trapito. Finalmente, séquense las vidrieras con un pedazo de tela de algodón, sacando después brillo con un papel de diario viejo. Si el aliento mancha de nuevo la vidriera, puede quitarse frotando con un poco de kerosene.

✣ ✣ ✣

Para que las sanguijuelas agarren hay dos medios que casi siempre han dado resultados excelentes para conseguir que absorban la sangre. Uno de ellos, consiste en tomar una manzana, cortarla en dos partes y de una de ellas separar la parénquima y hacer así una especie de casquete. Se meten en él las sanguijuelas y se coloca sobre la parte donde se les quiere aplicar. Estos anélidos, excitados, sin duda, por la repulsión que experimentan por el zumo ácido de la manzana, se agarran inmediatamente a la piel. Este medio también ofrece la ventaja de que puede hacerse uso de él en todas superficies por más irregulares que sean, pues los bordes del casquete de manzana pueden cortarse de manera que se adapten a todas las desigualdades que se presenten en las diversas partes del cuerpo.

El segundo medio consiste en frotar con vino común, el dorso de las sanguijuelas refractarias, las cuales no tardan en picar con verdadera avidez momentos después de la fricción.

EL TEMOR A LA MALA SUERTE

La mucama: — Supongo, señora, que la señora no es supersticiosa ¿verdad?
La Señora: — ¡No! ¿Por qué me pregunta usted eso?
La Mucama: (con un suspiro de alivio.) — Porque acabo de romper el espejo grande de la sala.

Existen en el mundo más de 215 órdenes de nobleza. La que tiene menos miembros es la orden de Alí de Persia, de la que no forma parte más que el cha.

❖ ❖ ❖

En Suecia los despachos de bebidas se cierran el sábado a la tarde (día de pago) y los bancos de ahorros están abiertos hasta las doce de la noche.

El agua del mar es tanto más salada cuanto más se acerca al ecuador, porque en la zona tórrida la evaporación es mayor; el agua se va y la sal queda.

❖ ❖ ❖

Algunas personas que han sufrido la amputación de un miembro se quejan frecuentemente de dolores en el brazo o la pierna que no tienen.

En el rigor de los grandes calores cometemos el error de ingerir considerables cantidades de líquidos con el deseo de apagar la sed insaciable que nos causa la sofocación atmosférica. Mediante tales abusos nos acarreamos grandes perjuicios a la salud. Tomando el

Granulado Efervescente "Brera"

se suprimen todos aquellos inconvenientes. Disuelto en agua constituye la bebida más higiénica y apropiada para apagar la sed, y a la vez tiene cualidades digestivas.

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda. Defensa 215, sus Secciones y toda farmacia.

Lea: DETRAS DE LA PUERTA CERRADA

PORTE PAGO

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de Abril de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 85.

Lea en este número la novela sentimental, que se publica completa y se titula:

LA AVENTURA DE UNA JOVEN

¡Un! "ESSENTIAL"

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

La aventura de una joven

Novelita interesante y atrayente de emociones, amores y celos.

Una información sensacional

Nota humorística de unos notables autores cómicos.

El gran silencio blanco

Intensa narración del famoso autor Jack London.

Interesantes, informativos y curiosos

Parrafitos de todas partes que a todos interesan.

Primera cacería

Entretenido cuento con un final inesperado.

om

Sentimental relato que todos leerán con agrado.

La nota cómica

Chascarrillos nuevos y viejos y más o menos graciosos.

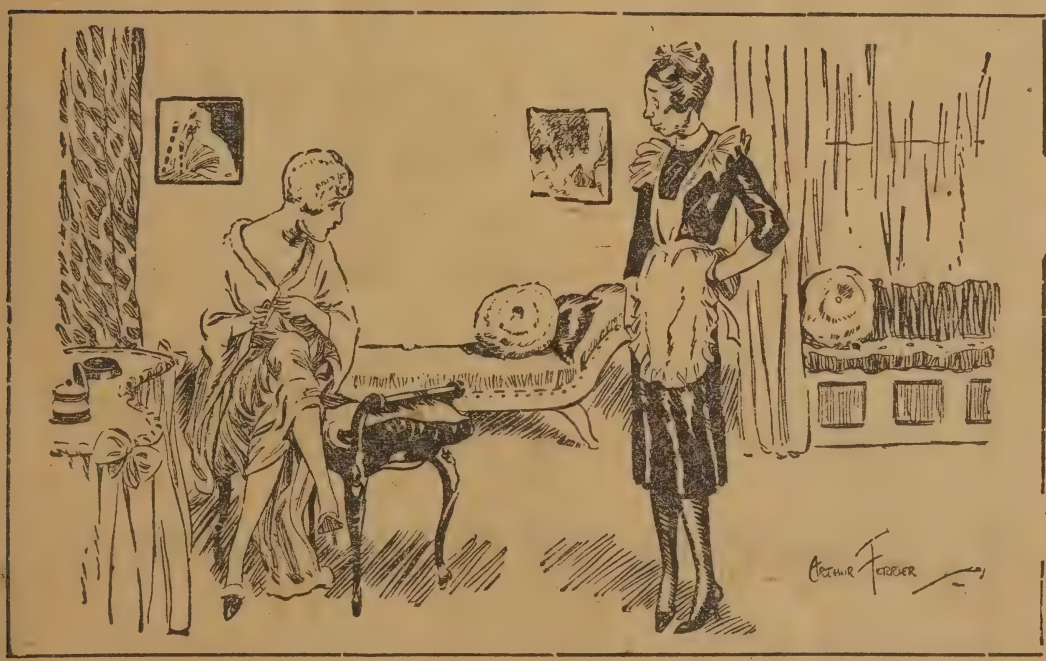
Detrás de la puerta cerrada

Continuación de la gran novela que el público pidió.

Recetas de utilidad práctica

Guárdelas, que algún día le pueden ser útiles.

SEGURIDAD PLENA



—¿Así que usted quiere irse de casa para casarse, Mary? Supongo que habrá meditado el punto serenamente.

—¡Oh! ¡Ya lo creo, señora! Estuve en casa de dos adivinas y de una vidente, he mirado el "Libro del Destino", he soñado con un rizo de su pelo, he ido a ver a una "medium" y a un astrólogo y todos me han dicho que me case no más, señora. ¡Ah! ¡No crea que me iba a casar así no más!

"¡Ocupe mi sitio como prometida de Jasper!" Y Jane aceptó, sin adivinar las horribles consecuencias que aquello tendría para ella. ("La aventura de una joven.")

Una narración de emociones, amores y celos

La aventura de una joven

Dramáticamente relatada por la autora inglesa:

ELSA CHESTERTON

(Traducción especial para "Pucky"

"¡NO podré volver a bailar? —preguntó Jane Adair mirando ansiosamente primero a su tobillo delicadamente modelado, y después al rostro grave y bondadoso del médico.

Este movió negativamente la cabeza.

—Siento decírselo, miss Jane, — contestó, —pero uno de los huesos ha quedado fuera de su lugar de una manera permanente. Usted podrá caminar lo mismo que antes; pero le aconsejo que pierda la esperanza de volver a actuar como bailarina.

Y al hablar así recogía sus instrumentos de trabajo.

—No se desanime por esto, — agregó alentador. — Hoy día existen muchas maneras mediante las cuales puede una mujer abrirse camino en la vida. Además del baile hay otras perspectivas para una joven como usted, que quiera trabajar honradamente.

Cuando los pasos del doctor se perdieron en la escalera, Jane enterró el rostro entre las manos. El accidente que le había ocurrido mientras bailaba en el Frivolity, era de la mayor importancia para ella. Aquella era la primera contrata que consiguiera para Londres y la joven estaba muy orgullosa de ella. Una cinta mal atada, un zapato de baile flojo... y lo único de que se acordaba era de un dolor terrible, y ahora, del médico que acaba de matar todas sus esperanzas.

Jane yacía entre los almohadones de su lecho, contraído el bellísimo rostro más que a consecuencia del dolor físico, por el sentimiento que le producía aquel derrumbamiento de sus esperanzas. Era una hermosa joven, con una espléndida cabellera de un rubio de oro, ojos de un violeta intenso, tez aterciopelada de color mate que a veces se animaba hasta adquirir las tonalidades del melocotón maduro y labios rojos de irreprochable dibujo.

Oyóse un golpe a la puerta. La señora Grigs, la dueña de la pensión apareció en el umbral, los brazos en jarra, y con una mirada toda dureza en sus pequeños ojos negros.

—¿Qué le dijo el médico? — preguntó con frialdad cortante.

La joven se estremeció.

—Dijo que podría caminar un poco, — contestó, — pero que no podría bailar más. Si usted me espera una semana, le podré pagar todo lo que le debo, señora Griggs.

Los labios de la mujer se arquearon. En realidad no tenía mal corazón, pero llevaba ya tantos años tratando con gente de teatro y tenía tanta experiencia con respecto a su poca escrupulosidad como pagadores, que juzgó a Jane con más dureza de lo que habría hecho en otras circunstanciah.

—Si usted no puede seguir trabajando en el teatro ¿a qué piensa dedicarse? — preguntó.

—No lo sé todavía..., — contestó la joven enterrando la cabeza en la almohada para ocultar sus lágrimas.

Por un momento la señora Griggs creyó

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"

Prosigue su publicación en la página 37 de este número de "Pucky".

que iba a conmoverse ante la triste situación de la joven; pero el pensamiento del alquiler de la casa y de las cuentas del panadero y el lechero cruzaron por su mente, matando en ella aquel incipiente sentimiento de piedad.

—Bien, el negocio es negocio, — dijo agriamente. — O tiene pronto el dinero para fin de semana o tendrá que irse de mi casa, señorita.

Una vez que se fué la dueña de la casa, Jane dirigió una mirada desesperada en torno suyo. Tenía que hacer algo. Levantóse y caminó rengueando hasta su balija, lo único que poseía en el mundo, y contó el dinero que le quedaba: tres chelines y algunos peniques sueltos. Luego volvió los ojos hacia la revista ilustrada que el bondadoso médico le había dejado para que se entretuviera, y la columna de avisos encabezada "Damas de compañía" atrajo su atención. Era una esperanza desesperada y el hundimiento de todas sus ilusiones, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Levantóse con aire cansado y se dirigió hacia la cómoda donde guardaba su traje de calle. Quería desde ya empezar a buscar una colocación. No podía continuar de aquella manera expuesta a las rudas insinuaciones de la señora Griggs. La primera dirección que se leía en la lista era muy cerca de allí; afortunadamente, no tendría que caminar mucho.

Después de seis semanas de encierro en la atmósfera confinada de su cuarto, el repentino contacto con el aire libre le produjo un ligero desvanecimiento, pero Jane prosiguió caminando decididamente, comprobando con íntimo placer que a cada paso que daba, sentía nuevas fuerzas en su tobillo enfermo. Pronto llegó a la casa cuya dirección anotara, y una vez allí preguntó por "M. D." que pedía una dama de compañía.

Mientras ella se informaba, abrióse de par en par una puerta apareciendo en ella una joven alta y esbelta vestida con elegante traje de paseo de "marocain" negro y tocada con un sombrerito francés que le caía hasta los ojos. La boca que se veía debajo de aquel sombrero era roja como una granada madura y la tez de la joven la más blanca que Jane había visto en su vida.

—¿Qué desea? — preguntó.

Jane explicó el motivo que allí la llevaba.

—Iba a salir en este momento, — dijo Magda Darras. — Pero no importa; entre y veremos lo que puede hacerse.

Y la condujo a una habitación empapelada en color malva y el cieloraso negro con una gran lámpara chinesca que colgaba del centro a manera de un gran sol amarillo. Dejóse caer sobre los cojines de un diván e invitó a Jane a que tomara asiento al lado de ella.

—Supongo que usted sabrá quien soy. — dijo mirando atentamente a Jane. — Magda Darras, del Olympic. Mi señorita de compañía me dejó sin previo aviso y me encuentro sola. Si nos ponemos de acuerdo con respecto a las condiciones, ¿podría usted venirse en seguida?

Jane explicó las actividades a que se había dedicado dentro del arte y el accidente de que hacía poco tiempo fuera víctima. Magda poseía un profundo conocimiento del corazón humano y comprendió que si trataba bien a aquella joven, ésta le quedaría eternamente agradecida y se entregaría en cuerpo y alma a su servicio. A ella le convenía tener a su lado a una persona inteligente y abnegada, que pudiera en un momento dado servirle en las intrigas de todas clases de que estaba matizada su vida aventurera. Mujer sin escrúpulos, cruel e implacable en sus venganzas, Magda se dió perfecta cuenta de que una joven como Jane podría serle de gran utilidad como aliada en un mundo en el que los enemigos eran mucho más numerosos que los amigos.

—La tomaré a mi servicio, — le dijo. — La paga serán cinco libras por mes y vivirá usted conmigo. Luego agregó con una sonrisa que a Jane le pareció encantadora: — Creo que no encontrará en mí una patrona exigente.

Rebosando alegría por la rapidez con que había resuelto su situación, volvió la joven a la pensión y recogió su pequeño equipaje. Magda le había pagado un mes adelantado y todo el dinero se lo entregó a la señora Griggs.

—Esté segura de que aquí se la aprecia, — dijo la mujer, comprendiendo que había sido un poco dura con la joven. — Si usted quiere volver algún día, recuerde que siempre tendrá aquí una pieza y será tratada con consideración.

Jane se sonrió. ¡Cuán diferentes habrían sido las palabras de aquella mujer si ella se hubiese presentado con las manos vacías! La experiencia propia le iba enseñando a conocer el mundo.

Y fué con rápido paso y corazón alegre como Jane abandonó aquella casa donde tanto había sufrido en tan poco tiempo. Casi estaba reconciliada con su nueva posición. Y tenía que dar gracias a la Providencia, porque al menos tendría el pan asegurado y no le faltaría techo donde cobijarse.

—Miss Darras no volverá hasta las ocho, señor.

Jane miró al rostro de Geoffrey Hardcastle y pensó que era el tipo de hombre más hermoso que había visto en su vida. De color bronceado a consecuencia de la larga temporada que había pasado cazando en Cawnpore, Geoffrey Hardcastle poseía realmente una hermosa figura de hombre, esbelto y fuerte, con una mandíbula de hierro y un par de ojos azules, que ahora brillaban con intensidad inusitada, debido a lo curtido de su tez.

—No me trate de "señor", — dijo con franqueza y sencillez de muchacho. — Y perdóneme la confianza, — prosiguió, — usted no tiene el tipo corriente de las señoritas de compañía. ¿Cómo se encuentra usted aquí?

La franqueza de aquel hombre hizo que Jane le abriera su corazón, refiriéndole la historia de su vida, tan corta y tan llena de amarguras.

—¡Qué suerte perra! — exclamó impulsivamente al terminar ella su relato. — Vea, miss... miss Jane, tiene que pedir a Magda que le dé un día de asueto y yo experimentaré un verdadero placer en llevarla en mi auto a dar un paseo, ya que usted no se encuentra todavía en condiciones para caminar mucho por sí misma.

Ella le miró con aire pensativo. Sabía que Geoffrey Hardcastle acababa de fundar una gran casa de comercio para negociar con la India y que poseía una enorme fortuna. Sospechaba que él era el hombre de quien Magda le había hablado en varias ocasiones como de su candidato para el matrimonio, y de una manera instintiva comprendió que a ésta no le agradaría nada el paseo en auto que se le ofrecía, aunque el ofrecimiento fuera por una bondad.

—Es usted muy bondadoso, señor Hardcastle, — contestó, — pero no creo que miss Magda pueda prescindir por mucho tiempo de mis servicios.

—Pues no tendrá más remedio que hacerlo si yo se lo pido, — dijo el joven alegremente. — A mí Magda no sabe negarme nada. Verá en cuanto llegue.

El ruido producido por una llave en la cerradura, les dijo que la dueña de la casa acababa de llegar.

Al entrar en la sala dirigióse directamente al joven, tendiéndole los brazos.

—Bienvenido, Geoff, — le dijo dulcemente, mirándole con la cabeza maravillosamente bella un poco inclinada a un lado, y partidos los labios en una sonrisa encantadora. — Estos seis meses de ausencia lo han cambiado un poco.

—Está usted estupendamente linda, — contestó Geoffrey, mirándola con no disimulada admiración.

Rióse ella y se dejó caer sobre un diván, señalando al joven el asiento vacío a su lado.

—Siéntese, — el dijo, — y cuénteme cómo le ha ido por la India! ¡Me interesan tanto todos sus asuntos!

Magda era muy hábil. Antes de recibirlo con los brazos abiertos se había enterado minuciosamente del próspero resultado del viaje, que acababa de realizar el joven, y de haber vuelto éste con los bolsillos vacíos, seguramente no lo habría recibido de una manera tan cordial.

Por lo que hacía a Geoffrey, aunque nunca había amado realmente a Maga, la ternura que ésta le demostró aquella noche, su solicitud por él, despertaron en su corazón un sentimeinto de honda ternura por la joven. Su espíritu varonil no era capaz de sospechar la astucia que se ocultaba detrás de aquellas demostracionse de la hermosa artista.

Háblole él de sus ambiciones, del centro de negocios que acababa de fundar en la India y cuyas perspectivas no podían ser mejores, mientras ella le escuchaba brillándole los ojos de color violeta detrás de las sedosas y largas pestañas, ante la perspectiva de las grandes sumas de dinero que algún día habrían de pasar por sus delicados dedos.

—¿Quiere venir conmigo al Savoy? — preguntó Geoffrey, después de un corto silencio. Mañana, después de la función, iré por usted al teatro, si no tiene inconveniente en ello.

Magda inclinó un poco hacia la de él su perfumada cabeza, mientras que con la mano delicadamente modelada daba suaves golpecitos sobre el diván.

—Todo lo contrario; será para mí un placer muy grande, — dijo con su voz melodiosa. — Espero que ahora que usted está de vuelta podremos vernos más a menudo.

Algo había en aquella voz íntimamente suave jue produjo en Geoffre y un movimiento de recelo. Magda era linda y deseable por todos conceptos; pero él no la creía inclinada al matrimonio. La joven le era simpática en extremo; pero de esto a pensar en casarse con ella había una distancia enorme.

Ella sintió por instinto la repentina frialdad que se había producido en él, y se reprochó haber ido demasiado adelante en sus insinuaciones. Por un momento se dibujó en su hermosa boca una línea dura; pero cuando de nuevo fijó en ella el joven su mirada, era la dulzura personificada.

—Entonces — dijo él — mañana a las doce en punto estaré con mi auto en el teatro.

"Se me olvidaba — agregó levantándose — he visto a su nueva señorita de compañía Me parece superior a lo vulgar. Me ha contado su historia, una triste historia, por cierto, y le he prometido llevarla un día de paseo en mi auto. Me gusta ser gentil con los que sufren.

Al decir esto el joven no pudo notar que las hermosas manos de Magda se crisparon, lo que no le impidió contestar con el acento más natural del mundo:

—Por mi parte no hay inconveniente ninguno; el día en que yo pueda pasarme sin sus servicios, saldrá con usted. Tiene usted un excelente corazón, Geoffrey.

Y Magda agregó para sus adentros: "Procuraré que eso no ocurra jamás". De una manera confusa empezaba a darse cuenta de que la dulce belleza de Jane podía ser para ella más que un aliado una amenaza peligrosa.

—Esta noche iré al Savoy, Jane — dijo a la mañana siguiente a su señorita de compañía. Prepáreme la capa satín con bandas de Chinchilla. Y, a propósito, Jane, no piense más en Mr. Hardcastle y en la generosa oferta que le hizo ayer. Me dijo que le había prometido un paseo en auto, dejándose llevar de un impulso de generosidad; pero que después se había dado cuenta de que sus muchas ocupaciones le harían imposible cumplir con su palabra. Yo la llevaré a dar una vuelta de cuando en cuando.

Esto lo dijo Magda a la descuidada y quitándole toda importancia; pero sus palabras cayeron como gotas de plomo derretido sobre el corazón de Jane. Ella se dijo que había cometido una insensatez al pensar que Geoffrey Hardcastle podía ser para ella algo distinto que el futuro esposo de su ama, y sin embargo... sin embargo, la luz que había visto brillar en sus ojos cuando ella le refería la triste historia de su vida habría sido más que suficiente para que cualquier mujer

se forjara más de un maravilloso castillo de ensueño.

—A Jane ya le prometí que la llevaría el sábado al Richmond — dijo aquella noche Magda a Geoffrey mientras ambos se entregaban a las delicias de la danza bajo los acordes de una maravillosa orquesta en los magníficos salones del Savoy. De manera que no vuelva a pensar en ello. Ella es muy tímida y estoy segura de que prefiere salir conmigo.

—¿Se lo ha dicho ella? — preguntó Hardcastle.

Magda sonrió.

—Jane sintió halagado su amor propio al ser invitada por usted; pero me confesó que sería para ella una verdadera tortura el tener que salir a pasear en compañía de un "gran señor" — así me dijo — como usted.

Y dijo esto con una expresión tal de inocencia que el joven no dudó de la verdad de sus palabras, aunque en su corazón experimentó algo parecido a un desengaño; pero la música, las luces y la presencia de aquella mujer tan seductora contribuyeron eficazmente a que pronto desapareciera de su imaginación la dulce imagen de Jane.

Quiero que Geoff Hardcastle sea para mí

"Si usted busca una esposa que trabaje para ganarse la vida, diríjase a otra parte, Jasper".

Y al decir estas palabras, Magda se dió vuelta hacia el espejo y empezó el "maquillage" de su hermoso rostro para el primer acto de la obra en que hacía el papel de protagonista.

El hombre que estaba a su lado cómodamente arrellenado en una butaca, sacudió la ceniza de su cigarrillo y sonrió. Era un hermoso ejemplar de belleza varonil pero sus ojos estaban demasiado juntos para que la expresión de su rostro fuera la de la franqueza y la honradez y su boca podría parecer cruel si él no tratara siempre de darle una expresión atrayente y fascinadora. Sus manos eran de una belleza llamativa en un hombre y estaban admirablemete cuidadas. Vestido con una elegancia impecable, Jasper Mordaunt, último retoño de una noble familia venida a menos sin dinero, sin perspectivas, con muchas relaciones pero muy pocas amistades verdaderas, era el verdadero tipo del aventurero de buena sociedad, que vive de lo que puede y como puede. Para nadie eran un misterio sus aspiraciones a hacer un buen matrimonio, y, como Magda Darras tenía fama de ser demasiado económica para tratarse de una artista, que ganaba enormes sumas por año, se había dedicado a hacerle la corte, asediándola con toda clase de seducciones en las que era consumado maestro, aunque en sus proyectos no entrase para nada el amor.

Por el hermoso rostro de Jasper pasó una nube de contrariedad.

—Yo quisiera que usted accediese a casarse conmigo, Magda — dijo. — Con su posición y mi nombre...

—Menos el dinero — observó brutalmente la actriz. Usted no me ama, ni yo lo amo a usted.

El se inclinó y puso una de sus manos sobre la de la joven materialmente cubierta de joyas.

—Yo conseguiré que usted aprenda a amarme, Magda, en cuanto a mí, yo la adoro — dijo con apasionado acento.

—Sí; usted dice eso ahora lo mismo que podría decir: "Mozo, tráigame el desayuno" — replicó Magda. — Lo conozco a usted, Jasper. Además se algo más, de que usted me cree ignorante. A usted le agradaría mi dinero, sí, pero de quien está realmente enamorado es de mi señorita de compañía.

Los ojos del hombre se iluminaron con una luz repentina; una sonrisa forzada se dibujó en sus labios.

—Es usted una de las mujeres más inteligentes que he conocido — dijo. — Por eso no puedo explicarme cómo ha podido suponer que yo he mirado en esa dirección.

—Lo sé porque Jane trata de evitar la presencia de usted siempre que puede — contestó Magda con calma. Ella lo aborrece a usted, Jasper; ama a otro.

—¿A quién?

—Eso queda para mí.

Jasper dió una chupadá a su cigarrillo:

—Lo que en otras palabras quiere decir que está enamorada del hombre a quien usted ama — dijo Jasper con voz segura.

Bajo la capa de menjurges que cubrían el rostro de la artista esta enrojeció.

—Es usted muy hábil Magda, pero yo lo soy más — observó el joven. Dígame con franqueza: usted está enamorada de Geoffrey Hardcastle ¿no es cierto?

Magda movió su magnífica cabeza.

—¿Y si estuviera, que? ¿No es un hombre que se lo merecería?

—Y además tiene dinero, —dijo él con intención. Y a lo que puedo inferir, el hecho de que él haya puesto los ojos en la insignificante asalariada no puede menor de saberle a hiel y a ajenjos a la orgullosa Magda Darras.

Las manos que sostenían el pulverizador de cristal tallado se contrajeron con fuerza sobre la delicada obra de arte. "Yo lo quiero para mí", — murmuró Magda, más para sí misma que para Jasper. "Le soy agradable, me estima, tiene fé en mí y haré que llegue a amarme. Ese absurdo engreimiento...

—Puede hacerse peligroso si se le deja seguir adelante. Pues bien, si usted me escucha, todo se arreglará, interrumpió Jasper.

La joven se levantó, espléndida, maravillosa de belleza en su magnífica túnica sin mangas de seda roja, calzada con las diminutas chinelas de raso. "¿Cómo?", — preguntó dirigiéndole una mirada oblícua.

—¿Cuánto quiere usted sacrificar para separar a Jane de Hardcastle? — preguntó él.

— "¿La mitad de su fortuna, Magda? Yo sé que a usted dinero no le falta para eso y para mucho más, y sé también que Geoffrey está tan enamorado de ella que nada de lo que

Jane es descubierta por su novio como novia de otro hombre, y no puede decir la verdad. ("La aventura de una joven.")

usted pudiera hacer sería suficiente para separarlos.

—¿Qué es lo que usted me aconseja? — preguntó ella con ansiedad.

Jasper se acercó a la joven y le dijo algo al oído. Las negras cejas de Magda se juntaron; luego una sonrisa separó los labios perfectos.

—Jasper, es usted un brujo, — dijo. Le daré todo lo que usted me pida. Venga después de la función; discutiremos nuestros planes."

. . . . . .

Mientras tanto, deslizándose suavemente por las plateadas aguas del Támesis, Jane y Geoffrey Hardcastle, bajo los poéticos rayos de la luna, disfrutaban de los momentos más deliciosos acaso de sus vidas. Los brazos del joven rodeaban en tierno abrazo el talle de la joven y sus labios bebían en los dulcísimos de ella el néctar deicioso del amor.

Y Jane recordaba cómo había vencido todos los obstáculos que Magda había levantado entre los dos. Por su imaginación pasaba la vacilante confesión que de su cariño había hecho a Hardcastle, cuando éste le preguntó pocos días después de su primer encuentro qué razones tenía para evitar su presencia. A partir de aquel instante memorable había vivido en un mundo en el que sólo existían ellos dos, habiendo olvidado por completo que ella era una sirvienta, mientras que el hombre a quien amaba era un magnate.

En varias ocasiones, sin embargo, había experimentado tímidamente sus escrúpulos a este respecto. "Yo soy una mujer que vive de su trabajo, — le había dicho, — mientras que usted...

—¿No vivo yo acaso también del mío, — le contestaba él apasionadamente. — Y yo la amo, la amo, la amo. Esta es la única razón que existe para mí. Levanta esos dulces ojos y dime que también me amas, mi adorada.

Y hay que confesar que Geoffrey Hardcastle estaba perdidamente enamorado de aquella mujer. Las mujeres de su propia clase, lujosamente vestidas, peinadas a la última moda, con sus rostros pintados, sus modales académicos, sus encantos a veces comprados nada significaban para él al lado de aquella delicada criatura que había despertado en su alma el fuego de un amor duradero.

Al principio, cuando Geoffrey le hizo la primera declaración de su amor, Jane tuvo miedo de luchar abiertamente contra Magda. Esta se había conducido siempre con ella de la manera más correcta y hasta llena de bondad, y si entre ellas se había establecido una nube de frialdad, más debía atribuirla Jane a su propia reserva que a mala voluntad de Magda. Ella sentíase cohibida para decirle que su opulento amigo la amaba, y de una maner instintiva tenía miedo a la expresión que aparecería en el rostro de su ama cuando ella le diera la noticia. Así que, por no disgustarla, tampoco Geoffrey había dicho nada a Magda acerca de su gran amor, y como la ceguera es una de las cualidades de los amantes, ambos creían que la hermosa actriz era completamente ignorante de sus amores.

Ellos no sabían, no sospechaban siquiera hasta dónde penetraban los ojos de Magda. Esta lo sabía todo y era lo suficiente hábil para comprender que cualquier tentativa suya para separar a los dos enamorados tendría un resultado completamente opuesto al que se proponía.

De una pequeña iglesia rústica que se levantaba a orillas del río se dejaron oír las campanadas de las diez. Jane se estremeció entre los brazos de su amante.

—¿Qué tiene, querida? — preguntó él, rompiendo el silencio en que habían caído los dos.

—Tengo que volver a casa, — contestó ella incorporándose y arreglándose el cabello. — Miss Darras querrá encontrarme a la vuelta del teatro.

—Jane, — dijo Geafferey ,asiéndola con fuerza una mano, — permíteme que esta noche hable a Magda acerca de nuestra situación. Estoy seguro de que ella no se va a enojar contigo; antes bien, se ha de alegrar de nuestra felicidad. Magda y yo somos viejos amigos.

—No, no, — contestó ella con acento suplicante. — Esta noche no, Geoffrey. Conservemos durante algún tiempo más nuestra secreto. Yo tengo cierto raparo en decírselo, porque hasta me había llegado a imaginar...

Y al llegar aquí, la joven se ruborizó intensamente.

—¿Qué fué lo que te imaginaste Jane? — preguntó él con ternura al notar que la joven no proseguía.

—Pues pensé que usted y ella... — prosiguió con timeidez, — que usted y ella se querían.

Geofrrey se rió con todas sus ganas.

—¡Qué equivocada estuviste, — dijo alegremente. — Magda y yo jamás hemos sido otra cosa que dos buenos amigos.

Y en aquel momento recordó las palabras de Magda la noche en que le hiciera su primera visita al volver de la ciudad, sus miradas insinuantes, el interés que demostraba por sus cosas, y pensó que todo aquello podía significar algo más que una simple amistad. Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Si en o que habría creído Jane al principio había algo de realidad, mejor era que la joven permaneciera en su ignorancia. El amaba con toda su alma a Jane. Esto lo bastaba.

Bastante para un hombre, es cierto; pero no lo suficiente para... la otra mujer.

Ocupe mi lugar como novia de Jasper Mordaunt

Cuando Jane llegó aquella noche a casa encontró a su señora conversando animadamente con Jasper Mordaunt. Los sonidos de la risa argentina de Magda se mezclaban con las notas profundas de la voz de Jasper. La conversción tenía lugar en el lindo y coquetón, budoir de la artista, discretamente iluminado.

Magda le salió al encuentro con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. — Jane, — dijo a la joven mostrándole su mano izquierda en uno de cuyos dedos brillaba una

maravillosa esmeralda, — felicíteme. Estoy comprometida para casarme con el señor Jasper Mordaunt.

"¡Comprometida!" Jane casi dejó caer el magnífico pulverizador que llevaba en la mano. Ella sabía que Jasper Mordaunt era un asiduo visitante de Magda, y a lo que ella podía conjeturar, ella no experimentaba por el otro sentimiento que el disgusto y acaso el temor. En una ocasión había intentado besarla a ella, a Jane. ¡Y ahora Magda decía que iba a casarse con él!

Inmeditamente se le vino a la imaginación la idea de que aquello precipitaría la realización de su sueño de felicidad al lado de Geoffrey. Si la hermosa Magda Darras se casaba con Jasper Mordaunt, debía ser por amor y esto facilitaba la realización de sus propósitos. Las mejillas de la joven se encendieron a este pensamiento.

—Me alegro mucho, miss Darras, — dijo calurosamente. Espero que serán ustedes muy felices.

Con un encantador gesto confidencial, Magda se sentó en un diván e hizo a Jane señal de que tomara asiento al lado suyo.

—"¡Feliz!" — exclamó como si hablara consigo misma. Creo que sí lo soy. Este ha sido el sueño de mi vida durante algunos años; no creía que Jasper se preocupara de mí lo bastante como para pedir mi mano. Pertenece a una familia opulenta, enormemente rica y terriblemente orgullosa. Se oponen decididamente a que una actriz entre a formar parte de ella; por consiguiente, tanto nuestro compromiso como nuestro matrimonio deben hacerse en secreto. Después, Jasper me presentará a su padre y éste no tendrá más remedio que aceptar el hecho consumado. ¿No le parece un plan excelente? Y nos casaremos en seguida. Jasper tiene que salir a desepeñar una misión en China y quiere que seamos marido y mujer antes de que él se marche. Por supuesto, yo he consentido en todo. Cualquier mujer enamorada habría hecho lo mismo.

Magda era una actriz consumada. Jane, lo mismo que otro público cualquiera, quedó completamente subyugada por el realismo con que representaba su papel. A ella le resultaba repugnante en extremo el tal Mordaunt; pero si Magda estaba enamorada de él, esto era asunto suyo. De gustos nada hay escrito.

—Esté usted completamente segura de que le deseo con toda mi alma la más completa felicidad, — repitió Jane cuando la artista hubo terminado de hablar y ella creyó que debía decir algo. Luego vaciló un instante. "Usted no me precisará una vez que se haya casado, supongo, miss Darras", — agregó sencillamente, como si dijera la cosa más natural del mundo.

Los ojos de Magda dejaron entrever algo parecido al resplandor que lanzan los del felino cuando se arroja sobre su presa; pero aquello sólo duró un instante. Los músculos de su hermoso rostro permanecieron impasibles, y contestó, con prontitud:

—Por supuesto que la necesitaré, Jane. Usted es la mejor señorita de compañía que he tenido en mi vida. Luego mirando con adorable sonrisa a la joven, agregó mientras se levantaba:

—Quiero que usted me vista el día de mi boda.

Jane creyó que debía decir algo a Magda acerca de sus relaciones con Geoffrey, ahora que al parecer el camino se presentaba sin obstículos.

—Tendré mucho gusto en hacerlo — comenzó. — Y... luego habré de pedirle que busque quien me substituya, miss Darras; yo también estoy comprometida y tendré que dejarla pronto.

Las manos de la actriz se crisparon y un relámpago de odio pasó por su semblante; pero era demasiado buena actriz para hacerse traición y haciendo sobre sí misma un esfuerzo supremo, dijo con su voz aterciopelada:

—Será una indiscreción por mi parte preguntarle con quien?

—Con el señor Geoffrey Hardcastle — contestó Jane comprendiendo que con aquella respuesta quemaba sus naves irremisiblemente.

Magda avanzó un paso hacia ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Tiene usted suerte, mucha suerte, querida — exclamó. Y no se ruborice. Hace algún tiempo que tenía yo el presentimiento de lo que acaba de decirme. Geoff es el hombre más simpático que conozco, el primero después de Jasper, por supuesto, y estoy completamente convencida de que ustedes dos han de hacer una excelente pareja. Estoy encantada, absolutamente encantada, querida.

Y la entonación con que pronunció estas palabras pareció a June tan sincera que experimentó un secreto remordimiento por haber juzgado a su ama de una manera muy distinta de la realidad.

—Gracias — dijo sencillamente. — Creo que he tenido mucha suerte; porque yo también amo a Geoffrey con toda mi alma.

Y al decir estas palabras entrelazó inconscientemente sus manos y levantó sus ojos maravillosamente bellos. Aquella actitud que revelaba de una manera tan inconfundible su estado de ánimo con respecto al hombre a quien la otra quería para sí cayó como fuego derretido sobre el corazón de Magda. Y en aquel momento, esta comprendió cuán profundo era el odio que experimentaba por aquella mujer y se prometió que cuando descargara el golpe, lo había de hacer bien y duramente.

—Entonces, las dos somos felices — fué lo único que acertó a decir.

Y aquella misma noche, mientras Jasper caminando por las calles más tranquilas de Piccadilly, saboreaba la presa que pronto iba a caer en sus garras, y Magda daba vueltas en su lecho sin poder conciliar el sueño, Jane soñaba con el paraíso en la Tierra, el paraíso al lado de Geoffrey, por supuesto.

. . . . . .

El lujoso "boudoir" de Magda estaba impregnado con el penetrante perfume de las más hermosas flores. En el diván forrado de

raso azul se veía un costoso vestido de boda y en una silla, sobre un cojín se veía el riquísimo velo, el ramo de flores y los diminutos zapatos blancos.

La novia, blanca como la cera, con grandes ojeras violáceas y el sello del sufrimiento impreso en su bellísimo semblante, yace en el lecho, apretándose con una mano el corazón. Al lado de ella estaba Jane tratando de hacerla revivir con la ayuda de un pomo de sales.

—Miss Darras — decía la joven — trate de hacer un esfuerzo. La ceremonia es a las doce y media y acaban de dar las doce.

Magda abrió sus grandes ojos violeta y los fijó en el rostro de la joven.

—Jane — dijo con voz tan débil que parecía un suspiro. Me siento terriblemente enferma. Mi corazón se niega a trabajar. No podré ir a la iglesia. No tengo fuerzas para levantarme. Traté de hacerlo cuando usted telefoneó para que viniera el médico. Cuando llegue me dirá lo que me han dicho ya otros: que tengo un ataque al corazón. No es este el primero, Jane. El corazón me matará tarde o temprano.

Jane experimentaba una gran compasión por la joven que yacía en el lecho. Magda parecía no sólo gravemente enferma sino inmensamente triste.

—¿Qué podemos hacer? — pregutó arrodillándose al lado de la cama. El señor Mordaunt se embarca esta misma noche...

Hubo un largo silencio. Magda no dijo nanada de propósito. Era una actriz habilísima y las actrices saben el valor que tienen los silencios.

Por fin exclamó en voz baja y con amargura:

—Si se pospone el matrimonio, él se irá y me olvidará. Los hombres son así.

Jane protestó:

—Ningún hombre que ame de veras a una mujer la olvidará tan fácilmente.

Magda movió la cabeza en ademán negativo.

—Habla usted como una criatura, Jane, — dijo tristemente. — Yo conozco el mundo mejor que usted, y conozco también a los hombres. Jasper va a Singapore con un importante puesto del gobierno. Allí encontrará cuantas mujeres lindas le dé la gana. Mujeres más lindas que yo y con dinero e influencia. A mí me olvidará, y aunque me permaneciera fiel, este aplazamiento será superior a mis fuerzas.

La actriz cerró los ojos y lanzó un suspiro capaz de enternecer a un corazón de piedra.

—Yo iré y le hablaré al señor Jasper, — sugirió June.

Magda movió negativamente la cabeza.

—No se resolvería el problema, — dijo. — Lo único que haría sería posponer la ceremonia.

—Entonces le diré que traiga aquí al sacerdote, — insinuó la joven.

—Es demasiado tarde, — contestó Magda. — Para eso se precisa una licencia especial, pues sin ésta no son legales en Inglaterra lo matrimonios que se celebren en los domicilios de los novios. No; no existe más que un camino, — y bajó la voz al decir estas palabras, — un solo camino para salir de este conflicto; es algo que necesita un verdadero arranque de valor; pero no es imposible, ni mucho menos.

—¿En qué consiste? — preguntó Jane, bajando también la voz instintivamente.

—En que usted ocupe mi lugar en la ceremonia.

Jane dió un salto atrás.

—¡Imposible! — dijo. — No estaría bien. Además, el señor Jasper sospecharía.

Magda dijo que no con la cabeza.

—No habrá ningún peligro si se arreglan bien las cosas, — dijo. — ¿Me hará usted este favor, por el que yo le quedaré reconocida toda mi vida? Será mucho más fácil de lo que usted cree. Usted se presenta en la iglesia con el velo caído. Por suerte, las dos somos de un mismo talle, y el velo es espeso. Ponga alguna excusa para no levantarse el velo. Conteste a las preguntas con la voz un poco confusa, y una vez que tenga el anillo, véngase aquí inmediatamente. En cuanto llegue hablaremos por teléfono a Jasper para que venga, y todo estará arreglado. El vendrá y se despedirá de su esposa.

Todo parecía tan fácil, tan hacedero, dicho por aquella voz persuasiva de Magda, de la que ella había tenido buen cuidado en quitar toda emoción, que Jane comenzó a dejarse convencer contra su voluntad. Después de todo, no se trataba sino de una brevísima ceremonia completamente privada.

—Si quiere alcanzarme el teléfono, — prosiguió Magda, — creo que voy a tener fuerza suficiente para hablar a Jasper, pidiéndole que en cuanto se termine la ceremonia me permita volver inmediatamente a casa. Le diré que tengo un terrible dolor de cabeza producido por la emoción del momento, que estuve llorando y que no quiero que me vea hasta que no se me haya pasado esta crisis. Jane, alcánceme el teléfono.

No cabe dudar que Magda ejercía sobre Jane una especie de influencia magnética, pues ésta, sin poner otra objeción, le alcanzó el aparato telefónico, y cinco minutos después se había vestido de pies a cabeza con el traje de desposada que estaba preparado para su señora. Decididamente iba a ocupar su lugar en la ceremonia; así lo había prometido; en menos de una hora estaría de vuelta, y el anillo ocuparía su lugar en la mano de Magda.

Por fin se echó el velo sobre la cara. Magda tenía razón; era tan espeso qeu apenas se distinguían las facciones a través de él.

Cuando los pasos de la joven se perdieron en la escalera, Magda se sentó rápidamente en el lecho, sacóse el polvo que le cubría la cara, se limpió las ojeras. Un pequeño retoque, un rápido pase del peine por la cabellera, y Magda se encontraba de nuevo alerta y triunfante en medio del lujoso "budoir" que había sido teatro de aquella indigna comedia. Una sonrisa diabólica brilló en su semblante, mentras leía el siguiente billete que sacó de un cajoncito de su neceser.

"He trabajado el asunto por intermedio de mi amigo Carl Brisson. Según las instrucciones impartidas, se tratará de difundir

el rumor de que Hardcastle está arruinado, cosa que, dados los medios con que contamos, no será difícil de conseguir. Cuando él esté convencido de que usted sigue amándolo a pesar de no tener dinero, las cosas se pondrán de nuevo en su lugar.

"No podrá pues decir, Magda, que no hago nada por usted. Con impaciencia espero en la iglesia la llegada de mi novia."

Magda sonrió de nuevo, recordando la candidez estúpida de Jane cuando ésta le alargó el teléfono para que hablara con el supuesto interlocutor situado al otro lado de la línea. Si la muchacha hubiera sido un poco más inteligente, se habría fijado en que los dedos de ella, de Magda, apretaban para abajo la horquilla del receptor, de manera que ni una sola de las palabras que salían de sus labios llegara a otros oídos que a los suyos.

La estratagema era vieja, y sin embargo Jane había caído en ella como si fuese una colegiala. La sonrisa que se dibujaba en los labios de la artista fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en una carcajada.

Usted se ha casado con este hombre por el dinero

"Oh divino amor que trasciende todo lo humano".

Así cantaban los coristas vestidos de blanco entre los montones de flores que flanqueaban la capilla colgada de escarlata.

Jane, fría como el hielo, mira la cara del clérigo que iba a casarla con Jasper Mordaunt. A través de la densa gasa de su velo, pudo ver de una manera confusa sus facciones... bondadoso, benévolo. Luego dirigió una mirada al hombre que tenía a su lado. Jasper Mordaunt, alto, esbelto, un bello tipo de hombre, atildadamente vestido, parecía extremadamente complacido con su suerte. La felicidad le rebosaba por todos los poros de su cuerpo. Había en sus ojos un brillo especial y en sus labios una sonrisa, que Jane creyó era toda para Magda.

La joven extendió su mano izquierda a una requisición del sacerdote. En el dedo medio de la misma le puso un pesado anillo de oro.

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Jane. ¿Porqué, porqué al sentir en su mano el contacto con aquel anillo, experimentó la sensación de encontrarse atada para siempre?

Luego, haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, dió el brazo al novio para pasar a la oficina donde debía firmar en el registro. Alargó máquinalmente la mano y tomó la pluma que le ofrecía uno de los empleados. En mal formados caracteres acertó a firmar: "Magda Valeria Darras, edad 23 años".

Dejó la pluma sobre la mesa y lanzó un hondo suspiro de alivio. Todo estaba terminado; ella había desempeñado ya su papel en aquella comedia. La sangre comenzó a correr de nuevo libremente por sus venas, la confianza volvióle a sonreir, y tomando el brazo que le ofrecía Mordaunt siguióle sintiéndose casi feliz por haber prestado a Magda aquel servicio.

En el pórtico de la iglesia hicieron una pausa.

—¿Me permite que lo felicite a usted y a su esposa? — dijo a espaldas de ellos una voz conocida. — ¡Qué callado lo han tenido! Pero a mí me lo acaba de decir un pajarito.

La sensación que experimentó en aquel momento Jane fué la de haberse hundido la tierra bajo sus plantas. Aquella voz era... la de Geoffrey Hardcastle... Con un movimiento desesperado dirigióse hacia el lugar donde había dejado el automóvil en que viniera a la iglesia; pero éste ya no se encontraba allí.

—Levanta el velo, querida, — le decía mientras tanto Jasper dulcemente. — Es el señor Hardcastle, que ha querido honrarnos con su presencia a última hora. A él podemos ponerlo al corriente de nuestro secreto, ¿no te parece?

—No, no, — contestó ella débilmente. — No puedo levantar el velo; me encuentro mal; ya se lo dije a usted hace un momento.

Geoffrey hizo un movimiento de sorpresa; sus ojos se abrieron desmesuradamente. El joven dió un paso hacia adelante.

—¿Qué es esto? — preguntó. — Yo conozco esta voz.

Hardcastle se encogió de hombros.

—Jane se siente naturalmente un poco nerviosa al encontrarse con usted, mi querido Hardcastle, — dijo. — Usted seguramente se sentirá un poco disgustado; pero no tendrá más remdio que reconocer el derecho de la mujer a cambiar de opinión.

Geoffrey avanzó un paso más y arrancó el velo que cubría el rostro de su amada.

Entonces retrocedió.

—¡Santo Cielo! — gritó. — ¡Jane! ¿Te has casado con este hombre?

—Geoff, déjame explicarte, — gimió la joven.

El la miraba con amarga sonrisa.

—Yo tenía fé en tí, — exclamó mirándola con tristeza, — creía en lo que me habías jurado. Te dejé por tres meses y cuando vuelvo, me encuentro que al saber que he quedado arruinado, te casas con otro hombre.

—Geoff, Geoff, — gritó Jane débilmente. — ¿Qué estás diciendo? Déjame explicarte.

Geoffrey movió la cabeza despectivamente.

—¿Quieres explicarme el hecho de que acabas de contraer enlace hace cinco minutos? ¿Podría explicarme la presencia del anillo de ese hombre en tu dedo? No esperarás que yo sea insensato hasta el extremo de creer semejantes explicaciones.

Ella vaciló, y se habría caído a no sostenerla los brazos de Jasper.

—Ven, — le dijo blandamente. — Basta ya de conversación con este loco. Vamos a nuestro carruaje.

Los ojos de Geoffrey estaban inyectados en sangre a consecuencia del furor que lo dominaba en aquellos instantes.

—Lleve, llévese no más a su digna esposa ya que ella lo ha preferido a mí; ya que me ha repudiado mientras estaba ausente y supo que era pobre. — dijo con amar-

ga ironía. Y girando sobre sus talones, se retiró en medio de las numerosas personas a quienes había atraído aquella extraña escena.

Mientras tanto, Jasper había llevado, arrastrado mejor dicho, a la joven hasta un automóvil que los esperaba, y cuando ella abrió los ojos se encontró en una lujosa "limousine" adornada con lirios y forrada de satín blanco.

Desesperadamente se valvió contra el hombre que estaba sentado triunfalmente al lado de ella, estrechándole él talle con un brazo a guisa de dueño y señor.

—Déjeme marchar, — imploró. — Déjeme marchar. ¿Por qué no habló por mí? ¿Por qué no habló?

El sonrió y miróla de reojo con sus grandes pupilas negras.

—Porque no convenía a mis propósitos el hacerlo, — contestó.

Y luego agregó apasionadamente:

—Mi adorada, estamos casados, casados de veras. Ahora somos el uno del otro. — Y Jane estaba tan débil que no pudo impedir que los labios de aquel hombre a quien aborrecía, se posaran sobre la satinada piel de sus mejillas. "¡Querida mía! cuánto he deseado tu belleza. Ahora, por fin, mi sueño se ha convertido en una realidad, porque eres mi esposa.

Pasaron algunos segundos sin que la joven pudiera contestarle. El horror de la situación en que se encontraba le cortaba la voz en la garganta. Luego, como si la realidad la acicateara, hizo un esfuerzo sobrehumano para desligarse del abrazo de aquel hombre, rasgando los delicados encajes de su riquísimo vestido de boda.

—No, — sollozaba, — yo no soy su esposa, Jasper. Jamás seré su esposa. Yo pertenezco a Geoff en cuerpo y alma... Soy suya, suya. Y usted me ha jugado una mala partida con su silencio. Usted debió habérselo dicho todo a él. Pero Magda pondrá las cosas en su lugar. Magda es mi amiga. Lléveme a donde está ella. Lléveme a Magda.

—Exactamente, — dijo él con sonrisa burlona. Ahora vamos a casa de Magda. Pero cónstele una vez más que mi esposa es usted y no ella.

Y de nuevo sus brazos rodearon al talle de la joven, mientras ella, debilitada en el cuerpo y el espíritu lo rechazaba con horror.

—No, no, — suspiraba, — yo me he casado con usted en nombre de Magda.

—Su matrimonio conmigo es perfectamente legal, — Jane, — dijo Jasper. — Magda Darras es únicamente el nombre profesional de una mujer cuyo verdadero nombre es Mary Dardley. Para que un matrimonio sea ilegal es preciso que ambas partes contrayentes empleen nombres supuestos. Usted ha firmado con el nombre de Magda Darras, como podría haberlo hecho con el suyo propio. De acuerdo con la ley basta un sólo nombre para que el matrimonio sea legítimo.

Y Jasper Mordaund, venciendo la débil resistencia de la joven, la besó largamente. Jane se estremeció y trató de refugiarse en un extremo del carruaje. ¡Cielo santo! ¿Qué había hecho? Su postrera esperanza estaba en Magda.

El auto se detuvo delante de la puerta de ésta y Jane subió apresuradamente la escalera. Corrió hasta el "budoir' de la actriz y abriendo de un empujón la puerta, dirigióse al lecho donde una hora antes dejara a Magda postrada por la enfermedad. El lecho estaba vacío.

—¡Magda! — suspiró la joven agitando los brazos como un pájaro herido, cayendo desmayada en los brazos del hombre con quien acababa de contraer enlace, de "su esposo".

Magda prepara sus redes para Geoffrey

"Es horrible... horrible".

Geoffrey Hardcastle, el rostro enterrado entre sus manos estaba sentado en el diván que ya conocemos del lujoso budoir de Magda, que se encontraba de rodillas a sus pies sobre una piel de tigre, al lado de la chimenea donde ardían unos maderos; el día estaba frío.

La actriz se acercó un poco más a él. Estaba vestida toda de negro, con una gran cruz de marfil blanco colgándole de una cadenita del cuello como único adorno. El cabello lo tenía peinado bajo y partido por el medio, lo que daba particular aspecto de candor a su hermoso rostro.

—¡Pobre, pobre Geoff! — murmuró.

De repente el hombre levantó la cabeza y la miró.

—¡Yo tenía tanta fé en ella, Magda! — murmuró. Habría preferido clavarle un puñal en el pecho y luego suicidarme antes de verla casada con ese canalla. Ese pensamiento me parte el alma.

—Pues trate de no pensar en ello, — murmuró ella compasiva. — Después de todo, Geoff, hay en el mundo otras mujeres con corazón. Jane, ahora creo que puedo decírselo, es la hipocresía personificada. Su apariencia externa es como para seducir a cualquier hombre; pero todo es cálculo en ella. Yo lo sabía, Geoff, pero al darme cuenta de que usted la amaba tan profundamente, me faltó valor para quitarle la venda de los ojos.

—"Yo esperaba, — agregó con una entonación de voz que conmovió hondamente al atribulado Hardcastle, — que un amor intenso y hondo como el de usted, haría en ella el milagro de cambiarla; pero no fué así. Cuando usted se marchó hace tres meses empezaron a llegar a nuestros oídos rumores de que estaba arruinado, y esto bastó para que los sentimientos de ella con respecto a usted, experimentaran un cambio radical. Yo sabía que esto había de ocurrir, Geoff, porque el corazón de la mujer vé más lejos que el del hombre. Pues bien, aquello se acabó, Geoff, y mi corazón sangra de dolor al ver su infortunio."

El se levantó y comenzó a pasear por la habitación de una manera agitada. "Aún ahora, — murmuró com si hablara consigo mismo, — aún ahora no acierto a comprendr lo que ha ocurrido. Experimento la sensación que todo ha sido un mal sueño, del cual debo despertar algún día. Me resulta increíble, absurdo el que Jane haya podido olvidar sus juramentos de fidelidad en el corto espacio de tres meses y haya ido a ca-

Jane relata con toda franqueza las causas de por qué le odia. ("La aventura de una joven.")

sarse con un hombre como Mordaunt."

—El tiempo no es realmente mucho, — contestó Magda lentamente. Había aprendido muy bien el papel que tenía que representar y sabía los puntos donde convenía reforzar los afectos.

"Mordaunt partió para China al día siguiente que usted. Al parecer hizo dinero y como la chica le había entrado por el ojo derecho, volvió por ella. Jane no podía esperar que usted volviera antes de que ella partiese para China con su marido.

—Pues se equivocó, — dijo amargamente Hardcastle. — Una palabra puesta casualmente en una nota que recibí de un amigo (Magda se estremeció: aquel amigo de Geof era Carl Brisson) me puso sobre la pista. La noticia me desconcertó y no quise creerla. Sin embargo, para salir de la duda que se había apoderado de mí, tomé el rápido de Manchester y llegué a tiempo después de todo.

Hubo un largo silencio interrumpido únicamente por el tic tac de un reloj de Sevres que ocupaba la repisa de la chimenea y por el craquear de los leños al ser consumidos por el fuego. Rompiólo Magda levantándose impulsivamente y dirigiéndose con los brazos extendidos hacia el joven.

—Pobre, pobre amigo mío, — murmuró dulcemente. "Oh, Geoff, se me parte el corazón al verlo a usted así. Venga, — y le hablaba como puede hacerlo una madre al dirigirse a un hijo enfermo y triste, — voy a servirle el te como antes acostumbraba hacerlo. Se lo serviré con tostadas y masitas como usted me dijo que se lo servía su buena madre. Geoff, arroje de su alma esa tristeza que lo consume y sea feliz a mi lado. Yo haré todo cuanto esté de mi parte para hacerle olvidar."

Y la hermosa mujer extendió hacia él los blancos brazos que emergían, formando contraste, de las oscuras profundidades de la bata.

El fuego del hogar suavizaba dulcemente las líneas de su rostro y formaba una especie de aureola en torno de su cabeza. Sus labios estaban abiertos en una sonrisa dulcísima.

Del rostro de Hardcastle desapareció parte de aquella expresión de hondo pesar que se leía en él. Magda estaba ejerciendo en sus nervios el efecto sedativo de un calmante. Como un niño se dejó llevar por la actriz, la que tomándolo por los hombros lo hizo sentar al lado del fuego. Luego tomando ella asiento en un escabel a sus pies, comenzó los preparativos para el té. Sus delicadas manos, ligeras como mariposas se movían de un lado para otro sobre la bandeja de plata donde estaban los adminículos de la importante operación. Hardcastle contemplaba como un sueño las actividades de la joven, fijándose en su perfil purísimo, en la manera tan femenina como movía el té y le pasaba la taza con un gesto grácil, atrayente, encantador.

—Si consigo hacerle olvidar aunque sólo sea por un momento — le dijo cuando comprendió que el encanto que dimanaba de su persona iba penetrando en el alma del joven. — Si consigo que olvide sus penas aun que sólo sea cuando se encuentre conmigo, se habrá colmado las aspiraciones de mi corazón.

Y de repete, como en un estallido de pasión, exclamó:

—Oh, Geoff, yo... yo lo amo. Perdóneme si he roto con los convencionalismos sociales al declararle mi pasión; pero no he podido contenerme. No juzgue mal de mi porque le he revelado mi secreto.

—Magda, amiga mía — comenzó Hardcastle con tristeza — yo no puedo en este momento...

Ella lo contuvo:

—No me diga nada, Geoff — exclamó — no diga nada y perdóneme, se lo suplico de nuevo, no haber sabido poner coto a mis sentimientos. Lo único que quiero que sepa es que si alguna vez necesita de mí, aquí me tiene.

Y para Geoffrey Hardcastle cuya buena fé había sido sorprendida por los rumores que habían hecho correr acerca del mal estado de su fortuna, para aquel hombre que se creía al borde de la ruina, y que se veía abandonado por la mujer a quien amaba a causa precisamente de eso, Magda Darras aparecía rodeada de la aureola de los más bellos sentimientos y del más noble corazón.

Los pensamientos de Magda corrían en otra dirección completamente distinta. Conocedora de su arte, no podía menos de felicitarse por lo bien que había sabido representar su papel. Todavía le quedaba bastante que hacer para llegar al término de sus planes; pero lo hecho era ya bastante y el resultado obtenido era lo bastante para pensar alegremente en el porvenir.

. . . . . .

—Abre esta puerta, querida.

La voz del hombre con quien el día antes había contraído enlace llegó al cerebro torturado de Jane.

La joven miró llena de terror a la puerta y contestó con voz que trató de hacer firme:

—No: no abriré la puerta; si usted quiere entrar aquí tendrá que echarla abajo.

El picaporte se movió.

—No hagas locuras, querida — prosiguió la voz de afuera. — Abre la puerta.

Jane se retiró sin contestar al medio de la pieza conteniendo con una mano los fuertes latidos de su corazón.

En la cerradura oyóse el ruido producido por una llave al abrirla, y Jasper Mordaunt, alegre, sonriente, apareció en el umbral. Jane lo miró con ojos aterrorizados.

—Por suerte he sido previsor y traté de hacerme con llave duplicada — observó. — "Tenía el convencimiento de que había de encontrar en usted una esposa voluntariosa, pero no tan obstinada como usted se está mostrando, Jane".

—¡Oh, cómo lo aborrezco, cómo lo aborrezco! — exclamó la joven dando rienda suelta a su resentimiento. Usted me engañó miserablemente, usted y Magda han abusado

de la manera más indigna de mi inocencia. Si hay en usted un resto de caballerosidad, le pido por lo que más quiera que me deje sola esta noche y que mañana me deje seguir mi camino.

Muchas mujeres habían pasado por la vida de Jasper Mordaunt, mujeres de todas clases y de todas categorías sociales, mujeres llenas de frialdad para con él y mujeres que lo habrían dado todo por una caricia suya. Ninguna de ellas había hasta ahora llamado tan fuerte a sus sentidos como esta frágil criatura que tenía delante de sí.

—Es usted una mujer verdaderamente rara, Jane, — murmuró moviéndose en dirección a la joven. Por Dios no conoce usted el valor de su propia belleza. Y si es así ¿porqué me desafía de esa manera? En el amor y en la guerra todo está permitido. Yo la conseguí a usted por una artimaña, pero no tenía más remedio que hacerlo, porque la adoro, la quiero, Jane, sobre todo lo que hay en este mundo y ardo en deseos de poner mis labios sobre los suyos.

Esto era bastante para Jane. Engañada indignamente hasta hacerla contraer matrimonio contr su voluntad; traída allí a la fuerza. Jane tenía en sus venas una sangre capaz de resistir y de pelear en caso necesario. Ella no estaba dispuesta a conceder a aquel hombre a quien aborrecía el menor derecho sobre su persona. Con rápido movimiento ganó a la ancha y baja ventana que estaba completamente abierta y cuyas cortinas se agitaban con la brisa de la noche. Bajo ella había un vacío de sesenta pies por lo menos, sobre el patio empedrado de la casa.

—Atrévase a tocarme,—gritó con aire de desafío — a tocarme tan sólo, y me tiro por la ventana. Se lo juro. Jasper Mordaunt. Si usted gusta añada otro crimen al que ha cometido hoy; pero yo no seré su esposa ni sus labios tocarán los míos mientras yo viva.

El se detuvo involuntariamente al darse cuenta del acento decidido con que fueron pronunciadas aquellas palabras. Entonces trató de volver la situación a un estado más normal riéndose de los temores de la joven.

—No diga tonterías, — exclamó, dando un paso atrás. La amo demasiado para querer atemborizarla. Después de todo, yo soy su esposo. Le pido mil disculpas por haber pretendido ir demasiado lejos el primer día en que nos vemos juntos. Cuando tenga un poco más de calma estoy completamente seguro de que habrá de pensar de distinta manera con respecto a nuestro matrimonio. No haga tonterías, se lo repito. ni tome las cosas por el lado dramático. Yo no soy un ogro, Jane, para que usted me rechace de esa manera. Si usted no me quiere ahora esperaré a que me quiera. Si rechaza en este momento mi amor, no tardará en pedírmelo.

Jane sintióse avergonzada; comprendió que había tomado las cosas demasiado en serio y que él se reía secretamente de sus temores. Se puso colorada hasta las raíces de los cabellos y quedó indecisa sin saber qué determinación tomar.

Como hábil hombre de mundo que era, él puso fin a aquella situación embarazosa.

—Buenas noches, querida, — dijo, dando media vuelta y caminando despreocupadamente en dirección a la puerta. Que duermas bien; nadie te ha de molestar, — agregó volviéndose de nuevo. No precisas cerrar la puerta. Nadie entrara aquí.

Jane se estremeció. Había algo en las suaves palabras de aquel hombre, en su hipócrita sonrisa, que la atemorizó más aún que una amenaza abierta. Sentóse en una silla con la cara entre las manos. ¿Cómo hacer para escapar de aquel hombre? ¿Qué había de verdad en lo que acababa de decirle acerca de la puerta?

Corrió a ella e hizo girar el picaporte. La puerta cedió. Daba a un corredor completamente oscuro. Estaba vacío.

¿Había recapacitado Jasper acerca de la iniquidad que cometiera con ella? ¿Había en aquel hombre un poco del sentimiento de la justicia? ¿Se había arrepentido de lo que había hecho?

Sí, ella trataría de escaparse de aquella casa; iría a Geoffrey y le haría comprender lo ocurrido. El la creería. Era demasiado cruel para ella el pensamiento de que Hardcastle pudiera creer que se había casado con aquel hombre por su propia voluntad.

Vistióse febrilmente y salió dirigiéndose hacia la escalera. Se detuvo. ¿Había oído un pequeño ruido? No; no era nada. Bajó la escalera y dirigióse al vestíbulo del hotel, donde estaba la puerta que daba a la calle. Una vez allí, pensaba dirigirse a la estación y tomar el primer tren para Londres.

Iba ya a asir el picaporte con sus dedos temblorosos, cuando una sombra se adelantó en la oscuridad y le puso una mano sobre el brazo. Oyóse el ruido producido por la llave de la luz eléctrica y la habitación se inundó de luz.

Una mujer vestida de enfermera; su rostro era bondadoso y afable y una dulce sonrisa vagaba en sus labios.

—Venga conmigo, querida, — le dijo suavemente. "Yo la cuidaré".

Jane la miró, sin ser dueña de articular palabra. "¿Me habré vuelto loca?", — pensó. — Quiero salir de aquí, — dijo con acento desesperado. Saque su mano de mi brazo. Yo quiero salir de aquí.

La enfermera asintió, como si Jane no hubiera dicho nada fuera de lo corriente.

—Sí, murmuró, condescendiente, como si estuviera hablando con un niño. — Entiendo.

Y mientras tanto, con una fuerza sorprendente para su frágil estructura aparente, obligaba a Jane a volver por el camino que había traído.

Jane distinguió detrás de ella la escalera por donde había bajado.

—No, no, — gritó con voz aguda, — no quiero estar más aquí.

La mujer siguió empujándola como si nada hubiera oído, haciéndola subir la escalera. Tan agotadas estaban sus fuerzas que ni siquiera pensó en oponerle la menor resistencia.

—¿Cómo se atreve usted, — sollozaba, — cómo se atreve usted a tratarme de esta manera?

Así llegaron a la puerta del cuarto de

donde saliera Jane, y abriendo la puerta la enfermera introdujo a Jane en él de un empujón.

Una vez dentro, la joven vióse fuertemente sujeta por los brazos y antes de que pudiera protestar, vióse tendida en el lecho. Aquella mujer debía ser habilísima para semejantes trances, porque, sin que Jane pudiera darse cuenta de ello, le introdujo en la boca una cuchara llena de un líquido, que la joven tragó sin ser dueña de evitarlo. Momontos después estaba profundamente dormida.

Tan pronto como se hizo el silencio en la habitación, penetró en ella Jasper Mordaunt. La mujer se volvió a él con una sonrisa de simpatía en su rostro bondadoso.

—Com usted temía, señor, — le dijo respetuosamente, — su esposa trató de escaparse. Según sus indicaciones, esperé donde usted me dijo y poco después bajó ella. No cabe dudar que tiene la cabeza un poco trastornada. Yo la hice volver y le administré una poción que la hará dormir tranquilamente toda la noche.

—Ha hecho usted bien, — contestó Jasper. Mi pobre esposa ha sufrido mucho estos últimos días y nada tendría de extraño que su razón se hubiese resentido un poco. Es triste, muy triste lo que ocurre, pero creo que a fuerza de cuidados y de cariño conseguiremos volverla a su estado normal.

Y Jasper lanzó un suspiro significativo.

"¡Qué corazón de oro debe tener este hombre!" — pensó la sencilla enfermera, mandada venir por Jasper de uno de los principales sanatorios londinenses para enfermedades mentales, para asistir a su esposa.

—No quiero entretenerla más, — prosiguió Mordaunt. Cuídela bien a la pobre; creo que esto será pasajero y que pronto podremos prescindir de sus servicios. Pero le ruego que no se deje ver de ella durante el día.

Y haciendo un saludo con la cabeza a la enfermera, se retiró, satisfecho de sí mismo. Estaba completamente seguro de que más tarde o más temprano conseguiría vencer la resistencia de Jane y qeu en fecha no muy lejana ésta se había de dar por satisfecha en reconocerle como a su dueño y señor.

. . . . . .

A la mañana siguiente, cuando Jane despertó se encontró tendida en el lecho. Estaba rendida y soñolienta. El sol penetraba con torrentes de luz por la ventana. La joven se incorporó apoyándose sobre un codo ¿Qué había ocurrido? Sus ojos se fijaron en la ventana. Ahora comprendía. Había intentado escaparse y al llegar a la puerta una mujer vestida con el uniforme de enfermera le cortó el paso y la hizo volver...

Sus grandes ojos se dilataron por el espanto. ¿Dónde estaba ahora aquella mujer? Su mirada se paseó por la habitación. Todo estaba en orden. Allí estaba su valija. Levantóse de la cama y corrió al guardarropa, abriéndolo de par en par. Todo estaba en perfecto orden. Todos sus vestidos estaban como los había dejado, los zapatos en sus cajas, los guantes y las medias en los cajones de siempre. Aún el peine y el ecpillo de dientes estaban en la mesa donde los había puesto antes de preparar sus cosas para la huída.

Un temor absurdo, irracional, se había apoderado de ella. ¿Iría a volverse loca?, pensaba. Por fin acertó a encontrar el botón de un timbre, el que hizo sonar hasta que se presentó una linda mucamita lugareña.

—¿Dónde está la enfermera? — preguntóle Jane, con los nervios en tensión.

—¿Enfermera? — preguntó a su vez la muchacha, admirada. No, señora. Los únicos huéspedes que hay en la casa son usted y su esposo. En esta época del año estamo de ordinario completamente solos.

—Está bien, — dijo Jane. — ¿De manera que está usted segura de que no hay en el hotel una enfermera? Entonces...

Vistióse apresuradamente. Estaba determinada a interrogar a Jasper. Evidentemente, ésta era la razón porque la había dicho él que no precisaba cerrar la puerta. Alguien la vigilaba estrechamente.

—Esta noche estuvo una enfermera en mi habitación, — decíale momentos después a Mordaunt. — ¿La conoce usted?

El interpelado se encogió de hombros.

—No sé que haya en el hotel nadie más que usted y yo, además del personal de la casa. ¿Por qué tenía que ir una enfermera a su dormitorio? Usted debe haber soñado.

Un estremecimiento frío atravesó de parte a parte a la joven. Ella sabía que aquel hombre estaba mintiendo; sentía que estaba rodeadapor todas partes de enemigos, entre los que figuraba en primer término aquel hombre aborrecible y aborrecido, a quien ante la ley debía dar el nombre de esposo. Jane era una muchacha enérgica y allí, bajo el cielo azul de Devonshire, con el sol cayéndole sobre la cabeza descubierta recobró el equilibrio de sus sentidos y su razón. Era un absurdo pensar que pudiera haber soñado aquellas cosas. La verdad era más triste que todo eso: Jasper la guardaba allí con fines que ella apenas acertaba a comprender, y era preciso combatir a la astucia con la astucia.

Si estuviera allí Geoff para ayudarla... Si pudiera ella decirle la verdad acerca de aquel matrimonio que ella había contraído de una manera tan estúpida.... Y Jane cayó de rodillas al lado del lecho, elevando al cielo una plegaria por su liberación.

. . . . . .

—¿Está usted seguro de que ese Carl Brisson ha confesado la verdad?

El inspector de Scotland Yard asintió a esta pregunta de Hardcastle.

—No puede haber duda acerca de ello, — dijo. — Se trata de un profesional en la materia, de un individuo que vive al margen de la ley, metido siempre en algún "negocio" sucio, siempre que haya de por medo el dinero suficiente para pagar su trabajo. Brisson es un hombre que sabe presentarse con la apariencia del caballero; lo conocen en los clubs, en la Bolsa, aunque jamás se ha dedicado a las transacones comerciales. Pues bien, una palabra aquí, una insinuación malévola por allá, una carta llena de insinuciones veladas escritas con oportunidad, son cosas que bastan a veces

para destruir la más sólida de las reputaciones comerciales. Brisson ha sido sumamente hábil en este caso, que por supuesto no es el primero.

—¿De manera que se ha comprobado que Mordaunt pagó a Brisson por esparcir rumores falsos acerca de mi estado financiero? — preguntó Hardcastle.

—Completamente, — contestó el detective, — pero en rigor, él no ha sido más que un testaferro. Nuestra investigaciones nos permiten asegurar que existe otra persona interesada en el asunto, una mujer probablemente, y que ésta ha sido quien suministró en realidad el dinero.

La entrevista terminó aquí, dejando a Hardcastle completamente perplejo. ¿Qué interés podía tener Jasper en arruinarlo? Jasper debía haber sabido por medio de Magda que él y Jane estaban comprometidos para casarse. ¿Le habría movido acaso el deseo de arrebatarle la mujer a quien amaba? Y en esta suposición, ¿quién podía ser la mujer a quien aludía el informe policial?

Y delante de la imaginación de Hardcastle se presentó el rostro agonizante de Jane al lado del triunfante de Jasper en aquel día fatal del matrimonio de ambos. ¿No podía ser que Jane hubiera sido engañada y que dijese la verdad cuando dijo con lágrimas en los ojos que no estaba casada con aquel hombre?

¿No podía haber querido ella decirle que aquel enlace no había sido contraído por su libre voluntad? Acaso había sido forzada para representar una farsa, mientrs él, ciego, que la imaginaba sin fé, no había hecho nada para salvarla o para penetrar hasta el fondo de aquel misterio.

Hardcastle lanzó un profundo suspiro. ¿Qué podía hacer en aquellas circunstancias? Entonces recordó que Magda conocía a Jasper. ¡Qué raro que ésta no le hubiera hablado una sola palabra ni de él ni de Jane! Aquel silencio le pareció un poco sospechoso.

Diez minutos más tarde se encontraba en la casa de la artista, en la encantadora salita de recibo de ésta, a la que fué conducido por la nueva señorita de compañía, quien le dijo que su señora había ido a una comida, pero que no tardaría en volver.

Los minutos parecían largos como si fueran horas para el joven, quien experimentó un impulso de insensata alegría cuando vió entrar a la artista en toda la gloria de su belleza esplendorosa, desnudos el cuello y los brazos magníficos, brillantes los ojos, y llameantes las mejillas. Al ver a Hardcastle dirigióse a él con los brazos abiertos.

—Bien, Geoff. ¡Cuánto me alegro de que haya venido! Mac me ha dado el papel de protagonista en su nueva obra y era preciso celebrarlo un poco, — agregó.

Hardcastle la tomó lentamente por los hombros y le dijo, mirándole a los ojos:

—Magda, no he venido aquí para preguntarle dónde ha estado, sino para algo más urgente y que se relaciona de una manera más directa con mi felicidad.

Magda creyó haber comprendido lo que significaban aquellas palabras, e interpretándolas como una declaración amorosa, echó sus blancos brazos al cuello del joven.

—Mi querido, — gritó apasionadamente. — ¿Has venido a decirle a tu Magda que por fin vas a ser de ella?

—No, por el cielo, — exclamó Hardcastle, tratando de desasirse de las caricias de ella como si le quemaran. Magda, perdóneme, pero si en mis palabras o en mis acciones ha habido algo que la haya inducido a creer eso, se ha equivocado.

La joven se dejó caer sobre una silla.

—Usted no me ama — murmuró. — Entonces...

—Magda — dijo él, tomándole una mano y obligando a la joven a mirarle — Magda ¿sabe usted algo acerca de Jasper?

La joven había caído sobre el sofá; tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y miraba a Hardcastle con ojos extraviados. Decididamente, Magda se había excedido un poco en la bebido aquella noche.

—Jasper — murmuró como si hablara consigo misma — ese ya tiene lo que tanto deseaba. ¿Qué más quiere ahora?

Los latidos del corazón de Geoffrey apresuraron su ritmo.

—¿Qué es lo que deseaba, Jasper? — preguntó, como el juez que interroga a un preso muy perspicaz.

—A Jane, mi señorita de compañía. Estaba loco por ella. ¡Buena jugada le hicimos a la pobre! ¡Ocupar mi lugar como novia de Jasper...! Ja! ¡ja! ¡ja!

Y la joven cayó tendida a la larga sobre los cojines del sofá.

Hardcastle no esperó más y salió precipitadamente de aquella casa resuelto a encontrar a Jane costara lo que costase y arrancarle de los brazos del bandido que de una manera tan indigna lograra apoderarse de ella.

¡Oh, Jane! ¡Pensar que yo he podido dudar de tí!

Todo había concluído en el concepto de Jane mientras yacía sobre su albo lecho, viendo inclinarse sobre ella misma el rostro grave de la enfermera. Había hecho lo posible para escapar. Todo estaba perfectamente planeado, pero había sido sorprendida en el preciso momento de abandonar el hotel, y Jasper siempre vigilante la hizo volver de nuevo a aquella habitación de un establecimiento perdido en el campo, lejos de las indiscreciones de los hombres.

—¿Por qué me tiene usted aquí contra mi voluntad. Seguramente que usted no quiere tener una esposa que lo sea por la fuerza — suspiraba la joven, fijando sus ojos de un azul tan puro sobre los negros de Jasper en un momento en que la enfermera había salido por un momento.

—La tendré así hasta que se someta — contestó Jasper. — Usted es una esposa obstinada y la única manera de enseñarle la obediencia es tenerla encerrada, como lo hago yo ahora.

Dichas estas palabras desapareció, dejando grabada en el alma de la joven su cínica

sonrisa. Jane se encontraba muy débil y la enfermera que la creía atacada de una enfermedad mental, continuó suministrándole calmantes de toda clase.

Jasper, complacido con el éxito que había tenido su plan daba una vuelta por los alrededores del hotel, fumando un cigarro de hoja comprado con el dinero recibido de manos de Magda, una sonrisa de satisfacción en los labios, y rebosándole el contento por todos los poros de su persona.

Luego volvió al comedr del hotel y ordenó le sirvieran con cocqtail, mientras leía cómodamente sentado las noticias de la tarde en el último diario.

—¡Mordaunt!

Al oir esta palabra Jasper dió un salto sobre la silla donde estaba sentado. El que le había pronunciado era Hardcastle que estaba delante de él mirándole de una manera poco tranquilizadora. Estrujó el papel que tenía entre sus manos y trató de disimular con una sonrisa forzada el efecto que le produjera la presencia de su rival.

—¿Qué le trae a usted por este rincón tan apartado del mundo? — preguntó. — Lo creía a estas horas en Londres al lado de Magda Darras.

La imprudencia de aquel hombre sublevó a Hardcastle.

—He venido a hacer ciertas averiguaciones acerca de Jane, — contestó de una manera harto significativa.

—Mi esposa se encuentra perfectamente, — contestó Jasper sin dar importancia a la pregunta. — Gracias por su interés.

Aquella contestación terminó de agotar la paciencia de Geoffrey, quien puso una mano sobre el hombro del cínico.

—¡Canalla! — le dijo con ira reconcentrada — tu cómplice Brisson está en la cárcel. — ¿Sabes lo que significa esto para tí?

—¡Brisson! — exclamó Jasper poniéndose blanco como la cera.

—¡Carlos Brisson! — contestó Hardcastle con voz más tranquila. — Ahora le toca a usted decirme que interés ha tenido en esparcir rumores alarmantes acerca de mi persona, inventar la historia de mi ruina y por qué se ha casado a la fuerza con una inocente joven, engañándola entre usted y Magda de la manera más indigna?

—Todo eso son cuentos — contestó cínicamente asper. — Jane se ha casado conmigo porque ha querido y nada más.

Y al decir estas palabras se había levantado de su asiento, tratando de dirigirse hacia la puerta.

—Esta es la pura verdad — prosiguió. — Jane y yo somos felices. Me ama y nunca lo ha querido a usted. ¿Cree usted que hay una sola joven en nuestros tiempos que vacile entre una persona que puede proporcionarle toda clase de comodidades y otra que se encuentra arruinada como usted?

Geoffrey le impidió que ganara la puerta.

—No tan a prisa, amigo mío — le dijo. — Acabo de decirle que Carlos Brisson se encuentra preso, y agregaré a esto que lo ha confesado todo, aduciendo pruebas convincentes acerca de la complicidad de usted con él. Por último le diré que la policía lo está esperando a usted en la puerta del hotel.

Con un brusco movimiento Jasper logró desligarse de las manos de su rival. Evidentemente no había creído lo que le decía Geoffrey porque su primer movimiento fué en dirección a la puerta; pero algo sospechoso debió haber visto fuera, porque rápidamente dió vuelta y corrió ahcia una ventana y trepando de un salto a su alfeizar se desplomó en el vacío.

Un momento después la policía estaba al lado suyo; pero todo fué inútil. Jasper Mordaunt había caído desde una altura de treinta pies sobre una escalinata de mármol rompiéndose la base del cráneo.

. . . . . .

Una semana más tarde dirigíase en dirección a Londres por los umbríos caminos del Devonshire un magnífico automóvil ocupado por Geoffrey Hardcastle y la joven que había sufrido tanto. Con una mano en torno de la cintura de su adorada y la otra en el volante, Hardcastle conducía el vehículo.

—Adorada mía — decía él. — ¿Sabes qué es lo primero que voy a hacer en cuanto lleguemos a Londres?

Los ojos de ella le interrogaron.

—Pues obtener un permiso especial para casarnos. Esta vez no quiero recibir otra sorpresa como la anterior. Quiero asegurarte bien, para que no te me escapes. ¿Me entiendes?

FIN DE "LA AVENTURA DE UNA JOVEN"

Hay yacimientos de carbón de piedra, en condiciones de ser explotados comercialmente, en veintiocho Estados y territorios de los Estados Unidos.

✣ ✣ ✣

Varias clases de las puntillas más finas y hermosas del mundo, las hacen las mujeres de las islas Filipinas con una seda muy fuerte que sacan de la fibra de las hojas de la planta que da ananá.

En las excavaciones hechas en el huerto de Getsemaní han descubierto al pie del monte de los Olivos, una iglesia que fué construída el siglo IV de la Era Cristiana.

✣ ✣ ✣

Se calcula que se desmonta cada día del año una extensión de 9500 acres de bosques para utilizar la madera exclusivamente en la fabricación del papel.

PERIODISMO

Una información sensacional

por Max y Alex Fischer

(Traducción del francés)

Los grandes humoristas franceses que firman este curioso cuento son bien conocidos de los lectores de "Pucky" que han podido apreciar otros trabajos de los mismos, siempre interesantes y siempre graciosos. El presente es uno de los más originales artículos de tan renombrados autores.

ERNESTO POUTRACHE, el director de "El Gran Diario", me dijo anteayer, a primera hora de la tarde:

—Queda convenido, señor Fardot: usted ingresa en mi periódico para hacer informaciones especiales. Tráigame su primer artículo mañana jueves por la tarde. Se publicará pasado mañana, viernes, por la mañana.

Quería que, para empezar, publicara en "El Gran Diario" un artículo sensacional. Durante media hora estuve dudando entre intentar arrancar una interviú al Presidente del Consejo o celebrarla con la señora Polaire.

"Todo el mundo — pensé al fin, — todo el mundo repite a porfía que las orillas del Sena sirven por la noche de guarida a todos los apaches de la capital. Que yo sepa, ningún periodista, ni siquiera mi notable compañero Mauricio Bal, de "El Hilo Especial", se ha domiciliado por una noche bajo uno de los arcos del puente parisién. ¿Por qué tú querido Juan Fardot, no has de ir esta noche a acostarte bajo el puente de Alejandro III?"

Valerosamente, unas horas después, tras vestirme con el traje que yo creí menos llamativo para que no extrañaran mi presencia los habituales huéspedes de semejantes lugares, puse en ejecución mi original proyecto. Y esta mañana, al desdoblar "El Gran Diario", he tenido la alegría de encontrar mi artículo.

REPORTAJE VIVIDO

Una noche bajo el puente de Alejandro III

Duermo en cama ajena. — Cómo era mi vecino de cama. — Algunas notas acerca de la elegancia apache. — Taquigrafío una conversación edificante.

Hacía ayer una noche muy negra, cuando — cubierto con una gorra de tres puentes, vestido con un grasiento chaquetón de pana color castaño y un pantalón que a fuerza de estar remendado con jirones de telas de veinte colores, parecía un abigarrado tejido escocés — me encontraba yo bajo el puente de Alejandro III.

Me había hecho el propósito de demostrar mi valor. Pero ¿Por qué no confesarlo? Cuando a la débil claridad de la luna divisé un inquilino que estaba ya instalado, como en su propia casa, al pie de una pilastra, sentí que un desagradable escalofrío me corría de la nuca a los talones.

Me esforcé en vencer mi espanto. Me tumbé yo también al pie de una pilastra...

. . . . . .

...¡Y pensar que yo había creído firmemente que llevaba el uniforme de los apaches! ¡Al revisar el traje de mi compañero de alcoba no tardé en darme cuenta de que, bajo mi disfraz, debía de parecer un apache de opereta!

Un verdadero apache — ahora lo sé —

no se pone una gorra de tres puentes, un chaquetón de pana color castaño y un pantalón de tejido símili-escocés. ¡Los verdaderos apaches se cubren la cabeza con una vieja gorra de ciclista metida hasta las orejas! ¡Se atavían con un sobretodo ceniciento, cortado a la altura de las caderas! ¡Amoldan sus piernas en un pantalón ciclista, que baja indolente hasta medio pantorrilla!...

. . . . . .

... Una conversación con semejante personaje no podía dejar, evidentemente, de ofrecer el más vivo interés. Acababan de dar las cinco de la mañana en la estación del Quai d'Orsay. Avancé los metros que nos separaban al uno del otro.

Era conveniente ganar la confianza de aquel siniestro individuo. Como al descuido, le confié que la víspera había yo asesinado a un viejo que no quiso hacerme donación espontánea de su reloj.

Mis confidencias produjeron el efecto que yo esperaba. El, entonces, no vaciló en explicarme cómo había empleado el día.

Oigan ustedes esto: el hombre que estaba ante mí había estrangulado con sus propias manos a una vieja vendedora, de la calle de Haudriettes, para hurtarle los 12,50 francos que tenía en su cajón...

. . . . . .

. . . . . .

JUAN FARDOT.

A eso de las tres me disponía a salir para ir a recibir las felicitaciones de mi director. Un dependiente de "El Gran Diario" ha llamado a mi puerta.

Traía un número de "El Especial" que el señor Poutrache, el amo, le había encargado que me trajera. También traía una carta.

Febrilmente he leído la carta:

"¿Compra usted alguna vez "El Hilo Especial", señor Fardot?... Le recomiendo la lectura del número de esta mañana. Encontrará un artículo que no dejará de interesarle.

ERNESTO POUTRACHE."

Febrilmente he desdoblado el número de "El Hilo Especial".

¿Cómo traducir la estupefacción que he experimentado?

¡Una fotografía publicada en la cuarta columna de la primera página me representaba a mí, a mí, a Juan Fardot, bajo el disfraz con que me había vestido la ante víspera!... ¡Debajo de este clisé aparecía un largo artículo con la firma "Maurice Bal"!

DEL REPORTAJE A LA VIDA

Una noche bajo el puente de Alejandro III

Permanezco algunas horas en un cuarto del Palace-Hotel de los señores apaches. — Un sueño falto de confort. — En donde se conocerá a un señor que emplea bien los días.

A cada rato oímos hablar de "apaches". Pocos son, sin embargo, los que han visto de cerca un apache.

He creído que una incursión en el reino de estos señores podría tener algún interés. Renuncié la otra noche a la simpática seguridad de mi pisito bien abrigado. Me disfracé con una vieja gorra de ciclista, un sobretodo ceniciento sumamente reducido a las proporciones de un chaquetón y un pantalón ciclista desechado. Me fuí a dormir bajo el puente de Alejandro III...

. . . . . .

Estaba yo tumbado, hacía unos minutos, al pie de una pilastra, cuando un individuo se tumbó a unos diez metros de mí, al pie de una pilastra próxima.

¿Para qué presumir de más intrepidez de la que tengo? Al pensar que iba a pasar la noche en compañía de aquel personaje sentí que un sudor frío humedecía mi frente.

No sonriáis desdeñosamente. Mirad primero el inquietante personaje en cuestión, tal como aparece en la instantánea que yo pude hacerle, al amanecer, sin que él lo advirtiera.

Sinceramente, con su gorra de tres puentes, su chaquetón de paño color castaño, con su pantalón escocés, ¿no tiene el aire de la gente de vida completamente crapulosa? Su mirada cobarde, sus orejas despegadas, su cráneo en punta, ¿no revelan, con una espantosa claridad, al criminal empedernido, inveterado, sin enmienda posible?...

. . . . . .

MAX y ALEX FISCHER.

La mucama. — Pero, ¿qué es eso? ¿No traen ustedes más que cuatro sombreros? La señora ha encargado doce.

La modista. — Es que no puedo con todos.

—Pues le hacen falta los doce antes de las cinco de la tarde.

✣ ✣ ✣

—Camarero, este cuchillo no corta y el bife parece un pedazo de cuero.

—Tanto mejor, señor, afile el cuchillo contra el bife y así podrá cortarlo en seguida.

Una señora muy fea se pone enferma, y su marido llama al médico.

—Su esposa de usted, — dice éste, — no me gusta nada.

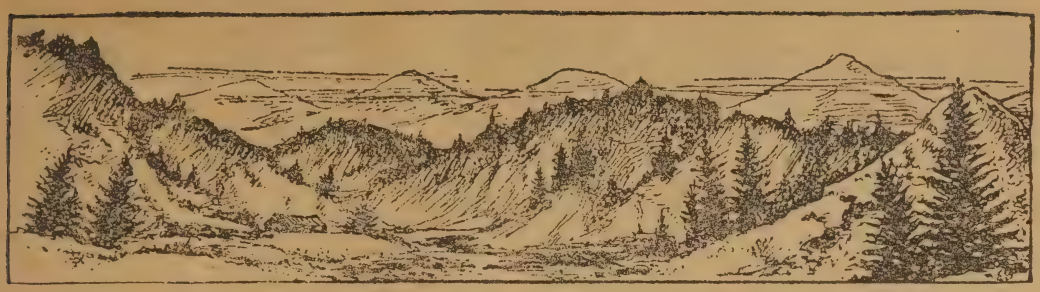
—Sí, señor, — dice el marido. — Ni a mí tampoco.

✣ ✣ ✣

—¿Podrías prestarme diez pesos, que te los devolveré dentro de quince días?

—Imposible en este momento. No llevo suelto. Sólo llevo un billete de cincuenta.

—Pues dámelo, y te lo devolveré dentro de un mes.



DEL HELADO NORTE

El Gran Silencio Blanco

Por JACK LONDON

(Traducción del inglés)

No necesita presentación el autor de este cuento emcionante y original que como todos los de Jack Lonlon, refleja de modo admirable la vida del Norte solitario donde el hombre lucha con los elementos y con tantos y tantos enemigos.

CARMEN no vivirá más de dos días.

Al decir esto, Mason escupió un trozo de hielo y contempló al pobre animalito con aire desolado; después se llevó a la boca una de las patas del perro y se puso a triturar con los dientes el hielo que tenía acumulado entre los dedos la desdichada bestia y que la hacía sufrir horriblemente.

—No he conocido ningún perro que llevando el nombre retumbante de una ópera haya valido un centavo — exclamó al dar por terminada la operación, echando a un lado al animal. — Casi todos pierden las fuerzas en seguida, aplastados por la carga de su nombre. En cambio, ¿se ha visto nunca, ni por casualidad, que acabaran mal los que llevan nombres racionales como Cassior, Siwash o Husky? No, señor: Sino, mirad a Shookun; ese sí que es...

El animal, seco, famélico, dió un salto y poco faltó para que sus dientes afilados tocaran el cuello de Mason.

—¡Ah! ¿Conque querías morderme?

Un golpe diestramente propinado con el puño del látigo alcanzó al can, hiriéndole detrás de la oreja y derribándole en la nieve. De la boca le colgaba una baba amarilla.

—Pues decía que mirarais a Shookun. Ahí hay fuerza, vigor. Apuesto lo que quieran que antes de un mes se habrá comido a Carmen.

—Yo, en cambio — replicó Malemute Kid, mientras daba vuelta a un pan colocado junto al fuego para que se deshelara, — te apuesto, contra lo que acabas de decir, que antes de terminar nuestro viaje nos comeremos a Shookun. ¿Qué opinas tú, Ruth?

La india se ocupaba en aquel momento en depurar el café echándole un trozo de hielo. Su mirada fué de Malemute Kid a su marido, fijándose después en los perros sin contestar a la pregunta. Era aquella una verdad tan grande, que más valía callar.

La perspectiva de recorrer doscientas millas abriéndose camino sobre la nieve y de seis días de comida escasa — para ellos, que para los perros ninguna, — no permitía otra alternativa. Los dos hombres y la mujes se agruparon alrededor de la hoguera y comenzaron su pobre colación.

Era el descanso de mediodía; los perros continuaban con sus arreos mirando codiciosamente cada bocado que engullían sus amos.

—Por hoy se acabó la comida — exclamó Malemute Kid; — es la última. No hay que perder ni un momento de vista a los perros porque se están volviendo malos. Si se presentara ocasión, serían capaces de derribar un hombre.

—¡Pensar que en otros tiempos era yo presidente en Epwot y daba lecciones en la escuela dominical!

Después de haber pronunciado estas palabras, que no tenían relación alguna con el momento ni con las circunstancias, Mason quedó sumido en la contemplación meditabunda de sus "mocasines" humosos. Ruth, al llenarle la taza, le volvió a la realidad.

—Gracias a Dios, nuestra provisión de te

es abundante. ¡Ah! Le vi crecer, allá en el Tennessee. ¡No sé lo que daría por tener en este momento un poco de maíz tostado! No importa, Ruth; no te queda ya mucho tiempo de sufrir hambre y calzar mocasines.

Al oír estar palabras, la tristeza de la mujer desapareció y de sus ojos salió una mirada amorosa, para su dueño y señor, el primer hombre blanco que había visto en su vida, el primer hombre que vió tratar a las mujeres algo mejor que a un animal o a una bestia de carga.

—Sí, Ruth — continuó su marido, recurriendo a la jerga que solamente les permitía entenderse uno a otro, — espera que haya arreglado mis asuntos. Entonces iremos a mejores países, a un país más hermoso. Cogeremos la canoa del hombre blanco y no siremos al Lago Salado. Sí; agua mala, mar perverso, montes muy grandes que suben y bajan continuamente. Todo esto tan grande está lejos, muy lejos... ¡Allá lejos! Hay que viajar diez, veinte, cuarenta días — y de una manera cómica contaba los días con los dedos. — Siempre con agua por todas partes, agua mala. Después se llega a una ciudad grande... Mucha gente, mosquitos como el año pasado y "Wigwans" (1) muy altos, como diez o veinte pinos puntos. ¡Hi! ¡Hi!.

Calló un mmento ante la dificultad de expresarse. Lanzó una mirada de súplica a Kid, y en lenguaje mudo y pintoresco hizo ademán de colocar, uno sobre otro, con gran trabajo, una veintena de pinos. Kid sonrió con burlona incredulidad, mientras Ruth abría desmesuradamente los ojos expresando asombro y deleite, porque, aun creyendo que su marido hablaba en broma, aquella condescendencia alegraba el corazón de la pobre mujer.

—Y entonces entras en un.. cajón, y ¡en marcha!

A manera de ilustración arrojó al aire la raza, que atrapó con suma destreza, y continuó:

—Y ¡paf! Llega... ¡Oh, los grandes sabios! Tú te vas a Fort-Yukon y yo a Artic City — veinte días de distancia; grandes cuerdas, todo el camino. — Cojo uno de estas cuerdas, todo el camino.—Tomó una de estas la, Ruth. ¿Cómo estás?" Tú contestas: "¿Estás ahí, querido?" Yo contesto: "Sí." Y tú me dices: "Aquí no hay pan bueno ni soda tampoco." Entonces te digo: "Mira en el escondrijo de la harina. Adiós". Y tú buscas y encuentras mucha soda. Y siempre tú en Fort-Yukon y yo en Artic City. ¡Hi! ¡Hi! ¡Oh! ¡Los grandes sabios!

Ruth, ante este cuento de hadas, sonrió tan ingenuamente que los dos hombres se echaron a reir de todo corazón.

La riña que trabaron los perros cortó de raíz aquellas maravillas de su futura residencia y, una vez separados los combatientes, Ruth ajustó las correas de los trineos, quedando así todo preparado para la marcha

—¡Hue! ¡Adelante!

---

(1) Choza de forma primitiva, habitada por los indios.

Mason fustigó vigorosamente, y como los perros gimoteaban al peso de los arreos, desamarró el trineo sirviéndose del palo con que dirigía el vehículo. Ruth le siguió en el segundo trineo, dejando a Malemute, que había empujado para que arrancara su vehículo, formar la retaguardia. Este, a pesar de ser un verdadero bruto, capaz de derribar de un solo galpe a un buey, no podía pegarles a los pobres perros y se prestaba con complacencia, rara en los conductores de trineos, a sus caprichos, llegando hasta a llorar cuando los veía sufrir.

—Adelante, pobrecitos. En marcha; no hagáis caso de vuestras patas doloridas — iba murmurando, después de repetidos esfuerzos infructuosos para poner el trineo en movimiento.

Por fin vió recompensados sus esfuerzos y su paciencia. A pesar de los gemidos que les arancaba el sufrimiento, los animalitos se apresuraron a reunirse a los demás.

Se acabaron las conversaciones. Hablar no era ya posible.

Abrirse camino a través de la nieve es trabajo difícil que no admite distracción alguna. De todos los trabajos arduos y penosos, el tránsito por estas regiones de hielo del Norkland es el peor. ¡Feliz el hombre que al precio de su silencio logra sin ningún obtáculo ni contratiempo verificar la tarea de un día de viaje aunque sea sobre camino trillado!

Pero si uno mismo debe abrirse la ruta a través de la nieve en el país del Extremo Norte, entonces el trabajo es de lo más duro que se puede imaginar. A cada paso los zapatones palmeados se hunden en la nieve, que llega hasta las rodillas; hay que levantar primero un pie recto — la menor desviación puede ser causa de un desastre — y adelantar un paso; después hoy que levantar el otro pie, perpendicularmente hasta medio metro de altura, y así sucesivamente. El que prueba a hacer esto por primera vez se cansa pronto y a los cien metros abandona la tarea, aunque haya tenido la suerte de evitar todo tropiezo peligroso para su calzado y toda caída sobre un terreno tan traidor. El que puede lograr mantenerse durante todo el día fuera del camino de los perros, tiene perfecto derecho a acostarse metido en su saco toda la noche con la conciencia tranquila y un orgullo que sobrepasa toda concepción. Respecto al que viaja por un camino trazado por otros en la nieve, puede decirse de él que hasta los dioses le envidian seguramente.

La tarde se pasó con el sentimiento de miedo que causa aquel Gran Silencio Blanco. Los viajeros continuaban el penoso trabajo sin proferir una sola palabra.

La naturaleza tiene mil maneras de recordar al hombre que es mortal y de convencerlo de ello — el flujo y reflujo incesante de los mares, el furor de las tempestades, los terremotos, el prolongado retumbar del trueno; — pero la más prodigiosa, la más estupenda de todas es la fase pasiva de este Gran Silencio Blanco. Cesa todo movimiento; el cielo se aclara y adquiere tonalidades cobrizas; el menor murmullo parece una profanación. El hombre en-

tonces, se vuelve tímido; el sonido de su propia voz le asusta.

Unica chispa de vida en medio de la aterradora inmensidad de un mundo muerto, tiembla ante su audacia y comprende que su vida es sólo la de un gusano de tierra. En su espíritu se presentan extraños pensamientos y le oprime el misterio de todas las cosas. El temor a la muerte, de Dios, del Universo, se apodera de todo su ser — esperanza de la resurrección y de otra vida, aspiración a la inmortalidad, vanos esfuerzos del yo aprisionado.. — Entonces, sólo entonces, o nunca ya, es cuando el hombre camina solo con Dios.

Así fué transcurriendo la jornada. El río describía una gran curva. Mason dirigió su trineo por el camino más corto, a través de una estrecha lengua de tierra; pero los perros no pudieron franquear el terreno escarpado que delante de ellos se levantaba. En vano empujaban el trineo Ruth y Kid; los pobres animales resbalaban sin cesar. Entonces vino el esfuerzo en común; los canes, extenuados por el hambre, agotaron sus últimas energías y el trineo llegó a lo alto, penosamente, en equilibrio.

Por desgracia, el perro de guía se inclinó a la derecha, los que le seguían imprimieron el mismo impulso y la fila se encontró con los patines de Mason, deteriorándolos.

El resultado fué desastroso. Mason perdió el equilibrio, uno de los perros se humilló y el vehículo rodó, arrastrando a todos por la escarpadura.

¡Clic! El látigo cayó cruelmente sobre los perros y en particular sobre el que había tropezado.

—¡Basta, Mayon! — exclamó en tono suplicante Malemute Kid. El pobre animal apenas puede tenerse en pie. Espera; engancharemos mi tiro.

Deliberadamente, Mason estuvo quieto mientras hablaba su compañero, pero una vez que terminó éste su frase, el látigo cimbreó por el aire y cayó de nuevo sobre el perro culpable.

Carmen — así se llamaba la infeliz — se desplomó sobre la nieve, lanzando gemidos lastimeros, y giró sobre un costado.

Fué un momento trágico, un incidente triste sobre el camino que había que trazar: un perro iba a morir, y dos camaradas se miraban con ira.

La mirada de la india iba solícitamente del uno al otro. Malemute Kid se contuvo, a pesar de que expresaban anidar sus ojos un reproche inmenso y, agachándose, cortó las correas que sujetaban el perro. Ni una sola palabra rompió el silencio. Se dobló el tiro y una vez vencida la dificultad los trineos reanudaron la marcha, mientras el animalito, moribundo, se arrastraba como podía a retaguardia.

Mientras un animal puede andar, se le deja vivir; se le concede una última gracia, dejándole arrastarse por el campo libremente, pudiendo así esperar que se mate algún anta, lo que procuraría a todos un buen alimento.

Arrepentido ya de su cólera, pero demasiado testarudo para ver de repararla o excusarla por lo menos, Mason se colocó a la cabeza de la cabalgada sin sospechar el gran peligro que se cernía sobre él.

Era el terreno bajo y abrigado que atravesaban, tropezaban con grandes árboles, por entre los que debían abrirse camino con mucho trabajo. A unos cincuenta pies de la ruta, dominándola, se levantaba un pino inmenso; hacía siglos que estaba allí; el destino, con un fin determinado, sin duda, lo conservó; quizás porque había decretado el sino de Mason...

Este se bajó para apretar las correas de uno de sus mocasines que estaba a punto de soltarse; los trineos se detuvieron y los perros se recostaron sobre la nieve sin un susurro. La calma era impresionante. A través del bosque, endurecido por heladas, no se deslizaba ni el más ligero soplo; el frío y el silencio de la inmensidad habían helado el corazón de la naturaleza y cerrado sus trémulos labios. Por el espacio pasó una especie de suspiro. Más que oírlo, lo sintieron.

Era como el precursor de un movimiento en medio de aquella inmovilidad, de aquel vacío.

Entonces el árbol gigante, doblado por el peso de los años y de la nieve, representó su papel en el drama de la vida. Al oír el crujido siniestro y significativo, Mason quiso incorporarse. ¡Era demasiado tarde!... Casi de pie recibió el golpe formidable sobre le espalda...

¡Cuántas veces no se había visto Malemute Kid frente a un peligro momentáneo, ante un muerte súbita! No es, pues, extraño que cuando aun se estremecían las agujas de los pinos, golpeadas al paso del árbol derrumbado, estuviera ya en pie, dando órdenes y obrando. Ruth no se desmayó ni se arrancó con gritos inútiles, como en este caso hubiesen hecho muchas de sus hermanas blancas; pero por orden de Kid empleó todo su peso en el extremo de una palanca improvisada, a fin de disminuir la presión aplastante del árbol, mientras Malemute atacaba el tronco con el hacha. El acero resonaba alegremente sobre el leño helado y a cada golpe se oía la respiración fuerte, el ¡hu! ¡hu! del leñador.

Al fin Kid pudo tender sobre la nieve la masa que pocos minutos antes era un hombre; pero había algo peor que el dolor del camarada: la angustia muda que reflejaba el rostro de la india, y su mirada interrogadora, mezcla de terror y de esperanza. Cambiaron escasas palabras. Los hombres del norte aprenden de niños lo inútiles que son las palabras y el valor que tienen los actos.

Con una temperatura de veinte grados bajo cero ni puede un hombre estar mucho tiempo sobre el hielo, así es que las correas que sujetaban la carga del trineo fueron cortadas sin perder tiempo, y envuelto el herido en pieles, le colocaron en un lecho de ramas, delante de la hoguera alimentada con leña del árbol homicida.

Ante él y encima se colocó como fué posible una pantalla primitiva, formada por un trozo de lienzo grueso que recibía los rayos del calor y los despedía sobre el paciente, efecto sabido por todos los que han

estudiado los principios de física en la misma naturaleza.

Los hombres que han visto de cerca la muerte varias veces saben cuando llega la hora.

Mason estaba horriblemente herido; tenía el brazo y la pierna izquierdos rotos; los riñones destrozados y la parte inferior del cuerpo parecía estar paralizada, amén de las lesiones internas más que probables. El gemido débil que lanzaba de vez en cuando era solamente lo que indicaba que aun vivía.

¡No había nada que hacer ni que esperar!

Poco a poco iba llegando, despiadada, la noche... Ruth, presa de la desesperación estoica de su raza, no se movía. En cuanto a Malemute, su cara de bronce mostraba el surco de nuevos arrojos. En realidad, el herido sufría menos que ellos; revivía escenas de su infancia entre las altas montañas del Tennessee, y llegaba al alma oírle recordar, en su delirio, los recuerdos de la patria tanto tiempo olvidada, sus cacerías de ratones, sus excursiones en busca de sandías, sus ejercicio de natación en los grandes lagos. Todo aquello para Ruth era como si estuviese escrito en griego, pero Kid, que lo comprendía, experimentaba lo que sólo puede sentir un hombre alejado mucho tiempo, años y años, de todo lo que se llama la vida civilizada.

Hacia la madrugada el herido recobró el conocimiento, y Malemute se inclinó sobre él para escuchar mejor sus palabras, débiles y entrecortadas.

—¿Te acuerdas cuando nos reunimos en el Tanana el afluente del Yukón, va a hacer cuatro años la primavera próxima? Entonces me preocupaba poco de ella; pero era bonita y la excitación que sentía me decidió. Ha sido muy buena conmigo, dispuesta siempre a ayudarme aun en los momentos más difíciles. Para el comercio no tiene rival, ya lo sabes. ¿Te acuerdas del día en que nos arrancó de las garras de la muerte, a los dos, sobre una roca, en los rápidos de Moosehorn, batiendo el agua a pesar de las balas que caían espesas como granizo? ¿Y cuando el hambre de Muklukyeto, que corriendo veloz como los témpanos en la época del deshielo fué a llevar la noticia? Sí: para mí ha sido una buena compañera, mucho mejor que la otra... ¡Ah! ¿No sabías que había estado allí? ¿No te lo había dicho?... Pues bien, sí: fuí a los Estados Unidos... Nos habíamos criado puntos... Me marché para darle un motivo de divorcio, que obtuvo... Pero todo esto nada tiene que ver con Ruth al sur del Yukon... Pero es demasiado tarde. No la mandes a su país, Kid; sería demasiado duro para ella. Piensa que hace más de seis años sue vive comiendo cerdo, judías, harina y frutas secas, y que tendría que contentarse con pescado salado. No, ella no debía haberse acostumbrado a nuestro modo de vivir ni comprendido lo superior que es esta vida a la de los indios, por si tuviese que volver a vivir entre ellos. Cuídala y encárgate de ella, Kid. ¿Por qué? No, hombre, no...; siempre has temido a las mujeres y jamás me has dicho por qué estás en este país... Sé bueno con ella y en cuanto puedas mándala a los Estados Unidos, pero arregla las cosas de manera que pueda volver a su tribu si siente nostalgia por su país... ¿Y el niño?... No tardará en venir, Kid... Espero que sea un chico. Piénsalo, Kid: es carne de mi carne... No quiero que se quede en este país. Si es una niña, menos; es imposible. Vende mis pieles; valen, por lo bajo, cinco mil dólares; en la compañía debo tener otro tanto. Arregla mis intereses, Kid, cuando arregles los tuyos. Del terreno que escogí me parece que saldrá algo... Procura que mi hijo se eduque bien, ocúpate de ello. Y no le dejes venir aquí, ¡por Dios! Este país no es para hombres de raza blanca. Esto se acaba..., Kid...; tres días o cuatro y... Continuad el viaje; es vuestro deber. Piensa, amigo mío, que se trata de mi mujer, de mi hijo. ¡Dios mío, con tal que sea chico! Ni uno ni otro podéis quedaros aquí un momento más... Voy a morir. ¡No! ¡No! Mi última voluntad es que prosigas tu camino.

—Concédeme tres días — imploró Kid en tono de súplica; — puede que mejores... ¿Quién sabe?... Podría ocurrir algo extraordinario...

—¡No!...

—¡Sólo tres días!

—Tenéis que seguir.

—Dos días...

—Se trata de mi mujer y de mi hijo Kid, no debes hablar así.

—¡Un día sólo!

—No, no, te lo suplico.

—¡Sólo un día! Cogeremos lo más preciso, para alimentarnos, de nuestras provisiones... Puede que mate algún ante.

¡No!... Bueno: sea... Quedaos un día, pero ni un minuto más. No me dejes solo cara a cara con la muerte, Kid; acaba conmigo de un tiro...; basta con apretar el gatillo... ¿Me entiendes? Piénsalo bien. ¡Ah! ¡La sangre de mi sangre!... Y pensar que no puedo vivir ni siquiera hasta verle... Llama a Ruth; quiero despedirme de ella y recomendarle que no espere aquí mi muerte... Tiene que pensar en nuestro hijo... Si no hablo, es fácil que no quiera marcharse contigo. Adiós, amigo, adiós... Y después, Kid... Abre un hoyo, cerca del camino, junto al del pobre perro..., en el sitio en que descubrí un día cuarenta "cientos" de polvo de oro debajo de mi pala... ¿Te acuerdas, Kid?

Bajó éste la cabeza a fin de oír mejor las últimas palabras del moribundo, que por fin cedía a su orgullo, humillándose.

—Estoy muy enfadado, siento mucho..., ¿oyes?..., mucho... lo de Carmen...

Dejando a la india llorar en silencio al lado del hombre que amaba, Kid se metió en su "parka" (1), se puso los patines, cogió la escopeta y se internó en la selva.

Las privaciones enormes y los gigantescos obstáculos de aquellas regiones del norte le eran familiares. ¡Había afrontado tantas... Pero ante él no se había presentado jamás un problema tan arduo. En resumen,

---

(1) Especie de abrigo; grande y holgado, de pieles.

era una fórmula matemática sencilla y clara: tres vidas posibles, contra una condenada.

A pesar de ello, vacilaba. Cuatro años de andar siempre juntos por ríos, por caminos trazados o que tenían que abrirse entre la nieve, por campamentos, por las minas, donde, unidos, habían visto y desafiado la muerte que llegaba bajo distintos aspectos, de hambre, de inundación, o a través de otros elementos de la Gran Naturaleza, eran lazos todos ellos que esrechaban una gran amistad. Tan unidos estaban que había observado que Ruth andaba celosa desde el primer momento que se encontró entre ellos. Y ¡tener ahora que romper con sus propias manos aquel nudo!

En vano buscó por todos lados las huellas de un anta, que tan necesario les era. Parecía que la caza había desertado de allí, y a la caída de la noche emprendió fatigado la vuelta al triste campamento con el corazón oprimido y las manos vacías.

Un gran alboroto producido por los ladridos de los perros y los gritos de Ruth le obligó a apresurar el paso.

Se precipitó y vió a la india con el hacha en la mano rodeada de la jauría. Los animales, rompiendo el reglamento despiadado de sus amos, se echaron sobre las provisiones. Kid, cogiendo su carabina por los cañones, se metió en la refriega y empezó a repartir culatazos a diestro y siniestro. La lucha cruel del fuerte contra el débil principió de nuevo con la áspera ferocidad de los tiempos primitivos, en armonía con la naturaleza salvaje qeu les rodeaba. La carabina y el hacha se levantaban y caían con regular monotonía errando o acertando el golpe; cuerpos ágiles se lanzaban por el espacio con ojos feroces y bocas espumeantes; el hombre y la bestia luchaban para conquistar el botín.

Los dos bandos llevaron la lucha hasta el último extremo. Vencidos al fin los canes, fueron arrastrándose hasta la hoguera, se lamieron las heridas y lanzaron a las estrellas sus gemidos de dolor.

La provisión de salmón en conserva había desaparecido completamente; los perros la acababan de devorar y sólo quedaban, para recorrer las doscientas millas que faltabn, unas cinco libras escasas de harina como único alimento.

Ruth volvió cerca de su marido, mientras Kid despedazaba el cuerpo, humeante todavía, de uno de los perros que el hacha había matado aplastándole el cráneo. Cuidadosamente separó los distintos pedazos, salvo la piel y los despojos, que arrojó a los demás.

Con la mañana llegaron nuevas dificultades. Los animales la emprendían, famélicos unos contra otros, y a Carmen, que se asía a un tenue soplo de vida, la remataron sus compañeros.

En vano cayó la tralla sobre ellos: se agachaban al golpe, aullaban de dolor, pero continuaban su obra, y mientras quedó algo de la pobre bestia no se dispersaron. Pronto desapareció todo; ni la piel, ni los huesos, ni el pelo dejaron.

Malemute Kid se puso a trabajar mientras escuchaba a Mason, que en su deliric estaba de nuevo en el Tennessee, pronunciando palabras confusas y dando a sus hermanos de otros tiempos consejos extraordinarios.

Aprovechándose de la próximidad de los pinos, pudo Kid entregarse con actividad a su tarea y Ruth observar cómo construía una especie de escondrijo parecido a los que preparan los cazadores para colocar el producto de su caza al abrigo de los lobos y de los perros. Dobló uno contra otro las copas de dos pinos tiernos hasta tocar casi la tierra, sujetándolos al suelo con pinzas hechas con piel de anta. Hecho esto, consiguió dominar a los perros y engancharlos a dos de los trineos, colocando en ellos todo el equipaje, excepción hecha de las pieles que envían a Mason, que ató sólidamente alrededor de su pobre amigo, anudando los dos extremos de la cuerda a los dos pinos doblegados. Un solo tajo de su cuchillo de monte era suficiente para volver los pinos a su posición natural, lanzando el cuerpo de Mason a lo alto del espacio.

Ruth no opuso resistencia alguna a los deseos de su marido al expresarle su última voluntad. ¡Pobre mujer! Hacía mucho tiempo que había aprendido a obedecer. Desde su infancia estaba acostumbrada a inclinarse delante de los amos de la creación. Había visto hacer lo mismo a todas las mujeres y le parecía imposible que una mujer pudiera resistirse a ello.

Kid dejó que al abrazar a su marido exhalara todo su dolor — cosa desacostumbrada en las mujeres de su raza — y después la condujo junto al trineo colocado delante, ayudándola a sujetarse los patines.

Instintiva, ciegamente, cogió el látigo con una mano, el palo que sirve para dirigir el vehículo con la otra y consiguió que los perros arrancaran en dirección a la ruta que había que trazar.

Una vez Ruth hubo desaparecido de su vista, se acurrucó junto a la hoguera y quedó largo tiempo esperando la muerte de su amigo.

No es nada agradable encontrarse solo y rodeado de pensamientos tristes en medio del Gran Silencio Blanco.

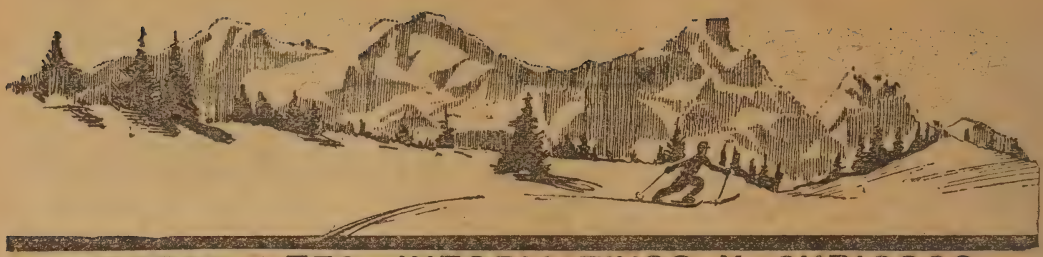
En la quietud augusta de la noche hay una especie de piedad que parece proteger y musitar de mil maneras su simpatía intangible, pero en el Silencio Blanco, luminoso ,claro y frío, bajo un cielo acerado, no existe piedad alguna.

Pasó una hora, después transcurrió otra, y el desdichado no se movía. Al mediodía, el sol ,sin destacarse en el horizonte, lanzó a través del cielo una raya luminosa que desapareció fugazmente. Malemute Kid se acercó a su camarada y paseó la vista a su alrededor.

El Gran Silencio Blanco parecía burlarse de él, y un temor profundo se apoderó de todo su ser. De pronto resonó un tiro.

Mason voló a su sepulcro aéreo, y Malemute Kid lanzó sus perros a toda velocidad, huyendo a través de la llanura inmensa de la nieve.

JACK LONDON



INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

De todos los habitantes de los mares, la ballena es el mejor nadador.

En el siglo XII se patinaba sobre el hielo con huesos atados a los pies.

Desde un globo se ve, a 5 kilómetros de altura, un ruido que en tierra no se oiría a 500 metros de distancia.

Ciertos títulos de nobleza escocesa, son heredados por la hija y no por el hijo mayor del que los posee.

Un retrato, estampado en un disco de yeso y que es, según dicen, el retrato más antiguo que existe, pues tiene 4000 años, se halla en un museo de Pennsylvania.

En la calle Lafayette de París, un señor fué atropellado por un ómnibus y la gente que miraba lanzó un grito de horror al ver que la rueda del vehículo le había arrancado la cabellera.

Existen en el mundo más de 215 órdenes de nobleza. La que tiene menos miembros es la orden de Alí de Persia, la que no forma parte más que el sha.

En el mundo hay 600 millones de blancos, 700 de amarillos, 215 ye negros, 35 de morenos oscuros y 15 de pieles rojas.

La mayor parte de las horquillas que se gastan en el mundo vienen de Painswisk, pueblo situado en el valle de Stroud (Inglaterra). En las fábricas hay más de trescientos obreros dedicados a preparar este indispensable artículo de tocador, auxiliados por cientos de máquinas automáticas que transforman constantemente miles de metros de hilos metálico en horquillas perfectas.

La moneda de cobre tiene 95 partes de cobre, 4 de estaño y 1 de zinc.

Hay 672 volcanes, de los cuales 270 se consideran como en actividad.

Cada abeja cosecha una cucharadita de miel por año.

En opinión de un gran médico el lawn-tennis es el más saludable de los juegos.

En Abisinia la mujer es la cabeza de familia y la que manda en la casa.

Un huevo de avestruz pesa lo que una docena de huevos de gallina.

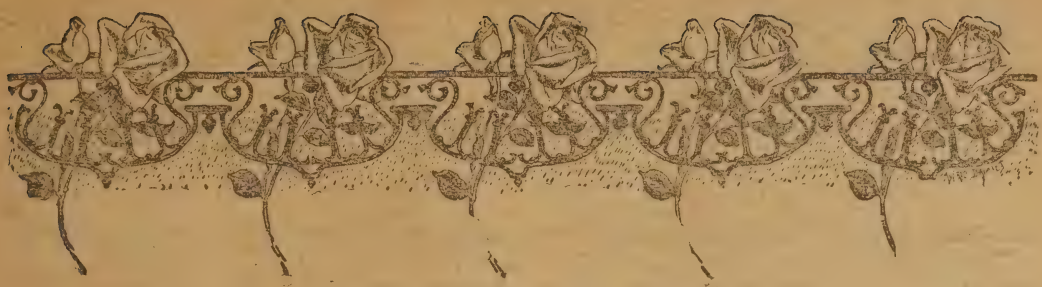
David Barker, que murió hace poco en Vicksburg, Mississipi, desheredó a uno de sus hijos porque no creía que la Biblia era un libro de origen divino.

Aun cuando la gente rubia no es tan vigorosa como la que tiene el pelo negro, suele vivir más tiempo.

Un animal con la fuerza de un león y la facultad de una pulga, podría dar saltos de 300 metros.

En una exposición de animales celebrada en Sydenham, llegaron a ofrecerse 12.500 francos por un pato persa, y no fué aceptada la oferta.

Desde el año I de la era cristiana ha habido diez grandes erupciones volcánicas y más de cuarenta grandes terremotos que han producido más de tres millones de víctimas.



LA HISTORIA DE UN CHASCO

PRIMERA CACERIA

por CHARLES FOLEY

(Traducción del francés)

Interesante de la primera linea a la última es este curiosísimo relato que emociona de manera extraña y tiene un final originalísimo y enteramente inesperado, digno del gran autor francés que lo ha escrito.

"ESTA noche vamos a cazar patos silvestres en el ancho del río. ¿Quieres tú ser de la partida, simpático sobrino?"

Por vez primera, mi tío Hervé — un tío de treinta y tres años, capitán de húsares — me invitaba a una partida de caza con sus camaradas.

Hervé pasaba su mes de vacaciones en una heredad próxima a la nuestra. Mi madre no iba nunca a su casa; yo, muy pocas veces. Durante varias semanas con gran azoramiento de los apacibles provincianos, una banda de jóvenes traía revuelta la mansión de mi tío. Bien contra mis deseos, a mí se me consideraba demasiado niño para tomar parte en estas alborotadas diversiones.

Tenía yo quince años escasos, un ligero baño de latín, temor al griego, vergonzoso miedo al tabaco y ni una sombra de bigote. En amor, me creía algo menos novicio, porque leía los románticos con fervor: por Belcolor y por Indiana había roto con doña Sol y, ahora, empezaba a pesarme mi intimidad de algunos meses con estas dos bellezas y declaradamente cortejaba a la huraña Colomba. Estas intrigas, puramente literarias, hacían que tuviese la pretensión de conocer a las mujeres y hablaba con aplomo de sus perfidias y de sus complejidades.

Cuando mi tío Hervé comía en casa, paseábamos los dos, después de tomar café, por las avenidas del parque. Entonces era cuando yo hacía gala de toda mi ciencia tratando de que formase una elevada idea de mi experiencia amorosa a fin de conseguir que me admitiese en sus fiestas. Mi tío, con el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos, me escuchaba pacientemente: ni asentía ni me contradecía.

Pero yo no dudé de mi triunfo la tarde en que cortó de repente mi peroración con la invitación tan deseada: se me trataba ya como a un hombre; se me tenía por un hombre. ¡Iba a tomar parte en la cacería nocturna!

A pesar de mi cuidado en conservar mi prestigio, no podía ocultar mi alegría.

✣ ✣ ✣

Estábamos junto al agua un poco antes de la media noche.

Eramos ocho; ¡no había ninguna mujer. Yo conocía a cinco: eran visita de casa. Al otro, muy joven y de silueta fina y elegante, lo veía entonces por vez primera.

No hubo presentaciones; desordenadamente nos estrechamos las manos y, en silencio, nos dirigimos, unos tras otros, hacia las barcas arrollando con nuestras polainas las altas herbas empapadas de rocío.

La luna rojiza se elevaba en el cielo despejado. Un ligero velo de bruma flotaba sobre el agua, dejando al descubierto, en sus desgarrones, trozos de espejo en que se reflejaban el azabache del cielo y el oro pálido de las estrellas. Era admirable.

No olvidaba yo al joven desconocido que marchaba delante de mí; me intrigaba. Al

dar la voz de ¡alto! mi tío Hervé, pretendí mirar el rostro del joven, pero se volvió hacia el otro lado.

Puestos de acuerdo, dadas las órdenes y las consignas y colocados los zurrones y las mantas en las proas de las embarcaciones, nos dividimos en grupos. Tres cazadores y el guarda se acomodaron en la barca más grande; otros tres, en la segunda, en la última, un bote muy ligero, íbamos el joven desconocido y yo.

Según lo convenido, tomaron los otros la delantera. Entonces, sin decir nada, mi compañero se sentó al timón; yo tomé los remos. Para evitar el peligro de los disparos, si al amanecer se presentaba ocasión de hacerlos, debíamos nosotros, como los demás, ganar la otra orilla y bordearla, sin hacer ruído a la sombra de los corpulentos árboles.

Desaparecidas las primeras barcas, avanzamos nosotros.

✣ ✣

Remaba yo suavente, sumiendo el remo recto, sin producir salpicaduras y poniéndolo plano tan pronto como lo retiraba del agua. Esperaba yo que mi destreza me valiera algún elogio, pero mi compañero no salió de su mutismo indiferente.

La barca avanzaba como una flecha. Hendíamos la blanca bruma y tras nosotros quedaban sólo jirones vaporosos, descubriendo nuestra estela, que la luna convertía en un largo zigzag de plata. De mis remos caían gotas de agua como perlas de estaño fundido.

Uno frente al otro, mi compañero miraba sin ver; había bajo sus párpados una infinidad de noche más insondable que la de los cielos. Llegaba uno a dudar de que bajo aquella piel de mármol, corriese una sola gota de sangre. Y, sin embargo, era extrañamente hermoso. En aquel momento no se daba cuenta de que estaba en una barca, de noche, con un colegial.

Su cuerpo, medio tendido, se abandonaba en una laxitud de todos los músculos; bajo el lindo traje de pana, parecía esbelto y grácil, pero tan fatigado ya, que me inspiraba lástima. El sombrero tirolés, adornado con una pluma en forma de flecha, le cubría la frente, las sienes y la nuca. Parecía que su espíritu, ausente de sí mismo, viajaba lejos, muy lejos, y que allí sólo quedaba aquella envoltura encantadora, atormentada por un precoz dolor. Sus manos sujetaban las cuerdas del timón, pero sin gobernarlo. Era necesaria toda mi destreza como remero para no desviarnos impelidos por la corriente.

No veíamos las otras barcas, ni oíamos nada. El silencio era majestuoso. La luna se volvía como de nácar; el agua ya no se rizaba. En medio del río, la bruma se hacía más densa, nos envolvía, lo velaba todo. Me parecía como que bogaba por el espacio, sólo con aquel muchacho fantástico, y esto me producía un malestar indefinible.

Con un ligero golpe de remo, cambié la dirección del bote y seguimos la orilla, deslizándonos entre los islotes, las raíces de los árboles y la hojarasca. La media vuelta de la barca y la obscuridad súbita producida por las ramas que detenían la luz de la luna, sacaron a mi compañero de su sopor extraño.

Con mirada y gesto de un hombre que se despierta, se desperezó, pasánodse una mano por la frente. No intentó disculparse.

—¿Y los demás?

—Allá arriba, en el estero. Lejos, muy lejos.

—¡Mejor!

—¡Vamos a buscarlos!

—¿Tiene usted mucho interés en ello? ¿Le entretienen los otros?

Insistí:

—Es necesario, sin embargo, unirse a ellos.

—¿Para qué?

—Para cazar patos... Después volveremos todos juntos a casa de mi tío, y almorzaremos..., ¡un almuerzo monstruo! Beberemos hasta mediodía. No dormiremos.

—¿Y usted quiere matar patos, beber hasta mediodía y no dormir?

Esta perezosa indiferencia, matizada de ironía, me impresionó. Aquel alejamiento de la diversión y de los camaradas, se me antojó muy señoril, muy refinado, casi romántico. Para no parecer más sencillo y menos hastiado, afecté el mismo desdén.

—Eso u otra cosa, ¿qué más da?

—Pues otra cosa...

Había vuelto la brisa a azotar la bruma; se veía en el agua más cielo y más estrellas. Atravesamos una apacible cala bordeada de viejos sauces y de pronto, entre dos macizos de follaje, un torrente de luz de luna nos inundó.

—Esto es muy agradable — dijo mi compañero.

Y lánguidamente dejó las cuerdas del timón y recostó la cabeza sobre la almohadilla de la banqueta. Miraba al astro pálido, como si sus ojos tuvieran sed...

—¿No le fatiga remar?

Esta fineza — la primera — me impresionó. Remé con más cuidado aún.

—Rema usted muy bien, — agregó dulcemente.

Por encima de la borda del bote dejó caer sus manos blancas en el agua, estremeciéndose placenteramente al advertir la frescura. Luego quedó en silencio.

La bruma se había convertido en una humareda dep lata que, extraña y lejana, flotaba sobre los cañaverales. A veces un pájaro invisible cantaba; nos adelantaba luego, parecía que nos esperaba cantando y, al aproximarnos, huía de nuevo. Nosotros seguíamos. ¿Hacia dónde? Ni lo sabía ni me preocupaba de saberlo. No pensaba en nada ni me acordaba de nada. La serenidad inmensa del agua y del espacio nos saturaba de calma.

No sé cuánto tiempo estuvimos así.

Muy cerca, sobre un tronco húmedo, algo se removió. Irguióse mi compañero.

—¿Qué es eso?

—Una rata de agua.

—¿Una rata? ¡Ah! ¡Qué horror!

Con terror se acercó a mí, tomando con sus manos trémulas las mías. Ví en sus dedos algunas sortija. Me extrañó esto menos que su miedo. Le tranquilicé, riendo de aquel incidente que de pronto me daba sobre el otro una cierta superioridad.

Sentóse de nuevo, sin mostrarse avergonzado por su temor pueril, y recobró su aspecto de pereza y ensueño. Se oía el choque del agua contra la quilla del bote. De pronto me dijo mi compañero:

—Es usted agradable; no habla usted mucho.

No supe qué replicar, y él agregó:

—He debido de parecerle un ser muy extraño. Es que pensaba en cosas tristes, muy tristes, que me han sucedido.

Me atreví a replicar, poniendo aplomo en mis palabras:

—¿En cosas de amor?

—Sí, de amor. — repitió con una sonrisa amarga y sarcástica que me hizo estremecer. — ¡De "eso" que llaman "amor"!

Otra vez me tomó de improviso, y tampoco supe qué replicar. Y eso que yo hubiera querido seguir hablando, porque me encantaba la dulzura de su voz. Pero se había sumido nuevamente en su ensueño sombrío y no osé molestarle hasta que se aproximaba el día.

Seguíamos viajando por un mundo desconocido. El cielo palidecía más y más hacia mi izquierda, cuando advertí mis biceps rígidos de fatiga: había remontado la corriente sin descanso.

Volví la barca, abandoné los remos y marchamos con la corriente. Mi compañero sonrió, sin preguntarme nada.

—También yo estoy fatigado, — murmuró. — Durmamos sobre la almohadilla, envueltos en la manta.

—¿Quién guiará el bote?

La respuesta fué un gesto que quería decir:

—¡Que Dios nos guíe!

Me invadió un pesado sopor. Sentía cada vez más imperiosa necesidad de dormir, ante la cual todo lo demás me era indiferente.

Mi compañero extendió la manta y echó la almohadilla en el fondo del bote. Deslizamos las piernas bajo la banqueta y nos tendimos juntos; casi se tocaban nuestras mejillas. Cubiertos por la manta, para abrigarnos mejor, él se aproximó a mí y yo a él. Pasé mi brazo por su cintura; él, con toda naturalidad, me enlazó con el suyo. La soledad, la frescura del amanecer y la laxitud que ambos sentíamos, nos unían en un compañerismo como de muchos años.

Me encontraba bien. Sus ropas despedían un aroma agradable. Un ambiente tibio nos rodeaba, y ambos nos dormimos.

✣ ✣ ✣

Cuando me desperté lucía el sol, un espléndido sol. La barca había varado en una cala profunda. Sobre nosotros, en los sauces, una nube de pájaros gorjeaba.

Mi compañero aun dormía y yo no me moví por miedo a despertarle. Estaba menos pálido que la víspera, y, sin duda, gozaba de un dulce sueño, porque sonreía sin dejo alguno de amargura. Una suave respiración entreabría sus labios finos. Descansaba como un niño, con las manos cruzadas sobre el pecho; el oro de las sortijas resaltaba sobre su piel blanca. Yo sentía un suave placer contemplándolo.

Un aguanieve se posó muy cerca de nosotros, sobre un zarzal. Voló después, y el susurro de las alas, aunque muy tenue, despertó a mi compañero. Al verse junto a mí, bajo las ramas y en aquella ensenada, mostró tal sorpresa que me hizo reir.

Recordó entonces, se dió cuenta de todo y rió también. Y su risa era tan linda y tan fresca, que los pájaros se callaron.

Aparté la manta, me levanté prestamente, empuñé los remos y pronto estuvimos en plena corriente.

Mi compañero continuó bajo la manta. Estaba sonrosado, alegre y más hablador que la víspera.

—¡Qué bien he dormido! — repetía, satisfecho, con los ojos soñolientos. — ¡Hacía tres años que no había dormido así!

Me recordó nuestra huída, su miedo a la rata de agua, la bruma, el claro de luna, nuestro regreso a la deriva, la noche pasada al aire libre.... Y aunque todo esto no tenía mucho gracia, nos divertía locamente.

Nos sentíamos tan amigos, que llegamos a tutearnos, sin sorpresa por parte de ninguno de los dos y sin que llegáramo a saber quién había comenzado...

Un ruidoso ¡hurra! nos sobresaltó. Por detrás de un islote aparecieron dos barcas. Nos habían buscado y venían a nuestro encuentro.

No olvidaré nunca la repentina tristeza que, al oír el alegre saludo, veló los hermosos ojos del joven. Su rostro continuó sonrosado y tranquilo, y su actitud apacible, pero una expresión de sarcasmo amargo deformó su sonrisa.

Antes de que los demás pudieran verle me tendió la mano:

—¿Te acordarás de mí?... ¿Serás mi amigo?...

—¡Siempre!

—¿Y a pesar de todo?

—¡A pesar de todo y siempre!

Hice esta promesa de todo corazón, seducido por la emoción vibrante de sus palabras, sin comprender, sin embargo, el alcance de lo que decía.

Me estrechó la mano con fuerza, y añadió en voz más baja y con más rapidez:

—¡Está bien! Ahora, lo demás me es igual!... Si se ríen de tí, mira al fondo de mis ojos y verás que te quiero.

Esta expansión súbita, esta necesidad de comunicarnos otra vez antes de que llegaran los amigos respondían a un íntimo deseo mío y por ello no me sorprendieron; pero las últimas frases, tan gravemente pronunciadas, sí me sorprendieron, y mucho. ¿Por qué habían de reírse de mí?

Poco después las barcas nos alcanzaron. Una de ellas se aproximó a la nuestra y mi tío Heryé saltó a nuestro bote. Hubo reproches y explicaciones. Yo dejé que conjestara mi compañero y empecé á remar rigoroscamente, ansioso de desembarcar.

Mi amigo contó la verdad sencillamente: quisimos aprovechar aquella noche deliciosa para pasear algo más lejos, nos perdimos, nos dormimos después...

Llegamos a tierra. Los demás se unieron a nosotros y hubo que repetir el relato.

—¡Dormir hasta que fué día claro! Eso está algo oscuro, — dijo un escéptico de la partida.

—¡Y en mi vida he pasado una noche tan agradable! — afirmó mi nuevo amigo.

Se oyeron unas risas que yo no me explicaba. Y aun me expliqué menos los apretones de manos que siguieron, acompañados de cumplimientos burlones y enhorabuenas...

El joven envolvía a todos en una mirada despreciativa. El color rosado de sus mejillas había desaparecido y sus dedos temblaban.

Los demás seguían bromeando, y yo iba entre ellos, mudo por la sorpresa.

Entonces, para terminar, mi compañero de cacería se quitó bruscamenteel sombrero y sus largos cabellos dorados, destrenzados, inundaron su espalda.

Casi me desvanecí.

—¡Una mujer!... ¡Era una mujer!

Ante esta sencilla exclamación, la broma llegó al delirio: mi tío sufrió un acceso de tos; los demás lloraban de risa.

Ella, en tanto, fríamente, sin prisa, recogía sus cabellos y. con gesto soberbio, los enrollaba bajo la nuca.

Yo no quería verla y volví la cabeza. Las bromas continuaron hasta que llegamos a la verja del parque.

Marchaba yo solo, detrás, con la cabeza baja, tan abatido, tan humillado, tan turbado por sensaciones tumultuosas y confusas que todo lo que podía hacer era no llorar. Se confundían unas con otras las risas flagelantes de todos. Sólo una risa no se oía: la suya, su risa de mujer.

Esperé a que todos entrasen en la avenida de la casa y después franquée, a mi vez, la verja. Advertí que una mano rozaba la mía y levanté los ojos. Era "ella".

Primero tuve un gesto de rencor para apartarla de mi camino. ¿No se había burlado de mí? Más recordé en seguida su último apretón de manos y sus últimas palabras:

—Si se reín de tí, mira al fondo de mis ojos....

Miré sus ojos. Estaban tan azules como cuando se despertó; acaso un poco más tristes ,pero dulces y acariciadores.

Encogiéndose ligeramente de hombros me dijo en voz baja:

—No comprenden.

No dijo nada más, pero yo quedé consolado.

✣ ✣ ✣

Después he sabido el nombre de aquella mujer: se llama la Gordiani. Canta en Viena, en Londres, en Petersburgo. Durante sus meses de vacaciones la encuentro algunas veces. Dondequiera que sea, deja al que la acompaña y viene hacia mí, sonriente, tendiéndome la mano.

Hablamos sin inquietudes, como camaradas. Yo leo en sus ojos azules que nuestro juramento perdura: "siempre y a pesar de todo". Cuando habla conmigo demasiado tiempo, la llaman y hasta le dirigen reproches de celos. De lejos veo yo su mirada triste y su encogimiento de hombros, y creo oír su voz desfallecida:

—No comprenden.

No, no comprenden. No comprenderán jamás la emoción encantadora de este recuerdo, la dulzura infinita de esta amistad.

Y esta es la aventura de mi primera cacería. ¿Vedad que no puedo decir que me viene de vacío?

Charles Foley.

—No sé cómo conseguir que publiquen este poema que he escrito, — dijo el poeta inédito. — Lo he enviado a todas las revistas y todas lo echaron al canasto.

—Lo que puedes hacer, — díjole un amigo, — es dejarlo encima de tu mesa y sujetarte en seguida. Puedes estar seguro de que al otro día lo publican los diarios.

✣ ✣ ✣

—El juez. — Es decir que usted se encontró este billete de cien pesos.

—El detenido. — Sí, señor.

El juez. — ¿Y usted no intentó devolverlo?

El tetenido. — Sí, señor intenté devolverlo.

El juez. — ¿A su dueño?

El detenido. — No, señor juez, a la circulación

Un violinista había ejecutado en su instrumento una pieza llena de dificultades y la había interpretado deplorablemente.

—Se trataba de algo muy difícil, — dijo dsepués a uno de los que habían estado escuchando.

—Ojalá hubiese sido imposible, — contestó el oyente.

✣ ✣ ✣

Un señor iba en un tren que se detuvo en una estación. Asomando la cabeza por una ventailla, le dijo al guarda:

—¿Tengo tiempo de ir a aquel almacén a tomar una copa?

—Sí, señor.

—¿Está seguro de que no se va a ir el tren sin mí?

—¡Cómo no! Pero para que esté más o, convídeme y volveremos juntos.

ENTRE CONTRABANDISTAS

TOM

Por MARCEL PREVOST

(Traducción del francés)

Es esta una emocionante y original narración que pone de relieve hasta qué punto puede llegar la abnegación de un perro, que colaborador de su dueño en el contrabando, es herido de muerte y logra, a pesar de todo, llegar a la cabaña de su patrón a darle su última despedida.

LA ancha faja de costa que se extiende desde Dunkerque hasta Furnes parece un desierto de arena trastornado por alguna conmoción interior.

Las dunas representan cadenas de montañas, anfiteatros, barrancos, lechos de torrentes desecados, toda una orografía minúscula, a la que no falta ni la ilusión de los ventisqueros cuando el sol de Flandes irisa las lentejuelas de mica de las cimas...

El mar del Norte devora este Sahara alpino; el mar del Norte, que no es ni azul, como el Mediterráneo, ni glauco, como el Océano, sino estriado con fajas amarillas y negras.

A pocos pasos de la costa ya no hay sendero; el mar está oculto por pantallas de arena; ningún punto elevado señala el camino, y cuando alguien se interna demasiado en la región, sin brújula ni guía, se pierde infaliblemente, y esto me ocurrió hace dos años.

Había salido de Rosendael a las cuatro de la tarde, fijando como término del paseo una vieja iglesia cuyo campanario se divisaba desde allí, al otro lado de la frontera belga.

El terreno en declive, se arqueaba sensiblemente a medida que yo iba adelantando; poco a poco el campanario fué bajando en el horizonte, hasta que desapareció. Seguí andando y procuré no desviarme de la línea primitiva; pero tenía que costear los montículos y las hondonadas, y al cabo de unos kilómetros de marcha ya no sabía que dirección tomar.

¿Conocen ustedes ese estremecimiento que asalta al hombre aislado, cuando, yendo a través de una región que no conoce, arenal, montaña o bosque, al ácercarse la noche se confiesa a sí mismo que ha perdido el rumbo?

No es miedo, porque ningún peligro lo amenaza; pero es un sentimiento parecido, nacido de la conciencia de que uno es impotente para proceder con eficacia en la soledad, provocado por el violento deseo de oír, de estar junto a seres humanos, semejantes a uno .

Es también la incertidumbre del "después" excepcional en la vida en sociedad; la incertidumbre de la comida, el techo y la cama. Como toda emoción poco común, esta tiene su encanto y tuve ocasión de saborearlo mientras vagaba por las dunas flamencas, en busca de una habitación o de un alma.

Hacía ya mucho tiempo que la noche había vestido de ceniza las arenas, cuando bruscamente vi encenderse a cien pasos de mí una lucecita vacilante y tenue.

Pocos momentos después llamaba a una de esas casas pintadas de azul, de techo de paja y ventanas cuadradas, con cortinas muy blancas como se ven tantas diseminadas por la llanura flamenca.

Un hombre de alta estatura, de cabello canoso y vestido como un cazador, vino a abrirme.

—"Mijnheer", Buenas noches — saludó.

—Perdóneme que le moleste — dije. — Pero me he perdido en las dunas y quisiera saber en dónde estoy.

El hombre se hizo a un lado, invitándome a entrar. Me encontré en una gran habitación, con piso de ladrillos, muy limpia, y con muebles de roble. La puerta de acceso al aposento contiguo estaba entreabierta.

—Aquí estás en la casa del Vert-Buquet — respondió tuteándome, según la costumbre flamenca. — Yo me llamo Miguel Dewachter, y la aldea más cercana es Forduyet.

—¿En Bélgica?

—En Francia; en la misma frontera.

—¿A qué distancia está Dunkerque?

—A nueve kilómetros, más o menos.

—¿Y encontraré en Forduyet algún coche que me lleve hasta allí?

—Seguramente.

No me sentía dispuesto a emprender otra vez mi arriesgada travesía por las dunas, sobre todo en noche cerrada. Además, en la aldea entenderían muy mal el francés probablemente. Así que pregunté al hombre:

—¿Podría guiarme usted hasta Forduyet y procurarme un coche?

El hombre reflexionó un instante y dijo:

—Ahora mismo.. sí.. podría hacer eso, "mijnheer". Pero hay que esperar a que vuelva Gúdula, porque, ¿sabes?, no puedo irme de la casa.

En aquel instante, un gemido prolongado, desgarrador, salió de la habitación contigua. Dewachter corrió hacia allí. Por la puerta abierta le vi inclinarse sobre una cama y oí que murmuraba en flamenco palabras que no comprendí.

Cuando volvió traía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tiene algún enfermo? — le pregunté.

Movió tristemente la cabeza.

—Es Tom, que se muere — dijo.

Y como advirtiese que yo no había comprendido bien, agregó:

—Es Tom, mi perro, que los aduaneros me han herido mortalmente. ¿Quieres verlo, señor?

Hice señas de que sí. El me precedió en la pieza, y en ella vi este espectáculo extraño: un perrazo de pelo leonado estaba tendido sobre la cama. Tenía grandes cuajarones de sangre junto a la oreja derecha una de sus patas delanteras parecía amputada ,y el muñón estaba envuelto en lienzos ensangrentados.

El perro jadeaba anhelosamente; tenía la lengua fuera y los ojos entreabiertos.

Miguel se acercó besó al perro y dijo:

—¡Asesinos!... ¡Canallas!... ¡Ya me la pagarán!....

Volvimos a la pieza grande. Tomó una jarra de estaño del aparador y dos grandes vasos, llenó de cerveza roja.

—Mientras llega Gúdula, "mijnheer" — dijo, indicándome una silla, — beberemos un trago. ¿Quieres comer? No tengo más que pan y manteca.

—Gracias. Beberé con gusto; pero no tengo hambre.

—¿Y fumarás? Aquí tienes una buena pipa y tabaco, que los aduaneros no robarán tan pronto.

Encendidas las pipas, nos sentamos cerca de la mesa, con los vasos al alcance de la mano.

Miguel permaneció callado bastante tiempo. Detrás de la puerta entreabierta se oía el resuello agitado del pobre Tom.

Miguel dijo al fin:

—Ese perro, señor... ¿Creerás que se ha vuelto de Dunkerque, donde han debido de atraparlo, hasta aquí, él solo, con la pata cortada y dos balas en las orejas? ¡Asesinos! ¡Tratar así a un pobre animal! ¡Al primero que encuentre al alcance de mi fusil...!

Bebió la cerveza a grandes tragos, y, como la pena le hacía expansivo continuó:

—Hace cinco años que este animal trabaja con nosotros, señor. Esto te lo puedo decir a ti, que no eres un bribón aduanero. Nuestro oficio es el de estos parajes. Pasamos encajes, fósforos, tabaco, de Bélgica a Francia. La chica, que estará de vuelta dentro de poco, ha salido hoy precisamente con el tabaco. Es un buen oficio pero bastante rudo.

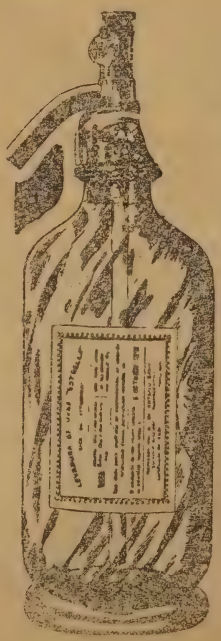
—¿Y cómo les ayuda Tom? — pregunté. — ¿Hacía de centinela?

—Bien se ve que tú no eres de aquí, señor — contestó el hombre. — A los perros como Tom, ¿sabes?, se les enseña desde chicos a hacer el viaje entre dos lugares, de Bélgica a Francia. Dspués se les acostumbra a huir de los aduaneros. Para esto se

LEVADURA de UVAS

Estrella

El gran depurativo de los humores viciados



Cualquier alteración del organismo, particularmente las de las vías digestivas, se refleja en el estado de la piel. Cuando ésta denuncia el malestar interno por su sequedad o por su color apagado pálido, nos advierte que ha llegado el momento de corregir estos trastornos. Entonces es cuando Vd. debe tomar este depurativo, que ejerce una acción de las más beneficiosas en estos casos, combatiendo eficazmente esas alternaciones de los humores del organismo el cual recobra en breve plazo el fisiologismo normal, que se acusa por la vuelta de la piel a su primitiva frescura y colores.

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda. Defensa 315, sus secciones y toda farmacia.

viste uno con un traje de esos bribones y pega al pobre perro. Siempre que se pone uno ese traje, el animal recibe palos. Y, muy pronto, en cuanto ve un pantalón verde echa a correr, escapando lo más ligero que puede.

—¿Y el perro es el que lleva el tabaco?

—El tabaco, los encajes, lo que sea. Tom, "mijnheer", ganaba muchas veces tres francos al día, como un hombre. Los aduaneros adiestran también perros para que persigan a los nuestros; pero Tom tenía buenas patas y no temía a ningún animal. Sólo que el plomo anda más ligero que las patas de un perro, ¿verdad?

Un ronquido más doloroso que los otros interrumpió a Dewachter. El hombre se levantó bruscamente, fué a ver al animal agonizante, y volvió, diciéndome en voz baja:

—No tiene para mucho tiempo el pobre.

—Pero — pregunté — ¿por qué esa crueldad de los aduaneros en cortarle la pata?

Miguel movió la cabeza:

—¡Ah!... Es por la prima, ¿sabes? Cuando llegan a sacarle la carga a un perro, se la envían al jefe de los aduaneros, en Francia, y si acompañan al sumario la pata del perro, reciben una gratificación: treinta o cuarenta francos.

Resonaron pasos en la entrada.

—Es Gúdula — dijo Miguel.

Era ella, en efecto. Una muchacha rubia, de expresión tímida, que me echó una ojeada recelosa, poniéndose a hablar en seguida en flamenco con su padre. Los dos se fueron a ver a Tom. Oí que Gúdula sollozaba, y es tal el poder de las lágrimas femeninas, que yo también me sentí conmovido por la muerte de aquel perro.

La muchacha volvió, secándose los ojos. Dewachter, que la seguía, me dijo:

—Vamos, señor. Voy a llevarte a Forduyet y a buscar un coche para que te vuelva a Dunkerque.

Partimos tomando un camino entre las dunas, que muy pronto nos llevó a la carretera y de allí a la aldea.

Yo marchaba al lado de mi guía, silencioso, y pensaba en aquel animal fiel, tendido en una cama, y cuya muerte era llorada como la de un ser humano. Se me representaba la vida entera del pobre Tom. Veía al cachorro recién nacido, tiritando y con los ojos cerrados; una bola de pelos leonados junto a la madre; luego, el perrito saltarín, juguetón y miedoso; luego, el animal ya grande, enseñado con el palo a precaverse del aduanero, a huir con su carga de tabaco atada sobre el lomo... Me imaginaba las persecuciones, las carreras desenfrenadas por entre las dunas, los encuentros con los perros enemigos. Toda una odisea de peligros de estratagemas, de batallas.

Tal había sido la historia del perro contrabandista hasta el día trágico en que, tendido de costado por dos balas certeras, le habían quitado la carga y le habían mutilado... Y luego, la última etapa, la horrible retirada, casi agonizante, hasta la casa del amo...

. . . . . .

Y meditaba sobre el alma obscura y abnegada de esos animales que puede reflejar nuestros odios, nuestro valor y nuestra astucia, que los hace combatir, padecer, sin provecho para ellos y sí únicamente por nosotros...

MARCEL PREVOST.

—¿Qué se ha hecho aquella hermosa joven de la que usted estaba enamorado hace un par de años?

—Se casó hace tiempo.

—¡Caramba! Lo bolseó, mi amigo, ¿no?

—Peor que eso. Se casó conmigo.

Un salteño que se había asegurado la vida, se cayó de un coche y se lastimó bastante. La esposa, en seguida, telegrafió a la compañía de seguros, diciendo:

"Giren la mitad del seguro, mi marido está medio muerto."

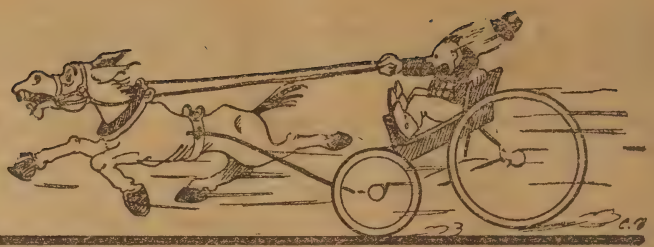
"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

LA NOTA CÓMICA



"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

El hijo: — El misionero que fué comido por el indio caníbal, ¿puede ir al cielo?

El padre: — Sí.

El hijo: — Y el caníbal, ¿puede ir?

El padre: — ¡No!

El hijo: — ¿No? ¿Cómo puede ir al cielo el misionero y no el caníbal, si el misionero está adentro del caníbal?

✣ ✣ ✣

Ella. — Ella me dijo que usted le dijo el secreto que yo le dije a usted que no le dijera a ella.

—El. — ¡Oh! Pero yo le dije a ella que no le dijera a usted que yo se lo dije!

Ella. — Es que yo, por mi parte, le dije a ella que le prometía que no le diría a usted que usted le había dicho lo que yo he dije que no le dijera.

✣ ✣ ✣

—Señora, — dijo el cura a la esposa de Pérez, — hace muchos domingos que no veo a su marido asistir a la misa. ¿Qué le pasa?

La señora inclinó la cabeza sin contestar.

—¿Qué es eso, — dijo el cura. — ¿Tal vez anarquismo?

—No.

—¿Socialismo?

—No, señor.

—¿Ateismo, entonces?

—Algo peor, señor cura.

—¿Qué, señora?

—Reumatismo.

✣ ✣ ✣

—Querido esposo, — dijo la mujer a su marido gravemente enfermo, — voy a salir un momento para ir a casa de la modista a probarme un vestido.

—¿Pero vas a abandonarme para ir a probarte un vestido estando yo tan enfermo?

—Sí, querido esposo, en principio tienes razón, pero debes tener en cuenta que se trata de un vestido de luto.

✣ ✣ ✣

—Señorita, ¿nunca le pidió su mano un hombre idiota?

—Sí, señor.

—Y usted, ¿qué hizo?

—Me casé con él.

—¡Ah! ¡Señora!...

Notas interesantes:

Napoleón siempre llamaba un mensajero en lugar de hablar por teléfono.

Aníbal no compró nunca un fonógrafo.

Julio César prefería ir a caballo a andar en automóvil.

✣ ✣ ✣

—Vamos a ver, niños, — dijo el maestro durante la lección de moral, — ¿por qué se respeta y obedece a los viejos?

—Porque casi siempre son los que tienen la plata, — respondió un alumno.

✣ ✣ ✣

El comerciante (fastidiado por la inoportunidad del viajante de comercio): — ¡Por Dios santo! ¡Esto es demasiado! Usted me desespera de tal modo que me dan ganas de cortarme el pescuezo.

El irresistible corredor viajero: — ¿Cortar ha dicho? Precisamente traigo en mi muestrario los mejores cuchillos, navajas y cortaplumas del mundo.

✣ ✣ ✣

Ella estaba cosiendo un botón del saco de su marido y las arrugas de su frente indicaban que la tarea la preocupaba mucho. De pronto levntó la cabeza.

—Es un vergüenza, — dijo — el descuido con que el sastre puso este botón. Ya es la quinta vez que tengo que cosérselo de nuevo.

✣ ✣ ✣

—Dicen que las heridas que tiene Juan, son consecuencia de una broma.

—Sí. Los amigos le dijeron que un señor alto y fuerte que estaba en el salón de fumar del club era sordomudo y le aconsejaron a Juan que se acercara a él y le llamara estúpido.

—¿Y qué?

—Que Juan fué, pero el hombre no era ni sordo ni mudo.

✣ ✣ ✣

En la plataforma de un tranvía:

—¿Por qué se levantó para que se sentara esa señora? — Ni es joven, ni es bonita, ni es elegante, ni es simpática...

—Pero es mi mujer.

—¡Ah!

LA OBRA QUE EL PÚBLICO SOLICITO

ERA nada menos que Brood, el hombre por cuya causa se había enemistado con Gryce, el misterioso intruso a quien Jim Marsh había capturado en el momento en que penetraba cautelosamente en la Abadía de Merlín, durante la tranquilidad de la noche.

—¡Esto sí que es un suceso extraordinario aun en un sitio como la Abadía de Merlin, donde pasan cosas tan extraordinarias! — murmuró Marsh mientras atraía al prisionero, que solo se resistía débimente, sacándolo del hueco de lo que era, sin duda, un tablero que secretamente se abría en la pared cubierta de revestimiento de madera. —¡Qué sorpresa, mi amigo! ¿No? ¿Está usted haciendo de fantasma?

En el pálido rostro de Brood se notaba un intenso temor. Para aquel hombre que había contado con entrar y salir sin que nadie le viera, debía haber constituído la emoción más intensa de su vida el sentir que alguien le tomaba de la mano y el encontrarse atrapado.

De la mano, inerte, se le había caído una carta que Jim Marsh había recogido del suelo.

—¡Yo no intentaba hacer nada malo! — balbuceó Brood en voz muy baja. — Lo único que me proponía era ponerme en comunicación con sir Richard Audley.

Marsh miró el sobre de la carta y vió, aun cuando con dificultad, a la luz que entraba por la ventana, que estaba dirigida a Richard Audley.

—Ya veo, pero la hora no es muy apropósito para que venga el cartero. — dijo Jim. — Usted debía raber pensado, en todo caso, que en la puerta de entrada hay un buzón con todo lo necesario.

Miró con interés a aquel hombre a quien primero había visto enterrando furtivamente la caja amarilla en la arena de la playa y a quien ahora veía ocupado en una excursión nocturna y enigmática.

A todo esto el hombre había reconocido a Marsh como al campeón que le había defendido por la mañana. En su semblante se notó de inmediato una expresión de contento que disipó el gesto de terror que antes tenía.

—Usted fué el que me defendió esta mañana, — exclamó sorprendido. — ¡Pero yo no sabía que residiera usted en la Abadía de Merlin!

—Soy Jim Marsh, chauffeur a servicio de sir Richard Audley. Ahora supongo que usted me explicará por qué se ha metido aquí, surgiendo de improviso como se aparece el demonio en una función de magia, —dijo Marsh. — Si usted no pertenece a la liga de los que están en contra de mi patrón, no tiene nada que temer de mi parte.

—¿Sabe usted eso? — exclamó el hombre asombradísimo.

—¿Si sé qué?

—Que su patrón tiene enemigos, enemigos secretos. — Y Brood pareció tranquilizarse cada vez más. — Cuando usted se expresa de ese modo, demostrando que quiere a sir Richard con todo su corazón, creo que podré confiar en usted, — agregó aun cuando todavía no muy tranquilo.

—Si eso es lo único que le preocupa, mi amigo, para confiar o no en mí, — dijo Marsh, — pude usted expresarse con toda libertad y sin temor ninguno.

—Es de gran importancia que yo vea a sir Richard, que le vea secretamente, — dijo el hombre en voz muy baja y mirando furtivamente en derredor como si temiese que las paredes pudieran oirle. — Para eso necesitaba comunicarme con él sin que nadie se enterara. Temía enviar la carta por correo. No tengo confianza ninguna en los criados de la Abadía. Trask o su mujer podían haber interceptado la carta.

—¡Naturalmente! ¡Y en ese caso el viejo Bonholme la hubiera visto antes! ¿No era esto lo que usted temía?

—Sí, ¡De modo que usted sabe que el señor Bonholme es, secretamente el peor enemigo de sir Richard!—dijo Brood muy emocionado.

Marsh hizo un gesto afirmativo.

—Vine por este pasaje secreto con el propósito de deslizarme hasta la puerta de la habitación de sir Richard y meter la carta por debajo de la misma en el dormitorio que ocupó su padre. Pero me falta valor. — dijo el hombre de los ojos de miedo. — Ya no soy el mismo de otro tiempo. Mi sistema nervioso está desequilibrado — exclamó. — Encima de la mesa que está en este rellano ví un sobretodo: era el de sir Richard; se lo había visto puesto ayer. Entonces se me ocurrió meter la carta en un bolsillo del sobretodo. Iba a hacerlo cuando usted me apresó.

Marsh no había dejado de mirar al otro a la cara. Comprendía, por su expresión, que el anciano decía la verdad.

—Puede usted confiarme la carta. Yo se la entregaré mañana temprano, — dijo Marsh.

—¡Muchas gracias! ¡Qué peso me quita de encima! Se trata de algo tan importante, tan vital que hay personas que, si supieran lo que yo tengo que decir a sir Richard, no vacilarían en matarme para que no lo dijera.

Su voz se había hecho aún más tenue y nuevamente miró con cautela a su alrededor como si pudiera estan alguien atisbándole, oculto en las tinieblas de la casa dormida.

—Pero no puedo quedarme más tiempo, — dijo Brood con nerviosidad. — Me escurrí cuando todos dormían, pero pueden notar que he desaparecido...

—¿Vuelve usted a casa de Gryce? ¿A la Granja, como le llaman?

Sí. Gryce es el demonio en figura de hombre. Usted, a pesar de haber visto cómo procedió esta mañana con el látigo, no puede darse cuenta de lo cruel e implacable que es. Y el tío de sir Richard, el señor Bonholme, es su amigo y su socio. La Granja es un nido de infamia. Hasta el aire que se respira está envenenado con crímenes y delitos de los más horribles.

Al decir esto el viejo tembló. No cabía duda: Brood decía a verdad. Su gesto, su actitud, el tono de su voz, todo indicaba que hablaba sinceramente.

—Se proponen atentar contra la vida de sir Richard y están preparando su plan. No hay peligro inmediato, pero sí existe la seguridad de un peligro que vendrá. Lo sé por conversaciones que he oído. Consideré necesario advertir a sir Richard, no solo por su bien, sino por el de su padre. Hay además algo que él debe saber, algo que me atormenta desde hace unas semanas, ¡un terrible secreto que me tiene en constante nerviosidad! — dijo el hombre temblando.

—Diré a mi patrón lo que usted ha dicho y combinaré lo necesario para que tengan ustedes una conferencia secreta. Pero respecto de ese plan contra la vida de sir Richard, ¿no cree usted que haya peligro inmediato?

—No. Aun no están del todo combinnados los detalles del plan: estoy seguro.

—Cuando ellos lo tengan todo dispuesto, también estaremos dispuestos nosotros, — dijo Jim con intención. — Pero antes de que usted se vaya deseo saber cómo es ese pasaje secreto por el cual se metió usted en esta casa. Puede ser que en alguna ocasión me resulte útil.

—Este pasaje lo encontré por pura casualidad en el tiempo en que estaba sirviendo en la Abadía, — dijo Brood. — En una ocasión ví al viejo patrón, al abuelo de sir Richard, que se servía de él.

—¿No le conoce nadie más que usted?

—Nadie más.

—¿Ni Bonholme tampoco?

—Tompoco. No lo conocía en tiempos del patrón viejo, estoy cmpletamente seguro. En cuanto a que lo haya conocido después no hay probabilidades de ninguna especie. El patrón viejo no era hombre como para confiar a nadie un secreto. Era el tipo más reservado que he conocido y un hombre muy malo, el hombre más malo del mundo, — agregó Brood con una vehemencia que llamó la atención de Marsh.

Pero no había tiempo para perderlo en conversaciones. Jim notaba que Brood estaba en ascuas y deseaba retirarse temoroso de que se notara su ausencia en la Granja.

Encendió un fósforo y pasó por el hueco de la pared, penetrando en el obscuro recinto de donde había sacado a Brood. Una vez allí vió el comienzo de una estrecha escalera de caracol que se hundía en la oscuridad, construída en el espesor del grueso muro de aquella casa edificada hacía siglos. En los viejos tiempos de las persecuciones y de la guerra civil había pocas casas grandes que no tuvieran secretos escondrijos, puertas invisibles y salidas reservadas.

Marsh examinó cuidadosamente el tablero que se abría y Brood le enseñó a manejar el mecanismo que lo ponía en movimiento.

—¿Y la salida al otro extremo? Me gustaría conocerla.

Marsh siguió a Brood escalera abajo pisando con precaución los peldaños de piedra cubiertos de musgo, húmedos y resbaladizos, alumbrándose a ratos encendiendo fósforos.

—¡Esta vieja Abadía de Merlin está llena de secretos como una caja de sorpresa! — exclamó Marsh mientras descendía por la escalera.

Los muros de la Abadía de Merlín estaban construídos de piedra y, donde terminaba la escalera, Brood indicó como dos de las grandes piedras de la pared, unidas entre sí por

fuertes ligaduras de hierro, se movían hacia dentro, en su hueco, dejando una abertura por la cual podía pasar, fácilmente, un hombre.

Fuera, el secreto de aquella pared, al parecer unida y sólida, era guardado por una espesa cortina de enredaderas y por un grupo de altos arbustos.

La construcción era ingeniosamente sencilla. Su propio balanceo hacía que las dos piedras unidas se abrieran hacia dentro en cuanto se soltaba el resorte que las sostenía. Para cerrar el hueco bastaba un suave impulso. Los resortes que permitían esta maniobra eran viejos, pero aun funcionaban satisfactoriamente. En cuanto Brood oprimió el resorte secreto la puerta de piedra se abrió lentamente.

Por la abertura entró una ráfaga del aire fresco de a noche que vino a purificar la atmósfera pesada y húmeda del pozo de la escalera. Al mismo tiempo llegó del lado de afuera un rumor que alarmó de inmediato a los dos hombres era un rumor de voces; alguien hablaba, en voz baja, en el jardín, no lejos de aquella parte del muro.

Era la voz de Fox Dacre. Aun cuando hablaba muy bajo sus palabras llegaban con claridad a los oídos de los dos hombres escondidos al pie de la oculta escalera.

—¡Yo no me quedaré! No quiero hallarme presente cuando la mujer sea reducida a prisión y deseo que en todo esto no figure mi nombre para nada. Pero pueden estar seguros de que la encontrarán ahí. Es Judith Holt, la ladrona de joyas y actualmente Lady Audley, pues se casó con sir Richard.

Marsh reprimió una exclamación.

Con la inesperada aparición de Brood se había olvidado, momentáneamente, de Dacre a quien vió poco antes de moverse cautelosamente en el jardín. Ahora se explica qué andaba haciendo Dacre en aquellos sitios!

El hombre, vengándose de haber sido humillado y arrojado de la Abadía de Merlin, había denunciado a la policía la presencia allí de la mujer que se había evadido de manos de sus guardianes pocas semanas antes. Y la policía había venido para prender a Judith.

Un instante después se oyó un fuerte y perentorio aldabonazo en la puerta de entrada. El sonoro golpe retumbó en todos los ámbitos de a casa silenciosa.

El precio de la libertad

Marsh empujó la piedra y cerró de nuevo el hueco.

Dijo a Brood algunas palabras en voz baja y luego subió rápidamente la escalera de caracol y penetró en la casa, sin ser visto, pasando por la abertura del tablero movilbe, casi antes de que los ecos del recio aldabonazo se hubieran desvanecido por completo.

Se dirigió a la puerta del dormitorio de Judith y golpeó cautelosamente.

La mujer debía hallarse despierta. El aldabonazo la había despertado sin duda. Marsh oyó que Judith se acercaba a la puerta. Su voz, algo alterada por el temor, preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Soy yo, Marsh. Vístase inmediatamente. La policía ha llamado a la puerta y viene por usted. ¡El único modo que tiene usted de escapar es hacer lo que yo le diga, pero sin perder ni un solo segundo!

De nuevo, al cabo de un momento, resonó otro golpe de aldabón más fuerte aun que el primero.

En el relleno del último piso, — donde estaban los cuartos de los sirvientes, — se oyó el ruido de una puerta que se abría. Era la de la habitación de Trask. Marsh pudo ver que se asomaba por sobre la barandilla la cara del criado con expresión de intenso terror.

En un cercano dormitorio se oía ruido de pasos. La persona que allí estaba — era aquel domitorio de Bonholme, — debía haberse despertado y se preparaba a salir.

Mientras Judith se vestía, Marsh dirigióse tranquilamente a la puerta del cuarto de su patrón. Dick que se había puesto un "robe-de-chambre", abría la puerta en el momento en que se acercó Marsh a ella.

—¡Es la policía! — dijo el chauffeur en voz baja. — Saben que ella está aquí y vienen a prenderla.

Dick se sentió sobresaltado. Aquella mujer le había engañado, se había interpuesto como obstáculo insalvable entre él y la joven a quien amaba, pero, después de todo, llevaba su nombre.

El pensar que podían detenerla le llenó de angustia. Lo primero que se le ocurrió fué que era necesario salvar a Judith, si era posible. ¿Pero cómo iba a ser posible si la policía estaba ya llamando a la puerta?

—Usted no puede hacer nada, señor, pero quizás pueda hacerlo yo, — dijo Marsh apresuradamente y en voz baja al leer los pensamientos que expresaba el rostro de Dick. — Lo mejor que puede hacer ahora es volver a su dormitorio y dejarme que proceda como corresponde. Tengo un plan eficaz para que ella pueda escabullirse y lo mejor será que usted no sepa absolutamente nada cuando vea a los de la policía.

Marsh no esperó contestación. Salió corriendo hacia el cuarto de Judith.

Llamó a la puerta, que se abrió en seguida. Judith estaba ya vestida.

Marsh entró en el cuarto un momento antes de que Trask, con un candelero con vela encendida, en la mano, descendiera lenta y temerosamente la escalera muy pervioso y con el rostro tan blanco como el viejo gorro de dormir de tejido de algodón, que llevaba a la cabaza.

Jim no sentía aprecio alguno por aquella mujer, ni le tenía buena voluntad. La consideraba una aventurera atrevida que, con tal de llegar a ser "la señora" en la Abadía de Merlin, había acudido a la intriga más baja aprovechándose de la enfermedad de Dick para separar a éste del cariño de Aileen.

Sin embargo, en aquel momento, tan grave para ella, Jim no pudo menos que admirar su serenidad. Judith estaba páida, pero el convencimiento de la existencia del peli-

gro parecía haberla devuelto toda su entereza.

En pocas y rápidas palabras Marsh explicó a Judith que Fox Dacre la había denunciado a la policía.

—¿Qué debo hacer? ¿Debo interpretar su llamado como un ofrecimiento de ayuda?

—Eso depende de usted, — dijo Marsh. — No hay tiempo que perder. Trask baja las escaleras. Va a abrir la puerta. Los de la policía estarán provistos de los documentos necesarios para registrar toda la casa. Tiene usted uno o dos minutos para decidirse. Yo puedo salvarla, pero por su yrecio.

—¿Por su precio? — exclamó Judith, mirándole fijamente.

—¡Precisamente! — replicó Marsh. — Dígame la verdad ahora: ¿es usted real y legítima esposa de mí patrón? ¿Sí o no?

Aun cuando los instantes eran preciosos para aquella desesperada mujer, Jim notó que se tomaba un momento para reflexionar.

Luego dijo ella con aire de desafío:

—¡Sí! ¡Soy su esposa! ¡Su legítima esposa!

¿Era verdad? Marsh miraba con atención la cara de aquella mujer, tratando de leer sus más íntimos pensamientos. Judith bajó los ojos. Quizás se convencía de que en vano pretendería ocultar a verdad.

¿Podía ser verdadero aquel casamiento realizado durante la enfermedad de Dick? Marsh había visto el certificado del registro civil y, sin embargo, no estaba persuadido.

Ahora, aun cuando no hubiera podido explicar por qué, se sentía convencido de que iba a arrancar a Judith a verdad de aquel enredo, para el bien de su patrón. La crisis del temor de aquella mujer serviría para hacerla declarar la verdad.

—Siendo así no podré serle útil, —dijo Marsh tranquilamente. — Lo siento mucho. ¡Ah! Ya está Trask abriendo la puerta. Si usted no hubiera sido tan legítimamente esposa de mi patrón yo hubiera podido salvarla de la policía. Pero no vale la pena hablar de esto desde que usted está legítimamente casada con sir Richard Audley.

Judith detuvo a Jim por un brazo en el momento en que el joven chauffeur se volvía para marcharse.

—¡Se niega usted a auxiliarme! — exclamó desesperada.

—Me niego y seguiré negándome mientras usted no diga la verdad sobre ese matrimonio que, a pesar de todas sus afirmaciones, no creo que fuera casamiento legal ni cosa parecida, — dijo Marsh. — ¡Siga usted empecinada en la mentira si le parece que el pretender llamarse Lady Audley vale más que la libertad! Lo que es conmigo no cuente usted mientras tanto.

No le gustaba a Jim Marsh dirigirse en semejante forma a ninguna mujer, por culpable que fuese, pero en este caso no disponía absolutamente de si mismo: debía servir a su patrón y nada más.

Desde el hall, pasando por el zaguan de entrada, llegaba el sonido de una voz que interrogaba a Trask.

¡Escuche! ¡En cuanto empiecen a subir la escalera estará usted perdida! — díjole en voz baja. — Si la encuentran, la llevarán presa. ¡Solo la verdad, dicha ahora mismo, puede salvarla!

—¡Oh! ¡Qué malo es usted! ¡Le odio! ¡No querer auxiliarme! — exclamó la mujer furiosa.

—No se enfade. Sus insultos me pasan por encima como el agua por las alas del pato, — replicó Marsh en tono de broma. — ¡Ah! ¡Allí está el señor Bonholme! — agregó Marsh indicando la habitación de anciano. Ahora va a salir. Bonholme la odia a usted y no haría nada por salvarla como estoy dispuesto a hacerlo yo si me dice la verdad. No me niego a salvarla, pero basta de esa mentira, que ya ha durado demasiado. ¡la verdad! ¡Pero como usted no quiere! . . .

Marsh se encogió de hombros y volvió a dirigirse a la puerta dejando a la mujer abandonada a su triste destino.

Judith tomó una súbita resolución.

—No. No es mi esposo, esta es la verdad. Ya lo sabe usted. ¿Quiere salvarme ahora? — dijo con aire altanero.

—Ya es algo, — dijo Marsh, — pero necesito detalles suficientes para poderlo probar. ¡Pronto! No tenemos tiempo que perder.

—El que fué conmigo al registro civil fué otra persona, no Dick. Una persona que se le parecía mucho y que se presentó diciendo que era sir Richard Audley y firmó en el acta.

—¡Ah! ¡Fué esa la combinación! ¿Cómo se llamaba ese sustituto y dónde se le puede encontrar?

—¡Oh! ¡Está usted perdiendo un tiempo precioso! — exclamó aquella mujer que había jugado tan fuerte y había perdido. — Se llama Medhurst y es un actor de poca importancia y casi siempre sin contrata. George Milson sabe donde vive. ¡Ahora que he dicho la verdad! ¿Cumplirá usted su palabra?

Estaba la mujer febril de impaciencia.

—Espere aquí: voy a ver si el camino está expedito.

Marsh salió de la habitación y fué por el corredor con tanto sigilo que Bonholme Audley que estaba en el rellano, sonriendo muy satisfecho, no le oyó acercarse. Se volvió sorprendido al oír hablar a Marsh.

—Mi patrón desea verle en su habitación inmediatamente, señor. ¡Algo muy urgente! — dijo Jim Marsh.

Bonholme sin darse cuenta de que se trataba de una estratagema de Marsh, para quitarle de enmedio, cayó en la trampa y se alejó rápidamente hacia el dormitorio de Dick.

Menos de dos minutos después, Marsh entró a su vez en el cuarto de Dick. Trask acababa de subir.

—La policía desea verlo, señor, — dijo el criado a su patrón que ya se había vestido.

—¿De qué se tratará? ¿No acierto a comprender? — dijo Bonholme fingiendo sorpresa. — ¡Molestarnos así a tan alta hora de la noche!

—¡Cómo si no lo supieras, hipócrita! — díjose Marsh. — ¡Tú y Dacre combinaron

esto de acuerdo o yo me llamo Robinson Crusoe!

Marsh llamó aparte a Dick y le dijo en voz baja:

—Mejor es que usted baje y hable con los de la policía, señor. Ya la he hecho salir. Pueden buscar en toda la Abadía de Merlin, de los sótanos al tejado. ¡No la encontrarán!

Marsh podía haber agregado que menos de media hora antes él mismo desconocía el escondrijo donde había ocultado a la perseguida mujer y que a no haber sido por la oportunísima visita de Brood no hubiera tenido cómo evitar que la policía se apoderara de la mujer culpable. Tompoco hubiera podido, ignorando cómo salvarla, poner su declaración sobre la verdadera condición de su matrimonio con Dick, como precio de la libertad comprometida.

Una nueva alegría

Cuando Dick bajó la escalera para hablar con los empleados de policía que habían llegado a la Abadía de Merlin a media noche, Marsh le acompañó.

—El deber que me trae a esta casa es muy doloroso, sir Richard — dijo el empleado de policía, a quien encontraron en el hall, — pudiera haberlo dejado para mañana, pero pensé que, viniendo de noche evitaría innecesaria y lamentablemente publicidad. Tenemos razones para suponer que una persona que se escapó del poder de sus guardianes mientras la conducían a la cárcel, una joven llamada Judith Holth, se halla en esta casa, y según se nos ha dicho, en calidad de esposa del dueño. Traigo. pues una orden de prisión contra Lady Audley.

—Tengo razones para creer que esa persona no se encuentra en la Abadía de Merlin — dijo Dick rápidamente y sintiendo dolorido lo humillante de la situación. — No tengo ni la menor idea de dónde puede estar.

—Y no debe usted llamarla Lady Audley, señor inspector,—dijo entonces Marsh, porque no es esposa de Sir Richard Audley. Es una mentirosa que le hizo creer a mi patrón que él se había casado con ella mientras, por haber recibido un golpe en la cabeza, estaba sin memoria. Esta misma noche conseguí que me dijera la verdad. ¡No es Lady Audley ni por asomo!

Dick le miró con incredulidad. ¿Podía ser eso cierto?

Se ha marchado de la Abadía de Merlin, — agregó Marsh. — Al anochecer, en cuanto vió descubierta su intriga, se fué. Esto es todo cuanto puedo decir.

—¿Corrobora usted esas afirmaciones, Sir Richard? — preguntó el inspector.

—Lo único que puedo decir es que no sé nada a su respecto. Ignoro dónde está y me asombraría mucho que ustedes la encontraran en la Abadía de Merlin.

El inspector le miró con desconfianza.

—Como es natural, no nos permitimos dudar ni un solo instante de su palabra. Sir Richard, ya que usted afirma que ella se ha ido de la Abadía de Merlin, — dijo el empleado de policía, pero traigo una orden de allanamiento y aun cuando solo por pura fórmula, mi deber es...

Dick, que sentíase, después de lo que Marsh le había dicho en voz baja, completamente seguro, dijo inmediatamente:

—Puede usted proceder a cumplir su misión. No se le pondrá ni el menor obstáculo y podrá usted revisar la Abadía de Merlin todo lo detenidamente que lo desee.

Pero por más que registraron detenidamente toda la casa, no encontraron a la mujer. Los de la policía tuvieron que volverse sin la prisionera que esperaban.

El registro de la casa duró bastante tiempo, pues los de la policía fueron metódicamente de cuarto en cuarto. Marsh había desaparecido. Dick, deseoso de conocer mayores informes después de haberle oído a afirmación de que Judith no era su esposa, no logró hallarlo por ninguna parte, mientras los de la policía revisaban la casa, Marsh había desaparecido tan misteriosamente como la misma Judith.

Dick tuvo que volver a acostarse sin satisfaser su impaciente curiosidad.

Le despertó a la mañana siguiente una serie de golpes dados en la puerta de su dormitorio. Era Marsh con cara de cansancio y falto de sueño, lo que no tenía nada de raro, pues no se había acostado en toda la noche, pero que saludó a su patrón con una sonrisa de alegría.

—Bueno, señor, ya se marchó ella. Pude hacerla desaparecer mientras los de la policía registraban la casa, porque se dedicaron a revisar por dentro sin fijarse en lo que pasaba por fuera. ¡Ahora, a buen tiempo, están vigilando la puerta! ¡Si les divierte, que la vigilen!

Pero Marsh no ofreció explicación ninguna sobre dónde estaba Judith.

—Más vale que usted no lo sepa, señor. Si la policía le pregunta algo más, entonces no será culpa suya si dice usted que no sabe nada.

Rápidamente contó luego todo cuanto había averiguado sobre el pretendido casamiento. Para Dick fueron aquellas noticias las más agradables que podía oir. En el primer momento casi no se atrevía a creer que fuera verdad.

—¡Qué buen amigo es usted, Jim! — exclamó Dick estrechando la mano de Marsh.

Su supuesto casamiento con Judith había sido una pesadilla y ahora se veía de nuevo en libertad, ahora podía unirse, por fin, a la joven a quien amaba.

Por intermedio de Marsh proporcionaría a Judith los medios necesarios para que pudiera salir del país. En cuestión de dinero la trataría generosamente. ¡Pero qué alivio era saber que no tenía que volverla a ver nunca más, que había desaparecido de su vida para siempre!

—Voy a ir a Langford hoy mismo, a ver allí el libro de la oficina de registro civil. Quiero solucionar este asunto cuanto antes, — dijo.

Entonces Marsh le habló de la secreta visita de Brood y de la carta que el hombre había dejado.

—¡Brood! ¡Pero hace tiempo estuvo de sirviente aquí! — exclamó Dick. — ¡Lo recuerdo bien! ¡Mi padre le estimaba mucho y le ayudó para que se estableciera. ¡Si yo me proponía hacer algunas averiguaciones a su respecto!

—No es necesario, señor. Está viviendo en la Granja. Cuando le sacudí el polvo a Gryce, ayer de mañana, cosa que hice "con la mayor satisfacción", fué porque estaba maltratando precisamente a Brood. Gryce lo tiene aterrorizado. Quiere verle a usted, señor, pero tiene mucho miedo de que se entere Gryce o el amigo de Gryce, el señor Bonholme Audley, — dijo Marsh.

Dick miró a Marsh en silencio. Sabía que Marsh desconfiaba de Bonholme. El tampoco se sentía muy decidido a confiar en Bonholme desde el extraño acontecimiento acaecido en la Abadía de Merlin durante su anterior visita, cuando Bonholme regresó sigilosamente a altas horas de la noche y se deslizó hasta la puerta del cuarto de Dick. Las explicaciones que dió su pariente no habían sido de ningún modo, convincentes.

Leyó a carta de Brood. Era una breve súplica solicitando nua entrevista secreta para tratar de un asunto que, según decía el que escribía, interesaba vivamente a Dick.

"Sobre todo, le ruego que no deje saber absolutamente a nadie que yo le he escrito esta carta", — terminaba la misiva después de indicar a Dick cómo podría responder sin que nadie se enterara.

—Todo esto parece muy misterioso y espero que no exista ninguna razón grave y verdadera para tanta reesrva, — dijo Dick. — Veremos, sin embargo de todos modos mi propósito de ayudar en todo lo posible al anciano. Lo que no me explico es cómo está en casa de Gryce cuando le tiene tanto miedo.

—Porque Gryce lo tiene aterrorizado y dominado. No me extrañaría que fuera sobre de eso de lo que quiere hablarle, señor, dijo Marsh recordando los ojos de miedo del hombre. — Parece que en la Granja se preparan acontecimientos muy graves.

Dick salió a las nueve de a mañana, en el automóvil manejado por Jim, para el empalme de Bramfey, a tomar el tren. Se dirigía a Langford, la ciudad de Hampshire donde Judith había representado la farsa de su casamiento con un hombre que se había presentado diciendo ser sir Richard Audley sin serlo.

Pero camino de la estación dió un rodeo para pasar por un solitario chalet situado cerca de la costa, donde dos noches antes, la alarma de un incendio y la emoción de ver a Aileen asomada a la ventana, rodeada de llamas que amenazaban su gentil figura vestida de blanco, le había devuelto la memoria perdida.

Aileen en persona, cuando vió que el automóvil se acercaba, salió a la puerta a recibir a Dick.

—No tengo tiempo para entrar, — dijo el joven. — Voy camino de la estación y no puedo perder muchos minutos. Pero tengo buenas noticias que comunicarle. Una sobre todo: la de que no va a seguir usted mucho tiempo soltera.

Y allí, en el jardín inundado por el sol, Dick dijo a Aileen que estaba en libertad y que ya no existía obstáculo para la realización de sus sueños de felicidad.

La joven oyó la noticia con incredulidad y luego, convencida de que Dick decía la verdad, expresó la mayor alegría. Sus bellos ojos brillaban como estrellas.

—¡Cuánto le debo a mi buen Jim! El nos ha devuelto la felicidad que yo consideraba perdida, pues ¿cómo podía suponer yo que el casamiento de que ella hablaba había sido falso cuando había visto el certificado de la oficina de registro civil? Como lo que había sucedido durante mi enfermedad no había dejado huella en mi memoria, ¿qué podía hacer yo? Pero ahora esa valla que nos separaba ha desaparecido por completo, como si no hubiera existido nunca.

Dick atrajo hacia sí a la elegida de su corazón, y los dos jóvenes, felices, permanecieron un momento abrazados.

—Me parece demasiada felicidad, y no me atrevo a creer que sea cierto que todas las oscuras nubes que se cernían sobre nosotros se hayan disipado por completo, — dijo Dick con ternura.

Jim Marsh, en el automóvil que había quedado frente al portón de la verja, dió un toque de bocina para avisar a Dick que pasaba el tiempo y que los trenes no esperan ni aún a los enamorados.

Uno junto a otra, Dick y Aileen se dirigieron a traves del jardín, hacia el portón.

Algo hizo que Dick mirara, de improviso, hacia la casa.

Detrás de una ventana del piso alto, la cortina había sido apartada a un lado, y por el hueco vió dos ojos negros que miraban a Aileen y Dick con apasionada expresión de celos, ojos que Dick reconoció, estremeciéndose.

¡Judith! ¡La mujer perseguida se había refugiado precisamente en la casa de la joven a quien había querido suplantar!

Y detrás de aquella cortina, la mujer aquella, torturada por el demonio de los celos, estaba mirando a Dick y a su novia.

Más intensamente que nunca, ante sus ambiciones, esperanzas y planes reducidos a polvo, Judith sentía entonces un odio vengativo contra la joven a la que Dick amaba. Ese odio dominaba y borraba todos los sentimientos de gratitud que tenía que sentir por haber sido recibida sin vacilaciones la noche anterior cuando huyó de la Abadía de Merlin, prtegida por Jim Marsh.

Dick lo sabía ya todo. Sabía que ella le había mentida, que había urdido un plan infame para arrebatarlo a su prometida. Judith había jugado una desesperada partida y, al final del juego, lo había perdido todo. Había perdido a Dick y ella lo sabía, como sabía también que por muchas razones que tuviera para estar agradecida a él y a Aileen, en su corazón de mujer vencerla siempre el odio de los celos.

Sus apasionados ojos siguieron a la pareja que atravesaba el jardín, con su vengativa mirada

—¡La odio tanto que la mataría! — decíase Judith. — ¡Siento que prefería verle muerto a casado con ella!

Peligro

Dick exclamó sobresaltado:

—¡Pero entonces Judith está aquí!

—Sí, Jim la trajo la noche pasada, pero consideramos mejor no informar a usted de que ella se encontraba en esta casa, — dijo Aileen.

—¿Y usted la cobijó de buen grado a pesar de todo el mal que le ha hecho? — exclamó Dick. — ¡Cómo se conoce que es usted buena y compasiva Aileen!

—¡Pobre mujer! ¡Se hallaba perseguida y temerosa! ¡Cómo no tener lástima de ella! Hubiese necesitado tener el corazón de piedra para no compadecerme y no prestarla ayuda, — dijo Aileen.

Dick pensó que muchas mujeres hubieran sido menos generosas. Sin embargo aquella acción era la que podía esperarse del carácter bondadoso y compasivo de la clemente Aileen.

—Recordando lo sucedido pienso lo tentado que se sentiría Jim por el deseo de enterarme de todos los maravillosos acontecimientos cuando me despertó para pedirme que diera asilo a Judith, — dijo Aileen sonriendo. — Pero comprendo ahora que Jim quiso que fuera usted mismo quien me comunicara la buena noticia. Lo único que me dijo fué que usted vendría por la mañana y tendría algo "my interesante" que contarme. Me puse tan impaciente que casi no he dormido. ¡Qué bueno es Jim!

—¡Estoy por sentir celos de Jim! — dijo Dick sonriendo.

Mientras continuaban su viaje hacia la estación, dijo Marsh:

—Sí; allí la llevé cuando la saqué de la Abadía de Merlin. Era el único sitio donde podía guarecerla. Ya sabía yo que la señorita Aileen, que es buena como un angel no le cerraría la puerta como pudiera hacerlo otra mujer. Mi propósito es el siguiente: dejarla ahía varios días, y una noche, cuando menos lo piense nadie, llevarla lejos en el automóvil. Lo que ni me figuré fué que usted llegara a enterarse nunca. ¿Pero hay que ir de prisa si no quiere usted perder el tren.

Llegaron a la estación cuando el tren iba a salir. Dick tuvo tiempo tan solo para subir al vagón cuando el tren arrancaba y decir a Jim que volviera a esperarle a la tarde. Cuando Dick terminó de hablar el convoy salía de la estación hacia Hampshire.

En Langford. Dick fué a la oficina del registro civil, donde sorprendió al empleado con la primera pregunta que le hizo.

—¿Me ha visto usted antes?

El hombre le miró asombrado.

—Me parece haber visto hace poco a alguien parecido a usted y sin embargo...

—¿No me casó usted hace menos de diez días? — preguntó Dick.

—¿Casarlo a usted? ¡Qué broma es esta! ¡No, señor! — Pero de pronto el empleado del registro civil pareció recordar. — ¡Ah! — dijo. — ¡Ahora me doy cuenta de a quien se parece usted, pero muy poco!

—¿A quién?

—A un señor que se casó la pasada semana en esta oficina, a Sir Richard Audley.

—Sir Richard Audley soy yo, — dijo Dick tranquilamente, — y necesitó su testimonio de que no celebró usted mi casamiento.

En pocas y rápidas palabras explicó los detalles de la farsa combinada por Judith.

—Certificaré con muchísimo gusto lo que usted desea, señor, — dijo el empleado. — La voz de su sustituto era completamente distinta. Además no tenía su estatura.

Convinieron los pasos que era necesario dar para anular el acta levantada y al pie de la cual figuraba, malamente imitada, la firma de Dick. Luego, Dick, sintiéndose tan contento como un muchacho feliz, salió de la oficina y fué al telégrafo donde dirigió un despacho a Aileen diciéndole que ya no cabía duda sobre la nulidad de falso casamiento.

Después esperó con impaciencia la salida del tren de regreso.

Eran cerca de las siete cuando Dick bajó del tren en la estación de empalme de Bramley y halló a Marsh esperándole. Su gesto dijo a Jim, antes de que pronunciara una sola palabra, que la buena noticia se había confirmado.

Dick dirigióse rápidamente a casa de Aileen.

—No necesita volver con el automóvil hasta las diez y media de la noche, Jim, — dijo al descender ante el portón del chalet.

Después de aquellas semanas de separación, Dick y Aileen deseaban conversar juntos largo rato. Se habían ganado varias horas de compañía, como dijo alegremente Dick.

El joven no quiso entrar en la casa. La presencia de Judith hizo que tanto Dick como Aileen prefirieran conversar al aire libre.

El sol empezaba a acercarse al horizonte. En el mar se distinguía la oscura mole de la Peña Negra proyectando su sombra sobre las aguas cuando Aileen y Dick salieron del jardín dirigiéndose hacia la costa.

Descendieron de los altos acantilados a la suave playa. Allí estarían solos, completamente solos. A esa hora nadie frecuentaba ni las rocas ni la playa. Aquel solitario sitio de la costa inglesa que Dick había considerado tantas veces como desolado y tétrico, parecíale ahora, al hallarse en él en compañía de Aileen, un mundo encantado.

Caminaron lentamente olvidando el tiempo que pasaba, connversando en voz baja como hablan los amantes, soñando con las venturas del porvenir.

—¡Pero cuánto hemos andado! — exclamó Dick de improviso. ¡Debe estar usted cansada, Aileen!

Aileen se rió.

—¡Me siento demasiado feliz para darme cuenta de si me canso o no! — exclamó ella.

—Pero de todos modos ya es hora de que egresemos, — dijo Dick tratando de disimular la inquietud que le dominaba en aquel momento.

Sobre ellos los acantilados se elevaban rugosos y hoscos. En toda aquella costa había pocos senderos que condujeran de lo alto a la playa debido a lo empinado de casi toda la línea de altas rocas.

El último sendero junto al cual habían pasado estaba a más de una milla de distancia.

Dick salió del éxtasis que le había hecho tanto a él como Aileen, olvidar todo cuanto les rodeaba así como el tiempo y la distancia, miró a su derredor y vió que la marea estaba ascendiendo rápidamente.

Arrastrándose sobre el nivel de las arenas se veía una línea de espuma blanca como vanguardia de las oleadas que avanzabn a lo lejos y ya se estrellaban contra la Peña Negra deshaciéndose en penachos de espuma y raudales de gotas.

—Tenemos que darnos prisa, Aileen. No es que haya motivo de alarma, porque aun falta tiempo bastante para que la marea se halle a suficiente altura para cortarnos el paso, pero nos conviene ir hasta aquella punta. Una vez del otro lado seguiremos tranquilamente y sin tropiezo.

Aileen se rió. La aventura la divertía. Se tomó del brazo de Dick y los dos emprendieron la retirada apresurando el paso. No había peligro de que la oscuridad les molestase, pues aun no se había puesto el sol y la luna llena iluminaría pronto, con su clara luz, todo el paisaje.

La marea avanzaba cada vez más rápida por la arena de la playa, pero aun estaba lejos de la línea de arrecifes, así que Dick se sonrió pensando en sus anteriores temores.

El único punto peligroso era la parte saliente de la costa, situada a alguna distancia de ellos todavía. Allí la playa quedaba debajo del agua durante la marea alta y la cubrían las olas mucho antes de que la marea llegara a los arrecifes del resto de la costa.

Pero Dick veía una ancha faja de arena entre la línea de espuma de la marea y las altas rocas de aquella parte de a costa, a la que llegaron antes de cinco minutos.

—Esa parte saliente era lo que me tenía nervioso, — dijo Dick, — pero vamos a poder pasarla en seco. Vamos, Aileen: corramos a ver quien llega antes.

Alegremente corrieron, y Dick, como es lógico, llegó antes y se detuvo burlándose de la derrota de Aileen. Pero de pronto, cuando quiso seguir avanzando, se detuvo y la risa se heló en sus labios.

Cuando Aileen llegó jadeante vió que Dick, muy pálido, estaba mirando hacia la banda de arena que había delante de la punta de rocas y sobre la cual avanzaba la marea.

—¡No avance, Aileen! — gritó indicándole que retrocediera como ante un grave peligro. — ¡Se nos ha cortado la retirada! — agregó.

—¿Cómo es posible? — dijo la joven con extrañeza.

Aun quedaba una franja de más de dos yardas sin que las olas hubieran llegado a ella.

—¡Mire! — exclamó Dick.

Se inclinó y tomando una piedra la arrojó sobre la arena lisa y seca.

Aquella parte de la playa estaba dura y sólida como el piso de una carretera cuando ellos habían pasado poco antes. Ahora, los asombrados ojos de la joven vieron que la arena temblaba donde había caído la piedra, formando unos círculos concéntricos y ondulantes.

Luego, de improviso, la piedra desapareció tragada por la arena en la superficie de la playa volvió a quedar tan lisa y quieta como antes.

Si ellos se hubieran aventurado a pasar por aquella franja de playa hubieran sido irremisiblemente sorbidos, hundiéndose para siempre en las profundidades de la sirte. Y mientras tanto, en el sitio donde estaban, del lado de acá de la infranqueable barrera, la superficie de la playa se estrechaba como si la marea fuera aproximándose cautelosamente hacia su presa.

Una carrera con la muerte

Aileen, muy pálida, miró fijamente a Dick.

—¡Pero esa arena estaba firme y sólida cuando pasamos antes por esta punta! — exclamó.

—Sí, pero ahora está transformada en una sirte, en una trampa de muerte. Ya había oído hablar de la existencia de sitios traicioneros a lo largo de esta costa. La marea que sube va embebiendo las arenas como una esponja y lo que era sólido piso se transforma en una sirte aun antes de que el agua llegue a su superficie. No quise creer lo que me contaron, cuando me lo contaron, pero la prueba me ha connvencido.

Al avanzar se le había hundido un pie en la arena movediza y esto fué lo que le sirvió de advertencia.

¿Qué hacer ahora? En aquel sitio los acantilados se levantaban a gran altura, escarpados e inaccesibles. Era evidente que no podían atravesar aquella franja de arena movediza y si retrocedían tendrían que recorrer millas de costa desolada antes de encontrar un sendero que llevara a lo alto de las rocas. Además Dick sabía que antes de que pudieran llegar al pie del sendero la marea habría subido del todo.

Pero no debía dejar que Aileen se enterara de la gravedad de la situación.

—De algún modo saldremos de aquí, Aileen, — dijo Dick afectando una confianza que estaba lejos de sentir. — Voy a probar la fuerza de mis pulmones.

Pero, ¿podía su voz llegar más allá de la cima de los arrecifes y habría arriba alguien que pudiera oirla?

Dick se puso las manos formando torna

voz y gritó una y otra vez. Los gritos parecieron ser rechazados, vencidos por el viento que se había levantado al caer la tarde y por el rugir de las olas que iban acrecentando su potencia.

No obtuvo respuesta ninguna.

Tomó el brazo de Aileen con fingida alegría y los dos corrieron, alejándose de la sirte, por la playa aun seca.

—Más allá los arrecifes no son tan escarpados como aquí, — dijo él. — Puede ser que allí me sea posible ascender hasta lo alto.

Aileen le miró con los ojos muy abiertos y expresión de terror. Luego contempló los altos peñascos cuyo frente tenía sitios tan lisos que hubiera sido vano pretender escalarlos.

—¿Subir por ahí? ¡No, Dick! ¡Eso sería exponer la vida!

—¿Exponer la vida? ¡No! ¿Cree usted que expondría mi vida ahora que acabo de encontrarla a usted de nuevo, Aileen? — dijo Dick riéndose de los temores de su novia. — Puedo subir. Además es el único recurso. Una vez en lo alto puedo ir en busca de auxilio. Subiré porque lo haré pensando en que es para sacar de aquí a mi adorada Aileen. Por suerte y pese a mi querido amigo Fox Dacre, me siento ahora muy fuerte y con la cabeza muy serena.

Sin embargo, Dick se daba cuenta de lo peligroso que era la aventura aun para quien, como él, había sido alpinista entusiasta y había ascendido a las montañas más peligrosas de Suiza. A pesar de sus palabras, el golpe que le había dado Fox Dacre le tenía aun algo resentido y no estaba completamente repuesto.

Aileen tembló al pensar que Dick iba a intentar escalar aquellos peñascos.

—¡No! ¡No, Dick! ¡No quiero que suba! — exclamó.

Pero el convencimiento de la presencia del peligro que les había sorprendido desprevenidos y que ahora les amenazaba abiertamente, hizo que Dick se decidiera.

—No tenga miedo, Aileen. No hay otro recurso. Usted esperará en estas rocas y en cuanto yo haya llegado arriba traeré, en poco tiempo, lo necesario para que usted suba: hombres y cuerdas. Estaré a tiempo, antes de que la marea haya llegado aquí.

Durante un instante abrazó apasionadamente a la joven. Después, separándose de ella y sin darle tiempo para que le detuviera, comenzó su peligrosa ascensión.

Dick sabía todo el peligro que le aguardaba en aquel propósito, pero sabía también que era su última esperanza si no querían pasar la noche en aquellas rocas que quedaban poco más altas que el nivel de la pleamar.

Aileen miraba a Dick cómo subía lentamente avanzando, a la luz del sol poniente, pulgada por pulgada, siempre más arriba.

La primera parte de la ascensión no ofrecía serias dificultades para un hombre fuerte y sereno como Dick. Más arriba era donde el arrecife se hacía más liso y donde el ascenso era cada vez más peligroso.

—¡Oh! ¡No debía haberle dejado subir! — se dijo Aileen.

No se atrevió a seguir mirando.

Cerró los ojos, esperando anhelante, casi sin atreverse a respirar. Los segundos le parecían horas. Por fin abrió los ojos y lanzó un grito al oir el ruido de piedras que caían al mismo tiempo que una exclamación sofocada le indicaba que algo había sucedido.

Arriba, a bastante distancia ya de donde estaba ella, Dick se había apoyado el pie en una anfructuosidad de la roca y la piedra se había desmenuzado a su peso.

Con el corazón encogido, Aileen le vió caer, de cara a la pared de roca, agarrándose desesperado, envuelto entre las piedras que caían, mientras la muerte más horrible le esperaba al pie del arrecife.

Entonces, mientras la joven pálida, inmóvil como una estatua de piedra, paralizada por el terror, contemplaba el descenso de Dick, vió de pronto, que un trozo de piedra que sobresalía de la pared de roca había detenido la caída.

Allí, a gran altura sobre ella Dick se agarró convulsivamente, sangrándole los dedos y casi desfalleciente, tan grande había sido el esfuerzo realizado.

Desesperada Aileen avanzó y empezó a subir hacia donde él estaba.

Sabía ella que corría una carrera en que la muerte era su contraria. La muerte ganaría aquella terrible carrera si Aileen no podía llegar hasta la pequeña petrea plataforma antes de que cedieran del todo las desfallecientes fuerzas de Dick.

Una mano en lo alto

Cuando Aileen vió a Dick en peligro no pensó más que en una cosa; en que debía hacer todo lo posible por salvarle.

¿Podría llegar a la plataforma de piedra situada encima de ella y donde Dick había logrado detener su caída asiéndose desespedo? Y sobre todo ¿podría llegar hasta allí a tiempo para ayudar a Dick a salvarse?

Desesperada, Aileen comenzó a subir por las peñas de la costa hacia el sitio donde se hallaba su amado.

Las peñas estaban resbaladizas y parecían escurrirse bajo las manos. Además, media docena de veces casi perdió pie, arrancando con su pisada trozos de piedra desmenuzados por las lluvias que caían con alarmante ruido hacia el mar. Pero todos los accidentes eran dominados en aquella ascensión peligrosa por su férrea voluntad de llegar hasta donde estaba Dick. ¡No! No debía caer.

Fué así ascendiendo más y más alto, seguida por la inquieta mirada de Dick. Por último su mano tocó la roca saliente de la que colgaba el caído. Dick había logrado asirse a la piedra, pero era su stiuación tan difícil que el menor movimiento podía hacerle desprenderse y caer. Si caía su muerte era segura, pues daría contra las rocas amon-

tonadas debajo, con tanta fuerza, que no era posible esperar que saliera con vida.

Aileen continuó subiendo hasta que por fin, pudo poner pie en la roca sobresaliente que había salvado a Dick deteniéndole en su caída.

En aquel momento decisivo la joven sintió como un mareo, pero solo fué cosa de un instante. Casi en seguida pudo deslizarse hasta el borde de la piedra, hacia el sitio de donde se sostenía Dick.

El instante no podía ser más grave tanto para el uno como para la otra. Era necesario que dispusieran de toda su serenidad y de todas sus fuerzas. Pero Aileen venció el temor y el peligro, se arrodilló en la pequeña plataforma de roca, tendió una mano, tomó a Dick de una muñeca y ayudándole con una fuerza que ni ella misma sospechó nunca tener, hizo de modo que el joven pudiera, por fin, izarse y sentarse en relativa y momentánea seguridad, en la roca salvadora.

—¡Dick! ¿Se ha hecho usted mucho daño? — preguntó Aileen con temblorosa voz.

Estaba la joven tan emocionada, que casi no tenía alientos para hablar. Después de la gran valentía demostrada sentíase abatida y como si las fuerzas la abandonaran.

Dick trató de no mencionar el daño que había experimentado, así que trató de ponerse de pie haciendo un sobrehumano esfuerzo, pero al levantarse no pudo reprimir una exclamación de dolor. Tenía dislocado un tobillo.

Pero no era por sí mismo sino por Aileen por quien Dick sentía ansiedad.

Una y otra vez, sentado junto a la joven a la que abrazaba, sosteniéndola al mismo tiempo, gritó pidiendo socorro hasta enronquecerse. Pero tenía poca esperanza de que sus gritos fueran oídos.

—Mire, Dick, ¡Mire!

Sus ojos, llenos de desesperación, habían mirado hacia arriba y habían visto una cara que los atisbaba desde lo alto de los arrecifes.

En el primer momento no lograron reconocer quien era. La luz de la luna que brillaba con todo su fulgor venía del lado contrario y la cara quedaba en la sombra.

Pero se notaba que era una cabeza de mujer.

Un momento después dijo Aileen con asombro y alarma:

—¡Es Judith!

Desesperado, Dick gritó:

—¡Nos tiene prisioneros la marea alta!

Pero aquella perseguida mujer, que así se había aventurado a salir bajo el manto protector de la noche, abandonando el retiro donde estaba segura, ¿querría arriesgar su propia libertad yendo en busca de socorro para ellos?

Si Judith contestó su voz fué dominada por el rumor del viento que se había levantado y que soplaba contra las piedras de la costa.

Casi inmediatamente la cara desapareció.

Judith, a pesar del peligro de hallarse con los de la policía que con seguridad rondaban la vecindad, no había podido permanecer tranquila en el lugar donde estaba confinada. La quietud no se avenía con su carácter aventurero. Mientras paseaba por lo alto de los solitarios arrecifes había oído un grito, llevado por el viento y había seguido la dirección de aquel grito.

Su rostro expresó emoción intensa cuando miró por encima del borde de las rocas y vió aquellas dos figuras en la pequeña plataforma de piedra, tan arriba de las peñas de la playa. ¡Eran Dick y la joven con quien se iba a casar!

Aquel mismo día, horas antes, aconsejada por la pasión de los celos Judith había sentido que odiaba a su rival de tal modo que la hubiera dado muerte. Judith habíase dicho que preferiría ver a Dick muerto antes que casado con aquella mujer. ¡Y ahora ambos estaban allí, a su merced!

En aquel solitario paraje no era posible que nadie más oyera sus gritos y pudiera por lo tanto, acudir en su auxilio.

¡A su merced! ¡Si ella desoía su llamado, el criminal deseó que sentía veríase satisfecho antes de que amaneciera el nuevo día! ¡Toda una noche pasada allí, sacudidos por el viento que cada vez se hacía más fuerte y más frío, en aquella angosta plataforma de piedra de donde una caída tenía que ser fatalmente mortal!...

¡Ah! ¡Pero no, no podía! Ahora que la casualidad había puesto a su alcance la realización de su deseo, Judith comprendía que no debía, de ningún modo, prestar aídos a la horrible y criminal tentación.

No era tan egoísta ni tan mala, a pesar de todo, aquella mujer que había sido capaz de robar las joyas de las amigas que la brindaban generosa hospitalidad, que había robado a su novio a Aileen. Comprendía que aun cuando solo hubiera caído en peligro su rival, sin que se hallara también comprometida la seguridad de Dick, hubiera podido nunca abandonarla a su triste suerte.

Por esto, en contestación a las palabras que la dirigió Dick, respondió:

—¡Voy en busca de socorro!

El grito no llegó a los oídos del hombre y de la mujer que estaban acurrucados en la plataforma de piedra. El viento se llevó el sonido.

Durante cinco minutos permanecieron en ansiosa expectativa hasta que por fin, vieron reaparecer a la mujer.

Judith había encontrado un rollo de cuerda en una abandonada casilla de un guardacosta. Ató uno de los extremos a una roca grande y segura y en el extremo hizo un nudo corredizo. Luego, inclinándose por el borde de la orilla, gritó:

—¡Voy a arrojarles una cuerda. Inmediatamente iré en busca de gente que les saque de ahí.

La larga cuerda desarrollóse cayendo delante de ellos. Después de uno o dos esfuerzos, Dick logró agarrarla.

Judith salió corriendo en dirección de la aldea.

Sujetando el nudo corredizo en su brazo, Dick comenzó a hacer una lazada en la cuerda para atar a Aileen y que la pudieran su-

bir los que vinieran. Mientras sus maltratados y doloridos dedos manejaban la cuerda, Dick miró a Aileen y vió que se había puesto muy pálida y que cerraba los ojos como si estuviera perdiendo el conocimiento. Se hubiera caído hacia las rocas si él no hubiese logrado sujetarla a tiempo entre sus brazos.

Pero aquel rápido movimiento en aquella pequeña plataforma insegura, fué fatal. El peso de la joven que se desmayaba hizo que Dick perdiera el equilibrio. Se sintió deslizar por el borde de la piedra sin poder intentar salvarse, pues para hacerlo tenía que soltar a Aileen.

Dick dió un grito inarticulado en el momento de caer y antes de que la cuerda, teniéndose rígida le sostuviera en el aire, evitándole una caída mortal.

Pero sus brazos se cerraron como de acero, sosteniendo a la joven misericordiosamente ajena al peligro que corría. Dick quedó colgando de la cuerda, sosteniendo el peso de la joven desmayada.

Desesperadamente trató de hallar donde apoyarse en la superficie de la piedra, a fin de disminuir en lo posible la tensinó de la cuerda. Por fin pudo colocar el pie sobre un intersticio de la roca y aliviar en algo la terrible presión con que le ceñía la cuerda.

¿Hasta dónde habría ido Judith? ¿Cuánto tiempo podría él sostener el esfuerzo? No le quedaba más recurso que apretar los dientes y esperar.

Debajo, la línea de espuma blanca golpeaba ya contra las rocas y parecía atraer con extraña fascinación. Semejaba estar esperando a su víctima como si el mar fuera algún cruel y hambriento monstruo que aguardara el instante en que Dick no pudiera ya más y tuviese que dejar caer de sus brazos la joven a quien sostenía.

Arriba, una cara de hombre había de repente mirado hacia donde se distinguían, a la luz de la luna, las caras de Dick y Aileen. Dick, separando su vista de la fascinadora línea de la marea, levantó la mirada hacia el borde de las rocas y vió, durante un brevísimo instante la cara que se retiraba en aquel mismo momento.

No pudo darse cuenta de si era Judith o alguien a quien Judith había enviado en su socorro.

Esta idea renovó su valor, pareció dar nuevos bríos a sus fuerzas, que ya decaían. ¡Por fin venía alguien en su auxilio! No cesó de mirar hacia arriba por más que la cara ya había desaparecido.

Entonces una risotada descendió hasta él, — una risotada llena de diabólica maldad, — cuyo eco, diluído por el viento llegó hasta sus oídos.

En seguida sus ojos, siempre dirigidos hacia lo alto, vieron algo que pareció helarle la sangre en las venas y detener por un momento los latidos de su corazón horrorizado.

Por encima del borde de las rocas donde la cuerda se apoyaba tirante bajo el peso de Dick y Aileen, Dick vió una mano en la alto destacándose sobre el claro fondo del cielo. A la luz de la luna algo brillaba en aquella mano cuyo dueño permanecía invisibe. Lo que empuñaba aquella mano era un cuchillo reluciente.

¡La hoja del cuchillo, iba, pues, a cortar los hilos que formaban la cuerda de la cual pendían Dick y Aileen, condenándolos a morir!

Casi en el mismo instante en que Dick se dió exacta cuenta de lo que sucedía, una nube muy densa oscureció por un momento la luna y todo quedó envuelto en espesas tinieblas.

Así, en la oscuridad, Dick, apretó los dientes ,esperó el momento en que él y su amada Aileen fueran precipitados a la muerte.

Dos personas desconocidas

Mientras colgaba allí, esperando el momento de morir, Dick pensó quién podía ser la persona que con semejante crueldad criminal estaba procurando su muerte y la de Aileen.

¿Quién podía ser el hombre desconocido, el malvado que ni aun ante la inocencia y el desamparo de la joven a quien Dick sostenía en sus brazos, no experimentaba un sentimiento de piedad?

Por suerte, — y esto lo agradecía Dick a la casualidad, — Aileen hallábase sin conocimiento y no podía darse cuenta de que aquella mano criminal que había aparecido en lo alto estaba cortando uno a uno los hilos de la cuerda de que pendía su existencia.

El horror de aquellos instantes, durante los cuales el cuchillo fué hiriendo la dura cuerda alquitranada, le parecieron horriblemente largos.

Dick llegó a decirse que hubiera sido preferible que en lugar de embotarse el filo del cuchillo en la gruesa cuerda saturada de alquitran lo hubiera cortado de un solo golpe ya que nada podía salvarle ni a él ni a Aileen.

Pero de pronto llegó de lo alto hasta los oídos de Dick el grito desesperado de una mujer ,la exclamación de horror de alguien que acababa de llegar a tiempo para ver que la mano criminal empuñaba el cuchillo y trataba de cortar la cuerda.

Una nueva esperanza brotó en el corazón de Dick. ¿Había llegado socorro finalmente?

Débiles pero claras, llegaron hasta él desde lo alto, las siguientes palabras, dichas por una mujer en tono airado:

—¡Hubiera sido usted capaz de asesinarlos!

Dick levantó de nuevo la vista. La momentánea oscuridad habíase desvanecido y por entre las nubes cruzaban de nuevo los rayos de la luna.

Allá arriba, casi en el borde del arrecife, borrosamente recostados sobre el tormentoso cielo de la noche, vió Dick, durante unos segundos, la visión de tres figuras que peleaban desesperadas: dos hombres y una mujer. La luz era demasiado tenue y el tiempo

que pudo mirar Dick muy breve para que el joven pudiera percibir más que una sumaria impresión que dejó en duda la identidad de los dos hombres, aún cuando no la de la mujer, que no podía ser sino Judith.

¡Judith estaba allí, luchando por la vida de Dick y de Aileen no con un solo hombre, sino con dos!

Las tres figuras desaparecieron del campo de la visual de Dick. Pero allá, en lo alto, seguía representándose el drama de cuyo desenlace dependía su existencia. ¿Cuál sería el final? ¿Vida? ¿Muerte?

En sus brazos, la desmayada joven suspiró entonces, abrió los ojos luego y miró a su alrededor asombrada.

—¡Dick! ¡Dick! — exclamó luego implorante al darse cuenta de que colgaban en mitad del aire y que se hallaba sostenida tan sólo por el esfuerzo de los brazos de su amado.

El trató de tranquilizarla con palabras de esperanza. Pero no sabía casi qué decir, y su voz sonaba de modo extraño, insegura y temblona, a sus propios oídos. Todos sus pensamientos estaban en aquel momento fijos en la lucha que se continuaba allá arriba, y de cuyo desenlace dependía su vida.

De pronto se oyó un grito de mujer, un grito horrible de dolor, al que siguió el más completo silencio.

Casi en el mismo momento, oyó Dick el débil ruido de la marcha de un automóvil. Este ruido fué creciendo poco a poco, y a él se unió luego el rumor de voces de hombres que hablaban con animación.

Una risa casi histérica brotó de los labios de Dick. ¡Era una risa de alegría!

¡No le esperaba ya la muerte sino la vida! ¡Se había dado cuenta inmediatamente y antes de que asomara su cara por encima del borde del acantilado, de que entre aquellos hombres, cuyas voces acababa de oir, estaba Jim Marsh!

Un poco después, el chauffeur se asomó.

—Trate de sostenerse un momento más, — dijo, — ahora bajo yo.

¡Era el bueno de Jim! ¿Podría alguna vez haber sonado voz humana de modo más agradable en sus oídos? Otros hombres miraban por encima del borde de piedra.

Un minuto después, Jim apareció, descendiendo de lo alto, colgado de una cuerda. Fué acercándose lentamente hasta que llegó a la plataforma de piedra situada cerca de ellos.

Jim dió, a voces, algunas órdenes a los de arriba, y éstos comenzaron a izar la cuerda de que colgaban Dick y Aileen hasta que llegaron éstos a la altura donde estaba él.

El semblante del chauffeur, pálido y desencajado, atestiguaba más elocuentemente que cuantas palabras pudiera decir, cuáles habían sido los sentimeintos de Jim al enterarse del peligro que corría Dick. En el primer momento, Jim no pudo hablar de la emoción.

Primero Aileen y luego Dick, fueron levantados con toda precaución por los de arriba, y por último ascendió Jim.

Mientras le izaban hacia la salvación, Dick pensaba con vivaz alegría que Judith podría decirle quiénes eran los dos hombres que habían intentado hacerles morir. Quizás se hallaran ya en poder de los que habían acudido a salvarle. Abajo, en la plataforma de piedra, no había tenido ocasión de interrogar a Jim.

Al pensar en el destino que podía haberle tocado a Aileen, Dick se dijo que a hombres culpables de tan inhumanas hazañas se les debía aplicar la ley de Lynch, haciéndoles justicia rápida y sumaria y borrándoles del mundo de los vivos como se destruye una fiera para que no cause mayores daños.

Pero en lo alto de las rocas no estaba más que un grupo de tres o cuatro hombres: los que habían izado las cuerdas; y en el automóvil que había traído a Jim y a los salvadores, Dick vió únicamente a Judith, echada en los almohadones, con la cara muy pálida y los ojos cerrados.

Entonces recordó el terrible grito de dolor que había llegado hasta sus oídos.

Con el corazón dolorido, Dick, a pesar del dolor que sentía en el tobillo dislocado, se dirigió, cojeando, hacia donde estaba la mujer. En el primer momento pensó que pudiera hallarse muerta, que su lucha por sus vidas hubiera costado a Judith su propia vida, pero luego notó con intenso alivio, que se hallaba viva, aún cuando privada de conocimiento.

Rápidamente explicó Jim Marsh lo sucedido.

Había ido en automóvil al chalet de Gray en busca de su patrón y allí se había enterado de que ni él ni Aileen habían regresado. Preocupado, siguió con el coche en la dirección en que les había visto partir por la tarde y en el camino de los arrecifes se encontró con Judith, que acudía corriendo y le comunicó lo que pasaba.

Inmediatamente fué Jim en el automóvil en busca de gente y de cuerdas, mientras Judith volvía para tranquilizar a Dick y a Aileen.

Jim tardó un poco en volver. Dió al automóvil toda su velocidad sin preocuparse de las ordenanzas sobre rapidez de la marcha. Regresó con hombres y con cuerdas poco después del regreso de Judith y a tiempo para notar que, en la oscuridad, dos figuras huían, al ver aproximarse el automóvil, y para encontrar a Judith tendida en el suelo, desmayada.

Hubiera sido imposible perseguir a los dos hombres con el automóvil, pues desaparecieron entre unos matorrales. Además, Jim había pensado que era más urgente rescatar a los dos que se hallaban en peligro.

No cabía duda de que Judith había sido atacada por los dos hombres, a los cuales no fué posible reconocer en la osuceridad, pero tanto el rostro de Jim como los del pequeño grupo de hombres, entre los que se hallaba el guarda de policía de la aldea, expresaron el mayor asombro cuando Dick dijo:

—Esos dos hombres hubieran cortado la cuerda. La estaban empezando a cortar con un cuchillo cuando esta infeliz y valerosa mujer corrió a intentar impedir su plan cri-

minal. ¡Aileen y yo debemos la vida a su valor!

Pudo comprenderse, al examinarla, que Judith se encontraba seriamente herida.

—¡Esta mujer es Judith Holt! ¿No es cierto? — exclamó Trevick, el guardia de policía o constable de la aldea.

Todos los de la aldea sabían ya que la mujer que había pasado un breve tiempo por sir lady Audley, era la conocida Judith Holt y no era esposa de sir Richard.

—¡Judith Holt, la que se les escabulló anoche a los empleados que vinieron de Londres!

Aileen, que había permanecido pálida y exhausta, apoyada en el brazo de Dick, exclamó de improviso:

—¡Sea quien sea, ha salvado nuestras vidas con su valentía! ¡Ustedes, todos los que están aquí, no serán capaces de traicionarla después de su valerosa pelea, en defensa de nuestras vidas, contra dos asesinos!

Las palabras llegaron al corazón de todos aquellos hombres.

—¡No! ¡Que me fusilen si digo una sola palabra para denunciarla, sea o no mi deber, después de su acto de abnegación! — exclamó el constable. — ¡Y estos amigos también callarán, señorita Aileen, no le quepa duda! ¡Unicamente tengo que advertirles una cosa, muchachos: — añadió, dirigiéndose al grupo, — que los de ustedes que sean casados, no le digan una sola palabra a sus señoras, porque ustedes son capaces de guardar un secreto, pero las mujeres, no!

Judith fué conducida rápidamente a la casa del señor Gray. No mostraba síntomas de recobrar el conocimiento.

—Estoy impaciente por ver que pueda hablar y decir quienes eran los dos hombres aquellos, —. dijo Dick pensativo. — ¡Qué canallas tienen que ser para haber pretendido cortar la cuerda! ¡Quiénes serán!

Jim miró a su patrón con intención.

Para contestar a esa pregunta no había mas que buscar cuál pudo ser el motivo de tal proceder. ¿A quién podía beneficiar la muerte de Dick Audley?

Recordó Jim cómo había visto a Bonholme, en el silencio de la noche, deslizándose cautelosamente hacia la puerta del dormitorio de su sobrino.

—¿Eran aquellos dos hombres que lograron desaparecer en la sombra, Bonholme y Gryce? — preguntábase Jim.

Alguien se mueve en la oscuridad

Judith seguía sin conocimiento cuando Aileen y su criada la acostaron en la cama mientras Dick se dirigía en automóvil a la ciudad más cercana en procura de un médico.

En su ansiedad por la mujer enferma, Aileen parecía haber olvidado su propio agotamiento y la conmoción que había sufrido. Aun cuando su padre, contemplando con temor la palidez de su rostro, la dijo que se acostara, ella insistió en permanecer levantada hasta que hubiera llegado el medico.

Al doctor se le dijo que Judith era una sobrina del señor Gray.

El médico permaneció un momento pensativo y muy serio después de haber examinado a la paciente. La mujer sufría de una conmoción cerebral.

Era un caso en el que poco podía hacerse. Solo era necesario atender con todo cuidado a la paciente y esperar que fuera recobrando poco a poco el conocimiento. Se convino que la criada de Aileen permaneciera en el cuarto de la enferma durante toda la noche.

Dick regresó a la Abadía de Merlin cansadísimo. Le dolía mucho el tobillo y tenía todo el cuerpo maltrecho. Pero aquello era insignificante comparado con lo que podía haberle sucedido a él y a la joven a quien amaba, de no haberlo evitado Judith. Era esta una deuda de las que no se pueden pagar nunca.

Su gesto era grave y pensativo cuando regresaba a su casa en el automóvil, preocupada la imaginación con el misterioso problema de quienes eran los dos hombres que aquella noche habían intentado hacerle morir.

Era necesario esperar hasta que Judith se hallara suficientemente bien para decirlo y entonces...

La expresión de Dick en aquel instante no auguró nada bueno para aquellos dos desconocidos el día que se supiera quienes eran.

En su dormitorio del chalet, Aileen había tardado mucho en dormirse Se encontraba excitada y nerviosa a consecuencia de los sucesos de la noche, así que cuando logró conciliar el sueño fué para soñar, semidormida, con los peligros que había corrido en la escarpada costa.

Eran las dos de la mañana cuando se despertó sobresaltada. Supo la hora porque cuando abrió los ojos alguno de los relojes de la casa dió dos campanadas.

Pero no fué aquel sonido el que la despertó, Aileen tenía el convencimiento de que había oído pisadas en el camino de arena, al pie de su ventana.

Permaneció sin moverse, escuchando, completamente despierta. Pero no se volvió a oir el ruido. Probablemente, — se dijo Aileen, — lo había soñado. Trató, pues, de volverse a dormir.

Pero el sueño había huído de sus ojos. Se quedó esperando, despierta. Entonces otro ruido llegó hasta ella y esta vez se sintió convencida de que no había error posible.

Fué un débil, ahogado grito, procedente del cuarto de Judith.

En un instante Aileeen estuvo de pie. Se puso rápidamente un peinador, calzó las zapatillas y abrió la puerta con precaución. El grito no se repitió, pero alguien se movía en la habitación.

A Aileen le latía precipitadamente el corazón mientras se deslizaba con cautela por el corredor, escuchando con toda atención.

Entonces escuchó algo que contribuyó a aguzar más sus temores.

Fué el ruido que hizo la cerradura del cuarto de Judith al moverse la llave y cerrarla.

¿Qué significaba aquello? ¿Era la sirvienta que había quedado a cargo de la mujer desmayada la que cerraba la puerta? ¿Y el grito ahogado de momentos antes? Algo grave acontecía en aquella habitación.

Aileen recordó que el cuarto destinado á dormitorio de Judith tenía otra puerta que conducía a una contigua habitación y se hallaba cubierta por una cortina. Fuera quien fuera la persona que había corrido la llave, era posible que no se hubiese fijado en la existencia de aquella otra puerta.

La primera idea de la joven fué correr a donde estaba su padre, pero desistió. Quería asegurarse primero de que había realmente razón para alarmarse, antes de despertar al señor Gray. Pero Aileen estaba emocionadísima cuando abrió suavemente la segunda puerta y miró por entre la juntura de la cortina hacia la habitación donde estaba Judith.

Durante un momento Aileen permaneció inmóvil y callada, contemplando con toda atención lo que allí pasaba. Echada en la butaca, con un pañuelo atado de modo que le tapaba la boca y la nariz, estaba la criada. El inconfundible olor del anestésico llegó hasta Aileen. Evidentemente, la criada había dormido por medio del cloroformo.

Ante el cuadrado de luz de la ventana abierta, Aileen vió la figura de un hombre envuelto en un sobretodo oscuro y largo, que debía constituir un disfraz. Estaba de espaldas a Aileen y se inclinaba hacia el lecho donde se hallaba Judith.

En el instante en que Aileen le vió tenía en la mano algo que parecía un tubo de cristal y que colocaba entre los labios de Judith.

Un momento después vió Aileen que el hombre sacaba del bolsillo un frasquito y lo destapaba. En un segundo la joven se dió cuenta de lo que aquello significaba. Aquel hombre se disponía a verter el contenido del frasquito en el tubo de vidrio que había puesto en la boca de Judith haciendo así que la mujer desmayada ingiriera el líquido.

¿Se trataba de otra tentativa de muerte, continuación de aquellas que se habían realizado pocas horas antes?

Al adivinar así el propósito del intruso, Aileen pudo gritar antes de que el hombre llevara a cabo lo que se proponía. Gritó tan fuerte que su grito resonó en todo el chalet y el hombre que estaba junto al lecho se volvió sobresaltado, dejando caer el frasco de su mano temblorosa.

Al volverse el visitante nocturno vió Aileen que tenía el rostro cubierto por una máscara.

Horrorizada, Aileen perdió todo temor por sí misma. Con toda valentía corrió hacia el hombre mientras pedía socorro a gritos, proponiéndose arrancarle la máscara que le cubría el rostro. La joven quería saber quien era aquel hombre.

Pero sus juveniles fuerzas no lo permitieron obtener el éxito deseado. El hombre la rechazó brutalmente y echó a correr hacia la ventana.

Al mismo tiempo se sintió mover la puerta de entrada y el señor Gray, que se había despertado al oir los gritos de Aileen, quiso entrar en la habitacin. Pero mientras se dió cuenta de que la puerta aquella estaba cerrada con llave y se dirigió a la otra, el intruso desapareció.

—¡Un hombre acaba de saltar por la ventana! — gritó Aileen. — Ha narcotizado a Jessie y estaba tratando de envenenar a Judith cuando mi entrada le interrumpió.

El señor Gray corrió hacia la ventana, pero el hombre enmascarado se había escapado ya.

Fuera, apoyada en la ventana, estaba la escalera del jardinero que el misterioso intruso había indudablemente, tomado para poder llegar al cuarto de Judith.

El padre de Aileen arrancó el pañuelo que había sido atado a la cara de Jessie, la sirvienta, y que sin duda estaba empapado en alguna droga. La mujer respiraba ruidosamente y tardó varios minutos en recobrar el conocimiento.

El frasquito que el intruso había dejado caer había vertido casi la totalidad de su contenido cuando el señor Gray le levantó del suelo. El fuerte olor de almendras amargas indicó inmediatamente que había contenido.

—¡Acido prusico! — murmuró aterrado el señor Gray.

Pero tuvieron, tanto el señor Gray como Aileen, la satisfacción de persuadirse de que ni una sola gota del veneno había sido administrada a Judith. El envenenador estaba destapando el frasquito cuando le sobresaltó el grito de Aileen. No dispuso de tiempo para realizar su vil propósito. El tubo puesto entre los labios de Judith no había recibido una sola gota de veneno.

La sirviento, cuando por último pudo hablar, poco pudo decir que informara más de lo que ya se sabía.

Jessie habíase quedado adormecida sentada en la butaca. Habíase despertado de pronto al sentir en la cara el frío del pañuelo mojado. Intentó gritar pero el mismo pañuelo sofocó su grito. Luego perdió toda noción de lo que la rodeaba.

Aquella tentativa para matar a Judith, realizada pocas horas después de la tentativa para dar muerte a Aileen y Dick, tenía que estar relacionada con ella. Aileen no pudo menos que considerar unidos ambos hechos.

Comprendía Aileen que el hombre enmascarado tenía que ser uno de los dos desconocidos que habían intentado cortar la cuerda y que había acudido, indudablemente, con el propósito de hacer callar, dándole muerte, a una persona que, cuando recobrara los sentidos, podía revelar el secreto de su identidad.

Sobre la puerta cerrada

Bonholme se había retirado a su habitación cuando la noche anterior, tarde ya, Dick regresó a la Abadía de Merlin.

—El señor Bonholme me ha encargado que le diga al señor que ha sentido mucho no poder esperar al señor, — dijo Trask, — pero se sentía algo indispuesto y tuvo que acostarse a las ocho de la noche.

Jim Marsh oyó lo que Trask había dicho.

—¿Que se acostó a las ocho? ¡Me parece que no — díjose el incrédulo Jim.

Pues si Bonholme no había salido de su habitación desde las ocho de la noche, quedaba demostrado que no podía ser uno de los dos hombres cuyo infame propósito había hecho fracasar la intervención de Judith.

—Me siento más inclinado a creer que lo que ha hecho es dar orden a Trask de que diga lo que ha dicho, y que no es sino un cuento de hadas, para prepararse de antemano la coartada, — pensó Marsh.

Jim estaba convencido hacia tiempo de que Trask era cómplice o por lo menos instrumento de Bonholme.

Por su parte, Bonholme pareció sorprendido y emocionado la mañana siguiente cuando se enteró de la aventura de Dick en los acantilados.

—¿Qué tiene usted en el pie, querido Dick? — preguntó cuando vió que su sobrino caminaba apoyado en dos bastones.

—Consecuencias de un pequeño accidente que sufrí anoche tratando de escalar los arrecifes. Mientras paseaba me ví encerrado por la marea y tuve que salir izado mediante una cuerda, — dijo Dick con indiferencia.

No mencionó la tentativa hecha para cortar la cuerda. Por la seguridad de Judith no quería que el suceso se hiciera público.

—¡Pero Dick! ¡Cómo me palpita el corazón al pensar en el peligro que ha corrido! — exclamó Bonholme con emoción. — ¡Y pensar que mientras yo me encontraba en casa gruñendo al ver que tardaba y que no tenía compañero para charlar un rato, corría usted tan horrible peligro! ¡Qué tormentas hubiera sufrido si hubiera sabido lo que pasaba y no hubiese podido correr en su socorro! ¡Pero gracias a Dios está usted sano y salvo, querido Dick!

Después del desayuno, Dick fué en automóvil hasta el chalet de Gray, donde le enteraron de la visita nocturna del enmascarado intruso.

—No podemos dar parte a la policía porque sería denunciar la presencia de Judith,

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

— dijo Aileen, — pero mi padre ha ido a Bramley esta mañana en busca de un buen perro guardián y de un revólver. No necesita usted temer nada por nosotros Dick. Estaremos alerta y sabremos frustrar toda nueva tentativa.

Sin embargo, Dick se sentía preocupado. ¿Qué era lo que se ocultaba tras aquel encadenamiento de crímenes?

Conversó a este respecto con Jim mientras regresaban a la Abadía de Merlin.

Marsh no le había dicho a Dick lo que Brood le había manifestado sobre el complot que Bonholme y Gryce tramaban contra el joven. Dick iba a entrevistarse con el hombre de los ojos de miedo aquella misma noche y quizás resultaran las manifestaciones de Brood más convincentes que cuanto pudiera decirle Jim.

Pero Marsh cambió repentinamente de manera de pensar a ese respecto.

—¿No le ha chocado, señor, que Trask se adelantara a decirle a usted que el señor Bonholme no había salido anoche de la Abadía de Merlin? — dijo de improviso. — Pues yo necesito algo más que la palabra de Trask para creer una cosa. Ya le dije a usted en una ocasión lo que pensaba del señor Bonholme Audley, se lo dije aquella noche en que regresó secretamente a la Abadía y yo le sorprendí cuando se acercaba con precaución a la puerta de su dormitorio de usted. Entonces se negó usted a escucharme, patrón, ¿se acuerda? Y bien, ¿qué me dice ahora?

Sin dar tiempo a que Dick le contestara, Jim le puso en antecedentes de todo lo que Brood le había dicho.

En el primer momento Dick no replicó. Era horrible sospechar de quien era de su propia sangre.

—¡Oh! ¡No puedo creer, por lo menos sin mayores pruebas, que mi tío estuviera entregado anoche a obra tan vil y criminal! — exclamó.

—Bien, señor, pero es sospechoso que él y Gryce estén tan unidos. Además, ¿qué andaba haciendo secretamente el señor Gryce, dentro de la Abadía de Merlin y después de las doce de la noche, hace pocos días? — preguntó Jim.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó Dick alarmado.

Marsh le habló entonces de los pasos que había oído en el corredor aquella noche, — pasos de una persona que no podía haber entrado sino pasando por a misteriosa puerta cerrada — precisamente poco antes de que le desmayara un golpe que le dió un hombre oculto dentro de una antigua armadura.

—Lo último que oí antes de perder el sentido fué la risa de Gryce, — siguió diciendo Jim — aun cuando no me dí cuenta de que había sido él quien se había reido hasta el día siguiente cuando Gryce estuvo de visita en la Abadía y volvió a reirse. Si uno era Gryce ¿quién era el otro que estaba en la Abadía de Merlin a la una de la mañana? Pregúnteselo usted mismo, señor, ¿quién podía ser? — dijo con intención.

—Pero Jim, pese a todo lo que usted dice, no es posible creer que nadie pueda obrir secretamente sa puerta cerrada y condenada — dijo Dick frunciendo el entrecejo. — ¿No se ha fijado usted en lo bien asegurada que está? — agregó.

—¡Ya lo creo ue me he fijado señor! Precisamente por eso es por lo ue más me llama la atención lo ue sucede. Pero no le quepa duda: existe un modo secreto de abrirla y ese modo lo conoce el señor Bonholme Audley. Si yo fuera usted, terminaba de una vez con todos estos misterios haciendo abrir la puerta sin más vacilaciones.

Dick movió la cabeza negativamente.

—¡No, no es posible! — dijo con entereza. — Prometí a mi padre, en su lecho de muerte, que no a abriría nunca. Las promesas hechas a los que van a morir son sagradas y nada en el mundo podría inducirme a faltar a la palabra dada.

El tono con que Dick dijo esas palabras, demostró que no admitía discusión sobre el asunto.

—Mire usted, señor — dijo Jim de pronto, — por lo menos deje que el señor Bonholme suponga que usted tiene el propósito de abrir la puerta y mírele a la cara. Si tengo razón usted lo leerá en su gesto y verá cómo el hombre moverá el cielo y la tierra con tal de conseguir que usted no toque a la puerta. Si así sucede, supongo que entonces no necesitará usted más demostración en apoyo de la veracidad de lo que digo, — exclamó Jim Marsh.

—Es que no me es simpática la idea de preparar una celada. Eso es armar una trampa y...

—¡Si no tiene nada que ocultar, el señor Bonholme ni se dará cuetna de que puede existir esa trampa! — dijo Jim rápidamente. — ¡Escuche señor, tengo una idea!

Dick escuchó lo que Jim le dijo y movió afirmativamente la cabeza.

Se presentó diez minutos después la oportunidad de poner en práctica el plan ideado por Jim. Cuando legaron a la Abadía de Merlin se encontraron con Bonholme delante de la puerta de entrada. El anciano tomó a Dick del brazo con gran efusión de galantería.

Jim que se disponía a llevar el automóvil al garage, se volvió hacia su patrón y le dijo:

—¿Entonces es necesario que vaya ahora mismo a buscar al herrero para que abra la puerta cerrada esta misma tarde?

Dick sintió que el brazo que tan afectuosamente se apoyaba en el suyo, tembló con nerviosidad. Al oir las palabras de Marsh, Bonholme se puso muy pálido. Su rostro expresó un terror que en vano intentó disimular.

—¿Abrir la puerta cerrada? ¿La puerta de la torre? — dijo con voz entrecortada por la emoción.

Estaba cada vez más pálido y más tembloroso.

—¿Por qué no? — preguntó Dick como

si se tratara de cosa de poca importancia.

—¡Pero Dick! ¡No es posible que piense usted en semejante cosa! — exclamó Bonholme. — ¿Se ha olvidado usted de la promesa que le hizo a su padre? ¿No se acuerdo de que esa puerta no se debe abrir jamás?

—No, no me he olvidado. Pero si otros poseen el medio de abrir esa puerta como parece ser, considero que yo, por mi parte...

—¡No diga más! — exclamó Bonholme con voz ronca. — ¿Será necesario que yo le diga a usted por qué razón no debe usted ni soñar en abrir la puerta? ¿Será necesario que le entere por fin de lo ue hay detrás de esa puerta cerrada?

¿Verdad o Mentira?

Bonholme había lanzado una exclamación de alarma y de temor.

—¿Debo decirle por qué no debe usted pensar en abrir esa puerta y lo que se oculta tras ella? — preguntó.

Al ver la cara de Bonholme, Dick comprendió que Jim tenía razón. No cabía duda de que, por alguna razón, Bonholme tenía mucho miedo de que se abriera la puerta.

—¿Entonces usted sabe por qué mi padre ordenó que la puerta fuera condenada?

Bonholme manifestó que sí con una inclinación de cabeza.

Tenía la frente cubierta de sudor frío.

—¡Y sin embargo, hace pocas semanas, usted me aseguró que lo ignoraba! — exclamó Dick.

—Yo... Yo quería evitarle el disgusto, Dick, — tartamudeó Bonholme. — Si hablo ahora lo hago únicamente porque me veo obligado a ello y solo para evitar que usted haga algo de lo que se arrepentiría amargamente después.

—¿Arrepentirme? ¿Por qué? — interrogó Dick con desconfianza.

—Quisiera, — agregó Bonholme mirando de reojo a Jim Marsh, — que nos encontráramos solos, para hablar con entera libertad. Esto es siempre que usted insista y no me permita conservar el silencio.

—¡Ha dicho usted ya demasiado para callar el resto! — dijo Dick.

La nerviosidad de Bonholme parecía aumentar cuando entró en la Abadía de Merlin junto con Dick.

—¡Bien, — dijo el joven impaciente, — hable usted!

—Debe usted saber que si usted abre esa puerta cerrada hará conocer algo que enlodará su orgulloso nombre y, sin duda, le atraerá todo género de deshonor. ¿No es esto suficiente motivo para que usted se decida a no tocar esa puerta?

—¿Deshonor? — exclamó Dick. — ¿Por qué? Sea usted más explícito.

—Antes de morir, su padre hizo un terrible descubrimiento, según pudo comunicármelo en sus últimos instantes con voz entrecortada, — dijo Bonholme. — No revelaré de qué se trataba. Si él me dijo algo fué en confianza y persuadido de que no lo repitiría. Puedo decir, no obstante, que se refería a su abuelo, Dick. Usted, como vivió en el extranjero no supo casi nada respecto de su abuelo. Usted no pudo ni soñar siquiera cual era su verdadero carácter. Pero su padre, Dick, se enteró de la verdad y esta verdad amargó los últimos años de su vida.

Bonholme calló un instante. Luego añadió:

—Lo único que puedo decir es que su abuelo cometió un terrible crimen y que fué para ocultar ese crimen a los ojos del mundo para lo que su padre hizo condenar la puerta del cuarto del pie de la torre. La promesa ue le hice me impide decir una sola palabra más. ¡Pero si usted abre la puerta, si usted da pábulo a ese hoy escondido secreto, entonces echará sobre su nombre toda la vergüenza del oculto pero horrendo crimen!

Dick no habló. Tenía el ceño fruncido y miraba con desconfianza a Bonholme.

¿Podría ser cierto eso de que su abuelo, aquel hombre tan serio, casi tétrico, tan callado y misterioso hubiera cometido un crimen de tal magnitud?

O se trataba sencillamente de un pretexto inventado por Bonholme para cubrir con una razón plausible, su propio deseo de que nadie investigara lo que había detrás de la puerta cerrada...

Bonholme miró de reojo a Dick y se sonrió solapadamente.

—¡Era un buen plan el ue había preparado! — díjose aquel astuto anciano. — ¡Ya sabía yo que me daría resultado! Ahora Dick lo pensará varias veces antes de hacer abrir la puerta y yo estoy en plena seguridad.

Pero quizás Dick, desconfiando cada vez más del untuoso y sonriente anciano, se sentía menos indeciso de lo que Bonholme suponía y aún dudaba de sí todo lo relatado por el mismo Bonholme no era una farsa, pues a pesar de la explicación quedaba en pie un grave detalle.

Marsh estaba convencido de que a despecho de la indicación del padre de Dick, existían medios para abrir aquella misteriosa puerta y de ue Bonholme conocía esos medios.

La explicación dada por Bonholme no refutaba ni destruía de ningún modo tal sospecha y, en caso de ser verdad...

Pero, ¿era posible ue fuera veradad lo dicho por Bonholme?

Desde la muerte de su padre aquella puerta sombría hasta cuando, durante el día, reinaba en el corredor una tenue penumbra, había preocupado la imaginación de Dick con la intensa emoción de lo misterioso.

Por lo que podía recordar solo había estado una vez en la habitación a la que aquella puerta conducía. Fué esto hacia muchos años, cuando niño y durante una de sus pocas y breves visitas a la Abadía de Marlin.

Generalmente su abuelo tenía la puerta cerrada, pero un día la encontró abierta y entró.

Pero Dick no había hallado más que una habitación desocupada, llena de polvo y te-

larañas. Se había preguntado entonces por qué su abuelo, al sorprenderle allí le había dicho, muy enojado que no quería volverle a ver en aquel sitio.

Pero el cuarto no podía estar vacío en la actualidad. La ventana no hubiera sido tapiada entonces y la puerta condenada para impedir el acceso a los intrusos. ¿Qué negra sombre de crimen o de infamia había actualmente detrás de la clausurada puerta?

Jim Marsh se presentó interrumpiendo los interogativos pensamientos de Dick.

—No sé, por cierto, qué es lo que el señor Bonholme le ha dicho a usted, patrón. Sin embargo estoy seguro de que ha tratado de persuadirle de que esa puerta está cerrada desde que falleció su señor padre, ¿no es eso? — dijo Marsh con su acostumbrada franqueza. — Pues bien, contra eso tengo una prueba concluyente que no es fácil de explicar de manera satisfactoria aunque el señor Bonholme se empeñe.

Y entonces Jim Marsh contó a Dick cómo había pegado sobre el marco y la hoja de la puerta varios pedacitos de papel engomado previamente pintados del color de la madera y cómo, después de algunas horas, los encontró desgarrados la noche en que le desmayó de un golpe el hombre metido dentro de la armadura.

¿Qué significa todo eso ¿Por qué hacen uso secretamente, él y Gryce, de esa puerta de todos los diablos? Cuanto más pienso en esto menos me gusta el asunto, créalo, señor. Hágame abrir esa puerta y no tema nada. Alguien que no es usted es quien debe temer.

La puerta parecía inconmovible, pero Dick, si no convencido por completo por las afirmaciones de Jim, no tenía más remedio que creer que no se trataba de ilusiones engañosas, Jim era de toda confianza y además no era fácil que se engañara cuando examinaba alguna cosa.

Dick hubiera preferido, de todo corazón, poder justificar su conducta y abrir la puerta enterándose personalmente del secreto que ocultaba. Odiaba los misterios y más aun que todos ese misterio que tan personalmente le concernía.

" Esa puerta debe permanecer cerrada
" hasta que el viejo castillo caiga, por obra
" del tiempo, deshecho en escombros."

Estas habían sido las palabras que le dijo a su padre poco antes de que falleciera. Para Dick esa indicación era sagrada. No podía desobedecer la orden del extinto. No debía tratar de escudriñar el secreto oculto tras aquella puerta condenada para siempre.

—¡No! No puedo ordenar que esa puerta sea forzada! — dijo por último. — He dado mi palabra a mi padre moribundo. Pero si no puedo abrir la puerta puedo adoptar una disposición que burle a los que la utilicen.

—¿Qué quiere usted decir con eso, patrón? — interrumpió Jim Marsh.

—Si usted está en lo cierto, Jim, y esa puerta puede ser y es secretamente abierta... ¡pues bien, yo terminaré con eso definitivamente! Voy a hacer tapiar el fondo del corredor donde está la puerta. De poco podrá servirle a nadie abrir la puerta cuando poco después se ha de encontrar con una sólida pared que no le permita pasar al interior de la Abadía.

Jim le miró decepcionado.

Esa jugada en contra de la otra detendría sin duda el juego misterioso de Bonholme. Pero Jim quería más que eso: quería descubrir cuál era el juego que jugaba el viejo zorro.

No sabía en aquel momento que había de llegar la hora, — no muy distante por cierto, — en que aquella puerta, cerrada y condenada, se abriera al fin para revelar su secreto, un secreto que ni Jim ni Dick podían imaginarse entonces en qué consistía.

La luz en la Peña Negra

Dick fué en automóvil, al anochecer, para comer en compañía de Aileen y de su padre en el Chalet Blanco, que así se denominaba la pintoresca casita situada cerca de la orilla del mar y rodeada de jardines.

Cuando llegó Dick el médico acababa de visitar a Judith y le manifestó que no se había producido cambio apreciable en el estado de la enferma. La mujer yacía sin conocimiento, entre vida y muerte.

De todos modos y aun en el mejor de los casos, pasaría algún tiempo antes de que se hallara suficientemente bien para poder revelar los nombres de los dos hombres con quienes había luchado en la cima de los arrecifes.

Que no eran desconocidos para Judith y que ésta sabía indudablemente quiénes eran lo demostraba la tentativa que contra ella había hecho durante la noche en el Chalet Blanco. Esta tentativa para eliminar el único testigo demostraba todo lo mucho que los dos desconocidos temían que Judith revelara sus nombres al recobrar los sentidos.

—¡Si ese canalla enmascarado se atreve a hacer una segunda tentativa me hallará dispuesto a recibirle como se merece! — exclamó el señor Gray.

Había traído de Bramley un excelente perro guardian y se había provisto de un revólver y de abundantes proyectiles.

En Bramley se enteró el señor Gray de que Fox Dacre estaba aun en las inmediaciones. Después de haber sido arojado de la Abadía de erlin había ido a vivir a su granja, en compañía de Langrish Gryce.

Esto no lo sabía Dick. Al enterarse frunció el ceño, pues Fox Dacre le parecía el último de los infames. Aquel hombre que había intentado darle muerte había sido grande amigo de Bonholme. Dick no sabía si, cuando Bonholme llevó a Fox Dacre a la Abadía de Merlin, el anciano estaba enterado o no de su tentativa mortífera. No podía averiguarlo tampoco, pero de todos modos la amistad de Bonholme con personas como Fox Dacre y Langrish Gryce no podía menos que resultarle sospechosa.

De la telaraña de siniestro misterio con cuyos invisibles filamentos tropezaba en todas las drecciones en que se encaminaba

desde su regreso a la Abadía de Merlin, ¿era Bonholme uno de los artífices?

Tan pronto como Judith pudiera trasladarse sin peligro, deseaba Dick que el señor Gray y su hija se ausentaran de la casita de la costa de Cornwall. No se sentía nervioso o alarmado por nada que pudiera sucederle a él mismo sono por lo que a Aileen podía acntecerle. Sus invisibles enemigos podían tratar de herirle por intermedio de ella así que consideraba que no se sentiría tranquilo hasta que Aileen se alejara de allí. Dick se ausentaría después, abandonando con gusto el "Castillo de las Sombras" y sus tétricos y enervantes misterios.

—Sino fuera porque se trata de una mansión ancestral que no puedo traspasar porque la ley no me lo permite, vendería inmediatamente a la Abadía de Merlin con todos los secretos que tiene dentro, al primero que quisiera comprarla, — dijo Dick a Aileen mientras se halaban sentados en el jardín a la hora del crepúsculo.

—Pero de todos modos, Aileen, cuando usted sea mi esposa nos instalaremos en una casa más alegre y donde no haya misterios de ninguna especie.

—¡Una casa sin "puerta cerrada"! — dijo Aileen con forzada sonrisa, pero en tono serio. — ¿No sabe usted, Dick, que durante aquellos terribles días en que nadie sabía su paradero yo soñé con esa puerta? ¡La vi de manera tan clara como si la conociera y, sin embargo, no la he visto jamás! Y en mi sueño me pareció que desde detrás de esa puerta algún peligro desconocido, pero muy grave y muy grande, le amenazaba a usted!

Y la joven se estremeció sacudida por un escalofrío de terror.

—Pero solo fué un sueño, amada mía, — dijo Dick procurando tranquilizarla.

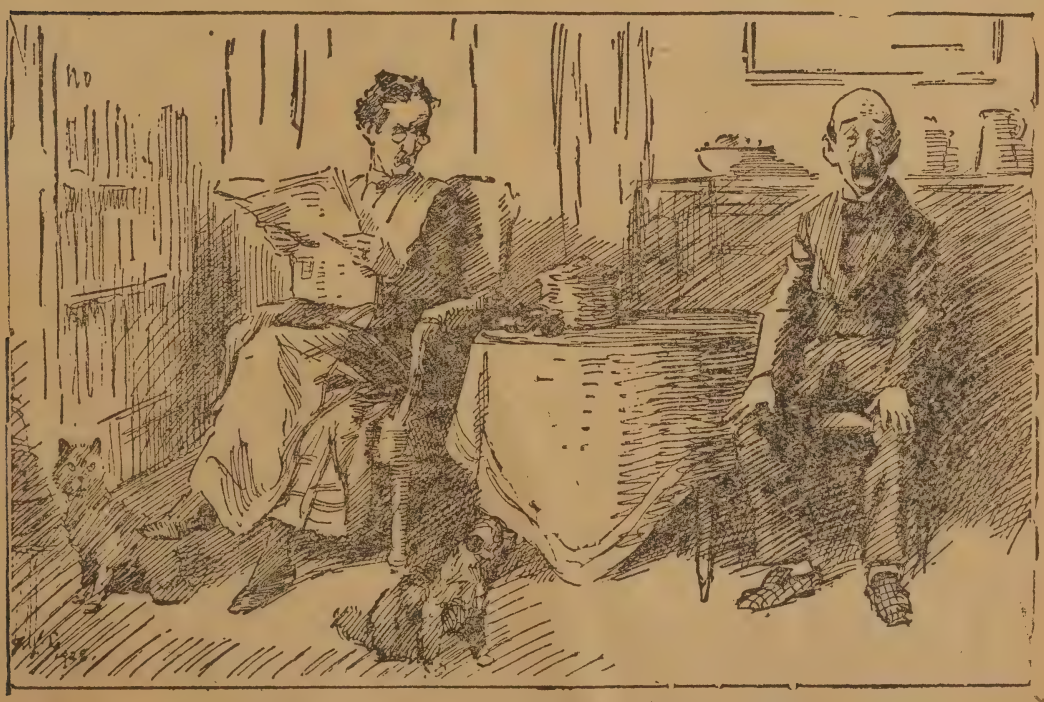
—Sí. Fué un sueño, — dijo ella. — Sin embargo no es bueno burlarse de las advertencias de los sueños. No se ría de mi, Dick, pero yo creo que los sueños pueden ser mensajes cuya procedencia se ignora, pero que no s debe desoir, — agregó.

—¡Un peligro desconocido! — repitió Dick. — ¿Pero qué peligro puede amenazarme? Ninguno. Además mañana voy a dar orden de que levanten una pared cerrando todo acceso a dode está la puerta. De este modo ya no tiene usted por qué temer a nada que surja de ella. Lo que salga se encontrará con la pared por delante.

El jardín se extendía hasta los arrecifes de la orilla. El murmullo del oleaje llegaba hasta ellos mientras conversaban. Al oirlo, Aileen se extremeció de nuevo.

—Tendré una gran alegría cuando nos va-

SI FUESE SOLTERO...



La esposa dominadora: — ¡Dice este diario que el nuevo "Elixir de Vida" puede hacer que un hombre viva doscientos años!
El esposo: — Si yo fuese soltero, compraba en seguida una botella.

yamos de aquí, Dick, — murmuró. — Antes me gustaba oir el rumor del mar. Pero ahora... Ahora me recuerda y me recordará siempre la pasada noche de horrores entre las peñas de la costa.

De pronto, Aileen levantó la cabeza asombrada.

—¡Mire! — exclamó.

Miraba hacia el mar, hacia la distante pequeña isla llamada la Peña Negra. De ella surgió de pronto una luz. Se apagó casi inmediatamente brillando solo un instante en mitad de la oscuridad de la noche. Por tercera vez brilla la luz y luego volvió a reinar la oscuridad.

—¡Esto sí que es extraño! — murmuró Dick después de una pausa.

—En la aldea he oido hablar del "fantasma de la Peña Negra" — dijo Aileen.

—Sí, pero esa luz fué lanzada por manos humanas, — dijo Dick cada vez más asombrado.

—¿No decía que la Peña Negra es inaccesible?

—Así lo he creido siempre. Se dice ue aun cuando uno pudiera acercarse yendo en un bote, sus costados son tan escarpados y resbaladizos que no es posible desembarcar. Ademá es muy peligroso acercarse en una embarcación, pues el islote está rodeado de traicioneros arrecifes sumergidos. No sé quien ha podido lanzar la luz y sobre todo no sé cómo ha podido ir hasta la Peña Negra, — dijo Dick pensativo.

Miró hacía la distante isla. La oscuridad la rodeaba ahora por completo. Aun cuando observaron con atención durante algún tiempo, la extraña luz no volvió a presentarse.

Un momento después oyeron el ruido del automóvil. Marsh regresaba para llevar de nuevo a su patrón a la Abadía de Merlin.

Cuando se despidió de Aileen, Dick se felicitó de que aquella salitaria casa tuviera, en lo futuro, la protección de un perro guardian. Estaba convencido Dick de que los extraños sucesos de la noche anterior rebían tener continuación.

. . . . . .

Por la noche, cuando todos se habían retirado a dormir, Brood acudió a ver a Dick.

El hombre tenía tanto miedo de que le vieran a ir a la Abadía que había convenido que llegaría por medio de la entrada secreta que ya había utilizado otra vez.

De acuerdo con esto, al dar las doce de la noche, Jim estaba esperando en el relleno de la escalera donde se encontraba el misterioso tablero corredizo.

La casa se hallaba sumida en el más completo silencio. Todas las luces del piso bajo habían sido apagadas. De pronto se oyó golpear suavemente del otro lado del tablero y Jim pudo darse cuenta de que Brood había llegado. El camino estaba expedito. Abrió el tablero tocando el oculto resorte.

En la abertura apareció la cara de Brood, muy pálido, a la luz de la luna que entraba por la ventana. El hombre se extremeció al ver a una figura que se acercaba por el corredor. Pronto reconoció que no había razón para alarmarse. El que llegaba era Dick.

—Preferiría conversar aquí. Aquí puedo decir lo que tengo que decir y es más seguro, — dijo el hombre de los ojos de miedo en voz baja. — Y si ellos sospechan lo que he venido a decirle a usted...

—¡Vamos usted tiene en mí un amigo, — dijo Dick en tono tranquilizador y procurando darle ánimos. — Puede usted estar seguro de que no le pasará nada. Abandone, pues, esos temores.

—He perdido por completo mi entereza de otros tiempos en aquella terrible casa, — murmuró Brood rápidamente. — Lo que me ha pasado durante los últimos seis meses me ha quitado todo el valor que yo tenía antes. Nadie que no viva allí puede ni siquiera soñar qué clase de casa es la granja y lo que allí se maquina.

—Pero... ¿por qué ha permanecido usted allí? ¿Por qué fué a esa casa que tanto miedo le da?

—Gryce me asustó tanto que me hizo acceder. Me parece que no tuviera voluntad propia cuando me mira co naquellos ojos que parecen de acero bruñido. Cuando me encuentro ante él considero que ni mi alma me pertenece.

Brood se extremeció como sacudido por un escalofrío.

—Yo le voy a quitar a usted de las garras de Gryce, — dijo Dick tranquilamente. — No puede hacer que éste usted a su lado si usted quiere. Ya me ocuparé de eso. Pero antes dígame lo que aseguró que tenía que decirme.

—Sí, señor. ¡Aun cuando tenga miedo de hablar porque temo que lo que yo diga pueda llegar a los oidos de esos canallas, hablaré, señor! — dijo Brood con voz entrecortada. — Tengo algo en la mente, un terrible secreto que he descubierto y que me está matando. No puedo conciliar el sueño durante la noche y no hago más que pensar en él. Supe que usted estaba enfermo, de no ser así hubiera venido antes. No me atrevo a hablar a nadie más que a usted, señor.

El atemorizado anciano temblaba. Su temor obedecía seguramente a que suponía que le habían seguido y que su nocturna visita a la Abadía de erlin podía ser conocida por los que le tenían en tan constante temor. Durante un momento, Dick temió que el anciao estuviera a punto de desmayarse.

—Antes de que me diga usted nada, vamos al piso bajo. Allí tomará usted un poco de cognac y se reconfortará.

Pero Brood no parecía decidido a aventurarse de ese modo.

—Dentro de un instante me hallaré ya tranquilo, sir Richard. Su padre de usted era uno de los hombres más bondadosos del mundo y por lo mucho que debo a su bondad me he arriesgado a venir y a decirle a usted lo que tengo que decirle. Existe una tenebrosa conspiración contra usted, señor. La están tramando en la Granja. Es un complot contra su vida, Sir Richard.

Dick le miró fijamente. La seredad de la manifestación de aquel hombre no podía ser puesta en duda.

—¿Quiénes están tramando eso? — pre-

guntó Dick con gran curiosidad, pero sin perder la calma.

—Gryce y... y uno a quien usted supone su amigo más fiel. Quizás usted no quiera creerme, señor, — agregó Brood muy nervioso — pero ese hombre no solo no es su amigo sino que le odia a usted, que le tiene envidia, una envidia que no se detendrá ante nada. ¡Ese hombre es Bonholme Audley!

Estas palabras, pronuncadas en voz baja en aquel sitio pequeño y cerrado parecieron despertar dormidos y cuchicheantes ecos.

¡Bonholme Audley!

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó Dick con voz ronca. — ¿Qué pruebas tiene usted?

Aun cuando esas palabras confirmaban la desconfianza que ya sentía, experimentaba Dick al oirlas una horrible impresión de amargura.

—He oido conversaciones en la Granja, sólo trozos de conversaciones, pero suficientes para darme cuenta de lo que se tramaba. Hace tres noches oí a Bonholme Audley que le decía a Gryce:

—"¡Si siqiera Fox Dacre no hubiese fracasado. El imbécil debía haberse asegurado de que el joven estaba muerto, en lugor de dejarlo allí para que Judith Holt se lo llevara. Estoy cansado de esperar la llegada del título y la fortuna que son la ilusión de mi vida!"

Tales palabras disiparon por completo la duda que aun podía quedar en el ánimo de Dick.

Brood no podía haberse enterado de que Judith Holt le había sacado de casa de Dacre sin haber oido a Bonholme pronunciar las palabras que acababa de repetir.

Brood prosiguió:

—Entonces Gryce se sonrió, con su cruel y mala sonrisa de siempre. "Espere una semana, dijo, y quizás Sir Richard Audley desaparezca y esta vez desaparecerá de modo que nadie le volverá a ver vivo. ¡Solo una semana y todo el plan estará preparado!"

Como si una ráfaga glacial le hubiese envuelto en aquel momento, el hombre que escuchaba se extremeció. No de miedo ni de sorpresa sino de horror. Aquel complot urdido a sangre fría, combinado por el anciano hipócrita que fingía quererle como a un hijo, le llenaba de dolor y de indignación.

Dick estaba convencido por fin. Había luchado hasta lo último negándose a creer que quien era de su propia estirpe pudiera ser tan culpable y tan traidor. Pero ahora estaba conevncido de que aquel hipócrita, a pesar de su afectada dulzura y de su constante amabilidad, era el hombre que le odiaba y le envidiaba la situación que tenía.

—Pero... ¿tiene usted idea de cómo es el plan que tienen para quitar de enmedio a mi patrón? — preguntó entonces Jim Marsh.

Instintivamente cerró los puños como dispuesto a pelear por la vida de su protector.

—No. No pude enterarme de nada más.

Durante un instante, Brood calló.

—Pero no es esto todo lo que tenía que decirle — manifestó después. — En las dos últimas semanas he descubierto otro culpable secreto de los pícaros y día y noche ese pensamiento me ha tenido intranquilo. No sé ni cómo no he perdido la razón. Usted estaba enfermo y no me atrevía a decírselo a nadie de miedo de que me creyran loco. S trata de un secreto referente a su padre, Sir Richard.

Dick le miró sorprendido.

—¿Qué dice usted? — exclamó lleno de asombro.

—¿Usted cree que su padre falleció, Sir Ricahard?

Dick fijo su mirada en el hombre con gran extrañeza. Su pregunta no podía ser más extraordinaria.

—¡Claro que sí! Yo me hallaba junto a su lecho cuando expiró. Ví como le ponían en el ataud. ¿Por ué dice usted eso respecto a mi padre?

El anciano de los ojos de miedo lanzó un hondo suspiro.

¿Qué diría usted, Sir Richard si yo le afirmara que, aun cuando su nombre está grabado en la lápida del cementerio, su bondadoso padre vive aun?

Lo que hizo ver la luz de la luna

Durante un momento, Dick pareció haber enmudecido.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? — preguntó luego. — ¿Mi querido padre vivo? ¿Pero es eso posible?

Por un instante, Dick supuso que Brood había perdido la razón.

—¡Es verdad ¡No se figure que estoy loco! — dijo Brood como si hubiese leido el pensamiento del joven. — Estoy cuerdo aun cuando lo que he visto y he oido en aquella casa es más que suficiente para volverle el juicio al más sensato. En algún sitio, durante los últimos seis meses su señor padre está encerrado como viviendo dentro de una tumba.

—¡Oh! ¡No es posible creerlo!—exclamó Dick resistiéndose a admitir la veracidad de la afirmación del anciano.

Como si aquella manifestación hubiera enrarecido la atmósfera del estrecho espacio en que se hallaban, Dick se sintió sofocado. Abrió de pronto el tablero corredizo.

—¡Lo que usted dice parece el más extraordinario disparate! No es posible que discutamos eso aquí. Venga usted al piso bajo. Nadie podrá molestarnos.

Brood miró a su alrededor con desconfianza mientras los otros dos salían al rellano de la escalera. Luego descendió tras ellos sin turbar un solo instante el silencio que reinaba en la casa.

Así entraron los tres en la biblioteca.

La vasta sala estaba casi completamente a obscuras, sin más luz que la de la luna que penetraba por una ventana grande y baja.

Por casualidad la luz de la luna daba de lleno en la ventana y los objetos de fuera proyectaban débiles sombras sobre la transparente y clara cortina. Se notaban como pintadas en la tela de la cortina las siluetas oscuras de las ramas de los árboles y la ba-

laustrada del balcón que quedaba frente a la ventana.

En el momento en que Jim encendió la lámpara el efecto de la luz de la misma fué borrar de la cortina las sombras que en ella se veían, dejándola blanca como una pantalla de cinematógrafo.

Dick cerró la puerta con llave.

—Ahora no nos molestará nadie, — dijo. — Cuéntemelo usted todo; dígame todo lo que sabe.

Lo que Brood tenía que decirle era tan raro como fantástico. ¿Sería sensato creerlo? De cualquier modo Dick no podía sino desear que fuese cierto, a pesar de todo, que su padre, a quien había llorado tanto, estuviera vivo.

—Yo oí a los pícaros hablar de eso, — dijo Brood, — cuando suponían que nadie podía escucharles. Comprendo, señor, que se trata de algo que no se cree tan fácilmente, pro puedo asegurarle sir Richard, que su padre vive. Gryce y Bonholme lo tienen prisionero. ¿Dónde? No lo sé. Y si le han dejado con vida hasta ahora, ha sido solo por una razón. El tenía en su poder una caja de bronce que, sobre todas las cosas,deseaba conservar. Ellos esperan obligarle a decirles dónde está esa caja y hasta ahora el cautivo se ha negado terminantemente.

Jim parecía agitadísimo.

—¡Ah! Esa caja es la que yo le ví a usted enterrar en la arena de la playa cuando usted esculpió los dos flechas en una peña para marcar el sitio.

—¡Más bajo! — exclamó Brood, porque Jim, en su excitación, había alzado la voz. — ¡Por favor, no hable tan alto! ¡Si alguien le oyera! ¡He llegado a temer que se esconda un atisbador en cada rincón!

—¡Pero usted tiene la caja! — dijo entonces Dick con grandísimo interés.

—Sí. Poco antes de su... de su supuesta muerte, su padre la confió a mi cuidado y, desde entonces, no he vuelto a tener un solo momento de tranquilidad. Por último, como no podía resistir la nerviosidad por más tiempo, enterré la caja en la arena. No sé qué secreto contiene, pero es evidente que Gryce y Bonholme están dispuestos a todo con tal de apoderarse de ella. Su padre, según he podido comprobarlo por lo que ellos han hablado, se niega firmemente a decirles dónde está la caja. Quizás se dé cuenta de que, una vez en posesión del secreto, esos dos canallas no le dejarían vivir un solo instante más.

Al decir esto, Brood se mostraba horrorizado.

—Cuando hablaban de la caja les oí una frase muy rara y que no se me ha olvidado. Algo decían sobre el "Ojo Enceguecedor". Una y otra vez repitieron esas dos palabras, pero nunca pude llegar a comprender de qué se trataba.

—Sin embargo, ¿cómo es posible que mi padre esté vivo? — exclamó Dick. — Yo le ví en el ataud...

—Creo que yo lo sé, — dijo Brood en voz baja, — por lo que he podido deducir de las conversaciones que he oído. En muchas ocasiones me he escondido para escuchar, temblando de miedo de que me descubriesen, pero comprendiendo que era mi obligación enterarme de todo lo que se tramaba, por el bien de su padre, sir Richard.

—¿Qué logró saber?

—Que su fingida muerte fué el resultado de un complot para quitarle del camino. Lo que se proponían ellos no era darle muerte, sino a poderarse de la misteriosa caja y esperaban decidirle a que se la diera amenazándole mientras le tenían prisionero. Le dieron una droga, según pude colegir, que le durmió de modo qu eparecía muerto. Después, una vez que el ataud donde estaba fué cerrado, lo sustituyeron secretamente por otro. Su padre, sir Richard, no se hallaba en el ataud que fué descendido a la tumba.

Esta asombrosa revelación pareció aturdir a Dick. A pesar de la seriedad con que Brood se expresaba, no se decidía a creerle.

—¡Ah! Debe usted creerme, señor, aun cuando solo sea por el bien de su padre. Es necesario arrancarle de las manos de esos canallas. Todo lo que le he dicho es verdad, la pura verdad, señor!

—Entonces, ¿dónde puede encontrarse mi padre?

—En algún barco en algún yate quizás, pues una vez oí que Gryce hablaba de que el mar constituía los muros de su prisión. Pero... ¿no me descubrirá, señor? — dijo de pronto tomándose del braz ode Dick. — Si saben que yo le he dicho todo esta estoy segur de que me matarán inmediatamente.

—Puede usted confiar en mí. Ya cuidaré yo de que no le pase nada, — dijo entonces Dick.

¿Pero podía ser verdad lo que el anciano había afirmado? Por extraña que pareciera la narración se comprendía que Brood la consideraba verídica. Además, Dick sabía que Brood había sido siempre muy fiel a su padre.

Con hacer que sacaran el ataúd de la tumba y lo abrieran podía comprobar si todo era verdad o mentira, pero con ello advertiría a ls culpables de su desconfianza y les pondría en guardia, provocando tal vez un suceso que no deseaba causar. Lo pricipal era que ellos no pudiesen ni sospechar siquiera jue él estaba enterado de algo hasta que se hubiese puesto al corriente de nuevos y concluyentes detalles. Cualquier paso prematuro o dado en falso podía comprometer la existencia de su encarcelado padre.

Era necesario proceder cautelosamente y en las sombras, tejer así una red para dar caza a los dos canallas pero sin dejar que, en ningún momento sospecharan que él estaba enterado de la verdad. Lo sabría cuando ya no les fuera posible escabullirse.

Los ojos de Dick brillaron con apasionada decisión al pensar en la monstruosa acción de que había sido víctima su adorado padre, siempre dando por admitido que lo dicho por Brood fuera verdad.

¡Pero así como implacable había sido la conducta de aquellos hombres, implacable se mostraría él en el castigo, cuando llegara el momento de aplicarlo!

—Por eso fué por lo que Gryce me hizo ir a la Granja en seguida de la supuesta

muerte de su padre. El sabía que yo había estado sirviendo durante años en la Abadía de Merlin y que su padre ma había considerado su criado de confianza. Yo no quería ir, pero me amenazó y aterrorizó de tal modo que no me atreví a negarme.

—Pero... ¿por qué quería que usted fuese a vivir a su casa? — preguntó entonces Dick.

—Creyó que yo conocía el escondrijo donde estaba la caja amarilla. ¡No se figuraba, por suerte, que la caja no dejó un solo momento de halarse en mi poder!

—¿Y por qué se la entregó a usted mi padre?

—Me dijo un día... Habló tan seriamente que cada una de sus palabras me quedó impresa en la memoria. "Los hombres, — dijo, — "tienen a veces ideas muy raras, " Brood; y yo presiento que la fatalidad " se desliza lenta y cautelosamente hacia mí. " Esta caja no debe nunca caer en manos " ajenas. Nadie sospechará que se encuen- " tra en su poder y yo quiero que usted la " custodie, siquiera por el momento. No sé, " Brood, si mi deber sería destruirla, pues " se trata de algo endemoniado, tan ende- " moniado como el mal cuyo secreto encie- " rra". Le pregunté entonces por qué no se la confiaba a usted, a su hijo. El manifestó en contestación que no quería que llegando usted a saber el secreto que encerraba la caja, estuviera toda su vida sometido al mismo horror a que él se había visto sometido.

No era extraño que tan extraordinarias palabras preocuparan a Dick cuando las oyó. Nunca habaí visto ni oído hablar de tal caja antes de aquel momento. ¿Qué podía contener para que su padre se hubiera expresado de tal modo? ¿De qué mal podía esconder el secreto?

—Por eso fué por lo que, cuando me dieron la noticia de su muerte, yo no le dije a usted ni una sola palabra, — continuó diciendo Brood. — Pero ahora que sé que no está muerto, señor, sino en poder de aquellos que están tramando un crimen atroz contra usted, no creo que debo callar por más tiempo. Hace ya días que me parece que empiezan a sospechar que yo sé algo y... ¡Ah!

Cesó de hablar y sofocó una exclamación de alarma. Brood se puso de pie tendiendo el brazo y moviendo la mano como un atacado de alguna dolencia nerviosa.

¿Qué sucede? — preguntó Dcik.

El anciano miraba hacia la ventana.

—Alguien está escuchándonos del lado de afuera.

Mientras decía esto con voz muy tenue, Brood descendió de golpe casi hasta apagarla, la luz de la lámpara, sumiendo la biblioteca en instántanea oscuridad.

Con la disminución de luz interior, la sombra proyectada por la luz de la luna se vió claramente en la cortina.

—¡Miren! ¡Miren ustedes!

Brood indicó con ademán dramático la cortina.

Allí se veía una nueva sombra revelada por la luz de la luna. Era la silueta de un hombre acurrucado como si estuviera escuchando situado entre el balcón y la ventana.

—Ya le dije a usted, sir Richard, que me habían seguido. ¡Ahí está el atisbador!

Un resplandor rojo en el cielo

Permanecieron los tres un instante, de pie en la oscura habitación mirando la silueta denunciadora revelaba por la luz de la luna sobre la cortina transparente.

Probablemente el que escuchaba desde fuera adivinó que su presencia había sido descubierta. Casi tan pronto como Brood lanzó su mal reprimido grito de alarma se pudo ver que el hombre se separaba de la ventana y saltaba por el balcón, desapareciendo su sombra de la blanca cortina.

—¡Cien contra uno a que era el mismo Gryce en persona!

Jim descorrió la cortina, abrió la ventana maldiciendo el tiempo que estas operaciones le hacían perder y en cuanto tuvo libre el camino se precipitó hacia el balcón.

¿Por dónde se había marchado el que acechaba? En la espesura del parque que rodeaba a su vieja casa y donde los árboles proyectaban densas sombras, todas las probabilidades estaban en favor del fugitivo. No se veía ni rastro de él ni se oía el menor ruido.

Pero aquel hombre que se había presentado y se había ido como un asombra había dejado algo tras sí.

Era como si en el aturdimiento de su precipitación por huir le hubiera rozado una de las ramas situadas encima del balcón y le hubiese arrancado algo que llevaba también el que, la noche anterior, había pretendido envenenar a Judith. Era el mismo objeto el que ahora se hallaba allí, en el balcón, a los pies de Jim Marsh.

¡Era un antifaz negro!

Jim no lo recogió y saltó inmediatamente por el balcón en persecución del fugitivo.

La voz de Dick le llamó en seguida.

Dick había salido al balcón detrás de él. En el momento en que recogía del suelo el antifaz negro, algo había visto que le hizo lanzar una exclamación.

¿Qué significaba aquel resplandor rojo que se veía en el cielo?

Un súbito extremecimiento de horror le hizo olvidar al punto todo lo demás y gritó llamando a Jim cuando éste se disponía a penetrar bajo la sombra de los árboles.

Entonces Jin notó también la presencia del resplandor rojo que parecía pintar con pinceladas de fuego la negrura del cielo nocturno.

Un rápido y terrible temor invadió el corazón de Dick. Solo había una casa situada aislada, lejos de las demás, en la misma dirección en que se veía el resplandor: el Chalet Blanco donde Aileen y su padre residían actualmente.

El espía fué olvidado por Dick y por Jim en cuanto dieron cabida a la horrible sospecha.

Como un loco, Dick, olvidando el dolor que aun tenía en el tobillo que se había dis-

locado, corrió hacia el interior de la casa y subió con rapidez la escalera. Desde las ventanas del último piso podía distinguir todo el campo de las inmediaciones.

Al pasar por delante de su cuarto entró en él y tomó unos anteojos de campo.

Una terrible y abrumadora sospecha le estrujaba el corazón cuando se llevó los gemelos a los ojos y miró.

No podía ser otra más ue la casa, — distante unas millas, — donde se había despedido de Aileen pocas horas antes, la que en aquel momento era una hoguera cuyas llamaradas escendían hacia las nubes.

—¡Dios mía! — exclamó Dick desesperado. — ¡Estos canallas que fracasaron anoche y no lograron destruir al terrible testigo de su infamia, son los autores de este nuevo crimen!

. . . . . .

Tres minutos después Dick, con Jim a su lado, se hallaba en su automóvil corriendo a una velocidad vertiginosa en dirección de la casa nmediata.

¿Qué le habría sucedido allí a la joven a quien amaba?

La mano oculta hiere de nuevo

Rapido como una flecha el automóvil salió por el camino de entrada de la Abadía re Merlin hacia le carretera que conducía al Chalet Blanco.

Nubes oscuras habían cubierto de nuevo el disco de luna y volvía a verse en el cielo el rojo resplandor del incendio.

El fuego era, sin duda alguna, de gran importancia. Como pasa con muchas casas de campo, el Chalet Blanco estaba construído casi todo de madera. Proboblemente el fuego había estallado cuando los habitantes de la casa se encontraban durmiendo. ¿Se habría salvado Aileen? Dick iba pálido y se sentía angustiado.

Era tal su ansiedad por saber la suerte que podía haber cabido a la joven a quien amaba, que aun las extraordinarias declaraciones de Brood ocupaban un sitio de segundo orden en su mente.

Brfood, después de descubrir al atisbador en la ventana, se había aterrado ante la idea de salir solo de la Abadía de erlin. No podía dudar de que era Gryce, él hombre a quien más temía en el mundo, e lque había estado escuchando en el balcón. Pero Jim Marsh había llevado a Brood a su cuarto y le había ordenado que no abriera la puerta hasta su regreso.

A toda velocidad el automóvil se dirigió, en la oscuridad, devorando las seis millas de camino, hacia el Chalet Blanco.

Un cuarto de hora después de haber visto por primera vez el resplandor en el cielo, el automóvil se detenía ante el portón del chalet. Las llamas se elevaban en penachos iluminando el sitio donde Dick, pocas horas antes, se había despedido de Aileen, con luz tan ntensa como la del día.

El automóvil se detuvo de pronto y Dick corrnó hacia un sitio donde se oía un murmullo de voces. Allí, en aquel pequeño grupo de personas cuyos rostros iluminaba el resplandor de lfuego, vió a Aileen.

En el primer momento, la joven, asombrada y contenta, no pudo hablar cuando vió a Dick y éste se acercó a ella sonriendo.

—¡Aileen! ¡Gracias al cielo por encontrarla en salvo! — exclamó Dick estrechando entre sus brazos a su amada.

El chalet se hallaba situado lejos de toda otra casa y a cerca de una milla de la aldea. No había bomba de incendios más cercana que la de la ciudad, situada tres millas más lejos. Pero aun teniéndola, la falta de agua a mano la hubiera hecho inútil.

Los pocos aldeanos que habían acudido estaban trabajando con gran actividad, acarreando baldes de agua desde el pozo del jardín, pero se comprendía que era inútil tratar de luchar con medios tan precarios contra aquel terrible incendio que iba acrecentándose con pasmosa rapidez. La primera mirada que Dick dirigió a la casa le hizo comprender que nada podía salvar al Chalet Blanco de su completa ruina.

Mientras trabajaban, los aldeanos miraban de vez en cuando hacia una ventana invadida por las llamas: la vetana del cuarto donde se hallaba Judith Holt.

El señor Gray dejó de ayudar a los aldeanos en sus infructuosos esfuerzos para acudir hacia Dick. Tenía las manos y el rostro negros de humo y cojeaba, pues se había lastimado una pierna.

Sus primeras palabras confirmaron la sospecha que ya se le había ocurrido a Dick.

—¡Ha sido obra de unos incendiarios! — exclamó. — El fuego comenzó lo menos en tres sitios distintos: por eso tomó incremento con tanta rapidez. ¡Ha sido obra diabólica! — agregó. — Solo tuve tiempo para sacar a Aileen y a la criada de la casa donde las llamas avanzaban. ¡Y Judith Holt está todavía en su cuarto!

Iidicó la ventana donde las llamas eran tan potentes que hubiera sido inútil intertar poner una escalera. De aquel lado la pared de la casa era de madera reseca y yeso y el fuego encontraba en ella buen combustible.

—¿Judith está allí? — exclamó Dick horrorizado. — ¡Jim y yo vamos a tratar de sacarla! ¿Dónde está la escalera? La escalera que usó el enmascarado de anoche. Entraremos por una de las ventanas.

—La escalera no está. Los incendiario la han escondido o se la han llevado. — dijo el señor Gray. — No había más que esa escalera y ha desaparecido. ero ya están tratando de sacar de ahí a Judith. Precisamente en el momento en que usted llegó en el automóvil dos hombres corrieron escaleras arriba en dirección a su cuarto. Se necesitaba valor para atreverse a pasar por entre el humo y las llamas. Estamos esperando que llamen desde la ventana.

—¿Quénes son?

—No los conozco. Son dos jóvenes a quienes no he visto nunca antes de ahora. Algunos de nosotros, más viejos que ellos por

cierto, íbamos a intentar salvar a Juditd, pero ellos insistieron en ir.

La espera resultábale insoportable a Dick.

—Es extraño que no hayan llegado todavía a la habitación. Quizás no hayan podido pasar. ¡Voy a ver lo que sucede yo también! — exclamó.

—Y yo con usted — dijo decididamente Jim Marsh.

Aileen miró a Dick aterrorizada como si quisiera evitar que su amado corriera tan terrible riesgo. Pero se hallaba en peligro la vida de una mujer. Este pensamiento detuvo en sus labios las palabras que iba a pronunciar.

Rápidamente Aileen aseguró una toalla mojada envolviendo el cuello, la boca y la nariz de cada uno.

Toda precaución era absolutamente necesaria pues el fuego se acrecentaba por momentos. Las tablas que formaban la pared del costado donde se hallaba la habitación de Judith debían haber sido saturadas con petróleo por los incendiarios. Pero el fuego había estallado también en la parte de dentro. Había sido el rugir de las llamas lo que había despertado al padre de Aileen; había abierto la puerta del dormitorio y habíase hallado con que la casa estaba llena de humo y la escalera ardiendo.

Corrió entonces a avisar a Aileen; la criada que dormía en el cuarto de Judith había salido gritando asustada y se precipitó tras el señor Gray hacia la habitación de Aileen.

No había sido posible sacar a Judith, desmayada como estaba, por la escalera que ardía. Solo podíase pasar por la zona del fuego rápidamente. El señor Gray bajó tropezando y llegó al hall del piso bajo casi asfixiado.

En el hall el perro guardian estaba tendido, muerto. le habían envenenado sin duda, lo que demostraba que se trataba de un hecho delictuoso. Corriendo el otro costado de la casa, el señor Gray había ayudado a Aileen y a la criada a descender por la ventana.

Hasta aquel momento no se había visto, en la ventana ni la menor señal de la presencia de los dos hombres que habían acudido a salvar a Judith. Dick y Jim corrieron hacia la puerta para ir tras ellos. La escalera, construída de madera de roble, ardian lentamente, pero el humo y el calor parecían cortar por completo el paso.

¿Habrían sido vencidos por los vapores sofocantes los dos hombres que habían entrado en la casa hacía un memento?

Los aldeanos arrojaron baldes de agua sobre los ardientes peldaños de la escalera. Las llamas se apagaron momentáneamente y Dick y Jim, con impuso desesperado se lanzaron escalera arriba.

El vapor acre les hizo toser, pero fué su carrera tan rápida que lograron trasponer la zona de peligro. Jadeantes, medio sofocados, llegaron al primer descanso de la escalera, más allá de la barrera de llamas, pero el calor era intensísimo y el humo que les rodeaba muy espeso. De no haber llevado puestas las toallas mojadas no hubieran podido llegar al piso superior.

Cuando llegaron al descanso de la escalera vieron sus ojos, lagrimeantes y escocidos por el humo, que dos hombres pasaban por el rellano de arriba como procedentes del cuarto de Judith.

Dick les llamó con la voz apagada por el trapo que casi le tapaba por completo la boca, los dos hombres ni se detuvieron ni contestaron. Desaparecieron entrando en otra habitación.

Por la puerta abierta de este segundo cuarto pudieron ver Dick y Jim, al pasar corriendo, a dos figuras que saltaban por la ventana para ir a caer al jardín. La ventana aquella daba al lado de la casa menos dañado por e lfuego hasta aquel momento.

Aun en la confusa precipitación de aquellos instantes, mientras corrían hacia la habitación de Judith, lo que hacían aquellos hombres le pareció muy extraño a Dick. Ya que habían logrado llegar al piso alto ¿por qué descendían al jardín sin intentar siquiera secar a Judith?

Un instante después comprendío la respuesta que tenía esa pregunta. ¡La puerta del cuarto de Judith estaba cerrada y la llave no se encontraba en la cerradura!

Entonces, en un segundo, se dió cuenta de la verdad. Aquellos dos hombres habían penetrado en la casa incendiada, evitando así que lo hicieran otras, no para salvar a Judith sino para hacer más seguro que falleciera entre las llamas.

Una vez cerrada la puerta se escapaban uyendo a toda prisa. ¡No era posible dudar de que así fuera!

Dick se dirigió al otro dormitorio en busca de algo que pudiera servirle de ariete para hundir la puerta, pero de pronto se acordó de la otra puerta que tenía el cuarto de Judith.

—¡Por aquí, Jim! ¡Por aquí! — gritó lo más alto que le permitió su mojada bufanda.

Entraron en la habitación donde Judith se hallaba tendida en la cama, con los ojos cerrados, ajena a las llamas que rugían en la ventana y al fuego que se deslizaba hacia ella.

¡Llegaron en el momento decisivo! Aún cuando el lecho estaba lejos de la ventana, fuera del alcance de las lenguas de fuego de la ardiente pared de madera, las colgaduras de la cama estaban ardiendo. Con un estremecimiento de horror vió Dick aquel detalle significativo en el momento en que entró en el cuarto.

Comprendió que los cortinas habían sido encendidas a propósito, solo unos momentos antes, por los dos hombres que habían huido al verles.

Era aquel un detalle decisivo de la horrible obra de aquella noche de horrores.

Dick arrancó las colgaduras encendidas sin fijarse en que se quemaba las manos. Envolviendo a la desmayada mujer en unas frazadas la llevaron a la habitación por cuya ventana habían visto huir a los dos incendiarios.

Entusiastas aclamaciones les saludaron en

cuanto aparecieron Dick y Jim por la ventana.

Arrojaron una frazada y cuatro hombres la sostuvieron por las puntas de modo que no fué difícil dejar caer a Judith sin peligro ninguno.

Aun cuando el humo denso y sofocante iba penetrando lentamente por las hendijas de la puerta, se detuvieron un momento para recoger todo lo que les fué posible de los vestidos, joyas y objetos de propiedad de Aileen y lo echaron por la ventana. Por último, Dick y Jim descendieron al jardín.

—¿Dónde están los dos hombres que pretendieron ir a salvar a Judith? — fué lo primero que preguntó Dick.

Parecía que habían desaparecido en cuanto descendieron de la ventana.

—No me extraña que hayan huido. ¡A lo que fueron fué a asegurar que Judith no escapara con vida! — exclamó Dick con suma indignación. — Eran cómplices del hombre enmascarado de anoche y sin duda alguna fueron ellos los que prendieron fuego a la casa.

Judith había sido conducida al automóvil y en el espacioso coche pudieron sentarse también Aileen, su padre y la criada. Dick manejó el automóvil de regreso a la Abadía de erlin, dejando la casa incendiada abandonada a su destino.

Intensa indignación dominaba a Dick al pensar en aquella nueva siniestra tentativa de los ocultos enemigos que habían decretado la muerte, no solo de Judith, a la que ya habían elegido antes como víctima sino a otras, entre ellos a la joven a quien él amaba.

Mientras manejaba el automóvil, Dick tenía la mirada fija como si presenciara horrorosas escenas de crimen y de desastre, entre las cuales la de aquella noche había constituído la más horrenda.

La mano oculta había vuelto a herir. ¡Ah! Pero la mano no podía lograr permanecer oculta después de todo lo que él sabía.

Langrish Gryce y Bonholme Audley — el hombre que siempre se había declarado tan cariñoso amigo suyo — eron los espíritus dirigentes, los que tejían aquella tela de horrores. Las palabras de Brood habían convencido a Dick. Desde esa noche solo un propósito de guiaría en el mundo. En cuanto hubiese rescatado de su encierro, de su tumba en vida, a su padre, a quien había llorado muerto, no descansaría hasta que hubiese hecho castigar por sus crímenes a los culpables.

¡Su castigo tardaría quizá en llegar, pero llegaría fatalmente, con la fatalidad terrible de la muerte!

Eran las dos de la mañana cuando lle-

UN PARTIDO DE FOOTBALL

Referee (ferozmente): — ¿Quién arrojó esta botella?
Espectador violento: — ¡Yo! ¿Y qué hay con eso, vamos a ver?
Referee (nervioso): — ¡Bien podía haberle puesto el corcho! ¡Mire como me ha puesto de cerveza mi sweater!

garon a la Abadía de Merlin.

Jim, al llegar a su dormitorio vió que la cerradura había sido forzada y abierta la puerta.

¡Brood había desaparecido!

El hombre desaparecido

Dick hizo poner a Judith en su propio cuarto. Había dejado a Aileen y a su criada conversando con el señor Gray sobre el audaz atentado de aquella noche, cuando Jim llegó a darles cuenta de lo que había pasado con Brood.

—Dejé a Brood en mi dormitorio, cerrando la puerta con llave. La puerta ha sido forzada, la cerradura está rota y no se ve ni rastro de Brood.

¿Qué había sucedido en la Abadía de Merlin durante la ausencia de Dick?

—¡Sabía más de lo que convenía a la seguridad de esos pillos! Estoy seguro de que esos canallas se lo han llevado a la fuerza. ¡A la fuerza! — dijo Jim con voz temblorosa de indignación y de enojo.

La puerta se abrió y apareció Bonholme con la cara redonda sonriendo seráficamente.

—Le oí regresar, querido Dick, ¡Como me había despertado al oir que usted y Marsh partían a realizar una misteriosa expedición, no me volví a dormir! — exclamó con su untuosa voz de siempre. Y agregó con gran sorpresa: — ¡Usted aquí, señor Gray!

—¡La casa del señor Gray se ha incendiado esta noche! — dijo Dick.

—¡Pero me deja usted atónito y horrorizado, querido Dick! ¡Qué cosa horrible, señor Gray! — exclamó Bonholme. — Supongo que no habrá habido víctimas, ¿verdad?

—Ni una sola — dijo Dick observando con atención la cara del anciano. — Ha sido un atentado brutal, la segunda tentativa para hacer callar para siempre a una peligrosa testigo, dándole muerte, pero, por fortuna, fracasó. Por fortuna también, — añadió con intención, — tenemos una prueba de quiénes han sido los autores de esa criminal hazaña.

Bonholme se puso muy pálido. Se estremeció nerviosamente de modo que no dió lugar a dudas.

—¡Una prueba! — repitió sin poder disimular el temor que sentía. — ¿Qué... qué prueba?

—Una prueba que espero hará sentar a todos los culpables en el banquillo de los acusados y responder, ante la justicia, de todos sus crímenes, — dijo. — Por el momento no puedo agregar mayores explicaciones.

El hombre a quien en un tiempo había apreciado como amigo habíase hecho repulsivo para Dick. Todo pasó como en vertiginosa carrera por su imaginación, mientras miraba fijamente aquel rostro pálido que sus palabras habían desencajado haciéndole abandonar la máscara de melosa sonrisa hipócrita: el odioso complot contra su padre, oculto a los ojos de la sociedad y pasando por muerto; la tenebrosa conspiración contra el mismo; el horrendo atentado de aquella misma noche... ¡Y era aquel hombre de cabello blanco, siempre sonriente, siempre amable, uno de los jefes, si no el principal, de la gavilla de miserables que había urdido todo aquello.

Dick no necesitaba más pruebas. Conocía ya suficientemente a aquel hombre.

Porque su padre, vivo y prisionero en algún sitio cuya ubicación desconocía, no sufriera las consecuencias, no había desenmascarado ya a los criminales. La vida de su padre correría peligro si ellos se enteraran de lo que Dick sabía. Aun era pronto para hacerles frente.

—¿Qué es lo que me dicen sobre la puerta del cuarto de Marsh, que ha sido forzada? — preguntó Dick.

Bonholme miró a Dick con intranquilidad durante un instante.

—Nos asustamos mucho mientras usted se hallaba ausente, — dijo despues. — Trask oyó ruidos. Me llamó. En la oscuridad vimos una figura sospechosa en el cuarto de Marsh; debía ser un ladrón sin duda, — añadió con temor. — Trask forzó la puerta. Pero la figura salió corriendo, pasó por entre nosotros como un rayo y se escapó.

—¿Reconoció usted quién era?

—¿Reconocerlo? ¡No fué posible! ¡Si pasó tan rápidamente!...

—Sin embargo usted debe haber visto a Brood con bastante frecuencia en casa de Gryce, además de verlo todo el tiempo que estuvo en esta casa, para ni necesitar mucho para reconocerlo, — dijo Dick.

—Pero... ¿era Brood?

—Usted podía haber notado que era Brood. Mañana hablaré seriamente con Trask. Por ahora debo recordarle a usted, Bonholme, que soy todavía el patrón de la Abadía de Merlin, — agregó con intención.

Dick se dirigió al cuarto de su chauffeur Jim, que había subido unos momentos antes, se encontró con él en la puerta de la habitación.

—¡Mire usted, señor!... ¡Encontré esto en mi cuarto!

Era un pedazo de papel en el que se veían unas palabras escritas por Brood bajo el dominio del más intenso terror.

" Están tratando de abrir la puerta rom-
" piendo la cerradura. Son Gryce y Bonhol-
" me. He oído sus voces. Se proponen sa-
" carme de aquí durante su ausencia. Por
el cielo..."

Ahí cesaban las palabras de angustia. Seguramente en aquel instante la puerta había sido forzada.

¡El hombre había sido sacado por los criminales! ¿Qué suerte le esperaba. Su decisión desesperada al querer arrebatar a Brood demostraba que temían mucho lo que él podía revelar. Era un peligroso testigo y había que hacerle callar del mismo modo como, por dos veces, habían querido hacer callar a Judith.

Cuando Dick descendió vió a Bonholme que subía la escalera en dirección de su cuarto.

—¡Buenas noches, querido Dick!

El untuoso tono de la voz no era tan perfectamente suave como otras veces.

—Necesito hablar con usted un instante, — díjole Dick con energía. — Acabo de estar en el cuarto de Marsh. ¿Usted y Trask estaban solos cuando forzaron la puerta?

El semblante de Bonholme demostró la inquietud que sentía.

—¡Sí!

—Me parece que su memoria no le es fiel, — dijo Dick secamente. — Parece que se ha olvidado usted de que el señor Gryce le ayudó a usted a buscar al... al supuesto ladrón.

Bonholme se estremeció, humedeciéndose los labios.

—Tiene usted muy extraños amigos, — siguió diciendo Dick. — Dacre, por ejemplo, el que trató de matarme, y Gryce, el que vino esta noche a la Abadía de Merlin a espiar, cubierto el rostro con una máscara, el que le ayudó a usted a apoderarse de Brood durante mi ausencia, el que se lo ha llevado...

—¡Pero eso es una disparatada locura, Dick! — balbuceó Bonholme.

—¿Son esos hombres amigos suyos o no? Bien. Tengo que decirle a usted lo siguiente: ¡O cesa usted de ser amigo de esos dos hombres o puede usted retirarse de la Abadía de Merlin de una vez y para siempre!

Dick se alejó dejando a Bonholme mudo de estupor y de miedo.

Un instante después Jim Marsh se hallaba conversando con Dick.

—Patrón, — dijo. — He estado exprimiéndome la mollera y he sacado en consecuencia que debo pedirle el automóvil prestado un momento.

—¿Dónde quiere usted ir, Jim?

—A buscar a Brood. No podemos dejarle en poder de quien está. Nadie puede decir lo que le espera. Usted ya sabe con qué gente luchamos. El pobre viejo está aterrorizado. Si no se procede rápidamente, se llegará tarde.

—Es verdad, Jim. Pienso lo mismo. Nosotros debemos...

—No; "nosotros" no, señor. Yo puedo llevar a cabo mi plan solo. Además no debemos estar los dos ausentes, a la vez, de la Abadía de Merlin, mientras la señorita Aileen y Judith Holt se encuentren aquí, — dijo Jim. — Deje usted esto a mi cargo, patrón y como tenga la suerte de llegar antes de que le hayan "liquidado" en la Granja, le asegura que traigo conmigo a Brood, de regreso, antes de una hora.

Y al decir esto su cara de bulldog no prometía nada bueno para quien intentara cortarle el camino.

Los puntos brillantes

Cinco minutos después Jim se alejaba de la Abadía de Merlin en el automóvil.

La Granja era una casa solitaria situada en extenso terreno, a varias millas de distancia. Más de una vez Jim había pasado por delante de su portón de hierro del que poco se alcanzaba a distinguir del caserón grande y sombrío situado lejos del camino. Mientras el automóvil avanzaba por la carretera podía verse aun, en el cielo, el rojo resplandor del incendio.

Cuando Jim lo vió y recordó lo sucedido, su rostro adquirió una terrible expresión decisiva y enérgica.

Aquel crimen, el deliberado incendio del Chalet Blanco era obra de Cryce, aun cuando éste no la hubiera realizado personalmente. Jim no podía dudarlo pero no necesitaba de aquel acicate para estimular su propósito.

Se preguntaba si Gryce había oído desde el balcón lo que dijo Brood, en la Abadía de Merlin, sobre la caja amarilla.

Fuera el que fuese el contenido de aquella misteriosa caja, Jim sabía, por habérselo oído a Brood, que los pillos no ahorrarían esfuerzo para lograr apoderarse de ella.

Y si lo conseguían el motivo que temían para haber dejado con vida al padre de Dick, su prisionero, desaparecería.

El sitio donde la caja estaba enterrada permanecía debajo del agua, quedando en seco únicamente cuando bajaba la marea. Como sabía las horas de las mareas, sabía Jim que hasta las siete de la mañana las aguas cubrirían el escondrijo. Aun cuando Gryce se hubiera enterado del secreto no podía intentar nada hasta pasadas algunas horas.

Pero Gryce, al espiar solo podía haberse enterado de que la caja estaba enterrada en un sitio poco lejano de la peña donde Brood había esculpido su seña y esta seña estaba hecho de modo que tenía que desorientar a todo investigador que no supiera su secreto significado.

Sin embargo, Jim no quería fallar por falta de precauciones, a menor idea de que la caja pudiera caer en manos de Cryce le estremecía de terror al pensar en el peligro que corría la vida del padre de Dick. Si no se lo impedía algún inesperado suceso, iría él mismo a desenterrar la caja amarilla tan pronto como la marea hubiese descendido.

—Me parece, que dadas las circunstancias, no voy a poder dormir mucho tiempo esta noche, — se dijo.

El portón de la Granja estaba ante él. La noche era tan obscura que Jim había avanzado algunas yardas de más antes de enterarse de que había llegado a su destino.

La portería situada junto al portón, — del lado de dentro, — estaba vacía como siempre la había visto Jim. No había, pues, nadie que pudiera descubrir con precaución el portón y entrar el automóvil, retrocediendo, hasta dejarlo de modo que impidiera que el portón volviera a cerrarse. Después, dejando el coche en la oscuridad, Jim se encaminó por la avenida de entrada, hacia la lejana casa.

La noche era oscurísima y el sitio solitario. Cualquiera hubiese sentido temor en aquel ambiente. El mismo Jim tuvo que hacer acopio de energías para seguir adelante. Era como avanzar por dentro de un inmenso

túnel. Más de una vez se detuvo oprimido por la idea de que alguien le seguía, de que se oían cautelosos pasos detrás de si.

—No seas tonto, Jim, y no te dejes llevar por la fantasía, porque oigas crugir las hojas que caen, — díjose.

Casi en el mismo momento Dick reprimió un grito de alarma.

—¿Qué es eso? — murmuró.

Un rumor había llegado hasta él, traido por el viento de la noche y procedente del lado de la casa, envuelta aun en la oscuridad; un ruido curioso, maligno, extraño, que parecía tener la virtud de detener los latidos del corazón de quien le oía.

Jim detúvose de pronto.

Ningún peligro que pudiera encontrar frente a frente podía haber dominado a Jim, pero aquel extraño sonido que siéndole desconocido le parecía familiar, le puso carne de gallina.

Era un largo, melancólico, agudo aullido no como el aullido de un perro, tantas veces oído, sino tan lleno de maldad extraña que impresionó a Jim.

Pero Jim no era de los que se asustan fácilmente. Se había propuesto realizar un plan y estaba resuelto a realizarlo. Hubiera sido traidor a Brood si hubiese desistido.

Siguió adelante, en la oscuridad, escuchando con toda atencóinn. De nuevo el raro aullido resgó el silencio. Esta vez resonó cerca, tan cerca que le costó trabajo a Jim volver la curva de la avenida, a que había llegado.

De nuevo resonó más cerca de él y Jim detúvose de nuevo.

No era ya el enervante sonido únicamente. Allí, ante él, en la oscuridad, fijos, inmóviles, distinguió una docena de puntos luminosos de a dos en dos, como brillantes pequeñas esferas de fuego.

Entonces Jim recordó donde había oído aquel aullido en otra ocasión: lo había oído mientras visitaba una casa de fieras.

¡Aquellos inmóviles puntos de luz situados a poca distancia de él, eran los vigilantes ojos de un grupo de lobos!

En la casa del miedo

Inmoviles, aquellas relucientes pequeñas esferas de fuego, brillaban en la oscuridad.

Jim estuvo por volverse y echar acorrer. Metió la mano en el bolsillo y se sitió más tranquilo al tocar la culata de su pistola automática. Pero ¿y si los lobos se acercaban?

Jim se acordó de que llevaba una lámpara eléctrica de bolsillo — la llevaba siempre cuando salía de noche con el automóvil para alumbrarse en caso de despecfecto del motor, — y la encendió pensando que aquellos feroces animales salvajes no se encontraban nunca sueltos en el parque de ninguna propiedad de Inglaterra.

La luz de la linterna eléctrica le permitió ver media docena de grandes lobos, semejantes a perros delgados y grises, con ojos oblícuos y lenguas colgantes, metidos en una jaula grande formada por barrotes re hierro.

Como si la luz les hubiera enfurecido, los lobos gruñeron amenazadores, mordiendo furiosos los barrotes de la jaula. Parecían estar hambrientos.

—¡Linda casa ésta! ¡Estoy por decir que no simpatizo con la Granja! — dijo Jim respirando con más tranquilidad.

La presencia de las barras de hierro entre él y aquellos ojos relucientes tranquilizó por completo a Jim.

Continuó su marcha con nueva agilidad y desenvoltura, hacia la casa.

El edificio estaba a oscuras. Solo se veía luz en una de las ventanas del piso bajo.

Las cortinas estaban casi corridas pero hablía entre ellas un pequeño hueco por el que Jim pudo mirar hacia el interior de la habitación alumbrada.

Allí vió a Gryce empuñando un latigo de nueve tiras — de los que se usaban para castigar a los penados en los presidios ingleses — y ante él se hallaba un hombre que había sido sacado de la Abadía de Merlin para ser conducido a aquella casa siniestra, aquella casa del miedo: — Brood.

—Necesito que me diga usted la verdad, — decía Gryce con su voz autoritaria y antipática, sonriendo malignamente. — ¡Así que usted tenía en su poder la caja amarilla hace tiempo y fué esta noche a la Abadía de Merlin con la noticia! Yo le oí decir que la caja está enterrada en la arena. Le doy cinco segundos para decirme dónde está oculta. Si no me lo dice yo sabré arrancarle la verdad.

Desde la ventana, Jim pudo oír esas palabras con toda claridad. ¡Así que Gryce había oído hablar de que la caja amarilla estaba aculta en la playa! Sin embrgo sus palabras parecían indicar que el espía no había podido oir mucho más, pues no se había enterado de que Brood había dicho a Dick que su padre vivía.

El gesto de terror de Brood inspiraba lástima. En aquella casa del miedo, la cruel tiranía de Gryce había destruído por completo las energías del anciano. Levantó los ojos mirando desesperado, como si no se sintiera con valor para guardar el importante secreto.

Pero en el momento en que Gryce avanzó un paso moviendo en su mano el terrible látigo, toda lo poca energía de Brood cedió:

—¡No! ¡Eso no, señor Gryce — gritó. — ¡Se lo diré todo!

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras

proseguirá en el número 86 de "Pucky" que se pondrá en venta el tercer viérnes de Abril de 1925.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Para impedir la rotura de los vidrios de ventanas situadas cerca de baterías de cañones de grueso calibre, de canteras, etcétera, basta pegarles con goma tiras de papel en todos sentidos. De este modo se impide la propagación de las ondas vibratorias que producen la rotura.

✣ ✣ ✣

Los baños de sol son tan buenos como los de agua, sobre todo para las personas de constitución endeble, que no pueden decir que están malas, pero no se encuentran bien. Mientras se está al sol hay que cambiar de postura con frecuencia, para que sus rayos bañen por igual todas las partes del cuerpo.

✣ ✣ ✣

Para aplicar calcomanías a las velas de estearina se emplea un barniz compuesto de 50 partes de goma laca blanca en polvo, 7 partes de sandáraca escogida, 20 de trementina de Venecia y el alcohol necesario.

✣ ✣ ✣

Las mariposas se conservan bañándolas en una solución de caucho a base de bencina o de otro disolvente análogo. Poniéndolas a secar en seguida se cubren de una tenue película de caucho que protege perfectamente los colores.

✣ ✣ ✣

El agua caliente no produce arrugas, contra lo que generalmente se cree, sino que por el contrario, es una de las cosas que más refrescan el cutis. Debe emplearse todo lo caliente que se pueda resistir y con un poco de vinagre.

✣ ✣ ✣

Para quitar el óxido de las placas de cinc se funden al baño-maría, en un recipiente de barro, 250 gramos de manteca de cerdo con 16 gramos de alfanfor. Hecha la solución se retira la vasija del fuego y se añade a su contenido la cantidad de plombagina necesaria para que el producto adquiera un color intenso.

Con un trapo o una muñequilla de algodón se aplica la composición caliente sobre el metal, y pasado un poco de tiempo se le da brillo frotando enérgicamente con otro paño limpio.

Se hace un baño refrescante echando gota a gota en el agua esencia de benjuí en cantidad para que tome un aspecto lechoso.

✣ ✣ ✣

Todas las carnes saladas, como el jamón, la lengua, etcétera, deben ponerse a hervir en agua fría y con poco fuego, a fin de que se calienten lentamente.

✣ ✣ ✣

Cuando se vierte grasa en el tablero de una mesa hay que echar sal en seguida, porque así se impide que la madera chupe la grasa.

✣ ✣ ✣

Para que el calzado dure mucho, todas las semanas se untan las suelas y los bordes con aceite frito, y se dejan secar. Con este tratamiento duran más y se ponen impermeables.

✣ ✣ ✣

Los cuellos de encaje se limpian espolvoreándolos con ácido bórico, en cantidad abundante, y dejándolos enrollados unos cuantos días, transcurridos los cuales se sacudirá el ácido y las manchas habrán desaparecido

✣ ✣ ✣

Para pegar cuero, correas, etcétera. La cola que se emplea para este objeto se hace con gelatina, disuelta al baño-maría del modo ordinario, agregando bicarbonato de potasa y glicerina.

El bicarbonato, tiene la propiedad de hacer insoluble la gelatina. Se emplean 3 gramos de cada una de estas substancias por cada 100 de cola fuerte líquida empleada.

✣ ✣ ✣

Para saber si un te es bueno, se echa un poquito en un vaso, se rocía con agua y se agita. Si el té es puro, sólo dará un tinte muy ligero al agua, mientras que se obtendrá una infusión muy fuerte en poco tiempo, si la hoja está adulterada.

El té falso, se pondrá cada vez más fuerte, pero permanecerá transparente, mientras que el té puro, se pondrá turbio o lechoso. Esta última apariencia, la produce el ácido tánico que posee el te puro y del cual no se halla rastro en el falsificado.

Un automóvil moderno

El joven: — Aquí estoy. Este es el cochecito de que le hablé. ¿Quiere tomar asiento?
La joven: — ¿Eh? Sí. Supongo que usted habrá traído un calzador

(De "The Humorist").

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio en Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

Todo lo que publica Pucky es interesante

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Abril de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 86.

Esta escena corresponde a la notable aventura de Buffalo Bill que se publica en este número y se titula:

LA TRAICION DEL GANADERO

PEQUEÑA EQUIVOCACION

El prestidigitador, ilusionista y otras cosas, al auditorio: — Si alguna señora o caballero del público quiere indicarme el nombre de un personaje femenino de Shakespeare, procuraré presentar una exacta imitación del mismo.

Uno del público: — Maritornes.

El ilusionista: — He dicho Shakespeare, no Alejandro Dumas.

("The Humorist")

La traición del ganadero
Fascinadora narración en la que interviene Búffalo Bill

El grosero gentleman
Una narración de sumo interés.

Interesantes, informativos y curiosos
Parrafitos de todas partes que a todos interesan.

Loutré
Un artículo de gran originalidad escrito por una gran escritora norteamericana.

Detrás de la puerta cerrada
Continuación de la gran novela que el público pidió.

Recetas de utilidad práctica
Guárdelas, que algún día le pueden ser útiles.

La nota cómica
Chistes de cerca y de lejos, nuevos y viejos.

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4.ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antiguo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

Su Dirección, ha prohijado siempre todo lo propicio en Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre su alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

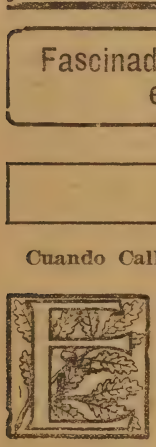
Por encima de su cabeza pasó como un rayo, una sombra. Algo fué a caer en las aguas del arroyo de Yellow Stone en una gigantesca zambullida. ("La traición del ganadero".)

LA TRAICION DEL GANADERO

Fascinadora narración de aventuras, en las praderas del Lejano Oeste, en las cuales interviene el famoso "scout" Búffalo Bill

CAPITULO I

Cuando Callaghan regresó de la pradera



EN el cercano bosque de frondosos y viejísimos pinos, donde las sombras eran profundas y misteriosas, se oyó como el chasquido de una rama al romperse. En un abrir y cerrar de ojos el terreno pareció adquirir vida y comenzaron a agitarse como los espíritus de la noche, entre los matorrales que marcaban los linderos ,como olas del mar. El viento soplaba como un zumbido monótono y las estrellas brillaban intensamente.

Podía muy bien ser el viento el que agitaba las ramas y matorrales, o acaso algún lobo o zorro que huía de las trampas tendidas a su paso. Pero las causas podían ser también otras y el joven Tom Freeman, que había vivido desde pequeño en aquellas regiones sabía muy bien que existían otra clase de peligros mayores.

Por eso cuando el ruído de la rama llegó hasta sus oídos, sus nervios se pusieron en tensión, desmontó rápidamente y ocultó su caballo. Luego con las precauciones lógicas del que sabe que se juega la vida en la aventura, Tom avanzó, sin descuidar todo accidente del terreno o arbusto para ocultarse, hasta que llegó sin novedad hasta el lindero del bosque de pinos.

Acaso todas sus sospechas fueran infundadas. Pero apenas había tenido tiempo para ocultarse cuando una cabeza cubierta con el adorno de plumas apareció a pocas yardas de distancia, hacia su izquierda, destacándose con claridad en el fondo azulado del cielo. Tom impresionado por el descubrimiento, se arrojó al suelo al pie de un árbol.

Era sin embargo evidente que el otro no lo había visto, pues avanzó cautelosamente hacia adelante y pocos segundos después había desaparecido.

El joven aguardó y luego satisfecho por el descubrimiento hecho y deseando proseguir las averiguaciones siguió los pasos de indio. Transcurrió una media hora de angustiosa exploración al cabo de la cual su cuerpo y manos estaban destrozados, por las ramas y piedras sobre las que se había arrastrado.

Llegó así al final de su descubrimiento para encontrarse ante la hoguera de un campamento. Un penetrante grito, medio ladrido, medio aullido, llegó hasta él haciéndolo estremecerse. Era la voz de uno de los perros salvajes de un campamento indio.

Y no era otra cosa lo que veían sus ojos. Tom distinguió también algo que le produjo mala impresión. Tres filas de chozas, un consejo cerca del fuego que ardía en la explanada, gran cantidad de caballos trabados cerca de allí y la inevitable jauría de perros salvajes medio muertos de hambre.

En redor de la hoguera estaban reunidos muchos guerreros con sus mujeres que gira-

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"

Prosigue su publicación en la página 49 de este número de "Pucky".

ban en torno de ellos, entonando una melodía interminable y monótona.

Otros grupos de jóvenes y viejos se hallaban apartados del círculo.

Tom Freeman notó que ni uno solo de los indios dejaba de lucir sus pinturas de guerra.

—¡Navajos y cabezas planas, de la costa! — murmuró. — Esto significa contrariedad para alguien. Voy a volverme en seguida y a prevenir de lo que ocurre a los muchachos.

Sin que le vieran ni le oyesen, y sin demostrar hallarse dominado por el pánico, emprendió el viaje de regreso por el largo camino hasta donde había ocultado su caballo, y estaba extenuado y cubierto de polvo cuando llegó junto a la bestia.

Después de desatarla montó y abandonando toda precaución marchó a buen paso hacia la pradera, pensativo y preocupado.

Tom Freeman pertenecía al ranch Yellow Stone, o sea "Piedra Amarilla", uno de los principales establecimientos ganaderos de la región.

Yellow Stone Ranch había sido fundado por James Harvey, ex-correo a caballo, un tiempo y también buscador de oro, cuando no ejerció alguna otra honesta profesión. Era verdaderamente extraño que el ranch de Harvey hubiese escapado hasta entonces a los hostilidades de los pieles rojas. Pero Tom comprendía, por lo que había visto, que el temido momento llegaba al fin!

Yellow Stone Ranch se hallaba cerca del límite de la zona civilizada, donde terminaba la pradera y comenzaban los bosques. ¿Qué podía hacer un puñado de hombres contra el ataque de los feroces pieles rojas de la costa?

Tom llegó, por fin a su meta. Clavó las espuelas en los flancos de su caballo que entró trotando en un corral ,se apeó y se dirigió en seguida hacia una de las casas del ranch en la que dormían los hombres, encontrándose con el mismo James Harvey.

—¡Malas noticias! — exclamó Tom quedando luego silencioso, al notar el gesto de Harvey. ¿Conocía ya este lo que pasaba?

—Siéntese, muchacho, — dijo. Cuando el otro hubo obedecido, le dijo: — ¿Ha ocurrido algo nuevo con Hannaway?

—¡Bart Hannaway, — repitió el joven.— Será un momento feliz para los que vivimos en el ranch aquel en que Bart Hannaway desaparezca de aquí.

Harvey sonrió amargamente.

—Pronto será eso un hecho consumado, — afirmó. — Bart Hannaway ha sido despedido por mí hace una hora. Lo sorprendí en momentos en que hacía escapar una cantidad de ganado. Ya se ha ido.

—Jamás hizo nada bueno mientras estuvo aquí. No le he tenido jamás ni pizca de confianza. Tengo el convencimiento de que está de acuerdo con los pieles ropas. Y es de ellos de los que deseo hablarle, patrón.

Harvey lo miró sorprendido.

—Veo ahora por su aspecto que ha corrido ligero, — dijo. — ¿Qué ocurre

—Lo que puedo afirmar desde este momento es que Yellow Stone Ranch no ha estado nunca amenazado de un peligro tan grande como el que le amenaza ahora, — afirmó Tom tranquilamente, pero con seriedad. — Por el lado de Pino Solitario hay una banda de rojos, de más de cien hombres compuesta de navajos y cabezas planas. Todos están pintados para la guerra y poseen armas modernas.

Harvey se mordió los labios, acaso su rostro palideció un poco y se puso de pie, con una docena de preguntas a flor de los labios. Pero antes de que pudiese pronunciar ni una sola palabra, la puerta se abrió de par en par y los demás cowboys que regresaban después de todo un día de ardua labor, interrumpieron la conversación con su llegada.

—¡No diga nada! — le advirtió Harvey.

—¡Hola! — exclamó uno de los recién llegados. — ¿Dónde está ese pícaro de Mad Callaghan? ¿No ha regresado aún?

El joven Tom movió negativamente la cabeza. Mad Callaghan, el despreocupado ante todo peligro, no era uno de los que regresaban primero que los demás cuando se volvía al ranch.

—No lo hemos visto, — respondió.

Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando se oyó el galopar de un caballo y luego el ruido de una detonación. Algo golpeó con fuerza en la puerta que los muchachos habían cerrado después de entrar.

Un vago temor, una aprensión ante un peligro posible y desconocido, se reflejó en el rostro de todos, los cuales volviéronse al mismo tiempo hacia la puerta.

El individuo que abrió la puerta era el mismo de quien hablaban un momento antes. ¡Era Mad Callaghan! Pero una franja de sangre cruzaba su rostro, formando rudo contraste con lo blanco de la piel y los negros y brillantes ojos. Si su aspecto era singular de costumbre, resultado más singular aún, y a pesar de su herida y de lo sucia que estaba su ropa, tenía algo de pintoresco.

Tenía los labios fuertemente apretados y su mandíbula inferior avanzaba extraordinariamente.

—¿Dónde ha estado Mad Callaghan? — preguntaron los cowboys casi en coro.

Callaghan avanzó hasta el centro del corro, y observó sucesivamente y con disgusto el rostro de todos.

—¿Quién de ustedes ha hecho la gracia? — rugió. — No hay en los corrales un solo animal, excepto mi caballo, Están vacíos, y todas las bestias corren por la llanura. ¿Qué han estado haciendo?

El patrón, Harvey, se adelantó hasta colocarse frente a Callaghan.

—¿Dice usted que los corrales están vacíos? — preguntó para recibir como respuesta una de las más expresivas frases irlando-americanas.

Un coro de voces de los demás del grupo aseguró al patrón que aquello era casi imposible. Tres minutos antes habían dejado ellos todos los caballos en el corral.

Harvey sonrió amargamente.

—¡Todo eso es obra de Hannaway! — exclamó convencido. — Estoy seguro de ello. Bueno. Eso ya lo arreglaremos algún día. Ahora díganos dónde ha estado, Callaghan. ¿Quién le ha disparado el tiro? ¿Fué Hannaway?

—Supongo que habrá sido él, — respondió Mad Calaghan. — No estoy seguro porque me parece que más de uno me ha tomado como blanco. Pero sea el que fuere, no ha errado mucho... Acaso haya sido un piel roja; como yo no distingo bien los colores...

—¡Los pieles rojas no andan por aquí! — respondió prontamente Harvey.

Un inmediato, penetrante y aterrador grito fué la respuesta. Era el inconfundible alarido de guerra indio y denotaba un sangriento deseo de matar. Lo siguió de cerca una descarga de balas que fueron a estrellarse contra las paredes de troncos de árbol del edificio del ranch. Callaghan corrió hacia la puerta y descargó sus dos revólvers. Después, señalando con el índice, exclamó:

—Ahí tiene la respuesta a sus palabras, patrón, — y terminó con un gesto que no era muy agradable. — Tanto los navajos como los cabezas planas son peligrososs combatientes, tan astutos y sangrientos como un siux, y seguramente vienen contra nosotros. Calló, miró en torno suyo y rechinó con furia los dientes. — Déjelo por mi cuenta todo, patrón. Esta noche habrá que realizar una sangrienta tarea en Yellow Stone. Porque esos rojos vienen contra nosotros y contra el ranch... pero nos defenderemos hasta lo último.

Un profundo silencio, lleno de emoción, siguió a estas palabras. Y durante ese silencio, James Harvey se puso el cinto y tomó su rifle. Los otros lo imitaron máquinalmente. La expresión de la mirada de todos denotaba su resolución. Y todos daban gracias al cielo de que no hubiese en el ranch ni mujeres ni niños.

El grito de un ave se dejó oir claramente, pero nadie tenía la menor duda de que había sido lanzado por un ser humano.

Era la señal de los pieles rojas para iniciar el ataque y fué seguido por una batahola en dirección de los corrales. Después de aquello ya no había nada más que averiguar. Era inminente la amenaza roja.

—Formen barricadas en las ventanas y en las puertas, algunos de ustedes, — ordenó Harvey.

Tres o cuatro hombres se apresuraron a obedecer, mientras otros tomaban posiciones en las troneras con el arma preparada.

De nuevo volvió a reinar el silencio, interrumpido sólo por el ruido de los que formaban las barricadas.

Fué Tom Freeman el que dió la voz de alarma de que el adversario se disponía al ataque. Sus oídos percibieron un leve rumor, que sonó cerca de él, y con una exclamación disparó el arma.

Un doble grito sonó, cayó algo y en el mismo instante una bala disparada por los indios hería en la cabeza a uno de los hombres de Yellow Stone.

—¡Bravo, muchacho! — exclamó Mad Callaghan, disparando febrilmente sus armas, con una puntería tal que cada tiro arrancaba un coro de gritos a los salvajes que atacaban. — ¿Los oye, patrón? — continuó, volviéndose hacia Harvey con una feroz sonrisa. — Mad Callaghan les va a hacer pagar a buen precio su atrevimiento.

Con estruendo los vidrios de una ventana saltaron en pedazos y cayó al suelo todo lo que estaba amontonado formando una defensa. Un rostro diabólico, horriblemente pintado, con una espantosa expresión de crueldad apareció junto a un arco que tenía preparada una flecha.

Con un silbido salió ésta, cruzó la habitación y derribó a otro de los defensores del ranch, al que se le clavó en la garganta. Callaghan apuntó con su arma y rápidamente envió al arquero a las regiones de las felices cacerías.

Otros dos hombres, obedeciendo las instrucciones de Harvey, corrieron hacia la ventana, que había quedado libre y trataron de levantar una defensa. Pero los de afuera disparaban sus armas sin interrupción y los dos hombres cayeron antes de comenzar su obra.

Los ojos de Harvey relucían. Contó su gente y vió que sólo disponía de diez y seis hombres, cuando pocos minutos antes tenía veinte.

—Dos más que traten de arreglar ese punto peligroso, — gritó.

Y otros dos, despreciando el peligro, avanzaron. Pero Mad Callaghan realmente enloquecido ya, con la sangre irlandesa hirviéndole en las venas, se adelantó.

—Los van a matar, patrón, — exclamó. — Déjeme a mí...

Rápidamente buscó a su alrededor lo que necesitaba y no tardó en encontrarlo. Era una pesada barra de hierro que agitó sobre su cabeza, en dirección al peligroso hueco.

En aquel momento un piel roja resplandeciente con su tocado de plumas y cubierto de las pinturas de guerra, había trepado hasta el marco de la ventana. El rifle de Tom Freeman disparó un tiro y el indio cayó hacia adelante.

Gritando como un búfalo herido Callaghan avanzó con una barra de hierro en la mano. En el mismo instante una bala dió en la lámpara que colgaba del techo, en el centro de la habitación; y los defensores se quedaron envueltos en una oscuridad sólo interrumpida por el débil resplandor de un tronco encendido que ardía en la chimenea situada en un rincón.

Dos semidesnudas cabezas planas, con sus negros cabellos peinados en trenzas que les caían sobre los hombros, aparecieron en la ventana.

—No hagan fuego, muchachos, — gritó Callaghan. — Déjemelos a mí.

Un coro de roncas carcajadas sonó cuando el irlandés tomó a los dos indios por las trenzas, y un murmullo de admiración y sorpresa siguió al ver que con su fuerza hercúlea hacía chocar una cabeza contra otra, repetidas veces, hasta que los atontó y luego, con la barra de hierro completó la obra de destruirles el cráneo.

—¡Basta ya! — exclamó Harvey, horrorizado. — Es preferible matarlos a tiros.

—No, patrón, Harvey, — respondió Callaghan. Yo ya sabía combatir contra las cabezas planas cuando usted jugaba aun sobre las rodillas de su padre. Déjeme, que sé lo que hago.

Y la terrible barra de hierro destruyó de

un golpe el cráneo del tercer piel roja que había aparecido.

Mientras el corpulento irlandés realizaba su sangrienta labor entonaba una canción popular de su país. Y la repetía una y otra vez, hasta que entre atacantes y atacados había una corta tregua. En aquella ocasión los ojos de Callaghan parecían realmente los de un loco.

—Este canto me recuerda mi hogar. Gracias muchachos por acompañarle a entonarlo, — les decía con toda naturalidad cuando los otros lo seguían contagiados.

De repente se quedó rígido como una estatua, olfateando.

—¡Humo! — exclamó. — ¡Fuego! ¡Por el cielo! ¡Nos van a quemar vivos, patrón Harvey!

Harvey rechinó los dientes.

—Entonces intentaremos una salida, — exclamó. — Nos quedaremos aquí hasta lo último. Pelearemos hasta que cada uno reciba la dosis de plomo que le está destinada. ¿No les parece?

Un furioso, y poco humano rugido fue la respuesta general. Pero en realidad, ¿qué otra cosa podía esperarse?

CAPITULO II

En poder del enemigo

EL humo comenzó a entrar en abundancia al interior del edificio. Las llamas brotaron por todas partes envolviendo los viejos y secos troncos que formaban las paredes, con rapidez asombrosa. El ambiente se hacía irrespirable y la resinosa madera ardía con facilidad.

El calor era intenso y Tom Freeman, medio cegado por el humo y chamuscado por las llamas y dejó que su rifle que le quemaba las manos, parte a causa de los continuos disparos y parte por el calor. Tomó su revólver y continuó en su puesto. Un compañero que estaba cerca de él dió un grito de prevención, al ver que una chispa hacía explotar unos cartuchos. Pero Tom, no sufrió nada.

Cada detonación era seguida por un grito de dolor, indicio de la eficacia de su mortífera obra, hasta que agotó todas sus municiones. Rápidamente arrojó su humeante arma.

Inconscientemente se volvió para observar a Callaghan. El corpulento cowboy se hallaba cantando de nuevo y el compás de su canción marchaba en perfecto acuerdo con los movimientos de su barra de hierro.

Lentamente las llamas los iban cercando. Los pieles rojos se habían retirado, esperando con estoica tranquilidad el final que no había de tardar en producirse. Vigilaban el momento en que pudieran lanzarse seguros, sobre sus víctimas para arrancarles la cabellera.

Era todo cuestión de tiempo. El fuego envolvió lo que antes habían sido ventanas. Mad Callaghan, arrojando la barra de hierro, retrocedió y miró el torno suyo. Su destructora obra había terminado por el momento.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! — contó — Sumar cuatro nada más... parece que el cuero cabelludo de Mad ghan adornará al fin la choza de algú. . roja.

Tom Freeman, miró tamb. alrededor, con el desaliento reflejado en sus ojos. Callaghan, James Harvey, un franco canadiense conocido por Frach y el propio Tom, eran solo los cuatro que quedaban del grupo que había defendido heroicamente la plaza.

El resto permanecía tendido como una prueba de lo que había sido aquel ataque de los navajos y cabezas planas, y el joven sintió que su corazón desfallecía al contemplar aquellos camaradas, algunos acaso con vida aún, pero que habrían de sufrir el ultraje de los feroces indios que les arrancarían el cuero cabelludo.

—No hay nada que hacer, Callaghan, — exclamó. — Pero toda esperanza no ha desaparecido. En el distrito de Yellow Stone no se recordará nada semejante.

El irlando-americano viejo y experimentado héroe de una docena de combates con pieles rojas, miró al muchacho. Luego recorrió la distancia que los separaba y le golpeó cariñosamente en el hombro.

—No se ha portado mal, joven Freeman, — dijo con una entonación tan amable que al mismo Tom le causó sorpresa. — Es una satisfacción para mí saber que por estos lados existen muchachos del temple suyo. Usted viene de Inglaterra y yo, Mad Callaghan que he luchado contra los siux, delawares, hurones y micmacs, en proporción de diez contra uno, le digo que no hay esperanzas.

Tosió a causa del humo y se apartó a un lado en momentos en que se desplomaba una parte del techo y los escombros envolvían al franco canadiense.

—Ya ha visto usted lo pasado, — continuó. — Diez minutos más y todos estaremos en el infierno. ¿Y habla usted todavía de esperanzas? No, muchacho, está equivocado...

Se dispararon los últimos cartuchos que había en Yellow Stone y contribuyeron a la obra de destrucción, dejando también a los defensores sin munición alguna.

Pálido y desencajado, James Harvey se incorporó y llevándose las manos a la garganto, murmuró:

—¡El fin está cercano! Y yo no me disgusto de hallar la muerte después de todas estas escenas de infierno.

Miró hacia el suelo y de pronto brilló un rayo de esperanza en sus ojos al mirar a uno de los pieles rojos que había caído.

—¡Callaghan, exclamó. — Voy a confiar a Freeman una importantísima misión. ¿Qué nos espera?

—Morir asados como pollos, — respondió Tom. — ¿Qué quiere que haga yo?

Harvey se acercó al indio que había caído al comienzo de la lucha y luego miró a Callaghan.

—¿De qué raza es este, navajo o cabeza plana?

—No puedo decirlo con certeza.

—Yo sí, — interrumpió Tom examinando al indio más detenidamente. — Es un navajo, — jefe de cuatro ramas, de los atapostanes, chipewayas, sioux, apaches y navajos. Le he visto con esas tribus y conozco su idioma como lo palma de mi propia mano. ¿Cuál es la idea que tenía usted patrón?

—Voy a decirlo, pero necesito que cumpla mis instrucciones al pie de la letra, y usted Callaghan y yo trabajaremos demostrando que aún no hemos muerto. — Sonrió amargamente y agregó: — Todo va a mejorar y pronto dejaremos de estar amenazados por el peligro. Pero si he de morir quiero que sea más tranquilo sabiendo que queda alguien que hará buena obra por mí. ¿Me promete usted obedecerme?

Tom tendió su mano por toda respuesta y James Harvey, propietario del ranch, se la estrechó.

—Bueno, — dijo mientras las llamas avanzaban más y más en su obra de destrucción. — Yo estoy seguro de que detrás de este ataque anda la figura de Bart Hannaway, aún cuando no adivino por qué ha llegado a tal extremo. Lo que quiero que haga es ponerse la ropa de ese indio muerto y tratar de pasar por él entre los pieles rojas. Luego ha de buscar a Hannaway y si está entre los indios... — Harvey indicó el montón de cadáveres y el edificio del ranch semi consumido por las llamas. — ¿Recordará que él es el causante de todo esto? Si hace justicia en él yo lo aplaudiré desde las regiones de las felices cacerías. Si Hannaway es el culpable, que no haya misericordia para él.

—Puede confiar en mí, — respondió Tom tranquilamente.

Momento después comenzaba a ponerse la ropa, los adornos y atributos del indio.

No había tiempo que perder. El peligro de las llamas era inminente. En la parte exterior se había renovado el coro de gritos de guerra, y con mano temblorosa, el muchacho, se ajustó los mocasines y el gorro de plumas mientras, Mad. Callaghan, le pintaba el rostro y los brazos con humo y sangre para hacerlo irreconocible.

Apenas había quedado listo cuando la pared del lado norte del ranch se desplomó en parte, dejando al descubierto una gran parte del interior de la habitación. Un grito de triunfo demostró el efecto que aquello había producido en los salvajes.

—¡Pronto! — exclamó Tom. — Trataré también de salvarlos a ustedes. Echense de bruces y quedense quietos.

Los dos hombres obedecieron. Tom sacó el tomahawk del cinto e hizo ademán de aplastar con él la cabeza de Harvey y Callaghan. Los gritos de los pieles rojas cesaron un momento y el joven sonrió comprendiendo que lo habían reconocido y lo admiraban.

Se cruzó de brazos y comenzó a moverse para salir de aquel infierno hacia donde se hallaban los salvajes, cuidándose de caminar con la mayor tranquilidad.

Era aquel, en realidad, un momento de emoción. Sabía Tom que un centenar de armas podían apuntarle y que el menor movimiento falso equivalía a la muerte y a un desastre inevitable para todos.

El jefe de los cuatro ramas de apaches había muerto, para los indios y tenía que convencerlos ahora de lo contrario. Cuando se hallaba a unas veinte yardas de distancia, uno de los salvajes a quien él reconoció como un jefe de las chipewayas le adelantó a su encuentro.

—Hermano, — exclamó. — Estuve con los ladrones caras pálidas. ¿No es así? Díganme. ¿Han partido sus espíritus ya para siempre hacia la región de las felices cacerías? ¿Podemos tomar sus cabelleras?

—¡Jum! — respondió el joven. — Mi hermano habla bien. Los caras pálidas han partido todos para las regiones de las felices cacerías. Están tostándose en esa hoguera y más tarde podremos volver por sus cabelleras. Ahora regresemos a nuestras chozas y comeremos.

El chipewaya lo miró dudando y por espacio de un agonizador momento, Tom se vió torturado por el temor de haber sido descubierto. Temió que su sacrificio por salvar a sus compañeros resultara inútil. Pero se mantuvo sereno.

—¿Por qué vacila mi hermano? — preguntó. — ¿No soy yo el jefe de cuatro naciones? ¿Acaso no hablé bien?

El otro no vaciló más.

—Alce Grande, siempre habla bien, — dijo al mismo tiempo que dirigía una mirada hacia la casa que ardía — y se volvió para ordenar a sus guerreros que fuesen en busca de los caballos que estaban atados a corta distancia del lugar de la lucha.

Tom lo miró marchar y una sonrisa desplegó sus labios, a despecho del peligro que podía surgir tras aquel primer triunfo.

—A lo menos he logrado salvar a Harvey y a Callaghan, — pensó. — No creí que los acontecimientos se produjeran con tanta facilidad.

Se detuvo a un lado, cerca de los caballos mientras los indios cargaban en sus respectivas monturas a los heridos y los muertos y emprendieron la marcha formando una inban a él, pero un guerrero tomó uno de los terminable fila.

Procedía así para ver qué caballo le dejaban a él pero un guerrero tomó uno de los animales lo acercó y le presentó a Tom las riendas. El joven montó resueltamente a pesar de que acostumbrado a cabalgar sobre buena silla con los correspondientes estribos, aquella marcha en un caballo semi salvaje y sin montura, no era muy de su agrado.

Acaso el animal comprendió que aquel no era el jinete que llevaba siempre, pues de pronto se detuvo y dió unos saltos que casi hacen caer a Tom, pero éste se mantuvo firme y le tiró de las riendas, entonces el animal echó a correr sin que fuera posible detenerlo.

Pasó a lo largo de la fila, a toda velocidad y llegó así a la cabeza donde marchaba el jefe chipewaya. Comprendiendo la inutilidad de contener al animal lo dejó en libertad y

siguió al galope en dirección al bosque de pinos.

Comenzaba ya a manecer y Tom miró a su alrededor la escena llena de bellezas al extremo de parecer imposible que allí hubieran podido ocurrir los horrores acaecidos durante la noche.

Cuando llegó al bosque, el caballo se detuvo y él se apeó dejando en libertad al animal y continuó la marcha a pie. Distinguió la hoguera entre los árboles y junto al fuego a dos hombres que conversaban.

Uno era la más arrogante figura de piel roja, que Tom había visto jamás y el otro era un tipo de hombros estrechos y pecho hundido Bart Hannaway en persona.

Tom Freeman se detuvo dominado por la ira. Después de un momento logró tranquilizarse y lanzando el grito que había oído cuando descubrió el campamento avanzó sin vacilación alguna.

CAPITULO III

La traición de Bart Hannaway

"¿QUIEN diablos anda por ahí?", preguntó Bart Hannaway mirando con sus ojos que tenían los párpados enrojecidos por el humo y procurando penetrar la débil sombra que reinaba entre los árboles. Señaló al que se aproximaba.

—¡Soy yo! ¡Alce Grande! — respondió Tom Freeman, dándose el nombre con que el jefe chipewaya le había designado. — Vengo a comer carne con mis hermanos, después de haber silenciado para siempre a los ladrones caras pálidas.

—¡Venga hacia aquí entonces! — exclamó Hannaway y Tom se aproximó y se instaló a su lado, aparentemente con estoica calma, pero en realidad dominado por una ira que a duras penas podía contener. El canalla sin ocultar su satisfacción preguntó detalles de lo ocurrido.

—¿Qué ha ocurido, Alce Grande! ¿Han acabado con todos los muchachos de Yellow Stone, incluso Harvey?

—El jefe cara pálida y sus ladrones hermanos han ido a las regiones de las felices cacerías, — respondió Tom. Y mientras hacía un imaginario relato de lo ocurrido, observaba, para obtener pruebas inconfundibles de que Hannaway era culpable del crimen de que sospechaba Harvey. El canalla se volvía satisfecho hacia los pieles rojas, y Tom sintió un casi incontenible deseo de tomarlo por la garganta y estrangularlo.

—Me parece que hemos triunfado, amigo Un toro, — exclamó con una horrible carcajada. — ¡Ya no se interpondrá Harvey entre mis deseos y el oro del arroyo de Yellow Stone! Ahora ese oro es mío. ¡Todo mío! Con ello podré comprarle para usted y sus hermanos agua de fuego con la que conocerán los momentos felices que nunca terminan.

Hablaba, como es de suponer, en la propia lengua de Un Toro, pero Tom, bien atento no perdía ni una sola palabra.

—¿Así que esas son las ideas que le animan, señor Bart Hannaway? — pensó Tom. — ¡Bueno ya veremos si lo consigue!

—¡Jum — gruñó el corpulento piel roja a quien había llamado Un Toro. — El jefe cara pálida, habla bien. — Se quedó un momento en silencio pensando sin duda en el alcohol y luego prosiguió:

—Vamos a enseñar a Alce Grande, jefe de las cuatro naciones de los Atapascanes, lo que hemos hecho mientras él se hallaba en el senedro de la guerra.

—¡Bien pensado — dijo Hannaway riendo diabólicamente. — Ha sido una noche de excelente trabajo, Alce Grande... Una noche de trabajo admirable.

Caminaron lentamente por entre los árboles y llegaron a un claro en cuyo centro había un manantial de agua fresca y cristalina. Era un lugar ideal, con abundante y excelente pasto. En él cierta cantidad de animales pacían tranquilamente.

—Potros y noyillos, — dijo riendo. — Animales que valen cerca de doscientos dólares cada uno. Cosa fina. Todos los de Yellow Stone Ranch. Pero desde que Harvey ha muerto sin dejar testamento, creo que puedo considerarlos de mi exclusiva propiedad.

Tom respiró fuertemente.

—¡El jefe cara pálida, tal vez pueda volver a la vida — exclamó y en la entonación con que fueron pronunciadas aquellos palabras hubo algo de una amenaza, que afortunadamente pasó inadvertida para Hannaway.

—No damos mucho crédito a las palabras, en este país, — exclamó riendo. — ¿No es así, Un Toro?

El corpulento piel roja lanzó un gruñido por toda respuesta.

Cuando volvieron junto a la hoguera, la mayor parte de los pieles rojas habían regresado y se dirigieron hacia sus chozas, y comenzó la obra que ellos realizaban gustosos. Como de costumbre, las mujeres desataron los perros salvajes que los guerreos tenían como mascota. Perros que retenidos en el campamento indio, no poseían instintos de domesticidad. Uno de ellos se acercó ladrando y olfateando a la hoguera.

Por segunda vez desde que había adoptado el disfraz, Tom estuvo a punto de ser descubierto por el instinto de un animal.

Con un penetrante ladrido, se abalanzó sobre una pierna del joven y éste se volvió justamente a tiempo para tomarlo por la garganta. Un momento después rodaba por el suelo en una encarnizada lucha con el animal, y probablemente, éste hubiera dado cuenta de él a no haber sido por Un Toro, quien con un gesto rápido tomó un tizón de la hoguera y lo acercó a la cabeza del perro.

El animal lanzó un aullido, retrocedió y se alejó corriendo.

Tom se levantó lentamente. En la lucha, el pesado gorro de plumas se le había caído y aun cuando Tom se apresuró a ponérselo de nuevo, la vista de sus cabellos cortos no

pasó desapercibida para sus compañeros. Un Toro lo notó y se quedó mirándolo, pero no dijo nada. Bart Hannaway, también lo había visto y lo comentó.

—¿Qué ha hecho de sus largos y hermosos cabellos? — preguntó riendo. Con un gesto de angustia, Tom miró en torno suyo, buscando la respuesta que pudiese alejar las sospechas del traidor.

—El fuego que abrasó a los caras pálidas me envolvió a mi también, como ha hecho con varios de nuestros hermanos, — respondió rápidamente.

Hannaway lo miró con desconfianza durante unos momentos y Tom ya se preparaba para hacer frente a cualquier peligro. Pero antes de que Bart hablase de nuevo intervino Un Toro.

—El perro no parece querer mucho a Alce Grande, — dijo lentamente y su mirada se cruzó con la de Tom.

Durante un momento los dos se miraron fijamente y en la mente del joven una pregunta seguía a la otra haciéndole una confusión. Agradecido, como estaba, a la intervención del piel roja, no dejaba de preguntarse cuál de los dos enemigos era el más peligroso, si Un Toro, o Hannaway.

—¡Bah! Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos, — murmuró Tom cuando echó a andar hacia una choza que reconoció como la vivienda de un jefe de los navajos, y por lo que él deducía, era el único jefe navajo del campamento.

De todos modos al fin tendría que alejarse de aquellos indios y Bart Hannaway lo mismo.

Los acontecimientos que se desarrollaron en las próximas horas le indicarían la conducta que había de seguir.

Le dolía la cabeza y pensó que un buen trago de agua fresca y pura y un trozo de carne de ciervo asada le sentarían bien. Cuando hubo comido y descansado se sintió mejor.

Una hora después cierto movimiento que notó le llamó la atención, se acercó a la puerta de la choza y vió al jefe chipewaya que montaba a caballo y se disponía a marchar con un puñado de guerreros.

Se sonrió pensando que irían a Yellow Stone para buscar las cabelleras y el botín. Pero su risa no era alegre.

—Creo que Harvey y Callaghan se habrán ido ya, — murmuró. — Y las cabelleras no han de existir con el fuego. Veremos lo que dice el jefe cuando regresen.

Los excursionistas no estuvieron mucho tiempo. El sol comenzaba ya a dar fuerte calor cuando regresaron al campamento, y Tom observó con satisfacción que no traían cabelleras en el cinto. Pero, a pesar de ello, parecían satisfechos del resultado de su excursión.

—¿Y sin embargo, mi hermano está satisfecho?

—¿Satisfecho ¡Jum! ¡Ya lo creo que estoy satisfecho, como Alce Grande declara por que he realizado una buena labor. ¡Venga mi hermano y verá!

Tom siguió al chipewaya hasta su choza y desde la entrada vió un montón de botellas apiladas en un rincón.

—¡Agua de fuego! — murmuró el piel roja. — ¡Agua de fuego de los caras pálidas!

El joven contempló en silencio las botellas y luego se encaminó hacia su choza, lleno de preocupaciones y alarmas.

—Ese es el whisky que el viejo Harvey tenía almacenado para varios meses, — exclamó. — Estamos en vísperas de nuevos disturbios. Nadie podrá contener a ninguno de estos indios, en cuanto prueben el alcohol.

Sus temores eran fundados como pudo verse poco tiempo después.

Tres nuevos rostros aparecieron en el campamento del bosque de pinos, los de tres jefes que representaban ramas de indios algouquianes, — un Arapaho, un Abnaki y un Strockbridge. Y Tom, medio admirado, medio temeroso, se unió al grupo de guerreros que estaban junto a la hoguera y prestó atención a lo que hablaban.

Era, evidentemente, una visita amistosa por parte de los Algouquianes, pero cuando el chepewaya condujo a los tres a su cabaña después de haberles referido la historia del ataque a Yellow Stone ranch, Tom comprendió que el peligro se aproximaba.

Los tres jefes volverían a sus tribus, referirían la historia y aquello despertaría los apetitos de sus hombres.

—¿Cuál será el final de todo esto? pensó el joven.

Pasó un día y otro, y sin embargo nadie sospechaba de él, y no se puso traba alguna a sus movimientos. Recorría el campamento recogiendo importantes observaciones, representando en todas partes el papel de Alce Grande con una perfeccin tal que era suficiente para convencer a la casi generalidad de los navajos y cabezas planas.

Conversaba con Hannaway, pero poco, a pesar de lo cual adquirió importantes informaciones referentes a sus actos criminales, dedicando gran parte de la noche a espiarlo.

En la mañana del tercer día llegaron las noticias que Tom, temía un arapaho las trajo y poco tiempo después de llegar él, se presentaba un numeroso grupo de pieles rojas de las tres tribus de algouquianos, que unidos a los navajos y cabezas planas, constituían un formidable ejército.

El hecho de que Bart Hannaway y el alcohol indujesen a los indios a emprender el sendero de la guerra demostró al joven que estaba en peligro la población civilizada del fuerte Delmaine.

Porque, por lo que decían era ese el objetivo de la próxima excursión y el corazón del joven latió con violencia, al ver que grupo tras grupo, de feroces indios cubiertos con las pinturas de guerra, se mostraban impacientes por marchar contra los caras pálidas.

Y Tom, se enfermaba al recordar los sangrientos sucesos de que había sido actor en Yellow Stone ranch.

El jefe chipewaya se acercó a él.

—Hermano, — le dijo en voz baja y con insinuante entonación, — el fin de los caras pálidas está cercano. Van a descender de su pedestal de gloria ante el ataque de los chipewayas, navajos y sus otros hermanos. Muchos cueros cabelludos caerán bajo nuestros cuchillos. ¿No es así? Ahora, el gran jefe blanco que es hermano de Un Toro, celebra consejo en su cabaña. Es un consejo de guerra!

El jefe indio se alejó y Tom, quedóse pensando en lo que había sido. ¡Un consejo de guerra con Un Toro y Hannaway en su cabaña! ¡Los dos archiconspiradores!

Después de cerciorarse de que nadie le vigilaba, Tom marchó apresuradamente a la parte del bosque opuesto a la que se hallaba los otros, y dando un enorme rodeo llegó hasta la cabaña donde se celebraba el consejo. Allí avanzó arrastrándose como una serpiente hasta que un murmullo de voces llegó a sus oídos.

Hannaway está hablando, — murmuró y avanzó un poco más hasta colocarse junto a la choza. Cerca de allí había como una mesa grande llena de botellas y jarros con whisky, del robado en Yellow Stone ranch. Y Tom, se tendió todo lo largo que era bajo ella.

—Los algonquianos, se han sublevado y marchan ya contra el fuerte Delmaine, — decía Hannaway. — Usted, Un Toro y yo, ambicionamos el oro que hay en el río de Yellow Stone.

—No, — respondió en voz baja, Un Toro. — Yo deseo el agua de fuego, Usted, el gran jefe blanco puede quedarse con el oro y yo le ayudaré dirigiendo a mis hermanos para que marchen contra los caras pálidas hasta la frontera. ¿No es así?

—Un Toro, habla bien, — aregó Hannaway. — Debe ordenar a sus hermanos que den muerte a todos los caras pálidas, ladrones, justamente como ese condenado, canalla de Harvey y hacia y...

En aquel momento el Destino jugó a Tom Freeman una mala pasada; el infame procéder de Bart Hannaway lo alteró en forma tal que sin poderse contener realizó su movimiento que resultó un verdadero desastre.

Tres o cuatro recipientes con whisky rodaron por el suelo a causa de un movimiento del codo de Tom. Fallando así la base toda la pila de botellas cayó, y rugiendo como un búfalo enfurecido, Bart Hannaway saltó sobre el cuerpo del joven.

Pero ni aún en aquel momento de supremo peligro, en que todos sus proyectos estaban a punto de fracasar, el joven olvidó su papel de jefe piel roja.

Su primer instinto, cuando Hannaway se lanzó sobre él, fué huir, pero no lo hizo así. Se quedó observando tranquilamente al bandido y por un momento los dos permanecieron así.

—¿Se ha disgustado el jefe blanco? — preguntó al fin con una calma en su voz que le sorprendió a él mismo.

Durante un momento Hannaway no respondió y continuó mirando a Tom de arriba a abajo, y respirando con fuerza. De pronto, con un movimiento tan rápido como inesperado arrancó de un tirón el adorno de plumas de su cabeza lanzó una exclamación de triunfo.

—¡Ya lo suponía yo! — dijo. — No es Alce Grande.

Sacó el revólver. El corazón de Tom, se sobresaltó. El joven miraba a Hannaway y luego a Un Toro; la elevada figura del indio permanecía quieta a un lado. Sus blancos dientes quedaron al descubierto con una sonrisa... ¡Una sonrisa que Tom no juzgó muy propicia para él!

CAPITULO IV

El sacrificio

EL revólver de Bart Hannaway estaba cerca de su sien y el aliento fuertemente alcoholizado del canalla, le daba en el pálido rostro. Ni un lobo enfurecido hubiera mostrado los dientes en forma más impresionante que el traidor lo hizo, cuando se aproximó para comtemplar de cerca las facciones de Tom.

—¡Sí es el joven Freeman! — exclamó Hannaway. Durante un momento la rabia y el disgusto del descubrimiento, unidas a la decepción sufrida fueron tan espantosamente expresados, que el joven no tuvo ánimos para sonreir.

—Ha sido usted muy loco al llevar las cosas hasta este extremo, Hannaway, — dijo Tom con estudiada indiferencia. — Ha sido una verdadera casualidad la que me ha puesto en condiciones de hacer el papel de Alce Grande.

—Sí, — monifestó Hannaway. — Pero me parece que no se le va a presentar nueva oportunidad de hacerlo por segunda vez. A que se aventura más de lo regular con Bart Hannaway, no le quedan ganas de repetir el juego.

Tom lanzó una carcajada, no precisamente porque considerase que la situación tomaba un giro favorable para él. Era la única forma de olvidar la agonía que le esperaba y no manifestar abiertamente su desesperación.

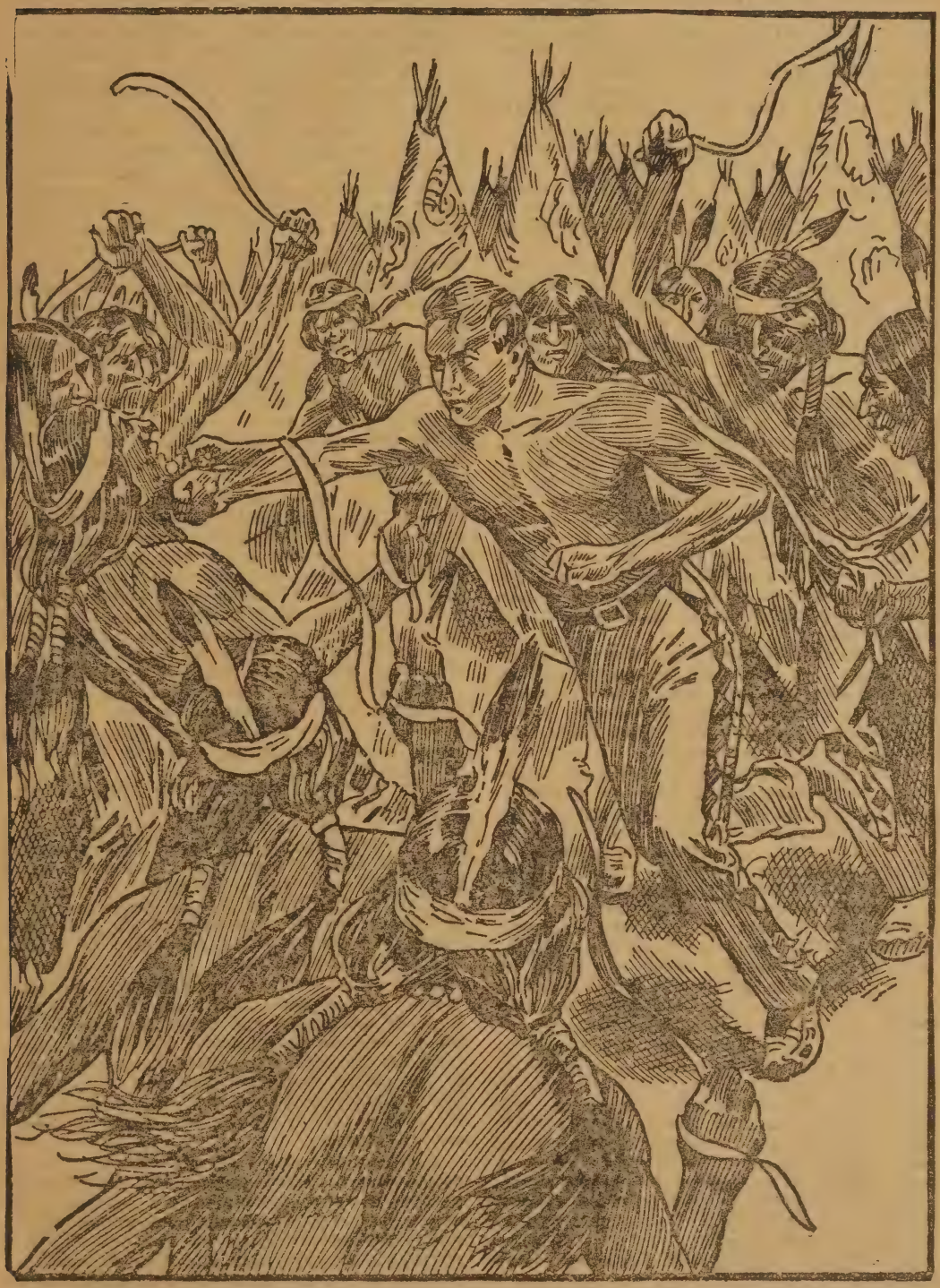
Durante varias noches no había podido dormir tranquilamente recordando las horas de terror que pasó durante el ataque de los indios al ranch.

—Parece contrariado porque todos sus cuidadosos proyectos para dar muerte a todos los muchachos de Yellow Stone ranch han fracasado? — le dijo Tom, secamente.

Hannaway lo miró y sus labios se contrajeron con una mueca.

—¿Usted no es el único sobreviviente de Yellow Stone? — preguntó rápidamente. Y en su mirada se reflejó el miedo. — ¿Se han salvado algunos más?

Los ojos de Tom, se cerraron y vaciló, pensando en las ventajas que le reportaría una mentira. Bart Hannaway no le dió mucho



Uno se adelantó mientras corría y levantó la lonja de cuero para pegarle. Pero no pudo dar más que un golpe porque Tom, con ojos relampagueantes y fuera de sí, lo derribó de un puñetazo. ("La traición del ganadero".)

tiempo para meditar, y con una naturalidad que había de engañar al otro, respondió:

—No. Todos han muerto. Los rojos dieron fin de todos. Yo he sido el único que se ha salvado porque conocía la lengua de los navajos.

Hannaway volvió a manifestarse satisfecho.

—Bien. Veo que puedo dar crédito a sus palabras, joven Freeman, — exclamó. — Y usted puede considerar que acaso le hubiera resultado mejor que venir a espiarme, haber muerto con Harvey y todos los demás muchachos.

—¡Sin duda! — respondió Tom. — Pero a lo menos sé algo más de lo que sabía respecto a Hannaway. Y creo que acaso sea de interés para usted saber que la gente del fuerte Delmaine está un poco más prevenida que lo que supone. Se encuentra allí preparado todo un regimiento de la frontera.

Era, por supuesto, una mentira. En el fuerte Delmaine ignoraban todo respecto a aquel levantamiento de pieles rojas. Era una mentira que podía tener peligro. Los resultados, tan peligrosos que el joven Tom, se mordió los labios, arrepentido de haber pronunciado semejantes palabras.

—Tengo colocados exploradores en varias millas a la redonda, y un regimiento entero puede causarme poco daño ahora, joven coyote. Pero dentro de media hora se encontrará su espíritu junto al de Harvey y sus compañeros.

Era una infame amenaza y Tom comprendió cuál era su situación Pero su mirada se encontró una vez más con la de Un Toro, quien le sonrió. Estaba intimidado, acaso por primera vez en su vida. Pero sabía muy bien lo que podía esperar.

—¡El joven cara pálida, es un loco! — exclamó resueltamente Un Toro; y el alto y digno modelo de piel roja guerrero, abandonó la cabaña y desapareció.

—Me aparece que Un Toro tiene razón, — exclamó Hannaway riendo. — Realmente se necesita estar loco para hacer lo que ha hecho y yo lo he descubierto en seguida.

Llamó en voz alta y un joven guerrero, pintado con las pinturas de guerra, penetró en la choza. Hannaway habló con él en un dialecto que Tom, no conocía, pero evidentemente, le dió una serie de órdenes que causaron al joven no poca satisfacción.

Sonreía cruelmente cuando saludó y apenas había desaparecido cuando se dejaron oir gritos y voces de los muchachos del campamento que, siendo aun muy jóvenes para ser considerados guerreros, habían pasado de la niñez. Tom, cuando Hannaway indicó con un dedo hacia el punto donde partían los gritos, notó en el movimiento un gesto de amenaza.

—¿Nunca ha sido usted pasado por las baquetas, joven Freeman? — preguntó el canalla con tono burlón.

—¡Nunca! — respondió Tom, con labio tembloroso

—¡Bueno. No va a tardar mucho tiempo en no poder decir la mismo. — fué la respuesta. — Dentro de un cuarto de hora vamos a ver cómo se entretienen los muchachos de la aldea... Y después de eso creo que estará usted va en disposición de pasar a las felices regiones de la caza. ¿Me comprende?

—Sí. Lo comprendo, — respondió Tom; pero el tono de su voz no tenía la alteración que él esperaba.

Mientras el guerrero volvía, Hannaway se entretuvo en hostilizar y tratar de producir terror en el ánimo del joven. Al fin volvió el mensajero y con él un muchacho que tendría la misma edad de Tom. El recién llegado lo insultó groseramente y hasta le escupió en el rostro. Con gran dificultad pudo contenerse Freeman, y Hannaawy hizo una seña al guerrero para que ayudase a despojar de sus ropas a Tom.

El primer impulso del joven fué resistirse, pero consideró que todo sería inútil y se sometió a que los dos pieles rojas lo desnudasen de la cintura para arriba. Luego, acompañado por la risa burlona de Hannaway fué conducido al exterior.

Ante él, en el centro de un amplio círculo de guerreros con el rosto inmóvil como el de una esfinge, había una doble fila de muchachos, quienes reían y vociferaban llenos de excitación.

En su mano tenían tiras de cuero crudo, que agitaban por encima de la cabeza con impaciencia. Tom comprendió que tenía quo pasar por el centro de aquella doble fila de jóvenes bárbaros, y correr hasta que considerasen que la diversión era suficiente.

Hannaway quedó a la puerta de su vivienda, con las manos en las caderas y observando con una cruel sonrisa en los labios mientras Tom era llevado al lugar del suplicio.

Pero si esperaba descubrir alguna señal o vacilación en el prisionero, sufrió una decepción. El paso del joven no podía ser más firme y reposado cuando recibió la orden de avanzar.

Tom, observó en seguida que los que iban a presenciar el espectáculo. Vió al jefe chipewaya a quien había sorprendido el prisionero y notó también que en los dos extremos de la fila había dos guerreros en guardia con los cuchillos de caza en la mano.

Aquello significaba que al llegar a cualquiera de los dos extremos tenía que dar vuelta y volver a pasar por entre la doble fila en sentido contrario.

Apretó los dientes fuertemente, pero su rostro, aunque muy pálido no manifestó temor. El muchacho, que marchaba trás de él dió de repente un empujón, haciéndole caer entre las dos filas, de rodillas. Inmediatamente los que se hallaban más cerca comenzaron a descargar golpes y Tom, levantando los brazos para proteger su rostro y ojos, echó a correr.

Posiblemente pocos de los que lean este relato comprenderán qué valor y decisión son necesarias para recorrer de un extremo al otro aquel callejón donde llovían incesantemente los golpes. El joven con los dientes apretados marchó hasta que llegó de un lado a otro. Su espalda estaba roja, verde y azul y corría por ella la sangre en abundancia, y cuando los jóvenes indios vieron aquello parecieron excitados por el deseo de causar más daño.

Un joven, probablemente disgustado porque Tom no daba muestras de desfalleci-

miento, se adelantó para darle un latigazo en el rostro... Pero no pudo lograr su propósito, pues Tom le dió un terrible puñetazo. El otro recibió el golpe en plena mandíbula y llorando como una criatura, cayó de espaldas. Después de aquello ninguno intentó golpearle en la cabeza, ni en los pies.

Cuando había llegado al extremo de la línea, el guerrero se adelantó y lo amenazó con el cuchillo. Con un valor no exento de heroica desesperación, el joven Freeman se volvió y reanudó la carrera en sentido inverso, esta vez con mucha menos rapidez.

Al llegar al punto de donde había partido, halló a Bart Hannaway esperándolo. Sangrando desde la cintura a los hombros, Tom ofrecía un espectáculo capaz de conmover a cualquiera otro que no fuese aquella fiera.

—¡Creo que por ahora tiene ya bastante! — exclamó, mostrando sus amarillentos dientes. — Además, el mismo juego siempre acaba por causar .¿No es así?. — Hizo una señal con la mano, y la doble fila de muchachos se dispersó, lo mismo que los grupos de espectadores.

—Pero ahora que las cosas se han aclarado, — prosiguió Hamaway cuando volvieron a quedar solos, — creo que ha llegado la hora de que termine su carrera, joven Freeman. ¡Los muertos no cuentan historias! ¡Los muertos no hablan!

El corazón del joven Freeman dió un vuelco en su pecho. Aquel hombre era capaz de todas las villanías, y por lo visto se había propuesto dar fin a todos los muchachos de Yellow Stone.

Con la calma reflejada en sus ojos, a pesar de su deseperación, el joven vió como los muchachos y guerreros, obedeciendo a una nueva seña de Hannaway, se acercaban y conversaban con él en lengua atapassana.

—Este cara pálida ha venido como un perro hasta nuestras viviendas, mis rojos hermanos, — exclamó. — Ha violado la ley de los hombres rojos, y la pena para semejante delito es la muerte. Yo, el hermano de Un Toro, pido que se cumpla, y ustedes, mis hermanos, no deben perder tiempo y enviar lo antes posible al traidor a la región feliz de la caza. El gran jefe blanco ha hablado.

Un murmullo de aprobación se levantó al oir las palabras de Hannaway. Dos o tres de los guerreros se adelantaron. Hannaway se apartó y Tom, sufriendo un espantosa agonía, fué entregado a la venganza de los hombres rojos.

Cerró los ojos tan pronto como le pusieron las manos encima.

Pensó en que no debía preocuparse de cuál sería su fin, y deseó que llegase lo más pronto posible. Porque un fin rápido era lo mejor que podía esperar después de hallarse en poder de aquella horda de feroces salvajes.

Cinco a seis pares de manos se apoderaron de él, y fué conducido a cierta distancia. Lo pusieron de pie, lo ataron con los trozos de cuero que habían servido para castigarlo, y cuando notó que sus pies y manos no tenían movimiento alguno, abrió los ojos.

Comprendió entonces la verdad. ¡Iba a ser quemado vivo!

Tan pronto como fué atado a la estaca del suplicio, comenzaron a amontonar leña a sus pies, y la agitaron hasta la altura de su cintura, pero reservando en torno suyo un espacio para que las llamas no lo alcanzasen, y sí sólo el calor.

—Ahora sí que todo ha terminado para mí, — pensó Tom, y recordó a Harvey y a Callaghan. Su misión de castigar a Hannaway había fracasado.

Oyó las voces de los guerreros cuando comenzaron a cantar el coro que precedería a encender la hoguera, y algunos comenzaron a danzar en torno al poste. El jefe chipewaya, quien probablente no le perdonaba el haberle engañado, lo observaba lleno de ira, y fué el primero que acercó una antorcha encendida al montón de leña.

—¡Perro, cara pálida! — rugió mientras hundía la antorcha en el centro de la leña. Luego se apartó y se rió cuando las llamas se alzaron. Pero encima de todo se oyó la carcajada que lanzó Bart Hannaway.

La distribución de la leña facilitó su combustión, y pronto las llamas surgieron por todas partes, mientras que el humo y el calor comenzaban a molestar a la víctima. Un mortal minuto transcurrió así. La cabeza de Tom comenzaba a flaquear ante el horror de su situación.

La diabólica carcajada de Hannaway sonaba cada vez más alta, mientras la danza de la guerra adquiría mayor violencia.

Cientos de pintados salvajes, saltaban y gritaban como demonios y Tom imploraba al Dios de los blancos que le hiciese perder el conocimiento para no sufrir los horrores que le aguardaban.

Tenía el cabello chamuscado, así como sus ropas y su busto desnudo y lleno de heridas le hacía sufrir mucho. Cada chispa que saltaba le producía el efecto de que arrimaban a su carne un hierro candente.

De pronto se oyó el galopar de un caballo, y entre los indios que danzaban apareció un jinete que detuvo su montura junto a la hoguera.

Con un esfuerzo, Tom abrió los ojos y vió a Un Toro, de pie sobre los estribos, y señalando, con el brazo tendido hacia él, mientras hablaba en el idioma de los navajos.

—¡Suelten al cara pálida en seguida, yo Un Toro, jefe de varias naciones, lo mando.

CAPITULO V

De peligro en peligro

La voz de Un Toro pareció hallar un eco entre los árboles. Guerreros y muchachos se volvieron haica él, dudando, sorprendidos y atemorizados. Pero el jefe indio se mantenía firme. Uno de los guerreros comenzó a extinguir el fuego, y a poco cesó la agonía de Tom Freeman, quien experimentó nuevas preocupaciones, por cuál sería la causa de la intervención del flemático jefe.

Mas en último caso, aquello le permitía salvar la vida por el momento. y mientras

podía producirse algún acontecimiento que hiciera que esa salvación fuese definitiva.

Entre el caos que se produjo, se destacaron de inmediato dos figuras, Un Toro y Bart Hannaway, este último estaba furioso y se detuvo junto al jefe indio cuando echó pie a tierra. Su voz temblaba al decirle casi a gritos:

—¿Pero qué es lo que le pasa para ordenar semejante cosa, Un Toro? El muchacho es peligroso, y cuánto antes lo eliminemos será mejor.

Un Toro sonrió indulgentemente, con esa sonrisa que un padre puede tener para su hijo que ha cometido una travesura.

—¿He dicho acaso que el muchacho blanco va a ser perdonado? — preguntó. — Yo he ordenado que se suspenda el suplicio pero nada más... ¿Por qué se enfurece entonces mi hermano?

La ira de Hamaway se calmó, comprendiendo que había ido demasiado lejos en su arrebato. Astuto como era, comprendió que la única forma de conservar su influencia con los salvajes era fingir sumisión a su jefe, y lo saludó en una forma que Tom, a despecho de la situación en que se hallaba, no pudo por menos de sonreir.

—Estaba equivocado, — exclamó. — Un Toro siempre habla bien.

Un Toro se volvío bruscamente hacia él, dándole a entender que la adulación no lo vencía, y se dirigió a los guerreros en el mismo tono de mando.

—Yo estuve conforme con que el joven perro blanco sirviese para que se divirtieran los muchachos, pero después ponerle la mano encima hasta que yo, Un Toro, jefe de varias naciones, lo hubiese interrogado. ¿Alguno de mis hermanos, va a discutir mi resolución?

Línea trás línea de cabezas emplumadas se fueron inclinando.

—¡Está bien entonces! — exclamó Un Toro. — El muchacho cara pálida será sacrificado, pero su cuero cabelludo ha de colgar de mi choza esta noche. Suéltenlo en seguida, hermanos míos, y yo lo llevaré al bosque y lo mataré allí. Cuando yo regrese los coyotes ladrarán al olor de la sangre y su cuero cabelludo colgará de mi cinturón.

Pronunció las últimas palabras con un odio tal, que Tom se extremeció, y su corazón latió con violencia una vez más.

Cuando intervino Un Toro, Tom concibió algunas esperanzas, pero ahora su decepción era enorme. El jefe parecía hallarse bien resuelto a cumplir su palabra. Y mientras los guerreros lo libertaban, Hannaway los observaba riendo satisfecho. Una docena de pases de manos, arrancaron a Tom del lugar de su comenzado suplicio, y sin miramiento ninguno fué luego colocado sobre el lomo de un caballo, y una cuerda hecha con pasto sirvió para asegurarlo al animal.

Un Toro, montó detrás de él, y un coro de voces lanzó gritos de guerra, oyéndose por encima de todas la voz del jefe indio. El caballo, corcoveó, dió un par de vueltas y luego dominado por la tostada mano de su jinete marchó por el sendero que se perdía entre los árboles, y por el cual había llegado Un Toro.

Si al comenzar esta marcha Tom hubiera abrigado alguna esperanza , enseguida hubiese desaparecido. Pensó que poca clemencia podía esperar del jefe indio a juzgar por la forma en que lo llevaba atravesado en el caballo, lo que le producía horribles dolores y la sensación de que se le quebraban los huesos.

Trató de everiguar por donde le llevaban, pero sólo veía troncos de árbol y matorrales.

Parecían haber pasado horas enteras cuando, Un Toro, con un gruñido de satisfacción, detuvo el caballo y desmontó. Luego con toda tranquilidad soltó las cuerdas que sujetaban al joven y lo puso de pie.

Al principio Tom, no supo que hacer, admirándose de que el otro no lo conservase atado, y durante algunos minutos permaneció en libertad e inmóvil, mirando al jefe indio que se reía de él.

Miró en torno suyo y distinguió otro caballo y varios bultos a su lado en el suelo, Y únicamente al ver aquello comprendió que existía algo de misterioso en torno suyo.

—¿Y bien? — exclamó amablemente Un Toro, pero al oirlo, Tom se sobresaltó.

El tono de la voz del indio había cambiado y su ferocidad había desaparecido. Mientras el joven lo miraba sorprendido sacó de la cintura su tomahawk y su cuchillo y los arrojó al suelo.

—Ahora, joven, — dijo sonriendo, y su voz era no la de un piel roja sino la de un hombre de las praderas.

Tom, estaba cada vez más sorprendido, y Un Toro, con un gesto rápido se quitó el adorno de plumas de la cabeza. Freeman se quedó mirando a la cara a aquel hombre blanco, admirado de encontrar en aquel supuesto indio un algo de familiar. Algo simpático en su claros ojos de penetrante mirada, en sus labios de gesto firme y en su fuerte mandíbula.

—¿Quién és usted? — preguntó al fin.

Y el hombre a quien había conocido como un jefe indio, denominado Un Toro, levantó la mano a tiempo que sonreía.

—Acaso es mi cara afeitada lo que le confunde, compañero. Pero no obstante, considero que sea el único que no reconozca en mi a Búffalo Bill, cuando lo mire.

—¡Búffalo Bill! — repitió, como un eco Tom Freeman, pensando que, en efecto la ausencia del bigote y la perilla era lo que le indujo a error. Tendió la mano para extrechar la que le alargaba el famoso explorador. — Confieso que no le reconocí a usted en Un Toro, ni en Veinte Toros, y no lo creería si usted no me lo dijese... ¡Su disfraz era perfecto!

—Bastante más que el de usted, — respondió Cody. — Los dos hemos corrido un enorme riesgo al aventurarnos hasta el corazón del campo enemigo, como lo hemos hecho. Usted ha sufrido más, seguramente, al volverse el juego en su contra, como yo sospeché desde el principio. Su astucia no bastó para engañar a estos indios, que son maestros en ese arte... ¿Pero, realmente ha muerto Alce Grande?

—¿Sabe usted lo del ataque al Yellow Stone Ranch? — preguntó Tim Freeman. — A Alce Grande lo mataron allí y yo, con el

propósito de salvar al patrón Harvey y Callaghan, y para convencernos de nuestras sopechas respecto a Hannaway, me disfracé de Alce Grande.

Búffalo Bill, asintió gravemente. — Conocía lo del ataque a Yellow Stone Ranch, mucho antes de que se produjese. Pero las razones de ello son largas para contarlas ahora. No creo que los indios sospechen nada aún. Además en este sitio estamos seguros. Yo tengo ahora una tarea larga y difícil que realizar.

Cody no dijo más, pero se apresuró a cambiar el traje de piel roja que llevaba por el suyo propio, mientras Tom, aparte de algunos detalles se quedaba con la ropa que tenía en el campamento indio. Búffalo Bill, desató luego al otro caballo y se volvió hacia Tom.

—Yo había calculado ya, que desearía volver al Yellow Stone Ranch por eso traje este segundo caballo para usted. Mi yegua Kitty se encuentra en poder de Li Chang, mi compañero amarillo y pienso que es una buena razón para que nos alejemos de aquí cuanto antes. Estos caballos de las praderas no son muy buenos para confiar en ellos en caso de apuro, especialmente cuando los montan jinetes para ellos desconocidos. Yo pienso seguir el camino del fuerte Delmaine.

—¿No vá a venir conmigo, entonces? — preguntó Tom. — por ahora no hay peligro de que ataquen el fuerte, y yo desearía castigar cuanto antes a esos diablos rojos.

Montó mientras hablaba y el cazador de búfalos hizo lo mismo, y se pusieron en marcha y por primera vez desde hacía varios días Tom, se consideró tranquilo en compañía de Cody, y escuchó atentamente la historia que éste le contó.

Le dijo que marchando desde Deadwood había encontrado a Bart Hannaway quien buscaba un compañero para trabajar juntos en el arroyo de Yellow Stone donde había hallado oro. Entonces conoció todos los detalles del plan del canalla para asegurarse la riqueza que por derecho le correspondía a James Harvey. Dijo también Hannaway que trataría con el jefe indio Un Toro, quien gobernaba varias naciones, para que efectuase un levantamiento indio contra el Yellow Stone Ranch. Por eso Búffalo Bill, considerando en peligro a sus amigos, resolvió tomar cartas en el asunto.

Esperó una oportundad para apoderarse del jefe indio y lo condujo hasta una de las guarniciones del Sud donde quedó bien asegurado en un calabozo. Lo estudió detenidamente y desde hacía un tiempo lo estaba reemplazando en su propio campamento.

—Pero su llegada de usted al campamento alteró todos mis planes, — continuó Búffalo Bill. — Yo esperaba permanecer junto a Hannaway hasta que fueran a atacar el fuerte Delmaine y entonces llevarlo hasta el más próximo Sheriff y entregárselo. Pero como su vida corría peligro tuve que cambiar de táctica para salvarlo.

—Y yo le estoy muy agradecido por ello, señor Cody, — respondió Freeman. ¿Quiere indicarme qué es lo que vamos a hacer ahora?

Cody hizo un gesto.

—Como ya dije antes, tenemos mucha labor ante nosotros. Primeramente tengo que enviar un aviso al fuerte Delmaine para que se prevengan contra el ataque; luego podremos regresar para prepararle a Bart Hannaway una pequeña sorpresa. Puede tener la seguridad de que tan pronto como marchen los indios para atacar el fuerte, el marchará al río para buscar oro. Tal vez no sepa aún quien era yo...

—Yo creo que se moriría de miedo si lo llegase a saber, — dijo Tom riendo. — Bueno vamos a apresurarnos porque és de gran importancia llegar antes que los indios.

Cody rió también.

—Yo no he dicho eso, — exclamó. — Dije que pienso enviar un aviso al fuerte Delmaine. Pero este camino no lo seguiremos por muchas millas. ¿Creo que habrá usted oído hablar del lunático Lorrimer.

Tom sacudió la cabeza.

—Bien. Es un amigo que en otro timpo podía ser más útil, pero que a pesar de ello nos va a ayudar ahora. Vive en una choza situada a unas millas de aquí. Vive solo y no hace nada por nadie más que por mí.

—¿Vive aislado? — preguntó Tom, sin creer lo que oía. — ¿Vive aislado estando cerca del fuerte? ¿Por qué? ¿Cómo lo dejan vivo los indios?

—Pués así es, — respondió Búffalo Bill. — Oiga. El lunático Lorrimer, no es más ni menos que lo que su nombre indica. Un loco. Se puso así hace algunos años a causa de verse envuelto en un combate de zorros y lobos y sufrió tal impresión que su razón se alteró. Yo lo conocí antes de que enloqueciese y creo que es la única persona a quien obedece. La manía de Lorrimer es creerse un lobo y no hace más que aullar y ladrar.

—¿Está usted de broma? — preguntó Tom. Pero el rostro de Búffalo Bill permaneció serio.

—Una locura como la de Lorrimer es singular, — prosiguió. — Yo lo conocí en otras épocas cuando los hombres que vivían por aquí tenían que estar mejor templados que ahora, porque esos malditos diablos rojos, no dejaban un minuto de descanso. Su locura fué una tragedia tan grande que hasta los mismos pieles rojas tienen piedad de él. No existe un solo hombre en las praderas capaz de ponerle un dedo encima y puesto que todos lo conocen podemos utilizarlo para enviar un aviso al fuerte Delmaine.

—Pero si está así, no vá a poder realizar nuestros propósitos.

—En efecto. No es capaz de [illegible] ni una sola palabra. Unicamente, ladra y aulla en una forma que dá pena.

Mientras Cody hablaba salían de la última fila de árboles para entrar en las llanuras. A la distancia se divisaba una choza solitaria, y hacia allí señaló el rey de los exploradores.

—Aquella es la choza de [illegible], — dijo. — Aún cuando usted no [illegible] compañara yo hubiera venido aquí. Esta [illegible] mi compañero amarillo se unirá conmigo [illegible] la cabaña de Lorrimer y me traerá a [illegible] yegua. Entonces iremos a Yellow Stone Creek pues yo creo que los rojos no realizarán su ata-

que hasta mañana... Como puede ver usted el grupo principal de los Algonquianos ha pasado por aquí no hace mucho.

Y hablar así, indicaba las marcas dejadas por caballos sin herrar. Diseminadas por el suelo había también algunas plumas de águila, teñidas de rojo, señales de que los hombres rojos marchaban contra sus enemigos los caras pálidas.

Cody recogió del suelo aquellas plumas, pues nadie conocía con más seguridad que él, lo que significaban.

Cuando ya se ponía el sol llegaron a la puerta de la choza de Lorrimer y sujetando sus monturas al estilo indio, Búffalo Bill se acercó a la entrada y llamó tres veces, después de lo cual contestaron desde adentro con un ladrido.

—¡Lorrímer está en casa! — dijo, tranquilamente Lorrímer.

—¿Es ese Lorrímer? — preguntó Tom. — Dificulto que exista una persona que imite mejor a los animales.

Un momento después se abría la puerta de par en par y el joven contempló a la más original criatura que sus ojos habían visto. Estaba apoyado sobre las manos y rodillas, como un cuadrúpedo y sus ojos tenían una mirada de salvaje expresión. Pero su actitud se suavizó al reconocer a Cody y le colocó amistosamente una mano sobre el hombro.

Lorrímer estaba vestido con pieles.

—¿Podemos entrar mi compañero y yo? — preguntó Cody.

Lorrímer ladró alegremente y se apartó a un lado de la puerta. Sus visitantes entraron y cerraron, encontrándose en el interior de una miserable vivienda.

Cody estaba, evidentemente acostumbrado a visitar a Lorrímer, pues sin vacilación ninguna marchó hacia una ventana y allí encendió una lámpara de acéite. Luego explicó a Tom que Lorrímer jamás hacía semejante cosa.

Había en la choza utensilios de cocina, pero no se usaban a juzgar por la espesa capa de polvo que los cubría.

Los dos amigos se sentaron en cajones vacíos y Lorrímer se acurrucó sobre un montón de trapos, no muy limpios, que había en un rincón.

—¿No ha visto pasar por aquí a los indios? — preguntó Cody, y el lunático sacudió la cabeza vigorosamente mientras gruñía.

—Los indios son gente mala, — prosiguió Cody. Lorrímer asintió nuevamente. — Quieren dar muerte a los hombres blancos del fuerte Delmaine y allí hay mujeres y niños también. Usted sabe lo que eso significa?...

El otro ladró y el explorador sacó papel y lápiz del bolsillo y escribió rápidamente. Cuando terminó, dobló el papel y lo mantuvo entre el pulgar y el índice para que lo viese el loco.

—Yo quiero que sea usted un buen lobo y lleve esto al fuerte Delmaine. Nada debe detenerlo y lo entrega al primer hombre blanco que encuentre allí. ¿Sabe lo que tiene que hacer?

Lorrímer gruñó con deleite, como si aquel papel fuese un juguete para él. Durante algunos minutos saltó y ladró alegremente. Tenía algo de solemne aquella escena en que se jugaba la existencia de muchos seres.

Luego Cody, palmoteó al loco en la espalda, le puso el papel en la boca y abriendo la puerta le indicó la salida.

Lorrímer partió como un rayo, olfateó el aire y pronto se perdió entre las sombras. Búffalo Bill lanzó un suspiro de alivio, cerró la puerta y volvió a su asiento.

—Bien. Eso es lo que yo quiero, — murmuró. — Creo que Lorrímer sabrá desempeñarse bien, ¿verdad? Porque yo creo que adelantará a esos condenados rojos y llegará antes al fuerte Delmaine... Eso es todo lo que ambiciono. ¿Qué me dice respecto a la comida? Es lo único que podemos hacer para esperar tranquilos a que mi compañero amarillo venga a mi busca a media noche.

Lorrímer se alimentaba con carne cruda, y Tom encontró algunos trozos, relativamente frescos, de carne de ciervo, que cocinó y aquello bastó para organizar una comida que los dos devoraron. Era el primer alimento sólido que habían comido desde hacía muchas horas, y en aquel caso el apetito fué realmente la mejor salsa.

Transcurrieron las horas; las sombras lo habían invadido ya todo, montañas, valles y praderas. Durante un tiempo los dos permanecieron de pie en la puerta, conversando acerca de la traición de Bart Hannaway. Mucho tiempo antes de la media noche su vigilancia fué premiada con la vista de lo que esperaban hacía tiempo.

La última nación de los pieles rojas — aquellos en cuyas manos Tom Freeman había sufrido el martirio, — pasó en fila a lo largo de la pradera. Sombras que se movían en la noche y que desaparecieron. Pasaron silenciosamente, como fantasmas, y su forma de marchar denotaba a las claras la existencia del peligro.

De no haber sido por la fe que Búffalo Bill tenía en el lunático Lorrímer, la esperanza de un triunfo de los caras pálidas en el fuerte Delmaine, hubiera sido para los dos muy pequeña.

Las sombras se confundieron con la negrura de la noche y el explorador se creyó seguro y encendió nuevamente la luz.

—No se fijarán seguramente en la choza de Lorrímer, — exclamó mientras se disponían a establecer guardias para vigilar.

Los dos necesitaban descanso y con el largo trayecto que habían recorrido, un par de horas de sueño les venía muy convenientes.

Pero las suposiciones de Búffalo Bill no fueron exactas. Era lógico suponer que todos los hombres rojos habían pasado, y nadie iba a calcular que un caballo se dañase una pata y aquello hiciese que se quedaran rezagado tres guerreros chipewayas.

Y, sin embargo, aquello fué lo que sucedió y por eso Zorro en su guarida, el jefe a quien Tom había engañado con tanta facilidad, y dos de sus guerreros, quedaron como una milla más atrás del cuerpo principal de los guerreros... y por eso vieron luz en la choza de Lorrímer.

—¡Cómo! — exclamó el jefe indio. — El cara pálida que ladra tiene luz. Acaso ha recibido hermanos en su vivienda. ¡Jum! Eso está bueno...

Avanzaron con precaución hacia la choza y se acercaron justamente cuando Búffalo Bill apagaba la luz y se envolvía en la manta para dormir, sin ver el espantoso rostro del indio que observaba el interior desde la ventana.

Con un gruñido de astisfacción el piel roja sacó su tomahawk.

—El joven cara pálida. El que ha engañado también a Un Toro se ha escapado y está aquí. Está durmiendo en compañía del gran Búffalo Bill. ¡Qué gran cosa sería si pudiéramos colgar su cuero cabelludo, de nuestros cinturones! También podremos asegurar que ha sido de Un Toro, nuestro jefe.

Sus dos compañeros asistieron llenos de satisfacción ante la perspectiva de un acto de tanta importancia como el de arrancar el cuero cabelludo al cazador de búfalos, y con la habilidad innata en los hombres de piel roja, dieron vuelta a la choza, sin ser oídos y llegaron hasta la puerta de entrada, que estaba sin cerrar, cosa que había dejado de exprofeso Cody para cuando llegase Li Chang con Kitty.

Ni Búffalo Bill, ni Tom, se habían dormido aún, pero Zorro en su guarida no tenía intención de esperar a que el sueño los dominase. Era demasiado grande la perspectiva de tan importantes víctimas para esperar y como la puerta estaba abierta saltó como una pantera, lanzando un pequeño grito de guerra, y seguido de cerca por sus dos guerreros.

Una exclamación de alarma y aviso brotó de los labios de Cody, quien se puso en pie, y Tom lo imitó enseguida. Inmediatamente se vió el joven Freeman atacado por el jefe indio cuyo tomahawk brilló en la oscuridad.

Pero tomó la muñeca del indio y la retorció con tal fuerza que el arma se le escapó de la mano.

Los dos se trabaron en lucha y cayeron al suelo donde rodaron de un lado a otro, mientras Cody combatía furiosamente con los dos guerreros.

CAPITULO VI

En el momento preciso

LI CHANG, marchaba a caballo, silenciosamente y adoptando todo género de precauciones, a lo largo del camino que conducía a la choza del lunático Lorrímer.

Iba montado sobre Kitty, la espléndida yegua de Cody, que apesar de las precauciones marchaba rápidamente. Porque Kitty era un animal de gran inteligencia y, lo mismo que su amo, sabía como había de conducirse en las regiones habitadas por los indios.

El chino la animaba y la yegua parecía conocer por instinto que su amo había pasado por aquellos lugares pocas horas antes.

—Pronto estaremos con el patrón, — murmuró Li Chang, dirigiéndose a la yegua como si hablase con una persona. — Pero no quiero encontrarme con los pieles rojas porque son muy malos.

Más, a pesar de sus deseos, el amarillo estaba destinado a encontrarse con los indios.

El chino había visto a Cody el día antes y de hecho había permanecido oculto por las inmediaciones del campamento mientras el explorador estuvo disfrazado de Un Toro, a fin de prestarle ayuda si era necesario. Así había sabido los propósitos de atacar al fuerte y el descubrimiento del disfraz del joven Freeman. Habían convenido que se pondría en marcha hacia la choza tan pronto como el camino quedase libre. Debido a ello esperó a que faltase un poco para la media noche.

Lo mismo que Cody y Tom Freeman, vió a los indios cruzar en larga fila la pradera y después de dejar transcurrir un tiempo marchó tras ellos. Pero cometió el mismo fatal error que sus amigos: no calculó que por un accidente Zorro en su guarida y sus dos guerreros pudieran quedarse rezagados.

La primera noticia del error la tuvo cuando Kitty clavó las patas firmemente en el suelo y se manifestó resuelta a no seguir adelante. Con una fe ciega en la intuición del animal, el chino desmontó rápidamente.

—¿Qué pasa? — murmuró. — ¡Olfatea hombres!

Kitty refregó el aterciopelado hocico por la cara del amarillo. Un momento después algo golpeó con fuerza en el tronco de un árbol carcomido y Li Chang miró para ver en seguida que se trataba de un tomahawk. Sin vacilación alguna murmuró algo al oído del animal y éste se tendió en el suelo.

Li Chang no llevaba armas de fuego, pero si acostumbraba a tener oculto bajo su ropa una colección de cuchillos de varias clases y tamaños. Uno de ellos brilló inmediatamente en su mano, mientras sonreía.

—Los hombres rojos son muy malos. Yo no los quiero.

Un segundo tomahawk pasó silbando por encima de su cabeza y cayó al suelo. El oriental se había vuelto para ver de que lado venía el peligro cuando se oyó un grito de guerra, tan cercano que casi lo ensordeció. La negra silueta de una cabeza adornada con el gorro de plumas apareció por encima de la yegua que se puso de pié relinchando asustada.

El propietario del gorro de plumas, no se quedó junto al animal, que parecía dispuesto a no dejarse acercar a ninguno de los indios. Li Chang observó y notó, no sin satisfacción que eran solo tres los que le atacaban.

Agitó su cuchillo, pero aquello no bastó para atemorizar a los rojos, uno de los cuales avanzó resueltamente y en que el amarillo levantaba el arma para descargar un golpe, lo tomó del brazo y alejó el peligro.

Otro indio saltó sobre él y apesar de su resistencia Li Chang fué derribado al suelo.

Apesar de todo los dos salvajes no lograban dominarlo, más la intervención del tercero decidió la cuestión. El oriental fué sujetado fuertemente y el jefe chipewava sacó

su cuchillo para arrancarle el cuero cabelludo.

En aquel preciso momento se oyó algo como el chasquido de una rama. Los rojos se detuvieron indecisos, Li Chang esperó los acontecimientos. Un fogonazo y una detonación siguieron de cerca.

Indiscutiblemente el disparo no había sido hecho directamente contra el grupo, porque la bala pasó silbando por encima de ellos, pero tuvo un buen resultado, pues los pieles rojas se apartaron de Li Chang y sin lanzar su acostumbrado grito de guerra se alejaron, dejando al amarillo sentado en el suelo, libre y un poco sorprendido de haber escapado con vida.

—¡Fué extraordinario! — murmuró. — ¡Los hombres rojos son cobardes!

Se oyó el ruido de carreras, y Li Chang calculó que su salvador había oído el grito de guerra de los indios, había hecho el disparo en la dirección que los pieles rojas habían huido, se aproximaba para darse a conocer.

Pero transcurrió un minuto al cabo del cual se convenció de que sus cálculos no eran acertados, pués aun cuando hubo un momento en que oyó hablar a dos hombres, estos se alejaron en seguida.

—¡Es muy extraño todo esto! — repitió Li Chang, poniéndose de pie.

Volvió a colocar el cuchillo en su sitio y convencido de que sus salvadores estaban ya lejos agregó. — Acaso algunos exploradores... Pero han sido muy buenos y muy oportunos.

Después de esto volvió a montar sobre Kitty.

Se puso de nuevo en marcha, un poco más animado a despecho de su aventura. Esperaba llegar a la choza de Lorrimer antes de media noche le había retardado unos minutos. Pero en su deseo de ganar el tiempo perdido aceleró la marcha del animal.

Al conducirse así olvidaba un detalle importante, que prácticamente marchaba detrás, y muy de cerca, de los salvajes de quienes providencialmente acababa de salvarse.

En el momento en que alcanzó a distinguir la choza, lo notó al oír el grito que lanzó el jefe chipewaya al lanzarse al interior de la vivienda.

Al oír ese grito Li Chang experimentó una serie de sensaciones, pero la principal fué acudir en auxilio de Búffalo Bill. Se inclinó hacia adelante y Kitty adivinó los deseos de su jinete, pues partió al galope como el mejor caballo de carrera. ¡Adivinaba que su patrón estaba en peligro!

Cuando se encontraba a cien yardas de la choza, Li Chang saltó agilmente al suelo, aun cuando el animal seguía a todo correr. Llegó a la puerta, se detuvo un instante para orientarse por los ruidos y luego avanzó hacia el interior. La oscuridad era densa y no había forma de distinguir los rostros. Por suerte tropezó con los dos pieles rojas que luchaban con Búffalo Bill y tomó a uno de ellos por la garganta y apretó con fuerza.

El pintado salvaje pareció sorprendido y fué lanzado violentamente hacia un lado, mientras su compañero se vió dominado enseguida. El asiático sacó su cuchillo y mantuvo quieto al que había atacado primeramente en aquel caos.

Y no era otra cosa. En un rincón, Tom Freeman luchaba contra el jefe chipewaya y la suerte no se decidía por ninguno. Búffalo Bill, ya más libre combatía con una mano, mientras con la otra trataba de sacar el revólver, lo que al fin consiguió.

El simple roce del frío caño del arma fué suficiente para dominar a su antagonista. No había un rojo en todo el Oeste que no supiese que el disparo del revólver del cazador de búfalos equivalía a la muerte.

Disparó un tiro hacia el techo, pues no quería derramar sangre inútilmente, y gritó.

—¡Manos arriba todos! ¡Es el fuego de la muerte el que habla!

Ni eléctricamente hubiese terminado todo con más rapidez. Los pieles rojas comprendieron el significado de la frase, aun cuando no había sido pronunciada en su lengua.

El jefe hizo un movimiento en dirección de la puerta, pero Tom lo sujetó antes de que lograse sus propósitos.

—Encienda la luz, camarada amarillo, — exclamó Cody. El chino obedeció inmediatamente.

Pronto el interior de la choza quedó iluminado y los tres pieles rojas se vieron bajo la amenaza de los revólvers de Cody.

—Ha llegado en el momento preciso, compañero amarillo, — dijo tranquilamente Cody, mientras una sonrisa desplegaba sus labios. — Dos minutos después y creo que hubiéramos sido los perdedores.

—Li Chang está muy contento con ello,— respondió el asiático. — ¿Les ato las manos ahora? Hay que averiguar a estos diablos rojos.

Cody asintió.

—Sí, asegure a los tres y que no puedan escapar.

En un abrir y cerrar de ojos el oriental aseguró a los tres vencidos.

—Dos hombres más andaban por aquí y han hecho huír a los pieles rojas. Pero yo no los he visto. Los he oído hablar, pero después de que dispararon un tiro se fueron. Uno se llama el patrón Harvey...

—¡El patrón Harvey! — exclamó el joven Freeman tomando al amarillo por un brazo. — ¿El patrón Harvey? ¿Está usted seguro?

—El oído no le engaña nunca a Li Chang. — fué la respuesta. — el otro hombre dijo: "Patrón Harvey", y los dos se alejaron apresuradamente. Iban en dirección del arroyo de Yellow Stone, según creo.

Tom Freeman se volvió hacia Búffalo Bill.

—Estas noticias son importantes, — exclamó. — Si Harvey y Mad Callaghan andan por aquí podemos buscarlos y los cuatro reunidos conversar con Hannaway. ¿Cree que será prudente dejar aquí a estos indios mientras nosotros nos ponemos en marcha hacia el arroyo de Yellow Stone?

—No se apure tanto muchacho, — exclamó el cazador de búfalos. — Hay aún mucho tiempo. Pienso que no nos queda otro recurso que dejar aquí a esta mala peste, porque ha llegado el momento de que nos pongamos

en acción. — Volviéndose hacia Li Chang, agregó: — Tiene que realizar una misión algo delicada, compañero amarillo.

El chino hizo un gesto de asentimiento dando a entender que podían confiar plenamente en él.

—Deseo que tome uno de los caballos y se acerque hasta una prudente distancia del fuerte Delmaine. Vigile cuando los indios inician el ataque, observe el desarrollo de la lucha y cuando vea que esta se define en uno o en otro sentido, regresa al arroyo de Yellow Stone, donde nos encontrará a nosotros.

—Inmediatamente. Corro hacia el fuerte Delmaine.

El entusiasmo de Li Chang era grande. En pocos minutos había arreglado uno de los caballos, montó en él y se dispuso a partir para cumplir su misión. Hizo un amistoso saludo de despedida y se perdió entre las sombras que envolvían la pradera.

—¿Ahora podemos marchar nosotros? — preguntó Tom Freman quien sentía verdaderas ansias de reunirse con sus compañeros. — Pienso que el patrón Harvey debe haber comprobado los manejos de Bart Hannaway y marcha hacia el lado del río para precipitar los acontecimientos.

—¡Es más que probable! — respondió el explorador. — De todos modos, considero que es prudente marchar también hacia aquel lado. Yo conozco bastante de los proyectos de ese renegado. Cuando estaba disfrazado de Un Toro me refirió algunos de ellos. Tan pronto como el último de los rojos hubiese marchado a atacar el frente, él pensaba dirigirse al río para comprobar la existencia del oro... Podemos dirigirnos hacia el norte y tratar de sorprenderlo.

Los ojos de Tom, relampaguearon.

—Tiene razón, camarada, — exclamó, — Hannaway ha de estar deseoso de alejarse de los indios, del Yellow Stone Ranch y de todos estos lugares donde tiene muchas deudas que pagar.

—Deudas que sólo satisfacerá con la vida, — agregó Búffalo Bill. Y acercándose a la puerta lanzó un silbido que hizo llegar trotando a Kitty.

Y mientras Tom montaba en el otro caballo, contempló sorprendido la curiosa escena que se desarrolló entre el hombre y la bestia que eran mejores amigos que muchos otros que tenían aspecto de humanos.

En efecto Cody apreciaba en su justo méritos al admirable animal que lo acompañaba en su romántica y aventurera vida.

Luego los dos se pusieron en marcha hacia Yellow Stone.

CAPITULO VII

¡Los muertos no hablan!

La luz de la aurora coronaba ya la cresta de las montañas, en aquella memorable mañana en que las hordas indias habían de atacar en masa el fuerte Delmaine. La mañana se presentaba hermosa y radiante, pero los dos hombres que marchaban silenciosos y preocupados por el camino que conducía a Yellow Stone Creek, no pensaban así.

Aquel día sería memorable porque en el lado del fuerte correría la sangre en abundancia, y en el río ocurriría, posiblemente lo mismo.

El arroyo de Yellow Stone tendría probablemente un par de cientos de yardas de ancho y parecía una tranquila superficie de cristal que estuviese en el fondo de un precipicio formado entre dos elevaciones de roca, de paredes casi verticales.

Tratando de aprovechar todo cuanto pudiera afrecerles una protección, a fin de no ser vistos, los dos jinetes dieron un amplio rodeo, luego desmontaron, ataron sus caballos en el centro de un bosque y completaron el resto de su jornada, descendiendo por un accidentado y tortuoso sendero hasta la orilla de las plácidas aguas.

—¡Al fin hemos llegado! — exclamó Búffalo Bill que lanzó una mirada en torno suyo. Distinguió las paredes de roca, altas, llenas de huecos y de puntiagudas salientes, pero no vió rastro de alma viviente.

—Me parece que hemos sido los primeros en llegar, — comenzó a decir Cody, pero se interrumpió en seguida al ver que Tom Freeman había descubierto algunas señales junto a la orilla, en un punto donde la tierra parecía haber sido removida y traída a la superficie parte de la del lecho del río.

El explorador se arrodilló.

—He hablado demasiado a la ligera, — exclamó. — Aquí se nota la huella de pisadas de hombre blanco y por las señales que se notan ha andado buscando algo. Posiblemente el oro.

—Estas huellas son de Bart Hannaway, — declaró Tom con aire de seguridad. Reconocería la señal de sus botas entre un millar de ellas. Siempre se las arregla él y en formar burda. Como podrá usted notar en algunos lados de la suela se ven restos de la anterior lo que forma una superficie irregular.

—Me parece que tiene usted razón, — confirmo Cody. — De todos modos el infame traicionero no ha perdido el tiempo... Ha llegado aquí antes que nosotros.

—Sí, ha llegado antes.

Estas palabras llegaron a sus oídos en una forma tranquila. Habían partido de detrás de ellos y al reconocerla quedaron sorprendidos. Tom, lanzando una exclamación se puso de pie y Cody llevando la mano a la cintura lo imitó. Pero la voz sonó de nuevo y con más energía esta vez.

—¡Quietos! ¡Arriba las manos!

La orden fué apoyada con el indiscutible argumento de un par de revólvers. Muy a su pesar los dos amigos obedecieron y Bart Hannaway sonrió diabólicamente, lleno de satisfacción.

—He sido más hábil que ustedes esta vez, pícaros, — exclamó el canalla. — Qué andaban buscando en el arroyo de Yellow Stone?

Búffalo Bill, se quedó mirando a Hannaway.

—Hemos venido para impedirle a usted

que se apodere del oro que pueda encontrarse aquí, — respondió sin miedo. — Acaso usted me reconozca, Bart Hannaway, pero bueno será que le recuerde que soy Cody, alías Un Toro y que he observado muy de cerca sus movimientos durante un tiempo; ¡traidor!

Durante corto espacio de tiempo el rostro de Hannway expresó una desagradable sorpresa y temor. Indiscutiblemente el hecho de que Cody conociese sus proyectos le molestaba. Al fin exclamó:

—¡Dice que usted es Un Toro? — preguntó incrédulo.

—Yo me disfracé para ocupar el lugar del jefe indio, — respondió Cody. — Durante un tiempo he jugado con usted de la misma forma que un gato juega con un ratón. Conozco ya de su vida, Bart Hannaway suficientes cosas como para colgarlo del árbol más cercano.

El rostro de Hannaway palideció ligeramente. Luego el odio se reflejó en él.

—¡Por el diablo! — exclamó. — Ahora me explico por qué Un Toro, quiso marchar al bosque para arrancar el cuero cabelludo al joven Freeman. ¡Usted ha sido el que yo creía un jefe indio! Todo fué una estratagema para salvar al muchacho. Bien. Confieso que en esa ocasión se burló de mí. Pero no soy de esos a quienes se engaña fácilmente dos veces. Se ha puesto en mi camino nuevamente y esta vez no me equivocaré.

—No pierda el tiempo inútilmente — interrumpió el explorador con toda frialdad. — Díganos lo que intenta hacer.

Los dientes de Hannaway rechinaron.

—Tenga calma, Búffalo Bill, — exclamó. — Usted dice que conoce ya bastantes cosas como para ahorcarme, y en efecto yo le he participado uno o dos secretos de importancia. En estos momentos el fuerte Delmaine está siendo atacado y mañana repartiré entre los indios todo el whisky que se ha encontrado en la bodega del patrón Harvey, eso terminará de enloquecerlos... y no me parece que podrá darse mucho dinero por la vida de los blancos que puedan encontrarse por estas regiones... ¿No cree usted lo mismo?

—Usted se ha olvidado de que yo conocía esos proyectos de los pieles rojas instigados por usted. Pero lo que no sabe es que en el fuerte Delmaine conocían con anticipación que iban a ser atacados por los pieles rojas y que, en consecuencia, estaban prevenidos.

Esto, como sabemos, no era cierto. El mismo Cody ignoraba si el lunático Lorrimer habría sabido desempeñar la misión que le encomendó. Pero falsa o cierta la noticia, produjo su resultado.

—¡Usted ha intentado hacer que fracasen mis planes! ¡¡Usted, coyote! ¡Maldito espía! ¡¡Pero todo lo pagará!... ¡Yo le juro que lo pagará Ahora se convencerá personalmente de lo que yo soy capaz! ¡Los dos ván a arrojar inmediatamente sus armas a las aguas del río!...

Los revólvers volvieron a amenazarlos de cerca y los prisioneros comprendieron que Hannaway no vacilaría en tomar una pronta y enérgica resolución para evitar que la situación se volviese en contra suya y por eso Búffalo Bill arrojó las armas al centro del río y Tom Freeman le imitó. Hannaway lanzó una carcajada de triunfo.

—Ustedes son personas sensibles. — exclamó. — Bien. ¡Los muertos no hablan! Ese es mi lema, y siguiéndolo ahora, les prevengo que dentro de una hora ninguno de ustedes estará en situación de volver a mezclarse en mis asuntos... Ahora. ¡Media vuelta! ¡En marcha! ¡Rápido!

Y para apoyar sus órdenes, Hannaway disparó un tiro y la bala fué a atravesar la copa del sombrero de Cody, quien sabía de sobra que el canalla era un excelente tirador y no fallaba en su puntería.

Obedeció rechinando los dientes a causa de la rabia que le daba el haberse dejado sorprender así por exceso de confianza, y comprendiendo que Hannaway tenía sobrado interés en reducirlo a silencio para que no lo perjudicase con sus conocimientos.

—Lamento, haberlo traído aquí para que se vea en esta situación, Búffalo Bill, — murmuró Tom Freeman, mientras marchaban uno al lado del otro siguiendo la orilla del río, con Hannaway a la espalda. — Me parece que de esta no salimos bien.

—¡Mientras hay vida, hay esperanza! — respondió el explorador. — Confiemos en la Providencia, que sabiendo cuales son nuestras intenciones no puede abandonarnos.

Después de aquello permanecieron silenciosos y sólo se oía el ruido de sus pasos y las risitas burlonas de Hannaway.

El sol comenzaba a hacrse sentir y el día prometía ser sumamente caluroso. Llegaron a un punto donde se veía una cuerda que colgaba de la parte alta de la pared de piedra. Cerca de allí, en el suelo estaban amontonados unos utensilios pertenecientes a Hannaway.

Encima de unas mantas y pieles había un par de lazos de cuero y el canalla señaló hacia aquel lado con el caño del revólver.

—Jóven Freeman, — dijo. — Va a tener la bondad de atar a Búffalo Bill. Tome uno de los lazos y cuidado con hacerme una mala jugada.

Tom no tenía otro recurso que obedecer. Tomó uno de los lazos y comenzó a atar a Cody por los brazos. Era imposible hacerlo mal porque el bandido se encontraba junto a él presenciando su obra.

Cuando Tom hubo terminado se encontró Búffalo Bill con que sus brazos y piernas estaban firmemente sujetas imposibilitando toda resistencia, y el joven lo miró, como pidiéndole disculpa cuando Hannaway, aprovechando la circunstancia, le dió un empujón que lo hizo caer al suelo.

Entonces el canalla, lanzando una carcajada, colocó uno de los revólvers en el suelo y tomó el otro lazo.

—Levante los brazos, joven Freeman — exclamó — que me parece que no vá usted a escaparse ahora como cuando cayó en poder de los pieles rojas.

Cinco minutos más tarde se encontraba Tom fuertemente sujeto como su compañero

Cody, y también a la par de éste preocupado por lo que pensaba hacer de ellos Hannaway. Pero pronto tuvieron una explicación.

El extremo de la cuerda que colgaba de lo alto de la saliente de piedra fué atado a sus cuerpos que quedaron suspendidos así a un par de pies del nivel del suelo. Hecho esto retrocedió unos pasos para contemplar el efecto de su obra.

—¿Supongo que adivinarán lo que sigue? — dijo. — Van a tener una muerte divertida. Yo he colocado esta cuerda aquí para bajar y subir por ella evitando así dejar rastros de mis pisadas... Ahora voy arriba y los izaré a ustedes y una vez que estén arriba... ¡cortaré la cuerda!...

Tom sintióse invadido por el terror. Desde la parte alta hasta el sitio en que se encontraban entonces había unos cien pies, y la caída desde aquella altura, atados como estaban, tenía que ser fatal.

Hannaway manifestó en seguida cuales eran sus pensamientos.

—Si no llegan a morir del golpe, no hay nada perdido porque al menor indicio de ida que yo note, sabré suprimirlo con e revólver.

Lanzando otra carcajada de burla, dió un salto y se agarró a la cuerda un poco más arriba de donde estabán sus dos prisioneros. Mientras trepaba Tom, pensó que aquella era la clase de muerte que podía idear un malvado como Hannaway.

—¡Ya ha llegado arriba, Búffalo Bill! — exclamó sombriamente.

—¡Mientras hay vida, hay esperanza, le repito! Nada podemos hacer por salvarnos... Pero acaso tengamos la suerte de que algo inesperado impida nuestro fin.

El movimiento de la cuerda cesó al fin y mirando hacia arriba pudo ver Cody que el canalla había llegado a lo alto, y un minuto después, con estudiada lentitud eran levantados ellos.

Pulgada por pulgada iban ascendiendo y Hannaway debió trabajar mientras levantaba a sus dos presuntas víctimas, seguramente más que lo que había hecho en toda su vida. Y de fijo que era lo único que había hecho bien, dominado por el odio, como estaba.

Después de un interminable lapso de tiempo se vieron escasamente a unos seis pies del borde del terreno que s eextendía en lo alto del precipicio.

Entonces volvieron a oir la voz de Hannaway que les decía.

—Si tienen oraciones que rezar pueden hacerlo porque yo tardaré un minuto en cortar la cuerda. Después. ¡Hasta la eternidad!

Reinó el silencio Una mano helada pareció haber agarrado a Tom por la garganta, y apesar suyo notó que temblaba. Oía el fuerte respirar de Búffalo Bill y se admiraba de la sorprendente tranquilidad del explorador. Cerró los ojos pensando que si se prolongaba aquella situación enloquecería.

De pronto se oyó un disparo de arma de fuego, cuya detonación repercutió a través de las montañas.

La cuerda y su carga humana comenzaron a moverse. Tom Freeman tuvo la sensación de que caía con la velocidad de un gran peso, y el joven comenzó a rezar pidiendo que el fin fuese lo menos doloroso posible.

Cualquiera que hubiese hecho el disparo, y fuera cual fuese su significado, era tarde...

¡Pero nó! Su descenso terminó de manera tan brusca como había comenzado. Se vieron detenidos a pocos pies del suelo siempre colgando de la cuerda.

La brusca detención hizo que las ligaduras se apretasen causándoles el lógico dolor, ¡pero eso les demostró que aun conservaban la vida!

Un bulto negro pasó por encima de su cabeza, como un bólido. Algo fué a caer entre las aguas del río levantando el agua a mucha altura. Se oyó un chapotear y algo fué a detenerse en la orilla.

Búffalo Bill hizo grandes esfuerzos por ver de observar lo que ocurría, pero lo que notó le compensó de todos los sufrimientos.

La figura de un hombre estaba entre el agua y la arena. Sus piernas y brazos sobresalían de la superficie y el cuerpo casi cubierto por el agua. El rostro estaba hundido en la arena y el cuello doblado en una posición violenta.

¡La figura era Bart Hannaway!

—¡Estoy contento de haber confiado en la Providencia! — dijo Bill Cody simplemente. — ¡Muy contento!

Tom lo miró desfallecido y asintió.

—Es... — comenzó a decir. Pero notó que las fuerzas le abandonaban y que una vez más su cuerpo era sacudido por un temblor nervioso.

Una voz ronca se hizo oir desde la altura... Era el inconfundible modo de hablar de Mad Callaghan.

—¡Por el diablo! Lo que es ese canalla, traidor, renegado, no volverá a ayudar más a los pieles rojas, patrón Harvey. Le he dado muerte de una manera admirable. ¿Qué le parece que hagamos ahora? Está...

No terminó la frase.

La ronca voz de Tom Freeman se elevaba llena de angustia para llamar al irlandés, justamente en el momento en que éste se asomaba al borde del precipicio para mirar adonde había caído Hannaway.

Su boca se abrió para lanzar una exclamación de asombro.

—¡Cómo! Si es el joven Freeman y otro tipo y están colgando de una cuerda... Venga patrón Harvey, ayúdeme a levantarlos

Y los dos hombres comenzaron la tarea de levantar a Búffalo Bill y a su compañero una vez más. Pero en esta ocasión la ascensión era rápida y se realizaba con mayor cuidado, a fin de que sufriesen lo menos posible.

Sin embargo parecieron transcurrir horas enteras antes de que estuviesen arriba sobde el piso firme, donde James Harvey cortó las ligaduras con su cuchillo, y se pusieron de pie.

—¿Pero cómo anda por aquí mi viejo amigo Búffalo Bill. — exclamó Callaghan,

quien tendió sus manos. — No creí volver a verlo por estos lados.

—Usted me encontrará siempre donde los rojos puedan hacer alguna fechoría, — respondió Cody. — Por supuesto que, como de costumbre, Callaghan ha llegado usted en el momento preciso.

Mad Callaghan señaló en dirección del río.

—¿Lo dice por haber muerto a ese canalla? — preguntó. — Me pareció que estaba por asesinar a alguien. Lo ví a la distancia y noté que tenía un cuchillo en su mano.

Entonces disparé sin detenerme a pensar y ya han visto... por lo que me dicen fuí oportuno. No había echado la vista encima a Hannaway desde que lo ví en Yellow Stone Ranch cuando quemaron a todos los muchachos, menos a nosotros tres.

—Ya me lo ha contado todo eso el amigo Freeman, — dijo Búffalo Bill. — Bart Hannaway ha tenido la muerte que merecía, y me parece que no podrán ustedes negar que el joven Freeman ha triunfado en la misión que le encomendó el patrón Harvey.

James Harvey, el patrón de Yellow Stone Ranch asintió.

Desde que Tom lo había vuelto a ver notó que estaba considerablemente envejecido y que la pérdida de su hermosa granja y sus animales, sin esperanza alguna de volver a rehacer su fortuna le había causado enorme efecto.

—¡Le estoy sumamente agradecido! — exclamó. — Este joven ha hecho mucho por mí y me agradaría saber cómo ha hecho para triunfar...

—¡Triunfar! — interrumpió Tom. — Hemos salido con bien del paso los dos, en forma milagrosa. De no haber sido por Búffalo Bill, yo no contaba ahora el cuento. Vea patró que le cuente él todo lo que ha ocurrido, sabe todo mejor que yo.

De acuerdo con su natural modestia Búffalo Bill, hizo a James Harvey un relato de lo ocurrido y de las razones que tenía Bart Hannaway para inducir a los pieles rojas a que se levantasen.

Le refirió que él se había disfrazado de Un Toro y todos los incidentes de su vida en en campamento de los indios. Cuando terminó su relato el espíritu de Harvey estaba más levantado, visiblemente.

—¿De manera que no era por simple maldad por lo que Bart Hannaway causó tantos daños — exclamó. — Fué el descubrimiento de la existencia de oro entre las arenas del río... Muy bien... Pués ha ido a morir donde quería estar... Mi situación no me parece ahora tan aflictiva como antes... Es de esperar únicamente ahora que los indios no hayan vencido en su ataque contra elfuerte Delmaine.

—Yo no lo creo, — dijo Cody. — Su única esperanza resiidía en un ataque por sorpresa y si no ha sido así estaban perdidos... Yo envié unac palabras a los del fuerte para que estuviesen prevenidos.

—Es usted un hombre maravilloso, Cody, — exclamó Harvey con entusiasmo. — Sin usted el Oeste sería un infierno. — Cuando el joven Tom marchó disfrazado y consiguió alejar a los indios. Yo y el Callagham escapamos y permanecimos en los bosques durante tres días alimentándonos de raíces, y frutas salvajes. Después volvímos hacia estos lados con la esperanza de encontrar alguna clave que pudiera ponernos en la pista de mis animales robados.

—Suponog que todo lo será restituído a usted a su debido tiempo, Harvey, — manifestó Búffalo Bill, quien agregó: — ¡Mire!

Todos siguieron con la mirada la dirección que Cody indicaba con el dedo y vieron una solitaria figura de ginete que avanzaba con toda tranquilidad en uno de los ponies de las praderas. Callaghan con gesto rápido se echó el rifle a la cara, pero Búffalo Bil se apresuró a sujetarle el brazo.

—Es mi compañero amarillo, — dijo. — Me trae noticias del fuerte Delmaine.

Li Chang, porque era él en efecto, apresuró la marcha y al cabo de cinco minutos estuvo a su lado. Su semblante amarillo resplandecía de gozo y antes de que pronunciase una palabra los del grupo sabían ya la verdad.

—Muy malos los hombres rojos, Búffalo Bill, pero no han logrado sus propósitos.

Buffalo Bill palmoteó al crino en el hombro, y el amarillo se volvió y señaló dramáticamente hacia el horizonte.

Entonces el grupo de cinco personas vieron algo que los hizo extremecerse y que hablaba claramente del triunfo de los blancos sobre los rojos. ¿Que era?

A principio no se distinguió más que una columna de polvo que se iba acercando cada vez más y que iba en aumento. Así se fué aproximando hasta poderse notar con claridad todos los detalles.

Navajas, sabezas planas, chipewayos, arapahoc y hurones, todos los componentes de las cuatro arragantes naciones que constituían una amenaza perpétua contra la raza blanca, marchaban humildes como ovejas, agobiados por la ignominia de la derrota.

Algunos habían perdido ya sus pinturas deguerra, otros las rojas pdumas de águila de sus adornos. Todos, jefes, guerreros y muchachos, destrozados y maltrechos, marchaban en dirección del Nordeste, hacia las prisiones y fuertes, custodiados por la guarnición del fuerte Delmaine que los había vencido.

Y el hombre, que probablemente, había sido el vencedor causante de ese triunfo de los blancos sonreía tranquilamente y murmuró algo al oído del oriental.

El chino partió y regresó a poco en compañía de Kitty. Búffalo Bill saltó inmediatamente sobre la silla.

—¡Derrotados! — erclamó. — Debe ser un trance muy amargo.

—¿Se marcha usted? — preguntó Callaghan.

Cody sonrió, y mientras estrechaba las manos de los del grupo, dijo:

—El deber me llama. En la choza del lunático Lorrímer hay tres indios más que me parecen se alegrarán si se reunen con sus hermanos. Voy a llevarlos.

Esperó a que su compañero, el chino mon-

tase en su poney, se quitó el sombrero, lo agitó en el aire, lanzó un sonoro ¡¡Adiós!" y partió al galope de su yegua.

Tom Freeman sintió que la tristeza lo invadía. Como a tantos otros, los pocos días que había permanecido en compañía del famoso cazador de búfalos, bastaron para que sintiese por aquel hombre respeto, admiración y un fuerte y sincero cariño.

Se quedó mirándolo hasta qu ese perdió de vista y pensando si lograría volverlo a ver alguna vez.

. . . . . .

Con ayuda de la cuerda colocada por Bart Hannaway, los tres sobrevivientes del ranch descendieron hasta la orilla del río.

Mad Callaghan fué el primero que puso el pie en el arena y se acercó a donde Hannaway estaba muerto.

La bala del rifle que le había hecho dar el enorme salto, le había entrado en su cerebro. Al caer se había roto la espina dorzal. El irlandés se arrodilló junto a él y le dió vuelta, vió que su boca estaba abierta, como sus ojos que reflejaban el terror. Sus ropas, así como la boca, estaban llenas de arena del río.

Callaghan tomó alguna entre sus manos y vió qeu abundaban los granos de oro. Tanto la arena que cubría las ropas del muerto, como la que tenía en su boca tenían bastante valor. Entre los dientes conservaba una pepita de un buen tamaño.

El irlandés la vió, la tomó entre sus dedos y volviéndose hacia sus compañeros exclamó lanzando una carcajada que contrastaba enormemente con lo lúgubre de la escena.

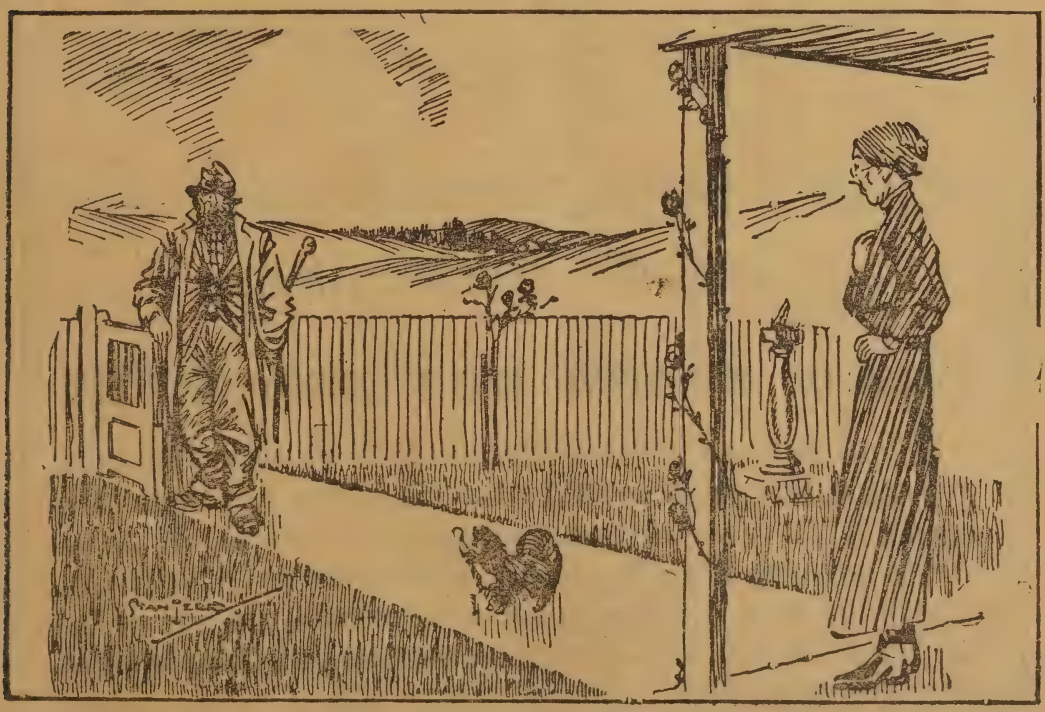
—Vean camaradas. Bart Hannaway ha muerto satisfecho de su sed de oro.

FIN DE "LA TRAICION DEL GANADERO"

Cuando se cose a máquina, muselina u otros tejidos endebles, conviene poner debajo una tira de papel de estraza, que impide que la tela se arrugue. Después de hecha la costura se arranca fácilmente el papel.

Los cuadros al óleo se limpian muy bien frotándolos con papa cruda, y luego con una esponja mojada en agua caliente. Para que queden mejor, conviene terminar la limpieza frotándolos con un pañuelo de seda.

UN PERRITO TERRIBLE



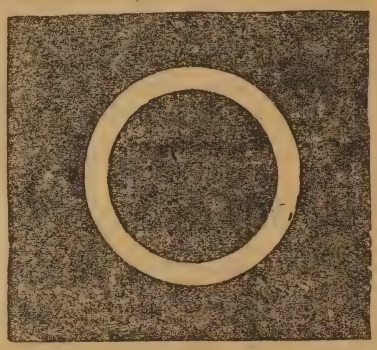
El vagabundo: — ¿Es malo ese perro?

La solitaria solterona: — En este momento no. Todavía está terminando de comerse el último vagabundo que se presentó aquí.

¿Qué es el "Círculo Blanco?"

La explicación no puede ser más sencilla

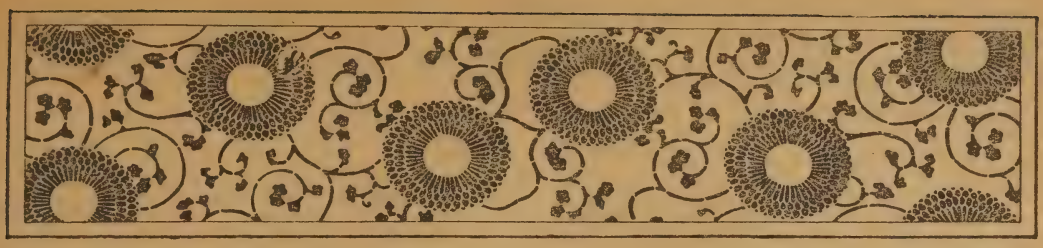
EL DIARIO, en su sección Football dirá cada sábado a cual de los matches que se jueguen el Domingo irá su fotógrafo. El fotógrafo de EL DIARIO tomará varias instantáneas de la concurrencia que asista al match escogido. De esas fotografías se escogerá una y en ella, al azar, se trazará un círculo blanco aislando la cabeza de una de las personas fotografiadas. Esa fotografía, con su círculo blanco, se publicará en EL DIARIO del lunes siguiente. La persona que vea que es su efigie la que aparece en el círculo blanco puede presentarse el mismo lunes, en la administración de EL DIARIO y una vez comprobado el parecido, recibirá un billete de $ 50 moneda nacional de curso legal.



¿Puede haber algo más sencillo y más fácil de entender? ¡No!

¿Qué se necesita para ganar 50 $?

Que sea su retrato el que aparezca en el círculo blanco. El procedimiento se divide en 4 partes: 1a. Leer EL DIARIO del sábado para ver a que field va a ir el fotógrafo; 2a. Asistir a ese match donde verá al fotógrafo tomando vistas de la concurrencia; 3a. Ver en EL DIARIO del lunes la fotografía y si es su rostro el que está dentro del círculo blanco... 4a. ¡Cobrar inmediatamente $ 50 en la Administración de EL DIARIO, Avenida de Mayo 662.



PARA PASAR UN BUEN RATO

El grosero gentleman

por Rodolfo Bringer

(Traducción del francés)

Es efectivamente como para pasar un buen rato este relato ameno y chispeante que interesa desde el primer momento, que entretiene agradablemente y que resulta originalísimo por todos conceptos y digno de la pluma de su famoso autor.

JIM POWEL estaba acabándose de vestir aquella mañana, cuando de pronto, sin hacerse anunciar, su amigo Joe hizo irrupción en la alcoba.

Entró como un ciclón, dió un resoplido y se dejó caer en un rokingchair, al parecer dominado por sombría desesperación, a menos que se tratase de la más furiosa de las rabias.

Jim Powel, realmente asustado, se precipitó hacia Joe.

—¿Qué le pasa a usted, amigo mío?

—Me pasa... me pasa...

Joe no pudo continuar.

En vista de eso el buen Jim llamó a su criado, el cual bajó inmediatamente una botella de ginebra vieja.

Una copa del dulce licor liberó a Joe de su primera emoción y pudo articular:

—Me pasa, querido, que vengo en su busca para que me ayude a darle un tirón de orejas a un granuja.

—¡Cómo! ¡Cómo!

—¡Lo que usted oye! Pero antes le contaré... Todos los días, cuando paso por Canonbury, por delante de un cottage, desde su interior hay uno que me apostrofa llamándome "estúpido, cabeza de melón" y otras injurias por el estilo.

—¿De veras?

—¡Como tengo el honor de decírselo!... Y esto dura hace ya más de un mes... Por eso quiero que venga usted conmigo, mi querido Jim... Y le daremos un tirón de orejas al grosero gentleman que me interpelar de ese modo.

—"All right!" — respondió Jim. — Pero déjeme acabar de vestir.

Cinco minutos después, cogidos ambos del brazo, salían de casa de Jim Powel y, subiendo a un cab, en cinco minutos llegaron delante del cottage situado en Canonbury.

—¡Oiga usted! — preguntó Joe al portero que salió al encuentro de los visitantes. — ¿Podría decirme quién habita este cottage?

—Mister Harry Gadner — replicó el portero.

—Muy bien. ¿Y vive solo?

—Completamente solo.

—¡Muy bien!... Vaya usted a decirle que Joe Lington y su amigo Jim Powel desean hablarle.

El portero se rascó la oreja.

—¡Bueno!... ¿Quiere usted pasar ese recado? — dijo Joe impaciente.

—Lo haría con mucho gusto — replicó el otro. — Pero... es el caso que mister Gardner hace cosa de una hora se ha marchado.

—¡Ah!

—¡A Liverpool... Ha ido a ver a su tío mister Lee, el armador, que según parece está bastante enfermo.

—"All right!" — exclamó Joe.

Y salió, llevándose consigo a su amigo Jim.

—Esperaremos que regrese — dijo éste cuando ya estuvieron en la calle.

—¡En modo alguno! — respondió Joe. — Estos son asuntos que no admiten aplazamiento... ¡Vámonos a Liverpool!

* * *

En Liverpool, mister Lee, armador, era más conocido que la ruda, y no encontraron la menor dificultad en descubrir su morada, que se encontraba a la orilla del mar, en un lugar delicioso.

Y hacia allí se dirigieron sin pérdida de tiempo.

—Dispense usted... ¿Vive aquí mister Lee?

—En efecto — respondió un criado a quien le preguntaron... — Pero mister Lee está muy enfermo y no creo que pueda recibirles.

—No es a él a quien deseamos ver, sino a su sobrino, sir Harry Gardner, de Londres.

—¡Ah!... En ese caso...

—¿Está aquí?

—Estaba... No hace más de una hora... Pero ha salido.

—¿Tardará en volver?

—No lo sabría decir... Acaba de embarcarse para Nueva York, a ruegos de su querido tío, con objeto de vigilar el embarque de todo un cargamento de madera que el brick Of shore wind ha de traer a Liverpool

—¡Muy bien! — aprobó Joe.

Pero cuando estuvieron en la playa, observó Jim Powel:

—Es realmente poca suerte la nuestra. No creo que debamos esperar aquí el regreso de ese condenado Harry Gardner...

—¡Claro que no!... Lo que vamos a hacer es tomar el primer paquebot que salga para Nueva York.

Y aquella misma noche se embarcaron para América, donde llegaron seis días después.

* * *

Apenas pisaron tiera americana, Jim y Joe se dirigieron hacia Brooklyn, a fin de descubrir en el puerto el brick Of shore wind, en el cual estaban seguros de encontrar a sir Harry Gardner dirigiendo el embarque de la madera.

Tal como esperaban, encontraron fácilmente el Of shore wind, pero en cuanto a sir Gardner, la cosa ya fué más difícil, por la sencilla razón de que se acababa de marchar, ¡ay!, hacía una hora escasa.

El cargamento de madera que debía procurar un cierto Eduardo Stott, de California, no estaba listo. Por esa razón, en el primer tren había salido para San Francisco Harry Gardner, a fin de demostrarle al fastidioso Eduardo Stott que le estaba haciendo perder un tiempo precioso.

Eso es lo que les comunicó un marinero viejo que estaba fumando tranquilamente su pipa en la cubierta desierta del brick Of shore wind.

Es preciso confesar que, ante esta nueva jugarreta del azar, Joe, por espacio de un minuto, se entregó a la desesperación más sombría.

—¿Qué le quiere usted hacer, Joe? ¡Es la fatalidad!... Pero no hay que tomarlo así, anímese usted.

—¡Condenado Gardner! — gimió Joe.

—¡Es preciso encontrarlo!... ¡Vayamos a San Francisco! — propuso Jim.

—¡Vamos!

Y helos rodando en el Pacific-Railway.

* * *

Sólo emplearon cinco días para atravesar la América del Norte, pues no hubo un piel roja que hiciera saltar el tren, ni una manada de búfalos que lo redujera a escombros.

Llegados a San Francisco se dedicaron a la busca de Eduardo Stott, que afortunadamente era un gran comerciante a quien todo el mundo conocía.

Eduardo Stott los recibió muy bien; pero cuando hubieron pronunciado el nombre de Harry Gardner se echó a reír.

—¿Harry Gardner?... ¡Un muchacho muy alegre!... Y tan americano, aunque sólo sea inglés... Un verdadero business-man... Anoche cenó conmigo... Pero se ha vuelto a marchar esta mañana, porque no podía entregarle la madera hasta dentro de mes y medio o dos meses.

—¿Y a dónde ha ido?

—Se ha marchado en una goleta de su tío, la "Morning's Star", que estaba en el puerto.

—¿Pero con qué destino? — preguntó Joe impaciente.

—¡Yokohama!... Va por un cargamento de te, que quiere desembarcar en Marsella.

—"All right"!" — exclamó Joe, frotándose las manos.

Y después de saludar a Eduardo Stott, se despidieron.

—¡Esta vez es nuestro!... Nos vamos a Marsella y allí esperaremos a ese condenado mozo... Y en la Cannebiére, así que desembarque, le daremos el tirón de orejas.

—¡Pues en marcha! ¡A Marsella! — convino Jim.

En el punto donde se hallaban, volver a Londres por arsella o por Nueva York les daba lo mismo.

Y aquella noche se embarcaron en un gran cargo-boat que se dirigía a Marsella, pero con escala en Sumatra, Honolulú y Pondichery.

Según los cálculos más precisos, debían llegar a Marsella lo menos cinco o seis días antes que la goleta "Morning's Star", y habrían llegado, en efecto, si el cargo-boat no hubiese naufragado en pleno océano, a la altura de las islas Nicobar.

La tripulación y los escasos pasajeros fueron salvados por unos pescadores de coral, que los llevaron a Malaca, de donde se pudieron dirigir a la India y allí Jim y Joe se embarcaron para Marsella.

Pero cuando llegaron el "Morning's Star" estaba ya allí desde hacía tres días y se enteraron, no sin satisfacción, de que sir Harry Gardner había salido aquella misma mañana para Londres.

Ni Jim ni Joe sintieron el deseo de ir a comer una bouillabaise, o de ir a visitar Notre Dame de la Garde.

A las siete tomaron el rápido, desembarcaron en París a las nueve de la siguiente mañana, volvieron a tomar el tren para Calais en la estación del Norte, atravesaron el canal y a las cinco en punto, sin haber pasado siquiera por sus casas, llamaban en el cottage de Cononbury.

* * *

—¿Mister Harry Gardner? — preguntaron al portero.

—Acaba de llegar — respondió aquel hombre de bien.

—Haga el favor de decirle que los señores Jim Powel y Joe Lington desean hablarle.

—Voy en seguida... Pero pasen a este saloncito.

Cinco minutos después, el condenado Harry Gardner penetraba a su vez en el saloncito y saludaba a los dos desconocidos.

Joe se abalanzó a él:

—Caballero — le dijo, — he dado la vuelta al mundo persiguiéndole a usted, lo mismo que mi amigo Jim Powel, aquí presente, para decirle que deseaba darle un tirón de orejas a usted o al grosero gentleman que todas las mañanas, cuando paso por delante del cottage, me llama estúpido y cabeza de melón.

Harry Gardner no pestañeó.

—Muy bien — dijo con la mayor tranquilidad. — Ya sé quién es.

Y llamó al criado.

—¡Traiga a Polly! — le ordenó.

El criado volvió trayendo una soberbia jaula dorada en la que se columpiaba el más hermoso loro verde que puede verse, el cual, incontinenti, se puso a gritar:

—¡Estúpido! ¡Cabeza de melón!

Ante este descubrimiento, Jim y Joe rompieron a reír. ¡Y creo que jamás se han reído tanto en su vida!

RODOLFO BRINGER

Unos cuantos clavos de especia machacados y colocados entre la ropa blanca la comunican una deliciosa fragancia, y, al mismo tiempo, la preservan de la polilla.

✣ ✣ ✣

Modo eficaz de preservar la manteca, para que no se ponga rancia. Se reduce separadamente a polvo fino dos libras de sal común muy blanca, una libra de nitro y otra de azúcar refinada. Estas tres sustancias bien molidas y tamizadas, se mezclan perfectamente con la mano o con una espátula de madera y se colocan en una vasija tapada y puesta en un sitio seco.

Para cada libra de manteca fresca, se echa una onza de dicha composición, mezclándolo todo muy bien y amasándolo en un sitio caliente a fin de favorecer la mezcla, evitando, no obstante, el que se derrita. Así preparada, puede guardarse en un sitio fresco, durante tres años lo menos, tan buena como acabada de hacer y sin ponerse rancia.

✣ ✣ ✣

La seda blanca se pone amarilla si se lava con agua demasiado caliente. Para que no se ponga áspera después del lavado hay que aclararla bien.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

Los árboles más viejos de Europa son los pinos de Noruega y Suecia, que tienen cinco siglos.

✣ ✣ ✣

Las esposas de los nobles siameses se cortan el pelo de modo que les quede la cabeza como un cepillo.

✣ ✣ ✣

Las primeras tentativas de aviación fueron hechas por un sacerdote italiano en el año 1751.

✣ ✣ ✣

En las escuelas judías de Portugal se otorga un prémio cada semana al alumno menos mentiroso.

✣ ✣ ✣

La esponja más grande que se ha pescado en el Mediterráneo tenía un metro de diámetro.

✣ ✣ ✣

Para que las galletas no se pongan duras demasiado pronto, nada mejor que poner dentro de la caja una manzana, que se renovará de vez en cuando.

A falta de manzanas, una rebanada de pan tierno, de dos dedos de grueso, hace el mismo papel.

✣ ✣ ✣

Para quitar del mármol las manchas de hierro, se humedecen éstas con zumo de limón o con vitriolo, y pasado un cuarto de hora, se frotan hasta secarlas con un paño suave.

✣ ✣ ✣

Las escoriaciones producidas por el sol en verano, tan dolorosas a veces, se remedian untando con sebo y vaselina las partes atacadas y espolvoreándolas luego con almidón. La grasa impide que la piel se agriete y el almidón obra como calmante.

Un elefante en completo desarrollo puede conducir fácilmente dos toneladas de peso.

✣ ✣ ✣

El delfín, cuando aparece en la superficie de las aguas, anuncia tormenta.

✣ ✣ ✣

Los sombreros de paja negros se quedan como nuevos frotándolos con un trozo de terciopelo untado ligeramente en manteca, y sacándoles brillo después con otro trozo de terciopelo seco.

✣

Se calcula que las mujeres contrabandistas defraudan al gobierno norteamericano sólo en Nueva York, cuatro millones de dólares al año.

✣ ✣

Cuando el presidente Carnot dió una comida a 15.000 alcaldes, senadores, diputados y otros funcionarios en París, se ocuparon de la cocina y el servicio 195 cocineros y 1050 mozos. Se sirvieron 80.000 fuentes 90.000 panes, 23.000 botellas de vino, 1500 litros de sopa, 3 toneladas de pescado, 12 de carne, 7200 aves y seis toneladas de arroz y legumbres.

✣ ✣ ✣

Los rayos N son los únicos que emiten todas las materias vivas y productos químicos en actividad. Estos rayos proporcionan un medio infalible para conocer la muerte de una persona, pues, al cesar de emitirlos el cerebro, es que con toda certeza el individuo está bien muerto.

✣ ✣ ✣

Las provincias de Persia puede decirse que están por civilizar. Hasta los nobles de más elevada alcurnia carecen de alcoba y duermen en el suelo sobre unos colchones. Para ellos las camas, si las compran, son muebles de adorno, que colocan en la sala.

DE "INTER AMERICA'

Loutré

por Lisa Ysaye Tarleau

(Traducción del francés)

La autora de este interesantísimo cuento es francesa pero se halla radicada desde joven en Estados Unidos y ha logrado gran reputación entre los escritores estadounidenses de primera fila. Leyendo el cuento que se publica a continuación se comprende como es posible que goce de tanta fama.

De pie junto a la ventana de su tétrico y desmantelado cuarto contemplaba Aristide Tritou la triste opacidad de un obscuro día de noviembre. El tiempo estaba realmente muy poco placentero: no frío precisamente, sino mucho peor, húmedo y desagradable. La lluvia, que henchía ya las nubes, caería pronto, enturbiando los cristales de la ventana, chorreando en sucios hilos por los antepechos y poniendo la nota final en la desolación general del cuadro.

—¡Oh, que se lo lleve todo la trampa! — refunfuño Aristide. — ¡Qué se lo lleve todo la trampa! — Y arrojándose en su maltrecho canapé empezó a cavilar sobre el tiempo.

Los pobres, dicidió, deberían de vivir en un país de perpetuo estío. En Tahití o en Vailima, por ejemplo. En cualquiera parte, donde la tierra sea benigna y el sol infunda calor y alegría y haga palpitar un dulce fuego en las venas, permitiéndole a uno soñar lánguidamente durante largas y doradas horas. Para vivir en clima tan infernal como el nuestro, uno necesitaría siquiera tener dinero Entonces sería posible sentarse junto al ardiente fuego de la chimenea y gozar de un verano artificial; podría uno tener luz en su aposento y una espléndida lámpara a modo de sol personal en su mesa; y un poco de vino añejo, saboreado lenta y soñadoramente, pondría un dulce fuego en las venas. Subtitutos, naturalmente, pero ¡qué agradables! Solamente que se necesitaba el dinero para procurárselos. Bueno, él no tenía dinero. No tenía un céntimo.

—¡Maldición! — gritó saltando del canapé. — ¿De dónde diablos puedo conseguirme un poco de dinero?

Repasó mentalmente la lista de sus amigos, pero las perspectivas eran dudosas: la mayor parte de ellos no tenía ni para sí mismos, y los que tenían algo, por poco que fuera, se contaban ya entre sus acreedores. Pensó entocnes en Pierre de Kersac, el director de "La Revue Ilustrée". ¡Si pudiera sacarle unos cuantos francos! Siquiera el precio de una buena comida y una noche en algún café. Sería difícil... Kersac se había mostrado bastante frío últimamente... dos veces le había rehusado un préstamo. Pero no había otro. Tendría que hacer la prueba con Kerac

Aristide comenzó a pasar las lazadas de sus zapatos a fuer de medida preliminar para lanzarse a la conquista del vellocino de oro, en tanto que repetía en su imaginación mil cosas que se preparaba a decir a Kersac para justificar su petición de dinero. Eran todas invenciones espléndidas, algunas perfectamente sencillas y otras muy ornamentadas y pulidas, pero Aristide tuvo que abandonarlas unas tras otras. No; no surtirían efecto: Kersac estaba demasiado ave-

tado en el juego; no se dejaría engatuzar con tales pamplinas. Bueno; tendría que confiarse a la inspiración del momento. Irguióse, estiró sus largas piernas y sacó de una repisa del guardarropa un sombrero bastante averiado.

—Por lo menos, — reflexionó fisgándose. — no estoy en el caso de decir laboriosamente si me pondré o no los chancios. No tengo chancios que ponerme. La vida está llena de compensaciones deliciosas.

Cuando Aristide llegó a las oficinas de "La Revue Ilustrée", tuvo que ofrontar en primer término a un impudente mozalbete que le exigió llenar una tarjeta explicando a quién deseaba ver y con qué objeto, bombardeándole además con una multitud de preguntas innecesarias y altamente molestosas. Pero el talento inventivo de Aristide estuvo a la altura de la situación. Llenó la tarjeta, solicitando ver a alguno de los redactores y, mientras el mozo de oficina llevaba el mensaje, penetró audazmente en el santuario del jefe, Monsieur de Kersac. Kersac pareció bastante descontento cuando Aristide se presentó en la puerta.

—Tritou, — gruñó, — ¿cómo diablos le han dejado a usted entrar? Ese mozo merecería que lo ponga yo a la calle. Estoy inundado de trabajo... no puedo ver a nadie.

Aristide, empero, que se había ya instalado en uno de los hondos y mullidos "fauteuils", dijo amablemente:

—Eche a un lado el trabajo. He venido, mi querido Kersac, a hacerle a usted un gran servicio.

Kersac murmuró algo de "Timeo Danaos", pero Aristide no le permitió concluir la cita.

—Todos conocemos su erudición en los clásicos, mi querido compañero,— replicó sonriendo, — pero lo que le traigo no es el ambiguo presente de los astutos griegos. Le ofrezco los dones de los reyes magos. Y más todavía: es algo más precioso que el oro, la mirra y el incienso. Le traigo a usted un "conte" maravilloso, perfecto, delicioso; algo exquisito para su exquisita revista.

Kersac, sin embargo, no se dejó ablandar sino a medias.

—Mire, Tritou, — dijo; — sus "contes" son buenos, pero hemos publicado ya muchos de ellos. Y, francamente, al cabo todos vienen a ser lo mismo. Una y otra vez nos da usted necios que se figuran engañar a los demás y sólo se engañan a sí mismos; una y otra vez pone usted de manifiesto la futilidad, la inutilidad completa, la hueca ironía de la vida y del destino. Ahora bien; no pretendo decir que su material no sea bueno. Es hábil, perniciosamente hábil, pero se indigesta con facilidad. Ese pesimismo cínico está muy bien de vez en cuando, pero el público se resiste a aceptar dosis exageradas. Tenemos que darle material constructivo, perspectivas más sanas, un... ¿cómo diré...?—

Aristide sonrió burlonamente. — Mi querido compañero, — interrumpió, — si en lugar de ser director de un periódico fuera usted escritor podría haber expresado en dos palabras lo que quiere decir. No quiere usted talento en su revista; quiere usted sabiduría. Bueno; eso es precisamente lo que voy a ofrecerle. Mi "conte" no es solamente hábil, sino que es al mismo tiempo intenso, profundo, poderoso, extraordinariamente humano: una joya, en una palabra. Voy a decirle el argumento y usted mismo juzgará.

Kersac comprendió que no había escapatoria así es que se arellenó en su silla, bostezó profunda y adormiladamente y dijo:

—Bien; proceda. proceda. Escucho.

Aristide sacudió hacia atrás el cabello que le caía por la frente, cogió sin aguardar invitación un cigarrillo del escritorio de Kersac y, cuando lo hubo encendido, comenzó con su voz más grave y sonora:

—Permítame usted que le presente a Loutré. Loutré es un criminal; no un criminal romántico, sino un tipo el más sórdido. Despoja al débil y al impotente; vive de las mujeres. De vez en cuando acude al "chantage"; en una palabra, a todo lo que produce bastante y produce sin riesgo, porque Loutré es cobarde. A pesar de su espléndido físico — imágineselo usted de más de un metro ochenta de altura y decididamente guapo — a pesar de su espléndido físico, decía, Loutré es tan gallina como el que más. Nunca se expone a peligros; siempre procura esquivar el pellejo. Traicionaría a cualquiera, lo traicionaría todo siempre que ello le aportara ventaja; y por este motivo la policía lo desprecia tanto como lo desprecian sus compañeros de crimen. Su atracción se extiende únicamente a las mujeres. Como le he dicho, es un hermoso pillastre. "Un día, "Le Matin", no teniendo otra cosa que hacer, se lanza a publicar una serie de artículos acerca de la marejada del crimen y, en consecuencia, la policía se pone en acción. El efecto acostumbrado, usted sabe. Persecución de criminales, arrestos, investigaciones y todo lo demás. El crimen se hace menos lucrativo y más peligroso que nunca. Y Loutré aborrece el peligro. Decide, por lo tanto, abandonar sus viejas guaridas y a los asociados de su elección y desaparecer por un tiempo, dedicarse a cualquier otra cosa. Pero, ¿a qué? Recuerda de pronto a cierta muchacha que había sido arrestada por raterías y sentenciada a un período de reformatorio. Alguien le ha contado recientemente que esa muchacha se había metido al cinematógrafo y estaba haciendo un montón de plata. Resuelve averiguar con qué compañía trabaja la joven y al cabo lo descubre. Una mañana aborda a la pobre muchacha camino del estudio y le plantea la proposición en su mejor forma de "chantage": "O bien me consigues trabajo con tu compañía o digo yo lo que sé de ti". Le ahorraré a usted los detalles de la negociación; basta decir que consiguió lo que deseaba. Lo presentan como pariente de la muchacha y el director le permite ensayar. Y por azar bizarro, Loutré resulta bien. Sale maravillosamente en la pantalla, y sus gestos tienen cierta asombrosa naturalidad salvaje y de gran efecto. Lo tenemos así convertido en novel actor de cinema, y como es verdaderamente hermoso lo hacen representar papeles de héroe.

"Diariamente salva ahora a la inocencia de las garras del vicio; diariamente socorre al desvalido; diariamente sonroja al villano con su orgulloso silencio; diariamente, en una palabra, es más virtuoso que el mismo Sir Gálahad. Y como la virtud es lucrativa se goza en ser virtuoso. Su sueldo alcanza proporciones fantásticas, sus contratos son cada vez más favorables, su nombre más y más familiar en este mundo nuestro tan aficionado a la película. Y eso continúa por años enteros. De repente, se produce el estallido. Encuéntrase Loutré enredado en un escándalo, una fiesta en cierto hotel. Demasiado vino, demasiado drogas, demasiado todo, y una muchacha muere. Loutré, el ídolo del público, se convierte en paria. No renuevan sus contratos, sus películas no aparecen, está arruinado. Abandona el cinematógrafo y de la mañana a la noche se hunde en el mar del olvido. ¡No le resta otra cosa sino volver a su vida de antes!

Aristide hizo una pausa y alargó la mano para coger otro cigarrillo. Kersac le acercó la caja y aun le encendió un fósforo. — Y bien, — preguntó, — ¿qué sucede entonces?

—Entonces, — explicó Aristide, — comienza la verdadera tragedia. Loutré descubre que no es posible ser virtuoso por años sin experimentar los efectos. No es posible alardear contantemente de héroe y asumir de nuevo con éxito el papel de villano. El desventurado Loutré no puede ya abusar de las mujeres: por demasiado tiempo se ha dedicado a respetarlas y protegerlas. Aun para el "chantage" es un fracaso ahora. ¡Vamos, que constantemente siente la tentación de cogerse a sí mismo por el cuello y entregarse a la policía! Lo ha hecho una y otra vez con sus colegas de la película a quienes correspondía este ingrato papel. Así va decayendo día a día hasta la completa ruina... víctima impotente de la austera e inflexible virtud.

Kersac sonrió ligeramente: — Musset ha dicho: "On ne badine pas avec l'amour"; el concepto de usted es, evidentemente: "On ne badine pas avec la vertu".

Aristide asintió con la cabeza. — En realidad, no es posible jugar frívolamente con ninguna emoción, cualquiera que sea, sin sufrir las consecuencias. Siente uno al cabo lo que se pretendía sentir, se convierte uno en lo que aparentaba ser. Al llegar a este punto, observe usted, mi cuentecillo gana en intensidad, en profundidad, en perspectiva. No me refiero entonces solamente a los resultados de la psicología moderna — Coué, sabe usted, la autosugestión, el ser subconsciente y todo eso — sino que hablo también de las ciencias ocultas, con veladas y significativas alusiones a la infancia de la humanidad. ¿Ha leído usted alguna vez la monumental obra de Frazer, "The Golden Bough" (La rama de oro)? Eche una ojeada al capítulo de la magia imitativa, de cómo el imitador se convierte en aquello mismo que trata de imitar. Es algo estupendo, emocionante. Y todo esto entra más o menos en mi cuento, a modo de fondo, sabe usted, de atmósfera. Le aseguro, Kersac, que "Loutré" hará sensación. Provocará comentarios. Y ahora dígame si no me porto bien con usted.

—Después de todo, — replicó Kersac, — escribir para "La Revue Ilustrée" no es tan gran sacrificio. Pero no discutiremos el punto. Deme usted el cuento y le firmaré un cheque.

—Veamos, no, — dijo Aristide con sonrisa insinuante; — deme usted el cheque y le escribiré el cuento.

Kersac quedó mirando estupefacto al imprudente visitante.

—¿Quiere usted decir, — preguntó, — que no ha hecho todavía el cuento?

Aristide se convirtió de pronto en el ser más locuaz. — ¿Hecho? ¿Qué quiere usted decir con hecho? ¿No le he pintado a Loutré? ¿No lo he creado? ¿No palpita, por ventura? Usted estaba dispuesto a aceptarlo... ¿no es eso la mejor prueba de su existencia? Lo único que falta hacer es el trabajo mecánico de escribir en cuento. Más para hacer esto necesito un cuarto abrigado, una comida, unos cuantos cigarrillos, aun papel y una cinta para la máquina de escribir. Y sucede que carezco de todas estas cosas. Así, en obsequio de usted, simplemente para procurar a su revista un éxito inmenso, me he decidido a aceptar un adelanto. Esa historia de Loutré vale quinientos francos, ¿no es cierto? Bueno; deme usted doscientos ahora y mañana le entregaré el manuscrito.

Kersac estaba furioso. — No la daré un céntimo mientras no me entregue usted el cuento, — vociferó. — Lo conozco demasiado bien.

Aristide se encogió de hombros. — Como usted quiera, — dijo indolentemente. — No le tengo tanto amor a la vida que me importe prolongarla un poco más. Por lo que a mí toca, puedo morirme de hambre. Era solamente en obsequio suyo que deseaba conservarme vivo y escribir para su periódico algo que tendrá un éxito monstruoso; pero eso es cuestión de usted, naturalmente.

Kersac tenía un aspecto profundamente disgustado.

—Le daré veinte francos, — refunfuño. — Ni un sueldo más.

Aristide sacudió la cabeza.

—Tienen que ser doscientos o nada, — insistió.

—Entonces será nada, — dijo Kersac con tono de completa finalidad.

Aristide se levantó y se dirigió a la puerta; Avanzaba muy despacio para dar tiempo a Kersac de cambiar su decisión, y su corazón desfalleció viendo que el director comenzaba a remover sus papeles sin hacer ademán de detenerlo. Había ya hecho girar la manecilla y sus últimas esperanzas se desvanecían cuando Kersac lo llamó: — Mire, — dijo — tenga usted cien francos y váyase al diablo.

Y mientras Aristide se echaba el dinero al bolsillo, añadió:

—Le prevengo que necesito ese manuscrito mañana mismo. Quizá lo publique en la edición de Año Nuevo.

Casi bailaba de alegría Aristide cuando salió de las oficinas de "La Revue Ilustrée". ¡Oh, pero qué suerte, qué suerte más espléndida,

inaudita, maravillosa! Se hubiera sentido feliz con diez francos, satisfecho con cinco, y ahora tenía cien. El mundo entero le aprecía súbitamente con un halo dorado; el firmamento se diluía en luces suaves; París era de nuevo la ciudad más deliciosa, y él experimentaba el deseo de reír como un idiota en la cara de los transeuntes. Bien, reflexionó después de unos cuantos pasos, este golpe de fortuna no era del todo inmerecido. "Loutré" no era realmente tan mala invención. Se podía hacer algo que valiera la pena con ese argumento; casi estaba tentado de escribir el cuento. Pero también, ¿quién piensa en trabajar con cien francos en el bolsillo, quién se pone a escribir cuando puede vivir? Y él quería vivir ahora; gozaría espléndidamente y olvidaría las semanas de miseria. Aristide, que de ordinario se encorvaba un poco, se enderezó entonces en toda su altura y miró triunfalmente al mundo cara a cara. Y en esta actitud algo teatral de héroe conquistador se cruzó con Monsieur Fabián Félix, el famoso ilustrador, quien evidentemente se dirigía a "La Revue Ilustrée.

Aristide no otorgaba sus simpatías a Fabián Félix. Era éste un hombre pequeño, delgado, moreno, de tipo muy oriental, e intolerablemente afortunado. No había director que no se congratulara de ostentar en su revista alguno de los característicos dibujos de Félix, y todo ambicioso joven autor soñaba con que algún día sus producciones fueran ilustradas por F. F. Estas cosas irritaban sobremanera a Aristide quien, siempre que tropezaba con Félix, se complacía en demostrar su desdén por su persona que ganaba tan insolentemente enormes sumas de dinero. Pero hoy no sentía rencor hacia Félix. Hoy tenía él cien francos en su faltriquera. Hoy era un colega capitalista. Hizo con la mano un amistoso saludo al hombrecillo y se perdió entre las vacilantes luces del ensombrecido día de noviembre.

Félix iba en realidad a los oficinas de "La Revué Ilustrée" y fué al punto introducido respetuosamente al despacho de Monsieur de Kersac. Mientras examinaban ambos las pruebas de algunas ilustraciones, dijo Félix incidentalmente:

—Encontré abajo al joven Tritou, quien estaba de humor placentero. Se mostró casi cortés para mí, cuando siempre me trata con marcado disfavor.

Kersac se echó a reír. — ¡Oh, vamos! — declaró, — Tritou es un loco, pero le digo a usted, Félix, que el mozo tiene talento. Si no fuera tan detestablemente holgazán se podría sacar algo bueno de él. Está escribiendo ahora un hermoso cuento para la revista. Se titula "Loutré". Habla de cierto apache que se convierte en actor y representa por tanto tiempo el papel de héroe que resulta completamente inhábil más tarde para la vida del vicio. La historia me pareció magnífica cuando me la relató: tiene atmósfera, fondo. Es intensa, profunda. Gira al rededor de la psicología moderna, Coué, etcétera; y también se refiere a las ciencias ocultas, la magia imitativa, la infancia de la humanidad y todo eso. Es popular y científica al mismo tiempo, y por lo general esa clase de cuentos tiene mucho éxito. Si vale la pena le pediré a usted que la ilustre y tal vez le demos el primer lugar en nuestra edición de Año Nuevo. Quizá pueda extenderse a dos números. Veré cómo se presenta la cosa. No hay inconveniente en poner al mozo en evidencia.

—Ciertamente, ya lo creo, ciertamente, — asintió Félix, que era individuo de buen corazón. — Haré lo posible con mucho gusto. Y me complace verdaderamente saber que ese muchaco está por fin en buen camino. Necesitamos talentos nuevos, Kersac. Los antiguos maestros están bien para el presente, pero el mañana pertenece a la juventud. — Y deleitado con su aforismo, que creía de primer orden, se despidió.

Era un día nublado y la lluvia amenazaba todavía, pero Félix, sintiendo la necesidad de hacer un poco de ejercicio, despachó su automóvil que había venido a buscarlo y se dirigió a pie a su departamento cerca del Parc Monceau. Encontró en el trayecto a Berthe Morissey, en otro tiempo esbelta joven de ingenio sutil, convertida ahora en la enjuta esposa, de lengua afilada, de cierto dramaturgo neocatólico, muy poco afortunado. Saludó efusivamente a Félix, adoraba y envidiaba el éxito — y procedió inmediatamente a referirle sus penas. Los empresarios eran todos injustos, los actores tenían todos exigencias irrazonables, y Charles carecía deplorablemente de ambición. Siempre escribiendo cosas místicas que no surtían efecto o eran rechazadas, siempre pasándose la vida en los cafés en vez de visitar a gente que valiera la pena, siempre malgastando el tiempo en vez de trabajar y buscarse buenas relaciones Félix escuchaba con simpatía, pero sintiéndose decididamente aburrido y, después de un momento, obedeciendo simplemente al deseo de escapar, acarició la mano de la joven y le dijo:

—No se mortifique, Berthe, no se mortifique. Charles tomará al cabo el buen camino. A todos les pasa lo mismo. Mire; ahí está Aristide Tritou, por ejemplo; usted lo conoce, es amigo de su marido, ¿no es cierto?

—Sí, — replicó Berthe con acritud. — Un holgazán que no sirve para nada. Nos debe cinco francos.

—Bien, — dijo Félix sonriendo; — ha entrado ahora en el buen camino. Está escribiendo algo muy hermoso para "La revue Ilustrée". Un cuento que se llama "Loutré", y Kersac se muestra muy interesado. Me dice que es una combinación de cuento popular y mucho efecto a la vez que un tratado profundo de psicología antigua y moderna. Coué y todo eso, ¿sabe usted? y luego magia imitativa, creencias primitivas de la infancia de la humanidad. Enormemente interesante. Algo como el material que publica Laffite. Kersac quiere que yo haga las ilustraciones, y tal vez lo publicará en varios números. Así es que, mire Berthe, si Tritou ha vencido, lo mismo sucederá con Charles No se mortifique.

La intención de Félix era buena, pero él no conocía a las mujeres. Berthe no se sintió regocijada ni estimulada con el éxito de Tritou; estaba perfectamente furiosa. Y

mientras se encaminaba de prisa a su casa su exaltada imaginación engrandecía este éxito, y mientras más lo engrandecía mayores proporciones alcanzaba su rabia. Estaba absolutamente ardiendo de indignación cuando abrió a puerta de su pequeño departamento, y tan pronto como descubrió a Charles derramó sobre su cabeza los torrentes de su ira.

—Hete aquí muy sentado, fumando y holgazaneando mientras triunfan los otros, — reprochó. — Aun ese Aristide Tritou, ese tonto, ese don nadie, surge y llega a ser alguien. Sólo tú eres un fracasado.

Charles estaba tan acostumbrado a sus reproches que por lo general no se tomaba el trabajo de replicar, pero al oír el nombre de Tritou se despertó su interés.

—¿Aristide? — preguntó. — ¿Qué le ha sucedido?

—Sucedido, — refunfuño Berthe, — nada le ha sucedido. Las cosas no suceden solas. Ha hecho algo. Ha escrito un libro maravilloso. Encontré por la calle a Fabián Félix y me lo contó todo. El ha ilustrado el libro, "La Revue Ilustrée" lo ha publicado como folletín y Laffite lo ha editado. Se llama "Loutré", y es una cosa estupenda. No solamente popular, sino científico. Lleno de psicología y Coué y magia imitativa y creencias primitivas y todo eso. Probablemente le darán el premio Goncourt por su obra.

—Vaya, vaya, — dijo Charles, — eso es magnífico. Me sorprende, pero me complace al mismo tiempo. ¿Así es que el amigo Aristide se ha vuelto autor famoso? Un libro ilustrado por Félix quiere decir mucho. Y que lo edite Laffite no es nada malo tampoco. Y ¿dices que lo han mencionado para el premio Goncourt? Si tuviera su dirección enviaría mis felicitacones al vejo camarada. Bueno(no te pongas tan furiosa por eso, Berthe. Su buena suerte nos hace más pobres.

Pero Berthe no estaba de humor para escuchar razones. Tiró la puerta, estrelló la vajilla en el lavadero de la cocina y derramó amargas lágrimas de envidia y enojo por su decepción y abandono.

Aristide podía haber vivido modestamente un mes con sus cien francos, cómodamente unas dos semanas, lujosamente unos cuantos días, más prefirió gastarlos gloriosamente en una noche. En consecuencia, a la mañana siguiente se encontraba tan pobre como antes, sólo que ahora no había ya un Kersac a quien sacarle dinero. Con Kersac, Aristide no podía ya contar. No se atrevería a presentarse al director siquiera por unos seis meses. Entre tanto llegaría el invierno y sus necesidades aumentarían. Hoy mismo el aire picaba ya de manera que hacía tiritar a Aristide en sus raídas vestimentas. Con infinito disgusto decidió que tendría que buscar trabajo.

La suerte le fué propicia y Aristide encontró trabajo. Cierto editor en pequeño, pasado de moda — Monsieur Frédéric Mondell, alsaciano de nacimiento y cuya especialidad era la publicación de libros de texto para escuelas primarias, manuales de ciencias domésticas, labores de aguja, artes aplicadas, decoración casera y, a fuer de aficionado, libros de versos, — necesitaba un ayudante lector de manuscritos. y Aristide consiguió el empleo. Su felicidad, empero, no estaba libre de nubes: el sueldo era reducido, las horas de oficina prolongadas y Monsieur Mondell insistía fastidiosamente en que la asistencia fuera puntual; pero la entrada era segura. y Aristide sentía que ahora le sería posible afrontar las heladas ráfagas del cercano invierno con cierto grado de holgura y de confianza.

Así, pues, Aristide hacía a pie todas las mañanas el trayecto a la oficina, escribía cartas de negocios en que se malgastaban lastimosamente las sutiles excelencias de su estilo, leía manuscritos que le aburrían extraordinariamente y corregía pruebas cuyo error principal a sus ojos era que se hubieran puesto alguna vez en letras de molde. A veces discutía sobre literatura con Monsieur Mondell, fumando ambos como chimeneas, declamando ambos sus propias poesías, querellándose violentamente y complaciéndose infinitamente, en consecuencia, el uno con el otro. Salían juntos a comer e un pequeño restaurant alsaciano donde la comida era tan buena que se podía excusar la fealdad de la criada, y después de la cena Aristide se encaminaba a casita y se ponía a leer. Siempre había sido lector voraz, apreciando la compañía de los libros más que la de cualquier persona; y este invierno, contando apenas con lo suficiente para las necesidades inmediatas y sin dinero que derrochar en cafés y cabarets, leía más que nunca. No se le veía en sus antiguas querencias. A veces pensaba adormilada y perezosamente en darse un brinco a las "Trois Couronnes", lugar especial de cita de todos los literatos novelos, pero ¡¡tenía que levantarse tàn temprano para ir a la oficina y su bolsa andaba tan lastimosamente flaca! Era mejor posponer la visita. Y así transcurrían las semanas.

Los parroquianos habituales de las "Trois Couronnes" estaban por lo general tan preocupados con sus propios asuntos que no echaban de menos a quienes por una u otra razón se mantenían alejados. Pero Aristide había sido muy popular; su ingenio agudo y su divertido cinismo, combinados con cierto atractivo personal, le habían granjeado muchos amigos, y cuando pasaron semana tras semana sin que apareciera por allí sus camaradas comenzaron a preguntarse el motivo.

—¿Qué diablos le ha sucedido a ese Aristide? — decían. — ¿Estará enfermo? No se le ve más por acá.

Una noche Charles Morissey estaba presente cuando se proponía de nuevo esta cuestión y se echó a reír mitad festiva, mitad amargamente.

—Por supuesto que no se le ve por acá. Probablemente no le veremos más. Aristide está perdido para nosotros... se ha hecho famoso.

Todos se mostraron sorprendidos e interesados.

—¿Aristide, famoso? ¡Quién lo hubiera creído! ¿Cómo lo has sabido, Charles?

—Mi mujer me lo contó, — suspiró Morissey. — A decir verdad, me lo repite todos los días. Me lo echa en cara siempre que puede. Está amarilla de envidia, y si hay alguien a quien aborrezca más que a mí, ese alguien es Aristide, seguramente.

—Pero, ¿qué es lo que ha hecho para enfurecerla así? — preguntaron.

—Bueno, escribió un libro, — informó Charles. — Yo no lo he leído; se olvidó de mandarme un ejemplar de regalo, y bien sabe Dios que no tengo dinero para una edición de lujo ilustrada por Fabián Félix. Más puedo decirles que es algo espléndido. ¿Se acuerdan ustedes cómo nos reíamos de él cuando andaba de acá para allá cargando esos enormes libros de Frazer, la colección de "The Golden Bough"? Pues parece que ha sacado provecho de sus lecturas. Su libro — el título es "Loutré" — es una novela científica o ciencia en forma de novela, como ustedes quieran. Trata de Coué, la autosugestión, la personalidad inconsciente, y además, las creencias primitivas, la magia imitativa y todo eso. Muy moderno y de mucho efecto. F. F. lo ha ilustrado, él mismo se lo contó a mi mujer; "La Revue Ilustréé" lo publicó como folletín y Laffite lo ha editado. Y para completar su triunfo Aristide ha sido mencionado para el premio Goncourt.

¿Es de admirar que no lo veamos ya por aquí?

Estas nuevas fueron recibidas con simpatía, envidia y pesar. Regocijábanse de que triunfara un camarada, pero sabían demasiado bien que, una vez famoso, no era ya su camarada. Lo habían perdido, no a través de la muerte sino a través de la vida, pérdida mucho más definitiva y abrumadora. Y algo de envidia entraba en la suma de sus emociones. ¿Por qué Aristide precisamente y no alguno de ellos? ¿Por qué le sonreía a él la suerte y no a cualquiera otro? Solamente Charles declaró ardiente y lealmente:

—No me hiere el triunfo de Aristide. En verdad que no. Lo que me irrita es que nos haya abandonado tan de golpe y completamente. Podría haber venido a buscarnos de cuando en cuando para estrecharnos la mano y conversar de tiempos pasados. Podía habernos dejado participar de su gloria. Yo le tenía gran cariño al amigo Aristide, y ahora le apretaría el pescuezo de buena gana por su mezquindad. Bueno; supongo que todos cambian en esta forma. El triunfo echa a perder el carácter.

Monsieur Frédéric Mondell era un hombrecillo cómico, rechoncho, calvo, miope, de manos regordetas y andar de pato. Su acento era ridículo, sus versos execrables; y, sin embargo, las musas no tenían paladín más entusiasta que este importante tipo alsaciano. Amaba y comprendía la poesía y, lo que es más raro aún, amaba y comprendía a los poetas. El individuo más desharrapado que se le presentara con un manuscrito de versos bajo el brazo estaba seguro de obtener audiencia, y si Monsieur Mondell creía descubrir algún talento, los publicaba sin pensar en sus utilidades personales. Todo el provecho que sacaba de sus libros de texto, de cocina y de ciencias domésticas se iba en esos pequeños volúmenes de poesía contemporánea que publicaba con un orgullo y deleite que jamás le procuraban sus ediciones más lucrativas. Sus amigos le reprochaban a veces la locura de afición tan costosa, pero él no les hacía ningún caso. Se había conservado soltero y sus necesidades personales eran insignificantes y, por último, para silenciar sus argumentos declaraba siempre su bien amada poesía de Heine:

No rechaces con frío menosprecio
Al poeta novel que a ti se arrima,
Menesteroso, en busca de tu amparo:
Quizá del Númen sea un elegido,
Y un día lo verás, la frente ornada
Por el fúlgido lauro de la gloria,
Que te mira, y entonces el reproche
No podrás resistir de su mirada.

Cierta hermosa mañana de febrero uno de los intelectuales de las "Trois Couronnes" abordó en la calle a Monsieur Mondell ofreciéndole un poema épico en tres tomos. Mondell se echó a temblar; sabía que era incapaz de negarse, pero sabía también que en aquellos momentos le sería fatal darse el lujo de publicar otro libro invencible. Trató humanamente de evadir esta difícil situación sin aparentar que lo hacía y respondió en tono alentador:

—Envíeme usted por ahora el manuscrito. Mi lector, Monsieur Tritou, pasará su informe.

El poeta épico miró a Monsieur Mondell con los ojos muy abiertos.

—Tritou, — repitió. — ¿Se refiere usted a Aristide Tritou? ¿Es él quien lee sus manuscritos?

—Sí, — respondió Mondell. — ¿Lo conoce usted?

El otro suspiró.

—Ah, no; no lo conozco personalmente. No conozco a celebridades... todavía. Pero naturalmente lo conozco mucho de oídas. ¿Quién no conoce al autor de "Loutré"? Ha sido, verdaderamente, el libro del año. Laffite fué afortunado al conseguirlo. Todo el mundo dice que el libro es magnífico y que se vendería muy bien aun sin las ilustraciones de Félix.

Mondell quedó estupefacto. ¿Cómo era que ese diablo de Aristide jamás había mencionado su libro? Tan exagerada modestia era demasiada virtud. Pero disimuló su sorpresa y contestó solamente:

—¡Oh! ¿Fué Félix quien hizo las ilustraciones?

—Sí, sí; — le aseguró el poeta. — Kersac lo publicó como folletín en "La Reveu Ilustrée", y Félix y Kersac son íntimos amigos. Por otra parte, el libro es de la índole que le agrada a Félix. Algo fuera de lo corriente, sabe usted, y muy profundo e interesante. Lleno de psicología... Coué, autosugestión, personalidad inconsciente; y leyendas populares, magia imitativa, creencias primitivas de la humanidad, etcétera. Enteramente moderno. No es de admirar que casi obtuviera el premio Goncourt.

Mondell asintió gravemente con la cabeza. — No es de admirar, — repitió. Y estrechando la mano a su poeta y prometiéndole cuanto quiso, se encaminó apresuradamente a sus oficinas.

Mondell odiaba "les silences", la reserva que aisla y que divide y que, una vez adop-

tada, aumenta constantemente en potencia siniestra. Estaba muy bien callar cuando se había dicho todo lo que hubiera que decir; el silencio era entonces dulce, consolador, un vínculo de unión. Pero callar cuando algo le hurgaba la imaginación era absolutamente contrario a su naturaleza, y así decidió, mientras seguía su camino, explicarse al punto con Aristide. ¿Por qué había usado el mozo de tanta reserva? ¿Por qué, sobre todo, habiendo escrito un libro espléndido, por qué darlo a otro editor? ¿Era realmente Pierre Laffite casa editora tan superior a Frédéric Mondell? El pobre Monsieur Mondell se sintió menospreciado y perplejo, y como tenía gran cariño a Aristide — lo suficiente, en efecto, para querellarse violentamente con él — sintióse también herido. Había brindado plena confianza a su joven lector y esperaba confianza en retorno. Bueno; vería cómo explicaba Aristide su actitud.

Encontró al joven envuelto en una nube de humo, recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio, leyendo las galeradas de un publicación de Mondell. Cuando entró su jefe, Aristide levantó los ojos y bostezó.

—¡Santo cielo, qué broza! — exclamó. — ¡Qué broza más miserable, intolerable, insufrible! ¿Cómo ha podido usted aceptar cosa semejante? "Building a Home" (Edificando el hogar)... si alguien me edificara un hogar de acuerdo con este libro la asesinaría sin más trámite.

Monsieur Mondell, sin embargo, desdeñó salir a la defensa de su nueva publicación. Colgó su sombrero, se instaló en su silla giratoria y, volviéndose a Aristide, prorrumpió bruscamente:

—Dígame, Tritou, ¿cómo es que nunca me ha hablado usted de "Loutré"?

Aristide se enderezó en la silla y miró de hito en hito a Mondell. ¿Loutré? ¿Loutré? ¿Qué quería decir con eso? De pronto recordó, experimentando cierta confusión. Monsieur Mondell era muy escrupuloso respecto de la honradez personal, y Aristide tenía sus dudas de que encontrara el chiste a su hazaña de sacarle cien francos a Kersac. Decidió, por consiuiente, que buscaría alguna excusa... pensó vagamente en alguna carta extraviada o algo por el estilo... y con el objeto de ganar tiempo preguntó:

—¿Por qué había yo de hablarle de "Loutré"?

Monsieur Mondell se puso muy acalorado y excitado.

—Bueno; si yo hubiera escrito un libro brillante, el libro del año, a decir verdad, un libro ilustrado por Félix y publicado como folletín en "La Revué Ilustréée", un libro editado últimamente por Laffite y mencionado para el premio Goncourt, le habría hablado a usted de eso. Por lo tanto, debería de esperar igual cosa de su parte.

Aristide quedó estupefacto. ¿Se burlaba acaso Mondell? Pero, no; su cara de luna llena aparecía casi puerilmente seria y resentida. Entonces, ¿qué significaba todo aquello? ¿Por ventura Loutré, a quien había abandonado ignominiosamente en el limbo de las cosas a mitad creadas, vacilando suspenso entre el ser y el no ser, por ventura Loutré, sin consultar a su hacedor, había decidido lanzarse a una carrera de su propia elección? Bueno; de ser así, el hombre había hecho maravillas. Félix, Laffite, el premio Goncourt... apenas podría mejorarse todo esto. Una ficción autógena, se dijo Aristide a sí mismo con sorna. Está bien: no perturbaría a Loutré en su aventurera empresa, no descubriría el pastel. Así, grandemente divertido en su fuero interno, dijo solamente en voz alta:

—¿Quién le ha contado todo eso de Loutré, Mondell?

—Ese estúpido de poeta me lo dijo, — refunfuñó Mondell, — ese Lucien Dupré. Quiere que publique su poema épico y cuando lo mencioné a usted como mi lector, comenzó a despepitarse. Todo el París literario, dice, está loco con el libro. Eso de las ciencias ocultas, leyendas populares, creencias primitivas, magia imitativa y todo lo demas ha hecho un efecto tremendo. No puedo comprender porqué no me trajo a mí su libro, Tritou. Siempre he creído que éramos verdaderos amigos.

Aristide su puso de pié, dominando con su altura al hombrecillo, y dijo muy seria y efusivamente:

—Mire, Mondell, no sé lo que le ha dicho Dupré; exageraciones, probablemente. Confieso que Loutré fué un éxito inesperado, pero jamás creí ni por un instante que pusiera en movimiento al París literario. Una cosa puedo asegurale... le doy a usted mi palabra: Loutré fué concebido y... (vaciló un segundo)... creado antes de que lo conociera a usted. Le aseguro solemnemente que nunca habría podido presentarle mi libro. No había posibilidad de hacerlo. Me dará una pena enorme que piense usted otra cosa.

Mondell, cuyo corazón, a pesar de estar envuelto en capas y más capas de grasa era por naturaleza generoso, aceptó inmediatamente la explicación de su amigo.

—Perfectamente, Aristide, — declaró. — No estoy ya resentido, sólo que lo siento mucho. Habría querido publicar ese libro. Bien; veremos lo que se puede hacer en lo futuro.

Restauradas así la paz y la armonía en la oficina, entregáronse ambos o sus tareas riéndose todavía Aristide interiormente de Loutré y de las extravagantes pretensiones de Loutré.

A la mañana siguiente le dijo Mondell:

—Mire, Aristide. Vamos a buscarnos un nuevo ayudante, algún mocito que escriba las cartas y corrija las pruebas y desempeñe las labores menudas de la oficina. Y a usted voy a darle un pequeño despacho particular y usted va a escribir un libro para mí. Por supuesto, no será del alcance de "Loutré"... no se escribe una obra maestra cada tres meses... pero hará algo de mérito y yo quiero editarlo elegantemente. Pediría a F. F. que lo ilustre, sólo que está de viaje al Japón; pero conseguiremos a Zip o a Pierre Crachée para que nos haga las viñetas y quizá hasta dibujos de una página entera. Todo el mundo se dará por bien servido de

colaborar con el autor de "Loutré".

Aristide se encogió de hombros diciendo: — Como usted quiera; — y mientras Mondell se agitaba en las preparaciones para el nuevo arreglo, él se puso a desocupar su viejo escritorio, preguntándose vagamente si habría hecho bien en dejar que Loutré se saliera con la suya.

Pronto se encontró un nuevo empleado y Aristide comenzó a escribir el libro. Era una especie de fantasía titulada: "Fairy Tales for the Worldly-Wise" (Cuenos de hadas para los avisados) y relataba allí a su manera la "Verdadera historia de la pérdida del paraíso", la "Ultima visita al edén", "La tragedia auténtica de Eva" y cosas por el estilo. Todo en tono jocoserio, todo más o menos original y fantástico, pero imbuído de aquella verdad íntima y profunda (la "vraie veríté", como han dicho los Goncourt) que tiene el brillante realismo de todas las cosas irreales. Mondell no estaba descontento; aquí y allá algo le agradaba especialmente, pero aun cuando decía: — Espléndido, espléndido, — añadía invariablemente:

—¿Cree usted que puede compararse con "Loutré"?

Aristide, que por entonces estaba cansado e irritable y, por lo tanto, enteramente irrazonable, estalló un día:

—Mire, Mondell, — gritó, — es preciso que no se repita. Estoy harto de Loutré. No quiero oír una palabra más sobre eso. Estoy escribiendo para usted lo mejor que puedo; si no le satisface, no lo publique.

Mondell trató de aplacar a su airado amigo.

—Usted sabe que me satisface su trabajo, — le repitió una y otra vez. — Sólo que, naturalmente, estoy ansioso de hacer algo realmente bueno con su libro. Vendrá a continuación de un gran triunfo, como usted sabe. Y, a propósito, no he leído todavía "Loutré". ¿Puede usted darme un ejemplar?

—No tengo ninguno, — refunfuñó Aristide.

—Enviaré donde Laffite por unos cuantos volúmenes, — sugirió Mondell, pero Tritou se encolerizó de nuevo.

—No hará usted nada de eso. Yo le daré el libro tan pronto como pueda. Por ahora, hágame el favor de olvidar a "Loutré". Quiero que mi nuevo libro sea juzgado de acuerdo a sus propios méritos. Nade de comparaciones, por amor de Dios. Si no acepta usted mis condiciones, dejo de escribir.

La armonía se restableció pronto con la promesa de Mondell de dejar en paz a "Loutré", y Aristide escribió otra media docena de cuentos fantásticos.

Las ilustraciones de Pierre Crachée fueron deliciosas. De colorido ruso, lineamientos atrevidos, hábil perspectiva, representaron el mejor trabajo del joven y famoso ilustrador. Mondell se mostró muy satisfecho, y cuando finalmente estuvo el manuscrito en prensa y las ilustraciones listas, ofreció un almuerzo a Aristide y a Crachée donde se bebieron vinos excelentes, brindando los tres por el éxito de la nueva obra. Durante el almuerzo ocurrió súbitamente una idea a Mondell.

—¿Sabe usted, Aristide? — dijo. — Voy a ver a Kersac para pedirle que nos escriba un prólogo para su nuevo libro. El publicó "Loutré" y tendrá gusto de hacer esto por usted.

Aristide había bebido demasiado para preocuparse o argüir de lo que fuera.

—Que Loutré se las arregle como pueda, — pensó, todo soñoliento. — No me voy a molestar más por él.

Mondell se dirigió a la mañana siguiente a las oficinas de "La Revue Ilustrée", pero no pudo ver a Kersac. El director estaba enfermo. Un descuidado y traidor resfrío de primavera se le había convertido en neumonía, y aunque la noticia no había transpirado al público, todo el personal sabía que Kersac estaba desahuciado. El prólogo, por lo tanto, no pasó de proyecto.

El nuevo libro apareció y tuvo éxito bastante placentero. Los revisteros lo comentaran en términos favorables; aplaudieron el arte, algo afectado, de sus encantadoras frivolidades, pero una revista decía: "Del autor de "Loutré" podía esperarse material de más aliento"; en tanto que otro joven cronista comenzaba: "Todos los admiradores de "Loutré" se deleitarán con este nuevo libro escrito en la misma vena y con igual talento festivo." Aristide reía en su fuero interno mientras leía estos artículos. — Todo individuo debería de tener su "Loutré", — decía. Pero en medio de sus bromas no estaba del todo tranquilo y hubiera preferido no haberse enredado con Loutré.

Mondell estaba más satisfecho todavía que Aristide con el éxito de los "Fairy Tales for the Worldly-Wise, y comenzó al punto a tirar planes para otro libro que éste habría de escribirle.

—El autor de "Loutré", — decía, — debe continuar siempre en la brecha.

Aristide, que se preparaba a gozar de un período de holganza y contemplación, se vió así obligado a nuevas labores, labores que le incomodaban más o menos y avivaban su rencor contra Loutré, cuyas ambiciosas demandas de gloria mantenían al pobre Tritou clavado en su escritorio cuando una primavera espléndida invitaba a los espíritus remolones a solazar y soñar. Más de una vez trató de rebelarse y escapar, pero Mondell estaba sobre él forzándole a trabajar, instándole en nombre de "Loutré", hasta que al cabo Aristide se veía precisado a ceder. La primavera se convirtió en verano, el verano se transformó en otoñó, y apareció el nuevo libro. En los escaparates de las librerías se ostentaba un tomo amarillo que llevaba en letras negras y rojas la inscripción: "VIENT DE PARAITRE" — Nuevo libro por el autor de "Loutré".

En la fecha de la publicación vino Mondell a felicitar a Aristide y congratularse él mismo, trayéndole el primer ejemplar encuadernado de su libro. Y mientras subía las escaleras que conducían al pequeño desván donde habitaba Aristide, decidió que ahora tendría Tritou que procurarse un nuevo alojamiento. El autor de "Loutré" debía vivir en otra clase de ambiente. Apenas pa-

sados los primeros saludos comenzó a hablar de sus planes.

—Mire, Aristide, usted tiene que mudarse. Ya no es usted un bohemio. Tiene un nombre y una reputación que sostener. La gente se sorprendería si supiera que el autor de "Loutré" vive en este zaquizamí. Conozco un alojamiento espléndido para usted. Myers, el americano, tiene un lindo esitudio en el Cours La Reine y quiere subarrendarlo porque regresa a Nueva York. Voy a conseguirme ese departamento y lo instalaré a usted allí. Es exactamente lo que usted necesita. Aquí no puede recibir a nadie.

Aristide no se mostró muy satisfecho.

—Estoy muy bien aquí, — dijo. — Me gusta el sitio; estoy acostumbrado a la vista por encima de los tejados, y nunca recibo visitas en todo caso. ¿Con qué objeto tomarse toda esta molestia?

Mondell, empero, fué implacable.

—Tiene usted que mudarse, — insistió. — A decir verdad, tiene usted que cambiar todo su género de vida. Ha aprendido a trabajar; ahora tiene que aprender a gozar de una holgura distinguida, siempre que sea posible holgar. En una palabra, amigo mío, — añadió sonriendo, — tiene usted que vivir como lo exige "Loutré".

Y así Aristide y sus instintos se vieron arrollados de nuevo y la mudanza se verificó.

El nuevo departamento representó, efectivamente, una nuevavida para Aristide. Mondell había arreglado las piezas con esmero infinito y conmovedor, llenando el anaquel con vinos de las mejores marcas, el salón de fumar con cigarrillos de las mejores marcas y los numerosos vasos con deliciosas flores que una florista de confianza tenía encargo de renovar dos veces por semana. Un criado japonés ponía en orden el departamento y atendía a las necesidades de Aristide, y todas las mañanas a las diez aparecía una taquígrafa excelente a quien Aristide tenía que dictar hasta cerca de las tres, con una corta interrupción para el almuerzo. Mondell había hecho más todavía. Había reanudado antiguas relaciones, visitando amigos largo tiempo olvidados y poniéndose en contacto con el círculo conservador del París literario: todo en interés de Aristide, quien, en consecuencia, se vió lleno de invitaciones y tuvo apenas un momento para pensar en sí mismo. Irreprochablemente vestido, tomaba el te en numerosos salones, asistía e invitaba a sesiones privadas de lectura, era comensal asiduo en banquetes de etiqueta y por todas partes recibía agasajos y alabanzas a fuer de autor de "Loutré" y otros libros exquisitos. En vano trataba de colocar en primer término sus nuevas obras. "Loutré" era siempre el centro de interés, la nota predominante en la sinfonía de lisonjas; y en cierta ocasión oyó incidentalmente a un joven escritor, que también había escalado las cimas de la gloria, decir a otro artista:

—Sí; se venden bien esos libros de Tritou, pero, francamente, no vale gran cosa. Se venden en razón del éxito de "Loutré". Yo no he leído esta obra... la ciencia no es mi fuerte, como usted sabe..., pero oigo decir por todas partes que es algo extraordinario. Y el público es así: una vez que ha hecho usted algo bueno, acepta aun lo mediano calificándolo de excelente.

De tiempo en tiempo ocurría a Aristide la idea de escribir realmente "Loutré", pero pronto se convenció de que era empresa del todo imposible. Loutré se había emancipado. Había alcanzado dimensiones vagas, pero gigantescas: algo como un trasgo de los cuentos de hadas, que, una vez escapado de la botella fantástica, es imposible encerrar en los estrechos confines de una prisión circunscrita. Era idea extravagante, pero Aristide imaginaba a veces que Loutré había tomado posesión de él, en cuerpo y alma, y lo modelaba de acuerdo a extraños y descoyocidos propósitos; que su pobre personalidad indolente, alegre, optimista, se había convertido en esclava de Loutré, como Simbad era el esclavo del Viejo del mar; y que, por más que hubiera ganado en comodidades materiales, había perdido por completo su libertad espiritual.

Mondell no se laba cuenta, por supuesto, de las extrañas y perturbadoras ideas que albergaba la mente de Aristide. Estaba francamente deleitado con el éxito de su protegido, y se encontraba al rico y agasajado Aristide mucho menos jovial y mucho más irritable de lo que había sido el poeta pobre, lo atribuía al temperamento voluble del artista que, habiendo obtenido todas las cosas posibles demandaba aun a la suerte lo imposible. A decir verdad, reconocía que este sello de desencanto y melancolía iba muy bien a Aristide y tenía su valor en el mercado; mientras más sombríos eran los cuentos de Tritou más parecían agradar al público, y la mejor sociedad asistía siempre a sus lecturas preliminares. A veces pensaba Mondell que era la manera de Aristide más que sus cuentos lo que le granjeaba triunfos como lector. En puridad de verdad, casi nunca los leía: sentado en un mullido sillón, de preferencia al lado del fuego, o recostado contra el muro o contra alguna columna, refería sus historias con un aire de naturalidad indolente, indiferente, que despertaba, sin embargo, emociones extrañas. Mientras hablaba, removía un cigarrillo entre sus afilados y morenos dedos y, si la luz era suficientemente opaca, acentuaba sus pausas haciendo centellear el fuego de su cigarrillo, que en cierto momentos adquiría tintes y resabios decididamente sulfúreos. — ¿No es más actor que poeta? — se preguntaba Mondell; y alguna vez mencionó algo de esto a Tritou quien miró amenazadoramente a su amigo sin dignarse responder, y el tópico quedó abandonado para siempre.

Sea cual fuere la especial cualidad de Aristide, histriónica o poética, poseía indudablemente atractivo personal, y aun el club más exclusivo, Femina, lo invitó a uno de sus famosos tes literarios otorgándole el primer lugar en el programa. Así, pues, Mondell orgulloso y extasiado ,y Aristide ceñudo y de mal humor, se dirigieron el día señalado a la Avenue des Champs Elysées donde el club tenía sus cuarteles en un distinguido palacete. Durante el trayecto Mondell comen-

tó con entusiasmo la buena suerte de su amigo.

—Le digo, Aristide, que tiene usted motivo de sentirse satisfecho, — declaró, — Cuando me acuerdo cómo estaba usted el año pasado: desharrapado, raído, hambriento, mendigando un empleo, y ahora elegante, agasajado, triunfante, invitado a Memino... es maravilloso. "Loutré" lo ha formado.

—Así me lo figuro, — admitió Aristide; más no parecía muy complacido y su rostro no se iluminó ni siquiera cuando se presentó ante el selecto auditorio disponiéndose a hablar. Miró sombríamente a las damas cubiertas de sedas y a los correctos caballeros, e inclinándose hacia adelante en el "fauteuil" que se le había designado, comenzó:

—Ayer, cuando el helado viento azotaba con ráfagas de granizo las desoladas calles, entré en un pequeño café a la vuelta de la esquina para abrigarme las manos con una hirviente taza de te. Y de pronto describí a Satán sentado a una mesa, aislado, solitario, abandonado, infinitamente aburrido. Me sentí en cierto modo impelido a dirigirle la palabra, a consolarlo, a mostrarle un poco de simpatía humana, tan enderezadamente miserable se le veía. Me acerqué, pues, a su mesa, le ofrecí un cigarrillo y entablé la acostumbrada conversación.

—¡Qué tiempo más horrible! — dije. — Estoy helado hasta los huesos.

—Sí, — admitió Satán, — es bastante malo; pero, también, ¿qué otra cosa podría esperarse? Es invierno, después de todo.

—Para usted debe ser especialmente desagradable, — me aventuré a decir. — Usted está acostumbrado a otra temperatura.

Satán me miró fríamente. — ¿Cómo así? — preguntó.

Yo balbuceé, confuso: — Bien; por cuanto yo me sé, hace bastante calor en su residencia: el fuego infernal donde se asan los pecadores y todo lo demás debe...

Satán me interrumpió con impaciencia: — Es increíble, — exclamó, — la superstición pueril de la gente. Usted mismo, un hombre culto, literario, inteligente, es capaz de repetir semejantes fábulas necias, buenas para los chiquillos. Le aseguro que está grandemente equivocado. Gozamos allá de un clima perfecto, una mezcla de la frescura primaveral con la templada suavidad del otoño. En nuestro huertos, más bellos de lo que su limitada fantasía pudiera imaginar, ostentan los árboles sus flores y frutos a la par. Nuestros pájaros tienen los colores del arco iris y cantan trinos de las más puras melodías. Y nada puede compararse al perfume de nuestras flores. Las ideas de usted de mi morada son, por lo tanto, extraordinariamente incorrectas.

Enrojecí ante el reproche, pero mi curiosidad se había despertado. Quería saber más. Proseguí, en consecuencia: — Pero, las almas perdidas, — preunté tímidamente, — lo condenados... ¿qué se?...

No me dejó concluir. Levantó la mano y su rostro expresó penosa reprobación. — ¡Qué palabras! — suspiró, — ¡qué expresiones tan crudas! Almas perdidas.. condenados... me apena oirle decir tal cosa. Nuestros huéspedes, como "nosotros" los llamamos, son perfectamente libres allí, y hacemos cuanto es posible para procurarles distracción y solaz. Conciertos, teatros, banquetes, exposiciones de arte, "bals marqués", todo se les ofrece en profusión. Y para quienes tienen gustos más tranquilos y eruditos hay bibliotecas de libros y manuscritos raros, colecciones de estampas y de grabados al agua fuerte, todo lo que se pueda imaginar, en una palabra. Hacemos cuanto está a nuestro alcance para satisfacer cualquier deseo, sin omitir gasto por grande que sea. —

Quedé estupefacto de sorpresa. — ¡Cuán maravilloso! — exclamé. — Vamos, que eso se asemeja más al cielo que a otra cosa.

Satán pareció complacido. — Sí; nuestra residencia es una copia exacta del cielo, — confió. — Hay todo lo que se encuentra en el cielo, y todavía más elegante, mas cuidado, más exquisito, más sutil. Nuestros huéspedes tienen todo lo que hay en el cielo, solamente...

—Solamente... — repetí yo con un vago estremecimiento de terror.

—Solamente, — repitió Satán con tristeza, — que no pueden olvidar ni por un momento que no están en el cielo.

—¿Y eso, — pregunté, — eso es?..

—Sí, — replicó Satán, desconsoladamente, — eso es. Tener todo lo que puede ofrecer el cielo y, sin embargo, no estar en el cielo... eso es el infierno.

Y mientras yo meditaba todavía estas horribles palabras, él desapareció de la mesa.

Al terminar, Aristide se reclinó en su "fauteuil" y encendió un cigarrillo. Tuvo en seguida que ponerse de pie para agradecer los aplausos, que fueron generosos y espontáneos porque, a despecho de la ligereza del cuento, su manera de relatarlo había sido de mucho efecto y los oyentes se sintieron indiscutiblemente impresionados. Junto a Mondell había dos señoras: la una, evidentemente, "trés grande dame", y la otra, de manera igualmente evidente, su "dame de compagnie"; y la primera, la gran dama, dijo a Mondell con vivo entusiasmo:

—Pero, es encantador este joven. Muy "spirituel" y al mismo tiempo deliciosamente guapo. ¿Sabe usted? He estado pensando todo este tiempo que haría una figura admirable en el cinematógrafo. Entiendo que es amigo de usted. Hágame el favor de prsentármelo.

Mondell se inclinó y fué a buscar a Aristide, inquiriendo al paso discretamente quién era la gran dama que tanto se interesaba por Aristide. Sintióse deleitado cuando le participaron que ra Madame la Comtesse de Ségur, que pertencía no solamnte a la aristocracia de la cuna, sino también a la aristocracia del talento, y quien, descendiendo de una familia de sabios y escritores, reunía en sus salones a todos los que o bien poseían un "hótel" en el boulevard Saint Germain o bien moraban en las alturas del Parnaso. Aristide fué llamado y debidamente presentado, y en seguida la condesa le invitó graciosamente a tomar el te en su casa el próximo domingo. Luego tuvo el autor que ser presentado a otros concurren-

tes, pero Mondell permaneció cerca de la condesa contando las alabanzas de su amigo.

—Será un honor para mí, Madame, — dijo, — enviarle a usted los libros de Tritou que yo he pubiclado, pero debe usted conseguirse también su obra más importante, "Loutré". Es algo muy intenso y profundo; más bien un tratado, podría decirse, que una novela. Habla de la psicología moderna, la autosegestión, el ser etéreo, la doble personalidad; y también se refiere a los arcanos de la mente humana, las creencias primitivas de la humanidad, la magia imitativa y otros aspectos de la vida subconsciente; todo esto agrupado en torno de la figura central, Loutré, apache y actor al mismo tiempo. Debo confesar para mi vergüenza que yo no he leído todavía el libro. Siempre me propongo hacerlo, del mismo modo que me prometo leer algún día el "Froissat" y el "Don Quijote" original o el "Dante" en italiano...

La condesa de interrumpió, riendo:

—Lo comprendo a usted, querido Monsieur Mondell, porque me encuentro en igual caso. Podría escribir un libro sobre las innumerables obras que intento leer: libros que todos conocemos, que todos citamos; libros que constituyen nuestro capital mental, que son, en cierto modo, nuestra propiedad intelectual y espiritual y que al fin, sin darnos cuenta, nunca llegamos a leer. Más, volviendo a su simpático amigo... ¿usted no ha leído su libro, pero?...

—Me aseguran por todos lados, — continuó Mondell, — que es algo verdaderamente hermoso, contribución notable al ramo de nuestra literatura en que se combinan las "belles lettres" y la ciencia. Estoy seguro que despertará en Madame profundo interés.

—Indudablemente que me interesará, — dijo la condesa vivamente. — Desde ahora estoy muy interesada en el libro y en su autor. No olvide usted comprarme el libro antes del domingo, — agregó, volviéndose a su "dame de compagnie". Lo encontrará usted donde Brentano, sin duda alguna.

Y en seguida cesaron las conversaciones por que "a petición general" Aristide hubo de relatar otro cuento

La condesa lo recibió el domingo siguiente con tan efusiva cordialidad que le hizo sentirse inmediatamente a sus anchas.

—No tengo a nadie para el te, sino a usted, Monsieur Tritou, — le dijo, — porque soy una golosa intelectual. Los vinos ordinarios se mezclan con aguas minerales, se suaviza el amargo del "vermut" y la aspereza de la ginebra con agua de azahar, azúcar y otros ingredientes para hacer un "cocktail"; pero si le ofrecen a usted un raro néctar, usted lo prefiere puro, sin mezcla, solo, para apreciar mejor el exquisito sabor. Así, no quiero hoy más visitantes que usted. Mi sobrino estuvo aquí para el almuerzo, pero lo despaché. Quiero conversar con usted, de usted y de sus obras. Constance, ¿compró usted "Loutré", no es cierto?

La "dama de compagnie", que servía el te, se sintió despavorida. Había olvidado por completo ese miserable libro. Pero era imposible confesarlo: la condesa se pondría furiosa. En consecuencia, cesó de remover la vajilla y respondió prontamente:

—Ciertamente, Madame. Lo compré ayer y lo puse en este velador con el último número de la "Revue des Deux Mondes".

Aristide miró la mesa indicada con una especie de maravillado pavor. Apenas si le habría sorprendido descubrir allí verdaderamente el libro. Ahora todo le parecía posible. Pero la mesa estaba conspicuamente vacía

—No lo puedo entender, — dijo Mademoiselle Constance; — yo misma he visto los libros esta mañana. Tres volúmenes... ¿no son tres, Monsieur Tritou?.. lindamente encuadernados. No sé quién pueda haverlos tomado.

—Quizá mi sobrino se los llevó, — sugirió la condesa, sonriendo. — Tal vez comenzó a hojearlos y, leyendo algunas líneas, no pudo resistir la tentación y alzó con ellos. Es un homenaje a usted, Monsieur Tritou. Más no nos lamentemos por el libro en tanto que tenemos al autor. Y, después de todo, me ocurre, Monsieur Tritou, que usted puede presentarme un ejemplar y aun firmar tal vez una amable dedicatoria...

—Madame, — interrumpió Aristide con un tono de sinceridad que complació a la condesa; — nada podría causarme mayor placer que ofrecerle a usted este libro si me fuera posible. Pero, ¡ay de mí! nosotros los autores individuos muy negligentes. No tengo un solo ejemplar. Y en cuanto a comprarlo.. (encogió elocuentemente los hombros) Mademoiselle ha realizado un milogro al conseguirlo Dudo que exista otro volumen en todo París.

Constance, satisfecha del cariz que tomaban las cosas, corroboró vivamente las palabras de Aristide.

—En verdad, Madame, — explicó. — me costó mucho trabajo conseguirlo. No le tenían donde Brentone; y al cabo lo encontré en una pequeña librería del Palais Royal. Evidentemente se ha agotado la edición.

—Sí, — continuó Aristide; — se ha agotado la edición, y si alguna vez lo he sentido nunca ha sido como ahora.

—No hay motivo, — gorjeó la condesa. — Debe usted sentirse orgulloso de que una obra de este calibre se haya vendido tan bien. Entonces, me ofrecerá usted el primer ejemplar de la segunda edición.

—La segunda edición, — suspiró Aristide, — ¡cómo quisiera tenerla delante de mis ojos! Pero usted sabe, Madame, lo que son los editores. Y tampoco es posible censurarlos. La impresión de libros es un lujo costoso en nuestros días. Ahí tiene usted a mi amigo Mondell...

—Ah, sí, Monsieur Mondell, — recordó la condesa. — Ha sido tan amable de mandarme las otras obras de usted, por lo cual le estoy muy agradecida. Me ha deleitado inmensamente la lectura de sus "Fairy Tales for the Worldly-Wise". Léame otra vez "Las rosas azules". Creo que es mi cuento favorito.

La condesa, que andaba cerca de los cincuenta años, no conservaba ilusiones sobre sí misma. Sabía que ya no era joven y decía a veces con crispada sonrisa:

—Soy la criatura más desgraciada del mundo. Soy mujer encantadora que ya no encanta a nadie.

Más aunque hubiera perdido la figura y las facciones de la juventud, poseía todavía la vivacidad, el entusiasmo, la percepción rápida de un corazón y una mente juveniles; y si bien era enemiga desagradable, podía ser la más deliciosa y servicial amiga. Y se convirtió inmediatamente en leal y decidida amiga de Aristide. Agradable éste sin restricción, aunque le repetía incesantemente:

—Usted ve, — explicaba, — hay personas excelentes en todo sentido. No puedo criticarles nada; piensan como se debe, hacen siempre lo que se debe; y, a pesar de todo, me desagradan. En cambio hay otras que me irritan constantemente, que me molestan y encolerizan con cada detalle de su pdrsonalidad; personas que jamás hacen lo que yo espero, jamás dicen lo que gustaría oírles decir, nunca se comportan como a mí me parece que deberían portarse. Y, sin embargo, todo bien considerado, son las personas que me interesan, las que me gusta tener alrededor, las que verdaderamente quiero. Usted, Aristide, pertence a esta clase. Me aburre extraordinariamente, lo quiero a pesar de todo. Y por lo mismo que le tengo cariño he de decirle con franqueza que está perdiendo el tiempo. Usted es más que un escritor: es un sabio, un hombre de ciencia. Conoce usted los rincones más ocultos de la mente humana, el obscuro pasado de la raza. En lugar de escribir cosas cínicas, ligeras... por más deleitosamente que lo haga... debería usted darnos obras de valor reconocido, cosas monumentales. Pero es usted abominable perezoso.

Aristide levantó los ojos de la taza de te con que había estado jugando y preguntó con su sonrisa peculiar:

—¿Quién le ha dicho a usted, "chére amie", que soy un sabio y un hombre de ciencia Quizá está usted equivocada en esta suposición.

—¡Disparate! —— prorrumpió la condesa vigorosamente. — El autor de "Loutré" es un sabio y un hombre de ciencia. No me venga usted con disimulos; solamente que, como he dicho, y es una lástima, es usted una criatura negligente. Pero voy a tomarlo bajo mi cuidado; le voy a encontrar su verdadero sitio y su verdadera carrera.

Aristide levantó las manos con fingido terror.

—¡Por piedad, — suplicó, — no abuse de mí! Como quiera que sea, no haga de mí un profesor. Me resistiría a eso.

—Pero, ¿por qué? — insistió la condesa. — Haría usted un excelente prefesor. Se le ve tan deliciosamente pintoresco. Podíamos nviarlo a usted a los Estados Unidos en el cambio de profesores y se casaría con alguna rica heredera. ¿No le gustaría eso?

—No, — declaró Aristide con decisión, — por nada. Y sin embargo, jamás puedo hacer lo que yo quiero. Llevo una vida que me desagrada absolutamente. Después de todo, no habría mucha diferencia.

—Ninguna absolutamente, — asintió la condesa. — Si llevara usted la vida de sus sueños, la detestaría lo mismo. Las cosas sólo parecen agradable de lejos. El encanto de la distancia les presta gracia y colorido y belleza; pero cuando estamos cerca encontramos la misma sordidez, la misma estupidez el mismo gris e intolerable hastío. Voy a hacer por usted aquello que le conviene y no aquello que le agrada porque, pensándolo bien, no hay nada agradable en este nuestro decepcionado mundo.

La condesa cumplió su palabra. Sin consultar a Aristide en lo menor se ocupó en descubrir algo realmente apropiado para él, una posición de acuerdo con sus grandes dotes en que ella creía implícitamente. y el dios de la suerte estuvo de su parte. En cierta reunión en Lenten conoció a Monsieur Du Fayel, rico industrial que, retirado de los negocios, se interesaba ahora en los abstrusos dominios de la psicología y de la literatura y cuya ambición por el momento era fundar en Nancy, su ciudad natal, una revista mensual distinguida que llevaría el nombre de "Revue Du Fayel". Confió sus planes a la condesa quien lo escuchó con vivo interés, y cuando él añadió:

—¿Sabe usted, Madame? ¿Quiero hacer algo exquisito, muy literario y verdaderamente científico al mismo tiempo. Algo intermedio, diremos, entre la "Revue des Deux Mondes" y el "Hibbert Journal".

—¡Espléndido, espléndido! — exclamó ella con entusiasmo. — Y por la casualidad más afortunada tengo justamente el hombre que redactará a la perfección esta clase de revista.

—¿Verdaderamente? — dijo Monsieur Du Fayel muy interesado. — ¿Quién es él?

—Su nombre, — respondió la condesa, — es Aristide Tritou. Escribe por vía de entretenimiento encantadores y hábiles esbozos y cuentos de hadas e historietas festivas en estilo impecable. Pero su triunfo positivo ha sido "Loutré". No pude conseguir un ejemplar por todo el oro del mundo. Lo mismo pasa con obra en tres grandes tomos. Yo diría que es el equivalente francés del "Golden Bough" de Frazer. Naturalmente la edición está agotada, como sucede con todas las cosas buenas. Hoy quise comprar el "Journal des Goncourts". Imposible. "Loutre". Ni puede usted comprarlo, pero Mondell, el editor... usted lo conoce, ¿no es cierto? Es un hombre muy conservador, y 'tan" cuidadoso en sus aserciones... bueno, Mondell me asegura que es una obra maestra. En torno de la figura de Loutré, actor y apache, se agrupan las ocultas creencias de la humanidad primitiva: la magia imitativa, la adoración de las plantas, el sacerdocio de los reyes... ¿o es el reinado del sacerdocio? Nunca estoy del todo cierta... y cosas por el estilo. Y luego, sobre esta base se desarrolla la psicología moderna en todas sus complejidades: el ser subconsciente, la metempsicosis, la autosujestión, Coué, naturalmente... Coué es natural de Nancy, así es que esto le interesará a usted especialmente... las curaciones por fe y todo lo que se relaciona con el tema. Si logra usted que Monsieur Tritou se haga cargo del periódico habrá hecho un hallazgo. Si usted

quiere, puedo arreglarle una entrevista con él.

Monsieur Du Fayel pareció muy complacido con la idea.

—Le quedaré sumamente agradecido, condesa, — dijo. — Si este Monsieur Tritou y yo simpatizamos y él quiere venir a Nancy, el asunto se decidirá muy pronto.

La entrevista tuvo lugar, los dos hombres simpatizaron, y fué ofrecida a Aristide la dirección de la "Revue Du Fayel". Aristide se resistía a aceptar y dió sin número de razones.

—Hombre de Dios, — dijo a Du Fayel, — es usted muy arriesgado. Me ofrece un sueldo, una posición de responsabilidad... entiendo que me deja usted mano libre... y, sin embargo, no sabre usted nada de mí. Puedo ser un farsante o algo peor. Más prudente es que se vaya con tiento.

Du Fayel no hizo sino echarse a reír.

—La condesa de Ségur lo garantiza y, por mi parte, habiéndolo conocido, me atengo a mi propia impresión. Eso es suficiente. Desearía que acepte usted el puesto. Naturalmente, Nancy no es París, pero le servirá de compensación la influencia que tendrá en la comunidad. Reflexione usted, y contésteme dentro de uno o dos días.

Con la condesa, Aristide fué todavía más franco en su negativa.

—No puedo aceptar, dijo. — Hay cien mil razones para que yo me niegue; pero, sobre todo, no quiero salir de París. París es mi amor, mi deleite, la alegría de mi corazón. Adoro su ambiente, la muchedumbre de las calles, los "quias" y los bulevares, los parques y el "Bois". Y pensando en esto, adoro a usted también, "chére amie". ¿Por qué he de abandonarlo todo para ir a enterrarme en Nancy?

—Para ser digno de "Loutré", — dijo la condesa. — En todo caso, no discutamos. Usted tiene que aceptar. He decidido que así sea y sé muy bien lo que le conviene. Este puesto es venido del cielo, Aristide. Hará de usted otro hombre, y algún día me lo agradecerá. Por consiguiente, no me replique con sus argumentos disparatados.

Con la mayor vehemencia todavía habló Aristide a Mondell.

—¡Al diablo con el enredo! — le gritó. — No voy a dejarme imponer por usted y una vieja entremetida. ¡Nancy, entre los lugares del mundo! ¡Nancy, y yo director de periódico allí! Siempre he detestado a los directores de revistas. Son intolerables, todos y cada uno de ellos. ¡Y para remate, director de una revista de esta clase! ¿Qué sé yo de esos temas?

Mondell se echó a reír de buena gana.

—Esa sí que es buena, — dijo; — usted, el autor de "Loutré", preguntando qué sabe de esos temas. Bueno, querido amigo, lo que usted no sabe de eso no vale la pena de saberse, y el viejo Du Fayel no puede encontrar a nadie más a propósito para desempeñar el puesto. Así, pues, no se enfurezca más. Tenga juicio, y dé gracias a su buena estrella.

Al cabo, Aristide tuvo que ceder. Arregláronse de palabra algunas condiciones; Monsieur Du Fayel dió instrucciones a sus abogados para la redacción del contrato oficial, y la condesa pidió que la firma de los contratos, que estarían listos dentro de una semana, tuviera lugar en sus salones. Intentaba reunir una concurrencia selecta para esta ocasión y representar por todo lo alto su papel de Mecenas. Aristide — a quien la condesa trataba como a un chiquillo revoltoso que ella debía encarrilar — no protestaba ya, pero tenía un aspecto bastante tétrico cuando salió del hotel de la condesa, y rehusó bruscamente la oferta de Mondell de acompañarlo a pie hasta su casa. No; ni siquiera una buena querella con Mondell lo pondría de mejor humor. Se aventuró solo y taciturno por las calles, con la levita abierta a las primerás brisas de la primavera y resonando persistentemente en sus oídos el refrán de una antigua copla de Désaugiers que repetía una y otra vez:

"Adieu bonheur
Ma fortune est fai[illegible]

De pronto advirtió Aristide que se hallaba en el barrio de las "Trois Couronnes".

—¡Grandes dioses! — exclamó, — ahora sé lo que quiero. Quiero embriagarme. Las "Trois Couronnes", eso es lo que yo necesito.

Entrando en el restaurantee lo encontró casi vacío — la hora era ridículamente temprana, — pero descubrió a alguien sentado en un rincón. Aristide se dirigió de aquel lado y vió con satisfacción que el soltario concurrente, medio dormido ante su "petit noir", era Charles Morissey. Le palmeó el hombro, diciéndole alegremente:

—¡Chárley, Chárley, viejo camarada, despierta! Tenemos que embriagarnos juntos hoy.

Charles levantó la cabeza.

—¡Aristide! — profirió, atónito. — ¿Qué te trae por acá? Desde que te has hecho famoso nos has olvidado, nos has eliminado, nos has desertado... ¿qué buscas por acá?

Aritide se dejó caer e nuna silla.

—No sermonees, Chárley, — dijo. — Eres un estúpido. No sabes lo que hablas. No puedo desertar a nadie porque yo no soy yo hace mucho tiempo. No me pertenezco. De todas maneras, ¿qué importa eso? Cállate la boca y bebe conmigo. ¿Hay champaña en este lugar? Vamos a pedirlo, a pedir todo lo que haya y todavía el doble. Llama al mozo y dile que nos sirva en volandas.

Charles no pudo resistir semejante invitación. Trajeron el champaña, y después de algunos vasos todas las diferencias, todos los resentimientos, todos los desdenes se olvidaron. Charles y Aristide eran los mismos camaradas de antaño y reían y conversaban como en otros tiempos. El mozo vino con la "carte du jour", pero Aristide lo despachó. No quería comer, quería beber.

—Más champaña, — ordenó, y cuando trajeron las botellas, dijo a Charles:

—Escúcame, Chárley, vamos a mezclarlo. Con ajenjo. Tiene un sabor exquisito. Tiene verdadero cuerpo. Dile al mozo que lo traiga, y que ande vivo. Es tan pesado como un caracol.

Vino el ajenjo y los dos amigos brinda-

ron mutuamente a su salud Charles quería hablar de negocios, de los trabajos de Aristide, pero éste le cerró la boca.

Nada de literatura, — declaró. — Quiero divertirme, pasar un buen rato. Anda y haz sonar un poco ese endiablado y viejo piano. Cantemos algo.

Y enlazados del brazo se dirigieron al piano, mezclándose pronto sus voces en su canción favorita:

En el castillo Gradesco
Allá por el Temesvar
Vivía el príncipe Bibesco
De Serbia gran Hospodar.

¿Qué hace el príncipe Bibesco
De Serbia gran Hospodar
En el castillo Gradesco
Allá por el Temesvar?

En el castillo Gradesco
Allá por el Temesvar
Bebe slivovitz Bibesco
Casi hasta reventar.

—Slivovitz, — repitió Aristide; — ¿por qué no hemos de beber también slivovitz? Gran idea. Dile al mozo que traiga slivovitz.

Dieron la orden, pero el mozo regresó apenado.

—No tenemos slivovitz, señor, — informó. —Tenemos benedictine, chartreuse, dubonet, créme de menthe....

—Está bien, está bien, — interrumpió Aristide; — tráigalo.

—¿Qué cosa, señor?

—Todo, — decidió Aristide.

El mozo se encogió de hombros. Al señor evidentemente le faltaba un tornillo. Pero volvió trayendo benedictine y chartreuse. Sin embargo, al mismo tiempo presentó la cuenta. Aristide pagó, pero se mostró irritado.

—¡Qué antro, — murmuró, —qué sitio tan miserable! Me fastidio. Me aburro excesivamente. Vámonos de aquí, Chárley, a buscar algún café decente. Quiero un vaso de cerveza .Tengo mucha sed. Un vaso de cerveza nos caerá muy bien.

Entraron en el café y bebieron el vaso de cerveza seguido de otros muchos, hasta que al cabo sugirió Chárley que sería prudente regresar a casa. Berthe estaría preguntándose dónde se había retardado tanto. Pero Aristide no quiso escuchar nada.

—Deja que Berthe se pregunte todo lo que quiera, — dijo. — Tú te vienes conmigo. Nunca has visto mi casa. Quiero que vengas ahora. Tomemos un "fiacre". No estoy borracho, pero estoy cansado No puedo caminar bien. Llegaremos en un minuto.

Charles se dejó persuadir fácilmente. Berthe estaría furiosa de todos modos, así que preso por una, preso por mil Y quería ver el departamento de Aristide. En consecuencia, llamaron el "fiacre" y ambos amigos rodaron en la templada noche hacia el "Cours La Reine". Durante el trayecto se sorprendió Aristide de observar que no estaba beodo. Tenía las piernas pesadas, sus palabras no venían con facilidad, pero su mente estaba perfectamente clara. En realidad, más clara que nunca. Veía las cosas con lucidez extraordinaria; se comprendía a sí mismo y comprendía la vida y el destino mejor de lo que jamás le aconteciera. Indudablemente no podía hablar muy bien y el caminar era un problema, pero el enigma del universo no encerraba misterios para él. Era la penetración y sabiduría encarnadas. Lo conocía todo, y conociéndolo ,le disgustaba todo.

Llegaron al estudio, despidieron al "fiacre", subieron las escaleras y entraron al departamento. Charles experimentó profunda impresión.

—¡Caramba, Aristide, — exclamó Charles, — qué de elegancias! ¡Qué de elegancias! Te tratas bien, chico.

Aristide encendió las luces, sirvió licor en dos vasos, sacó los cigarrillos y, cumplidos así los deberes de la hospitalidad, se instaló en un gran sillón.

—Sí, así me lo figuro, — dijo; — sólo que me gustaba más mi diván. Esa perspectiva sobre los tejados de la gran ciudad era maravillosa... y mi viejo escritorio junto a la ventana y mi sofá desde donde podía contemplar la luna y la estrella de la mañana. Aquí... bueno, todo es aquí blando y mullido y artístico. Lo odio como al diablo.

Charles se mostró sirprendido

—Si no te gusta, Aristide, ¿por qué vives aquí?

Aristide se encogió de homros.

—¿Por qué? Echatelo a averiguar. No lo sé yo mismo. Pregúntaselo a Loutré. Por ejemplo, mira estos cigarrillos. Son Dimitrinos. No me gustan; son amargos Los petit Caporal son mucho más agradables; pero los Dimitrinos son caros y están de moda, así es que tengo que fumar de esta clase. Loutré, ¿tú sabes? él me obliga a hacer todas estas cosas. ¡Al diablo con Loutré!

Charles lo tomó en broma.

—Y bien, — dijo riendo, — no debes mandarlo al diablo por mucho que los gustos de ustedes difieran. Realmente ha hecho de ti otro hombre. Loutré te ha hecho famoso.

—Sí, — admitió Aristide; — es verdad. Soy famoso y a él se lo debo. ¡Qué curioso! Parece cosa de comedia. Todo mi trabajo, todos los libros que he escrito no me han traído tanta fama como la única cosa que jamás he escrito.

Charles se enderezó de la silla. Los humos del alcohol comenzaban a disiparse en su cerebro, y miró de hito en hito a su amigo, lleno de sorpresa.

—¿Qué dices? — exclamó. — ¿Que no has escrito "Loutré"?

—No, — le aseguró Aristide; — ni una sola línea.

—Pero entonces... entonces... ¿quién escribió ese libro? — preguntó Cahrles con gran excitación.

—Nadie que yo sepa, — replicó el otro.

Charles estaba estupefacto.

—¿Entonces todo eso de "Loutré" es una farsa?

Aristide hizo una mueca

—¿Por qué farsa? — dijo. — Fea palabra, eso de farsa. La aborrezco. No; no farsa exactamente. Algo diferente. Leyenda, tal vez, Eso es, leyenda. Loutré es una leyen-

da, brotada de algún obscuro origen y que ha ido creciendo, creciendo.

Quedó por un rato fumando en silencio mientras Charles, que no comprendía del todo y estaba demasiado ebrio para preocuparse del asunto, dormitaba en su silla. De pronto Aristide levantó la vista, diciendo:

—Explícame una cosa, Chárley, ¿quién te habló por primera ver de "Loutré"? — Charles trató de recordar.

—¿Quién me habló por primera vez de "Loutré"? — repitió. Veamos. Sí, hombre, Berthe fué quien me lo dijo. Hace muchísimo tiempo. Llegó a casa una noche, creo que fué en noviembre, hace un año. Se había encontrado en la calle con F. F. y estaba frenética. El le había contado de "Loutré" y de sus ilustraciones y de la "Revue Ilustreé" y de Laffite y una porción de cosas. Y ella no podía perdonarme tu éxito.

Aristide meditaba profundamente.

—Bueno, naturalmente, — decidió por último. — No puedo adivinar todos los detalles, pero es probable que Kersac dijo algo a Félix... recuerdo haber encontrado en la calle a Félix cuando salía de ver a Kersac... y Félix le dijo algo más a Berthe, y Berthe te dijo algo más a tí, y así sucesivamente. De esta manera es como Loutré ha ido creciendo. Una leyenda, como te decía.

—Pero, — persistió Charles, — ¿qué podía Kersac decirle a Félix?

—Hablarle de Loutré, naturalmente, — replicó Aristide con impaciencia.

—¿Loutré? — pregunto Charles perplejo — ¿No dices que no has hecho "Loutré?

—¡Disparate! — gruño Aristide. — He dicho que no escribí ese endemoniado cuento. Por amor de Dios, Charles, no seas tan estúpido. Trata de comprender. Yo estaba absolutamente en quiebra en ese tiempo. No tenía un céntimo. Fuí a ver a Kersac para sacarle algún dinero. Si se lo hubiera pedido directamente me habría echado a la calle. Así es que le conté Loutré, me dió cien francos por el cuento. Fué el primero en creer en Loutré, en sentirse impresionado con la historia. Ese fué el principio.

Hundióse de nuevo en su meditabundo silencio, y Charles,, que no sabía que pensar de esta confesión, no le distrajo de sus cavilaciones; a decir verdad, casi se quedó dormido. Pero cuando sus ojos comenzaban a cerrarse pesadamente lo estremeció Aristide con la siguiente pregunta:

—Dime, Chárley, ¿eres supersticioso?

Charles consideró la proposición.

—Oh, creo qeu no, — bostezó. — Me enorgulliezco...

—Déjate de orgullos, — interrumpió Aristide. No hables disparates. Por cierto que tienes que ser supersticioso. Todos los somos. Vivimos y morimos en la superstición. El temor, el pecado, la conciencia... no representan al cabo sino la superstición del tabú. La familia, la patria, el patriotismo... la superstición del emblema. Superstición dondequiera que se mire. Supersticiones de raza imbuídas en nosotros desde antes de nacer y supersticiones personales adquiridas, o tal vez reminscencias de algún cuento de niños o de algún sombrío rincón en una habitación desconocida. Las tienes tú como las tenemos todos: contar los guijarros, buscar números pares e impares; golpear madera y otras innumerables.

Quedó de nuevo silencioso, pero después de un momento habló desde las profundidades de su sillón.

—¿Sabes Chárley? Yo he tenido desde niño una superstición muy personal y muy curiosa, hay que decirlo. Tú sabes que los chiquillos dibujan caras a menudo... un bueno, yo me estremecía siempre que miraba estas cosas. Me daban escalofríos. Las borraba siempre que podía. Tenía en cierto modo la vaga impresión de que al crear una forma se creaba al mismo tiempo...

—¿Un alma? — preguntó Charles.

—No exactamente un alma, sino un poder espiritual, o tal vez solamente una influencia; en todo caso, algo capaz de hacerse sentir, de dañar quizá, de actuar. Sé muy bien que parece ridículo, pero tal era mi impresión. Piensa que los antiguos judíos debieron sentir algo semejante cuando prohibieron que se hicieran cuadros y estatuas. Conocían un poco de ciencias ocultas, habiendo derivado este conocimiento del antiguo Egipto, y tenían miedo, miedo de producir el equivalente espiritual de la firma material. Sabían que es peligroso meterse con estas cosas. Y por todas partes en la historia entera de la humanidad encontrarás apuntes que tenden a esta dirección, la relación íntima entre la materia y el espíritu, En realidad, la una expresa al otro. Si la materia adquiere expresión se convierte en espíritu; si el espíritu se hace visible se convierte en forma. Por consiguiente, se se crea una forma se crea un poder. Bueno; en cierto modo, esto es lo que ha sucdido con Loutré.

Tiró su cigarrillo, encendió otro y comenzó a pasearse por el cuarto.

—En última instancia, — dijo, — la cuestión se concreta así: ¿Quién es la criatura y quién es el creador? ¿He hecho yo a Loutré, o Loutré me ha hecho a mí? Más o menos imagino, él me ha hecho a mí, está haciéndome constantemente, me está transformando. Yo no soy yo. Soy el autor de "Loutré". Tengo que llevar el género de vida que me plazca a Loutré; escribo para la mayor fama de Loutré; y ahora tendré que renunciar a París y a la alegría y a los descuidados goces de la juventud para ir a Nancy y dirigir una revista para la mayor gloria de Loutré.

Produjose nuevamente un profundo silencio. Aristide volvió a su asiento; reclinóse contra el respaldo y fijó larga y soñadoramente los ojos en el techo. — Si realmente hubiera escrito "Loutré", — prosiguió, — nada de esto habría sucedido. Las cosas expresadas en palabras son inofensivas, inocuas, la idea original, la inspiración, está llena de fuego, de pasión, de estímulo, de poder; pero al ponerla en palabras, al escribirla en el papel, se hiela, se debilita, se mutila. Loutré, encerrado en los confines de un cuento, en la prisión de la página impresa, nada habría podido hacer. Pero fuí demasiado perezoso. Tenía dinero suficiente que gastar. No me preocupé del asunto. Y entre tanto, allí estaba él, con todo el im-

pulso y el aguijón inicial, lanzándose a seguir su propia carrera y avanzando avanzando, avanzando sin cesar

Charles saltó en su silla.

—¡Vamos, eso es insensato, Aristide! — exclamó. — ¿Qué puede hacer Loutré? Es un personaje imaginario.

Aristide replicó con impaciencia:

—No seas idiota, Charles; Loutre está tan vivo como tú; tal vez en forma diferente, pero vivo, dígase lo que se quiera. Y se maneja exactamente como te manejarías tú. Si quieres que alguien te preste dinero, te facilite cualquier otra cosa o te haga algún favor no empleas la fuerza física, ¿no es cierto? Procuras apoderarte de la mente de esa persona, hacerla creer en tí. Bueno; eso es justamente lo que hace Loutré. Se apodera de la imaginación. Todos creen en él, hacen cosas por él y a causa de él. Todo aquello en que uno cree tiene vida. Los dioses muertos son aquellos en quienes nadie tiene ya fe.

—La gente cree en el diablo, — dijo Charles fuera de propósito.

—Bien, tal vez Loutré sea un diablo, — asintió Aristide. — No Lucifer en persona, pero alguno de los diablos menores, con una ambición terrible de poder y el ansia de todas las cosas buenas de la vida: comodidades, riqueza, posición social. Y porque a él le gustan, me obliga a conseguirlas. Sí; eso explica muy bien a Loutré. Un diablo menor.

—¿Maligno? — preguntó Charles.

Aristide reflexionó un momento.

—¿Maligno? No; no exactamente. No cuando no se le contraría en sus propósitos; pero si algo se atraviesa en su camino, entonces se vuelve despiadado. Sí; despiadado, esa es la palabra. No le importa lo que suceda. Ahí está el pobre Kersac.

Charles protestó casi a gritos.

—¡Insensatez, — exclamó, — insensatez! Kersac murió de neumonía. Tuvo un ataque de influenza, le sobrevino una complicación, y no tuvo fuerza para dominar la infección. Perfectamente natural.

—Sí, — replicó Aristide. — Más ¿por qué no tuvo la fuerza suficiente? Por qué habían de sobrevenir complicaciones? Otras personas se curan. Te digo que fué hechura de Loutré. Mondell quería hablar de esto con Kersac. Yo podría haberme opuesto, pero estaba cansado; y Mondell es terco como una mula. Es necesario argüir y argüir con él antes de hacerlo ceder. Así es que pensé: Allá se las entienda Loutré. Y él se las arregló... a su manera. No podía tolerar, naturalmente, que se supiera que él no es sino la novela de una novela... la sombra de una sombra. Me sorprendería que deje a F. F. regresar del Japón.

Charles tenía el cerebro hecho un torbellino. Estas revelaciones, sobre tanto licor, eran el colmo.

—Aristide, — suplicó, — dime que simplemente has estado burlándote de mí que me has dado una broma pesada, broma que por poco has llegado a hacerme creer. Pero si no es broma, si es cierto lo que me cuentas, si estás en realidad paseído por esa cosa, por ese Loutré, ¿por qué no te deshaces de él, por qué no la denuncias, lo niegas y recobras tu libertad?

Aristide sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde, — dijo. — Si hubiera hablado inmediatamente, podría haberse tomado a broma; pero ahora... ahora es un enredo imposible. Y luego, Considera, Chárley: todo lo que tengo, todo lo que poseo es realmente Loutré. Denunciarlo sería sacrificarlo todo. Esto no es fácil. Es el pan de cada día, ¿sabes? Estoy esclavizado.

Por supuesto, tengo todavía mis reservas intelectuales. Nunca he confesado... puedo decir que nunca he proclamado a Loutré. Lo he dejado simplemente arreglárselas como pueda. Jamás he dicho nada que pudiera afianzar su posición. Pero sé muy bien que estos no son sino subterfugios: cuestión de tiempo. Tarde o temprano me arrimará más y más contra la pared... y entonces desaparecerá la última hilacha del viejo Aristide.

Charles Morissey casi lloraba de despecho.

—Me cargas, Aristide, — protestó, — diciendo esas cosas terribles. Son impías, enteramente impías... Pero, naturalmente, todo eso es un disparate. No existen... ¿cómo las llamaste?... influencia espirituales, diablos menores. Vivimos en el siglo veinte. ¿Quién va a creer tales cosas en nuestros días?

—Está bien, está bien, — replicó Aristide. — Te lo explicará en el lenguaje del siglo veinte si tú quieres. Entonces Loutré no es un diablo que se ha apoderado de mí, sino que es yo mismo. La doble personalidad, como sabes. ¿Recuerdas el caso de Miss Beauchamp y Sally B? Aquí estamos Loutré y yo, parte del mismo "ego", pero mutuamente antagónicos, cada cual con una serie diferente de predilecciones, criterio, demandas a la vida, etcétera. Y él, el invasor, se hace más y más fuerte. Me arrolla, verdaderamente. Dispone más y más de las cosas a su arbitrio. ¡Vamos, si me invade hasta físicamente! Ha cambiado mi apariencia. La gente decía antes que yo tenía el aire típico de poeta; ahora todo el mundo piensa que soy o debería ser actor. Loutré, como ves, haciendo de dueño de casa. Y pronto me habrá deshecho, y el "yo" que tú conocías, el "yo" que todavía trata de subsistir, se hundirá... desaparecerá para siempre. Y bien; ¿que importa? Las cosas son como son.

Sobrevino un nuevo silencio. Esta vez fué Charles quien lo rompió.

—Escucha, Aristide, — dijo solemnemente, — lo que has contado esta noche es sagrado para mí. Jamás repetiré a nadie una sola palabra de esto...

Aristide le interrumpió con una risa burlona.

—Por supuesto que no, Chárley, — dijo. — Yo sé que guardarás un profundo secreto; y, en todo caso, es lo mejor que puedes hacer. Tal vez a Loutré no le gustaría que lo descubras, y en tu lugar yo no me mezclaría en sus asuntos, fuera él lo que fuese. Bueno; ¿qué es lo que querías decir?

—Quería decir, — continuó Charles, desconcertado, — que te imploro que digas toda la verdad, que hagas una confesión pú-

blica; que te ruego purificar tu alma, librarte del siniestro poder que te posee; que te abjuro hacer penitencia antes de que sea demasiado tarde.

—Bueno, veremos, veremos, — bostezó Aristide. En todo caso, es muy avanzada la hora para entrar en más discusiones. Te arreglaré una cama en el sofá. No puedes irte ahora Berthe no te dejaría entrar. Vamos a dormir, viejo; y espero que Loutré no te perseguirá en tus sueños.

Cuando Aristide despertó a la mañana siguiente y vió a Charles Morissey dormido todavía en el canapé, se preguntó qué cosa la había impulsado a pasar noche semejante con un viejo camarada a quien tan decididamente había dejado atrás. Debía haber estado beodo... mucho más beodo de lo que se imaginaba, o de lo contrario jamás se habría arriesgado a hacerle tales revelaciones. No es que temiera que Charles hiciera correr la historia — lo conocía demasiado bien para suponerlo —, pero era desagradable afrontar su presencia después de las conversaciones de la noche anterior. De seguro que Charles no tendría la cordura suficiente para echar al olvido esta confidencia o considerarla como algo enteramente ajeno al orden habitual de cosas... apenas si habría persona en el mundo que poseyera tan exquisito tacto espiritual. Casi todos, todos, a decir verdad, lo obligan a uno a sufrir las consecuencias de un abandono pasajero, y si se les demuestra confianza alguna vez se creen con derecho a exigirla todo el resto de la vida.

¡Qué situación más infortunada! Aristide se estremeció a la idea de continuar cualquier conversación personal. En consecuencia, se vistió calladamente, ordenó a su criado japonés preparar el café par su huésped tan pronto como se despertara, y salió dejando una nota para Charles en la cual se excusaba con una cita y prometía verlo muy pronto. Bueno; ya cuidaría él de que ese pronto no fuera demasiado pronto. Esperaba solamente que Charles se fuera antes de su regreso. Pensándolo mejor, añadió una posdata a su carta diciendo: "No me aguardes. Quizá regresaré muy tarde."

Charles no le aguardó. Salió temprano, pero antes escribió una línea a Aristide, que decía "Hasta la vista Te suplico que sigas mi consejo."

Aristide se fastidió al encontarr este mensaje a su regreso. ¡Qué idiota más pretencioso, ese Charles! ¡Que sigas mi consejo! ¡Como si alguien pudiera alguna vez aconsejar a otro! Siempre extraños a los demás en lo íntimo de nuestro ser, sin comprenderse jamás el uno al otro, y todavía brindando consejos... ¡Qué absurdo! Solamente el ser humano es capaz de esta fatuidad e insensatez. A ningún león se le ocurre en este universo de Dios aconsejar a otro león acerca de sus deberes en el reino animal; ningún tigre aconseja a otro tigre que domine sus apetitos y no se deje arrebatar por el ansia de la sangre. Las fieras se satisfacen con seguir sus impulsos naturales sin preocuparse de otra cosa. Las fieras tienen dignidad. Pero el hombre, en su mórbida e hinchada vanidad, se lanza a dar consejos.

Aristide pensó en escribir un artículo sobre este tema. La primera frase tomó forma en su cerebro: "Si queréis seguir mi consejo, no sigáis nunca el consejo de nadie". Retrájose. Era horrible, periodístico, vulgar. ¿Por qué diablos se inclinaba siempre a escribir frivolidades, a decir chistes triviales? En otro tiempo sus sueños eran más elevados. Bueno; mejor era no pensar en cosas pasadas. Se metió e nla cama y se durmió con el pesado sueño del olvido absoluto.

En los días subsiguientes Aristide meditó en sus problemas sin encontrarles solución. Estaba hastiado de todo, quería descubrirse y salir de complicaciones; pero, al mismo tiempo, una parte de su ser — la parte constituída por Loutré, pensó recordando su conversación con Charles — decidía que le era imposible hablar, que no tenía otra cosa sino seguir su camino y dejar que los asuntos se arreglaran por sí solos. Y en realidad, era problema difícil. ¿Qué podía decir? ¿La verdad? Pero, ¿cuán era exactamente la verdad? ¿a quién podía decírsela? ¿A Mondell? ¿Recordando el día en que había venido a la oficina y manifestando cómo se desarrollaron los acontecimientos? Imposible. Mondell jamás comprendería. Juzgaría fraude vulgar lo que era, en realidad, algo muy diferente, algo mucho más complicado. Mondell era un hombre excelente, pero carecía de imaginación. Nunca comprendería las infatigables influencias que dominaban a Aristide. La condesa tenía quizá penetración para estas cosas complicadas y dudosas, pero decírselo a la condesa era empresa aterradora. Explicar a otro aquello que solamente puede decirse en una hora de embriaguez en que desaparece toda reserva, explicar el fondo de su propia ser, era casi imposible.

Lo que hubiera dicho significaría en palabras desnudas: Los he engañado a todos. Loutré no existe. Y, sin embargo, ¿era cierto que no existía Loutré? Concedido que Loutré era simplemente una idea.. bueno, era su idea, su creación. Que no hubiera puesto en forma de libro esta idea era un simple accidente. ¿Por qué hacer tanta bulla a propósito de este accidente? Todo el asunto era detestable, una mezcolanza horrible. Deseaba que nunca hubiera sucedido. Pero, después de todo, ¿qué podía hacer ahora? Nada absolutamente. ¿Confesar? ¿Arrepentirse? Burlábase en su fuero interno de la actitud moral asumida por Morissey. ¡Qué necio era Charles, y más necio todavía él que se lo había contado! Era ya bastante malo que su propia conciencia le hurgara, pero que encima de eso le aguijoneara la conciencia de otro era mucho peor. Y, sobre todo, la de Charles. ¡Cómo se había elevado sobre Charles y la camarilla entera de las "Trois Couronnes"! Jamás podría en adelante volver a mezclarse con ellos y llevar la vida de otro tiempo. Le sería tan imposible como la había sido para Loutré volver a su vida de antes. ¡Qué curioso! No había escrito "Loutré", pero lo había vivido. El era Loutré. Quizá podría comenzar así su "confesión", explicar el asunto desde este punto de vista. Pero bien sabe Dios que sería cues-

tión difícil. Terriblemente difícil. Bueno: difícil o no, tendría que decírselo a Mondell. No; más bien se lo diría a la condesa. Mañana mismo. Iría a verla como de pasada y se lo contaría como quien cuenta una anécdita ,alguna broma interesante. Broma pesada, más bien. Sí; iría mañana. Estaba decidido. No había que pensar más en eso.

Pero, comenzó una voz débil e insinuante en su interior, ¿era realmente justo perturbar así, resentir, mortificar a los amigos que le habían demostrado tan generosa benevolencia? Si ese asunto de Loutré representaba una carga para él, ¿porqué no soportarla solo, en silencio? Detestaba la idea de Nancy. Detestaba la idea de dirigir una revista. Quería vivir en París, alegre, sin preocupaciones, sin responsabilidades, escribiendo cuentecillos fantásticos y divirtiéndose individualmente a su manera. Bueno; entonces el sacrificar sus preferencias y llevar la vida que de él se esperaba le srviría de expiación por cualquier cosa en que hubiera claudicado. Al llegar a este punto en su razonamiento, se puso furioso. — Ese que habla es Loutré, — se gritó a sí mismo, — Loutré tratando de engatusarme en esta forma. Pero no se saldrá con la suya. Lo voy a descubrir.

Mas pasaban los días sin que revelara nada. En realidad, evadió el encontrarse con Mondell y con la condesa hasta que llegó el momento de firmar el contrato con Monsieur Du Fayel. — Lo confesaré todo allí mismo. — decidió Aristide mientras se vestía para ir a casa de la condesa. — Cuando estén todos reunidos diré la verdad, la pura verdad.

Sentíase, empero, muy desgraciado y, en cierto modo, había perdido la confianza en sí mismo. Encontró en casa de la condesa más invitados de los que esperaba: académicos, escritores, artistas, banqueros y hombres de negocios, y comprendió que le era imposible hacer una escena en este ambiente y bajo tales circunstancias. Recorrió con aire huraño los salones, respondiendo distraídamente a la lisonjeras frases que le dirigían y preguntándose lo que haría, prepreguntándose si todavía había posibilidad de hacer algo. De pronto despertóse en él de nuevo el espíritu del viejo Aristide, el viejo Aristide que siempre encontraba manera de salir del paso, de hacer frente a las emergencias en cualquier momento: el alegre tunante, feliz, descuidado y lleno de recursos; infinitamente más humano que el nuevo Aristide, rico y famoso, que tenía todo lo que el cielo podía ofrecer y que, sin embargo, no estaba en el cielo. Y el viejo Aristide le murmuró al oído: — ¿Por qué no te escapas? Lárgate simplemente, sin dar explicaciones sin confesar nada, sin hacer escándalo, dejando que Loutré y los otros se las arreglen como puedan para explicar tu desaparición. — Aristide enrojeció de placer a esta idea. ¡Grandes dioses, cómo era que no había pensado antes en esto? Un nombre acudió a su mente: Touraine; y como en un relámpago tuvo la visión de un firmamento claro y azul, de frescas brisas celestiales, de verdor perfumado con el aliento de la primavera, de arroyos murmuradores, y se vió a sí mismo vagando, libre y sin cadenas una vez más, por dondequiera que su fantasía le pidiera. ¡Escaparse... eso era lo que tenía que hacer! Allí residía su salvación. Dirigióse a la puerta, pasó al aposento siguiente y llegaba ya al vestíbulo cuando se vió detenido por la condesa que, acomtida de un extraño impulso, como si alguien le hubiera advertido el peligro, había abandonado a sus huéspedes y corrió tras él.

—Aristide, — dijo ansiosamente, — ¿qué hace usted por acá? No puede usted retirarse. El contrato se va a firmar inmediatamente. No haga locuras. Véngase conmigo, que quiero presentarlo a un montón de gente.

Aristide quedó inmóvil. Su rostro se obscureció. Bueno; estaba cogido, no podía hacer nada. Volvióse con aire de mal humor y siguió a la condesa, y en tanto que avanzaba hacia el salón iba murmurando a un personaje invisible:

—Está bien, está bien; me someto. Tú ganas, yo pierdo. La partido ha concluído.

Saludó a derecha e izquierda con cierto aire maquinal, encaminándose dócilmente a la mesa donde estaban ya instalados los abogados y Monsieur Du Fayel y hacia la cual guiaba la condesa orgullosamente a su protegido. Cuando Aristide se vió con la pluma en la mano comprendió que estaba absolutamente vencido. No había más que hacer. Su invisible adversario había triunfado. Tenía que ceder, y su rendición fué completa, final, irrevocable. Con una especie de ademán desesperado firmó el contrato: Aristide Tritou, autor de "Loutré".

Limpieza de las pieles blancas. — Al acercarse el verano tocan a guardar las pieles; pero antes hay que limpiarlas bien, porque un piel se apolilla tanto más pronto cuanto más sucia está. Si se trata de una piel blanca, se llena de harino un pedazo de franela y se frota con él la piel a contrapelo. Se sacude luego la piel para que caiga la harina, y después se comienza de ncevo la operación, repitiéndola cuantas veces sea preciso, hasta que el pelo aparezca bien limpio. Entonces se frota con una franela limpia, para quitar cualquier resto de harina que pueda haber quedado, y queda terminada la limpieza.

Los cuadros al óleo se agrietan, cuando existen resinas de mala calidad en el aceite o en el barniz que sirve para diluir los colores.

Así, pues, no se han de emplear más que aceites purificados y esencia de trementina. Al emplear los secantes se deben aplicar en poca cantidad y asegurarse antes de que no contienen resinas.

Para evitar las burbujas y desprendimientos de trozos de pintura, conviene pintar en superficies bien secas, no emplear ácidos cocidos y añadir bastante trementina en las primeras capas.

LA OBRA QUE EL PÚBLICO SOLICITÓ

PERO Gryce no iba a oirlo. Jim había metido silenciosamente su navaja entre las hojas de la ventana. El pestillo saltó y al ruido que hizo Gryce se volvió sobresaltado hacia la ventana.

En el mismo momento Jim abrió las hojas y se metió de un salto en la habitación. Si a Brood le atemorizaba a él no le infundía miedo el ex-gobernador del presidio de Bleakmoor.

—¡Usted! ¿Qué significa esto, canalla? — exclamó el asombrado Gryce mirando furiosamente a Jim.

—¡Le devuelvo la visita y nada más, Gryce! ¡Usted se metió en la Abadía de Merlin hace unas horas, yo me meto ahora en su casa! ¡Nada más! — dijo Jim en tono de broma. — ¡Somos vecinos y los vecinos es natural que se visiten!

—¡Le haré llevar a presidio por éste atrevimiento! — gritó Gryce.

Pero se comprendía, sin embargo, que la presencia de Jim le había impresionado mucho.

—¡Un viejo ladrón acaba siempre por volver a meterse en casa ajena! ¡Usted ha entrado aquí como un salteador!

—Así son las cosas. Cada uno tiene sus aficiones. La de usted es pasearse por las casas de los demás con esto, — dijo Jim sacando del bolsillo el antifaz negro que el atisbador se había dejado en la Abadía de Merlin al huir. — ¡Y el hombre que intentó envenenar a Judith Holt también llevaba esto.

Jim vió que Gryce se estremecía y se ponía muy pálido.

—¡Le he tocado la cuerda sensible! ¿Eh? ¡Sería curioso que tuviera usted que volver al presidio de Bleakmoor no como gobernador sino como presidario!

Gryce encontraba desconcertante el aplomo de Jim. Estaba tan acostumbrado a intimidar a los demás mediante sus brutales maneras, que la actitud de Jim y su entrada por la ventana le dejaban perplejo.

Además Gryce no había olvidado la lección que Jim le había aplicado con sus puños el día del encuentro en la playa.

—Canalla! — dijo. — ¡Esto le va a costar caro!

—No se fije en el precio que me puede costar a mí sino en el que le va a costar a usted, — dijo sonriendo Jim. — Pero no he venido a conversar por agradable que me sea oír sus frases amabilísimas.

Furioso, Gryce levantó a medias el látigo con ademán amenazador. Jim avanzó rápidamente hacia él.

—¡Le advierto que le convendría a usted más tirar de la lengua a un bull-dog que pretender tocarme a mí, amiguito!

El tono de Jim fué irónico, pero en sus ojos se vió un relámpago de furor.

Gryc comprndió que el hombre era peligroso. Arrojó al suelo el látigo y se dirigió hacia la pared donde se veía el botón de marfil del timbre eléctrico.

Pero por rápido que fuera su movimiento, más rápido fué el de Jim. Antes de que pudiera alcanzar con los dedos el botón de marfil, el extremo del caño de la pistola automática se apoyó en su cara.

—Puede empujar el botón hasta que se hunda en la pared, si le da la gana, pero en el momento en que usted lo toque yo tiro. ¡No le quepa duda, amiguito! — dijo Jim con terrible tranquilidad.

—No se atreverá usted.

—Haga la prueba .

—Sería un crímen.

Pero Gryce estaba pálido y sudaba frío. El contacto del frío del acero había desvanecido su valor.

—¡Un crímen! — dijo Jim encogiéndose de hombros. — ¡Quien piensa en crímenes en este feliz rinconcito del mundo! Tres tentativas de homicidio han sido realizadas en los últimos dos días en este trozo de Inglaterra al que, segun parece, no llega la autoridad de la ley. Pero eso no es novedad para usted. Si usted se quiso dar un gusto tres veces y no lo consiguió, yo quiero divertirme ahora que no puedo fracasar. Así que nada de juguetes con el botón de la companilla.

Lentamente el aterrorizado Gryce retiró la mano de la pared.

¡Ya me cobraré yo esta! — dijo.

—No se haga ilusiones y no hable tanto. A usted le gusta demasiado oír el armonioso timbre de su voz. Siéntese en esa silla.

Gryce no obedeció. Dirigióse hacia la puerta como para dar la voz de alarma.

No llegó a la puerta. Jim le puso una mano en un hombro, le hizo girar sobre sí mismo y lo envió, dando vueltas, tambaleándose, al otro lado de la habitación. Al tambalearse dió contra un velador en el había varios objetos de porcelana que cayeron al suelo rompiéndose con estrépito.

Jim cerró la puerta con llave y se dirigió hacia Gryce. Su actitud había variado. Ya no bromeaba.

—¡Siéntese en al silla que le he dicho canalla! — dijo usando a propósito el calificativo que Gryce había usado. — ¡Si no se sienta usted y pretende llamar a alguien le voy a golpear hasta cansarme! ¡Ya que estoy metido dentro me importará muy poco si vienen o no vienen con tal de darle a usted una a mi gusto! ¡Pronto canalla!

Levantó el látigo del suelo y golpeó con él las espaldas de Gryce, haciendo zumbar en el aire las nueve tiras.

Gryce era orgulloso, pero no pudo reprimir un grito de dolor.

Durante un segundo pareció decidido a resistir, pero sólo fué por un instante. Jim volvió a levantar el látigo. El hombre terrible estaba dominado. Se dejó caer sentado en la silla de alto respaldo que le indicó Jim, con los ojos lanzando chispas de furor.

Jim se volvió hacia Brood, que había permanecido mirando en silencio cómo habían variado las circunstancias para el hombre a quien temía.

—¿Hay alguna cuerda en este cuarto?

Brood indicó un cajón de la mesa-escritorio.

Jim encontró en él un largo trozo de resistente cuerda delgada.

—¡Quédese sentado, "canalla", y no se mueva! — dijo Jim con un tono que obligó a Gryce a sentarse cuando ya se empezaba a levantar e iba a abrir la boca para gritar.

Pero todavía intentó un último esfuerzo y quiso llamar, pidiendo socorro.

El grito no salió de ssu labios. Un habilísimo golpe de boxeo de Jim le tapó la boca y le hizo caer en la silla, completa y definitivamente dominado.

—Ya le dije una vez que no debe pensar en llamar a nadie. Aunque llamara, no salvaría el pellejo. No le tengo miedo a su gavilla de facinerosos, pero se lo digo por su bien.

En dos minutos Gryce quedó envuelto como un embutido, atado de pies y manos a la silla, sin poder moverse y casi echando espumarajos por la boca, de furioso que estaba.

—Ahora nos iremos, — dijo Jim a Brood. — No me sienta bien acostarme tarde.

En ese momento la manija de la puerta se abrió. Alguien golpeó en la puerta.

Se comprendía que todos los de la casa no habían estado dormidos.

—Gryce, ¿qué pasa?

Era la voz de Fox Dacre.

Entonces, Gryce recobró la voz y el valor.

—¡Socorro! ¡Pronto!

—¡Buenas noches, amiguito! — dijo Jim burlonamente. — Vamos, Brood.

Brood saltó por la ventana. En el momento en que Jim le seguía, Dacre, que había salido por la puerta del hall, se presentó.

Lo primero que vió fué el caño de una pistola automática apuntándole al entrecejo. Lanzando un grito, retrocedió. La mano que empuñaba el arma bajó, pero en el mismo momento la mano izquierda de Jim se movió, y en un golpe de boxeo digno de un maestro, dió en la mandíbula de Dacre, que se tambaleó y cayó.

Un instante después, Jim tomó del brazo a Brood y se alejó rápidamente con el anciano, por la oscura y larga avenida.

Los lobos aullaban ferozmente. Los ojos brillantes les miraron mientras pasaron corriendo: el fúnebre aullido les siguió.

Estaban aun a unas doce yardas del sitio donde había quedado el automóvil cuando Jim, de improviso, se volvió sobresaltado y apresuró su marcha, arrastrando consigo a Brood.

—¡Ligero, amigo mío! ¡De prisa!

Lejos aun de ellos, en la avenida, había visto los puntos de fuego, no ya inmóviles sino en movimiento, acercándose.

Jim se dió cuenta en seguida de lo que pasaba.

Dacre había recobrado el conocimiento, había desatado a Gryce y Gryce había soltado a los terribles animales tras de los fugitivos.

¡Los lobos corrían tras de Jim y de Brood!

Al ver aquellos ojos luminosos relucir en la oscuridad como esferas de fuego, Jim Marsh sintió que se le helaba la sangre.

Jim, que había visto a los lobos dentro de su jaula, gruñéndole amenazadores y mostrando sus blancos colmillos, se dió cuenta de todo el salvaje propósito de Gryce, al lanzar en su persecución aquellos feroces e indomables animales.

El grupo de lobos se dirigía hacia ellos en montón, como la jauría que ha descubierto una liebre. ¡Qué cerca de ellos se encontraba ya el primero de los lobos!

¿A qué distancia se encontraban del automóvil? Jim había dejado el coche en el mismo portón. Para no denunciar su presencia,

había apagado las luces y ahora no podrá guirse por ellas.

Jim agarró con fuerza el brazo de Brood y trató de galvanizar con palabras de aliento al desfalleciente anciano.

¡Si pudieran llegar al automóvil antes de que les alcanzaran los lobos!

Jim pensaba que, seguramente debían encontrarse cerca del portón. Pero la noche era tan oscura y las copas de los árboles hacían tan densa su sombra, que parecía tendido ante ellos un velo de negrura impenetrable. Todo era invisible a su alrededor, para todos menos para los fieras de los ojos luminosos que distinguen en la oscuridad.

¡Los ojos de fuego brillaban cada vez más cerca!

Comprendía Jim que, en cualquier momento, uno de los lobos podía saltar sobre ellos hundiéndole sus colmillos en el cuello y derribándole con la fuerza de sus patas delanteras.

Al apretar Jim el brazo de Brood, el anciano volvió la cabeza y le advirtió el peligro que se acercaba.

Un grito de alarma partió de sus labios.

—¡Los lobos! ¡Nos van a hacer trizas!

Tan aterrorizado estaba Brood, que se hubiera caído al suelo de no haberlo evitado Jim, que le tomó por la cintura y, sin explicarse cómo, le hizo seguir avanzando.

—¡Por Dios, Brood, no ceda ahora! — exclamó Jim. — Dentro de un instante llegaremos al automóvil.

Dijo eso con más esperanza de la que sentía, pero casi tan pronto como lo dijo, vió el el automóvil cerca de sí, en la oscuridad.

Al notar que el coche estaba tan cerca, Jim sintió renacer sus esperanzas. Casi hubiera reído de contento, aun cuando comprendía que no por eso había pasado todo el peligro.

—¡Mueva la manija mientras yo hago frente a los lobos! — dijo Brood sacando del bolsillo la pistola automática. — ¡Valor, Brood, valor!

Pero Brood no se hallaba en situación de poder ayudarle. En cuanto Jim lo soltó, se tambaleó como si fuera a caer y tuvo que apoyarse en el coche.

¡Y los ojos luminosos brillaban cada vez más cerca!

El momento era crítico, Jim, omprendiendo que todo dependía de no perder la serenidad, recordó sus viejos triunfos de boxeador y logró hacer un esfuerzo, como si hubiera estado en el ring ante un adversario formidable.

—¡Firme, muchacho! ¡No te acoquines! — díjose. — Si pierdes ahora la serenidad, lo perderás todo.

Como viera que Brood estaba casi desmayado, lo tomó en brazos y lo puso en el automóvil. Con los dientes apretados se volvió a luchar por defender su vida y la de Brood contra aquellas fieras, de las que solo lograba ver los ojos luminosos.

No tuvo tiempo para mover la manija del motor. El primero de los lobos se hallaba ya junto a él.

Jim vió que los dos ojos de fuego se elevaban y que una forma oscura saltaba hacia él. Casi sintió el aliento del lobo en la cara y pudo oir el cerrr de sus mandíbulas en el instante en que se hizo a un lado disparando al mismo tiempo un tiro de su pistola.

Con un aullido el lobo cayó rodando. La detonación, repercutiendo en el parque, pareció detener por un momento a los otros lobos.

Jim vió una fila de pares de ojos y volvió a hacer fuego. Un aullido breve le indicó que había dado en el blanco.

En aquel momento se acordó Jim de su linterna eléctrica. Con la mano izquierda la sacó del bolsillo.

La escena que pudo verse a la luz de la linterna parecía extraña en el parqce de una quinta inglesa.

Un lobo muerto estaba tirado en el suelo y otro expiraba inmóvil. Los otros cuatro estaban acurrucados momentáneamente deslumbrados por la luz de la linterna y por las detonaciones.

Entonces, fieles a sus instintos salvajes, al oler sangre fresca, corrieron hacia los lobos tendidos en el suelo pruñendo y disputándose la pitanza que les ofrecían.

Por un momento al menos, casaron la persecución. Esto dió a Jim su oportunidad propicia.

Corrió a la parte delantera del automóvil y con nervioso apresuramiento, con la frente cubierta de sudor, movió la manija. El motor comenzó a funcionar. Su ruido sonó alegremente en los oídos de Jim.

Después, dominando los gruñidos de los lobos que devoraban a sus caídos compañeros, Jim oyó una voz enérgica, una voz que las fieras conocieron sin duda y habían aprendido a temer, y oyó el chasquido de un látigo.

¡Era Gryce! Casi invisible en la oscuridad estaba procurando hacer que los lobos dejaran su horrible presa y atacaran al hombre que movía la manija del automóvil.

Jim no sentía ya ni el menor vestigio de temor. Una extraña indiferencia por el peligro le dominaba por completo y sintió nueva ira contra el dueño de los lobos que se proponía gozar viendo cómo aquellas fieras le destrozaban.

Volvió a encender un momento la linterna. Vió a los feroces animales que, temerosos del látigo de su amo dejaban su presa obedientes.

La luz le dejó ver también, un instante, tras de los lobos, la cara de Gryce con expresión feroz.

En una mano tenía Gryce el látigo, en la otra un revólver y trataba de apuntar en la oscuridad.

A Dacre no se le veía por ninguna parte. Probablemente no se había atrevido a salir estando sueltos los lobos.

La luz de la linterna encandiló y sorprendió a Gryce. Cuando la luz se apagó Gryce hizo fuego hacia el punto donde lo había visto.

Jim disparó a su vez. No contra Gryce. De pronto había sentido que una forma gris

se le acercaba cautelosamente y Jim disparó contra ella en lugar de hacerlo conrta Gryce. Se oyó un aullido. Jim aprovecho el instante en que el animal caía para subir en el automóvil.

¡Había que aprovechar el momento! Bajando la cabeza sobre el volante, movió la palanca. El automóvil avanzó, pasó del portón y llegó al camino. Una bala pasó silbando por encima de la cabeza de Jim; otra se aplastó en el guardabarro.

Un instante después el automóvil doblaba la curva del camino en dos ruedas.

Jim miró hacia atrás esperando ver el resto de los lobos corriendo tras él. Pero Gryce les había llamado sin duda. Tres de sus fieros servidores habían muerto; quizás temía que al resto le pasara lo mismo.

Una risa de contento brotó de labios de Jim al pensar que había tenido tan cerca las mandíbulas del lobo y se había salvado. Pero una vez pasado el peliyro, Jim sentía un abatimiento y una fatiga que no había sentido durante la lucha.

Poco a poco fué reaccionando.

Si Brood seguía desmayado o no, no podía saberlo.

La noche no era ya tan oscura. Jim no detuvo el automóvil para encender las faros hasta que estuvo cerca de la Abadía de Merlin.

Además iba pensando en que si habían estado peleando con enemigos ocultos ya habíaín ilogírado verles la cara. La guerra estaba declarada. ¡Guerra a muerte!

Diez minutos después Jim dirigía el automóvil por el camino de la Abadía de Merlin.

El ruido del automóvil en el momento en que se acercó hizo que se asomara una pálida cara a una de las ventanas del piso alto, — la cara de Bonholme Audley que había visto partir a Jim con intensa desconfianza.

Cuando la puerta del hall se abrió, Bonholme apareció en el relleno de la escalera.

Oyó la voz de Jim que hablaba con Dick.

—He tenido una agradable entrevista con el señor Gryce, el amigo del señor Bonholme y con sus lobos. Fué tan agradable la entrevista que casi no quería dejar que me retirara. Pero ya le dije, señor, que traería a Brood y lo he traído. Parte de la colección de fieras de Gryce no va a necesitar que le den de comer mañana.

Y Bonholme vió que entre Jim y Dick entraban a Brood desfallecido.

Bonholme estaba muy pálido. En una sola noche sus planes habían sido desconcertados.

Sabía que Dick sospechaba la verdad, sospechaba sus ocultos siniestros designios. Y esto significaba la ruina de sus planes, la ruina para él a menos que...

—A menos que demos un golpe decisivo antes de que tenga tiempo de hacer nada, — díjose Bonholme Audley. — No conviene esperar ni un solo instante. ¡Todo se comprometería si no hiriéramos sin la menor demora!

Algo que Brood recordó

Brood estaba tan angustiado que no pudo caminar hasta la biblioteca sin la ayuda de los dos hombres.

Dick le sirvió un poco de cognac y Jim que sentía que tambien le hacía falta reanimarse, se sirvió también una dosis.

—¡Hace un cuarto de hora me hubiera venido esto admirablemente! — dijo.

Y contó luego a Dick todo lo que le había pasado en la Granja.

—¡Aun me parece que lo tengo delante! El lobo grande y gris, con los ojos relucientes y la boca abierta a menos de un palmo de mi cuello! — exclamó estremeciéndose.

—¡Mi buen Jim! — dijo Dick poniendo la mano en el hombro de su chauffeur. — ¡Hubiera querido estar a su lado en ese moment odifícil, aun cuando sé que tiene usted entereza y valor para salir con fortuna de cualquier circunstancia difícil!

—Por usted me alegro yo de que no estuviese allí, patrón — replicó Jim. — ¡Creo que voy a soñar con los malditos lobos!

El alcohol estimuló las fuerzas de Brood, que logró recobrar sus facultades. Sin embargo se le notaba que el choque nervioso que había sufrido le había dejado muy impresionado.

—No me sentiré en seguridad hasta que me haya ido de Cornwall, — dijo. — Gryce... Yo conozco bien a Gryce, no descansará después de la humillación que ha sufrido esta noche y no se conformará con la destrucción de sus planes. Deben ustedes estar en guardia contra Gryce, ¡es un enemigo muy malo! Ahora que sabe que yo le he hablado a usted, sir Richard, de la caja amarilla que me confió su padre...

—No tenga miedo, — dijo Dick en tono tranquilizador. — Antes de la noche próxima usted se hallará lejos de aquí. No olvidaré el servicio que me ha prestado y ya sabe usted que soy su amigo. Dentro de las próximas doce horas se hallará usted lejos de aquí y en sitio donde Gryce no podrá encontrarle.

Hicieron que Brood se acostara, pero durante largo rato Dick y Jim permanecieron conversando.

—La guerra es a muerte, señor, y hay que vigilar y no dejarse burlar — dijo Jim. — Estoy más seguro que nunca de que los hombres que incendiaron el Chalet Blanco esta noche, que trataron de matarle a usted y a la señorita Aileen en los arrecifes la noche pasada, van a hacer otra tentativa antes de que pase mucho tiempo.

Dick inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Ya no lo dudaba. Pero el hombre prevenido vale por dos. No iban a asustarle tan fácilmente ni iban a lograr que se alejara de la costa de Cornwall. Tenía ante sí una tarea sagrada y se disponía a llevarla a buen término sin flaquear un solo instante.

—Antes que nada debemos apoderarnos

de la caja amarilla para que Gryce y compañía no puedan arrebatarla. Por suerte conozco el sitio donde Brood la enterró. Ire directamente en cuanto baje la marea, — dijo Jim.

¿Qué secreto podía encerrar aquella caja amarilla cuando la consideraban tan importante Gryce y Bonholme y no se detendrían ante nada con tal de conseguir?

Era indudable que el padre de Dick, al confiar aquella caja a Brood conocía los designios de los que querían apoderarse de ella.

Las extrañas palabras qeu, de acuerdo con lo dicho por Brood, su padre había pronunciado, volvían a la memoria de Dick:

"No sé, Brood, si mi deber sería destruir-
" la, pues se trata de algo endemoniado, tan
" endemoniado como el mal cuyo secreto en-
" cierra".

Si lo que Brood había contado era verdad aquellos dos pillos habían planeado la supuesta muerte de su padre... ¿pero para qué?-¿Había sido para lograr apoderarse de aquella caja? La afirmación de Brood de que le tenían cautivo en alguna parte, de que intentaban, por medio de amenazas, arrancarle el secreto de donde estaba aquella caja, era verosímil.

—¡Jim, estoy por creer que lo que dic Brood es cierto, que mi padre está vivo! — dijo de pronto Dick. — Por extraña y disparatada que parezca la narración, he creído notar que Brood decía la verdad.

—Yo no lo he dudado ni un momento, señor, — dijo Jim. — Todo lo demás que ha dicho Brood ha resultado cierto... ¡Lo de la caja amarilla por ejemplo! Cuando llegué a la Granja, Gryce estaba por azotar a Brood para que le dijese donde había escondido la caja. ¡Creo que esto basta y sobra!

Jim permaneció un instante callado.

—¿Tendrá esa Puerta Cerrada algo que ver con el misterio del destino de su padre, señor? — agregó de improviso.

—¡Pero esa puerta fué clausurada y condenada antes de la muerte de mi padre!

—Sí. Pero existe el hecho comprobado de que Gryce y Bonholme hacen uso, secertamente, de esa puerta. Se que usted, señor, no se halla convencido de esto todavía y que aun no cree que tienen algún medio secreto para abrirla.

—En un principio no lo creí. Pero ahora, ahora no me siento tan incrédulo, — dijo Dick pensativo. — Después de los sucesos de los últimos días que me han revelado los entretelones de la intriga que están fraguando contra nosotros, estoy dispuesto a creer lo que no creía. Por eso he alterado mis propósitos. Voy a hacer abrir la uerta antes de veinticuatro horas. A pesar de la orden de mi adre me creo obligado por un ineludible deber a proceder así.

—¡Bien! — exclamó Jim contento.

—Tenemos qeu luchar con esos canallas y no debemos dejar de averiguar todo lo que se relaciona con sus planes secretos. Tenemos que apoderarnos de la caja amarilla, como he dicho, antes de que nos la quiten. Gryce, el hombre de los lobos, a ese es al que tenemos que vencer. ¡Es el jefe y el alma de la gavilla!

Discutieron entre los dos la difícil tarea de averiguar dónde estaba cautivo el padre de Dick.

Habaí el peligro de que, para evitar ser decsubiertos, los pillos quitaran la vida a su prisionero.

¡Y uno de aquellos dos hombres, cuya ocluta villanía se había puesto, por fin, en claro, estaba durmiendo en aquella msma casa!

A Dick le resultaba horrible pensar que Bonholme permaneciera bajo el mismo techo que albergaba a Aileen. Ya conocía al suave hipócrita. Pro hasta que su padre hubiera sido arrancado a sus garras, Dick no se atrevía a dejar que Bonholme se enterara de sus sospechas; no se atrevía a luchar abiertamente todavía.

Judith no podía permanecer en la Abadía. Era necesario sacarla de allí y llevarla a un sitio donde estuviera segura. Dos veces habían atentado contra su vida; dejarla en la Abadía era incitar a una tercera tentativa. Además había el peligro de que la policía descubriera su presencia allí.

Aileen debía marcharse también. Todos los temores que sentía por su seguridad se lo ordenaban. Si Dick no temía por sí mismo tmía por ella.

Aquella sucesión de horrores tenía nerviosa a la joven. Dick la había visto aterrorizada mientras iban de la casa incendiada a la Abadía. La joven a quien amaba no podía permanecer por más tiempo en el Castillo de las Sombras.

Por último Jim se retiró a descansar. Estaba muy fatigado y no tenía ante sí más que dos o tres horas para descansar.

Debía ir a sacar la misteriosa caja tan pronto como la bajante lo permitiera.

Gryce sabía que la caja estaba enterrada en la arena. El hombre no conocía el sitio exacto, pero Jim no quería aventurarse.

Brood estaba durmiendo en el cuarto de Jim, pues no había querido quedarse solo en otro cuarto. Cuando Jim entró le oyó hablar en sueños.

—¡Oh! ¡Eses ojos! ¡Esos ojos! — decía.

Y Jim le vió tiritar como si temblara de miedo.

—¡Soñondo con los lobos! ¡No me sorprendería qeu soñara yo también! ¡Brr! — dijose Jim. — Pero apusto cualquier cosa a que Gryce tampoco duerme tan tranquilo. ¡Como que se encontró con que el licenciado del presidio de Bleakmoor valía más que él!

Tres minutos después, estaba dormido.

Jim podía, generalmente, despertarse a la hora que quería y antes de dormirse se había dicho qeu debía estar de pie a las seis y media. Sabía que a la siete la marea descendente habría dejado descubierta la parte de la playa donde estaba enterrada la caja amarilla.

Pero aquella vez su acostumbrada facultad le falló. A las seis y media Jim estaba todavía durmiendo como solo duerme el que está muy cansado. Dieron las siete y las campanadas parecieron llegar hasta su mente, pues se despertó sobresaltado.

—¿Así te despiertas temprano? — díjose Jim como si se riñera a sí mismo y vistiéndose de prisa.

Sa había combinado que él y Dick irían juntos. Pero Jim sabía que "su patrón" tenía que estar muy cansado y después de todo pensaba que la tarea era sencilla y, en pleno día no había peñgro que nadie le atacase. Jim resolvió no avisar a Dick. Tomó una pala del cuarto de las herramientas y se dirigió hacia la playa.

El sitio donde se encontraba enterrada la caja no se encontraba ni a una milla y media de la abaría.

Veinte minutos después de marcharse Jim, Dick se despertó. Miró al reloj y se preguntó si era posible que Jim se hubiera dormido. Se vistió en poco tiempo y subió al cuarto de Jim, donde solo encontró a Brood durmiendo inquieto.

La ventana de aquel cuarto era la más alta del edificio. Dick miró por ella. Vió a lo lejos la figura de un hombre que se dirigía hacía la costa: debía de ser Jim.

Sobre la mesa estaban los anteojos de campo, con los que, la noche anterior, habían mirado hacia la incendiada casa de Aileen. Dick tomó los anteojos y miró.

ediante los poderosos gemelos Dick distinguió no solo a Jim, sino a un hombre que le seguía cautelosamente, ocultándose cuando podía tras de las peñas de la costa. Este hombre parecía estar haciendo señas a otro que se hallaba más lejos y más abajo: en la playa.

Las peñas ocultaban al hombre de modo que Jim no podía distinguirle. Dick comprendió inmediatamente que el hombre de arriba avisaba al de abajo que Jim se acercaba hacia el sitio donde estaba enterrada la caja amarilla.

Dick lanzó un grito.

—¡Dios mío! — exclamó. — Esos deben ser los dos cómplices de Gryce que se han enterado de que íbamos a sacar la caja de su escondrijo. Van a hacer caer a Jim en una celada.

Dick bajó las escaleras como loco. Aún le dolía el tobillo que se había lastimado, pero no se fijó en eso. La gravedad de la situación le dominaba. Salió de la casa y corrió hacia los arrecifes.

El grito lanzado por Dick había despertado a Brood. El anciano abrió los ojos inmediatamente y a tiempo para darse cuenta de que Jim y Dick se habían dirigido al escondrijo de la caja.

Entonces, con voz entecortada por la emoción, exclamó:

—¡Han ido a desenterrar la caja! ¡No se dan cuenta de que aún tenía yo que decirles algo y que me olvidé de decírselo! ¡Maldita caja! ¡A tiempo me acuerdo de lo que no dije! ¡Dios mío! ¿Qué será de ellos si la desenterraran antes de que pueda avisarles?

Al decir esto el anciano estaba aterrorizado.

Brood se hallaba exhausto. El sueño le había repuesto muy poco. Sin embargo se vistió con desesperado apresuramiento y bajó a toda prisa la escalera. Pero cuando llegó a la puerta Dick había salido ya.

Brood gritó, pero Dick, que corría, no volvió la cabeza.

Desesperado, Brood corrió tras él, jadeante y tambaleante como si estuviera en peligro la vida de Dick y la del hombre que la noche anterior le había salvado de los lobos si Jim y Dick llegaban a desenterrar de su escondrijo de la playa la caja amarilla

¡Enlazado!

Jim, mientras tanto, ignorante de lo que le amenazaba y de lo que sentían Brood y Dick en aquel momento, había dejado atrás la Abadía de Merlin y se dirigía hacia los arrecifes.

La atmósfera estaba muy diáfana. A Jim le llamó la atención la claridad con que se recortaba a lo lejos, sobre el cielo azul, la Peña Negra, que surgía de las aguas.

Aun a aquella distancia podía distinguir la línea quebrada de las ruinas del antiguo Priorato que había sido construído en la cima de la isla hacía centenares de años, en la época en que una hilera de peñas, hoy destruídas por la acción del tiempo unían la isla con la tierra firme.

Al fijarse en la Peña Negra recordó Jim los tres destellos de luz que allí se había visto surgir hacía pocas noches.

Siempre había creído que no era posible llegar a poner pie en la isla, ni por tierra ni por mar. Pero Jim opinaba que sería muy raro que lograran convencerle de que aquellos tres destellos no habían sido dirigidos por la mano del hombre.

Pero no le interesaba mucho la Peña Negra aquella mañana, pues todos sus pensamientos se concentraban en la caja amarilla que esperaba llevar en triunfo a su patrón.

El misterio que rodeaba a la caja le interesaba mucho. ¿Qué sería aquello del "Ojo Enceguecedor" de que había oído Brood que hablaba Gryce al ocuparse de la caja?

Cuando llegó a los arrecifes, Jim vió a un hombre que se paseaba como distraído por cerca de la orilla. La figura disapareció un instante detrás de una roca.

A Jim no le pareció esto bien. No deseaba que nadie le viera desenterrar la caja amarilla.

La marea había descendido dejando la arena de la playa lisa y brillante. Jim se dirigió hacía la peña donde Brood había grabado las dos flechas.

Empezó a medir los diez y nueve pasos desde la piedra yendo en la dirección que hubiera marcado una tercera flecha grabada entre las dos que había en la piedra.

Pero antes de haber avanzado los diez y nueve pasos, hizo un emocionante descubrimiento que le puso en guardia.

El descubrimiento no podía ser más alarmante. En la arena mojada había huellas de pasos y señanes de que alguien había removido la superficie de la playa con una pala.

Después de bajar la marea, alguien había estado buscando la caja amarilla.

Jim frunció el ceño y miró con recelo a su alrededor. Pero aun cuando alguien había

andado por allí con una pala, en aquel momento no se veía a nadie.

Sin embargo, a Jim no le gustó aquello. La inscripción de la piedra no había podido ser interpretada y desorientó a los investigadores, pues la arena estaba lisa, libre de huellas y de pala, en el sitio donde Brood había escondido la caja. Pero ¿por qué habían estado removiendo la arena en aquellos sitios?

Jim retrocedió y se dirigió como paseando, al sito donde se hallaban las peñas entre las cuáles había estado escondido en la ocasión anterior.

No se veía a nadie. Sotisfecho y convencido de que, si había estado alguien, ya se había ido, Jim volvió a contar los diez y nueve pasos desde la peña donde estaban grabadas las flechas.

—¡Este es el sitio!

Jim empezó a cavar con todas sus fuerzas, haciendo volar la arena al impulso de su pala.

Estaba entregado por completo a su trabajo y el sol de la mañana era fuerte, así que el sudor le caía de la frente en grandes gotas, pero no cesó en su trabajo hasta que la pala sonó contra un objeto metálico. Un minuto después la caja estaba descubierta.

Jim iba a inclinarse para agarrarla, cuando de improviso se irguió y miró con recelo a su alrededor.

En el entusiasmo de su trabajo, se había olvidado de sus primeras sospechas, pero éstas habían renacido de pronto al oír ruido de pasos que le indicaba que no se hallaba solo.

En el momento en que se volvía, un largo nudo corredizo de cuerda silbó por los aires y cayendo sobre él le sujetó por la mitad del cuerpo antes de que Jim pudiera ver quien le había enlazado a la manera de los gauchos de la Pampa.

El lazo le sujetó los brazos con tanta fuerza, ue no pudo moverlos y tiró de él tan rápidamente, que le hizo caer al suelo.

Dos hombres habían surgido de su escondrijo de detrás de la srocas. Mientras el que tenía el lazo le mantenía prisionero sin que pudiera moverse, el otro corrió hacia Jim revólver en mano.

Sus enemigos habían logrado su objeto por esta vez.

Jim se percató, desesperado y con grande amargura, de que la caja amarilla, de cuya posesión pendía tal vez el destino del padre de Dick, se hallaba a merced de aquellos hombres.

La caja de la muerte

No tuvo Jim oportunidad de resistirse. Aun cuando no hubiese tenido los brazos sujetos, el revólver le habría acensejado prudencia.

—Nos ha ahorrado usted mucho trabajo enseñándonos dónde estaba la caja, — dijo el hombre del revólver con maligna sonrisa. — De no haber sido por usted, hubiéramos tenido que buscar quién sabe durante cuánto tiempo.

El hombre que le había enlazado con tanta destreza, se acercó. Ató el lazo una y otra vez en torno del cuerpo de Jim, sujetándole fuertemente los brazos.

Los dos eran jóvenes y enteramente desconocidos para Jim y, sin embargo, le parecía haberlos visto algnua vez. De pronto lo recordó. Aquellos debían ser los dos hombres a quienes había visto saliendo del cuarto de Judith después de realizar su obra criminal en la casa incendiada la noche anterior. Eran dos pillos al servicio de Gryce.

Hallándose en poder de tales hombres, Jim comprendía que no tenía muchas probabilidades en su favor.

Pero por esto no iba a mostrarse acobardado.

—Me parece que nos hemos visto antes de ahora, — dijo. — Fué anoche, en la casa que ustedes incendiaron. Bueno ¿y dónde van a llevarme?

Jim se expresó con indiferencia, pero no dejaba de mirar hacia los altos arrecifes como esperando la llegada de alguien que acudiera en su socorro. Pero los arrecifes estaban, como de costumbre, desiertos.

—Lo primero que vamos a hacer con usted es esto. — dijo el hombre del revólver.

Y entre los dos amordazaron a Jim rápida y efizcamente.

Se echó de ver que temían que el joven chauffeur gritara y pidiera socorro.

Atado y amordazado, Jim se encontraba a merced de sus captores. Le hicieron caminar hasta el pie de los arrecifes para que no pudiera verle desde arriba cualquiera que por casualidad pasase.

El hombre del revólver le dió un puntapie feroz la primera vez que intentó negarse a obedecer.

El otro fué hasta el hueco escabado por Jim y se apoderó de la caja amarilla.

Casi al tomarla se le escapó de las manos y cayó de nuevo en el hueco con sonido metálico y Jim oyó al hombre lanzar una blasfemia y sacudir la mano para quitarse una gota de sangre que le había aparecido en un dedo como si uno de los bordes de la caja le hubiese herido.

El hombre volvió a tomar la caja.

—¡Vamos pronto! ¡Camine ligero! — dijo uno de los captores de Jim pegando otro puntapie al hombre indefenso.

¿Dónde lo llevaban? ¿Qué se proponían hacer con él?

Un instante después uno de ellos le permitió darse respuesta a tales preguntas.

Con sonrisa maliciosa el hombre indicó el punto saliente de la costa donde dos noches antes Dick y Aileen se habían visto detenidos por la marea que ascendía. El agua dejaba en aquel momento, poco a poco, aquella parte de playa.

—Allí hay arenas movedizas, — dijo el hombre. — Las arenas movedizas, como los hombres muertos, no hablan. Usted no debía haberse metido con Langrish Gryce, ni haberle muerto sus lobos, ni haberle quitado a Brood. Se ha metido usted en lo que no le incumbía. ¡Nosotros no queremos gen-

le entrometida! Así que al que molesta, se le quita de enmedio.

Al oír esta siniestra amenaza y enterarse del terrible destino que le esperaba; al comprender que iban a hacer que se lo tragaran las arenas movedizas de la sirte, Jim resolvió no moverse. Miró desesperado hacia arriba. ¡Nadie!

Por más que le pegaron y le empujaron, no se movió.

En consecuencia sus captores y a pesar de toda su resistencia, le ataron los pies. Entre los dos le arrastraron tirando de la cuerda.

No habían avanzado uno dicena de yardas cuando el hombre que llevaba la caja soltó la cuerda. Gruesas gotas de sudor brotaban de su frente. Jin era pasado pero el otro hombre no demostraba un cansancio ta gnrande.

—No sé... no sé lo que me pasa, — murmuró el de la caja pasándose la mano por la frente. — Necesito descansar un momento. Me siento mal. No sé lo que tengo. Me duele...

Se tambaleó soltando la caja aamrilla.

—¡No sea usted tonto! — exclamó el otro, Inclinándose y levantando la caja. — No hay tiempo qu prder. Es necesario despachar a éste antes de que pueda venir alguien.

El otro estaba muy pálido y su boca hacía una extraña mueca de dolor. Hizo un esfuerzo para continuar ayudando a tirar del prisionero, pero de improviso desistió.

Se sentó en una roca. Tiritaba sin cesar como si sintiera sucsivos escalofríos.

Enojado el otro, que tenía la caja debajo del brazo, tomó la cuerda con la mano que le quedaba libre y siguió arrastrando a Jim. Pero avanzaba despacio, pues el peso era mucho para él solo.

Avanzó unas cuantas yardas, menos de diez, y de pronto se detuvo, soltando la cueda.

Resporaba fatigosamente. El dolor de que su compañero se había quejado la había acometido también. Lo sintió de pronto, en las piernas. Una mirada de terror se vió en sus ojos. Se tambaleó como en ébrio.

Mirando hacia atrás vió que el otra estaba tirado en la arena, inmóvil. Había saído de cara desde la roca donde se hallaba sentado y así había permanecido.

Sin soltar la caja, el hombre se dirigió hacia su caído compañero.

Mientras avanzaba, Jim le moraba asombrado. De pronto le vió caer de rodillas y avanzar así fatigosamente.

Luego, casi junto al sitio donde había caído el otro, exhaló un grito, dejó caer de sus manos la caja de bronce y permaneció un momento tratando de levantarse. Después cayó tendido en la arena.

Vió Jim, entonces, que un extraño estremecimiento le sacudía y que, al cabo de un momento quedaba inmóvil como su compañero.

¿Qué significaba aquéllo?

Para Jim significaba que un extraño y misterioso destino había herido a los dos ladrones de la caja amarilla y que se había salvado de morir hundido en las arenas movedizas.

Casi al mismo momento, lejos, en la playa, Jim vió aparecer a un hombre que corría hacia los dos caídos y hacía él: ¡era Dick!

De no haber tenido la mordaza, Jim hubiese gritado de alegría.

Pero en seguida, un pensamiento terrible cruzó por su imaginación y alejó de su mente toda alegría.

Aquellos dos hombres se habían muerto tan misteriosamente, después de agarrar la caja ¿habían encontrado la muerte en la misma caja? ¿Era la misteriosa caja la que, por algún medio desconocido les había dado muerte? ¿Agarrar la caja era condenarse a morir? Si Dick la levantaba en sus manos, ¿moriría también?

Con ojos de agonía, Jim miró a Dick que corría hacia donde, a pocas yardos de él yacían los dos hombres inmóviles y donde la caja amarilla brillaba a la luz del sol.

¡Y no podía gritar para advertir a su querido patrón que en aquella misteriosa caja estaba emboscada la muerte!

Lo que había dentro de la caja

Cuando Dick llegó corriendo por la playa y vió a los hombres caídos e inmóviles, su cara expresó el mayor asombro.

Jim se hallaba a menos de doce yardas de Dick, pero oculto por unas peñas, de modo que su patrón no podía verle y atado y amordazado de manera que no podía advertirle de su presencia.

Pero, por entre un intersticio de entre dos peñas podía ver a Dick que se acercaba corriendo. Un miedo horrible heló en las venas la sangre de Jim Marsh.

¿Iría su patrón a tocar la maléfica caja amarilla?

El ver a aquellos dos hombres: muertos, tirados en la arena, ¿no advertiría a Dick en contra de la caja? No. ¿Por qué había de suponer Dick que la caja amarilla era la culpable de la tragedia?

Ninguna tortura pudo ser nunca más intensa que la que sufrió Jim durante aquellos breves instantes en que temió que Dick levantara la caja que brillaba a la luz del sol y sufriera la misma suerte de los dos hombres.

Entonces, mientras contenía el que un hombre que caía no era Jim, vió otra figura que avanzaba por la playa, distante aun de donde estaba Dick. Era un hombre que corría desesperado con el rostro pálido como la cera, ayanzando tambaleándose como un ébrio. Aquel hombre era Brood.

Dick se detuvo. Permaneció inmóvil mirando a las dos víctimas de la misteriosa fatalidad, expresando su cara, aun dentro del gesto de horror que en ella se notaba, una leve sonrisa de contento.

—¡Vamos! No es ninguno de ellos el que yo temía. ¡Gracias a Dios no es Jim¡— dijo.

Dick había visto, a la distancia que el hombre que caía no era Jim, pero no le

pasaba lo mismo con el que había caído antes, pues estaba boca abajo y no le había visto caer. Temió que fuera su chauffeur y sintió justa satisfacción al notar que no era Marsh.

Miró Dick a su alrededor. A una o dos yardas de donde se hallaba él, se encontraba, sobre la arena, la caja de bronce.

Ni por un momento se le ocurrió a Dick atribuir la causa de aquella doble fatalidad a la caja que Jim había ido a buscar aquella mañana, pero al ver allí la caja lo hizo pensar que aquellos dos hombres muertos debían ser los mismos a quienes el hombre de los arrecifes había hecho señales advirtiéndoles de que Jim se acercaba.

¿Pero dónde estaba Jim? ¿Quén le había pasado-

Esto se preguntaba Dick mientras mecánicamente se acercó al sitio donde estaba la caja y se detuvo para inclinarse y agarrarla.

El hombre que se hallaba detrás de los rocas, atado y amordazado, no respiraba de miedo que sentía.

En aquel momento Jim hubiese dado de buena gana diez años de su vida por poder gritar unas palabras de advertencia. Pero el único sonido que podía proferir era un gruñido tan débil que era dominado por el rumor de las olas del mar.

Pero otro grito resonó, un grito ronco, inarticulado, que brotó a espaldas de Dick y le hizo volver y ver a Brood que corría desesperado hacia él.

Durante un momento Dick le miró sorprendido. No tenía ni sospecha de lo que el grito de Brood podía significar. Mientras esperaba que el hombre se acercara se volvió de nuevo para inclinarse y levantar la caja.

Un segundo más y sus dedos se hubieran apoyado en la misteriosa caja. Pero Brood, demasiado jadeante y exhausto para volver a gritar corrió y, como un loco, atropelló a Dick y le echó a un lado, separándole de la traidora caja.

Sin que se explicara cómo recobró aliento bastante para decir:

—¡Por el cielo! ¡No toque esa caja!

Y en cuanto dijo esas palabras Brood, vencido por el esfuerzo, cayó sin aliento junto a los dos hombres muertos.

Dick hallábase aun extraordinariamente asombrado cuando se inclinó hacia Brood para levantar a lanciano y desprenderle el cuello de la camisa. Al hacerlo oyó un gruñido detrás de las rocas. Miró a su alrededor y luego corrió como deseperado.

—¡Jim!

Al pronunciar ese solo nombre se notó en su voz un suspiro de alivio.

Con toda rapidez quitó la mordaza, — con su cortaplumas, — cortó las cuerdas que habían estado ciñendo tan cruelmente el cuerpo de Jim. En el primer momento Marsh, exhausto y maltrecho, sintióse sin fuerza para ponerse de pie. Después de su angustia experimentada sin flaquear, le venía un debilitamiento nervioso.

—Dentro de un momento estaré mien, patrón — murmuró.

Luego, mientras se panía de pie ayudado por Dick y trataba de caminar, dijo:

—¡Por suerte Brood evitó que usted tocara esa caja! ¡Cuando ví que usted se detenía para agarrarla y que no podía gritar para advertirle que no la tocara!...

No pudo terminar la frase: le faltó aliento.

Ayudado por Dick, Jim logró avanzar hasta donde estaba Brood, que mastraba señales de que recobraba los sentidos.

Jim se sentó en una roca. Miró con horror a los dos muertos, se estremeció y separó de ello ssu miarda.

—Eso le hubiera sucedido a su seguro servidor si me hubieran dejado tocar esa maldita caja, — exclamó. — Eso le hubiera sucedido a usted, patrón, de no haberlo evitado Brood.

Después agregó:

—Acababa de descubrir la caja cuando uno de esos me enlazó como si fuera un novillo. Me enlazó muy bien no hay por qué negarlo. Mi suerte fué precisamente eso. Aun cuando no lo comprendí entonces, esa fué lo que me salvó la vida. Dos veces me libré de la muerte. Esos dos se proponían matarme: iban a hacerme hundir en las arenas movedizas. Ya me llevaban camino de la sirte. Pero primero el uno y luego el otra, esa caja los mató a los dos. No sé cómo, pero los mató.

Brood fué quien pudo explicar aquello.

—Sólo los que conocen el secreto pueden tocar impunmente esa caja, — dijo.

Tomó la caja y les mostro que en varios puntos de los costados tenía como unos adornos sobresalientes. Mirando de cerca, Dick vió que de uno de aquellos adornos salía una punta como la de una aguja.

—Estas agujas son huecas y esán cargadas con un veneno violentísimo. Lo que les ha pasado a esos dos hambres demuestra la violencia de este terrible veneno.

Brood miró a los dos caídos mientras decía eso.

—Los conocía a los dos, — agregó, — y los conocía bien. Eran dos de los más infames colaboradores de Gryce. No debo compadecerlos por lo que las ha pasado.

—Lo único de sentir es que no haya sido Gryce en persona quien levantara la caja, — dijo Jim, — aun cuando supongo que esos dos no eran malos discípulos del maestro en cuestión de infamias. ¿No los conoce, patrón? Son los dos hombres que incendiaron el Chalet Blanco y que entraron en la casa incendiada, no como pretendían, para salvar a Judith Holt, sino para asegurar su muerte.

Se alejaron de la playa contentos de poder abandonar aquella escena de horror.

Dick había decidido jue lo mejor era no decir una palabra sobre la tragedia. Ya la descubrirían los otros. No quería verse envuelto en el asunto pues tendrían que preguntarle cosas que él no podía contestar.

No convenía que nadie se enterara de nada de lo relativo a la caja amarilla. Gryce no debía saber qué había sido de ella.

Brood les indicó de qué modo era posible manejar la caja sin ningún peligro. Oprimió un adorno de la misma y las agujas desaparecieron de modo que no podían pinchar.

Dejaron la playa sin que nadie les viera.

Una vez en la Abadía de Merlin fueron a la biblioteca. Dick iba, por fin, a ver qué contenía la caja, aquella caja que su padre tanto temía que cayera en manos extrañas

y, que, sospechando alguna infamia, había puesto bajo la custodia de Brood para que Gryce no se apoderara de ella.

—No sé nada sobre su contenido ni sobre el origen de la caja, — dijo Brood a Dick. — Solo sé que fué de su abuelo.

Y Jim recordó de pronto lo que Brood había dicho la noche anterior sobre el antiguo propietario de la Abadía de Merlin:

—¡Un hombre muy malo: el hombre más malo del mundo!

¿Qué secreto podía contener?

Era una caja de forma extraña de fabricación asiática y sin duda, antiquísima. Estaba cerrada y la llave no habíase hallado nunca en poder de Brood.

Pero Dick se acordó de una llave de bronce que había encontrado entre otros objetos de propiedad de su padre. La introdujo en la cerradura y ésta funcionó. La tapa de la caja se levantó movida por un resorte.

Los tres hombres se inclinaron para mirar. Para lograr la posesión de aquella caja Gryce y Bonholme habían decidido acudir al crimen y al asesinato y habían condenado al padre de Dick a una muerte en vida.

Sin embargo, la misteriosa caja no contenía nada más que una llave.

Una vieja llave larga, de extraño dibujo, cubierta de herrumbre y vieja por lo menos de dos siglos.

Dick la tomó para examinarla más de cerca. Vió entonces que en cada lado de la llave había varias palabras grabadas en caracteres antiguos.

La herrmbre había carcomido parte de la llave pero, con dificultad, podíase leer lo escrito.

De un lado decía:

Los noventa y nueve escalones.

Y del otro lado:

Sigan la mano del muerto.

Dick leyó en voz alta las dos inscripciones. Su rostro expresó asombro. ¿Qué significaban aquellas palabras que debían haber sido grabadas hacía muchos años?

Y, sobre todo ¿qué cerradura podía abrirse con esa llave? ¿Tenía significado todavía esa inscripción tan antigua?

Pero no era eso todo.

En la caja, grabadas sin duda por indicación del anciano terrible, el abuelo de Dick que había combinado aquella mortífera trampa en la misteriosa caja se leían las siguientes palabras trazadas en el bronce:

"Guardo el secreto de la riqueza contra
" todos los sueños de la ambición.
" Tengo el misterio del Ojo Enceguecedor
" y de las Siete Lunas.
" Doy muerte sutil a quien pretenda ro-
" barme mis secretos".

De esto último, por lo menos, se tenía prueba terrible e indubitable.

La ventana misteriosa

Dick había estado ocupadísimo durante todo el día. Poco después del desayuno saló en el automóvil y no regresó hasta la tarde.

Volvió solo en el automóvil, pero no había salido solo de la Abadía, por la mañana. Judith y Brood iban con él. Aun cuando el estado de salud de Judith no había mejorado, Dick no se atrevió a dejarla en la Abadía. Con toda razón temía un nuevo atentado contra la vida de la hermosa joven.

Dick había llevado a Judith a la casa de un viejo sirviente de la familia que residía en Hampshire y donde estaría en buenas manos. En la misma localidad había hallado alojamiento para Brood.

Para el joven dueño de la Abadía de Merlin había sido una satisfacción poder dejar a Judith y a Brood en sitio seguro donde sus pocos escrupulosos enemigos no podrían hallarlos y, aun en caso de que, por casualidad las hallaran, no podrían molestarlos.

—Recuerde usted bien mi advertencia señor, — dijo Brood al despedirse Dick y con grandísimo interés. — Mientras usted permanezca en la Abadía de Merlin no se descuide un solo instante. Es necesario que se halle siempre en guardia. Gryce está combinando un plan en contra de usted y es hombre de los que hieren cuando menos se espera.

Dick se rió.

—El hombre amenazado es siempre el que vive más tiempo, — dijo.

Regresó en el automóvil llegando a la Abadía de Merlin a tiempo para comer y conversar antes cinco minutos con Jim.

Dick manifestó a Marsh que había dado orden al herrero de que se presentara en la Abadía la mañana siguiente, muy temprano, para abir la misteriosa Puerta Cerrada.

Si, como comenzaba a sospecharlo, Gryce y Bonholme tenían algún medio secreto para penetrar en la cerrada habitación del pie de la torre, existían probabilidades de que allí se hallara algún indicio de dónde estaba prisionero el padre de Dick.

Jim recibió noticia con satisfacción.

—¡Esa si que es una excelente medida! — exclamó.

Al pasar por la aldea en su viaje de regreso, Dick había aído hablar con emoción del encuentro de dos hombres muertos, en la playa. La causa de su muerte sería siempre un misterio, tanto para su patrón Gryce como para el resto del mundo.

Durante la comida, Dick miró, de un lado a otro de la mesa, a Bonholme. El amabilísimo anciano estaba tan sonriente y cariñoso como de costumbre. Pero, ¿ué se escondía detrás de aquella máscara? ¿Comenzaba ya a darse cuenta de lo resbaladizo que se ponía el piso bajo sus pies.

A Dick le resutaba muy desagradable sentarse a la misma mesa y tener que fingir amistad para con el hombre de cuya doblez y de cuya infamia ya no dudaba.

Después de comer Dick y Aileen salieron a pasear por el jardín. Estaba comenzando a anochecer.

Aieleen estaba aun pálida, después de todas las emociones que había sufrido, pero sus ojos tenían un brillo encantador a pesar de que en la actitud y en la voz se notara que la bella joven seguía muy nerviosa.

—Me alegro mucho de que usted se aleje de la Abadía de Merlin, Aileen, — dijo Dick aludiendo a la próxima partida de la joven,

— M alegro de que usted se vaya de aquí aun cuando siento mucho que tengamos que separarnos.

—Dick, — dijo ella en voz baja y temblorosa, — no se por qué, pero tengo miedo de que se quede usted solo. Un extraño presentimiento me anuncia que aquí le amenaza un gravísimo pligro. No tendría nada de raro que así fuera después de lo que acaba de suceder...

Aileen se estremeció.

—Dick, — añadió, — ¿es indispensable que se quede usted aquí?

Sí, era necesario, Dick no le había dicho a Aileen lo que Brood le había revelado; pero mientras no encontrara y libertara a su padre, sacándolo del encierro donde estaba enterrado en vida, Dick no podía ausentarse de la Abadía de Merlin.

—Por ahora es necesario que me quede, Aileen, — contestó.

—¡Es que tengo miedo, tengo miedo por usted, Dick! — añadió ella en voz baja. — Sé que tiene usted enemigos ocultos.

El trató de tranquilizarla sonriendo. y luego dijo lo mismo que le había dicho a Brood.

—El hombre amenazado es siempre el que vive más tiempo.

Se oyó ruido de pasos edtrás de ellos Bonholme y el padre de Aileen se acercaba hacia ellos. Las palabras de Dick llegaron hasta ellos y Bonholme, al oirlas, se sonrió.

—¡No siempre!, — díjose como si contestara mentalmente a Dick.

Permanecieron conversando unos instantes. El señor Gray se sentó en un rústico banco. Aun sentía molestia en la pierna que se había lastimado la noche anterior.

Aileen no participó de la conversasión. Se sentó junto a su padre, mirando el edificio que destacaba su negrura en el cielo cada vez más oscuro. Algo, de lo que no se daba perfecta cuenta, pero algo amenazador sin duda, parecía flotar en el ambiente del crepúsculo.

Bonholm s volvió de pronto hacia la joven.

—¿Ve usted aquella ventana, señorita Gray? Es la de la sala del aparecido. ¡La sala del espectro de la Abadía de Merlin!

E indicó con la mano una ventana enrejada en la que, en aquel momento daba un rayo de luna.

Era la ventana de una de las tantas habitaciones desocupadas de la vasta y vieja mnsión.

—¡Así que también tienen ustedes un espectro en la Abadía de Merlin! — exclamó riendo el señor Gray.

—Si lo hay, declaro que yo no le he visto jamás, — manifestó Dick.

—No creo generalmente en tales historias, lo confieso, — dijo Bonholme. — Pero la verdad es que... que hay algo misterioso en ese cuarto. Se han producido en él cosas extrañas que...

Callo de improviso como si lamentara haber hablado de aquello y trató de cambiar el tema de la conversación, hablando de otra cosa.

Le parecía a Aileen que había "algo misterioso", no solo en aquella habitación sino en toda la Abadía de Merlin. Mientras seguía mirando al viejo edificio deseaba con toda el alma que Dick lo abandonado lo antes posible.

Gray y Bonholme siguieron conversando y Dick permaneció en silencio, fumando. Pensaba en la caja que había costado la vida a los dos que intentaron robarla. ¿Qué se podía abrir con la llave encontrada dentro de la caja?

Las palabras grabadas en la llave: "Los noventa y nueve escalones" y la extraña referencia a "la mano del muerto" le dejaban enteramente perplejo.

De una cosa estaba seguro, de que, de algún modo era la llave aquella de todos los mesteriosos sucesos acaecidos últimamente, el eje sobre el cual giraba toda la combinación tramada por los enemigos de él y de su padre.

Un grito de Aileen le arrancó de improviso de tales pensamientos.

—¡Mire, Dick! Mire!

Se había tomado nerviosamente del brazo de Dick.

Pero él había visto ya, a su vez, ¿Era un fantasma o una persona de carne y hueso la que, durante un momento había aparecido en la ventana misteriosa alumbrada por la luz de la luna?

Una cara, como si fuera de una cabeza sin cuerpo, parecía estar detrás de los vidrios. A la luz de la luna parecía notarse su extraña palidez. El aspecto era fantástico. Las facciones de aquella cara no se parecían a ninguna que Dick hubiera visto antes.

Ninguno de los admirados espectadores se movió ni habló. La repentina mistereriosa aparición tuvo la virtud de hipnotizarle por un instante. Fué como si se sintieran dominados de pronto por un poder sobrehumano que les hacía mirar fijamente hacía la ventana de la sala del espectro.

Dick sitió que la mano de Aileen, apoyada en su brazo, temblaba.

El no se sentía menos emocionado. ¿Qué podía ser aquello? ¿De quién era aquella cara espectral? Hacía tiempo que conocía la historia de aquel cuarto. Ahora, por primera vez, se pregutaba a sí mismo si era posible que se presentara un espectro. ¡Pero aquella cara no podía ser la de una persona viviente!

Casi en seguida la aterradora aparición se fué diluyendo hasta desaparecer en la oscuridad, alejándose de la ventana hacia el interior de la habitación.

Esto pareció romper de pronto la influencia mesmérica de la aparición. Dick avanzó un paso. Aileen le tomó del brazo desesperada.

—¡No vaya, Dick! ¡No vaya!

Gritó estas palabras dominada por intenso terror.

Dentro del cuarto del espectro

De la casa había surgido, llegando hasta ellos, un grito salvaje y aterrador, un grito de horror y de agonía que les heló la sangre en las venas.

Durante unos momentos nadie se movió.

Luego, aun más emocionado, Dick corrió hacia la casa. Los otros le siguieron.

Cuando Dick entró en la Abadía vió que Trask, el sirviente, bajaba rápidamente la escalera. Estaba pálido y parecía muy asustado.

—¿Qué sucede, Trask?

—Temía que usted hubiera oído, señor. Lo siento tanto, Fué mi mujer la que gritó.

—¿Por qué gritó? ¿Qué pasa?

—Atravesaba el rellano que está junto a la habitación a la que llamamos del espectro, señor. De pronto se le cayó de la mano el candelero que llevaba y entonces ella vió, mejor dicho, creyó ver, una cara como la de un espectro que la miraba desde la puerta del cuarto maldito. — tartamudeó Trask.

—Qué tontería! ¡Debió estar soñando!

Mientras hablaba Dick pensó en la cara que había visto en la ventana. Había sido algo más que una ficción de la mente. Si la mujer de Trask la había visto, razón había tenido para asustarse.

—Quizás sea así; señor, — asintió Trask. — Lo cierto es que sufrió una impresión muy grande y temo que le dé un ataque de nervios. Yo estaba en la escalera, pero no ví nada más que la vela del candelero que saltaba por los aires. Subí lo más rápidamente que pude y cerré la puerta con llave. Si dentro de la habitación estaba alguién que se había permitido jugarnos esa mala pasada, dentro ha quedado. Pero mi mujer afirma que no había nadie, absolutamente nadie.

Se expresó como si fuera de la misma opinión de su esposa.

—Si usted ha cerrado la puerta pronto podremos saber si el espectro era de carne y hueso o no, — dijo Dick secamente. — Yo voy a poner eso en claro.

Provisto de su lámpara eléctrica de bolsillo, Dick subió la poco utilizada escalera de aquella parte de la casa, acompañado por Bonholme y por el señor Gray. Trask, muy nerivoso por cierto, les siguió.

Fué una desgracia que, cuando llegaron al rellano donde estaba la puerta de la habitación, Bonholme tropezara y se resbalara en el pulido piso de roble. En su caída se agarró del señor Gray, que perdió el equilibrio y los dos cayeron pesadamente.

Un involuntario quejido brotó de los labios del padre de Aileen y trató de levantarse, pero volvió a caer vencido por el dolor. Bonholme se puso de pie y pidiendo mil disculpas, trató de ayudar al señor Gray a levantarse mientras Dick se dirigía solo hacia la habitación, seguido nerviosamente por Trask.

Era posible que Bonholme no estuviera menos nervioso y que considerara oportuno el pretexto que se le presentaba para no acercarse más.

Lahabitación donde se había visto la misteriosa cara estaba al extremo del breve corredor que partía del descanso de la escalra.

La luz de la lámpara que Dick llevaba en la mano avanzaba por el corredor. Tras Dick iba Trask.

—No espere por mí. Se me ha torcido la rodilla. Temo que se haya producido una luxación. Vaya usted a acampañar a Dick, — dijo a Bonholme el señor Grey.

Bonholme estaba muy pálido. Pero como si tuviera vergüenza de que el otro le notara tan aterrorizado, dió un paso hacia adelante.

En ese mismo momento Dick abrió la puerta y penetró en la habitación.

Bonholme se detuvo en el comienzo del corredor, donde ahora volvía a reinar la oscuridad, desaparecida la luz de la lámpara eléctrica de Dick.

En el mismo instante apareció Jim Marsh que subía a toda prisa la escalera.

Estaba en el garage cuando se oyó el grito y salió para averiguar de qué se trataba.

Se abrió paso por entre el pequeño grupo de aterrorizados sirvientes qu ehabía en el hall. Aileen, dominada por el presentimiento de que algo tenía que sucederle a Dick, le siguió.

Jim traía una lámpara eléctrica de bolsillo con la que se alumbró. Vió a Bonholme que vacilaba nerviosamente, en el extremo del corredor; delante de la puerta estaba Trask temblando como si le faltara valor para entras detrás de Dick.

Cuando la luz de la lámpara de Jim se vió en el corrador, Trask se volvió: estaba pálido como un muerto.

¡Me ha parecido oír un grito dentro de la habitación! — dijo temblando. — Sir Richard cerró la puerta cuando entró y... y un momento después oí el grito.

—¿Un grito? ¡Qué tontería! ¡Debió ser el viento! — dijo Bonholme como procurando ocultar el miedo que sentía.

Jim le echó a un lado y avanzó sin ceremonia.

—¿Tienen ustedes miedo de entrar en esa habitación? ¡Qué valientes! ¡Dice usted, Trask, que oyó un grito de su patrón y no se atrevió a mover la manija de la puerta! — exclamó Jim.

Aileen siguió a Jim cuando éste corrió por el pasillo. La puerta de la habitación estaba cerrada como Trask la había dicho. A Jim le pareció muy extraño que su patrón hubiera cerrado la puerta tras él. Si Trask había oído un grito, ahora no se oía nada.

Jim movió la manija y empujó. La puerta se abrió. Aileen, junto a él miró hacia la habitación cuando Jim penetró y dirigió a su alrededor el haz de luz de su linterna eléctrica.

¡Pero, en la habitación en la cual había entrado Dick unos pocos momentos antes, no había ahora nadie!

. . . . . .

Era una habitación que estaba vacía y no se utiizaba para nada. Lo único que había en ella era una alfombra que cubría todo el suelo y dos o tres muebles viejos y carcomidos.

en el primer momenti, Jim no quiso creer lo que sus ojos estaban viendo. ¡Vacía! ¿Qué significaba aquello?

Un grito de alarma brotó de labios de Aileen.

—Jim, ¿qué le habrá sucedido a Dick? ¿Dónde estará?

Pero Jim no podía contestar a esa pregunta.

—O el patrón no entró en este cuarto... — empezó diciendo.

—¡Entró! ¡Le vimos todos! — exclamó Bonholme, y el señor Gray corroboró su afirmación.

—Bien. Entonces tiene que haber salido de nuevo y ustedes no le han visto en la oscuridad.

—Eso no es posible. Yo no me separé de la puerta, — dijo Trask. — La puerta no se volvió a abrir. Y les digo que oí un grito casi en seguida de que el patrón cerrara la puerta.

El testimonio de los otros probaba que Dick no podía haber salido de nuevo.

El caso parecía inverosímil. Sin embargo, ¿dónde estaba Dick?

No había alacenas ni otros huecos donde pudiera ocultarse. El piso estaba alfombrado. Las paredes eran de sólida mampostería. La ventana estaba cerrada.

¡No obstante, Dick había penetrado por la puerta, y como si se hubiese evaporado, había desaparecido sin dejar rastro!

Jim vigila

Esto aconteció cerca de las nueve de la noche. Cuando dieron las doce, el misterio de la desaparición de Dick no había sido solucionado todavía, como tampoco había tenido explicación el de la extraña cara pálida que se había presentado un momento y había desaparecido.

Jim sentía como si se levantara ante él una pared insalvable.

Había estado entretenido en una infructuosa investigación. Sacó la alfombra de la habitación, pero no halló en el piso rastro ninguno. Su primer pensamiento fué que podía existir una trampa de comunicación. Pero en la habitación de abajo, el techo no presentaba nada de particular.

Bonholme se hallaba, al parecer, sumido en la más intensa desesperación. Le temblaba la voz cuando hablaba con Aileen y con el señor Gray sobre la desaparición de Dick.

Pero aquellas lágrimas de cocodrilo no convencían ni engañaban a Jim. Desde el momento en que Dick había desaparecido, sospechó que en aquello andaba oculta la mano de Gryce. Se acordó de que Brod había oído a Gryce que decía a Bonholme:

"¡Quizás un día no lejano, sir Richard " desaparecerá, desaparecerá para no reapa- " recer nunca vivo!"

La desaparición de Dick, ¿indicaba que esta amenaza se había cumplido? Se trat de un hecho criminal, sin duda ninguna. Dick había caído en una encerrona diabólicamente preparada, pero ¿cómo habían procedido sus autores?

Aquella aparición que se había visto en la ventana, ¿formaba parte del plan preparado por los criminales?

Sin embargo sería inútil, Jim lo sabía, hablar a nadie de las sospechas que tenía sin poseer la prueba que demostrara la verdad de sus afirmaciones. Por otra parte, cualquier cosa que dijera pondría en guardia a los autores del complot.

Jim durmió poco. Por la mañana temprano siguió buscando, con resultado negativo. Su patrón había desaparecido como si la tierra se lo hubiera tragado.

Si Jim estaba hosco y angustiado, Aileen no parecía ni su propia sombra. Tampoco ella había podido dormir.

—Yo sabía que algún mal le amenazaba Lo presentía sin saber por qué, pero estaba segura, — exclamó Aileen, llorosa. — ¡Oh, Jim! ¡No volveremos a verle nunca más! ¡No obtendremos nunca la solución de este misterio!

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Jim sentía oprimido el corazón. Los enemigos que actuaban en las sombras habían herido esta vez con implacable y cruel acierto.

Aquella mañana a las diez llegó el herrero a quien Dick había dado orden de abrir la Puerta Cerrada. Jim le vió llegar y le hizo entrar por la puerta de los sirvientes.

Trask le miró con enojo.

—¿A qué vine usted con esas herramientas? — preguntó.

—Vengo, por orden del patrón, a abrir la puerta que está condenada.

—No es posible que haga usted eso sin orden del señor Bonholme, — dijo Trask.

—¡El señor Bonholme! ¿Qué significa esto? — exclamó Jim. — ¡El señor Bonholme no es aún dueño de la Abadía de Merlin! Venga usted, Lucas, yo le indicaré dónde está la puerta.

Trask miró de mala manera a Jim. Cuando éste se alejó con el herrero, fué a llevar la noticia a Bonholme.

—¡No es tan fácil! — dijo el herrero, mirando la puerta. — Las cabezas de los tornillos están soldadas y no es posible destornillarlos. Será necesario estropear la puerta. Sin embargo, sir Richard me dijo que no me fijara y que la abriera de cualquier modo

El herrero tomó una palanqueta y la introdujo del borde de una de las barras de hierro puestas a través de la puerta. Al esfuerzo que hizo la palanqueta, uno de los tornillos saltó.

El hombre introdujo más la palanqueta, pero antes de que pudiera seguir su trabajo se oyó ruído de apresurados pasos. Bonholme se presentó seguido de Trask. Parecía muy agitado.

—¡Detángase! — gritó muy enojado. — ¡No toque esa puerta!

—Estoy trabajando por orden del patrón, señor, — dijo el herrero.

—Poco importa. ¡Yo soy aquí el patrón en ausencia de sir Richard, y le prohibo que toque esa puerta.

Estaba pálido de furor.

Jim intervino.

—El patrón dió orden de abrir esta puerta y Lucas debe obedecer esa orden... ¡Orden de quien tiene autoridad para dar órdenes aquí! — dijo.

—¡No quiero permitirle insolencias! — dijo Bonholme volviéndose ferozmente hacia Jim. Ya no tenía su cara la máscara de

benevolente sonrisa, sino un gesto de intensa malignidad. — ¡No pasará mucho tiempo sin que le despache a usted de aquí! ¡Ya lo verá! En cuanto a usted, Lucas, le prohibo que toque esa puerta!

Lucas abandonó sus herramientas.

—Si usted lo ordena, obedezco.

Pero quizás usted querrá, llegada la oportunidad, explicar al patrón porqué no he cumplido sus órdenes.

Una sonrisa maligna se dibujó en los labios de Bonholme.

—Sí. Yo se lo explicaré a sir Richard, — dijo.

La seguridad con que Bonholme se había declarado con autoridad para mandar, acrecentó las sospechas de Jim. La desaparición de Dick no era un misterio para su anciano pariente.

Lucas se retiró dejando la puerta como estaba.

—¡Que no le vea otra vez por esos sitios de la casa o lo pasar muy mal! — dijo Bonholme a Jim.

Marsh calló la respuesta que acudía a sus labios. La apertura de la puerta resultaba cosa secundaria en el momento en que la desaparición de su patrón le tenía preocupado. Para desafiar a Bonholme necesitaba preparar un plan.

—¡Si el patrón está vivo, le encontraré y si ha muerto vengaré su muerte y castigaré a sus asesinos aun cuando me cueste la vida! —— decíase Jim.

A eso de media tarde Bonholme entró en la sala de mañana. Miró cautelosamente a su alrededor y luego, convencido de que nadie podía verle, cerró la puerta.

Se dirigió a la chimenea, en la que no se había encendido fuego y arrodillándose empezó a revolver los trozos de carbón buscando algo.

Bonholme acababa de ser enterado por Trask de que Aileen había salido después del almuerzo, que había salido obedeciendo a una carta que había recibido.

—Llegó una carta para ella a la hora en que iba a almorzar, — dijo el espía de Bonholme confidencialmente. — Una carta que le trajo un chico de la aldea.

—¡Tonto! ¿Por qué no me la dió usted a mí?

—La recibió una de las mucamas, señor. Yo lo supe cuando ya era tarde. La señorita Aileen la abrió delante de la mucama. Lo que decía la carta pareció emocionarla mucho.

Bonholme recordó que Aileen, durante el almuerzo, había estado menos apática que antes. Parecía como si la animara una extraña esperanza, ¿Qué podía haberle dicho aquella carta?

Era en aquella sala donde la joven había leído la carta que por alguna razón tanto parecía interesar a Bonholme. Trask le había dicho que había visto a Aileen romper la carta en pedazos pequeos.

El pícaro estaba buscando en la chimenea los fragmentos de la carta.

Arrodillado en la alfonmbra de delante del hogar, revolvió los carbones. De pronto se rió contento. Allí estaban los pedacitos de papel.

Bonholme buscó con cuidado hasta recogerlos todos. Después comenzó a colocar los fragmentos en orden sobre la alfombra.

Fué un trabajo lento y fastidioso. Pero por fin la tarea dió término y la carta que tanto había emocionado a Aileen estuvo allí, ante sus ojos.

La carta emocionó muchísimo a Bonholme también.

Mientras sus ojos se fijaban en la carta otros ojos miraban también lo escrito sin que Bonholme de diera cuenta de ello.

Una cara había aparecido por entre un par de pesadas cortinas que cubrían un hueco de la sala.

¡Aquella era la cara de Jim Marsh!

La carta misteriosa

Bonholme, mientras estaba inclinado mirando los pedazos de la desgarrada carta, no se daba cuenta de que un hombre observaba todos sus movimientos desde detrás de las cortinas que cubrían un hueco de la habitación.

Jim Marsh, completamente convencido de que Dick había caído en alguna trampa sutil preparada por Gryce y por aquel hombre, se había propuesto seguir constantemente a Bonholme, como si fuera su sombra.

Todos los pedazos de la carta que Aileen había roto en seguida de leerla estaban ya reunidos. El hombre que observaba pudo notar que lo que aquella carta decía había conmovido mucho a Bonholme.

—¿Quién le habrá dirigido esta carta? — oyó Jim que decía el viejo pillastre muy intrigado.

De pronto una exclamación de furor brotó de labios de Bonholme.

—¡Sólo un hombre ha podido escribir esto y ese hombre se propone traicionarnos! ¡Esto es obra de un traidor! ¡Ah! ¡¡Bien cara le tiene que costar su traición!

Jim no sabía nada sobre la carta que Aileen había recibido. Pero mientras espiaba a Bonholme que buscaba los pedazos de papel en el hogar de la chimenea, se había dicho que, fuera como fuera, se enteraría de lo que decía la carta. Su propósito en tal sentido se hizo aun más firme al oír las palabras del viejo.

La exclamación de furor de Bonholme sonó significativamente. Parecía que se había producido una defección en la gavilla de Gryce y compañía.

Pero ¿cómo iba a lograr leer la carta sin que Bonholme lo notara?

En el momento en que Jim pensaba así, Bonholme levantó la mirada. Un gran espejo, estaba en la pared exactamente delante de las cortinas tras de las cuales se ocultaba Jim y en ese espejo vió el anciano algo que le hizo mirar con desconfianza.

La cara de Jim había desaparecido, pero en el espejo, Bonholme había visto un sospechoso movimiento de las cortinas.

Se volvió, pálido y medroso, mirando hacia el otro lado de la habitación.

Durante un momento, Bonholme pareció vacilar, nerviosamente indeciso. Después cruzó la sala con el propósito de descorrer la cortina y revelar la presencia del desconocido atisbador.

Pero casi en seguida se detuvo.

Algo había aparecido entre los pliegues de las cortinas: el caño de un revólver que le apuntaba. Las cortinas estaban muy poco separadas, pero encima del arma amenazadora, Bonholme pálido y aterrorizado, vió un par de ojos que le miraban a través de un antifaz negro.

Aquella inesperada figura enmascarada no pronunció ni una sola palabra; pero la mirada de aquellos ojos, el lento movimiento del revólver que siguió apuntándole cuando, lanzando un grito de alarma, se retiró a un lado, dijeron más que cuantas palabras podían haberse pronunciado.

Bonholme no era valiente. Cuando era necesario correr algún riesgo prefería escudarse detrás de Gryce, que era más atrevido. La situación aquella era, por cierto, de las que no le gustaban resolver sin ayuda ajena.

Tenía la frente cubierta de sudor cuando se dirigió hacia la puerta sin quitar la vista de la cara enmascarada que se hallaba tras las cortinas. Al mismo tiempo el revólver se movió, apuntándole siempre.

Los temblorosos dedos de Bonholme tomaron la manija de la puerta. Con todo apresuramiento el anciano abrió la puerta y lanzando un grito, tanto de terror como de alivio, salió rápidamente cerrando la puerta tras si.

Una vez fuera y sintiéndose seguro, Bonholme gritó pidiendo socorro.

Un momento después sus gritos habían atraído a Trask, que llegaba corriendo. El señor Gray abrió, alarmado, la puerta del salón de fumar.

—¡En esa habitación está un hombre que me ha amenazado con un revólver! — exclamó Bonholme tartamudeando de miedo. — ¡Trask! ¡Abra la puerta! Aquí estamos nosotros para ayudarle. Somos tres. ¡No dejaremos que ese pillo se escape!

Pero a Trask no le pareció la cosa tan fácil como a Bonholme. Su rostro expresó el temor más intenso y vaciló sin decidirse a abrir la puerta.

—¿No sería mejor mandar a buscar antes a la policía? — dijo con temblorosa voz.

Impaciente, el señor Gray le retiró a un lado y abrió la puerta de golpe.

—¡Miren! ¡Está allí! ¡Detrás de aquellas cortinas! ¡ Apodérense del pícaro! ¿no oye, Trask? ¿De qué tiene miedo? No se atreverá a hacer fuego. ¡Sería un asesinato lo que cometería y le ahorcarían por ello! — gritó Bonholme permaneciendo prudentemente detrás de los otros dos.

Pero Trask no se sentía muy decidido a obedecer. Las cortinas seguían cerradas, pero el caño del revólver se veía aún. Apuntaba directamente hacia la puerta.

Su silenciosa amenaza hizo que los tres retrocedieran al verlo.

Detrás de ellos un par de asustadas sirvientas observaba. Una de las dos gritó y estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios.

En medio de aquella confusión Jim Marsh apareció por el pasillo. Se abrió paso por entre el grupo.

—¡Apostaría cualquier cosa a que ahí no hay nadie! — exclamó.

Entró en la habitación y descorrió las cortinas.

¡No había nadie efectivamente!

El revólver había estado sostenido entre las dos cortinas, sujetas por un alfiler y de modo tan poco seguro que cuando Jim tiró de las cortinas cayó al suelo. Junto al revólver, en la alfombra, se veía un antifaz negro, el mismo que Gryce había dejado al escapar cuando le sorprendieron atisbando en la ventana de la habitación dos noches antes.

—¡Alguien se ha querido burlar de usted, señor Bonholme! — dijo Jim sonriendo.

Bonholme parecía la imagen de la mortificación y del despecho.

—Estaba en esta sala hace tres minutos, —dijo. — ¡El pillo debe haberse escapado por la ventana!

Miró a Jim con evidente desconfianza. Jim soportó su mirada con tranquila e inocente sonrisa.

Bonholme recordó, de pronto, la carta, cuyos pedazos había dejado en el suelo al huir vergonzosamente.

Pero, lo mismo que el desconocido enmascarado, la carta cuyos pedazos había reunido, se había evaporado durante aquellos tres minutos que había estado fuera de la habitación.

. . . . . .

Jim sonreía placenteramente mientras se dirigía hacia su cuarto.

Había procedido con toda rapidez a colocar el revólver en la cortina y a retirarse sin ruido por la ventana y su sentimiento de satisfacción estaba justificado, pues, además, tenía en su poder los pedazos de la carta. Los trozos estaban nuevamente revueltos, pero Jim, con mucha paciencia consiguió reunrlos.

—¡Lindo juego de paciencia para un desocupado! — dijo mientras estaba empeñado en la tarea. — Pero necesito enterarme de esto. Bonholme dijo que esta carta había sido dirigida a la señorita Aileen por alguien que se proponía traicionar los secretos de la gavilla. Me parece grave eso de que la señorita Aileen no me haya dicho nada al respecto.

Pero Jim no lo consideró ya tan raro cuando, por fin, pudo descifrar la carta.

El anónimo comunicante había escrito a la cabeza de la hoja de papel la siguiente advertencia:

" Destruya esta carta tan pronto como le
" haya leído y no entere a nadie absoluta-
" mente de su contenido. De su secreto de-
" pende el destino de su prometido."

Jim hizo un gesto de asombro

La carta decía así:

" Sé lo que le ha sucedido a su novio Dick
" Audley. Sé en qué manos ha caído. Estoy
" dispuesto a ayudarla. No me atrevo a que
" me vean conversando con usted cerca de

" la Abadía de Merlin. Pero si usted quiere
" venir esta tarde al sitio llamado El Salto
" del Perro, yo la esperaré allí y podremos
" hablar sin temor de que nos espíe nadie.
" Esta es la legítima y franca oferta de un
" verdadero amigo que désea servirla y que
" procurará hacer fracasar los planes de los
" hombres poco escrupulosos que tienen a
" Dick Audley en su poder. Si usted da valor
" a la vida de su novio, usted acudirá. Pero
" no le diga nada a nadie, ni aun a Jim
" Marsh. Esto es de vital importancia para
" el buen éxito de mi propósito en favor de
" usted."

Cuando Jim hubo terminado de leer la carta anónima un gesto de temor apareció en su rostro.

—¡Por esto es por lo que la señorita Aileen se fué sin decir nada a nadie! — murmuró. — Puede ser que todo esté bien; puede ser que haya alguien deseoso de traicionar a Gryce y a su gavilla, como lo pensaba Bonholme, pero yo no lo admito sin prueba. ¿No será alguna nueva trampa? ¿No tratarán los canallas de apoderarse también de la joven

De abajo llegó a los oídos de Jim el ruido de un automóvil. El chauffeur se asomó a la ventana. Vió a Bonholme que salía en el coche a toda velocidad. Jim notó que se dirigía hacia la casa de Gryce.

Lleno de nueva ansiedad pensando en lo que podía pasar a Aileen, Jim descendió rápidamente la escalera.

El "Salto del Perro" era un sitio agreste y desolado de la comarca, situado cinco millas tierra dentro. Sin duda Aileen, deseosa de mejorar la situación de su amado, había acudido a aquel sitio obedeciendo a lo indicado por la carta anónima.

Y hacia allí acudiría Jim lo más pronto posible para tratar de que Aileen no sufriera daño alguno.

¡Con tal de que no llegara demasiado tarde!

La joven debía haber partido hacía ya una hora. Mientras Bonholme había salido en automóvil él tenía que ir a pie a menos que...

Un pensamiento acudió de impoviso a la mente de Jim. El chauffeur corrió hacia el garage.

Trask guardaba allí la motocicleta que acababa de comprar para ir a la aldea. Era una excelente máquina. En la motocicleta de Trask podía ir Jim al "Salto del Perro".

Su intención era tomar la máquina sin pedirle permiso a su dueño.

Por desgracia Trask pasó por el garage en el momento en que Jim sacaba la motocicleta.

—¡Eh! ¿Qué hace usted con eso? — gritó Trask rojo de cólera.

—Voy a dar un paseo en su aparato, — dijo Jim con toda amábilidad.

Trask corrió hacia él a fin de agarrar a Jim o sujetara la máquina.

En el momento en que el indignado propietario avanzó, Jim volvió rápidamente la motocicleta y la empujó hacia delante. Trask recibió el golpe del bien inflado neumático en la región de los botones del chaleco y se tambaleó lanzando un chillido.

Cayó sentado en un balde de agua que Jim había dejado frente al garage cuando limpió el automóvil y con el que tropezó al retroceder. A Trask le hubiera parecido mejor caer sobre el piso de concreto del camino: por lo menos hubiese caído en seco.

Un operador cinematográfico hubiera saltado de gozo si hubiera podido fotografiar la escena.

Aun el mismo Jim, a pesar de la ansiedad que le dominaba, se rió mientras se alejaba en la motocicleta y a toda velocidad, tomaba el camino que conducía al "Salto del Perro".

El ave de rapiña

El sitio llamado "Salto del Perro" era un profundo valle rodeado de altas y escarpadas colinas. Gigantescas puntas de piedra coronaban las cimas y daban al paisaje una extraña grandeza.

Cruzaba el valle un camino carretero casi siempre solitario. Era aquel un distrito poco poblado y no se veía sino cada unas cuantas millas, alguna casucha.

Abiertas en la piedra de las laderas empinadas de las colinas había numerosas cuevas naturales que, en otros tiempos habían sido refugio de los ladrones de caminos.

Allí era donde Aileen debía encontrarse con e lautor de la carta sin firma.

A medida que la joven se acercó al camino que pasaba por entre las colinas, sintió deseos de volverse atrás. Pero al pensar en su amado, decidió seguir adelante.

La carta podía ser una añagaza, pero aun cuando lo fuera, Aileen no se sentía con valor para desatender nada qué pudiera ofrecerle una posibilidad, por pequeña que fuera, de saber algo del hombre cuya desaparición la había llenado de pena. Por eso no quería retroceder.

Luchando con su exitación nerviosa, Aileen avanzó hacia la entrada del camino donde, desdeuna delas cuevas, los ojos de un hombre la miraban acercarse.

Aileen, sin embargo, no veía a nadie.

De pronto oyó que la llamaban por su nombre. Se volvió y estremeciéndose, vió a Fox Dacre.

De pie ante ella, en la abertura de una de las cuevas, Dacre miraba con recelo a todas partes, temeroso de que alguien le viera.

Aileen permaneció quieta, mirándole y sin obedecer a su llamado.

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras

proseguirá en el número 87 de "Pucky" que se pondrá en venta el primer viernes de Mayo de 1925.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

El agua de haber hervido papas es muy buena para limpiar la plata. Quita las manchas, y saca un brillo excelente a los cubiertos.

✣ ✣ ✣

Para quitar la grasa al cabello lo mejor es lavarse la cabeza con agua templada, en la que se hayan echado unas gotas de amoniaco.

✣ ✣ ✣

Cuando la ropa blanca se pone amarilla, después de lavada, es porque no se le aclaró bastante: el jabón se ha quedado en ella, es lo que la pone amarilla.

✣ ✣ ✣

Para quitar el barro al calzado puede emplearse un trocito de alfombra pegado a un tarugo de madera. La alfombra quita el barro mejor que el cepillo y no estropea nada el material.

✣ ✣ ✣

Para asegurar la perfecta adherencia de las etiquetas de los frascos, botellas y demás objetos de cristal, conviene añadir a la cola de goma o de dextrina una pequeña cantidad de sulfato de alúmina. Pueden disolverse, por ejemplo, 2 gramos de sulfato de alúmina en 20 de agua y echar la disolución en un mucílago compuesto de 75 gramos de goma y 175 de agua.

✣ ✣ ✣

Al lavar la ropa de los niños no hay que emplear la llamada "agua fuerte", porque las prendas lavadas así irritan la delicada epidermis de los pequeños.

✣ ✣ ✣

Una de las múltiples composiciones que tiene fama de hacer crecer el cabello, es la llamada pomada de grasa de oso. Dicha grasa de oso, se mezcla con la de vaca o la de buey, se funde con ella, se deja reposar, se pasa por un lienzo y se le añade la esencia que se quiera.

Como no es fácil adquirir la grasa de oso, puede reemplazarse por la de ternera, que es muy blanca y no se enrancia fácilmente. Como es demasiado consistente, conviene mezclarla con una cantidad proporcionada de enjundia de gallina o de pavo.

Unos cuantas gotas de cualquier esencia impiden que crien moho los libros que se guardan mucho tiempo sin tocarlos. La piel de Rusia no se enmohece nunca por el olor que tiene.

✣ ✣ ✣

Una manera sencilla para evitar que las manos suden demasiado, es frotarlas varias veces al día con una loción que se hace mezclando tres partes de tintura de belladona con 14 de agua de Colonia.

✣ ✣ ✣

Para tener perejil en el invierno se recoge en día seco, se forman manojos y se ponen a cocer durante tres o cuatro minutos en agua y sal. Luego se escurren, se secan al calor y se guardan en tarros de vidrio de los que se emplean para las conservas.

Cuando hay necesidad de emplear del perejil seco se pone en remojo en agua templada durante cinco minutos, y se usa del modo corriente.

✣ ✣ ✣

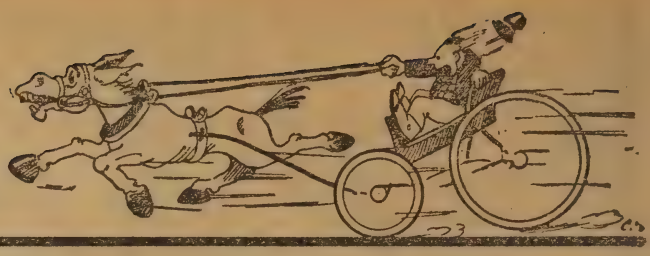
Para limpiar guantes de cabritilla. — Póngase en un plato un poco de bencina y déjense allí los guantes durante un minuto. Después se sacan y colocan sobre un paño limpio, y con un pedazo de franela se frotan perfectamente, desde la muñeca hacia las puntas de los dedos, humedeciendo de vez en cuando, la franela en la bencina.

Téngase especial cuidado en las puntas de los dedos, que son las partes que generalmente están más sucias en los guantes. Conviene no olvidar que la operación debe hacerse lejos del fuego, por ser la bencina sumamente inflamable.

✣ ✣ ✣

Para cortar un frasco o una botella de cristal, cuya mitad inferior puede emplearse como maceta o bien como tarro para guardar legumbres secas, azúcar, sal o frutas en dulce, se empapa muy bien en trementina un pedazo de cordel fino y se ata alrededor de la botella, precisamente a la la altura a que se haya de cortar ésta. Después se llena la vasija hasta la misma altura con agua fría y se prende fuego al hilo. El vidrio saltará todo a lo largo de la línea marcada.

LA NOTA CÓMICA



"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

—Tomasito: ¿cuál ha sido el mejor hombre del mundo?

—El primer marido de mi mamá, señor maestro.

—Mamá ¿los hombres van al cielo?

—Sí, hija.

—Entonces ¿cómo es que no hay en ninguna estampa ángeles con bigotes?

El maestro: — Nombre dos cosas importantes hoy que no existían hace cien años

—El alumno: — Usted y yo.

—He visto ayer un hombre que pasaba una tonelada.

—¡No es posible!

—Sí, era una tonelada de carbón que le habían ido a comprar.

En un hotel:

Un viajero que ha tenido la desgracia de emborracharse, llama a la puerta de un cuarto inmediato al suyo.

—¡No se puere entrar! — grita una señora desde dentro. — ¡Estoy en camisa!

—Y yo también, señora, — contesta él.

La esposa. — Marido mío: el gato se esba de comer todo el postre que yo había hecho para tí.

El esposo. — ¡Pobrecito! Mañana te traeré otro gato.

La señora de Trompifay dice a Rufilanchas:

Esta noche he soñado con usted.

—¿De veras?

—Sí, señor. Le he visto a usted en la Avenida de Mayo.

—Pues dispénseme, señora, que no la haya saludado.

Don Económico (al amigo al que acaba de dar muy miserablemente de comer): — ¿Y cuando podré tener el gusto de que coma conmigo otra vez?

El invitado hambriento. — Ahora mismo si le parece.

—¡Qué realista es su pintura! Al mirar su cuadro, se me hace agua la boca.

—¡Se le hace agua la boca mirando una puesta de sol!

—¿Es una puesta de sol? Yo creí que era un huevo frito.

—Mamá, ¿yo soy bueno?

—Sí, hijo mío.

—¿Yo te inspiro confianza

—Sí.

—Entonces, ¿por qué escondes el carro de dulce de leche?

Doña Petrona. — ¿Está usted seguro, Romualdo, de que podrá sufrirme a mí en calidad de suegra?

Romualdo. — ¡Como sufrirla! Si ha sido la idea de tenerla a usted como mamá política la que me ha decidido a pedir la mano de su hija!

En un hotel:

—¿El inglés ha hecho alguna reclaamció respecto de su cuenta?

—No, señor gerente, — pero puso una cara muy seria y se fué a buscar el diccionario. Ahora lo está consultando.

El acabadito de ser galleteado.

—Yo no me casaré nunca.

Ella. — ¿Por qué?

El. — Sí usted no me ha querido ¿qué mujer va a quererme?

—Yo siempre que pido dinero prestado, trato de que sea a un hombre reconocidamente pesimista.

—¿Por qué?

—Porque el pesimista, cuando presta, lo hace en la seguridad de que no va a volver a ver el dinero.

¡Un! "ESSENTIAL

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

Neurotrofina

Licor tónico elaborado a base de glicerofosfatos de calcio y de hierro con cafeina y nuez vómica

–

Alimento del sistema nervioso

–

Indicado en los casos de depresión nerviosa, anemia, neuralgias, neurastenia, debilidad general, etc.

–

Su acción es pronta y segura

Su sabor muy agradable

–

Para los niños, como para los adultos

EN VENTA:

Droguería de la Estrella Ltda. Defensa 215, sus secciones y toda farmacia

HOY AQUI "JUSTICIA ALADA"

PORTE PAGO

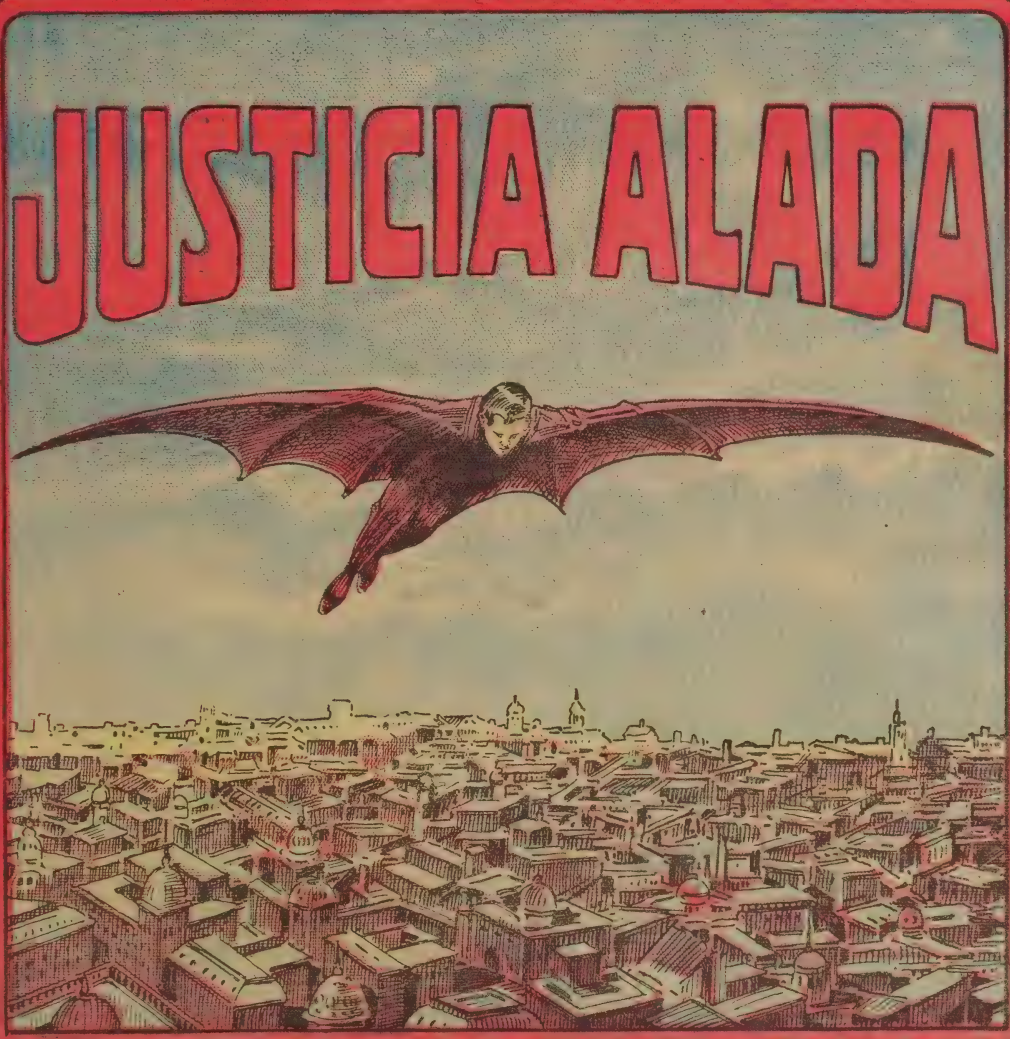
BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de Mayo de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 87.

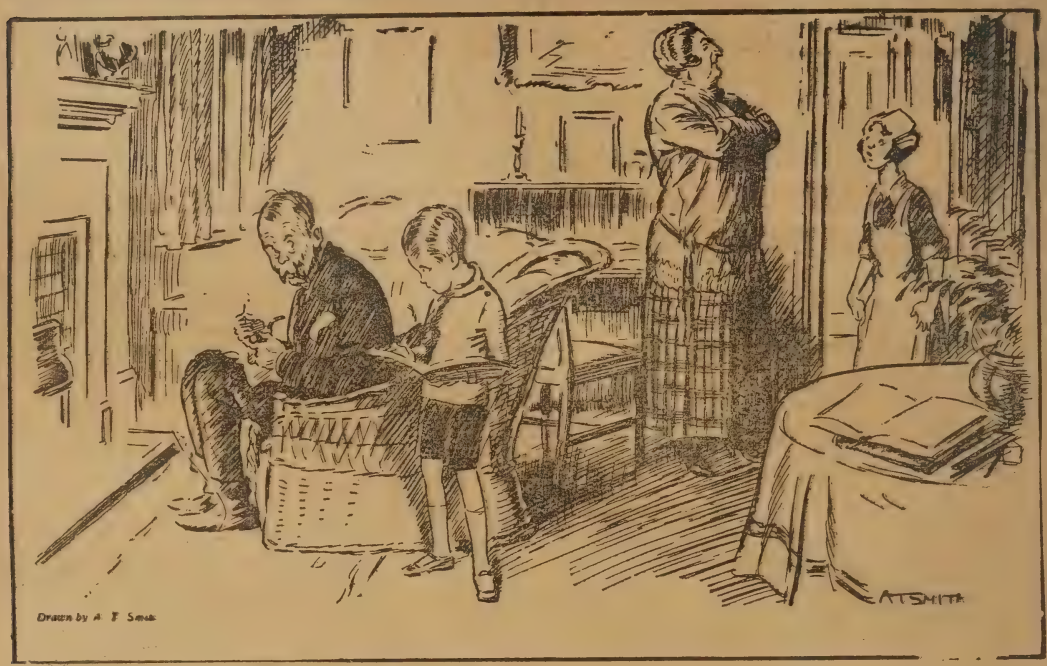


En este número comienza a publicarse la gran novela:

"Justicia Alada"

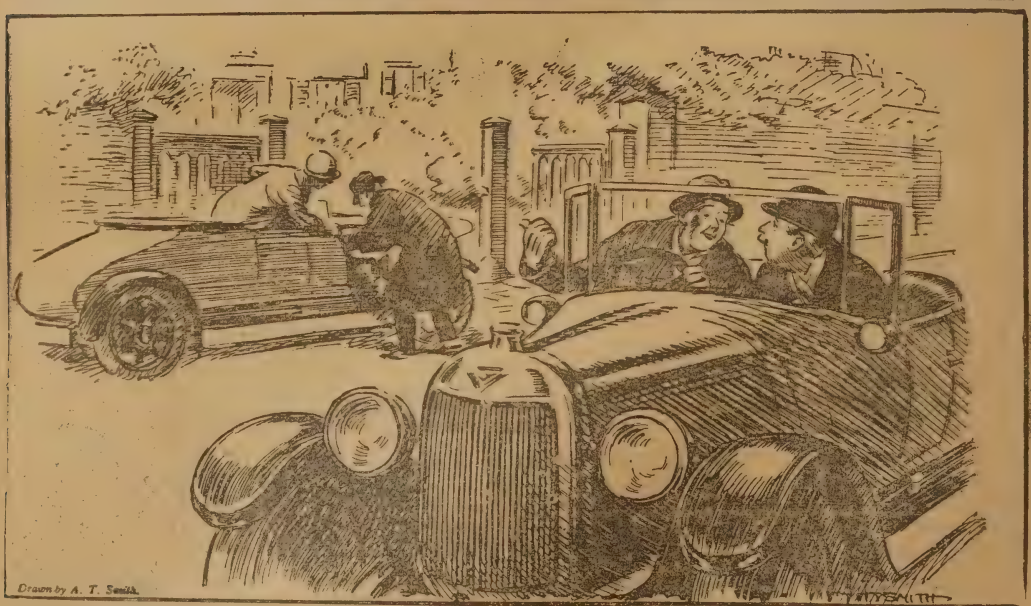
A PEDIDO DEL PUBLICO

DE DURACION



El nene: — Papá, ¿mamá es inmortal?
El padre: — No me extrañaría, hijo mío.

UN MEDICO UTIL



Nuevo residente: — Deseo que me recomiende un buen médico que viva en el pueblo.
El automovilista: — ¡Es aquel que está allí! Es el doctor Magneto. ¡Admirable para dar con los defectos de los automóviles!

Justicia Alada

Primeros episodios de esta gran novela de extraordinarias aventuras, que se publica a insistente pedido del público lector.

Detrás de la Puerta Cerrada

Nuevos episodios de esta sensacional novela de extraña y dramática intriga.

Recetas de utilidad práctica

Guárdelas que un día pueden serle útiles.

"DINERO"

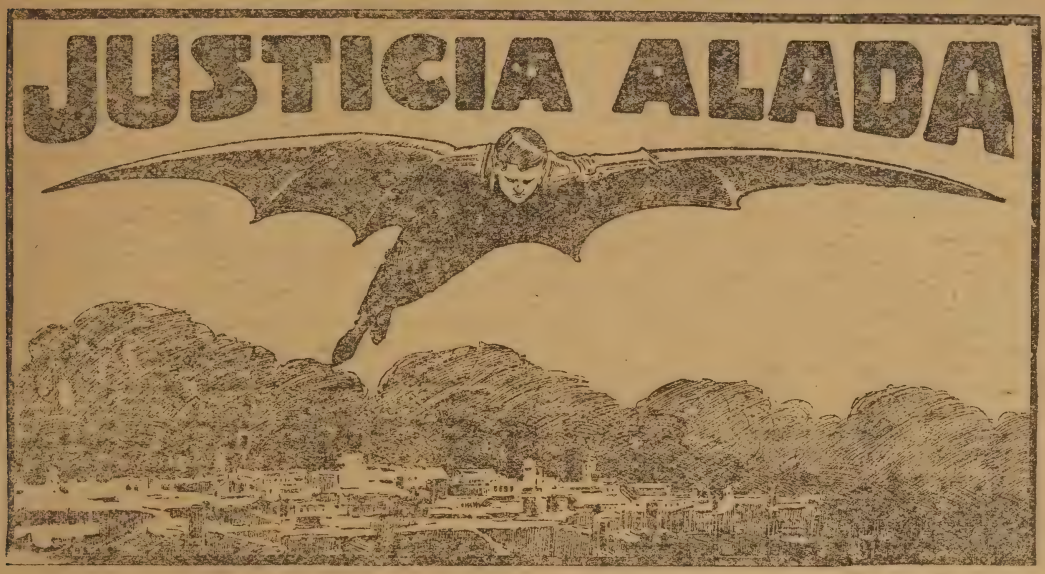
Dentro de poco empezará a publicar la revista "Tit-Bits" una novela de intriga social titulada "Dinero" que todos deben leer.

ESTRICTA ECONOMIA

El patrón: — ¿Cuántas veces le he dicho que es necesario proceder con la más estricta economía en la oficina? A pesar de eso, ha escrito usted una carta de pocas líneas en una hoja entera de papel. Llévese la carta y escríbala de nuevo en media hoja...

Por el hueco que quedó abierto, Roger Fálcon salió velozmente y fué llevado hacia lo alto, colgando de la soga atada al aeroplano.

LEA HOY JUSTICIA ALADA



PROYECTO DE EVASION

EL viejo Jim Sheppard estaba de pie en medio de su celda y se rió suavemente mientras miraba hacia el pequeño agujero enrejado que servía de ventana.

—¡Una noche de trabajo más y la prisión de Bleakwold no volverá a verme nunca! — dijo entre dientes.

La ventana hacia la cual miraba no tenía más de un pie cuadrado y las barras de hierro qeu formaban la reja, estaban a cuatro pulgadas unas de otras. Sin embargo, en aquella pequeña abertura de la pared era en lo que Jim Sheppard tenía basadas sus esperanzas de libertad.

El viejo presidario, avezado a todas las artimañas del inveterado preso, se echó al suelo boca abajo, contuvo la respiración y escuchó, con la oreja aplicada al piso de piedra de la celda.

—¡Todo está tranquilo! — murmuró con alegría poniéndose nuevamente de pie — Con un poco de suerte, puedo estar seguro de que, hasta la mañana no me moleste nadie.

Cruzó la celda y arrodillándose en uno de los oscuros rincones, metió el dedo meñique en una hendidura, situada entre el piso y la pared. Sacó de allí una larga y delgada hoja de cuchillo, y, tomándola con fuerza, se subió en la tarima que hacía las veces de cama y que estaba junto a la pared, al pie de la ventana.

De pie en la tarima le era posible mirar hacia afuera. Por el agujero aquel se veía por todas partes el extenso mar, cubierto de blanca espuma en las proximidades de la costa, rompiendo ruidoso contra las rocas situadas al pie de la ventana. Aquella tarde, el mar tenía un aspecto terrible y hosco, a la luz del moribundo día.

El sol no se había puesto aún, pero quedaba oculto tras unas nubes de tormenta que cubrían rápidamente el cielo del lado del Oeste.

Jim Sheppard no se fijó en la perspectiva que se distinguía por la ventana, ni en la tormenta que se aproximaba. Toda su atención estaba dedicada al trabajo en que había estado ocupado, durante las oscuras horas de la noche, por espacio de dos años.

Noche tras noche, había trabajado con aquella única y sencilla herramienta, rascando el cemento que reunía los grandes trozos de piedra que formaban el contorno de la ventana.

—Una noche de trabajo todavía — dijo se sonriendo, — y mañana podré hacer que todas las piedras que rodean el hueco de la ventana caigan hacia las rocas de la costa Entonces haré una soga con la tela de las sábanas, desgarradas y anudadas, y descenderé a la orilla del mar. ¡Já! ¡já! ¡Qué sorpresa la que les va a dar el viejo Jim Sheppard! Qué sorpresa!

Se inclinó hacia su trabajo y trabajó con actividad febril hasta que, repentinamente se detuvo y escuchó alarmado con grandísima atención.

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"

Prosigue su publicación en la página 25 de este número de "Pucky".

Entonces, con un silencioso salto, pasó de la cama al suelo, metió la hoja de acero en su escondrijo, y se sentó en el borde de la tarima.

Se oyó ruido de pasos en el corredor a que daba la puerta de la celda. Una llave funcionó en la cerradura, y la puerta de la celda se abrió.

Miles, el jefe de los guardianes, entró seguido de otro guardián.

—¡Enrolle su ropa de cama, número diez y siete! — ordenó Miles.

Jim Sheppard respiró de modo que su aliento silbó entre sus apretados dientes.

—¿Qué enrolle mi ropa de cama? — preguntó con voz ronca — ¿Por qué?

—Porque se le manda que lo haga — fué la respuesta que obtuvo. — Va usted a pasar a otra celda.

A Jim Sheppard se le puso el rostro muy pálido cuando oyó aquellas palabras que indicaban la muerte de sus tanto tiempo acariciadas esperanzas.

—Pero... ¿qué he hecho yo? — preguntó angustiado. — ¿Por qué me cambian de celda? Yo estoy bien aquí y no he causado molestia ninguna desde que me pusieron en esta celda.

—Hasta hoy su conducta ha sido excelente, dijo Miles, el jefe de los guardianes, — y el gobernador de la prisión está muy contento con usted. Su propósito es animar a los penados que se conducen bien. Por eso va a ser usted transferido a una celda mejor, situada un poco más allá. Esto se hace recompensándole por la buena conducta que usted ha observado.

Jim Sheppard dirigió una mirada a la ventana. Durante dos años había trabajado en ella, y en el momento decisivo veía cómo le era arrebatado el resultado de su trabajo.

Este pensamiento le enloquecía. Apretó los puños convulsivamente.

—Déjeme estar aquí hasta mañana por la mañana, — dijo en tono suplicante. — Entonces me trasladarán.

—¡Como insista usted, número diez y siete, lo va a pasar mal! — díjole el jefe de los guardianes que por cierto era un hombre muy razonable y de buen temperamento. — El gobernador tiene hecha, de usted, una excelente opinión y sería una lástima que cambiara de parecer al enterarse de que usted se ha negado a cumplir una órden dada directamente por él y con el propósito de favorecerle. ¡Vamos, pues!

Y antes que el anonadado Jim Sheppard se diera verdadera cuenta de lo que le pasaba, le sacaron de la celda entre los dos guardianes.

A un extremo de la galería le hicieron entrar en una celda más grande y mejor ventilada que, del punto de vista de la comodidad y del confort, era muchísimo mejor que la celda de donde acababa de salir.

—¡Aquí estará usted muy bien, número diez y siete! — dijo Miles. — Usted se acostumbará pronto a estar aquí, y mientras el gobernador siga tan bien impresionado como ahora, seguirá usted en esta celda de preferencia.

Salió y la puerta de la celda se cerró tras él. Durante unos segundos enmudecido de furor, miró hacia la puerta apretando los puños con ira salvaje.

Luego, con un gran rugido de furor, se precipitó hacia la cerrada puerta. Pero antes de que llegara a ella, su terrible furor hizo crisis, y Jim Sheppard cayó al suelo, acometido por un repentino desmayo.

De este modo las esperanzas de libertad de Jim Sheppard se disiparon para siempre y gracias a la habilidad con que había sabido fingirse un penado bien disciplinado, cumplidor y sumiso, había perdido el resultado de dos años de angustiosa labor.

Y esto fué, tal vez, un suceso favorable para el mundo en general, porque Jim Sheppard no era hombre que mereciera estar en libertad.

EL NIÑO PRESIDIARIO

MILES, el jefe de los guardianes regresó solo a la celda de la cual había sacado a Jim Sheppard. En el corredor, frente a la celda, estaba otro penado, custodiado por un solo guardián.

—¿A quién ha traído usted aquí, Worley? — preguntó Miles.

—A uno de los nuevos, fué la respuesta. — Acababan de llegar y el gobernador dijo que la celda sesenta y uno está vacía.

—Está bien; traígalo para acá, — dijo Miles.

Worley guió a su prisionero hacia el interior de la celda y, a una señal de Miles, se retiró.

El hombre que acababa de entrar era enteramente distinto del que había salido de aquella celda, hacía unos pocos minutos.

En primer lugar era joven, — un niño, en realidad, — pues no habría cumplido más de diez y seis años. Era alto, pero aun no estaba enteramente desarrollado. Sin embargo su presencia era la de un joven atlético y desenvuelto, y tenía una distinción y una dignidad que llamaban la atención en seguida.

El cabello, — cortado al rape como el de todos los presidiarios, — era negro y sus ojos, brillantes y límpidos, eran color castaño, muy oscuro. Tenía el rostro pálido y triste, y se notaba que le había tenido curtido por el sol y la intemperie.

Era, aquel, Roger Falcón, el último penado que había llegado al presidio de Bleakwold.

Miles, el jefe de los guardianes, le miró con interés y con sorpresa.

—Es ustde muy joven, número trece, — observó. — No debía usted estar aquí. Hay una prisión-taller, especial para los de su edad, en Dorstall.

El niño presidiario inclinó afirmativamente la cabeza.

—Me habían destinado a Dorstall, — pijo en voz baja, — pero según he oído decir, ha estallado allí una epidemia de fiebre contagiosa y por eso me han enviado aquí, junto con otros seis jóvenes, y mientras pasa la epidemia.

El jefe de los guardianes siguió mirando al joven con curiosidad. Había algo extraño, curiosamente fascinador en su aspecto. Miles se sintió atraído. Hasta el tono de su voz era simpático.

—Si usted se conduce bien, número trece, no nos encontrará excesivamente crueles, — dijo Miles, no sin cierta bondad, — Es usted un niño y aun le quedará tiempo para comenzar a vivir de nuevo una vez cumplida su condena. ¿Por qué está usted preso?

—¡Por asesinato!

El tono con que contestó el muchacho fué tranquilo y frío.

Miles silbó suavemente.

—¡Pero yo no cometí asesinato ninguno: — agregó Roger Falcón. — ¡No he matado ni siquiera a un conejo en toda mi vida!

El jefe de los guardianes inclinó la cabeza y sonrió con intención.

—¡La mayor parte de los prisioneros son inocentes! — observó. — Al menos, así lo dicen. ¿Quién fué la persona a quien usted no mató?

—Sir Piercey Shafton, del castillo de Gaunt, — dijo Roger Fálcon, impasible. — Un hombre a quien no he visto jamás, ni antes ni después de su muerte. Le hallaron muerto en el bosque de Fontaine, y ¡diez personas juraron que me habían visto siguiendo a sir Piercey cuando entró en el bosque un cuarto de hora antes de que le mataran!

—Debía existir un motivo, una causa, — dijo el guardián, que nunca se había sentido suficientemente interesado por un preso para hablarle como estaba hablándole a Roges Fálcon.

—Siempre me gustó la vida al aire libre y los pájaros. Los únicos verdaderos amigos que he tenido, los he hallado en los bosques, — dijo el niño presidiario con toda sinceridad. — Por eso mis acusadores dicen que yo era cazador furtivo. A Shafton le conocían como hombre muy cruel y dicen que yo le maté por venganza.

Una triste sonrisa iluminó un instante su pálido rostro.

—Cuando mataron a sir Piercey Shafton — dijo en voz tan baja que casi no se le oía, — yo no sabía el significado de la palabra venganza. ¡Pero ahora sí lo sé!

El guardián se dirigió hacia la puerta.

—Siga mi consejo y quítese esas ideas de la cabeza, joven, — dijo. — No le conducirán a nada bueno. En cambio será usted más feliz si se tranquiliza y no nos da trabajo.

Salió y la pesada puerta de la celda se cerró tras él.

Roger Fálcon, de pie en mitad de su celda, miró hacia le enrejada ventana.

Pocas semanas antes Roger era un muchacho alegre, de buen corazón, que se sentía feliz cuando podía ayudar a aquellos que, encontrándose en alguna dificultad, no sabían cómo salir de ella.

El cruel destino que le había arrebatado la libertad, le había cambiado de un modo extraño, Aun cuando un niño por sus años, su naturaleza era la de un hombre, — un hombre que ha sufrido la amargura de una cruel injusticia, — y todo su espíritu se rebelaba contra semejante infamia.

—¡Condenado a prisión perpetua! ¡ A pasarme toda la vida como un animal enjaulado, sin esperanza de ninguna clase! — murmuró.

Desde el mar llegó el retumbar de trueno, y su rugir se hallaba a tono con la tempestad que desgarraba el corazón del niño presidiario.

EL TERROR ALADO

La luz de un relámpago iluminó la celda, y al mismo tiempo, un ruido llegó a los oídos de Roger Fálcon. Era el zumbar de un motor de un aeroplano, e inmediatamente llamó la atención del niño presidiario.

Los aeroplanos siempre le habían atraído y su ambición había sido, durante mucho tiempo, poder experimentar las emociones de un vuelo.

Subió a la tarima y miró por la ventana. Un aeroplano volaba cerca de la costa y se le veía entre las nubes de la tormenta.

Era un aeroplano grande, y el piloto luchaba sin duda con alguna dificultad, a consecuencia de las fuertes ráfagas de la tormenta.

Varias veces el aeroplano pareció detenerse, y en una ocasión descendió de tal modo, que Roger Fálcon se sintió seguro de que el aeroplano iba a hundirse en el mar.

Se acercó más y más, hasta que el muchacho vió que una larga soga colgaba del aparato.

El ver aquella soga le hizo estremecer. ¡Si estuviera libre, fuera de aquella celda, y pudiera agarrase a la soga del aeroplano!

Acababa de pensar así, cuando el aeroplano acercándose al presidio, fué empujado por una rápida corriente de aire y se estuvo un instante inmóvil, sostenido por encontradas ráfagas.

Entonces algo barrió los barrotes de la reja de la ventana, entró por entre ellos y le dió a Roger Fálcon en el rostro.

Era la soga que colgaba del aeroplano. ¡Había estado colgando delante de la ventana un instante, y la ráfaga de viento la había hecho pasar por entre los barrotes de la reja!

Maquinalmente, Roger agarró aquella soga y al mismo tiempo, el aeroplano giró, de cara al viento.

Hubo tan sólo un momento de resistencia, y después toda la mampostería que rodeaba a la ventana cedió repentinamente, cayendo hacia fuera, al empuje del cuerpo del muchacho.

Por el hueco que quedó abierto, Roger Fálcon salió velozmente y fué llevado hacia lo alto, colgando de la soga atada al aeroplano.

Antes de que se pudiera dar cuenta perfecta de lo que le pasaba, fué arrastrado por el aire, por encima del mar, balanceándose al extremo de la cuerda, mientras el piloto del aeroplano hacía todo lo posible darle estabilidad a su aparato, sacudido por la tempestad.

El viento cedió casi en seguida, y comenzó a llover copiosamente.

El piloto hizo que su aeroplano girara una vez más, y dirigiéndose hacia tierra, voló rápidamente sobre una gran extensión de tierra no cultivada.

Con todas sus fuerzas, Roger Fálcon seguía agarrado al extremo de la soga. La tormenta continuaba, y la lluvia le iba empapando cada vez más.

Comprendía que no le iba a ser posible sostenerse así mucho tiempo más. Sin embargo, la aventura en sí misma le excitaba y le llenaba de contento.

El fin se presentó inesperadamente. De pronto, el aparato ascendió de improviso y con tanta fuerza que la soga fué arrancada de las debilitadas manos del joven. Roger Fálcon cayó, dando vueltas, por el aire.

Una y otra vuelta dió en el espacio hasta que fué a caer en la parte superior del follaje de un árbol enorme.

Allí, maltrecho y magullado, sin aliento, se quedó tendido en las ramas. El follaje, la copa del árbol, había relativamente disminuído la importancia del golpe. Sin embargo, transcurrieron diez minutos antes de que pudiera moverse.

Entonces, a medida que se iba aclarando su mente, un pensamiento brilló en su imaginación con repentina luminosidad: ¡Estaba libre!

Le palpitó precipitadamente el corazón al pensarlo, y aun cuando sólo era un muchacho, se dijo que defendería con todas sus energías aquella libertad que le había sido tan inesperada y maravillosamente otorgada por la casualidad.

Brillaron nuevos relámpagos en el cielo, y la tierra fué sacudida por el retumbar del trueno.

El silencio que siguió fué interrumpido por una lejana detonación, dos veces repetida, y mientras retumbaba, un haz de poderosa luz rasgó la oscuridad de la noche.

Roger Fálcon conocía perfectamente el significado de aquellos estampidos y de aquella luz, pues ambos procedían del presidio.

Su desaparición había sido notada ya.

Evidentemente, Miles, el jefe de los guardianes, había ido a la celda y había visto el muro de la ventana, roto.

La pálida cara de Roger se puso aún más seria que antes y sus ojos relucieron cuando pensó que la persecución estaba por comenzar, una persecución de la que él sería el objeto.

Comenzó a descender del frondoso roble sobre cuyo ramaje había caído, pero a penas se había movido cuando el árbol se vió encuelto en una reluciente y enceguecedora luz azulada. Un rayo había caído sobre el árbol.

El añoso y corpulento roble que había desafiado las tempestades durante más de centenar de años, fué partido en dos por la centella. Al abrirse el tronco, Roger Fálcon cayó por dentro de él.

No tuvo exacta idea de cómo cayó; lo cierto es que cuando se levantó, maltrecho y dolorido, ya no veía por ningún lado al árbol.

La oscuridad le rodeaba por todas partes, pero el muchacho comprendió que se hallaba en algún sitio espacioso y ventilado.

Después de ponerse de pie fué hacia uno y otro lado, dominado por un sentimiento de extrañeza y sin comprender, casi, lo que le había ocurrido.

La luz de un relámpago, que pasó por un hueco situado en lo alto, le dió la solución de ese misterio.

Se encontraba en una enorme caverna que sin duda pertenecía a una serie de vastas cuevas. Su descubrimiento le dejó asombrado al pensar de qué modo maravilloso había escapado a la muerte.

Había caído por dentro del hueco tonco de roble herido uor el rayo, a una serie de vastas cavernas naturales y subterráneas, situadas debajo del bosque.

Roger avanzó lentamente en la oscuridad, pero no había avanzado una docena de pasos, cuando se detuvo súbitamente paralizado por el terror.

Un ruido extraño había llegado hasta él: era como el acompasado batir de unas enormes alas.

Tenía algo tan sobrenatural y misterioso aquel ruido, que Roger no podía dominar el terror que se había apoderado de él.

Sintió que se hallaba solo en aquella caverna subterránea, con algún monstruo alado, y este pensamiento era más que suficiente para llenar de angustia y de terror el pecho del hombre más valiente.

Roger permaneció enteramente inmóvil, sin saber qué era lo que debía esperar. El ruido se hizo más fuerte hasta que Roger sintió que el viento producido por las alas del invisible monstruo le daba en el rostro.

Miró con toda atención y en medio de la oscuridad logró distinguir una silueta negra algo así como el contorno de las alas de un gigantesco murciélago.

Roger Fálcon cayó boca abajo al suelo, cuando el asombroso y tétrico volador se cernió sobre él como aproximándose amenazador.

Cuando aquel enorme murciélago hubo pasado, Roger Fálcon se levantó y echó a correr sin rumbo.

Corrió sin tener en cuenta los tropiezos que podían presentársele en la oscuridad. Avanzó ciegamente, sin más idea que la de escapar de aquel horrendo volador.

Al cabo de un rato, vió ante él una luz verdosa.

Dirigióse hacia ella y corrió hasta que, jadeante, sin aliento, llegó a una enorme cueva que estaba iluminada por una luz de procedencia invisible.

A la entrada de la cueva se detuvo de pronto, pues vió ante sí la figura de una joven.

No debía tener más de quince años y su rostro, bello y delicado, estaba coronado por una cabellera rubia que le caía hacia los hombros, sedosa y reluciente.

Respirando jadeante, Roger Fálcon se quedó parado, mirando aquel rostro angelical y preguntándose si se trataba tan sólo de una alucinación de su torturado cerebro.

El sonido de la voz de la joven le hizo salir de su ensimismamiento.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí? — preguntó ella con voz suave y amable en

la que no se notaba ni el menor rastro de miedo.

Roger Fálcon la miró con pena.

—No sé qué es lo que hago aquí, — contestó. — En cuanto a quién soy. Pues soy, — agregó con amargura, — lo que usted puede ver por la ropa que visto.

La joven movió negativamente la cabeza y sonrió intencionalmente.

—No. Eso no puedo verlo, — contestó con tristeza. — No puedo ver nada porque soy ciega. Sólo puedo oir... oir el canto de los pájaros y la voz de las personas... Y su voz me ha parecido tan agradable que no dudo de que usted es un amigo.

La angustia de la lástima atenaceó el pecho de Riger Fálcon, pero en seguida fué sustituída por un sentimiento de temor por la suerte de la pobre y desamparada joven.

Porque en aquel momento oía, nuevamente, el batir de las monstruosas alas.

Con un rápido movimiento hizo que la joven se situara detrás de él y se quedó inmóvil, decidido a protejerla, cuando el enorme, gigantesco murciélago se lanzara hacia él, batiendo sus grandes y poderosas alas, desde la otra cueva.

LA PEQUEÑA VIOLA

NUNCA, en toda su vida, habíase visto Roger Fálcon ante nada, tan terrorífico como aquel estupendo monstruo alado que se dirigía volando lentamente, hacia él, desde la oscuridad de la vecina cueva.

Sin embargo, el muchacho no dió señales de tener miedo cuando se quedó de pie, en actitud de proteger a la joven ciega a quien había encontrado en la cueva.

El enorme monstruo se quedó suspendido en el aire, a unos diez pies de distancia del joven, y sus extensas alas, al moverse lentamente, producían una ligera brisa que abanicaba el rostro de Roger Fálcon y el de su compeñera la joven ciega.

Roger podía distinguir entonces, con más claridad la silueta de aquella criatura sobrenatural. Sus enormes, movedizas alas, tenían lo menos nueve pies de extremo a extremo y a juzgar por lo que se veía de su armazón semejantes a las varillas de los paraguas, tal como son ls alas de los murciélagos.

Como la luz era muy ténue, Roger no podía ver gran cosa del cuerpo, pero la cabeza distinguíase claramente definida. Era la cabeza de un murciélago, en la que brillaban, terroríficos, dos enormes ojos verdes y luminosos.

Era, en realidad, un horrible monstruo, de cualquier modo que se le considerase y no era de extrañar, en consecuencia, que Roger Fálcon se estremeciera cuando se dió perfecta cuenta de lo desamparado que se hallaría si se diera el caso de que se viese atacado por aquí, indudablemente poderoso, vampiro del mundo subterráneo..

El alado monstruo continuó aleteando lentamente, casi quieto en el aire, como una horrenda ave de rapiña, que esperaba el momento de arrojarse sobre su víctima y, mientras tanto, se cerniera con calma, pero sin perderla de vista ni un solo segundo

Roger Fálcon sintió que la mano que la joven apoyaba en su brazo apretaba más que antes. Se hubiera dicho que la ciega quería que Roger retrocediera y penetrara n la misteriosamente iluminada cueva, que quedaba a espalda de los dos.

Fué en este momento cuando el alado monstruo se aproximó hacia él. Desprendiéndose de la joven, Roger Fálcon avanzó, dispuesto a hacer frente a aquel ataque, sucediera lo que sucediera y aun cuando la lucha tenía que ser muy desigual.

—¡Corra! — gritó a la joven.

Y, sin pensarlo ni un solo segundo, se precipitó hacia el gigantesco murciélago en el instante en que el alado monstruo se dirigía a él.

El monstruo se desvió, y al proceder así, una de sus enormes garras golpeó a Roger Fálcon y le hizo caer al suelo.

Roger su puso de pie, nuevamente, en seguida, y volvió la vista hacia donde estaba el monstruo. En aquel momento volaba lentamente, describiendo círculos en torno del joven.

Desarmado y desamparado, Roger Fálcon, el niño presidiario, esperó, lleno el corazón de congoja, el próximo ataque del monstruo.

El enorme vampiro comenzó a descender y cuando estuvo a unos seis pies de la cabeza de Fálcon, lanzó un grito que fué tan estridente, tan extraño, que heló en las venas la sangre de Roger. Se hubiera dicho que era la risa sarcástica de un ser humano y no el grito de un animal.

La estremecedora risa fué repetida una y otra vez, por los ecos de las cavernas y aun se oía cuando el monstruo desapareció y se perdió en la lejana oscuridad subterránea.

El ruido del batir de sus alas podía oirse a la distancia. Cuando dejó de oirse por completo, perdiéndose en la oscuridad, Roger Fálcon se atrevió a moverse de nuevo.

Había sufrido durante más de tres minutos la más intensa de las impresiones del terror qeu podía concebir. Una vez pasado el momento de emoción, el joven sentía los efectos que semejante impresión había dejado en su organismo.

La joven ciega seguía aún a la puerta de la iluminada cueva. En su pálida y delicada cara no se notaban señales de que estuviera sintiendo ni aun el más leve temor.

Esto, para el joven presidiario, era asombroso, pues Roger Fálcon no concebía que fuera posible que no se diera cuenta de la presencia de aquel alado monstruo.

Roger se dirigió hacia la joven y fijó la mirada en aquellos ojos que no veían. La pena y la conmiseración más intensas invadieron su alma y le hicieron olvidar el miedo que habíale dominado unos momentos antes.

Con toda bondad la tomó de la mano y entró con ella en la iluminada cueva. Con grandísimo asombro de su parte notó que aquella caverna estaba sumariamente habilitada para servir de habitación. Alguien debía vivir allí.

¿Pero usted no vive aquí, en esta caverna

subterránea, eh? — preguntóle con incredulidad.

La joven inclinó afirmativamente la cabeza.

—Esta es mi casa, — contestó con una voz suave y acariciadora, — y usted es el primer extraño que entra en ella.

—¿Pero usted no vive sola? — preguntó lleno de asombro el joven Roger. — Además... ¿y esa criatura alada que acabo de ver? ¿No le tiene usted miedo?

—La joven movió negativamente la cabeza y suspiró.

—A mí no ha de hacerme daño, — contestó. — Pero este sitio no es seguro para usted, — agregó rápidamente. — ¡Debe usted marcharse en seguida!

—Tan seguro es un sitio como otro para el que se halla en mis circunstancias, — declaró Roger sonriendo con amargura. — Pocas horas hace me evadí del establecimiento de Bleakwold y por el mundo, arriba de donde estamos, los guardianes, igual que cazadores que corren tras un lobo, me están buscando con encarnizamiento.

—¿Y le volverán a la prisión si logran encontrarle?

—Sí; me volverán a la prisión donde me encontraba.

—Pero... ¿por qué? — preguntó la joven ciega muy asombrada. — Yo no puedo ver, pero puedo oír su voz y el timbre de su voz me dice que es usted bondadoso, noble y bueno.

—Me encerraron en el presidio porque hay quien cree que yo maté a un hombre, — contestó Roger Fálcon con toda franqueza. — Y si me he escapado es porque necesito probar que yo no cometí semejante crimen.

—Usted no debe quedarse aquí, — dijo, un momento después, con toda suavidad. — Es necesario que usted olvide todo cuanto ha visto en estos sitios.

—No me quedaré si usted no quiere que me quede, — contestó el joven, en seguida — pero es el caso que no sé a dónde dirigir mis pasos, para salir de estas cuevas.

—Yo le indicaré por dónde se sale. Venga usted inmediatamente, — le dijo su compañera.

Y tomándole de la mano le guió hacia la entrada de aquella secreta serie de cuevas.

Pero no habían avanzado más que unos pocos pasos, cuando una silueta humana se recortó en el fondo del hueco de la entrada.

Era la silueta de un hombre que vestía un traje de punto, enteramente ajustado al cuerpo y enteramente negro, sin adornos, ni negros ni de otro color. Era un hombre de mediana edad por más que tenía el cabello completamente blanco y el rostro surcado por numerosas arrugas. Su estatura era mediana, más bien corta, pues no pasaría de cinco pies y cuatro pulgadas, y su cuerpo delgado, pero musculoso.

Se detuvo en la puerta de la cueva y, durante un momento, miró al joven que se hallaba delante de él y cuyo uniforme de presidiario indicaba su condición y hasta su situación en aquel instante.

La joven ciega se daba cuenta de la presencia de aquel hombre, aun cuando éste no hubiera hecho ruido ninguno ni hubiera pronunciado la menor palabra. En cuanto se presentó, la ciega se adelantó hacia él.

¡Es ya muy tarde, Viola! — dijo el recién llegado con mucha ternura en el tano de su voz. — Retírate a descansar.

La joven se aproximó a él y levantó, suplicante, hacia su rostro, sus ojos sin vista.

—¡Padre, usted no!...

—¡Haz lo que te digo, muchacha! — le interrumpió el hombre siempre con bondad. — Ya es tarde, vete a la cama.

—¡Viola no tiene la culpa de que yo esté aquí! — manifestó rápidamente Roger Fálcon. — Yo me he metido en esta cueva por pura casualidad.

El hombre vestido de negro no contestó. Una leve sonrisa arqueó sus labios. Después se inclinó hacia su hija y la besó en la frente.

La joven se retiró. Cruzando la cueva fué a levantar una pesada cortina que cubría el hueco que permitía pasar de aquella cámara de roca a otra más pequeña y adyacente.

Cuando la joven ciega se hubo retirado, el hombre vestido de negro se acercó a Roger Fálcon y le miró cara a cara durante unos momentos.

—¡Es usted demasiado joven para haberse hallaba cumpliendo una pena en Bleackwold! fueron las primeras palabras que pronunció.

—Me habían destinado al presidio-taller para menores que se encuentra en Dorsall, pero había estallado pocos días antes una epidemia de fiebre contagiosa y por eso me enviaron provisoriamente a Bleakwold, — explicó Roger.

—¿Qué amigos tiene usted en la sociedad? — preguntó el hombre vestido de negro.

—Ninguno; ni uno solo. ¿Puede tener amigos el que viste el traje de presidiadio? — dijo Roger.

—Usted manifestaba a mi hija Viola que es inocente del crimen por el cual se le ha condenado a presidio. ¿Es eso verdad?

—Es verdad, señor; yo no cometí el delito que se me imputa.

—Entonces, desde cierto punto de vista nos parecemos, — dijo el hombre vestido de negro aceptando sin vacilación y sin exigir mayores explicaciones, la palabra del muchacho. — ¡Ambos hemos sido víctimas de cruel y amarga justicia!

Roger Fálcon miró con sorpresa al que hablaba.

—¿Es posible? — preguntó. — ¿También usted se escapó de presidio y por eso se ve obligado a vivir oculto aquí?

El hombre vestido de negro movió negativamente su blanca cabeza.

—¡No! — contestó. — Pero he sido cruel e inmerecidamente tratado, y por eso simpatizo con usted.

—Pero... ¿por qué se esconde usted en este sitio? — preguntó Roger Fálcon. — Usted no tiene, seguramente, razón ninguna que le obligue a permanecer oculto.

—¡Es que temo a los que querían robarme los frutos de mi cerebro! — fué la extraña respuesta. — Vivo y trabajo en este mundo subterráneo. Durante un año he realizado experimentos en secreto y pronto haré sobresaltar al mundo con el resultado de mis trabajos.

Calló durante un breve momento y continuó luego con pausada voz.

—El destino le ha guiado a usted a mi escondrijo esta noche, y al venir aquí ha llegado usted a un sitio donde, los que le estén buscando, no lo encontrarán nunca. Yo necesito alguien que me ayude a continuar mis trabajos científicos y consentiré en que usted se quede aquí si me promete ayudarme. ¿Cómo se llama usted?

—Roger Fálcon, señor; y estoy dispuesto a ayudarle en todo cuanto usted desee, — contestó el joven, con vehemencia. — Si usted tiene confianza en mí, procuraré ayudarle lo mejor que me sea posible.

El extraño sabio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Necesito un joven, — dijo, — uno que se halle desesperado y que sea valiente. ¡Se que se halla usted desesperado porque se escapó del presidio; se que es usted valiente, porque ví en qué forma hizo usted frente, hace pocos momentos, al terror alado!

—¡El terror alado! — repitió Roger sorprendido. — ¿Pero entonces usted vió a?...

—Yo lo ví todo, — fué la respuesta del hombre vestido de negro. — ¡Porque yo soy el terror alado!

EL PRIMER ENSAYO

ROGER FALCON miró enteramente asombrado hacia el risueño rostro del hombre vestido de negro.

—¡Pero lo que yo vi era un monstruo con cabeza y patas de murciélago! — protestó. — Su aspecto no tenía absolutamente nada de humano; sólo fué humano el grito que dejó oir, una carcajada estridente y sarcástica, — agregó, recordando la horrenda risa del gigantesco murciélago, que le hizo helar la sangre en las venas.

El anciano siguió sonriendo; el asombro del joven Fálcon parecía divertirle muchísimo.

—Durante un poco de tiempo no será posible revelar el misterio, — dijo, después de una breve pausa. — Esta noche debe usted descansar y mañana se enterará usted de muchas maravillas. Mañana me verá usted trabajando, y entonces comprenderá perfectamente por qué razón el anciano Solomón Page se ha escondido en este laberinto subterráneo para trabajar, durante doce largos meses.

—No me siento cansado, — replicó Roger con infantil deseo de enterarse pronto del misterio de la vida de aquel hombre.

—¡Mañana! — repitió Solomón Page, con firmeza. — Ahora voy a mostrarle dónde podrá usted dormir.

Cruzó la cueva y le indicó un hueco como una habitación, que había en una de las paredes de roca. En el hueco se veía una cama de campaña.

—Ahí podrá usted dormir muy bien, — dijo Solomón Page. — Es una cama mucho más mullida que la que hubiera tenido usted en el presidio de Bleakwold.

—¡Pero esa es su cama! — protestó el joven, adivinando que aquel era el lecho del anciano. — Yo dormiré perfectamente echado en el piso de arena de la cueva.

—Yo no necesitaré la cama esta noche, — replicó Solomón Page. — ¡Tengo tanto que hacer que estaré ocupado toda la noche!

Se volvió y sin agregar ni una sola palabra más, salió de la cueva. Durante varios minutos, Roger Fálcon se quedó de pie donde Solomón Page le había dejado. Mientras recordaba su mente las muchas cosas que le habían pasado durante la noche, le parecía difícil creer que todo aquello fuera verdad y no la consecuencia de un sueño estrafalario y sobrenatural.

Después, como se sintiera realmente cansado y el sueño comenzara a dominarle, se acercó lentamente a la cama y se echó en ella sin tomarse antes la molestia de desvestirse.

No había transcurrido medio minuto, y ya se hallaba profundamente dormido.

. . . . . .

Cuando se despertó la mañana siguiente llegó a su olfato un agradabilísimo aroma a algo de cocina.

Se levantó, y saliendo del dormitorio, vió a la cieguita Viola que estaba inclinada ante una cocina eléctrica.

—Permítame que la ayude, Viola, — dijo él rápidamente. — Yo también entiendo algo de cocina.

Viola volvió hacia él su carita picaresca y sonriente.

—Ya he terminado, — le dijo mientras tomaba dos platos con huevos y tocino frito, el desayuno habitual en Inglaterra, y se dirigía hacia la mesa.

Roger le tomó los platos de las manos y fué a ponerlos en la mesa.

—Voy a quedarme aquí Viola, — explicó el joven, — y usted tendrá que permitir que yo la ayude. Me es mucho más fácil a mí que a usted el hacer ese trabajo.

Una sonrisa encantadora iluminó el hermoso rostro de la jovencita.

—¿Cree usted que porque soy ciega no sirvo para nada, Roger? — dijo ella. — Pues bien, no es así. He aprendido a ver sin necesidad de los ojos. Por la mañana, muy temprano, salgo de la cueva y siento en el rostro la templada caricia del sol; conozco a todos los pájaros por su canto, y puedo decir el nombre de todas las flores que corto. Probablemente usted, Roger, a pesar de tener vista, no puede hacer eso, ¿eh?

—Es verdad, no podría hacerlo, Viola, — contestó el joven disimulando con verdadero esfuerzo la emoción que experimentaba en aquel momento. — Algún día saldremos juntos, y entonces yo le pediré a usted que me enseñe el nombre de todas las flores silvestres.

—Lo haré con muchísimo placer, — dijo Viola. — Las flores y los pájaros son mis amigos, y ahora que usted va a ser amigo mío, también, debemos conocernos todos y entablar relación. ¡Dios mío! — exclamó de repente. — ¡El agua está hirviendo a borbotones y se sale de la pava! ¡Eso ha pasado por estar de conversación con usted mientras tenía que atender al desayuno! ¡No vuelva

a hablarme cuando esté ocupada, Roger!

Roger corrió junto con ella hacia la cocina eléctrica, y entre los dos prepararon una exquisita jarra de humeante cocoa.

—Todo está pronto ya, — anunció Viola. — Siéntese, Roger, y tome su desayuno.

—¿Pero no viene el señor Page? — preguntó el muchacho.

—Está trabajando en su laboratorio y hace un rato que le llevé el desayuno, — explicó Viola. — A papá no le gusta que le interrumpan cuando está trabajando, así que usted no debe ir a verle.

El niño presidiario, que vestía su odioso uniforme de tela blanca con grandes y cortas flechas negras, y la jovencita ciega, se sentaron a la mesa y tomaron juntos el desayuno. Durante la comida, Viola habló alegremente de sus paseos matinales por el bosque y por la orilla del mar.

Después limpiaron y arreglaron todo entre los dos, y antes de que hubiera transcurrido la mañana, los dos jóvenes, unidos de modo tan extraño por capricho de la suerte, se habían hecho excelentes amigos.

La joven enseñó después a Roger un bordado que estaba haciendo, y el joven permaneció más de una hora, sentado, mirando cómo la niña ciega continuaba su delicada labor, y enteramente asombrado al ver cómo manejaba la aguja y el hilo y con qué perfección bordaba, a pesar de no poseer el sentido de la vista, que parece imprescindible para hacer esa clase de labores femeninas.

Aquel día fué uno de los más felices que pasó Roger en su vida, sobre todo, de los más alegres que había pasado en los últimos tiempos, tan tenebrosos para el pobre joven.

Eran ya las seis de la tarde cuando Solomón Page salió de su laboratorio y se presentó en la otra cueva. Tenía el rostro desencajado y pálido y los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Tengo que hablar con usted, Roger, — dijo lacónicamente.

El joven Fálcon se aproximó a él inmediatamente.

—¿Qué desea usted, señor Page? — dijo.

—Venga usted conmigo y le enseñaré algo de las maravillas de que le hablé anoche, — dijo Solomón Page.

Se volvió y el joven le siguió. Salieron de la cueva iluminada pasando a otra en la que reinaba la más completa oscuridad, y a un extremo de la cual se veía una puerta de madera que tapaba un hueco natural de la piedra de la caverna.

Solomón Page abrió aquella puerta y entró con Roger Fálcon en otra habitación de piedra. Estaba ésta iluminada por una lámpara eléctrica, muy luminosa, y que pendía del techo. En un rincón zumbaba una dinamo, que, aparentemente, debía constituir la fuente productora de la electricidad que iluminaba aquella y la otra cueva.

—Aquí es dónde yo trabajo, — explicó a Roger el anciano Solomón Page.

Roger Fálcon miró, con curiosidad, en redor suyo. A un lado de la cueva se veía una larga y sólida mesa, en la que había infinidad de herramientas. A la izquierda de esa mesa de trabajo estaba un armario, metido en un hueco de la pared. Tenía varias tablas, y en ellas gran cantidad de frascos y botellas de diversos tamaños, conteniendo sustancias líquidas y en polvo, de variados colores.

En un rincón estaban unos doce tambores, — recipientes cilíndricos, anchos y altos, — de metal, y lejos de todo lo demás, al otro extremo, se veía una retorta de enormes dimensiones, suspendida sobre una caldera metida en un hornillo construído de concreto.

En el centro de aquel laboratorio estaba, sobre unos sostenes de madera, un cofre cuadrilongo, de madera pintada, y a ese cofre hizo Solomón Page que se aproximara el joven.

—En este cofre está el aparato en cuya creación y perfeccionamiento he trabajado noche y día durante los últimos doce meses, — comenzó el viejo inventor. — Esto es lo que me ha de dar el poder que yo deseo, el poder que he buscado y que me permitirá vengarme del mal que me han hecho, de todo lo que he sufrido, que me permitirá hacerle devolver la vista de que se ve privada, a mi pobre y querida hija.

Levantó la tapa del cofre y sacó de dentro de él un objeto negro y plegado.

Solomón Page desplegó aquello y Roger Fálcon pudo ver que parecía algo así como unas enormes alas de murciélago.

Page se colocó aquello sobre los hombres y se quedó de pie, con las alas caídas a los lados. Tenía la apariencia de un hombre que tuviera puesta una larga capa negra.

Después sacó del cofre un recipiente chato y largo y medio cóncavo de un lado, y lo conectó a las alas mediante flexibles tubos de goma con los extremos de vulcanita.

El recipiente se lo ató Page, mejor dicho se lo colgó al cuello por medio de unas correas iguales a las que sostenían las alas.

—Voy a hacer una prueba, un vuelo de ensayo, esta noche; el primero que haré al aire libre, Roger, — dijo el inventor. — Y usted vendrá a presenciarlo. Yo tengo la intención de que...

Calló de improviso y lanzando un gemido, se llevó una mano al corazón y se tambaleó como si fuera a desplomarse desmayado.

Roger corrió en su auxilio, pero Solomón Page se rehizo instantáneamente.

—Debe usted descansar un poco antes de salir, señor, — dijo el joven con ansiedad. — No se encuentra usted en condiciones de hacer ese vuelo de ensayo esta noch.

Solomón Page se rió con extraña expresión de tristeza.

—Estoy suficientemente bien para gozar del triunfo que ha de quedar consagrado esta noche, — replicó. — Y como usted se ha decidido a ayudarme en todo y por todo, usted hará lo que yo le indique. Debajo de la mesa, allí; encontrará usted un "overall", uno de esos trajes de mecánico de tela azul. Póngaselo sobre la ropa que lleva, para que no se vea su uniforme de presidiario.

Roger Fálcon tomó el "overall" y se lo puso. Cuando estuvo vestido así, Solomón Page le guió hacia la salida de la cueva.

Durante diez minutos Page y Roger caminaron rodeados de oscuridad, hasta que al fin, después de muchas vueltas, sintieron en el rostro la brisa sana del mar.

Salieron, por último, a la playa. La cueva por la cual habían salido, era igual a docenas de cuevas que horadaban la roca de la alta costa, en aquel paraje.

Ya enteramente de noche. Solomón Page miró con cautela a derecha e izquierda, durante unos momentos, antes de decidirse a avanzar lateralmente por al playa.

De pronto se detuvo, y de sus pálidos labios brotó una risa sardónica y amarga.

—Ahora, Roger, amigo mío, va usted a ver en qué consiste mi maravilloso invento, — dijo. — ¿Ve usted esta pequeña palanca?

Al expresarse así tocó una palanca muy pequeña que sobresalía del recipiente que llevaba sujeto al cuerpo por las correas que lo sostenían sin ceñir con fuerza.

—El menor movimiento de esta palanca hace que las alas se extiendan, — explicó Solomón Page.

Tocó la palanquita, y las grandes alas de murciélago se extendieron hasta que Solomón Page adquirió el aspecto de una persona con alas.

—Otro movimiento de la misma palanca produce el vuelo, como usted lo verá en seguida. El vuelo, o sea el movimiento de las alas, puede apresurarse todo lo que se quiera, hasta que se obtiene la velocidad que se desee. Para quedarse planeando, sostenido en el aire, sólo es necesario volver hacia atrás la palanca; las alas se agitan entonces con menos velocidad. Cuando la palanca vuelve a su primitiva colocación, el batir de las alas cesa por completo.

Roger Fálcon, con los ojos dilatados por el asombro, miraba cuanto hacía Solomón, enteramente maravillado.

—¿Son esas las alas que usted llevaba puestas la otra noche? — preguntó.

El anciano inventor inclinó la cabeza afirmativamente.

—La otra noche yo había completado la ilusión poniéndome una careta que cubre toda la cabeza, y que representa la cabeza de un murciélago con ojos iluminados con luz eléctrica y algunos otros agregados más, — explicó. — Esos agregados no son necesarios ahora para realizar el vuelo de ensayo.

—¿Ha inventado usted eso para poner en venta gran cantidad de aparatos iguales? — preguntó Roger.

—¡He inventado esto porque tengo un resentimiento contra la sociedad! — fué la enérgica respuesta del anciano. — ¡Mi alma grita pidiendo venganza, y desde este momento, lanzo mi desafío a la humanidad! ¡Ahora podré apoderarme de lo que se me antoje! ¡Podré robar lo que quiera y no habrá poder que logre vencerme!

Y lanzó una carcajada tan salvaje, tan demente, que Roger Fálcon se estremeció a pesar suyo.

¡Un momento después, las grandes alas comenzaron a moverse, y lanzando un grito de loco, Solomón Page se elevó por los aires!

Mirando, maravillado, Roger Fálcon observó cómo el hombre murciélago volaba por encima de la superficie del mar. La naciente luna permitía distinguir su extravagante silueta mientras volaba de un lado a otro con una inconcebible rapidez.

El hombre volador se volvió y se dirigió de nuevo hacia la playa. Roger Fálcon corrió por la arena al encuentro de Solomón Page, pero se detuvo de pronto. Acababa de ver un poste enclavado en la arena que sostenía una tabla pintada de blanco, en la que se leía en letras negras:

PELIGRO, ARENAS MOVEDIZAS

En el momento en que se detuvo, Roger Fálcon miró hacia arriba.

El hombre volador parecía hallarse casi encima de él. Al mismo tiempo, el cuerpo de Solomón Page pareció soltarse y separarse de las grandes alas que lo sostenían.

El hombre y las alas descendieron de improviso, sin que nada hiciera suponer previamente lo que había de pasar. Solomón Page cayó más rápidamente que las alas, con la rapidez con que puede caer una piedra.

El cuerpo cayó de cabeza en el mismo centro de la sirte, donde las arenas movedizas eran una mezcla de agua y arena, casi inconsistente. ¡Ante la mirada de Roger Fálcon, que se sintió horrorizado, el inventor desapareció por completo de su vista!

¿Qué significaba aquello? ¿Lo había hecho voluntariamente Solomón Page? ¿Había decidido suicidarse en un extraño capricho, inspirado por su desequilibrado y fatigado cerebro? ¿Se trataba de alguna estratagema? No era posible saberlo entonces, pero quizás se supiera algún día.

Las alas, de las cuales se había desprendido en forma tan extraña Solomón Page flotaron solas, en el aire, un momento, y fluctuando, arrastradas por la leve brisa que soplaba, fueron descendiendo lentamente hasta que cayeron sobre una roca de la costa, a menos de veinte yardas de donde se encontraba el asombrado y horrorizado Roger Fálcon.

UN MOMENTO DE APURO

ATURDIDO, anonadado ante la súbita tragedia que acababa de desarrollarse ante sus ojos, Roger Fálcon permaneció inmóvil, mirando hacia la superficie ondulada e insegura de las arenas movedizas.

No había en ella nada que indicara el sitio donde el cuepo de Solomón Page se había hundido, desapareciendo en unos pocos segundos. El viejo inventor no era el primer ser humano que había sido tragado así, por las traidoras arenas, sin que quedara de él ni el menor rastro.

Roger Fálcon no podía hacer nada ni adoptar medida alguna. La tragedia se había producido con tanta rapidez que el muchacho no había tenido, tampoco, ocasión de acudir en su socorro.

En realidad, aun cuando Roger no había podido percatarse de ello, Solomón Page se hallaba ya como muerto antes de que hubiese dado su decisiva zambullida.

Durante doce largos meses el inventor había trabajado en la creación y el perfeccionamiento de sus grandes alas, semejantes a las de un murciélago, que le habían de pro-

porcionar el modo de poder volar a su antojo igual que si fuera un gigantesco pájaro.

Y en la hora del triunfo, cuando Solomón Page realizaba el primer ensayo definitivo y decisivo de su estupendo invento, el corazón, fatigado, después de tan largo y tremendo esfuerzo, habíale flaqueado y el inventor había perdido el conocimiento en mitad del aire. Después, cuando ya se hallaba como sin vida, su cuerpo habíase desprendido del aparato y había ido a hundirse en las movedizas arenas de la sirte.

En una roca, a menos de veinte pasos de donde se hallaba Roger, estabán las alas que habían costado la existencia, a juzgar por lo sucedido a Solomón Page, su talentoso inventor.

Roger Fálcon se acercó a las alas y, arrodillándose en la roca, las examinó con el mayor cuidado.

Con suma sorpresa se dió cuenta de que no habían sufrido deterioro ninguno. Hasta las correas para sujetarlas al cuerpo de quien las usara, estaban en perfecto estado. Estas correas no hubieran soltado al cuerpo de Solomón Page si el inventor, en su nerviosidad, no hubiera cerrado mal las hebillas.

Las alas habían flotado en el aire y habían descendido lentamente, de modo que ninguna de las partes de su delicadísimo mecanismo, habían sufrido ni lo más mínimo en la caída.

Roger Fálcon, pensativo, tomó las alas y las plegó.

Entonces se dirigió de nuevo hacia el borde de la zona de las arenas movedizas, pero al llegar allí, se detuvo perplejo.

—¿Será posible que una invención como esta sea banéfica para la humanidad? — se preguntó, preocupado. — Solomón Page creía que estas alas le proporcionarían el poder necesario para realizar su plan de venganza contra algunos de sus semejantes, pero ha desaparecido antes de que le fuera posible hacer uso del poderío que representaba su estupenda invención.

Roger no tenía más que diez y seis años, pero los sufrimientos que le había tocado soportar habían desarrollado su mente de modo excepcional. Mucho era lo que había aprendido sobre la sociedad y su modo de proceder, en los pocos años de su vida.

Habíase sentido profundamente impresionado cuando oyó, de labios de Solomón Page, lo que el inventor se proponía hacer en cuanto dispusiera de su maravillosa invención.

La rectitud de su conciencia hizo que el joven Fálcon sintiera, en el primer momento, el deseo de arrojar el aparato a las arenas movedizas para que allí se perdiera para siempre junto con el hombre cuyo cerebro lo había inventado y perfeccionado.

Pero en el mismo instante en que ya lo había levantado para arrojarlo, se detuvo y, advertido por algún extraño instinto, se volvió y miró hacia atrás.

A la distancia, galopando por al playa y dirigiéndose hacia él, distinguió a seis jinetes.

Instantáneamente, Roger Fálcon estuvo alerta. A la luz de la luna, que relucía en los botones de metal, pudo darse cuenta de que aquellos seis jinetes vestían de uniforme.

—¡Son de policía o son guardianes del presidio de Bleakwold! — murmuró el muchacho, estremeciéndose al recordar su condición de penado evadido y al pensar en que estarían revisando todo el distrito en busca de él, procurando volver a capturarle.

Agachándose, el joven ex-penado se dirigió con toda la mayor rapidez posible hacia la parte oscura de la costa, con el propósito de permanecer donde no era posible que le vieran mientras pensaba cómo había de hacer para escaparse.

Al llegar al pie de la alta costa, Roger se dió cuenta de que no le sería posible escalarla y llegar a lo alto antes de que los jinetes estuvieran al pie de la costa.

No había ningún sitio donde esconderse suficientemente cerca. Era enteramente imposible llegar hasta las cuevas, situadas, sin embargo, a poca distancia, sin que le vieran los perseguidores que se aproximaban, precisamente de aquel lado.

Del otro lado la zona de las arenas movedizas le cortaba irremisiblemente, el paso.

Roger se hallaba, pues, arrinconado y a pensar en su situación le lleno de angustia.

Pensó en la pobrecita Viola, la ciega, la hija del inventor, que se había quedado en su oculta y subterránea residencia. El padre de la cieguita había desaparecido y si Roger era capturado, la pobre Viola se quedaría sola en el mundo, sin un solo amigo que pudiera protegerla.

Era ese instante de suprema desesperación, el muchacho recordó lo que podía ser su eficaz, su última probabilidad de salvación.

¡Las alas!

Había visto cómo Solomón Page se las sujetaba al cuerpo; había escuchado con la mayor atención todas las explicaciones que le dió el inventor sobre el modo de manejar las palancas del aparato.

Oyó más próximo el rumor de las voces de los jinetes que se iban acercando. Roger nerviosamente, procedió a atarse las alas a los hombros, tal como Solomón Page lo había hecho poco antes.

En breves segundos tuvo aseguradas las alas, cerrando debidamente las hebillas de las correas y procedió a atar el recipiente de metal que contenía el secreto mcanismo de la portentosa invención.

Le latía violentamente el corazón cuando hubo completado su tarea. En aquel mismo instante los jinetes aparecieron, volviendo una curva de la costa y a menos de sesenta pasos de distancia.

—¡Hola! ¿Qué es aquello oscuro que se ve, de pie junto a la pared de la costa? — gritó uno de los jinetes. — ¡Hola! ¡Eh! ¡Avance y deje usted que le veamos!

Los temblorosos dedos de Roger Fálcon tocaron la pequeña palanca que daba fuerza a las alas, aun cuando no esperaba obtener resultado alguno.

Pero las enormes alas, que parecían las de un murciélago, se extendieron y comenzaron a moverse lentamente. Roger movió un poco más la palanca, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba se sintió levantado del suelo y llevado sua-

vemente por el aire, ascendiendo poco a poco.

Su negra voladora silueta se recortó sobre el fondo del cielo iluminado por la luz de la luna y los jinetes le miraron con el mayor de los asombros, mudos de extrañeza, hasta que se alejó tanto que sólo se le distinguió como un pequeño punto negro en la semiclaridad del cielo.

¡Dios Todopoderoso! ¿Qué era eso? — exclamó, pasado un momento, uno de los hombres.

—¡Un murciélago gigantesco o un extraordinario vampiro! — respondió otro de ellos, con voz que la emoción enronquecía. — ¡Dios mío! ¡No hubiera creído jamás, si no lo hubiese visto con la claridad que lo hemos visto, que pudiera existir en el mundo semejante criatura!

AL LLEGAR LA AURORA

CUANDO la primera luz de la aurora brilló en el cielo, del lado del Este, Viola Page, la jovencita ciega, apareció en la abertura de la costa que daba acceso a las secretas cavernas situadas debajo de los montes de la región de Bleakwold.

En aquella entrada permaneció inmóvil, evidentemente escuchando, a la espera de algún rumor que le indicara la proximidad de su padre y del joven que había salido con él la noche anterior.

—¿Dónde estarán? — murmuró en voz alta. — ¡El corazón me anuncia que algo triste ha tenido qeu suceder!

—¡Viola!

Roger Fálcon había aparecido, saliendo de otra de las cuevas y se encaminaba rápidamente hacia la hermosa muchacha ciega.

El rostro de Roger estaba muy pálido y sus ojos se hallaban sin brillo y fatigados. Debajo del brazo llevaba las maravillosas alas que le habían permitido escapar a la persecución de los asombrados guardianes del establecimiento penal de Bleakwold.

—¿Dónde ha estado usted, Roger? — preguntó Viola. — ¿Por qué no ha regresado antes?

—No lograba acertar con cuál de las muchas aberturas que tiene esta costa, era la que conduce a la caverna secreta — contestó el muchacho. — No me atrevía a aventurarme a meterme en una de ellas temeroso de extraviarme. Por eso esperé a que llegara el amanecer, sabiendo que al despuntar de la aurora, ustd saldría a la playa.

—¿Y mi padre? — preguntó la muchacha ciega, con ansiedad. — ¿Dónde está?

El rostro de Roger Fálcon cambió de expresión; se le notó una intensa tristeza. El joven no sabía cómo empezar a hablar. Tenía que enterar a Viola de lo que había sucedido, pero no atinaba con las palabras que había de emplear.

—No vendrá, — dijo por último. — Entremos en vuestra subterránea habitación, Viola, y yo le contaré todo cuanto ha acontecido.

Viola vaciló, indecisa; sus ojos sin vista, se fijaron tenazmente en la extensión del ondulado mar.

—Algo ha sucedido, — dijo en voz baja. — ¿Tiene usted miedo de decírmelo, Roger?

—¡Le prometo que se lo diré todo, Viola! — contestó el joven con energía. — Pero no podemos seguir aquí.

—¡Claro, Roger! — asintió la muchacha. — Ya es de día y no es conveniente que le vean a usted en la playa. Venga por este lado.

Tomó a Roger de la mano y lo guió sin la menor vacilación, igual que si hubiera tenido vista, hacia el interior de una de las cuevas por la que siguieron avanzando durante un rato.

—¡He soñado una porción de cosas horribles, esta noche! — dijo Viola a Roger mientras avanzaban por los oscuros y serpenteantes túneles. — Soñé que usted había sido capturado y llevado nuevamente al establecimiento penal de Bleakwold.

—Ese sueño no fué exacto, Viola, — dijo el joven, — aun cuando me ví en peligro de que pudieran capturarme. Pero logré escabullirme, por suerte.

—Después soñé que veía a mi padre que caía... caía del cielo, — agregó la joven. — En mi sueño le ví caer al suelo... y entonces el suelo pareció abrirse para tragárselo.

Roger Fálcon se estremeció violentamente. En sueños, la joven ciega había visto, en realidad, la tragedia que se había producido la noche anterior. Era un caso maravilloso de doble vista, de los que se han anotado tantos ejemplos.

—Ese sueño fué también una tontería, ¿no es verdad, Roger? — dijo la emocionada voz de la ciega en la oscuridad.

Roger Fálcon no pudo contestar. No podía engañar a la confiada e inocente jovencita y no se sentía con valor para decirle bruscamente la verdad.

Viola no volvió a hablar y mietnras seguían juntos por la oscuridad, a Roger le pareció que la oía llorar suavemente.

Por fin llegaron a la caverna iluminada que había sido el domicilio de Solomón Page y de Viola, y entonces Roger Fálcon pudo darse cuenta de que su pequeña compañera estaba realmente llorando.

Su angustia emocionó profundamente al bondadoso muchacho.

—¡Viola! — díjole afectuosamente. — ¿Qué le pasa? ¿Puedo yo ayudarla o consolarla de algún modo?

La joven fijó en él sus ojos sin vista. Tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—¡Usted temía decirme la verdad, Roger! — Sollozó Viola. — Pero usted no contestó cuando yo le dije cómo había sido mi segundo sueño. ¡Ya sabía yo que mi padre no iba a volver... que ha muerto!

Vencida por el dolor, se sentó en uno de los banquitos de la cueva y lloró de un modo que partía el corazón.

Un intenso sentimiento de conmiseración llenó el alma de Roger cuando miró a la pobre huérfana, y en aquel momento, juntando las manos, hizo una solemne promesa

"Suceda lo que suceda, Roger Fálcon defenderá y protegerá a la joven ciega y pro

curará llenar, en la existencia de la desdicada Viola, el vacío dejado por la inesperada desaparición de su anciano padre."

Poco a poco, a medida que las lágrimas fueron aliviando su pena, los sollozos de la joven cesaron. Arodillándose en el suelo a su lado, Roger apoyó un brazo en los débiles hombros de Viola.

—No está usted sola en el mundo, Viola. — díjole con ternura, — y no estará jamás sola mientras yo aliente. Soy fuerte y seré un hermano para usted. Trabajaré y sabré cuidarla. ¡No sufrirá usted nada, hermanita mía!

Una fugaz sonrisa iluminó un instante el rostro, manchado de lágrimas de la joven.

—¡Oh, Roger! ¡Siento que necesito tener a mi lado un hermano! — dijo ella, llorosa. — ¡Yo también procuraré ser valiente!

Se puso de pie con lentitud, y Roger la imitó.

—Desearía estar un momento a solas, Roger, — dijo la joven. — Usted perdone, pero me es necesario.

Cruzó la cueva, dirigiéndose al lado de la caverna donde estaba el arco cubierto por una cortina y desapareció por aquel hueco.

EL SECRETO

ROGER se dirigió pensativo hacia la espaciosa cueva que Solomón Page había transformado en taller y laboratorio. Sometió aquella a una cuidadosa investigación y en un cajón situado al pie de la estantería donde estaba gran número de frascos de distintos tamaños, con productos químicos, encontró un sobre grande y lacrado.

Con grandísimo asombro notó que tenía escrito su nombre.

"Para que lo abra Roger Fálcon si acaso sucede algo que me impida continuar mis trabajos y llevar a cabo mis propósitos. — Solomón Page."

Durante más de un minuto el muchacho permaneció inmóvil, mirando lo que estaba escrito en el sobre.

Después rasgó el papel y sacó del sobre varias hojas manuscritas.

Roger Fálcon desplegó aquellas hojas y las puso sobre la mesa de trabajo. Inclinándose, comenzó a leer lo que estaba escrito en ellas. Decían así:

"Si esto llega a sus manos, Roger, será " porque yo he ido a saldar mis últimas " cuentas. Hace sólo unas pocas horas que " le conozco, pero me ha impresionado us- " ted favaroblemente y me voy a pasar la " noche escribiendo lo que yo deseo que, lle- " gado el caso, usted conozca."

La atención de Roger Fálcon sintióse intensamente atraída hacia aquella extraordinaria y póstuma comunicación de Solomón Page, que seguía en esta forma:

"Hace algunos años me arruiné por com- " pleto inventando un nuevo tipo de aero- " plano que debía revolucionar la aviación. " Cuando todo estuvo pronto, presenté mi " invento ante un sindicato formado por seis " personas.

"Esos seis hombres me robaron los planos " y el modelo y, temerosos de que yo vol- " viera a ponerme en trabajo de nuevo, in- " cendiaron mi casa. Mi hija Viola estaba " en mi laboratorio cuando estalló el in- " cendio y una explosión que se produjo en " mi depósito de roductos químicos, robó " la vista a mi pobre hija.

"Desde ese momento quedé quebrantado " por completo, sin más ideal en la vida que " la venganza. Vendí todo cuanto me que- " daba y busqué un lugar secreto donde pu- " diera trabajar a fin de hallar medios con " los cuales vengarme de la vergonzosa in- " famia de que me habían hecho víctima.

" Por fin encontré estas cuevas y aquí he " perfeccionado las alas voladoras que han " de darme poder para aplastar a mis ene- " migos y despojarles de las fortunas que " han reunido, explotando mi primera in- " vención.

" Pero temo, en estos momentos, que no " pueda vivir lo suficiente para llevar a " buen término mi propósito, y por eso a us- " ted Roger, que también ha sido víctima " de una cruel injusticia, confío el encargo " de terminar la misión que dejaré sin con- " cluir."

Roger Fálcon volvió la primera hoja de escritura pequeña y en renglones muy juntos, y prosiguió la lectura del trágico documento, que decía:

" Pido a usted, Roger, que proceda a cas- " tigar a mis enemigos y a devolver la vis- " ta a mi pobre hija. Hay un famoso mé- " dico español, que se llama Juan Martín " González, y que es el único que puede " curar a mi hija. Pero los honorarios que " pide constituyen una suma muy importan- " te, o al menos superior a lo que yo puedo " ofrecerle en estos momentos.

" La invención de lo que yo le dejo he- " redero le dará a usted el poder necesa- " rio para quitarles a mis enemigos las for- " tunas que debían ser mías y en bien de " mi desdichada hija, debe usted arrebatar- "les lo que no les pertenece.

" He aquí los nombres de los que han " hecho de mí un paria entre los demás " hombres: Sir Willoughby Vulcan, Herman " Sterncarn, Isadore Morne, Ralph Hay- " thorn,, Simón Steer y Vincent Lamotte.

" Estos hombres se hallan esparcidos por " toda Inglaterra, pero todos son muy cono- " cidos socialmente, y no será difícil, mejor " dicho, será fácil, el dar con ellos.

" Junto con esta carta hallará usted una " descripción completa de las alas de mur- " ciélago, que le darán el poder necesario " para vengarse también del daño que le hi- " cieron. Figuran en esa explicación los da- " tos completos sobre la fuerza motriz se- " creta y de mi exclusiva invención, que po- " ne en movimiento las alas. Cuando usted " haya leído con atención todas mis expli- " caciones, podrá manejar debidamente las " alas y podrá preparar la mezcla que pro- " duce la fuerza que mueve la mayor inven-

" ción voladora que haya conocido el mun-
" do hasta el presente.
" Confío el porvenir de mi querida hija
" y el resultado de toda una vida de tra-
" bajo, a usted, Roger Fálcon. ¡Adiós! —
" Solomón Page."

Durante más de tres horas estuvo Roger Fálcon leyendo y estudiando los documentos que explicaban los más detallados secretos de la estupenda y maravillosa invención de Solomón Page.

Cuando, por fin, se irguió, notábase en el pálido rostro del joven y en sus expresivos ojos, un destello de enérgica decisión.

"El secreto de Solomón Page es ahora mío! — dijo en voz baja. — Desde ahora voy a dedicarme a realizar la obra que me ha confiado.

"¡Mi objeto será tan sólo la Justicia! Justicia para Solomón Page, Justicia para la pobrecita Viola ,Justicia para mí mismo, Juticia para todos los débiles, para todos los oprimidos!

"¡Mañana mismo comenzaré mi obra y quiera el Cielo guiarme en el empleo de mi extraordinario poder para que me sea posible aplastar a la tiranía y hacer que haya algo más de felicidad y de alegría en el mundo.

ENTRE EL VENDAVAL

EL rostro de Roger Fálcon tenía una extraña expresión de energía, el joven plegó los papeles y volvió a guardarlos en el cajón de donde los había sacado.

Se dirigió entonces a la puerta de la caverna y salió a la contigua y oscura cueva. No había en ésta más luz que la poca que llegaba desde la cueva que había sido destinada a habitación.

Roger llegó hasta ésta, y cuando se encontró a la entrada se detuvo, lanzando un grito al dirigir la mirada hacia la débil figura humana que estaba tendida en el suelo, boca abajo.

Era Viola y e hallaba tan quieta, que el corazón de Roger cesó de latir.

El muchacho corrió a su lado, la tomó en brazos y le miró el rostro.

La joven respiraba y tenía el rostro sofocado, lo que demostraba que aún se hallaba con vida.

Roger se arrodilló, y sosteniendo la cabeza de la ciega con un brazo, apoyó la otra mano en la frente de la joven. La frente parecía arder, las sienes latían con extraordinaria violencia.

—¡Viola! — murmuró el muchacho con voz temblorosa. — ¿Qué le ha pasado?

Un débil murmullo salió de los labios de la muchacha, pero no dió otra señal de haber oído la desesperada pregunta del joven.

Con el corazón rebosante de angustia y de inquietud. Roger Fálcon levantó a la joven en brazos, nuevamente, y la llevó al hueco cubierto por al cortina. Allí, a un lado, estaba el lecho de Viola y poniéndola en él, Roger la cubrió con una frazada.

—Quizás el descanso le haga bien, — murmuró esperanzado. — Cuando despierte se hallará mejor.

No se fijó en cómo pasaba el tiempo, pero a medida que transcurrían las horas se sintió más y más angustiado. La respiración de Viola era pausada y débil. La verdad se presentó de pronto a la mente de Roger.

Si Viola no era atendida por un médico, la poca vida que aún le quedaba se escaparía de su debilitado cuerpo y la infeliz no despertaría de su sueño.

—¡No puede permanecer aquí! — decidió Roger. — ¡Debo llevarla sin pérdida de momento a casa de un médico! ¡Unos pocos minutos de diferencia pueden tener suma importancia en un caso así!

Dirigió una mirada a la enferma y salió de su cuarto. Cuando regresó, instantes después, las alas negras colgaban de sus hombros como una capa.

Se acercó a la cama y envolvió a Viola en una frazada. Después la tomó en brazos y salió de nuevo.

Pero cuando llegó a la playa un violento vendaval, procedente del mar, casi le hace caer.

Apretando los dientes, el muchacho movió la palanca del aparato. Las grandes alas empezaron a moverse y un momento después el muchacho volador, con su durmiente carga, se elevó por los aires.

El huracán soplaba violento del lado del mar y cuando el muchacho se elevó, una terrible ráfaga le arrastró con fuerza.

Avanzó la palanca hasta darle toda su fuerza y las enormes alas, moviéndose con grandísimo poder, consiguieron dominar el ímpetu del vendaval.

Su propósito era llegar a la aldea, situada a milla y media de distancia de su punto de partida. Pero antes de que lograra dominar el movimiento de las alas, el viento le había desviado del rumbo que deseaba seguir.

Aprovechando una momentánea calma del vendaval, alteró su rumbo y, en el mismo momento, un rayo de blanca luz brotó de un punto y cortó le negrura de la noche.

¡Era el reflector del establecimiento penal de Bleakwold! El rayo de luz iba a barrer toda la zona circundante y los que lo manejaban, estaban arreglando el foco en aquel momento.

En uno de sus movimientos, el haz de luz iluminó al muchacho alado, que un segundo después estaba fuera de la luz. Pero los operadores habían visto algo que volaba y hacia aquello dirigieron el rayo del reflector, siguiéndole a medida que surcaba el cielo nocturno a toda velocidad.

La luz reveló la presencia del volador a un grupo de guardianes que iba por el camino.

—¡Dios mío! ¡Miren! — gritó uno de ellos. — ¡El mismo enorme murciélago que vimos la otra noche!

El guardián que capitaneaba el grupo miró hacia la voladora figura que seguía siendo iluminada por el rayo de luz del foco.

—¡Apunten con todo cuidado! — gritó el jefe de los guardianes. — ¡Sea lo que sea eso, vamos a hacerle descender!

Los guardianes se echaron los rifles a la cara, apuntaron con sumo cuidado.

—¡Fuego! — ordenó el jefe.

Una descarga resonó sobre el rugir del viento. Hubo un momento de pausa mientras lo guardianes se preparaban para volver a hacer fuego. Se vió que la alada figura descendía.

Durante un momento descendió, seguida siempre por la luz del reflector.

De pronto la alada figura se detuvo un segundo y después volvió a descender, ¡esta vez en medio de un bosque, a media milla de donde estaban los guardianes!

EL FINAL DE LA JORNADA

POR un oscuro bosque avanzaba un hombre, cubierto por una larga capa, y sosteniendo en brazos a una mujer.

El hombre era Roger Fálcon, el muchacho alado, y la que sostenía en sus brazos era Viola Page la muchacha ciega, la hija de Solomón Page, que estaba enferma y se encontraba sin sentido.

Pocos minutos antes, Roger Fálcon volaba en la oscuridad de la noche, llevando a la muchacha enferma hacia la aldea. Pero un grupo de guardianes del presidio había visto en los aires aquel extraño volador y le había dirigido algunos tiros.

Ni una sola de las balas había logrado dar en el blanco, pero temiendo que Viola pudiera ser herida, Roger no se atrevió a arriesgarse a que le hicieran otra descarga. En consecuencia descendió rápidamente, dando la impresión de que había sido herido.

En cuanto estuvo suficiente bajo para que le resguardaran la ramas de los árboles, Roger Fálcon había sostenido el vuelo y después había pisado tierra en el corazón del bosque.

Con el cuerpo de Viola firmemente sujeto en los brazos, corrió lo más rápidamente que le fué posible. Sabía que los guardianes se dirigirían en seguida hacia el bosque, con el propósito de buscar el cuerpo del gigantesco volátil al que creían haber abatido, y deseaba alejarse antes de que ellos llegaran.

—Cuando hicieron los disparos se encontraban a más de media milla de distancia, — murmuró el muchacho alado. — Esa ventaja me permitirá llegar a la aldea caminando, sin necesidad de volver a alzar el vuelo, desafiando al temporal.

Pero al pensar así, Roger se equivocó en sus cálculos, pues los guardianes del presidio no eran las únicas personas que habían visto caer al monstruo alado entre los árboles del bosque.

Un grupo de hombres que regresaban a sus casas procedentes de la taberna de la aldea, habían presenciado la escena desde un punto situado a unas cien yardas de la orilla de los bosques.

El rugido del vendaval en las copas de los árboles impidió que Roger oyera los pasos del grupo, que se aproximaba hasta que los hombres estuvieron casi junto a él.

Los hombres se hallaban a veinte yardas de distancia cuando el muchacho vió por primera vez sus siluetas — — el momento en que se detuvo, estremeciéndose, los otros también le vieron.

Como no disponía de otro camino por dónde escapar, Roger Fálcon tocó las palancas de su asombroso aparato volador.

Instantáneamente, las grandes alas se extendieron, y ante la mirada de asombro y de terror de los hombres de la aldea, el muchacho volador se levantó del suelo.

Cuando comenzaba a elevarse, una pesada rama, arrancada de un árbol por la fuerza del viento cayó con energía terrible pasando a muy pocas pulgadas de Roger.

El joven continuó elevándose rápidamente, y en el instante en que salió de la zona protegida por las copas de los árboles, le empujó una fuerte ráfaga de viento. Le pareció que era arrastrado por el aire más de cincuenta pies, pero casi en seguida logró dominar de nuevo el manejo del aparato.

Rodeado de ráfagas de viento que silbaban o rugían, Roger apresuró su vuelo, dirigiéndose hacia la aldea.

Cuando Roger vió por primera vez las alas, no había supuesto que pudieran jamás sobrevivir a una prueba como aquella a que la sometía el huracán. A pesar del peligro que entrañaba la situación en que se veía, maravillábase el joven del asombroso invento de Solomón Page.

Tan grande fué la rapidez de su raudo vuelo, que antes de haber transcurrido un minuto vió bajo él las luces de la aldea, roja.

Aquella era la casa del médico que, como es costumbre en Inglaterra, tenía un farol de luz roja, sobresaliente de la casa, e indicando que el médico residente allí estaba dispuesto a atender a quien solicitase sus servicios, a cualquier hora de la noche.

Roger Falcón pasó, volando, por sobre la aldea y luego se inclinó hacia tierra y calculando debidamente la distancia, fué a descender en el jardín situado a los fondos de la casa del médico.

Por los cristales de una de las puertas del piso bajo, que daba al jardín, el joven volador pudo ver a un hombre que estaba sentado ante un escritorio, trabajando.

Dejó Roger Fálcon que sus alas se plegaran al cuerpo de modo que tomaran el aspecto de una larga capa y después corrió, impaciente, hacia aquella puerta.

El doctor Philip Storm, entregado a sus estudios, no levantó la cabeza hasta que Roger golpeó por segunda vez en los vidrios de la puerta.

Se puso en seguida de pie, y la luz que iluminaba el cuarto, le permitió ver un rostro muy pálido que le miraba del otro lado del vidrio.

El médico fué hacia la puerta y la abrió. Una fuerte ráfaga de viento penetró por aquel hueco al mismo tiempo que Roger Fálcon penetraba sin esperar a que se le invitara.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? — tartamudeó el doctor Storm, mirando alarmado a aquella extraña figura.

—Traigo aquí una persona que necesita urgentemente de su atención, — contestó Roger. El tono de su voz emocionada, pero enérgica, pareció tranquilizar al médico.

—¡Tiene usted un curioso sistema de visitar a la gente! — observó el doctor Philip Storm. — Su presentación ha sido un poco alarmante y bastante original, pero yo estoy siempre a disposición de quien me necesite. Déjeme usted examinar a la enfermo.

Roger Fálcon puso a Viola Page en el diván que había en el despacho del médico y retiró la manta con que la había traído envuelta. Miró el muchacho el rostro de la joven y un sollozo sacudió su pecho.

—¡Está muy enferma!... ¡Muy enferma!... ¡Temo que se halle moribunda!... — dijo con quebrantada voz. — Yo no sabía qué hacer y por eso me he permitido traerla, doctor, para que usted la vea. ¡Sálvela, doctor! — agregó. — ¡Sálvela, que es mi único!...

Calló porque en aquel mismo instante el médico se inclinaba hacia la desmayada joven. Viola estaba muy hermosa, con una expresión de encantadora placidez, aun cuando tan transparente que se hubiera dicho que era una figura de cera.

Philip Storm le levantó los párpados y permaneció unos instantes mirándole los ojos.

Después se volvió hacia Roger.

—¿Qué tiene esta muchacha en la vista? — preguntó.

—¡Es ciega, señor! — contestó el joven en voz baja y con tristeza.

Una expresión de profunda simpatía pudo verse, en aquel instante en el rostro del médico. Era este un hombre de mediana edad. Dedicado hacía muchos años y por completo, a aliviar los sufrimientos de los enfermos y de los pobres, la natural bondad de su carácter se había intensificado, conquistándole la envidiable reputación de ser el médico más abnegado y caritativo de la región.

—¡Pobre niña! — murmuró con ternura. — ¡Ciega! ¡Qué horrible situación!

En el mismo momento en que así se expresaba el médico, una horrenda ráfaga de viento sacudió toda la casa. Mientras el edificio vibraba todavía a consecuencia de aquella violencia del vendaval, se dejó oír un ruido ensordecedor y penetrante de madera que se desgarra, seguido de un golpe que pareció el estampido lejano de un poderoso cañón.

SALVANDO AL TREN RAPIDO

CUANDO hubo pasado aquel terrible y alarmante ruido, el médico, levantando un poco la cabeza, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué habrá sido eso?

—Por el ruido se podría creer que algún árbol muy grande ha sido abatido por el vendaval. — dijo Roger. — Debe haber sido muy cerca de aquí y sólo por una disposición de la Providencia no ha caído sobre la casa, produciendo gran destrozo.

El doctor Storm no replicó. Corrió hacia la puerta que daba al jardín, la abrió y miró hacia fuera.

Un segundo después, un grito de desesperación brotaba de sus labios, en el mismo momento en que el médico salía, corriendo, al jardín.

Roger Fálcon dirigió a Viola una mirada de ansiedad. La vida de la joven se hallaba en verdadero peligro. Cada segundo de demora podía considerarse de grandísimo valor. ¡Y el hombre que había de curarla se había ido!

El pensar en esto hizo estremecer a Roger que, con las alas pendientes aún, como una capa, corrió tras el médico.

Fué entonces cuando, por primera vez, el joven se percató de qué, por una profunda cortadura que había a los fondos del jarrín, pasaba la doble vía de un ferrocarril.

Hacia aquella vía iba el doctor Storm, corriendo rápidamente. Roger corrió tras él y cuando el muchacho alado se halló a unas diez yardas del borde de la hondonada vió cuál era la causa de la emoción del médico.

Un árbol enorme, que se alzaba poco antes en el límite del jardín, había sido arrancado por el huracán y se hallaba tendido, cruzando las vías, en el fondo de la ancha hondonada.

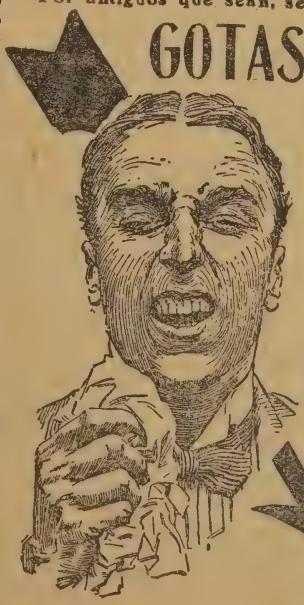
Philip Storm miró hacia abajo, horrorizado, y al ver el obstáculo aquel una exclamación de angustia brotó de sus labios. Desesperado, comenzó a bajar por el talud del costado de la hondonada.

Roger se deslizó tras él y le tomó enérgicamente de un brazo.

Tos, Resfríos, Ronquera, Constipado

Por antiguos que sean, se curan usando

GOTAS de ORO



DELICIOSAS PASTILLAS PECTORALES

No vacile, tómelas en seguida y se convencerá de su eficacia inmediata, contra todos los molestos padecimientos de las vías respiratorias y todas las enfermedades pulmonares.

—¿A dónde va usted? — preguntó rápidamente. — ¿Se ha olvidado ya de la joven que necesita tan urgentemente de su ayuda?

El médico indicó un punto lejano de la línea férrea, extendiendo un brazo.

¡—El tren rápido de las diez y treinta, procedente de Londres, tiene que pasar por acá! — gritó con voz ronca. — ¡Mi esposa y mi hijita vienen en ese tren!

Y al decir así, trató de soltarse de la mano de Roger.

—¿Debe llegar algún tren en el otro sentido por la otra vía obtruída también? — preguntó Roger.

—Hasta dentro de algunas horas, no, — contestó el médico enteramente aturdido por la emoción que sentía.

—Entonces vuelva usted a su casa y atienda a la muchacha que he confiado a su cargo, — dijo Roger. — Haga por ella todo lo que le sea posible. ¡Yo voy a hacer que el tren rápido se detenga!

—¡Pero va usted a necesitar una luz! — exclamó el médico. — ¡Necesitará algo con lo cual llamar!... ¡Dios mío! ¡Ya es tarde!

Volviendo una curva, a una milla de distancia, apareció en aquel instante el tren rápido.

—¡Cuide a la joven! — gritó Roger rápidamente. — ¡Sálvela, mientras yo salvo a aquellos a quienes usted ama!

Y ante el mayor asombro del doctor Philij Storm, la capa del muchacho se abrió; transformándose en unas alas parecidas a las de un murciélago. Un segundo después las alas comenzaron a moverse. Roger Fálcon se elevó por el aire y voló rápidamente al encuentro del tren rápido que se aproximaba.

Aun cuando asombradísimo ante lo que había visto, Storm se volvió y corrió hacia la casa para no dejar de cumplir su parte del compromiso contraído.

Mientras tanto Roger Fálcon volaba al encuentro del tren rápido. Cuando estuvo cerca disminuyó la velocidad de su vuelo y empezó a descender.

Calculó la distancia cuidadosamente, teniendo en cuenta da velocidad de la marcha del tren y no tardó en pisar el carbón amontonado en el ténder de la locomotora del tren rápido.

Su negra figura, con las alas extendidas, se presentó temerariamente ante el resplandor de la hornilla. El maquinista retrocedió lanzando un grito en cuanto vió aquel extraordinario cuadro.

—¡Pare usted el tren! — gritó Roger Fálcon lo más fuerte que le fué posible para que se le oyera a pesar del ruido de la marcha del convoy. — ¡Un árbol ha sido abatido por el viento y ha caído sobre las vías! ¡Detengan el tren! ¡No hay un instante que perder! ¡Pronto!

Al darse cuenta de que el tren se hallaba en peligro, el maquinista olvidó el miedo que le había cauado la extraña figura que le diera el aviso.

El maquinista cerró la llave del vapor y movió la palanca que hacía actuar a los frenos mientras el fogonista seguía mirando aterrorizado la figura del muchacho alado.

—¡El árbol está cruzado sobre las vías en la hondonada, a doscientas yardas de aquí! — gritó Roger Fálcon. — ¡Se necesitarán veinte hombres para moverlo!

Entonces, en el mismo momento en que el convoy se detenía, con mucho ruido de choque de hierros y crujir de los frenos, el muchacho alado se elevó una vez más, por los aires, alejándose velozmente en medio de la nocturna oscuridad.

Fué directamente a los fondos de la casa del médico y cuando entró en el despacho del facultativo, unos minutos después, Roger Fálcon vió que Philip Storm estaba inclinado, obervando a Viola.

Volvió su rostro pálido y angustiado hacia Roger en cuanto entró el muchacho alado.

—¡He logrado hacer que el tren se detuviera a tiempo! ¡El peligro ha pasado! — anunció Roger.

El doctor Storm suspiró como si un enorme peso se le hubiera quitado de encima. Fué fácil darse cuenta de la nerviosidad que le había dominado mientras esperaba. Había hecho, sin embargo, todo lo posible por salvar la vida de Viola. Durante un instante se unió, en su imaginación, el pensamiento del peligro de su esposa y de su hijita con el de la joven enferma. Tres vidas se hallaban simultáneamente en gravísimo peligro. Pero le consolaba algo la confianza que le había inspirado el muchacho alado.

—¡Alabado sea Dios! — exclamó el médico al oir las aplabras de Roger. Y agregó en seguida. — ¡También yo tengo noticias que darle!

—¿Vivirá? — preguntó el joven, temeroso y en voz baja.

—La trajo usted en el momento preciso, — declaró Philip Storm. — Sufre un ataque de fiebre cerebral, pero con cuidado y atención podrá reponerse en dos o tres días. Déjela confiada a mis manos y le prometo que pronto se hallará suficientemente bien para que usted la vuelva a su casa.

Roger Fálcon miró fijamente, cara a cara, al médico.

—Esta joven no tiene, en realidad, casa que pueda llamar suya. No tiene ni padre ni madre, — dijo el muchacho lentamente. — Está en una edad y es de tan delicada naturaleza, que le hace falta tener a su lado personas de su amistad que la aconsejen y acompañen; necesitaría el apoyo de alguien que supiera lo que es cuidar de hijos propios.

—Si con eso quiere usted decir que desearía dejar aquí a la joven, a mi cargo, no necesita insistir, así se hará, — dijo el doctor Storm. — Usted me ha prestado esta noche un señaladísimo servicio y en cambio ya cuidaré con todo cariño de esta débil y delicada joven hasta que usted decida llevársela de nuevo.

—Usted será recompensado por su generosa bondad, doctor, — dijo Roger, que no lograba disimular por completo la emoción que experimentaba, — Crea usted que su abnegación será debidamente agradecida y pagada. ¡Algún día, cuando m sea posible enterarle a usted de todo, usted comprenderá cuán importantísimo es el servicio que ha

prestado a una desdichada huerfanita . . y a mí!

—No aspiro a pago ninguno, ni lo necesito tampoco, — dijo, bondadosamente el médico. — No sé quién es usted, ni por qué necesita usted volar por la noche con la ayuda de esas maravillosas alas, pero soy bastante buen juez del carácter de las personas y le considero a usted recto y honrado. Además estoy en deuda con uted, pues únicamente usted y nadie más que usted, podía detener el tren rápido, esta noche, a tiempo para salvarle de un horrendo desastre. No le haré, pues, preguntas sobre su identidad hasta que usted decida, por su voluntad, hablar de ella.

—¡Es usted un verdadero caballero, doctor! — dijo Roger con franqueza. — Y cuando me sea posible enterarle de todo lo que a mí se refiere, espero que se dará cuenta de que no ha procedido mal al confiar en mí. Pero ahora debo retirarme.

El médico y el muchacho alado se estrecharon cordialmente la mano.

—Una noche, entre el ocaso y la media noche, una luz verde puesta en la puerta, de esta habitación, le indicará a usted que su amiguita se encuentra ya, no sólo fuera de peligro, sino enteramente bien, — dijo Storm.

Roger Fálcon inclinó la cabeza, asintiendo y después de pronunciar una nueva frase de agradecimiento, salió al jardín.

El médico vió cómo se extendían sus alas, cómo se agitaban luego y cómo desaparecía Roger Fálcon en la oscuridad de la noche.

EL SECRETO DE LOS SIETE

SIN tropiezo ni aventura de ninguna clase llegó Roger Fálcon a la caverna situada debajo de los montes de Bleakwold, se acostó y durmió durante cerca de veinticuatro horas. Se levantó descansado y refrescado; se alimentó, tomando las provisiones para su comida de la abundante provista despensa de la cueva donde había variados productos alimenticios en gran cantidad y después se sentó aconsiderar sus planes para el futuro.

¿Por qué punto comenzaría la realización de su compromiso de administrar justicia?

La respuesta llegó a su mente en forma de repentino impulso. Visitaría el castillo de Gaunt, el sitio que había sido residencia del hombre a quien habían asesinado y de cuya muerte habían declarado culpable a Roger Fálcon, que ni siquiera le conocía de vista.

El castillo se hallaba únicamente a veinte millas de distancia y por el hecho de que su destino se hallara tan trágicamente a él, atraía la atención de Roger.

Entró en el laboratorio y taller, y preparó las alas para realizar el viaje. Después, de un cofre que contenía ropas, sacó un traje de malla de seda, negro, y se lo puso. Le

UNA EVIDENTE VENTAJA

El optimista (al que está procurando arreglar un neumático agujereado): — De todos modos, con este tiempo se tiene una ventaja: no molestan las moscas.

quedó admirablemente ajustado, pues daba la casualidad de que Salomón Page, a cuya medida había sido tejido, tenía igual cuerpo que el joven Roger.

Otro objeto de los que había en el laboratorio, una especie de reloj de pulsera, aun cuando más grueso y sin esfera, le llamó la atención. Era una pequeña antorcha eléctrica, de gran potencia luminosa y que, según se oprimían o no, unos botones de metal, daba luz blanca, roja o verde.

Roger se ciñó la ingeniosa lámpara a la muñeca y se ató debidamente las alas. Todo estuvo pronto, pues, para realizar el vuelo al castillo de Gaunt.

Salió de la caverna y cruzando los oscuros túneles, descendió hasta la playa.

Se detuvo allí un momento, pensativo. Después abrió sus extensas alas que parecían las de un murciélago. A poco las alas comenzaron a moverse lentamente y Roger Fálcon se elevó por los aires con la facilidad y la elegancia de un ave.

Durante una hora, voló a gran velocidad. Pasó por encima del bosque de Fontaine, en el cual el cuerpo de sir Piercey Shafton, el anterior propietario del castillo de Gaunt, había sido hallado y llegó por fin a la antigua y hosca construcción de piedra llamada castillo de Gaunt.

Roger bajó a tierra en el extenso parque y miró hacia el castillo. En la mayor parte de las habitaciones reinaba la oscuridad, pero de una puerta alta y con adornos de piedra, se veía surgir poderoso, un haz de fuerte luz.

El joven volador se elevó de nuevo por el aire y en un instante estuvo en el amplio balcón de piedra.

Por este balcón avanzó silenciosamente hasta hallarse junto a la puerta de vidrios.

Se encontró entonces al nivel de una galería y mirando hacia abajo desde aquel balcón interior, vió un enorme salón para banquetes, en el cual siete hombres se hallaban sentados en torno de una larga mesa.

Cautelosamente, el muchacho alado, con las alas plegadas junto al cuerpo como una capa, abrió la puerta y pasó, sin que nadie se percatara de su resencia, del balcón o galería, interior.

Ocultándose detrás de un enorme pedestal de bronce que sostenía un macetón con una palmera, Roger Falcon miró hacia la escena que se desarrollaba más abajo.

Estaba sentado a la cabecera de la mesa un hombre joven y delgado, cuyo bigote y cabello negros intensificaban la palidez de su rostro. Roger Fálcon recordó haber visto antes aquella cara: era la de un hombre que había declarado, en su proceso, acusándole de un crimen que no había cometido.

Era Cedric Shafton, sobrino y único heredero del hombre que había sido asesinado en el bosque de Fontaine.

Los demás hombres eran desconocidos para el muchacho, pero, por alguna razón misteriosa, le llamaron poderosamente la tensión.

Uno de ellos, un tipo de cabello gris, con [illegible]ro desfigurado por las huellas de una vida de vicio y de disipación, era el que hablaba en aquel instante.

—Claro está que a todos nosotros nos complace sobremanera el poder felicitarle, Shafton, por la adquisición de la fortuna y de las valiosas propiedades de su difunto tío, — decía el que hablaba, — pero, sin embargo, ya es hora de que hablemos de nuestros negocios.

—¡Usted será siempre el mismo tiburón constantemente ansioso de dinero, Vulcan!— replicó Shafton con desagradable sonrisa.

Roger Fálcon se estremeció al oir aquel nombre. Sir Willoughby Vulcan había sido uno de los que habían cometido la infamia de despojar a Solomón Page de su invención de su nuevo aeroplano.

—¡Los negocios son los negocios! — intervino otro de los presentes. — Es necesario que nos ocupemos de lo que nos interesa. — Nosotros le adelantamos todo el dinero que le hizo falta mientras usted esperaba que algún individuo de buena voluntad quisiera asesinar al viejo sir Piercey!

Shafton funció el ceño, molestado por aquellas palabras.

—¡Tiene usted un modo muy desagradable de decir las cosas, Sterncarn! — replicó violentamente.

Sterncarn era el nombre de otro de los que formaron el vil sindicato que había despojado a Solomón Page.

Cedric Shafton tomó un cigarro de hoja de una caja que estaba en la mesa, y lo encendió.

—¿Cuál es la proposición? — preguntó fríamente. — Ustedes, todos ustedes tienen tanto dinero como razonablemente pueden desear, dinero que han reundio explotando un invento creado por la mente de otro hombre, al que robaron lo que había sabido inventar. Sin embargo, me parece que aún desean apoderarse de más dinero. ¿No es así? —Veamos, pues, cuál es la idea de ustedes!

—¡Queremos aplastar, hasta hacerlas desaparecer, a todas las empresas que se ocupan de aviación! — anunció sir Willouhby Vulcan. — Si podemos abarcar el monopolio podremos elevar los precios y rebajar los sueldos y salarios. La invención del viejo Page ha revolucionado la cuestión aviación, pero nosotros queremos sacar aún más dinero de ella.

—¡Casi estoy por decir que me gusta — comentó Shafton con crueldad. — ¿Y qué quieren que haga yo?

—Cada uno de nosotros posee algo más de un cuarto de millón, — contestó Vulcan. — Usted ha heredado más de quinientas mil libras. Si usted pone la mitad de esa suma en nuestra combinación, tendremos un capital de tres millones y cuarto. Con él, realizando lo que pensamos, antes de doce meses, tendremos un millón, o más cada uno.

—Tengo que vencer varios obstáculos legales antes de que me entreguen el dinero de mi tío — explicó Shafton en respuesta — Hasta dentro de tres meses no podré hallarme en condiciones de hacer lo que ustedes proponen.

—Está bien, — dijo Vulcan. — Usted

puede firmar ahora y entregar el dinero cuando lo reciba. Aquí está el convenio. Tiene mi firma, así como las de Herman Sterncarn, Isidore Morne, Ralph Haythorn, Simón Steer y Vicent Lamotte. Sólo falta la de usted para completarla.

Le dió un documento que Shafton leyó lenta y cuidadosamente.

—Este es un documento de la mayor importancia — obervó Shafton. — Si se llegara a publicar lo que aquí dice antes de haber, nosotros, realizado por completo, nuestro negocio, nos quedaríamos enteramente arruinados.

—No hay temor de que pueda suceder semejante cosa, — replicó Vulcan. — Cuando usted lo haya firmado. el documento será depositado en una caja de seguridad, y de allí no podrá sacarlo nadie.

Cedric Shafton vaciló un momento. Después, sacando del bolsillo una pluma de depósito, firmó el papel.

En el momento en que hubo terminado de firmar, pareció cambiar de modo de pensar.

—¡Esto no es seguro! — declaró. — El riesgo de que este papel caiga en manos extrañas es muy grande. Yo estoy dispuesto a unirme a ustedes, pero tendrán que contentarse con un convenido verbal. ¡Es necesario destruir este comprometedor documento!

Tomó el papel con ambas manos, y se disponía a rasgarlo cuando una enorme silueta negra y alada descendió de la galería alta del salón y arrebató el documento de su poder.

Un instante después, se oyó ruido de vidrios rotos y el salón quedó sumido en la más completa oscuridad.

En medio del silencio que reinó en aquel momento, se oyó una voz que vibró con toda claridad en lo alto.

—¡No se atrevan a llevar a efecto su infame plan, o este documento será hecho público para condenarles y arruinarles a todos ustedes! — dijo la voz del invisible. — ¡Cuidado con la venganza de la Justicia Alada, que se presenta en la noche para castigar a los malos y aplastar al apresor! ¡Hasta que los sufrimientos de Solomón Page hayan sido vengados y Roger Fálcon reivindicado, declarándolo inocente del delito de que injustamente se le acusa, el terror alado continuará u obra de venganza!

¡Después, reinó de nuevo el silencio; se oyó el batir de una poderosas alas un momento, y luego el silencio reinó, una vez más!

Nuevos y extensos episodios de esta novela sensacional aparecerán en el próximo número de PUCKY. — No deje de leerlos.

Las papas viejas se esponjan y se refrescan mucho echándolas en agua unas cuantas horas antes de pelarlas. El agua hay que cambiarlo un par de veces.

❖ ❖ ❖

Para componer el mármol se hace al baño-maría una solución de gelatina (cola fuerte) empleando próximamente doble peso de agua que de la gelatina. Esta disolución se mezcla con alabastro o mármol blanco en polvo, para los mármoles blancos, con pizarra, para los mármoles grises, y con ocre para los mármoles rojos u obscuros. Así se obtiene una pasta espesa, que sirve para tapar las grietas o arreglar los ángulos.

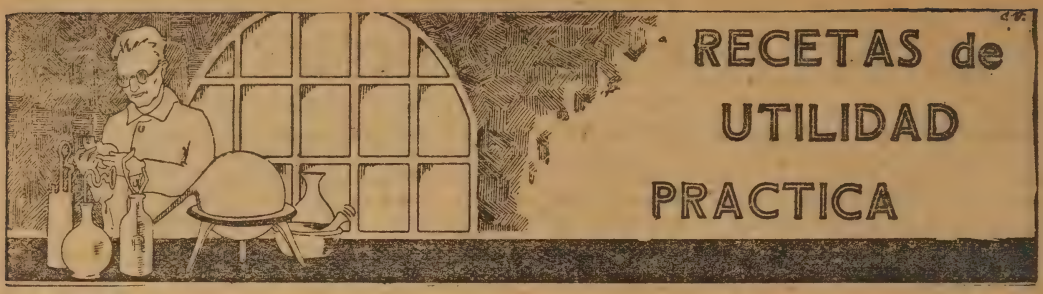
Una vez seco este cemento es tan duro como el mármol, y pulimentándole bien parece mármol verdadero.

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.



Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Un polvillo de sal muy molida, aspirado por la nariz cuando se siente cosquilleo, basta muchas veces para curar los constipados de cabeza.

✣ ✣ ✣

Para enhebrar la aguja de una máquina, si es muy fina y cuesta trabajo verle el ojo, se pone por detrás un papel blanco, y queda perfectamente visible.

✣ ✣ ✣

Para dar al café el aroma del moka o de cualquier otro de calidad superior, se ponen en el tostador unos cuantos gramos de café cuyo gusto se desee. Unos pocos bastan para dar a todo el café el aroma especial.

✣ ✣ ✣

Para curar los uñeros se cepillan las uñas enfermas con una solución de percloruro de hierro, se liman y se untan con una pomada compuesta de una parte de ácido salicífico, otra de ácido bórico y dos y media de lanolina. Después se cubren con un trapito empapado en la misma pomada.

✣ ✣ ✣

Nieve de jabón al agua oxigenada.—Todas nuestras lectoras conocerán seguramente la acción del agua oxigenada sobre la epidermis. En solución ligeramente alcalina tienen la propiedad de blanquear gradualmente el cutis y dimsinuir los granos.

Esta cualidad puede utilizarse para preparar una nieve de jabón (en tubos o en cajas) de un blanco resplandeciente, que reemplaza con gran ventaja a las aguas de tocador y a las cremas. He aquí la receta:

Se disuelve en 250 gramos de glicerina una primera porción de 250 gramos de jabón seco, cortado en virutas, y luego en esta mezcla, caliente, se disuelve una segunda porción de 250 gramos del mismo jabón.

Todo ello se vierte en un mortero, y se agregan en pequeñas cantidades 250 gramos de agua oxigenada a 12 volúmenes.

✣ ✣ ✣

Si se quiere blanquear el algodón con agua oxigenada, por cado 100 litros de agua se toman tres kilos de sulfato de magnesia y un kilo de peróxido de sodio. Añádase con precaución 1 kilo y 250 gramos de ácido sulfúrico.

El sulfato de magnesia da cierta estabilidad al agua oxigenada formada por la acción del ácido sobre el peróxido. Este baño asegura el blanqueo de 100 kilos de algodón en un intervalo que varía de 1 a 3 horas.

✣ ✣ ✣

La cintas no deben plancharse, porque se ponen rígidas y se estropean.

En vez de plancharlas se enciende una lámpara a kerosene y cuando se caliente el tubo se pasa por él la cinta, conservándola con ambas manos.

De este modo se quedará como nueva.

✣ ✣ ✣

Para dar brillo a los muebles se hace una muñequita con un trozo de franela suave envuelto en un trapa usado y se echan en esta muñequita dos gotas de aceite de almendras y otras dos de alcohol, frotando en seguida la superficie del mueble en sentido circular hasta sacar el lustre requerido.

Conviene no dar lustre más que a una pequeña parte de la superficie del mueble cada vez que se moja la muñequita y empleas siempre un trapo limpio.

✣ ✣ ✣

Destrucción de hormigas. — Teniendo en cuenta que las hormigas son muy aficionadas a las sustancias azucaradas, se les puede atraer con lazos formados por esponjas empapadas en agua azucarada o untadas en miel.

Estas esponjas, una vez llenas de hormigas se sumergen en agua hiviendo.

Pero este sistema es insuficiente, y conviene restruir el hormiguero, cuya situación se descubre observando las idas y venidas de las hormigas.

Para ello se espera a que sea de noche, a fin de que las hormigas estén recogidas, y se ahoga a toda la colonia con agua hirviendo o con una emulsión de petróleo y jabón ordinario, que se hace con 10 litros de agua, un kilo de jabón y un litro de petróleo.

Otro procedimiento consiste en echar en el hormiguero una sustancia venenosa que no sea volátil, como su sublimato corrosivo, el sulfato de cobre o unos trozos de cal viva mojada en agua.

LA OBRA QUE EL PÚBLICO SOLICITÓ

NO podía confiar en aquel hombre a quien conocía ya desde la ocasión en que quiso obligarla a casarse con él mediante la amenaza de encarcelar a su hermano Tom.

Como ella no se movió Dacre corrió hacia la joven.

—No tiene usted nada que temer de mi parte ¿no comprende? — dijo él, impaciente como si leyera una sospecha en su mirada — pero lo que tengo que decirle es reservadísimo. Sobre todo es necesario que nadie pueda vernos juntos.

—¿Pero quién podrá vernos aquí? — preguntó ella.

Dacre miró nerviosamente a su alrededor. Aileen se dió cuenta de que o estaba muy atemorizado o lo fingía muy bien. Pero no, no parecía fingirlo: estaba realmente temblando de miedo.

—No es posible saberlo. Puede ser alguno de los espías de ese demonio en figura de hombre que tiene a Dick Audley en su poder, — dijo.

—¿A quién se refiere usted?

—No es este el momento de decirlo. Sé que su novio ha desaparecido de improviso mediante una maniobra diabólicamente hábil. La misma habilidad diabólica puede hallarse ahora en acción, — dijo Dacre en voz baja. — Pueden estar espiándome, puesto que para ayudar a Dick Audley, para salvarle ,tengo que traicionar a ese hombre. ¡Si lo sospecha nada más, puedo considerarme perdido!

No fingía, no. Se notaba en su mirada y en su voz, que estaba dominado por el terror.

—Es sólo por usted, Aileen, por usted, por quien me arriesgo a transformar a ese hombre en mi mortal enemigo, — dijo apresuradamente. — Por eso le pido que entre en la cueva. No conviene que puedan vernos. Si no lo hace usted por mi seguridad, hágalo por la seguridad de Dick Audley.

Dacre se estremeció violentamente.

De algún sitio, de lo alto, llegaba un ruido extraño, como el ronquido de contento de un gato monstruoso. Luego arriba, en el cielo azul, se vió volar un monoplano.

Volaba a gran altura, pero en cuanto estuvo sobre el valle comenzó a descender haciéndose cada vez más fuete el roncar del motor mientras el aparato volaba describiendo círculos como el ave de rapiña que desciende sobre su presa.

Llegó a volar tan bajo que Aileen creyó que sus grandes alas tocaban los pináculos de las colinas y pudo ver que uno de los dos ocupantes del aparato miraba con unos gemelos.

Luego el aeroplano volvió a subir y no tardó en perderse de vista.

—¡Pronto! — dijo febrilmente Dacre. — Es necesario cobijarse en las cuevas. ¿No será suyo el aeroplano? ¡Puede serlo! Conviene no exponerse.

El hombre temblaba de pies a cabeza. Aquellas palabras hicieron que Aileen lanzara un grito.

—¡Recuerdo haber oído que el señor Gryce tiene un aeroplano. ¿Teme usted que sea él?

Dacre inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Sí! ¡Gryce! Es a él a quien me he referido. Ya ve usted que me pongo en sus manos. Esto la convencerá de que nada tiene

que temer de mí. Fué Gryce quien planeó la desaparición de Dick Audley. Fué él quien quiso cortar la cuerda la noche aquella, en la costa. ¡Gryce de quien estoy por creer que está más que medio loco! Ahora, Aileen, ¿quiere usted confiar en mí?

Mientras trataba de hacer que Aileen penetrara en una de las cuevas, el monoplano reapareció en el cielo y volvió a descender hacia el valle como una enorme ave de rapiña dotada de ojos humanos.

Lo que sucedió en la cueva

Una vez cobijado dentro de la cueva, Dacre miró hacia fuera con nerviosidad.

Se comprendía que la presencia del aeroplano la había alarmado mucho. ¿Qué le parecía si el aeroplano era el de Gryce y los que lo tripulaban iban con la noticia de que le habían visto en compaía de Aileen? Su entrevista con la joven tenía que ser interpretada como sospechosa.

—¿No dejó usted que nadie viera mi carta? — preguntó él de improviso.

—No. La rompí en cuanto la hube leído, — respondió la joven.

Esta declaración pareció tranquilizar de nuevo, aun caundo no por completo, a Fox Dacre. Se había alarmado sin razón, — pensó. No era raro que pasaran aeroplanos por aquellos sitios, pues a unas veinte millas de allí había un importante aeródromo.

Sim embargo, consideró muy conveniente hallarse bajo la protección de la cueva.

Era aquel un sitio extraño y fantástico, una de las cuevas que horadaban como las celdas de un panal toda la colina, comunicándose muchas de ellas entre sí. Del techo pendían largas estalactitas formadas por las concretaciones calcáreas en el transcurso de muchos años. Algunas llegaban a tener el tamaño y el aspecto de verdaderas columnas de piedra.

Aileen se volvió hacia el hombre y le dijo:

—Afirma usted que sabe cómo desapareció Dick y asegura que cayó en poder de Gryce, ¿no es así?

—Así es. Estoy seguro. He vivido en casa de Gryce y he podido oír que le decía a Bonholme, su cómplice, que quitarían del camino a Dick. Bonholme es tan pillo como Gryce.

Dacre era también bastante pillo, pero nunca había llegado a combinar planes tan criminales como los que se preparaban bajo el techo de la casa de Gryce. Ahora se proponía traicionar a sus cómplices, no porque sintiera lástima del hombre a quien habían secuestrado sino porque esperaba, con esa traición, obtener algo a que hacía tiempo aspiraba con ansiedad.

Pero sabía también que Gryce en caso de enterarse de su traición no solo no se la perdonaría sino que se la haría pagar bien cara.

—¡Si usted puede decirme donde está Dick, y cómo puedo hacer para rescatarlo con vida le quedaré agradecida toda mi vida! — exclamó Aileen. — ¡Conteste! ¡No me haga sufrir la ansiedad de la incertidumbre y de la duda!

Dacre ocultó con la mano la sonrisa que movió sus labios. Había comprendido la ansiedad que dominaba a la joven y de intento la prolongaba esperando dominar mejor, llegado el momento, la voluntad de Aileen.

—Hasta ahora se encuentra vivo y bien de salud aún cuando en poder de gentes implacables, tan implacables y crueles que no había creído pudieran existir hombres así hasta que he vivido en casa de Gryce, — dijo sabiendo que cada una de sus palabras acrecentaba más y más el dolor de Aileen. — Ese hombre es la encarnación humana del demonio, dominado por la locura del crímen. Hubiera dado muerte a Marsh la noche en que él le mató los lobos. ¡Para rescatar a Dick Audley hay que proceder sin demora, antes de que sea demasiado tarde!

—¿Me dirá usted todo lo que sabe? ¡Oh! Le prometo que nadie sabrá que usted me lo ha dicho, — exclamó ella. — Mi padre se ocupará de dar los pasos necesarios.

Durante un momento Dacre no contestó a la solicitud de la joven. Después dijo lentamente:

—Sí. Se lo diré a usted todo siempre que usted admita mis condiciones.

—¿Condiciones?

Aileen se expresó como si se hubiera sorprendida, pero en verdad no había confiado en él ni un solo momento. Se acordaba de otro tiempo cuando ese mismo hombre había tratado de obtener de ella una respuesta afirmativa a sus pretensiones, amenazándola con encarcelar a su hermano Tom.

De no haberse tratado d ela seguridad de Dick, Aileen no hubiese cruzado ni una sola palabra con aquel hombre a quien aborrecía y despreciaba.

—Sí, condiciones. Usted debe suponer cuáles son. Ya le dije en una ocasión que estoy loco por usted, Aileen, que nunca pudo un hombre hallarse más enamorado de una mujer que lo que yo lo estoy de usted. Es posible salvar a Dick Audley del destino que le amenaza. Usted puede salvarlo prometiendo casarse conmigo.

Ella retrocedió horrorizada al ver que Dacre avanzaba un paso en su dirección.

—¡Casarme con usted! ¡¡Antes la muerte! — exclamó Aileen indignada.

Fox Dacre se sonrió.

—Deme usted tiempo y yo sabré conquistar su corazón como nunca lo lograría ese jovenzuelo a quien usted cree amar, — dijo Dacre que era suficientemente presuntuoso para estar convencido de lo que dería. — ¡No se trata aquí de su muerte, Aileen, sino de la de Dick. Piense, y recuérdelo luego, que si usted se niega hoy a admitir mi propuesta, condena a muerte al hombre a quien ahora ama. ¡Dick no volverá jamás a ver a sus amigos! — dijo Dacre.

Vió que Aileen se ponía pálida, pero no le dió lástima.

—¡Cobarde! — exclamó ella con furor. — ¡Cobarde que así pone en conflicto el corazón de una mujer! ¡Es tan infame su pro-

posición que no hay mujer en el mundo que después de oírla no le despreciara y odiara! ¡El mismo Dick no querría su salvación a tal precio!

—No lo asegure. Cuando un hombre ve su vida comprometida admite todo con tal de no morir — dijo cínicamente.

—Usted lo admitiría, pero Dick no. Le conoce tan poco como poco me conoce a mí misma. Además ya ha dicho usted demasiado. Ya me ha indicado bastante aun cuando no me haya dicho dónde está Dick. Por lo menos ya sé quién lo tiene en su poder — exclamó ella. — ¡Yo averiguaré lo demás!

Dacre se rió en son de burla.

—¿Quién creerá, sin pruebas, lo que usted diga Recuerde lo sucedido. Dick entró en una habitación; sus amigos le vieron entrar, y luego desapareció. ¿Cómo? ¿Puede usted explicarlo? ¿Hay acaso algún detalle que relacione a Gryce con esa desaparición? No dará usted jamás con el secreto si yo no le doy la clave y no le diré nada si no accede a lo que he dicho. Usted cree que me odia ahora, pero ya llegará a quererme.

Con un rápido movimiento la tomó de un brazo.

Ella luchó desesperadamente por soltarse. Con intensa, repugnancia Aileen notó que aquel hombre se acercaba a ella sonriendo diabólicamente.

Pero en el mismo instante la expresión de Dacre varió por completo ,saltó a Aileen y ésta le vió ponerse pálido y temblar.

Aileen se volvió rápidamente y en la abertura que comunicaba con la segunda cueva vió a Gryce cuyo rostro, pálido de furor, sonreía burlonamente.

—¡Así que usted se propone, señor Dacre, traicionar a su amigo y compañero! — dijo lentamente y con un tono que pareció emocionar intensamente a Drace.

Pálido y acobardado retrocedió ante la mirada hipnótica, evidentemente demasiado aterrorizado para mostrarse capaz de pelear, aun cuando físicamente era superior al otro hombre.

Aileen permaneció inmóvil. La mirada de Gryce y su sonrisa maligna le convencían de que aquel hombre estaba medio loco y era casi irresponsable de sus acciones.

—¡Así que pensaba usted traicionarme! — repitió Gryce. — ¿Se creyó usted capaz de burlar a un hombre como yo? ¡Usted! ¡Usted contra mí!

De pronto cambió de tono y gritó brutalmente sacando un revólver:

—¡Levante las manos!

Y Dacre, tembloroso, alzó los brazos.

—¡Traidor! ¡No sé porqué no le mato ahí donde está!

Hasta aquel momento, dominado por su furor, Gryce parecía haberse olvidado de la joven. Avanzó lentamente con la mirada fija en Dacre y apuntándole al corazón con el revólver Sus ojos fijos, anunciaban su propósito implacable.

El hombre aterrorizado lanzó un grito. Dacre se sentía convencido de que iba a morir .

Aileen estaba horrorizada. Gryce a juzgar por su aspecto de loco, era capaz de llevar a efecto su amenaza. Entonces, cuando pasó junto a ella, Aileen, de un golpe, le hizo saltar el revólver de la mano.

Se oyó una fuerte detonación en el momento en que el arma saltó de su mano y fué a caer, fuera de su alcance, en el pequeño arroyo que corría, delante de la abertura de la cueva y al lado dél camino.

Gryce se volvió furioso hacia la joven y la tomó de ambas muñecas. Ya no estaba armado, y Dacre podía — gracias a la intervención de Aileen, — hacerle frente en igualdad de condicionas.

Pero el cobarde no aprovechó esa ocasión. En el rostro de Aileen se notó un gesto de desprecio cuando la joven vió que Dacre se volvía y echaba a correr dejándola en poder de aquel hombre y sin pensar más que en su propia salvación.

Ella le había salvado la vida y él ni siquiera intentaba salvarla de las garras de Gryce.

—¡Cobarde! — gritó Aileen mientras forcejaba por librarse de Gryce. — ¡Cobarde!

Agotó en vano sus fuerzas. Gryce sacó del bolsillo una cuerda, — el pillastre iba siempre preparado para toda contingencia, — ató a Aileen a una de las grandes estalactitas. La cuerda se hundió cruelmente en la suave piel de la joven.

—Después vendré a arreglar cuentas con usted, — dijo Gryce con intención.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Aileen al ver el gesto de crueldad de aquel hombre.

Gryce tenía en seguridad a Dick. ¡Ahora, habiéndose apoderado de Aileen, se serviría de la joven para torturar y angustiar al prisionero!

Pensando en que las circunstancias favorecerían sus planes, Gryce salió de la cueva en persecución del hombre que había pretendido traicionarle.

Un drama en lo alto

Dacre, huyendo aterrorizado y desesperado del hombre de quien sabía que no podía esperar misericardia, no corrió por el camino que cruzaba el estrecho valle.

Temía caer en una emboscada, pues era posible que Gryce hubiera apostado a gente de su confianza a uno y otro extremo del camino.

Al desesperado fugitivo se le figuró que lo mejor que podía hacer era escapar subiendo a lo alto de una de las calinas, desapareciendo por el otro lado.

Cuando salió de la cueva se dirigió a un estrecho sendero que ascendía, haciendo zig-zag hacia la cumbre, un sendero escarpado donde el menor paso en falso podía causarle una caídafatal.

Dacre había ascendido ya una docena de yardas cuando Gryce salió de la cueva en su persecusión.

Mirando hacia atrás, el asustado hombre que subía se dió cuenta de que la persecución había comenzado. Redobló sus esfuer-

tos, pero a pesar de todo, su ascenso resultaba lento, tan insegura y traicionera era la senda.

Gryce comenzó a subir detrás de él.

Arriba se oía el zumbido del monoplano que volaba describiendo círculos, el monoplano que había servido a Gryce de atisbador.

. . . . . .

—¡Señorita Aileen!

La joven, que sufría mucho debido al dolor producido por las cuerdas que cruelmente la sujetaban, penetrando en sus carnes, abrió los ojos con asombro al oír su nombre y vió que Jim Marsh se acercaba hacia ella corriendo.

—¡Oh! ¡Jim! ¡Jim! — exclamó casi sin atreverse a creer lo que veían sus ojos.

Un instante después Jim cortaba las cuerdas que sujetaban a Aileen.

—No tema nada — díjole Jim en voz baja. — ¡Ya daré yo cuenta de ese canalla de Bryce y de todos sus cómplices!

Al decir esto blandió el puño cerrado. Los ojos relucíanle de enojo y de indignación mientras acompañaba a Aileen a la salida de la cueva.

En aquel momento Gryce subía por el sendero.

Jim hubiese querido detenerle y castigarle pero lo primero era pensar en proteger a Aileen.

Los dos hombres — Dacre y Gryce — estaban ya bastante lejos. Gryce no se había podido dar cuenta de que Jim había acudido en defensa de Aileen. Perseguido y perseguidor subían cada vez más arriba, jadeantes, en aquella carrera de vida o muerte.

En una ocasión Dacre, pálido y sin aliento se tambaleó al pisar una piedra y casi se cayó. Aileen, sobrecogida, contuvo la respiración.

Pero el perseguido no cayó. Siguió subiendo agarrándose a las plantas espinosas, lastimándose las manos, cada vez más aterrorizado.

Una y otra vez miró abajo y pudo ver que el que le seguía avanzaba siempre, acortando la distancia que les separaba.

—¿Por qué no se atreve y se detiene y pelea cómo un hombre? — murmuró Jim mientras presenciaba aquella persecución peligrosa.

Pero, aún cuando Gryce no llevara armas, Dacre había perdido toda entereza. Sentía, ante su perseguidor, una especie de supersticioso terror. Sólo al pensar que Gryce podía alcanzarle se le helaba la sangre en las venas.

Subieron tan alto uno detrás del otro que a los ojos de Jim y de Aileen parecían muñecos pequeños, como los de las cajas de muñecas. El espacio que separaba al uno del otro iba disminuyendo poco a poco. El perseguidor se hallaba cada vez más cerca del hombre que había pretendido traicionarle.

Ya se hallaban casi en la cumbre del picacho que coronaba la colina. Con un último desesperado esfuerzo. Dacre subió a una roca y pronto vió Jim lo que se había propuesto aquel hombre.

El perseguido se detuvo y levantó un gran trozo de piedra de los que se hallaban desprendidos. Lo alzó esperando la oportunidad de arrojarlo sobre su perseguidor cuando estuviera a una docena de yardas de él, en el sendero de la colina.

Durante un momento los que miraban de abajo vieron que el hombre sostenía la enorme piedra y se disponía a aplastar con ella a Gryce.

El monoplano volaba describiendo círculos más arriba y, de pronto, comenzó a descender. Uno de los dos hombres que iban en él se inclinó hacia fuera. Se oyó entonces el estampido de un tiro de revólver.

Una exclamación brotó de labios de Jim en el momento en que él y Aileen vieron que el hombre que se hallaba en la altura se tambaleaba.

La piedra cayó rebotando cerca de Gryce, pero sin tocarle y fué, dando saltos, hasta el fondo del valle. Casi simultáneamente la figura de Dacre cayó por el precipicio con los brazos extendidos y descendió, tropezando en las piedras salientes de la colina en su vertiginoso descenso.

Aileen cerró los ojos horrorizada.

Antes de que volviera a abrirlos la tragedia había terminado. El hombre que había caído estaba colgado de las ramas de unos arbustos que crecían al pie de la colina.

Jim corrió hacia el caído. Dacre debía haber muerto.

Cuando Jim estuvo a su lado el hombre, moribundo, abrió los ojos. En su rostro se notaba una expresión de odio y de venganza. Con voz que apenas se oyó, dijo:

—Quiero hacer fracasar los planes de Gryce. Busquen a Dick Audley detrás de la puerta cerrada...

No pudo terminar la frase. Un estremecimiento convulsivo sacudió su cuerpo y Fox Dacre expiró.

Pero había dicho lo suficiente para que, aun después de su muerte, pudiera vengarse de su enemigo.

Jim, con intensa emoción, había oído las palabras del moribundo:

"Detrás de la puerta cerrada!"

El hombre del automóvil

Las palabras que Fox Dacre había pronunciado antes de exhalar su último aliento, habían horrorizado a Jim:

"¡Busquen a Dick Audley detrás de la puerta cerrada!"

Fox Dacre había procedido siempre como un verdadero pillo, pero la suerte que había sufrido su desdichado fin y las palabras que pronunciara, inspiraron a Jim pensamientos de piedad y de lástima.

Arriba, en las alturas de las colinas que dominaban el camino de la hondonada, la siniestra figura del otro hombre miraba hacia abajo.

Al dirigir la vista hacia aquel que le había traicionado y que de modo tan horrible había hallado la muerte, Gryce vió de pronto

la figura de Jim, empequeñecida por la distancia, pero inconfundible, a la vez que la de la joven a quien había dejado atada e indefensa, detrodela cueva.

Se notaba una maligna sonrisa en el rostro de Gryce, que miraba furioso. ¿Qué maldita casualidad había hecho que Marsh volviera a interponerse en su camino como aquella noche en que había desbaratado sus planes rescatando a Brood de la Granja?

Un súbito temor intensificó la vindicativa furia de Gryce contra el hombre que así había hecho fracasar sus planes, el hombre que le había dado un golpe tal como no lo olvidaría nunca, el hombre que había muerto a tiros tres de sus lobos.

Constituía para Gryce, aquel hombre, un testigo amenazador que comprometía constantemente su seguridad.

Se daba perfecta cuenta de que el testimonio de Jim Marsh sobre la muerte de Dacre — la ley la llamaba asesinato — podía hacerle condenar.

—¡Como no quite de enmedio a ese hombre del mismo modo que quité a su patrón, no voy a poder vivir seguro! — murmuró Gryce. — Es necesaria evitar el desastre. No hay un sólo momento que perder. Más tarde ya no sería tiempo para evitar la catástrofe.

Un plan tenebroso y maléfico iba tomando forma en su mente, mientrar Langrish Gryce se alejaba, perdiéndose de vista.

Jim se separó de donde yacía la inerte forma de aquel a quien ya no podía prestársele auxilio humano y se dirigió hacia donde estaba Aileen, dominada por la impresión del horrible cuadro de que había sido testigo.

Jim no tenía más pensamiento que sacar a Aileen, cuanto antes, de aquel sitio. Podía estarla amenazando en la sombra algún peligro.

Estaban a cinco millas de la Abadía de Merlin y Jim consideraba que en tan solitario paraje no tendría nada de raro que una gavilla de pícaros pudiera atacarles tratando — por encargo de Gryce — de evitar su regreso.

—¡Por suerte se me ocurrió tomar la pistola automática antes de partir! — díjose Jim, y sus dedos palparon el arma dentro del bolsillo.

Pero dirigióse a la joven con tono de tranquila confianza tratando de evitar que Aileen compartiera sus temores.

—Es necesario que tenga usted serenidad, señorita Aileen y que se disponga a hacer un esfuerzo. Tenemos que andar cinco millas, pero usted puede apoyarse en la motocicleta mientras yo la hago andar, — dijo. —En cuanto usted se halle en seguridad en la Abadía de Marlin, iré directamente a la policía a denunciar el crímen que hemos presenciado.

Antes de emprender el regreso, Jim volvió a donde estaba el cadáver y tomándole en brazos lo llevó al interior de la cueva más cercana.

Cuando volvió al lado de Aileen, el monoplano reapareció volando muy bajo. Pareció meterse en el valle especialmente para atisbarlos .En el aparato se hallaba el hombre que había asesinado a Dacre. ¿Tenía acaso siniestros designios contra los dos testigos del crímen?

Este temor hizo que Jim sacara la pistola del bolsillo.

—No será malo que les demuestre que no me encuentro sin medios de defenderme. ¡Más vale prevenir que curar! — murmuró Jim.

Y levantando el brazo disparó un tiro contra el ave mecánica que volaba sobre ellos.

El proyectil atravesó una de las alas tan corca del asiento del piloto, que éste debió considerar prudente no aventurarse a volar tan bajo.

Casi inmediatamente el aeroplano comenzó a elevarse y no tardó en perderse de vista más alla de las colinas.

—¡Ya suponía yo que eso no les iba a hacer gracia! — dijo Jim sonriendo. — Constituían mejor blanco para mí que nosotros para ellos. ¡Con ese tiro he marcado el aparato! Lo que la policía tiene que buscar ahora es un monoplano con un agujero de bala en una de las alas y se encontrará con que es el de Gryce. Aun cuando Gryce no fuera personalmente el asesino, eso probará que tuvo intervención en el crimen desde que el delito fué cometido por uno de sus secuaces.

No volvieron a ver al aeroplano mientras se alejaban del Valle Solitario.

Su mucha energía había evitado a Aileen un desfallecimiento. Estaba pálida y exhausta mientras avanzaba apoyada en la motocicleta. Fué una satisfacción para ambos verse de nuevo en la carretera, fuera del camino de la hondonada, oculto por las colinas. Jim se sintió más seguro contra una posible emboscada.

Pero no por eso dejó Jim de vigilar por si alguien pretendía sorprenderles. Una y otra vez miró hacia el camino desierto.

Aun cuando hablaba a Aileen con fingida tranquilidad, sabía perfectamente que aun no se hallaban fuera de la zona de peligro.

Pero no se notaba nada que indicara que alguien les perseguía.

De pronto Jim recordó las últimas palabras de Dacre:

"¡Busquen a Dick Audley detrás de una puerta cerrada!"

Una expresión de contento se pintó en la cara de la joven.

—Sea el que sea el significado de esas palabras, por lo menos nos han proporcionado un dato sobre la desaparición de mi patrón. Los moribundos no mienten, — dijo Jim. — ¡Ahora se comprende por qué Bonholme tenía tanto miedo a que se abriera la puerta esta mañana! ¡Pues bien, lo que es ahora sí que se va a abrir la puerta aunque no le quiera!

—¡Y mi padre le ayudará a usted, Jim, — dijo Aileen con emoción.

—Sí. Es una suerte que el señor Gray esté en la Abadía. Necesitamos su ayuda para pelear con toda esa gente especialmente

ahora que la lucha es para ellos a muerte.

Aquellos caminos del campo, siempre tan solitarios, parecían más solos aun que de costumbre mientras los dos avanzaban lentamente de regreso a la Abadía de Merlin y la tarde iba cayendo. Habían recorrido casi dos millas sin encontrar a nadie, cuando Jim se volvió de pronto al oír el ruido de un automóvil que se aproximaba viniendo en la misma dirección que ellos y aun invisible por una ondulación del camino.

Jim empuñaba su pistola automática. No le iban a tomra de sorpresa sus enemigos. Todo extraño le parecía ya sospechoso.

Pero el solitario ocupante del automóvil que un momento después se hallaba junto a ellos, no parecía merecedor de desconfianza. Era un señor anciano, de cabello blanco, cuyos ojos, medio cerrados y cegatones parecían sonreir tras los cristales ahumados que tenía puestos.

—¡Supongo que no me apunta usted con intención de asaltarme! — exclamó sonriendo al ver a Jim con el arma en la mano y como si se hubiera asustado. — ¡Estamos en Cornwall, no en el Far West!

—¡No solo en el Far West hay bandidos y salteadores; esta parte de Inglaterra tiene también los suyos! — replicó secamente Jim. — Yo no podía saber de antemano si usted era o no uno de los de la gavilla. ¡También usted desconfiaría si acabara de ver matar a un hombre a sangre fría como lo he visto yo!

El anciano dejó de sonreir. Pareció alarmarse.

—¿Matar ¿Qué dice usted? ¿Se ha cometido un crímen? Yo oí hace un rato un estampido lejano...

—¿Ha pasado usted por la hondonada del "Salto del Perro?" — interrumpió Jim.

—No. Dí un rodeo. Vine por el camino alto que circunda las colinas. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque en una de las cuevas de la hondonada del "Salto del Perro" está un cadáver, el de un hombre víctima de una gavilla de criminales que ha infestado estas inmediaciones hace demasiado tiempo.

Como sin atreverse a creer el hombre del automóvil miró a Aileen. La joven estaba suficientemente pálida para confirmar la afirmación de su compañero.

—¡Pero esta es una noticia terrible! — exclamó el hombre, cuya voz tenía un extrao acento gutural. — Nada tiene de raro, entonces, que esa joven parezca tan emocionada y esté tan pálida. ¡Es necesario que yo me entere de los detalles! ¿Van ustedes quizás en dirección de la Abadía de Merlin? Si van hacia allá tendré mucho gusto en ofrecer a esa joven un asiento en mi coche.

—¿Va usted a la Abadía de Marlin? — exclamó Jim sorprendido. — Esta señorita está viviendo allí. Yo soy el chauffeur de sir Richard.

—¿Deveras? Pues es para mi una satisfacción poder serles útil, — dijo el anciano cortesmente. — Voy, precisamente, a ver a Sir Richard Audley.

—Pues mucho temo que no logre verle, señor. ¡Ojalá pudiera! — dijo Jim. — ¿No ha oído usted decir que mi patrón ha desaparecido misteriosamente en la noche pasada?

El hombre del automóvil miró con atención a Jim.

—¿Desaparecido, dice usted Pero ¿cómo? Puede usted explicármelo en el camino si le parece.

Aileen, exhausta como se hallaba, aceptó la oferta agradecida. El anciano la ayudó a subir al automóvil. La motocicleta de Trask fué atada a la trasera del vehículo.

Cuando el automóvil comenzó a andar de nuevo, el que manejaba se volvió de improviso hacia Jim.

—Usted se llama Marsh, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe usted? — jido Jim mirándole fijamente.

Le llamó la atención que la cara del hombre pareciera más joven de lo que correspondía a la blancura de su cabello.

—¡Oh! ¡Eso no es un misterio! — dijo riendo, el otro. — Usted ha dicho que es el chauffeur de Sir Richard y nosotros, es decir yo, le hemos oído hablar a él de usted. Pero antes de que me cuente usted lo del crímen hábleme de la misteriosa desaparición de su patrón.

Durante un momento, Jim calló. No sabía como considerar a aquel hombre, y de pronto, sintió que no le inspiraba ni la menor confianza.

Al mirarle de cerca había sospechado que su cabello blanco no era natural. Muchos hombres llevan peluca, pero no para disfrazarse. Llevar una barba postiza es siempre un disfraz. Jim tenía muy buena vista y se había dado cuenta de que la blanca barba de aquel hombreno era suya.

El otro se rió.

—Veo que usted no se siente inclinado a confiar en mi, — dijo. — Es natural, puesto que soy para usted un desconocido. No es usted, sin embargo desconocido para mi, pues su patrón me ha hablado repetidas veces de usted. Sé que goza usted de toda la confianza de su patrón y lo celebro, pues en vista de lo que me ha dicho sobre Sir Richard, considero que debo confiar por completo en usted.

El hombre calló un instante.

—En primer lugar — agregó, — debo decirle que no soy lo que parezco.

—No; ya lo he notado. — dijo Jim. — lleva usted barba postiza y una peluca mal puesta, como puesta de prisa.

El otro miró con asombro a Jim. Luego dijo sonriendo:

—No creía que mi disfraz fuese tan poco perfecto. Debo admitir que estoy disfrazado. Se lo iba a decir — agregó. — La veradad es que sir Ricahrd escribió a mi jefe sobre algunas cosas que han acontecido en estas localidades y que yo he sido enviado especialmente para hacer investigaciones a ese respecto.

—Así que usted es...

—Detective inspector Black.

Y el hombre levantó la solapa de su saco. En el reverso de ella estaba prendida la medalla oficial de la policía del condado.

La casa del bosque

Muy sorprendido se sentió Jim al enterarse de que su patrón había escrito a la policía sin decirle nada a ese respecto. Tal reticencia no era propia de la manera de ser de Dick y a Jim le pareció muy extraña.

El detetive siguió hablando.

Hace algún tiempo que vigilamos a una gavilla de pícaros que se ha establecido en estas inmediaciones He venido a vivir a una casa de estos parajes fingiéndome un viejo naturalista preocupadoen el estudio de los insectos. En consecuencia si ve usted por ahí a uno, al parecer loco, de pelo blanco y cazando mariposas, sepa usted que no son esos insectos alados el objeto de su persecución. Pero ¿qué puede decirme sobre la desaparición de su patrón?

Jim le contó lo que había sucedido la noche anterior en la Abadía de Merlin — cómo Dick había penetrado en la llamada sala del espectro y cómo, cuando se abrió la puerta, escasamente tres minutos después, no había en ella ni el menor rastro de él.

El detective escuchó con atención, pero no hizo comentario ninguno. Después pidió detalles sobre la muerte de Dacre.

—Vamos a detenernos, de paso, en mi casa y de allí telefonearé a mi jefe esas novedades, — dijo después de oír el relato de Dick. — Así mandarán gente al sitio del suceso inmediatamente. Usted ha mencionado a Gryce hace un momento. Debo decir que tenemos puesta la mirada en ese topo hace mucho tiempo, pero que nunca hemos podido conseguir pruebas suficientes para solicitar una orden de prisión. Espero que ahora, con su testimonio, podremos enviar a ese pillastre a la cárcel.

El detective Black se expresaba con evidente satisfacción.

Un momento después indicó un sitio del lado del camino.

—¿Ven ustedes aquel portón? Ahí tengo establecido mi alojamiento. Entraremos solo un minuto. Hablaré por teléfono. Si usted y la señorita quieren tener la bondad, pueden agregar, por teléfono, cuanto deseen decir al jefe.

El portón se abría ante un ancho camino ondulante, lleno de hierba y muy descuidado. Era tan tupida la vegetación entre los árboles que desde el portón no se distinguía edificio ninguno.

Cuando el automóvil volvió la última curva del camino de entrada, se vió, casi rodeado por un espeso bosque, un edificio de dos pisos de poca altura, con aspecto de viejo y descuidado. Los escalones de piedra de la gradería de entrada estaban cubiertos de musgo. Parecía una casa que llevara mucho tiempo deshabitada. No surgía humo de ninguna de sus chimeneas. Un hilo telefónico unía la línea del camino con una de las chimeneas.

—No es un sitio muy atrayente, lo confieso, pero como residencia temporaria, me sirve, — dijo el detective cuando el automóvil se detuvo delante de la puerta.

Saltó del coche y fué a ayudar a Aileen a descender.

—Si quiere entrar un momento, señorita Gray, — dijo — telefonearemos a mi jefe la noticia del crimen. No conviene perder tiempo.

Jim había descendido, pero Aileen no se sentía dispuesta a moverse.

Algo de aquella casa, no sabía qué, le había causado un momentáneo escalofrío. Era aquel un temor pueril, pero no se sentía con deseos de entrar en el húmedo y vetusto edificio.

—¡Pero no es necesario que hable yo! — dijo rápidamente. — Esperaré aquí en el automóvil.

El detective Black hizo un gesto de negación.

—¡Oh! ¡Haga usted el favor, señorita! Un instante nada más. Mi jefe querrá, quizás, preguntarle algo por teléfono. No sería nada de extraño tratándose de un caso de tanta importancia como éste.

Aileen vaciló aun.

—Pero si Marsh puede decirlo todo en mi nombre. Siendo usted de la policía su afirmación tiene que ser suficiente.

—¡Claro que sí! Sin embargo sería de parte de usted una gran amabilidad si accediera a mi pedido — dijo el detective con gran interés. — Es necesario tener en cuenta que es usted una testigo de importancia y que mi jefe preferirá oír la relación de sus propios labios. Hágalo en interés de la justicia, señorita Gray.

Aileen vaciló un momento más, pero por fin accedió.

El detective abrió la puerta de la casa. En el hall se notaba un ambiente húmedo de casa cerrada. Aileen volvió a estremecerse. Un sentimiento de temor y de desagrado llenó sus sentidos en aquel momento. ¿Cómo era posible que nadie viviera en semejante casa?

El del automóvil abrió la puerta de una habitación situada en el fondo del hall y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—¿Quieren ustedes esperar aquí un momento? No tardaré.

El detective casi no les dió tiempo para contestar. En cuanto los dos estuvieron dentro se retiró rápidamente, cerrando la puerta.

Hubo un instante de silencio.

—Jim, — dijo después Aileen. — No sé por qué, pero no me siento inclinada a confiar en ese hombre.

Aileen no podía librarse del extraño presentimiento que la oprimía mientras miró a su alrededor.

La habitación estaba casi vacía y era húmeda y fría. La ventana estaba oscurecida por una tupida enredadera y tenía una fuerte reja del lado de fuera.

La desconfianza de Aileen pareció comunicarse a Jim a pesar de toda su entereza.

—Tengo una buena arma y ese tipo lo sabe, — dijo Marsh. — Pero, ¿por qué nos ha de jugar una mala pasada si es de la policía del condado? Se le ha ocurrido que

riniéramos a hablar por teléfono y nada más. Lo que no me explico es que esperamos ya.

Jim miró por la ventana. Parecía imposible que un hombre pudiera vivir en semejante casa. Todo parecía indicar que el edificio estaba deshabitado, el frío y la humedad sobre todo. Los vidrios de la ventana estaban sucios y turbios.

A un lado de la casa se veía un pequeño lago que llegaba hasta las mismas paredes del edificio. Esto parecía acentuar aun más su aspecto solitario y repulsivo.

—Pronto saldremos de esto, señorita Aileen, — dijo Jim de pronto. — Esta habitación me enfría hasta los huesos.

Dirigiéndose hacia la puerta pasó junto a una mesa-escritorio. Alguien había estado escribiendo allí hacía poco tiempo y en el suelo había un pedazo de papel que llamó en seguida la atención de Jim.

Con gesto de asombro se inclinó y levantó del suelo el pedazo de papel.

No tenía escritas más que tres palabras como si fueran el principio de una frase no terminada:

"El ojo enceguecedor..."

Estas tres significativas palabras habían recordado a Jim inmediatamente aquella caja de la muerte que intentó sacar de la playa y la extraña e inexplicable inscripción grabada en la misma caja, la caja que Gryce tanto ambicionaba:

"Tengo el misterio del Ojo Enceguecedor y de las Siete Lunas".

¡Y encontrar en aquel momento tal alusión, en aquella casa, a la caja misteriosa y sus secretos!

A la vista de aquellas palabras la leve sospecha de Jim se transformó en certidumbre.

Jim corrió hacia la puerta para abrirla.

¡Pero la puerta estaba cerrada!

Mientras la sacudía infructuosamente se oyo una risotada procedente del lado de fuera, una cosa que él conocía bien, pues la había oído por primera vez, a media noche, en la Abadía de Merlin; la misma de Gryce.

Rápidamente la verdad se presentó a la mente de Jim, dejándole asombrado y aterrorizado.

—¡Qué tonto y qué ciego he sido! — exclamó. — ¡Gryce! ¡Era Gryce en persona! El nos ha traído aquí. ¡Era él el fingido detective! ¡Y decir que hemos caído en su trampa!

¡Y esta vez la tapa de la trampa habíase cerrado sobre ellos!

La ventana redonda

La rapidez y la habilidad con que había precedido Gryce resultaban algo maravilloso.

Después de disfrazarse apresuradamente les había seguido en su automóvil desde la hondonada del "Salto del Perro" desempeñando su papel con habilidad consumada, desarmando toda sospecha mediante la confesión de que estaba disfrazado y explicando su proceder mediante una muy admisible relación.

Su voz, que de otro modo le hubiera denunciado, había sido alterada metiéndose en la boca algún objeto, probablemente una piedra pequeña que le daba un acento extraño y distinto.

Jim sintió frío en las venas al pensar que Aileen se hallaba en poder del pillo. Ella se había puesto pálida como una muerta al darse cuenta de la verdad de la situación.

—Debía abofetearme por haberme portado como un inocente, señorita Aileen! — exclamó lleno de remordimiento. — ¡Pero de nada sirve ahora pensar en eso! En lo que debemos pensar es en salir de esta trampa donde la astucia nos ha metido... ¡Si es que hay modo de salir! ¡No pierda la serenidad, señorita!

Jim trató de dar a su voz un tono de confianza y de esperanza, pero ni confiaba ni esperaba en nada. Gryce no era hombre como para haber dejado ninguna probabilidad de huída. La ventana tenía una solidísima reja.

¿Qué destino les deparaba Gryce? ¿Les iba a dejar morir de inanición en la casa solitaria?

Hasta hacía pocos días Gryce había sido solo un nombre para él. Ahora, el ex gobernador del presidio de Bleakmoor se mostraba como una personalidad siniestra más terrible aun y más astuta que todos los criminales que habían estado bajo su custodia en una época.

Jim examinó la puerta. Era de roble, muy sólida. Hubiera podido romper la cerradura con varios disparos de su pistola automática, pero si gastaba en la operación los cartuchos que le quedaban tendría que hacer frente, desarmado, al hombre que, con seguridad, tendría armas. Además era posible que la puerta, además de la ceradura, tuviera pasadores y cerrojo del otro lado.

Luego, mientras recorría con la vista la habitación Jim vió en un rincón, medio oculto por unas cortinas, algo que le pareció otra puerta.

Corrió hacia ella. Probó con cautela la manija, tiró de ella y la puerta se abrió. Jim con el revólver en una mano, abrió la puerta por completo. Del otro lado se veía una escalera descendente.

—No podemos hallarnos en ningún sitio peor que aquí, así que podemos ver dónde llevan estos escalones, — dijo a Aileen.

La joven asintió. Estaban presos. Nada podían perder con visitar toda la extensión de su prisión. Quizás hallaran salida más allá.

Jim bajó los primeros escalones, probando uno por uno con la pisada, por si se movían. Aileen le siguió.

Había algo más de doce escalones y conducían a un pasadizo franqueado por muros de piedra que chorreaban humedad, como pudo verlo Jim a la luz de un fósforo que encendió. Al final de aquel pasadizo se veía una puerta.

Todo dependía para ellos, de saber qué

había retrás de aquella puerta si acaso era posible abrirla.

Cautelosamente, temiendo tropezar con una trampa a cada paso, Jim avanzó y tomó la manija de la puerta.

La puerta no estaba cerrada con llave, pero ajustaba tanto que Jim tuvo que tirar con fuerza para abrirla.

—Alumbre usted con el fósforo, señorita, mientras yo miro. Necesito tener las dos manos libres por si nos espera alguna desagradable sorpresa del otro lado.

Pero nada había que temer; por lo menos de un ser viviente, cuando Jim miró. La habitación estaba vacía. Jim penetró en ella y sostuvo la puerta mientras entraba Aileen. La pesada puerta se cerró sola y por su propio peso.

Era una extraña habitación digna de la extraña casa a que pertenecía. Tenía forma octogonal y no recibía luz más que por una ventana situada en el techo, lo que no les llamó la atención desde que habían descendido más de doce escalones para llegar a ella.

Por el vidrio circular del techo se filtraba una luz pálida y verdosa, que llenaba la habitación. Parecía que el vidrio era verde y opaco. La ventana tendría unos tres pies de diámetro y los ojos de Jim relucieron al verla.

¿Era por allí por donde podrían escapar?

Aun cuando estaba en la alto sería posible llegar hasta ella mediante una pesada silla que parecía ser el único mueble que había en la extraña habitación de ocho paredes. Jim comenzó a tener esperanzas al pensar que únicamente aquella hoja de vidrio les separaba de la libertad.

¿Sólo una hoja de vidrio?

Un momento después se dió cuenta de lo ilusoria que había sido su nueva esperanza. Una barrera insalvable les separaba del mundo en aquella prisión. Sobre el círculo verdoso de aquella ventana había pasado algo que desvaneció todas sus ilusiones. ¡Había sido un pez nadando por encima de la ventana del techo!

Jim comprendió inmediatamente la verdad. Lo que daba a aquella hoja de vidrio su aspecto verdoso y opaco era el denso volumen de agua que se hallaba sobre ella.

Se encontraba en una habitación situada debajo del lago que bañaba las paredes de la casa.

La revelación le emocionó disipando al mismo tiempo toda su esperanza de escapatoria.

Jim no dudaba de que era el lago lo que se hallaba sobre ellos, sin embargo, mecánicamente, puso un pie en el asiento de la pesada silla con el propósito de observar más cerca de la ventana.

Esta acción sirvió para producir una extraordinaria nueva sorpresa. En cuanto su pie tocó el asiento se oyó un ruido metálico, como si se hubiese puesto en acción algún mecanismo; y de los costados del respaldo de la silla salieron dos brazos de hierro que se cerraron al juntarse sus extremos, con potente impulso.

Por fortuna, en cuanto el ruido indicó la presencia del mecanismo Jim quitó el pié y saltó hacia atrás. Los brazos de hierro apenas le rozaron la pierna. Un grito de alarma brotó de labios de Aileen. Jim mismo, se puso pálido, pero dominándo su emoción dijo:

—¡Gran inventor el pillo de Gryce!

Luego vió que pasaba por el suelo y subía por una pata de la silla un alambre: un conductor eléctrico sin duda.

—¡Bah! ¡Cuanto antes lo hayamos visto tanto mejor!

Jim pensó que en la habitación de arriba, aunque presos, estarían mejor que en aquel cuarto situado debajo del agua. ¿Quién podía asegurar que Gryce no tuviera reservadas para sus prisioneros otras sorpresas peores?

Corrió hacia la puerta seguido de Aileen. Pero esta vez no fué posible abrirla. Antes de entrar había examinado cuidadosamente la puerta. No tenía ni cerrojos, ni llave, ni siquiera ojo de cerradura. Pero estaba cerrada y tan fuerte que no era posible abrirla.

¿Qué significado tenía aquel alambre eléctrico unido a la silla? Esta pregunta se presentó de improviso a su mente. ¿El mecanismo que él había hecho funcionar y que debía haberle sujetado a la silla estaba unido de algún modo al que cerró la puerta de modo tan seguro?

¿Pero qué clase de casa era aquella a donde les habían llevado con engaños? Parecía una casa preparada por el mismo demonio para torturar a sus enemigos.

Casi en seguida que se separó decepcionado, de junto a la puerta llegó a sus oídos el rumor de agua en movimiento cerca de él.

Un grito de la atemorizada joven indicó a Jim que ella se había percatado ya de nuevo peligro.

Aileen miraba hacia el piso de baldosas con los ojos dilatados por el miedo. En la habitación estaba penetrando agua sin que se viera por donde. Un momento después había ya una pulgada de líquido en todo el cuarto.

Durante un instane., Jim contuvo la respiración.

Sin duda el mismo mecanismo que había cerrado la puerta había desencadenado ese volúmen de agua que no se sabía por dónde entraba.

¿Llenaría poco a poco, silenciosa e inexorablemente la habitación hasta que todo quedara lleno y no permaneciera nada viviente? ¿Esa es la trampa digna de Satanás, en que les habían hecho caer?

Jim estaba muy pálido mientras permaneció un momento contemplando el agua que subía. En otras ocasiones se había visto ante grandes peligros, pero siempre había tenido ocasión de luchar contra ellos. Ahora se veía completamente indefenso.

La silla habia sido, indudablemente combinada como un refinamiento de tortura. La víctima, sujeta por aquellos brazos de hierro no hubiera podido moverse ni luchar mientras miraba subir el agua cada vez más, hasta causarle horrenda muerte.

Jim vió, de pronto, que la joven estaba por desmayarse.

Al pensar en la suerte de Aileen mientras acudía a sostenerla, Jim no pudo reprimir una exclamación de dolor. El agua les llegaba ya a los tobillos y subía con rapidez.

¡Si hubiera la menor probabilidad de lucha!

¿Por qué no había de haberla?

Jim sostuvo a Aileen en sus brazos exclamando:

—No se descorazone ahora, señorita Aileen. En este momento es cuando debe usted hacer llamado a todo su valor. No se aturda. ¡Tenemos aun una esperanza! ¡Todavía no nos han vencido!

—¡Pero si nada puede salvarnos, — exclamó Aileen mientras se tapaba la cara con las manos como si quisiera no ver la visión de la muerte.

—¡Sí! ¡Aun hay una esperanza! Un recurso desesperado, es verdad, pero el único que puede salvarnos. Y Jim indicó la ventana redonda del techo. — Allí está el camino por donde debemos buscar la salvación.

Aileen miró a Jim con incredulidad, como si temiera que lo horrible de la situación le hubiese trastornado el puicio.

Encerrados como estaban, debajo del agua ¿era acaso por ahí por dande iban a poder salir?

—¿Cree usted que es posible? preguntó. — ¿Cómo?

—¡Déjelo usted en manos de Jim! — exclamó él. — Por lo menos no nos vencerán sin haber peleado. Se va a necesitar audacia y valor, pero a usted no le faltan, yo lo sé. Será un recurso desesperado. ¿Debo intentarlo?

—Hay que intentar cualquier cosa por pocas que sean las probabilidades favorables, — dijo Aileen. — Todo es preferible a esperar aquí la muerte inevitable, — agregó con extremecimiento al ver como iba subiendo el agua.

—¿Sabe usted nadar?

—Sí.

—Bien. Es una suerte. Por suerte también soy nadador excelente. Puedo confiar en mí, señorita Aileen, y saldremos con bien, — dijo — ¡Tenemos que librarnos de esta, no solo nosotros mismos sino por el señor Dick! Esa puerta cerrada detrás de la cual se halla prisionero no se abrirá nunca si nosotros no salimos de aquí.

Como Jim lo había supuesto el recuerdo de Dick, cuya libertad dependía solo de ellos, fué suficiente para devolver a Aileen todo su valor. Se hallaba pálida, emocionada, pero su serenidad era admirable.

Jim miraba rápidamente a su alrededor mientras hablaba. La silla era el único mueble que había en la habitación, pero recordaba haber visto en un rincón un pedazón de caño de plomo. Parecía providencial su presencia ahí.

—¡Eso es precisamente lo que necesito! — exclamó Jim mientras hundía la mano en el agua y sacaba el trozo de caño.

—Pero ¿cuál es su plan? ¡No entiendo aun! — dijo Aileen.

Le miró con fijeza e incredulidad esperando la respuesta.

—¡Primero romper en vidrio de la ventana y dejar que caiga sobre nosotros el agua del lago! — dijo Jim.

La prisión debajo del agua

Lenta pero inexorablemente el agua iba subiendo su nivel y llanando poco a poco la trampa de muerte situada debajo del lago y donde Aileen y Jim Marsh se hallaban prisioneros.

Era necesario que se resignaran a sufrir su destino y perecer envueltos en el agua que invadía el cuarto y que cada instante que pasaba subía más y más o que intentaran llevar a cabo el desesperado y audaz plan pensado por Jim.

Este plan podía fracasar, podían encontar, al realizarlo, la muerte, pero por lo menos les permitiría luchar, con esperanzas de salvarse.

Cuando Jim anunció a Aileen que su propósito era romper el vidrio de la ventana del techo de modo que dejara entrar a las aguas del lago, la joven creyó que se trataba de un proyecto tan disparatado como imposible.

Pero cuando Jim esbozó rápidamente su plan, Aileen se convenció de que se trataba, en verdad, del único recurso, por desesperado que fuera, de que podían echar mano en tan difíciles circunstancias.

En el rostro pálido, pero de resuelta expresión, de la joven, vió Jim que Aileen estaba dispuesta a intentar aquel plan y que no le faltaría entereza cuando llegase el momento de luchar por la salvación de su vida.

Con toda precaución Jim examinó la silla que había demostrado poseer el diabólico mecanismo y que casi le sujetaba con sus brazos de acero, pero no parecía esconder ninguna nueva trampa. Su combinación mecánica se limitaba únicamente a lo que ya habían podido apreciar un momento antes.

Satisfecho, convencido de que la silla era ahora inofensiva, Jim la movió hasta colocarla debajo de donde estaba el vidrio de la ventana de modo que, puesto de pie sobre el asiento de la silla, le fuera posible alcanzar al cristal con el pedazo de caño de plomo que había recogido.

Jim subió en la silla. Aileen, conteniendo el aliento y rezando, mentalmente, una plegaria, le miraba.

De pie en el asiento, Jim dirigió un golpe al centro de la lámina de vidrio que sostenía el volumen de agua situado sobre ella.

El primer golpe de Jim rajó el cristal formando una estrella de rajaduras. Las roturas llegaban del centro hasta los bordes. Por el sitio donde había golpeado el caño de plomo comenzó a caer un delgado chorro de agua.

—¡Ahora va el golpe decisivo! — dijo Jim entre dientes.

Todo el éxito del plan dependía del resultado del segundo golpe que diera en el vidrio rajado ya.

Si fracasaba y no lograba abrir una hueco bastante grande de un solo golpe, la violencia de la irrupción del agua evitaría sin duda, toda nueva tentativa.

El convencimiento de que, de ese golpe dependía su suerte y la de su compañera, parecían intensificar las fuerzas del valeroso joven.

—¡Quédese a un lado! — gritó a Aileen.

Se oyó el ruido que hizo el pesado caño de plomo al golpear de nuevo contra el vidrio.

Hecho pedazos, el cristal se fué hudiendo al mismo tiempo que Jim se retraba a un lado y sin un solo segundo de pausa comenzó a caer por la gran cavidad abierta, un chorro de agua tal como los que caen de las represas para mover las ruedas de un molino. Si Jim no hubiera saltado de la silla le hubiera caído encima hundiéndole en el líquido que ya había en el cuarto.

Con increible rapidez el agua subía de nivel en el cuarto cuando Jim, dominando el remolino, se dirigió hacia Aileen que ya había tenido que comenzar a nadar para que el agua no la cubriera.

Con un brazo la tomó de la cintura, sosteniendo a la joven con medio cuerpo fuera del nivel del agua que ascendía rápidamente.

¿Qué resultado obtendría el plan? ¿Vida o muerte? La contestación no podía hacerse esperar. Todo quedaría definitivamente resuelto pocos instantes después.

Casi todo el vidrio había sido hecho trizas, pero, sin embargo, quedaban algunos trozos puntiagudos en torno del hueco de la ventana que era el único sitio por donde podían intentar huir de la odiosa y terrible prisión.

Pero hasta que el cuarto no estuviera lleno del todo no les iba a ser posible llegar a la salida. La potente fuerza del agua que entraba hubiese hecho fracasar toda tentativa hecha antes de tiempo.

El agua fué subiendo más y más hacia el techo y los dos permanecieron, nadando, en la superficie. La terrible expectativa, el horror de la ansiedad de aquellos momentos, hizo que, aunque breves, les parecieran de eterna tortura.

Pronto no quedó más que un espacio de dos pies sobre sus cabezas; en seguida fué solo de un pie... El momento decisivo, con su mortal peligro, se hallaba próximo. Un instante más y el agua les cubriría.

—Respire, señorita Aileen: llene bien los pulmones de aire, — dijo Jim.

Al decir esto Jim sujetó con más fuerza el talle de la joven. El agua, en torbellino, les pasó por la cara, llenando la habitación hasta el techo.

Aileen sintió como si se hundiera hasta una increíble profundidad. Experimentó la sensación de que algo la sofocaba como si una mano férrea le estrujara el cuello impidiéndole respirar. De pronto perdió toda noción de lo que la rodeaba.

Si Jim, por un esfuerzo sobrehumano, no hubiera conseguido conservar su serenidad, los dos hubieran perecido en aquella trampa de muerte que les había reservado el pillo de Gryce.

Mientras el agua penetró con la fuerza con que cae el caudal de una catarata no uubo posibilidad de acercarse a la salida. Pero en el momento en que la inundación pasó más arriba de la cabeza de los dos presos, llenando la habitación, se serenó de pronto y casi instantáneamente quedó tan tranquila como la serena superficie del lago.

Era este el momento que Jim había esperado: el momento que era necesario aprovechar para huir de la muerte realizando una desesperada carrera hacia la vida.

Con los pulmones como si estuvieran a punto de estallar, sujetando a Aileen, nadó con desesperación, por entre el agua verdosa, hacia la abertura circular de la ventana.

Jim se dió cuenta — aun cuando solo como un hombre que ve algo entre sueños — de que una punta del vidrio le rozó la mejila, y sin soltar a la joven, nadó con las piernas y el brazo que le quedaba libre, pasando más allá del hueco.

El momento que siguió fué de horrible ansiedad, pero casi en seguida sus pulmones se llenaron de vivificante aire. Su cabeza y le de su compañera habían surgido de la superficie del lago.

Aileen tenía los ojos cerrados. ¿Estaba viva?

Un terrible temor estrujó el corazón de Jim mientras éste nadaba hacia la orilla del lago con su compañera privada de conocimiento.

Sus fuerzas se hallaban a punto de agotarse cuando por último pudo ascender a la orilla del lago y colocar tendida en tierra a la desmayada joven.

En el mismo momento Jim vió aparecer entre los árboles la figura de un hombre que se acercaba al lago y que se detuvo de improviso al verles.

Era el hombre que les había engañado, encarcelándoles en aquella casa, el hombre a quien a pesar de su disfraz, Jim reconocía como a Gryce.

En su rostro se notaba una terrible expresión de furor mezclado con el más intenso asombro, como si lo que veía le pareciera un milagro.

Rápidamente, Jim dejó a la joven tendida en la orilla y llevó la mano al bolsillo en procura de su pistola automática, aun cuando no se hallaba muy seguro de que pudiera servirle de algo después de haber estado largo rato dentro del agua.

Pero el arma debía habérsele caído del bolsillo mientras nadaba. No estaba ya en su bolsillo. Se encontraba, pues, indefenso.

Cómo salieron del paso

Pero, aun cuando indefenso, al ver aquella cara que le miraba desde entre los árboles con feroz y vindicativa intención, una llamarada de locura pareció conmover las ideas de Jim Marsh.

En su apasionado enojo, Jim vió como una nube roja que le cubriera los ojos. Se olvi-

ió de su cansancio. Aun cuando se hallaba sin armas su único pensamiento fué avanzar y castigar a aquel que fingió amistad les había hecho caer a él y a Aileen, en aquella trampa donde tan cerca habían estada de en contrar la muerte.

Si hubiera podido alcanzar a Gryce en aquel momento, la culpable carrera del pillo hubiera terminado antes de que Jim quitara las manos de su cuello.

Pero Gryce, que se hallaba a más de doce yardas de distancia debió notar la mirada de furor de Jim y debió también, comprender todo su significado. Sabía perfectamente que aquel hombre que acababa de librarse milagrosamente de su trampa mortífera sería capaz de ejercer muy enérgicas y decisivas represalias. Y se encontraba sin armas.

A Gryce le faltó valor. Dominado por el miedo se volvió y corrió, procurando salvar la vida huyendo. Corrió hacia la casa como un loco, entró y cerró la puerta por dentro.

Un gemido que oyó en aquel momento hizo olvidar a Jim sus propósitos de venganza. Durante un momento se había olvidado de Aileen. Rápidamente volvió hacia donde había dejado a la joven desmayada a la orilla del lago.

Aileen había abierto los ojos y miraba a su alrededor con extrañeza. Con un suspiro de alivio. Jim se inclinó y la ayudó a ponerse de pie.

—¡Oh, Jim! Jim! — exclamó ella estremeciéndose. — ¡Casi no me atrevo a creer que hayamos podido salir de aquel cuarto invadido por el agua y nos encontremos aun con vida!

—No piense usted más en eso, señorita Aileen, — dijo él tratando de tranquilizarla. — Logramos salir con la ayuda de Dios y por suerte nos encontramos ya en seguridad.

¿En seguridad? Acababa de pronunciar esas palabras cuando se abrió una ventana de la casa, situada a uns dos yardas de ellos. Era una ventana enrejada, con rejas de barrotes verticales y transversales, una de las ventanas de la habitación donde ellos habían estado primero. Tras de la reja vió Jim a un hombre, a quien reconoció inmediatamente. Era Gryce. Lo vió a tiempo para darse cuenta del peligro que representaba.

Rápido como el pensamiento Jim hizo que Aileen retrocediera y se acercara hasta hallarse junto a la pared de la casa. Ese movimiento la salvó y también a Jim. Por entre los barrotes de la ventana apareció el caño de una escopeta y al mismo tiempo sonó una detonación. La bala fué a pasar por el sitio donde Jim y Aileen estaban un momento antes.

Los barrotes de la ventana los había salvado. Gracias a la obstrucción que constituían, Gryce no podía levantar la culata de la escopeta lo suficiente para apuntar hacia el sitio donde se encontraban las dos personas acurrucadas junto a la pared. Mientras no se movieran de allí estaban seguros, siempre que Gryce permaneciera en la habitación.

Pero tenían cortada la retirada, pues del otro lado estaba el lago que llegaba hasta las paredes de la casa impidiéndoles huir en aquella dirección.

Si se movían, aun cuando solo fuera un par de pies de la pared de la casa se pondrían al alcance de los disparos de la escopeta y el hombre que atisbaba desde detrás de la reja de la ventana, loco de furor ante el fracaso de sus planes, no vacilaría en matarles a sangre fría tan pronto como se le presentara la oportunidad.

La posición de Jim y de Aileen parecía, pues, enteramente desesperada.

De nada les hubiera servido intentar pasar el lago a nado pues antes de que hubieran llegado a la otra orilla, Gryce podía tenerlos al alcance de su arma.

A cada momento Jim esperaba ver a Gryce reaparecer por la puerta de la casa dispuesto a atacarle, provisto de su escopeta. Hallándose Jim sin armas se encontraría a merced del criminal.

Pero por alguna razón, Gryce parecía decidido a permanecer dentro de la habitación como lo demostraba el caño de la escopeta que se veía apuntando por entre los hierros de la reja.

Sin duda el hombre, convencido de que no podrían moverse sin presetarse como blanco, estaba esperando con maliciosa satisfacción, apuntando su arma y jugando con sus futuras víctimas como un gato juego con un ratón, dispuesto a hacer fuego en el mismo momento en que las tuviera a tiro.

Era aquello un verdadero refinamiento de tortura.

Durante unos pocos momentos permanecieron acurrucados, temblando, con la molestia que les causaba su ropa empapada.

De improviso la cara de bull dog de Jim varió de expresión. Al valeroso amigo de Dick Audley se le había ocurrido una idea para salir del paso.

Acercándose todo lo más posible a la pared, Jim comenzó a deslizarse sin ruido hacia la ventana.

Mientras permaneciera junto a la pared, los barrotes de la reja evitarían que el hombre de la ventana viera lo que hacía.

Como una sombra, Jim se fué acercando más y más. En la desesperación de su peligro había concebido un plan que era su última esperanza.

¿Podría apoderarse de la escopeta agarrándola por el caño que salía por la ventana y arrancándola rápidamente de manos de Gryce, aprovechando lo imprevisto del movimiento y la correspondiente sorpresa? Por lo menos podría, en todo caso, evitar que el hombre hiciera fuego mientras Aileen se ponía en salvo y pasaba corriendo.

Llegó hasta junto a la ventana. Un paso más y se hallaría ante el hombre que le estaba esperando como el cazador espera a su presa.

Jim contuvo el aliento, preparándose para todo evento. Después saltó hacia adelante. Agarró el caño de la escopeta a un pie de la punta y se alejó todo lo posible de la detonación que esparaba se produjera.

Con gran asombro de su parte no hubo estampido y, al agarrar el caño con todas sus fuerzas, el arma cedió como si se hubie-

ra desprendido de unas manos demasiado temblorosas para sujetarla.

Un instante después Jim miraba incrédulamente hacia el interior de la habitación. No se atevía a dar crédito a lo que en aquel momento le parecía un milagro de su buena suerte.

Echado hacia atrás en una silla, situada frente a la ventana, hallábase el hombre — a quien yo no tenía por qué temer, — estremeciéndose convulsivamente.

Entonces, en un instante, Jim se dió cuenta de lo que había sucedido. Aquel hombre, con su rostro disfrazado todavía, se hallaba sufriendo un ataque de epilepsia.

Sus ojos, abiertos, dilatados, miraban sin ver. Entre sus labios se veía una blanquecina espuma, La peluca, de medio lado, dejaba ver los cabellos canosos.

Era posible que Gryce sufriera de esa clase de ataques. Evidentemente la nerviosidad y la furia que experimentara habían sido suficintes para provocar la crisis de su enfermedad en el mismo momento en que sus dos presuntas víctimas se hallaban ya a su merced.

Jim, sacando la escopeta por entre los barrotes de la reja, gritó a Aileen:

—¡Venga usted, señorita! Hay que aprovechar el momento propicio. Ahora no hay peligro ninguno.

Pero la joven se encontraba demasiado débil y exhausta para poder avanzar sin ayuda. Jim corrió hacia ella.

El hombre, agitado por las convulsiones, seguía echado en la silla cuando Jim pasó, sosteniendo a Aileen, por delante de la ventana.

Marsh se detuvo un instante y miró. Hizo un gesto de enojo. El hombre que estaba allí, a su merced, les había querido condenar a una muerte horrible, de la que sólo habían escapado por milagro. Con semejante hombre toda represalia era justa. Si acaso hubieran podido encontrarse frente a frente, en igualdad de condiciones...

Pero el hombre no podía defenderse en aquel momento.

Gryce no hubiese tenido compasión de un enemigo caído, pero Jim por rencoroso que se sintiera, consideraba una infamia aprovecharse de la situación desventajosa del enemigo inerme para atacarle.

—¡Ah! ¡Pero no hemos terminado aún. Langrish Gryce: ¡Ahora no le mato porque no quiero atacar a nadie indefenso! ¡Ya nos veremos y entonces recibirá usted lo que merece! — murmuró Jim.

Siguieron hacia el frente de la casa. La puerta estaba cerrada por dentro.

A no haber sido por Aileen, Jim hubiese abierto violentamente la puerta y hubiera investigado la casa del mal. Pero debía atender a Aileen antes de todo.

La joven estaba temblando, con su ropa empapada y había sufrido tan intensa conmoción nerviosa que debía hallarse a punto de desmayarse.

El automóvil en que habían llegado se encontraba aún delante de la puerta. Como Jim pudo notarlo, el vehículo no tenía chapa con número.

Ayudó a Aileen a subir en el coche. Luego puso el motor en movimiento, ocupó el asiento tras el volante de dirección y el automóvil emprendió la marcha. Diez minutos después llegaban a la Abadía de Merlin donde Jim entregó a Aileen a los cuidados de su padre.

Jim se quitó la ropa mojada, se frotó bien el cuerpo y tomó una buena taza de café caliente para quitarse el frío que le había penetrado hasta los huesos.

Aileen se había acostado ya. El señor Gray, muy emocionado, descendió de su cuarto, donde la había dejado al cuidado de su fiel mucama y se dispuso a oír de labios de Jim el relato de lo sucedido.

—Ahora voy a la oficina de Bramley a dar parte de lo sucedido — dijo Jim.

—Yo iré con usted, — exclamó el señor Gray.

Se hallaba pálido de indignación.

—¡No! ¡Usted debe permanecer aquí! — dijo Jim rápidamente. — Esta es la Abadía de Merlin donde, como usted sabe, suceden cosas muy extrañas, no se le olvide. No deje sola a la señorita Aileen en esta casa. Bonholme Audley es uña y carne de Gryce. Y ahora sabemos ya que fué Gryce el que combinó el plan para hacer desaparecer a mi patrón, así que Bonholme debe estar complicado también. Permanezca usted en la Abadía de Merlin vigilando, custodiando a la señorita Aileen, — agregó.

—Tiene usted razón, — dijo el señor Gray.

—Por mi parte no perderé tiempo en proceder según me lo dictan las últimas palabras de Dacre, antes de morir: "busquen a Dick Audley detrás de la puerta cerrada" — añadió Jim. — Es necesario que se proceda a abrir esa puerta cuanto antes. ¿Me ayudará usted?

El señor Gray le tendió la mano. Jim silenciosamente, la estrechó.

—Estoy con usted en cuerpo y alma, Jim — dijo el señor Gray.

. . . . . .

Cuando Jim fué en automóvil a la oficina de Bramley, la primera persona a quien vió al entrar fué al hombre a quien había dejado en la maléfica casa de junto al lago un hora y media antes: — ¡Gryce!

Lo que sucedió en la casa del bosque

La desvergonzada audacia de aquel hombre dejó asombrado a Jim precisamente porque Gryce estaba dando informes sobre el asesinato de Dacre.

—Siendo tanto más lo sucedido estaba diciendo Gryce — porque el hombre que ha muerto era amigo mio.

Cambió de color al ver entrar repentinamente a Jim pero, como consumado actor que era, logró seguir hablando sin inmutarse y con la misma suavidad y dulzura igual que si la entrada del recién llegado no le hubiese causado emoción ninguna.

El ataque que había sufrido Gryce no podía haber sido tan grave como le había pa-

recido a Jim. De todos modos había recobrado sus facultades con gran rapidez y había tenido tiempo para ir en busca de un automóvil y dirigirse a la policía a toda prisa a fin de relatar a su manera cómo se había producido la muerte de Dacre, desfigurando la verdad.

Jim miró fijamente a Gryce y exclamó furioso:

—Señor superintendente de policía: acuso a este hombre de haber intentado dar muerte a la señorita Gray, la prometida de mi patrón y a mí mismo, esta tarde. No sé qué mentiras estará diciendo, pero yo puedo manifestarle esto: Dacre fué muerto por un tiro que le disparó un cómplice de Gryce desde el aeroplano de Gryce.

El acusado miró a Jim entornando los ojos. El superintendente de policía y los dos agentes que estaban a su lado miraron a Jim como si le consideraran loco. Luego, antes de que el superintendente pudiera hablar, dijo Gryce:

—No sé si este hombre ha bebido o ha perdido repentinamente la razón para que se exprese de tal modo y haya una acusación semejante. Sospecho, sin embargo, — agregó, — encogiéndose de hombros — que su acusación es maliciosa, pero a tal punto que, por disparatada no la puede creer nadie.

El de policía era sin duda, conocido de Gryce. El tono de su voz dejó de ser amable y se volvió enérgico al dirigirse a Jim, y no al que había sido en otro tiempo, gobernador de uno de los presidios del estado.

—Su afirmación es muy extraña — dijo a Jim. — Espero que usted se dará cuenta de lo grave de la acusación que está haciendo. Es usted el chauffeur de sir Richard, ¿no es así? ¿Afirma usted que vió cómo el señor Dacre fué muerto de un tiro?

Jim había logrado con esfuerzo, dominar su furor y no saltar al cuello del hombre que había querido matarle dos horas antes. El tono en que se expresó el superintendente le policía le hirió en lo más sensible.

—¡Sí, señor, lo ví! — dijo. Fué en la hondonada del "Salto del Perro". Este hombre que está aquí dominó a la señorita Gray y la ató a un trozo de piedra. Yo llegué pocos minutos después cuando él estaba persiguiendo a Dacre montaña arriba con intención de matarle. Cuando Dacre llegó a lo alto, un monoplano, de propiedad de Gryce, voló bajo y el que iba en el aparato disparó un tiro de revólver e hirió de muerte a Dacre. Puede usted identificar el aeroplano, pues atravesé una de sus alas con una bala de mi revólver, después del crimen, como la señorita Gray puede atestiguarlo.

Gryce permanecía de pie, sonriente, tranquilo, mirando a Jim mientras éste hablaba.

Antes de que el superintendente pudiera hablar, se interpuso.

—Un instante, señor superintendente. Considero que este hombre no es digno de atención en calidad de testigo. A juzgar por lo que dice y según lo he manifestado, se ve que procede por maldad que casi no conoce, ha construído una versión completamente caprichosa que es la mayor de las mentiras.

Gryce había relatado una ingeniosa invención a la policía. Había dicho que había rescatado a Aileen de la persecución de que Dacre la había hecho víctima y luego, indignado, había perseguido al hombre por la montaña.

—¿Pero usted ató a la señorita Gray como este hombre lo afirma? — dijo el superintendente de pronto, — Usted no dijo nada.

Gryce se rió.

—No dije nada porque no valía la pena. La até por su propio bien.

Jim se estremeció al oir tan enorme mentira.

—¡Por su propio bien! ¡Probablemente quiso después ahogarnos a los dos por nuestro propio bien! — exclamó.

—Puedo explicarlo todo con claridad — dijo Gryce que por lo visto había preparado una explicación completa. — Lo joven se había asustado tanto al ver a Dacre que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Le pedí que me esperara para acompañarla luego a su casa, después de haber castigado a Dacre. El hombre merecía un buen castigo. Pero, en su nerviosidad, la pobre joven no lograba distinguir a los amigos de los enemigos. Francamente, sentí miedo de dejarla sola, en tal estado de desequilibrio y, por su propio interés, la sujeté a fin de que no se fuera hasta que yo estuviese en posibilidad de acompañarla a su casa. Como hombre de edad y amigo de sir Richard me consideré colocado por encima de toda posible sospecha.

La indignación de Jim pudo más que su prudencia.

—¡Miente usted! — gritó furioso.

—¡No se exprese en esa forma! — ordenó enérgicamente el de la policía. — Continúe usted, señor Gryce.

—En cuanto a lo del monoplano, mi convencimiento es que el tiro fué dirigido hacia mí y no hacia Dacre, al que hirió por casualidad. Los canallas, no tengo idea de quiénes pueden ser, me habían robado el aparato.

Jim perdió por completo su serenidad. todo aquello era más de lo que su temperamento podía soportar. Pero la declaración del pillo de Gryce parecía haber impresionado al de policía.

—¿Será posible que crea usted las mentiras que dice ese hombre? — exclamó Jim. — ¡Afirmo que una vez realizada la muerte de Dacre por sus cómplices, él en persona quiso ahogarnos a la señorita Gray y a mí!

En forma algo incoherente debido a lo excitado que estaba y sin el aplomo y la habilidad de Gryce, Jim explicó lo del hombre disfrazado que les había llevado a la casa del bosque. Pero se convenció, por la expresión del rostro del superintendente de policía, de que su narración era recibida con incredulidad.

—Yo le acompañaré ahora a la casa del bosque, señor superintendente, y le mostraré la habitación situada rebajo del lago donde casi nos ahogamos por voluntad de ese pillo.

Gryce se sonrió nuevamente.

—Si dispusiera de tiempo tendría el mayor gusto en acompañarle, señor superin-

tendente, — dijo. — Pero debo hacer una observación sobre lo que ha dicho este hombre: esa pretendida persona que le acompañó a la casa estaba disfrazada, según ha dicho, y como lo ha manifestado, no la vió nunca sin su disfraz, ¿cómo puede entonces afirmar que era yo? Por lo demás todo lo que ha dicho es un tejido de embustes. La malignidad de este hombre y su propósito de molestame le venden.

—¿Por qué puede usted suponer que tiene propósito de molestarle, señor Gryce?

Gryce había estado esperando esta pregunta.

—Porque, — dijo sonriendo, — da la casualidad de que este hombre es un presidiario cumplido. ¡No sé cuántas condenas ha cumplido! Yo lo tuve en Bleakmoor cuando era gobernador de aquel presidio. Hace algunos días lo ví por estos parajes y me consideré obligado a dar cuenta a su patrón, — que lo ignoraba, — de su verdadera condición. Creo que, en consecuencia fué despedido, como sir Richard podrá decírlo si se le pregunta. De ahí viene el odio que me tiene.

Jim estaba pálido de furor.

—¡Eso es mentira! — exclamó. — ¡Antes de emplearme sabía sir Richard todo lo que se refería a mis antecedentes!

—¿Admite usted que cumplió varias condenas? — preguntó el policía.

—¡Una sola! — dijo Jim convencido de que esta circunstancia le perjudicaba enormemente. — Pero es mentira que sir Richard me haya despedido. Lo que hay es que se hombre sabe que sir Richard no puede desmentirle. ¿Por qué? ¡por qué anoche desapareció, secuestrado poro ese mismo canalla!

—Ese lenguaje no hará creer lo que usted diga si no lo prueba, — dijo el superintendente. — En cuanto a todo lo que ha dicho espero pruebas.

Se notaba que el de policía no estaba dispuesto a creer a Jim. Entre Gryce, bien vestido y tan tranquilo y suave y Jim, ex presidario y tan furioso, el superintendente de policía se inclinaba hacia el que parecía de superior condición social por su aspecto y por sus modales.

—La señorita Gray declarará diciendo lo mismo que yo sobre la tentativa de muerte, — exclamó Jim.

—La señorita Gray es una joven por quien profeso el mayor respeto. ¿Por qué había de pretender darle muerte? — dijo sonriendo Gryce. — Por lo demás, señor superintendente, supongo que usted no se propondrá detenerme por lo que ha declarado este presidario cumplido.

El de policía se mostró afabilísimo.

Gryce dirigió a Jim una sonrisa burlona, mientras salió dirigiéndose a su automóvil.

Jim logró, con esfuerzo dominar su furor y no soltar al cuello de aquel hombre. Tuvo serenidad para dominarse. Gryce le había vencido por el momento, pero todavía no había terminado la pelea.

Jim se maldecía a sí mismo. Estaba convencido de que el hombre a quien había dejado víctima del ataque epilético en la casa del bosque era Gryce; pero al retirarse debía haberle quitado el disfraz para poder tener prueba ocular de su identidad. En las circunstancias aquellas no era ya posible acusar del crimen a Gryce.

Y, como Gryce había dicho a la policía que Jim era un ex presidario, este detalle había perjudicado mucho al fiel amigo de Dick Audley.

Pro, aun cuando la policía no se sentía inclinada a crer que había sido Gryce quien había llevado a la señorita Gray y a Jim a la casa del bosque, la declaración de Marsh sobre la tentativa de muerte era demasiado grave para ser desatendida.

—Ahora iré con usted a la casa donde dice que se cometió la tentativa y luego iremos a la Abadía de Merlin a ver a la señorita Gray — dijo el superintendente de policía. — Pero antes iremos al sitio donde fué muerto el señor Dacre.

Salieron unos diez minutos después de Gryce. Un segundo automóvil, con tres agentes, les siguió. Iban a recoger el cuerpo de la víctima de la tragedia.

Mientras iban por el camino, en el automóvil Jim pensaba en las palabras de Dacre sobre dónde estaba Dick Audley.

Se sentía impaciente por hallarse de regreso en la Abadía de Merlin y por hacer abrir la puerta cerrada.

¿Encontraría a su perdido patrón? ¿Encontraría el hilo de la enredada madeja que parecía girar en torno de la caja de bronce que ya había costado la vida a dos de los pilos de la gavilla de Gryce?

En la hondonada del "Salto del Perro", Jim indicó el sitio donde se había desarrollado la tragedia e indicó el lugar donde había puesto al muerto, dentro de la cueva.

Después, dejando a sus subordinados con el segundo automóvil, encargados de conducir al muerto, el superintendente y un agente siguieran con Jim hacia la casa del bosque.

Antes de partir, el de policía había hecho algunas averiguaciones a este respecto. La casa estaba deshabitada hacia tiempo y se decía que su dueño residía en el extranjero.

Al entrar en el camino que conducía a la casa, Jim se estremeció recordando lo que allí le había pasado. La vista de la casa vieja y húmeda, le impresionó tristemente.

La puerta — como lo había esperado — estaba cerrada.

—Si duda usted de lo que le he contado y aun cuando debiera usted echar la puerta abajo, porque esta casa es una guarida de criminales, venga conmigo y le indicaré lo que hay rebajo del lago. Espero que con ver eso se convencerá usted — dijo Jim. — El agua del lago es clara se distingue lo que hay debajo.

Fueron hasta el sitio donde Jim había salido del lago, pero el sol poniente les daba de cara y no permitía distinguir nada. Para ver mejor se dirigieron hacia la otra orilla del lago, más alejada de la casa.

Allí, como una boca abierta debajo de la tranquila superficie del agua, pudieron distinguir con toda claridad lo que había sido la ventana redonda de la habitación su mergida.

El superintendente de policía pareció emocionarse.

—Parece un sitio muy extraño — dijo. — Vamos a entrar y...

No terminó la frase.

Desde la casa, a través del lago, se oyó un ruido que instantáneamente se transformó en un espantoso rugido seguido de una estruendosa detonación y, en un momento, en medio de un horrendo fogonazo, la vieja casa saltó hecha trizas.

Grandes fragmentos de destrozada mampostería saltaron por los aires lanzados por la fuerza de una terrible explosión y las paredes se derrumbaron, enterrando debajo de ellas los culpables secretos de la casa destruída.

—¡Dios mío! ¡Si hubiéramos entrado en la casa en el primer momento! — exclamó el superintendente de policía pálido de terror.

Aun a la distancia a que se hallaban, los tres alarmados hombres sintieron el choque del aire. Varios cascotes cayeron en la superficie del lago junto a la orilla donde ellos se encontraban.

No cabía duda: la casa había sido volada voluntariamente. Probablemente estaba minada de antemano, por si llegaba el momento en que corrieran peligro de ser descubiertos los secretos criminales que encerraba.

¡Otra vez la mano criminal de Gryce! ¡Jim no lo dudaba!

Sabiendo que la policía iba a ir con Jim, a revisar la casa, el hombre había debido ir antes y había encendido la mecha — suficientemente larga para no producir la explosión sinó en el momento oportuno — y se había retirado.

Con seguridad el pensamiento de Gryce era que la mina hiciera explosión cuando Jim y los de la policía estuvieran dentro de la casa.

—¡Otro nuevo fracaso en el día de hoy! ¡Me parece que a Gryce se le ha terminado su racha de buena suerte! — pensó Jim con alegría.

Se abre la puerta

La misteriosa casa con su cuarto situado debajo del agua era sólo un montón de humeantes escombros cuando Jim Marsh y los de la policía se alejaron de allí.

No quedó en pie ni un solo muro, tan completa había sido la acción del terrible explosivo que constituía la carga de la mina que había saltado.

Fué una suerte, para ellos, que hubieran dejado el automóvil a cierta distancia de la casa. Gracias a eso, el vehículo no fué aplastado por los trozos de mampostería que volaron por los aires al producirse la explosión.

El superintendente de policía estaba pálido. Por una felicísima casualidad únicamente, se habían librado los hombres aquellos de quedar sepultados debajo de las ruinas de la casa.

El empleado de policía había acudido a aquel sitio dudando de la veracidad del relato de Jim sobre la prisión subacuática de debajo del lago, pero su incredulidad había recibido un terrible choque.

No le era posible dudar ya de que el hombre disfrazado que había llevado con engaños a la señorita Gray y a Jim a aquella casa había preferido volar el edificio, — indudablemente minado de antemano, — a permitir que la policía se enterara de los secretos que ocultaba.

Pero el empleado de policía no estaba aún convencido de que el hombre disfrazado hubiera sido Langrish Gryce.

Marsh, según lo había manifestado él mismo, no había visto al hombre sin su disfraz ni había sospechado qu efuera Gryce hasta que se dió cuenta de que había caído en la trampa.

Por otra parte, la manifestación de Gryce de que su acusado era un ex presidario, había perjudicado a Jim la opinión del de la policía.

Entre la palabra de un ex presidiario y la de uno de los señores más importantes del distrito, que había sido gobernador de uno de los presidios de su majestad, el de policía no podía dudar.

Y cuando, en la Abadía de Merlin, tuvo una breve entrevista con Aileen, que se hallaba demasiado abatida para dar sobre lo sucedido una explicación clara y detallada, — el superintendente de policía no se hallaba convencido aun de lo relativo a la culpabilidad de Gryce.

Aileen, lo mismo que Jim, admitía que no había visto sin su disfraz la cara del hombre que les había encerrado en la solitaria casa del bosque.

Para sus adentros, Jim pensaba que el superintendente de policía era un zopenco, pero se iba dando cuenta, al mismo tiempo, de que le serían muy difícil hacer que Gryce resultara, ante la autoridad, responsable, no sólo de lo de la casa del bosque, sino también de su complicidad en la muerte de Dacre.

—Gryce se puede reir de mí por el momento, pero no se va a reir mucho tiempo. Por lo pronto lo hemos acorralado. ¡Si ha volado su guarida del bosque ha sido porque tenía miedo!— dijo Jim al señor Gray cuando el superintendente se hubo retirado. — Ahora, lo que voy a hacer es abrir de una vez esa misteriosa puerta cerrada y tratar de dar con el significado de las palabras de Fox Dacre antes de morir.

Jim estaba decidido y se le notaba en el gesto que se hallaba dispuesto a todo. Había esperado con impaciencia la retirada del empleado de policía para comenzar a poner en práctica su propósito. Iba a abrir la puerta cerrada, y el pensar en ello le conmovía, pues esperaba hallar, detrás de ella, algo horrible y estremecedor.

Si, como le había dicho Dick en una ocasión, la puerta cerrada conducía a un cuarto sin otra salida, ¿cómo podía esperar que su patrón se encontrara allí con vida?

Porque, a menos que hubieran amordazado a su prisionero con todo cuidado, no era posible que le hubiesen dejado vivo, pues sus

gritos se hubieran oído a través de la puerta y en toda la casa.

—Voy con usted, — dijo el señor Gray. — Tengo el mismo interés que usted en enterame de lo que hay allí.

El hombre que había sido arrebatado de manera tan misteriosa ante los mismos ojos de sus amigos, ¿sería hallado, por fin, y se llegaría a tiempo para salvarle?

Un hecho daba todavía a Jim un destello de esperanza mientras iba en busca de las herramientas necesarias para forzar la puerta: el conocimiento del gran interés que tenía Gryce por obtener la posesión de la caja amarilla.

Dick, — Jim lo sabía, — había escondido la caja en sitio seguro y que él sólo conocía. Gryce debía tener con vida a su prisionero con la esperanza de lograr hacer que revelara el escondrijo de la caja, lo mismo que tenía escondido y preso al padre de Dick con idéntico fin.

John Gray, el padre de Aileen, se había metido en el bolsillo una pistola browing antes de dirigirse hacia la puerta cerrada para esperar allí a Jim.

Poco después llegó Jim armado de una barra de hierro y un pico. Se acercó de puntillas por el corredor, hacia la puerta, que por fin iba a ser abierta y a revelar el secreto que escondía.

Jim era portador de uno de los faroles de la caballeriza, y en el bolsillo tenía su linterna eléctrica. El corredor estaba envuelto en las sombras y la pobre luz del farol no llegó a disipar por completo la oscuridad reinante cuando Jim la encendió.

Durante un momento Jim miró hacia la silenciosa puerta misteriosa cuyos herrajes brillaban a la luz del farol, y recordó las últimas palabras del padre de Dick en su supuesto lecho de muerte, como si alguien las pronunciara en voz alta, en medio de la oscuridad.

"Esa puerta debe permanecer cerrada hasta que el viejo castillo caiga, por obra del tiempo, deshecho en escombros."

¿Qué secreto podía estar oculto detrás de aquella puerta para provocar semejantes palabras del hombre que creía que estaba muriendo?

Pero la extraña inexplicable orden no podía ser respetada por más tiempo. Las últimas palabras de un moribundo de verdad eran aun más terminantes:

"¡Buquen a Dick Audley detrás de la puerta cerrada!"

Lucas, el herrero, que había estado aquella mañana en el castillo por orden de Dick, para abrir la puerta, había sido obligado por Bonholme a desistir. Jim se dijo — al recordar lo sucedido — que no habría en el mundo poder suficiente para hacerle desistir de abrir la puerta cerrada de par en par.

—¡Manos a la obra! — exclamó.

Jim metió la punta de la barreta de hierro debajo del borde de uno de los travesaños de metal. Su primer, poderoso esfuerzo para saltar uno de los tornillos y le permitió meter más adentro la barreta.

La tremenda fuerza que ejerció por medio de la palanca que formaba la herramienta, hizo que saltara toda una fila de tornillos. Luego, con un rápido y sonoro chasquido, el trevesaño de hierro se separó de la madera arrastrando consigo los tornillos que le habían tenido sujeto.

Muy emocionado, Jim tomó el farol y lo acercó a la puerta. Su luz iluminó el sitio de la madera de donde el barrote había sido sacado.

—¡Ahora comprendo cómo funcionaba esto! — exclamó Jim. — ¡Qué tonto! ¡Debía habérmelo figurado en el primer momento!

Indicó con la mano algo que había estado oculto debajo de la ancha barra de hierro. La madera estaba cortada en todo el ancho de la puerta.

No era posible dudar de que hallarían un corte igual debajo de la otra barra de hierro colocada en la parte baja de la puerta.

El trozo de la puerta que quedaba entre los dos barrotes, venía a formar una puerta separada y no sospechada, cuyos bordes superior e inferior se hallaban ocultos debajo de los barrotes de hierra. Estos parecían sujetos a esos bordes, pero los tornillos que simulaban sujetar la madera estaban cortados.

—Debí sospechar que existía una combinación así desde el momento en que tuve la evidencia de que la puerta se abría. Me parece que no necesito quitar el otro barrote. Lo único que sujeta la puerta es la cerradura, — exclamó Jim. — ¡Póngase a un lado, señor Gray!

Tomando el pesado pico iba a levantarlo para dar un golpe con todas sus fuerzas. El resonar de rápidos pasos de alguien que se acercaba por el corredor hizo que Jim se detuviera y se volviera. El ruido hecho por la barra de hierro al saltar había atraído a Trask al sitio del suceso.

—¿Está usted loco? — gritó Trask horrorizado al ver, con sus ojos, que parecían querer salirse de las órbitas, que el barrote había sido desprendido de la puerta. — ¡No siga, Marsh o le va a costar caro!

Había en su voz un inconfundible tono de miedo que en vano intentaba disimular.

—¿Qué no siga? ¡Vaya si seguiré! ¿Qué es eso Trask? ¿Ha comprado usted la Abadía de Merlin para expresarse como si fuera el patrón? — dijo Jim. — No se extralimite, Trask y oiga un consejo de amigo: Váyase de aquí lo antes que le sea posible, porque le aseguro que si se queda le va a costar "muy" caro.

Trask miró furioso a Jim y luego al señor Gray, sin decidirse qué partido tomar.

—¡Siga adelante, Jim! — dijo lacónicamente el señor Gray sin hacer caso de la interrupción.

—Cuide su existencia, Trask y la integridad de sus huesos, — dijo Jim tomando de nuevo el pico. — Es necesario que yo abra la puerta. No me obligue a darle pasaporte o a desfigurarle esa cara tan simpática por la que todas las jóvenes bellas de la comarca se están muriendo de amor.

Trask, temblaba de furor, retrocedió rápidamente al ver que Jim levantaba el formidable pico y lo balanceaba sobre su cabeza. El pico dió con fuerza enorme junto a

la cerradura de la puerta. La tablazón de sólido roble tembló, pero la puerta no cedió todavía.

Trask se volvió alejándose corriendo por el pasillo y gritando a voz en cuello:

—¡Señor Bonholme! ¡Señor Bonholme!

Por segunda vez Jim balanceó el pesado pico y otra vez dió son fuerza en la puerta, en en mismo momento en que Bonholme se acercaba corriendo en compañía de Trask.

A la luz del farol, la cara aquella, siempre sonriente, se veía entonces pálida y desencajada.

—¡Marsh! ¡Deje eso o le entrego preso! — gritó. — ¿Cómo se atreve a tomarse estas libertades? ¡Está usted despedido! ¡Retírese inmediatamente de esta casa!

Jim se volvió hacia el enojado Bonholme, le miró sonriendo y se encogió de hombros.

—¡No diga usted tonterias! ¡Despedido! ¿Quién es usted para despedirme?

—¡Trask! ¡Impida que ese hombre continúe ahí! — grito Bonholme al ver que Jim volvía a tomar el pico.

La cara de bulldog de Jim se iluminó con una sonrisa.

—¡Quisiera ver que Trask se atreviera! — dijo.

Trask no se atrevió.

—¡Siga adelante y abra la puerta, Marsh! — dijo el señor Gray con toda calma y mirando a Bonholme mientras hablaba.

Bonholme se volvió, furioso, hacia él.

—¡Usted! ¿Con qué derecho presta usted su apoyo a este canalla?

—Presto mi apoyo a éste, que no es canalla — dijo John Gray con toda calma y acentuando sus palabras, — porqué sé que en ésta casa se han estado combinando planes criminales. ¡Marsh y yo nos proponemos desenmascarar a unos canallas, canallas de la peor clase, cuyo complot, cuando sea conocido, indignará a toda Inglaterra!

—¡Usted no sabe lo que dice! — exclamó el otro hombre comprendiéndose, por el tono con que se expresó y por la palidez de su rostro que sentía cada vez más miedo. — ¡Prohibo que se toque esa puerta! ¡Soy aquí el patrón y...

—¿Patrón? — repitió John Gray mirándole fijamente. — ¿Y su sobrino que desapareció la otra noche? ¿Ha muerto ya entonces desde que usted se abroga sus derechos? ¿Sabe usted que ha muerto?

Bonholme vaciló al oir esta pregunta.

—¡Yo... Yo no sé nada a su respecto! ¿Cómo voy a saberlo? Su desaparición me parece tan inexplicable como a usted mismo, — tartamudeó. — Lo que quería decir es que, en su ausencia, soy aquí el patrón y procedo en su nombre. Dick no permitiría que se abriera esa puerta... Las órdenes de su padre moribundo...

—¡No diga eso! — interrumpióle Jim con impaciencia. — ¿No se acuerda de lo que dijo Lucas el herrero? ¿No recuerda que dijo que tenía orden del patrón de abrir la puerta? Usted no se la permitió esta mañana "a pesar" de las órdenes del patrón. Pero lo que es a mi no me lo va a impedir.

—¡Llamaré a la policía! — dijo Bonholme.

—Sería una locura. No creo que convenga eso a sus intereses, — dijo John Gray con intención. — ¿Sabe usted que Dacre, antes de morir, habló de esta puerta cerrada?

No pudo haber error en la interpretación del gesto de horror que se notó en el rostro de Bonholme. ¡Dacre! ¿Qué había dicho Dacre, el hombre que estaba enterado de todos sus culpables secretos? Bonholme retrocedió como si hubiera recibido un golpe en la cara, pálido y tembloroso.

Por tercera vez Jim levantó y dejó caer el pico. El golpe dió con fuerza terrible en la debilitada puerta. El pasador de la cerradura arrancó un trozo de madera. La parte de la puerta situada entre los dos barrotes, se abrió de pronto. ¡Abierta al fin!

Hubo un momento de pausa, de tensión, de espectativa. A la debil luz del farol, Jim y John Gray miraron hacia el interior de la habitación, con su ventana tapiada, de modo que nadie pudiera mirar jamás por ella.

Jim sacó del bolsillo su linterna eléctrica y dirigió el haz de luz hacia el interior de la habitación, moviéndolo de modo que la recorriera en redondo.

¿Qué esperaba encontrar allí, tras de aquella puerta condenada? No lo sabía. ¿A Dick amordazado? ¿A Dick muerto?

El brillante haz de luz recorrió los rincones de la habitación y permitió ver que ésta se hallaba sin muebles. Solo había en ella una alfombra, colocada en medio del piso.

¡La habitación estaba vacía!

El movimiento de los labios

Jim se quedó atónito, mirando hacia el interior de la habitación vacía.

La voz de Bonholme, alta y chillona, se dejó oir después de un momento de pausa.

—¿Están ustedes satisfechos? No sé lo que esperaban encontrar ahí dentro, pero ya ven que no hay nada. Ahora que ya han satisfecho su impertinente curiosidad, no les parecerá mal que la puerta vuelva a ser asegurada como antes, respetando los deseos de un muerto. ¿Están satisfechos?

Bonholme había hablado demasiado. Su interés porque la puerta volviera a cerrarse era sospechoso. Algo había que no se lograba ver todavía, pero algo había sin duda.

Su referencia a los deseos del padre de Dick era otra prueba. ¿Podía habérsele ocurrido a sir George Audley hacer clausurar la puerta de una pieza vacía? Y después de hacerlo ¿podía haber recomendado tanto a su heredero, que no abriese una habitación donde no había nada?

—¿Satisfecho? ¡Claro que no estoy satisfecho! — dijo Jim. — No fué para entrar en una habitación desocupada para lo que usted y Gryce abrieron esa pequeña puerta dentro de la misma puerta, cortando la hoja por donde lo disimulaban los barrotes. ¡Claro que no!

La puerta había sido cortada, indudablemente, del lado de dentro y después de clausurada la puerta. Tenía que haber otra en-

trada a aquella habitación. ¿Pero dónde?

Jim entró en el cuarto alumbrándose con su linterna eléctrica, Jhon Gray le siguió.

Un rápido examen convenció a Jim de que las paredes no podían ocultar ninguna puerta secreta. Eran de ladrillo y estaban blanqueadas. El blanqueo se hallaba descolorido por la humedad, pero no había señales ni grietas en toda su superficie.

Con el pie separó a un lado la alfombra que medio cubría el piso de losas de piedra. Se detuvo Jim un instante mirando al suelo y luego miró a Bonholme, que estaba del otro lado de la puerta, pálido como un muerto.

—Me parece que me voy acercando al misterio — dijo Jim inclinándose. — Es la piedra del centro ¿no es verdad, señor Bonholme?

No había rastro ninguno que pudiese hacer que Jim sospechara que aquella piedra podía moverse, pero en cuanto había notado qus surgía un soplo de aire por las junturas en torno de la piedra central. La cara de Bonholme confirmó su sospecha y Jim metió la punta del pico en la unión de las piedras.

Sin casi ningún esfuerzo pudo levantar la piedra central.

Estaba puesta de modo que se balanceaba por el medio, gracias a un sólido mecanismo de hierro, roído por los años, pero todavía en buen uso.

La piedra dejó abierto, al moverse, un hueco por el que salió una bocanada de aire frío y se oyó al mismo tiempo un rumor como el que hace el mar en las cavernas El hueco estaba oscuro y presentaba el comienzo de una escalera de hierro que se pendía en la profundidad sombría.

El sitio no era muy agradable, pero a Jim no podían detenerle ni riesgos ni peligros. Tenía que pensar en su patrón y no en sí mismo.

—Voy a descender a enterarme de donde se va por aquí — dijo al señor Gray.

—¿Quiere que vaya con usted? — dijo al punto John Gray.

—No. Usted tiene que permanecer en este extremo y cuidar de que no me corten la retirada. Si fuéramos los dos, cuando quisiéramos volver nos encontraríamos con la piedra convenientemente cerrada e inconmovible y Bonholme, con cara de niño inocente pretendía ignorar por completo lo que había sido de nosotros, — dijo Jim.

El señor Gray alumbró con la luz de su propia linterna eléctrica la oscuridad del hueco, mientras Jim pisó la escalera y descendió hacia lo desconocido.

Durante algunos momentos esperó: Jim lanzaba destellos de su linterna de vez en cuando, mientras iba descendiendo.

—¡Todo va bien! — gritó Jim desde lo profundo.

Y la oscuridad pareció tragarse el pequeño punto de luz.

Mientras había estado de pie junto al hueco, la mirada del señor Gray había notado algo. A la luz del farol, más allá de la puerta abierta, había visto a Bonholme inclinarse y decir algo, en voz baja y al oído a Trask. Estaba muy lejos para que se le pudiera oir una sola sílaba, pero John Gray, que se hi bía interesado mucho en favor de una inst tución de sordo-mudos, se había ejercitad en la práctica de entender lo que se dic por solo el movimiento de los labios. Pc el movimiento de los labios, pues, podía lee con exactitud como muchos sordo-mudos, l que las personas decían.

Y por esto sus ojos pudieron notar lo qu los labios de Bonholme decían al oído d Trask. Era lo siguiente.

"Envíe un mensaje a Gryce inmediata mente. Usted conoce la clave. Es caso de vi da o muerte para todos nosotros".

Trask se retiró precipitadamente, en e instante en que Jim desaparecía en lo pro fundo.

La palabra "clave" preocupó a John Gray. Parecía que se tratara de un telegrama. Pe ro a aquella hora de la noche Trask no encontraría abierta ninguna oficina telegráfica y además, para ir hasta ella tendría que andar más que para ir a casa de Gryce.

¡Un mensaje a Gryce! ¡Y Gryce era un hombre peligroso! ¡John Gray sabía de todo lo que Gryce era capaz.

¿Cómo iba a enviar Trask el mensaje? ¿No podría él detenerlo?

Se había propuesto esperar allí el regreso de Jim. Pero después de todo, Bonholme solo no podía hacer nada. No tenía valor ni audacia para nada. Con Gryce no pasaría lo mismo. Lo mejor era intentar que el mensaje no llegara a poder de Gryce.

Trask había desaparecido por el corredor. John Gray, resuelto ya, salió de la habitación y lo siguió. Bonholme le miró nervioso al verle pasar. Al extremo del corredor estaban dos o tres criadas asustadas. Una de ellas le dijo que Trask había subido la escalera.

El señor Gray subió también. Al llegar al primer rellano se detuvo a escuchar. A alguna distancia se oían los pasos de Trask Gray dirigióse rápidamente hacia el sitio donde se oían los pasos.

Trask se había dirigido hacia el ala del castillo que estaba deshabitada y había desaparecido en una de las habitaciones situadas en el pasaje antes de que Gray se acercara a él. ¿En qué habitación?

Recordó Gray que Bonholme tenía una especie de laboratorio en una de aquellas habitaciones, pero nunca lo había visto. Una de las aficiones de Bonholme era la electricidad y poseía un pequeño dínamo para realizar sus experiencias.

Pero ¿por qué había ido Trask a aquel desierto sitio del castillo si tenía que ir a llevarle el mensaje urgente a Gryce?

Un mensaje en clave. ¿Qué clase de clave?

Mientras avanzaba por el pasillo, John Gray se detuvo de pronto.

De una de las habitaciones salía un sonido extraño. Era un golpear repetido y seguido de unos estallidos poco sonoros pero que se oían bien en el silencio que reinaba.

—¡Tal-tap! ¡tap-tap! ¡tap-tap!

John Gray permaneció de pie, con el ceño fruncido, escuchando. De pronto una idea iluminó su mente.

¡Telégrafo sin hilos!

Trask estaba enviando un mensaje a Gry-

ce mediante la estación secreta, de telégrafo Marconi, instalada en la Abadía de Merlin sin que el dueño de casa tuviera noticia de su existencia. John Gray se dirigió hacia la puerta y movió la manija. La puerta estaba cerrada con llave.

Sin anunciar su propósito apoyó el hombro en la puerta. El hombre que estaba dentro de la habitación no enviaría el mensaje al cómplice de Bonholme como él pudiera evitarlo.

La puerta crugió al empujarla John Gray. Este se separó un poco y corriendo hacia la puerta dió en ella con el hombro con tanta fuerza que la puerta se abrió y llevado por el impulso, Gray entró rápidamente en el cuarto.

Allí Trask, con los auriculares sujetos sobre las orejas por la banda elástica estaba sentado ante una mesa donde se veía un intrincado mecanismo de alambres y aparatos unidos a un pequeño dínamo.

Trask movía rápidamente la manija de ébano del trasmisor mientras entre los polos de la bobina de inducción las chispas azuladas crujían y zigzagueaban produciendo, sus rápidas y sucesivas detonaciones, como el rumor de un trueno lejano.

A pesar de tener las orejas cubiertas por los auriculares, Trask oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Detuvo el movimiento de trasmisión y se volvió hacia el señor Gray, aterrorizado.

El padre de Aileen le apuntaba a la frente con su pistola browing.

En la estación radiotelegráfica

Trask, después de un momento en que no supo qué decir, logró poder hablar.

—¿Qué significa esto? — preguntó quitándose los auriculares.

—Usted se propone enviar un mensaje radiotelegráfico a Gryce. Pues bien, usted no enviará mensaje ninguno a ese canalla y se evitará que haga alguna picardía más. ¡Ya lo sabe usted! — dijo John Gray. — Usted traiciona a su patrón ligándose con los que lo han secuestrado. Como sé que la seguridad de un hombre, de Jim Marsh, depende del mensaje que usted pensaba enviar, no puedo decidir otra cosa: ¡el mensaje no irá!

Gray conocía bastante, teóricamente, la telegrafía sin hilos para estar seguro de que aun no había sido trasmitido el despacho.

Trask había lanzado por medio de la antena, una y otra vez la señal de llamada y mientras el receptor no indicase que Gryce la había oído no podía comenzar a trasmitir. ¡Había llegado a tiempo!

—Recibo órdenes del señor Bonholme, no de usted, — dijo Trask con altanería.

—En este caso especial obedecerá usted mis órdenes — repuso el otro.

Trask permaneció inmóvil, sin saber qué partido tomar.

De pronto John Gray notó una astuta expresión en el rostro de Trask, que le miró con insolencia.

No había oído ruido de pasos, pero comprendió Gray que alguien se acercaba silenciosamente a su espalda.

Casi instintivamente, Gray volvió. Esto le resultó fatal. Trask avanzó y le tomó la muñeca de la mano en que tenía la pistola. Al mismo tiempo fué atacado por la espalda. El que había llegado era Bonholme.

Con la presión de la mano salió el tiro y el proyectil atravesó el extenso vidrio de la ventana sin cortina. Gray luchó desesperadamente, pero, contra dos, no tenía probabilidades de vencer. Trask le retorció la muñeca con las manos de manera tal cruel que tuvo que soltar el arma.

Un instante después Bonholme empuñaba la pistola y aplicaba el caño a la sien del padre de Aileen.

—Usted no debía, verdaderamente, haberse metido en esto que nada le importa, señor Gray, — dijo Bonholme con su untuosa voz. — No me obligue a hacer uso del arma. Crea que sintiría mucho verme obligado a ello. Me horropila matar, aun cuando sea a una avispa. Pero si la avispa pica.... Ya comprende usted.

A pesar del tono dulzón de la voz se comprendía que aquel hombre era capaz de todo. Bonholme se hallaba arrinconado, ante la amenaza de verse arruinado; y el asesinato de Dacre, la tentativa contra su hija y Jim por el cómplice de Bonholme, advertían al señor Gray que la amenaza podía ser cumplida.

Se encogió de hombros y no intentó luchar más.

—¡Quítese de delante de la ventana! — dijo el hombre que le amenazaba con la pistola.

Bonholme se había dado cuenta de pronto de que la ventana no tenía cortina y que cualquiera que mirara desde el jardín podía ver lo que pasaba en aquel cuarto.

Trask corrió la cortina.

—¡Ahora, Trask, pronto con el mensaje!

Trask se sentó de nuevo ante la mesa de los aparatos y volvió a hacer la señal llamando a Gryce.

Cada vez que oprimía la llave la chispa azulada con sus crujidos y detonaciones saltaba del aparato. ¡Tap-tap! ¡tap-tap! Trask siguió enviando la llamada una y otra vez. Pero el receptor permanecía silencioso.

Parecía que no era ya posible obtener respuesta de la estación de la casa de Gryce.

¡Tap-tap! ¡tap-tap! ¡tap-tap!

De improviso un rápido ¡tic-tac! sonó en el resonador. Contestaban al llamado.

—¡Ya lo tengo! — exclamo Trask muy contento.

Su mano oprimió la llave y empezó a trasmitir según el alfabeto Morse.

En el mismo momento se oyó un ruido fuerte que interrumpió la actitud de expectativa de los que se hallaban en el cuarto.

Detrás de la cortina de la ventana se oyó el ruido de vidrios rotos y la cortina fué separada y descorrida en un instante.

En el hueco de la ventana se vió una figura, la de un hombre, que, mientras pasaba por el jardín, había oído el tiro de unos momentos antes y había visto que varios hombres peleaban en aquella habitación. Ha-

bía subido por las enredaderas y había decidido entrar en el cuarto rompiendo el vidrio de la ventana. Era un hombre de buen aspecto y joven a quien John Gray miró con asombro.

—¡Tom! — exclamó.

Era Tom Gray, el hermano de Aileen.

Tom Gray no perdió el tiempo. En cuanto pisó el suelo atravesó la habitación. Pero por rápido que fuera, más rápido fué su padre. En su consternación del momento Bonholme había dejado de observar a su prisionero solo un instante, pero éste lo aprovechó Jhon Gray para arrebatarle la pistola.

—¡No te ocupes de mí! ¡Estoy seguro! — gritó el señor Gray a su hijo. — ¡Evita que ese hombre envíe el mensaje!

Pues Trask, comprendiendo que había que aprovechar los momentos, había comenzado a trasmitir con la mayor rapidez que le era posible.

Tom, detenido por el grito de su padre, se dió cuenta, en seguida, de la situación.

—Eso es muy sencillo, — dijo sonriendo.

Tomó, al decir eso. una pala de la chimenea y dió con ela un golpe certero y fuerte en el delicado aparato, desconcertándolo por completo. Gryce no recibiría el mensaje radiotelegráfico aquella noche.

Tom se volvió miró a su padre con gesto interrogativo. Era un joven alto, de excelente presencia, muy distinto en su aspecto de aquel a quien Fox Dacre había metido en sus combinaciones turbias poco tiempo antes. Tom, después de librardo de las garras de Dacre por Dick Audley, había cambiado por completo.

—¿A qué se debe todo esto, papá? Me han dado unos días de licencia porque la fábrica se muda de local y se me ocurrió venir a darles una sorpresa. Pero el sorprendido soy yo. ¡Me parece haber caído en plena escena de melodrama!

Durante un momento el señor Gray no habló. Miró a su hijo con orgullo. Pensó que su inesperada llegada había sido asombrosamente oportuna.

Trask permaneció inmóvil un instante, furioso y derrotado. Luego, de improviso, se dirigió hacia una puerta que conducía a una habitación interior, sin que Tom tuviera tiempo para detenerle. Pasó la puerta y cerró con llave casi antes de que los otros comprendieran su propósito.

—¿Voy tras él, papá? — preguntó Tom.

John Gray inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Tom corrió hacia la puerta. Pero antes de que la cerradura cediera Trask tuvo tiempo de escapar.

Tom entró en la habitación y halló la ventana abierta. Trask se había dejado caer al jardín, sobre un montón de plantas y se había eclipsado en la oscuridad.

. . . . . .

Tom y su padre descendieron la escalera y fueron por el corredor hasta la habitación donde la piedra del piso, levantada, dejaba ver abierto el hueco por donde se había ido Jim.

De Marsh no había señal ninguna.

John Gray pensó que Trask debía haber partido a llevar a Gryce, á la Granja el mensaje que no había podido enviar por telégrafo sin hilos.

Si eso se proponía tendría que ir a pié, pues el garage estaba cerrado y Jim tenía la llave en el bolsillo.

Con Tom a su lado, no temía ya, como antes, la intervención de Gryce.

El y Tom se sentaron a conversar en la habitación de la torre — a la que el primero había llevado un par de sillas — esperando junto al hueco del suelo el regreso de Jim.

Era muy tarde para que Tom viera a Aileen quien como lo informó la mucama, estaba durmiendo.

—Papá, — dijo Tom. — Veo que está usted muy fatigado. Acuéstese. Yo vigilaré aquí y, si es necesario, le llamaré. Ni Bonholme, ni Trask, ni el mismo Gryce pasarán por esta puerta.

Y, después de resistirse, aun cuando debilmente, pues en verdad estaba muy cansado, el señor Gray se retiró a su habitación dejando a Tom de guardia.

Al final del túnel

Jim descendió lo menos doce escalones de la escalera de hierra antes de que sus pies volvieran a tocar tierra de nuevo.

A la luz de la linterna vió que se hallaba de pie en una piedra en la que descansaba la escalera y que, ante él había una serie de escalones descendentes, toscamente labrados en la sólida roca.

—¡En esta casa nunca terminan las sorpresas! — díjose.

Cautelosamente comenzó a descender y la luz que se distinguía por la abertura de arriba fué haciéndose cada vez más tenue. El rumor del mar y del viento llegaban hasta Jim que se dió cuenta entonces de que venían de una boca, como la de un túnel, que había al pie de los toscos escalones de piedra.

Jim era valeroso y audaz, más que muchos hombres, pero con seguridad hubiera dejado la exploración de aquel túnel, que parecía hundirse en las entrañas de la tierra hasta el momento en que alguien pudiera acompañarle, de no haberse tratado de la seguridad y la vida de Dick.

Era necesario seguir adelante. Con el revólver en una mano, dispuesto a todo evento, con la linterna eléctrica en la otra, para alumbrar de vez en cuando el camino, siguió avanzando.

Era aquel un túnel de altura únicamente suficiente para que pasara un hombre. Su suelo iba en cuesta descendente. Debía tratarse de algún conducto natural ensanchado por la mano del hombre. Los costados, el techo y el piso estaban toscamente trabajados y había en el piso muchos trozos de piedra sueltos.

¿A dónde conducía aquel túnel cuya existencia era conocida por Gryce y su gavilla que, sin duda lo utilizaban?

¿Iba a conducir al conocimiento del secreto de la desaparición de su patrón y quizás el de otros secretos más?

El destino del padre de Dick, el misterio de la caja amarilla, cuya grabada inscripción decía que tenía la llave de la riqueza puesta fuera del alcance de las ambiciones de la avaricia.... ¿serían descubiertos por él, finalmente?

El túnel parecía interminable y aun cuando el descenso había dejado de ser violento, seguía siempre descendiendo mientras Jim continuaba delante.

De pronto el rugido del mar llegó hasta él de modo distinto, de manera muy rara, como si procediera de arriba de su cabeza.

La lámpara eléctrica se apagó de improviso. O la pila se había agotado o tenía algún defecto.

No era agradable hallarse así, en a tientas, entre la densa oscuridad, en sitio tan poco hospitalario. Jim encendió un fósforo, pero el viento lo apagó inmediatamente.

—¡No! ¡No vuelvo hacia atrás! — dijo Jim como desafiando a su mala suerte. — ¡Con luz o a oscuras seguiré adelante!

Y una vez más continuó andando a tientas, entre la densa oscuridad, encendiendo de vez en cuando algún fósforo a fin de darse relativa cuenta del aspecto del sitio donde se hallaba.

¿Cuánto tiempo estuvo caminando? Con seguridad había andado — le parecía — más de una milla. Quizá fueran dos millas. En la oscuridad no le era fácil calcular la distancia.

Por fin, mirando hacia adelante, Jim vió que la oscuridad disminuía y una pequeña y tenue claridad le indicó que el fin del túnel se hallaba cercano. Esto dió nuevos ánimos a Marsh.

Fué acercándose cada vez más a la boca del túnel — algo iluminada, pues la luna alumbraba el cielo y su luz se esparcía por densas partes, aun cuando velada por densas nubes, pero casi a oscuras. Luego oyó el ruido del mar muy cercano y hasta el chillido de las gaviotas y por fin llegó a la desembocadura de la galería.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semi-oscuridad reinante pudo distinguir una elevada masa de oscuras rocas y, notó que en la roca estaban tallados más escalones, en número interminable, que ascendían perdiéndose en la oscuridad.

A su alrededor no se veía más que el mar que rompía contra las rocas. A sus labios llegaron saladas salpicaduras. Jim miró a todos aldos con los ojos muy abiertos. ¿Dónde le había conducido el túnel?

Rápidamente la respuesta acudió a su mente.

¡La Peña Negra!

No podía hallarse en otro sitio. — ¡La Peña Negra, la que todos creían inaccesible, rodeada de traidoras rocas, la que se levantaba frente a la costa donde estaba la Abadía de Merlin, la peña donde aparecía la extraña y misteriosa luz.

¡A menos que hubiera estado soñando, Jim había ido de la Abadía de Merlin a la Peña Negra, a pie enjuto, por un túnel que pasaba por debajo del mar!

En el mismo momento en que tan asombrosa revelación se presentó a la mente de Jim, éste se sintió distraído de tales pensamientos por un ruido igual al que había oído en la hondonada del "Salto del Perro" aquella misma tarde: el zumbido de un aeroplano

Sonaba en lo alto, sobre su cabeza y parecía descender poco a poco, planeando sobre el mar, como si el aeroplano fuese a tomar tierra en la Peña Negra precisamente.

Era el aeroplano de Gryce, según Jim lo sospechó en seguida y en el aeroplano iba Gryce en persona, cosa que Jim ignoraba.

El pillo había recibido el mensaje de Bonholme.

Trask se lo había comunicado de palabra. Le había dicho que la Puerta Cerrada había sido abierta por último y que el hombre a quien más temía Gryce se hallaba ya camino de la isla que encerraba todos sus criminales secretos, de la Peña Negra.

Prisioneros del mar

El intenso zumbido parecía resonar ahora sobre su cabeza. Jim miró hacia arriba, pero era tan intensa la oscuridad reinante que no logró distinguir el aeroplano.

De pronto, el ruido cesó. El aviador había detenido su motor lo que indicaba que el aeroplano iba a aterrizar en la misma isla.

Jim pudo oir el rápido deslizarse del aparato por el aire. in duda ninguna, la máquina voladora iba a descender en algún sitio que se hallaba del otro lado de la alta muralla de piedra que estaba ante él.

Se comprendía que la isla debía ser considerablemente más grande de lo que parecía vista desde tierra, desde que era posible que descendiera en ella un aeroplano, no ya de día sino de noche, cuando las dificultades para tal operación tenían que verse quintuplicadas.

Pero ese descenso, difícil o no, del aeroplano, se había verificado ya sin acidente, pues Jim oyó a la distancia un débil murmullo de voces.

Era el monoplano de Gryce, seguramente, Jim no lo dudaba. Y con seguridad, Gryce en persona había venido en el aparato.

Así ese archicriminal, cuyas siniestras actividades habían extendido una nube de terror en toda la comarca circundante, tenía a su disposición ese medio de comunicarse con el islote, inaccesible por mar, debido a los arrecifes, sumergidos y traicioneros, envueltos en espuma, que rodeaban como salvajes centinelas todo su contorno.

Jim permaneció quieto, escuchando con todos los nervios en tensión.

Era de importancia suprema que su presencia en la Peña Negra no fuera ni sospechada por sus enemigos cuando se hallaba aun en el umbral de sus investigaciones.

Estaba seguro de que en aquella isla no sólo Dick sino el padre de Dick, — que hacía seis meses pasaba por muerto ante la sociedad — eran tenidos prisioneros.

"El mar protege las paredes de su prisión", había oído Brood a Gryce en una ocasión, refiriéndose al hombre a quien su propio hijo creía muerto, descansando en su

tumba. El recuerdo de aquellas palabras de Gryce, repetidas por Brood, acudió significativamente al recuerdo de Jim.

Durante aquellos seis meses, sir George Audley, — el padre de Dick, — debía haber estado encerrado allí en aquella isla, a la vista de la casa donde vivía su propio hijo: — ¡prisionero del mar!

—¡Ya era tiempo de que yo me metiera en todo esto! — díjose Jim. — ¡Eh! ¿Qué pasa?

Las voces qu antes había oído lejanas parecían acercarse poco a poco. Los hombres que hablaban se dirigían sin duda hacia el sitio donde estaba él.

¡Y una de las voces aquellas era la de Gryce!

Jim lanzó una apresurada mirada a su alrededor en busca de un sitio donde ocultarse.

No se atrevía a encender un fósforo, pues no sabía a qué distancia se encontraban sus enemigos.

Pero poco más allá, no lejos de la orilla del mar, había unas rocas que podían servirle.

Rápida y silenciosamente fué a guarecerse detrás de una roca.

Con la pistola automática en la mano, prevenido para todo evento, se acurrucó entre las piedras esperando los sucesos.

Jim podía escuchar la voces cada vez más cerca. Luego, tres figuras apenas discernibles en la oscuridad aparecieron. Se presentaron de improviso, no por la escalinata tallada en la pared de roca sino procedentes de uno de los costados, del lado de la orilla del mar.

Al oir con claridad las primeras palabras el hombre acurrucado se dió cuenta de que la razón que había llevado a Gryce a la Peña Negra había sido el conocimiento de que él — Jim, — se había abierto camino hacia el túnel que conducía al misterioso islote.

—¡Maldito sea ese entrometido de Marsh que se empeñó en conseguir y consiguió al fin, abrir la puerta cerrada y meter la nariz en el secreto que oculta! ¡Por desgracia para él me han avisado a tiempo! ¡Ahora, cuando llegue, caerá en nuestra trampa! — decía Gryce.

En su tono se notaba una intensamente maligna intención.

Después de ua breve pausa, Gryce agregó:

—¡Vendrá, pero no le será posible volver con el cuento!

Por esas palabras y las que oyó después, Jim pudo darse cuenta de lo que había sucedido en la Abadía de Merlin después de su partida: — de la tentativa de Bonholme para hacer enviar un mensaje por telégrafo Marconi a Gryce, de la intervención de Tom Gray y cómo Trask había ido a la Granja en la bicicleta para avisarle lo que pasaba.

Si el mensaje por telégrafo Marconi hubiera podido llegar hasta Gryce, éste hubiera estado en el islote diez minutos antes y Jim hubiera caído en la celada que le preparaban sus enemigos.

Pero evidentemente, Gryce, por alguna razón, estaba convencido de que Jim no podía haber llegado aun al islote.

—Un minuto después de oir la noticia que me llevó Trask, me encontraba en camino para aquí, — dijo — No creo que hubiera sido, sin embargo, un inconveniente muy grande que Jim llegara a este sitio antes que nosotros. La Peña Negra es una trampa de donde no se sale cuando se quiere, una vez que se ha entrado.

Gryce encendió la lámpara eléctrica que llevaba, mientras se expresaba así. Por un instante, la luz iluminó un paisaje fantástico. De un lado la boca del túnel que se hundía bajo el mar, del otro la alta muralla de piedra del costado de la isla con sus escalones que parecían no tener fin y que se perdían en la oscuridad de lo alto.

La luz dejó ver tambien, las caras de Gryce y de sus compañeros. Uno de ellos — desconocido para Jim — estaba vestido de aviador. Era sin duda el piloto que había conducido a Gryce en el monoplano.

El segundo era un tipo bajo y grueso de tez morena y a quien Gryce daba el nombre de Pedro. Su oscuro rostro era horrible y represivo y en sus ojos se leía la crueldad.

—¡Yo no soy muy bonito que digamos pero sí a la gente se la ahorcara por fea este tipo no se libraba de ser colgado! — reflexionó Jim mirando al hombre con mayor interés pues había oído que Gryce le encargaba de vigilar su esperada llegada a la isla

—Nosotros nos vamos ahora. El estará aquí muy pronto. Espérelo en la sombra Pedro. En cuanto lo vea, toque la campanilla de alarma, — dijo Gryce. — Oprima el botón una vez si viene solo; dos si viene alguien más que Marsh.

Evidentemente, había alambres eléctricos que conectaban las distintas partes de la isla que servía de cuartel general a aquella gavilla de peligrosísimos criminales.

—No es que yo crea que usted no se basta y sobra para dominarle, sobre todo si lo toma de sorpresa — agregó Gryce, — pero conviene estar sobre aviso. Lo confío a sus amabilidades, Pedro. Lo que nos interesa es que ni pueda volver a la Abadía de Merlin nunca jamás. El único peligro que me inspira cuidado es el que representa Marsh. Una vez que hayamos logrado hacerle callar para siempre...

Gryce cortó la frase con una risotada llena de maldad y que demostraba toda la vileza de su espíritu.

En la oscuridad se vió brillar entonces la dentadura del mulato que respondía con una sonrisa a la indicación de su patrón.

—¡Ya sé, ya sé, — dijo Pedro, — el patrón puede confiar en mí!

Gryce volvió a reir. Pero había algún temor en el tono de su voz cuando agregó:

—Conviene que no cometamos errores ni que nos dejemos sorprender o nos arruinaremos sin remedio. Estaremos perdidos en el mismo momento en que la policía se entere de lo que se oculta tras la puerta cerrada. La Abadía de Merlin es un sitio solitario y una vez puesto fuera del camino Jim Marsh y Dick Audley ya sabré yo, si mis planes no fallan, cómo arreglar a los que quedan en la Abadía.

Algo había en el tono de su voz que con-

renció al hombre que escuchaba acurrucado de que aquel hombre amenazaba, embozadamente, pero con toda la crueldad que le era característica, a Aileen Gray y a su padre.

—¡Me parece que sus planes han fallado ya, mi amigo! — díjose Jim con una mueca. — ¡Muy seguro se encuentra usted de su éxito y por eso mismo le va a doler más el fracaso! Por la pronto no ha logrado adelantarse a mi en llegar a la Peña Negra y mi presencia anticipada le dará, de seguro, algún trabajo. ¡Qué tonto! ¿Suponía que iba a andar toda la noche? ¿Creía que me iba a detener en el camino haciendo ramitos de flores?

Gryce y el aviador se fueron por donde habían venido dejando a Pedro de guardia.

Este permaneció un momento escuchando junto a la boca del túnel. Después se puso a pasear de un lado a otro con el paso silencioso de un gato, no lejos de donde Jim estaba escondido.

Jim comenzaba a sentirse acalambrado y dolorido, pero no se atrevía a cambiar de postura temiendo llamar la atención del hombre.

Estaba armado pero hubiera preferido, para mayor seguridad, entendérselas con el mulato sin hacer uso de armas. Pero el hombre podía avisar y hacer que compareciera Gryce y su compañero. Este era el peligro.

Parecía que Jim tuviera que quedarse allí por tiempo indefinido.

De pronto, Marsh comenzó a sentir que le hormigueaban las piernas de tanto tenerlas encogidas.

—¡No hay más remedio! ¡Tengo que estirar las piernas haya mulato o no lo haya! — murmuró Jim por último.

Al moverse, una piedra suelta rodó un espacio. El hombre que paseaba de un lado a otro, como centinela, se detuvo al oir el ruido y se volvió lleno de sospecha.

Corrió hacia las peñas donde estaba escondido Jim. Un instante despues la luz de su linterna eléctrica en el rostro del hombre acurrucado.

—¡Ah! ¡Así que es usted eh!...

De pronto, calló. Jim no se había movido nunca, en toda su vida, con la rapidez con que se movió entonces. Bien sabía que su existencia dependía de un brevísimo espacio de tiempo.

Saltó como un gato montés. Su puño izquierdo zumbó en el aire y fué a golpear con terrible fuerza. Jim oyó el ruido de los dientes del mulato al chocar en el momento en que su formidable puñetazo le daba de lleno en el extremo de la mandíbula.

No se oyó ni un solo grito. Sucedió todo demasiado rápidamente para que hubiese tiempo ni siquiera para un gruñido. Pedro retrocedió tambaleándose por las peñas resbaladizas. Estaba demasiado cerca de la orilla para que pudiese tener probabilidad ninguna de salvarse.

Durante una fracción de tiempo el mulato se balanceó en el borde de las piedras, levantando los brazos como pidiendo socorro. Después desapareció, cayendo al mar y hundiéndose entre la espuma de las olas que rompían contra los arrecifes de la costa.

Una puerta en la muralla

Probablemente el hombre, al caer, se dió un golpe, en la cabeza con alguna de las piedras semi sumergidas de la orilla.

Una enorme ola levantó el cuerpo inerte en el momento en que desapareció y lo llevó mar adentro, como un corcho flotante, al retirarse después de romper contra la orilla.

Jim se quedó de pie, mirando, emocionado. No se había propuesto matar a aquel hombre aun cuando estaba seguro de que sus intenciones para con él no podían ser otras que las de darle muerte.

Sin embargo, no podía dejar de pensar que era probable qeu aquella súbita fatalidad hubiera salvado la situación, no solo en lo que tenía relación con los demás. Jim se acordó de las veladas amenazas de Gryce contra los que él había dejado en la Abadía de erlin.

La linterna eléctrica se había caído de manos del mulato. Jim la recogió. Podía serle útil, sobre todo desde que la suya había fallado.

Permaneció un instante escuchando. No se oía ningún ruido que no fuera el rumor del mar rompiendo contra la costa y los chillidos de las gaviotas. Evidentemente Gryce y su compañero estaban en otra parte de la isla. No podían tener ni la más remota idea de lo que le había pasado a Pedro.

¿Qué debía hacer? ¿Volver a la Abadía de Merlin rápidamente y dar cuenta de lo que había descubierto?

Pero el camino era largo y deseaba tener antes alguna prueba definitiva. No podía dudar de que Dick se encontraba prisionero en la isla, pero necesitaba algo que lo demostrara. Por falta de prueba no había podido convencer a la policía de que el hombre disfrazado que les había llebado con engaños a él y a Aileen a la casa del lago, era Gryce.

Una vez puesto fuera de combate el mulato Pedro no le tocaría entendérselas más que con dos enemigos y la situación no le era, al fin y al cabo, tan desfavorable.

Durante un momento se detuvo al pie de los escalones de la peña, al parecer, interminable escalinata esculpida en la pared de pidra. ¿Dónde conducía?

Evidentemente, aquella escalinata se encontraba en un costado de la isla que no era el que quedaba delante de la Abadía de Merlin, puesto que ni con los anteojos de larga vista la había podido ver nunca. Lo que sí había visto era, en la cumbre de las rocas, algo que parecía las ruinas de un antiguo monasterio, restos del antiguo priorato que se levantaba allí en épocas pasadas cuando, durante la baja marea era posible ir de la costa a la isla por una línea de peñas desgastadas por la acción del agua hacia ya tiempo.

¿Habrían sido aquellos frailes, de siglos atrás, los que habían hecho el pasaje subterráneo que unía a la isla con la Abadía situada en la orilla?

Jim volvió la espalda a la escalinata decidido a ir por el camino, menos visible, por donde Gryce se había retirado y que eviden-

temente volvía la esquina de las rocas y se dirigía hacia el otro extremo de la isla.

Se dirigió, pues, en la misma dirección en que había visto desaparecer a Gryce.

Fué así hasta el borde de la isla y llegó a un sendero que dominaba el mar y volviendo la esquina de la alta muralla de piedra, seguía por el costado, contra el cual rompían furiosamente las olas.

Agarrándose con fuerza al pasamanos de hierro, Jim siguió por el estrecho sendero. Lenta y cautelosamente fué avanzando en la semi oscuridad, envuelto en las ráfagas de viento y espolvoreado a ratos por la espuma de las grandes olas que se deshacían furiosamente contra las rocas.

El sendero ascendía abruptamente. Pronto el mar, como pudo darse cuenta porque su rumor resonaba más y más distante en las oscuras profundidades, quedó muy abajo, mientras Jim continuaba su marcha por el senderao evitando caerse gracias a que no soltaba el pasamanos. La idea de que podía faltarle ese apoyo le hacía estremecer.

De pronto y sin que nada pudiera haberlo hecho suponer, el pasamanos terminó.

Jim se detuvo en el mismo momento. No le parecía posible seguir por aquel sendero tan estrecho, tan alto, tan peligroso, donde soplaba con tanta violencia el viento, sin tener para sujetarse más que la lisa pared de la roca. Aun con el pasamanos para agarrarse el viaje aquel no había sido, por cierto, una excursión de placer.

—Me parece indispensable un poco de luz para enterarme de dónde me encuentro, — murmuró Jim.

Brilló durante un momento la luz de la linterna eléctrica y Jim vió que, precisamente donde terminaba el pasamanos había un hueco, — en forma de arco grande, — en la roca. Venía a ser como una puerta abierta en la superficie vertical de la roca a más de cincuenta pies sobre el nivel del mar.

La puerta, de madera antigua y carcomida, estaba abierta y daba a una galería que, como pudo ver Jim a la luz de la linterna, describía una curva casi inmediatamente después y se hundía en las entrañas del islote.

Del otro lado de la puerta, en la pared de la roca, seguía el pasamanos y el sendero, siempre ascendente, hasta llegar a lo alto de la isla.

—¡Qué extraña puerta de calle! — exclamó Jim. — ¿A dónde se entrará por ella?

Probablemente corría el peligro de ser descubierto si entraba, pero Jim pensó que el asunto que tenía entre manos era demasiado serio para detenerse ante consideraciones de esa especie.

Aquella isla era un laberinto de aún no explorado misterio, pero a él le correspondía tener valor para ir hasta lo más profundo de ese misterio y descubrir dónde Dick y el padre de Dick estaban encerrados y prisioneros. Aquella galería parecía ser el camino que conducía a algún descubrimiento de importancia.

Pero se detuvo unos instantes a escuchar antes de decidirse a entrar. No convenía correr riesgos que pudieran evitarse. Después, con toda precaución, penetró en la galería sintiendo, por el contacto que conservaba con la pared, al avanzar, que el camino se torcía de pronto y formando cerrado ángulo.

En cuanto volvió el recodo, Jim pudo ver el suave resplandor de una luz.

No se oía ningún ruido inquietante. Se deslizó lenta y silenciosamente y acabó por hallarse en una especie de hall con techo abovedado, de piedra, sostenido por gruesas columnas. Debía ser aquello algún resto del viejo priorato. Una lámpara colgante esparcía difusa luz.

Varias puertas daban al hall. Una de ellas estaba entreabierta y por la abertura salía una luz rojiza como si del lado de dentro colgara una cortina tapando el hueco.

De aquella habitación llegaba el sonido de una risa, inconfundible: la risa de Gryce.

Se hallaba, sin duda alguna en el centro mismo de la guarida secreta de los criminales.

Acercándose a la pared, con la pistola automática en la mano, Jim se aproximó con todo cuidado hacia la puerta entreabierta.

Pudo llegarse bastante cerca para oir lo que hablaban dentro de la habitación. Era Gryce quien hablaba.

—Era raro que no hayamos oído todavía la señal de Pedro. Marsh ha tenido ya tiempo suficiente para llegar a la isla. A menos que se haya asustado a mitad de camino y haya vuelto atrás.

—No parece que sea hombre como para asustarse, a juzgar por lo que usted nos ha dicho a su respecto — dijo otra voz.

—Por lo menos debemos desear que no se haya vuelto, pues en este caso nos encontraríamos con una persona más de quien ocuparnos en la Abadía de Merlin. Pero me hubiera gustado mucho más que hubiera venido. Estoy impaciente por volver a la costa, — dijo Gryce malhumorado.

Las palabras que pronunció después indicaron a Jim la razón por la cual Gryce estaba tan deseoso de volver a la costa.

En el momento en que Gryce se había enterado de que el pasaje secreto había sido descubierto y de que sus criminales secretos corrían peligro de ser conocidos, había obrado sin perder un solo instante. Dos de la gavilla vigilaban en aquel momento la Abadía de Merlin, a fin de evitar el riesgo de que el señor Gray y su hijo se comunicaran con el exterior. Cuando Gryce, — de regreso, — se uniera a ellos, el proyecto que tenían era entrar sigilosamente en la Abadía y apoderarse del señor Gray, de su hijo y de Aileen.

Jim escuchó horrorizado la exposición del plan de aquellos criminales. Se comprendía que el jefe de la gavilla se había propuesto nada menos que suprimir a cuantos se habían enterado de lo que había detrás de la puerta cerrada, convencidos de lo que para ellos significaría el hecho de que lo sucedido llegara a conocimiento de la autoridad policial.

Y si conseguían su maléfico designio de apoderarse de los Gray, ¿qué destino esperaría a éstos?

Jim lo adivinaba. Desaparecerían sin que se volviera a saber qué había sido de ellos. Su destino sería la muerte si....

—¡Pero eso es lo que hay que evitar! — díjose Jim.

En aquel momento nuevas frases llegaron a sus oídos.

—No creo buena su idea de llevar a joven Audley a tierra en el monoplano, Gryce. Me parece muy arriesgado. Creo que aquí está mucho más seguro. — dijo una voz que Jim no había oído antes.

—Tengo una razón especial para desear que el joven vaya a la costa, — dijo Gryce.

—Pues yo considero que esa medida es peligrosa, — replicó la otra voz.

—¡Aquí mando yo! No se atreva a discutir ni una sola de mis disposiciones. ¿Comprende? — grito Gryce de mal modo. — Irá conmigo en el monoplano. Sé por qué lo digo. ¡Y basta!

Como Jim lo había supuesto, su patrón estaba vivo, en la isla.

Jim se retiró de la puerta rápidamente. En el momento que había seguido a la explosión de autoritario enojo de Gryce, había oído dentro de la habitación rumor de pasos que parecían acercarse a la puerta.

No tuvo tiempo para escurrirse y buscar refugio en el pasadizo de entrada. Solo le quedaba un recurso y lo utilizó. Jim se escondió detrás de una de las gruesas columnas.

Acababa de ocultarse cuando la puerta se abrió y apareció Gryce, mirando recelosamente.

La primera mirada que dirigió hacia el mal alumbrado hall, pareció tranquilizarle. Estaba por volver a entrar en la habitación cuando algo le llamó de improviso, la atención.

Algo blanco había en el suelo, en el sitio donde Jim había estado parado, escuchando, un momento antes.

Era un pañuelo.

Gryce avanzó, lo recogió y lo examinó. El pañuelo estaba marcado y tenía un nombre: "Marsh".

Al ver la marca del pañuelo, el criminal, que sospechaba ya, consideró plenamente confirmadas sus sospechas.

Mirando desde detrás de la columna, Jim se dió cuenta de lo que estaba sucediendo. El pañuelo tenía que convencer a Gryce de que el dueño de aquella prenda no se debía encontrar muy lejos.

Jim permaneció esperando con ansiedad, suponiendo que Gryce anunciaría a gritos su hallazgo y haría salir a sus compañeros del cuarto cuya puerta estaba cubierta con la cortina roja. Sucediera lo que sucediera, se defendería como pudiese.

Pero en el primer momento, Gryce se sintió demasiado sorprendido para poder hablar.

Luego miró a su alrededor y movió la cabeza sonriente, encaminándose hacia la columna mientras llevaba la mano al bolsillo en procura de su revólver.

Pero no tomó a Jim desprevenido. Jim avanzó y lo detuvo en mitad de su camino. Silenciosa y rápidamente, de manera inesperada, surgió de su escondrijo y lo primero de que pudo darse cuenta Gryce fué de que una pistola automática le apuntaba al entrecejo al mismo tiempo que dos ojos — que no anunciaban nada bueno, —le miraban fijamente.

—¡Si hace usted el menor ruido, le mato! — dijo Jim en voz baja y reconcentrada. — La muerte que usted ha merecido mil veces por todos sus crímenes, nunca se ha hallado más cerca de usted que en este momento.

Había en la cara de Jim un gesto tal de tranquila determinación que Gryce se convenció — si es que necesitaba algo aun para convencerse de tal cosa — que, aun cuando sus compañeros se hallaban tan cerca que casi podían llamarles sin levantar la voz, la primera tentativa que hiciera en tal sentido, sería su certificado de defunción.

El último vuelo

No brotó de sus labios ni el menor sonido. El instinto de la conservación le permitió dominar inmediatamente su deseo de pedir socorro.

Durante un momento, Gryce, tomado de sorpresa por el único hombre a quien temía, permaneció pálido y dominado. Sus amigos estaban a menos de doce yardas de distancia. Sin embargo, aquel hombre, ante el cual tantos temblaban, estaba tan aterrorizado que no se atrevía a llamarlos en su auxilio. ¡Estaba dominado y vencido!

De improviso, y mientras las dos silenciosas figuras estaban frente a frente, un espasmo extraño contrajo las facciones del hombre. Luego, de pronto, con un horrible e inarticulado grito, Gryce cayó al suelo. Cayó sin sentido haciendo una mueca horrenda, retorciéndose y manoteando.

Como le había sucedido en otra ocasión, el día aquel, en la casa del lago, la tensión de su furia le había ocasionado uno de los ataques epiléticos de que Gryce padecía.

Su grito llegó hasta los dos hombres que estaban en la habitación.

Alarmados salieron al hall y vieron inmediatamente a Gryce que se retorcía convulsivamente en el suelo.

Mientras corrieron hacia el hombre que sufría el ataque no notaron la presencia de la persona que se había vuelto a esconder detrás de la columna. Jim estaba tan contento que no se atrevía a creer en su buena suerte.

Los dos hombres se llevaron a Gryce a la habitación.

Jim salió silenciosamente al exterior. Su propósito era regresar por el sendero de las rocas y volver inmediatamente a la Abadía de Merlin. Ya tenía prueba de que Dick estaba vivo y era tenido prisionero.

Pero Gryce, cuando se le pasara el ataque, comprendiendo que estaba perdido, podía escaparse en el monoplano.

¡Si pudiera dejar a Gryce en al Peña Negra, sin medios para escapar de la isla como no fuera por el túnel que conducía a la Abadía de Merlin!

El ataque que sufría Gryce en aquel momento evitaba que su enemigo pudiera ocuparse de él y colocaba las circunstancias en su favor.

Pero ¿dónde estaba el monoplano?

Debía de estar en algún sitio llano y grande de la misma isla, desde que le había sido posible aterrizar. El sendero que conducía a lo alto debía llevar al sito donde estaba el aparato.

Jim había supuesto bien. El sendero le condujo a un aplataforma no en lo más alto de la isla, pues delante de ella se levantaba aun una masa de piedra coronada por ruinas de los antiguos edificios; las ruinas que se distinguían, — mirando con los gemelos, — desde la Abadía de Merlín.

Allí, delante de él, se encontraba el monoplano desde el cual, aquella tarde horrible, había partido el tiro que diera muerte a Fox Dacre.

En torno de la meseta utilzada para aterrizar había una fila de lámparas eléctricas que se encendían sin duda para guiar al aviador cuando se oía que el monoplano, con Gryce, se aproximaba a la Peña Negra.

—¡Me está pareciendo que este monoplano ha volado por última vez! — se dijo Jim mientras, entre las sombras, se aproximaba al aparato.

Su primera idea había sido estropear el delicado mecanismo de modo científico que, al mismo tiempo, hiciera imposible su compostura. El conocimiento que tenía de los motores a explosión debía servirle para el caso.

Pero de improviso se le ocurrió otra idea. Jim se sonrió. Si podía llevar a la práctica lo que acababa de pensar el monoplano realizaría aun un último vuelo.

Jim, interesado en cuanto se relacionaba con motores, había estado más de una vez en el campo de aviación de Hendon y allí había visto cómo se construyen y manejan los aeroplanos. Hasta había llegado a intentar un desdichado vuelo de ensayo con el resutado de que, tan pronto como el aparato se desprendió del suelo se dió vuelta y Jim fuó a caer con matemática exactitud en el mismo centro de un charco. Pero si no había insistido en ser aviador se había enterado bien de cómo funciona un aeroplano.

Lo primero fué a buscar un sitio donde esconderse una vez puesto en ejecución su arriesgado plan y cuando el ruido hubiera alarmado a todos.

La irregular configuración del islote le proporcionó lo que buscaba. Más allá de la meseta lisa había una serie de grietas, que Jim miró con satisfacción.

A juzgar por la mueca sonriente que se notaba en su cara de bulldog nadie se hubiera imaginado que estaba por correr un gravísimo riesgo.

Pero era un riesgo que le parecía a Jim digno de ser desafiado.

Comenzó por tomar un pedazo de piedra tan pesado que le costó mucho trabajo alzarlo, y lo puso en el monoplano.

Examinó luego cuidadosamente el interior del aparato para recordar la situación de los varios organismos y de las palancas de movimiento y dirección.

—¡Ahora viene lo bueno! — exclamó restregándose las manos.

Quizás en un momento de serenidad Jim no hubiera intentado lo que, cuando lo recordó después le pareció el más descabellado y loco de los planes, un plan cuyo buen resultado solo podía ser considerado como un milagro.

Pero en aquellos momentos Jim no pensaba en sí mismo sino en su patrón y nada hubiera podido detenerle.

De los pocos momentos de agitación que siguieron Jim no conservó más que un brumoso recuerdo. Se acordaba sí de que hizo mover la enorme hélice con todas sus fuerzas. A la segunda vuelta el motor comenzó a funcionar zumbando cada vez más fuerte mientras la hélice apresuraba su movimiento.

Jim separó los tarugos de madera colocados para sujetar las ruedas. Después, en el momento en que el aparato comenzaba a avanzar, Jim saltó con agilidad extraordinaria, al asiento del piloto.

Con creciente rapidez, adquiriendo impulso, la enorme máquina alada corría hacia el borde de la meseta. ¡Había llegado el momento! Jim movió con mano segura y enérgica la palanca que manejaba los planos de elevación y en seguida medio saltó, medio cayó del aeroplano en movimiento.

En aquel confuso momento le pareció que una de las alas casi le tocó la cabeza al pasar por encima de él, que había quedado tendido donde había caído.

Un momento después, Jim estaba nuevamente de pie y se daba cuenta de que estaba más cerca de la orilla que cuando había soñado y que si hubiera saltado un segundo después, hubiese caído sobre las rocas inferiores, matándose.

Le dolía la cabeza se sentía aturdido, pero no por esto dejó de poder ir a guarecerse entre los huecos de las peñas, protegido por la semioscuridad.

Unos cinco segundos después se oyó el rumor de voces de alarma que se aproximaban. Jim se había encondido a tiempo.

Debajo, en la habitación donde el hombre con el ataque era atendido por sus compañeros, se había oído con toda claridad el zumbido del aeroplano, causando la correspondiente alarma.

Gryce estaba recobrando los sentidos. Se hallaba ya con suficiente tranquilidad para haber dicho que Marsh, a pesar de todas sus precausiones, se hallaba en la isla, cuando se oyó el ruido del aeroplano.

En el primer momento se sorprendieron tanto, que no sabían qué hacer. Después corrieron como locos fuera de la habitación y hacia la meseta superior.

El monoplano, obediente al movimiento de los planos de elevación, subía por los aires, alejándose. Los dos hombres, asombrados, tuvieron tiempo para ver, a la pálida luz de la luna que aparecía entre las nubes a la máquina de volar que se alejaba por el cielo.

Mientras miraban, completamente atónitos, vieron que el monoplano — talvez por falta de quien lo dirigiera — parecía balancearse como sin gobierno, de uno a otro lado. De pronto cayó de él un objeto grande, oscuro, indefinible, que cayó como una piedra hacia el mar.

—No comprendo cómo pudo poner en mar-

cha el aeroplano sin que le ayudara nadie! ¡Es imposible! ¡Pero, con seguridad, fué Marsh ese que vimos caer! — dijo uno de los hombres. — ¡Por lo menos estamos seguros de que Marsh ha dejado de molestar!

Y Marsh, escondido a una docena de pasos de donde estaban los hombres, oía. También él había visto caer aquel objeto negro — como había esperado que cayera cuando colocó la piedra grande en el asiento del piloto — y hubiera dado cualquier cosa por poder reirse en aquel momento con toda la infantil alegría de que rebosaba su pecho.

"¡Estamos seguros de que Marsh ha dejado de molestar!"

Lo que había dejado de ser un inconveniente era el monoplano.

Un momento después, como un pájaro con las alas heridas, el aeroplano se inclinó y cayó, hundiéndose en las profundidades del mar.

Ante la puerta grande

Los dos hombres descendieron emocionadísimos a dar cuenta de la pérdida del monoplano y del supuesto fin de Jim Marsh, a Langrish Gryce.

Pero tuvo que pasar algún rato antes de que Jim se atreviera a salir de su escondrijo.

En realidad, se sentía cansado. El esfuerzo y la ansiedad a que había estado sometido durante la última media hora, desde que había puesto pie en la misteriosa isla, le habían abatido.

Pero su éxito había superado a todas sus esperanzas. Había encerrado a Gryce y a su gavilla, en el islote. Para ir a tierra firme debían, necesariamente, pasar por la Abadía de Merlin.

¡Qué sorpresa se llevarían si la primera persona con quien se encontraran allí fuera el hombre a quien creían desaparecido para siempre!

Jim salió de su escondite. No se veía ni rastro de Gryce y sus amigos no se oía nada. Cautelosamente descendió por el sendero que dominaba el mar y pasó por delante de la puerta que había en la pared de piedra. Nada le inquietó ni molestó. Siguió hacia abajo, por el sendera por donde había subido y no tardó en llegar, sin accidente, a la boca del túnel.

Hacia ella se dirigió rápidamente deseoso de volver a la Abadía de Merlin?

¿Qué era aquello? En el mismo momento algo le hizo volver la cabeza. Era un ruido imperceptible casi, pero suficiente para hacerle comprender que no se hallaba solo.

Jim miró a su alrededor y contuvo la respiración.

Una figura iba subiendo por los escalones cortados en la roca y que parecían ascender hasta el punto más alto de la isla. ¿Era una mujer o un fantasma aquella figura blanca que subía cada vez más arriba, iluminada por los oscurecidos rayos de luz de la luna?

Jim se quedó mirando sin lograr explicarse lo que veía. ¿Una mujer? ¿Un fantasma?

Mientras observaba la luna surgió durante un momento de entre las espesas nubes. Su luz dejó ver en lo alto de los innumerables escalones una puerta alta y ojival, flanqueada de gruesas columnas, con un llamador enorme, cincelado de modo que representaba una cara monstruosa; una puerta tan gigantesca que disminuía la proporción de la figura que se dirigía hacia ella.

Casi en seguida la luna se ascureció, pero no antes de que una terrible sospecha brotara en la mente de Jim.

—¡Oh! ¡No es posible! ¡No puede ser! — murmuró.

Pero corrió hacia el comienzo de los escalones de piedra.

En el mismo momento, de la puerta, surgiendo por los ojos de la extraña cara de metal del llamador aparecieron dos rayos de fuertísima luz. Su resplandor iluminó directamente a la figura vestida de blanco que se hallaba allí, ante la puerta, tendiendo suplicante los brazos.

¡Aquella joven que se hallaba allí ante la gigantesca puerta, iluminada por los haces de la misteriosa luz era Aileen.

—¡Aileen aquí, en la Peña Negra! — exclamó Jim.

Rumor de pasos

Aquella mujer que se hallaba en lo alto de la escalera tallada en la roca, aquella figura a la que iluminaban los dos haces de luz que partían de la monstruosa cabeza de bronce de la puerta ojival era Aileen!

Jim casi se negó en el primer momento a creer lo que sus ojos veían, tan imposible le pareció que pudiera tratarse de Aileen. ¿Cómo había ido hasta allí?

¡Aileen sola, en la guarida secreta de sus enemigos, de los hombres que se habían apoderado de su novio y que la habían condenado a ella a la más horrible de las muertes en la habitación sumergida de la casa del lago!

¿Qué extraña locura podía haberla impulsado a aventurarse a correr tan grave peligro?

Gryce, y por lo menos dos de su gavilla, — según había podido comprobarlo Jim, — estaban en la isla. Además podía ser que hubiera otros cómplices, no era posible saber cuántos, metidos en el laberinto de pasajes subterráneos de que seguramente estaba dotada aquella Peña Negra, refugio de criminales.

Jim estaba decidido a hacer frente al peligro de buena gana — era esta su tarea de todos los días hacía ya una temporada — puesto que se trataba de rescatar a Dick. Pero tratándose de Aileen y viendo que ésta podía hallarse en peligro de caer en las garras de Gryce, Jim se estremecía a pesar suyo.

En el instante más imprevisto podían apoderarse de ella. No había que perder un solo momento si quería salvarla.

Lejos de él, arriba, la joven, al parecer inconsciente del peligro que corría, se hallaba de pie delante de la enorme puerta. Jim podía distinguir sus pequeños manos gol-

peando desesperadamente los claveteados tableros como si Aileen quisiera entrar.

No se atrevió a gritar y llamarla. Sus gritos podían atraer o advertir a sus enemigos.

Como enloquecido por la ansiedad, Jim empezó a subir los escalones cortados en la roca. Escalón tras escalón fué ascendiendo con rapidez. ¿Se abriría aquella puerta — para tragarse a la joven como una trampa de muerte — antes de que él pudiera llegar? Este era el temor que le oprimía el corazón.

Pero ¿qué razón podía haber hecho que Aileen se decidiera a acudir en tal forma a la guarida de sus implacables y viles enemigos?

. . . . . .

Para poder responder a esa pregunta es necesario conocer los extraños sucesos acaecidos en la Abadía de Merlin durante la ausencia de Jim Marsh.

La inesperada llegada de Tom Gray había invertido la situación, había hecho fracasar a Trask en su propósito de avisar a Gryce por telégrafo Marconi y había puesto a Bonholme bajo la garra del más intenso temor.

Al ver que se había abierto la puerta — el peligro de lo cual creyó evitar con el audaz golpe de Gryce cuando éste hizo desaparecer a Dick Audley casi ante los mismos ojos de sus amigos — el culpable Bonholme sintió como si la tierra se abriera bajo sus pies.

En aquel momento Marsh se dirigía por el camino subterráneo hacia la isla, aquella isla donde Dick se encontraba prisionero. Al regreso de Marsh — lograra Jim, o no, realizar algún descubrimiento importante — era seguro que John Gray llamaría a la policía poniéndola al corriente de lo que pasaba. La autoridad ordenaría que se investigara la isla y los detectives encontrarían allí...

Bonholme tembló al pensar lo que allí podía encontrar la policía. ¡Por lo menos sería suficiente para que los jueces lo condenaran a veinte años de presidio!

Tom Gray y su padre no se habían ocupado de Bonholme después que Trask se escapó por la ventana. Les pareció que no tenían nada que temer de parte de aquel anciano tembloroso, pálido, dominado por el terror.

Se dirigieron a donde habían dejado la entrada del subterráneo abierta a fin de vigilar hasta que regresara Jim.

Permanecieron un rato hablando, en el cuarto de la torre. Después, Tom dijo a su padre que era conveniente que se retirara a descansar.

—No somos necesarios dos para vigilar aquí, papá, — dijo Tom. — Jim no tardará en volver. Si no ha regresado dentro de media hora, yo iré a despertarle a usted, pero duerma tranquilo, que le hace falta descansar. Cuando usted venga a sustituirme yo bajaré e iré abuscar a Jim, si hace falta.

Un hombre que se había acercado cautelosamente por el corredor y que se había agazapado al lado de la puerta para escuchar protegido por la oscuridad, retrocedió y se ocultó cuando, en la puerta, vióse la figura del anciano.

John Gray se retiró a su habitación. Bonholme, — pues era en quien escuchaba en el corredor, — prestó atención un instante y oyó luego el ruido que hizo, al cerrarse, la puerta del cuarto de Gray.

Entonces volvió a acercarse a la puerta por el corredor apenas alumbrado por la débil luz del farol que estaba dentro del cuarto de la torre y pasaba por el hueco de la puerta.

¡En el cuarto tanto tiempo cerrado no estaba de guardia más que un solo hombre!

—¡Si Trask se hallara de vuelta! — pensaba Bonholme.

Pero Trask no estaba y el viejo no se atrevía a emprender nada sin contar con ayuda.

Trask tardaría bastante en regresar de la Granja, así que Bonholme, aguijonado por el mismo miedo que sentía, se decidió a proceder personalmente.

Desapareció un momento para regresar. Sin duda había ido en busca de algún elemento para realizar su propósito.

—¡Si siquiera Marsh no regresara jamás de la Peña Negra! — murmuró Bonholme para sus adentros.

Era Marsh el que había precipitado repentinamente el desastre que se aproximaba amenazador, precisamente en el instante en el cual, teniendo a Dick Audley en su poder, — después de su misteriosa desaparición, — todo parecía haberse salvado.

Tarde o temprano la ley hubiera dado por supuesta la muerte del hombre desaparecido y entonces la fortuna y los títulos de la familia Audley, hubieran pasado a su poder. ¡Se hubiese consumado así lo que tanto había deseado!

Pero si Marsh volvía de la Peña Negra con la noticia de lo que allí había, podía destruir todas sus esperanzas se desvanecerían así como se desvanecería toda posibilidad de dar con el escondite del tesoro más valioso que cuanto la avaricia podía soñar y que Gryce sabía escondido en algún sitio de la isla.

Era un tesoro criminalmente adquirido — lo que el abuelo de Dick, excéntrico y avaro, había enterrado en la Peña Negra. Había muerto, dejando el único dato, para poder encontrar su escondite, encerrado en la caja amarilla. Aun cuando todos los esfuerzos de Bonholme y de sus cómplices en el sentido de apoderarse de la caja habían fracasado, tenían ellos el convencimiento de que no tardarían en lograr tenerla en su poder.

Pero tales esperanzas desaparecían por completo — sustituídos por la más desastrosa ruina — en el mismo momento en que la policía resolviera investigar lo que había en la Peña Negra, y, en este caso, no sólo fracasarían sus planes sino que estaría en peligro hasta su propia libertad.

—¡Si siquiera Marsh no regresara jamás de la Peña Negra! — volvió a decirse Bonholme.

¡Y sólo había un hombre guardando el hueco por donde arsh tenía que regresar!

¡Si pudiera quitar de en medio a Tom Gray como había quitado de en medio a Dick!

Pero había sido Gryce el que había llevado a cabo la hazaña. — Gryce que había

representado el papel de espectro para atacar a Dick a aquella habitación, Gryce el que, con la ayuda de Trask, había puesto el trapo mojado en cloroformo en la cara de Dick, por la espalda y en cuanto entró.

El papel que Bonholme había desempeñado en todo el plan se había reducido a evitar, por medio de una argucia, que John Gray acompañara a la víctima hacia el oscuro corredor.

El tiempo que Bonholme detuvo a Gray fué suficientemnte para que Gryce y Trask hicieran desaparecer a Dick.

Pero en el momento presente no tenía a Gryce para ayudarle. Si había de hacer algo la tendría que hacer por sí solo.

Tan desesperado estaba Bonholme al percatarse de lo difícil de la situación, que se sintió capaz de proceder como no se hubiese atrevido en otras circunstancias.

Cuando se deslizó cautelosamente hacia la puerta entreabierta pudo oir con toda claridad a Tom Gray que silbaba alegremente sin presumir siquiera que, entre la sombra, se aproximaba hacia él un hombre movido por las más criminales intenciones.

No era posible usar del cloroformo en aquella ocasión. Bonholme rechazó tal idea desde el primer momento, convencido de que Tom Gray era demasiado fuerte para que él pudise dominarlo el tiempo necesario para que la droga hiciera su efecto. Era otra arma la que pensaba emplear, arma que había ido a buscar y que tenía en la mano apercibida para el ataque.

Dentro del cuarto, junto al hueco, Tom Gray estaba sentado en la silla que había traído para vigilar cómodamente. El farol de la caballeriza, que Jim había procurado, estaba en el suelo, a su lado. Tom dejó de silbar para bostezar y estirar los brazos.

Le iba siendo difícil continuar despierto. Había dormido poco la noche anterior y el largo viaje en ferrocarril hasta la región de Cornwall, le había fatigado.

No oyó los pasos cautelosos en el corredor ni vió la cara pálida y desencajada que apareció de pronto en el hueco de la puerta, a sus espaldas.

—Me hubiera gustado que Marsh hubiese vuelto — díjose Tom. — ¿Dónde estará? ¿Qué le habrá sucedido?

Y de nuevo bostezó, estirando los brazos.

Sin hacer ruido, el hombre pálido entro en el cuarto. En la mano tenía Bonholme algo corto y pesado, que levantó rápidamente.

Como advertido por el instinto, el hombre que estaba en la silla se levantó sobresaltado, pero tarde para evitar el peligro que le amenazaba. Una bolsita llena de arena y atada a una cuerda cruzó el aire y le golpeó pesadamente en la cabeza. Con un breve gemido, Tom Gray cayó al suelo, de cara, sin sentido.

Bonholme permaneció un momento escuchando, en el profundo silencio que reinaba, los acelerados latidos de su propio corazón. ¿Qué iba a hacer ahora?

Volvióse sobresaltado, recordando que la puerta estaba abierta. ¿Qué sucederá si John Gray Volvía de improviso y le sorprendía junto a su hijo desmayado? ¿O si Marsh se presentaba por la boca del subterráneo?

Bonholme trató de cerrar la pesada puerta de roble, pero no le fué posible. Los esfuerzos que había hecho Marsh para abrirla había desvencijado los goznes y no se podía mover la pesada hoja.

Rápidamente arrastró al hombre desmayado a un rincón del cuarto. ¡Si estuviera Trask para ayudarle!

De nuevo volvió Bonholme alarmado. Había oído, en el corredor, el leve rumor de unos pasos... Le había parecido oir el crugir de unas faldas.

Cuando miró hacia la puerta una figura femenina apareció en ella. ¡Era Aileen!

¡La hermana del hombre que yacía desmayado, tal vez muerto! Bonholme contuvo la respiración a la espera de un grito que atraería sin duda a John Gray.

Pero la joven, vestida con su blanco peinador, con el pelo suelto sobre sus hombros, avanzó silenciosamente por el cuarto sin que se notara que se hubiese percatado de su presencia.

Con los ojos muy abiertos, miraba fijamente hacia delante. No se comprendía que no viera al hombre pálido y asustado que se acurrucaba a un lado, ni a su propio hermano tendido en el suelo. ¿Era esto posible?

Pero la joven no lanzó grito ninguno. En su rostro impávido o había expresión no de horror ni de miedo, no parecía ni siquiera tener consiencia de lo que la rodeaba.

Se dirigió lentamente, sin detenerse, hacia el hueco que había en el suelo y en el que estaba la escalera que descendía a desconocidas profundidades.

Sin un sólo instante de vacilación, Aileen comenzó a descender escalón por escalón en la oscuridad y el anciano la perdió de vista.

Pero Bonholme había adivinado ya la verdad.

Aileen estaba dormida.

En la oscuridad

La joven, bajo el influjo de una crisis de sonabulismo, descendió la escalera, seguida por la mirada del hombre e impulsada por un extraño estado de su mente.

Aileen, agotadas sus energías nerviosas por todas las emociones de la tarde, se había retirado a su habitación mucho antes de que Jim abriera la puerta cerrada. Pero su mucama le había hecho saber, cuando ya se hallaba acostada, lo que había sucedido y la salida que se encontró en la habitación de la torre. También le había dicho que Jim había ido a invertigar a dónde se iba por aquel hueco.

Al oir estas noticias Aileen, sintióse muy emocionada recordando las palabras de Fox Dacre antes de morir: "Busquen a Dick Audley detrás de la puerta cerrada". ¿Encontraría Jim a Dick? Sólo las sensatas palabras de su mucama habían evitado que Aileen se levantara, se vistiera, y fuese tras Jim.

—Es mejor que la señorita se quede en la cama, por que está muy fatigada. No se podrá saber nada hasta que regrese Marsh.

Cuando regrese el señor Gray vendrá a informar a la señorita de lo que pasa, — había dicho la sirvienta.

Permaneció la mucama en el dormitorio hasta que vió que Aileen, vencida por el cansancia, se quedaba dormida, a pesar de su exitación. Entonces se retiró la sirvienta andando de puntillas.

Pero la excitación nerviosa experimentada por Aileen, habíale continuado durante el sueño y había poblado su mente de imágenes perturbadoras.

En sus sueños, Aileen había sentido que debía ir en busca de su amado. De modo extraño — no era la primera vez que sus sueños tenían esta condición, como se recordará, — había visto una escalera muy larga, que conducía a una puerta ojival. Detrás de aquella puerta sin duda, se encontraba Dick. Aileen sentíase convencida de que así tenía que ser.

Tan vívido había sido el sueño, que mecánicamente, su cuerpo había respondido a sus misteriosas órdenes.

Nadie había visto a la dormida joven salir silenciosamente de su dormitorio, descender la escalera y encaminarse hasta el cuarto de la torre donde Bonholme la había visto descender en las profundidades del hueco que conducía al túnel.

Bonholme la miró pasar asombrado y luego se secó la frente cubierta de sudor frío.

Se acercó al borde del hueco y miró. Aileen había desaparecido en la oscuridad. Entonces el anciano volvió a mirar a la inmóvil figura que yacía en el suelo.

No era posible que dejara allí la prueba de su crímen. La primera intención fué arrojar a Tom por el hueco que se abría en el suelo. ¿Quién podría decir luego que no se había producido la muerte al caer?

Pero cuando Bonholme se dirigía ya hacia Tom, una nueva idea se presentó a su mente y le detuvo.

Marsh, al regresar, se encontraría con el hombre muerto, al pie de la escalera y esto le serviría de advertencia, haciéndole tomar precauciones que, de otro modo, descuidaría. Era necesario que pudiera pescar a Marsh desprevenido.

Debía esperar el regreso de Trask. Levantó la alfombra que antes cubría el centro del piso y tapó con ella la inerte forma del hermano de Aileen.

¿Qué era aquello? Bonholme se incorporó rápidamente prestando atención y volviéndose hacia la puerta.

Por segunda vez el aterrorizado anciano oyó ruído de pasos de alguien que se acercaba por el corredor.

Esta vez no era posible que fuera una joven sonámbula. Lo que es esta vez no po-

UN GRAVE SENTIMIENTO

Primera Corista: — ¿Qué es eso, Elisa, por qué lloras?
Elisa: — Porque esa vieja que lava los pisos me ha dicho que cuando joven era igual a mí como soy ahora.

día dejar de ser descubierta su criminal fechoría. ¿Sería el padre de su víctima la persona que se aproximaba?

Con un rápido movimiento inspirado por el miedo que sentía, Bonholme arrojo, de un puntapie, el farol que alumbraba el cuarto, por el hueco del piso.

El cuarto quedó sumido en la más profunda oscuridad.

Bonholme permaneció de pie conteniendo la respiración. Gryce le había criticado más de una vez por su falta de valor; en aquel momento se hallaba, en verdad, vencido por el miedo. Su frente se llenaba de gotas de sudor frío, tenía la boca seca. Esperó en la oscuridad temblando de pavura.

Escuchó con toda atención. No pudo oir nada. Reinaba un silencio sepulcral.

¿Se había equivocado? Quizas sus nervios le habían hecho sentir lo que no existía. Ya estaba por suponer que había sido así cuando volvió a oir el ruido.

Alguien había entrado cautelosamente por la puerta entreabierta.

Sintió, más que escuchó, su invisible presencia. Tembló a impulsos de un escalofrío. Trató de poder hablar, pero antes de que sus labios lograran modular un sonido, el aterrorizado anciano sintió que una mano le tocaba en la oscuridad.

Un grito sofocado brotó de la garganta de Bonholme. Casi al mismo tiempo, un golpe dió en su mejilla. Fué un terrible puñetazo. Luego dos manos le sujetaron. Como en medio de una pesadilla se sintió luchando desesperado, jadeante, con un invisible enemigo. En medio de la oscuridad defendió locamente su vida.

La lucha no duró más que breves instantes. Con rapidez, aquellos poderosos brazos le sujetaron a pesar de todos sus esfuerzos, le dominaron y luego le arrojaron violentamente. Bonholme retrocedió tambaleándose, perdió pie, dejó de pisar en el sólido granito y cayó pesadamente por el hueco del suelo.

Al grito que lanzó en aquel terrible momento siguió el más completo silencio.

No oyó ningún sonido más el hombre que había quedado en el cuarto de la torre.

El invisible asaltante de Bonholme permaneció en la oscuridad, inmóvil escuchando. Después encendió un fósforo. La pequeña llama brilló un momento durante el cual el hombre miró en vano, hacia las sombras, tratando de ver a su víctima.

—¿Era John Gray o su hijo? — murmuró cuando el fósforo se apagó entre sus dedos. — Debió ser el viejo. Lo comprendí cuando peleamos. Es John Gray sin duda, el que está ahí, al pie de la escalera. ¡Buen destino para el centinela de la entrada del túnel! ¡Gryce se mostrará muy contento al enterarse de cómo me he portado!

Porque Bonholme había sido atacado por uno de su propios cómplices quien, en la oscuridad, le había tomado por el hombre que había quedado de centinela en el cuarto de la torre esperando el regreso de Jim Marsh.

Era nada menos que Trask, — que acababa de regresar de la Granja, — el que había atacado a Bonholme.

Trask, felicitándose por lo que creía éxito decisivo e importante de su hazaña, se retiró sin haber notado siquiera la presencia del joven desmayado que estaba en un rincón, tapado por la alfombra.

El hombre de piedra

No se figuró Jim, ni por un instante, que la joven que se hallaba ante la puerta grande, pudiera encontrarse bajo el efecto de una crísis de sonambulismo.

Los dos rayos de luz que habían surgido del llamador al acercarse Aileen — y lo que fué muy extraño, sin despertarla — se apagaron casi inmediatamente mientras la joven se aproximaba más a la puerta.

Fué como si la presión de sus pies en uno de los últimos escalones hubiera hecho funcionar un escondido mecanismo que encendía las luces y, al mismo tiempo, anunciaba la proximidad de alguien a los que estaban detrás de aquella puerta.

Jim subió más y más envuelto en las ráfagas del viento que soplaba. Aun cuando las luces se habían apagado era sufficiente la claridad de la luna para ver a la joven de pie ante la enorme puerta, abierta sin duda en la misma sólida piedra de la isla.

Ya no le separaban a Jim más de una docena de pies de la parte más alta. Hasta aquel momento nadie en la isla parecía haberse dado cuenta de la presencia de Aileen.

Al acercarse muy poco más, de entre los matorrales que había a un lado de la escalinata, vió Jim surgir algo que le hizo suponer que había caído en una emboscada. Requirió su pistola automática y antes de apuntar se dió cuenta de que la figura que acababa de distinguir era de piedra.

—¡Me había parecido otra cosa! — murmuro.

Había allí dos figuras de piedra, según pudo apreciarlo Jim al acercarse más. Una de ellas de pie y la otra acostada. Era esta la figura de un gladiador vencido que, en las agonías de la muerte que contraían su rostro, tendía la mano desesperado. La escultura representaba a dos gladiadores: vencedor y vencido.

Aun en aquel momento en el cual tenía la imaginación acupada por la terrible ansiedad que le causaba la situación de Aileen, una frase brilló de pronto en la mente de Jim al ver la mano del gladiador caído. "Sigan la mano del muerto".

¿Dónde había oído él estas palabras, no hacía mucho tiempo?

En cuanto se hizo tal pregunta la respuesta acudió a su mente.

La extraña roída llave que había encontrado en la vieja caja de bronce, — que el padre de Dick había confiado a Brood y que costó la vida a dos de los secuaces de Gryce, cuando pretendieron apoderarse de ella, — tenía grabadas esas palabras en una de sus lados.

Y del otro lado decía: "Los noventa y nueve escalones".

Jim no había contado los escalones que había subido, pero calculaba que su número no debía ser inferior a cien.

¿Donde y qué indicaba la "mano del muerto"?

Y cómo un relámpago se apareció la respuesta a la imaginación de Jim.

"Guardo el secreto de riquezas superiores a todo lo que pueda soñar la ambición".

Y después aquellas otras palabras cuyo sentido no comprendía:

"Tengo el misterio del Ojo Enceguecedor y de las Siete Lunas".

No podía Jim darse cuenta de cuál era el significado de tales frases ni de si había dado con el rastro de algo correspondiente al secreto que tenía la culpa de que el padre de Dick llevara seis meses enterrado vivo, pero suponía que era algo parecido.

Sin embargo, Jim no tuvo tiempo para pensar más en ello, en aquel momento. Dos figuras habían aparecido en el último escalón no por la puerta gigantesca sino por la esquina de ella. Jim prestó atención. Había llegado el momento de luchar por la seguridad de Aileen aun a costa de su propia vida.

A la luz de la luna reconoció a las dos personas, — el hombre alto vestido de aviador y el otro, más bajo, delgado, con cara angulosa y nariz parecida al pico de un ave de rapiña — los mismos que habían llevado a Gryce a la habitación cuando estaba con el ataque epiléptico.

Rápidamente Jim se escondió detrás de la figura de piedra, atisbando. Ya llegaría el momento de darse a conocer, pero aun no era oportuno.

Los dos hombres se hallaban a corta distancia de Aileen. A Jim le parecía extraordinario que la joven no se percatara de la presencia de aquelos hombres, como éstos no se daban cuenta de la del que estaba escondido detrás del gladiador de piedra y esperaba, con la pistola automática en la mano y un resplandor de furor en los ojos.

¿Eran aquéllos los únicos de la gavilla — excepción hecha de Gryce, naturalmente — que se hallaban en la isla? Si no había más, Jim, — aun cuando Gryce había ya recobrado sus sentidos — no consideraba tan desfavorable su situación.

Pero era posible que la primera detonación atrajera a otros al teatro del suceso, otros cómplices que estuvieran guarecidos en las misteriosas cavernas del interior de la isla, en las habitaciones subterráneas del viejo monasterio.

Pues a juzgar por lo que antes había oído decir a Gryce, mientras hablaba con los otros dos, debía haber más gentes — elementos inferiores sin duda — en la isla.

Jim tenía buena puntería. Como sabía que aquellos hombres eran elmentos del criminal que había tratado de dar muerte a Aileen en la casa del lago, estaba decidido, — en caso de sed necesario —a herir o matar a uno o a los dos, sin el menor escrúpulo, en cuanto les viera que intentaban tocar a la joven.

Aileen seguía inconsciente de la presencia de los hombres cuando el más bajo se dirigió hacia ella.

Jim, deslizándose fuera de su escondite, le apuntó con la pistola automática.

Un instante más y hubiese gritado: "¡Arriba las manos!". Y el hombre hubiera muerto, de no haber obedecido instantáneamente.

Pero Jim no tuvo ocasión de proceder así.

Casi en el mismo momento en que el hombre tendía la mano para tocar a la joven, su compañero le tomó de la muñeca, haciéndole retirar de Aileen.

—¡Deténgase! ¡Está dormida! ¡Es sónambula! — dijo.

Su exclamación — proferida en voz baja — no llegó hasta Jim; pero en el mismo momento la joven se volvió y la luz de la luna iluminó de lleno su rostro.

Jim vió que Aileen tenía los ojos abiertos, que miraban sin ver y de pronto comprendió que la joven le había seguido hasta la Peña Negra, en busca del hombre a quien amaba y estaba dormida.

Los hombres se habían retirado hacia la sombra, procurando no despertar a Aileen.

Jim, oculto de nuevo, les miraba con asombro.

Hombres como aquellos no se sentirían movidos por la conmiseración ni ante la belleza de Aileen ni ante la inconsciencia del peligro con que ella se movía y la terrible emoción que podría causarle un despertar sobresaltado, así que Jim no dejó de apuntarles con su arma.

El hombre que se había interpuesto decía en voz baja a su compañero:

—¿Qué le parece si nos sirviéramos de ella como mensajero para atraer a los otros?

Al decir esto sonreía mirando a la joven que se hallaba ante la puerta gigantesca como si esperara que se abriera ante ella para dejarla llegar hasta donde estaba su amado.

—¡No le entiendo! ¿Qué se propone usted hcer?

El hombre de nariz como pico de ave de rapiña miró al aviador.

—Ya lo verá. Primero conviene ver a Gryce. El resolverá lo que se debe hacer. Pero si logra ver las cosas como las veo yo, se decidirá a emplear a la joven sonámbula para hacer caer a su padre y a su hermano en una trampa. Hecho eso, y con Marsh en las profundidades del océano y fuera de nuestro paso, habremos limpiado de dificultades la Abadía de Merlin y suprimido todo el peligro que hoy nos amenaza.

Una argucia de Jim

No llegó ni una sola palabra de aquella conversación, en voz muy baja, a los oídos de Jim, que estaba oculto por las sombras a menos de media docena de yardas de distancia de los dos hombres.

No podía darse cuenta de la verdadera situación, pero resolvió esperar todo lo que fuera posible, siempre que la joven sonámbula no fuera molestada.

El hombre más alto desapareció rápidamente por el sitio por donde había llegado.

Por último, la joven dormida, haciendo un ademán de cansancio, como si en su mente hubiese penetrado la idea de que era inútil esperar, volvió la espalda a la puerta. Con paso lento, con la mirada fija ante ella,

comenzó a descender la escalera de piedra.

Los labios de la pálida joven se movieron.

—¡Dick! ¡Dick! — se la oyó exclamar, obediente a las inspiraciones de lo que estaba soñando.

Continuó descendiendo. Pasó casi junto al sitio donde Jim estaba escondido, agazapado detrás de la figura de piedra del gladiador.

El hombre que había ido a consultar a Gryce un momento antes, reapareció. El otro le indicó que la joven se alejaba ya y el aviador descendió por la escalera tan silenciosamente que Jim se imaginó que se había puesto zapatos de goma sobre su calzado.

El aviador se aproximó sigilosamente a la joven. Entonces Jim, desde su escondrijo, le vió — procediendo rápida y hábilmente y sin que lo sintiera la joven dormida — pinchar una hoja de papel — ¿una carta quizás? — en una de las mangas del peinador que Aileen tenía puesto.

—¡Esto es cosa que me hace desconfiar! — díjose Jim mirando lo que hacía aquel hombre y sin comprender aun el objeto que perseguía con ello.

Una vez que hubo sujetado la hoja de papel a la ropa de la sonámbula, el hombre no intentó seguirla más.

Miró cómo la joven descendía los escalones, igual que una mancha blanca en la oscuridad del paisaje. El otro hombre le había seguido. Los dos estaban de pie, a pocas pardas del escondite de Jim.

—¿Qué impulso la habría traído? Con seguridad volverá de nuevo a su cuarto. Es lo que pasa siempre con los sonámbulos — decía el hombre alto. — Al volver nos servirá de inconsciente mensajero para atraer a su padre y a su hermano a la trampa que les preparamos. La pérdida del monoplano era cosa grave, aun cuando con el encontrara su fin el pícaro de Marsh, pero ahora, con este mensajero inesperado y oportuno, todo se arregla. Pero vamos dentro que es necesario combinar las cosas. La suerte nos va favoreciendo. ¡Gryce encontró admirable mi idea!

Los dos hombres permanecieron un momento más mirando a la joven que se alejaba lentamente escalera abajo.

—¡Qué admirable escultura! — dijo entonces el hombre con nariz en forma de pico de ave de rapiña refiriéndose al gladiador de piedra. — ¡Al mirarla de pronto se figura cualquiera que se trata de una persona viviente! ¡Hasta se siente la impresión de que alguien le mira a uno desde la oscuridad!

Por un instante, Jim contuvo la respiración. ¿Irían a sospechar su presencia?

—¡Qué tontería! — replicó el aviador con impaciencia, pero no sin mirar la estatua con cierta desconfianza.

—¡Es que parece tan viviente que hasta se creería que se mueve! — añadió el otro.

Los dos se detuvieron un instante.

—¡Vamos! — agregó el más alto. — ¡No se cómo se le ocurren esas tonterias!

Subió por la escalera y el otro le siguió. Miró una vez más hacia la estatua de piedra como si algo le intrigara y por fin los dos hombres desaparecieron por un costado de la puerta, donde debía hallarse una esquina que la oscuridad no dejaba distinguir.

Iban a preparar la trampa para el padre y el hermano de Aileen.

¿De qué clase de trampa se trataba?

Jim estaba resuelto a averiguarlo. Convencido de que los dos hombres se habían retirado a su guarida subterránea, Jim salió cautelosamente y bajó por la escalinata en persecución de Aileen.

Cuando se hallaba ya al pie de la escalera logró verla de nuevo.

La joven sonámbula se había detenido allí como si su cerebro, presa del sueño, vacilara irresoluto.

Esto dió oportunidad a Jim para acercarse silenciosamente hasta ella. Sus diestros dedos desprendieron la hoja de papel que colgaba de la ropa de la joven. La luz de la luna era suficientemente clara para que fuera posible leer lo escrito.

Lo primero que Marsh vió al pie de la carta fué nada menos que su propio nombre.

Lo que decía el papel era lo siguiente, trazado sobre su falsificada firma:

"He hallado a la señorita Aileen caminando dormida por la salida del túnel. Les envío esta carta para decirles que desearía que el joven señor Tom venga inmediatamente y que el señor Gray vaya a la aldea a dar aviso a la policía. He hecho aquí un terrible descubrimiento. En la Peña Negra no hay nadie. Así que no hay peligro en venir. Destruyan esta carta en cuanto la hayan leído, no vaya a leerla el señor Bonholme. Espero aquí al señor Tom. — Jim Marsh."

Sorprendido y risueño, Jim leyó la carta satisfecho de haber conseguido interceptarla.

—¡Buena estratagema! ¡Si el señor Gray sale en busca de la policía, caerá en manos de los dos cómplices de Gryce que están vigilando la Abadía de erlín — se dijo Jim. — ¡Y además el joven Tom vendría por el subterráneo a caer en la celada! ¡Muy bien combinado! ¡Y ellos se figuran que yo estoy de paseo por la profundidades del mar mientras me encuentro aquí para interceptar su misiva! ¡Mala suerte va teniendo Gryce! ¡Esto es otro plan que no le va a salir a su gusto!

Jim rompió la carta en pedacitos y los arrojó al mar, hacia el cual fueron llevados por el viento.

La joven sonámbula se dirigía muy lentamente hacia la entrada del túnel.

Jim sacó su cartera y, en una hoja de papel escribió apresuradamente:

"La señorita Aileen ha venido caminando en sueños. El joven patrón está aquí en la Peña Negra, a la que se llega por el túnel. Aquí están Gryce y varios de su gavilla. Dos de sus cómplices vigilan la Abadía para apoderarse de quien salga. Confío en que podré vigilar aquí, pero si no vuelvo pronto avisen a la policía y que vengan por el túnel. Si no puede ser la policía vengan tres o cuatro jóvenes de confianza de la aldea. Vigilen ahí no trate Gryce de escapar por ese lado. Estoy buscando dónde se halla encerrado el señor Dick y volveré en cuanto lo sepa. Es nece-

" sario que descubra su encierro antes de " arrasar esta guarida de ladrones. — Jim."

Aileen se encontraba ya a punto de entrar en el túnel cuando Jim terminó de escribir.

Corrió silenciosamente hacia ello. La joven seguía dominada por el sueño. No sintió cuando Jim sujetó la carta a la manga de su peinador.

Jim se quedó mirándola mientras se internaba en la oscuridad del túnel con la seguridad extraña que guía los pasos del sonámbulo.

—No se si haría mejor en seguirla — díjose Jim sin decidirse.

No hubiera vacilado si no hubiese tenido que pensar en Dick. Los de la gavilla, cuando se dieran cuenta de que sus planes habían sido descubiertos, tratarían de borrar la prueba de sus delitos, quitando de enmedio a sus prisioneros. Una tumba entre las olas del mar guardaría el secreto. Bien sabía Jim que, para salvarse, Gray no vacilaría ante ninguna especie de crímen.

Por eso Jim no obedeció el impuso de seguir a Aileen durante su largo camino por el túnel subterráneo que conducía de la Peña Negra a la Abadía de Merlin.

Después se arrepintió de no haber obrado obedeciendo a su primer impulso.

. . . . . .

Una hora después la mucama de Aileen se despertó sobresaltado dándose cuenta de que se había quedado dormida en su butaca.

Miró el reloj y le llamó la atención lo largo del tiempo que había estado durmiendo. Se levantó y tomando el candelero — en el que la bujía se había consumido casi por completo — salió de su habitación y entró en la de su patrona para echar una mirada antes de acostarse.

Aileen se había dormido cuando la mucama se retiró así que ésta esperaba verla profundamente dormida. Cautelosamente abrió la puerta del cuarto tratando de no hacer ruido para no despertarla.

La criada se sobresaltó al notar que la habitación estaba desierta.

En la cama estaba el peinador de Aileen. La joven se había levantado y se había vestido, sin duda. Pero ¿por qué, a semejante hora de la noche?

Entonces, mientras miraba con asombro, algo llamó la atención de la sirvienta. Era un papel pinchado con un alfiler en una manga del peinador.

Aquel papel era la carta que había escrito Jim. La mucama la leyó con creciente asombro.

Al instante corrió, con la carta en la mano, — pálida y jadeante, — a llamar a la habitación del señor Gray, convencida de que sucedía algo terrible.

El señor Gray estaba dormido aún, a pesar de que sólo había pensado descansar un rato, mientras Tom vigilaba en el cuarto de la torre. Se había acostado vestido, con el propósito le levantarse poco después.

En cuanto abrió la puerta, la mucama de Aileen le mostró la carta de Jim.

—¡Mire, señor, mire! — exclamó sobresaltada la sirvienta.

Y, con palabras entrecortadas, le contó cómo había encontrado el papel y le dijo que Aileen no estaba en su dormitorio, qu ese había vestido después de su aventura de sonambulismo, de la que Jim daba cuenta en su carta.

El señor Gray leyó la carta con gesto de asombro y casi incrédulamente.

—¡Esto no es cierto! ¡No es posible que sea cierto! — exclamó. — ¿Cómo ha de haber descendido por el agujero del cuarto de la torre? ¡Si Tom está allí de guardia!

Casi con estas palabras en los labios, John Gray corrió escaleras abajo y siguió por el corredor que conducía a la habitación donde, detrás de la puerta forzada, Tom debía esperar el regreso de Jim.

Pero, lo mismo que Aileen, Tom parecía haberse evaporado.

¡El cuarto de la torre estaba a oscuras y vacío!

Del otro lado de la puerta

Jim Marsh esperó junto a la entrada del túnel hasta que la joven sonámbula desapareció en la oscuridad, camino de la Abadía de Merlin. Luego retrocedió hacia el sitio donde comenzaban los peldaños de la alta escalinata que conducía hasta la misteriosa puerta situada en la pared de roca.

¿Sería posible que condujera aquella puerta — que se distinguía ahora tenebrosa en lo alto de las rocas — a algún escondido sitio de la isla donde Dick y su padre estaban prisioneros?

¿Podría él descubrir lo que había del otro lado de aquella puerta sin que sus enemigos se percataran de su presencia?

Jim no se hacía la ilusión de que sus investigaciones en la isla iban a ser parecidas a una excursión de placer. Sin embargo, fueran los que fueran los riesgos que le amenazaran, le correspondía afrontarlos. Era necesario que encontrara a Dick, y nada más. Toda otra consideración debía ser desechada.

Si le sucedía lo peor que podía sucederle, el mensaje que llevaba Aileen a la Abadía de Merlin donde estaban sus amigos, avisaría a éstos lo que les correspondía hacer.

La carta que había prendido a la ropa de la joven sonámbula haría que viniera gente a la isla en caso de que él no lograra regresar sano y salvo dentro de poco tiempo. Jim sabía que podía estar seguro de que sus amigos no dejarían de acudir a la Peña Negra.

Para Jim era un motivo de relativa tranquilidad saber que Aileen, por lo menos, se hallaría en seguridad, fuera de la isla.

Lo que no lograba entender era cómo había ella conseguido entrar por la boca del túnel del lado de la Abadía de Merlin, pues — como Jim lo recordaba bien — el señor Gray se había quedado de guardia en el cuarto de la torre y no era concebible que Aileen hubiera pasado sin que él la viera.

Antes de que pudiese hallar en su mente una explicación aceptable, Jim oyó ruído de pasos y de voces de alguien que se acercaba.

Algunos de la gavilla se aproximaban vi-

biendo por la senda que ascendía por el costado de la Peña Negra.

Por fortuna no escaseaban los sitios donde esconderse allí donde había tantas rocas amontonadas, y Jim se ocultó en cuanto dos hombres se aproximaron.

El primero era el aviador que había prendido la falsa carta en la ropa de Aileen.

—¡Pedro! ¡Pedro! — gritó con impaciencia. — ¿Qué le habrá pasado a ese demonio de Pedro?

Sin duda ninguna hasta después que Aileen se hubo ausentado no se habían dado cuenta de que la joven había penetrado en la isla sin que la viera el centinela que ellos habían apostado a la salida del túnel.

A la luz de la luna los dos hombres miraron a su alrededor con creciente desconfianza, y como no vieran al hombre por ninguna parte, su desconfianza se trocó en sospecha de que algo malo tenía que haber sucedido.

De improviso uno de ellos gritó con gran emoción:

—¡Mire usted, Redpath! ¡Mire lo que se ve allí!

Indicaban con la mano un sitio del agua del mar, cercano de la costa. Sobre la blanca espuma de una ola flotaba una gorra.

Los dos hombres corrieron a la orilla para mirar más de cerca.

—¡Pero si esa es la gorra de Pedro! — dijo una de ellos en voz baja. — ¡Y aquí en las rocas hay rastros de que alguien estuvo peleando! ¡Ahora comprendo por qué la joven vino y se fué sin que nadie la detuviera!

Una blasfemia brotó de los labios del otro hombre. Aquella gorra flotante y la desaparición de Pedro no podían indicar más que una cosa.

—¡Marsh! ¡Tiene que haber sido hazaña de Marsh! — exclamó con furia salvaje. — ¡No sólo hemos perdido el aeroplano por su culpa, sino que también quitó de enmedio a Pedro! ¿Quién pudo haber sido sino él?

—Lo que es el meterse con el aeroplano, le costó caro. Siempre es satisfactorio saber que le hace compañía a Pedro en el fondo del mar. ¡Sin embargo causó bastante daño antes de desaparecer! ¡Maldito sea!

Los dos hombres regresaron por el sendero de la costa a comunicar a Gryce lo que había descubierto.

Jim salió de su escondite. En su rostro se notaba una amarga sonrisa. ¡Ya se encontrarían ellos con que el hombre "muerto" a quien maldecían con tanto furor era capaz todavía de hacer mayor daño a su planes criminales!

Parecía llegada la oportunidad de ascender por la escalinata. Evidentemente era el sendero de la costa y no la escalera de piedra el camino que sus enemigos empleaban para ir a la habitación donde había oído a Gryce de conciliábulo con aquellos hombres.

Al mismo tiempo todo indicaba que debía proceder con la mayor precaución. Sin hacer ruído, Jim comenzó a subir los escalones guareciéndose del lado de la sombra.

A mitad de camino se detuvo para respirar.

—¡Son cansadores estos escalones! ¡Lástima que a Gryce no se le haya ocurrido instalar un ascensor. Voy a darle la idea, desinteresadamente, en cuanto tenga ocasión — díjose Jim continuando la larga subida.

El pie de la escalera estaba distante ya. Frente a él se veían las figuras de los dos gladiadores. La tendida mano de la figura acostada parecía tan real que hacía suponer la presencia de un hombre dispuesto a agarrarle al pasar.

Estaba cerca del final de la escalera y Jim se dijo que era necesario proceder con toda precaución.

No se había olvidado de que la simple presión del pie de Aileen en uno de los últimos escalones había hecho surgir dos rayos de luz de los ojos de la monstruosa cabeza que había en la puerta y, al mismo tiempo, había dado aviso a los hombres que estaban en el cuarto, a poca distancia.

¿Cuál de aquellos escalones, era el que hacía funcionar el mecanismo?

Con seguridad uno de los cuatro últimos. ¿Pero cuál?

Jim no podía correr el riesgo de cometer una equivocación.

Pero era hombre de recursos. De una lado de la escalera había un ancho parapeto coco de una yarda de altura, que protegía la escalera del lado del precipicio que dominaba el mar.

Jim se subió al parapeto y se arrastró por él hasta pasar los cuatro escalones, uno de los cuales debía ser el peligroso.

Descendió cuando estuvo en la plataforma de delante de la puerta.

La gigantesca puerta con su enorme llamador de bronce se alzaba ante él ceñuda y siniestra. Se necesitaba, en realidad, un especial esfuerzo de volar para disponerse a abrir aquella puerta.

¿Y si al abrirla sonaba algo que advirtiera de pronto a sus enemigos y los enviara a su encuentro?

Pero en aquel momento un extraño detalle llamó la atención de Jim. La puerta no tenía manija ni ojo de cerradura. Al oprimirla, se mostró sólida e inmovible.

¡Cerrada! ¿Qué hacer? Jim permaneció un momento sin saber qué partido tomar.

—El llamador que tiene es bastante grande y estoy seguro de que se oiría el golpe, pero en lugar de salir una linda sirvienta con la sonrisa en los labios, cofia y delantal, ¡quién sabe lo que se presentaría! — díjose Jim. — Me está pareciendo que, por aquí no hay nada qué hacer.

Jim miró a su alrededor. Del lado de la escalera contrario al mar y unos seis escalones más abajo de donde estaba la puerta, se veía una senda descendente, la misma por donde los dos hombres habían aparecido al recibir el aviso cuando se aproximó Aileen.

Sin duda conducía a las demás habitaciones que daban al hall de las columnas donde había encontrado a Gryce cuando fué por la senda que dominaba el mar.

Aquel nuevo camino no le iba a servir para continuar su sinvestigaciones. Yendo por él iría a caer, tarde o temprano, en las manos de sus enemigos. ¿Para que arriesgarse entonces?

—¡Pero es necesario que exista algún modo de abrir la puerta! — murmuró.

Algún modo debía de existir, pero Jim no lograba acertar con él.

Mientras permanecía indeciso la luna se ocultó detrás de un montón de nubes. Como Jim lo dijo después, esto sucedió especialmente para ayudarle en su apuro. Aún cuando la luna estaba totalmente oscurecida, pudo ver que en uno de los tableros de la puerta y a dos yardas del suelo se distinguía algo que parecía un círculo pequeño de luz lunar.

Pero no podía ser reflejo de la luna puesto que la luna no alumbraba en aquel momento.

Intrigado, Jim se acercó y lo tocó. Sus dedos notaron que era un disco de metal evidentemente cubierto de pintura fosforescente.

Jim lo oprimió levemente y notó que se movía.

—¡Eh! ¿Qué es esto? — murmuró admirado.

Apretó el disco con más fuerza. Bajo su presión la puerta se abrió sin ruido girando sobre bien enaceitados goznes.

—¡Muchísimas gracias! — dijo Jim mientras entró.

Una vez dentro empujó la puerta que se cerró silenciosamente.

Y entonces Jim vió el sitio más extraño a que puerta alguna puede dar acceso.

Se encontró en un balcón con barandilla, que corría en torno del interior de un vasto hueco circular, obra de la naturaleza, abierto en el mismo centro de la grande y elevada mole de piedra que formaba la isla.

Bajó él, las irregulares paredes se separaban a medida que descendían de modo que el hueco tenía la forma del interior de un enorme embudo boca abajo. En lo alto había una abertura por la que entraba la luz de la luna que pintaba con brillo un lado de la enorme caverna dejando el otro sumido en la más densa oscuridad.

Jim se acercó a la barandilla y miró hacia abajo.

Alguna distancia más abajo otro balcón, circular corría en todo el costado interior y más abajo había otro tercer balcón semejante. Sobre esos balcones se abrían puertas y ventanas abiertas en la roca o construídas de la manpostería con que la mano del hombre había reformado aquella caverna abierta por la naturaleza.

Era aquello, sin duda, obra de los monjes que, varios siglos antes, habían vivido en la extraña isla.

Escaleras de hierro enclavadas en la pared de roca, comunicaban un balcón con otro y por último llevaban al piso del hall el cual, según Jim pudo calcularlo entonces, se hallaba a no menos de cien pies del más alto de los balcones.

Bajo él, brillando a la luz de la luna, se extendía una especie de agua. A Jim le parecía, mirando desde lo alto, que cubría la mayor parte del piso excepción hecha del lu-

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

gar donde — a un lado — estaba la gradería de un embarcadero cuyos escalones se rundían en el agua de aqullo que tanto podía ser un lago interior como una entrada del mar.

Casi todas las pequeñas ventanas que habían en los costados del invertido embudo estaban sin luz, pero una que otra se hallaba iluminada. Una de ellas correspondía, evidentemente, al cuarto de donde había visto salir a Gryce.

La presencia de una gran cantidad de habitaciones que se abrían en el interior de la roca como las celdas de un panal, hizo que Jim considerara la situación como desfavorable.

Parecía tarea poco menos que imposible encontrar el sitio donde Dick estaba prisionero.

Jim fué hasta donde se hallaba la escalera que conducía al balcón inferior siguiente. Descendió por ella y luego bajó hasta el otro balcón.

Desde éste pudo apreciar mejor el aspecto de la caverna.

La extensión de agua que se hallaba debajo de él y que lamía los escalones del embarcadero, seguía hasta perderse de vista internándose más alla del arco de una abertura natural situada del otro lado y que conducía, sin duda, a extrañas cavernas que se comunicaban con el mar.

La superficie del agua estaba relativamente tranquila. Sin duda, la fuerza del oleaje era dominada por alguna barrera de rocas situada antes de la entrada de las cavernas.

Jim permaneció inmóvil mirando aquel extraordinario espectáculo. De pronto fijó su mirada en algo que le hizo contener la respiración.

Precisamente al lado del arco de la abertura por la que el agua se extendía ante su vista, se hallaba una pequeña abertura, hecha en la piedra y que estaba enrejada como una ventana.

La ventana — si aquello rea una ventana — se hallaba en la oscuridad, pero el borde de un rayo de luna alumbraba algo que había detrás de la reja.

¡Aquello era una mano que pasaba por entre los barrotes en aquel momento!

Jim se estremeció involuntariamente, de pies a cabeza.

¿De quién podía ser aquella mano? se preguntó.

La cara que estaba detrás de la reja que daba oculta por la oscuridad.

Aquella ventana enrejada daba la idea de algo como una prisión.

¿Quién era el prisionero?

Esta pregunta sonaba en los oídos de Jim y hacia latir apresuradamente su corazón. Era necesario que obtuviera respuesta.

Avanzó con el propósito de dirigirse a la escalera de hierro que conducía a la vereda de piedra situada al borde del agua cuando, de pronto oyó un ruido que le hizo retroceder.

Oyó el rumor de remos en el agua. Después, un bote se presentó saliendo del arco de piedra situado del lado del mar y dirigiéndose, sin duda, al embarcadero que quedaba enfrente.

Había un sólo hombre en el bote. Un hombre vestido con un capote de alto cuello y con el rostro casi cubierto por completo por un antifáz negro.

El prisionero

El hombre enmascarado remó conduciendo el bote al embarcadero.

A poco distancia de los escalones, donde dejó amarrado el bote, se veía una antigua puerta de bronce por la que Jim vió desaparecer al hombre antes de atreverse a descender por la escalera de hierro.

Jim se hallaba consumido por la fiebre de la impaciencia. Tenía que saber lo que había detrás de aquella ventana enrejada. Alguien estaba allí prisionero, seguramente. Descendió con rapidez la escalera de hierro y llegó a la vereda de piedra, a un punto situado a una docena de pasos de la ventanita que le había llamado la atención.

En la sombra, más allá del rayo de luna, estaba, tras de las rejas, oculta la cara del prisionero; pero Jim sitió que dos ojos le miraban con emoción. Al descender la escalera había oído un grito sofocado.

Cuando Jim se acercó a la ventana, la cara se aproximó más a la reja.

¡No era Dick Audley el que estaba allí prisionero! En el primer momento la cara de ojos brillante y la cabellera larga del preso no le pareció conocida. Luego, cuando Jim se acercó más no pudo menos que exclamar:

—¡Sir George!

Era sir George Audley, el padre de Dick, el hombre a quien sus amigos creían muerto hacía seis meses. Allí, donde estaba enterrado en vida, Jim lo había encontrado:

—¡Marsh! ¿Es posible que sea usted? ¿Es usted realmente? ¿No estoy soñando? ¿Me han encontrado mis amigos por fin?

Estas palabras brotaron de los labios del prisionero que fijó su mirada incrédula en el rostro de Jim Marsh, iluminado por la luna. Su voz tenía un tembloroso acento de intensa emoción.

—¡Silencio, por Dios! — dijo Jim mirando a su alrededor con recelo. — ¡Por favor, sir Georges, domine su emoción! Estoy aquí para salvarle, pero la menor sospecha que tengan de que estoy en la isla puede sernos fatal.

Jim temía que el anciano, para quien su presencia, después de seis meses de aislamiento, debía parecerle un milagro increíble, sufriera alguna crísis nerviosa que desbaratara todos sus planes.

—Sí. Tiene usted razón. Dominaré mis nervios, — dijo el prisionero con entereza.

Jim pudo ver cómo se rerenó inmediatamente la mirada de aquel hombre cuyo cabello, apenas gris hacía seis meses, estaba enteramente blanco; blanco como la nieve.

—Si usted supiera lo que significa para mí verle a usted aquí, cuando ya había perdido toda esperanza! ¡La primera cara de

amigo que veo desde hace seis meses que me tienen encerrado en esta tumba!

El anciano se estremeció y volvió a mirar a Jim con nerviosidad.

—¡Marsh! ¡Usted me salvará! ¿No es cierto? No me dejará usted en manos de estos canallas — murmuró implorante.

—Yo le sacaré de aquí, no tenga cuidado, — dijo Jim con todo aplomo. — Lo que tiene usted que hacer es no dejar suponer a nadie que nos hemos visto. Si no lo hace nos perderemos los dos.

—No, Marsh, puede estar seguro de que por mí no sospecharán nada.

Jim miró al prisionero, que con la alegría del momento parecía próximo a sufrir un desvanecimiento. En el rostro del anciano se notaban las huellas de cuanto había sufrido. Lo que le habían hecho pasar hubiera sido suficiente para hacer perder el juicio a cualquier otro hombre.

—Confíe usted en mí. Callaré — dijo Sir George. — El hombre enmascarado, el de la barca, es mudo, pero no es sordo y tiene ojos de lince. Por el momento está bastante lejos para no poder oir, pero puede volver en cualquier momento. Y si le ve a usted...

—¡No me verá! — dijo Jim. — He estado escondiéndome como un zorro desde que llegué a esta isla y soy ya maestro en estas artes. ¿Quién es el enmascarado?

—¡Mi carcelero! ¡Un demonio de maldad! ¡Oh! ¡Gryce sabe elegir su gente!

—¿Dice usted que es mudo? — El padre de Dick inclinó la cabeza afirmativamente. — Saldrá por aquella puerta de bronce. En cuanto esté por abrir la puerta me esconderé. No faltan aquí sitios donde poder ocultarme.

Detrás de donde se hallaba Jim quedaba la boca de la caverna abierta en la roca maciza y que comunicaba con el mar.

En cualquiera de los lados del canal que ondulando dirigía al mar, podía ocultarse Jim, cubierto por la sombra de una de las varias hondonadas que había en la roca. No faltaban, pues, sitios donde esconderse.

Rápidamente explicó Jim lo que pasaba, al padre de Dick.

—Fué Brood el que se enteró que estaba usted vivo, pero no sabía dónde se hallaba encerrado por esos canallas. Entonces, esta noche yo abrí a la fuerza la puerta cerrada para buscar tras de ella el señor Dick que fué secuestrado la noche anterior..

—Y traído aquí. No he visto a mi hijo, pero me dijeron que estaba prisionero para hacer más cruel todavía mi horrible tortura.

—¡Esa tortura, con la ayuda del cielo terminará esta noche, puesto que ya le he encontrado a uted! — exclamó Jim. — Solo falta hallar al señor Dick y entonces doremos cuenta de todos los canallas que hay en esta isla del demonio.

—¡Del demonio, sí! — dijo el anciano. — Esta isla ha sido teatro de crímenes que estremecerían al mundo; pero no es ahora el momento de hablar de estas cosas. Lo que creo es que si no me hubiera usted hallado ahora, con seguridad no me encuentra vivo. Todos estos meses me han dejado con vida porque esperaban que, prometiéndome la libertad, yo les dijera lo que querían saber. Pero si la hubiera dicho no me hubiesen dejado salir de miedo de que yo les denunciara.

—Querían la caja de bronce ¿no es cierto?

—¡Ah! ¿Sabe usted eso? Gryce vendería su alma al diablo por conseguir esa caja, por apoderarse del secreto que contiene y del tesoro a que le permitiría llegar. Ni promesas ni amenazas consiguieron hacerme revelar dónde estaba la caja. Yo sabía que una vez que lo hubiera dicho hubiera firmado mi sentencia de muerte — dijo en voz baja. — Fingí que, con los malos tratos, se me había olvidado y que algún día lograría recobarar la memoria. Pero hace poco me convencí de que se habían convencido de que jamás me arrancarían el secreto y por eso habían decretado mi muerte.

Calló de pronto y agregó luego en voz muy baja:

—¡Ya vuelve el mudo! ¡Pronto! Escóndase!

La advertencia fué hecha a tiempo. Del otro lado del lago se abrió la puerta de bronce. Jim se deslizó hacia la oscuridad del túnel para esconderse en algún hueco de las rocas.

Sus enemigos no podían estar buscándole porque no podían ni suponer que se hallaba en la isla. Le creían muerto.

Por la puerta de bronce salió el hombre enmascarado. No venía solo. Le acompañaba Gryce. Este se hallaba aun pálido y jadeante. Aun no se había repuesto por completo del ataque sufrido.

Los dos se embarcaron en el bote. El mudo hundió los remos en el agua y comenzó a remar, cruzando el lago. Jim, al mirar la figura aquella se preguntó por qué llevaría aquel hombre un antifaz.

La barca se acercó más a más. El mudo estaba por aproximarla a tierra junto al arco del túnel de salida, pero Gryce, impaciente, le detuvo.

—¡No! ¡Aquí no, tonto! ¿No le dije que quiero ir a las grutas? ¡A la prisión de agua! — dijo con voz agria.

"¡La prisión de agua!"

Estas palabras llamaron la atención de Jim.

La voz del otro lado del agua

El bote siguió por el canal que continuaba por el espacioso conducto abierto en la roca y pasó junto al sitio donde estaba escondido el chauffeur tan cerca de éste que Jim hubiera podido tocar a Gryce con solo extender el brazo.

Gryce iba hablando. Sus palabras, retumbando en la bóveda de piedra llegaban hasta donde estaba Jim.

—Tres horas faltan para la marea baja, Caliban, así que tiene tres horas para pensarlo. ¡Las tres horas mas largas de su vida! — Y grice se rió maléficamente. — Cuando llegue la bajamar creo que aun un espíritu tan obstinado como el suyo tendrá que ceder y sentirá gran alegría diciendo lo que yo necesito que nos diga.

Jim observó qu el bote se dirigió recodo del canal y en aquel momento una idea estremecedora acudió a su mente.

Pensó en el desdichado anciano que estaba prisionero, que llevaba seis meses en aquella horrible prisión, pensó luego en Dick. ¿Era de Dick de quien hablaba Gryce que había combinado alguna nueva infamia? Obedeciendo a un impulso irresistible, Jim sacó del bolsillo su pistola automática.

No tenía más que apretar el gatillo y la carrera de aquel archicriminal terminaría para siempre.

Pero no hizo fuego. Aun tratándose de un enemigo tan vil, Jim consideraba que debía vencerlo lealmente. No podía matar a Gryce indefenso e inadvertido, matarle a sangre fría por más que tratara del más terrible de los criminales.

La cara pálida y sonriente de Gryce recordó a Jim el tiempo en que aquel hombre había sido el odiado e implacable tirano del presidio de Bleakmoor, donde se le consideraba la viviente encarnación del mal. Era aquella misma mirada cruel y fría, la que vió en aquel momento Jim, mientras pasaba ante él el hombre que le creía muerto y hundido en las profundidades del océano.

—¡Ríes! ¡Oh! ¡No seirás mucho más! ¡El fin de tus hazañas está más cerca de lo que tu piensas! — murmuró Jim.

Gryce, contando sin duda con el efecto de la carta falsificada que uno de sus cómplices había prendido a la ropa de Aileen, esperaba que John Gray cayera en la emboscada de los que vigilaban la Abadía de Merlin y que Tom Gray acudiera a la cita para caer en sus garras.

Sucedido esto se proponía, sin duda, ir a la Abadía de Merlin y apoderarse de Aileen y, tal vez, de su sirvienta. Todos desaparecerían de golpe como Dick había desaparecido, para no volver a reaparecer nunca quedando en el misterio lo que había sido de ellos. Quitados del camino esos testigos, sus culpables secretos no serían descubiertos jamás.

El desprecio de aquel hombre por la vida humana era lo típico de todos sus planes. Jim, al considerarlo, pensaba que no era posible que aquel hombre estuviera en su sano juicio. ¿Qué significaban sus palabras sobre la bajamar que se produciría dentro de tres horas? ¿Y la prisión de agua? ¿Se referían quizás a Dick?

El bote desapareció de su vista en un recodo del túnel.

Los dos hombres permanecieron ausentes durante mucho tiempo — quizás le pareció a Jim que fué mucho, tan incómodo estaba, acurucado en el hueco de las rocas y tan impaciente. Por fin el bote volvió a aparecer en el recodo del canal.

Gryce reía suavemente, como para sus adentros. Aquella risa le pareció a Jim la destemplada risa de un loco.

El mudo enmascarado a quien Gryce había dado el nombre de Caliban remó rápidamente. La embarcación cruzó el lago y entró por la puerta de bronce.

El mudo volvió a remar, retrocediendo y atracó su embarcación a dos yardas del sitio donde estaba oculto Jim.

Caliban se puso de pie en el bote. Era de buena estatura, más o menos de la misma que Jim. Unas cuantas llaves — las llaves del carcelero sin duda, — sonaban entrechocándose dentro del bolsillo del capote de paño que vestía, cuando saltó a tierra.

Caminó por la vereda de piedra y se acercó a la ventana enrejada en la cual se veía la cara pálida y aterrada del que llevaba seis meses de mortificación y de tortura.

Como bromeando, el mudo se detuvo delante de la ventana para insultar, a través de la reja, al hombre prisionero, con un extraño grito gutural que parecía una risa burlona. El mudo levantó el brazo y dirigió un golpe a la cara del prisionero. Al ver que éste retrocedía dolorido por el golpe. Caliban volvió a reirse de su extraña manera.

Jim sintió que le hervía la sangre en las venas.

En aquel momento pensaba Jim: ¿podría dominar a Caliban? Si lo pudiera pondría otro de sus enemigos fuera de combate.

Jim no sentía ningún recelo en proceder contra aquel hombre, especialmente después de la brutalidad que le había visto cometer.

Ocultó en la sombra, Jim tomó un trozo de piedra bastante grande para aturdir con él a un hombre.

Como si el mudo quisiera darle la oportunidad que buscaba, Caliban se volvió, separándose de la ventana y pasó por delante del escondite de Jim, llenando su pipa.

Silenciosamente, en el momento en que pasó el hombre, Jim levantó el trozo de piedra.

En el mismo momento se oyó una voz del otro lado del lago.

—¡Aquí el bote. Caliban!

El hombre enmascarado se volvió.

La puerta de bronce se había abierto. Por ella surgió inmediatamente un grito de mujer que llegó a oídos de Jim, un grito de angustia y de desesperación.

—¿Dónde me lleva? ¿Dónde me lleva?

¡Era la voz de Aileen!

¡Aileen todavía en la isla y en poder de aquellos canallas!

El antifaz

El hombre que había pedido el bote era uno de los dos que habían descubierto la suerte que le había tocado a Pedro.

Redpath — este era su nombre— sostenía a la joven que se debatió entre sus brazos hasta quedar desmayada, arrastrándola por el embarcadero, iluminado por la luz de la luna, mientras el enmascarado botero, con su grueso capote cerrado, acercaba la barca a los escalones.

Al hombre enmascarado no le dió lástima ver a la joven desmayada.

Un momento después, tras el que tenía a Aileen aparecieron Gryce y el aviador. Permanecieron junto a la puerta mientras Redpath ponía a la joven en el bote.

Caliban tomó los remos de nuevo cuando Redpath estuvo en el bote.

Este dióle rápidas indicaciones. El mudo inclinó la cabeza y remó atravesando el lago.

Aileen estaba echada en el bote con los ojos cerrados, desmayada. Su rostro pálido

tenía la expresión horrorizada que le habían causado los acontecimientos de la pasada media hora.

Mucho había acontecido desde que Jim había visto a Aileen encaminarse por el túnel de regreso a la Abadía de Merlin. La joven sonámbula había llegado sin novedad, había subido a su cuarto y se había acostado.

Un cuarto de hora después se había despertado sobresaltada en medio de un terrible sueño.

Al despertar había pensado inmediatamente en Dick. ¿Habría Jim regresado de su exploración? ¿Qué había encontrado por el camino a que daba acceso el hueco de la puerta de la torre de que su sirvienta la había hablado? ¿Habría descubierto algo sobre Dick? Aileen no pudo quedarse en la cama. Se quitó el peinador, se vistió apresuradamente y, tomando el candelero con la vela encendida, corrió hacia la habitación situada detrás de la puerta que había sido forzada.

No vió la carta que estaba pinchada en el peinador. No tenía recuerdo de la excursión que había hecho en sueños, aun cuando sentíase muy fatigada.

Fué hasta el borde del hueco que había en el suelo, alumbrándose con la vela. Miró hacia abajo y le pareció oir pasos. Lo primero que se le ocurrió era que Jim regresaba.

—¡Jim! ¡Jim! — gritó la joven con alegría.

Pero, con horror, vió que el hombre que apareció de pronto, subiendo la escalera, no era Jim.

Casi antes de que pudiera salir de su sorpresa el hombre estaba a su lado. Una pesada mano se le apoyó en la boca y acalló sus gritos. Apareció otro hombre por el hueco y entre los dos descendieron a la joven escalera abajo.

Redpath y el aviador después de enterarse de que Pedro había desaparecido, habían recidido ir en reconocimiento hasta la Abadía de Merlin. Cuando vieron a Aileen sola, en el cuarto de la torre resolvieron apoderarse de ella. La carta que debía atraer a los otros debía haber llegado ya.

Por el subterráneo llevaron a la joven hasta la isla. Después la conducían en bote hasta el otro lado. ¿Qué destino le preparaban?

Desde detrás de la enrejada ventana de su celda, el padre de Dick había visto con horror cómo ponían a la joven en el bote. ¿Qué nueva vileza preparaban? ¿Dónde estaba Jim Marsh? Sin duda oculto muy cerca. ¿Podría salvar a la joven? Sólo podía desearlo, pero Jim tendría que pelear con dos hombres. Y Redpath, por lo menos, debía llevar armas.

El enmascarado acercó el bote a la orilla. Entre él y Redpath levantaron a Aileen. La joven abrió los ojos, recobrando el conocimiento. Miró a su alrededor con miedo y lanzó un grito.

—¿Dónde me llevan?

Su captor indicó una puerta que se abría sobre la vereda de piedra de junto al agua, a poca distancia de la boca del canal.

—No le conviene resistirse, joven. ¡Allí es donde va usted! ¡Grite todo lo que le dé la gana. No puede oirlo nadie.

Pero Aileen luchó desesperadamente hasta que se le agotaron las fuerzas.

Con impaciente rudeza el hombre enmascarado levantó a la mujer en brazos y la llevó por la vereda de piedra hacia la puerta de la celda que le había sido destinada.

Redpath les siguió. Como Caliban tenía las manos ocupadas soseniendo a la joven cautiva, Redpath metió la mano en el bolsillo del capote del mudo y sacó un manojo de llaves. Con una de ellas abrió la puerta de la oscura y húmeda celda.

—¡Ahora, Caliban! — gritó — ¡Dentro con ella! Creo que este argumento hará que el testarudo de Dick Audley ceda a nuestros deseos. ¡La joven a quien ama se halla en nuestro poder!

¡Y entonces, el mudo habló!

A su primera palabra, Redpath, atónito, se volvió sobresaltado y se encontró con que una pistola automática le apuntaba al entrecejo a menos de un pie de distancia.

—¡Lo mejor que puede usted hacer es callar! ¡Ni una palabra, ni un grito o le mato! — dijo una voz enérgica.

El enmascarado había puesto a Aileen de pie, en el suelo. Aileen, que había reconocido aquella voz.

Sin dejar de apuntar a la cara de Redpath, el que había hablado se quitó el antifáz.

No fué la cara de Caliban la que vió el asombrado Redpath. ¡Fué la cara de Jim Marsh!

Dos fuera de combate

El verdadero Caliban yacía desmayado a pocas yardas de distancia.

En el momento en que se había oído el grito pidiendo el bote, seguido de las voces de Aileen, Jim, antes de que el mudo pudiera obedecer al llamado le había pegado con el trozo de piedra.

Caliban había caído sin lanzar un grito.

Rápidamente Jim quitó al hombre el capote, el antifaz y el sombrero y se los había puesto, guardándose su gorra en el bolsillo.

El hecho de que Caliban fuera mudo le hacía más fácil representar su papel, especialmente en donde había tan poca luz como en aquella cueva.

Redpath firó atónito al hombre que le había engañado.

—¡Jim Marsh, para servir a usted! — dijo el chauffeur en tono de burla. — ¡Abra la boca! — agregó. — Como el hombre no obedeciera, dijo con intención: — No se lo repetiré por segunda vez. Le doy dos segundos para abrir la boca, ¿oyó?

Redpath, dominado por la actitud de Jim, abrió la boca.

Sin dejar de apuntarle con el arma, Jim metió el propio pañuelo de Redpath en la boca de éste, a manera de improvisada mordaza.

—Ahora, entre en esa celda. ¡Pronto!

Redpath vaciló un momento, pero luego, con un gesto de furor, obedeció.

Un pensamiento hizo a Jim que le quitara la mordaza.

—¿Dónde está prisionero Dick Audley? — preguntó.

—No sé de qué me habla usted.

—Sí usted lo sabe.

—Bien. Está donde no llegará usted a encontrarle vivo, — dijo el hombre con malignidad. Y un temblor sacudió el cuerpo de Aileen. Pálida y vacilante, se apoyó en la roca. — ¡Y no digo más! — agregó Redpath.

Jim se encogió de hombros.

—Bien. Ya que no quiere decir más, poco le importará que le ponga la mordaza. Ya encontraré yo a Dick Audley, pierda cuidado. Pero si le pasa algo. usted, usted solo pagará por él. ¡Se lo juro!

Luego, sin dejar de apuntar al hombre con el arma, dijo a Aileen:

—Señorita, perdone que la moleste en momentos en que está tan emocionada, pero le ruego me haga el favor de apuntar a la cabeza de este tipo con la pistola durante un instante. Necesito tener las manos libres. Si se mueve, haga fuego.

Aileen avanzó.

Jim ordenó a Redpath con energía:

—¡Levante los brazos!

No estaba seguro de que Radpath no llevara armas. Convenía asegurarse.

—¡Le digo que levante los brazos!

Un momento después Aileen le apuntaba mientras Jim, sonriendo, le registraba los bolsillos. Encontró un revólver que Jim se guardó en el bolsillo.

Después con unas cuerdas que había en la celda ató Jim a Redpath sólidamente y por último le aseguró bien la mordaza.

Hecho esto. Jim y Aileen salieron de la celda y el chauffeur cerró la puerta con llave.

Dos minutos después la puerta de la celda donde el padre de Jim había estado tanto tiempo cerrada se abría.

El anciano, dominado por la alegría y tembloroso de emoción salió de la celda apoyado en Jim. ¡Por fin, después de haber perdido toda esperanza de recobrar la libertad, se hallaba fuera de su prisión!

El cercelero mudo estaba aun desmayado, tendido en el suelo donde había caído.

Jim arrastró al hombre desmayado al interior de la celda y encerró a Caliban cerrando la puerta con una de sus propias llaves.

—¡Ya hemos puesto a dos fuera de combate! — dijo Jim con satisfacción. — ¡Y ahora, vamos a averiguar qué han hecho con mi joven patrón!

La presión de agua

Aún después de haber eliminado de la lista de sus activos enemigos al mudo Caliban y a Redpath, Jim Marsh se sentía convencido de que las dificultades no habín terminado todavía.

—Hasta ahora toda ha ido demasiado bien, — díjose Jim de pronto, — y eso debe servirme de aviso para no confiar demasiado en el porvenir. Cuando las cosas van tan bien al principio y uno empieza a creer que no va a equivocarse aunque quiera, suele suceder que la suerte descargue uno de sus golpes decisivos y ponga al confiado fuera de combate.

A juzgar por las apariencias nadie se había dado cuenta de lo que él había hecho hasta entonces, pero Jim no se hallaba convencido de que no estuvieran mirándole desde la oscuridad circundante.

Además el no regresar de Redpath tenía que causar sorpresa y atraer a Gryce y al aviador a escena, en busca de la explicación de la ausencia del otro.

Jim habíase vuelto a poner el antifaz del mudo. El disfraz de Caliban podía serle útil todavía. Aileen y el anciano de cabello blanco a quien había libertado de su prisión, se encontraban acurrucados en un hueco sombrío de las rocas.

Por el momento no era posible qeu les vieran. Lo que preocupaba a Jim era el plan de lo que había de hacer de allí en adelante.

Su mayor deseo era que la joven pudiera ser salvada a sitio seguro antes de seguir él buscando a Dick Audley. La presencia de Aileen y de Sir George tenía que serle molesta y constituír un estorbo en el caso de un encuentro con Gryce o con alguno de sus cómplices.

Con seguridad la entrada del túnel que conducía a la Abadía de Merlin estaba custodiada. Grayce, después de enterarse de lo que le había pasado a Pedro habría puesto otro centinela seguramente.

Pero no era eso solo. Existía la dificultad de poder llegar hasta la entrada del túnel sin que lo notaran los enemigos.

Tendrían que cruzar el lago en el bote o seguir por la vereda de la orilla, por donde él había venido, subir las escaleras de galería en galería hasta llegar a la altura de la puerta grande y por ella salir a la escalinata de piedra. En cualquiera de los dos casos corrían gran riesgo de ser vistos.

Jim cambió algunas rápidas palabras con Aileen y se enteró de las circunstancias en que se había producido su segunda aparición en la Peña Negra.

—¿Dice usted que ni su padre ni su hermano estaban custodiando la entrada del subterráneo en el cuarto de la torre?

—No. No estaba ninguno de los dos.

Jim no dijo nada más por temor de asustar a la joven, pero esa manifestación acrecentó su ansiedad.

—Bien. Ahora voy a buscar al patrón. Tengo idea de que debe hallarse en alguna de las cuevas a las que se va por ese canal. Por eso fueron hacia allí en el bote, Gryce y el mudo

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras

prosekuirá en el próximo número de "Pucky".

IGNORABA EL NOMBRE

El coronel Trompicón (muy acalorado y confundiendo al que mira con un labrador): — ¡Haga usted algo, mil diablos! ¡Llame a ese maldito animal!

El tímido mirón: — Lo haría con mucho gusto, pero no se cómo se llama.

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio de la Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

Lea: "JUSTICIA ALADA"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Mayo de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 88.

ESTA ESCENA CORRESPONDE A:

Todo por el amor

NOVELITA PASIONAL MUY EMOCIONANTE

HABLANDO DE CIENCIA

El estudiante estudioso: — Perdone usted, profesor, pero después de haber los electrones negativos polarizado el núcleo, ¿qué diablos hacen esos tipos?

Sumario

Todo por el amor
Un relato de interés y de atractivo, por un famoso autor.

La dote
Cuento de inesperado final, escrito por un gran novelista.

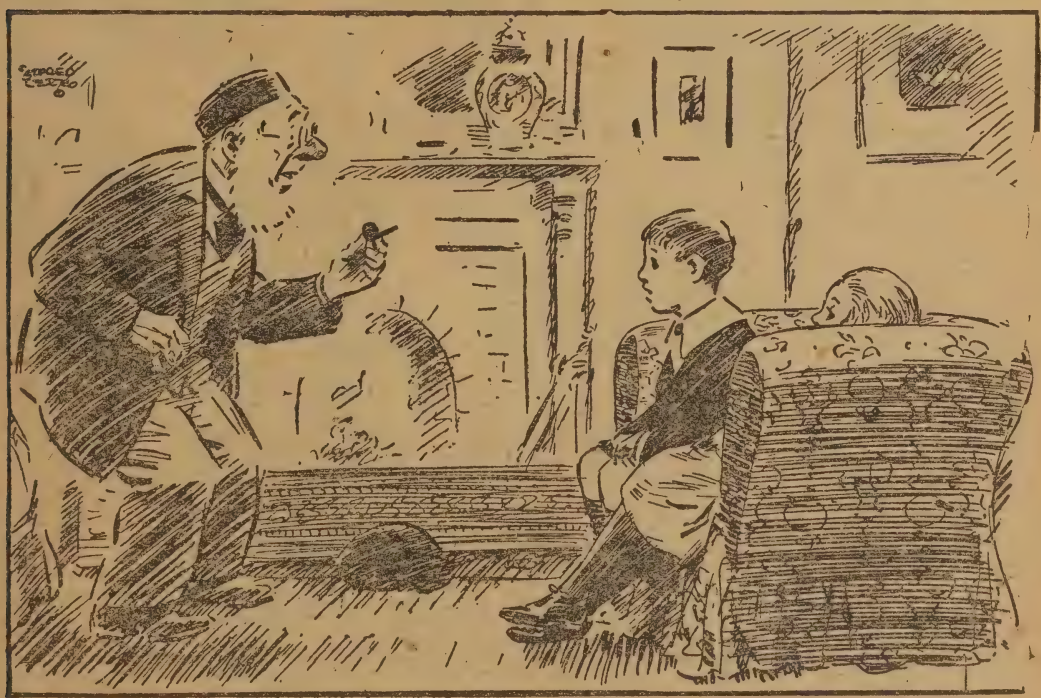
Interesante, informativos y útiles
Párrafos curiosos de todas procedencias.

Justicia Alada
Continuación de esta novela sensacional que comenzó en el número pasado.

Detrás de la Puerta Cerrada
Nuevos episodios de esta obra, de grandísimo interés

La nota cómica
Chistes nuevos y viejos de todas clases y procedencias.

Cosas de otros tiempos



—Entonces yo miré fuera de mi tienda de campaña y ví dos canguros sentados a la orilla del Nilo.

—Pero en Egipto no hay canguros, abuelito.

—Yo estoy hablando de hace cincuenta años.

"¡Conteste usted al teléfono! — ordenó el muchacho alado. — Puede que el llamado sea de alguno de los que van a participar del mismo destino que he dispuesto para usted." ("Justicia Alada").

Lea JUSTICIA ALADA pág. 13.

PUCKY MAGAZINE N.º 88

Todo por el amor

o La Escuela de la Mentira

(Traducción del francés)

IANA abrió el despachito de cilindro cuya llave nunca se apartaba de ella, sacó de uno de los cajones el registro al que, cada día confiaba sus pensamientos secretos, y se puso a escribir:

" Hoy era el santo de mi marido. Su santo...: es decir, una ocasión para él de ofrecerme un regalo. Y no ha faltado. ¡Querido Ludovico! ¿acaso olvida nunca cundo se trata de contentar alguno de mis caprichos? Y hace ya cinco años que esto dura... me quiere como cuando éramos novios.. Yo le quiero más, si esto es posible..."

De repente, se interrumpió, fija la mirada. Había allí, sobre la tabla en que se apoyaba para escribir, por consiguiente en el interior mismo del mueblecito, un guante, un guante de piel de Suecie gris, parecido a los que gastaba su marido. Lo tomó, lo examinó: imposible dudar.

Al cabo de algunos minutos de reflexión, se fué al cuarto vecino, que era el dormitorio común. Ludovico dormía. Sin ruido, tomó las llaves que cada noche dejaba él sobre la chimenea, y volvió a su habitación particular. Una de las llaves, designada por él como siendo la de su biblioteca, abría el despachito de cilindro.

Así pues, Ludovico conocía la existencia de su diario, y seguía la historia de sus pensamientos íntimos, y los ensueños en que a veces vagaba su imaginación. Su cara se enrojeció, cual mujer sorprendida sin nada que la cubra, en plena luz; y, aunque fuera su marido el que violaba así el secreto de su alma, no por eso sentía menos vergüenza, acompañada de un movimiento de rebelión.

En seguida recorrió las páginas, con el miedo inconsciente de descubrir en ellas alguna expresión que pudiera ser mal interpretada. Pero, al ver correr bajo sus ojos el agua tranquila de su vida, sonrió ella misma de su candidez. En las épocas más inquietas que recordaba, veía, en la inalterable serenidad de su amor, flaquezas tan insignificantes: coqueterías de una noche, la turbación involuntaria que causa el homenaje demasiado ardiente de un hombre, o el rápido roce de una tentación en seguida desechada; en una palabra, ensueños de esos que aletean en el alma de las más cariñosas, sin empañar un instante su pureza.

Grande fué su alegría al contemplarse así, como en un espejo fiel, y, sin más rencor, sintió igual satisfacción de que Ludovico la conociera bajo aquel bello aspecto de constancia y de solícito cariño. Era, en efecto, así; honrada, sencilla, leal, escrupulosa, y él lo sabía, no sólo por la idea que él mismo había podido hacerse de su mujer, sino por el testimonio irrecusable de un alma que se revelaba a sí misma sus pequeñas flaquezas y sus distracciones ingenuas.

✣ ✣ ✣

Desde aquel día, Diana fué más cariñosa para Ludovico. Cuando sus miradas se mezclaban, parecíale a Diana que la mirada de Ludovico la penetraba hasta el fondo de su alma, y consideraba espectáculos que ella misma ignoraba, pero que a él le encantaban, todo un reino en donde, por todas partes, veía su imagen soberana.

Acaso escribiera con menos frecuencia, pero, cada vez, con una especie de embriaguez: "Mírame, Ludovico, mira mi alma..."

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"
Prosigue su publicación en la página 47 de este número de "Pucky

Estado delicioso de limpidez, de transparencia, de fluidez...

En los momentos más unidos, hay momentos de desacuerdo en que los mejores se dicen cosas dolorosas. ¡Qué mejor remedio, para las heridas secretas, que una confesión inmediata, escrita por uno, leída en seguida por el otro! Diana atenuaba el incidente, no sentía amor propio en achacarse más culpa de la que le correspondía; y, enternecido, pedía Ludovico perdón por las suyas.

Cansecuencia inevitable: llegó Diana a ciertas alteraciones de la verdad, ya acusándose con harta severidad, ya, al contrario, — nadie es perfecto — dejando en silencio tal cosa cuya confesión le fuera harto desfavorable.

Ante todo, era preciso agradar a Ludovico, y agradarle sin restricción, más de lo que él pudiera haberlo esperado nunca. Obra fácil: bastábale con volverse tal como él la deseaba.

Rigurosa, fatalmente, se volvió tal... en su diario. Cuando sabía que las ideas un tanto emancipadas de su amiga Clotilde exasperaban a Ludovico, ¿podía hacer menos que, aunque compartiéndolas, escribir: " Después de todo, las ideas de Clotilde son " muy chocantes; ya me van molestando"? Frente a su marido, las habría defendido con valentía; pero, aquí, en esta blanca página...

¡Y parecía tan enternecido Ludovico por las concesiones que ella le hacía! ¿No era tentador el hacer otras, o bien concederse, siempre con objeto de agradarle, tal cualidad cuya ausencia deploraba él? Por ejemplo, la deseaba menos extravagante en su vestir. Pues, nada más sencillo. Escribía Diana:

" Tenía razón mi marido: soy un tanto " excéntrica en mi modo de vestir. Voy a " reformar todo esto..."

Por supuesto, no reformaba nada; pero, Ludovico, persuadido de sus buenas intenciones, llegaba hasta figurársela más modesta en su traje, y estaba tan contento.

Y, suavemente, de la manera más ingenua, sucedió que compuso ella para su marido una Diana en absoluto ficticia, adornada de virtudes que sabía ella no tener, y aligerada de cuantos defectos se conocía. Ni por espacio de un segundo sospechó ella el trabajo de refección al que se abandonaba. Era aquello una serie de mentirillas, llevadas a cabo por amor y para mayor bien de Ludovico.

Y, en suma, reducido a estas astucias, poco peligroso fuera el daño. Pero, Diana, conducida a disfrazar su pensamiento, ¿no había de ser conducida a desnaturalizar ciertos actos de su conducta todo por amor?

Un día, al encontrarse con Clotilde, con quien su marido le había pedido que rompiera, aceptó un paseo al Bosque de Boloña, y, luego, una taza de té en el Pabellón Japonés. Correría anodina y que no alteró su conciencia; no obstante, cuando, por la noche, se sentó frente a su cuaderno, su pluma fué la que, por decirlo así, se negó a apuntar semejante infracción a las órdenes del amo. No, aquello no era posible. Diana habló del Bosque, de la taza de té, pero no de Clotilde.

Y, no habiendo hablado de Clotilde en su diario, tuvo que contestar, al día seguiente, a Ludovico, que la interrogaba acerca de su amiga:

—¿Clotilde? No la he vuelto a ver.

Algunos días después, fué a casa de ésta, con lo cual cobró nuevas fuerzas su amistad. Clotilde, que tenía mucha influencia sobre Diana, la decidió a que fuera también a su día de recepción. Allí conoció Diana a señoras cuyos maridos viajaban, y a señores que la hallaron muy de su agrado y que se lo dijeron. Indignada, Diana les dijo secamente su manera de pensar. ¡Quería tanto a su Ludovico! Sobre todo, lo quería demasiado para apuntar ella en su diario una porción de historias, insignificantes, pero que no habrían dejado de apenarle: ¡son tan raros, los hombres!

Así pues, lógicamente, por una pendiente insensible y natural, aquella honradísima mujer, enamorada de su marido, había sido conducida a actos qeu su carácter y su amor le habrían, sin duda, prohibido para siempre. De tales actos, la responsabilidad absoluta correspondía a Ludovico. El era el verdadero culpable: al violar la conciencia de Diana, la había obligado a la mentira.

No hay en el mundo un ser, por leal, por puro que sea, que pueda obrar normalmente bajo las miradas de otro. Sincero al principio, a pesar suyo se desviará: acudirá a subterfugios, a artificios, pondrá en juego su sinceridad. Y es que hay cosas, ideas de las que no debemos dar cuenta a nadie, que tenemos derecho a guardar ocultas, en esa parte de nosotros mismos que es puramente nuestra, cual santuario impenetrable. Cuando esto no no ses posible; cuando necesitamos, como Diana, enseñar al desnudo nuestra alma secreta, nos esforzamos, instintivamente, en mostrar sólo una imagen infiel. Obligada a descubrirse, Diana se había "pintado", y estaba desconocida. Y, así, aleccionada en la mentira sólo por el amor, se había deslizado hasta faltas más graves.

Meses, años transcurrieron. Resistió con valentía el espíritu del mal. Más de una vez se sentó ante su meista, dedicada a escribir toda la verdad en aquel nefasto registro, pues ya sabía Diana lo peligroso que para ella había sido. Pero, ya era demasiado tarde: el libro se había vuelto su cómplice.

Una noche, Ludovico leyó:

"Día vacío y muy ocupado, visitas, correrías. ¡Cuánto me he aburrido! A punto estuve de ir al Círculo, en busca de Ludovico, para haber dado un paseo con él. Pero temí ser importuna".

—Querida Diana, — murmuró él, — siempre la misma, afectuosa, amante...

Aquel día, Diana había aceptado el ir a tomar té en una pastelería lejana de la orilla izquierda del Sena.

M. LEBLANC.

ORO VIEJO

LA DOTE

Por Guy de Maupassant

I

A nadie sorprendió el matrimonio de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet estaba en tratos con el señor Papillón para que le traspasara la escribanía. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles, en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso a su manera, cosa extraña en Boutigny-le-Revours.

La señorita Cordier tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provincial; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción a todo Boutigny.

Fueron admirados los novios cuando volvían a ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos a irse luego algunos días a París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.

Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar a su esposa con una delicadeza, una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: "Todo llega para quien sabe guardar". Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana, que su esposa le adorase.

Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. El se la hubiera comido a besos; la sobaba las manos, la barba, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, le cogía por las orejas, diciéndole:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, boca, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

II

A los pocos días, el notario dijo a su mujer:

—¿Quieres que vayamos a París mañana? Como dos amantes, recorremos los teatros, los restaurants, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella saltaba de gozo.

—Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

El prosiguió:

—Como es necesario atender a todas las cosas, le dirás a tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. Lo llevaremos, para pagarle al señor Papillón el traspaso de la escribanía.

Ella convencida, respondió:

—No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres.

El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

—Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se os puede perder la cartera, os pueden robar...

Y el joven yerno sonreía:

—Tranquilícese usted. Estoy acostumbrado a llevar sobre mí valores. Ya sabe usted que los notarios nos vemos obligados a ma-

nejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestias y se ahorran los giros. Tranquilícese usted.

Un empleado de la estación gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió a un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

—¡Qué aburrimiento! No podré fumar.

Ella respondió:

—Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver a las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados a la estación, el notario dijo a su mujer:

—Si te parece, almorzaremos ahora en el boulevar, y luego volveremos tranquilamente a recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

—Sí, sí; almorzaremos en un restaurant. ¿Está muy lejos?

El respondió:

—Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente a todas partes.

Juana se permitió advertirle:

—¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñó, sonriendo:

—¡Un coche! ¡Lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.

—Tienes razón, — contestó la mujer un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos; Lebrumet gritó:

—¡Conductor! ¡eh! ¡conductor!

El pasado vehículo se detuvo, y el joven

CALCULOS INTERESANTES

El que predica contra la bebida: — Cada vaso de whisky que usted toma le abrevia la vida una semana.

El aldeano bebedor: — ¡Imposible!

El que predica contra la bebida: — Ha sido demostrado científicamente.

El aldeano bebedor: — No puede ser. Si fuera cierto, yo debía haberme muerto hace doscientos años.

notario, empujando a su mujer, le dijo rápidamente:

—Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes de que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, tomándola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vió de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que subía por la escalera.

Quedóse inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente a pipa sucia, y una vieja que apestaba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de almacén, un alto sargento de infantería, un caballero con lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: "estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes", tres hermanas de la caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes a las filas de muñecos en los "pimpampum" de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de las ruedas, aturdiéndolos, hacíales parecer idiotizados o adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: "¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?"

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

"Es más lejos de lo que yo supuse" — pensaba la novia.

Bajó el enterrador, y ocupó su asiento un mozo de cuadra, que olía — y no a rosas. Al irse la mozuela, entró un mozo de cordel apestando a sudor agrio.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se bajaron más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

"¡Qué lejos vamos!" — pensaba la novia. — "¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!"

Poco a poco fué quedando sola. El conductor dijo:

—¡Vaugirad!

Y como la viajera no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que a ella se dirigía el empleado, quien al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

La novia no puda contener esta pregunta

—¿Dónde estamos?

Y el conductor malhumorado, contestó:

—Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.

—¿Falta mucho para el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—El de los Italianos.

—¡Apenas hace tiempo que pasamos por él!

—¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar a mi marido?

—¿Su marido? ¿Cómo?

—Está en la imperial.

—En la imperial no hay nadie.

Juana tembló espantada.

—¿Es posible? Yo le vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

—Basta de músicas; para cada hombre que pierdas, encontrarás diez. Al avío. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será difícil agarrarte a otro.

Con lágrimas en los ojos la novia insistía:

—Le aseguro a usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba un cartera debajo del brazo.

El conductor se puso a reir.

—Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se bajó. Bien te ha plantado. Ja... ja... ja....

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente a la imperial. No había nadie.

III

Rompió a llorar, y sin tener presente que miraban que la oían, dijo en alta voz:

—¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

—¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo con mucha guasa:

—Que se le ha escapado a esta señora... "su marido", en el trayecto.

—Está bien. Andando.

Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que la ocurría. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fué posible aquel error, aquel olvido, aquel desprecio, aquella inverosímil distracción?

Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó a su primo Barrel, jefe de sección en el Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir a casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

—¡Enrique!

El se detuvo asombrado.

—¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbuceó llorando:

—Acabo de perder a mi marido.

—¿Perderlo? ¿Dónde?

—Sobre el imperial de un ómnibus

—¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexionando, y preguntó:

—¿Estaba sereno esta mañana?

—Sí.

—¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?

—En una cartera, mi dote.

—¡Ah! ¿Tu dote?

—Sí; veníamos a pagar el traspaso de la escribanía.

—Pues bien; tu marido, a estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:

—¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?

—Te ha estafado la dote. Ha huído con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es... es... es un miserable!

Desfalleciendo, cayó en los brazos de su primo.

Como llamaban la atención de los transeuntes, que ya se detenían para observarl los, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La sirvienta que abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurant, di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré a la oficina.

GUY DE MAUPASSANT.

Los llamados "cientopies" o "ciempies", tienen generalmente cuarenta y cuatro patas, pero hay otras especies que tienen de 100 a 200 patas.

✣ ✣ ✣

Una carta de amor grabada en una ladrillo está en el Museo Británico. Es la carta de petición de mano de una princesa egipcia y data de hace más de 3.500 años.

* * *

El acero más duro del mundo puede ser cortado por medio de una sierra circular sin dientes que gire con rapidez enorme, pues la sierra, realmente, derrite el acero con su contacto.

Trece era el número sagrado de los mejicanos y el antiguo pueblo de Yucatán. Su semana tenía trece días y adoraban a trece dioses-reptiles.

✣ ✣ ✣

Los ratones aborrecen el olor de la menta piperita por lo cual es buen medio para ahuyentas el es pulverizando los sitios que visitan, con esa esencia.

✣ ✣ ✣

Un libro escrito hace mas de mil años, menciona dos crías de pollos nacidos en China mediante incubadoras según el mismo principio de las usadas actualmente y de las empleadas en Egipto hace 4.000 años.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

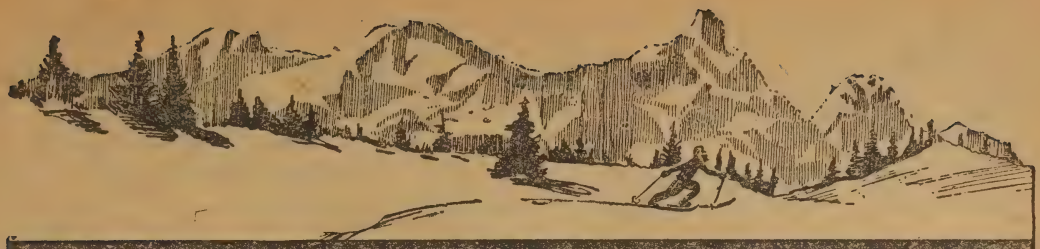
.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....



INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

El Japón saca 40.000.000 de pesos oro por año de la producción de seda en capullos.

✣ ✣ ✣

En proporción a su tamaño, la abeja es tres veces más fuerte que el caballo.

✣ ✣ ✣

Las palmeras proveen de alimento, madera, combustible, soga, fibra y a veces tela para ropa.

✣ ✣ ✣

Más de cien ex-soldados ciegos qeu han sido preparados en Saint Dustan en Londres, han obtenido diplomas de masajistas.

✣ ✣ ✣

Siempre que el kaiser se presentaba en público iba acompañado por taquígrafos que escribían cuanto decía o le decían.

✣ ✣ ✣

Los naipes con el dorso artísticamente dibujado, fueron inventados en 1392 para curar a Carlos IV, rey de Francia, de su melancolía.

✣ ✣ ✣

Los siameses procuran siempre tener en su casa un número par de ventanas, de puertas, de habitaciones, por que consideran de mal agüero todo lo que es impar.

✣ ✣ ✣

En el Jardín Zoológico de París costaba, por año, 10.000 francos (2.000 $ oro) la alimentación de un solo elefante y 4.00 francos (800 $ oro) la de la jirafa

✣ ✣ ✣

Los documentos de la Municipalidad de Londres dicen que en Smithfeld, donde está ahora el mercado de carnes ya existía una carnicería en el año 1253

✣ ✣ ✣

Porque es portadora constante de gérmenes de tifus, aun cuando ella goza de perfecta salud, una mujer norteamericana ha accedido a pasar lo restante de su vida en cuarentena.

Dicen los aficionados al cultivo de rosas que se conocen 823 variedades de esa flor.

✣ ✣ ✣

En Méjico hubo cincuenta y nueve revoluciones en un período de sesenta y un años.

✣ ✣ ✣

Si no hubiera evispas, las higueras no producirían fruto.

✣ ✣ ✣

La primera oficina de correos se abrió en París en 1462, en Londres en 1581 y en Estados Unidos, en 1710.

✣ ✣ ✣

En Islandia el bacalao es reducido a polvo con la harina con que se hace el pan.

✣ ✣ ✣

El número de buques que pasa por el canal de Suez cada año, es de 3800 con un término medio de 5000 toneladas de registro.

✣ ✣ ✣

Casi todos los animales viven cinco veces lo que tardan en llegar a su completo desarrollo. Al hombre debía pasarle lo mismo.

✣ ✣ ✣

Las campesinas del Japón crían gusanos de seda como los de otros países crían gallinas u otras aves de corral.

✣ ✣ ✣

Puede dar idea del tamaño de la pezuña de un elefante el decir que un niño de cinco años puede sentarse cómodamente en el espacio que ella ocupa.

✣ ✣ ✣

Las mujeres de Polonia son famosas por la belleza y perfección de las manos: ellas aprecian la belleza de sus manos aun más que la del rostro.

✣ ✣ ✣

Como nutritivo, el huevo que lo es más es el de ganso; le siguen los huevos de pato, de gallina de guinea y los de gallina común son los cuartos de la lista

En Londres, dos señoras recibieron hace poco el diploma de rematadoras y corredoras de casas y tierras.

✣ ✣ ✣

Este año, — dice un experto en belleza, — su usará el tipo de cara de las "madonas" de los pintores italianos.

✣ ✣ ✣

Cuando las ollas no tienen hollín por fuera, ni incrustaciones calizas por dentro, se gasta menos combustible.

✣ ✣ ✣

Los catadores de té y de vino, no fuman porque el fumar puede debilitarles el sentido del gusto.

✣ ✣ ✣

Cuando se usa el color azul para el decorado de una habitación se consigue que las noscas no entren en ella con tanta profusión como en las otras.

✣ ✣ ✣

Los agentes de policía de Londres tienen ahora que dar un examen de competencia antes de sar ascendidos a sargentos.

✣ ✣ ✣

Se asegura que las mujeres son mejores fotógrafos de galería qeu los hombres, debido quizás a que tratan a los clientes con más amabilidad.

✣ ✣ ✣

Cantar sin acompañamiento de instrumento alguno, interpretando la música escrita, es lo que debe poder hacer todo el que sabe efectivamente música y canto.

✣ ✣ ✣

En los sitios donde hay niebla o donde hacen mucho ruído es mejor dormir con la ventana cerrada, dice un especialista, pues preferible es eso a dormir intranquilo.

✣ ✣ ✣

Se ha plantado mimbre en sitios pantanosos de Estados Unidos, donde no se podía plantar nada, obteniendo más de seis toneladas de mimbres por hectárea.

✣ ✣ ✣

La idea de que la sal es sagrada, es muy antigua. En Asia sus condiciones de antipútrida la hacen el emblema de la buena fe y de la eterna amistad.

✣ ✣ ✣

Las sirvientas, En Estados Unidos, poseen actualmente automóviles propios así que en muchos casos, al tomar una mucama, el patrón debe comprometerse a facilitarle sitio en el garage para su coche.

Cuando el cuerpo del animal pierde las dos quintas partes de su substancias, muere.

✣ ✣ ✣

Antes de la guerra, la mitad de la población de Francia estaba dedicada a la agricultura.

✣ ✣ ✣

En algunas regiones de España no se usa casi el sombrero. Los hombres llevan pañuelos o gorras y las mujeres pañuelos o mantillas.

✣ ✣ ✣

En el comité educacional de Anglesea (Inglaterra), se ha sustituído los pizarrones negros por blancos en los que se escribe con carbonilla.

✣ ✣ ✣

En los baños de Ostende hay nadadores que vigilan constantemente el agua, para salvar a los que están por ahogarse.

✣ ✣ ✣

El pueblo de la India habla 150 lenguajes distintos y está dividido en cuarenta y tres nacionalidades diferentes.

✣ ✣ ✣

La única herida que sufrió Napoleón Bonaparte la recibió en la batalla de Ratisbona cuando le alcanzó un casco de granada.

✣ ✣ ✣

Ni uno sólo de cuadrúpedos o de los pájaros carnívoros de Inglaterra come carne de gato. Hasta el mismo cuervo desdeña los gatos muertos aun cuando devora los perros.

✣ ✣ ✣

Una novia, en Corea, comienzá su vida matrimonial en silencio; durante el primer día de matrimonio no debe dirigir la palabra a su marido; dirigirla se consideraría grave falta de educación; pero a la mañana siguiente ya puede hablar todo lo que quiera.

✣ ✣ ✣

Todos los continentes, menos la América del Sur, tiene zonas de tierra seca a nivel inferior del nivel del mar; la más inferior se halla en Palestina donde hay un punto, en el Mar Muerto, que está a un nivel de 200 metros más bajo que el de las aguas del Mar Mediterráneo.

✣ ✣ ✣

En Buenos Aires, en el Departamento Central de Policía se imprime todos los días la "Orden del Día", que consta de varias páginas y se remite a todas las comisarías, diciendo las capturas que están recomendadas, lo que hay que secuestrar, etcétera.

Continuación: Véase el número 87 de "Pucky"

LOS GOLPES EN LA VENTANA

LA puerta del gran salón de banquetes del castillo de Gaunt se abrió de par en par y la luz que brillaba en el vecino vestíbulo penetró en la oscuridad reinante en el espacioso salón.

El sirviente de librea que estaba de pie en la puerta, miró con grandísimo asombro la escena que ante sus ojos se presentaba.

La magnífica araña eléctrica que colgaba antes del techo estaba, en aquel momento en la mesa entre un montón de cristalería rota y de revuelta vajilla de plata.

Siete hombres, todos ellos pálidos de terror, se hallaban de pie en torno de la mesa y todos ellos se volvieron, estremeciéndose, hacia la puerta cuando ésta se abrió.

Los hombres que allí estaban eran Cedric Shafton, el dueño del castillo de Gaunt, y sus invitados Herman Sterncarn, Isidore Morne, Ralph Haythorn, Simon Steer, sir Willoughby Vulcan y Vincent Lamotte.

Aquellos hombres eran de diferente aspecto todos ellos, pero estaban todos unidos por un mismo vínculo, por una promesa según la cual debían reunir todas sus fortunas para explotar y arruinar a la gente.

Cedric Shafton fué el primero qu ereaccioó después de la conmoción causada por la repentina entrada del sirviente.

—¡Traiga usted luces, Sark! — —ordenó con vacilante voz. — Se ha producido un accidente. La araña se ha desprendido y se ha caído.

El hombre se retiró presuroso y, en la media luz que reinaba en el comedor, Shafton y sus invitados se miraron los unos a los otros, con miedo y recelo.

—¿Qué fué eso? — preguntó Herman Sterncarn. — Supongo que no estamos viendo visiones o fantasmas, dijo y se estremeció.

—Lo que vimos fué realmente corpóreo, — dijo sir Willoughby Vulcan con nerviosidad. — Era una figura momo un enorme murciélago, con la cabeza y el cuerpo como el de un ser humano. Voló, procedente de la galería superior, descendió y arrebató el documento de nuestro contrato secreto de las manos de Shafton.

Shafton estaba tan pálido, en aquel momento, como si no tuviese sangre en las venas.

En aquel momento Sark, el sirviente, regresó portador de un candelabro con seis bujías encendidas.

—Voy a quitar en un momento todo lo roto, señor, — dijo Sark.

—¡Usted no hará nada semejante! — exclamó Shafton en seguida. — Retírese y déjenos solos, que tenemos que hablar de nuestros negocios.

Sark miró, sorprendido, a su patrón, pero, sin replicar ni una sola palabra, se retiró del comedor, cerrando la puerta tras él.

—¡Pero el misterioso volador habló! — dijo Vincent Lamotte prosiguiendo la conversación desde el punto en que había sido interrumpida por la reaparición del sirviente. — Si habló, bien se puede suponer que tenía algo de humano.

—Su aparente conocimiento de nuestros asuntos hace presumir lo mismo, — observó Vulcan. — El misterioso ser habló de vengar los males hechos al viejo Solomón Page y... a Roger Fálcon.

Cuando mencionó Vulcan ese último nombre, Cedric Shafton se estremeció contra su voluntad.

—La alada aparición demostró estar enterada de que nos aprovechamos de los frutos de la invención de Solomón Page, explotándola por nuestra exclusiva cuenta, — dijo Sterncarn, mirando de reojo a Shafton. — Yo no estoy muy al tanto del asunto de Roger Fálcon, pero supongo que ese muchacho fué, efectivamente, el que mató a su tío, ¿no es así, amigo Shafton?

—¡Silencio! — ordenó el dueño del castillo de Gaunt. — Nos encontramos todos en una situación bastante original y peligrosa

así que no es conveniente entrar en detalles, ni especializarse con nadie. El hecho es que ese ser alado, sea un hombre a sea un verdadero demonio, nos ha desafiado a todos nosotros. Considero qe lo mejor que podemos hacer es permanecer bien unidos y enteramente de acuerdo.

—¡Ojalá no hubiéramos extendido ese documento y no lo hubiésemos firmado todos nosotros! — exclamó Ralph Haythorn, con timidez.

—No no puede causar mucho daño mientras no llevemos adelante nuestro plan, — comentó el calculador Sterncarn. — Es necesario que suspendamos nuestros trabajos en el sentido de apoderarnos de toda la industria de la aviación.

—Eso es verdad, — asintió Vulcan. — Pero el ser que dijo llamarse Justicia alada está dispuesto a aplastarnos sea como sea, de modo que debemos estar bien alerta. Por mi parte, no deseo deparme asustar por amenazas, vengan de donde vengan y si vuelvo a ver a ese vengador con alas, tendré buen cuidado de taladrarle el cuerpo con una bala de mi revólver.

—Es muy posible que ese hombre murciélago se halle todavía rondando los contornos del castillo, — observó Sterncarn. — No sería malo que revisáramos las inmediaciones cuidadosamente.

Esta idea fué aprobada inmediatamente por todos los siete hombres salieron del salón de banquetes al espacioso parque que rodeaba al castillo. Cada uno de ellos llevaba su correspondiente revólver, preparado para hacer fuego en cuanto se hiciera necesario.

Durantes dos horas Cedric Shafton y sus compañeros recorrieron el parque, buscando con el mayor cuidado. Pero su investigación no dió resultado satisfactorio y, convencidos de su fracaso, volvieron al castillo.

Convencidos de que, por el momento, no había nada qué hacer, decidieron retirarse a dormir y así lo hicieron yendo cada uno a la habitación en que residía en el castillo para acostarse.

Cedric Shafton se dirigió a sus lujosísimas habitaciones y se dejó caer, sentado, en una de las mullidas butacas que allí había. El dueño del castillo de Gaunt sentíase profundamente conturbado y estaba convencido de que sería inútil que se acostara, pues no iba a serle posible conciliar el sueño.

—¿Qué es lo que sabe ese misterioso personaje con alas? ¿Hasta qué punto está enterado de la verdad? — se preguntó a sí mismo, mascando nerviosamente el extremo de su apagado cigarro. — Habló de vengarse del mal que se había hecho al joven Roger Fálcon. ¡Será posible que haya llegado a sospechar?

Se levantó de la butaca y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación.

—La verdad es que soy un grandísimo tonto. No debo ocultar una prueba semejante, que puede hacer caer sobre mí una sentencia de muerte, en mi propia casa, — prosiguió, pronunciando en voz alta lo que su mente pensaba en aquel momento. — Si tuviera suficiente valor destruiría esa prueba y entonces!... ¡Eh! ¿Qué ha sido eso?

El ruido que le había hecho interrumpir sus reflexiones y lanzar la exclamación que brotó de sus pálidos labios, fué una serie de golpes suaves, dados en los vidrios de la ventana central de su dormitorio.

Shafton, reuniendo, mediante un esfuerzo, todo cuanto valor le quedaba en el cuerpo, se dirigió hacia la ventana. Vaciló indeciso durante algunos segundos y después, descorriendo el cierre, abrió de par en par la ventana.

Miró hacia fuera, pero no pudo ver nada más que la intensa oscuridad de la noche. Se quedó un instante, de pie, junto a la ventana, y entonces oyó un ruido débil y lejano.

¡Aquel ruido le pareció como el rumor producido por el batir de unas alas gigantescas!

Cesó, alejándose, pero el hombre, torturado por el terror, siguió de pie junto a la abierta ventana.

—¡Debe haber sido efecto de mi fantasía! — murmuró por fin. — !Ese individuo con alas me ha atacado los nervios!

Procurando tranquilizarse con esa idea, Shafton cerró la ventana y volvió a pasear de un lado a otro de la habitación.

Durante quince minutos prosiguió, nerviosamente, su paseo. Después se detuvo repentinamente como si acabara de tomar, mentalmente, una importante determinación.

—¡Voy a hacerlo!... ¡Voy a hacerlo ahora mismo! — decidió. — Es un grandísimo peligro conservar una prueba así, en mi misma casa, durante más tiempo. El río que corre punto a los fondos del castillo podrá conservar mi secreto con mucha mayor seguridad para mí.

Cruzó la habitación y salió de ella. Por un ancho corredor fué hasta donde estaba un empinado tramo de escalera. Subió y llegó a otro corredor al final del canal se veía una sólida puerta de roble reforzada con travesaños y clavos de hierro.

Shafton abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo, y pasando por aquel hueco, ascendió por una escalera de caracol, de peldaños de piedra.

Terminada esta escalera, se encontró en la parte almenada interior de la torre situada al extremo Este del castillo.

La noche era fría, pero a pesar de eso, Cedric Shafton tuvo que secarse el abundante sudor que le cubría la frente cuando se aproximó al parapeto formado por las almenas y miró hacia abajo.

A ochenta pies de distancia, como en una hondonada, en línea vertical siguiendo el muro de piedra de la alta torre, corría un río, pues el castillo de Gaunt había sido edificado en la misma orilla de la profunda garganta por la cual pasaba, encajonado, aquel impetuoso torrente.

Cedric Shafton retrocedió hacia la pared de la torre superior, que se elevaba desde aqula galería almenada, y al proceder así, detúvose una vez más, dominado nuevamente por el miedo.

Porque, surgiendo de la circundante oscuridad, una forma negra y alada había volado junto a él. Se había acercado tanto, que las

gigantescas alas abanicáronle el rostro, helándole la sangre en las venas.

Pudo ver, durante sólo un segundo, un pálido rostro juvenil. En el mismo momento, lanzando un grito de terror, oprimió con las manos algo que había en la pared junto a la cual estaba.

Una parte de la pared de piedra se abrió como si fuera una puerta que giraba sobre bien enaceitados goznes.

Cedric Shafton se metió apresuradamente por el hueco que acababa de abrirse, y en cuanto hubo desaparecido por aquella cavidad, la secreta puerta de piedra volvió a cerrarse de nuevo, volviendo a la situación en que estaba antes de que el dueño del castillo de Gaunt hubiera oprimido el resorte secreto.

¿A dónde se había dirigido Cedric Shafton? ¿A qué misteriosa parte del castillo daba acceso aquella puerta?

EL PRISIONERO DE LA TORRE

ROGER FALCON, el muchacho alado, descendió hasta pisar las almenas inferiores de la torre y se dirigió hacia la parte del muro por donde había visto desaparecer a Cedric Shafton.

Encendiendo la luz eléctrica que llevaba en la muñeca, examinó cuidadosamente la pared.

No encontró nada que le indicara de qué modo se hacía funcionar aquella puerta secreta, así que se retiró, convencido de que estaba perdiendo el tiempo.

Caminó unos cuantos pasos, silenciosamente, hacia el parapeto almenado y, una vez más, se desplegaron sus alas de murciélago. Un instante después volaba con lentitud en torno de la torre del Este del castillo de Gaunt.

—Creo que nada de provecho puedo sacar, quedándome aquí, — decidió por último.—Me parece que he asustado a Shafton y a sus amigos lo suficiente para evitar que, por el momento, cometan alguna de sus picardías. Mientras el valioso documento se encuentra en mi poder, no se atreverán a realizar el plan que yo les oí discutir esta noche.

Mientras volaba todavía en torno de la torre, recordó la forma en que uno de los compañeros de Shafton se había referido a la muerte de sir Piercey Shafton.

—Estoy enteramente convencido de que Cedric Shafton sabe que yo no maté a su tío sir Piercey, — murmuró el muchacho. — Y si él sabe eso y permitió que se me condenara y se me enviara a presidio como culpable, es muy posible que él sepa quién fué el que mató al anciano en el bosque de Fontaine. Estoy convencido también, — terminó, con todo convencimiento, — que tiene que ser en el castillo de Gaunt donde yo encuentre la solución de ese misterio que tanto me interesa.

Acababa de pasar este pensamiento por su imaginación, cuando el silencio de la noche fué interumpido por un agudo grito, un chillido de grandísimo terror.

El grito pareció proceder del otro lado de una ventana que había en la pared de la torre. La ventana tenía una reja de gruesos barrotes y su ancho no pasaría de diez y ocho pulgadas.

El muchacho alado voló en línea recta hacia le ventana, y agarrándose a dos de los barrotes, procuró mirar por el hueco. El vidrio de la ventana estaba enturbiado por la suciedad dejada allí por muchos años de no limpiarlo, y resultaba casi opaco.

Roger limpió una parte del vidrio con la mano. Después acercó la cara con el propósito de ver lo que pasaba allí dentro.

En el mismo instante, una cara confusamente definida, apareció del otro la do del vidrio. Roger Fálcon la miró, y cuando las facciones se distinguieron con mayor claridad, el rostro de Roger expresó el más completo asombro.

Aquella cara, la que veía del otro lado del vidrio que acababa de limpiar, era su propia cara. ¡El parecido era tan perfecto momo si Roger Fálcon se estuviera mirando en un espejo!

La primera impresión del muchacho alado fué que estaba viendo su propio rostro reflejado en el vidrio debido a la oscuridad interior. Pero cuando miró más detenidamente y vió en el rostro una expresión de intensísimo miedo, se dió cuenta de que aquellas facciones no podían ser las suyas.

Durante quince segundos, la aparición permaneció allí. Después desapareció tan de improviso, que Roger Fálcon se percató de que la persona qu estaba junto a la ventana había sido quitada de allí violentamente.

Decidido a poner en claro inmediatamente aquel misterio, Roger dió un golpe, con el puño cerrado, en el vidrio de la ventana. Pero el vidrio era grueso y resistió a sus golpes en el primer momento. Seis veces tuvo que golpear antes de que el vidrio se rompiera. Por fin, al mano de Roger, sangrando, pues se había lastimado algo los nudillos, pasó por el hueco abierto.

Encendió la luz fija en su muñeca y envió el rayo del uz hacia el interior de aquel vacío. Parecía por su aspecto y su tamaño, una celda d un presidio, pues sus muros eran de piedra y no había en él más muebles que una tarima en vez de cama.

La puerta, que quedaba frente a la ventana pn poco abierta. Roger pudo oir ruido de pasos, procedente del otro lado de la puerta de la celda.

Se soltó por último de los barrotes de la reja de la ventana y volvió a volar en torno de la torre una vez más, permaneciendo a la altura del parapeto almenado.

Cuando estuvo cerca de las almenas junto a las cuales había visto a Cedric Shafton un momento antes, oyó un grito.

Levantó la vista y vió que Cedric Shafton se aproximaba al parapeto sosteniendo en brazos a un hombre pequeño y delgado.

Un instante después el dueño del castillo de Gaunt había levantado a aquel cuerpo más arriba que su cabeza y lo había enviado, — por encima del parapeto almenado, — para que cayera a la corriente del to-

rrentoso río, situado ochencha pies más abajo.

Instantáneamente el muchacho alado descendió, como zambullendo en el aire y tomó en sus brazos al que caía, — que era un muchacho, — antes de que hubiera descendido veinte pies.

Entonces, agitando rápida y poderosamente las alas, dominó el esfuerzo hecho por el peso del cuerpo y voló en línea recta.

En el mismo momento resonó una detonación. Cedric Shafton, furioso, ciego de rabia, había apuntado a la figura voladora y había hecho fuego.

El muchacho alado volando sin vacilación ninguna. Antes de que el dueño del castillo de Gaunt pudiera volver a hacer fuego, la voladora aparición había desaparecido.

Cedric Shafton se quedó inmóvil, mirando hacia la obcuridad, tembloroso de terror porque sabía que Justicia Alada tenía, desde aquel instante, en su poder, algo que le permitiría, — en el momento en que lo deseara, — aplastarle definitivamente, sin esperanza ninguna de poder salvarse.

BILLY

DURANTE diez minutos Roger Fálcon voló con rapidez en la oscuridad de lanoche, sosteniendo en brazos su carga. Al cabo de este tiempo se dió cuenta de que algo cálido y húmedo le rozaba la muñeca.

Era sangre y no procedía de las lastimada mano de Roger, porque hacía ya rato que no le sangraba.

No podía, aquella sangre, tener más que una explicación, y el pensar en ella llenó de pena y alarma al muchacho alado. El disparo de revólver que había hecho, — aterrorizado y desesperado, — Cedric Shafton, no había alcanzado a Roger Fálcon, pero había herido al joven a quien llevaba en brazos.

El joven volador comenzó a descender inmediatamente y tocó tierra poco después en medio de una vasta y salvaje extensión de tierra rocallosa.

Con todo cuidado puso Roger al joven acostado en el suelo y, con ayuda de la lámpara de la muñeca, examinó la herida.

El rayo de luz dió primero en el rostro de su compañero, y se halló ante las mismas facciones que había visto por la ventana de la celda de la torre, las facciones que tanto se parecían a las suyas.

Roger dedicó su atención a la herida del joven, y vió inmediatamente que la bala de Shafton había atravesado el pecho del desdichado joven algunas pulgadas encima del corazón.

Un profundo suspiro brotó de los labios del joven, y Roger hizo todo lo posible para cortar la hemorragia. Un instante después, el herido abría los ojos.

—¡Pobrecito Billy! ¡Qué cansado está! — murmuró con vez muy débil.

—Le han herido, pero creo que pronto se curará, — díjole rápidamente Roger. — Voy a tratar le llevarle a un sitio donde puedan atenderle debidamente.

El muchacho herido movió tristemente la cabeza.

—Déjeme aquí, — suplicó. — Me parece que voy a dormirme.

Roger no era más que un muchacho, pero cuando miró nuevamente a Billy se dió cuenta de que el pobre joven estaba muriéndose.

—Billy, — dijo Roger inclinándose más hacia su compañero. — Deseo que usted trate de recordar lo que le ha pasado. Primero míreme a la cara.

Volvió la luz de la lámpara eléctrica hacia su rostro, y Billy le miró con ojos muy abiertos.

—¡Dios mío! ¡Si estoy mirándome a mí mismo! — dijo Billy, procurando sonreir. — Los muchachos han tenido razón siempre. Me llamaban "Billy el Tonto", y debo ser tonto cuando creo que me estoy mirando a mí mismo.

—No se mira a sí mismo, Billy, — explicó Roger. — Está usted mirándome a mí, y los dos somos exactamente iguales. Escuche, amigo mío. Yo le hallé a usted en el castillo de aunt, y deseo que trate de recordar cómo fué que llegó usted al castillo.

Billy miró a otro, atónito, y movió negativamente la cabeza.

—No he oído hablar nunca de semejante sitio, — contestó. — Recuerdo que me encerraron en un cuarto pequeño, en el que hacía mucho frío. — Un suspiro conmovió todo su cuerpo. — ¡Me parece que estoy tan cansado que ni puedo pensar! — agregó lentamente.

Roger pensó con rapidez. Llevaría a Billy a la casa del doctor Storm, con la esperanza de que el médico pudiera salvarle la vida.

—Billy, amigo mío, — dijo Roger suavemente. — Voy a llevarle a un sitio donde alguien le va a cuidar y curar. No se mueva y confíe en mí.

Una triste sonrisa iluminó un instante el rostro del afligido muchacho.

—Prefiero quedarme aquí, — murmuró. — Nunca me sentí tan feliz como me siento ahora. Todo me parece tan tranquilo, tan plácido. No creo que vuelvan a pegarme nunca más... no volverán a reirse de mí porque no soy como los demás muchachos.

Su voz se apagó lentamente, y los ojos de Roger Fálcon se humedecieron.

Los ojos de Billy se cerraron y con toda ternura le levantó del suelo. El muchacho alado se detuvo un momento para sostener bien a su carga, y en seguida, se elevó por los aires.

Voló rápidamente hacia el Oeste durante un rato. Después, alterando su rumbo un poco, voló sobre el mar, pues esta era la ruta más directa para ir hacia la parte de la costa alta donde se encontraba situada la aldea de Bleakwold.

Se hallaba a un cuarto de hora de su destino, cuando llegó a sus oídos un lejano zumbido.

Al cabo de unos momentos, aquel zumbido se transformó en un rugido significativo e inconfundible. ¡Un aeroplano!

Roger no pudo ver nada hasta que le iluminó un fuerte rayo de luz procedente de lo

MICKY WILDE

El joven y valeroso boxeador; el nuevo amigo de Roger Fálcon.

alto. Fué de un lado a otro durante varios segundos y luego se detuvo en la voladora silueta del muchacho alado.

Aquel aeroplano era uno de los varios que habían salido nocturnamente en busca del extraño murciélago gigantesco que había sido visto en diversas partes hacía algunas pocas noches.

El aeroplano se dirigía hacia él con toda velocidad cuando el joven volador descendió. Pero al mismo tiempo se oyó como una descarga de fusilería, y una veintena de balas silbó en torno del muchacho alado.

Descendiendo y ascendiendo alternativamente, con la desenvoltura y la rapidez de un gaviota, Roger Fálcon logró evitar que le iluminara el rayo de luz. Después voló una vez más en línea recta, dándole a las alas toda su fuerza.

Aún cuando los que iban en el aeroplano no podían verle, viajaban a razón de setenta millas por hora siguiendo en el mismo rumbo que él, cuando la luz del foco le iluminó a última vez.

La luz del foco se movía constantemente. El hombre que la manejaba procuraba, desesperado, encontrar de nuevo al misterioso volador. Y más por suerte que por cálculo, consiguió dar en el blanco una vez más.

Instantáneamente, otra descarga de balas salió de la ametralladora del aeroplano, pero en seguida, la luz del foco perdió la puntería y el volador dejó de ser visible.

Pero uno de los tiros había dado en el blanco. Consecuencia de esto fué que, en cuanto salió de la zona de luz, Roger Fálcon, al que la bala había rozado la cabeza, perdió el dominio de su vuelo.

Descendió dando saltos, describió tres vueltas enteras en el aire antes de que las alas le sostuvieron de nuevo, deteniendo su descenso. Con un grandísimo esfuerzo logró serenarse y luchó por recobrar los sentidos y dominar de nuevo el manejo de su aparato volador.

Lo consiguió, pero cuando hubo conseguido darse cuenta de su situación y volar normalmente, ya no tenía en brazos el cuerpo del infeliz Billy.

Con esperanzas aún, de poder salvar al muchacho herido, descendió hasta que estuvo volando a pocos pies de distancia de la superficie del mar.

Buscó con la mayor atención, con la mayor nerviosidad, mientras el ruido del motor del burlado aeroplano se perdía en la distancia. El aparato, desorientado, seguía buscándole, pero iba con equivocado rumbo. Roger Fálcon buscó hasta que la luz grisácea del amanecer apareció en el lado del Este, pero no logró hallar a Billy por ninguna parte.

El mar se había tragado al infeliz Billy y con él había desaparecido la probabilidad que había tenido Roger Fálcon de limpiar su nombre del vergonzoso estigma que le manchaba inmerecidamente.

EL POBRE BILLY

ROGER FALCON estaba solo, sentando en el secreto taller situado en una de las misteriosas cavernas que había debajo de las colinas sobre las cuales se extendía el bosque de Bleakwold.

Tendido en la mesa, delante de él estaba una especie de blusa de malla de acero cuyo tejido era tan tupido y tan flexible que parecía género de punto.

Roger había encontrado esa prenda en el guardarropa de Solomón Page y se había dado cuenta en seguida de la importancia que tenía para quien estuviera entregado a una misión tan peligrosa como la que él había tomado bajo su responsabilidad.

Aquella blusa de malla protegería al que la tuviera puesta contra los ataques de las armas más modernas y Roger admiraba la previsión que había aconsejado a Solomón Page la adquisición de semejante prenda protectora.

Roger Fálcon tomó la blusa de malla de la mesa y la guardó en un cofre grande que estaba en medio del taller.

Se detuvo un momento, pensativo. Tan entregado estaba a sus pensamientos, en aquella silenciosa quietud que le rodeaba, que no se dió cuenta de que, al cabo de unos pocos minutos, ya no estaba solo.

Porque a la puerta de la cueva veíase la delgada y gentil silueta de Viola, la ciega, hija del desaparecido Solomón Page.

Los ojos sin vista de la hermosa joven parecían mirar fijamente ante ella. Se notaba una expresión de extraña preocupación

en su rostro, como si escuchara, procurando discernir si había alguien o no, en aquella cueva.

De pronto, Roger levantó la cabeza. En su rostro se vió una súbita expresión de sorpresa y de felicidad.

—¡Viola! — exclamó, avanzando hacia ella.

Algo como un sollozo brotó de la garganta de la muchacha que retrocedió impresionada.

Entonces, cuando la mano de Roger estrechó la suya, Viola cerró los ojos expresando con un gesto, que no alcanzaba a comprender lo que estaba sucediendo.

—¡Dios mío! ¡Debo estar soñando! — murmuró con amargura. — ¡No es posible que sea usted, Roger!

El muchacho la miró fijamente, con suma curiosidad, temeroso de que Viola sufriera aun de las consecuencias de su cruel y reciente enfermedad.

—¡Claro que soy yo, Viola! — explicó en seguida. — ¿Por qué le sorprende encontrarme en el sitio que es, actualmente, mi único domicilio?

—Porque he oído decir a la gente de la aldea que usted había muerto! — fué la sorprendente respuesta de Viola. — Dicen que el cuerpo de usted fué hallado en las rocas a las que había llevado el oleaje del mar. No puedo comprender cómo dicen eso y yo...

—Creo que yo puedo explicarlo, Viola. — dijo Roger, pensativo. — El cuerpo que encontraron fué el del pobre Billy. Pero veo que tiene usted un diario en la mano, Viola. ¿Me permite usted verlo?

—¡Claro que sí! — murmuró Viola dándole el diario. — El doctor Storm sabía que yo iba a salir de paseo, a caminar un poco, y me pidió que le comprara el diario en la aldea.

Roger Fálcon miró el diario. Lo primero en que se fijó fué en la fecha. Por ella pudo darse cuenta de que habían pasado tres días desde aquel en que había regresado, herido, de su visita al castillo de Gaunt.

Había estado sin sentido la mayor parte del tiempo y no tenía idea sobre la longitud del período transcurrido desde que se había metido en su escondrijo, tambaleándose a consecuencia de la pérdida de sangre y aturdido por el balazo que le rozó la cabeza y el instante en que había visto a Viola en el taller.

Roger recorrió el diario, enterándose de las noticias, hasta que encontró lo que buscaba. Decía así:

FIN DEL NIÑO PRESIDIARIO EVADIDO

Hallazgo del cadáver de Roger Fálcon

" Ayer por la tarde, un poco antes de las " cuatro, el oficial Norris, de la oficina de " guardacostas, encontró el cuerpo de un " muchacho, en la playa, doscientas yardas " al oeste del cabo Bleak.

" El cuerpo fué conducido al depósito fú" nebre del presidio de Bleakwold y fué in" mediatamente identificado. Era el del ni" ño presidiario Roger Fálcon que, como se " recordará, se evadió, del mencionado esta" blecimiento penal hace muy poco tiempo.

" El doctor Hallows, médico del presidio " manifestó que el cadáver debía haber pa" sado en el agua más de veinticuatro ho" ras, pero agregó que la muerte no se ha" bía producido por asfixia por sumersión. " El joven falleció a consecuencia de una " herida de bala, recibida antes de caer al " agua.

" Por el aspecto del cuerpo se puede de" ducir que había sufrido horribles privacio" nes durante el tiempo que estuvo en li" bertad.

" Hoy se realizará la investigación judi" cial con la que quedará terminado tan " triste como lamentable suceso."

Roger Fálcon dobló el diario lentamente mientras bajaba la cabeza, pensativo.

—¡Pobre Billy! — murmuró. — ¡Fué asesinado... vilmente asesinado por Cedric Shafton!

El rostro de Viola Page expresó el mayor de los asombros.

—¿Quién era Billy? — preguntó con grandísimo interés.

—Billy era un pobre muchacho, muy bueno y medio tonto, que ha perdido la vida porque se parecía a mí, — contestó Roger con pesadumbre. — Escúcheme usted, Viola, y voy a contarle la extraña historia de mis aventuras de hace varias noches.

Viola escuchó, asombrada y nerviosa, con intenso interés, el relato de Roger, que le contó como fué al Castillo de Gaunt y cómo frustró el novísimo e infame plan de Cedric Shafton y de los seis hombres que habían arruinado a Solomón Page.

Le contó cómo había hallado al prisionero de la torre del castillo, — el infeliz muchacho que tanto se parecía a él, — cómo había hecho para frustrar la primera tentativa de Shafton, que quería matar al muchacho, y cómo el destino había sellado la suerte de Billy.

—Pero... ¿qué significa todo esto? — preguntó Viola por último, estremecida ante el relato de Roger.

—No lo sé, — exclamó Roger Fálcon. — Sin embargo, supongo que Cedric Shafton utilizó al que se parecía a mí para combinar el plan que me condujo al presidio, aún cuando no logro acertar qué razón pudo tener para desear, de ese modo, mi definitiva perdición.

Y permaneció pensativo durante algunos minutos más.

—Creo que fué Billy a quien vieron paseando por el bosque de Fontaine la noche de la muerte de sir Piercey Shafton, — dijo después, como si le resultara agradable poder expresar en alta voz las ideas que llenaban su cerebro. — A eso debió obedecer el gran número de testigos que, en mi proceso, declararon haberme visto entrar en el bosque de Fontaine.

—¿Fué Billy, entonces, el que dió muerte a sir Piercey Shafton? — preguntó Viola.

—No puedo creerlo, contestó Roger — Me pareció enteramente inofensivo e incapaz de cometer un crimen semejante. Creo que a Billy lo utilizaron para llevar a cabo la intriga y poder acusarme del crimen. Siendo así, se comprende que Cedric Shaf

ton considerara de todo punto necesario evitar que Billy pudiera ser visto en alguna parte.

—¡Si usted pudiera dar con la verdad de ese asunto, Roger! — exclamó Viola.

—¡Eso es lo que me he propuesto! — declaró el muchacho con energía. — No descansaré hasta que haya resuelto el secreto, pues todo mi futuro depende de eso.

El tono con que se expresó pareció asustar a Viola, pues la joven se estremeció como sacudida por un escalofrío.

—¡Eso será muy peligroso! — murmuró angustiada. — Cedric Shafton puede matarle, Roger. ¿No sería mejor recurrir a la policía? Los de la policía se darían cuenta de que es usted exactamente igual al muchacho cuyo cuerpo fué hallado y procurarían saber, con toda exactitud, cuál de los dos estuvo en el bosque de Fontaine aquella noche trágica.

Roger Fálcon movió negativamente la cabeza, varias veces.

—No me atrevo a correr ese riesgo,—replicó. — Probablemente se reirían de mi relato. Shafton es poderoso rico y suficientemente astuto para encontrar el modo de engañar a los de la policía. No, — agregó por último, — es necesario que sea yo, personalmente, quien se ocupe de eso. Además, he jurado que castigaré a los seis hombres que traicionaron a usted y a su desaparecido padre, Viola, y me propongo cumplir el juramento, reconquistando para usted la fortuna de que esos hombres la despojaron.

—¡Pero yo no quiero fortuna ninguna! — declaró Viola rápidamente. — Me siento enteramente feliz, y muchas fueron las veces que supliqué a mi padre que abandonara la idea de venganza que se había apoderado de su corazón. No se ocupe de mí, Roger, — suplicó. — Preferiría que usted no hiciera eso. Me ha dicho usted en una ocasión que sería como un hermano para mí, y si acaso le sucediera algo...

Calló, emocionada, temblando. Roger la miró con ternura y parpadeó inquieto ante aquella mirada que no podía verle. Aquellos ojos sin vista estaban fijos en él y su mirada, al impresionarle, le decidían más y más a persistir en su propósito. Con el dinero que los enemigos de Solomón Page habían robado, Roger podría hacer devolver la vista a Viola y esto era algo más valioso que todas las fortunas del mundo, en su opinión.

—Cumpliré mi misión de justicia, Viola, — dijo con dulzura, pero enérgicamente, — y usted no perderá a su hermano.

Abandonó ese tema y volvió a tomar la mano de la muchacha, nuevamente.

—¿Vive usted feliz en casa del doctor Storm, Viola? — le preguntó.

—Muy feliz, Roger, — contestó Viola sonriendo. — El doctor Storm me curó aún en menos tiempo de lo que suponía. Además me he hecho amiga, muy amiga de su hijita Betty Storm.

El rostro encantador de la ciega volvió a nublarse.

—Pero usted, Roger; usted no puede quedarse aquí solo, — dijo ella. — Si yo estuviese aquí podría ayudarle...

—Es bueno que se quede usted en casa del doctor Storm, querida Viola, — insistió el joven. — Me dijo que podía usted quedarse en su casa y considero que es bueno que se quede usted allí, por ahora.

Un reloj eléctrico instalado en la mesa de trabajo marcaba las seis y media.

—Debe usted volver a su casa, Viola, — dijo Roger. — Se está haciendo tarde, y el doctor Storm estará con ansiedad, al ver que usted no regresa. Yo la acompañaré hasta la casa.

—Pero ¿no será peligroso para usted? — preguntó la joven ciega. — Puede reconocerle alguien...

—No hay gran peligro de que así sea, hermanita mía, — aseguró Roger. — La policía no ha de seguir buscando a aquel a quien se cree muerto.

Se acercó al cofre situado en medio del taller y tomó de él la blusa de malla de acero y las alas maravillosas. Cuando se hubo puesto a blusa, debajo del traje negro que llevaba y se hubo puesto las alas y el recipiente de la fuerza motriz, que estaba cargado de nuevo, se dirigió con Viola, hacia la salida.

Las negras alas, tan admirablemente hechas por Solomón Page no parecían, echadas inertes sobre los hombros del muchacho, más que una larga capa negra. Nadie hubiera sospechado que aquella capa encerraba el misterio de la invención más portentos de la ciencia moderna.

¡MICKY WILDE!

VIOLA y Roger fueron hasta la casa del doctor Storm y allí el joven se separó de la muchacha ciega. Al pasar por las calles de la aldea de Blackwod, Roger se sintió enteramente seguro de que ninguno de los aldeanos se fijaba en él más de lo que se hubiera fijado en otro forastero cualquiera.

Esto le convenció de que, envuelto en las alas, caídas a manera de capa, su aspecto no tenía nada de extraordinario. En realidad, su aspecto era el de una persona bien vestida y cubierta con una capa de moda en aquella época, entre la aristocracia.

Cruzó por la aldea, a su regreso y estaba pensando en sus planes para aquella noche cuando le llamó a atención una pequeña cabaña de lona, levantada en un terreno a doscientas yardas de la última casa de la aldea. Una lámpara de nafta colgaba en la parte de fuera y un grupo de gente se hallaba reunido, escuchando lo que decía un hombre de cuello de toro que estaba de pie en una plataforma situada frente a la carpa, al lado de la entrada.

Roger se acercó al grupo y vió que el que hablaba se proponía llamar la atención de la gente hacia un musculoso joven, de unos diez y siete años, que estaba de pie, a su lado.

El joven tenía puesto un sucio "sweter" de lana blanca y unos viejos calzones cortos. Estaba con los brazos cruzados ofreciéndose, en actitud arrogante, a la admiración del público.

El orador había hecho una pausa para recobrar el aliento, cuando se acercó Roger, pero al cabo de diez segundos reanudó su discurso con voz ronca y gruesa.

—Les he presentado a ustedes a mi muchacho, Tug Taylor, la maravilla de peso pluma, y les he contado algunas cosas a su respecto, — anunció. — Ahora, para mostrarles a ustedes que soy un verdadero sportman que está dispuesto a apoyar con hechos sus palabras, ofrezco un billete de una libra a cualquier muchacho, de la edad y del peso de Tug, que le resista durante dos "rounds". Daré dos libras a cualquiera del peso y edad de Tug que le haga caer antes de terminar el quinto "round". ¡Vamos a ver! Esas son mis condiciones. ¿Quién las acepta? ¡Vamos a ver! ¿Quién las acepta?

—¡Yo voy a pelear con él! — dijo una voz chillona desde enmedio del grupo.

El empresario miró en redor.

—¿Quién habló? — preguntó.

Un joven se abrió paso por entre la gente amontonada, hasta que llegó al pie de los escalones que daban acceso a la plataforma.

—¡Fuí yo! — anunció.

El que había hablado estaba en ese instante frente a la luz de la lámpara de nafta y Roger Fálcon, al mismo tiempo que los demás presentes miró al muchacho.

Era delgado y no tenía más de cuatro pies y tres pulgadas de estatura. Su rostro infantil era de simpáticas facciones, y sus oscuros ojos fijos en el rostro del empresario, relucían a la luz de la lámpara.

Tenía puesta una vieja gorra de visera, a cuadros, echada hacia una oreja, dejando ver sólo unos mechones de su cabello rubio.

Su rostro era grueso, y aún cuando le faltaba la expresión juvenil y risueña que debía haber tenido, había en él un aire de decisión que casi hacía presumir que a aquel muchacho no le faltaba algo de carácter.

El empresario miró al muhacho, sonrió, pero no dijo nada.

—¡Bueno! ¿En qué quedamos? — preguntó el de la gorra a cuadros. — ¿Y esa pelea?

Los espectadores se sonrieron, y el empresario aprovechó la oportunidad de que el público estuviera de buen humor.

—¿Cómo se llama usted, muchacho? ¿Jack Dempsey? — preguntó.

—¡No! ¡Me llamo Micky Wilde! — contestó el joven, sonriendo. — ¡Micky Wilde! ¡Y estoy orgulloso de mi nombre!

—¿Es usted pariente de Jimmy Wilde, el campeón de peso pluma del mundo? — preguntó sarcásticamente el empresario.

—No soy pariente de él, pero le conozco y he frecuentado la casa donde da sus lecciones.

—¡Ah! ¡Nada menos que discípulo del notable boxeador! ¿Y le ha puesto usted muchas veces "knock-out"?

El público se rió ante semejante ocurrencia del empresario, y éste, viendo que estaba divirtiendo a la gente sin provecho ninguno, cambió de actitud y poniéndose serio, volvió a su discurso anterior.

—Bueno, señores, ¿no hay ninguno que quiera pelear con Tug Taylor y ganarse dos libras? — dijo.

—¡Claro que lo hay! — dijo Micky Wilde inmediatamente. — ¿No ha oído que yo quiero pelear con él?

—¡Oh! ¡No moleste! — gritó, impaciente, el empresario. — ¿No comprende que Tug se lo va a comer?

—¿Comerme? — replicó el muchacho. — Yo creí que se trataba de una pelea, no de una comida. Además, el morder está fuera de reglamento.

—¡Oh! ¡Mi muchacho se lo traga a usted de un bocado!

—¡Tiene la boca bastante grande! — dijo Micky mirando al musculoso joven. — Sin embargo creo que le puedo hacer doler algo antes de que me coma. Yo estoy dispuesto a pelear y a ganarme las dos libras, pero según parece, usted no está decidido a arriesgar ese dinero.

Tug Taylor tocó con el codo al empresario.

—Déjele usted que entre, — dijo. — Lo despacharé pronto y quedará tiempo para un encuentro en serio.

—¡No le nieguen al muchacho la ocasión que pide, de mostrar lo que vale! — gritó una voz entre la gente.

Esto bastó para que Tancy Mellor, el empresario, se decidiera por fin.

—¡Pase adelante, Jimmy Wilde, y quítese el saco! — dijo, dirigiendo una guiñada hacia Tug, que entró en la tienda. — Ahora, señores, — agregó dirigiéndose al público, — tres peniques es el módico precio de la entrada. ¡Tres peniques por ver un soberbio espectáculo sportivo!

Los que se habían reunido empezaron a entrar en la tienda, pagando, cada uno, sus tres peniques a Tancy Mellor, que estaba de pie junto a la puerta.

Roger Fálcon, que había sentido despertado su interés ante la valerosa actitud de Micky Wilde, fué el último que entró en la tienda. Cuando penetró, los boxeadores ya estaban en el "ring", esperando la orden de comenzar.

La pelea empezó dos minutos despues y Tug avanzó confiadamente, seguro de su habilidad y persuadido de que iba a hacer lo que se le antojara son su adversario.

Pero recibió una sorpresa, pues haciéndose velozmente, a un lado, Micky evitó el primer golpe que le dirigió y le aplicó, en la mandíbula, un golpe que el otro no esperaba.

Tug volvió a atacar de nuevo, con igual resultado. Durante un minuto, peleó estúpidamente, aturdido y perplejo, incapaz de hacer llegar un solo golpe hasta la menuda figura de Micky Wilde.

Cambió, Tug, de táctica, y trató de dominar a su pequeño adversario, aprovechando su mayor peso y fuerza. Consiguió aplicarle un par de golpes más o menos eficaces, antes de que terminara el "round", pero no se sentía más sereno que al principio, cuando el gong dió la señal de descanso.

En el segundo "round" Micky boxeó bien y las probabilidades estuvieron de su parte. Roger Fálcon miraba con toda atención al muchacho, admirando su habilísima movilidad y lo acompasado de sus golpes.

Wilde tenía, indudablemente, las condiciones de un pequeño campeón, y su única desventaja era su falta de fuerza. Esto no

era de extrañar, pues Micky no había probado alimento aquel día, y había caminado más de veinte millas en busca de algún trabajo que le permitiera ganar algo que comer.

El segundo "round" estaba por terminar. Faltaba sólo medio minuto y Micky resultaba ganador, cuando Tancy Mellor, el empresario, le hizo una seña a Tug.

Instantáneamente, el boxeador fingió que le dirigía con el puño derecho un golpe a la mandíbula, y en cambio le dió, con el izquierdo, un terrible golpe mucho más abajo de la línea permitida, un verdadero golpe traicionero, desleal e infame. Micky abrió la boca, respirando ansioso, y doblándose como un cortaplumas que se cierra, cayó al suelo.

—¡Mala suerte, muchacho! — gritó en seguida Tancy Mellor. — Se ha portado bien, pero, casi al final, llegó el golpe decisivo. . .

—¡Fué un golpe desleal y debajo de la línea! — declaró Roger Fálcon, que había visto con toda claridad lo que había hecho Tug Taylor. — ¡Wilde estaba ganando, iba a ganar, cuando su muchacho le dió un golpe infame y desleal!

Mellor hizo un gesto de enojo.

—¡Yo soy el referee de este match! — dijo. — ¡No necsito para nada de la opinión de usted!

—Sin embargo tiene que oirla, sea como sea, — dijo Roger tranquilamente. — Wilde estaba ganando y su muchacho le dió un golpe ilegal y traicionero para que usted no tuviera que pagar el billete de una libra que había ofrecido.

Todos los que aquí estamos somos amigos del sport, y hemos pagado la entrada para ver una pelea legal y caballeresca, — dijo uno de los del público. — Si usted no le paga a ese muchacho el billete de una libra que se ha ganado en buena ley, vamos a dejarle sin tienda en menos de cinco minutos.

—¡Bien dicho! — gritaron varios.

—¡Que pague o suprimimos su negocio, para que no engañe a nadie más! — gritó otro.

—¡Bueno! ¡Muy bien, señores! ¡Muy bien! — exclamó Mellor, sonriendo, dándose cuenta de que la situación amenazaba con ponerse seria. — Yo no vi el golpe ilegal, pero si ustedes creen que Wilde es el ganador, le pagaré. Aquí tiene el billete de una libra, amigo mío.

Y le entregó el billete a Micky Wilde.

Después de esto, nadie pensó en ocuparse de Tug Taylor, y los espectadores se retiraron.

Micky Wilde terminó de vestirse cuando el último de los espectadores se rtiraba, y salió tras él.

Tancy Mellor, con el rostro rojo de rabia, miró a Tug Taylor.

—Tenemos que seguir cautelosamente a ese muchacho hasta algún sitio solitario, — díjole por lo bajo, con voz ronca. — Hay que recobrar ese billete de una libra.

Taylor inclinó la cabeza asintiendo, y los dos salieron, juntos de la tienda.

Durante algún tiempo siguieron a Micky Wilde a prudente distancia, porque aún era posible que alguien pudiera verles realizar su infame y cobarde propósito.

Por último, Micky Wilde, enteramente ignorante del peligro que le ameanzaba, siguió por un camino en el que no se veía a nadie.

Tug y Mellor, ocultando sus movimientos tras de los muchos grupos de arbustos que había en la alta costa, esperaron hasta encontrarse en una lugar qeu les pareció apropiado para llevar a cabo su plan. Entonces rápidamente, avanzaron hacia donde estaba el muchacho.

Micky Wilde se volvió, pero en el momento en que se daba cuenta de lo que sucedía, Tancy Mellor le sujetó.

—¡Entrégueme ese billete de una libra! ¡Pronto! — ordenó Mellor. — ¡Pronto, grandísimo pillo!

—¡El pillo es usted, y yo no le voy a dar el billete! — replicó Micky. — ¡Suélteme el brazo, no sea bruto! — Y con el brazo que le quedaba libre dió un golpe en la cara de Mellor, que le hizo rechinar los dientes.

—¡Sujétele, Tug! ¡Es como una anguila! — gimió el empresario. — ¡Sujételo, mientras yo le registro los bolsillos!

Micky peleó vaerosamente, a pesar de que todas las circunstancias estaban contra él, y al mismo tiempo gritó, lo más fuerte que pudo, pidiendo socorro.

—¡Chille, chille todo lo que quiera, pollito! — dijo Mellor con furor. — ¡Ahora no hay áquí nadie que pueda defenderle! ¡Ahora! . . .

Las palabras se helaron en sus labios porque en aquel mismo momento se elvó ante ellos, como si brotara de la tierra, una terrorífica figura alada.

Gritando aterrorizados, Mellor y Tug Taylor huyeron de aquel sitio tan rápidamente como les fué posible.

Micky se había quedado inmóvil, mirando, fascinado, estupefacto, a aquella alada figura que se erguía ante él.

EL NUEVO AMIGO DE ROGER

MICKY WILDE miró aterrorizado hacia aquella figura alada que parecía haber surgido de la tierra, a poca distancia de donde él se encontraba.

Micky era valiente; lo había demostrado un momento antes cuando hizo frente a un muchacho de más edad que él, en la tienda donde se hallaba el ring para boxear. Pero ante una aparición tan extraordinaria y sobrenatural, ante aquella figura que parecía un murciélago enorme que hubiera brotado del suelo, sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—No se asuste usted, Micky, — dijo Roger Fálcon con voz serena y pausada, que inspiraba confianza. — Unicamente los cobardes y los canallas tienen algo que temer de parte de Justicia Alada.

Micky Wilde pareció tranquilizarse, pero siguió mirando fijamente a Roger Fálcon.

—Pero usted no es una persona real !

verdadera, ¿no es verdad? — tartamudeó al cabo de unos instantes.

—Enteramente real y enteramente verdadera, amigo mío, — contestó Roger, sonriendo.

—¡Pero si usted surgió del seno de la tierra! — protestó Mickey.

Roger se encogió de hombros, misteriosamente. No consideró necesario manifestar que lo que había hecho había sido aparecer saliendo de una estrecha zanja en la que se había ocultado cuando vió que Micky y sus atacantes se aproximaban.

—¿Tiene usted todavía en su poder el billete de una libra esterlina? — preguntó Roger al muchacho.

—¡Ya lo creo! ¡Lo tengo gracias a usted! — contestó Micky. — ¡Gané ese billete en la tienda de boxeo de Tancy Mellor y el viejo canalla pretendía quitármelo!

—Ya lo sé Micky, — dijo Roger. — Yo estaba en la tienda y presencié el asalto. Supo usted darle un buen vapuleo al otro, a pesar de que era más grande que usted. Pero vamos, amigo mío, — dijo, cambiando súbitamente de tono. — Voy a acompañarle parte del camino, por si a Mellor se le ocurre volver a atacarle.

—¡Es usted un buen amigo! — exclamó Micky, que empezaba a darse cuenta de que su extraño interlocutor no era ninguna figura del otro mundo. — Mellor y Tug Taylor se hubieran salido con la suya si usted no se hubiese presentado tan oportunamente.

—Mi misión es proteger a los débiles de las crueldades de los viles, los violentos y los cobardes, — manifestó, recalcando las palabras, Roger Fálcon.

Caminando junto a Roger, el joven boxeador "peso-pluma" miraba al muchacho alado desde debajo de la ancha visera de su gorra a cuadros.

—¿Es usted un pájaro-hombre o un hombre pájaro? — preguntó de improviso.

—¿Qué dice? — inquirió Roger, enteramente sorprendido.

—Digo que si es usted más hombre que pájaro, comerá usted de lo mismo que yo como... cuando puedo encontrarlo, — agregó haciendo un intencionada mueca. — Pero si usted es más pájaro que hombre, entonces le gustará comer alpiste y gusanitos y otras cosas por el estilo. ¡Me gustaría verle, en el borde de la acera, picoteando los granos de cebada caídos del morral de algún caballo!

Roger Fálcon se rió a carcajadas.

—¡No tendrá usted ocasión de verme hacer eso! — manifestó el muchacho. — Puedo volar pero, en cuanto a todo lo demás, soy enteramente como usted, me gusta, de vez en cuando, ponerme unos guantes y dar unos cuantos golpes de boxeo.

—¡Oh! ¡Pelear con usted sería peligroso! — protestó Micky. — Puede sulfurarse y, de pronto, dar un golpe terrible, en una oreja, con una de sus alas. ¡Usted si que debe ser peso "pluma", aún cuando me parece que sus alas no son de pluma!

En aquel momento comenzó a llover copiosamente. Grandes gotas cayeron en forma de violento chaparrón.

—¡Va a llover durante toda la noche! — exclamó Roger. — ¿Está usted lejos de su casa?

—Todo lo lejos y todo lo cerca que me dé la gana, — contestó Micky. — La noche pasada dormí en el pajar del establo de una granja; pero aún no he decidido cuál será mi hotel, esta noche.

—¿Significa eso que no tiene usted hogar, cuchacho? — preguntó Roger rápidamente.

—Tenía hogar, — dijo el joven. — Vivía con mi padrastro... Pero era muy malo, un verdadero bruto. Se ocupaba de sacudir alfombras y se entrenaba, para tener bien los músculos, pegándome a mí. En vista de eso, una noche le dije que ya me había sacudido bastante el polvo, y me fuí.

Micky procuraba expresarse sin abandonar su jovialidad, pero se le iba debilitando la voz, Más de una vez, al caminar, le temblaban las piernas, como vencidas por el cansancio.

—¿Y ha estado usted vagando por el campo desde que se retiró de su casa? — preguntó Roger.

—Caminar es conveniente para el desarrollo del cuerpo, — dijo el muchacho, procurando sonreir y consiguiéndolo con dificultad. — Sin embargo, hubiera preferido comer con más regularidad.

—¿Cuándo hizo usted su última comida, muchacho? — preguntó Roger Fálcon que cada vez se sentía más interesado por aquel valeroso joven.

—No tengo muy buena memoria, — contestó Micky, — así que no se si fué ayer o el día anterior. Algo así debe ser, según supongo. Pero ahora, — agregó, — tengo un billete de una libra. ¡La falta que me estaba haciendo! Por eso fué por lo que traté de pelear con Tug Taylor y de vencerle.

—Micky, amigo mío, por aquí no hay ningún sitio donde pueda encontrar de comer a estas horas, — dijo Roger, apoyando un brazo en los hombros del muchacho. — Pero si usted quiere esperar aquí un momento, yo le traére qué comer de mi... de mi casa.

Acababa Roger de pronunciar esas palabras cuando la lluvia arreció de modo indescriptible.

Dejar al exhausto joven al aire libre, recibiendo aquel torrente, hubiera sido una crueldad. A pocos minutos de donde los dos se hallaban en aquel momento se encontraba la secreta morada de Roger, donde había provisiones y techo, y el ambiente era tibio y agradable.

—Micky, voy a llevarle a usted conmigo. — declaró Roger pausadamente. — Dentro de unos minutos verá usted las maravillas de mi secreta morada. Mi libertad, mi vida y la felicidad de otros, dependen de mi secreto. Voy a confiar en usted porque he comprendido que usted no traicionará mi confianza.

La empapada figura del muchacho boxeador se irguió y Micky tendió la mano.

—¡Mi mano de honor! Está sucia, creo, pero, para mí, significa mucho. — dijo con algo de orgullo en el tono. — ¡Confíe en mí y espero que no me faltará ocasión en que pueda demostrarle lo que pienso del sólo y único ser humano que en toda mi

vida, me haya hablado bondadosamente!

Y entonces, vencido por la emoción, el desdichado Micky Wilde, que había hecho frente a las crueles amarguras de la vida con la sonrisa en los labios, rompió a llorar.

Roger Fálcon volvió a apoyar el brazo en los hombros del muchacho y así lo guió hacia su cueva.

EL HOBRE QUE HUIA

ROGER FALCON guió a Micky Wilde a su habitación subterránea, y, el muchacho boxeador, no pronunció no una sola palabra, ni aún cuando se encontró en la cueva grande e iluminada que venía a ser como la sala de la casa de Roger.

Tan maravillado y asombrado se sintió el muchacho que no acertó a hablar mientras Roger ponía una caldera en la cocina eléctrica y preparaba una jarra de humeante cocoa.

El muchacho alado puso en la mesa el pan y la carne e indicó a Micky que se sentara a comer.

—¡Ahí tiene, Micky! — dijo. — ¡Aliméntese y reponga esas fuerzas!

El muchacho se aproximó a la mesa y después movió la cabeza, mirando a todos lados.

—¡Me parece que estoy soñando y así debe ser! — declaró. — Dentro de poco voy a despertarme a la suave caricia de un policeman que me dé unos puntapies en las costillas.

—¡Le aconsejo entonces, que coma todo lo más posible, antes de despertar! — dijo, sonriendo, Roger.

El hambriento muchacho se sirvió una taza de cocoa y, aún cuando el líquido estaba muy caliente, se bebió la mitad de la taza sin tomar aliento. Después comenzó a comer.

—Voy a dejarle, Micky, — anunció Roger cuando vió que el muchacho había abandonado ya su cortedad, pasada la impresión de extrañeza que le había producido todo aquello. — En aquel rincón hay una cama. Cuando haya terminado de comer, lo que más le convendrá hacer será quitarse la ropa, acostarse y dormir.

—Pero... ¿y usted? — dijo Micky. — No puedo ocupar su cama y...

—Tengo mucho que hacer y no regresaré hasta la mañana, dijo Roger. — Yo duermo por el día y realizo mi obra durante la oscuridad de la noche.

Micky le miró con curiosidad, pero no se permitió dirigirle pregunta ninguna.

—Volveré a tiempo para indicarle el camino de salida, por la mañana, Micky, — dijo el muchacho alado. — Hasta entonces usted no debe tratar de salir de aquí.

—No se preocupe de eso, — declaró Micky en seguida. — No me marcharé de aquí como no se me obligue a ello. ¿No puedo hacer nada que le sea útil? — preguntó, deseoso de servir en algo a su extraño y misterioso amigo.

—¡Nada! — contestó Roger — ¡Adiós, Micky. ¡Regresaré al amanecer!

Y el muchacho alado se ausentó. Cinco minutos después se elevaba en medio de la lluvia torrencial y volaba rápidamente hacia el castillo de Gaunt.

A las diez de aquella noche, Cedric Shafton estaba sentado, solo, en la biblioteca del viejo castillo.

Se notaba que se hallaba en un estado de grandísima tensión nerviosa, pues redoblaba con sus dedos en la mesa escritorio ante el cual estaba situado, y más de una vez se estremeció violentamente cuando la lluvia, empujada por el viento, azotaba las ventanas de la habitación.

—Estoy temblando, — murmuró por último, — y, sin embargo, no sé por qué. Las cosas no han ido tan mal para mí. El cuerpo del muchacho medio idiota ha sido hallado y la gente creyó que se trataba del de Roger Fálcon, el condenado. Además no he vuelto a ver el terror alado desde aquella horrenda noche.

Otra ráfaga de viento golpeó la lluvia contra los vidrios de la ventana, y de algún sitio del parque del castillo se oyó entonces el grito estremecedor de una lechuza.

Cedric Shafton se estremeció violentamente y, de pronto, su corazón casi cesó de latir, al sentir, en el hombre el contacto de una mano.

Aterrorizado, el hombre se volvió a medias y vió que una mano blanca descansaba en la parte superior de su brazo.

El contacto de aquella mano parecía helarle todo el cuerpo. Era como si la mano del espectro de la muerte se hubiera apoyado en él.

—¡Su conciencia está intranquila, Cedric Shafton! — dijo una voz enérgica. — ¡Pero no tendrá ni un solo momento de paz hasta que se haya hecho justicia a Roger Fálcon, el muchacho a quien usted hizo condenar como asesino!

—¡Usted no puede afirmar que yo maté a Piercey Shafton! — exclamó el aterrorizado Cedric. Después, dominándose, se puso de pie, y miró en redor.

Cedric Shafton se vió ante un hombre vestido enteramente de negro y con una capa, negra también, en los hombros. Un antifaz cubría la parte superior de su rostro, dos ojos negros y brillantes, lucían en los agujeros.

—¿Qué... qué quiere usted de mí? — balbuceó el aterrorizado Cedric Shafton.

—¡Justicia para aquellos con quien usted ha sido injusto! — fué la enérgica respuesta. — ¡Justicia para Roger Fálcon y justicia para el desdichado muchacho a quien usted mató hace tres días! ¡El terror alado pide venganza! ¡Cuidado con Justicia Alada!

—¡Justicia Alada! — repitió Cedric Shafton con voz ronca. — Pero... por qué ¿por qué se dirige usted a mí? — preguntó desesperado. — ¡Hay otros contra los cuales también ha jurado usted venganza!

—¡Cada uno a su tiempo! — replicó el otro fríamente. — Le he elegido a usted para que sea el primero!

Cedric Shafton hizo un gran esfuerzo, procurando recobrar su valor y su aplomo. En el mismo momento se hizo oir la campanilla del aparato telefónico.

—¡Conteste usted al teléfono! — ordenó el muchacho alado. — Puede ser que el llamado sea de alguno de los que van a participar del mismo destino que he dispuesto para usted.

Con temblorosos dedos, Shafton tomó el auricular del teléfono, mientras Roger Fálcon descolgaba un segundo auricular que colgaba del otro lado del aparato. De ese modo el muchacho alado pudo enterarse de lo que decían a Cedric Shafton por el aparato telefónico.

—¿Es usted, Shafton? — se oyó decir por el aparato. — ¡Le habla Willoughby Vulcan!

Shafton tartamudeó unas palabras de saludo.

—¡Ralph Haythorn se ha asustado y se ha marchado! — anunció Vulcan con enojo. — Realizó todo cuanto tenía y se ha escapado. Salió de Southampton para Sud América, en el vapor "Nemesis", esta noche a las nueve. Yo traté de evitar que se fuera, pero llegué diez minutos más tarde.

Al oir esta noticia, Shafton olvidó por un momento su propia desesperada posición.

—¿Ha conseguido realizarlo todo? — preguntó el dueño del castillo de Gaunt.

—Ha arreglado lo mejor que ha podido y lleva en su cartera cien billetes de banco de mil libras cada uno, — contestó Vulcan. — Esa suma viene a ser casi exactamente lo que sacó de las ganancias que dió la explotación del invento de Solomón Page.

Los ojos de Roger Fálcon relucieron al oir aquellas palabras.

—¡Nos ha burlado en el mismo momento en que nos hacen falta todos nuestros recursos! — prosiguió sir Willoughby Vulcan. — ¡Diós mío! ¡Ojalá pudiera ponerle la mano encima a ese grandísimo canalla!

Roger Fálcon se inclinó y tocó en el brazo a Cedric Shafton. El dueño del castillo de Gaunt se estremeció violentamente cuando alzó la vista hacia el enmascarado.

—Dígale a sir Willoughby Vulcan que no se preocupe, — dijo el muchacho alado. — Dígale que ni Ralph Haythorn ni ninguno de los otros miembros de ese infame círculo, escapará a la venganza de Justicia Alada.

Roger Fálcon dejó el auricular del teléfono en su gancho ,fué hasta la puerta que daba a la terraza, y la abrió.

—Va usted a tener algún tiempo, pero no mucho, de respiro, Shafton, — anunció. — ¡Ralph Haythorn será el primero de la lista!

En un frenesí de ciega furia, Shafton sacó un revólver del cajón del escritorio e hizo un disparo contra el hombre que estaba de pie en el hueco de la puerta.

La bala dió en mitad del pecho del muchacho alado, pero el joven ni se tambaleó siquiera.

Cedric Shafton se quedó como petrificado, tal fué el asombro y el terror que experimentó en aquel instante mientras Justicia Alada, lanzando una burlona carcajada, abría sus grandes alas, que parecían las de un murciélago enorme, y volaba, desapareciendo entre la oscuridad y la tormenta

TERRIBLE VENGANZA

EL vapor transatlántico "Nemesis" navegaba en la oscuridad. A lo lejos, a la derecha, se distinguían las luces que indicaban la posición de la costa inglesa. A aquella avanzada horas esa luces eran pocas, relativamente.

Era poco más de las doce de la noche cuando un hombre pequeño y delgado salió del salón de juego del vapor "Nemesis" y fué, caminando lentamente, hasta un extremo de la cubierta de paseo.

La lluvia había cesado ya, pero la noche no era de luna.

El hombre aquel era pálido, de cabello rubio, de ojos azules. Fumaba un cigarro de hoja que movía nerviosamente de un lado a otro de la boca.

—¡He procedido con suma sensatez! — murmuró mientras miraba hacia las pocas luces de la costa que casi no se distinguían ya. — Me he separado de los demás y no volverán a verme nunca en Inglaterra.

El que así reflexionaba era Ralph Haythorn, uno de los siete canallas que habían robado su invento a Solomón Page, arrebatándole el provecho que le correspondía.

—Aquella figura voladora no se ha separado de mi imaginación desde el momento en que la ví y me ha tenido desequilibrado el sistema nervioso, — murmuró el hombre. — Pero ahora estoy ya, por fin, libre de ella y nadie sabe que me he marchado. Con billetes de valor de cien mil libras en el bolsillo, no necesitaré volver a pensar en Inglaterra en todo lo restante de mi vida.

Ralph Haythorn se estremeció. Parecíale haber oído, procedente del lado de la oscuridad que le rodeaba, una risa sarcástica.

Aquella risa le hizo temblar de pies a cabeza; pero, mirando hacia arriba, no pudo distinguir nada más que el penacho de humo negro, espeso, que brotaba de las anchas chimeneas del vapor.

Debe haber sido el grito de alguna gaviota, — murmuró Haythorn enervado. — Creo que más vale que me retire a mi camarote antes de que empiece a ver visiones y me ponga más nervioso.

Se volvió e inmediatamente retrocedió aterrado porque de la circundante oscuridad acababa de surgir, ante él, una gigantesca figura alada.

El terror alado puso pies en la cubierta del vapor a corta distancia de Ralph Haythorn y el hombre, aterrorizado, se encogió temblando ante la terrible mirada de los ojos que relucían en los huecos del antifaz del vengador.

—¡No hay modo de sustraerse a la venganza de Justicia Alada! — dijo Roger Fálcon con voz terrible. — ¡No hay más que un modo de evitarla: la muerte!

Ralph Haythorn quiso gritar, pidiendo socorro, pero le pareció que tenía la lengua clavada al paladar y no pudo emitir ni el menor sonido.

—He venido en su busca Ralph Haythorn, — declaró el muchacho alado con la misma voz imponente y profunda. — He ve-

nido a buscarle a usted y llevarle a Inglaterra conmigo.

Avanzó, dando un salto, y tomó a aquel hombre pequeño, delgado y endeble, entre sus fuertes brazos.

Entonces Ralph Haythorn logró recobrar la voz y un agudo chillido brotó de sus pálidos labios en el momento en que Roger Fálcon desplegó sus gigantescas alas y hendió la oscuridad llevándose a su víctima.

Ralph Haythorn no se atrevió a forcejear por soltarle, temeroso de que su alado enemigo lo soltara y lo dejara caer al mar, cuyas negras aguas ondulaban bajo ellos.

Permaneció, pues, enteramente inmóvil en los brazos de Roger Fálcon, convencido por completo de que su último minuto había llegado o se hallaba muy próximo.

Las luces del vapor "Nemesis' se fueron apagando a la distancia, y Justicia Alada cruzó la línea de la costa, dirigiéndose a toda velocidad, tierra adentro.

Durante más de una hora voló en medio de la oscuridad, y cuando, por fin, comenzó a descender para pisar tierra, Ralph Haythorn se desmayó.

La figura alada pisó tierra en el medio de una extensión llana y rocallosa e inclinándose hacia el demayado, le revisó cuidadosamente los bolsillos.

Cuando Ralph Haythorn abrió los ojos y miró hacia arriba, vió al muchacho alado de pie junto a él, con los brazos cruzados.

—¡Levántese, Haythorn! — ordenó Roger Fálcon con toda energía.

Temblándole las rodillas, Ralph Haythorn se puso de pie, sin atreverse a discutir la orden recibida.

—¿Qué va usted a hacer conmigo? — tartamudeó tembloroso.

—¡Nada más! — fué la lacónica respuesta. — Está usted en libertad de ir a donde le plazca.

Haythorn miró con incredulidad al enmascarado. De pronto, como si una nueva idea hubiera acudido a su cerebro, llevó la mano al bolsillo interior del saco.

—¡Me han robado! — gritó. — ¡Usted me ha robado todo mi dinero, toda mi fortuna!

Una amarga sonrisa arqueó los labios del joven enmascarado.

—Hasta el último penique de eso que usted llama "su fortuna" lo robó usted, cuando recibió su parte del resultado del complot que urdieron, usted y los otros, para arrebatarle a Solomón Page el fruto del invento que era el resultado de toda una vida de labor. — fué la implacable respuesta. — Ese dinero será entregado a su legítimo dueño.

Al darse cuenta de que se quedaba sin dinero, Ralph Haytorn recobró parte de su valor.

—¡Usted no me podrá robar! — gritó furioso. — Tengo anotados, en documentos depositados en un banco los números de los billetes de mil libras que yo tenía en los bolsillos, y daré aviso a la policía para que detenga por ladrón a cualquiera que pretenda poner en circulación uno solo de esos billetes.

El muchacho enmascarado volvió a sonreir.

—Conozco a varios amigos suyos que pagarían con mucho gusto algunas libras por conocer su paradero, Ralph Haythorn, — dijo. — Esos hombres son los mismos a quienes usted abandonó vilmente en el instante más grave. Usted sobe de qué gente se trata. ¿Cree usted que puede atreverse a enterarles de que se halla nuevamente n Inglaterra? ¿Sabe usted lo que harán cuando conozcan el paradero de Ralph Haythorn?

La exactitud de las palabras de Roger Fálcon hirió, con el agudo dolor de un hierro candente, las fibras d eRalph Haythorn. Un gemido de angustia se escapó de sus labios.

—Se encuentra usted ahora en un extremo de Inglaterra, prosiguió Roger Fálcon. No tiene usted ni un solo penique, ni un solo amigo. Desde este punta puede usted comenzar a vivir de nuevo. Antes de que hayan transcurrido muchos días, habrá usted aprendido que si no trabaja, no comerá. Ese será su castigo, Ralph Haythorn, y aún cuando severo, es mucho menor de lo que merece. Aquí, en este rincón de tierra, voy a dejarle, de modo que, a su tiempo se pueda dar cuenta de lo que significa tener que ganarse con el propio trabajo, cada bocado que se lleve a la boca, lo que significa ganarse con el sudor de su frente el derecho a descansar en una cama y bajo techo.

Anodadado por semejante perspectiva, Ralph Hayton cayó de rodillas ante el muchacho alado.

—¡Piedad! ¡Misericordia! — suplicó gemebundo. — ¡Déjeme una ocasión más de vivir honradamente! ¡Tenga lástima de mí!

—¡Más lástima he tenido yo de usted que usted tuvo de Solomón Page, cuando arruinó su vida y condenó a la ceguera a su pobre hija! — fué la enérgica respuesta.

Las enormes alas de murciélago se desplegaron de nuevo, y mientras Ralph Haythorn se hallaba arrodillado en las rocas. con los brazos tendidos, gimiendo lloroso, el vengador alado se elevó por los aires y se perdió en la oscuridad de la noche.

LA PELEA CON EL MONSTRUO

ROGER FALCON, — cubierto el cuerpo por las caídas alas que parecían, hallándose en descanso, una amplia, larga y negra capa y no dejaban ni sospechar la existencia del mecanismo maravilloso que encerraban, — se encontraba en la cumbre de una alta montañá, y miraba hacia abajo, hacia las grandes nubes que pasaban presurosas, arrastradas por el viento, y no le permitían distinguir el pasaje situado a sus pies.

Era de día.

Habían pasado muchas horas desde el momento aquel en que Roger Fálcon habíase separado de Ralph Haythorn, el primero que había recibido de su mano, el merecido castigo. Después habíase puesto en viaje hacia su subterráneo y oculto encondrijo de las cavernas situadas en las entrañas de los montes de Bleakwold.

Había volado con satisfactoria rapidez durante algún tiempo, pero, de improviso, se había hallado envuelto en una niebla tan espesa que perdió por completo el rumbo.

Voló, desorientado, hacia uno y otro lado, durante algún tiempo, y decidió luego ascender hasta pasar el nivel de la niebla. Así fué como llegó hasta la cumbre de la montaña en que se hallaba en aquel momento.

—No he mejorado mucho mi situación por cierto, — murmuró, pensativo, el muchacho alado. — Si estoy en uno de los picos de las montañas de Rookwood no debo hallarme a más de veinte millas de Bleakwold. Pero ha sido tanto lo que he volado sin rumbo, que lo mismo puedo encontrarme a cien millas de mi camino.

Permaneció unos momentos pensativo y después decidió descender de la montaña con la esperanza de llegar a alguna aldea donde pudiera hacer averiguaciones sobre el lugar donde se hallaba.

Roger tenía frío después de su largo vuelo a través de la espesa niebla, así que decidió caminar un rato, para ,de ese modo entrar en calor.

Paseando montaña abajo, llegó a una estrecha cornisa situada sobre lo que parecía un profundo precipicio. La cornisa era angosta y tortuosa y algunas partes tan accidentada, que casi no era posible pasar por ella.

Roger Fálcon avanzó por ella con toda desenvoltura, pues teniendo puestas sus maravillosas alas, no tenía por qué temer las consecuencias de un paso en falso.

Sentíase convencido de que era él el primero que pasaba por aquella senda natural, pues no era posible que ningún hombre, — que no poseyera la poderosa protección de que él se hallaba dotado, — pudiera recorrer aquel borde de roca sin dar un traspies y caer en el abismo.

Durante diez minutos, Roger Fálcon continuó su marcha. De pronto se detuvo y, mirando hacia el suelo, se fijó en algo que quedaba precisamente en su camino.

—¡Un cráneo de oveja — murmuró, sorprendido. — ¡Esto es extraño! ¡No es posible que una oveja o un carnero hayan podido subir hasta este sitio!

El muchacho miró hacia arriba y vió que, de la mole de la montaña, avanzaba como una plataforma de piedra de forma puntiaguda e irregular. Esa roca sobresaldría como unos diez pies y, en su sitio más ancho, no tendría más de tres pies.

Cuando miró hacia lo alto, Roger Fálcon se sintió emocionado, no sólo por la grandiosidad del paisaje sino también por el solemne y completo silencio que allí reinaba.

Pero, de improviso, aquel majestuoso silencio se vió interrumpido por un leve, misterioso y acompasado, a la vez que lento, rumor.

¿Qué rumor era aquel? El joven Fálcon escuchó con intensa atención. El rumor parecía acrecentarse por momentos. Por fin, al cabo de unos minutos, Roger pudo darse cuenta de cuál era el origen de aquel ruido. Se trataba del batir de unas enormes alas.

Acababa Roger Fálcon de comprender a qué se debía aquel ruido, cuando en lo alto, surgiendo de una hondonada, apareció un enorme pájaro que descendió y se hundió en el precipicio henchido de espesa niebla.

—¡Un águila! — murmuró el muchacho alado. Entonces comprendió cómo había sido posible que ascendiera hasta aquella altura el cráneo de un carnero. ¡Lo había subido el águila en sus garras!

El águila, cuyo nido debía estar más arriba de donde se encontraba Roger Fálcon en aquel momento, era uno de esos volátiles monstruosos que felibmente para los ingleses, son muy escasos en su isla. En alguna ocasión, — debía hacer bastante tiempo, — el ave de rapiña debió robar algún cordera de un rebaño de la ladera de la montaña y llevarlo a su nido, donde lo devoró.

Roger Fálcon se estremeció al pensar en eso, y prosiguió su camino. Habría avanzado unas doce yardas cuando la cornisa se fué estrechando más y más hasta desaparecer en la pared de piedra.

—Hasta aquí es hasta donde puedo avanzar a pie, — reflexionó Roger. — Me corresponde imitar al águila y volar. Abajo en lo más hondo, debe correr un río y si vuelo siguiendo el curso de sus aguas, no tardaré en encontrarme en un país civilizado.

Tocó las palancas del mecanismo, y las grandes alas, — que parecían las de un gigantesco murciélago, — se extendieron. Un instante después, el muchacho alado volaba por encima del abismo.

Descendió cuarenta pies, hasta penetrar en la niebla densa y, sin embargo, no notó señales de que estuviera cerca el suelo.

Siguió descendiendo con lentitud sin que pareciera hallarse el abismo, cercano a su término. Tampoco pudo apreciar cuál era la hondonada, de nu extremo a otro.

Continuó, pues, su vuelo hacia abajo hasta que por último, con una rapidez que le hizo estremecer, vió surgir de entre la niebla el inclinado techo, a dos aguas, de un pintoresco chalet.

Se detuvo en el techo, antes de poder disminuir la fuerza del vuelo, y oculto por el velo de la niebla, se dispuso a esperar, escuchando con atención, a que el descender al suelo no ofreciera peligro.

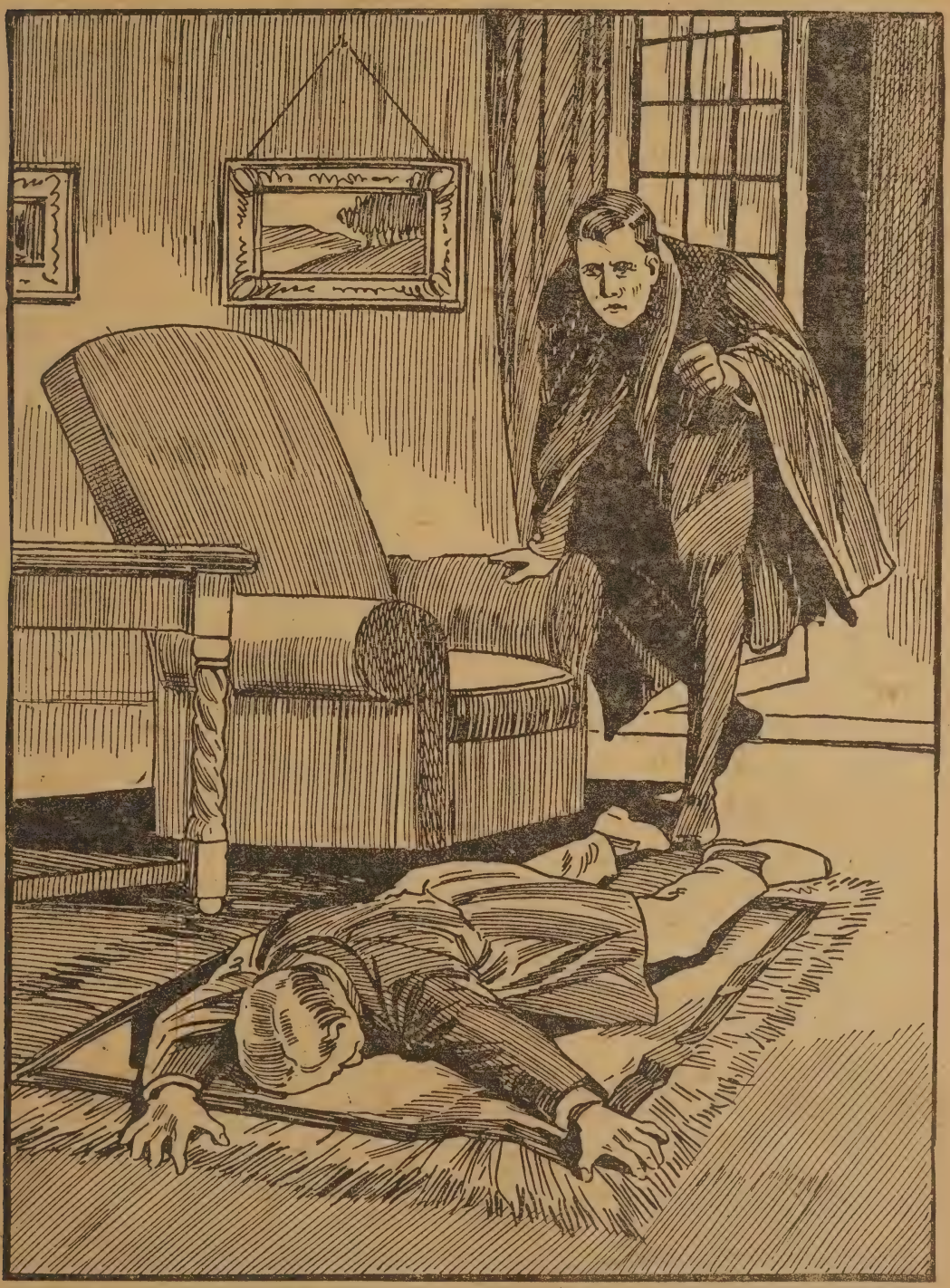
La distancia del rojo techo de tejas donde se hallaba, al suelo, no llegaría ni a veinte pies, como la calculó Roger cuando, de pie en el tejado, con las alas extendidas para conservar el equilibrio, miró hacia abajo. En seguida descendió del techo a la calle, dejando que las alas volvieran a su aspecto anterior, es decir, a parecer una capa algo original por lo larga y amplia, pero sin nada mayormente extraordinario.

Siguió por una calle no muy ancha. Era, el sitio donde estaba, una aldea de corto número de habitantes, levantada en el fondo de un profundo desfiladero de las montañas.

A la puerta de uno de los chalets se hallaba de pie un anciano. Cuando pasó Roger frente a él, el aldeano le saludó con la mayor amabilidad.

—¡Buenos días, forastero! — dijo, a manera de bienvenida.

—¡Buenos días! — contestó Roger, sonriendo. — ¿Quiere usted tener la bondad de decirme cómo se llama esta aldea? Me he



Roger Fálcon entró en seguida en el consultorio del doctor Philip Storm, y vió a un hombre, tendido en el suelo, inmóvil, boca abajo. ("Justicia Alada").

extraviado en medio de la niebla y desearía...

El anciano miró con curiosidad a aquel delgado joven envuelto en su larga capa negra y se fijó en la intensa palidez de Roger Fálcon.

—Esta aldea se llama Rookwood, — contestó. — Pero si usted ha estado paseando, extraviado, por las montañas, de fijo que debe necesitar...

Le cortó la frase un chillido agudo y penetrante. En toda su vida, Roger Fálcon no había oído un grito tan desesperado, que indicara tanto terror y esta angustia, como el que, tan de improviso, había turbado la tranquila paz de aquella aldea de la montaña.

Hasta el rostro, — surcado de hondas arrugas y curtido por el tiempo, — de aqcel anciano, perdió el color. El anciano miró por entre la niebla, a un pequeño chalet que quedaba al otro lado de la calle sin pavimentar.

—¡Dios se apiade de nosotros! — exclamó. — ¿Qué le habrá pasado a la viuda de Warner para gritar de semejante modo?

—¡Algo muy horrible tiene que haberle sucedido! — exclamó Roger, rápidamente. — ¿Será posible entrar en la casa; ir en su auxilio?

Antes de que el anciano pudiera das una contestación, la puerta del chalet de enfrente se abrió y salió por ella una mujer joven.

—¡Mi hijo! — gritó temblando como si fuera a caer desmayada y alzando las manos como súbitamente enloquecida. — ¡Por Dios! ¡Salven a mi hijito!

En ese momento le flaquearon las piernas y la infeliz muyer cayó de rodillas, implorando, dominada por un frenesí de desesperación.

Roger Fálcon cruzó la calle y, en un instante, estuvo junto a la mujer y la hizo levantar del suelo.

—¿Qué le ha pasado a su hijito? — preguntóle con amabilidad suma. — Procure decírmelo; tal vez podamos ayudarla en algo.

La mujer siguió gimiendo del modo más lamentable. Daba tanta pena ver su dolor que Roger Fálcon sintióse emocionadísimo, a la vez que enervado.

—¡Hable! ¡Hable! — la urgió. — ¡Por el bien de su propio hijo, procure serenarse y decir qué le pasa!

—¡Eso es, muchacha, eso es! ¡Diga usted qué es lo que le pasa! — intervino el anciano.

Otros aldeanos que habían acudido rápidamente, procuraban que la infeliz mujer recobrara un tanto su tranquilidad.

La mujer levantó la cabeza y miró hacia el cielo con el terror pintado en el semblante.

—Yo cruzaba el jardín, iba a buscar agua, — logró decir, después de mucho esfuerzo y con voz ahogada, — y mi hijito me fué arrebatado de los brazos por... por... por un águila. ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí! ¡Déjame morir! ¡Mátame antes de que me mate el dolor!

Los aldeanos se miraron los unos a los otros, horrorizados cuando oyeron el horrendo relato. Pero un segundo más tarde, toda su atención se fijó en el forastero de la larga capa negra.

Porque, de pronto, aquella capa, se había extendido transformándose en un par de enormes alas. Mientras los que habían acudido al oir los gritos formaban un coro, mudos de asombro, Roger Fálcon se elevó por los aires y voló rápidamente internándose en la niebla.

El muchacho alado ascendía, volando lo más rápidamente que le era posible. Sus grandes alas se movían con una fuerza estupenda.

La Providenia debió guiar su vuelo, porque fué ascendiendo hasta pasar el nivel de la plataforma de roca, puntiaguda, que había visto poco antes.

Sobre la peña vió un pequeño bulto blanco. Junto a él estaba la maligna ave de rapiña, cuyos ojos fijos y crueles miraban con intención mortífera a la negra silueta voladora que se acercaba a arrebatarle su presa.

El águila debió darse cuenta de ello porque lanzó un horrible grito y abriendo sus relucientes alas, se elevó más arriba de la roca que sobresalía.

Roger Fálcon había sacado la navaja y la tenía abierta, en la mano. Así esperó, firme y sereno, el ataque.

El águila subió aún más, voló en círculo, dos veces seguidas, descendió luego y dirigió a la cabeza del joven un golpe de sus fuertes garras.

Si el golpe le hubiese alcanzado, el cráneo de Roger Fálcon se hubiese partido por la mitad; pero ya había supuesto cuál era el propósito del volátil y cómo iba a atacarle, así que con la ayuda de sus alas, se hizo a un lado.

El águila descendió de nuevo. Esta vez atacó de frente.

Roger no intentó esquivar este sugundo ataque. Por el contrario, fué directamente a su encuentro.

El hombre y el ave se hallaron en mitad del aire, y la pelea comenzó con toda violencia.

Jámas, en toda la historia de nuestros tiempos, se ha oído hablar de un duelo como aquel, entre un hombre y una poderosa ave de rapiña, en mitad del aire... ¡Un duelo de cuyo resultado dependía la vida de un niño!

Con una mano, Roger se agarró al pescuezo del ave y con la otra le dirigió varias puñaladas, — con la navaja, — al amarillento pecho.

El águila pagaba con las patas y con el pico, a la vez. Las garras procuraban desgarrar el pecho de Roger y le hubieran herido de gravedad si el muchacho no hubiese tenido, debajo del traje de punto, la blusa de malla de acero.

Antes de que el ave pudiera rehacerse, después de su inútil ataque, la mano de Roger ciñó el cuello del águila.

Sujeta de ese modo, como en un torniquete, el ave siguió desgarrando con ferocidad, la ropa del joven, dejando al descubierto la blusa de malla de acero.

Roger Fálcon avanzó la mano en que tenía la navaja. La afilada hoja penetró en

el cuello del águila, seccionándolo y casi separando la cabeza del cuerpo.

Aún después de haber recibido este golpe de muerte, el águila continuó luchando, pero tan pronto como Roger la soltó de sus manos, cayó hacia el suelo, como una piedra.

En la pequeña aldea, a gran distancia abajo de donde se había realizado la pelea, la emocionada madre, abatida por la angustia, no atendía a los que procuraban consolarla.

Y mientras el grupo de aldeanos rodeaba a la infeliz mujer, algo cayó de la altura y dió con estrépito en el suelo.

Era el cuerpo del águila, con la cabeza casi separada del cuello y que al dar en tierra, se aplastó con el golpe.

Todas las miradas dirigiéronse hacia aquello. La mujer gritó al ver al monstruo de la montaña que se había apoderado de su hijito.

—¡Dios mío! ¿Qué querrá decir esto? — exclamó uno de los aldeanos allí reunidos.

—¡El hombre con alas! — dijo otro de los aldeanos, asombrado y atónito. — ¡Ha dado muerte al águila!

Semejante hazaña parecía increíble y, sin embargo, antes de que hubieran transcurrido dos minutos más, una figura grande, negra, que parecía un murciélago, descendió de la cumbre de la montaña y se posó en tierra a poca distancia de donde estaba el grupo de aldeanos.

Avanzó, erguido, envuelto en su capa, y cuando estuvo junto a la afligida mujer, puso en los suyos el niño que traía cariñosamente, en brazos.

—¡El niño no ha sufrido absolutamente nada! — dijo gentilmente. Y se retiró.

Nadie intentó detenerle. Todos se quedaron como hopnotizados, mirándo con asombro. Pero cuando su negra silueta comenzó a elevarse entre la niebla, la madre, alzando al niño en su manos, se arodilló en mitad del camino.

—¡Hombre o espíritu, sea usted lo que sea, el cielo lo envió hacia mí en este día! — sollozó. — ¡Sea usted quien sea, desde hoy, y mientras yo aliente, se elevarán a Dios, todos los días pidiéndole por su bienaventuranza, las plegarias fervientes de una madre agradecida.

CONFIDENCIAS

ESTABA Roger Fálcon de pie, a la entrada de la cueva secreta, situada rebajo de los bosques y de la zona pantanosa de Bleakwoid, que representaba para él su único domicilio y miró hacia el interior.

En el centro de la caverna se hallaba un joven delgado y de corta estatura. Este joven tenía el rostro alegre, los ojos brillantes de contento y una expresión simpática de juvenil inteligencia.

Se hallaba desnudo de medio cuerpo arriba, y bailaba en torno de la cueva, del modo que lo hacen los boxeadores cuando se entrenan sin ayudante.

Este muchacho era Micky Wilde, el jovencito con el cual Roger Fálcon había trabado amistad.

Una y otra vez el muchacho se detenía y miraba hacia algo que estaba en una mesa, en medio de la cueva.

Tan entregado estaba a lo que hacía, que no se daba cuenta de que le observaban. Durante algunos minutos Roger Fálcon gozó de aquel espectáculo. Después entró rápidamente en aquel salón de piedra viva.

—¡Ya es tiempo! — gritó el muchacho alado, riendo, como si hubiera sido el juez de un partido de boxeo y hubiese llegado el momento de suspender la pelea. El otro interrumpió sus actividades y se rió también.

—¡Hola! ¡No sabía que estuviera usted ahí! — explicó Micky Wilde. — ¿Cuánto tiempo hace que llegó?

—Lo suficiente para presenciar un agradable espectáculo, Micky, — contestó Roger. — Se entrena usted muy bien. Pero ¿qué tiene en la mesa?

Roger se acercó a la mesa y vió que estaban esparcidas en ella varias revistas de sports, abiertas en páginas donde presentaban retratos de conocidos boxeadores.

Jimmy Wilde, Carpentier, Kid Lewis, Jim Higgins y otras estrellas del boxeo estaban en aquellas páginas, en llamativas actitudes. Cada ejemplar estaba bien manoseado lo que hacía suponer que aquellas revistas habían figurado entre los tesoros de Micky desde hacía algún tiempo.

—El boxeo es un gran sport, Micky, — dijo Roger con seriedad. — Me gustaría mucho poder dedicar algún tiempo a su práctica.

—¡Yo Voy a ser boxeador! — declaró Micky. — Ahora no tengo peso ninguno, pero con el tiempo, llegaré.

—Tiene usted muchas de las condiciones que hacen a un buen boxeador, — dijo Roger.

—¡Y no me consideraré feliz hasta que lo sea de verdad! — dijo el muchacho, sonriendo. — Aun cuando no comprendo por qué hay quien pide diez mil libras por pelear una vez. Yo pelearía nada más que por el gusto de pelear.

Mientras se expresaba así comenzó de nuevo a saltar en torno de la cueva. Pero se detuvo de pronto.

—¡Cuánto lo siento! — exclamó, pidiendo disculpa. — No le he preguntado aun qué es lo que quiere usted comer. Me va a despedir si no cumplo con mi obligación.

—Pero... ¿quién le ha dado a usted el puesto de ama de llaves? — preguntó Roger.

—¡Yo mismo! — contestó el otro, rápidamente. — ¿Qué tiene usted que mandarme, señor?

—Pues si no le parece mal, Micky, desearía algo caliente para tomar, — dijo Roger. — Dentro de un minuto estaré de regreso.

El muchacho alado salió de aquella caverna y se dirigió a la otra cueva, la que había sido el taller del inventor Solomón Page.

Una vez allí, Roger se desvistió, quitándose las alas y la blusa de malla de hierro. Se puso un traje de saco y, transformado

su aspecto, volvió a la caverna grande.

Micky estaba de pie delante de la cocina eléctrica observando una caldera con agua, que había puesto a calentar.

Mientras vigilaba el agua cantaba una vieja canción, muy popular en aquellos tiempos, cuyo estribillo terminaba así:

"Mi casa tiene buenas condiciones
en ella no hay ni ratas ni ratones".

—¡Siga el canto! ¡Siga, Micky! — exclamó Roger muy contento. — ¡No hay nada como una canción alegre para hacernos olvidar las preocupaciones!

—Por ahora tengo que callar. El agua está ya por hervir. — dijo el muchacho, muy jovial. — ¡Ah! ¡Ya hierve el agua!

Sacó del fuego la pava, cuyo líquido hervía y echó el hirviente líquido en una jarra de loza donde ya estaba la cocoa y el azúcar.

Después puso la jarra de loza en la mesa y casi al mismo tiempo levantó la cabeza y miró a Roger.

Se notó inmediatamente, en su rostro, una intensa expresión de asombro.

—¡Mil diablos! ¿Qué es eso? ¿Está usted en la época de la muda? — preguntó.

—¿De la muda? ¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó Roger.

—Que según veo se le ha caído el plumaje de las alas, pues casi se diría que ya no las tiene.

Roger Fálcon se rió a carcajadas.

—¡No se asombre tanto, Micky! — dijo. — Yo no soy, en realidad, el terrorífico personaje que parezco a veces. Soy un muchacho como usted, aun cuando un poco mayor, sólo un poco.

—¿Pero qué ha hecho usted de sus alas? — preguntó Micky sin salir de su asombro.

—Mis alas son una combinación mecánica, — explicó Roger, mientras tomaba a sorbos la cocoa. — Cuando quiero volar por ahí, me las pongo y nada más.

Micky lanzó un suspiro de verdadera satisfacción y se quedó mirando a su compañero muy complacido.

—¿Sabe usted que me alegro mucho de que sea así? — dijo con toda franqueza. — No era agradable la idea de pensar que era usted un fenómeno extraño.

Roger Fálcon dejó de sonreir. Frunció el ceño y su rostro adquirió una expresión de pesadumbre y de energía.

—Usted sabe a mi respecto lo que no sabe nadie en el mundo, menos una persona, — dijo. — Es necesario que cuando usted se vaya de aquí, se olvide por completo de todo lo que ha visto. Usted me lo prometerá.

—¡Lo que le prometo es que yo no me voy a ir! ¡Me voy a quedar aquí con usted! — declaró Micky Wilde con energía. — ¡Yo no voy a consentir que usted me eche de aquí!

—¡No puede usted quedarse !— contestó Roger con rapidez. — El trabajo que tengo que hacer es muy peligroso. Pueden prenderme el día menos pensado; pueden matarme... Tal vez llegué a caer en manos de mis enemigos. Yo no puedo consentir que usted comparta conmigo todos esos peligros.

Micky levantó la cabaza y le miró cara a cara, procurando leer en los ojos de su compañero.

—¿Por qué no? — dijo. — ¿No cree usted que puede confiar en mí? Poco me importa lo peligrosa que pueda ser su tarea. Sólo sé que se trata de una tarea honesta y eso me basta. Soy un muchacho, es verdad, pero comprendo que usted no es capaz de hacer nada que no sea caballeresco y noble.

Avanzó unos o dos pasos y tomó la mano de Roger Fálcon en las suyas.

—Quiero ser su compañero, — suplicó enérgicamente. — Quiero quedarme aquí y ayudarle. No quiero que usted me dé nada por eso; sólo quiero que esté usted convencido de que estaré a su lado hasta lo último.

En los ojos de Roger Fálcon se vió un destello de amargura.

—¡Micky! Es para mí una satisfacción el haberle conocido a usted, aun cuando sea tan corta nuestra amistad, — manifestó. — Ya le he dicho que sólo soy un muchacho y en realidad, necesito un compañero de veras. Nunca lo comprendí tan bien como lo comprendo en este momento. Vivir aislado de todos como debo vivir, tiene que ser muy triste. ¡Solo, no podría pasar el tiempo más que aburriéndome!... Hasta tendría que renunciar a los sports, a los juegos que forman parte integrante de la vida del muchacho y del joven inglés.

—En eso tiene usted mucha razón — dijo Micky.

—Yo no tengo la culpa de ser lo que soy y como soy, Micky, compañero mío, — prosiguió Roger. — Yo no quiero ocultarme bajo la tierra ni volar por la noche como un monstruo sobrenatural. Quiero ser un joven como todos, libre, que pueda gozar de las emociones de un partido de fooball o de cricket; que pueda ejercitarse y crecer saludable y atlético. ¡Pero no puedo! ¡La suerte no lo quiere!

Las palabras que salieron de sus labios terminaron con un ahogado sollozo, brotado del corazón. Roger Fálcon bajó la cabeza y de sus ojos cayeron gruesas lágrimas.

La pena que le causara la infamia de que un hombre le había hecho víctima, había hecho que el carácter de Roger Fálcon fuera el de un hombre y no el infantil que a su edad correspondía. Pero allí, en presencia de Micky, sus instintos naturales y juveniles tenían que prodominar.

Ansiaba poder gozar de la infancia feliz que le había sido arrebatada y le causaba tristeza pensar en ello.

—Yo me voy a quedar con usted — dijo Micky en voz baja. — No conocí jamás a nadie que me fuera tan simpático como usted y cometería una crueldad el que me hiciera abandonar a quien veo que es mi verdadero amigo. Dígamelo todo, compañero, yo le ayudaré. Si tiene alguna pena, descargue su pecho, — terminó.

Y porque sentía que Micky Wilde se había presentado en la negrura de su vida como un riente rayito de sol, Roger Fálcon fué franco con él y le narró toda su complicada y por cierta muy triste, existencia.

EL GOLPE

YA habían transcurrido muchas horas después de aquella en que Roger Fálcon había narrado, para que los escuchara Micky Wilde los secretos de su vida.

—¿Va usted a salir esta noche, Roger? — le preguntó Wilde.

—Sí; pero pienso volver pronto, Micky, — contestó Roger. — Used sabe cuán seriamente ligado estoy a mi deber de justicia y usted sabe que he arrancado a un hombre, Ralph Haythorn, la fortuna que, de derecho, pertenece a Viola, la pobrecita ciega.

—Y me dijo usted que con ese dinero podrá usted pagar a ese famoso y excéntrico médico español que es capaz de devolver la vista a la joven. — recordó Micky.

—Precisamente. El doctor Juan Martín González, el famoso oculista español, es el único que puede curarla, — asintió Roger. — La suma que pide por su trabajo es una fortuna, pero ahora estoy en condiciones de pagarle. Voy a ver al doctor Storm, y le voy a pedir que lo arregle todo para que Viola sea llevada al consultorio del doctor Juan Martín González, esté donde esté, lo más pronto posible.

Después de algunas cariñosas palabras de despedida, los dos amigos se separaron, y Roger emprendió el vuelo mucho más tranquilo y alegre de cuanto había estado en días anteriores.

Con las alas plegadas fué hasta el extremo de la aldea de Blackwold. Cuando llegó a la casa del médico, le llamó la atención ver que no había luz ninguna en el frente de la casa.

Pasó a los fondos y vió una luz encendida en el despacho del doctor. Las puertas que estaban abiertas, pero dentro de la habitación no se veía a nadie.

Roger Fálcon entró en seguida en la casa y al cruzar el cuarto donde estaba la luz vió a un hombre tendido en el suelo, boca abajo.

El muchacho alado se arrodilló ante él, y volviendo a aquel hombre boca arriba vió que se trataba del doctor Philip Storm.

El médico parpadeó, abrió luego los ojos, y fijó la mirada en el rostro de Roger.

—¡Ha llegado usted... tar... tarde! — balbuceó, débil, agotado. — ¡Viola ha sido llevada!... Yo hice cuanto pude... pero... ¡Oh!

Calló. ¡Al instante, el doctor Storm perdía los sentidos en los brazos de Roger Fálcon!

COMIENZA LA INVESTIGACION

LAS palabras pronunciadas por el doctor Storm antes de que se desmayara habían sido como un golpe de maza en la cabaza, para el joven Roger Fálcon.

—¿Ha llegado usted tarde! ¡Se han llevado a Viola! — había baubuceado, haciendo un enorme esfuerzo, el bondadoso médico.

Muy pocos instantes hacía que el joven alado había llegado a aquella casa, lleno de esperanzas. Tenía ya en su poder el dinero necesario para costear la operación que devolvería a la ciega Viola el uso de sus ojos.

Pero había llegado demasiado tarde; la esperanza que anhelaba en su pecho había sido brutalmente anulada por aquel golpe terrible.

Los negros ojos de Roger Fálcon parecían despedir chispas cuando el joven se levantó, después de haber estado arrodillado junto al doctor Storm. El choque que había sufrido habíale aturdido en el primer momento, pero casi inmediatamente, el espíritu enérgico y sereno que le había acompañado en todos los difíciles trances de su accidentada vida, llegó en su auxilio y le permitió rehacerse y contemplar la situación con toda serenidad.

Cruzó la habitación, y del estante que se hallaba junto al lavatorio que el médico tenía en aquel consultorio, tomó un vaso, lo llenó de agua en la canilla del lavatorio y después salpicó con el frío líquido, el rostro del doctor Storm. Hecho esto, tomó al doctor en brazos, lo levantó del piso y lo colocó en el sofá.

Se arrodilló luego a su lado, y comenzó a dar vigorosas palmadas en las manos del doctor Storm, acelerando así la circulación de la sangre. Interiormente rogaba por que el buen anciano no tardara en recobrar los sentidos. Sólo el doctor Storm podía decir algo que le permitiera ir en busca de su pequeña compañera ciega, de la pobrecita Viola.

Pero los minutos pasaban, y Philip Storm seguía tal como si se encontrara profundamente dormido.

Por fin, después de lo que le pareció a Roger horas y horas de espera, los párpados del doctor se movieron y un leve gemido salió de sus labios.

Animado al notar esos síntomas de que el médico no tardaría en recobrar el conocimiento, Roger procuró acelerar el despertar de los dormidos sentidos del anciano doctor.

—¡Por lo que usted más quiera, doctor Storm, procure despertar! — urgióle Roger Fálcon. — ¡La vista de Viola depende de usted! ¡Procure... procure recordar!

Philip Storm abrió los ojos y miró hacia el joven. Al ver el pálido rostro de Roger Fálcon y sus negros, relucientes ojos, su memoria pareció revivir instantáneamente.

—¿Ha encontrado usted a Viola? — preguntó, haciendo esfuerzo por incorporarse y procurando sentarse en el sofá.

—¡No! ¡No! — replicó Fálcon febrilmente. — Dígame usted qué fué lo que pasó así podré ir en busca y socorro de ella.

El médico movió negativamente la cabeza, expresando su rostro grandísima tristeza.

—No sé a dónde l ahan llevado ni quién es el hombre que se la llevó — respondió Philip Storm con amargura. — Todo lo que pasó fué tan rápido... tan inesperado...

—¡Prosiga usted! — exclamó Roger Fál-

con impaciente ante la lentitud con que se expresaba el anciano.

—Me encontraba solo, con Viola, en la casa, — explicó el médico. — Mi esposa y mi hija han ido a Londres a pasar dos días allí; y con el propósito de que Viola no se sintiera tan sola, le dije que viniera a esta habitación. Para entretenerla le estaba leyendo una novela...

El médico hizo una pausa y miró hacia la puerta que daba a la terraza que dominaba la parte del fondo de la casa donde estaba el bien cuidado jardín.

—¡Siga, siga usted! — urgióle Roger Fálcon, estremecido de impaciencia.

—De repente esa puerta se abrió forzada por un terrible golpe, y un hombre, con el rostro cubierto por un antifaz negro, hizo irrupción en el consultorio. Me levanté en seguida, dejando el libro, pero antes de que pudiera atajarlo, un golpe, que fué aplicado con una de esas grandes llaves para apretar tuercas que llevan en los automóviles, me dió en la cabeza y me hizo caer al suelo.

Caí, pero no enteramente desmayado, y mientras me hallaba al borde de la inconsciencia, — prosiguió, — el hombre tapó con algo que había traído, la cabeza de Viola, y se llevó a la joven. Procuré seguirle pero no pude ni siquiera arrastrarme hasta la puerta de la terraza. Después de eso no sé, en realidad, qué es lo que ha sucedido.

—Pero... ¿y el hombre? — preguntó rápidamente, Roger Fálcon. — ¿No puede usded describir su apariencia?

—Era más bien alto, de apostura militar, creo recordar, — dijo Philip Storm, pasándose la mano por la frente. — No le pude ver el rostro, naturalmente, pues lo tenía cubierto por la máscara; pero pude fijarme en que tenía, en la mano derecha, un anillo de platino con una sola piedra azul.

—¡Era Willoughby Vulcan! — exclamó Roger Fálcon. — Le he visto con ese anillo. ¡Ya debía haber supuesto yo que esto era obra de nuestros enemigos! — agregó. — Lo que no puedo ni sospechar es por qué han querido hacer daño a una inocente muchacha que en nada podía perjudicar sus maléficos planes.

El joven alado se dirigió entonces a la puerta que daba a la terraza del jardín.

—¿Dónde va usted? — le preguntó Philip Storm.

—¡Voy en busca de Viola Page! — contestó Roger Fálcon con voz reconcentrada y acento terrible. — El hombre que se la ha llevado es uno de los que forman el siniestro grupo de monstruos sin corazón a los que he jurado aplastar. ¡Voy a encontrarla! — agregó, enteramente decidido. — ¡Mi investigación comenzará por el castillo de Gaunt!

Saludó al médico con la mano, salió al jardín, y como una enorme gigantesca ave nocturna, se elevó hacia el cielo iluminado por la pálida luz de la luna.

✣ ✣ ✣

EL ESPECTRO DEL ESTANQUE

TODO fué resultado de un capricho de la suerte que quiso, por lo visto, favorecerme. Iba yo, en automóvil, por las calles de Bleakwold, cuando ví a la muchacha a la puerta del chalet del médico. La reconocí en seguida y consideré que sería un golpe de mano maestra el apoderarnos de ella. En consecuencia volví cuando ya había anochecido, y después de realizar con todo éxito mi propósito, traje aquí a la muchacha."

Así se expresaba sir Willoughby Vulcan, que se encontraba de pie, junto a Cedric Shafton, en la sala de billar del castillo de Gaunt.

Cedric Shafton se mordió el recortado bigote, nerviosamente.

—No alcanzo a comprender bien su idea, Vulcan, — protestó. — ¿Qué se propone usted hacer con la joven?

—¡Tenerla aquí hasta que logremos que se le suelte la lengua! — contestó Vulcan con mala intención. — El Terror Alado ha demostrado que se interesa mucho por la muchacha, y estoy convencido de que la joven sabe muchas cosas sobre el Hombre Murciélago. Nos sería útil saber con exactitud si se trata realmente de un espíritu o si es un hombre que emplea un ingenioso aparato mecánico.

Cedric Shafton se estremeció. Había visto a Justicia Alada más veces que su amigo y compinche, y lo que había visto le había hecho temblar.

—¡No puedo creer que sea un hombre! ¡No puede ser humano! — murmuró. — Ese poder de volar igual que un vampiro monstruoso es algo más que cuanto pudiera llegar a inventar el genio de un hombre.

—La joven, si es que está al tanto de la verdad, pondrá en claro ese detalle, — dijo Vulcan con brutal convencimiento. — ¡Ya encontraré yo modo de hacer que ella nos diga todo, todo cuanto sepa!

—¡Esa joven no puede permanecer aquí! — dijo entonces, Cedric Shafton. — Es demasiado peligro tenerla aquí. ¡Es de todo punto necesario que usted encuentre otro sitio donde esconderla!

Sir Wiloughby Vulcan hizo una mueca de grandísimo desprecio.

—¡Estamos jugando una partida verdaderamente desesperada, Shafton! — dijo. — No es posible hacer las cosas a medias. Usted sabe qué es lo que significa para nosotros la situación presente. Estamos peleando, desesperados, en un duelo terrible con ese misterioso vengador alado. Si él nos vence quedaremos todos arruinados, perdidos para siempre, en la miseria. Aún este castillo, que se supone actualmente de propiedad de usted...

—¡Silencio! ¡Silencio, por favor! — exclamó Shafton. — Estoy tan decidido como usted a poner término a este asunto, — agregó rápidamente, — y no pretendo demostrar debilidad de ninguna especie. Pero tenemos que encontrar algún sitio más se-

giro que es el castillo de Gaunt para tener a esa muchacha.

—Quizás tenga usted razón, — asintió Vulcan, pensativo. Y cruzando la sala de billar, fué a mirar por los vidrios de la puerta del balcón, cuyas cortinas estaban desplegadas, hacia el parque, iluminado por la luz de la luna.

—¡Shafton! — gritó de repente, y abrió de un violento tirón, aquella puerta.

Cedric Shafton corrió a su lado y miró hacia donde indicaba sir Willoughby Vulcan, con el tembloroso brazo extendido.

El rostro de Shafton cambió instantaneamente de expresión. El dueño del castillo de Gaunt abrió mucho los ojos, espantado, y grandes gotas de frío sudor aparecieron en su frente.

Porque, acercándose rápidamente al castillo, veíase la negra silueta del vengador alado. Volaba por encima de las copas de los árboles, tocándoles casi, y parecía dirigirse al parapeto almenado del viejo castillo.

Cedric Shafton sintióse tan aterrorizado que no podía ni moverse ni hablar, pero Willoughby Vulcan no se sintió tan completamente dominado como su compañero. Sacó del bolsillo una pistola automática y apuntó a la voladora figura.

¡Bong! ¡Bong! ¡Bong! Brillaron tres fogonazos antes de que Willoughby Vulcan se detuviera a ver el efecto producido por los tiros.

Vió en seguida que uno, quizás los tres, — había dado en el blanco, pues lo figura que parecía un gigantesco murciélago dió una voltereta en el aire y después cayó de cabeza, desapareciendo tras el ramaje de un árbol corpulento.

Sir Willoughby Vulcan lanzó una exclamación de diabólico deleite.

—¡La pregunta que nos hacíamos hace pocos minutos ha tenido su respuesta! — exclamó. — ¡Las balas de una pistola automática no producen ese efecto en los espíritus!

Cedric Shafton se pasó un pañuelo por la sudorosa frente.

—Espero que tenga usted razón, Vulcan, — dijo con voz ronca. — Sin embargo, no logro entenderlo. La última vez que vi a esa alada figura, le hice fuego, directamente al corazón y a menos de seis yardas de distancia. La bala le dió en el pecho, pero no le causó daño ninguno, porque lanzó una carcajada que me heló la sangre en las venas y voló con la misma facilidad de siempre.

—¡Tal vez hiciera entonces uso de algún "truc" especial! — dijo Vulcan. — Además, si estaba usted temblando como tiembla ahora, no hubiera usted hecho blanco en una casa a unas pocas pulgadas de distancia. ¡Sea como sea, lo cierto es que la figura voladora ha caído en algún sitio del parque y que pronto vamos a saber si hemos terminado o no, de una vez, con "eso"!

Los dos compinches salieron de la sala de billar y se dirigieron escaleras abajo. En el espacioso hall, Cedric Shafton se detuvo, nerviosamente.

—¿No sería mejor que llamáramos a alguien para que nos ayudara, Vulcan? — preguntó. — Alguno de los sirvientes, tal vez...

—¡No sea usted tonto! — replicó Vulcan. — ¡No nos conviene enterar a los sirvientes de nuestros asuntos! Además, si el volador del demonio ha muerto, nos libraremos de estorbos arrojándolo al Estanque Silencioso, que es profundo y muy a propósito para un caso así.

Los dos hombres se alejaron de la casa. En el camino de entrada esperaba un automóvil de turismo, vehículo grande y poderoso. No lo cuidaba nadie. Era el automóvil en que sir Willoughby Vulcan había llegado al castillo de Gaunt.

—El cuerpo cayó detrás de aquel árbol, — dijo Vulcan. — Vamos a encontrarlo a pocas yardas del tronco.

—A no ser que haya caído en el estanque, situado un poco más allá, — dijo Shafton. — ¡Por vida de Satanás, Vulcan! — exclamó luego Cedric Shafton. — ¡Daría gustoso varios miles de libras por estar seguro de que ese terror con alas no puede molestarnos más!

Los dos socios llegaron al árbol y se detuvieron. A treinta yardas de distancia estaba un extenso estanque, — casi un verdadero lago, — de aguas muy tranquilas, tersas como un cristal, relucientes a la luz de la luna.

No cabrilleaba en ningún sitio el agua del Estanque Silencioso. Ni una planta, ni una piedra, interrumpía la lisura de su extensión.

Willoughby Vulcan miró en redor, ansiosamente, y frunció el ceño, preocupado.

—¡No se ve por aquí ni el menor rastro del volador! — murmuró por último. — Supongo que fué aquí donde realmente cayó ¿no es así?

—Quizás haya calculado mal la distancia — se aventuró a decir Shafton. — Quizá cayera directamente en el agua.

Basando todas su esperanzas en esta posibilidad, Vulcan corrió a la orilla del estanque.

—¡Debe estar usted en lo cierto Shafton — dijo dsesperado. — ¡Y si cayó en el estanque no le volveremos a ver nunca más!

Aún no había terminado de pronunciar esas palabras, cuando la superficie del estanque comenzó a moverse.

Después, del mismo corazón del Estanque Silencioso, surgió una figura grande y oscura. Con las alas extendidas, se elevó hasta que su pies estuvieron al nivel de la superficie del agua.

Las extendidas alas se movían casi imperceptiblemente mientras, por encima de la superficie del estanque, la aterradora y espectral figura avanzaba hacia los dos canallas, dominados por el más intenso terror.

¡AL PRECIPICIO!

SE había dado cuenta hacía ya tiempo, Roger Fálcon, de que la mayor suma de su poder se basaba en el terror supersticioso que hacía nacer en el corazón de sus enemigos. Mediante extrañas, y al parecer sobrenaturales hazañas, esperaba influir en la conciencia de sus infames enemigos, y de ese modo

y por medio de esa clase de procedimientos, acababa de tener un nuevo éxito.

La blusa de malla de acero que llevaba debajo de su traje negro había impedido que le hirieran las balas de los tiros que le disparó Vulcan, pero había fingido caer como muerto, a fin de que los hombres salieran al parque.

Cuando oyó que se aproximaban, se acercó a la orilla del estanque y permaneció oculto detrás de unas plantas. Después, metiéndose en el lago, nadó, entre dos aguas mientras pudo sostenerse sin respirar, y luego surgió en la forma en que se ha visto.

Este plan, cuyo objeto era desmoralizar, y debilitar a sus enemigos, había tenido éxito completo. Los dos pícaros se habían quedado como petrificados por el miedo.

Willoughby Vulcan temblaba violentamente, y, de los dos, era él el más impresionado, pues creía que aquello era la prueba indiscutible de la condición sobrenatural del extraordinario personaje alado.

Se quedó como un hombre atacado repentinamente de violentos temblores perláticos, hasta que, obedeciendo a un repentino e inexplicable impulso, se volvió y huyó.

Sin mirar hacia atrás, corrió tan rápidamente como pudieron llevarle sus piernas.

Impelido tan sólo por el desesperado deseo de alejarse de la vista del alado enemigo, se dirigió hacia su automóvil y en cuanto llegó a él, dió un salto y se sentó en el asiento de detrás del volante.

Entonces, mientras llevaba la mano hacia la llave del aparato eléctrico de puesta en marcha, miró hacia el sitio de donde había venido.

Vió que Cedric Shafton corría hacia la casa y que el enmascarado y alado vengador le seguía, avanzando sin apresuramiento, trás él.

Comenzó a funcionar el motor del automóvil y Willoughby Vulcan puso el coche en movimiento. No sabía a dónde dirigirse, pero guió el vehículo hacia la salida.

Después de trasponer los abiertos portones, volvió hacia la derecha, siguiendo por el camino que conducía a la carretera que a gran altura, seguí el curso del río por la orilla del mismo.

No había avanzado más de doscientas cincuenta yardas, cuando se le ocurrió volver a mirar hacia atrás.

Volando tras él, a poca distancia, vió al muchacho alado, a unos veinte pies de la superficie del camino.

Implacable, sereno, sin apresuramiento angustioso, Justicia Alada perseguía a su terrorizada víctima.

—¡Usted no puede escapar! — gritó la voz del joven alado. — ¡Aún no se a construído un automóvil que pueda ir tan veloz como Justicia Alada!

Willoughby Vulcan dió a su automóvil la velocidad máxima y después miró, febrilmente, hacia atrás.

Este movimiento le resultó fatal, pues el automóvil se desvió, y saliéndose de la calzada macadamizada, corrió por el espacio de césped que separaba el camino al borde de la altura.

Cuando ya era demasiado tarde para evitar el desastre, Vulcan vió el peligro en que estaba y un grito de alarma brotó de sus labios. Procuró detener la velocidad del vehículo, pero su rapidez era demasiada.

El automóvil pasó del borde del precipicio. En el mismo instante, Roger Fálcon descendió con la seguridad de un ave, tomó a Willoughby Vulcan de los brazos y lo sacó del vehículo.

Estaban en mitad del aire el joven alado y el hombre a quien había arrebatado a la muerte cuando el automóvil descendía e iba a estrellarse en el fondo rocalloso del torrente situado debajo.

Roger Fálcon descendió y puso a Vulcan en tierra, junto al camino. Vulcan tenía el rostro muy pálido y los ojos muy abiertos y como si quisieran salirse de las órbitas.

La conmoción que había sufrido había sido suficiente para descompaginar todo su sistema nervioso. Se hallaba de pie, sin saber lo que le pasaba, como el que ha sentido ya el corazón estrujado por la helada mano de la muerte.

—¡No le he salvado la vida, Vulcan, porque considerara que puede serle útil a alguien en el mundo! — dijo, implacable. — ¡Le he salvado porque aún no he terminado con usted!

Willoughby Vulcan no suplicó. Lo único que podía hacer era mirar y miraba fijamente, anonadado, al que tanto le aterrorizaba.

—La deuda de usted para mí era ya grande antes de esta noche — prosiguió Roger Fálcon con un acento tan inexorable como pudiera serlo el del Destino en persona. — ¡Pero el daño que usted ha hecho a Viola Page exige un castigo que tendrá que ser terrible y horrendo! ¿Dónde está ella?

Vulcan procuró hablar, pero no le fué posible. Parecía que la lengua se le hubiese paralizado.

—¿Dónde está ella? — preguntó nuevamente Riger Fálcon. — ¡Le concedo un minuto para contestar, y si no me obedece, voy a arrojar su cuerpo despreciable al fondo del barranco!

Esperó. Willoughby Vulcan hizo un esfuerzo deseesperado por hablar, y por último, lo consiguió.

—¡Ella... ella estaba oculta debajo del asiento del automóvil!

Aún el mismo Willoughby Vulcan pudo notar la expresión que se pintó en los ojos de Roger Fálcon y tembló, temeroso de perder allí la vida.

Durante un angustioso segundo, pudo creerse que el joven alado iba a tomar en brazos a su enemigo y arrojarlo al fondo del zanjón, a donde corría el torrente.

Pero un instante después, Roger Fálcon desplegó sus gigantescas alas y dando un salto, desapareció en el abismo.

JUNTO A LAS ALMENAS

TAMBALEANDOSE, flaqueándole las rodillas, Willoughby Vulcan regresó al castillo de Gaunt. Entró en el salón biblioteca y se dejó caer en una ancha y mullida butaca.

No tuvo idea de cuánto tiempo permaneció allí, pero sí se dió cuenta cuando, pasado un rato, entró en el mismo salón su compañero en villanías Cedric Shafton.

Al ver a Vulcan enteramente dominado por el terror, Shafton pareció sentirse algo reanimado.

—¡Vulcan! ¡Tiene usted el aspecto de un hombre a quien acaban de sacar de la tumba! — dijo Shafton. — El terror alado parece impresionar a usted más que a mí. ¡Y yo que había creído que era usted un valiente!

—¡He pasado por una terrible, por una terrible aventura, Shafton! — tartamudeó Vulcan. — No podría salir con vida si me viera nuevamente sometido a la misma emoción.

—¡Usted quiso dejarme a mi en el pantano, escapándose en el automóvil! — observó Shafton enojado. — No puedo fingir que lamento nada de lo que le haya sucedido.

Vulcan se levantó, sosteniéndose dificultosamente de pie.

—Yo no pretendí dejarle a usted en el pantano — replicó. — Lo que yo quería era llevarme a la joven antes de que Justicia Alada tuviera ocasión de saber que se encontraba en nuestras manos.

—¡Justicia Alada parece conocer hasta los más recónditos secretos de nuestros corazones! — declaró Shafton casi con nerviosidad. — Supongo que ese volador sabía que usted se había apoderado de la muchacha.

—Lo sabía, — añadió Willoughby Vulcan. — Pero no sabía dónde estaba. Si fuera un espíritu del otro mundo, hubiera estado al tanto de todo eso.

—¿Y se apoderó de ella?

—¡No! La joven, desmayada, estaba oculta debajo del asiento de mi automóvil, — dijo Vulcan. — El automóvil cayó al río, donde se hizo trizas.

Cedric Shafton se sobresaltó.

—¿Pero entonces la joven ciega ha muerto? — exclamó con alegría.

—No hay esperanza de que pueda haberse salvado, — dijo Vulcan. — Yo no tenía intención de... de ir tan lejos, pero todo, en sí mismo, no fué más que un trágico accidente.

—¿Se encontraba presente el volador cuando sucedió eso? — preguntó Shafton.

—Sí. Y cuando yo le dije que la joven estaba en el vehículo se le notó tal expresión de dolor en los ojos, que me sentí convencido de que el volador es un ser humano susceptible de experimentar todas las emociones que sufren los humanos, — exclamó Willoughby Vulcan.

—Humano o sobrenatural, la verdad es que de asombrosas facultades, — declaró el dueño del castillo de Gaunt. — Puede aparecer dónde y cuando quiere y puede desafiar a la muerte. ¡Tengo el triste presentimiento de que, con el tiempo, logrará vencernos!

—¡Bah! — exclamó Vulcan tranquilizándose, poco a poco. — ¡Sea como sea, pelearemos! Somos seis y entre todos, encontraremos medios de abatirle.

—¿Por qué ha sido que Justicia Alada ha dejado de ocuparse de usted esta noche? — preguntó, de repente, Shafton.

—Se lanzó a lo profundo de la hondonada en busca de la muchacha, — contestó el interrogado. — Subamos a la torre, Shafton, — agregó — rápidamente. — Desde su altura podremos ver si está o no aún, en las proximidades del castillo.

Salieron los dos de la biblioteca y cinco minutos después se hallaban junto al parapeto almenado del viejo castillo de Gaunt.

Se situaron en una torre rodeada de almenas, con una barbacana en cada una de sus cuatro esquinas.

La torre aquella estaba unida, por un estrecho puente de piedra, a otra torre igual situada a veinte yardas de distancia.

Willoughby Vulcan se dirigió al lado del parapeto que quedaba sobre la hondonada por cuyo fondo corría el torrentoso río y miró hacia el sitio donde el automóvil había caído desde la altura del camino.

—¡Allí está! — gritó Vulcan señalando con el dedo. — En este momento sale del agua después de haber andado en busca del cuerpo de la joven. Está descansando allí, sentado en una roca.

—¡No encontrará jamás el cuerpo de la muchacha! — declaró Shafton. — Ese es un río que no devuelve jamás sus víctimas.

Los dos se separaron del parapeto. De repente, Shafton se detuvo y agarró por un brazo a su compañero.

—¿Qué ha sido eso? ¿Ese ruido? — preguntó con gran nerviosidad.

Los dos amigos escucharon, durante un momento, con la mayor atención.

—¡Dios mío! ¡Parece como el gemido de!... — dijo uno con voz enronquecida por el terror.

—Parece que sollozara una mujer o un niño... — dijo el otro, temblando violentamente. — ¡Dios Todopoderoso! ¡Mire usted! ¡Mire!

E indicó, más allá del puente, a la otra torre. Siguiendo la dirección de su brazo, los desorbitados ojos de sir Willoughby Vulcan se fijaron en una silueta que se movía por el puente.

Era la silueta de una jovencita cuyo pálido rostro parecía tener, a la luz de la luna, la trasparencia del de un fantasma.

Con los blancos brazos tendidos hacia adelante, su delgada figura espectral, se movía lentamente, silenciosamente, como una silueta vaporosa, hacia los aterrorizados hombres.

—Es la muchacha! — exclamó en voz muy baja Willoughby Vulcan. — ¡La ciega hija de Solomón Page ha vuelto de entre los muertos para acusarme y perseguirme!

Sus palabras terminaron con un grito de grandísimo horror y Vulcan cayó sin sentido en la plataforma de la torre almenada.

LA PRISIONERA DEL CASTILLO

UNA escena estremecedora se desarrollaba junto a las almenas de una de las torres del castillo de Gaunt. Eran las doce de la noche, y la histórica coonstrucción que se levanta-

ba solitaria en medio del extenso parque, hallábase envuelta en la brillante luz de la luna.

Dos de las almenadas torres del castillo estaban unidas por un puente de piedra, y en este puente se hallaba de pie una joven delgada, esbelta, vestida de blanco, cuyo aspecto inspiraba a la imaginación de la idea de que pudiera tratarse de algún incorpóreo espectro.

La joven estaba de pie, vuelto el pálido rostro, hacia la luz de la luna, con los brazos extendidos hacia adelante.

Cedric Shafton, el dueño del castillo de Gaunt, era el único que observaba desde la almenada torre porque su compañero, Willoughby Vulcan había caído desmayado tan pronto como había dirigido la mirada a aquella etérea y frágil forma.

La silueta blanca hallábase parada en mitad del puente de piedra. De pronto se puso en movimiento, dirigiéndose hacia la torre donde estaba Cedirc Shafton.

El dueño del castillo no se movió tampoco, y cuando aquella figura estaba a más de seis yardas de él, pudo darse cuenta de que no se trataba de ningún fantasma. La que avanzaba por el puente de piedra, pasando de una a otra torre, era una bellísima joven.

Cedric Shafton pudo comprender al mismo tiempo que la actitud extraña de aquella joven tenía una imperiosa razón de ser: ¡la joven era ciega!

Aún cuando no podía ver, parecía darse perfecta cuenta de la presencia de Cedric, pues avanzó hasta pararse ante él, a una yarda de distancia.

—¡Algo terrible debe haber acontecido! ¡Oí que alguien lanzaba un grito de horror! — dijo ella en voz baja.

Viola Page, la hija pequeña y ciega de Solomón Page, parecía muy hermosa allí, de pie ante Cedric Shafton y con la cabeza erguida; pero aún cuando Shafton se sintió emocionado, su endurecido corazón no se enterneció ni lo más mínimo al verla, como la veía, inocente e inerme, rodeada de pelibros.

—Mi amigo se puso enfermo repentinamente, — dijo, expresándole con fingida ternura, a fin de atraerse la buena voluntad de la joven. — ¿Quién es usted, hija mía? ¿Qué anda usted haciendo aquí?

Su fingido tono no logró engañar por completo a la sensibilidad exquisita de la joven ciega.

—No se dónde estoy; sólo se que me hallo en lo alto de una casa grande, — contestó Viola con pena. — Alguien me sacó de la casa del señor que cuidaba de mí y me llevó en un automóvil.

—Debe usted haber estado soñando — díjole Cedric Shafton. — ¿Quién puede desear hacerle mal ninguno a una jovencita como usted?

—Fué un hombre cuyo rostro recordaré mientras viva, — fué la asombrosa respuesta que dió Viola Page.

—¡Recordar! — repitió Cedric Shafton. — Pero usted está ciega, ¿cómo podrá, pués, recordar un rostro?

—¡Toqué con la mano el rostro de aquel hombre mientras me sacaba de casa de mi protector y sé perfectamente bien cómo son sus facciones !— dijo Viola.

—¡Notable! — comentó el dueño del castillo de Gaunt. — ¿Y qué sucedió cuando la llevó ese hombre al automóvil?

—Me tapó el rostro con algo frío, húmedo, que tenía un olor muy raro, y me quedé dormida, — dijo la joven ciega. — Cuando desperté m encontraba metida debajo del asiento del automóvil. Salí de allí, y de algún modo encontré el camino para entrar en una casa grande... Durante algún tiempo he paseado por la casa...

—¿Por qué subió usted hasta lo más alto, verdaderamente hasta el techo? — preguntó Shafton con intención.

—Porque... — la joven calló tal como si hubiera decidido, momentáneamente, no dar la explicación que iba a dar.

—¡Porque pensó que quizás llegaría a verla su poderoso amigo, el que puede volar mediante unas alas que parecen las de un murciélago gigantesco! ¿No es así? — dijo Cedirc Shafton, apretando los dientes.

Viola no contestó. Se movió unos pasos e, inclinándose hacia donde estaba tendido en el suelo el desmayado Willoughby Vulcan, adelantó la mano blanca y delgada y se la pasó por el rostro al caído. La joven se estremeció en seguida violentamente.

—¡Este! ¡Este es el hombre que me sacó de casa de mi protector! — exclamó con temblorosa voz. — ¡Oh! ¡Socórrame usted, señor! ¡Ayúdeme a alejarme de aquí antes de que él despierte de su desmayo!

Cedric Shafton avanzó y tomó con fuerza la delgada muñeca de la joven, estrechándola nerviosamente.

—¡Si usted quiere volver al lado de su protector va usted a decirme todo lo que sepa sobre ese volador! — dijo Shafton perdiendo la serenidad. — ¿Quién es? ¿Qué es? ¿Dónde tiene su escondrijo?

—¡Eso no se lo diré! — gritó Viola con aire de desafío. — ¡Usted quiere saberlo para hacerle daño, y yo no le diré! ¡Oh! ¡Socorro!

Procuró levantar la voz, pidiendo socorro, pero Cedric Shafton le tapó la boca con la mano, ahogando sus gritos.

Durante varios segundos, Viola Page luchó por desprenderse, pero su constitución era débil, además había sufrido mucho en las últimas horas, así que de improviso sufrió un estremecimiento, y perdiendo los sentidos, se desplomó en brazos de Cedric Shafton.

El dueño del castillo de Gaunt la tenía todavía en sus brazos cuando Willoughby Vulcan luchó por incorporarse.

Cedric Shafton se rió por lo bajo.

—¡He cazado a su espectro, Vulcan! — dijo. — ¡Es precisamente la joven en persona!

Vulcan se puso de pie con esfuerzo. En cuanto se dió cuenta de que la vaporosa figura que había visto vagando por entre las almenas a las doce de la noche, era una persona de carne y hueso, hasta le dió vergüenza el haberse desmayado.

—Debió escaparse del automóvil mientras nosotros andábamos por el parque. — dijo con voz ronca.

—Así fue, — dijo Shafton, — y desde que Justicia Alada no se enteró de nada de eso, no es un personaje tan poderoso como lo pensamos. Aun debe estar buscando el cuerpo en las aguas del río.

—Mejor sería que la llevara a abajo. — opinó Vulcan. — Aquí estamos demasiado a la vista, y si Justicia Alada vuelve al castillo...

—Tiene usted razón, — interrumpió Shafton. — Vamos a llevarla a donde no puedan verla y después decidiremos qué es lo mejor que se puede hacer con ella. Los criados duermen en el ala del lado oeste y no nos molestarán para nada. Vaya usted delante, Vulcan.

Willoughby Vulcan, con paso todavía inseguro se puso en camino y cinco minutos después los dos hombres entraban en la biblioteca y Shafton ponía a la desmayada Viola en un sofá.

—Aun cuando ella se niega a hablar, nosotras podremos obligar a Justicia Alada a aceptar nuestras condiciones siempre que ocultemos a la muchacha como es debido, — opinó Vulcan. Pero lo más esencial es encontrar un buen escondrijo.

Cedric Shafton encendió un cigarrillo y fumó, durante un momento pensativo.

—¡Yo sé de un sitio admirable para eso! — dijo por último. — Está en la costa, a poca distancia de aquí. Pero si podemos llevar allí a la joven en uno de mis automóviles, creo que pronto estaremos en situación de hacer que el terrible volador se arroje a nuestro pies pidiendo perdón.

UNA CASA TERRORIFICA

EN la misma orilla de la costa alta a dos millas de Bleakwold, se hallaba un edificio solitario con árboles en tres de sus lados, agrupados de modo que el edificio quedaba enteramente oculto.

Un estrecho sendero comenzaba en el camino de la costa alta, pasando por entre los árboles. En el sitio donde comenzaba el sendero se veía un cartel que decía "Al Alegre Roger—Meg Sweeney, Propietaria" y tenía pintado un tétrico signo.

Ante ese letrero detuvo Cedric Shafton su automóvil en el cual había ido desde el castillo de Gaunt.

Apagó las luces delanteras del coche y saltó al suelo.

—Traiga por aquí a la muchacha Vulcan, — dijo a su compañero que había viajado en el asiento de atrás. — No puede molestarnos nadie a esta hora de la noche.

Cedric indicó el camino a través de los grupos de árboles y por fin se detuvo ante la puerta de un extraño, sórdido edificio, situado en el mismo medio de aquel reducido bosque. La construcción era de madera y estaba protegida contra las crueldades de la intemperie por buenas y repetidas manos de alquitrán.

Era esa la hostería "Al Alegre Roger" y difícilmente se hubiera podido describir una casa que inspirara mayor desconfianza y más intenso recelo. Esto fué lo que más llamó la atención de Vulcan en cuanto pudo apreciar el aspecto de la casa.

—¡Qué sitio más horrible! — dijo, estremeciéndose. — ¡Claro está que a nadie se le va a ocurrir venir como cliente a semejante casa! ¡Esto es tan solo un nido de ratones!

—La vieja Meg no aspira a tener más clientes que los que le convienen, — replicó Shafton haciendo una mueca. — Tiene excelentes relaciones en su calidad de compradora o comisionista en objetos robados y precisamente porque sé mucho a su respecto es por lo que nos puede ser sumamente útil. Comenzaremos por despertar a la vieja bruja.

Golpeó con fuerza en la puerta, — muy deteriorada por la intermperie, — con la culata del revólver. Hizo una larga pausa durante la cual no se produjo nada de particular, pero al fin se oyeron los pasos de alguien que arrastraba los pies, procedentes de otro lado de la puerta.

Se abrió la hoja de la puerta únicamente el espacio que permitió una cadena de seguridad y, por el hueco, se pudo ver una amarillenta luz.

—¿Quién busca a la vieja Meg a una hora tan tardía? — preguntó una voz cascada.

—Clientes que tienen que tratar de negocios con usted, — contestó Shafton. — Abra usted la puerta, Meg. No tenga esperando a sus clientes.

Se soltó la cadena y se abrió la puerta dejando ver a la dueña de la tétrica hostería de la costa alta.

Llamarla fea no hubiera sido suficiente, pues era positivamente disgustante. Su piel era amarilla y tenía muchas y hondas arrugas; el cabello era de un gris sucio, mugriento y grasiento. Tenía la nariz como el pico de un loro, los ojos pequeños y negros como cuentas de vidrio. Esto, unido a lo encorvado de sus espaldas y lo delgado de su cuello, dábale la apariencia de un buitre grande y, en realidad era, por naturaleza, algo muy parecido a esa ave de rapiña, devoradora de cadáveres.

Evidentemente reconoció a Cedric Shafton cuando levantó la luz a más altura que la de sus ojos, porque se sonrió. A la sonrisa siguió una expresión de intensa desconfianza y no poca malevolencia cuando vió que el compañero de Shafton llevaba en brazos a una joven suyo pálido rostro se veía entre los pliegues de la manta del automóvil que la envolvía.

—¡Pasen adelante!... ¡Pasen adelante, caballeros! — dijo la vieja bruja. — ¡Los buenos clientes son siempre bien recibidos en la hostería del Alegre Roger, a todas horas, sean las que sean!

Los dos hombres entraron en una sala de dimensiones bastantes grandes y Willoughby Vulcan puso a la joven en un banco, cerca de la chimenea cuyo fuego estaba casi consumido.

—¿Qué le pasa a esa muchacha? — preguntó la vieja Meg, poniendo la lámpara en el mostrador del despacho de bebidas, situado en uno de los rincones de la habitación. — ¿Por qué la han traído?

—Porque necesitamos tenerla encerrada donde esté segura, — contestó Cedric Shafton. — Necesitamos que usted la encierre en sitio seguro y que cuide de ella mientras esté aquí.

—¡Oh! — exclamó la maligna vieja, sorprendida. — Así que usted quiere que se cuide a ella. Me alegro de que no sea algo más enérgico y terminante. ¡Es necesario andar con tanto cuidado en esta época!

—No queremos que sufra daño ninguno, — explicó Shafton. — La verdad es que esta muchacha puede proporcionarnos informaciones de grandísima importancia si se puede lograr hacerla hablar.

—Sí, sí, ya comprendo, — dijo la vieja, riendo. — ¡En cuanto la muchacha haya llevado a mi lado una temporadita va a tener mucho gusto en decirle a ustedes todo cuanto sabe!

Aun aquellos curtidos canallas se sintieron asqueados al oir el tono con que se expresó la vieja.

—¿Dónde va usted a tener a la muchacha? — preguntó Shafton.

—Quizás será mejor que arreglemos antes las condiciones, — replicó la mujer. — Las cosas de esta clase son arriesgadas y peligrosas. Usted comprende...

—Le daremos veinticinco libras ahora y otras veinticinco si conseguimos hacer que la muchacha diga lo que nosotros deseamos saber, — dijo Shafton.

—Eso es muy poco en estos días en que todo está tan caro, — murmuró Meg Sweeney. — Es muy poco y el riesgo es muy grande...

—¡Pues no le vamos a dar más! — exclamó Shafton. Usted ha corrido muchos riesgos en su tiempo, vieja buitre, y estoy al tanto de mucho de sus medios tenebrosos de ganarse la vida. ¡Es necesario que se convenza usted de que soy hombre a quien se debe respetar, llegado el caso. ¿Comprende?

—¡Sí! ¡Sí! — dijo la vieja, inclinando hipócritamente la cabeza. — A mí me gusta siempre quedar bien con usted. ¡De eso no hay que hablar! ¡Traiga por aquí a la muchacha, estimado amigo! ¡Tráigala por acá y la instalaremos de modo confortable, inmediatamente!

Tomó la lámpara y pasó al otro lado del mistrador. Se inclinó y un segundo después una parte del piso, junto al mostrador, se abrió hacia abajo, funcionando por medio de unas bisagras.

Meg Sweeney, se acercó al hueco abierto así en el piso y esperó que uno de los dos hombres acercara a la joven al agujero de la trampa.

—Síganme cautelosamente, — dijo la vieja. — La escalera es un poco empinada y la madera de los peldaños está bastante vieja.

Miró hacia abajo, hacia los escalones y cuando llegó al último se encontró en un vasto sótano, de paredes de piedra, en el que esperó a que los dos hombres se unieran a ella.

Había gran cantidad de trebejos en aquel sitio. Junto a una de las paredes había una vieja cama de campaña. Era en aquella habitación secreta situada debajo de la hostería, donde Meg Sweeney guardaba las mercaderías robadas con que negociaba, y más de un fugitivo de la justicia había pagado bien el ser escondido en aquel sótano secreto.

La vieja puso la lámpara en el suelo y luego tomó el cuerpo de la desmayada Viola Page, de los brazos de Willoughby Vulcan.

Puso a la cieguita en la cama y después de observar con atención su pálido dostro, estiró la manta que envolvía a la joven.

—¡Es una linda muchacha! — comentó, al separarse de la cama. — Es una lástima que una muchacha así se encuentre en conflicto grave con hombres como ustedes. ¡Hay que sentirlo por ella! — Y se rió del modo más agrio que se pueda concebir.

Willoughby Vulcan, que hasta aquel momento no había tenido nada qeu decir decidió que la ocasión había llegado de que tomara intervención en el asunto.

—A usted se le ha ofrecido una suma de dinero bajo ciertas condiciones, — dijo bruscamente. — De usted depende ahora, de cómo haga usted su trabajo, de cómo atienda su compromiso, el que la suma final sea mayor o menor.

Los ojos de Meg Sweeney relucieron. A sus labios acudió una candente respuesta, pero no llegó a expresarla, temerosa de que pudiera influir en la suma de cancelación de "negocio".

—Ustedes quieren que yo tenga a la muchacha segura aquí y que le dé de comer, ¿no es eso? — dijo. — Si ustedes tienen muchos deseos de que la muchacha hable pronto, creo que convendría que la alimentación sea muy poco abundante.

—Por el momento, — repitió Willoughby Vulcan, — usted cuidará de ella, la vigilará y le dará de comer cuanto necesite. Mañana, cuando haya recobrado el conocimiento y se pueda dar cuenta de que se halla prisionera, volveremos nosotros para someterla a un interrogatorio. Pero se encuentra en delicado estado de salud, y si no se le da bien de comer y no se la atiende bien, puede debilitarse demasiado y, tal vez, enfermarse a tal punto que no se de entera cuenta de cuál es su verdadera situación.

Volvióse entonces hacia Cedric Shafton, su compañero y socio.

—Nos conviene volver ahora al castillo de Gaunt y acostarnos a dormir unas horas, — dijo. — Si no nos vamos ahora será de día antes de que estemos de regreso y los sirvientes se enterarán de todo.

—A la muchacha no la va a encontrar nadie, — declaró Meg Sweeney restregándose sus huesudas manos. — Cuando ustedes vuelvan mañana, la encontrarán bien segura en su prisión y dispuesta, al menos así lo espero, a contestar a cuanta pregunta quieran dirigirla.

Tomó la lámpara, dirigió una mirada maligna a Viola Page y sonriendo contenta con sí misma, se encaminó hacia la escalera de madera.

Cuando llegó al despacho de la hostería se metió detrás del mostrador y esperó a que los dos hombres hubieran subido. Entonces tocó algo que estaba oculto a la vista de los clientes, detrás y debajo del mostrador,

y la tapa de la trampa se levantó lentamente hasta volver a ocupar el sitio de antes.

—¡Ya he cumplido la primera parte de sus órdenes! — dijo, con su cascada voz, la oriosa vieja. — Me parece que ha llegado el momento de abonar la primera cuota. Veinticinco libras ¿no es eso lo que dijimos?

Cedric Shafton sacó del bolsillo una cartera y puso veinticinco billetes de una libra en el mostrador, junto a la humeante lámpara.

La vieja agarró el dinero con avaricia y lo estrujó con fuerza, en la mano. Después tomó la lámpara y se dirigió hacia la puerta.

Al llegar a ella, descorrió los cerrojos y abrió la agrietada hoja.

Cedric Shafton fué el que primero se dirigió a la salida. Ya estaba por trasponer la puerta cuando se detuvo y retrocedió, lanzando un grito de terror.

¡Ante él, frente a la misma puerta, se encontraba de pie, erguida, terrible, la enmascarada y negra silueta de Justicia Alada!

¡LOS HORRORES DEL FUEGO!

ROGER FALCON avanzó un paso. Tenía las alas caídas, y todo su cuerpo chorreaba agua. La parte del rostro que se le podía ver estaba mortalmente pálida. Los ojos se le veían por los huecos de la máscara inyectados en sangre, no obstante brillaban con terrible luz cuando se fijaron en aquellos dos hombres.

Durante varias horas, Roger Fálcon había buscado entre las aguas del río junto al castillo de Gaunt algunos rastros de la joven que, según creía, había perecido entre las torrentosas aguas. Por último había abandonado toda esperanza y había emprendido viaje de regreso, pero se había visto obligado a pisar tierra porque algunas partes del complicado mecanismo de las alas había sufrido algo debido a sus numerosas inmersiones en el agua torrentosa.

Fué entonces cuando vió el automóvil en que Shafton y Vulcan habían llevado a Viola Page a la escondida hostería de la costa alta.

Roger examinó el vehículo y encontró en él un pequeño pañuelo de encaje que reconoció como de propiedad de Viola Page. Este descubrimiento hizo renacer sus esperanzas. A un mismo tiempo le convenció de que la pobrecita muchacha ciega estaba con vida, y de que había sido llevada en aquel automóvil, a aquella vieja hostería, aquella casa que horrorizaba a cuantos la veían.

Ignorantes de todos estos detalles tan sencillos y tan comunes, tanto Cedric Shafton como Willoughby Vulcan atribuyeron la presencia de Justicia Alada ante la puerta de la hostería "Al Alegre Roger" al poder sobrenatural de que, según ellos, estaba dotado el muchacho alado.

Roger Fálcon entró en la habitación y, sin mirar hacia atrás, cerró la puerta de un golpe, tras sí.

Shafton, Vulcan y la odiosa vieja, retrocedieron ante su avance. Los dos hombres se detuvieron ante el pequeño mostrador La mujer, dominada por el terror, se acurrucó detrás del mismo mostrador.

Un terrible silencio reinó en la habitación mientras Roger Fálcon avanzó sin decir ni una sola palabra.

—He venido en busca de Viola, — dijo, por último, con voz fuerte y enérgica. — He venido a arrebatar a una inocente niña de la garras de las diabólicas manos de ustedes.

Dió un paso más y se detuvo.

Cedric Shafton y Willoughby Vulcan se quedaron temblando ante él. La vieja Meg Sweeney parecía hallarse igualmente afectada; pero mientras miraba al rostro del muchacho alado, sus huesudos dedos buscaron algo, a tientas, debajo del mostrador.

—Si ustedes dan algún valor a sus vidas, ustedes presentarán en seguida a Viola Page. ¡Les concedo sólo un minuto!

En ese momento fué cuando Meg Sweeney halló lo que buscaban sus dedos. Instantáneamente, la parte del piso en que Roger estaba de pie se abrió, y el muchacho desapareció en la profundidad del sótano.

La tapa de la trampa volvió a colocarse en el sitio en que estaba un momento antes.

—¡Le he fastidiado! — chilló la vieja con terrible voz. — ¡A mí no se me vence con tanta facilidad!

Levantó los brazos con aire de triunfo, como para apoyar sus palabras, y al moverse así, le dió un golpe a la lámpara y la hizo caer, del mostrador al suelo.

Se oyó el ruido que hizo al romperse el recipiente, y se elevó una llama en el mismo momento en que el petróleo, libre de su recipiente, se encendió.

Casi antes de que los presentes pudieran darse cuenta de lo que había sucedido, las resecas tablas del piso comenzaron a encenderse y el fuego corrió por el piso.

—¡Vámonos de aquí! — gritó Willoughby Vulcan. — ¡Este viejo edificio es de madera y alquitrán y va a quemarse como un montón de paja seca!

Cedric Shafton se dió perfecta cuenta de la situación; pero Meg Sweeney se dirigió como una flecha a la escalera que conducía al piso superior. Los dos hombres la agarraron, arrastrándola hacia la puerta. Shafton abrió la puerta y Vulcan hizo salir a la mujer a la fuerza.

La corriente de aire que entró por la abierta puerta acrecentó la fuerza de las llamas. Los hombres vieron que el fuego hacía estragos, rugiendo furioso, mientras ellos arrastraban a Meg Sweeney que gritaba furiosa, alejándola de aquel sitio

A unas doce yardas de distancia se detuvieron. Por la abierta puerta vieron que las llamas devoraban la madera reseca y alquitranada de que estaba hecha la vieja casa.

Una enorme llamarada salió por el hueco de la puerta. Aquella llama hizo presa del exterior alquitranado e instantáneamente casi, el fuego se extendió por toda aquella fachada de la hastería.

—¡Suélteme! — gritaba desesperadamente la vieja. — ¡Mi dinero! ¡Todos mis hermosos billetes están ahí dentro! ¡Todo lo que he trabajado y especulado para juntarlo!

Un repentino impulso nervioso le prestó fuerzas y la vieja, como loca, sin pensar en nada que no fuese su mal adquirido dinero, se soltó de las manos de los dos hombres y corrió hacia la hoguera que ardía en el interior de la casa.

Dominados por el calor y por el espeso humo producido por el arder del alquitrán que revestía exteriormente la casa, los dos hombres tuvieron qeu alejarse más. Hubo un momento de pausa, de terrible espectativa. Después, del interior de la incendiada casa surgió un grito horrendo, como para helar la sangre en las venas.

Un segundo después la pared que constituía el frente se hundió hacia el interior. El techo se desplomó casi en seguida de eso y todo lo que quedaba de la hostería "Al Alegre Roger", tuvo el aspecto de una masa ígnea ingente e informe, de la que se elevaban grandes llamaradas e intermitentes raudales de chispas.

Los dos hombres se miraron el uno al otro. Ambos estaban pálidos y temblorosos.

—¡Horrible! — exclamó Cedric Shafton, pasándose la mano por la frente cubierta de frío sudor.

—Horrible, especialmente para los que quedaron dentro! — asintió Willoughby Vulcan. — Pero, por lo que a nosotros se refiere, Shafton, no podemos quejarnos. ¡Estamos finalmente libres! ¡Libres para siempre de la venganza terrible e inexorable de Justicia Alada!

LA TORRE DEL FARO

Micky Wilde, el alegre pequeño boxeador, que compartía el alojamiento de Roger Falcon en las misteriosas cuevas situadas debajo de Bleakwold, se encontraba bastante intranquilo.

Le fastidiaba la prolongada ausencia del joven alado, pues ya habían pasado varias horas después de aquella para la cual Roger Falcon había anunciado su regreso.

Si el valeroso joven boxeador hubiera estado al tanto de los trágicos sucesos acontecidos en la misteriosa hostería "Al Alegre Roger", situada en la costa alta, pocas horas antes, sus temores se hubiesen transformado en certidumbres.

—Me parece que voy a esperarle media hora más, — decidió Micky por último. — Pasado ese tiempo voy a salir a la costa y a mirar por ahí si hay señales de que haya sucedido algo lamentable.

Habiendo llegado a esta decisión, Micky Wilde se quitó el saco y el chaleco y se entregó durante diez minutos a "boxear con su sombra" como dicen los boxeadores cuando no tienen con quién ejercitarse. A este ejercicio siguió un rato de carreras breves y movimientos de avance y retroceso especialmente para fortalecerse los tobillos. Completó la media hora con algunos ejercicios de gimnasia sueca.

—¡Hum! ¡Me voy fortaleciendo de un modo maravilloso! — murmuró el muchacho ensanchando el pecho, moviendo los brazos y respirando a pleno pulmón. — ¡Después de este tiempo de ejercicio me siento capaz de pelear con un león!

Mientras esa humorística idea pasaba por su mente, se oyó, a lo lejos un ahogado, distante rugir...

En el mismo momento, Micky Wilde se puso muy pálido porque aquel rugido aún cuando lejano, había sonado con suficiente claridad para que no se pudiera confundir de ningún modo. Había sido el rugido de una fiera enjaulada o atrapada.

Durante medio minuto, Micky esperó que se repitiera el ruido. Como no lo oyera de nuevo, fué corriendo hasta la puerta de entrada de la cueva y volvió a escuchar con toda atención.

Pero pasaron unos instantes sin que oyera nada. El muchacho se puso el chaleco y el saco y se encaminó por los oscuros túneles que conducían al exterior.

Una vez que estuvo en la boca del túnel se detuvo y, como no oyera nada absolutamente, se decidió a salir y salió con rapidez.

La playa estaba enteramente desierta. Soplaba un viento frío, desagradable. El cielo estaba cubierto de amontonadas nubes grises que anunciaba una abundante nevada.

A dos millas de distancia, un antiguo faro estaba enhiesto y solitario como silencioso centinela del mar, sobre su base de rocas, a unas doscientas yardas de la costa. Dos vaporcitos remolcadores estaban cerca de las rocas y varias lanchas de la armada iban de un lado a otro.

—¿Qué estará por pasar ahí? — preguntóse Micky Wilde. — Me parece que vale la pena ir a averiguarlo.

Micky echó a correr, y avanzando por la playa, con rápido paso, llegó por fin a un sitio donde comenzaba un sendero que iba hacia la parte alta de la costa.

El muchacho subió por ese sendero porque un pequeño cabo, que se internaba en el mar, poco más allá, le impedía seguir corriendo por la playa.

Cuando llegó a la parte alta de la costa, Micky continuó avanzando con paso rápido. Ante él podía distinguir algo que parecía un bosquecito, situado precisamente en el borde de la costa, casi frente a la torre del faro.

La extensión de tierra árida que se hallaba entre Micky y los árboles, estaba desierta pero cerca del bosque se veía a varias personas.

El muchacho dirigió la mirada hacia el mar, y sus penetrantes ojos notaron señales de actividad en la parte de popa de uno de los remolcadores.

—¡Hola! — murmuró repentinamente interesado. — ¡De ese remolcador acaba de descender un buzo! ¡Vamos pronto, Micky, ahí hay, de fijo, algo interesante que ver!

Volvió a correr y cuando estuvo cerca del grupo de árboles vió que había dos policemen de uniforme entre la gente allí reunida.

Miró por entre los árboles y le fué posible distinguir un montó de negras ruinas, en medio de la vegetación.

—¡A ver, muchacho, aquí no tiene usted nada que hacer! — oyó decir Micky.

Una pesada mano se le apoyó en un hombro, Micky volvió la cabeza y vió a uno de policía.

—¡Usted perdone, sargento! — dijo Micky cortesmente. — No sabía que aquí había habido un incendio reservado. ¡Dios mío! ¡Qué calor debía hacer en este sitio mientras estuvo ardiendo el incendio!

—¡Más caliente lo va a encontrar ahora, si no se retira en seguida! — replicó el de policía. — ¡Ya tenemos bastante qué hacer sin tener que ocuparnos de los muchachos a los que se les ocurra venir por acá!

Micky miró sonriendo, al de policía, desde debajo de la visera de su gorra a cuadros.

—¡Muy bien, señor inspector! — exclamó. — ¡Crea usted que no tenía propósito de robarme un pedazo de isa ruinas!

—¿Qué pasa?

El policeman soltó a Micky y se volvió hacia dos hombres bien vestidos que ocupaban un automóvil que acababa de llegar por el camino de la costa alta.

A Micky le interesaron en seguida los dos recién llegados, pero más le hubiesen interesado aún si hubiera sabido que eran los dos peores enemigos de Roger Falcon, es decir: Cedric Shafton y Willoughby Vulcan.

El policeman se dirigió hacia el automóvil, que se había detenido a corta distancia.

—La vieja hostería de la costa alta se ha incendiado y se ha consumido hasta los cimientos durante la noche, señor — explicó. — Ha sido un incendio devorador, por cierto. Como soplaba algo de viento...

—Supongo que no habrá desgracias personales que lamentar, — dijo Shafton esperando que se le contestara dándole noticia del hallazgo de los cuerpos de Roger Falcon y Viola Page entre las ruinas.

—Sí, — fué la rápida respuesta del de policía. — La vieja Meg Sweeney, la hostelera, pereció en el fuego.

Cedric Shafton adoptó una expresión de pena muy de acuerdo con el craácter de la trágica noticia.

—¡Qué horrible! — exclamó después. — La pobre mujer se encontró, sin duda, cercada por las llamas, cuando la despertó el incendio. Probablemente la hostería incendiada resultó para ella algo así como una trampa de muerte.

—¡El fin de la vieja Meg debió ser horrible! — dijo el de policía. — Pero se trataba de una vieja criminal muy conocida. Durante largo tiempo sospechamos que se dedicaba a "encubridora", es decir, a compradora de objetos robados. Pero, aún cuando registramos varias veces la hostería de pies a cabeza, como suele decirse, no encontramos ni el menor rastro que indicara la presencia de artículos robados.

Hizo una breve pausa y después, bajando la voz y en tono confidencial, agregó:

—¡Pero ese misterio lo pusimos en claro hoy! — dijo. — Revisando las ruinas nos encontramos con un sótano de grandes dimensiones, de cuya existencia no habíamos tenido nunca ni la menor sospecha. ¡En ese sótano era donde, con toda seguridad, encerraba la vieja los objetos robados que compraba a los ladrones!

Cedric Shafton miró con intención a Vulvan. ¡Si el secreto del sótano había sido descubierto, entonces los restos de Roger y de Viola tenían, necesariamente, que haber sido hallados!

—¿Y... encontraron ustedes algunos objetos acusadores en ese sótano? — preguntó, procurando fingir que le interesaba sólo como cosa corriente y vulgar, lo que mencionaba.

—¡No, señor! — contestó el de policía. — ¡Todos los restos encontrados en el sótano fueron sometidos a una detenida investigación, pero no se halló ni el menor rastro de nada sospechoso!

—¿Nada? ¿Nada? — preguntó Cedric Shafton con incredulidad, dando, por un momento, rienda suelta a sus sentimientos. — ¿Está usted seguro, policeman? ¿Enteramente seguro?

El de policía miró, sorprendido, a Shafton y después de un instante, prorrumpió en sonora carcajada.

—¡Já, já! ¡Ya comprendo en qué está usted pensando! — exclamó. — ¡Yo pensé lo mismo que usted, señor! ¡Seguramente pensó usted que una mujer de las condiciones de la vieja Meg no debía reducirse a comprar mercadería robada! Usted piensa, lo mismo que yo, que debía hallarse rastros de víctimas humanas en el sótano, ¿no es así?

—Sí; es verdad; se me ocurrió la horrible idea de que así fuese, — manifestó Cedric Shafton.

—¡Pues bien, no se encontró nada de ese carácter! — declaró el de policía. — ¡Absolutamente nada! — agregó.

La declaración del de policía impresionó tanto a Cedric Shafton como a Wiloughby Vulcan. No se atrevieron a hablarse, ni aún a dirigirse miradas de inteligencia, temerosos de atraer hacia ellos la atención y tal vez la desconfianza del de policía, al traicionar los sentimientos que les animaban en aquel instante.

Cedric Shafton sacó un cigarrillo de su cigarrera y lo encendió, procurando disimular de ese modo la emoción que le dominaba.

—Podemos seguir nuestro paseo, — dijo de pronto al que le acompañaba. — Es poco divertido y menos útil aún, el estar parados ante las ruinas de una hostería consumida por el fuego.

—Yo que ustedes no me iría de aquí en este momento, — dijo el de policía. — Precisamente va a producirse algo digno de verse dentro de uno o dos minutos.

—¿Sí? ¿Qué va a suceder? — preguntó Wiloughby Vulcan rápidamente. — ¿Algo digno de verse, dice usted?

—El viejo faro: la antigua torre que se

ve allí va a ser destruída, — añadió. — Ya no está en condiciones de prestar servicio, así que va a ser demolida, la vieja torre. Varios buzos han colocado cartuchos de dinamita en la base, durante los últimos días, y el trabajo quedará terminado esta mañana.

Mientras se expresaba así el de policía, las sirenas de los remolcadores comenzaron a chillar ruidosamente y las embarcaciones que flotaban cerca del faro empezaron a alejarse.

Hubo una pausa que duró dos o tres minutos y después se oyó una sofocada explosión. Una alta, enorme colmna de agua, se elevó a uno de los lados de la torre del faro.

La torre se estremeció visiblemente y junto con una parte de su basamento de roca, se tambaleó después.

En el mismo momento todos los que estaban mirando aquello lanzaron un grito, porque en el balcón que rodeaba la farola de la torre había aparecido un hombre vestido de negro y que tenía en brazos algo que parecía el cuerpo de una niña.

Se oyó otro fuerte estampido y al mismo tiempo, unas enormes alas negras se extendieron, brotando de las espaldas de aquel hombre, y éste ascendió por el aire en el mismo instante en que toda la torre del faro, hecha trozos, se desplomaba con estrépito en las olas del mar.

La figura humana con alas de murciélago se alejó, volando rauda, mientras la contemplaban atónitos, asombrados, varias docenas de personas, llevando en sus poderosos brazos a la joven.

EL MONSTRUO DE LA CAVERNA

Cautelosamente primero y luego con la mayor rapidez que le fué posible, Micky Wilde corrió hacia las cavernas ocultas debajo del monte de Bleakwold.

Jadeante, con el corazón latiéndole violentamente, tal era su emoción, el joven boxeador llegó a la cueva que era habitación tanto para Roger como para él. Cuando llegó, encontró al muchacho alado, de pie junto a Viola, en el centro de la cueva.

—¡Roger! — exclamó Micky, jadeante, corriendo hacia donde estaba el muchacho alado, y estrechando su fría mano. — ¡Oh! ¡Gracias a Dios que está usted de regreso! ¡He temido tantas cosas!...

Roger Falcon sonrió débilmente. Tenía el rostro pálido y desencajado y en sus fatigados ojos se notaban rastros de lo que había sufrido en el tiempo que había pasado desde la última vez que vió a Micky.

—¡Prepárenos algo de alimento, haga usted el favor, Micky! — dijo Roger. — ¡Una taza de caldo de extracto de carne para cada uno de nosotros!

Micky no perdió tiempo en palabras inútiles. Fué a la despensa y se dispuso a preparar lo pedido, mientras Roger acompañaba a Viola a sentarse en uno de los bancos que allí había.

Pronto presentó Micky dos humeantes tazas de aromático caldo y se quedó de pie silencioso, mientras el joven alado y la jovencita ciega tomaban la reconfortante y nutritiva preparación.

—Ahora debe usted descansar un rato Viola, — dijo Roger por último. — Después cuando sea de noche, la llevaré a casa del doctor Storm.

Viola inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Se levantó del banco y fué hasta su dormitorio, separado por cortinas, que se hallaba a un extremo de la cueva, donde había dormido cuando vivía con su padre, en la caverna.

Roger la miró alejarse y cuando desapareción, lanzó un hondo y largo suspiro.

—¡Qué noche horrenda! — dijo, volviéndose hacia Micky. — ¡Sólo Dios sabe cómo ha logrado sobrevivir esa infeliz muchacha!

Se sentó en uno de los bancos, junto a la mesa y contó cuanto le había sucedido desde que se separó del lado de Micky.

—¡La Providencia fué, sin duda, la que me guió hacia la hostería! — dijo, al llegar al punto en que sorprendió a sus enemigos en "Al Alegre Roger". — La Providencia también debió inspirar a aquella mala mujer la idea de encerrarme en el mismo sótano en que Viola estaba prisionera.

¿Pero cómo pudo usted salir del sótano si la hostería se incendió pocos minutos después? — preguntó Mickey, que rabía escuchado absorto el relato de Roger.

—Cuando caí en el sótano ví a Violeta de pie junto a una abertura que había en la pared. — replicó Roger. — La pobre se había levantado de la cama y había seguido el contorno del sótano, tocando el muro con las manos. Con ese extraordinario tacto de que están dotados los ciegos, notó en las manos el fresco de una corriente de aire que indicaba la presencia de la hendija de resorte secreto y se abrió una puerta que constituía una salida secreta de aquel sótano.

—¿Y salieron ustedes por ello? — preguntó Micky Wilde.

..—Por ella salimos juntos, descendimos por una larga escalera de piedra y llegamos a un túnel que continuaba, a juzgar por el número de los peldaños de la escalera, por debajo del mar y constituía una comunicación entre el sótano de la hostería y el de la torre del faro. La vieja Meg Sweeney debía ignorar la existencia de ese túnel, pues se notaba que por él no había pasado nadie hacía mucho tiempo.

—Combinación construída por los antiguos contrabadistas sin duda, — observó Micky. — ¡Adelante, Roger!

—Cuando llegamos al faro nos encontramos, por el momento, en la situación más difícil, — explico Roger. — Las alas, debido a la acción de la violenta corriente del río, en la que estuvieron sumergidas largo tiempo, habían sufrido desperfectos que las

habían inutilizado. Tuve que emplear varias horas en ponerlas nuevamente, en estado de funcionar.

—Pero las tuvo compuestas a tiempo, — dijo Micky. — ¿No es verdad?

—Sí. Yo sabía que varios buzos habían trabajado en los cimientos de la torre del faro durante algunos días, pero no me había figurado que su propósito era volar por completo aquella mole de mampostería, — dijo el joven alado. — Cuando empezaron a sonar las sirenas de los remolcadores fué cuando pensé que era lo que estaba por suceder.

Roger Falcon se levantó de su asiento, notándose en su actitud lo cansado que estaba.

—Voy a acostarme, Micky, y a descansar unas pocas horas, dijo.

Se disponía ya a quitarse las alas, cuando un terrible rugido resonó en el interior de las cavernas; Roger Fálcon se irguió, escuchando con atención.

—¡Dios mío! — exclamó.

—¡Cualquiera diría qeu es el rugido de un león! — exclamó rápidamente Micky Wilde.

Inmediatamente, Roger corrió hacia donde estaba la mesa y, aún cuando era muy pesada, la levantó en brazos;

—¡Métase ahí dentro y quédese ahí con Viola! — gritó Roger a Micky indicándole el hueco cubierto por la cortina. — ¡Pronto!

En cuanto Micky hubo desaparecido, Roger Fálcon puso la mesa de modo que tapaba por completo el hueco de entrada.

Entonces se volvió y esperó.

Se oyó un nuevo rugido, y un león de hirsuta melena apareció en la entrada de la cueva.

La horrenda bestia se detuvo en el hueco de entrada y fijando sus terribles ojos feroces en Roger, abrió la boca y lanzó otro rugido como para helarle a cualquiera la sangre en las venas.

Roger Fálcon se quedó inmóvil como una estatua, mientras el león se encogía, disponiéndose a saltar sobre su víctima.

El muchacho alado no tenía más armas que una navaja grande, de ancha y larga hoja, que había abierto aprestándose a la defensa. De poco parecía que hubiera de servir aquella navaja contra el rey de los animales.

Siguió a eso un entero minuto de silencio y de inacción, durante el cual la tenaz mirada del hombre alado estuvo fija en la de la amenazadora fiera.

Los músculos del león se pusieron tirantes, — se les vió estirarse bajo la peluda piel. — Y Roger se dió cuenta de que el animal se disponía a atacarle saltando.

Con un rugido ensordecedor que retumbó en el hueco de las cavernas de piedra, la enorme fiera saltó, cruzando velozmente el aire, en dirección de Roger.

Pero el joven alado estaba preparado, así que cuando el león saltó, las alas de Roger se abrieron y el joven ascendió, saltando por sobre la cabeza del león. En lo alto, fuera del alcance de la fiera, Roger permaneció como flotando, gracias a un lento batir de las alas que movían el aire tranquilo de la cueva.

Resoplando enfurecida, la burlada fiera fué de derecha a izquierda.

Esto duró unos tres minutos. Después, con estremecedora rapidez, Roger Fálcon descendió y cayó pesadamente sobre el lomo del león.

Con repentino y poderoso movimiento, Roger dió un bien calculado golpe. ¡La hoja de la navaja se hundió en el cuello del león, tan profundamente que Roger no pudo sacar en seguida el arma!

El león se encabritó, lanzando un grito de dolor; entonces, cuando Roger Fálcon se elevó de nuevo, el león dió otro salto, procurando alcanzarlo. No lo consiguió, y agotada por el esfuerzo, la fiera se desplomó, quedando tendida en el suelo, sin vida.

Roger Fálcon descendió a tierra y después de examinar un momento a la inanimada fiera, volvió hacia el lado donde estaba el dormitorio.

Lo primero que hizo fué quitar la mesa que había tapado el hueco. Micky Wilde apareció instantáneamente.

—¡Qué bien lo mató! — exclamó el joven boxeador. — ¿Pero está bien muerto? — agregó receloso.

Roger Fálcon inclinó la cabeza, contestando así, afirmativamente.

—Ya no nos molestará más, — dijo después. — Esta noche sacaré el cuerpo fuera y lo arrojaré al mar. Al mar pertenece precisamente.

—¿Por qué dice usted eso? — preguntó Micky. — ¡No me parece que sea un león marino!

—¡No! ¡No es un león marino! — dijo Roger, sonriendo. — Pero antes de amanecer, esta madrugada, se hallaba, cerca de la costa, y en grave peligro, un buque de bastante tonelaje. Del puerto de Westhampton le enviaron auxilios, pero no creo que llegaran a tiempo para servir de algo. De todos modos, — agregó, frunciendo el ceño con tristeza, — cuando amaneció, ví que un león flotaba, en un trozo de madera del buque, y era llevado por el oleaje, hacia la playa. Era sin duda, nuestro molesto visitante y precedía, naturalmente, del buque náufrago.

—Debía ser algún buque que traía animales para el Jardín Zoológico, ¿no es cierto? — opinó Micky Wilde.

Roger Fálcon estiró los brazos, moviendo las articulaciones doloridas por el cansancio.

—Tengo que descansar un poco, querido Micky, — dijo, comenzando a desprederse las alas. — ¡Estoy realmente cansado!

Unos pocos minutos después Roger Fálcon se hallaba tendido en su cama, situada al otro extremo de la cueva, y dormía profundamente.

EL HOMBRE INSUSTITUIBLE

AQUELLA misma noche, a las ocho, Roger Fálcon se hallaba de pie, junto a Philip Storm, en la casa del doctor. Viola estaba ya acostada en su cama, en su dormitorio, en

el piso alto y el médico había tranquilizado a Roger diciéndole que la joven ciega se hallaba fatigada, pero no enferma.

—Haga usted que se ponga enteramente buena lo más pronto que pueda, doctor, — dijo Roger. — Cuando ya no haya absolutamente nada que temer, lo prepararemos todo para que la atienda como es debido ese Juan Martín González, el único hombre en el mundo capaz de devolverle la vista.

—Realmente, y aun cuando parezca extraño, tan sólo ese doctor Juan Martín González es capaz de realizar la delicada operación que se necesita, — dijo el doctor Storm. — Lo grave del caso es que se ha retirado de la práctica de la medicina hace poco y que se ha negado ya a hacer varias operaciones.

Roger se estremeció y miró fijamente al doctor Storm.

—¡Pero no es posible que consienta que una jovencita como Viola siga en la horrible oscuridad de la ceguera toda la vida, sólo parque él se ha retirado de la profesión! — exclamó el joven alado. — Es necesario obligarle a que acceda, sea como sea, si no se aviene buenamente por humanidad.

—Eso no será fácil, — dijo Storm — porque nadie sabe, en la actualidad, dónde se encuentra el doctor Juan Martín González. La última vez que se tuvo noticias de su paradero fué porque se publicó una carta que dirigió a un médico amigo, hablándole de los estudios que acababa de hacer sobre las condiciones curativas de algunas plantas de las selvas del Gran Chaco, en la República Argentina. Según esa carta, se disponía a explorar en busca de otras plantas beneficiosas para la humanidad, los bosques de Misiones.

Roger Fálcon, después de escuchar con atención al doctor Storm permaneció en silencio, reflexionando.

—¿No cedería ofreciéndole mucho, pero mucho dinero? — preguntó Roger, después de una larga pausa. — ¡Se le podría pagar una verdadera fortuna por esa sola operación!

—El doctor Juan Martín González ha hecho tantas fortunas que la tentación de una nueva fortuna no puede emocionarle, — dijo el doctor Storm.

Roger Fálcon volvió a permanecer en silencio un momento.

—¡Yo encontrará el modo de hacerle ceder! — declaró por último. — encontraré a González, esté donde esté; y si aún vive, devolverá la vista, la luz de la vida, a Viola Page.

Salió de la casa del doctor Storm poco después, y luego se elevó por los aires, batiendo majestuosamente sus poderosas alas.

Entregado a sus reflexiones, pensando en lo que el doctor Philip Storm acababa de decirle, Roger Fálcon, en vez de dirigir su vuelo hacia la cueva que era su alojamiento, decidió dar un rodeo, pasando por encima del mar. Y así lo hizo, sin dejar ni un solo instante de pensar en qu- medios podría usar para poner al doctor Juan Martín González en la necesidad de contestar afirmativamente cuando se le pidiese que devolviese la vista a Viola Page.

Volando a poca altura sobre las olas, siguió su excursión. De pronto, algo que había en la superficie del mar le llamó la atención. Menguó un poco la rapidez de su vuelo y decendió, describiendo una muy estrecha espiral.

Gradualmente, lo que había visto desde la altura pudo ser distinguido con mayor claridad. ¡Era el cuerpo de un hombre, tendido de espaldas sobre una roca pequeña y llana, contra la que rompía furioso el oleaje!

El muchacho alado puso pie en la roca se inclinó a examinar aquel cuerpo.

En el primer momento creyó que el hombre estaba muerto, pero después de diez minutos de activa labor, logró, mediante los movimiento de la respiración artificial, que comenzara a respira, aun cuando lo hacía muy débilmente.

Pero el resultado obtenido era ya lo bastante por el momento. Satisfecho de su buen éxito, Roger Fálcon tomó al hombre en brazos. Se elevó nuevamente, y volando con la mayor rapidez posible, se dirigió de regreso hacia la casa del doctor Storm.

Como de costumbre, no se dirigió a la puerta que daba la carretera; descendió en la terraza que dominaba el jardín del fondo de la casa y entró en el consultorio por una de las puertas vidrieras.

El doctor Storm, que se había quedado estudiando, sentado ante su mesa escritorio, varios informes de médicos extranjeros, se levantó en cuanto vió que se acercaba.

—He hallado a este hombre en una roca, en mitad del mar, — anunció el joven alado rápidamente. — Es necesario atenderle en seguida, y tal vez sea posible salvarle la vida.

—Pobre hombre!. — exclamó Storm. — Algunas personas del "Amazon", naufragado cerca de los arrecifes de Tallons, faltan todavía. Si podemos salvar a uno de ellos, haremos buena obra. Póngale en el sofá, Roger.

Roger Fálcon puso al hombre en el sofá y se retiró a un lado, dejando que Storm examinase al exhausto náufrago.

—¡Roger !— exclamó de pronto el médico. — ¡Esto es providencial! — ¡Sólo el Cielo puede haberle enviado a usted a encontrar a este hombre esta noche!

Roger Fálcon le miró con el mayor de los asombros pintado en el rostro.

—¿Por qué dice usted eso, doctor? — preguntó. — ¿A qué se refiere?

—Me he expresado en la forma en que lo he hecho, porque éste es el hombre insustituible, el hombre a quie nusted se proponía buscar, — dijo Philip Storm. — ¡Es Juan Martín González, y usted ha salvado de una muerte segura al único hombre que puede devolverle a Viola Page la perdida vista!

Un profundo sollozo conmovió el pecho del muchacho alado. Todo su cuerpo se estremeció, vibrando de agradecimiento hacia la Providencia, que, por misteriosos medios, habíale guiado aquella noche en su vuelo y le había llevado al sitio donde estaba, en peligro de muerte, el hombre insustituible, aquel a quien hubiese buscado por toda la superficie del mundo.

VISPERA DE NAVIDAD

Roger Fálcon, el joven alado se despertó después dormir profundamente durante muchas horas.

Levantándose de su lecho, situado en uno de los extremos de una de las cuevas que eran su domicilio se puso el traje de ajustada amalla de seda negra, que constituía parte de su indumentaria de volador.

Acababa de vestirse cuando su pequeño compañero Micky Wilde, el muchacho boxeador se presentó en la entrada de la cueva. El muchacho tenía puesta una gruesa gorra ta cuadros, un traje de saco de paño grueso y una bufanda de lana, y estaba cubierto de nieve de pies a cabeza.

—¡Hola, Roger! — exclamó el muchacho sacudiéndose violentamente para quitarse la nieve. — ¡Se ha pasado usted dos días en la cama!

—¡Mejor! No creo que me haya hecho daño descansar hasta recuperar todas las horas de sueño y de descanso que perdí últimamente, — declaró el joven alado, sonriendo contento.

—¡No se vaya a olvidar de colgar la media esta noche. Roger! — dijo Micky de improviso, mientras preparaba algo de comer para los dos.

—¡Cómo! ¿Esta es Nochebuena, querido Micky? — exclamó Roger sorprendido.

—¡Sí, señor, Nochebuena! — exclamó el más pequeño de los dos.

Roger Fálcon permaneció en silencio mientras tomaron alimento.

—La Navidad es la época del año en que debe reinar la paz y la buena voluntad, — dijo por último, — es la época en cada uno de los hombres debe olvidar sus rencores y procurar que reine la felicidad entre los que son menos afortunados.

Micky inclinó la cabeza, asintiendo, Roger Fálcon se puso de pie lentamente.

—Durante estos días nosotros también debemos olvidar nuestros agravios, Micky, — dijo. — Mucho tengo que hacer antes que haya completado la tarea de que me dejó encargado Salomón Page, pero durante estos dos días, mis enemigos gozarán de completa paz. Las facultades y fuerzas extraordinarias de que dispongo serán dedicadas a procurar el modo de llevar mayor bien y felicidad a los que son pobres y a los que sufren.

—¡No tiene que alejarse mucho para encontrarlos! — exclamó Micky con alegría. — No va a haber muchas caras sonrientes en la aldea de Bleakwold está Navidad, por cierto.

Roger Fálcon se puso muy serio.

—¿Puede decirme a qué obedece eso, Micky? — preguntó.

—¡Obedece a lo que obedece eso siempre: a la falta de dinero! — contestó el muchacho boxeador. — Los qu se ganan la vida con su trabajo, en Bleakwold, dependen todos de la pesca y debido al mal estado del tiempo, hace cerca de un mes que no pueden salir al mar las barcas pescadorss. La verdad, Roger, es que la mitad de las familias de Bleakwold no tiene dinero para comprar de comer y el dueño del almacén de la localidad ha dado tantas mercaderías a crédito que está tan pobre y fastidiado como el que más de sus clientes.

El muchacho calló. Paseó nerviosamente. De pronto se detuvo.

—¡Usted tiene el dinero que le hizo entregar a Ralph Haythorn! Ya sé que pertenece de derecho a Viola, pero estoy seguro de que ella daría gustosa, permiso para repartir un poco de ese dinero.

—¡El dinero ese es casi inútil en este rincón de la tierra! — replicó Roger. — Está en billetes de mil libras cada uno, billetes que sólo se puede cambiar por dinero más pequeño, en el Banco de Inglaterra. Ningún comerciante correría el riesgo de cambiar un billete de banco de semejante suma. Un desconocido o un hombre con aspecto de pobre podría muy bien morirse de hambre, teniendo un billete de mil libras en el bolsillo, Micky!

Micky Wilde movió tristemente la cabeza.

—Tengo un poco de dinero que dejó el viejo Salomón Page, — agregó Roger, — pero es tan poco que casi no serviría de nada en una población que está languideciendo de hambre, como la de Bleakwold. Sin embargo, lo llevaremos y veremos de cerca cómo andan las cosas.

Roger Fálcon sacó de su caja las maravillosas alas y comenzó a asegurárselas a los hombres.

—El doctor Storm es una excelente persona, — dijo Micky. — Está procurando hacer arreglos para alquilar el salón más grande de la aldea, para dar en él una fiesta destinada a los niños, mañana Pero no dispone de mucho dinero; ¡es tanto lo que ha dado últimamente!

—Lo poco de que disponemos puede ayudar a realizar el plan del médico, Micky, — dijo Roger, más alegre ya. — Vamos de prisa ver a Stom. Tenemos que hacer algo a fin de proporcionar a los niños de Bleadwold una feliz Navidad.

Era casi oscuro cuando Roger y Micky salieron de las cuevas a la playa. Estaba nevando copiosamente. El tiempo era del que la gente llama "como el de una clásica Navidad", pero no resultaba, por cierto, muy agradable para los hambrientos habitantes de la aldea de Bleakwold, en cuyos hogares no chisporroteaba alegremente el fuego.

Con las alas caídas como los pliegues de una capa, Roger se dirigió con paso ligero hacia la aldea Micky corría a su lado para no quedarse detrás.

Ya era enteramente de noche cuando llearon a la aldea. Pocas eran las luces que se veían en las ventanas de las casitas de la población. De vez en cuando vieron a un hombre pálido y triste, de pie e la puerta de su casa, mirando hacia el camino y pensando en que el día siguiente sería, tal vez, mejor.

En el espacioso almacén de la aldea muchas mujeres hablaban en voz alta, pero una a una se volvían por donde habían llegado, con las manos vacías y el corazón destrizado. El hombre dueño del almacén no podía dar más mercaderías a crédito.

Conmovido hasta lo más íntimo de su co-

razón por aquelos desgarradores cuadros de pobreza que se veían por todas partes, Roger Fálcon apresuró el paso, ansioso de no tardar en organizar alguna combinación de alivio.

Cuando llegó a la casa del médico, abrió la puerta el doctor Storm en persona. En el rostro del médico se notaba también, inconfundible, una expresión de tristeza y de desesperación lamentables.

—¡Me alegro de que haya venido usted, Roger! — fué lo primero que dijo Storm. — ¡Pase usted adelante! ¡Entre usted también, joven! — agregó, dirigiéndose a Micky Wilde.

Roger y Micky entraron en la casa siguiendo al bondadoso doctor, hasta llegar a su bien amueblada salita de recibo.

—Micky me ha dicho que está usted haciendo los preparativos para celebrar una fiesta dedicada a los niños pobres de la localidad, — dijo Roger en seguida. — He pensado que podíamos aunar nuestras fuerzas para acrecentar en todo lo posible el plan. ¿Qué programa se ha trazado usted, doctor?

—Mi programa consistía en alquilar el salón de fiestas de la aldea y comprar suficientes alimentos para estar seguro de que ni uno solo de los niños que asistiera a la fiesta de mañana, se retirara con hombre, invitándolos, naturalmente, a todos los que en la aldea pueden hallarse con apetito, a causa de la pobreza momentánea de sus trabajadores padres, — dijo el médico. — ¡Pero eso no será posible!

—¿No? ¿Por qué? — preguntó Roger Fálcon sorprendido.

—Por varias razones, — contestó el doctor Storm. — Una de ellas es que Gregory Garfax, el dueño del salón y de casi todas las casas de la aldea, se niega a alquilar el salón. Dice que no puede consentir que su propiedad sea destruída por una turba de chicos sin educación.

—Pero aún cuando no dispongamos del local, nada nos impide repartir los alimentos, — insistió Roger. — Yo tengo poco dinero, pero unido a lo que usted se propone gastar, puede constituir una suma importante.

El doctor Philip Storm lanzó un profundo suspiro y se sentó en una de las butacas de la salita.

—¡No puede hacerse eso! — exclamó. — ¡No tengo dinero! ¡Garfax estuvo aquí hace media hora y se ha llevado todo cuanto tenía!

—¡Otra vez Garfax! — exclamó Roger Fálcon fruciendo el ceño. — ¿Y cómo ha podido llevarse su dinero?

—Se trataba de los intereses vencidos ya de un préstamo que le pedí cuando ayudé a los pescadores a comprar redes, hace algunos meses, — contestó tristemente el médico. — Le supliqué al señor Garfax que me diera tiempo hasta después de Navidad. Le supliqué en nombre de la humanidad que me dejara proporcionar un poco de alimento y de alegría a los niños pobres, pero no quiso oirme. ¡Dios mío, Roger, — exclamó el médico apasionadamente, — ese hombre tiene el corazón de pedernal!

—¿Dónde vive Gregory Garfax? — preguntó Roger Fálcon con expresión de hallarse sumamente preocupado.

—En Hintop House, una casa que está a dos millas de la aldea, en el camino de Westhampton, — contestó Storm. — Es un avaro en todo el sentido de la palabra. Vive solo en un estado de triste pobreza, aún cuando posee muchos miles de libras. Reune dinero solamente por el gusto de reunirlo. Su sola alegría es manejar y manosear el dinero.

—Voy a hacerle una visita, — declaró Roger Fálcon. — Quizás me sea posible hacer que se encamine por un sendero más humanitario. No desespere, doctor, no desespere, — agregó. — ¡Aún no estoy seguro de que los niños se vayan a ver privados de su fiesta de Navidad! ¡Veremos!

Nuevos y extensos episodios de esta novela sensacional aparecerán en el próximo número de PUCKY. — No deje de leerlos.

—Dice en este libro, abuelita, que antiguamente no se conocía la moneda, y que las cosas se pagaban con frutas, con ovejas, con vacas...

—Es cierto, hija mía.

—¿Y cómo cabía todo eso dentro del portamonedas?

El médico. — Desde que murió su esposo no la encuentro a usted buena. Hay que animarse un poco, señora: tiene usted que pensar en sí misma, incluso en volverse a casar.

La cliente. — ¡Por Dios, doctor! ¿No será eso una declaración?

El médico. — Señora, los médicos recetamos los medicamentos, pero no los tomamos.

Visitante (al niño cuya mamá se ha ausentado un momento de la sala) — Ven acá, hijo mío.

El niño terrible: — No, no puedo ir, señor. — Mamá me dijo que me quedara sentado en esta silla porque hay un agujero en el tapizado del asiento.

El señor, modelo de cortesía, que llega de visita, pregunta a la niña pequeña.

—¿Cómo estás, querida?

—Muy bien gracias, — responde la niña.

—Bueno, ahora debes preguntarme. ¿Y usted?

—Es que eso no me interesa: las niñas no deben ser curiosas.

LA OBRA QUE EL PÚBLICO SOLICITÓ

E deja usted que le acompañe, Jim? — preguntó Aileen con interés.

Pero Jim movió la cabeza negativamente.

—¡No lo piense usted, señorita! Tengo que ir en el bote. Si alguno de la gavilla me encuentra, no desconfiará viéndome solo; soy Caliban. Pero si la vieran a usted todo quedaría descubierto inmediatamente.

Aileen se convenció de que Jim tenía razón.

—¿Pero qué hacer con usted y Sir George? ¡Eso es lo que me preocupa! — agregó Jim. — Lo mejor a mi entender, es que esperen ustedes aquí en una de estas cuevas hasta que yo regrese. Aquí tiene usted, señorita, el revólver de Redpath. Si llega el caso no vacile en hacer uso de él.

Jim comprendía que la joven estaba en mejores condiciones que el padre de Dick para hacer frente a cualquiera emergencia. El anciano dspués de su cruel confinamiento, se encontraba en una situación de gran debilidad erviosa; parecía estar tan asustado como podía estarlo un niño. Del valor de Aileen tenía Jim pruebas suficientes.

Acababa de dar el revólver a la joven cuando se oyó gritar del otro lado del lago.

—¡Bote! ¡Aquí el bote!

Era Gryce que había aparecido en el embarcadero, en la orilla.

Fué emocionante el modo cómo el padre de Dick se estremeció de terror al oir aquella voz odiosa y odiada, la voz de su cruel martirizador.

—¡Gryce! — murmuró con trémulo acento. — ¿Qué hacemos ahora?

Estaba temblando.

—No se apure, — dijo Jim con toda calma. — Donde está usted no pueden verle. Es una suerte. ¡Quién sabe si por intermedio de Gryce me entero de dónde está mi patrón! Voy a presentar el papel de Caliban ante Gryce... ¡Jim Marsh, el gran imitador! — agregó en tono de broma.

De nuevo se oyó la voz pidiendo el bote y llamando a Caliban.

Jim, abotonándose el capote, dijo rápidamente.

—En las circunstancias presentes no es lo mejor que ustedes esperen aquí. Estando Gryce por estos sitios no sería prudente. Puede descubrirme. Estoy seguro de que Gryce visitar de nuevo las cuevas. Una vez que el bote haya pasado y haya vuelto el recodo del canal, diríjanse hacia aquella puerta, — y Jim indicó la puerta que, en lo alto, daba salida a la escalinata de piedra. — Del otro lado y después de descender unos cuantos escalones, hay un montón de arbustos y dos figuras de piedra...

—Las conozco, — dijo el padre de Dick.

—Escóndanse allí hasta que yo llegue. Si encuentran cómo poder huir y marcharse a la Abadía de Merlin, dejen escritas unas líneas en el pedestal.

Por tercera vez se oyó la voz de Gryce.

—¡Caliban! ¿Qué es eso? ¿Por qué no viene? Aquí el bote!

—¡Qué impaciente está Gryce! — dijo Jim con toda calma. — Es capaz de despedirme de mi nuevo empleo si no cumplo como es debido. ¡Una última advertencia! — agregó. — Del otro lado de la puerta, el primer escalón no ofrece peligro, pero los tres que le

siguen sí. Como pisen en ellos harán que se alarmen los de la gavilla.

Rápidamente explicó Jim cómo podían evitar esos tres escalones y entonces, imitando admirablemente la manera de caminar de Caliban, se acercó a la orilla, saliendo de entre las rocas qeu le ocultaban y se dirigió hacia donde estaba el bote, amarrado a la entrada del canal.

Pudo distinguir la figura de Gryce, en el embarcadero, esperando impaciente.

El bote se separó de la orilla y atravesó el lago. Cuando Jim estuvo cerca del otro lado, Gryce le recibió enojadísimo.

—¿Qué estaba haciendo, imbécil? — preguntó.

Se embarcó en el bote. El supuesto mudo tomó de nuevo los remos.

Jim experimentó unos instantes de ansiedad. ¿Descubriría Gryce el cambio? ¿Le reconocería a pesar de su disfraz?

Hallábase alerta, decidido a proceder a la primera señal de sospecha en el rostro de Gryce. Sería necesario, en tal caso, obrar con suma rapidez, si el hombre sospechaba. Gryce debía estar armado y no vacilaría ni un instante en hacer uso de su arma.

Pero su mirada se fijó tranquilamente en su compañero enmascarado y Jim se sintió más confiado.

—Llévame a la prisión de agua, Caliban. Necesito volver a visitar a nuestro empecinado huésped, para ver si se encuentra con toda la necesaria comodidad, — dijo con una sonrisa de malicia.

Aquella frase — la prisión de agua — que le había preocupado antes, no podía referirse más que a un sitio, a aquel donde Dick Audley estaba prisionero. Después de todo Gryce, inconscientemente, iba a enterarle de lo que Jim necesitaba saber.

Y cuando se hallara allí, Langrish Gryce experimentaría la sorpresa más extraordinaria de toda su existencia.

Jim remó, cruzando el lago, pasando la zona iluminada por la luz de la luna a la que se hallaba en la oscuridad, más allá del arco que se abría en la pared de piedra.

En cualquier momento en que lo deseara aquel archi-pillo se hallaría a su merced. El pensamiento hacía vibrar a Jim. Pero era demasiado pronto para descubrirse. Ya habría tiempo cuando Gryce le hubiera llevado al sitio donde Dick estaba prisionero.

El bote se deslizó por entre las sombras, volviendo él canal después de pasar por delante de las celdas donde el mudo y Redpath probaban a su vez la tortura de hallarse presos y por delante de donde Aileen y el padre de Dick esperaban el momento de poder huir hacia la puerta que daba a la escalinata de piedra. Gryce, sentado a popa estaba silencioso y pensativo, sonriendo a solas como si pensara algo que le pareciera risueño.

Pasado el recodo del canal salieron de la sombra entrando en la parte iluminada por una distante luz. Era la luz de la luna que penetraba por la abertura — la del lado del mar — de aquel conducto abierto entre la roca.

Más allá de la boca de salida se veía una línea de arrecifes medio sumergidos, contra lso cuales rompían violentamente las olas, Los grandes peñascos parecían centinelas apostados a la salida para evitar que el bote pasara del canal al mar.

Era como si la naturaleza se hubiese asociado a la gavilla de criminales para guardar el secreto de la Peña Negra contra todo el que quisiera descubrirlo, pues, en ningún punto podía ni aun al menor embarcación acercarse a la isla.

Pero, ¿por qué el hombre a quien aquella misma noche había libertado después de seis meses de horrible cautiverio, había cerrado aquella puerta que daba único acceso — no siendo por el aire — a la Peña Negra?

Durante un momento, mientras remaba, preguntóselo en vano Jim Marsh. Había descubierto muchas cosas ya, pero no hallaba respuesta a aquella pregunta.

Una súbita amonestación de Gryce le arrancó a sus pensamientos.

—¿Qué le pasa? ¿Está loco? ¡Nos estamos pasando del sitio!

Jim, siguiendo la dirección de la mirada de Gryce, vió un par de escalones esculpidos en la roca y desgastados por el agua. Junto a ellos había una enorme anilla de hierro para amarrar.

Movió rápidamente el bote hacia aquel sitio, ató la embarcación y desembarcó, siguiendo a Gryce.

Jim había avanzado apenas una docena de pasos cuando se detuvo de improviso y tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el grito de horror qeu subió a sus labios al ver lo que presenciaban sus ojos.

¡Aquella era, entonces, la "prisión de agua"!

Ya había encontrado al hombre desaparecido. Allí, ante él, se hallaba Dick Audley y, al parecer, había llegado a encontrarle en el momento oportuno.

Un instante fatal

Jim miraba con ojos horrorizados la caverna bajo el nivel de la cual se encontraba, llena de agua que, evidentemente subía y bajaba con la marea.

¡La prisión de agua! Allí, en una pequeña balsa que flotaba en el agua estaba Dick, de pie; tenía los brazos atados al cuerpo y en torno de su cuello se hallaba el nudo corredizo de una cuerda atada por el otro extremo a un gancho de hierro sujeto al techo de la cueva.

Una sola mirada reveló a Jim la naturaleza del diabólico propósito de Gryce.

La cuerda colgaba floja en aquel momento, pero a cada minuto que transcurría se iba estirando imperceptiblemente, pero sin cesar, a medida que la balsa descendía más y más, bajando con el nivel de la marea descendente.

Al hundirse la flotante plataforma donde se hallaba Dick, la cuerda se pondría tirante hasta que los pies del hombre condenado no pudieran apoyerse en la balsa y enton-

ces se produciría una muerte lenta, por estrangulación.

Casi en el mismo momento en que aquella escena horrorizaba a Jim, Gryce, que se hallaba a un paso delante de él, se volvió rápidamente.

—¡Pronto! ¡Mire hacia atrás, Caliban! ¡Cuidado! ¡Hacia atrás!

Instintivamente, Jim se volvió dejando de estar en guerdia durante un momento. Gryce se acercó a él con rapidez.

Con la mano izquierda agarró la muñeca derecha de Jim, levantándola y acercando el hombro para evitar que el brazo pudiera bajarse cuando lo soltara; al mismo tiempo con la mano derecha tomó la muñeca izquierda de Jim y éste se encontraba sujeto.

Por un momento Jim, tomado desprevenido por la rapidez y lo inesperado del ataque, se sintió dominado por aquella maniobra de jiu-jitsu.

La mano izquierda de Gryce se metió en el bolsillo de Jim y sacó la pistola automática que allí estaba. Sosteniendo el arma apuntando al hombre a quien había asaltado, le quitó el antifaz.

—¡No tan ciego como usted pudo pensarlo, Marsh! — exclamó Gryce riendo.

Jim permaneció inmóvil, pálido y lleno de pena. ¡Haber caído en semejante trampa! ¡Haberse dejado burlar de ese modo! Esta vez el hombre contra el cual luchaba le había aventajado en habilidad.

Su primer impulso fué arrojarse ciegamente contra Gryce. Pero logró dominar tal idea. Hubiera sido una locura; hubiese significado su muerte inmediata. La pistola automática apuntaba a su corazón.

Si había de sacrificar su vida que por lo menos fuera con la esperanza de un resultado definitivo.

—¡Levante las manos!

No había más recurso que obedecer. Jim miró a Gryce, cuyos ojos relucían triunfadores y en los que leyó su sentencia. ¡No podía hacer nada!

—¡Veo que es usted prudente, Marsh! No quiero disparar un tiro, a menos que sea necesario. No me obligue a ello. Deseo que tenga usted tiempo para reflexionar lo tonto que ha sido usted a querer combatir conmigo — dijo. — Usted me venció más de una vez, no lo niego, pero todo tiene que tener un fin. Ahora ha acudido usted en busca del suyo.

El hombre que se hallaba en la balsa y que, hasta que Gryce quitó la máscara, no había imaginado que pudiera ser otro sino Caliban, miraba asombrado y a su mente se agolpaban tristes pensamientos al reconocer a Jim.

Dick estaba pálido y desencajado debido a todo lo que ha[illegible] sufrido, pero trató de sonreír al mirar a Jim.

¡El bueno de Jim! Dick sabía que había sido por él por quien se había metido en aquella guarida de criminales, para caer él también, en manos de sus crueles enemigos.

Jim le miró.

—Esta vez estoy fastidiado, patrón, — dijo tristemente. — Pero tengo el gusto de conocer los secretos de la isla como el que más y estoy seguro de que esta gavilla de facinerosos dejará de molestar muy pronto. He enviado un mensaje a la Abadía de Merlin y a estas horas...

—¡Esa es una mentira que no me engaña! — dijo Gryce mirando fijamente a Jim.

—¿Mentira? Puede usted creer lo que le de la gana, — dijo Jim. — Yo nunca discuto con quien tiene un arma en mano.

Gryce se encogió de hombros. Pero las palabras de Jim le habían impresionado. Si Marsh había, realmente, enviado un mensaje... Pero ¿era posible? Y suponiendo que el mensaje hubiera llegado a poder de Gray — padre e hijo — estos no podían salir de la Abadía de Merlin, que estaba custodiada por dos hombres de toda su confianza. ¡No! ¡La afirmación de Marsh no podía ser exacta!

Para Jim, aun cuando hubiera hablado de modo displicente, aquél era el momento más amargo de toda su vida.

—Si no hubiera esperado — se decía con enojo, — si hubiera atacado a aquel hombre mientras lo tenía a su merced... — Pero confiado en que no le había reconocido esperó hasta que Gryce le hubiera llevado al sitio donde estaba Dick.

Ahora tenía que pagar el error cometido y, lo que era peor, Dick no sería libertado a tiempo y quien sabe qué suerte correría la joven a quien amaba y el hombre que se había pasado seis meses en una lóbrega celda, enterrado en vida.

Jim se estremeció al pensar que Aileen pudiera caer en manos de Gryce.

Como si leyera los pensamientos de Jim Gryce dijo en tono de burla:

—¡Así que usted había creído que me engañaba! ¡Que engañaba a Langrish Gryce! ¡Já! ¡Ja! Antes de que pidiera yo el bote ya sabía yo quien era usted. Le había visto poner en libertad al preso, pero no dije nada esperando la oportunidad. Ahora nada puede salvarle a usted, ni a la joven tampoco.

Gryce se volvió hacia Dick y agregó con malicia:

—Tengo una novedad que comunicarle. Aileen Gray está en la isla, en mi poder.

Un gesto de horror se vió en el rostro de Dick.

—Eso lo dice usted para torturarme, pero no es cierto, — exclamó Dick con voz ronca.

—Pregúntele a Marsh si es verdad o no, — dijo, riendo, Gryce.

Dick miró a Jim. Pero Jim callaba. En silencio confirmaba las palabras de Gryce y sirvió para acrecentar la angustia que sufría el joven Audley.

—¿Cree usted que yo no ví dónde estaban escondidos el viejo y la joven cuando pasamos con el bote? — siguió diciendo Gryce. — Me enteré de todo lo que usted había hecho, pero ya sabía que al fin y al cabo la victoria era mía.

Dirigióse de nuevo a Dick, aun cuando sin dejar de mirar al hombre a quien apuntaba con el arma.

—Cuando haya terminado con este entrometido traeré aquí a la joven. Tal vez al verla en mi poder se decidirá usted a ceder. Si no cede, la marea está bajando y antes de mucho la balsa se habrá hundido lo bas-

tante para que no puedan alcanzarla sus pies. No le queda mucho tiempo para decidir si ha de decirme dónde está la caja de bronce.

Más que otras veces notó entonces Jim un extraño fulgor en los opos de Gryce. Aquel hombre se hallaba al borde de la locura siempre que, en verdad, hubiera estado cuerdo alguna vez.

Primero Dick no habló. Se había considerado destinado a morir desde que le habían puesto en la balsa, había sufrido ya el límite de la tortura de sentir que la muerte se acercaba con lentitud implacable, y sin embargo una nueva angustia venía a agregarse a las que retorcían su corazón.

El pensamiento de que Aileen se encontraba en poder de aquel hombre y que nada podía él hacer por libertarla, parecía enloquecerle.

Y si yo le digo dónde está la caja de bronce, — dijo Dick por último, — ¿qué garantía me da usted de que me dejará en libertad?

—No tengo mala voluntad contra usted, mi querido Audley — dijo suavemente. — Es usted quien me ha obligado a tomar estas medidas violentas. ¿Por qué se muestra tan obstinado? Lo único que le pido es que me diga dónde está una caja que yo sé que usted tiene escondida. ¡En cuanto diga cómo he de hacer para encontrarla, quedará usted en libertad!

De nuevo brilló en sus ojos el fulgor de la demencia.

Aquello era mentira. Dick sabía que Gryce mentía. Aquel hombre no dejaría nunca que ni él ni Jim pudieran salir para acusarle. Una vez que hubiera descubierto su secreto su sentencia de muerte sería ejecutada.

—Y si usted insiste en no hablar, yo encontraré la caja lo mismo, — dijo Gryce. — Lo que yo quiero, se hace. Quise que desapareciera usted y usted desapareció. Desapareció delante los ojos de sus mismos amigos

Como si se tratara de una noble victoria, Gryce describió cómo había procedido.

La integridad del techo de la habitación inferior a aquella de donde Dick había desaparecido hacía creer imposible que el hombre hubiera salido a través del piso.

Pero, sin que lo supieran los que buscaban, había un espacio de dos pies de altura entre las tablas del piso de la habitación de arriba y el cielo raso de la habitación de abajo. En esa cavidad y por el hueco de dos tablas hábilmente levantadas, Dick, dormido mediante la aplicación del cloroformo, había sido escondido. Todo sucedió rápidamente en pocos instantes, mientras John Gray, mediante una astucia de Bonholme, había retardado su llegada a la habitación.

Gryce se había escondido con su víctima en el hueco del suelo, sujetando las tablas en su sitio desde abajo y dándoles así el aspecto de un suelo unido donde no había pasado nada de particular.

Jim interrumpió de improviso la charla de Gryce.

—Ya ha hablado usted bastante. Déjeme hablar a mí ahora. Tengo que decir algo que puede interesarle. Algo sobre la caja de bronce. Después de todo la vida es dulce y no se puede negar que usted tiene la mía en sus manos. ¿Qué diría si yo le dijera dónde está?

Gryce se mostró muy interesado.

—¿Puede decírmelo usted? — preguntó.

—No perderá nada con escuchar. Pero se me están acalambrando los brazos. Déjeme que los baje o no digo nada. ¿Qué le importa si no tengo armas?

Jim bajó los brazos. Gryce le miró con desconfianza, pero no hizo gesto ninguno.

—Para demostrarle que no hablo a capricho, — continuó Jim con naturalidad — puedo decirle por qué quiere usted apoderarse de esa caja. Es por que tiene el secreto del Ojo Enceguecedor y de las Siete Lunas ¿no es así, señor Gryce?

La expresión de la cara de Gryce fué suficiente contestación. Jim estaba dominando las impresiones de aquel hombre. Intentaba algún golpe desesperado.

—Dos de sus hombres perdieron la vida al agarrar la caja, — continuó Jim, — los dos que usted envió a espiar cuando fuí yo a resenterrarla después que Brood la hubo enterrado en la arena. ¿Usted no sabe por que murieron, eh? ¡No lo sabe, señor Gryce! ¿Se lo diré? ¡Sí! Fué porque la caja mata como le mataría a usted si intentara abrirla sin conocer el secreto. Se lo digo con toda claridad. La muerte de sus dos hombres confirma mi aseveración.

Las manos de Jim habían buscado lentamente los bolsillos. Gryce, interesado por lo que Marsh decía, no lo notó. Jim hablaba para ganar tiempo a fin de poder pescar descuidado a Gryce.

—¿Qué quiere decir con eso? — exclamó Gryce.

Estaba impresionado. La extraña muerte de los dos hombres a quienes había enviado a la playa en aquella ocasión de que hablaba Jim Marsh habíale resultado siempre misteriosa e inexplicable.

—¿No he hablado claro? La caja de nada casi puede servirle si no sabe cómo abrirla sin correr la suerte de aquellos dos hombres, de los que murieron. Pues bien, yo puedo enterarle del secreto, si es que usted s hace merecedor de mi información.

La pistola que sostenía Gryce se movió. Interesado, había olvidado por el momento la necesidad de tener dominado a aquel hombre. Aquel era el instante que Jim había esperado.

Sacó la mano derecha del bolsillo. Tenía en ella el pesado manojo de llaves de Caliban. Con extraordinaria rapidez lo arrojó a la cabeza de Gryce.

Instintivamente, Gryce se inclinó a tiempo. Las llaves — entre las que estaban las de las celdas donde se hallaban encerrados el mudo y Redpath — pasaron por encima de él y fueron a hundirse en el agua.

En el primer momento de confusión Gryce apretó el gatillo de la pistola y salió el tiro, pero no hirió a nadie. Un momento después Jim estaba abrazado al otro hombre Su mano retorcía la mano que sostenía el arma.

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio de la Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información

Dick miraba conteniendo el aliento. Un rayo de esperanza había llegado hasta su corazón. Los dos combatientes eran fuertes, pero Jim era más joven que Gryce y además peleaba por salvar la vida.

Lentamente fué Jim haciendo retroceder al otro. Gryce luchó desesperadamente por desprender la mano derecha, pero Jim la sujetaba con fuerza indominable.

De pronto, Jim notó que la mano de Gryce iba moviéndose. Por fin soltó el arma y la envió rodando. Cayó a una o dos pardas de distancia, sobre una losa de gran tamaño que se veía en el piso de la caverna.

Haciendo un supremo esfuerzo, Jim arrojó de su lado al otro hombre. Gryce retrocedió hasta la pared de piedra de la cueva. Jim corrió a apoderarse del arma.

Cuando así lo hizo, Dick notó en la mirada de Gryce un destello de triunfo y le vió tomar una herrumbrada palanca que se hallaba junto a la pared y que había visto antes sin prestarle mayor tención.

Jim había levantado la pistola automática. Permanecía de pie donde la había encontrado, apuntando a Gryce, — Gryce que nunca jugaba limpio, que siempre jugaba con dados cargados.

Aquel jugador tramposo estaba por hacer una de sus jugadas traidoras.

La palanca herrumbrada chirrió bajo el esfuerzo de la mano de Gryce y la losa donde estaba parado el otro — la losa de piedra a la que había hecho ir a Jim arrojando sobre ella la pistola — se hundió de pronto bajo los pies de Marsh. Un hueco oscuro y hondo se abrió bajo él. Con un grito, Jim desapareció en las profundidades ignotas de aquel abismo.

Con la risa de Gryce sonando en sus oídos, Dick, mudo de asombro y de terror, vió aquello mientras la balsa en la que se apoyaban sus pies iba descendiendo poco a poco y la cuerda puesta a s ucuello, amenazaba ahogarle.

En la sombra

En la Abadía de Merlin, el señor Gray, después de leer la carta de Jim Marsh, que la mucama había hallado prendida al peinador de Aileen, corrió hacia el cuarto donde había dejado de guardia a su hijo. El cuarto estaba vacío y a oscuras.

¿Qué podía haberle pasado a Tom? Parecía que él y Aileen hubieran desaparecido de igual manera.

Aquello le preocupaba. No era posible que a Tom se le hubiera acurrido explorar el camino subterráneo sin avisar antes lo que se proponía hacer. Además no se le veía por ningún lado.

El señor Gray volvió a leeer la carta de Jim y se fijó en la advertencia que decía: "Dos de los cómplices de Gryce vigilan la Abadía de Merlin para apoderarse de quien salga".

Mientras leía la carta, John Gray se volvió de pronto. Un ruido cómo el de una puerta exterior que se cerraba suavemente había llegado hasta él.

Era, en realidad, Trask, que salía de la Abadía. Trask, el traicionero cómplice de Gryce ardía en deseos de distinguirse más aun después de hallarse convencido de que había echado a Tom Gray por el hueco del piso del cuarto de la torre al final de la lucha que había tenido en la oscuridad.

Trask suponía, pues, que el único enemigo suyo que quedaba en la Abadía de Merlin era John Gray.

Había ido Trask a la habitación de Bonholme y la había encontrado vacía. Como no lograba encontrar a Bonholme resolvió proceder por cuenta propia y en consecuencia entregar la Abadía de Merlin a la gavilla de Gryce, de la que él formaba parte.

El señor Gray, preocupado con la desaparición de Aileen y de Tom, volvió a la habitación de la torre sin saber qué decisión adoptar. La carta de Jim le indicaba que si trataba de salir de la Abadía de Merlin sola, caería en poder de los que estaban de guardia.

Mienras permanecía en el corredor conversando con la sirvienta de Aileen, la puerta exterior se abrió de nuevo y entró Trask, acompañado de los dos homres a quienes Gryce había puesto de guardia en la parte exterior.

Trask había confiado sus planes a los dos hombres y éstos se habían decidido en su favir.

Se dirigieron por el corredor. El señor Gray miró y pudo notar inmediatamente algo hostil en su actitud. Antes de que pudiera intentar defenderse, los tres hombres se echaron sobre él. Fué inútil resistirse. Le sujetaron y le ataron de pies y manos.

La mucama de Aileen corrió identica suerte: Peleó la joven con toda energía y dejó rastros de sus uñas en las narices de Trask, pero fué dominada.

—No hace falta amordazarles, — dijo Trask, — pues no hay en la casa nadie que pueda socorrerles si se les ocurre gritar.

Los pocos criados que vivían en la Abadía de Merlin habían sido tomados por Trask y su espía y estaban todos a sueldo de Gryce.

—¿Qué haremos con ellos?

—Llévenlos a sus habitaciones y enciérrenlos allí por ahora, — dijo Trask. — No pueden hacer nada malo y ya resolverá el señor Gryce qué determinación tomar a su respecto.

Los tres pillos estuvieron después en la habitación de Aileen, pero, naturalmente, no encontraron allí a la joven.

—Lo mejor que podemos hacer es ir ahora a la isla. Allí veremos a Gryce y le diremos que no tiene más que venir cuando quiera a tomar posesión de la Abadía de Merlin, — dijo Trask sonriéndose, mientras encendía un farol.

Precedidos por Trask, los dos cómplices de Gryce se dispusieron a descender por la escalera que conducía al pasaje subterráneo.

Cuando descendió Trask, a la débil luz del farol que llevaba, vió el cuerpo del hombre caído. La cara quedaba en la sombra. Trask se estremeció al ver a aquel a quien, despues

de una breve lucha, había arrojado desde lo alto por el hueco del piso.

—¡El joven Gray! — díjose. — ¡Hubiera necesitado tener siete vidas para que yo no hubiese podido quitarle de enmedio! ¡Bien hecho! Si no se hubiese metido a estropear el aparato de telégrafo sin hilos no hubiera sufrido las consecuencias.

Pero cuando Trask llegó al fin de la escalero, un grito de alarma brotó de sus labios. La luz del farol había iluminado la cara del hombre caído.

—¡No es el joven Gray! ¡Es Bonholme Audley! — exclamó horrorizado.

Bonholme yacía inanimado, con una pierna encogida bajo el cuerpo. Tenía los ojos cerrados. Un leve latir de su corazón indicaba que aun se hallaba con vida.

—¡Pronto! — gritó Trask a los dos hombres qeu le seguían. — Aquí está el señor Bonholme desmayado. Debe haberse resbalado y caído al bajar por la scalera.

Los otros dos se acercaron a él.

En aquel mismo momento, un hombre se acercaba cautelosamente por el oscuro corredor hacia la habitación de la torre.

Un hombre en cuyo semblante se notaba la más enérgica decisión.

Aquel hombre se iba acercando, como vengadora amenaza, hacia el abierto hueco del piso de la habitación suya puerta había estado cerrada.

La figura en la puerta

Tambaleándose un poco, como si se sintiera algo mareado, pero con el ceño fruncido y los dientes apretados, resuelto a todo, aquel hombre entró en la habitación de la torre en en mismo momento en que Trask apareció en el hueco del suelo trayendo, con ayuda de uno de los dos de la gavilla, a Bonholme Audley desmayado.

Trask acababa de colocar su carga en el suelo, junto al hueco, cuando levantó la vista y se encontró con que le miraba una cara pálida pero de expresión resuelta: ¡la cara de Tom Gray!

El joven Gray empuñaba un revólver y Trask se puso lívido al ver, a la luz del farol que había dejado en el suelo, que el arma le apuntaba a la frente.

—¡Levante las manos! — ordenó enérgicamente Tom Gray.

Y Trask, temblando como un azogado, se apresuró a obedecer.

—¡Ahora vuelva abajo! ¡Pronto! ¡Vamos! ¡Abajo otra vez!

La voz de Tom sonaba imperiosamente a pesar de que el joven no se había repuesto tún por completo de los efectos del traidor ataque de Bonholme.

Había recobrado los sentidos y se había encontrado solo en el cuarto de su torro. Consiguió, con esfuerzo, ponerse de pie y medio andando, medio arrastrándose, pudo llegar hasta el comedor donde volvió a caer.

Cuando, tal vez unos veinte minutos después, recobró el conocimiento poco a poco, oyó el ruído que produjo el asalto a su padre y a la criada. Por una hendija de la puerta casi cerrada del comedor vió que los llevaban atados de pies y manos.

Pocos minutos después los pillos volvieron, dirigiéndose al cuarto de la torre. Gracias a una buena dósis de cognac, logró Tom recobrar algo de sus energías y pudo ir tras ellos.

Sentíase inseguro aún, cuando les hizo frente, pero era necesario que los dominara.

—Si antes de que yo cuente hasta tres no ha descendido usted, puede encomendar su alma a Dios, — dijo a Trask. — ¡Una! ¡Dos!...

Para acentuar su mandato, oprimió el gatillo del revólver. La bala pasó junto a la cabeza de Trask.

Después de tal advertencia, Trask no intentó desobedecer. Se deslizó hacia abajo, desapareciendo con la rapidez del rayo.

Realizando un último esfuerzo, Tom Gray cerró el hueco con la piedra movible. La barreta de hierro que Jim había usado estaba en el suelo. Tom la introdujo en el hueco que había entre la piedra movible y la que quedaba al lado sujetándolas de modo que no fuera posible que nadie pudiera abrir el hueco empujando de abajo. Los tres hombres habían quedado prisioneros.

Tambaleándose aún, débil y casi desfalleciente, Tom Gray se dirigió entonces al cuarto de su padre y desató al señor Gray narrándole luego todo lo sucedido.

El señor Gray desató a la mucama.

Después entre él y la sirvienta, llevaron a Bonholme al comedor y lo acostaron en un diván.

Dejando de guardia a la criada de Aileen, John Gray fué a toda prisa, a hacer enviar un mensaje a la vecina población pidiendo el envío de un médico y la presencia de la policía.

. . . . . .

En la Peña Negra, Aileen y el padre de Dick, después de ver pasar al bote y de perdrlo de vista, se dirigieron a la puerta de lo alto y comenzaron a descender los escalones de piedra, yendo hacia donde estaban las dos figuras de piedra, para esperar allí el regreso de Jim Marsh.

Realizaron el trayecto sin encontrar absolutamente a nadie.

Parecíales haber esperado ya mucho tiempo y sentíanse dominados por vagos temores.

De pronto la alta puerta que quedaba más arriba que ellos, se abrió.

La luz de la luna, oculta por gruesas nubes, no llegaba a disipar por completo las sombras y Aileen no pudo distinguir con claridad cómo erala figura que aparecía en la puerta situada en lo alto de la escalinata.

Un instante después pudo notar que el hombre — que habíale parecido un momento antes un espectro, — estaba disfrazado como habíalo estado antes Jim. Tenía puesto el antifaz de Caliban.

¡Jim Marsh!

Con gran contento. Aileen salió de su escondite hacia la inmóvil figura que se hallaba punto a la puerta

—¡Jim!

Aileen subió rápidamente unos pocos escalones dirigiéndose a donde se encontraba aquella extraña aparición.

¿Habría encontrado a Dick? ¿Vería ella pronto a su adorada?

En aquel momento resonó una risa diabólica y burlona.

Fué como si una mano helada hubiera estrujado el corazón de la joven. Al oir aquella risa maléfica, Aileen se detuvo.

La aparición se quitó la máscara y la luz de la luna que brilló en aquel momento, permitió ver su cara — la cara de Gryce, vestido de extraña manera, quieto, de pie, mirando hacia abajo con sonrisa de burla.

¡Gryce con el antifaz de Caliban!

Entonces ¿dónde estaba Jim?

Lanzando un grito de desesperación, la joven cayó desmayada en los escalones de piedra.

¡Desaparecidos!

Una sonrisa de malicia se notaba en los labios de Gryce mientras el pillo permanecía de pie mirando hacia abajo de la alta puerta ojival.

Debajo de él, en los escalones de cerca del pie de la alta escalinata, la joven desmayada se hallaba tendida, iluminada por un rayo de luna.

¡Se encontraba allí a su merced la joven a quien amaba Dick Audley!

Una segunda figura apareció en el hueco de la puerta: — Redpath. Despues de haber hecho caer a Jim Marsh en lo que había sido una mazmorra del viejo monasterio, Gryce había procedido a sacar Redpath de su confinamiento. Tuvo que romper la cerradura. Las llaves se encontraban todavía en el sitio donde Jim las había arrojado, debajo de seis pies de agua.

Al mudo la habían encontrado sin sentido acostado en la c[illegible]

—¡Mire usted, Redpath!

Con una carcajada, Gryce indicó la joven desmayada que se hallaba en los escalones de abajo.

El éxito estaba de su lado. Jim Marsh no podía ya impedir sus planes nunca más y la joven a quien Dick Audley amaba, se encontraba en su poder.

La joven servía de medio para dominar a su prisionero como le diera la gana, obligándole a revelar el secreto de dónde se hallaba escondido el valiosísimo tesoro.

Con deliberada lentitud Gryce se separó de la puerta y se dirigió escalera abajo, hacia el sitio donde estaba la joven. En el rostro de ave de rapiña de Gryce se notaba un horrible gesto de ferocidad reconcentrada.

El pillo se encaminó hacia Aileen cautelosa y lentamente como una fiera que se aproxima a su caída presa.

En el mismo momento una figura apareció surgiendo de trás de los arbustos que crecían junto a la escultura de los dos gladiadores.

Casi en el mismo momento en que vieron aquella figura notaron que algo brillaba en su mano. Un instante después se oyó una detonación.

Un proyectil casi rozó la mejilla de Gryce y fué a aplastarse en la cara de bronce del enorme llamador de la puerta ojival.

Desconcertados por lo imprevisto del ataque los dos hombres, retrocedieron. La figura avanzó irguiéndose de pronto y tomó en sus brazos a la desmayada joven. Entonces fué cuando su cara, iluminada por la luz de la luna pudo ser distinguida por los dos hombres que se encontraban arriba.

Gryce había llevado la mano al bolsillo para sacar el revólver, pero al ver aquella cara, tan pálida, a la luz de la luna, se detuvo temblando de miedo.

El corazón pareció darle un salto en el pecho pues se figuró que un muerto había abandonado los dominios de lo ignoto para volver a visitar los sitios donde antes había estado, un muerto que había odiado mucho a Gryce y que éste creyó ver ante: él el abuelo de Dick, Sir Alfred Audley.

Casi inmediatamente de haber supuesto tal cosa, Gryce se convencia de que tal idea era disparatada. Sin embargo ¿quién podía creer que un hombre que había estado prisionero seis meses se hallara con energías y vigor para presentarse tan sereno y valeroso? Porqu no había ni apocamiento ni miedo en su actitud y en su gesto.

Pero aquel instante de vacilación fué suficiente para hacer perder a Gryce la oportunidad que se le había presentado. Hizo fuego, pero fué ya tarde.

Como súbitamente dotado de fuerzas sobrehumanas, el hombre que estaba en los escalones de abajo, levantó en brazos con suma rapidez a Aileen y desapareció en la sombra proyectada por las dos estatuas.

Aun cuando el disparo hecho por Gryce no dió en el blanco a que iba dirigido, no por eso dejó de herir, pues se oyó, procedente de más abajo aun, de la escalinata, un grito de dolor.

Un hombre, que se había acercado sigilosamente hacia los escalones donde estaban Aileen y el padre de Dick, proponiéndose tomarles de sorpresa, levantó los brazos y cayó.

—¡Maldición! — profirió Gryce. — ¡He herido a Mursall!

Mursall era el aviador que había ayudado a Redpath a llevar a Aileen a la Peña Negra y que se había quedado de guardia en la entrada del túnel.

La luz de la luna desapareció de nuevo tras de las nubes en el momento en que Gryce pronunciaba esas palabras.

En medio de la oscuridad, Gryce, seguido de Rarpath, descendió a tientas por la escalinata dirigiéndose al sitio donde habíanse guarecido los dos fugitivos.

No era posible que pudieran escaparse.

Junto a las estatuas de piedra, que no era casi posible distinguir en la oscuridad, Gryce se detuvo un momento escuchando. No se oía absolutamente nada más que el rumor del mar que rompía contra los acantilados de la abrupta costa.

Hubiera reído, el archicriminal, tan contento estaba, al pensar qeu sus víctimas de-

bían hallarse acurrucadas en algún hueco, esperando horrorizadas, el momento de que él las sorprendiera. El hombre oculto tenía revólver sin duda, pero en la ascuridad no podía apuntar, si acaso, lo que no era fácil, tenía serenidad para hacerlo. En cuanto a la joven... ¡estaba desmayada!

Gryce se aproximó más y gritó:

—¡Arriba las manos!

Sacó al mismo tiempo una linterna eléctrica y, encendiéndola, dirigió el haz de luz hacia la oscuridad. En la otra mano tenía apercibido el revólver.

Pero el brillo de la luz de la linterna no alumbró dos caras pálidas y asustadas como lo esperaba el pillo. Ni el hombre ni la joven se encontraban allí escondidos.

Asombrado e incrédulo, Gryce movió la linterna iluminando todo el espacio que quedaba delante y los escalones de piedra.

Lo único que iluminó su luz fué la figura del aviador caído boca abajo en el suelo, con los brazos tendidos.

Se abrió paso por entre los arbustos. Más allá se encontraba la infranqueable muralla de piedra.

Gryce se quedó de pie como si no quisiera creer lo que veían sus propios ojos, completamente aturdido.

¡El hombre y la joven a quienes había visto retroceder hacia la sombra un momento antes, habían desaparecido como si se hubieran evaporado!

La cueva del tesoro

Aileen abrió los ojos y lanzó un suspiro, tiritando de emoción, para encontrarse... ¿dónde? Todo era sombra a su alrededor. No había ni el menor vestigio de luz.

Comprendía, sí que ya no estaba al aire libre; se percató de ello al notar lo denso de la oscuridad que le rodeaba y la pesadez del aire que respiraba.

¿Dónde estaba? Lo último que lograba recordar era la emoción que había sufrido al ver que no era Jim Marsh sino Gryce el que había aparecido por la puerta ojival para anunciar, precisamente, que los planes de Jim habían fracasado.

¿La habría llevado Gryce, mientras estaba desmayada, al sitio aquel? Esto fué lo primero que pensó, horrorizada, la joven. Un breve grito de miedo brotó de sus labios. A su exclamación respondió en seguida una voz grave y tranquila.

—¡Silencio, Aileen! ¡No tema nada! ¡Pero, por favor, calle usted!

Era la voz del padre de Dick. Su sonido fué para ella motivo de alivio y tranquilidad. Entonces se dió cuenta de que unos fuertes brazos la sostenían.

—No tenga miedo, Aileen, — dijo la voz con aplomo y tranquilidad. — No hay peligro, por lo menos en este momento. Hemos burlado hasta ahora a esos pillos y vamos aver si logramos salir de aquí.

Aquella voz, tan serena y enérgica, devolvió a la joven su perdido valor. Le emocionó tambien, pues se acordó de la desmedrada condición del hombre a quien Jim había libertado de la celda.

Pareció en aquel momento más necesitado de protección que en condiciones de prestarla y mucho menos de librar combate por él mismo y por Aileen. Sin embargo, a él debía ahora, la joven, su seguridad.

Era como si todo el apocamiento que habíale infundido su terrible cautiverio se hubiera desvanecido de improviso ante la evidencia del peligro que corría Aileen. La dificultad del momento había despertado el alma caballeresca y varonil del anciano, devolviéndole las fuerzas, la energía y la decisión como por encanto.

—Estamos en el sitio que Gryce ha buscado en vano durante mucho tiempo, — dijo sir George Audley en voz muy baja. — Aun cuando nuestros enemigos busquen cuanto quieran nuestro escondrijo, no lograrán hallarlo jamás.

Hablaba con tranquila confianza. Su padre, sir Wilfred, le había enterado de muchos secretos de la isla que el mismo Gryce ignoraba por completo.

—Estamos en la cueva del tesoro de los antiguos monjes, — agregó, — y junto a nosotros, en la oscuridad, se halla un tesoro con el que habría de sobra para comprar toda una ciudad.

Sobre ellos se oían los pasos de sus burlados perseguidores buscando todavía a los dos fugitivos que tan misteriosamente les habían eludido.

—Para que yo les dijera donde se encuentra este tesoro fué para lo que me trajeron aquí Gryce y Bonholme, después que con diabólica astucia combinaron lo de mi supuesta muerte, — siguió diciendo sin alzar la voz. — Pero el tesoro que codicían esos dos culpables es algo maldito que ningún hombre honrado debe tocar... Está manchado de sangre y de crimen esa herencia que dejó mi padre.

Su voz cambió de tonalidad al referirse a su padre, el misterioso anciano cuyo verdadero carácter había conocido tan bien.

Brood había dicho a Jim Marsh, en una ocasión, que sir Wilfred Audley había sido "el hombre peor del mundo".

Ahora, su propio hijo, le mencionaba con horror y no era posible dudar de la justicia de su apreciación.

El padre de Dick dijo a Aileen cómo se entraba en la cueva del tesoro. El secreto estaba en la escultura de los dos gladiadores. Por medio de un resorte que sólo podían hacer funcionar los que estaban en el secreto, la escultura se movía, dejando abierto un hueco situado en la base en que aquella se apoyaba.

La oportuna presencia de las nubes que habían ascurecido la luz de la luna permitieron que sir George, haciendo funcionar el mecanismo, moviera las estatuas. Habría sido cuestión de un instante descender a la desmayada joven por el hueco y deslizarse tras ella. El sencillo mecanismo le había permitido volver — desde dentro a su primitivo sitio.

—¡Pero estamos prisioneros aquí! — murmuró la joven. — ¿Qué podemos hacer? Si

nos atrevemos a salir será para caer de nuevo en manos de esos hombres malvados.

El anciano le estrechó la mano como para tranquilizarla.

—No saldremos por donde hemos entrado, — dijo sir George Audley. — Pueden vigilar, pero vigilarán en vano. Hay otro sitio por donde salir de esta cueva. Hay otra salida situada muy lejos de aquí y hacia ella nos dirigiremos tan pronto como usted se sienta mejor. Habrá que ir a tientas, en la oscuridad, pero conozco el terreno palmo a palmo y podría ir a ciegas.

Calló un momento y luego añadió rápidamente:

—Yo, al menos, debo ir. En cuanto a usted, quizás sea mejor que permanezca aquí. No me atrevo a pensar lo que habrá sido de mi hijo y de Jim Marsh. Es necesario que los encuentre sin demora.

—¡Lléveme con usted! — suplicó Aileen. — ¡No podría sufrir la tortura de la incertidumbre! ¿Cuántos, de la gavilla de Gryce, cree usted que habra en la isla? — preguntó.

—No puedo decirlo. Probablemente dos nada más, por lo menos de los que yo conozco: Gryce y Radpath. El aviador Mursal fué herido por un disparo del mismo Gryce, Pedro cayó al mar y el mudo no recobrará los sentidos quién sabe hasta cuando.

—Me siento suficientemente fuerte para que vayamos ahora mismo, — dijo Aileen.

Tomó la mano de su compañero para guiarse y siguió en la oscuridad. Sintió que avanzaban por entre rugosas paredes de roca, por un túnel tan estrecho que no dejaba paso más que a una persona. Después llegaron a un sitio más espacioso.

Era aquello como un viaje en sueños. A Aileen le parecía vivir unos momentos en el ambiente extraño de un país fantástico, tan raro era todo cuanto sucedía en aquella isla de las sorpresas.

Con gran excitación nerviosa, no por sí misma, sino por lo que podía haber sido de Dick y de Jim, Aileen trataba en vano de admirar la posibilidad de su salvación.

El haber aparecido Gryce, a quien había visto la última vez en el bote en compañía de Jim, ¿no era acaso prueba evidente de que los planes de Marsh habían fracasado? Esta idea torturaba cruelmente a la joven prometida de Dick Audley.

¿Qué podía haberle sucedido a Jim y al hombre a quien ella amaba?

. . . . . .

Mientras tanto, asombrados y preocupados por la inexplicable desaparición de los dos fugitivos, Gryce y Radpath se habían visto obligados a abandonar su infructuosa investigación. Corrieron escalera abajo hacia el sitio donde el herido aviador estaba tendido en los escalones.

Estaba gimiendo, pero desmayado, cuando le levantaron y le llevaron a la habitación quien daba al hall de las columnas donde aquella misma noche Jim había espiado a Gryce y sus amigos reunidos en cónclave.

Pusieron al hombre herido en un diván. La bala habíale penetrado en un hombro, causándole una herida grande, de la que brotaba mucha sangre. Radpath, que poseía algunas nociones de cirujía, atendió lo mejor que pudo al paciente.

Gryce sirvió una abundante dosis de cognac en un vaso y la bebió de un sorbo. Su entusiasmo de antes, cuando había triunfado sobre Marsh, se había desvanecido ya. Tenía el rostro desencajado, el gesto lúgubre y parecía acosado por tristes presentimientos.

Era una habitación grande y bien amueblada que había sido en otro tiempo refectorio del monasterio. Quedaban, como resto de su decoración antigua, varios cuadros colgados de las paredes.

Desde uno de esos cuadros, tan grande que llegaba del piso al techo y representaba la lucha con los poderes del infierno, unos rostros endemoniados parecían mirar a las personas que se hallaban en la habitación.

Cerca de aquel cuadro, en un estante, había una fila de acumuladores con hilos aislados que se comunicaban con la instalación de telégrafo sin hilos que se hallaba sobre una mesa y cuya línea aérea subía por el hueco de la espaciosa chimenea.

Frente a Gryce, mientras éste bebía el vaso de cognac, colgaba en la pared un retrato al óleo del anciano sir Wilfred Audley, el antiguo dueño de la Abadía de Merlin, el que tantas veces había estado sentado en aquel cuarto.

Era el rostro del retrato un rostro cruel y siniestro que denunciaba un hombre avaro, astuto e implacable. Parecía mirar a Gryce sonriendo con cinismo burlón.

—Es curioso lo mucho que me acuerdo esta noche de sir Wilfred Audley, — murmuró de pronto Gryce. — Creí un momento que había vuelto del otro mundo, cuando ví aquella cara pálida a la luz de la luna. Es curioso también cómo su recuerdo parece flotar constantemente en esta habitación donde tantas veces estuvo sentado tramando sus sutiles combinaciones. No llego nunca a convencerme de que no voy a oir, en el momento menos pensado, su inconfundible tos.

Gryce parecía pensar en voz alta más que dirigirse a Rarpath.

—Me odiaba mucho. ¡Cómo me odiaba! Por fin logré hacerme su socio. Había yo dado, por casualidad, con el secreto de esta isla y lo que aquí pasaba y él no se atrevió a negarse a asociarme. Pero sin embargo se reservó un secreto: el del tesoro que, — ¡viejo miserable! — tenía escondido en esta isla. Redpath: a veces me parece que sale de su tumba para venir a reirse de mí, a burlarse de mí porque todavía no he podido dar con el secreto del tesoro.

Nadie hubiera supuesto que Gryce era supersticioso sin embargo en aquel momento un escalofrío de terror sacudió su cuerpo.

De pronto se dirigió hacia el retrato y encarándose con él, le dirigió la palabra.

—Usted, viejo avaro, supo guardar bien su secreto. Me odiaba usted demasiado para dejar que yo desenterrara su escondida fortuna. ¡Prefirió dejarla por siempre en su secreto encierro antes de que yo pudiese apoderarme de ella! — exclamó Gryce como si

el retrato pudiera oirle. — ¡Pero yo venceré al fin! ¡Tengo a su nieto y a su hijo en mi poder! ¡Ya sabré hacerles soltar el secreto! ¡Yo venceré el fin, viejo avaro y miserable!

Fué algo extraño lo que sucedió en el mismo momento en que el hombre cesó de hablar. El cuadro, sin que nada lo hubiese tocado, cayó al suelo con estrépito. Los cordones que lo sostenían se habían roto de improviso. Quedó en el piso, con el marco casi deshecho.

Una exclamación brotó de labios de Gryce. En el estado de ánimo en que se hallaba no pudo menos que interpretar aquel suceso como un augurio fatal.

—¡Se nos acabó la suerte! — murmuró tembloroso mirando el retrato que había caído y fijado su vista en el rostro maligno del hombre que tanto le había odiado. — He comprendido que es así desde el momento en que la sombra que me pareció del muerto, surgió ante mí y me hizo errar el tiro. Redpath, siento en lo más íntimo de mi alma que se nos ha acabado la suerte y que no tardará en llegar el fracaso final.

Redpath le miró con asombro, tratando de demostrar serenidad.

—¡No se deje llevar por tales ideas! ¡Qué tontería, amigo mio! — exclamó.

Gryce volvió a beber. Después, con una carcajada extraña, dijo:

—¡No! Es una tontería dejarse llevar por tales ideas; tiene usted razón, Redpath. Ganaremos una vez más y seguiremos adelante, siempre adelante... ¡Aun cuando tú no lo quieras viejo maldito!

Y con risa desentonada, dió un puntapie al cuadro que había caído al suelo.

—Existía más que una amenaza de peligro cuando Marsh andaba suelto por la isla, pero ahora ya no hay eso que temer. ¿No hemos puesto a Jim Marsh fuera de combate definitivamente? Ahora se encuentra en el fondo de una mazmorra cavada en la sólida roca y con los costados tan lisos que no es posible salir. Probablemente se ha roto algún hueso al caer, si es que no se ha desnucado. De todos modos ya no hay que cuidarse de él.

—¡Me alegro! — dijo Redpath con enojo recordando lo mal que le había ido cuando se encontró con Jim Marsh.

Pero un lúgubre presentimiento le dominaba también a él, a pesar de lo que había dicho Gryce. Se acordaba de Pedro, muerto; de Mursal, herido; del mudo gravemente golpeado. ¡Los enemigos habían causado bajas!

—No hay nadie vigilando la boca del túnel que comunica con la Abadía de erlin, — dijo de pronto el hombre que estaba herido, echado en el diván. — Desde que yo dejé la guardia no hay allí nadie y no conviene que puedan venir de aquel lado.

—¡No había pensado en ello! — exclamó Gryce. — La joven y George Audley que desaparecieron tan misteriosamente pueden escaparse por allí.

—¡O venir el joven Gray! — dijo Redpath. — La carta que prendimos al peinador de la joven y que pretendía ser de Marsh, debe incitar al joven Gray a venir.

Gryce movió la cabeza.

—No creo que aquella carta lograra llegar a la Abadía de Merlin.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir usted? Nosotros vimos cómo la joven emprendió el regreso y...

—Sí. Pero ¿llevó la carta de ustedes? No estoy muy seguro, Redpath Marsh estaba en la isla en aquellos momentos. ¿Y si él interceptó la carta poniendo en su lugar otro escrita, efectivamente, por él?

—¿Pero cómo?... — empezó a decir Redpath.

—Hace un momento, en la caverna, se vanoglorió de que había enviado un mensaje a la Abadía de Merlin. ¿Y si fuera cierto que envió una carta advirtiendo lo que pasaba al señor Gray y a su hijo? — exclamó Gryce. — Yo dejé dos hombres de guardia en el exterior de la Abadía de Merlin, pero si los Gray recibieron aviso no caerán en la emboscada. ¡Si yo supiera lo que está sucediendo en la Abadía de Merlin! Hubiese podido enviar un mensaje a Trask por el telégrafo sin hilos si el joven Gray no hubiera destruído el aparato.

Gryce había intentado ya comunicarse por telégrafo sin hilos con la Granja, pero sin conseguirlo. Evidenntemente, Lefroy, su cómplice allí, el único que podía manejar el aparato, se encontraba ausente.

—Es necesario que trate de entrar en comunicación con Lefroy, — dijo muy excitado. — Redpath, vaya usted a cerrar la entrada del túnel, de modo que no puedan irse ni sir George Audley ni la joven. Si Marsh envió efectivamente un mensaje de advertencia a Gray y a su hijo, y empiezo a creer que lo mandó, puede haber conmovido la base de todos nuestros planes. En caso de haber sido advertidos Gray y su hijo se habrán preparado para hacer frente a la emboscada al salir de la Abadía de Merlin. ¿Y si han logrado pasar y han avisado a la policía? Ahora nos encontramos nosotros prisioneros en la isla a consecuencia de la pérdida del aeroplano y no podemos salir como no sea por la Abadía de Merlin. ¿Qué situación será la nuestra si nos espera allí una trampa?

Los dos hombres se miraron mutuamente asustados ante semejante probabilidad.

Se notaba una mueca de temor, tanto en el rostro de Gryce como en el de Redpath.

Este salió corriendo de la habitación dirigiéndose, por la senda exterior de las rocas hacia la entrado del túnel que comunicaba con la Abadía de Merlin.

Si la suposición de Gryce resultaba exacta y si en realidad habían avisado a la policía, era posible qeu los agentes de ésta, guiados por John Gray, se dirigieran hacia la Peña Negra por el túnel.

No se notaba el menor rastro ni de la joven ni del hombre que tan misteriosamente habían desaparecido. No se oía ruido de pasos en el túnel cuando Redpath se acercó un momento a la entrada. Si la policía había de acudir aun no se hallaba en camino de la guarida de los criminales.

Con todo apresuramiento corrió una fuerte puerta de barras de hierro preparada a pro-

pósito para caso como el de aquel momento. La puerta corría por rieles muy fuertes y los huecos que dejaban las barras que, la constituían se hallaban cruzados por alambres de púas formando tejido.

Redpath aseguró la puerta, cortando así toda comunicación entre la Peña Negra y la Abadía de Merlin, y regresó a donde había dejado á Gryce.

En aquel mismo momento, ignorándolo él, en el otro extremo del túnel la pesada losa de suelo se cerraba. Tom Gray acababa de encerrar a Trask y a sus dos cómplices, — los que habían tenido por misión vigilar la Abadía de Merlin — en el conducto subterráneo, después de la fracasada tentativa de apoderarse de la Abadía.

Redpath, cerrando con la puerta de hierro y de alambre de púas la salida del túnel no sabía que encerraba allí a sus propios cómplices.

Extraños acontecimientos

Durante un momento, después de la partida de Redpath, Gryce permaneció de pie mirando con atención el retrato que estaba en el suelo.

En el diván, el herido se quejaba. Pero Gryce no le prestaba ni la menor atención. No podía dejar de pensar en los funestos presagios que aquella noche le habían hecho estremecer de terror.

Enervado y tembloroso, Gryce tenía la impresión, extraña e inverosímil, de que el hombre que tanto le había odiado en vida — el avaro anciano de la tos seca y nerviosa — estaba mirándole aun desde "el otro lado", malicioso y burlón, sabedor de que su exsocio aun viviente, no había conseguido todavía dar con el escondrijo del tesoro oculto en la Peña Negra.

Gryce consiguió alejar de su mente tales ideas. Era necesario que intentara otra vez entrar en comunicación con la Granja, mediante el telégrafo sin hilos.

Si conseguía comunicarse con Lefroy — que estaba en la Granja — podría enterarse de lo que pasaba en la Abadía de Merlin, pues Lefroy enviaría un hombre a averiguarlo para luego informarle. Según lo que Lefroy dijera, Gryce combinaría sus planes, a fin de evitar el desastre que se le venía encima si — como ya no lo dudaba — Jim Marsh había conseguido enviar un mensaje de advertencia a John Gray, a objeto de trastornar todas sus combinaciones y de tomar por sorpresa al padre y al hijo.

Se dirigió hacia el aparato de telégrafo sin hilos, atravesando la habitación. Pero en cuanto tomó los auriculares se volvió de pronto sufriendo al mismo tiempo un fuerte sacudimiento nervioso.

Procedente de alguna parte — no era posible acertar de dónde, — había llegado sin que pudiera dudar de que así había sido, algo que se había escuchado muy frecuentemente en aquel cuarto durante la vida de Sir Wilfred Audley: una tos seca y nerviosa, breve y ronca.

La frente de Gryce se cubrió de frías gotas de sudor. De su rostro desapareció todo vestigio de color, dejándole pálido como un muerto.

¿De dónde había llegado aquel sonido? Parecía proceder de un sitio ubicado a sus espaldas. Sin embargo, no había en la habitación, con él nadie más que el herido que se quejaba lentamente, en medio de su inconsciencia.

Además, él no había conocido más que a un hombre que tosiera de aquel modo y ese hombre había muerto.

Gryce escuchó. No volvió a oirse la tos.

—¡Debe haber sido una ilusión! — díjose al cabo de un momento.

Pero Gryce sabía perfectamente que no había sido una ilusión.

Se dirigió hacia la puerta, la habrió y miró hacia el hall de las columnas. Allí, como bien lo había supuesto, no había nadie absolutamente.

—¡No seas tonto! ¿Cómo ha de ser posible que los muertos visiten este mundo? — díjose con el propósito de tranquilizarse. — No te dejes llevar por engañadoras fantasías...

¡En el mismo instante volvió a oirse la tos seca y nerviosa.

No era posible decir de dónde procedía aunque sí que llegaba de cerca, casi junto a él. Se volvió nuevamente, casi de un salto, esperando quizás, en un momento de pánico, encontrarse ante un espectro.

¿Qué significaba aquello? ¿De donde procedía aquella tos?

A Gryce le temblaba la mano mientras se colocaba los auriculares y se sentaba ante la mesa del aparato a manejar febrilmente el trasmisor y enviar la palabra de señal a la Granja.

¡Tap! ¡tap! ¡tap! Entre los extremos de los alambres apareció la chispa violeta y se oyó el característico crugido en la habitación. ¡Tap! ¡tap! ¡tap!

No llegó respuesta que indicara que su llamado había sido oído. Gryce maldijo la ausencia del hombre que tenía a su cargo el cuidado del otro aparato y siguió con impaciencia febril moviendo la llave de ébano del trasmisor.

Redpath regresó a la habitación después de haber cerrado la boca del túnel. No había llegado respuesta todavía.

De pronto un suave tic-tac se oyó en el aparato receptor. El que manejaba el telégrafo se volvió hacia Redpath.

—¡Ya contesta! — dijo.

Por fin había respondido el aparato de la Granja.

Con la habilidad y la rapidez de un consumado telegrafista, Gryce comenzó a trasmitir su mensaje. Después, dejando la manija del trasmisor, esperó la respuesta, leyendo el mensaje Morse al oído cuando fué enviado desde el otro aparato.

Lo que Lefroy trasmitía era lo siguiente:

"Tengo importantes noticias para usted.
" Malas noticias. Las cosas andan mal en la
" Abadía de Merlin. Hay pelibro. Me acaba
" de decir la mujer de Trask que..."

Redpath había cruzado la habitación con el mayor asombro pintado en su rostro.

Puso la mano en el hombro de Gryce y éste se volvió impaciente al ser interrumpido, para ver a Redpath pálido como un muerto y estremecido de terror.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? — preguntó Gryce.

¡Mire! ¡Mire!

Redpath, con mano temblorosa, indicaba el otro lado de la habitación.

Tenía la mirada fija en un cuadro que llegaba del piso al techo y en el que se veía la figura de un monje con cara de endemoniado.

Gryce miró sin comprender, hacia el cuadro y luego a Redpath.

—¿Qué pasa? — preguntó quitándose los auriculares e interrumpiendo el mensaje. — ¿Por qué me interrumpe en el momento en que estoy recibiendo la comunicación de Lefroy? Me dice que ha recibido malas noticias de la Abadía de Merlin.

Pero Redpath no parecía escucharle.

—¡Allí, aquella cara de la figura grande del cuadro! ¡Juraría qeu he visto que los ojos de esa cara se movían! — prorrumpió.

—¡Bah! ¿Está usted loco? — exclamó Gryce.

Pero miró con más atención y desde más cerca.

La habitación estaba iluminada por las luces de la mesa del aparato cuyas pantallas proyectaban la luz hacia abajo, así que la parte superior del cuadro, a la que señalaba Redpath, estaba en una semi-oscuridad.

Sin embargo, cuando miró, Gryce sintió un escalofrío de miedo. ¡cuán viviente era el brillo de aquellos dos ojos que se veían en el cuadro! Parecían observarle como si fueran los de una persona viva.

—¡Es un efecto de luz! — murmuró con intranquilidad.

Gryce se dirigió al otro lado de la habitación, sin dejar de mirar hacia el cuadro. Los ojos se movieron, siguiéndole con su mirada Gryce, blanco como el papel, levantó la pantalla de una de las lámparas de la mesa. La brillante luz llegó hasta el techo, y entonces...

Con un súbito sacudimiento, Gryce se quedó inmóvil mirando atónito, dominado por intensa terror.

No era ilusión de la mente. En aquella cara pintada en el cuadro, dos ojos, brillantes como los de una persona viva, le miraban desde lo alto.

Durante un momento le dominó un terror supersticioso que inmovilizó su voluntad. Recordaba la inexplicable tos que había oído un momento antes. ¿Eran aquellos ojos los de la persona que había dejado oir la enervante tos seca y nerviosa del muerto?

Pero rechazó tal idea. Gryce era hombre de enérgica voluntad. Se volvió y sacó de una panoplia que había en el muro una espada que colgaba allí, enmohecida, entre otras viejas armas, hacía muchos años.

Blandiendo el arma avanzó y rasgó con ella el cuadro.

Cuando así lo hizo notó que los ojos de la cara pintada no brillaban ya. La tela cayó hecha trizas; la hoja de la espada dió en la dura piedra del sólido muro que se hallaba detrás.

Hubiera jurado que eran los ojos de una persona viva los que le miraban desde la tela unos momentos antes. Sin embargo, allí se veían unos ojos pintados. Cómo era posible que nadie hubiese estado oculto detrás del cuadro para espiarle? ¡La pared era de piedra! ¡De grandes y sólidos bloques de piedra!

Una vez más levantó Gryce la espada y la dirigió con todas sus fuerzas hacia aquellos ojos. La punta pinchó la tela y volvió a dar en la dura piedra.

Tan feroz fué el golpe que el choque del acero con la piedra hizo que la espada le saltase de la mano. La pasada arma saltó y fué

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

a caer sobre el estante donde se hallaban los acumuladores que proveían de corriente a la estación del telégrafo sin hilos.

Los recipientes de vidrio cayeron al suelo y se rompieron.

Durante un breve momento Gryce miró los tarros rotos, preocupado únicamente por lo que había visto en el cuadro sin notar la importancia de lo que había sucedido.

¿Cuál era el misterio de aquel cuadro? ¿Quién había mirado a través de la tela? ¿Un muerto o un vivo? Sin embargo, la pared de piedra de detrás de la tela convencía de que no podía haberse tratado de los ojos de una persona viviente.

Después, sin que lograra hallar explicación a lo sucedido, otro pensamiento cruzó por la mente de Gryce.

El interrumpido mensaje de Lafroy anunciando malas noticias de la Abadía de Merdin, una vez rotos los acumuladores y cortada la corriente, no podría ser recibido. El aparato había quedado completamente inutilizado y cortada, pues, toda comunicación.

En la prisión de agua

Dejando aterrorizados a los dos hombres que se hallaban en la habitación donde el aparato de telégrafo sin hilos había enmudecido, el padre de Dick y Aileen siguieron avanzando por el pasaje secreto que conducía de la cueva del tesoro al sitio donde se encontraba la combinación que permitía mirar — mediante un mecanismo que ponía en movimiento una de las piedras de la pared — por los agujeros de los ojos de la figura del cuadro. Porque los ojos que habían aterrorizado a Gryce y a Redpath habían sido los de George Audley.

Como lo había dicho a Aileen, había en la isla secretos que sólo él conocía, que ignoraba por completo la banda de criminales que se había establecido en la Peña Negra.

Por aquellos agujeros del cuarto el viejo sir Wilfred Audley había espiado a sus asociados en otro tiempo a fin de enterarse de lo que hacían y decían cuando él no estaba presente.

Porque aquellos agujeros del cuadro, tenían un bloque de piedra movediza que se separaba mediante un bien entendido contrapeso y permitían que una persona aplicara el rostro a la tela del cuadro después de levantar el pedazo de tela—con los ojos pintados—que cubría el hueco que había en los ojos de la figura del cuadro.

No sólo había podido el padre de Dick aterrorizar a Gryce, sino que había oído algunos datos útiles y además se había enterado de algo grave referente a Jim Marsh.

Llenos de ansiedad siguieron su camino, a oscuras, por el pasaje abierto en el corazón de la roca.

El camino seguía en descenso desde aquel punto. Después de andar algún trecho, su compañero avisó a Aileen que había unos escalones. Eran éstos tan estrechos e irregulares, que Aileen tropezó más de una vez en la oscuridad. Pero por fin llegaron, sin accidente, al fin de la escalera.

No había puerta al extremo de aquel pasaje secreto que desembocaba en uno de los huecos cavernosos que había en torno del lago situado bajo la enorme cúpula de roca.

En aquel punto una barrera natural protegía la salida. Masas de roca desiguales aparecían agrupadas ante ella, ocultando por completo su hueco.

Aun cundo la oscuridad era atenuada en aquel momento por un pálido y tenue resplandor, a Aileen le fué difícil pasar por entre las peñas y llegar por fin a distinguir la superficie del lago interior.

Con satisfacción vieron que el bote se hallaba amarrado junto a los escalones donde Gryce, a su regreso de la prisión de agua, lo había dejado.

—¡Con tal de que Gryce no nos vea atravesar el lago en bote! — murmuró el compañero de Aileen.

Cautelosamente fueron hasta donde estaba la embarcación. Ocuparon el bote y se alejaron del embarcadero entrando en el túnel que quedaba del otro lado del lago.

Escuchando con gran atención, mientras el bote avanzaba por el canal, volvieron el recodo que conducía a las cuevas internas. De pronto escucharon algo como un grito sofocado o lejano.

—¡Ha oído usted? — exclamó Aileen. — ¿De dónde procedía ese grito?

Mirando a su alrededor y fijando luego su vista en la dirección de la que había llegado el sonido, los ojos del anciano se fijaron en los escalones cortados en la roca.

Remó hacia ellos, Aileen saltó a tierra y corrió. En el mismo momento casi, lanzó un grito:

—¡Dick! ¡Dick!

Estaba ante la "prisión de agua", ante el hombre que la amaba, mirándole con ojos que el terror dilataba.

Dick, atado y de pie en la balsa que flotaba en la cueva interior miró con extrañeza. Luego sus ojos distinguieron aquel rostro pálido y desfigurado por el dolor y en sus facciones se notó una triste sonrisa de incrédula alegría.

—¡Aileen! ¿Es usted?

La voz de Dick, ronca y lamentablemente débil sonó como si fuese la de una persona desconocida. El largo sufrir había sometido us fuerzas y su valor al límite de la resistencia humana.

La cuerda no se hallaba aun tirante sobre su cabeza; quizás faltara media hora para que la balsa que se hundía a medida que bajaba la marea, dejara de sostener su peso. Pero el hombre torturado se había entregado ya a la apatia propia del que, dominado por la desesperación, no cree que nada pueda salvarle ya.

Al ver a la joven se realizó el súbito milagro de llamarle de nuevo a la vida. ¡La vida!... ¡Cuán dulce es vivir!

Sir George se aproximó a Aileen.

—¡Dick! ¡Hijo mío! — exclamó.

Dick sonrió débilmente al ver a su padre y trató de hablar. Pero no le fué posible, se hallaba próximo a desmayarse.

—¿Qué hacemos? — preguntó Aileen.

La balsa estaba separada por unos cuatro pies de agua del punto más cercano de la orilla.

Pero casi en el mismo momento en que había hablado, Aileen había visto el modo de hacer lo uqe era necesario hacer. En un hueco había un tablón suficientemente largo para ponerlo como puente de un lado a otro de la pequeña cueva interior.

—¡Pronto! ¡Ayúdeme! — exclamó Aileen con apresuramiento nervioso.

Entre los dos, ella y el padre de Dickfi pusieron el tablón cruzado en la curva de orilla a orilla y formando así un puente que pasaba por junto al sitio donde Dick se encontraba.

Aileen corrió por el tablón y un instante después abrazaba a su adorado Dick.

Con una navaja que encontró clavada en la tabla y que seguramente había servido para cortar las cuerdas que ataban las tablas de la balsa al construirla, Aileen fué cortando, con desesperada precipitación, las cuerdos que sujetaban los brazo de Dick. Después seccionó la cuerda que colgaba del techo y cuyo lazo rodeaba el cuello del joven.

Dick tenía las piernas entumecidas y tuvo que apoyarse en Aileen y en sir George para poder llegar a la orilla.

Una vez q ue el joven estuvo en salvo. Aileen, que había sufrido intensisíma tensión nerviosa, se sintió a punto de desmayarse.

—¡Dick! ¡Dick! ¡Hemos llegado a tiempo! — exclamó. — ¡Esos demonios le estaban torturando! ¿Cómo es posible que haya hombres tan malos?

Dick, abrazado a ella, respondió:

—Todo ha pasado ya y nada me importa desde que me veo de nuevo a su lado, Aileen. — Y después agregó: — ¡Pero Jim! ¡Jim está ahí debajo!

Trató de indicar el sitio de la mazmorra con un ademán y luego, vencido por tantas pruebas, perdió el conocimientos.

De nuevo el grito ahogado que había oído, pareció llegar hasta ellos procedente del centro de la tierra. Sir George corrió al sitio de donde salió el grito y en cuanto vió la losa se dió cuenta de qué se trataba.

Pero la piedra parecía inconmovible y resistió a sus esfuerzos. No tenía herramientas para intentar moverla de algún modo más eficaz.

—¡Marsh! — gritó sir George. — Sus amigos están aquí para ayudarle. Pero la piedra está bien sujeta.

Con satisfacción oyó el anciano la respuesta que llegó del fondo del hoyo, ahogada, pero inteligible.

—¡Mueva la palanca que está a un lado del borde de la cueva interior!

Sir George corrió hacia la palanca. La movió y la piedra de suelo se abrió inmediatamente.

Miró sir George hacia dentro del oscuro agujero. Varios pies abajo pudo distinguir el pálido rostro de Jim.

—¡Jim! ¿Está usted herido? — gritó.

—No. Sigo sin novedad, — respondió Jim. — ¿Han sacado a mi patrón?

Y respiró con satisfacción al oir la respuesta de sir George.

—¡La suerte de Gryce le había abandonado ya cuando me echó aquí dentro, pues debía haberme roto una pierna, o las dos. Pero por casualidad alguien, probablemente el mudo, había establecido aquí su depósito de cuerdas y he caído sobre un montón de cables de fijo colocado a propósito para evitarme la fractura de un hueso. Aquí hay poco aire fresco, pero por lo demás no tengo por qué quejarme del resultado de las atenciones del señor Gryce — dijo riéndose.

Se volvió a emplear el tablón. Lo descendieron dentro del agujero y un momento después Jim subía por el y tomando la mano que le tendía sir George, saltó fuera de la tenebrosa mazmorra.

Aileen lloraba de alegría y sosteniendo aun en sus brazos la cabeza de Dick, tendió la mano a Jim. Este la estrechó.

—Todo va bien, ¿eh? — exclamó Jim, no sin q ue en su voz se notara un temblor de emoción. — ¡El joven patrón libre de su "prisión de agua", sir George fuera de su celda y usted y yo... ¡Pero si esto es más alegre que un baile con buena orquesta!

Después agregó:

—¿Y de Gryce? ¿Qué se sabe?

Al decir eso frunció el ceño.

—Su maléfica carrera está a punto de terminar, — dijo con gravedad el padre de Dick. — Pero aun es necesario poner en evidencia otro de sus crímenes. Otra víctima de su maldad se halla en esta isla y hay que arrebatarla a la tumba en que, en vida, le había condenado la maldad de Gryce.

Un vengador

Al oir las palabras que había pronunciado sir George, exclamó Jim:

—¿Otra víctima de Gryce en la Peña Negra? ¿Quién es y dónde está?

—Es un hombre que fué raptado y traído a esta isla poco después de mi encarcelamiento aquí, una víctima de la crueldad de Gryce y a la que ha tratado peor aun de como me trataba a mi, — explicó sir George. — Al fin y al cabo esperaban que yo llegara a decirles algo: el sitio del escondite de la caja amarilla que tenía el secreto del tesoro. Pero lo que es al otro, Gryce lo tenía preso por temor de que denunciara y por venganza.

Calló un instante.

—¡Dios misericordioso, qué venganza más inrumana! — añadió.

—Pero...

—Día tras día escuchaba yo sus gritos de dolor al ser azotado por orden de Gryce y a veces por el mismo Gryce, que así satisfacía su sed de venganza. ¡Horrible recordar tamaña crueldad!

Y aquel anciano, que había conocido también, durante seis meses, las torturas del más inhumano confinamiento en una celda húmeda, se estremeció de horror al pensar en la angustia que había pasado su compañero de prisión.

El hombre a que se había referido sir George se llamaba Murdock. Por lo que ha-

bía podido oir las diversas ocasiones, sir George sabía que aquel hombre había estado en un tiempo a las órdenes de Gryce, ayudándole en la realización de sus planes criminales.

Sin duda era Murdock, un pillastre tan malo como el mismo Gryce y había procurado traicionar a su jefe. Como conocía todos los secretos de Gryce trató de aprovechar lo que sabía para someter a su jefe a un "chantage", obligándole a darle dinero para que no le denunciara.

Su tentativa de "chantage" no tuvo éxito. Entonces Murdock se decidió a denunciar al otro. Gryce adivinó su intención. Antes de que pudiera llevar a efecto sus traidores propósitos Murdock cayó en una encerrona que le prepararon. Le narcotizarón y lo llevaron secretamente a la Peña Negra.

Y allí, durante seis meses Gryce había ejercido su implacable venganza contra el que había estado a punto de traicionarle.

—¿Sabe usted dónde se halla la celda de Murdick? — preguntó Jim horrorizado.

—Sí; no está lejos de donde yo me hallaba preso, aun cuando la celda está más escondida. Por más que Murdock sea un pillo, ha sufrido demasiado ya. No podría descansar si supiera que el desdichado seguía en su prisión.

Aileen seguía sosteniendo la cabeza de su amado. Dick abrió los ojos, pero se encontraba aun muy débil y desfalleciente.

En cuanto a Jim Marsh aun cuando con su acostumbrado buen humor, se felicitó de haber sido sacado de la mazmorra, sentíase maltrecho y dolorido. Sir George movió negativamente la cabeza cuando Jim se ofreció para ir inmediatamente a libertar a Murdock.

—No. Usted y Dick necesitan descansar antes de dirigirnos hacia la Abadía de Merlin, — dijo. — Si me hace falta, me serviré de este revólver. Pero confío en que solo quedan Gryce y Redpath en condiciones de hacer algo y los dos pillos se encuentran bastante emocionados, en el cuarto de arriba, a consecuencia de lo que les ha pasado. Gryce está, por fin, a punto de darse por vencido. Los dos se hallan aterrorizados. Se dan perfecta cuenta de que su fin se encuentra ya muy cerca.

Sir George tenía un gesto de firme decisión. Jim se había maravillado, igual que Aileen se había asombrado, de ver el cambio que se había efectuado en aquel hombre, desde el momento en que le libertaron. Cuando salió de la celda parecía anonadado y vencido, asustado como pudiera estarlo un niño; y después, al hacer frente a los acontecimientos que se habían presentado, se transformó por completo, recobrando las fuerzas, la serenidad, la esperanza y el valor.

En el lucir de sus ojos expresivos leyó Jim que Gryce iba a encontrar, en el hombre a quien había tratado con tanta crueldad, un adversario terrible. Sir George tenía que cobrarse un larga cuenta y estaba resuelto, enteramente resuelto, a cobrarla.

En cuanto Murdock fuera puesto en libertad no perderían ni un momento y regresarían a la Abadía de Merlin.

Ya quedaría tiempo después para cazar a los ratones en su madriguera de la Peña Negra. Gryce y Redpath estaban bien enjaulados. De la Peña Negra no era posible salir más que por el túnel que conducía a la Abadía de Merlin.

Sí, ese pillo de Gryce que tiene sobre su conciencia tantas culpas que no sé como no anda encorvado, puede dar por terminada su carrera definitivamente. ¡Encerrado en esta isla estará como una rata en la cueva, con un fox-terrier en la entrada! — exclamó Jim Marsh sonriendo. — ¿No le parece, patrón que la Abadía De Merlin va a ser un sitio muy aburrido cuando toda esta gentuza haya sido sacada de enmedio? ¡Me figuro que nos vamos a morir de tedio, una vez que nos hayan suprimido esa diversión!

—¡Mi buen amigo Jim! — dijo Dick con voz todavía débil y sonriendo al mirar al que había hablado. — ¡Estoy por creer que usted es capaz de sentir que se terminen todas estas emociones aun cuando solo sea porque ya no tendrá ocasión de sacrificarse por mí! Todos los peligros que hemos corrido desde que vinimos a la Abadía de Merlin me han demostrado algo que ya sabía yo hacía mucho tiempo: ¡que mi amigo Jim Marsh es todo un buen amigo y todo un valiente! Mucho le debemos a Jim. ¿No es verdad, Aileen? — agregó mirando con íntimo cariño a su prometida.

Aileen se sonrió a su vez mirando a Dick y a Jim.

—¡Marsh se envanecería mucho si yo le dijera todo o muchísimo bueno que pienso de él! — dijo.

Aun cuando sonriera, los ojos de la joven estaban, en aquel instante llenos de lágrimas.

—¿Qué es eso? — dijo Jim protestando cómicamente. — ¿Creen ustedes que es este momento de echarle flores a su seguro servidor?

Y miró de tal modo a Dick y a Aileen que los dos tuvieron qeu reírse.

Mientras tanto el padre de Dick se había alejado en la embarcación. Amarró el bote a poca distancia del sitio donde el canal se ensanchaba formando el lago que estaba bajo la cúpula de roca.

Desembarcó frente a una de las cuevas y entró en ella. Al fondo se veía una ventana enrejada.

Detrás de la reja se veía el rostro extraño de un hombre de expresión salvaje, con los ojos hundidos y brillantes. El cabello largo y lacio cubría casi por completo sus facciones adelgazadas por la tortura.

Sir George Audley y aquel hombre habían ocupado celdas separadas por pocas yardas de distancia, pero en sus meses, no se habían visto nunca la cara.

—¡Murdock!

El hombre que se hallaba tras de la reja le miraba medio asombrado medio temeroso sin lograr darse cuenta de lo que para él podía significar la llegada de aquel desconocido.

Aún cuando no había visto nada de lo que había acontecido en la isla aquella noche, Murdock había escuchado extraños ruidos, estampidos de arma de fuego, algo, en fin,

que demostraba que pasaba algo anormal.

Su primera mirada al rostro que se le aparecía y el tono de bondad de la voz con que sir George le habló, parecieron tranquilizarle un tanto y lenarle de súbita y loca esperanza.

—¿Quién... quién es usted? — preguntó el preso.

—Una víctima, como usted, de la crueldad de Gryce y, hasta esta noche, desventurado prisionero aquí, como usted. He venido a ponerle en libertad.

—¡Oh! ¡¡Usted... usted se burla de mí! ¿Es eso verdad? — dijo el hombre sin atreverse a creer lo que oía. — ¡Libre otra vez! ¡Oh! ¿Es posible? ¡Si es como para no crerlo! ¡Yo he creído que ya no volvería jamás a estar libre!

Una intensa emoción agitaba todo su ser y hacía temblar su voz.

Rápidamente, sir George le explicó todo lo que había sucedido.

Con la mirada buscó algo con que forzar la puerta. Vió un grueso fragmento de roca. Con él dió repetidos golpes en la madera en torno de la cerradura.

Por último, con un crugido, la puerta cedió.

Murdock salió de la celda. En el primer momento se sintió anodadado por aquel súbito, no soñado, destello de libertad.

Era hombre corpulento y de grandes fuerzas musculares, abatidas naturalmente, por el cruel cautiverio que lo había transformado en un esqueleto, tales habían sido las privaciones que había sufrido.

El hombre qeu le había puesto en libertad casi no se explicaba cómo Murdock había podido sufrir todo aquello sin perder la existencia.

Colgando junto a la puerta, del lado de fuera, estaba un látigo de cuerda larga y anundada.

El preso libertado hizo un amueca de enojo y furia que hizo que los ojos le brillaran como carbones encendidos, al ver aquel instrumento de su tortura. Con ferocidad se apoderó de él, de aquello que durante seis meses día tras día, sin faltar uno, había servido para atormentarle sin piedad.

—¡Para Gryce! — dijo en voz baja. — Ahora le tocará a Gryce conocer la caricia de este látigo en cuanto nos veamos. "¡Danza, oso!" decíame aveces. "¡Danza al compás de esta música!" ¡Ahora es él quien tendrá que danzar! — y sus ojos relucían como los de un loco. — Dígame usted dónde está Gryce. ¿Dónde está? ¡Daría con gusto lo que me resta de vida por encontrarme a solas con él durante media hora únicamente!

Casi había acabado de pronunciar Murdock esas palabras llenas de reconcentrada y avasalladora furia, cuando el rostro pálido y desencajado del hombre a quien se refería miró por el borde de la pared de roca.

Gryce había reaccionado contra su primer estado de pánico convencido de que tenía que serle fatal si dejaba que le dominase.

Después de todo, el camino de la Abadía de Merlin a la Peña Negra estaba bien cerrado. No había nada que temer de aquel lado, por lo menos momentáneamente.

A Jim Marsh lo creía en seguridad, fuera de su paso, en lo profundo de la mazmorra de los viejos monjes y Dick Audley estaba en su poder. Aún cuando su exprisionero y la joven que tan misteriosamente habían desaparecido podían hallarse en libertad por la isla esto no le infundía ni siquiera el menor recelo. Ignoraba qe era un nuevo sir George Audley — no el anciano anonadado y vencido que había visto en la celda, — el que podían presentarse ante él.

Había descendido del cuarto donde quedaba, inutilizado, el aparato de telégrafo Marconi, para visitar una vez más al prisionero que había dejado en la balsa. Quería ver si la proximidad de la muerte hacía que Dick Audley dijera, por fin, lo que él quería que dijese.

Gryce había bajado por las escaleras que comunicaban las galerías interiores unas con otras. Al llegar al pie de la última escalera había oído el crujido de la puerta al abrirse. Durante unos segundos detúvose a escuchar.

¿Qué significaba aquello? ¿Le amenazaba quizás algún nuevo y no soñado peligro? Si era así, lo mejor era hacerle frente. Cautelosamente avanzó, revólver en mano y miró por la esquina de roca, hacia el túnel.

Allí a una o dos yardas de distancia, vió amarrado el bote. Oyó voces procedentes de la cueva. ¡La voz de Murdock! ¡Había sido la puerta de la celda de Murdock la que había crugido!

Antes de que pudiera retirarse, la cara de Murdock apareció en la apertura de la cueva y a la luz de la luna, el martirizado vió el rostro de su martirizador.

En cuanto le vió, un grito rápido, inarticulado como un rugido salvage, brotó de su garganta. Blandiendo el látigo, el hombre avanzó rápidamente.

Al ver en libertad a aquel hombre, Gryce tembló. Blanco de pavor, levantó el brazo, apuntó e hizo fuego. Pero el terror que le estremecía desvió su, en otras ocasiones, tan certera puntería. El tiro no dió en el blanco.

Antes de que pudiera volver a tirar se oyó otra detonación. La mano de George Audley no temblaba. No tiró a matar, aun cuando la vida de aquel hombre estaba a su merecd y era larga la cuenta odiosa que tenía que pagar. En otros tiempos sir George Audley había sido famoso por su buena puntería. Su habilidad de antes le sirvió a maravilla en aquella ocasión.

El proyectil dió en el sitio a donde había sido dirigido. Hizo saltar el revólver de la mano de Gryce, dejándole los dedos heridos y sangrando.

Los nervios de Gryce, aun cuando de acero, no pudieron resistir más.

El ver aquellos ojos misteriosos que le habían mirado desde el cuadro y el anuncio de malas noticias de la Abadía de Merlin, noticias que no había podido recibir por que se había estropeado el aparato Marconi, había minado su valor. Luego, al darse cuenta que le esperaba hacer frente, desarmado, a sus enemigos — y uno de ellos era el hombre a quien tan cobarde como cruelmen-

se había martirizado — se le heló la sangre en las venas.

Desesperado, se volvió y arrojándose al agua, zambulló en el lago.

George Audley volvió a levantar la mano armada del revólver. No le era agradable la idea de hacer fuego contra un hombre desarmado, pero Gryce era un peligroso criminal que no debía escapar. La luz de la luna se iba oscureciendo por momentos.

Sin embargo vaciló. No se veía del hombre que nadaba nada más que la cabeza. Gryce avanzaba a grandes brazadas. Así no era posible tener la seguridad de herirle sin causarle una herida mortal. Mientras vaciló, el hombre de extravitda mirada le tomó el brazo y se lo hizo bajar.

—¡No tire! ¡Déjemelo para mí! ¡Pido que se me deje solo con él! ¡Es mío! — dijo.

Murdock, sin demostrar debilidad ninguna en su rostro adelgazado y como si el recuerdo de los seis meses de torturas le diera extraña y sobrehumana fuerza, corrió hacia la orilla del lago y se arrojó al agua.

Con feroz, estupendo vigor, nadó en persecución de su infame enemigo.

La luz de la luna iba debilitándose, haciéndose cada vez más y más tenue. Por un momento desapareció tras de oscuras nubes y luego volvió a aparecer, permitiendo ver a los dos hombres nadando uno tras otro, Murdock tenía el látigo entre los dientes.

La oscuridad volvió de pronto, ocultando a la vista de sir George Audley aquella extraordinaria carrera en la que se jugaba la vida de los dos hombres.

Detras de la Puerta Cerrada o el Castillo de las Sombras

Proseguirá en el próximo número de "Pucky".

¿Que hará Juana?

La patrona: — ¡Juana! ¡Deje en seguida lo que está haciendo y vonga a ayudarme!

LA NOTA CÓMICA

"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

El navío, perdido en la niebla, a media noche, navega sin rumbo fijo.

—¿Qué dirían nuestras mujeres, — dice de pronto el segundo de a bordo, — si supieran donde estamos en este momento?

—Poco me importa lo que dirían, — replica el capitán, — si lo supiéramos nosotros.

La tía: — Pedrito: ¿te ha gustado el lindo libro que te mandé el día de tu cumpleaños?

Pedrito: — No tía; no lo he mirado todavía.

La tía: — ¿Por qué? ¿No te gusta el título

Pedrito: — No es eso: ¡es que mamá me ha mandado que me lave las manos antes cada vez que lo vaya a tomar del estante!

Autor: — ¿Cómo es eso, señor empresario? Yo creía que usted había organizado la "tournée" por las ciudades de Africa del Sur y había partido con su "troupe".

Empresario: — Ya lo tenía todo arreglado, pero la compañía se declaró en huelga. ¡Uno de los actores había leído en una revista que los huevos de avestruz, que abundan en el Africa del Sur, pesan hasta dos kilos cada uno!

Un señor bastante emocionado, se acercó al escritorio del hotel donde estaba viviendo y pidió con entrecortada voz que le cambiaran de pieza.

—Lo siento mucho, — respondió el empleado, — pero todo el hotel está lleno.

—Pues yo necesito que me dé otro cuarto, — insistió el hombre.

—¿Qué le pasa al que tiene?

—¿Quiere saberlo? — exclamó el disgustado cliente. — Pues que se ha incendiado.

—¿Cómo te llamas, niño? — preguntó la maestra a su nuevo alumno.

—No sé, — contestó el nene con suma cortedad.

—Bueno... ¿Cómo te llama tu papá?

—No sé, — dijo el niño, más "cortado" todavía.

—¿Cómo te llama tu mamá cuando es la hora de comer?

—¡No necesita llamarme! — exclamó el niño sonriendo contento. — ¡Yo llego siempre antes!

—¡Caramba! ¡Qué bonito es el teléfono que has puesto en tu oficina! Pero ¿está acabado de instalar?

—Si ¿por qué lo dices?

—Porque no he visto más que el receptor. ¿Y el aparato trasmisor?

—¡Ah! No hace falta. Ese teléfono sólo lo uso para conversar con mi mujer.

—Hoy me gané diez centavos, papá, — dice Dieguito.

—Muy bien, hijo mío. Me complace ver que los niños demuestren tener espíritu industrioso. ¿Y cómo los ganastes?

—El hijo del vecino me apostó diez centavos a que no atravesaba mi reloj con un clavo, y le gané.

Ladrillote: — ¡Eh! ¡Vecino! ¿Qué está enterrando en ese agujero?

Mosacote (su vecino). — Estoy volviendo a plantar las semillas de mi pequeño huerto.

Ladrillote: — ¿Semillas? Lo que me parece ver ahí es una de mis gallinas, señor.

Mosaicote: — Así es no más. Las semillas están en el buche.

Un famoso explorador era molestado por repetidas preguntas de una señora que estaba junto a él en una reunión.

—¿Cómo podían ustedes saber, — preguntaba ella, — en qué momento pasaban por el Polo Norte?

—Lo más fácil, — contestó él. — En aquel mismo momento el viento del Norte se transformó en viento del Sur.

López: — Me han dicho que Rodríguez tiene una suerte extraordinaria con los caballos de carrera este año.

Pérez: — Sí, casi no hay carrera en la que no acierte cuál va a ser el ganador. ¿Sabe usted cómo procede?

López: — ¡No!

Pérez: — Toma una lista de los caballos que van a correr, hace que su esposa cierre los ojos y pinche un alfiler en la lista... y siempre pincha un ganador.

López: — Voy a probar esa combinación con mi mujer; pero voy a hacer que pinche con un tenedor de modo que me haga saber cuál va a ser el primero, el segundo el tercero.

La mujer: — ¿Has visto? Mi hermano me escribe que ni una botella del cajón ha llegado sana. ¿Te acordaste de poner en la tapa "Siempre hacia arriba"?

El marido: — ¡Naturalmente! Y también lo puse en el fondo por si no lo veían en el otro lado.

Un chico pequeño iba empujando laboriosamente un pesado carrito subiendo una empinada cuesta. Un hombre que le observaba, creyendo serle útil le gritó:

—¡Empuja el carrito haciendo zig-zags y te será mucho más fácil subir la cuesta!

—Ver para creer, — respondió el chico. ¡Si quiere que le crea demuéstreme la conveniencia de su sistema, empuje un poco el carro a su manera!

Una señora entra en una lechería donde venden huevos, y pregunta:

—¿Tienen ustedes huevos de gallinas negras? Necesito dos docenas.

—Señora, — contesta el comerciante perplejo, — me gustaría poder complacerla, pero, la verdad, no se cómo pueden distinguirse los huevos que pónen las gallinas negras de los que ponen las de otros colores.

—¿De veras? Pues yo se lo enseñaré.

—Entonces escójalos usted misma.

La señora se apresura a hacerlo así y cuando ha reunido las dos docenas, el comerciante le dice con significativa sonrisa:

—Parece que las gallinas negras ponen siempre huevos grandes ¿eh?

—Naturalmente, — dice ella, — en eso los puede usted conocer.

Un invitado, haciendo visajes con los ojos, se acerca a su vecino.

—Usted perdone, pero he olvidado mis gafas... ¿Sabe usted quién es aquella señora tan ridícula que está sentada junto al piano?

—Es mi mujer.

—¡Por Dios, usted dispense! ¿Y aquel esperpento de más allá?

—Mi hija.

—¡Vamos, si que estoy...! Perdóneme una vez más. Y dígame, ¿quién será aquel individuo tan facha que hay allá en frente, mirándonos?

—¡Es usted mismo, que se ve en el espejo, imbécil!

Una señora aficionada al estudio, pero muy falta de memoria, buscaba un profesor de nemotecnia, y no tardó en encontrar uno que afirmaba emplear un método infalible para no olvidar nada, para recordarlo todo. Vino el profesor, y a la primera lección la discípula quedó encantada de sus recomendaciones. Pero apenas aquel se había marchado, cuando llaman a la puerta.

—¿Quién era, María? — pregunta la señora a su sirvienta.

—Señora, es el profesor de memoria, que se dejaba olvidado el paraguas.

El comisario. — No comprendo; dice usted que robó el jamón porque no tenía trabajo y su familia se moría de hambre, y sin embargo, según parece tiene usted en casa cuatro perros.

El detenido. — Sí, señor; pero yo no podía obligar a mi familia a comer perro

---

—Mi hijito está enfermo, doctor. ¿Puede usted venir en seguida?

—Lo siento, pero no puede ser antes de una hora.

—Pero es que el caso es de vida o muerte.

—¡Demonio! ¿Tan grave está?

—Hasta ahora no; pero mi mujer, en cuanto usted tarde, empleará sus propios procedimientos, y ahí está el peligro

---

La maestra: — Es esta la quinta vez que llega usted tarde en esta semana; la semana pasada llegó tarde dos veces y tres veces la semana anterior. ¿Qué tiene usted que decir a esto?

El niño: — ¡Qué tiene usted una memoria admirable, señorita!

El señor Laparrilla estaba en la sala, pero podía oir con toda claridad cuanto se decía en el cuarto de los niños.

—¡Qué lindo nene! — decía la visitante. — ¡Tiene sus ojos usted, su nariz y su sonrisa!

—¡Sí; pero fíjese! ¡Tiene los dientes del padre!

Entonces el señor Laparrilla, enojado, grito desde la sala:

—María ¡por favor! ¡Quítaselos!

Preguntábanle a un chino si en su país había buenos médicos.

—Muy malos, — contestó, — pero hay uno muy bueno, el doctor Ping, que me salvó la vida.

—¿De veras? ¿Cómo fué eso?

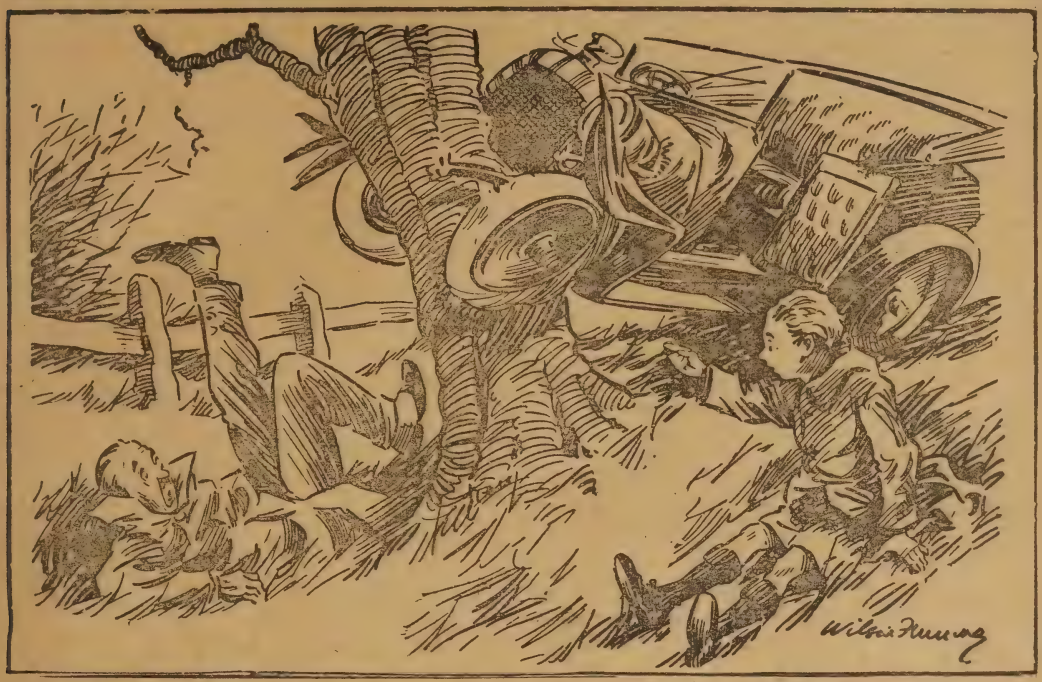
—Yo estaba un poco enfermo. Hice llamar al doctor Hong-Fu. Me recetó una droga. La bebí. Me puse peor... Hice llamar al doctor Fon-Yen. Me recetó otra droga. La tomé. Creí que me moría... Hice llamar al doctor Ping. Contestó que no podía venir. Me he curado.

—Siempre he sido partidario de que se les conceda a ustedes el voto, — decía un político hablando con una dama; — después de todo, tenemos que reconocer que las ideas de la mujer son siempre más puras que las del hombre.

—De esa misma opinión soy yo, — contesta su bella interlocutora. — Pero ¿cómo puede usted dar fe de nuestra pureza de pensamiento?

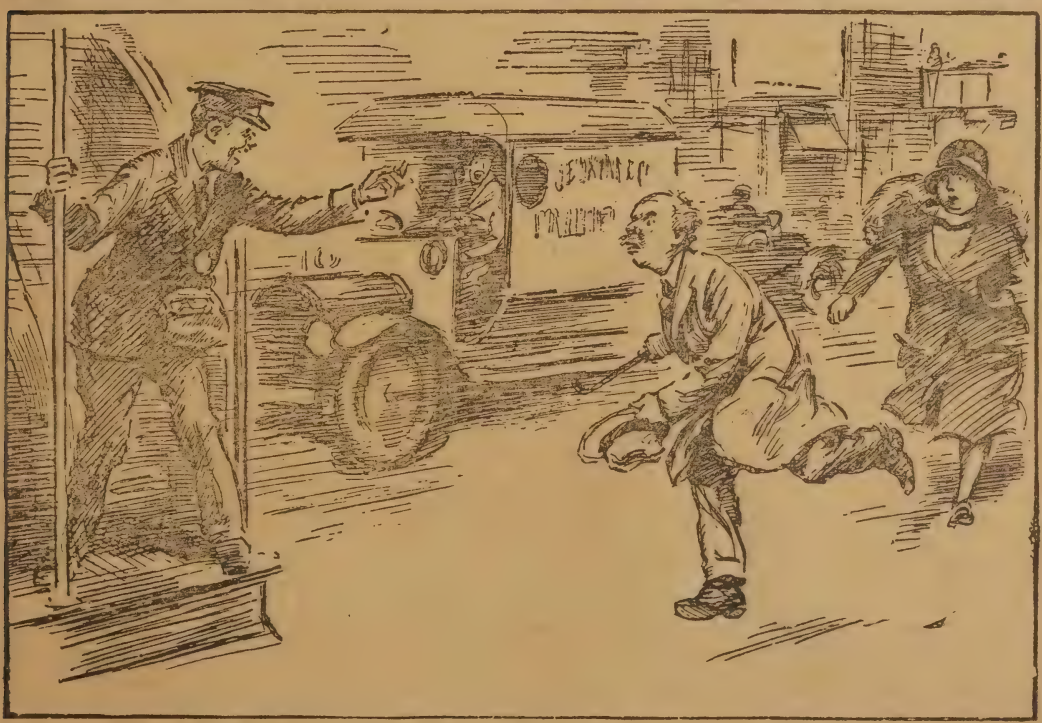
—¡Oh! Cambian ustedes de él con tanta frecuencia, que no le dan tiempo a mancharse

PREGUNTA OPORTUNA

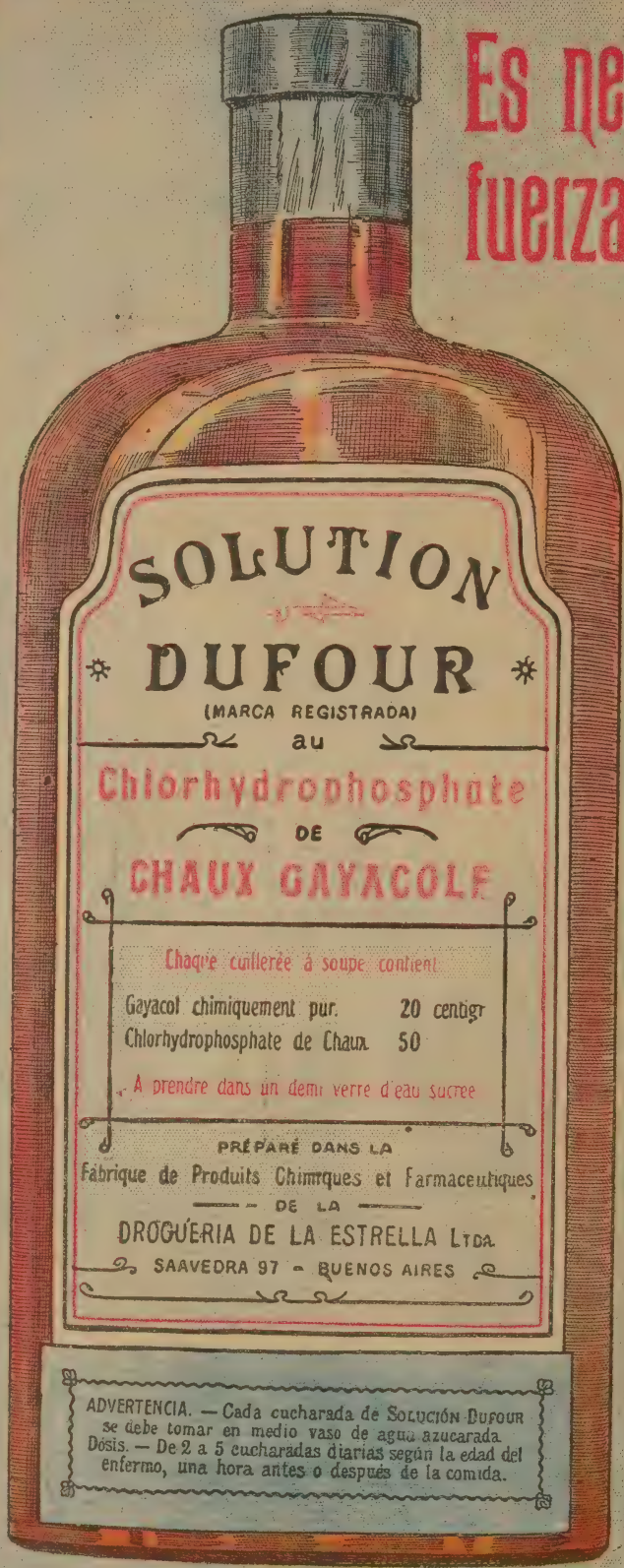


El jovencito aficionado a la Historia Natural: — Papá, ¿este árbol es un olmo?

No había temor de que lo perdiera



El cobrador del ómnibus: — ¡Corra usted, señor, qeu ella le va a alcanzar no más!



Es necesario tener fuerza de voluntad

La tuberculosis, catarros, laringitis crónicas, pulmonías y otras enfermedades, son fácilmente combatibles. Basta una decisión enérgica para concluir con cualquiera de ellas; no se apure usted adoptando cualquier medicamento.

La Solución DUFOUR

es la única que provoca de verdad una acción antibacilar vigorizando los pulmones, destruyendo al mismo tiempo los gérmenes por tenaces que sean.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA LTDA.

DEFENSA 215

y en toda buena farmacia

Lea: "JUSTICIA ALADA"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

Extraordinario
Mayo de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III. PUBLICACION QUINCENAL No. 89.

Esta es una escena de la vida del famoso

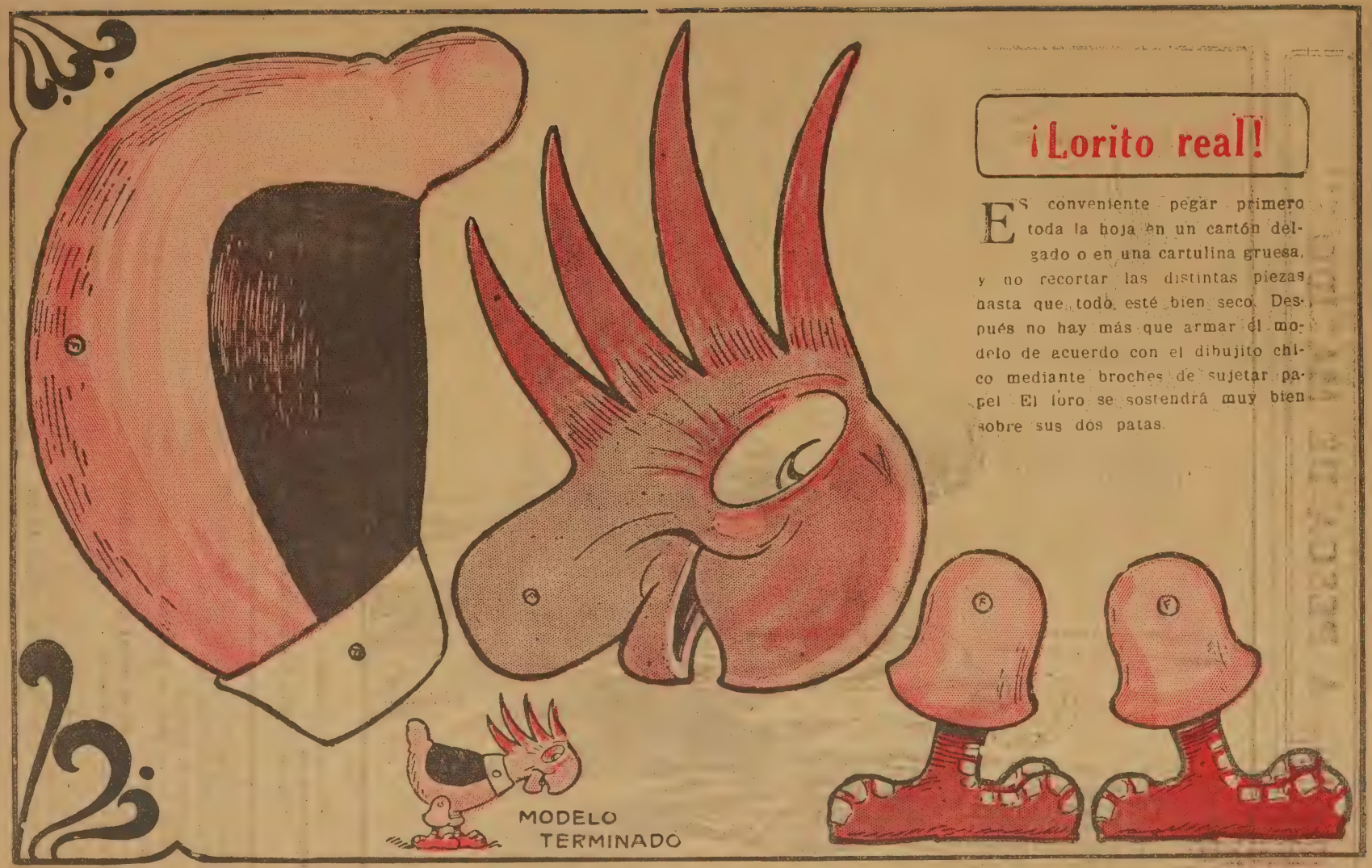
BUFFALO BILL

del cual se publica en este número una aventura completa.

DE UTILIDAD PRACTICA

La señora curiosa: — Dígame, señor de policía, ¿para qué es esa tira de cuero con que se sujeta el casco a la barba?

El de policía: — Esto, señora, es para descansar la mandíbula cuando uno la tiene cansada de contestar a preguntas tontas.



¡Lorito real!

Es conveniente pegar primero toda la hoja en un cartón delgado o en una cartulina gruesa, y no recortar las distintas piezas hasta que todo esté bien seco. Después no hay más que armar el modelo de acuerdo con el dibujito chico mediante broches de sujetar papel. El loro se sostendrá muy bien sobre sus dos patas.

A PESCA DE MARIDO

—Tu madre nunca se vistió como se visten ustedes las jóvenes de hoy en día, para pescar marido.

—¡Sí! ¡Así eran los maridos que pescaban!

¡Vaya una cartita la que he recibido! El sinvergüenza llamándome imbécil.

—¿Quién la firma?

—Eso es lo que yo quisiera saber, pero es un anónimo.

—¿No reconoces la letra? Sin duda debe ser alguien que te conoce.

❖ ❖ ❖

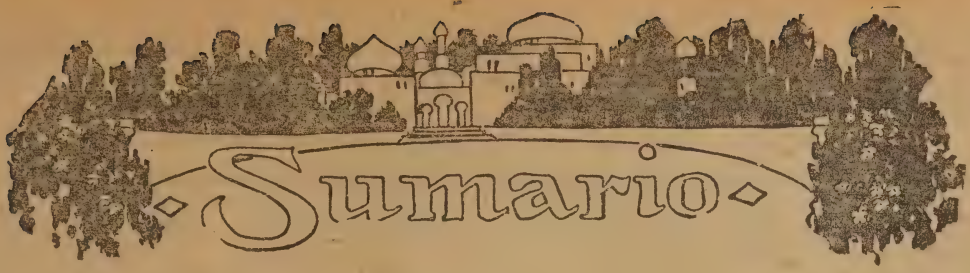
La esposa (refiriéndose al amigo de su esposo que está de visita): — Es un señor muy agradable. ¿Sabes si es casado?

El esposo: — No. Es uno de esos hombres discretos que jamás cuentan sus penas a nadie.

♣ ♣

El señor grave. — Créeme, los proverbios los escriben los sabios y los repiten los tontos.

El joven. — ¡Hombre! ¿Y quién escribió ese?



El secreto de las cataratas del Indio Malo
Emocionante y extensa narración del salvaje Oeste, en la que figura Búffalo Bill

Desdichada curiosidad
Un cuento muy atrayente, escrito por un gran autor francés.

Interesantes, informativos y curiosos
Párrafos de todas partes y de todos tiempos

Las flores marchitas
Un relato lleno de emoción y de atractivo, escrito por Maurice Leblanc

Justicia Alada
Nuevos episodios de la novela sensacional cuya publicación se hace a pedido del público lector.

Detrás de la puerta cerrada
Conclusión de la notabilísima obra que durante tantos números ha deleitado a los lectores de este magazine

DESATENCION

La esposa (que no tiene cabello abundante): — ¡Si tu fueras un buen marido, como pretendes serlo, hace tiempo que te hubiera cortado el cabello para que yo pudiera hacerme una buena peluca!

(De "Buen Humor").

Parsons lanzó un grito de ira y antes de que Cody supiese lo que ocurría, el canalla cayó sobre él. ("El secreto de las cataratas del Indio Malo").

El secreto de las cataratas del Indio Malo

Emocionante y extensa narración del Salvaje Oeste en la que interviene Buffalo Bill, explorador y famoso perseguidor de indios.

CAPITULO I

La desesperada situación de Búffalo Bill

BUFFALO BILL tenía la condición de ciertos animales que son difíciles de sorprender hasta cuando están dormidos, y generalmente el que trata de realizar la hazaña conserva señales que le hacen recordarla con amargura.

Pero en aquella situación, el mismo Cody admitía que había sido cazado, y no dormido, sino estando bien despierto.

No había sospechado nada en absoluto, cuando estableció su campamento en la orilla del río Laramie, que se encuentra en el estado de Wyaming, y se encontraba cocinando su modesta comida.

La primer noticia que tuvo del peligro fué cuando oyó el silbido del lazo en el aire. Y antes de que pudiera darse cuenta de dónde venía, había llegado a sus hombros, se deslizaba por ellos y le sujetaba los brazos a lo largo del cuerpo.

Luego, el que lo manejaba dió un tirón y obligó a Búffalo Bill a ponerse de pie, y después de un nuevo tirón lo derribó al suelo.

En aquellos momentos, el explorador se encontraba tendido atado de pies y manos y mirando sorprendido al diabólico semblante del hombre que se inclinaba hacia él.

Cerca de aquel hombre había otros de un aspecto tan poco tranquilizador como el del primero.

—¿Y, amigo? —preguntó, haciendo un gesto. — Crea que lamento mucho haber tenido que incomodarle, pero su presencia por estos sitios es innecesaria. ¡Lástima que no lo hayamos sabido antes de venir aquí!

Búffalo Bill hizo un esfuerzo para romper sus ligaduras. Interiormente sentía un gran disgusto por haber sido vencido de aquel modo. No tenía la menor idea de quiénes podían ser sus captores, ni por qué razón lo habían apresado.

Todo lo que sabía era lo que le dictaba su experiencia: que aquellos hombres eran unos facinerosos.

Pero el que lo había enlazado sabía bien lo que hacía. Ningún vaquero mejicano hubiese demostrado más habilidad. Búffalo Bill estaba incapacitado para intentar cualquier defensa, pues las ataduras lo ponían en la condición del pavo preparado para ser metido en el horno.

Mas no demostraba temor ninguno. Unicamente estaba furioso, furioso contra aquel mal encarado por tratarlo de semejante manera. Y acaso más furioso contra él mismo por haberse dejado sorprender de aquel modo, como un inexperto novato.

—Me parece que lo mejor que puedo hacer es dejarme marchar, — exclamó Bill Cody con toda seriedad y malhumorado.

—¿Está usted de broma? — respondió el que, al parecer, hacía las veces de jefe. — Yo estaba pensando precisamente lo contrario, pues opino que sería una gran locura hacer semejante cosa. Oiga, compañero. Creo que nos conocemos bien. ¿Usted es Búffalo Bill, el hombre que se precia de ser más guapo que un par de los más guapos mozos de estos lugares?... Bueno. Pues yo lo he ganado de mano esta vez.

—Entonces, — exclamó Búffalo Bill, — me va usted a decir cuál es la razón de todo ello. Usted parece conocer mi nombre perfectamente; pero que me condene si yo sospecho siquiera cuál es el de usted. Pienso que es usted un aventurero, — agregó. — Yo he desconfiado muchas veces de per-

"DETRAS DE LA PUERTA CERRADA"

Termina su publicación en este número de "Pucky". Vea la página 60.

sonas que tenían bastante mejor aspecto que usted.

—¡Bah! Búffalo Bill, — respondió el otro. — No hay por qué acalorarse de ese modo... La verdad de los hechos es que a nosotros no nos conviene en forma alguna que ande usted ahora por estos sitios. Sabemos bien de qué forma procede usted con desventurados como nosotros...

—Querrá usted decir canallas o bandidos, como ustedes, — interrumpió Búffalo Bill con arrogancia. — Ningún hombre honrado puede tener razón ninguna para no desear mi presencia en cualquier parte... Unicamente los que viven en desacuerdo con la ley pueden temerla.

—Vamos, Bill Cody, — dijo el otro. — Hoy es un día en que parezco tener más paciencia que de costumbre. Ya ve todo lo que me ha dicho, y aún no he perdido la calma. Ahora voy a explicarle algo, Cody. Desde hace algunos días lo estábamos vigilando. Tenemos que realizar una obra, y usted nos molesta, por eso hemos resuelto poner fin a esa situación, de una vez.

Búffalo Bill se encogió de hombros. A pesar del poco tranquilizador aspecto de sus captores, no suponía que fuesen a ir muy lejos.

—Bueno. Será conveniente que se vaya preparando para morir, — exclamó de pronto su captor. — ¿Conoce usted las cataratas del Indio Malo? Están como a unas cuatro millas de distancia de aquí. Son interesantes. Pareciera que el río termina de repente para caer a un precipicio que tendrá unos cien pies de hondo... Y el agua une las dos partes de ese escalón... ¡Qué lindo espectáculo! ¿Verdad, Bill?... ¿Las ha visto?

A decir verdad, Búffalo Bill conocía perfectamente el punto que el desconocido había descripto en forma maravillosa.

En un punto de aquel mismo río Laramie, parecía cortarse de pronto, y la enorme cantidad de agua que corría por su cauce caía entre las rocas, a una profundidad de cien pies.

Búffalo Bill, que había hablado con los indios y con los pocos blancos que vivían por aquellas inmediaciones, sabía que no se tenía memoria de que ningún blanco o rojo hubiera logrado pasar por allí con su canoa. Siempre tenía que ir a la orilla y desembarcar para hacer una parte del trayecto a pie.

En cambio, había oído contar numerosas historias acerca de los hombres que murieron en las Cataratas del Indio Malo.

Afirmaban los indios que estaban embrujados por el espíritu de los muertos, y que las aguas ejercían cierta atracción en los que se acercaban demasiado. En el ruido que producía la caída del agua dominaba una nota lúgubre en extremo, y aquello era suficiente para que la creencia de los salvajes tomase mayor cuerpo. Afirmaban que era la voz de los espíritus de la muerte.

—¿Y qué tienen que ver las catratas con nuestros asunto? — preguntó Búffalo Bill.

Los otros sonrieron. El que hablaba parecía ver algo jocoso en la pregunta de Cody, porque permaneció con las manos en las rodillas y el cuerpo doblado, riendo a más y mejor.

—Oiga, Búffalo Bill, confieso que no le suponía tan gracioso, — exclamó al fin. — ¡Qué gracia tiene!... Pues eso quiere decir que le vamos a presentar a usted a las cataratas... Lo lamentamos mucho. Pero no queremos que meta la nariz en nuestros asuntos. Por eso, Búffalo Bill, lo vamos a enviar allí embarcado... ¡y cuánto antes mejor!

Búffalo Bill se mordió los labios. Comprendía que se hallaba en poder de unos hombres desesperados, que no tenían en cuenta el valor de una vida humana, si eso convenía a sus negocios.

—Yo opino que todo hombre honrado tiene el derecho de averiguar lo que hacen los canallas como ustedes, — dijo Cody. — Ustedes parecen tener ahora todas las ventajas de su parte... Pero no vaya a olvidar una cosa. Yo tengo amigos, y tengan la seguridad de que ellos vengarán mi muerte... si es que llegan ustedes a asesinarme.

—¡Bah! — dijo el otro. — Dave Parsons, así me llamo yo, odia el hacer daño a todo ser indefenso... Pero, en este caso es necesario. Oigan, muchachos, — agregó, volviéndose a sus compañeros, — creo que conviene ultimar algunos detalles antes de que lo liquidemos. Vamos a hablar un rato.

Búffalo Bill quedó allí tendido en el suelo, mirando en tono de desafío a Dave Parsons, quien continuaba hablando en la misma forma. Luego sus confederados desaparecieron hacia la orilla; pero quince minutos después, Bill Cody oyó el ruido de remos, y mirando hacia el río, vió que se acercaban a la orilla dos canoas. Una estaba vacía, en la otra iban embarcados dos de los secuaces de Parsons.

Las cancas fueron acercadas a la orilla del río. Uno de los hombres se quedó en la canoa ocupada y el otro saltó a la vacía y la acercó. Tres hombres más aparecieron.

—¡Ahora, tráiganlo muchachos! — exclamó Dave.

Búffalo Bill fué tomado y levantado del suelo. Luchó un poco, pero las ligaduras no le permitían hacer movimientos.

Fué conducido hasta la canoa y tendido en el fondo de ella. Su cabeza quedaba del lado de popa.

—Bueno, — exclamó Parsons. — Esperamos que tenga un buen viaje, Búffalo Bill. — Nosotros vamos a seguir por la orilla la marcha de la canoa hasta que desaparezca por el último recodo. Después le queda a usted un trayecto de unas trescientas yardas para iniciar la marcha rápida hacia el gran salto... Creo que no nos gurdará rencor por haberle condenado a semejante muerte... Todos dicen que al llegar a esa región todos los hombres se arrojan voluntariamente en las cataratas.

Búffalo Bill no dijo nada. Sabía que estaba en un trance desesperado; que no había esperanza para él. Estaba indeciso y a no más de cuatro millas de distancia le esperaba una terrible muerte.

Pero no iba a pedir clemencia a semejantes hombres. No era que desconiase por an-

ticipado de lo inútil de semejante acto, sino que arrogante por naturaleza, no quería rebajarse hasta pedir nada a tales canallas.

Era evidente que seres que lo condenaban sin un motivo a semejante muerte ,habrían cometido con anticipación otros muchos delitos, y Búffalo Bill no quería pacto alguno con ellos... aun cuando se tratase de salvar la vida.

Dos hombres tomaron los remos de la otra canoa y la que conducía a Búffalo Bill, fué asegurado a ella por una cuerda corta. Así fué conducido Cody hasta el centro del río.

El río Laramie era ancho y pronto se encontraron como a trescientas yardas de las costas. Las aguas corrían plácidamente, con una pequeña alteración en la superficie.

Le costaba trabajo creer a Búffalo Bill que poco más abajo, aquellas serenas aguas cambiasen en forma tal que causasen la muerte del que se aventuraba siguiendo su curso. Pero sabía bien que una vez que llegase a las cataratas habría dejado de vivir. Aun cuando no estuviese atado como estaba, le hubiese sido imposible salvarse, por lo tanto en aquellas condiciones moriría como un perro destrozado por las rocas adonde lo llevaría con fuerza la corriente.

Los remeros trabajaban de firme y los que seguían a pie por la costa podían, a duras penas mantenerse a la altura de las dos embarcciones.

Los árboles que había en las orillas desfilaban ante los ojos de Búffalo Bill, como uno vé los palos de telégrafo cuando marcha velozmente en un tren. Comprendía que cada instante que pasaba se aproximaba su fin y aún cuando no era hombre que supiese lo que era tener miedo, recordaba en aquel momento los hechos más salientes de su vida de aventuras.

Reconocía que su vida no había sido desperdiciada y que por el contrario, había realizado muchas buenas obras. Muchos seres se beneficiaron con su intervención y más de un criminal había pagado sus delitos como una consecuencia directa de la intervención de Búffalo Bill.

Los indios de toda aquella parte de América que comenzaron por temerlo, ahora lo respetaban. El nombre del cazador blanco de búfalos, era casi sagrado entre los rojos y en todas partes del territorio del salvaje Oeste.

Pero ahora iba a terminar todo aquello y Búffalo Bill se estremecía pensando en ella. La vida le era dulce. De haber estado en condiciones de elegir la clase de muerte que deseaba, hubiera pedido terminar su vida combatiendo, aun cuando tuviera pocas probabilidades de salvarse... Mas ahora iba a morir como un rata en la trampa.

Consiguió sentarse en la canoa. Miró los admirables paisajes que ofrecían ambas orillas

Por fortuna, sus enemigos no habían pensado en amordazarlo y podía abrir la boca y respirar a pleno pulmón el aire puro. Sabía que aquellos momentos deliciosos serían los últimos y los aprovechaba... ¡Si por lo menos le hubiesen dejado libres las manos!...

De pronto comenzó a oirse un fuerte murmullo y las canoas dieron vuelta a un recodo del río. Allí la tranquila superficie comenzaba a cambiar. Las orillas se iban acercando y las aguas aceleraban su marcha. Por el ruido calculó que las cataratas no estaban ya lejos. Podía ver a cierta distancia, delante de él que la superficie se alteraba. En un punto, las orillas, que habían ido elevando su nivel se convertían en dos altas paredes de roca no muy distantes una de otra y allí el río no tenía una anchura mayor de ciento veinte a ciento cincuenta yardas.

También, a intervalos aparecían sobre la superficie grupos de peñas que, al desviar la corriente, formaban peligrosos remolinos. Entre esas rocas las aguas iban con la velocidad de un caballo de carreras.

De pronto los remeros se dirigieron hacia la orilla llevando a remolque la canoa en que iba Búffalo Bill. Un hombre tomó un cabo que le arrojaron y las dos embarcaciones fuero encalladas en la arena.

Entonces Dave Parsons y los hombres que habían marchado por la orilla se unieron a todos. Dave reía diabólicamente.

—¡Ya se las oye bien! — exclamó indicando con la mano en dirección de las cataratas del Indio Malo. — ¡Qué atrayente música!...

Búffalo Bill levantó la cabeza con orgullo, pero no respondió ni una palabra. Dave Parsons, se mordió los labios, y colocó en la canoa de Cody, el rifle, el revólver y el cuchillo del explorador.

—Un valiente debe morir con sus armas al lado, — dijo riendo. — ¡Bueno, Búffalo Bill. Ya es hora de que nos demos el último adiós!

Todos sus cómplices rieron. Un hombre cortó la cuerda que unía las dos canoas dió a la de Cody un vigoroso empujón que la envió lejos de la orilla.

Durante algunos momentos la embarcación se balanceó sin tomar un rumbo determinado, pero luego la corriente la fué llevando, despacio, al principio, y rápidamente después, hacia el centro del río.

Búffalo Bill miró hacia adelante. El ancho del río disminuía y la velocidad de las aguas aumentaba.

Miró hacia su izquierda. Sus asesinos estaban parados en la orilla saludándole con los anchos sombreros, como burlándose de él. Cody les envió una frase de desafío, pero seguramente ellos no la oyeron, pues el ruido de las cataratas era mucho. Luego emprendieron la marcha, alejándose del río.

—¡No quieren verme morir! — murmuró Búffalo Bill.

No había escape para él. Y aun cuando se deslizase de la canoa al agua su fin sería el mismo. Con las manos y los pies atados, no hubiese podido avanzar nadando, apenas si lograría mantenerse a flote, y en esas circunstancias la corriente lo arrastraría hasta las cataratas con la misma rapidez que con la canoa.

Miraba de una orilla a la otra. Indudablemente era aquella una región solitaria. No se veía ni ave ni animal terrestre. Estaba ya a punto de echarse de espaldas en la canoa y resignarse a morir lo mejor que las circunstancias se lo permitiesen, cuando, de repente volvió a sentarse.

A la izquierda se veían unas rocas altas. La pared de piedra no se hallaría a cien yardas de distancia de él. Pero había un punto que llamó su atención.

Era una roca y sobre ella estaba sentado un hombre vuelto de espaldas hacia Cody. Era un hombre blanco que tenía puesto un sombrero de anchas alas.

Búffalo Bill trató de incorporarse y logró ponerse de rodillas. Aquella posición era peligrosa pues cualquier movimiento podía hacerle caer. No podía mover los brazos para mantener el equilibrio y la canoa se balanceaba mucho, al marchar a gran velocidad.

El ruido que producían las cataratas enordecía, pero Búffalo Bill respiró fuertemente y lanzó el grito más desesperado que indio alguno pudo lanzar al emprender la marcha por el sendero de la guerra.

Gritó una, y otra y otra vez... mientras la canoa se acercaba al borde del precipicio.

Su corazón dió una sacudida. No sabía Cody si el hombre lo había oído, pero el hecho es que se volvió hacia él, lo vió y se puso en pie rápidamente.

A pesar de ello, Búffalo Bill no tenía esperanza ninguna. Unicamente experimentaba una bien triste satisfacción, ante la idea de que lo viese morir un hombre blanco. Acaso llegara a reconocerlo y pudiese luego contar a sus amigos el verdadero fin que había tenido Búffalo Bill.

En un giro de la corriente la canoa se acercó a la pared de roca donde el hombre estaba. Búffalo Bill pasó en un momento a unos veinte pies más abajo del otro y pudo ver que era un hombre joven, pobremente vestido y por primera vez desde que había sido apresado, nació en él la llama de la esperanza.

Aquel hombre tenía un lazo en la mano.

—¡Socorro! — gritó Búffalo Bill cuando se acercó la canoa.

El hombre agitó el lazo en el aire. Las esperanzas de Búffalo Bill aumentaron. Comprendía lo que el otro iba a intentar. En aquel momento de inminente peligro la imaginación del explorador estaba tan despejada como si nada tuviera que temer y comprendió la tentativa que iba a hacer el hombre de la orilla por salvarle la vida.

El lazo partió y cayó primero sobre los hombros de Cody, luego le sujetó los brazos y se estrechó.

Una mano poderosa sujetaba la tira de cuero. Un tirón fuerte hizo vacilar al explorador, lo derribó y lo hizo caer de la canoa al agua.

La embarcación, libre de su peso se alejó y en un momento llegó al borde del precipicio se mantuvo un instante y cayó dando una vuelta al fondo de las cataratas del Indio Malo.

Búffalo Bill hizo cuanto pudo por mantenerse a flote, pero la corriente muy fuerte, lo hundía.

La presión que sentía en el pecho continuaba y era causada por la fuerza que hacía el hombre con el lazo para impedir que lo arrastrasen las aguas.

El hombre que se hallaba arriba, lo sujetaba con todas sus fuerzas y en aquel momento sostenía una lucha desesperada contra la corriente. Al fin, venció él y comenzó aunque con lentitud a ir atrayendo a Búffalo Bill, quién al ver probabilidades de salvación trató de mantenerse a flote tomar alientos para una posible zambullida.

Observó los movimientos del hombre quién luchaba enormemente ya que él no podía ayudarle en nada y hasta llegó a reirse imaginando ser un enorme pescado que había mordido el anzuelo fijado al extremo de una caña.

Pero no había motivo para alegrarse pues notó en seguida que su salvador demostraba señales de cansancio y comprendió que su vida no estaba mucho menos en peligro que antes. Entonces trató de ayudarse moviendo las piernas. El lazo era fuerte al extremo de que hubiese podido detener un toro en plena carrera.

Gradualmente el salvador fué acercando a la orilla aquél gran salmón. Tan pronto como dejó de ser tocado por las aguas la misma corriente envió a Cody contra la pared de piedra.

Pero aún había mucho que hacer. La pared estaba como cortada a pico en la roca y Búffalo Bill no podía ser sacado del agua si él no ponía algo de su parte. Pero el explorador pronunció algunas palabras que pusieron al otro al corriente de la situación y le hicieron pensar.

Había cerca del lugar en que se encontraba el desconocido una encima y sin duda aquello le dió una idea que no se le había ocurrido a Búffalo Bill, pues de pronto se acercó al árbol y aseguró a su tronco el extremo del lazo. Luego se acercó al borde de la peña y se deslizó por la lonja de cuero hacia el agua donde se encontraba Cody.

Al fin llegó al agua, y tomándose fuertemente con una mano de la tira de cuero que sostenía a los dos sacó de su cintura un cuchillo. Dos o tres hábiles golpes bastaron para que el explorador se viese libre de sus ligaduras.

—¿Está usted en disposición de subir solo? — preguntó luego.

—Sí... Puedo probar, — respondió Búffalo Bill agarrándose con decisión del lazo que lo había salvado.

Gradualmente fué ascendiendo mientras el desconocido se mantenía agarrado al extremo del lazo. Era una terrible y laboriosa tarea la de llegar a la altura sano y salvo después de subir a pulso una distancia de veinte pies. Pero Búffalo Bill podía considerarse entre los primeros cuando se trataba de cuestiones como aquella en que era todo la habilidad y la fuerza muscular.

Por ello no tardó en llegar al borde de la peña sin inconvenientes y pudo ponerse en pie, libre ya de peligro.

Permaneció un momento quieto para recobrar aliento y en seguida se ocupó de su salvador. Este ya había comenzado la ascensión demostrando una gran agilidad

Búffalo Bill tiró del lazo y pocos minutos después su salvador estaba junto a él.

El ruido de las cataratas era ensordecedor y ponía en tensión los nervios de Búffalo Bill. No era posible hablar. Por ello se limitó a tender la mano al desconocido quien la estrechó sonriendo. Luego señaló hacia la derecha y echaron a andar alejándose del río.

Búffalo Bill seguía al otro obedeciendo a la invitación recibida.

Durante un trayecto de cuatrocientas yardas el desconocido caminó hasta llegar a un barranco, o pequeño cañón al fondo del cual corría el agua. Era un río que se unía al Laramie, más abajo de las Cataratas del Indio Malo.

Ahí, al amparo de un accidente del terreno había una pequeña cabaña construída con troncos de árbol. El desconocido avanzó, abrió la puerta, se apartó a un lado y haciendo un gracioso saludo invitó a pasar al hombre a quién había salvado la vida.

Cody, que dejaba en el suelo un charco a cada paso que daba, estaba contento. Penetró en una habitación de no gran tamaño y desprovista de todo mueble y adorno.

Había en un rincón un banco hecho con troncos y un par de mantas, no muy limpias, constituían el lecho.

No había más que una rústica chimenea hecha con piedras y barro. En un rincón se veía una mesa y una silla, si por tal se podía considerar a un conjunto de tablas.

Las paredes no tenían colgado más que una vieja sartén, que estaba al lado de la chimenea y sobre esta un cuadrito.

El ruido que producían las cataratas, era solo un murmullo en aquel lugar.

Búffalo Bill, perdida toda esperanza quince minutos antes no había soñado en encontrar la salvación y un refugio como aquél. La imaginación del explorador seguía a la causa y se mordió los labios. Después tendió, por segunda vez, la mano a su salvador.

—Muchas gracias camarada — dijo. — Aún cuando usted no parece darle mucha importancia al hecho, ha salvado mi vida y yo le estoy profundamente reconocido.

—La satisfacción es mía por haberle podido servir, señor, — dijo el otro y Búffalo Bill se sintió impresionado por el tono de voz de aquel hombre.

Pero su aspecto era de lo más lamentable posible. Sus ropas estaban horriblemente destrozadas; en muchos puntos tenían piezas cosidas burdamente. Ropa y remiendos se hallaban zurcidos. Llevaba una camisa de franela azul, destrozada por los codos.

Las botas, altas hasta la rodilla, estaban rotas y torcidas. En torno al cuello tenía anudado un viejo pañuelo de seda, y el sombrero, grasiento y deformado eran los restos de un fino Stetson.

Pero la voz del hombre, su acento y sus palabras, produjeron en seguida a Búffalo Bill la impresión de que se trataba de un hombre educado, y según calculó era inglés. Porque aquel hombre hablaba como la generalidad de los habitantes de aquellas regiones, pero con acento británico.

—Yo me llamo Cody, — dijo Búffalo Bill. — William F. Cody. Soy explorador, agente del gobierno ante los pieles rojas... y algunas veces su más encarnizado perseguidor...

—... Pero siempre Búffalo Bill, — agregó el otro. — Ya he oído hablar de usted, señor, en diferentes ocasiones, pero nunca supuse que llegara a tener el honor de conocerlo o de poder hacerle servicio alguno. Tengo un gran placer en haberlo visto y haberle podido ser útil en algo, y ofrecerle hospitalidad en mi modesta choza.

—Me agradaría conocer su nombre, — exclamó Búffalo Bill.

—¡Oh, sí! Mi nombre es Stacey, siempre a sus órdenes. Lamento no estar en situación de poder ofrecerle otra ropa para que se cambiara... Pero, fuerza es confesarlo, voy a encender fuego y nos secaremos. Pero vody a encender fuego y nos secaremos. Mi guardarropa no me permite cambiar de traje cuando me baño.

Indicó con un ademán la única silla que había en la habitación y mientras Búffalo Bill se sentaba comenzó a partir con su cuchillo trozos de leña para encender el fuego.

Búffalo Bill lo observaba con interés. Tenía la convicción que había encontrado en su salvador a un hombre digno de estudio, muy diferente en todo al tipo de los habitantes de aquellas regiones.

CAPITULO II

La fascinación de las Cataratas del Indio Malo

"¿PERO cómo ha llegado usted a encontrarse en ese estado, señor Cody? — preguntó Alan Stacey al explorador. — Me parece muy extraño que un hombre atado de pies y manos pueda aventurarse en dirección de las cataratas, en una canoa. Por supuesto que el final era de suponer. Por fortuna yo estaba sentado en mi viejo lugar favorito y llevaba conmigo el lazo...

—La verdadera suerte ha sido para mí, — respondió Búffalo Bill sombríamente. Fuí sorprendido por una banda de canallas, encabezados por un hombre que se da a sí mismo el nombre de Dave Parsons. Yo no lo había visto nunca pero, al parecer él me conoce a mí. Dicen que mi presencia por estos sitios dificulta la realización de sus planes y por eso trataron de quitarme de enemdio en esa forma. Creo que tendremos algo que conversar, esos caballeros y yo cuando volvamos a vernos y me parece que su sorpresa por ello será grande.

—¿Parsons? — repitió Stacey. — ¿Cómo es su tipo?

Búffalo Bill lo describió lo mejor que le fué posible.

—Es un tipo como de unos cinco pies de altura, fornido, sombrío, con un bigote largo

y barba recortada. Sus dientes son largos y amarillentos y tiene una cicatriz cerca de la barbilla. Le faltaba un dedo de la mano derecha. Sus amigos... bueno tienen el aspecto definido de criminales... Pero es una gente nueva por estos lados.

—Yo creo haberlos visto ya, — dijo Stacey. — Principalmente a Parsons, a quien reconozco por su descripción. Anduvo por aquí con sus hombres hace tres días. Si Cody, tiene usted razón. Parecen una banda de asesinos. Llegaron hasta mi cabaña un día en que yo estaba fuera y al volver los encontré registrando todo.

— Registrando aquí? — preguntó Búffalo Bill, al mismo tiempo que dirigía la vista en su redor. Stacey notó la mirada, y se rió, aunque con un dejo de amargura.

—¿Le parece que poco puede encontrarse aquí, verdad Y sin embargo no miento. Una banda de desconocidos estaban revisándolo todo. Hasta llegaron a levantar las piedras que forman el fogón. Naturalmente que a mi me divirtió la escena. Como yo los ví antes de que ellos me viesen a mí, pude observar todos sus movimientos.

—¿Se molestaron por haber sido descubiertos? — perguntó Bill Cody.

—No. Parecían sólo contrariados por el fracaso de su empresa, — dijo Stacey. — Me pidieron disculpas por haber venido hasta aquí, y me dijeron que no suponían que la cabaña estuviese ocupada. Luego partieron. No causaron daño alguno. A mí me extrañó mucho que viniese nadie a buscar aquí ya que en la choza no hay nada de valor, excepto...

Se detuvo. Su mirada se dirigió hacia algo que estaba colgado en la pared. Era un pequeño retrato, — una miniatura pintada en marfil, y cuando el joven, — no alcanzaría aquel hombre a tener treinta años, — miró aquel retrato su rostro adquirió una expresión singular.

Primero una sonrisa burlona había desplegado sus labios, pero al mirar la miniatura, la luz de una gran terneza se reflejó en sus ojos.

—¿Quién es ella? — preguntó Búffalo Bill, porque la miniatura era de una mujer ana joven y hermosa mujer.

—¡Un recuerdo! — respondió secamente Stacey. — Sólo un recuerdo de lo más puro, santo y bueno que para mí hay en el mundo. ¡Pero. bah! Me estoy volviendo sentimental, Cody. ¿Quiere que preparemos algo para comer? Tengo algo de harina y carne de búfalo.

—¡Gracias! — respondió Bill. — Lamento haberme mezclado en sus asuntos privados. Pero usted es una persona que me parece muy interesante, Stacey. Deseo conocerlo bien.

Stacey se dirigió a un rincón y sacó de un escondite una cantidad de harina y comenzó a hacer una especie de tortas en la sartén. Búffalo Bill lo observaba detenidamente.

Quedó admirado primeramente de sus manos; no eran las de la generalidad de los que vivían por aquellas regiones salvajes del Oeste, y a pesar de ello tampoco parecían las de un ser ocioso.

Sus dedos eran largos y afilados y al moverse para tomar los objetos. lo hacían de Bill haber visto otros semejantes y eran los de las manos de un famoso médico cirujano que había ido al Oeste para efectuar algunas partidas de caza, y Cody había sido utilizado como guía.

Todo aquello contribuyó aun más a que Búffalo Bill observase detenidamente al joven. Aquel Stacey era un hombre refinado y se notaba tanto por sus modales como por sus palabras.

—¿Usted vive aquí solo? — preguntó Búffalo Bill.

—Sí, solo, — fué la respuesta. — No creo que nadie tenga interés en venir a vivir aquí conmigo.

—¿Minería? ¿Investigaciones? — preguntó Bill. Comprendía que iba algo lejos en sus averiguaciones, pero tenía verdadero interés en saber algo acerca de su salvador.

—Realmente me costaría trabajo responder qué es lo que hago aquí, — fué la contestación. — Pero este sitio es tan bueno como otro cualquiera para vivir en él. No falta nada. — Y miró en su redor sonriendo, como antes con un dejo de tristeza. — Además están las cataratas... Me atrae.

—¿Usted es inglés, verdad? — preguntó Búffalo Bill.

Stacey hizo un movimiento. Miró detenidamente a su interlocutor y permaneció un momento en silencio antes de responder.

—Supongo que mi acento me ha traicionado, — dijo. — Yo creí que ya no se notaba. No es que tenga a menos ser inglés, pero tengo la convicción de que no volveré jamás allí. De hecho tengo razones para suponerlo así. Pero el caso es que ahora no soy más que un honesto ciudadano norteamericano.

—¿Y por qué no va a volver a Inglaterra? — preguntó Búffalo Bill.

Stacey enrojeció y se mordió los labios.

—Realmente, señor, — dijo luego. — No creo que tenga usted ningún derecho a mezclarse en mis asuntos privados, de esa manera. No creo que sea privilegio de los naturales de este país mezclarse en los asuntos de los que los visitan. Yo le agradezco ese interés, pero...

Búffalo Bill se puso en pie y colocó una mano sobre el hombro del joven.

Búffalo Bill era un tipo muy parecido al joven y al mirarlos así uno frente al otro, difícil era manifestar cuál de los dos era más distinguido y fino. El rostro de Cody estaba curtido por el sol y el aire de las llanuras. Su largo cabello caía sobre los hombros y su pintoresco traje contribuía a formar el agradable conjunto.

Alan Stacey, era esbelto, pero no se adivinaba en seguida su gran fuerza. Y no obstante debía tenerla ya que había logrado salvar a Búffalo Bill. Mas tenía un encorvamiento en sus hombros que no era propio de un hombre de su edad.

—Oigame, compañero, — exclamó Búffalo

Bill mirando tranquilamente a su salvador. — No quiero que vea usted en mí a un simple curioso cualquiera. Pero soy un hombre que he visto los más diversos tipos en este país, en consecuencia, sé la clase de personas que pueden ser dignas de una buena amistad... Y yo deseo ser amigo suyo.

La desconfianza se fué desvaneciendo del rostro de Stacey.

—Esto sí que es gracioso, — exclamó riendo. — Hace mucho tiempo que nadie me hablaba de esta manera... Bien, ¿qué desea? — preguntó mirando de nuevo a la miniatura.

—Deseo saber si es que puedo ayudarle en algo, — agregó Cody. — Usted me ha hecho un enorme servicio hace poco... Le debo la vida, y bien, dígame si puedo hacer algo por usted.

—¿Y cómo va a ayudarme? — preguntó el otro. — ¿Por qué supone que necesito ayuda? Yo me encuentro muy bien.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer? — preguntó Cody. — Compañero, me ha interesado usted. He adivinado algo más de lo que usted se figura. Usted es una persona distinguida, — un "gentleman" inglés. — Aquí parece usted ser un hombre sin ambiciones, que vive la vida de un ermitaño, junto a las Cataratas del Indio Malo, y aparentemente sin hacer nada que justifique su existencia... Y eso no está bien, muchacho. Este es un país joven y rico donde hay lugar para todos. Unicamente los canallas, los bandidos, los que no respetan las leyes y temen el progreso y están satisfechos de no contribuir al desarrollo de la prosperidad del país.

Stacey inclinó el hombro bajo la presión de la mano de Cody. Su rostro había enrojecido y no se atrevió a afrontar la mirada de Búffalo Bill. Se mordió los labios para no hablar.

—¿Acaso no tengo razón? — continúo sereno Búffalo Bill. — ¿No tiene necesidad de contarme algo? Puede estar convencido de que nadie a quien Cody llame su amigo tendrá nada de que arrepentirse. Usted se encuentra aquí por un deseo mal entendido. Está prdiendo inútilmente su vida. ¡Oh! Yo leo muy bien en al mente de los hombres.

—Al parecer es así, — respondió al fin Alan Stacey con una risita chillona. — Puede considerarse un maestro en ese arte, Cody... Pero no tengo nada que contarle, amigo mío... No hay razón que justifique su interés.

—Pero si no existe otra que la de que usted me ha salvado la vida, Stacey. Yo jamás olvidaré esa buena acción, como jamás olvido las malas. Ahora, óigame. Uno de estos días las Cataratas lo atraerán si no cambia de modo de ser... ¡Oh! Yo he oído muy curiosas historias acerca de estas cataratas. Más de un indio ha encontrado deliberadamente su fin en ellas... Lo mismo que Parson intentaba hacer conmigo enviándome allí en una canoa sin remos... Y usted, amigo mío, está muy cerca de terminar su vida en esa forma. Los hombres blancos que viven por estas regiones tienen una árdua y larga labor que realizar y se deben entregar a ella en cuerpo y pensamiento.

—Sí, — dijo en voz baja Staley. — Yo he pensado frecuentemente en ello. Las Cataratas me llaman a menudo en forma insistente y pienso que al fin terminarán por jugarme una mala pasada... ¿Pero acaso sabe usted todo esto respecto a mí?... — Yo no trabajo... acaso estoy considerado como un vagabundo al margen de la ley.

Búffalo Bill experimentó un estremecimiento. Aquella posibilidad no se le había ocurrido.

—Pero, yo no creo que usted pueda ser semejante cosa. Usted no es hombre capaz de llevar solo una vida de delincuencia y usted no tiene compañía Usted es víctima de una historia que yo deseo conocer. A riesgo de ser mal juzgado, repito que deseo conocerla... ¿Por qué se encuentra usted aquí, viviendo de esta manera?

Avanzó un paso. Varias veces durante su discurso, el joven había dirigido varias miradas hacia la miniatura. Cody la tomó del clavo que la sostenía.

—Un momento, — exclamó Stacey adelantándose para arrebatar el retrato de las manos de Cody.

Este evadió el movimiento y Stacey lanzó un grito ronco y se abalanzó ciego sobre el explorador. Con el puño cerrado le dió un golpe en el cuello haciéndole tambalearse.

—¿Qué hace? — preguntó Cody tranquilamente, aun cuando la sangre se le había agolpado en el rostro. — Lamento mucho que haya llegado a este extremo.

Tendió el retrato a su huésped. Luego marchó sin pronunciar palabra hasta la chimenea y se puso a secar sus botas.

Alan Stacey permaneció contemplando el retrato que tenía en su mano. En sus ojos brillaba una singular mirada. Después dió vuelta a la miniatura y la miró por el dorso.

Entretanto, Búffalo Bill había estado distraído con sus botas De la garganta de Alan Stacey brotó un ronco gemido. En seguida el joven se desplomó sobre la única silla que había, colocó los brazos encima de la mesa y hundió entre ellos la cabeza. Sus hombros se levantaban convulsivamente. ¡El hombre lloraba!

Búffalo Bill no quiso interrumpirlo. Después de secar sus botas se dirigió lentamente a mirar por la ventana esperando que Stacey se tranquilizara.

Su vista se fué paseando de un punto a otro por el barranco en que se encontraban Era verdaderamente curioso e iba a terminar, después de un declive, a uno de los costados de las Cataratas del Indio Malo, a centenar de yardas de distancia.

Vió algo de pronto que hizo que su cuerpo se pusiese en tensión. Allí, en el punto donde terminaba el barranco, en el costado de las Cataratas del Indio Malo se veían algunas figuras a caballo mirando hacia la choza. Y los ojos de Búffalo Bill, acostumbrados a mirar a la distancia, pronto reconocieron quiénes eran.

Stacey continuaba sentado y con la cabeza entre los brazos, sosteniendo entre sus manos la miniatura, cuando Búffalo Bill miró hacia el interior de la habitación.

Rápidamente buscó Búffalo Bill un arma. Su rifle, revólvers y cuchillo habían caído al agual al volcarse la lancha. Pero Cody vió un rifle, y corrió a tomarlo. Era un arma moderna, un Colt de repetición. Lo revisó y vió que tenía la carga de ocho balas.

Se echó el rifle al brazo, abrió la puerta de la cabaña y tomando el lado derecho del barranco, marchó hacia las cataratas.

Había una enorme cantidad de peñascos y aprovechándose de ello llegó hasta cerca del grupo formado por los hombres, quienes habían desmontado.

Se detuvo a unas cincuenta yardas de distancia. Su boca se desplegaba con una sonrisa. El rostro de uno de los hombres estaba vuelto hacia él y el bandido señalaba con el brazo tendido hacia las cataratas.

El ruido que hacían las aguas era tremendo y por eso Búffalo Bill no podía oir lo que decía, pero sí vió que al señalar se reía. Aquel hombre era Dave Parsons.

Bill Cody, se aproximó un poco más y cuando estuvo a mucha menos distancia de los otros se tendió de bruces detrás de una pequeña peña. Levantó el rifle y tomó puntería, pero no a ninguno de los hombres con preferencia.

Se reía cuando observó que entre Dave Parsons y el hombre que estaba más cerca había una peña. Luego oprimió el gatillo.

Era una forma de llamar la atención del grupo de canallas. La bala rebotó en la piedra con un ruido que se oyó sobre el de las cataratas, e hizo que todos se volviesen, pero no les fué posible ver a Cody

Búffalo Bill hubiera querido oir algo de lo que decían cuando chocó la bala contra la peña. Pero no le fué posible. Luego se puso de pie, y llevando el rifle al brazo, avanzó deliberadamente hacia el grupo. Había en total, contando al jefe, Dave Parsons, seis hombres.

Tan ajenos se hallaban a que pudiera aparecer nadie, que todos, incluso el jefe, se habían despojado de sus armas, y Cody pudo, con toda tranquilidad, tenerlos bajo la amenaza de su rifle.

Era una cosa cómica ver la expresión del rostro de aquellos canallas al reconocer quién era el hombre que les había aparecido.

Dave Parsons palideció horriblemente, y temblando de miedo, levantó las manos.

Los otros no se hallaban en mejor situación de ánimo, pero Búffalo Bill no se preocupó de ello. Mirando principalmente al jefe, no dejaba de amenazar a todos.

Luego, dirigendo la vista hacia las cataratas, comprendió cuál era la causa que había motivado la risa de Dave Parsons. En la parte baja, entre los montes de espuma que levantaban las aguas al caer, y sujetos por dos grandes rocas, se veían los restos de la canoa en que había sido colocado Búffalo Bill, y en la que seguramente hubiese hallado la muerte, de no ser salvado a tiempo.

—No me parece muy correcto eso de que venga usted a reirse junto a mi tumba, Parsons, — dijo alegremente Cody.

Y aun cuando el bandido no pudo oir lo que le decían, le costaba trabajo creer que Búffalo Bill estuviese ante él en carne y hueso y no como un fantasma.

—Ahora, — agregó Cody, — echen a andar delante de mí.

No oyeron la orden, pero como el explorador les indicó con un enérgico ademán la dirección del barranco, comprendieron cuál era su deseo, y echaron a andar en dirección de la cabaña de Alan Stacey.

—Abran la puerta y adentro todos, — ordenó Cody cuando hubieron llegado. — Tengo algo que decirles.

Fué Parsons el que abrió la puerta. Tan pronto como los bandidos penetraron seguidos de Búffalo Bill, Stacey se puso en pie y miró sorprendido a todos. En cuanto los reconoció, sacó el revólver y amenazó a Parsons. Búffalo Bill lanzó una carcajada al mirar el terror que reflejaba la cara de aquellos bandidos.

—Me acerqué hasta sus cataratas, Stacey, — dijo Cody. — Y como me encontrase allí a estos señores, los traje. Supongo que no tomará a mal que haya dispuesto así de su casa.

—¡Mil víboras! — exclamó Dave Parsons. — Es una voz humana. Diga, Búffalo, ¿está vivo o es un fantasma?

—Estoy vivo y bien vivo, — respondió Cody, riendo. — No es tan fácil como usted suponía, eliminarme a mí, Dave. Lamento darle este disgusto. Ya ví por la forma en que se reía, que mi muerte le producía gran satisfacción. Sírvase aceptar mis disculpas si tiene algo que protestar por verme vivo, diríjase a Stacey

—Bueno, — exclamó Parsons. — ¿Qué piensa usted hacer?

—No se precipite, Dave, — fué la respuesta de Cody. — Pienso atarlos bien a todos ustedes y ponerlos en un lugar seguro. Stacey, mi amigo, irá hasta donde han dejado ustedes sus caballos y traerá los lazos que hay en las monturas. ¿Verdad, Stacey, que sería una lástima cortar su lazo después de la admirable labor que ha realizado?

Stacey sonrió y obedeció. Pocos minutos más tarde regresaba con dos lazos de los canallas. Búffalo Bill los cortó en varios trozos, y momentos después todos, Dave y sus compañeros, estaban atados como ellos habían hecho con Búffalo Bill para meterlo en la canoa.

—Me parece que no es correcto infestar el ambiente de la cabaña de mi buen amigo con su aliento... Pero no hay otro remedio. Deseo que permanezcan en seguridad hasta que yo resuelva lo que voy a hacer con ustedes.

Hizo una seña á Alan Stacey, quien le siguió fuera de la cabaña.

—Yo no creo, — le dijo tranquilo, — que esa gente haya venido hasta aquí por la sola razón de ver la canoa en que yo debía encontrar la muerte. Usted me ha dicho que estuvieron aquí antes, y yo quisiera obligarlos a que nos dijesen qué interés tienen en andar por estos lugares. ¿No tiene usted ninguna idea al respecto, Stacey?

—En absoluto, — respondió el otro, — únicamente que

— Se detuvo y Búffalo

Bill esperó a que completase su idea. — Cody, — exclamó. — Yo lo he ofendido hace un momento porque usted había tomado el retrato de esa joven. Estoy arrepentido y deseo que me disculpe. Ya le contaré todo cuanto a mí se refiere. Ahora confío en usted. Deseo que me considere su amigo... Cody, yo no tengo ningún otro amigo en el mundo... Ninguno.

—¿Y esa muchacha? — comenzó a decir Búffalo Bill.

Stacey movió las manos. Se miró las destrozadas ropas y rió con amargura.

—¿Puedo en estas condiciones llamar mi amiga a una joven así? — preguntó. — No, Cody. Usted tenía razón en cuanto me había dicho. Yo soy un ocioso, un hombre inútil. Y cuando me llamo a mí mismo un proscripto, un hombre al margen de la ley, no me falta razón para ello. Estoy lejos de mi patria, que como usted supuso, es Inglaterra. He descendido hasta colocarme al nivel de los indios. Hoy por hoy no hay razón ninguna en la tierra que justifique mi existencia... — Se detuvo, y el ruido de las cataratas del Indio Malo se oyó claramente. — Todos los días oigo con mayor insistencia el llamado que me hacen esas aguas. La fascinación de las cataratas es muy real, y me explico que algunos indios hayan perecido ahogados en ellas. Cuanto más días permanezco en estos sitios, con mayor insistencia me llaman.

—¿Y por qué se queda? — preguntó Búffalo Bill. — ¿Por qué no se marcha?

Stacey permaneció en silencio un instante.

—No lo sé, — respondió. — Pienso que en medio de la enorme desesperación que se ha apoderado de mí, hay un rayo de esperanza. Vea un indio al que hice una vez un gran servicio, — todos creían que se moría, — me dijo que si podía "encontrar" algo en estas cataratas, conseguiría mi felicidad. Pero nunca he sabido lo que aquello significaba. ¿Se referiría a la felicidad de morir o a alguna otra, como?...

Hizo una pausa y dirigió la mirada hacia las cataratas.

—¿Como cuál? — preguntó Cody.

—No sé, — dijo el joven. — Pero en una o dos ocasiones he sentido el bienestar de una gran esperanza... ¿Por qué andan rondando por aquí esos hombres?

—Eso es lo que deseo yo averiguar, — agregó Búffalo Bill. — Pero cero que va a ser difícil conseguir que nos lo digan. Estos sitios le pertenecen a usted.

—No, — exclamó riendo el otro. — Esta es la "tierra de nadie". Yo acampé aquí un día atraído por el espectáculo de esas cataratas y construí la cabaña. Luego, cuando murió por fin el indio y me dijo aquellas palabras, me sentí más atraído. Era un buen hombre aquel piel roja... Yo traté de salvarle otra vez la vida... Pero era un caso perdido. Murió de consunción.

—¿Entonces, por lo que deduzco, es usted médico? — preguntó Búffalo Bill, observando de nuevo las manos de su amigo.

—Yo era médico, — manifestó Stacey. — Pero justamente cuando trabajaba para crearme un nombre famoso, tuve mala suerte. Un error, no mío precisamente, pero del que era responsable por descuido, hizo que se suministrase una medicina equivocada a un niño, que murió. Me costó gran trabajo demostrar la verdad. Yo no estaba en muy buena amistad con el padre de la criatura, y... aunque quedó establecido el error, ocurrió lo natural. La gente no tiene mucha fé en los médicos que se equivocan... y tuve que emigrar.

Búffalo Bill hizo un gesto de comprensión.

—Casos así se presentan con frecuencia.

—Lo sé, pero me ví obligado a venir aquí a América. Hace de esto cuatro años. Esa muchacha me prometió serme fiel... y se que cumple su palabra. Pero yo estoy aquí cada vez más hundido, — se miró la ropa y agregó riendo. — Ya vé usted qué clase de hombre soy para que una muchacha confíe en mí.

Búffalo Bill, cambió bruscamente el tema de la conversación. Lamentaba la situación del joven. Un hombre inteligente como era no debía abandonarse y era fuerza que tratase de salir a flote. El caso sería tal vez difícil, pero nada conseguiría permaneciendo allí de aquella manera.

—Supongo que usted sabrá que puede registrar con su nombre esta propiedad y acreditar que le pertenece, — dijo Cody.

—Sí. Lo sé. Pero ¿qué puedo conseguir con ello? — dijo Stacey sorprendido.

Sin responder, Cody se volvió y penetró en la cabaña, donde encontró a Dave Pearson y a sus hombres, atados y discutiendo unos con otros.

—Oiga, Búffalo, — dijo Parsons cuando apareció Cody. — Quiero que hablemos reservadamente dos palabras.

Búffalo Bill lo miró con desconfianza y luego volvió la vista hacia Stacey.

—Muy bien, — dijo éste. — Yo me voy a retirar. — Y así lo hizo.

—¿Qué ocurre? — preguntó Búffalo Bill.

Dave Parsons miró uno por uno a todos sus hombres, e hizo seña con la cabeza a Cody para que se acercase. El explorador lo imitó.

—Yo y mis compañeros, hemos hablado ya del asunto, Búffalo, — dijo Parsons. — Y hemos resuelto ofrecerle a usted un negocio. Nosotros estamos indiscutiblemente en una gran deuda con usted... Pero vamos a tratar de desquitarnos. Díganos Búffalo Bill, ¿En qué condiciones nos dejaría marchar? Nosotros tenemos un secreto que puede hacer que usted acceda a nuestro pedido.

Búffalo Bill demostró interés. De todos modos no dejaba de sorprenderle la desfachatez del otro. Arqueó las cejas y exclamó:

—¿Cómo es eso?

—Nosotros podemos hacer que reuna mucho dinero si accede a perdonarnos — agregó Dave Parsons. — Estamos en condiciones de ofrecerle algo de mucho valor y en lo sucesivo nos convertiremos en unos buenos muchachos.

—Bueno. Hable con claridad. ¿Cuáles son

sus condiciones para que yo pueda considerarlas?

El cerebro del gran explorador trabajaba activamente. Estaba convencido de que Dave Parsons tenía buenas razones para no abandonar la región de las Caratas del Indio Malo y la razón no era seguramente la fascinación que ejercían sobre otros hombres.

—Puedo hacerle reunir una fortuna... y otra para cada uno de nosotros, — dijo Dave Parsons. — ¿Quiere venir con nosotros?... Claro está que este maldito inglés no entra en el negocio. Si olfatea la existencia de la fortuna todo está perdido para nosotros. Si usted nos deja ir lo haremos rico por el resto de su vida, y podrá marchar a Ohío y vivir allí confortablemente por el resto de sus días.

La atracción de volver a Ohío y vivir la vida de la gente civilizada, no atraía particularmente a Búffalo Bill, cuyo corazón se sentía atraído por la vida salvaje del Oeste. Pero fingió conmoverse.

—¿Donde está esa fortuna? ¿Qué es? ¿Oro?

Dave Parsons se encogió de hombros.

—Vea Búffalo. Supongo que no nos supondrá tan cándidos que le vayamos a contar todo... Pero déjenos marchar y será rico por el resto de sus días. ¿Accede?

Búffalo Bill, frunció el ceño. Luego sin responder una palabra sacó el cuchillo y cortó las ligaduras de los seis hombres. Un gran ruido de pisadas fuertes, sacudidas y estiramiento de brazos siguió a aquel acto. Búffalo Bill no se preocupó mayormente de ellos y se limitó a empuñar un revólver que había quitado a Dave Parsons.

—¡Váyanse! — exclamó señalando la puerta.

—Oiga Búffalo. ¿Nos va a dejar que marchemos sin ninguna arma?

—¡Váyanse! — repitió Cody.

Y Dave Parsons y sus cinco hombres partieron.

Cuando se alejaban, miraban maliciosamente al explorador. Sin duda no vacilaron en considerarlo entre el grupo de los seres cándidos. Su escape de las manos de la justicia había sido muy fácil... Sólo con prometer a Búffalo Bill que lo harían rico.

Montaron en sus caballos, pero no disponían de arma alguna, y se pusieron en marcha. Búffalo Bill sorprendió a Dave haciéndole burla, lo saludó y había más indicios de mofa en este saludo que en el otro.

—¡En el nombre de Dios! — exclamó Alan Stacey cuando él y Búffalo Bill volvieron a quedarse solos. — ¿Por qué los ha dejado escapar?

—Debe haber un tesoro de alguna especie y no muy lejos de aquí, Stacey — respondió tranquilamente Búffalo Bill. — Ellos tienen, más o menos, idea del lugar en que se halla. Me han prometido una participación cuando lo encuentren, en pago de su libertad.

—¿Pero... pero cuando se la van a traer?

Al ver el gesto que hizo el joven Búffalo Bill no pudo por menos de reirse, sin pensar en ofender a su amigo.

—No he hecho arreglo ninguno con ellos, — dijo. — Me hicieron el ofrecimiento pero yo no les contesté, en realidad si aceptaba o no. Pienso que volverán cuando les parezca. ¿Creo que no le disgustará a usted encontrarse de pronto con una fortuna hecha?

Los ojos de Alan Stacey tuvieron destellos de codicia como Búffalo Bill había visto reflejarse en los de otros hombres. ¡Dinero! Cody comprendió que eso podría levantar el ánimo de aquél joven... Salvarlo. No era el tipo de los que podrían labrarse una fortuna a fuerza de trabajo rudo. No estaba educado para ello. Era hombre de ciudad. Además existía aquella joven, quien no se amoldaría tampoco a compartir una existencia ruda, de privaciones y peligros. Sí. Una fortuna aunque pequeña podría salvar a Alan Stacey de la desesperación que lo dominaba, — acaso salvarle la vida, — porque Búffalo Bill comprendía que las Cataratas le atraían cada vez con mayor insistencia y acaso llegara el momento en que no pudiera resistirse.

—¿Y qué se propone usted hacer, Cody? — preguntó Stacey.

—En primer lugar vigilaré a Dave Parsons y a su banda. Pero para hacer eso es necesario aparentar que abandonamos estos lugares. Voy a decirle lo que debemos hacer. Yo me alejaré ostensiblemente y usted se instalará en cualquier otro punto. Dave Parsons y sus hombres van a reconocer pulgada por pulgada estas cataratas hasta que den con lo que andan buscando. Yo no sé lo que es, pero sospecho que se trata de oro. Usted tratará de vigilarlos y tan pronto como vea que han encontrado algo viene en mi busca y me lo comunica. Usted me encontrará siempre cerca de Laramie a unas diez millas de aquí. En Laramie hay una oficina para registrar los yacimientos de oro, — si se trata de ese metal, — usted se cerciora del sitio en que está y lo registramos antes que Dave Parsons y su banda.

—¿Y no es robarles eso? — exclamó Stacey.

—¿Y qué hay en ello? — preguntó Cody. — ¿Supone usted acaso que unos canallas como ellos andarían con escrúpulos? ¿Si viven fuera de la ley con qué derecho van a buscar amparo en ella? Les quitaremos el yacimiento. Que trabajen para descubrirlo y así me pagarán la mala acción que han cometido conmigo. Ellos me deben una indemnización. Créame, amigo mío. Si fuera usted el que lo encontrase primero ellos no vacilarían en despojarle a usted del hallazgo.

Stacey no dudó ya.

—Conozco un lugar admirable donde puedo instalarme, — dijo. — Venga conmigo y le indicaré donde está. Está cerca de las cataratas. Siento renacer en mí una nueva esperanza y ya las cataratas no me atraerán por mucho insistencia que pueda

llamarme. Estoy seguro de ello. Cody, con una prudente cantidad de dinero, puedo regresar a Inglaterra y si esa muchacha, — ¡Dios la bendiga! — me ha sido fiel como creo, podré ofrecerla una vida de confort y tranquilidad a mi lado.

—Vamos, — exclamó Búffalo Bill, más para disimular sus ideas que para manifestar impaciencia por el sentimentalismo de Stacey. — Vamos a ver ese sitio.

Stacey echó a andar en dirección de las cataratas. Al llegar al extremo del barranco, al pie de la caída de las aguas volvió hacia la derecha y pronto llegaron a un estrecho borde que parecía haber sido hecho a pico en la pared de roca. Era un sendero que iba en sentido ascendente hasta llegar a la mitad del peñasco, donde terminaba.

Era necesario no poco cuidado para trepar por allí. Unicamente una persona de nervios muy equilibrados y sin temor ninguno podía caminar por aquella cornisa. Un mal paso era la muerte. Al final de ese sendero había una grieta en la pared de piedra.

Stacey marchó delante indicando el camino. La abertura era lo suficiente ancha como para dar paso al cuerpo de un hombre. Cuando Stacey y Búffalo Bill pasaron por allí se encontraron en una gran caverna que tendría lo menos veinte pies de altura y otros tantos de ancho, penetrando, al parecer en las profundidades de la tierra.

—¡Es un hermoso lugar para ocultarse y vivir retirado! — exclamó Búffalo Bill. — Pero, como dice usted bien, las cataratas se oyen mucho aquí.

Tenía que gritar para hacerse entender porque el ruido de la caída de las aguas ensordecía. Desde mucho más arriba caía el líquido elemento en forma abundante, de piedra en piedra, y los montes de espuma y las gotas de agua finas como partículas de polvo formaban una densa niebla que impedía distinguir lo que había más abajo.

—Bueno, — exclamó Búffalo Bill, — puede usted instalarse aquí. No es un mal lugar para permanecer oculto y vigilar al mismo tiempo las cataratas y los movimientos de los que vengan a ellas.

CAPITULO III

El secreto de las cataratas

BUFFALO BILL encontró su caballo en el sitio donde lo había dejado maneado cuando fué sorprendido por Dave Parsons y su banda. Lo ensilló, montó en él y se dirigió a la localidad de Laramie.

Cody era en aquellos tiempos un hombre muy ocupado. Siempre estaba dispuesto y hallaba ocasión, para prestar apoyo a los que estaban en apuros. Pero su ocupación no le permitía nunca hacer largas ausencias de los lugares que tenía designados como cuartel general, y Laramie era uno de ellos. Trabajaba como agente del departamento de los asuntos indios y su obligación era cuidar el orden entre los pieles rojas que habitaban las montañas y las praderas.

Mientras Cody se dirigía a cumplir con sus deberes, Alan Stacey se instalaba en forma tan confortable como las circunstancias lo permitían, en la caverna situada a mitad de camino en la pared de roca de las Cataratas de Indio Malo.

Nadie que hubiese conocido poco antes a Stacey hubiera podido imaginarse que iba a cambiar de un modo tan radical en tan poco tiempo. El día anterior era un hombre sin ánimos para nada, ni esperanza alguna. Pero ahora sus ojos brillaban, su paso era firme y sus espaldas no estaban encorvadas.

A veces hasta canturreaba en voz baja, y al darse cuenta de ello reía alegremente, como si todas sus preocupaciones hubiesen huido de él.

Y todo aquel cambio obedecía tan sólo a que un hombre fuerte y animoso se había convertido en amigo suyo y le había mostrado una nueva forma de ver la vida. ¡Eso era capaz de hacer Búffalo Bill por los que consideraba sus amigos!

A la mañana siguiente de haber convenido con Búffalo Bill la conducta que habían de seguir, Stacey despertó en la caverna y miró hacia el exterior por la hendidura que constituía la entrada. Las aguas de las cataratas proseguían su canción, pero Stacey podía oirla ahora sin sentirse atraído por ella.

Estaba admirado del cambio que había experimentado y descendiendo por el estrecho sendero llegó hasta la parte inferior de la cascada y continuó su camino aguas abajo hasta donde el curso del río volvía a seguir tranquilamente su marcha hacia el Platte River. Allí se desnudó y se metió en el agua.

Terminado su baño volvió a vestirse y reanudó su marcha hacia la caverna. No había llegado al punto donde comenzaba el sendero, cuando divisó unos jinetes. Habían desmontado siguieron luego la dirección del barranco donde se encontraba la cabaña habitada anteriormente por él. Una corta observación le permitió reconocer al jefe del grupo como a Dave Parsons.

Una peña que se encontraba cerca le permitió a Stacey ocultarse para continuar sus observaciones. No lo habían visto y era de suponer que los hombres no esperasen ser observados por ningún ser humano.

Se comprendía que habían ido hasta la cabaña y que su satisfacción había sido grande al hallarla desierta, ya que volvían riendo

Los canallas permanecieron quietos al pie de las cataratas, observando todo. Dave Parsons era el que miraba más detenidamente. Luego, de pronto, vió algo. Al principio Stacey creyó que indicaba el camino que conducía hasta su nueva residencia, pues Parsons marchó en aquella dirección.

Más en lugar de ascender por aquel camino, Dave tomó otro que comenzaba un poco más abajo y que parecía avanzar ho-

izontalmente hacia el corazón de las catatas.

Parsons apoyó la mano derecha en la roca y pronto desapareció entre la niebla. Permaneció fuera de vista durante algunos minutos, mientras sus compañeros hablaban entre sí acerca de lo arriesgado de aquel paso, pero Stacey no pudo oir nada de lo que decían.

Luego, empapado como un perro que sale del agua apareció Parsons y señaló hacia el punto de donde había venido.

Stacey hubiera dado la mitad de su vida por saber cuál era el pensamiento de aquéllos hombres. Debían ocuparse de algo muy importante porque hablaban con excitación y gesticulando mucho. Luego, mientras Stacey observaba los seis hombres volvieron al barranco y dejaron a Stacey solo detrás de la peña.

—Han encontrado algo, — murmuró el joven doctor. — Voy a ver si averiguo lo que es.

No se preocupó de averiguar si realmente habían desaparecido los bandidos. Pensó que se dirigían a la cabaña donde antes vivía él.

Caminó por la cornisa de piedra que había seguido Parsons. No se había dado cuenta antes de su existencia. Probablemente el nivel de las aguas, si es que existía un posible nivel en aquel hervidero, hizo que el sendero aquél quedase al descubierto.

Pero el hecho era que por una u otra razón el paso existía ahora visible y como Parsons había hecho avanzó apoyando su mano derecha en la pared de piedra.

Pronto estuvo en el centro de la cortina de agua, que dejaba un espacio libre entre la pared, pero no tardó n encontrar una hendidura, como de seis pies de ancho que permitía ascender hasta un nivel más alto.

Caminó por allí como unos cincuenta pies y encontró allí el final del sendero. En aquel lugar hacía mucho frío, a pesar de que la temperatura era templada.

Allí encontró algo que no había visto hasta entonces, no obstante haber recorrido las

Unos navegantes en apuros

cataratas. Cuando la pared de piedra descendía hasta alcanzar el nuevo nivel, un centenar de pies más abajo, formaba una entrada en la que se llegó a formar como un lago. Stacey se encontró entonces en una extraña situación. A su izquierda estaba la pared de agua que descendía en enorme cantidad desde la altura. A su derecha estaba la roca y en ella la especie de caverna-lago.

Es imposible describir el ruido que le ensordecía pues las cataratas estaban por completo sobre su cabeza y a sus pies. La expedición era peligrosa a causa de tener que caminar por un espacio limitado y sumamente resbaladizo.

Un paso en falso equivalía a una terrible y segura muerte, pues a parte de la caída de su cuerpo recibiría constantemente toneladas y toneladas del agua que caía con fuerza.

Pero experimentaba una especie de fascinación que lo determinaba a seguir sus investigaciones, hasta encontrar algo de lo que trataba de descubrir.

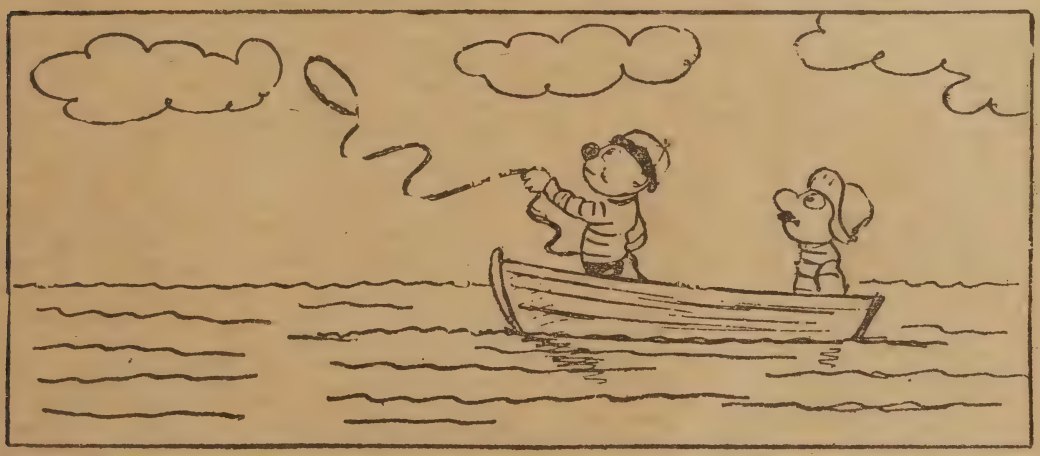
Pulgada por pulgada avanzó por el traicionero camino, con el corazón latiendo aceleradamente y los pulmones oprimidos por la falta de aire. Y ese malestar se acrecentó a medida que avanzaba pues no era aire sino humedad lo que respiraba.

Pero al fin, entre la semi oscuridad que lo envolvía notó que su mano, que continuaba apoyada en la pared de roca daba en el vcío. Se detuvo y miró un oscuro sendero que comenzaba.

—Es otra cueva — exclamó y avanzó apoyándose con pies y manos. Luego encontró mayor espacio y pudo incorporarse. Habían sido exactas sus suposiciones, pues se hallaba en otra cueva, ocura, húmeda, hhorrible.

A medida que se fué acostumbrando a las tinieblas, notó las características del lugar en que se hallaba. Era una cueva no muy alta, poco más alta que él. Al principio el piso era de sólida roca pero casi en seguida se formaba como una hondonada llena de agua. Un pozo de poca profundidad. Se sen-

La nube salvadora



tó en el borde y sumergió las piernas hasta que al llegar a la altura de sus rodillas el agua, los pies estaban al fondo.

Había perdido toda noción de precauciones para evitar el peligro. No pensaba más que en satisfacer su enorme curiosidad y descubrir todo lo que pudiera descubrir.

Se puso de pie en aquel pequeño pozo y avanzó hacia el centro, extendiendo una pierna primero y luego la otra.

No tenía una idea fija de lo que podía encontrar pero obraba casi maquinalmente. Le detuvo y hundió los brazos hasta el hombro en las aguas, para sacar del fondo algo que parecían pequeñas piedras.

Estaba muy oscuro allí para averiguar de lo que se trataba. Su ropa estaba tan mojada que intentar encender un fósforo era inútil. Acercó aquello a sus ojos pero no consiguió descubrir qué clase de metal era el que tenía entre sus dedos. Para ser piedras eran muy pesadas. Llevó una a la boca y trató de morder.

—¡Es metal! — murmuró. — ¡Acaso oro!

Unicamente volvió a agacharse una vez, y otra, y otra. Y siempre sacó puñados de aquellas piedras con las que llenó los bolsillos al extrmo de que pronto notó que le pesaban con exceso. Entonces, enceguecido pensó tan solo en abandonar aquel lugar, terrible, fascinador.

Su marcha hacia la parte de afuera y por las cataratas fué larga y ardua. Pero luchó agobiado por el enorme peso que llevaba en los bolsillos.

Comprendía que hubiese marchado mucho mejor de haber arrojado una parte de la carga; pero ardía de curiosidad por saber con exactitud la naturaleza del material que había encontrado en el pozo.

Podía arrojar todo, menos una pequeña parte; pero aquella idea no se le ocurrió, y sólo pensó en salir cuanto antes al lugar en que el barranco se unía con la parte inferior de las cataratas.

En cuanto llegó se sentó en el suelo. Su cabeza no pensaba más que en lo que había visto y encontrado. No se preocupaba de Dave Parsons ni de su banda de canallas; todo lo olvidó. Hasta se borró de su memoria el mismo Búffalo Bill. Solo pensaba en conocer la verdadera naturaleza de aquellas piedras que tenía en los bolsillos.

Con ellas formó un montón entre sus pies. Febrilmente fué tomando una por una y las fué limpiando hasta que la luz del sol reflejó algo amarillo.

Apenas podía dar crédito a lo que veía. Solo pensaba en que en un lugar oculto de aquellas peligrosas cataratas existían cantidades ciento de veces y acaso miles de veces mayores que las que él había tomado.

—¡Y esto es oro! — murmuró al fin. — ¡Oro!

Volvió a los sentidos en forma violenta. De pronto, en su baile chocó contra algo y sintió que un par de brazos lo rodeaban. Cuando estuvo en condiciones de ver y comprender notó que un hombre lo sujetaba y que en torno suyo se hallaban Dave Parsons y sus hombres.

—¿Qué es esto? — preguntó, — e inmediatamente tres hombres se arrojaron sobre él, y lo arrojaron al suelo imposibilitándole toda defensa. Le dieron crueles golpes hasta que perdió los sntidos. Dave Parsons y su banda, lo contemplaron y observaron la pila de oro que había sido diseminada durante la lucha de Stacey y sus asaltantes.

—¡Mirad! Ha encontrado oro! — exclamó Parsons. — Vean muchachos no lo maltraten mucho. ¡No vayan a darle muerte! No perdamos esta oportunidad. El ha encontrado el oro que nosotros estamos buscando desde hace tanto tiempo. Acaso logremos que nos diga exactamente donde está el oro y cómo hay que hacer para conseguirlo.

Transcurrió bastante tiempo antes de que Stacey moviese los párpados y sus ojos se abriesen. Cuando lo hizo así, su mirada carecía de expresión y su primera sensación era que le dolía terriblemente la cabeza.

Se llevó a ella las manos que conservaba libres. Luego miró en torno suyo y notó que se hallaba tendido en su cama y en su anterior vivienda.

No estaba solo. Se hallaban a su lado tres hombres. Al principio aquellos hombres estaban sentados y hablando cerca de la chimenea en la que ardía un buen fuego.

Los hombres, según pudo notar Stacey, se dedicaban a secar sus ropas mojadas y llenas de barro. Entonces recordó que él también se había mojado y que mientras permanecía sin sentido debía haberse resfriado porque de pronto comenzó a temblar y a poco estornudó con violencia.

Aquel ruidoso estornudo hizo que los tres hombres que se hallaban junto al fuego volviesen la cabeza hacia él. Stacey los reconoció entonces. Uno era Dave Parsons, los otros dos, compinches suyos.

—¿Qué tal? — exclamó Parsons levantándose al ver que Stacey había recobrado los sentidos. — ¿Se ha dormido bien, compañero? Durante algún tiempo llegué a temer que mis camaradas se hubiesen excedido en sus demostraciones... Pero estoy encantado con que no lo hayan muerto.

Stacey se sentó en su cama. Su boca estaba reseca, sus ojos le ardían y el dolor que experimentaba en la cabeza era insufrible. Pero, a pesar de ello podía coordinar las ideas.

—¿Qué hacen ustedes aquí? — preguntó trabajosamente — Me parece conocerlos Pero...

—Ya lo creo que nos conoce y no es necesario que nos presentemos. — respondió Parson.— Sí, amigo mío. Como ya le dije antes, siento una gran satisfacción al ver que conserva usted la vida.

—¡Gracias! — contestó Stacey riendo tristemente. — ¿Qué hora es?

—¡Cualquiera! — exclamó Parsons. — Pienso que es la indicada para que nos informe acerca de algo que tenemos deseos de conocer. Diga, ¿de dónde había sacado ese montón de oro en torno al cual bailaba hace algunas horas?

La palabra oro trajo a la memoria de Sta-

cey una enorme cantidad de acontecimientos. Se levantó y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oro! — exclamó. — Ya lo encontré. ¡Es mío! ¡Mío! Yo lo necesito... Me salvará. Hará que yo vuelva a ser un hombre.

—¿Qué es lo que dice? — preguntó Parsons, avanzando hacia el joven, a quien tomó violentamente por un brazo. — Oiga. No estamos aquí discutiendo tonterías. ¿Nos va a decir usted dónde ha encontrado ese oro?

—En las cataratas... Detrás de ellas, — murmuró Stacey. Pero después de permanecer callado un momento trató de echar a andar, lo que impidió Parsons, arrojándolo violentamente contra el suelo de la cabaña.

—¡Quieto! Yo voy a ir a registrarlo todo, — exclamó ¡Quieto aquí!

—No. Yo voy a buscar el oro... Es para mí la vida... No quiero seguir llevando esta existencia de perros; necesito vivir.

Dave Parsons le dió un golpe brutal en la cabeza. Stacey lanzó un grito y retrocedió; pero se rehizo en seguida y se lanzó contra el jefe de los bandidos.

Sus manos estaban tendidas hacia adelante buscando la garganta de su agresor. Pero encontró el frío caño de un revólver que se apoyó en su mandíbula. Al mismo tiempo Parsons le tendió una zancadilla y Stacey cayó de espaldas lanzando un grito.

—Vea, — rugió Parson, y su cara había adquirido una horrible expresión. — Creo que ya es hora de que nos dejemos de locuras. Nos va a decir en seguida dónde está el oro. Eso será lo correcto o de lo contrario... — Y volvió a amenazarlo con el revólver.

—Yo lo he encontrado solo. Usted puede hacer lo mismo, — respondió Stacey en tono de desafío. — Yo no se lo diré jamás... ¡Perro!

—Yo sé que está en algún punto de las cataratas. — agregó Parsons. — Y hemos andado buscándolo, pero sólo encontramos una cueva vacía... Pronto. Díganos lo que usted sepa.

—Podría decirles algo... Pero no quiero, — agregó Stacey recuperando las energías — Primero consentir; en que me cuelguen... Eso es una cosa muy fácil para ustedes, canallas!... ¡Es su profesión!

—Como hacerlo, ya lo creo que podemos, — dijo Dave Parsons con una diabólica sonrisa. — Pero ahora se trata de otra cosa que de colgar imbéciles. Vea, su vida es demasiado preciosa para arrancársela... Pero no carecemos de recursos para hacer hablar a los que enmudecen voluntariamente. Le vamos a dár a elegir, entre decirnos todo en seguida sin qu le causemos ningún daño o hacer que nos veamos obligados a emplear métodos especiales para que hable. ¿Qué resuelve?

—¡Hagan lo que quieran! ¡No hablo! — respondió Stacey con resolución.

Vió por la mirada que le dirigieron aquellos hombres que eran capaces hasta de torturarlo.

Pero Stacey no carecía de valor y devolvió la mirada con otra de desafío. Prefería perder la vida antes de pronunciar las palabras que habían de servir para que aquellos infames saciasen su sed de oro. Se hallaba decidido a morir antes que hablar... aun cuando lo torturasen... Jamás revelaría el secreto de las cataratas a aquellos infames.

—Bien, — exclamó Parson. — Creo que encontraremos la forma de desatar su lengua. ¿Recordará lo que hicimos ayer con Cody? Ese no es más que uno de nuestros sistemas más sencillos.

Stacey se encogió de hombros. Cody había tenido la suerte de encontrar un salvador en el momento preciso. No era probable que a Stacey le ocurriese lo mismo... Pero no tenía miedo.

—Hagan lo que quieran, — exclamó. — Estoy a merced suya, canallas, más no lograrán que hable.

—Eso es lo que está por ver, — respondió Parsons. — Vamos Bud, y usted, Jeff, atenló.

Stacey luchó. Dió vigorosos puñetazos y puntapiés, y recibió otros muchos. Pero su resistencia fué inútil. Era un hombre fuerte y valeroso, más se hallaba en deplorables condiciones por los golpes que había recibido.

A pesar de que los tres hombres que trataban de reducirlo, sufrieron las consecuencias, por fin lograron atarle los brazos con fuerza tal que las cuerdas penetraron en sus carnes.

—¡Llévenlo! — ordenó Parsons, y Stacey fué conducido fuera de la cabaña. No marcharon siguiendo la dirección del barranco sino que treparon hacia la parte superior en dirección al borde de las cataratas. Así llegaron hasta la roca en que Stacey se encontraba sentado el día antes cuando vió a Búfalo Bill que avanzaba hacia la muerte tendido en la canoa.

—¡Oiga! — exclamó Parsons acercando la boca al oído de Stacey y poniendo las manos en forma de bocina para que el ruido de las enfurecidas aguas no apagase su voz. — Pienso que este es el mejor lugar para hacerle desistir de su locura... Antes de que vayamos más adelante, ¿quiere decirnos donde ha encontrado el oro?

Stacey movió negativamente la cabeza al mismo tiempo que hacía un vigoroso gesto con el cuerpo.

Los hombres que sujetaban habían aflojado un poco la presión de sus manos y Dave Parsons que se encontraba entonces entre él y el borde de la enorme roca, recibió un golpe en el pecho.

El bandido se tumbó hacia atrás y lanzando un grito abrió los brazos como para caer. Pero uno de sus camaradas con admirable rapidez lo tomó por la ropa cuando iba a desaparecer en el vacío para caer entre las aguas que lo hubiesen rrastrado hacia las cataratas.

Dió un tirón vigoroso y lívido y lleno de terror Parsons fué lanzado hacia la parte de tierra.

La expresión del rostro del bandido cuando pasó el momento de miedo al ver la muerte de cerca, horrorizaba. Era un animal salvaje dominado por la ira. Profirió frases tan terribles, amenazó en forma tal, que Stacey no dudó de que había llegado el momento de morir.

Y se sentía alegre porque aquello hubiera equivalido a terminar de una vez, sin ser sometido a tortura ninguna.

Dave Parsons, golpeó con las manos abiertas, el rostro de su prisionero, mientras sus camaradas lo mantenían firme. Aquello era lo más horrible de soportar para el joven doctor.

Durante aquel feroz castigo insultó a sus cobardes agresores. Entretanto los otros hombres de la banda se habían reunido con ellos. Llegaban con las ropas empapadas en agua.

Poco a poco se fué calmando la ira de Parsons, a medida que iba dando órdenes a sus secuaces. Por la cabeza de Stacey pasaron una cuerda que formaba un ancho nudo corredizo

El joven cerró los ojos y apretó los dientes convencido de que aquel nudo iría a cocolocarse en torno a su cuello. Pero lo pasaron hasta más abajo. Fué llevado hasta la mitad del cuerpo. Luego el otro extremo de la cuerda, lo hicierno pasar por encima de una rama horizontal y bastante alta de un árbol, y una vez hecho esto, Parsons murmuró algunas palabras.

—Lo vamos a hacer bajar hasta las cataratas para que se sumerja en sus aguas, muchacho. Se hubiese evitado semejante molestia, de haber sido juicioso y de haber hablado... Pero creemos que cuando considerá que ya tiene bastante sufrido se resolverá a manifestarnos dónde está el oro para que lo vayamos a buscar nosotros.

Stacey miró hacia las aguas del revuelto río y miró la cuerda que aparentemente iba a ser el único soporte de su cuerpo. El ruido de las cataratas lo atontaba. Parecía que ya no había esperanza alguna para él y deseaba terminar de una vez.

—¡Acaso no deseen volverme a levantar! —Desearán que mi propio peso me vaya hundiendo en el agua.

La perspectiba de la muerte no lo asustaba. Era el horror de permanecer suspendido sobre aquellas enloquecedoras cataratas por quién sabe cuánto tiempo, lo que más le preocupaba.

—¡Vamos! ¡Ya es hora! — ordenó Parsons y dos de los hombres le dieron un violento empujón precipitándolo desde el borde de la peña.

Por un momento se sintió caer. El aire silbaba en sus oídos y el ruido de las cataratas penetraba en su cerebro. Luego vino la detención violenta y un fuerte dolor en todo el cuerpo.

La cuerda había resistido la sacudida. Estaba colgando del borde de la gigantesca roca, al extremo de la resistente, aún cuando delgada, soga

Y las Cataratas del Indio Malo, rugían, silbaban, y con sus misteriosas voces lo llamaban insistentemente... Pero no podía obedecer al llamado. Una cuerda, una frágil y quebradiza cuerda, lo tenía suspendido entre la vida y la muerte, mientras él imploraba que se acabase el martirio.

CAPITULO IV

BUFFALO BILL PAGA SU DEUDA

BUFFALO BILL se hallaba sentado en su oficina de Laramie, ocupado en varios asuntos referentes a su empleo de agente de asuntos indios en aquella parte de Wyoming. Pero no había ninguno ni de importancia, ni urgente, y el gran explorador se había quedado un momento inactivo observando por la ventana la pequeña ciudad de Larambie, entonces de mucha menor importancia que actualmente, pero ya un centro de importancia en la administración india.

Los pensamientos de Búffalo Bill estaban fijos en aquel extraño hombre que habitaba junto a las cataratas del Indio Malo. En Alan Stacey.

El explorador se preguntaba por qué se interesaba tanto por aquel hombre quien, según su propia confesión, era un ser sin ambiciones ni deseos de vivir; un miembro casi inútil para la sociedad y que no se había hecho salteador y aventurero, por orgullo. Stacey era un caso curioso, pensó Cody, razón por la cual se interesaba por él.

—Quiero ayudarlo, — murmuró mientras cargaba su pipa. — No tiene mucha suerte y la vida que lleva realmente es como para desalentar a cualquiera... En cambio, como le sean un poco favorables los acontecimientos se curará por completo. ¿Pero cuál será el atractivo que lleva a Parsons y a sus hombres hacia las cataratas?... Debe haber algo de importancia allí... Y, sin embargo, aquel no es un lugar donde abunde el oro... Pero... Pero no me extrañaría...

Frunció el ceño y se quedó pensativo durante unos momentos. Repasaba los incidentes de su aventurera existencia. Entonces acudió a su memoria algo que pudiera ser una solución del problema que le preocupaba.

—Solwyn, el buscador de oro loco... — murmuró, como siguiendo el curso de sus pensamientos. — ¡Ya murió! ¡Pobrecillo! Pero siempre andaba por aquellos sitios... ¿Y poco antes de morir no me habló de unas cataratas donde había ocultado todo el oro que poseía?... Nunca me dijo el nombre de las cataratas, pero...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por alguien que llegó. Se trataba de cobrar unos pequeños impuestos a un indio, pero aquello le ocupó algún tiempo.

Poco después tomó su sombrero, cerró la oficina y fué al establo donde se encontraba su yegua Kitty. La ensilló y se puso en marcha hacia las cataratas del Indio Malo. Deseaba hablar nuevamente con Stacey a fin de buscar juntos algo a que el buscador de oro loco, había aludido.

Solwyn había sido una personalidad en Colorado, diez años antes, cuando Cody era un muchacho, a pesar de lo cual ya había iniciado su vida de aventuras.

Le había hablado de la mina de oro que encontró mientras lo calificaban de loco. Al fallecer Solwyn, Cody se hallaba presente, y

en su delirio, el minero pronunció extrañas palabras que Búffalo Bill consideró producto de un cerebro desequilibrado. Hizo referencia a unas cataratas, pero no indicó cuales.

Mencionó un estanque, empedrado de oro por él, a fin de ocultar el precioso metal para librarlo de las garras de los bandidos que le habían seguido en sus andanzas hacia el Este del Colorado.

Cody sentía en sus oídos el nombre de las Cataratas del Indio Malo como si fuese el penetrante sonido de una campaña.

Dejó su yegua oculta en un barranco y prosiguió su camino a pie, hacia donde se encontraba la cueva que constituía la nueva vivienda de Stacey, cuando divisó un grupo de hombres que iban desde las cataratas a la vieja cabaña.

Reconoció en seguida a Dave Parsons y a sus hombres, y se ocultó tras la roca que también había servido a Alan Stacey para esconderse, pocas horas antes.

—Voy a vigilarlos, a ver lo que tratan de hacer. — murmuró.

Siguió sus huellas, como un perro, y pronto llegó a la gran roca que él conocía muy bien. Era la misma en que se encontraba Stacey el día antes. cuando él avanzaba por el río dentro de la canoa.

—¿Qué intentan hacer? — pensó.

Pronto lo iba a saber. Vió que los hombres se detenían y comenzaban a izar algo que estaba junto al agua.

En seguida lanzó una exclamación de asombro porque, después de tirar de una cuerda, los otros habían levantado un cuerpo humano. que en cuanto llegó al nivel de la roca cayó a los pies de aquellos bandidos.

—¡Stacey! — exclamó Búffalo Bill. — ¿Pero qué hacen con él?

Sacó el revólver. Se hallaba a no más de treinta yardas de distancia de Parsons y sus hombres.

Vió que el jefe y otro canalla castigaban al médico, que tenía los brazos y las piernas atadas. Notó que la expresión del infeliz era alarmante, pues su rostro estaba congestionado y su mandíbulai nferior caía sin fuerza.

Estaba casi desmayado, y aun cuando Búffalo Bill no alcanzaba a comprender aquello, fácil es suponer cuál sería la condición del infeliz Stacey, después de permanecer suspendido sobre las cataratas durante un par de horas, con las cuerdas penetrándole la carne y el ruido de las aguas zumbándole cerca de los oídos.

Búffalo Bill no podía oir ni una palabra de lo que decían aquellos hombres actores del drama, pero suponía que Dave Parsons preguntaba algo a Stacey, porque el bandido se haba colocado las manos junto a la boca y se aproximó al oído del médico inglés.

Más, a pesar de su evidente agotamiento, Stacey no parecía estar vencido, porque sacuidó negativamente la cabeza con insistencia.

Aquella actitud de Stacey disgustó sin duda a Parsons, porque el salvaje golpeó al indefenso médico en la boca, con el revés de su mano.

Los dedos de Búffalo Bill empuñaron su revólver al ver lo infame de aquella conducta y aparecer un hilo de sangre en la boca de su amigo, quien echó hacia atrás la cabeza en tono de desafío.

Dave Parsons levantó los puños cerrados y los agitó en el aire. Evidentemente, la negativa de Stacey lo desesperaba.

La invencible energía de Alan Stacey se manifestaba, en efecto, pues después de dos horas de martirio, aún tenía fuerzas suficientes para resistirse a decir a los canallas dónde había encontrado el oro.

Dave Parsons hizo una señal con la mano, y tres de sus secuaces tomaron violentamente a Stacey. Este trató de resistirse aún, pero fué dominado en seguida.

El jefe de los bandidos indicó las cataratas. Búffalo Bill adivinó la orden que había sido dada. Parsons, cansado de las negativas de su víctima, resolvía deshacerse de ella.

Dos de los hombers tomaron a Stacey por los hombros y los pies, lo levantaron como a unas seis pulgadas del suelo y lo balancearon para darle impulso al cuerpo. Entonces se oyó la detonación de un revólver.

Uno de los hombres vaciló, se llevó la mano a un hombro, giró sobre los talones y cayó sobre el prisionero. Al ver aquello, los otros cinco canallas se volvieron, para encontrarse bajo la amenaza de los dos revólvers de Búffalo Bill.

Todos levantaron en alto las manos, a excepción del herido. Parsons fué el primero. Uno de los bandidos sufrió un pánico tal, que retrocediendo fué hasta el borde del peñasco y cayó de espaldas al agua.

—Ese se libra de perecer en la horca, — exclamó sombríamente Búffalo Bill, al mismo tiempo que avanzaba hacia el grupo formado por los bandidos.

Los primeros cuidados de Cody fueron para Stacey. El inglés tenía el aspecto de un cadáver, con su rostro como la cera y los ojos cerrados. Habían cedido sus nervios en el momento en que iba a ser salvado.

Cody se fué acercando a los bandidos uno por uno y les fué sacando las armas, que arrojó al río. Luego se inclinó hacia Stacey.

—Tómenlo entre dos de ustedes y llévenlo hasta la cabaña.

Había una decisión tal en la voz y en la mirada de Búffalo Bill, que los bandidos obedecieron apresuradamente. Tomaron de nuevo a Stacey, y bajo la amenaza de Cody todos emprendieron la marcha hacia la cabaña. Cuando llegaron y hubieron colocado al infeliz en su lecho, todos se pusieron ante Cody con las manos en alto.

—¿Qué iban ustedes a hacer con él? — preguntó con acritud. — Ese hombre estaba perfectamente bien.

—¡Bah! Búffalo, — comenzó Parsons con toda audacia. — Pienso que no es necesario ser un lince para comprender ciertas cosas. Ese hombre es uno de los canallas más grandes que yo conozco. Ha descubierto un yacimiento de oro aquí, pero después que nosotros, y trata de despojarnos de él.

Los labios de Cody temblaron nerviosamente

—¡Usted es un mentiroso, Parsons! — rugió. — Eso es cuanto puedo decirle.

—Oiga, Búffalo, — exclamó Parsons. — ¿No creerá que hemos olvidado la promesa que le hicimos anoche? La fortuna a que yo me refería era esa mina de oro. Ya la hemos encontrado y bueno es dejar constancia de que hemos sido los primeros... Una parte de ese oro le corresponde a usted, Búffalo... Reconozco que hemos sido un poco severos con él, pero merecía una lección.

—Y yo sigo opinando que es usted un infame mentiroso — insistió Cody. — Pero no tengo tiempo ahora para perderlo en discutir con usted. Ya sabré cómo encontrarlo cuando lo necesite, ningún hombre se me escapa cuando yo voy tras él.... Acaso usted esté convencido de ello... Bien. Pero por ahora marchese de aquí, no hacen ninguna falta y más bien me molestan... ¡Fuera!

Y señaló hacia la puerta. Como perros castigados, los canallas salieron uno a uno. Ninguno pronunció frase alguna de protesta. Simplemente desaparecieron.

De haber sabido Búffalo Bill algo de lo que ocurrió desde que él dejó solo a Stacey, probablemente no los hubiese dejado partir con tanta facilidad. Pero, por el momento estaba preocupado por su amigo a quién deseaba socorrer y además, como muy bien había manifestado, ya encontraría a todos los de la banda cuando tuviese interés en buscarlos. No había un rastreador en todo el Oeste como Búffalo Bill.

Y el aspecto de Stacey era como para alarmar a cualquiera. A Búffalo le costó mucho reanimarlo y hacerle recuperar los sentidos. Las señales dejadas en el pecho y la espalda por las cuerdas eran horribles.

Cuando Stacey abrió los ojos, su mirada era vaga, sin expresión, era la de un hombre en un estado próximo a la demencia. Al principio balbuceó frases sin hilación. Las cataratas y solo las cataratas parecían haberlo obsesionado. Habló de ellas durante algunos minutos y trató de saltar del lecho.

—¡Me llaman las cataratas! — gritaba. — ¡Cómo he implorado por que la cuerda se rompiese y me dejase ir...

Al fin se quedó dormido, o Búffalo Bill supuso que había caído en una especie de sopor, y el explorador lo dejó quieto mientras meditaba acerca de los acontecimientos pasados.

Había llamado mentiroso a Parsons pero no dudaba de que algunas de las cosas que dijo eran ciertas. Parsons afirmaba que Stacey encontró oro... si era así; ¿el oro estaba cerca de las cataratas?

Stacey no permaneció tranquilo durante mucho rato, pues pronto comenzó a agitarse en el lecho. La fiebre se apoderaba de él. El agua, al salpicar lo había calado hasta los huesos.

El delirio comenzó de nuevo. Pronunció frases incoherentes, pero cada una de las palabras llegaba distintamente a los oídos de Búffalo Bill.

Al pronto las hoyó sin prestar mucha atención, pero al fin comprendió algo de lo que el otro decía a medias.

—¡Detrás de las cataratas!—exclamaba Stacey. — ¡Oro!... La cueva dentro de las cataratas... Esa espantosa pared de agua... ¡La cueva!

—¿Oro detrás de las cataratas? — repitió Búffalo Bill. — ¿Qué pared y qué cueva es esa?

—¡El estanque! — continuó el otro. — ¡Puñados de oro!

Búffalo Bill oyó todo aquello durante un tiempo. Luego Stacey se tranquilizó de nuevo y pareció dormirse en calma. Cuando ocurrió eso, Búfalo Bill se puso en pie, — había permanecido hasta entonces junto al lecho, — y salió de la cabaña.

Avanzó por el barranco y llegó hasta la parte inferior de las cataratas. Encontró allí el lugar en que Stacey dejó el pequeño montón de pepitas de oro y Búffalo Bill las examinó. Solo aquel pequeño montón representaba una relativa fortuna por que el oro era puro y también por el singular tono de su amarillo.

Cody miró a ver si se había extraído del agua, pero como encontró ni rastro de tierra o barro en él dedujo que con toda seguridad no procedía de la tierra.

—Seguramente que no ha sido extraído de entre estas aguas, — murmuró. — No hay hombre capaz de aventurarse entre esas corrientes.

Y tenía razón. Nadie hubiera aventurado un pie dentro del río ante el enorme peligro que ofrecía aquel hervidero de espumas, piedras y agua que caía con enorme fuerza desde la altura.

—Detrás de las cataratas — murmuró Cody.

Miró hacia arriba. Como Stacey distinguió los dos caminos de la roca, uno hasta la cueva donde había establecido su vivienda el médico, y el otro siguiendo horizontalmente la pared de piedra, penetrando, al parecer en las cataratas mismas.

Entonces vió algo que le produjo una enorme sorpresa. De entre la niebla y la enorme cantidad de agua que caía surgió un hombre, pegado como una limosa a la pared de piedra. Avanzaba con gran cuidado.

Búffalo Bill lo observó detenidamente a medida que se acercaba. Pronto lo reconoció como a uno de los canallas a quienes había libertado hasta que se encontrase en mejor situación para detenerlo de nuevo y entregarlo a la justicia.

El hombre tenía toda su atención puesta en el camino, al extremo de que no se apercibió de la presencia de Cody hasta que este le puso una mano sobre el hombro.

El rostro del hombre expresaba temor, y Cody comprendió que no era, seguramente, por el hecho de haberse encontrado con él. Sus manos se levantaron en cuanto lo reconoció, pero el hombre, miraba hacia las cataratas y temblaba.

—¿De donde viene? — preguntó Búffalo Bill.

—De... ahí... — respondió el otro indicando las cataratas. — ¡Es una cosa horrible! — agregó. — Yo no volvería por todo el oro del mundo.

Búffalo Bill no oyó del todo bien las palabras pronunciadas, a causa del enorme ruido que hacían las cataratas, pero sí comprendió lo suficiente para darse cuenta de lo que se trataba.

—¿No ha quedado ninguno por ahí? — preguntó sacudiendo al hombre.

—Sí, Parsons, — fué la respuesta.

—¿Dónde están los otros?

—Se fueron, — exclamó señalando en dirección contraria de las cataratas. — Y creo que yo voy a hacer lo mismo.

—Es lo mejor... ¡Váyase! — ordenó Búffalo Bill dando al hombre un empujón que lo hizo trastabillar.

El bandido, lanzó una mirada al oro que estaba amontonado en el suelo, miró a Cody, pero no se resolvió a tocar el precioso metal. Echó a correr y pronto se perdió de vista. Cody miró al extraño camino y sin vacilar avanzó hacia él.

Siguió hasta llegar al punto en que se encontraba entre la pared de piedra y la formada por el agua que caía mojándolo.

Pero no se detuvo preocupado con las sorpresas que iba a encontrar. Llegó al punto en que era preciso volver hacia la izquierda y entre las sombras se oía con más intensidad el ruido del agua que caía por encima de su cabeza. Como Stacey, se detuvo vacilante, pero reanudó la marcha, consciente de que había allí un misterio que resolver.

Entonces llegó a la cueva que estaba a su derecha. Su mirada estaba más acostumbrada a aquellas exploraciones que la de Stacey. En seguida comprendió donde se hallaba. También encontró la hendidura que conducía a la otra y marchó con relativa seguridad.

La cueva estaba llena de sombras y del ruido de las cataratas. Necesitó algún tiempo para distinguir los detalles de aquel sitio, pero antes de que se diese de todo, algo sólido chocó contra él.

Un par de manos lo agarraron y oyó una voz humana, mientras un rostro se aproximaba tanto al suyo que sintió el roce de unas barbas. Pero era una exclamación de terror, no de ira la que había oído.

—¡Sáqueme de aquí! — escuchó Cody. — Yo voy a morirme.

Búffalo Bill lleno de impaciencia rechazó al hombre. Sabía que era Parsons, y sintió desprecio hacia aquel ser que era valiente al aire libre, pero que manifestaba tanto miedo en cuanto las circunstancias no eran normales.

Parsons se apartó y Cody siguió hacia adelante. Ya estaba en condiciones de ver por donde marchaba. Vió el hueco lleno de agua en el centro de la caverna.

De nuevo volvió a sujetarlo una mano, la de Parsons. El bandido señalaba el agua.

—¡Oro! — murmuró. — ¡Oro! ¡Ahí, en el agua!

Búffalo Bill se desprendió de él, y tranquilamente se hundió en el estanque. El agua le llegaba hasta las rodillas y como Stacey se inclinó y hundió los brazos hasta el hombro. Tomó dos puñados de las piedras del fondo y las acercó a su pecho. En seguida notó que pesaban demasiado para ser piedras.

Pero Parsons lo vigilaba. Sin duda el hecho de que Búffalo Bill encontrase el enorme tesoro qeu esperaba hacer solo suyo le dió nuevos alientos, pues lanzó nu grito de ira y antes de que Cody pudiera adivinar su intención se dejó caer sobre él con todo el peso de su cuerpo haciendo que el explorador, que no pisaba en firme, cayese bajo él hundiéndose por completo en las aguas le la laguna.

Bajo el agua y con todo el peso de Dave Parsons encima, Búffalo Bill estaba en pésimas condiciones para luchar. Las manos de su atacante rodeaban su garganta y al caer tenía la boca abierta y había tragado bastante agua.

Pero, luego de un esfuerzo sobrehumano logró libarse de la presión de aquellas manos y pudo agarrar la nariz de su adversario y obligarlo así a echar la cabeza hacia atrás.

Consiguió de esa manera librarse algo y sacar la cabeza fuera del agua. Se arrodilló sobre las pepitas de oro, y aunque le causaban no poco dolor, pues aparte del peso de su cuerpo tenía el del bandido, pero con el movimiento hizo perder a éste el equilibrio y lo derribó.

Momentos después se hallaban uno frente al otro y de pie.

Búffalo Bill se salió del agua en seguida. A pesar de la situación pensó un plan que le hizo sonreir. Aquel canalla había encontrado el oro, pero no disfrutaría ni la menor parte de él... En cambio lo utilizaría para que le sacase hasta el exterior una cantidad.

Acercando la boca a los oídos de Dave le gritó:

—Trate de salvarse, Parsons. — Puede llenarse antes bien todos los bolsillos. — Y al decir esto indicaba la laguna.

—¡Maldito oro! — rugió Dave. — Yo sólo quiero salir de aquí.

Búffalo Bill lo tomó por el cuello y lo obligó a bajar la cabeza. El canalla hundió los brazos y sacó las manos llenas del precioso metal. Luego instigado por Cody lo metió en los bolsillos. Repetidas veces hizo la operación, hasta que el explorador comprendió que no podía llevar más. Entonces indicó la entrada de la cueva.

—¡Salga en seguida! Y cuando llegue abajo me espera.

El bandido asintió con un movimiento de cabeza.

—Sólo deseo salir, — murmuró con angustia. — ¡Esto es horrible! Creo que jamás volveré aquí, Búffalo.

Este rápidamente llenó también de oro

sus bolsillos, luego tomó a Parsons por el cuello y lo obligó a dirigirse hacia la entrada de la cueva.

No dijo nada, pero indicando la pared de agua que se distinguía del lado de afuera, movió el pie en una forma que el cobarde canalla comprendió que no tenía otro recurso que marchar por el peligroso sendero o de un empujón lo enviarían al pie de las cataratas donde en poco tiempo caerían sobre su cuerpo miles de toneladas de agua.

Salió, pues, de la caverna y marchó por la resbaladiza cornisa. Recargado como iba por el peso del oro, sus progresos eran lentos, aunque no tanto como lo hubiesen sido de estar solo.

Fué una larga y difícil tarea, más al fin los dos hombres llegaron al piso firme y allí Parsons, se sentó en el suelo, ocultó la cara entre sus manos y comenzó a llorar como una criatura.

Sus nervios habían dado ya cuanto tenían que dar.

Pero Búffalo Bill no estaba inclinado a la indulgencia. No existía un amigo mejor que Cody, pero tampoco había peor enemigo. Y Búffalo Bill tenía dos deudas que cobrar al bandido: una la tentativa de hacerlo morir en las cataratas y la otra el tratamiento brutal que habían dado a Stacey, a juzgar por lo que él llegó a ver.

El explorador dió a Parsons un furioso puntapié.

—¡Vacíe sus bolsillos!

Y Parsons obedeció como un cordero. Cody sacó también el metal que había guardado. La carga de los dos, unida a la cantidad que Stacey había amontonado en la tierra, representaba una suma de importancia, pero Parsons no estaba en situación de codiciar nada.

—Ahora, — ordenó Búffalo Bill, — vamos hasta la cabaña.

Parsons no tenía ánimos para resistir. Marchó hasta la cabaña que había en el barranco. Una vez que estuvieron dentro Búffalo Bill tomó un trozo de cuerda que estaba en el suelo y con ella ató las manos y los pies del infame.

—Ahora esperará así hasta que a mí me convenga, Parsons, — dijo sombríamente el explorador. — Me parece que no va a tener ocasión de marcharse otra vez. Me he convecido de que no se puede confiar en usted. Acaso tenga otra ocupación que darle dentro de poco.

Y de un empujón lo sacó de la cabaña.

Luego se aproximó a Alan Stacey que dormía.

—Me parece que todas sus penas han tenido ya fin, amigo mío, — murmuró. — Y creo que le he pagado, en parte, el servicio que me prestó ayer... ¡Duerma tranquilo! Cuando despierte el mundo tendrá nuevos atractivos para usted.

Se dirigió nuevamente hacia el exterior. Cuando salía de la cabaña lanzó una mirada a Parsons, que incapacitado para moverse, a causa de las ligaduras, estaba tomando el sol tendido en el suelo.

—¿Dónde puedo encontrar a los hombres de su banda? — preguntó Búffalo Bill. — Oiga, Parsons, no trate de engañarme. Su obra ha terminado ya y yo soy el que ha de decidir lo que se ha de hacer con usted. ¡Pero no tema morir en las cataratas, lo mismo que pensaba usted hacer conmigo!

El bandido hizo una mueca de indiferencia, pero manifiestamente se veía que abrigaba sus temores respecto al fin que le depararía la suerte.

Contestando a la pregunta que Búffalo Bill le había hecho acerca de los de su banda, describió un cañón que había en las montañas, como a unas tres millas de distancia de allí.

—Bien, — exclamó Cody. — Voy en busca de esa gente, y mientras yo falto de aquí, voy a manifestarle algo para que vaya pensando. En la cueva aquella de las cataratas hay oro, como usted bien sabe; para sacarlo de allí es tarea difícil. Es necesario un rudo trabajo, pero usted y sus hombres lo realizarán a mis órdenes... ¡Hasta luego!

Dió un agudo silbido, y su yegua se aproximó trotando hasta él. Montó, saludó en tono de burla al canalla y dirigió al animal al sitio que Parsons le había indicado.

Fué sólo cuestión de veinte minutos de marcha lo que necesitó para llegar al campamento de los bandidos, situado en las inmediaciones del lugar donde Cody había sido sorprendido al iniciarse esta historia.

Encontró allí cuatro hombres, — todo lo que había quedado de la banda, — sentados en torno a una hoguera, preparando la comida.

Ninguno tenía armas ,pues, como se recordará, Cody se las había quitado, arrojándolas luego al río. Avanzó resueltamente por el cañón, y llegó sin ser notado hasta colocarse detrás de los bandidos...

—¿Es Búffalo Bill otra vez? — gritó el primero de los cuatro, al verlo. — ¡Maldito! Este hombre está en todas partes.

—Ya les dije que los encontraría cuando los necesitase, — manifestó Cody tranquilamente. — Ahora me hacen falta. — Apuntó con su revólver y agregó: — Echen a andar delante de mí, y tengan bien presente que no soy un hombre a quien se le haga con facilidad una mala jugada. Se trata de sacar oro, pero, por desgracia para ustedes, no les va a tocar mucho en el reparto... Vamos. ¡En marcha!

Los bandidos echaron a andar, murmurando desesperados por su impotencia.

. . . . . .

Cuando desembocaron del barranco en la parte baja de las cataratas, Búffalo Bill dió las instrucciones neecsarias a sus prisioneros.

—Yo esperaré aquí a que ustedes regresen. Pero no me hagan esperar mucho tiempo. Creo también que no tendrán gran interés en quedarse en la cueva. Pero si tengo que ir por alguno se arrepentirá de haberme molestado.

Cody aguardó pacientemente. Los canallas

volvieron llenos de terror, pero con los bolsillos repletos de oro ,que derramaron a los pies de Cody.

Lo miraron implorándole, pero él se limitó a sonreir y a hacer un gesto para que volviesen por más oro. Protestaron, pero volvieron aquella y otras veces más, trayendo en cada viaje una fortuna.

Al fin, el explorador comprendió que los nervios de aquella gente no resistía más. Por otra parte, la cantidad de oro amontonado era ya suficiente para permitir vivir con holgura a una persona por el resto de su vida.

—Bien, — exclamó. — Ya basta. — Tomó del montón unas pepitas, que repartió entre los hombres. — ¡Por servicios prestados! — según les dijo, riendo. — Ahora, desaparezcan de mi vista, y recuerden que por esta vez los perdono, pero la próxima que vuelva a encontrarlos en mi camino irán a dar con sus huesos a la horca o a un presidio.

Y con aquella poco amable despedida, los cuatro hombres se marcharon, pensando acaso que no era poca suerte haber salvado la vida.

Búffalo Bill reunió en una manta todo el oro que pudo, la anudó y se la echó al hombro.

Condujo la carga hasta la cabaña de Stacey. Este dormía aun. Descargó el precioso contenido en el suelo y volvió en busca de más. Y así hizo una y otro viaje, hasta que transportó todo el oro. Luego que lo hubo amontonado, Cody despertó a Stacey.

Lo primero que vió éste, al abrir los ojos, fué el montón del valioso metal. Cody tomó un puñado de pepitas y las colocó sobre el lecho.

—Ahí tiene, muchacho, — exclamó. — Todo es suyo. Y no diga nada, pues yo le debo mucho más aún. Creo que es el oro del minero loco. Hace diez años, un hombre lo reunió y murió antes de poder disfrutarlo. Se llamaba Solwyn. Yo me encontraba a su cabecera cuando lanzó el último suspiro, y me refirió lo suficiente para que tenga ahora la seguridad de que este oro es el que él reunión. Al morir lo legó al primer hombre honrado que lo encontrase... y lo ha encontrado usted.

Stacey miró el montón de oro.

—Pero eso no es mío... En todo caso será de usted, Cody. Yo no me explico ni cómo está aquí... Pero como alcanza para los dos, yo podré regresar a Inglaterra y... y...

—Y casarse con la muchacha. Eso es... — completó Búffalo Bill. — Y yo estoy muy satisfecho de haberle podido ayudar en algo... Más, a pesar de todo, aún le quedé debiendo...

—Y la muchacha le deberá a usted, — murmuró Alan Stacey. — ¡Gracias al Cielo!... Pero yo no tendría nada de todo esto de no ser por usted, Cody... Yo he sido un loco, un necio desesperado... Pero encontré en usted palabras de aliento y de regeneración... Me ha transformado con su amistad. Soy otro hombre, Cody. ¡Gracias, gracias!

Se abrazaron. Hasta sus oídos llegaba el rugido de las cataratas.

—Seguid gritando, cataratas, — exclamó con alegría Stacey. — ¡Ahora ya no me atrae vuestra voz!

Las aguas sonaron con más fuerza, al parecer, como si quisieran demostrar así su protesta por haberles sido arrancado el secreto que encerraban en sus entrañas.

Pero Alan Stacey no oía ya más que una voz: la de la joven que aguardaba su regreso a Inglaterra.

FIN DE "EL SECRETO DE LAS CATARATAS DEL INDIO MALO"

—La verdad es que ustedes los que son tartamudos deben pasar ratos muy desagradables. ¿No es así?

—N... n... no; nos con... consolamos con las r... rarezas de los demás. La m... m... mía es tar... tartamudear, ¿y la... la suya?

—¡Hombre! Yo no tengo ninguna.

—¿Co... como mueve usted el a... azúcar de su té?

—Con la mano derecha, naturalmente.

—¿Lo... lo ve usted? Los de... de... de... más lo movemos con u... una cucharita.

✣ ✣ ✣

El: — Señorita: la adoro. Es usted mi ideal en este mundo. ¿Quiere hacerme feliz siendo mi esposa?

Ella: — ¡Pero joven! ¡Si ya le dije que no la semana pasada!

El: — ¡Ah! ¿Fué usted? ¡Disculpe!

Elena: — ¿Sabes que la señora de Rompelanzas me ha asegurado que Roberto está pensando muy seriamente en el matrimonio?

Carlos: — ¿De veras? ¿Cuánto tiempo lleva de casado?

✣ ✣ ✣

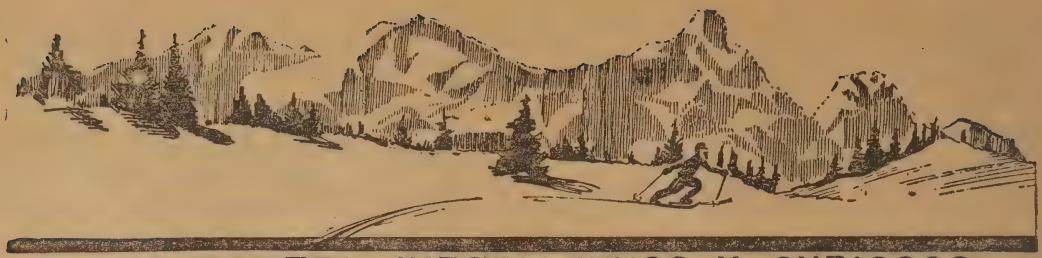
—Pepito, — dice el maestro, — todos los días vienes al colegio sin lavarte. ¿Qué dirías si yo me presentase un día con la cara sucia?

—No diría nada, — contesta Pepito; — es de mala educación criticar a la gente.

✣ ✣ ✣

Juan, en tono insinuante: — ¿Cómo se encuentra usted para prestarle cinco pesos a un amigo?

Pedro: — ¡Bien! ¡Me sería tan agradable! ¡Pero es el caso que yo no tengo ni un solo amigo en el mundo!



INTERESANTES, INFORMATIVOS Y CURIOSOS

Recorriendo diarios y revistas de todos los países del mundo, "Pucky" ha recogido estos breves párrafos que deben ser leídos porque tiene, cada uno de ellos, su interés particular, ya sea como novedad, como dato científico o como curiosidad.

En Tasmania está prohibido fumar en público a toda persona menor de trece años.

✣ ✣ ✣

Cada vez que se sonrie una persona, pone en acción veintiún pares de músculos faciales.

✣ ✣ ✣

En China, cuando un alumno recita la lección aprendida, lo hace dando la espalda a su maestro.

✣ ✣ ✣

La cuarta parte del impuesto a la renta que se cobra en Inglaterra se cobra en Londres.

✣ ✣ ✣

Los caminos de las islas Bermudas, pavimentados con coral apisonado, son lisos como puede serlo una mesa de billar .

✣ ✣ ✣

Se ha inventado una aguja que tiene, en lugar de ojo, una ranura a un lado y que sirve para las operaciones quirúrgicas.

✣ ✣ ✣

Se ha llegado a hilar tan delgado el amianto que se necesitan 20.000 metros de ese hilo para que pesen un kilo.

✣ ✣ ✣

La primera hilandería de algodón se estableció en China hace menos de veinte años y actualmente funcionan ahí 1.250.000 husos y 5.000 telares mecánicos que producen, por año 125 metros de tela.

✣ ✣ ✣

Los pájaros no pueden abrir los dedos de las patas cuando la pata está doblada; esta es la razón por la cual no se caen de las ramas cuando duermen. Si se fija uno en una gallina cuando camina, nota que cierra los dedos cuando alza el "pie" y los abre cuando toca el suelo.

En Chicago hay actualmente unos 150.000 negros. De estos, más de 90.000 llegaron de los estados del Sud durante la guerra.

✣ ✣ ✣

Durante la guerra hubo en Europa muchísimos menos casos de indigestión debido al racionamiento de los víveres que obligaba a una moderación constante.

✣ ✣ ✣

Más de 125.000 kilos de carne de venado fueron enviados el año pasado de Alaska a Estados Unidos. Hace unos años se envió un grupo de 200 venados a Alaska y se han reproducido de tal modo que actualmente hay allí más de 20.000.

✣ ✣ ✣

Una joven de diez y nueve años que se casó hace poco en Nueva York con el padre del esposo de su hermana, vino a resultar suegra de su hermana mayor, madrastra de su propio cuñado y abuela política de su sobrino.

✣ ✣ ✣

El cultivo de plantas de adorno puestas en cajoncitos en ventanas y balcones es una de las aficiones impuestas actualmente por la moda en París y Londres; se venden herramientas pequeñas, a propósito para ese cultivo.

✣ ✣ ✣

En un concurso sobre quien hacía durar más una pipa de tabaco, celebrado en Islington, en 1907, ganó el primer premio un fumador que no dejó de sacar humo de la pipa hasta dos horas y doce minutos después de haber comenzado a fumar.

✣ ✣ ✣

Las utilidades de los propietarios de minas inglesas asciendieron en 1914 a cerca de libras 2.000.000 (diez millones de pesos oro) por mes. Este año ante sde lacrisis tuvieron péridas que llegaron a 5.000.000 de libras esterlinas (pesos oro 25.000.000) por mes.

ORO VIEJO

Desdichada curiosidad

Publica "Pucky" en este número, otro cuento del gran autor francés del cual se insertó otro en el número pasado; como el anterior, es delicioso y encantador, digno del famoso literato que lo firma.

EL señor Saval, notario de Vernón, era muy aficionado a la música. Joven todavía, calvo ya, y siempre cuidadosamente afeitado, bastante grueso, llevando lentes de oro en vez de las antiguas gafas, era galante, vivo, alegre, y pasaba en Vernón por un artista. Tocaba el piano y el violín, y en sus veladas musicales interpretaba las óperas nuevas.

Además, tenía lo que se llaba "un hilito de voz", un hilito solamente, pero la manejaba con tanto gusto, que los "¡Bravo! ¡Exquisito! ¡Sorprendente! ¡Admirable!" salían de todas las bocas en cuanto lanzaba la última nota.

Un editor de música de París le mandaba todas las novedades, y de cuando en cuando, la buena sociedad de Vernón recibía tarjetas redactadas en esta forma:

"Ruego a usted que se digne asistir el lunes por la noche, en casa del señor Saval, notario, a la primera audición en Vernón de... (tal o cual partitura)."

Algunos militares que tenían buena voz hacían los coros. Ya dos o tres damas cantaban también.

El notario dirigía la orquesta y las voces con tanta seguridad, que el músico mayor del regimiento 190 de infantería, dijo una vez en el café de Europa:

—El señor Saval es un verdadero maestro; lástima que no se haya dedicado exclusivamente a las artes.

Cuando alguien citaba su nombre, no faltaba otro que declarase:

—No es un aficionado: es un artista, un verdadero artista.

Dos o tres personas repetían con profunda convicción:

—Sin duda: un verdadero artista.

Y recalcaban mucho la palabra "verdadero".

Cada vez que una obra nueva era interpretada en un teatro de primer orden de París, el señor Saval hacía un viaje.

Ultimamente quiso asistir a una de las primeras representaciones del "Enrique VIII". Tomó el expreso que llega a París a las cuatro y treinta de la tarde, resuelto a regresar en el de las doce y cuarenta y cinco, para no dormir fuera de casa. Fuése ya vestido de frac y corbata blanca, disimulándolos bajo un sobretodo con el cuello levantado.

En cuanto pisó la calle de Amsterdam, fué dichoso y se dijo:

—No hay duda: el ambiente de París no se parece a ningún otro; hay algo en él de activo, excitante y embriagador, que anima y hace concebir muchos deseos. En cuanto llegue a la estación me parece que apuro una botella de champagne.

¡Qué vida tan agradable aquí, en medio de un mundo artístico Felices los grandes hombres, los elegidos que gozan de fama en esta capital del Arte. ¡Qué vida la suya!

Y hacía proyectos; hubiera querido conocer a alguno de aquellos hombres célebres para pasar en su compañía, de cuando en cuando, una velada en París y contarlo después en Vernón.

De pronto tuvo una idea. Había oído hablar de las cervecerías a donde acuden pintores ya conocidos, literatos y hasta músicos, y se dirigió hacia las alturas de Montmartre, lentamente.

Le sobraban dos horas antes de la de ir al teatro. Podía ver alguna cosa. Pasó por delante de las cervecerías donde se reunen

os bohemios desarrapados, contemplando sus cabezas, tratando de adivinar cuáles eran los artistas. Al fin se decidió a entrar en la "Rata muerta", sugestionado por el rótulo.

Cinco o seis mujeres con los codos sobre las mesas de mármol, hablaban de sus asuntos amorosos, de las disputas de Lucía con Hortensia, y de las tunantadas de Palmira. Eran ya maduras, demasiado gordas o demasiado flacuchas; todas fatigadas y gastadas. Se adivinaban las calvas en sus peinados; bebían tanta cerveza como los hombres.

El señor Saval fué a sentarse a distancia de las mujeres, y esperó, confiado en que no tardarían en llegar los artistas, porque se acercaba la hora del ajenjo.

Un gallardo joven, llegó pronto y tomó asiento cerca de Saval. Saludando al recién llegado, la señora del mostrador le llamó Romantin.

El notario sintió una emoción agradable. ¿Sería este Romantin el que acababa de obtener primera medalla en la Exposición de Pintura?

El joven llamó al mozo y le dijo:

—Dame de comer en seguida, y que lleven pronto a mi nuevo estudio, bulevar de Clichy, número 15, treinta botellas de cerveza y el jamón que tengo encargado. Vamos a celebrar la nueva instalación.

Saval pidió también que le sirvieran un cubierto. Se quitó le sobretodo, mostrando el frac y la corbata blanca.

Su vecino de mesa, que sin duda no reparaba en él, había tomado un periódico y leía.

Saval le miraba de reojo ardiendo en deseos de hablarle.

Otros dos jóvenes con la barba en punta a lo Enrique III, y vestidos con cazadoras de paña, entraron, sentándose junto a Romantin.

Uno dijo:

—¿Será esta noche?

Romantin le dió la mano:

— Sí, esta noche. Allí estarán Bonat, Guillemet, Gervex, Biraud, Hebert, Díez, Clairin, Jean-Paul Laurenz. ¡Una hermosa fiesta! ¡Con mujeres! Todas las actrices que no trabajan esta noche.

El dueño del establecimiento se acercó, diciendo:

—Inaugura usted el estudio con mucha frecuencia.

—Verdad que sí. Cada trimestre hay mudanza; en cuanto el casero se obstina en cobrar.

El notario, no pudiendo ya contenerse, metió baza en la conversación.

—Ruego a usted que me perdone, caballero; pero antes oí su nombre y desearía que me dijera si es usted el pintor cuya obra he admirado tanto en la última Exposición.

—Soy, en efecto, Romantin, el pintor premiado con primera medalla.

El notario estuvo muy oportuno en las frases elogiosas que pronunció y que le acreditaban de hombre culto.

El pintor, halagado, contestó finamente a tantas finezas.

Y hablaron.

Romantin volvió a tratar de su fiesta, que sin duda sería magnífica.

Saval, después de preguntarle algo de todas las celebridades que asistirían, añadió:

—Para un forastero sería una fortuna extraordinaria conocer de un golpe tantos hombres famosos en casa de un artista eminente.

Romantin ofreció:

—Si le agrada, vaya usted.

Saval aceptó con entusiasmo, pensando: "Queda tiempo de ver el "Enrique VIII".

Uno y otro acabaron de comer. El notario tuvo empeño en pagar los dos cubiertos, deseando corresponder de algún modo a las atenciones del artista. Pagó también lo que bebieron los de las cazadoras de paña.

Luego salió de la cervecería con el pintor.

Se detuvieron frente a una casa muy grande y de poca altura, sobre cuyo primer piso había una galería de cristales interminable. Seis estudios en fila tomaban luz del bulevar.

Romantin pasó delante, subió la escalera, abrió la puerta, encendió una cerilla primero y después una vela.

Se hallaron en una habitación inmensa y destartalada, cuyo mobiliario consistía en tres sillas, dos caballetes y algunos bocetos clavados en la pared. Saval, estupefacto, quedó inmóvil junto a la puerta.

El pintor dijo:

—Espacio tenemos bastante; pero falta lo demás.

Después, examinando el aposento destartalado, cuyo techo de gran altura se perdía en la sombra, añadió:

—Se podría sacar mucho partido del estudio. Mi querida pudo ayudarnos. Para estas cosas, las mujeres no tienen precio. Pero la envié al campo esta mañana con objeto de librarme de su presencia esta noche. No porque me aburra, sino porque no tiene maneras finas y sus brusquedades podrían desagradar a mis invitados.

—Es una buena muchacha; pero con un carácter imposible. Si hoy supiera que recibo en mi casa, me arrancaría los ojos.

Saval continuaba inmóvil sin comprender todo aquello.

El artista se acercó a él.

—Ya que vino usted, ayúdeme.

—Sírvase de mí como quiera. Estoy a sus órdenes.

Romantin se quitó el saco.

—Bien, ciudadano, ¡a trabajar! Primero se impone un poco de limpieza.

Y detrás del caballete donde había un lienzo con un gato pintado, sacó una escoba muy usada.

—Tome usted, haga el barrido mientras yo me ocupo de la luz.

Saval cogió la escoba, la miró y empezó a frotar con ella el suelo, tan desmañadamente, que levantaba nubes de polvo.

Romantin, indignado, le detuvo quitándole la escoba.

—¿No sabe usted cómo se barre? ¡Caramba! Mire, mire usted cómo lo hago yo.

Y empezó a mover la escoba con ligereza, reuniendo un montón de basura, como si no hubiera hecho en toda su vida más que barrer. Luego devolvió el instrumento de lim-

pieza al notario, el cual procuró imitarle.

A los cinco minutos habíase levantado tanto polvo, que Romantín preguntó:

—¿Dónde se ha metido usted, que no le veo?

Saval se acercó al pintor, y éste le dijo:

—¿Cómo se las compondría usted para improvisar una araña?

El notario, sorprendido, repitió:

—¿Una araña?

—Sí; para la iluminación; una araña con bujías.

El notario dijo:

—No lo sé.

El pintor, haciendo castañetear sus dedos, paseaba:

—Pues bien, ya he resuelto la manera de hacerla.

Luego, reposadamente, prosiguió:

—¿Tiene usted cinco francos?

Saval dijo:

—Los tengo.

El artista replicó:

—Pues vaya en seguida y compre cinco francos de bujías mientras yo voy a casa del cubero.

Y empujó al notario hacia la puerta.

Volvieron pronto, el uno con los bujías y el otro con un aro de cuba. Luego, Romantín sacó de un armario de pared veinte botellas vacías y las ató en el aro. Fué a pedir una escalera de mano a la portera, explicando a Saval que la tenía propicia por haberle retratado la gata.

Al subir con el artefacto preguntó a Saval:

—¿Es usted un hombre ágil?

Sin comprender el objeto de la pregunta, el notario contestó:

—Creo que sí.

—Me alegro; usted puede subir a colgar mi araña en el techo, y poner luego en cada botella una bujía. Tengo la vena de la iluminación. Pero ¡caramba! Quítese usted el frac para esto.

Abrióse la puerta bruscamente y apareció una mujer con los ojos muy brillantes.

Romantín la miró asustado.

La mujer estuvo inmóvil y silenciosa, con los brazos cruzados y la mirada fija; luego, con voz vibrante, exasperada, gritó:

—¡Ah! ¡Cerdo! ¡Sinvergüenza! ¿Por qué me has engañado?

Romantín permanecía silencioso. Ella prosiguió:

—¡Ah! ¡Canalla! Y aun presumías de obsequioso, mandándome al campo. Ya verás cómo arreglo yo tu fiesta. Sí. Vy a recibir a tus amigos yo misma...

Se animaba gradualmente.

—Les tiraré a la cara las botellas y las bujías... Ya verás...

Romantín dijo, con dulzura, queriendo apaciguarla:

—Matilde...

Pero ella, sin hacerle caso, proseguía:

—Ya verás, canalla, ya veréis todos una cosa buena.

Romantín se acercó a la mujer intentando acariciarle una mano:

—Matilde...

Pero ella estaba furiosa, vomitando frases groseras, insultos, reproches de toda clase que brotaban de sus labios como un torrente de inmundicia. Las palabras atropellábanse para salir. Tartamudeaba, barboteaba, se atragantaba, mezclando injurias, amenazas y juramentos. El pintor le había tomado las manos sin que ella se diese cuenta. Ni parecía verle, ocupada sólo en vaciar su corazón. De pronto lloró. Sus lágrimas caían y se mezclaban con sus quejas; pero su voz tomaba inflexiones tristes y sentimentales hasta que se convirtió en un lamento. Quiso insistir en sus provocaciones dos, tres, cuatro veces, pero sus lágrimas acabaron por imponerla silencio, desbordándose.

Y el pintor, enternecido, la oprimió entre sus brazos y la besó en los cabellos.

—Matilde, mi querida Matilde, óyeme, sé razonable. No ignoras que necesito festejar la medalla que me han dado en la Exposición. Hay compromisos inevitables. No es una fiesta de mujeres. Deberías comprenderlo. Los artistas no somos como todo el mundo.

Ella balbució entre lágrimas:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no te disgustaras. Vamos; ahora te llevaré a tu casa; y serás muy buena y muy prudente y te acostarás para esperarme; yo iré pronto.

Ella murmuró:

—Bueno. ¿Me prometes que no se repetirán estas cosas?

—Te lo juro.

Y dirgiéndose al notario, que acababa de arreglar la araña, le dijo:

—Antes de cinco minutos volveré, pero si alguien viniera en ese tiempo, hágale usted los honores de la casa.

Y se fué llevándose a Matilde, que se limpiaba con el pañuelo los ojos y las narices alternativamente

Solo allí, Saval acabó de ordenar las cosas, encendió las bujías y aguardó.

Aguardó un cuarto de hora, media hora, una hora, sin que volviera Romantín.

Después, de pronto, resonó en la escalera una gritería horrible, una canción vociferada por cien bocas; y un paso rimado como el de un regimiento en marcha. Las sacudidas de los pies hacían retemblar el edificio. La puerta se abrió, y una muchedumbre se precipitó en el estudio. Mujeres y hombres, de dos en dos, avanzaban gritando:

Entrad en mi barraca, entrad.
Criados y niños, entrad.

El notario, sorprendido, quedó inmóvil debajo de la lámpara. Los recién llegados, al verle, dando gritos, comenzaron a girar a su alrededor, encerrándole en un círculo de vociferaciones. Luego se tomaron todos por la mano, y bailaron en corro desaforadamente.

—Señores... Señores... Señoras...

Pero nadie le oía. Todos gritaban, saltaban y alborotaban.

Al fin la danza se detuvo, y Saval dijo:

—Señores...

Un joven rubio le interrumpió:

—¿Cómo se llama usted, amigo?

El notario, molestado, respondió:

—Soy el señor Saval.

Una voz dijo:

—Quieres decir, Bautista.

Una mujer añadió:

—Dejadle tranquilo. El mozo acabará enfadándose. Le han pagado para que nos sirva y no para que nos burlemos de él.

Entonces reparó Saval que todos los invitados llevaban provisiones. Uno, vino; otro, pasteles; aquél, pan; éste, jamón.

El joven rubio le puso en las manos un salchichón enorme, ordenándole:

—Prepara el bufé convenientemente. Pon las botellas a la izquierda y los comestibles a la derecha.

Saval, desesperado, exclamó:

—Pero señores, yo no soy un mozo de café; soy un notario.

Hubo un instante de silencio: luego estalló una carcajada brutal.

Un desconocido le dirigió esta pregunta:

—¿Por qué vino usted aquí?

Saval dió explicaciones, relatando su proyecto de asistir a la Opera, su salida de Vernón, su llegada a París. Cuanto le había ocurrido.

Se habían sentado todos a su alrededor para escucharlè, y de cuando en cuando le interrumpían con frases irónicas; algunos le llamaban Scheherezad, recordando las "Mil y una noches".

Romantín no volvía. Llegaban invitados y los primeros, presentándoles a Saval, pedían que les repitiese la historia. El se negaba, pero a fuerza de ruegos e insistencias, le hacían ceder. Le ataron en una de las tres sillas, entre dos mujeres que le ofrecían vino a cada instante.

El notario bebía, reía, charlaba y hasta llegó a cantar. Quiso levantarse y cayó.

A partir de aquel momento perdió el sentido. Sin embargo, le pareció que le desnudaban, que le acostaban y que le dolía mucho el estómago.

Era casi mediodía cuando despertó en una alcoba estrecha, en una cama desconocida.

Una mujeruca, empuñando una escoba, le miraba furiosamente, y al fin le dijo:

—¡Sucio, más que sucio! No es decente ni decoroso emborracharse así.

Saval se incorporó, sintiéndose incómodo, y dijo:

—Por borracho, ¡sucio!; pero no se podía tener de borracho. ¡Arre allá! y váyase lo antes posible. ¡Pronto, pronto!

Quiso levantarse, pero estaba desnudo y no vió su ropa en parte alguna.

—Señora, yo...

Recordando, preguntó:

—¿El señor Romantín no ha vuelto?

La portera dijo vociferando:

—¿Quiere usted callar? Largo de aquí. Al menos que no le vea cuando entre.

Saval, turbado, murmuró:

—Pero si me han quitado la ropa...

Fué preciso avisar a unos amigos, pedirles dinero y comprarse ropa. Tomó el tren de la noche.

Y cuando se habla de música en sus tertulias de Vernón, dice con el aplomo de quien sabe muy bien, que la pintura es un arte secundario, de poco más o menos.

Guy de Maupassant.

Las mesas de caoba, se estropean mucho por poner encima de ellas platos calientes.

Las manchas blanquecinas que éstos dejan se quitan frotándolas primeramente con un poco de aceite común, aplicando luego unas gotas de espíritu de vino y pulimentando la madera con un trapo seco.

El tabaco se desnicotiniza echándolo en una infusión de té muy caliente y dejándolo en maceración el tiempo que se quiera, pues cuanto más está más nicotina pierde. Como no conviene que la pierda toda, despues de algunos ensayos el fumador consigue preparar el tabaco a su gusto.

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

UN CUENTO EMOCIONANTE

Las flores marchitas

por Maurice Leblanc

Tiene todo un encanto típico y original este cuento, escrito por el gran novelista francés cuya habilidad para el desarrollo de estos problemas de íntima psicología es tan extraordinaria como interesante.

AL pasar ante la portería, Juana, distraídamente, preguntó:

—¿Ha vuelto mi marido?

—No, señora; el señor Damoin ha vuelto todavía.

Eran sólo las siete. El matrimonio Damoin comía a las ocho. Juana encontró muy natural que su marido no estuviera aun de regreso.

Tomó el ascensor. Cuando llegó al quinto piso, como había olvidado su llave, llamó.

Al cabo de algunos segundos, se abrió la puerta, y, en la antesala, Juana vió a su marido que acudía hacia ella.

—¿Tú aquí? — exclamó ella. — Acaba de decirme la portera que no habías vuelto aún.

—Está loca, — dijo Raúl Damoin, — riéndose. Pronto hará una hora que estoy de vuelta.

Juana abrazó a su marido, y no pensó más en este incidente.

Al día siguiente, Raúl trajo a uno de sus amigos íntimos para almorzar. Tan pronto como hubo terminado el almuerzo, los dos hombres se fueron juntos.

Juana quedó algún tiempo todavía en su cuarto; luego, se puso su sombrero y bajó.

Abajo, al darle algunas cartas la portera, le dijo Juana en tono de broma:

—Mi marido estaba en casa anoche. ¿No lo había visto pasar?

—No señora. Sin embargo, tengo buenos ojos. Y nadie pasa sin que yo lo vea.

Juana, que había examinado los sobres de las cartas, dijo a la buena mujer:

—Esta es para mi marido. Debió usted habérsela dado hace un rato.

—¿Hace un rato? Pero, si no ha salido el señor Damoin...

—¡Cómo que no! Ha salido con uno de sus amigos, el señor Colnard.

—Conozco muy bien al señor Colnard, y le he visto irse. Pero iba solo.

—¡Ah! — dijo Juana, sin insistir más.

Tenía que hacer una visita, e ir luego a varios sitios. Renunció a todo, se paseó al azar por las calles, y, de repente, y con gran sorpresa suya, se vió de nuevo ante la casa en que habitaba.

Tan pronto como llegó a sus habitaciones, sin siquiera dirigir la palabra al criado, se fué al escrtorio de su marido. Raúl no estaba allí.

Entonces, sntió nueva angustia y se sentó con violencia en una butaca.

El matrimonio Damoin era uno de esos buenos matrimonios formados por el amor, y que, merced al amor, siguen siendo buenos matrimonios, a pesar de la diferencia de los caracteres, la diversidad de gustos y las frecuentes disensiones.

Raúl, escritor conocido, apreciado como poeta y como crítico, era un hombre de trabajo, amigo de la soledad, de la vida tranquila y meditativa. Sabía, por cariño, doblegarse a los caprichos de su mujer, cuya naturaleza se rebelaba contra aquella existencia demasiado sosegada. Pero sufría él por esto. Juana era exigente como todas las amorosas. Quería que de continuo se ocupara de ella su marido, considerando como injurias los largos silencios en que se complacía Raúl, y parecía extrañarse bruscamente cuando, al entrar en el despacho de su marido, no era acogida con exclamaciones de alegría y explosiones de ternura.

—Desde el momento en que no piensas en tu mujer, — decía ella, — es que piensas en otra.

Aquella noche preguntó con natural soltura a Raúl:

—¿Has dado un buen paseo con tu amigo?

—Muy bueno. Colnard me ha llevado al Bosque, y hemos visitado Bagatelle.

Mentía. Eso lo notó ella en sus ojos, que no tenían su mirada franca. Pero, ¿por qué mentía?

En seguida pensó en otra mujer, en esa "otra mujer" de quien con tanta frecuencia le había ella hablado. Pero, entonces, no acertaba a comprender dónde aquella "otra mujer" y Raúl, habían podido darse cita, puesto que Raúl no había salido. Todo el misterio se resumía, precisamente, en este hecho: que, desde hacía dos días, Raúl, a quien creía ella fuera de casa, no había salido. Sin embargo salía. En ese caso...

De pronto sintió como un choque en su cabeza: acababa de adivinar la verdad. Todas las coincidencias, todas las equivocaciones hallaron en su espíritu, repentinamente iluminado, su explicación normal, certera. Puesto que la portera no veía a su marido, es que éste se detenía en alguna parte, en alguno de los pisos de la casa, y que allí se quedaba las horas enteras. ¡"La otra mujer" estaba allí!

Juana pasó una noche espantosa. Según ella, no había duda en la traición de Raúl. No sólo amaba a "otra mujer", sino que, para verla con más facilidad, la había instalado en la misma casa en que vivía su propia mujer. ¡Y para esto se iba todas las tardes! ¡Y por esto había él puesto punto final a aquellos felices días en que iba ella a hacerle compañía en su despacho, días de discusiones, a veces, pero sin embargo tan íntimos, tan ardientes, tan amorosos...

De repente, se levantó. Su marido dormía a su lado. A tientas, callandito, temiendo que el menor ruido lo despertara, tomó el manojo de sus llaves de encima de la mesa en que las dejaba él todas las noches, y se fué al cuarto vecino. A la luz de una bujía, vió que había una llave más.

A las diez de la mañana, Juana estaba vestida, y con su sombrero puesto.

Se llegó al despacho de su marido, para asegurarse bien de que estaba trabajando.

—¿Sales? — le dijo él.

—Sí. Tu madre y tu hermana vienen a comer. Voy a comprar flores.

Cuando hubo cerrado tras ella la puerta de la antesala, sintió latir su corazón. Las citas tenían lugar en el cuarto piso. Sí, lo recordaba, en el cuarto piso. El cuartito que daba al patio, después de haber estado vacío durante un trimestre, estaba ocupado desde hacía algunas semanas. Ciertamente, Raúl lo había alquilado. Y en su mano tenía ella la llave de aquel cuartito...

Sintió casi júbilo, al pasar por delante de la puerta, y oir a la portera que subía la escalera. No se paró, pues; salió de la casa, compró flores, hizo otras compras y volvió.

Sus piernas temblaban, y cuando llegó al cuarto piso, tuvo que sentarse en la silla del descansillo.

Sin embargo, era preciso obrar. La idea de la traición, el odio, la necesidad de vengarse, un ardiente deseo de ver a su rival y de injuriarla, la hicieron levantarse bruscamente y, de un golpe, introdujo la llave en la cerradura. La llave dió una vuelta.

—¡Ah! — gimió Juana, cual si hubiera tenido, hasta el último momento, la esperanza de haberse equivocado.

Pero un espectáculo inesperado la sorprendió. La antesala estaba vacía, completamente vacía. Ningún mueble, ninguna colgadura, ninguna cortina. El ruido de sus pasos fué el que resuena en los cuartos en que nadie habita.

Ante ella, a la derecha, vió un comedor igualmente desnudo, cuyas maderas estaban grises de polvo, y a cuya ventana faltaban dos cristales.

A la izquierda había una puerta, la de la sala. La abrió.

Era una pieza pequeña, muy sencilla, pintada de blanco, sin alfombra. En medio, una mesa de madera blanca y una silla. Junto a la chimenea, una butaca. Por la ventana se veía la alta pared del patio, por encima del cual brillaba un rincón del cielo azul.

Juana se adelantó hacia la mesa. Flores marchitas se podrían en un jarrón. Un cenicero contenía colillas de cigarrillos orientales. Al lado, un portaplumas, tinta, algunas hojas de papel en las que había escritos versos en todos sentidos, como arrojados al azar. Al inclinarse, reconoció la letra de Raúl, del mismo modo que había reconocido sus flores preferidas, sus cigarrillos, el color de su tinta.

Pasó a las demás habitaciones, y observó que estaban igualmente vacías. Entonces, volvió a la sala. Una emoción profunda se apoderó de ella. Quedó largo tiempo contemplando el tranquilo refugio que Raúl había escogido, el rincón de cielo azul ante el cual meditaba, la celdita en donde se había visto obligado a buscar el silencio, la soledad y la paz necesarios para sus meditaciones de escritor y para sus ensueños de poeta.

—Raúl... Raúl... — murmuró, agitada por sentimientos nuevos, turbada por una especie de temor respetuoso al pensar en las alegrías inexplicables que aquél hombre encontraba en sí mismo, en el misterio de su cerebro.

Quitó del jarrón las flores marchitas, las sustituyó por las hermosas flores frescas que había traído, tiró la ceniza de los cigarrillos, puso en orden los papeles, y salió.

✤ ✤ ✤ ✤

Por la noche, al entrar a la hora de la comida, Raúl encontró a Juana que leía en su cuarto. No le dijo nada. Ninguna palabra se cruzó entre ellos; pero se miraron un instante hasta el fondo del alma, con esa mirada grave y dulce, a la que dan una ternura infinita las lágrimas que la velan...

Maurice Leblanc

Continuación: Véase el número 87 de "Pucky"

EL ESPIRITU DE NAVIDAD

EN un cuarto largo y oscuro, alumbrado solamente por tres bujías, estaba sentado Gregory Garfax, solo. La habitación estaba muy fría, pero al hombre no parecía afectarle eso. Estaba sentado y contaba una y otra vez, una pila de billetes de Banco.

—¡Navidad! — dijo con voz chillona y agria. — ¡Que los tontos gasten el dinero, creyendo que se divierten! Yo soy suficientemente feliz contando aquí mi dinero. ¡Cómo me gusta el dinero! ¡El tocarle nada más, me reconforta el cuerpo, me caldea la sangre en las venas!

Se levantó y fué hasta uno de los rincones de la habitación, se inclinó, levantó un pedazo de madera del piso y dejó abierto un hueco como de un pie cuadrado, del que sacó una bolsa que levó a la mesa.

Al poner la bolsa en la mesa, se oyó un ruido metálico. Después desató el cuello de la bolsa.

¡En aquel mismo instante se oyó una risa burlona que repercutió en todo el espacio del cuarto!

Gregory Garfax lanzó un grito, y con las dos manos se sujetó sobre el pecho la bolsa que había sacado del escondrijo y que contenía monedas de oro. Después se volvió aterrorizado y lanzó un nuevo grito de miedo.

Porque una gigantesca figurada alada había surgido, volando, de uno de los oscuros rincones de la habitación.

La figura alada avanzó hasta hallarse flotando sobre la cabeza del aterrorizado avaro. Siguieron a esto unos cuantos minutos de horrible silencio.

—¡Es usted feliz con su dinero esta noche, Gregory Garfax! ¿Eh? — dijo, procedente de lo alto, una voz clara y enérgica; la del alado y enmascarado intruso.

—¡Este dinero es mío! ¡Todo es mío! ¡Puedo hacer con él lo que me dé la gana! — exclamó el avaro.

—¡Hay muchos niños que tienen hambre, en la cercana aldea, a dos millas de aquí! — fué la enérgica réplica del alado visitante.

—¡Eso me importa muy poco! ¡No es asunto que me concierna! — gritó Garfax. — ¡Yo no les he quitado nada!

—Usted les ha arrebatado la oportunidad de tener un poco de alegría y de saciar su apetito, de conocer algo de contento en esta fecha de misericordia y de buena voluntad, de paz y de ventura. ¡Usted negó a Philip Storm el plazo que le pedía; le exigió el pago inmediato de los intereses que le adeudaba y así hizo fracasar su bondadoso programa!

—¡El doctor Storm me debía ese dinero y el plazo para su pago había vencido hacía dos días! — protestó el avaro, muy asustado. — ¡Lo hice así porque estaba en mi derecho! ¡Hombre o demonio, sea usted lo que sea, usted no se ha de llevar nada! ¡A mí no me va a quitar nada!

Fué entonces cuando Roger Fálcon descendió de la altura y avanzando un brazo tomó de la cintura el delgado cuerpo del avaro. Aferrándose tenazmente a su bolsa de oro, el hombre parecía no disponer de fuerza para pelear. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba, era llevado por los aires, después de salir por una de las ventanas de un extremo de la habitación, que estaba abierta.

A través de la cortina de copos de nieve que caía abundantemente, el avaro era conducido con velocidad por el joven alado. Tan aterrorizado estaba Garfex, que no se atrevía a moverse.

El avaro se sentía enteramente dominado y se hallaba aturdido, pues estaba convencido de que había caído en poder de un monstruo alado, procedente de otros mundos.

Roger Fálcon pasó volando por encima de Bleakwold, diez minutos después, y en aquel momento, las manos de Gregory Garfax, en-

durecidas por el frío, no pudieron seguir sosteniendo la abierta bolsa, llena de monedas de oro.

¡La bolsa se volvió, y abierta como estaba, se cayó de las manos del avaro! ¡Un chaparrón de monedas de oro cayó entonces sobre la empobrecida aldea de Bleakwold!

—¡Mi oro! — gritó Garfax. — ¡Mi oro, perdido para siempre.

—¡Su oro no podía haber caído en mejor sitio! — dijo Roger, sonriendo tristemente. — Esa gente desdichada creerá, sin duda, que el Cielo se ha apiadado de ella y le manda ese dinero para aliviar su miseria.

Y siguió volando por entre la niebla, hasta que al fin brillaron bajo ellos las luces de una ciudad de bastante importancia.

—¡He aquí una ciudad! — dijo Roger al estupefacto avaro. — Descenderemos y, sin elegir ningún sitio especial, le voy a hacer ver cosas que usted no ha soñado en todos los años de su vida inútil.

Roger Fálcon descendió en una callejuela desierta y puso al avaro en tierra. Garfax no intentó escapar. Se hallaba por completo bajo el dominio del extraño ser que le había arrebatado de su casa y le había llevado a través de la nieve.

En una esquina de la callejuela se veía una casa pequeña, y un rayo de luz salía de una ventana del piso bajo.

Con la mano apoyada en el hombro del avaro, Roger Fálcon se inclinó, y señaló al interior de la habitación aquella, a través de las cortinas de tul bordado.

Un hombre y una mujer se hallaban muy atareados en torno de un diminuto árbol de Navidad, en el cual estaban colgando una cantidad de juguetes baratos y de vistosos adornos de papel de colores. El hombre era delgado y encorvado, la mujer tenía el rostro tan pálido que demostraba que la vida no era, para ella, una carga liviana. Pero los dos parecían sentirse muy felices, y realizaban su trabajo con verdadera alegría.

—No son muchos los juguetes, querida mía, — dijo el hombre al cabo de unos instantes, — pero créo que a Bessie le van a parecer muy lindos. ¡Bendita sea! ¡Qué disgusto hubiera tenido si no hubiese podido presentársele su Arbol de Navidad!

—¡Ha pensado tanto en la llegada de este día, Jim! — dijo la mujer. — ¡Ella no sabe lo difícil que es hacer frente a los gastos de la casa, aún sin comprar árboles de Navidad! ¡Se sentirá feliz Jim! — agregó. Y se vió una sonrisa de maternal afecto en su rostro desencajado.

El marido apoyó un brazo en un hombro de la esposa.

—Si ella se siente feliz, también nos sentiremos felices nosotros, ¿no es verdad, esposa mía? — dijo él.

—Pero esto significará que tú no podrás comprar tabaco lo menos en dos semanas, Jim, — recordó la esposa. — ¡Y te gusta tanto fumar!

Jim se rió valerosamente.

—¡Quiero a mi esposa y a mi hijita más que a todo el tabaco del mundo! — exclamó. — Me pasaré gustoso varias semanas sin fumar, para que nuestra hijita pueda tener un momento de felicidad. Creo que cuando vea la cara sonriente de Bessie ante el arbolito, no cambiaría mi satisfacción por la que pudiera proporcionarme el mejor cigarro del mundo, en el castillo de un duque.

La mujer, con los ojos rebosando lágrimas ,le miró con ternura.

—El dinero no lo hace todo en este mundo, Jim, — dijo, — y no puede comprar la felicidad que sólo un corazón bondadoso puede proporcionar.

—¡Claro que no! — exclamó Jim, besando a su esposa. — ¡Dios bendiga a quien piensa así, y quiera darle una feliz Navidad!

—¿Ve usted? Ese es el verdadero espíritu de la Navidad, — dijo Roger Fálcon, en vóz baja, al oído del avaro. — Esa gente es feliz porque es buena, y no es egoista.

Mirando como atónito ante él, el avaro se dejó guiar por Roger Fálcon por las oscuras calles. Así llegaron al pequeño local de una modesta misión religiosa, situado en una esquina, en el momento en que salía de él una turba de rientes niños y niñas. Todos iban pobremente vestidos, pero tenían las mejillas rojas de alegría cuando salieron corriendo con manzanas y naranjas en sus manitas.

Cuando el último de los niños se hubo ausentado, un joven sacerdote y una joven salieron a la puerta y vieron cómo se alejaban, riendo, los muchachos.

—¡Qué feliz ha sido la velada, Noel! — exclamó la joven con armoniosa voz. — ¡Nunca me he sentido más feliz que compartiendo la felicidad de todas estas pobrecitas criaturas.

El pastor miró fijamente a la joven durante unos pocos segundos.

—¿No piensa usted en lo que ha costado, adorada mía? — dijo con ternura el joven. — ¡Yo habría pensado que podríamos casarnos para la próxima Pascua, pero nos hemos gastado el dinero que había reunido para amueblar nuestra casita, en obsequiar a los niños pobres, invitándoles a esta fiesta de Navidad!

La voz del hombre, al pronunciar estas palabras, dejaba comprender la emoción que sentía, y el gran sacrificio que había hecho al ceder a sus caritativos impulsos.

—Esperaremos hasta que se haya reunido de nuevo el dinero, ¿no es verdad, Noel? — dijo la futura esposa del joven pastor.

El joven la estrechó la mano

—¡Hay tantas cosas en qué pensar, en este mundo, antes que en la satisfacción de los propios deseos! — murmuró. — Pero la felicidad que hemos experimentado los dos, al ver cómo brillaban de alegría los ojos de todos esos niños, menos dichosos que nosotros, ¿no nos ha pagado con creces el sacrificio hecho? Sí, amada mía; para los dos ha sido una grandísima satisfacción la que nos ha producido el ver cómo se iluminaba con un rayo de luz de felicidad, la oscura existencia de todos esos pobres niños que, sin nosotros, no hubieran podido tener una hora de dicha en esta Navidad.

Estas palabras parecieron penetrar como saetas en la mente del tembloroso avaro,

mientras se alejaba en compañía del muchacho alado. Gregory Garfax veía, por primera vez en su vida, que existe en el mundo algo más que la satisfacción de atesorar riquezas.

EL ULTIMO CUADRO

ECHADOS boca abajo en un techo cubierto de nieve, Roger Fálcon y Gregory Garfax miraban por los vidrios de una ventana, lo que pasaba en una sórdida buhardilla.

Allí, junto a una mesa, estaba sentado un anciano cuya apariencia indicaba que carecía de los recursos más esenciales para la vida. Frente a él se hallaba un niño de cabellos ensortijados, y cuyos ojos no habían visto nunca la luz.

En un plato, delante del niño ciego, había una rebanada de "pudding" de Navidad, y un pastel relleno de picadillo de carne. Frente al hombre se veía una rebanada de pan seco, que él mordisqueaba de vez en cuando.

—¡La nieve debe ser muy hermosa, abuelito! — decía el niño cuando Roger y Garfax miraban por primera vez hacia aquel cuadro.

—¡Vaya si lo es! — exclamó el anciano, procurando expresarse con una alegría que estaba muy lejos de sentir. — La he estado mirando todo el día desde la ventana de mi bien abrigado y caldeado taller.

Esta afirmación constituía una noble mentira, porque el calzado roto y la empapada ropa del anciano, indicaban con toda claridad que había caminado todo el día procurando conseguir uno o dos chelines con los cuales comprar la comida que había adquirido para el niño.

La comida estaba en aquel momento en el destartalado aparador. Consistía en un pequeño paquete de cocoa, un huevo, una salchicha, dos pasteles y una rebanada de "pudding".

—¡Qué excelente cena, querido abuelito! ¿Le gusta a usted? — preguntó el cieguito, de improviso.

—¡Ya lo creo! ¡Me gusta mucho! — dijo el anciano, haciendo chasquear la lengua, como si saboreara su rebanada de pan. — ¡Pero he comido tanto, que creo que voy a tener pesadillas esta noche! No disponemos de mucho dinero, pero nos tratamos regular, ¿no es verdad, Eric? ¡Já, já! ¡Podemos afirmar que tenemos mucha suerte!

Calló de improviso. Un sollozo levantó su pecho, ahogándole.

¡Pobre! ¡Bueno y valeroso anciano! Llevaba algún tiempo representando aquella farsa. Aún cuando se estaba muriendo de hambre lentamente, fingía tener siempre comida abundante, y para el niño ciego no había faltado ni un solo día.

Algunas veces hasta había llegado a alegrarse de que la ceguera del niño no le permitiera darse cuenta de la verdad.

—Vamos a pasarlo muy bien mañana, hijo mío. — dijo, haciendo un nuevo esfuerzo para expresarse con alegría. — Huevos en el desayuno, salchichas en el almuerzo, pasteles y "pudding". ¡Qué alegre Navidad la que vamos a tener!

Miró hacia el aparador, en el que había comida pero sólo para el niño, y volvió rápidamente la cabeza. Con los ojos llenos de lágrimas, miró cómo el niño terminaba de comer.

—¡Bueno! ¡Ahora, a la camita, hijo mío! — dijo por último. — ¡No debes acostarte tarde esta noche, porque entonces no vendría Santa Claus!

—¿Está usted seguro de que me va a traer el botecito que le he pedido, abuelito? — preguntó Eric con gran interés.

—Si te acuestas en seguida, te lo traerá, — contestó el anciano. — ¡Buenas noches, querido Eric!

—¡Buenas noches, abuelito! — dijo el niño. — ¡Voy a rezar pidiéndole a Dios que haga que mi abuelito querido sea siempre feliz, muy feliz!

Con las mejillas surcadas por candentes lágrimas, el anciano miró cómo el niño pasaba a la vecina habitación.

Durante algunos minutos permaneció sentado, inmóvil. Después se levantó de pronto y se secó las lágrimas.

—¡Esto no puede seguir así! — dijo en voz alta. — ¡No terminaré el bote para el amanecer si no pongo manos a la obra en seguida! No quiero que el pobrecillo niño sufra un desengaño.

Tomó del apardor un tosco pedazo de madera, y volviéndose a sentar, lo sujetó entre las rodillas y reanudó el trabajo de transformarlo en un bote, trabajo al que había dedicado ya las dos noches anteriores, robando el tiempo al sueño.

Roger Fálcon, en el techo de la buhardilla, tocó el hombro de Gregory Garfax, pero el avaro no se movió.

—¡Venga! — dijo Roger.

Garfax se levantó, pero siguió mirando hacia abajo. Un momento después, Roger se levantó y emprendió rápido vuelo hacia Hilltop House.

Cuando llegó a la casa del avaro, condujo a Garfax a la habitacióni de donde le había sacado poco antes.

—He terminado con usted, Garfax, — dijo el muchacho alado con tono solemne. — Le dejo a usted aquí, en su caserón, a que goce con sus riquezas. Y le compadezco, porque comprendo que usted, con todo su dinero, no podrá jamás gozar de la generosa felicidad de que goza la gente a quien ha visto esta noche.

Se volvió para retirarse, pero el hombre le llamó, pidiéndole que volviera.

—¡Deténgase! — gritó Garfax con voz ronca. — ¡Por favor, deténgase! No sé quién es usted, pero puede usted hacerme un servicio más esta noche.

—Diga usted lo que desea. Estoy a sus órdenes, — dijo Roger.

—¡Vaya entonces en un vuelo a Westhampton! — gritó Garfaz. — Soy presidente de los Grandes Almacenes de esa ciudad. Vaya y dígales a los gerentes que envíen

carros de todo lo que tengan para las cenas de Navidad... ¡Pavos, "pudding", frutas, pasteles, adornos!... ¡Que lo repartan todo! Quiero que toda la aldea de Bleakwold sea provista de alimentos, cueste lo que cueste. Y todos los que puedan caber en esta casa quedan convidados a la fiesta de Navidad que dará mañana Gregory Garfax.

Roger Fálcon sonrió y tendió la mano al reformado avaro.

—¡Usted va a saber ahora, por fin, cuál es el secreto de la verdadera felicidad, Garfax! — dijo serenamente. — ¡Usted se convencerá ahora de que poseer un corazón bondadoso ser dueño de una riqueza que todo el oro del mundo no puede comprar.

¡Qué gran día! Nunca había pasado el pueblo de Bleakwold una Navidad como aquella. Pero nadie pasó el día más alegre, más contento y feliz, que Gregory Garfax.

Cuando todo hubo terminado y se quedó solo con Roger, parecía un hombre distinto; sus ojos habían variado de modo de mirar, ya no tenían la desconfiada mirada de otro tiempo, miraban con interés y con bondad.

—Usted me ha dado una lección, — dijo a Roger, — que sólo puedo pagarle con la promesa de que no la olvidaré. Mañana me ocuparé de pagar tres deudas, — agregó. — Las tengo con el hombre y su esposa, los de la casita en que instalaban el árbol de Navidad; con el valeroso pastor y su prometida y con el abuelo del niño ciego, pues ellos fueron los que me enseñaron dónde está el verdadero camino de la felicidad.

LA OPORTUNIDAD DE MICKY

EL fiel compañero de Roger Fálcon, el activo Micky Wilde, avanzaba pisando la endurecida nieve. Después de pasar por la aldea de Bleakwold, se detuvo ante la casa del doctor Storm.

Micky visitaba con suma frecuencia al doctor; no pasaba un solo día sin que estuviese a preguntar cómo seguía la salud de Viola Page.

Se dirigió a la puerta de la casa y tocó la campanilla Cuando el doctor acudió a atender al llamado, Micky se levantó la visera de su gorra a cuadros, a modo de saludo.

—¡Buenas tardes, doctor! — dijo. — ¿Cómo sigue Viola?

—Sigue mejorando poco a poco, pero siempre mejorando, — contestó Storm. — Mi otro paciente, el oculista español, está cada vez mejor, pero tiene que pasar algún tiempo antes de que se halle en condicions de operar a la joven. ¿Qué noticias tiene usted de Roger?

—¡Ninguna! — contestó en seguida Micky. — Se fué al otro día de Navidad y desde entonces no he vuelto a verle. Pero no estoy preocupado a su respecto. Esperaba hallarse ausente toda una semana.

—Mañana se cumplirá la semana, — observó el doctor Philip Storm. — ¿Qué será lo que lo tiene ocupado tanto tiempo?

—Ha ido a hacer todas las mayores averiguaciones posibles contra las seis hombres contra los cuales tiene que emprender su campaña, — explicó Micky Wilde. — Deseaba saber con exactitud la "guarida" de cada uno de esos seis y conocer todos los mayores datos sobre su manera de vivir, para poder atacarles como es debido.

El médico inclinó la cabeza asintiendo. Los dos entraron en el hall del chalet del doctor.

—¡Pase adelante Micky, amigo mío! — dijo. — Precisamente íbamos a tomar el te.

Pero Micky movió negativamente la cabeza.

—Ya he tomado el te, doctor, — dijo. — Además no puedo detenerme; tengo prisa. Esta noche habrá golpes en Westhampton.

—¿Golpes? ¿Qué quiere decir con eso? — exclamó Philip Storm.

—¡Que va a haber boxeo! ¡Boxeo, doctor! — agregó el muchacho. — En el Westhampton Central Hall. ¡Un buen programa de encuentros, incluso un partido entre Sandy Duller y Ted Spring!

—¡Espero que pasará usted un buen rato! ¿No es cierto, Micky? — dijo el médico.

—¡Ya lo creo! ¡Crea usted que espero divertirme como el que más, doctor! — dijo el muchacho, sonriendo. — Se trata de un espectáculo de categoría inferior. Allí no figurará ninguno de los campeones que asombran al mundo, pero se boxeará, porque se trata de muchachos entusiastas y valientes... ¡A mí me atrae como el imán al hierro todo espectáculo de boxeo! ¡Yo iría a ver un partido de boxeo entre una mula pateadora y un canguro! ¡Adiós, doctor!

Se llevó la mano a la visera de la gorra una vez más y se alejó por el camino que conducía a Westhampton.

La distancia que tenía que recorrer era casi de diez millas, así que ya eran las siete cuando llegó al exterior del Central Hall.

El hall no era grande; una "cola" de personas esperaba alineada junto a la pared donde estaba la puerta que daba acceso a las localidades, por las que se pagaba un chelín por persona. Micky ocupó en seguido su sitio en aquella fila.

En poco tiempo la fila de los que esperaban se fué haciendo más y más larga, lo que anunciaba que, aún cuando se trataba de partidos de boxeo entre jóvenes principiantes, inspiraban bastante interés a los aficionados de la localidad.

Los que esperaban estaban todos alegres y contentos, y Micky Wilde tuvo ocasión de chalar con algunos de los aficionados que se hallaban cerca de él, en la fila.

Habrían transcurrido unos diez minutos cuando el que esperaba junto a Micky le tocó al muchacho en un hombro.

—¡Aquí viene Sandy Duller, amigo! — exclamó. — ¡Se dá un tono que parece que está convencido de que es una notabilidad!

Micky volvió la cabeza y vió que se acercaba un joven pelirojo, pisando fuerte y dándose tono. Le acompañaba un hombre de mediana edad, ancho de espaldas y bien plantado.

—¡Diablos! !Lo menos se cree Carpentier! — comentó Micky. — ¡No tiene aspecto de ser de mucho más peso que yo!

Sandy Duller pasó, contenándose, muy cerca de Micky, y en el momento en que se hallaba junto al muchacho, sacó el pañuelo del bolsillo que estaba más cerca de Wilde.

¡Plop!

Algo cayó a los pies de Micky. El muchacho se inclinó en seguida y levantó del suelo una cartera con adornos y monograma de oro.

Instantáneamente Micky se separó de su sitio de la "cola" y corrió hacia Sandy Duller.

—¡Eh! ¡Oiga! — gritó.

Duller volvió la cabeza, frunciendo el ceño.

—¡Ha dejado usted caer la cartera, Sandy! — dijo Micky tendiéndole el objeto que había recogido.

Duller se volvió y arrebató la cartera de un manotón grosero de manos del muchacho.

—¡Vagabundo sinvergüenza! — gritó. — ¡Ya conozco la combinación! ¡Usted me robó la cartera con la esperanza de conseguir una propina por la devolución, pretendiendo haberla hallado en el suelo!

El pequeño Micky sintió en seguida que se le helaba la sangre en las venas. La cobarde e injusta acusación despertó su espíritu combativo y con un rápido movimiento arrebató la cartera de la mano del otro, la tiró al suelo y le puso un pie encima.

—¿Que yo la robé? — gritó, mirando con aire de desafío al otro joven, que era lo menos un palmo más alto que él. — ¡Muy bien, señor de pelo de zanahoria, si quiere recobrar la cartera tendrá que echarme al suelo a mí, antes!

Sandy Duller le miró como con asombro. Después, sin decir nada, dirigió un terrible golpe, con el puño derecho, a la cabeza de Micky.

Rápido como el rayo el muchacho se agachó y sin cambiar de sitio, levantó un brazo y le dió a Sandy Duller un golpe debajo de la mandíbula que le hizo tambalearse.

El corpulento "menager" de Duller, — el hombre que le acompañaba, — había estado a punto de intervenir, pero la rápida maniobra de Micky interesó tanto a su espíritu de boxeador y a su afición al sport que movió la cabeza con aire de aprobación, y se quedó mirando.

Rojo de furor, Sandy Muller atacó de nuevo. Sin quitar el pie derecho de encima de la cartera, Micky inclinó el cuerpo hacia un lado y dió un buen golpe a Duller en el costado izquierdo de la cabeza.

—¡Esto sí que es extraño! — murmuró el "manager" de Duller, al ver que su boxeador de "peso pluma" se balanceaba a impulsos del golpe de Micky. — ¡Qué muchacho!

En el momento en que así se expresaba, uno de los puños de Micky entraba en violento contacto con la nariz de Duller.

Sandy, enfurecido hasta perder la serenidad, atacó de nuevo con la brutalidad de un toro. Micky le esperó con calma. Un segundo después se oyeron dos ruidos simultáneos, y Duller fué levantado del piso por dos golpes que no tuvo ocasión de ver.

Cayó sentado en el suelo y no demostró deseos de levantarse en seguida. Su "manager" se hallaba tan asombrado y perplejo como él, pero la gente que miraba expresó su opinión ruidosamente, y todos en un mismo sentido.

"¡Bravo el muchacho!" "¡Es una pequeña maravilla!" "¡Siga adelante, joven!", — gritaron los espectadores que miraban desde sus sitios de la "cola".

Micky se sonrió, agradeciendo, y después levantando el pie derecho, tomó del suelo la cartera con monograma de oro. Duller estaba por levantarse cuando Micky le ofreció la cartera.

—¡Supongo que no le he lastimado gran cosa, Sandy! — dijo con naturalidad y nobleza. — ¡Pero que conste que no soy ladrón!

Duller tomó la cartera sin levantar la vista, sin abandonar su expresión adusta y sin decir una palabra. Micky volvió a ocupar su sitio en la "cola".

El "manager" se quedó parado, con el sombrero en la mano, rascándose la coronilla y mirando alternativamente a Sandy y a Micky.

—¡Qué temperamento! — exclamó expresando en voz alto sus pensamientos. ¡Si sacudió a Sandy como si se tratara del maniquí de una sastrería! ¡Qué maravilla!

Sandy Duller le tomó brusca y brutalmente de un brazo.

—¡Vamos, Mace! — gruñó. — ¡No me gusta quedarme aquí, sirviendo de hazmerreir a toda la concurrencia! ¡Vamos!

Como encandilado por lo que acababa de ver y enteramente aturdido, Sandy Mace, el "manager" se dejó llevar por su boxeador hacia la entrada reservada del hall.

Durante los diez minutos que siguieron, Micky pasó uno de los ratos más molestos de su existencia, porque la gente que estaba cerca no dejó de dirigirle frases de elogio y preguntas de toda clase.

Por fin se abrieron las puertas del hall y la "cola" comenzó a moverse.

Se hallaba Micky a una docena de pasos de la puerta, todavía, cuando Sandy Mace apareció en la entrada reservada por donde se había ido. El corpulento "manager" recorrió con la mirada la extensión de la "cola", hasta que vió a Micky.

Se dirigió en línea recta hacia el muchacho.

—¡Oiga, joven, necesito hablarle! — dijo, apoyando una mano en el brazo de Micky.

—¡Eh! ¡Un minuto! — protestó Micky. — ¡No quiero perder mi sitio en la "cola", después de tanto esperar de pie!

—¡No se preocupe de eso! — replicó Mace. — ¡Usted ocupará uno de los asientos reservados junto al ring, esta noche!

Maravillado, Micky salió de la línea de gente y fué en compañía de Mace.

—¿De qué se trata? — preguntó cuando se acercaban a la entrada especial.

—Sandy se siente mal y no quiere boxear esta noche, — explicó Mace. — ¡Pretende haberse recalcado una muñeca, pero la verdad es que usted lo dejó apabullado y descorazonado!

Micky se detuvo y miró cara a cara al atlético "manager".

—¡Siento mucho que le pase eso a Duller, pero yo... — comenzó a decir. Mace le interrumpió con una ademán rápido.

—¡No lo sienta! — dijo. — No pierda el tiempo en eso y contésteme: ¿quiere usted ocupar su sitio y pelear con Ted Spring esta noche?

Los ojos de Micky Wilde se abrieron mucho, dilatados lor el asombro.

—¿Si quiero? — exclamó. — ¿Querría un hombre hambriento admitir de regalo una pierna de carnero asada?

DOBLE VICTORIA

DESDE las ocho hasta las nueve de aquella noche, los espectadores que llenaban el Central Hall de Westhampton, tuvieron en qué distraer su atención.

Durante ese tiempo se decidieron los dos primeros partidos de un match entre dos jóvenes principiantes que aspiraban a un premio para boxeadores de "peso mediano". Pelearon cinco "rounds" y después hubo un encuentro entre dos notabilidades locales de "peso pesado" que terminó al tercer "round" con un "knock-out", tras de una pelea accidentada y violenta.

A continuación figuraba en el programa el partido, — a quince "rounds", — entre Sandy Duller y Ted Spring, y los espectadores comenzaron a hacer comentarios entre ellos, en alta voz.

Reinó el silencio cuando el director del espectáculo se presentó en el "ring" seguido de Ted Spring que se sentó en su correspondinte rincón.

—Señoras y señores, — dijo el director, — tengo el sentimiento de verme en la necesidad de solicitar la amabilidad de la indulgencia del distinguido público, porque debido a un infortunado accidente el joven boxeador de "peso pluma" Sandy Duller no se encuentra en condiciones de ocupar esta noche su sitio en este "ring".

Se oyeron murmullos de decepción procedentes de las filas de asientos reservados, pero sobre ellos resonó la fuerte voz de uno de los espectadores que estaban en la galería, en los asientos de un chelín.

—¡Está bien, patrón! ¡Yo presencié el "accidente"! — gritó el espectador. — ¡Sandy perdió la cartera y con ella toda su valentía, hace un rato!

El director tosió nerviosamente.

—Con el propósito de no defraudar las esperanzas del respetable público, — prosiguió, — hemos buscado, y hemos tenido la suerte de poder conseguir quién represente a Duller, y creo que puedo prometerles un bun partido.

—¡Que se presente el muchacho que le dió a Sandy la cartera y una lección contundente al mismo tiempo! — gritó el espectador de la galería.

El director sonrió y miró hacia el pasillo de acceso al "ring", por el que se acercaba una pequeña silueta envuelta en un descolorido "robe-de-chambre".

Un verdadero rugido de entusiasmo brotó de la gente que ocupaba las localidades de un chelín, de los especatdores que habían esperado fuera, formando "cola", — pues sus localidades no tenían numeración, — en cuanto reconocieron a Micky Wilde en el que les miraba envuelto en los amplios pliegues del "robe-de-chambre", demasiado grande para él.

El rugido continuó mientras Micky, ayudado por dos hombres, subía al "ring".

El director levantó una mano, indicando a Micky.

—Permítanme señoras y señores, que les presente a Micky Wilde, — anunció. — Es, según he podido apreciarlo, un pequeño pero enérgico boxeador, y pido que el respetable público tenga en cuenta su inferioridad de cuerpo y de peso.

—¡A Sandy Duller lo dejó apabullado con dos golpes nada más! — gritó el entusiasta de la galería. — ¡Adelante, viejo Micky! ¡Muéstreles lo que hizo con Sandy Duller! ¡Pegue fuerte, muchacho! — agregó a voz en cuello.

Micky miró al obrero sportsman que había ritado esas palabras de aliento.

—¡Gracias, amigo! — gritó en respuesta. — Trataré de portarme lo mejor posible para que ustedes tengan la diversión que corresponde al chelín que se han gastado!

Micky se fué a su rincón y mientras le ponían los guantes miró en redor, observando el aspecto del hall.

Su rápida mirada se detuvo de improviso y el corazón le saltó en el pecho. Sus ojos acababan de distinguir una hermosa y pálida cara, en el fondo del local.

¡Aquella cara era la de su amigo Roger Fálcon!

Roger se sonrió y saludó con la mano, como dándole ánimos a Micky, y éste le contestó sonriendo. La presencia de Roger le decidió más aun a tratar de salir lo más airoso posible.

Sonó el gong y los dos boxeadores se tocaron los guantes en el medio del "ring".

El público comparó a los dos "pesos pluma", y todos los presentes, incluso el mismo Roger, calcularon que las probabilidades estaban todas a favor de Ted Spring.

Spring era más grande en todo sentido. Se hallaba en excelente condición y además el aplomo y el aire de confianza en sí mismo que le daba su largo y cuidadoso entrenamiento y su extensa experiencia del "ring".

Micky era en cambio, el prototipo de la perfección y elegancia de líneas, todo agilidad y desenvoltura. Pisaba la lona que cubría el suelo del "ring" con la suavidad y la seguridad de un bailarín y parecía estar dotado de un sistema nervioso vibrante y resistente.

Pero tenía el rostro enrojecido por la turbación que le producía aquella su primera presentación ante el público en un "rnig" de boxeo.

Ted Spring comenzó la acción, primero con algunas fintas y después con rápidos golpes de derecha e izquierda. Pero Micky no quedó quieto, a recibir los golpes. Danzando en puntas de pie se puso fuera de su alcance y se movió de tal modo que se situó

a espaldas de Spring, provocando grandes risotadas de parte del público.

Spring se dió vuelta y con rapidez lanzó un golpe de izquierda que rozó la espalda de Micky. A ese golpe siguió otro que le alcanzó cerca de la la región del corazón.

Ted Spring avanzó y Micky, moviéndose siempre como si tuviera resortes en los pies, se retiró hacia las sogas.

La habilidad de Micky sufría las consecuencias de la nerviosidad que causaba al muchacho el pensar en que le estaba mirando tanta gente, que observaba hasta su menor movimiento. Tan grande fué esa influencia, que durante un segundo Micky se encontró fuera de su guardia defensiva.

Spring aprovechó la oportunidad. Su puño derecho avanzó como una centella y golpeó la mandíbula de Micky.

Todos los espectadores creyeron que aquel golpe había determinado la derrota de Micky ,pero, en realidad, tuvo un efecto enteramente opuesto. Convenció al muchacho de que estaba peleando en serio y no ensayándose para divertir al público, cuando cayó de rodillas, doblegado por la fuerza del golpe, fué para levantarse decidido a pelear con toda energía.

Su delgado cuerpo se irguió. Avanzó de nuevo al centro del "ring" y atacó de un modo que los espectadores se levantaron de sus asientos al ver que aplicaba a su adversario dos terribles golpes en cambio de uno que había recibido.

Cuando llegó el momento del descanso, Micky se dirigió a su rincón un poco inseguro; pero su anterior nerviosidad había desaparecido y el entusiasmo del combate brillaba en sus ojos.

El segundo "round" correspondió a Micky del principio al fin. Spring peleó bien y con limpieza, pero Micky dió una exhibición del boxeo agil y nervioso que dejó maravillados a los espectadores. Sólo su inferioridad de fuerza le impidió poner "knock-out" a su adversario.

Los "rounds" tercero y cuarto sirvieron únicamente para demostrar que el pequeño Micky era un genio del boxeo. En la mitad del quinto "round" terminó el combate mediante cuatro sucesivos golpes. El último de los cuatro fué un izquierdo recto y enérgico que levantó a Spring de la lona del "ring" y le desplomó sin conocimiento.

Mientras los gritos de entusiasmo y los aplausos resonaban todavía, Micky se acercó a su derrotado adversario y le ayudó a ponerse de pie.

—¡Ha sido un excelente combate el nuestro, Ted! — dijo. — ¿No está usted enojado, verdad?

—¿Enojado? — dijo Spring sonriendo débilmente. — ¡Estoy tan enojado, Micky, que si me hubieran quedado fuerzas, le daría un golpe que le aplastaría la nariz, ahora mismo!

—No importa, — replicó Micky. — Supongo que le habrá quedado fuerza para que nos estrechemos las manos, amigo mío. En cuanto a lo del golpe de la nariz, ya he tenido su puño muy cerca de mi cara esta noche, suficientes veces. Es usted un noble adversario, Ted, y me hubiera gustado que hubiéramos ganado los dos, si hubiera sido posible.

Los ayudantes de Spring le acompañaron a su rincón, y en medio de una escena de grandioso entusiasmo el director entró en el "ring" y después de dirigir al público un breve discurso, obsequió a Micky con diez billetes de una libra.

—¡Le deseo muy buena suerte, Micky! — gritó la penetrante voz del entusiasta espectador de la galería. — ¡Vinimos a ver a Sandy Duller peleando con Ted Spring, pero muchos de nosotros le hemos visto a usted vencer a los dos, esta noche!

LA HUIDA POR EL HIELO

MICKY WILDE, abrumado por los acontecimientos de la noche, se escabulló y salió del hall donde se había celebrado la gesta de boxeo, por una ventana del cuarto de vestir. Sabía que numerosos espectadores le estaban esperando a la salida; ya le habían dicho que varios organizadores de partidos de boxeo le esperaban para hacerle proposiciones; pero se hallaba tan cansado que no se sentía con energías ni para comparecer ante la multitud entusiasta ni para tratar con los qué querían contratarle para un próximo partido.

Por lo tanto, después de haber saltado por la ventana, se halló en la parte oscura de los fondos del edificio. Avanzó con toda la cautela del que acaba de hacerse culpable de un crimen y, de pronto, sintió que una mano enérgica se le apoyaba en el hombro.

Se volvió y lanzó una exclamación de alivió y de contento al hallarse ante una silueta alta, sombría, envuelta en una larga capa negra.

—¡Hola, Roger! — exclamó Micky. — No estaba haciendo nada malo; huía del alboroto que hay por el otro lado del edificio. ¡Me han abrumado a fuerza de manifestaciones de aprecio!

—¡Estuvo usted hecho una maravillaa, Micky! — dijo Roger Fálcon entusiasmado. — Ya sabía yo que haría usted excelente papel el día que se le presentara oportunidad, pero ni soñé que pudiera llegar a lo que ha llegado. ¡Fué un partido realmente notable!

Roger tomó del brazo a Micky y juntos se alejaron del hall de Westhampton.

—¡Ha sido curioso que llegara usted tan oportunamente esta noche, a ver mi inesperado combate, después de una semana de ausencia! — dijo Micky.

Roger Fálcon se sonrió.

—He visitado muchas partes de Inglaterra esta semana, incluso Londres, — contestó. — He descubierto en esos días, muchas cosas interesantes sobre los domicilios, las costumbres, las aficiones, los negocios y los clubs de los seis hombres a quienes he jura-

do castigar y ahora estoy en condiciones de visitar a cualquiera de ellos cuando me convenga.

Al llegar a las afueras de la población, Roger Fálcon se detuvo.

—Creo que no podemos ir juntos más adelante, Micky, — dijo. — Tengo algo que hacer esta noche.

—¿Dónde?

—En Woodglen House, que está a una milla de aquí, — anunció Roger. — Esa casa ha sido ocupada hace poco por uno de los seis, por Herman Stencarn, que se propone instalarse como amigo y protector del distrito y como vecino de sir Giles Chelford, el hombre más importante de la región a la que representa, como diputado, en la Cámara de los Comunes.

—¡Sir Giles Chelford es un señor muy apreciado y popular en estos parajes! — exclamó Micky. — ¡Es dueño de una fortuna colosal! ¡Tiene mucho dinero!

—Es generoso y hace mucho bien con su dinero, — explicó Roger. — Por eso es por lo que Herman Stencarn ha alquilado una casa en estas inmediaciones. Quiere hacer que Chelford ponga dinero en alguna de sus ficticias empresas financieras.

—¡Qué tiburón! — explicó Micky.

—Con el propósito de impresionar favorablemente a sir Giles Cehlford, Herman Stencarn da un baile de fantasía con el pretexto de ser primero de año, en los salones de Woodglen House, — agregó Roger. — El baile empieza a las once y voy a asistir a él.

—¿No puedo ir yo? — preguntó Micky con gran interés. — Es decir, ¿no puedo yo hacer algo en caso de que haya alboroto? No me gusta quedarme sin hacer algo.

—No quiero que se exponga usted a nada peligroso, Micky, — díjole Roger. — Es necesario que todo lo que sea acción arriesgada lo realice yo. Usted debe ir a casa y esperarme allí, Micky. Yo regresaré lo más pronto que pueda.

En consecuencia, el valeroso pequeño boxeador no tuvo más que hacer que conformarse con lo que le indicaba su amigo, y así lo hizo.

Roger se dirigió por el desierto camino durante media milla y después se internó en un oscuro bosque. De ese bosque salió a la orilla de un estrecho río cuyo caudal estaba enteramente hecho hielo.

Del otro lado del congelado río se veía una mansión, especie de castillo, iluminada profusamente y con una galería paralela a la orilla del río.

Roger Fálcon se detuvo a la sombra de unos árboles y observó atentamente la casa de la otra orilla. No se oía música procedente de la casa ni tampoco ruido alguno.

Roger Fálcon miró la hora en su reloj pulsera. Eran las once y diez, y el baile debía hallarse en su momento de mayor animación. El aire debía hallarse poblado de ruidosos acordes musicales, del eco de las conversaciones y las risas.

¿Por qué, entonces, reinaba tan completo silencio?

Antes de que Roger Fálcon pudiera pensar la razón a que se debía semejante situación anormal, se abrió una puerta, por la que salió, saltando rápidamente los escalones de la gradería de acceso, un hombre que vestía como los famosos ladrones de caminos de hace varios siglos.

Durante unos pocos segundos, el que había salido de la casa y se había dirigido a un grupo de altos arbustos, se quedó oculto tras del ramaje. Después reapareció, montado en un magnífico caballo negro.

Cabalgó directamente hacia el río con el indiscutible propósito de cruzarlo y de dirigirse a los bosques. Pero cuando el jinete llegó a la orilla, Roger Fícon salió del sitio donde estaba escondido.

El jinete vió su oscura silueta en el mismo momento en que su caballo pisaba la superficie del río helado.

Instantáneamente volvió a la derecha y galopó por el sólido hielo, suficientemente grueso para sostener al caballo y al caballero. Corrió veinticuatro yardas y el jinete se disponía a dirigirse hacia el bosque, cuando miró hacia atrás por encima del hombro.

Un grito de terror brotó de los labios del jinete cuando éste vió que un enorme murciélago con cara de hombre, cubierto a medias por un antifaz, surcaba el aire a poca distancia detrás de él.

EN SITIO SEGURO

POR el río, cuyo caudal estaba congelado, corría el jinete, vestido como los ladrones de caminos de siglos atrás. En el aire, a pocos pies encima de su cabeza, volaba la figura, semejante a la de un murciélago gigantesco, de Roger Fálcon, el muchacho alado.

De improviso, inesperadamente, el hielo, que parecía tan fuerte, se resquebrajó bajo los cascos herrados del caballo negro, y el animal cayó por el agujero que se había abierto en el hielo.

El jinete lanzó un grito de desesperado terror cuando sintió que el caballo se hundía bajo su peso, pero en el mismo momento en que el cuadrúpedo desaparecía en las frías aguas del río, el muchacho alado descendió y levantó al hombre de la montura.

El ladrón de caminos se había desmayado de la emoción y estaba inerme, en los brazos del joven alado, que voló hacia la orilla del río y la depositó cuidadosamente en el suelo.

Sin entretenerse ni un solo segundo a atender al hombre, Roger volvió al río, al sitio donde estaba el hueco por donde se había hundido el caballo.

Descendió sin dejar de aletear, hacia la cavidad de la superficie helada, hasta que estuvo a un pie de distancia del nivel del hielo. En esa postura pudo tender un brazo y tomar de las riendas al caballo, que luchaba por salir del agua.

Se elevó inmediatamente, ayudando así al caballo, que al notar que alguien le auxiliaba, forcejeó con más energía, procurando

salir del agua a la superficie del hielo. Cuando apoyó las manos por primera vez en el borde de la cavidad, el hielo se rompió. Pero la segunda vez se apoyó el caballo en hielo más grueso y que le prestó mejor apoyo.

Roger no soltó la rienda hasta que el caballo hubo salido del agua y se halló de nuevo de pie, en el helado río. Entonces lo soltó, y estremeciéndose, el cuadrúpedo se alejó al galope, hacia la margen del río. Un instante después se perdía en la oscuridad del bosque.

En aquel mismo momento, el hombre a quien el muchacho alado había puesto en la orilla, recobraba el conocimiento, saliendo de su repentino desmayo.

Fué entonces cuando Roger Fálcon experimentó una sorpresa, aun cuando no demostró haberse enterado de nada.

Acababa de reconocer en el hombre que vestía el pintoresco traje de los bandidos de antaño, a uno a quien había visto el día de su llegada al establecimiento penal de Bleakwold. Aquel hombre había cumplido una condena de varios años por robo, y estaba en vísperas de ser puesto en libertad.

—¡No parece haberse enmendado usted, a pesar del tiempo que estuvo preso y de lo poco que hace que lo soltaron! — dijo Roger Fálcon con la voz enérgica y áspera que adoptaba cuando se dirigía a algún malvado, para impresionarle más. — ¡Me está pareciendo que no tardará en hallarse entre rejas!

El infortunado jinete se estremeció de terror. Su aspecto, a pesar de su traje, no era, por cierto, el de uno de los arrogantes ladrones de caminos de antaño.

—¿Qué... quién... es usted? — tartamudeó con esfuerzo. — ¿Cómo es que me conoce usted?

—Eso es cosa mía. Tengo obligación de estar enterado de muchos secretos, — replicó el muchacho alado misteriosamente. — ¡Sé que es usted ladrón, y que mientras esté fuera de la cárcel seguirá robando, seguirá siendo ladrón! ¡Usted visitó hace un momento Woodglen House vestido como está, para poder mezclarse con los invitados y robarles todo lo posible!

—Me pareció que la idea era buena, — balbuceó el hombre, temblando de miedo. — No esperaba tener en contra a... a... una persona como usted, — terminó.

De los labios de Roger Fálcon brotó una irónica carcajada.

—Yo soy aquel a quien la gente llama Justicia Alada, — dijo. — Soy el terror de los malos, de los falsos, de los malvados, porque les castigo a mi modo.

El ladrón tembló, dominado por el más intenso terror. Por su mente pasaba en aquel instante una horrible visión: se veía conducido a un presidio, obligado a trabajar años y años, en unas canteras...

—¡No he hecho ningún daño de importancia! — gimió. — Soy ladrón, pero no ataco jamás a las personas, y no lastimé a nadie esta noche. Hasta el revólver de que me serví para asustar a la gente, es de imitación. Desde que la policía ha empezado a detener a los muchachos que juegan con pistolas "mata-gatos" es de temer que se les ocurra ahorcar al ladrón que se atreva a llevar aun cuando no sea más que una pistola de fulminante.

—¿Dónde están los objetos de que se apoderó usted en Woodglen House? — preguntó perentoriamente Roger.

—Aquí están, señor, — dijo el desdichado ladrón, sacando del bolsillo interior de su casaca un puñado de relucientes joyas.

Había allí cuatro collares, dos medallones de diamantes, varios anillos y tres tiaras. Era un buen botín. En conjunto, valdría todo aquello de tres a cinco mil libras.

Roger Fálcon tomó las alhajas y las guardó en uno de los espaciosos bolsillos de su traje negro.

—¿Puedo irme ahora, señor? — suplicó el ladrón con nerviosidad. — He recibido una buena lección, y le prometo que no robaré más.

El muchacho alado volvió a reir ruidosamente.

—Los hombres como usted siempre se aprovechan de la libertad para despojar a sus semejantes, — dijo. — Le voy a llevar a un sitio donde no podrá hacer uso de su astucia y su habilidad para quedarse con lo que no le pertenece.

—¡Oh! ¡Perdóneme usted! — imploró el ladrón, convencido de que su captor alado se disponía a llevarle a algún sitio donde le castigarían por lo que había hecho aquella noche.

Gritó lo más fuerte que pudo mientras Roger Fálcon extendía sus poderosas alas.

Pero sus gritos cesaron, ahogados por el terror que le estrujaba la garganta, cuando se sintió elevado por los aires, sujeto por los brazos del muchacho alado, que le elevó por los aires, cruzando el frío ambiente de la noche.

El ladrón estaba tan asustado, que no pudo percatarse de a dónde le llevaban, pero al fin se dió cuenta de que descendían hacia el techo llano y extenso de un edificio bastante grande.

—Ya he terminado con usted, — anunció el muchacho alado. — Tengo demasiadas cosas importantes qué hacer para perder tiempo en ladrones de tan poca importancia como usted. ¡Que la ley proceda ahora como corresponde, de acuerdo con su misión en la sociedad!

El hombre pareció tranquilizarse mucho al darse cuenta de que el muchacho alado no se iba a ocupar más de él, pero seguía preocupado, porque, en realidad, no sabía dónde se encontraba en aquel momento.

—Pero... ¿cómo voy a descender de aquí cuando usted se haya ido? — preguntó.

—Estoy seguro de que no faltarán voluntariosas manos que le ayudarán, tarde o temprano, a descender de aquí, — fué la respuesta que obtuvo. — ¡Además, ya verá usted cómo llevan su buena voluntad hasta ofrecerle "seguro" alojamiento!

—Pero... ¿dónde estoy, entonces? — inquirió el tembloroso pillastre.

—¡Está usted en el techo de la Oficina de Policía de Westhampton! — contestó Ro-

ger Fálcon, riéndose. — ¡Cuando los de la policía le encuentren aquí, con seguridad sentirán desos de saber algo más sobre este bandido antiguo abandonado en el techo de su oficina!

El muchacho alado, riendo sarcásticamente, se alejó, desapareciendo instantes después en la densa oscuridad de la noche.

UN CHAPARRON VALIOSO

La escena que se desarrollaba en Woodglen House no era, por cierto, muy alegre. En el extenso salón de baile, en cuyo techo había una alta claraboya en forma de cúpula, la orquetsa se hallaba silenciosa, y grupos de invitados, que vestían los más caprichosos y vistosos trajes, discutían los dramáticos acontecimientos de momentos antes cuando un hombre, que vestía como un ladrón de caminos de otras épocas, había dominado a la concurrencia amenazando con un revólver, y se había marchado después, llevándose varios miles de libras esterlinas en alhajas quitadas a los invitados y principalmente a las invitadas.

En aquel momento, el nuevo propietario de Woodglen House, el señor Herman Stencarn, se hallaba en su salita escritorio con Cedric Shafton, sir Willougby Vulcan, Vincent Lamotte, Simon Ster e Isidore Morne. Estos seis hombres se hallaban vinculados por un juramento según el cual debían utilizar, combinados, su habilidad y su dinero en la tarea de explotar, estafar y robar a sus semejantes.

Antes habían sido siete los de ese grupo, — "Los Siniestros Siete", — pero Justicia Alada había castigado y descartado al séptimo, así que sólo quedaban aquellos seis, a los que el joven alado dedicaba su actividad en la actualidad.

—¡Hubiera dado lo que me hubieran pedido para que no se hubiese producido eso! — exclamó Herman Stencarn. — ¡He jugado mis cartas debidamente, y lo tengo todo arreglado para que esta noche mi vecino sir Giles Chelford caiga enteramente engañado, y nos entregue una importante suma, de la que no volverá a ver un sólo penique!

—Ha sido una verdadera desgracia, — asintió sir Willoughby Vulcan. — Sin embargo, no sé por qué ese robo ha de afectar en lo más mínimo a sir Giles. ¡A él no le han robado nada!

—¡No es eso! — replicó Stencarn. — Pero después de un suceso así, ya no es posible que vuelva a reinar aquí el ambiente de alegría y de familiaridad que reinaba antes. Sir Giles se ha quedado tan mal im

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

presionado como todos los demás; está más taciturno que un ermitaño, y supongo que no va a ser posible conversar con él, y menos aún, sacarle dinero.

—En realidad se ha mostrado reservado y hosco desde el momento en que llegó, — manifestó Cedric Shafton, que estaba vestido de pierrot. — Varios invitados hablaban de la actitud de tristeza y molestia de sir Giles Chelford antes de que se presentara el ladrón.

Herman Stencarn se encogió de hombros.

—Es necesario que volvamos al salón de baile y que procuremos dar animación a la concurrencia, — dijo, levantándose y saliendo del escritorio, pasó, seguido de sus compinches, al vecino hall y después, siguiendo por un ancho pasadizo, al salón de baile.

Las conversaciones cesaron en el momento en que entró porque todos esperaban enterarse de la respuesta que había tenido el mensaje telefónico de Stencarn a la policía.

—He dado cuenta del robo a la policía y han enviado a todo el personal disponible a recorrer el distrito en busca de un hombre que viste como un bandido de la época de Dick Turpin, — anunció el dueño de casa. — No dudo de que el hombre será capturado y recobradas las alhajas robadas.

Hizo una indicación al director de la orquesta que, en seguida, comenzó a tocar un alegre bailable. En el primer momento pocos fueron los invitados que se mostraron inclinados a bailar música produjo el esperado efecto, y varias parejas empezaron a dar vueltas creciendo luego, por momentos, la animación.

Al terminar aquella pieza de baile, la mayoría de los presentes parecía hallarse en mejor estado de ánimo.

Una de las pocas excepciones era sir Giles Chelford, que no se había vestido de fantasía, y lucía un frac de corte distinguido, demostración de que tenía suficiente dinero para poder vestirse en una de las más caras sastrerías de Londres.

La orquesta comenzó a tocar unos lanceros y el baile se hallaba en plena animación cuando entró un sirviente y se acercó a Herman Stencarn, que en aquel momento conversaba con Willoughby Vulcan.

—Llaman al señor por teléfono, — dijo el sirviente.

Los dos amigos pasaron en seguida al escritorio y en cuanto entraron, Stencarn se acercó al aparato telefónico y tomó el auricular.

—¡Hola! ¿Con quién hablo? — preguntó el dueño de casa.

—Con el inspector Dale, que le habla de la oficina de Westhampton, — fué la respuesta que oyó. — Ya hemos encontrado al hombre vestido de bandido antiguo, señor.

—¡Ah! ¡Muy bien! — exclamó Stencarn. — ¿Dónde le encontraron?

—En el techo del edificio de la Oficina de Policía, — contestó el inspector.

—¿Qué? ¿Cómo ha dicho? — exclamó Stencarn. — ¡Vamos, inspector, el momento no es como para bromas! — agregó

—No hablo en broma, señor, digo la verdad, — replicó el inspector. — El hombre fué hallado hace cinco minutos en el techo de esta casa. Se encuentra como desmayado y hasta ahora no hemos conseguido sacarle una sola palabra con sentido común.

—¡Pero no es posible que se subiera al techo de un salto! — exclamó Stencarn. — ¿Y las alhajas robadas?

—No tenía nada de eso en su poder, — dijo el inspector Dale. — Tal vez las haya llevado. Hasta este momento todo es misterio. Iré a verle a usted lo más pronto que pueda.

Stencarn colgó el auricular con un movimiento brusco y se volvió hacia Vulcan.

—El hombre que estuvo aquí y se llevó las alhajas ha sido hallado... ¡hallado en el techo de la Oficina de Policía! — dijo.

Vulcan le miró fijamente.

—¡Dios mío! — exclamó aterrado.

—¿Qué le pasa? — preguntó el otro con brusquedad. — El caso es asombroso lo comprendo ,pero no sé por qué razón le impresiona a usted tanto.

Vulcan no le contestó, pero siguió mirando fijamente a su amigo y cómplice.

—Con seguridad huyó en un aeroplano, el aparato se descompuso, y por fatal y extraordinaria casualidad, fué a dar en el techo de la casa de la Oficina de Policía, — prosiguió Stencarn.

—Ojalá sea así, — dijo Vulcan. — Estaba pensando que tal vez hubiera llegado al techo en brazos de Justicia Alada.

Stencarn se puso pálido, pero se sonrió.

—¡Bah! ¡Usted está pensando siempre en Justicia Alada! — dijo.

—También pensaría usted constantemente en Justicia Alada si hubiera tenido ocasión de verle las veces que le he visto yo, — replicó Vulcan. — Pero no vamos a alarmarnos hasta que sea necesario alarmarse, — agregó. — Volvamos al salón de baile; creo que el contemplar un rato a los que bailan, me distraerá.

En silencio, los dos amigos volvieron al alegre, regio y luminoso salón de baile.

En aquel momento terminaba una danza, y los bailarines acompañaban a sus parejas a sus asientos, cuando todos los presentes se sobresaltaron al oir ruido de vidrio rotos.

Una de las pequeñas hojas de vidrio que formaban la enorme cúpula de la claraboya había saltado hecha pedazos y los trozos caían al salón como una breve lluvia de vidrios.

Hubo un momento de pausa después de la caída de aquellos trozos de vidrio. La gente se separó del centro del salón, dejando enteramente despejado el espacio que quedaba debajo de la claraboya. De pronto, por el hueco del vidrio que se había roto, cayó un chaparrón de relucientes joyas.

Collares, prendedores, diademas, anillos, tiaras, alhajas de toda clase, cayeron en la alfombra y cuando cesó el chubasco, sir Willoughby Vulcan tocó a Herman Stencarn en el brazo.

—Yo estaba en lo cierto — dijo tranquilamente. — Justicia Alada se halla en actividad esta noche.

LA TRAGEDIA DEL ESCRITORIO

El repentino chaparrón de alhajas que habían descendido del agujero previamente hecho en la cúpula de vidrio del salón de baile, había promovido la sensación que es de suponer, entre los que allí se encontraban. El asombro de todos los presentes se acrecentó cuando pudieron darse cuenta de que todas, sin faltar una, las alhajas habían caído por el hueco de la claraboya.

Herman Stencarn experimentaba las más encontradas sensaciones ante tan extraordinario acontecimiento. Se alegraba, naturalmente, de que las alhajas hubieran sido devueltas, pero le hacía temer y desconfiar la forma la devolución.

Los dueños de las devueltas alhajas no tardaron en reclamar la entrega de lo que les pertenecía, y en pocos minutos se entregó a cada uno lo suyo, comprobándose que ningún reclamo dejó de verse satisfecho.

Terminada la entrega de las alhajas se intentó nuevamente la reanudación de la fiesta dos veces interrumpida sin que se consiguiera que los ánimos de la concurrencia volvieran a la anterior alegría.

Durante todos esos acontecimientos, sir Giles Chelford, en realidad ajeno a ellos, pues no le habían robado nada, así que nada tuvo que reclamar, se había mostrado aburrido y ensimismado con aire de constante tristeza. Después de pasear un momento por el salón de baile, sir Giles se dirigió a donde estaba Stencarn, el dueño de casa.

—Le ruego a usted que me perdone, señor Stencarn, — dijo, — pero voy a retirarme de su espléndida fiesta.

—¿Tan temprano? ¡No es posible! — exclamó Stencarn sonriente. — La velada está comenzando y además esperaba poder tener una breve conversación con usted sobre una asunto de la mayor importancia.

—No me siento con la tranquilidad de espíritu necesaria para hablar de negocios esta noche, — dijo sir Giles, melancólicamente. — Sin embargo, puedo concederle unos cinco minutos para oirle lo que usted desea decirme. Si le parece bastante...

A Stencarn le pareció bastante. Hizo pasar a su invitado al saloncito escritorio y cerró la puerta, una vez que estuvieron los dos dentro. Herman Stencarn tenía grandes esperanzas de poderle sacar a sir Giles una buena suma de dinero y no quería perder la oportunidad de desplumar a aquel pichón.

—Siento mucho molestarle a usted esta noche, — comenzó Stencarn, con melosa untuosidad, — pero usted recordará que hace un par de días presenté a usted un plan para el cual se necesita un capital bastante grande. Usted recordará que el proyecto era fundar una sociedad anónima para hacer competencia a la "Astra Aeroplane Company".

—Lo recuerdo perfectamente, — dijo sir Giles con toda tranquilidad. — Usted me invitó a que yo suscribiera la mitad del capital de la nueva compañía...

—Con la seguridad de hacer una nueva fortuna, sir Giles, — agregó rápidamente Stencarn. — Se presenta una oportunidad maravillosa de ganar dinero, — prosiguió, — pero es de todo punto necesario obrar sin la menor demora.

Sir Giles Chelford movió acompasada y negativamente la cabeza.

—Su plan me atrajo cuando usted me habló de él por primera vez, — dijo con la misma tranquilidad de antes. — Pero no soy tan estúpido como puedo parecer a primera vista. No es fácil engañarme con palabras, señor Stencarn; y, entrando a hablar con toda franqueza del asunto, debo manifestarle que estoy enteramente decidido a no poner ni un solo penique de mi dinero en la compañía que usted se propone fundar.

Herman Stencarn se estremeció como si hubiera recibido un golpe en pleno rostro y después se inclinó hacia adelante, sobre la mesa del escritorio.

—Su decisión me sorprende, señor, — dijo, procurando no exaltarse. — ¿Es realmente terminante?

—En absoluto, — contestó Chelford con franqueza. — Además, debo manifestarle con toda claridad, Stencarn, que no le confiaré a usted dinero mío para que lo coloque en ninguna empresa que patrocine.

Stencarn se puso muy pálido.

—¿Es que usted se permite, al hacer semejante declaración, insinuar que?... — Calló porque no encontraba palabras con qué expresar lo que estaba pensando.

—Me permito afirmar, no insinuar, que usted es pura y sencillamente un aventurero, — declaró Chelford con todo aplomo. — A pesar de la sencillez de mi modo de ser, soy un buen juez del carácter de las personas y el apresuramiento con que usted ha querido desplumarme, le ha descubierto por completo. En consecencia, y para demostrarle que no soy tan imbécil como parezco, he decidido colocar en la "Astra Aeroplano Company" el dinero que usted quería para fundar una compañía rival. Es bueno, señor Stencarn, antes de disponerse a desplumar un ave, convencerse de que no es un gavilán, en lugar de una paloma.

Lívido de furor, Stencarn llevó la mano a un cajón de la mesa-escritorio. Enfurecido de modo indescriptible, al darse cuenta de que su presunta víctima le había vencido, se hallaba a punto de perder la serenidad. Esa serenidad pendía, en aquel instante, de un cabello y esto era lo que impidió que Stencarn sacara el revólver que ya tenía en la mano, dentro del cajón.

De la sala de baile llegaban las alegres

melodías de un "jazz", mientras los dos hombres se miraban cara a cara.

Sir Giles Chelford suspiró como si se sintiera muy aburrido.

—No tengo, esta noche, ganas de conversar, Stencarn, — dipo. — Pero debo manifestarle que le conviene desistir de fundar su nueva compañía con dinero ajeno.

—¡Supongo que no necesito pedirle su opinión respecto a mis propios negocios! — gritó Stencarn.

—¡Es que el dinero ajeno no es negocio propio de usted! — replicó Chelford. — Y con el propósito de demostrárselo, me propongo utilizar toda mi influencia para evitar que otros capitalistas suscriban acciones de su compañía.

—¡Vive Dios! ¡Eso sí que no lo hará usted! — gritó Stencarn. Obedeciendo a un impulso de furor, levantó la mano que empuñaba el revólver.

Sir Giles se percató de lo que el otro hacía y lanzó un grito de alarma. Retrocedió rápidamente con intención de llegar a la puerta y, en el mismo momento el temblroso dedo índice de Stencarn oprimió el disparador del arma.

Se oyó una detonación cuyo estampido se mezcló al estrépito de la música ejecutada por el "jazz-band", en el salón de baile, en el instante en que sir Giles Chelford lanzaba un sofocado grito y caía de cara, en la alfombra del saloncito.

Aterrorizado más que cuanto se pueda imaginar, Herman Stencarn miró hacia el caído, contemplando su obra, lo que había hecho en un fatal segundo de ciega pasión.

Después, con el revólver, humeante todavía, en la mano, avanzó y se arrodilló luego junto a sir Giles.

Comprendió en seguida que sir Giles Chelford estaba muerto. En un desesperado impulso de remordimiento, Herman Stencarn levantó las manos...

—¡Dios mío! ¡Qué retrocedan las ruedas del tiempo y que pueda yo volver a vivir el último minuto transcurrido! — gimió, implorando. — ¡Permite que vuelva a ver a Giles Chelford ante mí, de pie, con vida, como se hallaba hace solo unos pocos segundos!

Pero el destino había dictado ya su sentencia y todas las súplicas y las lágrimas de Stencarn no podían borrar la terrible palabra que la mano inexorable había trazado, como estigma indeleble, en su alma: ¡Asesino!

Recobró rápidamente la perdida serenidad y se convenció de que, como no era posible volevr a vivir el pasado, era necesario que encontrara algún modo de salir de la situación en que se encontraba.

Su astuta mente estuvo en seguida en actividad. Poniendo el revólver en la mano derecha del muerto, cerró los dedos de la misma, aún flácidos.

En aquel terrible momento levantó la vista y le pareció ver un rostro pálido que le miraba por la ventana. Desapareció instantáneamente y Stencarn se dijo que debió ser alguna creación de su atribulada conciencia.

Stencarn se levantó y salió corriendo de la habitación.

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritó en el hall quedándose de espaldas a la puerta del escritorio, que había cerrado en seguida de salir.

Se oyeron rápidos pasos y alguien llamó a la puerta del hall que precedía al escritorio y donde estaba el que había gritado.

Stencarn se estremeció violentamente y después, con inseguro paso fué hasta la puerta del hall y la abrió.

—¿Qué sucede, Stencarn? — preguntó Shafton que entró tras del inspector Dale y dos policemen y seguido de varios invitados al hall, vestidos de fantasía. — ¿Pidió usted socorro? — agregó.

—¡Sí! ¡Oh! ¡Algo horrible! — gimió Stencarn. — ¡Giles Chelford se ha suicidado ante mis ojos! ¡Está allí, en el escritorio, con el revólver homicida en la mano!

El inspector Dale, inmediatamente alerta, entró, delante de los demás, en el escritorio.

Cuando llegó a donde estaba el cuerpo, miró hacia abajo.

—¡El revólver! — exclamó volviéndose hacia Stencarn que entraba con los demás. — ¡Usted dijo que lo tenía en la mano!

Porque el revólver no estaba ya en la mano del muerto.

—¡Está ahí, en el escritorio, señor! — dijo uno de los policemen.

Con ojos dilatados por el terror, Herman Stencarn vió cómo el inspector se acercaba a la mesa. Sin saber qué hacía siguió al oficial de policía.

Y cuando vió lo que había en la mesa, le pareció que el corazón cesaba de latirle. Porque el revólver estaba sobre el papel secante de la carpeta y en ésta se veía escrito con grandes letras:

¡Herman Stencarn es el matador de sir Giles Chelford! — JUSTICIA ALADA.

Las miradas de todos los presentes se dirigieron a Herman Stencarn que, violentamente pálido, se llevó la mano a la frente y después de tambalearse un instante, cayó sentado en la butaca.

LA GARRA DE LA LEY

La escena que se desarrollaba en el escritorio de Woodglen House era muy dramática y resultaba más impresionante debido a los brillantes colores que formaban el conjunto que la rodeaba.

En el suelo estaba tendido el cuerpo inanimado de sir Giles Chelford, y junto a la mesa escritorio, que estaba en el centro de la habitación, se hallaba de pie Herman Stencarn y Dale, el inspector de policía. Cerca de la puerta se veía a un numeroso grupo de personas que vestían los vistosos trajes

de distintas épocas con que habían asistido al baile de fantasía.

—Creo, señor Stencarn, que usted estaba solo con sir Giles, en el momento de su muerte, ¿no es eso? — dijo el inspector Dale, mirando fijamente a Stencarn.

—Sí, — contestó el anonadado dueño de casa.

—Antes de que nosotros entráramos aquí con usted, — agregó el inspector, — usted que sir Giles se había suicidado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Se mató él mismo, ante mis ojos! — tartamudeó Stencarn. — ¡Juro que ha sido así!

—Presumo que usted cometió un error cuando nos dijo que el muerto que estaba en esta habitación, tenía el revólver en la mano, — prosiguió el de policía. — Esa manifestación no coincide con el hecho de que encontráramos el revólver sobre su mesa.

—¡Me impresionó tanto la tragedia! — tartamudeó Stenarn. — Es posible que me equivocara.

—¿Y puede usted explicar esto? — preguntó Dale, indicando el acusador mensaje que estaba escrito en el papel secante de la carpeta del escritorio, ¡el mensaje que tenía la firma de Justicia Alada!

Herman Stencarn frunció los labios cuando miró de nuevo al escrito cuyas palabras pronunciaban que él era el matador de sir Giles Chelford.

—¡Eso.... eso debe haber sido escrito durante los pocos momentos que yo estuve ausente de la habitación! — dijo Stencarn. — ¡Yo no lo escribí!

Una débil sonrisa se vió en aquel momento en el rostro del inspector.

—¡Creo fácilmente que no fué usted quien trazó ese mensaje! — dijo. — Campbell, — agregó, volviéndose hacia uno de los policemes que estaba en la habitación, — haga retirar a esas personas de este cuarto y cuide que nadie salga de la casa sin autorización mía. Usted, Warren, — dijo al otro policeman, — hable por teléfono a la oficina para que venga el sargento Hallows con dos hombres y un médico.

Campbell obedeció a lo que su superior le había masdado. Pocos segundos después, el inspector Dale, Warren y Stencarn estaban solos en el escritorio, con el muerto.

—Señor Stencarn, — añadió Dale, — ¿quién es "Justicia Alada"?

—¡Un hombre o un ser con alas que vuela por la noche! — fué la respuesta que dió el desdichado.

—He oído hablar varias veces de ese hombre con alas, — observó Dale. — Varias personas le han visto, pero nadie parece estar al tanto de quién o qué es. En realidad, es un personaje que vive fuera de la ley, pero hasta ahora no me ha llegado noticia ninguna de que haya hecho nada en contra de nadie. ¿Sabe usted algo contra él?

Stencarn permaneció un momento indeciso.

—No, — dijo, pues no se atrevió a dar cuenta del encuentro que él y sus confederados habían tenido con el muchacho alado.

—En vista de que usted dice que vió cómo sir Chelford se mataba, supongo que usted no hace indicación ninguna acusando a ese misterioso volador de tener participación en el crimen, ¿eh? — preguntó Dale.

Stencarn comprendió que ya era tarde para hacer recaer la responsabilidad de la tragedia sobre el joven alado.

—¡Sir Giles se suicidó! — repitió desesperadamente. — Muchos de mis invitados pueden decir que se le notó triste y apesadumbrado desde el momento en que apareció por primera vez en el salón.

El inspector Dale calló un momento.

—Señor Stencarn, — dijo después, con gravedad, — no necesita usted decir nada más, a menos que desee decirlo. Me propongo, bajo mi propia responsabilidad, arrestarle a usted como presunto autor de la muerte de sir Giles Chelford!

Blanco de horror, Herman Stencarn retrocedió, impresionado por las palabras que el inspector había pronunciado.

—Pero... pero eso es absurdo! — exclamó con voz ronca. — Usted acepta como verdad lo que ha escrito un aventurero desconocido. Usted está...

—Procedo de acuerdo con mi concienia, señor, — interrumpióle el otro. — Conozco cuál es mi obligación. Usted tendrá otras oportunidades para demostrar que me he equivocado. Nada se opondrá a su defensa. Mientras tanto, la ley exige qeu le advierta que todo cuanto diga desde ahora, podrá ser empleado en calidad de prueba contra usted mismo.

Herman Stencarn calló. Se dejó caer en una grande y mullida butaca, con las manos a la cabeza. Así permaneció hasta que el sargento Hallows, un médico y dos policemen, llegaron de Westhampton en un automóvil.

Mientras el médico examinaba al muerto, Dale entregó a Stencarn al sargento y fué al hall, donde gran número de invitados esperaban, con impaciencia, para enterarse del desarrollo de los sucesos.

—No creo, señoras y señores, que sea necesario hacerles esperar más tiempo, — dijo. — He considerado necesario reducir a prisión al señor Stencarn y la policía va a hacerse cargo de la casa desde este momento.

Esta manifestaión no causó mayor sorpresa a los concurrentes, pues no hacía más que confirmar el rumor que ya había llegado hasta ellos.

Claro está que a muchos les había impresionado el drama que se había desarrollado de repente en mitad de aquella espléndida fiesta, pero nadie se había afectado tanto como cada uno de los cinco hombres que, separados de los demás invitados, formaban un grupo, a un lado.

Esos hombres eran Cedric Shafton, Willoughby Vulcan, Vincent Lamotte, Simon Steer e Isidore Morne, los cinco hombres que, con Herman Stencarn, tenían más que temer de la terrible venganza de Justicia Alada.

Willoughby Vulcan se acercó al inspector Dale.

—¿Es posible que yo hable con Stencarn? — preguntó. — Llevo muchos años asociado con él en cuestión de intereses, y quisiera disponer todo lo necesario a fin de que sea debidamente defendido

—Sí, señor, — contestó el inspector Dale en seguida. — Antes de que usted se retire arreglaré las cosas de modo que pueda usted verle.

Vulcan se inclinó en señal de agradecimiento y volvió a donde estaban sus compañeros.

—Este es un asunto muy serio para todos nosotros, — dijo en voz baja. — Stencarn se halla en una horrible situación. Si se asusta, es capaz de hablar y hablar demasiado de lo que no nos conviene que hable.

—¡El terror alado es el que tiene la culpa de todo esto! — murmuró Cedric Shafton nerviosamente. — No sé qué fué lo que sucedió en el escritorio, pero estoy seguro de que él lo presenció. ¡Cuando Stencarn salió al pasillo del hall a pedir socorro, cambió de sitio el revólver, para condenar a Stencarn! ¡Este es el golpe más terrible que nos ha sentado hasta el presente nuestro implacable enemigo!

—Sin embargo, nuestra fuerza consiste en que sigamos unidos muy estrechamente, y si Stencarn supone que vamos a abandonarlo a su destino, es capaz de denunciarnos a todos y hacernos pasar un mal rato, — dijo Vulcan. — Por eso es por lo que debemos hacer todos los mayores esfuerzos posibles para ayudarle a salir del atolladero en que se encuentra.

Se volvió hacia Simón Steer, un tipo exageradamente delgado, de cara angulosa; era el que servía de consejero y asesor legal en aquel grupo de pillos criminales.

—Tiene usted que encargarse de la defensa de Stencarn, Steer, — dijo Vulcan. — Usted es el más astuto de los abogados tiburones que he conocido en mi vida, y tendrá que ser un hombre excepcionalmente hábil el que pueda vencerle a usted en argumentaciones legales.

Simón Steer se rascó, pensativo, la barba rasurada.

—No me gusta absolutamente nada el verme metido en el asunto, — observó, — pero supongo que está usted en lo cierto, Vulcan. Por nuestro propio bien debemos hacer todo lo posible por salvar a Stencarn.

—Entonces se tendrá que quedar usted en Westhampton y tomar a su cargo el asunto, — dijo Vulcan. — Los demás nos iremos a Londres bien temprano. Mientras este caso se halle en manos de la justicia, es necesario que nos ocupemos del movimiento de nuestra oficina de Londres, a fin de no desatender nada que se relacione con nuestro intereses.

Simón Steer inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Mejor será que nos llamemos a quietud y a silencio durante algún tiempo, — aconsejó. — No intenten nuevas combinaciones para sacarle el dinero al prójimo hasta que no esté terminado el asunto de Stencarn. Quédese usted en Londres y yo actuaré como lazo de unión entre Stencarn y la oficina central.

Los cinco pillastres conversaron entre ellos durante unos cuantos minutos, hasta que se presentó el inspector Dale, con un policeman, escoltando a Herman Stencarn.

El rostro, comunmente rojo, del hombre arrestado, hallábase pálido, casi amarillo, en aquel momento. Pero parecía haberse tranquilizado mucho al darse cuenta de que sus asociados no le abandonarían.

El inspector Dale se quedó a un lado, mientras Steer y Vulcan tenían una breve, seria y definitiva conversación con Stencarn.

—Estamos todos convencidos de su inocencia, Stencarn, — dijo Willoughby Vulcan mirando cara a cara al preso, — y el señor Steer ha decidido encargarse de su defensa. Si usted confía en nosotros, no ahorraremos esfuerzo a fin de demostrar que usted ha sido víctima de las apariencias.

Había, en las palabras de Vulcan, mucho más de lo que por sí mismas decían, Stencarn comprendió inmediatamente qué era lo que su compinche quería decir, en verdad.

—¡Gracias! — contestó en seguida. — Supongo que Steer podrá verme mañana, cuando yo haya logrado tranquilazarme un poco y recordar con más serenidad los detalles de lo sucedido. Estoy pronto, señor inspector, — dijo, volviéndose hacia Dale.

Un minuto después, Steer y Vulcan, que ya habían ido antes hasta la puerta, vieron cómo Herman Stencarn se retiraba en el automóvil de la policía.

Cuando el automóvil se alejaba por el camino cubierto de nieve, Willoughby Vulcan miró hacia arriba. Un ahogado grito brotó de sus labios, y de pronto, se agarró al brazo de Simón Steer.

—¡Mire! — dijo en voz baja, señalando hacia arriba.

Sobre la semioscuridad del nocturno cielo, los dos hombres vieron cómo se destacaba la silueta de una enorme figura de ave. ¡Era Justicia Alada!

PROTEGIENDO A SU AMIGA

DIEZ horas después, Roger Fálcon se levantaba de la cama de su caverna subterránea. Había dormido desde su regreso de Woodglen House, y se hallaba descansado y fresco, pronto para emprender nuevas aventuras.

Micky Wilde se hallaba en la caverna, pero esto no sorprendió a Roger, pues sabía que su compañero debía haber ido a hacer su visita de todas las mañanas, a la aldea de Bleakwold.

Roger se preparó el desayuno y lo tomó con buen apetito. Fué a su taller y pasó los siguientes diez minutos arreglando sus alas. Satisfecho por fin, de que se hallaban en condiciones de servirle en el momento en que las necesitara, las guardó en el cofre que estaba en medio de la cueva.

Fué entonces hasta la mesa de trabajo y de uno de los cajones sacó un pequeño tubo de metal que era una de las muchas invenciones que le había dejado el talentoso Solomón Page.

El objeto que Roger Fálcon había sacado del cajón de la mesa de trabajo tenía el aspecto de una antorcha eléctrica, pero debía tener mucha más importancia cuando así le

había llamado la atención del joven alado.

Estaba Roger examinando el aparato aquel cuando oyó, de repente, rumor de pasos y Micky Wilde entró corriendo, en la cueva.

—¡Roger! ¡Grandes noticias! — gritó, jadeante el muchacho, que parecía hallarse muy excitado. — ¡El extraordinario oculista Juan Martín González, que ha sido tan bien atendido por el doctor Storm está enteramente bien y ha decidido operar a Viola lo más pronto que pueda.

Sintió Roger que el corazón le saltaba de alegría en el pecho. Las noticias que le daba su amigo Micky Wilde, no podían ser mejores. El doctor Juan Martín González era un anciano oculista español, el único que podía devolver la vista a Viola Page. Desde que Roger Fálcon lo había salvado de la muerte, recogiéndole una roca, en alta mar, después de un naufragio, el doctor Juan Martín González se había hallado en asistencia en casa del doctor Philip Storm.

—¡Cuéntemelo todo, Micky! — urgióle Roger con nerviosidad. — Usted se dará cuenta de la importancia que tiene todo eso para mí, puesto que cuando Viola Page haya recobrado la vista, habré cumplido una importante parte de la misión que me confió su desaparecido padre.

Micky tardó un instante en hablar porque había corrido desde la aldea a la cueva, para informar pronto a Roger, y estaba casi sin aliento.

—Escuche, Roger, — dijo después de esa breve pausa. — Voy a procurar decírselo todo con la mayor claridad. Esta mañana cuando fuí, como de costumbre, a casa del doctor Storm, a preguntar por la salud de los enfermos, el doctor me dijo que el famoso oculista González había experimentado una rápida y sorprendente mejoría en las últimas cuarenta y ocho horas. Agregó que, aun cuando se hallaba, al parecer, enteramente bien, el doctor González era muy anciano y temía sufrir una recaída. Por esta razón, deseaba operar a Viola en seguida, aprovechando el momento en que se hallaba en pleno dominio de sus facultades. Además deseaba pagar su deuda cuantos antes.

—¿Su deuda, Micky? — preguntó Roger Fálcon. — ¿Qué deuda?

—La que tiene con el hombre que le recogió de una roca de enmedio del mar, después del naufragio. ¡Y ese hombre es usted, Roger! — explicó Micky. — Había prometido al doctor Storm que devolvería la vista a Viola. Pero esta mañana dijo que para poder realizar como es debido la operación era necesario llevar a la joven al Gran Hospital Metropolitano de Londres.

—¡Sí; Micky, prosiga usted! — suplicó Roger Fálcon.

—En vista de eso, González, que se levantó esta mañana enteramente bien, dijo que estaba decidido a cumplir en seguida su promesa, — agregó el joven boxeador. — Añadió que deseaba proceder inmdiatamente, así que partió, sin perder momento, para Londres.

—Pero Viola... ¿dónde está? — preguntó Roger con impaciencia.

—Se ha ido con él, contestó el muchacho — Viola Page, Juan Martín González y el doctor Philip Storm tomaron el tren que sale de Westhampton, a las diez de la mañana.

Sin proferir una sola palabra, Roger Fálcon se dirigió en seguida hácia el cofre, sacó las maravillosas alas y se las colocó en los hombros, asegurándoselas debidamente con el correaje que las sujetaba.

Después tomó el objeto que parecía una antorcha eléctrica y que había estado examinando antes, cuando llegó Micky. Sin hablar aún, sacó de un cajón de la mesa de trabajo un bigote y una barba, negros.

Micky le miraba maravillado, mientras Roger se ponía la barba y el bigote postizos.

—¿Qué va a hacer con ese disfraz, Roger? — preguntó Micky, que no pudo resistir a la curiosidad que sentí. — ¿A dónde va usted?

—A Londres, Micky, — contestó Roger, mientras se arropaba en las alas. — Se aproxima una hora decisiva para la vida de Viola y yo deseo estar a su lado en ese momento, aun cuando estoy enteramente convencido de que la operación se realizará con toda felicidad. Es necesario recordar, querido Micky, que Viola Page, a pesar de ser una joven inocente e inofensiva, tiene crueles y nada escrupulosos enemigos, capaces de todas las villanías.

Fué a un lado de la cueva y de una percha tomó un sobretodo amplio impermeable, pero de tela de muy poco peso, y un sombrero flexible. Se puso el sobretodo encima de sus alas y de su traje de malla, y se cubrió con el sombrero.

Micky Wilde miró al reloj eléctrico que estaba instalado sobre la mesa de trabajo.

—¡Pero ya son las diez y cuarto, Roger! — dijo. — El tren que sale a las diez de Westhampton ha pasado ya por la curva de Bleakwold. Tiene usted que esperar al próximo rápido, que pasa a la una.

—¿Cómo está el tiempo fuera de aquí? — preguntó Roger Fálcon.

—Tranquilo, pero nebuloso, — contestó Micky. — Del mar viene hacia tierra una niebla espesa que va avanzando de la costa, internándose cada vez más en tierra.

—¿Hay niebla? — dijo el joven alado. — Pues si hay niebla, podré alcanzar al rápido fácilmente. La niebla hará que el tren avance con menos rapidez que de costumbre y me me permitirá volar cerca del convoy sin que me vean. ¡Adiós, Micky!

EN EL TREN

VOLANDO velozmente por la atmósfera oscurecida por la niebla, Roger Fálcon fué en persecución del tren en que Viola Page y los dos médicos viajaban.

A unas diez millas de Bleakwold le fué posible distinguir la silueta del convoy que marchaba a velocidad reducida, a causa de la niebla.

El muchacho alado descendió volando y se posó con elegancia y soltura en el techo del último de los coches del tren.

Instantáneamente plegó las alas sobre el cuerpo y se quedó tendido en el techo del co-

che. Allí permaneció un momento y después, dándose cuenta de que el tren avanzaba por una atmósfera más diáfana, se decidió a meterse dentro de uno de los coches.

Con toda cautela llegó Roger hasta el borde del techo y descendió hasta el estribo del coche.

El tren acrecentaba en aquel momento su velocidad y agarrándose bien fuerte a los pasamanos, Roger pudo mirar hacia el interior del compartimiento que le quedaba más cerca.

La suerte favoreció en aquel momento al joven alado, porque aquel compartimiento estaba desocupado.

Mediante un movimiento muy rápido, digno de un verdadero atleta, Roger se tomó de la manija, abrió la puerta y se metió en el coche. Cerrando la puerta en seguida de haber entrado, se dejó caer en los mullidos asientos y allí permaneció unos minutos hasta recobrar el aliento y la tranquilidad, pues el esfuerzo que había hecho había sido tan arriegado como fatigoso, aun para un joven de sus condiciones atléticas.

Se levantó, y poniéndose el impermeable, que había llevado colgado del cinturón, — y el sombrero, — que había guardado en un bolsillo del impermeable, se dispuso a salir del compartimiento. El sobretodo era largo y le cubría por completo las alas.

La verdad era que con la barba, el bigote, el sombrero y el sobretodo, estaba transformado de tal modo que ni sus más íntimos amigos le hubieran reconocido.

Pasó un rato más y el tren comenzó a aminorar la marcha a fin de detenerse en el empalme de Willingly, que quedaba a mitad de camino entre Westhampton y Londres.

Tan pronto como el tren se detuvo en la estación, Roger saltó al andén y se recorrió todo el largo del tren mirando hacia el interior de los coches, procurando hallar al doc-

Después de mirar hacia el interior de dos coches, Roger se detuvo de improviso a mirar a un grupo de cinco hombres sentados en un compartimiento "para fumadores", de primera clase. No sin emoción reconoció que cuatro de aquellos hombres eran Cedric Shafton, Willoughby Vulcan, Vincent Lamotte e Isidore Morne. El quinto era un desconocido.

Sonó el toque de silbato del guarda, y sin la menor vacilación, Roger se metió en aquel compartimiento. Cuando cerró la puerta tras él y se sentó en un rincón, que estaba desocupado, vió que los cinco viajeros jugaban al póker.

—¿Quiere usted agregarse a la partida? — preguntó el desconocido a Roger.

—No, muchas gracias, — contestó el muchacho alado.

Los cinco pasajeros continuaron su juego. No llevaban mucho tiempo jugando de nuevo cuando Roger vió que los jugadores apostaban importantes sumas y que el desconocido estaba ganando.

No cambiaba de mano dinero ninguno. Las apuestas se hacían llevando una cuenta muy prolija y detallada por la que le liquidarían el juego cuando lo dieran por terminado.

—Se me ha dado vuelta la suerte, — observó el desconocido mientras daba cartas una vez más. — Empecé perdiendo y perdiendo, pero ahora voy ganando, según parece.

—Doblaremos el importe de las apuestas, — propuso Cedric Shafton.

Asintieron los demás y el juego prosiguió durante una hora a toda presión.

El desconocido siguió ganando hasta que, mirando por la ventanilla, se dió cuenta de que el tren llegaba a los suburbios de Londres.

—Sería mejor que arregláramos cuentas, — dijo. — Dentro de cinco minutos estaremos en Londres.

—Gano cincuenta y dos libras, treinta y siete libras, treinta y seis libras y cuarenta y cinco libras, — anunció el afortunado desconocido. — ¡Ciento setenta libras en total!

Gruñendo al darse cuenta de su mala suerte, cada uno de los perdedores comenzó a contar el dinero, para pagar su deuda de juego.

Cedric Shafton se disponía a entregar su dinero al ganador, cuando Roger Fálcon intervino.

—¡Un instante! ¡Nada más que un instante! — dijo tranquilamente. — Antes de pagar, supongo que les interesará saber a ustedes que ese hombre ha estado haciendo trampas.

El desconocido se puso de pie de un salto, y frunciendo el ceño, enfadado.

—¡Cómo! ¿Se permite usted el atrevimiento de asegurar?...

—No sé si prefiere usted que enseñe a estos señores cómo están marcadas las cartas y ganarse un buen castigo contundente ahora mismo, o resuelve retirarse sin reclamar nada, pero corriendo de prisa, — dijo Roger Fálcon al tahur. — Yo, en su caso, optaría por lo segundo.

El hombre vaciló un momento. Después, lanzando una frase de burla, abrió la portezuela y saltó al andén.

—Espero que habrán quedado ustedes satisfechos, señores, — dijo Roger, sonriendo.

—¡Le estamos muy agradecidos! — exclamó Vulcan calurosamente. — Me gustaría tener ocasión de conversar con usted sobre cómo consiguió darse cuenta de que ese hombre nos estaba robando. Tome usted mi tarjeta; tal vez no le sea molesto hacerme una visita en mi oficina de Londres.

Dió una tarjeta a Roger Fálcon, que la aceptó, inclinándose sonriente.

—Mientras tanto tenga usted la bondad de admitir una vez más la expresión de nuestro agradecimiento, — agregó Vulcan. — ¡Nos ha evitado usted una pérdida de dinero de bastante importancia.

—¡Oh! Eso no significa nada. ¡No tienen ustedes por qué darme las gracias! — dijo Roger Fálcon sonriendo, mientras descendía del coche del ferrocarril a la plataforma de la estación. — No me gusta ver que determinadas personas tiren en el juego el dinero que no es suyo, sino de otros. ¡Yo no podía permitir que les robaran a ustedes lo que, como no es de ustedes, no debían exponer en el juego!

Y antes de que los cuatro individuos pudieran reaccionar, pasada la impresión que tales palabras les habían producido, Roger

Falcon se había perdido de vista entre el gentío que llenaba la forma de la estación.

EN EL CUARTO DE ACERO

LOS cuatro compinches: sir Willoughby Vulcan, Cedric Shafton, Isidore Morne y Vincent Lamotte, se hallaban sentados en sendas y mullidas butacas, en una lujosamente amueblada oficina.

La habitación, que estaba alumbrada con luz eléctrica, y no tenía ventanas, era a oficina particular donde los Siniestros Siete discutían sus criminales planes, de modo que la naturaleza de su conversación necesitaba un sitio donde estuvieran seguros de su absoluto secreto.

Los cuatro asociados se hallaban en aquel momento estudiando su situación financiera y no se encontraban de buen humor, por cierto, porque la detención de Stencarn les amenazaba con obligarles a cesar por completo sus actividades durante un tiempo más o menos largo.

De improviso sonó una campanilla eléctrica con sordina, precisamente en el instante en que todos habían callado y reinaba el más completo silencio.

Vulcan se levantó y yendo hasta la puerta, la abrió. Ante la puerta se hallaba de pie un hombre delgado, de pálido rostro, que no intentó entrar.

—¿Qué sucede, Raynes? — preguntó de prisa y malhumorado, Vulcan?

—Está un señor que desea verle, señor, — contestó Raynes tímidamente.

El dependiente, al expresarse así, dió una tarjeta de visita al que le había atendido.

Willoughby Vulcan miró la tarjeta e hizo una mueca. Aquella tarjeta era la que él había dado al hombre de la barba que, en el tren, había puesto en evidencia al jugador tramposo que les había ganado tantas libras al poker.

—¡Que pase en seguida, Raynes! — ordenó Vulcan. — Después puede usted retirarse.

El dependiente se retiró y Vulcan volvióse hacia sus compañeros, que seguían sentados.

—¡Nuestro benefactor de esta mañana viene a visitarnos! — anunció. — Es necesario que estén prontos todos ustedes. ¡Mucho ojo!

Abrió nuevamente la puerta y pocos segundos después, Roger Fálcon, — disfrazado todavía con su barba y su bigote, — entró en la habitación. Vulcan cerró la puerta con llave en cuanto él hubo entrado, pero el muchacho alado no pareció dar importancia ninguna a ese detalle.

—¡Buenas tardes, caballeros! — dijo Roger Fálcon con jovialidad. — ¡Supongo que no vengo a interrumpir inoportunamente, la discusión de ningún negocio de importancia!

—¡De ningún modo! ¡Sea usted bienvenido, señor!... Aun no tenemos el gusto de conocer su nombre, — dijo Vulcan.

—¡Poco importa mi nombre! — observó Roger Fálcon con toda calma. — Aún cuando mi apariencia exterior puede parecerles rara, creo que no dejarían de notar, esta mañana, que yo les hice una velada indicación sobre el interés que me inspiran sus negocios.

—¡Justicia Alada! — exclamó, en voz baja, Willoughby Vulcan.

—¡Ha acertado usted! — contestó con perfecta calma el joven alado. — Y me felicito de que la casualidad me permita encontrarme con cuatro de "Los Siniestros Siete" en su propia y secreta guarida.

Willoughby Vulcan sacó un revólver del bolsillo y sus tres compañeros le imitaron.

A pesar de que cuatro reluciente armas le amenazaban, Roger Fálcon ni pestañeó. Se quedó inmóvil, sonriendo sarcásticamente y con las manos metidas en los bolsillos de su delgado sobretodo.

—Nos alegramos de que se haya presentado usted en nuestra privada guarida. — dijo Vulcan en tono amenazador, — porque de ella no va a salir usted, al menos vivo. Somos cuatro contra uno y esta habitación, que está revestida de gruesa chapa de acero, tiene, en su puerta, un cierre a prueba de ganzúas y está construída de modo que no deja pasar ni el menor ruido al exterior. ¡Por fin le tenemos en nuestro poder, Justicia Alada! ¡Por muchas y extraordinarias que sean sus facultades, estamos convencidos de que no podrá salir de aquí!

Roger Fálcon oyó todo lo que dijo Willoughby Vulcan sin moverse y sin dejar de sonreir.

EL RAYO CANDENTE

EN una habitación de paredes forradas de acero, de la cual no podía salir ruido alguno, Roger Fálcon se hallaba cara a cara frente a cuatro de los Siniestros Siete, contra los cuales, por haberlo jurado solemnemente, tenía que realizar una campaña de justicia y de castigo a la vez.

Roger, que aún tenía puestos un bigote y una barba postizos, y que ocultaba bajo un amplio y liviano sobretodo, sus maravillosas alas mecánicas, estaba de pie ante sus cuatro enemigos, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y en una actitud tal que parecía no haberle afectado ni lo más mínimo el hecho de que cada uno de aquellos hombres le apuntaba con un revólver cargado.

—¡Así que por fin le hemos pescado! — exclamó Willoughby Vulcan sin tratar de disimular su satisfacción. — Esta oficina no deja salir ruido alguno; no tiene más salida que esa puerta, que se cierra mediante una combinación eléctrica, resistente a toda clase de ganzúas.

El único comentario de Roger Fálcon al oír esas palabras fué una breve y sarcástica risotada.

—Señores, — prosiguió Vulcan, dirigiéndose a sus compañeros y socios. — Nos hallamos, por fin, ante el mismo personaje alado que durante algún tiempo nos ha molestado con tanta frecuencia. Ahora vamos a poner a prueba el verdadero valor de sus supuestas facultades sobrenaturales.

—Usted ya ha podido apreciar la condición de mis facultades, Vulcan, — dijo Roger Fálcon fríamente, — y seguramente no

se imaginará que he venido a meterme en este sitio sin saber que puedo irme en el momento en que se me ocurra sin que nadie pueda impedírmelo.

Vulcan se rió groseramente.

—¡No es tan fácil engañarnos con baladronadas! — replicó. — No hay un sólo ser de carne y hueso que pueda salir de este cuarto sin conocer el secreto de su cerradura eléctrica. Pero quítese esa barba y ese bigote. Nos gustaría verle la cara, tal como es.

Sin dejar de apuntarle con el revólver, avanzó un paso hacia Roger.

—Le tengo dominado con mi revólver y haré fuego en cuanto usted intente ofrecer la menor resistencia, — dijo, en tono de advertencia.

—¡No diga tonterías, Vulcan! — replicó el muchacho alado. — Usted no me domina ni nada semejante. No podrá hacer fuego con ese revólver aún cuando lo pretenda. Nada más que por el gusto de convencerse, inténtelo.

Vulcan mostró los dientes, riéndose de un modo salvaje y su dedo índice oprimió el disparador del revólver.

En el mismo instante, un rayo de azulada luz pareció surgir del joven alado. Vulcan lanzó un grito de dolor y la máno con que empuñaba el revólver descendió rápidamente, como si el brazo hubiese quedado, de pronto, sin vida.

El revólver cayó, dando un sordo golpe en la gruesa alfombra del piso.

—¡Dios mío! Algo me ha quemado y el brazo se me ha quedado como paralizado, — gritó el pillo mirándose asustado, el brazo que pendía inerte e inservible. — ¿Qué es esto?

—¡Puede usted agradecerme que no le haya hecho mayor daño! — fué la respuesta de Roger Fálcon. — Confío en que sus compañeros tendrán la sensatez, por conveniencia propia, de no exponerse a quedar igualmente inutilizados.

Se comprendía que tanto Lamotte como Shafton y Morne se habían impresionado mucho ante el misterioso poder que había privado a Vulcan del uso de su brazo.

—Ahora, si usted ha abandonado por completo la idea de que soy un prisionero que se halla a merced de ustedes, me permitiré comunicarles el objeto de mi visita, — prosiguió Roger Fálcon. — He venido en busca de unos documentos que según me consta, tiene que hallarse en poder de ustedes.

"Me refiero a los planos originales de la invención que ustedes le robaron a Solomón Page, — prosiguió. — Esos planos, trazados por el mismo Page y escritos detalladamente en la memoria unida a ellos, serán entregados a las autoridades competentes a fin de dejar demostrado de modo terminante que las fortunas que han ganado ustedes con esa invención pertenecen, de derecho, a la hija única de Salomón Page.

Cedric Shafton, que estaba muy pálido, tosió con nerviosidad y temor.

—¡El dinero que yo poseo es mío y nada más que mío! — declaró tartamudeando, aún cuando pretendiera adoptar un aire de insolente desfachatez. — ¡No sé nada de los asuntos de Solomón Page!

—Usted no figuró en el grupo de pillos que tramó el complot para robarle lo suyo al viejo inventor. — Usted tiene que dar cuenta de otro asunto de importancia y ya que se presenta la ocasión, vamos a hablar de él ahora.

Vincent Lamotte, un tipo de rostro trigueño y ojos negros, que no tenía por cierto aspecto de inglés, puso el revólver en la mesa y encendió un cigarrillo.

—Es usted un poderoso enemigo Justicia Alada, — dijo, expresándose con marcado acento francés, — y es posible que pueda dejarnos a todos tan imposibilitados como a Willoughby Vulcan. Pero a pesar de eso, no podrá usted hacernos hablar de aquello que no queremos hablar.

—Y aún cuando nos mate, de nada le servirá nuestra muerte a la hija de Salomón Page, — agregó Isidore Morne, deseando hacer oír su opinión.

—Hay algo peor que la muerte para la gente de su calaña, — replicó fríamente Roger Fálcon. — Ralph Haythorn, que era uno de los de su grupo, trató de ausentarse de Inglaterra llevándose su parte de las ganancias. Yo le quité todo el dinero que llevaba y le dejé en un lejano extremo de Inglaterra, sin un solo penique en el bolsillo. Desde aquel momento, ha tenido que ganar con su trabajo cada bocado de pan que se ha llevado a la boca, y siendo un hombre no acostumbrado al trabajo honrado, sus comidas han debido ser pocas y muy alejadas las unas de las otras.

Era esta la primera noticia que los del complot tenían sobre el destino de Haythorn y la información les causó intenso efecto.

—Herman Stencarn mató a un hombre y hubiera escapado a las consecuencias de su crimen si yo no hubiera intervenido a tiempo. — prosiguió Roger Fálcon, implacable. — Yo cuidaré de que Stencarn sea castigado como lo merece, a pesar de todos cuantos esfuerzos hagan ustedes por salvarle.

Los cuatro compinches se miraron con desconfianza y como consultándose qué les convendría hacer.

—Mi misión es una misión de justicia, — explicó Roger. — Actualmente hay sólo cinco de ustedes en actividad, incluyendo a Simón Steer y cuatro de ustedes pueden asegurarse la tranquilidad enderezando el entuerto que hicieron. Yo les arruinaré porque ustedes no tenían derecho alguno a explotar la invención de Salomón Page, pero hasta que llegue ese momento, no les dejaré vivir tranquilamente ni un sólo minuto.

Se volvió y fijó su mirada en el pálido y aterrorizado Cedric Shafton.

—En cuanto a usted el caso es distinto, — dijo Roger, — pues ni aún con toda su fortuna podrá comprar su libertad. Usted debe pronunciar las palabras necesarias para que quede demostrada la inocencia de un pobre e inocente muchacho a quien se con-

deno injustamente, por un crimen que no había cometido. Usted debe decir, en público quién fué la persona que mató a Piercey Shafton, su tío.

Un breve y ahogado grito brotó de los labios de Shafton, pero no habló. Se quedó de pie, blanco como el papel, mirando fijamente al muchacho alado.

Mientras Roger Fálcon le miraba sintió instintivamente, que el hombre que se encontraba ante él en aquel instante era el que había dado muerte a Piercey Shafton.

—¡Recuerde usted bien lo que le he dicho y piense en ello, Cedric Shafton! — agregó Roger. — ¡Recuérdelo bien porque he jurado que le he de hacer decir la verdad!

En seguida, — con suma satisfacción de parte de Cedric Shafton, — el joven alado se volvió para mirar a Willoughby Vulcan.

—¿Y los planos? — preguntó. — ¿Dónde están los planos?

Wiloughby Vulcan era muy astuto y su cerebro había estado en actividad mientras Roger hablaba a Cedric Shafton. En aquellos breves instantes había adoptado una determinación, traidora como todas las suyas. Empezó por fingirse derrotado y sometido.

—¿Si nosotros le entregamos esos planos, — dijo, — no nos hará usted más daño material?

—Cuando yo haya enderezado el entuerto que ustedes hicieron, ustedes dejarán de interesarme, por completo y nada tendrán que temer de mí, — contestó Roger.

—Entonces, siendo así, tendrá usted los planos, — dijo Vulcan, — porque ya estoy cansado de este asunto. Esos papeles están dentro de la caja de hierro. ¡Tómelos y haga lo que quiera con ellos!

Sacó del bolsillo un manojo de llaves y desprendió de él la llave de una enorme caja de hierro cuya puerta, del tamaño de la puerta de un cuarto, se veía en uno de los muros de la habitación, a nivel con ella. Hecho esto, Vulcan se alejó unos pasos como indicando que el asunto había cesado de interesarle, fuera lo que fuese, lo que el porvenir le reservara.

Roger Fálcon se acercó a la mesa y tomó la llave. Después, cruzando la habitación, fué hasta la puerta de la caja e introdujo la llave en el agujero de la cerradura.

Ninguno de los cuatro pilastres intentó detenerle y antes de diez segundos, la caja estuvo abierta.

—Encontrará usted lo que busca en el cajoncito que queda a la izquierda, al fondo, — dijo Willoughby Vulcan de mal talante. — Y cuando lo haya encontrado, espero que nos librará usted de su ingrata presencia.

Roger Fálcon se sonrió con ironía cuando penetró decididamente en la enorme caja de hierro y se dirigió al fondo de aquel cuarto de acero.

En el mismo momento Willoughby Vulcan lanzó un grito salvaje de triunfo y de un salto, se acercó a la puerta de la caja y le dió un empujón.

La puerta se cerró y Vulcan hizo girar la llave en la cerradura.

—¡Por vida del demonio, no pensé nunca que cayera en la trampa con tal facilidad! — exclamó. — ¡Ahora sí que le tenemos seguro y como no sea algo más que humano, no creo que pueda vivir más de veinte minutos encerrado en esa caja, en la que no puede entrar aire!

¡PERDIDOS!

LOS minutos después de que Roger Fálcon hubiera sido encerrado en la caja de hierro, Willoughby Vulcan descubrió con suma satisfacción que comenzaba a recuperar el uso de su paralizado brazo.

Anunció a sus amigos el feliz acontecimiento y encendió un cigarrillo.

—El efecto de ese extraño choque que me produjo en el brazo la misteriosa luz azul de Justicia Alada era tan sólo transitorio, — dijo. — El misterioso volador no saldrá de sus apuros con igual facilidad, — agregó con antipática voz, e indicando la caja de hierro.

—¡Espero y deseo que no, de todos modos! — dijo Cedric Shafton estremeciéndose. — Será un gran alivio para todos nosotros el vernos libres de él.

—¡Ahora que él no se ha de interponer en nuestro camino, nadie obstaculizará nuestros propósitos! — dijo Vulcan con toda satisfacción! Acercándose a la caja de hierro, aplicó el oído a la puerta. — No oigo nada, — anunció. — Lo más verosímil es que ya haya perdido el conocimiento. Dentro de diez minutos...

Calló porque en aquel mismo instante, todas las lámparas eléctricas de la habitación se apagaron a la vez, quedando sumido el cuarto en la más completa oscuridad.

—¿Qué ha sucedido? — exclamó Cedric Shafton en medio de la oscuridad.

—Debe haberse fundido alguno de los fusibles, — dijo Vulcan.

—Vincent Lamotte encendió un fósforo, pero tan débil luz no llegó a alumbrar la extensión de la espaciosa oficina.

¿Tienen ustedes aquí alguna lámpara o bujías? — preguntó.

—Hay una lámpara en la oficina exterior! — gruñó Vulcan. — ¡Maldita electricidad! ¡En qué momento más inoportuno se ha interrumpido!

—No se queje; peor hubiera sido si se hubiese apagado la luz antes de que despacháramos a nuestro amigo alado, — observó Isidore Morne. — ¡Vamos! ¡Busque una lámpara y tráigala, Vulcan!

El fósforo que había encendido Lamotte se apagó, y Vulcan encendió otro. A la luz de éste se dirigió a la puerta y oprimió el botón de contacto que hacía funcionar la cerradura eléctrica.

Pero no se notó que funcionara el complicado mecanismo.

—¿Qué pasa? — preguntó Cedric Shafton, que se hallaba de pie a espaldas de sir Willoughby Vulcan.

—¡Que la puerta no se abre! — gritó,

desesperado, Vulcan. — ¿No comprende usted lo que ha sucedido? — preguntó de mal modo. — ¡Se ha interrumpido por completo la corriente eléctrica! El fusible que al fundirse ha dejado las lámparas sin luz, ha dejado sin movimiento la cerradura de combinación. ¡Nos hallamos encerrados, prisioneros, en esta habitación! ¡Prisioneros!

Estaba tan furioso que casi gritó a voz en cuelo la última palabra que pronunció.

—¿Prisioneros? — repitió Cdric Shafton. — ¿Por cuanto tiempo?

—En este momento no hay nadie más que nosotros en la casa, — respondió Vulcan. Cuando las oficinas se abran, mañana de mañana, arreglarán, sin duda, en seguida, las conexiones eléctricas pero hasta entonces nada podemos hacer.

Sus compañeros gruñeron ante semejante perspectiva, y no sin razón, porque aún no eran las siete, y la idea de paasr catorce horas en aquel oscuro encierro no podía resultarles agradable.

—¡Hace aquí un calor insoportable! — exclamó Isidoro Morne. — ¿No es posible hacer que entre más aire en esta habitación?

—¡Por favor cállese! — díjole Vulcan con grosería. — ¡No aumente con sus comentarios lo desagradable de la situación! ¿No sabe usted, com todos nosotros, que este cuarto tiene un caño de aire en el que está instalado un ventilador eléctrico?

—¡Entonces, si el ventilador eléctrico no funciona, lo que hacen sus paletas es obstruir el caño de aire y nuestra situación resulta todavía peor! — dijo Vincent Lamotte. —¡Aquí nos vamos a morir de asfixia antes de que lleguen las nueve de la mañana!

—¡Bah! ¡Podremos vivir, con el aire que hay y lo poco que entre, lo menos veinticuatro horas! — replicó Vulcan.

—¡Lo que me parece es que hace aquí cada vez más calor! — murmuró Morne.

Callaron todos porque todos los presentes, incluso el mismo Vulcan, se dieron cuenta de que, por alguna razón, la temperatura ascendía por momentos.

—Su... supongo que no pasará nada grave ¿eh? — tartamudeó Cedric Sharton. — ¿El fusible de la instalación eléctrica no habrá incendiado el edificio al fundirse?

Al expresarse así manifestó en alta voz lo que todos sus compañeros estaban pensando hacía un momento.

Hubo otro momento de terrible situación que duró hasta que Willoughby Vulcan se llevó la mano a la frente, hallándola cubierta de gruesas gotas de sudor y dijo:

—¡Este calor es insoportable!

Pero la temperatura siguió todavía en ascenso. No podía llegar ruido ninguno al interior de la habitación en que se hallaban presos los cuatro hombres. Si el edificio se hallaba, realmente, incendiado, no había hendija por dónde el humo pudiera entrar en aquel cuarto.

—¡Estamos perdidos! — exclamó de pronto Vulcan, que ya no dudaba. — ¡El edificio se ha incendiado y vamos a morir como ratas atranadas en un horno!

¡Estaban, realmente, condenados a morir del modo más horrible, aprisionados, en medio del fuego en aquel cuarto de paredes, techo y piso, de chapas de acero!

SOBRE LA CIUDAD

DURANTE más de veinte minutos, los cuatro hombres gritaron, blasfemaron y se insultaron los unos a los otros, dominados por un miedo terrible. Pero sus gritos no podían pasar a través de las paredes de acero.

El calor se había hecho ya casi insoportable y parecía que las paredes de acero de la habitación estuvieran poniéndose rojas.

Vincent Lamotte fué el primero en caer vencido. Se había acurrucado sobre la mesa porque no podía soportar por más tiempo el calor del piso, y de pronto, lanzando un grito ahogado, horrendo, de terror, se desplomó en la mesa, sin sentido.

Grandes eran las culpas de aquellos hombres, pero por grandes que fueran, parecía que el destino hubiera preparado el más horrendo fin para su existencia de crímenes y vilezas.

Transcurrieron dos horribles minutos y entonces Willoghby Vulcan lanzó un grito agudo, con los desencajados ojos fijos en la puerta.

El acero que rodeaba a la cerradura parecía estar a punto de fundirse bajo la acción de un calor concentrado y terrible. Pero no fué eso sólo, pues al cabo de unos pocos segundos más, la cerradura, destruída por aquel inexplicable calor cedió por completo y la puerta se abrió lentamente.

El rojizo brillo del fuego penetró la oscuridad de la habitación en la que entró a raudales un humo negro y espeso.

Cuando la puerta estuvo abierta por completo, los hombres qeu estaban en la habitación vieron, en el hueco de la misma, una delgada silueta humana que se destacaba sobre un fondo de llamas y humo.

Los tres prisioneros retrocedieron aterrorizados ante aquella silueta porque la reconocieron inmediatamente. ¡Era Justicia Alada!

El joven alado se hallaba de pie, con las alas plegadas, con el antifaz que le cubría la parte superior del rostro. Ya no tenía puestos ni el bigote ni la barba postizos ni el amplio sobretodo impermeable.

Entró rápidamente en la habitación y los tres hombres se dispusieron a salir por donde él había entrado.

—¡No se puede salir por ese lado! — les gritó. — Está incendiado todo el edificio. El fuego se produjo a consecuencia de un corto circuito y lleva ardiendo más de media hora. ¡Si quieren ustedes salvar el pellejo, síganme!

Se dirigió hacia la caja de hierro y en el momento en que estaba vuelto de espaldas, Cedric Shafton, creyendo que el propósito del joven alado era conducirles a la muerte, salió corriendo, de la habitación.

Roger Fálcon llegó a la caja de hierro e hizo girar la llave, que aún estaba en la cerradura. Morne y Vulcan parecían tan próximos a desmayarse, que no tenían fuerzas ni para moverse ni para hablar.

Se limitaba a mirar estúpidamente y cuando la puerta de la caja de hierro se abrió, vieron que tenía un enorme agujero en la pared del fondo.

—Por ahí se puede pasar a la casa vecina, — anunció Justicia Alada. — Cuando ustedes me encerraron ahí dentro, me costó muy poco trabajo abrir ese hueco en la pared el fondo.

Willoughby Vulcan e Isidore Morne no demostraron interés en averiguar mediante qué milagro se había realizado cosa tan maravillosa. Lo único que deseaban era salir del horno en que se habían visto aprisionados, así que, precediendo Vulcan, pasaron a la caja de hierro y a la casa vecina.

Roger Falcon les siguió poco después sosteniendo en brazos al desmayado Vincent Lamotte.

—Pueden ustedes atender a este hombre, — dijo el joven alado. — Esta casa no ha sido todavía seriamente atacada por el fuego, las que podrán salir de ella sin mayor dificultad.

Se volvió hacia el agujero de la pared, pero se detuvo de pronto.

—Casi no necesito decirles que los planos no estaban en la caja de hierro, — dijo a Vulcan. — Pero encontré quinientas libras en billetes de banco y hace un momento entregué esa suma al gran hospital metropolitano, en calidad de donativo. El hospital estaba escaso de fondos y me consta que la persona a quien en realidad pertenecía ese dinero, tendrá mucho gusto en ayudar a tan benéfica institución.

Un momento después había desaparecido por el agujero de la pared.

Tse hueco lo había hecho Roger Fálcon sirviéndose del pequeño aparato que llevaba en el bolsillo. Ese aparato, que por su aspecto parecía una antorcha eléctrica, emitía unos rayos caloricos de un poder enorme, tan enorme en verdad, que el fondo de la caaj de hierro y la pared que quedaba detrás, se fundieron en pocos instantes al contacto de esos rayos.

El mismo maravilloso instrumento había permitido a Roger reducir a líquido la cerradura de la puerta del cuarto de acero. Operando con una mínima parte de su fuerza habíale servido para producir una repentina parálisis en el brazo derecho de Willoughby Vulcan.

Porque Solomón Page dejado en herencia, a Roger Falcon, algunas invenciones verdaderamente maravillosas.

Roger Falcon pasó de la caja de hierro a la habitación llena de humo. Suponía que Cedric Shafton, detenido por el fuego y el humo, hubiera retrocedido en seguido. Pero com no le halló, supuso que algo grave tenía que haberle ocurrido.

—¡Es necesario que no muera hoy! — murmuró Roger con energía. — ¡Es el único hombre que puede demostrar que yo no soy autor de la muerte de sir Piercy Shafton!

Roger salió a la oficina exterior.

El fuego había invadido ya aquella habitación, pero el joven alado pasó con estupenda intrepidez.

El corredor que había después estaba transformado en una hoguera. Pero sin hacer caso del peligro que corría. Roger avanzó hasta llegar a la escalera. El tramo que conducía al piso bajo ya se había desplomado pero los tramos que conducían a los pisos superiores aún cuando incendiados, no se habían caído.

Roger comprendió que Shafton debía haber ascendido, pues no era posible que hugiera ido en otra dirección, así que subió por la incendiada escalera, entre las llamas y el humo.

Encontró el cuerpo de Cedric Shafton tendido, sin sentido al pie de la escalera de hierro que conducía al techo.

Sin detenerse a averiguar si Shafton estaba vivo o muerto, el muchacho alado le tomó en brazos. Pocos segundos después, sosteniendo con un brazo al hombre desmayado, pasaba al techo de la casa incendiada.

Por todas partes subían las llamas y el humo. De la calle ascendían los gritos de la gente aglomerada y el jadear de las máquinas de los bomberos.

Roger Falcon extendió sus mecánicas alas, y sosteniendo a Shafton en brazos, se elevó por el aire.

Una gritería ruidosa hendió los aires cuando la multitud, a la luz del incendio, vió que surcaba los aires el joven volador.

Diez mil pares de ojos presenciaron el extraordinario espectáculo pues el edificio incendiado se hallaba situado a un lado de la espaciosa plaza de Trafalgar, en el barrio del West End más populoso de Londres.

Los que han visitado Londres o lo conocen bien por lo que han leído, pueden darse cuenta de la escena; los que no, pueden figurarse un enorme espacio cuadrado rodeado de soberbios edificios. En el centro de ese cuadrado se halla la columna de Nelson, una alta columna que es mucho más alta que cualquiera de los edificios, circundantes y que tiene, sobre su hermosamente esculpido capitel, una estatua de Nelson, de gigantescas dimensiones.

Por encima de esa plaza voló Roger Falcon, pero en cuanto dejó el incendiado edificio, se dió cuenta de que descendía lentamente. Sus maravillosas alas mecánicas había sufrido algún desperfecto a causa del fuego y no se hallaban en condiciones de sostener una carga doble como la que llevaban en aquel momento.

Roger se percató de esto instantáneamente y comprendió que debía librarse de su carga en seguida, pues de otro modo, Shafton y él sufrirían las consecuencias de un lamentable desastre.

Miró en redor y lo primero que vieron sus ojos fué la cumbre de la estatua de Nelson. Dos segundos después ponía los pies en la superficie del espacioso capitel sobre el cual

se asienta la monumental figura del almirante.

Cedric Shafton gimió y abrió los ojos; fue esta la primera señal de vida que dió y Roger sintió una grandísima satisfacción al darse cuenta de que su enemigo no se hallaba muerto.

—Tengo el disgusto de comunicarle que usted se va a quedar aquí, — díjole Roger a Shafton. — Pero no tenga miedo; lo voy a dejar lo más seguro posible.

Desenvolviendo parte de la soga delgada pero muy resistente, que siempre llevaba ceñida al cuerpo, Roger Falcon cortó el trozo que consideró necesario y en segundo procedió a atar con ella a Cedric Shafton, a la gigantesca estatua de Nelson.

—¡Pero usted no me va a abandonar en este sitio! — gritó Cedric Shafton, temblando de miedo.

—¿Por qué no? — preguntóle Roger Falcon muy seriamente. — Con seguridad pasarán algunas horas antes de que la policía envíe personal adecuado y dotado de los elementos necesarios para sacarle a usted de aquí; pero mientras tanto, el aire fresco de la noche le hará mucho bien, despejándole la mente y haciéndole comprender que no es esto lo peor que puede pasarle mientras se empeñe en dejar que un inocente sea considerado como autor de la muerte de sir Piercey Shafton, su señor tío, al que usted heredó.

Cedric Shafton intentó replicar, pero no tuvo ocasión. El joven alado había extendido ya sus alas y libre de todo peso inoportuno, se elevaba por los aires, riéndose sarcásticamente mientras desaparecía volando por encima de la populosa ciudad.

BAJO LA GRAN CIUDAD

ROGER FALCON, el joven alado, se hallaba con el doctor Philip Storm en el alojamiento del médico, en Londres.

Roger había dormido allí la pasada noche; y después de haberse desayunado con excelente apetito, tomó un diario de la mañana.

Le llamó inmediatamente la atención una página en la cual, con letras enormes, se leía lo siguiente:

UN MISTERIOSO VOLADOR VISITA LONDRES

De una casa incendiada surge, entre llamas, un hombre con alas de murciélago

ESCENAS ASOMBROSAS

A esos títulos seguía una extensa y más o menos exacta crónica de las escenas a que había dado lugar la aparición del joven alado, surgiendo de un edificio del barrio West End, que se había incendiado.

Decía también la crónica del diario que, después de alejarse el joven alado dejando a Cedric Shafton atado a la estatua de Nelson, se habían necesitado cuatro horas de trabajo para llegar a donde estaba, desatarlo y descenderlo.

Dos columnas ocupaba esa sensacional información, y en el centro de la misma página se veía un aviso grande y notable, que decía en letras negras:

DOS MIL LIBRAS DE REGALO

Los propietarios de "The Morning Telegram" ofrecen un regalo de £ 2.000, a la persona que proporcione datos suficientes que conduzcan a la identificación del Hombre Alado. Nuestros lectores son invitados a hacer cuanto les sea posible en tal sentido, contribuyendo de ese modo a dilucidar este maravilloso misterio a poner fin a las hazañas de ese volador, cuya conducta debe ser considerada ilegal y atentatoria a la libertad del pueblo, por las autoridades.

Roger Fálcon sonrió al leer ese aviso y dió el diario al doctor Philip Storm, para que se enterara de esa publicación.

—¿Qué piensa usted de eso, doctor? — preguntó con toda calma.

—Pienso que no es una noticia agradable para usted, Roger, — dijo Storm, para el cual Roger no tenía secretos de ninguna clase. — Claro está que se trata, antes que de otra cosa, de una réclame del diario que lo publica, pero, sin embargo, le complica a usted la situación.

—¿Por qué? — preguntó el muchacho alado con extrañeza.

—Porque va a transformar a la mitad de los habitantes de Londres en "detectives" de afición, — declaró el doctor Storm. — Miles de personas andarán de un lado a otro en busca de usted, con la esperanza de ganarse las dos mil libras.

—Pues lo que yo creo es que con eso me van a proporcionar un poco de diversión, — dijo Roger, sonriendo. — Creo que hay más diversión que peligro, pues las gentes van a perseguirse unos a otros, y con ello darán ocasión a toda clase de cómicas y divertidísimas complicaciones.

—Con seguridad han de produirse muchas y divertidas confusiones, — asintió el doctor Storm, al parecer poco satisfecho ante semejante perspectiva. — Todo habitante de Londres que tenga un detalle un poco original en su aspecto será mirado, indudablemente, con recelo, y al fin y al cabo denunciado por algún aspirante a las dos mil libras del premio.

—¡Sea lo que sea lo que suceda, yo no me voy a recluir, quedándome en casa, entre las cuatro paredes de este cuarto! — declaró Roger. — Para empezar voy a ir con usted hasta el Gran Hospital Metropolitano, a enterarme de cómo sigue de salud la pequeña Viola Page.

El doctor Philip Storm inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Allí estuve yo anoche, a última hora, y Viola se encontraba muy bien y muy contenta, — explicó. — La operación que según se espera, ha de devolverle la vista, será

realizada hoy, pero es posible que transcurran varios días antes de que sea prudente quitarle los vendajes con que le han de cubrir los ojos.

Roger Fálcon suspiró.

—¡Si se realizaran nuestras esperanzas! — murmuró. — ¡Si fuera posible que volviera la luz a los ojos de esa pobre muchacha!

—Todo hace suponer que así será, — dijo el médico con plena confianza. — Pero, naturalmente, no es posible afirmar nada con seguridad cuando se trata de asuntos de esa clase. Si usted ha de venir conmigo al Hospital esta mañana, supongo que adoptará algún conveniente disfraz. Sería una conveniente precaución, — agregó.

—¿Disfrazarme? ¡No! — replicó sonriendo el joven alado. — Soy joven, doctor, y me gustará divertirme un poco, como les gusta a todos los de mi edad. Sería una diversión agradabilísima la que me proporcionaría, llegado el caso, el verme perseguido por algún desconfiado. Con los disfraces que tengo a mano puedo estar seguro de despistarle repetidas veces y hacerle correr desesperado durante algunas horas.

—Tiene usted que llevar a buen término una misión tan complicada como grave y peligrosa, Roger, — dijo el médico, — y reconozco que tiene derecho a distraerse y divertirse un poco. Pero al mismo tiempo, opino que usted no debe, por puro afán de divertirse, exponerse a correr innecesarios riesgos.

El médico tomó su sobretodo de la percha que había en la habitación y se lo puso.

—En lo que se refiere a la dueña de esta casa de huéspedes, no tiene usted absolutamente nada que temer, — prosiguió. — Es una antigua enfermera a quien tuve a mis órdenes muchos años, persona de toda confianza, que no le denunciaría a usted aún cuando sospechara que es usted el misterioso volador de quien hablan los diarios.

Roger Fálcon tomó sus maravillosas alas y se las puso.

Se envolvió en ellas de modo que parecían un abrigo, y cuando se hubo cubierto con un sombrero de alas anchas, echado hacia la frente, su aspecto era igual al de centenares de hombres de los que circulan por la City de Londres todos los días.

El joven alado y el doctor Storm salieron de la casa y se dirigieron con rápido paso hacia la estación del tranvía subterráneo.

La estación, que era un pequeño edificio de ladrilos rojos vidriados, se hallaba en la esquina de una calle de mucho tráfico, y entrando en la boletería, Storm compró dos boletos para la estación que quedaba más cerca del Gran Hospital Metropolitano.

Del otro lado de la boletería estaban cuatro grandes ascensores, esperando para conducir a los pasajeros a las plataformas que se hallaban a nivel mucho más bajo que el de la calle.

Roger y su compañeron entraron en uno de los ascensores que tenían las dimensiones de un cuarto bastante grande.

Sonó una campana, y el encargado del ascensor cerró las puertas de reja del mismo.

Hubo un momento de pausa, y después, el ascensor comenzó a descender con toda suavidad.

Detúvose al fin, se abrió la puerta y los pasajeros, incluso Roger y el médico, salieron a un ancho túnel en el que estaban las vías del tranvía subteráneo y las plataformas correspondientes.

La plataforma correspondiente a los trenes que iban hacia el Nórte estaba vacía cuando Roger y Storm llegaron a ella, pero comenzó a llenarse rápidamente, a medida que los pasajeros empezaron a descender.

Esa plataforma corría a lo largo de un lado del ancho túnel recubierto interiormente de azulejos blancos, y en cuyas curvas paredes se veían avisos de brillantes colores.

A cada extremo de la plataforma se veía la entrada de un oscuro túnel, un poco más pequeño que el ocupado por la estación, pero sin embargo, de más de doce pies de diámetro.

De lejos se oyó un gruñido sordo que fué haciéndose más y más fuerte, cada momento que pasaba.

Era el ruido que hacía un tren eléctrico que marchaba hacia la estación, por uno de los oscuros túneles.

Mientras esperaban el tren, el doctor Storm se había separado un poco de Roger Fálcon y se había puesto a leer uno de los carteles puestos en las paredes.

Roger se hallaba de pie, enteramente solo, y se encontraba de tal modo entregado a sus pensamientos, que no pareció percatarse de que un joven de corta estatura y afeitado, que se hallaba muy cerca de él, a pocos pasos, le miraba con grandísima atención.

El tren que llegaba hallábase a punto de entrar en la estación, cuando aquel joven fué a sentarse delante de Roger y le miró un segundo cara a cara, con la mano derecha oculta bajo su amplio sobretodo.

Roger Fálcon miró a aquel hombre en el mismo momento en que el joven abría el sobretodo.

Lo que pasó en aquel instante lo vió únicamente Roger Fálcon.

Un segundo después, en el momento en que entraba el tren eléctrico en la estación, se oyó un estridente grito de alarma.

Porque Roger se había precipitado contra el joven afeitado, y a los que eran testigos de la escena les pareció que los dos iban a caer, por el borde de la plataforma, ante el tren que llegaba rápidamente.

Pero antes de que los dos hombres cayeran, Roger Fálcon extendió sus mecánicas alas en toda su plenitud. Un instante después, con el desconocido en sus brazos, el muchacho alado se dirigía hacia el túnel, delante del tren que entraba, y desaparecía en la oscuridad.

LO QUE PASO EN EL TUNEL

EL tenebroso túnel no tenía más luz que un farol de vidrio verde situado a alguna distancia delante; el muchacho volador veíase, pues, rodeado de una oscuridad casi completa.

Roger Fálcon tenía que volar con precau-

ción grandísima, cuidando de no salirse de la línea central del oscuro conducto.

Sin embargo, y a pesar de todo el cuidado que puso, alguna vez tocó, con los extremos de sus mecánicas alas, en las curvas paredes del subterráneo pasadizo.

Al cabo de unos pocos instantes, Roger plegó las alas y descendiendo a un lado de la vía del subterráneo, corrió hasta llegar a uno de los huecos que, de distancia en distancia, había en la pared, y tenían amplitud suficiente para que estuvieran dos hombres de pie en ellos.

Esos huecos, — que sirven para que en ellos se refugien los obreros que inspeccionan las vías, — constituyen uno de los perfeccionamientos de los túneles para tranvías o ferrocarriles, y evitan muchas desgracias.

Roger Fálcon puso al desconocido de pie ante él, y después, encendiendo la luz eléctrica que llevaba fija a la muñeca, dirigió el rayo de luz al rostro de su compañero.

—¡Déme usted esa máquina fotográfica que lleva oculta debajo del sobretodo! — ordenó Roger. — Usted consiguió sacar una instantánea cuando se hallaba en la plataforma de la estación, y por eso es por lo que se encuentra aquí ahora.

Sin vacilación ninguna, el alarmado joven sacó del bolsillo del saco una pequeña máquina fotográfica y se la dió a Roger Fálcon.

El muchacho alado sacó las películas que tenía la cámara, se las guardó en el bolsillo y devolvió el aparato al otro.

—¿Por qué quería usted retratarme? — preguntóle entonces Roger.

—Porque creía que era usted el Misterio Alado de que hablan los diarios de hoy, — contestó el interrogado.—¡Claro está,—agregó bajando la cabeza como si tuviera miedo, — que respecto a eso, ya no tengo la menor duda!

—Si usted sospechaba de mí, ¿por qué no me indicó a un policeman para que me detuviera?

—Me proponía hacer eso, — confesó el otro tímidamente, — pero a fin de evitarme confusiones deseaba tener primero que nada un retrato suyo. Soy repórter fotográfico de "The Morning Telegram", y claro está que hubiera sido una nota excepcional para mi diario, el poder publicar la primera fotografía auténtica del Hombre Murciélago.

—Comprendo, — dijo Roger. — Admiro su espíritu periodístico, pero al mismo tiempo tengo que advertirle que le va a resultar peligroso todo cuanto intente en el sentido de impedir que Justicia Alada realice su alta y humanitaria misión de verdad y de castigo que tengo que realizar en este mundo.

—¡Yo no había pensado en meterme para nada en sus asuntos; — dijo el repórter fotográfico con nerviosidad. — Creo que me daré por satisfecho con salir de aquí sin haber sufrido daño mayor a consecuencia de mi entrometimiento. Soy un pacífico y razonable y busco mi éxito profesional como puedo y no tengo, por eso, intención de molestar a nadie.

—¡Viene gente; — dijo el repórter.

—¡No importa! — manifestó Roger. — Antes de separarnos debo decirle que si anda en busca de novedades para su diario, puedo manifestar que Justicia Alada lo que hace lo hace en interés propio pues no persigue utilidad personal ninguna y que ningún hombre honrado tiene nada que temer de Justicia Alada.

—¡Gracias! — dijo el repórter fotógrafo serenándose un poco. — Será para mí, profesionalmente un éxito muy valioso el poder decir que he tenido una entrevista con usted. He pasado un rato de miedo, — confesó, — pero, después de todo, usted me ha hecho un marcadísimo favor y me proporciona un triunfo informativo.

Se veía que por el túnel, se aproximaban algunas luces. Sin decir una sola palabra al joven repórter fotógrafo, Roger Fálcon salió del hueco del refugio.

Dirigió hacia arriba el rayo de luz de la muñeca, durante un brevísimo instante.

En el techo, encima del sitio donde se encontraba, veíase una placa de hierro, grande y cuadrada situada en lo más alto de la curva del techo.

Era aquella la tapa de uno de los huecos para caso de peligro. Por aquel agujero, cuando se sacaba la tapa de hierro, podía pasar un hombre del túnel a la calle que estaba arriba, o de ésta al túnel, recorriendo un pozo bastante espacioso, en caso de accidente.

Batiendo lentamente sus mecánicas alas, Roger Fálcon se elevó hasta el techo y oprimió la tapa de hierro.

Se necesitaba bastante fuerza para conseguir levantar aquella tapa, pero el muchacho alado, haciendo un grandísimo esfuerzo, lo consiguió en pocos instantes. En seguida se elevó un poco más y pudo agarrarse al último peldaño de una escala de hierro.

Dejando inactivas las alas, Roger subió por aquella escala de hierro que ascendía por la pared de un pozo que no tendría menos de doscientos pies de profundidad. Llegó, por fin, al extremo superior y allí se encontró con que le cortaba el camino otra placa de hierro.

Esta no podía abrirse no teniendo la correspondiente llave, pero las puertas cerradas no constituían obstáculos para Roger Fálcon.

Sacó del bolsillo su maravilloso proyector de rayos caloricos y en cuanto tocó uno de los botones que, resguardados bajo una tapa de metal, tenía a un lado, el aparato despidió un rayo de luz azulada.

Inmediatamente el metal de la tapa se fundió al calor estupendo del maravilloso aparato.

Destruída la cerradura, Roger Fálcon empujó la tapa de hierro, levantándola cautelosamente.

Se encontró con que la entrada a aquel pozo de socorro estaba situada en la desierta esquina de un parque. Después de asegurarse de que no le veía nadie, salió del agujero y se alejó caminando rápidamente.

ROGER ADMIRA AL PUBLICO

CUATRO horas más tarde el doctor Philip Storm salía del Gran Hospital Metropolitano.

Se dirigió rápidamente hacia el ex-

tremo de la calle y estaba ya por volver la esquina hacia la izquierda, cuando oyó ruido de pasos a su espalda.

Miró hacia atrás y una exclamación de asombro y de satisfacción brotó de sus labios cuando vió a Roger Fálcon que corría a su encuentro.

—Estuve esperando a que usted saliera, doctor, — dijo el muchacho alado. — Consideré mejor no entrar en el hospital y permanecer más o menos escondido hasta que usted saliese. ¿Qué noticias puede usted darme?

—Las mejores de las mejores, — dijo el médico mientras él y Roger seguían caminando una al lado del otro — El oculista español ha operado a nuestra querida Viola con el éxito más completo y favorable. Mañana volveré con la muchacha a Bleawold y espero que no se tardará más de una semana en quitarle el vendaje que ahora le cubre los ojos.

La noticia impresionó tanto a Roger Fálcon que durante algunos momentos, el muchacho no halló palabras con que expresarse. Su corazón rebosaba gratitud y contento; le parecía que se le hubiese quitado de encima un peso enorme.

—¡Alabado sea Dios! — murmuró por último. — Desde el momento en que la amargura entenebreció mi existencia, doctor Storm, no he tenido un momento de tanta satisfacción como éste Me siento realmente satisfecho. ¿Sigue Viola, todavía, en el Grand Hospital Metropolitano?

—Allí tiene que permanecer hasta mañana, — contestó el médico. — De allí la llevaré directamente a gozar del aire puro y vivificante del campo. Pero dígame usted ahora, Roger, qué le pasó esta mañana cuando nos vimos separados de modo tan inesperado.

Sin omitir detalle ninguno, el muchacho alado le contó todas sus estremecedoras aventuras.

—Estaba preocupado por lo que podía haberle sucedido a usted, doctor, — terminó, — pues temía que alguien hubiera notado que entró junto conmigo en la estación del tranvía subterráneo.

—Nadie demostró haberse fijado en ese detalle, — dijo el médico, riendo. — En realidad, fué tan intensa la excitación que la gente que presenció la escena no pudo pensar más que en usted. El incidente de esta mañana, Roger, prueba con toda evidencia que ahora que ha sido usted descubierto en Londres, no le conviene, pues puede resultarle muy peligroso, pasear por las calles de la ciudad.

—En tal caso, no hablemos más del asunto, — dijo Roger Fálcon sonriendo. — Vamos a algún sitio donde podamos sentarnos. ¿Conoce usted el Monumental Hall?

—¡Claro que sí! — contestó Storm, rápidamente. — Es un enorme edificio todo de vidrio que, según dicen, es el mayor de su clase en toda Inglaterra. Queda cerca de aquí, volviendo esa esquina.

—Muy bien! — dijo jovialmente Roger, que estaba muy contento y alegre. — Actualmente trabaja en el Monumental una gran compañía ecuestre y acrobática que tiene una soberbia colección de fieras además. A pesar de todo, yo no he crecido lo suficiente para haber perdido mi afición a ver una buena función de circo y a contemplar una colección de fieras, así que le propongo que entremos en el Monumental y pasemos allí la tarde.

—La idea es excelente, — dijo el médico, asintiendo. — Una tarde en el Monumental Hall me será, también a mí, muy agradable.

Cinco minutos después el muchacho alado y el doctor Storm entraban en el Monumental Hall.

El edificio era una vasta construcción con techo de vidrio. Junto a las paredes, en el interior, se veía una fila de puestos de todas clases de juegos y de exhibiciones curiosas.

En el centro del hall estaba la pista del circo con asientos en redor, palcos y graderías.

Roger Fálcon pasó una divertida media hora viendo las diversas instalaciones y por fin un hombre, que gritaba haciendo uso de una de esas bocinas llamadas "megafónos" para hacerse oír mejor, anunció que la función del circo estaba por empezar.

Roger Fálcon y el doctor Storm tomaron los boletos para dos asientos de lo alto de la gradería y los ocuparon, esperando contentos, que comenzara el espectáculo.

El primer número del programa fué la la presención de una joven que cabalgaba en pelo y a éste siguió una graciosa "entrada cómica" a cargo de dos payasos.

Después se presentó una joven que apareció sonriendo en la pista y subió rápidamente por una soga que colgaba de una de las vigas de hierro del techo.

A poca distancia de la soga estaba suspendido un trapecio, y tan pronto como la joven llegó al nivel del trapecio, hizo balancear la soga y la soltó.

Su delgado cuerpo se arqueó elegantemente en el aire y un segundo después, la acróbata habíase agarrado a la barra del trapecio.

En aquel trapecio, la joven realizó, uno tras otro, con sorprendente destreza y seguridad, varios arriesgados ejercicios.

—Es una joven muy valerosa y debe estar muy segura de sí misma, — observó Roger Fálcon, dirigiéndose al doctor Storm, después de un ejercicio sumamente arriesgado. — No ha hecho poner red debajo y el menor movimiento a destiempo puede significarle la muerte ¡y qué horrible muerte!

Una explosión de aplausos marcó la conclusión de uno de los ejercicios de la joven, y después de una leve pausa, para descansar, arqueó las piernas por encima de la barra, y, colgando cabeza abajo, aumentó el balanceo del trapecio.

Tan pronto como hubo logrado el ímpetu que deseaba, la joven se lanzó como zambullendo y después de dar tres vueltas seguidas en el aire, se agarró a la barra de un segundo trapecio, suspendido del techo en la misma forma que el primero.

Entonces, en el silencio completo que reinaba en el vasto hall, un grito penetrante resonó de improviso y el público horrorizado, al mirar hacia arriba, vió que una de las sogas que sostenían el segundo trapecio se había soltado de donde estaba sujeta.

La única cuerda que quedaba comenzó a girar, retorciéndose y la joven acróbata, aga-

rrada a la barra, que colgaba de uno solo de sus extremos, giraba en forma capaz de marear a cualquiera, en mitad del aire.

El público se dió cuenta de que la joven procuraba serenarse, pero aquella manera de girar, agregada al peligro que corría, la había enervado, y la acróbata no lograba hallar el modo de apoyarse para saltar al otro trapecio.

La soga por la cual había subido se hallaba entonces lejos de ella, fuera de su alcance y parecía que no había modo de salvar a la joven, pues era seguro que, aterrorizada como estaba, no podría mantenerse mucho tiempo más en su peligrosa y conturbadora posición.

Las mujeres se tapaban la cara con las manos para no presenciar la horrorosa escena y también había hombres que no se atrevían a mirar hacia arriba, temerosos de tener que presenciar lo que tenía, sin duda, que suceder.

Otro grito brotó de los labios de la acróbata y al mismo tiempo, de uno de los asientos de las últimas filas de las gradas se levantó una figura masculina delgada, esbelta, vestida de negro.

Un instante después el muchacho alado se elevaba por los aires, sobre la pista del circo.

Fué en línea recta hacia donde estaba la desdichada acróbata y sujetó a la joven en sus brazos en el mismo instante en que se soltaba de la barra.

Batiendo lentamente sus grandes alas mecánicas, con la joven bien sujeta entre sus brazos, el joven alado planeó en el aire.

Con la soltura de un ave, comenzó a descender hasta que por fin pisó el serrín de la pista del circo.

Puso a la joven en el suelo y permaneciendo inmóvil, de pie, dirigió una mirada en redor.

Sabía que, al salvar a la joven, se había descubierto, había enterado a todos de que era el Misterio Alado y se daba cuenta de que la policía trataría de apoderarse de él, si se le presentaba ocasión de hacerlo.

—¡Detengan a ese hombre! — se oyó gritar en voz muy fuerte, al mismo tiempo que un inspector de policía se acercaba corriendo, por la entrada de la pista.

Varios hombres avanzaron, pero antes de que se hallaran a dos pasos de él, el muchacho alado había vuelto a elevarse por los aires.

Dos mil pares de ojos vieron cómo Roger Fálcon se elevaba rápidamente hacia el techo.

Durante unos pocos segundos se le vió junto al techo de vidrios como un enorme, extraordinario murciélago que se hubiera posado en los cristales.

Nadie vió con exactitud lo que hizo, pero todos oyeron en seguida el ruido de vidrios rotos, seguido de un chaparrón de trozos de vidrio que cayó sobre la pista y los que estaban en ella.

Un momeno después el muchacho alado no estaba ya donde le habían visto y un enorme agujero que había en el techo de vidrio indicaba por dónde se había ido.

Pero las peripecias de Roger Fálcon no habían terminado porque en el momento en que se elevaba por los aires, seis aeroplanos de las Reales Fuerzas Aéreas, pasaban por encima del Monumental Hall.

Nuevos y extensos episodios de esta novela sensacional aparecerán en el próximo número de PUCKY. — No deje de leerlos.

Se han encontrado preparaciones para el tocador y drogas preparadas para tomar, en las tumbas que datan del año 1500 antes de Cristo.

✣ ✣ ✣

Impresa en "Scotland Yard" aparece todos los días "La Gaceta de Policía", que se remite a todas las oficinas policiales de Inglaterra.

✣ ✣ ✣

El inglés varía constantemente; palabras que hace diez años eran de "argot", ahora son consideradas correctísimas.

✣ ✣ ✣

Movido por electricidad, un nuevo dreadnought norteamericano navegó a razón de veintiún nudos por hora, en las pruebas.

✣ ✣ ✣

Para que el agua quede verdaderamente pura, libre de gérmenes perjudiciales, hay que hervirla tres veces y filtrarla.

En una carrera de natación celebrada en el río Serpentina, en el Hyde Park de Londres, resultó ganador un hombre de 72 años de edad.

✣ ✣ ✣

La avena ha sido sustituída por algas, en la alimentación de los caballos, durante unas experiencias, en Francia, con éxito completo.

✣ ✣ ✣

Los qeu hacen uso del teléfono sin hilos no pueden percatarse de que están empleando la nueva invención, más que por la ausencia del zumbido del alambre que deja oir las voces con más claridad.

✣ ✣ ✣

Los derechos para hacer en cinematógrafo la novela "Ben Hur", del general Lew Wallace han sido vendidos en 200.000 libras esterlinas, es decir, en más de un millón de pesos oro.

Alambre de púas

DURANTE varios minutos sir George Audley miró en vano hacia la oscuridad. No se oía ruido ninguno que pudiera indicarle el desarrollo de aquella persecución ni si había terminado de algún modo. No oyó grito ninguno procedente del sitio hacia donde parecían haberse dirigido los dos hombres.

Por último la luz de la luna volvió a brillar de nuevo, disipando las tinieblas, pasando por la abertura superior de la enorme cueva. La luz tampoco permitió saber nada. No se veía a las dos figuras por ninguna parte.

Sin embargo, siguió mirando un momento más. ¿Habían llegado a la otra orilla? ¿Se habrían hundido por siempre, sumergiendo su odio en las profundidades del lago? No se veía nada ni se oía nada. La tranquila superficie del lago guardaba bien su secreto, si acaso lo tenía.

Por último sir George volvió a embarcarse en el bote. Remó de nuevo hacia donde estaban los otros esperando con la ansiedad que les había causado el oir dos detonaciones.

Dick se había repuesto de su desfallecimiento y se encontraba más sereno.

Durante unos momentos él y su padre conversaron con animación y contento.

Para Dick, que siempre había querido mucho a su padre, todos los sufrimientos a que se había visto sometido no le pesaban desde que indirectamente habían servido para que pudiera volver a ver al hombre a quien había llorado muerto y que volvería de nuevo al mundo. Frente a frente, estrechadas las manos permanecieron un rato, diminados por la intensa alegría de volverse a ver.

Pero no había tiempo que perder ni aun en tan gratas expansiones. Era necesario regresar lo antes posible a la Abadía de Merlin.

Los cuatro se embarcaron en el bote y la embarcación cruzó el lago yendo hacia los escalones del desembarcadero situado en la otra orilla.

No les era agradable dejar a Murdock en la Peña Negra, pero el hombre había desaparecido si en realidad no había perdido la vida, en el lago, lo que era muy posible.

Lo único que podía hacer era, una vez que hubieran llegado a la Abadía de Merlin, enviar hombres a buscarle y al mismo tiempo a prender a los que quedaran, de la gavilla.

Jim Marsh parecía haberse repuesto por completo de los efectos del mal rato que había pasado.

—¡Estoy como nuevo! — exclamó al desembarcar del bote. — Creo que debo ir a efectuar un reconocimiento. No nos conviene encontrarnos de improviso con ninguna sorpresa desagradable. Con Gryce no sabe uno nunca lo que puede aparecer de pronto. ¡Hay que abrir bien los ojos mientras estemos en la isla!

Dejando a los otros en el desembarcadero, Jim se dirigió a la puerta de bronce por la cual, algún tiempo antes, aquella misma noche, había visto aparecer a Redpath con Aileen en brazos.

La puerta de bronce daba acceso a un pa-

sadizo por el cual se salía a un sitio cercano del pie de la alta escalinata que conducía a la puerta ojival.

La salida quedaba oculta por un amontonamiento de peñas. Jim no encontró nada extraño, n ohabía visto antes del lado de fuera.

Salió Jim cautelosamente y miró en derredor. En aquel sitio era donde Gryce podía haber preparado de preferencia, alfnna trampa.

Casi su primera mirada le dijo que sus precauciones habían tenido razón de existir. La boca del túnel no estaba ya libre. A la luz de la luna pudo ver que tenía una barrera de hierros y de tejido de alambre de púas.

Pero ¿qué cara era aquella que se distinguía por entre los alambres?

Inmediatamente después de haber visto Jim aquella cara se oyó un grito detrás de la barrera. El grito tenía por objeto, sin duda avisar a los de la gavilla.

Había sido la voz de Trask la que se había oído. Trask y sus dos cómplices, después de que Tom Gray cerró la boca de entrada del piso del cuarto de la torre, con la piedra, se habían dirigido hacia la isla por el túnel encontrándose con la salida cerrada.

¡Radpath había cerrado el acceso a la isla para que no salieran los otros, pero no para que no entraran sus amigos, pero le había dado mal resultado la combinación!

—¡Conque refuerzos! ¿Eh? — dijo Jim al ver las caras de los tres hombres que estaban detrás de la barra de alambre de púas. — ¡Tres! ¡En los tres está incluído mi estimadísimo amigo el simpático Trask! ¡Esos tres, Gryce y Redpath serían cinco, si no hubiera estado puesta la barrera de alambre de púas! ¡Jim, amigo mío! ¡Hay que andar con cuidado y tomar posiciones antes de dar la batalla!

Los gritos impacientes de los del túnel repitiéronse una y otra vez. Por último se oyó a alguna distancia la voz de Redpath que contestaba.

—¡Hola! ¿Quién está ahí? — preguntó.

Contestó la voz de Trask, lo que tranquilizó a Redpath, que se convenció de que eran amigos.

—¡Muy bien! ¡Voy en seguida!—agregó.

Jim se dió cuenta de que la voz de Redpath procedía de lo alto de la escalinata por la que descendería para llegar a la boca del túnel y quitar la barrera.

Pero aquellos escalones — más de los noventa y nueve de la antes misteriosa inscripción, — tenían que contarle a Redpath algunos instantes de atraso. En ese tiempo Jim podía combinar su plan.

Se volvió y, olvidando los dolores de sus miembros maltrechos, corrió hacia donde había dejado a los otros. Rápidamente explicó la situación.

—Sir George: lleve a la señorita Aileen y mi patrón por el pasaje secreto que conduce a la cueva del tesoro de que usted habló. Allí la señorita Aileen se hallará en seguridad en caso de que las cosas vayan mal. Yo evitaré que esos se metan y creo que no me costará gran trabajo, sobre todo si estoy tranquilo, sabiendo que ustedes está en seguridad, — dijo con la mayor rapidez.

—¿Voy yo con usted? — exclamó sir George.

—No. Creo que podré hacer ese trabajito yo solo. Además usted tiene que indicarle el camino a la señorita Aileen y a mi patrón. ¡Si oye usted tiros, no tema nada! ¡Deje esto en manos de Jim!

Volvió a correr por el pasaje. No tenía plan definitivo fuera de evitar que Redpath abriera la entrada del túnel para que pasaran sus amigos. Lo restante sería como se presentara. Por desgracia a mitad de camino una lastimadura que tenía en una pierna le dió el disgusto de hacerle tropezar y caer. Se levantó, pero no pudo correr como antes y perdió tiempo.

Antes de hallarse fuera, Jim oyó a Redpath que bajaba los últimos doce escalones de la escalinata y corría a quitar la barrera para dar entrada a sus tres inesperados y oportunos aliados.

Redpath estaba cerca de la boca del túnel cuando salió Jim. Un instante más y se hallaría quitando la barrera de alambre de púas puesta en el hueco.

Pero no llegó a quitarla.

A su espalda oyó un grito enérgico y perentorio:

—¡No toque esa barrera!

Para apoyar la frase, resonó una detonación. Una bala pasó silbando junto a su oído, sorprendido, se volvió lanzando un grito. En el primer momento de sorpresa no pudo acertar de dónde había llegado el tiro. Redpath, aterrorizado, tomó precauciones. Se escondió detrás de una peña como un conejo asustado.

Mientras tanto, el grito de Jim había revelado la presencia de éste a Trask que miraba del otro lado de la barrera de alambre de púas.

—¡Marsh! ¡Es Marsh! — gritó Trask desesperado . — ¡Allí! ¡Del lado de los escalones!

—¡Ah! ¡Cállese, Trask! ¡No grite tanto que me ataca los nervios! — dijo Jim con cómico aire de fastidio.

Y al decir esto disparó un tiro hacia el amable Trask, "por si acaso".

El tiro causó una retirada loca del otro lado de la barrera y Trask lanzó un chillido. Pero uno de sus compañeros, — más valiente que él, — se arrastró hacia la barrera e hizo un disparo.

Pero Jim ya se había guarecido fuera del alcance de ellos. Estaba en la sombra, en sitio desde el cual podía atisbar sin ser visto todo lo que pudiera suceder en la boca del túnel.

La súbita reaparición de Jim Marsh, a quien suponía, — con gran contento, puesto fuera de su camino, había desconcertado a Redpath. Era como para creer que Jim tuviera siete vidas, — decíase Redpath. — Pero si podía abrir la boca del túnel, los refuerzos harían variar las cosas. Cuando vió que la figura de Jim desaparecía en la oscuridad salió del sitio donde se había guarecido y trató de correr hacia la barrera para quitarla.

Otra detonación se oyó entonces y otra bala silbó junto a sus oídos.

—¡Haga caso, amiguito! — dijo la voz de Marsh mientras Redpath retrocedía atemorizado. — ¡No salte de ese modo! ¡Mire que es malo para el corazón!

Redpath juró entre dientes.

—Si aquí va a ganar el que espere con más paciencia, ganaré yo, — díjose Jim. ¡Pero si Redpath vuelve a presentarse de nuevo, consideraré inútiles todas las cortesías y le romperé un hueso tan seguro como me llamo Jim Marsh!

El "Ojo Enceguecedor"

Mientras tanto Aileen, Dick y sir George se dirigían por el pasillo secreto de le cueva del tesoro, situada debajo de las estatuas de los gladiadores.

Esta vez no hicieron el trayecto a oscuras; Jim les había dejado su linterna eléctrica. Dick sentía las piernas entumecidas y tenía que detenerse de vez en cuando a descansar, así que avanzaba lentamente.

Ascendieron la estrecha escalera abierta en la roca hasta que llegaron al espacio más ancho, el situado al lado de la habitación donde se hallaba el inutilizado aparato Marconi. De aquel sitio el viejo dueño había atisbado muchas veces.

Mientras Dick se detenía un momento para descansar, su padre miró hacia el interor de la habitación, abriendo un ventanillo que había en la pared de roca. No era posible usar la combinación de los ojos del cuadro porque la tela había sido hecha tiras.

No había señal de Gryce en la habitación. Unicamente estaba el aviador herido, tendido en el diván. Seguía desmayado.

¿Qué había sucedido con aquellos dos hombres, perseguido y perseguidor, que habían emprendido una carrera de vida o muerte, a nado, por el lago? ¿Hallábanse los dos ahogados, en lo profundo de aquellas aguas?

Continuaron su marcha y llegaron a la cueva, cuadrada y abovedada, que estaba bajo los "noventa y nueve escalones", según la inscripción de la llave de la caja amarilla.

Durante años había sido el sueño de Grce encontrar aquel sitio. Y mientras tanto buscaba, lo tenía a pocas yardas de la habitación que usaba. Mil veces había pasado por encima de él, sin sospechar nada.

Aileen miró hacia su alrededor con interés contemplando el escondrijo en vano buscado con tanto ahinco por Gryce y que había servido para libraria a ella de las garras del mismo Gryce.

No había allí más que un arcón grande y viejo, con refuerzos de bronce.

—No podemos abrirlo. — dijo sir George Audley siguiendo la dirección de la mirada de la joven. — La llave de ese arcón es precisamente la que está dentro de la caja amarilla.

—¿La llave que tiene grabadas tan extrañas palabras? — dijo Dick de improviso. — ¿Qué significado tienen esas palabras: "Sigan la mano del muerto"?

—Esa frase era la clave de todo lo que buscaba Gryce, — dijo su padre. — Se refiere a la mano del gladiador muerto que figura en el grupo escultórico que está a un lado de la escalinata. Señala un pequeño y medio oculto disco de piedra situado en el pedestal. Oprimiendo ese disco toda la estatua se mueve y deja abierto la entrada de la cueva del tesoro. Aun cuando Gryce se hubiera apoderado de la llave y por su intermedio descubierto el disco no hubiese quizás dado con el secreto de las figuras de piedra.

Era muy viejo aquel arcón. Debía tener varios siglos de existencia, pues era, con seguridad, de la época en que se hallaba instalado en monasterio en la Peña Negra. Las tiras de bronce que lo reforzaban estaban cubiertas de cardenillo.

—Fué una curiosa idea la que tuvo mi padre cuando hizo grabar esas palabras en la llave. ambién fué extraña la idea de usar la caja amarilla, construída en la India hace muchos años y de donde él la trajo, — agregó sir George.

Una de las frases de las grabadas en la caja acudió a la mente de Dick.

—"Tengo el secreto del Ojo Enceguecedor y las Siete Lunas", — repitió. — ¿Qué acertijo es ese y que quiere decir eso del Ojo Enceguecedor?

—Podría hacértelo saber ahora si ese arcón no estuviera cerrado con llave, — dijo su padre. — Ese arcón que continene algo por lo cual muchos hombres venderían su alma al diablo.

Casi con odio dió un puntapié al arcón al pronunciar esas palabras.

Sucedió entonces algo inesperado. Su pie penetró en el costado del arcón como si hubiera sido de papel. La madera, carcomida por los años, aparentaba conservar su solidez, pero estaba casi hecha polvo. Por el agujero que se abrió cayó una cascada de reluciente piedras preciosas de todos colores que brillaron con destellos a la luz de la linterna eléctrica.

Una exclamación brotó de labios de Aileen cuando ella miró la fascinadora maravilla.

Era como si la cueva se hubiera transformado en una caverna de las "Mil y una noches". El montón de piedras preciosas que se extendía a sus pies reflejando la luz en sus múltiples facetas debía valer una suma enorme.

Sir George sacudió el arcon para que saliera mayor cantidad de su contenido por el hueco del costado.

De pronto exclamó:

—¡Miren! ¡Ahí está el "Ojo Enceguecedor"!

Encima del montón de piedras se veía un collar de oro cincelado en el que estaba engarzado un enorme brillante de purísimo agua, tan grande que Aileen se quedó atónita al mirarle.

—¡Pero eso solo debe valer una fortuna! — exclamó. — ¡No soñé nunca que pudiera existir piedra semejante!

—Es el cuarto, en tamaño, de los que existen en el mundo. — dijo sir George con tan

la frialdad e indiferencia que Aileen le llamó la atención.

En el collar de oro en que estaba engarzado el brillante había además siete perlas blanquísimas.

—Hace más de un siglo se denominó a esta joya, en la India: "El Ojo Enceguecedor y las Siete Lunas" exclamó sir George. — Formaba parte de las joyas de un rajá de la India.

Aileen se inclinó y tomó la reluciente joya para mirarla más de cerca. En un momentáneo impulso, muy propio de una mujer, se llevó la alhaja al cuello como para ponérsela.

Rápidamente, como horrorizado, sir George detuvo su mano.

—No, Aileen, no. No se ponga esa joya. Es algo maldito y diabólico — exclamó con un supersticioso temor debido al conocimiento que tenía de la historia de aquella joya, unida siempre al desastre y a la muerte. — Alguna vez, no ahora, oirá usted la historia de esa maldita joya y sabrá por qué, débido al "Ojo Enceguecedor" y a las "Siete Lunas", hice condenar la puerta del cuarto de la torre de la Abadía de Merlin.

Justicia

Jim seguía, a todo esto, custodiando la entrada del túnel. Redpath, guarecido entre las rocas esperaba, pero no se atrevía a intentar acercarse de nuevo a quitar la barrera para que pasaran sus amigos.

—Esto es medio aburrido, — díjose Jim, — pero no me muevo.

De todos modos, empezaba a sentirse cansado.

—Me parece que éste, su seguro servidor, va a dormir doce horas seguidas en cuanto se le presente ocasión. Por ahora no veo posibilidad inmediata, sin embargo, — reflexionó Jim. — La verdad es que llevo una vida agitadísima desde la desaparición del patrón la otra noche. ¡Me parece que ha pasado una semana!

Tantas cosas habían sucedido en las últimas nueve o diez horas, que parecía inconcebible que el torbellino de aventuras en que se había visto envuelto desde que salió a toda velocidad para el "Salto del perro" — donde presenció el asesinato de Fox Dacre, seguido de su prisión en la casa del bosque, con su cuarto de bajo del agua y después todo lo que había sucedido en la isla — hubiera acontecido desde el amanecer anterior.

—¡Hola!

El interés de Jim se sintió atraído de pronto hacia la entrada del pasaje subterráneo. Alguna nueva emoción dominaba de fijo a los hombres que estaban detrás de la barrera de alambre de púas.

—¡Corra y abra! — gritó uno de ellos de pronto, dirigiéndose a Redpath, que seguía acurucado detrás de las rocas. — ¡Si no abre usted todo se habrá perdido! ¡Nosotros evitaremos que Marsh le moleste! Le mataremos de un tiro en cuanto aparezca. Viene gente del lado de la Abadía de Merlin. Nos vamps a encontrar como en una trampa si usted no abre!

¡Venía gente de la Abadía de Merlin! Jim escuchó con atención. Aquello quería decir que sus enemigos estaban perdidos.

Vió la cara de Redpath que salía cautelosamente de detrás de las rocas como dispuesto a correr rápidamente hacia la barrera. Lo que había dicho Trask le anunciaba un nuevo peligro inesperado. Era necesario que quitara la barrera. No había tiempo que perder.

La voz de Jim, irónica y burlona, se oyó en aquel momento.

—Avance, amigo .Haga la prueba si no le importa recibir una bala en un hueso. He estado esperando solo para eso.

Redpath tembloroso y pálido, desapareció detrás de la roca. La situación era grave, pero no se atrevía a correr el peligro. ¿Podía salvar el pellejo? ¡Quizás! Pero no quería exponerse para salvar el de sus amigos.

Jim oyó rumor de pasos de alguien que se acercaba por el túnel. No podía significar, aquel rumor de pasos, más que una cosa: que John Gray había recibido su carta y había obrado, en consecuencia, así que probablemente se aproximaba — a la cabeza de media docena de aldeanos de toda confianza, — a la Peña Negra. Trask y sus dos compañeros, arrinconados contra la barrera de alambre de púas estarían a su merced.

Jim escuchó conteniendo el aliento. Oyó una voz, a la distancia, en la oquedad del túnel:

—¡Levanten las manos!

Era la voz de John Gray.

Jim se hubiera dado la mano a sí mismo y hubiera saltado de gozo.

Evidentemente, no tuvieron probabilidades de luchar, ni Trask ni sus compañeros. Comprendieron que estaban acorralados. Fuera de otras circunstancias que estaban contra ellos, se hallaba la de que la luz de la luna que iluminaba la boca del túnel, les dejaba ver en la claridad, mientras los que llegabar encontrábanse protegidos por las sombras Se rindieron inmediatamente.

Aterrorizado, Redpath echó a correr de su escondite, esperando tal vez evitar la vigilante mirada de Jim en el momento de confusión. De todos modos el permanecer allí tenía que serle fatal.

Corrió ciegamente por la escalinata arriba, tropezó — tal era el miedo que tenía y cayó de bruces. Antes de que pudiera levantarse, Jim se encontraba a su lado apuntándole a la cabeza.

—¡No intente mover ni un dedo, amiguito, hasta que yo se lo mande o tendrá que prepararse a bien morir!

Mientras Redpath seguía tendido en el suelo, Jim le registró los bolsillos metódicamente y le quitó el revólver que llevaba.

—Ahora puede levantarse, amiguito, — díjole Jim sonriendo.

Radpath se puso de pie como movido por un resorte.

Tras la barrera de alambre de púas los tres hombres habían sido apresados.

Jim gritó con alegría dirigiéndose al padre de Aileen.

—¡Tanto gusto en verle, señor Gray! No

podía haber llegado usted en mejor ocasión. Ya los tenemos a todos fuera de combate. Todos menos uno. Ahora iré a arreglar ese asunto de la barrera de alambre de púas.

Se volvió hacia Redpath.

—Muévase, amiguito. Aquí se le necesita.

Apuntándole con el revólver, hizo que Redpath se acercara a la barrera y la quitara.

John Gray, Tom y media docena de aldeanos, salieron del túnel con sus tres prisioneros.

—¿Dónde está Aileen? — fué la primera pregunta que hizo el señor Gray.

—En seguridad, señor Gray. Hemos pasado unos momentos de tempestad en la Peña Negra, pero todo está ya en calma.

Jim se volvió rápidamente después de decir esto. Arriba, en lo alto de la escalinata, la puerta ojival se había abierto de pronto.

Por ella, desesperado, de prisa, aterrorizado, salió Gryce, al que iluminó la luz de la luna.

Casi en cuanto apareció, antes de que hubiera descendido media docena de escalones, otra figura salió por la puerta corriendo tras él, un hombre que saltó sobre Gryce como una fiera sobre su presa.

Jim comprendió en seguida quién era aquel segundo hombre de ojos de fuego. ¡Era Murdock, que por fin había alcanzado a su martirizador!

Nadie sabrá nunca los detalles de aquella salvaje cacería de hombres desde el momento en que la oscuridad había ocultado a los dos que nadaban — perseguido y perseguidor— hasta entonces. No se sabrá nunca si Gryce permaneció oculto hasta que por fin, Murdock, logró hallarle y entonces el canalla, dominado por el miedo, huyó.

Durante un breve momento, iluminados por el fulgor de la luna, los dos hombres se tambalearon peleando con desesperación antes las miradas de asombro de los demás.

Después, sin soltarse, cayeron juntos en los escalones.

Jim y Tom Gray se acercaron rápidamente a ellos.

Los dos hombres estaban muertos; Langrish Gryce tenía en torno del cuello la tira de látigo con que había martirizado a Murdock. ¡El traidor se había hecho justicia!

La historia vieja

Con la salvaje venganza de Murdock el archi-malechor de aquella gavilla criminal quedó fuera del alcance de la ley. Aun en la muerte, Murdock no había soltado a su enemigo. Allí estaban los dos, muertos, y por una extraña ironía de las circunstancias casi en el mismo sitio debajo del cual se hallaban escondidas las riquezas que no había podido encontrar Gryce a pesar de todos sus criminales esfuerzos.

Redpath, Trask, y los dos hombres de la Granja, con las manos atadas a la espalda, fueron llevados por el conducto subterráneo a la Abadía de Merlín.

El aviador herido y el mudo Caliban, que comenzaba a recobrar el conocimiento, fueron conducidos en improvisadas camillas.

—¡No podemos decir que la pesca no ha sido fructuosa! — manifestó Jim con satisfacción.

Durante un momento se detuvo junto a la boca del túnel para mirar hacia la isla donde solo quedaba la muerte. Las dos formas inertes tendidas en los escalones, permanecerían allí hasta la llegada de la policía.

—Bien, — díjose Jim. — ¡Siempre tuve ganas de saber qué había detrás de la puerta cerrada!

Para el padre de Dick constituyó una verdadera resurrección, el volver a encontrarse en su casa, rodeado de aquellos a quienes amaba, fuera ya de la celda de la isla de donde no esperaba poder volver a salir.

—El señor Gray y yo vamos a ir en automóvil a la policía inmediatamente — dijo Jim — no se quejarán del lote de presos que tenemos para ellos. a lástima es que esa hermosura de la señora Trask se haya escapado a avisar a los de la Granja. Sin embargo, si vamos de prisa llegaremos antes de que se escapen. Dígame, patrón ¿no le parece que la Abadía de Merlín tiene ahora otro aspecto?

Dick se sonrió.

—Sí. Recuerdo que usted le llamaba "El Castillo de las Sombras", y era en verdad, Jim, un lugar sombrío, donde se cernía la oscuridad del miedo y del crimen. Pero esta noche tales sombras se ha desvanecido por completo. Y esto se le debe agradecer en primer término a mi buen amigo Jim, — exclamó Dick.

Jim fué en el automóvil con el señor Gray dejando a Aileen con Dick y sir George.

Los presos fueron encerrados en seguridad hasta la llegada de la policía.

La mujer de Trask había salido corriendo en cuanto vió que los hombres volvían por el túnel con los presos, lo que demostró que todo estaba perdido ya.

Probablemente había ido a dar aviso a algunos de la gavilla que se habían quedado en la Granja.

Bonholme seguía sin conocimiento. Al caer por el hueco del piso del cuarto de la torre había sufrido heridas importantes en la cabeza. Lo raro era que no se hubiese desnucado. El médico a quién se llamó dijo que el caso era muy serio.

Jim y el señor Gray fueron hasta la ciudad cercana donde dieron cuenta a la policía de todo lo sucedido.

Provistos de una orden de allanamiento los de la policía se dirigieron en automóvil a la casa de Gryce, la llamada la Granja. Pero la mujer de Trask había dado ya el aviso al cómplice de Gryce, el llamado Lefroy, el que había enviado el interrumpido mensaje inalámbrico a la Peña Negra.

Mientras los dos automóviles se hallaban en marcha, a una milla de distancia de la casa, el ruido de dos simultáneas explosiones llegó al oído de sus ocupantes y Jim que iba en el primer coche indicó nerviosamente con la mano.

En la Peña Negra, que se destacaba con toda claridad a la luz de la luna, se había visto de pronto el brillar de una explosión que levantó con fuerza devastadora grandes

masas de sólida roca, transformando en ruinas la parte alta de la isla.

En el mismo momento, entre la isla y los arrecifes de la costa de tierra firme, se vió elevarse una columna de agua que solo podía tener una causa.

—¡Han volado el túnel! — exclamó Jim.

Evidentemente, tanto el túnel como la parte alta de la isla estaban minados y las minas se hallaban conectadas, por medio de hilos eléctricos con la Granja desde donde podían hacerse estallar las minas en caso de necesidad.

Sin duda Lefroy, antes de partir había puesto fuego a las minas para evitar que la policía fuera a la isla y hallara en ella las pruebas de la culpabilidad de los de la gavilla.

La Granja fué hallada desierta. A Lefroy no se le encontró nunca.

Por medio de sus gemelos, la mañana siguiente, Jim pudo apreciar el efecto producido por la explosión en la isla. Probablemente la mina había tenido por objeto destruir el espacio llano que usaba Gryce para aterrizar con su aeroplano. De este modo el acceso por aire se haría imposible.

Jim pudo darse cuenta de que la fuerza de la explosión había sido tan grande que había hundido la enorme caverna central junto con la puerta ojival y los escalones que a ella conducían. Todo aquello era un montón de ruinas bajo las cualee estaban enterrados para siempre los dos muertos y también las valiosísimas joyas entre las que figuraban el Ojo Enceguecedor y las Siete Lunas.

En cuanto al túnel que comunicaba con la Abadía de Merlin estaba invadido por el mar. No era, pues, posible ir hasta la isla que encerraba lo sszecretos de maldad.

—Me alegro, me alegro mucho — exclamó sir George Audley cuando se enteró de lo sucedido. — Para mí era aquel sitio de horror no sólo por el recuerdo de mi largo cautiverio sino también por los crímenes de que ha sido testigo y por el mal que hizo mi propio padre.

Unicamente a Dick confió sir George el motivo por el cual opinaba de tal modo sobre su propio padre. La revelación fué dolorosísima, tanto para sir George como para su hijo.

El abuelo de Dick había pasado su juventud en Asia y era caritativo pensar que el sol tropical había influído en el cerebro de sir Wilfred. Desde aquel tiempo, por lo demás, todos sus pensamientos habían sido encaminados hacia el mal.

Nunca había existido gran simpatía entre sir Wilfred y su hijo, cuyo afecto infantil había perdido debido a la brusquedad con que lo trataba. Pero recién después de su muerte se había enterado George Audley — que había pasado muchos años viajando por el extranjero — del verdadero carácter de su padre.

Después de su regreso a Inglaterra, a raíz del fallecimiento de su padre, sir George había leído un diario secreto que llevaba el difunto y que constituía un franco detalle de todos sus actos criminales anotados sin recato o mejor dicho, con una especie de insano orgullo.

Unas páginas del diario decían cómo se habían apoderado del Ojo Enceguecedor y de otras joyas de un magnate indio. Sir Wilfred no había podido entrar en posesión de aquel tesoro más que asesinando a sus dos guardianes.

En cuanto al resto de las joyas que había en el viejo arcón de roble todas habían llegado a s posesión por medio de procedimientos por el estilo. No era raro, pues, que sir George considerara aquellas joyas tan mal adquiridas como una riqueza maldita destinada a causar la desgracia de quien las poseyera.

Pero después del tiempo transcurrido no era posible pensar en restituirlas a sus verdaderos dueños.

Leyendo el diario de su padre, se enteró por primera vez del pasaje secreto que conducía a la isla. Su padre había tenido siempre cerrada la puerta del cuarto de la torre y no le hbía dejado entrar nunca.

—No sabía, en el primer momento, cuando descubrí el pasaje secreto a la isla, que Gryce había sido asociado a mi padre en los crímenes de que había sido teatro la Peña Negra. — dijo sir George. — En cuanto a Bonholme, creo que se asoció con Gryce recién después de la muerte de mi padre. Gryce tuvo que considerarlo un aliado muy útil.

Por último, — agregó, — mis sospechas me indicaron lo que hacía Gryce. Me enteré de que visitaba secretamente la isla pasando por el túnel después de entrar en la Abadía porque Bonholme le abría la puerta del lado del jardín durante la noche. Gryce buscaba las joyas escondidas. Intentaron varias veces apoderarse de la caja amarilla que estaba en mi poder y contenía la llave del tesoro. El hecho de que yo conociera el paso para la isla puso fin a su empleo infame que mi padre y Gryce daban a la Peña Negra.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó Dick.

—Era un sistema de bandidaje que parecía olvidado para siempre y que podía ser efectuado gracias a las condiciones de la isla, es de la gavilla al servicio de mi padre y de Gryce secuestraban personas de fortuna y las encerraban en la Peña Negra. No las soltaban hasta haber cobrado un buen rescate.

Dick miró a su padre con asombro.

—Sería muy largo detallar por qué ingeniosos medios lograban realizar esos delitos sin correr el riesgo de ser descubiertos cuando recibían el dinero del rescate. Creo que nunca se llegó ni a suponer la verdad. ¡Es de imaginarse el horror que sentí al enterarme de eso! No podía amenazar ni destruir a Gryce. Haberlo hecho hubiera sido arrojar sobre mi nombre el más horrible baldón.

—Es verdad.

—Por último, hice condenar la puerta. Pensé destruir las combinaciones de Gryce y de su cómplice Bonholme por ese medio. No sabía que Gryce había logrado hallar el modo de ir a la isla en aeroplano. Esto fué pocos días antes de mi súbita enfermedad. En mi lecho de muerte, pues creía que iba a morir, te ordené que no abrieras nunca la puerta del cuarto de la torre, esperando

evitar así futuras hazañas de Gryce en la isla. No pude explicarte nada más, Dick, no tenía tiempo. Además no quería hacerte saber los crímenes que mi padre había cometido en la Peña Negra.

—¡Dios mío! — exclamó Dick.

—Pero las joyas se hallan ahora enterradas junto con la maldición que acompaña a las riquezas mal adquiridas, en una tumba donde no podrán encontrarlas manos de hombre nunca jamás. Más vale que así sea. Tratemos ahora de olvidar todo lo sufrido en esa isla que no podríamos volver a visitar aun cuando lo quisiéramos.

Conclusión

Había pasado un mes. Aún estaban en la vieja casa levantada sobre los arrecifes de la costa. Pero la casa estaba transformada. La alegría de Aileen había cambiado en luces las sombras de otros tiempos. Ni al mismo Jim Marsh le parecía ya "El Castillo de las Sombras".

Pero al día siguiente debían ausentarse Dick y Aileen, pues en ese día iban a contraer matrimonio.

Los hombres que habían sido detenidos en la isla aquella noche, estaban presos esperando su sentencia. El proceso conmovería a toda Inglaterra. Pero Bonholme Audley no aparecería con ellos en el banquillo de los acusados. Las heridas que había sufrido en la cabeza le habían privado de juicio. Terminaría sus días en un asilo.

Judith Holt se había curado. Aquella mujer había hecho mucho mal a Dick en una ocasión. Pero después habíase hecho merecedora del perdón por la forma cómo había defendido la vida de Dick y de Aileen contra Gryce y Bonholme en los arrecifes. Era esta una deuda que no podía ser olvidada.

Dick había conseguido hacerla salir de Inglaterra en seguida. Judith había pecado contra la ley y era burlar a la ley ayudarla a evadirse, pero Dick sabía que al darle ocasión de vivir — de manera distinta que antes, — en otro país, ayudaba a una mujer arrepentida a encaminarse por la senda del bien.

No se olvidaron de Brood. Regresó a la Abadía de Merlin a terminar allí sus días comodamente instalado junto a su viejo patrón a quien tanto quería.

Los sucesos pasados resultaban increíbles para Aileen y Dick una vez en paz, llenos de esperanzas, mientras conversaban en el jardín de la Abadía de Merlin mirando hacia el más, donde se distinguía la silueta de la Peña Negra.

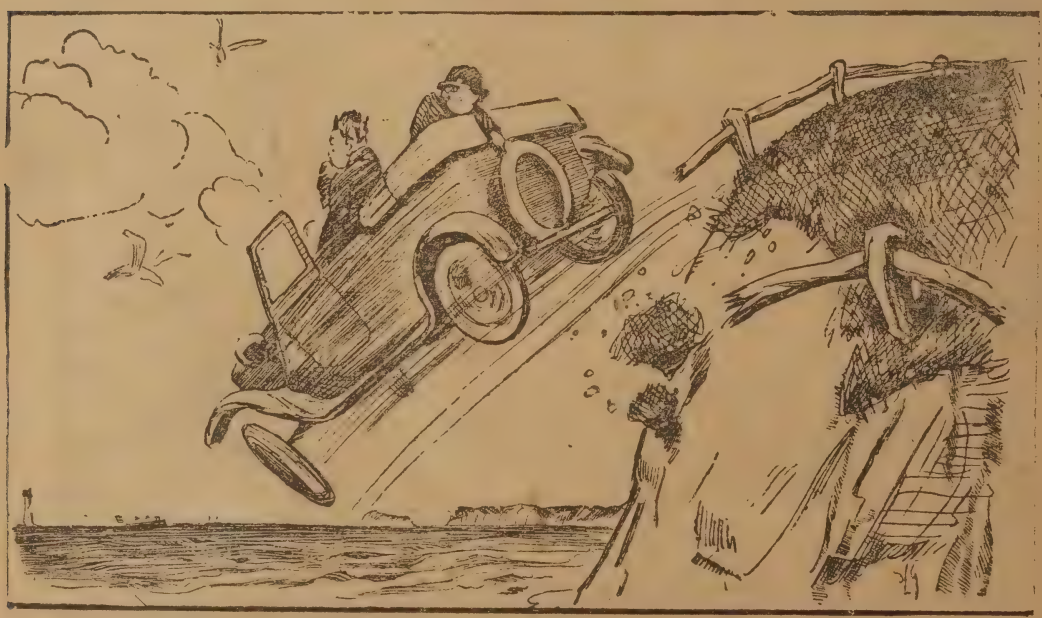
—¿Sabe usted, Jim, que esperamos ser como los príncipes y las princesas de los cuentos de hadas, que se casan y viven muchos años felices? — dijo Aileen.

—¡Mi buen amigo Jim! — agregó Dick sonriendo. — Nuestra historia de amor no hubiera tenido un desenlace tan feliz de no haber sido por él y por todo cuanto él hizo "detrás de la puerta cerrada".

Y los novios abrazaron a Jim, que bajó la cabeza emocionado. Cuando la levantó para mirarlos sonrientes el valiente joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

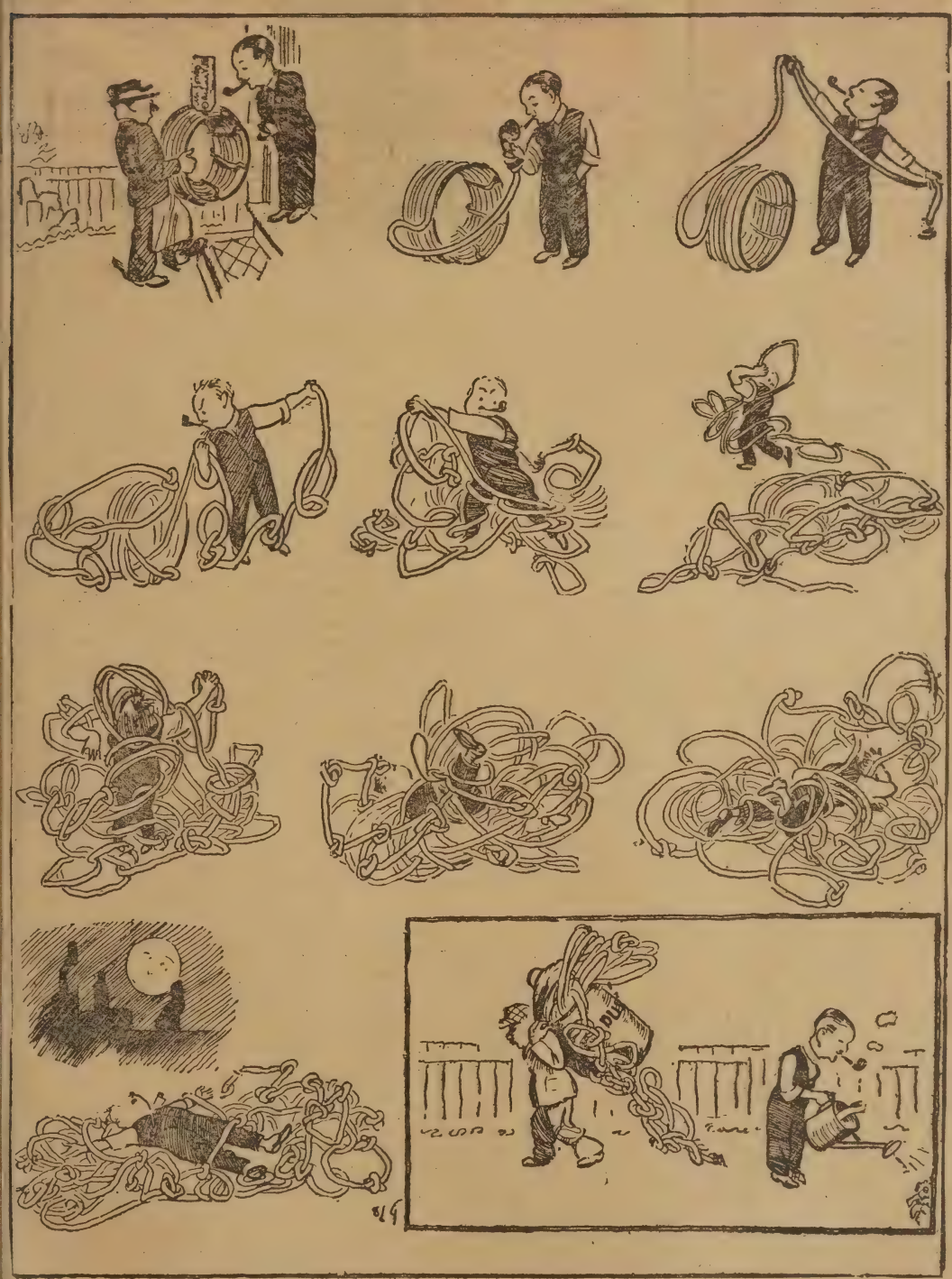
FIN

TRANQUILIDAD



El pasajero (imperturbable): —¡Ah, tío! ¡Ahora me explico por qué trae usted aquí este salvavidas!

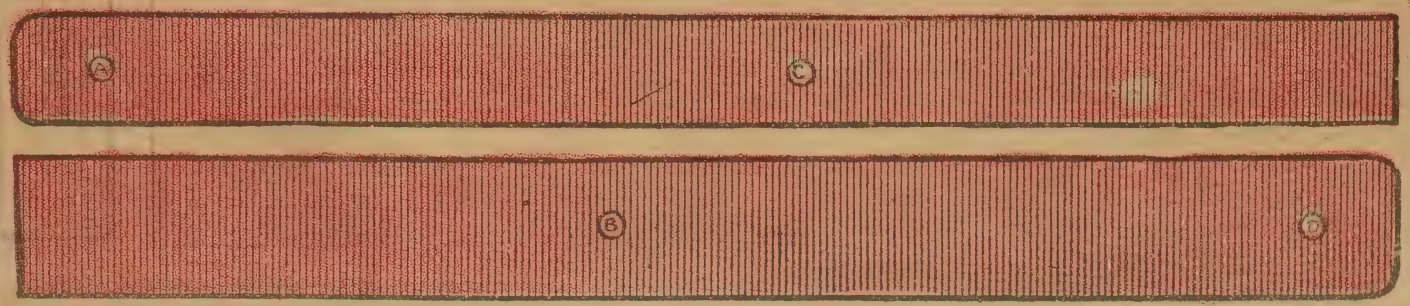
Placeres de la vida suburbana



LA MANGA DE GOMA PARA REGAR EL JARDIN

El gran partido

RESULTA muy fácil de armar este divertido juguete. Primero se pega la hoja en papel grueso o cartulina, y se deja secar bien. Se recortan las piezas y se arman, mediante broches de los de sujetar papel, de acuerdo con los modelitos chicos que los explican. ¡Y qué partido de boxeo el que se arma!



Jugando al football

Los dos jugadores (al mismo tiempo): —¡Caramba! ¡Qué pelota más dura la que nos han puesto hoy!

Entonces si

El nuevo rico: — ¡Excelente este vino! ¿No es cierto?

El conocedor: — ¡Ya lo creo! ¡Un vino que lo menos tiene cincuenta años!

El nuevo rico: — ¡Si con cincuenta años es así! ¡Cómo sería de exquisito cuando recién hecho! ¿No le parece?

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio de la Industria, Comercio Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

Lea "JUSTICIA ALADA"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

1ª Quincena de
Junio de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III. PUBLICACION QUINCENAL No. 90.

Esta escena corresponde al interesante cuento:

"EL REGALO DE REYES"

que se publica en este número.

¡Un! "ESSENTIAL"

Es el ropero que permite tener un lugar para cada prenda y cada prenda en su lugar.

Elegante, liviano y sólido, se fabrica en cedro, peterebí y roble.

ESSENTIAL - Reclame, medidas 110 de frente, 180 de alto y 57 ctms. de fondo, desde **$ 135.—**

Se remite al interior contra giro postal. Pida catálogo (T.)

MUEBLES BARZI RIVADAVIA 2201

Sumario

El regalo de Reyes
Interesantísimo cuento de O. Henry, el gran autor norteamericano.

Un jugador
Emocionante relato que parece tomado de la vida real.

La fuente
Sencilla narración que interesa y emociona.

La acreedora
Breve pero llena de ternura y de emoción es esta escena escrita por un gran autor francés.

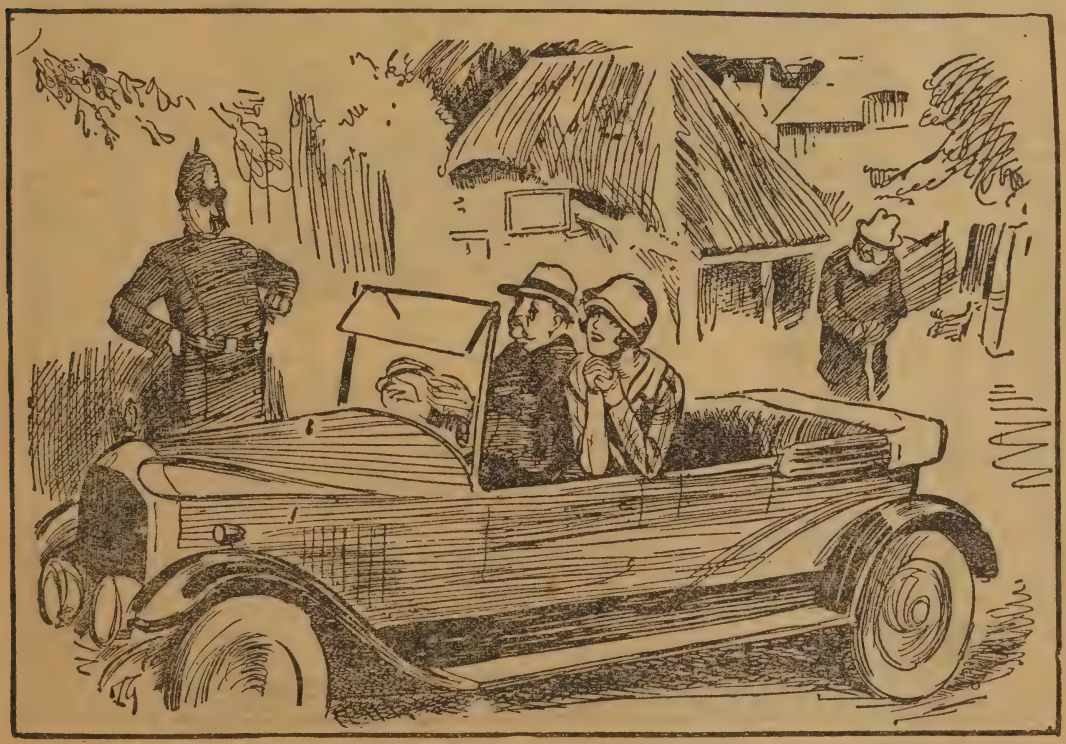
Recetas de Utilidad Práctica
Conviene guardarlas pues pueden resultar necesarias algún día.

La Florista
Es una narración digna del famoso autor que la firma.

Justicia Alada
Conclusión de esta interesantísima novela de aventuras extrañas.

El Joven Alado
Continuación de "Justicia Alada", obra que se publica a pedido del público lector.

Diferencia de opinión



La sobrina entusiasta: — ¡Déle rapidez, tío! Si nos pasa algo... ¡qué demonio! ¡No se muere más que una vez!

El tío prudente: — Ya lo sé, sobrina. Pero pueden cobrarme varias multas por exceso de velocidad sin que suceda... lo otro.

Un grito de éxtasis siguió a la apertura de la caja. ("El regalo de Reyes").

El regalo de Reyes

Por O. Henry

(TRADUCCION DEL INGLES)

UN dólar y ochenta y siete centavos. Nada más. Y de ellos sesenta centavos en calderilla. Algunas veces el empleo de la calderilla permite regatear con el tendero, con el carnicero y vendedor de frutas, hasta que nuestras mejillas se sonrojan bajo la implícita acusación de que mostramos excesiva parsimonia en los gastos.

Della repasó tres veces la cuenta. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y el día siguiente era el de Reyes. ¿Qué hacer? ¿Qué otra cosa podía hacer que no fuera echarse encima de la cama y llorar? Della no dejó de hacerlo. Lo que nos sugiere la reflexión de que la vida se compone de sollozos, de sorberse las lágrimas y de sonrisas. Mientras la dueña pasa del primer estado al segundo, echemos una mirada en redor. Pequeña habitación amueblada a dos dólares por semana. No es la miseria, pero poco falta.

En el vestíbulo de abajo hay un buzón para las cartas, en el que no cae nunca el más pequeño sobre, y un timbre eléctrico que no se utiliza jamás. Encima del uno y del otro hay una tarjeta con el nombre de "James Dillingham (hijo)".

Esto había sido durante un período anterior de prosperidad, en que ganaba veinte dólares por semana, cuando el señor Dillingham creyó que era su deber el exponer su nombre para el conocimiento del público. Ahora que sus ingresos habían bajado a veinte dólares por semana, las letras de la palabra "Dillingham" parecían vacilantes, como si pensasen seriamente reducirse a una "D" modesta y sin presunción.

Por otra parte, desde el momento en que míster James Dillingham pasaba los umbrales de su casa y entraba en sus habitaciones, no era más que "Jaimito", al que mimaba mucho su esposa, la cual ya nos ha sido presentada con el nombre de Della. Todo lo cual es muy natural.

Después de que hubo acabado de llorar, Della se pasó por las mejillas la borla de los polvos de arroz. Se asomó luego a la ventana y contempló con melancolía a un gato pardusco que estaba paseándose sobre un muro ennegrecido.

El día siguiente era el de Reyes, y Della no poseía más que un dólar y ochenta y siete centavos para comprar un regalo para Jaimito. ¡Y decir que desde hacía muchos meses había economizado todos los céntimos que pudo ahorrar para llegar a este pobre resultado! Con veinte dólares por semana no se pude ahorrar mucho. Los gastos habían excedido a todas sus previsiones. Como suele suceder siempre.

¡Un dólar y ochenta y siete centavos para comprar un regalo a Jaime! ¡Su Jaimito! ¡Cuántas horas de alegría había pasado ella buscando algo para poder regalárselo! Alguna cosa bonita, rara y preciosa; un objeto digno de ser poseído por Jaimito.

Había entre las dos ventanas de la habitación un espejo estrecho en el que una persona delgada y de mucha agilidad podía obtener en rápida sucesión de tiras verticales el reflejo del conjunto de su silueta. Esbelta y ligera, Della había llegado a ser maes-

("El joven alado") Continuación de "Justicia Alada")
Comienza su publicación en este número de "Pucky". Véase la página 57.

tra en este arte Abandonó súbitamente la ventana y se plantó delante del espejo. Los ojos le brillaban extrañamente, pero su cara perdió el color durante veinte segundos. Rápidamente se deshizo el peinado y dejó caer su magnífica cabellera.

La familia James Dillingham poseía, en medio de la pobreza, dos tesoros de los que cada uno de los dos que la componían se hallaba muy orgullosa. El uno era el reloj de oro de Jaimito, herencia de su padre y de su abuelo. El otro era la cabellera de Della. Si la reina de Saba hubiese vivido en el piso de enfrente. Della hubiera exhibido algún día su cabellera en la ventana, únicamente para rebajar el valor de los encantos y de las joyas de aquella soberana. Si Jaimito hubiese conocido al rey Salomón con todos sus tesoros apilados en las cuevas, cada vez que hubiera pasado delante de él, habría sacado el reloj para verle tirar, por envidia, de sus luengas barbas

Los hermosos cabellos de Della caían sobre sus hombros formando una ondulante y brillante cascada negra. Llegábale la cabellera hasta las rodillas y la envolvía como en un manto. Con gesto rápido y nervioso la levantó, mientras que un breve desfallecimiento la inmovilizaba durante un minuto, deslizáronse por sus mejillas algunas lágrimas, cayendo sobre la vieja alfombra.

Della se puso la vieja chaqueta de color marrón y se encasquetó el sombrero, viejo también acompañada del crujir de la seda de su falda, y con una llama en los ojos, salió de las habitaciones, bajó las escaleras y se encontró en la calle.

Paróse delante de un letrero que decía: "Madame Sofrinie. Postizos de todas clases". Subió Della al primer piso y delante de la puerta se paró, latiéndole fuertemente el corazón, para reponerse. La dueña, gorda, de color demasiado blanco, la recibió con frialdad.

—¿Quiere usted comprar mis cabellos? —

—Compro, efectivamente, cabellos, — asintió la mujer. — Quítese el sombrero y veamos qué aspecto tienen.

—Le ofrezco veinte dólares, — dijo la mujer, tocando la cabellera con sus expertas manos.

—¡Aceptado! Déme el dinero, — exclamó Della.

¡Oh! Las horas que siguieron volaron levantadas por alas color de rosa. Y perdónese la metáfora. Della revolvió todos los escaparates antes de comprar el regalo para Jaimito. Por fin lo halló. Con seguridad que había sido hecho para Jaimito y para nadie más. No había nada mejor en ninguna tienda.

Tratábase de una sencilla cadena de platino, de un dibujo sobrio; todo su valor consistía en el metal precioso y no en ostentosos adornos: que así son todas las cosas buenas. Aquella cadena era digna de figurar al lado del reloj.

Della, cuando la vió, se convenció de que debía pertenecer a Jaimito. Era la cadena la imagen de él: sobriedad y valor intrínseco. Le pidieron veintiún dólares, y ella regresó rápidamente a casa con los ochenta y siete centavos sobrantes.

Con una cadena semejante sujeta al reloj, Jaimito podía permitirse, en cualquier sociedad, el lujo de inquietarse por la hora. Porque, a pesar de la magnificencia del reloj, Jaimito no osaba jamás consultarlo abiertamente, debido a la vieja tira de cuero que lo sujetaba al bolsillo.

Después que Della regresó a su casa, decayó su estado de sobreexcitación. Sacó las viejas tenacillas, encendió la llama del gas y se puso a reparar las desgracias causadas por un amor generoso; lo que siempre es una tarea difícil, amados lectores; una tarea sobrehumana.

Al cabo de cuarenta minutos, la cabeza de la joven se hallaba poblada de pequeños bucles que la asemejaban a un joven escolar de la Edad Media. Contemplóse en el espejo largo tiempo, minuciosa e irónicamente.

—Si Jaimito no me mata, — se dijo, — dirá, cuando menos, que me parezco a una corista de "Coney Island". Pero, ¿podía yo obrar de otro modo no poseyendo más que un dólar y ochenta y siete centavos?

A las siete, el café estaba hecho, y colocadas en un rincón del horno, las costillas de carnero se cocían en la asadera.

Jaimito no llegaba nunca con retraso. Della tomó, pues, la hermosa cadena y se sentó en la orilla de la mesa, cerca de la puerta. Cuando oyó pasos en la escalera se puso pálida. Tenía la costumbre de murmurar una corta oración por las cosas más pueriles de la vida y así rogó esta vez: "¡Señor! ¡Haz que me encuentre bonita!"

Abrióse la puerta y entró Jaimito. Parecía enfermo e inquieto. ¡Pobre muchacho! No tenía más que veintidos años y ya soportaba el peso de una familia. Necesitaba comprarse un sobretodo y tampoco tenía guantes.

Jaimito avanzó con la impasibilidad del "setter" que sigue la pista de una perdiz. Se fijaron sus ojos en Della con una expresión que ella no se explicaba y que le aterró. No era ni de cólera, ni de sorpresa, ni de desaprobación, ni de horror, ni de ninguno de los sentimientos que ella temía. Jaime la miró sencillamente de un modo raro. Della saltó de la mesa y se fué hacia él.

—Jaimito querido, — exclamó, — no me mires así. Me he hecho cortar los cabellos y los he vendido porque no me era posible dejar de hacerte un regalo de Reyes. Crecerán pronto y a tí te será igual, ¿verdad? El pelo me crece con rapidez extraordinaria. ¡Deséame felicidades, Jaimito, y entreguémonos a la alegría! Tú no sabes qué regalo tan bonito y tan precioso tengo para tí.

—¿Te has cortado los cabellos? — preguntó Jaime con lentitud, como si le costara un penoso esfuerzo mental llegar a esta comprobación.

—Me los he cortado y los he vendido, — dijo Della. — ¿Es que no me quieres lo mismo? Aunque no tenga la cabellera, sigo siendo la misma.

Jaime recorrió con curiosa mirada la cabeza de su mujercita.

—¿Dices que ya no tienes tus cabellos? — preguntó en un tono de idiota.

—No los busques, — dijo Della, — por-

que los he vendido, te digo. Mañana es día de Reyes, querido. No seas rencoroso, porque hice el sacrificio por tí. Es posible que se puedan cortar todos los cabellos de mi cabeza, — continuó con ternura, — pero ¿quién puede ponderar jamás el cariño que te tengo?... ¿Pongo las chuletas en el horno, Jaimito?

Jaime parecía despertar de un sueño hipnótico. Abrazó a Della. Si queréis, apartaremos, por pudor, la mirada y la fijaremos con discreción en cualquier cosa. ¿Ocho dólares por semana o un millón al año? ¿Hay una diferencia muy grande entre eso? Un matemático o un hombre de espíritu se equivocaría seguramente en el cálculo. Los Reyes Magos trajeron regalos de valor, pero se habían equivocado en la dirección. Esto necesita ser explicado.

Jaime sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo tiró encima de la mesa.

—No juzgues mal, Della, — dijo. — Una cantidad de cabellos más o menos grande no podría cambiar el amor que siento por mi pequeña. Sin embargo, si quieres abrir este paquete comprenderás por qué, hace un rato, me hallaba aterrado.

Los dedos ágiles y blancos de Della deshicieron el nudo de la cinta y rompieron el papel. Un grito de éxtasis siguió a la apertura de la cajita y luego, ¡ay!, lágrimas y lamentaciones que obligaron al dueño de la casa a decir mil palabras consoladoras.

Porque el paquete contenía peinetas, aquel maravilloso juego de peinetas que tanto había admirado Della en cierto escaparate. Eran hermosas peinetas con incrustaciones de piedras preciosas, hechas de verdadera concha de carey del mismo color que la hermosa cabellera que ya no existía. Della sabía que eran muy caras, y en el fondo de su corazón, aunque sin esperanza, las había deseado ardientemente. Y ahora eran suyas. Pero las trenzas que debían adornar habían desaparecido.

No obstante, ella las cogió con respeto y balbuceó, sonriendo, entre lágrimas:

—Mis cabellos crecen con tanta rapidez, Jaimito...

Después se puso a brincar como un gatito, exclamando:

—¡Oh!... ¡Oh!...

Jaimito aun no había visto el magnífico regalo de ella. Se lo brindó en la palma de la mano.

—¿Verdad que es digna de un petimetre, Jaimito? He recorrido todas las tiendas de la ciuda para comprarlo. De ahora en adelante, cuano quieras, podrás consultar tu reloj cien veces por hora. Dámelo, que deseo ver si armoniza con la cadena.

En vez de obedecer, Jaimito se dejó caer sobre la cama y, colocándose las manos en la nuca, se echó a reir.

—Della, — dijo, — guardemos cuidadosamente nuestros regalos. — Son demasiado hermosos para que los usemos. Yo he vendido mi reloj para poder pagar tus peinetas. Y ahora comámonos las costillas de cordero. Los reyes magos son, como te habrán dicho, personajes muy sabios que llevaron regalos al Niño Jesús cuando se hallaba en el pesebre. Ellos han inventado la tradición de estos regalos. Y como son sabios, poco les importa qué clase de regalos hacen; tal vez hayan previsto el cambio en casos de repetición, ¿verdad?

* * *

Os he contado torpemente la crónica de dos de esos jóvenes locos que sacrifican, el uno por el otro, el más preciado tesoro. Pero reconozcamos que de todos los locos que se regalan cosas, estos dos fueron, no obstante, los más sabios Porque les inspiraron los Reyes Magos.

O. Henry

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

Un trozo de vida

UN JUGADOR

Por Paul Bourget

(Traducción del francés)

Como todo lo que ha escrito el notable novelista francés que firma este interesante cuento, tanto sus personajes cómo su acción parecen tomados de la vida real, lo que contribuye a dar mayor emoción al relato cuya originalidad es otro de sus indiscutibles méritos como podrá apreciarlo el lector.

AL salir del teatro entré en el Club y me entretuve hasta muy tarde ante la mesa del bacarat, mirando el juego, sentodo en una de esas sillas altas para uso de los jugadores que no han encontrado sitio ante el tapete verde o de los simples curiosos como yo.

Era aquella, como se rice, en el lenguaje de club, una hermosa partida. El banquero, un joven hermoso, con traje de etiqueta y un jazmin del Cabo en el ojal del frac, había perdido ya unos tres mil luises, y sin embargo, en su radiante fisonomía de vividor de veinticico años no se notaba la menor emoción. Unicamente el ángulo de la boca que pronunciaba las sacramentales frases "Doy... ¿Más cartas?... ¡Bac!... ¡Ocho!" no habría mascado tan nerviosamen- una punta de cigarro apagado si el frío frenesí del juego no le oprimiera el corazón. Enfrente de él, un sujeto de cabellos blancos, jugador de toda la vida, hacía de pagador, y manifestaba sin hipocrecía su malhumor contra la mala sombra que de tirada en tirada iba reduciendo el montón de fichas y tantos colocados delante de él. En cambio, el más alegre regocijo iluminaba el rostro de los puntos, que, sentados en redor de la mesa, extendían sus puestas y marcaban en el papel con la punta del lápiz las alternativas del juego con ese "espíritu de la talla" en que los menos supersticiosos no pueden dejar de creer en cuanto tocan un naipe.

Hay, ciertamente, en el espectáculo de toda lucha, aunque sea la de un siete con un ocho y de un rey con un as, no sé qué fascinación que interesa profundamente la curiosidad, porque allí estábamos cincuenta personas alrededor de aquellos jugadores siguiendo los lances de la partida sin percatarnos de lo avanzado de la hora. ¿Qué filósofo explicará ese otro fenómeno, esa inercia de después de media noche, que inmoviliza en París a tanta gente, en uno u otro sitio, pero siempre fuera de sus casas, donde descansarían del trabajo y de las diversiones? Por mi parte no lamento haber cedido aquella noche al encanto insano del trasnochar, porque si me hubiese retirado cuerdamente a la hora regular no hubiera encontrado en el saloncillo comedor a mi amigo el pintor Miraut, solo ante su mesa, en disposición de beberse una taza de caldo; no me hubiera él propuesto llevarme a mi casa en su coche, y no le hubiera oído referirme un caso de juego que a la mañana siguiente escribí lo mejor que pude, dándome él su autorización para ello.

—¿Qué diablos estaba usted haciendo en el Club después de las doce, — me preguntó, — puesto que no cenaba usted?

—Estaba mirando jugar, — le respondí; — he dejado en buen camino al jovencito Lautreé. Perdía ya sesenta mil francos.

El coche poníase en marcha al pronunciar yo esta frase, y veía de perfil a Miraut, que encendía su cigarro con aire a lo Francis-

;o I (el Francisco I del Louvre, pintado por el Ticiano), aire que sus cincuenta años bien cumplidos han amplificado, dando también realce a su varonil belleza.

¿No es singular que con sus hombros de lansquenete, sus hombros anchos y su sensualidad refinada, casi glotona, éste gigante continúe siendo el más especializado de nuestros pintores de flores y de retratos de mujeres? Conviene añadir que de aquel pulmón de gladiador sale una voz de una dulzura musical, y que las manos, que yo examinaba una vez más mientras sostenían la cerilla y el cigarro, son de una finura incomparable.

Sé además, por experiencia, que este soldadón tiene un corazón excelente; así que no me chocó mucho la melancolía confidencia involutariamente provocada por mi frase sobre el juego.

Afortunadamente tuve tiempo bastante para contarme el caso con muchos pormenores. A medida que nos acercábamos al Sena, la niebla se iba haciendo más espesa, y nuestro carruaje avanzaba al paso, en tanto que mi compañero daba rienda suelta al recuerdo de la historia, ya antigua, que me iba relatando. Algunos agentes de policía andaban de acá para allá con antorchas encendidas; otras brillaban en el ángulo del puente que atravesábamos, colocadas a ras de las piedras, por dónde corría un arroyuelo de resina encendida. La fantástica silueta de los otros coches que se cruzaban con el nuestro a través de aquella niebla acre, casi negra, desgarrada a trechos por las inquietas luces, aumentaba sin duda la impresión del pasado que se apoderaba del artista, porque su voz íbase haciendo más dulce y más débil a medida que se alejaba en espíritu más y más de mí, que le interrumpía lo necesario para excitar sus recuerdos.

—Yo, — me dijo al empezar, — no he jugado más que dos veces, y ¿me creerá usted?, hoy ni siquiera puedo ver jugar... Hay algunas horas, amigo mío, de esas en que uno no tiene los nervios bien templados, en que la vista sólo de un naipe me obliga a salir del cuarto... ¡Y es que, ¡ay!, de esas dos únicas partidas conservo tan terrible recuerdo!...

—¿Quién no los tiene de esa clase? — exclamé. — Yo, por ejemplo, estaba presente cuando nuestro pobre Raúl Durieu tuvo una cuestión en ese mismo círculo de que salimos, por una jugada dudosa, de la que surgió aquel absurdo desafío que fué causa de que le acompañáramos al cementerio a los cuatro días de haberle estrechado la mano delante de ese tapete verde. Siempre hay algo de tragedia alrededor de las cartas, de los crímenes, de las deshonras y de los cuicidios. Pero todo esto no impide que uno reincidia, como vuelve uno en España a las corridas de toros, a pesar del despanzurramiento de los caballos, de las heridas de los picadores y del asesinato del toro.

—Convenido, — dijo Miraut; — más no debe ser uno mismo la causa de una de esas tragedias, y eso es lo que a mí me aconteció en circunstancias bien sencillas. Pero, cuando se lo haya referido a usted, comprenderá por qué la más insignificante partida de cartas que infunde igual escalofrío de horror que sentiría al oír una detonación en el campo un hombre que hubiese dado muerte a alguno por descuido al limpiar un arma. Lo que le voy a contar ocurrió precisamente el año de mi entrada en el círculo, en 1872, que fué también el de mi primer triunfo en la exposición...

—Con su "Ofelia entre las flores", sí. Me parece estarla viendo. Bien recuerdo el ramo de rosas amarillentas junto a la rubia cabellera, ¡rosas de un amarillo tan pálido, tan delicado!..., y luego sobre el corazón aquellas otras rosas obscuras, como manchadas de sangre... ¿Quién tiene ahora ese cuadro?

—Un banquero de Nueva York, — contestó el pintor, dando un suspiro, — que ha dado por él cuarenta mil francos. Yo lo vendí en mil quinientos en época en que... ¡Claro! Todavía no era yo el artista afortunado de quien su amigo de usted, Claudio Larcher, decía maliciosamente: "¡Dichoso Miraut, cuyo oficio consiste en estar mirando todo el día a una americana, lo cual le produce quince mil franco!..." "Dicho sea entre nosotros, pero podía haber hecho sus juegos de palabras a expensas de otros y no de sus antiguos amigos..." En fin, Dios le haya perdonado.

—Pero, si le hablo a usted de dinero,— añadió, tocándome en el brazo, porque conocía que iba a contestar, defendiendo la memoria de mi antiguo amigo. — no vaya usted a creerse que es por realzar el valor comercial de mis obras, no. Es sólo porque esos mil quinientos francos tienen relación con mi aventura. Figúrese que yo no había tenido nunca reunida tal cantidad. ¡Mis principios han sido tan penosos! Llegué a París con una subvención de mil fracos anuales, que me pagaba mi pueblo, y con esa suma, o poco más, he tenido que contentarme durante seis años.

—He conocido esos apuros, — dije yo,— pero por poco tiempo. Comía usted, como nosotros, en casa de Polidoro, calle de Monsieur-le-Prince, donde por diez y ocho sueldos se lograba almorzar. Cuando encuentre usted a Jacques Molan y le aburra con sus historias de mundanas y con las elegancias de su próxima novela, háblele de esa repostería y antes de cinco minutos se verá usted libre de él.

—Nosotros habíamos resuelto el problema por medio del falansterio, — replicó el pintor; — algunos compañeros y yo hacíamos la comida en común. La amiga de uno de nosotros, que había sido cocinera (tales eran nuestras elegancias), nos guisaba las dos comidas diarias cobrándonos cuarenta y cinco francos al mes a cada uno. El cuarto, quince francos; nada de criados; yo mismo me hacía la cama. Total, sesenta francos para lo preciso. Estaba desarrapado cual un ladrón y no sabía lo que era ir en ómnibus Mis compañeros vivían como yo, y no nos ha ido mal. Allí estaban el escultor Tardi; Sudre, el pintor de animales; Rivals, el grabador, y finalmente el mejor dotado de to-

jos, el cantinero de nuestra cantinera, como le llamábamos Ladrat...

—¡Ladrat, Ladrat! — dije, evocando mis recuerdos. — Yo conozco ese nombre.

—Lo habrá usted leído en los periódicos —siguió diciendo Miraut, cuyo rostro se nubló. — Pero voy al caso. Ese Ladrat, que se llevaba todos los premios de estudio en la academia, era ya entonces víctima del terrible vicio de la bebida. En la existencia demasiado libre que llevábamos, siendo semiobreros, y en continuo roce con modelos y trabajadores, estábamos expuestos a muchas tentaciones, y desde luego a ésta. A Ladrat le había dominado. Le digo a usted esto para que no me juzgue dentro de un momento con demasiada severidad. Aquel triste hábito le impidió ganar la pensión de Roma. De tal modo se alcoholizó, que acabó locamente a salga lo que saliere una composición que había empezado de modo magistral. En una palabra, en 1872 era el único de nosotros que continuaba en la vida de bohemio, y de la más baja estofa. Había llegado a ser lo que llamamos un petardista, o sea un hombre que va de estudio en estudio, pidiendo prestados cien sueldos aquí, mayor cantidad allá, siempre con el deliberado propósito de no pagarlos en la vida. Y los de este género viven muchos años.

—Por lo menos no daba las gracias con algún insulto, — repliqué yo, — como ese Ligramendet, a quien conocí y que nunca iba a casa de Mareuil sin pedirle algo para la capillita (era su fórmula) y sin insultarle en seguida para salvaguardia de su dignidad. Cierto día le encontró disponiéndose a corregir las pruebas de un artículo que iba a publicarse. Pidió su limosna, y Andrés se la dió. — Caballero — le dijo, metiéndose en el bolsillo la moneda de plata, — ¿quiere usted conocer si un escritor tiene talento? Pues no tiene más que averiguar si reciben su artículo en una redacción. Si lo reciben, está juzgado: es una medianía. Adiós... — Ahí tiene usted un triste modelo.

—No, — dijo Miraut, — no era de ese género Ladrat. Daba las gracias, echábase a llorar, juraba que trabajaría y luego se iba al café y se envenenaba con ajenjo. Entonces le daba vergüenza y no volvía a presentarse en muchos días. Sus peticiones, por otra parte, eran insignificantes: casi nunca pasaban de cien sueldos. Así es que me extrañó mucho, cierta tarde, encontrar en mi casa una larga carta suya en que me pedía nada menos que doscientos francos. Hacía más de seis meses que yo no le había visto, y contábame en ella que todo aquel tiempo había estado luchando con su vicio, que no había bebido, que había querido trabajar, que le faltaron fuerzas, que estaba enferma su mujer (seguía viviendo con la cantinera); en fin, una de esas cartas de mendigo, desoladoras, cuya lectura le deja a uno disgustado.

—Cuando se les da crédito, — dije yo, — porque, a los diez años de vivir en París, ¡ha recibido uno tantas epístolas semejantes!... ¡Y si entre el montón hubiera siquiera dos sinceras!...

—Más vale exponerse a que le engañen a uno todas las otras veces que dejar de atender a esas dos, — replicó el pintor. — Por otra parte, en aquel momento no puse en duda la sinceridad de Ladrat. La casualidad quiso que aquel día hubiese yo cobrado los mil quinientos francos de la "Ofelia". En mis asuntos de dinero siempre he sido muy meticuloso. No tenía deudas, y poseía ya una cantidad casi igual. Tenía instalado mi estudio y provisto mi guardarropa para todo el año. Recuerdo que hice de memoria el balance de mi situación económica en tanto que cepillaba mi gabán para ir a uno de mis primeros convites de sociedad, una de esas comidas de triunfador a que se va con un apetito de maestro de escuela y con un amor propio de estudiante. Se tiene entonces la misma fé en la autenticidad de los vinos que en la sinceridad de los elogios. Comparé mi situación con la de mi antiguo compañero de barrio, y tuve uno de esos impulsos generosos tan natural en la juventud como la flexibilidad y la alegría. Tomé diez luises, los metí en un sobre, escribí las señas de Ladrat y luego llamé a mi portero. Si éste se hubiese encontrado allí, mi antiguo camarada hubiera recibido el dinero aquella noche mismo. Pero había salido a recados. — Pues mañana será, — dijo — Y salí, dejando preparado el sobre encima de mi mesa. Tenía tan decididamente tomada mi resolución, que experimenté, de antemano, ese cosquilleo de ligera vanidad que nos produce la conciencia y de una acción generosa. No es muy bella la tal vanidad, pero ¡es humana, y hay tantas otras que no tienen ese pretexto elevado!... Por ejemplo, ¡la que en mi interior sucedió a la primera casi inmediatamente! En la casa donde comía me tocó sentarme entre dos mujeres muy elegantes, que rivalizaron para conmigo en adulaciones y coqueterías. En una palabra, salí de allí a eso de las once, invadido por una de esas crisis de fatuidad en que se siente uno dueño del mundo, y me apeé en nuestro círculo, establecido entonces en el hotel de la plaza de Vendóme, a donde me había acompañado uno de los convidados, que se brindó a hacerme los honores de la reunión. Como casi no conocía a nadie allí, no había vuelto a poner los pies hasta seis semanas después de ser admitido; dos pintores me había servido de padrinos, y sólo la perspectiva de la exposición anual decidióme a hacerme socio, a pesar de la cuota, que me parecía entonces muy cara. Era yo tan ingenuo, que pregunté a mi acompañante cómo se llamaba el juego que tenía reunidas alrededor de la mesa a tantas personas. El se echó a reir, y me enumeró en dos palabras las reglas del bacarat. — ¿No le tienta a usted esto? — me dijo. — ¿Por qué no? — contesté, algo mortificado por mi ignorancia. — Pero no tengo dinero. Sin cesar de reir, me explicó que me bastaría firmar un pagaré para recibir bajo mi palabra hasta tres mil fran-

cos, a condición de devolverlos dentro de las veinticuatro horas. Luego comprendí que aquel mozo me había tentado para jugar él con la buena suerte de un principiante. Pero yo me hubiera bastado y sobrado para caer en la tentación. Encontrábame en uno de esos momentos en que gritaría uno, como aquel otro al barquero durante la tormenta: — "¡Llevas a César y su fortuna!..." — ¡Oh! Un César bien pequeño y una fortuna reducidísima, porque me senté a la mesa diciendo a mi compañero: — Voy a firmar un pagaré de cinco luises, y si pierdo, me voy.

—Y perdió usted y se quedó. Tengo un vestido del mismo color, — dije. — ¡Me acuerdo de haber formado tantas veces esas prudentes resoluciones y de no haberlas cumplido!...

—La cosa no fué tan fácil, — replicó Miraut. — Mi tentador, que se había sentado junto a mí, díjome que aguardase mi mano. Le obedecí. Volví nueve. Yo había arriesgado mis cinco luises. — Haga usted doble puesta — me dice al oído mi consejero. — Volví ocho. Seguí doblando. Volví siete, y gané. En fin: de nueve en ocho y de ocho en siete, siempre doblando, canté bien seis veces seguidas. A la séptima tirada, y siempre inspirado por mi compañero, puse un luis tan sólo. Perdí, pero tenía unos tres mil francos ante mí. Mi guía, que había ganado casi otro tanto, se levantó y me dijo: — Si es usted razonable, haga lo propio. Pero ya no le escuchaba yo. Acababa de experimentar una sensación demasiado fuerte para dejar aquello tan pronto. No pertenezco a la escuela de los que usted llama analistas; soy, y perdone usted la frase, de los que cortan un cabello en cuatro, y egoístas. No me paso la vida en mirarme, pensar y sentir. Dispénseme, pues, si no le declaro más que en globo y por medio de imágenes lo que por mi pasaba.

"Durante los cortos instantes en que ganara había invadido repentinamente todo mi ser un embriagador orgullo. Una exaltada conciencia de mi personalidad me agitaba y me soliviantaba. Análoga sensación he experimentado al nadar en mar gruesa. Esa inmensa ola movible que le amenaza a uno, le balancea y a la que domina uno con su propi fuerza, es ciertamente el símbolo exacto de lo que fué el juego para mí en aquel primer período de la ganancia, porque volví a ganar en iguales proporciones que un momento antes, y luego, más.

"No arriesgaba grandes puestas si no me tocaba llevar las cartas; cuando las tomaban los demás hacia jugadas insignificantes, pero cada vez que tocaba las cartas tenía un aire tan insolente que primero callaban todos, y luego, cuando volvía, prorrumpían como en un rumor de admiración. Quizá sin aquella admiración hubiera tenido valor para dejarlo. Pero, ¡ay! siempre me acompañó un amor propio de todos los diablos, que me ha hecho cometer mil tonterías, y con mis canas todavía ha de hacerme caer en otras muchas, sin duda. Lo conozco, me percato de ello, y luego, cuando tengo espectadores, ¡adiós mi dinero! No puedo sufrir que digan:

—"Se ha echado atrás. Es sublime ser así cuando la escena pasa en el puente de Arcole; pero ante una mesa de bacarat, y al azar de un naipe, es estúpido.

"Sin embargo, este orgullo infantil fué causa de que, después de haberme hecho notar en mi buena fortuna, no quisiera ceder ante la mala cuando conocí que se acercaba. Porque lo conocí. Llegó un punto en que comprendí que iba a perder, y aquella especie de lucidez victoriosa que me hiciera coger las cartas con una confianza absoluta se eclipsó de pronto.

"Escrito estaba que yo había de experimentar, en una misma sesión, todas las emociones que el juego produce en sus adeptos, porque, luego de haber conocido la borrachera de la ganancia, experimenté la seca y punzante embriaguez de la mala suerte. Porque existe.

"Ya conoce usted la célebre frase: "En el juego, después del placer de ganar, hay el de perder". No encuentro otra frase para explicar a usted esa especie de ardor empozoñado, esa mezcla de esperanza y desesperación, de cobardía y encarnizamiento. Cuenta uno con dominar la mala suerte, y tiene uno la certeza de que saldrá vencido.

"Se pierde la facultad de raciocinar, y se hacen puestas que se sabe son absurdas. ¡Y la ganancia se va! Primero las fichas, luego los tantos encarnados, los blancos... ¡Y firma uno nuevos pagarés! Después de haber tenido, durante diez años seguidos, el valor de pensarlo mucho antes de gastar los veinte céntimos de un tranvía, como yo hice, aventura uno quinientos o mil francos sin vacilar. Pero voy a hacerle el resumen de todo en dos palabras.

"Había entrado en el club a las once, y a las dos abría la puerta de mi casa, habiendo perdido, bajo palabra, tres mil francos que era, como le he dicho, casi todo lo que poseía.

—Pues bien, — dije; — si después de aquella sacudida no se ha hecho usted jugador, es que no tiene vocación. Era para perderse para siempre.

—Tiene usted razón, — asintió Miraut. — Cuando me desperté, al día siguiente del sueño abrumador que sigue a tales sensaciones, se me representó de nuevo, y ya no tuve más que dos ideas: la de tomar el desquite de aquella noche y la de combinar mis puestas con arreglo a la experiencia adquirida. De pronto mis ojos se fijaron en la carta dirigida a Ladrat, que la víspera dejara sobre la mesa. Un cálculo involuntario me demostró interiormente que, con dar aquel dinero, realizaba un sacrificio insensato. Pagados los tres mil francos de mi deuda, no me quedaría casi nada. Para reunir una cantidad que me permitiese volver allá por la noche (y yo comprendía que no podía dejar de volver), necesitaba pedir prestado al tratante en cuadros y malbaratar algunos estudios. Por tal procedi-

miento podría recoger unos cincuenta luises. ¡Y de ellos iba a distraer diez para aquel perezoso, para aquel borracho, para aquel embustero! Porque intenté demostrarme a mí mismo que su carta no era más que un tejido de falsedades.

La tomé y la volví a leer. Su acento me desgarró nuevamente el corazón. Pero no. No quise oír aquella voz, y salté de la cama para escribir apresuradamente un billete negtivo. Le escribí en términos concisos y secos para interponer una barrera infranqueable entre mi antiguo camarada y mi compasión. Cuando envié la carta sentí un poco de vergüenza y de remordimiento, pero me aturdí con los muchos paseos que hube de dar. Por otra parte, decíame, para acallar mi conciencia:

—Si gano, siempre estaré a tiempo de enviar a Ladrat la cantidad mañana. Y ganaré.

—¿Y ganó usted? — le pregunté, viendo que se callaba.

—Sí, — respondió con voz alterada; — más de quinientos luises; pero al día siguiente era demasiado tarde. Inmediatamente después de recibir la negativa de mi billete, Ladrat, que no me había engañado, se sintió poseído del frenesí de la desesperación. Su compañera y él tomaron la terrible resolución de asfixiarse. Encontróseles muertos en su cama, y fuí yo, nótelo usted bien, yo mismo el que hice descerrajar la puerta. Llegué con los doscientos francos... Sí: ¡era demasiado tarde!... Ahí tiene usted por qué se acuerda de haber leído en los periódicos ese nombre de Ladrat. ¿Comprende usted ahora por qué la sola vista de una carta me inspira horror?

—Reflexione usted, — le dije, — que si le hubiera usted enviado el dinero la víspera, le hubiera salvado un mes, dos meses; pero hubiera vuelto a caer: el vicio le habría dominado nuevamente, y hubiese acabado como acabó.

—Es posible, — contestó el pintor; — pero, mire usted: en la vida nunca debe ser uno la gota de agua que haga rebosar el vaso.

Paul Bourget

Ventajas del pantalón a la moda

El niño (después de varias tentativas infructuosas para alcanzar a agarrar la pollera de la mamá): — ¡Por suerte con los pantalones que usa ahora, puedo agarrarme a papá!

BREVE Y CONMOVEDOR

LA FUENTE

Por Henri de Regnier

(TRADUCCION DEL FRANCES)

Conmueve y atrae este breve relato que tiene todo el atractivo de las páginas vividas con toda la intensidad de la existencia. Es la historia de un desengaño, pero también el recuerdo de una amargura...

¡LE digo a usted que me suelte! No hay motivo para que me apriete así... Me hace usted daño. Bien ve usted que no soy un ladrón. No llevo arma alguna. Vea mis manos. Puede usted registrarme y volverme los bolsillos. Nada encontrará usted en ellos, ni un mal cortaplumas. Y esté usted tranquilo: no intentaré huir... interrógueme: yo responderé a sus preguntas. Pero no tendrá usted necesidad de interrogarme. Sentémonos aquí mismo, en este banco. Se lo diré todo. Estoy tranquilo y razono bien. Si he hecho lo que he hecho, fué porque sufría demasiado.

Ante todo, le juro que no tenía la intención de traspasar esta verja y de penetrar en su jardín. Llegué ayer y vivo en la posada. Puede usted informarse de mí; le dirán mi nombre. Es verdad que hubiera hecho mejor en no volver aquí. Hay impulsos a los que no debe uno obedecer, recuerdos que no debe uno provocar, lugares que no debe uno volver a ver. Sí; he hecho mal, pero una fuerza irresistible me empujaba, y he venido.

Y esta misma fuerza es la que esta tarde me obligó a abandonar mi habitación, me condujo junto a los hierros de esta verja, me hizo empujarla con el hombro e introducirme en su casa. Se lo repito: no era esa mi intención. Soy un hombre educado y poco amigo de esas indiscreciones nocturnas que le exponen a uno a estas ridículas situaciones, como lo es ciertamente, el ser sorprendido con el cuerpo medio sumergido en el agua de un estanque. Pero esto ha sucedido muy a pesar mío.

Veo que usted me cree y que ahora no me considera ya como un ladrón. Y está usted en lo cierto. Porque lo que yo quería era contemplar a través de la verja estas alamedas, estos árboles, la fachada de esta casa, ante la cual se levanta el huso de plata de esa fuente.

Lo que quería era oir su vez de onda, su voz inagotable, su voz firme y sonora, su voz que no enmudece jamás. Era mi ensueño volver a ver, en estos sitios de encanto, la magia de las noches bañadas de luna, y saber lo que aún perdura en ellas de las ilusiones muertas de la felicidad perdida y de los prestigios de tiempos que fueron.

Esta morada que usted habita fué, pues, la mansión de mi ventura y mi amor, la mansión donde sentí levantarse en mi corazón la fe en la eternidad de los juramentos y en la admirable y recíproca ayuda de los corazones identificados en un solo latido. Bajo estos árboles y en estas alamedas fué donde encarnó el sueño más bello de mi vida. A la vera de este estanque he acariciado mis deseos y saboreado mi contento. Sí, esta casa fué la casa de mi felicidad, de una felicidad tan costosamente conquistada y pagada a fuerza de duros sacrificios. ¡Cuántos obstáculos me fué preciso vencer para consolidar las horas deliciosas que yo gozaba entonces! Por de pronto, no hubo necesidad de hacerme amar, de realizar ese milagro, levantándome de la bajeza de mi indigna

condición hasta aquella que yo creía digna de los más altos destinos, y ¡qué vergüenza la mía, a cambio de cetros y coronas, no tener para ofrendarle sino el más humilde de mis dones!

Pero ella había aceptado esta ofrenda como si fuera la más regia de mis dádivas, como algún don excelso. Habíase allanado a abandonarlo todo para seguirme, había aceptado la vida dondequiera que yo la llevara, hacia el silencio y la soledad, lejos del mundo, de sus fastos y sus placeres. Así fué como vinimos aquí, a este valle apartado, a estas montañas adustas, a esta aldea perdida, a esta morada recóndita bajo la fronda de los árboles, y festoneada en todo momento por el blanco penacho de la fuente.

Hay amores que se adaptan a la vida y que no rehusan colaborar en ella, mas hay otros que se niegan a cualquier contacto con ella, se hacen esquivos a sus halagos, se sublevan contra las concesiones que la sociedad les exige. Cuando se comparte uno de estos mores absolutos y exclusivos, no hace falta ya intentar adaptarlos a las exigencias del mundo. Preciso es acatar la ley que ellos imponen; hacen de nosotros sere apasrte, y nos dotan de una especialísima singularidad que nos da derecho a la apartada soledad. Felicia y yo nos convencimos plenamente de ello.

La ruda belleza del lugar, la dulzura del clima, el alejamiento de toda urbe agitada, todo nos encadenó a este lugar, donde cada uno lo es todo para sí mismo, y compramos esta casa que actualmente es de usted.

Una tarde de Junio entramos aquí; las rosas de los vergeles perfumaban el ambiente; la columna líquida de la fuente rielaba al claro de luna; las estrellas palpitaban en el cielo como palpitan esta noche... Los dos traspasamos la verja... Yo oprimía entre mis manos las manos de Felicia. La casa nos contefplaba, con su frontispicio radiante de luz purísima; un silencio mágico nos circundaba, y sólo latía en él la voz de la fuente, su voz atrevida, inagotable, su voz de aspiración y de deseo...

¡Ah! Esta fuente, señor. ¡Cuántas veces hemos escuchado su arrulladora elocuencia! Era ella nuestro guardián, tal como se alzaba ante el umbral con su blanca belleza. ¡Con qué fuerza elevaba su violencia armoniosa, bajo el empuje subterráneo que le obligaba a salir a la luz! ¡Cómo nos encantaba a todas las horas del día y de la noche: en la frescura de las mañanas, en el sopor de los mediodías calurosos, en la languidez de las tardes, en la paz de las noches!

Las horas pasaban, murmuraban las hojas blandamente cuando se acercaba el crepúsculo; las flores embalsamaban el aire ligero, y el canto del agua, salido de la profundidad de la tierra, suspiraba su misterioso hechizo.

Pero ¡ay!, como todo lo mágico, el amor tiene sus ilusiones y sus desencantos. Un día, volviendo de la aldea, no encontré ya a Felicia en la habitación donde la había dejado. Me dijeron que había mandado ensillar un caballo y que había tomado el camino del valle. Cuando caía la tarde y no la veía volver aún, comencé a inquietarme. A medida que el tiempo pasaba, aumentaba mi angustia. De repente tuve claramente la aprensión de algún desastre. Un sudor frío bañó mi cuerpo. Tuve el presentimiento de que Felicia no volvería más y que la había perdido para siempre. Debí morir, señor; hice mal en vivir y hasta en buscar el olvido. Después he creído haberlo logrado.

Para estar seguro de eso, he querido volver a ver esta casa, este jardín. Era la prueba decisiva y he querido intentarla. Por eso he vuelto a este valle. Por eso esta noche he venido hasta esta verja. Me sentía muy sosegado. El olvido había extendido su vuelo sobre estas cosas. Todo me parecía lejano y vago. Me hallaba libre, señor, de todo sentimiento del pasado. Ningún fantasma atormentaba mis recuerdos. Iba a marcharme, cuando de repente, señor, oí una risa, ¡oh!, no una risa que hubiera salido de unos labios, no una risa humana, sino una risa misteriosa, inagotable, flúida, que me heló los miembros y me azotó la cara; que era una burla, un reto. Entonces, señor, esa fuerza irresistible de que he hablado, me empujó contra la verja, me obligó a precipitarme contra el enemigo que no quiere que yo olvide, contra el enemigo del que yo tenía entre mis dedos la garganta jadeante, la garganta de agua y de espuma, cuya maldita voz quería ahogar. Pero ¡Yo estrangularé a esta fuente, yo la haré callar! ¡Usted no querrá que yo oiga su voz durante toda la vida, burlándose y riéndose de mí! ¡Déjeme, no me apriete así, suélteme las manos! ¡Déjeme, le digo!...

Henri de Regnier

(De la Academia Francesa).

Las uñas de los dedos de la mano no crecen con igual rapidez; la uña del dedo pulgar es la que crece con mayor lentitud y la del dedo medio, la uña que crece más rápidamente.

✣ ✣ ✣

El vino de quina se prepara del siguiente modo:

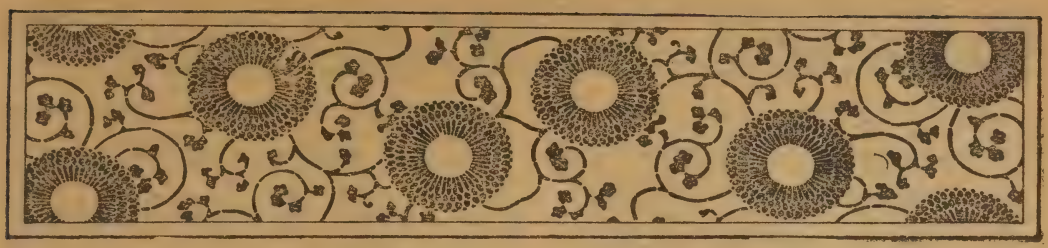
Se ponen en infusión durante dos días 60 gramos de quina gris machacada en 50 gramos de alcohol a 50o, teniendo ciudado de tapar bien la botella.

Transcurrido el expresado tiempo se agrega un litro de vino bueno y se deja macerar diez o doce días, al cabo de los cuales se filtra y puede beberse.

✣ ✣ ✣

Los cuellos postizos vueltos, doblez, pueden ser, ahora, planchados con una máquina que les da un doblez redondo que permite el paso fácil de la corbata.

Ultimamente han entrado de contrabando muchas mercaderías, en la India Inglesa, ocultándolas dentro del cuerpo de unos caballos de hamaca de juguete.



Ternura y emoción

LA ACREEDORA

Por Leon Frapié

(Traducción del francés)

Es esta una encantadora y emocionante escena relatada con sencillez y habilidad dignas de su autor; es un cuadro arrancado a la vida, una vibrante nota de ternura y de emoción que pone de relieve sentimientos y sensaciones con una extraordinaria delicadeza psicológica

Si alguien se vió alguna vez en tratos con una acreedora terrible, fué la pobre tía Justina.

Abandonada por su marido, tuvo que subvenir ella sola al cuidado de tres hijos pequeños, y otro que se esperaba y que no dejó de llegar, aunque la pobre mujer hubiera pasado sin él perfectamente. (Siempre el convidado que menos importa es el más exacto!)

Y la pobre madre no tuvo más remedio que mandar el pequeño al campo, a fin de poder continuar trabajando para mantener a los mayores.

Extenuábase noche y día en los penosos trabajos de costura y planchado, hasta el punto de llegar a parecer un fantasma; en la calle, las gentes se volvían a mirarla, tan flaca y pálida estaba.

Y sucedió que, a pesar de su buena voluntad, le fué absolutamente imposible mandar dinero à la nodriza. Esta escribió varias veces, reclamando la deuda con aspereza creciente. Y por fin llegó su última carta:

"Señora: en vista de que no me ha pagado usted nada desde hace diez meses, voy a devolverle su hijo. Tengo bastante con los míos para encargarme de los ajenos. Llegaré el domingo a las tres de la tarde; procure usted estar en la estación para recibir al chico, pues de no hacerlo soy capaz de dejarlo abandonado en un rincón. ¡Es una vergüenza, señora!... Las personas honradas que no pueden pagar, se quedan con sus hijos y no se los hacen criar a los demás."

El estilo de la carta hacía adivinar una campesina áspera y vehemente; pero, aún así, nadie la hubiera imaginado tan intratable como era en realidad. Y su violencia se agravaba esta vez con una dureza verdaderamente irónica.

¡Acusar así a la pobre tía Justina!... Era preciso no haber visto su rostro de mártir, tan dulce, tan tímido, tan franco.

La carta, con sus ásperos reproches, trastornó a la infeliz mujer, y en el Monte de Piedad ingresaron cosas indispensables hasta reunir veinte francos, que daría a cuenta a la nodriza. Después, como Dios le dió a entender, con trozos de alfombra y algunos trapos preparó una camita para el niño que le devolvían.

Llegó el domingo: la tía Justina vistió a sus hijitos de limpio y se dirigió a la estación. Los tres chicos iban muy contentos de tener un nuevo hermanito, y durante todo el camino fueron disputando para saber cuál de ellos lo llevaría a la vuelta. Julia, de siete años ya, reclamaba el derecho que su edad le otorgaba, Pablo, de cinco, y Mauricio, de cuatro, invocaban su calidad de hombres.

Al parar el tren, la nodriza se dirigió bruscamente hacia el grupo que la esperaba. Los reconoció sin haberlos visto jamás.

—¿Es usted la señora Justina? ¿Y estos son sus hijos? Bueno: yo soy la nodriza, y aquí le entrego a su otro hijo, que hasta ahora le ha salido bien barato...

Y esto diciendo, les mostraba un rollizo muchachote de diez meses, mofletudo, soberbio, colorado como una manzana.

Era la nodriza la enérgica comadre que hacía adivinar la carta: de unos treinta años de edad, alta, bien plantada y guapetona. La firmeza de sus facciones expresaba cierta dureza, que por otra parte desmentían sus ojos negros, profundos, pensadores. La costumbre de los campesinos de dar las órdenes gritan-

do desde lejos a la gente de la granja le hacía llevar la cabeza alta.

La tía Justina se apresuró a excusarse, a contar su historia muy cortésmente, a relatar el abandono del marido, la dificultad de la vida, ya decir cómo traía a cuenta veinte francos y se comprometía a mandarle poquito a poco lo restante de la deuda.

La nodriza pareció no comprender; contemplaba con estupor a los tres chicos que a porfía tendían sus brazos para recibir al hermanito.

—¡Señor!... ¡Y qué poco debían de pesar los tres juntos! Eran chicos de las calles de París; un manojo de nervios y unos cuantos huesos, pero sin carne, sin color en las mejillas, que tienen el tono pálido y verdoso de los días de ayuno. Lo cual no les impide reir, ser locuaces y hacer gestos cariñosos al hermano pequeño.

La nodriza ama extraordinariamente el dinero, pero a pesar de todo, tiene instinto maternal, tiene entrañas de mujer. No sin emoción, se representa cómo el niño criado a sus robustos pechos llegará a ser igual a los que allí ve.

De pronto su cólera estalla y sin soltar al niño, se dirige, airada, contra la tía Justina y le dice:

—¿Qué es esto? ¡Esto no son niños, sino arañas, o langostas! Hay que ver esas piernas!... Este que he criado no tiene aún un año y está más gordo que el penúltimo, que tiene lo menos cuatro. ¿Y se cree usted que me he tomado el trabajo de criar un niño tan gordo y tan sano para dejarlo aquí a que se vuelva como éstos?

En aquel momento creía ser la madre de aquella criatura que días antes quería abandonar en un rincón cualquiera, y experimentaba indignación y desprecio hacia la desdichada familia extraña que tenía ante sus ojos.

—Hay un tren que sale para mi pueblo dentro de un momento; me vuelvo en él y me llevo a mi niño antes de echar a perder toda la crianza... Luego, ya veremos... Ya se lo devolveré más tarde, cuando tenga usted más medios de mantenerlos... ¡Y no quiero sus veinte francos!... Puede usted quedarse con ellos..., que a mí aún me queda qué comer en mi casa y no necesito limosna de nadie!...

Después de estas frases, dichas como si fueran latigazos, sacudió la cabeza y desafió con la mirada a su antagonista.

La tía Justina estaba aterrada. Deseaba recoger a su hijito, cuya cunita estaba ya preparada en su casa; le quería, era suyo, formaba parte de su miseria. Si desaparecieran sus mofletes redondos y sus sanos colores, tanto peor, pero ella tenía derecho a llevárselo... Trató de anteponer su fuerza de madre contra la fuerza de la nodriza y murmuró:

—¡Quiero a mi hijo!... No se lo llevará usted. Hay un guardia en la estación y le llamaré.

Y aquellas dos mujeres, en guerra por un chico, se midieron con la vista desde lejos, de pies a cabeza.

Más el crimen contra la infancia era tan imposible a una como a otra, y esta imposibilidad que presta arrogancia al espíritu de la una debilita el de la otra.

Tos, Resfríos, Ronquera, Constipado

Por antiguos que sean, se curan usando

GOTAS de ORO

DELICIOSAS PASTILLAS PECTORALES

No vacile, tómelas en seguida y se convencerá de su eficacia inmediata, contra todos los molestos padecimientos de las vías respiratorias y todas las enfermedades pulmonares.

La tía Justina cede en seguida, baja los ojos y siente su inferioridad. ¡Qué amargura! Sí: la verdad es que el niño enfermaría en su casa estrecha, sin aire y sin luz; es verdad también que la hermosa salud que ahora tiene, no es ella quien se la ha dado...

Consciente de su victoria, la nodriza vuelve la espalda y con paso violento se dirige hacia el andén.

Los tres chiquillos hacen un gesto compungido, pero se callan, pues les parece evidente después de lo que han oído, que no tienen derecho a un hermanito tan magnífico.

Están ya acostumbrados a moderar sus apetitos. ¡Cuando huelen en la fiambrería el rico jamón en dulce bien saben que no es para ellos!

Vedlos, pues, con su madre, siguiendo a la nodriza como mendigos vergonzosos, para ver al niño hasta el último instante.

La terrible acreedora se precipita dentro de un vagón, pero las suplicantes miradas de los chicos la han impresionado y, como si echara un pedazo de pan a unos mendigos, les enseña por última vez desde la ventanilla a la espléndida criatura.

Al momento los tres chicos parisienses le mandan con las manos y con la boca un sin

fin de besos. Su corazón inunda sus rostros de un resplandor maravilloso; un rayo interior, más maravilloso que un rayo de sol, les transfigura. La campesina les mira y advierte que ellos tienen también su hermosura; se enternece y comprende que son, al fin y al cabo, los hermanitos y la hermana del que ella se lleva.

La tía Justina conserva aún en la palma de la mano sus veinte pesetas; y la caridad maternal, rehusada a sus labios, sube a su mirada en angustia trágica.

La campesina ve ahora también la belleza de la pobre madre, y un impulso irrestible la obliga a llamarles:

—Vamos, pequeños, acercaos y besad a vuestro hermanito. Y usted, señora, perdóneme la afrenta de los veinte francos... ¡Démelos; los acepto, no hay por qué enfadarse!...

Toma las monedas y se las entrega en seguida a la pequeña Julia.

—Toma; para el viaje, cuando vengáis a vernos.

El tren se pone en marcha. La deudora y la acreedora, vibrando aún de rencor, no dejan de mirarse hasta que se pierden de vista. Pero sonríen serenamente, como dos hermanas reconciliadas, unidas por ese sentimiento eterno que ante la debilidad infantil hace iguales a todas las mujeres.

LEON FRAPIE.

Para teñir de rojo el marfil, cosa necesaria frecuentemente en las bolas de billar, se las debe meter en una disolución de sulfato de hierro y luego en una de ácido tánico.

✣ ✣ ✣

Es un insecticida enérgico absolutamente inofensivo para las plantas y muy sencillo, el siguiente:

Mézclese partes iguales de soda cáustica y alquitrán de madera, y rocíense las plantas con una solución de esa mezcla en agua fría al 5 por ciento.

✣ ✣ ✣

Para que las ratas desaparezcan definitivamente de los depósitos de granos y harinas y otros lugares por ellas visitados, deben ponerse en estos lugares ramas de menta fresca, renovándolas todos los días.

El olor de la menta les es tan desagradable para las ratas, que rápidamente se obtitne el resultado apetecido.

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente:

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"

Avenida de Mayo 662.

Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Las manchas de alquitrán en la pintura son fáciles de quitar, sobre todo si se tiene la precaución de quitarlas en seguida con un trapo impregnado en vaselina.

Si la mancha es vieja, se emplea con precaución un trapo impregnado en sulturo de carbono.

✣ ✣ ✣

Para que no molesten las moscas a los caballos, se pone a hervir durante quince minutos un buen puñado de hojas de laurel en un kilo de grasa de cerdo, y con esto se frota el cuerpo del animal.

Este remedio da resultados eficacísimos.

✣ ✣ ✣

Miel artificial. — En Inglaterra se hace gran conusumo de jarabes espesos de azúcar, sucedáneos de la miel.

Para prepararlos se empieza por disolver en caliente un kilo de azúcar refinada, en 300 gramos de agua.

Se añade, poco a poco, el zumo de medio limón, o un gramo de ácido cítrico o tart;rico, en una cucharadita de vinagre y se pone a hervir moviéndolo hasta que el jarabe tome un color amarillo dorado, cosa que agrega a los cuarenta minutos.

Cuando el jarabe se enfría tiene el aspecto de la miel. Se le puede mejorar el aroma echándole un poco de miel auténtica.

✣ ✣ ✣

Contra la clorosis de los vegetales, que, como es sabido, ataca sobre todo a las plantas que se crían en terrenos muy calcáreos y se produce por la falta de hierro cuya solución impide el carbonato de cal, lograron muy buen resultado el señor Maré, del Instituo Pasteur, y sus colaboradores, en el curso de numerosas experiencias.

Lograron combatir victoriosamente la enfermedad, ofreciendo a las plantas sales de hierro en condiciones de que no quedaran sin disolver.

Para la vid el mejor tratamiento consiste en untar las cepas con una solución de sulfato ferroso mediante la pulverización de las hojas con solución de hierro en proporlas leguminosas es preferible regarlos con solución débil de sulfato ferroso.

Limpieza de los guantes. Se trata especialmente de las partes abrillantadas en los gauntes de piel mate, por el roce de la pulsera, por ejemplo.

Se puede dar fácilmente el aspecto de nuevo a las partes abrillantadas frotándolas suavemente con tela esmeril o papel de lija del de grano más fino, hasta que la superficie quede mate.

Para evitar que vuelva a sacar lustre al menor roce, se desengrasa frotando mucho el guante con afrecho.

Finalmente se sacude la piel y se cepilla.

✣ ✣ ✣

Para conservar los limones se pone a secar arena fina cerca del fuego o en un horno, se deja enfriar, y después se pone una capa en el fondo de un cajoncito.

Entonces se envuelve en un papel blanco y suave cada limón, y se ponen encima del lecho de arena, con la parte del pedúnculo hacia abajo, y sin tocarse unos a otros.

Se cubren con otra capa de arena, y se siguen poniendo lechos de limones y de arena, alternado hasta llenar el cajón.

La última capa debe ser de arena.

✣ ✣ ✣

Para conocer si los aceites de oliva son falsificados, recomendó el químico francés señor Brulé, un procedimietno basado en el empleo del nitrato de plata disuelto en proporción de 25 por 100 en alcohol puro, de 90 grados.

Se procede del modo siguiente: en un tubo de ensayo se echan 10 centímetros cúbicos del aceite que se va a ensayar en 5 centímetros cúbicos de la solución alcohólica de nitrato de plata, se deja media hora próximamente en bañomaría y se observa después el color del aceite.

Si el aceite es puro de oliva conserva su transparencia y toma un matiz verde-prado muy bonito.

El aceite adulterado con aceite de maní puro, toma color castaño rojizo; si contiene aceite de sésamo se pone de color de rom, muy fuerte; el aceite de colza da color negro y después verde sucio; el de linaza da color rojizo oscuro; el de algodón se pone negro; el de amapolas negro verdoso; el de camelia, negro y a la luz del día, inclinado el tubo, se torna rojo ladrillo.

Este procedimiento es más sencillo que el de hervir el aceite con ácido nítrico y albúmina en polvo para observar después su coloración.

Una grata sorpresa

LA FLORISTA

Por Guy Chantepleure

(Traducción del francés)

Tiene toda la suave ternura de un relato de dulce melancolía y de grato desenlace este breve cuento escrito por uno de los más famosos novelistas de Francia, el autor de tantas y tantas obras que han obtenido el decidido favor del público lector por sus méritos evidentes y su delicadeza literaria.

ALGUNAS puntadas fijaron la gran corona de tafetán claro sobre la rama de follaje oscuro, casi dorado; después, la señorita Lise Doucette se inclinó para cortar el hilo con los dientes.

La disciplina tiránica del descanso dominical no llegaba a las alturas de su cuartito. Aquel domingo de Octubre, cuando sonaban las tres en Saint-Germain-després, la señorita Lise acababa su quinta rosa... Las otras cuatro estaban allí, sobre una hoja de papel blanco, frescas y vivaces como flores de verdad, quiméricas y preciosas como flores de ensueño.

No hacía mucho, en su primera juventud, huérfana de madre, con su padre ciego y un hermano todavía pequeño, la señorita Lise había empleado sus habilidades en uno de los talleres de donde salen por millares las flores baratas que los grandes almacenes expenden... Sola ahora y muy cansada, la señorita Lise trabajaba en casa y hacía flores de fantasía... rosas a base de arrugas simplemente, rosas de artista que no exigen ni materiales especiales ni herramientas complicadas; sólo los dedos ágiles de la obrera, sólo los lindos tafetanes cexibles de matices graduados, las gamas del rosa, las gamas de rojo, del amarillo, e incluso del malva, del azul.

En el maravilloso jardín de la señorita Lise no asombraba en modo alguno ver rosas malvas o rosas azules, o rosas color del tiempo, como las vestiduras de la protagonista de "Piel de Asno", el cuento de Perrault.

¡Era inverosímil y encantador! En el corazón de las flores, Lise echaba unos polvos perfumados... Toda su imaginación de mujer, todo su gusto de parisién estaba en aquellas fantásticas creaciones... Y ella, que vivía sin demasiada pena ni demasiada miseria, las bautizaba con un nombre evocador y placentero: las llamaba Rosas- Trianón.

Una vez acabada la hermosa flor, la obrera se acerca a la ventana, y levanta el visillo de muselina, con un deseo grande de levantar también el delicado velo gris con que la lluvia lo cubría todo... Después, tomando de la cómoda un tintero y algunas hojas de un grueso papel azulado, — ¡papel de dama!, — se sentó a la mesa donde yacían desparramados frágiles restos de seda... Pero no escribió. Se puso a releer la carta que había recibido la semana anterior y a la que había de responder.

La carta comenzaba así: "Mi querida y bella amiga... ¿Por qué no estará usted junto a mí, en estas riberas deliciosas "donde el limonero florece", o yo junto a usted, en la vieja torre gótica desde la que me escribe?... ¡Oh! Me parece ver su esbelto talle inclinado, sus ojos azules, sus rubios cabellos!..."

Involuntariamente, la mirada de la señorita Lise dejó de posarse en la carta y dió la vuelta a la habitación, — que no era gótica, — para detenerse en el espejo, donde, de pronto, apareció un rostro marchito, encuadrado de cabellos de nieve...

La señorita Lise no había sido nunca bonita, pero había sido joven, y la frescura de la juventud es casi la belleza... Ahora sus ojos habían palidecido como miosotis marchitos, y el invierno había pasado por su cabeza rubia... Ahora era vieja.

"Amiga nunca vista y tan soñada, seguía la carta, déjeme murmurar en su oído un

secreto que tal vez ya ha adivinado... ¡La amo!..."

La señorita Lise no leyó más y plegó el papel. Pensó en los comienzos de la aventura: en unas líneas advertidas en la cuarta página del "Petit Quotidien":

"Joven artista, triste, aislado, desea corresponder con jovencita en el mismo estado de espíritu. No se exigirá el nombre. Escribir al "Petit Qupotidien, número 1209."

La señorita Lise había compadecido al pobre joven triste; haba pensado en la muchacha, también aislada y triste, que respondería a su llamamiento. La señorita Lise tenía imaginación. Inmediatamente decidió que la jovencita sería bella, noble y pobre, que viviría con su padre orgulloso en un viejo castillo medio arruinado y que ella se llamaría Berenguela... ¡Mientras confeccionaba rosas, la señorita Lise se había contado a sí misma una historia admirable! Las ideas, las palabras se ordenaban en su espíritu, como sus dedos el tafetán y la muselina.

Entonces, a modo de pasatiempo, había escrito la carta de la jovencita; después, contenta, soñadora, la había depositado en el correo. Y pronto, por mediación del "Petit Quotidien", recibió respuesta.

El artista daba las gracias; se mostraba feliz, encantado, consolado. Suplicaba a Berenguela que le siguiera escribiendo, que fuese su amiga....

Así se había trabado aquel extraño caso epistolar, que ya duraba desde hacía seis meses.

A Renato, — este era el nombre del artista, ¡un nombre distinguido también! — Berenguela le contaba su vida solitaria y romántica, los sueños a que se entregaba mientras tocaba el arpa, leía novelas y poesías y paseaba por el viejo parque desierto.... Si estos sueños de una doncella noble que vegetaba en el fondo de un antiguo dominio señorial no diferían mucho de los que pueden llenar la modesta habitación de una obrera de veinte años, el artista no parecía notarlo, porque sin duda no poseía de la psicología de las doncellas nobles, sino una noción muy imperfecta.... El viajaba; le hacía descripciones de Egipto, de Grecia, de Italia... A sus impresiones maravilladas se mezclaban dulzores de gratitud, de amistad.... y he aquí que ahora le hablaba él de amor...

Una confesión, una declaración sentimental... la primera ciertamente, que, tierna y llena de respeto, merecía ser contada en aquella vida de virgen juiciosa, demasiado pobre antes, demasiado cargada de preocupaciones para atraer pretendientes.... ¡la primera a los cincuenta años cumplidos!

La señorita Lise había sonreído; se había burlado de sí misma, un tanto emocionada sin embargo, y también un tanto alegre!.... ¿Había sabido encontrar sus frescos ojos de jovencita para leer la carta amorosa? No, ciertamente, pero acaso las palabras mágicas habían penetrado hasta su alma de otro tiempo, el alma de sus veintiún años que se había alegrado al correr de su vida de preocupaciones y que ningún Príncipe Azul había despertado jamás.

¡Ay! la ingenua satisfacción de la señorita Lise había durado poco. Pronto unos terribles escrúpulos vinieron a perturbar su corazón. ¿Amaba aquel pobre joven a Berenguela? ¿Cómo dejarle ignorar más tiempo que Berenguela no existía... que la noble doncella sólo existía en el espíritu novelesco de una vieja florista?

Hacía ya una semana que la señorita Lise no sabía cómo salir del paso... Redactar una confesión semejante le parecía muy difícil. Y por otra parte, ¿quién sabe si lo que sucedía era que le costaba mucho, — más de lo que ella misma se figuraba, — romper el encanto de escribir las cartas de Berenguela, de recibir las cartas de Renato?

Aquel domingo de Octubre se deslizó como los demás días, sin que la señorita Lise Doucette tomase la pluma... Y al atardecer se sintió de pronto tan taciturna y tan llena de dejadez, que estuvo a punto de renunciar a su cotidiana partida de "piquet" con el señor Petitbois, el pintor de brocha gorda, su viejo vecino del rellano. Más el pobre hombre, — un jorobadito, un poco impedido, — no podía apenas abandonar su sillón y encontraba las jornadas muy largas... La señorita Lise pensó en la decepción que iba a causarle y, poseída de un vehemente deseo de confidencias, se dijo resueltamente:

—Contaré mi historia al señor Petitbois.... él me aconsejará.

En su existencia de recluso, el señor Petitbois había leído mucho, y pensaba mucho; para la señorita Lise aparecía como una especie de sabio. Ella no le ocultó nada de su novela tardía por otra parte, tomando la cosa muy en serio; ella no buscaba engañarse con el "buen consejo" que iba a salir de aquella conciencia enemiga del fraude. E incluso ella adelantóse al consejo previsto.

—El engaño no debe prolongarse, — declaró. — Escribiré a ese joven que....

Pero con gran sorpresa suya, el señor Petitbois, indulgente y meditativo, bajó la cabeza...

—¿Y.... si no es hombre joven? — dijo lentamente.

Y como Lise se quedase con la boca abierta, completamente desconcertada, prosiguió:

—¿Y si no es un joven, señorita Lise? ¿Y si es... un pobre viejo, un desgraciado que hubiera querido ser bello, ser amado.... un impotente que ha soñado con el espacio, con los viajes.... un desheredado que jamás ha sido feliz... un viejo que jamás ha sido joven?

Casi a pesar de ella, la señorita Lise murmuró:

—¿Como usted?

—Como yo, sí, precisamente.

Entonces, dominada por una sospecha que pronto se tornó en certidumbre:

—¿Es posible, vecino?... — exclamó. — ¡El joven artista.... era usted!

—Era yo, vecina.... Fué una idea completamente estúpida que me pasó por la molle-

un día de nuevamente..... Pero Dios sabe si yo iba a figurarme...

—¡Era usted! — repetía la señorita Lise, aún no repuesta. — Aquellas cartas de países lejanos las escribía usted a algunos metros de la puerta... ¡Me hablaba usted de Egipto y de Grecia sin moverse de su sillón!

—Como usted me hablaba de su castillo.... ¡Sus cartas, señorita, eran exquisitas!

—¡Y las suyas también! Se ve que los dos hemos ido a la escuela.

El señor Petitbois sonreía un poco melancólico.

—¡Qué viejos locos somos! — suspiró.

Pero la señorita se corrigió:

—¡No tan locos, vecino!... Este tiempo de ilusión fué delicioso.... La vida no había rehusado la alegría de amar, de tener veinte años.... Y para saborear esta alegría, hemos sabido prescindir de la vida... como yo prescindo de la primavera para tener rosas.

Hubo un silencio. Se oía el péndulo del reloj que palpitaba dulcemente, con movimientos regulares, como un corazón tranquilo...

Después el señor Petitbois se enderezó:

—¿Y nuestro piquet, señorita Lise?

Entonces, como de costumbre, jugaron su partida de piquet, con los ojos un poco soñadores bajo sus cabellos de nieve.

Guy Chantepleure.

Si se quiere preparar una imitación del agua dentífrica de Botot, el tan conocido e imitado elixir, se echan en 5 litros de alcohol de 90 grados, que se filtra al cabo de una semana, los siguientes ingredientes:

Esencia de anís.	25	gramos
" de menta.	25	"
" de canela.	10	"
" de clavo.	5	"
Tintura de tolú.	20	"
" de benjuí.	20	"
Cochinilla machacada. .	25	"
Crémor tártaro.	25	"

Si se le añade 15 gramos de ácido salicílico se aumenta notablemente su poder antiséptico.

Esta preparación es muy buena contra las caries y contra la inflamación de las encías según dice el profesor Chapiet en "Les récettes de la Maisón".

Caso dificultoso

El profesor: — No le quepa a usted la menor duda, señorita, la luna está habitada.
La señorita: — Lo que me preocupa es una cosa, profesor: si la luna está habitada ¿dónde se meten sus habitantes durante la luna nueva?..

CON PRETENSIONES

Doris: — Qué quieres que te digap Elena, a pesar de su indumentaria no lo cucuentro tan parecido a Rodolfo Valentino, como tú dices.

Continuación: Véase el número 87 de "Pucky"

VOLANDO POR LA LIBERTAD

EN en mismo momento en que la voladora silueta de Roger Fálcon se elevó por los aires, saliendo por el hueco abierto en el techo del Monumental Hall, seis aeroplanos pasaban, volando por encima del enorme edificio de vidrio.

Enteramente ajeno a la posibilidad de que pudieran presentarse esos perseguidores suyos, Roger fluctuó en el aire como si se hallara indeciso y no supiera hacia donde volar.

Sabía que los pilotos de los aeroplanos le habían visto y que le perseguirían.

Al pensar así estaba en lo cierto, pues aquellos seis aeroplanos formaban la patrulla especial que volaba sobre Londres en busca del Misterio Alado que se hallaba, según era notorio, en la capital.

—¡Por vida de...! ¡Estamos de suerte! — exclamó uno de los pilotos, dirigiéndose al que le acompañaba. — Hemos dado de manos a boca con el extraordinario volador. Ahora vamos a pasar un rato divertido.

El que había hablado era el que mandaba el grupo de los seis aeroplanos, pues hizo una rápida señal y, obedeciendo a ella, los otros voladores cambiaron de rumbo.

Sin haber decidido aún qué determinación adoptar para salir de su apurada situación, Roger Fálcon acrecentó el movimiento de sus mecánicas alas y se elevó más y más.

Instantáneamete los aeroplanos que le rodeaban, se elevaron también. El oficial que mandaba la patrulla aérea había decidido que, ya que la patrulla había logrado dar con el paraedro del Misterio Alado, no se les escapara de ningún modo.

A todo esto abajo, en la calle la excitación era intensa. En todas las partes de la ciudad desde donde se podía ver algo, la gente estaba en calles y plazas, mirando hacia arriba, con ojos muy abiertos. El asombro de aquellos miles y miles de espectadores no podía ser mayor.

La imaginación de Roger funcionó con grandísima rapidez. El joven alado estudió los distintos aspectos de la situación y procuró pensar algún plan que le permitiera salir de tan apurado trance.

Lo primero que notó fué que, aun cuando cada uno de los aeroplanos perseguidores tenía su correspondiente ametralladora, ninguno de los aviadores parecía dispuesto a hacer uso de arma tan terrible.

Esto le convenció, — tranquilizándole bastante, — de que las autoridades querían capturarle vivo, probablemente con el propósito de enterarse quién era y cómo estaba construídas y funcionaban sus maravillosas alas de murciélago.

Pero, para Roger Fálcon, la captura sería lo más triste que pudiera pasarle porque constituiría el fin de todas sus gratas esperanzas.

Si llegaba a caer en poder de la policía, poco tardarían, — mediante las impresiones digitales, — en enterase de que era el condenado evadido del presidio de Bleakwold, y le enviarían a un establecimiento penal a terminar de cumplir su condena.

Roger Fálcon cesó, repentinamente, de ascender. Inmovilizáronse sus mecánicas alas y, cabeza abajo, descendió por el aire unos cuarenta pies.

Después, deteniendo el descenso, se alejó a toda velocidad volando a la altura de los techos de las casas.

Esta maniobra le permitió zafarse del círculo de los aeroplanos pero las máquinas piloteadas por hábiles y atrevidos aviadores, se pusieron inmediatamente en su persecución.

Los aeroplanos, — que podían volar a razón de cien millas por hora, — le alcanzaron pronto y, disminuyendo la velocidad de su vuelo, avanzaron al lado de él.

Esas demostraciones de velocidad y de do-

minio de las máquinas convencieron a Roger de que aun cuando subiera y bajara no conseguiría librarse de los que le perseguían, pues por más que los aeroplanos no podían dar vuelta tan rápidamente como él, su gran velocidad le impedía escapar a su persecución.

Su única probabilidad de escapar a los eroplanos estaba en descender en la calle y al hacer esto caería en manos de la policía y de la gente reunida abajo, en calles y caminos.

El sol alumbraba en todo su esplendor y aun cuando descendiera en uno de los más solitarios suburbios, no podría hacerlo sin que le vieran y sin que acudiera gente bastante para dominarles y apoderarse de él.

Su única esperanza estaba, en realidad, en dirigirse hacia el campo, descender en medio de un bosque denso y ocultarse en él hasta anochecer.

Hacer eso constituía realizar un vuelo muy largo, pero Roger no podía emprenderlo sin antes haber revisado y ajustado el mecanismo de las alas, convenciéndose de que el mecanismo se hallaba en perfecto estado de funcionamiento.

Decidió Roger detenerse en algún sitio elevado a fin de revisar el mecanismo y prepararse para todo lo que pudiera sobrevenir. Acababa de adoptar esa determinación cuando vió a poca distancia de él la torre del Palacio de los Lores.

En aquella torre podía detenerse con toda seguridad puesto que nadie podía subir a lo más alto con suficiente rapidez para impedirle que realizara lo que tenía que realizar.

Comenzó a descender y poco después se encontraba en situación de poder ir a ponerse de pie en la misma cúspide de la torre.

Examinó cuidadosamente las palancas de manejo y todas las conexiones de sus maravillosas alas mecánicas a fin de estar seguro de que podrían llevarle durante todo el tiempo que fuese necesario. Mediante el agregado del contenido de unos fransquitos estrechos y largos de los que llevaba varios en un bolsillo especial, renovó la provisión de elementos productores de la fuerza motriz, de modo que estuvo seguro del funcionamiento de las alas durante largo número de horas.

Los seis aeroplanos descendieron y revolotearon en torno de la alta torre.

Los aeroplanos po podían, naturalmente, acercarse a la torre, ni podían ninguno de los hombres que iban en ellos llegar hasta donde estaba Roger en el pequeño cuadrado, con barandilla, que formaba la cúspide de la torre.

Roger notó un pequeño desperfecto en el mecanismo de las alas y lo corrigió perfectamente en un instante.

En cuanto hubo terminado todo lo que tenía que hacer, y con las alas caídas como larga capa, miró en redor desde su elevada posición con el propósito de enterarse hacia que lado le convenía ir para salir de Londres lo más rápidamente posible.

Después de mirar hacia todos los lados, decidió viera hacia el Oeste, pero antes de que pudiera tender las alas y reanudar su vuelo, algo le cayó sobre los hombros y Roger se sintió sujeto con grandísima fuerza.

Uno de los que acompañaban a los aviadores que volaban en torno de la torre del Palacio de los Lores había realizado la asombrosa,—y al parecer imposible,—hazaña, de tirarle un lazo, y había conseguido enlazarle.

En seguida el aeroplano en que iba el que había enlazado a Roger, se alejó de la torre elevándose y levantó al joven, arrancándole de la cúspide y sosteniéndole en los aires.

El tirón que sintió Roger Falcon fué muy fuerte y doloroso, porque el lazo le apretaba con fuerza. El joven alado colgó en los aires, giranlo al extremo de la soga del lazo.

El que manejaba el aeroplano en que iba el enlazador tuvo que poner en juego toda su habilidad, toda su pericia, para conseguir que el aparto no perdiera el equilibrio a pesar de que colgaba de él todo el peso del joven volador.

Convencido de que en cualquier momento podía perder el equilibrio y precipitarse hacia tierra como una piedra que cae, el aviador, prudente siguió el curso del río Támesis, a fin de caer en el agua en caso de producirse el accidente. Pero no había avanzado ni una milla cuando la soga del lazo que sostenía a Roger Fálcon se rompió.

El joven alado desprendido de su sostén, cayó con enorme y creciente rapidez. Pasando a menos de una yarda de un puente, — en el que se hubiera estrellado si llega a tropezar, — se hundió en el agua el río.

Como la soga ya no estaba tirante, el joven alado pudo, con toda facilidad, desprenderse del nudo corredizo que con tanta fuerza habíale sujetado los brazos.

Se encontraba bastante abajo de la superficie del caudaloso río Támsis cuando logró libertarse, y aún cuando le faltaba aire para respirar, forcejeó enérgicamente por surgir a la superficie.

La gente que se hallaba en el puente cuando Roger dió su terrible zambullida, se inclinó por encima del parapeto y miró hacia el sitio donde el joven alado había sido visto por última vez.

De pronto vieron que su pálido rostro aparecía en la superficie y miraron con ojos dilatados por el asombro al ver que las alas mecánicas se abrían extendiéndose poderosas, a ambos lados del cuerpo.

El joven alado surgió entonces del agua y ascendió en línea recta, chorreando agua. Después, acrecentándo la velocidad del batir de sus alas mecánicas, voló rápidamente, con rumbo al Oeste.

LAS RUINAS DEL BOSQUE

LOS aeroplanos, que se habían quedado maniobrando en lo alto, se pusieron inmediatamente a perseguirle, y tres minutos después, Roger Fálcon, volando a altura suficiente tan sólo para no tropezar con los techos de las casas, pasaba por encima de la cancha de

football de Chelsea, situada cerca del puente de Stamford

En aquel momento estaban jugando un partido de football. Más de ochenta mil espectadores olvidaron en aquel momento el juego y miraron hacia la negra silueta que pasaba veloz por encima de la cancha, a menos de cuarenta pies del suelo.

Todos y cada una de aquellas ochenta mil personas reunidas en el enorme estadio, había oído hablar del Misterio Alado, pero había un hombre, entre todos aquellos, — un hombre que estaba sentado en la tribuna principal, — que sabía mucho sobre Roger Fálcon y tenía razones sobradas para tenerle miedo.

Ese hombre era sir Willoughby Vulcan, que se hallaba presenciando el partido de football que se jugaba en la cancha del Chelsea, deseoso de olvidar las circunstancias que le tenían preocupado y asustado.

Le brillaron los ojos cuando vió la voladora silueta, y sacando el revólver del bolsillo del pantalón, apuntó hacia la cabeza de Roger Fálcon e hizo fuego.

El estampido fué seguido de una terrible gritería, porque Justicia Alada dió una voltereta en el aire y descendió, mejor dicho, cayó, hacia el campo de football.

Sus extendidas alas le impidieron golpear mortalmente contra el suelo. Recibió, no obstante, un golpe bastante fuerte cuando cayó de pie, en el centro de la cancha.

En el momento en que cayó, los jugadores se hallaban casi todos junto a uno de los arcos, así que no había nadie en el sitio donde Roger Fálcon hizo su involuntario descenso.

Hasta aquel momento, — es decir, durante su descenso, — había sufrido un rápido aturdimiento, porque la bala del revólver de sir Willoughby Vulcan le había rozado ligeramente la sien de un modo que le hizo perder el dominio del manejo de sus mecánicas alas.

Pero cuando se vió de pie, en mitad de la cancha, y vió que los jugadores corrían hacia él y que los espectadores saltaban de las tribunas y se dirigían a la cancha, de todos lados, comprendió claramente que tenía que tomar una determinación inmediata si quería salvarse.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió no tambalearse, y cuando el más cercano de los footballers se hallaba a diez pasos de él, las poderosas alas de Roger empezaron a moverse.

Se elevó por los aires, burlando al que corría para agarrarlo y se alejó volando con suma rapidez.

Ninguno de los aeroplanos que le habían ecoltado intentó aterrizar en la cancha de football porque esto era una hazaña impracticable, por lo peligroso, porque miles de personas se habían metido en el campo de juego.

Al volar por el aire fresco, Roger sintió que recobraba el pleno uso de sus sentidos, y pronto estuvo el joven volador fuera del alcance de la vista de los miles de personas que habían presenciado su dramática caída y su audaz escapatoria.

Sin que los aeroplanos dejaran de volar junto a él, Roger Fálcon cruzó por sobre los extremos suburbios, camino del campo. Los que iban en los aeroplanos no hicieron fuego contra él ni realizaron ningún preparativo que indicara que pensaban recurrir a ese argumento para detenerle.

Les había dado orden de capturarle con vida y estaban decididos a hacerlo así. Además, los aviadores pensaban que el empleo de las ametralladoras para capturar al joven volador quitaría a la persecución y caza del mismo, todo su interés sportivo.

Cuando se encontró a unas quince millas de Londres, Roger Fálcon se sintió más esperanzado. A corta distancia delante de él se distinguía una extensión de tierra ocupada por densa arboleda.

Era una región así la que había deseado encontrar, pues sabía que si descendía en el corazón de un bosque, los aeroplanos no podrían buscarle entre los árboles.

Se dirigió en línea recta hacia el bosque y había llegado al borde de la zona boscosa cuando el piloto de uno de los aeroplanos se dió cuenta de la intención del joven alado.

Ese aviador iba en un pequeño aeroplano de los que usaban los ojeadores en la guerra, aparato de un solo asiento y muy rápido.

Al ver que aumentaban las probabilidades de que Roger Fálcon se escapara, hizo girar rápidamente su máquina y se dirigió hacia el joven alado.

Su propósito era tropezar con una de las alas de su aparato, contra una de las alas de Roger, de modo que éste no pudiera continuar su vuelo en la forma que había pensado.

Pero el aviador giró con excesiva precipitación, y un instante después, su aparato se inclinó hacia adelante y comenzó a caer.

El piloto hizo valerosos esfuerzos procurando que su aparato volviera a su estabilidad, y ya lo había conseguido casi cuando el motor se paró y el aeroplano reanudó su caída.

Roger Fálcon descendió también, pero vió en seguida que nada podía hacer en favor del hombre que iba en el pequeño aeroplano.

En realidad, cuando Roger se hallaba todavía a unos cincuenta pies arriba del aeroplano, se oyó una fuerte explosión y se vió que la pequeña máquina se envolvía en llamas.

Con la rapidez del rayo, el joven alado se olvidó de su propio peligro, siguió descendiendo y se acercó al aeroplano que estaba ardiendo.

Entonces, batiendo lentamente sus maravillosas alas mecánicas, Roger se aproximó al incendiado aparato y sacó de él al piloto, que había perdido los sentidos.

Con su carga en los brazos se volvió y voló, descendiendo, a un espacio libre de árboles que quedaba a la orilla del bosque. Puso al aviador en el suelo y lo examinó con toda rapidez. En el mismo momento, el piloto abrió los ojos y miró a su salvador.

—¡Gracias! — dijo en voz débil. — ¡Espero que no se habrá lastimado usted!

—No, — contestó Roger. — He pasado

una tarde un poco agitada, pero no me siento mal por eso. Pero... ¿cómo se encuentra usted?

—No muy mal, — contestó el piloto. — Ha sido un acto muy caballeresco de su parte, el haberme salvado. A no ser por usted yo hubiera muerto quemado en mi aeroplano. Pero es mejor que se vaya usted en seguida. Mis compañeros no tardarán en llegar.

Roger Fálcon miró hacia arriba y vió que los aeroplanos descendían hacia el espacio de tierra, libre de árboles, que había junto al bosque.

—No tengo prisa, — dijo sonriendo. — Voy a esperar a que los aeroplanos hayan aterrizado y entonces volaré de nuevo. De ese modo tendré un poco de ventaja, al menos lo que pueda volar hasta que los aeroplanos se eleven de nuevo.

—Es usted tan valeroso como sereno, — dijo el aviador que, aún cuando había sufrido algunas quemaduras, en verdad poco graves, pero muy dolorosas, hacía gala de una heroica entereza. — No sé en qué es en lo que usted anda, pero sé que merece usted que se le trate caballerescamente. Ojalá logre usted escapar a la persecución de mis compañeros

—Así lo espero, — replicó Roger Fálcon, volviendo a sonreir.

Pocos minutos después el primero de los cinco aeroplanos tocaba tierra.

Los otros le siguieron inmediatamente y tan pronto como pararon los motores, Roger se levantó de junto al aviador herido.

—Sus compañeros podrán cuidar de usted ahora, — dijo. — Espero que no tardará mucho en reponerse.

Abriendo sus grandes alas, se elevó hasta un poco más arriba de las copas de los árboles y voló por encima del bosque.

Cuando llegó a un sitio en que le pareció hallarse sobre el mismo corazón de la selva, descendió hasta apoyarse en las ramas de un árbol y después bajó a tierra por el tronco del mismo.

—Esperaré aquí hasta que sea de noche, — decidió. — Es posible que alguno de los aeroplanos vuelva a volar en busca mía y si me encuentra volando no tardará en alcanzarme.

El plan de Roger parecía, en verdad, el más sensato porque le sería posible permanecer oculto un par de horas y después volar en la oscuridad, hacia Bleakwold, a guarecerse en su secreta habitación.

Lo que le había pasado aquella tarde le había hecho comprender que no conseguiría evitar que le capturaran los aviadores, siempre que la persecución se realizara con luz del día suficiente para que le vieran.

Con las alas en torno del cuerpo, Roger Fálcon paseó por el desierto bosque y lo encontró tan solitario que le pareció muy a propósito para cobijar a un perseguido como él.

Pero, pasada la excitación y la nerviosidad del peligro, Roger comenzó a sentir los efectos de todo lo que había sufrido durante la tarde.

La herida que le había hecho en la cabeza la bala disparada por sir Willoughby Vulcan era realmente de poca importancia, pero le había debilitado y trastornado de tal modo que, mientras caminaba por el bosque se dió cuenta de que le invadía una somnolencia que le iba domaninado poco a poco.

Miró en redor, en busca de algún sitio donde ocultarse y descansar y, en el momento en que se paró para mirar, vió algo que se movía entre los árboles, a poca distancia del sitio donde él se hallaba en aquel momento.

De pie junto al tronco de un corpulento roble, miró con atención hasta que pudo darse cuenta de la presencia de dos hombres que se encontraban de pie junto a un caballo.

—¡Gitanos! — murmuró, — se alejó de allí lo más rápida y silenciosamente que pudo. — ¡Vamos! ¡El bosque no es an solitario como me había parecido antes!

Diez minutos después experimentó una nueva sorpresa, porque, andando, llegó a un espacio en el que se alzaban las ruinas de un antiguo y macizo edificio.

Aquella construcción debía tener varios siglos. Las ruinas se desmoronaban a consecuencia de la obra de los años; las paredes, casi enteramente cubiertas de hiedra, presentaban muchos y grandes boquetes.

Tétricas, hoscas, aquellas ingentes ruinas, iluminadas por la suave luz crepuscular, le interesaron tanto, que el muchacho alado se aproximó más y más a ellas.

Vió entonces que aquello era una vieja abadía, y, después de cerciorarse de que allí no había absolutamente nadie, penetró por el enorme arco que había en el frente de las ruinas.

No había puerta que le estorbara el camino y su calzado, — con suela y taco de goma elástica, — no hacía ruido ninguno mientras avanzó por los claustros con columnas que conducían a lo que, en un tiempo lejano había sido la capilla de la abadía.

Entró Roger Fálcon en la capilla y se detuvo en el centro de la misma. Al pararse allí, se sintió nuevamente mareado, agobiado por el cansancio y por el desgaste nervioso.

Trató de vencer la pesadez que le dominaba ,recordando cuán necesario le era estar bien alerta, pero su fatigado cuerpo no pudo obedecer a su voluntad, así que avanzó lentamente hacia un oscuro rincón y allí se dejó caer, pesadamente, en el suelo.

Y antes de que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, habíale vencido el sueño, un sueño pesado de cansancio físico y de agotamiento nervioso.

LA MUJER Y EL MEDALLON

ROGER FALCON despertó, sacudido por un escalofrío que le hizo estremecer de pies a cabeza. Sentía frío. y la luna, que entraba por los botes de las paredes y del techo de la antiquísima capilla, le hizo comprender que había dormido más tiempo del que hubiera deseado y del que le convenía.

Su propósito había sido alejarse de allí

perdido la oportunidad de ir hasta Bleakwold antes de que saliera la luna y sentía haberse protegido por las sombras de la noche.

Estaba por levantarse cuando decidió no hacerlo porque en aquel momento llegó a sus oídos ruido de pasos.

Acurrucado en su oscuro rincón esperó, creyendo que sus perseguidores habían logrado dar con su pista y le habían seguido hasta su escondrijo.

Durante unos segundos esperó, y luego una silueta apareció en el hueco de la puerta de la capilla.

Era una joven, y la luz de la luna la iluminó de tal modo durante un momento, que Roger la pudo ver con toda claridad.

Era alta, y aun cuando el joven alado la miraba desde alguna distancia, pudo darse cuenta de que era muy hermosa.

Tenía el rostro pálido y acentuaba su palidez la negrura de su abundante y sedosa cabellera.

La joven de detuvo unos instantes en el hueco de la puerta y después con lentitud, pero con desenvoltura, avanzó por el camino central de la nave de la ruinosa capilla.

Avanzó con al cabeza baja, con la mirada fija en el suelo.

La luz de la luna que iluminaba la nave de la capilla hacía innecesaria toda luz artificial y parecía enfocada de intento para iluminar la silenciosa figura de la bellísima joven.

Roger Fálcon podía darse cuenta de todos los movimientos de la joven y cuando ésta llegó a los escalones de la gradería que daba acceso al altar, lanzó un grito ahogado e, inclinándose, recogió algo del suelo.

Sostuvo en la mano, mirándolo, el objeto que había encontrado y Roger Falcon pudo darse cuenta de que se trataba de un medallón de oro, un guardapelo adornado con piedras preciosas que relucían a la luz de la luna.

La joven se disponía a volverse para retirarse cuando una segunda silueta se presentó en el hueco de la puerta de la ruinosa capilla.

Era un hombre de barba, burdamente vestido, cuyo aspecto no tenía nada de poético ni de misterioso. Parecía lo que era, un gitano y un tipo de los más inferiores de su raza.

Sin pronunciar una sola palabra, el hombre avanzó, y la joven, al parecer aterrorizada, esperó, sin moverse como anonadada y desesperada, que se acercara a ella.

El hombre fué directamente hacia la joven y, tomándola de una muñeca, con mano brutal y mugrienta, le quitó, bruscamente, el medallón de oro.

Esta acción pareció despertar las energías de la joven. Lanzó un grito agudo, penetrante, que repercutió en las ruinas, e intentó, desesperada, recobrar la alhaja.

Roger Fálcon se olvidó de su condición de perseguido; se olvidó de todo menos de que veía cómo una mujer era víctima de un ladrón cobarde y saltando de su escondrijo, corrió hacia donde estaban la bella joven y el sucio gitano.

El hombre se volvió lanzando un grito de furor, pero soltó a la joven. Trató de dirigir un golpe de boxeo al enmascarado rostro de Roger, pero el muchacho alado se agachó a tiempo y le aplicó, con su poderoso puño izquierdo, un golpe tal, que levantó en el aire al gitano y le hizo caer al suelo de espaldas.

Roger Fálcon, con toda tranquilidad, tomó el medallón de la mano del gitano y se lo dió a la joven.

El gitano se levantó lentamente hasta ponerse de pie, detúvose un momento, como si pensara proseguir la pelea, pero cambió de idea y se retiró precipitadamente.

Roger Fálcon miró a la pálida joven cara a cara.

—¿La ha lastimado? — preguntó con timidez?

La joven fijó en él la mirada de sus hermosos ojos negros.

—No, no me ha lastimado, — dijo con suave voz, — pero usted me ha prestado un señaladísimo servicio. Aprecio muchísimo este medallón y le agradezco infinito el haber evitado que me quedara sin él.

Mientras hablaba, la joven no cesaba de observar el enmascarado rostro de Roger Fálcon.

—Usted no debe permanecer aquí, — dijo la joven. — Este sitio no es seguro. Más de cien hombres recorren el bosque en busca de usted.

—Me he quedado más tiempo del que había pensado, — dijo Roger. — Pero si me están buscando, cuanto antes me vaya, mejor será. Yo...

Calló de pronto porque oyó un rumor de voces y ruido de pisadas en los claustros de la ruinosa abadía.

Se notó una expresión de alarma en el rostro de la joven.

—¡Venga usted! — dijo ella. — ¡Sígame usted! ¡Pronto!

La joven se encaminó hacia donde estaba el órgano de la capilla y una vez ante el teclado, oprimió una de las clavijas del instrumento.

En seguida se abrió una puerta de la pared que quedaba junto al órgano. Sin decir una sola palabra, la joven tomó a Roger de la mano y le guió rápidamente por el hueco de aquél.

La puerta de piedra que se había abierto de modo tan extraño, se cerró en cuanto hubo pasado Roger y el muchacho alado, junto con la misteriosa y pálida joven, se quedaron inmóviles en la más densa oscuridad.

LOS MONJES FANTASMAS

LOS brillantes rayos de la luna, pasando por los huecos de ruinosas paredes, permitió distinguir con toda claridad a una docena de personas que habían entrado y llegado, avanzando por la nave, hasta el crucero de la capilla de la antiquísima abadía que se levantaba en el corazón de aquel espeso bosque.

Uno de los hombres vestía el uniforme de sargento de policía y tenía en la mano el

'truncheon", o sea el palo que constituye la única arma del policeman inglés. Los que le acompañaron eran en su mayoría aldeanos y tenían armas muy diversas, incluso horquillas de cargar heno, escopetas cargadas con perdigones, palos y pedazos de hierro.

—¡Parece que por aquí no anda nadie, ni sospechoso ni de otra clase, señor Snugg! — dijo uno de los paisanos, dirigiéndose al sargento. — ¡No vale la pena quedarse aquí más tiempo!

El sargento Snugg miró al que había hablado, con grandísimo desdén.

—Estoy a cargo de estas operaciones, — replicó pomposamente, — y no abandonaremos este sitio hasta haberlo recorrido concienzudamente. Procediendo de acuerdo con los informes recibidos, tengo razón para creer que una persona, disfrazada de modo que parece un murciélago humano, debe estar escondida en algún rincón de la abadía. Un gitano que estuvo aquí hace pocos minutos, ha dicho que vió a un hombre vestido de negro y con el rostro cubierto por un antifaz, en esta capilla.

—¡Pero usted ya sabe la clase de gente que son los gitanos, sargento! — protestó el otro. — ¡No es posible creerles ni una palabra de lo que dicen! Por mi parte, me gustaría ver un momento a ese hombre volador. ¡Por ver cosas menos interesantes se pagan seis peniques por persona, en tiempo de ferias!

—¡Qué manera de hablar la suya, John Sarson! — replicó Snugg con desprecio altanero. — ¡No tiene nada de raro que casi haya desgastado por completo la dentadura postiza que se compró el año pasado! ¡Lo sorprendente es que no se haya quedado sordo a fuerza de oir sin cesar el timbre de su propia voz!

—¿No sería mejor que siguiéramos buscando? — se atrevió a decir otro de los particulares.

—Mi grupo revisará esta capilla mientras los demás examinan lo restante de las ruinas, — declaró Snugg. — El misterioso volador a quien andamos buscando vino de Londres volando y se metió en estas ruinas. Es necesario que lo encontremos.

—¿Y cuando lo haya encontrado, qué razón va a tener usted para reducirle a prisión? — preguntó John Sarson.

El sargento Snugg se rascó la barba, enteramente perplejo.

—Las órdenes que tengo son estas: prender al hombre alado en cuanto le vea, — explicó. — Por mi parte, le diré que lo detengo por realizar vuelos prohibidos o por amenazar la vida de la gente, porque puede aplastar a algún transeunte si se le descomponen las alas y se desploma de lo alto.

El sargento Snugg parecía estar poco enterado de la verdadera causa por la cual debía prender al Misterio Alado, pero no le faltaba valor ni deseos de cumplir con su deber. Durante veinte minutos procedió a revisar sistemáticamente toda la ruinosa capilla.

Pero aún cuando él y sus compañeros examinaron todos los rincones, no encontraron ni el menor rastro del joven alado al que las autoridades querían, tan empeñosamente, capturar.

Por último, el sargento decidió dejar una guardia en la capilla por si acaso el alado bandido se presentaba, surgiendo de algún secreto.

Con este propósito, Snugg eligió a John Sarson y a tres hombres más jóvenes John Sarson tenía una escopeta cargada con cartuchos de perdigones, y sus compañeros tenían respectivamente: una horquilla, un martillo de herrero y un trozo de riel.

—Ustedes se quedarán aquí de guardia y no se alejarán de la capilla hasta que vengan a relevarles, — anunció Snugg. — Recuerden ustedes que todos han jurado, como corresponde, obedecer a la superioridad y que son representantes genuinos de la ley.

—¿Qué hacemos si llegamos a ver al hombre pájaro? — preguntó Sarson. — ¿Le ponemos sal en la cola o le cortamos las alas?

—¡Agárrense a él, no lo suelten y llámenme a gritos! — contestó Snugg. — Yo no me encontraré lejos de aquí. ¡Hasta luego! ¡Y atención, eh! ¡No vayan a quedarse dormidos!

El sargento se alejó junto con los demás, dejando a Sarson y a sus tres compañeros, vigilando a la luz de la luna, la semidestruída capilla.

—¡Brrr! — estremeciéndose John Sarson después de unos momentos de silencio. — No pretenderé afirmar que me gusta mucho esta misión. Este sitio es suficientemente tétrico para dar escalofríos a cualquiera.

—¡A mí me pasa lo mismo que a usted, John! — asintió uno de los otros. — A mí no me asustan las amenazas de los hombres, pero este sitio tiene algo de fantasmagórico y sobrenatural. Cuando uno mira en redor le parece ver extrañas siluetas amenazadoras por todas partes, especialmente en los rincones oscuros.

—¡Ah! — dijo Sarson con tono grave y melancólico. — Confieso que esto no me gusta nada, amigo mío. ¡He oído contar cosas tan raras sobre esta vieja abadía!... ¡Algo como para ponerle a uno los pelos de punta! ¡Estas ruinas están habitadas por espíritus!

—¡No hable de eso, John! — protestó uno de los que le oían. — ¡Me produce usted con esos cuentos el mismo efecto que si alguien me estuviera pasando un pedazo de hielo por el espinazo! Cuéntenos algún caso gracioso y divertido, para alegrar el espíritu.

—Se cuenta una vieja leyenda, relacionada con esta abadía, — prosiguió John. — Parece que hace ciento cincuenta años, más o menos, varios soldados penetraron en la abadía y asesinaron al abad y a seis monjes. Desde entonces, los espectros de los monjes asesinados se han paseado, de noche y con bastante frecuencia, por estas ruinas...

—¡Qu caso horrendo! ¿Por qué no habla de otra cosa? Yo... yo... ¿Qué es eso?

El que hablaba bajó mucho la voz y miró hacia un oscuro hueco que quedaba junto al antiguo órgano de la capilla.

—¿Qué pasa, Budge? — inquirió John Sarson. — ¡No alcanzo a ver nada! Me dejé los anteojos en casa, en el fogón de la cocina ,cuando fueron a llamarme.

—¡Mire! ¡Allá! — exclamó Budge, pero en voz muy baja y señalando con temblorosa mano, un sitio en la oscuridad.

¡Entonces fué posible distinguir dos siluetas oscuras que parecían haberse formado de las mismas tinieblas que los rodeaban!

Poco a poco y silenciosamente, como incorpóreas figuras, las dos siluetas avanzaron hasta que los aterrorizados guardianes vieron que las dos siluetas vestían unos hábitos largos y grises.

Tenían echadas las capuchas de modo que no era posible verles el rostro, que quedaba sumergido entre sombras.

—¡Los monjes fantasmas! — tartamudeó John Sarson, castañeteándole los dientes.

Se volvió y huyó de la capillas: sus tres compañeros le siguieron lo más rápidamente que les fué posible.

Después de recorrer una docena de yardas de los claustros, los hombres se detuvieron con la esperanza que los frailes fantasmas limitarían su paseo a la capilla.

Pero casi en el mismo momento en que los aterrorizados guardianes se detenían, las dos encapuchadas figuras hacían su aparición en los claustros, deslizándose silenciosa y misteriosamente.

John Sarson apretaba nerviosamente su escopeta cargada con perdigones, pero ni un solo momento pasó por su imaginación la idea de hacer uso de ella.

Las dos figuras fantasmagóricas se detuvieron de repente, y en aquel mismo instante, la luz de la luna empezó a oscurecerse, porque pasaba por el cielo, lentamente empujada por el viento, una negra nube.

Uno de los dos encapuchados monjes miró hacia arriba, a un extenso boquete que había en el techo del claustro. ¡Un momento después, la aparición se quitó el hábito gris que le envolvía y se vió en su lugar la grácil silueta de Roger Fálcon, el muchacho alado!

John Sarson se quedó como petrificado de horror cuando vió que dos extensas alas se extendían, a los costados de aquella oscura silueta. Un instante después, el joven alado tomaba en brazos al monje que no se había quitado el hábito y se elevaba con él, por los aires.

Se elevó en línea recta hacia el agujero del techo, pasó por él y se alejó volando lo más rápidamente que puso en cuanto le ocultó la oscuridad que reinaba momentáneamente sobre el bosque en que estaba la ruinosa abadía.

En un solitario camino lateral, fuera ya de la extensión del bosque, Roger Falcon descendió a tierra de nuevo y puso en el suelo con todo cuidado, su delicada carga.

Instantáneamente, el monje se echó atrás la capucha, dejando ver el hermoso rostro de una joven cuyos negros ojos brillaban de excitación.

—¡Qué maravilloso invento! — exclamó, mientras se quitaba el hábito gris con que había cubierto su sencillo pero elegantísimo vestido. — No hubiera podido soñar jamás que podía tocarme tomar parte en semejante aventura.

—A no ser por usted, tampoco hubiera tomado yo parte en ella, — replicó Roger Fálcon sonriendo. — ¿Quién hubiera podido suponer que en aquel escondrijo secreto de la ruinosa abadía, detrás del órgano, se hallaba guardado el vestuario de una compañía productora de películas cinematográficas?

—La compañía cinematográfica a que pertenezco ha venido a esta región con el propósito especial de impresionar gran número de escenas de una nueva obra, que deben desarrollarse en una antigua abadía, — explicó la joven. — La obra a que me refiero está basada en una leyenda que tiene relación con esas ruinas, y según la cual el abad y varios monjes fueron asesinados por la soldadesca que hace cerca de dos siglos invadió la abadía. Se necesitaba, pues, como decorado, la abadía misma, aprovechando los sitios que se hallan menos destruídos.

—¿Pero cómo conocía usted el secreto del misterioso escondrijo que me ha sido tan útil? — preguntó Roger.

—Nuestro director de escena, recorriendo todos los vericuetos de las ruinas, lo descubrió esta mañana por casualidad, — contestó la joven. — Cuando ya nos íbamos a retirar decidió guardar en él el vestuario, a fin de evitar el trabajo de llevarlo y traerlo todos los días, mientras se impresionan todas las escenas que se han de fotografiar tanto en la abadía como en el bosque.

—Fué una suerte para mí, entonces, que usted viniera esta noche a la abadía, — observó Roger. — De no haber venido usted, probablemente hubieran conseguido prenderme.

—Por la tarde, de regreso ya en casa, eché de menos el medallón, — explicó la actriz cinematográfica, — y se me puso en la cabeza que había caído en la capilla, durante el ensayo. Por eso regresé inmediatamente, aún cuando ya era bastante tarde. Me decidí porque la luna alumbraba como si fuera de día.

De lejos llegó hasta ellos el ruido del galopar de unos caballos por la cercana carretera.

—Debe usted marcharse, — dijo la joven — Aún está oscuro, y una vez que se halle usted en el aire, podrá ir hacia donde quiera sin que le vean.

—Pero, ¿podrá usted ir a su casa desde este sitio? — le preguntó Roger.

—Vivo en un chalet que está a menos de cien yardas de aquí en este camino, — contestó ella. — Adios, pues, y buena suerte.

Le dió la mano y antes de retirarse, la joven pareció vacilar un momento, indecisa.

—Yo quisiera... yo quisiera pedirle a usted un favor, antes de que usted se retirara, — dijo ella, medio tartamudeando, cohibida por una repentina emoción.

—Le debo a usted tanto, — manifestó Roger, — que si puedo hacer algo, sea lo que sea, que le demuestre mi gratitud, lo haré con muchísimo gusto.

—Pues yo desearía que usted se quitara ese antifaz y me permitiera verle el rostro — dijo tímidamente la joven. — Siempre que usted crea que puede confiar en mi discreción.

Sin hacerla, esperar, con un rápido movimiento, Roger Fálcon se quitó la máscara

que le tapaba el rostro, y la joven le miró con suma tención.

—¡Pero!... ¡Pero si es usted un muchacho! — exclamó ella, sorprendida.

Roger Fálcon sonrió escépticamente y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Un muchacho que tiene que realizar la tarea de un hombre! — dijo Roger. — ¡Estoy procurando castigar a los autores de la más cruel, más inhumana de las injusticias! Cuando haya realizado con éxito favorable mi misión, no desearé como única recompensa más que poder ser, nuevamente, niño.

Volvió a cubrirse el rostro con la negra máscara.

—Creo que obtendrá el mayor éxito, — dijo la joven en voz baja y de todo corazón. — Me alegro de haberle visto la cara, — agregó, — porque oiga lo que oiga decir de usted, podré estar plenamente convencida de que usted no ha podido hacer nada malo.

Se oyó más cercano el galopar de los caballos, y con una última palabra de despedida a la joven, Roger Fálcon se elevó por los aires y desapareció en la oscuridad.

DE REGRESO EN LA CAVERNA

DOS días después, Roger Fálcon se hallaba en el taller instalado en una de las cuevas situadas debajo del bosque de Bleakwold.

Su vuelo desde la abadía en ruinas hasta su domicilio secreto, se había realizado sin el menor accidente. En cuanto llegó, Roger Fálcon se entregó al descanso y gozó de largas horas de sueño tranquilo y reparador.

Cuando, al fin, se levantó, repuesto por completo de las fatigas pasadas, dedicó su atención a las mecánicas alas que habían sufrido mucho a consecuencia de su emocionante y accidentada excursión a Londres.

Pronto hubo reparado todo el daño, y las maravillosas alas de murciélago, inventadas por el genial Solomón Page, estuvieron una vez más, en condicones de servir para nuevas y accidentadas aventuras.

Roger Fálcon puso las alas en el cajón destinado especialmente para ellas y salió del taller a la cueva más espaciosa, que era la que él y su compañero Micky Wilde, empleaban como dormitorio y comedor.

Durante la ausencia de Roger, Micky había agregado muchas mejoras a aquella cueva, un rincón de la cual parecía el salón de gimnasia de un club.

Micky había ganado un premio en dinero, como resultado de un match de boxeo en Westhampton, y con ese dinero, el activo muchacho había comprado los aparatos que había considerado necesarios para ejercitarse.

En un rincón de la nueva, colocados simétricamente, se veían los distintos aparatos. Había unas excelentes clavas de madera dura, un juego completo de manubrios, dos pares de guantes de boxeo, una caja con un aparato de caucho para el desarrollo del pecho y una pelota para ejercitarse, un "punching ball", puesta en el resorte especial que indican los reglametnos oficiales.

Lo primero en que se fijó Roger Fálcon cuando vió aquellos aparatos, fué en la "punching ball"; levantando el sostén en que se hallaba, del rincón en que lo había guardado Micyk, puso la pelota en medio de la espaciosa caverna.

Después, poniéndose un par de guantes, dedicó unos cinco minutos a ejercitarse, descargando golpes en la pelota.

Se hallaba muy entretenido entregado a tan saludable diversión, cuando se oyó el rumor de unos rápidos pasos. Poco después entraba Micky Wilde, a toda carrera, en la caverna.

El joven llegaba impacientísimo, deseoso de dar cuánto antes las noticias que traía del mundo exterior, pero al ver a Roger castigando a la pelota, se olvidó en seguida de todo lo que le había hecho regresar con tanto apresuramiento.

—¡Hola! ¡Medio minuto, Roger! — gritó. — ¡No desperdicie la fuerza en esa forma! ¡Pelee conmigo!

Micky se quitó el saco y se puso rápidamente los guantes.

—¡Venga, Roger! — exclamó excitadísimo. — No tenga temor de pegarme porque yo le voy a pegar, si puedo. ¡Estoy cansado de oscurarle ojos a esa "punching-ball", y siente ansias de pegarle a alguien que conteste y me haga mover!

A Roger Fálcon le fué muy agradable acceder a lo que deseaba su amigo, porque era un entusiasta del gran sport, y en su época de chico de la escuela, había demostrado ser una gran promesa.

Empezó, pues, el amistoso match.

Roger era, claro está, el más grande de los dos, pero el pequeño boxeador "peso mosca" poseía una agilidad de pies asombrosa, y conquistaba con su rapidez lo que le faltaba de peso.

Durante cinco minutos, los dos compañeros y amigos boxearon con vertiginosa rapidez, hasta que por fin, Fálcon dejó caer las manos.

—Muy bien, Micky, amigo mío. Creo que ha sido bastante, — dijo. — Usted no se va a detener hasta que me de un buen golpe, así que prefiero no boxear más, por ahora.

Se quitó los guantes mientras hablaba, y Micky se sintió rojo de orgullo mientras seguía su ejemplo.

—Ahora recuerdo que vine corriendo para enterarle de algunas noticias importantes, — exclamó Micky.

—Supongo que no se tratará de malas noticias, ¿eh? — preguntó Roger, inquieto.

—¡No son del todo malas! — respondió Micky. — Por ejemplo: el doctor Storm y Viola Page se hallan de regreso en el chalet y dentro de tres o cuatro días, según el doctor lo espera, podrá sacar el vendaje que le tapa los ojos a Viola, y la joven se encontrará con que ha reconquistado el sentido de la vista. Esta es una noticia buena de verdad, y por eso he querido empezar por ella, ¿no es cierto?

—¡Espléndida! — exclamó Roger. —¡Nunca estaré suficientemnte agradecido al doctor Storm por lo que ha hecho en favor de la pobrecita Viola.

—La otra noticia se refiere a ese tipo de

Herman Stencarn, — agregó Micky. — Me refiero al que fué detenido porque se le acusaba de haber dado muerte a sir Giles Chelford.

—¡Y fué él quien le mató! — dijo Roger. — Yo le ví cómo mató de un tiro a Chelford sin darle ocasión ni tiempo para defenderse.

—Sea como sea, — dijo Micky, — el caso es que Stencarn comparecerá hoy ante sus jueces, y según he oído decir, van a tener que absolverle por falta de pruebas. Por eso fué por lo que vine corriendo. La vista del proceso es esta misma mañana.

Roger Falcon permaneció en silencio durante un momento, pensando intensamente.

—¡No es posible que Stencarn sea absuelto y puesto en libertad! — declaró solemnemente. — No es sólo un asesino, es también uno de los hombres que robó y arruinó a Solombun Page y contra los cuales he jurado venganza. ¡Debe ser castigado!

—¡Sí; pero aún cuando vaya usted al tribunal y diga que vió cómo Stencarn mató a Chelford, su declaración no será admitida! — objeto Micky. — Además, le prenderían a usted, y eso sería el más desdichado final de todo!

—¡Es verdad; pero puedo hallar otro modo de hacer que Stencarn sufra lo que merece sufrir! — observó Roger. — ¿Qué hora es, Micky?

—Las diez de la mañana, — contestó su amigo.

—Entonces tengo tiempo para llegar al tribunal cuando estén tratando su caso. — manifestó Roger, que se dirigió con apresuramiento a la cueva interior.

ARREBATADO A LA LEY

La sala de audiencias del tribunal de policía de Westhampton estaba rebosante de público cuando Herman Stencarn apareció en el banquillo de los acusados a responder a la acusación de haber dado muerte a sir Giles Chelford, la noche del primero de año.

Stencarn estaba muy pálido y apretaba nerviosamente el borde de la barandilla que quedaba delante de su asiento, mientras conversaba con su defensor, el abogado Simón Steer.

Cesaron de pronto las conversaciones cuando el abogado que desempeñaba la misión de fiscal, se puso de pie para hacer uso de la palabra.

—No tengo testigos que hacer comparecer ante su señoría, — dijo, dirigiéndose al juez. — El acusado fué detenido en circunstancias que parecían muy graves, pero desde que se le detuvo no se ha podido hallar ni pruebas ni testigos de que es el autor de un homicidio. Por otra parte, son numerosas las personas que se hallan dispuestas a manifestar bajo juramento que en la noche de autos, sir Giles Chelford se mostró, desde su llegada a la casa del acusado, muy triste, como agobiado por pensamientos desagradables y hondas preocupaciones. En vista de eso y del hecho de que el médico de policía ha manifestado que el tiro que mató a sir Chelford pudo ser disparado por él mismo, solicito autorización de su señoría, para retirar, en este caso, la acusación fiscal.

Se oyó rápido y fuerte grito de conversaciones en la sala del tribunal. Herman Stencarn respiró satisfecho, como un hombre que hubiera logrado salir a la superficie del agua después de prolongada inmersión.

Simón Steer sonrió, mostrando los dientes. En su rostro se notó una expresión de triunfo.

El presidente del tribunal miró por encima de sus gafas con armazón de oro.

—En tal caso, — dijo, — lo único que puedo hacer es...

—¡Alto!

Un hombre de barba, que vestía un amplio sobretodo de color claro, se puso de pie, dejando su asiento, al fondo de la sala del tribunal.

El magistrado miró impresionado ante semejante interrupción, y todas las miradas se dirigieron hacia el que había hablado.

—¡Antes de que el señor juez ponga en libertad al acusado, — dijo el que había interrumpido al magistrado, — cúmpleme manifestar que va a poner en libertad a un homicida! Acabo de oir que no hay ni pruebas ni testigos para apoyar la acusación: ¡eso no es verdad!

Herman Stencarn había vuelto a ponerse pálido y miraba, tembloroso, al que hablaba.

—¡Si tiene usted alguna prueba que ofrecer debía haberla presentado en debida forma! — dijo el magistrado. — No puedo permitir semejante conducta ante el tribunal, y si usted no demuestra hallarse en condiciones de probar lo que ha afirmado, tendré que ordenar que sea arrestado. ¿Qué tiene usted que decir?

—Unicamente esto: — dijo el de la barba. — Con mis propios ojos he visto a Stencarn matar de un tiro a quemarropa a sir Giles Chelford; pero no tengo más prueba que dar a ese respecto que mi palabra.

—¡Qué tontería! — exclamó Simón Steer. — Pido al señor juez que ponga en libertad a mi defendido como se disponía a hacerlo, y si lo cree conveniente procese a ese desconocido por su conducta insultante para el tribunal.

—¡Así lo haré! — dijo el magistrado con enojo.

Mientras tanto, el desconocido se había abierto paso y habíase acercado al tribunal.

—¡Estoy decidido a que se haga justicia y se castigue a ese hombre! — declaró el de barba. — Como la ley no se dispone a hacerle sufrir lo que le corresponde, yo le castigaré.

Dos policeman corrieron hacia él, pero al mismo tiempo el desconocido se quitó el sobretodo y dos grandes alas negras se extendieron, una a cada lado de su cuerpo. Se elevó por el aire en seguida, y todos le miraron estupefactos.

¡Entonces descendió un poco, rápidamente, hacia el banquillo del acusado, y levantó de allí a Herman Stencarn!

Con su carga en los brazos, se elevó por los aires lo más arriba que le permitió la altura del techo, y su voz resonó en medio de un silencio profundo.

—¡Herman Stencarn puede escapar a la justicia de la ley, — gritó el hombre alado.

—pero no escapará a la justicia del Vengador Alado!

La figura con alas se dirigió con rapidez hacia una de las grandes ventanas del salón.

Se oyó un golpe fuerte; la ventana se abrió como obedeciendo a una repentina fuerza extraordinaria. Por el hueco que quedó abierto, el joven alado, llevando en brazos a Herman Stencarn, desapareció en un segundo, y antes de que los que presenciaban la escena pudieran darse cuenta de lo que pasaba, se perfiló en la lejanía, oculto en la niebla que envolvía en aquel momento, la población de Westhampton.

PRISIONERO EN LA ISLA

ROGER FALCON, el joven alado, llevando en sus brazos la temblorosa figura de Herman Stencarn se elevó más arriba de la niebla que envolvía la ciudad de Westhampton.

Voló con gran rapidez, y dos minutos después de haber sacado a Herman Stencarn de la sala del tribunal de Westhampton, se hallaba volando sobre el mar.

Tan pronto como pasó el límite de la costa, Roger descendió hasta que estuvo volando a una altura de sólo doscientos pies sobre la superficie del agua.

Mirando hacia abajo, Stencarn vió las grises y movedizas aguas y temió el que el joven alado tuviera el propósito de arrojarle al mar.

Aterrorizado todo cuanto puede estarlo un hombre, Stencarn se abrazó al cuello de Roger, sujetándose con la fuerza de la desesperación.

El joven alado se sonrió mientras sus grandes alas le llevaban, — a él y a su carga — a través del aire frío, casi helado.

—No necesita agarrarse con tanta fuerza, Stencarn, — dijo con voz recia; — no he terminado con usted aún, y arrojarle a las aguas sería un fin demasiado misericordioso para un hombre como usted. Debe sufrir algo más antes de que la muerte le libre de todas las molestias de este mundo.

Pero, a pesar de lo que le había dicho Roger, Herman Stencarn no dejó de aferrarse con todas sus fuerzas al alado joven.

Roger Fálcon no volvió a hablar, pero voló en línea recta, como si ya hubiera determinado a dónde se proponía ir.

Veinte minutos después distinguió una roca de gran tamaño que estaba en medio del mar como un centinela avanzado de las aguas.

La roca estaba rodeada de numerosos y puntiagudos peñascos, de tal modo que sólo una embarcación muy pequeña, y eso en tiempo de calma, podía acercarse al islote.

Roger disminuyó la rapidez de su vuelo y cuando estuvo sobre la roca, descendió rápidamente.

Puso pie, con la grácil soltura de siempre, en la parte alta de la roca y con Stencarn sujeto fuertemente en sus brazos, avanzó una docena de pasos.

Se detuvo en la orilla de lo que parecía ser un cráter. El irregular agujero tendría unos quince pies de diámetro y tal vez unos veinte pies de profundidad.

Roger desplegó las alas y descendió a aquel agujero junto con su cautivo.

Cuando el joven alado pisó tierra y dejó en el suelo, de pie, a Stencarn, éste vió horrorizado, que se hallaba dentro de una caverna.

La luz que entraba por el cráter demostraba a Stencarn que el hueco por donde había descendido no podía servirle para salir, pues se hallaba en el centro del techo y a grande altura, de modo que, sólo disponiendo de unas alas como las de Roger, podría llegar hasta él.

Roger Fálcon, que tenía, todavía, puesta la barba con que se había disfrazado para hacer su visita a la sala del tribunal de Westhampton, se cruzó de brazos ante el hombre a quien haba raptado y le miró fijamente.

—¿Qué sitio es este? ¿Por qué me ha traído usted aquí? — preguntó Stencarn después de una pausa y logrando al fin, dominar un tanto su excitación y su terror nervioso.

—Este sitio es su prisión... el lugar donde permanecerá usted hasta que yo considere llegado el momento de ponerle en libertad — dijo Roger con toda energía.

—¡Pero no es posible que me deje usted aquí! — protestó Stencarn desesperado. — ¡Usted no puede hacer eso! Yo...

Hizo un movimiento como si se propusiera avanzar y atacar a su captor, pero Roger Falcon no varió de postura ni intentó evitar el ataque.

Permaneció enteramente inmóvil, con la mirada penetrante de sus negros ojos fija en los de Herman Stencarn.

Como hipnotizado por aquella mirada fría y dominadora, Stencarn se detuvo a dos yardas de donde estaba de pie el muchacho alado, que seguía con los brazos cruzados.

Entonces Roger Fálcon habló de nuevo, una vez más.

—Las leyes del país no le han castigado a pesar de que usted mató cobarde y brutalmente a sir Giles Chelford, — dijo, — pero yo no quiero que logre usted escapar a las consecuencias de su alevoso crimen. En esta cueva permanecerá usted prisionero, aún cuando no podrá ir de un lado a otro como sea su deseo, pues sin que alguien le ayude desde la parte de arriba, no podrá llegar a la abertura del techo.

—¡Pero si usted me deja aquí, me moriré de hambre! — exclamó Herman Stencarn.

Roger Fálcon movió negativamente la cabeza.

—Yo cuidaré de que siga usted con vida, — prometió. — Mi misión es únicamente una misión de justicia. Yo no busco la vida de ningún hombre.

Herman Stencarn apretó los puños con ferocidad nerviosa.

—¿Qué beneficio puede reportarle a usted el tenerme encerrado aquí? — preguntó. — Lléveme ahora mismo a tierra, y le juro que no sólo me marcharé para siempre de Inglaterra, sino que le daré a usted la mitad de mi fortuna, en cambio de la libertad.

Los labios de Roger Fálcon se movieron y en ellos se notó una sonrisa de desprecio.

—¡Su fortuna no es suya, así que no pue-

de darla! — exclamó. — Casi hasta el último penique de lo que usted tiene lo ha ganado mediante traiciones y engaños. Ligado con otros hombres tan viles e infames como usted, le robó su invención al anciano Solomón Page, y presentándola y explotándola industrialmente, reunió la cuantiosa fortuna que hoy tiene usted.

Herman Stencarn no intentó interrumpir al muchacho alado cuyas afirmaciones tenía, en conciencia, que reconocer exactas.

—He jurado solemnemente que ni usted ni sus confederados gozarán de paz hasta que todo el dinero que ustedes sacaron de la invención de Sage haya sido devuelto a la única hija del anciano inventor,—agregó el joven alado. — Y no tengo intención de desistir del cumplimiento de la que juré!

—¿Servirá a caso a su plan el tenerme prisionero aquí? — preguntó Herman Stencarn.

—Teniéndole a usted prisionero aquí, reduzco el número activo de mis enemigos, — respondió Roger. — Cuando yo haya vencido a sus confederados, usted también estará arruinado, puesto que su fortuna está ligada a la de ellos.

El muchacho alado hizo una pausa antes de proseguir.

—Cuando llegue ese día, — añadió con terrible voz que repercutió en los ámbitos de la caverna, — usted será puesto en libertad, sin un penique en el bolsillo, y no dudo de que la ley volverá a ocuparse de usted cuando se sepa el papel que desempeñó en la vil combinación que fué la ruina de Solomón Page.

Entonces, súbitamente, sin nada que lo anunciara, Roger Fálcon abrió sus mecánicas alas y se elevó por el aire.

Pasó por el hueco del techo de la cueva, y cuando aún no había salido del cráter, Herman Stencarn lanzó un grito desesperado.

—¡No me deje aquí! ¡No me deje solo! — gritó en tono lastimero y suplicante.

Pero tan sólo una risa burlona, muy baja, le contestó. Unos segundos después, la silueta del joven alado había desaparecido de su vista.

MICKY VA A HACER COMPRAS

CON una bolsa vacía al brazo y silbando el estribillo de un popular fox-trot, Micky Wilde, el fiel compañerito de Roger Fálcon, entró en la aldea de Bleakwold.

Micky había salido de su habitación subterránea para ir a hacer compras, pues al regresar, después de dejar a Herman Stencarn en el islote, Roger Fálcon había enviado a Micky a comprar provisiones para surtir de nuevo la despensa.

Cuando llegó al principal almacén de Bleakwold, Micky entró muy decididamente en el establecimiento.

El dueño del almacén se encontraba solo en aquel momento y levantó la cabeza al oir que se aproximaba un cliente.

—¡Hola, muchacho! ¿En qué puedo servirle? — le preguntó.

Sin contestar, Micky sacó del bolsillo una larga lista que le había dado Roger Fálcon y la consultó durante unos instantes.

Después empezó a leer la lista.

—Seis latas de leche condensada, — comenzó, — dos libras de cocoas, seis botellas grandes de extracto de carne, cuatro latas de sopa de tomate...

—¡Basta, basta! — le interrumpió el almacenero rápidamente. — ¡Retírese antes de que yo pase a ese lado del mostrador y le haga retirar!

Micky Wilde le miró con la mayor de las sorpresas.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa, señor? — preguntó.

—¡Ya me han hecho eso mismo demasiadas veces! — declaró el almacenero. — Supongo que cuando usted haya terminado de leer la lista me va a preguntar cuánto vale todo, ¿no es eso?

—¡Claro que sí! — exclamó Micky, asombrado.

—¡Ya me lo había figurado! — agregó el dueño del almacén. — Pero estoy cansado de sacar cuentas para que no trabajen los muchachos holgazanes de la aldea, que vienen a hacer que yo les resuelva el problema que le han dado en la escuela. Vuelva usted a su casa, amigo mío, y haga el problema, y no vuelva a darme más trabajo, que bastante tengo que hacer.

Micky Wilde se rió a carcajadas.

—¡Esta vez está equivocado, señor! — explicó. — ¡Mire usted! ¡Tome la lista, prepárelo todo y yo le daré su importe!

Y como prueba de su buena fé, sacó del bolsillo el dinero que Roger le había dado.

—¡Dios mío! — exclamó el almacenero cuando hubo recorrido la lista. — ¿Qué es esto? ¿Algún contrato de proveeduría para el ejército?

—¡Oh! ¡No! Vengo de bastante lejos. — explicó Micky evasivamente. — Mi patrón quiere que haya siempre buen surtido en la despensa.

El almacenero se puso en actividad en seguida, y un cuarto de hora después Micky, con la bolsa llena de provisiones al hombro, salía del almacén.

En el mismo momento en que salía, un carro rústico, tirado por un caballo peludo y poco limpio, pasó por delante del almacén.

Manejaba el carro un gitano de unos diez y seis años, que miró con interés a Micky y a su bolsa.

—¡Hola, compañero! — dijo a manera de saludo mientras tiraba de las riendas. — Le veo muy cargado. ¿Va hacia allá? Si quiere le llevo en el carro.

—Gracias por su oferta, que no me viene mal, — contestó Micky. — Le agradeceré si me lleva una milla hacia allá. Esta bolsa pesa ahora mucho más que cuando estaba vacía.

—Ponga la bolsa en la trasera del carro y venga a sentarse a mi lado, — dijo el gitano.

Micky Wilde, muy agradecido porque le proporcionaban el modo de no cansarse tanto, levantó la bolsa y la puso en la parte de atrás del carro.

En cuanto hubo procedido así, el gitano castigó a su caballo, y el animal partió a galope tendido por el camino.

Dándose cuenta de que había sido engañado, Micky Wilde corrió tras el carro y ya estaba cerca de él, cuando el gitano le dió un terrible latigazo.

El látigo dió a Micky en el rostro y le hizo retroceder con violencia.

Cuando hubo reaccionado, pasado el efecto que le hizo semejante terrible y cobarde golpe, el carro había avanzado cincuenta yardas por el camino.

Micky Wilde no era muchacho capaz de dejar pasar aquello sin hacer todo lo posible por no quedar vencido, así que volvió a correr una vez más.

Pero el caballo avanzaba a buen paso, y Micky, por más que corría, no podía alcanzarlo.

Cuando llegaba al límite de la aldea, el camino describa una violenta curva, y esta fué la que proporcionó a Micky una ocasión propicia para intentar algo.

Cortando por el campo corrió hacia el extremo de la curva, y llegó precisamente antes que el carro.

El gitano tuvo que sugetar al caballo y que dirigirle luego hacia un lado del camino, procurando burlar al muchacho boxeador.

Pero esta maniobra fué su perdición, porque una de las ruedas del carruaje se hundió en la cuenta y el conductor del vehículo, — tan fuerte fué el barquinazo que dió el carro, — fué despedido con violencia de su asiento.

Micky corrió hacia y estuvo a su lado en el momento en que el gitano se ponía de pie.

—¿Se ha lastimado — le preguntó Micky.

—No, — contestó el gitano de mal modo. — ¡Pero lo voy a lastimar a usted ni no se va! ¡Pronto! ¡Fuera de aquí!

Era más alto que Micky y más corpulento, por eso estaba convencido de que Micky obraría con sensatez, obedeciéndole.

Micky miró en redor y habiéndose dado cuenta de que el carro estaba cerca, miró al gitano.

—Mejor será que se saque el casco, — dijo tranquilamente, — porque voy a darle un buen golpe en la nariz.

Se quitó el saco mientras se expresaba de ese modo.

—No necesito sacarme el saco para arreglarle las cuentas, — replicó el otro con maligna sonrisa. — !Y tome algo para empezar!

Al expresarse así dirigió un salvaje golpe a la cabeza de Micky.

Micky se encogió rápidamente para esquivar el golpe y antes de que el gitano pudiera reacionar, recibió en la nariz, un golpe que le hizo saltar las lágrimas.

El golpe lo enloqueció, y lanzando un grito de furor, se precipitó de lleno contra Micky.

Pero el niño boxeador podía hacer uso de los pies igual que de los puños y se movía con tanta rapidez que aturdió por completo a su adversario.

Todos los golpes del gitano se perdían en el aire, mientras que una y otra vez, los golpes de Micky le daban en el rostro a su contrario, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Por fin, exasperado por la táctica del infantil boxeador, el más grande de los dos hizo uso de recursos traidores.

Le dirigió un golpe de izquierda como finta, y al mismo tiempo levantó rápidamente una rodilla.

Micky retrocedió sofocado y el gitano le atropelló para terminar el combate.

Fué entonces cuando recibió la sorpresa mayor de toda su vida.

Porque, aún cuando ahogado a medias por el traicionero golpe, Micky volvió a la carga y durante el próximo minuto castigó al gitano tan severamente que le dejó enteramente aturdido.

Entonces Micky puso fin a la pelea mediante un directo que le dió al gitano en la mandíbula, le levantó del suelo y le arrojó contra el césped.

—¿Ha recibido lo suficiente? — le preguntó Micky, inclinándose a mirarle.

El otro no contestó ni demostró intenciones de ponerse de pie.

Micky Wilde se puso el saco, fué al carro, tomó la bolsa y se la echó al hombro.

—¡Gracias por la pelea! — dijo mirando al gitano que en aquel momento se levantaba del suelo. — ¡Ha sido la única pelea de verdad que he tenido en los últimos tiempos! Me ha servido de agradable entrenamiento, a pesar de que usted no se ha ceñido a las reglas del juego.

Micky Wilde se alejó, cruzando el campo, dirigiéndose hacia las cuevas subterráneas que eran el escondrijo de Roger Fálcon.

¡LAS ALAS DE LA MUERTE!

SOBRE el extenso mar y en dirección del recoso islote, volaba a toda velocidad Roger Fálcon, el joven alado.

Una espesa nube había oscurecido la luz de la luna cuando comenzó su vuelo, pero la nube había pasado poco después y la rutilante reina de la noche había vuelto a reinar nuevamente.

El joven alado se hallaba ya bastante lejos de la costa para no poder distinguirla. No se veía ni un solo buque, abajo, en toda la extensión del mar.

Roger voló en línea recta hacia la roca donde había dejado a Herman Stencarn y al llegar a estar encima de ella, al fin, descendió y después de pasar por el agujero del cráter, pisó tierra en la cueva subterránea.

La caverna estaba iluminada por los rayos de la luna y Herman Stencarn, que estaba acurrucado en un rincón, tratando de olvidar, durmiendo, sus preocupaciones, se levantó.

Roger Fálcon desató una bolsa que tenía atada a la cintura y la puso en el suelo.

Herman Stencarn inclinó afirmativamente la cabeza y después avanzó lentamente. Parecía tan abatido, tan agobiado por el dolor que Roger Fálcon creyó que el hombre se había resignado, por fin, a su triste destino.

—Yo le visitaré de vez en cuando, — prosiguió Roger, — y tan pronto como haya

terminado mi misión, usted quedará en libertad, como se lo he dicho. En el interín le voy a dejar solo, en compañía de su culpable conciencia.

Roger, tomado de sorpresa por esa inespe- elevó por los aires.

En el mismo instante, precisamente cuando el muchacho ascendía hacia el hueco del cráter, Herman Stencarn dió un salto desesperado, y agarró a Roger por las piernas en el momento en que se elevaba.

Roger tom lo de sorpresa por esa inesperada maniobra se había elevado hasta salir del hueco antes de que pudiera detener el movimiento de sus alas.

Maniobró para descender de nuevo, pero antes de que pudiera realizar su propósito, Stencarn se soltó de las piernas de Roger, saltó hacia un lado y fué a caer a corta distancia del borde del cráter.

Instantáneamente Roger Fálcon descendió, pisando tierra a pocas yardas de donde estaba Stencarn, arrodillado.

—¡Es usted un tonto si se imagina que va a poder escapar al castigo con tanta facilidad! — dijo la voz terrible de Justicia Alada. — Le convendría ser más sensato y...

Roger Fálcon no prosiguió porque en ese instante Herman Stencarn tomó un fragmento de roca del suelo y la arrojó al rostro enmascarado del joven con alas.

La suerte estaba del lado del culpable porque la piedra dió en la cabeza del joven alado, lo golpeó en la sien con tal fuerza que le hizo caer desmayado, en el suelo.

Un grito de triunfo brotó de los labios de Herman Stencarn cuando vió el cuerpo insensible de Justicia Alada tendido a sus pies.

Varias veces, con anterioridad, él y sus compañeros habían intentado poner al Misterio Alado fuera de acción pero no habían obtenido éxito favorable en ninguna ocasión.

En realidad, los repetidos fracasos, la inutilidad de todo lo que hacían contra aquel poderoso enemigo, había llegado a convencerles de que se trataba de algo más que humano.

Pero entonces, por fin, Herman Stencarn había demostrado que el Misterio Alado era de carne y hueso, al fin y al cabo.

Se inclinó hacia el caído joven y arrancó la careta que cubría el rostro de Roger Fálcon.

—¡Dios mío! ¡Si es un muchacho! — exclamó Herman Stencarn, mirando el rostro de Roger. — ¡Pero yo no desconozco esta cara! — agregó, repentinamente pensativo. — No recuerdo dónde, pero yo le he visto en alguna parte. ¿Dónde ha sido?...

Se inclinó, observó mejor el pálido rostro del caído y, de pronto, pareció acudir a su memoria el recuerdo.

—¡Sí! ¡Claro está! Es el muchacho condenado a presidio. ¡Es el niño presidiario Roger Fálcon, que se escapó del presidio de Bleakwold de modo tan extraordinario y al que se creía muerto! — exclamó en alta voz. ¡Y pensar que hemos pasado tanto miedo, que hemos estado atemorizados ante semejante enemigo! ¡Un muchacho! — agregó, apretando los dientes.

Dejó de observar el rostro del joven alado y se dedicó a examinar los aparatos que tenía sujetos al pecho.

Durante cinco minutos, Stencarn dedicó a esos su atención y al cabo de ese tiempo había descubierto el secreto de Roger. Había comprendido que las alas eran pura y sencillamente un aparato mecánico que podía atarse a la espalda de cualquier hombre.

—Es una invención maravillosa y no he de extrañar que nos haya engañado y confundido a nosotros, — murmuró Herman Stencarn. — Pero nuestros apuros han terminado ya y el joven alado no volverá a molestarnos nunca más.

Miró en redor y entonces se dió cuenta de que no estaba aun fuera de peligro ni mucho menos.

Se hallaba abandonado en una roca y podían pasar días y días antes de que pasara un buque que le viera y le recogiera.

Pero acababa de pasar idea por su imaginación cuando un nuevo pensamiento acudió a su mente y le hizo lanzar un grito de alegría.

—¡Pero, naturalmente, las alas! — exclamó. — Si han llevado a Roger Fálcon tanto tiempo, bien pueden llevarme a mí hasta la costa y a sitio seguro.

Con apresuramiento febril desató las poderosas alas y se las puso, lo mejor que pudo, atadas a los hombros.

Hecho esto probó las palancas de movimiento y las alas empezaron a abrirse lentamente.

El abultado rostro de Stencarn sonrió. El hombre miró hacia abajo, al muchacho.

Su primer impulso fué tomar al desmayado joven y arrojarlo hacia el mar. Pero lo pensó mejor y decidió que no necesitaba agregar un nuevo crimen a sus negros antecedentes.

Si Roger Fálcon era recapturado y vuelto al presidio ya no constituiría peligro para Stencarn y sus confederados.

—Volaré hasta la costa y diré a las autoridades dónde pueden hallar al joven presidiario evadido, — decidió. — No hay posibilidad de que pueda escapar de aquí y será bueno para mi reputación si puedo demostrar que la extraña criatura conocida por Justicia Alada era nada menos que un criminal evadido.

De pie en lo más alto de la roca, Herman Stencarn miró hacia donde sabía que quedaba la costa de Inglaterra.

La tierra se hallaba tan lejos que no era posible verla, pero Herman Stencarn sentíase convencido de que, guiado por la luz de la luna, podría llegar hasta ella sin tropiezo ni inconveniente.

Una sensación de grandísimo contento le hacía vibrar cuando tocó una de las palancas del aparato y las alas, desplegadas, empezaron a moverse lentamente.

Movió más la palanca y se quedó asombrado al sentirse levantado en el aire.

Miró en redor y a medida que volaba, pensó en cuán enorme tendría que ser el

poderío de un hombre poseedor de semejantes asombrosas alas.

—Voy a reservarme el secreto para mí solo; es demasiado grande la oportunidad, para perderla, — decidió. — Voy a regresar a hacer desaparecer todo rastro del muchacho, y estas alas serán mías y me darán una fuerza y una influencia tales como no pude soñarlas jamás.

Se volvió en el aire y voló de regreso a la roca de donde había salido.

Pero no había recorrido más de la mitad de la distancia cuando, de improviso, le dió de frente una fuerte ráfaga de viento.

La ráfaga le elevó con rapidez, y como las alas seguían batiendo acompasadamente, Stencarn comenzó a subir más y más en la nocturna atmósfera.

Fué entonces cuando, por primera vez, se percató de que no sabía verdaderamente cómo manejar las alas para mantenerse a diferentes alturas durante el vuelo.

En consecuencia, fué eleavdo más y más arriba y comprendió que no sabía qué hacer para detener ese vuelo ascendente.

Entonces, de repente, sin que nada lo hiciera previamente esperar, las alas dejaron de moverse y Herman Stencarn cayó, desde gran altura, como puede caer una piedra.

Hizo desesperados esfuerzos por mover de nuevo la palanca y hacer funcionar las alas, pero el mecanismo no obedeció a su maniobra.

Un segundo después un horrible grito de terror surgió de sus labios. Herman Stencarn descendía velozmente... Iba a estrellarse en las puntiagudas rocas que surgían del mar en torno del islote.

CUANDO VOLVIO LA LUZ

EN una desierta playa hallábase de pie un muchacho que miraba nerviosamente impaciente, hacia el mar grisáceo e intranquilo.

Ese mucho era Micky Wilde, el fiel compañero de Roger Fálcon, y estaba observando con imaciencia creciente, esperando el regreso de su amigo.

Diez y seis horas habían transcurrido desde el momento en que Roger había partido para ir a visitar a su prisionero Herman Stencarn en la isla de roca, situada en alta mar, y desde entonces, Micky Wilde no había vuelto a tener ni la menor noticia del joven alado.

¿Qué era lo que le había detenido?

Micky no podía adivinar la respuesta a esa pregunta, pero tenía un extraño presentimiento: suponía que algo malo tenía que haberle pasado a su querido compañero.

Y así era en realidad, porque Roger había sido abandonado en el islote por Herman Stencarn, el cual hallábase flotando, sin vida, en alguna parte del mar, con las alas mecánicas de Roger sujetas a los hombros por sus correas.

Micky dejó de mirar hacia el mar y se dirigió hacia la entrada de la caverna maravillosa que era el escondrijo secreto del muchacho alado.

Pero antes de que hubiera caminado una docena de pasos le llamó la atención una pareja que se acercaba hacia él, avanzando por la suave y amarillenta arena de la playa.

Una de las figuras que se acercaba era un hombre, mientras la otra, era una jovencita que tenía oculta por una ancha venda, la mitad superior del rostro.

—¡El doctor Philip, Storm y Viola Page! — murmuró el muchacho, encantado y corriendo en seguida, al encuentro de los que se acercaban.

—¡Hola, Viola! ¡Hola, doctor! — gritó Micky vibrante de contento al ver a sus queridos amigos.

Viola tenía los ojos cubiertos por una venda, pero sus labios sonreían, demostrando claramente la felicidad de que rebosaba su corazón.

—¡Oh, Micky! ¡Si pudiera usted llegar a darse cuenta de cuánta es mi felicidad en este momento! — exclamó la joven, estrechando la mano de su amiguito. — Usted se ha mostrado tan excelente amigo mío, y dentro de pocos minutos voy a poder verle por primera vez. ¿No le parece algo maravilloso?

Micky levantó la cabeza y miró al doctor Storm como preguntando.

—Es verdad lo que dice Viola, amigo Micky, — dijo el doctor. — Dentro de unos pocos minutos, Viola podrá ver nuevamente. El precioso tesoro de la vista, que le fuera arrebatado por la maldad de los enemigos de su padre, le ha sido devuelto por el famoso y agradecido oculista español. Ha sido necesario que tuviera los ojos vendados desde que se le hizo la operación, pero ya ha llegado el momento en que la protección de la venda puede abandonarse.

Micky Wilde sintió que el corazón le saltaba de gozo al oir tan agradable noticia.

Un momento después cruzó por su mente una idea extraña, sacó un pañuelo del bolsillo y comenzó a frotarse la cara vigorosamente.

—¡Holya, Micky! ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? — inquirió el doctor Philip Storm.

—Me hubiera gustado haber sabido esa novedad algún tiempo antes! — contestó el joven con extraño acento. — Si la hubiese sabido me hubiera dado un buen lavado extraordinario y me hubiera alisado el pelo. Me hubiera gustado estar lo más bello posible cuando Viola me vea por primera vez.

—¡Querido Micky, — murmuró Viola, tomándole del brazo del muchacho y caminando junto con él, — aún cuando mis ojos no le han visto aún, yo sé exactamente cómo es usted! Sé que es usted valeroso y bueno y que ha sido y será siempre un amigo de veras.

Micky Wilde tosió para disimular su emoción.

—Es mi cara la que me tiene preocupado, — tartamudeó. — Es una cara de buena calidad, fuerte, de duración, ya lo sé, pero la forma tiene algo de raro y de grotesco. Defijo cuando usted va a reirse a carcajadas cuando vea esto que no es cara sino crítica-

tura, querida Viola.

—¡No desacredite de ese modo su fisonomía, Micky! — exclamó, riendo, el doctor Storm. — Es una buena cara, aún cuando usted se ha empeñado en que la llenen de golpes en los rings de boxeo. Pero... ¿dónde está Roger? — terminó el doctor con seriedad.

En seguida, el interrogado muchacho se puso, también, serio. Pero antes de que pudiera hablar, fué Viola la que habló.

—Sí, vamos a ver a Roger. — Cuando me quitne las vendas y la luz vuelva a mis ojos quiero ver, primero de todo, los rostros de mis tres muy queridos amigos. Quiero que mi agradecida mirada se pose en aquellos a quienes debo la reconquista de mi vista. ¿Dónde está Roger, Micky?

—No lo sé, — bulbuceó el muchacho. — Cuando ustedes llegaron estaba mirando por si le veía volver.

A todo esto, los tres habían llegado a la entrada de la cueva y se detuvieron allí. Philip Storm miró fijamente a Micky Wilde.

El doctor pareció sospechar que sucedía algo grave por que notó una expresión de ansiedad en el rostro del muchacho que en vano hubiera querido interpretarse de otro modo.

Durante unos segundos, el doctor vaciló, temeroso, sin atreverse a formular una pregunta directa. Parecía que tuviera miedo de que la respuesta fuera tal que proyectara sombra hacia la reciente y radiante felicidad de la joven Viola.

Pero Viola había sospechado ya que algo desagradable sucedía. Aun cuando no podía ver lo que pasaba entre el médico y el muchacho, podía, sin duda, darse cuenta de la verdad.

—¡Micky! — exclamó de improviso, con voz que temblaba por la ansiedad. — Algo le ha sucedido a Roger y usted procura ocultarme la verdad Usted tiene miedo de hablar porque supone que lo que va a decir puede emocionarme y entristecerme.

Micky Wilde se irguió, como si estuviera indignado.

—¡Oh! ¡Eso no, Viola! ¡No se trata de nada de eso! — contestó. — Me siento un poco molesto, lo confieso, pero no es esta la primera vez que Roger tarda en regresar más de lo que he pensado. ¡Tiene tantas cosas y tan importantes, que hacer! — agregó. — No le es posible siempre, volver, exactamente a la hora que anunció que volvería.

—¿No tiene usted razón ninguna para suponer que le ha pasado algo grave, Micky? — preguntó Philip Storm.

—No, doctor, — contestó el muchacho con toda franqueza. — Salió anoche y no ha regresado, nada más.

—En tal caso, — observó Storm, — es una tontería de nuestra parte que nos alarmemos por lo que pueda haberle pasado. Sin duda ninguna estará aquí dentro de poco y ahora, Viola, — prosiguió, — ¿qué me dice de usted? ¿No siente ansiedad porque yo le quite esa venda y pueda usted ver nuevamente la luz?

Viola Page movió, negativamente su vendada cabeza.

—Me hubiera gustado esperar un poco, a que Roger regresara, — contestó ella.

—En tal caso, — dijo Micky Wilde, volviendo a su anterior jovialidad, — puede usted pasar adelante y permitir que yo le prepare una taza de te. Me he hecho muy hábil en todo lo que se refiere al servicio doméstico, desde que vivo aquí solo con Roger.

Viola Page se rió de muy buena gana al oir las palabras del muchacho.

—Nos será muy agradable entrar, Micky, pero he de ser yo quien prepara el te, — díjole. — No se olvide de que estas cuevas fueron mi domicilio antes de serlo suyo.

—¡Oh! ¡Perfectamente! — asintió Micky en seguida. — No dudo de que usted lo hará mucho mejor que yo, así, que no reñiremos por eso. Mientras usted prepara el te, Viola, yo le enseñaré las instalaciones de la casa al doctor Storm.

—Me gustará mucho verlas, Micky, — dijo el médico. — Le he oído contar a Roger verdaderas maravillas de su escondrijo subterráneo pero hasta ahora no había tenido ocasión de poderlo visitar.

El pequeño grupo penetró en la subterránea caverna.

Micky Wilde conocía el camino bastante bien para poderlo recorrerlo a oscuras, aún cuando fuera corriendo mientras Viola Page que, cuando vivía en aquella mansión subterránea se había movido en constante oscuridad pudo avanzar sin la menor vacilación.

Cuando llegaron a la cueva más grande, Viola se puos a preparar el te, mientras Micky Wilde le mostraba al doctor todo lo que allí había.

El doctor Philip Storm halló muchas cosas que le interesaron, particularmente cuando Micky le hizo recorrer la cueva que estaba transformada en taller.

Cuando el doctor y el muchacho volvieron a donde estaba Viola, el te se hallaba servido y los tres se sentaron a saborearlo.

Tan pronto como terminaron, el doctor Storm sacó el reloj del bolsillo y miró que hora era.

—Viola, hija mía, creo que de nada sirve esperar más tiempo a Roger, — dijo el médico. — Siento ansiedad por verla a usted utilizando sus ojos curados y deseo que vea de nuevo la luz mientras dura el día. Considero, por lo tanto, que no conviene demorar por más tiempo el acto de levantar ese apósito.

Viola se puso de pie, separándose de la mesa en que habían tomado el exquisito te.

—Si usted lo piensa así, yo estoy dispuesta, — dijo ella. — Salgamos de nuevo a la orilla del mar de modo que cuando usted me levante el apósito y mis ojos puedan ver, no haya nada que intercepte mi visual y pueda extender la mirada hacia la inmensidad.

Viola Page temblaba ligeramente mientras acompañaba al doctor y a Micky de regreso a la playa. Cuando llegaron, la joven se detuvo en la playa sintiendo como si hubiera llegado el momento más grave y decisivo de toda su existencia.

Micky Wilde miraba con los ojos fijos en la muchacha, mientras el doctor Philip Storm comenzaba a desenvolver la venda.

El apósito cayó de los ojos de Viola y la muchacha miró primero a Micky y después al doctor, y los ojos, a los que había vuelto la luz de modo tan perfecto como maravilloso, se llenaron de lágrimas.

—¡Qué maravilloso — exclamó Viola Page con voz que los sollozos entrecortaban. — ¡La larga y triste oscuridad ha pasado para siempre, Dios mío! ¡El mundo vuelve a ser, para mí, como era antes!

Dirigió su mirada hacia el mar y, de pronto, la expresión de inefable felicidad desapareció de su rostro en el momento en que sus ojos se fijaron en algo que estaba extendido en una roca chata, a un centenar de yardas de la orilla.

—¡Oh, Dios mío! ¡Miren ustedes! — exmó la joven demostrando grandísima agitación.

Sus ojos, que acababan de recobrar la facultad de ver, tenían fija la mirada en una silueta humana, alada que estaba tendida, sin vida, sobre aquella roca.

¡DESAPARECIDO!

MICKY WILDE dirigió la vista hacia la figura que se veía en la roca, y sin pronunciar una palabra, corrió hacia el mar; se arrojó al agua y comenzó a luchar contra las olas, que, una tras otra, acudían a morir en la arena de la playa.

El doctor Storm no pudo seguirle, pues no sabía nadar y por lo tanto, resultaba enteramente inútil en aquella emergencia.

Pero Micky no parecía hallarse en dificultades, porque se abría paso entre las revueltas olas demostrando que era un habilísimo y valeroso nadador.

Con frecuencia dejaban de verle los que miraban desde la playa porque el nadador se hundía en los valles que quedaban entre las montañas de agua. Pero en seguida reaparecía en la cresta de una ola y tanto el doctor Storm como Viola Page podían ver que seguía avanzando con bastante rapidez.

El hecho de que estuviera bajando la marea le ayudaba en la tarea que con tan heroico valor había emprendido el valiente joven.

El hombre y la muchacha que miraban desde la playa vieron cómo Micky llegaba a la roca, subía por un costado a la parte alta de la misma y se quedaba un momento de pie, inmóvil, como recobrando la respiración después de un gran esfuerzo.

Le vieron, luego, acercarse al hombre alado, pero no pudieron distinguir la expresión de su rostro cuando mrió a aquel inaminado cuerpo.

Algo com un sollozo levantó el pecho de Micky Wilde cuando vió que el cuerpo no era el de su amado compañero.

No era Roger Fálcon el que se hallaba allí, sin vida; era Herman Stencarn, el hombre a quien Roger Fálcon había llevado al islote solitario.

Micky pudo darse cuenta de que Stencarn había muerto hacía varias horas y dedujo de esto que Stencarn había estado en el mar durante largo tiempo, y que el cuerpo sin vida, sostenido a flote por las olas, había sido arrastrado hasta aquel sitio por la fuerza de la marea.

Al suponer esto, el muchacho estaba enteramente en lo cierto.

Arrodillándose junto al cuerpo, Micky desprendió cuidadosamente las correas que sujetaban las alas, y después, con el mayor cuidado también dobló las alas y las ató con las mismas correas.

Se disponía a poner las alas en la roca, a fin de examinar el cadáver de Stencarn yestudiar el modo de llevarlo a tierra, cuando una alta ola se estrelló contra la roca.

Micky, que no había soltado las atadas alas, cayó de rodillas y fué arrojado al agua.

Algo semejante debió suceder con el cuerpo de Stencar porque cuando el muchacho volvió a aparecer en la superficie del agua, no se veía el cadáver por ninguna parte.

Micky no hizo, por su parte, ninguna tentativa en el sentido de buscarle pues lo único que podía hacer era procurar que no le faltara ni fuerza ni habilidad para regresar a la orilla con las alas.

De todos modos ya no había posibilidad de prestar ayuda de ninguna clase a Herman Stencarn y el cuerpo acabaría por ser arrastrado hacia la playa por la acción de las olas, tan fuertes en aquella parte de la costa.

La tarea de regresar a la playa fué tal que puso a prueba la resistencia de Micky y hasta el extremo, pues aparte de que tenía que andar en contra de la marea, se hallaba entorpecido por el importante peso de las alas que llevaba.

Pero después de una desesperada lucha llegó tambaleándose, a la playa, y cayó en los brazos de Philip Storm, que acudió a sostenerle.

—¡No era Roger! — exclamó, jadeante, luchando por recobrar el aliento. — Era el hombre a quien él había llevado al aislado islote.

Y, habiendo hecho esa manifestación, Micky, agotadas las fuerzas, se desmayó.

El doctor le tomó en brazos y lo llevó a la cueva interior, seguido de Viola, que llevaba las alas tal como las había plegado Micky.

No habían pasado muchos minutos y el joven valeroso había recobrado ya los sentidos. Tan pronto como le fué posible escapar, trató de enterar a los otros lo mejor posible, de la situación.

—Algo muy serio debe haberle sucedido a Roger, — dijo, — porque no se hubiera desprendido nunca de las alas si hubiese tenido aun cuando fuera la menor partícula de fuerza para resistirse. Supongo que Stencarn puso a Roger fuera de combate, entonces le quitó las alas, se las puso e intentó volar con ellas hasta la costa.

Viola Page estaba intensamente pálida

mientras escuchaba lo que Micky Wilde decía. El doctor, también, se había puesto muy serio.

—La situación me parece grave, Micky, — dijo. — No me gusta abandonar las esperanzas por completo, pero no es muy verosímil que un hombre como Herman Stencarn dejara a Roger con vida.

—¡Yo no creo que ha muerto! — dijo Viola, repentinamente. — No sé por qué, pero el corazón me dice que está vivo y necesita que alguien le socorra... que está lejos, en medio del mar... Es necesario encontrar el modo de llegar hasta él.

—Pero... ¿cómo? — preguntó Philip Storm. — Según lo ha dicho Micky, el islote está a muchas millas de distancia.

—¡Ahí está el medio con el cual se puede llegar hasta donde está Roger! — observó Micky Wilde, indicando las alas que, plegadas, estaban en el suelo. — Si no han sufrido mucho daño, yo podría ir, volando, hasta el islote. No conozco mucho el manejo de las alas pero si un tipo como Stencarn pudo utilizarlas con más razón podré utilizarlas yo, me parece.

—Stencarn se mató, seguramente porque no comprendió el manejo de las alas, — le recordó Viola Page. — Escuche usted, Micky, — agregó, expresándose con suma seriedad.—Yo he vivido aquí con mi padre, durante todo el tiempo que tardó en construir esas alas, y sé todo cuanto es posible saber a su respecto. Soy capaz de usarlas sin correr ni el menor peligro, así que soy yo quien está en mejores condiciones para ir en busca de Roger, si Roger está vivo como lo creo.

—¡Eso es enteramente imposible! — exclamó el doctor Philip Storn. — Usted ha estado enferma, muy enferma, Viola, y yo no le puedo permitir que haga semejante cosa. Es un punto respecto al cual no admito, de su parte ni la más mínima observación.

—Si Viola me diera algunas lecciones, es fácil que yo pudiera manejar las alas con probabilidades de éxito enteramente feliz, — observó entonces Micky.

Se decidió proceder así, y las alas fueron llevadas a la cueva en que el viejo Solomón Page tenía instalado su taller. La extendieron en unas mesas y Viola las examinó cuidadosamente.

El ingenioso aparato había sufrido algún deterioro, pero al cabo de una hora todo estaba arreglado y Viola pudo explicarle a Micky cómo funcionaban las alas mecánicas.

Micky escuchó con grandísimma atención, pero pronto notaron tanto el médico como Viola, que el muchacho sufría, a consecuencia del chapuzón, y no se hallaba en condiciones de salud como para emprender el vuelo.

—Debe usted esperar un poco, Micky, — dijo el médico. — Las horas de la noche son las mejores para salir haciendo uso de ese aparato, y hasta que anochezca, debe usted descansar. Después de todo, si Roger está todavía en la roca, una hora más o menos poco importa. En cambio tendrá usted mayores probabilidades de realizar la hazaña sin el menor tropiezo.

En el primer momento, Micky protestó contra semejante demora, pero al fin se tuvo que convencer de la sensatez de las manifestaciones del médico.

El doctor y Viola salieron de la cueva y en cuanto partieron, Micky se quitó la ropa mojada, se envolvió en frazadas y se costó para gozar del reconfortable sueño que había de prepararle para su gran aventura.

Se despertó algunas horas después, se vistió con la ropa que ya estaba seca, — pues la había colocado al calor de uno de los caloríferos eléctricos, — y se dirigió a la cueva donde habían quedado las alas. Pero cuando llegó a aquella cueva, se dió cuenta de algo que le sobresaltó

¡Las alas mecánicas inventadas por Solomón Page habían desaparecido!

DE ENTRE LA TEMPESTAD

SOBRE la solitaria roca, en medio del mar y a gran distancia de la costa, se hallaba de pie Roger Fálcon, procurando penetrar con la mirada la oscuridad que le envolvía. En redor de él aullaba el vendaval y más allá, las furiosas olas, azuzadas por el viento, azotaban los costados de la roca.

Roger se sentía desesperado y solo veinticuatro horas habían transcurrido desde el momento en que Herman Stencarn le había dejado desmayado. Durante ese tiempo, Roger había esperado que si alguien acudía en su busca serían las autoridades, que le buscarían para llevarle a un presidio, nuevamente.

No se hallaba en peligro de morirse de hambre porque en la cueva abajo de donde él estaba, se encontraban las provisiones que había llevado para Stencarn. Esas provisiones eran más que suficientes para que viviera una persona ocho o diez días, lo menos.

A la cueva sólo podría entrarse por el hueco del cráter, situado en lo más alto del islote.

Para descender a la caverna, Roger había utilizado la delgada y larga soga de resistente seda que llevaba siempre envuelta a la cintura, para utilizarla en caso de emergencia.

Pero en aquel instante Roger se hallaba de pie, solitario, abandonado en medio de la tempestad, y pensaba en la misión de justicia que había jurado realizar y se había interrumpido de modo tan triste y, al parecer, definitivo.

Mientras se hallaba allí, de pie, en lo alto del islote, mirando hacia la oscuridad, las nubes que encapotaban por completo el cielo se rasgaron repentinamente y dejaron ver el brillante disco de la luna llena que iluminó con claridad casi diurna, todo el mar.

Mirando hacia abajo, Roger vió que las poderosas olas se precipitaban furiosas contra la roca del islote.

Jamás había visto Roger un mar tan agitado. Su pensamiento fué hasta aquellos que, trabajadores del mar estarían en semejante momento, luchando con las desencadenadas furias del océano para ganarse el cuotidiano sustento.

Acababa de cruzar ese pensamiento por su atribulada imaginación, cuando, volviendo la cabeza, Roger Fálcon vió algo que le hizo lanzar un grito de terror.

A un cuarto de milla de distancia del islote se hallaba una barca pescadora, de las más grandes, que había sido arrojada contra una aglomeración de pequeños escollos y en aquel momento se destrozaba, golpeando contra las peñas.

Grandes olas coronadas de espuma pasaban por encima de la embarcación. Agarrados al aparejo, Roger vió a cinco hombres.

Desesperados, a merced de la tormenta, aquellos hombres se habían encaramado al aparejo a fin de evitar que los barrieran los grandes golpes del mar. Pero con toda seguridad no podrían mantenerse largo tiempo en aquella situación.

En cualquier momento la lancha, enteramente desencuadernada, deshecha, sería arrastrada por el oleaje y cuando esto sucediera, los cinco tripulantes, — si no había más abordo, — perecerían sin remedio.

Sin poder auxiliar.es de ningún modo, desamparado él también, Roger Fálcon miró hacia el buque náufrago.

—¡Dios mío! ¡Si yo tuviera ahora mis alas mecánicas! — murmuró desesperado y angustiado. — ¡Con ayuda de las alas podría salvar cinco vidas, esta noche!

Este pensamiento le angustió aun más de cuanto le había angustiado su propia situación. Con el maravilloso invento del genial Solomón Page le hubiera sido posible salvar a los marineros; pero la invención notable se había perdido ya paar el mundo sin haber podido realizar esa obra de humanidad.

Pasó una nube que ocultó la luna y ocultó su luz, d emodo que se borró la trágica escena, envuelta en un velo de oscuridad.

Roger Fálcon pensó que cuando volviera a alumbarr la luna, tal vez no viera ni el menor rastro de los cinco náufragos a los que acababa de ver.

Siguieron cinco minutos de angustiosa espera y después, una vez más la luna envió a la extensión del mar sus luminosos rayos.

La barca pescadora seguía encallada en las rocas y los hombres colgaban todavía de las sogas, esperando su inevitable fin.

Y en ese mismo momento se presentó ante los ojos de Roger Fálcon una visión que le hizo saltar el corazón en el pecho.

Hacia él, entre las ráfagas de la tormenta, se aproximaba una figura humana dotada de amplias alas negras.

Roger, agitó los brazos desesperado y la figura alada se apresuró, volando hacia la roca en que Fálcon estaba de pie.

Primero voló sobre él a gran altura y después, con una zambullida en línea curva, admirablemente calculada, descendió.

Mientras las extensas alas mecánicas se agitaban lentamente y la figura se acercaba a posarse en la roca, Roger Fálcon lanzó un grito. Después volvió a mirar como si no se atreviera a creer lo que sus ojos estaban viendo.

¡Porque ante él se econtraba el bellísimo rostro y los ojos, con vista, de Viola Page, que había llegado en su socorro igual que un ángel que hubiera surgido de la tempestad!

UNA OBRA DE MISERICORDIA

MUDO de asombro Roger Fálcon miró fijamente a la hermosa joven que se había presentado ante él, de modo tan inesperado, en el desierto islote en medio del ancho mar.

Sostenida por las maravilosas alas que en aquel momento tenía sujetas por las correas a sus delicadas espaldas, Viola Page había llegado hasta Roger Fálcon como un ángel que hubiese brotado de las nubes de la pavorosa tormenta.

No era de extrañar que el muchacho se sintiera impresionado, porque aquel vuelo a través de la oscuridad, en noche de tempestad furiosa, tenía que haber sido peligrosísimo para el débil cuerpo de Viola Page.

—¡Dios todopoderoso! ¡Viola! — exclamó Roger Fálcon, mirando a la joven con los ojos muy abiertos. — ¿Estoy soñando?

—No, Roger, — contestó Viola en seguida. — He venido volando desde tierra porque suponía que usted necesitaba socorro.

—¡Pero usted... usted ha recobrado la vista! — agregó Roger Fálcon, acercándose apra ver mejor los ojos de Viola. — ¡Dios mío, gracias por que has permitido que se se realizara ese cambio!

—Tengo mucho que preguntarle... mucho de qué hablarle, Viola, — dijo, — pero todo eso, por interesante que sea, puede esperar. Hay algo más urgente. Viola deme usted las alas, ahora mismo.

—¿Que quiere las alas? ¡Pero si no hay urgencia ninguna, Roger! — replicó la muchacha. — Nos quedan todavía varias horas de oscuridad. Y sería mejor que esperara usted a que el viento calmara, para llevarme a tierra!

Pero Roger Fálcon no había esperado a que Viola hiciera lo que él le había indicado porque, acercándose a la muchacha, había empezado a desprender las correas que sujetaban las enormes alas mecánicas, que parecían las de un gigantesco murciélago y desprendiéndolas del esbelto cuerpo de la jovencita, — 1 que no le fué muy difícil pues conocía muy bien su mecanismo. — Roger procedió a ponérselas él mismo con una pricipitación tal que hizo que la joven le mirara asombrada al notar la prisa de que daba pruebas.

—¿Pero qué es lo que pasa, Roger — le preguntó Viola después de unos instantes de muda impaciencia. ¿Está alguien con nos-

otros aquí, en esta aislada y solitaria roca, perdida en medio del mar?

En contestación el alado muchacho indicó, con el brazo extendido, el proceloso mar, el sitio donde la lancha náufraga había sido arrojada contra las rocas a un cuarto de milla del lugar donde Viola y Roger se hallaban en aquel momento.

—Allí hay cinco hombres que están colgados de los aparejos de su embarcación embarrancada, Viola, — dijo Roger rápidamente, mientras se colocaba el negro antifaz que le cubría casi todo el rostro. — Solamente estas alas pueden salvarles la vida a esos infelices náufragos.

—¡Oh! — exclamó Viola con temblorosa voz y poniéndose intensamente pálida. — ¡Yo no sabía que pasaba eso! — agregó, emocionada ante la situación de los pobres marineros.

Roger Fálcon terminó de ajustarse debidamente las alas y después, dirigiéndose a Viola una mirada tranquilizadora y una palabra de aliento, hizo que sus amplias alas mecánicas se extendieran y comenzaran a agitarse.

Un instante despues se elevaba por el aire y después volaba, haciendo frente al furioso vendaval, dirigiéndose al sitio donde se se hallaba encallada la embarcación.

Los cinco hombres vieron que aquella figura alada se aproximaba a ellos y miraron a Roger con supersticioso temor, suponiendo que se trataba de algún inaudito monstruo que se acercaba a donde estaban con el propósito de hacer que se precipitara su ineludible fin.

Y cuando vieron el rostro humano cubierto con el antifaz, su terror se acrecentó en seguida y creyeron que su peligro se había aumentado miles y miles de veces. Parecíales que la voz de la muerte sonaba ya en sus oídos.

Dándose perfecta cuenta de lo que pasaba, Roger Fálcon disminuyó la rapidez de su vuelo, y cuando estuvo a una docena de yardas de los desamparados marineros, les dirigió la palabra con todo el poder de sus pulmones.

—¡No tienenn ustedes ada que temer! — gritóles, procurando hacerse oir a pesar del silbar del viento y del rugir de las agitadas olas. — ¡He venido para tratar de salvarles! Uno por vez, les voy a llevar hasta el islote que está a un cuarto de milla de estos arrecifes.

Se acercó al aparejo del buque náurago y tomó al hombre que estaba más cerca.

—Cuélguese de mi cuello, — ordenó, — nada tendrá que temer si me obedece en todo cuanto le ordene.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, el hombre obedeció, y un momento después el joven alado volaba de regreso al islote, con su humana carga.

El marinero hizo le trayecto casi desmayado, y antes de que se percatara de lo que le había sucedido, Roger, lo había depositado en la roca y volvía, volando, hacia el buque.

Un segundo hombre fué puesto en seguridad del mismo modo; después un tercero luego un cuarto, hasta que no quedó más que uno en los aparejos de la naufragada embarcación.

Roger Fálcon partió de nuevo, pero no había recorrido más que la mitad del camino, cuando un poderoso golpe de mar levantó al casco náufrago del sitio donde estaba y le hizo volver a las revueltas aguas del mar.

Un instante después no se veía más que una parte del casco, pero al quinto marinero no se le veía por ninguna parte.

En algún sitio de aquel horrendo mar debía hallarse, luchando desesperada pero inútilmente por salvarse con vida.

Roger Fálcon descendió hacia el mar hasta que estuvo volando a poca distancia de las blancas crestasde las altas olas.

Mientras volaba de un lado a otro, miraba con toda atención, buscando, en el agua, alguna señal de la presencia del desdichado náufrago.

Empapado por el agua que salpicaban las olas descendía y subía como una poderosa ave de rapiña que anduviera en busca de su presa.

Por fin consiguió distinguir un pálido rostro en una hondonada del mar. Con suma rapidez descendió y en el momento en que agarraba al hombre que se ahogaba, las olas, altas y grandes como montañas, le envolvieron.

Pero, asido con fuerza a su carga, subió a la superficie del agua en un profundo valle que quedaba entre las olas y comenzó a agitar las alas con toda su mayor potencia.

Con el marienro en brazos, se elevó, apartándose del mar, y en seguida voló hacia el rocalloso islote.

Cuandopisó la roca de la pequeña isla, Viola y los cuatros marineros acudieron a su encuentro.

Uno de los hombres, un tipo alto, de barba miró con atención el rostro enmascarado de Roger.

—¿Quién es usted? — le preguntó.

Roger se encogió rápidamente.

—¿Por qué quiere usted saberlo? — preguntóle Roger.

—¡Por qué es lógico que queramos saber el nombre del que nos ha devuelto la vida! — contestó el náufrago. — Sea usted hombre o espíritu, nosotros le estamos agradecidos porque cinco hogares hubieran tenido que llorar la pérdida del que gana en ellos el pan de cada día, a no haber intervenido usted tan a tiempo.

—Me complace mucho haber podido ayudarles, — contestó Roger con sencilez. — Espero que mañana podrán ustedes hallarse en sus casas. Mientras tanto me va ser necesario dejarles a ustedes aquí.

—Cuando sea de día, tal vez podamos atraer la tención de algún buque que pase, — observó el marinero.

—Me parece que tendrán que esperar ustedes bastante tiempo el paso de un buque, — replicó Roger Fálcon sonriendo. — Pero no hace falta depender de esa casualidad. Yo partiré en seguida para la costa y encon-

traré el modo de hacer saber lo que a ustedes les pasa, para que los guardacostas vengan en su auxilio.

Indicó entonces el agujero del cráter que quedaba en la parte central y más alta del islote.

Por medio de una soga que está atada ahí podrán ustedes descender a una cueva que está debajo, — agregó. — En esa caverna encontrarán ustedes provisiones en abundancia, de modo que su permanencia aquí no les resultará tan molesta.

Los marineros le miraron con grandísimo asombro.

—¡Pero esto parece, realmente, un sueño! — tartamudeó el de la barba.

—Prefiero que supongan ustedes que es solamente un sueño, — dijo Roger Fálcon. — Me sería agradable que ustedes olvidaran de que me han visto.

El de la barba movió la cabeza, pensativo mirando a Roger Fálcon.

—¡No lo olvidaremos nunca, mientras sigan latiendo nuestros corazones! — replicó. Pero creo comprender lo que usted quiere decir... y nosotros le damos palabra de honor de marineros, que no hablaremos de usted a nadie, absolutamente.

—¡Muchas gracias! — dijo Roger. Después se volvió hacia Viola. — Eso es todo cuanto deseo, agregó.

Dos minutos después, el joven alado, llevando a Viola en sus brazos, volaba rápidamente hacia tierra.

LOS DEL CASTILLO DE GAUNT

NO olvidó Roger Fálcon la promesa hecha a los marineros náufragos. Después de dejar a Viola en su casa consiguió enviar un mensaje a la estación de guarcostas sin enterarles de quién procedía el mensaje.

Después, durante dos días enteros, permaneció descansando, en su subterráneo domicilio.

Al anochecer del tercer día decidió salir y se dirigió hacia el exterior por el túnel de roca por el cual salía de la cueva, cuando casi tropezó con Micky Wilde, que corría en dirección contraria.

—¡Hola, Micky! ¿A qué viene tanta agitación? — preguntó Roger, sonriendo. — ¿Le persigue la policía o corre tan sólo para ejercitarse?

Durante algunos segundos Micky no pudo hablar, tan jadeante se sentía.

—¡Roger! — dijo por último, con entretortado acento. — ¿Conoce usted a Ginger Burns?

—¿El boxeador de Londres? Sí, he oído hablar de él.

—¡Pues bien, voy a pelear con él! — anunció Micky Wilde con orgullo. — Me encontraba hoy en Westhampton cuando me encontré con el manager del hall que hay allí. Recordó la última pelea que tuve en el hall y me pidió que fuera el jueves por la noche a encontrarme en el ring con Ginger Burns.

—¡Magnífico, Micky! — exclamó Roger entusiasmado. — No dejaré de ir a presenciar el match.

—Ginger Burns tiene gran fama, — observó Micky, — pero yo le voy a sentar la mano. ¡Ah! Tengo alguna noticia para usted, Roger, — agregó el joven de repente.

—¿Otro match? — preguntó Roger.

—No. Se trata de esos hombres a quienes usted se propone castigar por haber arruinado al padre de Viola, — contestó Micky. — ¿Recuerda usted al que dice que se llama Simón Steer?

—¡Sí! — contestó Roger rápidamente. — Es uno de los cinco que quedan de los primitivos "Siniestros Siete" ¿Qué pasa?

—Le ví ayer en el momento en que ocupaba un automóvil que había alquilado en Westhampton, — explicó Micky. — Y le ví decir al chauffeur que le llevara al castillo de Gaunt.

Roger Fálcon silbó.

—¡Eso es muy interesante, Micky! — dijo el joven alado. — Casi había decidido hacer una visita al castillo de Gaunt esta noche y ahora me decido a hacerla. Si Steer se dirige con urgencia al castillo, es muy posible que los cinco se hayan dado cita allí. ¿Cuánto hace que vió usted a Steer?

—Le ví en el momento en que yo salía de Westhampton, así que puede usted calcular el tiempo que ha pasado.

—Eso significa que Simón Steer llegará al castillo de Gaunt antes de yo pueda estar allí, — observó Roger. — Con seguridad se halla en preparación de algún infame complot. Es necesario que yo me entere de de los detalles del mismo. si es posible, ¡Adiós Micky!

—¡Adió, Roger! — contestó Micky Wilde. — ¡No se olvide del match del jueves!

—¡No faltaré! — dijo riendo, Roger.

Y dicho esto se alejó con rápido paso, por el túnel.

La noche era clara y serena. No había salido todavía la luna, pero el cielo estaba tan despejado que las estrellas brillaban de modo que su resplandor iluminaba suavemente la tierra y hacía relucir la superficie del mar tranquilo.

Roger Fálcon desplegó sus mecánicas alas y elevándose muy arriba de la superficie del mar, se alejó en dirección al castillo de Gaunt.

El vuelo, en aquel límpido aire nocturno, era a la vez agradable y reconfortante. La ausencia del viento permitía a Roger Fálcon volar con suma rapidez, de modo que al cabo de media hora, el joven alado distinguió a lo lejos la tétrica silueta del castillo de Gaun destacándose en el cielo estrellado.

Al acercarse al parque del castillo, Roger voló cerca de las copas de los árboles, y por último se sentó en la rama de un corpulento roble que quedaba a cincuenta yardas del frente del castillo.

Pocas eran la luces que se veían en el viejo edificio. Frente a la entrada principal

hallábase parado un automóvil de carrera, pintado de rojo.

De pronto, las cortinas interiores de una alta y ancha puerta se descorrieron y alguien abrió la puerta.

Por ella aparecieron cinco hombres. Cuatro de ellos estaban descubiertos y vestían de frac, pero el quinto tenía puesto un grueso sobretodo de pieles.

Cuando los hombres llegaron a donde los iluminaron las luces del automóvil, Roger Fálcon pudo reconocerles.

Los que vestían de frac eran Cedric Shafton, el propietario del castillo de Gaunt, sir Willoughby Vulcan, Simón Steer e Isidore Morne. El quinto, el que estaba vestido para partir era Vicent Lamotte.

Los hombres aquellos hablaban en voz baja, y en cuanto el motor del automóvil estuvo en marcha, Vicent Lamotte ocupó su asiento tras del volante.

Cruzaron algunas palabra más y el automóvil partió. El primer impulso de Roger Fálcon fué desplegarse por encima de los árboles e ir en persecución de Lamotte, a fin de enterarse del secreto de su viaje; pero, pensándolo mejor, decidió permanecer donde estaba el mayor número de sus enemigos.

Los cuatro hombres vieron cómo se alejaba el automóvil de después volvieron a la casa. Shafton cerró la puerta y vidriera y corrió las cortinas dejando, en su precipitación, un hueco abierto en medio.

Roger Fálcon descendió de la rama del roble y se acercó cautelosamente hacia el rayo de luz que surgía de entre las dos cortinas.

Llegó hasta la puerta vidriera y miró hacia lo que era un lujoso y confortable salón de fumar.

Los cuatro hombres cuyo destino estaba tan íntimamente ligado al suyo, estaban sentados en torno de una mesita de juego. Se comprendía que la partida acababa de comenzar.

El joven alado sacó del bolsillo un aparatito en forma de trompeta, hecho de vulcanita. El extremo aenho lo aplicó al vidro de la puerta y el otro lo acercó a su oído.

El delicado instrumento, que era una de las maravillosas invenciones de Salomón Page, le permitió oir todo cuanto conversaban en el salón de fumar en aquellos momentos.

—Es de esperar que Lamotte complete su viaje sin tropiezo, — decía Isidore Morne.

—No creo que tengamos razón para suponer que pueda suceder otra cosa, — replicó Vulcan. — Son las siete y media y Lamotte estará en Londres con sobrado tiempo para tomar, a las diez, el rápido aéreo para París. Se hallará en París poco después de las doce de la noche.

—No pensaba en eso, — observó Morne. — Pero sería muy serio si los papeles que lleva Lamotte cayeron en manos ajenas. Realmente pienso que tal vez alguiense haya enterado de algo.

Roger Fálcon, del otro lado de la puerta de vidrios, oía todo cuanto hablaran aquellos hombres.

—Creo que tiene usted razón, — observó Simón Steer. — Por ejemplo, supongamos que Justicia Alada haya sabido algo sobre el viaje de Lamotte y consiga arrebatarle esos papeles...

—¡Eso es imposible! ¡El misterioso volador no puede saber nada sobre este asunto! — replicó Willoughby Vulcan. — Además a Justicia Alada no se le ha visto desde que se levó a Herman Stencarn de la sala del tribunal de Westhampton.

Roger Fálcon miró su reloj de pulsera. Había pensado antes en seguir a Lamotte, pero sabía que podía alcanzarle fácilmente, así que no tenía prisa.

Deseaba enterarse de todo lo más posible de lo que hablaban los que estaban en el salón de fumar del castillo de Gaunt, antes de partir en persecución de Vicent Lamotte.

Por eso, con el maravilloso instrumento puesto junto al vidrio de la puerta, escuchaba con toda atención hasta la más insignificante palabra que cruzaban los hombres que se hallaban en el salón.

—Mi opinión es que ya no tenemos ni mucho ni poco que temer de nuestro viejo enemigo, — declaró sir Willoughby Vulcan. — Toda la policía del país está en su busca.

—Hace pocos días cuando ví a Herman Stencarn arrebatado de aquel modo ante mis mismos ojos, me convencí de que el poderío de Justicia Alada no ha disminuído ni lo más mínimo, — manifestó Simón Steer. — Creo que tenemos que ser tan cautelosos como siempre y por eso me parece que ha sido un error confiar a un hombre un documento como el que lleva Vicente Lamotte.

Hizo una breve pausa y después se inclinó hacia la mesa.

—Escuche Vulcan... — dijo, — ese documento contiene...

—¡Silencio! — orednó sir Willoughby ulcan tapándole al otro la boca. — No hay peor peligro que una lengua imprudente. Sigamos con nuestro juego.

Hizo una indicación a Cedric Shafton que comenzó a dar las cartas.

—¡Es verdad! — afirmó sir Willoughby Vulcan, con desagradable sonrisa. — Pero es el caso que yo he oído decir que las personas que tiene las manos manchadas de sangre siempre ganan a las cartas.

Cedric Shafton arrojó sobre la mesa el mazo de cartas. Le brillaban siniestramente los ojos, estaba lívido.

—¿Cómo se atreve usted a hablar de ese modo, canalla? — gritó Cedric Shafton.

—¡Bueno! ¡No hay razón para ofenderse! — replicó Vulcan. — Todos nosotros somos unos pillastres y estamos asociados. No nos conviene pelearnos porque desbarataríamos nuestros negocios. Yo, por mi parte...

Calló de improviso por que fuera, en el silencio que reinaba en el parque del castillo, se había oído un horrible y estremecedor aullido, como el grito de algún maléfico espíritu.

—¡Cielos! ¿Qué ha sido eso? — exclamó tembloroso, sir Willoughby Vulcan.

Cedric Shafton se rió socarronamente.

—¡No se alarme usted! — díjole. — Es mi nuevo perro, que anda suelto por el par-

que a estas horas de la noche. Es un mestizo de perro y lobo y desde que lo tengo no se ha acercado ni un cazador furtivo a mis reservas de caza. ¡Ja! ¡Ja!

Los cuatro compinches volvieron a sentarse en torno de la mesita de juego y Roger Fálcon se guardó en el bolsillo el maravilloso instrumento que le había permitido oír toda la conversación.

Se volvió para retirarse, de pronto se detuvo porque mirándole en la oscuridad había visto a un par de ojos relucientes.

Un grave gruñido fué emitido por el animal que se encongió delante del joven alado y después un cuerpo delgado, de pelo gris, con las fauces abiertas, se lanzó hacia él.

Roger Fálcon retrocedió para evitar el feroz ataque del perro-lobo y entre el ruido que hicieron al romperse varios vidrios, pasó a la habitación que quedaba a su espalda.

UN MOMENTO DIFICIL

ROGER FALCON, el joven alado, retrocedió para evitar el ataque feroz del perro-lobo que guardaba el parque del castillo de Gaunt.

Pero Roger no se dió cuenta del hecho de que se hallaba de pie delante de la puerta vidriera del salón de fumar del castillo, y en consecuencia, rompió los vidrios y cayó hacia atrás, en la habitación.

En consecuencia, durante una fracción de segundo, Roger se vió en una situación muy difícil, porque le amenazaba la muerte por delante y por la espalda.

El perro-lobo, con las fauces abiertas y gruñendo feroz, se dirigía hacia su cuello, buscando el modo de darle una dentellada mortal, mientras a su espalda estaban los cuatro hombres que hubieran dado cuanto les hubieran pedido por librarse de la amenaza que representaba para ellos la existencia del joven alado.

Los cuatro hombres eran Cedric Shafton, Willoughby Vulcan, Simon Steer e Isidore Morne, y saltaron de sus sillas en el momento en que el joven alado y el perro penetraron por el hueco de la puerta.

Roger Fálcon había conseguido conservar el equilibrio, y cuando el perro-lobo se abalanzó el joven alado avanzó los brazos. Un instante después, sus fuertes manos estrechaban el cuello del animal con toda la fuerza de un torniquete.

Sin soltar al perro-lobo, que se sacudía procurando soltarse, Roger Fálcon retrocedió hacia uno de los rincones del salón de fumar.

Instantáneamente, los cuatro hombres avanzaron. Les había sobresaltado la repentina aparición de su alado enemigo, pero al verle peleando fieramente contra el perro-lobo, consideraron que, por último, habían pescado a Roger en situación muy desventajosa para él.

A una señal de Shafton, avanzaron hacia el rincón donde se hallaba Roger en aquel momento, estrujando aún entre sus manos, el cuello del perro-lobo.

Roger Fálcon se dió cuenta al momento de que las circunstancias estaban en contra suya, así que, para distraerles un momento de sí mismo, hizo un esfuerzo rápido y arrojó al perro hacia los cuatro hombres que se acercaban.

El perro-lobo lanzó un aullido como para hacer helar la sangre en las venas, y tanto Vulcan y Steer como Isidore Morne, retrocedieron hacia la puerta, temerosos de que el perro-lobo volviera hacia ellos su furia salvaje.

Cedric Shafton, el dueño del perro, no tenía miedo, e inclinándose, tomó al animal del collar.

—¡El perro no les va a hacer nada! — gritó Shafton a sus compañeros, que se hallaban de pie junto a la pierta. — ¡Apodérense de esa pesadilla con alas, o, mejor aún, mátenlo de un tiro!

Roger Fálcon permanecía de pie, inmóvil com una estátua. El camino de la puerta estaba obstruído y el joven alado no tenía ningún arma en su poder, así que su situación era seria en extremo.

Pero era necesario que su actitud fuera lo más tranquila posible, porque así podría engañar a sus enemigos, haciéndoles creer que tenía a su alcance e modo de dominar la situación cuando le diera la gana.

—¡No se queden ahí, sin hacer nada! — gritó Cedric Shafton a sus compañeros. — ¿No tiene revólver ninguno de ustedes?

Evidentemente, ninguno de ellos debía tener armas. Roger Fálcon se felicitó de que así fuera. Llevaba puesto, debajo de su traje de punto de seda negra, un traje de malla de acero que las balas no podían atravesar, pero ni el cuello ni el rostro estaban igualmente protegidos, por cierto.

—¡Es una desgracia que no tengamos revólver ninguno de nosotros! — declaró Vulcan, después de mirar hacia la puerta. — ¡Pero por suerte veo que dos de los guardabosques vienen hacia, acá y los dos están armados!

—¡Dejaré entonces que el perro ataque de nuevo al Terror Alado antes de que lleguen mis guardabosques! — exclamó Cedric Shafton. — ¡Preferiría verle muerto y no prisionero! ¡Atácale! Vamos! ¡A él! — agregó, dirigiéndose al perro-lobo.

Soltó el collar y la bestia, con los ojos relucientes y las fauces llenas de espuma, se lanzó, de un salto, hacia Roger Fálcon.

Pero el joven alado estaba preparado para el ataque. Con toda precaución había cambiado de postura, y se encontraba cerca de una silla.

En el mismo momento en que el perro saltó, Roger tomó la silla. La levantó con rapidez y, con todas sus fuerzas, la descargó contra el perro-lobo cuando éste surcaba el aire, saltando hacia él.

Fué tan certero y fuerte el golpe, que el animal cayó, sin lanzar un gemido, y quedó tendido, inmóvil, en la alfombra.

Roger Fálcon se rió entre dientes en son de burla cuando levantó de nuevo la silla en alto, sobre su cabeza.

—¡Un perro que es medio lobo no es suficiente para custodiar su vida, que no vale

nada, Cedric Shafton! — exclamó en son de burla. — Tampoco pueden las paredes de piedra del castillo de Gauly resguardarle contra la venganza de Justicia Alada. El día en que ha de pagar su cuenta está cercano, tanto para usted como para sus cómplices. ¡Toda su astucia y todas sus traiciones no han de valerles!

En el momento en que Roger Fálcon terminaba de pronunciar esas palabras, se oyó rumor de voces en la parte de fuera de la puerta.

Roger Fálcon no esperó más. Arrojó la silla, con todas sus fuerzas, al grupo de los cuatro hombres que estaban dentro del salón de fumar.

Después, mediante dos rápidos saltos, llegó hasta la puerta de la habitación y desapareció por ella.

MUERTE O LIBERTAD

CUANDO salió del salón de fumar, Roger Fálcon se vió en un espacioso hall en el que había una escalera que conducía a un corredor con balaustrada, que se veía en los altos.

No intentó dirigirse hacia la fuerte y resistente puerta que daba al exterior, porque comprendió que no le darían tiempo para abrirla. Tampoco intentó subir por la escalera, porque oía ya los pasos de sus enemigos que cruzaban la habitación de donde acababa de salir.

Extendió sus grandes alas mecánicas, y como un poderoso pájaro, se levó volando, hasta la balaustrada de la galería superior.

La puerta del salón de fumar se abrió de golpe en aquel momento y seis hombres penetraron precipitadamente en el hall. Dos de aquellos hombres eran guardabosques, y ambos tenían carabinas y estaban preparados para hacer fuego con ellas.

Resonaron dos fuertes estampidos. Los guardabosques habían hecho fuego, apuntando hacia el joven alado.

Pero las carabinas estaban cargadas con perdigones, y los pequeños granos de plomo no hicieron ni el menor daño a Roger Fálcon, al que protegía su traje de malla de acero, así que descendió tranquilamente en la galería del piso alto y se alejó corriendo, perdiéndose de vista.

El propósito de Roger era llegar hacia una de las habitaciones exteriores del castillo y escaparse por una de las ventanas. Pero pronto se convenció de que al pasadizo por donde corría no daba ninguna habitación.

Sin embargo, siguió corriendo lo más rápidamente posible, y a medida que avanzaba, se dió cuenta de que, de las paredes del pasadizo, colgaban panoplias con armas antiguas de todas clases.

Antiguas espadas, lanzas y hachas de combate, veíanse en aquellas panoplias. Roger se hubiera detenido para tomar algunas de aquellas armas para su defensa, pero oía muy cerca las pisadas de sus perseguidores, así que no se atrevió a perder un solo momento.

Al extremo del corredor encontró una angosta escalera, y como no tenía otro sitio por donde seguir, Roger subió por ella lo más rápidamente que pudo.

Esperaba que aquella escalera le llevara a otro piso del castillo; pero al llegar al extremo superior se encontró, asombrado, con que le cortaba el paso una resistente puerta de roble.

Había una llave puesta en la cerradura. Roger la tomó y la hizo girar. Le costó un severo esfuerzo porque debía hacer mucho tiempo que nadie abría aquella puerta, tan herrumbrada estaba la cerradura.

La llave, gracias al enérgico esfuerzo de Roger, giró en la herrumbrada cerradura, y la cerradura se abrió.

Roger retiró la llave en cuanto hubo abierto la puerta. Avanzó y se vió en una extraña y polvorienta habitación que no tenía más puerta que aquella por donde había entrado.

El ruido de las rápidas pisadas de sus perseguidores llegó hasta el joven alado mientras cerraba la puerta por dentro. Después, respirando jadeante, pues la rápida carrera le había dejado sin aliento, Roger se volvió para examinar la habitación donde se había encerrado para huir de sus enemigos.

La habitación era grande. La luz de la luna entraba por cuatro huecos, angostos y largos como aspilleras, que estaban en el extremo contrario a aquel donde se hallaba la puerta.

Esos huecos, de cuatro pulgadas de ancho por unas doce de largo, se hallaban como a un poco más de una yarda la una de la otra, la otra.

Servían para ventilar y dar luz a la habitación, pero no ofrecían sitio por donde pudiera escapar el que estaba encerrado en ella. ¡Y la habitación no tenía ninguna ventana más!

Aquel cuarto tenía toda la apariencia de un laboratorio de química. A un lado había una extensa estantería con frascos de diversos tamaños y en la parte inferior, la estatería tenía varias filas de cajones que, sin duda, debían contener otros productos químicos.

A poca distancia de la pared se veía una mesa larga en la que haba cna retorta, varios crisoles, un aparato con algunos tubos de ensayo, de varios tamaños, y toda la dotación correspondiente al laboratorio de un químico amigo de hacer experimentos.

Roger Fálcon se dió cuenta de todos estos detalles mediante una rápida mirada, y después se quedó de pie, en medio de la habitación, procurando en vano idear algún modo para salir de la trampa en que se había metido.

¡Si hubiera tenido en su poder la antorcha de rayo inventada por Solomón Page!

Con ayuda de esa antorcha, cuyo poder calórico era algo inconcebible, hubiese podido abrir un agujero en el muro y escapar. Pero sin ella, se encontraba encerrado y desamparado.

Mientras se hallaba de pie, estudiando la situación bajo todos sus aspectos, se oyeron voces procedentes del otro lado de la puerta.

—¡Debe haberse metido ahí dentro en el laboratorio de mi tío! — oyó gritar a Ce-

dric Shafton. — ¡Ese cuarto no tiene más salida que la puerta, así que le tenemos atrapado!

—¡Una vez hizo un agujero en la pared de una caja de hierro que tenía paredes de acero como el blindaje de un acorazado y se abrió paso por una pared de piedra! — recordóle Willoughby Vulcan. — ¡Por el mismo medio podrá salir de este cuarto!

Roger Fálcon sonrió con amargura cuando esas palabras llegaron a su oídos, porque el instrumento de que se había servido para abrise paso y salir de la caja de hierro, lo había dejado en su domicilio subterráneo.

—¡Echen la puerta abajo! — ordenó Shafton. — ¡Tengo idea de que Justicia Alada no va a poder salir esta vez de la trampa donde se ha metido!

Comenzó un violento ataque a la puerta del laboratorio. Roger Fálcon comprendió que aquellos hombres habían tomado hachas y otras pesadas armas de las panoplias de la galería del piso inferior y las estaban empleando para echar abajo la fuerte barrera de roble que le separaba de sus enemigos.

Roger fué hacia una de las angostas aberturas que había en la pared, al otro extremo del espacioso laboratorio.

Acercando el rostro a aquel hueco pudo distinguir parte del río cuya rápida corriente pasaba veloz por el hondo cauce, a los fondos del castillo de Gaunt.

Los golpes dados en la puerta de roble seguían sin cesar y la puerta, aún cuando muy fuerte, tenía que ser vencida, a la larga, por el esfuerzo de aquellos hombres. No era posible que se abriera, porque Roger había corrido los sólidos cerrojos que tenía, pero los hachazos astillarían poco a poco la recia madera y por fin, Cedric Shafton y sus auxiliares la harían saltar, hecha trizas.

¿Cuánto tiempo podría resistir aquella puerta aquel furioso golpear? No era posible decirlo, pero con seguridad no pasaría de unos pocos minutos. Este era el tiempo que iba a tardar Roger Fálcon en verse ante seis hombres provistos de armas, contra los que no tendría cómo defenderse.

Fué en aquel angustioso momento, en que su destino parecía tan seguro, cuando acudió a la mente de Roger Fálcon una idea feliz.

Desde que había heredado tantos maravillosos secretos del viejo Solomón Page, Roger Fálcon había adquirido, mediante tesonero estudio, grandes conocimientos de química en los varios libros que formaban la pequeña biblioteca del viejo inventor.

El joven alado corrió hacia la estantería donde había tantos frascos con productos químicos y recorrió con la vista las etiquetas de los mismos.

Tomó un frasco que contenía una sustancia que parecía sal gruesa, pero que era de color marrón oscuro y después otro, que estaba hasta la mitad de un polvo amarillento.

En el más grande de los tubos de ensayo que había en el aparatito especial, puso una determinada cantidad de cada uno de los dos productos químicos. El tubo, naturalmente, tenía uno de sus extremos cerrado y él otro abierto.

Abrió uno de los cajones de la estantería y sacó de él, — supo que era ese el contenido del cajón porque tenía, como todos los demás, una etiqueta diciendo lo que había dentro, — una hoja de papel de filtro. Cortó unas tiras de ese papel, las enrolló formando una mesa y metió ésta entre lo que había puesto en el tubo de ensayo, dejando que sobresaliera un trozo de varias pulgadas de largo, por la boca del tubo.

Las relucientes hojas de las hachas pasaban ya por las estrechas endijas que habían hecho en las gruesas tablas de roble de la puerta, cuando Roger Fálcon dió por terminada su preparación.

Sin hacer caso de los golpes que daban en la puerta con una continuidad que se hubiera dicho que sus enemigos eran incansables, Roger Fálcon tomó otras hojas de papel de filtro y con ellas y el preparado tubo en la mano, corrió al extremo del laboratorio, acercándose a la pared que daba al exterior, y en la que estaban las estrechas aberturas por donde entraba la luz de al luna. Aseguró el tubo en una de las aberturas, sujetándol con papel arugado y después, con su encendedor automático, encendió la mecha de papel que sobresalía del tubo.

Hecho esto corrió hasta el más lejano rincón del laboratorio y se echó al suelo, boca abajo, tapándose el rostro con el brazo derecho, doblado.

Mientras ardía la mecha de reseco papel, el joven alado esperó... esperó a que se produjera la explosión que significaría para él la libertad o la muerte.

Era una desesperada jugada. Había probabilidad de que Roger pereciera en la explosión que había preparado para hacer volar la pared del laboratorio.

La puerta de roble tenía en aquel momento un lamentable aspecto. La bisagra superior había sido desprendida por los golpes, y la tablazón tenía huecos por los que aparecían y desaparecían, a medida de los golpes, las hojas de las antiguas armas utilizadas por los enemigos de Roger.

Un momento más, y la puerta caería hecha trizas; la situación del joven alado no podía ser ni más grave ni más peligrosa.

¡Bum!

Se produjo un ensordecedor estampido, brilló una llamarada intensísima y Roger Fálcon se sintió como oprimido contra el suelo por la fuerza de la explosión que lo aturdió. La explosión se había producido en el mismo momento en que el fuego de la mecha de blanco papel de filtro llegó a la mezcla de substancias químicas que contenía el tubo de ensayo puesto en una de las estrechas y largas aberturas de la pared.

Un humo espeso, impenetrable, lo ocultó todo, y pocos segundos después aquel humo se encendía, ardiendo con una luz blanca y fría, que iluminó todo el laboratorio con intensísima claridad.

Roger Fálcon se incorporó. De rodillas en el suelo y através de los gases que ardían, pudo ver un extenso hueco que se había abierto en la pared, un hueco que había sido abierto instantáneamente, por la explosión.

El ver aquel sitio por donde escapar dió

ánimos a Roger. Poniéndose de pie, cruzó la habitación, en la que aún brillaba el encendido gas de la explosión, y se acercó al hueco de la pared.

Se detuvo un momento y después, envuelto de pies a cabeza en las blancas llamas, saltó por el agujero y se arrojó de cabeza a las aguas del río que corría al pie de los muros del viejo castillo de Gaunt.

Un instante después de haber desaparecido él, los ardientes gases que había dentro de la habitación encontraron salida por el hueco del muro y las llamas se extinguieron.

Pasaron unos momentos antes de que Cedric Shafton, sus amigos y los dos guardabosques, se atrevieran a penetrar en el destruído laboratorio. Cuando llegaron a la ancha abertura que había en la pared que daba l exterior, Cedric Shafton lanzó un grito de furor.

Se asomó por el hueco y miró hacia el río. Pero a Roger Fálcon no se el veía por ninguna parte.

EL RAPIDO NOCTURNO

La zambullida del joven alado apagó las blancas llamaradas que le envolvían. El contacto con el agua fría tuvo por efecto reanimar de su aturdimiento a Roger.

Pero durante algunos momentos, el joven permaneció voluntariamente en el agua, manteniéndose a flote y dejándose arrastrar por la rápida corriente.

Por último, cuando consideró que había recobrado por completo las fuerzas, nadó hacia donde el agua era menos profunda, y desplegando sus mecánicas alas, voló hasta la alta orilla.

En cuanto pisó tierra, Roger Fálcon miró la hora en su reloj de pulsera, que como estaba encerrado en una envoltura transparente y hermética, no había sufrido absolutamente nada, mientras estuvo dentro del agua.

Eran las ocho y media, y al ver esa hora, Roger Fálcon frunció el ceño.

Aquella noche a las diez, Vincent Lamotte, en calidad de enviado de los hombres a quienes Roger Fálcon había dejado en el castillo de Gaunt, debía partir de Londres en aeroplano; había oído decir mientras había escuchado, — mediante un aparato especial, invención de Solomón Page, — lo que hablaban los pillos reunidos en el salón de fumar del castillo de Gaunt, antes de su dramático encuentro con el perro-lobo.

Roger ecordaba con toda claridad cuanto a París, en aeroplano.

Lamotte había partido del castilo en un automóvil que le iba a conducir a toda marcha, hasta el vasto aeródromo instalado en la parte Sud de los alrededores de Londres.

El rápido aéreo nocturno llevaría a Lamotte a París, a donnde el enviado de Shafton, Steer, Vulcan y Morne iba a entregar un documento de grandísima importancia para el desarrollo de los planes de los enemigos de Roger Fálcon.

El joven alado no sabía en realidad de qué clase de documento se trataba, pero había oído aquella noche lo suficiente para convencerle de que era importante para él, apoderarse del documento antes de que Vincent Lamotte pudiera llegar a París con él.

Roger había ensayado, en el primer momento, adelantarse, volando, al automóvil de Lamotte, pero los sucesos que habían tenido su conclusión en el laboratorio del tío de Cedric Shafton, con la improvisada explosión, haban ocupado tanto tiempo, que ya no podía haber probabilidad de alcanzar el automóvil antes de que llegara al aeródromo del Sud de Londres.

—Me queda el tiempo necesario para llegar a Londres antes de que el rápido aéreo de las diez emprenda la marcha, — decidió el joven alado. — Voy a tener que apresurarme todo lo posible, y aún así, no es seguro el éxito. Sin embargo, hay algunas probabilidades en mi favor y no debo temer un fracaso completo.

Roger Fálcon sentíase, pues, decidido a realizar la tentativa, así que inmediatamente procedió a examinar sus mecánicas alas para ver si habían sufrido deterioro en sus recientes agitadas aventuras, y especialmente por obra del fuego de la explosión y del agua del río.

Pero las alas construídas por Solomón Page estaban tan bien fabricadas y eran de tan sólido y resistente material, que casi no habían sufrido nada, y el pequeño desperfecto que presentaban pudo ser arreglado en breves instantes.

Roger, satisfecho del estado en que se hallaban sus alas mecánicas, emprendieron inmediatamente su importante vuelo hacia Londres.

Cuando se elevó por el aire, la brillante luna que esparcía su poderosa luz por todo el paisaje, fué oscurecida por negros nubarrones. El joven alado se felicitó ante tal circunstancias, porque así podría realizar su vuelo sin que nadie le viera, lo que hubiera sido imposible si la luna hubiese seguido brillando con el esplendor con que brillaba momentos antes.

El vuelo directo y apresurado a Londres era el más largo que Roger Fálcon había emprendido, porque había ido a la capital desde Bleakwold, pero en su nuevo viaje casi era doble la distancia, porque a la que había de Londres a Bleakwold era necesario agregar la que mediaba entre Bleakwold y el castillo de Gaunt. Pero Roger Fálcon estaba tan decidido a llevar a cabo su plan, que no le faltaron energías, a pesar de que se trataba de un esfuerzo extraordinario.

Faltaban diez minutos para las diez cuando distinguió las luces indicadoras que marcaban la situación del gran aeródromo y estación de aeroplanos para pasajeros y correspondencia.

El campo de aterrizaje del aeródromo estaba rodeado de grandes focos de luz, que permitían que los aeroplanos descendieran de noche, con la misma facilidad con que podían hacerlo de día.

Cerca del cuadrilátero constituído por el campo de aterrizaje se hallaban los edificios

de la estación y las plataformas de partida en las que se situaban los aparatos en forma que los pasajeros pudieran ocupar sus asientos sin necesidad de escaleras de mano o de otros elementos molestos para las personas poco acostumbradas a hacer ejercicio.

Roger descendió cautelosamente a corta distancia de la estación, y cuando llegó a la plataforma de embarque vió una interesante escena de nerviosidad y excitación, pues muchas eran las personas que habían acudido a despedir a los viajeros que ocupaban el brillantemente iluminado salón del lujoso aeroplano que realizaba viajes rápidos entre París y Londres.

¡Entre los que entraron en el salón del enorme y poderoso aeroplano, estaba Vincent Lamotte!

Satisfecho, después de haber visto que el viajero había ocupado su asiento en el salón del aeroplano, Roger Fálcon se alejó tranquilamente de la estación.

Cinco minutos después se elevaba por los aires y volaba, batiendo acompasadamente sus mecánicas alas, con rumbo al sitio donde se distinguía el resplandor de las luces de Londres.

A mitad del camino entre la capital y el aeródromo, menguó la rapidez de su vuelo, hasta que se quedó como flotando en el aire, casi sin moverse de un mismo punto.

De lejos llegó hasta sus oídos un opaco rugir y después vió el brillo de unas luces en mitad del aire. El poderoso aeroplano, el "Rápido Nocturno Londres-París", — como anunciaban los diarios, ó había comenzado su viaje hacia la capital de Francia.

SOBRE EL MAR

ROGER FALCON, cuyas extensas alas mecánicas batía en el aire, acompasadamente, volaba por encima de ciudad de Londres. Desde abajo llegaba hasta él el resplandor de las luces de la capital y el confuso rumor de su continuo movimiento callejero.

Pasó por encima de los tranquilos arrabales y cuando llegó al campo, del lado de Kent, menguó una vez más, la rapidez del vuelo y pareció quedarse a esperar en mitad del aire.

Estaba esperando que pasara el rápido aéreo "Londres-París". El rápido tenía que pasar de uno a otro lado de Londres dando un rodeo por las afueras. Cruzando por el centro de la ciudad, Roger se había adelantado al aeroplano.

Roger Falcon miró hacia atrás y vió por primera vez las titilantes luces del rápido aéreo mientras desde lejos llegaba a sus oídos amortiguado por la distancia, el rugir de los poderosos motores.

Las luces se aproximaron más y más y se hicieron más brillantes. Roger se elevó más, en el aire, e modo que el aeroplano pasara por debajo de él. Ya distinguía las personas que se movían en el gran salón, profusamente alumbrado y apretó los dientes cuando se preparó para realizar la temeraria tarea que se había comprometido a efectuar.

En aquel rápido aéreo nocaurno estaba Vincent Lamotte, uno de los hombres contra los cuales Roger había jurado venganza. Lamotte llevaba un documento del que se sabía que afectaba el porvenir de los enemigos de Roger.

Roger Falcon había pensado apoderarse de ese documento antes de que Lamotte pudiera entregarlo en París y por esto se hallaba en mitad del aire, esperando que pasara el rápido nocturno.

Con un rugir que dominaba todo otro ruido, el poderoso aeroplano pasó por debajo de donde se encontraba Fálcon.

Instantáneamente el joven alado acrecentó la rapidez de su vuelo hasta que alcanzó la que desarrollaba el aeroplano.

Entonces, con toda desevoltura, sin hacer ruido ninguno, descendió hasta posarse en el techo del largo salón y plegando las alas junto al cuerpo, se acostó cuán largo era en el techo de aquello que tanto se asemejaba a un coche de ferrocarril.

Durante unos momentos permaneció en aquella postura, mientras el rápido nocturno rugiendo sus motores continuaba su viaje hacia el Canal de la Mancha.

Por último, convencido de que, al descender así en el techo del vagón que formaba el cuerpo del aeroplano no había llamado la atención de nadie, se asomó por el borde de techa y, no sin dificultad, miró a través del que había a cada lado del salón de pasajeros.

Su perspicaz mirada dió pronto con Vincent Lamotte. Estaba sentado junto a la ventanilla central, del otro lado, y en aquel momento conversaba animadamente con otros dos viajeros.

Roger volvió a su situación del techo y se dispuso a esperar el tiempo que fuera necesario.

El aeroplano acababa de comenzar a volar por sobre el canal de la Mancha, cuando Roger Falcon se aventuró a mirar, una vez más, hacia el interior del salón.

Vincent Lamotte estaba entonces sentado cerca, muy cerca de la ventanilla central. En aquel momento se hallaba muy ocupado y entretenido en sacar el documento de un largo sobre.

Roger Falcon se sintió enteramente seguro de que aquel era el importantísimo papel que Lamotte tenía encargo de entregar en París.

El muchacho alado comprendió que era de todo punto necesario proceder con la mayor rapidez y preparó sus planes con todo apresuramiento.

Sacó del bolsillo un guante de malla de acero y se lo puso en la mano derecha.

Entonces, poniéndose lentamente de pie extendió las negras alas mecánicas y comenzó a volar al mismo tiempo y algo más arriba que el aeroplano.

En el mismo momento en que se sintió se-

guro de sí mismo, fué descendiendo lentamente, sin dejar de volar a la misma velocidad del aeroplano hasta que avanzó en su vuelo junto al costado del iluminado salón.

Calculó escrupulosamente la distancia, se dirigió a la parte central del salón y, con las alas a la espalda, se colgó, con la mano izquierda, del pasamanos de lustrado bronce que corría por toda la parte exterior del coche del aeroplano, a la altura de las ventanillas.

Entonces, con un movimiento muy rápido, Roger Fálcon golpeó con su puño enguantado de hierro, el centro del vidrio de la ventanilla, pasó la mano por el hueco que abrió y arrebató de manos de Vincent Lamotte el comprometedor documento que el pillastre estaba leyendo.

Vincent Lamotte se levantó sobresaltado, lanzando un grito salvaje, pero antes de que pudiera hacer algo que no fuera gritar con desesperación, el joven alado se había soltado del pasamanos de pulimentado bronce y volaba, alejándose, sobre la inmensidad acuática.

LAMOTTE OTRA VEZ DE VIAJE

EL aeroplano prosiguió su viaje. Roger, por su parte, menguó la rapidez de su vuelo. Salvo que el enorme aeroplano-correo no se pondría en su persecución de ningún modo. El rápido aéreo no podía, naturalmente, suspender su viaje para reanudarle cuando hubiera detenido al autor del robo de que había sido víctima un viajero. El rápido Londres-París, además, no podía descender mientras se hallaba volando por encima del mar.

Mientras agitaba lentamente sus mecánicas alas, surcando el aire con la rauda facilidad de un poderoso pájaro, Roger Fálcon desplegó el documento y dirigió a él el rayo de luz de la lamparita eléctrica que tenía sujeta a la muñeca.

Consistía, aquel documento, en un doble pliego de papel oficio cubierto de la letra menuda y amontonada del viejo inventor Solomón Page. Era uno de los varios escritos y planos que, en caso de ser presentados juntos, probarían, por encima de toda caprichosa afirmación, que el anciano Solomón Page, con su excepcional cerebro, era el que había inventado el notabilísimo modelo de aeroplano, cuyo invento le fué robado por Vincent Lamotte y sus siniestros cómplices.

Unida a la doble hoja de papel de oficio estaba una carta que Roger Falcon desplegó mientras volaba lentamente, cruzando el aire.

La carta decía así:

"Al señor Gastón Renard, Chateau Noir.
"Este último documento completa la serie
"de planos y descripciones de las patentes
"de invención que hemos transferido a us-
"ted según lo convenido. Al portador de es-
"ta carta puede usted hacer entrega de la
"suma de cincuenta mil libras esterlinas, co-
"mo saldo de cuentas. — Su A. y S. S. —
"W. V.".

Eso era todo cuanto la carta decía pero en sus breves líneas proporcionaba a Roger Fálcon algunas noticias de grandísima importancia para el futuro desarrollo de sus planes de reivindicación y justicia.

Le enteraba de que sus enemigos habían decidido desprenderse de la invención del viejo Page mediante un buen precio, suponiendo, evidentemente, que el joven alado dedicaría sus atenciones, en seguida, al nuevo propietario del invento.

Los demás planos y papeles relacionados con el invento habían sido enviados con anticipación al señor Gastón Renard, pero se comprendía que, no teniendo aquel del cual se había apoderado Roger hacía un momento, todos los demás resultaban enteramente inútiles.

Siendo así se comprendía fácilmente que el documento que Roger Falcon tenía en su poder en aquel instante, era, igualmente inútil sin poseer los que se hallaban ya en poder del francés Gastón Renard.

El joven alado sintió un estremecimiento de triunfo cuando se dió cuenta de lo que había logrado avanzar en el camino del éxito. Si lograba apoderarse de la totalidad de los papeles sería posible hacer que todo el mundo conociera la verdad y los hombres que habían explotado, engañado y arruinado a Solomón Page, se encontrarían arruinados por completo y sin la menor esperanza de volver a hacer fortuna.

—¡Es necesario que yo encuentre donde está ese Chateau Noir! — murmuró Roger Fálcon. — Debo entrevistarme con ese señor Gastón Renard y obtener de él, el resto de los documentos. Pero... ¿dónde está ese Chateau Noir, ese Castillo Negro, que es el domicilio de ese caballero? — se preguntó, sin hallar, por el momento respuesta a su pregunta. — ¡Con seguridad hay en Francia más de una docena de propiedades que tienen por nombre el de Chateau Noir!

Pensando en ese punto, Roger Falcon tuvo la idea de que el Chateau Noir no debía hallarse lejos, y tal vez se encontrase cerca de París. Por lo que había oído hablar mientras se hallaba junto a la puerta del salón de fumar del castillo de Gaunt, el viaje que iba a hacer Vincent Lamotte era a París.

Mientras Roger Falcon daba vueltas a esta idea en su mente, tuvo, de improviso, una idea feliz.

—¡Claro está! — murmuró. ¡Lamotte debe ir al Chateau Noir en cuanto llegue a París! Hubiera ido para llevarle el documento, y tendrá que ir, aún cuando no sea más que para avisarle a Gastón Renard que se lo han robado. Lo que debo hacer es adelantarme al rápido aéreo, — decidió, — con el objeto de estar en el aeródromo de París antes de que llegue el rápido de Londres.

El joven alado tenía ante sí una larga y pesada tarea, pero no le hizo desistir de su intento lo fatigoso del viaje. Cuando el rá-

pido aéreo Londres-París llegaba a la altura de las primeras señales que, en tierra, indicaban la proximidad del aeródromo, Roger Fálcon volaba un cuarto de milla delante del aeroplano que se acercaba con velocidad a la lujosa estación construída en las afueras de París.

Roger Falcon descendió a tierra en un bosque a unos centenares de pasos de la estación para aeroplanos de pasajeros, que estaba a un lado del campo del aeródromo. En seguida se dirigió a la plataforma de llegada.

Se mezcló con la reducida concurrencia que esperaba fuera de los portones de la estación y, con sus negras alas caídas a manera de capa, no resultaba llamativa su figura.

Las luces del aeroplano que llegaba descendieron más y más a medida que el rápido aéreo se aproximaba. Todas las miradas se dirigían a la enorme máquina en el momento en que esta aterrizó y fué arrastrada por el personal de maniobras de la estación hasta que el coche con los pasajeros quedó junto a la plataforma, igual que queda el tren junto al andén, en una estación de ferrocarril.

Vincent Lamotte fué el primero de los pasajeros que pisó la plataforma. Tenía el rostro tan pálido que cuantos tuvieron ocasión de mirarle supusieron que el viaje aéreo le había impresionado tanto que, — como solía suceder con algunos pasajeros y especialmente en el primer viaje, — se había descompuesto.

Lamotte se detuvo tan solo unos minutos para cumplir con las formalidades de la aduana y de la revisión de los pasaportes, cuyas oficinas estaban, para comodidad de los viajeros, en la misma estación. Después de realizados esos trámites, Lamotte salió por los portones de la estación y llamó al chauffeur de uno de los automóviles de alquiler estacionados a los lados de la entrada de la estación.

El chauffeur puso en marcha el motor, inmediatamente, Vincent Lamotte le dió las necesarias indicaciones, pero en voz demasiado baja para que Roger Fálcon pudiera oir lo que decía.

Subió Lamotte en el automóvil y el vehículo partió sin esperar más. Roger corrió por el camino, tras del vehículo, y en el momento en que volvía una curva, dió un salto hacia la zaga del automóvil de alquiler y allí se acurrucó, dispuesto a enterarse de a donde iba aquel enviado de sus enemigos.

El automóvil de alquiler recorrió varios caminos solitarios que le alejaban de París, y media hora después se detenía ante los portones por donde se entraba al parque que rodeaba a una casa antigua y tenebrosa.

Roger saltó de la zaga del automóvil donde, por lo oscuro que estaba, no podían verle, pero desde el cual él podía ver lo que pasaba en el portón del parque del Chateau Noir, la morada sin duda, de Gastón Renard.

Vincent Lamotte pagó al chauffeur y el motor volvió a ponerse en movimiento en seguida, alejándose el automóvil de alquiler por donde había venido.

En el mismo momento en que el automóvil de alquiler se ponía en movimiento, Roger Falcon dió un salto, y tomando a Lamotte por el cuello, le levantó en los aires evitando al mismo tiempo que saliera de sus labios el grito de alarma que iba a lanzar.

Todo esto sucedió en un segundo. Antes de que Vincent Lamotte hallara oportunidad de defenderse, Roger Falcon se elevó más y más, elevando con él a su víctima.

Cuando Vincent Lamotte se dió cuenta de que se hallaba en poder de Justicia Alada, cesó de forcejear por soltarse. Parecía que estuviese plenamente convencido de que no tenía ni la menor probabilidad de triunfo, si luchaba contra tan poderoso adversario.

Estaba también plenamente convencido de que el muchacho alado le iba a matar. Y tan convencido estaba de eso, que experimentaba intensísimo terror. A tal punto fue acrecentándose ese terror. A medida que Roger Falcon se elevaba por los aires, que Vincent Lamotte se desmayó en brazos de Roger.

El muchacho alado volaba, en aquel momento a unos quinientos pies de altura. Miró hacia abajo, buscando un sitio, en tierra donde poder descender con Lamotte.

Una breve y socarrona risa brotó de los labios de Roger cuando vió debajo de donde volaba, los rieles de una línea férrea por la que pasaba con relativa lentitud, en aquel momento, un tren de vagones de carga descubiertos y vacíos.

El joven alado descendió y, con Vincent Lamotte en brazos puso pie en uno de los vagones vacíos del tren que pasaba.

—Cuando usted despierte de su desmayo se hallará suficientemente lejos para que yo lo considere en sitio favorable al desarrollo de mis planes, — murmuró. — Aún cuando despertara usted demasiado pronto, no le será posible descender de este vagón a tierra hasta que el tren se detenga. Me parece que, por esta noche, usted no podrá molestarme más.

Entonces, Roger Falcon desplegó una vez más sus mecánicas y poderosas alas, se elevó por el aire y voló inmediatamente hacia el Chateau Noir, la morada de Gastón Renard.

LA CASA DE RENARD

¡CHATEAU NOIR! ¡Bien le correspondía el nombre de Castillo Negro a la casa donde vivía Gastón Renard, el francés que se hallaba en tratos con Willoughby Vulcan y sus cómplices! El sitio era pintoresco y llamativo, y la construcción de varios pisos, parecía ser, en su totalidad de piedra negra.

En el momento en que Roger Fálcon entró en el parque, brillaba una luz sobre la puerta de entrada. También salía luz por las hendijas de las persianas de las ventanas de

una habitación del piso más alto del Chateau Noir.

Como ya era muy tarde Roger Fálcon dedujo en consecuencia, al percatarse de esos detalles, que, en aquella casa estaban esperando a algún visitante.

El muchacho alado se acercó con toda desenvoltura a la puerta principal y tocó la campanilla.

Tuvo que esperar algunos minutos antes de que oyera descorrer los cerrojos y de que abriera la puerta un hombre pequeño, de cabello gris, con mirada de hurón en sus ojos negros y chicos.

—¿Bien? ¿Qué se le ofrece? — preguntó el anciano, en inglés.

—Vengo de Londres; he venido en el rápido aéreo, — contestó Roger Falcon. — ¿Me esperaba usted?

Mientras hablaba tenía en la mano y mostraba el documento que le había quitado a Vincent Lamotte.

—¡Llega usted a tiempo! — dijo Gastón Renard, pues era él. — ¡Pase ustel adelante!

Abrió otra puerta y Roger pasó del vestíbulo al hall. Entonces Renard cerró cuidadosamente la puerta principal y luego guió a Roger escaleras arriba, hasta el piso más alto de la casa.

Hizo entrar a Roger en una habitación que tenía el aspecto del interior de la cabina del operador del telégrafo sin hilos a bordo de un vapor de pasajeros de los de más tonelaje.

Había una mesa-escritorio en el centro del cuarto y una caja de hierro en un rincón; pero la mayor parte del espacio estaba ocupado por los aparatos de una poderosa instalación de telégrafo y teléfono sin hilos.

—Usted ha venido a terminar el negocio, — dijo Renard mirando fijamente a Roger, — pero usted no es el hombre a quien vi antes.

—No le fué posible venir y yo ocupé su sitio, — contestó Roger Falcon, sin mentir por cierto. — Tengo en mi poder el documento decisivo que usted necesita para completar los que ya tiene.

El anciano inclinó la cabeza afirmativamente y se restregó las manos, al parecer muy satisfecho.

—La serie completa de esos papeles será de gran valor para mí, — dijo. — Claro está que no ignoro que hay mucho de tenebroso en este asunto, y creo que, dadas las circunstancias presentes, ustedes proceden con sensatez al transferir la propiedad del invento a una persona que reside fuera de Inglaterra. ¡Pero no me ha gustado nunca hacer preguntas indiscretas! — agregó con una leve y muy intencionada sonrisa.

Cruzó la habitación y fué hasta donde estaba la caja de hierro. Abrió la caja. Roger, con todos sus nervios en tensión, le observó cuidadosamente, porque sentía que tan sólo unos momentos le separaban, en aquel instante del segundo en que le sería posible afirmar que había cumplido el juramento que prestara a la memoria del despojado y empobrecido Solomón Page.

Gastón Renard sacó de la caja de hierro un paquete de papeles.

—Examinaremos juntos los documentos, — dijo el anciano. — Y si todo está en su debido orden, yo le entregaré la suma de dinero que se ha convenido. Permítame que mire el que usted ha traído.

El anciano tomó el pliego de papel de oficio y lo extendió sobre la mesa.

Cuando empezó a leer le relucieron los ojos de contento.

—¡Espléndido! — exclamó. — ¡Este documento es aún más terminante que los demás! Yo, por mi parte...

Calló y miró en redor, hacia la instalación de telégrafo sin hilos. Una lamparita verdosa colocada sobre un cuadrante indicador se había encendido y brillaba lanzando breves destellos, mientras la aguja del indicador se movió.

Reunió todos los papeles y se fué hacia donde estaba el aparato de telégrafo sin hilos.

—¡Un llamado de Inglaterra! — manifestó Gastón Renard en el momento en que apoyó la mano en el conmutador.

Oprimió la llave y después señaló un cuadro de vidrio esmerilado que estaba en la pared.

—Todo mensaje que acepto oprimiendo este conmutador, es escrita letra a letra, automáticamente y aparece en ese cuadro, — anunció con el orgullo del inventor que presenta algo inventado por él y que le parece genial. — Obsérvelo y verá con qué claridad y cuán pronto se inscribe el despacho en mi cuadro sensible.

Mientras hablaba, las letras del mensaje iban apareciendo en el vidrio despulido del cuadro. Una vez completo, el mensaje decía así:

"Renard: Cancele usted todo lo combina-
" do. No se separe de los papeles por nin-
" guna razón ni pretexto. — Vulcan".

Fascinado, Roger Falcon observó hasta que la última palabra del mensaje eléctrico hubo aparecido en el extraordinario cuadro automático.

El anciano Renard, con el rostro lívido, se volvió de donde estaba el aparato de telégrafo sin hilos y con los papeles estrujados en la mano, corrió hacia la caja de hierro.

Pero Roger Fálcon procedió con la necesaria rapidez y llegando antes que él a la caja, se plantó delante de ella.

—¡Esos papeles! — ordenó enérgicamente. — ¡Démelos usted!

Gastón Renard no mostró deseo de obedecer. Se quedó parado, respirando jadeante como un lobo acorralado.

—¡Esos papeles no le pertenecen! — agregó Roger. — No pertenecen a los hombres que estaban dispuestos a vendérselos. Si yo se los quito, usted no perderá nada, pues usted tiene todavía el dinero que iba a pagar por estos planos.

—¡Perderé una fortuna! ¡Porque yo puedo vender el secreto de la invención por un precio mucho más alto del que ha prometido pagar! — gritó Gastón Renard; y mientras hablaba se agarró al borde de la mesa. — ¡Usted no me los quitará!

Sin que lo viera Roger, oprimó el botón de un timbre eléctrico, que produciría alarma en el dormitorio de sus dos hombres de servicio.

—No deseo hacer uso de violencia contra un hombre de mucha más edad que yo. — observó Roger con calma. — Pero suceda lo que suceda, yo necesito esos documentos.

Sin contestar, Renard se guardó los papeles en un bolsillo interior.

Roger Falcon avanzó hacia él y casi en el mismo momento el anciano dió un asombroso salto por el aire, hacia el joven alado.

El anciano y el muchacho pelearon con ferocidad. A Roger le llamó la atención la fuerza extraordinaria de que hacía gala Gastón Renard.

Roger no quería lastimarle pero, de pronto, oyó ruido de pasos en la escalera, y este ruido le indicó que no le quedaba tiempo que perder.

Se abrió la puerta y dos hombres atléticos, armados los dos de sendos revólvers, entraron en la habitación. Al mismo tiempo, Roger levantó a Renard del suelo y corrió hacia la ventana que no estaba cerrada mas que con las persianas.

Volviendo el hombro hacia la ventana abrió las persianas de un golpe y con Gastón Renard en brazos, saltó por el hueco hacia abajo.

Renard chilló desesperado cuando cayeron; pero a veinte pies del suelo, las mecánicas alas de Roger se desplegaron y el golpe fué evitado.

Entonces el muchacho alado se elevó por los aires con su cautivo.

—¡Misericordia! — imploraba Gastón Renard al sentirse llevado por lo que le parecía un monstruo alado. — ¡Tome los papeles, pero suélteme!

Roger descendió rápidamente y poniendo a Renard de pie, en el suelo, en el parque de su propio Chateau Noir, le quitó el paquete de documentos.

Un minuto después, Roger Falcon con el corazón alegre porque había triunfado, volaba hacia Inglaterra con los documentos que había obtenido mediante tanto sacrificio.

EL GOLPE DECISIVO

EN la biblioteca del Castillo de Gaunt se hallaban sentados tres hombres. Estos tres hombres eran Willoughby Vulcan, Isidore Morne y Simón Steer. En el rostro de los tres se notaba la misma expresión de nerviosa ansiedad.

—Lamotte debe estar de regreso aquí de un momento a otro, — dijo Willoughby Vulcan, después de una larga pausa. — Quedó en que regresaría de Francia lo más rápidamente posible, para hacernos conocer el verdadero estado de nuestros asuntos... ¡Temo que se haya producido lo peor!

—Hasta ahora sabemos que la otra noche, Justicia Alada logró quitarle a Gastón Renard, el viejo propietario del Chateau Noir, situado cerca de París, los papeles que pueden significar, manejados con habilidad, nuestra completa ruina, — dijo Simón Steer. — No creo que ni aún el mismo Lamotte pueda ayudarnos a salir de esa dificultad.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó llamar enérgicamente a una de las puertas vidrieras que daban a la terraza que dominaba el jardín. Willoughby Vulcan fué hasta la puerta y la abrió.

Inmediatamente entró por ella, agitado y nervioso, su compinche Vincent Lamotte.

Lamotte esaba envuelto en un pesado abrigo de automovilista, y cuando entró en la biblioteca se sacó los gruesos guantes de piel y los arrojó en la mesa. Después miró en redor como buscando algo que no lograra encontrar.

—¿Donde está Cedric Shafton? — preguntó, viendo que el dueño del castillo no estaba presente.

—Ha ido a Londres por asuntos particulares suyos, pero de todos modos, nada tiene que ver con nosotros en este asunto, — replicó Vulcan. — Cedric Shafton no tuvo nada que ver con la invención que nosotros le robamos a Solomón Page, así que no le afecta la situación presente. ¿De qué se trata?

—¡De lo peor que se pueda pensar— replicó Lamotte. — El ser con alas que se da a sí mismo el nombre de Justicia Alada se ha apoderado de los planos y explicaciones originales del viejo Solomón Page. Si eso

En la página 57 de este número comienza

"EL JOVEN ALADO"

Continuación de "Justicia Alada"

planos son puestos en manos de las autoridades es casi seguro que se nos arreste por fraude.

—¡Si es así, a usted tendremos que agradecerle lo que suceda, Lamotte! — intervino Simón Steer. — Usted estaba a cargo de los documentos y mal debe haber manejado las cosas para dejar que Justicia Alada se apoderase de los papeles.

Vincent Lamotte no hizo caso de lo que dijo Simón Steer y procedió a dar cuenta de sus aventuras. Cuando hubo terminado, sus confederados viéronse obligados a admitir que Justicia Alada había procedido en una forma contra la cual hubiera sido vana toda defensa.

—¡La invención está enteramente perdida para nosotros, de esto no cabe duda! — declaró Vulcan bruscamente. — Es más que posible que nos veamos reducidos a prisión, si nos quedamos en Inglaterra. Por lo tanto, lo mejor de todo lo que podemos hacer es juntar la mayor cantidad de dinero posible y después emigrar cada uno a diferente sitio del mundo.

—¡Ese es el único plan sensato! — asintió Lamotte. — Cuanto antes le llevemos a efecto, mejor será. He llegado a este castillo en automóvil, y si ustedes son sensatos, prudentes y cautos, deben venir a Londres conmigo, en el automóvil inmediatamente. Si nos favorece un poco la suerte podremos apoderarnos de una suma de dinero bastante importante para cada uno.

En consecuencia, los cuatro hombres, los únicos que quedaban de la banda de canallas que habían sido responsables de la ruina y la desgracia de Solomón Page, reunieron su equipaje a toda prisa, y diez minutos después estaban sentados en el poderoso automóvil en que Vincent Lamotte había llegado momentos antes y que esperaba en uno de los caminos del parque del Castillo de Gaunt.

Con Vincent Lamotte, — que era habilísimo chauffeur, — sentado tras del volante, el automóvil salió a toda velocidad por los portones del parque y siguió luego durante más de un centenar de yardas, por entre una doble fila de árboles, cuando de pronto una figura alada descendió ante el vehículo, de improviso.

Sobresaltado por aquella repentina aparición de la figura alada. Vicent Lamotte detuvo maquinalmente el motor y el coche dejó de avanzar.

Batiendo lentamente sus mecánicas alas, la figura alada se mantuvo sobre el automóvil durante unos momentos, y mientras los cuatro hombres que ocupaban el vehículo miraban hacia arriba una tenue polvareda blanca descendió hacia ellos.

Dándose cuenta de que se trataba de alguna droga que vertía sobre ellos la figura alada, Willoughby Vulcan se levantó, y una vez de pie, intentó descender del automóvil. Pero antes de que pudiera realizar su intento, cayó de espaldas, lanzando un gemido, y se quedó inmóvil, encogido, en el piso del coche, enteramente adormecido por aquel polvo blanquecino.

Vincent Lamotte cayó sobre el volante al mismo tiempo, y al cabo de unos pocos segundos, los otros dos hombres estuvieron igualmente inermes y enteramente a merced de su alado enemigo.

Roger Falcon, el muchacho alado, descendió hacia el automóvil. Con toda rapidez levantó a Lamotte, sacándole de detrás del volante y lo puso con los otros en los asientos de dentro del coche.

Entonces, plegando las alas en torno del cuerpo, Roger Falcon ocupó el puesto de Lamotte, tomó el volante, movió una palanca lateral y oprimió un pedal. Aún cuando el motor había cesado de andar como tenía arranque automático, volvió a funcionar inmediatamente y el automóvil siguió avanzando a mayor velocidad aún, que antes.

¡ESTUPENDA SORPRESA!

EN la más grande de las cavernas que constituían el domicilio subterráneo de Roger Fálcon se hallaban de pie, atados los unos a los otros, en fila ante la pared de roca.

Quince horas habían transcurrido desde el momento en que habían sido narcotizados en el automóvil y habían recobrado los sentidos para encontrarse atados y con vendas en los ojos.

Hasta hacía pocos momentos antes, habían tenido los ojos vendados, y en aquel instante miraban en redor con asombro.

Lo que más les llamaba la atención era la enmascarada figura de Justicia Alada, que se encontraba sentado ante una mesa, frente a sus cuatro prisioneros.

Ante él, en la mesa, estaba un paquete de papeles que consistía en los planos originales que habían sido trazados por Solomón Page y que le habían sido robados por aquellos hombres.

—Cuando me interesé por usted por primera vez, — comenzó Roger Fálcon con enérgica voz, — juré que enderezaría el entuerto cometido por ustedes y les aplastaría definitivamente. Ya ven ustedes que no juré en vano, por que he cumplido mi palabra.

—¡No me siento tan inclinado como usted a pensar que así sea! — replicó Willoughby Vulcan, intentando hacer creer que no le emocionaba la situación en que se hallaba. — Usted ha conseguido, efectivamente, apoderarse de unos cuantos planos, pero aún le falta probar que Solomón Page tiene algún derecho a la invención descripta en ellos.

Roger Fálcon sonrió.

—Será muy fácil probar que estos planos y estas descripciones fueron trazadas y escritas por la propia mano de Solomón Page, — contestó.

—¡Exactamente! — insistió Vulcan. — Pero ¿cómo podrá usted demostrar que Page no nos vendió buenamente todos sus derechos a esa invención?

—Si así fuera tendrían ustedes documentos que lo comprobaran, — fué la respuesta de Roger.

"Voy a tenerles a ustedes aquí hasta que la ley haya declarado que la invención de Page y el producto dado por ella pertenecen a su única hija, — prosiguió Justicia Alada. — Cuando esto haya sido decidido y el total de sus fortunas, fortunas que ustedes reunieron con el producto de la invención, haya sido entregado a su legítima propietaria, les devolveré la libertad. Una vez sucedido eso, los cuatro se encontrarán en la miseria.

Calló un momento para apreciar el efecto que sus palabras habían cansado en aquellos hombres.

—Cuando llegue ese día, — continuó Roger Fálcon, — cuando ustedes se hallen tan pobres como el más pobre del mundo, recobrarán su libertad. Entonces no podrán hacer conocer su identidad sin correr el riesgo de sufrir el castigo que merecen sus delitos, y que al ley se encargaría de hacerles sufrir.

Cuando terminó de hablar se levantó, y entonces Willoughby Vulcan volvió a dirigirle la palabra.

—Usted tiene muy curiosas ideas sobre la administración de justicia, pero no parece estar muy enterado de las leyes del país, — dijo. — Sin que haya testigos no habrá tribunal que acepte esos papeles como prueba de que hemos defraudado a Solomón Page, aprovechándonos de lo que era suyo. Y esos testigos no puede usted presentarlos. Solamente el mismo Solomón Page, en persona, podría probar que nosotros le hemos defraudado, — prosiguió, — ¡y Solomón Page ha muerto!

Su voz pareció vibrar en el interior de la cueva, y cuando callaron los ecos, una figura humana apareció en el oscuro hueco de entrada de la cueva y se quedó allí, envuelta en la semioscuridad.

Aquella figura era la de un hombre cuyo cabello largo y blanco y cuyo rostro pálido, hacía contraste con la oscuridad ante la cual se hallaba de pie.

Todas las miradas se dirigieron hacia aquel hombre, que avanzó lentamente.

Los cuatro prisioneros le miraron mudos de asombro, y hasta el mismo Roger Fálcon no se atrevía a creer lo que sus ojos estaban viendo en aquel momento y su mirada, como la de los demás, se fijó en el pálido rostro del recién llegado.

—¡Está usted equivocado, sir Willoughby! — dijo el anciano en voz baja. — ¡Solomón Page no ha muerto! ¡Vive y ha venido a reclamar lo que por derecho le corresponde!

UN EXTRAÑO RELATO

SOLOMON PAGE se quedó de pie ante los atados prisioneros y les miró cara a cara, detenidamente, durante unos momentos.

—Los hombres que me robaron eran seis, — dijo, después de una pausa.

—Dos de ellos han recibido ya su merecido, — contestó Roger Fálcon, al que costaba gran esfuerzo creer que no era una ilusión de su mente la aparición de su viejo protector. — ¡Uno de ellos ha muerto! ¡El otro, despojado de su fortuna, fué abandonado por el mundo sin dinero y sin nombre!

—Entonces la tarea está terminada, — dijo Page. — Venga usted aquí, amigo mío, — agregó, dirigiéndose a Roger. — Dejaremos solos a esos hombres y nos retiraremos un momento. ¡Tengo tanto que decirle!

Roger Fálcon movió afirmativamente la cabeza; y sabiendo que sus prisioneros no podían tener probabilidad de escapar, acompañó al anciano a otra de las cuevas de su domicilio subterráneo.

Una vez solos, el anciano se volvió hacia el muchacho y tomándole la mano, la estrechó entre las dos suyas con calurosísima efusión.

—No me atreví a esperar que usted realizara tan admirablemente su obra, Roger, — dijo con voz temblorosa de emoción. — Pero antes de que hablemos de otra cosa, hábleme usted de mi querida hija: ¿cómo está y dónde está Viola?

—Está muy bien y vive feliz, — contestó Roger Fálcon. — Ha recobrado la vista y esto nada más es, usted lo comprenderá bien, motivo de regocijo para ella.

Un profundo sollozo conmovió el pecho del anciano inventor.

—¡Loado sea Dios! — murmuró, con voz ronca de emoción. — Pero cuénteme... dígame cómo pudo realizarse ese milagro.

—Como usted dijo que se realizaría, — contestóle Roger Fálcon. — En los papeles que usted dejó, decía usted que sólo un hombre en el mundo podía curar a Viola, y ese era un famoso oculista español. Tuve la suerte de encontrarle y salvarle la vida y, aún cuando ya estaba retirado de su profesión, quiso, en agradecimiento, operar a Viola y lo hizo con el éxito más completo, justificando así todas las esperanzas que usted tenía fundadas en él.

Solomón Page soltó la mano de Roger, y durante unos momentos pareció tan dominado por la emoción, que no pudo hablar.

—Me siento aturdido ante las buenas noticias que me ha dado usted, Roger, — dijo después. — Yo sabía que era usted valeroso y noble, pero ha tenido con seguridad que hacer heroicos esfuerzos para haber realizado tan importante labor en tan poco tiempo.

—Nada hubiera podido hacer si no hubiese dispuesto del poder de que usted me dejó heredero, — díjole Roger. — Son estas alas las que, en realidad, han vencido a sus enemigos.

El anciano inventor movió la cabeza y sonrió con justificado orgullo.

—Usted me creía muerto, ¿no es así? — preguntó después de una breve pausa.

—¿Cómo había de pensar de otro modo? — preguntó Roger Fálcon. — Yo le ví caer de cabeza en las arenas movedizas y desaparecer por ellas instantáneamente. ¿Cómo ha sido posible que escapara usted a lo que parecía, en realidad, una trampa de muerte?

—Mi historia es de lo más extraordinario que se pueda imaginar, — manifestó Solo-

món Page. — Pero voy a narrársela lo mejor que me sea posible.

Calló durante unos instantes como para coordinar sus pensamientos, y después comenzó el relato de unas aventuras que, en realidad, eran de lo más asombroso que pudiera suceder a un hombre en el mundo.

—En primer lugar fué como si la Providencia hubiera dirigido mi caída cuando descendí hacia la superficie de las arenas movedizas, — comenzó. — Parece que caí diretamente en un sitio donde las arenas, mezcladas con gran cantidad de agua, giraban en torbellino, en un reducido área de rocas. El continuo movimiento giratorio de arena y agua durante años y años, en el mismo sitio, había desgastado la roca de tal modo que, llegado el momento, estuvo tan delgada que el peso de la arena y el agua se abrió paso por ella. Esto debió suceder aquella noche cuando mi caída, porque me hundí con asombrosa rapidez, y pude darme cuenta de que caía por un hueco por el cual la arena y el agua caían en raudal, abriéndose paso por el agujero recién abierto.

"Caí hacia otra superficie de arena situada a gran profundidad, y sin saber cómo, logré salir de aquella masa semi líquida que caía como una catarata dentro de una enorme caverna, y corrí hacia el túnel que ví en uno de los lados, procurando ponerme en salvo por si el caudal que se derramaba de lo alto llegaba a llenar la caverna, a pesar de ser tan grande. Seguí por el túnel durante unas cuantas docenas de yardas y me encontré en una caverna que comunicaba, por otro túnel, con otra caverna y así sucesivamnete, seguí por todo un sistema de cuevas situado debajo de Bleakwold e, indudablemente, unido a estas cavernas, de algún modo.

Hizo una pausa y Roger Fálcon esperó silenciosamente, que continuara.

—De pronto perdí el conocimiento, — prosiguió Solomón Page, — y cuando lo recobré me propuse hallar un conducto por donde salir de aquellas cuevas. Debí caminar durante varias horas. Cuando ya comenzaba a perder toda ilusión de dar con la salida renacieron mis esperanzas, porque sentí en el ambiente el olor a yodo del aire marítimo. Comprendí que no debía encontrarme lejos de una de las numerosas aberturas que hay en la pared de roca de la costa, que se encuentra frente al mar.

"En el momento en que me iba acercando ya a la salida y esperaba encontrarme de nuevo en mi caverna dentro de poco, oí el rumor de unas voces. Alguien se acercaba, hablando en voz alta. Un instante después, y en el momento en que yo comenzaba a

DISGUSTADO

El buzo (saliendo del fondo del mar, donde estuvo toda la tarde): — ¡Qué clavo! ¡Todavía lloviendo!

sentir nuevamente que me iban a faltar las fuerzas, aparecieron seis hombres, que traían luces. El aspecto de aquellos hombres me pareció tan sospechoso que retrocedí tambaleándome y me oculté detrás de un peñasco, a un lado de la cueva. Se me pasó, con la quietud, el mareo que había sentido de nuevo, y mientras permanecí oculto detrás de aquel peñasco pude oir con toda claridad lo que aquellos seis hombres hablaban. Discutían sobre el propósito que había motivado su presencia en aquellas cavernas. Según dijeron, habían acudido en busca de un antiguo mapa que debía estar oculto, desde hacía muchos años, en aquellas cuevas. Les oí decir que el mapa que buscaban había sido ocultado allí hacía tres siglos por un antiguo pirata.

Al oir esto, Roger Fálcon abrió mucho los ojos. Era aún joven y le emocionaban los relatos de aventuras en los que actuaban los novelescos piratas de otros tiempos.

—Aquellos hombres llevaban, sin duda, mucho tiempo buscando el escondrijo del antiguo mapa, sin dar con él, — explicó Solomón Page, — pero al cabo de un rato volvieron a su investigación, alejándose de la cueva. Yo no me moví de mi escondrijo, temeroso de que me vieran, y después de un cuarto de hora les ví regresar muy contentos; habían encontrado el mapa que, según les oí decir, indicaba el sitio donde estaba oculto un valioso tesoro. Como volvía a sentirme inseguro y mareado, consideré que aquellos hombres podrían ayudarme a salir de la cueva y, en un momento en que habían suspendido su conversación, salí de detrás del peñasco y me presenté a ellos.

"No me esperaba, en realidad, el resultado que tuvo esa actitud de mi parte, — prosiguió Page; — pues la verdad es que en cuanto se enteraron, pues yo no quise negarlo, de que había oído toda su conversación, los hombres aquellos se negaron terminantemente a consentir en que yo me separara de ellos. Con ellos pues, salí de las cuevas aquellas, y con ellos fuí en un bote que habían dejado amarrado junto a la orilla, a un hermoso buque que se hallaba anclado a unas dos millas de distancia de la costa. Me dijeron, una vez a bordo, que tenían el mejor deseo de servirme, pero que consideraban que estando yo enterado de su secreto, la más elemental prudencia les aconsejaba que no me dejaran volver a tierra, y en cambio hiciera el viaje junto a ellos.

—¡Oh! ¡Qué hermoso viaje! ¡Cómo me hubiera gustado ir en busca del sitio donde estaba enterrado un tesoro escondido por los viejos piratas! — exclamó Roger Fálcon, entusiasmado. — ¡No creo que pueda haber nada más emocionante que un viaje de esos, en busca de un tesoro!

—Yo no lo encontré así, por cierto, — replicó el anciano con leve sonrisa, — pero, sin embargo, no me quedó más recurso que ir. En su travesía, el buque llegó a una pequeña isla, casi un islote, situado en los mares del Sud, fuera de las habituales rutas de navegación, y en ese islote perdido en la inmensidad del desierto mar, los hombres que me habían obligado a ser su compañero de viaje, encontraron el tesoro indicado en el mapa hallado por ellos en las cavernas de Bleakwold. De improviso estalló una lamentable epidemia a bordo, y como fué precisamente el médico del buque el que primero se enfermó, hubo un momento en que mi novelesca aventura estaba a punto de terminar fúnebremente, en una lamentable tragedia.

"Por fortuna, — prosiguió el viejo inventor, — como yo entiendo bastante de medicina, me fué posible atender a los que habían caído enfermos, y la epidemia fué, por fin, dominada, volviendo a reinar a bordo la más excelente salud. Sin embargo, hice desinfectar y limpiar todo el buque para evitar que pudiera reproducirse la enfermedad, especialmente mientras navegábamos por mares tropicales bajo un sol que achicharraba y derretía la brea de las junturas de la tablazón de la cubierta. Los que así me habían llevado de viaje, agradecidos al servicio que les había prestado, accedieron a volverme al sitio donde me habían encontrado. El buque de los aventureros está anclado a corta distancia de la costa y hace una hora que descendieron un bote al agua y me trajeron a la playa, en la que pisé tierra firme aún no hace media hora.

—Su relato es realmente extraordinario,— comentó Roger Fálcon cuando Solomón Page hubo terminado de contar sus aventuras. Entonces, el muchacho alado agregó, pensativo: — Si esos cazadores de tesoros se consideran todavía en deuda con usted, que les salvó la vida, hay un modo de que puedan saldar, en forma muy conveniente, esa deuda.

—Estoy seguro de que harán cuanto yo les pida, — dijo rápidamente el anciano inventor.

—Entonces pídales que se lleven a los cuatro prisioneros en su buque, — dijo Roger. — Si Vulcan y sus compinches pueden ser depositados en algún lejano rincón del mundo, sin dinero, sin amigos, sin influencias que les ayuden, dejarán de ser una amenaza para las personas honradas. Yo no puedo tenerlos aquí en seguridad, y no es posible dejarles en libertad mientras usted se ocupa de reivindicar sus derechos legalmente, por medio de la justicia.

El anciano movió afirmativamente la cabeza, pensativo y con el ceño fruncido.

—Hablaré con mis compañeros de viaje, a fin de arreglarlo todo para que así sea, — contestó. — ¡Inglaterra se verá, por fin, libre de esos infames, que son peores que una epidemia!

NUEVOS PLANES

UNA hora más tarde, cuando el bote con Vulcan y sus cómplices a bordo, se alejó entre la media luz del crepúsculo, hacia el buqeu que estaba anclado mar afuera, y deaspareció por fin, el viejo inventor y Roger Fálcon se hallaban solos en las cavernas situadas debajo de la selva de Bleakwold.

—Usted ha demostrado ser un fiel amigo mío y de mi hija, Roger, — dijo el anciano. — Tardaré algún tiempo en dejar demostrado el derecho que tengo a las fortunas reunidas por mis enemigos explotando la invención que me robaron, pero cuando haya hecho eso usted me permitirá que le facilite dinero par que usted pueda emprender algo mediante lo cual se lea posible llegar a ser un hombre de posición.

Roger Fálcon movió negativamente la cabeza.

—No puedo pensar en llegar a ser nada, señor, — contestó, — hasta que haya demostrado que soy inocente del crimen por el cual me condenaron. Creo que Cedric Shafton está en condiciones de poder limpiar mi nombre de toda mancha, y me propongo dirigir todos mis esfuerzos en sentido de conseguir que diga la verdad.

—¡Lo comprendo, muchacho! — dijo Solomón Page con simpatía. — Haré todo cuanto me sea posible por ayudarle. Pero usted necesitará dinero, de modo que admita una parte de la suma que acaba de entregarme.

Se refería a la suma de dinero que Roger Fálcon había tomado de la cartera de Ralph Haythorn en los primeros días de su lucha contra los hombres que habían arruinado al inventor.

—Hasta que usted haya probado legalmente que tiene derecho a la posesión de ese dinero, no tiene usted que disponer de él, — recordóle Roger Fálcon. — Además, yo tengo lo suficente para mis necesidades. Estas alas inventadas por usted, — agregó, — son mucho más poderosas que todo el dinero del mundo.

—Esas alas son suyas, Roger; úselas todo el tiempo que quiera, — dijo el anciano. — Este extraño escondrijo, con todo lo que contiene, es también suyo hasta que usted haya reconquistado el derecho, que hoy se le niega injustamente, a vivir entre los demás hombres.

—No pido más, — dijo Roger Fálcon tranquilamente.

—Es fácil que durante algún tiempo le veamos con poca frecuencia, Roger, — dijo Page, — pues me propongo llevar a Viola a Londres conmigo, lo más pronto posible. Allí daré los pasos necesarios para que entre en un buen colegio. La pobre niña no ha tenido oportunidad de tratar con otras niñas de su edad. Deseo darle ocasión de olvidar su triste y angustioso pasado.

Solomón Page se acercó a Roger Fálcon, apoyó ambas manos en sus hombros y después, abrazándole, le estrujó contra su pecho.

—¡Gracias por todo, Roger! — dijo muy emocionado. — Y ahora, lléveme usted a ver a mi hija. ¡Sea lo que sea lo que me reserve el futuro, querido amigo, quiero que esta noche seamos todos felices, muy felices!

Fin de "JUSTICIA ALADA"

(Continuación de "JUSTICIA ALADA")

LA MISION DE ROGER FALCON

UN muchacho, que no aparentaba tener más de diez y siete años, se hallaba sentado en una espaciosa caverna subterránea, donde había taburetes, una mesa, una estufa y algunos otros objetos y muebles sencillos pero muy útiles.

Ese muchacho era Roger Fálcon y con él, en la espaciosa caverna, se hallaba su compañero y amigo, el pequeño Micky Wilde, un jovencito jovial y movedizo que ya había conquistado algunos éxitos como boxeador de "peso mosca".

De repente, Roger Falcon se levantó del taburete en que estaba sentado hacía un rato.

—Micky, — dijo con voz grave y lenta, — usted ha sido para mí un excelente compañero y un amigo de verdad desde el primer día en que vino a vivir a mi lado en este mi domicilio subterráneo. Pero he pensado muy seria y detenidamente sobre este asunto y he llegado a la conclusión de que usted no puede permanecer aquí por más tiempo.

—¿Cómo? — preguntó rápidamente el

muchacho. — ¿Qué es eso? ¿Pretende usted decir que debo irme? ¿Me arroja usted de su lado? ¿Por qué, vamos a ver? ¿Qué he hecho yo para merecer semejante ofensa?

—No ha hecho usted nada, estimado Micky, — contestó Roger Falcon cariñosamente. — Se debe usted ir por su propio bien. Es usted todavía un muchacho, pero ya ha demostrado que tiene condiciones más que suficientes para llegar a ser un excelente boxeador.

—¿Y eso qué tiene que ver? — preguntó Micky.

—Tiene que ver, porque usted está perdiendo aquí el tiempo, un tiempo realmente valioso, — insistió Roger.

"Yo soy un presidiario evadido del establecimiento penal de Bleakwold, y me veo obligado a ocultarme en estas cavernas, donde tendré que vivir hasta que haya podido demostrar que no soy culpable del crimen por el cual se me condenó.

—¡Y yo tengo que estar aquí, con usted, hasta entonces! — replicó Micky con toda energía. — Usted ha dicho hace un momento que tengo condiciones suficientes para ser un excelente boxeador. ¡Pues bien, si usted vuelve a decirme algo más respecto a eso de que yo me vaya de su lado, voy a darle una demostración de mis excelentes condiciones de boxeador aplastándole la nariz con toda elegancia, amigo mío!

Roger Falcon se sonrió. El era también un muchachó y consideraba valiosísima la jovial amistad de Micky.

—¡Muy bien, Micky! — dijo Roger, riendo. — No me olvidaré de eso, y si usted se empeña en no irse de mi lado... pues bien, lo único que me resta es alegrarme de que así sea y felicitarme porque tengo un compañero tan bueno como usted.

—Usted no va a lograr echarme de su lado por mucho que lo intente, Roger, — dijo Micky. — Llevo algún tiempo viviendo en la misma mansión que usted y ahora he decidido quedarme en su casa hasta que usted haya dado por terminado su trabajo.

—¡El trabajo de demostrar que soy inocente del odioso crimen de que se me cree autor! — murmuró Roger Falcon. — ¡No va a ser, por cierto, una tarea liviana! ¡Me acusaron de haber dado muerte a sir Piercey Shafton, un hombre a quien no había visto jamás!

—¡Estoy seguro de que Cedric Shafton, el que heredó toda la cuantiosa fortuna de sir Piercey sabe, sobre este crimen, mucho más de lo que usted sabe, Roger! — observó Micky con seriedad.

—Estoy plenamente seguro de que es así — asintió el mayor de los dos muchachos, — pero no dispongo de pruebas de ninguna clase. Estoy convencido de que si Shafton no fué el que materialmente cometió el crimen, fué, sin embargo, el que hizo que alguien lo cometiera.

—¡Y después hizo recaer la culpa sobre usted para salvar el pellejo! — excamó Micky. — ¡Por vida de un demonio! ¡Si yo le tuviera a mi alcance le daría algo para que no se olvidara de mí en todo el resto de su vida!

Y llevando por el impulso de sus sentimientos, Micky cruzó la cueva y comenzó un violentísimo ataque contra una "puchingball" que tenía instalada para ejercitarse en el boxeo.

—¡Ah! ¡Ahora me siento mejor! — dijo por último cuando volvió, jadeante, al sitio donde estaba Roger Falcon. — Cuando usted haya probado su inocencia y la culpabilidad de Shafton, no se olvide dejarme unos minutos solo con él, antes de que lo detenga la policía.

Roger Falcon no contestó. Se había quedado inmóvil, mirando fijamente a la pared que tenía delante.

—En un tiempo supuse que yo había sido víctima de un error, Micky, — dijo después de una pausa, — pero ahora estoy plenamente convencido de que se me acusó a propósito, para que se me condenara como autor del crimen. En una ocasión en que visité el Castillo de Gaunt, es decir, el domicilio de Cedric Shafton, encontré allí, en una celda, encerrado, a un muchacho que era enteramente igual a mí.

—Es verdad, pero murió antes de que pudiera decirle a usted por qué razón le tenían encerrado en aquella celda, — agregó Micky Wilde.

—Supongo que a aquel pobre muchacho lo utilizaron para hacer que me acusaran del crimen, Micky, — dijo Roger, después de un momento de pausa. — El y yo nos parecíamos tanto, que con toda facilidad podía creer el que le había visto en alguna parte, que me había visto a mí.

—De todos modos es a Cedric Shafton al que debe usted arrebatar el secreto, — observó Micky. — Si yo estuviera en su lugar iría al Castillo de Gaunt y trataría de ver si Cedric Shafton se asustaba y decía la verdad amenazándole con denunciarle o mejor dicho, acusarle del crimen.

Roger Fálcon inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Iré en cuanto anochezca, — dijo, enteramente decidido. — Y ahora, olvidemos por un momento nuestras preocupaciones, Micky, y procedamos a ejercitarnos como de costumbre.

Un minuto después, los dos muchachos comenzaron sus diarios ejercicios. Desde que vivían juntos en las cavernas situadas debajo de Bleakwold, habían llevado a su escondrijo todo género de aparatos y habían llegado a instalar un pequeño gimnasio, bastante completo.

Aquel día comenzaron con algunos saltos, tanto de altura como de longitud, y después hicieron un rato de movimentos con los manubrios. Terminados estos ejercicios dedicaron diez minutos a los destinados a dar elasticidad al cuerpo.

Terminaron con tres "rounds" de boxeo con guantes, y terminado esto se consideraron en condiciones para hacer los honores a una sencilla pero nutritiva comida

A las ocho de la noche, Roger Fálcon, acompañado por su compañero y amigo, pasaba de la caverna grande a la que Roger utilizaba como taller.

De un cofre de madera que estaba en medio de aquella caverna, sacó Roger un par de enormes alas negras y se las sujetó a los hombros por medio de unas correas.

Entonces, habiéndose asegurado de que todo el mecanismo de aquellas alas estaba en condiciones de funcionar bien, Roger se puso un antifaz de seda que le cubría la mitad superior del rostro.

—¡Ha sido una suerte que el viejo Solomón Page, el notable inventor, le diera a usted esas alas mecánicas! — exclamó Micky. — Tienen una importancia enorme para el que se halla en una situación como la suya, Roger.

—Sin ellas me ncontraría enteramente desamparado, — reconoció Roger. — Estas alas constituyen una fuerza poderosísima; pueden aún más que el dinero, a pesar de que el dinero es tan poderoso. Yo pienso utilizarlas para favorecer a las personas honradas que necesiten auxilio, si me es posible, Micky. Tengo que cumplir una misión, pero mientras tanto, creo que también me será posible auxiliar a los demás.

"El "Joven Alado" ocupa su sitio de combate junto a los débiles maltratados y contra los fuertes y malvados, — prosiguió en voz baja. — Su tarea será castigar al opresor y hacerle comparecer ante la jutsicia. ¡Hay tantas víctimas que necesitan tener quien les ayude!

Salió, junto con Micky, de aquella caverna, y pocos minutos después emergía de un oscuro túnel a la extensa playa situada al pie de la pared de roca que terminaba en el borde de la costa alta.

—¡Buenas noches, Micky! — dijo el joven alado, estrechando la mano de su compañero. — Espero encontrarme de vuelta antes del amanecer.

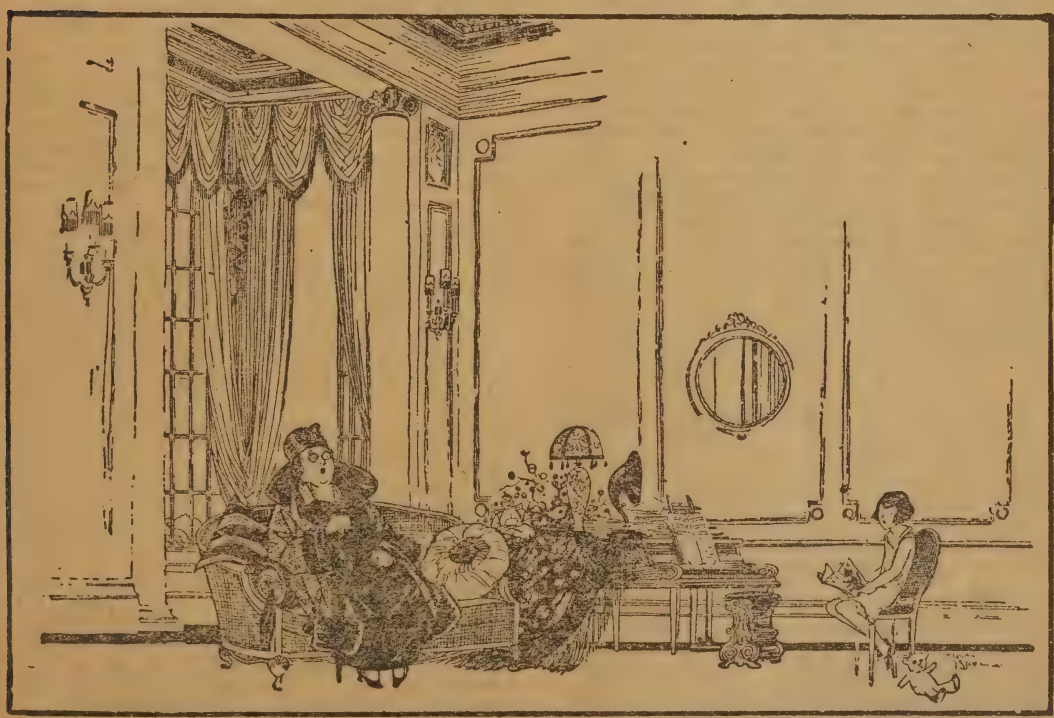
—¡Buena suerte, Roger! — dijo Micky Wilde cordialmente. — ¡Espero que su paseo nocturno le resulte agradable!

Un momento después, las mecánicas alas de Roger empezaban a batir lentamente, y así se elevó de la playa hacia la oscuridad de la noche.

Durante unos momentos, Micky Wilde, el joven boxeador "peso mosca", se quedó inmóvil, junto a la orilla del mar, en aquel momento tranquilo y sereno.

—¡Qué noche más encantadora para dar un paseo! — murmuó, pasados unos instan-

La precaución de mamá



La visitante (de bastante peso): — Veo que esta tarde estás muy juiciosa, María; desde que vine no te has movido de tu asiento.

María (confidencialmente): — Es que mamá tiene miedo que usted vaya a sentarse en esta silla endeble, así que tengo que estar sentada en ella hasta que usted se vaya.

tes. — Me parec que voy a dar una vuel:a... ¡Me dirigire al Castillo de Gaunt, :ambién yo!

¡ATRAPADO!

EN la espaciosa biblioteca del Castilol de Gaunt estaba sentado Cedric Shafton el propietario de aquel antiguo y tétrico edificio que había resistido a los embates de cuatro siglos de existencia en aquella región, tan frecuentemente azotada por vendavales y tempestades.

Shafton tenía aspecto de hallarse nervioso y preocupado, mientras, sentado ante su escritorio, su mano, en la que tenía un lápiz, trazaba líneas en el blanco papel secante de la carpeta.

Shafton dibujaba máquinalmente, y hasta que hubo terminado no se dió cuenta de que su mano había trazado lo que preocupaba a su mente en aquellos instantes.

Porque había dibujado la negra silueta de un hombre, dotado de grandes alas, y volando.

—¡Bah! — exclamó con impaciencia, arrojando el lápiz en la mesa y levantándose. — ¡Soy un tonto cuando así me preocupo! ¿A qué pensar en el misterioso alado? ¡Por muy poderoso que sea, no podrá probar nunca que tuve algo que ver en el asesinato de mi tío sir Piercey!

Cruzó la biblioteca y fué hasta la ventana. Descorrió las cortinas y miró hacia la oscuridad exterior. La noche era muy oscura, casi no se veía brillar ni una sola estrella en el cielo. Cedric Shafton encendió un cigarrillo y comenzó a fumar.

—No hay nada en esta casa que pueda traicionarme, — murmuró tétricamente. — He sido bastante cauto. No ha quedado ningún papel comprometedor, y yo soy la única persona viviente que conoce la verdad.

Estos pensamientos parecieron satisfacerle, hasta que, de pronto, frunció el ceño. Acababa de recordar a un infeliz muchacho vagabundo al que había tenido prisionero en la torre del lado Sud, del Castillo de Gaunt.

—Aquel joven me sirvió admirablemente, a causa de su parecido con Roger Fálcon, — murmuró Cedric Shafton. — Pero desde que murió no he examinado nunca su celda. Es conveniente que me cerciore de que no dejó rastro en el sitio donde estuvo encarcelado. — Es necesario que me sienta convencido de que el pasado está muerto y enterrado, y de que puedo gozar en plena tranquilidad de la cuantiosa fortuna que he heredado de mi difunto tío.

Tomó una lámpara que estaba en la mesa, cruzó la habitación y salió de ella al espacioso hall. En el hall había uan ancha escalera de roble, y hacia ella se dirigió Shafton. A cabo de un momento estuvo en un pasillo. Al final de éste había una gruesa puerta de roble.

Cedric Shafton abrió aquella prueba con una de las llaves que tenía en su llavero. Pasó por la puerta en seguida y subió por una escalera de caracol de peldaños de piedra.

Después de muchos escalones llegó al balcón interior de la torre del lado Sud del Castillo de Gaunt.

La noche era tranquila y silenciosa. Por entre los árboles empezaba a verse la luna que salía en aquel momento, del otro lado del río que corría por un cauce rondo, al pie mismo de las murallas del castillo. El paisaje, visto desde las almenas del balcón de la torre, era de grandísima belleza.

Pero Shafton no se interesaba por el paisaje. Dedicó su atención inmediatamente a la pared de la torre que se alzaba, rodeada por las almenas.

Con la mano oprimió un determinado sitio de la superficie de granito, y un momento después, una parte de la pared de piedra se abría. Shafton penetró presuroso por el hueco, y la puerta de piedra se cerró de nuevo.

Se encontró en un estrecho pasadizo por el que avanzó hasta llegar a otra puerta.

Esta puerta no tenía más cierre que un pestillo de resorte, colocado del lado de fuera, y Cedric Shafton volvió la manija de hierro que movía el pestillo.

Abrió la puerta y, con la lámpara en alto, penetró por ella.

Durante unos momentos, sosteniendo la puerta con una mano, permaneció de pie mirando en redor y mirando con atención todo el interior de la sucia celda.

En tamaño y aspecto aquello parecía la celda de un presidio, pues sus paredes eran lisas, y el único mueble que había en ella era una tarima que hacía las veces de cama.

Frente a la puerta había, en la otra pared, una ventana enrejada, cuyos vidrios estaban rotos. Por esta ventana entraban los rayos de la naciente luna.

Cedric Shafton, a pesar de toda su dureza de sentimientos, se estremeció cuando miró hacia el interior de aquella tenebrosa celda, y pensó cuáles podían ser los pensamientos de quien se viera encerrado en ella.

Mientras Cedric Shafton se hallaba de pie junto a la puerta de la celda, del lado de dentro, un murciélago se desprendió de uno de los tirantes del techo y revoloteó en forma que casi le tocó la cara al dueño del Castillo de Gaunt.

Shafton lanzó un grito de asco y de horror y soltó la puerta para espantar, — con la mano con que la sostenía abierta, — al importuno murciélago, si volvía a presentarse.

Casi en seguida se oyó un chirrido seguido de un golpe y de un ¡clic! metálico. La puerta de la celda se había cerrado, corriéndose automáticamente el pestillo de resorte.

Con los ojos dilatados por el terror y con el rostro blanco como la cal, Cedric Shafton se volvió y miró hacia la cerrada puerta.

No era de extrañar que su corazón pareciera cesar de latir y que la sangre se le helara en las venas. Nadie sabía mejor que él que la sólida puerta de aquella prisión de piedra sólo podía abrirse del lado de fuera.

Se encontraba, por lo tanto, prisionero. La celda de la torre se hallaba en una parte del Castillo de Gaunt a la que no iban nunca los sirvientes. Shafton, personalmente, les había prohibido con toda energía, que se acercaran a la torre del Sud y los sirvientes, temerosos del castigo de que podía hacerles víctima su irascible patrón, se guardaban, por cierto, de aproximarse a aquel lado del viejo edificio.

¡Se encontraba atrapado! Atrapado en la horrenda prisión dondde él, en otro tiempo, había encerrado a otro, la celda sombría en la que unos días de permanencia, aún cuando no le faltaran alimentos, eran capaces de enloquecer a cualquiera.

Cedric Shafton pensó en la situación en que se hallaba, y el pensar en ella le hizo temblar de tal modo que la mano con la que sostenía la lámpara pareció perder, de improviso, toda fuerza, y la lámpara cayó, dió contra el piso de piedar y se hizo añicos.

Desde aquel momento, sólo los espectrales rayos de la luna iluminaron pobremente la sucia y mohosa prisión donde Cedric Shafton se encontraba encerrado.... Encerrado y condenado a morir de hambre y de sed, lentamente, sin que nadie pudiera pensar en acudir a aquel sitio en su busca.

EL MENSAJE DECISIVO

CON paso inseguro, tambaleándose como un ebrio, Cedric Shafton se acercó a la ventana. Durante algunos minutos permaneció allí, gritando lo más fuerte que pudo, pidiendo socorro, aún cuando estaba enteramente seguro de que no era posible que le oyera nadie.

Por último, fatigado y ronco, se separó de la ventana, y con un amargo sollozo de angustia, se sentó en la tarima.

Mientras se hallaba sentado en la dura cama de madera, sus ojos vieron de improviso algo que sobresalía de una grieta que había en la pared de piedra. La luz de la luna daba directamente en aquel objeto.

Shafton se levantó y, metiendo los dedos en la grieta de piedra, sacó de allí aquel objeto.

Era una hoja de papel, escrita con lápiz de los dos lados.

Instantáneamente olvidó Cedric Shafton la horrible situación en que se hallaba, pues vió en seguida que aquel papel era un mensaje escrito por el infeliz muchacho que había estado prisionero en aquella celda.

Shafton volvió a acercarse a la ventana y levantó el papel que había hallado, de modo que la luz de la luna, pasándole por encima del hombro, diera en el mensaje.

Después comenzó a leer, y tanto le interesó la lectura que no llegó a darse cuenta de que un rostro enmascarado miraba el papel por entre los barrotes de la reja, de un lado de la ventana.

Aquel rostro era el de Roger Fálcon, el Joven Alado, cuyos brillantes y perspicaces ojos leían lo que decía el papel, al mismo tiempo que Cedric Shafton.

Se trataba de un asombroso documento, escrito con mala letra y peor ortografía, — que no se intentará reproducir, por cierto, — pero que enteraba a Roger Fálcon de varios detalles que hasta entonces habían sido un misterio para él.

Decía así:

" Estoy encerrado en esta fría habitación
" de piedra, y estoy seguro de que voy a
" morir aquí. No soy más que un niño, y
" me conocen por el nombre de Billy. No
" creo tener otro nombre. Aún cuando no
" tengo ni familia ni hogar, he vivido siem-
" pre feliz hasta el día en que me encontré
" con el hombre que me tiene encerrado
" aquí.

" Ese hombre me dijo que si yo iba a
" buscarle al bosque de Fontaine aquella
" noche, él me proporcionaría casa donde
" pudiera habita ry trabajo que me paga-
" rían bien. Yo fuí al bosque de Fontaine
" pasando por el camino por donde él me
" dijo que pasara. En el camino me crucé
" con varias personas que me saludaron dán-
" dome un nombre que no era el mo. Creo
" que me confundieron con algún otro mu-
" chacho que debe parecerse mucho a mí.

" Fuí al bosque de Fontaine, y allí me
" encontré con el hombre. Casi en seguida
" de verme, y en un momento en que yo
" estaba descuidado, me tapó la boca con
" un trapo para que yo no gritara pidiendo
" socorro, y tomándome de la mano me hi-
" zo caminar rápidamente a su lado, salien-
" do del bosque. Mientras salíamos del bos-
" que yo ví en el suelo algo que me pare-
" ció que era el cuerpo muerto de un hom-
" bre anciano.

" Después de eso no recuerdo absoluta-
" mente nada, porque perdí el conocimien-
" to, y cuando lo recobré, ya me encontraba
" encerrado en esta celda.

" Un día en que el hombre que me había
" encerrado aquí, vino a verme, se dejó ol-
" vidado un diario que traa en la mano. En
" ese diario leí que su nombre era Shafton,
" — porque el diario tenía todavía pegada
" la etiqueta con que lo habían echado al
" correo. También leí una noticia en la que
" el diario decía que un muchacho había si-
" do condenado a presidio como autor de
" la muerte de un hombre anciano cuyo ca-
" dáver había sido hallado en el bosque de
" Fontaine.

" Antes de que yo pudiera leer bien toda
" la noticia, entró de nuevo Shafton y me
" quitó el diario.

" Ahora estoy muy cansado, pero me pro-
" pongo escribir más, mañana. Estoy con-
" vencido de que se hombre, lo que quiso....'

Así terminaba el mensaje. Cedric Shafton se pasó la mano por la frente, cubierta de frío sudor.

Levantó luego la vista, y lo primero que vió fué el rostro enmascarado del Joven Alado, que le miraba por la ventana.

Retrocedió rápidamente, y así evitó que Roger Fálcon le arrebatara el importante papel de sus temblorosas manos.

El Joven Alado miró fijamente, desde fue-

ra de la ventana, al dueño del Castillo de Gaunt, y éste tomó el papel con ambas manos, como si fuera a rasgarlo.

—¡No destruya ese papel! — le interrumpió el muchacho con enérgica voz. — ¡Si lo destruye, destruirá usted toda esperanza de seguir viviendo! Hace unos minutos, mientras yo volaba en torno del castillo, oí que usted gritaba pidiendo socorro, y por eso vine a ver qué era lo que le sucedía.

Las palabras de Roger Fálcon recordaron a Shafton la triste situación en que se encontraba.

—Usted está encerrado ahí dentro, y si yo no le saco, morirá de hambre, pues nadie sabe dónde está, y usted ni puede salir ni puede avisar a nadie, — agregó el Joven Alado. — ¡Yo le salvaré la vida si usted me entrega ese papel!

—¡Si yo el entrego este papel, usted me hará condenar a muerte! — tartamudeó el hombre.

—¡Ah! ¡Usted sabe que ese documento demostrará que fué usted el autor de la muerte de sir Piercey Shafton! — replicó Roger Fálcon, que disimulaba con gran esfuerzo la emocinó que sentía ante el descubrimiento que había hecho aqulla noche. — Usted puede escoger lo que más le convenga. Puede quedarse aquí y perecer miserablemente o puede darme ese papel y después desaparecer del país antes de que la policía haya podido dar con su pista. ¡Elija!

Cedric Shafton vacilaba, perplejo. Sabía que los segundos pasaban y que no tenía, si quería seguir con vida, más recurso que aceptar el ofrecimiento del Joven Alado.

—¡Acepto! — dijo por último y con voz ronca. — ¡Le entregaré a usted el papel si me saca de aquí!

—¡Es necesario que yo tenga el papel en mi poder antes de que le saque de donde está! — dijo Roger Fálcon sonriendo. — No tengo ninguna fe en su palabra, a pesar de que, si se quiere salvar, no tiene más recurso que confiar en mí.

Cedric Shafton hizo una mueca de furor, enseñando los dientes, y después, adelantando la mano en que tenía el documento, la pasó por entre los barrotes de la reja y Roger se apoderó del papel que demostraba su inocencia.

Cuidadosamente se guardó Roger Fálcon el papel en el bolsillo, y después sacó un aparato que parecía una antorcha eléctrica.

Era, en realidad, una lámpara de radio que emitía rayos calóricos tan poderosos que no había material que se les resistiera. Este poder quedó demostrado pocos momentos después, cuando las barras que formaban la reja de la ventana cayeron, destruídas por aquel calor intensísimo, y el hueco quedó enteramente libre de todo impedimento.

El Joven Alado tomó a Cedric Shafton en brazos y lo sacó por la ventana, agitando lentamente sus mecánicas alas. En cuanto estuvo fuera de la celda, Roger Fálcon descendió con lentitud hacia el parque del Castillo de Gaunt.

Cuando se hallaban a pocos pies del suelo, Cedric Shafton levantó la cabeza y miró hacia el enmascardao rostro del muchacho.

—Haga el favor de llevarme a la biblioteca, — dijo con voz muy débil. — Tengo mucho que decirle, y si usted me da oportunidad de escapar del país sin que me prendan, yo le diré enteramente todo.

El joven asintió mediante una inclinación de cabeza.

Pisó tierra junto a las puertas de la biblioteca y puso a Shafton en el suelo. El dueño del Castillod e Gaunt entró en la biblioteca, seguido de Roger Fálcon.

—¡Me siento vencido y voy a hacer todo cuanto me sea posible por salvarle! — dijo Cedric Shafton, con voz temblorosa y apoyándose, como si se sintiera sin fuerzas para sostenerse en pie, en la mesa escritorio que etaba en medio de la habitación. — Abra el cajón central de este escritorio, — agregó. — En él enconrtará usted un sobre sellado.

Roger Fálcon se acercó rápidamente al cajón y lo abrió. En el momento en que se inclinó hacia el cajón, Cedric Shafton tomó una pesada regla, redonda, de ébano, que estaba en la mesa y con ella golpeó con todas sus fuerzas, en la cabeza del Joven Alado.

Roger Fálcon se desplomó en la mullida alfombra, sin lanzar ni siquiera un gemido.

Shafton se acercó de un salto a él, e inclinándose, sacó del bolsillo del muchacho el comprometedor documento.

Con los ojos relucientes de maldad y de contento, el dueño del Castillo de Gaunt se irguió triunfador.

En aquel mismo momento, la puerta donde habían entrado él y Roger Fálcon se abrió de nuevo y entró por ella, a toda prisa, una figura pequeña, ágil y movediza.

¡Era la de Micky Wilde, el muchacho boxeador!

EL MUCHACHO BOXEADOR

EN el alfombrado piso de la espaciosa biblioteca del Castillo de Gaunt estaba tendido, desmayado, Roger Fálcon, el Joven Alado. Cedric Shafton se inclinaba hacia él y tenía en la mano el papel que, presentado a los jueces, demostraría la inocencia de Roger y la culpabilidad del mismo Shafton.

En este momento dramático fué cuando se abrió una de las puertas vidrieras que daban a la terraza que dominaba el hermoso jardín del castillo y entró en la biblioteca, saltando con agilidad asombrosa, un hombrecito delgado y nervioso.

Era este Micky Wilde, el compañero fiel de Roger Fálcon, el pjovencito boxeador.

A Micky Wilde le relucían los ojos; tenía el rostro rojo de excitación. Como un verdadero torbellino entró en la biblioteca y fué en línea recta hacia donde se encontraba Cedric Shafton, el dueño del castillo.

Dos veces, en rápida sucesión, los puños de Micky Wilde entraron en movimiento. El primer golpe dióle a Shafton en la nariz, y

el segundo, mucho más fuerte que el primero, le dió en la punta de la mandíbula.

Este golpe fué de dos que dejan "knock-out" a cualquiera, así que no fué de extrañar que Cedric Shafton se desplomara en la mullida alfombra y se quedara allí, tendido inmóvil.

Micky Wilde se dirigió entonces a donde estaba Roger Fálcon y con gran esfuerzo, le levantó del suelo. La tarea era difícil para Micky a pesar de que el muchacho era fuerte, porque Roger era más alto y más pesado que él.

Por fortuna, Micky era fuerte y estaba bien entrenado, así que no sólo consiguió levantar a su amigo, sino que salió de la biblioteca a la terraza y descendió al jardín, alejándose un buen trecho con él.

Por entre los árboles, a corta distancia delante de él, Micky distinguió las relucientes aguas del Estanque Silencioso. Se dirigió hacia el estanque, avanzando con tardo paso, bajo la carga que representaba el cuerpo de Roger, temiendo siempre que Cedric Shafton hubiera recobrado los sentidos y emprendido su persecución.

Llegó a la orilla del Estanque Silencioso y miró hacia atrás. Las puertas de la biblioteca, que daban a la terraza, estaban tal como él las había dejado, abiertas, de par en par, pero no se veía señal alguna de que Shafton hubiera recobrado los sentidos y hubiese salido en busca d los dos muchachos.

Micky Wilde se quitó la gorra y la empapó en el agua del estanque. Después quitó a Roger el antifaz que le ocultaba la parte superior del rostro y mojó repetidas veces, la cara del Joven Alado.

El frío del agua pronto produjo su efecto en el joven desmayado, pues al cabo de menos de dos minutos, Roger Fálcon abrió los ojos y miró hacia el rostro, siempre alegre y jovial, de su fiel compañero Micky.

—¡Hola, Roger! — exclamó Micky. — ¿Qué tal? ¿Cómo se siente ahora?

—Un poco mareado, pero nada más, Micky, — respondió el Joven Alado. — ¿Qué es lo que me ha sucedido?

—Casi no lo sé; mejor dicho lo ignoro. Yo le ví a usted desmayado, tendido en la alfombra, en una de las habitaciones del castillo y ví que Shafton estaba de pie, a su lado, — explicó Micky. — Al ver eso entré rápidamente y le dí a aquel tipo un par de golpes que lo dejaron inmóvil. Después lo tomé a usted en brazos y le traje aquí.

La rápida explicación del muchacho desperté la memoria de Roger y en cuanto recordó todo lo que le había sucedido aquella noche, llevó la mano al bolsillo.

—¡No está! — exclamó el Joven Alado, con amargura.

—¿Qué es lo que no está? — preguntó rápidamente Micky Wilde.

—Yo tenía una hoja de papel en este bolsillo, — explicó Roger Fálcon con tristeza; — era un documento con el cual hubiera demostrado mi inocencia probando a la vez, que Cedric Shafton es un grandísimo canalla. ¡Pero el papel ha desaparecido mi querido Micky!

—Cedric Shafton tenía una hoja de papel en la mano cuando yo entré en la biblioteca, — manifestó Micky.

"Tenemos que volver inmediatamente al castillo. Yo desmayé a Shafton mediante un golpe en la mandíbula, y puede ser que no haya podido retirarse de la biblioteca, todavía.

Roger Fálcon se puso el antifaz que le dió su compañero, y los dos muchachos se dirigieron al castillo de Gaunt inmediatamente.

Se hallaban a cien yardas de la terraza cuando miraron hacia la biblioteca y vieron que Cedric Shafton paseaba de un lado a otro, por delante de la puerta.

—¡Adelante, Roger! — exclamó Micky Wilde, adelantándose con paso rápido y elástico. — ¡Es necesario que nos apoderemos de ese importantísimo documento!

¡En el mismo momento en que el muchacho boxeador se expresaba en esa forma, la luz de la biblioteca se apagó!

Corriendo, los dos jóvenes subieron a la terraza y entraron en la oscura habitación unos segundos después. Roger encendió la lámpara eléctrica que llevaba sujeta a la muñeca.

Dirigió su haz de luz en redor, y sus peores temores se vieron confirmados. ¡Cedric Shafton y con él el importantísimo documento que estaba en su poder, habían desaparecido!

EL ROSTRO PINTADO

CON todo cuidado y la mayor atención miró Roger Fálcon en redor, examinando toda la vasta biblioteca, y después se volvió hacia su compañero.

—¡Hemos llegado tarde! ¡Sólo unos pocos segundos tarde, Micky! ¡Pero se nos ha escapado el pillastre! — exclamó.

—No veo por qué no hemos de dar una vuelta por el interior del castillo, en busca de Shafton, — dijo Micky. — No puede haberse alejado mucho en ese tiempo.

Roger abrió una puerta que daba al interior del castillo y pasó por ella.

El viejo y tétrico castillo parecía estar envuelto en el más completo silencio. El calzado de suela de góma de Micky y Roger no hacía ruido alguno mientras los dos muchachos cruzaron el hall y subieron por la ancha escalera de roble.

Roger sabía donde estaba el dormitorio de Cedric Shafton y hacia él se dirigió. Pero el hombre a quien buscaba no se encontraba allí.

—Me parece que será inútil todo cuanto hagamos, Micky, — dijo Roger Fálcon, en voz muy baja, a su compañero. — A estas horas, Shafton, con toda seguridad, ha destruído el documento que demostraba mi inocencia y su culpabilidad. Sin ese documento en su poder el hombre no me importa gran cosa.

Los dos muchachos avanzaron por una an-

cha y larga galería, en cuyas paredes había numerosas panoplias con armas antiguas de todas clases.

A Micky Wilde le llamaba poderosamente la atención aquel verdadero museo de armas de todas épocas. De pronto se detuvo a mirar de cerca una daga de forma muy extraa que estaba puesta en un gancho de bronce dorado, clavado en uno de los tableros del revestimiento de roble de la pared.

Sin darse cuenta de que su compañero se había detenido, Roger Fálcon siguió avanzando. Cuando hubo caminado una veintena de pasos, se detuvo y escuchó con suma atención.

Un rápido ruido metálico que sonó a su espalda, le hizo volverse precipitadamente. No vió nada que se moviera. ¡Pero Micky Wilde había desaparecido! ¡Había desaparecido tan inesperadamente y tan completamente que se hubiera dicho que el suelo se había abierto para tragarle!

Alarmadísimo, pensando en lo que pudiera pasarle a su querido compañero y amigo, Roger Fálcon retrocedió algunos pasos, a toda prisa.

Otro ruído llegó a sus oídos en aquel momento, y Roger Fálcon se volvió de nuevo. Esta vez vió que, en lo Nto del tramo de escalera que conducía a la ancha galería donde él se encontraba, hallábase Cedric Shafton en persona.

Roger Fálcon llevó la mano al bolsilo en procura de la única arma que llevaba, — la poderosa antorcha calórica de radio, inventada por el viejo Solomón Page y cuyos rayos de calor fundían instantáneamente lo mismo el hierro que la piedra, — con la que podía dejar inutilizado a cualquier adversario en pocos segundos.

Examinó el Joven Alado su terrible arma y con la angustia que es de suponer, se dió cuenta instantáneamente de que la antorcha de radio no estaba en condiciones de funcionar. Se le había roto, — seguramente cuando Roger cayó desmayado en la biblioteca, — la pequeña clavija que hacía funcionar el mecanismo. Mientras no pusiera una nueva clavija, — y esto tenía que hacerlo en su taller mecánico de la subterránea cueva de Bleakwold, — la antorcha resultaba enteramente inútil.

Podía huir, pero Roger Fálcon no podía pensar en hacer tal cosa mientras no hubiera descubierto qué había sido de su compañero Micky Wilde. No abondonaría el Castillo de Gaunt sin que le acompañara el muchacho boxeador.

Cedric Shafton lanzó un grito en cuanto vió a Roger Fálcon. Sacando, — mediante un violento tirón, — una espada, de una de las panoplias que había en la pared, el dueño del Castillo de Gaunt dió con la acerada hoja, un fuerte golpe en la redonda campana de un enorme gongo, que colgaba cerca de la escalera.

El sonoro tañido de alarma resonó poderoso en el silencio que reinaba en el viejo y extenso caserón. El sonido fué tan fuerte que seguramente debió oirse hasta en la remota parte del castillo donde estaban las habitaciones de la servidumbre.

Mientras el vibrante sonido del broncíneo gongo enviaba sus ondas sonoras a todos los ámbitos del castillo, Cedric Shafton avanzó rápidamente.

El Joven Alado, — después de convencerse de que no podía utilizar su antorcha de radio, y de guardársela nuevamente en el bolsillo, — se aproximó a la pared y tomó otra espada de una de las panoplias de la galería. Con el arma en la mano, esperó a pie firme y en guardia, el ataque de su enemigo.

Se oyó poco después el ruido metálico que hicieron los aceros al chocar el uno con el otro. Y allí, en aquella antigua galería adornada con armas de todas las antiguas épocas, comenzó el duelo, un duelo a muerte, en el que ninguno de los dos adversarios cedería ante el otro antes de que se viera obligado a ello.

El hombre y el muchacho esgrimieron sus armas yendo hacia uno y otro lado. Pero el duelo fué desigual desde el primer momento. Roger Fálcon no conocía absolutamente nada de esgrima, mientras Cedric Shafton era un habilísimo tirador.

Pero Roger Fálcon tenía un corazón superior al de su adversario y peleaba en defensa de una causa noble, además de poseer la agilidad y las energías de la juventud. Por eso consiguió durante cerca de dos minutos, desviar todos los golpes que le dirigió Cedric Shafton, a pesar de toda la ciencia y la habilidad del dueño del Castillo de Gaunt.

Poco a poco la experiencia y la pericia fueron sobreponiéndose y Cedric Shafton hizo que el muchacho se viera obligado a retroceder. Así fué cómo, paso a paso, desesperado, se vió luchando contra el otro, de espaldas a la pared revestida de tableros de roble.

El Joven Alado tenía puesto su traje de malla de acero, así que Cedric Shafton no podía herirle en el cuerpo, pero su adversario se dió cuenta de lo que sucedía en los primeros momentos y desde entonces dirigió todos sus golpes al cuello y no al cuerpo del joven.

Comprendía Roger Fálcon que se hallaba muy próximo el momento en que, acorralado entre su adversario y la pared de la galería, ya no le sería posible defenderse, aun cuando, tan cobarde como infame, Cedric Shafton procuraba herirle sin ponerse al alcance de la espada que el Joven Alado manejaba, sin pericia, pero con soberbias y no abatidas energías.

De pronto se oyeron pasos en el extremo de la galería y el ruido de aquellos pasos reanimó un tanto a Cedric Shafton, que empezaba a sentirse fatigado.

Tres sirvientes, los que primero habían oído el golpe del gongo, acudían por la galería en defensa de su infame patrón.

—¡Está usted vencido! — gritó Cedric Shafton con alegría. — ¡Esta vez sí que no se me escapará!

Acababa de pronunciar esas palabras cuando la parte de la pared de la galería que

quedaba a espaldas de Roger se abrió repentina y misteriosamente. ¡Dos manos tomaron al Joven Alado por el cuello, tiraron de él con fuerza extraordinaria y le hicieron desaparecer por el hueco que se había abierto!

Se oyó un fuerte golpe cuando el hueco de la pared se cerró de nuevo. Roger Fálcon respirando jadeante, se encontró rodeado de la más densa oscuridad.

—¡Todo va bien, Roger! — díjole en tono muy bajo, una voz muy conocida, al oído. — ¡Soy Micky! ¿Quiere dar un poco de luz?

El Joven Alado dejó caer la espada que tenía en la mano y dió luz a la lamparita eléctrica que llevaba ceñida a la muñeca.

Se dió cuenta inmediatamente de que él y Micky se encontraban en una habitación polvorienta y vacía en la que no se notaba la presencia de puerta ni ventana alguna.

—¡Me encontró con esto por pura y accidental casualidad! — explicó Micky Wilde hablando casi con sólo el aliento. — Me llamó la atención una daga en la pared de la galería y no contento con verla, quise sacarla del gancho de bronce dorado que la sostenía. En cuanto tiré de la daga ésta no se separó del gancho, pero el gancho se movió como media pulgada y se abrió la puerta secreta que está en el revestimiento de roble de la pared. Me metí por el hueco y en cuanto pasé por él, la puerta se cerró instantáneamente. Tan pronto se cerró, que no pude evitarlo. Después tardé algún tiempo, pero al fin dí con el resorte que la hace abrir por el lado de dentro, es decir, por el lado donde ahora estamos.

Las últimas palabras de Micky Wilde fueron seguidas del retumbar de fuertes golpes dados en la pared.

—¡Esa es buena señal! — exclamó jovialmente el muchacho boxeador. — Shafton no procuraría hundir la pared a golpes si conociera el secreto del resorte y de la daga. ¡Y la puerta de roble que se abre y cierra tiene seis pulgadas de grueso y unos cerrojos de hierro, que funcionan automáticamente y son de un palmo de grueso! — agregó sonriendo.

—¡Pero es necesario que busquemos el modo de salir de aquí! — observó Roger Fálcon. — Si hay una salida secreta al interior de la casa, es de suponer que haya otra que dé al exterior. Así sucede siempre con los conductos secretos de esta clase.

Dirigió en redor la luz de su lámpara eléctrica y de pronto se detuvo, lanzando un grito de asombro y fijando el haz de luz en un punto determinado.

—¡Mire, Micky! ¡Mire! — dijo, muy nervioso, pero en voz baja, el Joven Alado.

Los dos muchachos dirigieron la vista hacia un cuadro pintado al óleo, que había en la pared.

Era el retrato de un niño, — un niño vestido de acuerdo con la moda de un siglo atrás, — y muy bien pintado, por cierto.

—¡Roger! ¡Ese retrato es de usted! — exclamó, atónito, Micky Wilde. — ¡La cara es exactamente su cara, querido Roger!

El Joven Alado inclinó la cabeza en señal de asentimiento al oír aquellas palabras.

—Es el retrato de alguien que perteneció al Castillo de Gaunt hace ya muchos años, Micky, — dijo pausadamente, pensativo, — y esto tal vez explica por qué Cedric Shafton se tomó el trabajo de combinarlo todo con el propósito de conseguir que yo fuera condenado como autor de un crimen del que soy inocente por completo.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Roger? — preguntó Micky, intrigado.

—Quiero decir que Cedric Shafton debe tener alguna razón para creer que yo tengo algo que ver con el Castillo de Gaunt, — respondió el Joven Alado. — Con seguridad temía que yo pudiera enterarme de algún secreto de mi existencia, así que combinó lo necesario para quitarme definitivamente de su camino.

—Entonces... ¿será posible que sea usted el legítimo dueño del Castillo de Gaunt? — preguntó, asombrado, Micky.

—Nada puedo contestar a esa pregunta, mi querido Micky, porque nada se a ese respecto, — respondió Roger. — Lo que creo conveniente es que nos llevemos de aquí ese retrato. Puede ser que me ayude a poner en claro el misterio de mi nacimiento. Si Shafton lo encontrara, de fijo lo destruiría en cuanto notara lo mucho que se parece a mí.

Tomó del suelo la espada que había dejado caer un momento antes.

—Voy a cortar la tela a ras del marco, — dijo, — y en seguida nos pondremos a buscar el modo de salir de aquí antes de que Shafton haya logrado abrirse paso, rompiendo la pared de la galería.

Avanzó hacia el cuadro y, empinándose, cortó con la espada el borde superior de la tela, siguiendo la línea del marco. Después siguió cortando el lado de la derecha y, al cortar el de la izquierda y caer la tela, quedó descubierta una espaciosa cavidad que había estado oculta por la tela.

—¡Dios mío, Micky! — exclamó Roger Falcon, emocionado. — ¡Este cuadro nos ha indicado el modo de salir de esta prisión!

Rápidamente cortó el resto de la vela hasta desprenderla del todo y dejó así descubierta la salida.

Enrolló la tela y después se volvió hacia Micky.

—¡Suba usted, Micky! — exclamó.

Y ayudó a subir a su compañero hasta que pudo alcanzar a la abertura, demasiado alta para que Micky hubiera podido subir sin su ayuda.

Micky, ágil como un mono, subió al hueco y un instante después ascendió Roger Fálcon que como de mayor estatura, pudo hacerlo con relativa facilidad.

Los dos muchachos se encontraron en una corta galería y en lo alto de ella un tramo de escalones de piedra, por el que descendieron a toda prisa.

Al pie de la escalera hallaron un ancho y alto túnel, revestido de piedra y de regular extensión. Avanzaron por él y llega-

ron, después de unos minutos más, a una habitación secreta en la que había una escalera, por la cual subieron hasta una losa que levantaron sin dificultad. Esta losa formaba parte de un espacio, cubierto de losas de piedra cuadradas, todas de igual tamaño, que quedaba al pie de un reloj de sol, situado en el parque del Castillo de Gaunt, a bastante istancia del edificio.

—Ya hemos hecho todo cuanto nos ha sido posible esta noche, — anunció el Joven Alado a su compañero, cuando salieron al fresco aire nocturno. — El papel que tanto significaba para mí ha quedado perdido para siempre, pero hemos hallado otro indicio que tal vez resulte de mayor valor todavía. ¡Vamos, Micky, querido compañero! — agregó. — ¡Usted me ha salvado la vida dos veces esta noche, y espero que tendré la suerte de demostrarle cuán agradecido estoy al mejor y más valeroso de los compañeros que haya tenido muchacho ninguno en el mundo!

LA VISTOSA CARAVANA

HABIA pasado una semana que había sido de gran actividad para el Joven Alado. Desde la noche en que había encontrado el retrato, había realizado numerosas visitas secretas al Castillo de Gaunt con la esperanza de encontrar nuevas pruebas.

Pero sus esfuerzos habían sido inútiles, así que la noche de la víspera de Viernes Santo se hallaba sentado, en su domicilio subterráneo con su compañero y amigo Micky Wilde.

—Tengo que permanecer algún tiempo inactivo, Micky, — explicaba Roger Fálcon. — Cedric Shafton se ha ausentado de Inglaterra y yo no he hallado en el Castillo de Gaunt, nada que haya podido contribuir a dar con la solución del problema relacionado con mi vida.

—¡Todo llega cuando debe llegar, mi querido Roger! — dijo Micky sentenciosamente.

—¡Yo estoy convencido de que llegará, Micky! — replicó el Joven Alado, con fe. — Mientras tanto, emplearé el tiempo del modo más útil que me sea posible. Mis mecánicas alas me dan un poder que no debe ser desperdiciado y mientras espero la llegada de ocasiones en que poner en claro lo que me interesa personalmente haré todo lo posible por servir a los que se encuentren en apuros.

—¡Siempre hay alguien que necesita ayuda! — observó Micky con seriedad. — Hay en el mundo mucha gente mala, además de Cedric Shafton y mucha gente buena que sufre, víctima de los malos.

—Usted puede ayudarme en eso, Micky, — dijo Roger Fálcon. — Uusted puede ir de un lado a otro con más libertad que yo y si sabe de alguien que sea víctima del egoismo de algún malvado, debe usted decírmelo.

—¡Lo haré con mucho gusto! — declaró Micky muy decidido. — Y si no puedo curar a los malos muchachos peleando con ellos a fuerza de puños, se los pasaré a usted para que les de una buena lección.

—¡Eso es! — dijo, riendo, Roger Fálcon. — Pero, hablando de peleas... ¿qué hay de nuevo sobre su encuentro con Ginger Burns?

—Tenía que haberme encontrado con Burns en Westhampton hace una quincena, — explicó Micky, — pero el match fué propuesto porque Ginger se resfrió. Ahora ya está enteramente bien y el encuentro debe ralizarse el lunes de Pascua a las nueve de la noche.

—Se va a medir con un contrario importante, Micky, — dijo Roger Fálcon, levantándose. — Burns es más alto y de más edad que usted. Sin embargo se que usted peleará bien. Y ahora, Micky, creo que podemos salir a dar nuestro paseo de todas las tardes.

Roger Fálcon se colocó sus mecánicas alas pues, siendo como era un fugitivo de la justicia, necesitaba salir provisto de medios rápidos para poder huir si era sorprendido por los que le buscaban.

Los dos muchachos salieron de la caverna cinco minutos después y se dirigieron hacia la costa alta, a dar un paseo.

Después de caminar cerca de una milla se encontraron con una larga procesión de vehículos de variaes clases que se acercaba por el camino en dirección contraria a la que ellos llevaban.

—¡Son los vehículos de un circo ambulante y feria de diversiones! — exclamó Micky Wilde muy excitado. — Viene a Bleakwold para las fiestas de Pascuas. Vamos a ver pasar por aquí a toda la fila.

Los dos muchachos se sentaron en la puerta de un cerco y esperaron a que pasara la larga procesión.

El primer vehículo era una hermosa "caravana", uno de esos carros-habitación, arrastrada por cuatro magníficos caballos. El vehículo era manejado por un hombre que iba montado en uno de los caballos de adelante y a los lados del carro, se veían vistosos carteles anunciando la "Gran Feria Mundial de Wingle".

Nuevos y extensos episodios de esta novela sensacional aparecerán en el próximo número de PUCKY del 19 de Junio. Léalos.

ESTABA OCUPADO

—Pedro: tenga el automóvil pronto para llevarme al teatro Colón a las nueve y media.

—Perdone, señora, pero la señorita Rosalía me ha ordenado que la rapte y fugue con ella a las nueve menos cuarto. (De "The Humorist").

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª. EDICION

EL DIARIO, que es el más antigüo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio de la Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información

Lea "JUSTICIA ALADA"

BUENOS AIRES
AV. DE MAYO 662

PUCKY

2ª Quincena de
Junio de 1925

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO III PUBLICACION QUINCENAL No. 91.

Se publica en este número la interesante novela completa:

El desafio de Buffalo Bill o La promesa de Lobo Gris

Una electrizante aventura del Far West.

OFRECIMIENTO OPORTUNO

El amigo (que no entiende de automóviles): — ¿No te serviría de algo este pedazo de tiza de billar, amigo mío?

El desafío de Buffalo Bill

Novela completa de aventuras emocionantes en el Salvaje Oeste.

El profesor y su mujer

Un relato original y atrayente que emociona y entretiene, traducido especialmente para este magazine.

La pipa

Cuento de grandísima originalidad escrito por un favorito autor de los lectores de este magazine y digno de ser leído por todos.

La nota cómica

Chistes de todas procedencias, nuevos y viejos y graciosos o no.

Recetas de utilidad práctica

Conviene guardarlas porque algún día pueden resultar necesarias.

El Joven Alado

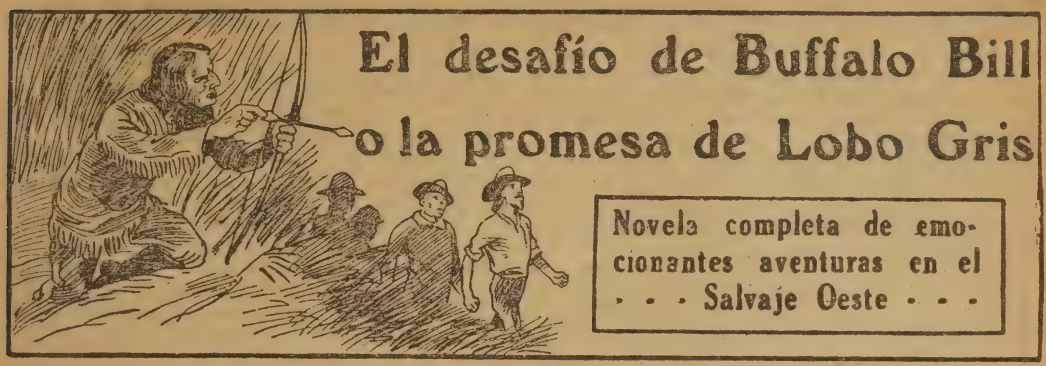
Continuación de "Justicia Alada", publicada a pedido del públicc

Desde el primer viernes del mes de Julio, "PUCKY" aparecerá todas las semanas.

AMBICION

El: — Quisiera tener suficiente dinero para poder casarme.
Ella (suavemente): — ¿Sí? ¿Y con quién se casaría usted?
El: — ¡Con nadie! ¡Me compraría un automóvil!

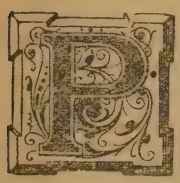
Los cowboys y Toro Solitario habían formado un ring y Cody y Hank se saludaron a la manera de los boxeadores. Después de un breve cambio de golpes, Hank cayó de espaldas a causa de dos rápidos golpes con la derecha y con la izquierda que Cody le asestó. ("El desafío de Búffalo Bill").



Primera Parte

CAPITULO I

La tortura de los cactus. — Cody acude como salvador. — La gratitud de Cierva Brillante.



ARA que no le diera en los ojos el resplandor del sol, Búffalo Bill se llevó la mano a la frente colocándosela a modo de pantalla.

Por un momento el famoso explorador permaneció quieto sobre su soberbio caballo, observando la pradera, porque no estaba muy tranquilo.

Se dirigía hacia la importante ciudad de Red Gulch, que se encontraba por aquellos lados.

La ciudad y los ranchs de las inmediaciones habían vivido en continua alarma a causa de una poderosa cuadrilla de bandidos y ladrones de ganado, capitaneada por un desalmado a quien se conocía por el nombre del capitán Starlight, hasta que el gobierno atendiendo los pedidos y las justas reclamaciones resolvió tomar algunas medidas contra los delincuentes.

Búffalo Bill había sido comisionado para capturar al capitán Starlight vivo o muerto y destruir su banda.

Otro explorador, llamado Henderson, había sido enviado con la misma misión un mes antes, pero se le encontró a poco de su llegada, tendido entre la alta hierba, en las afueras de Red Gulch, acribillado a balazos. Elocuente demostración de los instintos de los componentes de la banda.

Bill Cody, había conocido a Luke Henderson, muy íntimamente y estaba resuelto a vengar su muerte. Jamás llegó a ocurrírsele que pudiera seguir la suerte de su amigo. Para él, que estaba tan acostumbrado a afrontar peligros, aquello constituía uno de los tantos incidentes de su vida.

Cody puso nuevamente en marcha su caballo, rozándole los flancos con las espuelas. La línea de montañas que se destacaba en el horizonte le había proporcionado una explicación a sus ideas.

Era un día espléndido; y eso no es decir poco en el Lejano Oeste.

En muchas millas a la redonda se extendía la verde pradera, salpicada acá y allá con plantas de vivos colores, que formaban un encantador conjunto de armonía y color.

Hacia el lado del Sur se elevaban las montañas, con sus altas cimas que parecían rozar el cielo azul. Por el Norte, el terreno iba en descenso por un desfiladero, que se cambiaba pronto en un plateado torrente en el que vertían sus aguas manantiales y arroyos. Al Oeste se veían bajas montañas cubiertas de bosques y al Este una amplia llanura en la que abundaban las plantas de cactus y algunos árboles para romper la monotonía.

Detrás de aquellas poco elevadas montañas era donde se encontraba Red Gulch.

Cody había estado ya allí y por lo que recordaba sabía que era una de las típicas ciudades del Oeste, con una doble fila de construcciones rudas, de dos pisos que formaban la calle principal.

Los más abundantes y mejor cuidados establecimientos ,eran los salones, garitos y salas de baile, con el general emporio de de negocios de menor cuantía.

No era un modelo de orden ni sobriedad. Un rudo código para guiar los asuntos bastaba, y su sheriff tenía, con frecuencia, que recurrir al argumento de las armas, cuando alguno de los baqueros que concurrían allí tardaba en avenirse a razones.

Pero aparte de ello era un atrayente lugar. Pocos años antes, cuando los primeros animosos hombres de aventura, marcharon hacia el Oeste, más lejos de las fronteras de Texas, y disputaron pulgada por pulgada

"El joven alado" (Continuación de "Justicia Alada")
Comienza su publicación en este número de "Pucky". Véase la página 37.

el terreno a los indios apaches, la llanura sólo se vió poblada por algunas chozas. En la actualidad tenía unos dos mil habitantes y varios ranchs y minas que se explotaban en las inmediaciones.

Marchando al trote largo de su espléndido caballo negro, Cody avanzó bastante y calculó que de aquella manera las montañas que antes veía tan distantes no tardarían en ser alcanzaba en un cuarto de hora.

Era una pintoresca figura cuando cruzaba aquel camino, vestido con su camisa de seda negra, pantalones de corderoy, casi ocultos por las altas polainas de cuero adornadas con botones de plata colocados sobre una ancha franja a los costados exteriores de la pierna.

Con sus grandes revólvers, resuelto, su rostro adornado con bigote y perilla, y sus ojos de mirada penetrante, como tenían que ser los de un hombre habituado a la vida de la pradera, alerta, sin temores, más acostumbrado a marchar a caballo que a pie.

Grandes espuelas remataban sus polainas, y sobre la camisa llevaba una corta chaquetilla de terciopelo. Sus largos cabellos se escapaban del sombrero de anchas alas y caían sobre sus fuertes hombros.

Marchó Búffalo Bill hasta la base de las montañas e iba a penetrar en un amplio desfiladero, cuando notó algo que le hizo detenerse.

Refrenó el caballo y por un momento se quedó observando el valle.

Las huellas que había notado en el suelo, antes de llegar a las montañas, le demostraron que un numeroso grupo de jinetes habían pasado por allí poco antes.

Búffalo Bill era un hombre valiente, pero no estaba nunca dispuesto a correr riesgos inútiles.

Por los informes que poseía, la banda del capitán Starlight andaba por allí y como, seguramente, varios de los malhechores debían conocerlo, era muy posible que si lo veían corriese la misma suerte que Henderson, sin tener siquiera probabilidades de salvarse ni aún defenderse.

Era la astucia lo que había que poner en juego en aquel asunto y sólo así lograría destruir a tan dañinos elementos.

Si las huellas, pertenecían en cambio a una de las tantas bandas de indios que merodeaban por allí, tampoco podía considerarse más tranquilo.

Los pieles rojas, temían a los hombres en mucho número. Pero si encontraban un cara pálida solo, tratarían de lograr su captura para atormentarlo, principalmente si se trataba de indios apaches.

Aquella feroz y guerrera tribu nunca se había sometido, en realidad, a los invasores blancos de sus extensiones de caza, y alimentaban contra ellos en su pecho, un profundo odio.

Bill Cody saltó de su caballo. Dejándolo que siguiese hasta un lugar donde crecía alta la hierba, le hizo una señal que conocía muy bien, — un golpecito en las rodills, — lo que bastó para que se dejase caer. La hierba lo ocultaba por completo y Cody se quedó un instante mirando las montañas que formaban las paredes del paso.

Su vista descubrió en seguida el punto por donde podía trepar, y tomando su rifle de la montura, inició la ascensión.

Se había colocado el rifle a la espalda, y agarrándose a una saliente, con sus poderosas manos, dió un salto.

De roca en roca subió hasta encontrarse a una altura de unos cincuenta pies. Permaneció allí unos momentos y luego continuó el ascenso, — otros veinte pies acaso, — con lo que llegó a la cima de la montaña.

Se encontró entonces en una extensa meseta en la que abundaban las rocas y las plantas de cactus.

Tratando de evitar que cualquiera que avanzase por el paso lo distinguiera a la distancia, avanzó hacia el interior.

Después echándose de bruces al suelo se adelantó hasta observar el lado del valle.

No distinguió el menor rastro de alma viviente, pero si vió los restos de una hoguera que habían prendido hacía poco, y señales de que los jinetes que formaban el grupo se detuvieron unas horas allí.

Calculó que los jinetes debían encontrase ya a cierta distancia y que sería lo mejor que volviese hasta donde se encontraba su caballo y siguiese con precaución el mismo camino, cuando llegó hasta él un rumor que le demostró que toda precaución era poca.

Era el inconfundible relincho de un caballo y procedía de la parte donde el camino del valle hacía una curva pocas millas más adelante.

Cody se puso en pié y marchó en aquella dirección. Una vez que estuvo cerca se arrodilló y comenzó a rrastrarse en dirección al borde de la meseta

Avanzaba al modo indio, arrastrándose como un reptil por entre las plantas de cactus y así llegó hasta un punto desde el cual podía ver lo que ocurría debajo

Y lo que distinguieron sus ojos era algo interesante a juzgar por la expresión de su rostro bronceado.

A setenta pies más abajo de él, en el valle, se encontraban reunidos un centenar de indios, los que Búffalo Bill reconoció en seguida como pertenecientes a los apaches. Estaban cubiertos con las pinturas de guerra, pero no podía decirse si sus instintos feroces iban contra los blancos o contra otra tribu india.

Sus rostros, y su cuerpo semidesnudo estaban adornados con dibujos hechos con pintura roja y blanca, y adonaban su cabeza con plumas. Cada uno de ellos iba armado hasta los dientes. Esas armas eran, lanzas, arcos y flechas, tomahawks y rifles de antiguo modelo

Sus monturas, — caballos salvajes, — estaban atadas cerca de ellos, y los guerreros formaban un amplio círculo, como si esperasen el comienzo de alguna ceremonia.

El jefe de la banda, un hércules indio, de cierta edad, con el rostro tan inescrutable como si fuera de granito rojo, estaba apoyado en una roca fumando tranquilamente en su pipa de piedra roja.

Búffalo Bill, protegido por una planta de cactus, pudo, a sus anchas, examinar la escena.

¿Por qué habían hecho alto ahí y permanecían en aquella extraña actitud? ¿Qué iba a ocurrir?

De pronto tuvo una respuesta a esas preguntas. Cody apretó los dientes y sus manos fueron, en un movimiento instintivo al rifle, que llevaba a la espalda.

Dos guerreros idios habían traído a una muchacha de su raza, que llevaba las manos atadas a la espalda, y el explorador no dudó de que iban a someterla a una de sus diabólicas torturas.

Por su aspecto y los detalles de su vestido, Cody comprendió que pertenecía a la tribu de los navajos. Tendría poco más de diez y siete años y era una de las más bellas y arrogantes muchachas que el explorador había visto.

Su piel, de un color ligeramente teñido, parecería, como su linda cara, la de una muchacha blanca que hubiese vivido constantaemente expuesta a los rayos del sol, y al aire libre. Era esbelta y graciosa, sus formas perfectas y en sus largos y lustrosos cabellos negros lucía un adorno de plumas.

Vestía en la típica forma de las de su raza. Una pollera corta y una túnica de piel bordada, polainas y mocasines Pero lo que en seguida le llamó la atención a Cody fué el terror que se reflejaba en sus negros ojos, y en que luchaba desesperadamente por libertarse de las garras de sus captores.

¿Qué iban a hacer con ella Cody podía, en un abrir y cerrar de ojos dar muerte con su rifle a los dos indios; pero su conocimiento de las costumbres indígenas le decía que si la muchacha iba a ser sacrificada, no lo sería inmediatamente.

Por el mismo bien de ella, era preferible que su presencia continuase ignorada para los verdugos el mayor tiempo posible, ya que abiertamente poco podía hacer por ella. Pero luego, no faltaría una oportunidad para salvarla

Durante algunos momento, los dos guerreros mantuvieron a la joven frente al jefe que había avanzado un paso Se notaba en su actitud un profundo desdén, cuando miró a la muchacha. Luego dirigió la mirada hacia dos bajas paredes de roca que había a un lado del paso, y sus labios se movieron como si diese una orden.

Los indios llevaron a la joven hasta el punto indicado por el jefe y allí fué atada a un poste, que había traído un tercer guerrero. La joven fué levantada y el poste arrimado a la pared de piedra. Entonces comprendió Búffalo Bill la clase de espantosa tortura a que la infeliz había sido sentenciada y su cuerpo se sacudió con un escalofrío de terror.

El delicado cuerpo había sido suspendido entre dos paredes de roca y rozando sus carnes estaban las afiladas espinas que un gran cactus medio seco

—¡La tortura del cactus! — murmuró alarmado el explorador. — ¡Infames!

CAPITULO II

Noticias de la banda de Startlight. — La estratagema de Cody

BUFFALO BILL, había oído ya hablar en otras ocasiones de aquella tortura, inventada por los apaches, pero nunca la vió puesta en ejecución.

Las plantas que había bajo el cuerpo de la muchacha estaban casi secas y cuando fueren regadas abundantemente crecerían con rapidez Las largas hojas, terminadas en fuertes y largas espinas, aumentarían dos o tres pulgadas en veinticuatro horas, y como entonces ya rozaban el cuerpo de la infeliz sentenciada, luego penetrarían en su carne, produciéndola un insoportable tormento, y una larga agonía, hasta que se produjese la muerte. Por lo menos aquello era lo que habían calculado los inhumanos verdugos.

Pero Cody, se prometió que por todos los medios posibles haría fracasar estos propósitos.

No sabía como salvaría a la muchacha, pero pensaba hacerlo cuando sus enemigos partiesen dejándola abandonada a su suerte. No esperarían, seguramente al fin.

Búffalo Bill, hubiese deseado disponer de un puñado de hombres resueltos para iniciar un ataque, cuando vió que dos indios comenzaban a regar las plantas

Quiso, también, dar muerte de un tiro al corpulento jefe, cuando lo vió reir burlonamente, mientras observaba el terror de su víctima

Pero se contuvo, y los salvajes apaches no sospecharon la presencia de aquel testigo

Las sombras de la tarde comenzaban a envolver el valle y Búffalo Bil, pensó que no tardaría el momento en que pudiese intentar salvar a la muchacha El tejido de las poderosas hojas absorbió el agua rápidamente y no pasaría mucho tiempo sin que las espinas se clavaran como estiletos, en la espalda de la joven

¿No se irían los torturadores? ¿Tendrían el propósito de acampar allí durante la noche para contemplar el tormento?

Pasaron casi tres horas. Varias veces tuvo Cody preparado su rifle para castigar, por lo menos, a algunos de los infames. Pero la prudencia lo hizo contenerse y comprender que nada adelantaría con un acto semejante sino empeorar la situación.

¡Al fin, se produjo un movimiento! Comenzaron a desatar los caballos, Cody los observó y notó que se disopnían a partir.

El jefe dió antes la orden de que echasen más agua en los cactus y luego se acercó para darle irónicamente una afectuosa despedida a la joven. Una enérgica orden gutural hizo que los guerreros montasen a caballo

El jefe avanzó con la arrogante dignidad que caracteriza a los que entre los pieles rojas son considerados como superiores, hacia su caballo, que mantenía quieto uno de

los guerreros. Montó y marchó lentamente hacia el valle, seguido por los de su banda.

Búffalo Bill esperó hasta que hubo desaparecido el último jinete, por las altas montañas que formaban las paredes del paso, entonces no perdió tiempo y corrió a salvar a la infeliz muchacha.

Con precaución para evitar el ser visto por alguno de los apaches, en el caso poco probable, de que volviesen, marchó en busca de un sendero por donde llegar a la parte baja.

El descenso fué, relativamente fácil, y en pocos minutos alcanzó el lugar en que había dejado oculto su caballo. Un silbido llevó al noble animal a su lado, y colocándose de un salto en la silla, galopó hacia el paso.

Pronto se encontró en el punto en que los apaches habían dejado a su víctima, detuvo el caballo y echó pié a tierra.

Al llegar juto a la muchacha sacó de la cintura su cuchillo, y notó que el rostro de la víctima estaba horriblemente pálido, y que la expresión de angustia de sus negros ojos denotaba que las espinas del cactus hacía ya tiempo que habían comenzado su obra.

Su primer movimiento fué arrodillarse y cortar las hojas de la planta. Luego hizo lo mismo con las ligaduras que sujetaban a la joven.

Esta se escurrió hasta el suelo donde permaneció unos momentos inmóvil, exhausta. Pero cuando el explorador la tendió gentilmente una mano para ayudarla a levantarse, tímidamente posó en ella la suya y sonrió

—¿Por qué la han torturado a usted? — preguntó Cody con ansiedad. Y la muchacha dió un grito de sorpresa cuando vió que su salvador blanco se expresaba en su lengua.

—¿Habla usted mi idioma? — preguntó.

Bill Cody asintió sonriendo. Había pocos dialectos de los pieles rojas que no hablase o comprendiese.

—Perfectamente, entonces puedo así agradecerle el que me haya salvado de muchos sufrimientos y de la muerte — exclamó ella, estremeciéndose ante el pensamiento de la fatal suerte a que había escapado. — Ha salvado usted a Cierva Brillante y ella le está agradecida.

Sus brillantes ojos estaban animados cuando Búffalo Bill se inclinó respetuoso.

—Pero, ¿porqué la han tratado a usted de esa manera Cierva Brillante? — preguntó el explorador. — Los apaches son hombres valientes y no acostumbran a proceder en esta forma con las mujeres.

La muchacha echó hacia atrás la cabeza; había en sus ojos una mirada mezcla de desprecio y odio cuando miró un momento hacia el lado por donde habían desaparecido sus enemigos.

—Mi hermano y el hijo de Oso Saltador, pelearon y triunfó el primero — exclamó ella a modo de explicación. — La venganza de Oso Saltador ha sido torturarme.

—¿Oso Saltador es el jefe de esos apaches?

La muchacha hizo un gesto de asentimiento

—Es cruel y sin compasión, — dijo. — La lucha fué por una doncella apache que es muy bella. Había dado su amor a mi hermano pero el hijo de Oso Saltador se la quiso quitar. Se encontraron en el bosque, cerca de las chozas de mi pueblo y lucharon largo y valientemente con sus tomahawks. Al fin mi hermano dió muerte al hijo de Oso Saltador. Pero todo fué inútil.

—¿Su vida valía la del otro guerrero? — exclamó Cody empezando a comprender lo ocurrido.

De nuevo asintió con un ademán la muchacha.

—Pero Oso Saltador no perdonó jamás la muerte de su hija, — dijo. — Juró sobre el cadáver que los dos hijos de Lobo Gris, mi padre pagarían con su vida aquella muerte.

Su cuerpo experimentó una sacudida y miró temerosa por si acaso volvían los apaches.

—No perdió tiempo en poner en práctica su deseo, — continuó en el dialecto de su tribu, — Oso Saltador, tiene más guerreros que mi padre, Lobo Gris, y por dos veces atacó a mi pueblo cuyos hombres lucharon siempre en una proporción de uno contra tres.

Lucharon bien — prosiguió — pero no pudieron evitar que mi hermano fuese tomado prisionero y... — su voz se debilitó mientras sus ojos se llenaron de lágrimas. — Le mataron cuando trataba de escapar.

Fué cuando la luna se ocultó la pasada noche, cuando volvieron a obligarnos a combatir por segunda vez. Dieron muerte a muchos guerreros de mi padre, y según creo él cayó también. Mientras la lucha era más encarnizada, varios apaches llegaron a la choza de mi padre y me hicieron prisionera. Me hubiesen dejado morir aquí sufriendo el suplicio del cactus, pero gracias a su intervención el deseo de Oso Saltador no se ha cumplido.

—Y yo estoy muy satisfecho de haber llegado a tiempo para salvarla a usted, Cierva Brillante, — dijo Bill Cody. — ¿Dónde está la tribu de su padre? Mi caballo puede llevarnos a los dos y yo puedo dejarla entre sus amigos.

Fué algo difícil para Cody interpretar la respuesta de la joven. Pero después de un corto interrogatorio, comprendió que la aldea del jefe navajo Lobo Gris, se hallaba a cierta distancia más allá de Red Gulch.

El sol ya se ponía y era necesario realizar una larga caminata para entregar a los suyos a la muchacha aquella noche. Con tantos enemigos en las inmediaciones hacer tal cosa era poco prudente. Consideró pues que era preferible dejar al cuidado de una mujer de la ciudad a la joven hasta la mañana siguiente.

Cody se lo manifestó así y aún cuando la joven estaba intranquila por la suerte que había corrido su padre comprendió lo prudente del consejo. Más aun parecía mirarlo con un respeto y gratitud tales, que Cody se sentía cohibido.

Ya de acuerdo Búffalo Bill saltó a caballo y ayudó a la muchacha a instalarse junto

a él. Luego se pusieron en marcha para salir del paso.

No temían que los apaches volviesen por allí, pero todo debía ser calculado, y por lo tanto marchaban tanto uno como otro bien alerta.

Llegaron al fin del valle sin contratiempo alguno y prosiguieron así hasta que distinguieron a la distancia las luces de Red Gulch.

Pocos minutos después penetraban en la ciudad y a la primera persona que encontraron fué al sheriff cuyo nombre era Dirk Grant.

Estaba hablando con un grupo de vaqueros en la parte exterior de uno de los iluminados salones, y como él y Cody se habían conocido hacía algún tiempo no tardó en reconocer al explorador.

—Pero, ¿qué miro? ¡Sí, es el mismo! — exclamó tendiendo su tostada mano. — Déjenme que se lo presente muchachos. Este señor es Bill Cody. ¡Búffalo Bill!

Aquel nombre produjo gran excitación entre los cowboys, al conocer al famoso explorador, que ya había echado pie a tierra y al que hicieron penetrar en el salón.

—¡Un momento, muchachos! — exclamó riendo. — Tengan en cuenta que traigo una dama conmigo. Ella y yo necesitamos comer cuanto antes. Ella ha sufrido un gran susto y es necesario cuidarla.

Con la rudeza propia de aquella gente, pero impresionado su noble corazón, rodearon todos a Cody quien les refirió la historia de la muchacha y de qué forma la había salvado del tormento a que la condenaron los apaches.

—¡Infames! — exclamó el sheriff indignado al oir el relato de Cody. — Tráigala al salón. — El Viejo Schneider, el patrón, la preparará una excelente comida y yo la llevaré a mi casa para que mi esposa la prepare donde pasar del mejor modo posible la noche. Diga, ¿le parece que vayamos a disparar unos cuantos tiros contra esos indios, Cody?

—Mis manos se han contenido apenas para despachar unos cuantos, — respondió Búffalo Bill. — Pero eran como un centenar y eso hubiera equivalido a decretar mi muerte y la de la muchacha, por eso me quedé quieto.

Cody ayudó a la muchacha a bajar del caballo y uno de los cowboys se llevó al animal prometiendo darle de comer y beber.

Con Cierva Brillante a su lado, el explorador penetró en el salón y ordenó al gordo alemán, que era el dueño, que le preparase una sustanciosa comida para él y su compañera.

—¿Qué le trae por Red Gulch, Cody? — preguntó el sheriff, cuando Búffalo Bill terminaba su cena.

—La banda de Starlight, — respondió Búffalo Bill. Y bajó la voz por temor a que hubiese espías en Red Gulch.

—Yo suponía que ocurriría algo de eso, — exclamó Grant. — El gobierno parece haberse impresionado por la muerte del pobre Henderson, ¿no es así?

—Exactamente, — respondió Búffalo Bill — ¿Por supuesto, que puedo contar con su ayuda Grant?

—¡Seguramente!

Los dos hombres se instalaron un poco alejados del resto de los otros, y, comenzaron en forma confidencial.

—Los canallas nos han dejado tranquilos por un tiempo, — dijo el sheriff Grant. — Pero no me extrañaría mucho que estuvieran preparando un golpe. De hecho han conseguido infundir el terror en todos. La mina de oro del Búffalo, que está a seis millas de aquí, piensa enviar una cantidad de pepitas y polvo de oro, para depositarlas en el banco de aquí. Pero no se resuelven a hacer el envío sin que se les mande una guardia de hombres para vigilar durante el viaje.

—¿Y se los han pedido a usted? ¿Cuándo? — preguntó con interés, Cody.

—Vino hoy un mensajero. Quería que lo acompañasen mis hombres para regresar a la mina y volver nuevamente aquí con la carreta pasado mañana.

Cody permaneció en silencio durante unos minutos, evidentemente estaba pensando. Luego se aproximó al sheriff y comenzó a hablar con él en voz baja. Grant se quedó mirándolo sorprendido.

—¡Que me fusilen si a mi se me ha ocurrido semejante cosa! — exclamó. — Es indudable que tienen aquí alguien que les comunica lo que ocurre en su propia guardia; de esta manera saben cuando y donde tienen probabilidades de dar un golpe con buen éxito... Y si calculan que el oro se trae o se va a traer aquí, no dejarán de procurar apropiarse de él.

—Eso es precisamente lo que yo espero, sheriff, — manifestó el explorador. — Yo le dejo a usted discutir con los de la mina la cuestión del traslado y la fecha. Considero que ellos son los primeros interesados en destruir esa banda de malhechores y en consecuencia tratarán de ayudarnos.

—¡Claro está! Eso por de contado, — declaró Grant.

—Bastante han sufrido ya a causa del capitán Startlight, puedo asegurárselo. ¡Oh! Yo lo arreglaré todo en seguida y me cuidaré de que se hable en la ciudad del traslado del oro.

Una vez que Búffalo Bill hubo concertado con el sheriff. Todos los detalles del plan, el explorador se manifestó satisfecho. Empleó el resto de la tarde conversando con los concurrentes al salón, después de arreglar Schneider donde había de dormir aquella noche.

El sheriff, habló con su esposa, una maternal mujer, algunos años más vieja que él y aun cuando Cierva Brillante, parecía, al pronto, no desear ir con ella, logró convencerla y llevarla a su casa para disponer donde había de pasar la noche, y velar por la india hasta que pudiera ser restituída a su familia al día siguiente.

Al amanecer del otro día el sheriff Grant

ensilló su caballo y sin decir nada a nadie de lo que iba a hacer, salió tranquilamente de la población, y se dirigió a través de la pradera hacia donde se encontraba la mina de oro de que había hablado a Búfalo Bill.

Este también montó a caballo poco antes de la aurora y fué a casa del sheriff, en busca de Cierva Brillante.

Aun cuando el explorador marchaba con precaución a causa de los enemigos de la joven, no vieron rastro de ellos y la jornada se completó sin ninguna aventura digna de mención.

Con gran alegría de la joven, su padre fué una de las primeras personas a quienes encontraron.

Lobo Gris tenía una gran cantidad de heridas, recibidas durante la lucha entre sus guerreros y los apaches Pero todas eran de poca importancia y con la estoica indiferencia de la raza, no se cuidaba de ellas.

Por la conversación habida entre el jefe y la muchacha, después de que el primero había estrechado entre sus brazos a su hija, Cody dedujo que aún cuando el combate había sido terrible y encarnizado, duró toda la noche y las pérdidas de vidas en las dos tribus fueron grandes. Los apaches que quedaron cubriendo la retirada de los que se llevaron a Cierva Brillante, fueron derrotados.

Lobo Gris y su pueblo, buscaron desesperadamente a Cierva Brillante y ya lo consideraban muerta Más a pesar de todo aquello el jefe no dió las gracias a Cody por haber salvado a la muchacha de la terrible muerte a que la habían condenado los apaches. Llegó hasta tratar al explorador con una frialdad que no dejó de sorprender a este.

Ignoraba que Lobo Gris había sido capturado en una ocasión por unos poco escrupulosos buscadores de oro, y que a causa de haber herido a uno de ellos en propia defensa, fué apaleado hasta hacerle perder el conocimiento y luego abandonado considerándolo muerto.

Desde aquel día, aunque hacía ya varios años de ello, — cuando los hombres blancos y rojos eran encarnizados enemigos, — Lobo Gris sentía hacia los caras pálidas un odio que jamás había de extinguirse.

Más aún, el jefe interceptó una mirada que la joven dirigió a Cody y que en cambio pasó desapercibida para este. Aquella mirada le demostró que su hija miraba a su salvador en otra forma que por solo agradecimiento.

Cody ignoró también que cuando el emprendió su viaje de regreso la muchacha trepó a lo alto de una loma y que permaneció sonriendo y con una singular expresión en la mirada, — cuyo significado era fácil de adivinar, — hasta que se perdió de vista.

. . . . . .

Una docena de hombres, barbudos, bronceados y vestidos en forma muy semejante a la de los vaqueros de muchos ranchos de las cercanías de Red Gulch, se encontraban en el paso que dos días antes había sido escenario de las torturas de Cierva Brillante.

Estaban arrodillados o tendidos entre las peñas y las plantas de cactus y tenían en sus manos revólvers, mientras que su rostro se hallaba casi cubierto por completo por grandes pañuelos colocados bajo los ojos.

Trabados, en uno de los recodos del camino se hallaban sus caballos al cuidado de otro hombre, quien tenía el sombrero echado sobre los ojos, y que también llevaba un pañuelo colocado en la misma forma.

La banda de Sartlight estaba de nuevo en acción. De acuerdo con las noticias recibidas por el jefe, una hora después, dos carros cargados de oro, procedente de la Mina del Búfalo, situada al otro lado de la línea de montañas donde se encontraba el paso, cruzaría por allí en dirección al edificio del banco de Red Gulch.

Consideraban, tanto el capitán Startlight como sus hombres que aquel sería uno de los más simples asaltos que habían realizado y que las pepitas y el polvo de oro serían una presa fácil que agregar al tesoro que mantenían secreto en su guarida, al otro lado de las praderas, entre la distante cadenas de las otras montañas.

Se oyeron pasos en el suelo de roca y un hombre alto, de buena presencia, con tupido bigote negro y ojos de mirada penetrante se acercó a los demás.

Era el propio Startlight y había estado en observación más allá del paso, con el oído pegado al suelo. Iba mejor vestido que el resto de sus hombres. Su traje no dejaba de tener cierta elegancia, con una cinta de plata, en torno a la copa del sombrero, su camisa de seda roja, y unas altas y brillantes botas de montar.

—Los carros se aproximan, muchachos, — dijo fríamente. — ¿Estamos prontos?

Murmullos de asentimiento acogieron esas palabras, y el capitán Startlight, se colocó una máscara y empuñó dos pistolas automáticas que llevaba en las fundas que colgaban a los costdos de su cinturón.

Dió vuelta en torno a una roca y se instaló tras ella. Una sonrisa de confianza desplegaba sus labios, pensando en la que consideraba segura presa.

Pronto se oyó el ruido de las ruedas y momentos después los dos carros aparecían dando tumbos y sin que, aparentemente tuviesen cada uno más que un par de hombres para guardar el precioso contenido.

Pasaron de largo los dos, y el capitán Startlight y sus hombres miraron con codicia las cajas apiladas uno sobre otra. Dió el jefe la señal con un penetrante silbido, e instantáneamente los doce canallas estuvieron de pié y con gritos de: ¡Al asalto! — atacaron con los revolvers en alto a los guardianes de los dos carros. Seis fueron hacia uno y los otros seis hacia el otro.

Con gritos de alarma, los conductores y sus compañeros detuvieron los caballos y levantaron las manos.

Entonces ocurrió algo sorprendente. Lo que parecían ser cajas llenas de oro no eran más que cajones vacíos que instantáneamente cayero al suelo del camino y del interior de cada carro surgieron ocho hombres, quienes, sin darles tiempo para defenderse ni prevenirlos, descargaron simultáneamente sus revólvers contra los atacantes.

El capitán Startlight, fué uno de los cinco que quedaron en pie de los doce, después de la descarga; pero se encontró bajo la amenaza del caño de los revólvers de Búffalo Bill y del Sheriff Grant, quienes iban ocultos en el interior de los carros con los demás.

—¡Abajo las armas, Capitán Startlight! — gritó Cody, que, a pesar de la máscara que cubría el rostro del bandido, lo reconoció, por la descripción que de él le habían hecho. — Esta vez lo dominé... Uno, dos... ¡Eso es! Ya no hay nada que hacer, según me parece...

Dominado, sin probabilidades de defensa, el canalla dejó caer, una tras otra, las dos pistolas, y mientras se mordía con rabia los labios, levantó lentamente las manos sobre la cabeza.

El sheriff Grant, lanzó una carcajada.

—¡No es oro todo lo que reluce! — agregó, recogiendo las armas del hombre que por tanto tiempo se había burlado de las leyes.

CAPITULO III

La vuelta a Red Gulch. — El sacrificio de Cierva Brillante.—

SIGUIERON su marcha, lentamente, por la ondulada pradera en dos carros, dirigiéndose a Red Gulch, y detrás de ellos seguían los seis hombres de Grant conduciendo los caballos de los bandidos.

La sorpresa causada por la hábil estratagema de Bill Cody, no podía haber sido más completa. Aún cuando únicamente dos de los hombres de la banda habían quedado muertos al hacerse la primera e inesperada descarga, cinco quedaron heridos y habían sido colocados en el interior de los carros.

Los que habían tenido la fortuna de no ser alcanzados por las balas, no consiguieron por ello escapar y tuvieron que rendirse. Incluyendo el jefe llegaban a seis y cada uno de los que los vigilaban llevaba un par de pistolas automáticas para detener sus ímpetus si pensaban en escapar, lo que equivalía a una condena de muerte. Aún cuando se sentían rabiosos por la forma en que habían sido burlados, no tuvieron otro recurso que entregar las armas y penetrar en el interior de los carros. El único de la banda que había logrado escapar fué el hombre que estaba a cargo de los caballos.

Se encontraba en un recodo del camino desde donde podía ver el desarrollo de los acontecimientos y cuando se dió cuenta de lo que ocurría se apresuró a montar en uno de los caballos y a huir a todo correr.

El capitán Startlight, desprovisto de la máscara, estaba al lado de Búffalo Bill y del sheriff Grant, en el primer carro.

Su ira iba contra Cody, pues por la conversación habida entre éste y el sheriff comprendía que el plan era producto de la imaginación del primero. Sus intenciones eran siniestras y acaso las hubiera puesto en práctica de inmediato a no ser porque tenía las manos atadas y a la espalda.

Mientras uno de sus hombres lo tapaba había procurado libertarse.

Antes de atarlo había sido registrado para despojarlo de las armas que llevase. Pero nadie se había fijado en un cuchillo que tenía debajo de una de las fundas de los revólvers.

Tenía sobre sí la acusación de haber dado muerte al agente Henderson, y a otras personas y sabía de sobra que le esperaba una sentencia de muerte si lo conducían a una población para que lo juzgase un tribunal. Si lograba libertar sus manos, trataría de asesinar a Cody aún cuando le matase.

Pero aquello era preferible a permanecer durante unas semanas prisionero sabiendo que al fin sería condenado a perder la vida.

Sí. Pondría en ejecución su plan, si le era posible y por ello trataba de romper las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Así lograría acortar sus sufrimientos y vengarse del hombre que había sabido burlarlo de aquella manera.

Cuando hubo conseguido sus propósitos observó a Cody y a Grant temeroso de que alguno de ellos se diese cuenta de lo que ocurría y de la mirada de triunfo qeu brilló en un instante en sus ojos.

Read Gulch fué alcanzado al fin, y la noticia de que el capitán Starlight y su banda habían sido capturados se extendió por la ciudad rápidamente. Los habitantes acudieron en tropel, hombres, mujeres y niños y felicitaban y daban vivas a Cody y a los que lo habían secundado, cuando los dos carros marchaban hacia la prisión construída cerca de la casa del sheriff.

Cuando la comitiva se detuvo y Cody saltó a tierra recibió una gran sorpresa. Oyó un grito y al volverse hacia el sitio de donde había partido, vió a una joven india que se abría camino hacia él.

—¡Cierva Brillante! — exclamó asombrado al reconocer a la joven india a quien había salvado. Y al mirarla de cerca, al ver la expresión de sus ojos, comprendió la verdad de lo que significaba la presencia de la joven.

Cierva Brillante, tomó entre sus manos una de las de Búffalo Bill y se arrodilló ante él. Pero Cody la hizo levantar con un gesto amable.

—¿Por qué ha vuelto a Red Gulch? ¿Por qué ha dejado su tribu, Cierva Brillante? — preguntó, aún cuando suponía cual era la causa de todo. Pero se sentía molesto por aquella escena en presencia de tanta gente.

—¡Cierva Brillante, quiere estar siempre al lado del hombre valiente que la rescató, — respondió con toda naturalidad la joven. — El me salvó la vida y yo quiero ser siempre su esclava.

—¡Pero eso es imposible, Cierva Brillante! — dijo con toda gentileza, Cody. — Mi profesión me llevará mañana lejos de aquí.

Un grito de advertencia partió de los labios de un hombre que se hallaba cerca, interrumpiendo la conversación. Pero aún cuando Bill Cody no pareció oirlo, Cierva Brillante sií y se volvió rápidamente.

El capitán Starlight, que había sido bajado del carro, se desprendió en forma re-

pentina de las ligaduras que mantenían sus manos a la espalda y con toda rapidez sacó el cuchillo que tenía oculto.

Antes de que nadie pudiera detenerlo avanzó hacia Búffalo Bill dirigiendo la brillante hoja del arma hacia su pecho.

Cody no tenía tiempo para contener a su atacante, ni el golpe que le dirigía éste, pues cuando volvió la cabeza, sin sospechar el peligro, el golpe había sido descargado.

Más Cierva Brillante, quien se había dado cuenta instantáneamente de la situación se interpuso con un rápido movimiento.

El arma la hirió en pleno pecho, y sin proferir una exclamación cayó a los pies del hombre a quien amaba y por el que había sacrificado la vida que él salvó horas antes.

La enfurecida multitud se avalanzó sobre el bandido y lo derribó al suelo golpeándolo y clamando justicia. Bill Cody se inclinó hacia la joven, la tomó entre sus brazos y vió que estaba ya muerta.

. . . . . .

¡Pobre, tan leal y tan buena, Cierva Brillante! Fué enterrada en una cueva situada en un grupo de montañas y aquella misma noche su padre supo que ella había dado la vida por salvar l ade Búffalo Bill.

Lobo Gris, que odiaba a muerte a los blancos, reunió aquella noche, cuando salió la luna, a su pueblo, y con el rostro bronceado, contrafdo por el rencor, agitó su tomahawk sobre su cabeza, jurando venganza.

—¡El la rechazó y no aceptó su cariño! —fueron las palabras que pronunció. —¡Ojalá mi hija se hubiera conducido en otra forma! Algún día encontraré al cara pálida cazador de búfalos y prometo que entonces su cuero cabelludo adornará mi cinturón. ¡He hablado!

Ignarando por completo la promesa de venganza pronunciada contra él, Búffalo Bill partió de Red Gulch para notificar al gobierno la captura del capitán Starlight y de los hombres de su banda.

Cuando se arregló para pasar el resto de la noche en su campamento, su rostro expresaba contrariedad, porque su pensamiento era para la pobre muchacha india, que yacía en la cueva entre las montañas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda Parte

(DIEZ AÑOS DESPUES)

CAPITULO I

Una apuesta de 10.000 dólares. — Una traición. — Surgiendo del pasado.—

"¿DIGA, Bill, qué es lo que está sucediendo por allí?"

El que así hablaba era Johnny Baker y al mismo tiempo que las palabras salían de sus labios señalaba hacia una calle estrecha y envuelta en sombras, que había delante de ellos.

Búffalo Bill que iba algunos pasos más adelante, retrocedió hasta donde se hallaba su compañero.

Los dos amigos se encontraban en San Francisco, a donde había llegado el circo de Cody, después de una larga jira por Méjico y el Estado de Arizona. La gran tienda de lona y la larga fila de caravanas y de carros, se encontraba en un amplio terreno, en un barrio donde habitaba la clase media de la ciudad, y Búffalo Bill, tenía el propósito de iniciar sus espectáculos al siguiente día. Aquella noche la compañía disfrutaba de un bien ganado descanso y Bill Cody y Johnny habían salido para dar un paseo.

Por un momento los dos amigos permanecieron tratando de descubrir lo que ocurría entre las sombras de la calle. Una media docena de personas se agitaban en un grupo, como si se estuviera desarrollando una enarnizada lucha.

Cody y Johnny conocedores de lo que sucede en semejantes casos, no tenían el propósito de intervenir y permanecían a la espectativa, cuando oyeron claramente una voz que pedía auxilio.

Era una mujer la que había gritado. Y aquello sólo fué suficiente para que Cody y Johnny, cambiando de modo de pensar, corriesen a prestar ayuda a la mujer que estaba en apuros.

Cody echó a correr y tras él siguió su amigo.

Cuando llegaban al lugar del suceso, vieron que una muchacha de buena apariencia y elegantemente vestida, se hallaba junto a un joven que yacía en el suelo. Parecía haber sido herido gravemente, y la muchacha luchaba contra cuatro canallas que, al parecer, trataban de desmayar con sus golpes a los dos.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Gritó nuevamente la joven, sin notar en su excitación que Búffalo Bill y Johnny corrían ya en su auxilio. Tampoco se dieron cuenta los cobardes atacantes de la presencia de los dos hombres hasta que éstos estuvieron sobre ellos.

Aquello fué una ventaja para los dos amigos, pues Cody atacó a un gigantesco barbudo, dándole un puñetazo detrás de la oreja, que lo hizo caer, medio atontado, de bruces contra el suelo, mientras que Johnny tomaba por el cuello a otros dos y los hacía golpear una cabeza contra la otra.

La vida de cowboy, al aire libre y con trabajos rudos, le había hecho crear unos

músculos de acero, y los otros pudieron creer que los golpeaban contra una pared o que eran víctimas de un terremoto.

El otro hombre fué el único que quedó en libertad para luchar. Con un rugido de rabia atacó a Cody y le tiró tal golpe en la cabeza que probablemente hubiera bastado para matarlo de haber sido aplicado en pleno.

Pero el explorador retrocedió a tiempo y su adversario, arrastrado por la violencia del movimiento cayó sobre su compañero.

Quedó un instante sobre las manos y las rodillas, pero en seguida se incorporó. Johnny, que había dejado atontados a los otros dos, se acercó y le aplicó un puñetazo entre los ojos, más el otro esquivó, en parte el golpe y jirando sobre sus talones echó a correr para perderse en seguida entre las sombras.

Al ver aquello, los otros dos que volvían en sí, se apresuraron a imitarlo, dejando en el lugar de la lucha tendido, al gigante a quien Búffalo Bill había desmayado de un certero golpe. Pero éste, a su vez, no tardó en imitar a los que le habían acompañado en el ataque. Aprovechó para ello la circunstancia de que el explorador y su amigo se habían acercado a la joven, que se hallaba arrodillada junto al joven.

—¡Qurido Harry! ¿Está graveemnte herido?

Cody y Johnny oyeron a la joven pronuncial estas palabras con una entonación de ansidad, mientras levantaba la cabeza del herido, y la apoyaba sobre una de sus rodillas.

—¡Me han fracturado un brazo, Elsie! ¡Por lo menos así me parece! — respondió el otro, con un gemido — Pero a no ser por estos dos señores los canallas hubiesen dado cuenta de nosotros.

—¡Brutos! ¡Canallas! — exclamó sollozando la muchacha. — Ya ha desaparecido toda esperanza. Silas Flegg, ha triunfado anulándole a usted.

—Sí. Ya no podré luchar ahora, — dijo el joven con una mezcla de ira y de desconsuelo. — Por supuesto, que esto es obra suya. Esos hombres son sus satélites y no le han hecho traición...

Hizo una pausa, durante la cual lanzó gemidos de dolor, y luego continuó con voz ronca.

—¡Esto es la ruina! Nuestro casamiento volverá a retardarse quien sabe hasta qué fecha.

La muchacha tendió las manos a Cody y a Johnny.

—¡Gracias, señores! ¡Muchas gracias por su oportuna ayuda! — dijo. — Mi amigo y yo les estamos muy agradecido.

—No tiene por qué, señorita, — respondió Búffalo Bill. — Ha sido para nosotros un placer castigar a unos canallas como esos. ¿Quieren que tratemos de detenerlos?

El hombre que se hallaba en el suelo momontos antes había logrado ponerse de pié.

—No, no señor. No merece la pena de correr tras ellos. El daño está ya hecho y yo sé que no son más que los cómplices de un canal'

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó lleno de curiosidad Búffalo Bill que había oído a medias la conversación que el llamado Harry había sostenido con la muchacha.

—Que el ataque de que me han hecho objeto obedece a un plan. No eran simples malhechores, — respondió el otro. — Justamente dentro de quince días yo debía pelear con Joe Jackson, el negro peso pesado, campeón de San Francisco. El hombre que ha utilizado a estos hombres sólo ha tratado de inutilizarme seriamente, de manera que no pueda ya pelear con él.

—¿Por qué ha hecho eso? — interrogó cada vez más lleno de curiosidad, Cody.

—Porque el ganar yo suponía para él la pérdida de veinte mil dólares, — continuó explicando el joven. —De esta manera él se guardará el dinero en el bolsillo y toma una cantidad crecida de los fondos del periódico que yo dirijo y del que soy propietario. Eso es muy serio para mí, por que equivale a tener que cesar su publicación.

Durante algunos segundos Búffalo Bill permaneció en silencio; la profunda línea que se notaba entre sus cejas indicaba que estaba pensando profundamente.

—¿Vive usted lejos de aquí? — preguntó mientras el joven se disponía a iniciar la marcha llevando el brazo caído a lo largo del cuerpo.

—Sí. Del otro lado de la ciudad, — respondió el llamado Harry. — Deben haber estado vigilándome. Mi prometida y yo hemos pasado algunas horas en casa de unos amigos que viven cerca de aquí. Los cuatro bandidos nos atacaron de pronto cuando llegábamos a la parte más oscura de la calle. El infame que llevaba la cachiporra me golpeó repetidas veces en el brazo, mientras yo peleaba con uno de los otros.

Cody pasó suavemente la mano por el brazo herido.

—¡Jum! Sí. Hay fractura, — exclamó. — ¡Canallas! Me explico cual es su situación y eso me hace hervir la sangre en las venas. ¿No puede retardarse la lucha?

El joven sacudió negativamente la cabeza.

—No, — respondió con amargura. — Estoy perdido y no tengo más remedio que pagar esos veiste mil dólares sin tener la probabilidad de defenderlos peleando. La apuesta fué que mi diario encontraría un hombre blanco que derrotase al negro, en el término de tres meses, y el plazo expira dentro de quince días.

Búffalo Bill lanzó una exclamación. Parecía sentirse más animado.

—¿Pero no está estipulado que usted ha de ser el que luche y venza al negro?

—No. El convenio es que en el plazo de tres meses debía encontrar un hombre blanco que derrotara al negro.

Búffalo Bill se volvió hacia Johnny Baker y en sus ojos se vió reflejada una expresión que su compañero comprendió.

—Vaya en busca de un coche, Johnny, — dijo. — Vamos a ir con este amigo al circo.

—¿Al circo? —preguntó con extrañeza el otro.

—Sí. A mi circo. No está lejos de aquí.

Yo soy Cody, Willam F. Cody. Acaso, haya usted oído hablar de mí

—Pero... ¿usted es Búffalo Bill? — preguntó el joven lleno de entusiasmo y olvidándose de su brazo intentó estrechar a Coly, pero el dolor lo llamó a la realidad.

—Sí, — respondió Cody. — Y tengo un gran placer en poder serle útil. ¿Cuál es su nombre?

—Harry Wills. Soy el director y propietario del "Frisco Clarión".

—Buenos, señor Wills, me parece que voy a estar en condiciones de ayudarlo, — agregó tranquilamente Cody.

—Pero, ¿cómo? — preguntó Harry Wills, mirando al famoso explorador con extrañeza.

—Ya lo verá, — contestó Bill Cody, — cuando lleguemos a mi circo y le examine el brazo un médico.

Apresurándose para obedecer la orden de su amigo, Johnny Baker regresó pronto con un vehículo, y en él, la joven, cuyo nombre era Elsie Fairham, Harry Wills, Johnny y Búffalo Bill, marcharon hacia el sitio en que se encontraba el circo.

Cuando llegaron al espacioso coche en que Búffalo Bill tenía establecida su oficina durante el día y donde odrmía por la noche, enviaron a una persona en busca del médico.

Al llegar éste, cortó la manga del saco de Harry, dejó al descubierto el brazo y lo examinó, encontrando que estaba roto justamente por debajo del codo. Elsie se puso muy pálida mnetras el médico realizaba su misión.

—Ahora, — dijo Cody cuando el médico se hubo retirado, — necesito conocer con exactitud lo que hay acerca de esa lucha, Wills. Yo llevo varios meses de jira y no estoy muy bien informado de lo que ha ocurrido en San Francisco, ni en las grandes ciudades.

—En pocas palabras puedo referírselo a usted todo, señor Cody, — respondió el joven. — Hasta hace pocas semanas, el "Trisco Clarion" era manejado por mi padre, que siempre fué muy aficionado a los sports. El fué quien dió a conocer al público a Jack Hearby, el que fué campeón de peso pesado de San Francisco, durante mucho tiempo.

—¿Y fué vencido por ese negro, Jackson?

—Eso es. Hace tres meses o poco menos. El manager del negro, cierto agente de apuestas de carreras llamado Silas D. Flegg, se burló del protegido de mi padre después de la derrota, y desafió a mi padre a que encontrase un blanco capaz de vencer a Jackson. Mi padre conocía a un muchacho de gran porvenir llamado Joseph Aymoss, el cual, en su opinión, era algo mejor que Haernby, el campeón derrotado, y fiando en ello, aceptó la apuesta de Silas D. Flegg. "¿Quiere usted poner sus veinte mil dólares contra los míos a que no pone usted a ese blanco en condiciones de derrotar a Jackson, en el término de tres meses?" preguntó Flegg. Y como mi padre vacilase, se burló de él nuevamente.

"El caso es, señor Cody, que el "Frisco Clarion" no va tan bien como aparenta ir, y que mi padre ha sufrido varios reveses en otras negociaciones. Pero imagínese usted cuál era la situación de mi padre. Aquellos hechos se habían desarrollado en presencia de una gran cantidad de personas, en uno de los salones del club.

"Mi padre aceptó la apuesta. Sabía que si Joseph Aymoss no lograba vencer, aquello equivalía a su ruina, y tan pronto como hubo aceptado la apuesta, se arrepintió. Pero aunque no acostumbraba a jugar, era un perfecto sportsman y debía hacer honor a su palabra.

"Tres días después, el Destino tomó participación en el asunto. Mientras Joseph Aymoss y mi padre estaban en viaje hacia el punto donde se iba a efectuar el entrenamiento del primero, los dos murieron en un accidente ferroviario, Como todos los intereses de mi padre pasaron a mí, naturalmente también me toca resolver el asunto de la apuesta.

Búffalo Bill miró al joven con admiración.

—¿Entonces pensó que, como Aymoss había muerto, usted podía ocupar su sitio y tratar de salvar la crítica situación?

Harry Wills hizo un gesto de asentimiento.

—No era sin esperanzas de derrotarlo, a pesar de que es un buen boxeador, — agregó con modestia. — Cuando estaba en el colegio desempeñé buen papel en el boxeo, y antes de que me ocurriese esto, — e indicó el brazo, — estaba tan ágil y entrenado como el primero. Además, — continuó fijando la vista en Elsie, — el hecho de que no sólo salvase la suma apostada por mi padre, sino de ganar otra cantidad igual, significaba mucho para mí.

Búffalo Bill no había olvidado las palabras que oyó entre Harry y la muchacha, y aquello contribuyó a que, viendo el amor que se tenían los dos jóvenes, y que Harry no estaba en condiciones de luchar, resolviese ayudarlos todo lo más que pudiera.

Comprendió que pisaba un terreno delicado, pero le rogó a Harry que continuase.

—Elsie y yo estábamos a punto de casarnos cuando mi padre hizo la apuesta, — prosiguió tranquilamente el joven. — Pero entonces yo...

—Lo que hizo fué prestar a su padre todo el dinero de que disponía para que siguiese adelante el diario, señor Cody, — explicó la joven mientras Harry enrojecía como una muchacha. — Tiene el corazón demasiado bueno y no puede ver en apuros a nadie.

—Fué con su consentimiento, Elsie, — agregó Harry. — Usted fué la primera en decirme que nosotros podíamos esperar un poco más y así podíamos salvar a mi padre.

Búffalo Bill se puso de pie. Una sonrisa de confianza desplegaba sus labios.

—Ya sé a qué atenerme, — dijo. — Si no se encuentra un hombre blanco capaz de derrotar el negro, el "Frisco Clarion" fracasará por falta de capital y dejará de publicarse. Su dinero de usted desaparecerá y su boda estará más distante que nunca.

—Esa es la exacta situación, — respondió amargamente Harry Wills. — Flegg tiene compromisos a los que responder y me consta que en los últimos tiempos no le ha ido muy bien en las apuestas de carreras por lo cual su situación es casi desesperada. El

ataque de esta noche es el tercero de que he sido objeto durante el mes.

—¿Quiere decirse que usted supone que detrás de todo esto está la mano de Flegg?

—¿Y qué otra cosa puede ser, señor Cody? — dijo Harry. — La primera vez una paraja de hombres me arrojó al río después de atontarme de un golpe en la cabeza. El frío del agua me hizo reaccionar instantáneamente y gracias a ello pude salvarme a nado.

"La segunda vez la táctica fué muy parecida a la de esta noche. Un repentino e inesperado ataque en la oscuridad. Pero ahora ha triunfado. Ya puedo perder toda esperanza y en estas condiciones nadie se atreverá a colocarse frente al negro...

—En eso es precisamente en lo que está usted equivocado, — dijo Bill Cody. — Yo le he dicho que deseo ayudarle a usted y me hallo resuelto a cumplir mi palabra. Puedo encontrar al blanco que se ponga frente al negro campeón de peso pesado. Puedo hallar un blanco que venza al negro.

—¿Usted? ¿Qué usted puede hacer eso? ¡Habla en serio? ¿Quién es ese hombre? — preguntó, lleno de exictación, Harry Wills.

Búffalo Bill se encogió de hombros y se vió la sombra de una sonrisa en sus labios.

—¡Está ante usted! — exclamó. — ¡Se llama Bill Cody!

Un grito de admiración brotó de los labios de Harry Wills, y halló eco en los de su prometida, mietntras que el propio Johmy Baker miraba a su amigo sin dar pleno crédito a sus palabras.

—¡Usted! — balbuceó Harry. — ¡Es imposible!

—¿Por qué? — preguntó tranquilamente Búffalo Bill.

—Porque no puede ser, — declaró Wills. — ¿No se da usted cuenta de lo que supone eso? Joe Jackson tiene unos seis pies de estatura, es un Hércules y un boxeador científico que combate tanto con su cerebro cómo con sus músculos. Yo sé que usted no tiene igual como tirador o como jinete. Pero para combatir con el negro...

—Traiga los guantes, Johnny, — dijo Bill Cody.

—¡Que me condenen!... — murmuraba Baker mientras iba en busca de lo que le habían solicitado. — Si sé en lo que va a parar todo esto.

La noticia de que Búffalo Bill había resuelto colocarse frente al campeón negro, circuló rápidamente por todo el circo y cuando Johnny Baker regresaba con los guantes de boxear, los cowboys y también el viejo jefe siux, Toro Solitario y sus guerreros estaban rodeando al director del circo.

Los habitantes de las inmediaciones, extrañados de aquel extraordinario movimiento, acudieron también para ver qué ocurría.

Harry y Elsie se asomaron a la puerta del carro de Cody y miraron con interés a éste mientras se quitaba el saco y se levantaba las mangas de la camisa.

—¡Hank! — gritó el explorador mientras se ajustaba un par de guantes.

—¡Patrón! — respondió un corpulento cowboy, al mismo tiempo que se adelantaba de entre sus camaradas

—Vamos a entretenernos un rato con los guantes, — dijo Búffalo Bill. — Pero pegue fuerte y donde pueda. ¿Me entiende?

—¡Seguramente! — exclamó Harry. — Usted me va a vencer por puntos.

El cowboy era uno de los mejores luchadodores del circo de Cody, aparte de ser uno de los hombres más fuertes. Cuando se sacó el saco y se levantó las mangas de la camise pudieron notar sus poderosos músculos.

Los ojos de Harry Wills se animaron al ver al terrible adversario de Cody, quien esperó a que el otro se hubiese ajustado los guantes.

Los otros cowboys y los guerreros de Toro Solitario formaron corro y los dos adversarios se dieron la mano como hacen los boxeadores.

—¡Time! — gritó Johnny Baker, que hacía las veces de árbitro, levantando una mano.

Durante algunos momentos los dos hombres permanecieron a la espectativa, luego Cody amenazó con su mano derecha, pero envió con la izquierda un golpe a la mandíbula de Hank, quien pareció avivarse.

Atacó rápidamente con su izquierda, pero encontró la guardia de su adversario; entonces dió un rápido golpe con la derecha y tocó a Cody en el cuello, con fuerza suficiente para hacerlo tambalear.

Continuaron algunos momentos más sin que hubiese nuevos golpes y luego la lucha pareció animarse y los pugilistas adquirir más rapidez.

Fué Hank el que, acosado, dió un paso hacia atrás. Rápido como la luz, Bill Cody se arrojó sobre él, con la agilidad y la acometividad de una pantera. El cazador de búfalos, dió un golpe que hizo echar hacia atrás la cabeza de su adversario, quien, providencialmente, consiguió evitar el formidable upper-cut, que siguió al otro golpe.

Durante aquellos momentos una creciente sorpresa dominó la emoción que experimentaba Harry Wills. Cody boxeaba con el conocimiento y la agilidad de un profesional y pronto se dió cuenta de que el cowboy, a pesar de su superioridad de peso, tenía pocas probabilidades de ganar.

La excitación reemplazó al asombro de Harry, quien apretó con tal fuerza el brazo de Elise, que la hio gritar.

—¡Mire! ¡Mire! — exclamó. — Mire cómo se adapta. ¡Parece que ha estado luchando toda la vida!

—¿Lucha mejor que usted? — preguntó la joven con gran interés.

—Sí, — respondió Harry sin vacilar. — Y también es superior al pobre Aymoss. He sido un loco al dudar de él. Debí comprender en seguida que semejante hombre no es capaz de inútiles bravatas.

El primer round terminó con un golpe que asestó Cody a Hank, luego de un rápido ataque, durante el cual Búffalo Bill, supo esquivar los golpes que le dirigía su adversario y aprovechar las ventajas.

—Toro Solitario, va a tener que prestarme su tomahawk, — gritó Hank. — Creo que si no me defiendo con él, me va a matar.

Sacó el hacha del viejo jefe de su cinturón y tomó un revólver del suyo.

—¿Cree que necesita el tomahawk para dominarme? — dijo riendo Búffalo Bill.

—Claro está que sí, — respondió seriamente el cowboy. — Y si eso no me basta utilizaré el revólver.

Un coro de carcajadas acogió estas palabras y apenas se hubo restablecido el silencio cuando Johnny Baker volvió a gritar: ¡Time!

Hank apartó las armas y en seguida se puso en guardia.

Una corta serie de fintas, un rápido cambio de golpes y Hank fué enviado hacia atrás con una derecha que pegó con fuerza en el lado derecho del cuerpo. Trató de defenderse con rudos golpes, pero Búffalo Bill se mantenía firme, su agilidad era admirable y siempre lograba contrarrestar los efectos del ataque de su adversario.

Dos rápidas manchas de color rojizo animaban las pálidas mejillas de Harry Wilis, cuando vió el giro que iban tomando los acontecimientos y calculó que si todo iba normalmente y Cody y el negro se ponían uno frente al otro, Jackson sufriría la primera derrota de su carrera.

Hank era un buen boxeador, pero había sido castigado rudamente y ya caía con frecuencia en los clich para recobrar ánimos. Más en una de estas ocasiones y en el momento en que por orden del árbitro se ponía de nuevo en guardia, Cody le asestó a su adversario un puñetazo sobre el corazón; y después de dar dos o tres pasos vacilante Hank cayó al suelo.

—¡Time! — gritó Johnny Baker, pasado un momento

—¡Ya lo creo y esta ve basta! — murmuró Hank. — Me parece que ya se ha cansado de golpearme, patrón. ¡Que me quiten los guantes! ¡No quiero más!

Harry bajo las escaleras del carro, lleno de entusiasmo y estrechó la mano enguantada de Cody.

—¡Es usted admirable! — exclamó. — Hacía muchos años que no veía un hombre de su peso con un punch como el suyo. Discúlpeme por haber dudado un momento. Si no vence usted a Jackson será por una verdadera casualidad.

—¿Lo cree usted así realmente? — preguntó Cody.

—Ya lo creo, — respondió Harry. — Yo esperaba darle trabajo para que me dominase y... y... no me animaría a vencerlo a usted. Tengo la seguridad de que no me sería posible. Jackson es hábil y realizará una buen combate pero usted es superior a él y se encontrará, como vulgarmente se dice, con la horma de su zapato, cuando peleen.

—¿Dónde va a realizarse el encuentro? — preguntó Búffalo Bill.

—Eso queda a mi cargo. Tengo que designar el local. Puede ser en el "Frisco Sporting Club" o en un amplio local que me ha sido ofrecido.

—¿Y el negro tiene que combatir donde usted le indique?

—Siempre que la lucha sea en la ciudad de San Francisco.

—Entonces, ¿por qué no la realizamos en mi circo.

—¡Claro está que sí! No había pensado yo en ello, — respondió Harry.

Cinco minutos después, cuando Harry y Elsie se disponían a despedirse de Cody y sus amigos, la muchacha encontró una oportunidad para hablar a solas al explorador.

—No encuentro palabras con que agradecerle todo lo que está haciendo por nosotros, — exclamó. — Es usted muy bueno. Nosotros somos unos desconocidos para usted y no obstante no ha vacilado en realizar tan difícil tarea y ocupar el lugar de Harry y...

—Pero gane o pierda yo recibiré una suma, dado que la lucha se efectuará en mi circo, — protestó Búffalo Bill.

Ella sacudió la cabeza.

—No. No ha sido por eso por lo que ha aceptado el ocupar el lugar de Harry, — dijo ella. Hasta lo último no sabía usted que la lucha se iba a realizar en su local.

—Acaso sea entonces, por que yo me desvivo por hacer feliz a la gente, muchacha, — agregó Búffalo Bill sonriendo. — Además prefiero que el campeonato quede en poder de un blanco y no de un negro, pues como buen sportsman esto me haría ruborizar.

Sus ojos tuvieron una mirada especial y la sonrisa huyó de sus labios

—Si tengo un poco de suerte haré pagar a Silas Flegg, su traición de esta noche, derrotando a Jackson, — dijo con tono resuelto. — Mañana comenzaré a entrenarme.

El vehículo en que Cody había conducido a sus nuevos amigos quedo esperando y luego de ultimar los detalles, el explorador los condujo hasta él y se despidió de los dos jóvenes.

Cuando regresaba a su habitación pensaba en los curiosos acontecimientos de aquella noche y en la traición de que había sido víctima Harry, por lo cual no se fijó en un piel roja que se hallaba a la puerta de entrada de otro circo levantado como otros varios locales de diversión en la pradera.

Era noche cerrada y Cody marchaba distraído. Sobre la puerta de entrada del otro circo había un cartel en el que con letras grandes decía: "Noche Negra, el jefe navajo. — Admirables pruebas de lanzamiento de flechas y ejercicios de lanza". El original de la figura pintada, era el mismo indio que estaba entonces sentado a la puerta, envuelto en una manta blanca, que ocultaba su vistoso traje.

La luna que había sido tapada por una nubes quedó al descubierto y su pálida luz iluminó el rostro de Búffalo Bill cuando este caminaba por allí. El efecto que aquello causó al piel roja fué fulminante. Se levantó como movido por un resorte y marchó tras el explorador, mientras su mano derecha aparecía bajo la manta en busca del mango de su cuchillo de caza.

No llegó a sacar el arma pero su rostro se reflejaba un profundo odio.

—¡Al fin! — murmuró el anciano jefe indio, mientras seguía con la mirada a Búffa-

lo Bill hasta que este desapareció en su carro.

No había transcurrido aun media hora de esto cuando Cody se había acostado y dormía sin haberse preocupado de cerrar la puerta. No obstante le amenazaba un gran peligro.

Porque el navajo que era conocido por allí como Noche Negra, era en realidad Lobo Gris el padre de la muchacha que había dado su vida por Búffalo Bill, diez años atrás, en Red Gulch.

Con la admirable paciencia de los de su raza, el piel roja había guardado sus propósitos de venganza contra la supuesta ofensa de Cody. Poco ilustrado no había podido leer a quién pertenecía el enorme circo levantado junto a su tienda pero al ver al explorador, lo reconoció en seguida.

Durante la noche se escurrió como una sombra hacia el sitio donde descansaba el explorador, pero el ladrido de un perro que se cruzó en su camino lo hizo retroceder.

Más ahora que Cody había aparecido de nuevo ante él, Lobo Gris estaba firmemente resuelto a no perderlo de vista hasta arrancarle la vida.

El resto de la noche, el viejo jefe permaneció en la oscuridad de su tienda, murmurando frases de odio y apretando entre sus manos el mango de su cuchillo.

CAPITULO II

Proximidad de la lucha. — El enemigo oculto. — El complot de Silar Flegg.

En todos los sitios públicos de San Francisco, en cada taberna y en las calles y plazas, se veían en abundancia grandes carteles anunciando que tres días después, Búffalo Bill, el famoso explorador y jefe del circo, iba a luchar con Joe Jackson, el campeón de peso pesado de la localidad, por el campeonato.

La interesante pelea se realizaría en el local del circo de Cody, que no se había inaugurado aun pues Búffalo Bill se entregó allí a su entrenamiento para la lucha.

Silas D. Flegg, consideraba ya ganado el asunto, pues doce días antes uno de sus numerosos espías le llevó la información de que Harry Wills había sufrido la fractura de un brazo en el asalto de que lo habían hecho víctima obedeciendo las instrucciones recibidas del propio Silas, quien consideraba, tan seguros como si los tuviese en el bolsillo, los veinte mil dólares de Harry.

Pocos meses antes cuarenta mil dólares no suponían una suma importante para él, pero en aquellas circunstancias eran, por el contrario, una cantidad considerable.

Como Harry Wills lo sospechaba, sus últimas negociaciones como agente de apuestas en las carreras de caballos, fueron desastrosas. Con monótona persistencia los caballos contra quienes jugaba habían ido venciendo y sus recursos pecuniarios desapareciendo.

Por eso tenía un interés, que lo llevaba al delito, porque Harry no venciese en la lucha y por eso su satisfacción, al saber que estaba inutilizado, era tan grande.

Silas se encontraba instalado cómodamente en su buen amueblado escritorio, restregándose las manos con entusiasmo, cuando llegó a su conocimiento la terrible noticia publicada por el "Clarión". En una de sus columnas aparecía un aviso de que el famoso Búffalo Bill proponía ocupar el lugar del director del diario frente al campeón Joe Jackson.

—¡Bah! — exclamó, después de un momento de silencio. — No es una cosa seria sino un match sencillo.

Pero luego, poco a poco fueron llegando hasta él noticias de que en Bill Cody había de cuidado y entonces comenzó a ponerse de respeto y entonces comenzó a ponerse inquieto.

Sus agentes y espías recibieron orden de averiguar donde se entrenaba Cody, pero hasta cuatro días antes del encuentro no lograon saber nada.

Se encontraba en Los Angeles y el entrenador de Joe Jackson marchó hacia allí, sin proyecto alguno, pero resuelto a inutilizar a Bill Cody, siempre que pudiera realizarlo sin que resultase peligroso para él. ra él.

Una mañana desde un lugar situado en las alturas de una montaña, Silas Flegg observó a Búffalo Bill corriendo por un polvoriento camino a razón de seis millas por hora. El observador disponía de de unos poderosos gemelos de campo, y cuando se cercioró del estado en que se hallaba Coly, lanzó una maldición.

El colorado rostro de Silas Flegg, no tenía una expresión muy atrayente. Bien es verdad que eso ocurría siempre.

Parecía lo que en realidad era, — un hombre de baja estofa, que había hecho dinero en las apuestas le las carreras y por otros medios más censurables; — su ropa y lo burdo de sus alhajas, decían a voces, lo basto de su origen.

A cincuenta pies, más abajo de él, Bill Cody se entrenaba con su sparring partner un ex pugilista que había alcanzado fama en su época.

Johnny Baker los seguía y más lejos iba Toro Solitario, quien en forma grotesca cumplía lealmente su misión de contribuir, en lo posible, al entrenameinto de Cody.

El viejo jefe siux, que había sido en otra época un encarnizado adversario del explorador, pero que ahora le demostraba sincera amistad, no había querido quedarse en el circo cuando supo que Búffalo Bill iba a tomar el tren.

Por primera vez en su vida se despojó de su traje de piel roja, y acompañó al grupo. Aquellas largas y rápidas caminatas lo cansaban, sin embargo y demostraban al anciano siux que ya no conservaba el vigor de sus primeros años.

De repente Silas D. Flegg, se estremeció. Mientras observaba a Cody, alcanzó a ver oculta entre unos matorrales a una persona que indiscutiblemente no era de los del séquito de Búffalo Bill. Al pronto no quiso dar crédito a lo que veían sus ojos.

Era un piel roja vestido a la usanza de los de su raza, sin más diferencia que no llevaba el gorro de plumas. En la mano tenía un arco y unas flechas.

Silas Flegg se quedó sorprendido cuando vió que el indio colocaba una flecha en el arco y apuntaba hacia Búffalo Bill. Pero aquella flecha no estaba destinada a cruzar los aires en aquel momento.

El sparring partner de Cody corrió hacia éste y momentáneamente lo cubrió con su cuerpo haciendo imposible que la flecha del piel roja le tocara.

Con un gesto de disgusto, Lobo Gris, pues el era el piel roja, levantó el arco. Luego, como sintiese un golpe en el hombro se volvió lanzando una exclamación de alarma.

Con diabólica sonrisa, Silas D. Flegg, lo contempló y Lobo Gris lo miró a su vez fieramente.

—No se alarme, — exclamó el blanco. — No represento ningún peligro para usted.

Por un momento Silas D. Flegg siguió con la vista el grupo formado por Cody y sus compañeros quienes desaparecieron en una curva del camino.

—No negaré que he visto lo que intentaba hacer, mi rojo amigo, — exclamó Silas. — Pero no tiene nada que temer de mí. Yo también deseo herir a ese hombre.

—¿Usted odia también al blanco cazador de búfalos? — dijo apresuradamente Lobo Gris.

—¡Cómo! ¿Usted habla de Búffalo Bill? — preguntó Flegg sin comprender al pronto. — Sí, le odio, porque significa dinero, mucho dinero para mí el que ese hombre muera, o quede gravemente herido. ¿Me comprende usted?

Después de un momento de vacilación, Lobo Gris, asintió gravemente.

—La muerte de mi hija, está junto a él, — dijo amargamente. — Algún día lo mataré. Yo hice la promesa hace mucho tiempo, de que lo mataría.

—¿Usted ha hecho esa promesa? — murmuró Silas D. Flegg. — ¿Dice que él mató a su hija? ¿Quién era su hija?

Lobo Gris movió negativamente la cabeza; pero como Flegg insistiese, poco a poco le fué relatando toda la historia del paasdo. Como Cierva Brillante había dado su vida por Cody y su equivocada teoría de que Búffalo Bill la había hecho creer que la amaba y luego la despreció.

Relató también que su tribu había sido casi extinguida luchando con los buscadores de oro blancos.

Contó a Flegg que mientras se encontraba a la puerta de su choza donde daba espectáculos de habilidad en el manejo del arco, había reconocido a Búffalo Bill cuando se encaminaba hacia su gran circo y desde aquel momento lo siguió sin descanso esperando una oportunidad de realizar el juramento hecho hacia diez años.

Silas D. Flegg, oyó el relato con gran atención viendo en el viejo piel roja una amenaza de muerte para Búffalo Bill y tratando de emplearla en su favor.

Tardó mucho tiempo en hacerle comprender al indio que tres días después Cody se pondría frente al campeón negro para luchar y que él necesitaba que Cody perdiese la lucha.

—Puedo indicarle cómo ha de vengarse del cazador de búfalos y al mismo tiempo favorecer mis planes, Lobo Gris. Y le voy a indicar claramente lo que ha de hacer. ¡Oigame!

"El cazador de búfalos va a encontrarse con el negro y luchar en la carpa donde él da sus espectáculos... ¿Me comprende? Yo le proporcionaré un asiento cerca del ring, y mientras todos están entusiasmados con el desarrollo de la lucha, usted le dispara una flecha como iba a hacer hace un momento.

"Sus amigos le hubiesen encontrado aquí si llega usted a darle muerte y lo hubieran mandado a prisión. Pero allí, tan pronto como le dispare la flecha, corre hacia la puerta donde yo tendré preparados algunos amigos y le dejarán escapar, impidiendo al mismo tiempo que alguien lo persiga... ¿Me comprende lo que le digo?

Lobo Gris asintió gravemente. Sus negros ojos brillaban de satisfacción y odio.

—Sí, comprendo, — exclamó.

—¿Y quiere hacer lo que le digo? — preguntó con interés Flegg.

Nuevamente inclinó la cabeza Lobo Gris.

—¡Sí! ¡Quiero matarle! — dijo ferozmente.

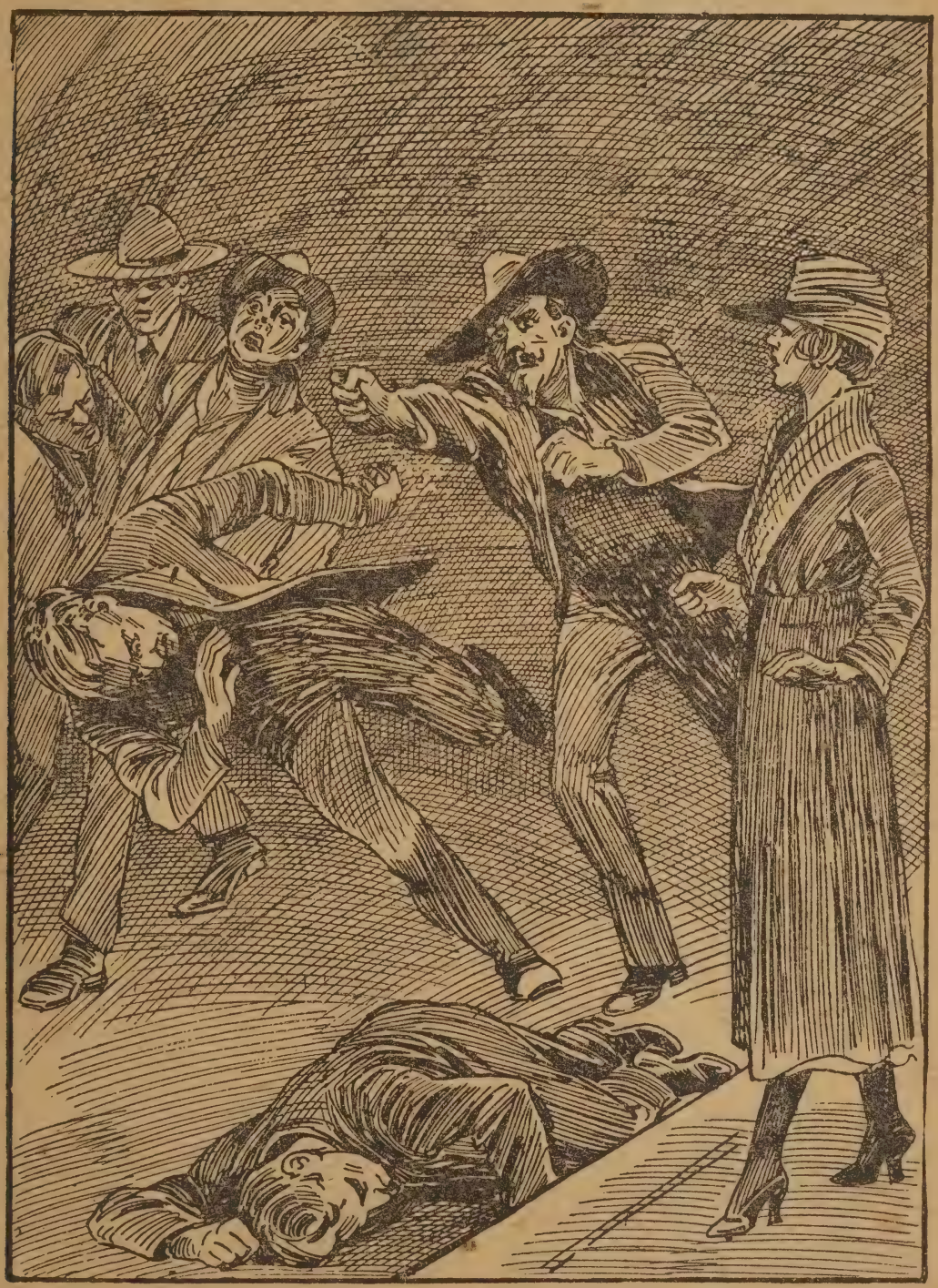
CAPITULO III

El gran match en el circo de Cody. — Un peligro cercano. — Conclusión.

DURANTE los últimos años, el boxeo había adquirido grandísima popularidad e importante desarrollo en toda la América del Norte. Pero hasta entonces, jamás se había sentido tanto interés por un match como el qued espertó el que se realizó entre Joe Jackson, el campeón negro de San Francisco, y Búffalo Bill, el hombre blanco desconocido com boxeador, pero a quien el "Frisco Clarión" había presentado como adversario capaz de vencerlo.

La enorme carpa del circo de Cody estaba llena de público la noche designada para el encuentro. Se habían pagado por los asientos altos precios, y aún una gran cantidad de aficionados tuvieron que conformarse con enterarse del desarrollo de la lucha desde la calle.

Señores con traje de etiqueta, ocupaban los asientos de primera categoría, y en todas direcciones se veía un mar de cabezas. Las conversaciones formaban un tumulto y por todas partes se discutía en forma aca-



Cody dió un golpe a uno de los atacantes, que era un corpulento gigante, y lo envió de bruces contra el suelo, mientras Johnny había agarrado a los otros dos por el cuello y golpeaba sus cabezas con toda su fuerza. ("El desafío de Búffalo Bill").

lorada hasta que aparecieron en el ring los dos contendientes.

Dos habitaciones, una para que se vistiera Cody y otra para el negro, habían sido levantadas a un costado de la carpa.

Harry Wills, con su brazo en cabrestillo, se encontraba en unión de Búffalo Bill y de Johnny aBker que era su segundo, cuando el explorador manifestó deseos de comenzar.

Se encontraba perfectamente tranquilo, aún cuando el interés de la lucra no podía menos de apasionarle y ecendía su sagre. Faltaban muy pocos minutos para la hora indicada, y Johnny se manifestaba más nervioso y excitado que su amigo.

En la primera fila, ocupando uno de los asientos de más precio se hallaba Toro Solitario. Su rostro impasible, como de costumbre, pero intranquilo también esperando el comienzo de la lucha.

El jefe indio vestía su traje de costumbre con el que se hallaba más cómodo, y más de una mirada llena de curiosidad se dirigía hacia él.

Si hubiese sido capaz de comprender lo que indicaban lo que apostaban contra su apreciado Búffalo Bill, hubiese sostenido algún incidente, ya que no podía admitir siquiera la sospecha de que el negro saliese triunfante.

Había otro piel roja, — Lobo Gris, — entre la concurrencia, pero como ocupaba otro sitio menos importante, ninguno se fijaba en él.

Tenía puesta encima una manta, y no se podía sospechar que bajo ella ocultase un arco y flechas, los mismos que había usado en la época en que combatía o cazaba libremente en las salvajes regiones.

Silas D. Flegg miró hacia donde se encontraba el piel roja, con una mezcla de ansiedad e impaciencia, cuando ocupó el sitio que se había reservado, a poca distancia de él.

Había entre la concurrencia otra persona que debe ser mencionada. Era Elsie Falham. La muchacha estaba sentada en un lugar poco iluminado del local, y gracias a ello no podía notarse su gran excitación y la palidez de su rostro.

Para ella, el resultado de la lucha significaba o la felicidad y la inmediata unión con el hombre a quien amaba, o largos años de espera, hasta que volviese a rehacer su fortuna.

Una ruidosa exclamación brotó de los labios del público, seguida de un sepulcral silencio.

Búffalo Bill y Joe Jackson habían pasado bajo las cuerdas y subido al ring, seguidos de sus segundos o testigos.

El negro parecía un Hércules, y su aspecto hubiera estremecido muchos adversarios. Tenía más de seis pies de estatura y su cuerpo era proporcionado y musculoso. Su negra piel brillaba como si fuese de ébano al reflejarse en ella las luces del local.

Se notó una sonrisa de burla en sus gruesos labios rojos, cuando su mirada se posó sobre Búffalo Bill y notó que su mandíbula temblaba ligeramente.

—¡Señores! — dijo la voz del director de encuentro. — Comprendido que tengan todo ansiedad por que comience el match. Será a veinte rounds, de tres miuntos con uno de descaso, entre Joe Jackson, campeó de peso pesado, de San Francisco, y William F. Cody. Aún cuando no considero necesaria la presentación los presento: Joe Jackson: William F. Cody.

Un nutrido aplauso acogió estas palabras, pero mientras el negro saludaba y sonreía dejando al descubierto ssu blancos dientes, Búffaflo Bill esperaba tranquilo la señal de comenzar, en su rincón donde se hallaba su segudno.

Ajustados los guantes, los dos boxeadores permanecieron sentados en sus bancos.

—¡Segundos, fuera del ring! — fué la orden.

Y nuevamente volvió a reinar un sepulcral silencio entre los espectadores, mientras los dos rombres marcraban uno al encuentro del otro.

A primera vista parecían formar un rudo contraste. Búffalo Bill parecía ser muy inferior al negro. Pero examinado detenidamente se mostraba la finura de sus miembros y unos músculos recios, como de acero bajo su blanca piel.

—¡Time!

El negro dió un salto, con la cabeza baja y los músculos en tensión, para atacar con iolencia. Pero aún cuando Búffalo Bill parecía no haber ni oído la señal, se encontró con él en el centro del ring.

Por un segundo, los guantes de los dos hombres se tocaron y cayeron inmediatamente en guardia.

El negro estaba encogido, como tenía por costúmbre. Búffalo Bill, por el contrario, se mantenía derecho, y sus pies se movían con la agilidad de los de un felino.

Harry Wills y Johnny Baker los contemplaban ansiosamente, lo mismo que Elsie Fairham. La mayoría, sin embargo, dirigía sus miradas al negro, considerando que por su estatura, su peso y sus músculos, no tardaría en dar cuenta de su adversario.

Por un moemnto, Jackson pareció calcular las probabilidades a su favor, y luego, bajando la cabeza, inició el ataque, protegiéndose la cabeza con los puños.

Una rápida izquierda de Cody le rozó en la coronilla, al mismo tiempo que con su derecha le dirigía un uppercut que Búffalo Bill evitó a tiempo.

Hubo un rápido cambio de golpes que parecieron no dar ventaja ninguna al negro ni al blanco, después del cual cayeron en un clinch, del que se separaron a tiempo que Cody lanzó un hook a la mandíbula que fué esquiado en parte, pues le dió al negro en el cuello, haciéndolo vacilar.

Búffalo Bill no vaciló en aprovechar la ventaja, pero el negro era hábil y supo eludir la lluvia de golpes hasta que se repuso del golpe que había recibido.

Muchos boxeadores hubiesen demostrado ya su táctica, pero Bill Cody era un hábil puiglista. Le habían prevenido que Jackson era muy experto en astucias, y no quería ir más adelante hasta saber en realidad el efec-

lo que había producido su golpe al cuello.

Cubriéndose cuidadosamente, Jackson comenzó a girar en torno a su adversario. Bill Cody lo estudiaba y comprendió que era inminente un nuevo ataque. Su espíritu combativo estaba ya en su plenitud y no veía ni pensaba más que en el negro que se movía ante él, con una burlona sonrisa en sus labios.

Jackson tendió su izquierda, y antes de que se diese cuenta de lo que ocurría, Búffalo Bill golpeón con la derecha en su antebrazo izquierdo, y casi simultáneamente su derecha tocaba la mandíbula del negro, con una fuerza que lo hizo trastabillar, mandándolo hasta las cuerdas.

Un grito de los partidarios de Cody saludó este triunfo. Jackson estuvo en pie antes de que el juez contase "cinco". Era evidente que había estado muy cerca de ser vencido.

Ciego de ira atacó a Cody al que dió un golpe en la cabeza y siguieron otros golpes por ambas partes. Un hilo de sangre caía de junto al ojo derecho de Cody, mientras el negro manifestaba indicios de cansancio, cuando el juez gritó:

—¡Time!

Los dos adversarios marcharon hacia sus respectivos rincones.

—¡Animo, Bill, ánimo! — murmuró Johnny mientras lo atendía.

—No diré que esto equivale a darme un agradable paseo, pero tengo fe en que le venceré, — respondió Cody tranquilamente.

El segundo round, para no referirlo detalladamente fué por el estilo del primero con excepción de que fué Cody, en vez del negro el que recibió un golpe que lo mandó hasta las cuerdas.

Tomó plena ventaja de la oportunidad que se le ofrecía para descansar y no se levantó hasta que el juez había contado nueve. Pero al final del round fué él quien parecía hallarse más fresco de los dos, aún cuando los dos respiraban jadeantes cuando se dirigieron a sus respectivos rincones.

Mientra Johnny pasaba la esponja por su pecho, Cody oyó que las apuestas de cuatro contra uno que se hacían a favor del negro, no encontraban ya quien las aceptase, como antes.

Desde su asiento Silas D. Flegg miraba aun ansiosamente hacia Lobo Gris. No se hallaba tranquilo. ¿No se resolvería nunca el piel roja a mandar la flecha que había de dar muerte a Cody, como le había prometido?

Flegg había visto muchas peleas, y comenzaba a temer que si el jefe indio no se intervenía, el negro no tenía grandes probabilidades de salir victorioso.

—¡Time!

Volvió a reinar el silencio en cuanto los adversarios se movieron del rincón. Se comprendía que la parte crítica de la lucha había llegado. Todos habían visto que a pesar de los golpes aplicados por el negro Cody resistía bien y que en cambio los que él asestaba al campeón hacían mella en él. Reconocían que si el campeón no cambiaba de táctica y redoblaba las violencias de sus ataques estaba perdido.

Por eso todos los concurrentes no se atrevían ni a respirar fuerte cuando los dos hombres se atacaron.

Después de un ligero golpe aplicado por Cody, respondió el negro y hubo una sucesión de izquierdas y derechas que sonaban como si estuviesen batiendo en un tambor.

Un furioso uppercut de Jackson hizo que Búffalo Bill retrocediese lanzando sangre por la boca.

Harry Wills palideció al oir que los partidarios del negro reían a carcajadas. Pero pronto tuvieron que callar.

Búffalo Bill había puesto una rodilla en tierra y respiraba fatigosamente. Jackson estaba preparado para darle el golpe decisivo en cuanto se pusiese de pie. Cody esperó un momento propicio para levantarse. Al hacerlo, el negro lo atacó como un tigro.

Lo que ocurrió exactamente nadie pudo afirmarlo, Búffalo Bill esperó a pie firme la acometida y dirigió un terrible golpe al corazón, luego se apoyó con las dos manos en las cuerdas.

Todos esperaban el final. Pero ninguno sospechaba el golpe traicionero que se preparaba contra Cody. Algo cruzó silbndo por el aire, y con gran asombro de los espectadores, una flecha fué a clavarse en el hombro desnudo de Búffalo Bill.

Este ignoraba de donde venía aquel inesperado ataque. Pero no vió más que la expresión de furia salvaje que brilló en los ojos del negro al atacarlo de nuevo, ni oyó el grito que lanzaron a su espalda.

Cody sólo tuvo tiempo para arrancarse la flecha y ponerse a la defensiva, a pesar de que su brazo izquierdo caía sin fuerza a lo largo del cuerpo.

Se apartó un poco a un lado para disminuir los efctos del ataque y comprendiendo lo crítico de su situación, hizo un desesperado esfuerzo y golpeó furioso a la mandíbula de Jackson con su mano derecha.

Sin duda dió en un punto vital pues las piernas del negro se aflojaron y mientras él caía de espaldas contra las cuerdas el campeón quedaba tendido de bruces inmóvil.

El juez contó hasta seis y el negro llegó a apoyarse en un codo.

—¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! — contó el juez.

Un grito de alegría brotó de los labios de los amigos de Cody cuando vieron que los segundos del negro tomaban en brazos a éste, que seguía insensible y lo conducían a su rincón.

Estaba vencido, "knoced-out" había dejado de ser campeón: Cody había triunfado en la admirable lucha.

Entonces la concurrencia presenció un segundo espectáculo.

Después de enviar la flecha, dirigida al corazón de Búffalo Bill, con intención de matarlo, Lobo Gris, se levantó de su asiento y partió en dirección de la salida.

Instantáneamente seis o siete secuaces de

Silas D. Flegg trataron de cubrirle la retirada; pero no habían contado con Toro Solitario que habiendo visto al otro jefe, indio enviar la flecha corrió hacia él.

Los cómplices de Flegg se quedaron aterrados al ver a Toro Solitario saltar entre ellos, con una horrible expresión en su rostro rojo y blandiendo el tomahawk, que siempre llevaba en la cintura de acuerdo con la costumbre de los de su raza.

Alcanzó a Lobo Gris y le golpeó con el hacha de plano y en seguida los dos pieles rojas caían rodando por el suelo, luchando ferozmente.

Todo fué confusión en aquel instante. Varios de los cowboys del circo de Cody intervinieron y llevaron a Lobo Gris a la habitación donde Johnny Baker estaba vendando el hombro de su amigo cuya herido no era de gravedad com pareció en un principio.

Cuando Cody vió al piel roja, su memoria retrocedió algunos años y exclamó poniéndose en pie:

—¡Lobo Gris! ¿Por qué ha hecho esto?

—Era Flegg el que estaba detrás de él, — exclamó Harry Wills que entraba en aquel momento. — Puedo asegurarlo porque los hombres que lo rodearon y trataron de facilitar su huída fueron los canallas que me atacaron a mi y me fracturaron el brazo.

Entre los dos cowboys, que lo sostenían por los brazos Lobo Gris mirab con odio a Búffalo Bill.

—Sí. Ese hombre me dijo que hiciese lo que he hecho. Pero yo lo hubiese hecho lo mismo. Usted enloqueció a mi hija. Hizo que lo amase diciéndole falsedades y luego la despreció. — dijo expresándose en su idioma, que sólo Cody pudo comprender.

Un grito brotó de los labios de Búffalo al comprender la verdad de lo que ocurría.

—¡No, no, Lobo Gris! — exclamó tranquilamente. — Usted está equivocado. Mi labor en aquellos tiempos era mucha para que pensase yo enamorar a mujer alguna. ¡Pobre Cierva Brillante! ¡Me amaba y dió su vida por mí! Pero yo le juro a usted que jamás pronuncié a sus oídos una palabra de ternura.

Los negros ojos de Lobo Gris se fijaron durante largo rato en los del hombre a quien había intentado matar y lentamente se fué extinguiendo en ellas la luz del odio.

—Sí Lobo Gris, ha juzgado usted equivocadamente al cazador de búfalos,—comenzó.

—Sí, usted me ha jugado mal, — agregó Cody. — Yo quiero que usted se convenza de que es así.

En el exterior del circo había un gran tumulto. La concurrencia comprendía al fin lo ocurrido y estaba furiosa por la cobarde tentativa hecha para que Cody perdiese en el match.

—¡Van a lincharlo si se apodera de él! — exclamó Bill Cody asegurando la puerta.

—No harán con él más que lo que se merece, — agregó Baker, mirando con enojo a Lobo Gris.

—¡Pero eso no puede ser! — protestó Búffalo Bill, aun cuando muchos en su situación hubiesen dejado que el que había atentado contra su vida corriese su suerte.

—Bueno. ¿Pero al menos lo entregará a la justicia? — preguntó Harry Wills cuando Cody fué a abrir otra puerta que daba al campo.

—No, — respondió Búffalo Bill. — Acaso más tarde les explique a ustedes por qué, — dijo.

Después abrió de par en par la puerta y agregó:

—Está usted en libertad. Puede marchar, Lobo Gris.

Los dos cowboys que lo sujetaban lo soltaron y el viejo jefe indio apenas daba crédito a lo que oía y veía. Era demasiada buena acción la de Búffalo Bill. Vaciló un instante y luego marchó por la puerta abierta mientras la multitud golpeaba la del lado opuesto pidiendo que le fuese entregado.

Mucho antes de que se informasen de que el indio no se encontraba ya en la habitación. Lobo Gris había desaparecido para que Cody no volviese a verlo más.

. . . . . .

El "Frisco Clarión", gracias a la apuesta ganada en el match es actualmente un importante diario. Harry Wills y Elsie se han casado y la boda se realizó poco después del match y con su nuevo capital Wills encaminó sus asuntos en pos del éxito.

El joven matrimonio no cesa desde entonar alabanzas a Búffalo Bill, pero este jamás ha vuelto a subir a un ring.

En cuanto a Silas D. Flegg, la pérdida de la importante suma de dinero fué uno de los castigos de su villanía.

Pocas semanas después se vió obligado a desaparecer de San Francisco para escapar de sus acreedores y al mes siguiente circuló el rumor de que había muerto en una casa de juego de Nueva York. Probablemente el rumor era cierto.

Fin de "EL DESAFIO DE BUFFALO BILL"

—¿Tocas ahora mucho el piano?

—Hago cinco horas diarias de ejercicios.

—¡Qué atrocidad! ¿Para qué tanto?

—Es que a papá y mamá no les gustan nuestros nuevos vecinos.

Entre doctores:

—Yo aún me emociono cada vez que he de amputar algún miembro.

—Yo también. Así es que cuando corto un brazo o una pierna, cierro los ojos.

Un cuento original y atrayente

El profesor y su mujer

Por Marjorie Bowen

(Traducido del inglés para "Pucky")

Pocas veces llega un autor a dar con una nota de originalidad cómo la que ha inspirado este cuento que tiene un desarrollo ameno y curioso y un final tan inesperado como extraño y que constituye su mayor mérito, además de sus condiciones literarias.

EL enamorado se sentía un tanto incómodo; ni aún todo el perfume del mundo hubiera sido suficiente para suavizar la náusea moral que sentía.

No obstante, todo parecía marchar perfectamente; por lo menos todo aquello que, a manera de escenario, lo rodeaba. La noche, brillante y hermosa noche italiana; las montañs, el mar, la luna asomando detrás de una barrera de nubes púrpura... la mujer esperándolo.

—Ni más ni menos que como el decorado de un escenario, — pensó, ocurriéndosele de inmediato que esto era, precisamente, lo último que debiera haber pensado. Miró un momento en silencio hacia la quinta en la oscuridad, y recostóse luego contra la pequeña puerta, tratando de razonar y calmarse.

Nada, sin embargo, podía afectar la situación; lo más probable era que todo fuese culpa suya propia. Olivia lo amaba; tanto lo amaba, que iba a fugarse con él, abandonando a su estúpido, indiferente y tiránico esposo que sólo pensaba en sus colecciones de caracoles y conchillar, y gozar por primera vez, de todo aquello que podía haber sido su patrimonio. El, el adorador tenía dinero; de manera que esto aseguraba que todo se haría en debida forma. Todo sería hecho en forma agradable, en debida forma; trenes rápidos, buenos hoteles, dinero en abundancia para los gastos, y un futuro asegurado. En una palabra: una fuga ideal.

¿Pero qué era, entonces lo que ocurría? ¿De qué provenía el malestar que sentía?

Tal vez fuera el romanticismo de Olivia, que le había exigido que la viniera a buscar por la noche, junto a la puertecita del jardín, donde se encontrarían para luego cruzar el bosque y tomar el rápido de Génova. En realidad, no podía conprender aquel disgusto instintivo por el plan de Olivia que, después de todo no dejaba de tener su conveniencia.

Alzó su mirada hacia el cielo, como buscando consuelo en la luna; pero ésta tenía un aspecto perfectamente vulgar, como uno de esos regios sillones imitados que usan en los teatros desgastado por el uso.

—La culpa la tiene la época en que vivimos, — murmuró. — Eso es todo. En el siglo veinte no deben hacerse estas cosas. Tienen algo de tonto.

Era eso, sí; tonto. ¿Qué podía, en el nombre del cielo, haberlo inducido a acudir a tal hora y a tal lugar, a encontrarse con aquella mujer? Era verdad que estaba enamorado de ella; pero en todo lo que pasaba había algo de tontería.

—La culpa la tienen los diarios, — díjose. — El suicidio de Cleopatra y los amores de Julieta y Romeo hubieran sido simplemente ridículos publicados en los diarios de

hoy día. Ya han pasado esos tiempos. Olivia no debía haberme pedido esto, y yo no debía haberlo hecho.

Además ella no llegaba y ya era tarde. Oyó que el reloj de la iglesia del cercano pueblo daba la hora; esto quería decir que tendrían que darse prisa si habían de tomar el tren; y cruzar el bosque era bastante fatigoso.

Abrió despacio la puertecita, mirando hacia la casa con toda precaución. Con seguridad Olivia estaba "vistiéndose para desempeñar su papel". Algún vestido blanco, de soirée, un tapado, alhajas... Su sentimiento de ridículez se acentuó. ¡Por lo menos, si pudieran pasar inadvertidos en el tren! Sentía no haberle dicho a Olivia que vistiera de viaje.

Pero Olivia no llegaba. Comenzó a preguntarse si le sería posible convencerla y hacer que se quedara. En realidad, debía tomarse más tiempo para pensarlo. Además, el tren de Génova era muyy incómodo; la noche estaba un tanto fría y sentía ya algo de sueño.

Una lucecita titiló entre los arbustos del pardín. Demasiado audaz, de parte de Olivia, era el presentarse con luz. Sobre todo cuando la luna brillaba con intensidad poco común. Avanzó hacia el jardín, con incontenible deseo de verla cuanto antes y pedirle que apagara el farol.

Avanzó hacia el círculo de luz que tejía grotescos arabescos de sombras danzantes en las ramas de los arbustos, cuando una alegre y fuerte voz femenina lo hizo detenerse en seco.

—¿Es usted, Creed? — preguntaba.

Sólo con gran esfuerzo pudo sobreponerse á un loco deseo de volverse y echar a correr. En aquel momento, la luz lo descubrió, mostrándole, a la vez, al profesor; al esposo de Olivia.

—Me pareció haberle oído, — dijo éste, cordialmente, — pero no estaba seguro. ¡Hacen tanto ruído las olas!

—Pasaba por aquí, — dijo el llamado Creed — después de dar un paseo por allá abajo. Iba para el hotel y me pareció sentir que estaba alguien en su jardín...

—Eso importa poco, — replicó el otro. — Entre en la casa.

La luz del farol destacaba su figura sobre el negro fondo del follaje. Creed, al contemplar el rostro familiar, casi estúpido, la amplia frente, los ojos vivaces detrás de los lentes, la pequeña barba rubia y las ropas arrugadas del profesor, — que nunca se vestía para sentarse a la mesa, — tuvo un pronunciado sentido de lo falso y ridículo de su situación.

—Gracias; siento no poder entrar. Tengo que escribir dos cartas que quiero enviar a primera hora.

—¡Oh! Pero debe usted venir, — dijo el otro, con voz que pudiera haber sido acariciadora. — ¡Tengo algo importante que conversar con usted!

—Bueno, mañana conversaremos.

—No; ahora.

Creed no tuvo más recurso que acceder;

En una mano sostenía el profesor un pequeño farol. ("El profesor y su mujer").

con la seguridad de que, por alguna causa todavía desconocida para él, el plan había fracasado. A Creed no le disgustaba la idea de posponer la fuga; pero, tampoco le hacía gracia verse obligado a representar una comedia ante Olivia. Ella con seguridad adoptaría un aire trágico; Creed se la figuraba ya colocando una obra de Chopin en el atril del piano. Como era natural, el error de todo el plan estaba en haber olvidado que vivía en el siglo XX, y que las cosas ya no se hacen así. Y si, a pesar de todo, optamos por rodearnos de un romanticismo medioeval, lo cierto es que no podemos menos que parecer verdaderos tontos, más aún: en realidad, lo somos.

Siguiendo al profesor, entró Creed en la casa por la puertecita de la terraza, que más de una vez había servido de maravilloso marco para la belleza incitante de Olivia; puertecita donde ella lo esperaba, para darle la bienvenida al chalet que el profesor había sabido decorar con un buen gusto que denotaba su educación inglesa. Olivia, por su parte, había contribuído al decorado interior de chalet, comprando casi todo el moblaje en Londres, y las antigüedades y bajo relieves, en Florencia.

La blancura de la luz de las lámparas de acetileno quedaba un tanto velada por las sedas de la tapicería; en la chimenea había grandes floreros con camelias blancas y rojas. Libros, los últimos publicados en Londres y París, yacían junto a un bastidor en el que Olivia aprendía los rudimentos del encaje de Venecia; amplios sillones tapiza-

Lucía, la sirvienta del profesor Laurie, estaba en el hueco de la puerta con una canasta al brazo. ("El profesor y su mujer").

dos aquí y allá; vasos, whisky, sifones de soda y cigarros a mano. Todo como de costumbre. ¡Cuán loca, tonta y fuera de lugar le parecía ahora a Creed la idea de su fuga!

Creed comenzaba a decirse que, a no haber sido por Olivia, por las sugestiones que ella le hiciera, él, por sí mismo, nunca habría llegado a pensar en ello, en la fuga. Era Olivia de un temperamento tan romántico.... Se sentó en la otomana, — una de esas otomanas grandes, constituídas por un cofre donde se guardan trapos y cuya tapa, acolchada, constituye el asiento, — la otomana que Olivia había cubierto de vistosos almohadones y raros tapices. El profesor Laurie se sentó en un sillón. Se quitó el sombrero, que puso a su ado, y desprendiendo los botones de su abrigo Cruzó las piernas, mostrando sus delgados tobillos por medias de fina seda.

Creed no pudo menos que sentir satisfacción al observar que Olivia no se hallaba allí. Las cosas se presentaban ya demasiado mal; pero si ella se hubiera hallado en la habitación h ubiera sido aún peor.

Laurie, cuyos ojos castaños ya grandes de por sí aparecían aún más grandes detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, le miraba fijamente.

—Querido amigo; sé exactamente lo que usted siente en este momento. Exactamente. Y no hay necesidad. Sobre todo, nada de ridiculeces. Conviene usted en ello?

—Naturamente, — respondió Creed con rapidez. — Pero no entiendo bien lo que me quiere usted decir.

— Pongamos entonces las cosas en claro Usted vino aquí esta noche para escaparse con mi mujer, y eso fué una tontería.

El rostro de Creed se coloreó. Este era precisamente su mismo pensamiento; tanto que no supo cómo responder a brasa tan directa.

—No diga nada, por favor, — dijo Laurie, arrellenándose entre los almohadones. — Estamos en el siglo veinte y estas cosas ya no se hacen así.

—Eso es precisamente, —replicó Creed, — lo que yo he estado pensando

—Los hombres hoy día, — continuó Laurie, — ya no se escapan con esposas ajenas sin hacer el ridículo, especialmente en

la forma en que ustedes iban a hacerlo, con la luna brillan y todo lo demás.

Creed se sintió un tanto incómodo, ante la afirmación de Laurie, y creyó de su deber defenderse.

—¡Oh! — dijo. — No somos los únicos. Lea usted los diarios y verá...

—Ciertamente. Lea usted los diarios y ellos le demostrarán la futilidad de esas cosas, o sea la razón de su inutilidad para gentes como usted y como Olivia. Para ustedes hacer eso es algo estúpido.

—Sí, — convino Creed. — Supongo que había perdido la cabeza cuando convine en ello.

—No; usted nó; fué Olivia la que se aturdió. He tenido que hablarle seriamente hace un momento por qué se estaba poniendo algo histérica y poco digna. Sin embargo, conseguí pronto hacerle ver la razón.

—¿Así que ella ha abandonado la idea? — preguntó Creed, con algo más de ánimo. Después de todo(bajo la luz velada por la pantalla de seda rosa, todo podría ser considerado como una broma un tanto pesada.

—Por completo, — replicó Laurie, fumando su pipa tranquilamente. — Ha abandonado la idea por completo, tan pronto como yo le hablé.

—¿Y cómo supo usted? — preguntó Creed sintiéndose ya más a su gusto.

—Los había observado durante algún tiempo Observé su flirteo con atención y hoy, la agitación que Olivia no pudo reprimir, la traicionó. No tuve dificultad alguna para saber la verdad.

—No puedo menos que agradecerle que haya tomado las cosas en esta forma.

—¿Pero qué esperaba usted de mí, amigo mío? Supongo que no esperaba verme a mí, con mis microscopios, mis lentes, mis pantalones con rodilleras y todas esas pequeñeces que irritan a mi mujer, haciendo de Otelo, ¿no? ¡Haciéndo el papel de esposo celoso! ¡Oh! ¡Será absurdo!

—Cierto, — dijo Creed. — Como es natural, nosotros sabíamos que usted tomaría las cosas dignamente. Esta fuga, o como quiera usted llamarla, tan sólo tuvo por objeto satisfacer a Olivia.

—¡Satisfacer a Olivia! — repitió Laurie. — Tal como se le da un bombón a un niño para tranquilizarlo. Comprendo. La luna que brilla, el perfume de las flores, la fuga...

—Tal era precisamente la situación, — dijo, Creed, acalorándose un tanto con la conversación. — Como es natural, aprecio mucho a Olivia, pero siempre, tuve el convencimiento de que las cosas no se hacen así hoy en día.

—Exactamente. Y para un dilettante como es usted, Creed, este asunto no puede menos que haberle resultado en extremo desagradable.

Dejó Laurie de fumar, y reclinándose un tanto en el sillón apoyó los colos en los brazos tapizados, y apoyó las puntas de los dedos de una mano en los de la otra. Manos de dedos largos, finos, muy blancos y delicados, tan bien cuidados como una de sus preciosas conchillas.

—Ya sé que usted supone que yo entiendo más de cuestiones científicas que de la naturaleza humana; pero es este un pequeño problema que se me ha cruzado en el camino, y que debo resolver, — continuó. — Ya he tratado con Olivia; dudo de que ella vuelva a hablar de esto nuevamente, pués se halla completamente convencida por la fuerza de mi argumentación. De manera que sólo me queda usted, mi querido Creed.

—Pero si Olivia está satisfecha, — dijo éste, — también lo estoy yo. Creo que ya no queda nada más por decir

—Deseo ser enteramente justo, — interrumpió Laurie, haciendo un ademán. — Deseo que vea usted a Olivia, y, si después de haberla visto, es usted del mismo pensamiento aún... entonces tomaré las medidas necesarias, medidas razonables, para entregársela a usted.

Pero Creed no tenía interés alguno por tal entrevista. Había experimentado ya, para una sola noche, bastante agitación. Lo único que deseaba era volverse a su confortable lecho del hotel, con la esperanza de que, al encontrarse todos de nuevo por la mañana, lo harían como si nada hubiera pasado.

—No, no. Usted lo ha puesto todo en claro Laurie ;perfectamente en claro. Y creo más conveniente que no reavivemos ninguna de las tonterías pasadas.

En ese momento, la puerta se abrió, repentinamente, que los hizo casi saltar en sus asientos. Lucía, la sirvienta de Laurie, se hallaba en el hueco.

El profesor se levantó, lanzando una exclamación de desagrado.

—No la esperaba a usted de regreso esta noche, Lucía, — dio. — Creía haberle que se quedara con su mamá. Es extraño que nunca me entienda.

—¡Pero sí que entendí, señor! — dijo la muchacha, sonriendo. — Yo tenía que ir a buscar huevos a Camoldí, y traerlos por la mañana, por que está muy lejos.

—Sí, sí, — dijo el profesor. — ¿Y por qué ha venido, entonces?

La muchacha, con aire de triunfo ,levantó la puncha del chal, dejando ver, colgando de su brazo, una canastita.

—Por que no era necesario ir a casa de la madre Poveda por los huevos, señor. El Cecco tenía unos cuantos y los traje. ¿Dessea algo, señor?

Laurie no respondió. Parecía hallarse sumamente furioso, y, de pié, la miraba fijamente a través de los cristales de sus lentes, jugando con su barbilla rubia.

Para Creed la actitud de Laurie era completamente incompresible. Le parecía extraño que mandara a la muchacha, por la noche, con un tal encargo, recomendándole que pasara la noche fuera de la casa. Pero luego, al observar la perplejidad del profesor, creyó comprender la razón; la había enviado fuera, para hallarse en libertad de hablar con su esposa y con él, Creed. No había querido que la sirvienta se enterara, y, por lo tanto, la había alejado, para darle a Olivia, oportunidad de tranquilizarse. Y hete aquí que la muchacha volvía inesperadamente; lo que era causa de que Laurie se sentiese furioso y desconcertado. Creed hizo un esfuerzo para ayudarlo a aclarar la situación.

—Creo que debo irme, Laurie. — dijo, to-

mando el sombrero y levantándose, — ya es bastante tarde...

—¡Mi querido Creed!, — interrumpió Laurie. — ¡Perdóneme! Es una estupidez esto de los huevos! ¡Pero son aquí tan escasos! ¡Y yo no puedo pasarme sin uno de ellos en vino de Marsala, todas las mañanas!

Hablaba en voz muy alta. Sin duda, creyó Creed, que lo hacía con el propósito de avisar a Olivia, que debía hallarse en el piso superior, que la sirvienta había llegado de regreso.

—¡Oh, sí!, — dijo la muchacha. — ¡Los huevos son muy escasos! Pero yo supe encontrarlos mucho mjs cerca sin ir hasta Camoldí.

—¡Sí, sí!, — dijo Laurie. — Perdóneme un momento, Creed.

Detrás de la muchacha, salió, cerrando la puerta tras sí.

—Yo me voy, — díjole Creed. — Quiero regresar antes de que cierren el hotel. Laurie se está poniendo demasiado agitado, a pesar de que todo se ha arreglado satisfactoriamente.

Dirigióse a la ventana, para observar si la luna brillaba aún. Al mirala, a Creed se le antojó que no era la misma de antes. Hacía poco, cuando esperaba junto a la puertecita del jardín, la luna se le había antojado como un rostro sereno, muy vulgar. Pero entonces le parecía ver en ella una mueca trágica, una mueca de rabia, salvaje, como un rostro de animal asqueroso. Creed sintió que el rostro se le cubría de sudor frío. Sus nervios sin duda, demasiado agitados por los sucesos de la noche, eran la causa. Volvió al centro de la habitación, con el propósito de tomar un poco de whisky, para entrar en calor. Hasta entonces tuvo la impresión de que era aquel salón no era el mismo de antes. Parecía haber perdido su confort. Le hizo la impresión de algo horrible. La otomana en que había estado sentado, le pareció ridícula, con una mezcla extravagante de colores chillones. En lugar de servirse el licor, se quedó de pie en el centro de la habitación, paseando la mirada por todos los rincones. En uno de los extremos, en la otomana, debajo de un gran almohadón, asomaba algo blanco. ¿Qué era? ¿Olivia guardaría allí algo?

Levantó el almohadón, y luego la tapa de otomana. Dentro, Olivia, muy blanca, con los ojos cerrados, apareció a su vista. Un hilito muy fino, de sangre, se escapaba de un pequeño agujero, que tenía a un costado de la frente. Dejó caer, horrorizado, la tapa que se cerro con ruído. La puerta se abrió en aquel mismo momento.

Creed, corriendo por el jardín a una velocidad increíble, hacia el camino, oía que el profesor Laurie corra tras él, lanzando aullidos de rabia al ver que se le escapaba su segunda víctima.

Margorie Bowen.

Para limpiar los cepillos de cabeza, se frota uno contra otro con afrecho, pues éste los desengrasa perfectamente.

Si se ponen demasiado flojas y débiles las cerdas, recobran su rigidez con una breve inmersión en amoniaco y agua, partes iguales.

✣ ✣ ✣

Para hacer la ensalada del modo común, se echa primeramente el vinagre en la ensaladera, luego se echa sal y después el aceite, moviendo todo bastante para que se deshaga la sal, y por último se agrega la lechuga o la escarola.

Lo mejor es tener siempre una botella de vinagre con sal, porque además de conservarse mucho más tiempo que el vinagre ordinario resulta mejor la ensalada que se prepara con él.

"PUCKY"

Aparece quincenalmente

Se pone en venta el primero y tercer viérnes de cada mes.

Un año de suscripción en toda la República (24 números) $ 4.- m/n.

UNA GRAVE DUDA

El mayoral del ómnibus: — Vamos señor, decida de una vez ¿se va a bajar o va a subir?

El pasajero (que ha bebido satisfactoriamente): — ¡Qué diablos! ¿No lo sabe usted? ¡Porque yo... la verdad... no lo recuerdo.

Un caso de extraordinaria sangre fría

LA PIPA

Por J. L. Beeston

(Traducción del inglés,

El autor de este cuento es tal vez el más hábil de los cuentistas de Inglaterra; los lectores de este magazine han podido saborear hace tiempo varios relatos de tan celebrado autor y no hallarán que el que va a continuación sea inferior, sinó al contrario, superior, a los publicados antes.

LESTROVA entró en su casa a las siete y se dejó caer en una silla como si le doliera la espalda.

—¡Vaya con el dichoso bridge de la tarde! — suspiró. — Ese juego hubiese desacreditado a un basurero. Era tan incipiente como la nebulosa y seguramente menos importante. Me ha hecho perder más dinero del que puedo permitirme a estas horas. Y puesto que el domingo pasado perdí doble cantidad en la fiesta que dió sir William Wildy en su casa, es evidente que o debo jugar mejor o... ¿Qué diablos ha pasado aquí?

Tenía delante de él una mesa de escritorio con cuatro cajones en cada lado. Todos estaban abiertos y uno de ellos completamente fuera de sitio, en el suelo. Lestrova alargó la mano para tocar el timbre.

—¡Bowls! — gritó.

—¡No toque el timbre! — rogó una voz persuasiva. — Después de todo, sería inútil, porque su criado no está en casa.

Lestrova se quedó estupefacto. Y tenía motivos para estarlo. A un metro de distancia, al otro lado de la mesa, el estrecho círculo de la boca de un revólver apuntábale amenazador. El hombre que lo sostenía, apoyándolo en el brazo izquierdo, tenía la parte superior de la cara tapada con un antifaz negro.

Durante algunos segundos reinó el más completo silencio. Luego Lestrova se aventuró a respirar de nuevo. Mecánicamente volvió la cabeza hacia la puerta que tenía a su espalda, y vió a otro sujeto, también enmascarado, pero que no empuñaba revólver alguno.

—¡Ah! — exclamó Lestrova. — ¿Se puede saber, caballeros, quiénes son ustedes?

—Es una pregunta muy natural, señor Lestrova, — dijo el de la pistola, que fué el que llevó la voz durante la conversación que siguió. — Y la hace usted con una serenidad que, en vista de las circunstancias, me hace suponer que nos entenderemos. Si yo creyese que su actitud fuera impertinente, antes de continuar le daría a usted un aviso serio, pero estoy seguro que usted se dará cuenta de que tal vez en este momento le aguarda la muerte.

Lestrova asintió con un movimiento de cabeza.

—El "tal vez" encierra una esperanza, — replicó. — ¿He de presumir que el antifaz oculta el rostro de una persona que yo conozca?

—No me ha visto usted en su vida. Pero no estoy aquí para contestar, sino para preguntar. Usted pasó el sábado y el domingo últimos en casa de sir William Wildly, ¿verdad?

—Verdad.

—Jugó usted al bridge el sábado por la noche y volvió a jugar en la noche del domingo. Demostró usted su habitual destreza...

—Usted perdone: jugué muy mal

—Jugó usted con suerte adversa. Tuvo usted poca fortuna con su pareja.

—¿Houseman? ¡Oh! El maneja las cartas como un maestro; tiene en el juego finezas de consumado diplomático.

—Y jugando fuerte, perdió usted más de lo que podía soportar. ¿Quiere que le diga la cantidad?

—¡Por favor, no!... Es un recuerdo doloroso.

—Marchó usted a "Pinos Rojos", la mansión de sir William, el sábado por la tarde. Hizo usted el viaje en su propio automóvil, y su criado Bowls, que a veces es quien lo guía, era quien llevaba el volante. Llegó usted a las cinco, y su criado se alojó en una hostería próxima, llamada "Las langostas gemelas", donde quedó también el automóvil.

—Es usted un modelo de exactitud, — dijo Lestrova, apoyándose al mismo tiempo con los codos sobre la mesa.

—Hablaré ahora de la noche del domingo. El juego se acabó temprano, a eso de las once, retirándose luego las señoras. Quedaron... Pero quizás usted mismo me dirá las personas que allí se quedaron.

—¿Por qué he de nombrarlas yo?

—Le ruego que me hable con franqueza.

—Perdone, ¿a dónde va a parar usted? ¿Qué se propone usted?

—¡Conteste a mi pregunta!

Lestrova reflexionó y luego contestó:

—¿Quién quedó?... Pues allí estaba Draper, leyendo una novela; Houseman inventando un juego de palabras para la sección acróstica de un periódico que le paga bien; Sieveking tocaba el piano, y Houseman le miraba de cuando en cuando con ojos de odio; y finalmente allí estaba Goldring vaticinando al joven Brown que la próxima guerra mundial estallaría cinco semanas antes de Navidad y que la civilización desaparecería inemdiatamente después de Pascua de Resurrección, y nadie más.

—Ha olvidado usted, incluirse a sí mismo.

—Oh! Me refería a los que dejé allí cuando me marché.

—Efectivamente, usted se marchó el primero, pero no se fué a dormir. Estuvo usted paseándose más de una hora en su habitación; sus pérdidas le habían puesto nervioso...

—Perdóneme, nuevamente. Debieran haberme puesto nervioso, pero no lo lograron.

—A las dos, cuando todos dormían, salió usted de su habitación al balcón que comunica con ella.

Lestrova hizo un gesto de admiración.

—¿Es que no está permitido respirar un poco el aire fresco de la madrugada

—Siguió usted a lo largo del balcón que abarca varias ventanas, y al final del cual se halla el cuarto tocador de lady Wildly. Allí pudieron verle a causa de la sombra de un olmo, cuyas ramas alcanzan al balcón en aquel sitio. Pocos minutos después se le vió de nuevo regresar a su habitación, de la que no salió usted ya hasta bien entrada la mañana.

El enmascarado se calló, como si hubiese acabado de relatar el primer capítulo de un drama.

—Todo eso es bastante aburrido, — comentó Lestrova. — ¿Me permite usted encender un cigarrillo?

—Las manos quietas, o disparo! Hay en sus contestaciones cierto tono de burla que es peligroso para usted. De sobra sabe usted a dónde voy a parar. Lo que acabo de relatar le demuestra que ha sido usted estrechamente vigliado.

—Sí: ahora ya me figuro a dónde va usted a parar, — contestó Lestrova. — Leí la noticia en los diarios de hoy. Alguien entró en las habitaciones de lady Wildly y robó de allí unas joyas: un pendentif de diamantes, creo. ¿Está satisfecho ahora de mi seriedad?

—Así va mejor. Prosiga.

—¿Que prosiga?... ¿Cómo?

—¿Qué tiene usted que decir sobre eso?

—¿Sobre la joya? Pues que su belleza bien puede ser una tentación. ¡Un diamante tallado en forma de rosa, en medio del cual brillaba un destello azul! Lady Wildly prefirió llevarlo sin montar; solamente un ganchito enlazaba al diamante, con la fina cadenita de platino.

—¿Vuelve usted a bromear? ¡Tenga cuidado!

Lestrova miró fijamente a su interlocutor.

—Ya comprendo, — contestó con calma. — Usted cree que yo me he apoderado de la joya.

—Sin duda alguna.

—Mis pasos de aquella noche, juntamente con mis deudas de juego...

—Las que sólo llegan a una parte de sus deudas totales.

—Exacto, exactísimo; demasiado exacto. Sí, ya veo la situación. Usted y su amigo, aquí presente, son ladrones de joyas; probablemente forman parte de una banda que se dedica a esa clase de robos. El sistema de espionaje es tal vez uno de los métodos de su delicada red, en la que apresan ustedes las joyas de gran valor. Habían ustedes ultimado todos los detalles para apropiarse del diamante, y su desaparición en el preciso momento en que abrían las manos para tomarlo es evidentemente muy desconcertante. Ahora me explico por qué encuentro mi habitación tan revuelta. Buscaban ustedes la joya. Pero yo no le quité el diamante a lady Wildly y le aseguro que no sé nada absolutamente de él.

—¡Miente usted!

—¿Cómo?

—El registro no ha dado resultado. No hemos encontrado el diamante en sus habitaciones ,pero hemos espiado, desde aquella noche, todos los pasos que ha dado usted y sabemos que no ha podido venderlo todavía. Por lo tanto, lo lleva usted encima.

—¡No!

—¿Va usted a repetir esa palabra?

Lestrova iba a conestar afirmativamente, pero se contuvo porque un destello que brilló tras la máscara, en los ojos del bandido, le advirtió claramente que su vida corría peligro.

—Piénselo otra vez, — continuó diciendo

el otro. — Le concederé unos pocos minutos de tiempo: diez minutos. Si dentro de diez minutos no me ha entregado usted el diamante, le levantaré la tapa de los sesos.

—¡Ah! — exclamó Lestrova. — Veo que habla usted en serio... Esa amenaza me hace comprender la terrible realidad en que me encuentro.

Y levantó los codos de la mesa.

✣ ✣ ✣

¿Qué hacer?... Lestrova se recostó en la silla y cerró los ojos. De momento se maravilló de su sangre fría. Pero no era tiempo de pensar en eso. Lo que le convenía era concentrar fuertemente el pensamiento. Le pareció que se encontraba en un callejón sin salida ,y que al final de él le aguardaba la muerte. Si efectivamente era un callejón sin salida, era hombre muerto. Pero si había una salida. por pequeña que fuese, era preciso hallarla; era preciso evitar que el aturdimiento le echase a perder los muchos años de vida que aun podía esperar.

¡Y era tan fácil que esto sucediese! ¡Diez minutos más de vida! Media hora hacía tan sólo que había estado jugando al bridge en su club de Picadilly y que regresó a casa en perfecto estado de salud, gozando del sol del atardecer y de la compañía de la multitud.

Desde la calle llegaban hasta él los rumores de las voces y de los pasos de la gente, junto con el ruido sordo del tráfago de los automóviles. Y dentro de diez minutos una bala se alojaría en su cerebro y su vida se apagaría como la luz de una vela.

Lestrova se dió perfecta cuenta de su situación. No dudó ni un momento de que aquellos hombres cumplirían sus amenazas. El tono de voz en que fueron proferidas y el resplandor de los ojos que estaban vigilándolo no revelaban indecisión alguna. Se hallaba, pues, frente a la más negra desesperanza.

Dialogó consigo mismo.

—Si les diese el diamante, saldría con vida de esta situación. Pero no tengo la joya. Lo único que puedo hacer es buscarla para entregársela a ellos, y esto sí que es bastante difícil. Un detective hábil podría hacerlo, pero disponiendo del tiempo necesario. Y ahora de menos aún. Ya comprendo que los ladrones tienen motivo para creer que les tomé la delantera en el robo de la joya. Desde este punto de vista, las circunstancias, me son contrarias. Pero si yo soy inocente, alguien será el culpable del robo. Veamos: ¿quien de los invitados o de la casa puede...? ¡Ah! ¡Es verdad!... Me había olvidado de ese pequeño incidente.

De repente Lestrova recordó algo. Su cerebro trabajaba como no lo había hecho jamás en el más difícil problema de bridge.

—¡Tres minutos!

Los labios de Lestrova se movían. Estaba hablando para sí.

—¡Dos!... Sí, sí, — murmuró Lestrova. — Es preciso que les diga quién robó la joya... ¡Un minuto!...

Lestrova abrió los ojos.

—No escandalice tanto. — dijo con calma. — Tendrán ustedes el diamante. Creo que sé quién lo cogió y lo obtendré.

—¡Necio! ¿Cree usted, acaso, que de ese modo podrá engañarme?

—No trato de engañarle. Tendrán ustedes el diamante y lo tendrán antes de salir de esta habitación. ¿No es eso lo que querían? Dispare, si quiere, pero antes escúcheme.

Los dos ladrones cambiaron entre sí una rápida mirada.

—¿Se figura usted, — continuó Lestrova, — que me habría dejado asesinar por una joya cuya posesión, luego, de nada me serviría? ¡Escúcheme! Seguramente que aquella noche pasó inadvertido para su cómplice, que seguramente estaría vigilando desde el jardín, este pequeño incidente: Cuando recorrí el balcón, mi pie tropezó con un objeto. Esto sucedió precisamente frente al cuarto tocador de lady Wildly. Este objeto era una pipa. Al recogerla, noté que el depósito de tabaco estaba aún caliente. Estoy convencido de que la pipa nos dará la solución que buscamos. Aquí está, sobre mi mesa. Permítame que la examine.

Lestrova alargó la mano. Su ectitud firme le favorecía.

—Lo primero que ested pensará, — continuó diciendo, — es que la pipa es mía. Sin embargo, no es así. Nunca he fumado en pipa. Me gustaría mucho, pero no logre acostumbrarme. Si usted lo duda, registre esta habitación y no encontrará ni pipas ni tabaco para ellas. Puede escudriñar también los bolsillos. Pero la investigación que ustedes han hecho aquí ya les demostró que digo la verdad. Por fortuna me guardé esta pipa en el bolsillo, con el propsito de averiguar al día siguiente, quién era su dueño, pero no me acordé más del asunto. Desde entonces está sobre mi mesa.

Luego otra persona estuvo en el balcón aquella noche, pocos momentos antes de salir yo. A esa persona se le cayó la pipa. Vamos, pues, a indagar quién era, y digo "vamos" porque quiero ayudar a ustedes a encontrar el diamante. Claro que éste pertenece indudablemente a lady Wildly, pero... mi vida me pertenece a mí.

Falta sólo resolver la siguiente pregunta: ¿quién es el dueño de la pipa? Mientras ustedes se esperan, me propongo encontralo y obligarlo a que entregue la joya. Si creen que me burlo de ustedes, apriete usted el gatillo; pero le advierto que no hallará la joya sobre mi cuerpo y que las consecuencias serían desagradables para ustedes. Ya les dije antes que cuando me retiré aquella noche a descansar dejé a los demás convidados en el salón: a Draper, leyendo su novela; a Houseman con su problema acróstico; a Sieveking con su música, a Goldriny y el joven Brown hablando de política. Descontemos en seguida a Brown: sólo fuma cigarrilos. Los cuatro que quedan todos fuman la pipa, según creo. ¿Cómo saber a quién de los cuatro pertenece esta pipa? El raciocinio y el examen tal vez podrán darnos una contestación a esta pregunta.

✣ ✣ ✣

Con una seguridad más ficticia que real. Lestrova acercó el sillón a la mesa y se inclinó sobre la pipa para examinarla detenida

mente. Sabía perfectamente que su vida pendía de un hilo.

Se le había ocurrido una buena solución y mucho adelantaría en ella si tuviese tiempo de despertar el interés de sus oyentes. Si su sangre fría lograba desvanacer su convencimiento de que él tenía la joya encima o cerca, quedaría una esperanza de salvación. Tal vez le escucharían y quizás le concedieran el tiempo necesario para averiguar dónde se hallaba la joya. De eso dependía todo.

—A la más pequeña señal de vacilación o de miedo, me matarán — pensó Lestrova.

Cierta sensación de frío en el centro de la cabeza, que mantenía inclinada, hizo pensar que por allí penetraría seguramente la bala.

Continuó, pues, con actitud decidida:

—Desde luego puedo borrar el nombre de Sieveking de la lista de los cuatro. Esta pipa está bien culotada: ha estado en uso mucho tiempo o se ha fumado mucho con ella. Sieveking no podía fumar tanto; su cabeza no es bastante firme ni tiene nervios para ello; se marearía. Elimino, pues, al delicado Sieveking de mi lista.

Quedan, por lo tanto, Houseman, Draper y Goldring. Vamos estrechando el cerco.

Lestrova respiró con más libertad. La sensación de frío que sintiera en el centro del cráneo se iba debilitando.

—Después debemos descartar a Draper — continuó diciendo. — Repare ustel que el extremo de la boquilla está casi roto por los dientes. El fumador de que se trata no sólo tiene una cabeza fuerte, sino que posee además unos dientes magníficos. Yo puedo asegurar positivamente que Draper lleva dentadura postiza. Se le conoce cuando ríe. Es imposible que puedan darse estos mordiscos en la pipa con unos dientes postizos, y menos romperla casi. Ni que lo quisiera hacer ex profeso podría hacerlo. No tienen sus mandíbulas la fuerza necesaria.

Y Lestrova repitió, para sí mismo, como débil eco de sus palabras:

—No tienen sus mandíbulas la fuerza necesaria.

Seguía viviendo. Su sangre fría o su inteligencia le sacarían tal vez de la situación. Reparó que el segundo bandido se le acercaba y notó que estaba pendiente de sus movimientos y que escuchaba la conversación con manifiesto interés.

—Quedan, pues, Goldring y Houseman, — prosiguió Lestrova, mientras iba dando vueltas a la pipa, como si hablase por deducción. — Uno de los dos es el propietario de esta pieza de acusación. ¿Cuál de los dos? Ambos tienen la cabeza firme y sanos los dientes. Esta pipa es cara; es de la mejor raíz de rosal silvestre de Francia, aunque este detalle no nos dice nada, porque ambos tienen medios para comprarse una buena pipa.

Siguió dando vueltas al objeto sin prisa alguna, sin demostrar el menor azoramiento.

De pronto continuó:

—Y, sin embargo, veo que una investigación más profunda nos llevará a la selección final. El propietario de esta pipa no la trató como merece por ser de superior calidad. Esto demuestra un poco de abandono. El depósito está lleno de residuos y, lo que es peor, el borde anterior está algo quemado. El propietario de la pipa la llenó de alcohol para limpiarla y dejó que se le quemase el borde. Esto no sólo demuestra que su dueño es algo descuidado, sino también que es poco delicado, porque nadie que estime un poco su pipa la limpiará quemando alcohol en el depósito y menos aún alcohol metílico, como así debe de haber sucedido, por lo que se nota aún en el olor que despide.

Estoy convencido de que Goldring no es hombre capaz de maltratar así una pipa de esta calidad. El, más que delicado, es melindroso; la más extremada pulcritud es una de sus debilidades. En cambio, Houseman es marcadamente bohemio en sus costumbres y en este sentido forma un típico contraste con Goldring. Luego es cierto que esta pipa no puede pertenecer a este último. Llegamos, pues, por un sencillo proceso de eliminación, a la conclusión de que el propietario de la pipa es Houseman. Siendo así, él fué quien rondaba aquella noche por el balcón. Por cierto que esta suposición queda confirmada por el hecho de que su situación económica es la menos sólida entre las de las personas de que hablamos; el trabajo a que se dedica es penoso y sus responsabilidades son muchas.

✣ ✣ ✣

Lestrova calló. Recorrió con el dedo el mango de la pipa y permaneció con los ojos bajos.

El hombre que estaba a su espalda exclamó:

—La pipa puede ser de sir William.

—No. Sir William sólo fuma cigarros de a media corona la pieza.

—O de alguno de los criados.

—Tampoco. Los criados habitan unas dependencias separadas del edificio, y ninguno de ellos iría, fumando su pipa, a las habitaciones de la señora para robar la joya. El acto no ha sido premeditado. La tentación surgió de repente ante el fumador y este cedió a su impulso.

Sobrevino un largo silencio. Lestrova seguía con la cabeza baja. Sabía que los dos bandidos estaban consultándose con la mirada, decidiendo sobre su suerte.

—Si dudan sobre si tengo o no el diamante, — decía Lestrova, — puede que disparen para correr el albur.

De repente, el que había llevado la voz exclamó, en tono de descontento:

—Seguramente se equivoca usted en sus deducciones, pero si fueran verdad, si Houseman tuviese la joya, ¿cómo prueba usted sus suposiciones y cómo podrá usted arrancársela?

—Muy fácilmente: Houseman se asustará en seguida y la entregará si se le garantiza la impunidad.

—Eso requerirá tiempo.

—Minutos tan sólo. Le enviaré una carta.

—¿Una carta?

—Sí, y redactada de modo que ustedes logren su objeto y yo el mío sin que tenga para nadie consecuencias molestas. Puede usted mandarla por su amigo, aquí presente. Houseman vive muy cerca de aquí, a cinco minutos de distancia. En menos del doble de este tiempo tendrán ustedes la joya. Permítame que escriba la carta para que usted la examine.

Lestrova sacó de la carpeta de su mesa una hoja de papel. Empezó a escribir, deteniéndose algunas veces para reflexionar. Cuando hubo acabado la carta, la entregó al enmascarado y dijo tranquilamente:

—Yo creo que así está bien. Houseman recibirá un susto mortal. Recuerde usted que el robo fué un acto impulsivo. Soltará la joya como si fuese una víbora.

La carta estaba redactada en los siguientes términos:

"Por la presente le ruego entregue o, me-
"jor dicho, restituya al dador la joya por la
"que demostró un interés tan poco afortu-
"nado. Ningún cargo se formulará contra
"usted si inmediatamente se sirve devol-
"verla a su dueño, que está representado
"por Eduardo Lestrova".

Mientras los dos visitantes acababan de leer la carta, Lestrova escribió el sobre.

—Envíe esta carta a Houseman y tendrán ustedes su diamante, o, mejor dicho, el de lady Wildly. — añadió, revelando en el tono burlesco de sus palabras la confianza que sentía.

Los dos hombres se apartaron un poco y hablaron en voz baja. El de la pistola no dejaba de mirar a Lestrova y cuando vió que éste se aventuraba en encender un cigarrillo, exclamó con voz amenazadora:

—Parece que está usted muy seguro.

—En efecto, lo estoy.

—Bien, pero entienda, que no me marcharé sin llevarme lo que he venido a buscar.

—Se marchará usted con el diamante en el bolsillo

—Así lo espero... por usted, — dijo.

Y de nuevo se dirigió a su compañero, le entregó la carta y el hombre se marchó.

—Fume un cigarrillo, — dijo Lestrova, señalando la caja abierta.

Su visitante aceptó el ofrecimiento y aceptó el cigarrillo con la mano izquierda. Luego acercó un sillón a la mesa y se sentó frente a Lestrova, cruzando una pierna sobre la otra. Seguía apuntando con el arma al dueño de la casa, encerrándose en aquel silencio que podía explicarse por la osquedad o la suspicacia del hombre.

—Podría usted apartar eso, — dijo Lestrova con amabilidad. — Un revólver cargado no es nunca grato a la vista.

El otro no contestó.

—Debo felicitarme por haber recogido esta pipa y más por no haberla devuelto.

—Falta verlo aun.

—¡Oh! no tengo ninguna duda

—Ha pasado un cuarto de hora.

—No es mucho

—Pero usted habló de diez minutos.

—Sí: diez minutos aproximadamente. Y me olvidé aún del tráfago de la noche; a esta hora las calles están intransitables.

Siguió otro rato de silencio durante el que Lestrova encendió el segundo cigarrillo. Su visitante reveló con una imperceptible inquietud un creciente malestar. Por fin, poniéndose en pie de un salto, exclamó:

—¡Basta ya de farsa!

Viendo que sólo le quedaba de vida una fracción de segundo, Lestrova, sin perder su calma, contestó:

—Muy bien. Cumpliré mi promesa. ¡El diamante está aquí!

Tomó la pipa y con la punta de un cortaplumas sacó del depósito una bolita de tabaco y dejó caer en su mano la joya robada a lady Wildly.

—Tómelo, — dijo Lestrova sonriente.

Había sentido pasar la muerte casi rozándole.

El bandido se apresuró a tomar el diamante Tan poco le había faltado para cometer un asesinato, que los dedos le temblaban y su aliento era un silbido. Examinó la joya con febril ansiedad.

—¿Está usted satisfecho? — preguntó Lestrova, riendo entre dientes. — Perdóneme si cedí a una debilidad muy humana, retrasando hasta que pude este momento importuno.

Ví un destello del diamante en el depósito de la pipa cuando me hallaba examinándola delante de usted. Yo ignoré hasta aquel momento que estuviese allí. Se eve que el ladrón separó violentamente el diamante de la fina cadena.

El apresuramiento con que obró demuestra su poca experiencia. Lo metió en el depósito de la pipa, que es mal sitio para esconderlo, lo tapó con un poco de tabaco y se marchó Por su desgracia, el aturdimiento le trastornó, porque, al salir, en vez de meterse la pipa en el bolsillo, la dejó caer, sin darse cuenta, en el balcón donde yo la encontré. Todo está muy claro.

Detrás de la máseara, los ojos del bandido brillaron de triunfo.

—Sí, sí, lo comprendo, — exclamó, condescendiendo a contraer la boca en forma de sonrisa. — Y Houseman debe de estar buscando aún frenéticamente su pipa..., esta pipa...

—¡El no! — dijo Lestrova, sonriendo y frotándose las manos

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que esta no es la pipa de Houseman. Nunca lo fué ni nunca lo será. El pobre y bueno de Houseman no es capaz de robar la cabeza de un alfiler.

—¡Ah! ¿No? Pues entonces, ¿qué juego es este?...

—Escúcheme. Es muy interesante. Esta mañana, al examinar la pipa con un interés que era algo más que una mirada casual, conocí quién era su dueño. ¿Por qué, pues afirmé que pertenecía a mi amigo Houseman? La contestación es fácil. Traté de ganar tiempo. Como he dicho antes, no tenía la más mínima idea de que el diamante estuviera en la pipa hasta después de haber empezado las investigaciones y las deducciones y entonces continué en ellas por dos motivos: primero, porque me parecía divertido e instructivo; usted ha de admitir que la lógica que desarrollé era acertada. Y segundo, porque... pero esto se

lo diré dentro de un momento. Usted querrá saber a quién pertenece la pipa. ¡A mi criado!

—¡Bowls!

—Ese es su nombre. La guardé para él, pero no ha venido Ya sabemos el motivo, ¿verdad? Al parecer le entró el miedo cuando descubrió la pérdida; temió que se encontrase la pipa con el diamante dentro. Conocí que era suya porque yo se la regalé por Navidad. En la boquilla lleva una chapita con la marca de los fabricantes; este detalle y el habérsela visto limpiar con alcohol metílico hicieron que la reconociese. El bandido debe de haber ido directamente desde la hostería "Las langostas gemelas" a la casa de lady Wildly, escalándola para robar la joya. Sabe usted tanto de mis asuntos que sospecho que es a él a quien han sonsacado ustedes. Debían, pues, haberle vigilado a él y no a mí. Sin embargo, usted ya tiene el diamante. ¿Está satisfecho?

—Sí; habla usted con mucha sangre fría, y se figura usted que es muy vivo...

—Sí: así lo creo.

—Pero ha estado usted a punto de ir demasiado lejos. En vez de malgastar el tiempo escribiendo y mandando aquella carta...

—¡Ah!... ¡Espere..., espere! No le he explicado aún el segundo motivo de escribir. Mis deducciones le hicieron creer que la pipa pertenecía a Houseman. Esto era muy interesante. Ya le dije a usted que él se gana la vida inventando juegos de palabras cruzadas y acrósticos para revistas. Hace en eso maravillas. Usted observaría también que tardé un rato en terminar la carta y que pensaba detenidamente en lo que escribía. Y como él tivamente, cuando se haya dado cuenta habrá parecido escrita en griego; pero luego, instintiva y mecánicamente, habrá buscado en ella un significado oculto, un enigma, y efectivamete, cuando se haya dado cueta habrá visto que se trataba del más viejo de los acrósticos: la primera letra de cada línea forma una palabra..., la palabra fatal...: "Policía". Era mi grito de socorro. ¿Lo entendió? Sí... ¡En efecto, lo entendió!... ¡Abajo la pistola!... ¡Hace un minuto que dos policías están detrás de usted en la puerta abierta!

El bandido se volvió rápidamente; hubo un disparo inútil y el choque de unos cuerpos, cuando los oficiales se echaron sobre él.

—¡Gano yo! — exclamó Lestrova. — ¡Hola, Houseman! ¿Usted también? ¡Buen muchacho! ¡Buen muchacho!

L. J. BEESTON

Si usted desea suscribirse, llene y remita la carta siguiente

.....de 1925.

Señor administrador de "PUCKY"
Avenida de Mayo 662.
Buenos Aires.

Muy señor mio:

Adjunto un giro postal por $ 4.—m|n., de c|l. en pago de mi suscripción por un año a ese magazine.

.....

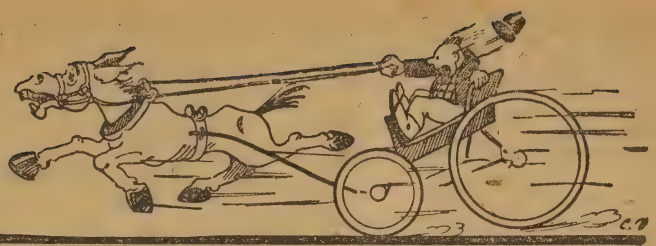
Con letra clara

Nombre y apellido .....

Localidad .....

F. C. .....

LA NOTA CÓMICA



"Pucky" presenta a continuación unos cuantos chascarrillos de los mejores que ha encontrado en las publicaciones cómicas de todo el mundo, proporcionando así a sus estimados lectores un momento de solaz y de alegría como variante de los temas dramáticos y serios.

—Señor: soy oficial de justicia y vengo a embargar...

—Verá usted, hablemos despacio. Tome una silla.

—No, señor, una sola silla no. ¡Vengo por todos los muebles!...

✣ ✣ ✣

—Dice mi mamá que haga usted el favor de darme algo bueno para pegar, — dice el chico a una mujer a quien va a buscar a la pieza del conventillo.

—Llévale esta goma: es inmejorable.

—No, quiere algo más fuerte.

—Entonces que use cola de carpintero de la que venden en la ferretería.

—Es que no es eso. Si lo que quiere mi mamá es algo para pegar a papá.

✣ ✣ ✣

Rufilanchas discute con otro:

—¿No es posible que Tornillo haya dicho eso.

—Le aseguro que lo ha dicho.

—Vamos a ver; ¿estaba usted presente cuando lo dijo?

—Yo, no; pero...

—Pues bien; yo lo estaba cuando no lo dijo.

✣ ✣ ✣

—¿Con que es verdad que Fernando se disparó un tiro en casa de la señora de Parrilla?

—Sí, sí; es cierto.

—¿Y ella lo permitió?... No me extraña; es una guaranga que nunca ha sabido recibir a la gente.

✣ ✣ ✣

En una exposición, ante un cuadro de historia:

—¿Qué representa ese cuadro?

—A doña Inés de Castro en su lecho de muerte.

—¿Sí ¿Y cuántos años hace que murió doña Inés de Castro?

—Más de cinco siglos.

—¡Caramba! ¡Cómo pasa el tiempo!

✣ ✣ ✣

El carcelero pregunta a un reo que está en capilla:

—¿Desea usted algo antes de morir?

—Sí, señor.

—Diga lo que desea, pues tengo orden de no negarle nada. ¿Qué le traigo?

—Un maestro: quiero aprender el idioma japonés.

—¿Papá: ¿qué es un monólogo?

—Es el parlamento de una sola persona. Por ejemplo: una conversación entre tu madre y yo..

✣ ✣ ✣

—¿Se puede ver a tu patrón, muchacho?

—Ahora está muy ocupado, señor.

—¿Qué hace?

—Le está pegando a la señora...

—¿Pegándole? ¡Será bárbaro!

—Pegándole... un botón de la espalda del vestido, que se le cayó cuando ya lo tenía puesto.

✣ ✣ ✣

En una calle de París y durante la guerra pide limosna un ciego.

—¡Tengan compasión de un pobre ciego, que no puede tener ni siquiera la distracción de ver los zeppelines que nos bombardean!

✣ ✣ ✣

—¿Falta mucho para que llegue el tren?

—No, señor. ¿Ve? Allí viene por la vía el perito del maquinista que siempre se adelanta dos o tres cuadras. Cuestión de un cuarto de hora.

✣ ✣

—Parece que estás preocupada.

—Es que ayer, Enriqueta, me confió un secreo y ahora yo no lo puedo decir a nadie.

—¿Por qué?

—Porque no recuerdo lo que me dijo.

✣ ✣ ✣

De visita:

—Y ¿qué le da de comer, señora, a este perrito tan lindo?

—¡Oh, pobre animalito! No tiene nada de exigente; se contenta con lo mismo que comen los sirvientes.

✣ ✣ ✣

Una pobre mujer va por la calle tirando de un carretón, dentro del cual va un paralítico.

Una señora les da limosna, y dice a la mujer:

—Tome, y que Dios le dé fuerzas para soportar ese trabajo todo el día.

—No, no, señora; cuando yo me canso me meto en el carretón, y entonces es mi marido quien tira de él.

Estas recetas, tomadas de diversos autores extranjeros, pueden ser, en determinada ocasión, de gran utilidad práctica y "Pucky" las ofrece a sus lectores después de seleccionarlas entre las que son más fáciles de usar y de resultado seguro.

Para utilizar los restos de jabón, formando trozos manejables hay un sistema muy sencillo.

Se compra una vejiga de cerdo y se le ensancha suficientemente la abertura para poder introducir en ella los restos de jabón, que pueden resmenuzarse si hace falta.

Cuando la vejiga está llena se ata la boca con una cuerda y se "amasa", con su contenido dentro, deitro de un tacho lleno de agua fría.

La operación se repite varias veces y por un fenómeno de osmosis el agua pentra en el interior, pero la mezcla no puede salir. Cuando la masa de jabón queda suficientemente unida e igual, se cuelga la vejiga, durante unos días en un sitio seco.

Después raja la vejiga con un cortaplumas y sale un pedazo entero de jabón de la forma que se quiera, si al concluir de amasarlo se ha tenido cuidado de darle la forma conveniente.

Así se obtienen trozos enteros de diversos matices, de aspecto agradable, pero olores mezclados si se han introducido en la vejiga jabones de diversas procedencias.

✣ ✣ ✣

Para ennegrecer la plata se disuelven 5 gramos próximamente de sulfuro de calcio en unos 100 centímetros cúbicos de agua clara.

En este líquido se sumerge el objeto de plata que se vaya a ennegrecer, limpiándolo bien previamente.

Después se expone tomado con unas pinzas, a la acción del calor de una lámpara de alcohol o de un mechero de gas. En cuanto se calienta la pieza de plata adquiere un color negro hermoso y duradero. Ya no hay que hacer más que secarla.

Para obtener un negro muy intenso se repite el tratamiento dos o tres veces.

Para el color gris-marrón, se opera una vez con una solución muy débil (medio gramo por 100 centímetros cúbicos de agua).

Como el sulfuro se oxida con el aire transformándose poco a poco en sulfato, no debe comprarse el producto hasta el momento de usarlo, asegurándose de su buen estado rompiendo un pedazo para ver si la capa gris que cubre la materia negra vidriosa es muy delgada.

Aconséjase contra la neuralgia dental un medio, reputado medio excelente, cualquiera que sea la causa, e inventado por el doctor Knev.

Consiste ese medio en la aplicación de una solución de 20 gramos de tanino en 100 de alcohol. Se unta con ella la encía en torno del diente o de la muela que duele y "casi" siempre, — dice el inventor, — se aplaca el dolor.

✣ ✣ ✣

Para dar al yeso la pátina y el aspecto del marfil, se emplea un baño compuesto de cera blanca, cortada en pequeños trozos fundidos al baño maría, en alcohol a 90o. La solución debe tener la consistencia de jarabe claro.

Si se desea que dé el aspecto del marfil viejo se añade un poco de cera amarilla.

✣ ✣ ✣

Para conservar el hielo es bueno tomar varios baldes de diferentes tamaños, a fin de que puedan meterse uno dentro de otro, y llenar los espacios libres con trozos de corcho, lana o carbón pulverizado. Después se recubren con varios cobertores de lana y se meten en el sótano.

En el balde del centro se pone el hielo.

✣ ✣ ✣

El olor desagradable de las jaulas de los pájaros y de los gallineros desaparece echando en el suelo una capa de sulfato de cal cubierta luego con un poco de arena.

El empleo de este procedimiento en los gallineros y palomares es tanto más útil cuanto que aumenta el valor fertilizador del excremento de las aves.

✣ ✣ ✣

Vinagre salado. — Para todos los platos en que hay que echar vinagre y sal, por ejemplo en la ensalada, es muy conveniente disolver previamente la sal en el vinagre, porque de ese modo se reparte con más uniformidad.

(Continuación de "JUSTICIA ALADA")

(Véase el número 86 de "Pucky" y los subsiguientes.)

ACABABA de pasar ese vehículo por delante de Roger y Micky cuando toda la procesión se detuvo. Del interior de la caravana salió un hombre.

—Tenemos que seguir una curva que debe hallarse por estos parajes, — dijo al hombre que iba montado en el primer caballo. — Voy a adelantarme a pie para reconocer el camino, no vayamos a equivocarnos.

Se alejó por el camino y un tractor a vapor, que arrastraba unos pesados vehículos en los que iban, desarmadas, unas calesitas grandes y muy adornadas, se detuvo junto a la "caravana".

Algunos fragmentos de carbón encendido brotaron de la chimenea de la máquina del tractor y esas chispas, llevadas por el viento, fueron a caer en el techo alquitranado de la "caravana".

Nadie notó que pasaba eso hasta que, de pronto, sin nada que lo anunciara, el techo, pintado de alquitrán hacía poco, se incendió lanzando llamaradas al aire.

El efecto de esto fué inmediato. Las repentinas llamaradas que brotaron cerca de ellos asustaron a los caballos y después de patear violentamente, los cuatro se lanzaron camino adelante, arrastrando tras ellos al incendiado vehículo.

Toda la extensión del techo de la "caravana" parecía estar ardiendo, y el alquitrán derretido y llameando, empezó a chorrear por ambos lados del vehículo.

El desastre había sido tan rápido y tan inesperado, que todos los que miraban se sintieron atolondrados. El hombre que iba montado en el primer caballo había intentado sofrenarlos y, como no lo consiguió, saltó de su caballo y fué a caer en los arbustos de un cerco.

Con el llameante vehículo detrás de ellos, los aterrorizados caballos corrieron por el camino. No había probabilidad de que pudieran desprenderse del carro llameante, porque las cadenas de los tiros estaban enganchados a unas argollas que había en la parte de abajo del rodado.

Los caballos parecían estar condenados a morir, cuando Roger Fálcon corrió hacia el camino y desplegando sus mecánicas alas, se elevó por los aires.

Volando rápidamente se adelantó al ardiente vehículo, y descendiendo luego, fué a montarse en uno de los caballos de la yunta delantera.

Tomó las riendas y mediante un fuerte tirón, hizo que los caballos se volvieran hacia un lado, dirigiendo los cuatro caballos, que seguían galopando, hacia un hueco que había en el cerco.

Con la "caravana" hecha una hoguera a su espalda, azuzó a los caballos por una cuesta abajo al pie de la cual corría un arroyo.

El calor que despedía el vehículo incendiado era intenso y hacía que los caballos apresuraran más y más su carrera.

Roger Fálcon los dirigió en línea recta hacia el río. En el momento en que el calor parecía ya insoportable llegaron a la orilla del río y los cuatro caballos zambulleron en el agua arrastrando tras ellos a la llameante "caravana".

El vehículo se volvió cuando esuvo en el agua y se oyó el ruido característico, parecido al de un escape de vapor, cuando el agua apagó el fuego.

Los caballos pudieron mantener la cabeza fuera del agua. Roger Fálcon había conseguido desprender los tiros, zambullendo en el agua del arroyo cuando el dueño de la feria y algunos de sus ayudantes llegaron al teatro del suceso.

Los caballos corrieron hacia la orilla, y en el momento en que salían a tierra y Roger Fálcon les seguía, el dueño de la feria corrió hacia el Joven Alado.

Pero Roger volvió la cabeza para que no pudieran verle la cara, y un instante después se elevaba por los aires dejando al propietario de la Feria preguntándose quien podía ser aquel extraño Joven Alado que le había salvado de una muerte segura a sus cuatro mejores caballos.

UN ENCUENTRO

EN una espaciosa caverna, cuyo aspecto era el de un bien instalado taller mecánico, estaba un joven componiendo un par de poderosas alas, que se hallaban extendidas ante él, en una sólida y extensa mesa.

Ese joven era Roger Fálcon, conocido como el Joven Alado, y la caverna donde se hallaba era su domicilio subterráneo.

Las alas en que trabajaba Rdger eran el aparato para volar más estupendo y maravilloso que se hubiera inveitado jamás. Con esas alas, Roger Fálcon podía volar con

grandísima velocidad y con la desenvoltura con que vuela un ave poderosa y grande.

—¡Buenos días, Roger! ¡Felices Pascuas!

Roger Fálcon levantó la cabeza de su trabajo al oír la voz jovial de su compeñero Micky Wilde, que era el que había resonado en la caverna.

—¡Hola, Micky! — exclamó el Joven Alado. — Casi me había olvidado de que hoy es día de fiesta. ¿Cómo piensa pasar el día?

—Del otro lado de la aldea de Bleakwold han nistalado una feria de diversiones, — contestó Micky Wilde. — Me parece que voy a ir a pasar un rato agradable viendo cuanto haya que ver.

—¡Ojalá pudiera ir yo también! — observó Roger. — No hay nada más divertido que una de esas ferias de diversiones a la antigua. Pero sería una locura de mi parte el dejarme ver en un sitio tan frecuentado, donde se reune tanta gente, como una feria, a la luz del día. Además, tengo que terminar este trabajo.

Roger era un fugitivo de la justicia y hasta que pudiera demostrar que no era culpable del crimen por el cual se le había condenado, se veía obligado a seguir siendo lo que el destino le había hecho: un joven sin casa, sin reposo, obligado a vivir oculto, temeroso siempre de ser sorprendido, arrestado y llevado al establecimiento penal de Bleakwold, del que se había evadido.

—Supongo que no estará tan ocupado que no pueda ir a verme pelear con Ginger Burns, esta noche, en el hall de Westhampton, Roger, — dijo Micky Wilde.

—Allí estaré, naturalmente, — respondió Roger. — Tan pronto como sea de noche volaré hacia Westahampton y buscaré un rincón, en el fondo dtl hall, desde el cual pueda ver el "match". ¡No quisiera dejar de verlo por nada del mundo!

—¡Entonces yo voy a salir, amigo mío! — declaró jovialmente el muchacho boxeador, — voy a pasearme un poco por la feria y después que me haya divertido durante un rato viendo lo que haya que ver, trataré de encontrar algún vehículo que me lleve a Westhampton. Voy a guardar para usted uno de los cocos que seguramente ganaré en el tiro al blanco.

Cinco minutos después, Micky Wilde, muy alegre y con una balijita en la mano, se dirigía hacia la playa por el oscuro túnel que conducía de la caverna a la orilla del mar.

Desde la playa se encaminó por el sendero, cuesta arriba, hacia la parte alta de la costa y después, con paso elástico y rápido, se dirigió hacia donde estaba instalada la feria de diversiones, un poco después de la pequeña aldea de Bleakwold.

Durante una hora Micky se divirtió cuanto pudo. Cuando hubo visitado todo lo que le pareció intereante y ya se retiraba de la feria pasó por delante de una barraca donde estaba instalado un "ring" de boxeo. Como es lógico, dada su condición de boxeador principante, el joven se sintió interesado por saber qué era lo que había allí, y se detuvo.

Sobre una plataforma levantada delante le la barraca, se hallaba el propietario del espectáculo y junto a él un jocen delgado, como de unos dizey seis años.

—Señoras y señores: Tengo la alta satisfración de presentar a ustedes al pequeño Simón Sly, el jamás derrotado campeón de la Gran Bretaña, — anunció el dueño de la feria. — Simón Sly va a dar ahora una exhibición del noble arte del boxeo y después boxeará cinco rounds con cualquier joven de su edad por una bolsa de doz libras esterlinas.

Micky dió un paso hacia adelante como para aceptar el desafío, pero retrocedió en seguida.

—¿Qué es eso, muchacho? — exclamó el deuño de la feria, que había notado el rápido movimiento de Micky. — ¡No desperdicie una buena intención! ¡eVnga y permita que Simón Sly practique un poco con usted!

Micky Wilde movió negativamente la cabeza.

—¡No es posible, estimado señor de melena! — contestó afablemente y aludiendo a lo largo del cabelo del dueño de la feria. — ¡Hoy estoy muy ocupado! Volveré dentro de unos días, el domingo, por ejemplo, y entonces veremos qué es lo que se puede hacer.

—¡Eso es que la falta a usted valor! — djo irónicamente el del cabello largo. — Usted le tiene miedo a mi jamás vencido campeón y no quiere que él barra el suelo del "ring" con el cuerpo de usted.

—¡No crea usted en eso! — replicó Micky. — No me asusta ese monigote al que usted llama campeón. Pero es el caso que yo soy también un poco boxeador y tengo comprometido un match para esta noche.

¡Miren ustedes con lo que sale ahora! — exclamó el dueño de la feria. — Lo que hay es que usted, que parece un enanao y tiene el cuerpo de un chico, no es acpaz de pelear ni con un mono embalsamado.

—¡Pero puedo pelear con ese mono vivo que tiene usted ahí, me parece! — replicó rá;pidamente Micky. — Tal vez quiere usted llevarle a Westhampton, y cuando yo haya terminado con Ginger Burnos esta noche, tendré el gusto de pelear con Simón el Bobito.

Cuando Micky hizo esa manifestación, un rombre que estaba en las últimas filas de los mirones, se inclinó hacia adelante para ver el rostro del que hablaba.

El dueño de la feria miró también con aeneción a Micky Wilde.

Se percató de la atcitud erkuida y del cuerpo bien plantado del muchacho, de su rostro expresivo, sus ojos brillantes y todo su aspecto de buena salud.

Notó también que llevaba en la mano la balijita, en la que tenía la ropa que había de ponerse para boxear, y decidió no arriesgar su dinero insistiendo en su invitación.

En consecuencia, se volvió hacia otros muchachos que había entre el público, y al mismo tiempo, el hombre que se hallaba parado a poca distancia de Micky se inclinó hacia adelante y tocó con el bastón, en un hombro al jovencito boxeador.

—¡Un minuto, joven! ¡Desearía hablar

una palabra con usted! — dijo cuando Micky se volvió.

El muchacho se abrió paso por entre la gente allí reunida y se aproximó al hombre que le había hablado y que le recibió sonriendo con gran jovialidad.

—¿Se llama usted Micky Wilde? — le preguntó el hombre con mucha amabilidad.

—Es verdad, — contestó el muchacho. — ¿Qué desea usted de mí?

—Yo soy Ted Murlock, el "manager" de Ginger Burns, — dijo en seguida el hombre. — Como el propietario del hall de Westehampton arregló con usted todo lo relativo al match de esta noche, no he tenido necesidad de verle a usted antes del encuentro. ¿Qué tal se halla usted, joven?

—¿Yo? ¡Muy bien, gracias! — contestó Micky. — Me alegro mucho de conocer a usted, Murlock y espero que la pelea de esta noche resulte buena de verdad.

Murlock observó al atlético muchacho con mirada de hombre conocedor.

Pudo darse cuenta de que Micky estaba en excelentes condiciones y consideraba que se trataba de un muchacho que además de tener fuerza estaba dotado de un espíritu combativo de primer orden.

—Espero que lo sea, Micky Wilde, — manifestó Ted Murlock. — Oiga usted, muchacho, si usted piensa dirigirse a Westhampton dentro de poco, yo le puedo llevar en el sidecar de mi motocicleta. La tengo en el camino, aquí cerca, esperando.

—¡Muchas gracias! — exclamó Micky. — ¡Acepto gustoso su ofrecimiento! ¡Si me gusta mucho correr con velocidad! ¡Le acompañaré encantado cuando usted quiera!

—Venga ahora mismo, entonces, — díjole Ted Murlock.

Un minuto después el hombre y el muchacho llegaban a donde estaba una modesta motocicleta con sidecar junto a la cuneta del camino.

La máquina partió con velocidad y al cabo de unos minutos abandonó la carretera para seguir por un estrecho camino lateral.

Algunos centenares de yardas después, Ted Murlock detuvo su máquina frente a una casa solitaria.

—Aquí es donde vivimos Ginger Burns y yo, — anunció Ted Murlock placenteramente. — ¿Querrá usted entrar un momento y ver a Ginger? Tanto usted como él son verdaderos hombres de sport y no hay razón ninguna para que no sean buenos amigos.

—¡En eso tiene mucha razón, señor Murlock! — asintió Micky Wilde inmediatamente. — Entraré a verle, pero con la condición de que no me quedaré más que dos o tres minutos. Deseo estar en Westhampton lo más temprano posible.

Y así fué cómo Micky Wilde, cuyo honrado espíritu no sospechó ni un sólo instante en la posibilidad de una traición, siguió a Ted Murlock y entró, trás él, en la solitaria casa.

UNA TRAICION

MICKY WILDE siguió hasta una habitación muy espaciosa en la que no había muebles de ninguna clase y había sido, en cambio, alhajada, como gimnasio. No había nadie en aquella habitación cuando Micky Wilde entró en ella.

—Espere usted aquí un instante, Wilde, — díjole Ted Murlock. — Voy en busca de Ginger.

Y se alejó, dejando a Micky Wilde solo, en aquella espaciosa habitación.

Pasaron cerca de dos minutos, al cabo de los cuales el muchacho boxeador empezó a sentirse intranquilo. Le invadió una sensación de desconfianza y pensó que había hecho una perfecta tontería al penetrar, como había penetrado, en el domicilio de su adversario.

Por fin se abrió de nuevo la puerta por donde se había retirado Ted Murlock y éste se presentó seguido de un joven de buena musculatura, pero de rostro repelente y de unos diez y siete años de edad.

—¡Este es Ginegr Burns, Wilde! — anunció Murlock. — ¡Este es el muchacho que va a ganar la pelea de esta noche!

—¡Si les es posible ganarla! — replicó Micky Wilde. — ¡Yo no me voy a quedar quieto y dejarle ganar sin defenderme, Ginger!

Ginger Burns firó fijamente, cara a cara a Micky Wilde.

—¿Usted es nuevo en esto de los matches de boxeo, joven? — le preguntó Ginger.

—Hasta ahora no tengo gran experiencia, en verdad, — contestó Micky.

—¡Ya me lo figuraba! — exclamó Ginger Burns con afectada sonrisa. — Supongo qpue usted ignorará que gran número de matches, son combinados de antemano, ¿eh?

Micky abrió mucho los ojos, mirando a Ginger Burns con asombro.

—No; no lo sabía, — dijo Micky, rápidamente y con los ojos más abiertos todavía.

—Nosotros vamos a pelear por una bolsa de veinticinco libras y usted está seguro de perder, naturalmente, durmiendo un rato mientras el referee cuenta los segundos, — prosiguió Ginger. — Por lo tanto yo le propongo que admita recibir diez libras ahora y considere el match como ganado por mí, suceda lo que suceda.

—¿Es decir que usted quiere que yo le venda el resultado de la pelea?

—Sí; por diez libras.

El indignado Micky no pudo contenerse por más tiempo. De un salto se puso ante Ginger, y en el mismo momento le dió un golpe, con el puño derecho, en la nariz.

—¡Esto es lo que usted se merece trampuoso de pelo color de zanahoria! — exclamó Micky. — ¡Venga, a ver si logra darme más de lo que yo le de a usted!

Ginger Burns se vió obligado a defenderse contra el violento ataque de Micky Wilde.

Bajando la cabeza, saltando, moviéndose con pasmosa rapidez, Micky peleó como un tigre.

Burns era más alto y más pesado que Micky Wilde pero no importaba nada, porque su contrario peleaba con grandísima habilidad, y antes de un minuto, el del pelo colorado empezó a retroceder en torno de la habitación mientras Micky hacía llover sobre él golpe tras golpe, ya en el cuerpo, ya en el rostro.

—¡Socorro, Ted! — gimió Ginger Burns al cabo de unos momentos. — ¡No le deje que me desmaye!

Micky Wilde alcanzó con un soberbio "uppercut" la mandíbula de Ginger Burns, le hizo saltar del suelo y desplomarse luego como una bolsa que cae.

Pero en el mismo momento, Ted Murlock tomó una clava de madera y se precipitó hacia Micky por la espalda, aplicándole un fuerte golpe junto a una oreja.

El valiente muchacho boxeador se encogió y cayó al suelo desmayado.

Ginger Burns, chorreando sangre por una herida que tenía en un labio y un ojo hinchándosele rápidamente, se levantó del suelo.

—¡Cuidado, Ted! ¿No le habrá lastimado mucho? — preguntó al "manager", medio muerto de miedo.

—Creo que se va a quedar dormido un buen rato, pero nada más, — gruñó Murlock. — ¡Tanto mejor! Ha sido una suerte que yo consiguiera atraerle a esta casa tan a tiempo, porque de no haber sido así, esta noche nos hubiera dado el gran disgusto.

—¡No he visto jamás un boxeador ni más rápido ni más terrible! — murmuró Ginger Burns acariciándose el ojo hinchado.

—Ese muchacho le deja a usted más dormido que el felpudo de una puerta, cada vez que pelee con usted, — declaró Murlock. — Pensé que sería bueno traerle a esta casa y arreglar previamente con él, por si acaso había peligro de accidente, pero no suponía que estuviera comprometido a pelear con semejante fiera. ¡Es chico pero es terrible! ¡Claro está que el match no se realizará de ningún modo.

—Si se realiza, y soy vencido, no podré hacer mi anunciada jira por Estados Unidos y mi carrera como boxeador quedará cortada, tal vez definitivamente, — dijo Burns.

—¡Y yo perderé una buena cantidad de dinero que he comprometido en apuestas a favor de usted! — agregó Murlock. — Tengo firme propósito de no consentir en que suceda semejante cosa.

—¿Qué va usted a hacer, entonces? — preguntó Ginger Burns.

—¡Dejar a ese muchacho encerrado aquí! — fué la terrible tenebrosa respuesta. — Si no se presenta en el ring esta noche, a la hora convenida, se le dará por perdido el match por ausencia y usted será el ganador. ¡Y eso es precisamente, lo que usted necesita!

—Pero, ¿qué va usted a hacer con él después de lo pasado? — preguntó Ginger Burns. — Porque en cuanto recobre los sentidos, lo que hará será marcharse de aquí lo más pronto posible. Además nos denunciará por lo que hemos hecho con él.

Ted Murlock frunció el ceño y movió negativamente la cabeza.

—No podemos consentir eso. ¿Qué le parece si al salir nosotros de la casa arrojáramos un fósforo encendido, como por descuido, en esa extensa y gruesa alfombra de fibra de coco que está ahí, — dijo con voz reconcentrada. — La alfombra se quemará rápidamente y antes de una hora no quedarán más que cenizas de la casa y todo lo que contiene.

Ginger Burns se estremeció.

—¡Eso me parece horrible, Ted! — murmuró en voz baja.

—Si no lo hacemos tendrá usted que despedirse de todas sus esperanzas de hacer carrera como boxeador, después del match de esta noche, — replicó Ted Murlock. — Ahora nos iremos y no volveremos por aquí. ¡Este muchacho nos arruinaría por completo si le dejáramos aquí con vida!

MICKY EN PELIGRO

CUANDO Micky Wilde recobró los sentidos se dió cuenta de que se hallaba envuelto en una atmósfera cargada de calor excesivo, procedente de un sitio inferior a aquel donde él se encontraba.

Se levantó con dificultad, y apenas se había puesto de pie cuando una llamarada surgió por entre las tablas del piso, a pocos pasos de donde él se encontraba.

A la luz de aquella llamarada pudo darse cuenta Micky Wilde, de que estaba en un cuarto desprovisto de toda clase de muebles.

¿Cómo había llegado a semejante sitio? No lo recordaba en aquel momento, pero comprendía que era necesario que saliera de allí sin perder un solo instante.

Corrió hacia la puerta. Estaba cerrada, pero la cerradura era vieja y se rompió en cuanto el muchacho hubo dado algunos puntapies a la puerta.

Micky abrió la puerta y retrocedió inmediatamente al ver el cuadro que se presentaba ante su vista.

La estrecha escalera que conducía al piso bajo estaba ardiendo. No había que pensar, de ningún modo, en escaparse de la incendiada casa, por aquel lado.

Micky miró en redor desesperadamente y, de pronto, notó que había una ventana en el techo.

Esto le enteró de que se hallaba en el piso más alto de la casa y, a medida que su memoria fué recordando lo sucedido, se dió cuenta de que allí debían haberle dejado Ginger Burns y su "manager" Ted Murlock.

El muchacho, después de pensarlo un poco, resolvió salir por el techo.

¿Qué probabilidades de salvación tendría cuando estuviera en el techo de la casa? No podía imaginárselo, pero aquel era el único modo de alejarse de las llamas que ferozmente subían del piso inferior.

Tomó su balijita y con un cinturón de cuero que sacó de la misma balija, se la colgó del hombro, apoyada la balijita a un lado.

Dió luego un salto hacia arriba y logró agarrarse al borde de la ventana del techo. Después, mientras colgaba de una sola mano, levantó con la otra la vidriera que cerraba el hueco.

Medio minuto después había logrado pasar por la abertura del techo de la casa incendiada.

Durante varios segundos permaneció de pie en el techo y de improviso oyó un ruido horrible y se vió surgir hacia el cielo un raudal de chispas. Una de las esquinas del techo se había derrumbado, carcomida por la acción del fuego aquella parte de la casa.

—Parece que el final de todo esto tardará muy poco en llegar, — murmuró el muchacho. — No tengo miedo de lo que pueda sucederme, pero me hubiera gustado volverme a encontrar con Ginger Burns para darle una buena.

—¡Micky!

Su nombre, pronunciado por una sonora voz, hizo que Micky levantar la vista hacia donde la negra silueta del Joven Alado, de su amigo Roger Fálcon, descendía hacia el techo de la casa inmediata.

El Joven Alado casi no llegó a posarse en el techo de la casa. Tomando a su pequeño compañero en sus brazos voló ascendiendo y alejándose de la casa.

—¡Lléveme al hall de Westhampton, Roger! — fué lo primero que dijo Micky Wilde. — ¡Suceda lo que suceda quiero estar allí a tiempo para pelear con Ginger Burns!

Entonces, mientras el Joven Alado llevaba a su querido compañero a través del tibio ambiente de la noche, Micky Wilde le contó todo cuanto le había pasado.

Roger Fálcon y Micky Wilde pasaron por encima de la ciudad de Westhampton cuando el iluminado reloj de la torre del edificio municipal señalaba las ocho menos un minuto.

¡A las ocho en punto, Micky tenía que estar en el ring para pelear con Ginger Burns!

A poca distancia delante de él, Roger pudo distinguir un resplandor y una tenue humareda que brotaba del techo del hall, en el cual había una amplia ventana redonda y central que había sido abierta para ventilar el local.

Roger se dirigió hacia aquella abertura.

Debajo, en el ring, pudo ver a Ginger Burns con Ted Murlock y el referee, y el Joven Alado dedujo de aquello que Burns debía estar pidiendo que le declararan vencedor del match por ausencia de su competidor.

No había un solo momento que perder.

Por lo tanto Roger descendió más, y pasando por la abierta ventana del techo, fué hacia el ring.

Ginger Burns y su "manager" se quedaron más que asombrados; tan aterrorizados estaban como si el espectro de Micky Wilde hubiera venido del otro mundo para acusarles.

Micky fué colocado en el centro del ring, y un segundo después, Roger Fálcon se elevaba y desaparecía por el hueco del techo, perdiéndose luego de vista en la oscuridad de la noche.

—Siento no haber podido venir antes, señor, — dijo Micky Wilde al gerente del hall. — Me he visto en peligrosas aventuras, y hace un momento que ese muchacho de las alas me sacó de una casa incendiada. Me salvó la vida y me trajo aquí. ¿Puedo cambiarme de ropa? No tardaré ni dos minutos.

—¡Todo esto es muy extraordinario! — exclamó el gerente del hall. — Pero usted ha llegado antes de que el reloj diera las campanadas de las ocho, así que debe realizarse el encuentro. Vaya a vestirse lo más pronto que pueda.

Tanto Ted Murlock como Ginger Burns sentíanse muy molestos. Casi temblaban cuando se procedía a los preliminares del encuentro, porque estaban seguros de que Micky acabaría por denunciarles, dando cuenta de lo que habían hecho.

Pero el muchacho boxeador había decidido tratar de castigarles a su manera y lo consiguió.

Porque desde el comienzo del encuentro, en el primer "round", castigó a Burns sin escrúpulo alguno.

Lo mismo pasó en el segundo "round" y también en el tercero. Burns manoteaba aturdido y recibió el golpe que le dejó fuera de combate, lo arrojó para siempre del boxeo.

Se oyeron aplausos entusiastas cuando Micky levantó a Ginger del "ring" y lo llevó a su rincón.

Cuando hizo sentar a su vencido adversario, Micky habló rápidamente al oído de Ted Murlock.

—Vamos a dejar las cosas como están, — dijo. — Pero si alguna vez me entero de que alguno de ustedes dos está metido en algo relacionado con el boxeo, entonces sí que les denunciaré como lo merecen.

Media hora después, cuando Micky Wilde salía del hall, alguien le tocó en un hombro. Se volvió y vió a Roger Fálcon.

—¡Fué un soberbio match, ganado espléndidamente, Micky! — dijo el Joven Alado.

—¡Vamos a festejarlo, entonces! — exclamó Micky.

Roger Fálcon se puso muy serio.

—No puedo al menos esta noche, — contestó. — Tengo algo que hacer. Acabo de enterarme de que se trama un cobarde complot para robar al pueblo trabajador de Westhampton, y esta noche debo hacer uso de

todo el poder que poseo para frustrar ese infame complot.

EL INFAME BANQUERO

ROGER FALCON, el Joven Alado, iba caminando tranquilamente por las calles de Westhampton, acompañado por su compañero y amigo fiel, el joven boxeador Micky Wilde.

—¿Así que usted cree que se preparan algunas tenebrosas combinaciones en esta localidad, para esta noche, Roger? — preguntó Micky Wilde.

—Sí, — contestó Roger Fálcon seriamente. — Creo haber descubierto un infame complot cuyo objeto es robarle el dinero al elemento trabajador de la ciudad de Westhampton. Y voy a desbaratarlo, como me sea posible.

—¡Bien hecho! — exclamó Micky Wilde con entusiasmo. — Cuéntemelo todo, Roger. Dígame cómo fué que logró enterarse de que sucedía eso.

—Fué tan sólo cuestión de suerte, — dijo el Joven Alado. — Yo tenía grandes deseos de presenciar el partido de boxeo, entre usted y Ginger Burns, que iba a celebrarse en el Hall de Westhampton. Pero, después de lo que había sucedido primero no me atrevía a penetrar en el Hall, temeroso de que me reconocieran. Entonces me dirigí a una solitaria calle que queda a los fondos del edificio, volé hasta una de las ventanas bajas y desde ella presencié todo el match.

—¡De modo que tuvo usted una especie de palco especial para usted solo! — observó Micky, riendo. — Pero prosiga usted, Roger.

—Pues bien: habían terminado ustedes su pelea; Ginger Burns estaba tendido en el suelo desmayado, y usted, Micky, era declarado vencedor, — continuó Roger Fálcon, — cuando dos hombres pasaron por la calle precisamente debajo de la ventana donde yo me encontraba. Los hombres hablaban muy entusiasmados y les oí que decían: "No se olvide de llevar el aeroplano a Baronsmere a las doce de la noche. Es necesario que yo me ausente del país antes de que mañana empiece el alboroto."

—¡Diablos! — exclamó Micky Wilde. — Parece que el hombre quería irse de Inglaterra por bien de su salud. ¿Sabe usted de quién se trataba, Roger?

—Era un hombre llamado Mark Todmarsh, que hace seis meses fundó el Banco Popular y Sociedad de Ahorro, — explicó el Joven Alado. — Una gran cantidad de trabajadores ha confiado sus ahorros a Todmarsh, a quien consideran como un hombre honrado, recto y decente.

—De fijo que es recto como un tirabuzón! — comentó Micky. — Si tanto deseó tiene de salir del país, es de suponer que el Banco Popular está por quebrar.

—Creo que, habiendo reunido ahorros por miles y miles de libras, Todmarsh se propone escaparse, — dijo Roger Fálcon. — Y yo voy a tratar de evitarlo.

—¿Qué es lo que piensa hacer usted ahora, Roger? — preguntó Micky.

—Voy a casa de Todmarsh, que está en Baronsmere, en las afueras de Westhampton, — contestó el Joven Alado. — Allí me enteraré de algo más sobre los planes del banquero y si sus intenciones son tan malas como supongo, haré lo posible por detenerle y obligarle a quedarse.

—¿No sería bueno dar parte a la policía de lo que sucede? — preguntó Micky Wilde.

—No estoy en situación de entrar en relaciones con la policía, ¿no es verdad, Micky? — dijo Roger Fálcon, sonriendo. — El Joven Alado es un proscripto aún cuando no por culpa suya, y una de sus primeras preocupaciones es no tener contacto ninguno con la policía.

—¡Es verdad! — asintió Micky Wilde. — Pero sin duda sería posible avisar de algún modo a la policía sobre lo que pasa con Todmarsh, sin que le vieran a usted, ¿no le parece?

—Me parece que las probabilidades de vencer al banquero, serán mayores si me encargo personalmente del asunto, — replicó Roger Fálcon. — Si la policía se presentara en Baronsmere, Todmarsh negaría, sin duda, indignado, todo cuanto se le dijera y, con toda picardía, pospondría el suceso para más adelante.

—Dígame Roger, ¿no podría ir con usted? — preguntó Micky. — Yo no puedo volar y asustar a la gente mala, como usted, pero soy bastante útil si llega el caso de dar unos golpes bien dados.

—Ya lo sé, Micky, — dijo Roger Fálcon, — pero me arreglaré mejor solo. ¿Podrá usted volver a casa desde aquí?

—Me parece que sí, — dijo Micky a su compañero. — Ya que no quiere que yo le acompañe, me marcharé a casa a tener cuidado de aquello, no sea que se presente alguien y nos robe una de las cuevas.

Charlando amistosamente, los dos muchachos llegaron a campo abierto, fuera ya de la ciudad, y allí se separaron.

—¡Adiós, Roger! — gritó Micky cuando ya se alejaba. — ¡Cuídese y no vaya a extraviarse en la neblina! Dentro de poco habrá una niebla de la más espesa, y por la mañana va a ser peor aún!

Un momento después, Micky Wilde se detenía en el camino y miraba cómo el Joven Alado se elevaba por el aire, agitando sus poderosas alas mecánicas, y desaparecía en la neblina de la noche.

EL QUE ROBABA A LOS POBRES

FALTABAN quince minutos para las doce la noche y en una de las habitaciones de una espaciosa y cómoda casa situada en el paraje llamado Baronsmere, se hallaba Mark Todmarsh, el fundador del Banco Popular y Sociedad de Ahorro.

Con él se hallaba un hombre que vestía un traje de cuero, forrado de piel, de los que usan los aviadores.

—¿Está todo pronto? — preguntó Mark Todmarsh, algo nerviosamente, tomando una

cartera de bolsillo muy grande y abultada y sujetándosela al cinturón que tenía puesto, por medio de una cadena niquelada.

—Enteramente pronto, — contestó el aviador. — Es una desdicha que la noche se haya puesto tan turbia. Sin embargo, aun cuando la neblina nos pueda molestar mientras estemos cerca de tierra, es de esperar que encontremos la atmósfera clara al llegar al mar.

—¿Espera usted encontrarse muy lejos de aquí al amanecer? — preguntó Todmarsh con algo de ansiedad en el tono de su voz.

—Sí, — dijo el otro hombre, mirándole con atención. — Si todo va bien, nos encontraremos en sitio muy remoto del Continente al amanecer. Mi máquina es pequeña pero puede volar a razón de setenta millas por hora.

—¡Muy bien! — exclamó Todmarsh, algo tranquilizado. — ¡Si usted me desciende sano y salvo por la mañana temprano, aumentaré la cuota que he quedado en abonarle, a dos mil libras!

El aviador, — cuyo aspecto no era de inglés y debía ser probablemente de otra nacionalidad, — se sonrió levemente.

—Poco es eso, comparado con lo que contiene esa abultada cartera que lleva usted encadenada al cinturón de cuero. ¡Probablemente debe contener más de treinta mil libras de dinero ajeno! — observó.

—¡No le preocupe eso! — replicó Todmarsh rápidamente. — Si usted cumple como es debido la misión que ha quedado en desempeñar, no tendrá razón ninguna para llamarme ingrato.

El infame banquero tomó un sobretodo de cuero y piel, que estaba en una silla, y se lo puso.

—¡Estoy pronto! — anunció. — ¡Partiremos inmediatamente de modo que!...

Calló de improviso y su voz se cortó en medio de una especie de gemido porque una de las tres puertas que tenía la habitación se había abierto de repente, con suma brusquedad, y por ella había entrado Roger Fálcon.

Los dos que estaban en la habitación miraron con angustia y temor al delgado y enmascarado rostro del que se había presentado tan de sorpresa y avanzaba hacia ellos con lentitud.

—¿Quién es usted? — tartamudeó Todmarsh con el rostro blanco de miedo. — ¿Qué quiere usted?

—Quiero la cartera que ha encadenado usted a su cinturón, — fué la respuesta que le dió el Joven Alado.

—¡Ah! ¿Es usted ladrón, entonces? ¡Usted se ha metido en esta casa para robarme! — gritó Todmarsh.

—¡No! — replicó Roger Fálcon con fría energía. — He venido a esta casa para evitar que usted robe a los demás — ¡Estoy aquí como representante del pueblo trabajador de Westhampton, de todos los que han cometido la imprudencia de poner en manos de usted sus penosamente reunidos ahorros!

Mark Todmarsh se inclinó hacia adelante, con la mano apoyada en el respaldo de una silla.

—¡Parece que usted está muy al tanto de muchas cosas! — dijo con voz ronca. — Supongo que su intención será someterme a un violento chantage.

—¡Mi intención es evitar que usted se escape de Inglaterra llevándose el dinero que la gente trabajadora ha confiado a su custodia creyendo verdad sus manifestaciones de honradez y sus promesas de buena administración! — replicó el Joven Alado.

—¡Tenga usted cuidado! — advirtió Todmarsh con intención. — Somos aquí, dos contra uno.

Fué entonces cuando Todmarsh, presa de un súbito acceso de furor, levantó la silla y la arrojó contra Roger Fálcon.

—¡Aún cuando fueran veintidos, me importaría lo mismo! — dijo Roger Fálcon.

La silla, precipitadamente arrojada, no dió en el blanco, golpeó en cambio, en la lámpara eléctrica que iluminaba la habitación y todo quedó repentinamente sumido en la oscuridad.

Roger Fálcon avanzó y al proceder así, uno de los hombres se precipitó violentamente contra él y le hizo caer al suelo, donde, durante unos segundos, se quedó enteramente sin aliento y sin poder moverse.

Cuando por fin pudo levantarse y dar luz a la lamparita eléctrica que llevaba en la muñeca, se hallaba solo en la habitación.

Las tres puertas estaban cerradas, y Roger no tenía idea de por cuál podían haberse escapado Todmarsh y el aviador.

Pero no perdió tiempo en tratar de averiguarlo. Sabía que los dos hombres se disponían a huir en un aeroplano que estaba esperando, sin duda, en el terreno que rodeaba a la casa, así que decidió hallarse donde estuviera el aeroplano antes de que el aparato comenzara su vuelo. Esto era de la mayor importancia.

Corrió, pues, hacia la ventana de la habitación, la abrió y saltó al camino enarenado que se hallaba algunos pies mjs abajo.

TRAS DEL PILLO

No tenía ni la menor idea de dónde podía estar esperando el aeroplano, y si intentaba buscarlo en la oscuridad de la noche era fácil que se extraviara y en vez de evitar la huída de los dos hombres se diera aún más facilidades para escapar con tranquilidad.

En consecuencia se quedó de pie, inmóvil, en el césped empapado por la humedad de la niebla, y que se extendía ante el edificio procediendo al jardín, y escuchó con la mayor atención.

Durante tres minutos permaneció enteramente inmóvil y después, del lado de la derecha de donde él estaba, llegó a sus oídos el ruido inconfundible de un motor de aeroplano en movimiento.

Echando a correr, el Joven Alado se dirigió lo más rápidamente que le fué posible hacia el sitio de donde llegaba el ruido.

El aeroplano avanzó, rodando, hacia él y se elevó por los aires, precisamente en el instante en que llegaba a donde él estaba

Mark Todmarsh, que iba sentado en el

asiento posterior del pequeño monoplano, miró, inclinándose hacia un lado, y se sonrió con malignidad al ver a Roger Fálcon de pie en el suelo.

Pero la sonrisa desapareció de sus labios y fué reemplazada por una expresión de intensísimo terror cuando vió que de los hombros del Joven Alado se desplegaban dos gigantescas alas y el joven enmascarado se elevaba en seguida por los aires, como una fatídica ave nocturna.

Elevándose con rapidez, el aeroplano se alejó, pero el Joven Alado se elevó con igual rapidez y lo siguió a sólo unas pocas yardas de distancia.

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! — vociferó Mark Todmarsh al hombre que piloteaba el aeroplano. — ¡Un extraño volador... un hombre con alas, nos persigue!

El aviador miró hacia trás y vió por primera vez a la alada figura, que se distinguía confusamente en medio de la niebla.

Dominado por un supersticioso terror, el piloto llevó la mano a las palancas de manejo y dió a la máquina del monoplano el máximu de celeridad.

Roger Fálcon se dió cuenta de que el pequeño aeroplano se alejaba de él y pensó que, aún cuando podía volar con más rapidez aún unos momentos, sus alas no estaban en condiciones de sostener semejante velocidad durante largo rato.

Hizo inmediatamente que sus mecánicas alas realizaran el referido esfuerzo. Con asombrosa rapidez surcó el turbio aire, y adelantándose al aeroplano, subió algo más alto que él.

Entonces descendió y puso sus pies en la parte de atrás del cuerpo del aeroplano, precisamente a espaldas de Mark Todmarsh.

La máquina aérea se balanceó vertiginosamente, desequilibrada por aquella repentina carga, y el piloto se vió obligado a disminuir la velocidad para tratar de restablecer el equilibrio de su aparato.

—Será mejor que vire en seguida y busque un sitio donde aterrizar, cerca de Westhampton, — gritóle Roger Fálcon, arrodillado en su peligroso apoyo. — ¡Puede sucederles algo desagradable si yo permanezco aquí y estoy decidido a no perder de vista a Todmarsh!

Mark Todmarsh estaba amarillo de miedo, y temiendo que el aeroplano se desplomara mientras él estaba sujeto por correas a su asiento, comenzó a soltar las hebillas.

¡Iba a adoptar una decisión desesperada! Sujeta a su muñeca estaba la soga de un paracaídas de que se había provisto para mayor seguridad, — en caso de accidente, — y su intención fué la de arrojarse en aquel momento del aeroplano.

Era una peligrosa determinación, sin duda, pero Mark Todmarsh tenía la esperanza de que le iba a ser posible llegar a tierra sin sufrir accidente ninguno y luego, — aprovechando la niebla, cada vez más densa, — escapar a la persecución del Joven Alado.

Mark Todmarsh desató las correas y se levantó a medias de su asiento. Un instante después Roger Fálcon le tomaba en brazos, por las axilas, y le levantaba rápidamente.

Todmarsh lanzó un grito de horror cuando el Joven Alado se elevó por los aires, separándose del aeroplano y con el pícaro banquero en sus brazos.

El aeroplano prosiguió su marcha, y poco tardó en perderse de vista entre la niebla. El piloto se felicitaba porque tanto Mark Todmarsh como el Joven Alado habían dejado de ser carga de su aparato, y no hizo ni la menor tentativa de menguar la velocidad o volver en auxilio de su desaparecido pasajero.

El Joven Alado tenía en su poder a Todmarsh, y con él el dinero con que se proponía huir, y no deseaba perder de vista ni al banquero ni a la cuantiosa suma que el pillo intentaba robar a los que habían tenido la ingenuidad de hacer depósitos en su banco.

Con el banquero en brazos, Roger, — sin preocuparse del aviador, que no le interesaba ni lo más mínimo, — descendió cautelosamente con la esperanza de que no le sería difícil orientarse, pero con el desagrado que es de suponer, se encontró con que estaba volando sobre la superficie del mar.

No tenía medio alguno para orientarse, así que continuó su vuelo casi rozando las crestas de las olas del intranquilo mar, con la esperanza de encontrar algo que le permitiera darse cuenta de dóndo estaba. Durante varios minutos prosiguió su vuelo y de pronto, — con suma satisfacción, por cierto, — vió un grupo de rocas que surgían de la superficie del mar.

Descendió hacia una de las rocas, que era bastante extensa para servir se sitio de descanso y luego puso a Todmarsh en el suelo.

El banquero había pasado tan crueles e intensas emociones que su sistema nervioso no pudo resistir tantos y tan fuertes sacudimientos, así que en el momento en que Roger Fálcon lo ponía en la roca, perdió el conocimiento.

—Nos quedaremos aquí hasta que se levante la niebla, — decidió Roger Fálcon, — y espero que no ha de ser mucho tiempo, porque deseo hallarme de regreso en Westhampton antes de que los que han depositado su dinero en el banco de este pillo reciban la noticia de que han perdido todo cuanto confiaron a las sucias manos de este infame. Si corre esa ingrata noticia, ¿quién puede suponer las tragedias que pueden producirse? ¿Quién puede calcular las decisiones lamentables a que pueden llegar los que se sientan arruinados por completo? ¡No! ¡Es necesario evitar semejante horrible catástrofe, preparada por este canalla!

¡Y, helado hasta los huesos por la humedad de la niebla, el Joven Alado esperó!

DE LAS NUBES

EN la espaciosa plaza del mercado de la ciudad de Westhampton se había congregado gran cantidad de gente, frente a las oficinas del Banco Popula y Sociedad de Ahorros.

Las puertas del local estaban cerradas y hombres y mujers que habían depositado sus ahorros en el Banco Popular, miraban ató-

nitos y aterrados un cartel en le que se anunciaba que la institución había suspendido los pagos.

El cuadro era tal que hubiera conmovido al corazón más endurecido, porque el golpe había caído sobre el elemento obrero de Westhampton y era de una terrible gravedad para todos los trabajadores.

Más de uno de los jóvenes que se hallaban entre aquella muchedumbre había orgullosamente ahorrado hasta el último penique que había podido economizar con el propósito de comenzar su vida de casado en una casita de su propiedad, junto a la joven amada. ¡Y esos jóvenes, como todos los demás depositantes lo habían perdido todo!

Un caso particularmente triste era el de una joven viuda que había acudido a retirar los ahorros que había dejado su difunto esposo, con el objeto de establecer con ellos un pequeño negocio que le permitiera dar de comer a sus hijitos sin tener que separarse de ellos.

Otro era el de un anciano que había hecho todas las economías posibles a fin de que su esposa, enferma pudiera ir a mejorar su salud a la pequeña quinta de verdura que pensaba comprar cuando tuviese dinero suficiente. Los médicos le habían dicho que el aire de campo curaría a la pobre mujer... pero todas las esperanzas del marido eran desbaratadas por la quiebra del Banco Popular.

Cada caso era una tragedia en sí mismo, y los agentes de policía que habían sido enviados a la plaza del mercado para evitar que se produjeran desórdenes, se sentían emocionados ante la desdicha de toda aquella gente.

—¡Lo que más deseo es que logren capturar a ese hombre! — decía un sargento de policía a una mujer en cuyo rostro se notaba tanta ansiedad, que se comprendía que la suspensión de pagos del Banco Popular la había dejado anonadada.

—¡Sí! ¡Aún cuando lo capturen, eso no nos va a devolver nuestro dinero! — dijo con amargura la infeliz mujer.

—Recobrarían si no todo, parte de él, y eso sería mejor que nada, ¿no le parece? — replicó el sargento con fingida jovialidad.

El bombero molestado

El bombero (al mirón): — ¡Retírese un poco, señor! Con el humo de esa pipa me hace llorar los ojos y no veo el incendio.

— Tengamos esperanzas de que todo se arreglará lo mejor posible.

Pero la mujer aquella, — como casi la totalidad de los perjudicados, — no creía posible que pudiera volver a su poder ni un solo penique de todo el dinero que había confiado a Mark Todmarsh.

La multitud parecía entregada a la más completa desesperación cuando, de repente, uno de los hombres congregados en la plaza del mercado de Westhampton lanzó un grito, y levantando una mano indicó algo que se veía en el cielo.

Por entre las nubes que encapotaban casi por completo el cielo, se había visto aparecer una negra y voladora figura que descendía rápidamente. Era Roger Fálcon, el Joven Alado, que sostenía en brazos el cuerpo de Mark Todmarsh, que seguía con el cerrado paracaídas atado fuertemente a la muñeca.

Hallándose a doscientos pies de altura de la plaza del mercado, el Joven Alado soltó al banquero de sus brazos. Todmarsh lanzó un penetrante grito de terror cuando se sintió caer.

Durante unos treinta pies descendió como una piedra que cae; entonces se abrió el paracaídas, y el descenso del hombre fué casi detenido.

No soplaba ni la más leve brisa, y Mark Todmarsh, sostenido por el aparato, que parecía un gigantesco paraguas, descendió hacia la plaza, donde aterrizó en medio de un grupo de cerca de doce policemen, que le esperaban con los brazos abiertos.

Aleteando, el Joven Alado se mantenía en lo alto y pudo ver cómo los de policía rodeaban al hombre para protegerle contra posibles furores de la muchedumbre. Un minuto después, una gritería tan fuerte que llegó como un lejano rugido a oídos de Roger Fálcon, indicó que la policía había encontrado la cartera repleta de billetes de banco que Mark Todmarsh llevaba sujeta al cinto y había comunicado al pueblo que allí estaba su dinero.

La multitud miró entonces hacia arriba, hacia la voladora figura que les había devuelto a todos las perdidas esperanzas de recobrar su dinero. Pero en aquel momento, Roge Fálcon se alejaba ya, volando muy alto, hacia la caverna que era su habitación.

Se hallaza enteramente exhausto cuando al fin llegó a su subterráneo domicilio. Acababa de quitarse las mecánicas alas de los hombros y se disponía a guardarlas en su cofre, cuando le llamó la atención un papel que se encontraba en la mesa de trabajo, sujeto por un martillo. Era una carta de su compañero y amigo Micky Wilde, el muchacho boxeador, y decía así:

" Tengo muy importantes noticias que co-
" municarle, querido Roger. He ido en bus-
" ca de nuevos detalles sobre el asunto. Se
" lo comunicaré todo en cuanto vuelva, que
" será dentro de muy poco. Su amigo Micky
" Wilde, futuro campeón de peso mosca."

Roger Fálcon se sonrió al leer lo de "futuro campeón de peso mosca", indicación clara del entusiasmo que sentía su fiel amigo por el boxeo, pero en seguida frunció el ceño. ¿De qué noticias podía tratarse ¿Qué habría sucedido?

LOS DOS DESAPARECIDOS

ROGER FALCON, el Joevn Alado, despertó después de algunas horas de sueño reparador y lo primero que vió fué a su amigo y compañero Micky Wilde que se hallaba junto a él, en su subterráneo domicilio.

—¿Qué noticias son las que tiene que darme, Micky? — preguntó Roger Fálcon saltando de la cama y estirando las piernas. — Cuando llegué, encontré una cartita suya en la que me decía que tenía algo importante que comunicarme.

—¡Y es verdad! — declaró Micky que estaba, evidentemente, muy nervioso. — He descubierto un pequeño misterio que puede llegar a ser una cosa muy seria y grave, si usted no interviene oportunamente.

—Hable entonces, Micky, amigo mío, — dijo Roger Fálcon. — Si está en mis facultades servir de algo a alguien, estoy dispuesto a hacer todo lo que me sea posible.

Micky Wilde sirvió una taza de la cocoa que había estado preparando, y la puso en la mesa, para Roger.

—¿Conoce usted el Colegio de Gránge Cliff, que está a unas tres millas de acá, del lado del Este? — preguntó.

—Sí, conozco bastante bien el sitio. El edificio es muy antiguo y se supone que formaba parte de la vieja Abadía de Blackcliff, — dijo el Joven Alado. — En realidad, las ruinas de la vieja abadía están a un tiro de piedra del Colegio de Grange Cliff.

—¡Eso mismo! — declaró Micky Wilde — De todos modos, el colegio es un sitio extraño, y lo más extraño de cuanto hay allí es el director, el doctor Scrooby. Los demás maestros varían a cada instante y no creo que dure ninguno, en le colegio más de una semana,

—¿Qué clase de alumnos son, entonces, los que tiene ese establecimiento? — preguntó Roger Fálcon

—¡Los muchachos son de lo mejor que puede haber! — contestó, excitado, el jovencito boxeador. — Tuve una cuestión y una pelea con uno de ellos una vez, y desde entonces somos excelentes amigos. Siempre que los muchachos salen a dar algún paseo yo voy con ellos.

Calló un momento y de pronto, su rostro, habitualmente risueño, se oscureció. Una sombra de amargura se notó en su mirada.

—Según he podido colegir, más que averiguar, — prosiguió después, — casi todos o mejor dicho todos los alumnos son huérfanos que han sido enviados a ese colegio por sus tutores, porque éstos, aún cuando cobran buenos honorarios, pues se trata de muchachos de familias adineradas, prefieren tener lejos a sus pupilos y no ocuparse mayormente de ellos.

—Lo que sucede, ¿es acaso alguna cuestión entre uno de los muchachos y su tutor, o cosa así? — preguntó Roger Fálcon.

—No. Que yo lo sepa, no hay cuestión ninguna en lo que a eso se refiere. — contestó el otro muchacho. — Casi todos los tutores han pagado adelantados los emolumentos y la pensión de sus pupilos, hasta la terminación del tiempo que tienen que estar en el colegio, así que ya no tienen por que volver a ver ni a sus pupilos ni al doctor Scrooby, hasta que llegue el momento de que los muchachos salgan del establecimiento.

—Ya comprendo, — opinó Roger Fálcon, y esperó que Micky Wilde continuara.

—Pues bien, el doctor Scrooby es un viejo canalla y brutal, — prosiguió el muchacho. — Aún cuando le pagan bien para que atienda como es debido a los alumnos, les da muy poco de comer y los trata con una brutalidad indigna de un hombre civilizado. ¡En otras palabras, es un viejo pillo y cruel, de lo peor que puede haber en el mundo, Roger! — exclamó Micky Wilde indignado.

—Pero ¿qué es lo que quiere que haga yo? — preguntó el Joven Alado.

—Eso voy a decírselo ahora Roger, — dijo Micky. — La noche pasada Jack Harvey y Sid Hill, dos de los muchachos, desaparecieron. Harvey es el alumno que goza de más simpatías en el colegio y más de una vez ha protegido a sus compañeros contra las brutalidades violentas del director y éste le ha castigado con frecuencia por su entrometimiento.

—¿Cómo desaparecieron los muchachos? — inquirió Roger.

—No lo sabemos, — dijo Micky. — Se levantaron en mitad de la noche y salieron como suelen hacerlo, a veces, algunos alumnos traviesos. Pero esta mañana no habían regresado y los demás muchachos del colegio creen que pueda haberles pasado algo grave.

—Es muy posible que su aventura nocturna les haya hecho tropezar con algún imprevisto peligro — dijo el Joven Alado.

—El viejo Scrooby no quiere creer que sea así, — declaró Micky. — Ha manifestado a todo el que ha querido oirle, que los muchachos se han fugado del colegio, como varias veces habían amenazado hacerlo. Hoy llevó el aviso de lo pasado, según él, a la policía, y parece que los de la policía lo han creído.

—Pero ¿por qué cree usted que no es esa la verdad? — preguntó el Joven Alado. — Si Scrooby es tan brutal y tan violento, nada tiene de particular que los muchachos hayan huído de su lado por no sufrir más tiempo sus malos tratamientos.

—He hablado hoy con la mayoría de los muchachos, — replicó Micky, — y acabo de regresar de una segunda visita al colegio. Todos los alumnos están seguros de que ni Harvey ni Hill se han marchado por su voluntad. En realidad, uno de los muchachos me ha dicho que está absolutamente seguro de que sus compañeros han sufrido graves daños en manos del doctor Scrooby. Yo también estoy convencido de que es así, Roger, — agregó, — porque he tenido ocasión de ver al viejo Scrooby y me ha parecido que ese hombre es algo más que maestro de su colegio.

—Volaré a hacer una visita a esa escuela, esta noche, — manifestó Roger. — No hay muchos datos que digamos, pero a juzgar por lo que usted ha dicho, parece que será conveniente vigilar con cuidado a ese misterioso viejo director del colegio.

En cuanto hubo anochecido, Roger Fálcon, que había vuelto a acostarse, se levantó de la cama, revisó las alas como de costumbre, se las puso en los hombros mediante las correspondientes correas, y estuvo, en un momento, como otras ocasiones, preparado para volar como un ave, hacia donde le diera la gana.

Tan pronto como se hubo ajustado sus mecánicas alas, Roger Fálcon se puso un antifaz negro y se dirigió al túnel que conducía a la playa.

Una vez allí, al pie de la alta y escarpada costa de imponentes rocas Roger Fálcon desplegó las maravillosas alas, inventadas por el viejo Solomón Page y se elevó por los aires.

Volando pausadamente, se dirigió hacia el Este hasta que llegó al viejo y carcomido edificio donde estaba el Colegio de Grange Cliff. Allí descendió.

Una por una, todas las luces que brillaban en el colegio se fueron apagando, hasta que por último, precisamente en el mismo instante en que el reloj de una lejana torre daba las campanadas de las diez, la última luz se apagó y todo el vasto edificio quedó enteramente sumido en la más completa oscuridad.

Hubo una pausa que duró algunos minutos y después apareció la luz de la luna que, al iluminar todo el conjunto del colegio, reveló la presencia de un hombre que acababa de salir de aquella casa.

Aquel hombre era el doctor Scrooby, y se dirigía hacia las ruinas de la antiquísima abadía, donde Roger Fálcon se hallaba oculto.

EL SECRETO DE LA ABADIA

EL doctor Scrooby llevaba en la mano un farol y alumbrándose con él avanzó por los claustros, pavimentados de piedra, de la abadía, cuyos techos habían desaparecido hacía años, por obra del tiempo. La luz de la luna daba en el rostro del profesor y a Roger Fálcon que le observaba, le llamó la atención el gesto de crueldad y de enojo que se notaba en la cara de Scrooby.

El hombre avanzaba pensativo y cabizbajo, y cuando llegó a una yarda del sitio donde Roger Fálcon estaba oculto, el Joven Alado se percató de que iba hablando solo.

—¡Debe estar allí! — fueron las palabras que oyó Roger. — ¡Fuí un tonto cuando no se me ocurrió revisar aquel sitio cuidadosamente, la noche pasada! ¡Ah! ¡Pero lo que es ahora sí que voy a quedar satisfecho de una vez!

El profesor siguió hasta el final del camino pavimentado con grandes losas de piedra y se detuvo ante una puerta reforzada con grandes y numerosos clavos de hierro, herrumbrados por la intemperie.

Miró cautelosamente en redor y después, de uno de sus bolsillos, sacó una llave grande. La metió en la cerradura y la volvió.

Abrió la puerta y descendiendo por un tramo de escalera de piedra que comenzaba a uno o dos pasos de la misma, se perdió de vista.

Los zapatos de suela de goma de Roger Fálcon no hiciera ruido alguno cuando el Joven Alado fué, por el camino de losas de piedra, hasta la puerta por la cual había desaparecido el misterioso director del Colegio de Grange Cliff.

Al llegar a la puerta, el Joven Alado se detuvo y miró hacia abajo. La escalera de peldaños de piedra tenía un muro a cada lado y en la parte inferior del tramo, Roger Fálcon pudo ver a Scrooby que, en aquel momento, oprimía con una mano, el centro de un adorno de piedra tallada que había en el muro.

Un instante después, un trozo de la pared se movió como si fuera una puerta. Del hueco que quedó abierto en aquel momento surgió, en seguida, un grito de sobresalto y de sorpresa.

El doctor Scrooby lanzó un salvaje grito de furor y entró por el hueco de la pared.

Inmediatamente el Joven Alado descendió por la escalera y en cuanto estuvo ante el hueco de la pared, miró, por él, cautelosamente.

Lo que vió fué una espaciosa cripta cuyo techo estaba sostenido por numerosas columnas de piedra. Roger no alcanzaba a distinguir toda la extensión de la subterránea cámara, pero podía ver a las dos personas que se encontraban en ella.

Una era el doctor Scrooby, que sujetaba por una muñeca a un muchacho, como de unos trece años de edad, pálido y con los ojos dilatados por el terror.

—¡Así que al fin le he encontrado, Hill! — vociferaba el doctor Scrooby, con los ojos relucientes de furor. — Cuando me dijeron que dos alumnos habían desaparecido durante la noche y no pude encontrar más que a uno, adiviné en seguida que usted tenía que estar aquí.

Los labios del muchacho se movieron, pero no le fué posible emitir palabra alguna.

—Fué una lástima que no supiera yo anoche, que estaba usted aquí, — prosiguió el doctor, — pues eso me hubiera evitado mucho trabajo. Pero no importa; se supone que usted ha desaparecido junto con Harvey y como él no es fácil que logré volver, yo cuidaré de que usted no reaparezca tampoco.

—¡Pero usted... usted no va a matarme, señor! — tartamudeó el muchacho, temblando de miedo.

El director del Colegio de Grange Cliff, se encogió de hombros.

—¡Usted se metió en esta cripta por su propia voluntad y aquí se ha de quedar! — declaró el infame viejo. — ¡Nadie más que yo y algunos amigos míos, visitamos esta parte de la abadía, así que no hay, en verdad, muchas probabilidades de que puedan encontrarle!

Se fijó en el muchacho y se dió cuenta de que había dejado de mirarle a la cara y que tenía la vista fija en algo que se hallaba a espaldas del maestro.

El doctor Scrooby volvió la cabeza y casi al mismo tiempo dejó de apretar con la mano la muñeca de Sid Hill.

Al mismo tiempo un grito de angustia y de terror brotó de labios del viejo que retrocedió asustado.

¡Porque delante del hueco de la pared se hallaba de pie la delgada y enmascarada figura del Joven Alado!

Sin pronunciar ni una sola palabra, Roger Fálcon avanzó por la cripta, fija la mirada en el rostro del director del colegio como si estuviera leyendo sus más ocultos pensamientos.

—¿Quién... quién es... usted? — preguntó Scrooby al cabo de unos instantes, con voz ahogada.

—¡Soy Justicia Alada! — le contestó Roger Fálcon con voz recia, que retumbó en la bóveda de la pétrea cripta. — ¡Mi misión es proteger a los débiles contra los crueles y los injustos, y usted, doctor Scrooby, ha terminado ya sus maldades!

El doctor Scrooby hizo un ademán como si se dispusiera a avanzar. Al mismo tiempo, las alas de Roger Fálcon se abrieron un poco y el director del colegio cayó de rodillas, aterrorizado ante aquella imponente figura.

—¡Venga usted conmigo, Sid! — dijo Roger Fálcon, mirando, sonriente, al muchacho. — Usted no tiene nada que temer de mi parte. Soy su amigo y he venido a socorrerle.

Roger Fálcon volvió a cerrar sus mecánicas alas, tomó al muchacho de la mano y le guió para que saliera por la abertura de la pared.

Entonces con un movimiento rápido, cerró la secreta abertura de entrada a la cripta y subió rápidamente y junto con el muchacho, por los peldaños de piedra. En cuanto hubieron traspuesto la puerta de arriba, Roger Fálcon la cerró, empujando la hoja de roble reforzada con gruesos clavos de hierro. Volvió la llave en la cerradura y se guardó la llave en el bolsillo.

—Ahora, Sid, amigo mío, — dijo amistosamente y con su voz natural de timbre, tan agradable y tan distinta de la que había fingido para dirigirse a Scrooby, — es necesario que usted me informe, sin omitir detalle alguno de todo cuanto ha sucedido. ¿Dónde está Jack Harvey?

—Se lo llevaron a un buque anoche,—contestó el pequeño Sid con voz todavía temblorosa.

—Puede ser que todavía me sea posible socorrerle, Sid, — le manifestó Roger, — pero es necesario que usted me diga todo cuanto sucedió anoche.

El muchacho, que se encontraba débil a consecuencia de su largo encierro en la cripta de la vieja abadía, calló un momento y después narró lo sucedido lo mejor que pudo.

—Hace algunas semanas que Jack Harvey y yo notamos que el doctor Scrooby tenía la costumbre de venir a la abadía todas las noches, — dijo. — Supongo que hace mucho tiempo que tiene esa costumbre aun cuando nadie supiera ndaa a su respecto antes de habernos fijado nosotros. El caso fué que anoche salimos del colegio con el propósito de venir y vigilar la abadía.

El muchacho temblaba violentamente y Roger apoyó un brazo en los hombros del mismo, atrayéndole hacia él, con el propósito de tranquilizarle.

—Siga usted, amigo mío, — le dijo cariñosamente.

—Esperamos algún tiempo; después vimos que el doctor se acercaba a esa puerta, la abría y bajaba por la escalera, — prosiguió Sid Hill. — Pocos minutos después salió, y después de quejarse un rato parado, como esperando a alguien que debía llegar, se encaminó por el claustro, alejándose de la puerta.

"A Jack se le ocurrió que podíamos bajar y ver a dónde conducía la escalera, saliendo antes de que volviera el director. Así lo hicimos y después de pasar por el hueco que hay en la pared, al pie de la escalera, nos encontramos en la cripta. En la cripta había dos cofres de madera grandes y los dos estaban abiertos. Miramos y vimos que estaban llenos de objetos de oro y de plata, que debían valer mucho dinero.

Roger Fálcon abrió mucho los ojos y una leve sonrisa arqueó sus labios.

—En el primer momento nos imaginamos que habíamos hallado algún oculto tesoro, — dijo Sid Hill, — pero Jack notó que los objetos eran modernos y nuevos, y entonces fué cuando nos dimos cuenta de la verdad.

—¡Se dieron ustedes cuenta de que todos aquellos objetos eran el producto de muchos robos! ¿No es eso? — preguntó Roger Fálcon.

—Sí, señor, sí. Pensamos en ir a avisar a la policía, pero antes de que pudiéramos salir, oímos ruido de pasos. Yo conseguí correr y ocultarme en lo más alejado de la cripta, pero a Jack lo vió el doctor Scrooby el que, junto con tres hombres más, volvió entonces a la cripta.

"Alejado de modo que no me vieran, esperé, — explicó Sid. — Y allí, por lo que pude oir, me enteré de que hacía mucho tiempo que el doctor Scrooby se dedicaba a comprar objetos robados. Compraba las alhajas d lo que fuera a los ladrones y después las vendía al capitán de un viejo vapor de carga, de esos a los que llaman "vagagundos" o "changadores" que pasa por esta costa cada tres meses, es decir, cuatro veces por año.

—Scrooby es, evidentemente, — observó Roger, — un experimentado encubridor. Vendía, sin duda, a buen precio o con buena ganancia, lo que compraba a los ladrones por sumas irrisorias y no tiene el colegio nada más que para que le sirviera de pantalla. Pero siga, siga usted, amigo mío.

—Mientras estaba oculto donde no podían verme, yo pasé un miedo terrible, — prosiguió el muchacho. — Quería avanzar y acudir en ayuda de Jack, pero comprendía que no podía hacer absolutamente nada contra cuatro hombres, nada menos. En vista de esto decidí esperar a que se fueran, con la esperanza de poder salir y correr a avisar a la policía. Pero, claro está, cuando me quedé solo en la cerrada cripta, me dí cuenta de que estaba prisionero y que no podía hacer nada por salvarme.

—¿Y a Jack, qué fué lo que le sucedió? — preguntó rápidamente Roger.

—Le llevaron aquellos hombres al buque, el cual, según les oí decir, se llama "Tulipán Negro" y se dirigía a un puerto de España, — dijo Sid. — El doctor Scrooby dijo al capitán que deseaba estar seguro de que nadie iba a volver a ver a Jack.

—¡Eso lo veremos! — declaró Roger. — Vuelva usted al colegio donde sus compañeros le esperan, seguramente, con gran ansiedad. Ellos pueden ocuparse de usted, ahora que Scrooby está bien encerrado y yo tengo la llave de su encierro. Si todo va bien usted volverá a ver a su compañero Jack Harvey antes de que haya transcurrido mucho tiempo.

Roger Fálcon y el muchacho se alejaron de la abadía, camino del colegio. Antes de llegar a éste y después de dirigir a Sid Hill algunas bondadosas palabras con el propósito de darle ánimos, Roger Fálcon remontó el vuelo y se dirigió hacia el mar.

JUSTICIA PARA TODOS

El viejo y feo vapor de carga llamado "Tulipán Negro" avanzaba lentamente por el tranquilo mar en el que brillaba la luz de la luna. La noche anterior había sido de niebla y la cerrazón había durado hasta la mañana, así que el vapor se había visto obligado a permanecer anclado hasta el día.

Desde entonces y navegando con lentitud, no había conseguido avanzar más de noventa millas.

Faltaba una hora para la media noche cuando el capitán Starkie salió de su camarote y fué al puente de mando, en el que se encontraba su primer oficial.

—Traiga a ese niño, Tarling, — dijo el comandante. — No se ven ahora las luces de ningún otro buque, así que me parece que el momento es bueno para solucionar el asunto relativo a ese chico.

Tarling descendió a la camara y cinco minutos después regresó, arrastrando casi a ack Harvey, un valeroso y despejado muchacho cuyo espíritu no había sido abatido por las crueldades de que le habían hecho víctima.

—Bueno, joven, usted se habrá dado cuenta ya de todas las consecuencias que ha tenido para usted el haberse metido donde nadie le llamaba, — dijo el capitán Starkie, mirando a la cara de Jack. — Ahora, para conclusión, le vamos a dejar a usted en el camino.

—¡Es decir que me van a arrojar por la borda! ¿No es eso? — dijo el muchacho.

—¡Eso mismo! — repuso sonriendo Starkie. — ¡Se trata de!...

Calló de improviso y su rostro cambió de expresión.

—¿Qué es aquello, Tarling? — preguntó, indicando algo que se veía en el cielo y que parecía volar rápidamente hacia el vapor. — ¡Si es un pájaro, es el más grande que he visto en mi vida!

—¡Debe ser un pájaro! — declaró Tarling. — Sin embargo más parece un gigantesco murciélago.

Más y más cerca se vió cada segundo que pasaba, aquella extraña figura con alas y los dos hombres no cesaron de mirarla ni un sólo instante.

Trancurrieron así dos minutos, durante los cuales la figura se aproximó aun más y tras de los cuales el comandante y su primer oficial pudieron darse cuenta de que tenía el rostro humano y lo cubría a medias un antifaz.

Los dos se sintieron aterrorizados y se quedaron como transformados repentinamente en estatuas de hielo cuando el Joven Alado descendió hacia el vapor y tomó a Jack Harvey en brazos.

Sin pronunciar ni una sola palabra, Roger Fálcon se elevó de nuevo y voló hacia el sitio de donde había llegado, dejando a los dos hombres enteramente atónitos, mirando hacia el cielo hasta después de que él hubo desaparecido a lo lejos.

Poco antes del amanecer del siguiente día Roger Fálcon descendió en las calles de una ciudad importante situada tres millas al Este del Colegio de Grange Cliff. Entonces puso, al maravillado muchacho, en tierra.

—Lo que falta hacer, ack, debe hacerlo usted mismo, — dijo Roger. — Vaya a la policía y cuente allí con toda exactitud lo que ha sucedido. Así dispondrán que el "Tulipán Negro" sea detenido antes de que llegue a puerto. Entregue, en la policía, esta llave, — agregó, — y dígale a quien le atienda que podrá encontrar al doctor Scrooby, el falso profesor y encubridor de ladrones, en la cripta situada debajo de las ruinas de la abadía de Black Cliff.

—¡Sí, sí, haré lo que usted dice! — exclamó el valeroso muchacho con decisión. — Pero... ¿no será mejor que fuese usted a la oficina policial? Porque usted es el que me ha salvado la vida, pues aquellos hombres se disponían a arrojarme al agua en alta mar, y usted es el que a vencido a esos pillos.

Roger Fálcon movió negativamente la cabeza.

—¡No puedo, Jack! — dijo. — La policía me considera un proscripto y no me atrevo a presentarme ante ella.

—¡Pero yo estoy seguro de que usted no le hizo nunca mal a nadie! — dijo Jack con energía. — No sé quién es usted ni por qué y cómo vuela usted como pájaro gigantesco, pero...

—¡Tal vez lo sepa algún día, Jack! — dijo Roger Fálcon rápidamente. — ¡Adiós, amigo mío!

Y se alejó con rápidopaso por la desierta calle.

Comenzaba a amanecer y al cabo de unos momentos empezó a notarse la presencia de alguno que otro transeunte, en las calles de aquella población.

Roger Fálcon llegó a las afueras de la ciudad y allí parándose, miró hacia el cielo.

Inmeditamente, un ahogado grito brotó de sus labios, porque cruzando el aire, a quinientos pies de altura, se veía un globo aerostático. Una soga colgaba del globo y sostenido de algún modo en mitad de aquella soga, estaba un hombre.

El cuerpo del hombre colgaba de un modo tal que se veía en seguida que tenía que estar desmayado o muerto.

UN MISTERIO DE LAS NUBES

ROGER FALCON, el Joven Alado, de regreso de una de sus humanitarias aventuras, había descendido, después de un larguísimo vuelo, en la ciudad de Sheermouth. Empezaba a amanecer, y aún cuando ya alumbraba el sol, pocas eran las personas, en la ciudad, que se hallaban levantadas.

El Joven Alado caminaba con rápido paso y de pronto, como se le ocirriera mirar hacia el cielo, vió algo que hizo brotar de sus labios un grito de asombro.

En la altura, por encima de la población, veíase un globo aerostático, del qué colgaba una larga soga. Parecía que no iba nadie en la barquilla d' l globo, pero en mitad de la soga veíase el cuerpo de un hombre, que pendía en una forma tal que se balanceaba a impulsos de la brisa matutina.

Empujado por la misma brisa, el globo era arrastrado con rapidez, y cuando Roger Fálcon miró hacia él, se dirigía en línea recta hacia el mar.

Las poderosas alas mecánicas que el Joven Alado llevaba sujetas a los hombros le daban la facultad de poder elevarse e ir en socorro de la balanceante figura que se veía en la soga. No había en las inmediaciones absolutamente nadie cuando Roger Fálcon tendió las alas y agitándolas pausadamente, se elevó por los aires.

Como un ave gigantesca voló tras del globo, y al cabo de unos brevísimos instantes, se encontró casi al lado del homber que colgaba de la soga.

El Joven Alado vió entonces en qué forma estaba atado aquel hombre a la soga del globo. La soga estaba enrollada dos veces a uno de los mislos del hombre, y esto había impedido que se deslizara. Además, la soga estaba atada a un cinturón de cuero que el hombre tenía puesto y que estaba colocado en torno del cuerpo y sobre la soga.

El Joven Alado, volando cerca de él, soltó la hebilla del cinturón y desenrolló la soga del cuerpo del hombre.

Entonces, con el hombre en brazos, Roger Fálcon descendió rápidamente hacia el suelo.

Roger pisó tierra en un trozo de terreno libre de edificación y de arboleda, situado a corta distancia de la ciudad. Puso su carga en el suelo y después, mientras le examinaba para enterarse de si estaba herido, el hombre lanzó un gemido.

Sacó Roger Fálcon del bolsillo un frasco pequeño y chato. Aquel frasco contenía un preparado poderoso, inventado por el anciano Solomón Page, — inventor de las mecánicas alas que usaba el Joven Alado, — y que ya en otras ocasiones le había sido sumamente útil. En pequeño volumen concentraba las condicones necesarias para reanimar el organismo más abatido.

Dejó caer unas gotas del líquido de aquel frasquito entre los pálidos labios del hombre a quien había salvado de tan grave situación, y la droga produo un efecto casi instantáneo. El pobre hombre abrió los ojos y miró con extrañeza a Roger.

—¿Qué pasa? — preguntó. — ¿Me he caído?

—No, amigo mío, — contestóle Roge Fálcon. — Le encontré a usted atado a la soga que colgaba del globo y tuve la suerte de poder desatarle y descenderle a tierra.

El hombre le miró, y en sus ojos notóse inmediatamente una expresión de intenso terror.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Es verdad! — murmuró. Se levantó lentamente y se mantuvo de pie, pero temblando de la manera más violenta. — Estuve colgando de la soga horas seguidas. Terminé por perder el conociimento y sólo Dios sabe el tiempo que colgué allí, después de desmayarme. Yo...

Calló de improviso y tomó a Roger Fálcon del brazo.

—¿Y la niña? ¿Y la pequeña Jessie? — le preguntó, casi loco de terror. — ¿La descendió usted también?

—No sé de qué me habla usted, amigo mío, — replicó Roger Fálcon. — No ví niña ninguna cuando subí en busca de usted.

—¡Pero si estaba en la barquilla del globo! — exclamó el hombre con ronca voz. — Yo traté de... de llegar hasta ela, y no pude.

—Yo no miré dentro de la barquilla, pero no parecía que hubiera nadie en ella, — dijo Roger, muy emocionado.

—¡Si tenía que estar! — insitió el otro. — El globo pertenece al Circo Barham, y mientras estaba amarrado, anoche, ví que la hija del patrón se metía en la barquilla. Casi inmediatamente, una fuerte ráfaga de viento arrancó al globo de sus amarras, y si yo no hubiera sido acróbata de profesión, no hubiera podido alcanzar jamás a agarrar la soga de amarra cuando el globo scendió.

Calló un momento y miró en redor. Pero ya no se veía, en el cielo, al fugitivo globo.

—Intenté subir hasta la barquilla, — prosiguió el acróbata, — pero hacía tanto frío que se me entumecieron las manos y no pude seguir subiendo. Por último conseguí asegurarme para no caer y poco después perdía el conocimiento. Cuando recobré los sentidos me hallaba aquí y estaba usted a mi lado.

—¡Tal vez no haya fracasado yo por completo! — exclamó Roger Fálcon después de breves instantes de reflexión. — Voy a dearle a usted aquí. Procure salir del paso como le sea posible y buscar quien le socorra. Yo voy tras del globo.

—¿Usted? — dijo, maravillado, el acróbata.

Un momento después, casi se desplomaba asombrado al ver que el muchacho extendía sus mecánicas alas, comenzaba a moverlas y luego, agitándolas con acompasada velocidad, volaba con vertiginosa rapidez hacia donde había desaparecido, algunos momentos antes el globo aerostático del Circo Barham.

MICKY DEJA UN AVISO

EL el Joven Alado sabía que el globo era arrastrado hacia el mar por la brisa que soplaba, así qeu siguió en línea recta la dirección del viento.

Al cabo de unos minutos, su actividad se vió recompensada, porque a lo lejos vió un pequeño punto oscuro que se destacaba sobre la claridad del matutino cielo.

Era el globo. A medida que se fué acercando a él, Roge Fálcon se dió cuenta de que el globo, — que sin duda estaba perdiendo gas por alguna parte de su envoltura, — descendía lentamente.

Cinco minutos después, cuando no le separaba del globo nada más que media milla, el Joven Alado vió que al enorme esfera de seda comenzaba a arrugarse, lo que era demostración inequívoca de que el gas se escapaba en gran cantidad.

Roger Fálcon voló con toda la mayor velocidad a que podían llevarle sus mecánicas alas. Pero el globo se hallaba nada más que a setenta pies de un amontonamiento de abruptas peñas cuando el muchacho volador estaba a su lado.

Cerró entonces las alas y se precipitó hacia la barquilla.

En el fondo de la barquilla estaba una niña que no tendría más de cinco años de edad. Estaba acostada como si durmiera, y se estremeció ante la idea de que pudiera ble con la que se había arropado para defenderse contra el intenso frío de la noche.

Roger Fálcon levantó en sus brazos a la niña, y cuando le miró un instante la cara, se estremeció antel a idea de que pudiera hallarse sin vida.

Acercó el rostro hacia aquellos lívidos labios, y el débil aliento que sintió demostróle en seguida que aquel débil cuerpecito aún tenía vida. Envolvió entonces a la niña en

la manta impermeable, y en el momento en que así procedía, la bolsa de gas que sostenía la barquilla se inclinó hacia un lado, cayendo hacia el mar.

Con la niña en brazos, Roger salió de la barquillla del globo.

Un segundo después desplegaba sus mecánicas alas, pero precisamente a tiempo para evitar el verse estrellado en las accidentadas rocas que se extendían debajo de él.

Sus poderosas alas le elevaron de nuevo a una gran altura; y cuando miró hacia abajo, el globo, transformado ya en un montón informe de restos desgarrados y rotos, estaba entre las puntas de las rocas sobre las cuales Roger Fálcon había estado a punto de caer.

El Joven Alado dirigióse entonces, surcando el aire primaveral, hacia al costa. Se dirigió hacia la parte más solitaria de la orilla, que sólo se hallaba a unas pocas millas de su domicilio subterráneo y secreto, situado en las cavernas de Bleakwold.

Descendió cerca de un pequeño chalet que se hallaba en un desierto camino, y se dirigió hacia la puerta de la casita.

La mujer de bondadoso rostro que acudió a abrir la puerta,l anzó una exclamción de sorpresa cuando vió ante ella a aquel delgado joven vestido de negro, con el rostro cubierto por un antifaz, y que tenía en brazos a una niña.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? — preguntó, alarmda, la mujer.

—Acabo de encontrarla, se halla bastante mal por que debe haber sufrido mucho frío, pues seguramente ha pasado la noche a la intemperie, — contestó Roger Fálcon.

—Permítame que yo la tome en brazos, — dijo la dueña del chalet. — ¡Pobrecita niña! Yo cuidaré de ella como es debido, aún cuando mi casa es casa de pobres.

Tomó la niña en brazos y Roger entró silenciosamente tras ella.

La señora Butler, — así se llamaba la dueña del chalet, — llevó a Jessie al dormitorio, y pasó una hora antes de que regresara al pequeño hall donde Roger había permanecido esperando.

—Ya está bastante bien. ¡Pobrecita niña! — dijo la mujer. — Le agradezco mcuho que la haya traído a tiempo. Probablemente se quedará dormida y dormirá buen número de horas, lo que le hará mucho bien, por cierto.

—Entonces tal vez quiera usted tener la bondad de tenerla aquí mientras yo voy en busca de sus padres, ¿no es cierto, señora? — dijo Roger. — No sé con exactitud dónde se encuentran, pero sé que no están lejos, así que podré dar con ellos en poco tiempo.

—Puede usted dejarla aquí todo el tiempo que quiera, — contestó de todo corazón, la señora Butler.

Roger Fálcon dió las gracias a aquella buena mujer y salió de la casa. Volvió todo lo más rápidamente que pudo al sitio donde había dejado al acróbata, pero el hombre a quien había salvado del globo ya no estaba allí.

Como no había dormido en toda la noche, Roger Fálcon, que había viajado tantas y tantas millas en poacs horas, se sentía fatigado. Desistió, pues, de buscar al acróbata, y volvió en línea recta, a su subterráneo domicilio.

Había decidido busacr a los padres de Jessie en cuanto hubiera descansado, pero tan cansado estaba después de aquella noche de aventuras, que se quedó profundamente dormido, y cuando despertó eran cerca de las ocho de la noche.

No se veía por ninguna parte, en la caverna, a su amigo Micky Wilde, pero en la mesa estaba un mensaje que pronto disipó la pena que sentía Roger Fálcon por haber dormido tantas horas.

El mensaje de Micky Wilde decía así:

" Un espléndido conjunto de espectáculos
" al que llaman Circo Barham acaba de lle-
" gar y de instalarse en East Heath. No he
" querido despertarle, pero si quiere pasar
" un rato agradable, venga a buscarme al
" Circo Barham, porque yo voy allí a diver-
" tirme. ¡Alegría! — Micky."

EL HOMBRE BUENO

ERA muy numeroso el público que había acudido a la primera representación del Circo Barham, y entre los espectadores más interesados y entusiastas se encontraba Micky Wilde, el compañero y amigo de Roger Fálcon.

Las instalaciones eran buenas y el espectáculo atrayente, así que Micky Wilde pasó agradables momentos. Pero lo que le hizo estremecer de entusiasmo fué oir que el jefe de pista anunciaba un encuentro entre dos boxeadores.

Cuando terminó el encuentro, Micky aplaudió con todo entusiasmo, y poco después el jefe de pista se adelantaba hacia el público haciendo ademán de que iba a hablar.

—Señoras y señores: el pequeño Len Lee les ha presentado a ustedes en el reciente encuentro cuáles son sus condiciones de boxeador, y ahora desea desafiar a cualquier muchacho que se halle entre el público, a un breve match. Yo tendré la satisfacción de obsequiar con un reloj de plata a cualquier muchacho que pueda resistirle durante tres rounds. Len Lee pelea caballerescamente, y ningún muchacho valiente puede tener miedo de medirse con él.

—¡Yo voy a pelear con él! — gritó Micky Wilde inmediatamente y sin esperar a que le invitaran a hacerlo, se levantó de su asiento y se metió en la pitsa.

Se oyeron unos aplausos de estímulo cuando Micky Wilde se acercó al jefe de pista, que se hallaba de pie junto a Len Lee.

—¡Bravo, muchacho! — dijo el jefe de pista. — Me parece que es usted valiente y que podrá pelear bien. Cuando sienta que está por caer, no vacile en declararse vencido. No es una deshonra verse vencido por quien puede más que uno. Hasta los boxeadores que hoy están en primear fila, fueron vencidos cuando eran principiantes.

—Yo también he recibido lo mío a su debido tiempo, — dijo Micky Wilde sonriendo, — y no me asusta un golpe más o menos. ¡Al fin y al cabo, el camino que con-

duce a la fama de los boxeadores está pavimentado con ojos amoratados!

Tanto el jefe de pista como Len Lee se sonrieron, y entonces los dos muchachos se dieron la mano.

—Acaba usted de ofrecernos un encuentro muy entretenido, Len, — dijo Micky con entusiasmo, — y me felicito de tener ocasión de pelear amistosamente con usted.

Micky se quitó el saco y el sweater, y el jefe de pista le proporcionó unos guantes a su medida.

El público miraba con sumo interés cuando los dos muchachos avanzaron, uno al encuentro del otro.

Len Lee, aún cuando sólo unos pocos meses mayor que Micky Wilde, tenía muchísima experiencia. Su vida como boxeador perteneciente al personal del circo, le había permitido un entrenaimento constante y, por lo tanto, eficaz. Se hallaba en consecuencia, en condición de hacer frente a cuantos adversarios pudieran presentársele.

Al principio se limitó a observar a Micky Wilde, como para darse cuenta de sus condiciones y facultades.

Dejó que fuera Micky el que atacara; pero se conservó bien cubierto y esquivó los golpes con suma pericia.

Entonces, viendo que Micky tenía buena experiencia del juego, Len se dispuso a pelear. Desde es momento, el encuentro fué interesante.

Los dos muchachos pelearon con rapidez y se movieron con una agilidad que provocó frecuentes y entusiastas aplausos. A la mitad del primer round, Len lanzó un buen golpe directo que dió a Micky en un lado de la cara y le hizo tambalearse.

Instantáneamente, Micky le devolvió aquel golpe con intereses; porque, en cuanto recobró el aplomo, le dirigió, con la rapidez del relámpago, dos golpes que dieron con fuerza en el cuerpo del boveador del circo.

Len pareció sorprenderse y se estremeció a la vez; pero era un buen boxeador, y tras de retirarse unos pasos para rehacerse, volvió a atacar.

Prosiguieron así los dos muchachos, dando y recibiendo golpes, hasta que terminó el primer rounds y amobs se retiraron a sus rincones entre grandes aplausos.

El segundo round fué tan animado como el primero. Los dos muchachos pelearon espléndidamente, sin perder ni una sola oportunidad, sin dar un solo golpe que fuera sportivamente discutible.

Fué un round digno de ser presenciado por público entendido, y al final de él, Micky fué levantado del suelo por un uppercut que no pudo atajar más que con la cara.

Se rehizo rápidamente, pero como en aquel momento sonaba el gongo indicando que el round había terminado, se fué a su rincón.

En el tercer round se notó que Micky Wilde era superior a Len Lee, y al final, el jefe de pista dió a Micky unas palmadas en la espalda.

—¡Ha ganado usted el reloj, muchacho! — dijo. — Ha resistido a Len durante tres rounds y ha boxeado como un maestro.

Entregó a Micky el reloj de plata, y los dos muchachos se retiraron juntos de la pista, aplaudidos con entusiasmo por todos los que habían presenciado la pelea.

Micky Wilde y Len Lee fueron a la tienda de campaña que servía de cuarto de vestir al personal del circo, y allí estuvieron cerca de media hora conversando sobre famosos boxeadores y famosas peleas.

Por último, Micky se despidió de su nuevo amigo y salió de la tienda. Avanzaba con lentitud por un camino flanqueado por líneas de caravanas cuando se detuvo porque le habían llamado la atención dos figuras que cruzaban el campo abierto a poca distancia.

—¡Oh! ¡Si es Roger! — murmuró el muchacho. — Tiene puesto un bigote postizo, pero en seguida le conocí por el modo de caminar. ¿Pero qué niño será ese que trae en brazos?

Sin esperar a resolver ese acertijo, Micky corrió hacia su compañero y amigo.

—¡Muy bien, Roger! — le dijo misteriosamente y en voz muy baja. — En vano pretenderá ocultar su identidad tras de ese bibote de imitación. ¡Le he conocido en seguida!

—El bigote es suficiente para ocultar mi identidad en caso de accidente, — dijo Roger Fálcon sonriendo. — He venida aquí esta noche por un asunto relativaemnte serio, Micky. ¿Dónde está el señor Barham, dueño del circo? ¿Dónde se le puede encontrar?

—Está encerrado en su caravana, que no debe andar lejos de aquí, — contestó Micky. — Len Lee, el muchacho boxeador, me dijo que el patrón no ha tomado parte ninguna en las cosas del circo desde anoche. Creo que ha perdido a su hijita.

—No la ha perdido, Micky, porque yo la traigo aquí, — replicó el Joven Alado.

Roger y Micky fueron hacia la más grande y más lujosa de las caravanas y cuando les faltaba poco para llegar a ella, vieron que la puerta de uno de los carros cerrados se abría y un hombre salía por ella.

—¡Ese es el señor Barham — dijo Micky. — Le reconozco porque he visto su retrato en el programa.

Los dos amigos avanzaron con mayor rapidez; pero antes de que pudieran alcanzar al señor Barham, éste se volvió para hablar con un hombre que llegaba en dirección contraria.

—¡Hola, Weller! ¿Qué hace usted aquí? — preguntó Barham con brusquedad. — Creo que le despedí la noche pasada.

Roger Fálcon frunció el ceño porque el hombre a quien Barham hablaba en aquel momento era precisamente el que él había visto colgando, desmayado, de la soga del globo, aquella misma mañana.

—Ya sé que me despidió usted, señor, — dijo Weller rápidamente; — pero he venido para enterarme de...

—¡Es inútil todo lo que haga! — de interrumpió Barham. — No quiero hablar más del asunto. Además, como se lo dije anocho, usted no es el mismo hombre de antes. A usted le falta serenidad para trabajar en el trapecio como trabajaba en otro tiempo.

En aquel instante, Roger Fálcon llegó a donde estaban los dos hombres. Barham se

volvió, vió a la niña que Roger tenía en brazos y se tambaleó.

—¡Mi hijita! — gritó. — ¡Mi querida Jessie!

Procurando en vano reprimir los sollozos que sacudían su pecho, tomó en sus brazos a la niña y Jessie, despertando en aquel momento, alzó ambos bracitos y se asió con ellos al cuello de su papá. Barham no podía hablar; estrechaba a su adorada hija con gran emoción.

Por fin hizo un esfuerzo y logró serenarse un poco. Volvió se entonces hacia Roger.

—No sé quién es usted, señor... No sé cómo darle las gracias... — comenzó a decir.

—Nada tiene que agradecerme, ni tiene por qué darme las gracias, — replicó Roger Fálcon con naturalidad. — ¡Fué ese el hombre que arriesgó la vida para salvar a su hija!

E indicó a Weller, el acróbata que había sido despedido del personal del circo.

—La noche pasada su hijita se metió en la barquilla de su globo, — prosiguió el Joven Alado. — El globo se soltó de sus amarras en ese momento y este hombre, con peligro de muerte, saltó y logró agarrarse de la soga que colgaba del globo. Intentó subir hasta su barquila, pero era hazaña superior a la resistencia de un hombre, y por fin, vencido por el frío se detuvo a mitad del camino. Entonces, utilizando un recurso que todos los acróbatas conocen, se envolvió la soga al muslo y se ató la cuerda con el cinturón de cuero. Allí estuvo colgado hasta que llegó socorro.

Barham se volvió hacia el acróbata, que se había quedado a un lado, triste y cabizbajo.

—¿Fué eso lo que usted hizo, Weller? — preguntó casi avergonzado.

—Fué eso todo lo que puede hacer, señor, — contestó Weller. — Yo sabía que la niña estaba en la barquilla y esperaba que el globo descendiera en alguna parte, cuando cesara el viento, y entonces me fuera posible sacarla y salvarla.

Entonces intervino de nuevo Roger Fálcon.

—Desde anoche hasta el amanecer de hoy, Weller permaneció colgado de la soga del globo, — dijo. — Fué una hazaña de valor, mejor dicho de temeridad que, según creo, pocos hombres podrían realizar.

—¡Pero si ha sido maravilloso! — exclamó Barham.

—Por eso es por lo que creo que usted debe haber estado equivocado cuanlo le ha parecido que Weller no trabaja en el trapecio como antes, — observó Roger tranquilamente. — Un hombre que puede hacer lo que él ha hecho no puede fracasar en la pista de un circo

—¡Tiene usted razón! — exclamó el propietario del circo. ¡Y Jim Weller será del personal de mi compañía mientras yo viva y sea empresario de circo! ¿Ha entendido usted, Weller?

Estrechó la mano del acróbata durante unos momentos. Quiso decir algo más, pero la emoción le enmudeció de nuevo.

¡Cuando Barham y Weller se volvieron de nuevo, buscaron en vano a Roger Fálcon y Micky Wilde!

Los dos amigos se habían dirigido rápidamente a su domicio, y cuando ya estaban cerca de la boca de caverna, Micky lanzó un grito.

—¡Ah! ¡Mire, Roger! ¡Mire ahí! — exclamó después.

E indicó el cuerpo de un hombre, que estaba echado boca abajo en la húmeda arena de la playa.

El hombre aquel se hallaba a corta distancia de la orilla del agua y con el dedo índice, señalaba un nombre que había trazado en la arena.

EL DESCONOCIDO

EL nombre era "Gedeón Garth" y evidentemente, el hombre desmayado había conseguido trazarlo antes de haber perdido el conocimiento.

Los dos muchachos corrieron hacia el sitio donde se encontraba el hombre, y Roger Fálcno, le dió vuelta, poniéndole boca arriba. Al moverle así, un gemid obrotó de los labios del hombre y un leve temblor de os párpados indicó que aún había vida en aque cuerpo.

Tanto Roger como Micky conocían algo el tratamiento a que hay que someter a las personas desmayadas para que recobren el sentido, y ambos se pusieron en actividad, procurando revivir al desconocido.

Transcurieron diez minutos antes de que lanzara un suspiro, aspirara aire con fuerza y abriera por entero los ojos.

—¡Hola! ¿Qué pasa? — preguntó incorjorándose y mirando en redor. — ¿Qué sucede?

El aspecto del desconocido era como para lamar la atención. Estaba vestido con los harapos de lo que en un tiempo había sido el uniforme de un oficial de marina mercante. Tenía el cuerpo adelgazado y maltrecho, a consecuencia, sin duda, de grandes privaciones y la parte inferior de su escuálido rostro estaba adornada por una abundante, larga, rizada e inculta barba osucra.

Estaba empapado de pies a cabeza, y al parecer, hacía poco que había llegado a tierra, procedente del mar.

—Le hemos encontrado echado aquí, en la playa desmayado y exhausto, — díjole Roger Fálcon. — ¿Tiene usted amigos en el distrito?

El desconocido miró a Roger con los ojos relucientes y entornados.

—¿Dónde estoy? — preguntó.

—Está usted en Bleakwold, un lugar semi desierto situado a corta distancia de la ciudad de Westhampton, — le contestó Roger.

El desconocido movió la cabeza pensativo

—Westhapton es la localidad a la que pretendo llegar hace varias semanas, — dijo lentamente. — ¡Hace tres meses justos que salí de su puerto como capitán del vapor "Gloria de Oro" y ahora regreso para hacer que comparezca ante la justicia un canalla capaz de los más tenebrosos crímenes!

El hombre se expresó con verdadero enojo y Roger Fálcon le observó con la mayor atención.

—Si usted ha sido víctima de procederes infames y la razón está de su parte, — dijo Roger con sereno aplomo, — es posible que yo pueda ayudarle.

El hombre se rió con amargura como si estuviera muy desengañado.

—¡Nunca tuvo hombre ninguno una causa más justa que la mía! — replicó. — No trabajo en favor mío sino en defensa de las débiles e inocentes víctimas de un infame, el hombre cuyo nombre yo había escrito en la arena antes de que, vencido por la debilidad, me quedara desmayado.

—Yo haré lo posible por ayudarle, — dijo Roger. — Si usted me promete no divulgar ni un solo detalle de cuanto vea, yo le llevaré a mi domicilio secreto, un sitio donde estará usted en plena seguridad y donde podrá usted ponerme al tanto de lo que le pasa.

El hombre hallado en la playa miró intensamente a Roger Fálcon, cara a cara. Después, como si se sintiera plenamente satisfecho de la apariencia del joven, le estrechó la mano.

—No tema usted que yo divulgue jamás ningún secreto que se confie á mi discreción, — dijo. — Creo que la Providencia le ha puesto a usted en mi camino esta noche, y si con su ayuda puedo atenuar las consecuencias de la más tenebrosa de las acciones criminales de que yo haya tenido conocimiento en mi vida, mi gratitud será eterna.

Roger Fálcon y Micky Wilde ayudaron al hombre de la hirsuta barba a penetrar en su secreto y subterráneo domicilio.

El hombre sintióse asombradísimo al ver todo aquello, pero no dijo absolutamente nada.

Aceptó agradecido la comida que le sirvieron y lespués de haber satisfecho su apetito y de haberse quitado sus empapadas ropas, se envolvió en una manta, se acostó, a indicación de Roger en el lecho del Joven Alado y se quedó profundamente dormido.

Cuando se despertó algunas horas después, contó al Joven Alado y a su compañero todo lo que le había sucedido. Como con-

A LOS LECTORES

Desde el viernes 3 del mes de Julio, este magazine aparecerá semanalmente.

"PUCKY"

Saldrá todos los viernes. Lea en el número del 3 de Julio la novela completa de Sexton Blake, titulada:

El Sindicato vendido

— o —

Kestrel traicionado

Aventura policial emocionante y arrebatadora.

secuencia de esto, Roger partió en segudia en lirección de Westhampton.

Roger se dirigió a las oficinas de la "Compañía Garth de Navegación a Vapor" y llegó al edificio donde estaban instaladas, una hora después.

En una espaciosa y confortable habitación estaba Gedeón Garth, el riquísimo y afortunado armador y propietario de vapores, fumando un cigarro habano y conversando, sonriente, con el gerente de sus oficinas.

—¿Así que todo ha sido preparado ya, Groves, para que mi yate pueda zarpar a las doce de la noche? — preguntó Garth.

—Todo ha sido arreglado convenientemente, señor. No creo que se haya olvidado ningún detalle.

—¡Muy bien! — exclamó Garth. — Un mes de vacaciones me vendrá bien después de tanto tiempo dedicado a la ansiedad atosigadora de los negocios. Está bien, Groves muchas gracias.

Groves se retiró y durante dos minutos Gedeón Garth se quedó sentado, mirando las espirales de humo azulado que se desprendían de su cigarro y sonriendo satisfecho.

Entonces, de pronto, la puerta de la oficina se abrió y el armador volvió la cabeza esperando volver a ver a Groves.

Se sorprendió muchísimos al ver que el hombre que acababa de entrar no era Groves sino un tipo de mediana estatura, delgado y con recortada barba color castaño.

—¿Quién es usted? — preguntó Gedeón Garth con brusquedad. — No tiene usted por qué presentarse así en mi oficina sin decir su nombre y sin hacer preguntar primero si quiero recibirle.

El desconocido sonrió de manera enigmática.

—Yo arreglo mis visitas como me conviene y las hago cuando lo considero oportuno, señor Garth, — dijo. — En cuanto a mi nombre, creo que le será suficiente saber que soy el extraño y misterioso personaje conocido como Justicia Alada.

Garth se estremeció visiblemente demostrando así que no tenía tranquila la conciencia.

—No recuerdo haber oído ese nombre, — dijo. — Nombre que, por lo demás no me interesa ni poco ni mucho. Voy a pa Inglaterra esta noche en mi yate y no dispongo de tiempo para perderlo conversando con usted, sea usted quien sea. Váyase, antes de que le haga arrojar a la calle por los porteros.

El Joven Alado no demostró intenciones de moverse de donde estaba.

—Espero, señor Garth, — dijo con calma, — que su yate se hallará en mejores condiciones de navegar que su viejo vapor de larga Gloria de Oro.

Gedeón Garth bajó la vista y se puso intensamente pálido.

—El vapor Gloria de Oro se perdió en el mar hace dos meses, — replicó, reaccionando rápidamente. — El vapor chocó con una vieja mina sumergida y voló hecho pedazos.

—Eso es lo que se hizo creer a la gente, — declaró Roger Fálcon, pues era él. — Pero eso no es verdad! El vapor voló a consecuencia del estallido de una bomba que había sido colocada intencionalmente en la bodega, antes de que el vapor zarpara.

—¡Bah! — exclamó Garth levantándose como impulsado por un resorte. — ¡Usted debe estar loco para expresarse así!

—No estoy loco, — replicó inmutable, Roger Fálcon. — El Gloria de Oro estaba asegurado en una suma enorme. Usted lo hizo volar para cobrar los seguros.

Gedeón Garth sabía que eso era la verdad, pero era demasiado canalla para venderse ni aún ante la acusación de Roger Fálcon.

—¡Sin duda esa es una historia fantástica inventada por usted para sacarme dinero! — dijo sarcásticamente. — Sepa usted inmediatamente que se ha engañado y que no me sacará ni un solo penique.

—Tal vez se convenza usted de la razón que tengo cuando se lo haya dicho todo, — dijo el Joven Alado. — En primer lugar, antes de que partiera el Gloria de Oro usted indicó a su comandante, el capitán Hyde, que sería conveniente que el vapor no regresara de aquel viaje. Hyde rechazó indignado la indicación, y viendo usted que era un hombre honrado el que mandaba aquel vapor, le dijo que no le había hecho aquella criminal propuesta nada más que para poner a prueba su rectitud.

Roger Fálcon hizo una pausa, pero Gedeón Garth no intentó hablar.

—Decidido usted a llevar a cabo su cobarde plan criminal, escondió en la bodega del buque una bomba de tiempo, — prosiguió implacable el Joven Alado. — La máquina de relojería de la bomba estaba arreglada para que la explosión se produjera a los quince días de navegación y funcionó del modo más admirable.

—Prosiga usted, — dijo Garth entredientes. — Su novela es sumamente interesante.

—Sólo había cuatro hombres blancos a bordo del Gloria de Oro, incluso el capitán, — dijo Roger. — Los demás de la tripulación se embarcaron en los únicos dos botes de que disponían. Tres de los blancos se ahogaron y he venido a visitarle a usted ahora a ver si usted se ha ocupado de la situación en que han quedado las viudas y los hijos de los hombres que murieron para que usted se llenara los bolsillos de oro.

—No sé nada de los que dependían de los hombres que se perdieron con el Gloria de Oro, — replicó Gedeón Garth. — No entiendo tampoco de qué habla usted. Las mujeres que se casan con marinos deben estar siempre preparadas para sufrir los riesgos relacionados con la profesión de sus maridos, — agregó con la mayor crueldad.

—¡Pero las esposas de los marinos no pueden esperar que sus esposos mueran a consecuencia de las criminales villanías de hombres como usted! — replicó Roger con energía. — Por eso he venido a exigir la entrega de diez mil libras para las tres es-

posas y los hijos de los tres hombres que murieron en la explosión del Gloria de Oro.

Gedeón Garth miró cara a cara a Roger Fálcon y después oprimió el botón de un timbre eléctrico que estaba en el borde del escritorio.

Un instante después llamaron a la puerta y entró Groves, el gerente.

—¡Mande llamar a la policía, Groves! — ordenó en voz muy alta, Gedeón Garth.

Groves pareció sorprenderse pero se alejó rápidamente a cumplir la orden recibida de su patrón.

Roger Fálcon cruzó la habitación lentamente y no se le notó ni preocupado ni turbado. Los dos hombres permanecieron un rato en silencio hasta que la puerta de la oficina se abrió de nuevo y entraron por ella tres policeman.

—¡Ese es el hombre a quien deben detener! — dijo Gedeón Garth indicando a Roger. — ¡Llévenle preso porque se ha presentado pretendiendo hacerme víctima de un infame chantage!

Los tres policeman avanzaron y al mismo tiempo, Roger Fálcon retrocedió.

Un momento después, antes de que ninguno de los presentes pudiera detenerle, abrió la ventana, y de un salto, fué a ponerse de pie en el borde de la misma.

Gedeón Garth y los tres de policía corrieron hacia él, pero cuando llegaron a la ventana resonó una risotada sarcástica y el Joven Alado, desplegando sus mecánicas alas, se elevó hacia el luminoso cielo matutino, volando a toda velocidad.

EN LA HORA FATAL

EL yate Diana, de Gedeón Garth, salió del puerto de Westhampton a media noche y ya se hallaba a regular distancia de la costa de Inglaterra, cuando Garth salió de su camarote a la cubierta, con el propósito de gozar del fresco de la mañana después de una noche de agitado e intranquilo sueño.

Se apoyó en la borda y mirando hacia el mar, disfrutó durante un momento del hermoso espectáculo de la grandiosidad del mar. Pero la tranquilidad mental de Gedeón Garth fué de poca duración, porque cinco minutos después de haber salido de su camarote, el capitán de su yate se acercó a él en el más lamentable estado de agitación.

—¡Acabamos de recibir este mensaje por telégrafo sin hilos, señor! — dijo. Y le entregó una hoja de papel azulado que decía lo siguiente:

" A Gedeón Garth, a bordo del yate Diana, en el mar. — Hace un momento recibí un misterioso mensaje telefónico manifestando que una bomba de tiempo, arreglada para que haga explosión a las 10.15 de la mañana de hoy, ha sido escondida en el yate. El mensaje fué breve y entrecortado y no pude obtener más detalles. — Groves."

Del adiposo rostro de Gedeón Garth desapareció repentinamente la sangre, tan intensa fué su palidez.

—¿Qué... qué opina usted de esto, Hardy? — perguntó nerviosamente al comandante del yate.

—Parece algo serio, señor, a menos que se trate de una mentira, de un bluff — contestó el comandante. — Pero si ha sido planeado algo que tengo semejanza con un atentado, confieso que no comprendo la razón que para ello puede haber tenido su autor, sea quien sea.

Garth lo comprendía perfectamente, pero no manifestó, por cierto, semejante cosa.

—¡Es necesario dirigirse al puerto más cercano inmediatamente! — ordenó.

—No podemos llegar a ningún uperto antes de mediodía, — replicó Hardy, — y la bomba, esté donde esté y sea como sea, debe hacer explosión a las diez y cuarto, es decir, dentro de veinte minutos.

—Entonces lo único que se puede hacer es echar al agua todos los botes, embarcarnos en ellos y alejarnos del yate. Si a las diez y media no se ha producido explosión alguna, eso querrá decir que sólo se trata de un bluff y podemos volver tranquilamente a bordo, — opinó Gedeón Garth.

El capitán Hardy no contestó porque tenía la mirada fija en algo que se movía en el cielo, muy alto, encima precisamente del yate.

Transcurrió medio miuto y después, descendiendo de lo alto en línea recta, como una piedra que cae, una enorme figura alada se presentó: la figura alada de Roger Fálcon.

Garth, el capitán y la tripulación se quedaron inmóviles, mirando asombrados la alada figura que detuvo su rápido descenso a pocas yardas de altura y aleteando lentamente, descendió hasta pisar la cubierta del yate Diana.

Todos se sintieron estupefactos ante la presencia del Joven Alado, pero ninguno experimentaba el intenso terror que hacía estremecer a Gedeón Garth de pies a cabeza.

Pasados unos instantes, el Joven Alado habló.

—Supongo que a estas horas ya habrá recibido usted el mensaje radiográfico de su oficina de Westhampton, — dijo en voz baja y reconcentrada.

—Sí; he recibido un mensaje, — gritó Gedeón Garth llevando la mano al bolsillo y sacando un reluciente revólver. — ¡Y por el Cielo que ahora!...

En el mismo momento el capitán Hardy avanzó rápidamente un paso y arrebató el revólver de la mano de su patrón.

—¡Eso no, señor! — dijo con energía. — Si ese ser alado es el que ha puesto la bomba que se supone que está oculta en el yate, de nada servirá matarle, porque precisamente es el único que puede decirnos dónde está escondida la bomba.

A todo esto, casi la totalidad de la tripulación se había reunido sobre cubierta.

—Yo no deseo que ustedes, los que forman el peronal del yate, sufran por causa de Gedeón Garth, — anunció el Joven Ala-

do. — Mi misión de venganza es contra él únicamente. Si quieren ustedes estar seguros pongan a su patrón en ese bote que cuelga a un costado y en mitad del yate, desciendan el bote al agua y suelten la amarra. ¡Si ustedes proceden así, les prometo que no sufrirán absolutamente nada!

—¡Eso no es posible! — replicó el capitán Hardy. — Está usted hablando con marinos británicos y los marinos británicos no tienen costumbre de salvarse la vida a expensas de la vida ajena.

—Ya lo sé, — asintió Roger Fálcon. — Pero tal vez, si ustedes supieran que su patrón ha enviado voluntaria y deliberadamente a la muerte a tres marinos británicos, no se mostrarían tan resueltos a compartir con él el castigo de que se ha hecho merecedor.

El Joven Alado calló por un momento.

—Cuando el vapor Gloria de Oro fué volado por una explosión, murieron tres hombres en la catástrofe, pero uno, el capitán Hyde, logró salir con vida y puede demostrar que el Gloria de Oro fué voluntariamente volado por Gedeón Garth que colocó una bomba en la bodega, — dijo. — ¡Miren el tembloroso aspecto del infame criminal, — agregó indicando a Gedeón Garth, — y díganme si no basta con mirarle para comprender que no encuentra palabras mentirosas con que intentar su imposible defensa y negar la verdad de su horrendo crimen!

—¡Yo... yo... yo!... — tartamudeó Gedeón Garth. Pero no pudo decir más.

—Sabiendo que Gedeón Garth se había enriquecido a costa de la vida de tres camaradas de ustedes, — prosiguió Roger, — ¿se sienten ustedes inclinados a permitirse que se escape sin recibir el merecido castigo?

—¡No! ¡No !— gritó una docena de sonoras voces. — ¡Hay que arrojar al agua a ese infame!

—Si Garth es un canalla tan tenebroso como usted lo afirma, — dijo el capitán del yate Diana, — no hay en el mundo castigo que sea demasiado grande para él. Uno de los hombres que murieron en la catástrofe del Gloria de Oro era muy amigo mío y su familia ha quedado en la miseria. ¿Qué desea usted que hagamos?

—¡Aten a ese cobarde al asiento de popa del bote que cuelga ahí, en mitad del yate, y desciéndanlo al mar soltando luego la amarra! — ordenó Roger Fálcon. — Hágan ustedes eso y podrán volver en el yate, al puerto de Westhampton, sin peligro de ninguna clase.

El comandante Hardy dió la orden correspondiente y aún cuando Gedeón Garth gritó y forcejeó todos sus esfuerzos le valieron bien poco.

Por último, una vez atado al banco de popa del bote el criminal armador, la embarcación fué arriada hasta que estuvo flotando en el tranquilo mar.

Cuando el bote en que se hallaba Gedeón Garth se alejaba lentamente del casco del yate, Roger Fálcon, todavía en pie en la cubierta, miró hacia el capitán y la tripulación.

—Ya no tienen ustedes nada que temer, — dijo. — No hay ya, a bordo del Diana, ninguna bomba que pueda hacer explosión y herirles a ustedes.

Desplegó sus mecánicas alas y se elevó lentamente, dirigiéndose del puente del yate al bote que acababa de ser desprendido del Diana. Descendió en el bote y se sentó delante de Gedeón Garth, mirándole cara a cara.

Casi inmediatamente el yate a vapor Diana comenzó a moverse y, virando en redondo, se alejó con rumbo a Westhampton.

—¿Qué... qué va usted a hacer ahora? — preguntó Garth, tartamudeando, al cabo de unos instantes.

—Poco importa lo que yo voy a hacer; lo importante es lo que usted ha de hacer ahora, — dijo Roger. — Sé que usted lleva siempre, en su cartera, su talonario de cheques y veo que tiene en el bolsillo del chaleco su pluma de depósito. Es necesario que extienda usted un cheque por la suma de diez mil libras esterlinas. Ese dinero será entregado al capitán Hyde, el salvado comandante del vapor Gloria de Oro y él se ocupará de que esa suma sea repartida entre las viudas e hijos de los tres hombres a quienes usted mató criminalmente.

—¡Bah! ¡Ya le dije a usted que a mí no me sacaba usted ni un penique! — dijo con voz ronca el armador, recobrando, hasta cierto punto, su perdida petulancia. — Usted nos engañó haciéndome creer que había una bomba a bordo del Diana y sin duda quiere continuar ahora su campaña de mentiras.

Roger Fálcon miró la hora en su reloj de pulsera.

—¡Poco falta para las diez y diez! — dijo con intención. — Le queda a usted algo más de cinco minutos para decidirse y hacer lo que le he dicho. ¡Escuche!

Gedeón Garth escuchó con atención, y mezclado con el ruido del agua que lamía los flancos del bote, pudo oir con toda claridad el tic-tac de la máquina de un reloj.

En sus ojos se pintó el terror más intenso.

—¿Qué es eso? — preguntó con voz ronca.

—El objeto a que se refería el mensaje radiográfico que usted recibió está en una caja, más bien pequeña, que se halla en este momento detrás de usted, Garth, — dijo el Joven Alado. — Lo coloqué ahí yo mismo, anoche, antes de que zarpara el yate y le puse en hora para las diez y cuarto.

Se levantó de su asiento, y una vez más, desplegó sus alas.

—¡Corte las cuerdas que me sujetan las muñecas, — gritó Garth, — y tendrá usted el dinero!

Roger Fálcon se inclinó y en un instante le desató las manos.

Con tembloroso pulso, el armador sacó del bolsillo el talonario de cheques y la pluma de depósito.

—Extienda el cheque de modo que el capitán Hyde pueda cobrar el dinero inmediatamente, en el banco de Westhampton, — ordenó Roger Fálcon. — El dinero estará seguro en sus manos, porque él se ocupará de repartirlo entre las viudas y los huérfanos de sus respectivos camaradas.

El aterrorizado Garth escribió el cheque y se lo dió a Roger, que lo examinó cuidadosamente, y encontrándolo en debida forma, se lo guardó en la cartera que sacó de un bolsillo interior de su traje de malla negra.

—¡La bomba! — gritó Garth. — ¡Arrójela al mar!

Roger Fálcon volvió a mirar la hora en su reloj de pulsera, se inclinó después y tomó, de detrás de donde Garth estaba sentado, una caja de madera.

—¡Esto ha sido lo que ha logrado inspirar a usted sentimientos más humanitarios que los que tenía hace un rato! — dijo Roger tranquilamente. — Ha sido ésto y el miedo de perder su miserable vida lo que le ha obligado a usted a conceder una pequeña indemnización a las víctimas de su criminal combinación.

—¡Arroje eso al agua! — imploró Garth a gritos.

Roger Fálcon no mostró intención de obedecerle, y los últimos segundos que faltaban para las 10.15 transcurrieron por fin, contados por el implacable tic-tac.

Entonces, del interior de la caja de madera, se oyó el rápido sonar de un timbre y, abriendo la caja, Roger Fálcon sacó de ella un reloj despertador norteamericano, de los más baratos.

—¡No posee la ciencia de fabricar bombas de tiempo que parece poseer usted a la perfección, señor Garth, — dijo, sonriendo, el Joven Alado, — así que tuve que conformarme con esto! Ahora voy a retirarme, — agregó. — Dentro de unas horas y como yo daré aviso a la patrulla de vigilancia de la costa, le recogerán a usted, pero el dinero ya estará en manos del capitán Hyde. En vista de lo sucedido, no creo que usted tendrá muchos deseos de que le vean frecuentemente en Westhampton y espero que los negocios que usted ha manejado hasta hoy pasen a manos de hombres honrados.

Y dicho esto, arrojó el reloj despertador al mar. Un momento después, Roger Fálcon, cruzando el templado ambiente estival, volaba hacia Bleakwold.

EL HEREDERO PERDIDO

MICKY WILDE, el compañero y amigo de Roger Fálcon, paseaba muy contento por el bosque de las inmediaciones de Bleakwold. El día era templado y luminoso, y Micky pensaba cuánta era la tranquilidad que allí reinaba y de qué encantadora paz se gozaba en el bosque, cuando se encontró de improviso, con una violenta aventura.

No había visto absolutamente a nadie en el bosque hasta el momento en que un muchacho alto y moreno, de unos diez y nueve años, apareció de detrás de un árbol y se paró delante de Micky.

—¿Tiene algo de dinero, chico? — preguntó el joven que era, indudablemente, un gitano.

—Es posible. ¿Por qué? — preguntó Micky, mirando fijamente al que le había hablado.

—¡Porque lo necesito! — replicó el gitano. — Entrégueme lo que tenga en seguida y se librará de unos buenos golpes.

Micky Wilde no mostró propósito de obedecer ni nada semejante.

—Estoy dispuesto a recibir golpes si es que usted cree que podrá darme alguno, — dijo. — Pero más vale que se quite de mi paso antes de que esa afición que muestra usted a ladrón de caminos pueda resultarle cara.

—¡No sea tonto! — advirtió el gitano. — ¡Haga lo que le he dicho! ¡Y ya que estamos en ello, voy a apoderarme de ese reloj que tiene usted!

—Le va a costar algo de trabajo, — replicó Micky. — Gané este reloj en una pelea, y el que me lo quite tiene que pelear para conquistarlo. Le debo advertir, joven del oscuro cutis, que está usted equivocado si ha creído que me va a asustar.

—Esto tal vez le haga cambiar de tono, — dijo el gitano, y mientras habló, dirigió un golpe salvaje a la cabeza de Micky.

El muchacho había esperado aquel golpe, así que en el momento en que el puño del gitano se acercó hacia él, se encogió. Al instante, el brazo de Micky se movió y el gitano retrocedió tambaleándose, después de haber recibido un terrible golpe en el mentón.

—¡Diablos! ¡Esto me lo voy a cobrar! — gritó el gitano, que, sacándose el saco, atacó nuevamente y con furor, a Micky Wilde.

Entonces comenzó la pelea realmente en serio. Durante cerca de cinco minutos, los muchachos golpearon y se atajaron con terrible rapidez, y durante todo ese tiempo, el gitano se llevó la más terrible paliza que se había llevado en su vida.

Desde el comienzo de la pelea se dió cuenta de que se hallaba ante un adversario superior a él, pero continuó peleando y no dió señales de ceder hasta que Micky lo tiró al suelo por tercera vez.

—¡Basta! — gruñó el gitano, tomando el saco. — Es usted el muchacho que pega más fuerte de cuantos conozco, y espero no tropezar con otro como usted en mucho tiempo.

Se alejó y Micky miró cómo se alejaba por entre los árboles.

—Es muy bueno que un muchacho sepa defenderse cuando llega la ocasión, — murmuró. — Si yo no hubiera sabido nada de boxeo, ese joven sinvergüenza me hubiera quitado hasta el último penique. ¡Hola! ¿Qué es eso?

Se inclinó y recogió del suelo un sobre que estaba encima de la hojarasca, a corta distancia. El sobre estaba sellado, y evidentemente contenía una carta. Tenía de un lado un nombre y una dirección, trazados con muy mala letra. Decía así:

Sir Sterling Russell
Los Pinos

—¿De dónde procederá esto? — murmuró Micky. — Debe habérsele caído a ese gitano. Tal vez iba camino de Los Pinos cuando se encontró conmigo.

Miró en redor rápidamente, pero no dis-

tinguió por ninguna parte al joven gitano con quien había peleado.

—No creo que la carta contenga nada importante, pero está dirigida a sir Sterling Rusell y bien puedo llevársela a su casa mientras regreso a la mía, — decidió Micky Wilde.

El muchacho tenía que apartarse algo de su camino para pasar por Los Pinos, pero como no tenía prisa, ocupó su tiempo en aquel paseo.

Cuando llegó a la hermosa casa llamada Los Pinos, donde vivía sir Sterling Russell, Micky cruzó el jardín y se dirigió a la puerta del frente. Esta se abrió unos instantes y después apareció un sirviente, al cual entregó el jovencito la carta que había hallado en el bosque.

La puerta se cerró y Micky, volviéndose, se dirigió lentamente al portón por donde había entrado.

Medio minuto después, cuando Micky llegaba al portón, la puerta de la casa se abría de nuevo y sir Sterling Rusell en persona, apareció en ella.

—¡Apodérese de ese muchacho, Holloway! — grito sir Sterling al jardinero que estaba trabajando cerca del portón. — ¡No le deje escapar de ningún modo! ¡Pronto, Holloway, pronto!

Micky Wilde se detuvo, sorprendido. No tenía ni la menor intención de huir, así que seguía parado, inmóvil, cuando llegó a él el jardinero y le tomó de un brazo.

—¡Muy bien, amigo mío! ¡No necesita usted agarrarme de ese modo! — dijo el muchacho. — Si el señor de la casa desea verme, voy a volver sin el menor inconveniente. Cualquiera se imaginaría que yo trataba de llevarme el felpudo de la puerta o algo por el estilo.

—¡Tráigalo aquí! — gritó en aquel momento el dueño de casa.

El jardinero se apresuró a obedecer, y a pesar de las protestas de Micky, insistió en llevarlo agarrado de un brazo, hasta la casa. Cuando llegó, Micky, muy sorprendido, fué llevado también de un brazo por el baronet, a su biblioteca, cuando el jardinero lo entregó al dueño de casa.

—¡Ahora, joven canalla! — gritó sir Sterling, que se hallaba evidentemente muy emocionado. — ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué ha hecho ese infame de Reuben Garth con mi pequeño Eric?

Micky Wilde miró al baronet con verdadero asombro.

—¡No sé de qué me habla, señor! — exclamó. — No conozco a Reuben Garth, y no he visto jamás a su hijito Eric.

—¡No me mienta! — gritó sir Sterling. — Usted ha sido enviado con este mensaje, y usted debe ser uno de los de la tribu.

—¿Yo? ¡No, señor! — protestó Micky muy enérgicamente. — Traje la carta porque la encontré en el bosque, y no tengo ni la menor idea de quién la escribió ni de lo que dice.

Sir Sterling Russell miró fijamente al muchacho.

—¿Es eso verdad? — preguntó.

—¡La pura verdad, señor! — declaró Micky. — No sé de dónde procede la carta, pero tengo idea de que debió caerse del bolsillo del saco de un joven gitano con el que tuve una pelea.

Sir Sterling miró detenidamente la carta que acababa de recibir. Su aspecto era el de un hombre anonadado por el dolor, y Micky se percató de que aquel hombre debía haber recibido un golpe muy recio, golpe que había herido hasta lo más profundo sus sentimientos más íntimos.

—Es necesario, cueste lo que cueste, salvar a mi hijito, — murmuró el baronet, pasados unos instantes.

—No sé cuál es la causa de su pena, señor, — dijo Micky, emocionado, — pero si hay algo que yo pueda hacer por usted, tendré mucho gusto en hacerlo. Tengo además un... un amigo que tal vez pueda ayudarle, señor, — agregó, pensando en el Joven Alado.

Sir Sterling movió, apesadumbrado, la cabeza. A pesar de su actitud negativa, entregó la carta a Micky, para que la leyera. La carta que había recibido el baronet decía así:

"Estimado señor: Su hijo Eric se halla, " actualmente, seguro en mis manos y le " será devuelto a usted si paga la suma de " doscientas libras esterlinas. Si usted no " paga esa suma, usted no volverá a ver a " su hijito nunca más.

" Si usted intenta llamar a la policía pa" ra que se ocupe de esto, su hijo sufrirá " las consecuencias; pero si usted está de" cidido a aceptar mis condiciones, véame " en el Roble del Ermitaño, cerca del río, " esta noche a las nueve y traiga el dinero. " Hablo enteramente en serio y no tendré " piedad ninguna de su hijo si usted in" tenta burlarme de algún modo. — R. G."

Micky devolvió aquella infame carta al baronet.

—Creo que usted debe ir a ver a la policía, a pesar de lo que dice ese infame, — opinó. — No se va a atrever a hacerle daño ninguno al niño, y si usted deja el asunto en manos de la policía, esta preparará una trampa en la que caerá el gitano secuestrador.

—¡No me atrevo a correr el riesgo! — replicó sir Sterling Russell. — Se algunas cosas sobre ese Reuben Grath y estoy seguro de que es capaz de hacer algo horrible como se intente burlarle. ¡Es un bandido de lo peor, un verdadero canalla, que no le tiene miedo a nada ni a nadie!

—Entonces... ¿se propone usted darle el dinero? — interrogó Micky.

—No veo otra solución. Y después de todo, prefiero pagar varias veces esa suma a que mi hijito sufra lo más mínimo. — dijo sir Sterling Russell. — ¡Cuando el niño esté nuevamente en mi poder, entonces, naturalmente, pondré a la policía en la pista de Reuben Grath!

—Supongo que debe estar preparado para que no pueda sucederle nada por ese lado, señor, — observó Micky. — Sin embargo, no es posible dejar que ese hombre vaya de un lado a otro, secuestrando ni-

os para cobrar el rescate, porque estoy seuro de que no es esta la primera vez que ace un negocio de esa clase.

—¡Veremos! ¡Veremos! — replicó sir Sterling. — Y ahora, muchacho, deseo estar olo. Hágame usted el favor de no hablar ada de esto con la gente de policía, — gregó. — porque estoy seguro de que ese nfame gitano cumpliría la amenaza, si yo e diera motivo.

Pocos momentos después, Micky Wilde saía de la casa. Cuando llegó a las cavernas situadas debajo del bosque de Bleakwold onde vivía con Roger Fálcon, le contó al oven Alado lo que le pasaba al baronet a uien el gitano Reuben Grath le había seuestrado su hijito y heredero y los dos amigos decidieron, de acuerdo, que era necesario hacer algo para que Reuben Grath fuera sometido a la acción de la justicia y castigado como se lo merecía.

JUNTO AL VIEJO ROBLE

AQUELLA noche, a las nueve en punto, Reuben Grath, el gitano, se hallaba de pie junto al solitario y corpulento árbol al que la gente llama-a el Roble del Ermitaño.

El árbol se hallaba al borde del bosque, uy cerca del río. Brillaba una luminosa una y de cercana distancia llegaba el rugir le las aguas que caía en catarata por ncima ed una represa del río, situada a nos cien pasos del añoso roble.

Una risa sardónica arqueó los labios del nfame gitano cuando vió que sir Sterling Russell se acercaba por el camino de la orila del río.

—¿Está usted seguro de que viene enteamente solo, sir Sterling? — fué lo primeo que preguntó el gitano.

—No debe temer usted nada por ese lado, — replicó sir Sterling Russell. — Ahora ien, ¿dónde está mi hijo? Deseo verle y aber que no ha sufrido nada, antes de enregarle a usted el dinero.

Reuben Grath lanzó un agudo silbido llevándose dos dedos a la boca.

—Mi caravana está oculta en el bosque y endrá en respuesta a mi silbido, — manifestó. — Vine aquí sin ella para convencerne antes de que usted no se proponía jugarme sucio.

Mientras hablaba, el gitano sacó del bolillo un revólver con el que apuntó como distraídamente. Durante cinco minutos, los dos hombres se miraron cara a cara y en silencio y luego, por entre los árboles, se vió que se acercaba una caravana.

Manejaba el caballo que tiraba de la caravana el mismo joven gitano con quien Micky Wilde había peleado aquella mañana.

—Ahora vamos a terminar con esta operación comercial — manifestó Reuben Grath. — ¡Seth! ¡Trae aquí al niño!

El joven gitano Seth fué a la parte trasera del vehículo, abrió la puerta y entró.

—¡Ahora bien! — dijo entonces Grath con gesto feroz. — ¡A ver el color le su dinero!

Fué en este momento cuando una rama del viejo roble descendió repentinamente desde lo alto y dió en la cabeza del gitano Reuben Grath. La rama le dió un golpe tan fuerte que se le doblaron las rodillas y el gitano quedó encogido debajo de la rama.

Como un boxeador que procura levantarse antes de que el juez haya terminado de contar los fatales segundos, el gitano se retorció y volvió una y otra vez, en el césped.

—¡Canalla! — gritó, dirigiéndose a sir Sterling. — ¡Usted me ha traicionado!

Pero sir Sterling Russell estaba tanto o más asombrado que el mismo gitano y miraba hacia el árbol, preguntándose qué era o que había hecho que cayera aquella rama con tanta fuerza.

Pudo ver, aún cuando sólo un instante, el rostro de un muchacho, y casi en seguida Micky Wilde descendió del árbol.

—¡Aquí estamos todos! — gritó el jovencito boxeador cuando saltó al suelo sin soltar de la mano la rama del árbol. — Estaba sentado desde hace media hora en esta rama, esperando que me confundieran con parte del viejo roble. ¡Pero ahora vamos a recobrar pronto al joven Eric, señor!

El muchacho se expresaba alegremente y corrió hacia la caravana del gitano que se hallaba parada a corta distncia de donde ellos estaban.

Sir Sterling Russell se movió como para seguirle; pero en aquel momento, los temblorosos dedos del semidesmayado gitano Reuben Grath oprimieron el revólver, que se le había caído al suelo al desplomarse.

Apuntó con el arma a Micky Wilde lo mejor que pudo, pero en el momento en que iba a oprimir el disparador, sir Sterling Russel se precipitó sobre él y le dió un puntapie en la mano.

Sonó el estampido. La detonación repercutió en la extensión del bosque y en el mismo instante, el caballo que tiraba de la caravana, dió un salto.

La bala del revólver del gitano no había alcanzado a Micky, pero había herido al animal en un costado.

El gitano cayó en seguida de espaldas, desmayado, precisamente en el instante en que el caballo, asustado, emprendía desesperada carrera.

Todo esto aconteció en algunos segundos. Micky Wille se hallaba todavía a alguna distancia de la caravana cuando el caballo emprendió la carrera.

Corrió hacia él; pero el caballo se encabritó violentamente antes de que Micky pudiera llegar a su cabeza, y galopó hacia el río.

Sir Sterling Russel completamente aturdido por el giro que habían tomado los acontecimientos, hizo una débil tentativa en el sentido de seguir tras del vehículo en que estaban su hijo y el joven gitano Seth, pero su esfuerzo fué enteramente infructuoso.

Micky, corriendo a toda velocidad, se ha-

llaba a media docena de pasos de la caravana, cuando Seth Grath apareció en la puerta, que seguía abierta.

El curtido rostro del gitano estaba amarillento de miedo cuando se presentó, de pie en la puerta, sin atraverse a juntar valor para saltar al suelo.

—¡Tome al niño! ¡Tome al niño y salte con él! — gritó Micky Wilde sin aliento. — ¡La caravana va a llegar al río dentro de poco!

El gitano oyó la advertencia de Micky y sin vacilar un momento más, se arrojó.

Cayó en tierra pesadamente, delante de Micky Wilde.

Micky saltó por encima de él y siguió su loca carrera. No menguó su esfuerzo, aún cuando sabía que no podía tener esperanzas de alcanzar a la caravana antes de que el caballo, enloquecido por el dolor de la herida, saltara al río, arrastrando con él al vehículo.

Micky había avanzado una docena de pasos cuando el caballo y el rodado llegaron a la orilla del río y se metieron en el agua.

Al agua se arrojó en seguida el valeroso muchacho y con todas sus fuerzas nadó hacia la caravana que era arrastrada por la fuerte corriente.

Cuando Micky llegó a la puerta que estaba casi enteramente hundida en el agua, las probabilidades de salvar al pequeño Eric parecían muy remotas.

Pero Micky lambulló rápidamente, halló la puerta abierta y nadó hacia el interior de la caravana. Casi en seguida vió al niño que había sido arrastrado con el vehículo, atrapado en tal forma dentro de la caravana, que, solo, no podía hacer nada por salvarse.

El muchacho boxeador tomó al niño, nadó hacia la puerta y cuando, por fin llegó a la superficie, se agarró a la casi sumergida caravana que seguía siendo arrastrada por la corriente del río.

Micky era bastante buen nadador, pero no tenía probabilidades de llegar a la orilla con aquella correntada.

—¡Agárrese a mí con fuerza! — dijo, jadeante, a Eric. — ¡No se suelte pase lo que pase!

El niño obedeció y Micky subió al techo de la caravana donde se arrodilló, sosteniendo a Eric Russell en sus brazos.

Pero un peligro mayor que todos los anteriores, les amenazaba en aquel momento.

La velocidad de la corriente del río aumentaba por momentos, porque treinta yardas más adelante se hallaba la represa del río por donde caía el caudal del mismo en forma de catarata. Faltaban sólo unos cuantos segundos para que la caravana, con los que iban en ella, cayeran de la parte alta a la parte baja del río.

Parecía que no había ya esperanza ninguna y Micky apretaba los dientes, esperando el horrible desenlace, cuando la luz de la luna reveló la presencia de una voladora figura que descendía del cielo.

Roger Fálcon, el Joven Alado, acudía en ayuda de su querido compañero y amigo. Pero ¿había llegado a tiempo?

El momento era gravísimo y un segundo de demora podía decidir el fracaso. Cuando la caravana llegaba al mismo borde de la represa, Roger Falcon realizó su gran esfuerzo.

Calculando admirablemente la distancia descendió hacia donde estaban el muchacho y el niño y los tomó en sus brazos en el mismo instante en que la caravana y el caballo caían por el borde de la represa al lugar inferior del río, donde las aguas parecían hervir violentamente.

Roger Fálcon voló hacia la orilla y puso a Micky y a Eric junto a sir Sterling Russell que había corrido hacia la ribera del río y había sido asombradísimo testigo de la dramática escena que acaba de desarrollarse.

El baronet tomó a su hijo en brazos y durante unos momentos fué tan intensa su emoción que no pudo hablar.

—Será mejor que le lleve usted a su casa lo antes posible, no vaya a resfriarse el niño, — dijo Roger Fálcon.

—Sí, sí; voy a llevarle ahora mismo. Y después voy a enviar a alguien en busca de Reuben Grath y de su hijo, — manifestó sir Sterling Russell con voz ronca. — El padre está desmayado y el hijo se ha fracturado una pierna, así que no podrán escapar.

Calló un instante y después miró cara a cara a Roger Fálcon.

—He oído hablar repetidas veces a la gente de un extraño volador al que dan el nombre de Justicia Alada y he sabido que la policía ha ofrecido una crecida recompensa a quien lo capture, — dijo con pausada voz. — Pero tengo razones para estar muy agradecido a Justicia Alada y espero que esa recompensa no sea ganada nunca por nadie.

"En cuanto a usted, muchacho, — dijo volviéndose hacia Micky Wilde, — usted me ha prestado esta noche un servicio que no podré pagarle nunca. Pero si en alguna ocasión necesita usted algo, sea lo que sea, que esté en mi mano proporcionarle, usted encontrará siempre un buen amigo, decidido a servirle de todo corazón, en Los Pinos.

El baronet se alejó y Roger Fálcon y Micky Wilde se dirigieron juntos, a su subterráneo domicilio. Aquella noche, los dos amigos durmieron plácidamente en la caverna, como dormían siempre, descansando de las fatigas una vez terminada felizmente alguna aventura en la que habían podido ser útiles al género humano.

La tarde siguiente, Micky Wilde y Roger Fálcon paseaban por lo alto de la costa, a poca distancia de su domicilio, cuando llegó a sus oídos el ruido del rápido golpear de los cascos de un caballo en la tierra dura.

Los dos amigos miraron hacia el sitio de donde llegaba aquel ruido y vieron a un caballo, negro y delgado, que corría por la endurecida tierra.

Micky y Roger sintiéronse interesados en seguida; pero en aquel momento no podían ni soñar que aquel, aparentemente insignificante suceso, iba a ser el comienzo de una de sus más excitantes aventuras.

FAVORITO DEL DERBY

ROGER FALCON, el Joven Alado, y su compañero y amigo Micky Wilde, el valiente muchacho boxeador, paseaban por la parte alta de la costa de Bleakwold cuando les llamó la atención el rápido golpear de los cascos de un caballo en la tierra endurecida, que llegó, de pronto a sus oídos.

Miraron hacia el sitio de donde procedía aquel ruido y, a doscientas yardas de distancia, vieron un caballo negro y delgado, que corría como enloquecido.

El caballo estaba ensillado, pero no llevaba jinete y corría con una rapidez que indicó en seguida a los muchachos que debía haberse desbocado porque algo le había producido repentino terror.

—¡Dios mío! ¡Qué hermoso caballo! — exclamó Micky, admirándolo. — ¡Y corre con la rapidez de un tren rápido! Además...

El muchacho calló de pronto y una exclamación de angustia brotó de sus labios cuando vió que el desbocado caballo se dirigía en línea recta hacia el borde de la costa alta.

El caballo parecía hallarse tan enteramente enloquecido, que no se daba cuenta ni de dónde estaba ni a dónde se dirigía, y menos aún del peligro que se hallaba ante él.

Con la boca llena de espuma, avanzaba con la rapidez del viento hacia la orilla y se encontraba a cincuenta yardas del borde cuando el Joven Alado se propuso salvar a aquel animal.

Desplegáronse sus grandes, negras y mecánicas alas y elevándose algunos pies del suelo, voló con la mayor velocidad posible en la misma dirección del fugitivo caballo.

El caballo parecía hallarse en el mismo borde del abismo cuando Roger Fálcon descendió y montándose en él, tomó las riendas, de las que tiró en seguida.

Con las patas delanteras agitándose en el aire, en el borde de la costa, el caballo negro permaneció unos segundos, antes de que Roger Fálcon le hiciera girar sobre las patas traseras y apoyar luego los cuatro remos en tierra, estremeciéndose de terror.

Roger se apeó y procuraba calmar del mejor modo posible al animal, cuando Micky llegó, corriendo, a donde se encontraba.

—¡Hola, hola! — exclamó Micky cuando miró de cerca al caballo sin jinete. — ¡Este animal es notable! ¡Estoy seguro de que es un caballo de carrera de primera clase!

—¡Lo es, con toda seguridad! — asintió Roger. — Creo que debe haberse escapado de las caballerizas de entrenamiento de Winley, las que se hallan a unas dos millas de aquí.

Después de oir esto, Micky Wilde se dió una palmada en el muslo y lanzó una exclamación.

—¡Por vida de Júpiter! ¡Si ya se quién es este caballerito! — gritó. — ¡Es Black Knight ("Caballero Negro") uno de los favoritos del público en el próximo Derby, la gran carrera del año!

—¿Por qué lo cree usted? — preguntó Roger Fálcon.

—Porque ví una fotografía de Black Knight en una revista sportiva, esta semana, — declaró Micky. — Lo reconocí por esas tres estrellas blancas que tiene en el costado derecho.

—Siendo así mejor será que llevemos a Black Knight de regreso a su entraineur en seguida, — dijo Roger. — Si el animal es uno de los que van a correr en el Derby su cuidador debe sentirse muy angustiado con su ausencia.

Black Knight, aun cuando todavía excitado, dejó que Roger le tomara de la rienda y caminó a su lado casi tranquilamente.

—¡No pasa nada, amigo mío! — dijo Micky Wilde, dirigiéndose al caballo cariñosamente, procurando calmarle mientras caminaban. — ¡Usted no debió salir de su casa esta noche, pero si le es posible correr el miércoles próximo como ha corrido hace un rato, con toda seguridad va a ganar el Derby cuando los demás caballos estén a mitad de camino.

Los dos amigos, acompañados por Black Knight habrían recorrido como la mitad de la distancia que había, del punto donde hallaron el caballo a Winley, cuando se encontraron con un grupo de jinetes que habían recorrido la región, y seguían recorriendola en busca del fugitivo.

Entre aquellos hombres estaba Langley Lorne, el propietario de Black Knight que se mostró encantado cuando volvió a ver a su caballo.

—¿Se ha lastimado? — fué lo primero que preguntó con grandísima ansiedad.

—No lo creo, — contestó Roger. — Parecía hallarse bastante asustado en el primer momento, pero ahora está mucho más tranquilo.

—La verdad es que hemos estado a punto de perderle esta noche, — dijo Lorne con emoción, — y hubiera sido de consecuencias muy serias para mí, cualquier accidente que le hubiese acaecido a Black Knight.

Tanto Lorne como el entraineur del caballo, examinaron a Black Knight con todo cuidado, y habiéndose convencido de que el caballo no había sufrido nada en su aventura. Lorne dejó a Black Knight a cuidado del entraineur y se volvió hacia Roger Fálcon.

—Le estoy muy agradecido porque me ha devuelto el caballo, — dijo. — ¿Dónde le encontró usted?

—Corría desesperado hacia el borde de la costa alta, — dijo Roger Fálcon tranquilamente, — y por fortuna pudimos detenerle antes de que se hiciera daño. ¿Qué será lo que hizo que el caballo corriera tan desesperado, escapándose de su caballeriza? — preguntó.

Langley Lorne se puso muy serio y bajó la cabeza.

—Hay hombres que desean que Black Knight no gane la carrera del Derby, el miércoles, — explicó, pasado un momento.

— Esos hombres sean quienes sean, han realizado ya dos tentativas contra el caballo y esta noche se metieron en su establo y atacaron al peón que está encargado de su vigilancia. Por fortuna, Black Knight es un caballo muy nervioso y cuando los pillos intentaban sacarle del establo se asustó y huyó. De no haber sido por usted, — prosiguió, — su aventura hubiera terminado con el más lamentable desastre.

Roger Fálcon se sonrió.

—Ser propietario de un favorito del Derby encierra gran responsabilidad, — observó, — pero nada ha pasado cuando toda ha terminado bien. Espero y deseo que se vea usted recompensado de toda la nerviosidad que ha pasado, viendo que Black Knight llega primero en la carrera del miércoles.

—¡Entre nosotros, le diré que si no se hace nada para impedir que Black Knight corra, mi caballo ganará! — declaró Lorne.

—La carrea se corre dentro de dos días así que los enemigos del caballo, sean ellos los que sean, no disponen de mucho tiempo para estropearle sus probabilidades de ganar, — dijo Roger.

—Es el viaje a Epsom, al Hipódromo, lo que más me preocupa, — confesó Lorne, — porque, durante el trayecto, es más que posible que hagan una nueva tentativa contra el caballo. De todos modos, esperemos que todo vaya bien. Black Knight va a hacer el trayecto bien custodiado además de ejercerse estricta vigilancia esta noche, cuando sea puesto en el tren en la estación de Winley.

Un rato después de esta conversación, Roger Fálcon y Micky Wilde se separaron de los otros y se encaminaron hacia Bleakwold.

Caminaron enteramente en silencio durante cerca de diez minutos.

—Me parece interesante el caso de Black Knight, Micky, — dijo Roger al cabo de ese tiempo. — Si el caballo es puesto fuera de acción, los booksmakers que han recibido dinero en pago de apuestas previas a favor de ese caballo, se quedarán con él y en este caso, esas apuestas pueden llegar a una suma de gran importancia Si el caballo sufriera consecuencias de algún accidente, serán muchas las personas perjudicadas por diferentes conceptos. De todos modos no cabe duda de que un grupo de pillos está alerta tratando de obtener dinero a costa de otros, y me gustaría estropearles la combinación. ¿No ha estado usted nunca a ver correr la carrera del Derby de Epsom, Micky?

—¡No! ¿Por qué? — dijo el jovencito boxeador.

—Entonces irá este año, — dijo Roger sonriendo, — y, lo que es más importante, vamos a hacer el viaje a Epsom, mañana, en el mismo tren en que vaya Black Knight.

"Pucky" aparecerá todos los viernes a contar desde el 3 de Julio.

LA PELEA EN LA CABINA

CUANDO el tren de las nueve de la noche partió para hacer su recorrido, la siguiente noche, de la estación de Winley, Roger Fálcon y Micky Wilde estaban solos en un coche de tercera, cerca de la cola del tren.

En el mismo convoy, adelante, cerca de la máquina, iba el vagón especial para la conducción de caballos finos en que estaba Black Knight, en su pesebre, y el entraineur, y tres peones, armados todos ellos, en un compartimiento especial.

Desde el comienzo del viaje, Roger Fálcon y Micky Wilde estuvieron alerta. De pie a cada lado del coche, miraban por las ventanillas a fin de asegurarse de que no sucediera nada anormal sin que ellos lo notaran.

Este plan resultó conveniente porque media hora después Micky Wilde lanzó un grito.

—¡Roger, — exclamó, — dos hombres peleaban en la cabina de señales por la que pasamos hace un instante. No los ví más que como un relámpago, pero fué lo suficiente para convencerme de que acontecía algo anormal.

—¡Si el señalero es objeto de un asalto es que alguien pretende cambiar de sitio algún cambio a alguna señal, para destruir el tren! — exclamó Roger Fálcon.

Y corriendo al lado del vagón en que estaba Micky, abrió de un tirón, la portezuela.

Aquel momento fué uno de los muchos que, en el curso de las aventuras de Roger, pusieron en evidencia el enorme valor de sus mecánicas alas, pues en aquella ocasión permitieron a Roger volar del tren hacia la cabina de señales en el espacio de unos pocos segundos.

Roger Fálcon voló en línea recta hacia lo alto de la escalera de la cabina y en el instante en que llegaba a la puerta, el hombre a quien Micky había visto peleando con el señalero, levantó la cabeza.

Al ver al Joven Alado, el hombre, — que tenía una horrible cicatriz que le cruzaba la mejilla, — lanzó un grito de terror y se retiró de junto al cuerpo del caído señalero.

Roger Fálcon, envuelto en sus caídas alas, entró en la cabina de señales.

Al hacerlo él así, el señalero que parecía hallarse solamente semidesmayado, hizo un esfuerzo y se incorporó, apoyándose en un codo.

—¡Aquella palanca! ¡La tercera! — gritó como le fué posible. — ¡Tire de ella! ¡El rápido de Londres!

Roger Fálcon no esperó más. Las entrecortadas palabras del caído señalero fueron suficientes para que él se diera cuenta de que algún terrible desastre amenazaba y, sin ocuparse del hombre de la cicatriz en la mejilla, Roger corrió a donde estaba la palanca y tiró de ella hasta situarla en situa-

ción enteramente distinta de la que tenía antes.

En el momento en que Roger Fálcon procedía así, el otro hombre cruzó la cabina, llegó a la puerta y saliendo por ella se lanzó precipitadamente, escaleras abajo.

El impulso natural de Roger fué seguirle, pero se contuvo porque pensó que no podía salir de la cabina antes de haberse convencido de que había deshecho lo hecho por el otro y que su plan para destruir el tren había sido frustrado.

—¿Hay algo más que hacer? — preguntó rápidamente al señalero. —¿He movido la palanca que debía mover?

El señalero contestó que sí con voz muy débil.

—No hace falta nada más, — tartamudeó. — ¡Gracias al Cielo por haber llegado usted a tiempo. El hombre que me atacó movió la palanca de modo que se hiciera un cambio que enviaría al rápido de Londres a una vía lateral en la que está detenido, esperando su paso, un tren de carga. Si el rápido hubiera pasado por el cambio antes de que usted moviera la palanca de nuevo....

Roger Fálcon fué a la puerta y miró hacia el exterior. A lo lejos pudo oir el ruido del tren que se alejaba.

—¿A qué distancia de aquí está la entrada del cambio que conduce a la vía lateral donde está el tren de carga? — preguntó.

—A un cuarto de milla.

Roger Fálcon respiró con satisfacción.

—Entonces el rápido está libre de todo peligro, — dijo, — porque ya está mucho más lejos que eso.

El señalero consiguió ponerse de pie.

—Supongo que es usted el desconocido a quien llaman Justicia Alada, ¿no es cierto? — dijo. — Si es así, el nombre le queda muy bien, porque esta noche ha evitado lo que podía haber sido un desastre horrible.

—Mi deseo sería que fuese castigado el autor de esa infamia — dijo Roger. — Si le dejo a usted solo, ¿podrá usted cumplir con su obligación aquí?

—Sí, sí, — contestó el señalero, — ya me siento bien. Vaya y apodérese de ese canalla, si le es posible.

Roger Fálcon salió y cerró la puerta. Cuando llegó al suelo no se veía por ninguna parte al de la cicatriz en la mejilla. Junto a la vía del ferrocarril había un espeso bosque y, al parecer, el hombre había huído internándose en aquella espesura.

Los árboles, muy cercanos los unos de los otros, daban al fugitivo grandísimas ventajas y aún cuando Roger buscó diligentemente durante más de media hora, no pudo volver a ver al hombre a quien buscaba.

EL DERBY

ERA la tarde en que se corría la carrera del Derby y el famoso hipódromo de Epsom estaba repleto de gente movediza y alegre que había acudido a presenciar la gran carrera.

Entre todos aquellos de espectadores se hallaba Micky Wilde, que gozaba con el espectáculo de la alegría y animación del gran hipódromo inglés.

Roger Fálcon se hallaba presente también, pero no estaba con Micky. En la esperanza de dar con los hombres que habían demostrado tan decididas intenciones de evitar que Black Knight llegase a correr la carrera, el Joven Alado había adquirido una entrada de las que dan derecho a todos los sitios del hipódromo y se había metio en una de las divisiones situadas delante de la tribuna oficial grande.

El traje de Roger, con su larga capa negra, no llamó la atención, porque a esa clase de reuniones sportivas asisten personas de todas partes del mundo. El Joven Alado había tenido la precaución de oscurecerse un poco el cutis y de ponerse un pequeño bigote negro.

A medida que se acercaba el momento de correrse la gran carrera, la excitación del público se hizo más y más intensa, pero los gritos se acallaron un poco cuando los caballos que iban a tomar parte en la carrera pasearon por la pista en dirección del punto de partida.

Black Knight constituía una figura extraordinaria entre todos aquellos caballos, especialmente por su reluciente pelo, pero también por su andar gallardo que se atraía la atención de todos.

Roger Fálcon dedicó poca atención a los comentarios que hacía el público sobre los caballos, pues su atención había sido atraído por un grupo de tres hombres que se encontraban de pie junto a la empalizada de la pista.

Los hombres aquellos conversaban en voz baja con un aire siniestro entre ellos que Roger Fálcon los consideró dignos de su atención. Esto sólo era, por cierto, poco para que Roger sospechase, pero sus temores se justificaron pocos momentos después cuando a los tres misteriosas desconocidos se unió un cuarto personaje.

Era éste el hombre que había intentado destruir el tren en que iba Black Knight al hipódromo de Epsom, el hombre de la cicatriz en la mejilla.

Roger Fálcon se acercó más a aquellos hombres y observó sus movimientos. No podía entender de qué modo podían causarle daño a Black Kinght desde donde estaban, pero se sentía seguro de que aquellos cuatro decididos pillastres no se habían reunido allí sin alguna razón, y que no se irían antes de haber realizado su último esfuerzo.

En consecuencia, de entre todos los miles de espectadores que esperaban ver el comienzo de la carrera, sólo uno, Roger Fálcon, no podía mirar hacia el punto de partida.

—¡Ya han partido!

El grito de la multitud se elevó por todas partes como un rugido en el momento en que treinta y tres caballos partieron para disputarse el premio del Derby.

—¡Buttercup! ¡Buttercup gana! — gritó un numeroso grupo de gente el instante en que una yegua baya se destacó del montón y tomó la delantera

—¡Adelanta Black Knight! ¡Adelanta!

Black Knight corría del lado de la empalizada, en el quinto puesto; pero antes de un cuarto de millas de recorrido, el negro empezó a adelantarse.

Buttercup seguía en el primer puesto, seguida de Greenaway y de Wilful, pero Black Knight ocupaba el cuarto lugar

La excitación de los espectadores crecía por momentos, pero Roger Fálcon no veía nada de la carrera porque no se atrevía a dejar de vigilar a los cuatro hombres que habían mostrado con anticipación estar decididos a evitar que Black Knight ganase la carrera.

Los caballos llegaron á la famosa curva de la pista conocida por el nombre de "rincón de Tattenham" y fué en ese momento cuando Black Knight mostró su sangre de campeón.

Con velocidad pasmosa se adelantó a Wiful y a Greenaway, y un poderoso grito de la concurrencia rasgó el aire tibio de aquella tarde de verano cuando avanzó más, se puso a nivel de Buttercup y después se le adentó.

—¡Black Knight ganará! — gritaron, y Roger Fálcon sonrió tristemente cuando notó la cara de decepción de los cuatro a quienes estaba observando.

Al fin llegó la última etapa de la famosa carrera y se comprendía ya que, a menos que aconteciera algún accidente, nada podría evitar que Black Knight ganara la carrera.

Uno de los hombres a quienes Roger Fálcon estaba observando tenía la mano derecha metida en el bolsillo del saco, y cuando los caballos se aproximaron, se acercó más y más al cerco.

Black Knight pasó un cuerpo delante del segundo caballo, y en el mismo momento el jockey que manejaba al caballo negro — Sam Donald, — se sobresaltó violentamente como si algo le hubiera herido.

Demasiado tarde, Roger se dió cuenta de lo que había pasado.

El hombre que estaba cerca de la empalizada había disparado contra el primer caballo una silenciosa pistola de aire comprimido, sin sacar el arma del bolsillo donde la tenía escondida, tal vez por un agujero del forro del saco. El proyectil no había herido al caballo, pero le había tocado en una pierna al jockey.

Ya se veía correr sangre de la pantorrilla de Sam Donald, y cuando Black Knight se aproximaba a la raya, se vió que el jockey se tambaleaba en su montura.

Con la carrera casi ganada, Donald hizo un valeroso esfuerzo para sostenerse en su montura; pero la herida debía tener importanncia, porque le iban abandonando poco a poco los sentidos.

Roger Fálcon vió el peligro que corría aquel hombre. Vió que en cualquier momento. Donald se podía caer de la montura, en cuyo caso sería horriblemente pisoteado por los otros caballos antes de que tuviera tiempo de levantarse.

La escena que se produjo a continuación fué la más extraña que se haya visto jamás en una carrera de caballos.

Cuando Black Knight, llevando a su casi desmayado jockey, se hallaba a veinte yardas del poste de llegada, una imponente figura alada se elevó de pronto de entre la multitud y cruzó rápidamente el aire en dirección del caballo que iba en el primer puesto.

El valeroso esfuerzo del jockey duró lo suficiente para que Black Knight ganara la carrera, pero cuando el caballo pasó como un relámpago por la línea que indicaba el final de la carrera, entre un ruido ensordecedor de aclamaciones, el jockey cayó.

Pero antes de que pudiera desprenderse del caballo, el Joven Alado lo había tomado en brazos y se había elevado por el aire con él.

Black Knight siguió corriendo sin jinete pero ya había ganado la carrera y el jockey que le había conducido a la victoria se hallaba, sin conocimiento, en brazos de Roger Fálcon, que todavía flotaba sobre el campo de carreras.

Tan pronto como todos los caballos hubieron pasado, Roger descendió suavemente y puso al herido jockey en la pista, en el mismo momento en que la gente la invadía.

El Joven Alado no se atrevió a esperar. Volvió a elevarse y regresó al sitio donde había estado durante la carrera.

Batiendo lentamente las alas permaneció en el aire a poca distancia de los cuatro pillos.

—¡Esos cuatro hombres! — gritó —¡Prendan a esos cuatro hombres! El del bigote negro fué quien hizo fuego con un arma silenciosa, contra Knight, e hirió al jockey. Los otros tres son sus cómplices y han hecho más de una tentativa para destruir al ganador del Derby. El señalero de la cabina de Cranleigh declarará contra ese de la cicatriz en la mejilla que intentó destruir el tren en que iba el caballo.

Rodeados por concurrentes amenazadores, los cuatro pillastres no tuvieron por dónde escapar y Roger sabía que Langley Lorne, el dueño de Black Knight daría los pasos necesarios para que aquellos hombres fueran castigados.

En consecuencia, antes de que hubieran transcurrido dos minutos del sensacional momento en que terminó el Derby, Roger Fálcon se elevó por los aires y se perdió entre las nubes.

Nuevos y extensos episodios de esta novela sensacional aparecerán en el próximo número de PUCKY del 3 de Julio. Léalos.

"Pucky" aparecerá semanalmente desde el mes de Julio.

Compre todas las tardes a la hora 18

EL DIARIO

4ª EDICION

EL DIARIO, que es el más antiguo de los diarios argentinos de la tarde, fué fundado por Manuel Láinez, el 28 de Septiembre de 1881.

EL DIARIO, ha prohijado desde su fundación todo lo propicio de la Industria, Comercio, Banca, Arte, Deportes, Política y Sociología y por ello mantiene siempre un alto prestigio entre las personas de orden que aprecian la amplitud y seriedad de su información.

Está Vd. resfriado?

Use el

Resfriol

Gran calmante de las inflamaciones naso - faringeas.

Para combatir los fuertes resfríos de cabeza, de pecho y vías respiratorias, es el

RESFRIOL

el compañero fiel de toda persona, ya se encuentre en el teatro, en las nevadas montañas o valles, llevando una cajita consigo estará usted resguardado de todo fuerte resfrío, puesto que puede aplicarlo instantáneamente en las fosas nasales notando alivio inmediato. Inhalar RESFRIOL es un placer a la par de combatir radicalmente los resfríos

En venta: Droguería de la Estrella Ltda., Defensa 215, sus secciones y todas las buenas farmacias.